

# ألف ليلة وليلة



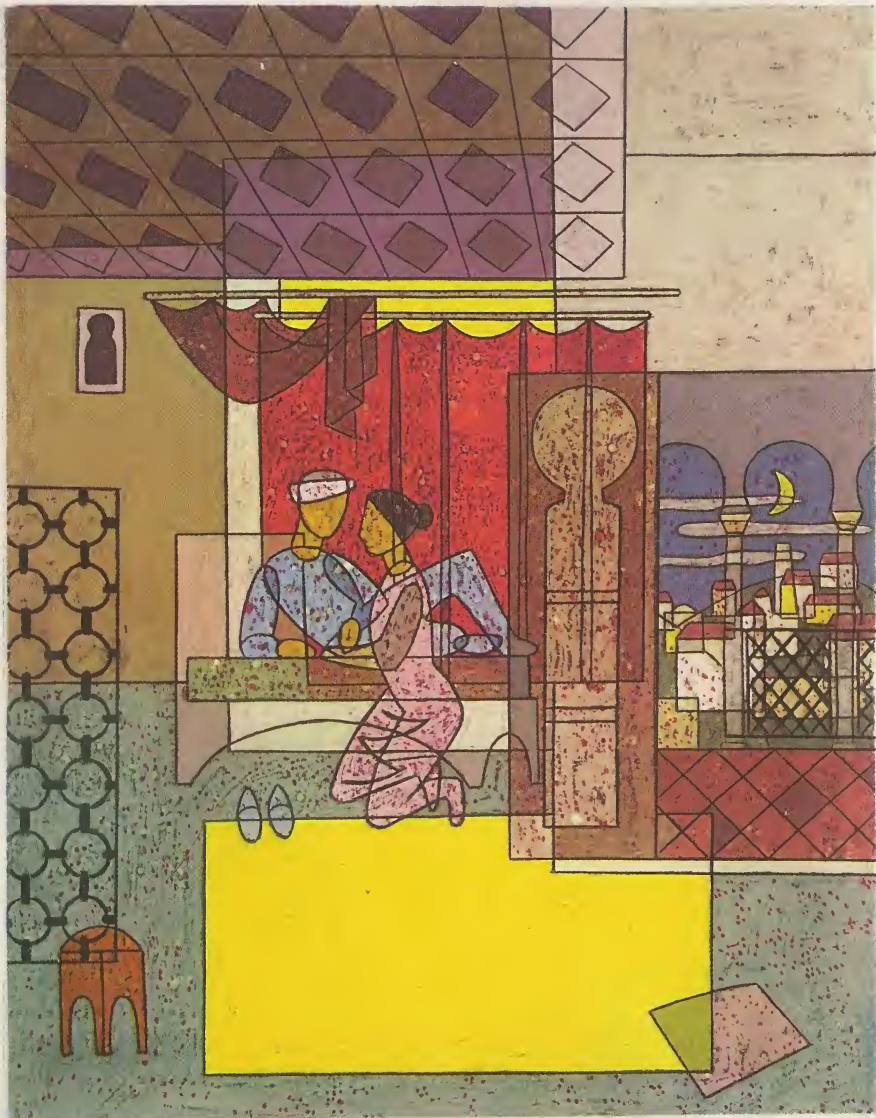




LIBRO DE  
LAS MIL Y UNA  
NOCHES

TOMO I





"... el rey, que no tenía sueño, holgóse de escuchar un cuento ..."

# LIBRO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

*El de los conocimientos maravillosos y las historias entretenidas, peregrinas. Las cuales noches añaden curiosidad a curiosidad y ofrecen descripciones de amor y pasión y locura de amor. Y contienen historias y rarezas amenas y divertidas y graciosas, adornadas con figuras sorprendentes nuevas, de lo más nuevo que haber pueda, y panoramas prodigiosos de los prodigios de los tiempos*

(Traducción literal de la portada de la edición de Bulak)

POR PRIMERA VEZ PUESTAS EN CASTELLANO, DEL ARABE ORIGINAL, PROLOGADAS, ANOTADAS Y COTEJADAS CON LAS PRINCIPALES VERSIONES EN OTRAS LENGUAS Y EN LA VERNACULA  
POR

R. CANSINOS ASSENS

*Con 15 láminas en color de*  
JULIO CASTRO DE LA GANDARA  
*y numerosas ilustraciones en negro de*  
MANUEL BENET

TOMO I



AGUILAR



colección obras eternas  
asesor arturo del hoyo

© aguilarsa de ediciones 1969 juan bravo 38 madrid  
depósito legal m 53/1976  
primera edición—tercera reimpresión—1976  
ISBN 84-03-00976-3 (obra completa)  
ISBN 84-03-00094-4 (tomo I)  
printed in spain impreso en españa por gráficas palermo  
palermo s/n poblado de canillas madrid

## *DEDICATORIA*

*Al noble pueblo árabe, que dio a LAS  
MIL Y UNA NOCHES lo que un padre da  
a sus hijos: sangre, nombre y lengua.*

SELAM!



**ESTUDIO LITERARIO-CRITICO DE  
«LAS MIL Y UNA NOCHES»**





## PRESENTACION DE LA OBRA

*Las mil y una noches* son tan universalmente conocidas que excusarían toda presentación si no la impusiese un obligado y tradicional rito de cortesía con el lector. Apenas habrá en todo el mundo quien no conozca esas sorprendentes historias que la gentil Schahrasad contó en tiempos remotos en la remota Persia, bajo la angustia de la muerte, con el alfanje de un sultán tiránico y misógino pendiente sobre su linda cabecita, y que, como pájaros maravillosos, animados por su verbo incomparable, se han desparramado después en su vuelo por todas las regiones de la tierra.

Esas historias que Schahrasad, la persa, contó en su lengua armoniosa al neurótico rey Schähriar, vencido al fin bajo el hechizo de su arrullante música, esas historias que salvaron su vida y la de todas las mujeres del reino, han pasado después, apadrinadas por ella, a todas las literaturas del mundo, y, repetidas por miles de rapsodas en todas las lenguas, dulces o ásperas, eufónicas o rudas, en que expresan los hombres diversamente la unanimidad de sus sueños, y recogidas y anotadas por diligentes escribas de todos los países, han podido llegar hasta nosotros incólumes, al través de los siglos.

En clara letra latina, en los bellos y confusos arabescos de la caligrafía islámica, en los complicados ideogramas chinos y japoneses, en los hieráticos caracteres eslavos, todas las criaturas

que saben leer han leído este libro, encantador y profundo, y aun esa parte de la humanidad que, por su desgracia, no se ha elevado todavía a la consagración gráfica del verbo y sigue medio sorda y medio muda, conoce de oídas estas historias que, antes de ser dibujo, fueron música, y antes de ser un libro fueron una tradición y tuvieron una vida independiente del signo escrito.

Y la siguen teniendo como todas esas creaciones populares que ya existían antes del escritor que las recoge y seguirán existiendo después de él, pues no le debieron su vida ni fueron las hijas, sino las madres, de su libro.

*Las mil y una noches*, como la *Biblia*, los poemas homéricos y algunos pocos libros más—entre ellos el *Quijote*—, son más que un libro, aunque se nos presenten en forma de tal, de igual modo que el paisaje es más que un cuadro y el alma más que un cuerpo.

Contienen un espíritu tan vital y humano, que se evade de la letra y goza de la propia obicuidad, agilidad y sutileza del espíritu.

Son libros tan enormes y desmesurados, tan llenos están de humanidad, que hacen olvidar autor y origen y parecen compuestos—y así es en realidad—por la humanidad toda, en una colaboración maravillosa, presidida por el genio mismo de la especie.

En tales libros lo de menos es el detalle del escritor que les da nombre y

que, en el fondo, no pasa de ser un mero escriba, pues son libros que existieron antes de la letra y el libro, de igual modo que la vida existió antes de la historia.

Esta encantadora Schahrasad, epónima de estas narraciones, antiquísimas, no es su madre, sino su madrina y un personaje tan irreal como los de sus cuentos.

Schahrasad no ha existido nunca —¡llorad, poetas!—, como no han existido tampoco Sulamita, la de *El Cantar de los Cantares*; ni Radha, la del *Gita-Govinda*; ni ninguna de esas mujeres seductoras, demasiado bellas para haber vivido entre los mortales.

Schahrasad es un eco y un nombre; uno de los mil nombres que, para no perdernos, ponemos a las obras del pueblo, a esas obras que no ha hecho nadie, por haberlas hecho tantos.

Schahrasad es a *Las mil y una noches* lo que el Faraón a las Pirámides.

### ORIGENES PROBABLES DEL LIBRO

Son *Las mil y una noches* comparables a un gran río, que se hace caudaloso al acercarse al mar, o a una gran ciudad y cuyo origen se ignora.

Se han descubierto las fuentes del Nilo, tanto tiempo ignoradas; pero aún están por descubrir las fuentes de *Las mil y una noches*.

Los más famosos orientistas de Europa, esos osados e incansables exploradores de literatura que se llamaron Guillermo Jones, Kosegarten Klaproth, Silvestre de Sacy, etc., y que corresponden a los Marco Polo, Ibn Batutah, Livingstone, Nordenskiöld y demás exploradores de tierras remotas, no han logrado descubrir las fuentes de este Ganges literario y, al hablar de la génesis y formación del popularísimo li-

bro, no emiten más que conjeturas e hipótesis.

Solo hay una cosa en que todos concuerdan: en la prosapia ariopérsica de este fantasma literario, que se nos presenta vestido de túnica y tocado de turbante, como un moro del Oriente abbasi y hablando un árabe florido y elocuente, el árabe que se hablaba en las cortes de aquellos jalifas, amigos y mecenas de poetas y literatos.

Aquí, como en otros terrenos, no habrían sido los árabes, esos mercaderes andariegos de raza, sino simples intermediarios en esta transacción de esta categoría espiritual y *Las mil y una noches* que Europa ha conocido en lengua árabe exótica, introducida por ellos en Occidente, con su marchamo islámico y el sello consabido: «No hay más Dios que El-Dio», bajo el cual introdujeron entre nosotros la canela de la India y la rosa de Persia.

Pero al investigar más a fondo el origen de ese fruto exótico ya surge la perplejidad y los exploradores se detienen desorientados; quédanse unos en la Persia de los pehlevies, que sucede a la Persia de Zoroastro y los Libros sagrados, escritos en zenda, es decir, en la patria de Schahrasad, y suponen que esa es también la patria del libro, que pudiéramos llamar expósito.

Al conquistar los árabes, bajo el jalfato de Omar—ese Saulo islámico—, en el año de 18 de la *hechra*<sup>1</sup>, la Persia de los sasanies, derrotando ante las murallas de Nehavend a su último monarca Yezdegird III, recogieron como botín de guerra no solo un vasto imperio territorial, sino también el rico patrimonio espiritual de la vieja nación irania, y entre esos tesoros figuraría el famoso libro.

Pero los persas, a su vez, no han

<sup>1</sup> La *hējira* o huida (que tal significa la voz árabe) del Profeta Mohammed de la Meca a Medina, que tuvo lugar el 15 de julio del año 622 de nuestra era.

sido en la historia sino intermediarios, como los propios árabes; situados por la geografía entre Oriente y Occidente, han dado a este último con una mano lo que recibían del primero en la otra.

No han sido los persas sino los adelantados de ese verdadero Oriente, de donde todo trae su origen, porque en él, según generalmente se admite, lo tuvo la raza humana; más allá de los persas está la India, la madre, la creadora, la cuna de los pueblos que parecen cuneros, esa India en que empieza por lo menos la vida consciente del hombre y que conserva también, en forma de leyenda y mitos, los más remotos recuerdos de su vida inconsciente. La India, que bate el *record* de la antigüedad y del saber antiguo con el Egipto y la China, y que, durante muchos siglos, fue lo más remoto del Oriente que conoció Europa; la India, en que todas las cosas eran ya viejas cuando Alejandro Magno, joven como un dios, irrumpió en ella, seguido de un ejército de guerreros, poetas y filósofos. De aquella famosa expedición del gran Alejandro volvieron los griegos cargados de rico y diverso botín: oro, plata, libros, leyendas y hasta una secta filosófica, la de los gimnosofistas o desnudos, que iban más allá que Diógenes y prescindían hasta de la túnica como él prescindiera del vaso.

Pero ya antes de esa epopeya alejandrina (siglo IV antes de nuestra era) los persas, vecinos y consanguíneos de los indios, habían tomado de estos muchas cosas o, mejor dicho, no habían tomado, sino traído, pues hay un momento en la cronología más o menos histórica en que persas e indios son los mismos o, por lo menos, hermanos carnales, pertenecientes a la gran familia aria, y residen aún en la península del Ponchab, donde todavía quedan poblaciones de ascendencia irania, que hablan un persa un tanto dialectal y arcaico, pero que puede entenderse en

Teherán (Chozdko: *Grammaire de la Langue persane*).

La lengua zenda, en que se escribió el Código religioso de Zaratustra (Zerdusht) o Zoroastro, es una lengua tan afín al sánscrito de los *Vedas* que, en ocasiones, parece la misma, salvo variantes análogas a las que distinguen al caldeo del hebreo bíblico, según puede verse en la *Gramática comparada* de Bopp; persas e indios son casi los mismos, mientras aquellos viven todavía en la meseta asiática en que fijan los etnólogos el punto de partida de las emigraciones raciales, y unos y otros comparten el mismo patrimonio de naciente cultura, al igual que comparten el suelo y los elementos naturales.

Al correrse luego al Oeste y al Sur, los persas llevan consigo esa propiedad cultural, compuesta principalmente de folklore y mitología y el rito de Agnio del Fuego, que será la base de la religión zoroástrica.

Pero luego de constituido el gran imperio persa de Ciro, mantienen siempre los iraníes relaciones de toda clase, incluso bélicas, con los indios, y sería largo y extemporáneo decir todo lo que en esas épocas tomaron de ellos y todo lo que de ellos tomaron los griegos. Basta leer a Herodoto para descubrir, bajo el barniz helénico, la raíz persa de muchos nombres que indican el origen iranio de cosas tenidas por griegas.

Los persas hacen con los griegos el mismo papel que luego harán con los árabes, que a su vez arabizan sus préstamos. Y así los hacen irreconocibles; *Las mil y una noches*, supuesto que tengan un origen ariopersa, hablan árabe y rezan a Alá. Y esos árabes que les han dado su lengua merecen, pues, contarse entre sus padres.

Todo eso hace que resulte muy difícil clasificar exactamente este libro, que, por lo pronto, queda en la vaga región de lo asiático. Y ahí debemos por ahora detenernos nosotros.

## EL ORIGEN REMOTO DE «LAS MIL Y UNA NOCHES»

*Las mil y una noches* deben su existencia a las noches de Asia. Es ella misma una colección de «historias de noche». No hay que extrañar, pues, lo oscuro de sus orígenes.

La literatura griega nace a la luz del día bajo los auspicios de Helios. La literatura oriental se abre, como el loto, bajo la mirada de la Luna.

Todo en Oriente reposa adormecido durante el día ardiente y deslumbrante; es por la noche cuando la Naturaleza y los hombres se reaniman y empiezan verdaderamente a vivir.

En esas horas dulces y tranquilas, oreadas por las brisas fragantes, es cuando las mujeres dejan el harén y se reúnen en las azoteas de sus casas, para solazarse y gustar sorbetes perfumados y contarse historias, y también los hombres se juntan en atrios, plazas y terrados, para saborear el placer de la sociabilidad y trenzar diálogos y contarse historias vívidas o escuchadas.

Los reyes orientales, siempre llenos de preocupaciones de índole política o doméstica, se entregan en esa hora también a la expansión, y se olvidan de sus largas sesiones en el diván y hacen que sus visires dejen de ser ministros para convertirse en juglares.

Esos reyes suelen padecer de insomnios y, para entretener sus veladas y predisponerse al sueño, apelan al benigno hipnótico del cuento o historia, que distrae su mente de lo actual, y los traslada a regiones de ensueño y los prepara para el reposo.

Las historias llenan en esos tiempos la falta de la radio y el cine. Todos los monarcas de Oriente tienen siempre en torno suyo un cuerpo numeroso de juglares, de recitadores de historias. De Alejandro Magno se cuenta que, en su expedición a la India, llevaba consigo

a todas partes ese séquito de narradores, encargados de amenizar sus nocturnos. ¿Quién sabe si algunas de estas historias habrán deleitado los oídos de aquel semidiós?

Era tal el temor que los monarcas y sultanes sentían ante la posibilidad de que les faltasen historias de noche, que mandaban escribir las que oían y eran más de su agrado y guardarlas en sus archivos, para volver a escucharlas en ocasiones de penuria inventiva por parte de sus juglares.

Ese fue el origen de los anales, crónicas e historias, como las que se recogen en la *Biblia*. Así se formó señaladamente el *Libro de Esther*.

A veces, como ya dijimos, actuaban de juglares los propios visires y aprovechaban la ocasión para amonestar al rey y darle lecciones indirectas de buena política, valiéndose de la fábula zoológica, para velar sus intenciones con esa máscara impersonal.

Así nacieron en la India esos libros como el *Panchatantra* y su epitome, el *Hitopadesa*, que Europa conoció en el siglo XIII con el nombre de *Libro de Calila y Dimna*.

De esa última fuente brotaron esas leyendas y tradiciones que constituyen la base del folklore occidental y que, después de haber encantado las noches de despóticos monarcas orientales, han venido a encantar las de los niños inocentes y buenos.

Pues a ese número de historias pertenecen las que forman el libro de *Las mil y una noches*, muchas de las cuales han llegado a nosotros por la tradición oral, antes de que las conociéramos en libro, desfiguradas y fantaseadas, como la historia de Esther y Asuero, o la de Alejandro, el gran conquistador, y toda esa mitología antigua, épica y caballeresca, que dimana del ciclo de la guerra de Troya, eco lejano del *Mahabharata* y de las guerras de la época feudal de los hin-

dúes, refundido por los juglares medievales.

No es la primera vez que se hace notar el maravilloso poder andariego de esas historias antiquísimas, que van de un extremo al otro del mundo conocido en labios de viajeros, peregrinos y mercaderes, y que llegan a formar una literatura oral aparte, una versión popular de los argumentos tratados en los libros. Una versión de ese tipo es el *Poema de Alejandro*, en el medievo español.

La tradición oral introdujo en Europa, en esos siglos, muchos argumentos y temas exóticos que, de esa forma, llegaron al conocimiento de las personas cultas antes que sus originales escritos. Se trata de una prodigiosa metempsicosis de las ideas, de una trans migración asombrosa de almas literarias.

Pues de ese modo llegaron también a Europa *Las mil y una noches*, sin nombre ni paternidad, antes de que el orientalista francés Antonio Galland se las diese a conocer, traducidas, a sus compatriotas en el siglo XVIII.

Por efecto de esa irradiación difusa, anónima y oral, que había introducido entre nosotros, en forma de folklore y leyenda, elementos del gran ciclo épico de la India, que luego trasciende a los libros de caballería y al romance, diónisiacamente desgarrado y transfigurado en miles de avatares, pasaron también a nuestra literatura occidental fragmentos de *Las mil y una noches*, argumentos y temas, pero sin nombre, pues solo los libros lo tienen.

Por los venecianos, esos inmemoriales traficantes con Oriente, mercaderes y viajeros de raza, penetraron en Europa, juntamente con las aromáticas especias de las Indias, muchos argumentos igualmente picantes; en Boccaccio, en Bandello, se puede gustar ese aroma de Oriente, condimento de temas, que han trascendido luego a Shakespeare y

a Calderón, llenándose de sentido filosófico.

La crítica erudita ha señalado después, al conocerse en Europa *Las mil y una noches* como libro, transfusiones de su fondo oral y anónimo en *El patrañuelo*, de Timoneda; en *La fierecilla domada*, de Shakespeare, y en *La vida es sueño*, de Calderón. Y en el *Orlando furioso*, del Ariosto—canto XXII—, se encuentra ya el argumento inicial del libro asiático: la infidelidad de las esposas, causa de la misoginia de los dos reyes hermanos Schahriar y Schahsemán.

Pero todo eso se ha sabido después de haber publicado Galland su traducción francesa del libro oriental. Hasta entonces se conocían historias de *Las mil y una noches*, pero no las *Noches* mismas como tales.

Aunque parecza extraño, nunca hasta el siglo XVIII sonó en Europa ese nombre de «Mil y una noches», y eso que ya en el siglo X u XI existía, según los eruditos, el núcleo central del libro y nuestras comunicaciones con Oriente nunca estuvieron cortadas.

La Tumba del Gran Jan en Tartaria, que se supone henchida de tesoros, y el Sepulcro de Cristo en Jerusalén, son imanes potentísimos que atraen a viajeros y peregrinos cristianos y provocan esas tres movilizaciones en masa de los Cruzados.

Marco Polo, en el siglo XII, inicia ese itinerario que luego han de seguir otros muchos y que coge desde el norte de China hasta las islas de Ceilán, Madagascar y Java, es decir, todo el mapa de los viajes de Simbad, el marino, y a él debemos esas descripciones fastuosas de la corte de Kublai Jan, el sucesor de Schenchis Jan, con sus palacios inmensos, sus jardines maravillosos y toda esa escenografía como de magia que nos pintan *Las mil y una noches*.

Marco Polo baja hasta Jerusalén,



meta obligada de su ruta, y así encierra su viaje entre dos sepulcros. Después de él, Pedro della Valle recorre el mismo itinerario, y va pisando sobre sus huellas, como después sobre las de este otros viajeros ingleses, alemanes y franceses, cuya serie cierran, en el siglo XVI, Tavernier y Chardin.

Todos esos viajeros han pasado, en suma, por esa Siria, donde Galland encontró su manuscrito de *Las mil y una noches*; todos ellos pudieron, al menos, oír, en los zocos y cafés de Oriente, algunos de esos cuentos recitados por los juglares y haber dado luego en sus Relaciones alguna noticia de ellos.

Y, sin embargo, no fue así. Europa no supo nada de ese libro, que había de ser tan famoso en Occidente, hasta el siglo XVIII; ni siquiera el nombre.

*Las mil y una noches*, como tales, solo suenan y son conocidas en Europa cuando, en 1704, publica Galland, en Caen, la primera parte de su traducción de *Les mille et une nuits*.—*Contes arabes d'un auteur inconnu*.

Esa es la primera comparencia oficial en Europa de *Las mil y una noches*, que el orientalista y diplomático francés—nadie más indicado para esta presentación—, introduce en los salones de París.

### «LES MILLE ET UNE NUITS» DE GALLAND

Antonio Galland es el descubridor de ese Oriente literario que *Las mil y una noches* nos revelan.

Y él es también quien, con su libro, sorprende a los orientalistas de su tiempo y da motivo a que se plantee ese debate literario sobre sus orígenes y paternidad en que aún no se ha dicho la última palabra.

La primera impresión que su libro produce es de sorpresa y perplejidad.

El traductor no señala como fuente de su labor sino un manuscrito «*qu'il a fallu faire venir de Syrie*», y eso es motivo para que muchos lo sospechen de mixtificador y lo tomen por ese autor árabe desconocido que invoca.

Todo era también oscuro en torno a ese fenómeno literario que se desarrollaba a plena luz de Francia.

No estaba muy claro lo referente al manuscrito árabe que le sirviera a Galland para su traducción; según parece, lo encontró en Siria, adonde había ido con encargo de S. M. Cristianísima de recoger inscripciones y monedas para los museos franceses; pero no pudo adquirirlo y fue luego, estando ya en París, cuando pudo hacerse con él, por medio de sus agentes. El mismo lo declara así en su prólogo, con esa frase textual que hemos transcrito.

De ahí las primeras dudas sobre su autenticidad y la sospecha de sus contemporáneos de que se trate de una superchería, de que el buen hombre era incapaz, y lo tomen por su «autor árabe desconocido».

Su versión, sin embargo, tuvo éxito ruidoso, fulminante, debido, sobre todo, a sus méritos literarios.

*Las mil y una noches*, adaptadas al gusto francés del siglo XVIII, recortadas, civilizadas, pero sin perder del todo su aire exótico, bárbaro, oriental, fueron desde el primer momento la sensación de París, la novedad que aquel público novelero necesitaba; no solo se pusieron de moda, sino que fueron la moda.

Sorprendieron, encantaron, entusiasmaron a los hombres e indignaron un poco a las mujeres; aquellas costumbres poligámicas, aquel modo despótico de tratar a las esposas, sublevaban la dignidad de aquellas damas colmadas de halagos y homenajes en el pleno siglo de la galantería; los caballeros se ponían de parte del rey Schahriar; las señoras, como es lógico, abrazaban

la causa de Schahrasad. Pero unos y otras estaban igualmente bajo el hechizo literario del libro.

Explicando el éxito de *Las mil y una noches*, de Galland, dice Carlos Nodier: «Produjeron desde el primer momento ese efecto que asegura a las producciones del ingenio el favor popular, con todo y pertenecer a una literatura poco conocida en Francia y admitir o, mejor dicho, exigir ese género de composición, detalles de costumbres, caracteres, indumentaria y lugares absolutamente extraños a todas las ideas corrientes en nuestros cuentos y novelas.

Todo el mundo se maravilló del encanto que emanaba de su lectura. Y es que la verdad de los sentimientos, la novedad de los cuadros, una imaginación fecunda en prodigios, un colorido lleno de calor, el atractivo de una sensibilidad sin pretensiones y la sal de una gracia sin caricatura, el ingenio y la naturalidad, en una palabra, gustan en todas partes y gustan a todo el mundo.»

Las opiniones de los lectores se dividían en lo tocante a lo que pudiéramos llamar fondo moral del libro; pero se unían para aplaudir su mérito literario. *Las mil y una noches* daban lugar a discusiones y torneos de ingenio y de galantería en los salones de París; ponían sobre el tapete la eterna cuestión del feminismo, siempre latente y existente antes de que miss Pankhurst y sus sufragistas le pusiesen nombre. Las *bas-bleu* salieron en seguida a la defensa de su sexo, y escritores complacientes y deseosos de complacer a sus amigas pusieron su erudición y su talento literario al servicio de la buena causa de vindicación de la mujer.

A eso se debe, sin duda, la publicación en París del libro *Los mil y un días*—cuentos persas, indos, turcos y chinos—, traducidos en lenguas europeas del texto original por los orienta-

listas Cazotte, Caylus, Engel, Petit de la Croix, etc., que viene a ser una réplica y hasta, en cierto modo, una parodia de *Las mil y una noches*, pues en él aparece el mismo argumento de las noches vuelto al revés, es decir, hecha la noche día, y su protagonista es una princesa que siente por los hombres la misma aversión y desencanto que el rey Schahriar por las mujeres, y todas las historias que en él se cuentan siguen esa tendencia misantrópica.

*Los mil y un días*, acerca de cuyo origen hay planteado el mismo debate que en torno a *Las mil y una noches*, pues, según unos, sus historias están tomadas del libro árabe *Al-Farchu bādi-sch-Schiddet* (*El gozo tras la aflicción*), de Al-Kaziyu-t-Tenuji, que el persa Husein Abasad-Dehistani tradujo a su idioma en el siglo V de la *hechra*, mientras otros, como Burton, afirman que su autor original fue el famoso *dervisch* Muji, jefe de los sufíes de Ispahán; ese libro, surgido a la zaga del libro de Galland, goza reflejamente de su éxito y fue también un reflector que acrecentó el brillo de aquel.

Fácil es figurarse que contra Galland se formó un partido de mujeres resentidas y de escritores envidiosos que aprovechaban la ocasión para desacreditar *Las mil y una noches*, con el socorrido tilde de inmorales, de igualmente opuestas a las buenas costumbres y al buen gusto.

Hubo cierto escándalo en torno a *Las mil y una noches*, escándalo literario—no erudito todavía—y que puso altavoz a su éxito.

El rumor de las discusiones que *Las mil y una noches* promovían en la prensa y los salones de París, de aquel París tan libertino por un lado y tan mojigato por otro, fue tan fragoroso que se oyó a la otra banda del canal, y los ingleses, esos hombres tan insulares, tan reacios para adoptar modas

ajenas, se apresuraron a trasplantar a su isla aquella flor exótica.

Ya en 1712 el ensayista Addison, en su famoso *Spectator*, habla de los cuentos árabes traducidos al francés por Galland. Y en 1713 aparecen las *Arabian Nights. Entertainments, translated from the french*, de autor anónimo, que en poco tiempo alcanzan su cuarta edición.

Síguenles a corta distancia sendas adaptaciones de Foster y Bussey, que hoy no tienen valor ante la crítica.

En Francia sigue en línea ascendente el éxito de la versión de Galland, cuya segunda parte se publica en París en 1717, muerto ya ese gran hombre (1715)—cinco minutos de silencio—, y de la que se hacen reediciones en 1726-1738-1773-1774-1788, es decir, que *Las mil y una noches* llegan triunfantes casi al pie de la guillotina.

Son menester esos trágicos acontecimientos, esa sangrienta bacanal con que termina el siglo XVIII y empieza el siguiente, esa historia terrible, cuyos capítulos se llaman «Revolución», «Terror» y «Napoleón», para cortar en Francia el vuelo de estas dulces y románticas historias venidas del plácido Oriente y que, ante esos horrores, huyen asustadas y, como sus aristocráticos lectores, buscan refugio en climas más tranquilos.

Son los ingleses y los alemanes los que llenan ese intervalo de silencio francés en la crónica erudita de *Las mil y una noches* y realizan fructuosas pesquisas los primeros por el lado de la India, que les es familiar; los segundos, por el Oriente islámico.

En 1800 se publica en Londres la obra del doctor Jonatan Scott, funcionario del Gobierno británico en Bengala, titulada *Tales, Anecdotes and Letters, translated from the Arabic and Persian*, y en 1811, aparecen *The Arabian Nights, Entertainments*, traducidas por el mismo doctor Scott, de un ma-

nuscrito descubierto por Worthley Montague. Como se ve, son los ingleses los primeros que llevan la atención de los orientalistas hacia la Persia como fuente del libro.

Pero, en 1823, inscribense en la bibliografía miliunanochesca, en Tubinga, la versión alemana del barón austriaco Von Hammer-Purgstall, hecha sobre manuscritos árabes de El Cairo y Estambul, y en 1824, en Breslau, la del doctor Max Habicht sobre un manuscrito de Túnez; ambas más ricas y completas que la de Galland.

En 1838, el irlandés Torrens publica en Calcuta, donde actúa de funcionario inglés, su versión, titulada *The Book of the Thousand Nights and One Night*, ajustada a un manuscrito egipcio, editado por MacNaghten. Y el mismo año aparecen, en Stuttgart, las *Tausend und eine Nacht, arabische Erzählungen* del doctor Gustavo Weil, arabista serio y ya justamente estimado por su *Geschichte der Chalifen (Historia de los Jalifas)*, con el aditamento de «Por primera vez traducidas del texto primitivo (*Urtexte*) integra y fielmente».

En el entretanto, se han publicado en Oriente varias ediciones árabes del libro: la del *scheij* Al-Yemeni (Calcuta, 1814), que no llegó a terminarse; la de Bulak (1835) muy mutilada, e incompleta; la de Beirut, expurgada por los jesuitas, y la de Esbekieh, en El Cairo, todas ellas discordantes entre sí. Y en las bibliotecas europeas existen doce manuscritos árabes, que tampoco concuerdan.

Es entonces cuando empieza la verdadera crítica erudita del libro, y los orientalistas de la época, pertenecientes a tres naciones: los franceses, capitaneados por De Sacy; los alemanes, por Von Hammer-Purgstall, y los ingleses, autónomos, tratan de deslindar los orígenes del libro y de fijar su texto canónico, auténtico, con el consiguiente desglose de apócrifos.

Difícil empresa la que los orientalistas acometen y cuya solución dificultan más todavía la parcialidad y personal entusiasmo de esos sabios que se han repartido el Oriente en sectores, y entre los que hay arabistas puros—De Sacy—, arabistas-persianistas—con Hammer-Purgstall—e indianistas-sanscritistas—Jones, Langlès—, y cada uno de esos doctos sátrapas reclama el libro para su jurisdicción y cada uno ve en él una obra de aquella literatura que le es más familiar.

Atraviésanse así inferencias pasionales en el debate científico, que, en virtud de ello, gana emoción y no pierde ciencia, pues, aunque por esos rodeos eruditos llegan a la misma conclusión que cualquier lector algo culto alcanza al primer vistazo por la vía intuitiva, o sea, que *Las mil y una noches* son la obra común de tres pueblos—hindú, persa y árabe—, sin olvidar la parte de los judíos, esos hombres ubicuos, y, en suma, un libro asiático, oriental, no perdemos nada siguiéndoles en esas correrías, pues ya se sabe que viajando se aprende y mucho más si se viaja en compañía de sabios.

Examinemos, pues, las tres hipótesis, que son como los tres tramos de una escalera, empezando por el superior, ya que es más cómodo bajar que subir.

## LA HIPOTESIS INDIANISTA

La hipótesis indianista es más bien una presunción, sugerida por la estructura del libro y por detalles tópicos y sustanciales que hacen pensar en un influjo hindú.

*Las mil y una noches* vienen a ser un libro por el estilo del *Calila y Dimna*, sin más diferencia esencial que la de ser sus personajes no animales como los de este, sino personas; lo que marca una transición de la fábula al cuento. Su técnica es la misma que la

del libro sánscrito, y consiste en ese entrelazamiento característico de historias, que se enredan y complican y nacen, por decirlo así, unas de otras, en partenogénesis, y responden a una intención moral, de alta pedagogía, en imágenes.

La India, además, aparece ya mencionada en el exordio del libro: el rey Schahriar es señor de las islas de Al-Hind (la India); su nombre puede interpretarse Señor—*Aryo*—de la ciudad, y los de las dos hermanas Schahrasad (o Scheresad) y Dunyasad (o Dinarsad) son videntes deformaciones de Karataka y Damnaka, que en sánscrito significan, respectivamente, «domadora» y «corneja», en el último de los cuales nombres queda un vestigio zoológico.

Todo cuanto hay de fabuloso en el libro procede de la India, del fondo fantástico de esas grandes creaciones del *Mahabharata* y el *Ramayana*, donde ya se encuentra esa mitología teológica de ángeles, demonios, hadas y genios que en las *Noches* pululan, así como también esa fauna monstruosa de hombres-peces, hombres-monos, etcétera, que en ellas se describen. El paisaje y la atmósfera de *Las mil y una noches* son hindúes.

El autor o los autores de *Las mil y una noches* originales recibieron su inspiración de la India; ahora bien: el modelo sánscrito en que pudieran haberse inspirado se ha perdido y el único que podría suponerse parafrasis o refundición de él es un libro persa, escrito en pehlevi: el *Hasar Afsanah* o los *Mil cuentos*, de autor también anónimo y también perdido, sin dejar otra huella que su título, igual que un nombre en una tumba, inscrito en ese censo mortuario de libros que se llama *Muruchu-z-Zahab* (*Praderas de oro*) del polígrafo árabe Abu-l-Hasán Al-Masúdi, que floreció en Bazra en el siglo IV de la *hechra*.

En esa obra, cuyo título íntegro es

*Al-Maruchu-z-Zahab ua Mâadini-l-Gahuar* (Las praderas de oro y minas de perlas), hablando de obras árabes de amena y vaga literatura, traducidas del persa (*farasiyah*), del indio (*hindi-yah*) y del grecorromano (*rumiyah*), se dice textualmente: «De esa clase es el libro titulado *Hasar Afsanah* o *Mil cuentos*, palabra que equivale al árabe «Zurafah» (*Facetiae*) que el vulgo conoce por *El libro de las mil y una noches* (*Kitabu-alf-Leilah ua Leilah*). Trátase de una historia de un rey y su visir, la hija de este y una esclavita (*hariyah*) que llevan los nombres de Schirsad (hija de León) y Dinarsad (hija de Dinar). Y de esa clase son también las historias de Farzah (que otros leen Firza) y Simás, que contienen pormenores referentes a los reyes y visires de Hind: el *Libro de Sindbad* y otros de carácter análogo.»

Reforzaba Von Hammer su argumentación citando otro paso del mismo Al-Masûdi, en que el historiador árabe menciona que Al-Manzur, segundo de los jefes abasíes y abuelo de Harunu-r-Raschid (siglo II de la *hechra*), mandó traducir al árabe muchos libros griegos, latinos, siríacos y persas (*pehlevies*), entre ellos el *Kalilah ua Damanah*; las *Fábulas*, de Bidpai (Pilpai); la *Lógica*, de Aristóteles; la *Geografía*, de Ptolomeo, y los *Elementos*, de Euclides. Y luego, aventurándose a la hipótesis, concluye: «Todo induce a creer que el original de *Las mil y una noches* fue traducido al árabe siendo jefe Al-Manzur, es decir, treinta años antes de serlo Harunu-r-Raschid, que luego había de desempeñar en esas historias tan preponderante papel.»

Citaba aun Von Hammer otros argumentos, que vamos a reproducir por el orden en que los fue exponiendo:

—Un siglo después de la referida mención de Al-Masûdi, un poeta que se firma «Rasti» (*tajal-lus* o seudónimo) y que era uno de los vates de cámara

del sultán gasnevi Mahmud (siglo XI de nuestra era) puso en verso y probablemente refundió los *Hasar Afsanah*.

—En el famoso *Kitabu-l-Fihrist*—o *Libro Índice*—de obras arábicas, compuesto en el siglo IV de la *hechra* por Mohammed-ben-Ishak-an-Nadim, popularmente conocido por Ebn-Lakub El Werrek (Burton rectificó Abu-l-Farach Mohammed Ibn-Ishak, vulgarmente conocido por Ibn-Áli Yakub Al-Uarrak, fundándose en Ibn Jalikán), se leen las siguientes palabras:

—La primera parte sobre la historia de los *confabuladores nocturni* (narradores de cuentos de noche) y los recontadores de aventuras ficticias juntamente con los nombres de los libros que tratan de tales materias.

—Los primeros que compusieron temas de imaginación e hicieron de ellos libros y los depositaron en las bibliotecas, y dispusieron algunos de ellos como referidos por lenguas de animales, fueron los paleopersas (y los reyes de la primera dinastía).

Los reyes aschkanios, o de la tercera dinastía, añadieron otros a aquellos y los aumentaron y ampliaron en los días de los sasanies (cuarta y última dinastía).

También los árabes los vertieron a su lengua y los pulieron y embellecieron, y escribieron otros semejantes. La primera obra de esa clase fue la titulada *El libro de Hasar Afsanah*, que significa *Alf-Zarafah*, y cuyo argumento es el siguiente: Un rey de los reyes solía, cuando casaba con una mujer y pasaba con ella la noche, mandarla matar a la siguiente mañana. Ahora bien: casó una vez ese rey con una señorita de las hijas de los reyes, Schahrasad, dotada de talento y erudición, la cual, en tanto yacía con el rey, púsose a contarle historias de la fantasía y al final de la noche enlazaba su historia en otra, propia a inducir al rey a conservarle la vida para que le refi-



riese su final a la siguiente noche, y así hasta que mil noches se cumplieron. A todo esto seguía el rey cohabitando con ella, hasta que hubo en ella la dicha de un hijo y ella se lo participó, confesándole el ardid de que con él usara, y entonces el rey se maravilló de su inteligencia y le cobró afición y le perdonó la vida. Tenía ese rey una «Kahramanah» (aya y dueña, no *entremetteuse*) llamada Dinazard (¿Dunya-sad?) que secundó a la esposa en su empresa.

Dicen también que ese libro fue compuesto para (o por) Humai, hija de Bahmán, y que en él se contenían otros argumentos.

Y añade Mohammed-ben-Ishak:

«Y es la verdad—si quiere Alá—que el primero que se recreó oyendo cuentos de noche fue Al Iskandar (Alejandro, el macedón) y que tenía un número de hombres encargados de contarle historias imaginarias y hacerlo reír, aunque no era su única intención la de distraerse, sino también la de aprender, por esas historias, a ser más cauto y prudente. Después de él, hicieron uso los reyes del libro titulado *Hasar Afsanah*. El cual contiene mil noches, pero menos de doscientos cuentos de noche, pues una sola historia abarca en él varias noches. Yo lo he visto completo varias veces, y es en verdad un libro corrompido (?) de rancias historias.»

Resulta, pues, como vemos, que el único libro que pudiera invocarse como modelo o versión original de *Las mil y una noches* árabes es el libro persa y, además, un libro fantasma. Pero a falta de una realidad, los partidarios de la tesis hindú se acogen a esa sombra e, infringiendo su existencia de su partida de defunción, ya que todo lo que muere ha vivido, la presentan como testigo en ese debate sobre el origen de *Las mil y una noches*; solo que, al hacerlo así, tienen que remediar la tesis hindú, para desposar la tesis

persa. Y así lo hace Von Hammer-Purgstall, bajando un tramo de la escala.

## LA TESIS PERSA

El barón Von Hammer-Purgstall definiendo su tesis persa tanto más fácilmente cuanto que casi todo lo que pudiera afirmarse sobre el origen hindú de *Las mil y una noches* es transferible a los persas, cuya literatura y fondo religioso-místico no son sino una adaptación a escala más reducida de las colosales creaciones brahmánicas.

Los antiguos iraníes, animados de un sentido helénico de la medida, rebajaron las proporciones gigantescas de los palacios y poemas hindúes a la escala de lo humano, introdujeron orden y claridad en ese caos de grandeza monstruosa y trabajaron, con arte preciosista y menudo, el marfil y el oro de la India.

Los persas son un término medio entre la grandeza desmesurada de la India y la nulidad imaginativa de los semitas. Babilonia fue en su tiempo un gran laboratorio de poesía y de teología mística, como luego lo fue la Alejandría de los Ptolomeos.

En Babilonia vieron los hombres a los ángeles por primera vez. Todas las teogonías y cosmogonías semíticas vienen de allí; el cautiverio de los judíos en Babilonia fue para ellos una escuela de cultura iniciática en que su espíritu aprendió a volar, pese a sus cadenas corporales. Todos los libros bíblicos de esa época, toda esa ardiente espiritualidad que inspira las llameantes visiones de Ezequiel y los plácidos ensueños de Isaías, toda esa sublimidad imponente es la fiebre mística que se respira en Babilonia.

Siglos después, cuando el destierro se convierte en dispersión, es en Babilonia donde los judíos se sientan a

recopilar su *Talmud*, ese libro en que la rigidez del Antiguo Testamento se humaniza y se florece de sonrisas poéticas.

Hay una analogía notable entre *Las mil y una noches* y el *Talmud*; en ambos libros hay de todo, verdad y leyenda, recuerdos de raza y visiones universales, y ambos son como arcas en que dos pueblos, en trance de dispersión, encierran sus pergaminos y sus momias.

Los persas están, como los griegos, entre el Oriente y el Occidente; son bellos, inteligentes y soñadores, y a propósito por sus condiciones naturales para desempeñar la alta diplomacia de la cultura. Es un pueblo-fénix que ha resurgido tres veces de sus cenizas, ha hablado tres lenguas, ha escrito en tres alfabetos y cuenta sus días por varios calendarios.

Los persas han tenido tres civilizaciones; han pasado por la escuela helénica y traducido, para darlos a conocer a Occidente, los más grandes libros sánscritos, y, para darlas a conocer al Oriente, las obras más insignes de la cultura griega.

Ellos fueron los traductores del *Panchatantra*, que en su versión árabe, hecha sobre la persa de Rudegui, dio luego Mokafa a conocer al Oriente y a Europa.

Nada, pues, de extraño que ellos fueran también, con su *Hasar Afsanah*, los autores originales de este libro de *Las mil y una noches*, compuesto de esas historias de noche que es notorio nacieron bajo su cielo nocturno. Con todas estas razones inductivas defienden los persianistas su tesis.

### LA TESIS ARABE

Pero como los persianistas atestiguan con un muerto—el hipotético *Hasar Afsanah*—no logran convencer a los ara-

bistas, que tienen en su apoyo a un vivo: el libro árabe.

Y Silvestre de Sacy—el barón Silvestre de Sacy, la reverencia se impone—, el traductor de Hariri, la suprema autoridad de la época en cuestiones árabigas, en su *Mémoire sur l'origine du Recueil des Contes, intitulé Les Mille et une nuits* leída ante la Academia de Inscripciones y Bellas Letras de París en 1829, rebate, con gran copia de argumentos eruditos, las afirmaciones de sus contrincantes y sostiene la tesis del origen absolutamente árabe del libro, con independencia de todo vínculo genealógico con ningún otro libro anterior, sánscrito ni persa, del que pudiera ser trasladado ni trasunto.

Según el ilustre arabista, *Las mil y una noches* fueron concebidas por árabes y escritas por árabes, en tierras del Islam, sin que signifiquen nada en contra ni puedan tomarse como guiones inductivos esas referencias a personajes y países exóticos—India, Persia, China—que figuran en él y que no son sino recursos literarios, fantasías de hombres que no se habían movido de su tierra.

Incluso en esos cuentos localizados en escenarios exóticos—nota De Sacy—no hacen sus autores sino describir gentes y costumbres y sucesos de Bagdad, Mozul, Damasco y El Cairo, durante la época de los abbasies.

La *Historia del rey Kamaru-s-Semán y el rey Schahramán* (Noches 148 a 176) no es más india ni persa que las otras.

El padre de la princesa reina sobre musulmanes, su madre se llama Fátima, y cuando el rey manda encarcelar al príncipe este se consuela en su prisión recitando aleyas del *Corán*. Los genios que en el argumento intervienen son los mismos de la leyenda de Salomón, y todo lo que allí se nos dice de la Ciudad de los Magos y de los adoradores del Fuego basta para demos-

trar que no cabe hacerse la ilusión de descubrir en esas páginas más que la obra de un literato musulmán.

Finalmente hace notar De Sacy que el árabe de *Las mil y una noches* no es ya el árabe clásico, sino el vulgar, y en conjunto sugiere la idea de una creación de la época de la decadencia literaria del Islam que, a juzgar por su presente forma, debió de escribirse en Siria.

Cuanto al *Hasar Afsanah*, el gran arabista niégale rotundamente, si no la existencia, si toda relación de paternidad y, desde luego, toda identidad con *Las mil y una noches*. Pase que haya existido ese libro; pero *Los mil cuentos* no son *Las mil y una noches*, y los persianistas se han dejado seducir de un equívoco.

El famoso paso de Al-Masûdi—su argumento capital—no significa nada, pues hay que interpretarlo de otro modo que como los persianistas lo han hecho.

Y De Sacy procede a exponer su interpretación del referido paso del polígrafo árabe haciendo gala de un saber, a la verdad, algo sofisticado.

Copiemos sus propias palabras:

«Hablando Masûdi—dice—de las relaciones portentosas que corrían en su tiempo sobre ciertos monumentos y personajes pertenecientes a la historia de los árabes antes de Mahoma, asegura que, a juicio de algunos, son otras tantas fábulas y narraciones novelescas “parecidas” a las que nos han traducido de las lenguas persa, india y griega, como, por ejemplo, el libro titulado *Los mil cuentos*. Esta es la misma obra comúnmente llamada *Las mil noches* y que contiene la historia del rey, del visir, de la hija del visir y la nodriza de esta, siendo los nombres de aquellas mujeres Chirzada y Dinarzada. En algunos ejemplares de la obra de Masûdi se lee, en vez de *Las mil noches*, *Las mil y una noches*, y, en lugar de “la

historia del visir, de la hija del visir y la nodriza de esta”, “la historia del visir y de sus dos hijas”.

»Pues bien—continúa el gran orientalista—, si me preguntan qué digo del paso de Masûdi, advertiré, en primer lugar, que todo él ha sido alterado, ya que presenta dos variantes de algún bulto. No disputo que este historiador tuviera noticia de una novela persa, titulada *Los mil cuentos*, y que esta novela se tradujera al árabe, como las *Fábulas*, de Bidpai, bajo el jefato de Al-Mamûn. También me inclino a admitir que los personajes de la aventura principal fueran un rey, su visir, la hija del visir y su nodriza; y aún, si se quiere, las dos hijas del visir, aunque esta última elección me parece muy sospechosa. Cuanto a las palabras “esta es la misma obra comúnmente llamada *Las mil noches*” doy de barato que sean de Masûdi, aunque muy bien pudieran ser un añadido; pero lo que tengo por cierto es que Masûdi dijo *Las mil noches* y no *Las mil y una noches*. Esta noche de más se debe seguramente a los copistas, que creyeron que ese paso hacia relación a *Las mil y una noches* que ellos conocían, y, por la misma razón, creo que, en vez de “la hija del visir y su nodriza”, que dijo Masûdi, pusieron ellos “las dos hijas del visir”. Y aunque de pasada, notemos que sería más conforme con las costumbres orientales que la hija del visir tuviera a su lado a una dueña, y no a su hermana, mientras promediaban el lecho imperial. Todo lo que, en conclusión, puede sacarse del texto de Masûdi es que hubo allá en tiempos, con el nombre de *Mil cuentos*, un libro de origen persa o indio, traducido después al árabe, que no conocemos, y del que podrían haberse tomado los nombres de los principales personajes de *Las mil y una noches*».

Silvestre de Sacy resume sus conclusiones en esta forma: «Mi opinión es

que *Las mil y una noches* se escribieron en Siria, en lenguaje vulgar, sin que su autor hubiese terminado el libro, ya porque la muerte se lo impidiera, ya por cualquier otra razón, y que, posteriormente, los copistas procuraron rematar la obra, incluyendo en ella historias ya conocidas, pero que no pertenecían a esta colección, como *Los viajes de Sindbad el marino* y la *Historia de los siete visires*, o componiendo algunas ellos mismos, con mayor o menor fortuna, y que a eso se debe la gran variedad que se ha notado entre los diferentes manuscritos de esta colección y que ese es también el motivo de que no concuerden en el desenlace, de que hay dos relaciones muy diferentes; que los cuentos añadidos lo fueron en distintas épocas y quizá en diferentes países, pero sobre todo en Egipto, y finalmente, que puede afirmarse, con mucha verosimilitud, que la época en que se compuso este libro no pudo ser muy antigua, como lo prueba el lenguaje en que está escrito.»

Ante la fuerza de estos argumentos, el orientalista francés M. Langlès, principal mantenedor de la tesis del origen ariopersa de *Las mil y una noches*, no tuvo nada que replicar, y su partidario, el orientalista austriaco Hammer, hubo de hacer concesiones reconociendo la parte importante que a los árabes corresponde en la paternidad del discutido libro.

La disertación de De Sacy tuvo tanto éxito que Augusto Weil la puso como prólogo al frente de su versión alemana de *Las mil y una noches*.

### LA TESIS PERSA CON RUBRICA JUDÍA

Pero la tesis persa reaparece con rubrica judía, sustentada por el orientalista holandés Gaeje, que de un golpe,

con solo abrir la *Biblia* por el *Libro de Esther*, muestra a los eruditos rebuscadores de libros lo que no habían visto en ese Libro de Libros, que tenían a la mano, quizá sobre su misma mesa, y demuestra, por modo concluyente, que la motivación y sugestión primera de *Las mil y una noches* no se derivan del *Calila y Dimna* ni de ningún libro sánscrito ni persa, sino del gran libro judío, la *Biblia*.

Pues en el *Libro de Esther* se encuentra ya condensado todo el argumento de la obra y las prefiguraciones de sus protagonistas—el rey (Asuero), Schahrasad (Esther), su padre adoptivo el visir (Mardojai), más un personaje que en *Las mil y una noches* no sale y que es Amán, el visir antisemita del rey Asuero.

El monarca persa Ahasveros reinaba «desde la India hasta la Etiopía, sobre ciento veintisiete provincias. El rey Ahasveros estaba casado con la reina Vasti, mujer hermosa y soberbia. Y sucedió que el rey, una vez, “hizo banquete”. Y... pero transcribamos mejor los propios versículos del Libro bíblico, que el drama nos cuenta...

<sup>10</sup> El día séptimo, alegre por el vino el corazón del rey, mandó este a Mahuman, Bizta, Harbona, Bigta, Abagta, Zetar y Carcas, los siete eunucos que servían ante el rey Asuero, <sup>11</sup> que trajeran a su presencia a la reina Vasti, con su real corona, para mostrar a los pueblos y a los grandes su belleza, pues era de hermosa figura; <sup>12</sup> pero la reina se negó a venir con los eunucos, y el rey se irritó mucho y se encendió en cólera. <sup>13</sup> Preguntó entonces el rey a los sabios conocedores del derecho, pues era este el modo de tratar los negocios ante los conocedores de las leyes y del derecho, <sup>14</sup> de los cuales tenía junto a sí a los que ocupaban el primer rango en su reino, <sup>15</sup> qué ley habría de aplicarse a la reina Vasti por no haber hecho lo

que el rey le había mandado por medio de los eunucos.

<sup>16</sup> Memucan respondió ante el rey y los príncipes: «No es solo al rey a quien ha ofendido la reina Vasti; es también a todos los príncipes y a todos los pueblos de todas las provincias del rey Asuero, <sup>17</sup> porque lo hecho por la reina llegará a conocimiento de todas las mujeres y será causa de que menosprecien a sus maridos, pues dirán: El rey Asuero mandó que llevasen a su presencia a la reina Vasti y ella no fue; <sup>18</sup> y desde hoy las princesas de Persia y de Media que sepan lo que ha hecho la reina se lo dirán a todos los príncipes del rey, y de aquí vendrán muchos desprecios y mucha cólera. <sup>19</sup> Si al rey le parece bien, haga publicar e inscribir entre las leyes de los persas y de los medos, con prohibición de traspasarlo, un real decreto mandando que la reina Vasti no parezca más delante del rey Asuero, y dé el rey dignidad de reina a otra que sea mejor que ella.

Y en el capítulo II prosigue la historia en estos términos:

<sup>1</sup> Después de esto, cuando ya se calmó la cólera del rey, pensó en Vasti y en lo que esta había hecho y en la decisión que respecto de ella se había tomado. <sup>2</sup> Los servidores del rey le dijeron: «Búsquense para el rey jóvenes vírgenes y bellas, <sup>3</sup> poniendo el rey en todas provincias de su reino comisarios que hagan reunir todas las jóvenes vírgenes y de bella presencia en Susa, la capital, en la casa de las mujeres, bajo la vigilancia de Hegue, eunuco del rey y guarda de las mujeres, que les dará lo necesario para ataviarse, <sup>4</sup> y que la joven que más agrade al rey sea la reina en lugar de Vasti.» Aprobó el rey este parecer y se hizo así.

He ahí narrado en el mismo estilo de *Las mil y una noches* el drama conyugal del rey Asuero, origen del encumbramiento de Esther la judía, que, con

su belleza y atractivos, hizo que aquel se olvidara por completo de la reina Vasti y de todas las mozas vírgenes de su reino, poniendo fin a ese ominoso tributo de las mil doncellas y salvando, de paso, a su pueblo judío de los manejos de Amán, el antisemita.

Ahí tenemos ya el argumento y las *dramatis personae* del libro árabe. Basta con exagerar un poco las cosas y los caracteres. Que el rey Asuero, en vez de repudiar a la reina Vasti, mande matarla y esas vírgenes reunidas en su serrallo desfilen ante él, no para que elija de entre ellas nueva esposa, sino para que las goce y las sacrifique por turno, y tendremos ya el caso del misógino, agresivo rey Schahriar.

La semejanza resalta todavía en el modo como el rey se entera del servicio que Mardojai le había prestado en tiempos, salvándole la vida, y de los manejos antisemitas del ambicioso Amán, pues también ahí interviene una historia, aunque no sea Esther quien se la cuente:

«Cap. IV. <sup>1</sup> Aquella noche se le fue el sueño al rey y dijo que le trajesen el libro de las memorias de las cosas de los tiempos, y leyéronlas delante del rey...»

Por esa lectura sabe el rey Asuero que el padre adoptivo de su esposa salvará ante la vida, sin que por ello obtuviere recompensa, y decide llamarlo y honrarlo como se merece, subsanando aquel injusto olvido.

Y comparece ante el rey Mardojai y el rey lo nombra su gran visir en lugar de Amán, que muere en la horca que para el hebreo había, con demasiada prisa, mandado levantar.

Esta historia, que pudiera inscribirse en el ya citado libro de At-Tenuji *Al Farchu-bâdi-sch-Schiddet* (*El gozo tras la aflicción*), historia que empieza mal y acaba bien y que los judíos leen todos los años, para su edificación y consuelo, haciéndola seguir de una ale-

gre carnavalada, en que se truecan los papeles, como se trocaron entonces los de Mardojai y Amán, es, en resumen, la misma historia del rey Schahriar y su esposa Schahrasad, que también empieza mal y acaba bien para las mujeres y para todo el reino de Persia.

Cierto que Asuero es un carácter menos violento que Schahriar y que, en cambio, Schahrasad es más enérgica y brava que Esther, y se da un aire en lo heroico a Judith, pues obra por propia iniciativa y no por sugestión de su padre adoptivo, Mardojai, que es allí toda el alma del enredo. Esther solo triunfa ante el rey por su hermosura, y por lo demás es una pavisosa, que no sabe historias ni cuentos entretenidos ni tiene malicia femenil, siendo simplemente una linda muñeca en manos de Mardojai.

Pero salvo esas diferencias, todo lo demás es idéntico, y esas diferencias tenía que introducirlas el retocador del asunto, pues si no habríase encontrado con el mismo *Libro de Esther*.

Confesamos que, de todas las hipótesis, esta de Gaeje nos parece la más admisible y podría servir de base para atribuirle la paternidad de las *Noches* a un escritor judío, arabizado, de los muchos que pululaban en esas cortes orientales.

Si bien se mira, todo el libro milunanochesco está salpicado de constelaciones hebraicas; todo lo que en él se dice de Salomón y su poder sobre hombres y genios es de procedencia talmúdica, así como muchas de las anécdotas edificantes que en él se intercalan.

Schahrasad, como vemos, está hecha con retazos de Esther y Judith, pues en su decisión de ofrecerse al rey Schahriar hay algo que recuerda el gesto de la heroína hebrea que, ataviada con todas sus galas, adornada y ungida como para una noche nupcial, se dirige a la tienda de campaña de Holofernes,

con el puñal escondido bajo sus ropas, como si dijéramos «con la navaja en la liga». Burton ha insinuado que acaso Schahrasad llevase también su navaja en la liga, por si le fallaban los cuentos. Y hasta esa hermanita Dunyasad, que la acompaña, recuerda a esa otra hermana menor que la Sulamita lleva consigo al palacio de Salomón: «Tenemos una hermana que aún no tiene pechos...»

Hay, pues, sobrados motivos para aceptar la hipótesis del orientalista holandés. El judío está en todas partes, en todo se tropieza con él y, como autor del libro más antiguo, tiene los precedentes de todo.

Saludemos a esa noble sombra.

### OTRAS OPINIONES: WEIL-BURTON-MARDRUS

Pero la tesis de Gaeje no ha prevalecido por lo que tiene de hipótesis.

Con el alemán Gustavo Weil recibe un refuerzo la tesis árabe de Silvestre de Sacy.

Para Weil, *Las mil y una noches* son la obra de un escritor árabe, por más señas egipcio, que romanzó en parte, según un antiguo modelo, y, en parte también, según la tradición oral, historias para 1.001 noches y que o no pudo rematar su labor o esta se perdió parcialmente viniendo otros a completar lo que faltaba con nuevas historias.

El inglés Burton, en cambio, se inclina del lado de lo persa y supone que *Las mil y una noches* son la arabización de un modelo persiano, el *Hasar Afsanah* o cualquier otro libro igualmente perdido.

Burton, gran orientalista y viajero, traductor y comentador de *Las mil y una noches*, rechaza las inducciones de De Sacy, que, con todos sus respetos para el ilustre arabista, califica de muy superficiales (*very superficial*).

De Sacy, fundándose en el ya transcrito paso de Al-Masûdi—paso peligroso como el de las Termópilas para los exegetas—, en que el polígrafo árabe compara con los *Mil cuentos* no *Las mil y una noches*, sino *Las mil noches*, concluía que no era este, sino otro libro, el que entendía aquel designar como calcado sobre el modelo persa.

Pues bien: Burton salva garbosamente ese escollo y reafirma su opinión de que el libro de *Las mil noches* son las propias *Mil y una noches*, pese a la diferencia de esa noche más.

«Para mí—dice textualmente—esa discordancia de títulos es un pormenor secundario. Entre los árabes, como entre los antiguos irlandeses, los números impares tienen algo de divino (el proverbio dice que traen buena sombra) siendo los otros, por consecuencia, considerados nefastos. En sus *Viajes* dice Ouseley que el número mil y uno es predilecto de los orientales y cita la Cisterna de las Mil y una Columnas en Constantinopla”.

»Kaempfer, en sus *Amoenitates exoticæ*, habla de los conventos de *dervishes* (*takiyat*) y de los *mezar* o tumbas de santones en las proximidades de Koniah (Iconium), diciendo: “Muchas son las tumbas que encierran cenizas de varones doctísimos de todos los tiempos; mil y una enumera el autor del libro titulado *Hasar ve yek mezar*, o sea *Mil y un mausoleos*.”

»A mediados del siglo XVII—sigue Burton—, el famoso *dervisch* Mujlis, jefe de los sufíes de Ispahán, compuso, con el título de *Hasar ve yek Rus* un libro—*Mil y un días*—que Petit de la Croix tradujo al francés con un prólogo de Cazotte, y Ambrosio Phillips retradujo al inglés.

»Finalmente en la India y en toda el Asia, donde aquella extendió su influjo, un número redondo, por decirlo así, no seguido de otro más concreto, resulta indefinido, y así, los indos siempre

agregan la unidad a centenares y millares y dicen ciento y uno en vez de cien, y mil y uno, en lugar de mil.

»Pero además de eso lo grande en el *Hasar Afsanah* es haber servido de modelo indudable a los árabes, que les tomaron a los persas su marco—principal característica—, su exordio y su desenlace.»

En apoyo de su opinión, hace notar Burton que en *Las mil y una noches* todo delata el origen persa. Persa es el escenario de las más de sus historias, y cuando estas no han sido demasiado trabajadas por la pluma de los literatos árabes, como la de *Los siete visires*, que es el guebro *Bajtiyar-Nameh*, tanto los hombres como los episodios se mantienen paleoiranios y con pocas excepciones, claramente persas. Y en ocasiones es dable descubrir el proceso de transición, como en esa *Historia de Mazin de Jorasán* (del manuscrito Warthley Montague), cuyo protagonista se convierte en Hasán el de Bazra, de la edición MacNaghten.

El proceso de islamización de *Las mil y una noches* es análogo a otros muchos, como el de cristianización sufrido por el *Libro de Calila y Dimna* en las versiones europeas, y el de las *Gesta Romanorum* en que, al cabo de cinco siglos, reaparecen la vida y los usos y costumbres de la Roma pagana y cesárea, vaciados en el molde de la Europa caballeresca medieval y cristiana.

A la cosmogonía persa corresponde, en efecto, el fondo de esas revelaciones que los ángeles le hacen a Balukiya sobre los arcanos del Universo. El Scheju-l-Bahr que As-Sindbad, el marino, encuentra en el curso de sus viajes, aparece ya en la novela persa de *Kamaraupa*, caracterizado con todos sus pelos y señales.

En la silva de *Historias que tratan de engaños y marrullerías de las mujeres* (Noches 344 a 365), tenemos la

transfusión a la prosa árabe de todo un libro persa, el famoso *Sindibad-Nameh* o *Libro de Sindibab*, del que también se marcan huellas en las *Gesta Romanorum*, en Boccaccio y en toda la literatura medieval.

La *Historia de Seifu-l-Muluk y Bedietu-ch-Chemal* (Noches 422 a 437) es el trasunto de una novela persa de amor romántico del siglo IX que, como obra independiente, fue traducida a todos los idiomas del Oriente musulmán, incluso al sindi, y en que el héroe se llama Saifal. Y no digamos nada de las anécdotas referentes a reyes persas como Ardaschir y Anuschirván, cuyo origen iranio es evidente.

Por todas esas razones, Burton afirma categóricamente que *Las mil y una noches* no son sino la arabización de un libro persa, quizá el *Hasar Afsanah* perdido.

Pero sus argumentos no logran borrar del todo la idea del origen hindú por una parte—y árabe por otra—del libro. Cosa natural, ya que todo lo que él atribuye a los persas puede referirseles en último término a los hindúes, de donde los persas lo tomaron todo, al mismo tiempo que también, desde época inmemorial, ya todo eso formaba parte del fondo semítico.

Así en 1899 el doctor Mardrus, médico sirio y escritor francés, en el prólogo a su versión directa de *Las mil y una noches*, afirmaba, resueltamente, lo mismo que De Sacy en su tiempo, o sea, que *Las mil y una noches* eran un libro árabe, concebido y escrito por árabes y en tierras árabes, sin préstamo alguno indio ni persa, aunque sin aducir ninguna razón erudita en apoyo de esa convicción, a la que parecía haber llegado por la vía intuitiva, por la voz de la sangre árabe que en él hablaba.

La falta de argumentación científica por parte de Mardrus excusa de ahondar en esa que podemos llamar «cora-

zonada», ya que las cosas del corazón no se razonan.

Pasemos, pues, a apuntar otra reviviscencia de la tesis indianista, también expuesta en forma dogmática, apriorística, por esa gran intuitiva rusa, por esa vidente de madame Blavatzki, esa Schahrasad rusa, pasada por las escuelas místicas de la India, que, a finales del siglo XIX, vino a contarles a los sabios de Europa cuentos indos, que tenían mucho de chinos, y que formaban la base de una nueva religión: la Teosofía.

Para madame Blavatzki, *Las mil y una noches* son un libro esotérico que forma parte de la gran tradición de la gnosis inmemorial, cuyo secreto guardan los sacerdotes budistas del Tibet que a ella se lo revelaron y que ella reveló a Europa en esa voluminosa enciclopedia ocultista que se llama *La doctrina secreta*.

En esa obra monumental, al hablar la papisa teosófica de las leyendas populares del folklore universal, les asigna un valor de revelación, de vehículos del saber esotérico de los iniciados indos.

«La tradición—dice—no ha desfigurado los hechos hasta el punto de hacerlos irreconocibles. Entre las leyendas de Egipto y Grecia, de una parte, y la de Persia, por otra, hay demasiada semejanza de figuras y de números para que pueda achacarse a simple casualidad, como ha sido archiprobado por el astrónomo y orientalista Bailly. Esas leyendas han pasado a ser luego cuentos populares persas, que ya han encontrado su sitio en la Historia universal. También las hazañas del rey Artus y de sus caballeros de la Tabla Redonda son cuentos de hadas, a juzgar por las apariencias, y, sin embargo, encierran hechos muy reales de la historia de Inglaterra. ¿Por qué, pues, la tradición popular del Irán no ha de ser, a su vez, parte integrante de los sucesos



prehistóricos de la perdida Atlántida?... Antes de la aparición de Adán (el hombre de la quinta raza) nos hablan dichas tradiciones de los devis o devas, fuertes y perversos gigantes, que reinaron siete mil años, y de los peris o ized, más pequeños, pero mejores e inteligentes, que solo reinaron dos mil años. Aquellos fueron los atlantes, los vakschasas del *Ramayana*; estos últimos, los arios o moradores del Bharts Varscha, es decir, de la Gran India...»

O sea, que a la India, en último término, se remonta todo.

Dejando aparte lo del sentido esotérico de *Las mil y una noches*, tema que un teósofo español, Roso de Luna, «el mago de Logrosán», explaya y razona en su libro *El velo de Isis*, del que hablaremos después, no hay más remedio que darle la razón a madame Blavatzki en lo tocante al origen último de *Las mil y una noches*, si se admite su origen persa, pues lo persa nos lleva a lo hindú, y es en la India donde radica todo ese mundo maravilloso a que las *Historias de As-Sindbad, el marino*, y otras muchas nos trasladan. En la India está Garuda, el original del Ave Roj persiano y de los caballos voladores, y allí residen también las princesas-serpientes, las «sarpa-rachas», abuelas venerables de la serpiente-reina Yámlika, de la millonachasca *Historia de Hásid Kerimu-d-Din*, y el Ogro terrible, del que son trasunto los algoles persas y el arquetipo de todas esas maravillas, magias y esplendores que en *Las mil y una noches* nos deslumbran.

«En el *Mahabharata*—dice Juan Lahor—hay todo un mundo creado por la imaginación popular, mundo fantástico de ogros y ogresas, de peces, serpientes, animales parlantes, seres encantados y siniestros demonios que luego veremos reaparecer en *Las mil y una noches*, en nuestras novelas de caballería y en nuestros cuentos de niñe-

ras, sin que sepamos todavía qué camino pudieron seguir para llegar hasta nosotros.»

Ahora bien: el que la atmósfera de *Las mil y una noches* sea india no basta para probar que ese libro se escribiese sobre un modelo sánscrito.

Y eso es lo único que, a los términos de nuestro debate, pudiera interesar.

De suerte que, por falta de datos concretos, fehacientes, documentales y no intuitivos, sigue aún sin precisar el lugar de origen, la nacionalidad, la patria de *Las mil y una noches*. Y eso después de estudios tan prolijos y bien orientados como los de Astruj (1905), Littmann (1923) y Goester y Krimsk (1919).

Y la misma desorientación reina entre los eruditos tocante a la paternidad personal—digámoslo así—del libro y su edad.

## AUTOR O AUTORES

Galland publicó su versión francesa como de cuentos árabes, de autor desconocido. Es decir, que lanzó ya la idea apriorística de que el autor de *Las mil y una noches* era uno solo. Bien podía pensarlo así, ya que los cuentos por él traducidos del supuesto manuscrito sirio no representaban una obra tan ingente como para que no pudieran ser de una sola minerva y hasta de una sola mano.

Pero al descubrirse luego, como ya hemos dicho, otros manuscritos árabes más ricos, en que ya la unidad de plan y estilo se perdían, sobre todo después de la edición MacNeghten, la tesis de un solo autor resultó insostenible, y los orientalistas hubieron de admitir la calidad rapsódica del libro y con ella la pluralidad de autores.

Lo más que concedían era que en su origen hubiera sido uno solo el autor; pero que, habiendo dejado su obra sin

terminar (recuérdese la opinión ya transcrita de De Sacy), otros se encargaron de continuarla y rematarla, de donde pluralidad de autores.

Hoy ya nadie pone en duda la calidad rapsódica del libro, que resalta evidente en la heterogeneidad de sus elementos y estilos correspondientes a diversas épocas, y la existencia de esos diversos manuscritos hallados acusa también pluralidad de autores iniciales y de patrias del libro. Ambas cuestiones van ligadas entre sí y además lo están con la otra cuestión: la del tiempo.

No se pueden desglosar una de otra esas cuestiones y tratarlas separadamente, y así desde el principio vemos a los eruditos preocuparse de fijar la edad del libro. Hay una ilusión de la óptica espiritual que inclina a atribuir al narrador la longevidad de las historias que cuenta. Y *Las mil y una noches*, que refieren historias tan antiguas, pareció también ella misma antiquísima a los primeros investigadores.

De ahí las hipótesis tendentes a hacerlas derivar primero de un libro sánscrito y luego de un libro persa, escrito en pehlevi.

El barón Von Hammer-Purgstall, principal mantenedor del origen persa del libro, fundándose en el ya referido paso de Al-Masûdi, asignaba a *Las mil y una noches*, no una antigüedad fabulosa, pero sí bastante grande, haciéndolas datar de los tiempos del jalifa abasi Al-Manzur (siglo I de la *hechra*).

Contra esa hipótesis alzóse el arabista inglés Lane, que rebajó unos grados, o sea unos siglos, esa longevidad.

Pero también contra Lane se alzaron otros eruditos, según los cuales *Las mil y una noches* debían de ser bastante antiguas, pues ya en el siglo VII de la *hechra* estaban terminadas. Y citaban en su apoyo otro paso, tan célebre como el de Al-Masûdi y tan peligroso, en este itinerario de la indagación mi-

liunanochesca. Esta vez se trataba propiamente de un traspaso, pues citaban a un escritor, arabecordobés por cierto, Al-Kortobi, pero al través de otro escritor arabegranadino, Abul-l-Hasán-Ibn-Said, y ambos todavía a través del historiador Al-Makkari. El cual, en su libro *Bocanadas de aromas de las ramas de Al-Andalus, el florido*, dice así:

«Ibn-Said-téngale Alá en su misericordia—refiere en su libro *Al-Mujal-lá-bi-l-Aschar*, tomándola de Al-Kortobi, la historia de la edificación del Hudech en el jardín de El Cairo, que era uno de los lugares de recreo de los jalifas fatimies, de rara y soberana belleza, según la cual el jalifa Al-Amir-bi-hkam-l-Lah lo mandó edificar para una mujer beduina, cuyo amor adueñárase de su corazón, en la vecindad del “Jardín elegido” y solía trasladarse a él, y allá se dirigía cuando lo asesinaron, y, después de él, no dejó de ser un lugar de recreo para los jalifas siguientes. Corren entre el vulgo muchedumbre de anécdotas sobre la beduina Ibn-Meyyah, de los hijos de su tía, y los que a ellos se refiere en la mención de Al-Amir, de suerte que los cuentos que sobre eso cundieron entre el pueblo llegaron a ser como la historia de Al-Battal y *Las mil noches* y lo demás que se les parece.»

Esa misma anécdota figura también en el famoso *Jitat*, atribuido a Al-Makrisi, con leves variantes. El arabista inglés Payne tradujo la copia del *Jitat* y la esgrimió como un argumento a favor de la antigüedad de las *Noches*. Lane fluctúa entre las opiniones de Von Hammer y de De Sacy, decidiéndose, finalmente, por la última, es decir, por la modernidad del libro, aunque, según él, no se escribió en Siria, sino en Egipto, en El Cairo. Palgrave afirma con toda seguridad: «El original de esta amena obra debe de haberse compuesto en Bagdad, en el siglo IX; otra no menos popular, pero menos

ingeniosa versión, es probablemente obra de un tunecino y muy posterior.»

Hole, que solo alcanzó a conocer las *Noches* en la versión de Galland, sitúa la terminación del libro a fines del siglo XV; Caussin de Perceval supone que el compilador de las historias vivió en nuestro siglo XVI (X aproximadamente de la *hechra*). Y Lane precisa: «No pudo haber empezado su redacción antes del último cuarto del siglo XV ni después del primer cuarto del siglo XVI», es decir, casi a raíz de la conquista de Egipto por el sultán turco Selim (1517).

De Sacy, como hemos visto, elude el compromiso de señalar fecha; pero a juzgar por el árabe, ya no enteramente clásico, en que se escribió el libro, supone que este no puede ser muy antiguo.

Weil, en el prólogo a su versión alemana, sitúa su comienzo entre los siglos IX y X de la *hechra*, lo que quiere decir una gran juventud.

Burton encierra su proceso de elaboración entre los siglos I y X de la *hechra*, y su redacción actual la fija en el siglo VII.

A análogas conclusiones llega el doctor Mardrus.

El siglo X u XI de la *hechra* a lo sumo debe de marcar el término de cierre del libro en la forma en que hoy lo conocemos y el siglo I o II de la *hechra* el principio de ese proceso biogénico. Ni aun admitiendo la tesis teosófica de madame Blavatzki puede atribuirse al libro actual una antigüedad mayor, aunque su origen remoto, como tradición de los atlantes, o sea de la quinta raza, lo haga contemporáneo del Diluvio.

Pero toda esta triple cuestión que examinamos implica a su vez, y presupone otra, ya apuntada en su tiempo por el inglés Payne, y que, más que cuestión, es un deber previo: el de deslindar y separar el núcleo básico, pri-

mario, de ese repertorio de cuentos mediante el cotejo de los cuatro primeros textos impresos y los doce manuscritos por los orientalistas.

Y de ese cotejo pudiera inferirse el texto canónico, auténtico, de *Las mil y una noches* y establecerse la oportuna distinción entre lo auténtico y lo apócrifo.

Lo apócrifo aparece ya en la misma versión francesa de Galland, como infiltraciones de la fuente oral en los textos escritos.

Ya en su tiempo surgió la sospecha de si Galland no habría actuado sobre ningún manuscrito y se habría limitado a anotar las historias que a los recitadores populares oyera en los cafés de Estambul y Siria.

Corre también, como bastante autorizada, la especie, que Jakobs recoge, de que Galland tuvo en París, como colaborador de sus cuentos, a cierto árabe cristiano, llamado Hannah de Alepo, que visitó París en 1700.

Sea como fuere, no está muy clara la forma como se constituyó el primer cuerpo de cuentos miliunanoscos que en el siglo XVIII conoció Europa. Todo son dudas respecto al manuscrito árabe que utilizó Galland. Este, en la primera parte de su versión, solo llegaba hasta la Noche 264 y, a partir de ella, seguía ya adelante con los cuentos, sin numerar las noches.

Eso ha hecho pensar que el original árabe por él utilizado era el primitivo de *Las mil y una noches* que, en concepto del doctor Russel y el doctor Scott, «es muy probable no contuviesen más de 208 noches a lo sumo» y que los demás cuentos sean añadidos posteriores.

En la dedicatoria de la primera parte de sus *Cuentos árabes* nos dice Galland que su manuscrito arábigo constaba de cuatro volúmenes, uno de los cuales se había perdido. Suponiendo que tuviese las mismas dimensiones

que los otros tres—razona Burton—solo podría contener la continuación de la *Historia de Kamaru-s-Semán* y la de *Gánim-ben-Ayub* y *El Caballo de Ebanó*. Para completar el volumen, se supone que interpeló los diez cuentos siguientes que van desde la *Historia del Príncipe Sinu-l-Asnam* a la de las *Doce hermanas celosas* (de la menor). Y esas diez historias son, por consiguiente, sospechas <sup>2</sup>.

Caussin de Perceval, que reeditó a Galland en 1806, dice haber encontrado en la Biblioteca Imperial dos manuscritos árabes, uno en tres volúmenes, que supone data del siglo II de la *hechra* aproximadamente y ser el que utilizó Galland, y otro de unas 800 páginas, partido en 905 noches y que contiene anécdotas tomadas de Bidpai, *Los siete visires*, etc.

Todos los esfuerzos de los subsiguientes traductores tienden, como hemos visto, a completar a su predecesor francés e introducen nuevos cuentos de una autenticidad no siempre muy clara y se toman con los textos unas libertades a veces excesivas.

Así ocurre con la versión francesa de Trébutien (Paris, 1838) y la inglesa de Lane (1839).

Tanto Caussin de Perceval como Trébutien y Weil añaden nuevos cuentos, que continúan el proceso de incrementación progresiva de *Las mil y una noches* en Europa, sobre el cual hallará el lector documentación adecuada en la obra de Víctor Chauvin *Bibliographie des ouvrages arabes au relatifs aux arabes publiés dans l'Europe chrétienne de 1810 à 1885* y, más concretamente todavía, en la de Zotenberg, *Notice sur quelques manuscrits des 1.001 nuits et la traduction de Galland*, que ha servido de base a la de Chauvin.

La principal objeción que se les hace a las versiones europeas, desde la de Galland, es, como hemos visto, la de recoger historias tomadas de la tradición oral y no de manuscritos comprobables.

Pero casi todos los traductores viajeros han bebido en esas fuentes de la tradición oral, fuentes vivas, pero impuras, de *Las mil y una noches*, y de labios de los *raui* o rapsodas han recogido historias con que enriquecer sus versiones. Mardrus, en su pretendida versión «íntegra», invoca la tradición oral y declara con jactancia la colaboración de los juglares públicos que en los zocos y cafés de Oriente siguen añadiendo noches a las *Noches*.

Pero el rapsoda (de *rapto*, coser) cose mal y a veces hace corcujos. Alarga las historias, las zurce unas con otras y crea versiones nuevas de viejos argumentos.

Y lo mismo que el rapsoda hace el copista, con sus interpolaciones y añadidos arbitrarios, y, por su afán inconsciente de actualizar los textos y traerlos al tiempo en que él vive—pues existe el tropismo del tiempo—, no menos que por el anhelo innato de creación, introduce en los textos anacronismos y pormenores accesorios de su propia cosecha. La pluma tira del escritor, aunque sea un mero amanuense. Y no hay quien se resigna a ser un simple escribidor y no escritor.

No hay apenas una historia de *Las mil y una noches* de la que no existan por lo menos dos versiones y a veces más. La *Historia de Chuder, el hijo del mercader Omar, y sus dos hermanos* (Noches 365 a 380) tiene una cola—digámoslo así—en la traducción de Weil, que falta en las demás.

La *Historia de los sabios que inventaron un pavo real, una trompeta y un caballo* (Noches 240 a 249) aparece contada de dos distintos modos en el libro. La de *Ataf el generoso* (Noches

<sup>2</sup> Se está refiriendo, claro es, a una edición distinta de la nuestra, por lo que no hacemos las correspondientes anotaciones de las noches. N. del E.

681 a 695) es muy otra en Burton que en la versión española de González Palencia. En esta última, que el traductor no dice de qué manuscrito la haya tomado, interviene un elemento mágico, que falta en las demás.

El copista, lo mismo que el rapsoda, unas veces añade y otras quita.

En la versión Mardrus, la *Historia de Kamaru-s-Semán y del rey Schahramán* (Noches 148 a 176) termina bruscamente, como por defecto de un corte, omitiendo la larga continuación que en la edición de Bulak muestra.

Y no solo varían las historias en su decurso, sino que a veces también en el desenlace, que es más esencial. En la ya citada historia de Kamaru-s-Semán, según Mardrus, el desenlace es fausto, mientras que en las demás versiones toma un giro patético.

Puede decirse que no hay dos textos que coincidan en todo, ni siquiera en los nombres de los personajes, principales o subalternos. Esa discrepancia resalta ya, en el exordio del libro, en los nombres de los dos reyes y las dos hermanas: Schahriar es en unos Schahrbaz o Schahrban, en otros Marzban; Schahsemán es en Galland Schah-Senán-rey de las mujeres y no del Tiempo—y en otros textos Schah-Rummán-rey de las granadas—; Schahrasad y Dunsasad son, alternativamente, Schehresad y Dinarsad o Dirnasad.

Las mismas discordancias se advierten en la toponimia. ¿Y tocante a los poemas intercalados en los cuentos? No hay dos versiones que concuerden, que traigan los mismos versos ni en los mismos lugares.

Las historias cambian en texto y en número, según el manuscrito utilizado por el autor y de ello depende que el libro tome esta o la otra fisonomía.

En la versión de Galland, según su manuscrito de Siria, *Las mil y una noches* presentan una cierta unidad de plan y de tendencia, que luego se com-

plica en las versiones más completas de Habicht y, sobre todo, de Mac-Naghten.

A partir de ahí el horizonte del libro se dilata y su campo se amplía en términos que, para recorrerlo, se necesita una carta geográfica.

¿Y cómo distinguir lo auténtico y primitivo de lo interpolado y apócrifo? No hay criterio seguro ni método inductivo que pueda servir de brújula.

Ni las indicaciones temporales ni las geográficas, pues se trata de cuentos y no de historias y de cuentos escritos por hombres de ese Oriente en que fecha y lugar nunca tuvieron gran importancia, y, además, poetas, para los que todavía la tienen menos.

Todas esas precisiones que la crítica exige hoy son cosa moderna que no regía en lo antiguo ni para el propio Occidente. Ni autor ni lectores sentían su necesidad. Vivían en el tiempo y el espacio poéticos.

Es algo difícil precisar el alcance geográfico que esos términos de India y China tienen en boca de un narrador árabe que, para designar la época en que sitúa su libro, se vale de esas expresiones igualmente vagas de «en los tiempos antiguos y en los siglos pretéritos», algo equivalente al *in illo tempore* evangélico. El lugar y el tiempo no tienen importancia alguna para los *raui* árabes, que juegan con ellos como dos serpientes hipnotizadas por la magia del canto.

Para los árabes todo es poesía; poema es para ellos la Historia y viven y actúan en un tiempo y un espacio ideales. En general, así era para todos los pueblos antiguos, quitando si acaso a los griegos, abstemios bebedores de agua o de vino aguada, siempre lúcidos, esos inventores de la medida y el número; los demás pueblos, es decir, los orientales, fumadores de *alhaschische* y opio, confunden fechas y lugares y tienen memoria de borrachos.

La cronología es una invención griega, y fue entre los griegos, que hablaban en sus asambleas con la clepsidra por delante, donde empezó a tener valor el tiempo, donde empezó a ser oro, el primer oro alquímico, y a cotizarse como hoy se cotiza en la City y en Wal Street, donde el tiempo entra a formar parte, como el oro, de la economía capitalista.

El árabe y todos los pueblos antiguos tienen la sensación del tiempo en masas; el pasado en bloque encierra todo el pretérito y el futuro todo el porvenir; cuanto al presente, casi no existe para ellos y, en cierto modo, todas las categorías temporales se les funden en un solo bloque o se transmutan y convierten en capricho, como en la cronología de los sueños.

Esta vaguedad de su noción del tiempo se manifiesta en sus conjugaciones, de una imprecisión que contrasta con la exactitud de las del grupo indoeuropeo, y en las que el «vav conversivo» cambia el pretérito en futuro y viceversa, haciendo de conmutador temporal. Detalle del que los filólogos (Renan, Ewald, Maschwell) deducen toda una psicología de raza.

La única guía para orientarse en ese laberinto del tiempo es la mención de algún monarca de constancia histórica; pero, aun así, queda la duda de si se trata de un ardid del autor o de una interpolación del copista.

Y, por la misma razón, tampoco sirve de nada la guía léxica; el hallazgo de algún vocablo que designe objetos, cuya fecha de introducción en Oriente conste por la noticia histórica.

Se ha intentado sacar un argumento cronológico de la mención en estos cuentos de voces como «kahua» (café) y «duján» (tabaco), que situarían las historias en que aparecen en los siglos XVI y XVII, respectivamente, y ampliarían la fecha de cierre del libro, generalmente admitida. Pero Burton,

con mucha razón, echa abajo esas hipótesis, haciendo notar que la voz «kahua», en su acepción primitiva, significa vino añejo o licor fuerte y no hay, pues, que interpretarla forzosamente «café», por lo que los puristas vocalizan la palabra, «kiahua», cuando se trata del café. Cuanto a la voz «duján», tampoco designa el solo tabaco, sino toda hierba mareante, fumable como el *alhaschische*, el *banch* y el *kif*. (Tabaco—observa, además, Burton—no es el tabaco, la planta, sino la pipa en que los pieles rojas la fumaban.)

No contamos, pues, con criterio seguro para fijar la cronología de esas historias miliunanocheas, decisiva para la fijación de los apócrifos.

Nos hallamos en el caso de los exegetas de los libros sagrados, que también plantean los mismos enigmas de paternidad y de fecha; pero no tenemos aquí la autoridad suprema de una revelación divina que resuelva el conflicto.

«Precisaria—afirma Burton—un Aristarco flexible que cogiese estos cuentos, los ordenase, los puliese y los presentase en forma de un todo coherente, como los actuales poemas homéricos.»

En ese caso, habría que podar y desmochar la excesiva frondosidad del libro, descargarlo, sobre todo, de su parte anecdótica menuda, referente a los jalifas musulmanes y de buen número de otras, dejando solo los cuentos grandes, con lo que se reduciría considerablemente el volumen talmúdico de la obra. Eso es, después de todo, lo que hizo Galland y lo que, por falta de materiales, tuvieron que hacer los primeros traductores. La cuestión se complica con el descubrimiento de nuevos manuscritos y la aparición de las pretendidas versiones integrales.

Es muy de pensar que esos traductores no han tenido demasiado escrúpulo en la recogida de sus historias y anécdotas y han metido la mano, más o menos hondo, en el fondo árabe del

libro, común a otros de su época o anteriores.

Es significativo el hecho de que historias de *Las mil y una noches* primitivas se encuentren también en el ya citado Al-Masûdi y en Al-Kaziyu-t-Tenuji, el autor de *El gozo tras la aflicción, pues indica que el fondo primario de Las mil y una noches* era fondo común de los narradores antes que se juntasen bajo ese epígrafe, y existían acaso como reliquias del *Hasar Afsanah* u otro libro perdido. ¿Cómo fue que empezaron luego a ser consideradas esas historias como puramente miliunanochescas? ¿Qué criterio sirvió para ese deslinde?

Sucede que la distinción entre lo auténtico y apócrifo se inspira esencialmente en impresiones subjetivas. Burton desecha historias como las de Alâd-Din y Ali-Babâ, por considerarlas apócrifas, imitaciones, *paramythia*, y, en cambio, admite otras que, por la misma razón, descartaron sus predecesores.

Mardrus también, a impulsos de su manga ancha, incluye esas historias suspectas, sobre todo del fondo egipcio, que le valieron fama de completa a su versión, y deja otras, quizá por suponerlas espurias.

Por experiencia personal podemos decir que, en nuestras pesquisas de viajero por los libros, hemos encontrado muchas de esas anécdotas históricas que figuran en *Las mil y una noches* en otros libros árabes, de la época abbasí, o inmediatamente posterior, como el *Il-lamu-n-Nas* (*El sabedor de las gentes*), del Atlidi, que las reproduce sin indicar su origen y que no es seguro las tomase de *Las mil y una noches*.

También en el *Jardín fragante*, del *scheij* Mohammed Nefsauí, figura toda la serie de historias que, con este título general, da Mardrus en su versión de las *Noches*.

Tenemos la impresión de que todas las anécdotas semihistóricas que van en el libro, así como esa serie de chistes y chascarrillos referentes al popular bufón Choja, son advertencias y se ciernen en la atmósfera de lo apócrifo o, por lo menos, opinable, y diz que por esa zona de lo simplemente probable es por donde los traductores integrales dilatan el horizonte de sus *Noches*.

En otros términos: hay un repertorio de historias menudas y menudas anécdotas desperdigadas en esa rica colección de centones de cuentos, rarezas, curiosidades, chascarrillos, etcétera, formados por escritores árabes de los siglos V y VI de la *hechra*, que tienen todo el corte y la traza de sus congéneres de *Las mil y una noches*, que son perfectamente miliunanochescos y podrían incluirse entre ellos sin desentonar lo más mínimo.

Y a fe que no son pocas las anécdotas de esa clase; ciertamente, tenemos *Sartal de perlas de facecias y rarezas* (de Abu-Ishak-Al-Hazri), siglo V *hechra*; *Recordación Al-Hamduniya*, siglo VI *hechra*; *El collar de perlas para el monarca, el dichoso*, de Abu-Sálím-Mohammed-ben-Talha, VII *hechra*, etcétera.

Ante esos libros, nos asalta con razón la duda de si serán ellos los que han tomado de *Las mil y una noches* o, al revés, si serán fuentes en vez de colectores o si *Las mil y una noches* serán colectores también.

Enigmas son estos que no se resolverán nunca a satisfacción de la crítica verdaderamente científica, lo que equivale a decir que nunca se llegará a establecer en modo terminante un texto canónico, auténtico, de *Las mil y una noches*, como no fuere en un congreso de orientistas que, actuando de Sínodo o Concilio, lo decidiese apodicticamente, sin meterse en más; cosa imposible, pues tal congreso no tendría po-

der para lanzar el anatema contra los disidentes, falto de refrendo superior del Espíritu Santo.

Pues solo así se acabaría con la pluralidad de opiniones respecto al discutido libro. Pero como eso no es posible, siempre subsistirán esas opiniones subjetivas y antagónicas, y cada nueva versión de *Las mil y una noches* nos dará nuevos cuentos inéditos y, en vez de aclarar la cuestión, vendrá a complicarla todavía más, pues esos traductores no son nunca lo suficientemente explícitos sobre el origen de sus aportaciones progresivas, que hacen pensar las toman de un fondo inagotable.

Habicht, Von Hammer-Purgstall, Weil, Caussin de Perceval, Trébutien, todos tienen la pretensión de haber agotado ese fondo, y, sin embargo, en 1881, el escritor inglés Juan Payne, ya famoso en su país por su versión primorosa de los *Poemas* de François Villon, publica su traducción *The Book of the Thousand Nights and One Night*, que según hacia constar «comprende cuatro veces más material que la de Galland y tres veces más que cualquiera de las anteriores».

Y en 1885 vendrá la versión de Burton, *The Thousand Nights and a Night*, con nuevas historias que Payne se dejó en el tintero, y con la pretensión de ser la más completa y literal; pero en 1889 surgiría todavía la versión francesa de Mardrus, con nuevas historias, que Burton olvidó, y con la misma pretensión de literal e íntegra.

Cada nueva versión es una crítica de las anteriores, expone nuevos puntos de vista personales y, por tanto, discutibles, y, todas ellas, pese a sus pretensiones de ser definitivas, no son sino provisionales, en espera de nuevos descubrimientos eruditos o nuevos *bluffs* sensacionales.

En resumen: que aún estamos muy lejos de poder decir nada dogmático sobre el origen de *Las mil y una no-*

*ches* y, más todavía, de poder señalar lo canónico y lo apócrifo en ellas. Solo hay cierto consenso entre los orientalistas respecto a considerar como auténticos los cuentos primeros, desde la *Introducción* hasta la *Historia del casamiento del rey Bedr Bástim-ben-Schahramán con la hija del rey Samandal* (Noches 406 a 421), que constituyen el meollo, el protoplasma del libro y deben de ser, por consiguiente, los más antiguos. Todos los demás son opinables y discutibles.

La misma incertidumbre se observa respecto a los múltiples autores que rapsódicamente han compuesto esta serie de libros.

No sabemos nada concreto acerca de ellos, pese a los trabajos de Littmann y Goester y Krimsk, cuyas historias literarias de *Las mil y una noches* son una colección de ingeniosas inducciones, un alarde de lo que se ha llamado «crítica conjetural».

Lo único que ha podido señalarse en la disección erudita de ese Pájaro Roj literario es la presencia, en su buche, de libros enteros persas, como el de *Sendebar*, o de *Los siete* (diez o cuarenta) *visires* y adherencias con otros, como el sánscrito *Kathá Sárit Ságara* (*Mar de las corrientes de la Historia*) y el bajolatino *Gesta Romanorum*, en que se cuentan historias idénticas o muy parecidas a las miliunanochescas. Pero también esos libros plantean problemas o, mejor dicho, enigmas eruditos.

Nos hallamos, pues, siempre en un laberinto, en un círculo vicioso—análogo al en que se debaten los investigadores del *Rig Veda*—o, si lo preferis, mágico. Podríamos decir que los eruditos juegan aquí al juego de las cuatro esquinas y van de lo sánscrito a lo persa y de lo persa a lo árabe y de lo árabe a lo hebraico, engañados por ecos y semblantes confusos.

Dejemos, pues, esa cuestión y com-



pletemos el cuadro de las traducciones de *Las mil y una noches* que se presentan con pretensiones de íntegras y literales.

### DE GALLAND A MARDRUS

Ya hemos hablado de la versión inglesa de Payne (1881-1882), que comprendía cuádruple material que la de Galland y, además, levanta los estucos con que aquel había recubierto los pasos escabrosos de la suya.

La versión de Payne, que es hoy una rareza bibliográfica, destinóla su autor a la circulación privada entre sus amigos y compañeros de la *Villon Society* que él presidía, en una edición de quinientos ejemplares, por lo que puede decirse que no salió de la intimidad.

Fue una versión para la minoría, para la *élite*, que no trascendió al gran público, pues en ese caso habría chocado con el «kant» inglés, una furia prohibida que, por eso mismo, paladeaban con fruición aquellos *gentlemen* y *dandies* y *snoobs* literarios de la época victoriana, de lo que Osbert Burdett ha llamado «periodo Beardsley» y en el que se mueven pintores como Whistley y escritores como Oscar Wilde, igualmente golosos de licores y poemas exóticos, y que, ansiosos de sensaciones nuevas, llegaban a fumar o comer opio.

La versión de Payne, como obra literaria inglesa, es exquisita y se destaca de todas las anteriores. Escritor de gusto refinado, supo dar a su estilo una pátina de arcaísmo moderado, un aire antiguo de leyenda, eligiendo vocablos propios a dar esa impresión de edad media que el libro requiere. Payne puso en su labor el mismo acierto y escrupulosidad que en la de los *Poemas* de François Villon, el rey de los *goux*, tan difícil de trasladar a otro idioma.

Burton, nada benévolo en sus juicios,

se sobrepone al espíritu de emulación y califica la versión de Payne como «la más legible» (*most readable*) en su idioma y añade: «Acierta a maravilla en los pasos más difíciles y atina con la voz vernácula equivalente a la exótica con tanta suerte y color, que todos los futuros traductores tendrán que usar la misma expresión, so pena de quedarse cortos.»

Y, sin embargo, no por ello desistió Burton de rematar su versión de *Las mil y una noches*, que ya había empezado cuando aquel publicó la suya, y que, con el título de *The Thousand Nights and a Night*, dio a la luz en 1885, precedida de un prólogo y seguida de un epílogo o *Ensayo final* (*Terminal Essay*) y sembrada de notas, como de minas eruditas, al final de cada cuento.

La versión de Burton no pierde interés después de la de Payne; en primer lugar, porque en cierto modo la divulga y, además, porque sus viajes por Oriente y por Africa, donde fue como explorador de las fuentes del Nilo un precursor de Livingstone, lo familiarizaron con las lenguas y las literaturas orientales y con la tradición oral de los *raui* o recitadores ambulantes, y lo capacitaron para descubrir acentos locales en el habla del libro.

Burton rectifica yerros eruditos, aclara oscuridades, explica usos y costumbres de Oriente aludidos en el libro y fija la verdadera equivalencia fonética de términos arábigos. Por ejemplo, escribe siempre «bin» y no «ben» al transcribir los patronímicos, Mohammed-bin-Hasán, por ejemplo, ajustándose a la verdadera pronunciación de los indígenas.

Burton descubre adherencias persas y sánscritas en el cuerpo del libro, en los cuentos individuales, y es el primero en señalar digitalmente libros como el sánscrito *Kathá Sárít Ságara* (o *Mar de las corrientes de la Historia*), en que

se hallan coincidencias con cuentos de *Las mil y una noches*, o el bajolatino *Gesta Romanorum*, en que se observa el mismo fenómeno.

Ya queda dicho que Burton admite la existencia del *Hasar Afsanah* como modelo de *Las mil y una noches*. Añadamos que se desentiende de la tesis judaica del holandés Gaeje y apenas si se fija en ese *Libro de Esther*, de tan capital importancia como modelo inmediato.

Burton es el primero que presenta su traducción como literal e íntegra, anticipándose a la pretensión de Mardrus. Y es el primero, por esa razón, que la emprende con Galland, haciendo de sus *Cuentos árabes* una disección a veces cruel, no obstante el respeto que declara sentir por el gran hombre.

Burton, como es natural, condena desde luego la libertad con que el traductor francés adaptó su manuscrito siro al gusto de su siglo y veló con estuco sus verdores orientales; en una palabra: lo que todos le han reprochado al buen hombre que fue Galland.

Luego, entrando ya en la crítica menuda, literal, cógele Burton a su antecesor francés impropiedades, lapsos y relapsos, gazapos y gazapillos. Citemos solamente los de más bulto. Los musulmanes de Galland se saludan a la francesa: «Hé Monsieur! Hé Madame!»; para expresar su asombro exclaman: «Bon Dieu!» y no «Ua-l-Lah!» En sus comidas les sirven manjares franceses, y el dulce de pipas de granada en la cocina de Galland se convierte en una «Tarte á la crème». Y finalmente—¡esta sí que es gorda!—, en la *Historia del mercader y el «efrit»* (Noches 1 y 2), que va al comienzo del libro, Galland traduce «pellejillo, película» el *naau* árabe, que significa «hueso de fruta», de lo que resulta que es con un pellejillo o telita de dátíl, que el mercader lanza al aire, después de comerse la pulpa, con lo que hiere en un ojo y

mata al hijo del *alifrite*, que por ello pide el precio de su sangre.

Los errores de este tipo que Burton descubre en Galland son tantos, así como también sus lagunas y omisiones, que llega a expresar su duda de que viera en su vida un original árabe del libro. Claro que solo se trata de un relámpago de escepticismo y el propio Burton lo rechaza en seguida.

Todo eso dará idea de la pedantería—no hay más remedio que decirlo—de que Burton da muestras en su crítica del texto francés de Galland y de la severidad con que trata una traducción que, pese a sus defectos ante la crítica sabia, posee gran valor ante la literaria, la cual no puede menos de rendirse a su encanto y reconocer que *Las mil y una noches* deben gran parte de su éxito en Europa al arte de su primer traductor.

No puede la versión de Burton, con ser más completa y literal, ufanarse de los mismos méritos literarios, de amenidad y *savoir faire*, pues, entre otras cosas, le falta ese sentido de universalidad que hace universales todas las obras del espíritu que pasan por el sople francés.

La traducción de Burton—igual que la anterior de Payne—no es de índole como para hacerse popular, porque solo se da en Francia el caso de que los grandes señores literarios sientan popularmente.

En su afán de literalidad, llega Burton al extremo de atenerse incluso a la disposición gráfica de los textos árabes—manuscritos e impresos—que, como es sabido, no marcan puntuación ni hacen párrafos aparte como los nuestros. Los árabes escriben de corrido hasta el final y sus páginas aparecen como un todo compacto, sin puntos ni comas (y desde luego sin vocales)—un texto vocalizado es un tesoro—, lo que dificulta aún más su inteligencia y traducción. La adopción de esos signos

gráficos con que el occidental satisface las exigencias de su espíritu analítico es en la tipografía oriental muy reciente, es decir, que data del siglo pasado, en que siros y egipcios empezaron a tener editoriales y revistas ilustradas a estilo europeo; pero aun así, siguen siendo muy pocos en la economía de esos signos emocionales y lógicos. Cuanto a las vocales, solo las marcan en casos de absoluta necesidad, cuando, de no hacerlo, pudiera seguirse una confusión excesiva. Los árabes escriben en fuga de vocales y de puntos y mayúsculas, y el lector debe acostumbrarse a leer entre líneas.

Burton no llega a tanto; marca puntuación, pero no desarticula los miembros de ese bloque gráfico y escribe de corrido hasta el final, dando la impresión del mazacote árabe, con el consiguiente desagrado del que lee. No ha querido seguir el ejemplo de los primeros traductores de la *Biblia*, que descompusieron los versículos, en frases de sentido completo, la compacta prosa del Libro, sugiriendo—eso sí—la idea falsa de que los hebreos disponían sus pensamientos con ese orden lógico y creando eso que impropriamente se llama estilo bíblico.

Pero hay que reconocer que esa fidelidad gráfica hace que sus páginas de prosa inglesa apelmazada presenten un frente poco invitatorio y casi agresivo para los ojos del lector.

Por lo demás, según confiesa él mismo, no llega nunca a la literalidad absoluta, al *mot-à-mot* que, con razón, considera un absurdo, por lo que se toma las libertades necesarias con el texto, sin incurrir, desde luego, en las licencias de Galland ni de su compatriota Lane.

Burton, como se ve, se sitúa en un justo término medio, y si no llega a la elegancia de Payne no se queda muy corto, aunque desde luego no es tan gran literato como él.

En cambio, su estilo de escritor, según resalta en sus notas, prólogo y epílogo, es muy expresivo y personal, con matices de ironía volteriana y de independencia de espíritu a lo Byron.

Burton es un librepensador no solo en materia religiosa, sino también en el terreno científico.

No comparte las ideas generalmente admitidas por los eruditos; es enemigo de místicos y teósofos; no cree en la maternidad cultural de la India, esa madre que la sentimental Europa expósita creyó encontrar en el siglo XIX; pero como tampoco puede sustraerse a ese sentimentalismo de huérfano, encuentra su madre en Egipto, el Egipto faraónico y teocrático. De allí, según él, arranca ese itinerario hacia la India que los indianistas trazan al revés. Todo lo pretendido hindú es, según Burton, egipcio; hasta el alfabeto devanagari es una adaptación del de Cadmo.

Burton tiene en casi todas las cuestiones un criterio personal muy interesante y sus notas forman un cuerpo de doctrina de gran valor, siendo solo de lamentar que ese cuerpo aparezca disperso y desarticulado en observaciones ocasionales y no reunido en un sistema coherente.

Un solo reparo serio puede oponérsele a Burton, y es su racionalismo intransigente, que denota ya de por sí un temperamento poco poético y poco adecuado, por ello, para calificar en su idioma un libro de poesía.

Por eso su versión no logró destrozar a la de Payne, que aún sigue siendo la predilecta del público selecto, que la busca como una rareza bibliográfica.

A la versión inglesa de Burton sigue la de Mardrus—1889, París—que aspira igualmente al título de «literal e integral» y que, lanzada por su autor con caracteres sensacionales, galvanizó el interés, un tanto ya mortecino, por la

creación monumental y anónima del genio árabe, o, mejor dicho, oriental, y que, sin embargo, no es más literal ni integral que la de Burton, aunque sea más completa que ella en algunos aspectos, como esta lo era en relación con las anteriores.

No podía ser de otro modo, ya que el propio doctor Mardrus, en el prólogo a su versión francesa, declara haber utilizado los mismos elementos que Burton—la edición de Breslau, la de MacNaghten, etcétera—y solo deja un margen para su posible gloria de acrecentador, en la tradición oral, en ese libro hablado de los recitadores públicos, de cuya viva voz dice haber tomado muchas de sus historias en los zocos y cafés siríacos y egipcios.

Por lo demás, el doctor Mardrus, al hablar de esas fuentes orales, emplea un lenguaje reticente y poco explícito, que no autoriza con ningún refrendo, y no es posible defenderse de la suspicacia al leer sus parcas manifestaciones, sobre ese punto documental, en que es tan conciso, mientras que derrocha una verbosidad superabundante y ponderativa, una elocuencia poética, ditirámica, al hablar de los méritos, excelencias y novedades de su traducción.

Hay mucho de charlatanismo en la jactancia con que el doctor Mardrus se presenta a sí mismo como el verdadero descubridor de *Las mil y una noches*, el revelador de ese libro, que hasta él nadie dio a conocer en su integridad, sino mutilado y desfigurado, por la ignorancia y la mojigatería, siendo él quien va a restaurar en su verdadero ser a ese pobre eunuco, castrado por Galland y sus imitadores.

Hay mucho de palabrería en esa locuacidad narcisista de Mardrus, en esas alharacas reclamistas con que presenta su versión, encareciendo como una novedad hasta el título de *Las mil noches y una noche*—que, como el lector ha visto, utilizaron antes de él otros

traductores (MacNaghten, Burton, etcétera).

El doctor Mardrus quita seriedad a su labor con esas afirmaciones egolátricas, de una originalidad no confirmada por ningún documento erudito; su versión aparece limpia de notas, simplemente encabezada por un breve prólogo, de tono enteramente lírico, apologético, sin el menor asomo de espíritu crítico, ni de esa erudición que, tratándose de un hombre como él, siro de nacimiento, era de esperar, y que, además, como él dice, en su calidad de médico de líneas de navegación había surcado todos los mares y visitado todos los puertos de Oriente e investigado en todas las bibliotecas; nada de eso se trasluce en su versión, que es simplemente la obra de un literato, sin doble de erudito; se advierte en él, más que al investigador de códices y documentos, al escritor naturalizado en París y casado, además, con una escritora de cierta fama, Lucie Delarue, del tipo de las Rachilde y las Colette Willy; al amigo y contertulio de los cenáculos simbolistas y decadentes, que preside el cabalístico Mallarmé, rodeado de toda esa pléyade poética de fin de siglo, en que figuran los Moréas, los Lafargue, etcétera, a todos los cuales el traductor dedica alguna flor de su ramillete de cuentos orientales.

La versión de Mardrus no tiene sino un valor literario que, por cierto, pierde en la retraducción española; es la obra de un poeta en prosa que se ha dado cuenta de que posee un tesoro tradicional en ese libro de su raza y trata de valorizarlo en la bolsa literaria de Lutecia, haciéndose con él un puesto de honor en los cenáculos, al lado de Leconte de Lisle, que acaba de interpretar, con un sentido moderno, a Homero, y del doctor Kahn, que ha hecho lo mismo con el *Zohar* hebraico. No olvidemos que ese fin de siglo está dominado por todas las curiosidades,

sanas y malsanas, por todos los *snobismos*, y es muy parecido a ese otro final del siglo anterior, en que pululan los Cagliostro, codeándose con los hombres de ciencia y los genios artísticos, pues la Teosofía, con madame Blavatzki, y el Espiritismo, con Eusapia Paladino, dan un aire de truco al arte y a la ciencia y convierten en bobos a los sabios como Flammarion y Lombroso.

Todo ese mundo falso, que se expresa en un tono falso también, pero sugestivo y encantador, de ese fin de siglo, que fue el principio de nuestra juventud y cuyo encanto hemos vivido, resurge al leer el prólogo en que el doctor Mardrus ofrece su traducción a sus amigos como una eucaristía:

«Yo ofrezco desnudas, vírgenes, intactas y sencillas, para mis delicias y el placer de mis amigos, estas noches árabes, vividas, soñadas y traducidas sobre su tierra natal y sobre el agua...

»Ellas me fueron dulces durante los ocios en remotos mares, bajo un cielo ahora lejano. Por eso las doy. Sencillas, sonrientes, llenas de ingenuidad, como la musulmana Schahrasada, su madre succulenta (*sic*) que las dio a luz en el misterio; fermentando con emoción en los brazos de un príncipe sublime, lúbrico y feroz, bajo la mirada enternecida de Alá, clemente y misericordioso. Al venir al mundo, fueron mecidas por las manos de la lustral (*sic*) Doniázada, su buena tía, que grabó sus nombres en hojas de oro, coloreadas de húmedas pedrerías, y las cuidó bajo el terciopelo de sus pupilas hasta la adolescencia dura, para esparcirlas después, voluptuosas y libres, sobre el mundo oriental, eternizado por su sonrisa. Yo os las entrego tales como son, en su frescor de carne y de rosa. Solo existe un método honrado y lógico de traducción: la "literalidad"; una literalidad impersonal, apenas atenuada por un leve parpadeo y una

ligera sonrisa del traductor. La literalidad crea, sugestiva, la más grande potencia literaria. Produce el placer de la evocación. Es la garantía de la verdad...»

Ahora bien; pasando por alto la facilidad maravillosa con que el doctor Mardrus resuelve el complejo problema del arte de traducir y soluciona felizmente ese conflicto que siempre afligió a los traductores honrados y que en San Jerónimo, el autor de la *Vulgata*, adquiere proporciones de angustia psicológica, a saber: la pugna entre letra y espíritu, entre la traducción literal, que salva la letra con riesgo del espíritu, y la perifrástica, que salva el espíritu con riesgo de la letra, todas esas afirmaciones del médico siro son frases de poeta, no de profesor, y además se contradicen con estas otras que, a renglón seguido, escribe y en que el traductor encadenado se libera de las cadenas de la estricta literalidad. Pues dice así:

«Las dificultades del idioma original, tan duras para el traductor académico que ve en las obras la letra antes que el espíritu, se convierten, entre los dedos del amoroso del balbuceo oriental, en espirales tan bellas que muchas veces no se atreve a desenlazarlas, por miedo a que pierdan su originalidad.»

Lo que equivale a decir que el traductor siro-francés no se ajusta enteramente a la letra del texto, sino que se aparta de ella cuando lo estima conveniente, como todos los traductores del mundo, que gozan de licencias iguales a las de los poetas y a veces crean de suyo en vez de reproducir la ajena creación.

Esas palabras del doctor Mardrus indican ya claramente que su versión de *Las mil y una noches* no es absolutamente literal, sino en gran parte perifrástica; lo que se advierte en una simple ojeada a su texto francés, que no presenta esa sencillez de línea de la

prosa arábiga, comparable a la de sus monumentos arquitectónicos.

El estilo en la versión del doctor Mardrus es enteramente francés y a veces *boulevardier*; su prosa ondula, se alarga, recarga y explica a diferencia de la prosa árabe, que es un manto liso en el que prenden joyas de un fulgor solitario. La prosa árabe no ha pasado del versículo, ese balbuceo entrecortado, lleno de pasión, pero falto de esa ilación formal que constituye el estilo. «La idea del estilo—dice Renan—es del todo ajena a los semitas. En vez de esos sabios encadenamientos de frase (*circuitus*, *comprehensio*, según los llama Cicerón) en que griegos y latinos agrupan con tanto arte los distintos miembros de una misma idea, los semitas hacen suceder unas proposiciones a otras, empleando por todo artificio la simple copulativa “y” con la que suplen casi todas las conjunciones.»

No es, pues, ningún elogio hacer resaltar las cualidades de estilo en la versión Mardrus, más animada, pero menos fiel.

La versión Mardrus no es literal, salvo que traduce literalmente ciertas locuciones e idiotismos del texto árabe como aquellos de «un día entre los días», «el hijo de mi tío», etcétera, que los primeros traductores vertían sintéticamente «un día», «mi primo», con pérdida, desde luego, de calor local, pero que ya aparecen desintegrados en Burton, por no ir más lejos.

La literatura de la versión de Mardrus resalta ya en la pleonástica versión del propio título del libro *Mil noches y una noche*, que tampoco es una novedad, como ya habrá visto el lector.

Pero la literalidad era solo uno de los méritos con que se anunciaba esa versión; el otro era el de su integridad.

Antes de ella aparecieron versiones de *Las mil y una noches* que, como las inglesas de Payne y Burton, aspiraban

al mismo título de integrales, por haberse ceñido a textos árabes, que pasaban por serlo y no haber sufrido mutilaciones de propia o ajena censura.

Pero la del doctor Mardrus pretendía ser integral, sobre todo por otro concepto: por haber completado los textos escritos con aportaciones de la tradición oral, recogidas por él en sus correrías de viajero curioso por zocos y cafés morunos, donde todavía los rapsodas recrean los modernos oídos de esos musulmanes siempre jóvenes—seis siglos por lo menos más jóvenes que nosotros—con esas historias viejisimas.

¡La tradición oral! He ahí la fuente en que Mardrus ha hundido sus ánforas. Y eso se nota en la mayor cantidad de populismos, de expresiones pintorescas y libres, en las insistencias y ampulósidades de su texto, que parecen reproducir la parla gesticulante y fanfarrona de los recitadores.

La versión Mardrus resulta más viva, expresiva y animada que la de sus antecesores; pero, en cambio, menos escrupulosa, y, en último término, menos fidedigna, ya que se ajusta a textos orales, cambiantes e inciertos, distintos según los rapsodas y en los que pone mucho la improvisación del momento.

El *raui* o recitador inventa, alarga e insiste, de acuerdo con la impresión que produce en su público; es orador o, mejor dicho, un histrión, que no dice siempre del mismo modo su papel y, como los actores de la comedia italiana, intercala latiguillos y bocadoillos ocasionales, encaminados a agradar y arrancar aplausos. La versión del *raui* se borra después de cada sesión y, a la siguiente, ya es otra; por donde puede verse lo peligroso de acogerse a tales versiones, expuestas a variantes infinitas.

Por lo demás, esas variantes son simplemente tópicas, marginales, y no afectan, por fortuna, a lo esencial del argumento, pero introducen en él un

elemento dudoso, sospecho, aunque no enteramente espurio, y hacen sospecha también la versión de quien recoge esas colaboraciones anónimas, no sujetas a pauta fija, y que también, como el rapsoda, pudo dejarse llevar de su vena creadora.

¿Qué alcance podemos dar a la versión oral en la traducción de Mardrus? ¿Hasta dónde llega la parte del recitador y la del escriba? El doctor Mardrus no da los nombres de los *raui* ni indica los lugares donde los escuchó. Todo eso hace sospechosas sus incrementaciones de los textos escritos.

Con la mejor intención, su apologista, Gómez Carrillo, dice estas palabras que, dichas por otro, parecerían insidiosas:

«La frescura original, la ingenuidad de los primeros autores han sido respetadas por Mardrus; pero realizándolas con su maestría de artista moderno.

»El doctor Mardrus es un notable escritor y la celebridad literaria lo acompaña en su hogar, pues está casado con la exquisita novelista francesa Lucie Delarue-Mardrus.»

Resulta, pues, en último término, que el doctor Mardrus ha modernizado esas viejas *Noches*. Las ha modernizado y afrancesado.

Queda bastante malparada, pues, la pretensión de literalidad y fidelidad, y si Galland pudo pecar por defecto, Mardrus y su señora pudieron, en cambio, pecar por exceso; y si el primero hizo hablar a sus árabes en el lenguaje del salón dieciochesco, los segundos les imprimieron el acento del *bulevar* decimonónico.

Y, sin embargo, como dice el mismo Gómez Carrillo, en la versión de Mardrus «hay más detalles, más literatura; pero no más poesía ni más prodigio».

Es decir, más novedad, pues para eso habría tenido que entregarse el traductor a la mixtificación franca. Y hay

que decir, en su honor, que no llega a tanto. Las *Mil noches y una noche* de Mardrus son, pues, las mismas noches de Weil y Payne y Burton en lo esencial, y ni siquiera las rebasan en absoluto desde el punto de vista del número de cuentos que las integran, pues si recogen muchos más que aquellas, omiten, en cambio, otras que aquellas recogen.

Baste citar la de *Uarduján, hijo del rey Cheliâad* (Noche 494) y la de *Judadad y sus hermanos* (Noches 995 a 996), que no son de las menos interesantes.

Mardrus no solo deja fuera de su marco miliunanochesco esas historias, sino también muchos largos y bellos poemas, indignos de ese olvido.

Las aportaciones propias del doctor Mardrus son—en verdad—considerables; a ellas pertenecen las *Doce historias* (Noches 533 a 542), que cuentan los doce capitanes del sultán egipcio Baibars—muy bellas por cierto—; la silva de anécdotas atribuidas al bufón de Tamorlán, el popular Chojá (Noches 696 a 700), y algunas otras que en las notas puntualizamos.

Pero sobre todas ellas se cierne la sospecha de lo «apócrifo» o, por lo menos, dudoso; de lo que Burton llama *paramythia*.

Se trata de historias y anécdotas que figuran en otros centones y analectas, como los ya citados; toda una serie que Mardrus titula *El jardín perfumado* procede del libro que con el mismo título compuso el *scheij* Nefsai, y la denominada *Cúpula del Libro* debe de estar tomada también de otra fuente escrita, ajena a *Las mil y una noches*.

El doctor Mardrus ha espigado sin demasiado escrúpulo en esa literatura miliunanochesca anterior o contemporánea de las *Noches*, historias que ningún traductor incluyó en el marco del libro, aunque pudieran inscribirse en él sin que llegaran a desentonar.

El doctor Mardrus las incorpora a ese fondo y obliga a los traductores siguientes a incluirlas también, por no ser menos. Y a decir verdad, no le falta razón para hacerlo, pues opera en ese terreno vago e impreciso, como las arenas del desierto, en que las *Noches* parecen haber sido escritas, y cada cual puede coger lo que guste de ese bien mostrenco.

Nosotros también lo hemos hecho así: «*Las mil y una noches*—dice Montoliu, en el prólogo a sus *Novelas moriscas*—son un libro de marco, en el que cada autor ha ido inscribiendo lo que le ha parecido. Y eso sienta como un precedente, una tradición que, como todas, tiene su autoridad.»

No nos detendríamos tanto en el examen de la versión del doctor Mardrus si no fuera por el sensacionalismo de novedad absoluta con que también entre nosotros la presentó su traductor y editor, Blasco Ibáñez, y porque nos plantea la cuestión de lo que pudiera llamarse la quimera de las traducciones fieles, literales e integrales, que raya en lo que también podría llamarse alquimia de los traductores y que resulta tan vana y engañosa como la búsqueda del oro filosófico.

No puede haber, en términos generales, una traducción enteramente literal de ningún texto, y supuesto que la hubiere, sería la menos fiel; cosa es esta sabida desde los tiempos del ya citado San Jerónimo, que traza el cuadro de angustia psicopática del traductor honrado, que aspira a ser fiel en absoluto, y aunque esa psicosis del traductor estuviere en él plenamente justificada por lo delicado de su empeño, la versión de la *Biblia* de la palabra de Dios, suele darse también con menos y a veces más graves caracteres en todo traductor concienzudo; lo de integral si puede lograrse, si se quiere, desafiando los prejuicios o las exigencias del buen gusto; pero en este caso concreto de

*Las mil y una noches* la integralidad es tan quimérica como la literalidad, ya que no hay del libro original ningún texto único que empiece y acabe, cual los hay del *Hamlet*, del *Quijote* y del *Fausto*, de los que solo existen ediciones que entre sí muestran ligeras discrepancias, como las que hay siempre entre el borrador o texto primitivo (*Ur-texte*) y la prueba tirada.

En el caso nuestro no hay tal cosa; la compilación más completa que los árabes hayan hecho de esas historias miliananohescas es la del *scheij Al-Yenani* (Calcuta, 1814) y quedó también sin terminar; no se puede decir que no haya todavía desperdigados por Oriente manuscritos con cuentos pertenecientes a ese gran *corpus disjectum*, y hay que contar siempre con la tradición oral, o mejor dicho, con la fantasía popular, que aún sigue actuando y creando en esos países de Oriente, donde no ha callado nunca del todo la voz de Schahrasad y cada noche añade una nueva a las mil y una de su libro. Las historias de noche—que empezaron a vivir en labios del pueblo—siguen viviendo esa vida no escrita, y cada noche, en los cafés orientales, un rapsoda anónimo inventa, para recreo de sus oyentes, un nuevo cuento, que en el fondo no es más que una variante sobre los mismos temas. Mientras la voz de nuestro *Romancero* calló para siempre hace siglos, igual que la de los rapsodas homéricos, la voz de Schahrasad sigue cantando y creando en la radio oriental.

Es, pues, quimérica toda pretensión de literalidad e integralidad en una traducción de *Las mil y una noches*. Las fuentes escritas están ya agotadas, por lo menos provisionalmente, y lo que ocurre en esas versiones presuntamente integrales es que sus autores acuden a esa fuente oral o a esa que podemos llamar la «zona de lo probable», donde aún pueden encontrar algo inédito, si



no son muy exigentes tocante a documentación y refrendo.

Ese es el único medio de enriquecer el primitivo índice miliunanochesco de Galland y eso es lo que han hecho todos los traductores, a partir de la edición de Breslau, en que ya se recoge y fija el verdadero meollo o núcleo primitivo del libro, o sea todo lo anterior al siglo IX o X de la *hechra*; hablando con verdad, ni Burton ni Mardrus autentican, cumplidamente, las historias suplementarias que publican en sus versiones integrales, y en la versión de Galland, digase de ello lo que se diga, son ya *Las mil y una noches*, con todo cuanto tienen de revelación y novedad para los públicos occidentales, y esas noches de Oriente pasadas por el cielo de Francia son las que influyen en la literatura de Europa, por orientales y por francesas.

En Francia puede señalarse toda una serie de obras, nacidas bajo su inspiración, entre ellas una tan famosa como las *Cartas persas*, de Montesquieu. «El Asia—dice Lanson en su *Historia de la literatura francesa*—estaba ya de moda a fines de siglo XVII. Habíanse leído con curiosidad las narraciones de viajes por Persia de Bernier, Chardin y Tavernier. La traducción de *Las mil y una noches* que Galland dio en 1704-1717, ofreció a los espíritus toda suerte de imágenes de los hábitos y costumbres orientales. La oposición de ese mundo con el nuestro saltaba a la vista, y de ahí a elegir a un oriental por crítico de nuestros prejuicios y errores no había más que un paso, y tal es el origen de la ficción de Montesquieu.» (Las famosas *Lettres persanes*, inspiradoras de las *Cartas marruecas* de nuestro Cadalso.) *Las mil y una noches*, ya como hindúes, ya como persas o árabes (menos como árabes por el prejuicio de sus primeros críticos), se sintonizan con esa racha de

orientalismo que venía de fines del siglo XVIII y que se acentúa como forma de evasión de los espíritus aquejados del desencanto y el pesimismo filosófico que inspiran la Revolución de fines del XVIII y las guerras napoleónicas con que se inaugura el XIX. Es en este siglo, sobre todo, cuando *Las mil y una noches* influyen palpablemente en la literatura romántica de los Chateaubriand y los Hugo y los Lamartine, que, en prosa y en verso, dan esa nota, melancólica y exaltada a un tiempo, que vibra en las historias miliunanochescas, y también en *Atala* y *René* y *El último abencerraje* y en las *Meditaciones* y en la *Leyenda de los siglos*, esa *Biblia* grandilocuente donde las civilizaciones brillan, pasan y se extinguen como en las páginas del libro oriental, llenas de ciudades muertas en las que el genio del pesimismo lírico-filosófico puede coger ramilletes de jaramagos metafísicos; *Las mil y una noches* sincronizan a maravilla con el complejo sentimental y especulativo del siglo XIX y reúnen elementos propios a lisonjear todos los aspectos de la inquietud romántica; el exotismo evasivo, el amor a la Naturaleza, que viene de Rousseau y Bernardino de Saint-Pierre; la tendencia nómada, que dota de un nuevo impulso a los relatos de viajes, verdaderos o apócrifos; el gusto por el riesgo y la aventura, el sueño de los amores imposibles, y esa ansia alquímica de tesoros fabulosos, y todo ese abigarrado complejo que inspira obras como *El conde de Montecristo*, *La Dama de las Camelias*, de los Dumas; *Zanoni*, de Bulwer Lytton, y, finalmente, las *Historias extraordinarias*, de Poe, que responden enteramente al tipo de esas historias de *Las mil y una noches* y que también se recomiendan ellas mismas, a título de extraordinarias.

Se necesitaría todo un volumen para marcar concretamente esos influjos de

*Las mil y una noches* en la literatura del siglo XIX no solo en Francia, sino fuera de ella; pues Tennyson, el cantor del imperialismo británico, emplea su estro de vate nacional en componer sus *Arabian Nights* al margen de las de Payne, y en el siglo XX Schahrasad y sus historias conservan aún su prestigio inmortal y siguen impresionando la fantasía de los poetas, no menos que Balkis, la reina de Saba, cantada por Eugenio de Castro, y esas princesas, pálidas y exquisitas, pintadas por Mæterlinck en los vitrales de su prosa. Ha existido un enamorado de su leve belleza—Mauricio Verne—que, para hacerla más perfecta, le ha atribuido la palma de las vírgenes, haciéndole conservar intacta su azucena durante esas mil y una noches, en evidente contradicción con el texto y con el espíritu oriental, que no estima azucenas, sino espigas granadas. Schahrasad alterna en el mundo de los poetas con las princesas pálidas y santas de los simbolistas, con las ingenuas y perversas Salomés wildeanas y las *Princesas entre cristales* de Juan Lorrain. Rimski-Korsakov le hace bailar una danza todavía más diabólica que la de Salomé. Y un poeta moderno, el «fantasista» Tristán Kling-sor, la ha encantado elegiacamente en estos versos, que son una declaración de amor por encima del tiempo, y que copiamos de la traducción española de Díez-Canedo<sup>3</sup>:

Schahrasad, tras los diez siglos  
que llevas repitiendo tus canciones mágicas,  
flaco estará tu cuerpo como un palo;  
tu boca desdentada,  
torcida tu nariz, tu cabellera  
como macizo de azucenas, blanca;  
tu piel, que fresca fue como un albérrchigo,  
ya debe ser, cual pergamino, gualda;  
tus manos tan graciosas y tan finas,  
flojas y descarnadas,  
y aquel torso divino  
que el jazmín perfumaba,

por el viejo Schahriar tan codiciado,  
tendrá, cual higo seco, la piel rugosa y áspera.  
Pero yo, Schahrasad, yo te contemplo  
siempre en mis sueños joven y lozana,  
siempre linda y alegre; tu voz dulce  
de misteriosa magia  
del gozo a la tristeza me columpia,  
sin que nunca el encanto se deshaga.

### LA INTERPRETACION ESOTERICA DE «LAS MIL Y UNA NOCHES»

Aunque el libro de Roso de Luna *El velo de Isis* no sea una versión, sino una interpretación de *Las mil y una noches*, puede, sin embargo, considerarse también en cierto modo como tal, ya que el exegeta, al interpretar los cuentos, los recuenta a su modo, tomando sus datos de las tres versiones (las de Galland, Weil y Mardrus) y dando así una nueva lección de esas historias, por lo cual puede incluirse su libro en esta revista de versiones.

El libro de Roso de Luna, que constituye el tomo X de la serie B de su *Biblioteca de las Maravillas*, es, naturalmente, una interpretación teosófica de *Las mil y una noches* en la que sirve de clave *La doctrina secreta* de madame Blavatzki, esa mujer extraordinaria, esa papisa de la Iglesia teosófica, esa Schahrasad rusa que, a fines del pasado siglo, cuenta tantas historias y fábulas chinas y tantos cuentos tártaros a la Europa incrédula y ansiosa de creer.

La teosofía—digámoslo de pasada—fue un fenómeno característico de fines del siglo XIX; un fenómeno complejo, con mucho de sinceridad y mucho de superchería, como los propios cuentos de *Las mil y una noches*, y no poco también de especulación financiera, paralelo, en cierto modo, al wagnerismo, ese otro intento de religión estética, expresada en el lenguaje universal de los símbolos musicales, y al esperanto del doctor Zamenhof, esa comunión uni-

<sup>3</sup> *Del cercado ajeno*.—Madrid, 1907.

versal en el Verbo; en su aspecto más noble, un anhelo de recuperación de la perdida unidad europea, un afán de congregar masas desperdigadas bajo alguna bandera neutral y conducir las a una meta, ya fuese la Bayreuth de los grandes conciertos wagnerianos, ya la alta meseta tibetana, donde madame Blavatzki pretendía haberse iniciado en el secreto de todas las cosas y aprendido la verdadera *gnosis* o sabiduría eterna de labios de los últimos grandes maestros, esos monjes budistas, andrajosos y sucios, que vemos en los noticiarios, espantando a los espíritus con grotescas danzas pírricas y cubiertos con caretas de roña natural. La teosofía quería ser el esperanto de las religiones.

Se dio el caso, en ese final de siglo, de que parte de la sabia Europa se puso a aprender nuevamente sus palotes y sus carteles, teniendo como muestra a esa madame Blavatzki que, a su vez, había sido la alumna de esos ignorantes maestros, y de que la nueva religión teosófica, de base irracional, lograra sus conversos, precisamente entre los hombres cultos que, en razón a su cultura, habían dejado de creer en nada y apenas si creían en la ciencia.

Fue algo análogo al fenómeno que se dio ya en el siglo IV de nuestra era en la Alejandría de los Plotino y los Porfirio y los Filón hebreos, cuando los filósofos salidos de la escuela socrática se hicieron teólogos y continuaron la labor racionalista de Sócrates por el cabo místico de Platón, en quien ya se opera esa fusión de razón y fe, en un mismo intelecto, y de igual modo que esa escuela alejandrina pretendió recoger en un cuerpo de doctrina todo el saber antiguo y ofrecérselo en una síntesis completa al iniciado, así también la teosofía de madame Blavatzki pretendía haber recogido en *La doctrina secreta* todo el saber de todos los tiempos y la clave de todos los

misterios de las religiones y los mitos.

*La doctrina secreta* podía hacer sabio de un golpe a quien en ella se iniciase; lo malo era que, a ese fin, el neófito tenía que estudiar a fondo los muchos y gruesos infolios en que esa ciencia se exponía, aprender una nomenclatura especial de términos sáncritos y hacerse, en fin, un verdadero sabio en el curso de muchos años y a costa de una labor improba antes de ser, según la teosofía, un sabio.

De ahí que ese intento de religión universal no llegase a penetrar en las masas y fuese efímero como una moda; a título de ciencia chocaba con la ciencia científica—perdónese el pleonasmoperimental y práctica, y como credo chocaba también con la fe tradicional de los que aún creían.

Hubo, sin embargo, hombres cultos, de temperamento místico, idealista, platónico, que abrazaron, por inclinación natural, la nueva fe, y uno de ellos fue el español Roso de Luna, el cual llegó a ser como el nuncio en España de la papisa rusa; tradujo sus obras y las de sus colaboradores ingleses y compuso otras propias en el mismo sentido, formando con ellas esa *Biblioteca de las Maravillas* que alcanzó un crecido número de volúmenes, de grueso tamaño y caro precio.

Ahora bien: la base de la teosofía estaba en Asia; su río de tradición y de saber hermético manaba de las altas montañas del Tibet; su lenguaje sagrado, ella lo explicaba todo según esa clave, resultaba que todo el saber de la Humanidad procedía de la India y había sido en su origen patrimonio de la raza aria.

La teosofía se relacionaba así con la cuestión de raza, entonces candente, e implicaba un postulado de supremacía a favor de la raza aria sobre todas las demás de Asia y Europa, de igual modo que en su tiempo de hermetismo alejandrino representaba también un ti-

tulo de hegemonía para griegos y grecizados sobre las demás gentes del agonizante imperio, y eso explica que el César Flavio Claudio Juliano, el restaurador de la helenicidad, fuese un alejandrino y pusiese su espada al servicio de esa filosofía mística, al modo como hiciera antes de él Constantino con la nueva religión cristiana de fórmula universal, pero de raíz semítica.

Para el teósofo todo viene de la India, y lo que parece no venir de allí es solo una tradición india bastardada, adulterada; por eso Roso de Luna, al interpretar las historias de *Las mil y una noches*, tiende a lo contrario que Mardrus, es decir, que reivindica para la raza aria—que es la suya, claro, o así él se lo cree—ese tesoro de tradiciones y mitos que en ellas se encierran; sus *Mil noches y una noche*—aunque adopten el título rectificado del traductor siro—vuelven a ser *Las mil y una noches* de genealogía y semblante imprecisos, en que no se acusan los rasgos semíticos con decisivo relieve, y si solo esos otros menos específicos que caen dentro de la denominación más amplia de lo «asiático».

La tesis fundamental de Roso de Luna es que *Las mil y una noches* son de origen indudable ariopersa, es decir, indo-persa, y representan una noble tradición india de idealismo, pureza y castidad, adulterada y deformada «por el grosero sensualismo semítico de los árabes». Schahrasad es una persa que, como madame Blavatzi, se ha iniciado en algún convento búdico de la meseta del Tibet o, por lo menos, con maestros persas que allí se iniciaron.

En las primeras páginas de su grueso alegato ya lo dogmatiza el teósofo ibérico en gruesos caracteres: «*Las mil y una noches* no son, como Mardrus afirma, la gran obra imaginativa de los cuentistas árabes, sino un destrozado resto de la obra iniciática de los arios de la Bactriana o de la Armenia. mejor

o peor reflejado ya en el *Hasar Afsanah* persa, que se cree perdido, como este lo fue a su vez en el *Muruf-Al-Dahab va Djanhar* (quiere decir *Muruchuz-Zahab ua-ch-Chauhar*), del siglo XI, atribuido al historiador del jafato Abul-Hanah Ali-Al-Marudi, y en el *Kitabu-l-Fihrist*, de Mohammed ben Ishak Al-Nadim, del siglo X, a base de cuyas obras han formado los semitas posteriores el libro que conocemos, tan plagado de sensualismo coránico y bíblico y tan alejado, por consiguiente, ya de la pureza pristina de los jains, parsis, hindúes, budistas, esenios y demás instituciones iniciáticas que ya lo conocían, más que en su letra, en su espíritu.»

Para probar la solidez de su tesis, Roso de Luna, gran escritor por gran lector, pone a contribución sus vastas y abigarradas lecturas en materia ocultista, revuelve mitos, tradiciones y leyendas, echa mano de todas las claves, entre ellas de la cabalística, violenta sin reparo la etimología de los nombres, los lee al revés como anagramas o en círculo como en bustrófedon o les da un valor numérico y los lee como guarismos, reducibles a su vez a letras en otra clave criptográfica; todo ello con una agilidad que maravilla como espectáculo de alto ilusionismo mental, que nos tiene con el alma encantada y en vilo también, pues además de un malabarista es un funámbulo en la cuerda floja de la cultura, y no podéis menos de temblar por él al verle hacer tan audaces y arriesgados volatines.

Y a todo esto el teósofo, que nos ha prometido levantar el velo de Isis en que se envuelve el misterio de Schahrasad, mejor dicho, los mil y un velos de las «mil y una noches», no acaba nunca de hacerlo, pues siempre queda uno por levantar, ya que la terminología que emplea el autor os obliga a leer los volúmenes todos de su *Biblioteca de*

las *Maravillas*, a que continuamente nos remite, de suerte que el último velo no acaba nunca de caer, mostrándonos la verdad desnuda, y podría compararse al autor con un moroso y avaro proxeneta del misterio.

Roso de Luna pone en este libro, como en todos los suyos, ese ardor misionero, esa furia dialéctica que queda en muchos de nuestros escritores como un remanente de las antiguas luchas teológicas, unida a una sutileza de cabalista medieval: de esos cabalistas que en la Castilla del siglo X compusieron el alucinante *Sefer-ha-Tsohar* o *Libro del esplendor*, esa otra clave de todos los arcanos, y hace con *Las mil y una noches* lo que con el *Quijote* han hecho los cervantistas, esos otros teólogos desplazados de su verdadero terreno, estilo Villegas y Anastasio Rivero, contagiados de la locura del héroe, y, como ellos, ve misterios por todas partes y encuentra un sentido oculto a las palabras y los gestos más naturales y sencillos; para nuestro teósofo, por ejemplo, un baño no es un baño, sino un baptisterio, un lugar de iniciación; un sastre es un legislador, un barbero locuaz, un silencioso maestro pitagórico y así sucesivamente; todo tiene para él un sentido oculto y una significación ritual que solo puede penetrarse mediante la clave teosófica, adquirida en el curso de una larga iniciación masónica, que se nos va dando con lentitud y parsimonia desesperante, que convierten la exégesis de estos cuentos en el cuento de la buena pipa. Pues el Pájaro Roj, por ejemplo, es el Ave Li del gran poema chino del Li Sao, y, si queréis saber qué es el Ave Li, tenéis que leerlos el tomo IV de la citada *Biblioteca de las Maravillas*, donde se trata más a fondo del particular, y así ocurre con todo lo demás, pues nunca el iniciador acaba de iniciaros, y emplea un lenguaje reticente, cortando el hilo de sus historias por lo

más interesante e intercalando unas en otras, como la propia Schahrasad.

Roso de Luna, como su maestra la Blavatzki—esa rusa de cara inmensa y amarilla de estepa o luna asiática y ojos alucinados de fiebre—, se expresa siempre en un lenguaje evasivo, cifrado, que se ampara en la inmensidad infinita de los temas que trata y del material dialéctico de todos los sectores del saber: historia, tradición, mito, filología y ciencia moderna, física y matemática. No es posible detenerse a explicar tantas cosas en un momento determinado, y el neófito ha de contentarse con las explicaciones provisionales que vaya recibiendo. En la base de toda esta enseñanza esotérica está la fe.

No hemos de analizar aquí el imponente material dialéctico de toda clase que Roso de Luna moviliza en su libro al servicio de su tesis, o sea el origen ario de *Las mil y una noches*, que por ahí puede ya inferirse el grado de confianza que merece; su técnica inductiva es, desde luego, recusable, pues no se apoya en ninguna base experimental sólida; no es posible, por ejemplo, aceptar ese método cabalístico por el cual, reduciendo letras a guarismos y estos, a su vez, a letras (¡a letras latinas!), descubre en el título de *Las mil y una noches* este otro de *El velo de Isis* que lleva su libro; ni tampoco ese cubileteo léxico, en virtud del cual convierte nombres tan árabes como el de Alá-d-Din (*Excelsitud de Dios*) en el «jina de Alá o jina bueno», y el de Schahsemán (soberano del tiempo) en Schamano u hombre de la raza shamana o solar; todo eso es francamente absurdo desde el primer momento y pone de resalte lo tendencioso de la dialéctica teosófica, que no se para en barras ni repara en el fraude, según ya se comprobó en el caso de madame Blavatzki, al inventar ese poema sagrado de Dzyan, que es la base de su

doctrina secreta, y que los filólogos ingleses declararon resueltamente apócrifo. Madame Blavatzki había inventado no solo el libro, sino hasta el supuesto idioma «sabar» en que aparecía escrito, de igual modo que la famosa médium, su contemporánea Eusapia Paladino, inventara los fenómenos metapsíquicos que por un momento engañaron a los investigadores de la *British Society for Psychical Researches*.

La interpretación ariana de *Las mil y una noches* es tendenciosa, hasta desde el punto de vista racial, pues va unida a la tesis de la supremacía de la raza aria y mezclada al prejuicio de castas que cristalizó a fines del siglo pasado en el antisemitismo de tipo no religioso, sino étnico; Roso de Luna compartía ese prejuicio, que extendía a árabes y judíos; se creía un ario, un aristo, un hombre de raza y casta superiores, un brahmán o un chatriá, que, como Cicerón a los misios, miraba con desprecio a los semitas, raza, según él, de mercaderes natos. La ley de castas era un dogma para nuestro teósofo, y en el proemio al libro que aquí comentamos estampaba estas palabras categóricas: «La ley de castas existe y existirá siempre, aunque no físicamente o en sociedad, sino en la infinita gama de las almas.»

Basta con ello para comprender, sin más, lo tendencioso de su interpretación ocultista de *Las mil y una noches*, que por ello solo pierde ya mucho de su validez científica, a la que hay que añadir aún lo recusable de su método hermenéutico; no es posible admitir incondicionalmente esa tesis del origen exclusivamente ario de *Las mil y una noches*, aunque sí deba aceptarse y reconocerse la parte que el genio ario o ariopersa haya tenido en su elaboración; es indudable que hay en ella un fondo de tradición ariana, antiquísima, contemporánea de esas épocas casi prehistóricas en que se formaron las

mitologías de todos los pueblos convenientemente llamados indoeuropeos o indogermánicos, grupo en que entran no solo los indos y los persas, sino también los propios griegos; pero de eso a aceptar las conclusiones absolutas a que Roso de Luna llega en su libro media un abismo, que solo puede colmar la fe; por lo demás, esas conclusiones se formulan en unos términos de cronología de carácter patentemente mítico; para Roso de Luna, *Las mil y una noches*, obra del genio ario, datan, no del siglo X ni IX, sino de los «últimos días atlantes, o sea los once mil años transcurridos, como mínimo, desde el último hundimiento de Poseidónis, la isla de Platón».

La obra de Roso de Luna es una mezcla paradójica de lucidez y de delirio que no puede aceptarse sin reservas ni rechazarse sin salvedades; el teósofo iluminado convivía en él con un erudito, y este pone aquí a su servicio una parte de material legítimo, tan interesante como instructivo, si se le desarticula de la tesis a que va adscrito; todo lo que Roso de Luna dice respecto a la relación de *Las mil y una noches* con la literatura caballeresca de Occidente, con los mitos nórdicos del ciclo de los *Nibelungos* germánicos y las *Sagas* escandinavas, los parangones que sugiere; el estudio que hace de nuestras leyendas y romances populares y de esa literatura llamada de «los pliegos de cordel», superfectaciones de la literatura culta de ese tipo, etcétera, etcétera, son de una validez absoluta y su autor pone en ello un don de intuición y de alta crítica literaria que lo colocan en el mismo plano de nuestros eruditos de alto vuelo, como Asín Palacios y Bonilla San Martín, por no hablar de Menéndez y Pelayo; solo es recusable cuando, por efecto de su astigmatismo mental, deforma involuntariamente las cosas y las pone al servicio de su dogma teosófico.

No puede negársele tampoco toda la razón en su tesis de que *Las mil y una noches* tengan o hayan tenido en su origen un sentido, si no esotérico, por lo menos simbólico; hay en ellas demasiadas cosas oscuras que plantean enigmas al investigador y le sugieren esa sospecha; desde las primeras páginas, por ejemplo, surgen los enigmas en la propia onomástica de los personajes: ¿Por qué Schahrasad se ha de llamar «hija de la ciudad» y su hermana Dunyasad «hija del mundo»? ¿Qué intención secreta encierran esos nombres? ¿Y qué significación tiene el detalle de que los tres *zaluk* de la *Historia del alhamel y las mocitas* (Noches 9 a 11) sean tuertos los tres del ojo izquierdo? ¿Por qué han de ser siete precisamente los viajes de Simbad, el marino? Todos estos son enigmas que autorizan a pensar en un sentido arcano, esotérico, del libro oriental, que si no un libro hermético, es, por lo menos, un libro oscuro, sembrado de dificultades para el traductor y para el lector, y que requiere, por lo menos, la glosa marginal de un escoliasta.

*Las mil y una noches*, como nuestro *Quijote*, con el que, por su realismo, tiene tantas analogías, proyectado sobre un fondo fantástico de leyenda y de mito, y su doble carácter popular y culto, es un libro enigmático, aunque no sea esa criptografía en que Roso de Luna lo convierte; hay en él cosas que suponen una clave y la necesitan para su comprensión; la dificultad está en hallar esa clave, que no ha de ser precisamente la teosófica, que no es la única, aunque lo pretenda, siendo, de otra parte, lo más verosímil que esa clave se haya perdido para siempre, como se pierden las cosas de ese Oriente lleno de indolencia, en que todo confina, ya desde su surgir, con el olvido.

Dificulta todavía más la aclaración de esos enigmas vinculados en la ono-

mástica la diferente grafía con que ya dijimos aparecen en las distintas versiones del libro: Schahriar se convierte en Schahrban en la edición de Breslau; Weil transcribe Schahryar, Schahzenan, Scheherazad y Doniazad; Burton, Schahryar, Schahzaman, Schahrazad y Dunyazad; Mardrus, Schahriar, Schahzaman, Schahrazade y Doniazade, etcétera, etcétera. Y diz que cada una de esas grafías implica una interpretación diferente, pues si escribimos Schahriar o Schahryar, tenemos «Señor-Yar» de la ciudad-Schahr en persa, mientras que Schahrban nos da Defensor-Ban de la ciudad y Chahrbaz—como escribe la edición de Bulak—sería Halcón-Baz de la idem. Y aún hay que exponer la opinión del docto orientalista, mejor dicho, indianista, Alemany y Bolufer, que, en el prólogo a su versión española del *Panchatantra* sánscrito (no el primitivo-recalca Roso de Luna—sino el que en 1827 dio a conocer a Europa el inglés Wilson), sostiene que Schahrasad y Dinarzad (hija de Dinard) son meras deformaciones de Karata y Damana o Califa y Dimna del famoso libro así titulado y significan respectivamente «la domadora» y «la corneja», la astuta, y que Schahriar no es sino Schah-Kariar y equivale a «el sacrificador», epíteto que, naturalmente, cuadra hasta más no poder a ese sanguinario monarca sasani. Y de ahí toma pie Roso de Luna para afirmar que esos dos hermanos Schahriar y Schahsemán representan dos tipos de humanidad contrapuestos: el de los humanos propiamente dichos (Schahriar) y el de los *jinas* o *schamanos* (Schahsemán) que «convivieron antaño, hasta el aciago día, cantando en el poema simbólico de las *Aves* de Aristófanes, en que fueron cortadas las comunicaciones entre los dos, a saber: la humanidad *jina* y la humanidad propiamente dicha, y a quien el Velo de Isis, es decir, el Sexo y la Ilusión, ha atrofiado el tercer ojo

de la glándula pineal, o sea de la intuición, impidiéndonos con su ceguera el ver a aquella otra superhumanidad... (la *jina*).

En apoyo de su tesis, violenta Roso de Luna las etimologías y localiza arbitrariamente esas regiones de Sasán, Al-Hind y Az-Zin (la India y la China) en las alturas tibetanas, donde tienen su sede los lamas famosos, depositarios, según él, de la ciencia arcana de todos los tiempos.

Esos semanías—a que Roso de Luna se refiere—no son otros que los reyezuelos persas, descendientes de Ismail As-Samani, que gobernaron como feudatarios de los jefes de Bagdad varias regiones de la Persia, entre ellas el Turquestán, con su capital Samarcanda, la corte luego de Timur Lenk o Tamorlán (el Gran Jan, no Kan) de la historia, desde 353 a 395 de la *hechra* (964-1004 de nuestro cómputo), y tienen tanto que ver con los *jinas* o *schamanos* como nuestro buen Samaniego.

Resultan, pues, vanos los intentos de encontrarle un significado esotérico a esos patronímicos y no menos el de guarismo de mil y una que llevan las noches. Investigadores de libros y ruinas orientales como Ouseley y Burton, explican de un modo muy natural, según ya expusimos, el posible misterio de esa noche de más, añadida a las mil, y que parece cargada de arcana significación.

Es lo más probable que esa noche de más—que, por otra parte, según hemos visto, no figura en todas las antiguas menciones del libro—sea de una calidad simplemente poética y responda al mismo sentimiento supersticioso que inspira esa antigua costumbre de los reyes en sus cumpleaños de distribuir entre sus palaciegos una moneda de oro más que los años que cumplen y la moderna costumbre burguesa de encender una vela más en la tarta del aniversario, una intención de comprometer al

tiempo. No es admisible la idea de que un libro de tan varia y múltiple paternidad sea la revelación cifrada de ninguna doctrina esotérica. Es muy posible que esos enigmas miliunanoscos solo existan en nuestra imaginación y nos parezcan tales por nuestro innato afán de hallar misterios en todo, o que, si existen realmente, sean de pura calidad poética y respondan al afán, también innato, de los escritores, de hacer misteriosos sus escritos y prestigiarlos con toda suerte de singularidades y rarezas. Así, por ejemplo, el que los *zâluk* sean tuertos los tres del ojo izquierdo (no del derecho, como escribe el teósofo) y coincidan en reunirse en Bagdad, la misma noche, procedentes de distintos países, puede ser sencillamente un recurso del rapsoda para impresionarnos con más fuerza de asombro y de paso tener tres personajes en cuyas bocas poner tres historias extraordinarias y animar el relato. A la misma intención literaria puede obedecer la eficaz intervención del barbero en la historia del jorobado a que dan por muerto y que simplemente se ha atragantado con una espina; sin que haya que suponerle, como hace Roso de Luna, un terapeuta iniciado y taurmurgu y conceder a esa historia categoría trascendente. Y lo mismo podría decirse de otros muchos detalles enigmáticos del libro. Hay que tener presente que se trata de una obra cuyo texto ha pasado por muchas bocas y muchas manos, antes de llegar a nosotros en su forma actual; que las historias que cuenta son ecos y que en sus transmigraciones se han ido complicando y borrándose por unos lados y repintándose por otros.

Estamos en presencia de una obra cuyo proceso de creación ha sido idéntico al de los mitos y leyendas populares, en cuyo punto de partida duermen los recuerdos confusos del hombre prehistórico y palpitan los sueños pri-



marios, infantiles, del hombre ya histórico, como una herencia subconsciente, que no entiende ya y cuya clave hay que pedir no a ningún mago antiguo, sino a los antropólogos, los filólogos y los psicoanalistas modernos. (Bachofen, Spencer, Fraezer, Kirsche, Freud.)

Significa un vano y considerable pendio de tiempo y de vitaminas levantar un imponente castillo que, a veces, semeja Torre de Babel, para tratar de probar con hipótesis la hipótesis de que *Las mil y una noches* son un libro iniciático, un mensaje, una revelación de la espiritualidad aria desfigurada por el grosero materialismo semita.

El intento de Roso de Luna representa una regresión al punto de partida de los primeros investigadores del libro: los indianistas, y se basa, como hemos visto, en la existencia de un perdido manuscrito primitivo. Es la misma historia de siempre. El cuento del *Hasar Afsanah*, que a su vez sería trasunto de otro anterior, igualmente perdido. *Las mil y una noches* nos van llevando cada vez más lejos en la indagación de sus orígenes, y, al final, nos dejan perdidos también ante lo inmenso, por no decir infinito, del tiempo y el espacio prehistóricos. *Las mil y una noches* pudieron, en un principio, ser lo que se quiera; pero en su forma actual no son sino un caos poético, en el que se confunden toda clase de elementos heterogéneos, una obra informe en la que han colaborado todas las razas del Oriente, incluso los tártaros, que tuvieron también, con Ulug Bey, su momento de esplendor cultural e incrustaron sus «porfirizaciones» en la ganga primitiva de que aún quedan huellas en la toponimia miliunanoquesca. (Kaschgar, Kabul.) Esa riqueza de elementos es lo que da a *Las mil y una noches* una amplitud panorámica y un aire engañoso de *Biblia*. Y lo es en cierto modo, pues induce a extraer de ella una como, en líneas generales, filo-

sofía de la historia. Pero tratar de precisar esas líneas y de sistematizar esa filosofía es un empeño vano, pues irradian en direcciones diversas y antagónicas.

Roso de Luna se olvida de que *Las mil y una noches* no son un libro, sino muchos libros, por lo que es imposible generalizar acerca de ellas. Claro que el maestro teósofo opera una eliminación caprichosa de lo que no se ajusta a su visión simplista y borra del texto todo lo que no le parece ario. *Las mil y una noches* deben ser una obra del idealismo ario, adulterado por el grosero materialismo semita. Pero ese prejuicio influye perniciosamente desde el principio en su juicio, pues no es buena norma lógica tomar por criterio un prejuicio.

Y eso es lo que él hace. No sabemos en qué puede apoyarse para atribuir todo el idealismo a los arios y todo el materialismo a los semitas. ¿Quizá porque son una raza de mercaderes? Pero ¿no eran mercaderes también los arios? ¿Y no sabe Roso de Luna que la profesión mercantil era considerada en lo antiguo tan noble como la militar? ¿No aparece desde el principio en el *Hitopadesa* el hijo del mercader —*vinagaputra*— alternando con el hijo del rey —*rachaputra*—? ¿Y en qué, además, es superior esa literatura sánscrita a la literatura semítica desde el punto de vista moral? ¿No aparece la poliantería a la cabecera del *Mahabharata*? ¿No es el mismo el ambiente social que allí se describe y no son los mismos los sentimientos? ¿No se nos cuenta ya al principio en el *Hitopadesa* la historia de aquel hijo de príncipe que tumba sobre un sofá a la esposa del mercader? ¿Y no está todo el *Gita-Govinda* saturado de especies eróticas no menos, sino más fuertes, que las de *El Cantar de los Cantares*?

Es inútil tratar de establecer distinciones absolutas entre arios y semitas.

cuando unos y otros tienen la mentalidad general del asiático, la misma psicología mística, supersticiosa, soñadora, y ambos han tomado siempre de un mismo fondo su oxígeno espiritual. Y esa gnosis que el teósofo invoca es patrimonio y obra común de todos esos pueblos indopersasemitas que un tiempo confluyeron en la misma latitud geográfica, en esa Babilonia, punto de reunión y de despedida de claros saludos y confusos adioses.

La gnosis es tan obra de arios como de semitas, y el mismo teósofo lo reconoce implícitamente en sus recorridos por los mitos antiguos, moviendo toda la escala del ocultismo con claves brahmánicas y rabinicas.

Concedido que *Las mil y una noches* tienen mucho de fondo esotérico; pero ese fondo no es exclusivo de los gnósticos hindúes, sino también de los ocultistas hebreos, de los autores de esa cábala que el teósofo manipula.

Hay que apelar a todas las tradiciones helénicas, hebraicas, persas, etcétera, para explicar en algún modo esos enigmas miliunanochescos. Y desde luego sin espíritu dogmático, sino simplemente hipotético. Encerrarse en una sola interpretación y ajustarse a un criterio apriorístico es como atarse las manos para desatar un nudo.

Todo debe tomarse a título de documentación, con carácter presunto y nada más. Y cuando así lo hace Roso de Luna sus lucubraciones resultan interesantes como estudio erudito. Cuando se aparta de esa línea no hace más que añadir otro cuento, no menos maravilloso, a los del libro.

Por lo dicho se verá que no desdeñamos en absoluto la clave teosófica como medio de interpretar el fondo innegable de misterio que, por unas u otras razones, puede presumirse en estas historias de arrastre tan remoto. El tiempo hace enigmáticas todas las cosas, aun las más evidentes. Y todas las

claves son pocas para explicar las mil oscuridades de este libro, de historias contadas y recontadas miles de veces y que, si en su origen pudieron ser claras para sus oyentes, es muy posible que luego fueran oscuras para sus mismos escribas, de igual modo que los himnos védicos llegaron a serlo para los brahmanes. Muchas de las cosas que el rapsoda nos dice suenan a estribillo, repetido rutinariamente por un hombre que ya ignora su sentido exacto. Puede admitirse que en su origen fuesen estas historias efectivamente concebidas y compuestas por maestros iniciáticos, que en ellas expresaban por símbolos e imágenes su saber arcano. La intervención de los sufíes en la literatura oriental de estos siglos medios introduce en ella, sin duda, un elemento místico, esotérico. Casi todas las historias miliunanochescas, sobre todo las de altos vuelos y cargadas de elementos maravillosos, son posibles de interpretación alegórica. Roso de Luna está en lo probable al presentir misterios en historias como la ya mencionada del barbero de Bagdad, que recuerda el conflicto de las religiones en el drama *Natán el sabio*, de Lessing, solo que el vidente, en todo caso, acierta como un ciego. Pues también esa historia pudiera interpretarse de otro modo: simplemente como una sátira de la ciencia representada por el médico judío, que se equivoca en su precipitado diagnóstico al dar por muerto al bufón, mientras el modesto barbero, sin ínfulas científicas, logra volver a la vida al supuesto difunto, sacándole la espina de pescado que se le atragantara, con su sola técnica manual.

En todas las historias presumibles de sentido esotérico se nos ofrece esa misma explicación natural de los fenómenos, quedando a nuestra elección el optar por ella o elegir otra más complicada. La interpretación, marcadamente esotérica, no se impone sino en

aquellos casos en que—como en la *Historia de Balukiya* (Noches 285 a 295)—el asunto es de por sí de índole mística, se relaciona con el mundo sobrenatural y requiere una clave para su inteligencia.

El defecto capital de Roso de Luna es su obsesión del misterio y su afán de quererlo explicar todo por la clave teosófica, cual si fuese una ganzúa, capaz de abrir todas las puertas, siendo así que, en realidad, es una llave gastada, y que hoy poseemos otras más seguras de forja científica. El psicoanálisis freudiano, por ejemplo, auscultando lo subconsciente del hombre, origen de todos los misterios, da una explicación más aceptable, y no menos poética, de mitos y leyendas, que no son, en el fondo, sino expresión de complejos psíquicos análogos a los que por regresión se dan en las neurosis.

«La mitología—dijo Goethe—es la locura de los dioses.» Pero son los hombres los que han creado las mitologías.

### «LAS MIL Y UNA NOCHES» ÁRABES

Todos esos enigmas nos los plantean los elementos ariopersas que en el libro se inscriben; pero hay en él una parte, un cuerpo de creación, perfectamente firme y claro, anclado como una isla en ese volcánico mar de las hipótesis. Nos referimos a su fondo árabe.

Por el lado del mito, *Las mil y una noches* se pierden en la de los tiempos; pero por su fondo árabe se sitúan en la zona de la Cronología y la Historia.

Todo es vago e impreciso en torno al libro si lo consideramos en su prehistoria, es decir, antes de ser escrito; no como un libro, sino como una tradición. Por ese lado se nos escapan las *Noches*.

Por donde únicamente se presentan a ser aprehendidas y reducidas a una

fórmula es por el lado de lo árabe, de lo islámico, en relación con el *Corán* y la historia religiosa y política de ese pueblo.

Ahi es donde presentan un frente relativamente compacto y único, orientado hacia la alquibla sagrada de Mecca, a la que apuntan todas las avanzadas y vértices de su barroca arquitectura. Sobre ese fondo islámico es sobre el que se asienta y afirma este castillo en el aire. El Islam es lo único sólido en el libro, y todo lo demás que forma su atmósfera es idolatría y fábula.

En su forma actual, *Las mil y una noches* redactadas por escritores árabes son un libro árabe y, precisando más, una epopeya, nacional o racial, de esas gentes morenas y apasionadas.

Aun admitiendo la existencia de ese hipotético *Hasar Afsanah*, del que en todo caso solo queda el título, fueron los árabes los que escribieron el libro que, por ese hecho decisivo, pasó a ser plenamente suyo.

Sobre el pie forzado del argumento inicial, los rapsodas árabes compusieron una obra de mucho más alcance, que rebasaba los límites estrechos del marco primitivo y llenaba del amplio soplo del desierto, de su respiración de infinito, esas veladas literarias de una corte persa.

Suele darse como plan primitivo del libro el de contar la historia de las desgracias conyugales del rey Schahriar y su hermano, y la misoginia en que estos, por efecto de ellas, vienen a caer; pero ese argumento tratado como está en la actual forma del libro, con un sentido del humor filosófico que hace pensar en los cuentos de Boccaccio o las novelitas de Voltaire, toma luego un rumbo muy distinto y mucho más serio bajo la pluma de los continuadores árabes, y se convierte en una revista, en un día del Juicio de todo el género humano: en algo así como una *Biblia* o un *Corán*.

No se trata ya simplemente de demostrar la falsedad de las mujeres, ni de trazar reglas de moral práctica, sino de encaminar a los hombres por la senda de Alá, mostrándoles ejemplos y señales que los espanten y escarmienten. Se trata, en suma, de salvar las almas, cosa nueva, idea que no aparece en ninguno de esos grandes libros de la literatura sánskrita, con los cuales pudiera relacionarse, y que es típicamente árabe y hebrea, semítica, y tiene su primer foco irradiante en la *Biblia*.

En el *Panchatantra* solo se exponen los fundamentos de una buena política, que no es propiamente la buena, sino la conveniente: la política vulpina, sistematizada después y extremada hasta lo inhumano por Maquiavelo; en *Las mil y una noches* se prescinde de la conveniencia, del éxito en la vida del mundo, y solo se atiende al gran éxito, al gran triunfo, de ganar la otra vida, que es la perdurable.

La arabización de *Las mil y una noches* aparece así, desde luego, como su islamización, según tenía que ser tratándose de un pueblo que ha empeñado a vivir realmente a partir del Islam. Y esa islamización es tan perfecta que abarca todos los detalles del libro. Pese a sus desviaciones accidentales, este se ajusta, en su estructura, al mismo plan arquitectónico de la *Biblia* o de su epítome coránico. Es como una mezquita distribuida en series de columnatas, cuyos arcos todos convergen al *mihrab*, y en la que, por cualquier parte que se mire, se ve el nombre de Alá.

Todas las historias del libro nos llevan siempre, a pesar de su aparente diversión, a lo mismo: a su punto de convergencia, que son las postrimerías del hombre.

El nombre de Alá campea en todas las partes de ese edificio literario; en los arrocabes de las historias y en su zócalo; en sus cimientos y en sus re-

mates. Esas historias son ejemplos de admoniciones llamadas a mover a reflexión a los capaces de reflexionar, propias a escribirse con un punzón en el ángulo del ojo, para tenerlas siempre a la vista, como los preceptos de Jehová, que Salomón nos aconseja grabar en el pecho—casos ejemplares, representativos, ofrecidos a la meditación de los capaces de meditar—y esa expresión miliunanochesca corresponde a la coránica, que Mahoma repite a cada paso, después de exponer pruebas palpables de la existencia y omnipotencia de Dios: «Ciertamente en ello hay materia de reflexión (*ibra*) para un pueblo que piensa.»

*Las mil y una noches* están consteladas de pensamientos y locuciones coránicas, entretreídos con aleluyas del libro, que le sirven de registro y resorte; sus historias son todas reversibles al fondo épico del *Corán* (tomado en buena parte de la *Biblia* y el *Talmud*) y hasta su técnica literaria íntima es la misma del libro sagrado; igual que en este, falta en *Las mil y una noches* ese libre y vario vuelo del genio occidental, esa rica inventiva de nuestras literaturas, esa línea osada que se pierde de vista; en *Las mil y una noches* el genio literario se mueve en un espacio reducido, de mezquita, no de pagoda india ni de catedral gótica; tres o cuatro argumentos fundamentales, tres o cuatro situaciones patéticas se repiten con leves variantes a la variedad y todo vuelve siempre al punto de partida, que es Dios; la técnica, en suma, del arabesco o almocárabe que, en la caligrafía musulmana, reproduce en miles formas el mismo hombre como el balbuceo de un maniaco.

La literatura oriental es una literatura censurada, no por ninguna autoridad teológica, sino por sus propios autores; de ahí que no pueda salirse de ciertos límites y que, como nuestra literatura medieval, trate de desquitarse de

la coacción dogmática en el terreno libre de las costumbres y la salacidad, y que en ella los rasgos más sublimes aparezcan al lado de otros inconcebiblemente groseros; es el mismo fenómeno de los trascoros de las catedrales, que se da también en toda la literatura medieval de Occidente y en buena parte de la de los llamados siglos de oro, y que sorprende en nuestra corrompida época moderna.

De igual modo el pensamiento árabe, cohibido en lo dogmático, se desquita en esa otra zona neutral de lo opinable, y se entrega a la especulación metafísica que le permiten las cuatro sectas ortodoxas del Islam, y encara con variedad de actitudes esos grandes problemas de la predestinación y el libre albedrío y el valor de los actos humanos y el poder de la voluntad en la lucha con el Destino; pero sin salirse nunca, en esos piruetos de la Razón, de los linderos de la Fe.

En el terreno puramente literario, *Las mil y una noches* guardan también íntima relación con el *Corán* y puede decirse que viven en su mismo aliento, del palpitante de su mismo corazón. De él le vienen sus directrices y su sentido, la vida íntima de sus figuras. Los rapsodas islámicos han desarrollado en ese libro de libros los gérmenes narrativos, épicos, contenidos en el *Corán*, y hallado la forma naturalísima de intercalar en esos cuentos las espantables leyendas de ciudades muertas, de pueblos aniquilados por sus culpas—esas tradiciones de Irán, la de las Columnas, por ejemplo—que ya el Profeta esboza en su libro, así como las referentes a Salomón y la reina de Saba, etcétera, que Mahoma recogió, tomándolas, desde luego, eso sí, del *Talmud*.

Los árabes continúan en *Las mil y una noches* la labor misionera de Mahoma por medio de la pluma—sin dejar por eso la espada—, y la finalidad principal del libro, en medio de la apa-

rente dispersión de intenciones, es la de formar buenos musulmanes, corroborar en su fe a los creyentes y convertir o espantar a los idólatras.

*Las mil y una noches* están al servicio del monoteísmo islámico, son un libro de catequesis y, como todos los de esta índole, sus autores no reparan en falsear y desfigurar la historia y trastocar la cronología y apelar a la fábula cuando es menester.

Empiezan por suponer que el Islam existió siempre, que es la religión natural de los hombres—idea que Mahoma sienta en su libro—, y así hacen musulmanes a todos los personajes de sus historias, aun a aquellos que vivieron muchos siglos antes del Profeta, y nos presentan el mapa de la antigüedad preislámica como un campo de idólatras, salpicado de minorías creyentes, hombres que han conservado la fe, que formadas por *hunafa*, es decir, por sus padres, recibieron de Alá, según la primera revelación hecha al padre de todos los hombres.

De igual modo violentan la historia para intercalar en el libro, cuyo punto de partida es el reinado de un monarca sasani, cuentos y anécdotas que representan otros tantos anacronismos, y transferirle a ese oscuro sultán poco menos que la crónica íntegra de su gran rey Harunu-r-Raschid, que tenía que ser muy posterior a sus sultanes persas.

Es admirable el desparpajo con que los rapsodas árabes introducen en el libro toda la época de los jefes abbasies, sobre todo la de Harún, su Carlomagno, mitificándolo, como al emperador franco los rapsodas del ciclo de Artus, y tomando pretexto de ciertas historias para exponer la teología islámica en todas sus tendencias de batinies, sufies, motaziles y kadries, en ese período; sus inquietudes espirituales y sus materiales esplendores; el estado de sus conocimientos científicos en mate-

ria profana, en astronomía, astrología; medicina, en sus ramas diversas, profiláctica, dietética, terapéutica, con los consiguientes diagnósticos y pronósticos; jurisprudencia, teología, etcétera, así como también de sus artes, en todas sus manifestaciones, poética, musical, coreográfica, deportiva, sin olvidar los juegos de ingenio, las adivinanzas y rompecabezas, y pasatiempos folklóricos, y el juego del ajedrez, entretenimiento inmemorial de los orientales, etcétera, etcétera, de suerte que en esas historias del tipo de la de Tauaddud (Noches 269 a 280) queda estampado el cuadro completo de la civilización árabe en su siglo de oro abbasí, de ese siglo en que se tradujeron al arábigo todas las obras importantes de los griegos, incluso los poemas homéricos, según nos dice Abu-l-Farach, y se incorporaron a su fondo propio todos esos elementos de cultura exótica, que entraron a formar parte de su fisonomía espiritual, completándola y enriqueciéndola hasta un grado que ya en Oriente no rebasó nunca y que solo en la España árabe, en el califato de Córdoba, tuvo su rival.

*Las mil y una noches* están impregnadas del entusiasmo imperialista de los triunfos sorprendentes del Islam en ese periodo histórico en que la media luna eclipsaba con su fulgor a todos los soles y aun a todas las lunas de Oriente, y en que Harunu-r-Raschid actuaba como emperador y pontífice en los cuatro puntos cardinales, y Bagdad veía llegar diariamente embajadores de todos los reyes y era como una Meca profana, visitada por todas las caravanas del mundo.

*Las mil y una noches* respiran la embriaguez jubilosa de ese su siglo triunfal, son un monumento alzado en honor de los gloriosos califatos abbasíes, bajo cuyo dominio político y religioso culmina el poder del Islam; la luna que ilumina esas noches es la

luna creciente del místico imperio del Profeta, y el sol que interrumpe esas encantadoras celadas es el sol del siglo de oro de Harunu-r-Raschid, ese contemporáneo de Carlomagno, de barba no menos florida que la suya y que, como él, se nos aparece en la historia en medio de un círculo de poetas, sabios y hechiceros, pero sentado, a fuer de oriental, en muelles almohadones, perfumado de almizcle y teniendo a sus espaldas el velo de un harén, en el que se oyen risas y cantos de mujeres. Harunu-r-Raschid, quinto de los abbasíes, es en realidad el héroe de esta fiesta literaria, en la que actúa también de personaje, en unión de su visir Châfar-ben-Yahya y su guardia personal, el eunuco Mesrur, y alguna vez, también, su amante esposa y prima, la celosa Sobeida.

En este cantón de cuentos han incluido los rapsodas árabes gran parte de lo que pudiéramos llamar ciclo poético de Harunu-r-Raschid—*«le règne féérique de Harun»*, como dice un escritor francés—y que por sí solo forma un argumento completo, y un argumento trágico, que tiene por remate la caída y muerte del visir Châfar y de todos los miembros de su estirpe Barmequi, hecho tan enorme y memorable como el exterminio de los umeyas, ordenado por su ascendiente Abdu-l-Lah As-Saffah, el fundador de la dinastía, y que hizo llorar a miles de ojos, incluyendo los suyos. Harunu-r-Raschid es el foco luminico que atrae las pupilas de los rapsodas árabes y les infunde un tropismo, por efecto del cual lo siguen viendo a él hasta cuando dejan de mirarlo. Siempre que describen alguna corte fastuosa o algún gran monarca están pensando en su jalifa Harún y en su espléndida corte de Bagdad.

Harunu-r-Raschid ha dado lugar a un ciclo histórico-legendario tan considerable como el de su contemporáneo Carlomagno. Los dos se reparten en su

tiempo el imperio del mundo real y de la fábula, y si el Occidente es carlovingio, el Oriente por entero pertenece a Raschid.

Raschid es todavía más grande que el gran Carlo, pues este es solo emperador y comparte su cetro con el papa, en tanto Harunu-r-Raschid es papa al mismo tiempo que sultán y ejerce integramente el meromixto imperio.

Harún absuelve y condena, ata y desata en lo político y lo religioso, manda en lo humano y lo divino, a fuer de vicario de Alá en la tierra y consanguíneo de su profeta Mahoma.

Harunu-r-Raschid, en virtud de su doble poder, manda en los hombres y los genios, ensuelve hechizos, opera curaciones y pronuncia fallos inapelables.

Harunu-r-Raschid es el Rey Sol de su tiempo, como Salomón lo fue en el suyo y solo con él se le puede competir, y aun en cierto sentido, en el del poder político, le aventaja, pues no tiene que luchar, como el monarca hebreo, con una teocracia insúmica, ya que el autócrata de Bagdad ejerce también el poder teocrático.

Si Salomón fue un poeta y un sabio, poeta y sabio es también Harún, y si es verdad que no ha compuesto sino versos de circunstancias ni escrito en suma nada comparable a *El Cantar de los Cantares* ni al *Eclesiastés*, eso no mengua su gloria en ese sentido, pues aparte de que tampoco consta que esos libros inmortales (de los que el primero nos llega mutilado) los compusiese el propio Salomón (Renan en esto tiene la palabra), Harún es algo más que un poeta y un sabio; es el numen que auspicia la poesía y la ciencia de su tiempo, el jefe que preside la academia islámica, el guerrero victorioso cuyo alfanje defiende y preserva la paz de sus sesiones, el padre que sustenta a esos hijos descuidados y bohemios, el buen genio, la providencia que echa de comer a esos pajarillos saltarines que,

cantando, se olvidan de buscar el grano, y, en una palabra, el príncipe afortunado y poderoso que hace posibles la ciencia y la poesía en su feliz imperio.

La corte de Harún en Bagdad es la meta a que se dirigen desde todos los lugares del mundo conocidos poetas, narradores de cuentos e historias, filósofos y eruditos, hombres de saber y de ingenio; siempre hay uno o más poetas a la puerta de su diván, esperando a que el jalifa despache sus asuntos de Estado y pida un poeta como quien pide una rosa o una copa de vino para despejar su mente cansada.

Ser llamado y oído por Harún, el omnipotente, y tener la fortuna de agradarle, equivale sencillamente a la fortuna. Harún es fabulosamente pródigo y emplea las riquezas que le envían sus gobernadores, no como Salomón los tesoros de Ofir, en labrar casa a Alá, que nunca gustó de templos tan suntuosos como los de Yahvé, sino en recompensar dignamente a los artistas, poetas, cantores, músicos que le alivian el tedio o resuelven sus dudas en cuestiones jurídicas, teológicas o gramaticales.

Harunu-r-Raschid, hombre de nervios delicados, sensual y por ello melancólico como Salomón, sin la fuerte salud bárbara de Carlomagno, adolece con frecuencia de esplen y, sobre todo, de insomnios; las noches que no duerme—y son muchas en esa Bagdad calurosa, enervante y llena, es de suponer, de mosquitos, y el jalifa tiene su alcázar sobre el Dichle—son noches afortunadas para los ingenios que aguardan a la puerta; son noches en que, si el jalifa los llama, pueden salir de allí convertidos en millonarios.

Harún da sus dinares por sacos en tal cantidad que el agraciado no puede cargar con ellos y el propio jalifa ordena a sus esclavos que se los lleven a su casa.

Pero no hay que estar a la puerta para optar a esa lotería; el mismo jalifa se acuerda a veces del elegido y, si no está allí, lo manda a buscar y traer, aunque esté ya acostado y tenga que sacarlo de la cama.

A ese fin envía a Mesrur, el hombre fatídico de nombre alegre, como las Euménides, siempre con el alfanje en ristre, y ese alfanje es una varita mágica cuando el guardia de corps y verdugo—¿por qué no decirlo claro?—del jalifa pronuncia estas simples palabras: «De parte del emir de los creyentes.»

La presencia de Mesrur en la puerta de una casa produce siempre pánico; muchos sacados de ella por el terrible eunuco no volvieron jamás.

Pero para artistas y escritores no hay motivo de susto; Mesrur es para ellos un enviado alegre, no el nuncio que precede al ángel de la muerte, al fatal Azrael.

Hay noches en que Harún prefiere pasear y se disfraza de mercader, lo mismo que Châfar, su visir, y Mesrur, su verdugo, y los tres se echan a vagar por las calles y plazas de Bagdad, muertas, al parecer, bajo la luna, pero estremecidas de cantos y sonos de laúd en el interior de sus herméticas mansiones; y Harún manda a Châfar que llame a la puerta y golpee con el gran aro metálico, semejante a argolla de cautivo, y los tres pasan dentro a sumarse a la fiesta.

En esas visitas inopinadas descubre el falso mercader cosas que al día siguiente dan materia de actuación al jalifa y argumento literario a sus rap-sodas.

Otras veces los tres supuestos peregrinos dirigen sus pasos al Dichle, y allí el jalifa curioso y afable conversa con los pescadores trasnochados, que prueban su suerte a la luz de la luna y en ocasiones sacan peces y en ocasiones cadáveres truculentos, que muestran las huellas de un crimen impune.

Entonces se acaba la farsa y el jalifa vuelve a ser en el acto el emir de los creyentes, el supremo administrador de justicia.

Todas esas nocturnas correrías del soberano están llenas de encuentros notables, sorprendentes, que dan materia a las historias; el jalifa es tan temerario que no repara en donde se mete, y a veces se ve tan apurado que lo pasaría mal de no estar allí, a su lado, siempre atento y vigilante y siempre empalmando el alfanje, el fiel Mesrur.

En esos casos hay que rasgar el velo del incógnito, y Châfar, el visir, pronuncia la palabra mágica que hace que todo el mundo se prosterne en el polvo y bese la orilla del manto del jalifa: «He aquí al emir de los creyentes, al vicario de Alá, en esta tierra que es la suya (de Alá).»

### EL CICLO DE HARUNU-R-RASCHID

Harunu-r-Raschid, con su cara ancha, abotagada, de luna de Ramadán, llena, como su cuerpo ligeramente obeso de árabe sedentario, ocupa el centro de un zodiaco de anécdotas, más o menos verídicas—más bien menos que más—, varias de las cuales han pasado a integrar el tesoro de historias de *Las mil y una noches*.

Harunu-r-Raschid, y no el sultán Schahriar, es el personaje central del libro, y muchas de las noches atribuidas al fabuloso monarca sasani pertenecen al calendario nocturno del autócrata de Bagdad.

Y esos cuentos inspirados en la aventurera vida nocturna del quinto de los abbasies forman precisamente el fondo, relativamente histórico, de estas imaginarias historias.

*Las mil y una noches* flotan en el limbo de la leyenda, de lo vago e impreciso, de lo que no tiene fecha y



apenas tiene nombre, hasta que las mide y regla la luna de Bagdad.

La primera comparecencia del jalifa en la *Historia del alhamel y las macistas* (Noches 9 a 11), señala ya el primer contacto con la cronología y la realidad, controlable, de genios, *afarit* y monarcas tan fabulosos como ellos.

Harunu-r-Raschid es el primer sultán auténtico, con cédula en el padrón histórico y constancia en los anales que se nos ofrece a la vista, y con él, pues un astro así nunca va solo, esos otros personajes de carne y hueso—entonces, ¡jay!—, su esposa Sobeida, su visir Châfar, Mesrur su macero, y a su zaga poetas y literatos, y artistas notorios, de una biografía perfectamente comprobada, y cuya existencia atestiguan sus obras, y sobre todo su muerte, como el gran satírico Abu-Nuás, el Quevedo de Oriente; el docto filósofo Al-Azmái, el sabio jurista Abu-Yûsuf, el famoso músico Ibrahim-ben-Isak, el de Mozul, y, en fin, todos esos preclaros ingenios que tachonan de luces la policromada cúpula de su trono.

Con Harunu-r-Raschid entra la historia en las historias de *Las mil y una noches* como un gran río que se adentra en el mar de la fábula y lo tiñe del color de sus aguas, de suerte que pueda seguirse con la vista su curso.

El ciclo de Harunu-r-Raschid mézclase ya desde la Noche 10 con el caudal legendario que viene de la India madre y le da su color y su sabor de realidad, y esa confluencia del Tigris y el Ganges es la obra de los ingenios literarios del Islam.

A partir de ese instante tuécese el rumbo inicial del libro, que empieza como tratado de moral en imágenes, al modo indo del *Calila y Dimna* y el *Hitopadesa*, para convertirse en la crónica apologética y fantaseada del quinto monarca abbasi y su glorioso reinado, en el que ocurren hartas cosas maravillosas para poder parecer legenda-

rias, y si aún subsisten elementos del plan primitivo, el rapsoda los aprovecha para trenzar con ellos los del nuevo plan, al modo como el arquitecto utiliza piedras bellas y venerables en la construcción de su nuevo edificio.

*Las mil y una noches* son un palimpsesto, en el que dos escrituras se entrecruzan y alternativamente se ceden el espacio; mejor dicho, un borrador, en el que un escriba árabe ha tachado la original caligrafía zenda o pehlevi para interpolar en ella sus ondulantes, serpentinos caracteres.

Harunu-r-Raschid es el punto inicial de esa labor de arabización de *Las mil y una noches*. La salomónica figura del jalifa de Alá preside desde entonces la composición de la obra, y sus anónimos autores hallan modo de relacionar con él hasta los relatos marcadamente fabulosos, retrayéndolos a su época, para que sea él quien desate el nudo que ataron fatalidades antiquísimas y rompa los sellos de remotos destinos.

Los rapsodas árabes se conducen con Harun como los talmudistas hebreos con Salomón, haciéndole intervenir, aunque solo sea por radiación, en todas las tradiciones de los pueblos que llevan así el sello de su doble triángulo.

Pero como Harunu-r-Raschid está más cerca en el tiempo y en el espacio que Salomón, y vive en una época perfectamente histórica, resulta de ahí la paradoja de que todo lo que en este libro imaginario se autoriza con su nombre adquiere categoría de historia, y puede distinguirse, por ese solo hecho, de todo lo demás, que es fabuloso.

El nombre del jalifa abbasi permite operar la diálisis literaria del confuso texto; separar lo real de lo ficticio, pues de esa época los rapsodas contaban con materiales comprobados como la *Historia de los abbases*, por Ibn-Kutaiba (siglos II y III de la *hechra*), y de ahí puede inferirse que todos los

cuentos puestos bajo su rúbrica o la de sus sucesores inmediatos tienen un fondo real, aunque abultado por la macropsis de los narradores, y pudieran vincularse al período de dominio de la dinastía abbasi, que abarca unos cinco siglos (II a VII de la *hechra*). Es muy admisible la hipótesis de que antes del siglo X corrieran ya muchas de esas historias en boca de juglares errabundos, y aun cortesanos, y hasta manuscritas, aunque siempre hay que suponer una distancia de siglos, que es la que presta nimbo de leyenda a las figuras y trae esa niebla de olvido, que obliga a recordar.

Escribir es recordar y todo manuscrito es una fijación de huellas que empiezan a borrarse en la memoria, una precaución contra la amnesia.

Historias y biografías son en realidad velatorios.

*Las mil y una noches*, a ratos tan alegres y locas, se escribieron en parte sobre rotas lápidas de sepulcros, y son ellas mismas el gran mausoleo de la raza árabe.

En el siglo VIII de la *hechra*, en que aún no existían como libro, eran ya sombras, evocadas por nigromantes, esos poderosos, muníficos y crueles jafifas abbasies, y su corte de Bagdad, fastuoso escenario de sus espléndidas locuras, asolada por mogoles y turcos, presentaba ya el desolado aspecto de esas ciudades legendarias—Nínive, Ilión, Palmira, Jerusalén—sobre cuyas ruinas se sientan a meditar los filósofos y a llorar los poetas. Hay un dejo perceptible de llanto en la aparente alegría triunfal con que esos rapsodas miliunanochescos evocan en las cortes de los sultanes persas emancipados—como la de Mahmud de Gasna—las tradiciones de los siglos de esplendor de su raza en decadencia, levantando de sus tumbas a una humanidad de bellos fantasmas. El siglo nono es fatídico para ese inmenso imperio levanta-

do por los abbasies y que mogoles, turcos y persas emancipados se reparten como antaño los bárbaros la túnica del César; Bagdad deja de ser el foco principal de atracción de sabios y poetas, que se desparraman por las cortes de sultanes extraños, por la alta Persia y el Egipto, llevando cada uno un jirón de pasado espléndido con que cubrir su actual indigencia.

Alrededor de esa época fijan los eruditos el comienzo de vida escrita del libro, compuesto así rapsódicamente entre todos y que por ello no es de extrañar presente tantas desigualdades. Sea como fuere, vino a su hora, pues si esos ingenios literarios no hubieran levantado entre todos con sus cálamos ese monumento nada quedaría hoy de ese mundo encantado. Solo ese libro resta de tanto desvanecido esplendor. La Bagdad actual no conserva siquiera esas ruinas imponentes que permiten formarse una idea de la antigua grandeza de la Roma cesárea. «Entre un espeso polvo—decía el viajero francés Flandin, que la visitó en el siglo pasado—yace sepultada la base de aquellos edificios, donde apenas se halla rastro de Harunu-r-Raschid y de Sobeida. Nada ha conservado esta ciudad que recuerde las glorias de los jafifas abbasies.»

En análogos términos se expresa el gran novelista portugués Ferreira de Castro en su caleidoscópica *Volta ao Mundo*.

De Bagdad puede decirse lo que nuestro Villaspesa dijo de Granada en su nihilista elegía.

Los tártaros primero y los turcos después acabaron con su antiguo esplendor y la redujeron a algo todavía peor que una ruina: una ciudad sin color ni relieve, un lugar en el mapa.

Pero la antigua Bagdad sigue viviendo en estas *Noches* su vida de antaño, inquieta, apasionada y triunfal, y el gran Harunu-r-Raschid, su rey poeta y

aventurero, vaga siempre en la noche por sus calles y plazas, en busca de encuentros prodigiosos.

La gloria de Harunu-r-Raschid no se extinguirá nunca, porque ha pasado a la leyenda, que es la eternidad de la Historia.

### Envío

Rey Sol en el zodiaco del Islam, tu figura, cual las de Soleimán y de Luis de Francia, exhala el fuerte hechizo y la rara fragancia de los grandes monarcas, cuyo nombre perdura. Con Châfar, que del reino el peso te asegura, y Mesrur, el macero, que la sangre te escancia, en Bagdad, tu alma inquieta y llena de elegancia, cosecha cada noche una nueva aventura... Fuiste tierno y cruel; amabas las mujeres y los bellos poemas, la gracia y el talento: coleccionar cabezas fue uno de tus placeres, pues querías de ese modo eternizar ayeres. Y un día la de Châfar, de la amistad portento, tiñó de rojo uno de tus amaneceres.

### «LAS MIL Y UNA NOCHES» EPOPEYA NACIONAL DE LOS ARABES

En la forma en que han llegado hasta nosotros, *Las mil y una noches*, pertenecen en cuerpo y alma a la literatura árabe.

Los árabes, al apoderarse de ese fantasma indostánico, le dieron su vida, su sangre de fuego y los rasgos fisionómicos y psicológicos de su raza ardiente; hicieron más que adoptar al expósito: volvieron a recrearlo en sus entrañas.

*Las mil y una noches* es un libro árabe; mejor dicho, el libro árabe por antonomasia y la epopeya en prosa de un pueblo que no tuvo un Firdusi que la pusiese en verso.

El *Corán* y *Las mil y una noches* son las dos grandes creaciones del genio árabe, los dos retratos simbólicos que de sí mismo nos ha legado ese pueblo, enemigo, por temor idolátrico, de las imágenes plásticas; el *Corán*, en

lo religioso y eterno, y *Las mil y una noches*, en lo temporal y profano, completan la visión de esa raza sin pintores y casi sin espejos.

Uno y otro libro, el sagrado y el seglar, se asemejan entre sí no solo porque Alá los une y está en ambos presente, sino también por su génesis y su naturaleza íntima; ambos son de inspiración exótica, están hechos de retazos con una técnica de mosaico y ensamblable, ambos son enciclopedias y centones, broches y sellos que cierran épocas y ciclos de labor colectiva.

Así como Mahoma recogió en su *Corán* todas las tradiciones religiosas de su tiempo y las alistó bajo su verde bandera, poniéndolas al servicio de Alá, sin reparar en su procedencia hebrea, cristiana o gnóstica, y para enriquecer su libro no tuvo escrúpulo en saquear la *Biblia* y el *Talmud*, así también los compiladores del libro profano tomaron sus elementos de todas partes, encerraron en él todo el folklore universal de su tiempo y lo lanzaron a los siglos futuros, marcado con el sello imperial de su jalifa máximo.

Y así como Mahoma cierra el ciclo de la profecía y la revelación y es el último de los enviados, así también *Las mil y una noches* clausuran el ciclo de las tradiciones profanas y es el último gran libro que produce la imaginación poética de los hombres.

Si el *Corán* anula a todos los demás libros en el concepto religioso de los árabes, *Las mil y una noches* eclipsan con su esplendor sideral a todas las demás obras de fantasía.

No es el sol dotado de luz propia el símbolo de la raza semítica, sino la luna que brilla con fulgor reflejo; pero la luna de esa raza oriental es tan potente que fulge como un sol, de una belleza más amable, que se puede mirar, y atrae de tal modo los ojos que hipnotiza y detiene las horas y hace pensar que el sol no existe.

Los árabes han magnificado la noche; en el *Corán* se habla más de la noche que del día; de noche recomiendan Mahoma que se lea su libro, y los grandes prodigios, prometidos a los creyentes, se consuman en la noche maravillosa del *kadr* en que se deciden los destinos del año, y esta es otra relación más entre el libro sagrado y el libro profano de la raza.

En *Las mil y una noches*, en ese nocturno rosario de cuentos, van incluidas las noches sagradas del *Corán*, y las lunas portentosas del Ramadán místico y transfigurado de ayuno alternan en él con las profanas y alegres lunas de los meses hilarios.

La correspondencia íntima entre el *Corán* y *Las mil y una noches* es constante; el libro profano se nutre de la vena vital del libro religioso, al modo como la vida temporal se alimenta de la eterna.

Si en el *Corán* creó Mahoma el templo del Dios único, en *Las mil y una noches* el mismo genio de su pueblo labró el alcázar de su único vicario en la tierra.

No hay demasiada hipérbole en decir que *Las mil y una noches* son la epopeya racial de los árabes, ya que en ese magno libro alojaron sus anales y fastos, sus leyendas y sus historias, su memoria de raza tradicionalmente errabunda y rica, por tanto, en reminiscencias de toda clase, y a todo ello pusieron como sello el destino de Alá, de igual modo que en la *Iliada* griega todo lo preside y dispone el hado.

*Las mil y una noches*, en las que los árabes han vertido todo su fondo histórico-legendario desde la época preislámica hasta las postrimerias de la gloriosa dinastía abbasi, componen un argumento innegable de epopeya, sin que le falte enteramente el requisito poético, ya que está toda ella salpicada de rimas, y además, en ocasiones, el estilo se eleva hasta la altura épica y la

prosa se hace verso, de pronto, como un mar cuyo ritmo se aviva bajo el soplo emocionado de la tempestad.

Hay historias en el libro, como las del rey Omaru-n-Nômán (Noches 60 a 102) y de Garib y Achib (Noches 550 a 572), que son verdaderos *epos* nacionales, o tribales, con un argumento cerrado, de dignidad absolutamente épica, en el que actúan reyes y príncipes y amazonas y se riñen batallas y se realizan hazañas y gestas caballerescas, de grandeza igual a las que Firdusi canta en su *Schah-Námeh*, que, más que la *Iliada* y que la *Eneida*, ha servido de modelo, aunque mediato, a nuestros grandes épicos del siglo XVI: Ariosto y Tasso.

Todos los elementos del *Orlando* y *La Jerusalén* se encuentran ya en esa historia del rey Omaru-n-Nômán y de sus hijos que, precisamente, es también como el último de ambos *epos*, un eco fantaseado de las Cruzadas. Pero también el genio jovial y burlón del Ariosto y sus risas jocundas riman con el rumor de cascabeles del poema oriental.

No es del caso dilucidar aquí la relación precisa en que se hallen respecto unos de otros esos poetas de razas, épocas y climas distintos, ni tampoco seguir el rastro de esa corriente subterránea que en todo tiempo ha mantenido el contacto entre el Oriente y el Occidente, y que, en el momento solemne de las Cruzadas, se pusieron en contacto directo y cambiaron estocadas e ideas.

Toda guerra es, en el fondo, una forma violenta de comunicación, un principio agresivo de conocimiento y amistad y también un modo brutal de comercio. En las guerras de Alejandro conocieron los griegos a muchos pueblos y adquirieron no pocas ideas.

Los árabes, pueblo mercader al mismo tiempo que guerrero, han conocido muchos pueblos y muchas ideas y tam-

bién han dado a conocer unos pueblos a otros y los han hecho amigos al hospedarlos en su jaima.

Por su medio conoció o reconoció la Europa del siglo XIII a los griegos olvidados, y volvió a aprender en textos árabes ciencias que, al nacer, hablaban griego; Bagdad primero y más tarde Córdoba suplantaron a Bizancio y hacen de centros distribuidores de cultura.

Por los árabes conoce Europa en el siglo XIII (fecha aproximada) el famoso libro sánscrito del *Calila y Dimna*, en la versión de Abdu-l-Lah-benu-l-Mokaffâ (siglo VIII), y, antes que Europa, en otra versión la conoce España, pues ya figuran apólogos del referido centón en la *Grande e General Estoria* de Alfonso, el Sabio, compuesta a principios del referido siglo (Solalinde, prólogo al *Calila y Dimna*). No en balde tuvimos aquí los árabes desde el siglo VIII.

Pero volvamos a nuestro tema de la epopeya racial que vemos en *Las mil y una noches* y afirmemos una vez más que lo es, si se toma la palabra en un sentido amplio, en el de libro que resume la historia y el carácter de un pueblo, en el sentido en que lo es con respecto a nosotros el *Quijote* y no ninguno de los explicadamente titulados poemas épicos.

*Las mil y una noches* son la epopeya de los árabes, porque son su libro más representativo, el que el día del Juicio podrían presentar ante Dios, como nosotros, según Dostoyevski, podríamos presentar el *Quijote*, en opción de premio o de castigo y justificación del empleo que diéramos a nuestra parte de la eternidad.

Lo mismo que en el *Quijote* se ve España en alma y cuerpo, con sus campos y sus ciudades, sus gentes indígenas y exóticas, sus instituciones y sus leyes, su religión y su política, sin que falte tampoco el panorama retros-

pectivo de su pasado en ese retrato fiel de su presente, y por los claros del fondo hispánico asoma la Cristiandad, así también en *Las mil y una noches* se ve todo el Islam, incluso sus aledaños y sus lejanías, geográficas e históricas.

La cristiandad del *Quijote* deja también ver el Islam, que es su anticuerpo, y el Islam de *Las mil y una noches* deja ver la cristiandad por el arco de sus ajimeces orientales; uno y otro libro lo abarcan todo, y por eso tienen los dos algo de *Biblia*, porque en ellos puede verse y sentirse a los hombres y a los pueblos caminar a su mortal destino, bajo la mirada de Dios.

Lo mismo que el *Quijote* encierra historia y leyenda de España, contienen *Las mil y una noches* leyenda e historia del Islam, y si un libro absorbe enjundia de cronistas notorios, también el otro embebe esencias de historiadores y geógrafos profesionales, por decirlo así, como Ibn-Kutaiba, el analista de los abbasies, Ibn-Jaldún, Al-Makkari y muchos más.

Pero lo que más interesa hacer constar a nuestro presente propósito es el hecho de que en *Las mil y una noches* vive y alienta y bulle la muchedumbre islámica, con esa vida real que sólo presta la irrealdad del poeta, y que son por ello el mejor documento histórico y psicológico para poder juzgar a esa sociedad abigarrada, con sus costumbres tan distintas a las nuestras y con su parte de bien y de mal, correspondiente a la condición humana, con su empaque caballeresco y su picaresco desgarre, y todo ello tan a lo vivo y con tal sensación de presencia, que parece existir ahora mismo, y que es un espejo mágico el que nos permite sorprenderla en su actividad, que nunca cesó.

Esas ciudades extinguidas, esas criaturas muertas hace siglos siguen viviendo en el cosmorama de estas noches,

cuyas lunas encantadas no menguan ni se mueven y son lunas de espejo.

El Oriente islámico vive encantado en el sortilegio del libro, y basta abrir sus páginas para olvidarse del tiempo y el espacio actuales y sentirse transportado de pronto al Oriente inmutable y eterno, donde el almuédano anuncia el paso de la hora efímera, loando a Alá el perdurable; los mercaderes conversan o dormitan, desgranando las cuentas de sus rosarios de ámbar, en sus tiendecillas llenas de tesoros; las tapadas desfilan, seguidas de sus dueñas, lanzando por debajo del velo miradas fatales, y Harunu-r-Raschid puede ser, en la noche, el transeúnte de andar vacilante que se cruza con nosotros.

Si a un libro así se le discute el nombre de epopeya nacional no sabemos a cuál otro podría adjudicársele con mayor razón ni mejores títulos.

Pero sea como fuere, si se puede afirmar que *Las mil y una noches*, con el *Corán* y los siete *moal-lakats* o poemas dorados de los siete grandes cantores anteriores a Mahoma—el más grande de todos—, son los tres libros que deben leer quienes deseen penetrar en el secreto de esa compleja alma del árabe; alma de nardo, como dijo el poeta, y también de acero.

Pero *Las mil y una noches* son la quintaesencia de toda esa literatura de raza, pues abarcan la época preislámica, recogen ecos de idolatría y, al mismo tiempo, todo el fervor de la fe que luego caracteriza a esos siervos de Alá; coránico es su fondo ideológico y el eje en torno al cual se mueven todos sus argumentos o, más bien, el resorte a que todos los mueve es la creencia en esa entidad misteriosa del sino, tan arraigada entre los árabes y que de ellos se ha extendido a todos los pueblos que con ellos trataron y que entre nosotros aún palpita en el fondo de la copia andaluza, expresión del eterno

conflicto entre el ansia tantálica individualista del hombre y su limitación dentro del complejo solidario del cosmos.

Los árabes, finalmente, han puesto en ese libro su humanismo semítico, derivado de su concepción política y religiosa, que no admite castas al modo de las que establece el espíritu aristocrático de la civilización brahmánica; esa igualitaria democracia semítica, que se expresa en el hecho de elevar a la categoría de héroes de *epos* y novela a mercaderes y artesanos, atribuyéndoles sentimientos de príncipes, y admitiéndolos a participación en las gracias de ese simbólico reino de Dios que crean los escritores; ese humanismo semítico, que tiene su expresión monumental en la literatura picaresca que los árabes han inventado o elevado por lo menos a la categoría transcendental que hoy se le reconoce, de vindicación de los humildes, de fraternización con los parias sociales.

Hay una simpatía innegable, de raíz semítica, a los desheredados, en esa literatura picaresca, cuyos autores, generalmente aristocráticos, aunque solo fuere por la cultura, bajan a los suburbios y se mezclan con la plebe más baja y se interesan por sus vidas apereadas y oscuras; es algo tierno ver a Hurtado de Mendoza, por ejemplo, contarnos las desdichas del niño Lázaro.

La picaresca es el punto de partida del folletín moderno, de esencia declaradamente social en Hugo y Sue, que en sus grandes panoramas de *Los miserables* y *Los misterios de París* trazan el cuadro de las injusticias sociales, de los humildes maltratados por los poderosos, y parafrasean la *Biblia*, creando para el pueblo que no la lee esa otra Biblia por entregas en que figuran redentores, como el príncipe Rodolfo de *Los misterios*, que se lanzan al mundo de dolor de las plebes

para verter en él los bálsamos de su afecto y sus riquezas y reparar las injusticias, levantar caídos y resucitar muertos morales, estableciendo el reino de Dios sobre la tierra del demonio.

Toda esa literatura de amor a los humildes y defensa de las bajas clases sociales, de los parias, de los ex hombres, que caracteriza a la novela rusa, de fines del XIX, desde Gogol a Gorki, es una derivación de la picaresca sublimada por Hugo y Sue, en folletín social y teológico, y arranca en su comienzo inmediato de esos *Miserables* que Dostoyevski y sus colegas han leído en su juventud y nunca, ni el propio Gorki, se desprende por completo de su raíz evangélica, sentimental, romántica. Es preciso llegar a Zola para ver ese amor a las masas expresado en formas de objetividad casi científica y como reivindicación proletaria.

Hasta entonces el folletín mantiene su tendencia providencialista y su aspiración mesiánica, que puede advertirse todavía en las ulteriores evoluciones del género, pues Rocambole, el presidiario, es un avatar del príncipe Rodolfo.

Y si es verdad que todo eso se encuentra también en la aristocrática literatura caballeresca, no es menos cierto que, como se ha dicho, la picaresca es la «caballería» de los plebeyos.

### PROCESO DE ARABIZACIÓN DE «LAS MIL Y UNA NOCHES»

Pero hasta en la forma de presentarse el libro se refleja el carácter particular de esos árabes, hombres de psicología poética, descuidados y desdeñosos de lo menudo y circunstancial, faltos de ese espíritu de crítica que desde un principio distingue a los hombres de Occidente, a los griegos; el árabe gusta del misterio, de lo impreciso, y ama por instinto las sombras, los velos y

las celosias, que son un sedante para su espíritu, lo mismo que para sus ojos deslumbrados.

Todo lo que el árabe trata adquiere un aire de leyenda, hasta la propia historia; la verdad en sus labios o sus plumas tiene un encanto de mentira, y hasta cuando pretende justificarla con datos concretos, reales, la hacen todavía más sospechosa de ficción; sus genealogías, sus «autoridades»—en el sentido erudito—, son todo lo contrario de eso, y sus refrendos son tan discutibles como sus relatos.

Por lo demás, parece importarles poco que los crean o no; ellos se lo creen y basta; proceden como su profeta Mahoma, ese enemigo de los poetas, que fue el poeta más grande de su raza; Mahoma cuenta sus visiones y delirios de epiléptico con absoluta buena fe; a título de revelaciones, se las cuenta el arcángel Gabriel y se envuelve en su albornoz y se echa a dormir.

El *Corán* es un caso onírico, y en eso se asemeja a *Las mil y una noches*, que no tienen unidad ni coherencia, y cuyas historias están puestas en labios de esa tercera persona llamada Schahrasad.

Todos los enigmas que *Las mil y una noches* plantean se derivan de ahí; pero el *Corán*, por lo menos, se autoriza con el nombre de Mahoma y ha tenido sus revisores y ordenadores en la persona de Otsmán, el segundo jليفة, asistido de un cuerpo de exegetas y de memoriones (*hafisun*), que han sido para el libro lo que el alejandrino Aristarco fue para la *Iliada* de Homero, mientras que *Las mil y una noches* no han tenido su Otsmán ni su Aristarco y se presentan a la crítica en la misma forma informe, caótica, en que el ingenio árabe las fue elaborando al través de los siglos.

De ese detalle fundamental se desprenden todas las fantasías eruditas a que ha dado lugar el famoso libro y,

sobre todo, la leyenda de su antigüedad fabulosa, porque todo lo anónimo y sin fecha, todo lo que carece de historia, gravita por natural instinto a la prehistoria y es un error ingenuo y explicable el que lleva a atribuir al narrador la longevidad de las cosas que cuenta.

*Las mil y una noches* narran historias muy antiguas que confinan con la prehistoria de la Humanidad; pero ellas mismas, como ya hemos visto, son jóvenes, siglos más jóvenes que el *Mahabharata* y la *Iliada* y el *Hitopadesa* y están formándose todavía, por el genio de un pueblo joven, cuando ya las literaturas clásicas de Occidente se están descomponiendo, cual las lenguas en que fueron escritas. Schahrasad es una niña que cuenta historias de abuela. Pero por ser una niña puede contar esas historias antiguas, que ha leído en libros viejos u oído de labios de viejas nodrizas, y que ella refiere con dejos de abuela.

Schahrasad no improvisa ni inventa; es solo una recontadora, y sus noches son una colección de anécdotas incoherentes; ningún plan definido las une ni tampoco ningún orden las encadena, salvo el broche nocturno. Solo se trata en ellas de ir ganando noches a la muerte, de pasar el tiempo.

Hay una despreocupación típicamente arábiga en ese indolente desorden, en esa falta de plan, que no se nota en obras más antiguas de otros pueblos, como el hindú y el griego. La *Iliada*, la *Odisea* tienen un plan, un argumento y un personaje central. En el *Hitopadesa* sabemos desde el principio de qué se trata: de la educación de los hijos del racha Dudarschana por una junta de sabios pedagogos que preside el venerable y docto *pandit* Vischnuscharman.

En *Las mil y una noches* no hay plan preciso, concreto, con principio y desenlace lógico.

El libro puede terminar donde se

quiera. Por ejemplo, al descubrir los dos reyes misóginos, por el episodio con el *efrit* y la joven rapsoda, que la infidelidad de las mujeres es universal y no son ellos los únicos cornudos del mundo. La obra podría tener entonces un final filosófico-humorístico, con el consuelo de ambos hermanos y su conformidad panglossiana. Y ese sería el final que un griego le habría dado. Pero también podría tener por final la reacción erótico-homicida de ambos hermanos, más en consonancia con la psicología oriental.

De ambos modos, el libro está ya todo él en esos cuentos primeros que, al trascender a la literatura occidental, formaron un solo argumento en las adaptaciones de los italianos.

Pero los rapsodas árabes no se avienen a abreviar así el número de sus noches y continúan la historia, con el segundo argumento de la curación psicológica del rey Schahriar por el tratamiento literario de la joven Schahrasad, y en ello se advierte una inferencia del libro bíblico de Esther y aun de Judith: la intervención redentora de la mujer. Schahrasad salvaría a las mujeres vindicándolas en el concepto del rey con el ejemplo de su discreción, su honestidad y sus virtudes.

Ese podría ser otro argumento; pero entonces no debería Schahrasad incluir en el número de las historias que cuenta al rey esas anécdotas de carácter libertino y hasta pornográfico en que se pone de resalte la lascivia, falsedad y, en una palabra, toda las marrullerías de las mujeres. Historias como las que se cuentan en las que comienzan con la del *Rey Uarduján* (Noches 494 a 506), por ejemplo, representan una incongruencia dentro de ese segundo plan de la obra.

Esta no tiene unidad, ni siquiera en lo de dar remate a la misión redentora de la heroína, pues es lo más probable que el perdón que el rey concede a



Schahrasad sea un aditamento, un pegote muy posterior, y que, como en la versión de Trébutien, el rey Schahriar, aburrido de oír historias, mandase cortar el cuello a la marisabidilla narradora.

Toda esa incoherencia es perfectamente árabe y está de acuerdo con la psicología de ese pueblo, nómada por naturaleza, que va de un lado a otro, plantando y levantando sus tiendas de campaña, y de igual modo arma y desarma el tinglado de sus historias; historias de una noche, que borra la claridad del día.

Nada más contrario a su genio que la estabilidad y la permanencia. Y esa psicología de esquizofrénico se refleja en su literatura.

El árabe nómada y mercader es siempre un transeúnte, que da y recibe, y sigue adelante, en busca de nuevas aventuras y logros. Y lo mismo recoge en los puntos por donde pasa mercancías que historias y poemas, y todo lo junta y mezcla en sus bagajes. Por eso en los libros que compone hay de todo revuelto: leyenda, historia y poesía. Poesía sobre todo.

Así se explica la estructura heteroclita de este libro, hecho con retazos de todas clases y procedencias, que no ha encontrado un ordenador, un Aristarco, que le diese una apariencia coherente, al gusto occidental, como pide Burton, porque tal coordinación lógica, tan de nuestro gusto, sería contraria al gusto oriental.

Por ese procedimiento sincrático y anacrónico se han formado siempre los libros del genio semita, y entre ellos el *Corán*; obra de creación sucesiva, ocasional, también de noches, entrecortadas e intermitentes, pues era de noche cuando el Profeta solía recibir sus inspiraciones y Gabriel le contaba también cuentos, leyendas como las de Schahrasad, entreveradas con revelaciones divinas.

Es, pues, inútil buscarle un plan ni un argumento cerrado a este libro sin guardas, en que los temas se repiten y contradicen y hay, en suma, para todos los gustos, pues eso es lo que a los árabes les gusta, aunque nos disguste a nosotros.

Y digamos que el haber seleccionado y ordenado esos cuentos en las dos partes de su versión es lo que formó el éxito de Galland, no anulado por las versiones integrales.

Podemos imaginarnos el proceso biogénético de *Las mil y una noches* enteramente análogo al del *Corán*; lo mismo que Mahoma al escribir su libro, encontrándose los rapsodas miliunanochescos con un material ya existente que utilizaron para sus fines, y lo mismo que el Profeta, renunciaron a crear y se limitaron a recordar. Ya sabemos que el *Corán* es un recordatorio (*tazkirat*).

Y lo mismo que el *Corán*, *Las mil y una noches* se fueron formando poco a poco, en aportaciones sucesivas, intermitentes. Ya sabemos que es aventurado fantasear; pero la fantasía, tratándose de un libro fantástico, está permitida. Y en fin de cuentas, preferible es volar, aunque sea con las alas de una mosca, a pisar tierra firme con las patas pesadas y torpes de los elefantes.

En nuestra visión personal de ese proceso genético, la tesis de Gaeje ocupa el primer plano: el libro bíblico de Esther, que es un cuento de noches, es el punto de partida y la motivación de este centón nocturno.

En el principio de todo hay un autor, persa o judío, que se inspira en el libro de Esther, lo recarga de *pathos*, agrava en adulterio el pecado de soberbia de la reina Vasti y correlativamente agrava el castigo que el rey le impone, elevando el repudio hasta la pena capital y haciendo que el monarca conciba esa misoginia homicida que a Schahriar acomete. Este no se limita,

en su reacción vindicativa, a elegir otra esposa, en lugar de la repudiada, de entre las vírgenes de su reino, sino que las va gozando y matando por turno, una cada noche.

Ahí apunta ya el *leit-motiv* de las noches, que se cuentan por vírgenes y luego se contarán por historias. Ese mismo autor árabe o judío—¿por qué no, desde luego, judío?—combina después con el libro de Esther el otro libro bíblico de Judith e idea la introducción de Schahrasad como domadora del sanguinario rey y redentora de las mujeres amenazadas de total exterminio.

No sabemos a punto fijo con cuál de ambas figuras podemos comparar a Schahrasad, pues tiene rasgos de las dos; por su decisión y arrojo es una Judith y por su belleza y dulzura femenina una Esther. Y ya se ha insinuado la duda de si, al subir al alcázar del rey Schahriar, no llevaría la intención de matar al rey si este no se rendía al encanto de su palabra.

Todo el argumento es hasta aquí el de una *haggadah* talmúdica, es decir, netamente judía, y que no parece se le pudiera ocurrir a ningún árabe; corresponde a la época de elaboración talmúdica de las tradiciones de la *Biblia*, y pudiera ser que *Las mil y una noches* cayesen dentro de ese ciclo talmúdico y se hubiesen escrito en Babilonia, alrededor del siglo V de nuestra era, es decir, un siglo antes de la aparición de Mahoma, que en su *Corán* recoge gran parte de esa creación de los rabíes exiliados.

Elaborado ya el argumento, elegidos los personajes y localizado el drama en la Persia, solo faltaba llenar con historias esas noches, que no es forzoso suponer fueron entonces mil y una. Ese número se les impondría luego, por imitación quizá de otros libros, por el *Hasar Afsanah* o vaya usted a saber; acaso por el afán aumentativo propio

de los autores. Puede que fuera simplemente el libro de las *Noches de las noches*, como *El Cantar de los Cantares*. Es muy posible también que en su texto original todo se desarrollase en una sola noche y una sola historia, y que la idea de prolongar unas y otros fuera obra de persas o de árabes.

Ahora bien: al conquistar los árabes islamizados la Persia, se encontrarían con ese libro o referencias de ese libro, que bien pudo desaparecer en los «lavatorios» purificadores impuestos por Omar a todos los libros antiguos de los persas, y algún escritor árabe hallase interesante el argumento y pensase en ampliarlo a impulsos del genio rapsódico de la raza, y aprovecharse el marco de las noches para intercalar en él toda suerte de historias y versos.

Esta segunda labor de relleno resultaba muy fácil, por la abundancia de elementos, narrativos principalmente, legendarios en la literatura pehlevi, en la que ya existía la nebulosa poética de donde luego se desprendieron esos astros del *Schah-Némeh* y el *Iskandar-Námeh*; todos esos minutos y tradiciones poéticas que irradiaban de la India y se concentraban en esa Persia de la Caldea y Asiria antiguas, en esa Babilonia, lugar de encuentro y despedida de todos los pueblos, apenas diferenciados de entonces, que al separarse después lleváronse consigo jirones de ese patrimonio común de ancestrales recuerdos y poetizaciones de las maravillosas experiencias y emociones del hombre prehistórico.

Encontrándose, pues, los rapsodas árabes con esas historias antiquísimas, de hadas y genios, de hombres y mujeres-peces y hombres y mujeres-pájaros y de monstruos imponentes, entre bestiales y divinos, con todo ese mundo fantástico, que constituye la historia de los tiempos sin historia y refleja la interpretación mística que el hombre primitivo daba a los fenómenos natura-

les, origen de toda emoción religiosa y poética, que en un principio han sido la misma cosa. En el principio fue la Poesía.

De esos recuerdos de las distintas épocas por que pasó el hombre prehistórico, de esas eras geológicas que hoy estudia la ciencia, de sus espantos y esperanzas ante los varios fenómenos de la Naturaleza que se le presentaban en bloque imponente, de esos recuerdos difusos en aura de emoción, han surgido luego los primeros libros de carácter religioso y los grandes poemas, todos ellos en el fondo cosmogonías, teogonías y genealogías, y entre los cuales no hay más diferencia que la que impone el Legislador—profeta, Zoroastro, Moisés—declarando a los unos sagrados y a los otros profanos. Es el caudillo de cada pueblo el que con su espada opera ese corte en esa masa homogénea de poesía.

Los primeros libros sagrados—*Rig-Veda-Zendavesta-Biblia*—son compilaciones de leyendas, sometidas a un criterio dogmático, coordinadas y unificadas; pero al margen de ellos los grandes poemas primitivos siguen nutriéndose de esa gran galaxia difusa de que ambos se derivan.

En unos y otros libros encontramos las mismas cosas: cosmogonías y teogonías rudimentarias, recuerdos de acontecimientos memorables como las luchas del hombre con los colosales saurios y diplodocos, y su genealogía, a partir de la primera pareja. Es decir, el Génesis.

Los legisladores-profetas, como hemos dicho, son los que establecen la distinción entre ambas versiones de una misma historia, y a partir del *Zendavesta*, por ejemplo, toda la verdad está en ese libro y lo demás son fantasías de poetas.

Lo mismo que Zaratustra hace luego Mahoma; su *Corán*, que está lleno de fantasías, es la sola verdad; lo demás

son delirios y sueños—*achdats ahlam*.

Pues bien: los rapsodas de *Las mil y una noches* recogen esos *achdats ahlam* para llenar los huecos de sus noches y toman de la tradición ariopersa esas leyendas milenarias, que son en el fondo hermanas de las que Mahoma admite en su libro. Ecos del Diluvio, de cataclismos geológicos, interpretados como castigos divinos (destrucción de Pentápolis y de Babilonia), intervenciones angélicas y demoníacas al servicio de la teología, y una escatología en que juega su principal papel el vulcanismo, así como una mitificación de grandes monarcas como Alejandro Magno y Salomón; todo ello fruto común del genio ario y del genio semita, particularmente activo otra vez en esa Babilonia persa.

Todo eso constituye el fondo de donde los rapsodas miliunanochescos extraen las grandes historias del libro, las principales y las más antiguas, y que en ninguna edición faltan; solo que las mezclan con elementos de su realidad histórica y las autorizan con nombres de sus monarcas famosos, siguiendo una vez más en alto el procedimiento de Mahoma, que en su *Corán* confunde caprichosamente historia y leyenda. Esta es la verdadera aportación de los árabes al libro, la parte que no puede atribuirse a persas ni judíos.

Pero aún hay otro elemento que les pertenece en absoluto: todas esas silvas de anécdotas históricas o semihistóricas de la obra, que sin duda sacaron de crónicas y anales referentes a los jalifas, y a la vida de los árabes anteriores al Islam, como la *Historia de las abbasies* por Ibn-Kutaiba y las obras de polígrafos como Ibn-Jalikán, Al-Masúdi, etcétera.

En toda esa labor se les fueron esos tres siglos largos que los eruditos asignan a la labor de gestación del libro—del VIII al XI de la *hechra*—, aunque su punto de partida inicial haya que

situarlo mucho más atrás, probablemente en el siglo I de la *hechra*, cuando las academias judías que elaboraron el *Talmud* estaban en plena actividad creadora.

Dígame lo que quiera, el *Talmud* tiene en *Las mil y una noches* tanta parte o más que la tradición ariopersa. Y en general, el libro árabe acusa, ya lo hemos dicho, un preceso de elaboración talmúdica.

Toda su línea inicial es semítica, no aria. Sirvenle de base los libros de Esther y Judith; empieza con un hecho pasional que nunca se les habría ocurrido a un hindú ni a un iranio y acusa un feminismo típicamente hebraico, pues son los hebreos el único pueblo oriental que siempre honró y dignificó a la mujer y el primero en abolir la degradante poligamia. *Las mil y una noches* siguen esa misma tendencia apologética de la mujer, por más que en él se inserten historias antifeministas, que sirven para efectos de contraste, pues también en la *Biblia* hay ejemplos de ello, y al lado de Débora y Judith hallamos las Dalilas enervadoras de los héroes, como las Circes griegas.

Hay que tener en cuenta también que esas historias, marcadamente antifeministas, como la de la joven raptada por el *efrit* y la silva concerniente a las malicias y engaños de las mujeres, son inserciones posteriores en el libro, tomadas de fuente aria la primera y la segunda de fuente persa, el famoso *Libro de Sendebâr*.

No tienen *Las mil y una noches* en su origen la paladina intención didáctica de moral racional o empírica que el *Calila y Dimna*, con que se le ha comparado; es un libro desde el primer momento pasional, emotivo, al modo hebraico; una *haggadah* talmúdica, no

un tratado de moral razonable, a estilo indio o griego; se encara desde luego con el fondo pasional del hombre y en ese terreno plantea el conflicto.

Hay que admitir, pues, que el primer autor es un judío o un persa o, en todo caso, un individuo ajeno al Islam, y que es el último colaborador o compilador el que le ha puesto la cabeza y el pie coránicos y lo ha islamizado retrospectivamente, hasta convertirlo en una versión profana de su libro sagrado.

Y con esa máscara islámica ha llegado hasta nosotros. Pero fácil es ver que bajo ella se trasparenta la cara no islámica del libro y que este es, en suma, un palimpsesto de doble escritura.

Eso es lo que autoriza las tentativas de interpretación esotérica, realizadas por Roso de Luna, que presiente un cuerpo real detrás de ese cuerpo aparente y lo busca, aunque lo haga a tientas como un vidente ciego.

Resumiendo lo dicho, volvemos al punto de partida, es decir, que *Las mil y una noches*, sea por lo que fuere, son hoy un libro misterioso sobre cuyo origen y elaboración no sabemos nada cierto, a pesar de los trabajos de eruditos como Littmann y Goester y Krimsk, cuyas literarias historias de *Las mil y una noches* no son sino andamiajes de hipótesis que gravitan en los aires, telarañas prendidas en la selva de la inducción subjetiva, y que, en pretendiendo puntualizar lo que a primera vista se advierte, es decir, el triple plasma sanguíneo que forma su vida, ya se cae en lo rantástico y se escribe un cuento más.

Hay que atenerse a la forma actual en que se nos presentan *Las mil y una noches* y aceptarlas como un libro árabe, escrito en árabe, y estudiar en ese respecto su lengua y su estilo.

## LENGUA Y ESTILO DE «LAS MIL Y UNA NOCHES»

La lengua en que hoy se presentan escritas *Las mil y una noches* es, como ya sabemos, el árabe, pero no el árabe enteramente clásico ni tampoco enteramente vulgar, sino un término medio entre ambos; el árabe de esos tiempos medios en que el libro fue escrito, y así no es de asombrar que a trechos aparezcan zonas clásicas y ráfagas de plebeyismo intenso, ni que abunden en él los localismos, los idiotismos y hasta los barbarismos de más bulto.

Y lo mismo que el lenguaje, cambia el *pathos* del escritor, con la consiguiente mutación del estilo. *Las mil y una noches* son un órgano polifónico, tocado por manos diversas, que hacen sonar todos sus registros.

En *Las mil y una noches* hay muestras abundantes de los cuatro estilos, que registra la retórica árabe; cuatro, como los órdenes arquitectónicos de los griegos: el llano (*sazich*), el elevado (*ali*), el bajo (*sufli*) y el mediano (*anik*).

La mayor elevación del estilo la marca la llamada «prosa rítmica» u «ornada», grado intermedio entre prosa y poesía, con un mayor dispendio de imágenes y el empleo sistemático de alteraciones y similitudines, al principio, medio y fin de los periodos. Y por rara paradoja, en este estilo de prosa, alambicada y preciosista, están escritas las llamadas *mekamats* o *sesiones* de Al-Hariri, Al-Yasiyi, Sâid-ben-Mari y otros que, por lo general, tratan asuntos de la picaresca y engalanan con esas perlas de estilo la miseria de sus personajes.

En general, el estilo en *Las mil y una noches* rara vez muestra esos refinamientos preciosistas de los escritores persas, esos orfebres pacientes y delicados que construyen sus poemas, y aun sus historias, con un material léxico

tan valioso como esos alcázares que los alarifes, sus connaturales, fabrican todo de oro y porcelana; en *Las mil y una noches* el estilo predominante es el llano o florido, y el lenguaje sobre el que se ha discutido mucho parece ser ya el vulgar, el *sermo rusticus*, que ha producido los actuales romances arábigos, no el clásico de las *moal-lakats* o poemas vetustos, que ya cuesta trabajo descifrar; la prosa rimada, propiamente dicha, solo aparece en ocasiones, como indicio de énfasis, al comienzo de las historias pretendidamente antiguas para solemnizar el exordio o en aquellos pasos de estro verdaderamente épico, en que se describen batallas, como en las *Historias del rey Omaru-n-Nómán* y de *Garib y Achib*, o, finalmente, en pasos de humor, en que ese recurso retórico tiene dejos e intenciones de parodia.

Aunque la prosa árabe, y en general la semítica, conserva siempre una como querencia y resabio de ese tono de cantinela, por donde empezó la prosa en todos los países, y que Sheldon considera con razón como un infantilismo, ya que es por ahí también por donde los niños rompen a hablar, ya sabemos hoy que lo natural en el hombre es hablar en verso, y que ha tardado muchísimo en acostumbrarse a hablar en prosa y sustraerse al halago de esa monorrima con que las canciones de cuna los aduermen de niños. La aliteración es la base y nacimiento de la poesía. Los árabes no se han desprendido nunca del todo de esa musicalidad y esas aliteraciones, paronomasias y similitudines que en nuestra prosa constituyen defectos que deben evitarse y, como tales, se señalan en la prosa de grandes poetas, son otras tantas virtudes en la prosa oriental. Y los actuales recitadores públicos de países árabes las emplean con abundancia, recalcando su cadencia con acompañados golpes de bastón, al modo como los

cantadores de flamenco lo hacen con su varita (última forma del cetro lírico y del caduceo de Hermes).

Esa musiquilla monocorde es un vestigio de la primitiva forma métrica de los trovadores o juglares de todos los países, y puede comprobarse entre nosotros en Berceo y el Arcipreste, que, según Schack, el historiador de la *Poesía de los árabes en España*, traducido por Valera, la tomaron del *sachal* árabe, esa larga monorrima de los antiguos poemas, estilo *Romancero*.

De ahí salta luego el estro árabe, sin gran esfuerzo, a la métrica más complicada y varia, con cambio frecuente de rima y leyes severas de cantidad y número, como la de griegos y latinos, que sus retóricos exponen en sus tratados de *Al-Aruz* (Poesía) y que nuestro compatriota Alvarez Sanz y Tubau ha recogido en su libro *Poética y Arte métrica árabes* (Tetuán, 1919).

Y caso paradójico: en esa poesía, ajustada a metro y rima, no es, como en la nuestra, la consonancia o asonancia de los finales la característica diferencial; en ella deben evitarse esas similitudencias que son una gala en la prosa y la gracia estriba no en ellas, sino en las aliteraciones interiores, como en la clásica de griegos y latinos.

En *Las mil y una noches* pueden verse ejemplares de todas esas variedades de metros (*rachis*, *tsekil*, *hafif*, *muktazab*, *tauil*, etcétera), en cuya definición no hemos de detenernos aquí, entre otras razones porque en nuestra versión rimada de esos poemas no nos hemos atendido estrictamente al original, siguiendo el ejemplo de nuestros predecesores, algunos de los cuales, empezando por Galland, optaron por suprimirlos en absoluto, estimándolos extemporáneos y superfluos y como escollos que entorpecen, detienen y enfrían la cálida corriente de la prosa que narra y no debe cantar.

Pero a juicio nuestro, como al de

Weil y Burton—Mardrus los da, pero en prosa—, la interpolación de esos versos, que a veces son verdaderas coplas y otras se extienden a la longitud de la oda (*kazida*), es tan característica de la técnica narrativa de los árabes que debe respetarse, aunque, por lo demás, no siempre sean congruentes ni apropiados al caso.

La prosa árabe siempre gustó de salpicarse de versos, de prender esas perlas en su liso ropaje, y no hay libro en prosa, por serio que sea, que no aparezca cuajado de esas incrustaciones líricas.

Aunque tampoco hay que ver ahí una característica exclusiva del árabe, sino una persistencia en lo que hasta ayer mismo fue elegante costumbre de los escritores occidentales, que, para colmo, lo hacían con versos latinos.

Tales incrustaciones líricas en la prosa árabe resultan unas veces naturales y provocadas o traídas por la situación; pero otras responden también a un afán de lucirse del prosista, mostrando erudición y saber poético; no hay que pensar que los poemas intercalados en el cuerpo de la prosa sean creaciones del cuentista, sino citas de antología, que da casi siempre sin indicación de autor, acaso porque él mismo lo ignora; precisar esas fuentes sería una labor interesante, pero tan ardua que ningún arabista lo ha intentado, y solo en contadas ocasiones, por lo muy conocido de los versos, puede puntualizarse su paternidad.

Por lo demás, los poemas en que mayor sublimidad de estro alcanza el poeta, como esa *kazida* intercalada en la *Historia del rey Omaru-n-Nômán* (Noches 60 a 102), muestra de epinicio y acción de gracias a Alá, o esos versos elegíacos en las tumbas regidas que el emir Musa encuentra en la *Historia sobre la condición de los genios y schaitanes encerrados en redomas* (Noches 335 a 339), son simplemente pará-

frasis de la *Biblia*, en el primer caso, del famoso *Magnificat* de Miryam, la hermana de Moisés, después del paso del mar Rojo, y en el segundo, de los patéticos trenos de Jeremías y los desengañados acentos del *Koholet* salomónico.

Podemos resumir esta disquisición sobre el estilo de *Las mil y una noches* diciendo que abarca todos los estilos que en la prosa registra la retórica árabe, aunque el que en ella predomine sea el llano o florido, propio de las gentes cultas, dignas de sentarse en los estrados de los reyes, y que recorre toda la gama expresiva, acomodándose a la diversidad de los estados de ánimo y las situaciones de sus personajes y en consonancia también con la pluralidad de temperamento y origen y lengua dialectal de sus autores, egipcios, sirios y hasta persas arabizados, y, desde luego, también judíos.

Esa diversidad y pluralidad de autores se acusa en resonancias dialectales que arabistas viajeros, como De Sacy y Burton, han logrado captar con detectores no siempre exactos, al fin de inducir por ellos la cuna y la edad de esas historias anónimas e indocumentadas. Pero además de lo discutible de esas inducciones, los detectores solo han podido marcar resonancias regionales, en bloque, no vibraciones personales, individualizadas.

Hay historias en que el estilo y el léxico y la topología están denunciando un origen persa inmediato, como en la *Historia de los siete visires*, que es una traducción patente del persa, o en las tomadas de la edición de Calcuta; pero el proceso de arabización a que todos los elementos exóticos fueron sometidos hace que, en general, todas las historias se mantengan en el mismo plano tonal y no desdigan grandemente del conjunto. Contribuye a ello también esa impersonalidad objetiva de todas las literaturas antiguas, clásicas y

medievales, en que el yo no suele asomar y si lo hace se expresa también con objetividad, sin ese narcisismo morboso del siglo XIX, del que solo hay anticipaciones en la literatura picaresca.

A eso se debe esa impresión de unidad que dan las creaciones colectivas e individuales de una misma raza y aun de razas distintas en una misma época y que el *Mahabhrata* indio y la *Iliada* helénica nos parezcan la obra de un mismo genio, siendo labor de los filólogos como de los etnólogos el fijar las diferencias individuales, en función de especialistas, y formar dentro de cada grupo glosarios y hasta pequeñas gramáticas, y elaborar doctas monografías sobre la importancia, por ejemplo, de los aoristos en la *Anabasis* u otros temas de igual interés.

Hay un tono general de época y de variedad literaria que se impone a los escritores y los impersonaliza, haciendo que todos parezcan, lo mismo que sus obras, frutos selectos de la espiritual eugenesia.

En el caso de *Las mil y una noches* la impersonalidad del estilo resulta más favorecida aún por la costumbre semítica de emplear frases estereotipadas, locuciones de sabor proverbial, tropos literarios mil veces repetidos, y que, lejos de perder por ello prestigio, lo adquieren hasta llegar a hacerse sagrados y rituales, como frases de conjuro mágico; hace ya muchos siglos que la imaginación árabe descansa en punto a la creación y el invento y que los poetas de la raza se sirven de una colección de clisés, reunida por sus venerables abuelos, y que, precisamente por su antigüedad, se ha hecho querida e inviolable, sin que nadie se atreva a alterarla.

Lo mismo hoy que en el siglo de Harunu-r-Raschid los poetas árabes siguen comparando un bello rostro, cuando hiperbolizan en el madrigal, a

una luna de su noche catorcena, y un tallo airoso de adolescente a una rama de *ban*, y esas reiteraciones, que entre nosotros deshonrarían a un poeta, lo califican y prestigian en ese viejo Oriente, que gusta de lo viejo.

Es que en Oriente no se dio todavía la batalla entre antiguos y modernos, clásicos y románticos, que se dio entre nosotros, como expresión literaria de anhelos revolucionarios, imposibles en el Islam, donde el concepto religioso de la vida no deja margen para las inquietudes políticas sociales; el Islam es un «fascio», como el mosaísmo, un nudo tan bien hecho por Mahoma que no hay quien pueda desatarlo.

Hace siglos que todo es sagrado e intangible en ese mundo islámico, lo mismo la religión que el traje y el idioma, y el respeto a la tradición es tal que, para desentenderse de las mutaciones inevitables del tiempo, apelan esos hombres estáticos, que andan sin avanzar, a la ficción inocente de conservar una lengua literaria que no habla ya nadie y que solo vive en la escritura; ese árabe literal o clásico que quizá nunca se habló como se escribe y que hoy hasta los doctos de El Cairo o Beirut llaman «lengua del libro» y apenas entienden cuando un orientalista europeo les habla en él.

El árabe del libro es una lengua muerta, como el latín y el hebreo bíblico, sobre cuya pronunciación inclusive hay planteado un largo debate entre los filólogos, pues hace mucho tiempo que se alteró el valor fonético de esas notas escritas, que ya en el siglo X no se pronunciaban lo mismo en Bagdad que en Córdoba, ya no digamos en Granada, donde surgió todo un dialecto; siguiendo la ley biológica que rige para los idiomas no menos que para los seres que los hablan, hace ya siglos que el árabe primitivo, el de los beduinos, que todavía se habla en el desierto, el árabe de las *moal-lakats* se des-

compuso en muchedumbre de romances, igual que el latín clásico, a lo largo de la extensa geografía del imperio, dando lugar a ese otro árabe, llamado vulgar, que tampoco es el mismo para cada país. Si no es, como sostiene Renan, que nunca fue un idioma hablado el árabe del libro, sino una lengua literaria, creada por los poetas como el sánscrito por los brahmanes, y siempre existieron esos dialectos que hoy constituyen el árabe vulgar de cada país.

El árabe del libro es un fantasma, una ficción; pero ese fantasma, esa ficción, se anima de pronto y cobra realidad cuando pensamos que en su forma escrita, de una fijeza inalterable, impuesta por la ley íntima según la que cada palote tiene un valor gramatical, ese árabe del libro, que es una fuga de vocales, posibles a veces de doble y aun triple interpretación, ese árabe para los ojos, mantiene la unidad teórica de las razas islámicas y evita que se produzca entre ellas el fenómeno de la torre babelica.

La importancia que, por la razón referida, tiene la palabra escrita entre los árabes, explica el sagrado respeto de esos hombres a la letra y su repugnancia a modificar una grafía que ha acabado por ser, en cierto modo, una ideografía, como la chino-japonesa, que todos pueden entender, aunque la articulen de modo distinto en sus respectivos instrumentos fónicos.

El árabe escrito es la partitura de la gran sinfonía islámica que interpretan diariamente cuatrocientos millones de ejecutantes alineados desde Marruecos a Oceanía, con sus ojos rasgados u oblicuos vueltos hacia Meca.

La lengua del libro, la sacra lengua del *Corán*, mantiene, pues, la unidad espiritual de los árabes y alterarla equivaldría a una revolución tan audaz como la llevada a cabo por los jóvenes turcos a costa de millones de lágrimas



y hematies inocentes, en un plan racionalista y librepensador; pero esos turcos rasgadores de velos y cortadores de nudos gordianos no eran de raza árabe, sino turania, unos conversos forzados que, al consumir su gesto apóstata, no hacían sino vindicar, como Juliano, su conciencia de estirpe y podían, sin riesgo para su unidad racial, despojarse al mismo tiempo del alfabeto árabe y del fez.

Para los árabes el caso es muy distinto, y de ahí que entre ellos no haya prosperado hasta hoy ningún conato innovador, ni siquiera en lo literario; a principios de este siglo, que ha visto tantas transformaciones, pretendieron los escritores jóvenes de Oriente modernizar su lengua anquilosada y su viejo tesoro de imágenes, al modo de los «modernistas» de todos los países; en la revista de El Cairo *Al-Ahram* (*Las pirámides*) queda constancia de ese movimiento y de la prisa que puristas y ortodoxos se dieron a sofocarlo.

Todo esto explica la impersonalidad objetiva de *Las mil y una noches*, que, además, ya puede comprenderse, habrá sido objeto de una supervisión, como hoy decimos, de sus compiladores, los cuales han dado una fisonomía perfectamente clásica y uniforme a ese libro tan romántico y diverso.

### UNIDAD Y VARIEDAD EN «LAS MIL Y UNA NOCHES»

*Las mil y una noches* forman un todo único si se las considera por sus extremos; pero resultan un simple conglomerado heterogéneo si se examinan sus entrañas.

En el centro de esas terminales marcadas por el argumento primitivo de la misoginia homicida del rey Schahriar y su curación psíquica por la bella y sabia Schahrasad, han introducido los compiladores talmúdicamente mu-

dumbre de elementos literarios que rompen su unidad formal y son como cuerpos extraños en el buche de ese Pájaro Roj.

Hay en *Las mil y una noches*, como en el *Talmud*, historia, teología, filosofía, superstición y ciencias, rastrera realidad e idealidad etérea, cosas para reír y cosas para llorar; en una palabra: que hay en ellas de todo como en la vida, sin que falte la muerte, como en los grandes poemas o divinas o humanas «comedias», que a lo largo del tiempo pretendieron reflejarla.

Como en el *Talmud*, el libro de despedida en que los hebreos, al desparrarmarse en la diáspora, guardaron antes de dejar su hogar de Palestina todos sus recuerdos con la prisa propia de las mudanzas y los viajes, de igual modo en *Las mil y una noches* trataron los árabes en las vísperas de su decadencia de guardar en ellas todo cuanto no quisieron que llegara a perderse y borrarse en el aire y le confiaron su enunciado a esa joven narradora persa, que no podía tener conocimiento de ello, pues su voz era ya una voz de ultratumba.

Toda la confusión heteróclita de *Las mil y una noches* procede de ese hecho básico. Schahrasad introduce en el libro elementos de arrastre indostánico, ario-persa, tártaro y afgano, con los que los rapsodas árabes funden otros de origen semítico; así, se forman cuentos como los del rey *Kamaru-s-Semán* (Noches 148 a 176) y *Bedietuch-Chemal* (Noches 422 a 437), por ejemplo, en que el presente histórico de los árabes se entreteje con el mito y la fábula de la remota antigüedad brahmánica.

Pero otras veces esos elementos no se funden, y a continuación de una de esas historias legendarias viene una anécdota o serie de anécdotas perfectamente históricas, de procedencia exclusivamente árabe, y que ha pasado a

otras compilaciones, como las que se agrupan bajo el título de *Varias historias referentes a personas generosas* (Noches 201 y 202).

El lector de *Las mil y una noches* salta sin cesar de una a otra materia, de uno a otro género literario, con un nomadismo que tiene el encanto de la variedad.

Apólogo, fábula, parábola, madrigal, epigrama, discursos, epístolas, diálogos, de todo hay en ese enorme bazar oriental, por donde han pasado todas las caravanas literarias del mundo.

Empezando por lo más elemental, debemos señalar en el libro esas constataciones de sentencias, máximas, proverbios y refranes en que los sabios de todos los tiempos plasmaron su saber empírico, dándoles forma popular.

*Las mil y una noches* abundan en esa clase de resúmenes abreviados y sintéticos de largos procesos mentales, tomados de múltiples fuentes, como los *Maschalim* salomónicos, el *Hitopadesa*, el *Libro de Kalila y Dimna* y otros muchos por el estilo.

Entre ellos tiene particular importancia el refrán, ese dicho agudo y sentencioso, que siempre fue muy del gusto de árabes y hebreos, que tanto en sus escritos como en sus conversaciones suelen incrustar esa pedrería menuda, ese aljofar de ciencia experimental que ha llegado a ser patrimonio de todos y da aire de sabio aun al más ignorante.

«Los refranes árabes—dice Gustavo Le Bon—son numerosísimos y España y el resto de Europa han tomado de ellos muchos de los que poseen, siendo de origen musulmán gran parte de los que constituyen el caudal inagotable de la sabiduría de Sancho Panza.»

La paremiología en *Las mil y una noches* forma un cuerpo desperdigado de juicios y sentencias sobre los temas más diversos, en los cuales declaran los rapsodas árabes su psicología ra-

cial, proporcionando un rico material al psicoanálisis.

Como es de rigor, no preside nunca unidad de criterio en esas guías normativas de los refranes; estos se contradicen y se rectifican, a cada paso, según corresponde a la diversa casuística que los inspiró. El refrán, pese a su universalidad y objetividad aparentes, tiene mucho de subjetivo, que, al fin y al cabo, no son ciencia, sino experiencia.

No hay que insistir sobre este punto, ya estudiado por los paremiólogos, y nos limitaremos a hacer notar la riqueza en refranes de *Las mil y una noches*, posibles muchos de ellos de aproximación con otros de procedencia diversa y especialmente con los ibéricos.

Después del refrán, la fábula; esa creación primaria de todas las literaturas, cuya prioridad de invención se atribuyen todos los pueblos y es tema de disensión entre los eruditos. Los indios tienen su Bidpai; los griegos su Esopo; los romanos su Fedro; los árabes su Lokmán. En la *Biblia* hay ya fábulas, apólogos; esta forma de expresión figurada, simbólica, indirecta, está, como la copla, en la raíz de todas las literaturas, pues representa, de una parte, un eufemismo, una manera impersonal de decir las cosas desagradables en las cortes de los monarcas, y, de otra, un recurso dialéctico para hacerlas más sensibles y convincentes.

Decimos que los árabes tienen su Lokmán, el sabio Lokmán del que Mahoma habla en su libro y de cuyas fábulas se han formado analectas bastante copiosas. Entre las fábulas de Lokmán y las de Esopo, así como entre sus sendas biografías anecdóticas, se advierten no pocas semejanzas, siendo difícil precisar quién tomó del otro y en qué relación se hallan ambos con respecto a Bidpai, el del *Panchatantra*, que pasa por haber sido el inventor del género. Pero lo que interesa hacer constar aquí es que las fábulas que se

incluyen en *Las mil y una noches* son de indudable procedencia india y pertenecen las más al fondo del citado monumento de Bidpai, Pilpai o Bilpai, que los persas tradujeron a su lengua en los tiempos de Anuschirvân y que, por la versión de Mokaffa, se introdujeron en el mundo islámico como *Libro de Calila y Dimna*. Tanto los animales que en esas fábulas intervienen como las moralejas que de ellas se derivan; su *ethos* y su *pathos*, así como su implícita filosofía empírica, son absolutamente hindúes, sin que se pueda descubrir en ellos ligamentos lokmanianos. Toda esa parte sentenciosa, admonitoria del libro, es hindú, así como esos cuervos, tortugas, leones y adives son oriundos de la selva indostánica en que se mueven los *kakas*, *kurmas*, *singam* y *schrigalas* de que el sabio Vischnuscharman se sirve para educar a los príncipes hijos del rey Darschanas.

Pero hay que hacer notar todavía que la fábula en *Las mil y una noches* toma un carácter especial que la distingue de la fábula clásica—por así decirlo—y la aproxima al *fabliau* medieval por el estilo del germánico *Reineke Fuchs*. Como subraya Taylor Lewis en su prólogo a la versión inglesa de Pilpai, la fábula antigua, en Esopo, Gábrias y en el *Panchatantra*, es una composición breve, ceñida a un solo episodio con su moraleja, en tanto la fábula árabe es «una novelita larga, que abarca variedad de acontecimientos, caracterizados cada uno de ellos por algún aspecto social o político y que forman una narración altamente interesante en sí misma y muestran a veces la más exquisita moral y conservan, sin embargo, con rara ingenuidad, las características peculiares de los actores».

Dos series de fábulas o apólogos figuran en *Las mil y una noches*; la primera se sitúa entre el prolijo y com-

plicado *epos* del rey Omaru-n-Nômân y la melancólica historia de amor de Ali-ben-Bekkar. La segunda se incluye en el cuerpo de la *Historia de Uardujân, hijo del rey Cheliâad* (Noche 494), que Al-Masûdi menciona como independiente de las *Noches*.

En ambos lugares hacen las veces de intermedio sedante, después de un episodio trágico o patético, y también de recurso profiláctico contra la monotonía, y se nos muestran entreverados con historias breves de personas, como la titulada los *Anacoretas*, cuyo origen encuentra Burton en la *Historia de los dos hermanos* del papiro egipcio de Orbigny (que data de Ramsés III), modelo, según él, de la famosa historia de Yúsuf y Suleika.

Entre los apólogos miliunanochescos descuellan el del Lobo y el Zorro (personificaciones del hombre malo y del astuto) que guardan relación con el ciclo occidental de *Reineke* y es un verdadero *fabliau*, un *roman*.

Los árabes, pues, han dado a la fábula clásica un desarrollo que no tenía y en ese sentido puede decirse que han creado una nueva variedad literaria.

## EL CUENTO DE HADAS

En relación con la fábula debe mencionarse el cuento de hadas, ampliamente representado en *Las mil y una noches*, aunque aquí las hadas se llaman genios o *alifrits* femeninos. Con él introducen los rapsodas en el libro ese mundo de lo sobrenatural, ese reino de la pura ficción, en el que, sin embargo, hay, a nuestro juicio, y según la crítica moderna, mucho de realidad prehistórica fantaseada, pues fácil es ver que esas sílfides, ondinas y mujeres-pájaros, aluden a modos de vida lacustre y arbórea, cuyos vestigios encuentran hoy los antropólogos.

Ahora bien: el cuento de hadas, con

todos sus elementos, es de indudable origen ario-persa, y en su creación han tenido también su parte los griegos. Los antiguos iraníes fueron los que, a impulsos de su innato sentimiento de lo bello ideal, crearon toda esa mitología, que luego les tomaron los hebreos, esa avanzada semítica, durante su cautiverio en Babilonia, añadiendo lo fantástico babilónico a lo mítico egipcio, que llevarán a Palestina en su éxodo. Se comprende que esos israelitas aceptaran ese mundo ideal de los iraníes como su paliativo, un refugio contra sus desventuras, y adormiesen con relatos maravillosos sus dolores. Desde luego que las hadas buenas, en esa adaptación hebrea de los mitos iraníes, son ángeles, y las malas, demonios. Las visiones de Isaías y Ezequiel están llenas de comparecencias angélicas, providenciales y salvadoras. Todo el libro de Tobías, con la intervención del arcángel Rafael, que, como un buen genio, protege al joven Tobías, está impregnado de ese sentimiento iraní, de esa fe en lo maravilloso, que luego recalcará el *Talmud*.

Con la mitología irania enriquecieron también los árabes su penuria imaginativa y su afán taumatúrgico, tomando de los judíos lo que estos antes tomaron de los persas. La cosmogonía y la escatología coránicas están calçadas, como hoy se sabe, sobre el *Bundehesch* iraní. Mahoma no tuvo reparo en admitir en su *Corán* esos elementos de lo supernatural; pero luego reaccionó contra esa tendencia, expuesta a la idolatría, entre otras razones porque temió que los creyentes se remontasen a las fuentes iránias y abandonasen los filtros coránicos. Lo persa se había introducido de tal modo entre sus filas que ya había todo un partido, una quinta columna persianófila, capitaneada por el poeta Nars-ibn-Hârîts, y habiendo este caído prisionero en la batalla de Bedr, Mahoma lo mandó matar,

para dejar así sin cabeza a sus secueces. Más tarde el jalifa Omar, al conquistar la Persia, mandó destruir todos los libros sagrados de los persas, no por el fuego, como hacia el fanatismo medieval en Occidente, sino por el agua, arrojándolos a los ríos, es decir, ahogándolos.

Lo cual permitía aprovechar luego los pergaminos para escribir en ellos con letra ortodoxa. Pues en el fondo se trataba de un lavatorio.

Pero tales represiones no pudieron contener el poderoso influjo del idealismo iraní y, apenas transcurrido el siglo primero de la *hechra*, se introduce en el Islam el sufismo, esa reviviscencia del neoplatonismo y el gnosticismo cristiano con matices de lo que hoy se llama hilozoísmo, que recoge todo lo maravilloso-ideal, que hasta entonces había creado la imaginación humana en su anhelo de rectificar y ennoblecer la realidad, y construye sobre el mundo sensible otro mundo mucho más grande y bello, poblado por una humanidad que, por sus poderes espirituales, ya rebasa ese nombre.

El sufismo es una religión que crea una literatura y un arte nuevos. Desde su aparición en la Persia conquista la adhesión de todos los espíritus nobles y delicados y todo lo renueva con su hálito vivificante de poesía. Los antiguos mitos iraníes, simbolizados en seres fantásticos, entre humanos y zoológicos, en esos toros y caballos con cara de personas y en esas esfinges de pechos de mujer, que aún pueden contemplarse en las ruinas y los museos, vuelven a estremecerse y vivir en muchedumbre de poemas e historias, muchos de los cuales han pasado a *Las mil y una noches* amalgamados con leyendas talmúdicas y elementos de la realidad.

El cuento de hadas no es, pues, de origen árabe, y los que aparecen en *Las mil y una noches* se superponen a

un fondo de realismo costumbrista, que es lo propiamente arábigo.

Así, por ejemplo, la *Historia de Kamaru-s-Semán y su amada* (Noches 516 a 532), lo mismo que la de *Los sabios que inventaron un pavo real, una trompeta y un caballo* (Noches 240 a 249), procede, según Burton, de la misma fuente alienígena que *Pedro de Provenza y Cleomades y Claramunda*, o sea, de una fuente ariopersa.

### LA «MUNAZIRA»

Tampoco es, por lo menos, creación exclusiva de los árabes esa variedad literaria que sus retóricas denominan *munazira* y corresponde a los que las retóricas clásicas denominaban juicios o moralidades, considerándolos como una derivación de la sátira, aunque ellos la hayan cultivado con una insistencia y un acierto que en cierto modo les confiere paternidad.

La *munazira*, que pudiera traducirse disputa o controversia, definela el padre Scheijo en su *Retórica*: contención entre dos litigantes sobre la calidad de dos cosas, para hacer resaltar la más excelente. La *munazira*, pues, viene a ser como un torneo de ingenio en el que los dos presuntos disputadores echan mano a toda clase de argumentos, naturales, históricos y hasta teológicos, en defensa de la entidad física o espiritual que apadrina. El autor supone que ambas partes defienden su tesis delante de un público que sigue con interés sus razonamientos, inclinándose ya de un lado ya de otro. Al final, en muchas ocasiones, toma la palabra uno de los presentes, que suele ser un *schij* respetable, y a modo de árbitro (*judex*) pone fin a la discusión y dicta su fallo, concediendo la palma del certamen, como si dijéramos la flor natural, a uno de los contendientes y, por regla general, un *accesit* al derrotado, cuan-

do no parte equitativamente, con el término medio, la palma entre los dos rivales.

La *munazira* empieza por un exordio expositivo, al que siguen los respectivos alegatos de los disputantes, y cuando estos hablan en primera persona, y cantan sus propias excelencias, pronuncian lo que se llama la *mufajira* o panegirico; el fallo del árbitro recibe el nombre de *hukmu* o juicio.

La *munazira* puede versar sobre toda clase de temas: sublimes, vulgares y hasta insignificantes y ridículos; se trata de hacer en ella gala de ingenio, sutileza y erudición, y el autor aspira a sorprender y dar a sus lectores, u oyentes, la impresión de que improvisa. No en vano se trata de una creación de los juglares, de los *aretólogos* encargados de amenizar los festines de los señores.

En *Las mil y una noches* hay hartos ejemplos de *munazira*, como las que sostienen entre sí seis esclavas de distinto color, en presencia de su amo, y el Aire y el Agua, y el Aceite y la Carne, y otras por el estilo que recuerdan el *Concurso entre la seta, el papafigo, la ostra y el tordo* que, según Suetonio, valió un premio del emperador Tiberio a cierto Aseliön Sabino.

Cuando la *munazira* afecta tonos menos personales y versa sobre temas filosóficos y de alcance objetivo, conviértese en la *muchádila* o controversia, que se aproxima a los diálogos platónicos. Así ocurre, por ejemplo, en la discusión que sostiene la docta Sayyidetu-l-Muschaij con su no menos docto contrincante en las *Disputas entre el hombre y la mujer ilustrada sobre las excelencias del varón y la hembra* (Noches 266 a 268), y en las que ambos hacen gala de una erudición y una sutileza dialéctica digna de los sofistas griegos o los escolásticos medievales.

La afición a estas disputas o contro-

versias llega hasta esos siglos medios, y en nuestra literatura de esa época tenemos la famosa *Disputa entre don Carnaval y doña Cuaresma*. Vástago de esa misma raíz podemos ver en el «vejamen» de nuestro Siglo de Oro.

Como aproximaciones a la *munazira* pueden señalarse en las literaturas clásicas el «idilio» de Teócrito y Virgilio, en que dos pastores contienden, en presencia de sus compañeros, con el rústico caramillo, y cantan las excelencias de sus amadas o las suyas propias, disputándose el premio de un corderillo o un beso de la rústica belleza que adoran y ensalzan. Y a veces caen en la *mufajira* o autoapología, como Coridón, el que ardía de amor por el hermano Alexis, cuando dice: «No soy tan feo; ha poco me miraba...»

### EL CUENTO DE ANGUSTIA

Otra variedad literaria, cuyos autores o, por lo menos, cultivadores sistemáticos son los árabes y de que hay abundante muestra en el libro, es la que pudiéramos llamar «cuento de angustia» (como decimos cuento de miedo) que empieza bien y termina igualmente bien, pero cuando parece que va a acabar mal; en el núcleo de esas historias hay un grave peligro, a veces mortal, del que el protagonista se salva, mediante una intervención inesperada y a veces maravillosa, acabando en sainete lo que amenazaba ser una tragedia. El cuento de angustia, que en nuestros tiempos ha constituido todo un género literario, es, entre los árabes, de raíz mística y de tendencia edificante, y tiende a inspirar al creyente confianza en la ayuda de Alá, que viene cuando menos se espera. Responde al adagio de «Dios aprieta, pero no ahoga». A veces el apretón de la necesidad, sin embargo, es tan fuerte, que la ayuda llega tarde y el individuo se

salva como el zorro del cuento: dejando en el cepo una mano o las orejas. Véase toda esa serie de las manos cortadas.

Entre estas historias de angustia, las hay muy patéticas e impresionantes, por razones puramente literarias. La intención edificante de ellas aparece clara en el título del ya mencionado libro del *scheij* Abu-Alí-l-Kázi-At-Tenuji, *Al-Farchu badi-sch-schiddet* (*El gozo tras la aflicción*), que, en el siglo X de la *hechra*, tradujo al persa Husein-benllu-s-Sád al Dehistani. En ese libro cada historia va seguida de una *Al-Faída* o moraleja, que expone claramente su sentido. Ese libro y también el *Il-lamu-n-Nas* o *El sabedor de las gentes*, del *scheij* Abdu-r-Rahman Al-Atlidi, pueden haber sido las fuentes de más de una anécdota de esa índole de las que en *Las mil y una noches* figuran, si no es que unas y otras bebieron en las mismas fuentes.

Merecen también mencionarse, como productos literarios típicamente árabes, las *ruyas* (de *raua*, abreviar) o narraciones de fuente tradicional, recontamientos, como las llaman nuestros moriscos en sus textos aljamiados, es decir, repeticiones de otros rapsodas, con cuyos nombres se refrendan y autorizan, aunque naturalmente no haya que concederles mucha fe. En las *ruyas* caben todas las formas y todos los temas, siempre que sean de carácter raro, singular y más o menos fabuloso; representan las *ruyas* una labor de acarreo, constituyen el repertorio de los juglares o *rauis*, que, en su necesidad de tener siempre a punto historias de esa clase, echan mano de cuantos elementos encuentran en la tradición escrita u oral, y así, en esos recontamientos, reproducen pasos edificantes de toda la literatura pietista evangélica, búdica o cristiana, que encuentran abundantemente a su disposición.

Cuando la *ruya* se desentiende de su

fin didáctico y solo aspira a entretener pasa a ser la *naḍira*, curiosidad, rareza, chascarrillo, etcétera, y toma sus elementos principalmente del folklore. Véase ese cuento de los despropósitos en la *Historia de Harunu-r-Raschid y Ali, el persa, o cuento del persa y el curdo* (Noches 208 y 209).

## LA PICARESCA

Pero hay todo un género literario que los árabes pueden reivindicar como suyo y que tiene amplia y brillante representación en *Las mil y una noches*: la picaresca. Baste citar esa larga *Historia de Ahmedu-l-Dánaf y Hasan-Schuman con Dalila, la ladina, y Seineb, la trapisondista, su hija* (Noches 387 a 394), con su continuación, *las Aventuras de Ali, El Azogue, el de Mizr* (Noches 394 a 405), por la que desfilan todos los tipos de la maleancia de Bagdad y aun de El Cairo, juntamente con los grotescos policías encargados de perseguirlos y que son tan pícaros y maleantes como ellos. Nada falta en ese cuadro de la picaresca oriental, rico en toda suerte de lances propios de esa vida, en ejemplos de timos y trucos, y en el que asistimos a un interesante torneo de truhanes y pillos, de gente que vive de la trampa y el pego. Burton halla en él un anticipo de la novela policiaca de Gaboriau, y, de haber alcanzado nuestros tiempos, habría dicho de Sherlock Holmes, y no va desencaminado, aunque no tiene en cuenta que, en ese género detectivesco, siempre el punto de partida es un crimen, mientras que en esta historia no actúan personajes de tal fauna delincuente, sino ejemplares de la vida del hampa, tipos de menor cuantía, que no salen de la esfera del petardo y la estafa. Son los auténticos ejemplares de nuestra picaresca, los Rinconete y Cortadillo y demás com-

padres del «Patio de Monipodio» o de la «Corte de los Milagros»; los antepasados de Luis Candelas, con la particularidad de figurar entre ellos esas representaciones de la picaresca femenil, esa Dalila y su hija, que no tienen otro parangón en nuestra literatura del género que la pícara Justina, muy inferior a ellas, por todos conceptos, y que les dan ciento y raya a todos sus colegas y en el fondo, como verá el lector, son dos buenas personas y hasta dos señoras decentes.

La picaresca oriental, modelo de la nuestra—según es sabido—, no se sale nunca del mundo de la delincuencia menuda, del hurto y la pequeña estafa, que no causan daño mayor y por eso dejan un margen para la hilaridad, sin que nunca se arroje a la esfera del crimen, en que se mueve la actual novela de detectives y *gangsters*; es el suyo un mundillo de ingenio, y en cierto modo de travesura, creado por los literatos árabes, que, como los nuestros de la época correspondiente, eran también por fuerza algo pícaros o bohemios, si se prefiere esa expresión de mejor tono.

Nadie duda ya de que a los árabes pertenece la casi paternidad de ese género de literatura, del que anteriormente solo tenemos el *Satiricón*, de Petronio, y *El asno de oro*, de Apuleyo, y por cierto que en la historia que comentamos interviene también la magia como en la del último de los escritores citados. Pero aun admitiendo que antes de los árabes ya hubo manifestaciones de literatura picaresca, son ellos, en todo caso, los que sistematizaron ese género y lo ilustraron con una serie de obras admirables, escritas en la mejor prosa arábiga, esmaltada de versos y sentencias, como las *Mekamats* de Al-Hariri, y sobre todo fueron ellos los que, por mediación de los moriscos, introdujeron en España el gusto por esos cuadros de vida plebeya y ma-

leante, llenos de una verdad pintoresca, y a veces amarga en medio de sus risas, que cultivaron caballeros tan graves y escritores tan requintados como Hurtado de Mendoza, Quevedo y el gran Cervantes.

La novela picaresca, en la que muchos han creído ver el precedente del realismo zolesco y de la novela psicológica del siglo pasado, por la cantidad de introspección que hay en ella, arranca indudablemente de esos modelos árabes que los europeos no han hecho sino reproducir, trasladándolos a sus ambientes y pintándolos con sus propios colores, y la pluma con que escriben parece la misma caña árabe que sus colegas de Oriente les hubieran cedido. Dalila, la ladina, ese tipo de mujer enredadora y trapisondista, ha dado su forma y hasta su aire, su *habitus*, su tono a la Celestina de nuestra novelística del medievo largo, que no tiene su igual en las demás literaturas de Europa, y ha salido de los harenes de Oriente.

La vida que reflejan las historias picarescas del libro, en el que, aparte la de Dalila—no es la única, aunque sea la más monumental, por decirlo así—, es la misma que la nuestra de los siglos medios, en que ya apunta, aunque sin constituir un género especial, en el Arcipreste; en *La Celestina*, de Rojas, y en los Ejemplos, de *El conde Lucanor* y del *Libro de Senedbar*, donde ya se refieren lances de tono picaresco, como el timo de que hicieron objeto a un vendedor de sándalo, y constela nuestra literatura naciente de anécdotas y tipos de esa clase; la lucha por la existencia dio lugar en Oriente a una variedad social de seres descalificados, caídos o decaídos, «indeseables» de hoy, sin más arma que el ingenio para medrar y triunfar (a ser posible) en la vida; y esa casta de seres, solidarizados por natural gravitación biológica, vino a constituir un gremio, una cofra-

día con sus estatutos, sus reuniones y sus escuelas de capacitación, como hoy diríamos; y los escritores, en cierto modo, de no mejor condición social, sintiéronse atraídos por esa vida libre y birlonga, a pesar de sus riesgos, y se deleitaron pintándola, hasta el punto de poner en esas descripciones las mejores galas de su estilo y vestir literariamente de príncipes a esos desaharrados y hacerlos soltar por su boca versos y sentencias que valen un tesoro.

Es natural que así sea, ya que, en el fondo, esa literatura picaresca, aunque afecte aires de autobiografía, de autoconfesión del plebeyo protagonista, es la obra de grandes escritores, aristócratas del espíritu y la cultura que, por medio de esos muñecos, proyectan en el libro la filosofía empírica de una personalidad superior.

Lo único que hay de veraz y legítimo en esas autobiografías de pícaros, como autoconfesión de los autores, es la queja del hombre de ingenio maltratado por la suerte y mal apreciado en la estimativa social, que inspira el argumento constante y tradicional de esas obras, lo mismo en Oriente que en nuestro cabo occidental.

La picaresca, tratada por escritores graves, sapientes humanistas y humanos, viene a ser una suerte de epopeya al revés, de epopeya del pueblo, cuyos héroes son no reyes, ni príncipes, ni guerreros de una genealogía larga y prolija, sino seres humildes, anónimos, de la gleba y el osario común, que visten harapos y luchan sencillamente por la vida, por el poco de sol y el mendrugo vital, aunque sientan apatencias, y a veces las logren, de trajes suntuosos y exquisitos manjares y pasen entonces del ayuno a la comilona, para volver nuevamente al ayuno, pues lo característico del pícaro es vivir al día y tomar las cosas según vienen.

Hay que distinguir la picaresca de



los árabes y la nuestra del siglo XVI, que es su continuación, de la literatura del arribista, del *parvenu*, que no aparece hasta el siglo XIX con Balzac y su gran personaje representativo, Vautrin, que delinea ya toda una estrategia de asalto a la fortuna y el poder.

La picaresca árabe y la nuestra se sitúan en un plano más ingenuo y contentadizo, sin rebeldías ni pretensiones de tipo político y social; la primera, porque en el mundo islámico de que procede no hay cuestión social, ni odio al poderoso, ya que todo está reglado de antemano por Alá (que da sus bienes a quien quiere de sus siervos), y en la nuestra, porque la ortodoxia habría sofocado la protesta; así que los personajes picarescos se valen en su lucha por el pan y la perdiz sencillamente de su astucia, como el héroe épico de su valor, y es tan épico como él, aunque tenga más de zorro que de león y en su prisma psicológico descomponga el solar rayo leonino.

Todo esto explica que sea la picaresca el género literario más eminente entre los árabes, que no tienen propiamente epopeya, y que en él se encuentran las supremas virtudes del estilo, hasta rayar en lo sutil, alambicado y oscuro de su más requintada poesía, en escritores como Al-Hariri, comparable, en lo conceptuoso, a nuestro Quevedo, y cuyas *Mekamat*, que De Sacy publicó en folio, presentan más dificultades al estudioso que los *moal-lakats* clásicos.

### EL «EPOS»

Los árabes—hemos dicho—no tienen en su literatura una epopeya comparable al *Schah-Námeh* de Firdusi o la *Eneida* virgiliana. Por lo demás, tampoco nosotros tenemos epopeya, aunque, como a los árabes, no nos hayan faltado en su tiempo los elementos ins-

piradores y la base de tradición que brinda la historia.

Nuestra epopeya es el *Romancero*, esa serie inconexa de hazañas individuales a las que falta el broche superior de una intención nacional; la epopeya árabe anda también desperdigada en romances aislados, de tipo heroico personal, que cantan las luchas del beduino, del caballero del desierto, con sus rivales de las tribus vecinas, a impulsos generalmente de la codicia de botín, o por pura majeza personal, y a veces también por desfogar su despecho contra el *scheij* orgulloso que le negó la mano de su hija, o el reyezuelo que lo menoscabó e hirió en su honra como en el caso de nuestro Cid.

Sobre esa base de historia, pronto deformada por la leyenda, se han formado esos romanceros de Antara, Chündaba y otros de esos héroes anárquicos. Pero a esos brotes esporádicos de epopeya fáltales esa unidad y superioridad de intención y de objeto que caracteriza a la verdadera epopeya, desde el *Ramayana* y la *Iliada* hasta *La Jerusalén libertada* del Tasso. Y lo mismo que el pueblo nómada, disociado, que engendró a esos héroes en la época de su paganía, andan sueltos esos romances, como andaban los de la épica irania, antes de que los uniera Firdusi en los ciento veinte mil versos de su *Schah-Némeh*.

Los héroes beduinos son bravos que andan en coplas, y no pasan de ese grado elemental, propio de sus hazañas, también elementales.

No se elevan a la verdadera altura épica, ni luchan contra una fatalidad de orden superior, con intenciones superiores, sino simplemente contra la fatalidad biológica. Son casos de la lucha por la vida.

Esa lucha del hombre contra la fatalidad suprema del Sino constituye el fondo de la literatura caballeresca, que no tiene representación entre árabes y

hebreos, aunque entre ellos se registren manifestaciones esporádicas y rudimentarias de esa arrogancia soberana del hombre en forma de individualismo desahogado y anárquico, de egolatría disolvente y asoladora, que se mueve en un círculo delictivo, de bandidaje y muerte, sobre la arena antisocial de los desertos.

El beduino, que en los poemas antislámicos sale de su jaima, jinete en su caballo o su camello, enristrada la lanza, en busca de aventuras, de enemigos a quienes vencer y despojar, al modo de Chúndaba o Chánfara, y que canta sus propias alabanzas en lenguaje hiperbólico, representa simplemente un caso de lucha biológica, alardes de jactancia individual, de matonismo aislado, y dista mucho de esos otros caballeros de la rama aria que realizan trabajos y esfuerzos, alistados bajo las banderas del bien, y luchan por un alto ideal, de amor sublimado o de humana redención.

Esos caballeros forman a lo largo del tiempo una orden mística, con un fondo común de doctrina esotérica, adaptada a las diversas religiones de los tiempos y países en que actúan, y cuya clave central la constituyen la fe en el origen divino del hombre y la posibilidad de que este se eleve sobre su limitada naturaleza humana, si potencia las latencias divinas, mediante una voluntad superior, que niegue precisamente los egoístas fines inmediatos de la voluntad.

Este es el credo arcano de la *gnosis* antiquísima, de la tradición iniciática que madame Blavatzki ha tratado de reconstruir en nuestros tiempos con el nombre de teosofía, y adeptos militantes de ese credo son, a lo largo de los siglos, todos esos caballeros paladines del Ideal y del progreso humano que, con sus gestas maravillosas, llenan toda esa imponente literatura del ciclo bretón de Artus, de las *Sagas* escandi-

navas y de los *Nibelungos* germánicos, que llegan hasta nuestros días y mueren cantando con voces sobrehumanas en la epopeya musical de Wagner.

Los árabes no se elevan hasta ese concepto de lucha solidaria por un Ideal hasta que surge Mahoma y los alista en esas milicias religiosas del Islam, formadas por guerreros voluntarios, ligados por un voto que, hoy se reconoce unánimemente, fueron el modelo de nuestras órdenes militares, empujando por los Templarios.

Antes de Mahoma sólo en Antara apunta ya el carácter filantrópico del caballero andante, erigido en paladín del débil y el agraviado, aunque conservando todavía resabios del saltador de caminos, como, por lo demás, todos los caballeros de su tipo, insurgidos contra la Ley.

Es en las luchas con los idólatras donde surgen los caballeros sin miedo ni tilde, como nuestros Bayardos occidentales, entre los que descuella Alíben-Abu-Taleb, el yerno de Mahoma, el León de Alá victorioso, cuyas hazañas han inspirado todo un ciclo de leyendas extraordinarias, que, por un lado, son hagiografías edificantes, y, por otro, verdaderos libros de caballería.

Pero Alí no encontró un poeta que contase con estro digno sus proezas, como tampoco Salahu-d-Din (Saladino), el héroe principal de la Anticruzada, halló después el Tasso árabe que lo enalteciese como el italiano a su rival, Ricardo Corazón de León.

El hecho es que los árabes no han llegado a tener una epopeya nacional, como otros pueblos, y que ni siquiera lo han intentado, aunque su historia les brinda sobrados elementos e intenciones para ello. Diríase que una falla psíquica se les atraviesa en el camino de la epopeya. Quizá su espíritu individualista, o su tendencia a ver las cosas por su doble perfil y su aguda percep-

ción de lo cómico, que corta sus vuelos a lo trágico y los deja en la tragi-comedia. Fenómeno análogo al que nos ocurre a nosotros, pues en este sentido es un exponente psíquico el *Quijote*.

En la *Historia del rey Omaru-n-Nô-mán y de sus hijos* (Noches 60 a 102), que tiene aires de poema épico, la visión de la picaresca se interfiere y produce una parodia.

«Los árabes—dice Renan, tratando de explicar el fenómeno—no tienen epopeya debido a su monoteísmo absoluto. La gran epopeya brota siempre de una mitología. Solo es posible mediante la lucha de los elementos divinos y la admisión de esa hipótesis, según la cual el mundo es un campo inmenso de batalla en que dioses y hombres riñen perpetuos combates. Pero ¿qué hacer para la epopeya con ese Jehová o ese Alá solitario, que es el que es? ¿Qué lucha empeñar contra el Dios de Job, que no le contesta al hombre sino con truenos? En régimen semejante la creación mitológica solo podía conducir a la de ejecutores de las órdenes divinas, de ángeles o mensajeros, sin distinción individual, sin iniciativa ni pasión.»

Por la misma razón, que a su vez atribuye el gran filólogo a la falta de imaginación creadora de los nómadas primitivos, explica también Renan el carácter puramente lírico, subjetivo, de su poesía y la ausencia de la novela en su literatura.

Y desde luego que tiene razón; solo que el sabio orientalista generaliza demasiado su tesis, al extenderla a los tiempos preislámicos, en que los árabes, por contacto con otros pueblos o siguiendo una ley natural, profesaban un politeísmo propicio a la creación de una mitología y al desarrollo de una literatura, varia y rica, como la de los hindúes o los griegos. Fue Mahoma quien cortó los vuelos a esa literatura en ciernes y le impuso la monotonía de

su intransigente monoteísmo; al arrojar a los ídolos de la Kâba, expulsó también el Profeta a las Musas.

Por lo demás nos parece excesivo suponer, como hace Renan, a los semitas fatalizados desde el principio por la mecánica elemental de su idioma para intentar otra cosa que la parábola o el salmo, pues de haberse podido desarrollar libremente el genio semita se habría formado un verbo más rico. No hay más que ver lo que los chinos han hecho con su lenguaje monosilábico, de niños.

Pero sea como fuere, es lo cierto que los árabes no se han elevado a la epopeya y que en *Las mil y una noches* no hay ningún verdadero *epos*, sino aproximaciones, novelitas de corte romántico-caballeresco, por el estilo de las que enloquecieron a Don Quijote y que proceden, sin duda alguna, de la misma fuente aria, el *Mahabharata*.

En esas *historias* como las de Kamaru-s-Semán (Noches 148 a 176), y Hasán el de Bazra (Noches 437 a 465), y el príncipe Almás (Noches 872 a 885), encontramos todos los elementos de la novela de caballería, en que los héroes luchan y arrostran toda suerte de penalidades y riesgos por llegar hasta la dama de sus pensamientos, hasta la Mujer sublime por sus sueños y como divinizada con los atributos de única y superior a todas las demás, y que a veces ni siquiera han visto nunca, como tampoco Don Quijote necesitó ver a Dulcinea para enamorarse de su ideal encanto.

Esos Kamaru-s-Semán y esos Hasanes y Almases son del mismo temple romántico-idealista que las Amadises y Belianises de las novelas de caballería occidentales.

Pero hay, no obstante, un matiz diferencial que marca la refracción que esos argumentos ario-persas han sufrido al arabizarse. El caballero enamorado de *Las mil y una noches* no suele

ser de suyo un héroe; tiene algo de un Sancho Panza metido a Quijote por la fuerza de las circunstancias; es un mercader, un pacífico vecino de Bagdad, Bazra o El Cairo, que, de repente, por efecto de un impulso pasional, de un «pronto», se ve convertido en protagonista de un argumento de caballería y magia y encargado de un papel para el que no reúne condiciones.

Quitando a príncipes natos como Seifu-l-Maluk y Farús, el hermano de Parad, y Judad, que, sobre todo los dos últimos, son verdaderos héroes de novela caballeresca ariopresa, apenas deformados por la arabización, los demás muestran esa aleación de noble y plebeyo, de Quijote y Sancho que acabamos de indicar, y que no se da antes de ellos en ninguna literatura de ese tipo.

Hasán, el de Bazra, lo mismo que Neru-d-Din, el de la historia de Mar-yem, no valen gran cosa como enamorados ni como hombres, no digamos ya como héroes; solo les caracteriza la constancia, la tenacidad amorosa, la obsesión erótica, que les confiere una suerte de voluntad pasiva.

Van como hipnotizados al encuentro de su dama, por llanos y montes, pero no llegarían nunca al castillo, inaccesible e inhallable, en que aquella los aguarda, como Melisenda en el ciclo de Carlomagno, si no les asistiesen genios buenos, tutelares, hechiceros de la magia blanca, de suyo enemigos de los otros genios malos, protervos, que se les oponen y con los que están siempre en el mismo estado de guerra que fagocitos y leucocitos en el cuerpo humano.

Son ellos los que, de unos en otros, van llevando a esos héroes, de suyo apocados y pusilánimes—mercaderes, para no decir más—, hasta esas regiones de cartografía del mito, en que se inscriben las siete islas de Al-Urakul-Uak, el Castillo de Diamantes, llamado

Tekná; el País del Alcanfor y del Ebanol, la Montaña de las Nubes y demás localidades sin localidad.

Y esos mismos sabios buenos, los nigromantes compasivos, filantrópicos del *Quijote*, enemigos naturales de monstruos y vestiglos, follones y malandrines, están asistidos también por animales, elefantes, pájaros y hasta monstruos, sujetos por poder de magia a su servicio y cuya procedencia indostánica no necesita demostrarse.

Y prescindiendo de ese coro de seres buenos, de guerreros de las milicias de Ormuzd, en perpetuo combate con las huestes de Ahrimán, ayudan también a esos héroes forzados sus propias amadas, más valientes, más amantes y más viriles que ellos.

Cuando las ayudas sobrenaturales faltan, los enamorados sucumben como en el caso de Ali-ben-Bekkar y Schemsu-n-Nehar, la favorita de Harún. Y no hay más que hacer sino enterrarlos juntos.

Hasta ese grado se sublima el amor en esas historias miliunanochescas. Y hasta llega al grado de sublimación suprema en forma de negación del yo y sacrificio de la propia personalidad, como en las historias de Chamil y Antara, que se alejan de sus amadas, se quitan de en medio para no ser un obstáculo a su felicidad y dan a su reprimida libido un heroico desfogue o se retiran al yermo para consagrarse por entero al amor y servicio de Dios, esa suma de todos los seres, en quien, como dijo Amado Nervo, «están las rubias y las morenas».

Historia de amor sublimado de ese tipo místico abundan en *Las mil y una noches*; los locos de amor por su dama son en ellas legión, así como los locos de amor por Alá, último término de la sublimación erótica.

Pero fácil es ver que se trata aquí en gran parte de una moda literaria venida de Persia, con los sufes, esos gran-

des místicos que tanto influyeron en la literatura de su país y luego en la de todo el mundo, en los siglos medios.

Probablemente son esas historias de argumentos antiguos, retocados según el gusto nuevo por lo romántico idealista, introducido por el persa Nizami con su famoso poema de *Machnun* y *Leila*, que todo el Oriente leyó con embeleso.

### LA «MEKAMA»

Una composición literaria que no debemos dejar de mencionar en el género narrativo es la *mekama* o *makama*, por ser típicamente árabe. La *mekama*, cuyo nombre equivale a sesión (así lo traduce De Sacy), supone un auditorio sentado, al cual el narrador, sentado también, cuenta su historia. Pero lo característico en ella, lo que la distingue de la *ruya* y del cuento en general, es las exigencias que se le imponen, tocante al primor y elegancia del estilo. «Su objeto principal—dice el padre Scheijo—es reunir perlas de dicción y rarezas retóricas y citas tomadas de poetas y prosistas, más famosos y excelentes. Por lo que su autor—añade el padre Scheijo—ha de ser hombre versadísimo en literatura y en toda suerte de recursos retóricos, para que pueda adornar su historia con esos primores y galas.»

Comprendese, pues, que la *mekama* aparece tardíamente entre los árabes, pues presupone un rico fondo literario en el que poder espigar esas perlas de que el preceptista siro nos habla, y así es, en efecto, pues su aparición data del siglo VI de la *hechra*, es decir, de época medieval de su literatura y cuando ya esta toca a su decadencia.

Su más famoso cultivador fue el egipcio Al-Hariri y fácil es advertir en sus *Mekamats*—que De Sacy tradujo al francés—ese refinamiento y alambicado

primor propio de las literaturas decadentes que, a falta de argumentos nuevos, tratan los antiguos, poniendo todo el esmero en el estilo y el lenguaje; Al-Hariri, que tuvo un imitador en el judío toledano Al-Harizi, es comparable a nuestro Quevedo, pues, como él, trata temas de la picaresca más infima en un tono culterano, propio de los asuntos más nobles, e incrusta en ese deleznable ataurique los diamantes más sólidos.

La *mekama* exige esa elevación del estilo y su medio de expresión más adecuado es la prosa ornada, rítmica, florecida de tropos raros y peregrinas flores de ingenio; flores de estufa, no de campo ni de jardín siquiera.

La *mekama* presenta un curioso contraste entre su fondo medieval y su forma decadente, preciosista.

Por un lado se parece a nuestros *fabliaux* de Occidente y por otro a las composiciones gongorinas del siglo XVII.

En *Las mil y una noches* hay muestras de *mekamats* que, en su lugar adecuado, se hacen resaltar a la atención de los lectores.

Con esas variedades literarias, más propiamente suyas, suplen los árabes la ausencia de otros géneros de composición en que, por unas u otras razones, no han llegado a ejercitar su ingenio.

Uno de ellos es el teatro. Pero antes de pasar a esa epigrafía debemos terminar esta revista de lo narrativo mencionando las silvas de historias casi históricas, anécdotas y episodios que intercalan los rapsodas, para alivio de la atención, entre sus largos cuentos y novelas. Nos referimos a historias como las de Hatim-ben-Tayyi, la ciudad de Lebta, y las referentes a poetas y músicos familiares de los jálifas. Las más de esas anécdotas tienen una base histórica y proceden de analectas como las ya citadas de Al-Atlidi y Al-Masûdi.

En ocasiones esas anécdotas se alargan y complican y llegan a formar verdaderas novelas, que nos introducen en la intimidad de la vida de los harenes de los palacios, constituyendo una interesante variedad de la narrativa.

En ellos, como guiados por un dueño de palacio, penetramos en los divanes y las alcobas de los jálifas, a los que sorprendemos en sus momentos de expansión y abandono; rodeados, no de sus graves visires, sino de bellas odaliscas, que cantan y bailan para ellos y para sus íntimos amigos, y a veces para ellos solos, haciendo algo más entonces que cantar y bailar.

Por esas historias nos enteramos de los enredos de los harenes, de los celos de las sultanías y las suspicacias de los sultanes, a los que sus favoritas, de acuerdo con sus dueñas o sus eunucos de guardia, logran engañar de lo lindo, introduciendo extraños en esos reservados de señoras.

Quien más argumentos proporciona para esta clase de historias es el enamorado Harunu-r-Raschid, con sus continuas infidelidades a su esposa y prima Sobeida, esa gran mujer, justamente celosa, que, conociéndole el flaco, se da prisa a ponerle remedio, deshaciéndose de sus peligrosas rivales, no por el puñal o el veneno, sino simplemente por medio del opio, para hacerle creer al ingenuo de Harún en una muerte repentina de sus adoradas.

Entre estas debió de parecerle especialmente peligrosa a Sobeida la llamada Kutu-l-Kulub (*Pábulo* o *Poder de los corazones*), pues en dos historias—la del sudanés Bujait, el esclavo, el tercero (Noches 55 a 60) y la de Jálifa y el jálifa (Noches 894 a 910)—la vemos «embanchándola» y dándola por muerta ante su esposo. Y también en ambas historias fracasar en su empeño, teniendo que admitir nuevamente en su harén a la rival resucitada.

Esas picantes historias nos permiten

formarnos una idea de cuánto debió de sufrir la magnífica, pomposa y ya madura esposa de ese Luis XIV oriental, con la constante aparición en su palacio de esas mujeres jóvenes, lindas y educadas en todas las artes, incluso y sobre todo en la de agradar a los hombres, con las cuales ya no podía luchar, sin valerse de sus fueros de reina en el verdadero terreno femenino.

Ese es un drama que vemos repetirse en múltiples casos, complicado con el otro conflicto económico de la sucesión al trono, origen de luchas enconadas y sordas entre esposas y concubinas y entre hijos legítimos y bastardos. La trágica consecuencia de la poligamia.

## TEATRO-ORATORIA

Mentamos tanto la tragedia y el drama a propósito de unos hombres que no tienen teatro; los semitas no tienen teatro y nunca han sentido, como los griegos, la necesidad ni el gusto de contemplar la vida reflejada en ese espejo de arte. Notable fenómeno ese de que no tenga un teatro, como los pueblos de Occidente y sus padres los arios, una raza que tan dramática historia posee; una historia tan llena de episodios trágicos, de argumentos que no habría más que tomarlos para convertirlos en tragedias literarias. Baste citar tantas luchas civiles por el poder, tanta querella tribal, tantos exterminios en masa, como el de los umeiyas por los abbasies y el de la familia Barmeki por Harunu-r-Raschid, en los que, en todas las regiones del imperio, perecieron miles de personas. No les falta a los árabes, ni en su época islámica ni en la preislámica, ese fondo, esa mitología racial, del que sacaron los griegos sus inmortales tragedias; ni tampoco esos cuadros reales de costumbres, de donde surgió entre aquellos la co-

media. La *Biblia* misma es un venero de argumentos teatrales; el libro de Judith, el de Ruth, etcétera, han inspirado en Occidente adaptaciones teatrales no menos copiosas que las de argumentos clásicos. Y, sin embargo, los semitas, dueños de esa fuente, no se preocuparon de beneficiarla. Trátase, sin duda, de un fenómeno de honda raigambre en la psicología racial. No cabe invocar, para explicarlo, la razón religiosa, pues los persas, también musulmanes, pero de origen ario, tienen un teatro, y precisamente de carácter religioso, que dramatiza la pasión y muerte de Alí, el amigo de Mahoma y sus hijos, por los usurpadores del jelifato, y se representa ante el público en todos los aniversarios de la luctuosa efemérides.

Y también los turcos, que tampoco son árabes, llevan ya cerca de un siglo cultivando el teatro, género literario en que se han distinguido Munif Pascha, Ekrem Bey, Kemal Bey y otros grandes literatos osmanlies. Y por cierto que los comediógrafos turcos empezaron tomando sus argumentos precisamente de las historias de *Las mil y una noches* que, adaptadas por ellos, se representaban en Bagdad, Damasco y demás ciudades del antiguo imperio abbasi, ante un público de musulmanes que las presenciaba con deleite.

Pero eso no quiere decir que los árabes hayan llegado a tener un teatro, ni sentido siquiera la tentación de imitar y emular en ese terreno a persas ni turcos, lo cual indica que se trata de un fenómeno de psicología racial, acaso de ese mismo individualismo que se refleja en sus formas políticas.

El teatro es una manifestación de vida pública, una dilatación del ágora y el foro, en consonancia con una fórmula de democracia política que nunca conocieron los árabes ni antes ni después de Mahoma. Los árabes no tuvieron nunca esa vida pública que, enten-

dida de este o el otro modo, tuvieron todos los pueblos de Europa. Vida pública u opinión pública, en último término vida de salón. La vida social de los árabes se desliza sigilosa, aislada, por los estrictos tabianes de lo individual. Los árabes parecen vivir solo para sí y solo se les ve juntos solidariamente en los templos y los campos de batalla. Antes de Mahoma todavía las tribus árabes, aún idólatras, se reunían todos los años en la feria de Okazd, en una suerte de anficionías raciales, y celebraban una fiesta étnica, en cuyo programa figuraban, como en las anficionías helénicas, carreras de caballos y torneos de armas—juegos y cañas de nuestros romances—y justas poéticas, a las que cada tribu enviaba su mejor cantor. Pero Mahoma, enemigo de los versos o, mejor dicho, por serlo él, de los poetas, y de los juegos frívolos que distraen al hombre del pensamiento en Dios y sus postrimerías, acabó con esos rudimentos de vida pública árabe y, con la revelación de su *Corán*, dividió más todavía a esas siempre divididas tribus; en tanto que, al dirigir al hombre hacia el imán y foco divinos, lo apartó de sus semejantes y concentró toda su vida espiritual en esa hipnosis absorbente, incapacitándolo para la vida social o de relación, uno de cuyos resortes es el teatro. De forma, pues, que en adelante no pasaron los árabes, en punto a representaciones dramáticas, de los rudimentarios cuadros mímicos, mojigan-gas y payasadas de que se habla en estas historias.

A esa misma razón se debe que los árabes no hayan tenido tampoco oratoria, ni oradores famosos como los griegos. Pues también la oratoria, como el teatro, se sale de la intimidad y soledad de la vida estrictamente religiosa. Quizá de no haber surgido el intrasigente Profeta, que aspiraba a unir a sus compatriotas en el lazo exclusivo

de la creencia en Alá, a formar el *fascio* místico con que Moisés ligara a sus hebreos, hubiese seguido una línea helénica la evolución de las razas árabes, y entonces se habrían desarrollado entre ellos esos géneros literarios que engendran naturalmente las instituciones democráticas, en que es preciso contar con la opinión y tratar de conquistar su sufragio.

Los árabes podrían contar hoy con su Demóstenes y también con su Apelles y su Fidias, pues el temor a la idolatría no les hubiese apartado tampoco de la representación plástica de la figura humana y tantos bellos cuerpos de mujer y hombre, de Venus y Apolos orientales, que solo celebran los poetas, habrían dejado su sombra materializada al pasar por el mundo y no se habrían sumido por entero, al morir, en el abismo insondable de la divinidad o de la Nada.

Faltos de esas instituciones democráticas, que favorecen el desarrollo pleno de la personalidad, los árabes, que no habían pasado por el rasero igualitario de la teocracia mosaica, detenidos en sus primeros vuelos políticos por el brazo unitario del Profeta de Alá, que los hizo hermanos, es verdad, pero en la esclavitud, aunque fuere divina; los árabes, decimos, perdieron su opción al desarrollo de su genio en más de un dominio de las artes justamente llamadas liberales porque requieren libertad.

Los árabes no tienen oratoria, en el verdadero sentido de la palabra, pues no pueden llamarse así esas disertaciones en la presencia de los reyes ni esas arengas ocasionales como las que traen sus historias de Tárík, el conquistador del Andalús, u otros caudillos militares a sus tropas, antes de la batalla, y que probablemente son imitación de los que Herodoto y Jenofonte ponen en boca de sus guerreros y que, por otra parte, tampoco tienen más garantías de autenticidad que las arengas rimadas

de heraldos y héroes en Homero y Firdusi.

Pero, todo eso orillado, también en *Las mil y una noches*, como decimos, se encuentran muestras del estilo oratorio entre los árabes en forma de arengas, exhortaciones y discusiones académicas, como las que Sayyidetu-l-Mus-chaij sostiene en las *Disputas entre el hombre y la mujer ilustrada sobre las excelencias del varón y la hembra* (Noches 266 a 268).

Pero esas muestras esporádicas no permiten hablar de elocuencia entre los árabes.

Estos suplen esa falta de elocuencia oral con la escrita de las cartas, de las *risalat*, epístolas de amor o de asuntos políticos, de las que hay múltiples y brillantes muestras en *Las mil y una noches*. Las *risalat* constituyen entre ellos un género de composición especial, subdividido en muchos subgéneros, para cada uno de los cuales se requiere un cálamo, un carácter de letra y un estilo distinto.

Los árabes siguen observando el protocolo de la carta que entre nosotros ya no rige.

Hoy, como en los tiempos de *Las mil y una noches*, es obligado llevarse, en señal de aprecio y respeto, a la cabeza la carta que se recibe, antes de abrirla.

Y la redacción de una epístola exige un arte complicado que hay que aprender en libros que de eso tratan.

La carta en Oriente es todavía la epístola, con esa solemnidad que la palabra tiene en Cicerón y en Pablo de Tarsis.

Las cartas de enamorados que en *Las mil y una noches* se insertan están escritas en un estilo alambicado, de prosa rítmica, cuajada de metáforas e imágenes poéticas, en que el autor pone todos los recursos de su ciencia retórica.

Son verdaderas joyas de literatura



romántica y pueden sostener el parangón con las que figuran en los más famosos libros de caballería.

## LA POESÍA

Pero si los árabes no tienen elocuencia tienen lo que, en cierto modo, es elocuencia también: la poesía.

De eso tienen no solo para considerarse ricos, sino para dar a los demás, sin empobrecerse. Los árabes nacieron poetas porque nacieron apasionados y pasionales y porque se criaron en el desierto, en ese infinito de arena, cobijado por el otro infinito del cielo, en que las estrellas escriben los destinos. La poesía nació, entre esos beduinos idólatras, de la simple contemplación de esas grandezas naturales que deslumbraban sus ojos y arrebataban su mente, y también del ardor bélico en que los inflamaba su ardiente sangre, haciéndoles aspirar a cometer hazañas con que distinguirse e hincar su personalidad como una lanza en aquel desierto igualitario.

De ahí una doble dirección—lírica y épica—, de la cual queda amplia constancia en los herbarios de las antologías de cantores de esa época que los árabes llaman de la ignorancia (*Al-Chahilia*). Entre los poemas de ese período, que pasaban de dos mil, según algunos autores, descuellan, como siete planetas, los siete *moal-lakats*, o poemas colgados o dorados, que merecieron el honor de ser escritos en oro en los tapices que todos los años se suspendían de los muros de la Kâba—ese panteón idólatrico que luego pasó a ser morada exclusiva de Alá—y cuyos autores son Amru-l-Kais, Tárafa, Sohair, Lebid, Antara, Amru y Harits, astros que iluminan las noches de esas cortes semibárbaras de Hira y Saná.

Después de esa época de la ignorancia (de Alá) viene la del Islam, cuyo

foco poético más potente se condensa en la corte de Harunu-r-Raschid, en Bagdad, pero que también tiene ya brillantes proyecciones en la de los jefes umeyas en Dimechh—siglo primero de la *hechra*—. El ciclo de Harunu-r-Raschid marca el Siglo de Oro de la poesía árabe, por el favor que ese sultán poeta concede a los colegas profesionales y la esplendidez con que paga las perlas poéticas, aún más que las simples perlas. Pero tampoco al morir Harun muere con él la poesía árabe, que sigue fluyendo de la misma rica vena que la hizo brotar. Sino que pierde su espontaneidad, por el agotamiento de los temas y la novedad de las figuras, es decir, que se vuelve cortesana, académica, y no hace más que repetirse y desmenuzarse en juegos de ingenio, en acrósticos y rimas de circunstancias.

Tal es siempre el caso en los ocasos de los siglos de oro. La decadencia de la poesía árabe sigue la línea descendente de su decadencia política. Y el don apolíneo pasa a poder de los poetas persas, así como la hegemonía política pasa a la corte de Mahmud de Gasna, sultán de reyes y de poetas cual Harun en otro tiempo.

Los persas, sin embargo, les deben su poesía a los árabes, según la unánime opinión de los historiadores, desde Anquetil du Perron hasta Pizzi, el cual rotundamente afirma que los persas no tuvieron poesía hasta que entraron en contacto con los conquistadores árabes, caso que es también el nuestro; ahora que tanto ellos como nosotros pagamos cara esa adquisición, dando ciudades a cambio de poemas.

Ahora bien: los árabes son poetas natos, pero espontáneos, impulsivos hombres que reaccionan instantáneamente ante las cosas que los impresionan en un sentido o en otro; en una proyección, podríamos decir, interjaccional. El árabe es, por naturaleza, improvisador; no escribe, porque no sabe

(Tárafa y casi todos los «Nobel» de Okazd son analfabetos); lanza su copla al viento, lo mismo que su lanza, desde la silla de su caballo o su camello, y no se cuida de recogerla, dejando ese trabajo para los que la oyeron y la transmitirán a los que no tuvieron esa suerte. Aparte de que su memoria es ya bastante archivo.

Toda esa poesía preislámica se ha ido transmitiendo por el aire—digámoslo así—por la onda auditiva, hasta que en el siglo II de la *hechra* empiezan los Planudes árabes como Hamasa-Abi-Temman a recogerla en sus *Antologías*. Ahí se cierra el ciclo de la poesía clásica, tan rica en bardos que, según cuentan, el recitador Hammad Ar-Raiyya, el primer compilador de los *moal-lakats*, se sabía de memoria dos mil poemas que en una ocasión recitó de corrido ante el jalifa umeya Al-Ualid.

Después de los poetas preislámicos vienen los llamados *mujadram* o *mujadrim*—espurios—, por ser medio paganos, medio musulmanes, pues florecen inmediatamente antes o inmediatamente después del advenimiento del Enviado.

Esos poetas, entre los cuales figura el famoso Lebid, acusan ya el contacto personal entre árabes y persas y el intercambio de temas e influjos en que los segundos aprenden los metros árabes y los primeros nuevos aires y tonos, delicadezas y elegancias. Pero en esta fusión de elementos la sangre poética se enriquece y, al mismo tiempo, se adultera, los sendos lenguajes se mezclan y corrompen y en el siglo II de la *hechra*, el siglo de Harunu-r-Raschid, el período verdaderamente clásico de la literatura árabe, se cierra, con un broche, eso sí, fulgurante y espléndido.

Muchos volúmenes se necesitarían para albergar todas las producciones de la poesía arábica en los períodos

descritos, que formarían una biblioteca imponente si la incuria característica de la raza y la época no las hubiera reducido a mínima parte. De muchos de esos poetas y sus obras solo sabemos, según ya indicamos, por la noticia de su pérdida. Se trata de una humanidad que solo dejó recuerdo de su vida en los censos de mortalidad. De algunos poetas solo ha quedado algún fragmento de sus obras cual jirón precioso e inútil de un rico ropaje. Ahora bien: la poesía arábica es esencialmente lírica, expresión de un estado pasional intenso, pero inestable, a semejanza del salmo hebraico, que nace de una emoción del momento, rompe en una vehemente catarata de tropos y figuras y se corta de pronto, cuando la exaltación que le dio origen ha cesado. Como en el salmo bíblico, nada de plan preconcebido ni de ejecución laboriosa: David se sienta, coge al arpa y empieza a cantar, para desahogo de su corazón, su dolor y su gozo.

Su lirismo es una terapia psíquica. Y lo mismo les sucede a los poetas semíticos de la rama de Ismael. Nada en ellos hace pensar en un trabajo horaciano de lima y retoque. Esos poemas dorados tienen todo el aire de improvisaciones y todo sugiere que no se compusieron de una vez, de una sentada, sino en sesiones sucesivas, o más bien se cantaron trozo a trozo, junto al fuego al volver el poeta, que era también un guerrero, de una correría afortunada en celebración de la cual corría el vino de mano en mano, volteaban los asadores, cargados de exquisita giba de camello, y las beldades de la tribu bailaban ante el héroe que, entonces, se animaba y, tomando su guzla, improvisaba esos cantos de egolátrico orgullo.

La poesía árabe era volandera, como el cuento; no se escribía sino en la memoria, entre otras razones porque sus creadores eran, como Tárafa, el

Ovidio del desierto, unos analfabetos geniales.

Más adelante, en la época de Harunu-r-Raschid y demás príncipes abbasies, tuvieron los árabes poesía escrita, como los griegos y latinos, pero siempre su poesía conservó su carácter de *improptu*, de creación momentánea, de reacción inmediata a un hecho emotivo o al enunciado de un tema, lo que resultaba favorecido por la ausencia de rima al modo occidental y la abundancia de licencias gramaticales permitidas al poeta.

En *Las mil y una noches* todo el mundo versifica a impulsos de la emoción intensa o el ingenio excitado, y eso no es ficción, sino reflejo de la realidad cotidiana, pues así ocurría en las cortes de los jefes y en las tertulias literarias de los mecenas y en la vida corriente del pueblo.

El fenómeno correspondía a la exquisita sensibilidad de la raza, a su reconocida impresionabilidad, a la dinámica de su temperamento, siempre en actividad afectiva; la frecuencia y facilidad del fenómeno lírico respondía a las de otras manifestaciones somáticas, como la súbita palidez o arrebolamiento del semblante, la emisión de lágrimas y aun de orina, y al síncope o desmayo, que la vivacidad de los afectos determinaba en esos orientales, propensos a padecer del hígado y más o menos afectados siempre de complejos neuróticos.

No es, pues, de extrañar la profusión de versos que constelan las historias de *Las mil y una noches*, cuyos personajes pasan por tan frecuentes trances emotivos que los ponen en trance de versificar, ocasión que el rapsoda aprovecha para intercalar versos suyos o ajenos, que pone en labios de su héroe. Según la costumbre de los orientales, rara vez los escribas de estos cuentos se toman la molestia de decirnos su autor, por lo que se necesitaría una

erudición casi imposible para localizar esas interpolaciones líricas, empresa que por ello no ha intentado nadie. Hay ahí versos de los poetas de los tres períodos mencionados, muestras de todas las variedades líricas, cultivadas por los árabes, y de todos los tonos emotivos que puede experimentar el poeta, desde el epinicio hasta la elegía y desde el madrigal al epigrama. Por ellas puede formarse el lector una idea completa y justa del carácter personal de la lírica árabe, siempre pasional, impulsiva, que proyecta sus versos como meteoros fascinantes, que parecen no aspirar a fijarse como estrellas de sereno y estable brillo.

El sector en que más se distingue esa poesía es el erótico, o amoroso, que abarca todos los grados de la pasión, desde el arrebato triste y ardiente que caracteriza los pródomos de esa psicosis hasta los orgiásticos epínios del enamorado triunfante. Pero la más frecuente en esos poemas eróticos es la nota pesimista, el lamento inspirado por los presentimientos de las dificultades que se oponen al amor naciente, el primero de todos la ausencia, que siempre se cierne, cual el cuervo agorero que simboliza la partida, sobre esos amantes de una raza nómada que está siempre cambiando de sitio. La ausencia, la *saudade*, es la inspiradora de los poemas más bellos, tiernos, delicados y tristes que riman esos enamorados, y a los que sería difícil encontrarles su igual entre nuestros clásicos griegos y latinos, por el acento de verdad emocional con que vibran y la sencillez con que se expresan. Esos poemas de ausencia, juntamente con los que podrían llamarse de marcha o despedida, y en que el cantor pinta su dolor desolado y lancinante, al oír al camellero llamar a los viajeros de la caravana en que su amada se aleja, son algo típicamente árabe, que ya se expresa en las *moal-takats*—la de Tárafa empieza así—,

por más que los persas hayan influido en la forma de expresión, prestándole su proverbial elegancia. Toda esa melancolía, ese pesimismo, que ya se manifiesta en presentimientos y temores, cuando aún no hay nada que temer, arranca, indudablemente, de la entraña misma de la raza, del fondo de su literatura más antigua—late ya en el *Eclesiastés*—, es una disposición emotiva, congénita, una psicosis (permitásenos la palabra) original, infantil, nacida en el alma del nómada por efecto del continuo cambio de lugares, que por fuerza ha de darle una visión fugaz y mudable de todas las cosas, que luego, aun en un régimen social de vida estable, persistirá en sus descendientes. El tema elegíaco de la separación y la ausencia, y de la antigua casa familiar que se encuentra en ruinas, cuando se la vuelve a ver—esos temas que tanto valorizaron luego los románticos del siglo XIX (Lamartine sobre todo)—, aparecen ya en los viejos romanceros árabes de Antara y otros amantes desdichados, estimados en todo su valor, y son vibraciones auténticamente árabes—del árabe beduino—por más que luego los sufíes persas los hayan requintado hasta el misticismo erótico de los Hafiz y los Ibn-Attar y las sutilezas de su preciosismo verbal. Puede que esos llores y desmayos de los poetas enamorados, tiernos como señoritas, sean la etiología sufi. ANTARA Y TÁRAFA no lloran, sino que desfogan su melancolía y su desesperación, su exceso de energía nerviosa, en la caza o la guerra. Y el beduino de las historias semihistóricas, incluidas en el libro, en esos trances pasionales, no se desmaya tampoco suavemente, como, por ejemplo, Alíben-Bekkar, sino que cae al suelo de un golpe, tomado de alferecía.

Pero, dejando a un lado estas introspecciones psicológicas, limitémonos a repetir que la lírica erótica de los árabes es la parte más rica de su poesía, y

que, en ese particular, ningún pueblo le gana.

Las cosas que los poetas árabes han dicho del amor y de sus amadas compondrían una antología sin igual y en ella podrían verse, por extraño que parezca, tratándose de un pueblo tildado de sensual, los primeros arquetipos del amor romántico, platónico, caballeresco, que en Europa no aparecen hasta el siglo XIV, con Dante.

Esa idea y ese sentimiento del amor tienen ya su expresión poética en su realidad entre los árabes del desierto, según puede verse en ese anecdotario amoroso de Al-Bikai titulado *As-Suaku-l-Aschuak* (*Los zocos de los amores*), cuyo manuscrito se conserva—o conservaba—en la biblioteca ducal de Gotha, y de cuyo título es una floja traducción la de amores, pues se trata ahí no del amor simplemente, sino del *ischk* o pasión exaltada, sublimada, de una suerte de locura que puede conducir al «crimen pasional», a la furia agresiva, a la hebefrenia o al suicidio lento del místico desasido del mundo; es el caso de decir: o locura o santidad.

Kosegarten expresa el estado de esos enamorados con la frase latina *percutus amore*, que corresponde más o menos al *kamopahata-chittanga* de los sánscritos.

En ese estado se encuentran Tárafa, Antara y muchos héroes de los antiguos romances árabes, retocados después por rapsodas influidos por el gusto y la moda persas. Y ese es el estado por que pasan los héroes de la novela caballeresca occidental, los Rolandos y los Amadis, hasta el último de ellos, ya enfermo de caricatura, Don Quijoté.

No es necesario llegar al siglo XV para encontrar amantes que se mueren de amor por su dama lejana o inaccesible o le consagran un culto platónico que dura hasta la muerte. Y Asisa, la prima de Asis, el de ese patético cuen-

to intercalado en la *Historia del príncipe Seifu-l-Muluk y Bedietu-ch-Chemal* (Noches 422 a 437), y Ali-ben-Bekkar y su amada Schemsu-n-Nehar (Noches 138 a 147), tienen ya sus precedentes en la literatura del desierto.

Famosa es en él esa tribu árabe de los Benu-Uzra o hijos de la Virgen, cuyos individuos eran otros tantos Dantes y aun superDantes, pues morían de amor cuando, por razones económicas o políticas, les negaban sus Beatrices, y no tenían la flemma de aguardar a verlas casadas y madres de hijos, que no eran suyos. Claro que tampoco siempre sus Beatrices llegaban a casarse, sino que vivían o se iban muriendo poco a poco solteras, puesto su pensamiento en su amado imposible.

Así el poeta *usri* Chamil y su amada Botsaina, precursores de nuestros amantes de Teruel, «tonta ella y tonto él», según la frase popular, que demuestra la incompreensión ibera para ese género de amores, quizá introducido entre nosotros por los moriscos.

También Ali-ben-Bekkar muere expresando su último deseo de que lo entierren junto con su amada Schemsu-n-Nehar. Y también nuestro pueblo ha hecho suya esa frase como expresión irónica del deseo de esos suicidas por amor: «Que los entierren juntos», lo cual indica el exotismo de esos sentimientos.

Todo esto nos demuestra la injusticia de esos detractores de los semitas, como Roso de Luna, que los culpan de groseros y sensuales, incapaces de sentir el amor en otra forma que la sexual y específica. Eso es injusto y, al par, inexacto; eso es querer rebajar a los semitas para ensalzar a los arios, vestir la pasión con ropaje erudito.

En *Las mil y una noches* hay sobradas pruebas de no ser así, y la literatura es la conciencia de los pueblos.

Toda esa lírica erótica que siembra de madrigales estas historias prueba

que el alma semita puede sentir el amor con la misma nobleza y pureza que los arios y escribir páginas de ternura, poemas de amor que no tienen nada que envidiar a los de Rama y Sita o Nala y Damayanti en la literatura sánscrita.

### LA PORNOGRAFIA DE «LAS MIL Y UNA NOCHES»

Hablar en absoluto del grosero sensualismo de los semitas es igual que llamar pornográficas a *Las mil y una noches*, porque hay en ellas pasos de tono licencioso, boccaccesco, expresados con una crudeza verbal que hoy nos parece de mal gusto.

Eso de la pornografía de *Las mil y una noches* es algo que no puede negarse; pero haciendo la salvedad de que solo existe con respecto a nosotros, pero no con relación a los orientales, que tienen un modo muy distinto de apreciar esas cosas.

Burton ha precisado muy bien los términos de la cuestión, trasladándola de la moral a la Geografía y el Tiempo, o sea la Historia.

«El *turpiloquium* miliunanochesco —dice— es una indecencia ingenua, infantil que, desde Tãnger al Japón, se observa hoy mismo en la conversación general de las clases alta y baja, sin que a nadie le choque. Son esas expresiones simplemente descriptivas de situaciones naturales.»

Un escritor francés ha dicho: «*Les peuples primitifs n'y entendent pas malice; ils appellent les choses par leurs noms et ne trouvent pas condamnable ve qui est naturel.*»

Y Mardrus, en el prólogo a su versión, repite esas últimas palabras, encariéndolas con estas suyas:

«Entiendo por pueblos primitivos aquellos que aún no tienen una mancha en la carne o en el espíritu y que

vinieron al mundo bajo la sonrisa de la Belleza... La literatura árabe ignora totalmente ese producto de la vejez espiritual: la intención pornográfica. Los árabes ven todas las cosas en su aspecto hilarante; su sentido erótico solo conduce a la alegría, y ellos rien de todo corazón, como niños, allí donde un puritano gemiría de escándalo...»

Tienen razón Burton y Mardrus al considerar las pornografías o licencias de *Las mil y una noches* como inocencias, primitivismos, expresión natural de pueblos que, sea por lo que fuere, no han alcanzado el grado de pudor externo que nosotros, o, mejor dicho, quizá entienden el pudor de otro modo. La mujer árabe se vela la cara y muestra los pechos. El regüeldo en la mesa, que entre nosotros es de mal gusto, es entre los árabes un homenaje al anfitrión que nos invita. Y además, esos orientales siguen comiendo con los dedos. Pues a esa serie de gestos pertenece el *turpiloquium* de *Las mil y una noches* y de todos los libros orientales.

Es algo sencillo, natural, que solo nos choca a nosotros, y nos choca hoy, al cabo de siglos de elaboración de un sentimiento severo del decoro. En otro tiempo tampoco a nosotros nos chocaban esas licencias, que también nos parecían naturales.

En todos los escritores europeos de la Edad Media y aun de principios de los Siglos de Oro, en Chaucer, en Rabelais, en Juan Ruiz, en Cervantes, se encuentran vocablos y frases que entonces se escribían y se decían sin herir la delicadeza de nadie y que hoy, en cambio, nos hieren.

Aquellos hombres escribían con una franqueza pareja de la sencillez con que hablaban y comían, sin eufemismos ni tenedores, y estampaban en sus obras vocablos y frases que el censor teológico de entonces dejaba pasar y el censor literario de hoy tacha, por razones de buen gusto y no de moral.

Se ha necesitado mucho tiempo para que tales ingenuidades pareciesen lo que en realidad son: primitivismos, plebeyismos, groserías sin malicia, pero censurables.

Y esa censura no la ha impuesto ninguna ley ni ningún censor oficial, sino la propia autocensura de los hombres evolucionados; la misma que ha prohibido el eructo ruidoso y aun el leve bostezo, ese suspiro desgraciado.

Ha sido la opinión pública, la sociedad misma formada por hombres y mujeres, la que ha proscrito esas licencias, de los libros y de los salones, relegándolas a los tinelos y burdeles y a los libros francamente destinados a solazar a la plebe en común o al burgués a sus solas.

Esa represión, puramente externa, que se opera hacia el siglo XVIII, pertenece al capítulo de la buena crianza; suprime la expresión, pero permite la intención, y da lugar a una literatura más pornográfica todavía, de una pornografía espiritual, insidiosa y larvada, que se vale de doble sentido, del equívoco, y, afectando aires de inocencia y con el lenguaje más correcto, se permite decir en los salones y escribir en los libros, sin que nadie se escandalice, las cosas más tremendas; de ahí surge el arte malicioso de leer entre líneas. En el siglo XVIII nadie lee ya a Boccaccio, sino a Choderlos de Laclos y a esos abates que escriben «con guante blanco». Es la literatura rosa de nuestros días.

Los orientales no han llegado aún a esa depravación.

No está en la naturaleza del árabe el deleitarse en la imaginación erótica, al modo del occidental, ni hay margen para una literatura pornográfica como la nuestra en países sin vetos respecto a esa materia, y donde esa literatura nuestra de los Aretinos del XVI y los abates franceses del XVIII solo podría mover a risa.

*Las mil y una noches*—tiene razón Mardrus—son impúdicas, pero inocentes, o si queréis inocentonas, porque son sencillamente naturales y no podrían sostener el parangón con esa literatura insidiosa y solapada de nuestra novela blanca y rosa.

El realismo erótico de *Las mil y una noches* forma parte de su realismo natural y es un reflejo de ese complejo sentimiento que, en los países islámicos, vela el rostro de la mujer y deja al descubierto sus pechos maternales.

Nada menos propicio al erotismo imaginativo que el espíritu del Islam, que solo pone a la satisfacción sexual un tope económico: el de las mujeres que cada cual puede sostener, y en el que los vínculos conyugales se atan y desatan con esa facilidad que puede verse en la anécdota de Harunu-r-Raschid y el imán Abu-Yúsuf, según el cual puede el buen creyente casarse y descasarse tres veces en un día.

En régimen social tan expeditivo ¿qué lugar habría para una literatura pornográfica? El mismo que en un paraíso de nudistas.

Hay, desde luego, en la literatura árabe tratados de didáctica erótica, como el famoso *Kamasutra* del indo Vastyayana (*Vastyayaniyakamasutra*) y sus numerosas imitaciones, que pueden verse en el imponente estudio del alemán Ricardo Schmidt—y de las cuales la más conocida entre nosotros es el *Ananga-Ranga* (*Escenario de la diosa*) de Kalyanamalla—, y en este sentido puede citarse toda una biblioteca árabe de libros análogos, como el *Kitabu-l-Isah fil'lm-n-Nekah* (*Libro de la Exposición en la ciencia del coito*), atribuido al teólogo Suyuti, o el *Kitabu-n-Nauasiri-l-Aik fi-n-Naik* (*Libro de los esplendentes verdores del Loto en la Cópula*), del mismo docto y venerable autor, o el *Kitabu-r-Rechuisch-scheij ila sebá fi-l Kuuati-l-Bah* (*Libro de la vuelta del anciano a la mocedad en la*

*potencia de la copulación*), de Ahmad-ben-Soleimán, apellidado Ibn-Kamal Paschá. Pero todos esos libros son tratados de educación sexual, exposiciones de técnicas comparables a manuales de cultura física, catálogos de actitudes, que resultan más bien aburridos que otra cosa, pese a sus sugestivos títulos, y escritos con toda seriedad por sus respetables autores como textos de una rudimentaria eugenesia, y con la sana intención de servir los grandes fines de la reproducción de la especie, el «Creced y multiplicaos» del Creador, intención idéntica a la que guía a los rabíes talmúdicos en sus disquisiciones sobre lo lícito y lo ilícito, en la técnica práctica de la cópula.

El primero de los libros citados de Suyuti empieza con esta ingenua invocación: «¡Loado sea el Señor, que adornó los virginales pechos con tetas y formó los muslos de la mujer para que fuesen yunques de las moharras (lanzas) del hombre!»

Pero en vano se buscaría entre los árabes una literatura francamente pornográfica, destinada exclusivamente, como entre nosotros, al regodeo sexual, al encandilamiento de los sentidos o a procurar una satisfacción ilusoria a los deseos reprimidos. No hay margen en Oriente para esas lascivias insidiosas, complejas y refinadas, que los vetos sexuales inspiran en Occidente, y las licencias de los escritores, sus desnudeces verbales, no son exhibiciones, sino franquezas adánicas, naturalidades de gentes que viven más que nosotros según la Naturaleza, cuando no resortes para mover a hilaridad, con esa risa ancha, inocente, infantil, que ya solo conservan los orientales y los negros.

Es cierta la observación de Mardrus: lo pornográfico entre los árabes tira a lo cómico y es un resorte para producirlo. Recuerdan a los hijos de Noé, que se rieron al ver a su padre desnudo. Reacción que, aun entre nosotros,

provoca la exhibición no intencionada de las zonas íntimas del pudor, que nos trasladan por un momento al estado de naturaleza. Las tentadoras son las semidesnudeces, las penumbras, pues todo es inocente a plena luz. Y en esa plena luz viven los orientales.

En vano se buscaría en su literatura libros apologéticos, o por lo menos justificativos, de la inmoralidad sexual; la pederastia, por ejemplo, es una plaga entre ellos, también a título de supervivencia de una práctica que fue común a todos los pueblos antiguos (¿a los antiguos solamente?); pero no se encuentran en su literatura libros de intención wildeana, como el *Corydon*, de Gide. Las historias de tipo wildeano—digámoslo así—que figuran en *Las mil y una noches* son cuentos para hacer reír.

Haría mal quien pensase, por esos signos exteriores del *turpiloquium* milunanochesco, que los árabes no tienen pudor, pues en el *Corán* puede verse cómo el Profeta previene cualquier revelación sexual prematura a los niños, recomendando a los creyentes que, al hacer sus abluciones, pongan un velo entre ellos y los menores de edad, y en este mismo libro que comentamos, en la *Historia de Tauaddud, la esclava* (Noches 269 a 280), se nos dice cómo esta, al ser interrogada por los doctores que la examinan sobre el tema de la unión sexual, tiene un gesto de auténtico pudor y vacila en contestar, teniendo que animarla el propio jalifa.

Y otro ejemplo de ese mismo pudor nos ofrece la sapientísima Sayyidetu-l-Muschajj cuando, al final de su *muchádila* sobre los sendos méritos del varón y la hembra, se disculpa de haber traspasado, en la apología de su sexo, los límites del decoro y haber hablado de aquello de que no debe hablar una mujer honesta.

Ambos pasos indican que también entre los orientales existe ese sentimien-

to de pudor y el buen gusto, actuando de censura autónoma y marcando zonas pudendas en la literatura.

Esa censura ha relegado ya a la esfera de lo plebeyo y malsonante y desterrado de la literatura impresa el *turpiloquium*, la expresión natural y desnuda, y en los libros y, sobre todo, en las revistas ilustradas como el *Al-Ahram*, de El Cairo, se guarda la misma pulcritud y delicadeza que en las nuestras de Occidente. Esas libertades seguirán subsistiendo en la conversación, en la literatura hablada, que es, por así decirlo, irresponsable; pero no en la literatura impresa, pues la letra de molde impone a la palabra responsabilidad y conciencia. La palabra se ve a sí misma mejor en la letra de bulto, y se ruboriza.

Por lo demás, siempre, aun en los tiempos de mayor licencia, existió la urbanidad en el hombre y en el escritor el decoro, el pudor verbal, que es también la urbanidad de la letra. Nunca los señores se expresaron con la libertad de la plebe, y en los escritores del siglo XVII nuestro—para no ir más lejos, en Cervantes—puede seguirse la doble línea plebeya, popular y aristocrática, en los respectivos lenguajes de Sancho Panza y Don Quijote. Hay pueblos que desde sus primeros momentos literarios se nos muestran, ya sea por temperamento, ya por una educación precoz, limpios de esos tildes sensuales y groseros, como el ario, que por eso ha dado lugar a que se le llame pueblo de señores. Esa pulcritud es uno de los fundamentos de la postulada aristocracia étnica de los arios y de su moral superior. Los poemas sánscritos más antiguos aparecen puros de toda contaminación sensual y desligados de ese complejo erótico-intelectual con que los semitas conciben los conceptos más sublimes y que entre los arios solo aparecen en el *Gita-Govinda* de la decadencia. También griegos y



romanos alcanzan pronto, o por menos sensuales (que no lo creemos), o por herencia ariana, esa línea del decoro, que entre los romanos se ha hecho proverbial como integrante de su «majestas», y que relega la licencia de tema y expresión a la zona de lo pudendo y punible. Baste recordar el destierro con que pagó el, por otra parte, tierno y delicado Ovidio sus licencias de esa índole en su *Ars amandi*.

Lo pornográfico, lo obsceno, quedó pronto entre ellos relegado a los tinieles y burdeles. Y si poetas como Marcial (el ibero, que es ya otra cosa) da ciento y raya al pobre Ovidio en sus *Epigramas*, sin sufrir daño mayor, débese en primer lugar a que rima sátiras condenatorias del vicio y también a que las atiborra de sal.

No se vaya a pensar tampoco que olvidamos los cuentos milesios de los griegos ni las comedias fescenianas de los romanos; que son literatura primitiva, tosca, como su lenguaje aún no cuajado; pero véase, en cambio, el pudor, la delicadeza con que en *Dafnis y Cloe*, esa novelita de la época decadente del helenismo, aparecen tratados los misterios sexuales.

En las decadencias se acentúan los extremos, pues son extremos ellas mismas. El decoro, las buenas formas se han exagerado ya tanto, que pesan sobre el hombre, como la propia indumentaria, recargada hasta un punto que lo cohibe, y por reacción tratan el hombre y el escritor—que es el hombre en acto de conciencia—de zafarse esos estorbos, y surge el libertinaje verbal como reacción contra el *kant* inglés con Byron, y sigue luego con los cultivadores del naturalismo y el realismo, y el expresionismo gráfico, que representa una rebelión contra esa criptografía con que la civilización ha cubierto—según Freud—la primitiva grafía natural, y que hay que arrancar a tiras, un ansia de regresión roussoniana a la

Naturaleza, paralela al nudismo, cuyas primeras manifestaciones apuntan ya a fines del siglo XVIII, y entonces surgen libros como *La Glu*, de Richepin, que provocan un clamor de protesta y un general reguero de aspavientos explicables.

Y en seguida surge la palabra infamante: pornografía. Y la observación: «Eso mismo podía haberlo dicho de otro modo.» Si; con *guante blanco*. Que es lo verdaderamente inmoral... Pero, en fin, esa reacción del público y la crítica entre nosotros es muy explicable, y es la misma que una versión de *Las mil y una noches*, sin veladuras, tiene que provocar, aunque solo se trate en ellas de licencias verbales que en Oriente, según Burton, a nadie le chocan.

Sea como fuere, nosotros, que hemos pasado por esa evolución del pudor y el buen gusto, no consideramos elegante ni decente ese exhibicionismo oriental; *Las mil y una noches* están llenas de inocencias que estimamos pornográficas, y Galland hizo muy bien, por un doble concepto, en velar esas desnudeces de expresión obrando como Sem al echar piadosamente su manto sobre su padre—un gesto púdico, de alto valor en la *Biblia*—, y levantar ese estuco en las ediciones integrales; solo se justifica a título de documentación científica, de curiosidad intelectual, y que debe quedar reservada para lectores capacitados por su autocontrol para esos gestos audaces, y no abiertos y accesibles para lectores simplemente curiosos y aturridos; son esos pasos zonas peligrosas, a cuya entrada hay que poner por lo menos cartelones indicadores.

Desde luego que la pornografía, como tal, no tiene ningún interés ni valor defendible; lo único que cabe defender es el derecho del escritor serio a expresar íntegramente la verdad de la vida y del ser, y no solo de un modo parcial, incompleto y falso; la verdad

psicofísica, exacta y justa, como lo haría un naturalista. Pero es muy difícil que un escritor así eluda la nota de pornográfico y no tenga que pasarse toda la vida defendiéndose.

Se ha necesitado un proceso muy largo para llegar a establecer las reglas del buen gusto que rigen sobre la humanidad vestida, y no menos largo habrá de ser el inverso, pues esas cosas naturales han llegado a no serlo y mucho tiempo ha de pasar hasta que no recobremos la suficiente naturalidad para ver naturalmente esas naturalidades, lo que será así si prosperan los intentos de los nudistas que se entrenan para esa indiferencia en sus parques cerrados. Pero hasta entonces todo ese sector de la vida natural estará reservado para círculos de la intimidad. Los hombres y mujeres sentirán el pudor de sus sentimientos y ninguna mujer, sobre todo, será capaz de lanzar ese reclamo de hembra en celo que una heroína miliunanochesca lanza en verso desde su azotea solitaria, llamando a los hombres como una Melisenda, que arde en deseos, aunque literalmente sea de una gran belleza y verdad.

## LO COMICO Y LO PATETICO EN «LAS MIL Y UNA NOCHES»:

### GRACIA, SAL GORDA Y GUASA

En relación con esos primitivismos e infantilismos que acabamos de mencionar, puede analizarse la calidad del elemento cómico en *Las mil y una noches*, ya que su salacidad cae justamente bajo esa rúbrica.

Empecemos por decir que, en la literatura oriental, no hay espacio para la ironía y mucho menos para el humor, entendido a la inglesa, y que no aparece en la isla sino muy tardíamente, en el siglo XVIII, con Sterne, es decir,

cuando el hombre civilizado posee ya un escepticismo y una ecuanimidad que le restan entusiasmo impulsivo y le confieren ese sentimiento de superioridad, esa ataraxia que le permite contemplar sin mucho dolor el tragicómico espectáculo de la vida. El humorismo marca el más alto grado de evolución y madurez en el hombre.

El entusiasmo, la fe, son algo infantil. Y se comprenderá que los árabes no han podido elevarse a ese grado de emancipación intelectual, de frialdad objetiva, de que incluso los más de los europeos somos incapaces, hasta el extremo de haberse dicho que el humor es planta literaria que solo puede darse en el clima inglés y no admite trasplante.

Tampoco tienen los árabes esa capacidad para la ironía en que fueron maestros los griegos. No son propios de suyo para refrenar sus emociones de iracundia y expresarlas en esa forma que Aristóteles definió «ira educada», *pepaidevmeni ibriks*. El árabe reacciona violentamente, dice las cosas a las claras, por su nombre, y no tiene tiempo para cambiar la cólera en ironía. Lo que no quiere decir tampoco que, en absoluto, no lo tenga y no sepa manejar esa clave conmutadora. Lo que queremos sugerir es que no es la ironía su cualidad característica.

Hay en el libro historias en que asoman tipos de perfil psíquico y comportamiento de humoristas. Hombres que saben conducir con toda seriedad una broma y fingir una ingenuidad que engaña; pero esos individuos son más bien unos guasones que unos humoristas.

Lo que en *Las mil y una noches* hay a puñados es sal; sal fina y sal gorda, más que nada de esta última. Las mismas variedades de sal que se advierten en nuestra literatura. Y precisamente la calidad de esa sal permite señalar en los cuentos y anécdotas del libro las

corrientes regionales que la arrastran y los focos irradiadores de donde esos cuentos proceden.

Dos variedades principales se acusan en la gracia árabe; la egipcia y la siríaca. Hay también una tercera, la de más vasta calidad y más honda intención, que viene de las salinas tártaras.

En el mismo libro podemos ver marcada esa distinción entre lo cómico egipcio y lo cómico siríaco, en la *Historia de los dos graciosos* (Noche 584), el de Dimechk y el de El Cairo, que compiten por la palma del género. En ella el siro sale perdiendo; su gracia, con ser mucha, resulta basta, burda, gorda, comparada con la de su rival.

Hay otra historia también de un siro que va a El Cairo con aires de conquistador y que tiene que volverse a su tierra chasqueado, burlado y saqueado por tres chicas cairenesas.

Hay entre siros y egipcios la misma pugna tradicional tocante a la gracia que entre gallegos y andaluces, siendo los siros los que allí hacen el papel de gallegos.

Al siro lo tienen los egipcios por pesado, tardo de comprensión, fácil de engañar, y desde que un siro aporta por El Cairo, ya están pensando en la forma de divertirse a su costa, gastándole bromas semejantes a las que en Andalucía suelen gastar a los gallegos que allí llegan por primera vez. La cosa no es rara, ya que los andaluces, sobre todo los sevillanos, tienen una herencia de moriscos, cuyos abuelos procedían en gran parte de Egipto.

El egipcio es alegre, travieso, guasón sin caer en lo patoso, mujeriego, conquistador de mujeres y de una frivolidad que forma contraste con la gravedad sesuda de los siros. El egipcio tiene fantasía, es creador y poeta; el siro tira a filósofo y es traductor nato. Ellos principalmente introdujeron en la cultura árabe las obras de los filósofos griegos y de los sufes persas.

El tipo popular representativo de la gracia siria ese Fenianus, que en las anécdotas que le cuelgan se manifiesta como un inocentón de comprensión tardía, y que necesita siempre de su madre o su mujer para no cometer pifias y torpezas de a folio. Es la víctima predestinada de los timadores de los zocos y, desde luego, de los pícaros egipcios.

La picaresca primitiva, no la libresco, parece arrancar de Egipto, país notado ya de truco y magia entre griegos y romanos. En *El asno de oro*, en el *Satiricón*, ya aparecen los mixtificadores, los pícaros egipcios, con rasgos que favorecían su asimilación a los gitanos, esos *gipsies* en los que muchos han querido verlos.

La *Historia de Ahmedu-d-Dânaŷ y Hasân-Schumân con Dalila, la ladina, y Seineb, la trapisondista, su hija* (Noches 387 a 394)—que se desarrolla en Bagdad—es iraquesa por el lado de esas mujeres, pero egipcia por el de los verdaderos pícaros y tunantes, personificados en el jefe de Policía del jalifa, Ahmedu-d-Dânaŷ que, antes de trasladarse a Bagdad, tuvo una larga historia con la Policía de El Cairo, y de El Cairo es también y de allí se lo trae su protegido, Alí *El Azogue*, que con sus enredos y picardías da materia para una segunda parte del cuento.

Casi todas las historias miliunano-chescas que tratan temas de amor y picardía mezcladas con magias a cargo de héroes guapos y atrayentes, como la de *Alí Nuru-d-Din y Maryem, la cinturonería* (Noches 477 a 492), proceden de El Cairo o Alejandria; la del *visir Nuru-d-Din y de su hermano Schemsudd-Din* (Noches 20 a 25), una de las más ligeras, vaporosas y encantadoras del libro, empieza y termina en El Cairo y han debido de escribirse allí, según indican, además, los idiotismos caireneses que los críticos descubren en ellas.

También las doce historias que cuentan los doce capitanes de Policía del sultán egipcio Baibars (Noches 533 a 542) son de las más joviales, lindas y vaporosas del libro.

Y en El Cairo se radica esa Sina, la hija del garbancero, que tiene toda la línea garbosa y dicharachera y toda la picardía de una andaluza, de una Juanita la Larga o una Mariquilla Terremoto.

Las historias radicadas en Siria son, por el contrario, de un tono grave, edificante, devoto, y se refieren, por lo general, a la época de los jefes ume-yas, al primer siglo de la *hechra*, en que el fervor religioso suscitado por Mahoma aún se mantenía vivo. Damascena es esa *Historia sobre la condición de los genios y schaitanes encerrados en redomas* (Noches 335 a 339), cuyo fondo lo constituyen las leyendas talmúdicas, que fantasean la figura del gran rey Salomón.

En Bagdad, que es el centro político del gran imperio, la corte adonde todo afluye, el París de ese Rey Sol islámico, la gran ciudad, abigarrada y cosmopolita, con su millón y pico de habitantes de todas las condiciones y razas y su población flotante de turistas, grandes señores, busconas y pícaros, se elaboran naturalmente las más complejas historias, según corresponde a la complejidad de su vida bullente y varia, rica en anécdotas de toda clase; alegres, serias y hasta misteriosas, por el lado de la magia y por el de la propia calidad misteriosa de toda metrópoli.

Bagdad tiene sus misterios como París y Londres; hay en ella rincones de placer y de crimen, tabernas y meretricios, mujeres fatales, vampiras y chicas sencillamente alegres, como las de Berlín en el *cuplet* famoso; la aventura surge a cada paso y el *raui* tiene allí materia abundante para sus historias extraordinarias.

En la historia de Dalila y su hija Seineb y en las del segundo y el quinto hermano del barbero de Bagdad el cuentista levanta los picos del velo que encubre la verdadera intimidad de aquella vida tan honorable en apariencia y nos permite ver los mil enredos y trapisondas de una ciudad, tan pecadora y peligrosa como cualquier metrópoli moderna, de las que, con su crónica de sucesos, han inspirado siempre a los folletinistas, y la poca paz de que en esa famosa «Casa de la Paz» se disfrutaba.

Las historias radicadas en Bagdad se alargan en incidentes y episodios, y mezclan elementos realistas locales con otros fantásticos, procedentes de todos los cabos del imperio, desde la Tartaria al Egipto.

Son quizá las más interesantes de todas y su redacción aparece controlada por ese tono de superior elegancia y sensatez, propio de las cortes, que son, en todo, un promedio entre extremos.

La *Historia del alhamel y las mocitas* (Noches 9 a 19), con las en ella intercaladas, viene a ser como una quintaesencia de todo el libro.

Las historias situadas en Bagdad dejan traslucir su mayor proximidad a la Persia en miles de detalles y sabores, y sugieren más que otras la suspicacia de que allí se escribieron las historias básicas del libro, las más próximas al hipotético *Hasar Afsanah* persa. Aunque ya sabemos que algunos exegetas afirman resueltamente que fue en Egipto donde se empezó a escribir y se terminó. (Jakobs.)

Hay en el libro una serie de anécdotas, chuscas en general, pero con cierto fondo filosófico, cínico, que recuerda a Diógenes, atribuidas a Chojá, el bufón oficial de Timur Lenk, otro personaje representativo de la gracia popular, cuyos chistes se han hecho populares.

La gracia de Chojá, que a veces raya en lo más burdo, grosero y porno-

gráfico, acusa otras una intención dialéctica, didáctica, en que su risa suena como los cascabeles de un despertador psíquico. Y ello hace pensar que las que no son de ese tipo son apócrifas y que es el vulgo quien ha realizado esa labor aumentativa y deformadora.

Es también, sin duda, el vulgo el que ha deformado y creado por su cuenta muchas de las anécdotas que van en el libro, atribuidas al famoso poeta Abu-Nuás, cuyas agudezas naturales, como las de Quevedo, dieron pie a los juglares callejeros para colgarle las suyas y satisfacer a las masas, que no se avienen a ver cegados esos ríos de buen humor.

Con lo dicho hay bastante respecto a sal y todas las declinaciones de la palabra. Pero aún hay que llamar la atención sobre esa silva desperdigada de «ocurrencias», «salidas» y «prontos» que hay en el libro y que son la muestra más auténtica de la viveza y rapidez con que reacciona el genio árabe para dar la réplica y desarmar con su gracia la cólera de esos terribles sultanes que, orientales al fin, no pueden escuchar un buen chiste, sin soltar la risa y tumbarse de espaldas.

Pero todo ese torrente de hilaridad que circula por *Las mil y una noches* sirve de alivio a ese otro río caudaloso de llanto, que también las penetra. Ambos se contrarrestan y contrastan. Lo chusco y lo patético se dividen por partes iguales ese campo miliunano-chesco.

Apenas hay en él historias en las que ambos raudales de humor y de *pathos* no concluyan y se mezclen. Los cuentos más alegres llevan siempre en su entraña una historia patética, en la que surge la evocación de alguna de esas ciudades muertas, encantadas, cuyos habitantes conservan apariencias de vida, como los de Herculano y Pompeya, pero, como ellos, se desha-

cen al tacto, juntamente con sus vestiduras. Irem, la multicolumnaria, la Ciudad de Azófar (las varias ciudades de Azófar), son evocadas de bajo la arena y el polvo que las cubren como una lava fría para atemperar la demasiada alegría de los oyentes y moverlos a reflexión y examen de conciencia. Son la copa de cristal preciado que el rabí talmúdico estrella en el suelo para moderar la excesiva animación de sus comensales. Es el mismo artificio que emplea Mahoma en el *Corán* para amonestar a los hombres y hacerles recordar sus postrimerias.

Y a fe que no se quedan cortos, sino todo lo contrario, los rapsodas miliunano-chescos en ese capítulo de lo patético, pues dicen unas cosas tan tremendas y tan ciertas sobre esas postrimerias, describen tan al vivo las agonías de la muerte, la soledad y podredumbre del sepulcro—donde solo hay polvo, gusano y mosquedo, como dice el *Pasuk* hebraico—, que espeluznan y no creemos se hayan escrito cosas semejantes en ninguna literatura, como no sea tomándolas de la misma fuente hebraica, del *Libro de Job* y los *Salmos*, los *Proverbios* y el *Eclesiastés*.

Con esas representaciones ascéticas compensan y redimen *Las mil y una noches* sus locuras y licencias y equilibran los afectos del lector, haciéndole llorar después de haberle hecho reír. El llanto está siempre en el límite de la risa, que también hace llorar, y es facilísimo cambiarla en llanto con solo cambiar el resorte de ese diorama mágico y voluble de la vida, que indifere en si es alegre o triste, según se la mide.

Refiriéndose a los hombres, mortales por naturaleza, exclama Mahoma: «¿Y rien y no lloran?» Y para hacerles llorar, les recuerda sus postrimerias. Pues eso mismo hacen los *raui* de este *Corán* profano.

## REALIDAD Y FANTASIA EN «LAS MIL Y UNA NOCHES»

Los árabes son hombres de gran sensibilidad, pero de poca imaginación. No son como los griegos y los persas, que a una fina sensibilidad unen una rica y alada fantasía. La imaginación parece ser don propio de la raza aria, habitadora primitiva de las altas mesetas asiáticas, en que se dilatan la respiración y la mente. Son los arios los que han creado toda la mitología de que luego se ha nutrido todo el folklore europeo y construido esos *epos* largos, complicados y aéreos, como montañas que hubieran levantado el vuelo y se cerniesen en la atmósfera. Son ellos los que han creado los héroes, los dioses y los monstruos, y sentado los cimientos de la comedia humana y divina. Todo lo maravilloso es obra suya, y la infancia de la Humanidad, con sus sueños, recuerdos e intuiciones, aparece plasmada en sus poemas más antiguos, que hablan una lengua cuya complejidad y precisión asombra.

Árabes y hebreos—hombres de desierto—no pueden presentar ante el historiador nada semejante. Solo comunican con el infinito, con lo suprasensible, por la emoción religiosa, pero en él no ven sino la soledad de Dios y no la pueblan con figuras ni la dramatizan con episodios interesantes. Angeles y demonios son creaciones de la fantasía del mismo origen. El infierno coránico está calcado hasta en su topografía sobre el modelo persa del *Bundeheesch*, de suerte que las fuentes islámicas que Asin Palacios descubre en Dante son, en realidad, fuentes zoroástricas.

No sería de nuestro caso detenernos a demostrar estas dogmatizaciones, que, además, son síntesis de los estudios documentados de los historiadores y críticos. Y pasamos desde luego a decir que a los árabes les ocurre con la

literatura narrativa lo que con la poesía. Apenas pasan de la emoción primaria, elemental, que parece satisfacerles, y no sienten la necesidad de complicarla y enriquecerla. Como los pueblos primitivos, se han detenido musicalmente en la melodía y en el *epos* no han ido más allá de la anécdota, del cuento, sin elevarse a la novela, como tampoco a la sinfonía. El árabe sueña, pero no sabe sacar partido literario de sus sueños. Abre los ojos y se olvida de lo que soñó. La vida real, la vida despierta, ese sueño lúcido, es el que mueve su inspiración, porque es el que hiere su sensibilidad. Lo que sucede es que esa sensibilidad resulta tan viva y apasionada que deforma las cosas reales, las abulta y exagera y las convierte por eso mismo en fantásticas, y les confiere proporciones únicas y singulares. Su principal resorte literario es la hipérbole, el encarecimiento, la insistencia. Sus alegrías y sus penas no son como las de los demás; lo que a él le ocurre no le ha ocurrido nunca a ningún otro. La menor desdicha es para él una tragedia enorme, que le hace sentirse blanco predilecto del Sino. Y de igual modo, la mujer que ama es la más bella de todas las del mundo y eclipsa al mismo sol. Es la psicología de un demente normal (valga la paradoja) que no lo parece, porque ese es su natural modo de ser; la psicología quijotesca, que de ellos se nos pegó a nosotros, según puede verse en nuestro folklore de origen morisco («cante jondo»). Y de la importancia que el árabe da a sus sensaciones y sucesos arranca ese afán de análisis y de introspección que da a todas sus producciones un carácter trascendental, ascético y, en cierto sentido, filosófico.

Hay otro elemento de tipo físico que también influye en la deformación de la visión real del árabe, y es el espejismo. El espejismo de los desiertos, que finge ciudades fantásticas, jardines y

fuentes en medio de la llanura árida y la convierte ilusoriamente en un edén. Es el mismo espejismo que padece Don Quijote al cruzar los páramos manchegos. Y los efectos de ese espejismo deformador introducen un elemento maravilloso en la aridez de la vida real del árabe. El desierto beduino es el cielo y el mar del árabe y le inspira infinitud de metáforas e imágenes poéticas y se proyecta sobre el fondo real de su historia. El nómada, alucinado por la caligine desértica, por el reflejo de ese sol, que causa oftalmías, llega a perder la noción clara de la realidad, como un enfermo de los ojos. Contrae, además, la costumbre de entornar los párpados y vive, en suma, en un estado de duermevela en que las cosas se desdibujan y se hacen de por sí poéticas. La siesta árabe, la *kailulah*, es un elemento creador de fantasías y leyendas, comparable a las noches de los países nórdicos. El árabe, un poco nictálope, es de noche cuando ve mejor y es entonces cuando se sienta a contar sus ensueños y delirios del mediodía, mezclándolos con sus experiencias reales.

Así nace su literatura narrativa en esas sesiones nocturnas, en torno a las fogatas del aduar—que entibian el relente y ahuyentan a los chacales—primero y en las terrazas de los palacios después, cuando tuvieron palacios.

Sus historias están cronometradas por la noche, hechas de retazos nocturnos, como toda la literatura oriental, incapaz de emanciparse de ese yugo temporal de las horas y elevarse a las regiones sin tiempo ni lugar precisos, en que se mueven los grandes poemas del *Ramayana* y la *Iliada*, cuyos relatos corren libremente, sin que el hipo de la aurora corte el hilo del narrador.

La persistencia de esa medida nocturna es un fenómeno naturalísimo en *Las mil y una noches*, y su autor inicial no hizo más que seguir una costumbre y ajustarse a un precedente. Su

mérito estriba en haber dado a esas noches un interés excepcional, vivamente dramático, al suspender el alfanje de la aurora sobre el cuello de Schahrasad y sugerirnos la idea de que cualquiera de esas noches puede ser la última de la narradora. Así surgió el primer folletín que se conoce en su «se continuará», cual si lo tirasen en la rotativa de un diario moderno. Esa angustia temporal que en Schahrasad se expresa es la de todas las noches, que sobrecoge al hombre desvelado, pues sabe que la noche siempre deja cadáveres que enterrar a la aurora.

Pero volviendo a nuestro tema inicial, el realismo de los árabes, las historias de *Las mil y una noches*, recogidas por ellos de un fondo inmemorial, llevan el sello de su realismo impreso en sus órganos más irreales. Historias como las de *Kamaru-s-Semán* y *del rey Schahramán* (Noches 148 a 176) o la de *Hasán, el joyero de Bazra* (Noches 437 a 465), que proceden sin duda de una tradición oral exótica—hindú o persa—, se nos muestran entretreídas con elementos de la realidad árabe más patente. Basta fijarse en el hecho de que sea un árabe vecino de Bazra, perfectamente humano, el que llegue a encontrarse en contacto con esos genios y esas hadas del mito ario-persa. Siempre, aun en los más fantásticos cuentos, en esos cuentos para niños que su nodriza le ha contado a Schahrasad, el *leit-motiv* es enteramente real, humano, y ese humanismo es la aportación semita. El rapsoda árabe aprovecha argumentos ya existentes para injertar en ellos sus propias historias, su costumbrismo, operando una síntesis, una sincrasia, que tiene ya su expresión desde los primeros cuentos, en ese presentarnos a Harunu-r-Raschid, personaje enteramente histórico, actuando en un ambiente de magia y mito. Es el mismo fenómeno, después de todo, que se da en los *fabliaux* del medievo occi-

dental, en el *Poema de Alejandro* y otros en que argumentos clásicos aparecen tratados por el modo entonces vigente, con una mezcla híbrida e interesante de vejez y juventud, de clasicismo y romance.

Todo lo que en *Las mil y una noches* es real y humano es injerto árabe. El rapsoda tiende siempre a la anécdota, a la cuasi historia, que es su predilección y lo que más le interesa: se acoge como un deslumbrado a la penumbra. Ahora bien: su historia, aun la real, es siempre cuasi historia, nunca historia del todo. Esa vaguedad de espejismo sestero se cierne siempre aún sobre esas anécdotas de tipo histórico referentes a los jalifas umeyas y abbasies que se incluyen en el libro y que seguramente no formaban parte del plan inicial del supuesto autor persa.

Hay en *Las mil y una noches* historia, cuasi historia y mito, armonizados en una fórmula compleja que, en suma, da a todo el libro un aire de fábula, una calidad poética. Y también ese aire de rompecabezas que muestra a la primera impresión.

Todo en *Las mil y una noches* aparece deformado como en un cuadro cubista, en el que se superponen los planos.

Los rapsodas manipulan a su antojo el material ya existente, introducen elementos nuevos y barajan los antiguos de un modo que se diría jugadores que quieren dar el pego. Resalta claro que solo aspiran a sorprender, a producir algo extraordinario, maravilloso. Sus historias lo son y constituyen el precedente de un género luego cultivado en Europa y en Norteamérica (Hoffman, Poe).

Sin embargo, fácil es ver que su inventiva se mueve en un círculo nada amplio. Sus argumentos se repiten con leves variantes, hasta parecer a veces el mismo—Historia de *Hasán, el joyero de Baza*; del príncipe *Almás*, etcétera—,

hasta el punto de que pueden formarse grupos de cuentos que caen bajo el mismo epígrafe, como lo han hecho Burton y Littmann—fantásticos, caballescicos, anecdóticos, etcétera—, y reducir todo el grupo a una sola historia-tipo.

Lo que al escriba árabe le interesa no es tanto la novedad del argumento como las situaciones, los estados emocionales—de angustia, pasión o melancolía intensa—en que los héroes vengan a encontrarse. Siempre la sensibilidad primando sobre la imaginación. ¡Qué raro que los árabes no hayan tenido un teatro como los griegos, en el que ver representadas esas situaciones, que sienten tan patéticas! ¡Y, como los griegos, no se habrían cansado de ver pintada por distintos artistas la desesperación de Edipo o los remordimientos de Orestes, simbolizados en las Furias!

Ni el lector ni el oyente árabe se cansan nunca de leer o escuchar unas mismas historias, en que se reproducen las mismas situaciones patéticas, la alegría de unos amantes que vuelven a unirse después de la separación o de un hombre pobre que encuentra un tesoro y, de la noche a la mañana, se ve hecho un potentado, etcétera, etcétera, así como tampoco se cansa de oír ponderar la belleza de una mujer con los mismos tropos e hipérboles de siempre: los ojos como lunas o soles, las mejillas como rosas o anémonas, los labios como corales, es decir, en los mismos términos con que ya Salomón encarece la hermosura de su Sulamita.

El arte esencial del escriba se reduce a entreverar elementos y situaciones ya conocidos de forma que parezcan nuevos, extraordinarios, maravillosos. Sigue la costumbre de los *confabulatores nocturni*, de esos rapsodas, contadores de historias de noche, que los jalifas llamaban para que les distrajeran sus insomnios y que podían, si le daban gusto, hacerse ricos en una sola noche.



E insistimos sobre lo ya dicho: la raíz de esa emoción ante el relato del juglar, un tanto histriónico, es de naturaleza dramática y late ya en ella el germen de un teatro; de la *Iliada*, recitada por los juglares, se desdobló la tragedia griega.

Pero ahí, como en poesía, los árabes no pasaron del *status nascendi*.

Resumamos las anteriores disquisiciones diciendo: que *Las mil y una noches* son una amalgama de historia, cuasi historia y franco mito, operada no solo en lo tópico, sino en lo íntimo y entrañable, por lo cual todos sus argumentos y sus personajes todos son de clasificación mixta, nunca puros, siempre más o menos bastardos.

*Las mil y una noches* son, en cierto modo, una escritura cruzada de doble y aun triple lectura, que hay que ir descifrando con la clave de los filólogos, los etnólogos y los psiquiatras, si se requiere ordenar ese rompecabezas y sacarle alguna sustancia más de la del simple pasatiempo.

No es todo fábula en *Las mil y una noches*; hay en ellas mucho de historia, aunque aparezca presentada en términos fabulosos o sea fabulosa de suyo; a lo largo del libro pasamos de una época a otra y podemos vislumbrar diversos grados de evolución, política y social, y asistir a la formación, plenitud y decadencia del gran imperio islámico.

Claro que todo ello aparece ahí revuelto, confundido, sin orden cronológico, porque *Las mil y una noches* no son un libro de historia, sino de historias; pero, sin embargo, ahí está y brinda su documentación humana a los eruditos, que en ello experimentan un placer de grado superior, sin que el hecho de esa mezcolanza dañe al placer estético, sino todo lo contrario, pues acusa la misma técnica medieval que nos deleita en los tapices y los cuadros antiguos, y un gran poeta de

la modernidad, Goethe, utilizó esa misma técnica de síncrexis como un recurso estético de gran valor en la segunda parte de su *Fausto*.

Es lo cierto que, merced a esa técnica, los anónimos escribas del libro lograron elaborar un fruto de injerto nuevo, especial, de un *bouquet* único, como el de esos vinos logrados por trasiego y que, por su sabor inconfundible, tanto estiman y paladean los entendidos; ese género literario de la historia breve, rara y patética, desconocido hasta entonces, y que, al ser conocido en Europa y en la América del Norte, provocó imitaciones de grandes escritores como Poe.

Esa fórmula de aleación de lo real con lo fantástico, propia de las creaciones oníricas, y que da a las historias del libro, como a las del gran norteamericano, un aire de verdad convincente, en medio de su mentira, y de mentira en medio de su verdad, y es, parece sobre todo el relato una atmósfera de opio, es algo tan seductor que los escritores de Occidente han tratado de suscitarla en sí mismos, apelando al alcohol, la morfina y el opio. (Baudelaire, De Quincey.)

En ese estado de semialucinación viven los personajes miliunanochescos, que por eso se conducen de un modo raro y, al mismo tiempo, natural, que acaba por parecernos así también a nosotros. Son personajes reales; por lo menos, de la vida real, y, sin embargo, obran de un modo fantástico que desdice de su condición social y los distingue de sus congéneres del resto del mundo.

¿Dónde sino allí podemos encontrar esos mercaderes, sentimentales y espléndidos, que derrochan las perlas cual si fuesen vidrios sin valor y componen versos como poetas y ganan en finura, cortesía y delicadeza a los príncipes?

¿Han podido existir alguna vez unos

mercaderes semejantes, que son la negación de su clase, según el concepto que de ellos tenemos en Occidente? ¿Y de dónde sacan esos tesoros, que tan fácilmente derrochan, cual si no les hubiese costado trabajo alguno el reunirlos?

¿Han existido alguna vez, ni en Oriente, mercaderes así? ¿Qué idea más romántica puede concebirse que la de elevar a la categoría de héroes de poema caballeresco a esos individuos de la condición más prosaica?

Pues eso es lo característico de *Las mil y una noches*: el que sus personajes reales se conduzcan como seres fantásticos y, en cambio, sus personajes francamente fantásticos se porten como seres reales y tengan sus mismas reacciones.

Esas princesas de casta genial, que habitan en lugares del mapa de la leyenda, llevan nombres de mujeres del mundo real y se enamoran de los hijos de los hombres y se conducen en todo, en su pasión, en sus celos, en sus odios y venganzas, como sus hermanas de sexo de la tierra.

Lo natural y lo extraordinario se confunden de un modo que ambos acaban por parecernos naturales. He ahí lo característico de *Las mil y una noches*: la facilidad con que nos hacen aceptar lo inverosímil y encontrarlo naturalísimo, cual si, al entrar en ese mundo suyo, nos dieran una pipa de opio que empezase a surtir su efecto.

El punto de partida en esas historias suele ser siempre sencillo, corriente, natural, pero las cosas no tardan en cambiar de aspecto, igual que los personajes, y de pronto nos encontramos ya en el reino de la quimera, sin que sepamos cómo. Diríase que se nos pega la credulidad del narrador, su aparente sinceridad, y nos volvemos como Sancho en compañía de Don Quijote.

No influye poco en ello el que las

más de esas historias las cuente su protagonista, que presuntamente las vivió, y lo haga a impulso de una necesidad de confianza, de desahogo personal a una pena íntima y honda, y no con ningún deseo de lucir galas literarias. Esto da a las historias un aire supremo de sinceridad y una fuerza de impresión tan grandes que, en épocas posteriores, novelistas como Dostoyevski y Maupassant han hecho de la confesión o la «Memoria» un resorte emotivo de efecto infalible.

Poco importa que el cuento tome después un giro fantástico y hasta inverosímil; el lector que siente desconfianza por el novelista se rinde ante el tono de verdad del narrador, que le habla en primera persona, sin pretensiones literarias, como habla la gente en los divanes de un café o en los bancos públicos de nuestros paseos, sin conocerse, a impulsos de un recuerdo que atosiga y no deja vivir o de un conflicto íntimo que obliga a pedir consejo o ayuda.

Sirve de mucho, a ese fin, el que los protagonistas sean personajes reales, y hasta vulgares, pues a todos pueden ocurrirnos cosas extraordinarias y precisamente estas han de ocurrirles a hombres no extraordinarios, pues por eso lo parecen; la vida normal puede cambiar de pronto por un encuentro fortuito, por una mirada de hombre o de mujer; por un pensamiento extraño que, de pronto, nos asalta, y que no es sino la descarga psíquica de un antiguo complejo de aspiraciones reprimidas, de nostalgias y anhelos dormidos.

La vida puede cambiar de pronto al mirarnos una tarde de viernes en el espejo y vernos la primera cana, que nos hace repasar retrospectivamente toda nuestra vida y sentirnos fracasados.

Una palabra casual, un pensamiento inoportuno, un sueño, pueden remover en nosotros estados psíquicos latentes y

poner instantáneamente en juego complejos atávicos, o infantiles, que nos convierten en otro hombre y nos muestran, con feliz evidencia, nuestro verdadero ser.

Y el hombre hasta allí sedentario y apacible—el mercader sensato y burgués—vuelve al nomadismo de sus abuelos y lo deja todo—como Simbad—por el anhelo de correr tierras y mares, y el hombre apático siente urgencias de amor y aventura, y el sensible y tierno, de una blandura decadente, tiene reacciones súbitas en que se manifiesta el fondo bárbaro y primitivo de su alma. Y el bárbaro y violento puede sentir de pronto unas ternuras y unas congojas de contrición que lo cambian en santo.

He ahí el proceso por el que esos hombres prosaicos pueden convertirse, no de la noche a la mañana, sino de un momento al otro, en héroes románticos.

Así les ocurre a estos personajes de *Las mil y una noches*, que tienen todos ellos una psicología anormal, ya sean mercaderes o príncipes, una psicosis latente, provocada por la pugna de los contrastes que se dan en su vida anímica y social, contraste de civilizaciones, de culturas, hasta de religiones, conflictos entre un fondo poético, bárbaro, anárquico y unas nuevas formas de vida política y social. El conflicto de toda la Edad Media y los personajes de *Las mil y una noches* tienen la psicología medieval; no hay que olvidarlo.

No acaban de aceptar la racionalización de las formas de vida ni de los conceptos tradicionales, están trabajados por el misticismo de los sufíes, andan vacilantes y abúlicos entre dos mundos distintos y en su desorientación son fácil presa de los demonios y de lo que creen su sino.

Todos esos personajes son más o menos endemoniados, se dejan guiar por su estrella y de ahí que anden

como ebrios «y no de vino»—según su frase habitual—y se muevan con una seguridad engañosa de sonámbulos, en un estado de inconsciencia consciente, a impulsos de una ambición o de una pasión que los alucina, dejándoles la sola dosis de razón suficiente para que se den cuenta de su locura.

Esos buscadores de tesoros quiméricos, esos grandes enamorados hasta la muerte, son seres parcialmente enloquecidos, de esa misma locura, cíclica, intermitente, de Don Quijote; no son héroes primitivos de novelas caballerescas o *epos* como los Amadises y Rolandos, sino individuos enloquecidos por esas lecturas o esas tradiciones, héroes de segunda mano, como el caballero manchego, y sus aventuras son regresiones a un estado que ya pasó.

Todo eso da a *Las mil y una noches* una fisonomía peculiar, inconfundible, que la distingue de nuestra literatura fantástica del medievo; la realidad hasta humilde de los personajes, convertidos de pronto en héroes, en sultanes poderosos, en Cresos opulentos, herederos de los tesoros de Solimán.

Y todo eso por obra del milagro, sin que rara vez pongan ellos nada de su parte; el caso de un Simbad, el marino, hombre de voluntad y de lucha, es tan raro en esa humanidad miliunanochesca que ha hecho pensar que se trata de una copia del Ulises griego.

Pero un fenómeno característico también de *Las mil y una noches*, que se deriva de todo lo dicho: todas sus historias, pese a los refrendos con que pretenden autorizarse y al tono de sinceridad con que sus protagonistas las cuentan, sugieren siempre la sospecha de lo falso, no acaban de convencer, y dejan la duda de que sus narradores no creen del todo en ellas y que acaso todo eso no han hecho más que soñarlo, influidos por sus lecturas; esos tesoros fabulosos, toda esa profusión de pedrería y oro, todo ese lujo deslum-

brante, todas esas decoraciones magníficas, acaban por parecernos espejismos de desierto, algo inconsistente y falaz, que se desvanece al tocarlo, como los tesoros de las ciudades muertas. Son el sueño de las gentes pobres, que, por serlo, sueñan con riquezas.

Es dudoso que tales suntuosidades hayan existido nunca en Oriente, y si existieron alguna vez eran ya ruinas en la época en que se escribieron estas historias. Eso es ya entonces ruina, arqueología, cosa muerta, y de ahí que estos personajes de *Las mil y una noches*, que se ponen en contacto con ese mundo muerto, tengan también aire de muertos, de figuras antiguas, de imágenes borrosas de abanico o biombo, y que su Bagdad, metrópoli real, resulte tan fabulosa como la isla de Uaku-l-Uak, en el mapa del mito.

El mucho sol del Oriente surte el mismo efecto que la bruma nórdica en Shakespeare: crear una caligine, propensa al espejismo, y todas las historias de *Las mil y una noches* se desarrollan en un ambiente de espejismo, que las dota de un especial encanto; caminan en él desorientados los personajes y nosotros también; no sabemos a veces si nos encontramos en la época de los patriarcas bíblicos, bajo la tienda de Abraham, entre princesas harapientas y descalzas, o en la corte suntuosa y refinada de Salomón, o en el reino fabuloso del mito, cuando es así que no hemos salido de Bagdad o Dimech. Estas alucinaciones son características de *Las mil y una noches*, que, en cierto sentido, vienen a ser un fumadero de opio, y por eso, en revueltas épocas de guerras y revoluciones, han brindado un refugio al ansia de evasión de los pensadores de Europa.

Nada es como es en *Las mil y una noches*: la China no es la China; ni la Persia, Persia; ni los mercaderes, mercaderes; ni los príncipes, príncipes; ni los hombres y mujeres son tales, pues

se confunden con *alifrites* y *algolas*, y el elemento onírico acaba por cobrar tal poder que todo lo sincroniza, sintoniza y funde, formando finalmente paisajes y criaturas que no son de ninguna raza ni país, sino exclusivamente paisajes y seres de *Las mil y una noches*, tan típicos y especiales como sus historias, que al fin se resuelven en fábulas. Y entonces no es ya el Islam únicamente el mundo de esos seres, sino más bien el Nirvana del Buda.

Y, sin embargo, ese mundo irreal tiene un fondo de realidad indiscutible; se desarrolla dentro del marco político y religioso del califato; dentro de unas leyes no siempre justas, que provocan por sí mismas conflictos de toda suerte en los individuos y hacen nacer en ellos el drama y la tragedia; hay una protesta sofrenada, hasta de carácter social, que apunta, por ejemplo, en la historia de Simbad, el marino, y Simbad, el alhamel, especie de contraste entre el rico Epulón y el pobre Lázaro del *Evangelio*; las corrientes filosóficas y místicas tratan de operar una revolución en las conciencias; hay una controversia, un debate perpetuo, que solo tiene a raya el poder autocrático de los jefes, que van a todas partes acompañados de su verdugo; hay nacionalismos latentes de persas, tártaros, curdos e indios; la plebe trata de elevarse a la cumbre social, incluso a los tronos de la realeza, por medio del petardo y el timo; la mesocracia mercaderil busca el secreto del poder en la magia y la alquimia; más de un Cagliostro con turbante busca el oro filosofal o el elixir de larga vida, y organiza expediciones arriesgadas para descubrir tesoros ocultos en la tierra y el mar; hay hombres que sueñan con la aviación, los rayos X, la televisión y demás inventos modernos, de los que son anticipaciones la lámpara de Aladino y los caballos voladores y demás símbolos análogos; palpita un ansia de utopía en

las criaturas; el drama colectivo se une al individual, creando complejos pasionales, psicopáticos, dignos del moderno psicoanálisis; en una palabra: ese dormido mundo de *Las mil y una noches* es simplemente una apariencia, un velo poético tendido sobre la realidad, y esos personajes de ensueño están palpitando de inquietudes, anhelos y ansias, y, bajo su apariencia psicológica simple, de primitivos, están llenos de las mismas taras, herencias morbosas y psicosis originadas del medio social y de la educación que los de la moderna novela psicológica que estudia esos fenómenos.

Toda esa inquietud se refleja en *Las mil y una noches*, solo que envuelta en una atmósfera de irrealidad que amortigua el fragor de sus palpitaciones y embota la punta de sus vértices. Aparte de que esa misma inquietud asume formas místicas, poéticas, en los propios individuos que las sienten, de acuerdo con el tono general de la época.

De ahí que los personajes representativos de *Las mil y una noches* no tengan ese poder impresionante de los personajes de la novela moderna que a ellos corresponden ni los problemas que encarnan nos hieran con la misma agudeza de arista.

Habría de pasar esos argumentos y esos personajes por la pluma de un escritor moderno para que adquiriesen toda su importancia política y social y saliesen del limbo poético en que aquí se mueven.

Sería preciso ahondar en su psicología, detallar su paisaje ambiental; en una palabra: emplear su técnica moderna que sería absurdo pedirle a una obra de tipo medieval como la que estudiamos.

En *Las mil y una noches* no hay psicología, como no hay paisaje. Todo en ellas es impreciso y vago; tienen el infantilismo de las creaciones antiquísimas que surgieron en una época en que

la Humanidad era aún niña. Son cuentos de niños contados por hombres que se placen todavía en ellos y no pueden prescindir de lo maravilloso y fantástico.

Hay que considerar siempre a *Las mil y una noches* desde el punto de vista de su íntima dualidad: muy viejas y muy niñas, muy sabias y muy ignorantes, a un tiempo mismo—y ese es su encanto—eruditas y populares.

### LA PARADOJA DE «LAS MIL Y UNA NOCHES»

*Las mil y una noches* son una paradoja, y todo lo que de ellas se diga ha de ser o de sonar a paradoja.

Es imposible considerar a *Las mil y una noches* con un criterio único, cual a una obra clásica o moderna, de un solo autor y de una época determinada.

*Las mil y una noches* no son un libro, sino un libro de libros, y no son tampoco obra de un solo autor, sino de múltiples autores, de gustos e ideas muy diferentes; son, en resumen, una creación geológica, en la que pueden señalarse diversos estratos de distintas épocas, en los que el diamante alterna con el simple cristal carbonizado.

No puede decirse ninguna palabra definitiva sobre una obra así, siendo preciso siempre confinarse en la alternativa y el dilema, sin pretender nunca generalizar ni dogmatizar. Se trata de un libro «compensado», para emplear un término hoy en boga.

*Las mil y una noches* son siempre lo uno y lo otro; mejor dicho, lo uno y lo contrario, y de todo ofrecen ejemplares contradictorios; son muy viejas y muy jóvenes, populares y eruditas, ignorantes y sabias, piadosas y libertinas, variadas y monótonas, como el nombre de Alá, repetido en infinitos monogramas, en una ilusión de politeísmo.

En la técnica de sus compiladores se observan primitivismos incomprensibles al lado de refinamientos de archicivilizados. Sus visires frien ellos mismos el pescado que han de comer sus sultanes; sus princesas tienen el lindo pelo plagado de piojos y poseen, sin embargo, un alma exquisita.

Sus personajes más románticos se manifiestan con reacciones groseras propias de criaturas que viven en estado de naturaleza primitiva y ceden con toda naturalidad a los impulsos y necesidades naturales. Sus mercaderes se conducen como príncipes y sus príncipes son también mercaderes.

Todo eso puede considerarse como indicio de raza y estado social o como acomodación de los *raui* al gusto popular de su auditorio.

Los árabes de *Las mil y una noches* no han operado esa diálisis de lo noble y lo plebeyo, propia del Occidente, siempre más o menos influido por el prejuicio de castas, y sus personajes de novela muestran siempre una aleación de ambos elementos.

Hay también que ver en ese fenómeno un indicio de que esos orientales han conservado mejor que nosotros la naturalidad, la sencillez de las reacciones primitivas, espontáneas, y siguen manifestándose con la ingenuidad y franqueza del beduino, aun en el ambiente refinado de las cortes en que ahora viven. Es un indicio de tiempo al par que de raza, que también puede señalarse en la literatura helénica y en las novelas de caballería.

Esas reacciones espontáneas, impulsivas, que el hombre actual reprime en sociedad, fueron en otro tiempo tenidas por corrientes y naturales; los héroes de Homero lloran, dejando correr las lágrimas por sus barbas rizadas, sin que por esas muestras de debilidad tengan que avergonzarse ni se expongan a ser llamados «sentimentaloides».

Los orientales de estos cuentos no

solo lloran, como los griegos, sino que, además, ceden a la llamada de sus necesidades naturales, mayores o menores, sin ningún disimulo, e interrumpen una escena de amor para ir al retrete o arrimarse a un árbol como si fueran pájaros o perros.

Eso, que es en el fondo Edad Media, pone a estos personajes en un plano de verdad, de ingenuidad, que los humaniza y los hace simpáticos sin quitarles nada de su importancia.

Y así como ellos no se imponen censura, tampoco el narrador se cohibe para decirnos que sus héroes, por la fuerza de la emoción, se hacen aguas en sus zaragüelles.

Hay por ese lado una verdad psicológica o psicofisiológica que nos encanta, arrancándonos una sonrisa comprensiva y afectuosa, como una página humorística, del supremo humorismo de la Naturaleza y la vida que, a cada paso, nos recuerdan lo zoológico en el hombre.

Pero si fuéramos a considerar a *Las mil y una noches* por solo ese lado, nos parecería un libro absolutamente plebeyo, digno de relegarse a la más baja clase social de lectores.

Pero al lado de esos detalles los hay, a miles, de un refinamiento exquisito, como solo puede darse en las obras literarias de las épocas más refinadas y decadentes.

Por modo análogo, *Las mil y una noches* se muestran de un lado carentes de psicología, de psicología racional, como escritas por hombres enteramente ayunos de esa ciencia; en tanto por otro lado acusan un saber profundísimo y superior al nuestro en lo que se refiere a procesos de psicología anormal, a esas psicosis y complejos que hoy estudia la escuela freudiana.

Pueden hasta valorarse psicológicamente esos plebeyismos mencionados como expresiones de un realismo inte-

gral, de la verdad psicofisiológica del hombre.

Los enamorados de *Las mil y una noches* que, en sus entrevistas, empiezan por comer hasta hartarse y, como los pájaros, pican alternativamente en el alpiste y en la boquita de su pareja, y en medio de sus efusiones amorosas se ausentan para hacer una necesidad, son más reales que los de la novela moderna de Occidente, que dan la impresión de seres angélicos, exentos de necesidades fisiológicas que no sea la de amar.

Pero donde los rapsodas de *Las mil y una noches* se acreditan de psicólogos es en el campo ya aludido de la parapsicología, de la psicología anormal, en que aparecen como herederos de una tradición antiquísima, de un tesoro de cultura psíquica, en cuya formación han colaborado hindúes, griegos y egipcios y que, perdido para el Occidente, empezamos a recuperar ahora.

Es notable no solo el número de psicópatas que en estos cuentos figuran, sino también el tratamiento psíquico por el cual logran curarse.

El mismo libro no es, en el fondo, sino el proceso de curación del obeso rey Schahriar por el poder diversorio del cuento o la conseja, que adormece a los niños nerviosos.

La acción terapéutica de la palabra o la música en los estados neuróticos aparece ya empleada en la *Biblia*, donde el rey Saúl templea sus nervios, en sesiones musicales, a cargo del arpa de David.

Schahrasad se propone curar al rey monomaniaco, víctima de la idea fija, por el poder de la palabra, y lo consigue, acreditándose de doctora en psiquiatría.

Pero no es el rey Schahriar el único enfermo mental que desfila por esta clínica literaria. Hay otros muchos, que también son sometidos al trata-

miento psíquico por individuos, no precisamente médicos, que parecen poseer la ciencia de los faquires y emplean procedimientos de pura sugestión e hipnosis.

Un psiquiatra consumado es ese visir del rey Tachu-l-Muluk que, mediante una ingeniosa imagen dibujada en un muro, libra a la princesa Dunya de su complejo anándrico, provocado por un sueño.

No menos irreproachable es el procedimiento por el cual un *dervisch* anónimo y misterioso cura la hipocondría, el pesimismo afectivo, irracional, de un sultán egipcio, precozmente y sin causa concreta desencantado de la vida y descontento de su suerte, con ser tan magnífica.

El *dervisch*, para volverle la alegría a ese neurasténico que se cree y se siente un desdichado en medio de las maravillas y el lujo de su alcázar, se vale de la sugestión, haciéndole ver cuadros horribles de la que pudiera haber sido su vida, con lo que el monarca aprende a apreciar su suerte que le hizo nacer hijo de rey y no *fel-lah* o campesino, y se reconcilia con la vida y no vuelve a quejarse más.

Muchos son los casos de esta clase que se podrían espigar en *Las mil y una noches* y en los que son de admirar no solo el tratamiento empleado, sino también la propiedad y precisión con que el cuentista expone la sintomatología de esos neurópatas.

En eso los medievales autores milunochescos se anticipan a nuestros modernos novelistas, que ahora empiezan a conceder su predilección al estudio de esos dramáticos complejos.

*Las mil y una noches* están ya en ese grado de adelanto parapsicológico que nuestra literatura solo empieza a alcanzar en el siglo XIX como consecuencia de los estudios clínicos de Charcot, el inspirador de Dostoyevski.

Aunque también haya en ella—¿cómo

no?—ejemplos de endemoniados tratados por el modo corriente en la Edad Media—concesiones al vulgo de escritores, que son también, en cierto aspecto, vulgo—; incluso en esos casos puede apreciarse una más fina comprensión al proceso. El cuentista explica el caso de la posesión demoníaca como una impostación, podríamos decir, de una voluntad ajena en el sujeto, que da motivo al desdoblamiento de la personalidad; un caso de alta sugestión, en suma, y el exorcizador se vale también de la sugestión, auxiliándose de medios materiales sin ningún poder terapéutico y que solo actúan de concentradores mentales.

Todo aparece ahí más racional, más científico, acusando la existencia de una tradición cultural, conservada por un cuerpo de astrólogos, adivinos e intérpretes de sueños, que no son otra cosa que psiquiatras, más o menos bastardeados, y, en ocasiones, hasta psicoanalistas de la moderna escuela.

Los sueños tienen una gran importancia como material psíquico en *Las mil y una noches*; registran en ellas toda clase de sueños admonitorios, proféticos, reveladores de anhelos reprimidos, que obran como ideas fuerza en la dirección de la conducta, determinando actos que no son enteramente conscientes. Un sueño encamina al joven Mesur a la casa de Sinu-l-Mauazif (Noches 465 a 476) y le da bríos para conquistar su amor, pese a todos sus desdenes primeros.

Los sueños, las sugestiones incidentales, las semiideas o ideas subconscientes determinan ahí los actos, fijan los sins y guían e impulsan al individuo, que cree obrar de un modo lógico y consciente. Realidad y alucinación se confunden, creando esa penumbra mental que ya hemos indicado.

La magia no hace, en el fondo, más que manipular estos elementos psíquicos, este ilusionismo natural de la vida

fenoménica y provocar en sus sujetos, estados de alucinación, autoengaño y catalepsia mental.

Un gran saber de estos misterios se trasluce en la mecánica—digámoslo así—de su exposición, y la historia del genio que guarda su alma (su verdadera alma) en una cajita y la esconde en el fondo del mar, para que no se la roben, es un eco de la creencia en la pluralidad de almas del hombre—racional, vegetativa, animal, *nefesch-ruah-psiche-pneuma*, *nous*, etcétera—y en el doble o cuerpo astral—que fue común a egipcios, semitas y griegos—y la clave por que se explican esos casos de bilocación, que se atribuyen a Jámblico, el alejandrino, en tiempos perfectamente históricos.

Los casos de bilocación y de levitación y demás fenómenos análogos, así como los de telepatía y sugestión a distancia, tienen su registro en estas historias miliunanochescas, indicando en sus autores un gran conocimiento en esta parte de la metapsíquica. Notemos de pasada que también todo eso se encuentra en el *Talmud*, anterior a *Las mil y una noches* en varios siglos.

Todo esto es muy interesante para el estudioso moderno, que encuentra en estas páginas un eco, aunque sea deformado, de los grandes, enormes progresos que la ciencia del alma había alcanzado en la época de los neoplatónicos alejandrinos, como Jámblico y Apolonio de Tyana, que, merced al dominio de sus poderes animicos, hacían esos milagros que los graduaban de taumaturgos.

En *Las mil y una noches* lo psíquico tiene tal importancia y amplitud que suplanta en ocasiones a la realidad y la reduce a una mera ilusión, haciendo que la vida parezca sueño y viceversa, como en esa *Historia del durmiente despierto* (Noches 576 a 583) en que se plantea, en términos angustiosos, ese problema del valor de nuestras sensa-



ciones conscientes en relación a nuestra realidad existencial.

Lo subconsciente tiene tanta parte en *Las mil y una noches* como en la novela surrealista de hoy; como en ella, dirige la vida llamada consciente y dilata los marcos en que la razón inscribe nuestra vida y nuestro mundo; por ese reconocimiento del supremo poder de lo inconsciente, por el cual confinamos con el misterio y somos un misterio, todo se hace posible en estas historias; el Espíritu actúa no solo sobre nuestro mundo, sino sobre todos los mundos presumibles, y lo sabio se vuelve naturalmente popular.

Un nexo proustiano enlaza los procesos psicológicos y las series fenoménicas en variaciones infinitas.

Todo, en último término, viene a ser un espectáculo de alto ilusionismo, y todo está siempre en pleno devenir, en pleno estado de posibilidad.

He ahí una concepción muy moderna, aunque sea muy antigua. En *Las mil y una noches* revive un saber ya olvidado. Y este libro de tono popular resulta tan erudito que, para entenderlo bien, se precisan múltiples claves.

Muy antiguo y muy moderno. Cuenta con aire de fábula cosas que han existido, y recoge constancias de instituciones y costumbres ya en su tiempo abolidas, porque datan de la prehistoria.

El matriarcado, el rapto nupcial, el examen ante la Esfinge, el dote de las cabezas cortadas, etcétera, etcétera, todo eso que aún rige entre ciertas tribus salvajes de África y América, se registra en estas historias como cosa actual.

Hasta la importancia que el Tiempo tiene en estas historias corresponde a la que hoy se le da en nuestra moderna filosofía.

El Tiempo en *Las mil y una noches* es un personaje, comparable al sino, que determina la suerte de las criatu-

ras; una de las dimensiones de nuestra vida. La de Schahrasad depende de una noche, pero Schahrasad no es sino un símbolo condensado de todos nosotros.

Esa misma paradoja que examinamos resalta también en el sentido filosófico o moral que pudiéramos asignarles a *Las mil y una noches*. Estas eluden toda apreciación dogmática en ese terreno, porque se abstienen también de toda apreciación dogmática.

En ellas no se dice nunca una última palabra sobre las grandes cuestiones metafísicas de donde se pudiera desprender una moral. Esos magños problemas de la predestinación o el valor de los actos del hombre aparecen antitéticamente tratados y resueltos en este libro contradictorio, que viene a ser, más que nada, un gran debate abierto, una gran controversia, por el estilo de las que en la Edad Media se planteaban entre nosotros, en la Sorbona y en las escuelas de filosofía tomística, y en que esos siglos batalladores desfogaban su genio polémico y su ardor combativo; como en las academias de Occidente, también en las de Oriente se entablaban esas discusiones, esas escaramuzas de la Razón con la Fe, en que esta, como es natural, decía siempre la última palabra.

Bagdad, como París, era un centro de controversias filosóficas y teológicas, en que hacían de Sorbona la casa del gran visir Châfar el Barmeki y el propio palacio de Harunu-r-Raschid y sus sucesores, y allí discutían sus tesis antagónicas los Abelardo y los Pico de la Mirandola orientales, sin llegar a otra antinomia que la impuesta por la ortodoxia del jalifa, apoyado en su poder político.

Eco de esas discusiones son las opiniones contrapuestas que hallamos alegorizadas en historias como las del «scheij», el de la mano pródiga (Noches 628 a 635), y las de *Simbad*, el

*marino* (Noches 317 a 335), en que se tratan, con opuesto criterio, el tema de la predestinación y el libre albedrío, del poder de la voluntad y la acción del hombre-*virtus*, *gunas*—frente al incontestable del Sino—o sea el conflicto capital entre *dharma* y *karma* de los teósofos.

Todas las escuelas filosóficas y sectas teológicas del Islam, entreveradas con las corrientes místicas de los sufíes, pueden registrarse aquí argumentadas en forma de cuentos, que nada respetan, pues hasta el provincialismo aparece negado en historias como la de *Chúnder, el hijo del mercader Omar, y sus dos hermanos* (Noches 365 a 380) en que el bueno sucumbe.

Y no digamos nada de esas anécdotas que son como hojillas volantes de catequesis sufi, hebraica o búdica, en que se exalta la sublime grandeza del desasimiento terreno, con evidente injuria para los propios jalifas y demás representantes del poder y la riqueza, en pugna con otras en que se aprecia el valor del capital—como diríamos hoy—y se condena tácitamente ese ebionismo místico.

Opiniones hay para todos los gustos en *Las mil y una noches*, aunque todas se concilien finalmente, con el broche de la fe ortodoxa, y todas afecten un tono de buena intención; filosofía y misticismo luchan evidentemente en ellas y se ve la pugna de un racionalismo sensato, de tipo helénico, que se esfuerza por desembarazar los espíritus de los extremismos místicos, que son la herencia auténtica, la carga atávica de los orientales.

Hasta la cuestión social aparece tratada y resuelta, por cierto equitativamente, como solución paritaria de un conflicto entre capital y trabajo, en la ya citada historia de *As-Sindbad, el marino*, y *As-Sindbad, el alhamel*, que es una página admirable e interesantísima en que el capitalista se aviene a

entrar en razonamientos con el proletario y lo convence.

Todo esto hace, en suma, que no se le pueda asignar ninguna intención última ni ninguna dirección determinada en sentido político ni de alta moral a este libro heterogéneo, medieval, más que nada animado de ese afán discutidor de la Edad Media, que trascendía hasta a las pacíficas y amables Cortes de Amor, donde el mismo Amor era el tema de controversia.

Todo eso se ve—o se entrevé—en la psicología que los rapsodas asignan a sus personajes, rectificando sus caracteres en variantes de un mismo argumento, y también en la complejidad vacilante que ya hemos señalado.

Lástima que no ahonden en esos procesos sociales ni en esas psicologías y tenga el lector que imaginárselos, con los consiguientes riesgos inductivos.

Pero es evidente que en *Las mil y una noches* hay múltiples brotes heterodoxos, sobradas manifestaciones de lo que pudiéramos llamar librepensamiento islámico, escapes de volterianismo y resonancias parodísticas, para que los buenos creyentes no lo mirasen con recelo y suspicacia y los ulemas no tratasen de ponerlo, a su modo, en el Índice, pese a las filaterías coránicas que se ciñen a su frente.

Por lo menos, debieron de mirarlo con desdén; en primer lugar, por ser un libro de tipo popular, escrito en una lengua no enteramente clásica, plagada de vocablos exóticos y de supersticiones groseras, y además, un libro de pura fantasía, una obra de poetas, y ya sabemos la aversión que, desde Mahoma, inspiraban los poetas por su vida irregular y frívola y su consagración profesional a la mentira a esos rígidos puritanos, que encontraban toda la verdad y toda la luz que el hombre necesita para andar por el mundo y llegar al otro en el *Corán*. Por lo demás, tal

fue siempre la actitud de todas las personas devotas y serias frente a los poetas en todos los tiempos y países, en una humanidad que no puede pasar-se sin ellos.

Esto explicaría la poca importancia que las personas cultas de los tiempos en que se elaboraron las *Noches* les concedieron, dejándolas al margen de su buena literatura, como historias y cuentos de juglares, propias para entretener a la plebe, y la poca importancia que, luego de pasar al manuscrito y a la imprenta, les siguen concediendo a sus historias literarias, algunas de las cuales apenas las mencionan.

Son un libro mal mirado y hasta malformado en su patria oriental. Y es el Occidente quien en realidad ha valorizado esa perla chafada, que allí rodaba por los suelos.

### LA MORAL DE «LAS MIL Y UNA NOCHES»

Hemos tocado en el apartado anterior el punto candente. ¿Son un libro moral *Las mil y una noches*? Y puesto que así fuere, ¿qué clase de moral es la suya?

¿Son un libro moral? No enteramente, si se atiende tan solo al medio social y al tiempo histórico en que se desarrollan sus historias y en que viven sus narradores.

En ese concepto *Las mil y una noches* no rebasan el nivel de lo que en esos tiempos y en esos países se entendía por moral. Sus magnificencias literarias discurren en un ambiente de profunda miseria moral. Caen en el marco de la tiranía política, de la poligamia y la esclavitud.

Esas mujeres exquisitas y cultas, como aquellas hetairas helénicas que conversaban con Sócrates, son pobres esclavas compradas en los zocos, y

con razón Maeterlinck siente pena e indignación por ellas.

Es un cuadro de moral bárbara y primitiva, que hoy nos subleva a nosotros, como al gran escritor belga, el que esos pintores delicados nos trazan. No podemos avenirnos a eso de que el escritor no se subleve ni indigne con nosotros. Y, llevados de ese sentimiento, tiraríamos lejos el libro.

Pero ese primer sentimiento de protesta se atenúa luego que pensamos que también los sublimes diálogos de Platón se desarrollan en un ambiente de esclavitud, de pederastia y de sujeción de la mujer, y que la moral en ellos predicada, y que se desentiende de esos problemas, no es tampoco hoy a nuestros ojos una moral.

Hay que situarse imaginativamente en los tiempos y no pedirles lo que no pueden dar, porque aún no les llegó la sazón. Y menos se le puede pedir tal cosa a una obra puramente literaria.

Por encima de esa moral corriente, hay en las obras citadas, lo mismo que en *Las mil y una noches*, destellos de alta moral, independiente de la moral de las costumbres, o, por lo menos, la preocupación de resolver los problemas éticos de la conciencia y elevarse hasta el imperativo categórico de Kant.

No se puede tachar de inmorales a *Las mil y una noches*, ni al pueblo que las escribió, porque se sitúan en un terreno de baja moral, que era entonces la moral, y es arbitrario e injusto culpar, como Roso de Luna, de groseros a los semitas, por oposición a los arios, sus ídolos. No sabemos en qué el *Panchatantra*, por ejemplo, puede ser superior en este capítulo de la moral a *Las mil y una noches*, cuando tampoco rompen el marco opresor y cruel de las castas.

Es absurdo vincular la moral en una u otra raza; mucho más cuando esos groseros semitas tienen ya, mucho antes de que Aristóteles definiera la ética,

su *Biblia*, de cuyo fondo profético arranca toda la moral de Occidente, incluso de los arios.

Y, sin embargo, en la *Biblia* hay también cosas que hoy nos disgustan. Solo que ese ambiente bárbaro e injusto en que se mueven avalora todavía más la voz humana de los profetas, que gritan y claman pronunciando palabras que hoy hacemos nuestras.

Pero, y nosotros mismos, que hemos llegado a sentir y percibir los contornos de la verdadera ética, ¿no radicamos en un ambiente de inmoralidad que nada tiene que reprochar al de esos orientales? Y, sin embargo, tenemos la preocupación de esa ética, por ella trabajamos y esa es nuestra disculpa ante los venideros.

Pues bien: prescindiendo de las limitaciones del tiempo y del grado de evolución social y política, *Las mil y una noches* formulan también, por el modo indirecto del arte, protestas y rectificaciones a ese estado de atraso moral en que se encuentran sus escenas.

Aparte esas silvas de fábulas, ejemplos, sentencias y máximas en que se expresa la sabiduría antigua, la primera filosofía nacional que tuvieron los hombres, hay en ellas, en medio de sus curvas y arabescos, una línea constante que tiende hacia lo grande y lo bello, que forman la base de toda moral superior.

Hay en ellas un elogio continuo de esas virtudes afirmativas que forman por igual al héroe y al santo; la generosidad, el perdón de las ofensas, la grandeza de alma, el sacrificio de uno mismo por el bien de los demás; eso que hoy llamamos filantropía, altruismo y marca la más alta cumbre moral a que puede llegar el hombre.

El amor, que es la escala de Jacob por la cual el hombre más ruin puede elevarse a los cielos, tiene también mucha parte en este libro, que por él se

inscribe dentro de la literatura romántica e impresionará siempre a las almas sensibles de todos los tiempos.

Aunque solo fuera por ese elemento del amor serían *Las mil y una noches* un libro de alta moral, pues el amor, aun en sus formas más primarias, es algo de suyo generoso, que niega paradójicamente su egoísta fin específico y es el genio travieso y rebelde que rompe los cuadros sociales y florece con rosas de gracia el adusto ciprés de la Ley. El amor en *Las mil y una noches* es el broche simpático que une a hombres y genios y mantiene el enlace entre los universos visibles e invisibles.

*Las mil y una noches* tienen una atmósfera de idealidad que envuelve y penetra todos sus ocasionales prosaismos.

Llegan a ser divinas a fuerza de ser humanas, pues hay que rectificar lo que Cervantes dijo de *La Celestina*: que «sería más div[ina] si encubriera más lo huma[no], porque precisamente lo más humano es lo que marca el entronque con lo divino.

*Las mil y una noches* nos dan, en resumen, una lección de moral, solo que en la forma en que pueda darla una obra de arte; en términos de belleza, haciendo que nos enamoremos de sus grandes figuras y sintamos el deseo de parecernos a ellas.

Una cosa es constante en este libro tan vario: la apología de lo bello, moral y físico, y la condenación y burla de lo feo, en ese doble sentido. En eso *Las mil y una noches* son inexorables. No hay ruindad que no lleve en ellas su castigo ni grandeza de alma que no reciba su corona. Es la estética actuando de moral.

Todos los malos mueren en ella por do más pecado habían. El rey Omarun-Nômán, la vieja Zatu-d-Dauahi, los hermanos de Abdu-l-Lah-ben-Fázil, todos llevan su castigo en este mundo; la justicia inmanente actúa incluso sobre

los genios, que parecen estar por encima de esa Némesis.

Una característica de *Las mil y una noches* es precisamente esa de mostrarnos la solidaridad que une a todos los seres, de todas las castas y planos, y hacernos patente la repercusión que un acto cualquiera puede tener en todo el ámbito de los universos.

El mercader del cuento que, al tirar impremeditadamente un hueso de dátíl, mata al hijo del *efrit*, es una prueba de esa solidaridad que decimos y que hoy tiene ya una confirmación científica, en la teoría del determinismo, de la estricta concatenación de causas y efectos, que forman la trama de lo fenoménico.

Nada es indiferente en los universos ni nada en ellos se pierde, ni en lo moral ni en lo físico; las ondas astrales todo lo recogen y lo fecundan. Esta idea, que ya aparece en el *Talmud*, donde se completa con la metempsicosis, resalta también en *Las mil y una noches* como base de una moral absoluta, que rebasa razas y planos espaciales.

No hay que insistir más, después de esto, para demostrar que *Las mil y una noches* no son un libro enteramente frívolo y sin enjundia, como injustamente dijo en su tiempo el gran De Sacy, al afirmar, demasiado rotundamente: «*Las mil y una noches* ningún objeto moral o filosófico presentan», pues ese efecto, que luego les reconoce, de poderosa impresión sobre las almas, no se explicaría si no tuviesen, por lo menos, un fondo presumible de moral o de filosofía. Tan excesiva es esa afirmación de De Sacy como la de Roso de Luna, que les atribuye el valor de una revelación.

*Las mil y una noches* deben situarse en un plano intermedio; en el propio de las obras literarias, que no presentan a las claras ningún objeto moral ni filosófico, lo que no quiere decir que no lo tengan implícito, sino que, reflejo

de la vida, lo expresan por imágenes, en un lenguaje simbólico, que de otra parte es lo bastante claro.

Hay que considerar a *Las mil y una noches*, como a los demás libros de su tiempo medieval, como a los *Milagros*, de Gonzalo de Berceo, y el *Libro del Buen Amor*, del Arcipreste y todas esas «caballerías» que enloquecieron a Don Quijote y en que la buena intención aparece bastardeada y deslucida por licencias y extravagancias del gusto de la época, pero que no por ello es menos efectiva.

Todas esas abigarradas obras medievales recogen arrastres de una tradición antiquísima y funden elementos de la épica universal y la universal sabiduría.

Todas ellas, en medio de su locura aparente, encierran una gran cordura, y por caminos torcidos tratan de llevar al hombre al camino recto.

Así les ocurre también a *Las mil y una noches*. Tienen el ansia catequística propia de su tiempo y aspiran a adoctrinar a los hombres, mostrándoles en vasto panorama de imágenes el cuadro de los tiempos y el juego prodigioso de los sinos humanos; el surgir y desvanecerse de los imperios y de las ciudades, que se dibujan y desdibujan, como figuras trazadas en la arena de los desiertos por el dedo del Sino, que no es tan caprichoso como parece, ya que también él está sujeto a la voluntad de Alá, que es omnisciente; nos hace ver el ir y venir de hombres y razas de la cuna al sepulcro y del presente al olvido, y, después de pasearnos por todo el ámbito de la vida, nos deja, solos y entre ruinas, frente a la Muerte y a Dios, último término de todas las cosas; al Alá coránico, esa Entidad misteriosa, incognoscible, indefinible, que es la única Realidad—irreal—y que acaso sea el Todo y acaso la Nada.

Y entonces nos sentimos cogidos en las mallas de lo Absoluto y quedamos

pensativos, como Schahriar cuando Schahrasad calla.

He ahí una emoción estética que vale por toda una moral.

En último término, una emoción de Tiempo. Y esto nos obliga a hablar más a fondo de la importancia que el Tiempo tiene en *Las mil y una noches*, pues es lo que o quien sirve de broche y confiere unidad a este libro tan deslavazado. El Tiempo, que es como un gran río, cuya palpitación fugitiva se deja oír constantemente al pie de este alcázar literario, poniendo un sordo contrapunto a sus fiestas.

### EL TIEMPO EN «LAS MIL Y UNA NOCHES»

Es la emoción del Tiempo, que corre continuamente y va a fundirse en la eternidad, arrastrando nuestras vidas, lo que presta unidad a esas historias, tan diversas y dispares, de *Las mil y una noches*.

Es el broche de la aurora el que las une, pareciendo separarlas. Es de un efecto patético imponderable ese sencillo recurso literario con que el narrador introduce en sus relatos la pausa exigida por el cansancio de la atención, adelantándose a nuestra moderna división en capítulos. Ese dejar la continuación de la historia flotando en el aire, en la incertidumbre de la noche siguiente, que no sabemos si alcanzará Schahrasad, siempre amenazada por el alfanje del verdugo, es de una gran fuerza emotiva, pues nos recuerda cada vez nuestra propia mortalidad y nos hace pensar en nuestras postrimerias. Porque tampoco nosotros sabemos si llegaremos a la noche siguiente.

Es de capital importancia marcar en las versiones esas pausas y numerar esas noches, y Burton tiene razón al criticar a los traductores que las suprimen.

Hay que marcar esas noches aleatorias en que está en juego la vida de Schahrasad, y hay que hacerlas resaltar como lo hacen los rapsodas, repitiendo siempre al final de cada noche esas palabras del texto, aunque resulten monótonas, pues tienen el valor de una antiestrofa o un epodo. Hay que repetir siempre ese estribillo «pero vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras...», porque hay ahí todo un drama de angustia en el corazón de Schahrasad, que ve llegar la aurora sobre ella, no como una alondra, sino como un cuervo, y, al cerrar la boca, no sabe si su regio oyente se la cerrará para siempre en un arrebatado de displicencia.

Es patético ese momento en que el diamante del alba corta la urdimbre de su narración y acaso va a cortarle su cuello. Schahrasad se estremece, pese a todo su valor, y su angustia se adivina en la premura con que su hermana Dunyasad acude a confortarla con su aplauso: «¡Ye hermana mía! ¡Qué interesante y gustosa y deleitable historia!» Es preciso decirle eso para que se serenice y anime y no dude de que sus historias son del agrado de ese rey taciturno, que la escuchaba con el ceño fruncido y su cara de esfinge.

Y qué inquietud en esas timidas palabras que insinúa Schahrasad: «¡Pues no tiene punto de comparación con la que pienso contar la noche que viene, si este rey galante me prolonga hasta entonces la vida!»

Schahrasad trata ya de anudar una historia con otra, que es como enlazar dos noches de su vida. ¡La vida pendiente de una historia! ¡Qué sería se vuelve de pronto la literatura!

Esta angustia, periódicamente renovada, de Schahrasad, pone en juego todo el drama del tiempo y le da a la hora efímera perspectiva de eternidad.

Esa pausa de la aurora, que corta de pronto el hilo del relato y compromete

su continuación, tiene todo el aire amenazante de la guadaña de la muerte, que también, al cortar nuestra vida, interrumpe una historia y la relega al mundo de los cabos sueltos y al limbo de lo que nunca fue.

Cada una de esas pausas nos retrotrae al punto inicial del libro, al comienzo de esta larga historia de angustia, que ya habíamos olvidado con tanto cuento, y nos hace sentir de nuevo todo lo punzante del drama y recordar que, como Schahrasad, somos mortales y tenemos un cuchillo sobre nuestro cuello.

Hay como una resonancia tácita de la constante admonición de Mahoma en su *Corán*: «¡Ye los creyentes! ¡Temed a Alá y servidle! ¡Acordaos del Día de la Cuenta!»

Como el *Corán*, también *Las mil y una noches* son un recordatorio de post-trimerías.

Hay un símbolo ascético de enorme impresión en esa situación de Schahrasad, contándole cuentos, bajo el amago de la muerte, a ese rey terrible, que es también mortal y también un día ha de contar una historia—la historia de su vida al rey de los reyes, a Alá—, no menos angustiado e inquieto que su pobre víctima, tocante a su éxito ante ese Juez inapelable.

Cada aurora hay en el libro una comparecencia de Azrael. Y las trompetas con que en Persia anuncian el día tienen algo de la del Juicio Final.

Schahrasad, ante el rey, nos recuerda a Sócrates ante el Areópago, condenado a muerte por jueces mortales y emplazando a estos ante el Tiempo, que también a ellos los tiene condenados a pena capital. Pero a ese cuadro filosófico le falta el fondo religioso que aquel tiene; Schahrasad puede condenar a su verdugo no solo a muerte, sino a muerte eterna.

Esto debe sentirlo Schahriar que, por lo menos en la forma, es un creyente, y

seguro es que las historias que la joven le cuenta le hacen reflexionar y concentrarse en sí mismo, pues siempre de los otros volvemos al yo y toda historia ajena es una parábola que tiene su sentido en nosotros.

Ese es el broche que da unidad a las dispares historias del libro. Todas ellas van a parar al mismo punto, que es también de donde arrancan, y al que se dirigen en medio de sus aparentes rodeos.

Todo va encaminado a ponernos en estado de examen de conciencia, y todo el libro, esmaltado de ejemplos y casos, viene a ser unos ejercicios espirituales.

Schahrasad, con sus cuentos, dora al rey la amarga píldora de la verdad, obligale a fijar la atención en el destino de los hombres y el suyo propio y le da una lección ascética—estilo budista—disfrazada de pasatiempo.

¡Pasatiempo! Nunca mejor aplicada esta frase a la literatura amena y, al parecer, sin intención. Ganar tiempo, sumar noches, tal es el objeto de estas historias. Pero cada noche nos acerca a la Eternidad. Y esto se nos hace sentir con todo su dramatismo en ese numerar las noches, que adquieren así un valor precioso, de licor destilado por un cuentagotas.

El Tiempo actúa aquí como un personaje más. Como un personaje imponente, porque el Tiempo es el Sino, según presintieron esos orientales que a ambos los identifican, pues *Kalas* en sánscrito y *Dahr* en árabe tienen el mismo sentido que *Anange* y *Fatum*. Cronos es el dios tremendo, inexorable, que devora a los hombres y a los dioses.

El Tiempo actúa en *Las mil y una noches* como el propio Sino; de él se han desdoblado los tiempos y las vicisitudes que engendran las historias; él está en lo pasado y preside el futuro; obra como pasado vivo en el recuerdo

y como futuro predeterminado por el pretérito; como hora efímera y como eternidad.

Toda la trascendencia metafísica del Tiempo se contempla en *Las mil y una noches* gracias a esa introducción del número; hay los tiempos de las historias, en que el Tiempo se fracciona y desmenuza, y hay también el tiempo de la narradora y el oyente, y en tanto Schahrasad cuenta sus cuentos y el rey Schahriar la escucha, a lo largo de esos tres años de noches y días, granan las cosechas en los campos, maduran los frutos, florecen y se mustian las rosas, corren los ríos a perderse en el mar y el seno de Schahrasad se materniza en tres brotes viriles, la tragedia inicial se convierte en sainete, el rey depone su ceño y sonríe con el gozo inocente de la paternidad, los vasallos que huyeron retornan de su éxodo, vuelven a humear los techos de los hogares, resuena otra vez en los talleres la música laboriosa de las herramientas, renacen las artes y los oficios y la tierra se cubre de fecundas arrugas de abuela y ríe su verde risa de niña en los jardines.

El Tiempo convierte esta historia que empieza con aire tan lúgubre de Apocalipsis en una *haggadah* talmúdica, como ese *Libro de Esther* que los judíos leen todos los años en su alegre fiesta de Purim.

Esa intervención del Tiempo, partido en noches, es lo que presta trascendencia, al mismo tiempo que unidad, a estas historias, y ese solo recurso bastaría para diferenciarlo y emanciparlo de esos sus presuntos modelos como el *Hasar Afsanah*, que son *Los mil cuentos*, pero no las *Mil noches*. En este último título es donde aparecen las historias como hijuelas del tiempo, que se incluyen con toda naturalidad bajo su nombre, pues es el Tiempo el que crea las historias.

Gracias a ese recurso retórico, inven-

ción del escriba árabe, concilianse en el libro la unidad y la variedad, la diversidad y la monotonía, pues esa danza de historias, como la de las horas mismas, está regida y cronometrada por el repique de tambor del Tiempo.

La noche es el *leit-motiv* que orienta en esta sinfonía y el hilo de Ariadna que nos guía en este laberinto.

*Las mil y una noches* se reducen así a una sola noche, llena al mismo tiempo de encanto y de inquietud, como si fuera nuestra única y última noche. Esa sensación del Tiempo solo pudo introducirla en el libro el genio de un judío o un árabe, únicos para los cuales, por razones religiosas, podía tener el tiempo, la hora, el minuto, ese inmenso valor de Eternidad.

Es muy significativo que a ningún autor se le ocurriese hasta entonces partir sus historias con el peine del Tiempo.

Hay ahí un sentido místico que presta también una unidad moral a las historias del libro. Este es resumen, es un manual de examen de conciencia, un libro que nos obliga a pensar y meditar, un libro ascético, aunque a ratos parezca un libro alegre y hasta licencioso. Es un *Kempis* con perfiles de *Decamerón*.

Todo se debe a que es una obra literaria ante todo y ha de entretener para adoctrinar. Es, después de todo, el procedimiento de la *Salvation Army*. Pero esas historias frívolas son el pregón, el reclamo para atraer a las almas, que así, sin darse cuenta, se encuentran de pronto en el corazón del drama del hombre. Así ocurre en este libro, tan loco a veces, pero que, en el fondo, es de una seriedad tan trágica, y sobre el cual hay siempre pendiente—no se olvide—una inminencia mortal.

Schahrasad ante el rey es nuestro propio símbolo. Fía su salvación a la belleza de la historia que cuente. Tam-



bién nosotros un día hemos de contar nuestra historia ante un Rey, temblando como ella. ¡Ojalá y sea igualmente hermosa!

### LO POPULAR Y LO ERUDITO EN «LAS MIL Y UNA NOCHES»

De todo lo dicho se desprende que, como todas las creaciones de ese tipo que llamamos popular, *Las mil y una noches* encierran un fondo erudito tratado popularmente, que es lo que les da el nombre; nombre convenido, que en modo alguno responde a la realidad.

«La muchedumbre anónima—dice el sabio indianista Regnaud, refiriéndose a los *Vedas*—, designada con el nombre de pueblo, no ha producido jamás literatura. En el origen de todos los ciclos poéticos la tradición o la historia nos muestran, ya individualidades—tipos—, ya grupos de autores organizados, por así decirlo, en cuerpos profesionales, que dan impulso a todo un desarrollo de la literatura y lo prolongan, enriqueciéndolo y perpetuándolo. Así, en Grecia, el origen de la poesía se remonta al mítico Orfeo, al no menos mítico Homero, a los homéridas y a los rapsodas. La literatura medieval en Francia no se deriva tampoco de esa vaga fuente que suele decorarse con el nombre de conciencia popular. Los trovadores, como su nombre lo está diciendo, fueron a la vez sus autores, editores y vulgarizadores.»

Pero el nombre de populares que se da a esas obras se justifica, sin embargo, por su tono, que es popular, y también porque sus creadores han trabajado colectivamente y se han inspirado en tradiciones y leyendas antiquísimas que andaban en las bocas del pueblo a que pertenecían, por lo que puede decirse que han dado forma literaria a un fondo popular. Y, finalmente, riman y cantan para el pueblo.

En tanto la poesía no pasa de su periodo oral, no pierde ese tono de creación del pueblo, anónima y colectiva, basada en mitos o tradiciones de tribu o de raza. Y no se sale de lo que hoy se llama «sociología del saber».

Es la escritura la que levanta una barrera entre esos cantores espontáneos, analfabetos como la masa que los escucha, y esos otros literatos que componen libros y, por lo general, empiezan por comentar y explicar esos cantos primitivos, formando con ellos un cuerpo de doctrina. Así, por ejemplo, son brahmanes los que fijan los textos védicos y les forman su gramática y su glosario.

Ese es el origen de la literatura erudita, en la que se destacan las individualidades. Conocemos a Yaska y a Sayana, pero ignoramos los autores del *Rig-Veda*.

Esta literatura escrita, que se forma sobre la hablada, es de carácter culto, sabio. Adopta, desde luego, un tono didáctico, y se comunica por la letra con todas las literaturas de su tiempo.

Va dirigida a un público culto, no a la masa como la otra, pues los libros se han escrito en principio para los reyes y príncipes, capaces de entenderlos por su educación y de pagarlos por sus riquezas, y que son los únicos, además, que tienen importancia en las sociedades primitivas. Sacerdotes y sabios escriben para ellos en su lengua cifrada, cuyos signos no descifra la plebe analfabeta.

La literatura popular, hablada, sigue desarrollándose entonces con independencia de esas fuentes doctas, sobre una base de saber incompleto y vago, de interpretaciones erróneas de los fenómenos naturales o de recuerdos borrosos de historia tribal, que en un principio fueron todo el saber.

Más adelante, cuando ya existe una literatura escrita, obra de sabios que organizaron ese cuerpo de saber in-

completo y confuso, la literatura popular se nutre de los derrames, por así decirlo, de esa fuente culta, y adapta a su idiosincrasia especial, a su estilo, esas doctas esenciales.

Más adelante todavía, esos sabios, esos maestros en cuya mano la pluma es una férula, escriben obras para el pueblo, acomodándose a su estilo, a su modo de ver las cosas, y emplean su verbo figurado, lleno de vida y de color, cuya base principal es la metáfora, expresiva de hondos misterios psíquicos, inconscientes, que los filólogos modernos estudian en el *slang*, el *caló* y demás idiotismos populares.

El proceso de formación del *slang* es el mismo del lenguaje poético y arranca de lo subconsciente. El poeta, en sus reacciones, es un retoño atávico del salvaje y del delincuente primitivo, en medio de la civilización. La poesía, forma de reacción espontánea e impulsiva ante las impresiones, es el único patrimonio del pueblo. No exige saber, sino sentir. Los primeros poetas no sabían leer y menos escribir; eran unos intuitivos y formaban rancho aparte con respecto a los sabios, a los hombres de pluma, con los cuales tenían ese antagonismo que hasta el día subsiste.

De ahí que popular sea sinónimo de poético. Y así, cuando poetas, como Virgilio en sus *Geórgicas*, han tratado temas científicos como la agricultura, han rehuido cuidadosamente todo tecnicismo, componiendo versos admirables en un estilo acomodado a la comprensión del vulgo de los hombres del campo y cuadros de naturaleza capaces de impresionar los sentidos. Virgilio hace una obra poética, no un tratado de agricultura, y sienta la norma que han de seguir luego los poetas francamente didácticos del siglo XX.

Así proceden también los filósofos, los moralistas y los pedagogos cuando sienten el deber o el gusto de instruir

al pueblo. Hacen literatura popular, adoptan una actitud infantil para acomodarse a la infancia mental del pueblo.

Y ese requisito les es tanto más necesario cuanto que los primeros libros de tendencia didáctica se han escrito para la educación de los niños.

Reaparece entonces lo popular, en la forma, pero con un fondo de saber erudito. Y se da el caso también de que, por efecto de la general incultura de los tiempos en que hay saber, pero no ciencia, el mismo escritor, hombre de letras, *scholar*, *clerk*, *mester de clerecía*, sea en el fondo un hombre del pueblo, un analfabeto moral, que comparte y respira la misma atmósfera de error y superstición del vulgo, y tiene sus mismos gustos y aficiones. Lo que no es de asombrar, ya que el escritor de esos tiempos medios e intermedios entre ignorancia y ciencia—ha salido, por lo general, de la plebe.

Y entonces, sea por incultura o por propio placer y diversión, el escritor culto emplea en sus obras el tono de la plebe. Nótese que, además, se aparta de la lengua sabia de su país—latín, sánscrito, árabe—y se expresa en romance, en *prakrito* o en árabe vulgar.

Pero como en el fondo es hombre culto que sabe su latín, y ha leído sus clásicos, introduce en su prosa o su verso popular un caudal de saber que asombra en medio de aquel alarde de plebeya ignorancia.

Surge la duda de si el escritor es así de suyo o se acomoda deliberadamente a esa forma de composición popular, por razones estéticas o por analogía de gustos con el pueblo.

Así nos ocurre con Berceo y el Arcipreste. Y rebasada ya la Edad Media con Rabelais, el doctísimo Rabelais, que escribe, cargado de ciencia, en ese pintoresco estilo de plebe.

El anacronismo, la confusión de nombres y lugares, son resorte de lo

poético, lo mismo en literatura que en arte plástico, e idéntica perplejidad que ante esos libros nos sobrecoge ante los cuadros de los primitivos, que pintan personajes de la Historia Sagrada, vestidos con la indumentaria de su tiempo.

Hay ahí un misterio estético y humanístico muy complejo y profundo.

Pues bien: retrayéndonos a *Las mil y una noches*, compuestas en esos siglos medios, que lo fueron también para Oriente, apreciamos en ellas, desde luego, lo popular, que se nos viene a los ojos por ser cosa de más bulto, perceptible en seguida, al través del lenguaje, que no es ya el árabe clásico como queda dicho, y en el estilo, que es llano, sencillo, sin retórica, con tendencia a la frase estereotipada, al estribillo.

Resalta también lo popular en la imprecisión de las nociones históricas y geográficas, en los anacronismos e impropiedades de toda clase, en la introducción de lo maravilloso en relatos de base histórica, como aquellos en que vemos a Harunu-r-Raschid alternando con genios, cual Salomón, en la leyenda.

Esos «populismos» del rapsoda son tantos y tales que asombran e inducen a la suspicacia de si es sincero de divertirse con el *pastiche* o el «esperpento».

Pero esa suspicacia la provocan precisamente las muestras de saber erudito, filosófico y hasta iniciático, de que el mismo rapsoda da pruebas en otras ocasiones. Aunque es posible también que el rapsoda repita ahí de memoria cosas que no comprende y por eso las trabuca y confunde, como siempre hace el vulgo cuando se las quiere dar de sabio.

Si fuéramos a juzgar por los detalles de impropiedad, pensaríamos que el autor o autores de esos cuentos eran unos perfectos ignorantes; pero por

otro lado se nos muestran cargados y hasta sobrecargados de cultura, no solo oriental, sino incluso helénica, que es la verdadera cultura, según puede inferirse de las citas que hacen y de las alusiones o cosas que rebasan la línea de lo popular arábigo.

Ya hemos señalado la cantidad de saber psíquico y metapsíquico que se advierte en esas historias y que es de tradición mixta, en la que han colaborado todos los sabios de la antigüedad, y se acredita con los nombres de Pitágoras, Hermes, Trimegisto, Jámblico, Apolonio de Tyana, etcétera, etcétera.

Esa es la tradición gnóstica que señalan madame Blavatzki y su comentarista español Roso de Luna, y que, por conducto de los sufíes persas, se infiltró en el *Talmud*, introduciendo un elemento nuevo más espiritual en la árida teología de los israelitas.

Ahí es donde viene bien la clave teosófica, que en otros casos, cuando se trata de enigmas prehistóricos, no sirve de nada, siendo necesario apelar a la antropología.

En la *Historia del rey Amaru-n-Nô-mán y de sus hijos* (Noches 60 a 102), en la *Historia de Tauaddud, la esclava* (Noches 269 a 280) y en la de *Balukiya* (Noches 285 a 295) hay expuesta fragmentariamente toda una cosmogonía de origen indio-persa, apuradamente conciliada con el fondo teológico del *Corán*.

Todo lo referente a los dos demonios primeros—Jalit y Malit—es del fondo teológico de los guebros, así como también esa concepción de los siete pisos o planos de la tierra, sostenida por el Gvi-Semin, o sea el Toro, símbolo de la energía.

Sería cosa de nunca acabar si fuéramos a señalar todas las infiltraciones ariopersas en estas historias. Arrancan muchas de ellas de una época en que ese fondo teológico místico era patrimonio común de todos los pueblos de

Oriente, hebreos, acadios, sumerios, asirios, que se comunicaban entre sí y mantenían un comercio activísimo de mercancías, ideas y cuchilladas.

Baste recordar que, según algunos historiadores, Zoroastro conoció a Moisés y ambos cambiaron conceptos y tradiciones, y que Mahoma, al escribir—mejor dicho, al componer, pues el enviado de Alá no sabía escribir—su *Corán*, lo hizo bajo la inspiración de Gabriel y de su amigo Sergio, el monje nestoriano, que estaba sin duda iniciado en la *Gnosis*.

Ahora bien: todo ese fondo de saber aparece ya en el *Corán* desfigurado, revuelto y confundido, como expuesto por un hombre mal enterado, culto a medias, que está en este sentido al nivel para ser entendido. En una palabra: que ese fondo erudito del *Corán* está tratado en forma popular y poética.

Pues en la misma situación parecen encontrarse los autores de las historias miliunanochescas; no acertamos a discernir si son unos ignorantes o si quieren parecerlo, pues que viven y escriben en unos tiempos en que ya tenían a su disposición una bibliografía copiosa en obras árabes o traducidas al árabe, en que podían documentarse sobre puntos de Historia y Geografía y no incurrir en esas impropiedades, confusiones y vaguedades que dan un aire apócrifo a los viajes de Sindbad, el marino.

Siempre nos encontramos ante la misma paradoja miliunanochesca, que no hace sino cambiar de forma. Sus autores parecen tan pronto analfabetos como archiintelectuales. Hacen gala de una erudición profunda, pero popularmente deformada.

Hay en *Las mil y una noches* historias de una intención ambigua. Por ejemplo, la del chico testarudo, que no hace más que locuras y desavíos, y, sin embargo, acaba por salvar un reino,

dando muerte a la *algola* que lo tenía sumido en tinieblas, y que pudiera ser el símbolo de la Ignorancia, que por algo se ha llamado Oscurantismo.

Esa historia, narrada con un humor rabelesiano, pudiera ser una sátira del Saber y también una apología. Vibra en ella una risa de plebe; pero su construcción no es plebeya, y el nombre de Rabelais acude a los labios por un doble recuerdo.

Porque también Rabelais, hombre sapientísimo, se burla de la sabiduría oficial, que es en gran parte simple pedantería, ignorancia con borla de doctor.

Hay a lo largo de los siglos XVI y XVII una pugna constante entre el saber oficial erudito y muerto, que aún se expresa en latín para más distanciarse de la plebe y rodearse de prestigio a sus ojos, y el otro saber vivo de los pensadores que se inspiran en la observación y la experiencia, estudian en el libro de la vida y, por reacción contra la pedantería académica, adoptan lenguaje y formas de plebe y dicen su misma literaria en romance vulgar.

Así se han compuesto libros de honda médula filosófica, como el *Bertoldo*, *Bertoldino* y *Cacaseno*, que a un erudito le crisparía los nervios y que, sin embargo, trae su origen del anecdotario de los cinicos griegos.

En pleno siglo XVIII el cultísimo Voltaire, y el no menos culto Molière en el siglo XVII, dicen grandes y profundas verdades en un estilo de *fabliau* y farsa medieval, por reacción contra lo que Mencken el humanista llama «Charlatanería *aeruditorum*» en festivo y elegante libelo.

Por modo análogo, en *Las mil y una noches* es fácil percibir, bajo la forma popular, un saber erudito, que trata de disimularse; hasta el cuento más aparentemente absurdo es pasible de un sentido y de un sentido en ocasiones trascendental. No hay nada en ellas

que sea un franco disparate por más que lo parezca, y muchas veces somos nosotros los ignorantes o los torpes si no lo entendemos.

Y tocante a esa parte inverosímil de prodigios, magias y hechicerías que el escriba da por sucedidos en épocas históricas, como el califato de Harún, muy bien puede tomarse como la atmósfera poética en que el *raui* gusta de envolver sus creaciones y lucir su fantasía, sin creer en las patrañas que inventa o sugestionándose hasta el punto de creerlas él mismo.

Tenemos siempre la duda de si el narrador cree de buena fe lo que narra, o si se sonríe para sus adentros, y es lo más probable que se dé algo de ambas cosas.

Hay que tener en cuenta que entre el *raui*—juglar o rapsoda—y el escriba—*kátib*—media una gran distancia, en la que puede intercalarse una sonrisa.

Hay entre las historias de *Las mil y una noches* muchas que, indudablemente, son, como la de Alá-d-Din, el de la lámpara, imitaciones eruditas que afectan aire popular, lo que llamamos un *pastiche*. Están en el mismo plano literario que las novelas de caballería del siglo XV, con relación al fondo ingenuo, popular, de los pliegos de cordel.

El *raui* impone al *kátib* su estilo, su *pathos*; pero el propio *kátib* tiene a veces la misma mentalidad que el *raui*, el mismo gusto por lo maravilloso y el mismo respeto a los gustos del público. Y también, aunque sea más sabio, es su saber incompleto, confuso y, en cierto modo, popular.

No hay que extrañar, pues, que lo popular predomine en estas historias y caracterice su técnica formal, aunque en su fondo se dejen percibir presencias eruditas que sorprenden y sugieren la sospecha de un populismo consciente, irónico, que el escritor emplea como resorte estético.

De ahí que *Las mil y una noches*

tengan ese encanto especial de los libros que sugieren más de lo que dicen y tras cuyo fondo popular anónimo se trasluce un escritor que juega con él, en plan de humorismo, como Cervantes con la locura caballeresca de su héroe.

Juglar y escritor han colaborado en esta ingente creación, infundiéndole un especial encanto, pues han difundido sobre toda ella esa suerte de penumbra espiritual que Anatole France en nuestro tiempo ha proyectado conscientemente, con fina sonrisa moderna, sobre sus reconstrucciones medievales, de aparente candor. La sospecha de una sonrisa así en estas historias candorosas rehabilita al escriba y salva la dignidad intelectual del lector moderno.

### ABSORCIONES ORIENTALES EN «LAS MIL Y UNA NOCHES» Y SUS TANGENCIAS EN LAS LITERATURAS ORIENTALES

Para completar el estudio literario de *Las mil y una noches* procede también tocar un punto de gran interés: el del ambiente en que se formaron las historias del libro y sus consiguientes tangencias con las literaturas exóticas.

Recordemos, a ese fin, lo que ya hemos dicho en otros apartados, a saber: que las historias de noche datan de una fecha remotísima y existían ya mucho antes de que nadie se pusiera a escribirlas. ¡Como que son anteriores en su nacer a la invención de la escritura! El Verbo es anterior a la letra.

*Las mil y una noches* no surgieron ellas solas de la mente de ningún escritor; sus autores—uno, dos, ¿cuántos?—solo fueron rapsodas, refundidores y a veces ni eso, sino simples notarios. Dejaron en el anónimo a sus inspiradores y también a ellos mismos. De ahí el carácter popular de la obra.

No es de extrañar, pues, que en el

libro se encuentren muchas cosas que también se hallan en otros de otras literaturas, incluso de Occidente, sin que por ello se pueda hablar de plagio, sino de un mismo proceso de génesis.

Así ocurre con esas historias fantásticas de largo metraje en que interviene lo maravilloso y que tienen su correspondencia en nuestras novelas de caballería y romances populares. Roso de Luna señala en su obra múltiples paralelismos entre historias miliunanochescas y nuestras leyendas y romances de *Blancaflor*, *Juanillo el Oso*, *El conde Olinos* y otros de los estudiados por Menéndez Pidal, y que se remontan en su origen a las mismas fuentes inmemoriales.

Los mitos y tradiciones populares de la India reaparecen en el ciclo de Artus, introducidos por los celtas, esos hombres de alma romántica y origen misterioso, que unos identifican con los germanos y otros con los escitas (Tre-diakovski), y que, en el fondo, no son sino una rama de los arios, los hombres de rostro pálido (*chelti*), los caras pálidas de los indios americanos; el hombre blanco en una palabra: el ario.

Burton señala también la presencia de historias semejantes a las de *Las mil y una noches* en las *Gesta Romanorum* y oriundas del mismo lugar: la India de los brahmanes. Hay un anecdotario disperso en centones griegos y latinos, que son del mismo origen. No es raro, pues, que en *Las mil y una noches* se encuentren historias, mejor dicho, historietas, que también se leen en Herodoto y Valerio Máximo.

*Las mil y una noches* recogen a puñados argumentos y pormenores de libros sánscritos e iraníes. No hay que insistir en lo que sus autores han tomado del *Hitopadesa* en punto a fábulas y apólogos. Eso ya es un tópico de la exégesis.

Pero a Burton se debe el haber señalado otro libro sánscrito, el *Kathá Sá-*

*rit Ságara* (*Mar de las corrientes de la Historia*), escrito por Somadeva en el siglo XI, y que es un compendio en verso de otra obra en prosa, la *Vrihat Kathá* (*Gran Historia*) de Gunadhya, como obra que, en muchos pasos, presenta curiosas coincidencias de línea argumental con *Las mil y una noches*.

En el *Kathá Sárit Ságara* se lee la misma historia del *efrit* y la joven raptada y los dos hermanos reyes Schahriar y Schah-s-Semán, aunque con un desenlace totalmente distinto. El joven Yaschodhara rechaza allí las sugestiones de la tentadora, la cual, en venganza, despierta al *efrit*, que en seguida se apresta a matar al joven; pero el bolso con los anillos, que en la versión india son cien, depone contra la adúltera, y el monstruo, colérico, le corta la linda naricilla.

El *Kathá Sárit Ságara* es, según la referencia de Burton, un libro parecido en sus dimensiones y estructura a *Las mil y una noches*, aunque todavía más deslavazado e incoherente, pues sus historias no están ni siquiera unidas por el nudo nocturno.

Bajando ya a la Persia, debe señalarse, en relación con *Las mil y una noches*, la obra de Mirjond (o Mirjon-di), escritor del siglo IX de la *hechra*, titulada *Riazu-s-Safá* (*Jardín de la Pureza*), en la que ya figura la cabeza parlante de la *Historia del rey Yunán* (Noche 4).

Igualmente merece mención el libro del persa Najschabi (siglo VI de la *hechra* aproximadamente), titulado *Tutil-Námeh* (*Libro del papagayo*) análogo por su argumento al sánscrito *Suka Saptati* (*Setenta historias de papagayos*), de donde está tomada la picante *Historia del marido y el papagayo* (Noche 5).

En ocasiones, los rapsodas miliunanochescos han introducido en el cuerpo de su obra libros enteros, sin indicación alguna de autor ni procedencia;

así ocurre con el famoso *Sindbad-Námeh* o *Libro de Sindibad*, que aparece incorporado a *Las mil y una noches* con el epígrafe de *Historias que tratan de engaños y marrullerías de las mujeres* (Noches 344 a 365).

Ese libro persa, de autor desconocido, dio la vuelta al mundo traducido a todos los idiomas, unas veces con el título de *Los siete sabios*, otras con el de *Los siete* (los diez o los cuarenta) *visires*. La versión española del siglo XIII lleva el de *Libro de Sendebár*. De él hablan Al-Masúdi en sus *Praderas de oro* (siglo III) y Al-Yakubi (siglo II *hehbra*). El primero dice textualmente: «Reinando Kurusch (Ciro) vivió As-Sindibad, que escribió *Los siete visires*.» El *Sindibad-Námeh* inspiró en el siglo XIII al trovador Habers su *Dolopathos*, y en el siglo XIV a Juan Holland sus *Siete sabios*.

Estas versiones de un mismo libro inspirador establecen también un contacto, una tangencia entre *Las mil y una noches* y las literaturas occidentales.

La *Historia del príncipe Seifu-l-Muluk* y *Bediétu-ch-Chemal* (Noches 422 a 437) está tomada de una novelita persa de igual título, de la que hay traducciones en todas las lenguas orientales, incluso el *sindi*.

Los siete viajes de Simbad, el marino, que Burton llama *Odisea árabe*, descienden, según el mismo investigador, así como también su hermana griega, de un manuscrito copto titulado *El marinero naufrago*, que se conserva (?) en Leningrado y se cree data de los tiempos de la XII dinastía (3500 antes de nuestra era), y en ellos encontramos reunidos múltiples ecos de Homero, Herodoto, Plinio, y de escritores árabes como Al-Idrisi, Al-Kazuini e Ibnu-l-Uardi.

La montaña magnética contra la que se estrella la nave de Simbad aparece también en la novela rimada de Enri-

que de Waldeck (1160 de nuestra era) como Montaña de Saint Brenna, así como en un poema en latín de Odo y en otras obras análogas, según ya hizo notar Lane en su versión de las *Noches* y Webers en sus *Northern Romances*.

El Anciano del Mar o *Schejju-l-Bahr* figura también en la novela de Kama-raupa, traducida al inglés por Franklin. Y todas las anécdotas referentes a los antiguos reyes iraníes proceden del *Humáyun-Námeh*, de Bahramschah.

No insistiremos en estas coincidencias menudas, que ya van indicadas en las notas a los respectivos cuentos. Con lo dicho basta para demostrar la labor de absorción realizada por los autores de *Las mil y una noches* y deshacer la primera impresión de aislamiento que da el libro y mostrarlo en el centro de una corriente de inspiraciones exóticas, de ósmosis y endósmosis.

*Las mil y una noches* toman y dan, inspiran y espiran. Con razón supone Burton que Boccaccio debió de tener noticia de *Las mil y una noches* al trazar el famoso *Decamerón*, en que convierte las noches en días, pero que, en las líneas generales, se ajusta a la estructura, e incluso a la motivación del libro oriental. También en el *Decamerón* ronda la muerte a los contertulios reunidos en aquel palacio para huir de la peste y que se cuentan historias para distraer su miedo. La angustia de esos días es idéntica a la de las noches de Schahrasad.

En las *Piacevoti Notti* de Juan Francisco Straparola (siglo XVI), que se tradujeron en seguida a casi todos los idiomas europeos, la semejanza con *Las mil y una noches* es todavía más marcada.

Pero la acción inspiradora del libro oriental se transparenta también, al través de la conversión de las noches en días, en el *Heptamerón* o *Historia de*

los amantes *afortunados* de la reina de Navarra, Margarita de Angulema, la única hermana de Francisco I, que por cierto murió en 1549, Schahrasad malograda que termina sus días antes de terminar sus historias.

En 1549 Pedro Boaistuan (¿un vasco?) publica su *Historia de los amantes afortunados*, y en 1559 Claudio Guiget, el *Heptamerón*.

Sigueles el *Hexamerón*, de A. de Torquemada (Ruen, 1610), y a este el *Pentamerone* o *El Cunto de li Cunte*, de Juan Bautista Basile (Nápoles 1637), con lo que se acaba ese juego algaritmico de noches y días.

Todo ello hace pensar con fundamento que, ya antes de darlas Galland a conocer, *Las mil y una noches* habían irradiado en Europa, aunque de un modo anónimo, y que su conocimiento entonces fue un reconocimiento, una anagnórisis.

Se vitaminiza esta sospecha si se traen a la memoria las ya citadas filtraciones orientales en el *Orlando furioso* y en *El patrañuelo*, de nuestro Timoneda (exordio del libro e historia del quinto hermano del barbero de Bagdad), y las señaladas en *La fierecilla domada*, de Shakespeare, que, a más de tratar el tema de la mujer voluntariosa y dominante que ya aparece en el apólogo miliunanochesco del *Labrador y el Gallo*, empieza lo mismo que la *Historia del durmiente despierto* (Noches 576 a 583), en que se plantea análoga duda sobre la realidad de nuestra vida consciente—y la diferencia entre vivir y soñar—, magno problema que también se plantea nuestro Caldeón en su conocidísimo drama *La vida es sueño*. Y en la *Historia del hijo del rey y la gran Tortuga* (Noches 783 a 788) se delinean ya trazos de la Cordelia shakespeariana.

En nuestra literatura hay tangencias miliunanochescas en el *Libro de Aleixandre*, en *El caballero Cifar*, en el

*Horóscopo del fijo del rey*, del Arcipreste de Hita; en el *Proceso de cartas de Amores* o *Lucindaro y Melusina* y, no hay que decir, en el *Quijote* en lo que tiene de libro de caballería.

En este sector ibérico *Las mil y una noches* pueden haber entrado en nuestra literatura, desde luego sin nombre, en forma de leyendas y cuentos orientales, por la estafeta de moros y judíos, que nunca perdieron el contacto con sus hermanos de Oriente.

Prueba de ello, entre otras, que Al-Harizi, el toledano, imita en sus *Megamats* a su cuasi homónimo Al-Hariri, el egipcio.

Pero *Las mil y una noches* no solo escogen influjos hindúes y persas, sino también orientales por la rama semítica, pues son innumerables las adherencias que acusan en el análisis con el *Talmud* hebraico, que, a su vez, como obra sincrética, a un mismo tiempo popular y erudita, marca todo un espectro de colores ajenos en la pantalla crítica.

Una atmósfera talmúdica envuelve todo el libro arábigo; las leyendas talmúdicas de Salomón y el gran Alejandro (Iskandar o Iskander) imponen a sus rapsodas la visión de esos personajes imponentes, cuya biografía real tiene ya visos de leyenda.

De la de Salomón proceden todas esas informaciones sobre las huestes de los genios buenos y malos que aparecen en la *Historia sobre la condición de los genios y schaitanes encerrados en redomas* (Noches 335 a 339) y sobre la evangelización de la Etiopía por el gran rey, y sobre sus poderes mágicos, concentrados en su famoso anillo, y sobre su muerte y sepelio más allá de los siete mares (*Historia de Balukiya*, Noches 285 a 295), y de ahí arranca todo ese complicado sistema de magia cabalística, relacionada con el descubrimiento de tesoros ocultos, guardados por genios, que se tornan obedien-



tes ante el conjuro de palabras irresistibles.

La célebre alfombrilla voladora, forma primitiva del monoplano, procede también del mágico bazar salomónico.

Puede decirse que toda la magia de *Las mil y una noches* es de origen judaico-talmúdico, aunque aparezca a veces mezclada con elementos griegos y egipcios, tomados del pseudo-Luciano, de Apuleyo y otros, pues ya se sabe que los propios hebreos tomaron mucho de su magia de los egipcios y lo mezclaron con lo suyo, y, cuando menos, actuaron de condensadores y potenciadores. La alquimia es en gran parte obra suya.

Pero también han tomado los escribas miliunanochescos del *Talmud* infinidad de historias edificantes, catequísticas, milagreras, sacadas de las vidas de sus santos rabíes, de la época de sus academias de Sura y Pumbedith.

De la leyenda talmúdica de Alejandro Magno, que ya transcende en el *Corán*, han tomado los cuentistas miliunanochescos la visión del gran conquistador como un instrumento de Dios, al servicio del providencialismo histórico, y poco menos que un Salvador. Los judíos pagaban así a Alejandro la liberalidad con que los trató al ocupar Jerusalén, y le inventaban una biografía apologetica, casi una hagiografía, como sus nietos remotos en el siglo XIX hicieron con Napoleón, que les reconoció estado civil y libertades políticas y religiosas en todos los países por él dominados.

A los judíos hay que atribuir esa idealización del guerrero macedónico, que inspiró al persa Nizami su famoso poema.

Añádase aún a estos influjos alienígenas que se advierten en *Las mil y una noches* los irradiados por los sufíes, esos gnósticos que en todas partes se introducen y a toda corriente mística se incorporan y, por medio de sus

*dervishes* o monjes mendicantes, actúan sobre las masas, y tendremos una idea de la incalculable cantidad de elementos exóticos que forman colonias, por decirlo así, de bacterias psíquicas en el cuerpo de este informe libro.

*Las mil y una noches* reflejan en su forma incoherente todas las mutaciones espirituales de sus tiempos medios; es una cinta registradora de ideas y sucesos cuyas ondas llegan hasta Occidente y vuelven de él, y están, por consiguiente, en relación con todas las literaturas.

Su posición no puede ser más estratégica para ese intercambio entre Oriente y Occidente, que unas veces es de frutos y especias y otras de pensamientos e historias.

A los árabes les debemos la rosa de Persia y la canela de la India, juntamente con la *Calila y Dimna* y el *Libro de Sendebat*.

Pero entre esos árabes están también los judíos, banqueros natos de monedas e ideas, distribuidores universales, trujimanes que poseen por don especial el de lenguas y son los únicos que pueden entenderse con todo el mundo. Y además viajeros por instinto y hasta por maldición. El Judío errante. A ellos se debe, sin duda, en gran parte la naciente y difusión de *Las mil y una noches*, de esta obra tan racial y, en el fondo, tan cosmopolita.

### JUICIO CONTRADICTORIO DE «LAS MIL Y UNA NOCHES»

Como todas las obras de su clase, es decir, de doble fondo, que expresan verdades profundas en un estilo popular y en apariencia ingenuo, también *Las mil y una noches* han sido juzgadas y apreciadas por modos muy distintos, de suerte que en la estimativa crítica recorre toda la escala.

La primera impresión que producen

es la de un rompecabezas, un revoltijo informe de inverosimilitudes y absurdos, mezclados con algún destello de sabiduría y sublimidad; un saco de mentiras insulsas, en el que por acaso se encuentra alguna partícula de verdad, razonable.

Es la misma impresión que produjeron en su tiempo los libros de caballería y su réplica el *Quijote*.

Ya hemos indicado antes la impresión contradictoria que en su Oriente causara este libro que entusiasmaba a las plebes y escandalizaba a los selectos.

Pues esa impresión produjeron las *Noches* en Europa cuando Galland las dio a conocer. El público las acogió con entusiasmo; los doctos las recibieron con frialdad. En Inglaterra hubo quien las calificó de «sueños de la destemplada fantasía del Oriente».

Guillermo Jones, el traductor de *Sakuntala*, fue de los que más las denigraron. Aquel fárrago incoherente no podía compararse con los libros sáncritos de línea tan limpia y clara.

Carlyle, el gran Carlyle de *Los héroes*, las calificó, sin andarse con ambages, de *downright lies* (mentiras rotundas) y cerró su casa a semejante «literatura malsana».

En cambio, hubo quien habló de ellas con elogio, cual el doctor Pusey, que aún se servía del latín, como en el siglo XVII, y en sus *Notitiae Codicis MI Noctium* escribió estas palabras: «*Noctes Mille et Una dictae, quae in omnium ferme populorum cultiorum linguae conversae, in deliciis omnium habentur, manibusque omnium terentur...*» (Las llamadas *Mil y una noches* que, traducidas a las lenguas de casi todos los pueblos cultos, hacen las delicias de todos y en las manos de todos andan...)

Y Burton refiere la anécdota del grave personaje sir James Stewart, lord abogado para Escocia, que, habiendo

sorprendido un sábado a sus hijas embecidas en la lectura de *Las mil y una noches*, echóles un severo regaño por dedicar la vigilia del domingo a esas frivolidades, y luego, a impulsos de la curiosidad, púsose a leer el libro y fue tal la fascinación que en él obraron aquellas «absurdas» historias, que le sorprendió la aurora del día siguiente con el libro en las manos.

La anécdota recuerda otras que se cuentan a propósito del *Quijote*, sobre el cual también en su tiempo se dividieron los juicios.

Siempre seguirán divididas las opiniones sobre libros, como el de Cervantes y el *Gargantúa y Pantagruel* del gran Rabelais, que mezclan mentiras y verdades, sublimidades y chocarrerías hasta estercoráceas, y esconden las perlas en los muladares, obligando a quien las busca a emporcarse las manos.

Los más de los lectores no tienen paciencia para eso y su primer impulso es cerrar el libro. Pero si siguen leyendo, se exponen a quedar fascinados por él como el grave lord británico.

Como el *Quijote* y el *Gargantúa*, son *Las mil y una noches* un libro que hace reír y hace pensar y, si se apura mucho la cosa, hace llorar. Recuerdan aquel libro mágico que Harunu-r-Raschid leía riendo y llorando en la *Historia de Ataf el generoso* (Noches 681 a 695).

Todo depende del grado de cultura y sensibilidad del lector. *Las mil y una noches* aburren a las mismas personas que no pueden tragar la *Iliada* de Homero, el *Ramayana*, la *Eneida* y la *Divina Comedia*, etcétera, etcétera; unas porque no tienen paciencia, otras porque no las entienden.

En el primer caso entra por mucho la longitud excesiva de tales obras. Tal es, por un lado, el caso de este libro oriental. Es oportuno citar aquí el refrán que entre los musulmanes corre de

que quien lee *Las mil y una noches* muere, dando con ello a entender que lo matan el tedio y el cansancio.

Nada de eso nos puede chocar ni debemos tomarlo completamente en serio, pues cosas análogas se han dicho, y por escritores, a propósito de obras de indiscutible valor, como las ya citadas; leer las cuales se considera más que nada deber de cultura.

Dígame lo que se quiera, esas obras llamadas inmortales viven, a fuer de inmortales, en alturas inaccesibles, en Parnasos o Himalayas, lejos de los mortales, que se contentan con extractos o epitomes, con reducciones, a pequeña escala, de su ingente grandeza.

Así ocurre también con *Las mil y una noches*, que gana sobre todo el favor del público en versiones seleccionadas, abreviadas y depuradas como la primitiva de Galland, y en ediciones integrales es posible que aburran al lector.

Es menester entrarse a fondo en esas obras de doble fondo para interesarse por ellas y descubrir los tesoros que guardan y encubren esas lindas tapadas. Todas ellas tienen más o menos un sentido esotérico, ya original, ya efecto de los siglos, que todo lo llenan de herrumbre y pátina.

Hay que revelar lo velado, como dice el teósofo. *Las mil y una noches*, cuando se las examina bien, dejan de ser un atajo de pornografías y locuras para convertirse en un libro serio y hasta inquietante; puede verse su símbolo en esa *Historia del alhamel y las mocitas* (Noches 9 a 19), que empieza tan alegre y al final a todos los pone serios.

Precisamente esa frivolidad y aparente descoco del libro sirve de contrapeso y alivio a las cosas tan graves y trascendentales que en ellas se dicen. Esa alegre mascarada de *Las mil y una noches* es una danza macabra bailada por neuróticos esqueletos. Cada

noche muere simbólicamente Schahrasad y con ella todos sus personajes. La muerte ronda y los tártaros de Kalahujan están siempre a la puerta del festín abbasi, como Ciro, en la *Biblia*, a la de Baltasar.

Lo que despista en el libro es su estructura medieval, su aire talmúdico de línea confusa, que mezcla y confunde lo alegre y lo serio, lo sublime y lo vulgar, y abusa de las especias fuertes y los colores crudos, por un gusto peculiar a lo pintoresco y lo picante.

Esa es la razón de la disparidad de juicio que inspira. Pero esa también es la razón de su perenne éxito.

### EL PERENNE INTERES DE «LAS MIL Y UNA NOCHES»

*Las mil y una noches* tiene un doble interés para los públicos. Son de una parte un libro para niños y mujeres, por lo que tienen de fabuloso y romántico, y de otra, un libro para adultos, capaces de pensar y desentrañar sentidos.

Esas historias fantásticas, esos cuentos de niños, inspiran desdén a las personas graves, que son las faltas de imaginación y fantasía; pero deleitan a los niños, y también esas personas han sido niños y en esa edad han leído estos cuentos infantiles.

Ahora bien: esas lecturas determinan reflejos que luego reviven en el hombre adulto y mueven sus resortes psíquicos, determinando querencias y nostalgias. Y el hombre adulto que acaso rechaza el libro si se lo presentaran por primera vez, vuelve a tomarlo en sus manos y a leerlo, descubriendo en él bellezas y honduras que antes no sospechara.

Este, después de todo, es el proceso por el cual se eternizan esas obras que llamamos eternas. Son los niños los que mantienen el nexo entre las generaciones de lectores.

Claro que ellos no conocen esos libros en ediciones integrales, sino en adaptaciones acomodadas a su grado de desarrollo intelectual; pero preparan al hombre futuro para leerlas en ediciones integrales.

No hay que hacerse ilusiones; esas obras monumentales, inmortales, como la *Iliada*, el *Ramayana*, el *Quijote*, el *Fausto*, no lo son según la letra, sino según su espíritu, difundido por la leyenda, por el aura popular y destilado en ánforas menos imponentes.

En su forma escrita esas obras inmortales lo son al modo de las momias a las que es preciso inyectar de cuando en cuando jugos vitales para que no se descompongan del todo. Y eso es lo que hacen esos adaptadores y refundidores que preceden, según los poetas medievales que en forma de *fabliaux* introdujeron en sus países, dándoles aire popular, infantil, a los grandes poemas sabios de la antigüedad clásica y vistiendo a sus héroes con trajes de la época.

No hay que censurar a los autores de esos *Quijotes* para niños, pues ellos hacen luego posible los *Quijotes* integrales, con notas y comentarios, para hombres.

Es de niños cuando conocemos y tomamos el gusto a esos argumentos, que de otra suerte nos parecerían luego enteramente absurdos e indignos de atención grave.

En la edad en que aún no tenemos desarrollado el espíritu crítico aceptamos de buena fe, y con fruición, todas esas bellas mentiras, que entonces no nos lo parecen, y las incorporamos a nuestra sangre, por así decirlo, como vitaminas, que ya seguirán actuando en nosotros y desarrollándose a medida de nuestro crecimiento.

Hay un sincronismo efectivo entre nuestro desarrollo mental y el valor que esas obras van adquiriendo en nuestra estimativa. Puede decirse que

van creciendo y evolucionando con nosotros, por la base afectiva que asentaron en nuestra infancia.

Son las impresiones del niño las que determinan las simpatías de toda clase—entre ellas las literarias—del hombre futuro y hacen que todo lo que en esa edad aprendió con referencia y en síntesis—como la locura de Don Quijote y la semicordura de Sancho Panza; la belleza sin par de Helena, que dio lugar a una guerra terrible entre griegos y troyanos, o los viajes de Simbad, el marino, o de Gulliver, o la vida solitaria de Robinsón en su isla—despierte luego el interés sentimental del joven y la curiosidad intelectual del hombre maduro.

En la infancia nos impresionan naturalmente *Las mil y una noches* por lo que tienen de maravillosas; en la juventud, por lo que tienen de románticas, y sus apasionadas heroínas, que mueren de amor, absorben nuestros sueños eróticos y se convierten en nuestras amadas ideales, que quisiéramos encontrar en la vida, y, finalmente, en la edad madura, en esos cincuenta años en que el ansia de saber suplía al anhelo de amar, y en que el hombre tiene ya una experiencia, volvemos a leer el libro y le encontramos un sentido nuevo, profundo, moral y filosófico, porque nosotros lo tenemos.

Es el mismo proceso que se da también en la especie entera, que pasa de la edad poética a la crítica—doblemente tal—y de los mitos a la mitología.

Viene luego la edad senil, que es otra edad de enamoramientos, y el lector de *Las mil y una noches* vuelve a sentir las bellezas poéticas del libro y a enamorarse de él, como se enamoran los viejos, es decir, con un amor intelectual.

Tal es el caso de esos exegetas cervantinos, entre los cuales no hay un solo joven. Y tal es el caso de Roso de Luna, que pasaba ya de los cincuenta

cuando escribió *El velo de Isis*. Hay un erotismo senil en ese afán de levantar velos intelectuales.

Ahora bien: todo ese proceso que decimos mantiene el interés de libros como *Las mil y una noches* y el *Quijote*, que pasan de las manos del niño a las del viejo y de las de este torna a los niños otra vez, como el anillo de los juegos simbólicos.

*Las mil y una noches*, por razón de su doble fondo, mantienen su continuidad de interés; encantan al niño y proporcionan un entendimiento erudito a la vejez desencantada. Y así mueren y renacen sin cesar, como un fénix literario.

En el fondo nada muere, se transforma tan solo, y lo que parece muerto en esos libros sigue viviendo, en otra forma, a nuestro alrededor.

En literatura todo se reduce a transposiciones y transferencias, ya que la poesía responde a unos anhelos innatos, inmemoriales y eternos del hombre; a unas necesidades no menos imperiosas que las de carácter positivista y práctico, y en virtud de las cuales hay en torno nuestro una constante palingenesis de mitos y argumentos y siguen subsistiendo todas las variedades y géneros literarios de la antigüedad, sin que pueda darse por extinguido a ninguno de ellos, pues lo que parece muerte es solo metempsicosis, y el fenómeno se reduce realmente a una simple transferencia de esencias y a un cambio de forma, pues, en el fondo, existe el poema épico en la novela moderna en todas sus variedades, hasta con la cantidad de elemento maravilloso que le proporcionan los descubrimientos de la ciencia, y así ese progreso científico, que parecía llamado a matar la poesía, no ha hecho sino revitalizarla y engendrar entre otros un nuevo género: el de la novela científica; nada de lo antiguo se ha perdido. Aquiles y Héctor reviven en los moder-

nos púgiles que cada noche luchan en los *rings*; el genio aventurero de Simbad, el marino, tiene su trasunto en los Stanley, los Nordenskiöld, que son también héroes de novela y sombras radiantes de película cinemática; el espíritu caballeresco de Don Quijote encarna nuevamente en los Buffalo Bill y otros héroes del épico ciclo del *Far West*; los buscadores de tesoros milunochescos tienen su avatar legítimo en los buscadores de diamantes de El Cabo y los buscadores de oro y petróleo en California; Anatole France vuelve a tratar los temas medievales de hadas y brujas, como en el ciclo de Merlín, y otros autores como Chesterton se esfuerzan en evidenciar el sentido misterioso, mágico, que tiene la vida cotidiana en cuanto nos detenemos a pensar.

Ahora bien: todas esas manifestaciones de la evolución literaria incesante actualizan el interés de *Las mil y una noches* que, respecto a ellas, aparecen proféticas, dotadas de anticipaciones, de una carga de futuribles que les permiten sincronizarse con los gustos y preocupaciones del hombre moderno.

Tiene las dos caras, que a Donoso Cortés le maravillaban en la *Biblia*: una al pasado y otra al futuro; son un archivo de historias y profecías.

En ellas puede el estudioso encontrar vestigios de épocas antiquísimas, de instituciones ya abolidas, como el totem, el tabú, el matriarcado, el rapto nupcial, el sacrificio del primogénito, etcétera, etcétera; tradiciones de las civilizaciones primitivas—troglodita y lacustre—simbolizadas en las mujeres—sierpes y las mujeres-cisnes, y, en fin, de una multitud de costumbres sociales de las que solo se encuentra ya constancia escrita en las obras de imaginación, como la poliandria, que el *Mahabharata* nos confirma con la bella Draupadi, esposa de los cinco hijos de Pandu. En este sentido tienen también

*Las mil y una noches* un valor de Biblia.

Pero como en la *Biblia* misma hay en ellas historias de un encanto poético, único, insuperable y perenne; tal que las de *Anisú-l-Uchud* (Noches 249 a 258) y del príncipe *Yasmin* y la princesa *Allosa* (Noches 818 a 821), que son de lo más bello y puro, y delicado que haya podido crear el idealismo del hombre y todas las razas, y cuya lectura deleitará en todos los tiempos y a todas las razas del mundo.

Y no digamos nada de la carga de emoción patética de historia como la de *Asís* y *Asisa* (Noches 104 a 120), de una fuerza tal que nunca dejará de actuar sobre la sensibilidad de los hombres, en tanto estos lo sean.

El valor poético de *Las mil y una noches* está por encima de las fluctuaciones de la moda, y hoy, como cuando se escribieron, tienen actualidad estas palabras del gran De Sacy:

«*Las mil y una noches*, desconocidas entre nosotros hasta el siglo XVIII, ningún objeto moral o filosófico presentan, y con todo, aunque atenuadas al arte de novelar, han ido abarcando en pocos años toda la Europa con su nombradía. Su éxito cada vez más grande no ha padecido el menor menoscabo, con los caprichos de la moda o la variación de nuestras costumbres. El drama de Schiller ha podido desbancar a la rancia tragedia de Sófocles; una serie de indigestos recuerdos frívolos, por no decir más, o recopilados y redactados bajo el ímpetu de las pasiones, ha podido imponer silencio a la musa imparcial y entonada de la historia; la ciencia de los Bodinos y los Montesquieu, el arte de los Sully y los Colbert, libre patrimonio de todos, y en adelante sin misterios, han logrado desterrar de nuestros escritos y salones la jovialidad y el bullicio; mas no por eso han dejado de tener *Las mil y una noches* numerosos y apasionados

editores que acuden al Oriente de continuo en busca de lo que faltaba en esta larga serie de cuentos, y aunque su nombre mágico ha favorecido la introducción de infinitos géneros lícitos nada han perdido, sin embargo, *Las mil y una noches* de su popularidad y prianza.»

### VALORES LITERARIOS DE «LAS MIL Y UNA NOCHES»

*Las mil y una noches*, puesto que sean otra cosa, son ante todo una obra literaria, y en ese aspecto hemos de estudiarlas, para hacer resaltar sus valores de esta clase y analizar sus temas, situaciones y personajes, e inducir de ellos connotaciones psicológicas y sociales que nos den una visión del pueblo árabe, de su psiquis colectiva, y, al mismo tiempo, de su grado de evolución social y política, de su vida íntima y su vida exterior, de lo que hay en ella de fijo y de mudable, toda esa filosofía que lleva implícita la creación literaria y que añade un interés histórico a su interés puramente estético.

Toda obra literaria de alguna importancia puede leerse y gozarse en un texto limpio de notas, terso como un cristal; pero ese cristal es un espejo en el que puede verse la imagen del pueblo que lo escribió, y si los más de los lectores, distraídos con el argumento, no se detienen a precisar los rasgos de esa imagen, bueno es llamarles la atención sobre ella en notas que sean como amigables palmaditas en el hombro. Y mejor todavía hacer por el lector ese trabajo reflexivo y ofrecérselo, por si lo quiere aprovechar, en su cuerpo de estudios, desglosado del libro y que puede saltar, si no le interesa.

En las páginas siguientes trataremos primero de hacer resaltar los valores literarios del libro, subrayando sus fi-

guras más emotivas y cargadas de humanidad, y luego intentaremos la empresa de actualizar toda su arqueología, o sea su parte histórica y mítica, aclarando los enigmas aclarables que plantea.

Empezaremos, pues, por los personajes considerados como individuos, y seguiremos por los mismos personajes como representaciones de grupos psicológicos, sociales y étnicos. Hay en *Las mil y una noches* personajes que son personalidades tan poderosas y bien plasmadas como las de Homero y Shakespeare y que, por tanto, brindan rico material a la introspección moderna. Reyes lascivos y sanguinarios como Enrique VIII; mujeres tan tiernas y dulces como Antígona; amigos tan leales como Aquiles y Patroclo; toda una galería de figuras que nadie se ha tomado el trabajo de estudiar y que merecen ser estudiadas tanto como las de Shakespeare, Goethe y Balzac, tanto más cuanto que casi todas ellas solo aparecen en el libro con una psicología esquemática, cuyo dibujo se impone completar.

Los *raui* miliunanochescos, de acuerdo con su raza y su época, dotan a sus personajes de una psicología genérica, que no entra en detalles. Sus personajes son más bien tipos de individuos y sus caracteres se han formado no de una vez, sino por acumulaciones de rasgos en etapas sucesivas.

Es, por cierto, muy interesante ese proceso genético de los personajes de *Las mil y una noches*, que a veces forman serie—la serie de las Dalilas, por ejemplo—en que el tipo se va modificando, completando o desintegrando, como si sus representaciones fuesen los varios bocetos o borradores de un mismo autor, en trance de lograr el ideal propuesto.

Ese cambio en las características de un mismo tipo, a lo largo de la obra, nos pone en presencia del proceso em-

brionario al vivo de las figuras literarias.

Una cosa notable, y que debe cargarse en la cuenta a favor de estos psicólogos medievales, es la importancia que la herencia y el tiempo tienen como factores formativos o modificadores del carácter de los individuos. Gracias a ello tenemos en la *Historia del rey Omaru-n-Nôman y de sus hijos* (Noches 60 a 102), una anticipación de ese estudio psicofisiológico de una familia que hizo Zola en su *Rougon Macquart*, pues lo mismo que en esa serie de novelas vemos, en la historia citada, la degeneración de una familia, de abuelo a nieto, con ejemplos de atavismo o salto atrás en el último, y, por la misma razón de tiempo, vemos a un mismo personaje—como el Kamaru-s-Semán de la historia así titulada—cambiar de psicología y de conducta a medida que se va haciendo viejo.

Es ese un asomo de psicología progresiva que representa un acierto probablemente intuitivo de estos rapsodas.

En eso se apartan de la psicología teórica, apriorística, que rigió entre nosotros hasta bien entrado el siglo XVII. Por todo ello resulta interesante pasar revista literaria a esos personajes más representativos y completar sus esquemáticas figuras, y eso es lo que vamos a hacer, empezando por los dos reyes hermanos Schahriar y Schahsemán y las dos hermanas Schahrasad y Dunyasad, que ilustran la cabecera del libro y por los cuales debemos empezar.

## LOS DOS HERMANOS SCHAHRIAR Y SCHAHSEMAN

La psicología del rey Schahriar, el primogénito de los dos hermanos, reyes de los reyes de Sasán, solo se describe en el libro a raíz del trauma sufrido con el descubrimiento de la infidelidad

de su esposa, es decir, deformada, cosa lógica, pues es entonces cuando empieza a ser interesante.

Hasta allí, el joven rey fue un rey bueno, justo, equitativo y un bravo y cumplido caballero, lo mismo que su hermano Schahsemán. Ambos se habían dividido el reino de su padre y vivían en paz en sus respectivas cortes, sin por eso olvidarse el uno del otro, pues se amaban y eran tan buenos hermanos como buenos príncipes, lo que no es frecuente en ese mundo oriental.

Así las cosas, surge la tragedia que ha de cambiar el carácter a los dos jóvenes, cándidos, inexpertos, criados en el falso ambiente de las cortes, y la tremenda impresión que en ellos hace el descubrimiento de la verdadera realidad de la vida está indicando hasta qué punto eran inocentes e infantiles sus almas.

No es extraño que conciban esa misantropía, esa desgana de vivir y ese odio a las mujeres (mejor dicho, a la Mujer), que los lanza a criminales extremos.

Es que todo su mundo moral se les ha derrumbado, que han perdido la fe en todo y se sienten engañados, burlados por sus educadores, que no les descubrieron, desde niños, la verdadera faz de la vida y del mundo.

En ese naufragio de sus buenos sentimientos originales solo se salva el amor que ambos se tienen, y la desgracia los une y los hermana más.

Eso demuestra su buen fondo ingénito, que también resulta abonado por su primera reacción ante el descubrimiento de su afrenta y es propia de un filósofo; lo primero que hacen ambos hermanos, antes de proceder a su venganza, es abandonar su palacio y echarse juntos por esos caminos del mundo que nunca vieron a fin de comprobar si su desgracia es única y constituye una excepción que por fatalidad

les tocó a ellos, o si, por el contrario, es cosa que está en el plan de la vida y puede ocurrirle a cualquier hombre. En el primer caso se matarán; en el segundo, seguirán viviendo, pues su deshonor no tendrá que avergonzarlos tanto.

Es el deshonor lo que más les duele, a fuer de reyes, y como caballeros que son.

En el curso de sus andanzas sin rumbo encuentran a aquella joven raptada por el *efrit* que, aprovechando el sueño de este, hace bajar a los dos hermanos del árbol a cuya cima se habían subido y los obliga a folgar con ella, en presencia del monstruo dormido, y luego les cuenta su historia y les pide sus anillos para unirlos a los quinientos setenta que marcan el número de sus infidelidades.

Por ese episodio ven los dos reyes que su desdicha no es única, que la inmoralidad es la regla casi general de la vida, y entonces sienten un amargo consuelo y, en vez de matarse o retirarse a un yermo, o aceptar buenamente la vida como es y perdonar, deciden volver a sus reinos y vengar su honor dando muerte a sus mujeres adúlteras y sus cómplices, y, para evitar nuevas afrentas, no amar a ninguna mujer más de una noche y sacrificarla al despuntar la aurora.

Síguese de ahí naturalmente todo lo demás: la despoblación de sus reinos, el desbarajuste de los asuntos públicos, la desorganización política, todos los males que se derivan de un mal gobierno.

Esos dos reyes, antes modelo de perfectos príncipes, se han convertido en dos despotas sanguinarios, en dos monstruos que inspiran horror a todo el mundo.

Del rey Schahsemán solo sabemos luego, al final del libro, donde se cuenta su historia, a modo de epílogo. El libro sigue por el registro del rey



Schahriar, que es quien con Schahrasad, la hija de su visir, inicia el segundo argumento: la regeneración del príncipe por medio del amor, que esa es, en realidad, la eterna historia, aunque aquí el amor se sirva del ingenuo ardor de contar historias.

Ahora bien: el que el rey Schahriar se deje vencer por ese recurso tan simple nos muestra también el fondo simple, infantil—y bárbaro—de su alma. ¡A un Enrique VIII podían haberle ido con cuentos!

Ese rey terrible es, en el fondo, un niño, que se deja arrullar y entretener por canciones de nana, y es también un rey galante, que nunca ha dejado ¡a un todo de amar a las mujeres y de ello es un indicio su misma reacción homicida contra ellas, pues si las mata en la mañana de sus noches nupciales es quizá por no dar tiempo a enamorarse de ellas.

En eso se distingue del Barba Azul de la leyenda y de la historia—el ya aludido Enrique VIII—, pues Schahriar no manda matar a sus esposas de una noche porque se canse de ellas, sino por temor a no cansarse, y es de pensar también que en esa serie de mujeres asesinadas va buscando siempre un ideal.

Este se le presenta en la persona de Schahrasad, esa joven encantadora que, por sus encantos físicos y espirituales, es una mujer de selección y merece la supervivencia.

Lícito es pensar que, desde el primer momento, el rey Schahriar se enamora de esa hija de su visir, por más que parezca otra cosa. Pues si así no fuere, luego de poseerla no le habría concedido su venia para contarle la primera historia.

Pero aquí ya el rey Schahriar deja de interesarnos, pues en lo sucesivo solo será un personaje pasivo, el atento oyente de su bella y sabia esposa Schahrasad.

## SCHAHRASAD Y SU HERMANA

Schahrasad, la hija del visir, es ya un carácter más complejo; en su osado gesto de acometer la peligrosa empresa de amansar a ese león histérico del rey entran muchos elementos que, al análisis, dan reacciones de hormonas viriles en su psiquis de hembra.

Hay mucho de viril, de heroico, en ese gesto de meterse en la boca del león que se ha tragado a tantas; por él, a primera vista, Schahrasad semeja otra Judith, y así hay quien insinúa—como Burton—que, acaso al presentarse como presunta víctima ante el monarca violador y matador de mujeres, su intención era dar muerte alevosa a ese Holofernes persa, aprovechando la intimidad del amor, y ganarse así el título de redentora, como la valerosa hebrea, al volver al alcázar llevando la cabeza del monstruo, cogida de los cabellos, en su mano erguida.

Es una hipótesis muy aceptable y que explicaría la decisión con que la joven se ofrece a la prueba, pese a las advertencias de su padre, el viejo y experimentado visir. Un arma, un puñal fácilmente escondible entre los largos pliegues de su velo oriental podía asegurarle, desde luego, su inmunidad. Cabe figurársela esperando el momento propicio y decisivo para agredir sin peligro al distraído sultán, embozado con el interés de sus historias.

Pero como ese momento no llegó, hemos de orientar la inducción por otro lado y pensar que, a ese rasgo de virilidad en su carácter, únese en Schahrasad otra típicamente femenil, y que el arma de que la joven dispone y a que fía su salvación es, principalmente, su propio hechizo de mujer; su juventud, su belleza, su labia de chica novelera y marisabidilla y hasta—¿por qué no decirlo?—sus propias técnicas amoratorias, pues seguramente ella, que

tantos libros ha leído y tantos cuentos ha escuchado, conoce de fijo lo que, siguiendo el modelo de la *Summa* erótica del indio Vastyayana, enseñan a las vírgenes la técnica de la conyugalidad perfecta.

Por ese lado de su carácter recuerda Schahrasad a Esther, la esposa de Asuero, que, por el pacífico poder de su belleza y su arte de agradar, logra sobre el monarca persa la misma victoria que Judith sobre Holofernes por el viril modo agresivo.

Es de inducir también que influye en ella otro sentimiento muy femenino: el de la vanidad, que supone la pretensión de triunfar ella donde tantas otras habían fracasado, la ambición de llevarse la palma y el título de reina de la Belleza o miss Persia en ese certamen internacional, y también cabe pensar, por último, que, al presentarse en aquella corte peligrosa como un cubil de fieras, iba atraída irresistiblemente, fascinada por el tropismo de la propia leyenda de macho terrible del rey Schahriar, impulsada a él por la ley biológica de la selección, que tiende a unir a los supersexuales en todas las especies.

Podemos representarnos el complejo psicológico de Schahrasad en ese instante, análogo al de esas bellas, ambiciosas, ingenuas y un poco locas mujeres que, en su tiempo, aspiraron a fijar la libido schahriarésca de Enrique VIII y se disputaron el triste privilegio de sentarse con él en un trono que era el anticipo del cadalso. Schahrasad tiene algo de las Juana Seymour y las Ana Bolena.

El complejo carácter de Schahrasad desorienta a los psicólogos, y así el francés Verne, por ejemplo, mirando a la heroína por su lado viril, la conceptúa una superhembra en sentido nietzscheano, cuando solo es una supersexual, que no es lo mismo; Schahrasad es muy mujer; en su modo de

actuar se vale de medios femeninos, opera sobre la base de la sensualidad del monarca, usa de coquetería y, por si fuera poco, se lleva consigo a su hermana menor, Dunyasad, con la que ha tramado su plan de seducción y que la ayuda a realizarlo. Es por este lado una Dalila, la ladina, una archimujer, y su fecundidad confirma luego su riqueza ovular.

No es, por tanto, tampoco una protofeminista, una virago, negadora, al menos teóricamente, de la misión primordial de su sexo.

Schahrasad no es tampoco una intelectual, una doctora llena de pedantería, a pesar de lo mucho que sabe, pues lo que sabe, en fin de cuentas, no es ciencia, ni griego, ni latín, sino simplemente saber popular, cuentos, historias y leyendas, folklore, demopedia, y lo que principalmente la distingue es su gran memoria. Eso la capacita para recitadora, y por ahí brilla sobre todo, aunque acaso su hermanita sepa tanto como ella y se la lleve a palacio como apuntadora.

Es lo más discreto considerar a Schahrasad sencillamente como una señorita novelera, con la cabeza a pájaros, según la frase corriente, como hay tantas, solo que sus pájaros son más maravillosos que los de las demás, pues son pájaros orientales, ruiseñores y papagayos, de los que ha aprendido la música y la alegre algarabía. Schahrasad habla como un papagayo y ha estudiado en lo que Rabindranath Tagore llama la «escuela del papagayo».

Schahrasad es la loca de la casa, la fantasía oriental, y va a meterse en esa jaula dorada del rey Schahriar para alegrarlo y distraerlo y curarlo de su idea fija, con la variedad inagotable de sus modulaciones, que recorren toda la escala.

El rey Schahriar es un hombre que ha perdido el don y el gusto de la fantasía, que tiene su campo invadido

por la monoidea absorbente, que solo ve por todas partes lo feo y malo de la vida y ya no sueña en nada bello, porque ha perdido la esperanza y la ilusión del amor, que es la fuente de todas las demás ilusiones. Es muy posible que haya perdido el gusto por oír historias y poemas, ya que todos tratan siempre de amor y el amor para él es un *tabú* que le impone su neurosis.

El rey Schahriar vive en su palacio como en un desierto, incomunicado con la poesía de la Naturaleza, que es la única que puede curarlo de su mal psíquico, y Schahrasad va a llevarle lo que necesita y abrirle de nuevo ese mundo ideal, más rico y bello que todos y cuyas llaves ha perdido.

Schahrasad es—insistimos en ello—muy mujer y por eso tiene ya en su soma células maternas y está capacitada para tratar desde luego con ternura y maña de madrecita a ese niño enfermo y malo; ¿no lo indica ya su ocurrencia de curarlo contándole cuentos?

Y Schahrasad triunfa allí donde han fracasado no solo las otras mujeres, sino también—es de pensar—los sabios visires, los psiquiatras de entonces, disfrazados de filósofos. Es que ella, como mujer, es a un mismo tiempo niña y madre y puede entender mejor al hombre enfermo.

Schahrasad recuerda también por su feminidad a la Sulamita de *El cantar de los cantares*, que lleva a la corte del hastiado rey Salomón la alegría de la Naturaleza, la amorosa ingenuidad de los pastores, que también se cuentan cuentos y se recitan poemas; así como por su docilidad y sumisión femeninas trae a la memoria a la Sakuntala de Kalidasa, esa hija de los campos, que es la poesía, para el rey hindú, que, al perderla, pierde también el gusto por la vida y solo lo recobra cuando la recobra a ella, en virtud de prodigiosa anagnórisis.

A la Sulamita nos recuerda en ese detalle de llevar consigo a palacio a su hermanita menor, Dunyasad, comparable a esa otra de que dice *El cantar*: «Tenemos una hermanita, que aún no tiene pechos...»

¿Es que Schahrasad pretende encandilar a ese rey glotón con la fruta verde de su hermanita e inducirle a esperar y conservarle a ella la vida hasta su sazón? ¿Es que la lleva como intercesora? ¿Quién puede calar en las últimas intenciones de esa marisabidilla oriental? En todo caso, se trata de una travesura, de un ardid, que alivia el carácter de Schahrasad de la gravedad y el empaque con que algunos intérpretes la han desdibujado, creyendo sublimarla.

Es desorientar y deshumanizar a Schahrasad adornarla, como hace el ya citado Verne, con virtudes propias de una santa princesa de medieval eucologio, pintada con rosados colores sobre un fondo azul de tarde nórdica. No; Schahrasad no es esa virgen impoluta y cándida que Verne nos pinta en su adaptación teatral, que condensa el argumento; Rimski-Korsakov, en la visión musical que lleva su nombre, la ha captado mejor, acaso porque el alma rusa es también oriental, en todo su encanto bárbaro y fuerte y sensual, en forma de bailarina frenética, dionisiaca, que, al girar sobre su cuerpo, desprende una onda de aromas afrodisíacos, excitantes, acres y casi zoológicos.

Así hay que imaginar a Schahrasad, como algo primitivo, natural y bárbaro, pues solo así podía subyugar a ese sultán también primitivo y bárbaro; una Maintenon no habría hecho sino aburrirle.

Solo esa Schahrasad novelera, impulsiva y femenilmente coqueta, capaz de soltarse los cabellos y los broches, de abrir del todo sus brazos y marear y aturdir a su regio oyente y cansarlo

con su sabia técnica agotadora, podía atreverse a afrontar esa prueba peligrosa con esperanzas de éxito.

Lo de los cuentos es cuento. ¿Qué habría logrado solo con ellos una madame de Stäel, una Corina oriental?

Schahrasad es una joven de su tiempo y su raza, sin esos refinamientos de nuestro Occidente y nuestra época; una Corina no se habría prestado a pasar por una prueba literaria en que, para ser admitida, tuviera que dejarse talar el billete, ¿y qué señorita europea habría tenido humor para ponerse a contar cuentos, sangrando todavía de su suplicio?

Porque el conservarla virgen hasta el final, como hace Verne, es un recurso literario forzado y caprichoso.

Hay que poner en la ficha de Schahrasad un tanto de sensualidad y de amoralidad. De otra suerte no se expresaría a veces como una cualquiera y hasta como un cualquiera.

Pero dejemos ya en paz a Schahrasad saboreando un sorbete al pie del lecho nupcial y disponiéndose a empezar su primera historia, en cuanto la aleccionada Dunyasad se lo indique, y fijémonos en la linda hermanita menor que—¡oh ese Oriente!—lo ha presenciado todo con sus grandes ojos curiosos, pero no asustados.

### *DUNYASAD, LA HERMANA MENOR*

¿Por qué había de asustarse de esas cosas Dunyasad? Lo mismo que su hermana, ya debe estar enterada de todo por las niñeras y ¡quién sabe las cosas que habrá visto en los harenes!

Dunyasad es todavía una niña; pero una niña es ya una mujercita en ese Oriente precoz.

Hay que suponer que ya tiene pechos y está más adelantada que la hermana de Sulamita; pero aún sigue

siendo demasiado niña para excitar el apetito del rey. Dunyasad es todavía una promesa y un plazo, con el que acaso cuenta su hermana para prorrogar su vida.

Nada nos dice el libro de Dunyasad cuando nos la presenta; es al final, al cabo de las mil noches, cuando, al describir sus desposorios con el rey Schahsemán, nos describe también su belleza, que al principio no llamaría la atención; luna naciente que luego ya ha alcanzado su plenitud y rivaliza con la de su hermana.

En todo ese tiempo que media entre el prólogo y el epílogo, Dunsayad es un personaje casi totalmente pasivo y que solo acusa su presencia cuando le toca decir esas palabras que su hermana le ha asignado en su corto papel.

Pero no por eso hay que rebajarle importancia a su figura; ella es la animadora, la jaleadora de su hermana; su pequeña *claque*, si vale la expresión. Con sus aplausos, y sus ruegos de que continúe, sugestión sin duda un poco al rey Schahriar y lo induce también a aplaudir. Dunyasad, acurrucada, en el tapiz, a los pies de su hermana, está atenta a todo, no quita sus ojos del rostro del monarca, pronta a intervenir con su gracia de niña, en cuanto vea en él el menor indicio de enojo o tedio.

Parece que no hace nada y es mucho lo que hace Dunyasad; es como una rosa callada, puesta en un búcaro; embalsama la estancia y la impregna de frescura.

Dunyasad es la auxiliar, la confidente de su hermana, después de esas sesiones peligrosas; fácil es imaginarse cómo la besa y abraza y se encoge junto a su pecho y se hace un ovillo en su falda cuando las dos se quedan solas, mientras el rey Schahriar celebra, con sus visires, consejo en el diván.

Esas son las horas más felices de las dos hermanas, que entonces pueden ha-

blar y comentar los incidentes de la noche anterior y entregarse a la alegría de haber ganado un día más.

A la tarde, cuando el rey vuelve del diván, empieza de nuevo la angustia. Dunyasad contribuye al tocado de Schahrasad, le arregla un rizo de su cabellera, un pliegue de su velo; la anima, la conforta:

—¡Ye y qué guapa estás! ¡El sultán no podrá menos de rendirse a tu hermosura! ¡Ya ves! ¡Los días van pasando y tu cuello se adorna con collares de noches radiantes, como perlas inofensivas!

Dunyasad cuenta las noches y los días con no menos inquietud y avidez que su hermana, pues sus vidas están ligadas por el amor y son una sola vida.

Con qué emoción, llegada la hora, se arrodilla en el tapiz, a los pies de su hermana, pensando en las palabras que le toca decir para iniciar la sesión, porque es ella quien recoge el cabo suelto de la narración suspendida la noche antes con palabras que son como la letra de esas antifonas que, en los ritos hebreos, corren a cargo de voces pueriles.

Pero no hay que pensar tampoco que Dunyasad esté muy transida de espanto ante ese sultán terrible; es una niña y tiene ese valor sereno de la infancia; ella también es una niña terrible. Seguro que ese turbante imponente del déspota, sus barbas de Holofernes, rizadas en negros caracoles, sus ojos torvos de maniaco bajo el negro entrecejo corrido, su corvo alfanje, no la asustan gran cosa; antes la mueven a risa, a una risa traviesa, fresca, pueril, comunicativa. Por intuición sabe que no es tan fiero el león como lo pintan. Y al final ese rey sanguinario quedará vencido como los *alifrites* de los cuentos que cuenta su hermana. Aunque a veces también, a fuer de niña, experi-

mentará cierto placer en imaginarse que tiene mucho miedo.

Pero no fantaseemos tampoco demasiado a costa de ese alma infantil y de ese silencio en que quiso envolverla el rapsoda, porque ese silencio es un encanto más. Dunyasad, quieta y callada, junto a su hermana Schahrasad, la habladora, subraya precisamente el poder sugestivo del silencio, de los márgenes en los libros, de los largos espacios blancos en los poemas.

Si Schahrasad personifica y magnifica la elocuencia, el arte de decir, Dunyasad potencia el valor expresivo del silencio, que habla por los ojos y el gesto y es a veces más eficaz que todas las palabras.

Cuando Schahriar se cansa de oír a Schahrasad, como nos cansamos de leer el mejor libro, vuelve los ojos a Dunyasad, a la página en blanco, y sueña...

Es lo que aquí hemos hecho nosotros...

## PERSONAJES DEL EPOS

### UNOS ROUGON-MACQUART ORIENTALES

*La Historia del rey Omaru-n-Nômán y de sus hijos* (Noches 60 a 102) es interesante, entre otras cosas, porque nos traza la genealogía espiritual, el cuadro psicofísico de una familia a lo largo de tres generaciones, y representa un intento, acaso inconsciente, de realizar un estudio por el estilo del que Zola hizo de los Rougon-Macquart, apoyándose en la base científica de la ley de la herencia.

En el curso de esas tres generaciones vemos cómo los caracteres se van modificando del padre a los hijos, para después reaparecer como por un salto atrás en el nieto.

El abuelo, el rey Omaru-n-Nómán, es la perfecta representación del déspota oriental dotado de una libido, como decimos hoy, total, que irradia sus tentáculos en todas direcciones. El ansia de posesión y de dominio en todos los sectores de la vida es la característica de este prenietzscheano, y a él lo subordina todo. Es el principio del poder autocrático hecho persona. El es la ley, el Estado, todo. En el terreno familiar, es rey antes que padre y trata a sus hijos como a sus vasallos.

El rey Omaru-n-Nómán es una personalidad de una vitalidad potentísima, todavía en ese momento de declive en que el narrador nos lo presenta; los años no han menguado su caudal biológico ni su repuesto de hormonas, y a esa edad lo vemos todavía forzar doncellas y fecundarlas. Su codicia corre pareja con su lujuria y ambas son la expresión, en términos distintos, de una misma libido.

Omar, cuyo reino se extiende del Egipto a la China y que tiene en su palacio tantas esposas, barraganas y concubinas como los días del año y en sus arcas tantos tesoros como Salomón, no está todavía satisfecho, y sigue ambicionando nuevas tierras, nuevos tesoros y nuevas vírgenes.

Precisamente por unas perlas de raro valor que excitan su codicia lánzase a esa guerra, que el rapsoda nos describe, con el rey de Bizancio, guerra terrible, larga y azarosa cual la de Troya y las de las Cruzadas, comparable a una herida maligna que se cierra y vuelve a abrirse y a sangrar, en la que la astucia juega tanto papel como la fuerza y que causa la muerte a ese rey pujante y rijoso que de otra suerte habría logrado una longevidad extrema.

El sultán Omar vese envuelto también, por efecto de su lujuria incontenible, que nada respeta, en disensiones familiares, que le amargan su vejez y le enajenan el amor de su primogénito

y heredero en el trono, Scharkán, y de sus otros hijos.

Omar tiene la triste vejez de los leones, pero hasta lo último es un león.

Su persona inspira a todos los que le rodean un respeto faraónico. Ni su hijo Scharkán, que ha heredado muchas de sus cualidades y se le asemeja en la prepotencia viril, se atreve a sublevarse.

El rey Omar sería invencible si no tuviera en su templo de acero, en su armadura vital, ese resquicio de la lujuria, que le ofusca su inteligencia y le hace desoír los consejos de su visir Dandán, que es su cerebro, para seguir las sugerencias de una vieja ladina—la madre de su enemigo, el cristiano—que con falaces promesas de gitana lo induce a beber una copa mortal.

Pero hasta lo último el autócrata se conduce como tal, sin que haya nada que lo contenga ni intimide, y actúa como un verdadero amor al, para el que no significan nada ni los afectos familiares. Omar abusa de la prometida de su hijo Scharkán, faltando a los deberes de la hospitalidad regia y a los de la paternidad; ese rey está más allá del bien y del mal y, como es tan poderoso, solo por la astucia se le ha podido vencer.

Bien; pues esa misma potencialidad biológica se acusa en su hijo Scharkán, que ha merecido, joven aún, el apodo honoroso de «rayo de la guerra», de «plaga de la humanidad», pero del padre al hijo ya los grados se rebajan en el plasma sanguíneo; Scharkán es un maniaco de la guerra y en ella concentra toda su pasión; no es avaricioso como el padre ni un sembrador espermático de tan profusa libido.

Scharkán es un caballero y, a fuer de tal, galante y acatador de las leyes del honor caballeresco, a falta de otras leyes morales. Pero, además de eso, Scharkán es un buen hijo, un buen hermano y un hombre delicado. Ante

los agravios del padre, reacciona en forma inhibitoria. No piensa por un momento en vengarse. Si al principio se retira de la corte, como Aquiles se retrajo a su tienda, vejado por Agamemón, acude luego a la paterna llamada, para hacerle la guerra en su nombre al rey cristiano. Y eso demuestra que es más bueno que su padre; pero al mismo tiempo más débil. En él se dan las virtudes románticas de los héroes de las Cruzadas, de los Ricardos y los Saladinos.

Omaru-n-Nômán, en cambio, con su carácter enterizo, corresponde al *epos* clásico.

En lo que padre e hijo se dan la mano es en la falta de inteligencia. Tiene Scharkán, como su padre, depositado su cerebro en el visir Dandán, que piensa por él; pero la pasión romántica hace que sea la pasión, y no la simple lujuria, lo que a Scharkán domina y atonta.

Scharkán siente por la princesa cristiana Abris a un verdadero amor, romántico y caballeresco, como el de Tancredo por Armida; sabe respetarla y paladear los encantos del noviazgo, en espera de la boda, sin que parezca sentir esas urgencias lascivas de su genitor. Este es el que corta brutalmente la línea de esos amores delicados.

Scharkán incurre, por ignorancia, en el incesto con su hermana de padre, Noshetu-s-Semán; pero en cuanto se entera de ello da prisa a deshacer el nudo y a casar a la joven con su chambelán, reparando así el yerro.

Scharkán es simpático, al revés que su padre. Y eso se debe a que es más humano, más hombre, aunque en cierto sentido lo parezca menos.

A Scharkán le pierden su propio candor y nobleza; no tiene en su sangre de león ni un solo elemento de zorro, y sucumbe, como su padre, a manos de la misma vieja zorruna; pero hay una diferencia: su alevosa matado-

ra ha tenido que valerse del puñal traicionero, sin emplear el reclamo de la lujuria, como con su padre. Scharkán no se habría rendido a él.

En Scharkán, como vemos, aparece unos grados rebajada la libido paterna.

Aún más rebajada se nos muestra en el segundón, Zu-l-Mekán, individuo de escasa libido, de flojo temperamento e influido además de la dulzura femenil de su hermana Noshetu-s-Semán, con la cual se ha criado en una penetración absoluta, favorecida por el hecho de sentirse ambos malqueridos por el primogénito y desatendidos por el padre.

Zu-l-Mekán es valiente como su hermano mayor y así lo acredita en la guerra; pero le faltan tenacidad, ambición, y es, en suma, un Orestes que necesita de la guía tutelar de su hermana. Pero Noshetu-s-Semán no es una Electra; su cualidad dominante es la ternura, la entereza para sufrir pasivamente, su resignada sumisión al destino. Es una mujer que ha nacido para amar y sufrir.

El signo desfavorable que preside el nacimiento de esos dos hermanos gravita sobre sus sendos hijos, Kuziyafe-Kan o *Fuerza del sino*, la hija de la unión incestuosa de Noshetu-s-Semán y su hermano Scharkán, y Kan-ma-Kan, el hijo de Zu-l-Mekán, que, para más tragedias, se aman y han de luchar con grandes obstáculos. Kan-ma-Kan, desesperado, se lanza a los caminos como un salteador, bajo el pomposo nombre de caballero andante. Revive en él la libido enérgica del abuelo y la estirpe degenerada se regenera, en cierto modo, porque, con relación al gran rey Omaru-n-Nômán, sus descendientes no pasarán de reyezuelos.

La historia del rey Omaru-n-Nômán y de sus hijos tiene, aparte su valor de poema épico, el de una dramatización de procesos biogenéticos en la misma familia.

El rey Omaru-n-Nômân aparece como el culpable de esos indudables complejos psicopáticos que paralizan o quebrantan la energía del primogénito y crean desde la infancia una psiquis enfermiza, floja y vacilante a los dos segundones.

El propio reino del déspota lúbrico y codicioso y torpe se perdería si no acudiese a salvarlo la prudencia de ese visir Dandán, ese Mentor semita, que frustra todos los ardides, artimañas y tretas de la ladina vieja Zatu-d-Dauahi, y le impone finalmente el castigo que merecen sus crímenes.

## LA SERIE DE LAS DALILAS

### DALILA ZATU-D-DAUABI

Dalila Zatu-d-Dauahi inicia la rica serie de las Dalilas del libro con caracteres épicos.

Esa vieja petera, lúbrica y ambiciosa, encarna la misma libido desbocada del rey Omaru-n-Nômân y, en la lucha con él, lo vence, porque es más inteligente, o por lo menos más lista, y tiene más dominio sobre sus impulsos, lo que le permite emplear la simulación como un arma suplementaria.

La ladina princesa, madre del rey de Rum o Bizancio, alma de esa lucha terrible entre la Cruz y la Media Luna, eco más bien que de las Cruzadas de las luchas de los primeros jalfas con los emperadores bizantinos, triunfaría en su empresa si no fuere porque el prudente y sabio visir Dandán, un intelectual no empañado por la pasión, una suerte de razón pura, siempre la descubre y la desenmascara; es un formidable carácter el de esa mujer, que inicia el tipo genérico de las Dalilas de *Las mil y una noches*. Está a la altura de las grandes figuras literarias de todos

los tiempos, y desde luego el gran Homero no llegó a crear nada comparable y es preciso aguardar a nuestro Rojas y a Shakespeare para encontrarle parangón en Celestina y en Macbeth.

Dalila Zatu-d-Dauahi tiene mucho de la Celestina en lo enredadora, venal e inquieta, y mucho también de Macbeth en lo de inductora satánica; pero les gana, por eso mismo, en complejidad y riquezas de malas cualidades. Es una virago forzuda que esgrime la lanza como un hombre y posee al mismo tiempo toda la astucia y toda la inventiva simuladora propia de su sexo. Cuando la fuerza le falla, recurre al histrionismo y es proteica, sinuosa, escurridiza y pronta para idear planes, de suerte que es un enemigo doblemente peligroso. Como personaje literario merece una corona, aunque como persona merezca esa corona que al final le encasquetan.

Dalila Zatu-d-Dauahi reúne todos los vicios y malas cualidades de ambos sexos, incluso la fealdad física, y es amiga de hombres y mujeres, poliándrica y anándrica, una posesa del demonio lúbrico al par que del de la ambición política, un monstruo, en suma, que representa una amenaza para todo el género humano y al que hay que aniquilar como a la hidra de Lerma, matar y rematar para estar bien seguros de que no ha de seguir haciendo daño, después de muerta, como los vampiros.

Ya indicamos en otro lugar que en esta creación femenina hay, sin duda, mucho de ideal, de condensación de rasgos dispersos, y que, además, el odio religioso y racial ha contribuido a recargar las negras tintas del modelo, si alguna vez lo hubo, cosa que es posible, ya que en ciertos aspectos pudo haberle servido de tal a su creador esa famosa emperatriz bizantina Teodora, que con sus lubricidades y rapiñas, mancilló la seriedad de su es-



poso Justiniano, y cuya biografía, que puede leerse en el libro nono de la *Historia secreta*, de Procopio, abunda en escandalosos pormenores de toda índole, incluso de exhibicionismo nudista ante el público de los teatros.

Eso sin contar con que la fama de corrupción de la mujer bizantina en general es cosa atestiguada por los historiadores y llegó a ser proverbial en su tiempo, y como tal la menciona Eliano Prenestino en su *Varia historia*, que es, en buena parte, un eco de la voz pública.

No hay, pues, que tildar de excesivamente exagerado al narrador árabe que, al lado de esa personificación peyorativa de la mujer bizantina, nos muestra otras, como la princesa Abrisa, en la que resplandecen todas las virtudes femeniles, incluso la de la castidad, unidas al valor del más esforzado caballero de poema épico, y que, entre otros méritos, tiene el de haber resistido a los intentos de seducción de la vieja lesbiana, conservándose inmaculada para el amor normal, con un candor de virgen que sorprende en una amazona como ella; bien es verdad que las amazonas de la leyenda griega, si se mutilaban un pecho, no se arrancaban el corazón y en él tenían su punto vulnerable, y no, como Aquiles, en el talón.

Es posible que el cuentista árabe, a impulsos de ese sincretismo que tantas veces hacemos notar, haya transferido a su Dalila Zatu-d-Dauahi perfiles psicológicos y fisiológicos de la famosa Teodora, añadiéndole el de la grotesquería que se deriva de la ancianidad en que nos la presenta; pero aun tomándolo así, hay que reconocer que el tipo de la vieja proxeneta, tribada y celestina, está trazado con líneas justísimas que responden al cuadro clínico, por así decirlo, de esa clase de seres anormales capaces de todos los crímenes, como lo son de todos los vicios, según

la tesis lombrosiana, que considera la prostitución como la forma de delincuencia típica en la mujer (el hombre delincuente y la mujer prostituta) y la raíz psicofisiológica de donde arranca en ella todo el árbol de la criminalidad; aun desde el punto de vista puramente fisiológico es veraz y de viabilidad moderna ese retrato de la vieja tribada insaciable, aquejada de prurito vulvar y de flatulentos gases, con la piel coriácea, peluda, y los esfínteres relajados por la incontinencia.

Es la vieja en la que, traspuesta la edad crítica, se agravan los antiguos complejos, pierde parcialmente su feminidad, tira a convertirse en una virago y asume una psicología de eunucoide, en que, como síntoma de dispersión mental, descuellan la inquietud, la movilidad y la ambición.

El narrador la cualifica, muy certamente, «la de los desastres», pues una vieja así, inquieta y enredadora, es fatal incluso para sus familiares y amigos y, pese a toda su capacidad inventiva para la simulación y el fraude, acaba arruinando el imperio de su hijo y de su aliado, el rey de Kostantiniya, y, en vez del triunfo sobre los musulmes, perseguido con tanto tesón y dispendio de astucia, solo logra la derrota y el morir clavada en una cruz, a la puerta de la ciudad, como zorra cogida en el cepo y expuesta al general escarnio.

Tiene así el final que merece como mala persona, pero como creación literaria es digna del apoteosis.

### *DALILA, LA LADINA, MADRE DE SEINEB, LA TRAPISONDISTA*

He aquí otra Dalila ilustre, digna de seguir muy de cerca a la anterior Dalila, aunque no sea princesa ni se mueva en el plano épico, sino en el picaresco,

que rebaja la tensión arterial de esos personajes; dentro de esa esfera de vida rebajada, de la picaresca, Dalila, la madre de Seineb, es también una reina y campa por sus respetos, como la otra en el suyo, y la emula y hasta aventaja en ese respecto de la simulación y el fraude; tiene no menos inventiva que ella y, desde luego, más talento, pues logra salir con bien de todas sus fechorías, hacerse simpática y conseguir lo que pretende, coronando sus arriesgadas empresas con el éxito.

La habilidad de esta picaresca Dalila está dicha con afirmar que, si no lucha con guerreros del temple de Scharkán, lucha con pícaros redomados, como son los que componen la Policía maleante de Bagdad, en la que hay bribones de la categoría de ese Ahmed, que se ha ganado el apodo de *La Peste*, y a todos los envuelve y embroma y al final los vence, aunque se ha de tener en cuenta, para justipreciar su éxito, en primer lugar, que ella tiene también en su sangre glóbulos policiacos, pues es la viuda del antiguo jefe de la Policía de Bagdad y, además, esos polizones badgadíes lo son de vodevil y responden al tópico convenido de que el policía ha de ser torpe por naturaleza profesional. Sherlock Holmes se hace aguardar siglos.

Dalila, la madre de Seineb, es una picara; pero tiene mucho en su descargo, pues está justamente resentida, se cree con derecho a suceder en algún modo a su marido y no es una picara fundamental, sino una señora venida a menos que, por obra de las circunstancias, se ha metido a picara, pero en el fondo sigue siendo una señora, una mujer honrada, que no hace, en suma, sino tratadas inocentes ni daños que no sean reparables.

No tiene ella la culpa si, al morir su marido, se encontró desamparada, con una hija casadera y un chico mocosito, en la edad de jugar al chito, y tuvo

que ingeniárselas para salir adelante y crearse otra posición. Dalila venía a ser una cursi de novela galdosiana.

Pero Dalila, aunque ya machucha y bigotuda, es de suponer no se avenía a ser una cursi y seguir aparentando una posición que ya no tenía, con merma de su opulencia carnal y de los procesos ovulares de su hija, que estaba en pleno desarrollo, y en vez de recluirse en su casa a llorar, sentada en el estrado, a su marido, que se había llevado la llave de su moruna alhacena, y consumirse de ayuno y de tedio, pues ni siquiera le quedaba el recurso que a las viudas burocráticas de Taboada de pasear a su niña por el Recoletos de Bagdad, la Ruzafa, en busca de novio, ya que las costumbres musulmanas no permiten tal cosa, optó por meterse a picara y echarse a vivir del cuento y de la trampa, primero ella sola y después secundada por su hija, que, si al principio se asustaba de la audacia de su madre, luego salió tan diestra en saber picaresco que le daba lecciones a su maestra.

Y aquí es preciso delimitar bien los respectivos distritos en que madre e hija desarrollaban sus picardías; Dalila, madre, a fuer de vieja sin atractivos, operaba en el terreno prosaico de proveer a la manutención, en tanto su hija, joven y guapa, picaba más alto y, aunque no desdenase lo práctico y buscaba también la manutención, buscaba además el ayuntamiento, la poesía, es decir, el amor, pero no un amor de picaresca, sino un amor honesto, burgués, para casarse como Alá manda, un buen partido que encontró al fin en la persona de Alí, *El Azogue*, el de Mizr, ahijado y edecán de Ahmedu-d-Dánaf o Ahmed, *La Peste*, sucesor de su padre en el puesto de jefe de la Policía de Bagdad.

La ambición suprema de ambas mujeres era, según se ve, la de reintegrarse al cuerpo policiaco, del que se conside-

raban eliminadas sin motivo, y volver al cual era para ellas tanto como una rehabilitación, y en este respecto, las picardías de esta Dalila burocrática asumen un matiz de reivindicación feminista a la moderna, pues con todas sus trapisondas y fulleras tiraba Dalila a demostrar lo injusto de excluir a la mujer de los escalafones por el solo hecho de serlo y probar al propio jalifa que ella, con ser mujer, era más policía que Ahmedu-d-Danaf y toda su pandilla de pícaros y bribones retirados, pues sabía más de picardías que todos ellos juntos.

Y con efecto, desde que Dalila se lanza a la acción directa y abandona la pasividad impuesta a la mujer por la rutina de su tiempo, hace tales y tan sonadas hazañas de picaresca y truhanería que levanta un clamor público de protesta, que llega hasta el propio emir de los creyentes, el cual desahoga su enojo con su jefe de Policía y lo pone en trance de dimisión y de pérdida de la cabeza si no logra dar con la vieja tunanta y hacer en ella un escarmiento para que los vecinos de Bagdad puedan dormir tranquilos.

Pero atrapar a esa vieja astuta, que cambia a cada paso de disfraz y de sexo y se escurre como una anguila, es punto menos que imposible, y Ahmed, *La Peste* (o *La Tiña*), y su adjunto Schumah, el de mal agüero, fracasarían en su empresa si no fuere porque viene en su ayuda el joven Ali, *El Azogue*, el de El Cairo, que está deseoso de hacer méritos y destacarse, como hoy decimos, y que, además, pone en la cosa un interés personal, pues para él vencer a la vieja no es solo cuestión de amor propio, sino también y sencillamente de amor, ya que está locamente enamorado de la bella Seineb, la hija de Dalila.

Ali busca a la vieja para dar con Seineb, a la que en realidad persigue y quiere prender, como a él lo tiene pren-

dido ella, y encerrarla en la cárcel de amor, y esto da lugar a que Seineb tome también parte activa en el juego y secunde a su madre y aun la supere, justificando su nombre de Seineb, la trapisondista; entre madre e hija acaban de volver loca a la Policía de Bagdad, hasta que, al cabo, el amor, que es otro pícaro, allana las cosas y hace que todo pare en bien y que madre e hija se entreguen al joven Ali y comparezcan ante el jalifa que, al oír la ingenua confesión de sus culpas, toma la cosa a risa y, maravillado del ingenio de ambas mujeres, las perdona, nombra a Ali jefe de su Policía y casa con él a la bella Seineb, en la que tendrá una buena asesora para sus delicadas funciones.

Así termina esta inocente historia, que el emir de los creyentes hace bien en tomar a risa, pues las sonadas fechorías de la vieja lo son por la calidad encumbrada de las víctimas, entre las que figura el propio guali, pero no por la cuantía de los daños, todos ellos reparables, y en el fondo no son otra cosa que el medio que la vieja emplea para hacerse cartel y llamar sobre su persona la atención del soberano; la famosa bribona no es una mujer mala, ni una pícara del arroyo, sino toda una señora que se hace la pícara, aunque eso de haber sido mujer de un policía de aquellos la haga un tanto sospechosa de lo contrario.

Pero, en fin, sus trastadas tienen algo de juego deportivo, que va más allá de lo meramente utilitario y raya en lo artístico, y ella es, más bien que una tunanta, una guasona, que goza ideando y realizando sus timos, a reserva de repararlos en su día cuando logre su objeto; atendido el cual, no solo resulta justificada esta antecesora de nuestra «pícara Justina», sino enaltecida a título de campeona de ese feminismo que en nuestros tiempos ha hecho justicia a la mujer y abiértole las

puertas de la burocracia, la academia y el parlamento.

La moraleja que se desprende de la historia de Dalila, la madre de Seineb, es que una mujer sola puede, a fuerza de ingenio, vencer a toda una tropa de hombres duchos en toda suerte de picardías y que constituyen la flor de la bribia y la gallofa bagdadienses.

Eso solo bastaría a conciliarle las simpatías del jalifa, pues es cosa comprobada, o por lo menos convenida, que todo rey absoluto goza paradójicamente al ver puesto en ridículo a su cuerpo de Policía, quizá porque así se desquita de la coacción que, a título de protegerle, ejerce sobre él.

Sea como fuere, no nos interesa aquí aclarar ese enigma psicológico, sino hacer constar finalmente la verdad con que el escriba árabe trazó esa figura de Dalila, una de las más consistentes de la picaresca arábigo-española, dotándola de un poder de simpatía en su tipo de picara honrada y de tales vitaminas literarias que la conservan fresca y vigorosa hasta el día.

### *DALILA, LA DEL CUENTO DE ASIS*

Aquí tenemos aún otra Dalila que concentra toda su libido en el terreno erótico y en su compleja psicología reúne rasgos de las anteriores, entre ellos, la simulación. Esta Dalila es un tipo de mujer muy real en su ambiente y en su época, un producto mental del aburrimiento de los harenes y que responde al tipo de la señorita provinciana de nuestra novela; es una «diabólica» de las de Barbey d'Aureville, y como tal tiene mucho de ingenua. Su figura nos introduce en ese mundo aburrido del harén oriental, en que la mujer joven y soltera no tiene otra distracción que tramar enredos de amor con sus esclavas y atisbar por las

celosias el raro paso de algún transeúnte, capaz de impresionar su fantasía y personalizar sus ensueños eróticos.

Dalila vive en Bagdad, en un case-rón siempre cerrado, en el fondo de un callejón sin salida, a cuya entrada hay un marmolillo, como tantos otros de Toledo o Sevilla; su única distracción consiste en atisbar por el mirador de la casa si pasa por allí algún joven y por fortuna se sienta en aquel poyo a descansar y enjugarse el sudor. Entonces Dalila deja caer uno de sus pañuelos, en cuyos picos hay bordadas unas gacelas y unos versos de amor. Todo esto tiene un aire encantador y lejano, de cuento, que aún se realza más al saber que aquellos pañuelos no los ha bordado Dalila, sino una princesa de tierras exóticas, la princesa Dunya, que, a impulsos del mismo tedio que Dalila, se entretiene en bordarlos y luego los manda por ahí como carteles de su belleza y como memoriales, que dicen los modernos psicólogos del amor.

Dalila ha interceptado varios de esos pañuelos y de uno de ellos se vale para cazar a Asis, el prometido de Asisa, y envolverlo en sus pliegues, velándole todo su horizonte mental y efectivo, aquella tarde en que el joven, sofocado por el calor y el traje nuevo, se sienta a descansar en el poyo del callejón, mientras en casa le aguardan para celebrar la boda con su prima.

Aquel pañuelo sirve de reclamo para que Asis alce los ojos hacia el mirador, y ante la belleza misteriosa de la desconocida se olvide de todo y se inflame de un amor que ha de ser su desgracia y la de su prima y la desolación de sus padres.

No vamos a referir al pormenor el argumento de esa historia patética que, por sí sola, vale todo el libro; insistiremos solo en los detalles que delinean el carácter de esta Dalila, a un tiempo perversa e ingenua, y que, en el centro de un argumento brutalmente realista,

nos traslada a un ambiente de ensueño, de un singular encanto.

Dalila es un tipo de mujer eminentemente «miliunanochesco». En primer lugar, se vale para sus conquistas de esos pañolicos con gacelas y versos bordados en seda y oro por una princesa lejana de exótico prestigio; luego emplea en sus coloquios con Asis un lenguaje simbólico de jeroglífico, que pone a prueba el ingenio del joven y que este no entendería nunca si no le ayudara su propia prima, que, a fuer de verdadera amante, conoce a fondo ese idioma cifrado del amor, y, finalmente, cuando da a Asis la primera cita, a medianoche, se hace esperar, para ver si aquel es un verdadero enamorado y sabe resistir al sueño y a la tentación de una mesa servida con viandas y vinos exquisitos e incitantes.

Todo esto nos traslada a un ambiente de sugestivo encanto, totalmente alejado de la vida real, por lo menos de nuestra vida de ahora, a unos tiempos remotos en que el amor era la única preocupación de las criaturas y estas solo vivían para él. Tanto Dalila como Asis y su prima Asisa son seres archirrománticos, absorbidos exclusivamente por el placer y el tormento de amar, y en esa atmósfera de pasión se desarrolla toda esa historia, salteada de lágrimas, besos y versos, en que todos padecen: Asis, por la coquetería de Dalila; Asisa, por el desvío de su primo, y la propia Dalila por la flojedad amorosa de ese hombre torpe e indeciso, como un niño mimado, que necesita que lo lleven de la mano y no es el amador de raza que ella necesita para su temperamento de erótica.

Asis, entre Dalila y su prima, está en situación análoga a la del principito Alioscha en *Humillados y ofendidos*, de Dostoyevski, entre Natascha, la hija del administrador, y la princesa Katia. Difícil resulta descifrar el anagrama psicológico de esa Dalila, que si de

una parte sugiere la impresión de una vampiresa moderna, de una mujer fatal «siglo XX», aparece de otra como una buena chica y una mujer de corazón, capaz de sentir piedades y ternuras, y que reacciona como tal cuando se entera por el propio Asis del daño que involuntariamente ha causado a su prima, interponiéndose entre ambos, y colma de reproches al joven y lo tilda de ingrato y le declara, en un arranque espontáneo que parece sincero, pues brota de entre lágrimas, que, de haber sabido aquello desde el principio, jamás habría llevado adelante su aventura.

Esa presunta perversa de Dalila muestra una sensibilidad exquisita, en ese gesto suyo de llorar a la muerte de amor como a una hermana, uniendo sus lágrimas a las del contrito Asis, y visitar en compañía de este la tumba de la infortunada joven y grabar a golpe de cincel sobre su mármol ese epitafio rimado que ella esculpe llorando y no puede leerse sin llorar; en todo eso hay una delicadeza que conmueve y obliga a creer en su sinceridad.

Incluso puede decirse que de ahí arranca la aversión que luego manifiesta a Asis y que termina con el rasgo brutal de su castración, que ella le inflige por su propia mano, como castigo que merece, por su inconsecuencia amorosa, por su flojedad y tibieza y, en una palabra, por su falta de virilidad. Dalila, al castrar a Asis, venga a su rival Asisa, al par que se venga ella misma y venga a todas las mujeres de raza de amadoras de verdad, capaces de matar o morir por amor.

Esta Dalila, pues, inhibe el juicio, y no acabamos de saber si merece realmente ese nombre, y si hemos de considerar a la señorita del mirador, en espera de un novio, como a una araña en su tela, al acecho de víctimas; una araña parece y de la peor especie, de las llamadas *mantis religiosa* por los

entomólogos, que devora al macho en la noche nupcial, si atendemos a su gesto de castrar a Asis; pero deja de parecerlo si pensamos que ese gesto sádico tiene mucho de punitivo y vindicativo y es la reacción excesiva, pero en cierto modo natural, de una amante agraviada en ese Oriente de las grandes pasiones.

Porque no hay que olvidar que los remordimientos por la muerte de su prima han alejado temporalmente de Dalila a Asis, que, además, anda ahora soñando con la princesa Dunya, la verdadera dueña de esos pañuelos bordados, cuya existencia le ha revelado su prima en carta póstuma, y por esa princesa lejana, inaccesible, se olvida de Dalila ese hijo de mercader, como antes por ella se olvidó de su prima; Dalila lo descubre y, en un arrebato de mujer celosa, incapacita a Asis para pensar ya nunca en conquistas de amor.

Y a golpe de navaja borra del número de los hombres a ese niño mimado y veleidoso que no merece serlo.

En ese gesto suyo es en el que esta Dalila podría asemejarse a la Dalila bíblica, que, a golpe de tijera, corta el campeonato atlético de Sansón; pero Asis no tiene nada de Sansón y la navaja de Dalila no corta en él ningún vuelo heroico.

Dalila, a menos de asignarle una biografía de conquistadora sistemática, solo aparece culpable de simulación, de hacerse pasar por esa lejana princesa Dunya y emplear como reclamo y anzuelo esos pañoleros que ella no ha bordado; pero aun en eso hay que tener en cuenta que tales imputaciones vienen de su rival Asis, que no sabemos por dónde lo sabrá.

Precisamente uno de los aspectos más interesantes de esta historia es el de revelarnos una comunicación misteriosa entre las mujeres orientales, una estafeta particular entre ellas, un mun-

do entero de cuentos y chismes femeninos, impenetrable para el hombre y cuyo secreto solo ellas poseen.

Un mundo entero de mujeres, diseminadas por todo el imperio islámico, de Egipto a la China, palpitantes de amor, viviendo solo para él y manteniendo entre ellas una comunicación misteriosa, en un lenguaje de símbolos, jeroglíficos y anagramas que solo ellas conocen.

Esa comunicación es tan eficaz que Asis está enterada de la existencia de las costumbres de la princesa Dunya, y también tiene noticias de Dalila, la del callejón, y las tres mujeres, sin llegar a ponerse en contacto, colaboran en el sino de Asis.

Dalila actúa como interceptadora de correos, interponiéndose entre los dos primos, y luego entre Asis y la princesa; cuando Asis conoce la existencia de esta última y sueña con emprender el viaje hasta su reino, la navaja de Dalila le cierra los caminos y ya no será él quien se despose con la princesa, sino el príncipe Tachu-l-Muluk, al que, para colmo de tormento, ha de servir de guía.

Esa es la obra de Dalila, la del callejón sin salida, otro símbolo de la tragedia amorosa de Asis.

## LA PRINCESA DUNYA

Puesto que aparece complicada en la historia de Dalila y Asis, se impone hablar de la princesa Dunya, la autora de esos memoriales eróticos que son los pañuelos bordados de gacelas y versos que Dalila emplea para sus fines.

La princesa Dunya—hija del rey de las islas del Alcanfor y del Cristal—resulta también de una psicología am-

bigua; es una vanidosa, una engreida, una coqueta; pero al mismo tiempo es también una gran amorosa, solo que está resentida con los hombres, con todos los hombres en general, por efecto de cierto sueño, que influyó en su imaginación hasta el punto de hacerle jurar que no se casaría nunca.

Ese sueño de la princesa Dunya pertenece a la categoría de los que Freud interpreta con su clave psicoanalítica como símbolo de alarmas subconscientes.

Soñó la bella princesa que, estando en sus jardines, solazándose, veía un cazador de pájaros que había tendido sus redes sobre el verde y que el macho de una pareja de pichones, que por allí revoloteaban, arrullándose, dejábase seducir por el cebo y picaba en él, quedando preso en las mallas arteras.

Y sucedió entonces que la hembra, al advertirlo, acudió desolada en socorro del macho y con su pico cortó la trama de la red y liberó de su cárcel al amado cautivo.

Remontaron después ambos el vuelo y reanudaron sus retozos y arrullos; pero ocurrió entonces que la hembra, distraída, vino a caer en las redes del cazador, y el macho, al advertirlo, en vez de correr en su socorro y tratar de salvarla, devolviéndole favor por favor, lo que hizo el muy pícaro fue alejarse de allí más que aprisa, por no comprometer su libertad.

Tanto impresionó ese sueño a la princesa Dunya que, al despertar de él, juróse a sí misma no amar en su vida a ningún hombre, recluirse en su palacio y sus jardines con su azafata y sus doncellas, y prohibirle el acceso a ese recinto encantado a todo individuo del sexo opuesto, bajo pena de muerte.

No sabemos si esos memoriales borrados los enviaba la princesa antes o después de adoptar esa resolución, pues en el primer caso serían carteles de atracción a su belleza y, en el se-

gundo, responderían a un deseo sádico de encandecer inútilmente y hacer padecer a los hombres.

Por lo demás, es muy corriente y característico en *Las mil y una noches* que las princesas se hagan valer, a impulsos de un narcisismo que responde a su educación casi conventual, lejos de los hombres, entre velos y rejas, guardadas como tesoros y adoradas como ídolos, a cuyo paso, cuando salen de sus amurallados alcázares precedidas de enunucos alfanje en ristre, señoras en empinados elefantes y envueltas en múltiples velos, han de cerrarse todas las ventanas y quedarse desiertos las calles y los zocos.

Es natural que esas princesas engreídas pongan un precio oneroso a su mano de esposas e impongan al pretendiente toda clase de duras pruebas, en las cuales arriesgan su vida, y hagan de esfinges tebanas con los imprudentes Edipos que las solicitan, en lo cual, después de todo, no hacen sino seguir inconscientemente la ley darwiniana de la selección natural.

Pues bien: tal es el estado psicopático de la princesa Dunya cuando el príncipe Tachu-l-Muluk, hijo del rey de la Ciudad Verde y de los montes de Ispahán, tiene noticias de ella por Asis, el de la Dalila de Bagdad, y, romántico de suyo, enamórase en seguida de ella y forma el propósito resuelto de llegar hasta la inaccesible y conquistar su amor.

Las peripecias por que pasa el príncipe hasta llegar al palacio de la neurótica princesa e introducirse en sus jardines y fascinarla con su viril belleza forman el argumento de esa historia de aventuras, tipo de novela de caballería, y es dudoso que el intrépido príncipe lograra su objeto si no fuera porque va acompañado del visir de su padre, anciano sagaz y que parece iniciado en los misterios del psicoanálisis.

Al enterarse del complejo que sufre

la bella princesa, y de su causa onírica, el astuto visir idea al punto un ingenioso medio de curarla y que es digno de contarse: manda labrar un templete en el jardín de la princesa y encarga a un pintor que en uno de sus testeros reproduzca el episodio onírico, pero modificándolo, de suerte que en él se represente al palomo macho, no como huyendo cobarde y egoísta, sino volando en busca de aliados que, con sus aunados picos, le ayuden a desbaratar la red y liberar a su esposa cautiva.

Así logra el prudente viejo curar a la princesa, que al contemplar, en el curso de sus paseos por el jardín, aquella versión gráfica corregida y aumentada de su sueño, depona su misogamia y queda predispuesta a acoger favorablemente al príncipe Tachu-l-Muluk cuando se presente a sus ojos.

Deshecho el maleficio onírico, la princesa Dunya se abandona sin reservas a su bello príncipe y la boda de ambos superiores ejemplares de la especie no se hace esperar, para bien de su mutuo amor y de la Eugenesia.

Así se resuelve ese enigma de la princesa Dunya, de la presunta mujer fatal, que la burguesa Dalila, no menos narcisista, pretendía suplantar.

El caso de estas mujeres es, en cierto modo, un reflejo de la organización social islámica, en el respecto del amor, propia de engendrar tales psico-sis eróticas.

Y el matiz de sadismo que hay en su actitud es la reacción natural contra el despotismo de unos hombres que participan todos, más o menos, de la bárbara psicología del rey Schahriar. Son las vengadoras de esas otras mujeres buenas, apasionadas y, por ello, infelices, que forman, a lo largo del libro, un patético desfile de mártires. Empecemos por la princesa Abrisá.

## LAS ANTIDALILAS

### LA PRINCESA ABRISA

La princesa Abrisá, la hija del rey de Rum, que aparece en la *Historia del rey Omaru-n-Nômán y de sus hijos* (Noches 60 a 102), es una figura de poema caballeresco, una precursora de la Clorinda de Tasso, y representa un elemento occidental, cristiano, en este mundo islámico de *Las mil y una noches*.

Por su abolengo épico, la princesa Abrisá se relaciona con la leyenda, antiquísima por cierto, y común a griegos y semitas, de las amazonas; Abrisá es una amazona, pero no al pie de la letra, como lo eran aquellas de la monarquía femenil, capitaneadas por la reina Pentésilea, contra las que luchó Teseo y que Aristófanes satirizó en su *Lisístrata*.

La bizantina princesa Abrisá no es una guerrera de aquellas luchas, sino más bien de las Cruzadas, como Clorinda o Armida; una amazona de salón, por decirlo así, con mucho de literario, y en la que el dolor es lo único real y empieza para ella, como en la vida, por el amor.

Abrisá tiene, por lo demás, el presentimiento del peligro amoroso, y por eso se defiende y arma contra él y recuerda a la princesa Dunya en lo de vivir retraída, entre sus compañeras de sexo, en una suerte de cenobio, en el que hace de abadesa la famosa vieja Dalila Zatu-d-Dauahi, la cual, dicho sea de pasada, lo convierte en una especie de monasterio anándrico.

Abrisá es la única de aquellas jóvenes que ha resistido a las tentativas de seducción de la vieja lesbiana y, por tanto, la única y verdadera azucena de aquel plantel mancillado de vírgenes a



que el hombre no tiene acceso posible, pues lo defienden esas aguerridas amazonas, capaces de luchar con un guerrero y vencerlo y, además, está bien guardado por esa vieja terrible de Zatu-d-Dauahi, sierpe, dragón de ese paraíso entre cuyos lirios revuelca sus escamas.

La vieja Zatu-d-Dauahi vale por un ejército y su fama diabólica bastaría a apartar de allí a los propios diablos.

Scharkán, el príncipe del rey Omaru-n-Nómán, acierta casualmente a descubrir ese plantel de azucenas, armadas de abrojos, cuando habiéndose internado en tierras de Rum para hacerle la guerra a su rey, se adelanta a sus tropas y se extravía entre las sombras del crepúsculo; sorprendido, presencia las inocentes luchas de las bellas amazonas y, fascinado por el garbo y destreza de la vencedora Abrisá, no puede reprimir un grito de entusiasmo, que lo descubre.

Advertida la presencia del intruso, la princesa desafía a Scharkán y ambos pelean en singular combate, en el que Abrisá vence al terrible guerrero, más por la fuerza del amor que por la de las armas, y lo hace su cautivo y lo introduce, bajo su salvaguardia, en el recinto del cenobio inviolado.

Scharkán es el prisionero, pero al par el huésped de la princesa Abrisá, que, por este último concepto, viene obligada a ampararlo, y tan en serio toma ese grato deber que le imponen de consuno la caballería y su corazón (pues no hay que decir que está enamorada de su cautivo y es tan cautiva como él), que se niega a entregar al prisionero a los patricios que se lo reclaman y al final hace causa común con él y en su compañía abandona a su padre y su patria, y se pasa a las banderas de los enemigos de su reino y su fe.

Abrisá lo ha dejado todo por seguir a Scharkán; pero este primogénito de

un rey piensa honradamente compensarla de lo que ha perdido casándose con ella y sentándola en un trono que será real cuando muera su padre.

Pero no ha contado Scharkán con el carácter de ese monarca despótico, cuyo flaco precisamente es la afición a las vírgenes bellas; de ese cerdo semita que gusta de apacentarse entre azucenas, y el rey Omaru-n-Nómán, no bien ha visto a Abrisá, concibe tal pasión por su futura nuera que no vacila en narcotizarla para lograr su gusto, que de otra suerte se estrellaría contra su denodada virtud, y solo la puede poseer como a una muerta.

Y he aquí frustrado ya, por obra de ese viejo lascivo, el destino amoroso de la joven princesa; ya no podrá ser la esposa de Scharkán, el cual, al saberlo, siente tal desprecio y desesperación, que abandona la corte de su indelicado padre, contra el cual no hay que pensar en tomar venganza, y marcha a desfogar su cólera en la guerra santa contra los infieles.

Entretanto Abrisá, que, al despertar de su sueño narcótico, se encuentra deshonrada por sorpresa, como la esclava más vulgar, siente, con su altivez de princesa, toda la magnitud de agravio que el regio sátiro le ha inferido y que, además, ha de tener consecuencia en su propia entraña, y resuelta a vengarse, finge conformidad ante el rey; pero, puesta de acuerdo secretamente con su doncella Marchana, trama su fuga de la corte para reintegrarse a su patria y negar, por lo menos, al lascivo forzador la alegría de un hijo más.

Huyen, pues, Abrisá y su doncella bajo la custodia de un esclavo negro llamado Gazbán, que, mediante una fuerte suma, se compromete a defenderlas así de los espías del monarca que pudieran salir en su persecución como de los salteadores de caminos que contrasen al paso; pero, por desdicha, el propio guardián es el peor de los

bandidos, y así tienen ocasión de comprobarlo las pobres fugitivas.

Ya en pleno campo, lejos de toda vivienda y de toda presencia humana que pudiera socorrerlas, siéntese la princesa acometida de los dolores fecundos de las madres; acude Marchana a prestarle los auxilios del caso y descubre forzosamente la honesta intimidad de su señora, y entonces, ante la lumbrana de mórbida blancura que hiere sus ojos, una lúbrica urgencia acomete al negro Gazbán, que pierde todo tino y, con una ferocidad inverosímil, exige de la princesa satisfacción inmediata, amenazándola, en caso contrario, con la muerte.

Es una de esas situaciones patéticas que los árabes gustan de representar, aun a riesgo de inverosimilitud; increpa, amenaza, implora la princesa al negrazo, trata de conmovérselo, pulsando todos los resortes de la humana sensibilidad; pero el negro insiste, reclama, apremia y, finalmente, visto que la víctima se le resiste, acaba por matarla y despojarla, huyendo después.

Queda sola Marchana con su muerta señora, arrodillada ante ella, en medio de los campos, y la fiel esclava partea a su ama y extrae de sus entrañas muertas la perla viva que guardaban.

Emocionante estampa esta de Marchana arrodillada ante su ama muerta, en medio del desierto calcinado, que supera en ternura y crudeza a aquella otra anterior en que la misma Marchana, arrodillada junto a su narcotizada señora, que acaba de padecer la afrenta irreparable, infligida por el rey Omar, restaña devotamente, cual si enjugase un cáliz sagrado, la sangre que mana de su entraña abierta.

Esta vez la princesa Abrisa no está en su camarín, sobre un lecho, sino a la intemperie, tendida en la arena morena, blanco lirio tronchado para siempre por la brutalidad sádica de los hombres.

Desgarrador epílogo de una historia de amor que empieza tan alegremente en un florido huerto; Abrisa, fuente sellada, ¿quién habría de pensar que hubieras de abrirte dos veces solo para tu mal y de perderse al fin, en un desierto árido, tu caudal de aguas vivas?

## NOSHETU-S-SEMAN

Pero he aquí otra hermana suya en dolor, otra desdichada princesa que sufre doblemente como mujer y como hermana y tampoco logra ver cumplido su destino de amor, pues lo vive en falso y, además, para su ludibrio, sin que la inocencia la salve de la infamia.

¡Noshetu-s-Semán, tristeza del tiempo, víctima inocente del sino!

¡Qué injusto el sino con esa mujer, que merecía, como ninguna otra, la dicha que el mundo puede dar a un alma llena de ternura! ¡Noshetu-s-Semán, qué poema tan trágico el de su vida!

Empieza por ser la hija inesperada de la concubina Safiya, de la princesa Clara, una de las mujeres de ese rey Omar, sensual como Salomón, pero sin su sabiduría ni su arrepentimiento final, que ya en su vejez tiene en ella dos hijos gemelos, Noshetu-s-Semán y Zu-l-Mekán, que vienen al mundo cuando ya Scharkán, el primogénito, es un joven cumplido y se juzga exclusivo heredero del trono de su padre.

Al descubrir la existencia de esos mellizos, Scharkán concibe tal rabia que huye de palacio y no quiere ni verlos.

Noshetu-s-Semán y Zu-l-Mekán se crían juntos y se quieren, como es natural, de un modo entrañable; Noshetu-s-Semán quiere tanto a su hermano que será difícil pueda querer en lo sucesivo a ningún hombre, y es de temer que su

ternura quede vinculada en ese erotismo fraternal, de matiz inocentemente incestuoso.

Ambos hermanos se sienten odiados y perseguidos por el primogénito, y eso los une más; ambos son soñadores y noveleros, y sienten con fuerza el atávico impulso nómada de su raza; son además los dos de un natural tierno y piadoso y, al pasar por la corte de su padre la caravana de peregrinos que marcha a la Meca, en cumplimiento del precepto coránico, se unen a ella, burlando la vigilancia del rey, que no quiso darles el consentimiento.

Visitan los dos hermanos los sagrados lugares y después siguen corriendo tierra y llegan a Jerusalén, la santa, y allí les ocurre el primer contratiempo; enferma de fiebre Zu-l-Mekán y su hermana lo asiste y cuida, hasta que al cabo se les acaban los recursos que sacaron de su patria, el último dinar y la última prenda vendible, y entonces, la heroica hermana decide ponerse a trabajar de asistenta—como diríamos hoy—para así poder sostener al enfermo y velarle por las noches, después del cansancio del día.

Sale una mañana Noshetu-s-Semán con ese propósito en busca de señor y en el camino se tropieza con uno de esos desalmados beduinos que se dedican a la trata de blancas y que, con sus engaños, consigue llevarla a despojado, donde su banda lo espera; pueden verse en el libro los vejámenes, los golpes, las afrentas de que el brutal beduino hace víctima a la incauta muchacha cuando se da cuenta del fraude y con altivez de princesa reacciona ante el agravio.

Noshetu-s-Semán perecería a manos del beduino si no le saliera al paso a aquel un colega que, por lo menos, es hombre inteligente, sensible y humano, que sabe apreciar el valor de la esclava-princesa y la compra por la suma pedida, con intención de vendérsela a

un rey o a un emir, que son los únicos que pueden mercar tal joya.

Preséntase el mercader con Noshetu-s-Semán en la corte del emir de Damasco, y basta que le exhiba a la esclava, alzándole el velo del rostro y todos los velos que la cubren, para que el emir la compre y, encantado de su belleza y discreción, la haga su esposa.

Parece que así Noshetu-s-Semán va a ser feliz, como mujer, aunque padezca como hermana; esposa de un príncipe que la ama y futura madre de un vástago regio.

Pero aquí se manifiesta otra vez la fatalidad que persigue a esta noble mujer; el emir de Damasco no es otro que su hermano Scharkán y, al saberlo los dos, es de imaginar el horror que sienten: ¡un incesto! El pecado más grave que el Profeta prohíbe en su *Corán*, amenazando con el fuego a los culpables.

Unánime es la contricción de ambos hermanos, que, en el fondo, pecaron por ignorancia, por no haberles advertido esa famosa voz de la sangre ¡que calla cuando más debía hablar!; en el acto acuerdan separarse y, para legitimar al hijo que va a nacer, el príncipe Scharkán se divorcia de su esposa y la casa con su chambelán, hombre acomodado y bueno, que respeta a Noshetu-s-Semán y se porta cual verdadero padre con la hija de aquella, a la que han puesto, en memoria de las circunstancias en que vino al mundo, el nombre de Kuziya-fe-Kan, o sea *Fuerza del sino*.

Terminan ahí las desventuras de Noshetu-s-Semán, que en su nuevo esposo encuentra por lo menos un compañero respetuoso y comprensivo, con un calor de sol de invierno, y luego halla impensadamente sano y salvo a su hermano Zu-l-Mekán, que ha vencido también graves dificultades, y, para colmo de satisfacción, quiere el sino piadoso poner en sus manos al feroz

beduino que la martirizó y en el que ella hace plena justicia, matándolo por su propia mano.

Es de suponer que Noshetu-s-Semán termine tranquilamente su vida, rodeada de afectos familiares; pero no por ello habrá quedado menos frustrada su vida de mujer, ni menos burlados sus sueños de virgen, sus ilusiones de núbil sensible, tierna y novelera, su visión optimista del mundo.

Ha sufrido demasiado para ser ya nunca plenamente feliz esa mujer que solo ha gustado una vez el amor en un cáliz maldito.

### AMINA, LA ESTIGMATIZADA

Otra mujer inocente y desgraciada en este libro, donde hay tantas como para llenar un martirologio del amor.

Amina, la de la *Historia del alhamel* y *las mocitas*, esa historia de inicio tan alegre y loco, que promete un cuento de Boccaccio y a su mitad se vuelve de una seriedad de Kempis como para hacernos renunciar en el acto a todas las locuras del mundo, lleva sobre su cuerpo bello los estigmas indelebles de su martirio.

Amina se ha salvado por milagro de las manos de un marido celoso y violento que, en uso de los fueros que la ley islámica concede al hombre en el matrimonio, ha querido y podido matarla, sin que ella fuera culpable sino de imprudencia.

El único pecado de Amina fue ceder a las instigaciones de una dueña, que la indujo a prestarse a recibir un beso de un joven mercader, a cambio de unas telas a las que aquel había puesto ese precio. Un beso solo, ¡pero qué beso! Un beso de vampiro, que hace sangrar sus labios y la priva del sentido y le deja una huella que el marido descubre y es causa de que también pierda el juicio y, a impulsos de sus

celos, empuñe una fusta y la emprenda a golpes con ella y después mande a sus esclavos que la arrojen al Dichle, para que las aguas arrastren su cadáver.

Escena bárbara y refinada a un tiempo, característica de *Las mil y una noches*, esa en que el marido de Amina, al fustigarla, la recrimina en versos de un primor exquisito y ella le implora en otros de no menor belleza y elegancia. ¡Como que ese brutal marido es nada menos que un príncipe y, por añadidura, hijo del propio jalifa Harunu-r-Raschid!

Por cierto que Amina se ha casado con él sin saber que lo era, porque la cualidad característica en esa joven encantadora es la falta de carácter, y de ahí arrancan todas sus desdichas; de igual modo que se dejó inducir por la dueña a recibir aquel beso fatal del joven mercader, dejöse llevar, antes de eso, por otra dueña con pretexto de asistir a una boda a cierta casa de Bagdad, donde la aguardaba el joven Al-Amin, el hijo del jalifa, y donde la boda que iba a celebrarse era la suya.

Amina se avino a ello, tanto más cuanto que el joven Al-Amin la rindió desde el primer momento con su belleza y su finura y aceptó la condición que él le impuso de jurarle que, en lo sucesivo, no se dejaría ver de ningún hombre ni hablaría siquiera con él tras una cortina.

Aparece ahí ese anhelo tiránico de la posesión exclusiva y absoluta en ese Islam lleno de facilidades conyugales, que también se da en Occidente, bajo otro código erótico más rígido, y que constituye el conflicto de tantos dramas de nuestro Siglo de Oro, dando lugar a la creación del marido calderoniano. El joven Al-Amin tiene toda la psicología de esos famosos «vengadores de su honra», y la sola sospecha de haber sido engañado basta a ponerle en el caso de requerir la sangre de su

presunta adúltera para lavar la afrenta.

Amina se salva de la muerte por la piedad de los esclavos del marido, más humanos que él, y malherida y medio muerta, se arrastra hasta su casa de soltera, que en mala hora dejó; pero al llegar allí se encuentra la casa derruida, por orden del vengativo esposo, y Amina, la culpable por inocente, se vería privada de todo amparo en Bagdad si no la acogiese su hermana So-beida.

Por fortuna, la intervención providencial del jalifa pone en claro las cosas y, comprobada la inocencia de la joven, obliga a su hijo a unirse nuevamente con ella, dándole, además, la reparación debida; pero Amina conservará siempre en su cuerpo los estigmas de su pasión, su tatuaje doloroso, que le da derecho a ser admitida un día en el paraíso de las mujeres mártires.

### LA DE LAS TRES MANZANAS

En él se encontrará con esa otra hermana en sufrimiento que aparece en la historia que podríamos llamar *De las tres manzanas* (Noches 19 y 20), en que se cumple con toda su cruel realidad el signo trágico de que la piedad de sus verdugos libra a Amina.

¡Qué historia más desgarradora la de esa pobre y buena mujer a la que el marido, alucinado por unos celos absurdos, mata, descuartiza y arroja él mismo en el Dichle metida en una caja!

No cabe imaginar nada más terrible y tierno de hacer llorar que esa historia, digna de Poe y de Dostoyevski al mismo tiempo.

La inocente mujer está enferma de fiebre, siente el antojo de una manzana para darle un bocadito nada más; sale el marido en busca de manzanas y las encuentra al cabo, tras mucho andar e inquirir, pues no es tiempo de manza-

nas y solo las hay en el huerto del jalifa; vuelve al fin con ellas y se las da a la enferma, que apenas las muere, pero se recrea en su aroma y su bello color. ¡La poma rosada junto al rostro de la mujer enfebrecida, que parece otra manzana!

El niño pequeño anda junto a la madre enferma, y cuando esta cierra los ojos en éxtasis, para saborear mejor aquel olor del paraíso y aquella dicha de tener un marido tan diligente en satisfacer sus antojos, coge la manzana que la enferma, desganada, dejó al borde del lecho, y se va con ella a jugar a la calle, con sus amiguitos.

Pasa por allí el esclavo negro y malo de estos cuentos, quítale al niño la manzana y se aleja del sitio, y la fatalidad hace que se detenga, junto a la tienda del padre, a hablar con un amigo, y que le diga a este, en rasgo de jactancia, que es su querida quien le dio aquella poma.

No es menester más para que el mercader dé por cierta la infidelidad de su esposa; corre a casa, comprueba la falta de la manzana, arde en cólera, increpa a la mujer y, exasperado por sus negativas y sus protestas de inocencia, ase de un puñal y la mata, y dizque la pobre mujer ya iba convaleciendo de su fiebre, ya iba tornando a la vida, quizá por la virtud de aquella manzana, prueba del amor del esposo.

Aclárase después todo, por medio del mismo niño, que fue causa inocente de la tragedia, y entonces la contricción de ese marido calderoniano (perdónenos el anacronismo en atención a que de ahí vienen esos maridos), agravada por la pena de haber perdido esposa como aquella, es de tal magnitud que corre él mismo a confesar su crimen y ofrecerse a la horca.

¿Para qué quiere ya una vida que ha de ser un remordimiento y una nostalgia eternas? Siempre verá ya para su tormento el gesto resignado de la pobre

mártir de su brutalidad... y esa visión amargarán todas sus alegrías.

El jalifa, en un rasgo de ambigua clemencia, le concede el perdón; piensa quizá que ese será su mayor castigo. Que viva para que sufra y expie su crimen y tiemble cada vez que vea una manzana o se mire en los ojos del hijo, al que dejó sin madre.

### SCHEMSU-N-NEHAR, LA MUERTA DE AMOR

Otro caso en que el sino se complica con la brutalidad de los hombres, para truncar un gran amor y no una, sino dos vidas en plena juventud, es el que se nos cuenta en la *Historia de Alí-ben-Bekkar y Schemsu-n-Nehar* (Noches 138 a 147), esa pareja sublime que recuerda la que en nuestra leyenda forman Diego Marcilla e Isabel de Segura.

Aquí no es el amante celoso y aturdido el que provoca la tragedia, sino la fatalidad, poniendo al paso de esos enamorados tal cúmulo de circunstancias hostiles, que acaban por quebrar sus bríos y matar en ellos las ganas de vivir en un mundo tan bárbaro.

Schemsu-n-Nehar y Alí-ben-Bekkar luchan contra el sino, hasta que las fuerzas se les acaban y tienen que rendirse a su poder incontrastable, y se dejan morir en una suerte de suicidio, por abulia, dándose cita para el otro mundo, donde acaso puedan realizar sus sueños.

Schemsu-n-Nehar y Alí-ben-Bekkar son los dos igualmente tiernos y desgraciados y sufren por igual el engaño del sino, que parecía haberlos formado al uno para el otro.

Schemsu-n-Nehar, la citareda del jalifa Harunu-r-Raschid, conoce a Alí-ben-Bekkar, el joven persiano, en la tienda de un mercader, adonde, acompañada de una dueña, entra a comprar

unas telas que necesita, y, desde el momento en que sus miradas y las del joven se cruzan, quedan ambos igualmente traspasados de amor.

En el texto de la historia puede seguirse después todo el proceso del desarrollo ulterior de esos amores, en que la muchacha pone a prueba al principio al joven mercader, llevándose de su tienda géneros que no paga, hasta llegar a deber considerable suma; es este un ardid de que se valen las mujeres de la novelística oriental para poner a prueba a sus galanes mercaderiles, hiriéndoles en lo que más debe de dolerles a esos hombres de cálculo y número; un verdadero enamorado, aunque sea mercader, se deja expoliar como un príncipe y es capaz de arruinarse por una mujer, aunque solo logre de ella una mirada o una sonrisa que inscribir en su haber.

Alí-ben-Bekkar que—dicho sea de pasada—es de raza de príncipes, resiste airoosamente la prueba y llega al punto en que Schemsu-n-Nehar, convencida de su amor, está dispuesta a concederle el galardón material del suyo y, con la ayuda de la dueña servicial, que, no hay que decirlo, pues los términos se equivalen, es una hábil celestina, fragua con su amado varias entrevistas que el sino malogra, siempre interponiendo entre ellos dificultades increíbles, que frustran la consecución de sus ansias cuando ya parecen a punto de lograrse.

Es algo que mueve a llanto la relación patética de la ilusión con que Alí-ben-Bekkar se introduce, guiado por la vieja y en compañía de su fiel amigo Abu-l-Hasán, en el alcázar del jalifa y llega hasta el camarín de su amada, donde todo está apercibido para que ambos pasen una alegre noche, y el joven se dispone a gozarla con el corazón palpitante de delicada expectación, cuando el emisario del monarca viene a anunciar su llegada, que a poco se

realiza, teniendo ambos amigos que esconderse en un pabellón desde donde, para su tortura, puede Ali-ben-Bekkar ver a su adorada cantando y alegrando para el jalifa aquella noche que estaba llamada a ser la mejor de las suyas.

Es natural que el joven se desmaye y tengan que sacarlo de allí medio muerto.

Empieza por ahí a verse manifiestamente que el sino es contrario a esos amores, y Abu-l-Hasán, que es supersticioso, llega a sentir tal temor por la parte que a él puede tocarle en la desgracia, que trata de disuadir a su amigo y hacerle abandonar su empresa y, aunque todavía le ayuda en otra tentativa frustrada, acaba, al fin, por abandonarle, huyendo a otras tierras.

Es también de una ternura doliente, solo comparable a la que puso Dostoyevski en sus inolvidables *Noches blancas*, la relación de la ilusión esperanzada con que Ali-ben-Bekkar procede a preparar una casita en las afueras de Bagdad, junto al Dichle, para recibir en ella a su adorada y de cómo, a poco de esta presentarse allí, cuando aún apenas tuvo tiempo de serenar su corazón, irrumpen en la casa unos bandidos y los cogen y cautivan, con la perspectiva de un buen rescate, que pagará el soberano por su citareda más preciada, y, lo que es peor, los separan al uno del otro, de suerte que no se ven aquella noche ni nunca ya en la vida.

Schemsu-n-Nehar sufre tal trauma moral y físico que, reintegrada luego al alcázar, donde el jalifa, afligido, la mimó y atiende como un enamorado que fuera también un padre, no recobra el uso de la palabra y muere a poco, sin descubrir su secreto, víctima de aquel amor desdichado, que la fatalidad no quiso se lograra en este mundo triste.

Cuanto a Ali-ben-Bekkar, al saber la enfermedad de su amada, cae también

enfermo y muere como ella, con la prisa de acudir a una cita segura en el más allá y encargando al amigo que ahora sustituye a Abu-l-Hasán haga que lo entierren en el mismo sepulcro que a su Schemsu-n-Nehar idolatrada.

Y así termina esta trágica y tétrica historia, contada de un modo tan triste y tan tierno que no tiene igual en ninguna literatura, como no sea en la misma literatura oriental o en la asombrosa literatura eslava.

Schemsu-n-Nehar queda como desdichado de amante perfecta y desdichada, digna de ser llorada por todos los buenos corazones del mundo.

### ASISA, LA PRIMA DE ASIS

Pero la reina de todas esas amadoras sublimes es Asisa, la prima de Asis, la incomparable, la que, de tanto amor, llega a negar el amor y es su peor enemigo, y la que a sí misma se traspassa el corazón con el puñal del sacrificio.

Asisa nos muestra hasta dónde pueden llegar en punto a sublimación erótica esas mujeres orientales, que otras veces se manifiestan de una libido tan egoísta y absorbente.

Asisa es grande como símbolo y grande también como criatura humana real, cuya grandeza estriba precisamente en hacerse pequeña y esconder el cuerpo, que, sin embargo, proyecta sobre el fondo de su figura una sombra gigante.

Asisa es una de las grandes creaciones literarias de todos los tiempos, una de esas figuras de mujer que no se olvidan nunca, y que nos parece haber conocido no en una novela, sino en la vida, y cuyas penas nos hacen llorar con algo de contrición, como si nos alcanzara alguna parte de culpa en ellas por ser hombres también y fuéramos cómplices en la crueldad de su

primo, ese brutal Asis, que tampoco, en cierto modo, la tiene, pues el amor también lo ha enloquecido y lo hace padecer.

Asisa es la mujer que ama a quien ama a otra que no lo ama a él, y las lágrimas de ambos primos manan de la misma fuente y van a perderse en el mismo mar del amor, solo que por lados distintos, aunque hay momentos, sin embargo, en que se funden y parecen un solo río de amargura.

Esa es la tragedia, la doble tragedia, en que Asisa lleva la peor parte, por ser la que más ama, y dotarla el amor de una clarividencia de agonizante que hace que padezca por ella y por su primo, y además es tan pequeña y frágil de suyo, tan humilde y sometida, que no hace nada por luchar con el sino.

Asisa ama tanto a su primo, está tan adherida a él, que casi forma parte de su persona, y esto le quita la perspectiva necesaria para verla; Asisa hace tan poco bulto que casi no se la ve, y aunque su corazón palpita fuerte, como ella se lo sujeta a la mano, apenas se le siente latir. Asis puede llegar a creer que no lo tiene.

Asisa es la más perfecta amadora, porque, en su absoluta identificación con su amado, apenas si se destaca de él ni tiene amor suyo propio, pues ama con el corazón de su Asis.

Asisa es la prima, ese término medio entre la hermana y la novia, que reúne las calidades afectivas de las dos, pero que, por eso mismo, con representar un tipo de amor más rico, no llega a ser amor del todo.

Por desgracia para ella, que se quedó huérfana de niña—¡oh y cómo saben estos cuentistas herir en lo vivo de nuestra emoción!—, se ha criado y hecho mujer en casa de Asis, compartiendo sus juegos y travesuras y hasta su propio lecho por las noches, lo cual ha hecho que Asis la mire desde chico

como a una hermanita, como a su paño de lágrimas y su caballito de cartón o su pelota.

Difícil es luego que el muchacho, cuando ya Asisa es mayor y los padres los apartan un poco para unirlos después en matrimonio, se acostumbre a la idea de mirarla como a su novia y futura mujer; Asisa será para él ya siempre esa cosa intermedia, más próxima que todo a la hermana, con algo de incestuoso para la imaginación erótica del consanguíneo.

Asis probablemente la quiere tanto que no puede quererla, y acaso a Asisa le ocurra con él lo mismo; tan metido lo tiene en la sangre, que no puede proyectarlo a la distancia conveniente.

Asisa solo anhela tener a su lado a Asis y todo su dolor no es por la boda frustrada, no dimana de celos, sino porque el otro amor de Asis a Dalila lo saca de casa y se lo quita de su lado; en las ausencias de su primo, Asisa no se aparta de la puerta, esperando, y más de una vez, cansada de esperar en la noche, allí se queda, en el suelo dormida, como un perro.

Si no fuera porque Dalila le roba la presencia de su Asis, acaso Asisa pasara por todo; se adivina en el silencio del narrador que Asisa, la huérfana, la recogida en casa de los tíos, padece un complejo de inferioridad, se piensa fea, pobre, indigna del honor que quieren hacerle casándola con su primo, y el desvío de este no puede ser más propicio para confirmar su triste presunción; se sospecha que eso es lo que le sella los labios para la queja y el reproche, que solo se asoman a sus ojos, a sus grandes ojos negros de mora, que se agrandarán en el silencio.

Hay una analogía grande entre Asisa, la mora, y Natascha, la esclava de *Humillados y ofendidos*, cuya actitud ante el principito Alioscha, que también se ha criado con ella y pretende amarla y hacerla su esposa, es la mis-



ma de Asisa con respecto a su primo; tampoco Natascha parece creer en el tal casamiento, que a ella le asusta en el fondo más que a él mismo, y también, como Asisa, favorece en cuanto puede la inclinación del príncipe por la princesa Katia y es al fin ella misma quien lo arroja en sus brazos.

Igual haría Asisa si no fuera porque, con su fino instinto amoroso, comprende desde el primer momento, por las confidencias de su primo, qué clase de mujer es aquella y qué clase de amor el que le tiene; pero a pesar de ello favorece las entrevistas de los dos amantes, interpreta el simbolismo erótico de que Dalila se vale y que Asis solo nunca llegara a entender, y aconseja con toda lealtad a su primo—cuando tan fácil le sería engañarlo—lo que debe hacer para lograr el triunfo de ese amor, que ha de ser su derrota.

Asisa nos da la impresión de una criatura que se va hundiendo cada vez más en el pecho, ella misma, el puñal que ha de matarla; el puñal es el de Asis, pero ella es la que se lo clava. Asisa, como Natascha, es una suicida; pero suicida por amor, que se mata sonriendo.

No se puede llevar más lejos el fetichismo por un hombre, que Asisa realza todavía con mil rasgos serviles, humildes, de huérfana recogida, que nunca se consideró la igual de su primo; Asisa lava y asea y compone a Asis para que vaya elegante a las citas con la otra y le sirve de comer, arrodillada ante su lecho, y le vela el sueño y le espanta las moscas, para que acuda descansado a la nocturna cita y no se duerma; en fin, que Asisa no puede hacer más en su daño.

Quizá si protestara, si se rebelase y prorrumiese en reproches, en llores y gritos histéricos, si dejase ver a la mujer en la prima, si reclamase y exigiese de Asis, que es un hombre sin carácter, o fuese a ver a la tal Dalila y le

armase un escándalo, lograría salvarse de la muerte; pero, en vez de eso, sigue el camino contrario de callar, enjugar su llanto y aguardar tras de la puerta.

Es que Asisa, que tanto ama, sabe cuán grande es el poder de la pasión y piensa que todo sería inútil para apartar de ese amor a su primo, que ahora está ofuscado y ciego y no ve ni oye razones; basta, para comprobarlo, ver cómo el primito cariñoso de antes se ha convertido en un hombre violento, duro, brutal, irritable, que es capaz de responder con una patada a la menor insinuación de reproche, aun ante un suspiro o una queja, escapada sin querer.

¡Oh la noche aquella que, para quitarse de encima la ternura intempestiva de Asisa, da Asis un empujón tan brusco a su prima que la derriba al suelo, donde se clava una astilla que le hace brotar sangre de su frente y la obliga a llevar la venda puesta varios días!

¡Asisa con la frente vendada! ¿Qué más se necesita para completar esa imagen patética? Asisa paga el mal humor de su primo. la nerviosidad neurótica en que le ponen los desdenes de Dalila. Asisa sigue siendo su caballo de cartón, su pelota abollada.

Llega al fin el momento en que Asisa ya no habla; escribe su testamento amoroso—otro no tiene que hacer—y se lo entrega a su tía, para que, después de su muerte y cuando Asis sea ya capaz de discreción y cordura por el previsto desengaño de Dalila, se lo entregue, y ella se dispone a morir; se sienta en el estrado de la casa, de cara a la pared, y así suele encontrarla Asis cuando vuelve al amanecer, ebrio de voluptuosa ventura; qué dramatismo terrible, indeciso, en esos silencios de Asisa, que tose y arde de fiebre, en esos diálogos mudos con la pared. ¿Qué le dice la pobre moribunda al muro en que se refleja su sombra?

¿Qué se dice a sí misma? ¡Qué flaca y qué consumida estás!

Pero ella no piensa en sí misma; solo piensa en Asis, que no vuelve. ¿Qué poder que ella no tuvo nunca poseerá esa Dalila? ¿Qué clase de seres son los hombres que prefieren el mal amor al amor bueno? Y otras veces: ¿Cómo te va a querer a ti, so fea, so tisiquilla?

Pero otras veces piensa Asisa quizá en lo que Asis la va a llorar cuando se muera, cuando descubra al fin la doblez de Dalila y vuelva a casa un día plenamente desencantado y llorando como ahora llora ella por él...

¿Y si ya hubiera caído la venda de sus ojos y volviese esta aurora para echarse a sus pies y pedirle perdón y esconder su cabeza en su regazo, como un niño que se arrepiente y se avergüenza?...

¡Quién sabe! Y Asisa, tambaleándose, tiritando de fiebre, se arrastra hasta la puerta y aguza su oído de tísica y espera con el corazón palpitándole fuerte en su débil pechito...

Pasan las últimas horas de la noche, viene luego la aurora, pero no viene Asis; la que viene de lo hondo de la casa es su madre, que ya se despertó madrugadora, y al llegar al zaguán encuentra allí a Asisa, tirada en el suelo, muerta...

Y cuando Asis llegue, finalmente, a su casa, tambaleándose como un sonámbulo, después del dolor y la afrenta que le inflige Dalila, oírá decir en la vecindad esta frase de tristeza infinita: Que a Asisa se la encontraron muerta, tirada en el suelo, detrás de la puerta...

### OTRAS IMAGENES PATÉTICAS DEL AMOR

Asisa resume en su persona todo el patetismo sublime del amor y expresa simbólicamente un ideal erótico de su

raza semítica, en el que entra cierto matiz de inconsciente sadismo.

No puede negarse que lo hay en la creación de esas figuras tan dolientes, en que la imaginación oriental se complace, como en algo que halaga sus sueños, aunque, por otra parte, trasluzcan un deseo de mover a piedad y a contrición, al modo de los griegos en sus adonías. A ese fin parecen responder símbolos como el de Amina, la estigmatizada, y Schemsu-n-Nehar y Asisa, que sufren pasión y muerte por el amor, y otros menos crueles, pero también sugestivos de la misma idea, relaciones del mismo tema, como el de la princesa *Rosa-en-capullo* (Uardu-fi-l-Akman), cautiva en alta torre, y la princesa Badur, o el amor con camisa de fuerza, y Sinu-l-Mauazif, o el amor con grillos en los pies, la belleza con hierros en sus tobillos delicados, en vez de ajorcas de oro.

Toda esta constelación de símbolos guarda paralelismo con otra análoga que puede seguirse en la erótica griega, en los idilios de Anacreonte, Teócrito, Mosco, etcétera; en esas poesías que nos muestran también el amor, unas veces herido por su misma flecha, otras detenido y preso como un esclavo fugitivo, y otras, en fin, muerto y con la cabeza exánime, reclinada en la falda de Venus, que lo llora.

Esa misma ambivalencia de intenciones, de actitudes ante el amor, se advierte en estas imágenes de *Las mil y una noches*, que, a un tiempo mismo, parecen un tributo y una venganza sobre ese sentimiento caprichoso y tiránico.

La princesa Uardu-fi-l-Akman, recluida por su padre en alta torre, y en lo alto de un monte inaccesible, para que su amado Anisu-l-Uchud no pueda llegar hasta ella, es una imagen patética que ejerce una gran impresión en los corazones orientales y también en los occidentales, según atestigüa, entre

otros documentos literarios, el poema helénico *Hero y Leandro*, pues también Hero vive en una alta torre, no menos guardada que la princesa árabe, y no hablemos de la literatura caballeresca del medievo, donde Melisenda es también otro símbolo del amor en prisión.

Pero el resorte emotivo de esa imagen no basta a colmar el ansia de lo patético en el alma oriental, y en la historia de la princesa Badur el rapsoda nos muestra a su heroína no solo cautiva en una torre, sino también con camisa de fuerza, como una loca furiosa, que locura furiosa es el amor.

Locas parecen, en efecto, a los que las rodean, empezando por sus padres, esas princesas que se niegan a seguir sus requerimientos, orientados a un amor razonable, y locas, hasta cierto punto, están, ya que tienen todo su horizonte afectivo acaparado por una sola imagen, que lo aísla, convirtiéndolo en un campo magnético, cerrado a toda otra sugestión e influjo; la captación por esa imagen única es tan completa en la princesa Badur, que raya en la demencia y, alternativamente, la sume en apatías mortales o la agita en paroxismos y frenesies que la hacen peligrosa y obligan a ponerle camisa de fuerza.

¡El amor loco, declaradamente loco! He ahí un símbolo de una riqueza emotiva incalculable, una estampa, un simulacro que las almas sensibles no se cansarán de contemplar con temor y un poco de envidia. ¡Porque, al fin y al cabo, debe de ser muy gustosa tal clase de locura!

La princesa Badur, con camisa de fuerza sobre su cuerpo delicado, es un escarmiento, pero también una incitación. Y otro tanto ocurre con Sinu-l-Mauazif, con grilletes de hierro en sus finos tobillos para los que las leves ajorcas de oro tintineante serían ya mucha carga.

Tanto es así que el herrero, llamado por el marido celoso para que le aherraje los pies, se resiste a consumir aquel sacrilegio, y le tiembla la mano al cometer aquel pecado mortal contra la belleza, y luego se reprocha a sí mismo, en unos versos en que se eleva a orfebre, el haber sido capaz de tamaño crimen, conminando a sus manos a secarse en expiación de su delito...

Pero, además del amor loco, del amor cautivo y con grilletes de presidario, los rapsodas nos muestran todavía al amor humillado, en figura de mujer hermosa y delicada, de princesa a veces, reducida a esclavitud y puesta a la venta en el zoco, voceada como una mercancía y pujada por los mercaderes, no siempre buenos tasadores de su belleza.

En tal caso llega a verse la princesa franca Maryem, hija del rey de Francia, una amazona al modo de la princesa Abrisa, puesta a la venta en el mercado de Alejandría, despojada de sus velos, expuesta a las miradas violadoras de mercaderes sensuales, entre los que hay esos viejos lubricos, repugnantes, pero ricos, cualquiera de los cuales puede comprarla y llevarla a su harén, para que le caliente el lecho y avive el ritmo de su sangre dormida.

Esas imágenes miserandas de la belleza femenil ejercen un efecto de fascinación sobre los lectores orientales y despiertan en ellos sentimientos de piedad y una emoción romántica que temple la rudeza de unas leyes y unas costumbres igualmente bárbaras. Eso puede explicar la frecuencia en el libro de tales estampas, a un tiempo sádicas y tiernas.

La leyenda del amor, desconocido, maltratado en esa civilización feudal, de tipo teocrático y guerrero, en la que solo se toma en cuenta el fin específico del eros y los padres fijan de antemano el destino amoroso de sus hijos y no existe el noviazgo; esa antevíspera del

matrimonio, que espiritualiza los instintos y es una escuela sentimental, suscita un sentimiento de protesta moral en el espectador y lo predispone a ponerse del lado de los amantes en ese aspecto de la lucha general entre la predestinación y el libre albedrío.

El amor triunfa al fin de todos los obstáculos que se oponen, ya en forma de razón de Estado o de tiránica voluntad de los padres, ya en la de regiones infranqueables, montes inaccesibles, monstruos y vestiglos o magias poderosas, y, después de su pasión, viene su apoteosis.

El amante, ayudado también de poderes amigos, logra vencer todas las pruebas y unirse al fin con la elegida de su corazón, y los fueros del amor y de la eugenesia prevalecen sobre los privilegios artificiales del nacimiento y la fortuna.

El hijo del mercader se casa con la princesa y se sienta en el trono de los reyes, con todo derecho, pues el buen amante ha de ser un buen monarca, y además, no hay nada tan realengo de suyo como el amor.

Ese es el teorema implícito en esas historias en que una mujer hermosa, llevada al zoco de las esclavas para ser vendida al mejor postor, encuentra medios de burlar la ley bárbara, y, verdadera reina bajo su cartel de servidumbre, se yergue altiva y espanta con sus desdenes y sarcasmos a los pujadores indignos y elige al joven pobre de bolsa, pero rico de encantos, que con su belleza le ha herido el corazón y héchola verdadera y voluntaria esclava.

Esas cautivas saben adivinar el potencial de amor que lleva en su alma ese joven tímido y callado, que no tercia en la puja, porque no tiene más tesoro que ofrecerle que su corazón, y ellas mismas resuelven su conflicto y son ellas las que eligen y hasta le dan el precio de su belleza para que las compre, entregándole sus ahorros para

que abone al subastador los diez mil dinares en que se estima una esclava de categoría.

No cabe imaginar mayor prodigio del amor, afirmándose libre entre cadenas, ni mayor gentileza que la de esas mujeres que eligen su señor, para amarlo y servirlo como esclava, en acto de voluntaria entrega y abdicación de orgullos femeniles.

Como verdadera princesa procede esa Maryem, que lo es de nacimiento; pero hasta las propias esclavas se elevan al rango espiritual de las princesas, como Tauaddud, vendiéndose en los zocos para salvar de la ruina a su señor, que se resiste al sacrificio y se desprende de ella con lágrimas de dolor y de bochorno, sintiendo que no llegan a la altura de esas mujeres humildes, de esos parias del sexo.

Es una situación patética, que se repite en las historias, la de esa esclava que se vende para salvar a su señor, que es también su amante, y tiene que convencerlo, para que la lleve al zoco, con razones y halagos, mostrando una cara alegre y valerosa que oculta su dolor.

Pero hasta en la abyección del propio meretricio, de esa fosa común de los amores, halla el verdadero amor medio de surgir y afirmarse, y en la historia *Del raro lance que le ocurrió a Harunu-r-Raschid con el joven Al-Omani* (Noches 511 a 513), esa curiosa historia que nos muestra un meretricio funcionando en Bagdad, la hija del lenón, que hasta ayer era una de tantas de aquellas mujeres venales e insensibles, anestesiadas por la mecánica profesional, se regenera en el conocimiento de aquel cliente apasionado y se eleva a la altura de romántico sacrificio de una Magdalena, de una Margarita Gautier.

El amor es todopoderoso en *Las mil y una noches*; triunfa de todo, porque es capaz de renunciar a todo y pone a

las criaturas en un plano de exaltado misticismo en que solo él tiene un valor absoluto.

La apasionada alma oriental sublima todos los impulsos primarios de la libido hasta grados heroicos, y los enamorados son de una exaltación tan delirante como los alquimistas y los buscadores de tesoros y llegan a cifrar toda su pasión en un ideal, y emprenden viajes arriesgados y dificultosos en busca de una mujer que no conocen sino de referencia o por la imagen, y por ella arrostran tantas aventuras como Don Quijote por su fantástica Dulcinea.

El amor convierte en caballero andante al hijo de un mercader y, en virtud de ello, la historia novelesca entronca con el poema épico.

Los personajes de *Las mil y una noches* tienen como rasgo común el ser soñadores de imposibles, y sus creadores, que participan de su psicología, realizan esos imposibles en su literatura y llegan a unir por el lazo del amor no solo a seres humanos distantes en el espacio o la escala social, sino a seres de mundos distintos, como son los hombres de la tierra y las ondinas o hadas del agua y del aire, simbolizando con esos enlaces los desposorios de los elementos naturales, como los griegos en su mitología.

El amor llega a ser en la literatura oriental una entidad tan poderosa como en las mitologías occidentales, y hay una historia, la ya aludida de Anisu-l-Uchud y Uardu-fi-l-Akman, en que se muestra con calidades teologales, como alma del mundo y de la Naturaleza, como simpatía universal, y hasta como cantidad innata en la criatura, capaz de sentirlo íntegramente, pues ante ella, como ante los santos, se postran las fieras, se amansan los elementos y se allanan los montes y acortan las distancias. El propio Anisu-l-Uchud es un imán que, sin moverse, atrae a sí

a los emisarios favorables del sino y pone en movimiento a todo el mundo.

A lo largo de las historias de *Las mil y una noches* puede seguirse toda la leyenda y toda la simbólica del amor, según la varia idea que de él, a lo largo del tiempo, se han formado los hombres.

### EL SIMBOLISMO DE LA HISTORIA DE UARDU-FI-L-AKMAN Y ANISU-L-UCHUD

Detengámonos un momento a examinar esa linda historia de amor entre dos jóvenes predestinados para amarse, que parecen realizar la platónica idea de las almas gemelas y cada uno de los cuales representa un aspecto de una misma cosa, dos perfiles de un mismo rostro; la Naturaleza en estado de gracia, de belleza, inocencia y amor.

Anisu-l-Uchud es el compendio de todo el amor en la Naturaleza, y *Rosa-en-capullo*, el símbolo vivo de la belleza virginal y pura en ese mismo mundo natural y sensible; es lógico que ambos jóvenes se unan, que el amor del mundo se maride con la belleza del mundo, pues así lo piden la ley moral, la estética y la eugenesia misma. De una pareja así, formada por el Adán primero y la primera Eva, en toda su inocencia pristinas, han de nacer sin duda hijos perfectos, iniciadores de una humanidad restaurada en la gracia.

Anisu-l-Uchud y Uardu-fi-l-Akman son tan puros que parecen exentos de pecado original, y sus amores, que empiezan desde el primer momento que se cruzan sus miradas, tienen sin duda un arcano sentido teológico, que subraya el detalle de la manzana, que con ingenua coquetería lanza *Rosa-en-capullo* a su desde aquel instante único elegido de su corazón. *Alma-del-mundo*.

Sobre ese argumento de los amores

de ambos adolescentes podría Calderón haber construido un auto sacramental o un drama metafísico por el estilo de *La vida es sueño*.

Como es natural, tales amores tropezan desde luego con la oposición del padre de la princesa, que juzga indigno a Anisu-l-Uchud, aunque sea hijo de su visir, de ser su yerno, y recluye a su hija en un alcázar fortificado, erigido en la cumbre de inaccesible montaña; Uardu-fi-l-Akman está allí, como la princesa Badur, cautiva, presa sin más compañía que la de sus doncellas y los feroces eunucos que la guardan, y así es todo un símbolo de la belleza pura, y es como una perla en su estuche, una luz en su fanal, una princesa entre cristales, como las que Juan Lorrain describe en sus leyendas.

¿Cómo podrá llegar hasta ese abrupto retiro el cuitado de Anisu-l-Uchud? Desde luego que lo intentará, aunque lo desanimen y tilden de loco, y se lanzará a la empresa sin arma alguna, más bien como un santo asceta que como un caballero.

Así conviene que sea, pues no sería bien que fuese armado y en plan de guerra quien ostenta tan pacífico nombre; Anisu-l-Uchud es el amor universal y ha de triunfar en la empresa por el solo poder amable de su simpatía.

Así es, en efecto: el amor que irradia el alma afectuosa del joven, incapaz de sentir odio, lo salva de todos los peligros, e incluso de un fiero león que le sale al paso y que, al verlo de cerca, en vez de acometerlo se le postra, manso, a los pies, como un gozquecillo, según las leyendas piadosas nos cuentan hacían las fieras del desierto con los santos eremitas.

Anisu-l-Uchud es justo por naturaleza, y así es natural que subyugue a los leones y conquiste, sin el menor esfuer-

zo, las simpatías de los mortales; es un imán de amor y todo el que se pone a su alcance se imana también de amor.

Anisu-l-Uchud triunfa de todos los obstáculos gracias a su sola simpatía, llave que le abre todos los corazones; su técnica es la de un *dervisch*, un místico iluminado, que desdeña todas las cosas del mundo y vive en eterno deliquio amoroso, en pago de lo cual todo se le da de bóbilis: el amor y un reino, además, como añadidura.

Anisu-l-Uchud reünese al fin con su amada, por obra de incidentes providenciales, en los que no tiene parte directa, aunque es la propia Uardu-fi-l-Akman la que los provoca con un gesto de viril heroísmo que dimana, sin embargo, de su vehemente pasionalidad femenina.

*Rosa-en-capullo* no se aviene a permanecer presa en aquella torre, lejos de su *Alma-del-mundo*, y, como Hero en el poema bizantino, se descuelga por una ventana.

Pues al sentir la voz de su amado que, como un pajarillo encelado, canta al pie de su torre, no puede resistir el impulso y se descuelga por una ventana y acude al reclamo de amor cuando, por desdicha, ya Anisu-l-Uchud se vio obligado a huir.

Es el padre de la joven quien, alarmando por su desaparición, manda sus gentes a buscarla y estas se encuentran con Anisu-l-Uchud que, con su doble vista de enamorado, logra dar con la fugitiva, restituyéndola a su padre, que, enternecido y agradecido, accede al fin a ser su suegro y lo nombra su sucesor en el trono.

Unense al fin el hombre que simboliza todo el amor con la mujer que personifica toda la belleza pura del mundo, y sus nupcias revisten un carácter de misterio teológico.

*EL ENIGMA DE LA «TAPADA»  
Y SU INSEPARABLE LA «DUEÑA»*

El amor, el verdadero amor, que nada tiene que ver con el hecho fisiológico, es romántico o novelesco en *Las mil y una noches*, porque surge siempre en una forma inesperada, anómala y en pugna con la ley, que en Oriente rige con la misma fuerza que en todas partes, en punto a controlar y encauzar el aspecto social de ese sentimiento, al parecer tan íntimo y solitario; el Islam, con toda su facilidad para la unión de los sexos, resulta tan severo como cualquier otro régimen tocante a la unión de los corazones; podéis comprar una hermosa esclava en el mercado, pero no hacer vuestra, sin más ni más, a esa mujer que visteis, al pasar, tras una celosía o entre la muchedumbre de una fiesta y os miró bajo el velo de un modo tal que fijó vuestro destino.

Allí, como en todas partes, hay obstáculos que se oponen a la unión de los enamorados: altas tapias, esclavos armados de alfanje, guardan los harenes; viejas pegajosas, inquisitoriales, siguen a la joven señora dondequiera que va, y a todos esos obstáculos hay que agregar aún ese otro, más terrible todavía, de la voluntad paterna, que de antemano fija el sino amoroso de los jóvenes.

Lograr un amor anhelado es allí, casi siempre, una empresa heroica, en la que hay que poner tanto valor como astucia, y que no se llevaría a cabo si no fuese porque, como es sabido, los obstáculos avivan el amor, y ese tesoro femenino, tan bien guardado, tiene un alma y desea ser robado por el ladrón de amor y, en último término, porque hay una llave mágica que abre todas las puertas, y es el bolso, de que el Tenorio se sirve cuando falla su espada.

No hay quien pueda encerrar en re-domas herméticas esa esencia volátil del amor, y sus mismos guardianes se truecan, llegado el momento, en sus servidores y auxiliares.

Ni la autoridad de un padre ni la de un marido pueden evitar que dos enamorados se unan; en el propio alcázar del jalifa penetra el amor furtivo, conducido por los mismos que debían estorbárselo, y esa mecánica de obstáculos no hace más que complicar las cosas y tornar más interesante la aventura.

Hasta los genios mismos intervienen, cuando es preciso, para facilitar la unión de los enamorados y, aun en ocasiones, para unir a dos criaturas que no se aman, pero que son dignas de amarse, burlando la voluntad de padres o monarcas, en beneficio de la ley eugenésica.

El amor triunfa finalmente de todo, aunque para llegar al gozo haya de pasar las cuentas de un rosario de dolores; todo se reduce a que lo que debía ser idilio se convierta en drama.

Dramático, y trágico a veces, es el amor en *Las mil y una noches*, por desarrollarse en ese ambiente de obstáculos en que los enamorados quedan a merced de sí mismos y han de hacérselo todo; el amor allí es aventura y toda aventura tiene mucho de riesgo y de fraude; el joven y la joven están expuestos a todos los engaños, incluso el propio; no saben realmente lo que eligen y ceden muchas veces a sugerencias falaces y funestas.

Hay dos personajes típicos en *Las mil y una noches* que también se dan, y por las mismas causas, en nuestra novela del siglo XVI y son «la tapada» y «la dueña», que vienen a ser dos naipes aleatorios en el juego del albur erótico; pueden dar la fortuna o la desgracia, y por ello merecen un ligero estudio literario.

## LA TAPADA

La tapada es la mujer que rompe su clausura—Ipsipila que rompió la crisálida—y, harta de aguardar vanamente el amor tras las tapias y rejas de su retiro, se lanza decidida a buscarlo, encubriendo su audacia con algún pretexto plausible.

La tapada es un misterio; puede ser una jovencita que nunca todavía conoció el amor y puede ser también una casada insatisfecha o una mujer caprichosa, una anormal del erotismo, una sádica, una vampiresa, como decimos hoy. ¿Quién sabe lo que puede ser una tapada ni adónde puede conducir al hombre que siga la indicación de sus medias miradas y sus medias palabras?

La tapada puede ser esa mujer «peregrina» que Salomón nos pinta en sus *Proverbios*, saliendo, como una meretriz entre las sombras del véspero, al paso del bello e incauto adolescente, para invitarle a compartir su perfumado lecho, con la insistente cantilena: «Ven, gocemos hasta el alba; estoy sola en la casa; mi marido salió y no volverá hasta que amanezca...»

Pero también puede ser una virgen intacta, una prometida del ensueño, que, como la esposa del *Cantar*, sale a buscar por la ciudad, entre la muchedumbre, al esposo que desvela sus noches y no llega a llamarla, golpeando en su puerta.

La tapada es un misterio. Bajo su largo velo puede encubrirse un hada o una bruja.

Sobre la tapada gravita siempre la sospecha de la «buscona», ese otro tipo clásico de nuestra novela. Pero sería un error el asignarle una significación rotundamente peyorativa, como hace Adolfo Reyes en sus *Ensayos moriscos*, al estudiar ese tipo de mujer en nuestra novelesca. No siempre la tapada es una mujer fatal, interesada o de erotismo

pánico, instintivo, sin un ideal ni una voluntad de elección; una escapada de las antiguas pandemias, una ninfómana o una trapisondista.

Hay casos en que así es, pero hay también otros en que es todo lo contrario; una idealista del amor, una soñadora que, en sus andanzas por calles y zocos, va buscando un tipo determinado de hombre para darse a él por entero, y pone en ello un tino y un cuidado, una sagacidad que maravillan, y hacen pensar que, al dejar su jaula ese pájaro humano, ya llevaba su ideal erótico forjado en el fuego de una soledad ardiente y pura.

Hay, en general, un legítimo anhelo de afirmación personal, de reivindicación feminista, en el gesto de esas mujeres que pugnan por evadirse de sus doradas cárceles; son las precursoras de esas *desenchantées* de Loti, de esas jóvenes turcas que, en nuestros días, reclamaron y obtuvieron el derecho de la mujer moderna a vivir su vida.

Hay dos tipos de tapada y de los dos hallamos personificaciones abundantes en estas historias miliunochescas: la tapada lúbrica, perversa, que colecciona amantes y sensaciones de placer, en la *Historia del médico, el judío* (Noches 31 a 33), que prostituye a su hermana menor y luego la asesina, celosa, y la joven soltera, huérfana y rica, cansada de esperar, que, con el alma y el cuerpo encendidos en honrado fuego de naturaleza, corre calles y zocos en busca del amante soñado, como la Sulamita del *Cantar* en busca del suyo, real y momentáneamente perdido.

Esta última variedad de tapada presenta, en rigor, el recurso heroico y lícito a que apela una soltera en Oriente, y en Occidente también, para pescar novio, saltando por encima de los prejuicios sociales que dificultan o retardan su arribo, entorpeciendo arbitrariamente el juego natural de los sexos;



son mujeres que se plantan en un plano de naturaleza y cuya descalificación solo dimana de su actitud de rebeldía ante las llamadas buenas costumbres por la sociedad.

Otro tanto puede decirse de la viuda joven que no se aviene a dar por terminada, a la muerte del esposo, su vida erótica y a morir con él, en suicidio moral. Tales mujeres serán perfectamente comprendidas y no moverían a nadie a asombro ni escándalo en nuestras progresivas sociedades modernas en que la mujer ha reivindicado su paridad con el hombre y redimido por el trabajo su antigua servidumbre.

Tal tipo de tapada lo tenemos en la heroína de esa *Historia del corredor de comercio cristiano* (Noches 27 a 28), huérfana de un padre que fue un alto funcionario y, al morir, la dejó rica, pero pobre de afectos y de porvenir; falta de providente tutela que por ella vele, al llegar a la edad de casarse ella misma vela por sí y trata de resolver su problema y, si incurre en censura por el medio que emplea, y que nos la hace juzgar como una vulgar vulgiva-ga, termina mereciendo toda nuestra admiración, con esa patética ternura que muestra hacia el amante, que se arruinó por ella y perdió la mano en frustrado intento de robo, para seguirle recompensando sus noches de placer.

La presunta aventurera se crece y agiganta hasta lo más sublime del amor cuando, ante la mano cortada del joven, lejos de sentir repugnancia ni desvío, experimenta una reacción de violenta ternura y, estimando en lo que vale su galante sacrificio, le muestra guardados e intactos todos los regalos que le hiciera y manda a llamar a toda prisa al cadí y los testigos para que los casen y todos sus bienes pasen a ser propiedad del buen amador que se arruinó por ella.

Su muerte, que sobreviene poco después de eso, puede dar fe de lo hondo

y sincero de su dolor y del reproche íntimo que sentiría ante aquella mano cortada que, de haber ella hablado a tiempo, no faltaría ahora en el juego de sus tiernas caricias.

Aquel muñón oculto entre los pliegues de la manga amargaría sus noches conjugales, que ya no serían noches de placer, sino de penitencia, en que las caricias irían mezcladas con sollozos: la suprema voluptuosidad sería el llorar abrazados.

Como en otras historias, lo serio en esta se descubre al final, después de un juego que parece frívolo, como si el narrador quisiera confirmar la frase coránica de que esta vida no es un juego, sino una cosa seria.

Pero la tapada no siempre es así: una mujer capaz de tal sublimación erótica; muchas veces es una verdadera meretriz de la peor ralea y con matices de sadismo mortal, y en vez de conducir al elegido a los paraísos del amor, llévalo, como Salomón previene en sus *Proverbios*, al matadero y al infierno.

En la *Historia de Al-Haddar, el hermano del barbero, el segundo* (Noches 39 y 40), tenemos un ejemplar de ese sadismo atenuado en aquellas jóvenes bagdadíes que cada noche envían a una dueña en busca de un joven inexperto, a cuya costa se divierten, sometándole a pruebas absurdas, sin llegar a darle luego el premio prometido.

Las referidas muchachas, que son unas guasonas de gracia—no se puede negar—, hacen que el hermano del barbero, engolosinado con el endisque de gozarlas a todas, se deje afeitarse bigote y cejas y pintar la cara como una mujer, operación que ellas hacen reventando de risa, y luego le obligan a correr en cueros detrás de ellas, también en desnudismo integral, de sala en sala, con promesa de dársele si las alcanza y coge, hasta que de pronto el joven, sin saber cómo, se encuentra en la calle, ya con sol y gente, y es con-

ducido, como transgresor de la moral, en su adánico traje a presencia del gualí, que lo manda azotar y, además, lo destierra cual a sujeto peligroso, que compromete las buenas costumbres.

Ese picante episodio, que parece tomado de la crónica galante y libertina del París de fin de siglo, y en que se trata simplemente de unas chicas de buen humor que se aburren, tiene una réplica agravada en ese otro del quinto hermano del barbero (Noches 42 a 44), en que el inocente sadismo de la burla se complica en el expolio y la muerte del burlado.

Allí la casa a que la dueña conduce al inexperto joven es una especie de castillo de irás y no volverás, y la broma termina trágicamente para el invitado en lo mejor del juego, ya que cuando más cerca piensa estar del placer, a una seña de la taimada anfitriona, entra un negro armado de alfanje, que hiere alevoso al huésped y lo precipita en una sima que será su tumba ignorada.

Pero el hermano del barbero, que no es tan tonto como parece, logra evadirse de aquella fosa llena de cadáveres putrefactos y planea su venganza tan hábilmente, que la lleva a cabo según la pensara; disfrazado de persa, hácese conducir nuevamente por la vieja a la casa, llevando el alfanje apercebido bajo la túnica y con él da muerte al esclavo homicida y a su sádica señora, poniendo fin para siempre a sus crímenes.

La historia tiene cierta analogía básica de argumento con *La Atlántida*, de Pierre Benoit, aunque el novelista francés enriquece su narración con tantas variantes de escenario, tiempo y motivación, y hace que su héroe—un oficial de *spahis*—, después de evadirse de la fatal guardia, vuelva a ella, no para matar a Antinea, sino para ser uno más en el panteón de sus numerosos muertos de amor, dando ese giro

romántico a la tendencia suicida de un complejo de tedio y desencanto, expresivo de su incapacidad de adaptación a la monotonía de la vida de cuartel en una pequeña población de Francia.

Los críticos que han tildado *La Atlántida* de Benoit de ser un plagio de *She*, de Rider Haggard, no han tenido en cuenta este precedente oriental, que muy bien podría haber influido en la concepción de ambos autores, aunque después de todo la cosa viene rodando de la *Odisea* y el prototipo de esas mujeres fatales es Circe, la encantadora.

Estas mujeres son las que contaminan de sospecha a la tapada, bajo cuyos velos podrían ocultarse, por lo que seguir a una tapada es jugarse la vida a un naipe aventurado; la tapada lo mismo puede llevaros a la gloria que al infierno y hacer que toda la vida os alegréis u os doláis de haberla seguido.

Pero no se puede generalizar el anatemata contra una clase de mujeres entre las que se encuentran heroínas como la hija del emir Barakat y Schemsun-Nehar, que, en vez de matar, muere de amor.

La tapada más peligrosa no es la que sale ella misma en busca de aventuras, sino la que se vale de la «dueña», como de cebo; la dueña, esa vieja desencantada y resentida con el hombre, que ya no se fija en ella; esa vieja oriental, tan fuera ya del sexo que hasta la ley le exime del velo, cuando más necesario sería para encubrir su fealdad; esa cuasi eunuco, en cuyo complejo pasional solo pervive la avaricia y el ansia rencorosa de perder a quienes a ella se confían; esa dueña barbada, celestina en potencia y bruja por esencia, es peligrosa como cimbel de incautos.

De ella arrancan todos los males y ella es, por regla general, la inductora de la joven ingenua o venal que la envía a la caza de víctimas; esa vieja

que, por serlo, tiene toda la ciencia del diablo es la que urde todos esos enredos y la que, con su sádico gozo, se complace en llevar a la ruina a los jóvenes enamorados, por odio senil a la juventud, la belleza y el amor.

En todos estos enredos eróticos siempre anda de por medio una vieja; ella es la que en la trágica *Historia de Amina* (Noches 18 y 19) induce a la blanda esposa del hijo del jalifa a dejarse dar del mercader, a cambio de unas telas, aquel beso de marca, requintado fatídico.

Ahí vemos ya en cierne a la Celestina de Rojas, que no hay que olvidar era un judío converso, y, a fuer de tal, conocedor de las literaturas orientales.

Reunid todos los rasgos psicológicos y todas las hazañas de las mil celestinas desperdigadas por *Las mil y una noches*; fundid en una sola pieza a la vieja Zatu-d-Dauahi, a Dalila la ladina, la madre de Seineb, la trapisondista; a la vieja del cuento del quinto hermano del barbero y a la del de Sobeida, que da lugar a un crimen pasional milagrosamente frustrado, y tendréis la Celestina, con mayúscula antonomástica, de Rojas.

A los rapsodas árabes les faltaron alientos para llegar a esa gran figura representativa y se quedaron en aproximaciones; pero no les faltaron piezas y elementos para forjarla.

La Celestina española, con aleaciones latinas, está en potencia en esas viejas taimadas, enredadoras e inquietas de *Las mil y una noches*, y con nombre de «dueñas» han pasado a nuestra literatura del Siglo de Oro.

La dueña sigue a la tapada como la sombra al sol; es su inseparable, su demonio, la voz de su subconsciente reprimido, la psicoanalizadora de sus complejos y la inductora de sus actos.

La dueña con la tapada—o viceversa—han pasado a nuestra literatura por mediación de la morisca, la mora con-

versa, que comunicó a nuestras mujeres esa costumbre de taparse, que las venedianas tomaron probablemente de las turcas, y de correr las calles, seguidas de una dueña; la tapada y la dueña fueron personajes reales de nuestra vida nacional, y por eso en ninguna otra literatura se produjo ese arquetipo perfecto y definitivo de la Celestina de Rojas.

La tapada y la dueña, de abolengo morisco, arraigan tanto entre nosotros, que llegan juntas hasta el siglo XVIII y dan materia a Goya para llenar cartapacios de láminas satíricas. Luego, la libertad de las costumbres ahuyenta esos fantasmas; pero aún hay una supervivencia de ellos en la dama que coquetea cubriéndose la cara con el abanico y en la señora de compañía, en la «carabina» de la novela rosa.

### LAS BUENAS AMIGAS, CONFIDENTES Y MADRINAS

Esa vieja de la *Historia de Alí-ben-Bekkar y Schemsu-n-Nehear* (Noches 138 a 147) que, al oír a este lamentarse a gritos, por las calles, de su amor sin esperanza, se convierte en celestina a impulsos de la piedad, y, en el deseo de hacer una obra buena, rehabilita el tipo de la dueña venal, nos indica que el amor en Oriente encuentra también auxiliares desinteresados. A esa categoría pertenecen esas amigas, confidentes y madrinas, de un rango que las pone a cubierto de toda sospecha de venalidad y que proceden por pura simpatía al ayudar al amor ajeno mal correspondido o que tropieza con dificultades, sacrificando a veces su propio amor.

A la cabeza de todas esas mujeres debe figurar la heroica y abnegada Asisa, que, contra sus propios intereses sentimentales, ayuda a su primo Asis,

y después de ella, esas otras mujeres, delicadas y sensibles, que hacen de terceras graciosas, sirven de confidentes a un amante contrariado, consuelan sus penas y enjugan sus lágrimas con el pañuelo de una ternura fraternal, se encargan de la estafeta amorosa y desafían generosamente peligros materiales y hasta el moral de incurrir en mala nota ante la opinión.

Entre tales mujeres debemos colocar a Nasim, la hermana de Sinu-l-Mauazif, que, en la forzada ausencia de esta, distrae la melancolía de Mesrur y sirve de intermediaria postal entre los dos amantes, escribiendo los sobres con su letra para que el marido, celoso y receloso, no se alarme.

Por cierto que Mesrur se encariña tanto con su confidente Nasim, que la joven soltera llega a escamarse de tanta asiduidad y previene al joven del peligro de que pueda creer la gente que le ha transferido a ella el amor que le tiene a su hermana y que, en vez de una novia, tiene dos.

En lo que Nasim se acredita de ayuda, pues esa transferencia al médico es el riesgo inherente a toda cura psíquica y por eso hace muy bien en alejar al joven.

Otro caso de ayuda desinteresada, y quizá con algo de sacrificio, es la que a Hasán, el joyero de Bazra (Noches 437 a 465) prestan aquellas jóvenes, sobrinas del *scheij* de los pájaros, a cuyo alcázar llega huyendo de las insidias del persa hechicero y asesino ritual de jóvenes musulmes.

Esas jóvenes son también enemigas juradas del mago y es natural que acojan bien a Hasán y le presten hospitalidad en su castillo; pero hay una entre ellas que va más allá en sus simpatías por el joven y le muestra tal ternura que hace sospechar si no estará enamorada de él y ese nombre de hermana con que quiere la llame no será un eufemismo impuesto por la circunstan-

cia de saber que Hasán dio ya su corazón a la mujer-pájaro de la historia y únicamente por ella alienta y sufre.

Sea como fuere, la «hermana», en sentido místico, de Hasán se porta con el joven como una verdadera hermana de las buenas y hace todo lo posible porque logre unirse con la mujer-pájaro y lo pone en contacto con su tío, el *scheij* de las aves, para que le preste su poderosa ayuda, y lo asesora e ilustra sobre lo que ha de hacer cuando la joven acuda con sus dos hermanas a bañarse en la piscina del alcázar, que es—naturalmente—quitarle el traje de plumas y esconderlo, para que no pueda volar y escaparse de entre sus manos; gracias a todo lo cual consigue el joven finalmente tener entre sus brazos a la esquivia.

Es la «hermanita» el alma de toda aquella conjuración en favor del triunfo amoroso de Hasán; la única que no le abandona en esa lucha en que sus hermanas llegan a cansarse y darse por vencidas; la hermanita persiste en su piadoso empeño hasta el final y su ternura, su identificación completa con el cuitado amante, al que proporciona la amarga voluptuosidad de llorar juntos, son las que confieren al joven el valor necesario para aguardar el triunfo.

Estas relaciones de fraternal amor y confianza, de cordial unión más allá del amor y de forzoso egoísmo, son de tal encanto y belleza que han pasado a ser elemento estético y un valor emotivo en la novela romántica de los tiempos modernos, donde ese imposible anhelo de un amor superior al amor se da por realizado, y concreción de esa utopía sentimental la tenemos en esa figura del «hermano de leche» que aparece con tanta frecuencia en la literatura romántica, mostrando una ternura y una lealtad que, de una parte, los hace superiores a los hermanos por la san-

gre, por la ley, y de otra, a los amantes de la rama erótica, que también representan una ley, un imperativo biológico.

Rara es la novela romántica del siglo XIX en que no aparecen esos «hermanos de leche» enterneciendo al lector con su afecto desinteresado, noble y servicial—y sobre todo invariable—, que cura las heridas del otro amor hiriente, siempre algo hostil, pues responde a ese instinto erótico que siempre tiene algo de lucha y brinda al alma y los sentidos de esos beligerantes del combate amoroso esa blanca paz de que paradójicamente están ansiosos.

Mirsauán, el «hermano de leche» de la princesa Badur, corriendo luengas tierras y desafiando peligros terribles por hallar al príncipe que adora su hermanita, y no parando hasta traérselo a la torre, donde, por loca, la tiene su padre recluida con camisa de fuerza, es algo enternecedor y sublime, y ese rasgo suyo realza su valor, si pensamos que el hermano de leche de la princesa, hijo de su nodriza y, por tanto, muy inferior a ella en la escala social—siempre ocurre así en la novela romántica—, ama acaso en secreto a su encopetada hermana, y se sacrifica y reprime sus impulsos, en acto de reconocimiento de su inferioridad y de delicado respeto a ese leve matiz incestuoso que pudieran tener sus pretensiones amorosas.

Da motivo a la suspicacia el hecho de que, al aparecer Mirsauán en escena, regrese de unos viajes que han durado años y que quizá fueran en el fondo una fuga, un recurso contra la tentación.

Sea como fuere, es interesante notar que el «hermano de leche» tiene ya constancia literaria en *Las mil y una noches* y asume en ella el valor expresivo de un ideal, de una sublimación de la libido erótica del hombre.

## LAS HETERAS.—TAUADDUD

Para terminar esta revista de los factores que intervienen en el amor oriental debemos mencionar dos clases de mujeres que, en el fondo, vienen a ser una: esclavas y cortesanas.

Hay en la sociedad islámica una clase de mujeres cultas, bellas y refinadas, que son, en realidad, las que mantienen en ese mundo de mercaderes y guerreros el interés por el amor, el arte y el saber, pues viven exclusivamente para la voluptuosidad, el lujo y los placeres delicados del espíritu. Representan a un tiempo el esplendor y la miseria de esa civilización oriental, que, cual todas las civilizaciones antiguas, admite como un hecho natural la esclavitud.

Esas mujeres selectas, dignas de ceñir diadema en una corte de amor y de poesía, son esclavas. Las raptó en su infancia algún negrero beduino que, incapaz de apreciar sus naturales dotes, las vendió a otro mercader más inteligente, el cual las pulió y educó como a princesas, sin escatimar gastos, con la idea de resarcirse luego, transfiriéndolas a un sultán o emir codicioso de tales perlas para ornar su harén.

A veces son esas mujeres las supervivientes de un naufragio familiar y poseen ya una educación completa, cuando pasan a manos del mercader, al que se ofrecen ellas mismas, en su desvalimiento y orfandad.

El mercader de esclavas resuelve el problema de la mujer en ese Oriente donde faltan instituciones filantrópicas y no existe el refugio del convento, al que muchas de esas mujeres habrían ido a parar entre nosotros.

Esas *chariyats* árabes vienen a ser, en la sociedad musulmana, lo que las heteras entre los griegos. La esclavitud material les abre la puerta de la libertad espiritual y les permite recobrar su posición perdida, ya que pueden llegar

a ser, con sus encantos extraordinarios de alma y cuerpo, las favoritas y consejeras de algunos de esos monarcas sensuales y torpes. Cada una de ellas es una Aspasia en potencia.

No hay, pues, que compadecerlas demasiado, dentro del marco social en que en Oriente se mueve la mujer y que hace de todas ellas unas pobres esclavas. Dentro de ese régimen imperialista, que fue antaño peculiar a todos los pueblos orientados hacia la guerra, la *chariyat* árabe resulta incluso privilegiada entre sus compañeras de sexo; no rigen para ella con tanta severidad las reglas del recato, puede entrar y salir (con la guardia, desde luego, de una dueña o un eunuco), cuenta con un presupuesto abundante para sus gastos y caprichos, es libre para disponer de su corazón y no está obligada a otra cosa que a aguardar en su confortable aposento del harén la hora consabida en que su dueño, cansado del despacho de sus asuntos o de otras distracciones más rudas, la llame para que le despeje el ánimo con su canto o su baile o sencillamente para mostrársela a sus amigos en un alarde posesorio, como una joya rara.

Lo único que en realidad aflige a esas mujeres es el hastio, la falta de un amor serio, de una gran pasión, pues por lo demás su vida es semejante a la de nuestras profesas en cenobios de media clausura, y esos harenes, reservados, en cuyo interior hay toda clase de comodidades y lujos, y cada mujer tiene su pabellón aparte, vienen a ser como conventos en que las pupilas viven cual «señoras de piso», con absoluta independencia, con su servidumbre especial, en ocio completo, como adoratrices de un señor que a veces permanece largo tiempo invisible y en ocasiones ni siquiera se acuerda de que esas cantoras o citaristas que le recrean el alma y los sentidos son mujeres.

Por mucho que nos hiera nuestra sensibilidad y subleve nuestra conciencia de hombres modernos esa institución del harén musulmán, supervivencia de épocas bárbaras, hemos de reconocer que, gracias al harén, los pueblos de Oriente se han librado del burdel europeo y del horror de la mujer proletaria, y que la vida de esas reclusas no debía ser tan triste cuando, al abolir los jóvenes turcos de Kemal Pachá esos refugios femeninos, fueron muchas las mujeres que los abandonaron con dolor y salieron de ellos llorando como de un paraíso.

En todo hay grados, y la esclava de precio, la tasada por los mercaderes del artículo en diez mil dinares, esas mujeres exquisitas que solo un gran señor podía comprar, estaban destinadas a una vida de ocio y refinamiento y quizá de poder, y eran como pájaros delicados tenidos en jaula de oro, de la que, por otra parte, podían esperar salir gracias a un impulso de generosidad de su dueño en un momento de entusiasmo.

Frecuente es el caso, comprobable en estas historias, de que uno de esos grandes señores, emocionado por el talento de esas esclavas artistas, las invite a pedirles lo que quieran; momento que ellas aprovechan para pedirle su libertad.

Otras veces, en un arrebató de admiración, lo que hace el emir, dueño de tal tesoro, es llamar al cadí y los testigos y casarse con la esclava excepcional, que pasa a ser señora.

Por lo demás, esos grandes señores, aquejados de esplín oriental, lo que más suelen apreciar en esas mujeres es su arte de guitarristas o cantoras, con el que disipan sus ratos de murria, en esos tiempos sin aspirina, y así respetan su autonomía sentimental y están dispuestos a manumitirlas cuando se le declaran enamoradas de otro hombre, y lo realizan, imponiéndoles la sola

condición de seguir siendo sus cantoras de cámara y acudir cuando él las llame.

Eso ocurre en múltiples historias como en la del noble haschimi, que devuelve graciosamente su esclava al joven que, en un trance de apuro, se la vendió y luego no podía vivir sin ella, y en la de Tauaddud, que se vende para salvar a su señor de la miseria y luego torna a él intacta y con un encarecimiento de prestigio.

Hay en esas escenas de la esclava que se vende por salvar de la miseria a su señor un torneo de ternuras y delicadezas en que triunfa la mujer, armándose de valor como una madrecita para decidir al sacrificio al hombre indeciso y acallar sus escrúpulos, y no habrá quien no se conmueva ante esa recomendación reiterada de Tauaddud a su dueño, cuando ya este se encuentra propicio a acceder a conducirla al zoco, de que no la venda en menos de diez mil dinares.

Gracias a eso sabemos también el precio de una Aspasia mora en el mercado de las esclavas: diez mil dinares; eso es lo que habrían valido la famosa Corina (y su creadora madame de Stäel) en el zoco de Bagdad.

Para alcanzar ese precio era menester ser tan docta como madame de Stäel y tan bella como Corina; había que dominar todas las artes permitidas entre los musulmanes, es decir, todas menos la pintura; poseer a fondo toda la ciencia de aquel tiempo, incluso la Teología y la Medicina; saber descifrar acertijos y rompecabezas, saberse de memoria el *Corán* y poder interpretarlo, según las cuatro claves ortodoxas, y, para que nada faltase, dominar el complicado juego del ajedrez, a fin de poder echar una partidita con el gran señor cuando lo desease, y, finalmente, salir airosa de un examen con maestros de cada una de esas disciplinas, y no solo salir airosa, sino vencer y poner

en trance de suspenso al severo y competente tribunal.

De todas esas pruebas sale victoriosa Tauaddud, en presencia del jálifa Harunu-r-Raschid, que actúa de juez supremo, y cuando este decide comprar a la sabia *chariyat* para ornato de su harén y abona los diez mil dinares de su precio, invitándola, además, a pedirle una gracia, que habrá de concederle, aunque se trate de la mitad de su reino, Tauaddud le pide solamente que la devuelva a su antiguo señor, lo que el jálifa, generoso y leal, hace en el acto, sin más condición que la de que amenice sus veladas, tras el velo, cuando él se lo ruegue.

En Tauaddud resplandecen en grado igual y máximo el sentimiento y el saber de la hetera islámica, de esa flor de cultura que, aun descontando lo que en ella hay de superstición y de rutina, representa el saber de los sabios de aquel tiempo, pues Tauaddud los bate en su propio terreno y acredita su superioridad en lo que entonces constituye la cultura.

Por cierto que esa página del examen que viene a ser recíproco entre Tauaddud y los alfaquíes es un documento precioso que nos permite ver lo que en aquel tiempo debía saber una persona para que se le reputase docta y hasta doctora, y por ella y por esa otra página en que se describe la controversia entre Sayyidetu-l-Muschaij y un letrado varón, podemos ver también que la mujer musulmana o, por lo menos, algunas de ellas, no solo podían equipararse al hombre en punto a saber enciclopédico, sino que lo aventajaban en ese feudo propio del varón.

Las Tauaddud de *Las mil y una noches* no son figuras aisladas, sino exponentes—como decimos hoy—de una amplia floración cultural sostenida por mujeres, y que se manifiesta no solo en el jálifato de Oriente, sino también en el de Occidente, en esta nuestra Espa-

ña árabe, que se ilustra con los nombres de mujeres como Ammatu-r-Rahman y otras, dignas de regir cortes de amor y gaya ciencia cual la famosa de Clemencia Isaura, y de incluirse en ese movimiento cultural femenino que, en los siglos medios, se observa en toda Europa, que hace venir a Córdoba, curiosa de saber, a la monja Hrosvita, repitiendo el caso de la reina de Saba, y que, en el siglo XV, impulsa a la reina Isabel y sus damas a estudiar el latín en la Gramática de Nebrija.

En ese movimiento cultural tienen su puesto de honor esas *chariyats* árabes, cuyo precio en el mercado era de diez mil dinares y cuyo corazón no tenía precio.

Mujeres esclavas con alma de princesas, que llevaban en sus frentes un estigma de esclavitud que sabían convertir en un lucero y, en virtud del cual, se nos hacen más preciosas y amadas y pierden el matiz de pedantería que pudieran tener si las viéramos en el salón francés de las preciosas; su condición de esclavas nos conmueve, añade piedad a la admiración y, como el gran Maeterlinck, nos enternece y nos indignamos al pensar que esas señoras del saber, esas refinadas artistas, eran flores maravillosas en una ciénaga infecta y se habían formado en la bárbara academia de la trata de blancas.

### LAS MERETRICES.—LA HIJA DEL «SCHEIJ» TAHIR-BENU-L-ALA

Pongamos en la serie de esas mujeres abnegadas a la hija del *scheij* Tahir-benu-l-Alá, ese proxeneta que aparece en la historia *Del raro lance que le ocurrió a Harunu-r-Raschid con el joven Al-Amani* (Noches 511 a 513), esa historia reveladora que nos muestra un meretrício, funcionando en la Bagdad de Harunu-r-Raschid, y nos inicia

en las intimidades de su actividad profesional, con detalles sobre la calidad y el precio de sus pupilas y el régimen de vida que estas guardan y que son, por lo demás, análogas a los de sus similares de Occidente.

El referido meretrício está situado en un pico de la ciudad, frente al Dichle, que conduce continuamente viajeros a la corte de los jalifas, de suerte que su posición no puede ser más estratégica; haciendo de cimbel para pescar clientes, suele estar sentado a la puerta del edificio el propio dueño o lenón, el respetable *scheij* Ibrahim, personaje imponente, que, sin embargo, deja traslucir en su lujo recargado y en su gesto obsequioso ese afeminamiento propio del proxeneta, que le convierte en un pregón vivo de su mercancía.

El *scheij* Ibrahim es, bajo su apariencia zalamera, un hombre de carácter duro, rígido y despiadado tocante a la buena gestión de su negocio; tiene tarifas señaladas y cobra por anticipado; su casa es una especie de parador y café cantante y hasta de garito donde se canta, baila y juega y se puede pasar la noche con una chica guapa, si así se desea; es un harén en el que un hombre con dinero, sea de la clase que fuere, puede sentirse y obrar como un gran señor.

Por lo demás, esas uniones temporales se llevan a cabo con formalidades que recuerdan los matrimonios que los viajeros del Extremo Oriente nos describen al hablar de las *geishas* del Yoshiwara de Tokio y que sirven de argumento a la patética novela de Pierre Loti *Madame Chrisantème*. Esas uniones se conciertan por meses o por lunas, y son en ese tiempo verdaderos matrimonios en que ambos consortes viven enteramente el uno para el otro; luego se deshacen, a menos que el cliente quiera prorrogar el contrato.

El joven ománi de la historia, que acaba de realizar un buen negocio y



dispone de un bolso lleno, entra en el establecimiento del *scheij Ibrahim* y va recorriendo en línea ascendente toda la escala de sus pupilas, hasta llegar a la más cara, que es la propia hija del lenón. Esta acredita su precio hasta tal punto que el joven viajero prorroga su contrato con ella varias veces, hasta que se queda sin dinero y se encuentra en el trance de abandonarla.

Pero entonces surge el inesperado milagro; el amor ha florecido en ese terreno árido y hostil y la cortesana se ha convertido en una novia apasionada, capaz de todas las generosidades sublimes.

Tampoco ella puede resignarse a la separación y, para retener al amante, ella misma compra sus noches de nupciales júbilos, dándole, de sus ahorros, el precio que debe abonarle a su padre.

Viven así todavía una temporada de feliz unión ambos jóvenes, hasta que una esclava denuncia a la enamorada sublime y, enterado el rapaz lenón, arroja de allí al tramposo huésped, después de hacerle azotar por sus esclavos, y confina a su hija en sus habitaciones, vigilada por severos guardianes, para evitar su fuga.

Pero la joven no puede olvidar a su amante de unos meses; como las heroínas de los cuentos más románticos niegase a probar alimento, enflaquece y se marchita y pierde esa belleza que constituía su valor comercial; la cosa llega hasta el extremo de que el proxeneta se acuerda de que es padre también y se alarma y termina por mandar emisarios en busca del hombre que, con el suyo, es el único que puede salvar a su hija, que se muere de amor.

Así están las cosas en la casa de la orilla del Dichle cuando el joven omani, que, entre tanto, ha hecho otra vez fortuna, se presenta allí, a la querencia del amor que dejó; acógelo ahora el feroz proxeneta como un padre y lo conduce a los aposentos de la hija que,

no bien lo ve, queda en el acto curada de sus males y recobra su hermosura, que ya en adelante no recreará la vista sino de su esposo, en la inviolable intimidad del harén.

Esta es la historia que su protagonista cuenta a Harunu-r-Raschid y que este escucha, justamente maravillado y conmovido, igual que la leemos nosotros hoy, pues hallamos en ella la raíz emocional de esas novelas románticas de Occidente, que nos refieren el prodigio de la cortesana, sublimada por el toque de gracia del amor.

### UNA LECCION DE BUEN AMOR

Con esta historia del joven amani se completa la casuística erótica de *Las mil y una noches* y se agota el tema del amor como argumento novelístico; el rapsoda ha recorrido toda la escala y nos ha presentado modelos de todos los amores: del bueno y el malo, del que da la vida y el que da la muerte; todo ello sin comentario ni moraleja explícita, cual una exhibición de estampas a elegir.

Conforme a su lema coránico, *Las mil y una noches* se limitan a poner ejemplos, a mostrar caminos, dejando a la elección del que lee el que deba elegir; su objeto es proporcionar materia de reflexión a los que reflexionan.

Falta en *Las mil y una noches* una pedagogía erótica explícita; los autores se limitan a poner ante los ojos los peligros de la pasión amorosa, la importancia de lo que el hombre y la mujer arriesgan en ese juego tan serio, la felicidad en esta vida y acaso también en la eterna.

Hay, así, en esas historias, de una parte, una involuntaria apología del amor exaltado, libérrimo, absorbente, y de otra un alegato implícito a favor del amor razonable, sometido a lo que la Ley, basada en la experiencia, prescri-

be y determina, o sea, pugna romántica entre la voluntad de los padres y la libre elección de los jóvenes.

Generalmente, todos esos amores repentinos, espontáneos, irreflexivos, acaban en tragedia, como los de Schemsun-Nahar, o solo se logran al precio de tremendos y azarosos trabajos, y, lo peor de todo, siempre se corre el riesgo de una mala elección, de pagar la escoria al precio de oro puro.

Tal es la consecuencia que se desprende de la *Historia de Kamaru-s-Semán y su amada* (Noches 516 a 523), Halima, la mujer del joyero mae-se Obaid, esa mujer soberbia, vanidosa y falaz, prototipo de la adúltera, en la que el ingenuo de Kamaru-s-Semán cree encontrar el ideal de la belleza y el amor.

Esa Halima de la historia es un tipo curioso de mujer, en la que se dan rasgos de leyenda; casada con el mejor joyero de la ciudad en que vive el matrimonio, hombre opulento y amante marido, que quiere a su mujer como a su joya más preciada y le permite hacer vida de sultana, es una ambiciosa descontenta que aspira a ser una sultana de verdad.

Y logra, por lo menos, el privilegio de serlo un día a la semana, los viernes, en virtud de una gracia que el alifia concede a mae-se Obaid en premio a cierta labor de orfebrería que le ha hecho.

Todos los viernes, pues, Halima recorre las calles de la ciudad como una reina, o, dicho de otra manera, como una de esas princesas doncelliles de los monarcas orientales que ningún hombre puede ver so pena de la vida, y a cuyo paso deben cerrarse todas las ventanas y esconderse todos los transeúntes.

De esa manera satisface Halima cada viernes su orgullo; recorre la ciudad, vestida de gala y tocada de diadema—será de ver la diadema que para

ella habrá labrado su esposo—, montada en su caballo y precedida de esclavas armadas y con facultad de dar muerte al hombre que encuentren atisbando su paso.

Hay ahí un detalle de sadismo narcisista, y es fácil inducir la clase de placer egolátrico que experimentará Halima, digna por su belleza de tal apoteosis, pensando que se ofrece como un ídolo inaccesible a la contemplación de los hombres que, escondidos, la acechan; sintiéndose mirada y deseada por mil corazones que palpan de angustia erótica y mortal.

Cabría pensar en una enemiga del amor y de los hombres, en una mujer en quien la vanidad suplanta todo otro sentimiento, si no nos la mostrara la historia en un aspecto muy distinto, en el de su intimidad doméstica, reduciendo su talla de heroína de leyenda a las sencillas proporciones de una casada insatisfecha, de una protagonista de novela de Felipe Trigo.

Halima es eso sencillamente: una insatisfecha, una desencantada del matrimonio, que, al lado de un marido vulgar, demasiado absorbido por su negocio, demasiado atento a sus perlas y joyas, se olvida con frecuencia de aquella perla viva, humana, que tiene en su tesoro.

Así se desprende de la facilidad con que corresponde a la pasión del joven Kamaru-s-Semán, que ha llegado a la ciudad atraído por la pintura que de la extraña mujer le hizo un *dervisch* vagabundo; desde el momento que Halima se da cuenta del amor del muchacho, al que las joyas le sirven de pretexto para acercarse a Obaid y granjearse su amistad, ya Halima es otra mujer, toda pasión, y son verdaderamente admirables el valor y la astucia que despliega para hacer que su marido introduzca en la casa al joven cliente, y el arte que se da luego para engañar a aquel y despojarlo finalmen-

te de sus riquezas y huir con su amante del alma.

Por cierto que Halima, antes de entregarse, procede como la Dalila de la historia de Asis: pone a prueba la pretendida pasión del joven, yendo a visitarlo en la alta noche, para ver si el amor lo tiene en vela, y al hallarlo dormido, se retira, dejándole sobre su pecho esos mismos objetos simbólicos que Dalila le deja a Asis, como un reproche y una advertencia.

Kamaru-s-Semán, como Asis, es un ingenuo y, como aquel, se duerme profundamente cada noche, como un niño, hasta el alba, sin que llegue a darse cuenta de las misteriosas visitas de Halima.

Tan honrado y profundo es el sueño del joven, que no se despierta ni con los besos mordisqueantes de la deseosa, que le dejan la cara llena de señales que, al despertar, atribuye ingenuamente a los mosquitos.

Gracias a que otra mujer, la maestra barbera de la ciudad, le ayuda a descifrar el enigma, y así, finalmente, una noche la joyera lo encuentra despierto y en estado de corresponder cumplidamente a sus ardientes y un poco sádicas caricias, que hacen sangrar como puñaladas.

A partir de esa noche, ya la mujer del joyero se entrega plenamente a su adúltero amor y pone en él un ardor, una tenacidad y una honradez que, en cierto modo, lo legitiman; la adúltera lapidable, según la ley, llega con Kamaru-s-Semán a los límites de lo sublime.

No hay cosa a que no se atreva por él y hasta por un lujo estético hace objeto al marido de bromas que podrían costarle la vida; cierto que hay mucho de amor propio en su amor, pero eso no resta grandeza a su heroísmo de amante.

Finalmente, la adúltera llega a las últimas consecuencias: decide fugarse

del hogar conyugal y marchar con el joven a su tierra, y, antes de hacerlo, corona su hazaña robando al marido para enriquecer al amante.

Es una jugada redonda que acredita la calidad excepcional de esta mujer, igualmente lista que brava y de un potencial de amor y de odio que rebasa la medida corriente.

Puede creerse que esa adúltera lo ha sido por deficiencia marital y que, en adelante, si llega a casarse con Kamaru-s-Semán, será para él una esposa modelo, irreprochable; mas el padre del joven, que es hombre de experiencia, no lo cree así; piensa que un día puede hacer con él lo que hizo con su primer esposo y, al presentársele Kamaru-s-Semán con ella, la recluye en una torre de la casa, en compañía de la esclava que fue su cómplice en el adulterio.

El padre de Kamaru-s-Semán quiere para esposa de su hijo una joven cándida y pura como una luna nueva, la novia ideal del primer amor, y va dilatando la cosa hasta dar lugar a que el marido burlado se presente allí, en busca de la adúltera, para recogerla o castigarla.

Sucede así y, a la vista del marido, ante el que se siente doblemente culpable, pues le robó su mujer y en complicidad con esta sus bienes, experimenta Kamaru-s-Semán una crisis de contrición vivísima, que le hace arrojarle a sus pies, demandando perdón, y lo torna propicio a obedecer las sugerencias paternas.

Termina la historia con la muerte de la adúltera y la esclava, a manos del marido, y el matrimonio de Kamaru-s-Semán con la novia elegida por su padre, que es nada menos que la hija del *Scheijú-l-Islam*; maese Obaid, por su parte, se casa con la hermana de Kamaru-s-Semán y la tragedia se neutraliza con ese final alegre y sainetesco de la doble boda.

Trátase, en el fondo, de una lección de buen amor, que diría el Arcipreste, análoga a la que el persa Chami nos da en su *Poema de Salamán y Absal*; de una advertencia para los jóvenes incautos que creen encontrar el verdadero amor en su primera salida por el mundo al volver de la esquina, cuando solo se trata de un espejismo creado por su fantasía erótica.

Esa es la tesis del cuento; pero, bien miradas las cosas, siempre nos quedará la duda de si el padre de Kamaru-s-Semán privó a esa adúltera, que tan bien sabía amar, de una ocasión de rehabilitarse en su casamiento con el joven y si no habría sido más justo admitiendo en su justicia un poco de gracia y no condenando en absoluto a esa mujer en nombre de su pasado.

Esa adúltera merecía un poco de piedad, no solo porque amaba mucho a su elegido, sino porque representaba una reivindicación femenina ante el despotismo de la ley forjada por los hombres y el desenlace de un complejo morbosos, de esa misma ley derivado.

Pero en el fondo acaso el padre de Kamaru-s-Semán tenga razón; no es de fiar una mujer que engaña al marido y siempre supone riesgo tomarla por esposa, aunque haya sido una perfecta amante.

Con el desenlace de esta historia su anónimo autor se hace portavoz de la sabiduría popular, expresada en miles de refranes, y formula una advertencia implícita a los jóvenes irreflexivos, indicándoles cuán arriesgado es eso de elegir por sí mismos, prescindiendo de la experiencia de los padres.

La historia de Kamaru y Halima es una lección de pedagogía erótica en la que el romanticismo de *Las mil y una noches* queda derrotado por el buen sentido burgués.

## UNA APOLOGIA DE LA VIRGINIDAD

En relación con lo que antecede, podemos recordar *La historia prodigiosa del espejo de las vírgenes* (Noches 710 a 717), que viene a ser una apología, un tanto irónica, es cierto, de la virginidad de la mujer que ha de ser nuestra esposa.

Decimos irónica, porque las dificultades con que el joven príncipe tiene que luchar hasta encontrar una virgen en todo el ámbito del islámico imperio, valiéndose del espejo mágico que le entrega ese mítico personaje, el *scheij* de las Tres Islas, respresenta una sátira contra las mujeres y revela un escepticismo sobre el particular muy propio de la alegre musa de Boccaccio y de la mordaz del Aretino.

Toda la parte de la historia en que se describen las prolifas pesquisas del príncipe, en compañía de su fiel Mubarak, a la búsqueda de una virgen, armado de su espejito mágico (poetización del *speculum* clínico), está tratada en ese tono ligero y zumbón de los escritores licenciosos, en cuya literatura la rareza o nulidad de ese atributo femenil constituye un tópico.

Solo una virgen encuentra el príncipe y su servidor en el curso de aquellos reconocimientos a que someten a todas las muchachas decentes de Egipto y Siria y Persia, que dan siempre una reacción negativa ante el espejo, dejando malparada la reputación de su sexo, pues de ahí se infiere que no hay en todos los harenes honorables del imperio más que una chica decente.

Y esta señorita excepcional, esta miss impoluta, Latifa, si ha logrado conservar su precioso atributo, es porque el propio *scheij* de las Tres Islas veló siempre sobre ella, con la mira de dársela en esposa al príncipe, de cuyo padre era amigo.

Pero, dejando aparte lo que la historia tiene de simplemente traviesa y divertida, debemos fijarnos en su serio meollo, de intención didáctica, de buen consejo a los jóvenes. Y esa intención aparece desde el principio en la recomendación que el sultán, padre del príncipe, hácele a este al morir, de que cave en un subterráneo de la casa, donde el joven encuentra seis estatuas de inestimable valor y un pedestal vacío, destinado a otra estatua de valor todavía más grande que el *scheij* de las Tres Islas ha de proporcionarle.

Ahora bien: esa séptima estatua es la propia Latifa. Hay ahí, como se ve, un encarecimiento de la virginidad expresado en varios símbolos y metáforas. El *scheij* de las Tres Islas le dice al príncipe, al entregarle a Latifa: «Te doy el único tesoro que es inestimable. Y ese tesoro, más valioso que todas las estatuas de diamante y todas las pedrerías de la tierra, es esta joven virgen. Porque la virginidad, unida a la belleza del cuerpo y a la excelencia del alma, es la panacea que compendia todos los remedios y vale por todas las riquezas.»

Por eso es tan rara y tan difícil de reconocer. «Es algo sutil—dicele el *scheij* al príncipe—que no sale a la cara ni se puede reconocer por el olor. Ese conocimiento solo es patrimonio de Alá y sus elegidos.» En lo que puede advertirse un eco del célebre proverbio de Salomón:

«<sup>18</sup> Tres cosas me son ocultas; aún tampoco sé la cuarta:

»<sup>19</sup> El rastro del ángulo en el aire, el rastro de la cubeta sobre la peña, el rastro de la nave en medio del mar y el rastro del hombre en la moza» (capítulo 30).

La historia prodigiosa del espejo de las vírgenes parece una versión oriental de la leyenda caballeresca de Occidente titulada *El príncipe Selim de Balsora o el anillo prodigioso*, sin más diferen-

cia esencial que ser en esta última un anillo, y no un espejo, el que revela la existencia de la virginidad en la mujer.

La lección es la misma y con razón dice Roso de Luna en su comentario:

«Esta historia es una guía completa de conducta para la juventud alocada.

»Diríase que se trata de un primitivo y anónimo *Telémaco* escrito en los países babilónicos hace miles de años y transmitido por la tradición oral, que lo ha hecho llegar hasta nosotros, pasando de labio en labio hasta cristalizar en esa deliciosa *Biblia* que se llama *Las mil y una noches* y pasar desde ella a nuestros pliegos de cordel.»

## DEL AMOR AL ODIO

### EL TEMA CAINITA EN «LAS MIL Y UNA NOCHES»

A los grandes amadores de *Las mil y una noches* opónense los grandes odiadores, generalmente a impulsos de la envidia.

La envidia es una pasión típica de la literatura oriental; el envidioso es en ella un personaje fatídico, siempre al acecho, y del que hay que guardarse con fórmulas de exorcismo, pues no se sabe dónde está ni quién es; pero sí es axiomático que el envidioso existe siempre en las proximidades del dichoso y está siempre tramando su pérdida y haciendo obras de maleficio en su daño.

El envidioso se encuentra al lado de los reyes, a veces a su diestra, masculando frases mágicas de ruina por entre sus barbas respetables de visir; en toda corte está ese visir, envidioso de sus colegas, de los demás familiares del monarca y a veces del monarca mismo, en cuyo trono ambiciona sentarse.

La envidia es una pasión dominante en esos hombres biliosos, de hígado

alterable y de una efectividad que raya en lo morboso; la envidia es un genio fatal y malévolo que anida lo mismo en las cortes que en los hogares modestos y provoca tragedias públicas y domésticas; no hay quien se vea libre de esa plaga en ese Oriente, donde la ley consagra la desigualdad y el privilegio, y la poligamia establece castas distintas entre las mujeres de un mismo marido y los hijos de un mismo padre.

Esas desigualdades dan una como base legítima a esas envidias, a esos odios entre hermanos, a esa pugna intestina por el amor y el patrimonio de los padres, ya se trate de un reino o de una simple tienda de mercader; pero, además, también a una pugna por el amor, por la preferencia afectiva, que lo propio de la envidia es envidiarlo todo. Yago envidia a Otelio no solo su prestigio público, sino el amor de Desdémona.

Hay pugna de amor, a más de pugna de intereses, en el odio que Cain siente por Abel en el *Génesis* y los hermanos de José por el favorito de Jacob, y esto es lo que hace especialmente complejo el fenómeno de la envidia entre hermanos, de que hay tantos ejemplos en *Las mil y una noches*, pues no siempre es el primogénito el envidiado, sino que a veces es él el envidioso del segundón (tal el caso de Scharkán y Zu-l-Mekán), y es este, el más pequeño, el que, por la ternura especial que inspira a los padres y que lo convierten en un primogénito del corazón, suscita la envidia de sus otros hermanos, y así sucede en el caso del patriarca José, al que su padre prefiere precisamente por ser el menor, el más dócil y amoroso de sus hijos, la última rosa abierta en la vera de su fecundidad, que ya se seca.

Proverbial es la predilección que los padres sienten por el último vástago, que renueva el goce místico del primer natalicio y viene a ser otro primogéni-

to, si se cuenta al revés, según leen los orientales. Benjamin, el hijo venido en razón tardía, para alegrar con sus sonrisas la vejez de sus padres, ha quedado como símbolo de tales predilecciones paternas.

Toda esa casuística fraternal la encontramos ya dramatizada en la *Biblia* y de ella hallamos en *Las mil y una noches* numerosos ecos.

También aquí es unas veces el primogénito y otras el segundón el que provoca la envidia de sus otros hermanos, cual provocó Cain la de su hermano Abel, sin que este le diera el menor motivo, sino porque el propio Jehová le mostraba una predilección que irritaba al primogénito.

En la *Biblia*, pues, en ese libro que parece tan duro, aparece ya alterada la ley de los hombres por la gracia de Dios y consagrados los fueros de los segundones; con razón se dice que en la *Biblia* está todo; tan lo está, que entre ese todo se incluye el romanticismo.

En *Las mil y una noches*, de filiación semítica, encontramos hartas variantes de esas historias bíblicas de odio entre los hermanos, y exaltados románticamente los fueros del hermano menor, en razón a su bondad y riqueza afectiva, a su capacidad de amor y de perdón, que les concede primogenitura moral.

El hermano menor es siempre el más bueno y abnegado, el que echa sobre sí el peso de la carga familiar, que debiera gravitar sobre los hombros del primogénito.

Sobeida, la de la *Historia del alhame*, que no es la mayor de sus hermanas, se porta como si lo fuese, por su actuación tutelar y acorredora con ellas; tampoco el abnegado Chúder (el pescador) es el primogénito de sus hermanos y, sin embargo, asume de buen grado los deberes de tal y es un dechado de hermanos perfectos.

En cambio Scharkán, el primogénito del rey Omaru-n-Nômán, es tan egoísta y celoso de sus prerrogativas de primogénito que se llena de rabia al saber que su viejo padre ha tenido dos hijos, uno de ellos varón, que podría disputarle la herencia del cetro, y se extraña de la corte por no cometer un fratricidio.

Es tal el recelo siempre latente en el corazón de los hermanos de *Las mil y una noches*, el complejo de desconfianza en el primogénito y de resentimiento e inferioridad en el segundón, que en la *Historia del visir Neru-d-Din y de su hermano Schemsu-d-Din*, basta que surja entre ellos una discrepancia cómica al tratar de la boda de sus hijos, que aún no existen, y de sus dotes respectivos, para que Schemsu-d-Din, el menor, se extrañe también, como Scharkán, de su patria, por no ver al primogénito, que a su juicio lo ha menoscabado.

Hay que ver lo impresionables e irritables que son esos hombres de Oriente y la prontitud con que reaccionan ante un supuesto agravio, tomando determinaciones que luego han de serles fatales. De esa alocada resolución de Schemsu-d-Din originanse luego consecuencias funestas que alcanzarán aún a su nieto.

Pero no incurramos en el error de asignar carácter de raza a esa violencia expeditiva de las reacciones psicológicas, pues ¿dónde dejamos a los griegos, esos hombres impulsivos, cuyos gestos impremeditados, pasionales, son la causa de incontables tragedias en los mitos helénicos? La cólera de Aquiles o de Agamenón en la *Iliada* es un cataclismo.

Al proyectar el reflector de la atención sobre los árabes y hebreos no debemos olvidar el inmenso panorama de humanidad que queda en la sombra.

Pero el sentimiento cainita parece, sin embargo, más peculiar de las razas

hebreo-árabes, donde alcanza, según apuntamos, trascendencia teológica y se relaciona con los tremendos problemas de la predestinación y de la gracia.

En general puede decirse que es raro en *Las mil y una noches* el caso de hermanos que se llevan bien; siempre hay uno bueno, blanco de la persecución de los otros malos, y como ya sucede en la *Biblia*, de donde trae su filiación este tema, el cielo se pone de parte del bueno y vierte sobre él sus mercedes y sobre los otros sus castigos.

Siempre—y esto prueba la trascendencia teológica de esas historias—la justicia divina viene, en el trance crítico, en ayuda del inocente, valiéndose de diferentes medios, naturales o sobrenaturales, y, entre estos últimos, de esos famosos genios buenos—los *jinás* de los teósofos—que poseen poderes sobrehumanos y pueden ejercerlos cuando a bien lo tienen.

Es de notar que siempre el hermano bueno ha hecho, a fuer de tal, algún favor al genio que le acorre y lo ha salvado también de un trance crítico.

Tal sucede en la historia de Sobeida y sus hermanas, en que, la genio que acude a frustrar el fratricidio tramado por aquellas y después las castiga transformándolas en perras, fue antes salvada por Sobeida, cuando un genio malo en forma de dragón trataba de forzarla y estaba a punto de lograrlo. Es la ley taliónica rigiendo aun para el bien; la ley de la compensación, manteniendo en el mundo moral el equilibrio, y, a ese fin, la genio impone a Sobeida el triste deber de azotar a sus hermanas cada noche para que no quede impune su delito.

Contra el mal hermano se sublevan todos los poderes invisibles y jamás quedan impunes, siendo su castigo temporal unas veces y otras definitivo, según la magnitud de su crimen. Las malas hermanas de Sobeida recobran

un día su primera forma humana; pero los hermanos de Chúder, que fueron contumaces en el odio fratricida, mueren los dos de un modo trágico.

En la figura de Chúder han vinculado los rapsodas todas las bellezas morales del buen hermano, y en las de sus dos Caines toda la fealdad monstruosa del mal hermano, que es también, forzosamente, un mal hijo, pues el amor fraternal es, como ya observa Valerio Máximo, de raíz maternal y arranca de la madre, en quien los buenos hermanos se miran y se hallan semejantes aun en el físico y sienten la emoción de su consanguinidad.

El mal hermano es también un mal hijo y, en general, un mal hombre, carente del sentimiento de la solidaridad, y aquejado de ese déficit afectivo que los psiquiatras señalan en el delincuente nato como una herencia regresiva del salvaje; los hermanos de Chúder son unos malos hijos, que vejan y despojan a su madre y la echan del hogar y la obligan a vivir de la limosna, mientras ellos se regalan y refocilan; son unos parricidas en germen, que llegarían a serlo de veras si la madre no se sometiera a todos sus caprichos.

Chúder, en cambio, es el prototipo del buen hijo, que ama a su madre y vela por ella y la venera a tal extremo que malogra una vez la conquista del tesoro de Chamardel, por no poder materialmente avenirse a la idea de dejar al descubierto las vergüenzas de aquel simulacro de su madre, con todo y saber que es solo una sombra, que se le aparece en la cueva donde el tesoro está encerrado.

Pero precisamente por su inocencia y su bondad, es Chúder el predestinado para desencantar ese tesoro, que el mogrebi de la historia ha descubierto, pero no puede captar, porque en tales casos es tradicional que el maestro necesite un acólito y así es Chúder quien lo desencanta y recibe en pago del

mogrebi tales riquezas y talismanes, que podría ser con ellos el señor del mundo.

Pero Chúder será siempre un alma generosa, un buen hijo y un buen hermano, y así los dos Caines logran despojarlo de sus tesoros y su anillo mágico y darle, por último, la muerte.

Perece aquí el bueno, dejando malparada a la justicia inmanente; pero esta se manifiesta en el castigo de los fratricidas, uno de los cuales muere a manos del otro, que, a su vez, sucumbe asesinado por la viuda de Chúder, cuyo luto pretendió afrontar con su lascivia.

Pero Chúder no es, por ventura, el único hermano bueno de *Las mil y una noches*, pues ahí tenemos esa pareja de mellizos que forman Noshetu-s-Semán y Zu-l-Mekán, que, desde el principio hasta el final y al través de la larga ausencia y de todos los azares que a ambos les ocurren, mantienen una ternura constante y una lealtad que nunca se desmiente con indiferencias ni olvidos, sin que nada sea parte a romper esa cadena afectiva que viene de la cuna.

Ni el amor conyugal ni el de madre pueden entibiar el que Noshetu-s-Semán siente por su hermano, y su corazón vive en pena hasta que no logra encontrar nuevamente a ese hermano perdido, y cuando así ocurre, esa mujer desgraciada se cree la más feliz del mundo.

En Noshetu-s-Semán desarrolla el amor fraterno el máximo potencial de su fórmula específica, más allá del cual su erotismo inocente iría a parar en lo incestuoso, como en el caso de esos hermanos de la historia del mercader Ayub, que se retiran y soterran en una cueva, lejos de los hombres, para entregarse a su nefando amor, y que, en castigo de ello, perecen abrasados—y abrazados—por divino fuego.

El amor fraternal tiene sus límites,



rebasados los cuales resulta una fuerza retardataria, antisocial, una carga explosiva que se destruye a sí misma.

## LOS BUENOS Y LOS MALOS AMIGOS

En *Las mil y una noches*, en este vasto panorama sinóptico del mundo y de la vida, encontramos de todo, en compensador contraste, y así como hay en este libro buenos y malos hermanos, hay también buenos y malos amigos.

Más de una historia como las de Ali Schar y Abu-l-Hasán, el de Tauaddud, la docta esclava, empiezan pintando el abandono en que los amigos dejan al protagonista, joven pródigo y alocado, cuando se le acaba el último dinar heredado del padre rico.

Estos son los malos amigos de que habla Ovidio con dolor en sus *Tristes*; los parásitos que pululan en torno a la mesa colmada y se van cuando aquella se agota y la indigencia sacude los manteles; son los falsos amigos que solo acuden al estercolero en que Job padece suplicio inmerecido para increparlo, recriminarlo y echarle la culpa de lo que le ocurre.

Tales falsos amigos aparecen registrados en la lírica árabe en fichas epigramáticas de no menos acerbidad y amargura que la célebre lamentación ovidiana; la queja sobre este punto no es exclusiva de los árabes, aunque ellos la expresen en tono más dolido, pues ya en el *Hitopadesa* se leen estas desencantadas palabras:

«Mejor un bosque frecuentado por tigres y elefantes, el hueco de un árbol por morada, frutos maduros y agua por alimento, la hierba por cama, cortezas de árbol por vestido, que la vida entre amigos de un hombre destituido de riquezas.»

He aquí condensada toda una filosofía pesimista de la amistad, muy pro-

pia de esos orientales pródigos que se exceden en el rumbo y la generosidad hasta empobrecerse, y luego no encuentran en sus favorecidos el pago que era de esperar.

Todo hombre demasiado pródigo y amigo de sus amigos acaba por ser un resentido de la amistad, pues se necesitaría ser un Crespo para poder sostener siempre ese rumbo sin tener que poner a prueba un día la generosidad de esos mismos amigos.

El excesivamente dadivoso acaba siendo un pordiosero de los más imoportunos y un hombre indelicado que recuerda los beneficios y se erige en acreedor por favores que nadie le pidió, cual si hubiera puesto a crédito su liberalidad y sus dádivas hubieran sido un préstamo.

Los protagonistas de *Las mil y una noches* tienen el buen gusto de no ase- diar a los amigos con los cuales derrocharon su caudal y, como Ali Schar, solo los buscan una vez y no vuelven a llamar a la puerta que se les cierra; antes que pedir al amigo, que pudiera parecer obligado, prefieren pedir a los desconocidos o dejarse morir de hambre por altivez.

Hay entre ellos y nuestros andaluces, que de ellos vienen, demasiada analogía para que sea menester ahondar en su psicología a este respecto.

También en el cancionero popular andaluz abundan los desahogos sentimentales y sarcásticos contra los falsos amigos no menos que contra el falso amor. Y en ese mismo cancionero abundan también las advertencias a los derrochones inconsiderados, por el estilo de las que Tauaddud dirige a su señor.

Pero el amigo de los días buenos, que te vuelve la espalda en los días malos y que era el compañero de tu fortuna, no tuyo—*Comes Fortunae, non mei*, que dijo Ovidio—, pronto a acudir de nuevo si el sol torna a brillar, no

hace sino declarar el anagrama psicológico de vanidad y engreimiento que hay en el fondo de tales prodigalidades, y no es justo indignarse demasiado con esas aves de paso que ponen precio a sus trinos. Como dijo el poeta Ibnu-l-Hachach con ingenuo cinismo:

Me reprocha la gente: «¿Por qué solo a Hamdú le tributas pletisias  
y a los demás, en cambio, con desdén  
los miras y su trato no cultivas?»  
Y yo contesto lo que antaño dijo  
un poeta que goza primacía:  
«Siempre el pájaro acude adonde hay grano  
y en la mansión del generoso anida.»

Tales amigos no son sino parásitos, y su indigencia confesada los exime de la nota de ingratitud. Te divertieron mientras pudiste pagar sus gracias de bufones y sus hiperbólicos ditirambos, y ahora que ya no puedes se van, como es lógico, con la música a otra parte.

Son otros los amigos cuyo abandono es censurable: aquellos en que el sentimiento de la amistad tiene una base afectiva más sólida y llega a frisar con el de la fraternidad consanguínea.

Es la verdadera amistad un sentimiento análogo al de la fraternidad y es su ideal llegar a confundirse con ella; en todos los idiomas vienen a ser sinónimos los vocablos de amigo y hermano y en árabe la palabra «aj» significa indistintamente hermano y amigo.

La amistad, como la fraternidad, es de raíz tradicionalista, se basa en una comunidad de tiempo vivido, de recuerdos, y toma toda su fuerza del pasado; de ahí que los mejores amigos sean los de la infancia y que, llegado a cierta edad, el alma del hombre se cierre a nuevas amistades, que no tendrían ya tiempo para cuajar. Ni el rasgo más heroico podría conferir a una amistad nueva el poder que da el tiempo a una amistad antigua, a cuyo

lado todas las demás parecen advenedizas.

Aquí, como en otros respectos, el tiempo lo ennoblece y santifica todo. Cicerón, en su *De Officiis*—ese brevulario de la buena amistad—, se complace en describir el bello espectáculo de la que arranca de la infancia y se mantiene inalterable a lo largo de la vida, sin que logre entibiarse esa nieve de los cabellos que agosta las rosas del amor.

Esa amistad es, por ello, superior al amor—con el que también tiene sus puntos de contacto—y es el único tesoro que les queda a los viejos; incluso el amor, cuando no muere en el camino, viene a parar en una amistad buena.

Esa amistad es la que impone deberes—*officia*—, faltar a los cuales constituye un crimen de matiz fratricida. Las faltas contra la amistad son tanto más graves cuanto que el hombre defraudado por el hermano busca su compensación en el amigo y la amistad es de libre elección y reposa sobre la confianza.

El buen amigo es un ideal de los hombres y siempre fue estimado como un gran tesoro; el *Hitopadesa* es un tratado del arte de adquirir amigos, los *Proverbios* salomónicos y los refranes de todos los pueblos encarecen el valor de una buena amistad, acrisolada por el tiempo, y hay un proverbio chino que compara la vista de un amigo en tierra extranjera con la lluvia después de una larga sequía (*Kiu han fung kan yu t'ha hiang yu ku chi*).

A ese ideal del hombre responden esas creaciones literarias que nos muestran parejas de amigos fraternales como las de Orestes y Pílates, Aquiles y Patroclo, Damon y Pitias entre los griegos y que han quedado proverbiales, pues en ellas la amistad se contrasta, como el amor, ante la muerte.

El buen amigo es tan digno de elogio como el mal amigo lo es de vitupe-

rio, en razón a la delicadeza y santidad del sentimiento que traiciona.

Los griegos valoraron tanto la amistad que llegaron a matizarla de tonos sospechosos, y sus filósofos fundaron sobre ella una teoría erótica que ha servido luego de base dialéctica y apologética a los modernos intersexuales.

El fenómeno nada tiene de extraño, ya que los griegos, como todos los pueblos antiguos, de base exclusivamente masculina, ignoraban el verdadero amor (Ulises constituye una excepción en la *Iliada*), y la amistad es un complejo afectivo que lleva implícito en su fórmula el elemento erótico.

El corazón del hombre, siempre tan necesitado del afecto, oscila entre la amistad y el amor, ambos igual de insuficientes ante su ansia infinita de absorción, y busca alternativamente en uno y en otro la compensación al déficit de ternura que sufre.

La amistad, sentida de ese modo, viene a ser un amor tan peligroso como el específico y tan expuesto a traiciones, engaños y desengaños.

Como en el amor, también en la amistad demasiado estrecha suele haber uno que quiere y otro que se deja querer y abusa del amigo, como Asís de su prima Asisa, en el cuento memorable.

La amistad tiene sus límites y en esto, como en todo, los romanos dieron muestras de su buen sentido tratando la amistad como una función cívica, que confiere derechos e impone deberes y cuyo fundamento debe ser la reciprocidad.

### ABU-ZIR, EL BARBERO, Y ABU-KIR, EL TINTORERO

En *Las mil y una noches* tenemos ejemplos de ambas clases de amistades: la que muestra en su proceso rasgos

comunes al de una captación erótica y aquella otra más noble y ecuaníme, más a la romana, que arranca de la niñez y se mantiene a través de la vida con igual mutualidad de afectos y servicios por entrambas partes.

Representan la primera esa pareja de Abu-Zir, el barbero, y Abu-Kir, el tintorero, en el cuento que lleva sus nombres (Noches 506 a 509); la segunda el príncipe Saiful-I-Muluk y su visir Sâid.

En la historia de Abu-Zir y Abu-Kir la amistad nace de la contigüidad; ambos son vecinos de tienda en el zoco y nada nos indica que antes de eso se conociesen.

El cuentista los hace vecinos para agravar más la falta del mal amigo, el tintorero, ya que entre los orientales el vecino, por el trato diario y la proximidad, adquiere categoría de pariente y hasta supremacía sobre el consanguíneo lejano, y puede hacernos tanto bien como daño. Estar bien con el vecino es un consejo de sabiduría tal-múdica, y hay también un proverbio chino que dice: «Parientes lejanos valen menos que vecino cercano» (*yuen tsin pu yu kin lin*).

Por esa razón, más bien que por ninguna otra, parece Abu-Zir condescender con el tintorero, que es un truhán y un pícaro evidente, aun a los ojos del más cándido, aunque lo sea tanto como el buen Abu-Zir.

Desde el principio de la historia puede seguirse el proceso de captación que el tintorero astuto va desarrollando poco a poco cerca de su vecino, el barbero, y que se asemeja al que una mujer astuta pondría en juego para cazar un buen partido, lo que no ha de chocar, pues el hombre malo y la mala mujer tienen que parecerse.

Lo que Abu-Kir va buscando es seducir a su vecino, sacarlo de su ambiente y vivir a su costa, pues el laborioso Abu-Zir es hombre que gana di-

nero y él es un holgazán por naturaleza y filosofía de pícaro.

Tan buena traza se da Abu-Kir que consigue convencer a Abu-Zir para que liquide su barbería y se vaya con él a correr tierras y probar fortuna, pintándole cierto su logro.

Abu-Kir logra desmoralizar al barbero y arrastrarlo consigo a la búsqueda de esa fortuna problemática, que para él es ya segura, pues desde que embarcan y se hacen a la mar empieza a vivir a expensas del ingenuo y laborioso Abu-Zir, que en el mismo barco encuentra mulleras de musulmanes que afeitar.

Sería aún disculpable todo eso si Abu-Kir no pasara de ser un vago y un gorrón, pero Abu-Kir va más allá; dijérase que, en razón al antagonismo de sus temperamentos, odia y envidia al bueno de Abu-Zir, al que, por su bondad, todo le sale bien, atribuyendo a pura injusticia de la suerte la buena suerte del barbero.

Abu-Kir no estará satisfecho hasta que hunda en la miseria, más aún, hasta que vea muerto a ese ingenuo afortunado, que mira como un rival y que desmiente el poder de su sabiduría de pícaro.

Abu-Kir roba a Abu-Zir, en ocasión de estar enfermo en el *jan*, y se larga con la bolsa, dejando a aquel encerrado, con riesgo de perecer, sin que nadie lo pueda auxiliar.

Sale con bien del paso Abu-Zir y, ya restablecido, reanuda sus andanzas sin más viático que su navaja y su bacía y la casualidad le lleva a una ciudad, adonde Abu-Kir le ha precedido, y, aprovechando la circunstancia de no haber allí quien tiña en otro color que el azul, ha logrado que el sultán, hombre de espíritu progresivo, le ponga una tienda por todo lo alto, de suerte que goza de riqueza y prestigio.

Detiéndose Abu-Zir ante la tienda de Abu-Kir y, lleno de alegría al recono-

cerlo, va a saludarlo y pedirle amparo en memoria de los antiguos beneficios que le hiciera; pero el ingrato del tintorero, en vez de abrazarlo, finge no conocerlo, lo acusa de ladrón y hace que sus servidores lo echen de allí a palos.

Logra, no obstante, Abu-Zir rehacerse de la paliza y, como en aquella dichosa ciudad ignoran también lo que sea un baño, consigue que el rey, amigo del progreso, le facilite los medios de instalar un *hammam*, y regentándolo se hace tan rico y tan influyente en la corte como el tintorero.

No puede avenirse a ello Abu-Kir y, para perder a su inocente amigo, va a visitarlo al *hammam* y le pide perdón por su pasado vejamen y, en prueba de amistad, le sugiere la idea de procurarse pasta depilatoria para que nada le falte en su establecimiento, después de lo cual pasa a ver al rey y calumnia ante él al pobre barbero, explicándole cómo trata de envenenarlo con cierto ungüento ponzoñoso.

Indígnase el rey, al oírlo, como se indigna un monarca oriental, y cuando Abu-Zir, después del baño, se dispone a frotarlo con la pasta depilatoria, cree comprobada la denuncia de Abu-Kir y manda prender al barbero y que lo metan en un barril de cal viva con una gruesa piedra y, bien tapado aquel, lo arrojen al mar.

Pero el cielo no puede permitir que se cometa tal injusticia, y cuando ya está a punto de cumplirse la inicua sentencia sobreviene el milagro, en virtud del cual vese Abu-Zir no solo libre, sino dueño de un anillo mágico que el sultán había perdido, y que pone en sus manos las vidas de los hombres, de suerte que podría ahora vengarse del propio rey y de su mal amigo.

Pero Abu-Zir es bueno e incapaz de rencor; devuelve al rey su anillo y se entrega de nuevo a su merced, y, con-

movido entonces el monarca ante ese rasgo que patentiza su inocencia, manda que le apliquen a Abu-Kir el mismo castigo que contra Abu-Zir ordenara.

Aún intercede Abu-Zir por el desleal tintorero, pero el rey no atiende a sus ruegos y la sentencia se cumple inexorablemente.

Todavía tiene Abu-Zir ocasión de mostrar sus buenos sentimientos, pues al regresar a su país con la venia pesada del monarca y saltar del barco a tierra encuentra en la playa el barril que ha servido de tumba al tintorero ingrato, y movido a piedad, manda que lo saquen de allí y le den sepultura decorosa en las afueras de Alejandría, tierra natal de ambos.

Vivió luego—termina la historia—Abu-Zir un espacio de tiempo y al cabo murió y lo enterraron no lejos de su compañero Abu-Kir, por lo cual llaman a aquel lugar de Abu-Kir y Abu-Zir.

De suerte que, aun después de muertos, fueron vecinos, como en vida, el barbero y el tintorero, el cordero y el lobo, cual si estuviesen predestinados, desde antes de nacer, para ser siempre vecinos, pues hasta en sus nombres muestran la vecindad de la aliteración y Abu-Zir rima con Abu-Kir.

Cabe pensar, si se admite la metempsicosis, que en cualquier forma que Abu-Zir y Abu-Kir tornen a la tierra, serán siempre vecinos y el tintorero tratará infaliblemente de engañar y perder al barbero.

Esta sugestión tácita que brota del relato acaba de agrandar en simbolo esa figura del mal amigo, trazada con una verdadera psicología y una consecuencia llevada hasta sus últimos extremos lógicos, dignas del propio Shakespeare, el gran trágico que supo ver incluso lo que hay de lujo estético en esas grandes pasiones que, cual la perfidia de un Yago, en virtud de su mismo refinamiento, llegan a ser tan artís-

ticas que hacen olvidar y casi perdonar su fealdad moral con esa fascinación de la obra maestra.

Pero si en esta historia del barbero y el tintorero se nos presenta el caso de la amistad unilateral, semejante a los amores unilaterales, en que hay captación de una parte por la otra, en la *Historia del príncipe Seifu-l-Muluk y Bedietu-ch-Chemal* (Noches 422 a 439), tenemos el alentador ejemplo de una amistad con Sâid, su visir, nacida en la infancia y sostenida por igual por ambas partes, cual un rico y delicado tesoro común que sus dos dueños llevan sobre sus hombros.

### EL PRINCIPE SEIFU-L-MULUK Y SU VISIR SAÏD

Para más encarecimiento de valor, estos dos buenos amigos no hacen sino seguir la buena amistad que unió y une a sus padres, cuyas paralelas afectivas reproducen fielmente.

Seifu-l-Muluk y Sâid vienen a ser como hermanos mellizos; su nacimiento y hasta su concepción fueron sincrónicos, e igualmente inesperados y milagrosos, pues en ello hubo de mediar el poder del gran Salomón, al que en su desolada vejez acudieron sus padres, y que les recomendó como genético infalible diesen de comer a sus estériles esposas carne de serpiente.

Gracias a ello nacieron Seifu-l-Muluk y Sâid y, antes de ellos nacer, ya concertaran y convinieran sus padres en que el hijo del visir había de ser visir del hijo del rey; tenían, pues, trazado su destino y, al revés que en otros casos, lo cumplieron al pie de la letra.

Ambos niños se criaron juntos en el mismo alcázar, estudiaron con los mismos maestros y, desde que Sâid tuvo un destello de razón, acostumbróse a la idea de que era el amigo, pero tam-

bién el visir del príncipe, y le estaba obligado con los deberes de tal.

Sâid viene a ser como el segundón de su hermano espiritual y jamás se sale de ese modesto papel; para mejor marcar los grados jerárquicos, el narrador asigna al príncipe un *maximum* de valor, audacia y osadía, contrapesado en su visir por una cifra igual de prudencia y cautela; Sâid es el consejero del arrojado príncipe, como cuadra a un visir, y si eso le resta romanticismo a su figura, préstale en cambio el prestigio de la cordura servicial que frena los ímpetus del heroísmo alocado.

Sâid es el cuasi escudero de ese caballero generoso, pero aturdido, que se llama Seifu-l-Muluk; cuando este, que se ha enamorado, por la imagen, de la bella princesa Bedietu-ch-Chemal decide dejar la casa paterna y lanzarse a la aventura de descubrir el retiro de su adorada incógnita, Sâid trata de disuadirlo; pero luego, vista la tenacidad del príncipe, le ayuda a marchar y se queda en palacio, cubriéndole la retirada.

Pero después, visto que el príncipe no regresa, Sâid, desolado e inquieto, sale decidido en su busca y arrostra, valeroso, toda suerte de graves y aun mortales riesgos, hasta que al cabo logra dar con él y entonces se convierte en su eficaz ayudador y contribuye señaladamente a que el príncipe pueda unirse, por fin, con su bella princesa y tornar con ella a su patria.

En todo este episodio Sâid, que solo trata de ayudar al príncipe a que encuentre su amor, halla también, por añadidura, el suyo, en la persona encantadora de Daula Jatún, la doncella predilecta de Bedietu-ch-Chemal, que viene a ser para esta lo que él es para Seifu-l-Muluk.

Hagamos constar que el amor que Sâid inspira a Daula Jatún contribuye no poco a que Bedietu-ch-Chemal, que es una resentida *a priori*, acceda a la pasión del príncipe, de suerte que hasta

en eso préstale el visir valioso servicio a su amigo y señor.

Regresan por fin ambos a la corte del rey Azim contentos y felices, en unión de sus prometidas, y allí terminan sus dolores y empiezan sus gozos, que han de durar lo que sus vidas.

Seifu-l-Muluk se sentará en el trono de su padre anciano, y Sâid, vistiendo el traje de honor de gran visir, estará siempre a su lado, atento a servirle a la menor seña; ambos gobernarán el reino con la misma equidad y prudencia con que en su tiempo lo gobernaron el rey Azim y su visir Faris, y los felices vasallos podrán creer que nada ha cambiado y que siempre es el mismo rey generoso y noble el que los rige, asesorado por el mismo visir prudente y sabio.

Un día rey y visir tendrán las barbas igualmente blancas y amarillos de vejez los rostros bajo los abigarrados turbantes; serán padres y abuelos de unos niños que, llegado el momento, ocuparán sus sendos sitios en la sala del trono y reproducirán, con otros nombres, las edificantes historias del rey Azim y su visir Faris y del sultán Seifu-l-Muluk y Sâid, su fiel visir. Pero Alá es el más sabio.

Seifu-l-Muluk y su visir Sâid forman la pareja oriental equivalente a esas otras de entrañables amigos que nos legó la tradición helénica y en las que se vincula uno de los ideales de la libido afectiva del hombre.

## LA FAMILIA AL TRAVES DE LAS MIL Y UNA NOCHES

### LAS MADRAZAS

Falta, desde luego, en la literatura oriental ese reflejo de la intimidad doméstica que en toda la literatura anti-

gua, solo por excepción, encontramos en la *Odisea*, y que solo tardamente aparece en el siglo XVIII con la novela burguesa.

En las literaturas clásicas, en general, falta esa nota íntima de la pintura de hogar, debido al régimen político de los pueblos antiguos, en que solo la vida pública tenía importancia y se estimaba digna de la publicidad.

Griegos y romanos, igual que árabes y hebreos, corrían un velo sagrado sobre el interior de sus gineceos o harenes, en que se desarrollaba la vida de las mujeres y los niños. Entre los persas era costumbre, según refiere Herodoto, que los padres no viesan a sus hijos hasta que ya estaban criados y eran unos hombrecitos.

Todo lo que ocurre tras esa cortina que oculta el gineceo es pudendo y obsceno, en el estricto sentido de la palabra, y es un misterio cuya contemplación solo se consiente a los íntimos y cuya divulgación no se permite al literato, ni este se la permite, pues está en el mismo caso. Apenas si en las letras romanas Ovidio, el menos clásico de aquellos poetas, entreabre alguna vez, en una expansión afectiva, ese velo sagrado.

En *Las mil y una noches* el harén permanece siempre oculto, y solo rara vez, y por imprudencia que al punto recibe el condigno reproche, levanta algún extraño el tapiz que cela ese lugar de intimidad, ese reservado de señoras, y es menester ser muy amigo del dueño de la casa para que ese umbral se nos franquee.

No hay, pues, vida doméstica, familiar, en el sentido que nosotros damos a esa palabra, en el mundo oriental de *Las mil y una noches*. Esposas y madres permanecen escondidas en ese interior inviolable; los dueños de esos alcázares maravillosos nos enseñarán todas sus maravillas, menos ese sagrario de su intimidad, y si para agasajar-

nos y distraernos nos admiten a la sociedad de sus mujeres, son sus concubinas y sus esclavas las que nos presentan; pero no sus esposas, las madres de sus hijos.

Las esposas, las madres, apenas si asoman alguna vez incidentalmente por entre los resquicios de la narración, y podemos verlas en su vida de mujeres recibiendo a sus amigas, chismorreando y cambiando fingidas lisonjas, como las damas de cualquier salón europeo, o preocupadas con sus hijos e intercediendo por ellos con el severo y autoritario esposo.

Los padres de *Las mil y una noches* están llenos de fuero paternal, no menos que un paterfamilias romano; quieren a sus hijos, pero a condición de que se sometan a su voluntad, sobre todo en el capítulo decisivo de la elección de esposa, que es donde se acusan más las discrepancias, y el punto en que se declara la rebeldía final, siempre latente.

Esos harenes orientales son un vivero de complejos neuróticos; casi todos los niños que en él se crían, entre mujeres, adolecen más o menos del famoso complejo de Edipo; siéntense dominados tiránicamente por los padres y hacen causa común con sus madres, igualmente vejadas por la poligamia, y que, además, rara vez se casaron con el hombre que amaban.

Famosas son y proverbiales las intrigas femeniles de los harenes por el afán de cada esposa de asegurar la primacía en la sucesión paterna a su hijo; las crónicas de los sultanes están llenas de esas luchas sordas por el mayorazgo, que a veces paran en el crimen.

Los hijos de esos padres despóticos salen a ellos en su psicología y es lógico que se sientan, desde luego, sus rivales, impacientes por ejercer el mismo fuero autoritario; apenas si se avienen a aguardar el término natural de la

vida del padre cuando este es un monarca.

No puede hablarse propiamente de ternura de los hijos para con sus padres; es la madre la que acapara toda la ternura filial de que esos adolescentes son capaces.

En la madre se vincula todo el sentido familiar del hogar moruno, que llena y consagra con su presencia constante; mientras que el hombre árabe, como el griego antiguo, vive para fuera, para el zoco, esa versión del ágora.

Son esas madres, que apenas se ven ni se sienten, las que forman el alma de sus hijos, y desde pequeños les trazan su destino de hombres, marcándolos con complejos que influirán toda la vida en su carácter.

Jamás olvidará el joven, al iniciar su vida de tal, esos largos años de su formación en el harén; nunca se librará del todo de un matiz femenino en su carácter, y el influjo de la madre será en él tanto más hondo cuanto que a veces, por temor al mal de ojo, a la *jettatura*, el mismo padre hará que se prolongue en demasía su estado en ese retiro tutelar de las hembras.

No es maravilla que haya habido tantos príncipes maliciosos y abúlicos, tantos Boabdiles, en esas dinastías de reyes árabes, entregados por completo al albedrío de sus mujeres, cual ese príncipe Uarduján, hijo del rey Cheliâad, que milagrosamente reacciona a tiempo y salva su corona y su cabeza.

De ahí también esas rivalidades y luchas fraticidas entre el segundón enérgico y el primogénito apático y voluptuoso que se formó en el harén un ideal hedonístico de la vida.

Es la madre, con su mimo excesivo, la culpable inocente de todos esos desastres, pues es la que falsea la educación del hijo, en su afán de hacerlo enteramente suyo, ya que la poligamia conyugal le impide la posesión exclusiva de su marido.

Es preciso tener de suyo el bravo y fiero temple varonil de un príncipe Scharkán para salir incólume de ese ambiente de harén, como salió Aquiles de su enervante voluntario retiro, para trocar la saya femenil por la armadura del guerrero, sin haber perdido nada de su talla heroica; pero en ese caso padre e hijo chocan como dos lanzas que se repelen, cual ocurre en el del príncipe Scharkán y su padre Omaru-n-Nómán, y el complejo edipiano da sus amargos frutos.

Para los padres de *Las mil y una noches* tienen los hijos, a lo sumo, respeto y obediencia; pero la ternura la reservan para las madres. Y el narrador oriental, que ha recibido la misma educación que sus héroes, se complace en exaltar ese rasgo filomaternal de su carácter, que llega a convertirse en ginofilia, pues, al dejar el harén, esos enmadrados transfieren toda su filial ternura de la madre a la mujer.

Es lo más frecuente que en *Las mil y una noches* las mujeres aventajan en calidad viril a los hombres; en la mayoría de los casos son ellas las que los dirigen y elevan hasta lo heroico, en tanto ellos no saben hacer otra cosa que suspirar y desmayarse.

El adolescente típico de estas historias es un Asis o un Ali-ben-Bekkar, hombres que han nacido exclusivamente para el amor—o la voluptuosidad, su espejismo—y solo a impulsos de ese sentimiento son capaces de acción.

Pero el tipo perfecto de esos hijos mimados por la madre es el famoso Abu-Mohammed-I-Kaslán, ese Oblomov moruno tan maleado por el mimo materno, que solo piensa en dormir, y hasta para ponerse los zapatos hace que le sirva la madre y se los calce, arrodillada.

Pero hay que hacer constar, en abono de esos hijos, que rara vez se acreditan de ingratos y destacados con sus madres, como no sea, cual en la histo-



ria de Chúder, el pescador, por envidia cainita al hermano predilecto de la ternura maternal; pero el preferido nunca deja de corresponder, aunque sea afectivamente, a la abnegación y cariño de la madre.

La madre vive siempre en el corazón del hijo, pese al alejamiento y la pasión erótica, como una latencia que a veces estalla con carga expansiva de sollozos y llantos contritos, y cuando la imagen femenil que obsede a esos amadores contumaces se eclipsa, la de la madre llena todo su cielo.

Al regazo de la madre vuelven siempre esos hijos andariegos al término de sus peregrinaciones, felices o desventurados, en compañía de una bella, joven y buena esposa, o enteramente solos, sin más cortejo que su sombra desilusionada.

Cuando Alí-ben-Bekkar muere de su amor desgraciado, su última palabra al amigo que le asiste en su agonía es para rogarle vaya a anunciarle a su madre que ha muerto.

Nunca esa devoción a la madre se entibia en esos amadores exclusivos; nunca tienen para ellas un gesto que no sea de amor; ellas son las que calman su cólera cuando el demasiado rigor del padre la excita y se interponen entre ambos, quebrando los fueros del absolutismo paternal. La madre del joven Alí Neru-d-Din, el hijo del mercader egipcio Tachu-d-Din, es la que previene a aquel y le facilita la fuga para que evite la venganza del padre, que ha jurado cortar la mano con que el hijo le abofeteó en un momento de embriaguez.

Pero donde resplandece más puro el amor y respeto del hijo a la madre es en la historia de Chúder, el pescador, prototipo del hijo bueno, como también del buen hermano; es admirable la abnegación con que, al morir el padre, toma Chúder sobre sí la carga del hogar y se improvisa pescador para sub-

venir a la manutención de su madre y sus dos hermanos, que le odian, y no menos admirable la heroica paciencia con que, rico ya por los servicios prestados al mágico mogrebi en la captura del tesoro del rey Schamardel, soporta la aflicción en que vuelve a verse, por la condescendencia maternal con los malos hermanos, sin dirigir el menor reproche a la vieja.

Patético es el dolor que muestra Chúder cuando, al volver a su casa, luego de hallado el tesoro, encuentra a su madre pidiendo limosna, por haberla puesto en tal trance la iniquidad de sus malos hermanos. Y qué diremos de ese rasgo de Chúder, malogrando la primera vez el desembrujo del tesoro, por no avenirse a despojar de sus ropas a aquella sombra, a aquel fantasma de su madre que le implora en nombre del respeto filial.

Chúder es el buen hijo, según el ideal islámico, el fiel cumplidor del precepto divino, que en el *Corán* manda respetar y amparar a los padres, recalcando de un modo especial lo que el hijo debe a la madre, que lo llevó nueve meses en sus entrañas y luego lo dio a luz con dolor y lo amamantó trece meses, sustentándolo de su propia sustancia.

Hay en esa recomendación coránica algo de preferencia a la madre, lo que adquiere valor de indicio psicológico, subjetivo, si se hace cuenta que Mahoma, que se crió huérfano, debió de sentir siempre nostalgia de madre, aunque en Halima, su madre adoptiva, encontrase ternuras de tal y quizá por ello fuese tan mujeriego y de una indulgencia tan extremada con sus esposas.

Por lo demás todo se lo merecen esas mujeres abnegadas que viven monijilmente recluidas en el interior de sus harenes, en lo más profundo de sus casas profundas, y apenas asoman al exterior, donde las suplantán esas cor-

tesanas disfrazadas de las cantoras y las guitarristas, que acaparan la atención y el aplauso del hombre, y en ese retiro aguardan, a veces temblando, la vuelta del marido, ebrio y malhumorado, pronto a tomar en ellas represalias de sus fiascos sociales, o el regreso del hijo pródigo, maltratado por la vida, y que a veces torna para morir en su regazo.

No es de extrañar que esas mujeres, que no han sido novias, que se casaron sometiéndose a la voluntad de sus padres con un hombre al que no habían visto hasta la noche de sus desposorios y cuya ilusión dura tan poco en esos climas agotadores; esas mujeres, a las que se considera simples medios de reproducción de la especie y de las que solo se espera el hijo, y que, hasta lograrlo, viven en la alarma constante del divorcio, se abracen de tal modo al hijo, cuando llega, como un lazo de unión con el esposo y una bendición sobre su frente de mujeres fecundas y transfieren a él todas sus ternuras mal correspondidas y todas sus esperanzas frustradas, sin pensar que ese hijo es, muchas veces, la argolla viva que viene a remachar su esclavitud.

Ellas solo piensan en gozar esa dicha efímera que el niño les promete hasta su mayoría, en ese breve tiempo de la infancia en que es enteramente suyo y lo colman de mimos y ternezas en una medida que no conocen las madres de Occidente, como no sean las de esos países meridionales, cual nuestra Andalucía, donde vivieron árabes, y que es, en cierto modo, un peligro para el hombre futuro, pues esos niños mimados, aunque sean de la clase más pobre, se crean una psicología exigente de príncipes y no pueden hallar plena satisfacción en la vida, y tienen ya mucho de suyo para ser desgraciados y hacerlas desgraciadas a ellas. Ese error pedagógico del amor excesivo se patentiza en las figuras infantiles de *Las mil*

y *una noches*, y la madre de Kaslán, el perezoso, poniéndole las botas a su hijo, de rodillas, es el símbolo de la madre esclava.

## LOS NIÑOS

En la literatura antigua, el niño, para el que se han compuesto tantos cuentos y fábulas, es también una figura de fábula o mito, a la que no se toma en serio ni se aborda por el lado de su humanidad.

La psicología real del niño, sus sentimientos, su posición en el complejo social no fijan la mirada de los escritores que, por lo demás, tampoco ahondan mucho en la psicología de los adultos. Es en ese respecto bastante poco humana esa literatura de las Humanidades.

Es preciso llegar al siglo XVI para encontrar como una pirámide en un desierto ese libro tan humano y tan amargo, *El lazarillo de Tormes*, en que, anticipándose a la preocupación pedagógica del siglo XVIII, aparece ya la preocupación social por el niño y se traza un esquema amoroso de su psicología y su problema vital. En esas páginas de nuestra humanísima novela picaresca el niño es tomado en serio y tratado como un hombrecito y casi como todo un hombre. En ellas vemos al niño desamparado y huérfano buscándose la vida, la penosa vida, como los hombres sujetos a vejaciones y esquilmos, en medio de los cuales se hace hombre. A Hurtado de Mendoza le debemos en *El lazarillo de Tormes* esa estampa única, esa anticipación cordial al interés que luego—un luego de siglos—muestran los escritores por el alma y la vida del niño, en obras como *Los hermanos Karamázovi* de Dostoyevski; *Jack*, de Daudet; *Mamá*, de Maupassant; *Naná*, de Zola; etc.

No hay que esperar de *Las mil y*

*una noches* ningún verdadero estudio psicológico del niño; ya es bastante que en ellas haya niños y se nos muestren en la ingenuidad de su actuar infantil, permitiéndonos deducir de sus gestos una psicología.

Hay niños en muchas de esas historias miliunanochescas bastantes a probar la atención que el niño les ha merecido a esos cuentistas; cual en el mito helénico, entra en ellas el niño como una proyección de la madre, junto a la cual se desarrolla ese primer estadio de su vida; el niño se nos deja ver al lado de su madre cuando el narrador levanta el velo o tapiz que encubre los harenes.

Gracias a eso podemos ver al niño musulmán desarrollándose en un medio de blandura femenil y superstición ancilar, en manos de ayas y eunucos, que han de influir nada beneficiosamente en la formación de su carácter; por si fuera poco todo eso, añádese esa circunstancia que ya antes apuntamos: el temor de los padres al mal de ojo, que les induce a prolongar más de lo justo esa femenil reclusión, y a veces a esconderlo a las miradas de todos, en alguna cueva soterraña, como en el caso de aquel joven condenado, según los astrólogos, a morir prematura y violentamente, y al que las precauciones paternas no lograron salvar.

Fácil es presumir los males que de ese alejamiento se siguen para la psicología del muchacho, empezando por los inevitables complejos de inferioridad y resentimiento; en la *Historia de Alá-d-Din-Abu-Schamat* (el de los lunares. Noches 184 a 201), oímos las quejas de un niño ya mayorcito, que se le expone a su madre, sintiéndose agraviado por la demora del padre mercader en llevarlo consigo al zoco y presentárselo a todos como su hijo y sucesor en el negocio.

No es de extrañar que esos niños así criados y cuya infancia, la madre por

ternura y el padre por prudencia, y acaso por un sentimiento inconsciente de rivalidad, se empeñan en alargar más de lo razonable, den luego tales tropezones en los primeros pasos del hombre por la vida; son niños grandes que tardarán mucho en ser hombres del todo.

Esa errónea formación del carácter se vuelve contra los propios padres y da lugar a esos lamentables choques entre padre e hijo, como el que registra la *Historia de Ali-Nuru-d-Din y Maryem, la cinturonería* (Noches 477 a 492), en que el joven Ali, criado entre las cuatro paredes del harén, el primer día que sale con los amigos de su edad a solazarse en un jardín se embriaga y, al regreso a su casa, borracho, abofetea al padre, que lo recrimina y amenaza con cortar le la mano, lo que es causa de que tenga que emprender la fuga y lanzarse a correrías, donde le aguardan toda suerte de azares y peligros.

Esos jóvenes, criados entre faldas, hallanse indefensos e inermes ante la vida y han de sufrir mucho antes de hacerse una experiencia y un carácter; en ello se les va lo mejor de su vida. Raro es el caso de un príncipe Schar-kán que, desde el primer momento, es todo un hombre tan entero que choca con su padre.

Pero lo que nos interesa, sobre todo, es atisbar la psicología infantil al través de los gestos infantiles y ver al niño en sus actividades peculiares, alternando con los otros chicos de su edad, con sus compañeros de estudios y de juegos y travesuras, moviéndose, libre de coacciones, en su mundo pueril, y así los vemos en muchas de estas historias, en intervenciones que prueban la atención que los narradores les conceden a esas criaturas sin las cuales, como sin los pájaros, no estaría completo el cuadro de la vida.

Los niños de *Las mil y una noches* declaran con sus gestos una psicología

análoga a la de todos los niños, salvo la precocidad que el Oriente confiere a su desarrollo; en esos países de clima tropical apenas si existe la infancia propiamente dicha, como no existen en general crepúsculos; el niño pasa a ser hombre casi sin transición, y la niña, sobre todo, es mujer a veces a los siete años. De ahí una mayor precocidad en los instintos, sobre todo en los sexuales.

Añádase a eso la circunstancia de que hermanos y hermanas se crían juntos en la clausura de los harenes y no sorprenderá que la ternura fraterna se matice de pasionalismo erótico, de incesto intencional en muchos casos, y en la tremenda historia del primo del *zâluk* tuerto llegue hasta el incesto efectivo.

A los catorce años suele empezar la vida erótica para esos muchachos, que apenas fueron niños; llegan pronto a esa edad en que, según Dostoyevski, uno de los novelistas que más han estudiado la psicología infantil, pierden ya sus innatas virtudes de ángel y truecan su inocencia por la malicia del adulto.

Esa edad en que empieza a apuntar el primer bozo es especialmente crítica para el muchacho oriental, pues mil ojos de pederastas están acechando el momento de que una nueva pubertad asome por el zoco para tratar de hacerla suya y disputarle el primer beso del joven a sus naturales destinatarias; el homosexual se filtra por entre los resquicios de los vetos, que dificultan la aproximación de la pareja natural, y trata de suplantar el amor legítimo con su versión apócrifa, apelando a la astucia y, a veces, a la fuerza. En la *Historia de Alâ-d-Din-Abu-Schamat (el de los lunares)* el asedio es tan apremiante que el joven tiene que defenderse puñal en mano, como una púdica y heroica Lucrecia.

Pero ahí se trata del efebo y no del

niño; al niño hay que mirarlo en su edad escolar, cuando va al colegio, acompañado del eunuco o la aya, cargado con su cartera repleta de libros, que aún no sabe leer; ese es el verdadero niño, el que sufre en la escuela los coscorriones del maestro, del domine armado del instrumento pedagógico, de la palmeta o el látigo, y contra el cual reacciona su instinto defensivo, en un despertar precoz de picardías, que se disparan, rebasando el blanco de la estricta represalia.

En esas escuelas regentadas por maestrillos ignorantes y sádicos contrae el niño un complejo de resentimiento y misantropía que desahoga como puede; de ahí esas inconscientes crueldades infantiles, esa tendencia a hacer daño a las personas y los animales y esa curiosidad morbosa con que el niño acude a presenciar escenas truculentas que las bárbaras costumbres del tiempo no le evitan.

Los chicos, al salir de la escuela, se dedican, según vemos en la *Historia de Mâruf-l-Askafi y su mujer* (Noches 528 a 532), a toda suerte de malignas travесuras: a embromar y molestar a la gente, sobre todo a cristianos y judíos; a escurrirse en las iglesias de los primeros y robarles sus libros de oraciones, para venderlos y comprarse chucherías, y a engrosar con su presencia el cortejo insultante de los reos que marchan a la picota o al cadalso.

El menor oriental, como el nuestro hasta hace poco, carece de toda tutela pública, y, cuando es pobre, nada tiene de extraño que se convierta en pícaro, como Alí, el amigo del zapatero remendón.

No puede esperarse otra cosa de esa educación rutinaria y torpe que recibe en la escuela de maestros que, en vez de combatir sus malos instintos, los fomentan; en la *Historia del visir Nuru-d-Din y su hermano Schemsu-d-Din* (Noches 20 a 25) es el maestro quien

instiga a los chicos para que abochorren al pequeño Achib, que pasa por hijo de su tío abuelo, negándose a jugar con él si no dice quién es su verdadero padre, lo que provoca en el niño una amarga reacción de resentimiento.

Siempre que el niño moro comete una acción de esas que requieren especial malicia y se salen del puro marco impulsivo, obran a instigación de los maestros, y es a ellos y a su desdichada pedagogía, mejor dicho, a su total carencia pedagógica, a quien hay que transferir las culpas de los pequeños; así, pues, el problema del niño en Oriente es el problema del maestro.

Todo cuanto digamos de la ignorancia y deficiencia moral de esos maestrillos será poco para lo que sus propios conterráneos han dicho; la literatura árabe está llena de sátiras contra esos dómínes improvisados, sin título alguno de aptitud, que abren una escuela como podrían abrir una verdulería; basta alquilar una planta baja, colgar en las paredes unos carteles escritos de mano ajena, tender en el suelo una esterilla, para que en ella se sienten los niños con las piernas cruzadas, empuñar una vara—la clásica vara de feno—y empezar a salmodiar con voz gangosa y soñolienta el *alef, ba, ta*, etcétera, obligando a los chicos a co-rear la canturía.

A veces, el maestrillo es tan ignorante que ni eso sabe y apela al chico más listo para que recite el cartel; lo único que esos dómínes conocen a fondo es la ciencia de la picardía, y eso los incapacita también para inculcar a sus alumnos, a falta de otra cosa, una base moral.

Esos maestros, según los escritores árabes los pintan—no solo en estas *Mil y una noches*, sino en cientos de anécdotas—, son, a más de ignorantes, interesados, serviles con los niños de los ricos y despiadados con los pobres,

complaciéndose en hacerles sentir a estos últimos, en todo su disfavor, la diferencia de clases.

La ignorancia y venalidad de los maestros de primeras letras es proverbial en la literatura árabe; los chicos saben más que los maestros y les dan lecciones, incluso en su propio terreno de picardía.

La ignorancia del maestrillo es a veces tan absoluta que raya en candoridad y paraliza el anatema; véase, entre otras, la anécdota de aquel maestro al que sus alumnos hacen creer que en el pozo de la casa un colega suyo ha instalado otra escuela; indignase el dómíne, va a ver si es verdad y, al inclinarse sobre el agua, no se para a pensar lo que en ella está viendo, que es su propia imagen y las de sus alumnos, y se llena de tanta rabia contra el competidor intruso que cae al pozo entre las risotadas de los chicos, que así se vengan de sus palmetazos.

Otro caso de candoridad rayana en bobería es el de aquel maestro que se enamora locamente de una beldad que no conoce ni de vista por haberle oído a un transeúnte ponderarla en una copla; vuelve otro día a pasar el mismo cantor por debajo de su ventana entonando otra copla, de la que el maestro infiere que esa mujer ha muerto, y lleno a aflicción, cual si le hubieran dejado viudo, cierra la escuela y se encierra en su casa a hacerle planto.

Este caso de quijotismo y de interpretación literal de las palabras, que el narrador no expondría si no fuere, por lo menos, verosímil, nos ilustra suficientemente sobre la mentalidad de esos maestros Ciruelos de la escuela primaria en el Islam.

No es, pues, de extrañar que el pírulo moro le tuviese una tirria natural a esos torpes educadores, que, sobre no ser sabios, no eran tampoco buenos, y aliesen de sus manos resabiados y maleados acaso para toda su vida.

La escuela primaria completaba la mala crianza del harén; el menor oriental no podía hallar un ideal que imitar, ni en el padre ni en el maestro, a no ser que aquel fuese tan rico como para costearle preceptores particulares, con el consiguiente riesgo de desviación sexual; el problema pedagógico era el problema magno—y lo sigue siendo—en el Oriente islámico, donde todo el saber se contiene en el *Corán*, y la formación del carácter se deja a la experiencia del propio vivir.

De ahí que los jóvenes protagonistas de estos cuentos necesiten correr tierras y afrontar mil riesgos para hacerse hombres, es decir, viejos precoces, desencantados por la dura experiencia.

Solo hay un momento verdaderamente feliz, ilusionado, en la vida del hombre árabe: aquel en que, por vez primera, su padre consiente al fin, si es príncipe, en sacarlo del harén y llevarlo a la sala del trono para presentarlo a sus visires y ministros, y, si es mercader, en conducirlo al zoco, caballero en enjaezada mula, y sentarlo en su tienda al lado suyo, para que vengan a saludarlo y piroparlo los demás mercaderes, con el síndico del gremio a la cabeza.

Ese es un día tan señalado como el de la presentación en sociedad de nuestras jóvenes, y el parangón es tanto más atinado cuanto que el entusiasmo de esos hombres sensuales por la belleza viril es tan grande como el que puedan sentir por la otra; están aún en ese estadio de infantilismo social que, según Freud, no habiéndose operado todavía la distinción específica entre las sensaciones placenteras y la libido no evolucionada, matiza de erotismo todo lo que atrae.

En la *Historia de Alá-d-Din-Abu-Schamat (el de los lunares)*, o en la de *Alí-Nuru-d-Din y Maryem, la cinturona*, podemos ver hasta dónde la belleza viril puede impresionar y mover a

los hombres no menos que a las mujeres; la aparición del guapo efebo en el zoco provoca tal emoción estética y sexual en hombres y mujeres que hasta mojan sus calzones; unos y otras pierden todo freno y se agolpan en torno al joven, que parece una luna en su pleno—según la frase consagrada—, para contemplarlo de cerca, hasta el punto de estorbarle el paso a él y al padre, que siente el bochorno reflejo de tal admiración.

Ese día es el más feliz en la vida del adolescente oriental, en cuanto a vanidad halagada y perspectiva de porvenir espléndido, independiente; pero también en ocasiones es el día nefasto en que se le revela por primera vez un amor fatal o comete una de esas torpezas derivadas de su errónea educación que, como al ya referido Neru-d-Din, lo obliga a huir de la casa paterna y emprender una de esas azarosas peregrinaciones que dan materia frecuente a esta historia.

### EL NOMADISMO ATÁVICO. SIMBAD, EL MARINO

Por lo demás, el nomadismo atávico de la raza quita gravedad a esa fugas y extrañamientos.

En el fondo subconsciente de esos hombres sedentarios y apáticos despierta siempre ecos simpáticos la sirena del viaje, el *daimon* de la emigración.

Este *daimon* es el que se hace oír del joven visir Nuru-d-Din cuando se siente vejado por su hermano Schemsu-d-Din, silogizando ese atávico instinto, en esa poesía que hace pensar en la baudelairiana invitación al viaje:

Viaja y perder no temas esas cosas  
que hoy únicas estimas;  
que otras encontrarás en otros sitios,  
de igual aprecio dignas..., etc.

El árabe está siempre pronto a viajar, porque rara vez está plenamente contento de su suerte, y se desplaza ya para esquivar un sino adverso, que cree ligado a los lugares, ya por correr al encuentro de otro mejor, es decir, a impulsos del noble anhelo de un amor ideal o simplemente de la riqueza y de la fama; en el fondo, a impulsos de una inquietud atávica misteriosa.

Varias explicaciones nos dan de sus móviles migratorios esos intrépidos viajeros de *Las mil y una noches*, pero la más rica en matiz psicológico es la de ese Ulises semita, el gran Simbad, el marino, prototipo del viajero nato, en quien la pasión del viaje asume matices estéticos y deportivos, de amor nietzscheano al peligro, aunque él pretenda modestamente reducirlo todo al mercaderil afán de lucro y a la curiosidad por conocer gentes y tierras nuevas.

En esa curiosidad, precisamente, es triba la clave del viajero nato, del explorador, que en los tiempos antiguos produjo esos ejemplares ilustres del griego Herodoto y el fenicio Hannón, y en los modernos, los de Livingstone, Byrd y Nordenskiöld, que agrandaron los límites de la historia y de la geografía.

Hay en *Las mil y una noches* viajeros ocasionales, como el antes mencionado Nuru-d-Din, a los que un intolerable vejamen o un gesto imprudente impele a expatriarse y correr mundo; hay otros como Kan-ma-Kan, el hijo del príncipe Scharkán, que lo hacen, al modo de los caballeros andantes, por acreditar su heroísmo en peligrosas aventuras y lograr así la fama y riquezas que le hagan digno del amor de una alta dama.

Pero todos esos motivos, más o menos conscientes, obran sobre un fondo inconsciente de instinto nómada, que aprovecha la menor ocasión favorable para aflorar a la superficie y erigirse

en resorte de la conducta. Es un ansia innata de ver cosas nuevas, de despojar virginidades de paisajes y de naturaleza. El árabe es un viajero nato. Y Simbad, el marino, su figura representativa en este respecto. Simbad es el viajero por excelencia, más viajero que Ulises y más marino, pues sus travesías azarosas no arrancan de ningún accidente fatal que a ello lo obligue, ni va buscando tampoco el camino de regreso a su hogar, sino, al contrario, busca deliberadamente alejarse de él y, si se lanza al mar, es por su voluntad, porque ese glauco Proteo lo fascina y lo atrae.

En la compleja psicología de Simbad hay un rasgo predominante de su raza: el ansia por conocer gentes y tierras y la ilusión del tesoro escondido, y acaso del amor—ese otro tesoro—, que de lejos lo llaman con la demoníaca voz que sedujo a Marco Polo y lo sacó de su plácida y alegre Venecia.

El ansia de conocer nuevas gentes y tierras, sin interés de lucro, la curiosidad fuertemente científica y humana simpatía que impulsó a Herodoto a dar la vuelta a todo el mundo conocido de su tiempo, se da en otros viajeros como el árabe Ibn Batutah, que recorrió en el siglo XVI todo el ámbito que entonces abarcaba el Islam, pasando en muchos puntos por las huellas de Herodoto y de otro explorador semita del siglo XIII que no debemos olvidar por ser, además, español: el judío Benjamín de Tudela, cuyos escritos, por cierto, han estado sin traducir a nuestra lengua hasta el presente siglo, en que el hebraísta González Llubera reparó ese olvido.

En Simbad el ansia de conocer se da con una aleación bastarda: la del afán de lucro, que predomina en Marco Polo y en los aventureros del siglo XVI, unida además a ese imponderable de inquietud que no es posible reducir y que es el elemento romántico

que presta tal poder de fascinación a sus viajes.

Siete veces se embarca Simbad y siete naufraga y se ve expuesto a mil penalidades y trances de muerte, y, sin embargo, no escarmienta, sino a la séptima vez, cuando—fíjense bien—se encuentra ya en edad madura y dueño del doble tesoro de la riqueza y el amor de una esposa linda y buena, tal como para dorar en miel el ocaso de un héroe.

Al revés que Ulises, viajero a la fuerza, cuyas singladuras se orientan hacia el hogar perdido, donde le aguardan su esposa Penélope y su hijo Telémaco, Simbad, marino voluntario, lo deja todo tras de sí al zarpar su nave, por puro amor a la aventura, y es, por tanto, más viajero que Ulises, del cual no puede decirse que tenga en la sangre el demonio del nomadismo.

En esto se diferencia Simbad del marino griego, al que se asemeja, no obstante, en lo prudente, en esa cautela que va unida a su arrojo y regula todos sus pasos, y gracias a la cual se salva de todos esos peligros en que sucumben sus compañeros de azarosa ruta.

Simbad es un hombre que controla—según hoy se dice—sus impulsos primarios, sus reflejos; es cauto y suspicaz ante las trampas seductoras que el destino le arma, sabe abstenerse y esperar y razonar todas sus contingencias con una serenidad y lucidez propias de un griego, y también, como un griego, sacar enseñanzas de sus experiencias y convertir sus *pizimata* en *mazimata*; es un hombre lógico, pero es, al mismo tiempo, un sentimental que cree en el sino, y un místico que confía en el poder y la misericordia de Alá, y ambas cosas unidas le prestan un doble vigor para afrontar los riesgos, secundado, además, por una inventiva que no cede en nada a la de Ulises.

Como el héroe griego, es Simbad industrioso y hábil en sacar partido de la necesidad; si le faltan barcos, sabe hacérselos con ramas de árboles; si cae en poder de un monstruo feroz, pero torpe como todos los monstruos, sabe idear un ardid para vencerlo por la inteligencia, aprovechando su sueño o embriagándolo, y así logra salvarse él de las garras de los antropófagos y salvar a sus compañeros, que en esto también se parecen a Ulises, y, como él, tiene el rasgo filantrópico en su psicología de conductor de hombres.

Simbad, como Ulises, es un jefe nato, un maestro y un guía, y tiene todas las condiciones de un conquistador de imperios; solo que su sociabilidad, lo humano y pacífico de su carácter, lo apartan de tales ambiciones y se contenta con conquistar emporios.

Simbad no es un príncipe ni un guerrero, como el reyezuelo de Itaca; es simplemente un mercader, un moro de paz; tiene un ideal de vida hedonística y ya en posesión de la riqueza, conseguida a cambio de tantos azares, goza compartiéndola con sus amigos y hasta con los que no lo son.

Simbad es hombre efusivo y pródigo, y lo prueba enriqueciendo a su tocayo, el misero costalero de Bagdad, en generosa réplica a la inectiva rimada que aquel recita ante su puerta contra el sino, que reparte caprichoso sus dones.

Al mandar a sus esclavos que hagan pasar al epigramático costalero, en vez de echarlo de allí a palos, como otro habría hecho, y sentarlo luego entre sus amigos y agasajarlo y explicarle los honrosos y justos orígenes de su opulencia, da prueba Simbad de una cortesía exquisita, no menos que de tolerancia y comprensión, raras en su tiempo, y que hacen pensar en un moderno millonario, estilo Rothschild o Ford, parlamentando con los proletarios insurgidos y justificándose ante ellos.



En sus conversaciones con Simbad, el de tierra, en presencia de sus amigos, un curioso precedente de los modernos comités paritarios, hace Simbad labor de catequesis social y corrobora su dialéctica con la dádiva, al modo de un patrono inteligente.

Pero al mismo tiempo que justifica Simbad el origen de su riqueza, justifica también el Sino, culpado de injusto por Simbad, el de tierra, demostrando a este que el esfuerzo, el ejercicio de la voluntad, son los que granjean al hombre el bienestar en este mundo, cual galardón a sus afanes.

Hay ahí toda una dinámica filosofía del esfuerzo en pugna con el quietismo fatalista de Simbad, el de tierra, y que pone frente a frente las dos tendencias teológicas que se manifiestan en el seno de la ortodoxia islámica; Simbad, el marino, es un *kadri*, o sea un defensor del libre albedrío con todas sus consecuencias, de responsabilidad personal, frente a Simbad, el de tierra, que es un *motazil*, es decir, un hombre abúlico, que todo lo hace depender del Sino, de la predestinación; en último término, de la voluntad inescrutable del Todopoderoso.

Simbad, el marino, reconoce la parte que el Sino tiene en la producción de los hechos humanos; pero reconoce también, como los estoicos griegos, que la voluntad del hombre puede desviar en su favor esa línea de lo fatídico y es, más bien que un fatalista, un determinista a la moderna, que cree en la concatenación fatal de efectos y causas, pero dejando un elástico margen a ese elemento imponderable que los antiguos, y Goethe también, llamaban lo demoníaco, y Simbad, el marino, ejemplifica sus argumentos con su propia vida, en la que más de una vez logró, con su voluntad asistida de la razón y la esperanza, apartar de su blanco la flecha del Destino y trocar el mal en bien.

Esta tesis de Simbad, probada con hechos, y según la cual todo depende en último término anaxagóricamente del hombre, resulta tanto más convincente cuanto que el marino y su toca-yo, el costalero, son dos tipos de hombres totalmente antagónicos; es el primero un hombre inquieto, dinámico, curioso, tan del mar que se llama por antonomasia el marino, en tanto el costalero es un sujeto apático, abúlico, rutinario y tan pegado a su gleba natal que se llama el de tierra; mientras que el marino no ha hecho toda su vida otra cosa que viajar, y ha llegado en sus andanzas hasta los linderos de la China, Simbad, el costalero, no se ha movido nunca de Bagdad ni jamás ha pensado en mejorar su suerte y poner en juego su inventiva para elevarse en la escala social; es un hombre bueno, sin pizca de madera de pícaro; un creyente que merece el Paraíso, pero que en esta vida no merece sino cargar fardos, y ante el código de la moderna filosofía energética aparecería casi un delincuente.

Simbad, el de tierra, es el paria irredimible, el paria eterno, aun en el reino de la utopía social, aunque en el místico reino de Dios pudiera tener derecho a ocupar un trono.

Simbad, el marino, le tapa la boca con sus razonamientos empíricos y lo convence, ya tarde, del poder fáustico del esfuerzo y de la justicia con que, por su abulia, padece constantes miserias y trabajos; pero como esa victoria dialéctica resultaría demasiado cruel y amarga, Simbad, el marino, la endulza con su esplendor y regala al costalero riquezas más que suficientes para que en adelante no tenga que ganarse la vida como un burro de carga.

Simbad, el costalero, es un pobre de espíritu, un buen hombre, y merece esa recompensa en este mundo, que ha de ser de los mansos y pacíficos; viene, pues, la gracia en ayuda suya, y, al fin

y al cabo, resulta enriquecido sin esfuerzo, por obra de la pura casualidad, es decir, del Sino, que condujo sus pasos a la puerta de la casa del epulón bagdadí y le hizo detenerse allí, cansado, para enjugarse el sudor; con lo que podía justificar ante su tocayo su tesis de que todo está de antemano escrito y el hombre no tiene que hacer otra cosa que dejarse llevar.

Pero esto se relaciona ya con esa cuestión teológica de la predestinación y de la gracia, que hemos de examinar más adelante.

Hagamos notar únicamente ahora esa vindicación de la riqueza que Simbad hace ante el proletario descontento y en ese plan de crítica del que arrancan todas las utopías sociales en unos términos de condescendencia que le llevan a plantear la cuestión en el terreno de la lógica racional, cuando habría podido callarle la boca al costalero con solo citarle versículos coránicos tan rotundos que han suprimido en el Islam esa cuestión social que apunta en el Evangelio y constituye la preocupación máxima de las civilizaciones modernas.

Pero insistamos en el análisis de la compleja psicología de Simbad, en la que se acusan rasgos tan parecidos a los de la de Ulises, que han hecho pensar si no serán ambos una misma persona, así como también la semejanza de las aventuras que en el curso de sus sendos viajes les ocurren. En este último punto hay una diferencia esencial en la línea de sus respectivos itinerarios, pues Ulises se mueve y peregrina a la izquierda del mapa, hacia el Oeste, entre las islas del archipiélago jónico y en aguas del Egeo o el Mediterráneo (ya se sabe las discusiones de los eruditos sobre el particular), mientras que Simbad viaja siempre a la derecha, partiendo del golfo Pérsico, y sus naufragios lo arrojan siempre a playas indostánicas, de donde luego se

extiende al corazón de la India, por el Norte, y al archipiélago del mar de la China, por el Sur. Pero a ambos les ocurren aventuras tan parecidas que hacen pensar en una fuente común de inspiración legendaria, y corren análogos riesgos, de los que se salvan merced a su prudencia y serenidad de espíritu. Simbad el oriental desmiente con ello la fama de impulsiva que tiene su raza y acusa una psicología helénica.

Simbad, como Ulises en la isla de los Lotófagos, se abstiene de probar el letal brebaje que en uno de los países que recorre el huésped maligno les brinda a él y a sus compañeros, que, por no imitarlo, caen en una amnesia absoluta y en una inconsciencia que los pierde.

También su prudencia libra a Simbad de ser devorado por un antropófago muy semejante al ciclope de la *Odissea*—salvo tener los dos ojos—y cuyo sueño aprovecha para dejarlo ciego con un hierro candente, y eludir, en otro paso, las insidias de una Circe indiana, en un todo semejante a la que Ulises burla en el poema homérico.

Siempre su astucia y su desconfianza salvan a Simbad de los peligros en que sus alocados compañeros sucumben y siempre es él quien idea los medios de escapar de las garras de sus feroces enemigos, acreditando tanta inventiva como maña; lo cual lo erige, por fuero natural, en guía y caudillo de los supervivientes.

En lo que ya Simbad desmiente su psicología ulisiana es en la contumacia con que se lanza una y otra vez a esos azarosos viajes. Esa es la imprudencia máxima en que viene a caer toda su prudencia y ese es el rasgo verdaderamente oriental de su carácter. Está poseído del demonio del viaje y la aventura, habla en él el instinto irresistible de su raza nómada.

Ulises, reintegrado a su hogar y a su reino, no sale ya de él en busca de

nuevas aventuras; Simbad repite hasta siete veces la suerte, y no escarmienta a pesar de que vuelve de cada viaje rico, pero quebrantado y molido y con el firme propósito de no reincidir. La pasión de los viajes es en él más fuerte que todo, y después que descansa una temporada en Bagdad, entre sus amigos, rodeado de delicias, ya está de nuevo bulléndole en la sangre el microbio de la aventura y zumbándole en los oídos el canto de sirena de la lejanía, hasta que al cabo, como Don Quijote, no tiene más remedio que fletar un barco y hacerse a la mar.

Cabe pensar que Simbad es un hombre energético, nacido para el esfuerzo y la lucha, un carácter dinámico que no puede estarse quieto, y al que no hacen feliz las riquezas ni los honores, aunque él atribuya al ansia de ambas cosas el móvil de sus andanzas, pues harto se deja ver que eso es solo un pretexto, la razón que él se da a sí mismo para explicarse esa oscura tendencia de su subconsciente. Habría que asignarle a Simbad una libido insaciable, un ansia infinita de poder y dominio, una ambición política y social, que no se manifiesta en forma alguna, para justificar racionalmente esas reiteradas salidas.

Roso de Luna atribuye a los siete viajes de Simbad el sentido de otras tantas etapas de iniciación progresiva, en las cuales el simple mercader de Bazra se hace un sabio y adquiere categoría bastante para ser embajador de reyes y sentarse a la mesa de Harunu-r-Raschid. Pero en *Las mil y una noches* los viajes de Simbad no se muestran unidos por ningún nexo lógico; no obedecen a ningún plan, sino únicamente al tedio que la vida sedentaria inspira al marino.

Puede también admitirse que Simbad le haya tomado gusto a la aureola de gran viajero que sus correrías le han granjeado en Bagdad y quiera cada vez

reverdecer sus laureles con nuevos prodigios que contarles a sus paisanos deslumbrados. Hay un tanto de mixtificación en el carácter de Simbad que, sin duda, pone mucho de su inventiva oriental en sus relatos.

Simbad, como Ulises, sugiere la sospecha de ser un poco mentirosillo, para darse importancia ante sus oyentes y asombrarlos; solo que miente no como un embustero vulgar, sino como un poeta, sin darse cuenta él mismo, arrebatado por el entusiasmo del momento, sin perjuicio de que luego se ría a sus solas.

No es posible suponer que se crea él mismo esas historias que cuenta; por ejemplo, la de aquellos hombres a los cuales les nacen alas cada luna nueva, ni tampoco esas noticias fabulosas sobre la fauna teratológica que encuentra en sus andanzas; hay ahí un toque de guasa inocente, que nos imaginamos percibir entre líneas, análogo al de Don Quijote, contándole a Sancho los misterios de la cueva de Montesinos.

Simbad tiene algo, y aun bastante, del Tartarín, de Daudet, ese buen hombre que miente como un bellaco, sin mala intención, simplemente por «epatar» a sus paisanos, y que termina siendo víctima de sus propias mentiras, convertido en viajero a la fuerza, en una excursión a los Alpes, que podría compararse con el último y forzado viaje de As-Simbad, el marino. Es muy posible que en este se inspirase Daudet para trazar el tipo de ese Quijote de Tarascón, enloquecido por las lecturas de libros de viaje, como el manchego lo fue por los de caballería.

Hay una reticencia constante en la relación de esos viajes de Simbad, una sonrisa irónica en el narrador, que sabe que está narrando mentiras, aunque finja creerlas, pues escribe en un tiempo de mayor certeza histórica y geográfica. Ahora bien: el verdadero Simbad es el cronista, y a él es a quien

hay que cargarle las patrañas que pone en labios de su héroe.

Queda, sin embargo, pese a todo, la creación de esa figura compleja e interesante de As-Simbad, árabe por su sentimentalidad inconsciente y griego por el tipo cerebral de sus reacciones lúcidas, y, en resumen, un hombre con temperamento práctico, sociable y ecuaníme de mercader, sedentario, solo que acuciado por el dominio interior de la aventura que, a periodos intermitentes, lo domina y lo lanza a los mares.

En Simbad se reúnen la curiosidad, el afán de ver y aprender y el amor al riesgo y al lucro que se dan en todos los viajeros de todos los tiempos, incluso en los modernos exploradores, pues toda expedición científica es también una expedición mercantil, que enriquece la Geografía y la Historia Natural, y fomenta también la sociabilidad humana. Los mercaderes han sido en la Edad Media los primeros humanistas.

Simbad se educa en sus viajes, se temple el carácter y se afina el espíritu, adquiere ciencia y modales, se trata con reyes y, habiendo empezado de simple mercader, termina siendo un diplomático.

Simbad, el marino, corona su carrera de viajero con un rasgo de fina diplomacia: de regreso de la última expedición preséntase a Harunu-r-Raschid portador de una carta y valiosos regalos del rey de Serendib, que con ello rinde acatamiento y pleitesía, a fuer de buen musulmán, al emir de los creyentes. Y Harunu, que gusta no poco de tales embajadas, siente lisonjeada, como es de suponer, su vanidad de rey de los hombres y los genios, y recompensa con su habitual esplendor al ilustre emisario que, en adelante, gozará del favor del monarca y será su comensal y amigo.

Simbad envejecerá, pues, en Bagdad rodeado de honores y toda suerte de

honestos placeres; será un *scheij* famoso y respetado; su casa será meca de peregrinos de todos los países del Islam, y todos irán a consultarle en materia de náutica, geografía y ciencias naturales, y él los recibirá a todos con su afable sonrisa y su saludo acogedor de hombre hospitalario, y empezará a hablar pausadamente, acariciándose sus barbas de plata, y a inventar mentiras...

## LOS MISTICOS DE LA AMBICION

### IFFAN.—EL «MOGREBI»

Hay en *Las mil y una noches* otros viajeros audaces, alucinados por la fiebre del oro y el poder en tales términos que podemos llamarlos místicos de la ambición.

Tales son el Iffân de la *Historia de Balukiya* (Noches 285 a 295) y el anónimo *mogrebi* de la de Chûder, el pescador. Uno y otro son representativos de esa curiosa casta de hombres, versados en saber ocultista, que aspiraban a realizar de una vez la gran jugada, conquistando de un golpe no solo la riqueza, como Simbad, sino también el poder sobre los hombres y sobre los genios, y a alzarse con ese imperio integral que en otro tiempo ejerció Salomón, según las leyendas talmúdicas que pasaron al *Corán* y son la fuente de donde estas historias se derivan.

El tipo más señalado de esa clase de ilusos soñadores es el ocultista Iffân, hombre que ha leído todos los grimoarios de la pretendida ciencia arcana, sin olvidar los llamados Escritos de los Primitivos, esa especie de doctrina secreta de los teósofos modernos, gracias a lo cual ha logrado descubrir el remoto lugar, más allá de los siete mares, donde reposa el cadáver incorrupto del

gran Salomón, conservando en uno de sus dedos el mágico anillo, símbolo y clave de su fabuloso poder.

Iffán pretende llegar hasta allí, penetrar en la tumba del gran monarca hebreo y robarle el poderoso anillo; temeraria es la empresa, pues aparte de que quien la intente ha de cruzar a pie enjuto esos siete mares desolados y procelosos, puesto que llegue al término de su viaje, ha de sortear la amenaza de los talismanes que defienden el cadáver del monarca, que por otra parte quizá no esté muerto, sino simplemente dormido, en cataléptico letargo.

Pero el ansia de riqueza y poder es tan grande en ese místico de la ambición que no se arredra ante ningún peligro; todo lo tiene calculado y aperecebido y solo le falta encontrar un compañero que le ayude, pues no es posible que un hombre solo dé cima a tamaña aventura.

El será el alma y el otro la mano de la empresa; luego ya cabe suponer que buscará el modo de deshacerse de ese ayudante ingenuo y no admitirlo a aparcería en el tesoro, como lo fue en los riesgos; que no hay que esperar otra cosa de esos seres tan ferozmente egoístas.

Así las cosas, pone el azar en contacto a Iffán con el joven Balukiya, que es precisamente el más indicado para sus intenciones; Balukiya es también un soñador, un místico, aunque de otra clase; un místico religioso que, habiendo leído en los libros sagrados la profecía que anuncia la llegada del último enviado de Alá, toma el futuro por pretérito y, lleno de santa impaciencia, se lanza a correr tierras en busca del gran Mahoma, gala de los hombres y sello de la profecía.

Iffán halaga los místicos sueños del joven Balukiya, pero los desvía a favor de los suyos: hace ver al impaciente que aún no ha llegado la hora del advenimiento del Profeta, y entre tanto

le propone participar en su aventura, que le proporcionará el medio de admirar las maravillas que Alá esparció por tierras y mares y ver al magnífico rey Salomón en su lecho de muerte o acaso de sueño milenario, vestido con todos sus regios arreos en aquella cúpula a la que, al morir, lo trasladaron los genios para que nada turbase su reposo ni nadie pudiese arrebatarse su mágico anillo.

La idea de poder contemplar a Salomón, el rey más sabio y poderoso que ha habido en el mundo, la maravilla de su tiempo y de todos los tiempos, es más que suficiente para inflamar al ingenuo Balukiya de un entusiasmo comparable al que impulsó a la reina de Saba a atravesar desierto y montes para llegar hasta Jerusalén.

Balukiya está dispuesto a cruzar esos siete mares desolados y procelosos; solo que no acierta cómo podrán hacerlo a pie enjuto caminando sobre las aguas; interroga a Iffán y aquel le explica cómo ha leído en sus libros que hay una hierba cuyo zumo, aplicado a las plantas de los pies, los capacita para andar sobre las aguas cual sobre tierra firme.

Solo se necesita para ello encontrar primero a la reina de las serpientes y obligarla a que les indique dónde está esa planta prodigiosa, que en su presencia romperá a hablar ella misma y revelará su virtud; afortunadamente, sabe Iffán el paradero de la sierpereina y allá se dirigen él y Balukiya, armados de una jaula de hierro, para meter en ella a la serpiente y reducirla a su obediencia.

Logran plenamente su objeto y, ya en posesión de la hierba maravillosa, extrañe el jugo, que guardan en dos frascos, para tener repuesto, y se frotan los pies y empiezan a caminar sobre las aguas cual sobre un piso de cristal.

Cruzan así los siete mares, padeciendo innumerables peripecias en aquellas

ignotas y despobladas islas, donde más de una vez están a punto de perecer de inanición o bajo la acometida de monstruos feroces; pero también tienen el privilegio de ver cosas que ningún mortal ha visto y que el narrador refiere, haciendo gala de una imaginación enfebrecida, capaz de competir con el delirante numen de Ezequiel, cuyo influjo es patente en todo el relato.

Llegan por fin ambos audaces, temerarios viajeros, a la tumba del rey Salomón, y el ocultista Iffán hace que Balukiya recite unos ensalmos que él le dicta y que, a juicio suyo, serán poderosos a quebrar la amenaza de los talismanes y sortilegios que defienden el acceso del regío durmiente, después de lo cual acércase al trono en que aquel reposa, lleno de majestad (bastaría la majestad de la muerte) y procede a tratar de sacarle el anillo de su inerte dedo.

Pero en aquel instante se oye un gran fragor y déjase ver una enorme serpiente, que sale de debajo del trono, lanzando centellas por sus fauces y, encarándose con Iffán, le previene que, si no se aleja, lo devorará con su fuego; no hace caso el alucinado Iffán de la amenaza y entonces la serpiente sopla sobre él su hálito de fuego y lo abrasa, dejándolo reducido a un montón de cenizas.

Desmáysese de terror Balukiya, esperando igual muerte; pero entonces preséntase allí el ángel Gabriel, por mandato de Alá, e intima a la serpiente que respete a Balukiya y se vuelva a su escondrijo, bajo el trono, y cuando el joven recóbrase al fin de su desmayo le habla en afables términos, aconsejándole que se torne a su país y frene su mística impaciencia, pues los tiempos de la venida de Mahoma, el Profeta, a este mundo, aún están lejanos y aún tendrán que esperar mucho los mortales hasta ver entre ellos a esa flor suprema de la Humanidad.

Echase a llorar Balukiya al oírlo y emprende la vuelta, a la inversa, de los siete mares, encontrándose en el curso de su viaje de regreso con maravillas aún más sorprendentes que las que a la ida viera y que dan motivo al narrador para exponer misterios teológicos de la *gnosis* secreta, que no es del caso tratar aquí, y conoce personajes interesantes y curiosos, como el rey Berajiya, y, sobre todo, conoce al joven príncipe Chanischah, hijo del rey Tigmús, soberano de Kabul, que tiene también una historia rara y maravillosa que contar, y que no hemos de referir aquí, pues solo nos interesa ahora hablar de esos místicos del oro y el poder, que guardan cierta relación con los cabalistas talmúdicos y los alquimistas medievales, aunque prescindan de la molestia de fabricar oro filosofal y prefieran descubrir los lugares misteriosos en que el oro natural se encuentra, ya listo, al alcance de la mano.

Otro de esos buscadores de tesoros es el *mogrebi*, que por eso merece unos perfiles biográficos.

### EL «MOGREBI» ABDU-Z-ZAMAD

El *mogrebi* Abdu-z-Zámad es otro alucinado de la casta de Iffán, sabio en ciencia arcana y buscador de tesoros; pero lo aventaja en generosidad y nobleza, como lo acredita su conducta con el pescador Chúder, que le sirve de auxiliar en su empresa, igual que Balukiya a Iffán.

Abdu-z-Zámad, el siervo del Eterno, anda buscando el tesoro de Schamar-del, que está en poder de los hijos del rey Al-Ahmar o *el Rojo* y que, transformados en peces de colores, moran en las aguas del lago de Karún, nombre lleno de resonancias como una caracola de leyenda y mito.

Los hijos del rey Al-Ahmar son los

únicos que saben el paradero del valioso tesoro, por lo que hay que empezar por ir a buscarlos en su acuática guarida, apresar a alguno de ellos y obligarlo a revelar el secreto que avaramente guardan. Esta es la parte que al mago incumbe: hacer hablar a esos hombres-peces, pues para lo demás necesita valerse del pescador Chúder, que es el predestinado para deshacer el sortilegio que defiende el tesoro y dar cima feliz, cual diría Don Quijote, a esa gran aventura.

Requiere, pues, el mago la ayuda del joven pescador y logra atrapar a uno de aquellos peces y lo encierra en una redoma y, con amenazas de muerte, obligo a revelar el secreto, confesándole aquel que el codiciado tesoro se encuentra en el fondo de la laguna de Karún, y allá se dirigen Abdu-z-Zámad y Chúder; pero antes hacen una parada en la casa del *mogrebi*, en la ciudad de Mequinez, donde aquel tiene al joven huésped agasajado y atendido a cuerpo de rey, en tanto apercibe las cosas que necesita para lograr su fin y aguarda el día predestinado para tentar la empresa, espera que dura todo un año.

Llega al cabo ese día y Abdu-z-Zámad se encamina en unión de Chúder al lago de Karún, donde yace el tesoro de Schamardel, defendido por potentes talismanes, que justifican su nombre de Schamardel, que, interpretado a lo hebraico, significa Guarda, custodia (*Schamar*) de Dios (*de El*). Abdu-z-Zámad instruye a Chúder en lo que ha de hacer para trasponer sin dificultad las siete puertas que hay que atravesar hasta llegar al tesoro y le recomienda no se deje intimar por los tragos espantables que le salgan al paso ni tampoco se entenezca ante el fantasma de su madre, que se le aparecerá en la última puerta y al que debe despojar de todas sus ropas.

Cumple Chúder al pie de la letra las

instrucciones del maestro; pero en la última puerta, ante aquella semblanza de su madre que le implora y lo llama hijo mío, se entenece y no tiene valor para dejar al desnudo sus fingidas carnes.

Falla, pues, la empresa aquella vez, y tienen que aguardar a que pase otro año y entonces le dan cumplido remate; el *mogrebi* recompensa espléndidamente a Chúder, con riquezas y talismanes que ponen genios a su servicio, y el pescador se despidió de él y torna dichoso a su casa, impaciente por compartir aquella opulencia fabulosa con su buena madre y sus dos malos hermanos.

El famoso tesoro de Schamardel aparece lacónicamente inventariado en el texto árabe, el cual solo nos dice que consistía en un zodiaco o esfera celeste, un pomo de *kohol* o alheña para los ojos, una espada de fuego y un anillo; fácil es comprender que siendo mágicos todos esos objetos, el zodiaco servía para poder ver todos los lugares del universo sin moverse de su sitio; el *kohol* para, frotándose con él los ojos, descubrir los tesoros ocultos; la espada de fuego aseguraba la victoria sobre todo enemigo, y el anillo mágico confería a su dueño poder y dominio absoluto sobre hombres y genios, como el de Salomón, que buscaba Ifrán.

Tanto el egipcio como el *mogrebi* eran dos místicos, alucinados, ansiosos de riqueza y poder.

Por cierto que se podría relacionar el nombre de Karún, que lleva la laguna del tesoro, con el de Caronte, el fúnebre barquero de almas en el mito griego, y ver en esa historia un eco de la tradición helénica del Hades, o reino de los muertos, que se suponía también un reino de tesoros incalculables confiados a la guardia de Pluto, a un tiempo mismo dios de los difuntos y del oro, duplicidad de carácter no difícil de explicar, ya que los antiguos

enterraban con sus muertos joyas y monedas.

Los hipogeos fúnebres de los egipcios eran cámaras de tesoros que tentaban la codicia de los bandoleros beduinos, que los fueron saqueando poco a poco hasta no dejar nada sino las momias, que a su vez saqueó luego el bandidaje científico, en que perdió la vida al famoso lord Carnavon, raptor de Tutankamen para el British Museum.

El tesoro de Schamardel no cuesta inmediatamente la vida de sus raptores, pero uno de ellos por lo menos, el más inocente, o sea el pescador Chúder, no escapa a la sanción y acaba trágicamente a manos de sus hermanos, envidiosos de su poder mágico, que le ha valido casarse con una princesa y sentarse en un trono de sultán.

La historia termina vengando la viuda al interfecto y destruyendo el anillo que, como todos los de su clase, trae, en uno u otro modo, mala sombra.

Del *mogrebi* Abdu-z-Zámad no nos da el narrador más referencias, con lo que falta aquí la moraleja propia del caso; pero basta con el castigo de Iffán y de Chúder para fijar la actitud condenatoria de la ortodoxia musulmana ante las prácticas de magia y hechicería y todos esos medios ilícitos con que el hombre pretende forzar la voluntad de Dios y el decreto del Sino.

La moraleja de tales historias parece ser la de que el hombre debe contentarse con su suerte y abandonarse a la voluntad de Alá, en cuya mano están las llaves de todos los tesoros y que, si quiere, puede enriquecerlo y engrandecerlo, sin que él ponga nada de su parte; tal ocurre en las sendas historias de Hasid Kerimu-d-Din, el ignorante, y de Abu-Mohammed-l-Kaslán, el perezoso, que, por obra y gracia de Alá, alcanzan la ciencia infusa con el aditamento de la riqueza y el poder, sin

haber realizado para merecerlo ninguno de los siete trabajos de Simbad el marino, ni haber cruzado, como Iffán los siete mares.

Los buscadores de tesoros de *Las mil y una noches* suelen acabar mal, aunque no siempre, pues eso estaría en contradicción con el carácter antidogmático y ecléctico del libro, correspondiente a la pluralidad de sus autores.

El *mogrebi* Abdu-z-Zámad logra apoderarse del tesoro de Schamardel y es de suponer que termina dichosamente sus días en su plácido y suntuoso retiro de Mequinez; pero también otro mago, el protagonista de *Las llaves del Sino* (Noches 652 a 660), que se vale del ignorante y sencillo Abdu-l-Lah para obtener el alcrebite o azufre rojo de los alquimistas, capaz de transmutar en oro purísimo cualquier vil metal, logra un final de vida totalmente feliz, modelo de eutanasia, que diríamos hoy, exhalando dulcemente el alma, en medio de refinados placeres, sin llegar a conocer la vejez ni la miseria a que acaso, de otro modo, habría reducido su prodigalidad sin límites.

Ese anónimo beduino, que es el verdadero ejemplar de alquimista que figura en el libro, pues no busca tesoros ocultos, sino el tesoro de los tesoros, el alcrebite, clave de la piedra filosofal, del oro alquímico, burla la maldición aneja al ejercicio de la magia y realiza plenamente su ideal hedonístico en la vida a costa del pobre Hasán, su inocente instrumento, al que transfiere su parte de fatalidad en este mundo.

Claro que Alá le dará en el otro el castigo que merece. Pero en los términos a que se ciñe la historia es esta un argumento contra la moralidad del Sino, que proclama el triunfo de los inteligentes y malos sobre los pobres de espíritu, buenos, pero ignorantes e ingenuos.



## HASID KERIMU-D-DIN, EL SABIO POR CIENCIA INFUSA

La historia del leñador Hásid Kerimu-d-Din—*Contador generoso de la Fe* (Noches 284 y 285)—tiene, como la de Alá-d-Din, el de la lámpara maravillosa, todo el aire de una *haggadah* talmúdica o una parábola evangélica, y pertenece a esa corriente de mística demagogia que deja oír la voz del pueblo en esta literatura destinada en parte a halagar a los poderosos de la tierra. Es la exaltación de los humildes, de los ignorantes, de la plebe, que diría, indignado, Nietzsche; de los parias sobre los aristos.

Hásid Kerimu-d-Din es la personificación de la *sancta simplicitas*, de la santa ignorancia puesta por encima de la ciencia orgullosa de los llamados sabios y un argumento a favor de la tesis coránica de que Alá, en su omnipotencia, concede sus mercedes «a quien quiere, de entre sus siervos». Alá puede hacer, si lo desea, un sabio de un analfabeto como el leñador del cuento, concediéndole en un momento ese don mirífico de la ciencia infusa, que se adquiere sin esfuerzo ni estudio.

Hásid, como Alá-d-Din y como Abu-Mohammed-Kaslán que ya examinaremos, contradice la filosofía emergética representada en Simbad, el marino, y proclama el triunfo de la gracia sobre la justicia, de la fe sobre la razón.

Hásid, como Alá-d-Din y Al-Kaslán, logran de bóbilis lo que otros no consiguen a pesar de todos sus esfuerzos, presididos por la razón y animados por la voluntad; sus sendas historias son un consuelo y un estímulo para los pobres de espíritu, temerosos de Dios.

*Irat Jehovah reschit ha-hajmah (Timor Dei initium sapientiae)* Hásid es un sabio en potencia porque tiene el temor de Dios.

El narrador nos lo pinta como un

deficiente mental, como un chico totalmente negado para los estudios, en el que se frustran las ilusiones de su padre, Daniel, uno de los hombres más sabios, según el mundo, de su tiempo; como tantos hijos de padres ilustres, Hásid desmiente la ley de la herencia y sale tan distinto a su padre que ni siquiera llega a poder leer los escritos en que, al morir, dejóle aquel condensado todo su saber.

Hay una tragedia familiar impresionante en esa lucha de la viuda con el chico torpe, pero dócil y bueno, para hacer que este estudie y se haga digno de la fama paterna y pueda ser un día báculo de su vejez desamparada. Este patetismo doméstico, íntimo, está denunciando un origen talmúdico.

Pero el chico Hásid ha nacido tan romo e inepto que su madre, a la que el marido solo dejó por todo caudal esos papeles que contienen la clave de una ciencia inútil, decide, por consejo de los maestros, quitar al niño de la escuela y ponerlo a oficio.

Hásid, que es tan bueno como torpe, irá, provisto de hacha y cuerda, a cortar leña al bosque como aprendiz de unos leñadores, y así ganará su pan y el de su madre.

Pero ya ahí empieza a manifestarse la predestinación del chico: Hásid descubre en el campo una cisterna abandonada, llena de miel hasta los bordes, y como es bueno de suyo, en vez de guardarse para sí el secreto se lo comunica a los leñadores, los cuales se sirven de él para extraer aquella miel mostrenca y luego se van y lo dejan en el fondo de la cisterna, que vuelven a tapar para que no pueda salir y perezca de hambre y no denuncie el robo.

Pero Alá vela por su siervo y le depara un medio inesperado de evadirse de aquella tumba; sale de ella el muchacho y empieza a vagar desorientado por aquellas soledades, y el sino le conduce entonces al lugar donde tie-

ne su corte la reina de las serpientes, esa entidad fabulosa cuya aparición en el cuento semítico marca una injerencia de mitos arios.

De su encuentro con la reina de las serpientes arranca la buena suerte del buen leñador; por su medio conoce a Balukiya, el místico impaciente, que va buscando por el mundo a Mahoma, que aún no ha venido a él, y al príncipe Chanischah, cuyas historias sorprendentes le maravillan y edifican.

La serpiente-reina cóbrale gran cariño al leñador, no obstante estar este predestinado a ser el causante de su muerte, según ella misma le revela, entre lágrimas, rogándole, al despedirse de él, no entre nunca en un *hamman*, pues ello implicaría su muerte segura, aunque hartó sabe que tal recomendación será inútil, ya que es cosa prescrita por el sino y, por tanto, fatal.

Guiado por las indicaciones de la propia serpiente-reina, regresa Hásid al mundo de los hombres, entra en una ciudad y, al pasar por delante del baño, invítale su dueño con tales halagos que no puede negarse y pasa al interior, y se entrega a los cuidados del bañero y el masajista.

Gran bienestar siente el viajero cansado, después de aquel baño reparador; pero no le dejan gozar mucho tiempo de esa sensación placentera, pues en seguida vienen los emisarios del rey de la ciudad, cargan con él, lo atan y se lo llevan a palacio, a presencia del gran visir.

Se trata de que el rey está enfermo hace ya mucho tiempo, desahuciado de todos los médicos, y solo podrá sanar, según revelación de los astrólogos, ingiriendo el caldo en que se haya cocido la carne de la serpiente-reina, cuyo paradero solo Hásid conoce; debe este, pues, ir allá con los guardias del rey y mostrarles a la sierpe para que puedan capturarla y entregársela al gran visir.

Gran dolor cáusale a Hásid haber de

pagar con una traición semejante los favores que debe a la serpiente-reina; pero no tiene más remedio que avenirse a ello y obedecer a los que, alfanje en mano, se lo ordenan.

Pero la serpiente-reina tiene el alma delicada y tierna de una santa princesa encantada, y en vez de reprocharle a Hásid su traición, lo consuela y tranquiliza, absolviéndolo, en nombre del sino todopoderoso y, además, le dice lo que ha de hacer con su cuerpo, luego que la sacrificuen y despedacen, para burlar las insidias que el visir envidioso le tiene apercibidas.

Cumple Hásid al pie de la letra las instrucciones de la reina de las serpientes; elude las asechanzas del visir, que perece en lugar suyo; sana al rey y pasa a ocupar el lugar del interfecto al lado del monarca, que lo colma de mercedes y honores.

Y, para colmo de venturas, el ignorante y simple Hásid, el deficiente mental, recibe, porque así Alá lo quiere, el don repentino de la ciencia infusa y queda hecho, de golpe, el hombre más sabio de la tierra, sin haber hojeado en toda su vida un solo libro.

Ahora su madre, que tanto llorara en otro tiempo por culpa de aquel chico torpe, inútil, vástago indigno de un padre tan sabio, podrá reír dichosa y gloriarse de aquel hijo que antaño la abochornaba, y alzar su frente ufana entre los coros de las madres.

No hay que decir que aquellos leñadores que abandonaron a Hásid en el fondo de la cerrada cisterna, para que allí muriese, sufren el condigno castigo, de suerte que a un tiempo mismo triunfan la gracia y la justicia.

El cuento de Hásid, el leñador, gratificado por Alá con el don salomónico de la suprema sabiduría, que no se adquiere en los libros, responde, como vemos, a la tendencia agnóstica del *Evangelio* que, a su vez, procede de la *Biblia*, pues Hásid en fin de cuentas, es

un profeta inspirado por el divino Espíritu para que confunda a los sabios según el mundo, y significa en el terreno del saber lo mismo que Kaslán, el perezoso, en el terreno de la voluntad operante: la negación de los valores basados en el esfuerzo y el mérito personal.

De su historia se desprende la misma moraleja que de muchas parábolas del *Evangelio*, como las del hijo pródigo y el labrador y sus operarios.

### ABU-MOHAMMED-L-KASLAN, EL PEREZOSO ENRIQUECIDO

Al-Kaslán, ese otro hijo de viuda (notemos que el hijo de viuda tiene categoría dentro de toda la literatura bíblico-talmúdica-evangélica) es un deficiente de la voluntad, como Hásid lo es de la inteligencia. El narrador lo pinta tan absolutamente abúlico y apático, tan incapaz para el menor esfuerzo, que incluso sobrepasa al héroe de Goncharov, a ese Oblomov, prototipo de la inercia esclava.

Al-Kaslán es el gaudul por naturaleza, *a priori* (y en eso se diferencia de Oblomov, que tiene tras sí una experiencia y es un abúlico por desencanto), el hombre indolente de suyo, que nació fondón, como dicen en Andalucía—el hombre al que le pesa el trasero—traduciendo instintivamente el vocablo hebreo árabe de Kaslán que, según la docta definición del orientalista belga Schultens en sus notas a la versión latina de los *Maschalim* (Proverbios) salomónicos, quiere decir el nalgudo, el de amplio tapanario que, por indolencia, anda contoneándose como las mujercas gordas.

Al-Kaslán es, como Hásid, la desesperación de su pobre madre, la cual jamás podrá esperar ninguna ayuda de ese hijo haragán, apático y fatalista.

Y, sin embargo, la realidad viene a

desmentir aquí también, por ventura, los temores maternos: Al-Kaslán llega a ser rico de repente y, por obra del sino, de igual modo que Hásid sabio.

Se ha de saber que, cediendo a los maternos ruegos, el perezoso Kaslán tuvo el heroísmo de levantarse un día de la cama, vestirse y calzarse, con ayuda de su madre, que a ese efecto se arrodilló a sus pies (patético rasgo muy del gusto de esos enmadrados orientales), y echarse a la calle y llegar hasta la playa, donde se disponía a zarpas una flota de mercaderes, acaudillada por el probo *scheij* Abu-l-Mozáfer, al cual entregó unas dracmas que su madre agenciara vendiendo cuanto había en la casa de vendible, a fin de que con ellos negociara en su nombre en el curso de su mercaderil expedición.

Luego de ese alarde, Al-Kaslán, rendido y agotado, volvió a su casa desmantelada y se tumbó en el lecho. Bien podía hacerlo, pues la fortuna caprichosa estaba de su parte, y al cabo de unos meses viola entrar por su puerta, en la persona del *scheij* Abu-l-Mozáfer, que, a cambio de sus dracmas, iba a llevarle una riqueza tal como para que, en lo sucesivo, pudiera dormir a pierna suelta.

Pero aquí surge la paradoja, pues precisamente al verse rico cambia Al-Kaslán de condición y deja de ser Al-Kaslán, lo que acaso nos descubre la verdadera clave de su psicología, o sea que si antes no hacía nada ni comerciaba, era porque no tenía nada que negociar; ahora que lo tiene, Al-Kaslán abre tienda en el zoco y va a sentarse allí, como su padre, a comprar y vender para acrecer su hacienda, que la posesión de sus riquezas le ha abierto el apetito.

Aunque en este cambio del carácter de Kaslán quizá debamos ver una inferencia de origen hindú, pues el motor primordial que espolea su voluntad y

la orienta a la acción es un mono que Abu-l-Mozáfer le ha traído de la India, y que no es tal mono, sino un *efrit*, el cual está locamente enamorado de la bella hija de un noble y opulento mercader de Bagdad y piensa valerse de su joven amo para lograr sus fines.

El simio, pues, conviértese en el *daimon* práctico de Al-Kaslán, y, para su mal por cierto, lo convierte en un hombre dinámico y activo.

Por sugestión suya va Al-Kaslán a pedirle para él al mercader la mano de su hija y es el mono también el que alecciona al joven sobre lo que ha de responder al comerciante orgulloso, tanto de su riqueza como de sus pergaminos, cuando le ponga reparos por no ser él noble, sino sencillamente rico.

Al-Kaslán cita efectivamente al mercader engreído del *hadiz* del Profeta, que dijo: «La mejor ejecutoria de nobleza es la hacienda», en lo que dejó traslucir su moral de clase mercaderil, la más adecuada a una raza de mercaderes natos.

Esa cita del Profeta y la dote fabulosa que Al-Kaslán ofrece a su futuro suegro triunfan de sus aristocráticos remilgos y accede a la boda de su hija con aquel advenedizo opulento.

Ahora bien: la noche de la boda, Al-Kaslán, aleccionado por su Mefistófeles simiesco, deja un momento a la desposada para ir a un sitio de la casa que aquel le ha indicado y realizar ciertos sortilegios que han de abrir una alacena embrujada.

Pero en el mismo instante en que Al-Kaslán abre la alacena carga el falso mono con la novia y remonta con ella el vuelo por los aires.

No hay que describir la desesperación de Al-Kaslán, que ya viera a su novia sin el velo y quedara prendado de su incomparable belleza; Al-Kaslán llora, se rasga los vestidos y no sabe qué hacer para recuperar a la raptada. Finalmente, se lanza en su busca y

emprende una correría desorientada, sin rumbo ni meta.

Repítase entonces el truco frecuente en estas historias, y Al-Kaslán ve reñir a dos serpientes, una parda y otra blanca, que no son también sino dos genios, uno macho y otro hembra, que defiende contra aquel su honra genial.

Ampara Al-Kaslán a la serpiente blanca y esta, agradecida, usa en su favor sus mágicos poderes y lo ayuda a encontrar a su esposa, a vueltas de múltiples aventuras y peripecias, que dan materia al narrador para hacer alarde de su fantasía, aunque más de una vez no haga sino repetir en vez de inventar.

En resumidas cuentas: que Al-Kaslán logra reunirse con su esposa y tornar a su tierra de Bagdad, más rico que antes y en posesión de un talismán que pone a su servicio legiones de genios.

Y aquí termina la historia de ese perezoso afortunado, que, si reparamos bien, no desmiente nunca su condición de tal, ya que esa actividad a que temporalmente se entrega es forzada, no voluntaria, y, además, refleja, pues él en realidad no hace otra cosa que dejarse llevar de genios tutelares, que son los que hacen todo, y él sigue siendo, hasta el final, un niño mimado de la suerte, al que todo, riqueza y amor, se le da porque sí.

Abu-Mohammed-l-Kaslán obtiene sin esfuerzo lo que Simbad, el marino, solo consigue a costa de mil penalidades y trabajos, es decir, como fruto de su voluntad heroica.

### ALA-D-DIN, EL DE LA LAMPARA MARAVILLOSA

La historia de Alá-d-Din, el de la famosa lámpara (Noches 587 a 603), es otro argumento a favor de la predeterminación contra el esfuerzo y contiene

la misma carga de mística demagogia que los cuentos que acabamos de examinar.

Alá-d-Din, el pobre huérfano—otro huérfano—del sastre Muztafá, es otro advenedizo predestinado, en cuyo favor se quiebra la vara de la justicia convenida y de la inflexible ley de castas, llegando, en virtud de ello, a ser no solo fabulosamente rico, sino, además, esposo de la princesa Bedru-l-Budur o *Luna de las lunas*, hija del rey de China.

En la historia de Alá-d-Din resplandece la intervención de la Providencia en pro del inocente, haciendo que se le vuelva bien el mal que tratan de hacerle. Alá-d-Din, como Chúder, el pescador, es un alma pura, y por eso es el indicado para que cierto mago *mogrebi* (como el Abdu-z-Zámad del cuento de Chúder) logre, por su mediación, sus ambiciosos planes.

Es tan popular la historia de Alá-d-Din y su lámpara maravillosa, que no es necesario referir aquí la larga serie de aventuras extraordinarias que le ocurren al hijo del sastre Muztafá, hasta que llega a desposarse con la princesa Bedru-l-Budur, y en el curso de las cuales lucha constantemente con la malquerencia del mago, al que vence siempre, sin que este logre arrebatarle la lámpara y el anillo que con aviesa intención dejara en su poder.

El joven Alá-d-Din, que el mago pensaba utilizar como instrumento para la realización de sus planes, se emancipa desde el primer momento de su dominio y es él quien lo lleva a cabo, burlando a su burlador como Fausto a Mefistófeles, y suplantándolo en sus sueños desmedidos de poder y de gloria.

Hay ahí una rectificación del destino a favor del humilde, pues es, al mismo tiempo, el más digno de las preferencias de la suerte, por lo que se le transfieren los poderes mágicos del *mo-*

*grebi* egoísta y perverso. Parécenos estar oyendo la voz anticipada de Kant, el filósofo: «No es lícito servirse como medio del hombre, que es un fin en sí mismo.»

Hay en esta historia ecos de otras, como la del visir Nuru-d-Din y de su hermano Schemsu-d-Din (Noches 20 a 25), en que los genios trasladan al jovencito Achib de Dimechk a El Cairo para que ocupe el puesto del novio cerca de Sittu-l-Hosn, a la que el sultán, por despecho, ha jurado casar con uno de sus mozos de cuadra, contrahecho y estevado.

También aquí los genios servidores de Alá-d-Din impiden la boda de la princesa Bedru-l-Budur con el hijo del gran visir del rey de la China, llevándolos a ambos por los aires a casa del propio Alá-d-Din y encerrando luego en el retrete al novio oficial.

Porque se ha de saber que Alá-d-Din, vagando por la ciudad—y aquí otro eco de la historia del joven Kamaru-s-Semán, el amante de la mujer del joyero Obaid—, en ocasión de dirigirse al baño la princesa Bedru-l-Budur, en vez de encerrarse en su casa, como estaba mandado, escondióse en un sitio desde el que pudiese ver el maravilloso rostro de la princesa, y no bien lo hubo contemplado, quedóse enamorado de ella hasta el desmayo y la locura.

Mandó luego el joven a su madre, cargada de ricos presentes, a pedirle al rey en su nombre la mano de la princesa, y el rey, fascinado a la vista de aquellos tesoros, mostróse dispuesto a dársela, y así lo habría hecho de no interponerse el visir, que codiciaba tal honor para su hijo.

Gracias a los genios servidores de Alá-d-Din frústrase la nupcia y es él quien aquella noche se acuesta en el lecho de la novia; pero interponiendo entre ambos, en señal de respeto a la virginidad de la princesa, su espada desnuda, según la costumbre de los

antiguos caballeros guardadores de la castidad.

Repítese la escena de esos desposorios simbólicos todas las noches, y la espada de Alá-d-Din defiende a la princesa y la conserva pura e intacta para el día en que el joven se case con ella, según el rito de los nobles a plena luz, y no al modo vulgar de los *grandharvas* plebeyos.

Tres meses diera de plazo el rey a la madre de Alá-d-Din para contestar a su petición y, pasado ese plazo, presentábase de nuevo la madre ante el monarca, que se muestra dispuesto como la vez primera a dársela, pero expresa el natural deseo de conocer antes a su futuro yerno, para ver por sus propios ojos si es digno de serlo.

Comparece Alá-d-Din ante el monarca con todo el suntuoso aparato que sus riquezas le permiten, y el rey, encantado de su belleza y su elocuencia, no vacila ya más y le concede la mano de su hija.

A partir de aquí ya el resto del relato versa sobre las astucias a que apela el *mogrebi* para recuperar su lámpara y su anillo, entre las que figura la de presentarse en la corte un hermano suyo, cuando aquel ha muerto, disfrazado con las ropas de una santa anacoreta, llamada Fátima, a la que previamente asesinó—ardid que recuerda el de la vieja Zatu-d-Dauahi en la historia del rey Omaru-n-Nômán—, y habla con la princesa Bedru-l-Budur, a la que induce a pedirle a su esposo cuelgue del techo, para ornamento cabal del salón del palacio, un huevo del Pájaro Roj, uno de esos huevos gigantes que Simbad, el marino, nos describe en sus viajes y lograr el cual representa temeraria aventura, en la que el mago espera perderá la vida Alá-d-Din, que, por otra parte, si se niega a intentarla, perderá el amor de la princesa.

La aventura es tan arriesgada que el

propio genio servidor de Alá-d-Din se horroriza al oír su petición y, para disuadir a su amo, le descubre la insidiosa intención del *mogrebi*, oculto bajo el burdo sayal de la santa Fátima, y lo exhorta a desenmascararlo y castigar su felonía en la forma que se merece.

Hace venir entonces Alá-d-Din a la falsa anacoreta y le hunde su puñal en el pecho, poniendo así fin a todos sus enredos y engaños.

Después de lo cual, ya Alá-d-Din y su esposa, Bedru-l-Budur, vivieron felices el resto de sus días, en medio de sus felices súbditos, los hijos del entonces todavía celeste imperio.

Y colorín colorado...

Tal es, a grandes rasgos, esa historia de Alá-d-Din, en que Roso de Luna analiza un rico contenido simbólico, viendo en la fabulosa lámpara la mística luminaria de Psiquis, la luz del conocimiento, y en el anillo mágico el anillo del amor, que nos da posesión de las fuerzas naturales, y que, pudo añadir, figuraba como tal en los célebres desposorios que cada año celebraban los dogos venecianos con el mar. Cuanto a la princesa Bedru-l-Budur, es para el maestro teósofo la Naturaleza misma, con la cual se desposa la Ciencia, personificada en Alá-d-Din.

Pero de todos estos símbolos hablaremos en otro lugar; ahora nos limitaremos a hacer constar, sin salirnos del terreno de las realidades sensibles, la tendencia exaltadora de los pequeños y los humildes que se advierte en esta historia del hijo del sastre Muztafá, encumbrado por obra y gracia del sino, y sin ningún esfuerzo de su parte, a la categoría de yerno y después sucesor en el trono del poderoso soberano de la China.

Pero esta historia de Alá-d-Din, en que la ingenuidad triunfa sobre la astucia, guarda semejanza en ese sentido con la de Ali Babá y los cuarenta

ladrones y la del zapatero remendón Mâruf, al que podríamos llamar el pícaro a la fuerza.

## ALI BABA, EL LEÑADOR

La historia de Ali Babá empieza con el tema cainita de la envidia entre hermanos y precisamente del mayor hacia el menor, el leñador. Ali es el hermano segundón del acaudalado mercader Kâsem.

No hay quien no conozca la *Historia de Ali Babá y los cuarenta ladrones* (Noches 980 a 989), popularizada incluso por el cine, e ignore el modo fortuito y maravilloso cómo aquel, habiendo salido una mañana a cortar leña en el bosque, descubre el secreto de la cueva en que los cuarenta bandidos guardan el botín de sus rapiñas, tras una roca, que cede al pronunciarse la palabra simbólica de ¡Sésamo, ábrete!

Pronúnciala Ali Babá, en ausencia de los ladrones, penetra en la cueva y sale de allí cargado de tesoros, con los cuales corre, ligero, a su casa, ansiando por hacer a su esposa sabedora de su secreto y participe de su fortuna.

Cambia con esto, de repente, la miserable situación de Ali Babá y su esposa; son tantas sus riquezas que, en vez de contar el oro, lo miden en almudes, como si fuese trigo.

No tarda en enterarse de ello Kâsem, el envidioso, y al punto se presenta en casa de su hermano menor, en plan de *chantajista*—que diríamos hoy—, exigiéndole la revelación de su secreto, bajo amenaza de, en caso contrario, denunciarle a la justicia.

Cede Ali Babá a la amenaza y le revela al primogénito el lugar de la cueva y la consigna de los ladrones, que hace girar la piedra de entrada; corre luego allá Kâsem, recita la contraseña, entra en la cueva y arrambla

con cuantas riquezas podrá cargar sobre los diez mulos que lleva a prevención; pero deslumbrado, enloquecido ante tantos tesoros, olvida la fórmula mágica, por lo que no puede salir de la cueva y queda allí encerrado y expuesto sin defensa al castigo de los bandidos cuando regresen y lo vean, como así, en efecto, sucede.

Cúmplase así la justicia inmanente que castiga al mal hermano y libra a Ali Babá de futuras asechanzas cainitas, pero quedan los ladrones, que al saberse descubiertos y robados, tratan de dar con el inesperado colega y se lanzan a la empresa de descubrir su pista con ese celo policiaco que ponen en sus cosas esos enemigos de la Policía.

Logran al fin su objeto y uno de ellos, disfrazado de vendedor de aceite, se presenta una noche en casa de Ali Babá pidiendo hospitalidad para él y sitio para treinta y nueve zaques de aceite que consigo llevaba y en cuyo interior iban ocultos otros tantos bandidos.

Se ha de decir ahora que, a la muerte de su hermano, casara Ali Babá con la viuda de aquel, y que esta tenía una esclava, llamada Marchana (*Coral*), mujer tan lista y sagaz como para dar ciento y raya a toda la grey bandoleril.

Y esa Marchana descubre y frustra el ardid de los ladrones y da muerte a los encuerados antes de que puedan salir de sus cueros y pone en fuga al capitán, que vuelve, no obstante, a las andadas y muere también entonces, a manos de la astuta y expedita Marchana.

Siempre generoso Ali Babá recompensa a Marchana manumitiéndola y casándola con su propio hijo, y desde entonces viven todos felices, disfrutando de la fácil abundancia que les proporciona el inagotable tesoro de los bandidos, cuyo secreto solo ellos conocen.

Así termina la historia de Alí Babá, el ladrón de ladrones, que, según el refrán hispánico, merece cien años de perdón, el enriquecido por casualidad, sin perseguirlo ni buscarlo, otro argumento a favor del sino contra el esfuerzo de la voluntad y otro ejemplo de exaltación del humilde y pequeño sobre el orgulloso y grande.

*Exaltavit humiles et deposuit potentes de sede.*

### MARUF, EL PICARO A LA FUERZA

Mâruf, el zapatero remendón, es el pícaro a la fuerza, el hombre ingenuo puesto en ese trance por la necesidad y un ejemplo venerable de ese poder de la mentira que ha inspirado la obra así titulada del noruego Bojer y *Los intereses creados*, de nuestro Benavente, pasando por *El zorro*, de Johnson, y, en cierto modo, también *Misericordia*, de Galdós.

Mâruf es un pobre y buen hombre, que vive honrada y miseramente de su modesto oficio y aguanta el mal humor de su esposa, que es por el estilo de Xanthippa, la de Sócrates, poniendo en ello una paciencia comparable a la del filósofo.

Jamás habría pensado el bueno de Mâruf en divorciarse de aquella mala pécora que le amarga la vida y alejarla de su lado o alejarse él si ella misma no lo hubiese puesto en ese trance, emplazándolo ante el Tribunal Supremo del país, acusado de maltratarla.

Es el pánico el que obliga a Mâruf a huir de su infierno de hogar y lanzarse a la ventura por esas anchas tierras de Alá, donde le salen al paso muchas aventuras y riesgos, hasta que llega al fin, harapiiento y extenuado, a una ciudad, donde el cansancio le obliga a detenerse.

Es Mâruf un hombre tan ingenuo y

honrado que ni siquiera se le ocurre apelar a fraudes y artimañas de pícaro para resolver su problema económico; no sabe más que tender la mano en demanda de una limosna, exponiendo la verdad de su triste caso.

Como es natural, por ese medio no ha de salir de apuros; la gente vuelve la espalda al pedigüeño forastero. Pero da la casualidad de que, entre los más ricos e influyentes mercaderes de la población, se encuentra un amigo suyo de la infancia, el cual acierta a conocerlo y, convencido en el interrogatorio a que lo somete de que aquel pordiosero es su amigo Mâruf, siente un renacer del afecto infantil, se apiada de él y toma a su cargo sacarlo de aquella situación, dándole lecciones de esa ciencia de la picardía y el timo, gracias a la cual ha logrado él su presente opulencia.

El tal amigo de la infancia conviértese en el Mefistófeles o Crispín de Mâruf, en su demonio inductor, y le inventa una historia de caravanas cargadas de riquezas que tardan en llegar y son causa de que aquel hombre riquísimo se halle momentáneamente en apuro.

Apresúranse todos a prestar dinero al indigente que, por su parte, se apresura a gastarlo en juergas y limosnas, dando a entender que es hombre acostumbrado al lujo y la liberalidad y que, por otra parte, no tiene que andar con ahorros, pues cuando lleguen sus riquezas tendrá de sobra con qué abonar sus créditos.

Llega la cosa a tal extremo que el propio maestro se asombra de tan listo discípulo, pues el ex zapatero engatusa al mismo rey de la ciudad, que, cuando los acreedores, ya impacientes, desconfían y acuden a él reclamando—¡mi dinero, mi dinero!—los despacha normalmente, se hace endosar sus deudas y casa a Mâruf con su hija, que, a fuer de princesa, es tan bella como virtuosa.



Y aquí viene otra prueba de la honradez de Mâruf, que no se aviene a engañar a su esposa, y, a poco de sus nupcias, decide confesárselo todo y así lo hace en la intimidad de la alcoba, pidiéndole perdón y ofreciéndose a hacer la penitencia de dejarla y huir de la ciudad.

Pero la princesa, que en ese tiempo le ha tomado cariño y además es lo bastante lista para comprender el bochorno que semejante escándalo haría recaer sobre ella, perdona a Mâruf y le aconseja que se ausente, con el pretexto, que ella publicará, de haber sido avisado de la llegada de sus mercancías, extremando su bondad al punto de facilitarle una cantidad de su bolsillo para los gastos del viaje.

Auséntase, pues, Mâruf de la corte y torna a vagar sin rumbo por ciudades y campos, hasta que se le acaba el dinero y vuelven a asaltarle el hambre y la fatiga.

Tópase entonces con un modesto labrador que está arando su parvo minifundio y se detiene a conversar con él; advierte el hombre su cansancio y se empeña en rendirle los honores de la hospitalidad, pese a la delicada resistencia de Mâruf, y se dirige a su vivienda en busca de una escudilla con alimento, para obsequiar al huésped.

Quédase solo Mâruf y, enternecido por el rasgo de aquel hombre, generoso en su pobreza, que deja su trabajo por atenderlo, empuja la manquera y pónese a arar en lugar suyo.

Es dogma de *Las mil y una noches*—quizá por derivación talmúdica—que toda buena acción recibe su recompensa y ese aforismo moral tiene aquí su confirmación inmediata, pues al ponerse a arar Mâruf la reja del arado tropieza con un obstáculo que, examinado más de cerca, resulta ser la argolla de una plancha de hierro que da entrada a una cueva, toda llena de tesoros y de talismanes.

He aquí, pues, a Mâruf convertido de pronto en un hombre inmensamente rico y, además, señor de un poderoso genio que ha de servirle en cuanto le ordene, merced a lo cual podrá regresar a la corte y acreditar la verdad de sus mentiras.

Hácelo así el ex zapatero remendón, no sin antes partir con el buen labrador los hallados tesoros, que el pícaro a la fuerza es, como sabemos, un hombre fundamentalmente honrado y a ello debe su inesperada aventura.

Preséntase Mâruf en la corte de su suegro, al frente de sus caravanas, cargadas de valiosas mercancías, con lo que alégranse lo que no es decible su esposa y el rey, rabia el gran visir envidioso y calumniador y todos rivalizan en punto de tributarle desagrazos y honores. Como es natural, nadie había dudado nunca de la verdad de sus palabras; todos creyeron siempre el cuento de las mercancías retrasadas, etc.

Muere luego el rey y Mâruf le sucede en el trono; el ex zapatero remendón es rico, poderoso y, sobre todo, feliz por el amor de su esposa y su hijo, en quien, llegado el día, tendrá un digno heredero. Todo promete que su dicha será tan duradera como su vida.

Pero la historia tiene una segunda parte que, como la del príncipe Kamaru-s-Semán y su esposa Budur, echa un borrón sobre la alegre claridad de la primera.

Ya rey Mâruf, la posesión del poder lo malea y despierta en él pasiones que estaban dormidas; Mâruf viene a ser uno de tantos reyezuelos orientales, indolentes y lujuriosos, una especie del rey Schahriar, y, en castigo de eso, envíale el cielo a su terrible consorte, que, enterada de su prodigioso encumbramiento, preséntase allí haciendo valer sus derechos de esposa, convirtiéndose desde aquel momento en su verdugo, tanto más cruel cuanto que los

años y los celos le han agriado más aún su agrio carácter.

Para colmo de desventuras, la mujer de Mâruf descubre el secreto del anillo mágico que aquel posee y decide robárselo y matarlo después, para quedar ella dueña única de aquella joya incomparable; procede, pues, una noche a realizar su plan y a fe que lo lograra si no fuera porque el hijo de Mâruf y de la princesa se interpone a tiempo, salva a su padre y castiga a la mala mujer con la muerte que para el desprevenido esposo meditara.

Escarmentado por aquel aviso, vuelve en sí Mâruf, arrepientese de sus errores, hace acto de contrición y propósito de enmienda y es, en lo sucesivo, un monarca modelo, digno de que las crónicas perpetúen su nombre.

Esta es la historia de Mâruf, el zapatero remendón, el humilde y sufrido, que por la paciencia con que aguantó hasta no poder más el endiablado genio de una mujer tiránica, de una verdadera furia, mereció que el cielo lo exaltase hasta el ápice del poder y la gloria, confirmando en realidad sus forzadas mentiras.

Mâruf, el zapatero; Hásid Kerimu-d-Din, el leñador; el pescador Chûder; Alâ-d-Din, el hijo del sastre Muztafâ, son, frente a esos inquietos y ambiciosos monarcas como el rey Omaru-n-Nôman, que, en castigo de sus crímenes, acaba desastrosamente, otros tantos ejemplos de exaltación de los humildes y mansos de condición que, según el *Evangelio*, están llamados a poseer la tierra, y, al mismo tiempo, otros tantos argumentos vivos a favor de la predestinación frente a Simbad, el viajero incansable, que representa el triunfo del esfuerzo y de la voluntad.

Hay en estas historias un elemento quietista que choca con la corriente activa, dinámica, de otros relatos, y marca, sin duda, la huella del influjo místico de los sufíes persas y los «san-

tos» o *kadoschin* talmúdicos; en ellas se exalta implícitamente el desprecio a las riquezas, la gloria y demás bienes temporales y el amor a la pobreza, la humildad y el renunciamento, que valen al hombre los tesoros inapreciables de la beatitud eterna, y, a veces también, de la terrenal y efímera.

### UN BUDA ISLAMICO.—EL HIJO DE HARUNU-R-RASCHID

Esta lección de ascetismo se nos da de una manera paladina y francamente apologética en esa historia del joven hijo de Harunu-r-Raschid que, a semejanza del Buda, abandona la fastuosa corte de su padre, desdeñando los placeres y honores que le brinda, para ir a ganarse la vida como simple artesano, miserable y anónimo, en otra ciudad, y entregarse allí por entero a la meditación y la práctica de las buenas obras.

Esa historia, que tiene todo el aire de una hojita de propaganda, es un documento interesante en cuanto demuestra cómo la corriente ascética, venida del Asia búdica, se infiltraba, pese a la vigilancia ortodoxa, en el seno del Islam, tendiendo a paralizar los resortes de la acción en una sociedad ya de suyo propensa a la apatía. Es la disolvente labor de zapa que los parias y los vencidos realizan siempre, con uno u otro lema, en la entraña de los imperios avasalladores.

Desde luego, la edificante anécdota ha sido forjada de una pieza y en época muy posterior a la del siglo de Harunu-r-Raschid (II de la *hechra*) en que se sitúa, pues aparece impregnada de ese sentimiento derrotista—diríamos hoy—que solo aflora a la superficie en los tiempos de decadencia, cuando el mal rumbo de las cosas mundanas inclina el ánimo a los desprendimientos y hace a los hombres propicios a escu-

char la música envaneciente de los cantos de despedida.

En la anécdota de ese hijo de Harunu-r-Raschid, de cuya existencia no hay constancia en las crónicas históricas de la dinastía, el biógrafo forja una figura de santo, al modo místico, para contraponerla a la del poderoso y voluptuoso monarca y valerse del hijo para condenar al padre, dando al pleito teológico un dramatismo íntimo.

Ese príncipe, desdeñoso de las cosas del mundo, es insensible al lujo y la corrupción que lo rodean, un reproche vivo al lado de su padre. Es uno de esos seres a los que, por su absoluto desahucio de todo, el mundo incomprendible zahiere de idiotas, como al novelesco príncipe de Dostoyevski; descuida el indumento no menos que el alimento, deja crecer sus greñas al modo de los faquires indostánicos y con su desaliñada presencia es un borrón en la elegante corte del gran jalifa.

Pero al mismo tiempo posee poderes extraordinarios, superiores a los de su padre; entre otras cosas entiende el lenguaje de los pájaros y estos acuden obedientes a su llamada y se le posan en la mano y en los hombros, y se van cuando él se lo ordena.

La conducta del príncipe escandaliza, como es natural, a los cortesanos, los cuales llaman la atención del monarca para que haga entrar en razón a ese hijo estrafulario, a ese idiota; hácelo así aquel y entonces se entabla entre ambos un diálogo edificante, en que el hijo desafía al padre a que, con todo su poder y su ciencia, haga lo que él hace con su ignorancia y su virtud, o sea que los pájaros obedezcan sus órdenes.

Queda, naturalmente, el jalifa con victo de su impotencia, pero no de su sinrazón, y arrecia en sus reproches al hijo que, entonces, decide alejarse de la corte para no deslustrarla con su pre-

sencia, que abochorna a esos hombres mundanos.

Hácelo así acto seguido sin pararse a recoger ningún viático; es su madre la que, enternecida, le da una esmeralda de subido precio para que, en caso de apuro, pueda remediarse con su venta.

Sale el príncipe de Bagdad y caminando a pie llega a una ciudad, donde se detiene, y para proveer a su subsistencia, va al zoco a ofrecerse para cualquier trabajo manual que no requiera especial saber; sátele luego un cliente para una sencilla obra de albañilería y el príncipe contrata su trabajo por medio «danif» al día, es decir, por un precio tan bajo que asombra a su patrono, pues con ese dinero solo tendrá para comprar un panecillo.

Solo una condición impone el príncipe peón de albañil a su patrono: la de que ha de permitirle interrumpir su trabajo para acudir a la mezquita a las horas del rezo.

Vive así el incógnito príncipe un espacio de tiempo ganándose el pan—verdaderamente solo el pan—con el sudor de su frente, mortificándose y macerándose en una suerte de lento suicidio, hasta que al cabo su salud se quebranta y muere.

Pero, antes de morir, revela al patrono su secreto y le encarga que, después de lavar su cadáver y enterrarlo, vaya a Bagdad y le notifique su óbito a su padre, el jalifa, y le entregue aquella valiosísima esmeralda que guarda en su anudado pañuelo tal y como su madre se la diera al despedirlo.

Cumple el patrono, edificado y conmovido, la última voluntad del finado, se traslada a Bagdad y entrega la esmeralda al jalifa que, al verla y oír el relato del emisario, no puede contener su emoción y derrama unas lágrimas de arrepentimiento, más gruesas y preciaadas ante Dios que aquella gema.

Quiere el jalifa compensar al buen

hombre que asistió a su hijo en su postrera hora y cumplió con él los deberes para con los muertos y le brinda un puesto preferente en su corte; pero el hombre le contesta renunciando tal honor y le participa que ha resuelto seguir el ejemplo de su santo hijo y retraerse para el resto de su vida a lugar solitario, donde pueda entregarse por entero a servir a Dios y ganar, a fuerza de penitencia y castimonias, el reino de los cielos.

Tal es, a grandes rasgos, esa tierna y delicada anécdota, propia para insertarse en cualquier eucologio.

### EL MUNDO REAL EN «LAS MIL Y UNA NOCHES»

En los epígrafes que anteceden hemos pasado revista a los personajes más representativos de *Las mil y una noches*, y en ese ligero examen hemos echado de paso una ojeada a la estructura doméstica, política y social del pueblo árabe en los siglos en que se escribieron estas historias; falta aún, sin embargo, estudiar someramente a esos personajes de cuento como exponentes de grupos sociales, de gremios que ejercen una actividad práctica, y ver así el concepto en que eran tenidos por sus contemporáneos, la idea que estos se formaban de ellos y la tendencia apologética o peyorativa que en sus semblanzas literarias se dejan traslucir.

*Las mil y una noches* reclutan sus personajes en grupos sociales muy distintos, de suerte que nos dan el cuadro total de las actividades profesionales predominantes en el imperio, y, por lo general, lo hacen con bastante verismo, aunque, desde luego, no se ha de olvidar que no se trata de monografías, sino de pinturas literarias, que siempre tienen algo de convenido y falso.

Hay en ellas tipos profesionales, fielmente descritos, como los del pescador,

el barbero y el sastre, que aparecen como figuras perfectamente reales, de un realismo comparable al de nuestra literatura picaresca; pero no hay que olvidar, sin embargo, que lo mismo un barbero que un mercader de *Las mil y una noches* no son del todo iguales a sus congéneres de la realidad observable, pues siempre tienen algo de particular, emanado del ambiente mágico y fantástico en que actúan y muchas veces, por intervención del elemento mágico, cambian de condición y se convierten en grandes señores y en personajes de fábula. Lo corriente es que el narrador los dote desde el principio de cualidades excepcionales y dé a un mercader psicología de príncipe y a un humilde leñador atributos de santidad.

Habida cuenta de esto no es de sorprender que los principales protagonistas de estas historias—que sobre todo lo son de amor—sean príncipes y mercaderes, y, a veces, príncipes y mercaderes en una pieza, y que unos y otros se conduzcan con idéntico romanticismo y la misma prodigalidad. Los mercaderes de *Las mil y una noches* contradicen el concepto occidental del mercader; son hombres generosos, sensibles, que gustan de la poesía y son ellos mismos poetas. Empecemos, pues, por ellos esta parte de nuestro estudio.

### LOS MERCADERES DE «LAS MIL Y UNA NOCHES»

De la Arabia a la China, sobre la tierra «aún húmeda del diluvio», que dijo el gran Hugo, los mercaderes trazaron los primeros caminos, que eran sendas de amor y comprensión entre los hombres.

En su libro *El porvenir del siglo XIX* ha hecho resaltar Eugenio Pelletán, con su prosa inspirada y elocuente, de orador y poeta, la importancia del comercio en los orígenes de

nuestra civilización. Y antes de él reconoció Goethe la función humanística de los comerciantes, equiparándoles en categoría civilizadora con los exploradores y los misioneros.

Los mercaderes son los hombres pacíficos que persiguen el lucro lícito por medio del trueque de valores, en vez de buscarlo por la violencia, como los guerreros y los bandidos.

Puede que a veces se valgan del engaño y aun del dolo, según dieron a entender los griegos, dándoles a Hermes por patrono; pero aun así, siempre el comercio representa una forma atenuada, cortés, de la rapacidad del conquistador y el bandolero.

Pero precisamente por su pacífica condición en la India brahmánica, la casta de los *sudras*, o mercaderes, se inscribe debajo de la del *chatriya* o el guerrero, según corresponde al espíritu aristocrático de aquella sociedad, aunque quede por encima de la del paria o trabajador manual, viniendo a ser un término medio entre ambas castas extremas.

En la India es el brahmán el que señorea la escala social, como en China el mandarin el dignatario; pero *taoteu*, el mercader chino, es uno de los elementos reconocidos como sostenes del Estado, que es allí pacifista y se rige por la moral de los filósofos.

En los pueblos occidentales, indoeuropeos, de tipo aristocrático, como los persas y los propios griegos (ya sabemos a qué atenernos respecto a la democracia griega, esa igualdad política entre los grandes), el prejuicio contra el mercader se ha mantenido hasta época relativamente moderna; el comerciante ha sido siempre sospecho de dolor por una parte, y por otra, de cobardía.

Igual prejuicio rige entre los antiguos hebreos y árabes, hasta el *Evangelio* y el *Corán*; en la *Biblia* actúan sobre todo el levita y el guerrero, y es

en el *Evangelio* donde adquiere el mercader categoría literaria y social en parábolas y alegorías.

Entre los árabes, el mercader, por su calidad de hombre pacífico, es mirado con desdén por los grandes señores del desierto, que viven de la franca rapiña; pero en su *Corán* Mahoma, el Profeta, que en su juventud fue mercader, hombre de transacciones pacíficas, cortés y persuasivo, rehabilita implícitamente al comerciante, reconociendo los fueros de la ganancia lícita, y él mismo ennoblece personalmente, por haberla ejercido, la condición mercantil.

En uno de los cuentos de *Las mil y una noches* se cita un significativo *hadiz* del Profeta, que dice: «La mejor ejecutoria de la nobleza es la hacienda.»

A partir de la era islámica, el mercader goza de absoluta responsabilidad en el seno de esa sociedad fundada por un ex mercader y son solamente los beduinos montaraces, los restos irreductibles de la antigua era anárquica, individualista, los beduinos del desierto, los nómadas, que aún siguen viviendo bajo la tienda de campaña, como sus abuelos, y manteniéndose del pillaje en todas sus formas, los que continúan abrigando ese prejuicio despectivo hacia el mercader apacible y sedentario, que habita en las ciudades, muestra en su cara fina una palidez de eunuco, es un obeso prematuro, engaña a las gentes sencillas y es, en suma, un hombre corrompido y vicioso.

Todas las reacciones del puritanismo religioso en el Islam han salido del desierto como estallido de la lucha siempre latente entre campo y ciudad.

En *Las mil y una noches* el mercader, como clase, aparece dignificado, constituyendo un elemento reconocido y respetado de aquella abigarrada sociedad medieval, con sus gremios, su lugar de actuación en los zocos; su *scheij* o síndico, sus marchantes o co-

rredores y sus subastadores, por decirlo así, colegiados.

Cada gremio mercantil tiene en la ciudad un zoco respectivo; hay el zoco de los vendedores de telas, de los drogueros, de los joyeros, y también—¡oh dolor!—de los mercaderes de esclavos.

Las transacciones mercantiles están allí intervenidas, como decimos hoy, por los gremios; la libertad absoluta de comercio no existe; toda mercancía que llegue de fuera ha de pasar por manos de los corredores autorizados, previa la venia del síndico; ningún particular puede vender nada en el zoco por sí mismo; la libertad de comercio solo existe entre los individuos; todo el mundo puede comprar en el zoco; pero nadie puede vender en él, sino los mercaderes.

Cuando el hijo de un mercader llega a la pubertad, que en esos climas precoces se manifiesta a los catorce años y aun antes, su padre lo conduce al zoco, montado, como él, en una mula, precedido y seguido de esclavos, que apartan al transeúnte con sus gritos de *Balak!*, *Balak!*, amagándole al mismo tiempo con sus palos, y lo presenta con toda solemnidad al *scheij* y a sus compañeros de gremio, para que lo reconozcan de allí en adelante como su sucesor en el negocio, con el cual motivo hay su correspondiente intercambio de obsequios y cumplidos y circulan las copas de vino y las bandejas de dulces, como en un bautizo.

El zoco moro es el escenario de la vida social de los hombres de Oriente; algo así como el ágora de los griegos, el lugar donde se dan cita los negociantes y los fulleros, los recitadores de versos y cuentos, los pícaros de toda laya y los simples mirones, desocupados y curiosos o desorientados, a fuer de forasteros.

Todo el que llega por primera vez a una ciudad, después de buscar *jan* en que alojarse, se dirige por natural gra-

viación al zoco a vender o comprar o pasear entre aquella muchedumbre abigarrada, en expectación de aventuras, que no falta el *carcheur* o castigador, a la moderna, entre esos hombres de aire tan serio.

Muchas de las historias de este libro tienen su punto de partida en el zoco y allí tropieza más de un viajero con el encuentro que ha de decidir de su destino, porque en esos ricos bazares de Bagdad o Bazra puede hallarse todo y, entre ello, lo que todo lo vale, o sea el amor.

El amor, que no tiene precio, surge muchas veces en el zoco, donde todo lo tiene, y de repente ocurre que el mercader, que solo pensaba en el negocio material, se ve de pronto metido en el otro negocio de mayor importancia, el único que la tiene, pues de él depende nuestra dicha o desgracia en el mundo y, también, quizá en la otra vida la salvación o perdición de nuestra alma, que para el místico sí que constituye el gran negocio, *magnum negotium*.

Y aquí tenemos ya el sentido simbólico de que es posible la profesión de mercader y la tangencia literal que da paso a la metáfora mística y explica el porqué los mercaderes han dado tanta materia de parábola a los filósofos y a los profetas.

La cosa arranca de los orígenes mismos de la fábula y el apólogo moral; en los *Avadars* indios, compilación que algunos consideran anterior a las de Esopo, Fedro y Lokmán, el mercader aparece ya como una figura representativa; Sócrates, en sus *Diálogos*, se sirve de términos y símiles mercaderiles, y lo mismo hace Jesús en sus parábolas evangélicas.

El mercader y su negocio, encaminado a la adquisición de la riqueza material, con la atención y el afán que en ello pone, sirve de ejemplo y de contraste para el neófito que persigue y

anhela la gran ganancia de la vida eterna, del tesoro espiritual o la Sabiduría.

No es menester apelar a las claves teosóficas de Roso de Luna para hacer resaltar el sentido alegórico que puede darse a esas historias en que intervienen mercaderes.

Por la asiduidad, el desvelo y la sagacidad mental que su profesión requiere, es el buen mercader un modelo digno de proponerse a la imitación del aspirante a sabio o santo y exhortarle a tratar el asunto de la salvación del alma como negocio de importancia suprema, por el cual debemos sacrificarlo todo.

Los maestros budistas han organizado de tal modo su catequesis en este sentido, con tan menuda casuística, que sus ejercicios de noviciado parecen haber servido de modelo a las grandes compañías norteamericanas para su plan de recluta y adiestramiento de agentes de venta de sus máquinas registradoras o sus coches en serie.

Los mercaderes de *Las mil y una noches* son tanto más dignos de servir de modelo a los místicos que anhelan granjearse el amor divino cuanto que, por lo general, son hombres que niegan la condición de mercader y están dispuestos a dar graciosamente todo lo que poseen, a cambio del amor, en cuanto este se presenta en su tienda; son mercaderes con alma de príncipes y a veces de verdad, como Ali-ben-Bekkar, el que muere de amor por su Schemsu-n-Nehar, la esclava del jalifa; pero aunque no sean príncipes de la sangre (que eso sea quizá un encarecimiento literario), lo cierto es que, en tratándose del amor, se portan como tales y se desprenden de todas sus riquezas con una facilidad que hace pensar no les costaron nada.

Cierto que son jóvenes, y esto explica su facilidad para enamorarse; pero precisamente en el amor es donde se

acredita la calidad de las almas y esos jóvenes mercaderes orientales ponen en el amor una delicadeza, una exquisitez y una esplendidez que los sublima a héroes de poema romántico.

Aun en la escala de la simple sensualidad, del capricho erótico, proceden como en el plano de la gran pasión, y ese mercader de la historia de Amina, la estigmatizada, paga con una fortuna ese único beso que da a la joven en su tienda y que es causa de su desgracia conyugal; ahora que ¡hay que ver qué beso fue ese, tan absorbente y voraz, cual beso de vampiro, de un sadismo voluptuoso y refinado, como de un maestro que poseyese toda la ciencia práctica del *Kamasutra* indio y no hubiese hecho otra cosa toda la vida que besar! Beso fatal y memorable, por no decir sonado, de esos que dejan huellas indelebles, hacen correr la sangre y son al modo de un sacramento demoníaco.

No es de extrañar, pues, que Amina pierda el sentido bajo la impresión de ese cauterio y vuelva a su casa como una posesa.

Los mercaderes de *Las mil y una noches* son hombres que no parecen tener otro negocio que el negocio del amor; sus tiendas y trastiendas son escenarios de galantes citas y trampas disimuladas donde teje su tela la araña del amor; los ricos tejidos de Cachemira o de Mozul, las joyas salidas de manos de los orfebres persas, las perlas prodigiosas que acaso han costado una vida de buzo, son solo un pretexto, un anzuelo para atraer al amor, y cuando este llega en figura de una linda tapada, que por debajo del velillo les deja ver uno de sus ojos de almendra y les sonríe, ponen a sus pies graciosamente todo cuanto poseen y, luego que ella se aleja, dan por terminados aquel día sus negocios, cierran la tienda y se van, a seguir la línea del destino, bueno o malo, que les marcan sus huellas...

El comercio en Oriente es una profesión noble, ejercida por hombres de noble abolengo, muchos de los cuales, como el suegro de Abu-Monhammed-I-Kaslán, el perezoso célebre, ostentan título de *scheij* y se jactan de ser descendientes en línea recta del Profeta; forman una clase social poderosa y respetada, quizá la más descollante en esa organización política del Islam, donde no hay militarismo ni casta guerrera, propiamente dicha, ya que, llegado el momento, todo musulmán se convierte en soldado; los mercaderes, dueños de las riquezas materiales, lo son también de la cultura; poseen una esmerada educación literaria, saben historias y poemas y son poetas ellos mismos, poetas que improvisan bellos versos cuando les inspira la emoción; el zoco les sirve de escenario para poner de relieve sus dotes sociales, tratan sus negocios en forma fantástica, caprichosa, y los rematan después de un largo regateo, a impulsos de una corazónada, del arrechucho pasional, de la simpatía, en contra de sus intereses, pues son capaces de arruinarse antes que parecer tacaños o quedar vencidos en un torneo de rumbo; muchos de ellos han viajado en su juventud, como Simbad, y corrido toda suerte de aventuras y así, cuando llegan a la madurez, son hombres de experiencia en todas las cosas de la vida y a ellos acuden todos en los casos difíciles, dispuestos a acatar su fallo equitativo con preferencia a los cadíes, siempre sospechosos de venalidad; son los hombres buenos, los amigables componedores, respetados por su saber y hasta por su riqueza entre esos musulmanes que miran los bienes materiales como un don de la gracia divina, y así esos *scheij* de los zocos, con su gran turbante y sus amplias túnicas de mangas holgadas, vienen a ser estampas patriarcales, nobles y evocadoras, en las ilustraciones de estas viejas historias.

## LOS ALFAYATES O SASTRES

Tienen los sastres, en el folklore universal, la nota de hombres bonachones, pacíficos, sedentarios y algo femeniles, en razón a la vida tumbona a que los obliga su oficio, y también porque algo se les pega de estar entre mujeres y manejar la aguja.

Ellos, sin embargo, están muy engreídos con su profesión, pues saben por instinto la importancia del arte sartorial, aunque no hayan leído el *Sartor resartus* de Carlyle, que puede transformar al hombre y convertirlo de mendigo en príncipe, pues el traje es por naturaleza un disfraz, una máscara, y todo el mundo va al sastre, como al fotógrafo, en súplica de que le favorezca al hacerle su envoltura de crisálida, y solo el sastre sabe lo que bajo ese disfraz se oculta, sobre todo en Oriente, donde las amplias túnicas pueden disimular una joroba, una mano cortada de ladrón y hasta unos pies torcidos.

Los sastres son, por todo ello, y porque desde luego llevan el mejor traje, hombres presumidos, frívolos y un poco ilusos también, que no en vano, mientras le dan a la aguja, dejan libre la imaginación y pueden hacer viajes maravillosos sin moverse de su tarima oriental ni descruzar sus piernas. Los sastres son de suyo soñadores, como las mujeres, y, como ellas, curiosos, y desde el fondo de su tienda atisban a todo el que pasa y se entregan sin querer al hilo de sus meditaciones con olvido, a veces, del otro hilo de su aguja. ¡Quién sabe el anagrama psicológico que encierra un hilván mal hecho, un respingo en la tela!

Esa circunstancia de tener las manos ocupadas y la imaginación libre hace de los sastres hombres a un tiempo picaruelos y bobalicones, que por un lado están en todo y por otro no están



en nada, pues no pueden apurar nunca el hilo de una meditación, tienen que interrumpirse a cada paso para enhebrar la aguja y saltan de una cosa a otra y padecen de esa dispersión de la atención que impide el encadenamiento lógico de las impresiones.

De ahí que el sastre, filósofo en potencia, hombre de medida y número, que conoce, además, el derecho y el revés de las cosas y posee una psicología empírica de sus clientes, no pueda llegar nunca a formarse una teoría, un sistema filosófico, y solo sea, como el barbero, un archivo de anécdotas e impresiones aisladas; su filosofía es puramente empírica, fragmentaria, y en último término se reduce a encogerse de hombros y dejar correr la hebra del tiempo y condescender con los caprichos de los parroquianos, que nunca tienen los mismos gustos.

El sastre acaba por ser un hombre amable, social en grado sumo, transigente, que así tiene que serlo quien, por razón de su oficio, se ve obligado a agacharse todos los días más de una vez, y ese aire de superioridad que adopta al tomar las medidas del cliente, cual si fuese a tomarle su ficha antropométrica, es pura *pose*, y el metro en su mano es tan inofensivo como las tijeras, que solo son agresivas en lo de sisarle tela al parroquiano; el sastre es un hombre tan buenazo e ingenuo como el barbero, de cuya locuacidad participa, resultando, como él, entremetido y molesto de puro oficioso y servicial.

El sastre, que viste al desnudo y practica, al fin y al cabo, aunque sea por su porqué, una obra de misericordia, no puede sustraerse del todo a esa semblanza filantrópica de su oficio, y así es corriente que fie y se avenga a cobrar a plazos y hasta los hay que, como el proverbial sastre del Campillo, no cobran la tela y todavía ponen el hilo.

Los sastres de *Las mil y una noches* no desmienten su fama folklórica; son hombres buenos y de buen humor, sociables, hospitalarios, prontos a acoger en su tienda al peregrino y ayudarle, y hasta a hacer en su favor de celestinos, poniéndose las medias azules o buscando quien se las ponga.

Varios son los sastres que aparecen en *Las mil y una noches*, mostrando perfiles parciales de la profesión; el primero en hacerlo es ese sastre del cuento del jorobado, el judío y el corredor de comercio cristiano (Noches 25 a 27), que, en compañía de su mujer, sale a dar un paseo vespertino por las calles de Bagdad y se tropieza con ese jorobeta borracho, que es el bufón del jalifa, y por instigación de la esposa lo lleva a su casa, para divertirse con él, y lo obsequia con una cena, en el curso de la cual la sastra lo atraca tanto que da lugar a que se atragante y se le quede atravesado en el gáznate una raspa de pescado, que al parecer le ocasiona la muerte, lo que da pie para la serie de aventuras tragicómicas en que unos y otros sucesivamente se van echando el muerto, que por ventura no lo está.

En esta historia tenemos al sastre, hombre de buen humor, imprudente, pero, sobre todo, calzonazos, demasiado complaciente con la esposa, que lo maneja a su gusto y lleva en aquella casa los pantalones, lo cual es exacto a la letra, pues la mujer oriental viste de antiguo esa falda pantalón que en nuestro Occidente aún asusta a los hombres y a las mujeres gordas; el sastre peca aquí de hombre de poco carácter y demasiada guasa, pero la contricción sincera que luego siente al ver las fatales consecuencias de sus bromas y la prontitud con que se presenta a la justicia para confesar su crimen y evitar que condenen a un inocente, aun sabiendo que no se librará de la horca, pone de manifiesto su

buen fondo y lo exime de excesiva censura, pues con ello deja bien parado su nombre y el de todo el gremio sartorio.

Otro sastre figura en la historia de los hermanos del barbero de Bagdad, y este nos muestra ese perfil de ilusa presunción y bobería que antes señalamos; este necio hermano del necio barbero tiene tan alta idea de sí mismo que encuentra la cosa más natural del mundo que la mujer del vecino, cuyo rostro vislumbra a través de una clara-boya, se haya enamorado locamente de él, sin que se le ocurra pensar que es una trapisondista que piensa aprovecharse del hecho de que él se haya enamorado tontamente de ella.

No hemos de transcribir aquí la serie de ardides de que la vecina, en combinación con su marido, se vale para despojar y encima vejar al iluso del sastre, empezando, como es natural, por encargarle prendas que luego no le abonan, con lo que el hermano del barbero viene a mejorarle la marca al famoso sastre del Campillo.

Por si fuera poco, marido y mujer planean un chantaje y aquella da al sastre una cita en su casa, de noche, en la que los sorprende el agraviado esposo y, para salir del paso, no tiene más remedio que casarse con una esclava del matrimonio, con la que no le dejan dormir la noche de bodas, que, en vez de eso, es para él noche de tortura, pues lo ponen a mover la piedra del molino de un panadero, que lo arrea como si fuera un mulo.

El presumido sastre pierde en esa aventura todo su dinero y, además, la buena fama, y todo ello sin comerlo ni beberlo, pues ni siquiera le dejaron probar la fruta del cercado ajeno ni del propio.

Este sastre es el más prolijamente diseñado en el libro como escarmiento de vanidosos imprudentes, y fuerza es

reconocer que, aunque en cierto modo lo merezca, el bromazo con que paga ese defecto es harto excesivo, pues en el fondo no desmiente la bonachona condición de su clase sartoria y la facilidad con que se deja engañar es la prueba mejor de su inocencia. Como en el caso anterior, el buen nombre de su gremio queda bien parado y él mismo solo peca de ligero.

Esa misma buena pasta fundamental del sastre resalta en las otras historias del libro en que interviene el hombre de la aguja; en la del príncipe Seifu-l-Muluk es un sastre el que facilita al enamorado joven el acceso hasta la bella princesa Bedietu-ch-Chemal, poniéndole en comunicación con quienes pueden llevarlo hasta allí, de suerte que su hilo de sastre es el hilo de Ariadna, que le sirve para que no se extravíe en el laberinto de su pasión.

Esto es cuanto puede decirse en pro y en contra de los sastres de *Las mil y una noches*, sin entrar en interpretaciones ocultistas como las del teósofo Roso de Luna, para el cual esos sastres no son tales sastres, sino maestros iniciáticos, legisladores, cuyo nombre de sastre deriva del sánscrito «shastra» —artículo de la ley—, siendo ellos los que hilvanan o cosen esos artículos para formar el código de la ley moral.

Roso de Luna funda, como siempre, su etimología en la semejanza fonética y relaciona directamente la voz latina con el vocablo sánscrito, saltando el término árabe, que no se presta a ese cubileteo y que aquí es *hayyata* (de donde el español anticuado al-fayate, que perdura como apellido); es muy posible que la tesis del teósofo sea cierta, pero por lo que hace a los sastres de *Las mil y una noches* no nos parece que puedan ser maestros más que de su oficio ni coser otra cosa que telas, aunque a veces actúen como zurcidores de voluntades.

## LOS ALFAJEMES O BARBEROS

Son los barberos, como los sastres, hombres bonachones, sociables en razón de su oficio, que los obliga a tratar con la gente, y de esas buenas cualidades se derivan, también, sus defectos, pues, a fuerza de serviciales y obsequiosos, resultan empalagosos, confianzudos y entremetidos.

El hecho de sobarles cabeza y cara a los clientes y de mirarlos desde arriba y de tenerlos con el rostro enjabonado, inmóviles bajo su navaja, hace que se vuelvan engreídos, se formen de sí mismos una gran idea y adopten ante el parroquiano un gesto, entre despectivo y benévolo, de verdugo clemente; el barbero os coge la cabeza, la zarandea a su gusto, os tira de la nariz, antiguamente os metía un huevo de madera en la boca; en una palabra, os somete a toda suerte de vejámenes y, al miraros de reojo, con la navaja en la mano, tiene en sus ojillos maliciosos la expresión de quien os perdona la vida.

Siempre se sale de entre las manos del barbero con la sensación de haberse salvado de un peligro, pues el barbero, que antaño era también sangrador y sacamuelas, tenía algo de cirujano y, si no era un verdugo, confinaba en cierto modo con él, por la costumbre de rapar a los reos el cogote antes de decapitarlos, de suerte que el barbero era en cierto modo su ayudante, el que le preparaba la víctima, y algo de reminiscencia inconsciente de todo eso se despierta en nosotros cuando nos sentamos en uno de esos sillones que parecen sillas eléctricas y, por lo menos, inspiran tanta aprensión como los de los dentistas. Sentarse en uno de esos sillones es someterse a un reconocimiento, y el individuo instintivamente se siente deprimido; el barbero indiscreto os examina a su placer, os mira

a la luz y al trasluz, como el fotógrafo, ese radiógrafo en potencia que también nos azora; os descubre las arrugas y las canas y, con la mejor intención, desde luego, os hace pronósticos y os da consejos preocupándose por vuestra estética y de paso por vuestra salud, lo que os obliga a una introspección, no siempre halagüeña.

En la barbería, ante los grandes espejos, en que no podéis evitar el miraros, hacéis involuntariamente examen de conciencia orgánica y moral, veis patentes los estragos del tiempo en vuestro rostro, con la consiguiente repercusión enojosa en vuestro espíritu, y el barbero que os ayuda a restaurarlos los agrava también con la inocente vanidad de hacer valer sus méritos; en la psicología del barbero hay el mismo rasgo de inconsciente sadismo que en la del médico, que no en vano su oficio se roza con la Facultad.

Hay que ser enteramente joven para no salir un poco deprimidos de manos del barbero, que es el que nos descubre la primera cana o el primer indicio de calvicie; su técnica insidiosamente exploratoria nos inquieta más que su navaja, y más que ambas su lengua indiscreta, y de ahí que tengamos siempre una actitud encogida mientras dura ese simulacro de suplicio.

Un gran peligro posible nos azora cuando pensamos que, en otro tiempo, la tonsura que realizaba el barbero incapacitaba para reinar a los príncipes godos y carlovingios y que sus tijeras, al desbarbaros, os quitaban el signo de la hombría, y que su navaja fue en muchas ocasiones atributo de castrador; todo esto explica así el complejo de inferioridad que os atosiga en manos del barbero y el de egolatría que este experimenta.

En el ejercicio de su profesión, tijeras o navaja en ristre, de pie ante el cliente sentado, el barbero se siente un déspota que tuviera nuestra vida en sus

manos, y esa sensación se traduce en la actitud de superioridad benévola con que nos mira en tanto afila su herramienta.

Esa egolatría del barbero, que en el fondo es un buen hombre y cuyos fuegos son puramente imaginarios, hace que se muestre amable con el cliente y trate de tranquilizarlo y distraerlo, para que sienta menos el escozor de la navaja que le roza algún carrillo y le cuente a ese fin mil anécdotas, chascarrillos y novedades.

De ahí viene la fama de locuacidad del barbero, que, en cierto modo, le impone su oficio, y que resulta favorecida, además, por la circunstancia de ser toda barbería una sala de espera, en que la gente se aburre y charla y chismorre para matar el tedio; las barberías son, por naturaleza, centros de reunión de la gente novelera y ociosa, que va allí muchas veces, con pretexto de hacerse la barba, a inquirir novedades, y que, si de suyo no es así, se vuelve chismorrera y curiosa, en esos establecimientos, donde el hombre se descarga de sus pelos superfluos y de sus secretos sin importancia.

El barbero es el confidente de todos sus parroquianos, cuya situación de inferioridad respecto a él sabe aprovechar para confesarles y hurgar en su intimidad de igual modo que en su mollera y sus barbas, y espulgar su conciencia, arrancándole algunas veces confidencias que aquel no pensaba hacerle.

No hay quien resista a la curiosidad insidiosa de ese hombre que, por razón de su oficio, es maestro intuitivo en ciencia fisiognómica y hasta craneal y de un frunce del rostro o una protuberancia puede inducir una teoría psicológica y sorprender al cliente con alardes adivinatorios, que excusan ya todo secreto; así el barbero se entremete en vuestra intimidad, se hace, queráis que no, vuestro confidente, vuestro cómpli-

ce, y, por razón de su engreimiento natural, vuestro mentor.

El barbero antiguo, el alfajeme, actúa de mediador en toda clase de conflictos, hasta domésticos, pues no siempre está en su barbería, sino que, armado de sus trebejos, la bacía, la navaja y la lanceta de sangrador o el frasco de ventosas, penetra en los hogares de sus clientes y, en virtud de la oficiosidad que le confiere su oficio, no tarda en hacerse un personaje indispensable, según él, aunque los demás lo juzguen superfluo y estén deseando quitárselo de encima, cosa que no lograrán ya, pues ese métome en todo, que de todo sabe y es un poco cirujano y otro poco astrólogo, ya que debe saber los días favorables para practicar sus sangrias, y que, además, es un orador de facundia inagotable que tiene respuesta para todo y un filántropo, siempre deseoso de servir a sus semejantes, luego de admitido a la confianza, ya no suelta a su víctima.

En el *Quijote* podemos ver ese tipo del barbero en plena actuación de su enojosa servicialidad, coadyuvando a sacar al buen hidalgo de sus caballerías andantes y restituirlo a la lucidez mental, que ha de ser su muerte; es ese el primer esquema psicológico serio del barbero, que siglos después el francés Beaumarchais plasmará integralmente en su creación de Figaro, tan definitiva, que ya en lo sucesivo todo barbero atenderá por Figaro, sin que haya que añadir nada más.

Pero en *Las mil y una noches* tenemos ya completo el tipo con todas sus virtudes y todos sus defectos, derivados de aquellas, y que son excesos de sociabilidad en el locuaz y encoroso barbero As-Samet, que a sí mismo se llama el Callado o Silencioso, pues, naturalmente, su egolatría le hace creer que lo es.

El barbero As-Samet que, como todos sus colegas, habla por los codos,

es también un curiosón y un entremetido que, por ello, llega a verse con el alfanje del verdugo pendiente sobre su cabeza, como las de sus parroquianos bajo su navaja, y diz que verdaderamente en ese trance se acredita de callado, quizá porque la propia curiosidad le inhibe y paraliza, hasta que el propio sultán le intima que hable y entonces suelta la espita de su facundia y habla hasta anegarlos a todos en la onda de su elocuencia gárrula.

Menos mal que el hombre es ocurrente y chistoso como un barbero andaluz y cuenta las cosas con una sombra que hace tumbarse de espaldas, de pura risa, al sultán y estarse riendo una hora, según la frase ritual de los cuentistas árabes.

Y, efectivamente, la historia que cuenta el barbero As-Samet de sus seis hermanos es una de las más divertidas del libro, no solo porque cada uno de aquellos es un tipo de risa, cada cual por su estilo, sino porque, además, nos introduce en los secretos de la picaresca bagdadí, tan semejante a la nuestra, pues ni siquiera faltan en ella el mendigo ciego, la dueña trotera, el hidalgo pobre, soberbio y capaz de dar ciento y raya al más pícaro, y el hidalgo rico de buen humor que gusta de embromar a los gorriones y poner a prueba su paciencia y que se alegra al encontrar la horma de su zapato, y no olvidemos a aquellas chicas alegres—y en el fondo decentes—, que se divierten cada noche a costa de un iluso, haciéndole bailar al alhigui de sus inasequibles encantos.

Tan divertida es la historia que el barbero le cuenta al jalifa, y al través de la cual pasa la cinta de toda la crónica íntima de Bagdad, que justifica con creces el que el soberano, en atención a su gracia, se la haga a él de su vida.

Y hace bien, pues el barbero será quien saque la raspa de pescado que se le atragantó a su bufón, el cheposo. e

hizo creer a todos que era muerto, con lo que corrían riesgo de morir de verdad cuatro inocentes.

Ese mismo barbero As-Samet sale a relucir también en otra historia, titulada *Del alfajeme de Bagdad* (Noches 33 a 37), donde un joven, invitado a un convite de amigos, se niega a sentarse a la mesa al verlo allí, e, interrogado por los comensales, cuenta lo que con aquel le sucedió, que fue nada menos sino que, por culpa de su oficiosidad, perdió una oportunidad amorosa y además se vio envuelto en un lío (por lo menos metido en un cofre como un lío de ropa).

En esa historia vemos al barbero As-Samet actuando de barbero y astrólogo, de confidente y mentor a la fuerza, en pleno despliegue de su torpe filantropía, metiéndose en todo, como Figaro, pero para estropearlo todo, al revés que su colega, el sevillano, apurando la paciencia de su joven cliente, que tiene una cita de amor y lo ha llamado para que le haga un tocado de novio, pero aprisa, y diz que en el tiempo que el barbero emplea en sus gárrulas lucubraciones e impertinentes consejos la habría de sobra para rapar a un regimiento, pues el barbero parece poner todo su empeño en dar largas a la cosa y aburrir al joven, con una suerte de sadismo, amparado en la buena intención de librarlo de los engaños de las hembras, arrogándose una suerte de ofensiva tutelar sobre su joven cliente.

No cabe imaginar nada más cómico y trágico (por parte del joven enamorado, que teme llegar tarde a la cita) que esa escena del inacabable servicio barberil, en que la figura del Figaro se dibuja con rasgos magistrales y definitivos, en que ya se contiene toda la psicología del género: la petulancia, la servicialidad intempestiva y enojosa, la pedantería y la pegajosidad insacudible del barbero, sin que tampoco falte la gorronería, pues al fin y al cabo tam-

poco Figaro sirve a Almaguilla y Rosina por amor al arte.

As-Samet es un Figaro, solo que transportado a la escala de la torpeza; como es natural, su joven cliente no puede deshacerse de él, ni aun dejándole cargar con toda su despesa, pues satisface la codicia del barbero queda todavía por satisfacer su curiosidad, y esta lo impulsa a seguirlo y frustrar con su imprudente intervención su amorosa entrevista y provocar un escándalo que alborota la ciudad y pone a su protegido en riesgo de comparecer ante el gual y chuparse unos azotes, por la parte más corta.

Y, sin embargo, la presunción y el amor propio del barbero son tales que cree de buena fe haberle hecho una buena obra al despedido joven, haberle salvado nada menos que la vida y el alma evitándole incurrir en pecado, por lo que no comprende que aquel se le enoje y, en vez de gratitud y afecto, le muestre aversión y huya de su ángel de la Guarda como del diablo. En lo que, después de todo, es posible que tenga razón, se la damos a Roso de Luna, para quien el barbero As-Samet no es tal barbero, sino un gran Maestro o Purificador y Terapeuta mágico, como lo prueba sacando de su aparente muerte al bufón del sultán «como a la hija de Jairo resucitó Jesús», y su remoque irónico de As-Samet no es sino la denominación de «sabio silencio», que, en el lenguaje de la Doctrina secreta, se aplica a esos grandes Maestros.

Es que, en el fondo, como desde el principio dijimos, en la psicología entretenera del barbero entra como rasgo básico la bondad o, por lo menos, la buena pasta, pues de otra suerte no ejercería ese oficio, sociable de suyo, y, en vez de navaja, esgrimiría el alfanje; la profesión de barbero, como la de sastre, tiene una semejanza de obra de misericordia, pues si aquel viste al des-

nudo, este ase a al desaseado y embellece al feo, y es, en ese sentido, un filántropo que cobra porque no es rico, pero que, salvo ese detalle, hace lo que haría un santo, y no es por ello de extrañar tenga tan alta idea de sí mismo.

Ese es el lado cómico del barbero, que llega a creerse superior a todos los demás artesanos y, en general, a todos los demás hombres, pues tiene bajo su mano las cabezas de todos, incluso de los visires y los jefes, según el referido As-Samet le hace notar a su paciente parroquiano en una reacción de su amor propio herido.

Pero aparte de eso, el barbero, como tipo genérico, es un buen hombre, y así nos lo presenta el narrador árabe en ese otro cuento de Abu-Kir, el tintorero, y el barbero Abu-Zir (Noches 506 a 509), donde este se acredita de hombre bueno, hasta dar en la nota de pobre hombre, soportando todas las insidias y malas acciones del envidioso tintorero, falaz y fraudulento como la técnica de su propio oficio, y que por dos veces trama e intenta la muerte de su ingenuo amigo, que sucumbiría injustamente si no fuera por la intervención de la Providencia, que vela por los buenos.

En la figura del barbero Abu-Zir tenemos una versión rehabilitada del enredador y jactancioso colega de Bagdad, y resplandecen en toda su pureza la servicialidad y filantropía del Figaro, limpias de toda venalidad y egoísmo, aunque se mantienen las características de ingenuidad y pobreza del espíritu que en aquel se acusan y que, cuando se manifiestan de ese modo, nos abren las puertas del cielo.

## LOS JARDINEROS

El Paraíso (*Chenma*) es, por definición, un jardín, pues los etimólogos

derivan su nombre del persa Pardis o Pardus, con que era designado un maravilloso jardín del palacio de los antiguos reyes del Irán, cuya fragancia literaria se aspira en Herodoto.

Todo jardín tiene, pues, siempre algo de paraíso y suscita en la imaginación la idea de un lugar de tranquilos deleites, de serena e inocente alegría, como un refugio para el alma atosigada por los cuidados e inquietudes del mundo. Sobre todo para los orientales, que viven en países de sol y cruzan en sus viajes desiertos calcinados, sin pájaros ni árboles, un jardín es verdaderamente un paraíso.

Los antiguos reyes del Irán, que edificaron esas ciudades prodigiosas de Lusa y Ecbatana y Babilonia, pusieron en ellas jardines como los del Irán, cuyo recuerdo aún no se ha borrado de la memoria de sus descendientes y siguen todavía floreciéndose de primavera en sus sueños.

Todo el afán del hombre es recobrar un día ese paraíso perdido; ese jardín de delicias, lleno de música de pájaros y arroyos, y sombreado por árboles, que brindan espontáneamente toda suerte de sabrosos frutos.

Mahoma, en su *Corán* promete a los buenos creyentes, después de esta vida efímera, otra perdurable y eterna en un jardín incomparable, con árboles y fuentes, y un suelo bajo el cual correrán ríos para mantenerlo siempre verde, florido y fresco.

Los jalifas, los emires, los hombres pudientes del Islam tratan de copiar en la tierra ese jardín del cielo y todos tienen anejo a sus palacios o en parques pintorescos, fuera de la ciudad, un jardín lo más semejante posible a un paraíso.

El emir de los creyentes, Harunu-r-Raschid, tenía en Bagdad, al otro lado del Dichle o Tigris, unos jardines espléndidos, con alcázares erguidos y airosos, que podía contemplar desde los

miradores de su residencia jalifiana y a los cuales se trasladaba siempre que le acometía su esplin de hombre neurótico, aquejado de insomnio y de crisis de hipocondría, como todo lo suyo, soberanos.

Más de una historia de *Las mil y una noches* tiene por escenario ese jardín del jalifa, habitualmente cerrado bajo la guarda de un viejo jardinero llamado Ibrahim. El río pasaba por delante de aquellos jardines y formaba allí una ensenada, en la que se aglomeraban los peces, a la que los pescadores furtivos iban a echar sus redes, las noches de luna, infringiendo la prohibición del soberano, que no quería ver por allí esa clase de gente miserable y sospecha.

Porque para que se pareciesen más a paraíso esos jardines regios permanecían generalmente cerrados y desiertos, sin más presencia humana que la de los jardineros, y severamente guardados por grandes verjas y tremendos cerrojos.

A semejanza del sultán de Bagdad, todos esos monarcas de Oriente tenían jardines así reservados para su exclusivo solaz o el de sus hijas, esas princezas criadas entre muros, cuya belleza de huries no debía contemplar ningún hombre, sino el príncipe predestinado para ser su esposo, pues cualquier mirada mancharía su pureza liliál.

Pero un jardín, pese a las verjas y tapias que lo defiendan, es siempre algo abierto, ya que no comporta otra bóveda que la de los cielos, y su guardián, por más fiero que sea, no puede menos de ablandarse bajo el influjo benigno de ese escenario égloga, que pone al hombre en estado de naturaleza, es decir, en estado de gracia.

Todo jardinero tiene algo de Anacreonte, y por su propio oficio ha de ser sensible y tierno, aunque solo fuere por presenciar la muerte diaria de tantas rosas.

Los jardineros de *Las mil y una noches* son hombres así, benévolos, apiadables y hospitalarios, que, por vivir en un jardín, sienten más el dolor del peregrino y más aún del peregrino enamorado, y están siempre dispuestos a acogerlo en su asilo de reposo y de paz.

Los guardianes de esos paraísos no esgrimen flamígera espada y solo tienen de los ángeles que custodian el Edén la bondad y la ternura, y por ese flaco de su temperamento se quiebra la solidez de los cerrojos.

Todos los jardineros de *Las mil y una noches* son hombres sensibles, tienen algo de paternos y aun de patriarcales, pues suelen ser ya viejos, como Anacreonte, y aunque viven retraídos de las gentes y muestren en sus rostros el ceño huraño de la soledad, no son, por lo mismo, sino más sociales que los demás hombres y más ansiosos que nadie de humana compañía, al modo de los anacoretas y ermitaños.

Así, al menos, se nos muestran los jardineros de *Las mil y una noches*. Su personalidad más detallada nos la ofrece el viejo Ibrahim, el guardián de esos jardines ya mencionados del jalifa abbasí Harunu-r-Raschid, que aparece en la *Historia de los dos visires, en que se mienta a Anisu-l-Gulais* (Noches 46 a 52), esa historia de dos enamorados que, por efecto de la malquerencia de un visir envidioso, se ven obligados a huir de la ciudad de Bazra, donde el padre del galán también era visir, y van caminando a la ventura, sin más anhelo ni plan que alejarse de allí hasta que, al cabo, los rinde la fatiga, y a Anisu-l-Gulais se le lastiman los delicados pies y la noche los sorprende y desorienta y los obliga a detenerse.

Encuéntrense entonces los fugitivos por ventura a la puerta de los jardines del jalifa, que por descuido aquella noche dejó abierta Ibrahim, y éntrense

por ella y se tienden a reposar allí pastorilmente, sobre el verde lecho natural y a la luz de los astros; despunta luego la precoz aurora siria y el viejo Ibrahim, que es madrugador como todos los viejos, sale a revisar sus jardines y encuentra allí a los jóvenes tórtolos que duermen abrazados, como dos huerfanitos.

El primer movimiento del viejo guardián es de indignación contra aquellos intrusos y se dispone a echarlos de su paraíso; pero para echarlos tiene que mirarlos y, al verlos tan bellos, tan jóvenes y tan dulce e inocentemente dormidos, siente tal admiración y ternura que sonríe por entre sus barbas de abuelo y, lejos de despertar a los amantes, se arrodilla a sus plantas y les cubre y arropa, para resguardarlos del relente, y además se pone a sobarles suavemente los pies, para que se hundan más en ese sueño sabroso de la amanecida.

Cuando luego los jóvenes despiertan, el buen viejo recobra su ceño, por así decirlo, oficial, e intima a los intrusos que se vayan, haciéndoles saber las severas órdenes del jalifa; pero también entonces triunfan de su adustez la gracia juvenil y los halagos de Ali-Nurud-Din y Anisu-l-Gulais, y el jardinero acaba por permitirles la estada en el jardín prohibido y no solo eso, sino que, además, les enseña las habitaciones suntuosas en él reservadas para el jalifa y sus amigos, y, para dar gusto a la caprichosa Anisu-l-Gulais, enciende todos los candiles y lámparas del gran salón, que tiene un mirador con vista al río.

El ascendiente que ambos jóvenes logran en un momento sobre el *scheij* Ibrahim llega al extremo de que lo persuaden para que les provea de viveres de la despensa del soberano, sin que falte el vino mejor de sus bodegas, y organizan en el iluminado salón una fiesta que viene a ser literalmente una



juerga andaluza, con cante, baile y vino a tutiplén.

El viejo Ibrahim se siente tan feliz con sus jóvenes huéspedes que, instado por Anisu-l-Gulais, accede a beber vino por primera vez en su vida, pues siempre, según asegura, tuvo horror al mosto, que el Profeta vedara a los creyentes, y se le ha de creer por la facilidad con que se le sube a la cabeza.

Esta escena de los dos jóvenes y el viejo bebiendo mano a mano, cantando y bailando, es de una jovialidad y un candor realmente geórgicos y constituye de por sí un bellissimo idilio, que no necesitara continuación para acrecer su encanto y su mérito literarios.

Pero la continuación que le pone el cuentista es digna del comienzo, pues mantiene la nota de jovialidad y profundo humanismo de esa escena con cargo a personajes todavía más encoquetados y graves.

Se trata del propio jalifa que, habiendo visto desde su palacio de la otra orilla del Dichle su mirador del jardín diurnamente iluminado, se maravilla y quiere indagar la razón de ese insólito caso, acaecido en su ausencia. «¡Hasta dónde llega el descuido de ese mal guardián!», refunfuña Harún.

La tempestad, es decir, el alfanje de Mesrur, se cierne sobre la cabeza del viejo Ibrahim, el poco celoso jardinero que introduce extraños en los vergeles del jalifa. Pero Châfar, con su cuenta y razón, ya que él es, en último término, el responsable, toma a su cargo la defensa del jardinero y hace creer al jalifa que aquella juerga del mirador no lo es, sino una fiesta que, con su permiso, da el viejo aquella noche, en celebración de la confirmación islámica de su hijo. Quiere Harún corroborar por sí mismo las palabras de Châfar, y a este fin se encamina allá, en compañía de su inseparable visir. Una vez en los jardines, el jalifa y Châfar, ya que el

primero quiere darse cuenta de lo que realmente pasa, se suben a un árbol y a través de una ventana el emir de los creyentes ve al viejo Ibrahim y a los dos jóvenes en alegre y sano regocijo, bailando y cantando y divirtiéndose.

Tiene entonces el jalifa una de esas ocurrencias de hombre de buen humor, bromista y algo histriónico; vuelve sobre sus pasos por el río, y, echando la red, en la ensenada que al pie del mirador forma el Dichle, se encuentra con Kerim, un pescador furtivo que aparece varias veces en estas historias relacionado con Harunu-r-Raschid; le compra su pesca y al mismo tiempo se cambia con él de ropa, para poder entrar disfrazado en el salón de la fiesta y sumarse al piadoso jolgorio.

Como es natural, no tarda en descubrir la mentira de Châfar; pero en vez de indignarse, el jalifa, vencido por el encanto de los jóvenes, especialmente —es de suponer— por el de Anisu-l-Gulais, depone su ceño y como uno de tantos se suma a la juerga, conservando su incógnito, que lo hace feliz.

En el curso de las libaciones el falso pescador mueve al joven Alí a la confidencia, y así se entera de sus desdichas y de la causa que las motiva, y, diciéndose amigo de la infancia del emir de Bazra, da al hijo del buen visir una carta en que le ordena reparar la injusticia que hizo, instigado por el mal visir.

Tiene luego la historia un final venturoso, y Alí-Nuru-d-Din, que en un arrechucho de entusiasmo, de esos que, según los andaluces, provocan las bocanadas del vino, regala al jalifa a su amada Anisu-l-Gulais, y después recóbrala de manos del generoso Harún a quien sería vano tratar de vencer en generosidad.

Interesa aquí hacer resaltar sobre todo esa simpatía y delicada figura del jardinero Ibrahim, ese Anacreonte musulmán, tan sensible a la belleza y a la

desgracia, que, siendo abstemio, tiene descuidos de borracho y deja abierta de noche la puerta del jardín y, además, consiente que los pescadores furtivos echen su atarraya en esas aguas prohibidas, y eso que puede irle en ello la cabeza; su modo de conducirse con esos amantes fugitivos es de un humanismo perfecto, propio de un hombre que vive en contacto con la naturaleza humanizada de los vergeles, y su senil candor e inocencia son verdaderamente angelicales y hacen de él un personaje representativo del hombre naturalmente bueno, roussoniano, que de puro ser hombre en este mundo corrompido no parece ya hombre, sino ángel.

Otros dos tipos insignes de esta psicología geórgica figuran también en *Las mil y una noches*: la del viejo jardinero que acoge, igualmente hospitalario, a Kamaru-s-Semán, el príncipe, cuando va errante en busca de su esposa Budur, sin saber que es un príncipe, lo que pone su conducta a salvo de toda sospecha de venalidad, y, para librarlo de los idólatras que pueblan el país, lo tiene a su lado trabajando en su huerto, donde no es posible lo descubran.

Interviene aquí otra vez el idilio campestre, con su encanto de vida natural y sencilla, de clásico sabor helénico, que luego volverán a exaltar los románticos, con ese jardín semejante a aquel de Alcinoó, el feacio, en que Ulises se detiene también cuando va navegando errante en busca de su amada Penélope, y en esas pláticas entre el viejo discreto y el joven impaciente y nostálgico, que mira al mar como Ulises, y se siente infeliz en aquel paraíso donde no está su amada.

Todo este paso de la *Historia del rey Kamaru-s-Semán y del rey Schahramán* (Noches 148 a 176), en que la pasión se agita sobre un plácido fondo geórgico, tiene un *pathos* romántico antes del romanticismo y sabe a Ber-

nardino de Saint-Pierre y a Chateaubriand, y esa emoción romántica se acentúa cuando Kamaru-s-Semán, que ha divisado por fin la blanca vela de un barco sobre el azul horizonte y se dispone a partir, con el tesoro que encontrara, se detiene para tributar los últimos auxilios al moribundo jardinero y, al tornar a la playa, solo acierta a ver la popa del buque, que se aleja.

Esta estampa del viajero perdido en una isla que, subido sobre un peñasco, agita en vano un banderín, llamando a un buque que se aleja, ¡cuántas veces no se habrá descrito y pintado, en gracia de su vigor patético! Desde Ulises a Edmundo Dantés, que también, por cierto, acaba de perder a su bienhechor, el abate Faria, al cual va a deber el hallazgo de otro tesoro, como el que Kamaru-s-Semán encuentra en el huerto de su viejo amigo...

Kamaru-s-Semán vuelve a unirse con su esposa y retorna a su reino, pero, como Dantés, no olvidará nunca a su buen protector...

Otro jardinero benigno y también viejo—la vida natural confiere longevidad—aparece en la *Historia del príncipe Seifu-l-Muluk y Bedietu-ch-Chemal* (Noches 422 a 437), secundando los anhelos amorosos del joven, al que permite la entrada a aquellos vergeles, reservados a la bella hija del rey de los genios y a su corte de virginales damas.

El jardinero llega a más, pues habilita al príncipe un escondite desde el cual podrá ver, sin ser visto, a la esquiua princesa, que odia a los hombres, y que, si allí lo sorprendiera, les haría pagar con su vida a él su atrevimiento y al jardinero su descuido.

La princesa, sin embargo, descubre la presencia allí del osado joven; pero las consecuencias del lance son enteramente opuestas a las que el jardinero supone; la joven, que jamás vio un hombre de cerca, al ver al apuesto

príncipe se enamora de él en el acto, hasta tal punto que lo invita a raptarla y llevarla a su tierra, como aquel lo hace.

Resulta siempre el jardinero haciendo honor a su estirpe geórgica, mostrándose sensible, tierno y servicial, a fuer de hombre que, lejos del ambiente corruptor de las ciudades, no ha llegado a perder precozmente su salud moral ni física y llega a viejo con una frescura juvenil de rosa humana, superviviente a millones de rosas.

Y no solo los jardineros y hortelanos—que viene a ser igual—, sino hasta los que llevan a las ciudades y venden allí los frutos agrestes, los verduleros, como el que con sus sabios consejos salva de la magia de la reina Lab al príncipe Bedr-Básim, aparecen en *Las mil y una noches* adornados de esas virtudes naturales de bondad, saber intuitivo y candor que tradicionalmente se les atribuyen a los hombres del campo, en trato continuo con la madre tierra, la gran Maestra, que guarda los misterios de la vida, la fecundidad y la muerte.

Fácil es prestar un sentido simbólico a esos Titiros y Batilos de la égloga clásica, pues bajo su frivolidad aparente encierra la anacreóntica toda una filosofía seria y profunda, melancólica y hasta pesimista, contra la cual reacciona el poeta, amparándose en la belleza efímera, pero siempre renovada, de la naturaleza que lo rodea, y sacando de ella una esperanza de inmortalidad; este fondo trascendental, místico de la égloga, es el que descifran Cleopompo y Heliodemo, bajo los plátanos del poema rubeniano, y el que expresan en símbolos rurales hartas parábolas evangélicas.

Todo jardín o huerto que semeja un paraíso y no lo es sugiere ideas alegres, óptimas y, al mismo tiempo, melancólicas y desencantadas, pues conjuga primaveras y otoños; hay una corre-

lación natural entre el jardín y el cementerio, abonada por la costumbre de enterrar en ellos a los muertos; la tierra es cuna y sepulcro y sugiere por turno ambas ideas, por lo que el jardinero ha de ser por fuerza un hombre meditativo, con algo de filósofo y de anacoreta. No en balde Epicteto razona en un jardín su pesimismo ascético.

Todo jardín guarda simbólicamente un tesoro y un sepulcro, y esa intuición aparece expresada en el cuento del príncipe Kamaru-s-Semán, que en el jardín de aquel buen viejo halla un tesoro enterrado y, al irse, deja allí enterrado a su octogenario amigo.

Ambas ideas de jardín y cementerio aparecen también unidas en el relato evangélico del sepelio y resurrección de Jesús, que tiene lugar en un huerto; cuando Magdalena va a buscar allí al Maestro amado, su tesoro, tropieza con un hortelano que es el mismo rabí resurrecto y al que en su ofuscación no reconoce, y al mirar el sepulcro vacío, solo halla en él rosas.

Todo jardín es un cementerio y todo cementerio es un jardín, sobre todo en Oriente, donde, según nos cuentan los viajeros, son los camposantos verdaderos vergeles, llenos de placidez y de fragancia, en cuyos árboles anidan ruiseñores, enamorados de la luna y la rosa, sin nada en ellos que inspire otra idea que la de una gustosa eternidad, exenta de toda turbación y ruido, como la prometida en el *Corán* a los buenos creyentes; esos cementerios musulmanes son de una atracción tan risueña que a ellos van a acogerse los enamorados, ansiosos de soledad y de silencio, para arrullarse allí al compás de los ruiseñores y las tórtolas, y los peregrinos extraviados allí se guarecen para pasar la noche y dormir su sueño tranquilo entre aquellos eternos durmientes.

Este carácter epitalámico y hospitalario de los cementerios musulmanes, que a nadie inspiran ese miedo que a

los occidentales, aparece consagrado en *Las mil y una noches* en multitud de historias; a un cementerio va a refugiarse el joven Bedru-d-Din, el hijo del visir Nuru-d-Din, de Egipto, cuando, habiendo caído en desgracia con el sultán de Bazra, se encuentra solo y sin recursos en aquella ciudad, y allí lo hallan, dulcemente dormido, al fulgor de la luna, que le dora el semblante, aquella pareja de genios voladores que lo trasladan, dormido como está, al alcázar del sultán de El Cairo, para unirlo en desposorios con su prima Situt-l-Hosn, sustituyendo al jorobado con quien quieren casarla, de suerte que el cementerio es el punto de arranque de aquellos amores que luego han de durar hasta la muerte.

El misterio vital del campo santo se declara también en la *Historia del mercader Ayub y de su hijo Gánim y de su hija Fitna* y las tres que le siguen (Noches 52 a 60), y donde el joven, habiéndose demorado en un rito fúnebre, se desorienta entre las sombras del crepúsculo y no acierta a salir del campo santo, lo que da lugar a que presencie el furtivo sepelio de la bella Kutu-l-Kulub, que unos esclavos llevan a enterrar, viva, aunque parece muerta, por obra del *alhaschische*, y logre volverla a la vida, en una suerte de resurrección milagrosa, operada por el amor, de suerte que la cantora predilecta de Harunu-r-Raschid, tan querida de este como para dar celos a su esposa Sobeida, renace a la vida y al amor verdadero de Gánim ben Ayub, en donde parecería más impropio: en un sepulcro.

Tiene razón Roso de Luna para sospechar un sentido simbólico en este episodio del renacimiento de Kutu-l-Kulub por obra y gracia del amor de Gánim ben Ayub y relacionado con las análogas leyendas de Orfeo en el ciclo helénico y Sigfrido en el nórdico; que sea en un sepulcro donde Gánim

ben Ayub encuentre a la que ha de ser el amor de su vida, tiene una intención inverosímil de símbolo o, por lo menos, la sugiere, pues con ello parece querer darnos a entender el rapsoda que, para renacer, es preciso morir, y que la bella cantora del sultán, que hasta entonces fue su esclava, debe morir, aunque sea simbólicamente, para transfigurarse y ascender al grado de señora absoluta de un corazón de hombre.

A partir de su resurrección empezará a contarse la nueva vida de Kutu-l-Kulub regenerada y quedará abolido todo su pasado, y será como si su amor y el de Gánim hubiese empezado en la cuna.

Pero dando de lado a esas interpretaciones, por lo demás fáciles, hagamos notar, sobre todo, que el cementerio musulmán, el *mekaber*, no ha dado lugar en Oriente a esa clase de literatura que los occidentales, sin embargo, llamamos «macabra», con un nombre derivado del árabe; el cementerio musulmán, el *mekaber*, no sirve de escenario a danzas macabras, ni inspira ese terror que el nuestro, expresado en tantos cuentos de miedo, leyendas y baladas; Don Juan no se acreditaría de valiente yendo allí de noche, a la luz de la luna, a conversar con los difuntos, y Zorrilla no habría podido intercalar esa escena de efecto en su drama si hubiera escrito para un público oriental.

Los cementerios no infunden miedo a nadie en Oriente, sino todo lo contrario; pero tampoco la muerte, en general, inspira allí ese respeto que entre nosotros; pese a ser la suya una teología de fondo idéntico a la nuestra, la muerte, al menos en sus manifestaciones sensibles, no reviste nada de tético, quizá por la costumbre de no prolongar los velatorios de cuerpo presente, con lo que se escamotea el horror del cadáver, y este pasa en seguida al

seno de la tierra, que se da prisa a cubrirlo de rosas.

En *Las mil y una noches* no hay sepultureros que puedan hacer filosofía a lo Hamlet ni funerarias que multipliquen los chirimbolos mortuorios.

## LOS JOYEROS

Guardan los joyeros cierta relación con los jardineros, la misma que existe entre las flores y esas flores y frutos petrificados que son los metales y las preciosas piedras.

Son dos mundos distintos, el de la botánica y el de la mineralogía, y es natural que de ellos se desprendan dos filosofías antagónicas, aunque relacionadas por una semejanza de técnica.

Lo mismo que el jardinero cuida sus plantas y obtiene de ellas nuevas variedades, también el joyero cuida sus metales y piedras, los trabaja y elabora y opera entre ellos injertos y cruces, que corresponden a las variedades botánicas.

En Holanda coexisten mano a mano ambos mundos, el de los jardineros y el de los joyeros, y es sumamente curioso observarlos a ambos en las sendas novelas que el escritor sefardí Israel Querido ha consagrado a describirlos, pues en ellas puede apreciarse el contraste y la analogía, que son los mismos que existen entre el tulipán y las rosas naturales y el diamante, la esmeralda o la perla, que son, al fin y al cabo, formas en distinta clase de una misma ley.

Engañosa es la aparente solidez y perennidad de la gema frente a la fragilidad y mortalidad de la flor; también las piedras enferman y palidecen y se marchitan y mueren como las rosas; la perla pierde su oriente, la esmeralda se empaña y eclipsa y todo ese mundo que parece inerte y, por ello eterno, resulta tan vivo y sensible y

caduco como el de la botánica, con la desventaja de que, al morir, no resucita.

Sin embargo, los hombres han concedido más valor al diamante que a la rosa y han consagrado a esas piedras de apariencia inmortal un amor excesivo, rayano en idolatría, y han cometido crímenes y emprendido guerras cruentas y largas por su posesión.

De ahí nace la leyenda maléfica del oro y de las gemas, que con su fascinación corrompen virtudes, violan virginidades y despiertan en el hombre latencias cainitas. En la fantasía popular las flores son de Dios y las gemas del demonio. La margarita de los campos, con sus pétalos blancos y su botón amarillo, pero no de oro, es el símbolo de la bondad ingenua en el *Evangelio*.

Y, sin embargo, en el mismo *Evangelio* se encarece el valor de la otra margarita, de la esmeralda, que no es para echada a los cerdos, y la erige así en símbolo de la buena doctrina, que nos franquea el acceso al místico reino de Dios. Aunque ya sabemos la discrepancia de los intérpretes sobre el sentido que ha de darse a esa margarita, que algunos quieren sea la misma margarita de los campos y no la esmeralda de los mercaderes de joyas.

La coincidencia de los nombres marca una antítesis y también una analogía, y la esmeralda viene a ser el encarecimiento de la margarita y su puja en el mercado de la hipérbole. La que tiene verdadero valor en sí es la margarita silvestre, la flor ingenua y sencilla, que se da sin precio, como esas apasionadas de las baladas populares que llevan su nombre.

Hay una pugna inmemorial entre las dos margaritas, y aun en el *Fausto*, de Goethe, es la esmeralda o la perla la que emplea el seductor para corromper a la margarita de los campos.

La joya, la piedra o el metal precio-

sos, no son sino símbolos y encarecimientos materiales de los valores intrínsecos de las almas, y solo de esa relación reciben su excelencia y solo dicen bien en la corona de un rey justo o en el pecho de una mujer honesta, y solo sirven para agravar el escándalo y el ludibrio en los cabellos o en el pecho de una cortesana.

El oro y las gemas de por sí tienen un influjo maléfico aun sobre aquellos que los trabajan y cuyas almas se endurecen al contacto de esas piedras sin alma que, aunque tengan cierta vida, muestran una apariencia insensible e inerte, por lo que los griegos las ponían bajo la custodia del funebre dios Plutón, al que hacían simbólicamente hermano de Pluto, y ese prejuicio contra el oro que viene de las entrañas sepulcrales de la tierra y las perlas que proceden de ese otro infierno submarino persiste en todas las leyendas en que ellas intervienen.

El joyero es, por lo general, un hombre sórdido, avariento, duro y aun cruel, al que las piedras han fascinado hasta el punto de cegarle los ojos para la belleza moral y que es capaz de entregar su alma al demonio a cambio de esos tesoros que, al fin y al cabo, ha de dejar un día en el mundo.

El joyero de la leyenda ario-arábica es, por lo general, un judío que vive miserablemente en su tenducho del zoco o del *ghetto* cristiano, rodeado de inútiles tesoros, que absorben toda su atención y le hacen olvidarse de ese tesoro vivo que tiene a su lado, una esposa joven y una hija que, llegado el momento, será capaz de sacrificar a su ambición infinita, pues es un místico del oro y lo busca por la alquimia y tiene pacto con el diablo, lo que quiere decir que su alma está perdida y que ha cambiado la vida eterna por la efímera, la margarita más preciada por la otra que nada vale sino por su relación con ella.

Intercalado en la historia de Dalila la ladina y su hija Seineb tenemos un ejemplo de ese tipo de judío nigromante en la figura del padre de la hermosa Kámar (*Luna*), dueño de unas riquezas que nadie sospechara al verlo en su tiendecilla del zoco y, sobre todo, de esa hija que vale más que todos los tesoros.

El tal judío es un mago poderoso al que sirven los genios y le labran en un momento alcázares fantásticos que con la misma facilidad surgen y desaparecen, y él mismo realiza milagros asombrosos, como el de desdoblarse en lo que hoy llamamos ectoplasias, proyectando sus miembros a distancia, como guerreros armados que luego se reintegran nuevamente a su cuerpo.

A ese temible brujo va el joven egipcio Ali, *El Azogue*, por indicación de su amada Seineb, con la intención de robarle para ella el velo y la corona nupcial que tiene destinados a su hija para cuando se case, y, pese a toda su astucia de picaro, fracasa en su lucha con aquel hechicero, que lo transforma en un animal y, por cierto, en un burro, para mayor escarnio.

Pero ocurre, como siempre, que el avaro padre no ha contado con su hija Kámar, que conserva su corazón fresco de margarita natural en medio de aquellas piedras inanimadas y que se enamora de Ali, que, pese a sus picardías, es también hombre de corazón, y se niega a ser cómplice de su padre, al que debe de odiar ya de antiguo, y, en vez de eso, lo que hace es darle muerte y presentarse ante Ali y su novia, llevando no solo su equipo nupcial, digno de una novia, sino también la cercenada cabeza de su genitor.

El narrador justifica la truculencia del parricidio en el hecho de que Kámar habíase con anterioridad convertido al credo islámico, por ser el de su adorado Ali, y, antes de matar a su padre, intimóle la conversión, negándo-

se él a ello con contumacia idolátrica, lo que en cierto modo autorizaba el parricidio con arreglo a la sura coránica, que dice: «Matad a los infieles, dondequiera que los encontréis...»

Esta historia de Kámar y su padre está tratada a la inversa por nuestro romántico Adolfo Bécquer en su leyenda toledana *La rosa de pasión*, en la que es el padre el que inmola a la hija al saberla enamorada de un cristiano y la crucifica en un madero, que se florece milagrosamente de una pasionaria.

La leyenda de Bécquer es interesante, pues indica una supervivencia folklórica del tema, que sin duda trajeron consigo los árabes, creadores de ese tipo de judío avariento, de corazón tan duro y no tan precioso como sus piedras, y que ha llegado a convertirse él mismo en un hombre de piedra, como esos personajes que, en ciertos cuentos de ciudades castigadas por su impiedad y su codicia, del tipo de la ciudad de bronce, se nos muestran.

Otro joyero no judío, y que por eso no llega a los extremos del anterior, pero que también peca por su excesiva devoción al oro y las piedras que elabora, es el maese Obaid, de la *Historia de Kamaru-s-Semán y su amada* (Noches 516 a 523), ese hombre sórdido y laborioso en demasía, tan enamorado de las joyas que se olvida de su mujer, la joven viva, y se hace acreedor a que esta le cobre aversión y huya de su lado con el joven Kamar, llevándose todas sus riquezas. Golpe tremendo que despierta al fin su sensibilidad dormida bajo la hipnosis de las joyas a la noción de lo verdaderamente valioso de la vida.

Hay otras historias en *Las mil y una noches*, de esa misma tendencia, que son exhortaciones al desprecio de las riquezas materiales, que distraen al hombre de la búsqueda de las otras riquezas morales y le enajenan su parte en el tesoro de los goces eternos; en

esa relación pueden coordinarse aquellas historias del hijo asceta del jalifa Harunu-r-Raschid; del judío piadoso y pobre, sobre el que descende del cielo un carbunco maravilloso, en cumplimiento de los ruegos imprudentes a que le obligara su mujer, la cual, advertida luego por un sueño revelador, torna a suplicarle formule en sentido inverso la misma plegaria; las descripciones de ciudades de piedra y bronce, cuyos habitantes perecieron de hambre y de sed, rodeados de riquezas inútiles; la historia del rey Omaru-n-Nômán, en que la codicia de unas joyas provoca una doble guerra exterior y doméstica, y, en fin, esa historia de Abdu-l-Lah, el de la tierra, y Abdu-l-Lah, el del mar, en que este último da una lección a aquel sobre la inanidad de los mundanos tesoros materiales, comparados con los espirituales y eternos.

Todas esas historias y anécdotas de probable origen búdico han pasado a *Las mil y una noches* al través del *Evangelio* y del *Talmud*, y ponen una fastuosa prodigalidad con que el oro y las perlas nos deslumbran en estos relatos.

## LOS PESCADORES

El gesto del pescador, al echar sus redes al agua, tiene siempre algo de aleatorio y semeja una interrogación oracular al destino.

El pescador echa su red y aguarda, de igual modo que el jugador cuando deposita su apuesta; ninguno de los dos sabe lo que va a recoger, y ambos, luego de consumado su gesto, quedan en manos de la suerte, que es la que ha de decidir la jugada.

También es aleatorio el gesto del sembrador que lanza el grano; pero su éxito está más garantizado que el del pescador, pues la tierra es, en todos sentidos, más estable que el agua; el

pescador es un hombre enteramente fiado a la buena voluntad del sino, de la Providencia y, en último término, de Dios.

No es raro, pues, que de antiguo la figura del pescador haya dado materia a la leyenda y la parábola y que se le haya tomado como una suerte de médium por cuyo conducto se expresa la voluntad misteriosa que rige los destinos.

El pescador, además, por razón de su oficio, es, como el marino, un ser de condición anfibia; comparte su vida entre la tierra y el agua y está en constante relación con el elemento acuóreo, en cuyo fondo hay también tierra, y en cuyo seno no hay solo peces, sino también tesoros y riquezas y criaturas más o menos semejantes a los hombres y mujeres de la tierra y monstruos deformes y atrayentes, a un tiempo, como las sirenas.

El pescador, desde su orilla o su barca, tiene los ojos y el alma hundidos en el agua y aspira a pescar no solo peces, sino también todo cuanto el genio misterioso del agua quiera echar en sus redes; es un hombre modesto y ambicioso, en una pieza, igual que el jugador, pues puede esperar todo de la suerte y hacerse rico de una jugada o salir con las manos vacías.

El pescador tiene la misma psicología supersticiosa del jugador; como este, cree en predestinaciones, en *jettaturas*, buenas y malas rachas, y así como el jugador cambia de naípe, también él muda de sitios sus redes y va tanteando el pulso a la fortuna.

Hay veces que el pescador no pesca nada en muchas horas, y de repente cambianse las tornas y hace copo como el jugador hace pleno.

Igual que el jugador, se crea entidades psíquicas que lo protegen y combaten; también el pescador cree en genios buenos y malos, en misteriosos habitantes de las aguas, cuyos rostros cree

ver o vislumbrar en el cambiante moaré de las ondas.

Son los pescadores, tanto como los nautas, los que han creado, fantaseando sus errores ópticos, esas entidades fabulosas de sirenas, tritones, ondinas, hipocampos y demás monstruos marinos; toda esa mitología ecuórea, común a todas las razas antiguas, y que preside el famoso Anciano del mar, ese dios de formas cambiantes que unas veces es Neptuno y otras Glauco o Proteo, cuyas características se desdoblán en múltiples simbolismos, y en sus últimos avatares encierra una teología.

Los pescadores son los depositarios de esas tradiciones legendarias que ellos inventaron y siguen creyendo en ellas, luego que ya los hombres de tierra adentro les negaron su fe; el pescador no dejará nunca de creer en esos mitos acuáticos, en la existencia real de esos seres maravillosos y de esos tesoros que pueden echar en su red, si a bien lo tienen.

¿Cómo ha de dudar de eso el pescador, si más de una vez se le manifestaron esas entidades prodigiosas? Llenas están las leyendas de casos en que el pescador pescó un tesoro que lo hizo rico de un golpe o algo más valioso todavía: una ondina o una nereida de belleza fascinadora que se prendió de él y lo condujo a sus alcázares submarinos, de nácar y coral, de una magnificencia superior a la de los jalfas.

El pescador puede esperar todo; el fondo del agua está lleno de prodigios, porque está encantada; basta que el Sino o Alá quieran para que la red vuelva a la tierra cargada de una presa maravillosa.

Basta tener paciencia, esa paciencia que es otra virtud del jugador vicioso; hay que insistir si la suerte se resiste y barajar las aguas, como el tahir sus naipes, y saber llevar bien las burlas que a veces nos dirige el Sino.



Hay pescador que, al tirar de la red pesada, con la esperanza de haber captado una riqueza, se encuentra que lo que en ella venía era un burro muerto, un montón de cascajo y arena o algo todavía peor: el cofre en que un asesino metió los restos descuartizados de su víctima.

En este caso el pescador sirve de agente providencial para el castigo del culpable.

Pero hay otros casos en que el pescador pesca la redoma de hierro en que un poderoso genio sufre prisión por haberse rebelado contra su señor, el rey Soleimán, y si el pescador es hábil y, antes de libertar el cautivo, sabe encadenarlo a su voluntad, mediante juramentos irrevocables, tendrá en él un servidor obediente y poderoso, capaz de proporcionarle todo cuanto desee.

Sería menester un grueso libro para inventariar todas las cosas prodigiosas que los pescadores humildes han sacado del fondo de las aguas, y entre ellas figuraría ese célebre tripode de oro que captó en su red un pescador griego y que sirvió de ocasión para que se descubriera que el hombre más sabio de su tiempo, por serlo más que los siete sabios reconocidos de entonces, era Biante.

Por todo ello el pescador se ha convertido en el símbolo del hombre humilde, dotado de una fe y una esperanza ilimitada, cualidades que explican que actúen de personajes principales en el *Evangelio* y que Jesús reclutara entre ellos sus primeros discípulos; solo los pescadores de Galilea podían creer, desde luego, en las palabras del Maestro, que les prometía la vida eterna, el tesoro de los tesoros, y se hicieron pescadores de almas en vez de pescadores de peces.

Los pescadores de Galilea hicieron la mejor de sus pescas el día que se les apareció Jesús, pues pescaron el reino

de los cielos y asumieron tal importancia en el drama de la redención que el *Evangelio*, que empieza con la nota geórgica de los pastores, se impregna luego del espíritu de la égloga piscatoria.

El *Evangelio* plasma ya el tipo místico con que figura el pescador en los cuentos de *Las mil y una noches*; ese hombre bueno, paciente y tan pobre de espíritu y de medios, que ignora la técnica de los oficios cualificados y no posee más de esas redes coruscadas que arroja al agua como un memorial, invocando el nombre de Dios.

El oficio de pescador es tan sencillo que no requiere ciencia, y a él se dedican, por ello, esos hijos de mercaderes arruinados a quienes la muerte del padre dejara en la miseria; Chúder, el buen hijo y buen hermano, se improvisa así pescador para mantener a su familia y, estando en esa ocupación, conoce al mago *mogrebi* que ha de conducirlo a la fortuna; igual le sucede a Abdu-l-Lah, el de la tierra, ese otro pescador improvisado que, a la primera redada, pesca a Abdu-l-Lah, el del mar, que ha de franquearle el acceso al mundo submarino, lleno de tesoros.

Pero al lado de esos improvisados pescadores, comparables a esos jugadores de paso que se enriquecen tan pronto que no llegan a ser verdaderos jugadores, hay los pescadores de profesión, encanecidos en el oficio, que viven de la pesca y todos los días o todas las noches van a echar sus redes al agua, en demanda del sustento suficiente a ellos y los suyos y de la añadidura que Alá sea servido de darles; hombres encanecidos en la profesión, que nunca tuvieron la suerte de pescar nada extraordinario, y apechugaron con su pobreza vitalicia, sus redes remendadas y sus caftanes harapientos y piojosos, sin perder del todo la esperanza, aunque a veces den al viento en coplas sus quejas, en tanto

lanzan al agua, sin fortuna, sus viejas mallas.

El tipo genérico de ese pescador es el viejo Kerim, que figura en varias historias y siempre en relación con el jalifa Harunu-r-Raschid, como si el narrador quisiera ponerlo en contacto con el poderoso sultán y unir, con intención trascendente, mediante el hilo del diálogo, al humilde que nada tiene y vive del puro albur con el poderoso que todo lo tiene y acaso no es feliz.

El pescador Kerim es un jugador sin suerte que a veces echa reiteradamente la red sin sacar nada, por lo que tiene que andar con la red de un sitio a otro, a lo largo del Dichle, probando fortuna, y, a impulsos de la necesidad, se mete en vedado, es decir, en esa pequeña ensenada que el río forma delante de los jardines del jalifa adonde afluyen los peces y también los pájaros de cuenta, los maleantes de Bagdad, por lo que el soberano tiene prohibido que nadie se acerque allí.

Pese al riesgo que supone infringir esa orden del monarca, Kerim, que no tuvo suerte durante el día, va a echar sus redes en aquella ensenada, a la luz de la luna—esa luna de Bagdad que refulge como un sol de noche blanca en San Petersburgo—, y, en tanto aguarda, canturrea ante la puerta del jardín una canción, quejándose del sino como Simbad, el de la tierra, el costalero, en aquellos versos que recita a la puerta de Simbad, el marino.

En ese momento preciso lo sorprende el jalifa, que salió de palacio disfrazado de mercader, en compañía de su visir Châfar, y hay entre ambos un diálogo significativo, en que el jalifa reprocha sus quejas al pescador y este le contesta con un donaire y una ingenuidad que desarman al soberano.

Harunu-r-Raschid está aquella noche de buen humor, pues ha descubierto en su palacio del jardín unos huéspedes insospechados, jóvenes y alegres, y en-

tre ellos una muchacha de bello rostro y, lo que es más para ese rey melómano, de bella voz—Anisu-l-Gulais—, y los quiere obsequiar, a fuer de dueño, aunque ellos lo ignoren, de la casa.

No insistiremos en detalles que el lector recordará o podrá hallar en la historia; lo más interesante a nuestro propósito es hacer notar el aire festivo de ese episodio entre Kerim el pescador y Harunu-r-Raschid, el emir de los creyentes, señor de los hombres y los genios, y el plano de cordialidad en que se desarrolla el diálogo entre uno y otro.

El soberano aquella noche siente el antojo de hacer de pescador, quizá contagiado de la felicidad de espíritu de que goza Kerim en su pobreza, y le compra a precio de rey los peces que pescó y luego cambia de ropa con él, es decir, trueca su lujoso traje de mercader rico por los andrajosos del viejo, que, además, están plagados de piojos.

No tarda en sentir el jalifa el escorzo de aquellos huéspedes voraces y le lanza al pescador una exclamación de asombrado reproche, a la vez que el viejo Kerim, encogiéndose de hombros, responde bonachón:

—¡Bah! Eso es, señor, la falta de costumbre; ya te irás haciendo...

Todo este paso tiene un corte proverbial, que salta a la vista; es el parangón entre el hombre del pueblo, pobre, pero ya avenido a su pobreza, por la fuerza de la costumbre, hasta el punto de no sentirla, y el señor delicado, que, también por la fuerza de la costumbre, no sabe apreciar su dicha y es vulnerable a la menor molestia...

Por ello, el jalifa padece de insomnios y ataques de hipocondría y sale de noche de su alcázar a pescar emociones, en tanto Kerim lo hace por la pura necesidad, y esta noche se irá a acostar tranquilo y dormirá a pierna suelta, sobre las monedas que le ha dado el jalifa.

Así también, inesperadamente, Kerim ha hecho esa noche una magnífica pesca.

Estas historias de pescadores abundan tanto en el libro que Roso de Luna, con razón, las considera, en *El velo de Isis*, como múltiples versiones de un solo mito, del mito del Pescador, al que sigue el rastro a través de todos los avatares de ese personaje simbólico que, según él, encarna una tradición de las referentes a la perdida Atlántida.

Prescindiendo de la interpretación ocultista que el docto teósofo da al mito, es interesante e instructivo seguirle en ese erudito periplo que realiza en torno a sus personificaciones miliunachas y en el curso del cual les encuentra sorprendentes afinidades con las de otras historias y leyendas, como la española de *Juanillo, el pescador*.

Empieza el recuento por ese viejo pescador—que en la versión Mardrus se llama Kerim y en la de Bulak queda anónimo—y que en el cuarto cuento del libro titulado *Del pescador y el «efrit»* (Noche 3), pesca una vasija de azófar, en la que está encerrado un poderoso genio, reo de rebeldía contra el rey Salomón.

El pescador, cediendo a los ruegos y promesas del cautivo, lo pone en libertad, y entonces este le notifica que va a matarlo, en cumplimiento de un voto que hizo dentro de la redoma, sin que pueda hacerle otra gracia que la de dejarle elegir el género de muerte.

El pescador, astuto, que no en balde es pobre y veterano en el oficio, discutir en el acto un ardid salvador: picarle el amor propio al *efrit* poniendo en duda que con su talla de gigante haya podido caber en la exigua redoma, y aquel, entonces para convencerlo, se encoge y vuelve a meterse en ella.

Ya está otra vez cautivo y el pescador no lo dejará salir ahora, sino luego que se haya comprometido, bajo solemne juramento, a no hacerle ningún

mal; cumple el genio su palabra y además lo lleva a cierta alberca, donde pesca unos peces de colores que le granjean una fortuna tal que no necesitará pescar ya más en toda su vida.

Sigue a este pescador afortunado el no menos venturoso llamado Jalifa, que figura en la *Historia de Jalifa y el jalifa* (Noches 894 a 910).

El pescador Jalifa, luego de echar infructuosamente diez veces al agua su red, saca a la undécima, en ella, un mono feísimo y, además, tuerto y cojo.

Despedido Jalifa ante aquella burla de la suerte, dispónese a matar al simio; pero entonces este le suplica le perdone la vida y le aconseja vuelva a echar la red y pruebe nuevamente fortuna; hácelo así Jalifa y saca del agua otro mono, pero muy distinto del primero, es decir, un mono monísimo y además vestido de azul y adornado de áureas joyas; tal, en fin, que Jalifa piensa si será el rey, el dios de los monos.

No es tanto el lindo simio; pero es la mascota, el fetiche, al que debe toda su fortuna el rico judío Abu-Sâda, que todos los días le dedica su primer mirada al levantarse y la última cuando se acuesta.

El mono guapo aconseja también a Jalifa que torne a echar las redes, y así lo hace el pescador, sacando aquella vez del agua un pez extraordinario, de ojo de oro y escamas de diamantes, que, por indicación del simio, va a ofrecer al judío Abu-Sâda, a cambio de su mono guapo, de su mascota.

Acepta el mercader el trato, cegado por la codicia, y desde entonces el mono guapo pasa a ser la mascota del pescador, al cual se le transfiere toda la buena suerte del judío.

También en la *Historia de Baibars y de los capitanes de Policía* (Noches 533 a 542), que Roso de Luna relaciona, sin base seria, con la legendaria novela japonesa de Tamenaga Schun-

suy—*Los cuarenta y siete capitanes*—en que figura un pobre pescador, Mohammed, hijo de Mohammed, que, al echar un día las redes al agua, saca no un feo simio, sino un lindo salmónete, que en lenguaje de persona lo interpela y le dice: «No me echas a la sartén; vuélveme al agua y yo haré que te cases con una princesa.»

Torna Mohammed al agua al parlar-chin salmónete y por su indicación lábrase una barca, métese en ella y, guiado por él, dirígese a la Tierra Verde, a la que tarda en llegar siete años.

Por bien empleados puede darlos el joven, pues, a vueltas de muchos incidentes, logra casarse con la hija del rey de la Tierra Verde, saliendo vencedor de tres rivales en las pruebas a que la princesa los somete y que consisten en restituirle su anillo que lanza al agua y atravesar incólume por entre un camino de fuego tendido desde el palacio al mar. En esta última prueba perecen los tres rivales y Mohammed se salva, con la ayuda del pez, que también le hizo triunfar en la primera.

Roso de Luna relaciona esta historia del pescador Mohammed, guiado por un pez hacia el mar y la ventura, con el paso bíblico de Tobías y el arcángel Rafael, que también ostenta un pez milagroso prendido de su báculo y que también encierra un misterio de amor y predestinación, y en ello damos la razón al teósofo, tanto más cuanto que en nuestro libro *Los valores eróticos en las religiones. De Eros a Cristo*, al que remitimos al lector, hemos tratado de desentrañar, aunque desde otro punto de vista, ese doble misterio.

Hay aún en *Las mil y una noches* otra historia de un pescador que, por indicación de Yasmina, la sabia y bellísima esposa de un sultán de Bagdad, que está asomada a la ventana del alcázar, echa sus redes al río y pesca un botecito de cobre rojo, rehúsa la moneda que la sultana le ofrece y pide

por él un solo beso que aquella se apresura a darle con sus rojos labios.

Caro paga ese sorbo de delicia el pescador, pues el sultán, que presencia la escena, manda a sus guardias que lo cojan y lo arrojen al río, donde perece ahora. Pero eso no quita para que el pobre pescador haya pescado un beso de sultana, que nunca pudo esperar.

A lo largo de todas estas historias de pescadores puede seguirse siempre el *leit-motiv* evangélico-talmúdico de exaltación del humilde y el pobre de espíritu, del ebiónico desprecio de las riquezas y bienes temporales y el típicamente coránico de la absoluta confianza en el Sino, y en todas ellas el pescador es un hombre de fe, que fía en la Providencia y vive resignado con sus harapos, esperando hallar un día un tesoro que resuelva de una vez el problema de su destino mundano, en tanto con su paciencia y su esperanza se está ganando diariamente el reino de los cielos.

## LOS CAZADORES

Es notable que el pescador no tenga en árabe un vocablo especial que lo designe; gramaticalmente es también un cazador, un *ziyad*, y, con efecto, un cazador es, en cierto modo, así como el cazador es un pescador; la técnica de uno y otro son semejantes, sobre todo cuando el cazador emplea la red y solo difiere cuando se sirve de la ballesta y adopta el gesto francamente agresivo que caracteriza propiamente al deporte cinegético.

El cazador de pájaros con red y liga que figura en múltiples anécdotas de *Las mil y una noches* es un verdadero pescador en tierra o, mejor dicho, en aire, y en todo procede como el pescador en agua; planta la red y espera a que la presa pique y caiga.

Los cazadores de pájaros son tam-

bién de fábula, parábola y leyenda en la literatura folklórica; en los *Avadaras* indostánicos hay más de un apólogo tomado de la vida de esos hombres, humildes como los pescadores, pero no tan sencillos y buenazos como ellos, de igual modo que el pájaro no tiene la roma estupidez del pez.

Hijo del aire, el pájaro tiene la volubilidad de su elemento; es desconfiado y astuto, y su cazador tiene que serlo también, y en grado superior.

El cazador de pájaros no tiene particular relieve en *Las mil y una noches*, donde solo hace incidentalmente acto de presencia, sin que llegue a adquirir categoría profesional; la caza del ave se intercala allí en el epígrafe general del deporte cinegético, que practican príncipes y magnates.

A estos sí es frecuente verlos entregados a ese deporte, persiguiendo gacelas y aves, con la ballesta y con la red; la caza es para reyes y próceres un derivativo, un medio de distraer la mente cansada y también de desfogar su enojo ante una contrariedad de amor o de otra índole, gastando en esa actividad una energía sin objeto inmediato.

Todo sacrificio de animal es simbólico y supone una permutación, como en el caso de Isaac, sustituido en el ara por un cordero.

Las cacerías de *Las mil y una noches*, descritas con un laconismo esquemático, no forman cuadros de carácter como los que nos brinda la antigua pintura persa o la tapicería bordada de los indios, y solo son interesantes por los incidentes inesperados, a veces ajenos a la caza, que en ellas se desarrollan.

Así, por ejemplo, ese paso en que el rey Anuschirván, aquejado de la sed en el curso de una cacería, va a llamar a una casa rústica, en demanda de agua, y es atendido por una joven que, de paso que le sirve el agua, le da una

lección de templanza y de sabia política.

También el jalifa umeyya Abdu-l-Mélek, que ha salido de cacería con intención de divertirse y entregarse de paso a todos los placeres, tiene ocasión de conversar con un varón justo y recto, el cual le dice tales cosas que lo mueven a llanto y le hacen desistir de su frívolo plan.

Hay en todo eso ecos y resonancias de la prevención bíblica contra el cazador, que sacrifica vidas para su placer y que delata una psicología de tirano, según se ve en el mito de Nemrod.

Quizá en la misma idea se inspiren esos cuentos en que el cazador se extravía, persiguiendo una airosa gacela que, coqueteando como una mujer, lo aleja de los suyos y luego desaparece, dejándolo perdido en un desierto. Tal le sucede al joven príncipe Chanischah en la historia que lleva su nombre.

Hay en esos cuentos, cuyo tema puede seguirse hasta nuestros días, pues en la época romántica aparece en la leyenda becqueriana de *La corza blanca*, una advertencia contra los peligros de la ilusión, engendrada de la concupiscencia, que hace que el hombre, por perseguir una quimera vana, se olvide de sus más entrañables afectos y, sobre todo, olvide a Dios.

Esas gacelas y esas aves maravillosas son a veces apariencias tentadoras de que se vale Iblis para extraviar y perder a los hombres.

A veces no es una gacela, sino una *algola* en forma de mujer la que se atraviesa en el camino del joven cazador, y con engaños lo lleva hasta su antro de vampira.

Esas apariciones peligrosas, que extravían al cazador y le hacen seguir falsas rutas, son simbólicas de las falsas tendencias inconscientes, de las vocaciones erradas, de lo que Goethe llamó falsas aptitudes.

Representan una admonición de la

sabiduría antigua contra el aturdimiento irreflexivo, que se abandona al primer impulso, a la corazonada, a la primera voz interior, sin aguardar a la segunda, que es la auténtica, la del *daimon* íntimo, que no en vano todos esos cazadores extraviados son jóvenes sin experiencia con la psicología pasional propia de su juventud y que, al salir de cacería, van en busca de aventuras y con el secreto anhelo de cazar un amor.

El amor está, efectivamente, al final de todos sus zigzagueos, y por lo general el ave o la gacela que, al parecer, los despistó, no hizo sino encaminarlos adonde ellos deseaban.

El pájaro azul, la imaginación, siempre nos induce a algún tesoro, aunque solo fuere al que supone el saber que no existe, lo que nos hace olímpica o büticamente impasibles para todas las tentaciones.

Esta es la enseñanza que puede deducirse de esas historias del cazador extraviado.

### LOS PASTORES

No figuran los pastores en *Las mil y una noches* con la misma importancia corporativa, por así decirlo, que las demás profesiones. Sus presencias en el libro son incidentales.

Pero hay una, la titulada *Historia del príncipe Yasmín y la princesa Allosa* (Noches 818 a 821), en que el pastor aparece nimbado de prestigio místico, surgiendo del fondo antiquísimo de mitos y leyendas, de carácter panteísta, que simbolizan en el Buen Pastor el alma amorosa de la Naturaleza, penetrando de eróticas ansias a todas las criaturas.

El Buen Pastor es una figura mística cuya creación no puede atribuirse a ningún pueblo determinado, pues en todos ellos aparece como idealización del estado pastoril de los primeros hom-

bres y símbolo de la soñada Edad de Oro, de la vida sencilla y feliz en las Arcadias, esas dichosas repúblicas de pastores regidas por el pacífico cetro del cayado y la pauta musical de la siringa; esa vida sin complicaciones ni necesidades que los poetas griegos y latinos pintan en sus églogas con tan seductores y atrayentes versos y que en los siglos todavía más civilizados que los suyos escribieron los creadores de la novela pastoril, con un encarecimiento de artificio y nostalgia.

El Buen Pastor, que cuida paternalmente a sus ovejas, las conduce a los mejores pastos y las guarda del lobo, es en la *Biblia* el propio Yahvé, que vela sobre David, su oveja, y lo defiende de sus enemigos—los humanos lobos—y David lo invoca en términos adecuados a su condición pastoril, que tiñen de égloga sus *Salmos* y truecan su arpa en caramillo.

David expresa en ellos esa misma nostalgia de la época patriarcal que los griegos plasmaron en diversos mitos, como los de Pan y Orfeo, en que nos muestran un mundo ideal de paz y de amor, regido por la música que templea los afectos.

Pan, en el mito griego, es el alma universal, el amor que todo lo anima, y su rústica zampoña expresa la divina armonía de la Naturaleza.

Todo el idilio griego en Teócrito versa sobre el amor de Pan, simbolizado en el sátiro, en las ninfas, y el amor de las ninfas, símbolo de la cambiante belleza universal, a Pan, que también es mudable y vario, como el universo sensible.

El sátiro y la ninfa juegan al escondite en la égloga helénica, coquetean, se acercan, se huyen y, en esos escarceos, gozan de momentos de feliz conjunción, de una intensidad que equivale a una vida.

Este juego simbólico lo vemos reflejado no solo en el idilio griego, sino

también en el hebraico *Cantar de los Cantares* y en el *Gita-Govinda* hindú, esa obra de la decadencia sánscrita que tanto influyó en el misticismo de los sufíes persas.

Quizá por este conducto llegase hasta los árabes esa idea mística del Bello o el Buen Pastor, del Krischna hindú, que encontramos corporeizada en el príncipe-pastor Yasmin, que da nombre a la historia miliunanochesca en que se describen sus amores con la princesa Allosa.

Significativo es el hecho de que sea un *dervisch* quien, con sus elogios de la bella princesa, despierta en Yasmin la pubertad dormida y fija en Allosa su pánico erotismo, desparramado en toda la Naturaleza.

El príncipe Yasmin había vivido hasta entonces feliz y tranquilo, pastoreando los rebaños de su padre y entreteniéndose sus ocios con los sonos de su albugo rústico.

Es el *dervisch* quien, en pago del cuenco de leche con que lo obsequia, le revela la existencia de Allosa—la ninfa-princesa—y lo saca de su inocente éxtasis musical, movilizándolo todos sus anhelos hacia esa forma concreta, humanizada, personal, de la Naturaleza multiforme.

El príncipe Yasmin deja en el acto su bosque nativo, su selva pánica, para ir en busca de su ninfa, la princesa Allosa, hija del rey Akbar, que, aun sin conocerlo, lo aguarda impaciente, por haberlo visto en un sueño de su virginal erotismo, y ha caído en un estado de tal languidez que, como la princesa rubeniana—está triste, está pálida...—, está, en una palabra, enferma de amor.

De esa psicosis pasional, de esa inquieta expectación sin objeto preciso, viene a sacarla una de sus doncellas, poniéndola en presencia del joven Yasmin, que ya se ha hecho notar en aquel reino por su belleza y su don

musical. Pues nuestro príncipe lleva a todas partes su rústico albugo, sin el cual no sería un perfecto pastor.

La princesa logra que su padre tome a su servicio al príncipe en calidad de rabadán de sus muchos rebaños de vacas y ovejas. Y el príncipe-pastor llevaba desde entonces sus rebaños a pastar a los campos, donde los dejaba desparramarse a su capricho, y, al oscurecer, los reunía al reclamo de su caramillo y los encerraba en los regios establos. Y él se pasaba las noches en los jardines del rey, en coloquios y caricias con su amada Allosa, no menos apasionada que los de Salomón con la Sulamita, y los de Radha con Krischna, y los de Orfeo con Euridice.

Pero como es de rigor que algo venga a separar a esos amantes para simbolizar los afelios y los otoños, esos alejamientos y desvíos que la Naturaleza impone al amor de sus elementos, para que no lleguen a fundirse y disolverse otra vez en el caos, sucede que el padre de Allosa se entera de las relaciones de su hija con el lindo pastor y, para cortarlos de una vez, encierrala a ella en un gineceo y envía a Yasmin con sus rebaños a una selva peligrosa, refugio de fieras terribles, en la que nadie se atrevía a penetrar, ni siquiera a acercarse.

Penetra en ella el inocente Yasmin con sus rebaños a la hora del amanecer y se sienta en una piedra blanca, y dejando en libertad a su grey, se dispone a tañer su zampona, para endulzar su amargura con aquella miel de armonía.

Y hete aquí que dos cerdos-gamos, rugiendo amenazantes, se dirigen al príncipe con intención de devorarlo, pero al oír los primeros sonos de la flauta rústica del pastor ambas fieras se detienen como hipnotizadas.

Y Yasmin se levanta y, sin dejar de tañer su caramillo, echa a andar rumbo a la corte y los dos monstruos lo

siguen, con la misma mansedumbre y docilidad que las ovejas y las vacas de sus rebaños.

Y Yasmin coge a las dos fieras y las encierra en sendas jaulas de hierro y se las ofrece al rey Akbar, en señal de homenaje.

Quédase el rey perplejo, sin saber qué determinación tomar; pero los hermanos de Allosa intervienen entonces y obligan al viejo monarca a ordenar la boda de la princesa con su primo—el hijo de su tío—, lo que marca una inferencia de la época: los matrimonios endogámicos.

Y el viejo rey ordena la boda, cuyos ritos se organizan en el acto. Asiste a ellos Yasmin con los demás servidores de la casa y cualquiera diría que ya no restan esperanzas para los dos exquisitos amantes.

Pero no hay tal, pues basta que Yasmin cruce una sola mirada con la princesa para que ambos queden de acuerdo y el Amor triunfe del Sino, que grande es el poder de dos miradas encendidas en el fuego interior, capaz de abrasar los mundos.

Para terminar: que, llegada la noche, la princesa se escapa de la alcoba nupcial y va a unirse con su amado Yasmin y ambos desaparecen de allí sin dejar rastro. «Se volatilizaron—dice el libro—como el alcanfor.»

Fácil es ver en esta tierna y lindísima historia, de indudable origen sufi, un trasunto, apenas islamizado, de los mitos de Pan y Krischna, con una inferencia del de Orfeo, al compás de cuya música echaban a andar detrás de él animales, árboles y piedras, la Naturaleza toda, seducida e hipnotizada.

El príncipe Yasmin es una personificación del erotismo panteísta de los pueblos antiguos, de esa religión de la Naturaleza, de ese paganismo que la represión monoteísta no pudo nunca sofocar del todo, y, al menos como

Poesía, siguió inspirando la mística de las severas religiones unificadas.

El Buen Pastor atrae siempre las almas con el reclamo de su mágica música pánica y hace entrar aires de selva primitiva en los templos de piedra, en que los árboles se han vuelto columnas y la enramada bóveda; pero que no por ello dejan de ser selvas capaces de estremecerse y vibrar de amor cuando la música—órgano o caramillo—revive el alma dormida de sus piedras y leños.

Toda música es pánica por naturaleza. Y la música, sin la cual no puede pasarse ningún rito, introduce en él una bocanada emocional que remueve lo inconsciente del hombre y lo pone en estado de naturaleza, en estado de universal amor.

La mística sufi, como la linda del mito de Krischna y como toda mística en general, tiende a despertar en las almas ese sentimiento de amor difuso y efusivo que fue primario en el hombre y que las religiones y la ley tratan de encauzar en el marco de instituciones sociales. Porque el amor que crea las sociedades resulta luego peligroso y subversivo para su existencia, y así hasta el amor a Dios queda condicionado, limitado, en las religiones de base positiva, organizadas. Los sacerdotes tienen miedo a ese amor desordenado a Dios que lleva al panteísmo y también al amor exaltado a la criatura, que puede destruir en un momento toda la labor represiva de los instintos, que ha costado siglos de doma. Pero los instintos represados no están muertos, sino latentes, y basta que la flauta de Pan se deje oír para que las criaturas lo abandonen todo y sigan, como las ovejas, al bello dios pastor. Yasmin es la personificación de los virginales sueños eróticos de la princesa Allosa, y en cuanto esta lo ve se siente dominada por su hechizo y le sigue igual que sus rebaños y que las dos simbólicas fieras. súbitamente amansadas. Por



Yasmin abandona su casa, a su padre y a sus hermanos, igual que hacen los místicos de todas las religiones, seducidos por la palabra o la música del dios del amor. La siringa de Yasmin relaciona este idilio sufi con todas las tradiciones pánicas del helenismo y es la misma flauta de que los *dervishes* se valen para provocar sus crisis de exaltación orgiástica, seguidos de esos estados de catalepsia mística en que gozan de sus inefables uniones con la divina esencia, y también ese tam-tam, insistente y monótono, que en la selva africana anuncia el tiempo de las danzas pandémicas en que corre la sangre de las desfloraciones.

La sangre es otro nexo que relaciona estos ritos de idéntico carácter. Los *dervishes*, en su fervor místico, aúllan como licántropos y se infieren heridas como los antiguos sacerdotes de Cibeles, que traían su origen de Atys, el bello pastor frigio.

Coribantes, bacantes, curetes, son reviviscencias periódicas de esa erótica mística que despierta en el hombre impulsos regresivos de vuelta a la selva madre.

El Bello o Buen Pastor es unas veces Pan, otras Baco, otras Krischna; los nombres cambian, pero el dios es el mismo. Un dios anárquico, disolvente, que, con su canto irresistible, remueve lo subconsciente del hombre y anula en él toda labor controladora y refranadora de las civilizaciones. Y los hombres, al sentir su reclamo, dejan las ciudades y se lanzan a los campos, al bosque, a la selva, cantando, gritando, aullando, danzando y gesticulando, en un remedo instintivo de la antigua pantomima zoológica.

Es el mismo misterio que en el folklore húngaro se simboliza en el violín del gitano, que turba los sueños de las jóvenes y acaba por atraerlas al bosque y hacerlas caer en sus brazos, como hipnotizadas.

Nada se nos dice del ulterior desarrollo de la vida de ambos enamorados; desaparecen y se pierden, sin dejar rastro; se volatilizaron como el alcanfor. ¿Para qué decir más?... Amores así sería vulgar que terminasen en boda.

Es lo más probable que ninguno de esos dos fugitivos volviese ya jamás al reino de sus padres... Huyeron de la civilización, volvieron a la selva, a la Naturaleza, se perdieron en el mito... ¡Felices ellos!

### LOS SUFIES.—EL «DERVISCH»

Los sufíes, cuyo nombre se interpreta diversamente—según unos se deriva del *sophos* griego, según otros del vocablo árabe *sof* o *suf*-lana—por alusión al sayal de lana que vestían esos ascetas, por lo que el movimiento místico promovido por ellos en el Islam se denomina *Tassuf* o *Sufismo*: los sufíes, cuya filosofía mística viene a ser un neoplatonismo, con aportes de toda clase y origen, aparecen en Persia en el siglo I, aproximadamente, de la *hechra*, e introducen en el Islam, de suyo práctico y combativo, el espíritu de renuncia y contemplación.

Los sufíes son los místicos del Islam. Los anacoretas y monjes que se inhiben de toda función civil o militar y solo aspiran a vivir entregados a la contemplación, merced a la cual llegan a absorberse en Dios, ese Sol que continuamente irradia sus rayos de luz, que atraen a las almas de los elegidos, como la luz de la lámpara atrae a la mariposa, que va, feliz, a abrasarse en las llamas, según el simul del poeta Sâdi.

Todo lo que hay de corriente mística en *Las mil y una noches* es aportación de los sufíes, estos quietistas, estos místicos razonadores como los sofistas griegos, y que, como ellos, eran mal

mirados por los hombres activos y laboriosos y, sobre todo, por las autoridades islámicas, que veían en ellos un peligro para el Estado, tanto más cuanto que pertenecían a la raza sojuzgada y bajo sus no muy claras teorías religiosas podía encubrirse un nacionalismo político.

De igual modo que los sofistas griegos habían minado en su época la solidez de las instituciones helénicas, con el disolvente del análisis, podían también los sufíes, en plan de nacionalistas, tender a relajar con su misticismo inhibitorio los fuertes ligamentos políticos, el «fascio» con que Mahoma había atado a su pueblo.

Los sufíes, al poner todos sus esfuerzos en lograr la reabsorción en Dios —esa especie de nirvana—, se desentendían de todo deber religioso o político y, además, infundían en las almas simples emanaciones del alma divina, un ansia morbosa de anulación de la conciencia y de la propia personalidad, para volver al foco primordial de irradiación y disolverse en él.

Para los sufíes no había distinción esencial entre el propio yo y los de los demás, ya que todos eran emanación de una misma esencia divina, en la cual aspiraban a fundirse; profesaban, pues, un comunismo de las almas que podía tener trascendencia social y alarmaba a los burgueses de entonces.

Difícil es puntualizar las verdaderas doctrinas de los sufíes, desnaturalizados por sus detractores, así como también fijar fecha y lugar precisos a su aparición, ya que se encuentran irradiaciones de la mística sufi en obras tan distantes temporal y especialmente como *El cantar de los cantares* y el *Gita-Govinda* sánscrito. Y la radiactividad sufi sigue manifestándose todavía en la India, en muchedumbre de sectas o hermandades, como la de los *bsuls*, de que Rabindranath Tagore habla en interesante libro.

Los que todo lo derivan de la India consideran al sufismo como oriundo de ese país y consecuencia de la revolución religiosa operada por el Evangelio de Krischna o el Buen Pastor, que inspiró el famoso poema místico de *Gita-Govinda* del bengalés Jayadeva, en el siglo XII, o sea VI, aproximadamente, de la *hechra*.

Pero ya antes de eso existía el misticismo ascético de los brahmanes, que también renunciaban al mundo y se hacían *bhikschus* o monjes troteros y mendicantes, como los *dervishes* del sufismo.

Lo que caracteriza sobre todo la doctrina sufi es el matiz erótico y la forma conyugal en que conciben las relaciones del alma con Dios, de la misma manera a como se describen en el poema citado los amores que tienen lugar entre Radha y Krischna, la oveja y el pastor.

Los sufíes han debido pulular anónimamente por la Persia islamizada antes de marcar en ella una época en su historia y en su literatura. Lo cual ocurre por cierto entre los siglos XIII y XIV, cuando los persas, que ya se habían semiemancipado de los jalifas de Bagdad y conocido esa embriaguez de exaltación nacionalista que se refleja en el *Schah-Nmeh*, de Firdusi, vuelven a caer bajo otra tiranía más bárbara y cruel: la de los mogoles del feroz Tamerlán.

El sufismo representa esa psicosis mística que surge en todos los pueblos en las épocas de crisis nacionales en que las almas, desencantadas de la vida, cierran los ojos, se encierran en sí mismas y buscan un anestésico espiritual a sus dolores.

El sufi quiere evadirse del mundo y se refugia en la torre de marfil del ensueño y la poesía. Poético fue, sobre todo, el influjo del sufismo en Persia, y todos sus grandes poetas, a partir de Firdusi, están impregnados de su misti-

cismo sutil, exquisito, como un sueño de opio.

Sufies fueron Sâdi, que en su *Gulistan* (*Rosalar*) y su *Bostân* (*Jardín*) expone con bellas y delicadas imágenes la doctrina del sufismo; y Cheladu-d-Din Rumi, que en su *Menesvi* hace lo mismo, con mayor espiritualidad, pero con menos genio poético; y Feridu-d-Din Attar, que, con menos estro que Cheladu-d-Din, subraya sobre todo el aspecto moral de la doctrina en su *Pend-Nâmeh* o *Libro de los consejos* y en su *Mantiku-t-Tazir* o *Lenguaje de los pájaros*.

Y sufies son también Hafiz, el gran poeta de Schirá, al que sus contemporáneos llamaron Rey de los poetas, y cuyas obras, populares en toda Persia, eran veneradas hasta el punto de consultárselas como oráculos. Y Chami, el autor del *Nefahatu-l-Uhs* o *Efluvios de la intimidad con Dios*, y Mohammed Schebisteri, el del *Guslachen-i-Ras* o *Jardín de los secretos*, que cierra dignamente la serie.

Todos estos poetas expresan, en versos de un preciosismo refinado, ideas «derrotistas»—que diríamos hoy—, ideas de renuncia y fuga espiritual, en unos términos que rayan en la disolución psicopática, en el aniquilamiento del yo.

El único que da una nota de rebeldía, byronniana, escéptica y viril en ese coro de poetas sometidos y espiritados, de una blandura femenina, es Omar Jayyan, el de las *Rubayat*, en sus estrofas sarcásticas, desesperadas; pero él también está picado del mal endémico y, después de revolverse contra el Destino y contra la vida y la muerte, cae en la apatía de los sufies y trata de aniquilarse y diluirse, no en la divina esencia, sino en vino, en el vino famoso con sabor a rosas de las vides de Schirás.

El sufismo, en su última expresión, es una erótica, una exaltación del amor

a Dios y, por reflejo, a las criaturas en que se manifiesta; en los poemas de Hafiz el amante se postra en el polvo ante su amada, aspira a ser pisado por sus lindos piecitos como polvo, se absorbe de tal modo en su amor, que llega a confundirse con ella. El exaltado erotismo de los sufies engendra de un lado los muertos de amor por Dios, que «mueren porque no mueren», y los locos de amor por su dama, que también viven muriendo.

Del sufismo persa irradia esa corriente de misticismo quietista y erótico que se corre por todo el Islam y prende en Europa en los siglos XV y XVI: en España, con Teresa de Jesús; en Francia, con madame Guyot. Pero toda la literatura caballeresca está impregnada de ese espíritu.

Los sufies introdujeron en el Islam el monaquismo a que tan opuesto fue Mahoma, hombre de temple superviril, organizador político y caudillo militar, enemigo de esos espiritualismos enervantes.

De ahí que los buenos creyentes mirasen con desconfianza a esos sufies que prescindían del nexo religioso para elevarse hasta Alá, aunque, por otra parte, sintiesen hacia ellos respeto y hasta temor y recitasen fórmulas de exorcismos cuando se encontraban al paso de un *dervisch*.

El *dervisch* (pobre por amor a Dios) era la estampa popular del sufi; el monje trotero de esa orden mística, el fraile mendicante y que iba y venía y visitaba las casas de los ricos y se mezclaba con las masas, siempre con sayal de burda lana, su báculo y sus alforjas para recoger las limosnas.

El *dervisch* exteriorizaba todas las extravagancias de la psicosis mística; practicaba danzas circulares, girando sobre sí mismo y aullando y gesticulando sin cesar, hasta caer rendido, tomado de una especie de catalepsia, en que perdía la conciencia y percibía

la presencia de Dios y se fundía por un momento en su esencia.

El *dervisch* era supuesto de charlatanismo y magia, y aun de sodomía, por su aparente profesión de castidad; bajo su sayal de estameña el buen musulmán presentía un pícaro, un libertino hipócrita, un agitador de masas, un Rasputín posible.

El *dervisch* llevaba a todas partes la duda, la confusión, el desaliento, el pesimismo del mundo y el ansia de sensaciones nuevas e indefinidas; el encuentro con él podía cambiar el rumbo de una vida o imprimir una dirección peligrosa a la vida de un joven.

Los *dervishes* eran profesores en comunidades religiosas en las que el novicio pasaba por pruebas semejantes a las que se imponen a todos los neófitos en todos esos centros de perfección espiritual, y la primera de las cuales era el silencio; basta sellarse los labios—decían los sufíes, parafraseando a Pitágoras—y cerrar los oídos a los ruidos del mundo para entender el lenguaje de los seres y de las cosas y percibir la música del Universo.

Venían luego las siete etapas sucesivas del itinerario místico que se exponen en el *Dabistán*, a saber: Ley externa *Shariat*—semejante a la noche—; *Tarikat*—regla religiosa que es como las estrellas—; *Hakikat*—realidad, comparable a la luna—; *Marifat*—conocimiento, como el sol—; *Kurbat*—o proximidad de Alá—; *Ugsilat*—unión con Alá—, y *Suknat*—residencia o morada de Alá—. Llegado ya a ese grado de perfección, el neófito era ya maestro y alcanzaba poderes sobrenaturales para hacer milagros, sanar enfermos y realizar prodigios de televisión, telepatía, bilocación y levitación, como los atribuidos a Jámblico y Apolonio de Tyana, y que son los mismos que los teósofos de hoy atribuyen a los faquires hindúes.

Por las páginas de *Las mil y una noches* desfilan múltiples *dervishes*,

pues el *dervisch* ha llegado a ser un personaje indispensable en toda la literatura narrativa de persas y árabes, sin contar con que ellos mismos escriben historia, como las que componen el libro los *Mil y un días*, de Mujlis, el superior de los sufíes de Ispahan.

Los *dervishes* miliunanochescos son de la condición más diversa; actúan unas veces de psiquiatras irreprochables, como el que devuelve la euforia vital al sultán Mahmud de Egipto; otras como despertadores sexuales, cual el de la historia de Kamaru y Halima; los hay también que ejercen el don de la doble vista, merced al cual descubren tesoros, como el de la historia del mendigo que se hacía abofetear, y los hay, finalmente, que viven retirados en los yermos, consagrados a la contemplación, alimentándose de raíces y, a veces, ni aun eso, sino simplemente de la gracia.

Las vidas de estos últimos, llenas de visiones y extremos de ascetismos, forman una suerte de hagiografía comparable a la que los talmudistas tejieron en torno a las figuras de algunos de sus rabíes. Son los santos del Islam.

Resisten a las tentaciones de Iblis, que a veces toman forma de mujer bellísima y otras de endriagos teratológicos, con la entereza imperturbable de San Antonio en la leyenda de Flaubert, y obran milagros como el de amansar a las fieras y hacer brotar agua de las rocas y enviar sueños admonitorios a los libertinos para que se enmienden. (Véase la historia del barquero del Nilo.)

Toda la taumaturgia de *Las mil y una noches* corre a cargo de los *dervishes*.

Los del tipo ascético troglodita, que viven en cavernas, no salen nunca de su estrecho antro como no sea para buscar su indispensable sustento, llenar su cantarillo en la fuente o prestar ayuda a algún caminante extraviado,

cuyo apuro adivinaron merced a sus poderes de videncia.

Por lo general viven solos, sin comunicarse con sus vecinos del yermo, salvo para enfervorizarse mutuamente y unir sus lágrimas de contrición y de amor a Alá.

Pero también nos muestran *Las mil y una noches* a los *dervishes* sociales, que viven en comunidad, regidos por un maestro o superior, al que todos acatan, y por una constitución o estatuto cuyas bases son la pobreza, la obediencia y la castidad, pues en esas comunidades no hay mujeres. Así puede verse en la *Historia de Hasán, el joyero de Bazra* (Noches 437 a 465) y en otras más.

Esos anacoretas sociables, hospitalarios y filantrópicos formaban una red de comunicación a lo largo de todo el Islam y son los mismos que el célebre viajero Ibn Batutah halló para dicha a su paso por los lugares desolados y semisalvajes de la Persia superior y el Turquestán; poseían poderes de faquires, obraban prodigios, que habrían hecho su fortuna en un circo europeo, y eran, además, insignes bailarines, como los ermitaños del Tibet; Ibn Batutah nos habla con admiración de sus danzas y alardes teúrgicos y nos cuenta el caso de uno de esos monjes que le pidió prestada su magnífica túnica de costosas pieles, se revoleó con ella en el fuego con que templaban el rigor de la fría noche y se la devolvió sin siquiera una chamuscadura.

En la referida *Historia de Hasán, el joyero de Bazra*, esos verdaderos gurus teosóficos se van enviando uno a otro al desorientado peregrino de amor, hasta llegar este al más poderoso de todos, al único que puede indicarle la ruta que conduce a la fabulosa isla de Al-Uaku-l-Uak, donde se encuentra su adorada.

Esos monjes son más bien de tipo hindú, brahmánico o búdico, aunque la

práctica de las danzas orgiásticas los relaciona con los *dervishes* vagabundos y enredadores.

Hay, finalmente, en *Las mil y una noches* otra clase de *dervishes* que se salen del tipo genérico, pues viven en el mundo como seglares y se ganan la vida con un trabajo honrado, como el maestro herrero de la *Historia del joven que deseaba aprender la verdadera ciencia de la vida* (Noches 651 y 652), cuya fragua es, al mismo tiempo, una escuela pitagórica en que los aprendices son discípulos.

Esos *dervishes* se apartan del modelo búdico y sufi puro, ya que no practican exclusivamente la contemplación; son activos—productores, como hoy diríamos—y hacen vida errabunda y mendicante. Se acercan más al tipo de los rabíes talmúdicos, que eran doctores de la ley por la noche y artesanos durante el día, como el famoso rabí Joshua, que trabajaba de carbonero para sostener su familia y comprarse el derecho a sus veladas académicas y edificantes en la Yeshiba.

De este tipo de asceta es ese hijo anónimo de Harunu-r-Raschid que deja el palacio de su padre—en lo que recuerda el Sakya Muni—y se va a una ciudad extraña a ganarse la vida como peón de albañil, para no ser gravoso a nadie y poderse entregar en las horas libres a la meditación. Ese detalle es puramente talmúdico, pues el *dervish* vive únicamente de la limosna.

## LOS MERCADERES DE ESCLAVAS Y LOS PROXENETAS

En esta revista que estamos pasando a las profesiones en *Las mil y una noches* no hay más remedio que incluir a esos antipáticos personajes—los mercaderes de esclavas y los proxenetas—, puesto que forman parte de ese cuadro social del Oriente islámico que, des-

pués de todo, es el mismo de la Grecia y la Roma clásica y de todos los pueblos de la antigüedad

Esos son los verdaderos agentes de la trata de blancas, que no solo emplean en su oficio la violencia, sino también el dolo y la astucia, y se valen al principio del halago, como puede verse en aquel paso de la historia del rey Amaru-n-Nómán, en que un beduino secuestra con engaños a la princesa Noshetu-s-Semán.

También en ese paso puede verse la diferencia de psicología y técnica profesional entre el raptor y el mercader de esclavas; este último, que provee los harenes, así como el otro lo provee a él, es un hombre fino, acostumbrado a tratar con grandes señores y, además, un entendido en materia de estética humana y que sabe apreciar el valor de su humana mercancía; tanto que, a veces, se enamora de ella y renuncia al lucro por el gusto, faltando a la ley fundamental del comerciante, que sabe ser austero y sonreír impasiblemente como un Buda, sentado en medio de sus tesoros, que tientan a los demás y a él no le seducen, pues ha visto tantos que ya no le sorprenden.

También el mercader de esclavas ha visto y tenido en sus manos tantas bellezas femeninas que acabó por curarse de todo deseo y considerarlas cual simples mercancías; solo que, por su interés propio, ha de rendir tributo a su valor humano y tratar de realzarlo por todos los medios; el mercader de esclavas tiene en su psicología rasgos de proxeneta, y lo primero que hace es mandar a la esclava al *harem* y encomendarla allí a los cuidados de una legión de hábiles artistas del embellecimiento femenino, que cuiden sus manos y sus pies, que en Oriente tienen tanta importancia como las manos, puesto que van desnudos, y lavan, unjan y peinen sus cabellos y animen sus ojos con alheña y sus mejil-

las con carmín, y le pinten, acaso, un lunar, semejante a un lucero, en mitad de la frente, y luego le vistan un traje suntuoso y le prendan al rostro un velillo del más fino tul y valiosos zarcillos en las menudas orejas y pulseras en las muñecas y ajorcas en los tobillos, para que al andar vibre y tintinee todo su cuerpo como un pandero musical.

A veces el mercader proxeneta invierte tantos años en educar a su esclava como un maestro de canto en educarle la voz a una futura diva y la rodea de maestros especializados en las diversas ramas del saber y de las artes, pues para ser completa una esclava y poder su dueño pedir por ella el precio máximo de diez mil dinares ha de ser maestra en toda disciplina, ser una sabia o, por lo menos, una sabihonda, capaz de salir airosa de un examen de gramática, retórica, medicina, teología, astronomía, geografía, matemáticas, etcétera, etcétera, y, además, una gran bailarina y una gran cantora y campeona de ajedrez como esa esclava ejemplar Tauaddud, que por todo eso era juzgada digna de entrar a formar parte del harén del propio emir de los creyentes.

Todo esto sirveles en cierto modo de descargo a esos tratantes en esclavas, que, aunque sea por su propio interés, se esfuerzan por formar ejemplares descollantes del sexo, dotados de todos los refinamientos físicos e intelectuales de las heteras griegas que dialogaban con Sócrates y de las *geishas* japonesas idealizadas por Loti.

Pero hay otros individuos del mismo tipo que no se elevan hasta ese grado de dignidad relativa, y son los que realizan esa trata de blancas en su forma más cruda y sublevante; los dueños de prostíbulos o meretricios disfrazados de cafés o *cabarets*, en que, a la sombra de un espectáculo de salón concierto, funcionan timbas y las artis-

tas se prostituyen como en sus similares de Europa y América.

Pese a la poligamia, en cuya defensa suelen alegar los orientales que evita la prostitución de la mujer, siempre esa mancha social ha existido también entre los musulmanes, y siempre ha habido en sus grandes ciudades barrios como el famoso Yoschivara, de Tokio, destinado a albergar no solo la prostitución femenina, sino también la masculina, y por si pensara alguien que eso era un defecto de la cacareada corrupción de las grandes ciudades, las propias *Mil y una noches* nos informan de que también existe la prostitución entre las tribus del desierto, según puede verse en la *Historia del hijo adúltero* (Noches 951 a 956), donde se menciona a la tribu de los Beni-Gasi como especializada en ese innoble comercio.

Por lo demás, famosa es aún en nuestros días la tribu de los Uled-Nail, cuyas mujeres se trasladan tradicionalmente a Argel para ejercer allí unos años la prostitución y luego regresan a su tribu con sus ganancias y allí se casan como manda Alá. Lo cual indica que la prostitución no está enteramente mal mirada entre los árabes.

En la historia del joven *omani* podemos ver uno de esos meretrícios funcionando en pleno Bagdad, a orillas del Dichle, al extremo de ese paseo que llaman Kornu-z-Zirat (*Cuernio del camino*), donde se alza sobre un repecho un palacio de noble traza, con los muros calados de cerradas celosías y cuyo verdadero carácter no sospecharía el transeúnte forastero.

Pero para que no pase de largo, si viste bien y sugiere la idea de hombre adinerado, de un gran señor o un mercader rico, de llamarle la atención se encarga el propio dueño del burdel, con su profesional zalamería.

El *scheij* Tahir-benu-l-Alá es, en su exterior, un viejo de largas barbas res-

petable y viste con una pulcritud exagerada; bajo su gran turbante, sentado a la puerta de su casa, cualquiera le tomaría por un caballero. Le delata, sin embargo, su aire profesional, su mirada insinuante, su sonrisa zalamera y esa atención con que sigue a los transeúntes y que indica que está allí al acecho.

El *scheij* Tahir es, desde luego, un viejo innoble, como que comercia con su propia hija, un hombre rapaz y rastroso; pero lo encubre bajo esas apariencias orientales que revisten de engañosa dignidad hasta lo más ruin y hace que un proxeneta, al invitarlo a entrar en su establecimiento, parezca un generoso hidalgo que quiere practicar con un peregrino los deberes de la hospitalidad.

El *scheij* Tahir es, por descontado, un hombre docto, que sabe su *Corán* y es capaz de recitar de memoria más de un poema.

Desde luego que, antes de presentarnos a sus pupilas, os informa de la tarifa y os hace pagar un mes por anticipado; pero si olvidáis ese pequeño detalle podréis creerlos en su casa como si estuvierais en el propio Paraíso de las huries.

El *scheij* Tahir es, sin duda, rapaz, pero tiene rasgos de gran estilo, como los tahures de la alta timba, y cuando el cliente se ha dejado en su casa todo el dinero, lo despide, dándole una cantidad para que pueda regresar a su país y no se quede en Bagdad hecho un mendigo.

Así procede con el joven *omani* Abu-l-Hasán de la historia, que entra en su *cabaret* con intención de pasar una noche y luego se está varios meses y, para que se vaya, es preciso que lo echen a puntapiés.

Esta historia es típica de su género en todos sus detalles y podría radicarse en la biografía juvenil de cualquier individuo. El joven *omani* que empieza

gastándose el dinero con las pupilas de la casa, a todas las cuales posee, desde la que vale diez dinares por noche hasta la que es cotizada en quinientos dinares, como la hija del lenón, acaba por ser su *amant de coeur* y vive a expensas de ella hasta que se entera su padre y pone fin, con la expulsión del joven, a aquellos amores antirreglamentarios.

Sucede luego, como recordará el lector, que la muchacha está tan enamorada del *omani* que no puede vivir sin él y adolece en términos tan graves que su viejo padre se enternece y desespera, arrepentido de su avaricia, y cuando luego vuelve el joven ya con nuevos dineros, en busca de su amada, no pone obstáculo a que ambos se unan en matrimonio y se vayan a Bazra, donde nadie conoce el pasado de la novia, que en adelante será exclusivamente de su Abu-l-Hasán.

Ese rasgo de eternecimiento y contrición de Tahir lo rehabilita en cierto grado, demostrando que, a pesar de todo, no deja de ser, por lo menos, un buen padre.

Cuanto a la hija, también es buena en el fondo, ya que es capaz de enamorarse románticamente de Abu-l-Hasán, como Margarita Gautier de Armando, y de sacrificarse y aun de morir por él.

El amor ennoblece este episodio de la mala vida bagdadí, que no es peor que la descrita en el *Satiricón*, de Petronio, y, además, se desarrolla en un ambiente de lujo y refinamiento orientales, entre músicas, perfumes y versos que encubren su fondo canalla.

Todo en Oriente se nimba de poesía y hasta un proxeneta puede parecer un gran señor que ejerce su oficio con toda dignidad.

Siempre hay tapices en Oriente para ocultar ese muro desnudo sobre el que el vicio europeo proyecta su fea y pobre sombra.

## LOS MEDICOS

En ese período del siglo X al XVI en que se suponen escritas *Las mil y una noches* la Medicina no había alcanzado, ni en Oriente ni en Occidente, esa categoría de ciencia relativa que hoy tiene entre nosotros, y su teoría del enfermo y de la enfermedad era tan fantástica como su farmacopea en la que figuraban toda clase de recetas absurdas, que nos harían sonreír si no pensásemos con piedad en los pacientes que las ingerían y en nosotros mismos, que ingerimos hoy otras drogas no menos absurdas.

La Medicina moderna ha progresado en cuanto a los medios de exploración clínica, que le confieren cierta apariencia de precisión científica; pero el diagnóstico, que es lo esencial, sigue dependiendo de la apreciación subjetiva y sigue siendo, por tanto, un arte.

No hay que reírse con aires de superioridad de esos médicos miliunanos que, cual sus colegas de Occidente en la misma época, recetaban cosas como carne de serpiente o leche de osa virgen, pues el recetario del doctor Cuervo en pleno siglo XVIII contiene récipes no menos extravagantes, entre ellos unas píldoras antifebriles, compuestas de coral blanco, ojos de cangrejo crudo y cuernos triturados de ciervo. Y si ellos creían en los demonios como agentes patógenos, los de hoy creen en los microorganismos, entidades muy parecidas y no menos misteriosas, y, en suma, la gente se sigue muriendo como entonces.

Más bien hay que admirar el conocimiento que tenían en materias que hoy ignora el médico, como la Astrología y todo lo referente a la indudable influencia sideral en las crisis patológicas, asignatura que hoy algunos médicos eminentes quisieran ver incluida en los programas de la Facultad.



Desde luego que ignoran cosas tan elementales y necesarias como la Anatomía, pues no practican la disección del cadáver, que se habría considerado como una profanación, y que solo los médicos judíos saben algo de ella por aproximación, debido a la inspección escrupulosa que la ley mosaica imponía en el sacrificio de animales y que movió a los rabíes a componer su tratado talmúdico de la *Schehitah*, que es un compendio de Anatomía zoológica.

Por la misma razón tampoco practicaban los médicos árabes la cirugía, a la que no se hubieran avenido sus pacientes.

Por el examen a que el doctor sometía a Tauaddud en la historia que lleva su nombre podemos ver los conocimientos que se exigían al aspirante a título de médico en la Facultad de Bagdad, fundada por los abbasies; reduciéndose a un poco de Anatomía superficial, otro poco de Patología empírica y de Botánica y algunas nociones sobre lo que hoy llamamos bromatología; todo ello tomado de los escritos de Hipócrates, Galeno, Dioscórides y el médico persa Ibn-Siná, famoso en Occidente bajo el nombre de Avicena. El programa estaba a la altura de cualquier estudiante.

Pero por ese mismo examen puede verse que los árabes de esos tiempos tenían nociones generales de todo lo relacionado con el arte de curar; conocían la importancia de la dieta, de los «regímenes», que decimos hoy; de los influjos siderales en las crisis y de la sangría como medio de rebajar la presión arterial; practicaban la inspección de la orina, aunque no llegasen a su análisis químico, deteniéndose en el examen de sus accidentes físicos—color, olor y sabor—que, según parece, les permitía no solo diagnosticar la dolencia, sino también adivinar el sexo del paciente.

Estaban en eso y en todo lo demás

tan adelantados como podían estarlo, atendiendo el grado de progreso que en aquel tiempo habían alcanzado las ciencias, y que era casi el mismo en que las habían dejado sus creadores, los griegos. La Geometría no había pasado de Euclides; la Mecánica, de Arquímedes; la Geografía, de Ptolomeo, y la Medicina experimental, de Hipócrates; los griegos, esos hombres maravillosos, esos cerebros bañados en luz apolínea, hicieron la luz y el orden en el caos místico imaginativo de sus antecesores y sentaron las bases de todas las ciencias; en Arquitectura, inventaron el módulo; en Filosofía, el criterio, y en Medicina, el diagnóstico y la dosis. Los griegos dotaron a todas las ciencias nacientes de las dos condiciones esenciales para su desarrollo: el método y el instrumento. Aristóteles, ese tasador y clasificador universal, hizo su inventario y les dio a cada una su nombre y su nomenclatura, de suerte que las ciencias en su origen son griegas y hablan griego.

Contrayéndonos a la Medicina, esta no tuvo, entre los árabes, caracteres de ciencia relativa ni sustantividad hasta el siglo IX y no en Oriente, sino en España, donde florecen esas escuelas o facultades de Córdoba, Sevilla y Málaga, de las que salen esos célebres médicos Aben-Zoar, Averroes y, sobre todo, Ibn-Bitar, que, a más de médico, fue un botánico y naturalista eminente.

En la época de los abbasies la Medicina árabe se nutre de los griegos, y así los médicos de más prestigio en el califato son los griegos y los persas y los judíos, que han tenido la ventaja de poder conocer, antes que ellos, los monumentos de la cultura helénica.

Los médicos de cámara de los jefes suelen pertenecer a esas razas más adelantadas, sin que para ello sea óbice la diferencia de credo religioso, pues ya es sabido que, en tratándose de la salud, los hombres lo sacrifican todas.

El vicario de Alá en la tierra, Haru-nu-r-Raschid, se acompaña habitualmente del doctor persa Bajtiaschu, probablemente un guebro, y otro persa, Mesués, es el médico sílico de su hijo Al-Mamún.

Por las historias de *Las mil y una noches* vemos desfilar médicos griegos, persas y judíos; los persas, sobre todo, son tenidos en gran predicamento, como educados en la escuela de Avicenna, y, cuando un doctor persa llega a una ciudad del imperio, su sola condición de persa le llena de clientes la consulta.

Todos tienen fe en el médico persa o judío; en una palabra: en el médico exótico; por lo demás, como ocurre aún en todo el mundo, pues todo el mundo está siempre desencantado del médico indígena y espera prodigios del doctor extranjero, que ha viajado y aprendido secretos y remedios que los indígenas ignoran, y habla, además, una lengua extraña, cuyo poder sugestivo está comprobado en la magia, y mucho de magia y sugestión tiene la Medicina.

Faquires y pitonisas son, al fin y al cabo, herederos de un saber antiguo, que arranca de esa tradición de la Medicina mística, arcana, que, tenida por sospecha en nuestra Edad Media, se ilustra con los nombres de Pitágoras y Paracelso y Mesmer y puede ufanarse de cierto abolengo científico.

Y, de otra parte, la Medicina moderna en Occidente quedó muy rezagada, con respecto a la oriental, en zonas de la terapéutica, que recientemente ha tenido que anexionarse: la helioterapia, la hidroterapia, el masaje y la mecanoterapia en general, métodos curativos que nunca dejaron de practicarse en Oriente.

Incluso la Medicina mística, basada en la sugestión, siempre se auxilió de esos medios para lograr sus curaciones.

En *Las mil y una noches* vemos a la

anacoreta milagrosa Rachja sanar a los enfermos que la visitan dándoles masaje, quizá como una variante de la imposición de manos que hoy emplea la *Christian science*.

La medicina oriental ha ido siempre por delante de la occidental en todo lo referente a la Psiquiatría o Medicina psíquica, que trata de curar el cuerpo por medio del espíritu. El psicoanálisis freudiano parece haber sido el dominio de los *dervishes* y curanderos orientales, maestros en descifrar sueños y visiones y desentrañar complejos neuróticos.

En la *Historia del sultán Mahmud y de su visión* (Noches 637 a 640), aquejado de una hipocondría total, vemos a un *dervish*—cuyo nombre no se menciona—devolverle la euforia vital mediante la provocación de alucinaciones que le muestran, por comparación con otros estados, cuánto debe alegrarse de haber nacido rey. Se trata ahí, probablemente, de un caso de alta sugestión.

Hay también ejemplos en el libro de curaciones realizadas por gente lega en Medicina que, aunque absurdos en apariencia, son posibles de interpretación racional. Así ocurre en el de aquella joven poseída por el demonio de la lascivia, a la que una vieja curandera exorciza y sana, valiéndose de fumigaciones vaginales, que le hacen salir del cuerpo, mejor dicho, abortar, unas lombrices repugnantes, fruto presunto de sus cópulas con negros bestiales.

La muchacha, probablemente una ninfomaniaca, aquejada de vermes vulvares, al dar a luz, por fin, aquellos embriones, simbólica materialización de sus pecados, sufre un desvanecimiento, en el que pierde la memoria de su vida anterior y es, desde entonces, una mujer normal.

En todos los demás casos de curaciones que en *Las mil y una noches* se mencionan es la sugestión la que ejerce

el papel principal; son de carácter mágico, como la de la lepra de aquel rey al que sana Hásid-Kerimu-d-Din, administrándole carne de la serpiente reina Yámlica, esa entidad mitológica de condición altruista que se inmola con gusto por la salud ajena.

Notemos de pasada que la carne de la serpiente-reina o no—se menciona en *Las mil y una noches* como una suerte de *progynón* infalible, administrable con éxito seguro a las mujeres estériles, y a ella deben su tardía fecundidad las sendas esposas del viejo rey Azim y su no menos viejo visir Faris.

Claro que se trata de ciertas y determinadas serpientes y que el remedio les ha sido prescrito por el sabio Salomón, cosa que no está al alcance de todos, por lo que no puede incluirse en farmacopeas.

Esa es ya la Medicina completamente mágica, para cuyo ejercicio se necesitan poderes especiales, como los que Jehová tuvo a bien concederle a su siervo Salomón. En ese capítulo de la Medicina mágica deben incluirse también la curación o prevención de enfermedades por medio de fórmulas talismánicas, tomadas del *Corán* o de la cábala hebraica, por el estilo del *Abracadabra* famoso, que se derivan todas ellas de la misma fuente salomónica.

Sin ser Salomones, los reyes, en la antigüedad, gozaban de virtudes mágicas curativas, no solo en Oriente, sino también en Occidente, quizá por venir de casta de magos, como puede comprobarse hoy día entre los salvajes; los reyes de Francia curaban los lamparones, aunque no fueran santos ni sabios.

Y Harunu-r-Raschid aparece también en *Las mil y una noches* ejerciendo poderes mágicos de fuerza irresistible en su calidad de vicario de Alá sobre la tierra.

Precisamente en este terreno dudoso de sugestión y magia se desarrollan las curaciones que en *Las mil y una no-*

*ches* se mencionan, y quitando una, la de la presunta lepra, del rey Yunán por el médico griego Ruyán (Noche 4), las demás corren a cargo no de doctores con título de facultativos auténticos, sino de *dervishes*, saludadores o místicos milagrosos.

El doctor Ruyán es el único que procede, según los métodos de la Medicina racional, al prescribirle al enfermo monarca, que, a la cuenta, adolece de una polisarcia monstruosa, debida probablemente a su vida muelle y sedentaria, que practique diariamente el deporte del polo, empuñando un mazo, en cuyo pomo hueco ha encerrado unos polvos salutíferos que, con el sudor, penetran en su piel por los poros y se le correrán por el cuerpo. He ahí un tratamiento racional que a un enfermo de ese tipo le recetaría hoy cualquier especialista. Aunque también ahí hay que conceder lo suyo a la sugestión.

Esa es la única curación realizada en el libro por un verdadero doctor. Los demás casos que en él se registran corren a cargo de personas ajenas a la Facultad, y en ellos todo hay que atribuirlo a la sugestión, a eso que hoy llamamos «curación por el espíritu» o *Christian science*, y cuyos métodos de imposición de manos, toques de varitas mágicas, estados de hipnosis y alucinación provocados pueden verse ya en la *Biblia* (recuérdese la visita de Saúl a la sibila de Endor), y que, transmitidos de unos a otros, fueron patrimonio de pitonisas y faquires, hasta que Charcot, en su Salpêtrière, les dio validez científica.

Esa es la Medicina de la escuela esculapia, base de la moderna Psiquiatría, y que, en su forma empírica y bastarda, siguen practicando en nuestros días los charlatanes y los iluminados de buena fe.

La Medicina científica es todavía tan oscura y poco científica que se confunde con la otra y no es más eficaz

tampoco que ella, por lo que no es de extrañar que los enfermos desencantados de los facultativos con título acudan a los doctores espontáneos y se sometan a sus manipulaciones.

Recuérdese cómo en la historia del joven *omani* libra Ar-Raschid a este de aquella intensa palidez que le cubre de un viso amarillo el bello rostro y que se debe a un reflujo de sangre, originado por un brusco trauma emocional, la rabia que al joven le produjo saberse defraudado en una transacción mercantil.

El jalifa procede, sin embargo, en el fondo como un sagaz neurólogo, regalándole al joven una cantidad de dinero superior a la que había perdido y provocando así una emoción que restablece el equilibrio circulatorio.

Con lo dicho basta y sobra para dejar trazado el cuadro de la Medicina y el curanderismo en la época de los jalifas abbasies.

Solo falta decir que la inevitable sátira de la Medicina oficial aparece con rasgos molierescos al principio del libro en la historia del jorobado que se atraganta con una espina de pescado y pierde el sentido, quedando como muerto, y por tal lo da el médico judío, en cuya casa lo dejan, y al que un simple barbero restituye a la vida, haciéndole devolver las raspa en un estor-nudo.

### LA BOHEMIA LITERARIA Y ARTISTICA. EL POETA ABU-NUAS

Bajo ese epígrafe pueden agruparse todos esos poetas, narradores de cuentos, chascarrillos, rarezas (*nazirat*), *ruyat* o tradiciones, así como también esos maestros del canto y la danza, que bullen en torno a esos jalifas y emires caprichosos y espléndidos, de cuyo favor viven y cerca de los cuales

hacen un papel ambiguo de consejeros y bufones.

Tales personajes constituyen, en realidad, una bohemia trashumante que va de una a otra corte, atraída por la fama de munificencia de los príncipes, en busca del grano que les hace falta a sus buches de pájaros cantores y paga en elogios y ditirambos el bien que reciben.

Son ellos los que han creado esa leyenda magnífica en torno a la figura de Harunu-r-Raschid, dándole proporciones salomónicas y haciéndolo centro solar de un ciclo poético, comparable al de su contemporáneo de Occidente el gran Carlomagno, y ellos también los que, con su presencia estable o temporal, dotaron de prestigio perenne a esas cortes de El Cairo, Damasco, Bagdad, Kabul o Samarcanda, de algunas de las cuales solo queda ya el nombre.

En los cuentos de *Las mil y una noches* podemos ver en acción el modo de vivir de esos literatos y artistas, que a veces se conducen como grandes señores y otras descienden a la categoría de pícaros y bufones; la condición que a todos ellos los caracteriza es la inconsciencia, la imprevisión, la prodigalidad irreflexiva, esas cualidades que siempre formaron la psicología del artista, hasta estos nuestros tiempos en que los hombres de letras aprendieron a hacer números y venden por dólares sus palabras y llevan libros de contabilidad a sus libros; desde luego que no en nuestro país, donde el artista sigue siendo un bohemio y es lo corriente que dilapide su canto y su fortuna juvenil, cual la cigarra, y como ella se muera de hambre y frío en el invierno.

Los artistas de *Las mil y una noches* viven al día; adulan, para obtener sus dádivas, a esos príncipes crueles y despóticos, pero que saben recompensar a quien les entretiene, prodigándoles un oro que no les cuesta nada y son capa-

ces de pagar una fortuna por un verso irreprochable o una agudeza feliz que los haga tumbarse de espaldas y estar-se riendo una hora, según la frase de rigor; hay noche en que uno de esos poetas sale rico para toda su vida del alcázar de un rey y, si fuera prudente, quedaría redimido de la servidumbre de los grandes; pero como no lo es y tiene el mismo alma de grande, no tarda en derrochar ese oro fácil, alquímico, y en verse de nuevo en la miseria, que otra vez le obliga al pordioseo.

La vida de esos literatos y artistas está llena de los mismos altibajos que las de nuestros escritores del llamado Siglo de Oro y de todos los siglos, pues la biografía de nuestro último gran poeta Zorrilla presenta los mismos contrastes de esplendor y miseria y de nomadismo forzoso en busca de la suerte.

Es siempre el caso del juglar medieval, que va de corte en corte probando fortuna y que no puede prolongar demasiado su estancia en ningún sitio, a menos de hacerse gravoso y aburrido; los literatos de *Las mil y una noches* conocen el valor prestigioso de la ausencia y se eclipsan temporalmente en un horizonte para aparecer en otro; Bagdad es el centro de sus andanzas, el punto de ida y vuelta, pero están recorriendo sin cesar el área geográfica del Imperio.

Hacen de cuando en cuando lo que pudiéramos llamar la *tournee* de provincias; los hay que como Hoseinu-l-Jaliyu, el de la *Historia de Zámira-ben-l-Mogaira* (Noches 385 a 387), van periódicamente a visitar a un emir mecénico, y son sus huéspedes bien acogidos por una temporada, y se van como golondrinas, antes de que venga el mal tiempo y se enfrie el entusiasmo del señor y a ellos se les acabe su repuesto de historias y donaires. Como el beduino que, esquilado un terreno, levanta la tienda y emigra, apurada la

vena del éxito, se van con la música a otra parte.

Es, naturalmente, en torno a los jalfas, primero de Damasco, capital de los umeyya, y luego de Bagdad, residencia oficial de los abbasies, donde puede señalarse la presencia constante de un grupo de literatos que pudiéramos llamar áulicos o de cámara, aunque mejor sería decir de antecámara, pues en ella es donde, por lo general, los vemos aguardando la llamada del monarca, y en el reinado de Harunu-r-Raschid es donde culmina esta frecuentación de trato entre el soberano y los poetas que lo entretienen y, terminados sus consejos, ocupan en el diván el lugar de los visires o ministros.

Harunu-r-Raschid, el quinto de los abbasies, que es también un poeta, del que se incluyen versos en las antologías, y además sabe, como supieron en su tiempo Alejandro Magno y otros monarcas griegos, el prestigio que los escritores confieren a los reyes, cuya vida se olvidaba si ellos no la escribieran, gusta de tener en torno suyo, a más de su corte oficial, otra corte de poetas y artistas, y en su tiempo reviven los espléndidos fastos de la corte de Anuschirván, con escritores y poetas que han creado en su honor gran parte de este *epos* en prosa de *Las mil y una noches*.

En este siglo II de la *hechra* en que reina Harunu-r-Raschid, es Bagdad un gran centro de cultura y de arte, al que afluyen, atraídos por la liberalidad y tolerancia del jalifa y de su gran visir Châfar-ben-Yahya el Barmeki, todos los sabios y artistas notables del imperio islámico.

Si los umeyya se caracterizaron por su fidelidad a la ortodoxia y su pietismo, a tono con el fervor y místico entusiasmo del primer siglo del Islam, los abbasies se distinguen por su tolerancia, que hasta los hace sospechosos de herejía; son hombres de fe, pero al

mismo tiempo reconocen los fueros de la razón y gustan de ejercitarla y darle vuelo filosófico, aunque siempre prendida en la jarilla de la revelación y en tanto no choca con el Libro de Al-Lah; tócale vivir en una época dada al sincretismo intelectual, ganosa de conciliar los contrarios, y, sobre todo, la filosofía, heredada de los griegos, con la religión, heredada de los judíos, Platón con Moisés, en el espíritu de Filón, el alejandrino.

En Goldziher, el gran orientalista sueco-judío, autor de obras fundamentales, como *El Islam antes y ahora*, y en el español Asin Palacios, que de ellas se hace eco en *Abenmasarra y su escuela*, puede contemplarse el dinamismo intelectual que agitaba a los creyentes en aquellos tiempos en que sectas y *doxis* u opiniones se disputaban el dominio de los espíritus y, frente a la letra estricta del libro revelado, surgía la interpretación mística, o alegórica, la doctrina esotérica de los batinies, y el autor del pseudo Empédocles sentaba una doctrina mística que hizo numerosos prosélitos en Oriente y en la España árabe, y de cuyas esencias aparecen impregnadas las obras del gran Raimundo Lulio.

No hemos de ahondar en esa materia, que ya los referidos orientalistas han tratado a fondo; lo único que nos interesa es hacer notar la tolerancia de Harunu-r-Raschid y su visir Châfar, en cuya presencia podían los intelectuales de entonces expresar libremente sus ideas, siempre claro está—que no se saliesen del dogma, y el auge cultural que esta alta benevolencia granjeaba a la Bagdad del quinto abbasí, donde se reunía la flor del pensamiento islámico; Harunu-r-Raschid presta a Bagdad el mismo prestigio internacional que Salomón a su Jerusalén y por las mismas razones de mental amplitud.

Harunu-r-Raschid y su hijo y sucesor, Al-Mamún, mantienen la fama de

tolerancia de los abbasies, que continúa hasta el austero Ahmed-Al-Môta-zid-bi-l-Lah, cuyo reinado marca una reacción, comparable a la de Alhakem II en la España árabe; sobre todo el primero confirma su calidad de rey sol, permitiendo a sus familiares toda suerte de licencias y audacias mentales, y empieza por tener de gran visir a un persa de rancio abolengo persi y susceptible de seguir profesando en secreto la religión zoroástrica y practicando el culto al fuego, derivado del culto brahmánico a Agnis (el *Ignis* de los latinos); en la corte de ese monarca epicúreo se bebe vino y se celebran zambbras en que intervienen todos los elementos del placer y se vive, en suma, de un modo que escandaliza a los beatos y da lugar a una literatura de panfleto, de la que puede citarse como muestra esa anécdota edificante del ascético hijo del monarca, abandonando el fastuoso alcázar de su padre para entregarse al trabajo y la oración, como un pequeño Sakya Muni.

El carácter bromista del monarca hace que en su presencia se sientan libres los ingenios y a veces hasta se excedan, como hace Abu-Nuás (*el Padre de los Tufos* o los *Aladares*), ese satírico impenitente, ese gracioso incorregible, ese pederasta inveterado, que se hace perdonar su demasiada fuerza de ingenio y no tiene reparo en hacer a veces de bufón.

Hay que hacer resaltar la figura de ese Quevedo oriental en relación con su mecenas Harunu-r-Raschid, porque los términos en que esa relación se desarrolla son características de la época y nos ilustran acerca del modo cómo un príncipe de la sangre de aquel tiempo se conducía con un príncipe del ingenio.

Abu-Nuás es el príncipe de los poetas de su tiempo, cuyos rasgos esporádicos compendia en su persona; es lírico y mordaz, tiene la miel y el acúleo

de la abeja; es hombre de vida irregular, borracho y pederasta, y además heterodoxo, y no lo oculta; lejos de sentir ese complejo de inferioridad de los individuos socialmente reprobables, Abu-Nuás, que se sabe criticado y envidiado, se crece y provoca a sus enemigos y se defiende con el dardo de las sátiras y la saetilla del epigrama, que siempre atina y se agarra a la víctima como un lárgalo.

Abu-Nuás es tan famoso por su obra como por su vida y ha dado lugar a una literatura anecdótica tan copiosa como la de nuestro Quevedo, y que aún corre impresa en lo que pudiéramos llamar pliegos de cordel, haciendo las delicias del vulgo árabe, no menos que las agudezas del turco Chojá (Nazirü-d-Din), ese filósofo del siglo XV, cuyas agudezas han pasado al folklore oriental, creándole una falsa fisonomía de Bertoldo.

Abu-Nuás frecuenta los alcázares y los figones; es hombre de corte y de pueblo y su proyección popular agranda humanamente su figura. Abu-Nuás es un Horacio con ribetes de Apuleyo.

Abu-Nuás es, sobre todo, un gran poeta, y por ello su oriental Augusto le perdona todos sus defectos; Abu-Nuás es el único que sabe componer sobre un pie forzado que él le dé unas rimas que interpreten en un todo su pensamiento y, a veces, pone en ello tal perspicacia que hace pensar en que posee dotes de adivino, y el jalifa queda maravillado. Diríase que su Musa es un demonio que le sopla al oído.

Y es posible que Abu-Nuás tenga trato con el demonio; por lo menos, lo ha visto una vez, según él mismo cuenta en una de las historias que van en este libro, historia curiosísima en que el demonio se le aparece al poeta en semblanza de joven imberbe, con el visible objeto de disuadirlo—honrado demonio—de su pederastia.

Pero Abu-Nuás no se cura de eso ni

de ninguno de sus vicios, incluso la maledicencia y la sátira; será el mismo hasta el fin y su fin será una confirmación de su contumacia, pues morirá a manos de uno de los muchos sujetos que agravio con sus epigramas.

Las relaciones entre Harunu-r-Raschid y su poeta favorito dan lugar a varias historias de las que en este libro se contienen y que cosagran ya, en unión indisoluble, esa pareja del príncipe de la sangre y el príncipe del espíritu.

La actitud del jalifa para con el poeta es de apariencia polémica; el mecenas hace todo lo posible por poner en aprietos al poeta, con el secreto fin de estimular su ingenio, y aquel responde siempre parando el golpe que le amenaza con alguna salida feliz, que provoca la risa y desarma el brazo.

Ya le ataque el jalifa por el flaco de su afición al vino, ya por el de su afición a los muchachos, siempre encuentra Abu-Nuás la evasiva oportuna, que le salva y añade un nuevo florón a su corona de rey del epigrama y la agudeza.

Una vez el jalifa le hace comparecer ante él como juez supremo en culpas de herejía, acusado, con testigos, de haber proferido blasfemias contra el dogma; Abu-Nuás reconoce que es cierto, pero aduce en su favor esas palabras de Mahoma, que dicen: «¿No sabes que los poetas andulean por todo vado y dicen cosas que no hacen?» (Sura XXVI, *Los poetas*.) No hay que decir que el jalifa rompe a reír y absuelve al ingenioso.

No hay forma de coger en la trampa a ese hombre sabio y listo, pero sin la candorosa proverbial de los poetas, ya que pertenece a la variedad satírica, que supone espíritu crítico y pasiones, ingenio y bilis; Abu-Nuás es, con efecto, un fino crítico, tanto como Al-Azmaï, ese académico de la Lengua nato, que rebusca viejos vocablos castizos

entre los beduinos, y en apoyo de ello podrían citarse numerosas anécdotas; pero a diferencia de ese pacto purista, que no da que hablar, es hombre de nervios, de pasiones, que da que hablar y habla y tiene cosas, y por eso lo prefiere el jalifa, y lo socorre en sus necesidades con mano generosa, que no logra nunca su noble objeto, porque pone sus dádivas en una mano no menos generosa y regia.

En tanto vive Raschid tiene en él Abu-Nuás un amigo y un padrino, que nunca se desmiente; el poeta frecuenta el alcázar del príncipe, se sienta a su mesa, bebe su vino y aguanta sus pullas, que le dan pie para lucir su viveza de ingenio; es el poeta de cámara y, en cierto modo, también, como todos sus colegas, el bufón del miramamolín.

Hay un paralelismo entre las vidas del poeta y su regio mecenas, que transcurren felices y se extinguen casi al mismo tiempo, de un modo igualmente trágico. Ar-Raschid es el primero para el cual se acaba la alegría, que a Abu-Nuás le dura hasta el mismo instante de su muerte airada, que le sorprende en medio de un festín, con los mordaces labios rezumantes de vino y epigramas; Ar-Raschid no solo le precede en la partida, sino que, antes de morir, se vuelve un hombre triste por ese complejo de amargura y desconfianza agresiva que le produce el descubrimiento de la supuesta traición de su visir Châfar y su hermana Maimuna, y lo induce a sacrificar a ambos y a sus inocentes sobrinitos, con una fría crueldad que hacen más repulsivas sus histéricas lágrimas. El señor de los hombres y de los genios resulta así más desdichado que su bohemio protegido, que, además, comparado con él, tiene, en medio de sus vicios, la inocencia dostoyevskiana de borracho, que no hace mal a nadie, sino a él mismo; pero uno y otro sucumben víctimas del abuso de su propio poder,

simbolizados respectivamente en el cetro y el tirso.

El rey del epigrama muere asesinado por uno de sus muchos resentidos; el rey del poder político muere también como emplazado por sus miles de víctimas, temblando de pavor ante sus espectros, abandonado de todos sus amigos y deudos, en ese oscuro lugar persa de Tus, sobre el que su antorcha funeral encenderá una luz en los mapas. Abu-Nuás sobrevive a su mecenas tan solo tres años y se extingue también bruscamente, como una lámpara que no tiene ya a quien alumbrar. Cuenta entonces cincuenta años; Ar-Raschid no pasó de los cuarenta y siete.

¡Téngalos Al-Lah en su misericordia a todos!

## LOS BUFONES PROFESIONALES

Pero además de estos bufones circunstanciales y de superior calidad, tenían los monarcas orientales, lo mismo que sus colegas de Occidente, bufones oficiales, por decirlo así, encargados de divertirlos con sus travesuras y chuscas, no siempre de buen gusto y, por lo general, atrevidas, y que venían a ser como representantes de la opinión pública, de la *vox populi*, cerca de aquellos autócratas sin control, o a los que sus visires y familiares solían, a veces por su propio interés, ocultar la verdad.

Esos bufones suplían el silencio discreto o interesado de los llamados a informar al despota y hacían llegar a sus oídos el eco de los enredos de las camarillas de palacio, de los chismes de los harenes y a veces también de las quejas del pueblo, pues gozaban de la inmunidad de los locos, los únicos verdaderamente libres en semejantes autocracias, y eran, por lo general, si no locos del todo, por lo menos un poco



chiflados, y desde luego no eran hombres enteramente normales los elegidos para semejantes funciones de excitar la risa, pues solían ser físicamente defectuosos, acondroplásicos y contrahechos, y esa deforme constitución física va siempre acompañada de complejos que alteran la psiquis del individuo.

El bufón era siempre un hombre resentido, que se vengaba con risa insolente del estado de inferioridad social y biológica en que su deformidad lo colocaba y se burlaba así de los que se burlaban de él; era un subhombre que por el sarcasmo llegaba a ser un superhombre, y de su misma bajeza sacaba motivos de superioridad, pues tenía una visión contrahecha del mundo y sabía que todos los hombres llevan patente u ocultan su joroba y esto le ponía de un humor amargo y le autorizaba a sentirse el más perfecto de todos, puesto que él lucía la suya al descubierto.

No vamos a ahondar aquí en la psicología del bufón, ya harto estudiada, y que el gran Víctor Hugo plasmó para siempre en la figura de su Triboulet, prototipo y dechado del género, y en la que se expresa dramáticamente lo que hay de infrahumano, sencillamente humano y superhumano en el bufón; por ella se ve, y eso es lo grande, que el bufón, despojado de su esclavina picuda con remate de cascabeles, su gorro y su tirso, es un hombre como los demás y capaz de elevarse en ocasiones a la grandeza trágica de los tiranícidas.

Hay, por otra parte, un libro de M. Figuir, *El bufón*, en que se estudian los orígenes y evolución del bufonado, que es, como la de los reyes absolutos, de derecho divino, pues arranca del propio Olimpo, donde Sileno, el dios o semidiós borracho, obsceno y procaz, actúa de gracioso junto al gran Dionisos, y forma con él esa pareja antagonica y complementaria que luego re-

producen en los libros de caballería el señor y el escudero, y cuyo último avatar lo constituyen Don Quijote y Sancho Panza. La presencia del bufón en las cortes de los reyes responde sin duda a una necesidad psicológica y hasta social de psicoanálisis e información política en esos regímenes despóticos en que el propio monarca llega a sentirse despistado y falto de una voz sincera que le revele la verdad; el autócrata no tiene un amigo y ya un proverbio chino dice que el amigo es tan necesario para el hombre como el espejo para la mujer; el bufón es el espejo veraz en que el príncipe puede verse no deformado por la adulación y eso explica la presencia constante del bufón en las cámaras regias.

Tan cierto es lo que decimos que el bufón deja de existir como institución política cuando dejan de existir las autocracias; el rey absoluto muere abrazado a su bufón, y a ambos los mata la revolución democrática, con su doble arma del Parlamento y la Prensa; cuando todo el mundo puede hablar alto y claro, ya no tiene razón de ser el bufón, pues cualquier ciudadano goza de su inmunidad.

No hay en *Las mil y una noches* ningún bufón que pueda compararse en trascendencia filosófica ni profundidad humana al Triboulet de Víctor Hugo, como tampoco hay ningún contrahecho que pueda compararse a su Quasimodo; los bufones que asoman en estas historias orientales son más bien pobres diablos, como ese jorobadito al que la mujer del sastre causa la muerte aparente, haciéndole ingerir una raspa de pescado, y al que luego, aparentemente también, resucita el locuaz barbero As-Samet, *El Silencioso*.

Tampoco los bufones miliunanoscos visten el traje de cascabeles ni esgrimen el tirso de colorines, trasunto del de Sileno, atributos característicos del bufón en las cortes italianas del

medievo y tan inseparables de su persona como la corona y el cetro de la de los reyes, lo cual se explica por la diversidad de origen de uno y otro bufón, ya que el original no se deriva directamente de la mitología grecorromana ni tiene más afinidad que la de su joroba, no siempre tampoco indispensable, con el Polichinela italiano.

El bufón de *Las mil y una noches* solo tiene de común con su colega occidental las características psicológicas propias del género, sin que los distingan señales ostensibles de casta, aunque así haya sido en su origen, que se remonta a los graciosos del drama sánscrito, que, por cierto, suele ejercer funciones de cobero de los reyes; no hay duda que el bufón oriental procede, por la Persia, de la India, y fue en su principio un paria, un hombre de la gleba, un pelinegro, como figurada o propiamente se le designa en los *Avadars* sánscritos, y es seguro también que fue importación exótica en las cortes de los jalifas musulmanes, un lujo más tomado de los persas, pues no aparecen rastros de tal institución, contraria al humanismo de las razas semíticas, ni en la *Biblia* ni en los anales del Islam anteriores a la extensión del Imperio.

La religión daba fuero entre los israelitas al hombre piadoso para decir las verdades a los monarcas, según lo hacen los profetas en la *Biblia*, con cierto riesgo, desde luego, pues más de uno lo pagó con la vida, así como también más de un monarca pagó con la suya el no hacer caso del profeta, el cual venía a ser, en nombre de Dios, una especie de tribuno de la plebe y gozaba de la inmunidad de esa investidura; así, en las cortes de David y Salomón, la institución del bufón era excusada.

También en el Islam el hombre piadoso, el *said*, tenía acceso a la persona del monarca y libertad para amonestar-

lo y exhortarlo a retornar al buen camino cuando se descarriaba; a veces, eran los monarcas mismos quienes llamaban de por sí a esos ascetas y recababan humildemente sus exhortaciones severas y hasta crueles, que los ponían en trance de contrición y los hacían derramar lágrimas de místico gozo, de igual modo que los monarcas cristianos llamaban a sus palacios o iban a visitar a sus monasterios a los varones o hembras piadosos, en olor de santidad, en demanda de consejos y luces para la edificación de sus reinos. Baste citar las relaciones de esta índole entre el rey Felipe II de España y la venerable madre Agreda, sobre las cuales existe una documentación histórica considerable.

Ascetas y bufones tienen algo de común, por cuanto ambos son despertadores de la conciencia adormecida de los reyes, y los jalifas, que no tenían capellanes ni directores espirituales en sus palacios, habían menester, con mayor razón, de bufones. De Harunu-r-Raschid se sabe que tenía su bufón oficial, llamado Bahlul, al que estimaba mucho, y que más de una vez, con sus sentencias, le hacía llorar. Pero sobre todo haciale sentirse hombre bajo su manto de jalifa, rectificando su visión egolátrica de sí mismo en bien suyo y de sus vasallos.

## LOS DEFECTUOSOS FÍSICOS Y MENTALES

La joroba no tiene en Oriente, donde es fácil disimularla bajo las amplias túnicas, la trascendencia fatal que en Occidente, ni inspira esa superstición que ha hecho entre nosotros emblema de buena suerte para los demás ese accidente físico que lo es de mala para su dueño.

El jorobado no es en Oriente una mascota, ni un fetiche, ni inspira otro

sentimiento que el de la piedad o la sonrisa. Así el acondroplásico no tiene allí ningún drama especial y, sobre todo, si es rico, no es óbice su joroba para que ese Quasimodo pueda lograr el amor de una Esmeralda.

Muchos son los jorobados que figuran en *Las mil y una noches* como los del cuento del sastre y el jorobado, ya varias veces aludido, y aquel otro caballero del sultán de Egipto, que este quiere casar con la hermosa Sittu-l-Hosn y que los genios, en función eugenésica, sustituyen la noche de bodas por el bello Bedru-d-Din, primo de la joven, metiendo al cheposo, para mayor escarnio, en el retrete; en uno y otro caso falta toda intención trascendental y la joroba es sencillamente una fealdad más atribuida al personaje para que resulte más grotesco.

No le es, por consiguiente, aplicable al jorobado esa significación fatídica, esa relación con el sino que tiene entre nosotros y que Roso de Luna expone en *El velo de Isis*, fundándose, como siempre, en una etimología caprichosa, según la cual giba es lo mismo que el sánscrito *bija*—máscara o vestidura—. Si aceptáis eso y pasáis por el arco de esa etimología, os resultará interesante la lucubración que sigue del gran ocultista: «Cuando los sacerdotes aztecas—dice—se untaban con el negro “ulli” sacramental para sus ceremonias de magia, nuestros conquistadores de América decían que se embijaban o pintaban de bija. Agib, leído de otro modo, es giba, y, por este trastrueque, se ha considerado siempre al jorobado o giboso como símbolo de las unturas que esas historietas asignan a quien llegaba al estado de “calenda” o sea, de especie de monje mendicante o faquir del exterior del templo, o sea, un discípulo del ocultismo. Por eso en la leyenda española de *La oreja del diablo* un jorobado es quien desciende al Palacio de la Fortuna, la Hermosura y

el Amor.» La nota transcripta se refiere al tercer *zâluk* o calenda en la versión de Galland, el cual se llama Achib (escrito en árabe con «yim»), nombre que significa a la letra «prodigioso» y, como el lector puede apreciar, aun sin conocer el arábigo, el maestro teósofo realiza con él una manipulación hartamente libre.

Por lo demás, con idéntica libertad procede al asignarles sentido esotérico a los tuertos de *Las mil y una noches*, que son varios, empezando por estos tres *zâluk* tuertos de la historia de *El alhamel y las mocitas* (Noches 11 a 16) y siguiendo por el tuerto del rey de Ifrancha, que actúa de personaje principal en la *Historia de Ali Nuru-d-Din y Maryem, la cinturonería* (Noches 477 a 492).

Tales tuertos que, tomados a la letra, nada de particular tienen y ni siquiera se relacionan con nuestra superstición popular respecto a los tuertos, pues no inspiran a los otros personajes de esas historias ningún sentimiento ostensible de repugnancia o aprensión, son para Roso de Luna «símbolo de cuantos fracasados existen en el mundo». «Tuertos y todo, como el Wotan nórdico, no lo están del ojo izquierdo, sino del derecho, porque aquel ojo es el “ojo del canon” que dicen los católicos, el ojo que incapacita (querrá decir cuya falta incapacita) para la celebración de los misterios religiosos y sobre el que se podría escribir largamente, si no prefiriésemos dejarlo a la discreta intuición del lector.» Siempre la reticencia habitual en los maestros de hermetismo, cortando por lo más interesante la confidencia.

Desde luego que, por lo que se refiere a esos tres tuertos del cuento referido, tuertos los tres del ojo izquierdo y los tres hijos de reyes, es más que presumible tengan una significación intencionalmente simbólica, así como las aventuras que les suceden; presunción

que sube de punto con la historia del tercer *zâluk* y el episodio de su encuentro con los diez jóvenes tuertos también del izquierdo y que todas las noches se espolvorean la cabeza con pez y carbón molido y después se lavan y enjuagan y se entregan a un llanto que dura toda la noche.

Es indudable que esos ensuciamientos y lavatorios cotidianos y nocturnos encierran un misterio y aluden a ritos oscuros, de tradición perdida, y que se prestan a toda suerte de interpretaciones. Para Roso de Luna la pez y el polvo de carbón con que se cubren las cabezas esos jóvenes no es sino el «ulli» sacramental de los mejicanos y otros pueblos. Esos jóvenes tuertos reunidos en el palacio de Azófár, bajo la presidencia de un anciano, como novicios de un monasterio búdico o cristiano, y que lloran antiguas culpas, por las que perdieron el ojo, son, según Roso de Luna, otros tantos iniciados que, al perder el ojo, desarrollaron el tercer ojo latente en el hombre, el de la intuición, y ahora ven claro en el misterio.

El tercer *zâluk*, que aún no perdió ninguno de los ojos materiales, no ve aún claro en la vida, y por eso tendrá que pasar por la misma experiencia que los otros, para que también se le desarrolle el tercer ojo, ese de la intuición que nosotros, con permiso del gran ocultista, llamaríamos mejor de la experiencia, ya que se adquiere a costa de ella.

Mucho se podría hablar sobre los ojos del hombre y sobre su número, que no siempre debió ser el mismo que ahora, como tampoco ellos debieron estar en el mismo sitio, pues si hemos de creer al malogrado y genial médico granadino doctor Velázquez, autor de unas teorías muy originales sobre el sueño, también los riñones, en su origen, fueron ojos que después se cegaron, pero que conservan su función

lacrimatoria a fuer de glándulas endocrinas; cierto que esta tesis la sostiene en una fantasía literaria, de tono humorístico, pero no por ello es menos digna de dar que pensar, pues hasta las fantasías de un hombre de ciencia son científicas, y respecto al lugar de los ojos, recordemos a los ciclopes, que tenían un solo ojo en mitad de la frente, y a aquellos hombres fabulosos de que nos hablan los viajeros antiguos que lo tenían en medio del pecho y de los cuales se hace eco la historia de *Las mil y una noches* referente a los genios encerrados en redomas de azófar.

Hay, sin duda, un simbolismo hermetico en ese juego, por decirlo así, que los hombres se han traído siempre con los ojos, cambiándolos de lugar y de número, no precisamente para aumentarlos, sino, al revés, para reducirlos, como a impulsos de la idea subconsciente de que la pérdida del número se compensa con la intensidad, de que un ojo ve más que dos y sin ninguno se adquiere la videncia, la visión radioscópica, röntgeniana.

Podría apoyarse esta presunción en la circunstancia de ser ciegos muchos de esos hombres excepcionales de la antigüedad, como Homero, y en el hecho habitual instintivo que hacemos de cerrar o por lo menos entornar los ojos en los momentos de intensidad mental o precisamente cuando más queremos ver y sería natural que los abriéramos.

Cerramos los ojos, nos quedamos momentáneamente ciegos o medio ciegos en los momentos supremos de la vida, en las grandes emociones del amor y el gozo; la aparición inesperada de un ser dilecto nos ciega de asombro, reclinamos la cabeza en su pecho y cerramos los párpados, en vez de abrirlos, y, en una palabra, todo cuanto nos alegra o asusta hace que cerremos los ojos, ya para verlo mejor ya para no verlo, es decir, para hacer-

nos la ilusión, pues nuestra pupila retiene la imagen aún después de velada, y es entonces, en esa penumbra, cuando cobra vida más intensa.

Es cuando dejamos de ver cuando más vemos, y esa intuición se confirma hasta científicamente por los fisiólogos modernos, que nos hablan de la capacidad integral de visión de todo nuestro cuerpo, en el que cada poro sería un ojo en potencia, eclipsado por la luz de los ojos especializados, en virtud de esa ley de división del trabajo que rige en biología; según eso, tendríamos miles de ojos, que empezarían a actuar e irradiar su fulgor de difusa celistia, como hacen los astros en ausencia de la gran luminaria, del gran ojo nocturno de la Luna.

Sea por lo que fuere, es lo cierto que la imaginación popular, haciéndose eco inconsciente de un sentido místico de la visión, vulgariza las enseñanzas de los filósofos del éxtasis y el delirio, atribuyendo una videncia especial a los ciegos, ante los cuales siempre se siente el vulgo algo cohibido.

El mendigo con olor de santo, el rapsoda, el adivinador perfecto, han de ser ciegos, y en esos países del antiguo Oriente, donde las oftalmías por falta de higiene y la irritación constante del sol excesivo, aparte las penas de ceguera impuestas por los Códigos, son tan frecuentes, los ciegos inspiran la piedad y veneración de los santos, pues se adivina tras de ellos una gran desgracia, que les abrió los ojos del espíritu y los santificó.

Es preciso ser un desalmado para jugarle a un ciego la trastada que aquel hidalgo de Bagdad se permitió jugarle al hermano ciego del famoso barbero As-Samet, aunque en el fondo hidalgo y mendigo iban de tuno a tuno, ya que ese ciego formaba con sus cofrades una sociedad mercantil con fondo saneado y buenos dividendos.

Pero ese cuento pertenece ya a la

literatura picaresca, que siempre nos da una versión realista, peyorativa, de los grupos sociales. Ese ciego avaro, hipócrita, que vive del cuento de su falsa miseria, fingiendo humildades y mansedumbres, y está siempre dispuesto a esgrimir el palo en que se apoya, en cuanto le toquen al bolso, tan tacañón que ni siquiera tiene lazarillo; ese ciego petardista, irascible y ladino, tiene más de grotesco que de malvado y no llega ni en mucho al grado de avaricia y sadismo del personaje de Hurtado de Mendoza, al que mediata o inmediatamente puede haber servido de modelo. Ese ciego de *Las mil y una noches* es más inocente que otra cosa, y no esquilmaba ni señala a pescozones a ningún lazarillo. Es, simplemente, ese ciego aturdido que Flaubert nos describe en sus cartas desde El Cairo, atropellando con su palo a los transeúntes, lo mismo al que le estorba que al que no. Es un honrado ciego que no engaña a nadie en lo fundamental: en lo de serlo.

El tipo de falso ciego que finge serlo para beneficiarse de la caridad de los incautos y darse buena vida, gastándose en orgías nocturnas, cuando recobra la vista después de haber colmado su platillo en los zocos durante el día, ese falso ciego de *La corte de los milagros*, no aparece en *Las mil y una noches*, y hay que ir a buscarlo a los escritos de Bediyu-s-Semán Al-Hamdani (siglo IV), donde hay una *mekama* titulada *El pícaro ciego* en que se pinta el tipo con todo su pintoresco y, en el fondo, simpático cinismo, envuelto en elocuencias sofisticadas y alegres donaires.

Pero volvamos al tema de los tueros, cuya representación más conspicua en *Las mil y una noches* la ostentan los tres referidos *zâluk* que llegan a pedir hospitalidad a casa de las tres mocitas; esos tres tueros son otros tantos ejemplares de «patosos», de «hombres de mal agüero», que tienen la

*schemilak*, como dicen los talmudistas; cada uno de ellos ha provocado, sin quererlo, alguna desgracia y se han causado, queriéndolo menos todavía, la propia.

El primero de los tres, príncipe de sangre real, como los otros, tuvo la mala sombra de, estando un día en la azotea de su alcázar, dispararle su ballesta a un pajarillo, al que no alcanzó la saeta, yendo en cambio a clavarse en el ojo del gran visir de su padre, dejándolo tuerto.

Semejante accidente, obra sin duda, del sino, fue el punto de partida de una serie de desgracias, pues el gran visir no olvidó jamás el entuerto y, al morir el rey, aprovechando la ausencia del príncipe, se hizo proclamar monarca en lugar suyo, y luego le mandó prender y le vació un ojo en vindicta taliónica y ordenó que lo llevaran al campo y allí le diesen muerte amarga, como dice la copla.

Libróse el tuerto príncipe de la muerte por la compasión del verdugo y fue a recogerse a la hospitalidad de su tío, también rey de otro Estado; pero allí fue a buscarle el visir vengativo, el cual sitió la ciudad y la tomó y quitó la vida al rey y se la habría quitado también al sobrino de no haber este optado por la fuga; de suerte que el hospedar al patoso sobrino costó al tío no solo el trono, sino también la vida.

El segundo *zâluk* tiene al principio la suerte, que luego es su desgracia, de descubrir una fantástica gruta subterránea, donde está una bellísima princesa, cautiva de un *efrit*, y de enamorarse de ella y ser correspondido, pues eso es causa de que el *efrit*, al enterarse, dé muerte a la adúltera y a él le saque un ojo, y que se dé por bien librado.

El tercer *zâluk* empieza por embarcar en un navío que se estrella contra la famosa Montaña magnética; no perece, sin embargo, en el naufragio, por-

que está reservado para que le cause la muerte sin querer, desde luego, a aquel joven hijo de un rico señor, al que su padre tiene escondido en una cueva subterránea, para librarle de la amenaza de un horóscopo, cuyo plazo precisamente expiraba aquel día. De suerte que, de no haber aportado por allí el patoso, podría haberse considerado el joven libre de todo peligro.

Después de eso llega el *zâluk* a aquel alcázar de Azófar, donde viven diez jóvenes tuertos, regidos por un anciano venerable y que todas las noches practican extraños ritos luctuosos. Lleno de curiosidad, en vez de callarse como le han recomendado, insiste en saber la causa de aquellas ceremonias y, al enterarse de la rara aventura de aquellos jóvenes tuertos en el palacio de las cien puertas y las cuarenta damas, lejos de hacer caso de sus admoniciones empuñase en seguir la misma suerte que ellos; déjase arrebatar por el Pájaro Roj, llega al fantástico paraíso, permanece en él un año gozando de delicias perfectas, y al cabo, en ausencia de las bellas huries, abre la puerta prohibida y al punto surge un caballo negro, que se lo lleva por los aires y le deja otra vez en el terrado del alcázar de Azófar, dándole un rabotazo con la cola, que le vacía un ojo.

Cada uno de estos tres tuertos representa, pues, un tipo de hombre de mala sombra, que la tiene él y se la comunica a los demás; un sino inverso parece guiar desde el principio sus pasos por la vida, y lo único acertado que hacen, ya tuertos, es venirse a Bagdad, en busca del emir de los creyentes, el generoso Harunu-r-Raschid, para contarle sus sendas historias maravillosas e implorar su poderoso amparo, y dijérase que, por rara casualidad, han entrado en Bagdad con buen pie, pues aquella misma noche de su llegada tienen la suerte de reunirse con él en casa de Sobeida.

Harún escucha sus historias, se maravilla y se conmueve, los casa con sendas hermanas de la joven Sobeida y les asigna cargos en su corte. Los *zâluk* han hecho, pues, su suerte y—esta es paradoja—precisamente luego de quedarse tuertos, lo que contradice la relación supersticiosa que pudiera establecerse entre su condición de tuertos y su mala sombra.

Choca, desde luego, que esa superstición no se manifieste en ningún aspaviento de alarma en la muchacha que les abre la puerta y que lógicamente debería impresionarse mal ante la presencia conjunta de tres tuertos y pronunciar algún conjuro, invocando la mano de Fátima, que preserva del mal de ojo, y tocando al mismo tiempo hierro o madera. ¡Figuraos lo que habría hecho una andaluza! Lejos de eso, lo que hace la joven es reírse e instar a Sobeida para que los deje pasar, prometiéndose una noche divertida. ¡Lo que nos vamos a reír!

Esto haría suponer que los musulmanes no comparten la superstición referente a los tuertos, común a todos los pueblos de la antigüedad, sugestión que confirmaría también la naturalidad con que en la historia de Maryem, la cinturona, ese visir tuerto del rey de Ifrancha alterna con los mercaderes de Alejandría, sin inspirarles ningún temor supersticioso, ninguna prevención apriorística.

Solo en una historia, la del cuarto hermano del barbero—Al-Kus—, que es tuerto, hay indicio claro de esta superstición en el hecho de ese rey que, al tropezarse con Al-Kus, exclama contrariado: «¡Mal comienzo hemos tenido!» y desiste de salir de caza aquel día.

La prevención contra los tuertos es sin embargo general en Oriente, y los hindúes tienen un refrán que dice: *Kvachit kana bháveta sadhus*. («Alguna vez hay un tuerto bueno.») Apunta

aquí ya esa otra superstición del «mal de ojo», del *jettatore* contra el cual se precavan con fórmulas de exorcismo y el empleo de talismanes profilácticos, como la ya referida mano de Fátima, que no falta en ninguna puerta pintada de rojo, o esos cuernecillos de coral que usan también los napolitanos.

Cabe pensar que esa creencia supersticiosa en el *jettatore* no tiene nada que ver con el hecho de ser tuerto y que no es este detalle el que hace maleficiador, sino otra virtud íntima, misteriosa, que no se manifiesta al exterior, y por ello hace más peligroso al individuo que la posee.

No es posible conocer a primera vista al *jettatore* que irradia su onda o efluvio fatídico, magnético, de un modo insidioso, y consume su mala obra antes que la víctima lo pueda advertir, y esa es la razón por que los padres de *Las mil y una noches* suelen tener a sus hijos escondidos de toda mirada humana en lugares adonde no pueda alcanzarles la onda magnética del *jettatore*, que es un envidioso de nacimiento y se ensaña con la juventud y la belleza.

Pasada cierta edad, ya parece que no es de temer al *jettatore*, que es inofensivo para el hombre adulto, lo cual hace sospechar que bajo el *jettatore* se encuentra más de una vez el pederasta.

## LOS EUNUCOS

Personajes típicos de *Las mil y una noches* son los eunucos, esos seres híbridos, custodios de los harenes musulmanes, de los paraísos femeninos, y que, a fuer de tales, esgrimen si no una espada de fuego, sí de acero bien buido.

Relevante y doble es la función social de los eunucos; a ellos se les fía, más que a otros, la guarda y defensa

del tesoro doméstico, de la vida de los príncipes y reyes y del alma del niño; son los guardias de corps de los jalfas, sus maceros y los ejecutores inexorables de sus sentencias de muerte. Todas esas funciones podemos verlas reunidas en una sola persona, la de Mesrur, ayo primero y después macero y verdugo de su señor Harunu-r-Raschid.

El jefe del hogar árabe pone toda su confianza en el eunuco, fiado en una falsa idea de su psicología apática, que lo hace presuntamente incorruptible al halago y al soborno; teóricamente, el eunuco es un ser sin pasiones, al que la privación del sexo coloca fuera de la especie y confiere cualidades de ecuanimidad e indiferencia propias del filósofo o el místico.

Pero la realidad contradice ese concepto de la psicología del eunuco, el cual, precisamente, por salirse de lo humano normal, fluctúa siempre entre lo sobrehumano y lo inhumano y tiene algo de monstruoso; la libido sexual que su castración le arrebató—suponiendo que así sea, pues San Jerónimo nos habla de la lascivia que las damas romanas practicaban por lo menos con una categoría de eunucos, los espadones—, esa libido, decimos, se transfiere a otros fines y se manifiesta en forma de ambición crematística y hasta política, en ansia de poder que les hace venales nada de fiar, y los convierte en centro motor de conspiraciones palaciegas, inductores o inductidos de las sultanas ambiciosas.

Todo es contradictorio y ambiguo en la psicología de esos ambiguos seres—obra artificial de los productores de monstruos, como el hombre que ríe, el Gwynplaine de Victor Hugo—; criaturas intermedias entre hombre y mujer, tienen forzosamente una psicología intersexual, pero agravada todavía por el resentimiento; en ellos las reacciones naturales resultan falseadas y nunca responden al resorte normal.

El eunuco no es nunca un hombre—*ita ut dicam*, por decirlo así—enteramente de fiar, pues adolece de dos complejos fundamentales: el de resentimiento y el de inferioridad, que le impulsan a buscarse el desquite; está resentido de los hombres y envidia y odia a las mujeres, al par que las desea como fruta vedada; el eunuco es un personaje sombrío, siniestro, que sonríe aguardando la hora de su venganza; no hay que fiar de ese ser híbrido, hipócrita y falaz que finge humildades y murmura amenazas al paño, y que, tan apático en apariencia, está, en el fondo, torturado por pasiones exacerbadas por la misma imposibilidad de satisfacerlas.

Ya Salomón, en sus *Proverbios*, nos habla del eunuco que mira por el ojo de la cerradura de la cámara nupcial de su dueño y suspira de envidia; el eunuco no es el símbolo de la ataraxia, sino de la impotencia rabiosa.

El eunuco se encuentra psicológicamente en un dilema del que solo puede salir o cayendo francamente en la aberración o sublimando su inútil lascivia en un sentimiento de platónica adhesión a sus amos; así parece haber ocurrido en el caso de Mesrur con Harunu-r-Raschid. En ese caso, el eunuco resulta un ser que ha transmutado lo extrahumano en superhumano y elevándose al grado de lo angélico, y entonces no hay quien pueda emularle en punto a fidelidad y servicialidad, que llegan, en su heroísmo, hasta la muerte.

El eunuco, en ese trance de sublimación, adhiérese a su señor o señora y vive vicarialmente su vida de varón o de hembra y logra así una unidad en su condición de medio ser en virtud del acoplamiento psicológico.

Hay, pues, el eunuco bueno y el malo; ambos igualmente extremados, sin término medio, que no lo admite su propia condición, cuya tortura nace de ser un medio; de una y otra clase de



eunucos hallamos ejemplos en *Las mil y una noches*.

Hay una circunstancia que recomienda al eunuco en esa sociedad islámica, basada en el recato y la inviolabilidad de las mujeres, y es su impotencia sexual, que los hace aptos para que se les confíe la guarda y defensa del honor femenino.

Pero aun en eso no es enteramente de fiar el eunuco, si hemos de dar crédito a San Jerónimo y a otros escritores latinos, pues hay varias categorías de eunucos, según la técnica de su castración, que unas veces es total y otras incompleta, y se reduce a lo que hoy llamamos esterilización, dejando intactos el estímulo y cierta capacidad de función. Todo depende de que se emplee en la operación la cuerda o la navaja de afeitar.

En *Las mil una noches* vemos este último procedimiento aplicado por Dalila, la ladina, como castigo al inconstante Asis, el primo de Asisa; al verse arrojado a la calle, luego que se recobra de su desmayo, Asis se palpa el vientre y se lo encuentra «liso como el de una mujer», comprobación terrible ante la cual le asalta una tristeza infinita.

Por esa misma experiencia pasa el eunuco Zauab (Noche 54) del cuento intercalado en la historia de Gánimben-Ayub, al que sus amos condenan a castración en castigo de haber atentado contra el pudor de su señorita, provocado por esta—dicho sea en su descargo—; pero aquí el eunuco logra cierta compensación de voluptuosidad mística, platónica, entregándose a mutuas caricias inocentes con su ama, de la que sus padres lo han hecho guardián.

Este es un ejemplo interesante de sublimación erótica, de transferencia a la esfera ideal de la lujuria específica, y el estado psicológico del joven Zauab al abrazar, ya sin pecado, a su amada, convertida en esposa mística,

debía de ser de un encanto tan particular, de un sentimiento más allá del sexo y del placer, todo ternura y gozo puro, que nos explica haya podido existir esa secta de los «eunucos por amor de Dios», de abolengo antiquísimo y base religiosa de que Finot nos habla y que hasta nuestros días ha tenido representación en Rusia—la Rusia de Dostoyevski y de Tolstoi—con el nombre de *skoptzi*, castos adoradores de una virgen señora, la Bogorodnitsa, representación simbólica de la Virgen Maria. (Bogorodnitsa es la equivalencia eslava del Dei Genitrix.)

Pero esto nos da ocasión para remontarnos al origen de donde trae el suyo la referida secta y a la idea teológica que le sirve de base y que pertenece al cuerpo de doctrina de la *gnosis*, que profesaban los neoplatónicos alejandrinos, los adeptos al dogma emanatista, según los cuales el primer eunuco fue Atys, el pastor frigio, que se escindió las pudendas por amor a la diosa Cibeles, caso de maltusianismo en el que veían ellos un misterio teológico, un sacrificio impuesto por la diosa madre a su pastor dilecto, a fin de cortar la cadena de las emanaciones y detener la degradación sucesiva de los mortales, cada vez más lejanos de su divino origen.

Según esa teoría mística, que puede verse expuesta en Flavio Claudio Juliano, el imperial filósofo neoplatónico, discípulo y amigo de Jámblico y Plotino, el eunuco representa en la serie de los seres lo que el sábado hebreo en la de los días: un punto de parada y descanso, para volver a empezar; el sábado era, a la inversa, el eunuco de los días.

No hemos de insistir en esta interpretación esotérica del eunuco y trataremos solamente de fijar su psicología según la literatura y la historia, por las cuales vemos la imprudencia que representaba por parte de los padres confiar

la educación y cuidado de sus hijos a eunucos que, forzosamente, habían de adulterar y alabear su carácter, sobre todo en una raza de suyo inclinada a la pederastia en virtud, entre otras cosas, del veto práctico impuesto por la ley a la mujer.

No es, sin embargo, por el lado de la lujuria por el que se han hecho famosos los eunucos orientales, sino por el de la ambición, el ansia de poder y dominio político. Ahí parece haberse refugiado su libido, expulsada de su sede central y específica.

Los eunucos—según nos ilustran los anales del imperio osmanlí—aprovecharon la situación privilegiada de que gozaban cerca de los sultanes osmanlíes para hacer política en su propio provecho y alzarse con las riendas del poder, poniendo en ello una astucia de mujer y un tesón y un valor más que de hombre; esos anales están llenos de las conspiraciones y revoluciones promovidas por los célebres jenizaros o pretorianos de los sultanes, que acabaron por ser quienes los ponían en el trono y los deponían, detentando, en realidad, todo el poder.

Ahora bien: esos jenizaros eran eunucos lo mismo que sus colegas, los *mamelucos*, que aparecen en *Las mil y una noches*—*Historia de Chanişchah* (Noches 295 a 316)—y que en los últimos tiempos del virreinato egipcio hicieron igual que los jenizaros en la metrópoli.

Y con esto queda ya suficientemente descifrado el anagrama psicológico del *jazi* o eunuco.

## LOS LOCOS

Los locos ya es cosa sabida que inspiran a los orientales ese mismo superstitioso respeto, de carácter místico, que a los antiguos griegos. El loco o *machnun* es un poseído de algún *chinn*

o genio y que por ese concepto está en comunicación con el mundo invisible y ve cosas y percibe misterios vedados para los demás mortales. La locura es la brecha por donde el mundo de lo irracional o mágico comunica con el intelecto del hombre.

El loco no puede causar especial sensación en este Oriente donde todos están más o menos locos, los unos por amor y los otros de lecturas quiméricas, o de ambas cosas a la vez, como nuestro inmortal hidalgo.

Los locos de amor son célebres en la literatura oriental, donde abundan los enamorados Macías, que ostentan con un místico orgullo su título de locos, al modo de ese famoso *Machnun*, «el loco de amor por Leila», sobre el cual se han escrito tantas novelas en árabe y persa.

Pero locos son allí todos los enamorados, que exaltan su pasión hasta el grado sublime, que linda ya con la demencia. Locos de amor temporales, tan locos que reclaman la camisa de fuerza, como el príncipe *Kamaru-s-Semán* y la bella princesa *Budur*, la hija del rey *Gayur*, y ambos, efectivamente, son *machnunin* o posesos, ya que los genios tienen la culpa de que hayan perdido momentáneamente la razón. La locura de amor no es una simple hipérbole en ese Oriente apasionado, donde el amor, como ya dijimos, se manifiesta con todos los síntomas de una psicosis y hasta de una enfermedad somática.

«El amor es como la locura y todo se le perdona», dice un proverbio oriental, que declara, al mismo tiempo, el fuero de esos enamorados y locos gozan en esos comprensivos países.

La locura confiere privilegio y hasta honores de santidad. Claro que se trata de locos pacíficos, de locos hasta cierto punto razonables, como nuestro Quijote; para el loco furioso, agresivo, no hay más que la camisa de fuerza.

Casi todos los locos de *Las mil y una noches* lo son por trauma emocional; son locos pasionales, aunque también los hay de tipo delirante, como el Iffân de la historia de Balukiya, trastornado por lecturas de libros fantásticos, como los que dementaron al hidalgo manchego.

Lo notable es que esos locos sueltos son los verdaderos locos de *Las mil y una noches* y no los que en las *Historias de los tres locos* (Noches 961 a 973) se nos muestran reclusos en el manicomio de Bagdad (lo del manicomio es un decir), con ocasión de la visita que el rey Mahmud hace al establecimiento y que no son sino tres desdichados. Lo que es casi la regla general.

Un caso de locura interesante, quijotesca, es el de aquel maestrillo de escuela que se enamora locamente de una mujer fantástica, por haber oído la copla de un transeúnte, en que se la mentaba.

Pero el caso más interesante no propiamente de locura, sino de una penumbra mental, que habría podido abocar en verdadera vesania, de hamletiana duda, es el que se nos describe en la *Historia del durmiente despierto* (Noches 576 a 583), ese cuento que podría haber inspirado el comienzo de la comedia de Shakespeare *La fierecilla domada* y el drama de nuestro Calderón *La vida es sueño*.

Abu-Hasán, que así se llama el protagonista, es conducido narcotizado por Harunu-r-Raschid a su palacio y el jalifa da orden a todos de que cuando se despierte lo traten como si fuera él mismo; no es de extrañar que Abu-Hasán llegue a créerselo, y al restituirlo el jalifa, mediante otro narcótico, a su primer estado, no sepa ya quién es y caiga en un proceso de disociación de la personalidad que hace que lo encierran en un manicomio, donde paradójicamente recobra la razón.

Ese es el caso de locura miliunanesca que presenta más interés desde el punto de vista de la moderna psiquiatría, pues recoge la observación de un proceso psíquico que radica en la base de muchos complejos psicopáticos, y que, de otra parte, constituye un tremendo problema metafísico.

No se dan en *Las mil y una noches* locos agresivos, furiosos, pues los locos de amor de sus historias son más bien del tipo hipotónico, locos sentimentales, melancólicos, y desde luego no verdaderos locos; cuando más, llegan a concebir la idea del suicidio, como ese Ali-ben-Bekkar, que intenta arrojarle al río para morir ahogado, como las heroínas de nuestros folletines, y que, como ellas, es socorrido a tiempo por un alma compasiva.

Poca es, pues, la materia de observación documental que a la moderna psiquiatría pueden ofrecer los locos de *Las mil y una noches*, que son locos como lo son los amantes y los poetas, en el concepto de las gentes vulgares, de esos seres enteramente razonables que, por otra parte, son enteramente hipotéticos, pues no hay quien no tenga momentos y venates de locura y vetas de enfermedad, a menos de ser idiota. «Solo los tontos gozan de salud perfecta», dice un proverbio francés.

Dejemos, pues, a los locos y paseemos a fijarnos en otras variedades significativas de personas razonables o que pasan por serlo y, sin embargo, no lo son, por lo menos del todo.

## LOS OPIOMANOS

Entre los bufones y los locos deben ubicarse estos semilocos y semibufones que constituyen la plaga social del Oriente, donde abundan tanto como los alcohólicos en Occidente.

Los comedores o fumadores de opio y sus derivados—*banch*, *kif*, etc.—viven

en un estado de semilucidez habitual, como nuestros alcoholizados, sin que ello les impida hacer su vida corriente y mezclarse en la de los demás.

Los opiómanos son apáticos, semi-conscientes, abúlicos, pero se mueven con un automatismo que engaña, y, cuando no están públicamente reconocidos como tales, pueden dar la sensación de hombres normales, discretos y hasta sabios.

El opiómano, por otra parte, es inofensivo, carece de agresividad y resulta un personaje simplemente cómico, que a veces se engaña a sí mismo como un poeta. Tal el opiómano de *Las mil y una noches*, pescador de oficio, que toma un reflejo de la luna llena por un lago y se pone a pescar.

Lo temible es las consecuencias que puede acarrear las complicaciones en que el opiómano se mete y mete a los demás, si les dan crédito a sus alucinaciones. El opiómano es capaz de perder un pueblo y en ese sentido representa un enemigo público, como hoy se dice.

Inducido por su habitual condición de visionario, se lanza de buena fe a las empresas temerarias, de las que suele salir bien librado, porque goza de la inmunidad de los locos y bufones y también porque, a veces, su propia excitación cerebral le inspira aciertos sorprendentes, cual si estuviese dotado de una suerte de videncia.

Así ocurre en el caso de esos tres compadres que, conducidos ante un sultán, irritado por el alboroto que arman a las puertas mismas de su palacio, se hacen pasar respectivamente por genealogistas de piedras preciosas, de caballos y de personas, sin tener la menor noción de esas materias.

Como es natural, el sultán los somete a una prueba difícil, notificándoles que, si no salen de ella airosos y acreditan sus habilidades, serán condenados a muerte.

Cualquiera pensara que aquel sería el fin de sus travesuras; pero no hay tal, pues los tres aciertan, cada cual en lo suyo, por arte de birlibirloque, y el genealogista de seres humanos adivina el origen adulterino del monarca, que al conocer que es bastardo, en virtud del testimonio irrefragable de su propia madre, baja del trono, sienta en él al opiómano y, vistiendo hábito de *der-visch*, deja su corte y emprende vida errante y misera. *Historia del hijo adulterino* (Noches 951 a 956).

El fumador de opio sale siempre bien parado de todos sus enredos, pues aparte de que sus cosas hacen reír, cuenta también con la solidaridad de sus congéneres, que tienen representación en todas las clases sociales, en la judicatura y en las altas esferas del gobierno.

El uso de los estupefacientes en todas sus variedades—*althaschische*, opio, daturina, *kif*, etc.—ingeridos en forma de píldoras o fumados en pipa, como el tabaco, es general en todo el Oriente, empezando por China, donde la pintura de sus funestos estragos ha inspirado toda una literatura altamente patética.

El uso continuo de la droga desorganiza la vida moral del individuo y provoca graves disociaciones de la personalidad, creándole al sujeto un mundo fantástico en el que acaba por disolverse la noción de su yo.

En *Las mil y una noches* el complejo psicopático originado por el estupefaciente no alcanza proporciones tan graves y el fumador de *althaschische* no pasa de ser un personaje cómico y no mucho más visionario que un poeta, y como allí todo el mundo es un poco opiómano y un poco poeta, es preciso que el fumador de *althaschische* haga algo muy gordo para que se haga notar.

A la cuenta del *althaschische* hay que cargar buena parte de esas cosas

inverosímiles que los personajes mili-unanochescos nos cuentan como sucedidas; Simbad, el marino, muestra a veces una fantasía excitada por el *al-haschische*, y, en términos generales, todas las historias del libro parecen embebidas en una atmósfera opiácea, gracias a la cual alcanzan ese grado de poder sugestivo, ese hechizo especial de que carecen nuestras literaturas, hechas a base de café y tabaco.

De ahí que Tomás de Quincey y Baudelaire, en el siglo XIX y quizá bajo la sugestión de *Las mil y una noches*, recurrieron al opio en demanda de esa exaltación, que se refleja en los *Recuerdos de un opiófago*, del primero, y *Los paraísos artificiales*, del segundo.

Digamos, de pasada, que en ese promedio del siglo XIX a que nos referimos el opio y sus sucedáneos estuvieron de moda en Europa entre los escritores y los buscadores de sensaciones raras como algo más excitante y provocador de delirios más inéditos y exquisitos que los del alcohol, siempre de un matiz más plebeyo, aunque en Poe —es verdad— el delirio alcohólico engendre sueños tan originales y prodigiosos. Pero es que Poe, por lo menos espiritualmente, había fumado opio miliunanochesco en sus lecturas.

El conde de Montecristo, que se firma en ocasiones «Simbad, el marino», fuma opio y se lo da a fumar a sus amigos.

Pero el opio y sus derivados no ha llegado a aclimatarse nunca en Europa, donde el alcohol y el tabaco han sido los excitantes habituales del hombre corriente y del escritor; su verdadera patria es el Oriente, pues por la inevitable paradoja es en esos países donde los hombres, soñadores ya por naturaleza, se han provocado siempre sueños artificiales.

Pero es que la vida en esos países de gobiernos despóticos fue siempre dura y el opio es el anestésico de todos los

dolores, la completa y dichosa amnesia.

Baudelaire llamó a los ensueños opiáceos «paraísos artificiales», y ellos son necesarios al hombre cuando la tierra en que vive es un infierno.

Pero la frase de Baudelaire nos pone en relación con el mito del famoso *Viejo de la Montaña*, ese personaje semifabuloso de la época de las Cruzadas, jefe de la secta de los *haschuschin* o «asesinos», que en su castillo roquero embriagaba a los cruzados cautivos con *alhaschische* y les hacía ver el paraíso mahometano y gozar del amor de las huries, sumiéndolos en tal estado de enervamiento que acababan por apostatar.

Por donde vemos que el *alhaschische* ha sido en Oriente un arma política, en cierto modo comparable con el «agua tofana» de Borgias y Médicis, aunque de efectos más benignos; el narcótico que, sin ser mortal, libra por lo menos temporalmente de un enemigo y lo pone en estado de sueño, parecido a la muerte.

El narcótico juega un gran papel en los enredos cortesanos de la Edad Media y hasta en la Moderna; en *Las mil y una noches* es el medio que emplea *sitt* Sobaida, la esposa y prima de Harun-r-Raschid, para deshacerse de los rivales que estima peligrosas.

Los árabes que invadieron España fumaban *alhaschische* y de ellos aprenderían su uso los cristianos, según lo prueba la forma romaneada de *alhaschische* con que se le menciona en los escritos antiguos.

Pero su uso no llegó a generalizarse entre los indígenas, que hasta el nombre de la droga olvidaron, imponiendo la necesidad de una nota explicativa en los libros de viajeros que en siglos posteriores lo mencionan.

En el siglo XIX se habla sobre todo del opio y la morfina como anestésicos de uso legal, y de opiófagos, opióma-

nos y morfinómanos, como de individuos que de ellos abusan.

En el presente siglo la literatura orientalista, inspirada por Marruecos, introduce la voz «kif» con la misma connotación estupefaciente y excitante que el *alhaschische*, y Valle-Inclán titula *La pipa de kif* uno de sus libros de versos.

Por lo demás, la moda de esos estupefacientes orientales ha pasado en Europa, tanto en la vida como en su reflejo, la novela, pues a todos los ha destronado ese poderoso alcaloide, ese demonio seductor y terrible: «cócó».

El hombre y la mujer modernos toman «cócó» cuando pueden—por las dificultades de su adquisición—y cuando no, *coctel* y *whisky and soda*.

### EL «TOFAIL»

El *tofail*, cuyo nombre viene de la raíz «tfl»—que significa niño—, es un personaje típico de *Las mil y una noches* que guarda cierta relación con el parásito del poema griego y la novela romana y con el «gorrón» de la nuestra, pero no es propiamente el mismo.

El *tofail* oriental puede ser un gorrón, pero no todo gorrón es un *tofail*. Lo que a este caracteriza—y de ahí le viene el nombre—es cierta inconsciencia infantil que le incapacita para refrenar sus impulsos primarios, entre ellos la curiosidad, cierto tropismo que le lleva detrás de lo que le impresiona y lo impulsa a meterse donde no le llaman.

El *tofail* es, más que nada, el entremetido, el intruso o polizón, que vuelve a decirse hoy, pero que no obra a impulsos del interés o el arribismo, con un fin calculado y egoísta, sino de un modo inconsciente, como queda dicho, y por lo cual suele verse en graves apuros, pues se mete él mismo en la boca del lobo.

Representación insigne del *tofail* la tenemos en el barbero de Bagdad, ese complejo As-Samet, que entre sus otras cualidades enojosas de locuaz y entremetido tiene esa de la curiosidad o el espíritu de imitación, que le induce a sumarse a todos los cortejos, aunque sean de condenados a muerte que van al suplicio, por lo que una vez llega a encontrarse ya bajo el enhiesto alfanje del verdugo.

Pero todos los personajes de *Las mil y una noches* tienen algo de *tofail*, pues todos son curiosos, inquisitivos, y todos gustan de averiguar secretos y enterarse de vidas ajenas, empezando por el propio jalifa Harunu-r-Raschid, que, como sabemos, gusta de introducirse en las casas y más de una vez se ve en situación comprometida y oye lo que no quisiera por culpa de su irreprimible curiosidad.

Curiosidad, espíritu de imitación, tropismo psíquico, entran a formar el complejo del *tofail*, que lo mismo se incorpora a una boda que a un entierro, y no es, por tanto, el gorrón de la *Odisea*, sino más bien el Vicente de nuestro refrán, que va donde va la gente, entre otras razones porque no tiene adonde ir.

Puede que entre también en el complejo *tofailico* algo de presunción, de ansias de figurar, de hacer bulto, arribándose a los que lo hacen; pero lo que no parece incluirse en el complejo es el espíritu de arribismo, que ya supone cálculo; el arribista emplea procedimientos de *tofail* para introducirse cerca de los grandes del mundo, como el protagonista de cierta historia de Al-Atlidi, pero no es un *tofail* auténtico, como el barbero As-Samet, que sería capaz de dejarse ahorcar o decapitar por ver adónde llevaban una cuerda de presos.

Esa curiosidad, solo comprensible en esos tiempos remotos de *Las mil y una noches* y en esas sociedades quietistas

donde realmente nadie tenía nada que hacer y todo el mundo se moría de tedio, sin prensa ni radio, está en la base de la caracterología del *tofail*, tipo que también se dio por esa misma época entre nosotros y ha pervivido hasta nuestros días, engendrando esos personajes novelescos del mirón, el «seguidor», el *flameur*, el *marcheur*, etcétera, que ya han pasado a los museos.

El seguidor de mujeres, tan bien observado por Arsenio Houssaye en la humanidad real del segundo imperio francés, arranca del *tofail* y representa una de sus modalidades; es el mismo hombre que en *Las mil y una noches* sigue a la tapada y que, como aquel, no lo hace tanto por verdadero impulso erótico como por la curiosidad de verle la cara o conocer su casa y oírle la historia de su vida, pues las más de esas conquistas terminan en eso: en una historia.

Muchas son las referentes a *tofailes* que figuran en toda la literatura narrativa de los árabes, y no pocas de ellas se refieren a personajes reales, históricos, como el famoso músico Mozul-Is-hak, músico de cámara del jalifa Al-Mamún, que en funciones de *tofail* aparece en *Las mil y una noches* y se introduce en una casa donde dan una fiesta, confundiendo con los invitados, hasta que al fin es advertida su intrusión y tiene que descubrir su personalidad verdadera.

Lo corriente es que el *tofail* no salga malparado de sus imprudencias y sepa salvar el peligro de su equívoca situación con una frase ingeniosa, un bello poema o un rasgueo de guitarra, que desarma las iras del anfitrión.

A veces, como en la anécdota aludida de Al-Atlidi, la audacia del *tofail* es apreciada con estimativa yanqui por el señor de la casa como indicio de carácter y vale al intruso la posición que iba buscando.

## EL «MUGAFFAL», EL «TAMMA», EL «JARIFO»

En este capítulo de anormales, en cuya psicología se advierte una base de infantilismo, debemos incluir a tres tipos curiosos y pintorescos, que tienen su ficha genérica y múltiples personificaciones en la literatura popular de los árabes: el *mugaffal*, el *tammâ* y el *zafiro* o *jarifo* de nuestros romances.

Los tres tienen un rasgo común, que consiste en su inconsciencia más o menos marcada, en su «excentricidad»; los tres están fuera de su centro o de lo que como centro consideran los demás.

El *mugaffal* es el más descentrado de todos; literalmente, el nombre que lo designa significa el «descuidado, el insolente, el apático», y es, con efecto, un sonador egolátrico, desentendido de la realidad y de la acción, que se crea un mundo quimérico y vive en él encerrado como el fumador de opio en su globo de humo.

Los sueños del *mugaffal* son siempre agradables y de tipo egolátrico, como suelen serlo, por lo demás, los de las personas normales. Son ilusiones de las que tiene todo el mundo; lo morboso en el *mugaffal* es que cree en ellas como si fueran realidades, de suerte que es un iluso en máximo grado, en lo que delata el fondo infantil de su psicología.

Y precisamente por ese fondo infantil confina con el *tammâ*—literalmente «el ansioso»—que es también un iluso y un egolatra en no menor grado. El *tammâ*, proverbialmente representado por antonomasia en el personaje popular Aschâb, es un glotón, un ansioso, que ya en ello delata su infantilismo, y, además, un iluso, que siempre espera verse obsequiado con aquello que appetite y no posee, ya se trate de una buena comida o de una huri.

El *mugaffal* y el *tammâ* son dos

modalidades apáticas del *tofail*, al que su deseo o su curiosidad impelen a la acción, y que ya frisa con el pícaro antiguo y al arribista de hoy.

El *jarifo*, en cambio, es de carácter activo, y por ello se aproxima más al pícaro; es un excéntrico, un hombre que hace cosas raras, pero las hace y no simplemente las sueña. El *jarifo* es vanidoso, petulante, tiene ingenio e ideas propias, sostenidas en una dialéctica sofisticada muy personal y donosa; tiene con todo ello algo del «gracioso», del «chulo» y del *dandy*.

El *mugaffal*, el *tammâ* y el *zafiro* son tres fichas psiquiátricas interesantes de *Las mil y una noches*.

### LOS «SCHIUJ», JEQUES O JEIQUES

Los *schiu*j (plural fracto de *scheij*, anciano), jeques o jeiques de nuestro romance, son esos personajes graves, afables e imponentes al par, de largas barbas blancas o simplemente encanecidas, que, en las estampas orientales y en los tapices persas, vemos lujosamente vestidos, voluminoso turbante y largas túnicas, en el centro de un corro de individuos que los escuchan con embeleso y parecen aguardar un fallo.

El *scheij* viene a ser el «senior o decano» de los latinos, de donde se deriva nuestro título honorífico de «señor» o «don», pues solo empieza a merecer el hombre ese tratamiento entre los orientales cuando pasa de los cuarenta años, es decir, cuando ya se le supone con experiencia bastante para haber adquirido cordura y poder aconsejar a los demás y resolver sus pleitos con equidad perfecta.

Es la fama de su discreción e imparcialidad, de su espíritu ponderado y ecuánime lo que confiere al *scheij* ese prestigio de que aparece nimbado y lo constituye en una autoridad espontá-

neamente acatada y superior a la de las verdaderas autoridades oficiales, del gualí y el cadí, que no siempre están exentos de venalidad y servilismo al poderoso.

Todo hombre de más de cuarenta años, es decir, en la edad de la canicie incipiente, tiene derecho al tratamiento de *scheij*, aunque sea un pobre, pero tiene que inspirar respeto a los que lo ven; un piojoso pescador puede oírse llamar *scheij* si tiene un aspecto venerable.

Pero el verdadero *scheij* es, naturalmente, el hombre que, además de venerable y bien famoso, posee riquezas suficientes, de procedencia legítima, para sostener debidamente el rango y socorrer con largueza a los que se le aproximan; el hombre que, como Simbad, el marino, tiene tras de sí una honrosa historia de mercader viajero, que ha corrido tierras y mares y ha vuelto rico a la suya, en situación económica que le permite ser luego un espectador neutral de la vida y guiar a sus convecinos con sus consejos y socorrerles con sus dádivas. Estos son los verdaderos *schiu*j y de ellos toman por reflejo su prestigio aquellos otros que solo tienen de *schiu*j las largas barbas canas y el vano orgullo de su genealogía; el *scheij* perfecto es un mercader justamente enriquecido y que todo se lo debe a su esfuerzo.

Esos *schiu*j son como Salomones, cuya sabiduría todos acatan y a cuyo poder espiritual se someten los propios *afarit*, según puede verse en la historia del pescador y el *efrit*, y a lo largo de *Las mil y una noches* podemos ver, moviéndose entre los demás hombres, como seres aparte, cual genios benéficos, que salvan fortunas y vidas, zanján pleitos y reconcilian enemistades, y pasan por el mundo derramando palabras de un valor tan subido como las gruesas perlas y diamantes que adornan sus túnicas.



## LOS REPRESENTANTES DEL PODER

Terminaremos esta revista de los tipos representativos de la sociedad islámica, según se nos presentan en *Las mil y una noches*, con la de aquellos personajes en que se encarna la representación del poder político, sultanes o ministros, visires, gualies o gobernadores y cadies o jueces, que rara es la historia en que no figuran.

De los sultanes de *Las mil y una noches* y de sus visires poco hay que decir; los primeros responden al tipo tradicional del monarca absoluto, dueño de vidas y haciendas, sin ningún freno práctico que coarte su voluntad omnimoda, aunque estén, sin embargo, sujetos a las sugerencias, no siempre buenas ni desinteresadas, de sus visires o ministros, o a los influjos de sus favoritas. En el fondo, toda su actuación depende de estas sugerencias e influjos. En *Las mil y una noches* abundan las historias de monarcas enteramente dominados por su visir o por su concubina predilecta, que lo llevan por donde quieren, lisonjeando hábilmente sus pasiones, y a veces los ponen al filo de la ruina; no es de extrañar que así ocurra, pues esos soberanos orientales suelen ser ignorantes, supersticiosos, impulsivos, holgazanes y lujuriosos; hombres sin control sobre sus instintos, y, en muchas ocasiones, aventureros afortunados, bandidos o guerreros de buena estrella, sin ninguna preparación política.

En general, y salvando los casos de dinastías firmemente asentadas como la de los jálifas abbasies, el sultán suele ser un advenedizo, como su gran visir; es un buen mozo que ha tenido la suerte de agradar al viejo sultán, que, para retenerle a su lado, lo casó con su hija y lo asoció a su trono; cuando no es la hija la que, enamorada del buen

mozo, se lo impone al padre. Después de lo cual el nuevo monarca de chiripa elige, por la misma razón de simpatía, a su gran visir. Todo, en ese Oriente primitivo sobre el que se proyecta la modernidad de *Las mil y una noches*, está fiado a la suerte, al sino, y la elección de rey se hace, a veces, por modos tan caprichosos como los que se nos describen en la *Historia del rey Kamaru-s-Semán y del rey Schahramán* (Noches 148 a 176) o la del *hijo del rey y sus compañeros* (Noches 797 a 799), es decir, sentando en el trono al primer extranjero que acierta a pasar por el camino o que se aproxima a las puertas de la ciudad.

Lo cual no es enteramente fantástico, como pudiera pensarse, sino que recoge tradiciones históricas y hasta obedece a una razón de prudencia política: al deseo de evitar discordias entre los aspirantes al poder, cuando no representa un recurso conciliatorio para dejarlos a todos contentos, fiando a la suerte la solución de sus disputas.

Sea como fuere, la realeza en esos pueblos antiguos de Oriente es cosa de albur, como todo, y cualquier hombre, de la noche a la mañana, puede verse convertido en sultán, y ese sultán advenedizo elegirá luego por el mismo procedimiento arbitrario a su gran visir y a todos los grandes funcionarios de su corte.

La simpatía, la oportunidad, abren la puerta de los corazones y, con ello, las de los tesoros y las alcobas.

La cosa es así desde los tiempos bíblicos de José, el gran visir del Faraón, elevado a tan alta dignidad por su arte para interpretar sueños.

Que el monarca o el visir acrediten luego su sentido político, infuso, y gobiernen bien a su pueblo, es algo que depende también de la fortuna.

Pero frente a esta serie de monarcas y visires advenedizos hay paralelas otras de reyes y ministros, ya asenta-

dos en forma de dinastías antiguas e igualmente hereditarias, y en las que han tenido tiempo de formarse generaciones de buenos políticos, y entonces se da el caso del buen visir, que actúa de conciencia del soberano y trata de contenerlo en sus desafueros y rectificar las desviaciones pasionales de su línea regia. Tales visires, como el Schemmás de la historia del rey Cheliád, vienen a ser como los domadores de esos leones coronados, a cuyas garras perecen más de una vez. Tienen que luchar no solo con la voluntad caprichosa del monarca, sino también con los hechizos sensuales de sus favoritas, que deshacen en el harén la labor que ellos hacen en el diván.

En las relaciones de Harunu-r-Raschid con su gran visir Châfar podemos ver todo el proceso de esa pugna entre la prudencia del buen visir y el influjo emocional del harén, personificado en los celos de la sultana Sobeida, que al final sale vencedora en esa rivalidad entre Minerva y Venus.

No hemos de insistir sobre este punto, que no hace ahora al caso, en que solo interesa hacer constar que en *Las mil y una noches* se nos pintan monarcas buenos y malos, asistidos de visires igualmente buenos y malos, sin que se advierta en esas descripciones ninguna marcada tendencia condenatoria y apologetica ni se deje traslucir otra cosa sino la verdad axiomática de la gran importancia que, para el gobierno de los pueblos, tiene la buena elección del gran visir o primer ministro, que es, precisamente, la conciencia del rey y el cerebro vigilante del reino.

Los buenos visires nombran, o hacen nombrar al monarca, buenos funcionarios, gobernadores probos y jueces equitativos, cuya acertada elección es tan principal como la del propio gran visir, pues ellos son los que se hallan en contacto inmediato con el pueblo, para el que el rey y su gran visir son

entidades inaccesibles e invisibles, como no sea por casualidad, y los encargados de poner en práctica cotidiana las buenas máximas de gobierno.

Ahora bien: en este capítulo de gobernadores y jueces es donde *Las mil y una noches* formulan una opinión francamente escéptica, expresada en forma preferentemente satírica y que abarca no solo a ellos, sino a sus instrumentos o agentes, policías y guardias, a todos esos llamados agentes de la autoridad. Desde el gualí hasta el último esbirro todos aparecen en las historias milinuanochescas acusados de venalidad, torpeza y caprichoso abuso de su poder, fáciles al cohecho y al soborno en todas las formas, de todo lo cual la musa popular, erigida en Némesis, se venga alegóricamente en cientos de anécdotas rebosantes de una hiel disfrazada de humor.

Tales manifestaciones literarias del resentimiento popular contra las representaciones accesibles del poder del inaccesible monarca son comunes a toda la literatura de los tiempos medievales, en que rigen los absolutismos políticos y en la nuestra no es donde menos abundan; el clamor contra los jueces, sobre todo, es general en esa época y se extiende aun a sus agentes subalternos, escribanos, alguaciles y alguacilillos y demás gente de curia. La novela picaresca está llena de denuncias y apelaciones contra esa mala justicia de los hombres, que es todo lo contrario de la Justicia, y expresa en otra forma las mismas condenaciones que los libros ascéticos tienen para el juez prevaricador y venal, que un día también habrá de ser juzgado.

El aspecto político de la mala administración de la justicia viene a doblarse con el sentido religioso como un problema de conciencia, ya que en las sociedades organizadas sobre base religiosa todos los representantes del poder, empezando por el propio monarca,

son mandatarios de Dios, el poder sumo, y es natural que, en último término, el mal juez venga emplazado ante Dios y así se lo comuniquen sus víctimas al sufrir el agravio.

Y a fe que en el Islam no faltan al agraviado textos irrefutables con que confundir y amenazar al mal juez, pues en el *Corán*, que todo buen creyente se sabe de memoria, hay un copioso florilegio aplicable al caso; Mahoma, que participaba de la opinión peyorativa de su pueblo con respecto a los jueces prevaricadores, dice textualmente en el versículo 49 de la sura V: «Cualquiera que no tomara por regla de sus juicios la verdad que Al-Lah hizo bajar del cielo, será prevaricador.»

El buen juez ha sido siempre tan raro que, sobre todo en Oriente, es general el mal concepto del juez, que comprende toda la especie judicial.

Y con esto damos por terminado este ligero examen de las instituciones políticas del Islam, en *Las mil y una noches*, pues falta en su lista esa otra institución que entre los antiguos hebreos y los pueblos de Europa tuvo tanta influencia y poder: la teocracia, el clero.

Entre los musulmanes no existe una teocracia, porque no existe clero organizado; todos los creyentes son sacerdotes y pueden desempeñar las funciones de tales, que se reducen a leer el *Corán* para él solo o para su familia o sus amigos reunidos a ese fin.

La base del culto mahometano es el Libro, que en las mezquitas se guarda en el *minhrab* o santuario. Y el Libro lo puede leer cualquiera que sepa leer, aunque son, naturalmente, preferidos para la lectura pública en las mezquitas, los viernes, aquellas personas dotadas de una voz hermosa y una dicción clara.

Los acontecimientos de la vida civil —nacimientos, defunciones, matrimonios, divorcios— se tramitan también por

la vía civil y son de la jurisdicción y competencia exclusiva del cadí. El *Scheifu-l-Islam*, que a primera vista parece una autoridad religiosa suprema, no es sino un Kadi-l-Kodá, un Juez de jueces, y el Gran Mutfi un redactor de decretos imperiales.

No hay clero, pues, cuya opinión pese en lo político ni ejerza censura o coacción sobre la vida privada ni sobre la conciencia del individuo, cuyos actos y pensamientos solo a Dios compete juzgar.

Por ese lado el musulmán es completamente libre, claro que a condición de no salirse de la esfera íntima, que, de lo contrario, si incurre en herejía, o lo que llamamos en Occidente «escarnio del dogma», corre peligro de castigo inmediato, tanto más cuanto que en esa comunidad religiosa sin sacerdotes que es el Islam todos los creyentes lo son y forman, entre todos, la más temible teocracia.

El *Corán* es un código religioso y civil, y el cadí, por tanto, tiene mucho de sacerdote. Cuanto al jalifa, que es el vicario de Alá, el Papa mahometano, puede imponer él mismo el castigo al hereje, sin haber de entregarlo al brazo secular, y más de una vez lo vemos usar de ese fuero en estas historias.

Resulta, pues, ilusoria la libertad de espíritu del musulmán, aunque no exista en esos países islámicos un cuerpo organizado de represión religiosa, como la Inquisición occidental. Los fanáticos, los *zelotes*, forman una Inquisición siempre armada y vigilante. Quizá por eso los rapsodas y escribas de *Las mil y una noches* muestran una ortodoxia perfecta y solo a título de broma inocente se permiten alguna irreverencia, inmediatamente rectificada.

No quieren topar con la Iglesia, allí donde todo es Iglesia y ellos mismos también.

## LAS RAZAS EN LAS MIL Y UNA NOCHES

### EL NEGRO

Encontramos en *Las mil y una noches* personajes representativos de las razas principales que, en la época del jefato, componían la gran comunidad islámica; toda una humanidad abigarrada, blanca y negra, de persas, judíos, indios, turcos, curdos, nubios, etiopes, francos de los de las Cruzadas, egipcios y, desde luego, árabes de la ciudad y árabes del campo o beduinos.

Es interesante inferir algo así como una psicología de las razas al través de las esquemáticas caracterizaciones con que esos ejemplares étnicos se nos describen por los rapsodas, que, según su costumbre, no son nada explícitos ni tampoco grandes psicólogos, y se limitan, por lo general, a reproducir la idea que de ellos se forma el vulgo árabe, influido por prejuicios que a veces arrancan de la *Biblia*, ese tribunal en que se residen individuos, razas y naciones, y que no puede tomarse como dato de observación directa.

Así ocurre, por ejemplo, en el caso de los negros, en cuya visión peyorativa entra por mucho el infantil prejuicio del color; negros pinta la tradición popular a los *afarit* y demonios, y de ahí que los individuos de ese color aparezcan descritos con rasgos deformes y bestiales no solo en lo físico, sino en lo moral, y ese prejuicio se extiende no solo a los negros, propiamente dichos, sino también a los individuos de color moreno acentuado, pues el adjetivo «asud»-negro-lo aplican también a los árabes, a los indios, según puede verse en el tratado que el polígrafo Ach-Chaniz escribió acerca de la superioridad de los blancos sobre los negros,

donde con este nombre entiende designar a los indios.

El negro de *Las mil y una noches*, cuando no es un verdadero monstruo, un diablo, perteneciente a la fauna del mito, es un ser de psicología elemental, de una insensibilidad que raya en el sadismo, y responde a los lamentos de la víctima con esa risa explosiva, hueca, que hoy valorizan las orquestas de *jazz*, y, sobre todo, una lujuria bestial, fulminante e irreprimible, como un ataque de epilepsia. Ese es el lado por donde el negro se considera superior al blanco, cuando su dueño no ha tenido la precaución de «eunuquizarlo», y por ello aparece en múltiples historias como el demonio lúbrico, que domina a esas insaciables orientales, a esas Pasifaes que requerirían un minotauro, y para las que, esos negros lascivos y rijosos, suplen a la bestia que necesitarían.

Numerosos son los ejemplares de esos negros, en la humanidad miliunanochesca, que figuran como demonios lúbricos, sexualmente poseedores despoticos del albedrío de una mujer, a la que tienen hechizada, sometida, fascinada por su poder genésico, del que uno de ellos paladinamente se jacta, diciendo:

—Ya sabes que los negros tenemos prioridad sobre los blancos en el capítulo de la sexualidad.

No hemos de meternos a contradecirlo, ya que la afirmación del cinico parece un axioma, y los extremos de abyección a que sus concubinas llegan con ellos, según los narradores, lo confirman hasta la saciedad.

Solo insistiremos en ese otro rasgo psicológico que ya Máximo Valerio, en sus tiempos, hizo resaltar en su anecdotario, uniendo en un epigrafe los vocablos «Luxuria» y «Crudelitas», o sea el del sadismo que matiza esa lujuria negra, y del que tenemos un ejemplo insigne en ese esclavo Gazbán, cuyo

apodo ya declara su carácter iracundo, su mal carácter, brutal y violador de la reina Abrisá, que ni siquiera respeta su condición de recién parida. Es una de las escenas más repugnantemente crudas y realistas del libro, en que hay tantas, aquellas en que el negro Gazbán, sexualmente excitado al contemplar la blanca desnudez de su señora, salteada de los dolores del parto, en mitad de un campo desierto, lo que debía inspirarle respeto y piedad, lanzase sobre ella, sin hacer caso de sus ruegos ni lloros, y, luego de poseerla cual demoniaco incubo, la roba y asesina, lo que acaso significase una gracia para esa reina altiva y casta, que no habría podido sobrevivir a la afrenta.

En el negro Gazbán se vincula la representación de su raza, en la culminación de sus características, y su caso de lujuria fulminante, a vista de la carne blanca, concuerda con lo que los novelistas americanos—como Waldo Frank en su *Holiday*—nos describen al dramatizar casos de linchamiento en que el reo obró a impulsos de esa misma lujuria alucinante que abolió momentáneamente en él la conciencia y lo dejó indefenso ante el complejo atávico subconsciente, formado de recuerdos de selváticas orgías rituales erótico-guerreras.

El negro de *Las mil y una noches* marca el último eslabón entre lo humano y lo zoológicamente bestial, y de él ya se pasa al comercio sexual con animales, monos u osos o con monstruos de naturaleza francamente fabulosa.

### EL BEDUINO

Solo hay entre los seres humanos de *Las mil y una noches* uno que pueda equipararse en brutalidad y crueldad al negro, y es el beduino, ese nómada de mentalidad retrasada que, a fuer de

campesino o campero (tal significa su nombre de *bedauí*), odia las ciudades y sus moradores con un odio instintivo que a veces se tiñe de matiz religioso, haciéndose exponente de la fe y la moral puras del campo frente a la proverbial corrupción de las urbes; el mismo fenómeno que modernamente hemos podido observar entre los nihilistas rusos, anatematizadores de la urbe, cuya destrucción preconizaban a golpe de bomba; eso los ingenuos y optimistas, que los otros, los extremados y pesimistas, predicaban la destrucción de todo el planeta, con la ciudad y el campo, mediante una voladura como las que hoy produce la bomba atómica.

Esos beduinos nihilistas, supervivientes testarudos del estado social del nomadismo, reivindicaban con su caballo y su lanza el señorío absoluto de los campos y los caminos, limitando virtualmente a las ciudades el dominio de los jefes, sultanes y gualies; eran un poder frente a otro y, organizados en bandas y cuadrillas, hacían frente a las milicias gubernamentales y campaban por sus respetos entre la inerte población rural y en las agrestes soledades desconectadas de los centros urbanos.

Era el bandido con infulas de caballero andante, y de nivelador social, que conocemos de sobra por nuestra novelesca antigua y hasta moderna, cuya genealogía va desde Jaime *El Barbudo* y los Siete Niños de Ecija, hasta el *Pernales*, cuyo tipo literario tiene una variedad romántica y festiva en el bandido generoso y enamorado, de la opereta italiana del siglo XVIII, y cuya compleja psicología ha motivado tantos estudios de sociólogos y psiquiatras (entre ellos el de nuestro Zugasti, *El bandolerismo andaluz*).

El bandolero beduino se distingue entre todos por su ferocidad y su absoluta carencia de sentido humano; cuando asalta una caravana, despoja a sus

victimias de todo cuanto llevan, hasta dejarlos en cueros, y después mata a los hombres y esclaviza a las mujeres y a los niños, para venderlos en los zocos; no hay nada que escape a su rapacidad ni nadie que de su crueldad se libre; solo levanta el campo cuando solo quedan en él cadáveres, que devorarán los buitres, esos otros bandoleros del aire.

A veces se introducen en las ciudades y asaltan las casas y las desvalijan y matan o secuestran a sus moradores, como en la *Historia de Ali-ben-Bekkar* y *Schemsu-n-Nehar* (Noches 138 a 147), donde causa la muerte, por trauma psíquico en sus delicados temperamentos, de esos dos románticos amantes; pero por lo general son el campo, los caminos, el teatro de sus fechorías; cuentan con guaridas recónditas entre montañas abruptas y a ellas conducen su botín y en ellas se refugian, después de dar el golpe, según puede verse en la *Historia de Ali Babá y los cuarenta ladrones* (Noches 980 a 989); tienen, finalmente, sus capitanes y sus mandos subalternos, como un pequeño ejército.

No insistiremos, pues, sobre estos detalles, comunes a todos los bandidos de todos los tiempos y todos los países, y solo haremos resaltar, como característica del bandolero beduino, su nihilista furia destructora, su vesania homicida, que hacen su encuentro en los caminos más temible que el del león, pues a este cabe amansarlo o intimidarlo con alguna de esas fórmulas de encantamiento que conocen los árabes, y a veces, como en la *Historia de Anisu-l-Uchud* (Noches 249 a 258), se postran ante la santidad o la inocencia, mientras que al bandolero beduino no hay nada que lo arredre ni ablande y en vano trataríais de refrenar a esos creyentes, pues lo son, invocando el nombre de Alá o de su vicario en la tierra el jalifa.

El bandolero beduino lo arrasa todo

a su paso, como el simún, y, al verlo venir, los mercaderes de las caravanas se echan a temblar y se disponen a morir, dando su testimonio de fe musulmana.

El bandido beduino, que es árabe y musulmán, tan árabe que se arroga el principado de la raza, no hace distinción entre creyentes o idólatras ni respeta los más elementales principios de la tradición de las gentes semíticas; para él no es sagrada la hospitalidad que le brindan—él no la da a nadie—, y no tiene reparo alguno en asesinar al hombre que lo hospedó en su alfanque y calmó su sed y partió con él el pan y la sal, esas especies sacramentales de la hospitalidad semítica. Así podemos verlo en esa historia en que el bandido Al-Fesari mata alevosamente a su huésped, aprovechando su sueño, y después asesina también a su hermana, que se lo reprocha, deshecha en llanto.

Pero lo más notable es que esos bandoleros beduinos conservan a veces, pese a toda su degradación, virtudes fundamentales de su raza y no pierden del todo los rasgos caballerescos de sus antepasados, los grandes señores del desierto, los Antara y los Chánfara y los Tárafa, y hablan como ellos el árabe más puro de la improvisación poética, del denuesto y la invectiva, retóricos y grandilocuentes. Ese asesino alevoso, Al-Fesari, sostiene con su huésped un coloquio rimado, en que ambos se interpelean y replican como dos luchadores homéricos o dos matones andaluces que se desafían en coplas antes de esgrimir sus facas.

Se trata, sin duda, de que el bandolero beduino es una deformación refringida, en un medio social nuevo, del antiguo gran señor nómada, que vivía de la rapina y el botín, pero legitimándolos con el derecho de guerra, en aquel medio anárquico anterior a la organización social y religiosa con que Mahoma trató de hermanar a las diver-

sas razas arábigas, contra la cual el bandolero beduino aparece como un sublevado.

Toda su línea delictiva arranca del punto inicial de no haber aceptado la vida sedentaria y alojándose en algún casillero del nuevo orden social; prescindiendo de eso, puede ser un caballero, a su modo, y, sobre todo, se lo puede creer, ya que, habiendo roto o no habiendo aceptado el pacto social, no tiene que rendir cuentas a nadie ni que reconocer más ley que la de su espada.

No hay que extender a todas las tribus beduinas esa ficha moral y psicológica del bandolero; hay también beduinos agricultores, pastores, ganaderos, que viven agrupados en núcleos rurales y no se cobijan ya bajo la lona del alfaneque, sino bajo el techo de la casa, y en esos beduinos resplandecen las buenas cualidades de la raza, la pureza de sangre y de lenguaje, la generosidad, el don político y la viveza de ingenio para la réplica inmediata.

A esas tribus de beduinos pacíficos pertenecen esas lindas muchachas que los sultanes, sedientos en el curso de sus cacerías, encuentran con el cántaro goteando agua sobre la cadera y a las que piden de beber, complaciéndoles ellas con amor, lo que da motivo a diálogos en que las bellas samaritanas ponen de relieve su erudición tradicional, su ciencia genealógica y su habilidad poética.

De muestra de esto puede servir ese paso en que el jalifa Harunu-r-Raschid tropieza con una de esas jóvenes y, después de someterla a prueba en un diálogo que es un examen, queda tan maravillado de su saber como desde luego lo estuvo de su belleza y decide pedirle a su padre su mano e incorporarla a su harén.

Otra muestra del desparpajo natural y el don poético de esas zagalas, de esas mozas de cántaro del desierto, nos

la ofrece el paso análogo en que Mân, el general umeya, cuyo nombre entre los árabes es sinónimo de generosidad y de lujo—basta decir que en sus partidas cinegéticas se servía de flechas de oro—, regala a cada una de las tres mocitas, en pago del sorbo de agua que le dieron, una de esas flechas, y ellas improvisan un pequeño poema sobre ese pie forzado.

Esas representaciones étnicas de la gente beduina, juntamente con el joven *usri*, que aparece en una anécdota del libro—y que se mata sobre el cadáver de su amada devorada por un león, después de vengarla, sacrificando a la fiera—, rehabilitan el buen nombre de esas gentes del desierto, que no son todas delictivas, y algunas de cuyas tribus conservan hasta tal punto las buenas tradiciones de la raza que a ellas van en consulta eruditos y puristas como Al-Azmâi para resolver problemas de lingüística y también en busca de vocablos nobles y bellos, que ya dejaron de circular en las ciudades.

No es raro, pues, que el beduino esté tan orgulloso de serlo y se considere superior al árabe de ciudad y conserve siempre, aun en presencia de los grandes, un aire altivo e insolente que a veces lo pone en trance de peligro mortal, como en la anécdota de ese pastorcillo al que el jalifa trata en vano de infundir respeto y que llega a verse ya bajo el alfanje del verdugo, salvándose entonces de la muerte merced a su viveza de ingenio, a esa gracia «andaluza», que nunca falla al beduino.

## EL PERSA

Dos razas hay que aparecen igualmente calumniadas, deformadas por el prejuicio religioso y étnico de los compiladores árabes de *Las mil y una noches*: la persa y la judía, y a la verdad que no se acierta a decir cuál de las

dos sale peor librada de este tribunal del odio, pues si a los persas se les reconoce valor intelectual, don innato de inventores—véase la *Historia de los sabios que inventaran un pavo real, una trompeta y un caballo* (Noches 240 a 249)—y dominio de la medicina, en cambio se les marca con la nota de magos, hechiceros, secretos adoradores del fuego y raptos de niños musulmanes para inmolarnos en sus ígneos ritos, con lo que resultan más odiosos todavía que los judíos, a quienes la pasión sectaria no llega a imputar el crimen ritual de que se les acusó en Occidente.

Sería lo más justo decir que la actitud de los narradores árabes ante esas dos razas, la una francamente heterodoxa, pero consanguínea—la hebrea—, y la otra, ortodoxa nominalmente y alienígena, es fluctuante y ambigua, como lo es también la de Mahoma en el *Corán* respecto a los gentiles y señaladamente a los judíos.

El profeta, en efecto, según hacen notar con el natural énfasis sus impugnadores, entre ellos el español fray Manuel de Santo Tomás de Aquino (*Verdadero carácter de Mahoma y de su religión*, etc. Madrid, 1793), unas veces recomendaba no se hiciese fuerza a los idólatras (cristianos y judíos) como en las suras II (*La vaca*), L (Kaf) y LXXXVIII (*El encapuchado*); en otras, como en la IX (*La contrición*), exhorta a aniquilar por las armas a los que se negaren a admitir la ley islámica, aunque, a fuer de comerciante, admitía el término medio, o sea el rescate de la pena mediante el pago de un tributo.

Esa misma actitud fluctuante respecto a los gentiles se observa en los redactores de estas historias, los cuales nos presentan ejemplares buenos y malos, así de persas como de judíos, y de estos últimos precisamente nos trazan las figuras de santos varones y virtuosas mujeres en anécdotas edificantes que semejan *haggadas* talmúdicas y sin

duda son paráfrasis arábigas de textos rabinicos.

Los persas inspiraban a los árabes un complejo de amor resentido; formaban el principal núcleo de población del Irán por ellos conquistado y convertido al Islam a punta de espada, y nunca estuvieron muy seguros de la sinceridad de esa conversión forzosa.

No era posible, en efecto, que ese pueblo iranio que contaba con una historia y una tradición cultural antiquísima, cuando ellos se presentaron allí en plan de conquistadores, jóvenes y bárbaros, sin mas cultura que la teológica de su *Corán* y con una fe de iluminados que juzgaba necesaria toda ciencia que no fuera la derivada de la revelación, se aviniese de buen grado a renunciar a su lengua pehlevi y a su religión zoroástrica para hablar árabe y adorar al Dios único de los desiertos.

El sentimiento de independencia nacional y de raza uníase al sentimiento religioso para engendrar en los espíritus un *pathos* de rebeldía, solo contenida por el temor, y el presentimiento de esa rebelión interior hacia suspectos para los árabes a esos parsis arabizados que solo aguardaban un momento propicio para quitarse su máscara coránica y mostrar su faz irania, como ya lo hiciera en otras ocasiones de su historia ese pueblo fénix, varias veces resucitado entre sus cenizas.

Así ocurrió cuando, debilitado, en el siglo IX (de nuestra era), el poder temporal y espiritual de los jefes, fuéronse emancipando poco a poco las antiguas satrapías y Persia se fraccionó en una constelación de estadillos autónomos, gobernados por príncipes en cuyas cortes, que rivalizaban en esplendor con la de Bagdad, se hablaba el persa y en esa lengua se rimaban poemas de estro nacional tan considerables como el *Shah Bamáh* o *Libro del rey*, del gran Firdusi, el cantor de las antiguas glorias iranianas, ese Virgilio



persa, que tuvo por Augusto al gran sultán de Gasna, Mahmud.

Nunca fue completa la sumisión de los persas al dominio de esos árabes, inferiores a ellos en cultura y a los que Firdusi llama despectivamente «tragalgartijas». Esa rebeldía del espíritu nacional persa se manifestó, dentro del credo islámico, en el cisma de los *schiiés* que, como hace observar el historiador Luis Dubeux, tenía un carácter más político que religioso, pues ponía en entredicho la legitimidad de los jalifas sucesores de Mahoma, por la línea de su suegro Abu-Bekr. Para los sunnies o tradicionalistas del Islam, esa era la línea legítima, mientras que los *schiiés*, renovando el antiguo pleito que ya se planteaba a la muerte del Profeta, opinaban que el verdaderamente llamado, en derecho, a suceder a Mahoma, no era Abu-Bekr, su suegro, sino su yerno Ali, casado con su hija Fátima, y tenían por usurpadores no solo a Abu-Bekr, sino a los que le sucedieron en el jalicato, a partir de Omar y Osmán, que lograran el poder por la violencia.

Los *schiiés* hacían de Ali su patrono espiritual y lo consideraban como un mártir, juntamente con sus dos hijos Hasán y Husein, a los que Omar, actuando de Herodes, mandara dar bárbara muerte, sin respeto a su infancia. La pasión y muerte de Ali y sus dos hijos era objeto de conmemoraciones anuales, que constituían una suerte de *Semana Santa* islámica, en que los fieles dejaban correr, en honor de los tres mártires, no solo sus lágrimas, sino también su sangre, lacerándose la cabeza con hachas y puñales, al modo de los *saisanas* marroquies, en la exaltación de su fervor religioso, y en esa época de luctuoso y cruento rito se celebraban también representaciones teatrales, poniéndose en escena los famosos *Misterios* de que nosotros hemos dado una versión española, en cuyo

prólogo tratamos más a fondo del tema. Pero no era esta la única secta en que se manifestaba la rebeldía de los persas frente a sus mediadores. Había también otra, muchísimo más peligrosa, la de los batinies, que atacaba al dogma por sus bases, es decir, por su letra revelada, e interpretaba el *Corán* con arreglo a una cola esotérica.

Los batinies, o entrañables, del árabe *batin*—entraña, vientre, interior—, pretendían haber penetrado en el sentido íntimo la entraña del *Corán* y desnaturalizaban por completo los principios y preceptos del libro, acomodándose a sus antiguas creencias zoroástricas. Los batinies eran, en el fondo, un partido político, cuyos adeptos formaban una verdadera masonería internacional, reconociendo a Hasán-ben-Sabah, hombre, según dicen, versado en toda ciencia y, sobre todo, en la magia, como su gran maestre.

Había también en la Persia islámica esos *dervishes* o frailes mendicantes y troteros que formaban unas como órdenes menores dentro de la ortodoxia y recorrían las ciudades, pidiendo limosna, con una (voz) rosa o una ramita de mirto en la mano y se mezclaban con las masas del vulgo y se introducían en las casas, haciendo catequesis religiosa y propaganda política, nacionalista, por lo que los jalifas reaccionaban algunas veces contra ellos en forma violenta y los mandaban prender y decapitar en su presencia como agitadores públicos.

Por todo ello los musulmanes de raza árabe consideraban en general a todos los conversos persas como a idólatras encubiertos, secretos adoradores del fuego zoroástrico, y los miraban con la natural desconfianza y recelo, aunque por su superioridad intelectual no podían prescindir de su colaboración y los jalifas solían llamarlos a sus consejos y nombrarlos sus visires, echándose enteramente en sus brazos,

como hicieron Harunu-r-Raschid y su padre con los Barmeki, esa poderosa familia de abolengo iranio, que contó tres generaciones de grandes visires y llegó a ser tan poderosa que Harunu-r-Raschid acabó por sentirse amenazado y decretó el exterminio total de todos sus miembros, según el primero de los abbasies, As-Saffah, *El Sanguinario*, hiciera con los umeyas destronados, para dormir así sueños tranquilos.

Châfar-ben-Yahya, el último de esos barmekies, hermano de leche de Harunu-r-Raschid, fue siempre tildado de idólatra, lo que en lenguaje político significaba separatista, y los poetas no se recataban para lanzarle sus saetillas epigramáticas, pese a estar amparado por la égida del jalifa; Châfar, por su parte, daba pie para ello, pues su casa de Bagdad era, según ya hemos indicado, centro de reunión y tribuna para toda suerte de librepensadores y en ella se expresaban las opiniones más audaces y opuestas a la tradición ortodoxa. La casa de Châfar era un motivo de escándalo para la beatería bagdadí, que no respiró ni durmió tranquila hasta que el jalifa la mandó demoler.

No dista mucho de ser un enigma histórico la cuestión del verdadero motivo por el que Harún mandó exterminar en un mismo día, mejor dicho, noche, a su gran visir y a todos sus consanguíneos, ya que a la razón política se mezcla la sentimental, o sea que el jalifa se consideró traicionado por su visir al enterarse de que este casara secretamente con una hermana suya, en la que tuviera hijos que ya eran mayorcitos cuando Harún hizo ese descubrimiento; es lo más prudente admitir que ambas razones se fundieron en un complejo pasional para provocar la ruina del omnipotente visir, que por su influjo sobre la masa irania venía a ser, quieras que no, el caudillo de las aspiraciones nacionales de los persas y posible candidato al trono de Raschid,

al que, por razón de su cargo, le andaba tan cerca.

Todo este fermento nacionalista se agitaba en el seno de la sociedad islámica, manteniendo contacto de enlace con esa otra masa de creyentes en la antigua fe de sus abuelos que, al producirse la invasión de Persia por los conquistadores árabes, optaron por el exilio antes que la conversión y emigraron en verdadero éxodo, primero a la provincia de Kohistán, y luego, hostigados allí por sus perseguidores árabes, como los israelitas por los egipcios, se trasladaron, costeando el golfo Pérsico, a Ormuz, hasta que, no sintiéndose allí tampoco seguros, resolvieron expatriarse y penetraron en la India, donde el rachá de Guzarate, dando muestras de comprensión y tolerancia, les permitió establecerse y practicar libremente sus ritos zoroástricos. Y esos persas, expatriados voluntariamente de puro querer a su patria, viven todavía al cabo de los siglos en esa India hospitalaria que los acogió, donde son conocidos con el nombre de parsis, conservando entre musulmanes e idólatras su lengua y su fe nacionales, que les sirven de lazo con sus hermanos que quedaron en Persia.

Esos persas que se retiraron a lugares abruptos del país, huyendo de la riada árabe, aparecen en las historias de *Las mil y una noches* con la nota de salvajes, brujos y, en último extremo, de seres teratológicos y demoniacos. Los árabes transfirieron a ellos la leyenda infamante de que los antiguos iranos, al invadir el país, procedentes de la India original, rodearon a la primitiva población turania, que también se retiró a las regiones montañosas y selváticas. Esos turanios, deformados por el odio religioso y racial, son los *devís* que figuran en la epopeya de Firdusi, criaturas diabólicas, engendradas por Ahrimán, el espíritu de las tinieblas, según el *Zendavesta*, cuya

misión consiste en hacer el mal y contra los cuales luchan los héroes, mandatarios de Ormuzd, el dios de la luz, el padre de los ángeles, que con su antagonico Ahrimán forma en la dualista teología zoroástrica la pareja correspondiente a la de Brahma y Siva en la teología indostánica.

Todo esto hay que tenerlo en cuenta para explicarse la tendencia a denigrar a los persas que se advierte en las historias de *Las mil y una noches*, y al servicio de la cual ponen los rapsodas árabes paradójicamente elementos tomados del propio fondo tradicional de los parsis, pues aplican a estos el mismo trato que ellos emplearan antes con los turanios aborígenes, y aparecen contaminados de su mismo error dualístico o maniqueo al admitir esos dos principios en eterna pugna, el del bien y el del mal, aunque siempre, como buenos musulmanes, den el triunfo a Al-Lah sobre Iblis, porque el solo hecho de ponerlos a ambos frente a frente ya constituye herejía.

Pero no es todo, sin embargo, vejamen para los persas en *Las mil y una noches*, muchos de cuyos cuentos se escribieron probablemente sobre viejos argumentos iraníes y por literatos persas arabizados, o al revés, de los que frecuentaban las cortes de los sultanes semiemancipados, como el magnífico Mahmud de Gasna; es frecuente, por ejemplo, que los rapsodas realcen el prestigio de sus protagonistas, haciéndolos descender de linaje de reyes persianos, del Jorasán o el Fasistán, y es muy significativo que así ocurra en el caso de los personajes más tiernos y delicados de esas historias, como el de Ali-ben-Bekkar, el muerto de amor por Schemsu-n-Nehar, la bella favorita de Ar-Raschid. La Persia es el fondo de donde los narradores árabes toman los títulos de nobleza con que realzan a sus personajes y el nimbo de poesía con que los transfiguran, y en ello po-

demos ver un homenaje al antiquísimo abolengo iranio y a la milenaria cultura de un pueblo que en muchos sentidos les sirvió de maestro a esos árabes conquistadores, que al llegar allí no tenían más riqueza que su espada ni más saber que el del *Corán*.

La literatura árabe se refina al contacto con la persa, bajo el influjo de esos poetas impregnados de misticismo, como Hafiz, Nizami, Sâdi y Chami, que trabajan su verso con un preciosismo y una delicadeza ingrátida, y le infunden el alma sutil y evanescente de sus rosas y crean figuras de una levedad impalpable y angélica, y es natural que los escritores miliunanochescos sitúen en ese reino poético del viejo Irán sus más lindas fábulas y sus más delicadas criaturas. Esos seres que parecen cernerse en el aire y borrarse cuando cierran sus ojos.

## EL JUDIO

El judío de *Las mil y una noches* es el judío de las leyendas, forjado por la imaginación popular empujucada, con esos rasgos peyorativos que Shakespeare, sin base directa de observación, reunió en la figura ideal de su Shylock.

Pero Shylock es grande—y también verdadero—porque encarna el ansia de justicia, aunque en términos exagerados, taliónicos, según debía de sentirla un pueblo que se consideraba secularmente vejado, y ese sentimiento late en el fondo de todos los hombres, mientras que los judíos de *Las mil y una noches* carecen de ese alcance de humanidad y no pasan de ser unos avaros, de alma metalizada, que no se cansan de atesorar riquezas y emplean a ese fin su saber mágico, sin ninguna aspiración altruista.

Así se nos muestran en esas historias de Hasán, y de Bazra, y de Dalila, la

ladina, en la primera de las cuales vemos a un judío aprovecharse de la ingenuidad del joven mercader para inducirle a dejarse arrebatar por el Ave Roj hasta la montaña de los diamantes, dejándolo luego allí colgado en aquella altura desértica, donde pereciera sin milagrosa ayuda.

Ahí aparece ya el judío trapacero, falso, con rasgos de demonio tentador y burlador de los hombres; pero donde se delinea más en grande la figura del judío es en la historia de Dalila, la ladina; en la persona del joyero, padre de la joven Kamar, la que se enamora del joven egipcio Ali, *El Azogue*, ese pícaro listo y simpático, y acaba matando a su padre y casándose con Ali, al que lleva en dote todos los paternos tesoros.

Aparecen ahí ya esos elementos que entran a formar parte de tantas leyendas, cuya última versión entre nosotros es *La rosa de pasión*, de Bécquer; el contraste entre el padre avaro, cruel, egoísta y enemigo de la humanidad incircuncisa, por secular resentimiento, y la hija tierna, sensible, tanto como bella, la antítesis perfecta del padre; en una palabra: la Jessica de Shakespeare.

El judío de esa historia tiene también alguna tangencia con Shylock en el amor que profesa a su hija, para la que, con su arte mágico de orfebre, ha labrado un aderezo nupcial digno de una reina, y a la que considera digna de un rey, por lo que no se resigna a que se la lleve ese maleante egipcio.

La diferencia de caracteres entre padre e hija es la que provoca el drama, que termina, al revés que en *La rosa de pasión*—donde es la hija la inmolada—, con el parricidio que Kamar consuma y que se justifica con razones de índole religiosa, pues Kamar se ha convertido al islamismo y su padre persevera en su antigua fe sectaria.

Se trata, en suma, del conflicto entre la religión del amor y la del odio,

como en el drama de Shakespeare, y el judío, que representa a la segunda, tiene por fuerza que perder y pierde la vida y la riqueza a manos de su propia hija, es decir, de lo único que, después de sus joyas, quiere en el mundo.

Naturalmente, hemos de ver aquí la expresión del concepto popular del judío, al que el narrador se adapta, y no ninguna síntesis de personal experiencia, por lo que psicológicamente no tiene gran valor; esa historia, como las demás en que intervienen los judíos, son simplemente cuentos.

Por cierto que se observa un hecho curioso, que también se da en toda la literatura de los pueblos que han convivido con judíos: la distinción entre el judío de la *Biblia*, el israelita, que aparece pintado en ella con rasgos de santo varón y de hombre bueno, y el judío de la diáspora, de la judería o el *ghetto*, que es el que recibe la connotación peyorativa; refracción del tipo que indica la inferencia del odio y el resentimiento por ambas partes, derivadas de la diferencia y religión y hábito de vida.

De los hebreos de tipo bíblico aparecen múltiples ejemplares en las pequeñas historias y anécdotas edificantes intercaladas en el libro, y se nos pintan como dechados de piadosos, justos y santos varones, dándose el caso curioso de que tales anécdotas no procedan de la *Biblia*, sino del *Talmud*, y sus protagonistas sean, por consiguiente, de la misma línea genealógica que los judíos de la realidad contemporánea, a pesar de lo cual el rapsoda los incluye en el buen concepto de esos otros de la época bíblica, que traen su progenie de los patriarcas.

Podría inferirse de ahí cierto antisemitismo pragmático, nacido de las mismas causas que en Occidente, expresión de esa antipatía que siempre inspiran las minorías étnicas, y así es desde luego; solo que ese antisemitismo islá-

mico no reviste caracteres de gran virulencia y hasta queda por debajo del antipersismo, pues los narradores árabes no llegan a imputarle al judío el crimen ritual de que acusan a los persas, inmoladores de víctimas humanas en honor del Fuego.

El antisemitismo de *Las mil y una noches* es más que nada literario, y, como en el caso de los persas, forma un complejo de aversión y admiración y, en suma, un indicio de reconocimiento de superioridad intelectual.

### EL CRISTIANO

Esa misma ambivalencia de efectos se observa también en el caso de los cristianos, francos o rumies, que figuran en estas historias, y sobre todo en ese gran *epos* del rey Omaru-n-Nômán y de sus hijos, eco patente de las luchas de los primeros judíos con el emperador bizantino Heraclio, que sirvieron de argumento a un sinfín de leyendas.

El odio racial y el fanatismo religioso de los musulmanes se desahoga allí con una violencia de sarcasmo que hace pensar en el Voltaire de *La doncella* y del *Diccionario filosófico*, con su interpretación chabacana y aviesa de los ritos y símbolos de las religiones. Baste recordar que el sectario árabe convierte en excremento la unción, el carisma que el gran Patriarca de Constantinopla administra a sus guerreros para animarles al combate.

Es esa una carga satírica que sobrepasa incluso a las que Luciano de Samosata dedica a los últimos paganos de su tiempo. Todos los personajes, príncipes, reyes o patricios del bando ortodoxo que figuran en el poema se nos muestran caracterizados deliberadamente, aquejados de todos los vicios y designados con nombres grotescos; el caso se repite en la *Historia de Ali-Nu-*

*ru-d-Din y Maryem, la cinturonería* (Noches 477 a 492), y tan incapaces y torpes, que obran a impulso de esa vieja petersa, llamada Zatu-d-Dahuahí o *La Calamitosa*, traidora, astuta, pedorra y tribada, para que nada le falte, y que es la verdadera alma que los anima y el resorte que los mueve a la acción y los maneja a su gusto como muñecos, con el alhigui de un triunfo que naturalmente se trueca en su ruina.

La única criatura que resplandece entre esa turba, maligna y grotesca con fulgores de santa y mártir, es la reina Abrisa, cuyo encanto legendario debió ser harto fuerte para que la respetase el rapsoda.

Ese *epos* de la lucha entre las huestes de la Cruz y de la Media Luna es un documento interesantísimo, de información psicológica, al par que una obra maestra en su género tragicómico, que recuerda a un tiempo mismo a Ariosto y al Tasso.

Una cosa, nada baladí, se advierte en él y que significa una pleitesía en esa diatriba a la raza de los infieles, y es el honor que el rapsoda rinde a la mujer cristiana, tocante al capítulo del pudor y la honestidad conyugal, no solo en la pintura que hace de la princesa Abrisa, sino en el elogio que incidentalmente tributa a Zafiya (*Clara o Pura*), la consorte cristiana del rey Omaru-n-Nômán, madre de los cuasi gemelos Noshetu-s-Semán y Zu-l-Mekán, esos dos ejemplares hermanos, proclamándola la más recatada de las esposas del lascivo déspota.

Una casi réplica de esta historia la tenemos en la de Ali-Nuru-d-Din y Maryem, la cinturonería, en que también luchan guerreros de la Cruz y del Islam, describiendo el narrador a los primeros con trazos de caricatura y motes grotescos; como es de rigor, salen aquellos derrotados y es la propia Maryem quien vence y mata a sus tres cabecillas, que son sus hermanos, con-

sumando un triple fratricidio, que, según el cuentista, redonda en su honor, pues la heroica joven profesa en secreto el Islam y su lucha personal con sus tres hermanos infieles viene a ser un episodio de la guerra santa.

Esta historia, como también la de Alí, *el de los lunares*, que es una variante del mismo tema, tiene, además, el interés de mostrarnos el trato que los monarcas católicos daban a los cautivos musulmanes y que, por cierto, no era muy duro (para los que se salvaban de la muerte inmediata), pues los destinaban al servicio de los monasterios.

En esas páginas que indicamos se advierte cierta admiración del rapsoda a la mujer cristiana como amante y esposa, superior a la musulmana, según debe ser efecto de su educación más libre, y, al mismo tiempo, más cohibida por los principios religiosos; toda religión ya sabemos que en esencia es una Erótica, y hay que reconocer que el amor en el monógamo Occidente es más ambicioso, libre y sublimado que en el polígamo Oriente, donde la dispersión afectiva se opone a la concentración amorosa en un solo objeto y solo se logra en casos excepcionales.

El harén tendrá siempre algo de burdel y por eso los turcos regenerados lo han abolido de raíz.

### LOS MOGREBIES

Los mogrebies, es decir, los naturales del extremo Occidente (Mogrebu-l-Akza), el actual Marruecos, limite por ese lado de las conquistas árabes en África, tienen representación étnica en *Las mil y una noches*, donde aparecen siempre con la nota de magos, sabios y poderosos, ya de condición generosa, altruista, como el Abu-z-Zámad de la *Historia de Chúder, el hijo del mercader Omar, y sus dos hermanos* (Noches

365 a 380), ya rematadamente perversos, como el de la *Historia de Alá-d-Din, y su lámpara* (Noches 587 a 603), el cual responde plenamente al tipo tradicional del brujo malo, falaz y traicionero.

No debe extrañarnos esta cualificación de brujería atribuida a los mogrebies si pensamos, en primer lugar, que el Mogreb, Magreb o Magrib, que de todas esas formas se transcribe el vocablo árabe, por la siempre incierta vocalización de las lenguas semíticas, caía muy lejos del centro del imperio islámico, radicado en Bagdad, y así se prestaba, lo mismo que esos otros países del norte de Persia, como Cabul, la Sogdiana, la Bactriana, etc., a que los narradores de cuentos los hiciesen teatro de episodios fabulosos y atribuyesen a sus moradores toda suerte de cualidades fantásticas, pues la dificultad de comprobación los eximía de todo respeto a la verdad; la distancia empena la visión física y la psíquica, y esos narradores, tan realistas para lo que tienen cerca, baten el récord de lo inverosímil tocante a lo que cae lejos de sus ojos.

Pero, en segundo lugar, hay que tener en cuenta que siempre fue el norte de África, desde Egipto a Marruecos, en toda la extensión de ese litoral mediterráneo, que antes de la conquista árabe se dividía en las provincias romanas de Mauritania, Numidia, Libia, Egipto, etc., sede de gentes supersticiosas, dadas al ocultismo, y que africano fue Apuleyo, el autor de *El asno de oro*, y que Alejandría fue, en la decadencia del imperio romano, el punto de convergencia del misticismo neoplatónico y la cábala hebrea, y que de Egipto irradiaron esos cultos isiacos, esas masonerías de doctrina esotérica que llegaron, con escándalo de los últimos patricios, hasta la misma Roma, y que en Egipto sitúa el pseudo Luciano la historia del famoso mago Pistilo,

que sirvió de base a Goethe para componer su poema *El aprendiz de brujo*, y en la que se delata la fama de taurmaturgos de los sacerdotes egipcios, que ya en el *Génesis* aparecen compitiendo con Moisés en lo de obrar prodigios.

Por su parte, el maestro en teosofía Roso de Luna, apoyándose en el discutido poema tibetano de Dzian, que dio a conocer su maestra madame Blavatzki, hace a los africanos herederos del profundo saber esotérico de los antiguos atlantes o pobladores de la perdida Atlántida, «cuyo nombre nos llega resonando en Platón»—según el verso de Rubén Darío—, y que lograron ser tan sabios y tan poderosos en virtud de su ciencia, que el orgullo intelectual los perdió y fueron sepultados, en castigo, en el fondo del mar y cambiados en peces, es decir, en los animales más estúpidos.

Roso de Luna resucita, pues, la antigua cuestión de la Atlántida, que modernamente han vuelto a debatir los hombres de ciencia, entre los que hay discusión abierta sobre el lugar de su emplazamiento y hasta de su número, pues los hay que lo sitúan más allá del extremo occidental de África, suponiendo vestigios suyos a nuestras islas Canarias y a las Azores portuguesas, y los hay que lo radican en el propio suelo africano, en el lugar que hoy ocupa el desierto de Sáhara, que antaño fue un mar, según atestigua el hallazgo de peces fósiles bajo sus arenas, y a esa hipótesis se atiene el novelista francés Pierre Benoit en su novela *La Atlántida*, que puso últimamente de moda el tema latente; pero los hay también que admiten no una, sino varias Atlántidas, con los consiguientes emplazamientos respectivos, según puede verse en el estudio dedicado a ese enigma geológico e histórico por el filósofo Ortega y Gasset.

Roso de Luna opta por la primera

hipótesis, la que sitúa la perdida Atlántida allende el extremo occidental africano, o sea el Mogreb actual, y consecuente con su tesis, coloca en las costas mogrebies el escenario de la historia referente a los genios encerrados en redomas de azófar, para captar los cuales organiza el piadoso jalifa umeya Abdu-l-Mélek-ben-Meruán una expedición, acaudillada por el sabio *scheij* Abdu-z-Zámad (*Siervo del Eterno*), intrépido viajero que ha recorrido, como Herodoto, toda la tierra conocida en su tiempo y, como el griego, consagra su sedentaria vejez a escribir sus impresiones de la juventud andariega.

En esa curiosísima historia, que guarda cierta relación con nosotros, los españoles, pues uno de los expedicionarios que marchan en busca de las famosas redomas es Musa-ben-Nozeir, el caudillo árabe que consolidó la conquista para el Islam de nuestra península, se mencionan ciudades míticas, como la Ciudad de Azófar, y parajes fabulosos, como el mar o lago de Karkor, y entidades mágicas, como el Jinete de Bronce, que indica a los viajeros extraviados el verdadero camino que deben seguir; todo lo cual explicarlo Roso de Luna con arreglo a la clave atlántica.

Es muy interesante, a título de información folklórica, todo lo que el docto teósofo nos dice sobre los cuervos que los viajeros encuentran posados a miles sobre la cúpula de oro del alcázar de la primera ciudad deshabitada que hallan en su camino y sobre el referido Jinete de Bronce, a los que asigna relación bien fundada con otros cuervos y otros jinetes análogos de antiguas leyendas: «Los cuervos que aquí aparecen—transcribimos a la letra—son hermanos legendarios de esotros cuervos de Remo y Rómulo, de Sigfredo, de San Pablo, primer ermitaño, y hasta de los que guiaron misteriosamente, a través del desierto líbico, según los bió-

grafos de Alejandro, al héroe macedónico, cuando fue a destruir el maravilloso templo cirenaico de Júpiter Amón» (*sic*).

Y en una nota escribe: «Según las Crónicas de Portugal, cuando el rey Alfonso V permitió que sus gentes fueran a poblar el archipiélago de las islas Azores, estas últimas (*sic*: se refiere, desde luego, a las gentes) se vieron sorprendidas en la isla más occidental, o sea en la del Cuervo, por la presencia de una enorme estatua ecuestre que señalaba el camino hacia Occidente. Semejante relato coincide con otro análogo de Domingo Bello y Espinosa, en su obra *Un jardín canario*, donde se menciona otra estatua cuajada de inscripciones que se halló en la playa de Güimar, y que maravilló a aquellos isleños, ignorantes de la escritura. Por supuesto que el autor, con el escepticismo de siempre, opina que se trataría de un mascarón de proa de algún barco fenicio sumergido.»

Roso de Luna, pues, refiere a la Atlántida todas las indicaciones geográficas e históricas, bien parcas y confusas, por cierto, que contiene esa *Historia sobre la condición de los genios y schaitanes encerrados en redomas* (Noches 335 a 339), en castigo a su rebeldía, y sitúa esa perdida Atlántida en el extremo occidental de África, al cual fin tiene que violentar la letra del texto, que, por la onomástica de los personajes que en él se citan, como Aad-ben-Knoch, el Grande, la reina Tadmor, Faraón, etc., aluden claramente no al Mogreb o extremo occidental del continente negro, sino a su centro y oriente, al trasfondo del Egipto de los faraones y a la región colindante con el mar Rojo, donde la *Biblia* coloca la Etiopía o país de Kusch y ese mar de Karkor, donde los indígenas pescan esas misteriosas redomas que van buscando los emisarios del jalifa Abdul-Mélek.

Roso de Luna obvia la contradicción afirmando que «ese mar Rojo no es, por supuesto, el actual entre Egipto y Arabia, como se cree, sino el mar occidental o Eritreo, Siluro o Atlántico, que decimos hoy; como tampoco semejante «Egipto» es el actual del Nilo, sino el de los atlantes antecesores de los egipcios históricos que pasan a su actual emplazamiento africano de ese último río, arrancando del país atlante a través de múltiples países, en itinerario maravilloso, al que los informados en estas cuestiones, nada tratadas todavía por nuestra prehistoria oficial, denominan «Itinerario de Io o del Culto de la sagrada Vaca», es decir, del culto lunisolar o primitivo, al que tantas referencias llevamos hechas en el curso de nuestras obras teosóficas.»

Nos falta, como es natural, la fe teosófica para aceptar esa transferencia geográfica que hace Roso de Luna a favor de sus atlantes occidentales, y nos atenemos a las escasas indicaciones topográficas y onomásticas del texto, según las cuales toda la acción de la historia se desarrolla más bien en el interior de África y hacia el Oriente, según marcamos en notas a nuestra versión. Por lo demás, hemos mencionado aquí esa historia simplemente en relación con el carácter de magos y sabios en ciencia hermética, atribuido en *Las mil y una noches* a los personajes mogrebies que en ellas figuran y que resalta por el lado bueno en el docto y piadoso *scheij* Abdu-z-Zamad.

### LOS EGIPCIOS VOLUPTUOSOS

Cuanto a los egipcios, o mizries, que aparecen en esas historias, y dizque no son pocos, siempre van marcados, ellos con la nota de voluptuosos y enamorados y ellas con la de supersexuales insaciables, con que ya las estigmatizan en la *Biblia* los profetas.

Egiptia es aquella joven que figura



en la historia del mercader de la mano cortada que cuenta el corredor de comercio cristiano en la del sastre y el jorobado, y que, según confesión de su padre, fue desde niña una pasional precoz, que no solo gozaba prostituyéndose ella, sino también tiraba a prostituir a su hermana menor, a la que finalmente mata por celos.

Múltiples son las alusiones epigráficas del libro en relación con esa fogosidad sexual atribuida a los egipcios; la cosa debía de haber pasado a proverbio cuando en la *Historia de Ali-Nuru-d-Din y Maryem, la cinturoner* (Noches 477 a 492), esta última, sacada a subasta en el zoco de las esclavas, interpela al joven egipcio con estas palabras irónicas: «Y tú, ¿por qué no pujas? ¿Es que te da reparo por la fama de mujeriegos que tienen los egipcios?» No entraremos a discutir aquí si tal fama nacional era o no fundada; nos falta, naturalmente, la experiencia, y solo podríamos apoyar en documentos literarios nuestra opinión, que, de fiar en ellos, tendría que votar en el sentido de la leyenda.

Respecto a las egipcias, por lo menos, el testimonio de la *Biblia* y el *Corán* es concluyente al describirnos el famoso episodio entre Suleika, la mujer de Putifar, el gran visir, y el joven, bello y casto José; el *Corán* es todavía más explícito que la *Biblia*, pues exonora el episodio con detalles que extienden la nota de impúdica y provocadora también a las amigas de Suleika, contándonos cómo esta, que las conoce bien, las invita, para poner fin a sus murmuraciones, a una comida en unión de José o Yúsuf, cuya hermosura y *sex-appeal* involuntario las enloquece, hasta el punto de cortarse los dedos con el cuchillo, distraídas por mirarlo, y exclamar a coro: «¡Este no es un hombre de la tierra, sino un ángel del Paraíso!» Lo que quiere decir que Suleika no era un caso excepcional, sino

normal y corriente de mujer egipcia. Y dízque esa historia bíblico-coránica de Yúsuf y Suleika es egipcia en su origen, pues, según Burguesch, tiene su fuente en la *Historia de los dos hermanos*, de tiempos de Ramsés III, que se conserva en los papiros de Orbigny (*Historia de Egipto*).

Claro que a esas mujeres del *Corán* puede servirles de disculpa la singular belleza del casto José, emanada en gran parte de su incorrupta castidad virginal, lo que ha dado pie a los poetas persas, siempre inclinados al misticismo, a idealizar la figura del gentil Patriarca, convirtiéndolo en el símbolo de la Belleza perfecta, física y moral, y haciendo de Suleika el de la apatencia del alma por lo bello y sublime, con lo que el episodio bíblico viene a ser una especie de poema alegórico entre Psique y Eros o el Amor sublimado, o entre la Sofía y el Adám Kadmo de los gnósticos, de cuyas doctrinas estaban imbuidos los cantores iránicos.

Por lo demás, con razón o sin ella, las mujeres egipcias han conservado hasta nuestros días esa mala nota que les viene de sus abuelas Suleika y Cleopatra, pues también esta ha puesto lo suyo en esa mala fama de la mujer egipcia con sus escándalos amorosos de concubina de Marco Antonio y, a su muerte, y sin guardar luto, de su vencedor Octavio, y sus orgías de vino y sangre, cuyo eco ha pasado ya de la prosa latina de Suetonio al esperanto gráfico del cine, pues en esa *Antología del amor turco*, publicada por Edmundo Raz y Abdu-l-Hualim-Momduh (París, 1905), el poeta turco Fazil Bey que, a la cuenta, fue un hombre que probó el sabor de todas las bocas femeniles de Oriente, dedica a la mujer egipcia este madrigal envenenado:

«¡El andar de las egipcias es un don de Schai-  
Itán!  
¡Las ramera, allí, acechan en los caminos a  
[derecha e izquierda]!»

¡Cuánta lascivia! ¡Cuántos arrumacos! ¡Cuánto  
[deseo de cópula!  
¡Siempre tienen a su lado un bombero, pues la  
[sangre les arde!  
Y si por dentro les corriera el Nilo, no bastaría  
[a apagar ese incendio.  
Cualquiera las consigue por un *pul* <sup>4</sup>; que ese  
[fue el precio que les pusieron los *guaríes* <sup>5</sup>.  
¡Esas egipcias morenas son en verdad deliciosas,  
[si no fuera porque todas tienen el *mal*!  
Pero no hay una en Egipto que no lo tenga;  
[¡como que creen que da la buena sombra!  
Guiñan el ojo o languidecen de pasión.  
Son tan guapas y ríjotas como impotentes los

[egipcios.  
Las grandes señoras se pasean allí por los zocos,  
[montadas en burros.  
¡Cómo podría yo llamar «hanem» <sup>6</sup> a esa impú-  
[dica que, envuelta en un *charchaf* <sup>7</sup> espléndido,  
[se pasea montada en un borriquito?  
¡Cuélganle los pies, y muestra al descubierto sus  
[pantorrillas!

Dos *fellahim* <sup>8</sup> terribles, de unas fuerzas como  
[para violar cocodrilos, le sujetan las rodillas, y  
[de esta guisa atraviesa los zocos. Y va timán-  
[do se a diestra y siniestra con todos esos vendedo-  
[res de asnos.  
*Hachi Yatmas* <sup>9</sup>, semejante a un vidente ciego,  
[pierde en seguida el tino y, sin poderse conte-  
[ner, salta sobre un borrico y corre tras de ella.»

Las estrofas que siguen son de tal obscenidad, siempre en *crescendo*, que nos resistimos a transcribirlas. El lector curioso puede verlas en la *Antología* mencionada.

Fazil Bey termina su diatriba con estas terminantes palabras:

«Dicen que Egipto es la “madre del mundo”. Yo digo que es la “ramera del mundo”».

Pero en cambio, y en compensación, aparecen también los egipcios caracterizados en *Las mil y una noches* como muy inteligentes, vivos de ingenio y agudos y prontos en la réplica, por

<sup>4</sup> La moneda fraccionaria de menos valor en Egipto.

<sup>5</sup> Dinastía que reinó en Egipto, antes de la conquista del país por Selim I.

<sup>6</sup> Señora, en persa y turco.

<sup>7</sup> Velo.

<sup>8</sup> Gañanes, campesinos.

<sup>9</sup> Nombre turco del juguete infantil llamado entre nosotros “tentetieso” y que aquí encierra una alusión obscena.

contraste con los siros, que personifican la pesadez y crasitud mental y la patoseria, cuando pretenden dárseles de graciosos.

Así puede verse, sobre todo, en la historia de los dos graciosos, el de Damasco y el de El Cairo, donde este último da a su compadre siríaco una lección de gracia fina y refinada, con matices de humorismo que no desdenaría un *dandy* británico de la ironía.

Por cierto que esa anécdota resulta muy interesante como documento que nos ilustra sobre la existencia en Oriente de esos «guasones» que llamáramos profesionales si no fuera porque actúan como aficionados o *dilettanti*, por el puro placer estético que sus bromas les valen, y a impulsos de una vocación irresistible, de un temperamento naturalmente inclinado a la guasa, como el que ha hecho famosos a los andaluces (que dicho sea de pasada, llevan en sus venas bastante sangre egipcia).

Es esa una cualidad étnica que los cuentistas miliunanochescos les niegan a los siros, tildándolos, como decimos, de hombres pesados y tardos, en lo que, descontando la debida parte de pasión que en ello pueda haber, pues desde luego esas anécdotas no las han escrito los siros, pudieran tener también su parte de razón, y si se atiende a la reconocida vocación y aptitud de los siros para la Filosofía, que desde luego requiere cierta pesadez.

De otras razas se habla también en *Las mil y una noches*; pero de pasada, sin ahondar en su psicología ni llegar a una verdadera caracterización, sino ateniéndose a la idea popular, a veces de origen remotísimo, y casi siempre justa.

Así ocurre con los curdos, esos representantes de un pueblo enigmático que, desde tiempos antiquísimos, habita en el Curdistán, en esas regiones montañosas que limitan al nordeste la

cuenca superior del Tigris y que, a juzgar por su lengua, pertenecen a la raza irania y son, por consiguiente, afines a los persas.

Los curdos aparecen designados en los textos antiguos con los nombres de kardakes, karujos, kardieos, gordiei, kurti y kurdos, y en la *Biblia*, con el de kasdin o caldeos.

Los curdos, o caldeos, se hicieron temibles en todo el Oriente por sus actos de bandidaje y su mentalidad primitiva, anárquica, semejante a la del beduino o el rifeño actual. Los monarcas de los países limítrofes, asirios o hindúes, los tomaban a sueldo en las filas de sus ejércitos y hacían buenos y utilizables guerreros de esos audaces bandidos.

Pero en el siglo VII, antes de nuestra era, los caldeos aparecen reinando en Babilonia, de la que quizá se apoderaron por un golpe de mano—según piensa Renan—, y constituyendo un cuerpo de sacerdotes y de sabios.

Renan encuentra inexplicable esa transformación y la deja sin explicar. Solo insinúa la hipótesis de que los caldeos hubiesen tenido siempre, al lado de su casta militar, otra de sacerdotes, parecida a la de los druidas celtas o los *mobed* iraníes.

Semejante fenómeno hace dudar de la identidad de los curdos con los caldeos o kasdin de la *Biblia*.

Los escritores hebreos hablan siempre de ellos como de una raza exclusivamente militar, y es Herodoto quien empieza a atribuirles ese carácter de sacerdotes y sabios. Algunos etnólogos tratan de resolver la antinomia suponiendo que los caldeos son los guerreros y los kasdin los sabios. Pero en la *Biblia* caldeos y kasdin son uno.

Por lo que se refiere a los curdos en particular, siempre que aparecen en la historia del Oriente islámico es con la nota de soldados mercenarios, con sus ribetes de bandidos, como los turcos y

los tártaros, con los que muestran más de una afinidad. Por lo pronto, su nombre nacional de «kurdos» (de la raíz *krd* o *krt*) significa en turco espada. Quizá hubiera que rectificar la ficha etnográfica de los curdos y asimilarlos al grupo turanio.

Pero dejando aparte esas cuestiones lingüístico-etnográficas, que no son del caso, haremos constar solamente que en las historias de *Las mil y una noches* curdos y turcos figuran como guerreros o capitanes de bandidos, de una ferocidad solo comparable a su torpeza—Chauan el curdo en la *Historia de Ali Schar con Sumurud, la esclava* (Noches 218 a 229). Y cuando pretenden sentar plaza de pícaros y apoderarse de lo ajeno sin otras armas que el ingenio, salen chasqueados, como en la *Historia del persa y el curdo* (Noches 208 y 209).

Los curdos, sin embargo, pueden ufanarse de haber dado a la historia un tan gran hombre como el famoso Selahu-d-Din, el sultán de Egipto, igualmente grande como capitán y como político.

También se mencionan en *Las mil y una noches* indios, abisinios y hasta chinos; pero con una imprecisión que corre parejas con la vaguedad geográfica.

En la *Historia de los sabios que inventaron un pavo real, una trompeta y un caballo* (Noches 240 a 249), el inventor de ese alado clavileño es un indio, al que se pinta con nota de mago de la magia más negra, y, desde luego, con caracteres convenidos y sin base de observación psicológica.

Persas e hindúes son siempre para el escriba musulmán sospechosos de idolatría y magia.

A los abisinios se les describe, en la historia de los genios encerrados en redomas, como hombres buenos, sencillos y hospitalarios, en contraste con otros pueblos salvajes del oeste de

Africa, que acaso sean los nasamones de Herodoto.

En las sendas historias de Balukiya y de los viajes de Simbad, el marino, se recogen noticias de todos esos pueblos más o menos fabulosos de que hablan la *Odisea* y las antiguas geografías: cíclopes, pigmeos, gigantes, hombres con un solo ojo en medio del pecho, hombres-simios, canibales, humanidad (?) monstruosa, que corre parejas con la fauna no menos teratológica que con ellos convive y que ya limita francamente con el mito.

Finalmente, los árabes—los árabes sedentarios, de ciudad (moros), esos árabes finos y pálidos—, aparecen descritos, por contraste con los beduinos o camperos, con rasgos simpáticos, algo parciales, desde luego—son ellos los que escriben—, pero, en general, veraces cual hombres fanfarrones, rumbosos, impresionables, amigos del vino, el canto y las mujeres, curiosos siempre de la novedad, vivos de ingenio, rápidos para la réplica y, en fin de cuentas, hombres cuya compañía resulta divertida y amable, como dijo el poeta:

Quien de su alma desea  
ahuyentar los pesares  
no tiene más que hacer  
que buscar a los árabes.  
Allí verá, doquiera  
su trato desparrame,  
hermosura, nobleza,  
majestad y donaire.  
Y músicas y versos,  
y ritmos y cantares,  
que no hay pueblo en la tierra  
que su nobleza iguale,  
ya por línea paterna,  
ya por línea de madre,  
ni que pueda tampoco  
en su rango igualarle.

### GEOGRAFIA REAL DE «LAS MIL Y UNA NOCHES»

Esta humanidad—real, pero fantaseada—de *Las mil y una noches* muévase en un marco geográfico igualmente real y fantaseado.

Es tan enorme el área territorial que abarcan estas historias, que por fuerza han de introducirse en ella los duendes de la fantasía, la confusión y el mito.

Basta tener presente que en *Las mil y una noches* se mantiene el cuadro completo de ese Imperio árabe, fundado por umeayas y abbasies, y que ya en gran parte habíase desmembrado en el siglo X, en que empiezan a escribir estos rapsodas.

«Desde principio del segundo siglo de la *hechra*—dice Gustavo Le Bon en su obra *La civilización de los árabes*—el Imperio islámico había alcanzado los límites de los cuales no debía ya pasar, y se extendía desde los Pirineos y las columnas de Hércules hasta la India y desde las orillas del Mediterráneo hasta las arenas del desierto.

»La mayor parte del Asia obedecía a los jalfas, desde la Arabia pétrea hasta el Turquestán y desde el valle de Cachemira hasta el Tauro. La Persia estaba dominada. El rey de Cabul y los demás reyezuelos del valle del Indo pagaban tributo. En Europa poseían España y las islas del Mediterráneo, y en Africa, el Egipto y todo el norte del continente acataban sus leyes.»

Ahora bien: ese gran imperio que gobierna Harunu-r-Raschid, en el siglo II de la *hechra*, desde su corte de Bagdad, y que luego se va achicando y encogiéndose en el siglo III, con la fundación del jalfato autónomo de Córdoba por Abudu-r-Rahmán y la progresiva emancipación de diversos principados en la Persia y en la India; en el IV, con la aparición de múltiples dinastías locales, que quitan a Bagdad su fuero de metrópoli y desplazan a El Cairo el centro de irradiación del poder y la cultura islámica; en el V, con las sublevaciones de los turcos, que irrumpen en Siria y se hacen dueños de todo el país; en el VII, con la invasión de los mogoles y tártaros que, acaudillados por Gengis Kan, conquis-

tan China, Persia y la India y se establecen en Bagdad, poniendo fin a la dinastía abbasí, y que en el siglo IX de la *hechra* no es ya más que un recuerdo, sigue manteniendo sus líneas en este libro de *Las mil y una noches*, voluntariamente detenido en el Siglo de Oro del gran Ar-Raschid, que sirve de sol al mundo planetario de sus historias.

Esta gran difusión de su perímetro geográfico es ya de por sí suficiente a explicar las inexactitudes e impropiedades geográficas que en el libro se advierten; es natural que los narradores, que escriben en Bagdad o El Cairo, no conozcan bien los límites del imperio y que, además, se aprovechen deliberadamente de esa circunstancia para prestigiar de lejanía, como de antigüedad, sus historias y empleen términos geográficos tan vagos como sus expresiones cronológicas.

El defecto no es exclusivamente suyo, pues toda la geografía de entonces, aun la reputada científica, adolecía de la misma vaguedad, como fundada en referencias de viajeros, no siempre buenos observadores y siempre amigos de introducir lo maravilloso en sus relatos, que siempre tuvieron los viajeros mucho de Simbad y de Tartarin; baste recordar las discutidas descripciones de Herodoto y las evidentemente fabulosas de Ctesias de Cnido, el médico que acompañó al gran Alejandro en sus conquistas, y que por cierto califica a Herodoto de mentiroso, cuando él le da en eso ciento y raya.

Toda la geografía antigua, en general, puede calificarse de fabulosa, y sus datos, recogidos por Pomponio Mela en su obra *De situ orbis terrarum*, compuesta bajo el reinado de Julio César, es una mitología, y dizque que en ella y en otros libros menos fantásticos, como los famosos *Viajes* de Marco Polo, se fundaron los geógrafos hasta el siglo XV, en que empiezan los

grandes periplos que permiten a los hombres formarse una idea relativamente aproximada y justa del globo.

En la época de Pomponio Mela persistía aún la idea de considerar los continentes como islas y a los lagos como mares, igual que en la *Biblia*, donde cuesta trabajo precisar el sentido exacto del vocablo «yam» y otros que designan accidentes geográficos, de donde puede inferirse el grado de exactitud de la geografía en esos tiempos de Pomponio, en que las conquistas de Alejandro Magno y el propio Julio César habían podido enriquecer de datos reales a la geofísica y la geopolítica.

Los árabes han seguido hasta hoy llamando islas a los continentes y mares a los lagos, y eso da a sus descripciones geográficas una vaguedad que, de otra parte, favorece su calidad poética en relatos como los de *Las mil y una noches*, que, al fin y al cabo, son obra de ficción, no tratados de geografía.

La geografía de *Las mil y una noches* está calcada, en términos generales, sobre la de la *Biblia*, y resulta tan discutible como ella, aunque, como ella, sea real, pues toda la controversia se reduce, en el fondo, a una discusión en torno a la toponimia, o sea, a una cuestión de palabras.

Lo notable es que los autores de *Las mil y una noches*, que escriben en ese período histórico de los siglos X a XVI, en que ya la geografía científica, por decirlo así, habíase enriquecido con datos de viajeros árabes, relativamente fidedignos, como el mercader Solimán, Abu-Seid, Masúdi, Ibn-Hekkal, Albiuni, Abdu-l-Hasán y, sobre todo, Ibn-Batutah, persistan en mantener esa visión poética fabulosa en su panorama geográfico.

El referido Solimán, ese mercader, precursor del miliunanochesco Simbad, el marino, partió, como este, del golfo Pérsico, atravesó el mar de las Indias y

llegó a las costas de China, componiendo, en el año 851, un libro que completó luego otro compatriota suyo, Abu-Seid, y que puede considerarse como el primero en la bibliografía geográfica del celeste imperio.

En ese mismo siglo IX de nuestra era otro viajero intrépido que no era un mercader, sino un escritor, y gran escritor, el bagdadí Masûdi, el autor de las *Praderas de oro* (*Muruchu-z-Zahab*), consagró veinticinco años de su vida a recorrer todo el perímetro del vasto imperio jalifiano y sus contornos, incluyendo la India. Masûdi reunió sus observaciones en diversos libros, uno de ellos las referidas *Praderas de oro*, obra que, cuatro siglos después, elogiaba con entusiasmo el célebre historiador Ibn Jaldún.

Sigue a Masûdi otro bagdadí, Ibn-Kokal, que escribió otro libro de observaciones y experiencias geográficas, en que, como él mismo dice en el prólogo, «ha aspirado a elevar la Geografía al rango de una ciencia que interesa a los príncipes y a toda clase de personas».

Vienen después, por orden cronológico, Al-Biruni, que en el siglo XI acompaña al gasnevi Mahmud en su expedición a la India, y escribe un libro bastante veraz sobre la región del Ganges y la transgángética o Gupta.

Por su parte, el astrónomo Abdul-Hasán explora, en el siglo XIII, todo el norte de África, desde Marruecos a Egipto, y, finalmente, el famoso Ibn-Batutah en el siglo XIV, partiendo de Tánger, recorre toda el África septentrional, Palestina, Mesopotamia, el norte de Arabia hasta la Meca, Rusia meridional y Constantinopla, la India, Bujara, Jorasán, Kandahar, llega hasta Delhi, capital entonces de un reino islámico, y encargado por el monarca de una misión para el emperador de China, dirigese allá por mar y, después de visitar Ceilán, Sumatra y Java, llega hasta Pekín, de donde regresa a su

patria por mar. Y no cansado de estas andanzas, que han durado veinticuatro años, recorre todavía España, explora el interior de África y llega hasta Tombuctú.

La relación de los viajes de Ibn-Batutah se ha publicado en dos tomos, traducida al francés, en 1854, por Defremont y Sanguinetti, doctamente contrastada y comentada por esos sabios orientalistas, y resulta de una veracidad indiscutible, pues la parte fabulosa que contiene la da como tal el autor, que solo certifica, con honrada sinceridad, lo que ha visto con sus propios ojos.

Por ahí puede verse si los autores de las historias miliunanochescas contaban con material de documentación más que suficiente para dotar de base geográfica sólida y real sus descripciones de tierra y países, sobre todo a ese relato de los siete viajes de Simbad, el marino, que tienen por escenario casi el mismo de Abdu-l-Hasán y de Ibn-Batutah, y que, no obstante, presentan una apariencia enteramente mitológica y son de una redacción tan confusa que el intrépido nauta parece moverse en el limbo. Y dízque por más de un indicio podría pensarse que el autor tuvo a la vista, o conocía por lo menos, el libro de Ibn-Batutah, pues hasta transfirió a la biografía de su héroe ese detalle de la embajada que le confía el rey de Delhi para el emperador de la China, haciéndose también a Simbad embajador del rey de Serendib para con el jalifa Ar-Raschid y de este para aquel.

Hay, pues, mucho de voluntario en esa vaguedad mítica de la geografía de *Las mil y una noches*, encaminada acaso al fin de dotarlas de calidad poética; el rapsoda solo es exacto y preciso cuando se trata de regiones del verdadero Islam arábigo, de países como Egipto, el Irak, la Siria, y menciona ciudades como Damasco, El Cai-

ro, Bazra, Bagdad y otras, que todo el mundo conoce; pero padece ambliopias mentales, acaso voluntarias, poéticas, en cuanto traslada el escenario a países como la Alta Persia, Cabul, el Turquestán, la Tartaria o la India, y no digamos cuando se trata de la China, como en la *Historia de Alá-d-Din y su lámpara* (Noches 587 a 603), que entonces solo el nombre indica que la acción se desarrolla allí, pues ni el paisaje, que en *Las mil y una noches*, como en toda la literatura antigua, no existe, ni las costumbres, que son las mismas de los musulmanes, dan la menor idea de ese país de las porcelanas y los palacios de bambú, y el narrador solo se apoya en el hecho histórico de haber colonias musulmanas en la China.

No hay que insistir sobre la calidad poética de esa parte de la geografía miliunanochesca, que linda ya con la declaradamente fabulosa, que sirve de marco al mundo de los genios o *afarit*, de que en otro lugar hablaremos; esa vaguedad que los rapsodas no abandonan del todo, ni aun cuando el escenario de sus cuentos es real, precisamente lo que presta a sus argumentos ese encanto especial de leyenda y de fábula; los hace más cuentos y borra la vulgaridad que pudieran tener un zoco o una plaza pública. Los autores de *Las mil y una noches* describen cosas, como Cervantes, pero las ven con los ojos de Don Quijote.

En la geografía real de *Las mil y una noches* inscribese toda esa inmensa área territorial que sirve de teatro al gran drama de la historia antigua y por cuya posesión lucharon todos los conquistadores famosos; ese gran imperio que fue en su origen el imperio del Gran Señor de los persas y luego, más o menos íntegramente, el botín de victoria de Alejandro y de César, y, finalmente, de los guerreros del Islam; ese vasto perímetro que abarca en realidad

todo el mapa antiguo, agrandado después por las conquistas romanas del lado de Occidente.

Todos esos países prestan su escenario y su fondo de historia y de leyenda a los cuentos de *Las mil y una noches* y figuran en ellos designados con sus nombres reales, sin más ambigüedad para la comprensión que la que pueda derivarse de la toponimia arabizada. Las indicaciones geográficas son exactas cuando se trata de esas regiones bien conocidas de los árabes por su proximidad a la metrópoli bagdadi o por la frecuencia de las relaciones mercantiles o por su intensa proyección histórica, como el Irak-I-Achn o Irak aljamiado, que abarca parte de Asiria, Media y Partia antiguas, y donde se encuentra la ciudad de Ispahán o Isfahán, antigua metrópoli irania; el Jorásán (o sea las Aria, Paropamia, Margiana y Bactriana de los mapas clásicos); el Farsistán, que comprende parte de la antigua Partia y donde radica la ciudad de Chirás, la de las rosas y las vides que aroman por igual lo versos de su gran poeta Hafiz; el Azerbeichán, la antigua Asiria, patria de Zoroastro y ara primitiva del culto parsi al fuego; el Chirván, que corresponde a la parte septentrional de la antigua Media; el Mazenderán, parte de la antigua Hircania; el Guilán, que es el país que Ptolomeo y Estrabón designan con los nombres de Geli o Gelae; el Deilán, que dio una dinastía a la Persia; el Turán, la Transoxiana de los textos clásicos, designado en los libros árabes como el Ua-uera-n-Nehar o «lo de más allá del río» (el Oxus o Cheijón), y que a veces presta su nombre a la Tartaria, patria del famoso conquistador Timur Lenk, el Tamerlán de nuestras historias, y de la que se mencionan en *Las mil y una noches* las ciudades de Bajarra, a orillas del río Sogd, del que tomó su nombre la antigua Sogdiana; la Ciudad Verde (Madinetu-l-Jazra) o Schar

Seb, y la célebre Samarcanda, corte del terrible Cojo, que pasó como una plaga apocalíptica por la Europa del siglo XVI. Y todo el territorio que comprenden el Asia Menor y la Mesopotamia, nombres sintéticos que se desdoblaron en múltiples regiones.

Todas esas comarcas, llenas de ruinas venerables y a veces de simples recuerdos de palacios y jardines maravillosos como el Edén y, como este, para siempre perdidos, de ciudades como Babilonia, Susa, Ecbatana, Irem e Istajar (Persépolis), cuyos solos nombres hacen vibrar los nervios como liras, han dado base a los rapsodas de *Las mil y una noches* para prestigiar sus relatos y fondo de leyenda para sus fabulosas historias, con sus ruinas que, guardadas por monstruos imponentes, como ese de Istajar (cuerpo de león, pies de caballo y cabeza de hombre, con barbas artísticamente rizadas), en que los modernos arqueólogos creen reconocer al «martijoras» o «tragahombres» de que habla Gtesias, parecen encerrar tesoros encantados y defendidos, como los de los hipogeos faraónicos, por poderosas fórmulas talismánicas o imponentes figuras.

También la Armenia, ese país de los perfumes y las ricas maderas, puede sospecharse presente en *Las mil y una noches*, designada perifrásticamente como el País del Ebano, que se cita en la historia del segundo *zâluk*, el que se dice hijo del rey Aknamús, aunque el texto lo haga rey de la India.

La India misma tiene una múltiple presencia en *Las mil y una noches* y merece que digamos algo sobre los términos con que se la designa.

Hay que establecer ante todo la precisa distinción entre las denominaciones geográficas de Sind e Hind, con que indistintamente la nombran los cuentistas; el primero de esos nombres designa la India transgángética, que se llama así del nombre del Ganges

(Sind), mientras que la India cisgángética, la más cercana a los árabes, toma el suyo de Hind, del río Indo, que marca el límite de las conquistas de Alejandro Magno en la península del Pénchab. En esa India cisgángética es donde existían de antiguo numerosas colonias de persis fugitivos, guebrós o adoradores del fuego, judíos—allí sitúa Monasseh-ben-Israel las diez tribus perdidas cuando la cautividad de Babilonia—y árabes musulmanes, viviendo entre pueblos de diversas razas—el semillero de razas del Pénchab—más o menos salvajes.

Esa India cisgángética es el principal escenario de los azarosos viajes de Simbad, el marino, siendo dudoso que traspusiera el Ganges, aunque Roso de Luna lo da por seguro y afirma que escaló la montaña del Tibet y allí se inició en la arcaica ciencia de los grandes maestros teosóficos.

Toda suposición es lícita, atendido el silencio que Simbad guarda en lo referente a nombres de lugares y accidentes geográficos, pues ni siquiera menciona taxativamente al Ganges ni al Indo, como tampoco ninguna de esas grandes montañas de la India, cual el Himalaya, tan cantado por los poetas indos; en la geografía de Simbad islas, ríos, montañas y mares son simplemente ríos, islas, montañas y mares en estado de naturaleza, antes de que el hombre les pusiese nombre alguno, de suerte que solo la mención de las grandes serpientes venenosas, tomada acaso de *Achaibu-l-Hind (Maravillas de la India)*, los grandes simios y los salvajes, nos dan en su relato la emoción del país.

Solo es algo explícito el viajero al hablar de la isla de Ceilán o Serendib, sobre la que da detalles de carácter mítico, relacionados con la leyenda que situaba en ella la condenada puerta del Paraíso, y en una de cuyas montañas, llamada el Pico de Adán, creían ver



los buenos musulmanes la huella del pie del primer hombre. En la versión aludida Simbad no deja de subir a la cumbre de esa montaña para contemplar la famosa reliquia, venerable medida antropométrica del padre de la especie.

Cuanto a nombres de lugares, solo figuran en la topografía simbadiana los de esas dos islas: el de la isla de Kasel, residencia del genio Degial, donde todas las noches sonaban atabales, indicio de la condición belicosa de sus moradores y que recuerda aquella otra de las Campanas, a diez jornadas de Serendib, de que habla Pomponio Mela, el reino del malharacha Míhraschán (que viene a ser el mismo título de gran rey o *racha* en sánscrito, convertido en patronímico, y que pudiera referirse a la región indostánica de Heyderabad); la isla de Selahit o Selahat, la de Kelat o Helat, que los mapas sitúan en el Beluchistán (por lo que no puede ser la misma), sobre la que da el dato de abundar en ella los yacimientos de plomo, y la de Komorin, célebre por su madera de sándalo.

Esos datos y los referentes a la recolección de la pimienta y los cocos son todo el fondo de geografía e historia natural que, referente a la India, se encuentra en los relatos del famoso viajero.

Puede completarse esa información sobre la India con los datos, igualmente vagos y fabulosos, que en la historia de Hasán el de Bazra se contienen sobre la Ciudad de los Judíos y el río Sabatión, de que por su carácter francamente fabuloso hablaremos en el epígrafe dedicado a la geografía mítica.

Notemos, asimismo, que a la India iban los árabes, ya por vía terrestre, corriéndose del Irak a la Persia y cruzando luego el breve trecho del Afganistán o el Beluchistán, ya por la vía marítima, surcando los golfos de Persia y Omán y el mar de Arabia, que los

ponía en contacto inmediato con la isla de Ceilán, la Taprobana de los libros de caballería, y de donde, salvando el estrecho, podían desembarcar en el golfo de Bengala, parte de cuyo litoral corresponde a la provincia india así llamada, con su metrópoli Calcuta, donde de antiguo existe una numerosa población musulmana.

De haber querido los cuentistas habrían podido jalonar con nombres reales los itinerarios de sus héroes por esos lugares conocidos, de los que apenas dan otros que los de Komorin, Serendib (la misma isla de Ceilán) y Cachemira, pasando por alto los famosos de Delhi, Benarés, Heyderabad, Lahore, Agra y Bombay, que desde el siglo V de la *hechra* formaban parte de la geografía islámica y se ornaban con monumentos de arquitectura árabe-inda—aljamas y mausoleos—, que aún hoy subsisten, y en los que el arte menudo y preciosista de las mezquitas se eleva a lo grandioso, bajo el influjo de la pagoda inda.

Más allá de la India, a la parte de Oriente, ya en China o Az-Zin, se alza el entonces enigmático Tibet, donde Roso de Luna pretende haberse iniciado el marino Simbad en la ciencia esotérica y que en ninguna de las historias del libro aparece mencionado explícitamente, y por el norte el Turquestán, del que se cita la ciudad ya aludida de Bojara. Todo ese territorio inmenso que se extiende más allá de la India es el nimbo de leyenda, la niebla mítica que circunda y envuelve la geografía real, por esa parte, de *Las mil y una noches*.

También figura en la geografía real de *Las mil y una noches* el país de Rum o Ar-Rum, que al pronto parece designar el imperio romano, y que, según todos los comentaristas, solo designa el bizantino, que subsistió siglos después de la caída del otro y prestó base territorial a los efímeros reinos

fundados por francos y almogávares en Bizancio y Atenas; el país de Rum, según lo describen los embajadores que su rey Afridón envía al sultán mahometano Omaru-n-Nômân, es propiamente la antigua Grecia, con su capital en Constantinopla y sus posesiones en Asia Menor y Siria, pues los referidos embajadores le dicen al rey Omar de la historia: «Nosotros somos enviados del rey de Ar-Rum, Afridón (o Afridum), señor de Kostantiniya, la Grande, y del país de Yunanit (Jonia) y caudillo de las huestes cristianas.»

Y puesto que ellos lo dicen, no hay más que decir.

El rey Afridón aparece en guerra con el rey Hardob, otro monarca cristiano, señor de Kaisariya-Cesarea, ciudad que plantea cierto enigma, pues con ese nombre figuran dos en la geografía antigua: una, en Palestina, en la costa del Mediterráneo, y otra, llamada Cesárea de Filipo y primitivamente de Paneas en la falda meridional del Líbano, cerca de las fuentes del Jordán, en los límites de la Celesiria, de suerte que procede la duda, aunque todo se inclina a pensar que se trata de la primera de esas dos ciudades, que es la que tiene salida al mar Mediterráneo, en que se desarrolla parte de esas épicas luchas.

Esa coincidencia de nombres complica y dificulta también la precisión geográfica cuando se trata de Etiopía, pues existen varias, según puede verse en Pomponio Mela, circunstancia que ya preocupó a los primeros comentaristas de la *Biblia*, donde se menciona ese país unas veces como el de Madyán, en Egipto, otras como el de Yemen, en Arabia, por lo que no es de extrañar que Simbad, el marino, nos hable de etíopes (*senuch*) en tierras indias, a las que pudieron haberse corrido desde el golfo Pérsico, aunque también pudiera tratarse de hombres de color tostado, etiópico.

La misma conclusión se observa en lo referente al país de Ifrancha o Francia en la *Historia de Alá-d-Din Abuschamat* (Noches 184 a 201), en cuyos territorios se incluye el puerto de Génova, al que se transfieren muchas características de Bizancio como corte de su anónimo rey y punto de partida de expediciones de corsarios.

Con razón dice el doctor Mardrus, desde el principio, eludiendo dificultades de localización: «La vaguedad en *Las mil y una noches* en punto a nombres propios y geográficos es cosa admirable.» Admirable y lamentable.

En la geografía real, relativamente real de *Las mil y una noches*, solo encajan, con pleno derecho, como ya hemos dicho, los datos que en sus historias se hallan referentes a las regiones de la parte propiamente árabe del islámico imperio, el Egipto, con su metrópoli, El Cairo, y su puerto de Iskandriya o Alejandría, fundada por el gran Alejandro Iskander, el bicornio de la leyenda oriental, y sus distritos de Al-Keliubiya y Suez (Suis); Siria o Scham, con su capital Damasco (Dimchkh), antigua corte de los jefes umeyya, y el Iraku-l-Arb o árabe, donde radica Bagdad, corte de los jefes abbasies; ciudades de Palestina como Haleb (Alep), Tabarieh (Tiberiades) y Jerusalén, y otras de Arabia, como Hama, Homs, etc.

En la *Historia del visir* (egipcio) *Nuru-d-Din y de su hermano Schemsu-d-Din* (Noches 20 a 25), pueden seguirse perfectamente bien sobre el mapa las etapas del itinerario que el último sigue desde El Cairo a Jerusalén, así como también puede señalarse en el mapa todos los lugares geográficos situados en torno al golfo Pérsico, o de Omán, que se nombran en estas historias.

Bagdad y Bazra, su puerto, agrupan en torno suyo la mayor copia de datos reales, que llegan hasta la indicación de barrios, calles, plazas, monumentos

y posadas; los narradores caminan ahí sobre terreno seguro, conocido, familiar, y la parte fabulosa de sus relatos procede del fondo mismo legendario de esas ciudades, tan cargadas de historia, y cuyas piedras venerables eran ya entonces joyas de arqueología.

Baste decir que esa flamante Bagdad edificóla su fundador, el jalifa Al-Manzur, sobre la ruinas de otra ciudad persa que fuera antaño corte del gran Anuschirván.

No hay que insistir sobre esta parte positiva de la geografía miliunanochesca, que en las notas al texto se detalla y puntualiza, para ilustración o recuerdo del lector; ese material geográfico es enteramente fidedigno, sirve de escenario a escenas de la realidad costumbrista de la vida islámica, aunque se relaciona con el mundo del franco mito, mediante la presencia de los genios o *afarit* enredadores e inquietos, que introducen el elemento maravilloso en esas novelas de la vida real y trasladan de pronto el escenario a esas remotas regiones de la periferia del imperio, a esas islas fabulosas, a esos reinos subterráneos o submarinos habitados por seres de calidad fantástica.

Donde surge, en cambio, otra zona opaca, astigmática, en la visión geográfica de los cuentistas miliunanochescos, es al llegar a los territorios africanos situados al oeste y al sur de Egipto, al actual Marruecos u Occidente remoto y a las modernas colonias negras de Bechuan, Camerón, Congo, etcétera, en el corazón del continente; su ignorancia en este punto se explica por tratarse de territorios aún no conquistados para la geografía; pero no se explica igualmente la vaguedad con que hablan de ese Marruecos, ya en el siglo II de la *hechra*, integrado en el imperio islámico y que el famoso guerrero árabe Otba recorrió victorioso viniendo de Oriente hasta hundir su corcel en las aguas del Atlántico, simbólica toma de

posesión, ya que no montaba un hipocampo capaz de franquearlas.

Dos ciudades históricas mogrebie se mencionan en el libro: las de Mequinez y Fez (Meknas u Fas), pero sin dar de ellas sino solo los nombres, unidos en «dvanda», sánscrito, cual si formasen una sola ciudad.

Todas las demás indicaciones geográficas respecto a esa parte del Africa son enteramente imprecisas, ambliópicas, y su localización obligaría a revolver todos esos libros y mapas antiguos que cada erudito interpreta a su gusto y que, en vez de aclarar, oscurecen todavía más las cuestiones.

Esos itinerarios que siguen Abdu-z-Zamad, el buscador de genios encerrados en redomas, y el anónimo mago mogrebi, buscador de tesoros, son de una imprecisión absoluta que autoriza todas las hipótesis, y Roso de Luna puede muy bien ver en ellos rutas atlánticas y percibir, en los fabulosos relatos que los ilustran, ecos de la catástrofe que sumergió, según las tradiciones milenarias, recogidas por Platón, a la fascinadora Atlántida, ese fantasma errático que cada arqueólogo cree ver en un sitio distinto.

Podemos resumir estas anotaciones sobre la geografía real de *Las mil y una noches* diciendo que ni esta es tan real como parece ni la fabulosa tan fabulosa como se pudiera pensar, salvo en la parte de esta última que constituye el mundo peculiar de los genios o *afarit*, en todo lo demás la geografía aludida es más bien que fantástica fantaseada; en la mayoría de los casos solo se trata de diferencias en la terminología y de esa imprecisión y vaguedad en los nombres que tanto hace padecer a los investigadores modernos; en el fondo es siempre el mismo escenario de la *Odissea* y las *Expediciones de Ciro* y *Alejandro*, por Herodoto y Ctesias; ese mismo imperio sucesivamente persa, griego (o macedonio), ro-

mano y musulmán, que fue, hasta el descubrimiento de América, el único escenario de la Historia en el que los hombres representaron dramas tan enormes y sobrehumanos que parecieron obra de dioses o de genios, y realizaron tales gestas heroicas que eran ya como epopeyas plásticas y no podían ser narradas sino en verso; ese perímetro acotado desde el principio para heroicos certámenes, y en el que se forjan las primeras figuras ideales de superhombres que, en virtud de la metempsicosis literaria, cambian de indumentaria y de nombre, pero no de alma, y, después de haber actuado en el *Ramayana* y en la *Iliada*, se trasladan al Ciclo de Artus y a los libros de caballería y pasan su última gran revista, por decirlo así, ante los ojos visionarios de Don Quijote, en el memorable capítulo en que se describe la batalla del hidalgo con la manada de ovejas.

### LA HISTORIA EN LAS HISTORIAS DE «LAS MIL Y UNA NOCHES»

Puesto que la Historia se desarrolla en el terreno de la Geografía, debemos completar lo que de esta acabamos de decir con algunas palabras acerca de aquella, que desde el principio pueden resumirse diciendo que la parte de Historia que hay en las historias de *Las mil y una noches* es tan imprecisa y tan fantástica o fantaseada como su parte de geografía, marcándose en ella las mismas zonas de amaurosis o amnesias naturales o voluntarias.

*Las mil y una noches* apenas si tienen tangencia explícita y formal con la historia de los siglos en que se suponen elaboradas y en los que ocurrieron hechos de tal relieve y bulto que no se pueden ignorar, como el descubrimiento de América. (Por lo demás, sería interesante precisar el momento en que

esa enorme gesta empieza a ser materia literaria.)

En esos siglos, del segundo al décimo de la *hechra*, tienen lugar la fundación del imperio islámico con su irradiación hacia Oriente y Occidente, la desmembración del califato, las guerras de las Cruzadas, el término del dominio árabe en nuestra península, acontecimientos que registran las historias universales y que culminan en el descubrimiento de América, que dilata el doble horizonte físico y moral de los hombres; pues bien: *Las mil y una noches* no reflejan con la debida claridad ni relieve esos magnos sucesos que, en su mayoría, afectan a la raza de sus personajes y son grandes sucesos de su historia.

Solo en la del rey Amaru-n-Nômán, que es un verdadero *epos* nacional, según ya indicamos, puede verse como un traslado a la literatura de las luchas de los jefes Omar y Harunu-r-Raschid con el emperador bizantino Heraclio, amalgamado al mismo tiempo con anacrónicos sucesos de las Cruzadas, en virtud de ese característico sincretismo de los rapsodas, que confunden arbitrariamente tiempos y lugares y engendran verdaderos monstruos de inclasificable aspecto y cuentan cosas antiguas, influidos por el gusto actual. En su momento oportuno analizaremos ese poema en prosa, sin pretender, desde luego, ordenar su poético caos.

Fuera de esa *Historia del rey Amaru-n-Nômán y de sus hijos* (Noches 60 a 102), solo se encuentran en *Las mil y una noches* alusiones incidentales a la tercera Cruzada, en que el sultán egipcio Selahu-d-Din proporciona una efímera gloria al Islam con sus victorias sobre Ricardo Corazón de León y sus conquistas en la Tierra Santa, que duran tan poco como la buena noche de un jugador afortunado; pues bien: esa tercera Cruzada que dio motivo y materia al Tasso para su magnífico

poema *La Jerusalén libertada*, en que figuran Saladino (Selahu-d-Din) y el monarca inglés compitiendo en caballería y grandeza de alma, solo inspira a los rapsodas árabes anécdotas menudas, de carácter íntimo, individual, en la historia *Del «fel-lah» mizriano y sus hijos blancos* (Noches 891 a 894) y es la obra de un verdadero historiador, Ibn-Scheddad, donde puede encontrarse una sublimación poética del gran guerrero islámico.

Cuanto al descubrimiento de América ningún reflejo logra en el libro, cuya elaboración se prolonga, según opinión autorizada, hasta el siglo XVI de nuestra era; esos orientales no parecen haberse enterado de que se ha agrandado el mundo y, si se han enterado, no parecen haberse conmovido.

Pero lo mismo ocurre con otros acontecimientos de su propia historia nacional: la invasión de mogoles y turcos, la extinción del poderío abbasi y la transferencia de los antiguos esplendores de Bagdad a las cortes islámicas de El Cairo, Gasna y Samarkand; el cuentista miliunanochesco permanece también insensible a esas mutaciones y no recibe de ellas ninguna vibración orgánica, transformable en poesía.

El único acontecimiento de la historia del califato que deja huellas profundas y numerosas, toda una constelación de evocaciones y vibraciones líricas, es la caída y exterminio de los Beni-Barmek, que forma un ciclo elegíaco de múltiples variantes y orquestaciones. Aunque, por lo demás, puede muy bien pensarse que ese ciclo elegíaco es un injerto operado en el famoso libro, pues no aparece en las primeras versiones europeas.

No hay que extremar las cosas, ya lo sabemos, y pedirle a un libro de cuentos y anécdotas lo que puede exigírsele a un libro de historia, y así no formulamos en este sentido reproches, sino observaciones.

Solo queremos insistir, una vez más, en el hecho de que la parte de historia que contienen *Las mil y una noches* es tan vaga como su geografía, y tiene, además, ese sello de intimidad que a todo lo árabe lo caracteriza; el narrador cuenta los más grandes sucesos, pudiéramos decir, como acontecimientos de familia, y ve siempre lo particular en lo general, sin que parezca elevarse a una visión panorámica de las cosas, como es lo propio de los escritores occidentales y, al mismo tiempo, su virtud y su vicio.

La historia contemporánea de la gestación de *Las mil y una noches* aparece reflejada en el libro en el ir y venir de los personajes y el desplazamiento de su escenario, y por las proyecciones de lo universal en la vida de sus protagonistas, y también en las evocaciones que estos hacen de su propio pasado; y así, a trozos, con retazos de historias personales, puede reconstruirse la Historia general de la raza desde los tiempos preislámicos hasta el ocaso de los abbases, pasando por las guerras civiles entre umeyyias y abbases, las Cruzadas, la extensión del imperio místico del Islam y el consiguiente menguante de su luna creciente.

Toda esa historia se ve en vislumbres al través de las mil historias del libro, como se ve la nuestra en el *Quijote*, o la de Italia en el poema de Dante, sin formar naturalmente un todo orgánico, aunque con ello basta para la sinopsis del lector, que siente, con la natural emoción, desfilar ante sí los cortejos históricos.

Hay una sensación de rodajes en *Las mil y una noches* que basta a dar la idea del eterno actuar de las vicisitudes, con todas las sugerencias filosóficas y místicas que de ahí se derivan. Y esto es suficiente para una obra poética: dejar percibir el incansable giro de la rueda del Tiempo.

Y desde ese punto de vista poco

importa que los rapsodas miliunano-chescos incurran en anacronismo y amnesia y confundan los Tiempos en su Tiempo y fundan todas las contingencias en su propio avatar.

Por lo demás, ya hemos dicho el crédito que merecen y la cantidad de verdad histórica que encierran esas obras que los árabes llaman de Historia, como las universales de At-Tabari, Ibn-Jalikán o las particulares de Ibn-Jaldún y Al-Makrisi, mil veces rectificadas, como sus geografías, por colecciones europeas de esos sugestivos poetas.

### EN EL MUNDO DEL MITO

El mundo real de *Las mil y una noches* que acabamos de revistar enlaza con el mundo del mito, sin transición alguna, merced al nexo amoroso que en no pocas de sus historias une a esos seres de la tierra con los moradores de ese otro mundo fantástico, esparcidos por aires y aguas, con los ejemplares de esa humanidad mítica, con caracteres de peces y aves.

A este ciclo de historias pertenecen, por cierto, aquellas que podrían agruparse bajo la rúbrica de la novela caballeresca, en que el protagonista se lanza a la búsqueda de un amor quimérico, personificado en una princesa que nunca vio, o solo vio un momento, a favor de un azar imprevisto, y cuya belleza lo dejó tan maravillado que lo inhibió para todo intento de persecución o de rapto, siendo luego cuando, repuesto de su asombro, trata el joven, ya tarde, de descubrir sus huellas y hallar su paradero.

Tales historias, de evidente fondo ario, son de tipo folklórico, y seguramente las más antiguas del libro, con variantes en la literatura occidental, y de esas con las que las nodrizas europeas han entretenido secularmente la imaginación de los niños, sin más

diferencia que ser un caballero cristiano y no un musulmán el héroe de sus argumentos, por lo que al leerlas en su versión árabe surgen al punto en nosotros mil constelaciones de analogías mnémicas.

La única novedad que introduce el rapsoda semítico en estos cuentos de hadas, silfos, ondinas y ogros, que alternativamente protegen y combaten al enamorado caballero, es el haberlos convertido a todos en una sola casta de seres, aunque dividiéndolos en variedades accidentales que no cambian su esencia, es decir, en *afarit* o *chinn*, con arreglo a la teología coránica.

Todos esos seres fantásticos, graciosos o terribles de la mitología occidental son en *Las mil y una noches* sencillamente *afarit* o *chinn* (es decir, genios), ya habiten en las aguas o en los aires o en las entrañas de la tierra, y con ese nombre los designan a todos en general.

Esas bellas y esquivas princesas de seductor encanto que llevan los atraentes nombres de *Flor de granado*, *La del mar o perla*, *Portento de hermosura*, etc., son sencillamente *afarit*, aunque, por lo demás, muestren una psicología enteramente humana e igual sensibilidad, orgullo y amor propio que esas otras princesas de la tierra que se llaman Dunya o Budur y no exijan menores pruebas de amor a sus pretendientes ni los obliguen a menos penosas peregrinaciones.

Incluso los países en que moran son igualmente lejanos y exóticos, sin mares en las cartografías, pues tan imposible resulta localizar el País del Alcanfor o el Ebano como la Tierra blanca o la Tierra verde en que habitan las princesas de la casta genial; el sincretismo árabe lo asimila todo y confunde las líneas fronterizas de los países y los seres; de suerte que, como ya hemos dicho más de una vez, realidad y sueño son en este libro crepuscular una

misma cosa, y en el fondo, claro está, como todo, más bien sueño.

Un sueño de la libido del hombre encierran estas simbólicas historias; ese anhelo inmortal de lo imposible, ese afán de copulación con todas las formas de la vida, que se expresa en tantos mitos griegos, y que, modernamente, en *Sagramor*, el bello poema del portugués Eugenio de Castro, hace llorar al héroe del dolor de no poder desposarse con todas las formas y aun de trocarse en ellas; lágrimas de infantil desencanto ante lo inexpressable de la cambiante morfología del mundo, que son las mismas que aquí vierte el príncipe Bedr-Básim o el joven mercader Hasán Nuru-d-Din a vista de esas beldades del aire o del agua que se le van de entre los ojos como al niño de entre las manos las pompas de jabón.

Hay un simbolismo evidente en todas estas historias que son de niños, porque infantil es la psicología de sus héroes; en ellas aparecen esos misteriosos, inaccesibles castillos, semejantes a los de-irás y no volverás—esos paraísos que se gozan en un sueño seguido de un despertar amargo, esos tesoros que se pierden irrevocablemente al volverse la espalda, etc., etc. La letra confusa—y clara la pena—, como dijo el poeta español.

Por lo demás, estas historias tienen siempre un final venturoso, que, si no fuera así, resultarían de un pesimismo desolador, y escritas o ideadas en su origen para niños, eso no podría ser; siempre en ellas, por fortuna, el enamorado caballero llega a unirse al fin con la princesa ideal, y el drama de sus andanzas y trabajos para en boda, es decir, en jovial sainete. Y a este propósito es notable observar el júbilo que tal cosa proporciona a los niños que aún no saben de amor, siendo de presumir que, si se alegran del feliz desenlace, no es por el lado nupcial, sino por el otro de acabarse así los trabajos

de los enamorados, por una suerte de innata simpatía, latente en el alma infantil, y porque, además, siempre hay un tesoro que se les da por añadidura a los felices novios y que es propio a encandilar la ingenua codicia de esos pueriles ambiciosos de juguetes singulares y raros.

Por lo demás, estas historias fabulosas de *Las mil y una noches* se desarrollan como las supuestamente reales, y en ellas lo único específico es el ser *afarit*, y no mujeres, las heroínas, aunque se conducen, de otra parte, como si lo fuesen; por lo cual se impone examinar y precisar hasta donde sea posible, que no es mucho, ese concepto del *efrit* y tratar de ver con los lentes de la erudición qué son en realidad esas entidades misteriosas.

### LOS «AFARIT» O GENIOS

No es muy fácil formarse una idea clara de lo que son estos *afarit* de la mitología islámica, seres de naturaleza compleja, entre ángeles y demonios, superiores en un aspecto al hombre e inferiores a él en otro, dotados de poderes teúrgicos y del don de hacerse visibles o invisibles a voluntad, y que comparten con los espíritus puros esas propiedades de claridad, agilidad y sutileza que les atribuyen los teólogos.

Indudablemente se trata de uno de esos conceptos complejos, elaborados por el sincretismo árabe, y en el que se han fundido elementos de muy distinta procedencia. Lo más general es considerar a los *afarit* o *chinn*—que de ambos modos se les designa (lo que también parece marcar cierto matiz)—como equivalentes semíticos de los *jinas* indos, que pasaron a la mitología griega con el nombre de genios y a la china con el de *kuei*, y que representan una categoría de espíritus elementales, esparcidos por toda la creación como

una suerte de microorganismos o bacterias psíquicas que intervienen en todos los procesos vitales.

Son, para decirlo en una palabra, los «espíritus» de la superstición popular y, en este sentido, se relacionan con esas entidades misteriosas que en la mitología grecolatina llevan los nombres de lemures, lares, penates, etc., que pueden verse en cualquier enciclopedia, como el *Diccionario infernal* de Collin de Plancy.

Así considerados, los *afarit* o genios de los árabes resultan de fácil clasificación. Son sencillamente los «espíritus» del folklore universal. Como ellos, permanecen habitualmente invisibles a los ojos de los hombres; pero pueden manifestarse y dejarse ver cuando lo desean, asumiendo entonces todas las formas imaginables, humanas o zoológicas, risueñas o espantables, según su humor o mal humor y el grado de simpatía que sienten hacia el mortal al que se muestran y la naturaleza del mensaje que han de transmitirle. Porque esos espíritus—y aquí tenemos una tangencia con el otro concepto de «espíritus de los difuntos», que también tienen eco en la imaginación popular—, esos genios actúan de intermediarios entre los dos mundos y transmiten a los hombres avisos y comunicaciones telepáticas del invisible.

A los espíritus de los muertos se asemejan también en lo de ser evocables por el hombre y hasta haber de acudir a sus llamadas, aunque no quieran, obligados por la fuerza irresistible de sus conjuros, aunque entonces lo hacen de mala gana, en forma de gigantes imponentes, de trasgos o vestiglos, que ponen pavor en quien los mira y, por lo general, surgen de la tierra, como Mefistófeles ante Fausto, a modo de humareda que lo llena todo y luego se condensa y adquiere el volumen deseado.

Los *afarit* pueden cubrir y nubl

todo el horizonte con su volumen gaseoso y también encogerse hasta el punto de caber en una redoma de hierro o de cristal. Y pueden, asimismo, asumir la semblanza de mujeres bellísimas, como el simulacro de Helena, que Mefistófeles muestra a Fausto en el poema de Goethe. Todas esas magias les son posibles a los *afarit* genios en virtud de su naturaleza etérea, inmaterial, que puede materializarse por un esfuerzo de concentración psíquica y producir ectoplasias y demás fenómenos de esos que registran los anales de la Metapsíquica moderna.

Pero todo esto es tópico y queda siempre por puntualizar la verdadera naturaleza de los *afarit* islámicos, desde el punto de vista teológico, es decir, del de su relación con los ángeles o demonios de la escatología musulmana, que son los consabidos agathodemos y kakodemos de la mitología. Como los ángeles, se dividen en dos categorías de buenos y malos y, sin embargo, parecen todos ellos demonios, por estar privados de la vista de Dios y habitar en regiones subterráneas o submarinas, es decir, infernales. Aunque tampoco en esto puede puntualizarse, pues los hay que viven en la región aérea, propia de los ángeles.

Hay una casta de *afarit* buenos y malos, que viven de un modo estable, por decirlo así, sobre la tierra, y afectan habitualmente forma enteramente humana, con su correspondiente división en sexos y organizados en monarquías permanentes, como las que fundan los mortales; hay que distinguirlos, pues, de esos otros *afarit*, errabundos y solitarios, que solo se manifiestan ocasionalmente y que son de naturaleza francamente demoníaca, perversa. La filiación de estos últimos viene directamente de Iblis o Schaitán, el demonio del Génesis, que se rebeló contra Jehová y por ello fue lanzado a los infiernos o *chehennams* de la *Biblia* y el



*Corán*, en cuyo fuego viven habitualmente, no saliendo de él sino para tentar y perder a los hombres; son los clásicos demonios de las escatologías de todas las religiones.

Esa clase de *afarit* trae su genealogía de Eblis o Iblis, y así lo indican a veces sus nombres, como el del que aparece en la historia del segundo *zâluk*, y que se presenta él mismo como Chorchis, hijo de Rachmús, hijo de Eblis; pero no puede extenderse tal concepto demoníaco a todos los *afarit* o *chinn*, pues aun dentro de esa especie de genios errabundos, precitos al parecer, los hay que eluden la clasificación teológica y la descendencia directa de Eblis, incorporándose más bien a la casta de los genios de las mitologías extralámicas, a los espíritus de los cuatro elementos.

Hay, pues, que distinguir en el concepto del *afarit* una línea teológica que arranca de la versión bíblica de la caída de Luzbel y otra puramente mítica, que viene del fondo pagano occidental; según la primera, los *afarit* serían simplemente ángeles caídos y no habría más que hablar, aunque sí habría que hablar también, pues dentro de esa línea luciferiana nos encontramos con genios buenos y genios malos, lo que induce a suponer que parte, por lo menos, de aquellos ángeles que siguieron a Lucifer en su rebeldía se arrepintieron luego y volvieron a la gracia divina, ya que el *Corán* nos habla de genios creyentes, musulmanes, que temen y acatan a Alá y creen en su mensaje, aunque este no está en realidad destinado a ellos, sino al hombre.

Todo se vuelve dificultad cuando queremos apurar el concepto, aun teológico, del *efrit* o *chinn*, pues en el propio *Corán* se habla de ellos en términos ambiguos, reticentes y contradictorios, lo que indica que el propio Mahoma no tenía una idea muy clara

sobre el particular, pese a haber hecho aquel famoso viaje nocturno a los empiresos, jinete en el corcel volador *Al-Borak*, que era, por cierto, un *efrit* con cara de mujer y cuerpo de caballo y dotado de habla, por lo que es preciso acudir en demanda de información a las muchas tradiciones que suplen su silencio.

Según una de ellas, que Guillén y Robles recoge en el prólogo al tomo I de sus *Leyendas moriscas*, hay una inmensa variedad de *afarit* o genios. «La mitología musulmana—dice el arabista español—es tan fértil en creaciones del mundo sobrenatural como la helénica... En sus dominios hay *chines*, varones y hembras; unos, burlones, como los duendes de nuestros pueriles cuentos, se complacen en mortificar a los humanos; otros, benéficos, se apiadan de sus desventuras, los socorren en sus infortunios y unen fieles amantes, separados por los rigores de su malaventurada estrella... Hay *diuses*, espíritus gigantes; *gulas* y *afrietes* (*alifrites* o *efrites*), que son las Medusas, Furias y espectros griegos; *cotrobes* en forma de gatos; *iblisés* moradores de los mares; *maradas* pobladores de las islas; *silahses* que se ocultan en las grietas de las montañas; *gulas* que viven en las ruinas, y *saharas* y *uahantes* o serpientes que con sus anchas alas surcan los aires...»

Fácil es ver que en esa nomenclatura hay toda una teodicea pagana endemoniada, así como también una zoología prehistórica de saurios gigantes y reptiles alados, convertidos en genios.

En el mismo prólogo de Guillén y Robles encontramos también líneas de una genealogía genial, según la que, luego de crear la tierra, «Dios la pobló de *chines*—seres intermediarios entre el hombre y el ángel—, espíritus en estado de merecer o desmerecer; catorce mil años señorearon nuestro planeta y dos mil después de ellos otros genios lla-

mados *peris* (avatar persa de los devís o *diuses* indos—añadimos nosotros).

Mandábalos Chia-ben-Chian; pero fueron tales los crímenes de los *chines* y *peris* que Dios decidió aniquilarlos. «A este fin se sirvió Al-Lah de Hárítus, un espíritu creado del fuego que se enciende entre los remolinos del simún, el cual dio la batalla a los *chines* y *peris* y los venció, relegándolos a montañas e islas desiertas e inhóspitas, salvándose solamente de la ruina cierto número de ellos que se pasaron al bando de su vencedor. Este, o sea Hárítus, que no es otro que Iblis, se envanece luego de su triunfo y se niega a prosternarse ante Adán, cuando Al-Lah se lo ordena, alegando en su orgullo ser superior a aquel, hecho de barro, en virtud de su naturaleza ígnea, por lo que la tradición coincide y enlaza con la versión que del mismo episodio da el *Corán* en su sura segunda: *La Vacca*.»

Ahora bien: en la *Historia de Balukiya* (Noches 285 a 295) encontramos más datos sobre los *afarit* en esa revelación que el rey Sajr, el omnipotente señor de la Tierra blanca, le hace al joven egipcio acerca de sus afines, los genios.

Según esas confidencias, en el origen de los tiempos creó Al-Lah del fuego dos genios, uno macho, Jalit (el león), y otro hembra, Malit (la loba), que engendraron una dilatada prole de monstruos. Estos serían los genios pre-citos.

Más tarde creó también Al-Lah siete parejas de genios buenos, entre ellos Iblis, que luego había de rebelarse contra su creador.

Esto es todo lo que podemos saber acerca de los genios o *afarit*, tocante a su esencia íntima; la información se completa con los datos que, en las mismas fuentes orientales, se nos dan sobre el lugar de su residencia o, mejor dicho, los lugares, pues los hay que

habitan en la Tierra blanca, y son los genios buenos como el rey Sajr y los hay que moran en la Tierra verde y son malos, por lo que aquellos les hacen la guerra santa, igual que los musulmanes a los idólatras, y hálbase, finalmente, de un país exclusivamente destinado a los *chinn*, el Chennistán, situado más allá del monte Kaf o el Cáucaso, es decir, en las regiones inexploradas de la geografía antigua.

Podemos sintetizar esas nociones sobre los *chinn* diciendo que los hay varones y hembras, buenos y malos, estables y errantes o viajeros, y estos últimos, decididamente malos, enlazan con la tradición talmúdica sobre Salomón y sus relaciones con estos extraños seres; tradición que completa los informes sobre ellos, mostrándonoslos en un aspecto inédito, es decir, como elementos constructivos, creadores, que los aproxima a los *kabires* de la mitología griega.

Según esa información talmúdica, Salomón, valiéndose de sus poderosos conjuros, obligó a esos genios errantes y anárquicos a alistarse bajo su servicio y realizar una obra de utilidad social, de exploración y beneficiamiento de las riquezas naturales de los cuatro elementos, distribuyéndolos en equipos de lo que podríamos llamar obreros cualificados, mineros, buzos, canteros, etcétera, encargados de aportarle cada cual tesoros de sus respectivos dominios, oro y demás metales preciosos, perlas, perfumes, etc., y de cooperar de esa suerte a la obra que sus otros equipos de trabajadores humanos—albañiles, carpinteros, herreros, etcétera—llevaban a cabo con miras a la construcción del templo de Jehová en Jerusalén, ese primer ejemplo de una confederación de trabajadores al servicio de un vasto plan.

Los genios buenos obedecen a Salomón de buena gana y le secundan con celo inteligente, por lo que merecen el

favor del monarca, y muestran su natural dócil, disciplinado y su alto grado de sociabilidad, en tanto los otros solo se someten a la fuerza y en su condición de malos trabajadores delatan su mala ralea, su demoníaca soberbia, disolvente y nihilista.

Los genios malos obedecen de mala gana a Salomón, sabotean, por decirlo así, el trabajo de los compañeros y tiran siempre a rebelarse y desertar de su puesto, como malos obreros, incapaces de comprender ni abarcar en su conjunto la grandeza del plan constructivo que medita el sabio monarca. Porque—y este es otro detalle importante de su psicología rudimentaria de salvajes fantaseados—el *efrit* es, por naturaleza, poco inteligente, corto de luces, lo que se llama un deficiente mental. Por eso, cuando se materializan, lo hacen en forma de un gigantón monstruoso peludo, con jeta de negrazo bestial y exhalando por sus fauces bocanadas de fuego y una risa sardónica, hueca, disolvente, nihilista, y cuando se les reduce a la impotencia, con el poder del exorcismo, se desvanecen y convierten en humo.

El genio malo representa la ferocidad del poder unida a la incompreensión más brutal; esta incompreensión se vuelve a veces en su contra, pues lo hace fácilmente captable por el hombre inteligente, y entonces su poder resulta utilizable para fines superiores, constructivos; el *mared* es intelectualmente un infrahumano dotado de un poder sobrehumano, y, sometido a la voluntad del hombre inteligente, resulta el servidor más provechoso y útil. Solo que hay que someterlo a la fuerza y valiéndose de fórmulas mágicas, como lo hacía Salomón, y el hombre que lo logra puede considerarse entonces dueño de todos los tesoros de la Naturaleza. Su *efrit* servidor podrá trasladarlo por los aires en un momento de un extremo a otro de la tierra, labrarle en

un santiamén un alcázar magnífico, traerle del fondo del mar corales y perlas para ornar los cuellos delicados de sus amadas, suprimir a sus enemigos y realizar en su favor todos esos prodigios que nos cuentan estas historias, porque el *efrit*—y este es otro detalle importante que lo relaciona con estos espíritus elementales, ya aludidos, del mito de Vulcano, con los *kabires*—posee la técnica de los oficios y las artes.

Eso explica el empeño de los magos y ocultistas de toda laya por descubrir fórmulas bastante poderosas para someter a su voluntad a esos rebeldes utilizables, y a ese fin los vemos construir anillos mágicos y talismanes de toda suerte, al modo del anillo y la estrella de seis puntas y la clavícula que, según la leyenda talmúdica que pasó al *Corán*, poseía Salomón.

En la *Historia de Balukiya* (Noches 285 a 295) vemos al mago Iffán intentar la temeraria empresa, que le cuesta la vida, de llegar hasta el lugar inaccesible allende los siete mares, donde reposa Salomón en su trono real, vestido con sus hábitos regios, cual si estuviera simplemente dormido, y arrancarle el poderoso anillo que conserva en su dedo y con el cual podrá realizar prodigios semejantes a los que obra el gran rey, pues tendrá a su servicio a todos los genios y estos le facilitarán el dominio sobre todos los hombres.

Como se verá, el *efrit*, en ese aspecto, representa alegóricamente al salvaje primitivo, irreductible a la solidaridad de la civilización, y puede considerarse también como la proyección al exterior de ese elemento psicológico, anárquico, en la naturaleza del hombre, contra el cual han luchado de consuno el legislador y el sacerdote, realizando esa doble doma de que nos habla Nietzsche. El *mared* o el rebelde, el caprichoso, el egoísta y personal, viene a ser, en este concepto, ese elemento misterioso que

Sócrates llamó *daimon*, atribuyendo uno a cada hombre, y cuya importancia en la vida y el destino humano hizo resaltar tanto Goethe. Y aquí, como vemos, se produce otra tangencia entre el *efrit* y el demonio.

No hemos de insistir sobre esos *afarit* o genios malos, indisciplinados y errantes, que no tienen particular interés, pues solo ocasionalmente aparecen en *Las mil y una noches*; los que sí interesa estudiar son esos otros, ya mencionados, que figuran en ellas como organizados en sociedades estables y habitando en países de nombres concretos, aunque estos sean tan fantásticos como la Tierra blanca y la Tierra verde o las siete islas de Al-Uakul-Uak; esos *afarit* se desvían ya de la línea teológica y mitológica para caer dentro de la antropológica, pues en ellos debemos ver, más que nada, la alegorización de elementos aborígenes, irreductibles a las conquistas de invasores exóticos, más civilizados, algo así como los pieles rojas o los *siux* americanos, según lo da a entender lo arcaico de sus instituciones políticas, que frisan con el matriarcado, y las sociedades de tipo lacustre o troglodítico, cuya leyenda fantaseada ha dado origen sin ninguna duda en todo el folklore a la creación del mito del hombre y la mujer-pep y el hombre y la mujer-pájaro.

Casi todos esos *afarit* son de una u otra clase, y así se les designa en estas historias; mujer-pep es la princesa Gulinar, y mujer-pájaro, la princesa Menaru-s-Sunná, esas insignes heroínas de amorosos poemas, y esa duplicidad de naturaleza las relaciona con los mitos de las sirenas y las hadas, planteando un problema de morfología, al mismo tiempo que de teología, cuando se trata de examinarlas en su relación con los seres humanos y los *afarit* del *Corán*. Aunque, en términos generales, el problema se plantea para todos los genios,

cuya naturaleza presenta contradicciones lógicamente inconciliables. Hay que hablar, pues, de la paradoja de los «genios».

## LA PARADOJA DE LOS GENIOS

No habría tal paradoja si se considerase a los genios como simples espíritus elementales, libres y sueltos en sus respectivos dominios. Pero al antropomorfizarlos y encajarlos en una tradición teológica demoníaca y radicarlos en el mundo real surge en seguida el absurdo lógico, pues no comprendemos bien cómo esos seres extraños y, en fin de cuentas, teratológicos nacidos del fuego, pueden inspirar pasión a criaturas humanas y mantener su prestigio estético de un modo permanente, ya que si son mujeres-peces han de llevar por fuerza el apéndice pisciforme de las sirenas, equivalente a la desolusante pata de cabra, y si son pájaros han de ser mancas, ya que, con arreglo a la ley morfológica, las alas suponen el sacrificio de los brazos.

Para obviar esa dificultad, los cuentistas árabes apelan, respecto a las mujeres-pájaros, al recurso de vincular su virtud aviatoria, no en su propio cuerpo, sino en su traje de plumas, faltándoles el cual ya no pueden volar y quedan a merced de su enamorado cazador, recurso que implica un compromiso con una tradición exótica, ariopérsica, occidental, ya que los *afarit* por su propia naturaleza son todos auto-aviadores, que no necesitan las alas para elevarse y conducirse por los aires, y así se nos presentan en muchas de estas historias, rectificando el error de los iconógrafos de la angelología occidental, justamente criticados, desde el punto de vista de la morfología biológica, por el gran Max Nordau; esos *afarit* que decimos no tienen alas ni trajes de plumas y, sin embargo, se

trasladan sin esfuerzo de uno a otro lado y hasta llevan pasajeros a cuestras, como un moderno avión de servicio.

Pero, en fin, la explicación podría aceptarse para las mujeres-pájaros; pero ¿y las mujeres-peces que, por ser anfibias, forzosamente tendrían que poseer branquias además de pulmones y esa cola de pescado que es indispensable a los peces para su locomoción acuática, como la pluma timón para las aves?

Y no es eso solo, sino que, además, surge otra objeción: siendo de naturaleza ígnea, ¿cómo podrían vivir esas mujeres en el agua de un modo constante? Todo eso desaparece en cuanto consideremos a esos *afarit* no como entidades teológicas, sino simplemente míticas o poéticas. Por lo demás, también aquí nos encontramos con versiones distintas de un mismo tipo de personajes, hasta el punto que podría decirse que, al través de distintas historias, asistimos a la evocación del mismo ejemplar biológico, de la ondina y la mujer-pájaro y que patentiza un injerto humano en el primitivo concepto del *efrit*.

El final de esa evolución lo marcaría la *Historia de Abdu-l-Lah, el de tierra, y Abdu-l-Lah, el del mar*, (Noches 509 a 511), en la que el segundo representa un tipo más arcaico de hombre-pez, ya que posee el apéndice pisciforme de los seres acuáticos y, al mismo tiempo, está dotado de una inteligencia filosófica y unas cualidades morales muy superiores a las de los terrícolas, según resalta de las lecciones de piedad, desinterés y altruismo que da a su tocayo, el otro Abdu-l-Lah.

En ese careo entre el hombre-pez y el hombre, que sin duda encierra una intención moralizadora, Abdu-l-Lah, el del mar, se expresa y se conduce como un filósofo y hasta como un santo, y lo mismo puede decirse de sus congéneres que viven en el agua, organiza-

dos en sociedades pacíficas, regidas por la ley natural, y son naturalmente buenos y razonables, por lo que gozan de una justa dicha.

Esos hombres-peces ignoran la guerra y, lo que es más aún, el trabajo, pues tienen a su servicio equipos de peces obreros que se lo hacen todo, de suerte que entre ellos no existe la cuestión social y sus frentes no chorrean sudor, sino el agua pura en que se bañan.

Lo único que a esos seres felices les aqueja es el tedio y el régimen de alimentación, exclusivamente ictiófaga, a que están sometidos, y por eso Abdu-l-Lah, el del mar, cambia con Abdu-l-Lah, el de la tierra, cestas de perlas y corales que valen un tesoro por otras de fruta que en los zocos compraría por unas dracmas si su naturaleza física, enteramente pisciforme, no le confinase al elemento acuático, impidiéndole la locomoción y la respiración—es de suponer—en tierra firme.

Trabajo cuesta creer que ese buen Abdu-l-Lah, el del mar, proceda de casta de *chines* y sea, por tanto, un demonio, debiendo pensarse más bien que trae su origen de la mitología griega y es simplemente un ser híbrido de raza neptuniana.

Pero Abdu-l-Lah, el del mar, es tan honrado que hasta conserva su cola pisciforme, con lo cual no engaña a nadie; es un tritón, franco y declarado; no así otros seres de análoga naturaleza, que representan un tipo más desligado del ecuéreo elemento, como esos reyes y princesas de otras historias—el rey Samandal, la princesa Gulinar y la princesa Chauhra—, que empiezan por no ser exclusivamente acuáticos, sino anfibios, y se han desprendido, además, del apéndice pisciforme, pudiendo andar sobre la tierra con toda desenvoltura y garbo y moverse en ella lo mismo que en el agua, y en este último elemento van y vienen braceando como

nadadores de marca y no al modo reptatorio de los peces.

Esos *afarit* anfibios no habitan forzosamente en el agua, como Abdu-l-Lah y sus compañeros, sino a medias, y, al revés de esos trogloditas del mar, que moran en cavernas y antros, moran en habitaciones lacustres, a orillas del agua, pero no sumergidos en ella del todo, en castillos y alcázares, idénticos a los de los reyes de la tierra; son, por ese lado, más humanos que Abdu-l-Lah y sus compañeros, y, a fuer de más humanos, tienen pasiones y apetitos, odios y malquerencias entre sí; estiman y ambicionan las riquezas y conocen la guerra, pues están organizados en monarquías de tipo militar, aunque es posible que ignoren el trabajo, ya que no son enteramente hombres.

En esos seres anfibios es donde más se da la paradoja que estudiamos, pues no se concibe que sean anfibios, lo que supone doble organización fisiológica, pulmonar y branquial, y coexistencia de extremidades inferiores y cola, y eso los incapacitaría para conducirse como seres humanos y, en el caso de las hembras, para inspirar amor y amores viables a los terrícolas.

Los hombres y las mujeres-peces de la colonia de Abdu-l-Lah, de constitución más francamente ictiológica, no pueden, lógicamente, inspirar amores a los hijos de la tierra ni tener con ellos relaciones eugenésicas, por lo que están sujetos al régimen de los matrimonios endogámicos y solo se casan entre ellos.

En cambio, esos otros seres anfibios pueden contraer matrimonio normal con los terrícolas y obtener fruto de bendición, perfectamente eugenésico, como el príncipe Bedr-Básim, el hijo del rey Schahramán y la princesa marina Gulinar, que no solo es un hermoso joven, sino que además reúne las dobles facultades de sus genitores y

puede señorear ambos elementos, el telúrico y el acuático.

Hay, pues, que admitir dos categorías de hombres-peces o de hombres-peces y hombres anfibios y suponer que Gulinar y los suyos representan un tipo más desligado de la vinculación neptuniana, más adelantado en la evolución darwiniana de las especies; algo así como esas ninfas de la mitología griega que, aunque de claro origen neptuniano, no vivían ya en el agua, sino en islas, al modo de la Calipso homérica, la bella y desdeñada amante de Ulises, que, según la memorable frase de Fenelón, «lamenta en su dolor ser inmortal».

Por cierto que esas princesas anfibias no tendrían que lamentar tal cosa, pues no son inmortales, y, en el caso de Calipso, podrían poner fin a sus sufrimientos suicidándose como cualquier heroína de novela sentimental.

Los *afarit* no son eternos, y esta es otra de sus paradojas, pues su condición demoníaca parecía deber conferirles el atributo de la inmortalidad, pero son tan humanos que hasta son mortales.

No hay duda sobre el particular, pues, según los teólogos musulmanes, hasta el propio Eblis o Iblis ha de morir el día del Juicio final, al sonar el primer toque de trompeta, aunque, al sonar el segundo, Alá lo tornará a la vida, para precipitarle en los perdurables avernos.

Los *afarit* mueren como los hombres, y así lo vemos en *Las mil y una noches*, en que más de una vez asistimos a su muerte por electrocución, por carbonización, lo que implica otra paradoja, ya que se trata de seres de naturaleza ígnea, incandescente, lo que debía de hacerles invulnerables aun a corrientes de máxima tensión, y habríamos de suponer que no perecen por acción externa, sino por efecto de lo que podríamos llamar electrorragia in-

terna. Por cierto que esa misma condición de incandescentes debiera hacerles imposible la vida en el agua, enemiga declarada del fuego.

Pero no acabaríamos nunca si fuéramos a analizar todas las contradicciones e imposibilidades lógicas que se dan en el concepto del *afarit* islámico, pues las mismas objeciones que se ofrecen en el caso de los hombres-peces surge también en el de los hombres y mujeres-pájaros al respecto de las alas, que necesitarían para sus vuelos, y que suplen con trajes de pluma, lo que no es lo mismo, y resta exactitud al concepto de pájaro.

Y no digamos nada de las mujeres-serpientes, del tipo de la reina Yámlika, que son también *afarit* de la variedad *sihlase* y tienen forma absoluta de ofidios y, sin embargo, hablan como seres humanos y, lo que es más, son capaces de sentir a lo humano y a lo sobrehumano, pues pocas reinas de nuestra especie tendrían la abnegación sublime de esa reina Yámlika que se sacrifica por el bien de los hombres y cuyas relaciones afectivas con el leñador Hásid son de una delicadeza muy superior a las de Calipso con Ulises, que en cierto modo recuerdan.

La fisiología de los *afarit* resulta compleja y contradictoria como su psicología, siendo empeño imposible el de querer reducirlos, aun dentro de la misma variedad, a un tipo único.

Así como los hay acuáticos y aéreos, los hay buenos y malos, benéficos y maléficos, y dentro de esa división general hay que señalar una gama infinita de matices y grados que van de lo vulgar a lo sublime y de lo bestial a lo angélico.

## PSICOLOGIA DE LOS «AFARIT»

La psicología del *efrit* es, en líneas generales, análoga a la humana, en la

que también se dan toda suerte de matices y grados; hay *afarit* enteramente bestiales, lúbricos, fatuos, enredadores, y, consecuentemente con eso, cuando se materializan, lo hacen en forma de negrazos corpulentos, colosales y feos, con cráneos de tipo macrocéfalo, lo que indica ya suficientemente su condición de retrasados y deficientes mentales.

Ese es el tipo repulsivo, imponente y grotesco en que la simplista imaginación popular ha plasmado el concepto del *efrit*, influida por las leyendas tal-múdicas del ciclo salomónico; esos *afarit* poseen todas las malas cualidades de los hombres, especialmente la lujuria y la iracundia en su grado bestial; son de la laya de ese *efrit* que el rey Schahriar y su hermano encuentran en sus andanzas y que lleva encerrada en un arca a la joven que raptó la noche de sus bodas, la cual, sin embargo, se da traza de engañarlo con los dos hermanos reyes, aprovechando su sueño; ese tipo de *efrit* tiene numerosas réplicas a lo largo del libro, en que siempre se aparece raptando doncellas, en la noche nupcial; ese *efrit* es un poseso de la lujuria, que, a su vez, posee a las criaturas y es el incubo de los sueños femeniles y el súcubo de los masculinos, provocando las llamadas poluciones nocturnas; es el Asmodeo de la *Biblia*, del cual se habla largamente en el libro de Tobías como causante de la muerte de los maridos de su prima Raquel.

Ese tipo de *afarit* aparece en la *Historia del rey Kamaru-s-Semán* y del *rey Schahramán* (Noches 148 a 176), en la que, enamorado de la princesa Budur, la posee en sueños; la lascivia de ese incubo es tan incoercible, que su amiga Maimuna, la *efrit*, anda constantementeteniéndolo a raya para evitar sus asaltos; pero ese lujurioso no es nada comparado con ese otro *efrit* de la *Historia del visir Nuru-d-Din* y de

su hermano *Schemsu-d-Din* (Noches 20 a 25), que, en el curso de un vuelo en compañía de una hembra de su casta genial, excitado por sus encantos posteriores, trata de forzarla en el aire, y al resistirse ella invocando la ayuda de Alá, perece carbonizado y revienta como un triquitraque.

Ahí puede verse qué clase de baja lascivia es la que posee a esos incontinentes *afarit*, y puede verse también cuánto se diferencian de ellos sus amigas, con ser de la misma casta genial, pues se muestran de un pudor y una honestidad verdaderamente ejemplares, y sobre todo Maimuna, de una delicadeza que conmueve, al quedarse tan embozada ante la belleza del dormido príncipe Kamaru-s-Semán, que ni siquiera se atreve a besarle por temor a despertarle.

Con eso basta para caracterizar a esos genios libidinosos y sus castas compañeras de raza, pues todas *Las mil y una noches* están sembradas de episodios en que la *efrit* pudorosa huye el asalto del enemigo y lucha con él por defender su honra, entablándose a veces entre ambos unos terribles combates, como el que se describe en la historia del segundo *zâluk*, en el que los dos beligerantes perecen mutuamente electrocutados y los disparos de voltios que se lanzan chamuscan a los circunstantes.

Cuanto al otro defecto de esos *afarit*, la soberbia y la iracundia, podemos apreciarlo en el cuento del mercader y el *efrit* en que aquel, después de comer unos dátiles, arroja al aire el hueso y tiene la desgracia de darle al hijo del *efrit*, que, naturalmente, permanecía invisible, y causarle la muerte, siendo eso causa de que el padre exija la suya, invocando la ley taliónica.

Gracias que al final se aviene a perdonarle la vida al mercader, por la intercesión de los tres *schuij*, que lo entretienen y distraen con sus historias.

El mismo ejemplar de genio insolente, arrogante e ingrato, con la consiguiente deficiencia mental, lo tenemos en el de la historia del pescador y el *efrit*, donde este, en pago de haberlo sacado de su redoma de azófar en que por castigo lo encerrara el rey Salomón, trata de matar al pescador, que al fin se salva gracias a su ingenio.

Todos esos *afarit* resultan tan impo-  
nentes como grotescos y ostentan nombres irrisorios, cacofónicos, alusivos a su fealdad, como los de Dahnasch-ben-Faktâsch, Kratasch, Dahnasch-ben-Schemhuresch, etc., que, por cierto, delatan un origen persa.

Por su corpulencia física y su fuerza, al par que por su arrogancia, tales *afarit* parecen traer su genealogía no de Chian-ben-Chian, sino de esos casamientos entre los ángeles y las hijas de los hombres de que nos habla la *Biblia* y que dieron lugar a la raza de los *anakim*, causa de tantos males para los humanos, aunque también, de otra parte, se relacionan con el mito pagano de los siempre rebeldes, siempre vencidos y nunca escarmentados titanes.

Entre ese tipo elemental de *efrit* y esos otros de la princesa Gulinar o Chauhra media una larga escala evolutiva, pues todos los actos y operaciones de los primeros acusan la falta absoluta de control sobre sus impulsos y la ausencia de todo sentimiento tierno y delicado; son de tipo lombrosiano explícito, en tanto esas princesas geniales muestran en todo una psicología enteramente humana y son capaces de amor y de odio y de sacrificio, como sus hermanas de la tierra, sin que dejen traslucir su raza genial, salvo en lo singular de su hermosura, y en cierta esquivéz, no muy rara, puesto que son princesas, y cierto orgullo, que tampoco, por igual razón, tiene mucho de raro.

Todas esas princesas-peces o pájaros muestran un sentimiento de superioridad.



dad de casta, marina o aérea, con respecto a sus pretendientes terrícolas, y con razón, sobre todo las segundas, que, por vivir en parajes eminentes, en climas de altura y al aire libre, han de tener una constitución más sana, pulmones más desarrollados, mayor capacidad de aliento y, consecuentemente, mayor altura de miras y mayor belleza artística de la buena salud.

Es natural, por ello—sin contar su rango de princesas—, que miren con cierto desdén a los terrícolas, aunque sean príncipes, y, además, por vivir ellas en regímenes políticos más sencillos y naturales, sientan desconfianza de los hombres que las pretenden y que vienen de las corrompidas ciudades y de la corruptora civilización.

Tienen razón para ello, en su psicología de peces y pájaros, pues precisamente Gulinar, la princesa marina, fue raptada por un mercader de esclavas cuando estaba solazándose al borde del mar y vendida luego al rey de Persia, como una esclava cualquiera; no es de extrañar que esa afrenta la hiriese en lo vivo y le produjese tal resentimiento que se estuvo todo un año haciéndose la muda, hasta el punto de creerla muda el rey, y no despegó los labios hasta que hubo de él un bellissimo hijo llamado Bedr-Básim, el que luego, a su vez, habría de ser esposo de la princesa marina Chauhra.

Esa conducta de Gulinar es perfectamente comprensible, como lo es también la que otra princesa-pájaro, Menaru-s-Sunná, observa con su enamorado Hasán, el cual la hizo suya valiéndose de un ardid, con malas artes, pues le quitó su traje de plumas mientras se bañaba y así la incapacitó para la huida; es lógico que Menaru-s-Sunná contraiga un complejo de resentimiento y trate de buscarse el desquite apelando también a las malas artes y recuperando con engaños su traje de plumas y remonte con él y con su hijo el vuelo a

su país aéreo, dejando en la mayor desolación al pobre Hasán.

Aunque en ese complejo de resentimiento que impulsa a Menaru-s-Sunná a la fuga entra también un elemento muy legítimo: el de la nostalgia de su tierra y su gente, esa nostalgia que es una verdadera enfermedad y parece acometer con más intensidad a los isleños y, desde luego, adquiere más gravedad cuando se complica con un proceso de inadaptación a un medio totalmente distinto.

El caso de Menaru-s-Sunná huyendo con su hijo es una transposición paliada del clásico argumento de *Medea* y responde en parte a los mismos motivos; pero Menaru-s-Sunná no es una Medea, sino una mujer resentida y nostálgica, una fugitiva que desea ser alcanzada, y así, cuando Hasán, tras largas peripecias, logra llegar a sus remotas islas de Al-Uaku-l-Uak, su corazón palpita de nuevo y con más viva ternura.

Caro ha pagado, por cierto, la joven su imprudente fuga, pues las humillaciones, afrentas y torturas físicas que su hermana, Nuru-l-Hodá, le inflige son tales como para que, al verse de nuevo con Hasán y su hijo en tierras del esposo, no sienta más nostalgias de los suyos.

El tema cainita tiene, pues, su representación en esta historia, que corre parejas con la de Sobeida y sus malas hermanas, y a ambas puede agregarse también la de la mujer-tortuga con sus cuñadas—la mujer-tortuga—, esa curiosa variedad de mujer-pezu que logra casarse con un príncipe, sin que para ello sea obstáculo su caparazón de quelonio, bajo el cual, por cierto, guarda un corazón bellissimo y un no menos bello cuerpo de mujer.

Todo esto nos prueba que esos místicos seres tienen una psicología perfectamente humana y que, puesto que sean *efrites*, no son propiamente demo-

nios, sino más bien hadas, ondinas como las de nuestra mitología popular.

Son seres de una clase aparte que viven en su propio elemento, sin mezclarse para nada con los hombres ni tratar de hacerles daño y haciéndoles a veces mucho bien, como en el caso de la *efrit* Pari Banu, esa genio de belleza incomparable, a cuya morada subterránea llega el príncipe Hoseín, encaminado por la flecha del sino, para que encuentre allí la riqueza y el amor verdadero que esa gentil troglodita pueda darle.

De esa misma raza de *alifrites* buenos procede también Tuhfetu-l-Kulub, o *Dechado de los corazones*, la bellísima cantora de condiciones excepcionales que Abu-Ishak, el músico, educa en su academia filarmónica para Harunur-Raschid y que da lecciones a su maestro.

La historia de Tuhfetu-l-Kulub tiene un interés extraordinario, pues nos muestra la atracción que Harún, el jalifa de Alá, que en virtud de ese título tiene sobre ellos un poder salomónico, inspira a los genios y particularmente a las genios, deseosas de compartir su tálamo.

Tuhfetu-l-Kulub, aunque no se nos presente como tal en la historia, es, sin duda, una genio de la variedad voladora, que, enamorada de oídas de Ar-Raschid, se deja coger por un traficante en esclavas para, de ese modo, llegar hasta él.

El palacio del jalifa espléndido, joven y artista, que vive rodeado de poetas y músicos, siempre en perpetua fiesta y sarao, es un imán que atrae con curiosidad irresistible a esos *alifrites*, privados de tales magnificencias y lujos en sus soledades agrestes, y así no es de extrañar que se introduzcan en el alcázar y lo tengan, por así decirlo, minado. En el palacio de Harunur-Raschid hay duendes, por lo demás, como en todos los palacios antiguos y

modernos, según nosotros sabemos de sobra, pues el duende de palacio figura en nuestras crónicas, y en los últimos tiempos de nuestras dinastías las camarillas palaciegas dieron tanto que hablar como ellos.

Los *alifrites* se introducen en el palacio de Ar-Raschid por lugares, a decir verdad, nada limpios: por los retretes y alcantarillas; invaden a favor de su invisibilidad las cámaras, aposentos y alcobas y sorprenden todos los secretos.

Quizá sus relatos hayan impresionado la imaginación juvenil de Tuhfetu-l-Kulub e inducidola a querer ser la esposa de Harún, desafiando los celos de la celosa Sobeida, con el consiguiente riesgo de ser narcotizada por ella y encerrada en un cofre, como Kutu-l-Kulub, la gentil favorita. Aunque también es posible que sus parientes geniales se hayan servido de ella como de una avanzadilla para mejor enterarse de todo lo concerniente al poderoso y sugestivo jalifa.

Así lo hace pensar el hecho de que, ya instalada la joven en palacio y en el corazón del monarca, sus parientes le envíen un emisario para que la coja y la lleve con ellos y puedan recrearse con sus cantos maravillosos y oír de sus labios la crónica de la intimidad palatina y de su vida conyugal con Harún.

Cabe aún suponer que los parientes de Tuhfetu la han enviado a la tierra de los hombres para que allí pudiera educar su voz de diva y perfeccionar sus dones naturales, que en el reino de los *alifrites* no pasarían de lo espontáneo y sin arte; Tuhfetu va a Bagdad como nuestras cantantes de ópera iban a Milán a completar su educación artística, pues allí vivía y tenía academia el gran Abu-Ishak, cuya fama habíase extendido aun entre los genios.

Ahora bien: la visita que Tuhfetu hace, después de casada con Harún, a

sus parientes, gobernados por la reina Kamariya, es una página interesantísima por la información que nos da sobre la condición, género de vida y propiedades de esos seres extraños.

Es ese un cuadro sumamente pintoresco y vívido, de una fiesta entre los genios, abundante en rasgos cómicos y de una ternura patética.

En él se manifiestan los *alifrites* como seres bonachones, joviales, amigos de divertirse y de una sensibilidad de gitanos para el canto y el baile.

Es de ver el entusiasmo que el arte de diva de Tuhfetu les produce, el embeleso con que la escuchan y el modo frenético, orgiástico, con que reaccionan después, expresando su satisfacción en una danza pantomímica, comprimiéndose el ano con un dedo para evitar posibles escapes.

Y en verdad que se explica su ingenuo entusiasmo, pues las letras de las canciones de Tuhfetu no pueden ser más bellas y entre todas componen la más linda antología de poemas referentes a flores, frutos y pájaros de que tengamos noticia.

No menor entusiasmo que sus groseros súbditos experimenta la reina Kamariya, aunque lo expresa, a fuer de mujer y de reina, en formas más delicadas y finas, besando con ternura a la cantora, estrechándola contra su pecho, llamándola hermana y, finalmente, extendiéndole un diploma en que la nombra «jalifa de los pájaros» y regalándole, al despedirse, doce armarios rebosantes de las más preciadas alhajas.

La reina Kamariya inquiere de Tuhfetu noticias detalladas de su vida en palacio y en cambio responde con no menor detalle a las que le hace Tuhfetu, un poco asombrada y cohibida en aquel ambiente que ya no es el suyo.

Por ellas nos enteramos de los tres capitanes de aquella colonia de *alifrites*: As-Schisbán, Maimun e Iblis, y de la facultad que poseen de cambiar de

forma y semblante, según lo desean, encubriendo su natural fealdad, cuando para sus fines lo estiman necesario.

De esos informes y de las descripciones del rapsoda se infiere que los *alifrites* son entidades primitivas, personificaciones de poderes naturales, como los gnomos y duendes de nuestras leyendas, que viven en el seno de la Naturaleza, gozando de las delicias de los perdidos edenes y paraísos primigenios, sin elevarse al grado evolutivo que supone la civilización, cuya ansia sienten, sin embargo, por lo que tratan de ponerse en comunicación incidental con ella.

Trátase en el fondo de un parangón alegórico de dos estados de vida y de evolución social. Los primitivos y los civilizados, ambos aquejados de la misma nostalgia, en unos regresiva y progresiva en otros, y ambos dudando de qué sea lo mejor: si la vida natural, sin trabajo, pero sin arte ni ciencia, libre de trabas, o la civilización, laboriosa y cohibida.

Los *alifrites* representarían la humanidad retrasada, miserable y feliz: el indio, el salvaje, el gitano. También de entre los gitanos han salido grandes artistas intuitivos. Todo lo de los genios es tosco, aunque valioso: diamantes, rubies, en bruto; perlas sin montar, talentos en ciernes; a todo le falta el toque de gracia del arte. Y es que el *alifrite*, como el primitivo, no trabaja. No siente el impulso demiúrgico de Prometeo. No es rebelde. De ahí que Roso de Luna, comentando esta historia de Tuhfetu, diga:

«El cuento se detiene en el más grave problema ocultista que cabe imaginar: el de la “Maldición o la Caída”, que es uno de los mitos más desnaturalizados del pasado sabio, porque, como se deduce lógicamente del gran tema de Prometeo, el caído, el rebelde, es siempre más excelso que el fiel, el sumiso y el desprovisto de voluntad titá-

nica, "capaz de conquistar el cielo por la violencia", o sea por su esfuerzo, como dice el Evangelio; por lo que en el mito satánico Lucifer, el "portador de Luz", o "fósforo", rebelde y gallardo, aunque caído y metamorfoseado en Satán, lucha con Miguel y su hueste (Apocalipsis), siendo por entonces vencido, aunque haya de quedar ciertamente como vencedor en la consumación de los tiempos.»

Por donde puede verse la cantidad de teología y sociología infusas que implican estos cuentos para niños.

Los *alifrites* o genios aéreos de la historia de Tuhfetu y los acuáticos de Abdu-l-Lah, el del mar, son seres buenos y sencillos, que, por vivir en medio de una abundancia natural que basta a satisfacer sus necesidades elementales, no sienten envidia del hombre, sino más bien lástima, y, lejos de querer hacerles daño, tiran a hacerle bien, dándole generosamente de esas riquezas de su medio físico, de esos tesoros naturales que a ellos no les brindan utilidad ni aplicación. Son los duendes buenos de nuestras leyendas, las hadas, *alifrites*, ondinas y hamadriadas del mito celta, que gustan de revelarse a los niños y a los pastores, en el brocal de los pozos o el hueco tronco de los árboles, y jugar con ellos y hacerles caricias y regalos.

Esta clase de *alifrites* solo en el amplio sentido helénico de la palabra pueden considerarse demonios, es decir, espíritus, personificaciones del animismo antiguo, no satanases ni diablos. Son la antigua corte invisible de los antiguos dioses destronados, los *dioses en el destierro*—que dijo Heine—, y, como ellos, convertidos en demonios por la nueva teocracia triunfante.

Hay una distancia infinita entre ellos y ese otro tipo primitivo, popular, del *efrit* grosero, irritable y maligno, que solo goza haciendo mal y solo a la fuerza, obligado por conjuros irresisti-

bles, se aviene a hacer el bien; ese *efrit* que podríamos llamar clásico en esta literatura, ese espíritu errabundo, gitanesco, que solo se manifiesta de paso, en el curso de sus actividades misteriosas, es el sospechoso de verdadera condición demoníaca, pues tiene de demonio el carácter inquieto, enredador y no del todo consciente; es el diablo temible, y al par grotesco, de nuestras leyendas; el pobre diablo que siempre trata de engañar a los hombres y por lo general sale engañado; el diablo sin personalidad propia, sin verdadera voluntad ni libertad, pues depende de un amo, el Demonio mayor, y, además, está siempre a merced de cualquier mago o brujo que lo sujete a su servicio con la fuerza de un talismán irresistible; es, en una palabra, el diablo suelto de nuestras historias edificantes, el que se espanta con la señal de la cruz, o, en *Las mil y una noches*, pronunciando el nombre de nuestro señor Solimán.

En ese tipo de *efrit* se vincula el sentido demoníaco de la casta genial, y dentro de él podrían señalarse equivalencias semíticas a esos demonios de la leyenda europea, que los tratadistas de la materia—como Bodin, Swift, De Plancy y nuestro compatriota Rafael Urbano—nos describen con sus nombres propios y todos sus pelos y señales, formando parte de la monarquía luzbeliana y desempeñando en ella cargos de ministros, jefes de Policía y diplomáticos acreditados en los distintos países de la tierra.

La idea de esos *afarit*, francamente demoníacos, de agresividad peligrosa, es la que ha dado pie para la formación de esa figura fabulosa de la *gula* o *algola* oriental, ese ser de naturaleza indefinible que aparece en muchas de estas historias miliunanochescas, en semblanza de mujer bellísima, que encubre una fealdad repulsiva, y cuya finalidad última es la de devorar a sus

víctimas, en función de vampiresa, aunque también resulta animada del instinto lúbrico.

Pero la *gula* oriental merece un epígrafe aparte.

## LAS ALGOLAS O VAMPIRAS

¿Qué son, a punto fijo, esos vampiros que los árabes llaman *agual* (singular—*gul*)—de la raíz *gaulhendir*, abalanzarse—, en cuya existencia creen firmemente y solo mientan después de invocar el nombre de Dios, según nos informa el escritor francés de nuestros días Jorge Guimbal, en el prólogo de su traducción del *Kitabu-l-Gulat*, ese cuento que pudiera muy bien figurar en *Las mil y una noches* y que él transcribió del relato oral del recitador tunecino Said-ben-Attur, piadoso musulmán que había hecho la romería a Meca y tenía derecho al título de «hach» y al turbante verde de los peregrinos?

Desde luego esos vampiros-hembras no tienen nada que ver con los famosos vampiros de las literaturas occidentales del siglo XVIII y que Schiller llevó a un famoso poema, *La novia de Corinto*, en que trata románticamente una superstición de los tiempos clásicos.

Los *agual* de los árabes no pertenecen a la raza de esos vampiros occidentales, que, según los define Francis de las Palmas, en su *Manual de magia negra*—recopilación de todos los tratados antiguos de magia y demonología—, eran «seres humanos, fallecidos hacía mucho tiempo, que volvían a la tierra en cuerpo y alma, para atormentar a los hombres y, sobre todo, para chuparles la sangre a sus parientes y amigos». No es necesario insistir más sobre esos vampiros occidentales que, después de un periodo, no muy largo, de reposo, ahora en nuestros días han

vuelto a dejar sus sepulcros y aflorar en la tierra en la persona del famoso Drácula y su hija, popularizados por el film.

Los *agual* arábigos solo tienen de común con esos desenterrados su condición de bebedores de sangre humana. En todo lo demás difieren por completo, empezando porque no tienen, forzosamente, forma humana, aunque puedan tomarla ocasionalmente para engañar a sus víctimas, presentándoseles en semblanza de mujer hermosa.

¿Cuál es, pues, la forma peculiar y propia de esos monstruos? Según el poeta árabe Tsabitu-l-Fehmi, tienen los *agual* una cabeza «horrible, de dogo, la lengua bífida les cuelga de la boca, son sus cabellos semejantes a manojos de víboras, su cuerpo es como el de un pulpo y sus piernecillas dos abortos retorcidos».

Otro poeta, el polígrafo Ach-Chahiz, que escribió sobre muchas materias, describe a las *agual* como ogresas y animales feroces, añadiendo el detalle de que suelen presentarse inopinadamente de noche en los caminos, asumiendo toda suerte de formas para seducir y atrapar a los viajeros, y cita el caso del jalifa umeyya Omaru-Bnu-l-Jattab, que se encontró una vez con una *gula*, y, para defenderse de ella, le asestó un enérgico sablazo.

Otro detalle: las *agual* son casi exclusivamente hembras y pueden tener comercio sexual con los hombres. Debemos esos datos no ya a un poeta, sino a un docto alfaquí, el *scheij* Chelalu-d-Din Ahmedu-l-Abchini, que en su *Monstrataf* dice textualmente:

«La opinión predominante es que la *gula* es de sexo femenino, aunque también las haya machos...»

Cuanto a lo del comercio sexual con los hombres no hay que ponerlo en duda; primero, porque son *afarit*, como las mujeres-peces y las mujeres-pájaros, y luego, porque el propio poeta ya

citado Tsabitú-l-Fehmi nos confiesa en sus versos haber tenido tratos de esa clase con ellas...

Los demonólogos occidentales, como Vierus y De Plancy, apenas si se detienen al tratar de las *gulas*, limitándose a equipararlas a las empuzas de los griegos, con las que tienen, efectivamente, una semejanza que frisa en la identidad, pues según las describe Aristófanes en su comedia *Las ranas* son una suerte de horribles espectros que pueden tomar toda clase de formas, de perro, de mujer, de buey y de víbora, y que de suyo tienen un mirar feroz, un pie de asno y otro de bronce y un cerco de llamas en torno a la cabeza. Igual que las *gulas*, las empuzas salen de noche a los caminos a asaltar a los viajeros.

Cabe, pues, aceptar fundamentalmente que las *gulas* o *agual* son el equivalente semítico de las empuzas griegas, aunque el genio oriental las haya dotado de características que prestan singular relieve a su figura, haciéndolas ingresar en la orden de sus *afarit* demoníacos.

La *algola* es el demonio que acecha en las soledades y en las sombras, el espíritu malo de la tentación, que ronda siempre en torno al hombre solitario, por lo que ya Jehová dice en el *Genesis*: «No conviene el que el hombre esté solo», y lo dota de una compañera, la encarnación de la libido dispendiosa, pánica, primitiva del hombre.

Fácil es ver lo complejo de los elementos que han entrado a formar ese ser teratológico, en el que se funden las dos ideas de la lujuria y la muerte, de la mujer bella que sonríe y el vampiro que se nutre de sangre; puede verse ahí una alegorización del matiz sádico, mortal, que implican todas las manifestaciones de erotismo extremado y que se revela en la semántica en una rica

constelación de metáforas, pues incluso hoy mismo se llama «vampiresas» a esas mujeres reputadas fatales.

Hay, además, una inferencia de carácter puramente zoológico en la idea de la *algola*, derivada del pánico supersticioso que a los indios inspiraron siempre esas grandes especies de murciélagos vampiros, que registran en sus catálogos los naturalistas y nos describen viviendo en las selvas, donde pueden verse colgados en racimo de las ramas de los grandes árboles; el temor de los indios a tales murciélagos gigantes fue siempre tal que los convirtieron en dioses y les erigieron templos, para congraciarseles, como aquel que Vasco de Gama, en la crónica de sus viajes, asegura haber visto en Malikut.

Los *agual* suelen andar errantes por los despoblados y tienen sus guaridas en las ruinas de algún castillo o quinta abandonada, y allí conducen a sus víctimas para devorarlas, como lo hacen, si aquellas no reaccionan a tiempo y las espantan, cual el príncipe Chanischah, invocando el nombre de Alá, o como aquel sultán umeyya, requiriendo el sable sin contemplaciones.

Las *gulas* en último término, como todos esos espíritus de su laya, no son otra cosa que la materialización circunstancial del subconsciente del hombre, proyecciones al exterior de sus propios fantasmas, y se explica que huyan y se desvanezcan en cuanto la víctima reacciona, es decir, despierta de su ensueño.

Tal es la última conclusión de la moderna psicología al analizar el concepto de demonio, reduciéndolo al de entidades puramente psíquicas, o sea, a su categoría inicial de espíritus, que radican no fuera, sino dentro del hombre, a modo de bacterias psíquicas. Vamos a parar, pues, finalmente, al concepto clásico del *daimon*.

## REGIMEN SOCIAL DE LOS GENIOS

A la antecedente información sobre los genios o *chinn* de *Las mil y una noches* debemos añadir todavía algo referente al régimen social en que viven los buenos, que son naturalmente los sociables. Los malos andan desperdigados, haciendo a las criaturas todo el mal que pueden y solo se reúnen de cuando en cuando, como las brujas de nuestras leyendas, para recibir órdenes de su capitán Iblis y acordar planes siniestros.

Los *afarit* insociables viven aislados en lugares propicios para esconderse y acechar a los hombres: en casas ruinosas o abandonadas, en pozos, entre peñas, en recodos de camino, en parajes solitarios y oscuros.

Son los duendes de nuestras leyendas. A veces también eligen por morada el bello cuerpo de alguna joven, a la que hacen su posesa y le imponentan su voz y le dictan sus palabras; son entonces los *dibbuk* de la superstición talmúdica.

Pero los genios buenos, sociables, viven en comunidad, formando monarquías de tipo comunista, primitivo, y no muy bien definido por los rapsodas.

Fácil es ver que estos les han transferido a esos *chinn* muchas de las instituciones político-sociales que los antropólogos sitúan en la prehistoria de la Humanidad.

En las islas de Al-Uaku-l-Uak, habitadas por genios entre acuáticos y aéreos, rige, a juzgar por las señas, un régimen de matriarcado, en el que todas las funciones públicas de gobierno las desempeñan mujeres, incluso las de carácter militar. Hay allí reinas, visirras, generales, etc., aunque todas se hallen sometidas al poder superior de un rey, lo cual representa una contradicción, ya que en el matriarcado puro

la suprema autoridad debe ejercerla una mujer. Y otra contradicción también representa que no rija allí la poliandria, como pide la lógica. Las mujeres de Al-Uaku-l-Uak se casan con un solo hombre; son monógamas, en tanto los hombres son polígamos.

Hay en todas esas monarquías geniales supervivencias de «civilizaciones» primitivas, sobre todo el predominio que en ellas ejerce la mujer de tipo amazónico y la libertad de que disfruta, empezando por su derecho a elegir esposo de su gusto, es decir, un ejemplar de hombre que a sus ojos represente un dechado eugenésico en el que se unan la fuerza, el valor y el ingenio. De ahí las pruebas a que someten a sus pretendientes, que unas veces consisten en torneos, en los que luchan ellas mismas con el candidato a marido cortándole la cabeza si lo vence, o exámenes de ingenio en que aquel ha de contestar a preguntas capciosas, como las de la Esfinge edipiana. El precio de la derrota es siempre la muerte, pues no hay que esperar clemencia de esas sádicas amazonas.

Todos esos detalles de costumbres e instituciones, anacrónicas en la época en que se escribieron *Las mil y una noches*, son ecos de leyendas remotas de tiempos en que la lucha por la vida y la ley de selección del más apto, en todos los terrenos, hasta en el erótico, estaba en todo su vigor y era la ley suprema, antes de que aparecieran en cada pueblo los verdaderos legisladores, la época del animismo fetichista, del *tótem* y el *tabú* y demás instituciones extrañas que no han desaparecido aún del todo, sino que subsisten paliadas, en formas menos groseras y crudas, cuyo complejo representa la hipocresía del hombre civilizado.

En *Las mil y una noches* todo el peso de esa prehistoria francamente bárbara se les carga a los *afarit*; pero también en las historias en que ellos no

actúan y que se desarrollan en tiempos ya relativamente históricos aparecen reminiscencias de esas instituciones y costumbres abolidas, y en la historia de Judadad y sus hermanos, la descripción de las solemnes exequias que el viejo rey hácele a su hijo, que supone muerto, recuerda los tiempos en que, al morir los reyes asirios, inmolábanse también, para bajar con ellos a la tumba, todos sus servidores.

*Las mil y una noches* están cuajadas de pasos que ofrecen gran material de estudio al antropólogo y a los investigadores de las costumbres e instituciones antiguas, pues recogen ecos de la vida remota del hombre selvático y troglodita, juntos con otros que marcan ya el principio de la organización de las sociedades, de la constitución de las primeras monarquías en pugna con los grandes caciques del feudalismo primitivo. En la *Historia del rey Kámaru-s-Semán y del rey Schahramán* (Noches 148 a 176), puede verse la elección del rey fiada al azar para evitar discordias y reacciones vindicativas por parte de los preferidos.

Casi todas las formas de gobierno y régimen social por que han pasado los hombres en su evolución política hallanse registradas en el centón miliunanochesco, como fondo incoherente y confuso sobre el cual se proyecta la unidad política y religiosa del califato islámico.

Hay ahí todo un curso deducible o inducible de historia política, confuso y revuelto por el sincretismo de los escribas, pero no por ello menos deslindable para el estudio de estas interesantes cuestiones.

## LOS HOMBRES-MONOS

Así como en el mito de las *agual* hay una inferencia de la zoología en la mitología, también parece haberla en la

creación de ese otro mito de los hombres-monos, que aparecen señaladamente en la *Historia de Abu-Mohammed-l-Hasán y Ar-Raschid* (Noches 211 a 218) y la de *Jalifa y el jalifa* (Noches 894 a 910), en manifestaciones aisladas y formando sociedades organizadas en los viajes de As-Simbad, el marino.

Desde luego que todos ellos son otros tantos *afarit* de forma simiesca, como otros lo son de estructura pisciforme u ofidiana; lo interesante aquí es analizar los elementos complejos que han podido entrar en su elaboración.

Puede afirmarse, desde el primer momento, que el mito del hombre-mono viene de la India, ese país de los grandes simios, inteligentes y forzudos, pues forman parte de la mitología brahmánica, representados por el mono divino Hanumán, leal auxiliar de los dioses buenos en sus luchas con los demonios o *rakchasas* del bando de Siva, el destructor, y, a título de tal, le vemos realizar, en el *Ramayana* de Valmiki, proezas tan señaladas como la de tender con su larga cola un puente entre la península india y la isla de Ceylán para dar paso a las huestes de Rama, el buen caballero de la buena causa.

Ese rasgo de Hanumán nos indica la condición noble y filantrópica del rabudo dios. Pero Hanumán no está solo en esa guerra memorable, sino que acaudilla toda la especie simiesca, en sus diferentes variedades, movilizada bajo su bandera.

Esa divinización del mono expresa el respeto supersticioso que a los indios inspiraron de siempre esos seres inquietantes, tan parecidos al hombre como para engendrar ese otro cuasi mito científico del antropopiteco darwiniano.

De la India proceden, pues, todos los monos miliunanochescos, y en la India es donde lógicamente se nos muestran en libertad, haciendo su primitiva vida



selvática, sobre la cual nos informa Simbad, el marino, con datos en que se confunden el elemento mítico con el pseudocientífico, recogido por el naturalista; en las descripciones de As-Simbad hay que distinguir dos categorías de monos: los de matiz fabuloso, suspectos de *afarit* buenos, como esos que viven gobernados por un rey, tienen noticias de la religión verdadera y son hospitalarios y sociables, o de *afarit* malos, que son el reverso de los otros, viven en pleno salvajismo y se dedican a cazar viajeros para engullírselos en nefando acto de antropofagia, y además otra categoría de simples monos zoológicos, que se conducen con la normalidad de su especie sin nada de supersimios, ni de infrasimios, como esos que el marino encuentra en la isla de Ceylán y nos pinta encaramados en los cocoteros y lanzando desde allí los codiciados frutos a los indígenas, que a ello les hostigan arrojándoles comedidos guijarros.

De estos últimos simios, ágiles, inquietos, pero inofensivos, no hay nada que decir; de los que habría que decir, y mucho, es de los otros, en los que podría encerrarse algún misterio, pues cabría ver en ellos, al modo ocultista, seres degradados en la escala humana, en expiación de culpas cometidas en existencias anteriores; hombres rebajados a bestias, idea que abona el *Corán*, donde ya se habla de un país de hombres rebajados a simios, o, sencillamente, desde el punto de vista antropológico, razas aborígenes, calumniadas por invasores posteriores, que las arrinconaron en la selva, donde acabaron por hacerse salvajes y tomar aspecto de verdaderos monos.

El caso de esas razas o tribus sería el mismo que el de los aborígenes de América al ponerse en contacto con los europeos, y restos de un salvajismo primitivo, que aún perdura exacerbado por el aislamiento, debemos ver, sin

duda, en esas colonias de hombres-monos salvajes, antropófagos, feroces y bestiales, idólatras y brujos que encuentra Simbad en el curso de sus azarosas andanzas por la jungla, viviendo en un estado de sociedad rudimentaria, en cavernas o montañas casi inaccesibles, lejos del trato humano.

Se trata ahí seguramente de restos de la primitiva población turania de la Persia que, ante los invasores iraníes, como estos después ante los conquistadores árabes, fueron a refugiarse a las regiones más abruptas y retiradas del país, dando lugar con su retraimiento a que se forjasen a su cuenta las más calumniosas leyendas.

Son probablemente los famosos turanios, cuyas luchas con los persas y su derrota final forman el argumento de la epopeya de Firdusi, a los que luego se agregaron esos mismos persas fugitivos, cargados con la nota de guebros, adoradores del fuego y sacrificadores de víctimas humanas. Por lo demás, todos esos relatos que se sitúan al norte de la Persia, confinando con el Turquestán y la India, son forzosamente fabulosos, como referencias fantaseadas de viajeros mal informados.

Ese es el vasto espacio blanco y vacío de los antiguos mapas, que los poetas podían llenar con toda suerte de fábulas, las puertas de la Escitia, el país hiperbóreo, en que Ovidio lloró sus *Tristes* y ante el que el propio Herodoto se detuvo, y esas especies de hombres-monos antropopitecos pueden incluirse en esa fabulosa Historia Natural forjada por los viajeros antiguos, ingenuamente falaces, como Herodoto y Ctesias, y Hannón, el del *Periplo*, cuyos datos recoge el español Pomponio Mela, y en la que figuran seres tan fantásticos como los arimaspos, los pigmeos, los mirmidones u hombres-hormigas; los ciclopes, con un solo ojo en medio de la frente; los blemias, que no tienen cabeza y llevan la cara en el

pecho; los gansafantes, que van desnudos y andan hacia atrás como los cangrejos, y hasta los sátiros y los egipcios, de los que San Antonio, el ermitaño, vio uno en el desierto...

A esa humanidad fabulosa, de una realidad fantaseada, corresponden en la escala francamente zoológica animales como los hipocampos o caballos marinos, los hipogrifos o caballos alados, los grifos o águilas gigantescas, grúas con alas capaces de levantar pesos enormes, las hormigas y perros colosales, y, en fin, toda una fauna de pesadilla, como la que el dibujante francés Rops representa en sus ilustraciones a las *Tentaciones de San Antonio*, de Flaubert.

En *Las mil y una noches* hay ciclos, hombres con un solo ojo, en el centro del pecho, donde los blemios tienen sus caras; hombres-monos, como ya hemos visto; otros a los que cada nueva luna les nacen alas, y en la escala zoológica hipocampos, hipogrifos y también caballos que vuelan, sin tener alas, como el que de un coletazo deja tuerto al tercer *zâluk*; grifos como el Ave Roj, que transporta a Simbad a las montañas de diamantes; *dandanes* o monstruos marinos, que son reminiscencias del Leviatán bíblico (o Behe-mot) y de los grandes cetáceos antediluvianos, o hipopótamos abultados por la fantasía, si no son francamente demonios o *qfarit* en esa forma, puesto que no resisten al nombre de Alá; pájaros que hablan, como los de las islas de Al-Uaku-l-Uak y que no son demonios, o, en todo caso, lo son de los buenos, pues alaban a Alá y rezan la zalá del *fachr* al salir el sol todos los días—probablemente papagayos o loros fantaseados—, y, en fin, toda una fauna mítica, a la que corresponde una flora no menos absurda, en la que se incluyen la planta cuyo zumo aplicado a los pies los hace impermeables y permite al hombre andar como Jesús so-

bre las aguas; la planta que confiere al que la come la juventud eterna; el manzano cuyo fruto tiene el poder de partir en dos mitades al incauto que lo ingiere; árboles cuajados de cabezas humanas, que recuerdan al árbol *zakum* de la escatología coránica, cuyo tronco lo forman cabezas de demonios, y otros ejemplares análogos de una fauna fabulosa creada al través de los siglos por la fantasía de los hombres.

De entre esa fauna maravillosa nos interesa especialmente esa Ave Roj, por las relaciones que guarda con la mitología indo-helénica y el sentido esotérico-místico que en la interpretación ocultista se le atribuye.

### EL AVE ROJ

Esta suerte de águila o cóndor gigantesco y forzado, capaz de remontarse por los aires no ya con un carnero, sino con una mula y un hombre dentro, entre sus garras, es una elaboración híbrida de realidad y de fantasía. Considerada en el aspecto puramente zoológico, no tendría nada de absolutamente inverosímil ni de especialmente interesante; lo que tales cualidades le confieren es su tangencia con el mito brahmánico del Ave Garuda o la Cigüeña blanca, «la *padmini* y santa» del libro de don Juan Valera, y con el mito helénico del Águila, que en el Olimpo acompaña en su solio al poderoso Jove y es la portadora de su rayo irresistible.

Hay cierta analogía entre el águila joviana, raptando al joven Ganimedes por orden de su olímpico amo, y esta Ave Roj de *Las mil y una noches*, arrebatando al tercer *zâluk*, por orden del Destino, para llevarle a la montaña donde se alza el simbólico alcázar de los deleites que han de causar su infortunio. El hecho de ser mandatario del Destino es lo que confiere carácter fati-

dico al Pájaro Roj y lo equipara al Ave Garuda y al águila joviana.

Su tangencia con el grifo de la leyenda greco-asiática, de que se hacen eco Herodoto y Eliano de Preneeste, la consagra el hecho de tener el Pájaro Roj, como aquel, su nido en esas montañas de las regiones indias, en que abundan los yacimientos de diamantes y las minas de oro, a flor de tierra, según los viajeros antiguos. De ahí se originó la leyenda de los grifos guardianes de tesoros y el símbolo consiguiente, propio a inspirar uno de los sentenciosos emblemas de Alciato. Los tales grifos infundían tal temor a los buscadores de oro de aquellos remotos tiempos que tenían que valerse de miles de astucias para arrebatarles sus tesoros, sin pagarlos al precio de la vida.

Esa relación entre el Ave Roj y los diamantes, en los relatos de Simbad, el marino, es la que parece identificarla con los grifos de Herodoto y Eliano.

Es Simbad, el marino, el que nos da más amplia información sobre esas aves, desde el punto de vista de la Historia Natural, hablándonos de su vida conyugal y de los huevos que pone su hembra, que son de un tamaño tal como para que el viajero ignorante los tome por palacios y trate de buscarles la entrada, malogrando las crías y provocando las iras vindicatorias de los padres.

El Ave Roj, según Simbad, es sumamente colérica y no deja pasar sin castigo ningún agravio.

En la versión de Simbad, el Pájaro Roj no tiene nada de simbólico ni de fatídico; es, sencillamente, un enorme *alicbán* (águila), un pájaro colosal y vigoroso del que se valen los buscadores de diamantes para remontar hasta las montañas desde los abismáticos valles en que yacen tirados y que resultan peligrosos por las grandes serpientes que en ellos pululan, empleando una técnica que, decimos, se describe

con todo pormenor en la historia del joven Hasán y en la de Simbad, el marino, por lo que no hemos de insistir en ello, sino para hacer notar que, en esta versión naturalista, no tiene el Ave Roj nada de particularmente mirífico, ni que le haga posible de ninguna atribución, ni siquiera de orden mitológico.

Tampoco en la *Historia de Abdu-r-Rahman, el Moro, y el Ave Roj* (Noche 725), se nos dan de él otras nociones que las de As-Simbad, de orden perteneciente a la Historia Natural: encarecimientos de su grandor y fuerza. Pero ya en esa descripción de Abdu-r-Rahmán se introduce un elemento maravilloso, tomado del historiador árabe Ibnu-l-Uardi, o sea, la virtud que poseen las crías del Ave Roj de volverles el color original a las barbas blancas de quien come su carne, añadiendo que el milagro se cumple en una noche.

Para Marco Polo, que también lo menciona, el Ave Roj es igualmente un pájaro enorme, un águila gigantesca.

Pero hay también una versión mítica del Ave Roj que lo identifica con el Fénix, que renace de sus cenizas, y es por ello símbolo de la Inmortalidad.

Mucho se ha escrito sobre el Pájaro Roj, sobre su identidad zoológica y sus leyendas míticas y místicas. El naturalista italiano Blaconi, en su libro *Delli Uccello Ruc* (Bolonia, 1868), lo estudia con criterio de naturalista, buscándole entronque con los grandes avestruces y otras aves gigantescas de Africa. Burton opina que la leyenda mítica del Ave Roj procede de Egipto, de donde pasó al Oriente, y piensa que es una reminiscencia fantaseada de los pterodáctilos monstruosos de la época prehistórica. Su nombre egipcio era el de Ti-Bennu (*Fénix*). El de Roj es persa. Los rabíes del *Talmud* lo llaman Bar Yujre; los hindúes, Garuda; los turcos, kerkes; los griegos, grifo; los rusos, norka, y en la Edad Media figu-

ra entre los dragones, grifos y basiliscos de los relatos fabulosos.

Según el mítologo Faber, el Ave Roj es el querubín que guarda la puerta del Paraíso.

Del procedimiento seguido por los buscadores de diamantes, para llegar a las alturas inaccesibles en que estos se encuentran, habla también el escritor Epifanio, obispo de Salamis, en Chipre, que falleció en 403 de nuestra era y es autor de un tratado en latín que se titula *De duodecim gemmis rationalis summis sacerdotis Haebreorum Liber* (Roma, 1743); Epifanio, de cuyo libro dijo San Jerónimo «*egregium volumen quod, si legere volueris, plenissimam scientiam consequeris*» (Egregio volumen que, si leerlo quisieros, plenísima ciencia lograrás), sitúa la escena en el interior de la Gran Escitia. Añadamos que en su libro no se trata precisamente de diamantes, sino de jacintos, pero para el caso es igual. Burton tiene por muy probable que los árabes tomaran de Epifanio la descripción de ese episodio cinegético.

Recordemos que en la biografía mítica del gran Alejandro este se deja arrebatar a lo alto por un Roj, para desde allí otear el Universo.

El Ave Roj, como vemos, tiene un respetable abolengo mítico-místico, y lo que ha dado que hablar—y que escribir—demuestra cuánto impresionó siempre la imaginación de los hombres, que, asombrados primero de su tamaño y fuerza, acabaron por atribuirle poderes maravillosos y crearle una leyenda mística. Ese proceso apunta en la historia de Abdu-r-Rahmán, el moro, en que la carne del pollito de Roj devuelve a las canas su color primitivo, lo que es una especie de rejuvenecimiento. De ahí a considerarlo símbolo de la inmortalidad no había más que un paso y el Ave Roj se convirtió en el Fénix.

En la interpretación teosófica de

Roso de Luna el Ave Roj asume una significación esotérica y se convierte en un ave iniciática, en una suerte de vehículo místico que eleva al catecúmeno elegido desde el valle de la ignorancia y de las sombras a las cumbres del Conocimiento, simbolizado en esos diamantes de incomparable precio.

Este es, según Roso de Luna, el sentido esotérico de ese paso en que Simbad, el marino, que ni que decir tiene es un catecúmeno del saber arcano, se hace remontar por el Ave Roj a la cumbre de esa montaña innominada en el texto y que para el maestro español del ocultismo no es otra que la del Tibet, sede de los grandes iniciados, de los sabios y santos guías de la Humanidad, entre los cuales adquirió toda su ciencia hermética la célebre madame Blavatzki.

El huevo colosal del Ave Roj, que a Simbad solo le choca por sus dimensiones, es, según Roso de Luna, el huevo que encierra la «divina semilla», la envoltura, el cascarón en que se incubaba el hombre nuevo, regenerado por la iniciación.

En el caso concreto de As-Simbad no hay nada que autorice esa hipótesis; el Ave Roj en *Las mil y una noches* no pasa de ser un pájaro gigantesco, un monstruo alado, que, por su extraña naturaleza y costumbres, ha dado lugar a mil leyendas, y lo ha hecho posible de significaciones místicas. Lo más cuerdo es considerarlo como un *alifrit*, por el estilo del caballo *Al-Borak*, en el que Mahoma hizo su ascensión a los cielos.

Para Roso de Luna—digámoslo de una vez—todo este mundo fabuloso de *Las mil y una noches* es el mundo de los *jinas* o seres invisibles que se hacen visibles cuando lo desean y viven hoy mismo en la India, en ciudades soterrañas, de donde afloran cuando quieren a las ciudades de los hombres, según puede verse con todo pormenor en su

libro *De gentes del otro mundo*, donde confirma sus asertos con autoridades imponentes de la Iglesia teosófica, como el doctor Olcott, testigo no ocular (como ocurre siempre), pero sí auditivo, de casos prodigiosos, que confirman la existencia actual de esos extraños seres.

Para Roso de Luna todas esas variedades de *alifrites* que quedan descritas no son genios, sino *jinás*, lo cual establece entre ellos una distinción considerable: la que va de un demonio, aunque sea bueno, a un ser enteramente humano, aunque de línea genealógica y, en cierto modo, superior.

Consecuentemente, el Pájaro Roj no es tampoco un ave cualquiera, sino el místico conductor de los hombres hacia ese mundo invisible, pero real, que, en fin de cuentas, es el plano de la cuarta dimensión, algo así como el Aguila de los grandes vuelos del Apocalipsis.

## EL PAJARO AS-SIMURG

Con el Ave Roj guarda relación íntima otro pájaro de cuenta (es decir, digno de tenerse en cuenta), el ave As-Simurg, que figura en la *Historia singular del príncipe Almás* (Noches 872 a 885), y cuyo nombre puramente persa es un compuesto de *Sí-treinta-y Murg*-pájaro.

As-Simurg es, en la referida historia, un *alifrit* volador que se presta a servir de montura al enamorado príncipe. En el *Montiku-t-Tair* o *Lenguaje de los pájaros* del poeta persa Feridu-d-Din Attar, As-Simurg es el dios de las aves, que son a su vez emblema de las almas, y las almas-pájaros van a él cruzando siete mares simbólicos: de la Indagación, el Amor, el Conocimiento, la Competencia, la Unidad, la Estupefacción y el Altruismo o aniquilación

del yo, es decir, las distintas etapas de la vida contemplativa.

Luego que los pájaros-almas llegan a la isla misteriosa en que As-Simurg reside, miranlo de soslayo y ven en él treinta pájaros y, al volver luego los ojos a ellos mismos, los treinta pájaros se reducen a uno solo; ven en sí mismo a As-Simurg entero y en As-Simurg a los treinta pájaros íntegros. Por donde alcanzan la solución del problema del nosotros y el Tú, o sea la identidad de Dios y Hombre; se aniquilan, pues, en Simurg, y la sombra se desvanece en el sol.

Con arreglo a las ideas de los árabes, As-Simurg es simplemente un *alifrit* de los buenos, por el estilo de *Al-Borak*, ese caballo de rostro humano, y de esos otros animales-hombres-querubines, serafines, etc.—, de que nos habla Ezequiel en sus visiones.

Ya hemos visto que Faber considera el Ave Roj como un querubín, guardián del Paraíso; Mackay, en su *Enciclopedia*, define a As-Simurg: «Un grifo monstruoso, guardián de los Misterios persas.» De donde se infiere la identidad esencial de ambos monstruos alados. No hemos de insistir, pues.

## LOS PECES DE COLORES

En la *Historia del pescador y el «efrit»* (Noche 3)—y en la de *Chúder, el hijo del mercader Omar, y sus dos hermanos* (Noches 365 a 380)—, aparecen unos peces de colores que han puesto en tortura la sagacidad de los exegetas.

Los primeros, sin embargo, no ofrecen duda respecto a su entidad, pues son seres humanos, hechizados en esa forma por una bruja maligna, como aquellas de que Apuleyo nos habla, capaces de embrujar a toda una ciudad

y aun a un pueblo. Las dudas que sugieren son relativas al simbolismo de sus colores, que son cuatro: amarillo, azul, rojo y blanco, correspondientes a las cuatro religiones que profesaban. Tal simbolismo es, sin embargo, posible de una explicación natural, pues lo es atribuir el amarillo a los judíos, ya como indicio de su proverbial avaricia, ya como alusión al color de su emblema heráldico—el león de Judá—, por lo que en la Edad Media se les obligaba a ostentar ese distintivo de la amarilla «rueda de David» que en nuestros días se les impuso otra vez en la Alemania de Hitler y la Francia de Pétain, y es no menos natural asignar el color azul o morado de pasión a los cristianos que, además, según informan los viajeros, solían vestir trajes de ese color; el rojo, a los parsis o adoradores del fuego, y el blanco, finalmente, a los musulmanes, que profesan la religión de la Paz.

Para Roso de Luna, fiel a su tesis atlántida de una interpretación ocultista de esos hombres metamorfoseados en peces, «son los representantes de un simbolismo astronómico, histórico y filológico; es, a saber: los hombres-peces u hombres sumergidos, cuando la catástrofe atlante; los hombres cainitas, anegados, según la *Biblia*, por las aguas del Diluvio, merced a su perversión incorregible; las cuatro razas, en fin, de hombres «blancos, azules, rojos y amarillos», predecesores de la raza actual postatlante de los adamitas o «arios». Esto en lo histórico, pues en lo astronómico no son sino los «peces del signo astrológico del Zodiaco».

Otros peces de colores hay todavía en *Las mil y una noches*, como los de color rojo que en la historia de Chúder y sus hermanos guardan el tesoro del rey Schamardel; pero esos son sencillamente *alífrites*, genios malos que, para sus fines evasivos, han tomado esa forma.

## OTRAS ENTIDADES MITICAS DE «LAS MIL Y UNA NOCHES»

No debemos dejar de mencionar entre la humanidad mítica de *Las mil y una noches* tres entidades misteriosas, de abolengo claramente hebraico, como que proceden de la leyenda talmúdica del gran rey Salomón; nos referimos a esos tres *schijj* o ancianos que se llaman, respectivamente, Scheiju-l-Bahr, Scheiju-t-Tiyar y Scheiju-l-Jizr, o sea, el *Anciano del Mar*, el *Anciano de los Pájaros* y el *Anciano el Verde*, pasibles los tres de sentido mítico.

Los tres se relacionan, como decimos, con la leyenda de Salomón, del que vienen a ser como lugartenientes o vicarios en lo atañadero al buen gobierno de los mundos oceánico, aéreo y botánico, respectivamente, que, como el plutónico, estaban bajo la dependencia del sabio monarca hebreo.

El Scheiju-l-Bahr aparece en estas historias con las atribuciones del Neptuno de la mitología helénica, aunque no ostente como emblema de su autoridad el clásico tridente, pero como Poseidón manda sobre toda la fauna oceánica, y es de suponer que también como él aquiete las olas alborotadas con un simple gesto; hemos de suponerlo, porque solo aparece en el libro de pasada, sin ninguna descripción que le caracterice, ni ninguno de esos epítetos expresivos con que Homero anuncia siempre al dios que sacude la tierra y suscita o aquieta las tempestades.

El rapsoda árabe lo nombra simplemente el *Anciano del Mar*, dejando a cuenta nuestra el imaginarnoslo con largas barbas blancas, desnudo o vestido de largo manto de cambiantes moarés y montado en su trono regio, en un alcázar submarino de perlas y corales, en medio de su corte de tritones, ondinas y demás seres ecúóreos.

Con igual laconismo nos presenta el

rapsoda al *Anciano de los Pájaros*, en cuanto a su persona, pero nos da algunos pormenores de su lugar de residencia y su vida doméstica, por decirlo así; el *Anciano de los Pájaros* tiene su alcázar en la cumbre de un monte, como cuadra a un virrey de las aves, y allí vive de asiento en unión de siete sobrinas y sin compañía de mujer, lo que induce a pensarlo solterón o viudo.

Toda la información sobre ese *scheij* se encuentra en la historia de Hasán, el enamorado de la mujer-pájaro Menarus-Sunná, y eso nos excusa de ser aquí más prolijos; notaremos tan solo que el Scheiju-t-Tiyar se conduce con sus siete sobrinas como un verdadero tío, es decir, de los buenos, y con el joven Hasán como un gran señor hospitalario y se presta en su obsequio a interrogar a los pájaros, en el curso de su anual revista, por el paradero de la fugitiva princesa pájara, y el lugar hacia donde cae ese extraño castillo, llamado Tekná, donde es de suponer que se encuentra al lado de sus padres.

Es, desde luego, un poco raro que el Scheiju-t-Tiyar, que debe de tener una vista no ya de águila, sino de lince, y dominar toda la cartografía de su reino, ignore ese detalle, pero se explica con solo hacer cuenta que la tal princesa no es precisamente una pájara, sino más bien una ondina, que vuela a favor de un traje de plumas y no por virtud intrínseca, pues el castillo de Tekná está sumergido en el agua y no cae enteramente bajo la jurisdicción del simpático *scheij*.

Por cierto que, con este motivo, nos enteramos de la existencia de otras entidades míticas, entre aves y personas, como el Schah-Bedri, todas las cuales acatan la autoridad del Scheiju-t-Tiyar y son, probablemente como él y sus sobrinas, *alifrites* de los buenos, que odian a los magos y brujos y profesan la ortodoxia islámica.

El más detalladamente descrito de

esos tres *schiuj* es el *scheij* Hasán AlJizr, o sea *el Bello, el Verde*, virrey de Salomón para el mundo de la Botánica.

Es este un bello anciano, cuyo fresco rostro desmiente la leyenda senil de sus largas barbas blancas; se toca con un gran turbante y viste un manto verde, de donde le viene su apodo o mote de *el Verde*.

Este fantástico personaje, que unos confunden con San Jorge y otros identifican con Horus, el hijo de Osiris, es, según algunos, una evemerización de un personaje histórico que vivió en el siglo VI antes de nuestra era y fue visir del rey persa Kaikobad, fundador de la dinastía que de su nombre se llamó Kayanil o Kayaniense.

Kaikobad o Kobad el Grande (Kai) fue el libertador del Irán, invadido por los turianos, y ha dejado por ello en la historia de Persia un recuerdo legendario, que alcanza a su visir.

Pero sea como fuere, la figura de Al-Jizr nos llega ya mitificada, y hemos de relacionarla más bien con esas otras personalidades míticas que hemos señalado y que simbolizan estados o aspectos de la Naturaleza.

A Hasán, *el Verde*, le corresponde el dominio del sector vegetal, así como al Scheiju-l-Bahr, el ecúoreo.

Así lo da a entender el color verde de su manto, como teñido en la clorofila de las plantas, y que es el manto mismo, la túnica esmeraldina que ondea sobre los hombros leves de la Primavera, y su blanco turbante, como hecho de tibia nieve de almendro.

El *scheij* Hasán, *el Verde*, es, si no la misma Primavera, por lo menos su heraldo o su gran visir y agente principal, el que nutre de savia a los árboles y pinta de verde las hojas de sus ramas y riega el césped de prados y jardines de ese color amaranto que alegra el alma del hombre y brinda reposo a su vista cansada.

El color verde fue siempre grato a los hombres y sugestivo de jocundas imágenes. Verde es el color de la juventud en los frutos y también en los seres, a los que simbólicamente se les atribuye ese color de fruto temprano. Verde se dice del viejo que ha conservado su frescura y vigor juveniles.

Hay, por cierto, en ese color un misterio letífico que encierra una alusión a la eterna renovación y eternidad de las cosas y los seres; en la resurrección primaveral de la Naturaleza intuye inconscientemente el hombre una promesa de eterna, fresca vida.

De ahí que Mahoma eligiese el color verde para el estandarte de la nueva fe en sus luchas con los infieles y que sea verde el turbante con que se ciñen la frente los peregrinos que vuelven de la Meca.

En el simbolismo universal de los colores el verde tuvo siempre esa connotación fausta; ya entre los griegos el verde amaranto era emblema de inmortalidad, y en el verdecer anual de la tierra veían aquellos hombres el mismo jocundo misterio que en el anual cambiar de piel de las serpientes, que, a fuer de hijas de la tierra, son de color verdoso, si no verde.

Puede pensarse cómo se realizaría la jocundidad de ese color para los árabes, habitantes de países tórridos y desérticos, en los que la mancha verde de un oasis anunciaba de lejos la presencia del agua y de la sombra, igualmente anheladas; con qué ansias correrían hacia esa mancha verde y con qué apasionado tropismo fijarían en ella sus ojos.

Tan fuerte emoción sentían esos nómadas a la vista del verde de los campos, que hubieron de crear esa figura mítica de Hasán, *el Verde*, de ese *scheij* bello y jovial, en el que vincularon todas las alegres sugerencias del color de su manto y lo hicieron simbólico antropomórfico de la Primavera.

¡Una primavera masculina! Así había de ser, tratándose de unos hombres de mentalidad y hábitos imperialistas, guerreros por naturaleza y por necesidad.

Todo lo concebían con arreglo al patrón civil y, además, profesaban una fe exclusivamente de hombres, en la que apenas tienen parte las mujeres, siempre más o menos impuras, siempre débiles y flojas.

El severo decoro del Islam imponía que fuera un personaje masculino y no una mujer-diosa, como la Flora de los romanos, el que cargase en sus hombros el estandarte verde de la Primavera, que es, al mismo tiempo, el de la Fe.

Hasán, *el Verde*, tiene a su cargo, en esa mitología árabe, el mismo papel y desempeña las mismas funciones que Flora y Pomona en la occidental; es el rey, por no decir el dios, de lo verde, el que vierte sobre los campos cada año el cuerno de la abundancia clorofílica y da de beber a la tierra la copa de juventud, el elixir de vida que la regenera y remozca.

Hasán, *el Verde*, cuando llega la época vernal, anda muy atareado con los deberes de su floreal ministerio; va de acá para allá, de uno a otro país, repartiendo sus dones, controlando la marcha de la germinación, dando toquitos de verde a ese arbolito pálido, enderezando esa ramilla que se tuerce, avisando a los pájaros emigrantes y a todos los seres de la Naturaleza que ya la primavera es venida o está al llegar, e invitándolos a todos al alegre convite vernal.

Pero tampoco en invierno descansa del todo ese buen viejo verde, pues cuando da de lado a sus funciones de jardinero tiene aún otras cosas que hacer y que caen dentro del orden de su condición servicial; de mensajero de la primavera el *scheij* Hasán extiende su misión a mensajero universal de toda



buena nueva, relacionada con el simbolismo de su verde color.

Hasán, *el Verde*, es el correo anunciador de las gracias divinas, y en este sentido viene a ser como un arcángel, una entidad aérea, una antropomorfización de la nube mensajera, del poema de símbolos, un sincretismo en virtud de Kalidasa; hay ahí una inferencia del cual el numen de los jardines y prados es también el agente atmosférico que contribuye a su verdor y lozanía. Flora y Nefele en una pieza.

Hasán es, desde luego, una entidad atmosférica; su modo de locomoción es aéreo, aviónico, y así volando se traslada el activo viajero de un lugar a otro con la rapidez necesaria para lograr la cuasi ubicuidad y llegar a todas partes en la fecha precisa.

Pero aquí interviene otra inferencia de origen talmúdico, a la que sirve de nexo esa condición aviónica de Hasán, *el Verde*; este resulta identificado con el profeta bíblico Elías, el que, por gracia de Jehová, fue arrebatado a los cielos sobre su manto desplegado y no volverá a bajar a la tierra sino al final de los tiempos, es decir, al advenimiento del Mesías.

Hasán, *el Verde*, asume en el Islam la misma significación que Elías o Eliahu el profeta en las leyendas talmúdicas; es el viajero siempre deseado y esperado, portador de una buena nueva, para el que la noche última de la Pascua deja abierta la puerta el judío por si acaso llegara. Y no se olvide que la Pascua hebrea de Pesah se celebra en las vísperas vernaes, bajo el signo zodiacal del Cordero, que en ella místicamente se inmola, quizá como en supervivencia de inmemorial rito totémico.

El profeta Eliahu viene, pues, a ser, en ese sentido, un mensajero de la Primavera, lo mismo que Hasán, *el Verde*, aunque, como este, lo sea también de toda nueva fausta, jocunda, y de él

esperen, sobre todo los dolientes hebreos de la diáspora, el anuncio del milenariamente esperado Mesías, que ha de vestir de verde sus tristes corazones.

Hasán, *el Verde*, y el profeta Eliahu son la misma persona, y así identificándose los dan los Diccionarios árabes más prestigiosos, como los de Golio y Wahrmund, por no hablar del casi inhallable *Kamús*; uno y otro son entidades benévolas y benéficas que van de acá para allá prodigando mercedes a los hombres, y tienen todavía de común su manera inopinada de presentarse, cuando menos se le espera, al modo de esa primavera que siempre nos sorprende y nos coge de nuevas, por mucho que la hayamos llamado y esperado y acechado con los ojos atentos, pues ya se sabe que su milagro se opera en una noche, cuando todos duermen y descansan, menos los pastores (que en eso son los primeros en verla llegar), y que, al abrir los ojos a la nueva luz, más cromática y cálida, y mirar al jardín, allí se la encuentran corriendo puerilmente sobre el verde y no saben cómo vino.

Símbolo de esa dicha que se nos da sin merecerla, la Primavera es un misterio teológico.

## LA GRAN TORTUGA

La Gran Tortuga, que viene a ser la esposa del hijo menor de un rey y adquiere en la descripción caracteres de Cenicienta y de Cordelia shakespeariana, es una curiosa variedad de las mujeres-peces. Su abolengo es claramente ario-persa (en sánscrito se la llamaría Mahakurma) y muestra tangencia con el mito helénico. Es en realidad un hada.

La Gran Tortuga, que vive en una casa solitaria, cerrada siempre, es un hada, hermosa, sensible y buena, que,

para defender su castidad, se ha revestido de ese caparazón, de esa concha que la envuelve como una coraza y la hace inviolable, porque la hace indeseable para los hombres.

Solo burlas inspira Mohammed a sus hermanos cuando la flecha disparada por él va a caer en esa casa donde vive la Gran Tortuga, que al azar designa así para esposa suya.

El príncipe, sin embargo, acepta la decisión del Sino y casa con el quelónido y la introduce en la corte de su padre, en el mismo plan de igualdad que las mujeres de sus hermanos.

La Gran Tortuga es sensible a esta prueba de la delicadeza de su esposo y corresponde a ella desplegando en su favor los poderes naturales y mágicos de que está dotada.

La Gran Tortuga es una cumplida mujer de su casa y, por sus virtudes domésticas, no tarda en atraerse la predilección del viejo rey, desatendido por las otras nueras.

Y, finalmente, llega el momento de la apoteosis; la mujer-tortuga se revela ante los ojos asombrados de toda la corte como lo que es en el fondo: una mujer bellísima y, además, un hada, que con su amor inquebrantable págale al príncipe su lealtad en todo aquel tiempo que fue solo una tortuga y lo hace tan dichoso que sus hermanos lo envidian.

Esta manera de conducirse es enteramente propia de un hada, y la historia miliunanochesca conserva todo el sabor de nuestros cuentos populares.

Pero otras hadas aparecen también en *Las mil y una noches*, designadas paladinamente con ese nombre, como la princesa Pari-Banu, a cuya mansión maravillosa conduce también una flecha de azar al príncipe Hosein, que ha de ser su esposo.

En esas historias rómpese el proceso de arabización y el fondo ario-persa resalta en sus contornos originales. La

princesa Pari-Banu ni siquiera usa disfraz; es una *peri pari-persa*, una auténtica hada. Esas historias confinan con los poemas indostánicos y han entrado sin duda en el libro árabe por la puerta de Persia.

No es necesario insistir más sobre estas entidades míticas, por las cuales el fondo árabe del libro deja de ser para nosotros exótico y pasa a formar parte de nuestro folklore.

### SOLEIMAN E ISKANDER, MITIFICADOS

Salomón, el rey sabio, y Alejandro, el conquistador, aparecen en *Las mil y una noches* transfigurados por la leyenda creada en torno a sus extraordinarias figuras.

Tocante a Salomón, el proceso de mitificación debió de empezar a raíz de su muerte, pero fue en Babilonia donde los rabíes dieron forma definitiva a su leyenda, en el *Talmud*.

De ahí, o de la tradición oral judaica, la tomaría Mahoma, el cual la trasplantó a su *Corán* sin modificar sus rasgos esenciales.

Soleimán es allí no solo un rey sabio, sino un gran mago, iniciado en toda ciencia hermética y que, por el poder de sus conjuros y de su nombre grabado en su anillo, se hace obedecer de todos los genios (*chedin*, en el *Talmud*), y él es señor de todos ellos, así de los aéreos como de los acuáticos y terrestres, y, además, de toda la fauna andante, reptante y volante de todos los reinos de la Naturaleza. Cuando se moviliza para la guerra contra algún genio rebelde todos esos animales acuden, juntamente con los genios buenos, a prestarle su colaboración, los unos en las fuerzas del choque, los otros en servicios auxiliares.

Salomón tiene un espía inteligentísimo y fiel en la abubilla. Esta es la que

un día le trae noticias de la reina de Saba y le sirve de correo, llevando en el pico la cartita que es el principio de las relaciones entre ellos.

En el *Talmud* Salomón, que ha logrado coger prisionero a Asmedai, el rey de los *chedin*, y lo tiene encadenado en su palacio, déjase engañar (con toda su sabiduría) por su astuto enemigo y le cede su anillo mágico por un momento; Asmedai se agiganta en el acto, tira el anillo al mar, arroja a Salomón de su palacio y se sienta en su trono; destituye a Benaya, el fiel visir y generalísimo del rey, y empieza a mandar y a prohibir como soberano absoluto; en tanto, Salomón vaga por vados y montañas, por yermos y ciudades, pobre y desconocido.

Trátase de una expiación que Adonai le ha impuesto en castigo a su ambición y soberbia, y el sabio rey la cumple, soportando resignadamente sus penalidades y humillaciones.

En el curso de sus andanzas llega Salomón a la corte de un rey y tiene la suerte de que este lo acoja con benignidad y la desgracia de que su hija, la princesa, se enamore de él, y ambos son arrojados de palacio por el padre colérico.

Vuelve Salomón a sus andanzas, esta vez acompañado por su amante princesa, cuyos dolores le afligen más que los suyos propios, y llega a sentirse tan desesperado, que piensa en suicidarse.

Pero a punto rechaza la idea y vuelve su mente a Dios, como a su última esperanza; hunde la frente en el polvo y ora con fervor.

Y Adonai escucha su plegaria y decide poner fin al castigo. Dirigese Salomón con su amada a una ciudad marítima, y en el camino un pescador le ofrece su cesta; cómprale Salomón uno de sus peces y al abrirlo se encuentra ¡oh maravilla! con su anillo, y, en el acto, vuelve a ser el Salomón de antes, el señor de los hombres y los

genios. Fácil es adivinar lo que luego sigue: Salomón se presenta en Jerusalén, ante el Sanedrín; muestra su anillo, requiere el testimonio de su fiel Benaya y en seguida es reconocido como el soberano. Cuanto a Asmedai, al ver el anillo da un terrible alarido y desaparece.

«Pero desde entonces—dice el *Talmud* (*guittin*, págs. 68-70)—quedó tanto miedito en el ánimo de Salomón que, como dice en *El cantar de los cantares*, siempre en la noche velaban su lecho sesenta valientes, de los valientes de Israel, la espada en el costado, por los peligros de la noche.»<sup>10</sup>

Todo lo que en el *Corán* se dice de Salomón es de procedencia talmúdica; sus relaciones con la reina de Saba, su muerte, su eutanasia, que solo fue notada porque un ratoncillo royó el extremo del báculo en que se apoyaba, sentado en su trono, con apariencias de vida, y «cuando cayó, comprendieron los genios que, de haber penetrado el misterio, no se habrían visto sometidos a aquella servidumbre ignominiosa» (sura XXXIV, *Sabá*).

El cadáver de Salomón, según la leyenda, fue depositado en un lugar secreto, más allá de los siete mares, y colocado sobre un lecho, en el que conservaba toda la apariencia de la vida, vestido con todos sus atributos reales y conservando en el dedo su anillo talismánico.

Fácil es ver cuánto ha influido esta leyenda talmúdica no solo en la imagen de Salomón que los *raui* milunachescos nos dan, sino también en otras historias del libro, donde los anillos mágicos juegan importante papel.

La mitificación de Alejandro, el hijo de Filipo, no es de tan exclusiva línea talmúdica, pues a ella se han mezclado otras de tipo greco-persa. Fue principalmente un libro griego, el del pseudo

<sup>10</sup> *Las bellezas del Talmud* (Antología).

Calístenes, especie de biografía novelada—que decimos hoy—del gran macedón y que, traducida del griego al siríaco, penetró en esta lengua en el mundo árabe, el que sirvió de base para las poetizaciones de Firdusi y de Nizami, que cantó en su *Iskandar-Námeh* las fabulosas hazañas del famoso guerrero, dando a sus campañas un cariz de expedición científica y de apostolado misionero.

En el *epos* de Nizami aparece Alejandro hecho ya un sabio en sus diálogos con los sabios griegos e hindúes, y el ángel Serosch le confiere el doctorado profético.

El héroe emprende entonces, acompañado de siete sabios (los siete visires del posterior *Libro de Sendebâr*), sus accidentados y maravillosos viajes a los cuatro puntos cardinales del globo, visita todos los pueblos y razas y, después de haber dado así la vuelta al mundo, inquiriendo todos sus misterios, muere, acometido de subitánea dolencia, en Schahr-zur, cerca de Babilonia.

Sus amigos le hacen solemnes exequias y luego transportan su cadáver a Alejandria, la ciudad fundada por él, y allí lo entierran.

En el último capítulo del poema, Nizami describe la muerte de los siete sabios, compañeros del héroe, y transcribe las profundas y nobles sentencias que profieren antes de morir.

En la idealización hebraica, Alejandro conserva su carácter de Enviado de Dios y lleva el epíteto de «Baal-ha-Karmain»—*Señor de los Dos Cuernos*—que los árabes tradujeron a su lengua Zu-l-Karnain, con que se le designa en el *Corán*.

Mucho se ha discutido sobre el sentido de este epíteto de bicornes que, según unos, alude a sus victorias sobre los persas y los medos, que Daniel, en sus visiones proféticas, contempló simbolizados en un carnero con dos cuernos; otros piensan que alude a sus

triumfos bélicos en Oriente y Occidente; otros aún opinan que se refiere a haber vivido el gran guerrero el tiempo de dos generaciones. (Alejandro murió a los treinta y dos años.)

La base de todas esas interpretaciones radica en el significado de fuerza, vigor y poder que el cuerno tiene en la simbólica semítica. Sabido es que también a Moisés se le atribuyen dos cuernos en la iconografía mística.

Hay, sin embargo, quienes piensan que los tales cuernos son simplemente hiperbolizaciones alegóricas de dos rizos de pelo rufo, a modo de copete o tupé, que el gran capitán lucía sobre la frente.

El vencedor de Darío presentóse ante Jerusalén con ánimos de castigar a los judíos por haberle negado su ayuda contra su enemigo; pero el Sumo Sacerdote Jaddo salióle al encuentro en Safán, tocado de su tiara y al frente de un imponente cortejo de levitas, revestidos de sus hábitos sacerdotales.

Alejandro se apeó de su caballo y, postrándose en tierra, adoró el nombre de Jehová escrito en la tiara del Pontífice hebreo, y habló luego con él afablemente, prometiéndole proteger a su pueblo.

Jaddo entonces mostróle la profecía de Daniel, en que se anunciaba que un rey macedonio o griego había de destruir el imperio de los asirios, y, agradecido el monarca, entró al templo y ofreció sacrificios al Dios de los judíos.

Todo esto se refiere en el libro I de los Macabeos y también en el libro II, capítulo VIII, de las *Antigüedades judaicas*, de Flavio Josefo.

Los judíos, pues, guardaban gratitud al conquistador que vino a librarlos del yugo asirio y les reconoció sus fueros y libertades, y no es de extrañar que le correspondiesen idealizando su figura.

En su *Corán* habla Mahoma de Zu-l-Karnain en la sura XVIII *Al-Kahf*

(La ajaquefa), donde cuenta su historia a los creyentes, siguiendo los términos de la leyenda greco-siriaca.

Según el relato de Mahoma, viene a ser Alejandro un mandatario de la voluntad de Alá, un paladín del monoteísmo, dotado del poder de juzgar a los pueblos y premiarlos o castigarlos según sus méritos. Alejandro, en sus correrías evangelizadoras, llega hasta los confines de la India, y allí a un lugar situado entre dos montañas altísimas, a cuyo pie habita un pueblo de pigmeos de tan ruin condición física y mental que apenas si entienden el humano lenguaje.

Aquellos pobres seres pidenle protección a Alejandro contra las huestes de Gog y Magog, que, introduciéndose por aquella cañada, asolan sus tierras y los hacen víctimas de toda suerte de desastres.

Zu-l-Karnain accede a sus ruegos y rellena aquel espacio entre las dos montañas con alquitrán y hierro, de modo a hacerlo impracticable, con lo que ya aquellas pobres gentes pueden vivir tranquilas.

<sup>97</sup> «Y (Zu-l-Karnain) dijo:—¡Esta muralla es un efecto de la Misericordia de mi Señor! <sup>98</sup> Pero cuando el fallo del Señor sea promulgado, El la convertirá en polvo. ¡Porque las promesas de mi Señor son verdaderas!

<sup>99</sup> »—Y dejaremos a algunos de ellos removerse ese día (del Juicio) como las olas unas sobre otras y la trompeta sonará y Nos los reuniremos a todos.

<sup>100</sup> »—Ese día, dispondremos *chennam* para los incrédulos.»

La versión coránica enlaza aquí con las proféticas visiones del *Apocalipsis* tocante al Anticristo.

Zu-l-Karnain es, como vemos, en el *Corán*, un instrumento divino, un brazo de Dios, como antes lo había sido Ciro y luego lo será Carlomagno.

Todo lo que en *Las mil y una noches* se dice de Alejandro procede de

esa fuente greco-hebraica, la misma de donde tomó Nizami los elementos para su poema.

La mitificación o canonización del héroe macedónico empezó a poco de su muerte, por sus biógrafos griegos, el ya citado seudo Calistenes y Ctesias de Cnido, su médico, los cuales introdujeron también en sus biografías fantaseadas toda suerte de fábulas respecto a los tesoros y demás maravillas que el héroe encuentra en sus viajes, los extraños seres con quienes conversa y las raras cosas que hace, como bajar al fondo del océano metido en una cuba de cristal para sorprender los secretos de la vida submarina, y dejarse arrebatar por los grifos encerrado en un saco de cuero, para que lo remontasen a una altura desde la cual pudiese otear todo el mundo. Y la fuerza de sugestión de estas invenciones poéticas fue tan grande, que hasta sus biógrafos serios, como Quinto Curcio, las repiten, por no quedarse atrás en punto a información, aunque dejando al lector en libertad de no creer en ellas.

La mitificación de Alejandro se había consumado ya en los primeros siglos del cristianismo, y por todo el mundo conocido entonces circulaban poemas como el de Nizami, contruidos sobre esa base apócrifa, y en castellano existía desde el siglo XIII un *Poema o Libro de Alejandro o Alexandre*, atribuido por unos a Alfonso, *el Sabio*; por otros, a Gonzalo de Berceo, y por los más, al astorgano Juan Lorenzo.

Como verá el lector, en esta idealización del conquistador macedónico entran no pocos elementos de la de Salomón; y entre ellos dos rasgos principales: la sabiduría y el poder; Iskandar, como Salomón, es un profeta de Dios, además de un perfecto caballero al modo de Aquiles o Eneas. Y ese rasgo místico en su figura marca la confluencia del genio helénico con el semítico.

## EL ÁNGEL MARUF

Otra entidad de traza talmúdica es el ángel Mâruf (*Gracia, Merced*), que en la *Historia del Hombre y la Culebra* acude en socorro de aquel, y después de salvarlo, le declara quién es y cómo fue que acudió en su auxilio.

«Yo soy el ángel Maruf, y estaba en el quinto cielo cuando invocaste a Alá, y El me mandó que bajase a socorrerte, porque, como mi nombre lo dice, yo tengo la misión de no dejar sin recompensa ninguna buena obra.» (El hombre de la Historia le había salvado la vida a la serpiente, que ahora quería matarlo.)

Trátase de una materialización de la Gracia, análoga a la que los talmudistas hicieron de la Plegaria y la buena obra, llevados de esa tendencia a la antropomorfización, innata en el hombre, y que subsistía en ellos, pese a su profesado horror a la idolatría.

Tenemos aquí una prueba más de la colaboración hebrea en este libro árabe, que, por más de un concepto, parece un libro judío.

## EL PIOJO GIGANTESCO DE LA PRINCESA DALAL

La princesa Dalal que, por lo hermosa, tenía muchos pájaros en la cabeza, tenía también piojos en su lindo pelo y de cuando en cuando se los espulgaba.

Ahora bien: un día, estando espulgándose con los dedos—pues entonces no había peines de plexiglás ni de ninguna otra clase—, la princesa Dalal se cogió un piojito y no sabemos por qué le dio lástima de matarlo y lo que hizo fue ir a la despensa, levantar la tapa

de una tinaja de aceite que allí había, dejar el piojito con mucha delicadeza sobre la capa oleaginosa y volver a tapar la tinaja.

Pasaron luego los años y la princesa cumplió los quince, y sucedió por aquel entonces que el piojo de marras, por efecto de la acción vitamínica del aceite, había engordado tanto que no cabía ya en la tinaja y levantó la tapa y salió de su cárcel y echó a correr por el palacio, asustando a los guardias, pues se había puesto que parecía un búfalo del Nilo, no solo por lo grande, sino también porque le habían nacido cuernos.

Lograron, sin embargo, los guardianes del rey coger al piojo y se lo llevaron al monarca y este se quedó turulado y exclamó:

—¿Qué es esto?

Y su hija, que se hallaba presente, reconoció al piojo y le contó a su padre toda la historia. Y el sultán, después de oírla, dijo:

—Mira, hija mia, es menester que te cases. Porque lo mismo que el piojo rompió la tinaja, podrás tú saltar los muros de palacio y salirte por ahí en busca de un hombre y mancillar nuestro linaje immaculado.

Mandó luego el rey que degollaran al piojo y lo desollasen y colgasen su piel a la puerta de palacio, y anunció que solo se casaría con su hija aquel pretendiente que supiese decir de qué animal era aquella piel.

Acuden luego miles de candidatos a yerno del sultán, pero ninguno acierta, por lo que son decapitados en el acto, hasta que, al fin, se presenta un joven guapísimo que descifra la adivinanza y se casa con la princesa, resultando luego que es un algo y no un hijo de Adán.

Ahora bien: lo interesante aquí es el piojo y la resolución del sultán de casar a su hija al ver el piojo convertido en búfalo, con cuernos y todo.

No hay duda de que ese piojo gigantesco era, a los ojos de ese rey y sabio, un símbolo sexual, una materialización de la libido de su hija, que se había ido desarrollando al mismo tiempo que ella. Y al cumplir la joven los quince años, que marcan la plenitud sexual en Oriente, el piojito de antaño se había convertido en un búfalo de tal poder que hizo saltar la tapa de su encierro y salió de allí bufando y embistiendo, como un toro enclado. Por donde puede inferirse qué grado de furor agresivo habrían alcanzado también los deseos de la virgen princesa, cuyos pechos embestirían como cuernecillos.

Pues en lo que sigue se confirma que aquel piojo, tan prodigiosamente agrandado, no era sino ese mismo algol que casa con la princesa y que había asumido esa apariencia inocente para sus taimados fines, pues ya sabemos que los *alifrites* pueden tomar todas las formas que quieren, ya que por su naturaleza gaseosa no tienen ninguna.

Lo admirable aquí es la perspicacia del sultán al presumir la madurez sexual de su hija y decidir casarla, dando con ello prueba de un saber y un arte interpretativo verdaderamente geniales.

Hay que tener en cuenta que estas historias son anteriores en muchos siglos a Freud y el superrealismo, que todavía se discuten en Europa.

Por lo demás, no es la primera vez que en nuestra literatura aparece el piojo en relación con el amor. En *Por un piojo*, del padre Coloma, es ese pediculado el que decide a un joven aristócrata a casarse con una señorita de la que está enamorado y que pescó ese piojo visitando tугorios en funciones de caridad. Y dizque, en recuerdo de ello, el joven lleva el piojito guardado en su cartera, de donde no sale como el otro. El que sí se le sale del pecho al joven es su corazón.

## EL SINO

Bajo la rúbrica de este apartado parece oportuno incluir a esa entidad mítica que a todas las demás entidades míticas o reales preside y gobierna en el mundo islámico, como el *Deiván* de los hindúes y la *Moira*, *Anangé* o *Fatum* en el mundo de la pagania clásica; el Sino todopoderoso, para el que los árabes tienen tres nombres: *al-meniya*, *al-kadr* y *al-kaziya*, cada uno de los cuales encierra un misterio teológico. *Al-meniya* deriva de *menn*, dádiva, dispensación; *al-kadr* es el poder, y *al-kaziya*, el decreto o la sentencia, de suerte que cada uno de los tres alude a alguno de los atributos divinos: la generosidad, la omnipotencia y la justicia.

Esto indica ya que el Sino no tiene en la teología islámica la omnipotencia absoluta que en la pagana, donde domina y señorea a los propios dioses, incluso al más grande de ellos, a Jove «*pater hominumque deorum*». En la tragedia griega los dioses lloran, lo mismo que los hombres, su triste dependencia del Sino, que dispone de antemano lo que ha de ocurrir, y respecto a los hombres señala a las Parcas la longitud del hilo de sus vidas, que han de hilar en sus ruecas. Los dioses no tienen sobre los humanos más privilegio efectivo que el de su inmortalidad, que a veces es para ellos una desdicha más, como en el caso de Calipso, esa suicida intencional del libro de Fene-lón.

En la teología musulmana no es así; el Sino es un mero servidor de Al-Lah, como todos los seres, y no obra sino por orden suya, sin que pueda hacer nada por cuenta propia. Viene a ser simplemente el ejecutor de sus justicias, como esos maceros de los jalfas que aguardan una señal del soberano para esgrimir su alfanje.

A esa diferencia fundamental respecto al Hado de los griegos y latinos únense otras como la de no tener forma visible; nada la tiene en el Islam. Pero cuando los persas, menos ortodoxos, lo representan en forma de vieja desdentada y renqueante, confundiendo en realidad con Kronos, el Tiempo (*Dar Kalas* de los sánscritos), con el que verdaderamente tiene gran analogía, ya que son las vicisitudes del tiempo, o de los tiempos, las que traen las mutaciones de las cosas y determinan la cambiante suerte de los hombres. Y como esas vicisitudes de los tiempos las determinan a su vez las rotaciones de los astros, no es de chocar que en la mitología irania aparezca la suerte, o el Sino, representada también por el Firmamento (Felek), es decir, por todo el cosmos sideral.

Es indudable que de ahí se deriva la idea que el vulgo islámico se ha formado del Sino; este se halla escrito desde el principio en las estrellas, por lo que también se llama *mektub* (escrito) y pueden descifrarlo los astrólogos; ahora bien: es el dedo de Alá quien trazó esa escritura fatídica, que por eso se tiene que cumplir, a menos que Alá disponga lo contrario, porque Alá es poderoso sobre toda cosa, según el *Corán*, y también sobre el Sino. Esto deja abierta para el musulmán la puerta de la esperanza, poniendo en sus manos la llave de la oración y de la Fe.

De ahí que se admita por algunos teólogos (los *kadries*) la posibilidad de vencer al Sino, lo que otros (los *motaziles*) niegan resueltamente, y de ahí la pugna en el Islam de esas dos tendencias, que también se manifiestan en todas las teologías y filosofías teorizadas por los hombres. Milenario es ya el pleito entre predestinación y libre albedrío, antinomia que se pretende resolver siempre reservando a Dios la regia prerrogativa de la gracia; no vamos a referir aquí las incidencias de

ese debate, que en nuestros días continúa fuera del terreno teológico, como conflicto entre voluntad y carácter, si se emplea la fórmula psicológica, o entre herencia y evolución, dicho en términos de biología.

Limitémonos a las indicaciones expuestas, añadiendo solamente que en *Las mil y una noches* hay huellas documentales, que oportunamente señalamos—*Historias de Simbad, el marino* (Noches 317 a 335), y del «*scheij*», *el de la mano pródiga* (Noches 628 a 633)—, de esa discusión teológica que apasionaba a los espíritus en los siglos medios del Islam, dividiéndolos en esos dos bandos de *motaziles* y *kadries*, entre los que se interfieren los místicos, que, como Al-Ghazali, saltan por encima de todas esas cuestiones para unirse directamente con Dios.

Es Dios—Al-Lah—quien dota de una determinada suma de poder a sus criaturas, las «apodera» (*keddara*) y les señala un plazo determinado de vida—*dyalo*—, cumplido el cual se acaba aquella y esos autómatas animados recaen en su inercia primera, como muñecos a los que se les acabó la cuerda y solo vuelven a animarse el día de la Resurrección—*kiyamat*—, literalmente del Levantamiento. Esa ley del *kadr*, o del *áyalo*, rige lo mismo para los individuos que para las razas y los pueblos y los mismos mundos. Todo tiene marcado de antemano su plazo y su duración, y seres y sucesos cambian y se suceden sin cesar. Solo Alá es eterno e inmutable.

Fácil es ver cómo, en este sentido, el Sino se confunde con la Fortuna del Olimpo clásico. La fuerza, el poder y el imperio están pasando continuamente de unas manos a otras, y en ese juego del anillo todos lo tienen alguna vez en la suya y todos pueden esperar volver a tenerlo. De ahí esa conformidad de los musulmanes ante la desgracia y esa finura con que saben perder,



como decimos hoy. Esos árabes que, según la frase del poeta andaluz, todo lo ganaron y todo lo perdieron, no desesperan nunca de volver a ganarlo, y así lo dan a entender esos moros tetuaníes, descendientes de granadinos, que aún conservan las llaves de sus antiguas casas andaluzas con la ilusión de poderlas usar un día. Todo es posible si Alá quiere. Y esa es la fuerza psíquica admirable que se deriva de esa creencia fatalista en el Sino y pone esa sonrisa, misteriosa, irónica y cortés, en los labios del árabe, cuando se inclina y cruza los brazos al pecho ante sus vencedores.

El árabe no ha llegado a elevarse a ese determinismo psicológico de los hindúes, para los que el Sino es simplemente el resultado de la reacción constante entre el *dharma* o virtud y el *karma* o herencia psicofisiológica del hombre, idea a que también se habían elevado los griegos pitagóricos y los rabíes talmúdicos, pero que supone la creencia en la metempsicosis. Esa idea, que echa sobre el hombre toda la responsabilidad de su sino y lo independiza, en cierto modo, de Dios, no podían aceptarla los buenos creyentes en el poder absoluto de Alá, y así se nos muestran, hasta hoy, agobiados bajo el peso de lo fatal, que, por otra parte, los irresponsabiliza y alivia de esa carga psíquica que lleva sobre sus hombros el hombre moderno.

### GEOGRAFIA MITICA DE «LAS MIL Y UNA NOCHES»

Todo ese mundo mítico que acabamos de examinar se encuadra en una geografía tan fabulosa como él, aunque también, como él mismo, tenga una base de realidad, pues ni la imaginación más osada puede edificar en el aire y hasta los más quiméricos casti-

llos no lo son del todo, puesto que son castillos.

El mundo de los *afarit* no es ningún mundo aparte en el que aquellos estén confinados, sino el mismo mundo de los hombres, con los cuales alternan, y si se les asigna un territorio especial, una patria chica, por decirlo así, el *Chenistán* o país de los genios, tal país no es ninguna creación ideal, sino una región localizable, situada en la India, más allá del Cáucaso, y designada por los geógrafos con el nombre de *Kafaristán* o país desértico.

De igual modo podrían localizarse esos otros países fantásticos de la Tierra blanca y la Tierra verde, País del Eban o islas del Alcanfor, cuyas denominaciones son de traza evidentemente metafórica, y que, con las Siete Islas de Al-Uaku-l-Uuk, formarían un mapa de la fábula miliunanochesca comparable al que los eruditos han elaborado con los datos semifabulosos de Homero, para situar los escenarios de la *Odisea*, aunque semejante trabajo, hecho sobre conjeturas, siempre resulta discutible e impugnable.

Queremos decir con esto que hay un fondo de verdad en esas fantasías geográficas, cuyos datos proceden de esa misma geografía que los hombres consideraron como científica hasta el siglo XV que se basaba también por la mayor parte en confusas tradiciones populares y en relatos de viajeros mal informados o falaces; esa geografía, cuyas fuentes son, muchas veces, la propia mitología, y en la que se sitúan con toda seriedad países tan fantásticos como los seres que los poblaban, esos hombres sin cabeza o con un solo ojo en medio de la frente, de que ya hemos hablado, y que no son menos inverosímiles que los descritos por el padre Homero.

El tratado geográfico de Pomponio Mela, *De situ orbis terrarum*, compuestos, según la opinión más probable, en

tiempos de Julio César, es, por los datos que contiene, un poema tan fantástico como la *Odisea*, y dizque en él se han apoyado luego otros muchos geógrafos, a lo largo de la Edad Media, como él se apoyó en Herodoto y otros escritores igualmente fidedignos; puede decirse que hasta el siglo XV, en que, con el descubrimiento de América, se inician los grandes periplos, no tienen los hombres un conocimiento aproximado de la realidad geográfica; pero aun entonces la fantasía se mezcla a la verdad, según puede verse en los relatos de los primeros exploradores americanos, con sus fabulosos cuentos sobre los indios y su leyenda sobre el famoso Eldorado.

Y, sin embargo, sobre esos datos de índole puramente poética construyeron los antiguos sus mapamundis, como aquel de que Sócrates, según Eliano, se sirvió para bajarle los humos a Alcibiades, demostrándole la poca importancia de sus tierras, que no figuraban en él; la cosa era fácil, pues ¡cuántos blancos no tendría aquel mapa!

La geografía, como todas las ciencias, nace influida por un fondo exterior de mitología; ciertos mitos como el del Paraíso terrenal, con su fauna y su flora prodigiosas, sus cuatro ríos y el privilegio de la inmortalidad conferida al primer hombre y que este perdió después de su imprudencia; el Olimpo de los dioses y los avernos demoníacos; el de las ciudades y aun países destruidos con todos sus moradores por los dioses en castigo de sus culpas, como la sumergida Atlántida, y otros, análogos, en que se condensan recuerdos confusos de las edades geológicas y de los grandes cataclismos prehistóricos, imponen de tal modo a la imaginación de los hombres que los primeros intentos de investigación geográfica relativamente científica tienden a localizar el escenario de esos antiguos mitos.

Así se ha ido formando esa geografía fabulosa, yuxtapuesta a la real, de la que en ocasiones cuesta trabajo distinguirla, pues hasta los nombres verdaderos aparecen desfigurados para acomodarlos al mito, de donde se engendra esa nomenclatura fantástica de razas y países que pueden verse en la descripción que Don Quijote hace de los supuestos ejércitos en que su delirante imaginación convierte a los rebaños de corderos.

Esa geografía fabulosa es una suerte de penumbra que se extiende sobre los extremos de la tierra conocida de griegos y semitas, que no pasó durante muchos siglos del monte Cáucaso por el norte oriental y la Mauritania por el Occidente, donde empezaba ya la inmensidad inexplorada; en esos perímetros de tierra desconocida es donde, naturalmente, situaban los primeros geógrafos los perdidos paraísos, las ciudades destruidas y los tesoros quiméricos que en la tierra conocida no encontraban.

La India, sobre todo, nutre de datos a la geografía, fabulosa hasta el siglo XV, en que, descubierta América, la nueva India, se le transfieren a ella todas las leyendas de lo antiguo.

Pero también el *hinterland* del Egipto es fuente de información y escenario de mitos para esa geografía fabulosa, sobre todo para los pueblos de raza semítica a que pertenecen los rapsodas miliunanoschescos; de suerte que en sus relatos entran elementos procedentes de ambas líneas míticas, que por lo demás en el fondo coinciden.

Toda la parte fabulosa de *Las mil y una noches* se sitúa ya en la India, ya en las desérticas o mal conocidas regiones africanas, en esa Etiopía que ya figura en la *Biblia* y el *Corán* como punto de empalme con la leyenda salomónica.

La geografía fabulosa de *Las mil y una noches* tiene por fuentes: de un

lado, los relatos de los viajeros occidentales como Herodoto y Ctesias de Cnido, el médico griego que acompañó a Alejandro en sus expediciones guerreras, y de otro, la *Biblia* y el *Talmud*, en su ciclo legendario en torno a Salomón, y aparece relacionada con los grandes mitos fundamentales de todos los pueblos de la antigüedad.

Lo notable es que, durante los siglos X a XVI, en que *Las mil y una noches* se compusieron, ya las nociones geográficas de los propios árabes acerca de la India y el Africa desconocida habían tenido ocasión de ampliarse y rectificarse con datos de viajeros y exploradores de la propia raza, como los ya antes citados, por lo que, si estos rapsodas persisten en atenerse a esa geografía fantástica, no es tanto por ignorancia como por designio poético, si no es que tratan ya tales temas con cierto espíritu de escepticismo humorístico, al modo como en nuestros tiempos lo ha hecho Anatole France con los temas de la fábula medieval y antes de él Swift, Walton y Poe, en sus relatos de viajes deliberadamente apócrifos.

### EL PARAISO TERRENAL EN «LAS MIL Y UNA NOCHES»

No aparece este descrito como tal; pero fácil es advertir que de él se trata en esas descripciones de lugares venturosos y bellos en que nada falta de cuanto pueda apetecer el hombre, verdaderos países de Jauja, situados en la cumbre de montañas altísimas a que el Ave Roj conduce al tercer *zâluk*, y donde este es recibido por lindas jóvenes, semejantes a las huries del Paraíso mahometano, perfectas de cuerpo y alma y exentas de celos y envidias entre sí.

El *kafaristán*, ese lugar inaccesible y último para llegar al cual se necesitan

ayudas sobrehumanas, es una suerte de paraíso perdido u olvidado, de país de Jauja o de Batuecas, donde la Edad de Oro tiene su postrer reducto.

El mortal que logra llegar hasta aquellas alturas imponentes, remontado por un hipogrifo o por otro medio fuera de lo corriente, encuéntrase en un alcázar de magnificencia inaudita, con jardines y fuentes y terrazas desde donde se divisan perspectivas de singular belleza y en el que es acogido por vírgenes de una hermosura sin igual, solo comparable a la de las huries, y como ellas amables y cariñosas.

El afortunado viajero es allí objeto de una hospitalidad perfecta, es obsequiado con manjares y bebidas exquisitos y puede gozar alternativamente de los favores de sus lindas amigas, las cuales, entre otras virtudes, tienen la de no ser coquetas ni celosas. Son hermanas, buenas hermanas, que viven en aquella clausura, bajo la guarda de un *scheij*, su tío, no menos amable y hospitalario que ellas.

Todo le está permitido al huésped de aquellas huries encantadoras, que puede recorrer a su antojo todos los aposentos y dependencias de aquel paraíso; todo, menos abrir cierta puerta tras la que se esconde lo fatal.

Es el *tabú* de todos los paraísos, el veto que despierta la tentación y como en todas las leyendas paradisiacas el joven abre la puerta y en el acto acaba su felicidad. El propio hipogrifo que lo trajo se lo lleva y vuelve a dejarlo en el mismo sitio que estaba, aturrido y desconcertado, como si todo hubiera sido un sueño.

Y en vano intentará repetir la aventura, porque el prodigio solo se realiza una vez, y, a sus inútiles lamentos, la voz del cuervo de Poe contesta: «Nunca más.»

Dos versiones de este episodio figuran en *Las mil y una noches*: la primera en la ya citada *Historia del alhamel*

y las *mocitas* (Noches 9 y subsiguientes), y la otra, en la de *La Casa del Mirador* (Noches 359 a 363); los principales elementos son en ambas los mismos e idéntico el fatal desenlace.

Ambos jóvenes infringen el *tabú* y se ven desterrados para siempre de aquel edén maravilloso, al que milagrosamente fueron arrebatados y al que nunca podrán volver, pues les faltan los medios y hasta ignoran el camino que a él conduce. Una amnesia completa los envuelve tocante al cómo se operó el prodigio; una amnesia semejante a la que sigue inmediatamente a los sueños y en la que, para su mal, solo perdura el recuerdo de la felicidad gozada y perdida.

Fácil es ver el complejo simbólico que en esa región maravillosa se vincula y que se relaciona por igual con la experiencia del individuo y de la especie: ontogenia y filogenia. La Edad de Oro y la edad juvenil, las dos cosas que la Humanidad y el hombre pierden sin remedio y a las que siempre trata inútilmente de volver, porque están ligadas al misterio del tiempo, que no retrocede en su curso y sale de la leyenda para entrar en la Historia. La humanidad y el hombre es fuerza que pasen también de la infancia a la edad adulta y que pierdan dicha a cambio de saber. Pero esa transición es penosa y la nostalgia de la feliz inocencia primitiva perdurará siempre en ellos y pondrá retornelos regresivos a todos sus poemas.

Históricamente puede explicarse ese mito miliunanochesco por la tradición conservada por el pueblo iranio de que sus dioses se refugiaron en el monte Kaf cuando los invasores turanios ocuparon el país, y allí siguen viviendo en unión de algunas criaturas elegidas que gozan con ellos del privilegio de la eterna vida y la eterna juventud, su complemento.

Y también se atraviesa aquí una in-

ferencia de esa leyenda del Viejo de la Montaña, de que ya hemos hablado, y que data de la época de las Cruzadas. El monte Kaf es para los escribas miliunanochescos el límite de la tierra y de la historia conocidas por esa parte del mapa, y a él van a parar todos sus sueños regresivos y todos sus confusos recuerdos prehistóricos. Allí sitúan también las matriarcales islas de Uakul-Uak, de que luego hablaremos, y todo ese caudal de información cosmogónica que tomaron de los persas y que el rey de los *alifrites*, Sajr, le expone en compendio a Balukiya.

### LOS JARDINES DE IREM-BEN-AAD

Esos famosos jardines, trasunto del Edén bíblico, pertenecen al número de las maravillas atribuidas por los autores antiguos a la Babilonia asiria, que Semiramis dotó de obras de una arquitectura prodigiosa.

De Irem-ben-Aad se habla en el *Corán* como de un monarca idólatra, soberbio y tiránico, por el estilo de Nemrod, el cazador terrible y ateo de la *Biblia*, que en la *Leyenda de los siglos* del gran Hugo dispara su flecha a los cielos, desafiando a Dios, y la ve descender teñida de sangre, y que luego mandó construir la famosa torre de Babel, para llegar a los cielos, animado de locura titánica y orgullo luzbeliano.

Scheddad-ben-Aad, digno consanguíneo de esos megalómanos monarcas asirios, kuschies según unos e iraníes según otros, que ostentan esos nombres altisonantes de Nabukednesar y Evil-Merodak y Mardokempad y poseían el sentido de lo «colosal» que Mickiewicz considera atributo de los eslavos y que más tarde ha sido característico de los alemanes, tuvo la pretensión de construir unos jardines tan bellos y magníficos que fuesen iguales y aun superio-

res al paraíso de Al-Lah y, en una palabra, fuesen su paraíso en la tierra, con el cual pudiera prescindir del divino.

Pero oigamos la historia del suceso relatada por el escritor persa Tohferu-l-Musalis, en la que el arrogante monarca asirio (pues lo era de Babel) aparece como rey del Yemen. Dice Tohferu-l-Musalis:

«Cuentan que cuando Scheddad, rey del Yemen, oyó la descripción del Paraíso exclamó:

—Yo no tengo necesidad de ese paraíso, pues he de hacerme uno cual jamás lo pudo concebir la imaginación del hombre.

»Y mandóles al punto a sus edecanes le buscasen el terreno para labrar en él el jardín y ellos lo buscaron por todas partes hasta que hallaron, por fin, uno, bellísimo, en los confines de la Siria.

»Elegió entonces el rey cien cortesanos de los más principales y les encargó de buscar los más insignes arquitectos y los más hábiles artesanos que hubiera en todo el reino.

»Y mandó también a los reyes de Al-Hind y Ar-Rum y Ormuzd que le enviasen todo el oro, la plata y piedras preciosas que hubiera en sus reinos.

»Luego que todo esto tuvo en su poder, dio el rey comienzo a su obra y los albañiles colocaron alternativamente un ladrillo de oro rojo y otro de cándida plata, rellenando las junturas con perlas, diamantes, rubíes y demás piedras preciosas.

»Cuentan—pero Al-Lah es el más sabio—que cuarenta recuas de camellos, cargados hasta no poder más, se empleaban en la tarea de acarrear materiales para la obra.

»Labraron los arquitectos un palacio campestre que encerraba mil patios y cuyas paredes y techos eran de ladrillos de oro y plata alternados, y en torno a los cuales se alineaban dos mil salas y mil zaguanes.

»Y las paredes y techos de esas salas y zaguanes eran también de perlas, rubíes, amatistas, etc.; y había delante de cada cámara árboles de plata y oro con las hojas de amatista, y cuyos frutos eran racimos de perlas, y el suelo lo formaban, en vez de arena, almizcle, ámbar y azafrán; y entre un árbol de oro y otro de plata, plantaron uno de fruta natural, aquellos para recreo de la vista y estotros para el del gusto.

»Quinientos años tardaron los obreros en terminar su obra, a la que llamaron el jardín de rosas del Irán.

»Luego que la nueva de estar terminado su paraíso terrenal llegó a oídos del rey, salió este de su capital, rodeado de gran pompa y esplendor y seguido de una grande y lujosa comitiva, que cerraba todas sus tropas.

»Luego que estuvo el rey cerca del jardín, despachó por delante doscientos mil esclavos jóvenes, que mandara venir de Dimechk, y los repartió en cuatro pelotones y les mandó se apostasen en las cuatro esquinas del vergel.

»Y siguió el rey Scheddad adelante, con sus cortesanos, y aguijado de impaciencia, puso al galope su corcel.

»Cuando diz que, de pronto, se le atraviesa en el camino un raro personaje, el cual prorrumpió en tales gritos que pusieron pavor en su ánimo y temblor en su cuerpo.

»Y el rey preguntóle a aquel personaje, que tenía una figura imponente y majestuosa:

—¿Quién eres?

»Y el otro respondióle diciendo:

—Yo soy Israfel, el ángel de la muerte, y vengo para apoderarme de tu alma impura.

»Ye—imploró Scheddad—; déjame por lo menos entrar antes en mi Paraíso.

»Pero el ángel respondióle:

—No tengo poder para eso.

»Y Scheddad, entonces, llenóse de pavor y, todo temblando, quiso apear

de su cabalgadura, y un pie tenía ya fuera del estribo, casi rozando la tierra, cuando el raptor de las almas se llevó la suya impura y el malaventurado Scheddad rodó por tierra sin vida.

»Y de repente apareció un fuego del cielo que redujo a cenizas a los doscientos mil esclavos y todo cuanto había a su alrededor, y aquel jardín de rosas se escondió para siempre a la vista de los hombres.»

No del todo, por lo visto, pues en la historia del príncipe Seifu-l-Muluk aparece como sirviendo de morada a la princesa Bedietu-ch-Chemal, cuyos padres descendían del soberbio monarca yemeni. Ciertamente que en esta historia aparecen como *afarit*, pero de los buenos, y por ello quizá los reintegrarse Alá en ese prodigioso rosalar de sus abuelos.

El jardín de Irán tiene numerosas resonancias en la lírica persa, cuyos poetas lo ponderan y lloran como al propio perdido paraíso.

La leyenda del jardín de Irán enlaza, de una parte, con la de los paraísos, y por otra, con la de las ciudades muertas, destruidas, como él, con sus habitantes, en castigo de su idolatría. Prototipo de esas ciudades son las Islas Negras que figuran en la historia contada por Sobeida en el curso de la del alhamel y las tres mocitas y la problemática ciudad de la reina Termes o Tadmor, en el bajo Egipto, que el emir Musa descubre en la *Historia sobre la condición de los genios y schaitanes encerrados en redomas* (Noches 335 a 339).

### LAS ISLAS NEGRAS, LA CIUDAD DE ORO Y LA CIUDAD DE AZOFAR

Las Islas Negras, que figuran en la *Historia del hijo del rey y la algola* (Noches 5 a 9), y donde cierto sultán

encuentra a un joven príncipe petrificado de medio cuerpo para abajo por obra de una hechicera, no tiene localización precisa en ningún mapa. Son unas islas enteramente fantásticas, en las que reinaba un sultán llamado Mahmud, y que la referida maga sepultó en las aguas, convirtiendo en peces a sus habitantes. Fundándose en esto, Roso de Luna las relaciona con la sumergida Atlántida y las supone situadas más allá del extremo occidental del Magreb, identificándolas con las Islas Verdes o afortunadas, que luego se volvieron negras por los pecados de sus moradores. La ausencia de datos precisos autoriza todas las fantasías.

También con la problemática Atlántida relaciona Roso de Luna las dos ciudades, la de Oro y la de Azóf, que el emir Musa-ben-Nozeir, el *scheij* Abdu-z-Zamad y Taleb, el cuñado del piadoso jalifa umeya Abdu-l-Méleken-ben-Meruán descubren, cuando por orden del soberano van en busca de esas redomas fabulosas en que Salomón encerraba a los genios rebeldes.

Tanto la ciudad de Oro como la de Azóf plantean dificultades de localización, pues, a juzgar por los nombres de sus reyes, deberían radicarse en la Mesopotamia, donde tuvo su asiento primitivo la raza de Kusch; el rey de la primera de ambas ciudades se llama Kusch-ben-Scheddad, el Grande, lo que establece relación de parentesco entre él y el famoso constructor de los jardines de Irán, la de las columnas.

La reina de la ciudad de Azóf se nombra Tadmor (Termes en el texto de Bulak), lo que autoriza a identificarla con la fundadora de la célebre ciudad de Tadmora o Palmira (así llamada de la abundancia de sus palmeras), cuyas ruinas dieron lugar a las melancólicas meditaciones de Volney.

De guiarnos por esos datos, habríamos de ubicar ambas ciudades en la Mesopotamia; pero el resto de la infor-

mación contradice esos datos y hace pensar que se trata de esas colonias africanas que los kuschies fundaron en sus emigraciones al este del continente negro. Por lo demás, los kuschies son también para Renan un enigma etnográfico.

Tropezamos en el relato con el inevitable sincretismo de los escribas mili-unanochescos, que amalgaman lo kuschí con los elementos griegos, egipcios y etiípicos.

En la ciudad de Oro, que es una necrópolis, encuentran los viajeros cinco sarcófagos monumentales, cuyos epitafios están escritos en lengua jonia (griega), siendo lo natural que estuvieran redactados en lengua etiope o en algún dialecto semítico; el nombre de la reina, Termes, en la edición de Bulak, suena también a griego, y parece encerrar una alusión (Termes o Thermos-calor) a la terrible sequía que causó por inanición la muerte de los habitantes de la rica ciudad, lo que a su vez recuerda las plagas faraónicas.

Los escribas reflejan la aversión que sus antecesores de la *Biblia* y el *Corán* sentían por tradición contra esos soberbios y crueles monarcas asirios de las inscripciones cuneiformes, que, aunque sospechosos de semitas (Renan), impusieron en distintas épocas su yugo a los hebreos y fueron sus más feroces enemigos.

En la ciudad de Azófár la reina aparece tendida en un lecho magnífico de seda y terciopelo, guardada por dos eunuocos armados de alfanje, y tanto ellos como su señora parecen dormidos, aunque están muertos.

A los pies del lecho regio hay una mesa en cuya tapa se lee esta inscripción: «¡Soy la virgen Tadmor, hija del rey Amalaket, y esta ciudad es mi ciudad! ¡Puedes llevarte de aquí cuanto desees, pero guárdate de poner sobre mí tu mano violadora, pues te expondrías a un castigo terrible!»

Hay que advertir que la cámara regia está atestada de tesoros. Tález, el cuñado del jalifa, no hace caso de la advertencia y alarga su mano hacia la reina, y en el acto rueda por tierra muerto, traspasado por los alfanjes de sus guardianes.

Toda esta parte de la historia, cuyo objeto verdadero es el de exhortar a los hombres al desprecio de las riquezas, muéstrase claramente influida por las tradiciones referentes a los hipogeos en que los monarcas egipcios momificados recibían sepultura (valga la palabra), en medio de sus tesoros, y en cuyas paredes solía representarse en jeroglíficos la biografía del finado, con todos sus nombres y títulos, acompañada de advertencias análogas al visitante, cominándole con mortales castigos si profanaba el sepulcro.

Tanto el rey Kusch-ben-Aad, como la reina Tadmor o Termes (en el texto de Bulak), tienen todo el aire de faraones, por más que ostentan nombres semíticos, y las respectivas inscripciones estén redactadas en lengua griega, pues ya se sabe, por los trabajos de Maspero, que bajo el influjo de las conquistas de Alejandro Magno pasó el Egipto por una época de helenización que ha dejado muchedumbre de papiros escritos en griego, aunque con una sintaxis egipcia.

Por esos y otros pormenores significativos hay que buscar el emplazamiento de esas ciudades en Africa, en el propio Egipto o en Etiopía, y así lo confirma también el encuentro que los expedicionarios árabes tienen con el *efrit* encadenado a una piedra negra, y que, contestando a sus preguntas, les declara ser un genio rebelde que antaño profetizaba por medio de un ídolo y era vasallo y capitán de los ejércitos del rey del Mar. sublevado contra Salomón, cuando este le intimó su conversión a la verdadera fe, por lo que el poderoso monarca hebreo le hizo la

guerra y le venció, condenándole a él a aquel suplicio.

Aquí se cruza, como vemos, una inferencia con la leyenda talmúdica de Salomón, y concretamente con la de la captación de Etiopía para el Dios del gran rey y sus amores con la reina de Saba, lo que radica aún más este episodio en esas regiones africanas.

También allí radica el lago o mar de Kerker o Karker, en cuyas aguas los indígenas pescan las famosas redomas que van buscando los viajeros.

Fundándose en estos datos, sobre todo en la denominación marina del rey a quien servía el castigado *efrit*, relaciona Roso de Luna esta historia con el mito de la sumergida Atlántida e identifica la ciudad de Azófara con la Cerne atlántica que se menciona en el *Periplo de Hannón*, el cartaginés.

«La leyenda de la Ciudad de Bronce, como su homóloga la Ciudad Atlante de las Puertas de Oro—dice el maestro ocultista—es universal en la antigüedad y siempre refiriéndose al Mogreb y a sus costas occidentales. Al-Edrisi-Zikru-l-Andalus y otros cronistas árabes medievales nos hablan de ella más o menos claramente y los conocidísimos diálogos platónicos de *Timeo* y *Critias* nos dan pormenores históricos, siquiera nuestra necesidad los siga teniendo por fabulosos, acerca de la Gran Ciudad Atlante, metrópoli de cien nomos o reinos tributarios, cada uno tan espléndido como el mayor de los imperios históricos, con mil detalles acerca de su organización social, costumbres y hasta fiestas, en las que no es temerario ver el origen de nuestras propias corridas de toros. La célebre y agotada *Historia* del doctor Huerta y Vega nos habla, además, con cargo a documentos persas, hoy ya perdidos, acerca de ese “rey del mar”, al que alude la leyenda y cuyo nombre parsí de Nep-tuno fue luego ehumerizado (evemeriz-

zado querrá decir) por el mito griego de Hesiodo y de sus sucesores...

»Y si a entrar fuésemos en la correspondiente disquisición histórica, sobre particular de tanta importancia como este, necesitaríamos recordar a Solón, cuando el sacerdote de Sais le narraba el tremebundo ataque sufrido heroicamente por la Atenas de hace once mil años de parte de innumerables huestes atlánticas, venidas de Occidente pocos años antes de la última catástrofe que sepultó los restos de aquel antiguo continente, “mayor que Asia y Libia juntas”; huestes atlantes que también invadieron el valle del Nilo, según nos asegura Anquetil du Perron, y a la que tan hermosa elegía consagra la leyenda transcrita relativa también a ese Kusch-ben-Aad, el Magnífico, que no es sino uno de esos príncipes cainitas, camitas, cusitas o “in-cas” a los que se alude en no pocos pasajes de la *Biblia*, sin olvidar el tan velado y desnaturalizado de su sumersión bajo las aguas del “mar Rojo”, mar que no es, por supuesto, el actual entre Egipto y la Arabia, como se cree, sino el Mar occidental o Eritreo, Siluro o Atlántico, que decimos hoy; como tampoco semejante Egipto es el actual del Nilo, sino el de los atlantes antecesores de los egipcios históricos que pasan a su actual emplazamiento africano de este último río, arrancando del país atlante a través de múltiples países, en itinerario maravilloso al que los informados en estas cuestiones nada tratadas todavía por nuestra prehistoria oficial denominan “itinerario de Io o del Culto de la sagrada Vaca”; es decir, el Culto unisolar o primitivo...»

Si se acepta la clave rosoniana habría que anexionar también al continente atlante esas siete islas de Al-Uaku-l-Uak, que aparentemente radican en el mapa asiático índico y que merecen epigrafe aparte.



## LAS SIETE ISLAS DE AL-UAKU-L-UAK

Forman estas siete islas parte del reino de un monarca marino que, a la cuenta, es un *alifrite*, y que cambia de nombre en los distintos relatos en que figura el mítico archipiélago.

En la *Historia de Hasán, el joyero de Bazra* (Noches 437 a 465), es el padre de la princesa Menaru-s-Sunná, la mujer-pájaro o cisne, de la que se enamora el joven por haberla visto bañarse desnuda y con la que logra unirse, llevándosela a su país, de donde ella huye luego con el hijo de ambos, como ya sabemos.

En la *Historia singular del príncipe Almás* (Noches 872 a 885), que es una variante de la de Hasán, forma parte el archipiélago del reino del sultán Ciprés, para llegar al cual es preciso atravesar los siete océanos.

Pues bien: según los datos que dichas historias nos dan sobre las famosas islas, hállanse estas situadas en la India, en esa región ya conocida del monte Cáucaso o del Kafaristán, o Chennistán, país habitado exclusivamente por genios o *alifrites* y puesto bajo la guarda del *scheij* Jizr, ese ambiguo personaje que por su nombre se identifica con el Vertumno islámico, Hasán, *el Verde*, que a su vez viene a ser el profeta Elías de las leyendas talmúdicas.

Hay, sin embargo, entablado un gran debate sobre el emplazamiento de estas islas de Al-Uaku-l-Uak por los que se empeñan en darles una realidad geográfica. Lane, en sus notas a su traducción de las *Noches*, cita a Ibnu-l-Fakin y Al-Masúdi, que hablan de dos islas de Uak-Uak, situando una de ellas en el oriente de Africa, entre Zanzibar y Sofals. «El territorio de los Zenchas (negroides de Zanzibar) empieza en el

Canal (Jalich), derivado del alto Nilo, y se prolonga hasta el país de Sofals y de las Uak-Uak.» Según Burton, se trata sencillamente de la península de Guardafui (Chard Hafum) ocupada por los «gallas» paganos y cristianos, antes de la invasión de los somalios islami-zados.

«Esta identificación—añade Burton—explica muchedumbre de otros mitos, como el de las amazonas, que, según cuenta Marco Polo, gobernaban la “Is-la femenil” de Socotora. El fruto de que en la historia miliunanochesca se habla y que al llegar a sazón grita Uak-Uak y Al-lahu-l-Jalak “es la calabaza Adausonia Digitata”, ese elefante vegetal, cuyos frutos, más grandes que una cabeza humana, cuelgan del árbol, sujetos por un delgado filamento, de donde aquellas cabezas de mujer colgando de los árboles en las islas uakenses.

»A la otra isla de Uak-Uak se la ha identificado alternativamente con las islas de Seicheles, Madagascar, Malaca, Sonda o Java y hasta con la China y el Japón. El orientalista Gaeje, en sus *Arabische Berichten über Japan* (Amsterdam, 1880), nota que, en Cantón, el nombre del Japón es Uo-Kuok, posible corrupción de *Koku-Tan*, árbol del ébano (*Dyospiros ebum*), que Ibn-Jordabah y otros geógrafos árabes encontraron, juntamente con yacimientos de oro, en una isla situada a 4.500 parasangas de distancia de Suez y el este de China.

»En cambio, el coronel J. W. Watson, de Bombay, señala Nueva Guinea o islas adyacentes como el lugar donde el Ave del Paraíso dicen que grita: ‘Uak-Uak’. Y W. F. Kirby, el autor de *The New Arabian Nights*, sustenta la misma opinión, puntualizando que las islas de Uaku-l-Uak son las islas de Cora, en la proximidad de la Nueva Guinea.

»Las islas de Uaku-l-Uak—concluye Burton, con ironía—, como el país de Ofir, han viajado por todo el mundo y hasta en el Perú se las ha encontrado, pues allí es donde las sitúa la obra escrita en turco *Tariju-l-Hindi-l-Garbi* (*Historia de las Indias occidentales*).»

Es natural que surja tal disparidad de opiniones al tratar de localizar en el mapa unas islas sobre las cuales el narrador miliunanochesco nos da indicaciones tan fantásticas y que a él mismo solo por fantásticas le interesan.

Fácil es ver que son unas islas simbólicas, pertenecientes al mundo poético, y que perderían todo encanto si se las situase en un lugar preciso que las hiciese reales.

Cierto que siempre quedaría elemento sugestivo de ensueños en esa interpretación del grito de sus pájaros; pero es indiscutible que, en esta vaguedad de emplazamiento, resultan doblemente poéticas.

Las islas de Uaku-l-Uak, con su fondo de matriarcado, sus mujeres-cisnes de condición amazónica, hombruna (que ese es el sentido que, según Trediakovski, tiene la palabra—derivada del eslavo—*Much*—hombre), que empuñan las armas, en tanto los hombres ejercen las funciones pacíficas de gobierno, son una mixtificación de la prehistoria, una proyección espacial de lo remoto pasado, que la imaginación del hombre arrumba a parajes lejanísimos, inaccesibles, símbolo de la memoria de las cosas, ya casi perdida en lo subconsciente.

Son la región misteriosa en que se guardan los secretos del pasado, que el hombre quisiera encontrar, pues entonces se operaría en él la anamnesis, recordaría y se haría sabio, según la frase platónica: «Saber es recordar.»

Las islas de Uaku-l-Uak, defendidas por tantos peligros, son algo así como la Cueva de Montesinos en el *Quijote*.

Para los teósofos son la residencia de los grandes maestros de la Iniciación.

«En el centro de la montaña de Kaf (o sea en el Kafaristán y el Ladah o Pequeño Tibet)—dice Roso de Luna—está la ciudad blanca o del Wak-Wak, la verdadera Kaba o clásico centro iniciático persi o hindú y también para nosotros, los teósofos modernos, pues que allí viven retirados del mundo y entregados tan solo a velar por la desvalida Humanidad algunos adeptos sublimes de la Magia blanca, que es la blanca y simbólica Wak-Wak de la tradición aria, y seguirá siéndolo mientras aliente la raza augusta de nuestros progenitores.»

## EL LAGO DE KARUN

Este lago de la geografía mítica de *Las mil y una noches* en que unos peces rojos, hijos del rey Al-Ahmar, de la casta de los *alifrites* protervos, guardan el tesoro del rey Schamardel, aparece situado por el propio narrador de la historia en el corazón de Africa, al sur de Mequinez, en una región que no se indica.

El nombre de Karún que lleva el lago presenta cierta paronomasia con el de Cresos, el famoso rey de Lidia, de cuyas riquezas fabulosas y tan mísero fin nos habla Herodoto en sus *Historias*, y de otra parte también con el del Koré bíblico, culpable de sedición contra Moisés durante el Exodo y al que en castigo trágaselo la tierra con todos sus tesoros, episodio que cuentan diversamente la *Biblia* y el *Corán*. Y, finalmente, también nos trae una resonancia del nombre del fúnebre barquero Caronte, que en el mito griego conduce a la otra orilla del Hades a las almas de los difuntos, que han de pagarle un óbolo por la travesía, por lo que hay que suponerlo riquísimo.

Una insinuación fúnebre se trasluce en todo lo referente a ese lago que es un lago subterráneo, infernal, en el que habitan sombras como las que vagan por las riberas de la Estigia, y que está dividido en cámaras, cuyas puertas guardan vestigios y monstruos que no son sino sombras.

De ahí que Roso de Luna lo haga pasible de interpretación ocultista y rectifique su nombre de Karún, cambiándolo en Katun, lago de Katun, «en el que un conocedor de los Códices Mayas no vería sino a los katunes o ábacos mágicos, matemáticos, base de toda iniciación pitagórica o cabalística. Por eso la madre de Juder (Chúder) le encarece que no vaya a pescar a semejante lago, es decir, que no se salga de la adocenada vulgaridad de los que huyen del Ocultismo por sus consabidos peligros».

Así considerado, el lago de Karún es un lago simbólico, ideal, algo así como el subconsciente del hombre, en que yace sepultado un tesoro de saber olvidado que se recupera por la iniciación, y al que, por tanto, sería inútil querer localizar en ningún mapa.

## LA MONTAÑA MAGNETICA

En esta región del mito se sitúan también, a modo de barreras que impiden su acceso, mares interiores de difícil navegación, montañas abruptas, tribus antropófagas, ciudades de hechiceros y selvas—la *jungla* de Kipling—llenas de grandes serpientes, simios feroces y toda esa fauna fabulosa que se nos describe en las historias de Hasán el de Bazra y en la relación de los siete viajes de Simbad, el marino.

Entre esos accidentes geográficos descuellan, en primer término, la famosa montaña magnética, que aparece ya en la historia del tercer *zâluk*, el primero

de los personajes de *Las mil y una noches*, que aborda a esos parajes.

En la *Historia del alhamel y las mocitas* nos cuenta el mismo *zâluk* cómo el barco en que navegaba hubo de estrellarse contra la referida montaña, que, con su poder magnético, atrajo a sí al navío, provocando su desintegración.

La montaña magnética, o montaña-imán, era, según esa referencia del príncipe naufrago, una negra montaña en cuya cumbre se alzaba un caballero de bronce, jinete en un corcel del mismo metal, y que en su pecho ostentaba una gran plancha de plomo, con una inscripción mágica, en la que se decía que allí habrían de estrellarse todos los navíos mientras el tal jinete se tuviese en pie sobre su cabalgadura.

Como es natural, todo alrededor de la montaña veíanse restos de embarcaciones, cuyos clavos y herrajes saltaran y se desprendieran por efecto de la acción de aquella mole de piedra imán.

Esta es la primera noticia que aparece en el libro sobre esa fabulosa montaña, que el primero en mencionar fue Ptolomeo al hablar de las islas Maniolei, en la India extragangética, y que luego, en la Edad Media, pasa a figurar en la literatura caballeresca de Occidente, encontrándosela por ejemplo en la *Historia del duque Ernesto de Baviera*, compuesta a fines del siglo XII por el poeta alemán Enrique de Weldeck, y en la novela francesa titulada *Descripción, forma e historia del noble caballero Berino y del valiente y muy caballeresco campeón Aigres del Imán, su hijo*.

También Rabelais se hace eco de esa leyenda y asegura que el ajo es poderoso a neutralizar el efecto desintegrador del imán.

Pueden relacionarse, asimismo, con estas montañas magnéticas las montañas de diamante que Mandeville descri-

be, y la roca magnética de Puttock, en su *Peter Wilkins*.

Silvestre de Sacy, en su *Disertación*, que sirve de prólogo a la versión alemana de Gustavo Weil, considera indiscutible el origen oriental de la leyenda, aunque no da detalles acerca de su elaboración ni base natural que pudiese servirle de punto de partida.

Tenemos, pues, que contentarnos con los pocos datos que sobre ella nos dan el tercer *zâluk* y Simbad, el marino, sin pretender ahondar más en la materia.

Solo diremos que en el siglo XVIII, cuando se tradujeron a lenguas europeas *Las mil y una noches*, coincidiendo con la atención que entonces dedicaban los hombres de ciencia al magnetismo, la montaña-imán impresionó grandemente las imaginaciones y suscitó debates sobre la posibilidad de su existencia.

En las *Memorias de mi vida*, de Goethe, podemos ver cuánto impresionó esa leyenda la imaginación infantil del gran escritor, que ya entonces, es decir, en su niñez, se preocupaba por los fenómenos científicos y hacia pequeñas experiencias de magnetismo con una piedra imán.

La piedra imán estuvo muy en boga en todo el siglo XIX y raro era el niño que no tenía entonces ese juguete científico y no hacía con él pequeños experimentos como el gran Goethe, en tanto los sabios los hacían en grande en sus laboratorios.

A la piedra imán atribuíansele virtudes mágicas, profilácticas y terapéuticas, y con ella se fabricaban talismanes y cinturones, que daban la buena suerte y la salud.

Hoy la electricidad ha eclipsado al magnetismo y la piedra-imán ha perdido interés, siendo sustituida por la pila eléctrica, con la cual se siguen elaborando, no obstante, análogos talisma-

nes y cintas, que comunican energía y salud a quienes los llevan. Al menos así lo aseguran los anuncios.

## EL RIO SOTERRAÑO

Otro accidente geográfico, situado en esa región del mito, es el río soterrano, que figura en varias historias: en la de Hasán, el joyero de Bazra, y en los viajes de Simbad, el marino.

Ese río soterrano conduce siempre, por debajo de tierra, a una ancha y florida campiña, poblada de negros, que por cierto son musulmanes, afables y hospitalarios, y acogen cariñosamente al viajero y lo agasajan y orientan, para que pueda seguir su camino.

En el caso de Hasán se trata de llegar a la residencia mítica del *scheij* de los pájaros; en el de Simbad, de recobrar la dirección perdida. Los negros conducen al naufrago a presencia de su rey Serendib, que toma su nombre de la isla en que impera, y, gracias a ellos, nos enteramos de la posición de ese paraje, que cae justamente dentro de la línea equinoccial.

Lo interesante, a nuestro propósito, es hacer notar la relación que ese río tiene con otros análogos de la mitología occidental, como el Alfeo de los griegos, que, a su vez, la tienen con los avernos o moradores subterráneos de los espíritus; tal sentido simbólico, de vía de paso de una a otra vida, tienen siempre en la leyenda esos ríos que se hunden en la tierra y vuelven luego a salir de ella, como en una resurrección prodigiosa de las tinieblas de la muerte a la luz de la vida. La leyenda utiliza ese simbolismo y supone que el curso subterráneo de esos ríos atraviesa las regiones infernales en que se guardan los últimos secretos de la vida y la muerte, y que quien se hunda con ellos en esa profundidad misteriosa podrá

lograr revelaciones supremas y ver lo que solo ven los desencarnados. En el *Quijote* llega el héroe por el Guadiana a la famosa Cueva de Montesinos, donde encuentra todo un mundo de nobles sombras, y por el Alfeo arriba Fausto a la morada de las Madres, esas extrañas entidades goethianas que son como las Ideas-Formas de todos los seres y su plasma biogenético.

De ahí que, en la interpretación teosófica de Roso de Luna, el paso de ese río por Simbad, y su salida de la oscuridad subterránea a la luz plena de la campiña, adquiera los caracteres de símbolo de un viaje iniciático, de una muerte temporal de la que ha de salir transfigurado y enriquecido de un saber que si bien pasa al subconsciente, como el que traemos a la vida, opera en el carácter y modifica su psiquis. «Es el gran paso de la sombra a la luz» y «el despertar de tamañas tenebrosidades peligrosas se opera al fin en los "Campos Elíseos" de Helios, el Sol, Devachán, Amenti, etc., de otras teogonías, con lo que el héroe queda ceñido por los laureles de la inmortalidad y, ya en su séptimo y último viaje, triunfal, puede ir de embajador a Serendib».

## EL RIO SABATION Y LA CIUDAD DE LOS JUDIOS

También en esa región misteriosa, aledaña de la mítica residencia del *scheij* Jizr, se encuentra otro río maravilloso que tiene la propiedad de secarse los sábados, en cumplimiento del descanso que ese día prescribe la religión mosaica: el río Sabatión.

Aquí el mito se relaciona con las tradiciones recogidas en el *Talmud* acerca de las diez tribus de Israel, que, cuando la cautividad de Babilonia, fueron trasladadas con las otras dos a tierras de Asiria por Salmanasar, y al

revocarse el edicto de expatriación en tiempos de Artajerjes Longimano (siglo V antes de Cristo), no volvieron con las otras a Palestina, bajo la conducta de Esdras.

Mucho dieron que hablar, es decir, que escribir a los talmudistas, durante toda la Edad Media, esas diez tribus perdidas y muchas son las hipótesis que se formularon sobre su paradero.

En el curioso libro *Mikvé Israel (Esperanza de Israel)*, escrito en ladino por el sefardi Menasseh-ben-Israel y publicado en Amsterdam en 5410 de la era judía o 1654 de nuestro cómputo, se trata a fondo de esta cuestión y se examinan las distintas hipótesis de los rabíes, a las que el autor opone la suya, según la cual el paradero de esas tribus perdidas vino a ser la recién descubierta América, lo que confirma lo que en otro lugar decimos sobre la transferencia de los mitos indios a la nueva India americana.

Ahora bien: entre las hipótesis de los talmudistas hay una que sitúa en la India, y aun en la China, el paradero de esas tribus; habla del río Sabatión, que corre por delante de la Ciudad de los judíos; Menasseh-ben-Israel, que cita esa hipótesis, menciona también, en apoyo de ella, autoridades cristianas, como el flamenco Nicolás Trigauccio, que en su libro *De Christiana expeditione apud sinas suscepta*, trae referencias del jesuita padre Riccio, confirmando la presencia de colonias de judíos chinos en Pekín, en Hanchou, la capital de la provincia de Chekiang, y en otros lugares del entonces Celeste Imperio, las cuales habíanse corrido hasta allí desde la India, al través de Tartaria.

A Menasseh-ben-Israel le interesa corroborar esa teoría para después corroborar la suya de que, así como de la India se pasaron las tribus a la China, también desde allí se pudieron «correr»

a Nueva España, por el estrecho que está entre los reinos de Anían y Quivira (*sic*), que ya son tierra firme de Nueva España, y de allí a Panamá, al Perú y a las demás islas que hay por aquellas partes incógnitas.

Entre otras autoridades que Menasseh-ben-Israel cita en apoyo de las tesis indianas, base de la suya americana, figura el *Itinerario* del viajero judío español del siglo XV Benjamín de Tudela, que en él dice textualmente:

«Deste lugar, camino de 28 días, se llega a los montes de Nisebón, que están sobre el río Gozán, y en Persia hay algunos israelitas destas partes, los cuales dicen que en las ciudades de Niseber (¿Nishapur?) hay cuatro tribus de Israel, a saber: la tribu de Zebulún, el de Asser y Naphtali... Tienen ciudades y castillos en los montes, de una parte los circunda el río Gozán y no tienen yugo (yugo) de otras gentes, sino un príncipe, cuyo nombre es R. Josep A. Marchela Levita y entre ellos sabios y siembran y siegan y van a la guerra a tierra de Cut.»

Hasta aquí lo referente a la Ciudad de los judíos. Cuanto al río Sabatión dice lo siguiente el escritor judío holandés:

«Hoy hace 15 años que en la ciudad de Lublin dos polacos, después de una muy larga peregrinación, estamparon un libro pequeño en lengua germánica, mostrando el lugar donde le habían visto; mas por orden del Tribunal, en la feria de Merslaui fue mandado quemar. R. Abraham Frisel (en el cap. 24 del *Orhet Olam*) siente que está en la India, y así dice: «La origen de este río Sabático es en la India superior entre los ríos del Ganges» y más abajo: «El río Sabático, arriba de Calikout, es su origen y divide los indios de una parte del reino de los judíos y allí le hallarás ciertamente», y en el capítulo 24 conjetura también que Gozán es lo mismo que Ganges por la

similitud de los vocablos. Eldad Danita, en su *Epístola*, describe las calidades deste río y dice que tiene de largo 200 codos...

»R. Salomón Iarhy, varón doctísimo, que floreció oy haze 500 años, en el comentario del *Talmud*, haze también mención deste río, diciendo que las piedras y arenas del están todos los seis días de la semana en perpetuo movimiento, hasta llegar el sábado. Afirma justamente este mismo autor haber oído decir de una redoma de vidrio (*sic*) llena de aroma de aquel río, la cual estaba en continuo movimiento, hasta el sábado. El mismo testimonio podré yo dar de oyda, del cual tengo tanta satisfacción como si propiamente lo uviese visto; porque lo oí a mi padre que esté en gloria y es cosa cierta que los padres no suelen engañar a los hijos.»

Después de ese testimonio irrefragable queda bien probada la existencia del famoso río Sabatión y su posición geográfica en la región de Kaligut, perfectamente encuadrada en la geografía real de la India.

En ella se sitúa también esa no menos mirífica Fuente de Sohrá o Venus, aunque en su apoyo no podamos citar las imponentes autoridades que acabamos de transcribir en favor de la realidad del río Sabatión.

## LA FUENTE DE SOHRA

La fuente de Sohrá o de Venus aparece en la *Historia de los siete visires*, donde se refiere la anécdota del príncipe Chanischah, que, en el curso de sus andanzas, rumbo a la residencia de su prometida princesa, siéntase a descansar junto a aquella fuente y bebe de su agua, para apagar su sed, quedando en el acto convertido en mujer, con todos los caracteres somáticos, visibles y no visibles, del sexo femenino.

Fácil es de comprender la desesperación del príncipe al verse en tan enojoso estado, que le incapacita para reunirse con su adorada, a la que sigue amando, pues la metamorfosis no afecta a su psicología ni modifica sus sentimientos.

De esa situación angustiosa viene a sacar al príncipe un buen genio que, apiadado de él, le restituye en su verdadera condición varonil, revelándole de paso que todo aquello es obra de su visir, envidioso y enamorado también de la princesa.

Cabe dudar, pues, si la fuente tenía de suyo esa virtud mirífica, solo conocida del maligno visir, o si este, empleando algún sortilegio, la encantó para dañar al príncipe.

Sea como fuere, la fuente Sohrá introduce una variante notable en la mitología de las fuentes, donde las hay de tan diversas virtudes, pero no de esa capaz de cambiar los sexos y transmutar en un instante el juego hormonal.

La fuente de Sohrá o Venus tiene, desde luego, un fondo simbólico y representa uno más en la serie de obstáculos que los malos genios oponen al triunfo de los héroes que intentan llegar a la cumbre de la excelsa Montaña, donde radican los paraísos de la mitología ario-persa.

Es la prueba más grande y más terrible y parece encerrar una exhortación al esfuerzo incansable, advirtiendo al hombre que, en cuanto se detiene y se sienta, corre peligro de desvirilizarse.

### EL MAR DE SABARCHADA O DE ESMERALDA

Ese mar de Sabarchada, que aparece en la *Historia que contó el capitán de Policía, el seiseno* (Noches 537 a 538), pertenece, sin duda, a la geografía talmúdica, lo mismo que el río Sabatión.

Ese mar esmeraldino tiene un almota-cén, o pesador, encargado de pesarlo todas las mañanas, para comprobar si se conserva íntegro su caudal o si alguien le ha hurtado, aunque solo fuere una gota.

El mar de Sabarchada posee virtudes curativas, sus aguas son una panacea, pero están vedadas a todo el mundo como no medie autorización del rey fabuloso, en cuyos dominios se inscribe.

La princesa Dalal, por un impulso de caridad y también por su ignorancia del misterio de sus aguas, llena en él una escudilla para dársela a una pobre mujer, que tiene un hijo enfermo.

Pero el pesador del mar, que probablemente no es sino un lago, al pesar su volumen a la siguiente mañana luego advierte el hurto y le va con el cuento a su rey, que en el acto despacha sus esbirros en busca del ladrón.

No tardan aquellos en dar con Dalal, y, al ver la mano de la joven teñida de verde, comprueban ser ella la ladrona, pues otra propiedad de esas aguas miríficas es la de comunicar a todas las cosas un tinte indeleble.

Y es interesante hacer notar la traza evidentemente talmúdica de esa historia del mar de Sabarchada, a la que no puede asignársele otra filiación más que esa. Nótese, de paso, que el color verde es también el del manto del profeta Eliahu (Elías) o Hasán, *el Verde*, en la transcripción árabe.

### LAS TRADUCCIONES ESPAÑOLAS DE «LAS MIL Y UNA NOCHES»

*Las mil y una noches* llegan a España con un siglo de retraso, en la segunda mitad del siglo XIX, en la valija romántica en que vienen *Los miserables*, de Hugo; *Los misterios de París*, de Sue; las *Memorias de ultratumba*,

de Chateaubriand, y las *Meditaciones*, de Lamartine, anacrónicamente mezcladas con el *Fausto*, de Goethe, y el *Don Juan*, de Byron.

La revolución francesa, las guerras napoleónicas, nos tuvieron incomunicados hasta allí con el resto de Europa y cerraron la frontera para esos viajeros del arte y el espíritu, que luego entraron en aluvión en nuestra casa.

El momento era entonces favorable para que el libro oriental fuese bien acogido entre nosotros; las *Orientales*, de Víctor Hugo, habían puesto el Oriente otra vez de moda; la guerra ruso-turca llamaba la atención de los públicos y las gacetas mantenían el interés de los lectores con reportajes, que entonces se llamaban informaciones, sobre las rarezas de la corte otomana; Alejandro Dumas novelaba episodios de esa guerra en *El conde de Montecristo* y hacía que su Edmundo Dantés trajese de allí a su esclava Haydée, bella, tierna y desgraciada, como una heroína de *Las mil y una noches*, y en las revistas bufas era de rigor el coro de suripantas, vestidas de odaliscas.

Lo asiático, en general, atraía, así a los profanos como a los eruditos; Max Müller acababa de revelar al mundo los misterios del sánscrito, como antes Champollion los del egipcio de los jeroglíficos; el público se deleitaba leyendo la *Sakuntalla*, de Kalidasa; los sabios estudiaban con afán la lengua de los brahmanes, la lengua madre de todas las europeas, y en la que se encontraban las raíces de sus vocablos y la clave de sus religiones antiguas. Gramáticas y mitologías comparadas, diccionarios, textos con prólogos documentados y notas ilustrativas se acumulaban en la mesa del estudioso y brindaban rico material a las discusiones académicas.

Fue una fiesta del saber el descubrimiento del sánscrito, que marcó un

paso más en el avance hacia el corazón de Asia, y la conquista espiritual de la India, a la cual no habían llegado los investigadores, detenidos por la ignorancia de su lengua, en sus fronteras del Irán.

Guillermo Jones no había rebasado la línea persa en su sensacional *Disertation sur la littérature orientale* que reanimó juvenilmente el interés por la filosofía del Goethe anciano.

Pero el estudio del sánscrito, la traducción de los grandes poemas, el *Mahabharata* y su continuación el *Ramayana*, sobre todo de este último, tan cargado de temas y asuntos que ya habían trascendido a Occidente en forma de libros de caballería y folklore, actualizó también la vieja cuestión de los orígenes de *Las mil y una noches* y brindó nuevos argumentos a los orientalistas, que ya habían advertido el aire hindú o ario-persa del libro arabizado, en que ahora percibían mejor las huellas de esos venerables abuelos de la cultura.

Es en ese promedio del siglo XIX cuando se agudizan esos debates en torno al libro de que ya hemos hablado.

En este momento otoñal de *Las mil y una noches* tenemos nosotros buenos arabistas—los de la llamada escuela granadina—en que figuran los Simonet, los Almagro y Cadenas, los Fernández y González, los Lafuente y los Amador de los Ríos; nuestras guerras de Africa daban un interés periodístico a los estudios árabes; los *Cuentos de la Alhambra*, de Washington Irving, habían provocado una legión de imitadores y eruditos que, como los ya citados, desenterraban leyendas granadinas y las trataban como poemas.

Teníamos también entre nosotros un poliglota ilustre, don Francisco García Ayuso, que, además de arabista, era indianista y autor de un libro de filología comparada, que podía compararse



con los de Bopp y Müller, y estimables traducciones de *Sakuntala* y *Vikramorvasi*.

No nos faltaban, pues, elementos para una buena traducción española de *Las mil y una noches*, hecha sobre un texto árabe, más o menos lograda desde el punto de vista literario, pero por lo menos directa, fiel y fidedigna, como las de Burton y Weil.

Y, sin embargo, no fue así. Con extrañeza hace notar Burton en su *Terminal Essay*: «Aunque España e Italia han producido muchos y notables orientalistas, no he podido comprobar que se hayan tomado la molestia de traducir por sí mismos las *Noches*; versiones baratas y de la de Galland parecen haber satisfecho a sus públicos.»

Y esas severas palabras del gran orientalista inglés siguen siendo exactas, pues a las traducciones de Galland han venido a sumarse después otras hechas sobre las de Weil y Mardrus; pero ninguna directa de ningún texto árabe, pobre ni rico.

Y, sin embargo, nosotros, en los siglos XII y XIII, habíamos sido los primeros en traducir del árabe el famoso *Libro de Calila y Dimna* y el de los *Cuarenta visires*, conocido por *El libro de Sendebär*; teníamos en casa a los árabes como una escuela viva en que aprender su lengua y doctorarse en su cultura; la corte de Alfonso X, que merece su dictado de *Sabio* por haberse sabido rodear de sabios de tres razas y tres culturas, había sido un centro de actividad intelectual enciclopédico y de traducciones, comparables a la Alejandria de los Ptolomeos, y al Bagdad de Al-Manzur.

Toda nuestra literatura del medievo —con nuestro Romancero a la cabeza— y hasta bien entrado el siglo XVI, está impregnada de influjo morisco y constelada de vocablos arábigos naturalizados en nuestro romance. ¿Cómo es que

luego se interrumpe esa tradición y se corta esa cadena áurea?

Pero antes que esa pregunta se plantea esta otra: ¿Cómo es que *Las mil y una noches* no trascendieron antes, en esos siglos medios en que ya se estaban elaborando en Oriente, a nuestra literatura, por conducto de esos árabes españoles de las cortes de Córdoba y Granada, que, por el número y calidad de sus poetas y escritores, competían con las cortes de Oriente y se comunicaban con ellos y mantenían un intercambio continuo, personal, de autores y de libros?

Sabemos que los jálifas umeyyas de Córdoba tenían a sueldo un número considerable de amanuenses y copistas, encargados de reproducir con bella caligrafía los manuscritos interesantes que adquirían en Oriente. Y sabemos también que esos poetas del Islam andaluz eran inquietos y curiosos viajeros, que iban y venían por todo el ámbito del Islam, de igual modo que sus correligionarios y cofrades de la otra banda, y que la ruta mercantil de Berbería era igualmente una ruta literaria.

Recordemos ese paso ya citado de Al-Makkari en sus *Bocanadas de aroma de las ramas de Al-Andalus, el florido*, y que han hecho suponer a algunos eruditos que ya *Las mil y una noches* eran conocidas y hasta populares en el siglo VII de la *hechra* y del cual inducimos nosotros que pudo introducirse en nuestra literatura por conducto de esos andariegos poetas andaluces.

Lo cierto es que hasta el siglo XVI no aparecen en nuestra literatura huellas esporádicas de *Las mil y una noches* en *El patrañuelo*, de Timoneda, en que en una de sus sentenciosas y divertidas «patrañas» incluye parte de la historia del quinto hermano del barbero de Bagdad, y que entonces esas huellas no son árabes sino italianas.

En toda nuestra literatura, rimada o en prosa, de los siglos medios y subsiguientes no aparece mención alguna directa ni indirecta del famoso libro, y los moriscos, que entre nosotros quedan y nos han legado tantas y tan interesantes leyendas de su raza en aljamiado, no nos dicen nada de él. Ni olor de él, como frecuentemente dicen los árabes.

La cosa es tan rara que los orientistas han fantaseado la existencia de un manuscrito árabe de *Las mil y una noches* en la biblioteca jafifiana de Córdoba y una traducción española de los siglos medios, ambos, naturalmente, perdidos. (Véase Chauvin.)

Pero tampoco nos trajo ninguna noticia de *Las mil y una noches* nuestro gran Cervantes, que estuvo cautivo en Argel y trató allí a moros y renegados españoles, que pudieron haberlo informado, y escribió él mismo esa *Historia del cautivo*, que intercala en la segunda parte de su *Quijote*, y que es de corte perfectamente miliunanochesco, ya que su asunto es idéntico al de tantos cuentos del libro oriental: el de la mora que se enamora de un cautivo cristiano y se convierte a su fe y huye en su compañía, tema que los autores árabes tratan, como es natural, a la inversa, según puede verse, por ejemplo, en la *Historia de Ali Nuru-d-Din y Maryem, la cinturonería* (Noches 477 a 492).

Pues bien: ni Cervantes, que al fin y al cabo no ahondó ni mucho menos en la cultura árabe ni en su idioma, del que solo aprendió unas cuantas voces del dialecto vulgar—tan pocas que pueden contarse—, pero ni tampoco el célebre renegado mallorquín del siglo XV fray Anselmo Turmeda, el autor de la gran comentada *Apología del asno*, que se convirtió al islamismo y penetró en todos los misterios de su literatura y su teología, menciona en sus escritos, y diz que fue un gran escritor, de

vena copiosa y variada, a *Las mil y una noches*.

Hay, pues, por ese lado una incomunicación absoluta que puede interpretarse de varios modos, en relación con ese corte que en el siglo XVI se observa en nuestro trato con lo morisco.

Este elemento que influye en nuestra literatura y en nuestra arquitectura, donde se acusa en lo mudéjar, sigue prolongando su línea en el siglo XVI y aun en el XVII, en que produce la exuberante floración de romances moriscos, en que todos los escritores de esa época prueban y lucen su ingenio, desde Lope a Góngora, aunque fácil es notar que lo hacen por pasatiempo y que el gusto por lo morisco no es ya actual. Tan es así que, en el género narrativo en prosa, solo se señalan en esos tiempos cinco novelitas breves, por el estilo de la ya citada de Cervantes, que se incluye en el número de las que el erudito señor Montoliu recoge y estudia en su libro *Novelas moriscas* (Barcelona. Sin fecha) y cuyos autores son, por cierto, Cervantes, Jorge de Montemayor, Ginés Pérez de Hita, Mateo Alemán y Alonso de Castillo Solórzano, cultivadores casi todos de la picaresca, esa variedad literaria de abolengo indiscutiblemente moruno.

Pero toda esa floración morisca es arqueológica, artificial, no espontánea, pese a su exuberancia de selva. Y la línea mudéjar no tarda en quedar anulada por la línea latina, plateresca, que, lo mismo que en arquitectura, imponen el Renacimiento de una parte y la dilatación imperialista de la España de Carlos V en Europa y por el lado de América.

Nuestros escritores encuentran ya estrecha y mezquina esa línea mudéjar y esos temas indígenas y, siguiendo a los conquistadores, enriquecen y dilatan las curvas de su estilo, enlazándolas con las del resto de Europa, en esa

amalgama curiosa y abigarrada que ha de conducir a lo barroco.

Ese desprecio que nuestros escritores muestran, a partir del siglo XVI, por lo morisco, que solo logra supervivencia en la novela picaresca y en la literatura popular, es un fenómeno explicable como prolongación espiritual de la Reconquista, como recuperación de lo nacional, de una parte, y de otra, como secuela del natural orgullo del vencedor, que tiende a suplantarse en todos los terrenos al vencido, cuyos valores de toda clase salen depreciados de la derrota y pierden su prestigio aristocrático que antes tuvieron; ese proceso naturalísimo que, además, en nuestro caso, se complica con la cuestión religiosa, ya que la guerra de la Reconquista ha sido una Cruzada, y todo lo morisco está impregnado de herejía, resulta agudizado más aún por el sentido imperialista que España adquiere bajo el reinado de Carlos V, el emperador, el César, animado de ambiciones cesáreas. Es natural que la España de Carlos V, que tiende sus ojos al mapa del mundo y que acaba de incluir en él un continente nuevo, mire con desdén lo morisco y tienda a abandonar en todos sentidos la línea mudéjar, para seguir la línea latina, amplia y majestuosa, propia de pueblos dominadores, la línea del palacio y del arco del triunfo.

El fenómeno literario del gongorismo, de esa resurrección arqueológica de mitos y vocablos latinos y griegos, está llena de significación política.

Los españoles del siglo XVI—y no digamos de los subsiguientes—no pueden mirar sino con desdén y recelo esos vestigios moriscos que quedan en su patria, y ahora ya son de mal tono y les dan de lado, para consagrar su atención a las antigüedades grecolatinas o la gran novedad americana, desentendiéndose de todo lo demás, que —libros y monumentos, códices y alca-

zares—seguirá postergado, cayéndose a trozos hasta que el romanticismo del siglo XIX venga a revalorizarlos y el turismo incipiente los incluya en sus guías.

Es lamentable, por todos conceptos, el complejo de causas que impidieron que nosotros, tan ligados a lo árabe, por tantos lazos de amor y de odio, por tantas transfusiones de sangre y de espíritu, no hayamos tenido la suerte de ser los primeros en revelar a Europa esa gran tragicomedia humana, oriental, en una versión directa, romaneada de árabe y español, en esa lengua ingenua y balbuciente, de infancia y de vejez al mismo tiempo, y que ya suena a despedida y adiós en los manuscritos aljamiados de árabes y hebreos que nos han quedado.

Ese romance de dos idiomas clásicos que se descomponen y renacen y se marchitan y reflorecen; ese lenguaje en formación, que da la impresión de una primavera amarilleante, cargada de nostalgias al nacer, por el viejo arrastre de sus voces nuevas; ese «ladino» que los serfades conservan aún y emplean para hacerse la ilusión de que siguen viviendo en su Sión ibérica, en su vida doméstica y religiosa, como lengua afectiva y sagrada; ese ladino en que las claras voces castellanas parecen suspirar con ritmo de quejumbrosa prosodia aramea y cuyo trauma sentimental sufrió y gozó el doctor Pulido al oírlo hablar en las calles de Salónica y que modernos filólogos, como el profesor Yehuda, han estudiado con aparato científico, habríale sentado a maravilla a ese libro oriental de *Las mil y una noches*, lleno de esa misma nostalgia, de esos suspiros de Boabdil y esos arrullos de tórtola.

Impagable sería una versión, aunque parcial, de *Las mil y una noches* escrita en ese romance de entonces por algún morisco o hebreo converso de los que aquí se quedaron; su prosa y

su verso tendrían un encanto especial, como lo tienen el *Kalila y Dimna* y el *Libro de Sendebâr*, y que no pueden prestarle las traducciones modernas, como no sea matizando hábilmente el estilo, sombreándolo con vocablo antiguo, para ponerlo a tono con esa España morisca de los castillos y los alcázares, que sus argumentos sugieren. Porque en España es donde *Las mil y una noches* están como en su casa y apenas si nos parecen exóticas. Aún quedan aquí muchos escenaríos en que rodar con toda propiedad esa película y tipos raciales en que encarnar sin mucha caracterización a sus personajes, y hartas palabras idénticas a las del texto original con que expresar sus emociones y costumbres, análogas a las que en él se describen. Y no digamos nada de la analogía de sentimientos y reacciones psíquicas entre esos orientales y nosotros.

Todo lo cual hace que esa tarea de verter el libro resulta muy llana para un traductor español, siendo, como es, muy ardua para los extranjeros, que luchan en él con toda clase de exotismos; nosotros tenemos nombres árabes romanceados para designar sentimientos, lugares y hasta prendas de indumentaria; tipos como la tapada, la celestina, el pícaro, el mendigo, el jaque, el bandolero, etcétera, son tan de nuestra literatura como de la oriental, y sus modos de conducirse, su gesto y su aire, no pueden sorprendernos.

Curioso es el caso de que Burton, por ejemplo, recurra a la palabra española *mantilla* para dar el equivalente exacto del velillo con que las tapadas de Bagdad se cubren.

Y hasta en literatura la línea mudéjar no se ha borrado nunca del todo, pues hay en nuestra psiquis sobradas latencias atávicas que velan por su supervivencia, y así serpea siempre y pone una veta en la prosa y el verso de los escritores más clásicamente latinos;

desde luego todo lo popular le pertenece, a partir de Castilla (cante jondo, reformado por lo gitanesco, otro ramalazo oriental en nuestro orientalismo), romances de ciego, pliegos de cordel; lo romántico es para nosotros lo moruno, y así, en cuanto surge el romanticismo como escuela literaria, resurge entre nosotros lo árabe como algo natural, simplemente olvidado, cambia en un momento la decoración, lo popular y lo erudito se funden en la misma corriente y la España morisca (síntesis de todos los elementos orientales primarios), la España de lo pintoresco, del color local que sorprende como otro Oriente a Dumas, a Teófilo Gautier, a Mérimée y a Irving, torna a dar la cara y se planta arrogante frente a los tomavistas, vistiendo ocasionalmente el traje de gitana de Carmen, la mora.

Vuelve a acusarse con nueva vitalidad pujante esa línea oriental nunca del todo muerta, como resurge el polícromado de las mezquitas, un tiempo recubiertas de estuco. Los poetas, Arolas, Zorrilla, el duque de Rivas, instrumentan temas orientales; los arabistas indagan en los archivos y buscan y encuentran y traducen o transcriben manuscritos árabes y aljamiados, y sientan las bases, unos y otros, de un renacimiento oriental que tiende sus ramificaciones hasta nuestros días, con poetas como Villaespesa, el de *El Alcázar de las Perlas* y *Abem-Humeya*, y novelistas como Isaac Muñoz, el creador de la novela mogrebí, el autor de la *Fiesta de la Sangre*, y con los arabistas de la escuela aragonesa, los Cordera y Baydín y los Ribera, cuyo último representante ha sido Asín Palacios, el descubridor de las fuentes coránicas de *La Divina Comedia*, bajo cuya pluma lo oriental indígena se sublima a la esfera de lo universal.

Actualmente esa tradición se continúa en los noveladores de argumentos

marroquies como Corrochano, en su *Mekub*, y con arabistas como González Palencia y García Gómez, al primero de los cuales se debe, por cierto, una versión de dos historias de *Las mil y una noches*, las tituladas *Abdu-l-Lah, el de tierra*, y *Abdu-l-Lah, el del mar*, e *Historia de Ataf, el generoso*.

Cualquiera de esos arabistas habría podido acometer y coronar la empresa de una traducción directa de *Las mil y una noches*, pues a Asín Palacios y a González Palencia les sobraban condiciones literarias para ello.

Pero sea por lo que fuere no lo hicieron, y así, hasta ahora, solo ha conocido el público español a *Las mil y una noches* en traducciones del francés y el alemán, en eco y no en su voz natural y directa.

La primera versión española de *Las mil y una noches* que aparece en España es retraducción de la de Weil, se imprime en Barcelona en 1841 y está firmada por Bergnes. Siguele en 1846 la retraducción anónima de la de Galland (imprenta y librería de Mellado, Madrid).

De ninguna de ellas hay que hablar en particular. Sus deficiencias e infidelidades al texto original son las mismas que las de sus originales alemán y francés.

La retraducción de Weil, en gran formato e ilustrada con unas viñetas de supuesto gusto oriental, con unas odaliscas obesas y con aire de suripantas, de un buen gusto muy discutible, y la de Galland se reproducen varias veces por las editoriales españolas y las parisenses de Garnier y Bouret, hasta bien entrado el siglo XX, en que hay una pausa explicable, de una parte porque el gusto por lo oriental ha pasado; al romanticismo que lo reanimó han seguido el naturalismo, el realismo y la tendencia social representada por los escritores rusos Dostoyevski, Tolstoi, en forma evangélica, y por Zola en la

de reivindicación proletaria, movilizandose masas que marcan el paso de las manifestaciones obreras.

Esa inquietud social lo acapara todo, hasta que, como reacción contra ella, en nombre de la espiritualidad, surge la Teosofía de madame Blavatzki y provoca un renacimiento de interés por las viejas y sabias civilizaciones orientales, en que acaso está el secreto de esa paz del alma y esa comprensión amorosa que el Occidente necesita.

Tales razones, secundadas por otras, que en síntesis pueden agruparse en un cuadro sintomático de evasión psíquica de la Europa amenazada que se refugia en las Batuecas del Arte, de la música wagneriana y la poesía simbolista de los Verlaine y Mallarmé y los modernistas de todos los países, inhibidos por desencanto de todo lo político y social, impulsan sin duda al doctor Mardrus, comensal de los cenáculos simbolistas, a publicar en París (1889) su ya mencionada versión de *Las mil y una noches*, que en 1916, aproximadamente, en plena guerra mundial, aparece entre nosotros, de un modo inesperado, cuando nadie se acordaba ya de esas noches (las noches de las trincheras, alumbradas por bengalas mortales, eran las que llenaban nuestro cielo de entonces), y con caracteres de sensacionalismo, cual si acabaran de publicarse en París y fuesen allí el acontecimiento y no mediasen diecisiete años por lo menos entre su edición francesa y su edición española. En esta aparecen Blasco Ibáñez como traductor y Gómez Carrillo como presentador, *qui fait le boniment* en términos de elogio diti-rámbico.

Ya hemos hablado antes lo suficiente de la versión de Mardrus, que en la retraducción de Blasco Ibáñez conserva todas sus características, *favorecidas* por el estilo afrancesado del famoso novelista, de suerte que, en general, puede hacerse el lector la ilusión de

estar leyendo la propia versión de Mardrus en su texto francés.

Después de esas traducciones españolas, que apuran el sensacionalismo —digámoslo así— de *Las mil y una noches*, la que ahora ofrece al público la Editorial Aguilar no puede aspirar al título de novedad ni revelación absolutas; pero sí puede justificar su aparición por otros conceptos. En primer lugar, el de haber sido hecha sobre textos árabes y no franceses, como las anteriores, lo que la sitúa en el plano de las versiones de Galland, Weil y Burton, esos traductores originales, con la consiguiente disminución de riesgos de refracción en el calco y la absoluta falta de propósito tendencioso en el autor, el cual no se ha propuesto probar ninguna tesis ni reivindicar ningún tesoro, sino sencillamente reproducir con la mayor fidelidad y honradez esos textos, que en el fondo vienen a ser los mismos que sus precursores manejaron (las ediciones en árabe de Bulak, Beirut, Estambul, Bombay, etcétera), salvo las inevitables variantes de las múltiples copias y las evitables de los traductores.

Hemos abierto, con la llave del idioma, para el público de lengua española, la vieja arqueta árabe-persa en que se guardaban esos herrumbrosos tesoros y se los mostramos con toda sencillez, sin ninguna pretensión de sensacionalismo, pues toda pretendida revelación en este respecto no pasará nunca del detalle, y en lo referente al número dependerá de la mayor o menor riqueza de los códices consultados. En el fondo, como ya hemos dicho, *Las mil y una noches* son siempre las mismas en medio de su aparente variedad, y solo mediante habilidades retóricas puede cambiarse falazmente la expresión de esas fisonomías inmutables.

*Las mil y una noches*, como la *Iliada*, son siempre las mismas, aunque las

retoquen, a título de animarlas, un Mardrus o un Leconte de Lisle.

Esto quiere decir que nuestra versión es, hasta cierto punto, literal; hasta cierto punto, sin embargo, porque la literalidad absoluta, o sea, la simple sustitución de una palabra por otra, conduce, como es sabido, al absurdo, y es algo comparable al simple volver del revés un tapiz, en el que las imágenes estampadas del anverso siguen viéndose, pero, naturalmente, al revés; ese es el defecto que los filólogos ponen a las versiones siríacas de las Escrituras que son literalmente fidelísimas (Pizzi).

Nosotros somos fieles al texto, pero no al modo de los siros, con tanta más razón cuanto que no traducimos ningún libro sagrado que contenga palabras de cuya interpretación penda el destino futuro y eterno del alma de los hombres.

Somos literales en cuanto la letra tiene en el libro un valor de resorte literario, de elemento cromático, de fijación local o cronológica, de algo característico, típico o personal; en los demás casos hemos atendido al espíritu y usado de la prerrogativa liberal que confiere, sobre todo al trasladar a nuestra lengua los poemas intercalados en el libro, que hemos tratado simplemente como motivos o temas musicales en variaciones de la misma clave afectiva.

Por el mismo respeto al valor retórico del lenguaje del original hemos procurado, siempre que fue posible, sustituir el vocablo árabe por otro de nuestro romance que se derivase de él y no se hubiese hecho, con el tiempo, demasiado arcaico e irreconocible; por la misma razón todavía de conservar al texto original su línea semítica hemos partido esas páginas de prosa seguida, sin puntuación, en períodos individuales, de apariencia versicular, rompiendo esos broches léxicos de las copulativas

que en la grafía oriental mantienen unidas las cláusulas más dispares, haciéndolas marchar unas tras otras como camellos de una larga caravana, que solo se detiene al llegar a los altos, marcados por los versos.

Los versos son los únicos que abren brecha en la compacta prosa árabe, monótona como un desierto, en el que los poemas surgen con frescura de oasis.

La poesía, el ritmo, anima también el paso de la prosa y alivia la monotonía de esas largas jornadas, con cierto acompasado golpeteo de *tamtam* o sordina de flauta, que se expresa en aliteraciones, cadencias análogas y, a trechos, en consonancias perfectas, propias de la poesía.

En toda nuestra labor de traductores hemos tratado de conservar esa musiquilla árabe, esa continua nota monócorde y elemental en que el árabe se complace sin cansarse nunca, como si en ella viera la eterna repetición de las cosas efímeras de este bello mundo que forman el anagrama de su único Dios y la múltiple politeísta expresión de su monoteísmo.

En nuestra versión hemos tratado de reproducir con nuestros medios, en todo lo posible, los recursos retóricos tradicionales del estilo oriental: el fraseo versiculado, la hipérbole, el juego de palabras, la aliteración y la similitud, esa media rima por donde empezó la poesía árabe antes de ser rima completa, y que siempre apunta en su proceso como una inminencia de verso formal y como un resabio de esas cantinelas infantiles que, según ya notaba Sheldon en el siglo XVIII, en su tratado *De Rithmo*, forman la base de la poesía de todos los pueblos y de las que los árabes no han logrado desprenderse ni en su edad adulta, como si fuesen parte de su complejo involutivo.

Tales aliteraciones y similitudines,

que en nuestra prosa, más evolucionada, constituyen un defecto que debe evitarse, representan una gala en la prosa semítica, siempre atada al versículo y al retornado regresivo, sin haber logrado nunca el paso libre y progresivo del período ciceroniano, cual propia de un pueblo obsesionado por la idea fija de su monoteísmo absoluto, y nosotros las hemos respetado, pensando que sería desfigurar no solo el estilo, sino también la verdad psicológica de que es expresión ostensible, el verter un texto árabe absolutamente en nuestros moldes literarios e imprimir a su prosa, siempre un tanto infantil, emocionada, trabada y balbuciente, el ritmo discursivo y siempre más o menos oratorio de la nuestra. El genio semítico es de tipo pasional, no racional.

Nada más lejos del genio semítico en general—pues en esto coinciden árabes y hebreos—que esa construcción occidental, amplificada y sostenida, que esa gradación arquitectónica de formas y conceptos que se advierte en las traducciones europeas del libro, desde Galland a Mardrus, en las que el estilo resulta uniforme, pulido y cortés, sin esos contrastes de abandono y elegancia, de violencia y de finura, y ese aleteo quebrado de golondrina, característico de la prosa oriental, alternativamente opaca y deslumbrante, pobre y rica, como esas princesas descalzas que se adornan con collares de perlas.

La prosa semítica—en la *Biblia* y el *Corán*—pasa inesperadamente de la indigencia al esplendor, de lo vulgar a lo sublime, sin esas gradaciones y trámites de la nuestra, y hay que respetar y reproducir ese ritmo epiléptico de sus crisis inspirativas. El genio oriental es como el Ave Roj: que va derecho a su presa.

Cuanto a los versos, que Galland suprime en absoluto y Mardrus deja en prosa, lo hemos traducido también en verso, relativo si queréis, sin pretender,

desde luego, reproducir la métrica del original, lo que ningún traductor ha intentado, sino únicamente dar una idea del ritmo y prestar cierta música a esas expresiones líricas, es decir, musicales.

Para los poetas descriptivos nuestro romance, que procede del *sachal* árabe y fue siempre forma básica de nuestra poesía—ahora vuelve a estar de moda con García Lorca y los neogongorinos—, es el molde más apropiado, y para los arrebatos emotivos breves y apasionados, la copla andaluza, de claro origen semítico. En coplas podría ponerse todo *El cantar de los cantares*, que es, en el fondo, una serie de requiebros, achares y jaculatorias de amor.

No faltará quien hubiese preferido una traducción en prosa y literal de los versos, pero en ese caso no se habría marcado bien en el texto la movilidad de los afectos y el rápido paso de la prosa a la lírica. Y por afán de fidelidad, habríamos sido infieles.

En resumen: nuestra traducción, labor de seis años, es, por lo menos, la más completa que hasta ahora se conoce, y aun podríamos llamarla integral, pues recoge todas las historias que las versiones anteriores extranjeras y españolas nos dan parcialmente, más otras que ninguna de ellas nos da, y es, además, la única española que se presenta ilustrada con notas—de carácter filológico, histórico y geográfico—que permiten al lector identificar personajes reales y localizar datos geográficos que de otra suerte quedarían en la región de lo problemático. Esas notas, aparte su interés circunstancial, en relación con el texto, tienen el otro, mucho más importante, de poner al lector en comunicación con ese amplio mundo de cultura antiguo, hindú, persa, griega y latina, por el que han rodado estos cuentos, cargándose de elementos bióticos, y que por sí solo representa un

valor tan grande como el de la creación literaria.

Y cumplido ya con creces el deber de introductor que al traductor incumbe, solo nos resta despedirnos del lector con el bello saludo árabe: *Selam!*

*¡Selam, amigo lector!*

Y que estas noches de Oriente,  
llenas de aroma y fulgor,  
de tus noches de Occidente,  
sean el premio mejor.

Y escuchando las historias  
que nos cuenta Schahrasad,  
huyan tus tristes memorias  
y alcances felicidad  
y te olvides del dolor  
que el Amor te hizo sufrir,  
sin olvidar al amor,  
que eso sería morir.

## ADVERTENCIA SOBRE LA TRANSCRIPCIÓN DE LOS NOMBRES ÁRABES

Para la transcripción en letra latina de la onomástica árabe decía el docto arabista don Emilio Lafuente y Alcántara en el prólogo a su traducción española del *Abjar Machmúa* (Madrid, 1867): «En cuanto al sistema de transcripción de los nombres de personas o lugares, ha habido siempre gran variedad, no tan solo en España, sino también en el extranjero, adoptando unos la pronunciación estrictamente gramatical, otros la vulgar de Argel, Marruecos, Egipto o Siria, limitándose a veces a representar cada sonido con la letra del alfabeto europeo más análoga y añadiendo en otras ocasiones signos convencionales.»

Esa clave es, con leves discrepancias, la empleada en su versión española del *Abjar Machmúa* por el ya citado don Emilio Lafuente.

Como él, damos el valor de *A* al *alif* del artículo árabe, y escribimos, por ejemplo, Al-Manzur y Al-Harits, y le



suprimimos la vocal, cuando desaparece en la pronunciación, como en *Abdu-l-Lah* y compuestos análogos.

Damos igualmente el valor de la *che* española al *guim* o *chim* árabe, equivalente al *guimel* hebreo, que los franceses representan por el compuesto *dj*, en nombres como Chebel que transcriben Djebel, por la razón que el señor Lafuente expone: «El Diccionario de fray Pedro de Alcalá, los muchos nombres geográficos que nos han quedado y los libros escritos en aljamía, así como algunas palabras castellanas que se encuentran desde muy antiguo indicadas en obras arábigas, demuestran que el *chim* tenía un sonido semejante al de la letra *che*.» Y diz que nuestros moriscos traían la pronunciación del Oriente. Hagamos notar, de pasada, que esa letra *chim* tiene en el dialecto de Egipto el valor del *guimel* hebreo, o sea, el de nuestra *ge* suave.

Transcribimos *jota* el *ja* fuerte del árabe, y por *hache*, con la inevitable ambigüedad consiguiente, esos dos sonidos más suaves del *ja* sencillo y del *he*.

Para el *schim* que el señor Lafuente transcribe *equis*, empleamos nosotros la *sch* de alemanes y rusos, que corresponde a la combinación *sh* británica a *sci* de los italianos.

Con la *ese* representamos el análogo sonido del *sin* árabe y también el del *za*, idéntico al de *zeta* francesa y que en nuestros documentos antiguos se figura con *ç*, y reservamos la *zeta* para figurar el *zad* arábigo, que es su equivalente.

Cuanto a estos dos sonidos completos de las dos *dal* y los dos *zad* y las dos *ta* arábigas, que se suelen representar con combinaciones de *dh*, *th*, en libros extranjeros y que el señor Lafuente adopta en su clave, los reproducimos sencillamente por *d*, *t*, por tratarse de sonidos que ni entre los árabes están bien diferenciados y mutuamente

se sustituyen y confunden. En nuestro romance tenemos la palabra *cadí*, que, según esa grafía, tendría que escribirse *cadhi*.

Caemos en la confusión, pero evitamos la complicación, que, naturalmente, no son siempre lo mismo.

Siempre ocurre así cuando se trata de transcribir sonidos de un idioma a otro menos rico en recursos fonéticos. En la antigüedad clásica ya se les presentó ese problema a los griegos con respecto a los persas e indos, y a los latinos con relación a los griegos. No tenían los latinos en su alfabeto el sonido gutural fuerte de la *jota* griega, y para representarlo recurrieron al mismo procedimiento que hoy los franceses, para reproducir ese mismo sonido del alfabeto árabe: unieron la *ce*, que a ellos les sonaba *ka*, con la *hache*, que aspiraban levemente, y transcribieron *Charitas* la *Jaris* helénica, de igual modo que los franceses transcriben *khaliphe*—la grafía árabe—*jalifa*.

Sería quimérico tratar de reproducir exactamente los sonidos árabes con nuestros medios gráficos; fijándonos solamente en los sonidos guturales, no tenemos nosotros más que uno fuerte, el de la *jota*, sin esos matices de las tres letras que en el alfabeto representan otras tantas variedades del mismo, y para representar el más leve de ellos tenemos que recurrir a la aspiración que tiene la *hache* en labios del vulgo andaluz.

Derivase de ahí una ambigüedad inevitable en la transcripción de esos sonidos, y aunque se haya convenido en reproducir con la *jota* el sonido fuerte del *ja* arábigo, no nos queda más que la *hache* para representar esos otros dos sonidos del *ja* suave y del *he* que viene a ser el espíritu rudo de los griegos. Y así, si podemos distinguir Hasán de Jalifa, no podemos marcar la diferencia entre Hasán y Haddar.

Otro tanto sucede con el *schin* ára-

be, que no tiene equivalente en nuestro alfabeto, y que nuestros escritores antiguos representaban con la *equis* y los modernos con la *sh* inglesa o la *sh* germánica. Y no digamos nada de esas variedades de *zeta* y *te*, que ya en árabe no se diferencian en la pronunciación y que los orientalistas suelen representar por la *dh* y la *th*, sin conseguir tampoco evitar la confusión entre ambos sonidos.

Pero no vamos a desarrollar aquí un tratado sobre ese tema, que solo tendría interés para los arabistas; nos limitaremos a indicar la clave gráfica que hemos empleado nosotros en la transcripción de la fonética arábiga.

El sonido duro de nuestra *ce* con las vocales *a*, *o*, *u*, lo representamos siempre por la *ka*, aunque ya sabemos que modernamente e innecesariamente se la quiere representar por la *q*, pasando de la transcripción germánica a la inglesa.

Cuanto a las vocales, que nunca tienen en árabe una fijeza absoluta, como ocurre en inglés, las hemos reproduciendo según la fonética más generalizada, pero sin atenernos, no obstante, a regla fija, que no guardan los propios árabes; es frecuente que en un texto aparezca una palabra vocalizada de distin-

to modo, con *a* y *e* o con *e* e *i*, siendo indiferente, por ejemplo, que se diga Al-Manzor o Al-Manzur; los umayya, los umeyya o los umiyya. Lo que no puede decirse es los «Omniadas», como vemos escrito en más de un libro de texto de Historia de España al tratar de esa dinastía.

Hay un caso en que las vocales arábigas toman un matiz gutural sincopado al contacto con la letra *ain*, esa letra primitiva y característica de todas las razas semíticas, y entonces, para diferenciarlas de las otras no afectadas por ese sonido gutural, las marcamos, como la mayor parte de los orientalistas modernos, con un circunflejo ( ^ ), y así se puede distinguir la de Châfar, por ejemplo, de la de Hasân.

Finalmente, en lo relativo a la acentuación, que adolece entre los árabes de la misma inestabilidad que la vocalización, la hemos marcado siempre siguiendo la norma prosódica más generalizada. Y el lector puede estar seguro, por lo menos, de que en ningún caso debe decir *Coran*, sino *Corán*, ni *abbasi*, sino *abbasi*.

¡Aunque Alá es el más sabio!

R. CANSINOS ASSENS



# LAS MIL Y UNA NOCHES



## PROEMIO <sup>1</sup>

¡En el nombre de Alá, el Piadoso, el Apiadable!

¡La loanza a Alá, el Rey, el Benéfico, el Creador del Universo, Señor de los Tres Mundos; que levantó el Firmamento sin columnas para sostenerlo y extendió la Tierra como un lecho, y la oración y la paz sobre nuestro Señor Mohammed y sobre su familia y sus compañeros; oración y bendiciones perdurables y gracia que hasta el Día de la Cuenta permanezca inalterable!

¡Amin!

Y después:

En verdad los hechos y los dichos de los que nos precedieron encierran sem-

blanzas y ejemplos para los hombres de los tiempos nuevos; para que vea el hombre que piensa lo que a otros les sucedió y reflexione y saque de ello provechosa advertencia, y repase las crónicas de los antiguos pueblos y todo cuanto les acaeció a ellos y se contenga y ponga freno.

¡Loor, pues, a Aquel que de las historias del Pasado hizo una admonición para el Presente!

Ahora bien: de tales ejemplos son las historias llamadas *Mil y una noches* con todo lo que en ellas hay de rarezas y maravillas y leyendas.

Y en ellas se cuenta—pero Alá es el

---

<sup>1</sup> Tras el obligado Proemio que empieza con la no menos obligada invocación ritual a Alá y su Profeta, viene la exposición en forma anecdótica de las desdichas conyugales que determinaron el complejo erótico-homicida del rey Schahriar, ese Barba Azul del Oriente, base y punto de partida del libro, al que tratará de curarle como doctora en psiquiatría la discreta y gentil Schahrasad, distrayendo su espíritu de la idea fija que lo obsede con esa serie de historias peregrinas que le muestran el panorama universal de tiempos y pueblos y le harán ver que—supremo consuelo—lo que a él le pasó les sucedió también a otros y, además, que no todas las mujeres son pérfidas como la suya, sino que las hay tan honestas y fieles como ella misma que en el transcurso de esas mil y una noches acredita poseer todas las virtudes de la perfecta casada y madre de familia.

En el nombre de Alá, etcétera (*Bi-smi-l-lahi-rahmani-r-rahimi*), es la invocación con que Mohammed encabeza el *Corán*; la traducimos

---

*En el nombre de Alá, el piadoso, el apiadable, y no el clemente, el misericordioso*, como otros intérpretes, para que se vea clara la aliteración que hay en el texto árabe entre *rahman* y *rahim*, que vienen a ser sinónimos derivados de la misma raíz *rh*m (piedad), con el matiz diferencia de que *rahman* es el piadoso de suyo, mientras que *rahim* es el que se apiada cuando lo invocan. Hay, pues, en ese doble epíteto aplicado a Alá un encarecimiento del atributo, con el que significa que posee los dos grados de piedad. Ambos sinónimos entrañan también una referencia a la condición maternal, pues *rh*m significa originalmente útero, matriz.

Los Ben-Sasán (Hijos de Sasán) fueron los reyes persas de la dinastía que sucedió a los arsácidas y que se mantuvo desde 226 a 640 de nuestro cómputo, fecha en que el último de los sasánides, Yezdeguir III, fue derrotado por los árabes, que se apoderaron del país.

Por cierto que entre los reyes de esa dinastía hubo uno llamado Schahriar, que reinó sólo cua-

Omnisapiente de sus cosas arcanas y el todo misericordioso y el todo gracioso y el que lo gobierna y lo da todo—que, en los tiempos remotos y en los siglos antiquísimos, hubo un rey de los reyes

renta días, y fue padre del malhadado Yezdegird III, ese Boabdil tirano.

La versión de Galland suprime el exordio y entra, desde luego, en materia:

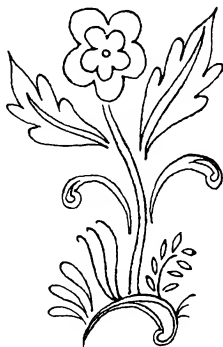
*Les chroniques des Sassanides, anciens rois de Perse, qui avaient étendu leur empire dans les Indes et petites îles qui en dépendent, rapportent...*, etcétera.

En su versión, los nombres de los personajes principales son: Schahriar, Schahzenan, Scheherazade y Dinarzade.

Recordemos, en el respecto bibliográfico, que este episodio inicial de los dos hermanos, el descubrimiento de la liviandad de sus sendas esposas y su encuentro con la doncella, raptada

de Beni-Sasán que reinó en las islas de Al-Hind y de Az-Zin y era señor de ejércitos y huestes y tenía muchedumbre de guardias y servidores y visires y emires.

por el *efrit*, al que «cornifican» en sus propias barbas, sirvió de argumento al Ariosto para el canto XXVIII de su *Orlando furioso*, que Timoneda puso en prosa e incluyó en su *Patrañuelo* (*El patrañuelo*—de Juan de Timoneda, edición con prólogo y notas de Federico Ruiz Morcuende—, Madrid, 1930), patraña octava, encabezada por estos versos: «Un rey por ser muy agudo—y tenerse por hermoso—vido que un truhan giboso—lo acentaba por cornudo.» Lo cual demuestra la infiltración subterránea, por decirlo así, de *Las mil y una noches* en la literatura occidental, antes de su traducción por Galland en el siglo XVIII.





*"... en los siglos antiquísimos hubo un rey de los reyes de Benu-Sasán ..."*



## HISTORIA DEL REY SCHAHRIAR Y SU HERMANO SCHAHSEMAN

Y al morir, dejó dos hijos en la flor de la edad; de ellos uno el mayor y otro el menor, y ambos buenos caballeros y bravos y esforzados, salvo que el mayor lo era más que el menor.

Y reinó en el país y juzgó con equidad entre sus vasallos y lo amó la gente de su pueblo y de su reino.

Y era su nombre el de rey Schahriar y el de su hermano, el menor, el de rey Schahsemán, y era rey de Samarkandul-Achm.

Y no cesaron las cosas de ir bien en los países de entrambos y cada uno de los dos en su reino fue juez equitativo para sus vasallos por espacio de veinte años.

Y ambos rayaban en el ápice de la holgura y la alegría y en ese estado perseveraron hasta que el mayor sintió nostalgia de su hermano, el menor, y ordenó a su visir <sup>1</sup> que fuese allá y se lo trajese a su presencia.

Respondióle aquel con el «Oigo y obedezco» y se puso en camino sin pérdida de tiempo y fue caminando

hasta que llegó allá con integridad y entró en casa del hermano del rey y le transmitió la paz y le hizo saber cómo su hermano, el rey, sentía ausencia de él y le rogaba que lo fuese a ver. Respondió el rey con el «Oigo y obedezco» y mandó hacer los preparativos para el viaje y que aprestasen sus alfaneques <sup>2</sup> y sus camellos y sus mulas y sus criados y sus edecanes y esclavos y nombró a su visir juez en su país y partió en el acto rumbo al país de su hermano.

Y sucedió que, la noche mediada, acordóse el soberano de una cosa que dejara en su palacio olvidada, y tornóse allá, y al llegar, encontróse a su esposa tumbada en el lecho, abrazada al cuello de un esclavo negro de entre los esclavos, y al ver aquello ennegrecióse el mundo ante los ojos del soberano.

Y en su interior se dijo:

—Si ocurrió tal cuando apenas me alejara yo de la ciudad, ¿qué no habría hecho esta desvergonzada si me hubiese estado ausente con mi hermano todo el tiempo que pensaba?

<sup>1</sup> Del árabe *uacir*, el que ayuda o suple. El primero que ostentó este título fue Ali, el discípulo predilecto de Mahoma.

<sup>2</sup> Tienda de campaña.



Desenvainó luego su espada y los hirió a ambos y los dejó muertos en el mismo lecho.

Y tornóse al instante y dio orden de seguir adelante y caminó de noche sin descanso, hasta llegar a la ciudad de su hermano.

Alborozóse este con su arribo y salió a recibirlo hasta que lo encontró y la paz le deseó <sup>3</sup>.

Alegróse hasta el límite de la alegría y sentóse a su lado y se puso a conversar con él, muy contento y animado.

Recordó entonces el rey Schahsemán de lo que pasara del lance de su esposa y entróle gran tristeza y le amarilleó el color y el cuerpo se le quebrantó.

Y al verlo su hermano en ese estado, dijo para sus adentros:

«Será debido a haberse separado de su país y de su reino.»

Así que lo dejó estar y no le preguntó nada sobre el particular.

Pero después de eso Schahsemán díjole un día entre los días:

—En verdad, hermano mío, que en mi interior tengo una herida.

Mas no le reveló tampoco entonces lo que viera de su consorte.

Y le dijo su hermano Schahriar:

—Yo querría que conmigo salieras de

caza y montería, que acaso con ello se te ensanchara el pecho.

Pero él rehusó; visto lo cual salió sólo su hermano a cazar.

Y habia en el alcázar del rey unas celosías que daban a un jardín.

Miró por ellas Schahsemán y he aquí que se abrió la puerta del alcázar y por ella salieron veinte esclavas y veinte esclavos y entre ellos iba la esposa de su hermano, la cual era por cierto de una belleza y un encanto supremos.

Llegaron todos hasta el borde de una alberca <sup>4</sup> y de sus ropas se despojaron y en corro se sentaron. Y la esposa del rey dijo:

—¡Hola, Mesâud! <sup>5</sup>.

Y en el acto fuese a ella un esclavo negro y la abrazó y ella lo abrazó a él y él la tumbó en el suelo y lo mismo hicieron los demás esclavos con las otras esclavas, no cesando en sus besos y abrazos y demás cosas parecidas hasta que clareó el día.

Al ver aquello el hermano del rey Schahriar exclamó:

«¡Por Alá! Que con esta se alivia mi pena y se aminora lo que en mí hay de pesar y tristeza.»

Y dijo:

«Esto resulta más gordo que lo que a mí me ha sucedido.»

Y no dejó ya en adelante de comer y beber con apetito.

Tornó luego su hermano de su cacería y saludáronse uno y otro con gran alegría.

Y miró el rey Schahriar a su hermano, el rey Schahsemán, y he aquí que le habían vuelto los colores y se le había sonrosado el rostro y comía otra vez con apetito, siendo así que antes comía poquísimo.

<sup>4</sup> Del árabe *Al-Berk*.

<sup>5</sup> Dichoso. Como nuestros Félix y Macario. En la versión de Burton el negro se llama Said, que significa lo mismo.

<sup>3</sup> Es decir, le dijo el *Selam aleik* (La paz sobre ti). El *selam*—o *zalema* de nuestro romance—es la fórmula de la salutación habitual entre los musulmanes, como el *jaire* (alégrate) entre los griegos y el *salutem* (salud) entre los romanos.

Cabría inferir una psicología nacional de esas fórmulas de salutación, en las que los hombres de cada raza se desean lo que más estiman y menos poseen; las inquietas razas semíticas (hebreos y árabes) se desean mutuamente la paz (*selam-schalom*) y Mahoma les brinda a los buenos creyentes la realización de ese deseo en el Paraíso, lugar de absoluta quietud, donde «no oirán bullicio ni mentira», sino solo la palabra *selam*. Sura LXXVII, *An-Nabâ* (La nueva). «Y entrarán los que creyeron e hicieron las cosas puras en un jardín (el Paraíso); corren debajo de él las aguas, eternas en él, por permisión de su señor y su saludo en él.» —*Selam* (La paz), sura XIV, *Ibrahim* (Abraham).

Admiróse el rey Schahriar al ver aquello y le dijo:

—En verdad, hermano mio, que antes tenías la color amarilla y ahora te han vuelto los colores de otro tiempo y la cara se te puso encarnada; cuéntame, pues, hermano, qué es lo que te ha pasado.

Y le dijo su hermano:

—El eclipse de mis colores te lo explicaré; pero dispénsame ahora de decirte el porqué de que me hayan vuelto otra vez.

Díjole su hermano:

—Explicame, pues, la causa del desvaimiento de tus colores y de tu decaimiento, que soy ya todo oídos y te escucho atento.

A lo que el hermano le dijo:

—Has de saber, hermano mio, que cuando me enviaste a tu visir rogándome viniera a comparecer entre tus manos <sup>6</sup>, luego mandé hacer los aprestos para mi viaje y me salí de mi ciudad sin demorarme.

Pero hube de acordarme luego de la alhaja <sup>7</sup> que pensaba regalarte y que dejara olvidada en el alcázar y tornéme allá a buscarla y me encontré a mi esposa durmiendo en compañía de un esclavo negro sobre los tapices de mi lecho.

Di muerte a ambos en el acto y me volví sobre mis pasos y no hacía más que pensar en el caso.

Esta era la razón del eclipse de mis colores y de mi postración; en cuanto a la de haberme ahora vuelto aquellos, excúsame de explicártela en este momento.

Luego que hubo oído su hermano estas palabras, le dijo:

—¡Por Alá, te lo ruego! ¡Cuéntame la causa de que los colores te hayan vuelto!

<sup>6</sup> Expresión árabe que corresponde a la de los griegos *epi tas jeiras ilthen*.

<sup>7</sup> Del árabe *Al-Hacha*, con metátesis que deforma el vocablo.

Refirióle entonces Schahsemán a su hermano todo lo que había presenciado.

Y Schahriar le dijo a su hermano Schahsemán:

—Quiero verlo todo por mis propios ojos.

A lo que su hermano Schahsemán le dijo:

—Finge que vas a salir de caza y montería y escóndete en mi aposento y lo verás todo y podrás convencerte por tus propios ojos.

Mandó el rey Schahriar en el acto que pregonasen por toda la ciudad que el rey salía a cazar y salieron las tropas con alfaneques a las afueras de la ciudad.

Y dijo a sus criados el rey Schahriar:

—¡Que no entre nadie en mi cámara real!

Después de lo cual se disfrazó y volvióse al alcázar, donde su hermano quedara.

Y se sentó junto a la celosía que daba al jardín y una hora de tiempo <sup>8</sup> permaneció allí al acecho.

Y hete aquí que vio entrar a las esclavas y los esclavos y a su esposa entre ellos y todos se desnudaron e hicieron según dijera su hermano, y así se entretuvieron y solazaron sin parar hasta la hora del *azr* <sup>9</sup>.

Visto que hubo el rey Schahriar aquel paso, voló su razón de su cabeza

<sup>8</sup> Expresión convenida para indicar un espacio breve de tiempo que no ha de tomarse al pie de la letra. Es lo que en español decimos «un rato».

<sup>9</sup> La hora de prima tarde marca una de las oraciones cotidianas de los musulmanes. Estas son cinco y se llaman, respectivamente: de la mañana, *Al-Fachr* o *Az-Zebah*; del mediodía, *Az-Zuhur*; de primera tarde, *Al-Azr*; de la puesta del sol, *Al-Magrib*, y de la noche *Al-Ascha*.

De estas oraciones o *zals* la más importante es la del *zuhur*, según se infiere del versículo 239 de la sura II, *Al-Bakra* (La vaca), que dice a la letra: «Cumplid puntualmente con la oración, sobre todo con la del mediodía.»

y díjole a su hermano Schahsemán:

—Anda y vente conmigo a correr los caminos, que no hemos de curarnos para nada del reino hasta ver si somos los únicos a quienes tal percance les ocurrió en el mundo. Pues si así fuere, preferible a la vida sería nuestra muerte.

Y el rey Schahsemán asintió a las palabras del rey Schahriar.

Salieron, pues, ambos hermanos por una puerta secreta del alcázar y echaron a andar y no pararon de caminar día y noche hasta que, al cabo, llegaron junto a un árbol, en mitad de un prado, y a cuyo pie corría un venero de agua dulce, a orillas del mar, el salado.

Bebieron de aquel agua y luego se sentaron a descansar los dos hermanos.

Y no habría pasado una hora del día cuando advirtieron que el mar se alborotaba y de él salía una negra columna que se elevaba al cielo y hacia aquel prado se dirigía.

Asustáronse los dos al ver aquello y treparon a lo más alto del árbol, que era alto, y, desde allí, pusieron a atalayar <sup>10</sup> qué fuera a pasar, y hete aquí que llega un genio <sup>11</sup> de estatura gigantesca y ancho de cabeza y dilatado de pecho.

Y aquel genio subió a la ribera y se dirigió al árbol en que ambos reyes estaban encaramados. Y se sentó a su pie y abrió la arqueta y sacó de ella una caja más pequeña y la abrió tam-

bién y salió de ella una mocita de deslumbrante belleza que al sol fulgente semejava como dijera el poeta:

«Despunta la alborada y se esclarea el día y con su luz alumbrá las auroras dormidas. Aquellas a las cuales los soles iluminan <sup>12</sup> resplandecen también y cual lunas rebrillan. Postranse las criaturas ante Alá de rodillas y al suelo caen los velos, no valen celosías; en cambio, si se extingue de su fuego la llama, surge el lagrimal de las lluvias, la plaga.»

Ahora bien: luego que el genio la miró, la interpeló diciendo:

—Oh señora de las sedas, a la que yo rapté la noche misma de sus desposorios. Voy a dormir un poco.

Y el genio posó su cabeza sobre el regazo de la joven hermosa y se quedó dormido.

Ella entonces alzó su frente hacia la cima del árbol y vio a los dos reyes que allí se habían encaramado.

Levantó luego de sobre sus rodillas la cabeza del genio y la dejó en el suelo y ella se quedó parada debajo del árbol y por señas díjoles a los dos hermanos:

—Bajad de ahí y no tengáis miedo del *efrit*.

A lo que ambos contestaron:

—¡Por Alá sobre ti! ¡Dispénsanos de hacerlo así!

Pero ella exclamó con enojo:

—¡Por Alá sobre vosotros! Bajad, pues si no despierto al *efrit* y os matará a los dos de la muerte peor.

Aterraronse entonces ambos y bajaron del árbol.

Y ella fue entonces y les dijo:

—Dadme fuerte; si no, despierto al *efrit* y tendréis que sentir.

Echáronse ambos hermanos a temblar y el rey Schahriar díjole al rey Schahsemán:

—Haz, hermano mío, lo que te ordena y no te detengas.

Pero el otro le dijo a su vez:

<sup>12</sup> Las mujeres.

<sup>10</sup> Del árabe *Talá*.

<sup>11</sup> Primera comparencia de los genios o *chinn* árabes o *efrits* y *alifrits* persas, que son los *dives* o *rakschasas* de los antiguos guebrós y los *rakschasas* o *yakschas* de los hindúes y los *genios* o *daimones* de griegos y romanos, y se dividen en dos categorías de buenos y malos: *agathodemones* y *kakodemones*.

Es curioso, a este respecto, la glosa de Rabi-Yirmiyah-Eliazar al salmo XII (Profetas), versículo 5, según la cual Yahveh excomulgó a Adán por ciento treinta años, durante los cuales engendrò hijos a su semejanza y estos fueron *Mazikim* o *Scheddim*, genios.

—No haré yo eso hasta que no lo haga tú primero.

Y ambos empezaron a hacerse guiños al coito alusivos.

Al ver lo cual la joven dijo:

—¿A qué vienen esos guiños? Si no os acercáis y hacéis lo que os mandé, despertaré al *efrit* y contra vosotros lo azuzaré.

Crecióse entonces el temor de ambos hermanos e hicieron lo que ella les había ordenado.

Luego que hubieron despachado, díjoles ella a los dos hermanos:

—Estaos quietos sin moveros.

Sacó luego de su manga una bolsa y sacó de la bolsa un collar en el que había ensartados quinientos setenta anillos de sello <sup>13</sup> y les preguntó diciendo:

—¿Sabéis por ventura qué es esto?

A lo que ambos contestaron:

—No sabemos.

Y ella se lo explicó diciendo:

—Los dueños de estos anillos folgaron todos ellos conmigo a hurtadillas de los cuernos de este tirano inicuo, así que ahora vosotros me habéis de dar también vuestros anillos.

Diéronle entonces los hermanos los sendos anillos de sus manos y ella les dijo, después de tomarlos:

—Este *efrit* me raptó la noche misma de mi boda y me metió en una caja y metió la caja en un arcón y le puso al

arcón siete candados y lo arrojó al fondo del mar, el encrespado, el por las olas azotado <sup>14</sup>.

Y ha de aprender que las hembras de mi laya, cuando quieren una cosa, no las detiene nada.

Como dijo uno:

«De la mujer no te fies,  
ni creas en juramentos,  
pues sonrien o se enfadan,  
según les dicta el deseo.  
Muestran amor de boquilla,  
llena el engaño sus faldas;  
de Yúsuf <sup>15</sup> recuerda el lance  
y medita en su enseñanza;  
de sus astucias aléjate  
y no olvides que fue causa  
de que Iblis del Paraíso  
arrojar a Adán lograra.»

Luego que ambos hermanos hubieron oído esas palabras maravilláronse hasta el colmo de la maravilla y el uno al otro se dijeron:

—En verdad que a este *efrit* le ha ocurrido algo más gordo que lo que nos pasara a nosotros.

Alejáronse luego de la jovencita y regresaron a la ciudad del rey Schahriar y entraron en el alcázar.

Y el rey Schahriar mandó en seguida cortarles el cuello a su mujer y a los esclavos de uno y otro sexo <sup>16</sup>.

Y desde entonces solía Schahriar, cuando tomaba esposa virgen y le arrebatada su virginidad, matarla aquella misma noche sin aguardar a la mañana.

<sup>13</sup> Burton, en sus *Notas*, relaciona este episodio con otro análogo del poema hindú de Somadeva (siglo XI) titulado *Kathā Sārit Sāgara* (Mar de las corrientes de la historia), que es una versión poética del compendio en prosa *Vrihat Kathā* (Gran historia) de Gunadhyā (siglo VI).

En el poema de Somadeva los anillos son solo cien y el episodio tiene un final enteramente opuesto. El príncipe Yaschodhara rechaza las sugerencias de la tentadora, que en venganza despierta al genio, y este se lanza luego sobre el príncipe con intención de matarlo. Pero Yaschodhara le muestra los anillos que testimonian contra la bella y el genio entonces castiga su infidelidad cortándole, según la costumbre en tales casos, la linda naricilla. (Suponemos que sería linda.)

<sup>14</sup> Frase estereotipada que veremos repetirse siempre que se habla del mar.

<sup>15</sup> Alusión al episodio bíblico de José el Patriarca y la mujer de Putifar, la cual en el *Corán* se llama Suleika. Véase sura XII (*Yúsuf*), donde el picante episodio se cuenta con toda suerte de detalles.

<sup>16</sup> Burton nota que en Akka (San Juan de Acre) todavía cantaban en su tiempo un hecho semejante de Chesar Pachá. Y según el historiador italiano Frizzi, Nicolás, marqués de Este, al descubrir el engaño de su esposa Parisina, mandó que con todas las casadas infieles se hiciese lo mismo.

Y no dejó de hacerlo así por espacio de tres años seguidos; hasta que al fin empezó a clamar la gente y a huir de la ciudad llevándose sus hijas, hasta no quedar allí mocita alguna que aguante a la cabalgadura.

Visto lo cual, ordenó el rey Schahriar a su visir le buscara una muchacha que fuese doncella y se la llevase para hacer según su costumbre con ella.

Salió, pues, el visir y buscó, pero ninguna mocita encontró, y se volvió a su casa, airado y temeroso por su alma, a causa de su soberano.

Pero tenía el visir dos hijas dotadas de belleza y hermosura y gentileza y garbo y de cuerpos bien formados.

La mayor, su nombre Schahrasad, y la menor, su nombre Dunyasad.

Y había la mayor leído libros e historias y vidas de reyes antiguos y noticias de pueblos pretéritos.

Mil libros dicen que reuniera de los libros de historias, de los libros relacionados con los pueblos antiguos y los reyes pasados y los poetas afamados.

Y fue Schahrasad y le dijo a su padre:

—¿Por qué te veo cambiado y de

pena y pesadumbre cargado? He aquí que dijo un poeta nombrado:

«Dile a aquel que sufra pena,  
que la pena no es eterna;  
que cual se fue la alegría,  
se irá el pesar cualquier día.»

Oído que hubo el visir esas palabras de labios de su hija, le refirió cuanto con el rey le pasara, desde el principio hasta el fin, sin nada callar ni omitir.

Y ella después de oírle, le dijo:

—¡Ual-lah <sup>17</sup>, padre mio! Cásame con el rey y a fe que moriré o serviré de rescate a las hijas de los mahometanos y las libraré de entre sus manos.

Dijole su padre:

—¡Por Alá sobre ti te lo ruego! No corras jamás ese riesgo.

Dijole ella:

—No hay más remedio sino que he de hacerlo.

Y su padre replicó, diciendo:

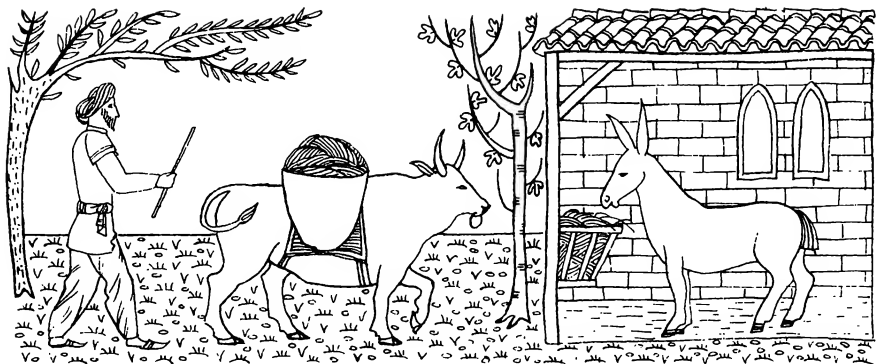
—Temo por ti, hija mia, no sea que te pase lo que le pasó al burro y al toro con el labrador.

A lo que dijo ella:

—¿Y qué fue, padre mio, lo que les pasó?

<sup>17</sup> Por Ala.





## HISTORIA DEL BURRO Y EL TORO CON EL LABRADOR

*Empiezan, muy naturalmente, estas historias por esta fábula del asno y el buey, ya que la fábula es el género literario más antiguo, cuyo origen sitúan unos en la India de los brahmanes, anterior a la conquista de Alejandro Magno, de donde pasó a Grecia, mientras otros opinan que sucedió todo lo contrario, o sea que los indios tomaron ese género literario de los griegos que, a su vez, lo habían tomado de los egipcios.*

*Los partidarios de la primera tesis aducen en su apoyo que la colección de fábulas más antigua que se conoce es la del célebre escritor indio Bidpai (Bidyapati), que los persas tradujeron a su lengua en el siglo VI y cuyos temas parafrasearon luego el griego Esopo, el latino Fedro y el árabe Lokmán. El sabio sinólogo francés Estanislao Jullien, del pasado siglo, publicó en 1920 una selección de los Avaradas o Parábolas indias, traducidas al chino en el siglo V de nuestra era, pero de fecha muy anterior a esa versión china, y en la cual se encuentran ya temas tratados posteriormente por los fabulistas occidentales.*

*Sea como fuere, la fábula es antiquísima y se la encuentra en la Biblia juntamente con la parábola y el apólogo que, en sustancia, viene a ser lo mismo: un medio alegórico, indirecto, de exponer las ideas y, además, un locus logicus que permite contemplar objetivamente las cuestiones y presentarlas en forma sensible y práctica al intelecto. La fábula es siempre admonitoria y psicoanalítica y, al transferir a los animales los vicios y virtudes del hombre, elude el lenguaje directo que pudiera parecer descortés y hasta agresivo, logrando la inmunidad para decir las verdades, aun a los propios reyes. La fábula tiene el mismo significado psicológico que la copla; es una descarga afectiva, una saeta al aire sin blanco preciso.*

Dijo:

—Has de saber, hija mía, que cierto mercader tenía caudales y ganados y tenía mujer e hijos y habíale agraciado

Alá (exaltado sea) con el don del conocimiento del lenguaje de los pájaros y demás animales, y vivía el tal mercader en tierra feraz, que tenía el agua en

su vecindad. Y tenía el mercader en su casa un burro y un toro.

Y sucedió que un día entre los días fue el toro a la cuadra del burro y la encontró barrida y regada y en el pesebre cebada limpia y paja cernida, y al asno tumbado, durmiendo y descansando, que en ciertas ocasiones montáballo su amo para alguna cosa que había menester y luego volvía a echarse otra vez.

Y sucedió que el mercader hubo de oírle al toro decirle al jumento:

—Buena vida te das, padre del Despertar <sup>1</sup>. Yo estoy molido y tú descansado; comes la cebada cernida y tienes quien te sirva y, si a veces te monta tu amo, luego a tu cuadra te vuelves, en tanto yo ando siempre ocupado en arar y en moler el trigo, de suerte que no paro.

Díjole entonces el asno:

—Cuando salgas al campo y te pongan el yugo sobre el cuello, tírate al suelo y no te levantes, y si te pegan, te levantas un momento y te vuelves a echar de nuevo; y cuando te vuelvan al establo y te pongan delante las habas, no las comas, cual si estuvieres malo, y abstente de comer y beber un día o dos o tres y así descansarás de la fatiga y el esfuerzo de tu vida.

Oyó el mercader las palabras de entrambos, y cuando llegó el mayoral con el pienso para el toro, comió este de él muy poco.

Amaneció luego y el mayoral cogió al toro para llevarse a la labor, mas lo encontró adolecido y desistió.

Díjole entonces el labrador:

—Coge al asno en seguida y ponlo a trabajar en lugar suyo todo el día.

<sup>1</sup> *Abu-Yaksán*. Alusión a los rebuznos que el burro lanza al rayar el día y que despierta a los dormidos como el cacareo del gallo.

A propósito de esta fábula, conviene notar que los orientales acostumbran uncir al arado, no un buey, sino un toro entero—*Tsaur, tsur* (*Taurus*, lat.), no *fard*, que es el nombre del buey.

Y al día siguiente, dióle el toro gracias al jumento por haberlo aliviado aquel día de su esfuerzo. A lo que el asno nada contestó, que estaba arrepentido con viva contrición.

Vino el mayoral al otro día y cogió al borrico y lo puso a arar hasta el cabo de la jornada, de suerte que el jumento volvió a su cuadra con todo el pescuezo desollado y muy decaído y amustiado.

Miróle el toro y le dio las gracias y le prodigó elogios y alabanzas.

Pero el burro le dijo:

—Estaba yo antes quieto y descansando y la bondad me ha perjudicado.

Y dirigiéndose al toro añadió:

—Has de saber que quiero hacerte una advertencia y es que le he oído a nuestro amo decir:

—Como no se levante el toro de su sitio dádsele al matarife para que lo sacrifique y haga túrdigas de su piel, así que temo por ti y te lo aviso y nada más. Y la paz.

Luego que oyó el toro las palabras del pollino, le dio las gracias y dijo:

—Mañana saldré a la labor, amigo mío.

Después de eso púsose el toro a comer y se embauló toda su alfalfa <sup>2</sup>, sin dejar nada, hasta lamer el pesebre con lengua ávida.

Oyera el amo las palabras de entrambos. Y luego que alboreó el alba salieron el mercader y su esposa y fueron al establo y allí se sentaron.

Vino después el mayoral y cogió al toro y se fue con él.

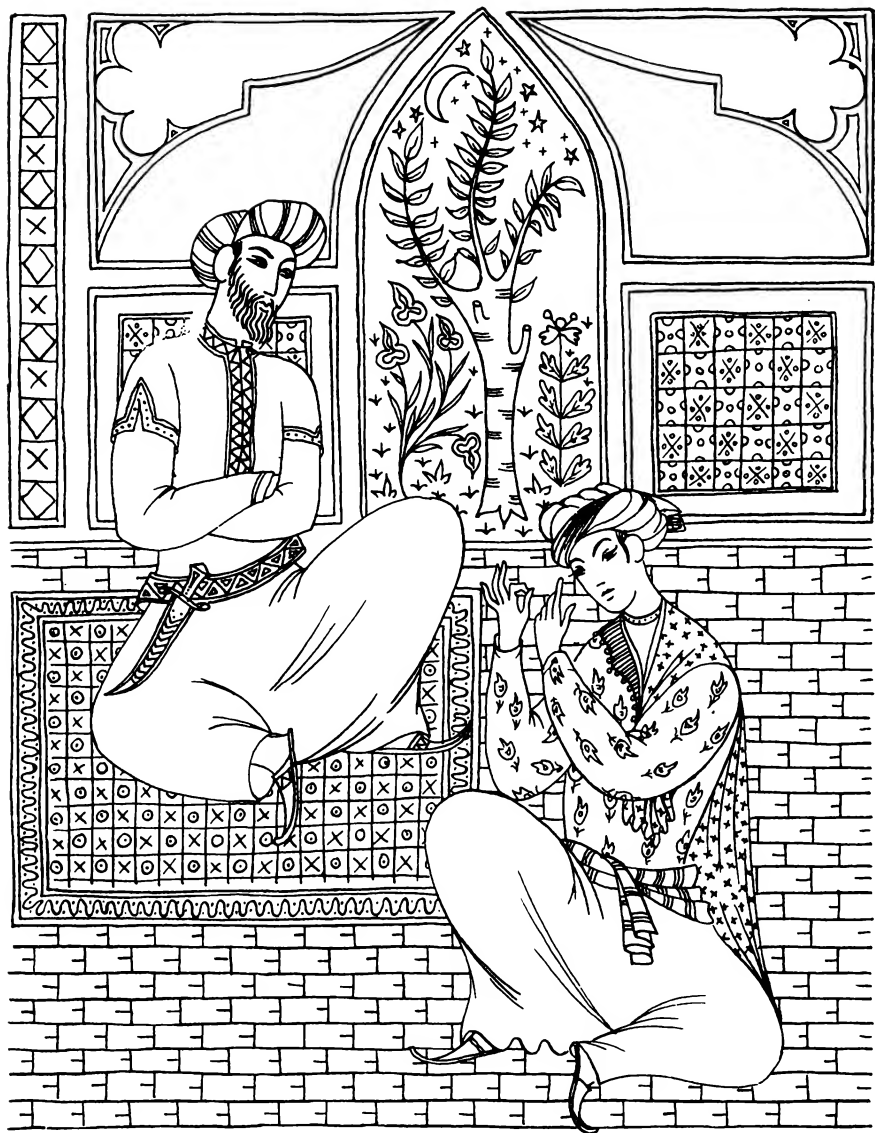
Luego que el toro hubo visto a su amo, empezó a mover el rabo y a ventosear y a dar brincos y saltos.

Echóse a reír el mercader hasta caerse de espaldas y al verlo su mujer le preguntó asombrada:

—¿De qué te ries con tanta gana?

Y el mercader le dijo:

<sup>2</sup> Del árabe *Al-Fazfaza*.







—Pues de una cosa que he visto y oído y que no puedo revelar, pues si lo hiciera, de fijo que muriera.

Díjole ella:

—Pues no tienes más remedio que decirme qué es ello y cuál es la causa de tu risa, aunque te cueste la vida.

Díjole él:

—No lo puedo decir, pues temo morir.

Díjole ella entonces:

—Tú de quien te ríes es de mí.

Y no cesó de porfiar con el marido y de hostigarlo con sus palabras, hasta que aquel se dio al fin por vencido.

Fue entonces el mercader y mandó a llamar a sus hijos y envió también por el cadí y los testigos y expresó su deseo de hacer testamento.

Después de lo cual revelaría a su mujer su secreto y luego moriría, que la quería con cariño grande, por ser la hija de su tío y la madre de sus hijos<sup>3</sup>.

Y dizque viviera ya edad de ciento veinte años.

Hizo también venir a toda su gente y a la de su esposa y les refirió a todos su historia y les explicó cómo, al revelar su secreto, tendría que morir sin remedio.

Oído lo cual, dijeron a la mujer todos sus parientes que se hallaban presentes:

<sup>3</sup> Aparece ya aquí la expresión típica de «hija de mi tío» de que los árabes se sirven para designar a su esposa, aunque en realidad no lo sea, y que data acaso de un tiempo en que realmente lo fue: la época de los matrimonios endogámicos.

Por la misma razón, quizá, dan los orientales el nombre de «tío» en señal de afecto y respeto a las personas de más edad que el que habla, correspondiendo a los de «papá» (*Papá* Goriot, de Balzac). «abuelo» de nuestro lenguaje cortés.

Entre nosotros esa designación de tío persiste como reliquia de la convivencia con los árabes, aunque con el tiempo haya tomado cierto matiz despectivo.

Para Roso de Luna es un saludo iniciático, masónico.

—¡Por Alá sobre ti! Desiste de tu empeño, para que no muera tu marido, padre de tus hijos.

Pero ella replicó:

—No lo dejaré en paz hasta que no me lo diga, aunque eso le cueste la vida.

Levantóse en esto el mercader y fue-se a la alberca de hacer sus abluciones<sup>4</sup>, después de lo cual volvería y les diría el secreto y moriría.

Y había en la casa un gallo que señoreaba cincuenta gallinas y había además en la casa un can.

Y hubo el perro de enterarse del caso y le fue con el cuento al gallo.

Y este, después de oírlo, le dijo:

—¡*Ual-lah!* Que nuestro amo a la verdad anda escaso de luces, pues yo tengo bajo mi dependencia cincuenta esposas, de las que una me agrada y la otra me empacha y él solo tiene una y no sabe cómo gobernarla.

Vamos a ver: ¿por qué no coge una vara de moral y se va a su cuarto y le da a su costilla una buena paliza hasta que muera o se corrija y no vuelva a importunarle con más preguntitas?

Luego que oyó el mercader las palabras del gallo hablando con el perro volvió de su primer acuerdo y tomó la resolución de vapulear a su mujer para que no le importunase otra vez.

—¿Y qué fue—preguntó Schahrasad—lo que hizo el mercader?

Y su padre el visir le contestó así:

—Pues entró en el aposento de su esposa y le dijo:

<sup>4</sup> Las rituales para todo musulmán, o sea cinco veces al día, una antes de cada *zalat*. Son esas abluciones parciales, que comprenden pies, manos, cara y cabeza. Pero si el creyente ha tenido comercio sexual o polución nocturna, la ablución debe ser general. También ha de lavarse parcialmente el mahometano antes de leer el *Corán*, y hay algunos que requieren la ablución completa. (Bovovio y Chardin, citados por Pastoret: *Compendio histórico de la vida de Mahoma*.)

—Pasa adentro, que te voy a decir el secreto, sin que nadie se entere de lo que te digo.

Cerró luego con llave la puerta tras los dos y empezó a arrearle palos a su mujer hasta que esta se desmayó y clamó, diciendo:

—¡Basta! Que me arrepiento.

Y después púsose a besarle las manos y los pies.

E hizo acto de contrición y salieron de allí los dos.

Y alborozóse toda la concurrencia y toda la parentela y de allí en adelante vivieron ambos en el más feliz de los estados hasta que la muerte vino a separarlos.

Luego que la hija del visir hubo oído las palabras de su padre, dijo:

—No hay más remedio sino que he de hacer lo que pienso.

Equipóla, pues, el padre y subió luego a donde el rey Schahriar.

Y dizque Schahrasad hiciera testamento a favor de su hermana menor Dunyasad y le dijo:

—Cuando yo vaya con el rey te mandaré a llamar y luego que allí estés y veas que el sultán ya despachó su asunto conmigo, me dirás:

—Cuéntanos una historia, hermana, para que nos entretenga la velada.

Y yo, entonces, te contaré un cuento en el que se cifrará, si Alá quiere, la salvación de todas las mujeres.

Luego que su padre el visir subió con su hija al rey, al querer este entrar a ella, echóse a llorar la muchacha con gran pena.

El rey le preguntó:

—¿Qué te pasa?

Y ella le contestó:

—Has de saber, *ye*<sup>5</sup> rey, que tengo una hermana pequeña y querría despedirme de ella.

Mandó entonces el rey por Dunyasad y vino esta a ver a su hermana y se abrazó a ella y se sentó al pie del trono, a su vera.

Levantóse luego el rey y entró a Schahrasad y la despojó de su virginidad, después de lo cual ambos se sentaron y se pusieron a conversar.

Y la hermana menor díjole a Schahrasad:

—¡Por Alá sobre ti, hermana! Cuéntanos un cuento que nos entretenga la velada.

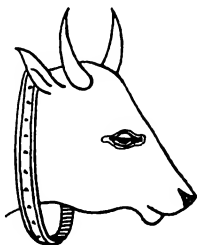
A lo que contestó la hermana:

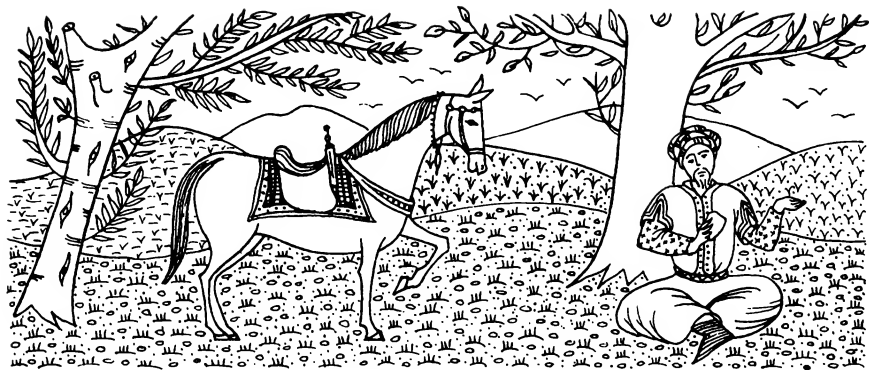
—Con alma y vida lo haré al instante, si me da la venia este monarca, el galante.

Al oír esas palabras el rey, que no tenía sueño, holgóse de escuchar un cuento y dio su venia, sin impedimento.

---

<sup>5</sup> Exclamación invocativa correspondiente a nuestro *oh*.





## HISTORIA DEL MERCADER Y EL EFRIT

(Noches 1 y 2)

*Aparecen aquí por primera vez el tema cainita de la envidia entre hermanos y el de los encantamientos y brujerías que en la literatura occidental dio argumento al verdaderamente áureo El asno de oro, de Apuleyo.*

*El hecho en sí se reduce a que los tres schiuj, apiadados del mercader, rescatan el «precio de la sangre» que aquel debe pagar al efrít, acogiendo a la posibilidad de una avenencia con los familiares del interfecto, que el Corán, lo mismo que el Derecho germánico, prevé en semejantes casos.*

*Ya sabemos que efrít es lo mismo que «genio»; respecto a la grafía del nombre, haremos aún notar que, como todas las de nombres orientales, no es segura, encontrándose en los textos las formas efrít, ifrít, alifrite y alifrit; estas últimas con el artículo árabe aparecen en las leyendas moriscas recogidas con este título por el señor Guillén y Robles (Madrid).*

*En conjunto, esta historia del mercader y el efrít es una muestra de esa «literatura de angustia» de que hablamos en el prólogo.*

### Y LA NOCHE, LA PRIMERA, DIJO SCHAHRASAD:

—Ha llegado a mis oídos, ye monarca, el afortunado, que había una vez un mercader muy acaudalado y con muchos asuntos en todos los países del mundo.

Y he aquí que montó un día en su caballo y marchó a despachar asuntos en algunos países lejanos.

Y sucedió que hubo de apretarle el

calor, por lo cual se sentó a la sombra de un árbol y metió la mano en su zurrón y sacó de él un trozo de pan y unos dátiles y se puso a comer, para aplacar su hambre.

Luego que hubo acabado de comer, tiró lejos los huesos de los dátiles, sin preocuparse.

Cuando hete aquí que de repente

aparece un *efrit* de talla imponente, en su mano una espada reluciente y lle-gándose al mercader le dice:

—Levántate, que voy a matarte, como tú has matado a mi hijo <sup>1</sup>.

Y el mercader le dijo:

—¿Cómo puedo yo haber matado a tu hijo?

A lo que el *efrit* le contestó:

—Cuando te comiste los dátiles y ti-raste los huesos, vino uno de ellos a darle a mi hijo en el pecho y se cum-plieron sus días y murió en seguida.

Dijole entonces el mercader al *efrit*:

—Has de saber, *efrit*, que yo soy creyente y poseo muchas riquezas e hijos y mujeres y dispongo de rehenes <sup>2</sup>. Déjame, pues, que vaya a mi casa y le dé su derecho a todo el que lo tenga y luego tornaré acá y tú tienes mi promesa y convenio de que he de volver y después harás conmigo lo que tengas a bien.

¡Y Alá sea mi fiador contigo de lo que te digo!

Vino en ello el *efrit* y lo dejó ir.

Tornó, pues, el mercader a su país y despachó todos sus negocios y dio, según su derecho, satisfacción a todos.

E hizo saber a su esposa y sus hijos lo que con el *efrit* le había sucedido, y al oírlo echáronse a llorar toda su gente y sus mujeres y sus hijos.

<sup>1</sup> Con arreglo a la ley mosaica del Talió: «Vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie.» *Deuteronomio*, capítulo 19, versículo 21.

Por su parte el *Corán* dice, parafraseando el versículo bíblico: «El alma por el alma y el ojo por el ojo y la nariz por la nariz y la oreja por la oreja y el diente por el diente», sura V. La mesa (*Al-Maida*), versículo 48.

Pero eso solo reza con el homicida voluntario; cuando, como en este caso, lo ha sido sin querer, tanto la *Biblia* como el *Corán* admiten el rescate de la sangre derramada mediante indemnización a los familiares de la víctima. En la sura IV del *Corán*—*An-Nisá* (Las mujeres)—se evalúa esa indemnización en cien camellos. El homicida involuntario deberá también redimir a sus expensas a un musulmán cautivo.

<sup>2</sup> Prenda, depósito. Del árabe *Rehin*.

Hizo luego testamento el mercader, y quedóse con ellos hasta el cabo del año, y, finado que fue el año, se puso en camino, con su mortaja bajo el sobaco, y se despidió de sus deudos y sus vecinos y de toda su familia, después de lo cual partióse de allí muy a pesar de su nariz <sup>3</sup> y se alzaron sobre él los lamentos y gritos.

Fue caminando el mercader hasta llegar a un huerto, y era por cierto aquel el primer día del año nuevo.

Y estando allí sentado, lloroso por lo que su sino le había deparado, hete aquí que se aparece un *scheij* corpulento y llégase a él, llevando a su zaga una gacela encadenada.

Dijole el *selam* al mercader el *scheij* y le deseó vida larga y feliz.

Y después le preguntó:

—¿Cómo es que estás aquí sentado y estás solo, siendo este, como es, un lugar que los genios suelen frecuentar?

Contóle entonces el mercader al *scheij* su lance de marras <sup>4</sup> con el *efrit* y la razón de estar sentado allí.

Admiróse al oírlo el *scheij*, el amo de la gacela, y dijo:

—Por Alá, hermano mío; en verdad que tu fe es grande y tu caso notable.

Si se escribiera con una aguja en el fondo de la pupila daría materia de meditación al que medita.

Dicho lo cual, sentóse a su lado y le dijo:

—Por Alá, hermano mío <sup>5</sup>, que no me he de apartar de junto a ti hasta no ver en qué para este tu lance con ese *efrit*.

<sup>3</sup> Locución proverbial entre los árabes, que consideran la nariz como válvula de escape de los efectos, sede del alma vegetativa.

<sup>4</sup> Locución de origen árabe; *marra* significa vez.

<sup>5</sup> Todos los musulmanes son hermanos en la fe. «Recordad las mercedes de Alá sobre vosotros; he aquí que erais enemigos y El ligó entre vuestros corazones y por su gracia amanecisteis hermanos.» *Corán*, sura II, *Al-Bakrá* (La vaca).

Y sentándose junto al mercader púsose a platicar con él.

Perdió entonces los sentidos el mercader y entréronle pavor y susto y pena grandes y preocupación intensa y el tío de la gacela seguía allí sentado sin apartarse de su lado.

Y he aquí que a poco un segundo *scheij* se adelanta hacia ellos llevando consigo dos perros galgos de los perros negros y después de decirles el *selam âleikum* <sup>6</sup> preguntóles la causa de que estuvieran sentados en aquel sitio, siendo un paradero de genios precitos.

Contóle entonces el mercader su historia desde el principio al fin, sin nada callar ni omitir.

No llevaban mucho tiempo sentados cuando se presentó allí un tercer *scheij*, llevando consigo una mula del color de los estorninos.

Díjoles su *selam* y preguntóles la causa de que estuviesen sentados en aquel lugar.

Refirieronle, pues, la historia desde el principio al fin.

Y estando en esto, he aquí que una gran tolvanera se levanta y un torbellino se adelanta de en medio de aquel campo en que estaban.

Disipóse luego aquella polvareda y dejóse ver el genio y en su mano una espada desnuda y sus ojos echaban chispas.

Llegóse el *efrit* a los reunidos y miró con fiera al mercader y le dijo:

—Anda y levántate, que voy a matarte, como tú mataste a mi hijo y mi vida de mis entrañas.

Rompió luego el mercader en sollozos y llanto, y también los tres amigos alzaron su lloro y sus lamentos y sollozos.

Serenóse al cabo el primer jeque <sup>7</sup>, que era el de la gacela, y besóle la

mano al *efrit* y luego le habló así:

—¡Ye genio, corona de los reyes de los genios! Si yo te contare la historia de esta gacela y tú la encontrases extraordinaria, ¿me concederías como merced el tercio de la sangre de este mercader?

Y respondió el *efrit*:

—¡Desde luego que sí! Si me cuentas, *ye scheij*, ese cuento y lo hallo interesante, te prometo el tercio de su sangre.

Dijo entonces el *scheij*, el primero:

—Has de saber, *efrit*, que esta gacela no es tal, sino la hija de mi tío, y es de mi carne y mi sangre, y me casé con ella, cuando era de pocos años, y viví con ella treinta.

No me dio en todo ese tiempo descendencia, por lo cual tomé una esclava y hube en ella un hijo varón, que parecía la luna cuando despuntaba su fulgor, con dos ojos hermosos de largas pestañas, con un ancho entrecejo y miembros perfectos.

Fue creciendo poco a poco hasta que se hizo un mocito de quince años, y siendo él de esa edad, vime obligado a emprender un viaje a cierta ciudad. Así que me puse en camino en seguida, llevando conmigo mucha mercadería.

Y la hija de mi tío, esta gacela, aprendiera brujería y magia de pequeña. Y hechizó a ese mi hijo que te digo en forma de becerro y a su madre, la esclava, en la de vaca, y se los dio ambos al mayoral de mi casa.

Regresé yo luego, pasado largo tiempo de mi viaje, y pregunté por mi hijo y por su madre.

Y ella, la hija de mi tío, me dijo:

—Tu esclava murió y tu hijo huyó de casa e ignora dónde anda.

Sentéme entonces por espacio de un año, hacino <sup>8</sup> el corazón, llorosos los ojos, hasta que llegó la fiesta del

<sup>8</sup> Voz árabe que significa «triste» y se encuentra en romances antiguos. Trátase de una locución proverbial.

<sup>6</sup> La paz sobre vosotros.

<sup>7</sup> En esta forma pasó la palabra *scheij* a nuestro romance, según puede verse en Cervantes y otros escritores.

Kurbán<sup>9</sup> y mandé al mayoral que me apartase una vaca gorda, que no era tal, sino la esclava que esta gacela embrujara.

Dile yo orden al mayoral de que la sacrificara y desollara, y no halló en ella carne, ni sebo, sino la piel y los huesos, por lo que me arrepentí de haberla sacrificado, cuando ya el arrepentimiento era excusado<sup>10</sup>, y se la di al mayoral y le dije:

—Tráeme un becerro gordo.

Y él fue y me trajo a mi hijo, embrujado en forma de becerro.

Al verme el becerro luego rompió su cuerda y se vino hacia mí y empezó a revolcarse en el suelo, con quejidos y lloros, de mucho sentimiento.

Sobrecogiome entonces la piedad y fui y le dije al mayoral:

—Tráeme una vaca y deja a este becerro en paz.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus no tasadas palabras.

Dijole entonces su hermana:

—¡Oh y qué sabroso tu cuento y qué ameno y deleitoso y placentero!

A lo que ella respondió, diciendo:

—Pues ¿qué es esto, comparado con lo que podría contaros la noche siguiente, si vivo y el rey me da su permiso?

Dijose entonces el rey para sus adentros:

«Por Alá, que no la mataré hasta no oír el final del cuento.»

Siguieron, pues, aquella noche hasta la mañana abrazados.

Y luego salió el rey y se dirigió a la cámara de justicia y subió allá el visir, preocupado, con su mortaja bajo su sobaco.

Administró el monarca justicia y nombró y destituyó hasta el cabo del día, y no sabía nada el visir de lo que ocurría. Y estaba maravillado hasta el colmo de la maravilla.

Hasta que, al fin, desgranóse el diván<sup>11</sup> y entróse en su alcázar el rey Schahriar.

## Y LA NOCHE 2 DIJOLE DUNYASAD A SU HERMANA SCHAHRASAD:

—Terminanos tu cuento, que era el cuento del mercader y el genio.

Dijole Schahrasad:

—Con alma y vida lo haré, si su venia me da el rey.

Y el rey le dijo:

—¡Cuenta!

Entonces dijo ella:

—He podido saber, ye monarca, el afortunado, el dotado de vista, el bien-intencionado, que cuando el mercader del cuento vio el llanto del becerro llenósele el corazón de piedad y le dijo al mayoral:

—Guarda ese becerro con el demás ganado y déjalo allí estar.

Y dizque a todo esto maravillábase el genio que escuchaba de aquellas maravillosas palabras.

Dijo luego el tío de la gacela:

<sup>9</sup> *Aidu-l-Kurbán* o Pascua grande, que se celebra en la lunación siguiente a la de Ramadán o Ramazán y en la que se sacrifican corderos o bueyes. Es el *Gran Bairam* de los turcos. Hay otra Pascua chica, *Aidu-z-Zakhir*, que se celebra el primer día del mes de Schawal, en que terminan los ayunos del Ramadán.

<sup>10</sup> Locución proverbial que se repite siempre con las mismas palabras.

<sup>11</sup> Sinécdoque por la cual se designa el consejo de los reyes, con el nombre del diván en que se sientan. El narrador compara el consejo con un collar.

—¡Oh señor de los reyes de los genios! Todo eso sucedió y la hija de mi tío, que es esta gacela, lo estaba viendo todo y era testigo y me dijo:

—Sacrifica a ese becerro, que está gordito.

Pero yo no acababa de decidirme a sacrificarlo y le mandé al mayoral otra vez lo cogiese y se fuese con él.

Pero al segundo día estaba yo sentado cuando hete aquí que viene el mayoral y me dice:

—Tengo, señor, que darte una noticia que te ha de alegrar y a mí me valdrá albricias <sup>12</sup>.

A lo que yo le dije:

—Bueno; pero ¿qué es ello?

Dijome él:

—Has de saber, ¡oh el mercader!, que tengo yo una hija que aprendió brujería, cuando era niña, de una vieja que en nuestra casa había.

Y cuando me diste ahora ese becerro fui a verla y pasé con él a su aposento, y mi hija, al verlo, se veló el rostro y rompió a llorar y luego echóse a reír y dijo:

—¡Ye padre mío! ¿Tan en poco me tienes que entras en mi cuarto con hombres extraños?

Dijele yo:

—Pero ¿dónde están esos hombres extraños? ¿Y por qué lloras y ries a un mismo tiempo?

Y ella entonces me dijo:

—En verdad que ese becerro que traes contigo no lo es, sino el hijo de nuestro señor, el mercader, solo que está hechizado; que lo hechizó igualmente a su madre. Y esta es la causa de mi risa.

Cuanto a la de mi llanto lo es su madre, a la que mandó sacrificar su padre.

Maravilléme yo, al oírla, hasta el colmo de la maravilla y no daba crédi-

to al clarear de la mañana para venir a repetirte sus palabras.

Al oír yo, ye genio, las palabras del mayoral, salí afuera con él e iba borracho y no de vino <sup>13</sup>, sino de la mucha alegría y gozo que me entraran, hasta que llegué a su casa, donde su hija me acogió con el *marhaba bik* <sup>14</sup> y me besó la mano. Y el becerro vino luego y empezó a restregarse contra mi cuerpo.

Dijele entonces yo a la hija del pastor:

—¿Es por ventura cierto lo que dijiste de este becerro?

Dijome ella:

—Sí, señor; tu hijo es y el fruto de tus entrañas <sup>15</sup>.

Dijele yo entonces:

—¡Oh la mocita! Si me lo desencantas, para ti será cuanto en mi casa tiene tu padre bajo su mano, de ganados y caudales.

Sonrió ella al oírlo y me dijo:

—No ambiciono yo caudales; pero haré lo que pides con dos condiciones: la primera, que has de casarme con él, y la segunda, que he de embrujar a quien a él lo embrujó y la he de atar, y si no, pido *amán* <sup>16</sup> contra sus perfidias.

Oído que hube, oh genio, las palabras de la hija del pastor, díjele yo:

—Te lo concedo, y, además, cuanto hay en mi casa de caudales bajo la mano de tu padre.

Y cuanto a la hija de mi tío, desde ahora su sangre te pertenece en modo lícito.

Oído que hubo ella mis palabras, luego cogió una taza <sup>17</sup> y la colmó de

<sup>13</sup> Frase proverbial que ya se encuentra en la Biblia.

<sup>14</sup> Fórmula de bienvenida. Literalmente, «Holgura contigo».

<sup>15</sup> Frase proverbial que se aplica también figuradamente a los padres.

<sup>16</sup> Seguridad, inmunidad.

<sup>17</sup> Del árabe, sin ninguna modificación.

<sup>12</sup> Del árabe *Al-Bischra*.



agua y recitó sobre ella sus conjuros y espurrió al becerro con el agua, diciendo:

—Si Alá te creó becerro, sigue en esa forma y no cambies; pero si estás embrujado, vuélvete a tu forma primera, con la venia de Alá (exaltado sea).

Y he aquí que el becerro se estremece y desencoge y tórnase hombre.

Yo entonces me abalanzo a él y le digo:

—Cuéntame todo lo que hizo contigo y con tu madre la hija de mi tío.

Contóme él todo lo sucedido desde el principio al fin y yo le dije así:

—He aquí, hijo mío, que Alá escribió<sup>18</sup> y tu *alforria*<sup>19</sup> y tu derecho vindicto.

Luego, *ye* genio, procedí a casarlo sin tardar con la hija del mayoral.

Y esta después hechizó a la hija de mi tío en forma de esta gacela, y acá venía yo con ella cuando vi a estos hombres reunidos y les pregunté el motivo y ellos me contaron lo que a este mercader le había sucedido.

Yo entonces me senté a ver lo que pasaba y esta es toda la historia, sin que haya que añadir nada<sup>20</sup>.

Dijo entonces el genio:

—Tu historia es en verdad interesante y te concedo el tercio de su sangre.

Adelantóse entonces el tío de los dos perros, los galgos, y díjole al genio:

—Has de saber, oh señor de los reyes de los genios, que estos dos perros galgos son mis hermanos, cuyo soy el tercero.

Y murió mi padre dejando tres mil dinares<sup>21</sup> y abrí yo una tienda de mercader para en ella comprar y vender.

Y se fueron mis hermanos a viajar con sus mercaderías y estuvieron ausentes por espacio de un año, con las caravanas<sup>22</sup> y luego volvieron sin traer nada.

Díjeles yo entonces:

—¿No os aconsejé yo, hermanos, que no emprendieseis ese viaje, pintándolos como innecesario?

Echáronse ellos a llorar y me díje-  
ron:

—Fue Alá el poderoso, el glorioso, quien así lo dispuso, hermano nuestro, y esas palabras tuyas no nos sirven ya de ningún provecho, pues nada en absoluto poseemos.

Cogílos yo entonces y me los llevé a la tienda y después pasamos al *hammam*<sup>23</sup> los tres.

Y los vesti de vestidos magníficos y comimos yo y ellos mano a mano y yo les dije:

—Hermanos, voy a hacer las cuentas de las ganancias de mi tienda año por año y las partiremos por igual entre nosotros, sin tocarle al capital.

Hice, pues, las cuentas de las ganancias de mi tienda y el balance arrojó a mi favor un saldo de mil dinares.

Di las gracias a Alá, el poderoso, el glorioso, y me alegré hasta el colmo de la alegría y repartí con mis hermanos las ganancias en forma equitativa.

Seguimos luego juntos unos cuantos días, hasta que al cabo pensaron mis hermanos salir de viaje y me porfiaron para que los acompañase.

Pero yo me resistí, diciendo:

—¿Qué provecho sacasteis de vuestro viaje anterior para que me lo pudiese prometer yo?

Insistieron ellos en su tema y entonces yo dejé de comer a su mesa y me estaba en mi tienda vendiendo y comprando, y así se pasó todo un año.

Y ellos machacaban e insistían siem-

<sup>18</sup> Todo está escrito.

<sup>19</sup> Liberación

<sup>20</sup> El narrador olvida que el tío de la gacela fue el que llegó primero.

<sup>21</sup> Del latín *Denarius* (dinero), moneda equivalente al ducado. Es también apellido (cognomen) de un ilustre linaje al que pertenecía el famoso teólogo Málík-ben-Dinar.

<sup>22</sup> Del persa *Kirauán*.

<sup>23</sup> Baño público.

pre en lo del viaje y yo me resistía, y dizque siete años se nos fueron en esta porfía.

Hasta que al fin acabé por ceder y les dije:

—Bueno, hermanos míos, accedo, pero antes vamos a contar lo que en la tienda tenemos de dinero.

Hicimos así y contamos los caudales y vimos que ascendían a seis mil dinares.

Y fui y les dije a mis hermanos:

—Vamos a enterrar la mitad del dinero debajo de tierra, para que nos sea de utilidad si nos ocurre un contra-tiempo, y tomemos cada uno mil dinares y nos apañaremos con ellos.

Dijeron mis hermanos:

—¡Bien pensado!

Tomé yo entonces el dinero y lo hice tres partes y les di a cada uno de mis hermanos mil dinares, y soterré los tres mil restantes.

Aprestamos después mercaderías y alquilamos <sup>24</sup> un barco y a él trasladamos nuestras cosas y navegamos en él por espacio de todo un mes, hasta que al cabo fondeamos en un puerto y vendimos allí nuestros géneros, en la ciudad, ganando diez dinares por cada dinar.

Luego nos dispusimos a hacernos nuevamente a la mar, cuando he aquí que, en el puerto, encontramos una jovencita, vestida de harapos, la cual se llegó a besar mi mano y me dijo:

—¡*Ye sidi!* <sup>25</sup>, si por ventura puedes dispensar favor y merced hazlo conmigo, que yo con creces te lo pagaré.

A lo que yo le contesté:

—Poderoso soy a dispensar beneficio y merced y, aunque no me lo pagues, te los dispensaré.

—Pues entonces—dijo ella—, tóname, *sidi*, por esposa y llévame contigo a tu

patria, que yo, a cambio de eso, te daré mi alma. Hazme esa merced, que soy de aquellos que cuando reciben un bien o un favor luego lo recompensan y no te engañe mi presente estado de miseria.

Al oír yo sus palabras se me enterneció de piedad el corazón por motivo de algo que quería Alá el poderoso, el glorioso, y tomé a la mujer y la vestí y le habilité lecho en el barco, lecho bonito, y volví a ella mi rostro y la honré en miles de modos.

Reanudamos luego de eso nuestra travesía. Y dizque mi corazón enamorárase de ella con amor grande y me sucedía no apartarme de su lado ni de noche ni de día, y desatendía, por atenderla, a mis hermanos, los cuales concibieron celos y me cobraron envidia por mis caudales y abundancia de mercaderías y ponían sus ojos en mi hacienda y deliberaron al fin sobre mi muerte y la usurpación de mis bienes y dijeron:

—Matemos a nuestro hermano y, de esa suerte, seremos dueños de cuanto posee.

Y los alucinó el *Schaitán* <sup>26</sup> pintándoles su acción con los más bellos colores, según suele hacer el engañador.

Llegáronse, pues, a mí, que yacía dormido al lado de mi esposa, y me cogieron y arrojaron al mar, sin la menor piedad.

Pero mi esposa se despertó y en el acto dio un estirón y se transformó en un *efrit* y cargó conmigo y me subió a una isla, y luego se fue de mi lado y estuvo ausente una hora de tiempo, pasada la cual, a eso del amanecer, volvió a mi vera y me dijo:

—Yo soy tu esposa, la que cargó contigo y te salvó de la muerte, por

<sup>24</sup> Del árabe *Kera*.

<sup>25</sup> Señor; de donde nuestro *Sid-Cid* o *Cide* en Cervantes.

<sup>26</sup> Satanás. «Pintales (a los mortales) el Schaitán con bellos colores sus acciones.» *Corán*, sura XXIX, *Al-Ankabuts* (La araña), versículo 37.

permisión de Alá (glorificado sea por toda una eternidad). Y has de saber que yo soy una genio que, al verte, luego te amó mi corazón y soy creyente en Alá y en su Enviado (¡bendígale Alá y le dé la paz!). Tú, en el estado en que me viste, te casaste conmigo y yo ahora te he librado de morir ahogado y les he cogido tirria a tus hermanos y no hay más remedio sino que he de matarlos.

Oído que hube su relación maravilléme y le di las gracias por su buena acción y agregué:

—Cuanto a lo de matar a mis hermanos no está bien.

Luego le referi lo que con ellos me ocurriera desde el principio al fin.

Oído que hubo ella mis palabras, dijo:

—Esta misma noche iré hasta ellos volando y hundiré en el mar su barco y los haré perecer a ambos.

Pero yo le dije:

—*Ua-l-Lah*, no lo hagas; que ya dice el refrán: «Oh tú que maleficias al que te malefició; harto tiene el malo con su acción.» Demás que ellos, pese a todo, son mis hermanos.

Dijo ella:

—No hay más remedio sino que he de matarlos.

Y todo cuanto hice por disuadirla resultó vano.

Cargó, pues, conmigo a cuestras y remontó el vuelo y fue volando hasta llegar a la azotea <sup>27</sup> de mi casa y allí aterró y me dejó en el suelo.

Abri entonces las puertas y saqué lo que enterrara debajo de tierra y abrí mi tienda, después de decirle *selam* a la gente, y me puse a comprar mercaderías y a venderlas.

Llegada que fue la noche luego entré en mi casa y allí me encontré atados a estos dos perros que, al verme, vinié-

ronse a mí llorosos y apegándoseme al cuerpo.

Pero en seguida acudió mi mujer diciendo:

—Ahí tienes a tus hermanos cambiados en perros.

Yo, al oírla, pregunté:

—¿Quién hizo esta mala acción con ellos?

Y mi mujer me contestó:

—Has de saber que yo llamé a mi hermana y ella hizo lo que hizo con tus hermanos y no se verán libres del encanto hasta cumplidos los diez años.

Así que ahora voy en busca de ella, que los desencantará, pasados que sean esos diez años.

Y esto es todo lo que tenía que contaros.

Vi luego a este joven y me refirió su percance y no quise irme de aquí hasta ver en qué paraba el lance.

Luego de oírlo, el genio dijo:

—En verdad que tu historia es interesante y te concedo el tercio de su sangre.

Adelantóse luego el tercer *scheij*, el de la mula y, dirigiéndose al *efrit*, habló así:

—Voy a contarte una historia todavía más interesante y extraordinaria que las que acabas de oír. Pero me has de conceder el tercio restante de la sangre de ese mercader.

Dijo el genio:

—Está bien.

Después de lo cual dijo el *scheij* al *efrit*:

—¡Ye sultán y caudillo de los genios! Has de saber que esta mula es mi mujer y salí de viaje una vez y estuve ausente de ella todo un mes.

Luego que di remate a mi viaje, regresé a su lado y entré de noche en casa y vi a un esclavo negro acostado con ella en mi lecho, y estaban ambos de palique y risa y besuqueo.

Al verme ella, levantóse a prisa y

<sup>27</sup> Del árabe *Setah*.

vino a mí con una alcuza <sup>28</sup> y en ella agua, y, recitando unas fórmulas mágicas, me espurreó con ella, diciendo:

—Sal de esa forma en el acto y entra en la de un perro.

Y no bien dijo eso cuando quedéme convertido en perro.

Echóme luego de la casa y yo me salí por la puerta y empecé a correr sin parar, hasta llegar a la tienda de un carnicero, y, escurriéndome hasta allí, me puse a roer los huesos.

Al verme el dueño de la tienda me cogió y me metió dentro; pero no bien hube visto a la hija del carnicero cuando se tapó la cara con el velillo y, dirigiéndose a su padre, le dijo:

—¿Cómo es que vienes con un hombre extraño y entras con él en mi cuarto?

A lo que díjole su padre, asombrado:

—¿Dónde está ese hombre extraño?

Y ella le contestó:

—En verdad, a ese perro lo encantó una mujer y yo tengo poder para desencantarlo.

Cogió luego la joven una alcuza con agua y recitó sobre ella unas palabras y me espurreó la cara, diciendo:

—Sal en el acto de esa forma y entra en la de persona.

Volví yo en seguida a mi primer estado y le besé las manos y le dije:

—Ahora quiero que hechices a mi mujer, como ella me hechizó a mí.

Diome ella entonces un poco de aquel agua y me dijo:

—Cuando la veas dormida viértele este agua encima y se convertirá en lo que tú digas.

Cogila, pues, dormida y la rocíe con el agua y le dije estas palabras:

—Sal de esa forma y entra en la de una mula.

Y en el acto quedó convertida en mula.

Y esta es la que con tus propios ojos estás viendo, ¡oh sultán y caudillo de los reyes de los genios!

Volvióse luego el *scheij* a la mula y la interrogó, diciendo:

—¿Es lo que digo cierto?

Movió ella su cabeza y dijo por señas:

—Sí; es verdad lo que cuentas.

Luego que el *scheij* hubo terminado su historia, estremeciósse el genio de placer y concedióle el resto de la sangre del mercader.

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Díjole entonces su hermana:

—¡Oh qué dulce tu historia, hermana mía, y qué sabrosa y deleitosa y gustosa!

Y ella le dijo:

—Pues no tiene punto de comparación con la que pienso contaros la noche que viene, si vivo, y el rey esa prórroga me concede.

Y el rey dijo:

—Por Alá, que no la mataré hasta no oír el final de su historia, que es maravillosa.

Siguieron, pues, aquella noche abrazados hasta la mañana.

Y luego salió el rey y se dirigió a la cámara de la justicia y llegaron a él su visir y los oficiales de su guardia y se constituyó el diván y administró justicia el sultán y nombró y destituyó y prohibió y ordenó, hasta que el día finó.

Desgranóse entonces el diván y entróse en su alcázar el rey Schahriar.

<sup>28</sup> Voz árabe sin modificaciones de forma.

## Y LA NOCHE 3 DIJOLE A SCHAHRASAD SU HERMANA DUNYASAD:

—Acaba, hermana mía, de contarnos tu historia.

Y ella dijo:

—¡Con alma y vida lo haré, hermana mía! Ha llegado, pues, a mi noticia, *ye* monarca, el afortunado, que el mercader volvió su rostro hacia los *sciuj* <sup>29</sup>

y les dio las gracias y ellos le dijeron ¡*selam!*!, después de lo cual cada uno tornóse a su lugar.

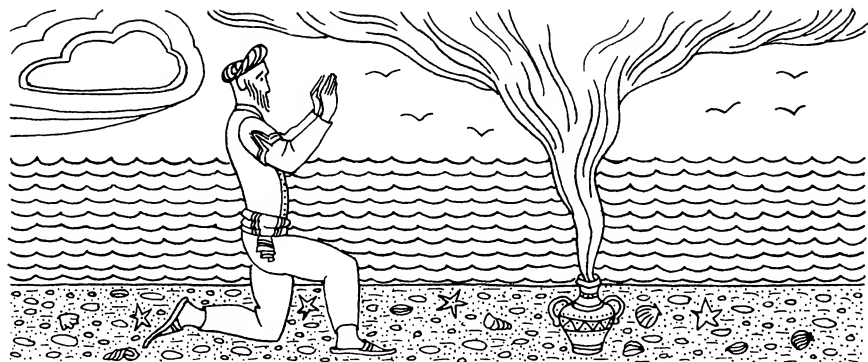
Pero ¿qué tiene esto de extraordinario, comparado con la historia del pescador?

Dijole el rey:

—¿Y qué historia es esa del pescador?

<sup>29</sup> Plural fracto de *scheij*.





## HISTORIA DEL PESCADOR Y EL EFRIT

(Noche 3)

*Aparece el primero de los muchos pescadores que desfilan por estas historias y cuya intervención tiene siempre algo de providencial.*

*Nótese el detalle de que a esos pescadores nunca se les da bien la pesca al principio, sino luego de sacar en la red algo baladí o ridículo, como en este caso, lo cual parece tener un sentido místico y recuerda la exhortación evangélica «Pedid con fe» y la triple llamada del neófito a la puerta del templo.*

*El pescador de esta historia, como los schiuj de la anterior, aparece anónimo, sin cédula de vecindad ni carta de naturaleza, lo cual indica el remoto origen del cuento. Pertenecce este, según el cómputo aceptado por la mayoría de los exegetas, al siglo X de la hechra, lo mismo que los precedentes, y se relaciona con el mito de Salomón y los genios, con lo que pudiéramos llamar «ciclo salomónico».*

Y dijo Schahrasad:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que había una vez un pescador y era ya entrado en años y tenía mujer y tres hijos y era pobre de condición.

Y tenía costumbre de echar la jábega<sup>1</sup> al agua cuatro veces al día, sin falta, que siempre así lo hacía.

Y sucedió que salió un día de entre los días, a hora de mediodía, y se encaminó a la orilla del mar y puso en el suelo su banasta y echó al agua su jábega y aguardó con paciencia, hasta que quedó prendida en el fondo, en la tierra.

Tiró luego de las cuerdas y sintió que pesaba y, por más fuerte que tiraba, no lograba sacarla.

Retiróse, pues, de la orilla del mar y clavó una estaca en la tierra y ató a ella las cuerdas.

Desnudóse y zambullóse en el agua

<sup>1</sup> La voz jábega o jabeca, que de ambos modos se escribe, es el vocablo arábigo *Schabeka*, con o sin artículo. Es término técnico que aún tiene vigencia entre los pescadores andaluces.

y dio vueltas en torno a la red y no paró de trajar hasta que la sacó de allí, después de lo cual tornóse a vestir.

Miró la red luego y encontróse en ella con un burro muerto, y el pescador, al verlo, entristeciéndose y dijo:

—¡No hay gloria ni poder sino en Alá, el grande, el sublime, el lleno de majestad!

Después de lo cual tornó a exclamar:

—En verdad que ha sido esta una pesca singular.

Y rompió a declamar, improvisando los siguientes versos:

¡Oh el que se hunde en las tinieblas  
de la noche y de la muerte!  
¡Afloja tus riendas, pues  
el lucro no está en moverse!

Sacó luego el pescador al burro muerto de la red y procedió a exprimir esta bien.

Luego que hubo acabado de exprimirla bien tornó a desdoblarla y la echó otra vez al agua.

Y dijo: «En nombre de Alá», y la arrojó al mar. Y esperó paciente, hasta que se asentó.

Tiró entonces de ella con fuerza y notó que pesaba y se agarraba todavía más que la vez primera, por lo que pensó gozoso:

«Sin duda se trata de un pez gordo.»

Y ató la red a la estaca y se desnudó y se zambulló y buceó, hasta que la desprendió y sacó afuera y encontró un cubo grande en ella.

Visto lo cual, entristeciéndose y declaró el dicho del poeta:

¡Oh llama del tiempo! Dame  
satisfacción y, si no,  
tenme piedad, pues mi suerte  
ni mi esfuerzo me la dio.  
Sali a buscar mi sustento  
y fue vana mi labor,  
pues un tesoro encontré  
que perdiera su valor.  
Cuanto ignorante en el mundo  
sale a luz y sobresale,  
en tanto el sabio está oculto  
y la gente no lo sabe.

Arrojó luego el cubo al agua y exprimió la red y la limpió e imploró la clemencia de Alá y tornóse por tercera vez al mar. Y echó la jábega y aguardó paciente hasta que se asentó en el fondo del agua. Tiró luego de ella y encontróse con taramones y vidrios rotos por toda pesca. Y al ver aquello recitó los versos del poeta:

No te anda cerca el sustento  
ni a tu cuerpo está ligado;  
no hay caña<sup>2</sup> ni letra que  
te dé provecho colmado.

Luego que terminó, alzó su frente al cielo y exclamó:

—En verdad, oh Alá, sabes que yo no echo mi red sino cuatro veces y ya la eché tres.

Invocó luego el nombre de Alá y arrojó la red al mar. Y aguardó paciente a que agarrara en el fondo del agua.

Tiró luego con fuerza y no bastó el tirón, quedándose la jábega presa en el fondo del agua.

Y dijo el pescador:

—¡No hay gloria ni poder, sino en Alá!

Abrió luego la red y encontró en ella una olla de azófar<sup>3</sup> toda henchida y su boca sellada con sello de plomo y estampados en el sello los atributos de nuestro señor Solimán<sup>4</sup>.

Al verlo el pescador, alborozóse y exclamó:

—Lo venderé en el zoco de los metales y me valdrá diez dinares.

Alzó luego la olla en vilo y al ver que pesaba dijo:

—No hay más remedio sino que la tengo que destapar y ver lo que contiene.

<sup>2</sup> La caña o cálam o de que los orientales se sirven para escribir.

<sup>3</sup> Voz árabe, que ha pasado al romance. Latón, cobre amarillo.

<sup>4</sup> Soleimán, que de ambas maneras se vocaliza esa forma árabe del *Schelomoh* hebraico. Como es sabido, significa El pacífico.

ne; la meteré en el saco y la venderé en el zoco de los metales.

Sacó, pues, su cuchillo y bregó con el sello de plomo hasta desprenderlo de la olla y puso esta en el suelo y la zarandeó de acá para allá, a fin de ver qué era lo que podía contener.

Mas no salió de ella cosa alguna, salvo una gran humareda que se elevó hasta los confines del cielo y empezó a andar sobre la haz de la tierra.

Maravillóse el pescador hasta el colmo de la maravilla y, después de eso, acabó de formarse el humo y se condensó y se agitó, hasta tomar al fin la forma de un *efrit*; su cabeza en las nubes y sus pies en la tierra, y era su cabeza como una cúpula y sus manos como rastrillos y sus pies como mástiles y su boca como una cueva con unos dientes como peñas y sus narices como una jofaina<sup>5</sup> y sus ojos como antorchas y greñuda y polvorienta su pelambre revuelta.

Luego que hubo visto el pescador a aquel *efrit*, los miembros le temblaron y los dientes le castañetearon y se le secó la saliva y los caminos se le cegaron. Pero hete aquí que el *efrit*, al ver al pescador, le dijo así:

—No hay más *ilah*<sup>6</sup> que Alá y Soleimán es el Profeta de Alá.

Y luego añadió:

—Ye Profeta de Alá, no me mates, que no volveré ya más a las andadas y no faltaré a mi palabra ni me rebelaré a nada<sup>7</sup>.

<sup>5</sup> Del árabe *Chofaina*.

<sup>6</sup> *Ilah*, dios de los idólatras.

<sup>7</sup> El genio o *alifrit* de esta historia es el primer ejemplar que aparece en el libro de un genio rebelde, encerrado por Salomón en ollas de azófar, selladas de forma que hacía imposible la evasión. Más adelante los veremos intervenir en más de una historia. El de la presente es el famoso Sahru-ch-Chinni de la leyenda así nombrada y al que Salomón arrojó metido en su redoma sellada en el lago de Tiberiades, siempre agitado y tempestuoso. ¡Buen lugar para cárcel! Es un venerable antecesor de *El Diabolo cojuelo*, de Luis Vélez de Guevara.

Díjole el pescador:

—¡Oh el precito! ¿Cómo invocas a Soleimán, el Profeta de Alá, siendo así que Soleimán murió hace mil ochocientos años y nosotros estamos en el fin de los tiempos? <sup>8</sup> Di, pues, cuál es tu historia y cuál es tu cuento y cuál fue la causa de tu entrada en esa redoma sellada.

Oído que hubo el precito las palabras del pescador, dijo:

—No hay más Dios que el Dio <sup>9</sup>. He aquí, pescador, que te voy a anunciar una buena nueva que te ha de alegrar.

Dijo el pescador:

—Pues ¿qué buena nueva es esa que me vas a anunciar?

Y el *efrit* le dijo:

—Pues que vas a morir de pésima muerte ahora mismo.

Díjole entonces el pescador:

—¡Oh caudillo de los *afarit*! Mereces por esa noticia que el cielo deje de prestarte su ayuda y te lleve lejos de aquí. Pues ¿por qué habrías de matarme y qué es lo que exige mi muerte siendo así que te saqué de la olla y te salvé del fondo del agua y te subí a la orilla en mi jábega?

Pero el *efrit* tornó a decir:

—No hay más remedio sino que ten-

<sup>8</sup> Salomón empezó a reinar, según la cronología convenida, el año 1015 (antes de Cristo) y el cuento hay que situarlo alrededor del año 169 de la *hechra*. Pero desde luego no hay que discutir fechas en estas historias fantásticas ni, en general, en historias árabes.

El profesor Tawney compara el Salomón del Islam con el rey hindú Vikramáditya, que mandaba en las siete divisiones del mundo y tenía a su servicio a los demonios.

<sup>9</sup> Ponemos Dio en el segundo miembro de la frase, siguiendo a los sefardies, que ven en Dios la ese del plural.

La misma expresión emplean los italianos, pues su *Idio* no es sino *Il Dio* (El Dio). Trátase de la profesión de fe musulmana (del testimonio) calcada sobre la mosaica: *Schemâ Israel, Odonai elohenu Adonai ehad* (Escucha, Israel: Adonai, nuestro dios, es un Señor único). La fórmula se completa agregando: «Y Mahoma el Enviado de Alá.» Los *schíes* persas añaden aún: «Y Ali, el amigo de Alá.»



go que matarte; escoge, pues, la clase de muerte que prefieres, que ese es todo el favor que puedo hacerte.

Al ver el pescador que la cosa iba de veras, imploró al *efrit* y le habló así:

—Perdóname generosamente en atención a haberte sacado yo de tu prisión.

Pero el *efrit* exclamó:

—Precisamente por eso te tengo que matar sin remisión.

—¿Pero qué hice yo para incurrir en tu enojo?—exclamó el pescador.

Y el *efrit* le dijo:

—Oye mi historia, pescador.

Y el pescador exclamó:

—Habla y sé breve, que el alma se me sale por los pies de puro impaciencia.

Y dijo el *efrit*:

—Has de saber, pescador, que yo soy un *efrit* de los *afarit* rebeldes; que me rebelé un día contra Soleimán, el hijo de Daud <sup>10</sup> (sea sobre ambos la paz).

Mi nombre es Sahru-ch-Chinni <sup>11</sup> y sucedió una vez que Soleimán envió contra mí a su visir Asef-ben-Berajiyah <sup>12</sup>, cual me prendió, pese a mi resistencia, y me puso entre las manos de Soleimán, el Profeta de Alá.

Encogíoseme entonces a mi la raíz y al verme Soleimán hizo un conjuro a Alá y me intimó que abrazase su ley y me sometiese a su obediencia, pero yo me negué.

El entonces mandó que le llevasen una olla y en ella me metió y la selló con plomo y estampó en él el nombre del Poderoso.

<sup>10</sup> David, padre de Salomón.

<sup>11</sup> El brujo, el genio. Roso de Luna interpretó: el jina sagrado.

<sup>12</sup> Asef o Asaf (Asaph)—el conciliador—hijo de Berajiva (*Bendición de Dios*), de la tribu de Levi, era uno de los cantores designados por David para el servicio del templo. Muchos de los salmos de aquel rey van encabezados con su nombre y hay quien lo reputa autor de ellos. (*Diccionario bíblico* de Alonso Lavalley.) Solo en las leyendas talmúdicas aparece como primer ministro de Salomón.

Después de lo cual mandó a los leales de sus *afarit* cargasen conmigo y me arrojasen sin piedad en medio del mar.

Cien años pasé en el fondo del agua y de todo corazón decía yo: «Rico haré a aquel que de aquí me sacare.»

Mas cien años transcurrieron sin que nadie viniera a salvarme.

Pasaron después otros cien años y yo decía, con toda verdad: «Descubriré los tesoros de la tierra y se los daré al que a salvarme venga.»

Pero tampoco nadie acudió a liberarme.

Pasaron luego cuatrocientos años todavía, y yo en mi alma decía: «Concederé tres cosas al que me saque de esta olla.»

Pero tampoco entonces vino nadie a salvarme. Y ya loco de rabia dije con toda mi alma: «Mataré al que me salve, pero le dejaré elegir el género de muerte de que quiera morir.»

Entonces viniste tú a salvarme, de suerte que no tengo otro remedio que matarte, aunque te permito elegir la clase de muerte de que quieras morir <sup>13</sup>.

Dijole entonces el pescador al *efrit*:

—¡Oh *scheij* de los *afarit*! ¡Conque por haberte hecho un bien vas a pagarme con un mal? ¡No mintió por cierto el refrán!

Hacemos bien y con el mal nos pagan; triunfan en esta vida los malvados; quien favorece a aquel que no es su sangre no extraña si se ve recompensado en igual forma que, según nos cuentan, lo fue el viajero que prestó su amparo a Ummi-Amir cuando estaba en gran aprieto <sup>14</sup>.

<sup>13</sup> El pescador se encuentra en la misma situación que Bertoldo en el famoso libro *Bertoldo, Bertoldino y Casaseno*, lleno de folklore.

<sup>14</sup> *Ummi-Amir* (la madre de Amir) es la hiena en el lenguaje simbólico del pueblo. Fácil es adivinar que se trata de una fábula del viajero y la hiena de moraleja parecida a la que se resume en el adagio popular: Cria cuervos y te sacarán los ojos.

Oído que el *efrit* lo hubo, le dijo:  
—No te sulfures ni hables, que sin remisión he de matarte.

Dijose entonces el pescador para su ánima:

«*Efrit* es este y yo hombre y Alá me dotó de inteligencia cabal; así que he de ingeniar-me para acabar con él, gracias a mi astucia y talento, en tanto él se vale de su engaño y maldad.»

Después de lo cual, dijole al *efrit*:

—¿Es cierto que estás resuelto firmemente a darme la muerte?

Y le contestó el *efrit*:

—Cierto que sí.

Y el pescador dijo al *efrit*:

—Pues por el nombre, el más grande, estampado en el anillo de Soleimán, te pido una cosa que no me has de negar.

—Bueno—dijo el *efrit*.

Mas no bien hubo oído el *efrit* la mención del nombre, el más grande, luego se estremeció y empezó a agitarse y le dijo al pescador:

—Anda y sé breve, por favor.

Dijole el pescador:

—¿Cómo es que estabas dentro de esa olla con toda tu persona, siendo así que en ella no cabe ni tu mano ni tu pie? ¿Cómo entonces pudiste caber en ella todo entero y meter ahí todo tu cuerpo?

Dijole el *efrit*:

—¿Acaso dudas que estuviera dentro?

Dijole el pescador:

—Jamás podré creerlo mientras con mis propios ojos no te vea dentro.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus desbordantes palabras.

## Y LA NOCHE 4 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mí noticia, *ye monarca*, el afortunado, que el pescador le dijo al *efrit*:

—Jamás daré crédito a tu historia hasta que con mis propios ojos no te vea dentro de la olla.

Estremeciéndose <sup>15</sup> entonces el *efrit* y convirtiéndose en humo denso que subía hasta los cielos; encogióse luego y fue entrando en la olla poco a poco hasta meterse dentro del todo.

El pescador entonces dióse prisa a

coger el tapón de plomo con el sello y cerró la olla con el *efrit* dentro.

Y gritóle al *efrit*:

—¿De qué muerte prefieres morir?

Dijole el *efrit*:

—Sácame de aquí y te lo pagaré bien y no te pesará.

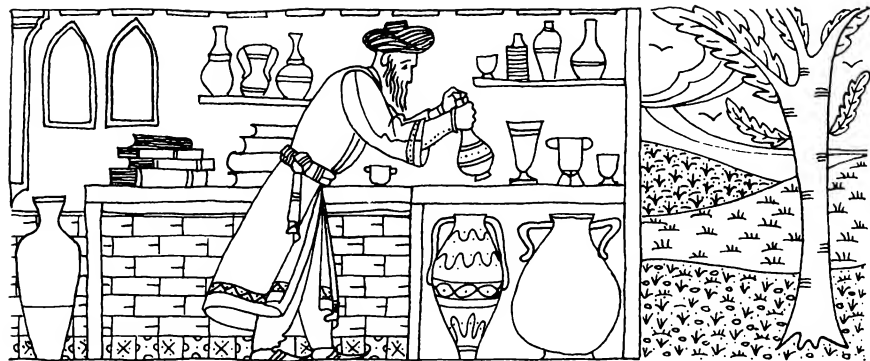
Mas el pescador le contestó:

—No, que mentirás. Que yo soy como soy y tú como el visir del rey Yunán y harás conmigo igual que él hizo con el médico Ruyán.

Dijo entonces el *efrit*:

—¿Y qué fue lo que pasó entre el rey Yunán y el médico Ruyán? ¿Qué historia es esa? ¿Me la quieres contar?

<sup>15</sup> Parece tratarse de ese temblor que sacude al *médium* antes de caer en «trance».



## HISTORIA DEL REY YUNAN Y EL MEDICO RUYAN

(Noche 4)

*He aquí la primera historia en que aparecen los personajes designados por sus nombres y lugares de origen, aunque adolezcan de la imprecisión habitual en los narradores, cuando no se trata de verdaderos musulmanes. Así, por ejemplo, el nombre del rey Yunán parece el simple epíteto gentilicio de Jonio y no un patronímico, y el del médico Ruyán suena al adjetivo árabe Vidente (de ra-ver) o Versado en historias (ruyat); Fars no es nombre de ciudad, sino de una región de Persia, y Aumán parece una prolongación de Rum (el imperio bizantino). La historia en sí pertenece al número de las muchas que sobre las relaciones entre rey y médico corren por toda la literatura antigua y hasta parece una variante de la que Valerio Máximo refiere como ocurrida entre Alejandro Magno y su médico Filipo, en la que aquel se acreditase verdaderamente de magno bebiendo la pócima que Filipo le brinda cuando acaba de recibir la denuncia de que quiere envenenarlo. Resulta interesante por ser la única en que se nos describe un proceso de curación racional y no mediante la magia o el milagro. En ella aparece también el tema de la cabeza parlante, tan frecuente en los libros de caballería, que Cervantes no dejó de intercalar en su parodia, durante la estada en Barcelona de su hidalgo, y cuyo sentido mítico se traduce en un problema psicofisiológico en la literatura del siglo XIX, emocionada por la invención de la guillotina.*

*Para Roso de Luna se trata de un «símbolo de la ceguera humana y su eterna ingratitud hacia sus bienhechores». El mazo o malleto de jugar al polo—deporte antiquísimo entre los persas—no es tal mazo, sino la emblemática «tau» y simboliza «el constante empleo en la vida del arma de la justicia que es la “tau”, balanza o martillo de Thor». Los respectivos nombres del rey y su médico son, según Roso de Luna—que no se atiene a*

*etimologías—, deformaciones de Yama—el dios o el rey de la muerte—, y Runan el hombre de las runas, o sea «el conocedor de la Sabiduría primitiva, en las runas escritas, tanto que luego al país de aquel se le dice el País de Runan, con su capital en Fars, denominaciones mal atribuidas por el traductor (Mardrus) a Bizancio y los griegos cristianos». Roso de Luna no tiene reparo en leer Runan en vez de Ruyán y país de Runan en vez de Rumán.*

*Cronológicamente debe de ser esta historia, por su traza y localización, de las más antiguas del libro, es decir, anterior al siglo X.*

*Burton, que sigue la edición de Calcuta, transcribe Duban y lo mismo hace Littmann en su versión alemana. Nosotros optamos por la grafía de la edición de Bulak, por prestar al nombre un significado simbólico.*

Y dijo el pescador:

—Has de saber, *ye* el *efrit*, que hubo en los antiguos tiempos y en los siglos y edades pretéritos, en la ciudad de Fars y en la tierra de Rumán, un rey al que le decían el rey Yunán, y era dueño de riquezas y ejércitos y muchedumbre de servidores de toda casta de hombres.

Y adolecía en su cuerpo de un mal que ni sabios ni médicos le podían curar, sin que le fueran de ningún provecho poción medicinal ni polvos ni ungüentos. Y no lograba curarlo ningún médico. Cuando hubo de llegar a la ciudad del rey Yunán un gran doctor, ya de avanzada edad, al que le decían el médico Ruyán.

Y era sabedor de libros griegos y persas y rumies y arábigos y siríacos y conocía los simples y los astros y estaba impuesto en las raíces de su ciencia y en los fundamentos de sus operaciones, tocante a su provecho y su daño, y conocía las propiedades de las plantas y de las hierbas frescas y secas, así benéficas como nocivas, y era también versado en la ciencia de la Filosofía, poseyendo, en verdad, todas las artes médicas y las demás.

Luego que el médico Ruyán llegó a la ciudad del rey Yunán, y se asentó en ella unos días, supo la noticia del

rey y de lo que en su cuerpo le ocurría a causa de la lepra con que Alá le afligía para probarlo y de cómo eran impotentes los médicos y gente de ciencia para curarlo.

Oído que hubo aquello el médico, pasó la noche preocupado, y no bien amaneció la mañana vistióse sus mejores galas y fuese a ver al monarca y besó ante él la tierra <sup>1</sup> e impetró para él de Alá la perduración del poder y la dicha y todo lo mejor que se puede desear.

Hízole saber luego quién era y le dijo:

—*¡Ye* sultán, el poderoso! Ha llegado a mis oídos que estás muy afligido por eso que hay en tu cuerpo y que muchos de los médicos no han acertado a ponerle remedio. Pero he aquí que yo te curaré, oh rey, y no he de darte a beber droga alguna ni te he de aplicar en el cuerpo ungüento sobre ungüento.

Al oír el rey Yunán las palabras del médico Ruyán maravillóse y le dijo: —¿Cómo harás, pues, por Alá? Que si me curas te haré rico a ti y a los hijos de tus hijos y te colmaré de mercedes y beneficios y será tuyo cuanto

<sup>1</sup> Se trata de la prosternación (*proskinesis*) que el protocolo persa imponía a cuantos pasaban a presencia del soberano.

poseo y serás en lo sucesivo mi comensal y mi amigo.

Gratificóle luego con una aljalá <sup>2</sup> y le dijo:

—¿Por ventura es verdad que sin droga ni ungüento vas a curarme de mi enfermedad?

Y le respondió el médico:

—Cierto que sí; te curaré sin la menor molestia para tu cuerpo.

Maravillóse el rey hasta el colmo de la maravilla y le dijo:

—¿Ye el médico! Eso que anuncias, ¿en qué día será y en qué momento? Date prisa, hijo mío, que te digo en verdad que no puedo esperar.

Y el médico le dijo:

—¡Audición y obediencia! <sup>3</sup>

Bajó después el médico de donde el rey y alquiló una casa y puso en ella sus libros y sus simples y sus hierbas.

Tomó luego de ellas e hizo un mazo y lo ahuecó por dentro y le puso un mango y también una pelota, valiéndose de su ciencia.

Luego que lo hizo todo y remató su tarea, subió el rey <sup>4</sup> al segundo día y pasó a su presencia y besó entre sus manos la tierra y le mandó que montase en su caballo y fuese al almeidan <sup>5</sup> y jugara a la pelota con el mazo.

Y estaban con el rey sus visires y los ministros de su gobierno.

<sup>2</sup> Los antiguos reyes de Persia solían regalar a sus visitantes dinero y prendas de vestir, según puede verse en Herodoto y Eliano, al hablar de los embajadores griegos a la corte de Artajerjes. Los griegos llamaban a esos trajes *dorofoiriká*. Los escritores árabes los llaman *jalá* (de la raíz *jálá*, arrancar, arrebatar). Nuestros moriscos romancearon la palabra en la forma *aljalá*, escrita a veces *alcálá*.

<sup>3</sup> Fórmula usual de acatamiento. En el *Corán* se lee: «Ciertamente será la palabra de los creyentes cuando invocan a Alá y a su Enviado, para que juzgue entre ellos, que dirán: Oímos y obedecemos.» Sura XXIV, *An-Nur* (La luz).

<sup>4</sup> Las expresiones subir y bajar adonde el rey aluden a la altura en que estaban edificadas los alcázares de los monarcas.

<sup>5</sup> De *meidan*. Estadio, campo abierto. De esta voz árabe derivan algunos, no con gran fundamento, la de alameda. (Véase *Almidán*.)

Ahora bien: no llevaba el rey mucho rato en el *meidan* cuando presentóse allí el médico Ruyán y le entregó el mazo al monarca, y le dijo estas palabras:

—Toma este mazo, cógelo por el mango y corre de acá para allá por el *meidan* y dale con él a la pelota con toda tu fuerza hasta que te suden la palma de la mano y el cuerpo y la medicina se difunda y corra de tu mano a todos tus miembros.

Y cuando sudés y se te extienda la medicina por el cuerpo, vuélvete a tu alcázar y entra en baño y lávate; quedarás curado sin más. Y *selam*.

Tomó en seguida el rey Yunán el mazo de manos del médico Ruyán y lo empuñó con la suya, y montaron los bravos jinetes y le echaron la pelota entre sus manos.

Y el rey corría tras ella, hasta apartarla con el mazo y le pegaba fuerte, teniendo apretado en la palma de su mano el mango del mallete.

Y no paró de darle con él a la pelota hasta que empezaron a sudarle la palma de la mano y el cuerpo y corriósele la medicina desde el mango a todos sus miembros.

Advirtió luego el médico Ruyán que el remedio se extendiera por todo el cuerpo del sultán y le ordenó que en aquel mismo instante se fuese al *hammam*.

Fuese el rey al *hammam* y allí se lavó con toda escrupulosidad y luego se vistió sus ropas, dentro del *hammam*.

Y al salir el rey del baño miróse el cuerpo y no halló en él rastro de lepra, que la piel se le volviera limpia y sin tildes como la plata virgen.

Alegróse, pues, el rey hasta el colmo de la alegría y el pecho se le ensanchó y se le desahogó.

Luego que amaneció la mañana, pasó el rey Yunán a su diván y se sentó en el trono de su reino, y entra-

ron a su presencia sus chambelanes y los grandes de su gobierno, y entró también el médico Ruyán y besó la tierra entre sus manos y después recitó estos versos, dirigiéndose al soberano:

Si por padre te eligiese la poesia,  
en verdad que de nuevo floreciera,  
y que, habiendo tal padre, ningún otro  
ya nunca más quisiera.  
¡Oh rostro refulgente que de un ascua  
eclipsas la llama deslumbrante!  
¡Quiera Alá prolongarte tu frescura  
hasta que a ver alcances  
surcar la faz del tiempo mil arrugas!  
¡Como la nube la colina cubre,  
así de beneficios me cubriste!  
Las cumbres de la gloria has alcanzado  
y señoras cuanto en tu torno existe.  
¡Eres del Sino el hijo predilecto;  
no te puede negar lo que le pides!

Al oírlo el rey púsose en pie en el acto y fue a su encuentro y lo hizo sentar a su lado.

Y trajeron mesas con vituallas, que extendieron, y comió en su compañía. Y no dejó de ser su comensal todo aquel día.

Pero, al llegar la noche, dio el rey al médico dos mil dinares, aparte la ropa y otros regalos, y lo hizo montar en su propio caballo.

Y fuese el médico a su casa, y el rey Yunán estaba maravillado de su obra y exclamaba:

—Ese me sanó lo de fuera de mi cuerpo y no me ungió con unguento. Por Alá, que es el más sabio de todos los médicos y obligado estoy con ese hombre a colmarlo de mercedes y honores y a tomarlo por comensal y amigo por toda la duración de los tiempos.

Y acostóse aquella noche el rey Yunán contento por la salud de su cuerpo y su liberación de la dolencia, que tanto tiempo padeciera.

Luego que amaneció la mañana, salió el rey al diván y lo rodearon sus emires y visires.

Y había entre sus visires uno de

facha indigesta y cara siniestra, agarrado, avariento, receloso, nacido para la envidia y la malicia.

Y al ver el visir que el rey Yunán acercaba a su persona al médico Ruyán y le otorgaba tantas mercedes, concibió de él envidia y tramó en secreto su ruina. Como dice el proverbio: «No hay cuerpo en que la envidia no tenga alojamiento.» La inquietud late oculta en el alma, el poder la saca afuera y la impotencia hace que se retraiga.

Llegóse, pues, el tal visir al rey Yunán y besó la tierra entre sus manos y le dijo:

—¡Soberano del siglo <sup>6</sup>, que el mundo entero abarca con tus beneficios! Tengo que hacerte una advertencia importante, que si me la callo sería un hijo bastardo. Así que si me mandas te la haga, te la haré.

Dijo al rey y dizque le alarmaron las palabras del visir.

Y el visir prosiguió así:

—¡Ye monarca glorioso! Dijeron los antiguos: «Quien las consecuencias no mira, no tiene a la Fortuna por amiga.» Y he aquí que yo veo al rey errar el blanco y verter sus mercedes sobre sus enemigos y sobre aquellos que persiguen la ruina de su reino, y dizque <sup>7</sup> los beneficios hasta el límite del acercamiento, y yo temo por el rey a causa de ello.

Estremecióse el rey cual picado de víbora y mudó de color. Y a seguida exclamó:

—¿Quién es ese que dices ser mi enemigo y protegerlo yo?

Y el visir respondió:

—¡Ye rey! He aquí que estabas dormido; despierta ya. Yo aludo al médico Ruyán.

<sup>6</sup> Del siglo, o sea, del tiempo que pasa, a diferencia de Alá, que es soberano por toda la eternidad.

<sup>7</sup> Locución tomada del árabe *iza* (he aquí que).

Dijole el sultán:

—Ese es mi amigo y el que más poder tiene conmigo. Pues me curó con una cosa que yo tuve en mi mano y me sanó de mi mal, cuando todos los médicos me habían desahuciado. De veras que no hay otro como él en este siglo, en todo el mundo, ni en el Occidente ni en el Oriente. Desde ahora en adelante le asigno yo un sueldo de mil dinares mensuales, que, aunque le diere la mitad de mi reino, aún sería poco para lo que le debo. Y pienso que todo eso me lo dices movido de la envidia y nada más, como se cuenta en la historia del rey Sindabad...

Sintió aquí Schahrasad venir la mañana y cortó el hilo de sus elocuentes palabras.

Dijole entonces su hermana:

—¡Hermana mía! ¡Cuán dulce tu

cuento y cuán sabroso y deleitoso y ameno!

Y dijo Schahrasad:

—Pues no tiene punto de comparación con el que os pienso contar la noche que viene, si vivo, y el rey esa prórroga me concede.

Y dijo para sus adentros el rey:

«Por Alá que no la mataré hasta no oír el resto de su historia, que es una historia maravillosa.»

Permanecieron, pues, abrazados el resto de la noche, y luego que la mañana amaneció salió el rey de su cámara y se dirigió a la sala de justicia y se engranó el collar del diván, y juzgó y nombró y destituyó y ordenó y prohibió hasta que el día vino a finar.

Tornóse entonces el rey a su alcázar, y llegada que fue la noche despachó el rey Schahriar su asunto con la hija del visir, con Schahrasad.

## Y LA NOCHE 5 REANUDO SCHAHRASAD SU RELATO, DICIENDO:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que el rey Yunán le dijo a su visir:

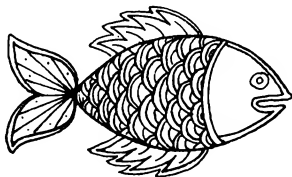
—*¡Ye el visir!* Tú has dejado entrar en tu alma la envidia a ese médico y quieres que lo mate, para que después

me arrepienta como se arrepintió el rey Sindabad cuando mató al halcón.

Dijole el visir:

—¿Y qué fue lo que le sucedió al rey Sindabad con el halcón?

Y el rey respondió:





## HISTORIA DEL REY SINDABAD Y EL HALCON

(Noche 5)

—Cuentan (pero Alá es el más sabio) que hubo una vez un rey de los reyes del Fars que gustaba de la alegría y la zambra<sup>1</sup> y de la caza y montería.

Y tenía un halcón al que criara y que ni de día ni de noche de él se separaba.

Cuando salía de caza el rey llevaba consigo al halcón y colgábase del cuello un vasito de oro, en el que le daba de beber cuando tenía sed.

Y sucedió que un día estaba el rey sentado en su cámara cuando llegó su montero mayor, el encargado en todo lo atañadero a las aves de cetrería y le dijo al sultán:

—¡Soberano del tiempo! Este es momento de salir a cazar.

Mandó, pues, el rey hacer los aprestos para salir de caza y tomó su halcón en su puño y partieron y siguieron el camino hasta llegar a orillas de un río y armaron allí sus redes y se quedaron de muestra.

Y he aquí que vino a caer en la red

una gacela y dijo a sus monteros el rey Sindbad<sup>2</sup>:

—Aquel a cuyo lado pase la gacela lo mandaré matar.

Apretaron los monteros en torno a la gacela el aro de las redes y he aquí que la gacela se adelantó hacia el rey y se empujó sobre sus patas y se llevó las manos al pecho, cual si besase la tierra ante el monarca.

Espantó este a la gacela y el animal, saltando por encima de su cabeza, escapó hacia el campo con gran ligereza.

<sup>2</sup> Aparece por primera vez este nombre propio de persona compuesto de dos vocablos persas —Sind (el río Ganges) y Abad (población)— que otras veces se da en su forma sincopada de Sindbad. En ambas formas viene a ser un gentilicio que designa propiamente un habitante de la India transgangeítica, lo cual indica el origen indio de la anécdota. El vocablo persa *abad*, anota Burton (que, sin embargo, impugna esa etimología), entra en la formación de nombres indios desde los tiempos de Alejandro Magno, como lo atestigua el toponímico «Dachinabades» del Periplo, que no es sino el «Dakschin-abad» persa y el «Dakschinapatha» sánscrito.

Hay quienes proponen, como Benfey, para el nombre en cuestión, la etimología sánscrita de «Sindhapatl»—Señor de sabios, Sindabad o Sindi-

<sup>1</sup> Del árabe *zambra*.



Volvióse el rey a los monteros y vio que estos se guiñaban con malicia los ojos y preguntó el rey a su visir:

—¿Por qué se guiñan los ojos así?

Y el visir le contestó al monarca:

—¡Pues porque juraste matar a aquel a cuyo lado pasase la gacela!

Al oír aquello, exclamó el rey:

—¡Por vida de mi cabeza! No la sigáis, que voy yo por ella.

Salió luego el rey tras el rastro de la gacela y no paró de seguirla, hasta que el halcón fue y le picoteó los ojos al animal, con lo que lo cegó y lo mareó.

Enarboló entonces el rey su maza y diole con ella de suerte que derribó al animal y lo hizo caer desplomado en tierra.

Desmontó luego el rey de su caballo y sacrificó a la gacela y la desolló y se la ató al arzón.

Era la hora del calor y era aquel un desierto en el que no había nada de agua. Y dizque tenían sed el rey y sus guardias.

Pero tendió el rey la vista en torno

---

bad (que también así se escribe)—es una modificación del hebreo Sandabar o Sendabar y el griego Syntipas. En nuestro romance se encuentra la forma Sendebad.

El rey Sindabad da su nombre a *Sindibad-Nomeh* (*Libro de Sindibad*), que es una recopilación de sentencias y «exemplos» por el estilo del *Kalila y Dimna* y que contiene historias que en su mayor parte se han incorporado al folklore universal, debido a su traducción o adaptación tempranas a todas las lenguas europeas y orientales. Entre las últimas figuran el *Dolopathos* del trovador Harbers (siglo XIII); los *Siete sabios* de Juan Holland (1575); los *Siete sabios maestros*, por no citar sino los más principales.

Hay en el *Sindibad-Nameh* toda una serie de anécdotas referentes a las malicias de las hembras, que se recogen en el libro español *De los assayamientos y engannos de las mujeres*, y otra serie de historias en que intervienen loros y papagayos y que dieron origen al libro hindustaní *Tota Kahani*, al persa *Tuti-Nameh* (*Libro del papagayo*), de Najschabi, siglo XIV de nuestra era, análogo al sánscrito *Suka sapatti* o *Sesenta historias de papagayos*.

El *Sindibad-Nameh* en la forma en que hoy lo conocemos data aproximadamente de 1375. El

suyo y reparó en un árbol del que manaba agua, como manteca.

Vestía el rey su mano de piel y cogió el vasito de oro del cuello del halcón y lo llenó de aquel agua y se lo puso delante con intención de beber, cuando he aquí que el halcón diole al vaso con el pico y lo volcó.

Tornó el rey a coger el vaso y lo llenó por segunda vez, y pensando que el halcón tenía sed, se lo ofreció.

Pero el halcón volvió a picotear el vaso y a volcarlo.

Enojóse entonces el rey con su halcón y tornó a llenar el vaso y se lo ofreció a su alazán<sup>3</sup>, pero el halcón volvió a darle al vaso con sus alas y vertió otra vez el agua.

Y al ver aquello exclamó el rey:

—¡Que Alá te condene, oh la más infausta de las aves nefastas! No me dejaste beber a mí ni bebiste tú ni has dejado beber tampoco a mi rocin.

Y esgrimiendo sobre el halcón su espada fue y le cortó las alas.

Levantó entonces el halcón su cabeza y vino a decirle al rey por señas:

—Mira lo que hay encima del árbol.

Alzó el rey la vista al árbol y vio a él enroscada una serpiente y que era su ponzoña lo que aquel destilaba. Y pesóle entonces al rey haberle cortado al halcón sus alas.

Montó luego el rey en su alazán y se

---

profesor Falcones publicó aproximadamente un entreacto del libro en 1841, y en 1884 Clouston lo editó íntegro y con notas.

Según Hamzah Isfahani, los reyezuelos que sucedieron a Alejandro Magno mandaron componer unos sesenta libros, entre ellos el *Libro de Maruk*, el *Libro de Barsinas*, el *Libro de Sindibad*, el *Libro de Schimás*, etcétera.

Fragmentos y glosas del *Sindibad-Nameh* se encuentran en múltiples historias de LAS MIL Y UNA NOCHES.

Sobre la introducción en España del referido libro y sus adaptaciones romaneadas puede consultarse la obra del arabista González Palencia *Visión castellana del Sendebad*, 1947.

<sup>3</sup> Del árabe *al hazán*. Corcel de color rojo, más o menos subido.

tornó a su alcázar llevando la gacela consigo, colgada del arzón de su es-  
tribo.

Dióselas después al cocinero y le  
dijo:

—Tómala y guísala.

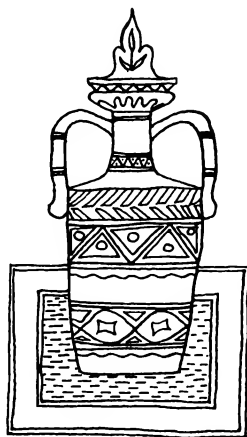
Sentóse luego el monarca en el trono  
de su reino, teniendo en su puño al  
halcón.

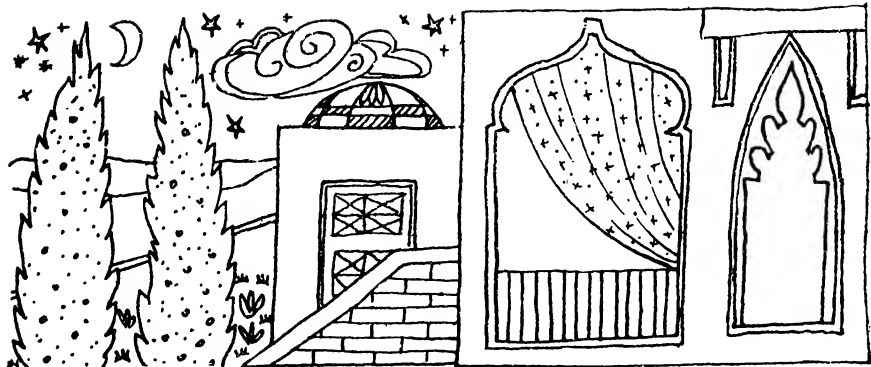
Y el halcón de pronto lanzó un que-  
jido y murió.

Y rompió el rey a clamar su dolor y  
su pena por haber matado al halcón,  
que de una muerte cierta le salvó.

Y he aquí sin más toda la historia  
del rey Sindabad.

Y también he oído contar una histo-  
ria por el estilo, que se titula:





## HISTORIA DEL MARIDO Y EL PAPAGAYO

(Noche 5)

*Esta historia repítese luego con leves variantes en la silva de anécdotas concernientes a las malicias de las mujeres con el título de Historias del confitero y su mujer y el papagayo, tomada del famoso Sindibad-Nameh.*

*La edición de Bulak, así como la de MacNagthen, omiten esta historia, que, en su forma aquí expuesta, procede del Tuti-Nameh persa.*

Y cuentan que érase una vez un hombre y por más señas mercader, el cual casara con mujer hermosa, un dechado de gracia y garbo y tan dotada de atractivos que a todo el que la veía arrebatava los sentidos. Y dizque su marido la amaba con locura y tan celoso estaba de su hermosura que por no separarse de ella ni un instante renunciara a los viajes.

Hasta que al cabo no pudo el hombre excusarse de salir de viaje; pero antes de hacerlo, fuese al zoco de los paparos y mercó allí en cien dinares de oro un papagayo y lo cogió y se lo llevó a su casa y lo puso en una jaula, para que hiciese con su mujer veces de dueña y la vigilara y a su regreso le contara cuanto durante su ausencia pasara.

Pues era aquel pájaro muy inteligente y listo y nunca olvidaba lo que hubiera visto.

Y era el caso que la mujer del mercader tenía amores con un joven turco que solía visitarla y de día hacía con ella alifara y de noche con ella se acostaba.

Luego que el mercader hubo hecho su viaje y logrado su objeto, tornóse a su casa y pidió que le llevaran el pájaro y le preguntó qué había hecho su mujer en todo el tiempo que él había faltado.

Y el papagayo le dijo al marido: —Tu mujer tiene un querido, con el cual se pasó todo el tiempo que tú anduviste por ahí lejos.

Enloqueció de rabia el mercader al oír aquello y fuese a su mujer y le

arreó una paliza de las de marca mayor.

Malicióse la mujer que había sido alguna de sus criadas la que fuera con el cuento a su marido, y las reunió a todas y las interrogó bajo juramento y todas le contestaron que ellas no habían sido, sino el pájaro, el que la había delatado, y añadieron:

—Lo hemos oído con nuestros oídos.

Fue entonces la mujer y mandóle a una de las criadas que colocase un molinillo debajo de la jaula del papagayo y le diese al manubrio y a otra criada le ordenó que rociase de agua la jaula y a una tercera que se pusiese a dar carrerillas por la habitación de acá para allá, volteando un espejillo de reluciente acero que, en medio de la oscuridad, lanzaba destellos.

Pasóse aquella noche el marido fuera de casa, de alifara con un amigo, y, al volver de mañana, mandó que le llevaran al pájaro y le preguntó lo que en su ausencia hubiera pasado.

Y el pájaro le dijo:

—Señor, perdona que no te lo pueda decir, pues anoche no pude ver nada, debido a la tormenta y los truenos y los relámpagos, que duraron hasta la madrugada.

Maravillóse el mercader al oír aquello, pues se ha de saber que estaban en pleno verano y díjole al pájaro:

—Pero si estamos en el mes de Tam-mús y no es sazón esta de lluvias ni tormentas.

—¡Oh!—exclamó el pájaro—, por Alá que con mis propios ojos vi lo que te acabo de decir.

Pero el mercader, que no sabía nada ni se olía la tostada, púsose furioso con el pájaro, y pensando que la vez anterior habíale engañado también, acusando a su inocente esposa, tendió la mano y sacó al pájaro de su jaula y lo tiró con tal fuerza que allí se estrelló y en el acto murió.

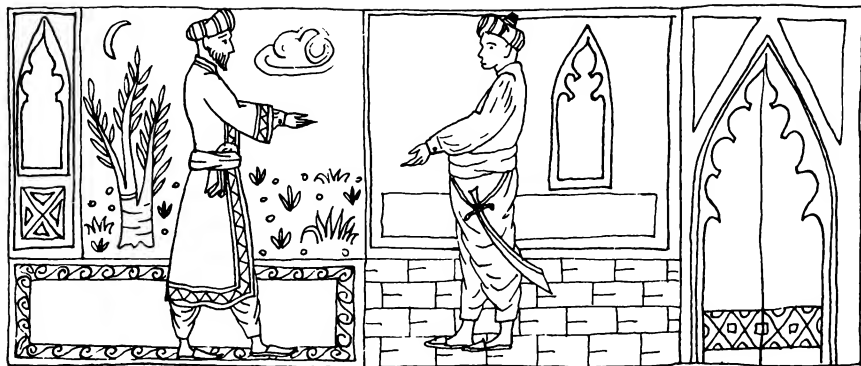
Ahora bien: a pocos días de aquello hubo una de las criadas de confesarle toda la verdad; pero dizque el mercader no lo quiso creer y persistió en considerar inocente a su mujer, hasta que por sus propios ojos vio salir al turco de la alcoba de su esposa y, tirando de espada, lo mató de una estocada en el cerviguillo y luego con la adúltera hizo lo mismo. De suerte que en pecado mortal fuéronse derechos al infierno. Reconoció entonces el mercader su yerro primero y que el pájaro no le había engañado y pesóle mucho de haberlo matado, cuando ya de nada le servía el pesar.

Luego que el visir hubo oído las palabras del rey Yunán, exclamó:

—¡Ye el rey, el encumbrado en dignidad! ¿Qué daño le hice yo a él ni qué daño me hizo a mí para que hubiese de desear su muerte? ¡En verdad que lo que hago solo lo hago por servirte a ti y no tardarás en ver que tengo razón, pues si sigues mi consejo te salvarás y si no perecerás, tan cierto como pereció aquel visir que obró traidoramente con el joven hijo del rey!

—¿Y cómo fue eso?—preguntóle el monarca.

Y el visir empezó así su cuento:



## HISTORIA DEL HIJO DEL REY Y LA ALGOLA

(Noches 5, 6, 7, 8 y 9)

*Aparece por vez primera en esta historia esa entidad espantable en que los árabes encarnan todos los horrores concebibles. Según la etimología, el nombre de «gola» o «gula», masculino «gul», significa calamidad, pavor; genealógicamente, corresponde el monstruo a la Lamia de los latinos y a la Litit o Lilis de los hebreos. Los hindúes lo llaman Yogiñi y Dakini; los caldeos, Utuy y Gimín (demonio de los desiertos) por oposición al Mas (demonio montuno) y Telal (demonio que merodea por las ciudades). En el folklore eslavo lleva el nombre de Bala yaga (vieja bruja). En las historias siguientes abundan las intervenciones del «gul» y la «gula», siempre con una siniestra nota. Nosotros empleamos aquí la forma romanceada «algol» que se encuentra en los textos aljamiados de vampirismo.*

—Has de saber, señor, que érase una vez un rey el cual tenía un hijo muy aficionado a salir de caza y montería, y habíale mandado a uno de sus visires que cuidase del príncipe y lo acompañase adondequiera que fuese y no lo dejase.

Y sucedió que un día de los días salió el joven príncipe de cacería acompañado del visir de su padre, como solía.

Y fueron cabalgando hasta que se toparon con una bestia salvaje, disforme, espantable. Y dijo el visir al hijo del rey:

—¡A ti te está reservada esa pieza; anda y corre tras ella!

Siguióla, pues, el hijo del rey hasta perderse de vista y también se le perdió a él de vista la fiera en aquella campiña extensa. Quedóse, pues, perplejo el hijo del rey, sin saber adónde hubiera la fiera, cuando hete aquí que en un otero cercano divisa una mocita que estaba llorando.

Y el hijo del rey le preguntó:

—¿Quién eres?

Y ella le contestó:

—Soy la hija del rey de los reyes, de Al-Hind. E iba por los campos monta-

da en mi bestia cuando me tomó el sueño y rodé por tierra y no supe más qué fuera de mí hasta que me encontré sola y perdida aquí.

Oído que hubo sus palabras el hijo del rey, luego compadeciéndose de su estado y la montó a la grupa de su caballo, y siguió adelante por aquella campiña hasta llegar a una algecira <sup>1</sup>.

Díjole entonces la mocita:

—Querría, *sidi*, hacer una necesidad, que estoy que no puedo aguantar.

Ayúdola el hijo del rey a descabalar y a dirigirse a aquel lugar.

Apartóse luego por discreción; pero visto que tardaba fue allá tras de ella, sin que lo advirtiera.

Y hete aquí que era una algola y les estaba diciendo a sus hijos:

—Hijitos míos, os traigo hoy un joven gordito.

Y ellos le dijeron:

—Pues tráenoslo acá luego, madre, y nos lo comeremos y en nuestras panzas nos lo meteremos.

Al oír tales palabras el hijo del rey barruntó su muerte y los miembros de su cuerpo se le estremecieron y llenósele de pavor el alma y alejóse de allí sin tardanza.

Salíó en esto la algola y lo vio temeroso y azorado, que temblaba de puro asustado, y le dijo:

—¿Qué tienes y a qué viene ese temor, hijo mío?

A lo que él fue y le dijo:

—Es que tengo un enemigo y temo de él.

Díjole la algola:

—¿No dijiste tú «soy el hijo del rey»?

—Y así es—respondió él.

Y la algola tornó a decir:

—Pues siendo así, ¿por qué no le das

a tu enemigo un poco de dinero y se dará por satisfecho?

Pero el hijo del rey le contestó:

—No se dará por satisfecho sino con mi vida; soy víctima de una injusticia.

Y le dijo la algola al oírlo:

—Si eres víctima de una injusticia, según afirmas, invoca la ayuda de Alá y El te librará de su daño y de todo mal.

Alzó entonces el hijo del rey su frente a los cielos y exclamó:

—¡Ye Aquel que oyes la imploración del agraviado cuando lo implora y descubres el mal! Defiéndeme de mi enemigo, ahuyéntalo de junto a mí. Que en verdad eres sobre toda cosa poderoso, ¡oh Alá! <sup>2</sup>

No bien hubo oído la algola su plegaria, alejóse de allí aprisa y en un instante se perdió de vista.

Alejóse también de allí el hijo del rey y fue a su padre y contóle el cuento del visir.

\*

—Pues bien: rey poderoso, ten presente que, si de ese médico te fias, te matará de la más fea de las muertes, por más mercedes que le prodigues y por más que a ti te lo acerques, pues está tramando tu ruina y el modo de perderte. ¿Por ventura no ves que él te sanó de tu mal con una cosa que cogiste en tu mano? ¿Y quién te dice que no te hará morir también con otra cosa que en tu mano te hiciese coger?

Y dijo el rey Yunán:

—Tienes razón. Se hará, pues, como dices, ¡oh el visir, el amonestador! Posible es que ese médico busque mi per-

<sup>1</sup> Del árabe *alchesira*, voz que significa isla, península y toda tierra cercada de agua. En Burton se trata no de una isla, sino de un lugar ruinoso.

<sup>2</sup> «Ciertamente, Alá es sobre toda cosa poderoso.» Frase que se repite cual piadoso estribillo o jaculatoria en múltiples pasos del *Corán*, encontrándose por primera vez en la sura II, titulada *Al-Bakra* (La vaca).

dición, y pues fue poderoso al sanarme con cosa que en mi mano tomé, también lo será a matarme con otra cosa que me dé a oler.

Díjole luego el rey Yunán a su visir: —¡Ye el visir, el respetable! ¿Cómo hemos de hacer con él?

Y el visir le contestó al rey:

—Envía por él ahora mismo y en cuanto venga le mandas cortar la cabeza. Y así te librarás de su mal y des-cansarás y lo cogerás en la trampa que él para ti prepara.

Y dijo el rey Yunán:

—Dices bien, ¡oh el visir!

Y acto seguido mandó a buscar al médico, el cual compareció ante él, muy ufano por cierto.

Que ya dijo el poeta:

«¡Ye tú que al Sino temes y por eso te llenas de pavor!

¡Desecha tu inquietud que todo en manos está de Aquel que el universo creó!

¡Porque lo que está escrito, escrito queda; nada lo borrará!

¡Y aquello que está escrito no hay razón para temerlo ya!

¿Podré, Señor, dejar pasar siquiera sin alabarte un solo día?

¿Mi don maravilloso de poeta a quien consagraria?

De favores me colmas diariamente y es siempre, a la verdad,

el último el mayor, y mi deseo no tiene que aguardar.

¿Cómo, pues, no cantar tus excelencias, tu gloria y esplendor,

en privado y en público, sin nunca cesar en tu loor?

Aun así, lo confieso: ¿no es posible que te pueda cantar,

en la medida justa que merecen tu grandeza y bondad!

Ye tú que dudas, pon de Alá en las manos tus asuntos; fía en El;

si en El confías, que lo sabe todo, no tienes ya del hombre que temer.

Ten presente que en nada de este mundo manda tu voluntad.

El Sabio de los Sabios es El solo que gobierna sin par.

¡No desesperes, pues, ni te entristezcas!

¡Desecha tu temor!

Que es la inquietud la que destruye al cabo del hombre el corazón.

¡Pon todos tus asuntos en sus manos!

¡Esclavos sin poder somos nosotros, mientras el que ordena y todo lo dispone es solo El!»

Ahora bien: luego que el médico Ruyán compareció ante el rey, díjole este:

—¿Sabes, por ventura, para qué te hice venir?

Dijo el médico:

—Solo conoce los arcanos Alá (¡exaltado sea!).

Díjole el rey:

—Pues te hice venir para matarte y del alma despojarte.

Asombróse el médico Ruyán del lenguaje del rey hasta el límite del asombro. Y dijo:

—Ye monarca ilustre, ¿por qué quieres matarme y de qué crimen soy culpable?

Contestó el rey:

—Hanme dicho que eres espía y que viniste para matarme y yo voy a matarte a ti para que no me mates a mí.

Llamó luego el rey a gritos al espadero y le dijo:

—Cortale el cuello a este pérfido y librame de su peligro.

Dijo el médico:

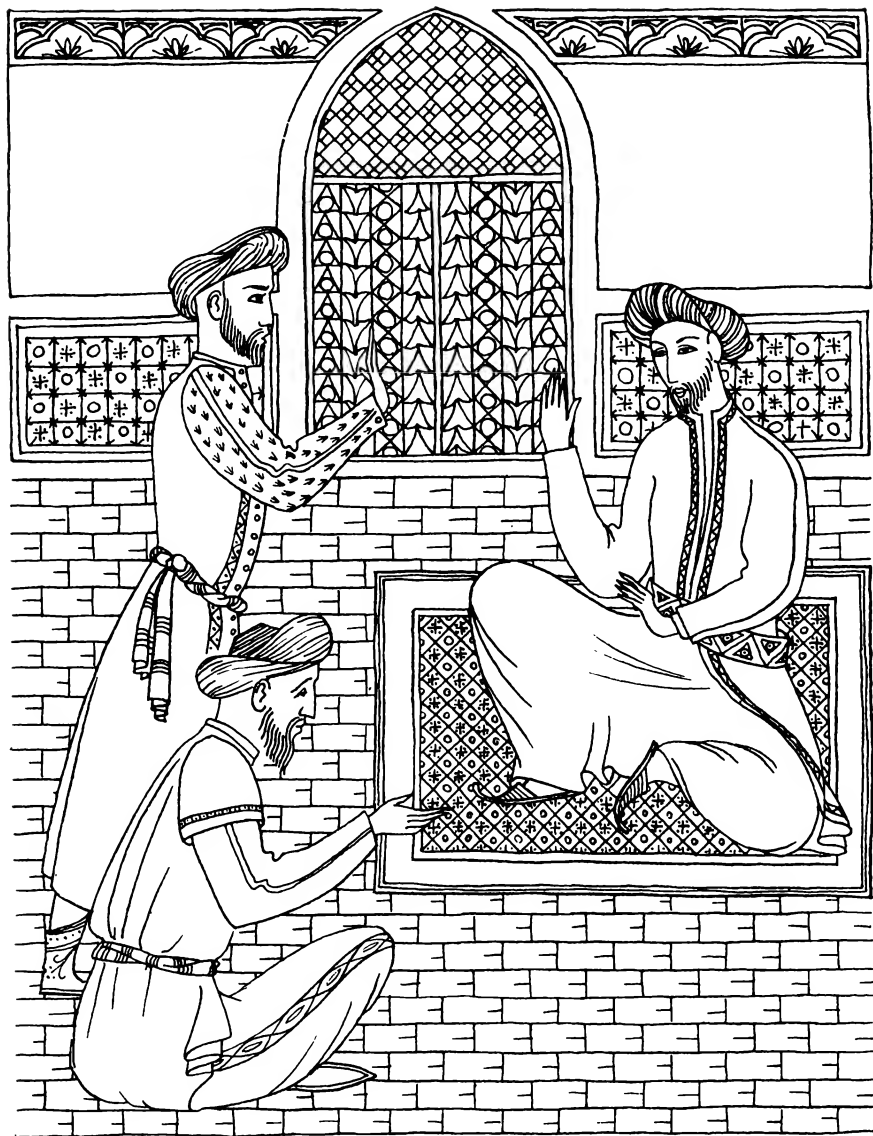
—Prolonga mi vida (¡así te la prolongue a ti Alá!) y no me mates (¡así te mate a ti Alá!).

Luego extendióse en palabras como las que yo te dije a ti, ¡oh *efrit!*, y tú no quisiste escuchar insistiendo en querirme matar.

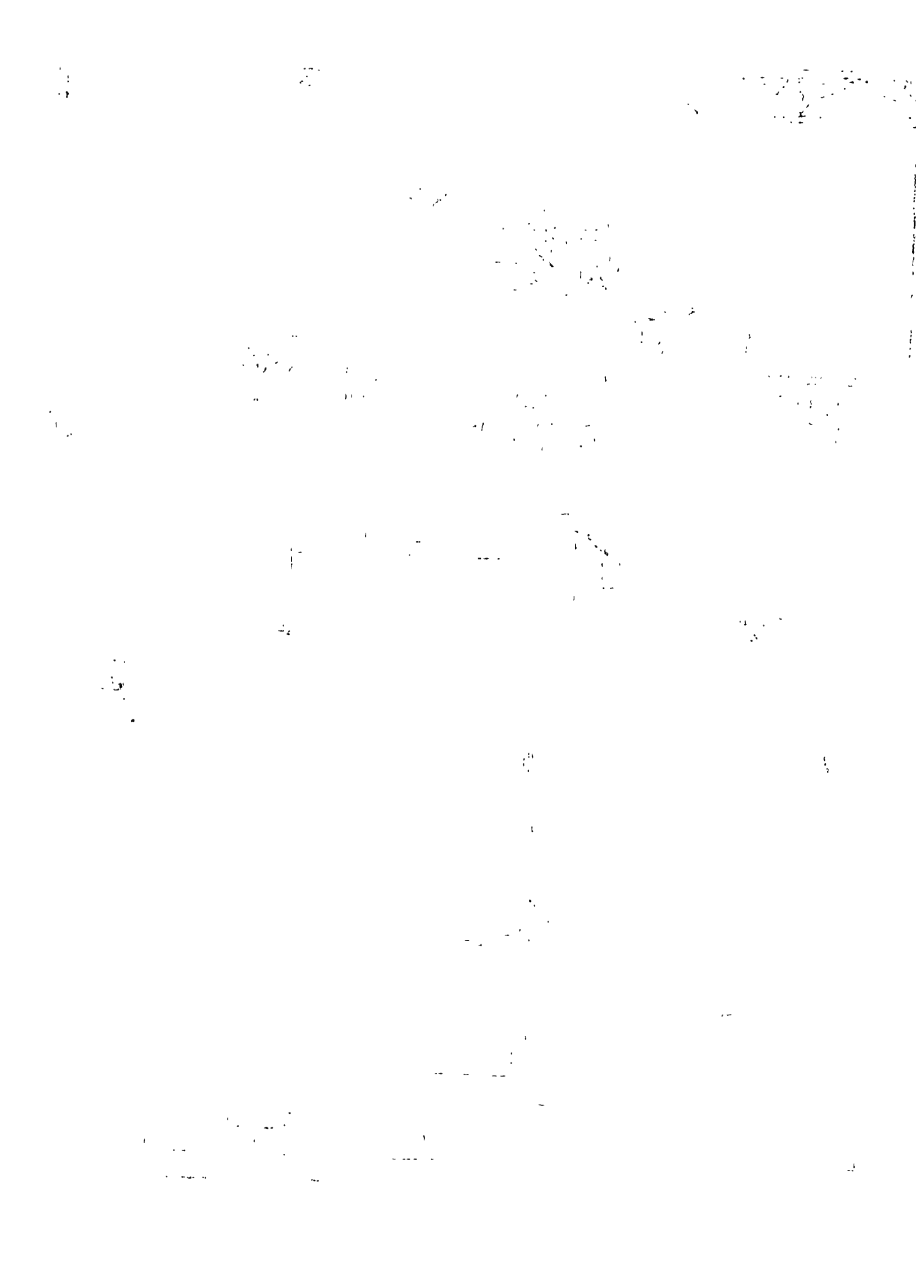
Díjole luego el rey Yunán al médico Ruyán:

—No estaré seguro hasta que no te mate, pues me curaste con cosa que en mi mano tomé y no estoy a salvo de que me mates con cosa que me des a oler.

Ahora bien: visto que hubo el médico que era verdad que el rey estaba decidido a matarlo, echóse a llorar y pesóle de haber hecho bien a quien no era de su casta, como dijo el proverbio:







«¡Maimuna<sup>3</sup> a la verdad, de inteligencia, como desnuda estás!  
¡Pero en cambio su padre, una lumbrera es de ciencia sin par!  
Ni de día ni de noche lo veréis los caminos cruzar,  
sin llevar en su mano un farolillo que le pueda alumbrar.  
¡De ese modo del fango y de las piedras se libra, a no dudar!  
¡Ni tampoco haya medio que dé nunca un resbalón mortal!

Y después de esto adelantóse el del alfanje y vendóle los ojos y desenvainó el acero y, mirando al rey, le preguntó:

—¿Das tu venia, señor?

Echóse entonces el médico a llorar y dirigiéndose al rey exclamó:

—Prolonga mi vida (así Alá te acorte la tuya) y no me mates (¡así Alá te mate a ti!), ¡ye rey!

Y acto seguido recitó los versos del poeta:

«Di un consejo y me perdi;  
otros engañan y triunfan;  
en la casa del desprecio  
cayó mi aviso, sin duda.  
A nadie aconsejaré,  
si vivo, ya nunca más.  
Y si muero, mi escarmiento  
las bocas ha de sellar.»

Díjole luego al rey el médico:

—¿Conque habrá de ser esa mi recompensa? Me pagas, por lo visto, con la paga del cocodrilo<sup>4</sup>.

A lo que el rey le dijo:

<sup>3</sup> Afortunada, Fortunata, Felisa o Macaria, de nuestro calendario. «Se trata, probablemente —anota Burton—, de un nombre proverbial ya olvidado.» Torrens lo traduce «The giglot». (¿Fortuna?)

<sup>4</sup> Situación idéntica a la del pescador ante el efrít. La historia del cocodrilo, análoga por su moraleja (así cabe pensarlo) a la del caminante y la hiena, queda cortada por la resistencia del doctor. Probablemente sería tan popular que el narrador estimaría superfluo narrarla.

Nótese, de paso, el paralelismo de las situaciones que se observa a lo largo de todo el largo libro, construido de tal modo que, como la mezquita de Córdoba, ofrece, desde todos los puntos de mira, la misma perspectiva, pues todos los cuentos e historias convergen a un punto central: el problema del destino del hombre, como todos los versículos del *Corán* van a parar a Dios.

—¿Y qué historia es esa del cocodrilo?

Y el médico le dijo:

—No puedo contártela estando en este estado, pero por Alá concédeme una prórroga (¡así te la niegue a ti Alá!) y no me mates (¡así Alá te mate a ti!).

Y dicho que hubo eso el médico Ruyán rompió de nuevo a llorar.

Levantáronse varios de los favoritos del rey y exclamaron:

—Concedenos, señor, la sangre de este médico, pues nunca le vimos obrar en contra tuya, sino que, lejos de eso, testigos fuimos de cómo te guareció de tu enfermedad, que no pudieran vencer médicos ni sabios con todo su poder.

A lo que dijo el rey:

—Vosotros no sabéis la causa por que mato a este médico, pero si le perdono la vida soy perdido sin remedio, pues si me curó mi enfermedad con cosa que en mi mano me hizo coger, también podría matarme con otra cosa que me diera a oler. Harto temo que quiera asesinar me, para cobrar el precio de mi sangre; que de cierto es un espía que vino aquí para matarme. Así que se impone su muerte, pues solo ella me librará de mis temores y pondrá fin a mis aprensiones.

Tornó entonces a implorarle el médico, diciendo:

—Prolonga mi vida (¡así Alá prolongue la tuya!) y no me mates (¡así Alá te mate a ti!).

Pero luego el médico se convenció de que el rey lo mataría sin remisión. le dijo así:

—¡Ye el rey, el poderoso! Si no hay otro remedio y es absolutamente indispensable que yo muera, concédeme una prórroga siquiera para que yo vaya a mi casa y purifique mi alma y encargue a mis familiares y vecinos de mi entierro y regale mis libros de Medicina que poseo. Y dízque hay un libro entre ellos. quintaesencia de quintaesencia

sencias, y te lo dejaré a ti como alhacena<sup>5</sup>.

—¿Y qué libro es ese?—inquirió el rey.

Y el médico le dijo:

—Hay en él cosas innumerables y la más baladí<sup>6</sup> que contiene, en punto a secretos, es que si, cuando me cortes la cabeza, lo abres y pasas tres hojas y lees tres renglones de la página de tu izquierda, mi cabeza hablará, y, a todo cuanto le preguntes, te contestará.

Maravillóse el rey hasta el colmo de la maravilla y se estremeció de alegría.

Y le dijo:

—¿Ye el médico! Por ventura, si te corto la cabeza, ¿podrá hablar esta?

Y el médico le dijo:

—¡Sin duda alguna, ye el monarca glorioso! Y a fe será cosa de maravilla.

Dejólo, pues, ir el rey en compañía de sus guardias, y fuese el médico a su casa y despachó aquel día sus asuntos; y el día, el segundo, subió el médico al diván, y subieron los visires y los emires y los chambelanes y los edecanes y los próceres del reino, todos juntos, sin faltar uno. Que el diván quedó convertido en un jardín florido.

Y he aquí que llega el médico y pasa al diván y se detiene ante el rey llevando consigo un libro antiguo y una cajita con colirio y en ella unos polvitos.

Y el médico se sentó y dijo:

—Traedme una bandeja.

Lleváronsela luego y él puso los polvos en ella y los extendió. Y después dijo:

—¡Ye monarca del siglo! Toma este libro y no lo hojees hasta que me hayan cortado la cabeza. Pero luego que así fuere, la pondrás sobre esta bandeja y mandarás que la aprieten bien contra estos polvos que aquí ves.

Que si esto hicieres no correrá mi sangre y abrirás luego el libro sin correr peligro.

Pero el rey no se paró a escucharlo, sino que al punto puso en el libro su mano, y al hallar pegadas sus páginas, llevóse el dedo a la boca y lo mojó en su saliva y luego pasó la hoja, la primera, y después la otra, la segunda, y después la tercera, y dizque estaban tan adheridas que le costaba trabajo abrirlas.

Pasó así el rey hasta seis hojas y las repasó con la mirada, sin encontrar escrito nada.

Y dijo el rey:

—¡Ye el médico! Nada escrito aquí veo.

Y le respondió el médico:

—Sigue pasando hojas.

Siguió el rey pasando hojas del libro, pero no transcurriera mucho tiempo cuando ya se le había corrido por todo el cuerpo el tósigo, pues dizque el libro estaba emponzoñado.

Y en el acto agitose el rey en convulsiones horribles y prorrumpió en alaridos terribles, diciendo:

—¡Ya me está obrando el veneno!

Y entonces el médico Ruyán improvisó estos versos:

Quando juzguéis, pensadlo bien, que luego no hay remedio al error;  
prospera el juicio cuando justo es;  
de lo contrario, no.  
Encárgase la suerte del castigo  
del que aturdidamente condenó,  
y el Destino le dice: «Ese es el pago  
de tu imprudente acción.»

Luego que acabó el médico el recitar sus versos, desplomóse el rey muerto.

Ahora bien: has de saber, ye *efrit*, que el rey Yunán, si le hubiera prolongado la vida al médico Ruyán, también a él la suya le prolongara Alá. Pero no quiso hacerlo y se empeñó en darle muerte, y así Alá dióselo a él, y a ti, oh el *efrit*, si me prolongas a mí la vida, también Alá te la prolongará.

<sup>5</sup> Del árabe *Al-Jasina*.

<sup>6</sup> Voz árabe que significa del país, de la tierra, vulgar.

Sintió aquí Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras.

Y su hermana Dunyasad le dijo a Schahrasad:

—¡Qué sabroso tu cuento, hermana mía!

Y Schahrasad le respondió:

—Pues no tiene punto de comparación con el que os pienso contar la

noche que viene, si vivo y me prolonga la vida el rey.

Y pasaron la noche aquella en gozo y alegría, hasta la mañana del siguiente día.

Subió el rey luego a su diván, y después que el diván se desgranó, entró en su alcázar y con sus familiares se reunió.

## Y LA NOCHE 6 DIJO SCHAHRASAD:

—Ha llegado a mis oídos, *ye* el monarca, el afortunado, que el pescador dijo al *efrit*:

—Si tú me hubieras perdonado la vida, te la perdonara yo ahora a ti; pero pues insististe en quererme matar te mataré yo a ti, dejándote encerrado en esa olla y arrojándola al mar.

Clamó entonces el *mared*<sup>7</sup> y dijo:

—¡Por Alá sobre ti, *ye* el pescador! Hazme gracia de la vida y no me pagues en la misma moneda, y si yo fui malo, sé tú bueno, que ya dice el refrán: «¡*Ye* el maleficiador del que malefició! Harto tiene el malo con su malidad.»

Y no hagas conmigo como Umama hizo con Atika<sup>8</sup>.

Dijo el pescador:

—¿Y qué fue lo que pasó entre esos dos?

Y el *efrit* respondió:

—No es esta sazón para cuentos, es-

tando yo aquí preso. Sácame primero de esta cárcel y te contaré el cuento.

A lo que el pescador replicó:

—No hay más remedio sino que te he de echar al mar y en él dejarte sin que nadie te pueda sacar, ya que en vano traté de conmoverte y me postré a tus pies y tú te ahincaste en tu idea de matarme, sin tener yo culpa alguna que a ello te obligare, y así ahora he de hacer yo contigo absolutamente lo mismo. Pues de tu modo de conducirme he podido inferir que eres de mala ralea y no mereces clemencia. Has de saber, pues, que voy a echarte al mar y enteraré de lo ocurrido a los que quisieran sacarte y así te volverán a echar al mar y en él estarás hasta el fin de los siglos, sufriendo toda suerte de suplicios.

Pero el *efrit* le dijo:

—Suéltame, *ye* el pescador, que esta es la ocasión de ser magnánimo, y yo te prometo no hacerte nunca más el menor mal, sino, por el contrario, dispensarte toda suerte de beneficios, revelándote para empezar un secreto que para siempre te hará rico.

Aceptó el pescador la palabra del *efrit* de que nunca en la vida le haría mal, sino que, por el contrario, se extremaría en beneficiarlo.

<sup>7</sup> Rebelde. Nombre que se aplica a los *afarit* contumaces que no acatan a Alá. En su primera acepción significa imberbe, lampiño. Quizá por ello déjanse los árabes crecer las barbas.

<sup>8</sup> La reticencia del *efrit* nos deja en la ignorancia sobre esa historia de Umama y Atika o Imama y Ateca como transcribe Weil, que no hemos podido localizar. Burton no lo logró tampoco y opina que se trata de una historia ya olvidada.

Luego, pues, que aceptó el pacto y su juramento—que se lo juró en nombre de Alá, el más grande—, destapó la olla el pescador y elevóse el humo que de ella salió y se completó y se volvió a convertir en un *efrit* de aspecto siniestro.

Y el *efrit*, sin tardar, cogió la olla y la lanzó al mar.

Al ver el pescador que el *efrit* cogía la olla y la arrojaba al mar temió por su vida y fue tal su pavor, que en sus ropas se meó. Y exclamó para sus adentros:

«No es eso señal de nada bueno.»

Pero después corroboró su corazón y en voz alta exclamó:

—¡*Ye el efrit!* Dijo Alá (exaltado sea): Cumplid vuestros pactos, que, en verdad, de ellos un día cuenta se os pedirá<sup>9</sup>. Y tú conviniste conmigo y me juraste no armarme insidias ni usar conmigo de perfidias, así que, si me tiendes asechanzas, Alá te dará el pago, porque El es celoso y nos marca plazos, sin que a El nadie pueda fijárselos. Y yo te digo igual que el médico Ruyán le dijo al poderoso rey Yunnan:

—Prolóngame la vida (¡así te la prolongue a ti!).

Echóse el *efrit* a reír y echó a andar delante de él y le dijo:

—¡Sígueme, ye el pescador!

Siguiólo el pescador y dizque no fiaba en su salvación hasta que salieron de los arrabales<sup>10</sup> de la ciudad y treparon a un monte y bajaron luego por la opuesta ladera a un campo espacioso, en cuyo centro había una alberca.

Detúvose en su orilla el *efrit* y mandó al pescador que echase su red allí.

Miró el pescador al agua de la alberca y vio en ella peces de colores blancos y rojos y azules y amarillos. Y

quedóse maravillado y muy sorprendido.

Echó luego sus redes al agua y las sacó después de un tirón fuerte y encontró en ella cuatro peces, cada cual de un color diferente<sup>11</sup>.

Y al verlos el pescador, fue mucho lo que se alegró.

Y el *efrit* le dijo al pescador:

—Ve con ellos al sultán y ofrécéselos, que él te dará lo suficiente para hacerte rico, sin más. Y acepta mis excusas por lo de marras, que yo en aquel momento no veía camino y llevaba en aquel mar mil ochocientos años sumergido, sin ver la faz del mundo, por lo que estaba desesperado. Item más te digo que no echas aquí la red más de una sola vez cada día y nada más, sino que Alá te aguarde. Y ¡selam!

Golpeó luego la tierra el *efrit* con

<sup>11</sup> Roso de Luna relaciona este paso del cuento con el mito de la Atlántida; según él, los peces de colores de que aquí se habla son hombres encantados en forma de peces, representantes de las cuatro razas, sepultadas en el fondo del mar, cuando ocurrió la gran catástrofe; la primera, del color de la luna; la segunda, amarilla como el oro; la tercera, roja, y la cuarta, de color castaño, que se tornó negro por el pecado. Como siempre, el docto teósofo cita en apoyo de su tesis *La doctrina secreta* de su maestra la Blavatzki, consagrada a comentar el *Poema ariotibetano de Dzian*.

Tocante al hecho de revivir los peces al echarlos de nuevo en el agua es curioso lo que por su cuenta nos refiere Roso de Luna acerca de la «leyenda que aún subsiste en nuestros días respecto de los peces del río Adaja, de los cuales se dice que se conservan incorruptibles durante meses y años y, para comerlos al cabo de tanto tiempo, basta con echarlos en agua de su propio río, para que revivan; pero no si el agua es de otro origen cualquiera. De aquí que en Avila y en Arévalo los tengan colgados en las tabernas y casas de comida».

La tesis atlántida de Roso de Luna resulta inadmisibles por anacrónica, ya que las cuatro razas de que aquí se trata son evidentemente postatlánticas, correspondientes a periodos perfectamente históricos; la atribución a cada una de ellas de sus respectivos colores responde a un simbolismo natural e ingenuo: a los persas o parsis, magos presuntos adoradores del fuego (Agni), se les asigna el color rojo, que es el de la

<sup>9</sup> Corán, sura XVII, *Al-Asra* (El viaje nocturno), versículo 36.

<sup>10</sup> Del árabe *rabz*.

sus dos pies y la tierra se abrió y se lo tragó.

Fuese luego el pescador a la ciudad e iba maravillado de lo que con el *efrit* le había pasado.

Y cogiendo los peces entró en su casa y buscó una fuente y la llenó de agua y echó en ella los peces. Y pusiéronse en seguida los peces a colorear y brincar y saltar.

Cargóse luego el pescador la fuente a la cabeza y se dirigió con ella al alcázar del rey, según le dijera el rebelde.

Luego que subió hasta el rey y le presentó los peces, maravillóse el rey hasta el colmo de la maravilla ante aquellos peces que le mostrara el pescador, pues jamás en su vida los viera semejantes ni en la calidad ni en el color.

Y díjole el rey a su visir:

llama; a los cristianos, el azul (fuerte, tirando a morado), emblema de la pasión o azul clarozarco, glauco: que siempre inspiró desconfianza a los hombres antiguos (glauco es el color cambiante e impreciso del mar traicionero); el amarillo, símbolo de la riqueza (amarillo es el oro) y de la avaricia, a los judíos, y finalmente, el blanco, emblema de la inocencia y de la paz, a los musulmanes, que se saludan con la paz (*selam*) y a cuya comunión pertenece el cuentista.

Haremos notar aún que, desde tiempo inmemorial, el amarillo parece ser el color heráldico de los judíos no en el sentido peyorativo que aquí tiene, sino por ser el color del león (fulvo, rubio «leonado») en que se personifica la tribu de Judá, pues en su lecho de muerte dice el patriarca Jacob: «Cachorro de león, Judá...» (*Génesis*, Bereschit, 49-9).

Sabido es también que la «rueda de David», que en la Edad Media venían obligados a ostentar los judíos para diferenciarse de los cristianos, era de color amarillo.

Acaso también se deba a una razón de indumentaria el uso habitual del color azul en los trajes, la atribución de ese color a los cristianos, y en ese respecto es muy interesante la anécdota que el viajero español del siglo XIX Ali Bey el Abbasi refiere haberle ocurrido en los alrededores de la ciudad de Ramle (Palestina) a su regreso de la peregrinación de Meca. Sucedió que dos *schuij* del servicio turco pretendieron cobrarle el tributo de quince piastras que los cristianos debían pagar en concepto de peaje. El

—Dale esos peces a la esclava para que me los fria y me los traiga.

Y dízque aquella esclava era una esclava negra que hacía tres días no más se la regalara el rey de Ar-Rum al sultán, sin que hasta entonces hubiera tenido ocasión de lucirse como cocinera.

Díjole, pues, a la esclava el visir: —¡Ye la esclava! El sultán te manda a decir: «No te guardo como un tesoro, sino para el día de la prueba, perla de mis ojos.» Alégranos, pues, con tu guiso y el primor de tu estilo.

Volvió luego el visir, despachado el encargo del rey, y el rey mandó al visir le diera cien dinares al pescador, y el visir se los dio.

Y esto es cuanto hay por ahora referente a la historia del pescador.

Cuanto a la cocinera, cogió esta los peces y los sacudió y los echó en la sartén y los dejó estar allí hasta que se doraron por igual por un lado, después de lo cual los volvió del otro lado.

Cuando hete aquí que de pronto se abre el muro de la cocina y sale de él una jovencita de airoso palmito, mejí-

Abbasi, que era efectivamente cristiano y español, pues se trataba del famoso don Domingo Badía y Leblich, pero que llevaba su documentación de musulmán en toda regla, protestó y logró convencer a los referidos *schuij*, que eran los arrendatarios del tributo. La confusión fue debida—cuenta Badía en sus *Viajes*—a que vestía albornoz azul y en aquel país es dicho color particularmente anejo a los habitantes cristianos y estos y los judíos que van a Jerusalén vienen obligados a pagar en aquel sitio un tributo de quince piastras por persona en provecho del sultán de Turquía. *Viajes de Ali Bey el Abbasi* (Don Domingo Badía y Leblich) *por Africa y Asia*, traducidos del francés por P. P., Valencia 1936.

Lane encuentra en este paso un argumento para precisar la fecha de redacción de esta historia como posterior al siglo octavo de la *hechra* (catorce de nuestro cómputo), fundándose en que el soldán de Egipto, Mohammed-ibn-Kalaun, dictó una ley a principios del siglo octavo obligando a cristianos y judíos a vestir de azul y tocarse con turbantes amarillos; pero la costumbre, observa Burton, existía ya mucho antes.

llas redondas y tersas, párpados pintados de alheña<sup>12</sup> y lindo el rostro y el cuerpo garboso<sup>13</sup>.

Llevaba en la cabeza una albacega de seda, zarcillos en las orejas, pulseiras en las muñecas y en los dedos sendas tumbagas con preciosas piedras.

En su diestra esgrimía una varita de bambú<sup>14</sup> y, acercándose al fogón, exclamó:

—¡Ye el pez, ye el pez! ¿Por ventura te mantienes siempre al pacto, el antiguo, fiel?

Alzó el pez al punto su cabeza dentro de la sartén y respondió:

—Sí, sí.

Y luego todos recitaron estos versos a coro:

Si tú vuelves, volveremos;  
si tú cumples, cumpliremos;  
pero si tú te negares,  
nosotros nos cobraremos<sup>15</sup>.

Fue entonces la mocita y volcó la sartén y desapareció por donde mismo entrara y tornó a cerrarse la pared, quedando como antes estaba.

Llegó luego la esclava y halló los

<sup>12</sup> Del árabe *Al-Henná*.

<sup>13</sup> La Dama blanca, según Roso de Luna, prototipo de la Magia blanca, aunque, por su conducta, como se verá, parece todo lo contrario.

<sup>14</sup> *Jisirán, bambú*. La versión de Weil interpreta mirto.

<sup>15</sup> Difieren las distintas versiones en la traducción que dan de estos versos, debido a la doble acepción de los verbos (*áad*—volver y contar y *hachara*—ausentarse, irse y también negarse) que figuran, respectivamente, en el primero y tercero de los miembros de la estrofa. La versión Galland traduce así: «Si usted diese sus cuentas, nosotros daríamos las vuestras; si usted pagase sus deudas, también nosotros pagaríamos; si usted desapareciese, nosotros venceríamos y quedaríamos contentos.» La de Weil interpreta: «Si contáis, contamos; si pagáis vuestras deudas, pagamos las nuestras; si huís, vencemos y quedamos contentos.» La de Mardrus, finalmente, traduce: «Si tú vuelves sobre tus pasos, nosotros te imitaremos. Si tú cumples tu juramento, nosotros cumpliremos el nuestro. Pero si tú reniegas de tus compromisos, gritaremos de tal modo que nos resarciremos.» Esta última versión es, como puede verse, la más libre y amplificatoria. El

peces achicharrados, negros como el carbón, y, afligida, exclamó:

—En su primera campaña las huestes le desbaratan<sup>16</sup>.

Pero estando la esclava condoliéndose así, hete aquí que llega de pronto el visir y se para a mirar por encima de su cabeza y le dice:

—Dame acá ya los peces del sultán.

Echóse la esclava a llorar y contóle al visir lo que acababa de pasar.

Maravillóse el visir al oírlo y le dijo:

—En verdad que fue esa cosa de prodigio.

Mandó luego el visir a buscar al pescador y en seguida que lo tuvo allí dijole el visir:

—¡Ye el pescador! No tienes más remedio que traernos otros cuatro peces

autor trata de captar el sentido del enigmático texto, interpretando el verbo *áad* en su acepción de volverse atrás (sobre sus pasos), equivalente a retractarse, desdecirse, y no de volver a las andadas: perseverar, insistir, y el verbo *hachara* en el de renegar, que viene a ser lo mismo que retractarse, apostatar; lo que «gritaremos de tal modo que nos resarciremos», anticipa lo que luego se dicte sobre el griterío que arman los peces.

Al través de estas diversas interpretaciones déjase traslucir el sentido de admonición y amenaza de los versos que recitan los peces, a saber: que pagarán a la joven en la misma moneda si vuelve a las andadas; si persevera en su actitud para con ellos o se retracta (según se interprete el verbo *áad*), ellos también perseverarán o se retractarán; si cumple ella (lo prometido), también ellos cumplirán; pero si se niega o se va, ellos se cobrarán o quedarán vencedores.

La interpretación de Burton coincide con esta: *Come back and so will I; Keep faith and so will I—And if ye fain forsake, I'll requite till quits we cry*.

En el *Corán*, sura XVII, aleya 8, dice el Profeta, dirigiéndose a los creyentes: «Puede que Alá se apiade de vosotros y, si volvéis, volveremos, y pusimos *chehennam* para los incrédulos», paso en el que el verbo *áad* tiene a todas luces el sentido de reincidir.

Notemos de pasada que el infierno —*chehennam*—nunca se encuentra con el artículo, acaso para personalizarlo más, pues si el artículo determina, también en cierto modo indetermina. Es lo mismo que ocurre con Meca.

<sup>16</sup> Locución de traza proverbial. Como si dijéramos en nuestro romance: «Al primer tapón, zurrapa.»

iguales a los que nos trajiste antes.

Marchó, pues, el pescador al lago y echó en él su red y tiró luego con fuerza, y he aquí que venían cuatro peces en ella.

Y el pescador los cogió y se los llevó al visir sin dilación.

Tomólos el visir y se los dio a la esclava y le dijo:

—Anda y frielos delante de mí para que vea yo en qué queda esto.

Fue la esclava y tomó los peces y los limpió y los puso en la lumbre en el fogón.

Mas no pasara mucho rato cuando hete aquí que la pared se abre otra vez

y se presenta la joven de marras y en su mano la varita y golpea con ella la sartén y exclama:

—¡Ye pez, ye pez! ¿Por ventura sigues siempre al pacto, el antiguo, fiel?

Levantaron los peces sus cabezas dentro de la sartén y recitaron a coro los versos siguientes:

Si tú vuelves, volveremos;  
si tú cumples, cumpliremos;  
pero si tú te negares,  
nosotros nos cobraremos.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y cortó el hilo de sus elocuentes palabras.

## Y LA NOCHE 7 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, ye el rey, el afortunado, que luego que los peces dijeron aquello, tocó la joven la sartén con su varita y salióse de la cocina por donde mismo entrara, volviendo a cerrarse la pared, hasta quedar como antes estaba.

Y el visir se levantó y exclamó:

—¡Asunto es este que no puedo ocultarle al rey!

Fuese, pues, a ver al sultán y le contó lo que acababa de presenciar.

Y el sultán, al oírlo, le dijo:

—No hay más remedio sino que tengo que verlo yo mismo.

Mandó, pues, el rey a llamar al pescador y le ordenó que llevase otros cuatro peces como los primeros y le dio de plazo tres días para hacerlo.

Corrió a la alberca el pescador y llevóle al rey los cuatro peces que le encargó, por los cuales mandó el rey que le diesen cien dinares.

Volvióse luego el rey a su visir y le dijo:

—Frie tú mismo aquí los peces, delante de mí.

—Oigo y obedezco—respondió el visir.

Mandó, pues, el visir que le llevaran la sartén allí y limpió los peces y los echó en ella y les dio la primera vuelta.

Y hete aquí que de pronto se abre la pared y sale un esclavo negro, como si fuese un búfalo de los búfalos o un gigantón de la tribu de Aad<sup>17</sup> y en su mano una rama de árbol, verde, y dijo con voz imponente:

—¡Ye pez, ye pez! ¿Por ventura sigues siempre al pacto, el antiguo, fiel?

Sacaron al punto los peces sus cabezas fuera de la sartén y exclamaron:

—Sí, sí.

Y luego recitaron a una voz estos versos:

Si tú vuelves, volveremos;  
si tú cumples, cumpliremos;  
pero si tú te negares,  
nosotros nos cobraremos.

Adelantóse entonces el esclavo a la sartén y la volcó con su ramita verde y, en el acto, se volvieron negros los peces.

<sup>17</sup> Tribu precita de que se habla en el *Corán*.



Y después el esclavo desapareció por donde había entrado.

Al ver lo cual dijo el sultán:

—Cosa es esta que no puede tenerse en silencio, pues sin duda estos peces no son de clase corriente.

Y el sultán ordenó que le llevaran a su presencia al pescador.

Y luego que lo tuvo entre sus manos, le dijo el soberano:

—¿De dónde nos trajiste esos peces?

Y el pescador le dijo al rey:

—De una alberca que hay entre cuatro montañas, a espaldas de un monte que se alza en las afueras de la ciudad.

Volvióse el rey al pescador al oírlo y le dijo:

—¿Cuántas jornadas hay hasta allí de camino?

Y el pescador le respondió:

—¡Ye señor nuestro! Está de aquí a media hora escasa de distancia.

Maravillóse el sultán y mandó que en seguida fuese allá la tropa con el pescador, y fueron caminando hasta llegar al monte y lo escalaron y bajaron luego por la otra ladera, hasta llegar a aquella vasta campiña que nunca jamás vieran en su vida.

Y el sultán y todos sus soldados se maravillaron a la vista de aquel campo llano, que se extendía entre cuatro montañas, y de aquellos peces de cuatro colores: blancos y rojos y amarillos y azules.

Y se detuvo el rey asombrado y les dijo a sus soldados y a cuantos estaban a su lado:

—¿Por ventura alguno de vosotros vio antes de ahora en este sitio este lago?

Dijeron todos:

—No.

Y el rey exclamó:

—Por Alá, que no entraré en mi ciudad ni me sentaré en el trono de mi reino hasta que no averigüe la verdad de todo lo referente a esta alberca y sus peces.

Mandó luego a sus soldados que rodeasen la montaña, lo que hicieron aquellos sin tardanza.

Llamó después el rey a su visir. Y dizque el tal visir era hombre sabio, elocuente, de todas las ciencias sabedor, y en el acto compareció delante de su señor.

Y el rey le dijo a su visir, luego que lo tuvo allí:

—¡Ye el visir! Tengo intención de hacer una cosa, que te voy a decir. Y es que deseo pasar esta noche en soledad completa y marchar yo solo a descubrir el misterio de esa alberca y esos peces que hay en ella. Te pondrás, pues, tú a la puerta de mi aljaima<sup>18</sup> y dirás a los emires y los visires y los kahramares<sup>19</sup> y los edecanes: «El sultán está indispuerto y me ha ordenado que no deje pasar a nadie.» Y guárdate bien de revelarles el motivo verdadero de mi retraimiento.

No tuvo más remedio el visir que obedecer la orden del rey. Y el rey fue, se cambió de traje y se ciñó su espada y se escurrió de entre sus gentes y estuvo caminando toda la noche aquella hasta el amanecer del día siguiente.

Y no paró de andar hasta que le apretó la calor y entonces se sentó a descansar.

Pero luego tornó a caminar el resto del día y la noche, la segunda, hasta que otra vez le volvió a amanecer.

Divisó entonces a lo lejos un bulto negro y se alborozó y pensó en su interior:

«Puede que alguien encuentre que me dé noticias sobre el misterio del lago y de los peces.»

Y hete aquí que, al aproximarse aquel bulto negro, resultó ser un alcázar, labrado de piedra negra, trabada con hierro, y tenía aquel alcázar una

<sup>18</sup> Del árabe *jaima*, tienda de campaña.

<sup>19</sup> Voz persa que significa mayordomo, administrador.

de las hojas de su puerta abierta y la otra cerrada.

Holgóse el rey de ello y se detuvo ante la puerta y dio en ella un golpecito suave, pero no obtuvo respuesta.

Volvió a llamar por segunda vez y por tercera y tampoco obtuvo respuesta.

Llamó por cuarta vez más recio y tampoco le respondieron.

Dijo entonces el rey:

—No hay duda de que está desierto.

Armóse de valor y entróse por la puerta del alcázar hasta el zaguán<sup>20</sup> y gritó:

—¡Ah de la gente del alcázar! Yo soy un peregrino que corro los caminos. ¿No tendríais, pues, algo que darme de comer?

Repitió el rey su pregón por segunda y por tercera vez, sin respuesta obtener.

Encorazonó el rey su corazón y envalentonó su alma y pasó del zaguán al patio del alcázar y no encontró allí persona humana.

Y advirtió el rey que aquel estaba alicatado y en su centro había una fuente y sobre ella cuatro leones de oro rojo que arrojaban el agua por sus fauces cual perlas y diamantes, y en torno a ellos aves. Y sobre aquel alcázar una cancela que el paso cortaba.

Maravillóse el rey de aquello y se dolió de no ver allí a nadie que pudiera informarle sobre el lago y los peces y las montañas y el alcázar.

Sentóse el rey entre las puertas y se puso a pensar. Y he aquí que, de pronto, dejóse oír un suspiro de corazón entristecido y escuchó el rey cantar a alguien con quedo acento estos versos:

Por más que yo disimule,  
se manifiesta mi amor;  
huyó el sueño de mis ojos  
y en vigilia se cambió.  
Acudes a mi llamada  
y agrávase mi cuidado;

¡que no quiero que te quedes  
ni te vayas de mi lado!  
¡De mi ten piedad y deja  
que al fin de reposo goce!  
Y a la que es toda mi vida,  
evítale desazones.  
¡Bástete con que yo sufra  
y a ella respétala, amor!  
¡Que ella es mi solo consuelo  
en mi pena y mi dolor!

Luego que oyó el sultán aquellos lamentos se levantó y dirigióse al lugar de donde dimanaban, pero encontróse con una cortina echada sobre la puerta de la sala.

Alzólo, pues, y vio detrás del velo a un joven sentado en una tarima levantada del suelo.

Y era el joven guapo, de planta excelente y lengua elocuente y florida y encarnadas mejillas y con un lunar en una de ellas, como un goterón de ámbar. Según dijo el poeta:

«¡Lleva en su pelo la noche  
—¡gentil mancebo en verdad!—  
y en su frente de la aurora  
refulge la claridad!  
¡Jamás tus ojos han visto  
en todo el mundo algo igual!  
¡Sobre la roja mejilla  
ostenta verde lunar,  
que bajo negra pupila  
es un signo singular!»

Alegróse al verlo el rey y díjole *selam* y él le contestó el *selam* sobre el rey.

Y díjole:

—*Ye sidi*, perdona que no me levante.

Dijo el rey:

—*¡Ye joven!* Infórmame respecto a esa alberca y sus peces de colores, este alcázar y el motivo de ese llanto que derramas.

Dijo él:

—¿Cómo no habría de llorar viéndome en este estado?

Y tendió su mano hacia los picos de sus vestiduras y los alzó y he aquí que la parte inferior de su cuerpo, hasta sus pies, era de piedra y la otra mitad de carne, desde el ombligo hasta el pelo de su cabeza.

<sup>20</sup> Del árabe *istiuan*.

Dijo el joven luego:

—¡*Ye sidi!*<sup>21</sup> Has de saber que mi padre era el rey de esta ciudad y se llamaba Mahmud<sup>22</sup> y era señor de las Islas Negras y de estos cuatro montes.

Y permaneció sentado en su trono setenta años, hasta que murió al cabo y reiné yo después de él y casé con la hija de mi tío y celebré la boda con festejos y regocijo y albórbolas.

Y la hija de mi tío me quería tanto que, si por acaso tenía que ausentarme de ella, no comía ni bebía hasta mi vuelta.

Viví, pues, de esta suerte en la almedina<sup>23</sup> de mi reino por espacio de siete años completos.

Y sucedió que un día entre los días, al pasar al *hammam*, dile orden al cocinero de terneros preparada la comida para la atardecida.

Subí luego a este alcázar y me eché a descansar en este mismo sitio en que ahora estoy y les mandé a dos esclavas que me diesen aire con sus abanicos.

Sentóse la una de ellas a mi cabecera y la otra a mis pies. Y le oí a la de junto a mi cabeza decirle a la de junto a mis pies:

—¡Mira, Masâuda!<sup>24</sup> En verdad que nuestro señor es desgraciado en su juventud y que la suerte le ha sido contraria con nuestra señora, ¡la mala!, ¡la pecadora!

Y dijo la otra:

—¡Maldiga Alá a la adúltera! Hombrés como nuestro señor y de su planta no se merecen por cierto mujer como esa, que todas las noches las pasa fuera de su lecho.

Y dijo la de mi cabecera:

—Nuestro señor, a la verdad, es harto descuidado al no preguntar por ella.

Y dijo la otra esclava:

—¡Guay de ti!<sup>25</sup> ¿Acaso nuestro señor sabe algo de lo que pasa? Tráese ella su manéjo con la copa en que él bebe cada noche antes de dormirse y le echa *banch*<sup>26</sup> en ella y él se duerme y no se entera ya de nada de lo que en torno suyo pasa, ni sabe adónde se va ella ni lo que hace, porque luego que le da ese brebaje se viste sus ropas y se aleja de su lado y está ausente hasta el amanecer y entonces vuelve y le pone a oler en la nariz no sé qué y él se despierta luego de su sueño.

Luego que yo hube oído las palabras de las esclavas volvióse la luz sobre mi rostro oscuridad y estuve impaciente hasta que llegó la noche y vino del baño la hija de mi tío, y sirvieron la mesa y comimos y estuvimos sentados una hora de tiempo, entreteniéndonos como de costumbre y divirtiéndonos.

Y luego yo pedí la poción que todas las noches tomaba antes de dormir.

Trájome ella la copa, pero yo me abstuve de beberla, aunque hice como que la bebía, según solía, y la vertí sobre las ropas, y luego me tendí como si fuera a dormir.

Y hete aquí que le oigo decir:

—Anda y duerme tu noche y no te levantes, que odio tu estampa y aparto mi alma de tu compañía.

Luego se levantó y se vistió sus mejores ropas y se perfumó y se ciñó un alfanje<sup>27</sup> y abrió la puerta del alcázar y salió.

Levantéme yo y fui tras ella hasta que salió del alcázar y atravesó los zocos de la ciudad y llegó hasta las puertas, que estaban cerradas.

Dijo entonces palabras que yo no entendí, y al punto los cerrojos se descorrieron y las puertas se abrieron y

<sup>21</sup> ¡Oh mi señor!

<sup>22</sup> Alabado, como Mohammed.

<sup>23</sup> Capital, corte, ciudad.

<sup>24</sup> Dichosa, Felisa o Macaria de nuestro calendario.

<sup>25</sup> *Guaílila*, interjección árabe que pasó a nuestro romance.

<sup>26</sup> Extracto de beleño o cualquier otro narcótico a base de cáñamo indio—*cannabis indica*—.

Por otro nombre hiosciammo.

<sup>27</sup> Voz árabe. *Al-Janchar*.

ella salió y yo en su seguimiento, sin que lo advirtiese, hasta que fue a parar entre los alcoves y entróse en un castillo, con cúpula de adobe y una puerta, y metióse allá dentro y yo me subí a la azotea de la cúpula y me puse desde allí a atalayar, y hete aquí que la veo entrar donde un esclavo negro, uno de sus labios como una tapadera y el otro como una caldera, y eran tan colgantes que daban en la tierra y podían separar los guijos de la arena.

Y estaba, además, muy achacoso y dolido y yacía sobre un montón de cañas de azúcar tendido.

Besó ella la tierra entre sus manos y el esclavo levantó su cabeza y le dijo:

—¡Oh la muy zorra! ¿Cómo es que vienes a esta hora?

—¡*Ye sidi!* ¿No sabes que estoy casada con el hijo de mi tío, aunque se me resista y no pueda aguantar su vista? Si no fuera por temor a hacerte a ti mal, ya ha tiempo que hubiera arrasado la ciudad entera y no se escuchara en sus rúas sino la voz del búho y de la corneja. Y la habría trasladado, además, allende el monte Kaf<sup>28</sup>.

A lo que dijo el negro:

—¡Mientes, so perdida! Mas yo te juro por las nobles prendas viriles de los negros y nuestra superioridad sobre los blancos en este respecto que, si sigues viniendo a esta deshora, dejaré de ser tu amante y no pondré más mi cuerpo sobre el tuyo en adelante. ¡*Ye mala pécora!* De seguro que te retrasas por saciar con otro tus deseos de hembra. ¡*Ye la desvergonzada!* Eres la más vil de las mujeres blancas.

Después de eso la cabalgó. Y pasó entre ambos lo que pasó.

Siguió diciendo el rey:

—Al oír yo las palabras de la muy falsa y ver por mis propios ojos lo que

entre ambos pasara, volvióse el mundo tinieblas para mi rostro y no sabía mi alma dónde estaba.

Fue luego la hija de mi tío y se levantó y rompió a llorar y se puso a arrastrarse ante el esclavo, lamentándose humildemente entre sus manos. Y entre otras cosas le decía:

—¡*Ye amor mio!* ¡Orgullo de mi corazón! A nadie sino a ti tengo en la vida, y si tú me volvieses la espalda, me moriría. ¡Oh amor mio! ¡Oh luz de mis ojos!

Y así siguió la falsa, hasta que él se dignó perdonarla.

Alborozóse entonces ella y se quitó sus ropas y vestidos y le dijo:

—¡*Ye sidi!* ¿No tendrás aquí algo de comer que ofrecer a tu esclava?

A lo que el negro le contestó diciéndole:

—Destapa esa olla y encontrarás en ella huevos de ratones guisados; puedes cogerlos y comértelos. Y en esa jarra<sup>29</sup> hallarás *buza*<sup>30</sup>, que es bebida que te gusta.

Hízolo así ella y comió y bebió y luego se lavó las manos y fue a echarse junto al esclavo, sobre el petate de cañas y azúcar. Y se desnudó y folgó con él, bajo los pingajos y los harapos.

Al ver yo esas cosas que hacía la hija de mi tío luego perdí el juicio y bajé de la cúpula y cogí el alfanje de la hija de mi tío y decidí matar a los dos y descargué un tajo sobre el esclavo negro y lo herí en el cuello, dándolo por muerto<sup>31</sup>.

Pero sintió aquí Schahrasad venir la

<sup>29</sup> Del árabe, *charra*.

<sup>30</sup> Especie de cerveza.

<sup>31</sup> Burton recuerda, a propósito de esta historia, la que se refiere en el número XX del *Heptameron*, de la reina Margarita de Navarra, de cierta noble dama que engañaba a su guapo marido con un mozo de cuadra, feo, zafío y bribón.

<sup>28</sup> El Cáucaso, límite oriental de la tierra entonces conocido. Responde al indio *Udoya* y *Meru* (*Sumeru*) y al persa *Al-borch*.

aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

Y llegada que fue la mañana entró el rey en la sala de justicia y se ensartó en el diván, hasta el cabo del día.

Tornóse luego el rey a su alcázar y

Dunyasad le dijo a su hermana Schahrasad:

—Acaba de contarnos tu historia, hermana mía.

Y Schahrasad le contestó:

—Con alma y vida.

## Y LA NOCHE 8 DIJO SCHAHRASAD:

—Ha llegado a mis oídos, *ye* el monarca, el afortunado, que el joven hechizado dijo al rey:

—Al herir yo al esclavo, dándole por muerto, pues exhaló un agudo lamento, estremeciéndose la hija de mi tío y se levantó y huyó. Yo cogí el alfanje y lo volví a poner en su sitio. Y torné a la ciudad y me entré en el alcázar, y, en mi lecho de tapices, me acosté y allí me estuve hasta el amanecer.

Y vi a la hija de mi tío aquel día, que se había cortado el pelo y vestido traje de duelo, y me dijo:

—No me censure, hijo de mi tío, porque haga esto; que tuve noticia de haber mi madre muerto en la misericordia de Alá y de que a mi padre lo mataron en el *alchihad*<sup>32</sup> y uno de mis hermanos falleció a consecuencia de la picadura de un alacrán y al otro una casa, que se derribó, sepultólo bajo sus escombros; así que creo tener razón de más para llorar y enochar.

A lo que yo le respondí:

—Haz lo que te parezca, que no te lo he de prohibir.

Y ella perseveró en su duelo un año entero, del uno al otro extremo.

Luego que el año fue cumplido, vino a mí y me dijo:

—Querría labrarme en tu alcázar una tumba como una cúpula, en la cual aislarme de todos y llorar a mis an-

chas, y la pienso llamar Casa de las Penas.

Díjeme yo:

—Haz lo que estimes mejor.

Mandó labrar, pues, para ella una Casa de las Penas, con una cúpula en su centro y una cueva soterraña igual que una zanja.

Trasladó luego al esclavo y lo puso allí, y dizque estaba él tan postrado que no le podía prestar servicio y había perdido el habla, aunque bebía bebida.

Iba ella todos los días a verlo en su tumba, por la mañana y por la tarde, y lloraba junto a él y le llevaba de comer.

Así estuvo haciendo por espacio de un año entero y yo lo aguantaba con paciencia, hasta que un día de entre los días hube de entrar en su cuarto a hurtadillas y la encontré arañándose el rostro y diciendo estos versos:

Privada de todo estoy  
desde que lo estoy de ti.  
¡Ye gala y prez de los hombres!,  
no hay quien te pueda suplir.  
Quisiera que me cogiesen  
y contigo me llevasen  
y en tu misma sepultura  
a tu lado me enterrasen.  
Y si después me llamaras,  
mis huesos estremecidos  
te contestaran al punto  
con jubilo suspiro.

Luego que hubo acabado de recitar aquellos versos díjeme yo, y dizque tenía en mi mano el acero desenvainado:

—Palabras son esas de traición que

<sup>32</sup> La guerra santa, obligatoria para todos los musulmanes que no estén enfermos o impedidos. «Se os prescribió la lucha.» *Corán*, sura II, *Al-Bakra* (La vaca) y *passim*.

niegan el connubio y no guardan la unión.

Y me dispuse a descargar sobre ella mi alfanje, y ya tenía la mano levantada en el aire.

Empinóse ella entonces sobre sus pies y masculló unas palabras que no comprendí y luego dijo así:

«Haga Alá, por obra de mi sortilegio, que se te convierta en piedra la mitad de tu cuerpo y la otra siga siendo de carne para tu tormento.»

Luego que así me hubo hechizado, hechizó también a la ciudad y cuanto en ella había de zocos y campos.

Y has de saber que componían nuestra ciudad cuatro castas de gentes, moros y cristianos y judíos y magos, y los convirtió a todos en peces: blancos, los musulmes; rojos, los magos; azules, los cristianos, y amarillos, los judíos.

Y embrujó asimismo a las cuatro islas, convirtiéndolas en cuatro montañas y los echó a ellos en la charca.

Y ahora todos los días me atormenta, azotándome con un látigo de cuero, con el que me da cien golpes recios.

Y el joven rompió a llorar y recitó estos versos:

Suframós sin protesta: ¡tus decretos,  
ye Alá, se han de cumplir!  
¡Así yo los acato, con la idea  
de serte grato a Ti!  
¡Apurado me encuentro en la desgracia  
que me vino a afligir  
y al Profeta tan solo le demando  
que interceda por mí!

Volvióse luego el rey al joven y le dijo:

—¿Y dónde anda ahora la hija de tu tío?

Y el joven le respondió:

—Pues en esa tumba en que te digo que el esclavo yace tendido, y todos los días va a verlo una vez y, antes de ir, viene y me despoja de mis ropas y me flagela con el látigo hasta darme cien correazos. Llora yo y grito; pero ella sigue bataneándose con saña, sin

que yo pueda hacer ningún movimiento para ahuyentarla. Luego que así me martiriza corre a ver al esclavo, llevándole viandas y bebidas.

Dijole el rey:

—*Ual-Lah*, oh joven. En verdad te digo que he de hacer contigo una buena obra que deje recuerdo y una acción emérita que celebren los que después de mí vengan.

Siguió después el rey platicando con el mancebo hasta que llegó la hora del encantamiento; despojóse entonces el rey de sus ropas y se ciñó su espada y dirigióse al lugar en que el esclavo estaba.

Había allí cirios y farolillos colgados y también había perfumes e incienso y variedad de ungüentos. Y el rey fue derecho al esclavo con su espada y lo hirió con ella y le hizo vomitar el alma. Cargóselo luego a los hombros y lo arrojó a un pozo que había en el alcázar, y luego se vistió las ropas del esclavo allí mismo, dentro de la cúpula, y en su mano la espada desnuda, en toda su largura.

Al cabo de una hora de tiempo llegó la adúltera, la bruja, y, antes de entrar, ya le quitara al hijo de su tío las vestiduras y le azotara con su fusta.

Y el joven le dijo:

—¡Basta ya! ¡Ten de mí piedad!

Y ella le contestó:

—¿Acaso la tuviste tú de mí ni le perdonaste la vida a mi amante?

Bajó luego adonde el esclavo, llevando la copa del licor y la taza del cocimiento en su mano. Y penetró en la cúpula y rompió a llorar y sollozar y clamar:

—*Ye* mi señor, háblame, por caridad!

Y al ver su silencio, recitó estos versos:

¡Hasta cuándo han de durar,  
oh cielos, este desvío y esta bárbara crueldad?  
¡Cuánto tiempo de sufrir llevo ya!  
Si mi dolor querías y mi tormento, ¡basta ya!

Echóse a llorar luego y exclamó:

—*¡Ye sidi*, háblame, dime algo!

Y entonces el monarca, con la voz quebrada y la lengua trabada, habló palabras de los negros, diciendo:

—¡No hay gloria ni poder sino en Alá!

Luego que ella oyó hablar, dio un grito de alegría y exclamó:

—¿Está, pues, bien ya, mi señor?

Levantó el rey doblemente su voz y respondió:

—*¡Ye* la ramera, no mereces que te hable yo!

Y ella inquirió:

—¿Por qué eso, mi señor?

Y el rey le contestó:

—Pues porque tú todos los días atormentas a tu marido, que está postrado y te pide clemencia y me quitan el sueño sus gritos, que, a no ser por eso, ya estaría curado por completo. Y esa es también la causa de que antes no contestara a tus palabras.

Dijole ella entonces:

—Pues que esa es tu voluntad, lo libraré del estado en que está.

Dijole el rey:

—Libralo luego y déjame conciliar el sueño.

Y le respondió ella:

—Audición y obediencia.

Saliose en el acto de la camara y tornó al alcázar y cogió una taza y la llenó de agua y recitó sobre ella unas palabras mágicas. Y el agua rompió a hervir al momento igual que hierve una caldera al fuego.

Rocióle luego con aquel agua al joven y dijo:

—Por el poder de mis conjuros. sal

de esa forma y entra en tu forma, la primera.

Dio el joven entonces un brusco estirón y se levantó sobre sus pies y se alborozó por su liberación. Y exclamó:

—¡Doy fe de que no hay más Dios que el Dio y que Mohammed es su Profeta en la tierra! ¡Bendígale El y la paz le dé!

Dijole luego al joven la hija de su tío:

—¡Sal de aquí ahora mismo!

Y el joven salió de entre sus manos y ella tornóse a la cúpula del esclavo y bajó allá y exclamó al entrar:

—*¡Ye sidi!* ¡Sal fuera y que yo te vea!

Pero el rey la interpeló así:

—Me librate de la rama, pero ¿no me librarás de la raíz?

A lo que ella dijo:

—¿Y cuál es la raíz, amor mío?

Y el rey le dijo:

—Pues la gente de esta ciudad y las cuatro islas, que todas las noches, al mediar la noche, sacan los peces sus cabezas del agua y se ponen a llamarnos a ti y a mi y con sus gritos no me dejan dormir.

Al oír ella las palabras del rey, que tomaba por el esclavo, dijole muy contenta:

—*¡Ye sidi*, en el nombre de Alá! Sobre mis ojos y sobre mi cabeza.

Fuese luego de allí gozosa y echó a correr hacia la alberca y tomó un poco de agua de ella.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

## PERO LA NOCHE 9 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mi noticia, *ye* el monarca, el afortunado, que, al coger la joven hechicera el agua de la alberca y decir sobre ella palabras que no se entendían, colorearon los peces y sacaron fuera sus cabezas y quedaron en el acto convertidos en seres humanos.

Y levantó ella el embrujo a la ciudad y volvió esta a poblarse y se organizaron los zocos y aplicóse de nuevo cada cual a su oficio y tornaron los montes a ser islas, como antes del maleficio.

Después de lo cual volvió la joven bruja adonde el rey, que ella pensaba ser su esclavo, y le dijo:

—Dame acá tu mano generosa, amado mío, que yo la bese como se merece.

Y el rey le dijo con voz encubierta:

—Acércate a mí.

Hízolo ella así y entonces el rey tiró de su espada y con ella le atravesó el pecho, hasta salirle por la espalda. Asestóle después otro mandoble con tal brío y coraje, que la dividió en dos mitades <sup>33</sup>.

Salió luego de allí y fue adonde el

joven hechizado y hallolo de pie, esperándolo.

Y el joven le dijo el *selam* y le besó las manos y le dio gracias por su bondad.

Y díjole el rey:

—¿Prefieres quedarte en tu almedina o venirte a la nuestra en mi compañía?

A lo que el joven contestóle:

—¡*Ye* monarca del siglo! ¿Sabes la distancia que hay de aquí a tu ciudad?

—Dos días y medio—respondióle el rey.

Y el joven le dijo:

—¡*Ye* el rey, el poderoso! Si estabas dormido, despierta ya. Un año largo hay de aquí a tu ciudad y si viniste acá en dos días y medio fue porque la ciudad estaba embrujada; pero yo, oh el rey el glorioso, no me he de apartar de ti, ni siquiera lo que dura el parpadeo de un ojo.

Alegróse mucho el rey de oír tales palabras y respiró diciendo:

—¡Gracias a Alá que me deparó tu encuentro! Pues desde hoy más serás mi hijo, ya que en toda mi vida no logré tener uno.

Abrazáronse los dos luego con mucho cariño y se regocijaron hasta el límite del regocijo.

Después de lo cual, pusieronse en camino y fueron caminando hasta lle-

<sup>33</sup> Así termina esta historia de embrujamientos, cuya heroína recuerda a aquella otra de *El asno de oro*, de Apuleyo, que también había hechizado a toda una ciudad.

El tema de la brujería aparece aquí relacionado con la pasión carnal, cual si la intención del narrador fuera ponernos en guardia contra los peligros que representan esas mujeres insaciables, libidinosas y sádicas.

En este sentido interpreta la historia Roso de Luna, con el cual estamos de acuerdo en general, aunque no aceptemos íntegramente su explicación ocultista.

Es oportuno el parangón que el teósofo establece entre el joven rey de la Isla Negra y el caballero Durandarte que Don Quijote encuentra en la Cueva de Montesinos: «...vivo de cintura arriba y muerto y marmóreo de cintura abajo, que es—¡ay!—como a todos nos tiene el sexo.» Y

entre el rey que deshace con su espada el embrujo y el Parsifal wagneriano en el poema de su nombre, y, finalmente, entre la hechicera y la Kundry del mismo poema, ambas tentadoras de la estirpe bíblica de esas «hijas de los hombres» o del mal, que hiciesen apostatar a los «hijos de Dios», acarreado el Diluvio como kármica consecuencia.

Para más pormenores véase el capítulo VII de *El velo de Isis*.

A nuestro fin de ilustrar el texto, basta con lo dicho.



gar al alcázar, y luego que las cosas se asentaron, colmó el joven de mercedes a muchos de sus vasallos.

Anunció luego el joven a los magnates de su reino que tenía intención de marchar a Mekka <sup>34</sup> en peregrinación.

Y hecho que hubieron los necesarios aprestos, partieron él y el rey, cuyo corazón suspiraba por regresar a su país, del que hacía un año se ausentara.

Marcharon, pues, los dos, llevando con ellos cincuenta *mamalik* <sup>35</sup> cargados de presentes y regalos.

Y fueron caminando noche y día sin parar por espacio de un año, hasta que al fin llegaron a la ciudad <sup>36</sup>.

Salió el visir a recibir al rey con sus soldados, muy alegres por su regreso, pues dizque llegara a sentir el temor de no volver a verlo.

Y se acercaron los soldados al rey y besaron su mano y lo cumplieron.

Entró el rey en su alcázar y se sentó en su trono y llamó al visir y lo informó de todo.

Y al saber el visir la historia del joven le felicitó por su desembrujo y su salvación.

Dijo luego el rey al visir:

—Que venga el pescador que trajo aquellos peces.

Mandaron en el acto a llamar al pescador que fuera la causa de la salvación de la gente de aquel país.

Compareció ante el rey el pescador y el rey lo gratificó con un traje de honor y le preguntó por su estado y si por ventura tenía hijos.

Contestóle el pescador diciendo que era padre de un hijo y dos hijas. Y fue el rey y se casó con una de ellas y se casó el joven con la otra. Y tomó el rey para sí al hijo y lo nombró su *jasandar* <sup>37</sup>.

Envio luego a su visir a la ciudad del joven, que era la isla La Negra, y lo nombró su sultán y mandó allá con él los cincuenta mamelucos que trajeran consigo al venir y envió asimismo muchedumbre de aljalas para todos los emires y visires.

Y besó el visir sus manos y salió a cumplir su encargo.

Y asentáronse el rey y el joven gozando una vida de dichosa paz y exenta de todo tedio y pesar.

Cuanto al pescador, vino a ser el más rico de los hombres de su época y veía diariamente a sus hijas, que eran reinas.

Y vivieron así los dos reyes, hasta que llegó a visitarles la muerte.

Pero no tiene nada de extraordinario, comparado con el del costalero.

<sup>34</sup> O Meca, ciudad sagrada de los musulmanes, a una jornada de Cheddah, en el Jichaz, provincia del Yemán o Arabia Feliz. En ningún texto árabe se encuentra este nombre con el artículo.

<sup>35</sup> Plural fracto de *mamluk* (mameluco), esclavo blanco. De esta voz árabe viene el *mama-couchi* de Molière.

<sup>36</sup> Se sobreentiende la del rey.

<sup>37</sup> Tesorero. Palabra árabe, con el sufijo persa *dar*, que indica función.





## HISTORIA DEL ALHAMEL Y LAS MOCITAS

(Noches 9, 10 y 11)

*Cuento cuyo comienzo es digno de Boccaccio o el Aretino, pero en el que luego, sin embargo, apuntan otros temas más graves. Es el primero de aquellos en que aparece el jalifa Harunu-r-Raschid, quinto de los abbasies, en compañía de sus indispensables Châfar y Mesrur. Este detalle autoriza a situar la redacción del cuento más allá del siglo IX, pues Ar-Raschid murió el año 809 de nuestra era, y tal es, en efecto, la opinión general de los doctos.*

*Es interesante notar cómo el relato, que empieza con escarceos frívolos y lúbricos, va cobrando interés y seriedad con las historias de los tres zâluk, llenas de sentido esotérico, y finalmente con la de Sobeida y sus hermanas, que al día siguiente cuenta aquella al jalifa. Este se entera entonces con asombro de la crueldad que uno de sus hijos, Al-Amin, cometió con la bella e inocente Amina, y tiene ocasión de mostrarse como pontífice religioso y soberano absoluto que sabe emplear sus poderes en servicio de la justicia y también de la gracia. Harunu-r-Raschid, en su calidad de vicario de Alá, hace que la genio serpiente levante el hechizo a las hermanas de Sobeida y obliga a su hijo a darle a Amina la reparación debida. La moraleja de la historia es una recomendación del silencio; si el jalifa hubiera callado, no se enterara de lo de su hijo; pero tampoco entonces habría podido realizar esas dos buenas acciones. La curiosidad no siempre es un vicio, y sobre todo en los reyes es una virtud. Nótese, finalmente, la paronomasia conyugal entre Amina y Amin-Fidela y Fidel. Es el primer cuento que nos sitúa en una época histórica, aunque sin desprenderse aún del fondo fabuloso.*

*Roso de Luna da una versión ocultista de esta complicada historia y la relaciona con la leyenda castellana La oreja del Diablo, en cuyo protagonista, Domicio, ve un trasunto del costalero de Bagdad. Este, según el*

*teósofo, representa, como Domicio, al catecúmeno o iniciado que es introducido en el palacio de tres bellas damas, que simbolizan, respectivamente, el cuerpo, el alma y el espíritu. «Allí—copiamos sus palabras—ve al vivo la historia de todas ellas: la de Safia (Fahima), callada por el texto; la de Amina, la atormentada alma humana, llena de cicatrices y dolores por haberse dejado ver de los profanos, tales como aquel que en la mejilla le mordiese cuando alzó Amina una punta de su velo, y, en fin, la de Sobeida, el elemento corpóreo, la de las dos serpientes, la buena y la mala, de las dos respectivas ramas en que la Magia se divide, ramas que acaban siempre reuniéndose en el Tronco misterioso que está ya por encima del Bien y del Mal, y que no es otro que el Logos de los gnósticos o aquel Krishma del Mahabharata, suma y compendio de todos los contrarios que en el mundo existen.»*

*Para la interpretación, el costalero, que da la nota jovial y despreocupada en esa grave asamblea, es sencillamente el representante de la clase humilde de la sociedad, el hombre del pueblo, que vive sin preocupaciones ni responsabilidades y es feliz porque sus ambiciones son tan limitadas como las del pájaro. El utópico hombre sin camisa del antiguo apólogo.*

*Bagdad, como es sabido, era la corte de los abbasies, como antes Dimechek lo fuera de los umeya, y radicaba en el Irak arábigo a orillas del Dichle o Tigris, a 500 millas del mar, sirviéndole de puerto Bazra como Beirut a Damasco. Edificóla el jalifa Al-Manzur, segundo de los abbasies, en unos terrenos que Jusrav Anuschirván regalara antaño a una de sus mujeres. De ella dice Benjamín de Tudela (siglo XII): «De allí (de Okbara), a dos jornadas, está Bagdad, la gran ciudad, cabeza del imperio del jalifa. Príncipe de los Fieles, de la dinastía de los abbasies, del linaje de Mahoma, jefe de la fe mahometana, y todos los reyes mahometanos lo reconocen como tal, siendo para ellos lo mismo que el Papa para los cristianos... Tiene un palacio en el centro de Bagdad de más de tres millas de extensión. En el palacio hay un gran parque, con todas las clases de árboles frutales y de los que no dan fruto y con toda clase de animales; todo ello está rodeado por un muro. En medio del parque hay un lago, cuyas aguas proceden del río Tigris, y cuando el Califa quiere pasearse, recrearse, divertirse o celebrar orgías, cazan para él aves y cuadrúpedos o pescan peces.» Ibn-Batutah (siglo XIV) hace también grandes elogios de Bagdad, «mansión de la paz, capital del islamismo, que posee un noble poder, un mérito eminente, corte de los jalifas y sede de los sabios», y cita varios poemas compuestos en su encomio.*

*Ibn-Batutah pudo ver a Bagdad, la de los abbasies, todavía en pie y conservando mucho de su antigua grandeza, pese al saqueo de los tártaros en el siglo XIII de nuestro cómputo, y se hace lenguas de sus baños, sus puentes, sus aljamas y palacios. Pero Abdu-l-Kerim, que la visitó en el siglo XVIII de paso para Meca, no encontró sino ruinas de la antigua ciudad, frente a la que en la orilla oriental del Tigris se erguía otra enteramente nueva. Bagdad, la de Harunu-r-Raschid, con todas sus magnificencias, vive hoy solamente en las páginas de las historias y los cuentos.*

*El nombre de Bagdad es un compuesto de dos persas: Bag—Dios (compárese el ruso Bod) y Dad—donación. Y aquí alude a un templo que la antes citada concubina de Anuschirvân había erigido allí en honor de un ídolo. Aunque también puede interpretarse Jardín (Bag) de la Justicia (Dad).*

*Alhamel es forma romanceada del árabe Al-Hammal—costalero, cargador.*

—Erase un hombre de la ciudad de Bagdad y era soltero y de oficio costalero.

Y estando en el zoco un día de los días, sentado sobre sus costales, he aquí que se para delante de él una señora, envuelta en una mantilla de muselina de seda, bordada en oro y guarnecida de brocado y salpicada de lentejuelas.

Y levantó la mujer un pico de la mantilla y dejó ver unos ojos negros, de largas pestañas, que lanzaban unas miradas lánguidas y zalameras, y dizque toda ella era un dechado de seductora belleza.

Y la mujer se acercó al costalero y con la voz más melosa y la dicción más primorosa le dijo:

—¡Ye, alhamel. Coge tu espuerta y sígueme.

Estaba tan embelesado el costalero mirando a la dama que apenas si entendió bien sus palabras; pero dióse prisa a echarse su espuerta a los hombros, diciendo para sus adentros:

«¡Ye día de buena sombra! ¡Ye día de la gracia de Alá!»

Y echó a andar detrás de la mujer y la fue siguiendo hasta que se detuvo a la puerta de una casa y llamó a ella y salió luego un viejo, un nezarani<sup>1</sup>, al que ella le dio una moneda de oro, recibiendo de él en cambio una medida de vino posado, claro como el aceite de oliva<sup>2</sup>, que la mujer puso en la espuerta, diciéndole al mandadero:

—¡Coge la espuerta y sígueme!

Y el alhamel hizolo así, diciendo para sus adentros:

«¡Bendito día es este, en verdad! ¡Y propicio para el logro de cuanto se pueda desear!»

Y fue siguiendo de nuevo a la señora hasta que esta se paró en una frutería y mercó allí manzanas ajamies y membrillos osmanies y melocotones amanies y cohombros del Nilo y limones misiries y naranjas sultanies y jazmines helebies<sup>3</sup> y bayas de arrayán y nenúfares de Dimechk, flores de manzanilla y anémonas de un rojo de sangre y violetas y azahares y narcisos albahaca, y lo puso todo con mucho primor en la espuerta y le dijo al costalero:

—¡Carga con esto!

Hizolo así el alhamel y siguió detrás de la señora, la cual se detuvo luego ante una carnicería y le dijo al carnicero:

—Córtame diez libras de cordero.

Abonóle su precio y el carnicero le envolvió las diez libras de carne en unas hojas de plátano y ella las colocó en la espuerta y le dijo al costalero:

—¡Carga con eso!

Hizolo así y la fue siguiendo de nuevo, hasta que se detuvo ante otra tienda, donde mercó fruta seca y pistacho y alcárras y estragón y pepinillos y otras hierbas en salmuera, así como también nueces y avellanas y almenbras y piñones y demás cosas propias para postres, y lo puso todo en la espuerta y le dijo al costalero:

—¡Carga con eso!

Hizolo él así y la fue siguiendo de nuevo hasta que se detuvo en una con-

<sup>1</sup> Nazareno, cristiano.

<sup>2</sup> Mardrus interpreta en vez del vino aceitunas.

<sup>3</sup> De Haleb, Alepo.

fiteria y compró un altabake <sup>4</sup> de barro y lo llenó de todos los dulces que había en la tienda: pastas de almendra, pasteles perfumados con almizcle y bizcochos y tortas de limón y dulces de los llamados «muchabak» y «peinecillos de Seinab» y «dedos de dama» y «bocaditos de kadi» y toda suerte de dulces sabrosos <sup>5</sup>, y lo puso todo con mucho cuidado en la espuerta y le dijo al costalero:

—¡Carga con eso!

Y dijo el costalero:

—Si me lo hubieras dicho, habría traído conmigo una mula para cargar todo esto.

Sonrióse entonces la muchacha y siguió andando hasta que se detuvo a la puerta de un droguero y le mercó diez pomos de agua de rosas y agua de azahar <sup>6</sup> y de otras esencias más.

Y le compró también al droguero una cantidad de licor embriagante y un hisopo e incienso macho y áloe y ámbar y velas de Iskandriya <sup>7</sup>, y lo puso todo en la alcofinilla <sup>8</sup> y le dijo al costalero:

—Carga con eso y sígueme.

Cargó el mozo con su espuerta y la fue siguiendo hasta que llegaron a una casa buena y delante de la cual había un patio espacioso y era alta de muros, sólida de cimientos; las hojas de su puerta de abenuz <sup>9</sup> chapado, con planchas de oro bermejo.

Detúvose allí la joven ante la puerta y golpeó con un golpecito suave, y he aquí que la puerta se abre de par en par; miró el mandadero a ver quién le abriera la puerta y encontróse con una muchachita, garboso el palmito, firmes los pechitos, dotada toda ella de belle-

za y de gracia y gentileza y armonía.

Y era su frente como fulgor de la luna nueva, y sus ojos como ojos de gacela, y sus cejas como la luna creciente del Ramadán <sup>10</sup>, y sus mejillas como anémonas, y su boca como el anillo de Soleimán, y su cara como la luna llena al salir <sup>11</sup>, y sus dos pechos como dos granadas gemelas, y su vientre enrollado bajo su ropa como rollo de pergamino para los libros.

Al verla el alhamel volósele el juicio y en poco estuvo no se le cayera la espuerta de sobre su cabeza. Y dijo:

—No vi en mi vida día más bendecido que este día.

Dijo luego la mocita portera a la demandadera y al mozo de cuerda:

—¡Bien venidos! *Selam*.

Y permanecía dentro del zaguán.

Pasaron allá, pues, hasta llegar a una sala espaciosa, tapizada de brocado de seda y oro, suntuosa, con incrustaciones de oro, y jarrones y alizares <sup>12</sup> tallados y alhacenas con acitaras <sup>13</sup> que arrastraban.

Y en mitad de la sala un lecho de mármol, con incrustaciones de perlas y diamantes, y sobre él un dosel de raso bermejo y dentro de él una joven con ojos babilónicos y talle esbelto y cara que avergonzaba al sol refulgente; hubiérase dicho que era un astro aljoforado, una perla arábica, según dijo el poeta, celebrando otra beldad como aquella:

«Tu talle compararon con la rama  
del árbol cimbreante;  
mas se quedaron cortos, pues supera  
a la rama tu talle.

<sup>4</sup> Fuente, plato hondo. Del árabe *Al-Tabak*.  
<sup>5</sup> La enumeración de estos manjares varía en las distintas versiones.

<sup>6</sup> Del árabe *As-Sohrá*.

<sup>7</sup> Alejandria. Fundada por el gran Alejandro—*Iskander*, en árabe.

<sup>8</sup> Alcofinilla. Del árabe *Al-Kofa*, cesto.

<sup>9</sup> Ebano.

<sup>10</sup> Mes sagrado para los musulmanes, que corresponde a nuestra Cuaresma y cae en el mes de septiembre de nuestro calendario.

<sup>11</sup> Simil que ha llegado a ser tópico en la poesía oriental. Es el epíteto sánscrito que en esa lengua sintética se expresa con el vocablo compuesto *Purnachandranibanana*.

<sup>12</sup> Zócalos. Del árabe *Al-Izar*.

<sup>13</sup> Velos. Del árabe *As-Sitara*.

Que la rama más bella nos parece  
si vestida la vemos,  
mientras en cambio tú más bella luces  
si te muestras sin velos.»

Levantóse luego la joven, la tercera, de sobre el lecho, y en seguida plantóse en medio de la sala, junto a sus hermanas, y dijo:

—¿Por qué os estáis quietas? Quitadle a ese pobre recadero su carga de sobre la cabeza.

Fue entonces la demandadera y púsose delante de él y colocóse detrás la clavera y las ayudó la tercera y descargaron al alhamel y sacaron lo que había en la espuerta y colocaron en orden las vituallas, cada cosa en su sitio, y dieron al mozo dos dinares, diciendo:

—Vete ya, costalero.

Y miró este a las jóvenes y lo que en ellas había de hermosura y gracias naturales y no viera en su vida nada más bello, y, sin embargo, chocóle no ver por allí hombre.

Y miraba lo que allí tenían de licores y frutas y esencias de olor y otras cosas exquisitas, y se maravillaba hasta el colmo de la maravilla.

Andaba reacio para irse y una de las mocitas acabó por decirle:

—¿Qué es eso de estar ahí parado? ¿Encuentras quizá poco el aljor <sup>14</sup> que te dimos por tu trabajo?

Y volviéndose a su hermana, le dijo: —Dale otro dinar y que se vaya.

Pero el alhamel, entonces, exclamó:

—Oh mis señoras, doble me habéis pagado de lo que esperaba, así que no encuentro escasa la paga, sino que, a decir verdad, tengo embargado por vosotras mi corazón y mi pensamiento y no acierto a comprender cómo estáis en ese estado, pues vivís solas y retiradas sin hombre ni nadie que os haga compañía y ya sabéis que el alminar <sup>15</sup> se sustenta sobre cuatro pi-

lares y a vosotras os falta el cuarto, que es el que completa la felicidad de las hembras, que no es cabal sino con el hombre. Como dijo el poeta:

«Estos cuatro instrumentos  
la orquesta forman:  
el arpa, la guitarra,  
ajabeba y tiorba <sup>16</sup>.»

Tres sois vosotras y, por tanto, os falta un cuarto, el hombre discreto, listo, valiente y mudo para los secretos.

A lo que ellas le dijeron:

—Mocitas somos y tememos depositar nuestro secreto en quien no sepa guardarlo, pues hemos leído en las historias estos versos de fondo asaz discreto:

«Solamente a ti mismo tu secreto confía,  
que depósitos tales se pierden y es la fija.»

Oído que hubo el recadero sus palabras, les dijo a las muchachas:

—Por vuestras vidas, que yo soy, en verdad, hombre listo y de fiar, y he leído libros y ojeado las historias y enseño lo bonito y escondo lo feo y hago lo que el poeta dijo:

«Tan solo en este mundo los discretos  
de guardar son capaces los secretos.  
Yo los míos guardo en cámara cerrada,  
la llave se perdió y está sellada.»

Luego que oyeron las doncellitas aquellos versos y rimas y aquellas palabras atildadas, dijeron:

—Has de saber, oh el alhamel, que nosotras tenemos reunidos en este lugar caudales lucidos. ¿Tendrías tú para correspondernos algo por el estilo? Porque ¿no tendrás la pretensión de estar aquí con nosotras bebiendo en amable compañía y tenernos toda la noche en vela hasta que el alba nos bañe las caras?

Y la mayor de las mocitas dijo:

<sup>14</sup> Paga.  
<sup>15</sup> Del árabe *Al-Minar*, torre.  
<sup>16</sup> Ajabeba—flauta. Del árabe *As-Schabeda*. Tiorba—guitarra. Del árabe *Tarab*.

—Amor sin dinero no pesa nada en el platillo de la balanza.

Y la que había abierto la puerta añadió:

—Si no tienes nada, vete también sin nada.

Pero en esto se levantó la demandadera y dijo:

—¡Hermanas mías, dejemos eso! En verdad que este joven en nada nos va a amenguar el día, y además ningún otro nos habría tratado con tanto respeto. Así que, cuando pagar le toque, yo abonaré su anafaga <sup>17</sup> por él.

Alegróse el costalero al oír la y dijo:

—¡Por Alá, mocita! Que a ti te debo la primera ganancia del día.

Y dijeron las tres muchachas:

—Ven acá y siéntate a tus anchas.

Ajustóse luego el ceñidor la demandadera, ordenó las botellas, decantó el vino, dispuso la reunión a la orilla de la albufera y llevó allí cuanto necesitar pudieran.

Luego ella y sus hermanas se sentaron y sentóse entre ellas el costalero, y pensaba el costalero estar soñando.

Y he aquí que la demandadera escanciò el vino y lleno su copa <sup>18</sup> y bebió, y así por segunda vez y por tercera. Y después llenó la copa de nuevo y se la ofreció a sus hermanas y luego al costalero. El cual, extasiado, improvisó los siguientes versos:

—¡Bebe este vino, que él la causa  
es de nuestra alegría!

Fuerza y salud da al que lo bebe;  
no hay mal que se le resista.

¡No hay quien beba este vino y no sienta  
el alma fortalecida!

Luego que el vino húboles hecho su efecto, levantóse la portera y se despo-

jó de sus vestiduras y se quedó desnuda. Después de lo cual se zambulló en aquella fontana y se puso a jugar con el agua y a llenarse de agua la boca y a espurrear con ella al costalero.

Enjugóse luego sus miembros y lo de entre sus muslos y salióse del agua y echóse en brazos del costalero y le dijo con tono travieso:

—Ye amado mío, ¿cómo se llama esto?

Y señalaba a su raja.

—Tu misericordia <sup>19</sup>—respondió el costalero.

—¡Ye, ye!—exclamó la joven—. ¿No te da vergüenza no saberlo?

Y lo cogió del cuello y empezó a darle cachetes recios.

Y dijo el costalero:

—Ese es tu sexo.

—¿Y qué otro nombre tiene, además?—preguntó la joven.

—Se llama también tu chisme—respondió el costalero.

—¿Y qué más?—tornó ella a preguntar.

—Tu avispero—respondió el costalero.

Pero ella siguió dándole cachetes y papirotazos hasta ponerle el cogote colorado.

—¿Pues cómo se llama, entonces?—preguntó el alhamel, apurado.

—La alhábea <sup>20</sup> de los puentes—dijo ella finalmente.

—Gracias a Alá—exclamó el costalero—, ¡ye albahaca de los puentes, por tu integridad!

Requirieron luego las muchachas el jarro y la taza y levantóse la segunda muchacha y se quitó sus vestiduras y se quedó desnuda y se zambulló en aquella fuente y se puso a retozar en ella, haciendo lo mismo que había hecho la primera.

Salió después del agua y echóse en

<sup>17</sup> Escote. Del árabe *An-Nafak*.

<sup>18</sup> Al contrario que entre nosotros, en Oriente es una cortesía beber primero, para dar a entender al huésped que el vino no está envenenado; precaución de agradecer en esos países, donde siempre se sospecha la traición.

<sup>19</sup> Juego de palabras con el doble significado de la raíz árabe *rim*, misericordia y útero.

<sup>20</sup> El vocablo árabe *Al-Habak*, deformado en albahaca.

brazos del costalero y señalando a su sexo, lo interpeló, diciendo:

—Ye luz de mis ojos, ¿cómo se llama esto?

—Ese es tu sexo—respondió el costalero.

—¿No te da vergüenza de decir eso? —increpóle ella.

Y lo cogió del cuello y empezó a aporrearlo con tales ganas que retembló todo cuanto había en la sala.

—La albahaca de los puentes—exclamó el costalero—se llama.

—No—respondió la muchacha.

Y siguió golpeándolo con saña.

—Pues ¿cómo se llama, entonces? —exclamó el costalero.

Y ella le contestó diciendo:

—Se llama el sésamo mondado.

Levantóse después la tercera joven y se quitó la ropa y se arrojó al agua y se puso a hacer lo mismo que hicieran las otras que la precedieran.

Vistióse luego sus ropas y se echó en brazos del costalero y lo interpeló:

—¿Cómo se llama esto?—y señalaba a su sexo.

Empezó el costalero a decir esto y aquello y ella a darle cachetes en el cuello hasta que finalmente diose por vencido el costalero y dijo:

—Pues ¿cómo se llama? Dilo.

Y ella entonces le dijo:

—¡Se llama el *jan*<sup>21</sup> de Abu-Menzur<sup>22</sup>, mocito!

Pasó una hora y el costalero se quitó sus vestiduras y se zambulló en la fontana y su virilidad flotaba en el agua.

Lavóse luego como se lavaran antes las muchachas y salió del agua y puso sus brazos en el regazo de la portera y sus pies en la falda de la demandadera. y señalando a su miembro, la interpeló, diciendo:

—Ye mi señora, ¿cómo se llama esto?

Soltaron las tres muchachas, al oírlo, la carcajada con tales ganas que se tumbaron de espaldas. Y exclamaron a coro, diciendo:

—Ese es tu miembro.

—No—respondió el costalero.

Y les dio a cada una de ellas un mordisco ligero.

—Es tu cipote—dijeron ellas.

—No—respondió el costalero.

Y les tiró a las tres de los pechos.

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## PERO LA NOCHE 10 DIJOLE DUNYASAD A SU HERMANA:

—Ye, hermana mía, termina de contar tu historia.

A lo que Schahrasad le respondió:

—¡Con alma y vida, hermana mía!

Y continuó su relato, diciendo:

—Ha llegado a mi noticia, ye el monarca, el afortunado, que las mocitas siguieron mentándole nombres al costalero y este las besaba y las abrazaba y las mordisqueaba y ellas se reían, has-

ta que, finalmente, se dieron por vencidas y dijeron:

—Pues ¿cómo se llama eso?

—Se llama—respondió el alhamel—el mulo garañón que pasta la albahaca de los puentes y come de pienso el sésamo pelado y pernocta en el *jan* de Abu-Menzur.

<sup>21</sup> Posada, parador.

<sup>22</sup> Padre del victorioso.



Rompieron a reír las tres muchachas, al oírle, con tanta gana, que volvieron a caerse de espaldas.

Luego siguieron bebiendo en la misma copa hasta que empezó a hacerse de noche y entonces le dijeron al joven:

—Vuelve la cara y vete, y así veremos la anchura de tus hombros.

Pero al oír aquello exclamó el mozo:

—¡Por Alá, señoras mías! Que más fácil le fuera a mi alma salir de mi cuerpo que a mí salir de esta casa.

Empalmemos esta noche con el día y, en amaneciendo la mañana, podrá cada cual irse en busca de su sino, por las sendas de Alá.

Medió entonces otra vez la demandadera y dijo:

—¡Hermanas mías, por vuestra vida! Invitémosle a pasar la noche con nosotras y nos reiremos mucho con sus cosas, que es un desahogado sin pizca de lacha, pero con mucha sombra.

Dijéronle, pues, al costalero:

—Puedes quedarte aquí a pasar la noche con nosotras, pero a condición de que has de hacer al pie de la letra lo que te mandemos y no has de preguntar nada sobre lo que vieres.

Respondió él:

—¡Conforme, mis señoras!

Añadieron ellas:

—Levántate y lee lo que hay escrito encima de esa puerta.

Levantóse él y en el arrogante <sup>23</sup> de la puerta vio escritas con letras de oro estas palabras:

«De lo que no te importe, nunca hables.  
Y así no verás nada desagradable.»

Y dijo el costalero:

—Señoras mías, testigos os pongo de que no he de hablar en absoluto de lo que no me importe por mucho que me choque.

Levantóse después la demandadera y les presentó viandas y comieron.

Encendieron luego las velas de olor y quemaron las varas de áloe y siguieron comiendo y bebiendo de todas las golosinas compradas en el zoco, sobre todo el costalero que, al par que ingería, declamaba versos, entornando los ojos y llevando el compás con la cabeza.

Cuando hete aquí que de pronto sienten llamar con los nudillos a la puerta, lo que no fue parte, sin embargo, a desgarnar las perlas del collar de su tertulia.

Levantóse tan solo una de las mocitas y fue a la puerta y luego tornó y dijo:

—Muy concurrida va a estar esta noche nuestra mesa, pues acabo de encontrar junto a la puerta a tres *acham* <sup>24</sup> de barbas rapadas y tuertos los tres del ojo izquierdo. Lo que no deja de ser chocante, por cierto. Al punto conocí que eran extranjeros, que probablemente vienen de las tierras de Ar-Rum. Ninguno de ellos se parece al otro, pero los tres tienen caras igualmente ridículas que mueven a risa.

Si los hiciéramos pasar, seguro que nos divertiríamos mucho.

Vinieron en ello sus hermanas, y le dijeron:

—Diles que pueden pasar, pero a condición de que no se metan en lo que no les vaya ni venga, si no quieren oír lo que de su gusto no sea.

Corrió, pues, la joven muy alegre a la puerta y volvió luego trayendo consigo a los tres tuertos. Sus barbas rapadas a cuchilla, los bigotes retorcidos y tiesos, que eran *zâluk* <sup>25</sup> y estos andan así.

<sup>24</sup> *Acham*; plural fracto de *Achm*, nombre con que designan los árabes a los persas y en general a todos lo que no hablan su lengua.

<sup>25</sup> De la cofradía de derviches mendicantes así llamados.

Son los tres *calender* de la versión de Galland.

<sup>23</sup> Dintel. Del árabe *Ar-Rokab*.

Entraron, pues, los tres *zâluk* y saludaron con el *selam* y luego se quedaron rezagados.

Invitáronlos a sentarse las mocitas y entonces se sentaron y se quedaron los tres mirando al costalero y advirtieron que estaba borracho. Y al mirarlo pensaron que era uno de los de su gremio y dijeron:

—Es un *zâluk*, como nosotros.

Oído que hubo el costalero esas palabras se levantó y revolvió sus ojos y exclamó:

—Sois unos groseros. ¿Por ventura no habéis leído lo que en esa puerta hay escrito?

nombre compuesto del árabe *klm*—cálamo o pluma—y la desinencia persa *dar*, que indica función o posesión. Roso de Luna fantasea con la morfología del vocablo *kalenda* derivándolo arbitrariamente del *kali* sánscrito—copiamos a la letra—como el de la diosa Kalavoni, tentadora de Krihna, ora de la raíz «call-gritar, nombrar-kalo griego y latín antiguo. *galw*—bajo bretón. etcétera».

Los referidos *kalendas* son para él «gentes lunares, no solares», «ocultistas fracasados» como si dijéramos (dice él) por ser tueritos, no del ojo izquierdo—como el texto dice—sino del derecho —afirma él—que es el «ojo del cañón, que dicen los católicos. «el ojo que incapacita para la celebración de los misterios religiosos».

De la misma calidad son las otras etimologías que da Roso de Luna de la onomástica de los personajes de esta historia: Sobeida es, según él, *Zoo-beth*, la «hermana inferior» o «el cuerpo o Soma»; Amína o Anima, «la Psique, el alma», y Fahima—convertida en Safia—es «Sophia o Sabiduría. el *nous* o espíritu griego (*sic*)».

Finalmente, da como mejicana la voz árabe *tl*. plural *artal* que significa libra.

Sobre esa base filológica construye su interpretación ocultista.

Tomados a la letra, estos tres *zâluk* tueritos responden, como en el prólogo decimos, a la superstición popular referente a los tueritos, y son otros tantos tipos representativos del hombre-paposo, del *jetatore*.

Completaremos la información sobre los *zâluk* diciendo que su orden fue fundada por *Scheij* Scherif Bu-All Kalandar (aproximadamente el año 724 de la *hechra*—*History of Sind-Burton*—), de donde podría venir la etimología de la voz *kalenda* *Karandoliyah* en la versión de Mac-Naghten; *Krundul*, en la de Torrens; *Kalandar*, en la de Burton. La de Mardrus trae *zâluk* y Littmann en la suya nombra a los tres tueritos «monjes mendicantes persas (persische Bettelmoenche)».

Echáronse a reír las mocitas y unas a otras se dijeron:

—¿Cómo nos vamos a divertir con los *zâluk* y el costalero!

Ofrecieron luego de comer a los *zâluk* y ellos comieron y bebieron, y la mocita, la portera, les escanciaba el vino, y luego que la copa dio la vuelta entre ellos, dijoles a los *zâluk* el costalero:

—¿No tendríais por ventura, hermanos, algún cuento que contarnos o alguna historia extraordinaria que nos entretuviese la velada?

Animáronse los *zâluk* y pidieron instrumentos de música. Lleváronles luego un adufe <sup>26</sup> con cascabeles de Mozul <sup>27</sup>, un laúd del Irak <sup>28</sup> y un arpa del Achm.

Y los tres *zâluk* se levantaron y, puestos en pie, tomaron el uno el pandero, el otro el laúd y el arpa el tercero y procedieron a tañerlos. Y las mocitas con sus voces acompañaban el son de los instrumentos.

Pero estando en estas he aquí que un llamante llama a la puerta.

Levantóse la mocita, la portera, y fue a ver quién era.

Y dizque aquella noche bajara de su alcázar el jalifa Harunu-r-Raschid <sup>29</sup> para ver y oír las novedades que hubiera en la ciudad, en compañía de Châfar, su visir, y de Mesrur, su mace-ro, el ejecutador de sus justicias y el guardador de su cuerpo.

Y era su costumbre, para no darse a

<sup>26</sup> Pandero; del árabe *Ad-Duf*.

<sup>27</sup> Monzul o Mauzil, ciudad situada en la orilla derecha del Tigris, frente a las ruinas de Nínive. Cuna del famoso músico Abu-Ishak, que figura como personaje en varias de estas historias.

<sup>28</sup> Los árabes designan con este nombre toda la región comprendida entre el desierto de Siria y el mar Caspio, distinguiendo dos Iraks: el Irak Al-Achmi o persa y el Irak Al-Arabi o árabe, cuya metrópoli era Bagdad.

<sup>29</sup> Aarón el (bien) encaminado. Harum, igual que el hebreo Aarón, significa, a la letra, Desnudo.

conocer, disfrazarse con traje de mercader.

Y al bajar la noche aquella y pasear por la ciudad hubieron de pasar, en el curso de sus andanzas, por delante de aquella casa y oyeron los instrumentos de la zambra. Y dijole el jalifa a Châfar:

—Voy a entrar en esa casa y ver quiénes son los que cantan.

Y dijole Châfar:

—Gente es esa que está ya borracha y es de temer que nos hagan alguna chuscada.

Pero el jalifa le dijo a Châfar:

—He de entrar sin remedio y voy a discurrir alguna treta para hacerlo.

—Audición y obediencia—respondió Châfar.

Y adelantóse y llamó a la puerta.

Salió a abrirles la puerta y el visir le dijo, al verla:

—Nosotros, mi señora, somos mercaderes de Tabariya <sup>30</sup> que llegamos a Bagdad hace diez días con nuestros géneros y nos alojamos en el *jan* de los mercaderes. Uno de ellos, esta noche, nos invitó a su casa y nos convidó a cenar, y terminada la cena, que duró una hora, nos dejó en libertad y nos retiramos a nuestro *jan*. Pero como era ya de noche y somos algarivos <sup>31</sup>, en esta ciudad nos perdimos luego y no atinamos con el camino de nuestro *jan*; así que invocamos rendidamente vuestra hospitalidad y os suplicamos nos permitáis entrar en vuestra casa y pasar en ella la noche hasta que amanezca la mañana. Que si así lo hacéis Alá os lo tendrá en cuenta y os dará su recompensa.

Mirólos la mocita y hallóles, efectivamente, facha de mercaderes y traza decente, por lo que tornó adentro junto a sus hermanas para consultarlas.

<sup>30</sup> Tiberiades, en Palestina, al S. O. del mar de Galilea.

<sup>31</sup> Extraños, peregrinos, extranjeros. Del árabe *Al-Garib*.

Y ellas le dijeron:

—Hazlos pasar, hermana.

Fue después a abrirles la puerta, y ellos le preguntaron:

—¿Podemos pasar adentro con vuestra venia?

—Entrad—contestó ella.

Entraron el jalifa y el visir y el macero. Y las mocitas, al verlos, se levantaron y acudieron a recibirlos y atenderlos, diciendo:

—¡Holgura y facilidad y comodidad, huéspedes nuestros!

Pero una condición hemos de imponeros y es la de que no habéis de meteros en lo que no os incumbe, si no quereis oír algo que no os guste.

—Conformes—respondieron ellos.

Después de lo cual se sentaron y comieron y bebieron y corrió entre ellos la copa, a la redonda.

Y reparó el jalifa en los tres *zâluk* y notó que eran los tres tuertos del ojo izquierdo y le chocó.

Y miró a las mocitas y cuanto había en ellas de gracia y hermosura y se turbó y se maravilló.

Y continuaron bebiendo y charlando y ofrecieron las mocitas de beber al jalifa, pero dijo:

—Soy *hach* <sup>32</sup>—y rechazó la copa que le ofrecían.

Fue entonces la portera y le presentó una mesita con incrustaciones y puso sobre ella una fuente de china en la que vertió agua pura y un trozo de nieve y unas gotas de esencia de rosas.

Dióle el jalifa las gracias y se dijo para su ánima:

«Mañana mismo, sin remisión, he de

<sup>32</sup> Peregrino que debe abstenerse de bebidas todo el tiempo en tanto no cumple el rito de su sagrada romería. *Corán*, sura XXII, *Al-Hach* (Del alhage).

Se trata de un pretexto del jalifa, que en otras ocasiones no tenía escrúpulo en beber vino y hasta más de la cuenta, para no perder la luz de espíritu y poder observarlo todo, y también para no dar mal ejemplo en público, pues al fin ha de descubrirse su verdadera personalidad.

corresponder a tanta fineza y atención.»

Tornaron luego de eso a comer y beber, hasta que el vino empezó a hacerles efecto.

Levantóse luego la dueña de la casa y se puso a servirlos y, cogiendo de la mano a la demandadera, le dijo:

—Hermana mía, levántate en cumplimiento de nuestra ley.

Dijole ella:

—Bueno.

Levantóse después la porterita y llevó a los *zâluk* y se los llevó detrás de las puertas y dizque antes habían despejado las mocitas el centro de la sala y llamaron al costalero y le dijeron:

—¡Qué poco cariño nos tienes! ¡Tú no eres un extraño, sino que eres de la casa!

Levantóse entonces el joven y se apretó el cinto y dijo:

—¿Qué queréis?

Dijeron ellas:

—Éstate quieto en tu sitio.

Luego fue la demandadera y dijole al costalero:

—Ven y ayúdanos.

Y vio el costalero dos perras, de las perras, las negras, y en sus cuellos sendas cadenas.

Cogiálas luego el joven a ambas y adelantóse con ellas al centro de la sala.

Entonces la dueña de la casa se remangó los picos de sus mangas y cogió un látigo, y le dijo al costalero:

—Tráeme acá las perras.

Asió aquel de una de ellas por la cadena y se la presentó.

Y dizque la perra lloraba y movía la cabeza en dirección a la muchacha.

Pero esta empezó a fustigarla en la cabeza y la perra a dar chillidos y aquella no dejó de azotarla hasta que se le cansó el brazo de tanto maltratarla.

Tiró entonces el látigo y estrechó a

la perra contra su pecho y le enjugó sus lágrimas y besó su cabeza con mucha ternera.

Después de lo cual dijole al costalero:

—Llévate esta y tráeme la otra.

Hízolo así él y ella hizo con la segunda igual que había hecho con la primera.

A todo esto sentía el jalifa que el corazón se le oprimía de piedad y guiñó el ojo a su visir, indicándole que interrogara a la joven; pero Châfar contestóle, también por señas, que lo más prudente era callar.

Volvióse luego la mayor de las mocitas y dijole a sus hermanas:

—Obremos, según nuestra ley.

Y dijeron las otras:

—Audición y obediencia.

Subióse la mayor entonces al lecho forrado de plata y oro, y les dijo:

—Vamos a ver si lo sabéis bien.

Subióse luego la menor también al lecho y la tercera se retiró a su aposento, y volvió luego y en su mano un bolso de raso, con flecos de seda verde, y paróse ante sus hermanas y abrió el bolso y sacó de él una guitarra.

Entregóse la a su hermana menor y esta, luego de templarla, procedió a tañerla y cantó estos versos con voz sollozante y patética:

¡Devolved <sup>33</sup> a mis ojos, por piedad,  
el sueño que huyó de ellos!  
La razón he perdido; ¿qué fue de ella?  
Decídmelo, os lo ruego.

Desde el día que al amor le di yo entrada imprudente, en mi pecho,  
conmigo se enojó y abandonóme  
ya para siempre. el sueño.

<sup>33</sup> Nótese que la cantora emplea el plural y habla de si misma en masculino; trátase de un eufemismo obligado, pues sería indecoroso que una mujer expresase a las claras sus sentimientos de amor.

Según Lane, estos versos y los que les siguen están tomados de una *kazida-oda* del poeta Ibn-Sahlu-l-Ischbili. Figuran en la edición de Bulak y faltan en la de MacNaghten.

Quien me ve pregunta: —Di ¿qué hiciste para caer en este triste estado? Tú siempre tan juiciosa, tan discreta ¿cómo es posible te haya extraviado?

—No soy yo—les contesto—la que puede el secreto explicaros. Es ella, por la cual daría mi sangre, dichosa de ofrecerse en holocausto. Elegí una mujer, para que fuera de mi imagen espejo y de mi mente. ¡El fuego me abrasara las entrañas si ese espejo algún día se rompiera! ¡Si la vierais, cesaran los reproches! ¡Una joya es que a Alá plugo labrarse con el vital licor, y la granada y la perla creó con el sobrante!

Mas me arguyen: —¿Qué encuentras en tu [amada

sino penas y llantos, a cambio de un placer que apenas dura, efímero y escaso? ¿No sabes que al mirarte en esa fuente de agua clara, insensato, tan solo ves tu sombra y sin beber ya sientes el empacho?

—No penséis—les contesto—que he bebido; de mirarla tan solo me embriagué, y eso bastó para que el dulce sueño me negara por siempre su merced. ¡Y no es quien me consume lo pasado ni las cosas amadas que dejé: su ausencia únicamente es quien me ha puesto en este estado cruel! ¿Cómo en otra podría fijar los ojos y por salvarme hacer, si mi alma, a su cuerpo perfumado de ámbar y almizcle, para siempre até?

Luego que terminó su canto, díjole su hermana:

—¡Ojalá <sup>34</sup> y quiera Alá darte consuelo, hermana mía!

Pero la porterita fue presa de tal emoción, que rasgó sus vestiduras y cayó en tierra y se desmayó.

Y dízque, al caer, quedó al descubierto parte de su cuerpo y el jalifa advirtió en él señales de azotes y palos

<sup>34</sup> Forma romanceada de la expresión optativa árabe *In scha L-Lah* (¡Si Alá quiere), que equivale al *Deo volente* de los latinos y que los musulmanes anteponen piadosamente a toda expresión de deseo, como una fórmula propiciatoria, según la advertencia del Profeta: «Y no digáis sobre ninguna cosa: yo haré esto mañana, sino “si quiere Alá” (*in scha-L-Lah*)», *Corán*, sura XVIII.—*Al-Kahf* (La ajaquefa), versículo 23.

y se maravilló hasta un punto que no lo había mayor.

Cuanto a la demandadera, roció con agua el rostro de su hermana y esta volvió en sí y entonces le trajo un vestido nuevo y se lo puso sobre el cuerpo.

Díjole entonces el jalifa a Châfar: —¿Por ventura no te hacen mella en el ánimo estas cosas? ¿No notaste las huellas de los golpes en el cuerpo de esa moza? Pues lo que es yo no puedo callar más y no descansaré hasta no averiguar la razón de todo esto y, sobre todo, de ese episodio de las dos perras.

Díjole el visir:

—¡Ye mi ilustre señor, corona de mis sienes! Recuerda la condición que nos pusieron: «No hables de lo que no te afectare, si no quieres oír lo que no te agrade.»

Pero a todo esto levantóse la demandadera, tomó el laúd, apoyólo contra su redondo pecho y rompió a cantar estos versos:

Si con quejas de amor no vinieran,  
¿qué podríamos nosotros decir?  
Si el amor nos hiriera, ¿qué frases  
nuestra pena podría traducir?  
¡No habria lengua ni intérprete habria  
que a ese efecto pudiera servir!  
¡Y, no obstante, sufrimos de un modo  
que de pena podemos morir!  
¡Solo llanto y dolor en el mundo  
son el sino de nuestro vivir!  
¡Fuentes son nuestros ojos de lágrimas,  
que resbalan y ruedan sin fin!  
Oh tú, amado, que alargas tu ausencia,  
y los lazos cortas que te unen a mí,  
a mis mismas entrañas, oh dime,  
¿es posible me olvides así?  
¿No conservas siquiera un recuerdo  
de ese amor que aún me abraza, infeliz?  
¡Pues cuidado, amiguito, que aún puedo,  
si me canso, vengarme de ti,  
y lograr que Alá cuenta te pida  
de lo mucho que me haces sufrir!

Al oír aquel canto tan lastimero, la mayor de las mocitas se rasgó las vestiduras y desplomóse desmayada en el suelo.

Levantóse entonces la demandadera y, luego de espurrearle el rostro para que volviese en sí, púsole un traje nuevo.

Algo repuesta entonces, sentóse la mocita en el lecho y díjole a su hermana:

—¡Por favor, te pido que sigas cantando, para que podamos pagar nuestra deuda! ¡Canta, aunque solo sea otra letra!

Templó entonces la demandadera su laúd y cantó los siguientes versos:

¿Hasta cuándo tu ausencia y tu desvío  
han de durar, crueles?  
¿No sabes que mis ojos ya más lágrimas  
para llorar no tienen?  
Se trata de un enojo pasajero,  
mas nuestro amor pelagra.  
Basta ya si pensabas darme celos;  
ese arriesgado juego no prosigas.  
Si el Sino condenado secundase  
siempre al amante infiel,  
¿qué sería de nosotras, las mujeres,  
víctimas del desdén?  
¿A quién me quejaré de tus desmanes  
oh de mi corazón fiero asesino?  
¿Quién me hará caso, si por culpa tuya,  
el crédito he perdido?

Y soy tan desdichada que mi pena  
sirve de leña al fuego de mi amor,  
y cuanto más me haces sufrir, esquivo,  
tanto más en deseos me abraso yo.  
Y corro tras de ti, como una loca,  
sin poderte encontrar.  
Promesas tuyas tengo, mas tú mismo  
¿dónde, dónde estarás?  
Oh hermanos, si me muero por su culpa,  
de mi venganza os hago legatarios;  
¡haced que él sufra lo que yo he sufrido!  
¡Que el sueño huya por siempre de sus párpados!

¡Hasta el colmo humillarme! ¡Pues que otro  
a él le humilla a su vez!  
¡Y le haga apurar la misma copa  
que apurar me hizo a mí de amarga hiel!

Oído que hubo aquella *kazida* <sup>35</sup>,  
tornó a desmayarse la hermana menor  
y otra vez, al caer, dejó al desnudo  
parte de su cuerpo, en la que había  
verdugones y huellas de azotes.

Y dijeron los tres *zâluk*:

—Más nos valiera no haber entrado  
en esta casa, aunque hubiéramos tenido  
que pasar la noche en un montón de  
ruinas, pues estos espectáculos nos  
apenan de modo tal que acabarán por  
hacer que se nos quiebre la espina  
dorsal.

Volvióse a ellos el jalifa y les dijo:

—Y eso ¿por qué?

Dijeron ellos:

—Pues por lo mucho que nos ha im-  
presionado lo que acabamos de ver.

Dijo el jalifa:

—Pero ¿no sois, pues, de la casa?

Y ellos contestaron:

—El que parece serlo es ese que está  
a tu lado.

Dijo entonces el costalero:

—¡Por Alá, que esta es la primera  
noche que me coge en esta casa, y  
ojalá, en vez de eso, me hubiera ido a  
dormir sobre un montón de piedras!

Dijeron ellos entonces:

—Nosotros somos siete hombres y  
ellas tan solo tres mujeres. Les exigire-  
mos nos expliquen lo ocurrido y, si no  
lo hacen por las buenas, lo tendrán que  
hacer por las malas.

Pusiéronse todos de acuerdo para  
hacerlo así, menos el visir, el cual les  
dijo:

—¿Creéis que lo que vais a hacer es  
justo y lícito? Pensad que somos sus  
huéspedes, que nos pusieron una condi-  
ción y la aceptamos y debemos cum-  
plirla sin poner reparo.

Eso sin contar con que ya se va  
yendo la noche y no tardaremos en  
irnos, cada cual por su lado, en busca  
de su suerte, por los caminos de Alá.

Guiñóle luego el ojo al jalifa, llevó-  
selo aparte y le dijo:

—Solo nos queda de estar aquí una  
hora de tiempo. Y en verdad te prome-  
to poner mañana en tus manos a estas  
tres muchachas y entonces podrás inte-  
rrogar cuanto te plazca sobre su histo-  
ria.

<sup>35</sup> Composición larga (más de 14 versos) que  
por su estilo levantado se asemeja a nuestra oda.

Pero el jalifa rehusó y dijo:

—No tengo paciencia para aguardar hasta mañana.

Seguían entre tanto los otros cuchicheando y unos a otros se preguntaban:

—¿Quién de nosotros va a interrogarlas?

Y pensaban que eso era de la incumbencia del costalero.

A todo esto preguntáronles las jóvenes de repente:

—¿De qué estáis hablando, buena gente?

Y el costalero se levantó, plantóse delante de la mayor de las tres hermanas y le dijo:

—¡Ye sultana! En nombre de Alá, y de parte de todos los presentes, te pido y conjuro a que nos cuentes la historia de esas dos perras negras y nos digas la razón de tú azotarlas primero y llorar y besarlas luego. Y dinos también, para que lo sepamos, la causa de esos verdugones, como de azotes, que se notan en las carnes de tu hermana. He aquí lo que te pedimos nada más. ¡Y ahora *selam!*

Dijo entonces la dueña de la casa a la concurrencia:

—¿Es verdad lo que este acaba de declarar?

Dijeron todos sí, menos Châfar, que no osó hablar.

Oído que hubo la mocita sus palabras, dijo:

—Por Alá, que nos habéis ofendido, oh huéspedes nuestros, en graves términos. Pues cuando llegasteis acá os hicimos la advertencia de que, quien habla de lo que no le importa, oye lo que no le agrada. Pero basta. Nosotras, a la verdad, os hemos introducido en nuestra casa y os hemos agasajado con nuestras viandas; pero no tenéis vos-

otros la culpa. sino que esta es de la que os hizo pasar.

Luego se arremangó los brazos y dio tres pataditas en el suelo y dijo:

—Venid acá en seguida.

Y hete aquí que la puerta de la alhacena se abre y salen de ella siete esclavos y en sus manos sendos alfanes.

Dijoles ella:

—Coged a estos que se van de la lengua y atadlos a unos con otros.

Hiciéronlo así ellos y dijeron:

—¡Ye señora nuestra, la recatada tras el velo! ¿Nos das tu venia para que les cortemos las cabezas?

Dijoles ella:

—Aguardad una hora, hasta que les interroge sobre sus personas, antes de cortarles el cuello.

Dijo el costalero:

—¡Por Alá, ye mi señora! No me mates sin culpa, pues todos erraron e incurrieron en falta, menos yo, que no hice nada. Por Alá, que habría sido esta una noche deliciosa si no hubieran caído por aquí estos *zâluk* (confúndalos Alá) que, cuando llegan a una ciudad poblada, la dejan convertida en un erial.

Y rompió a declamar, diciendo:

¡Oh y cuán bello es el perdón  
de parte del poderoso!  
Sobre todo si recae  
en quien de amparo está horro.  
En gracias al afecto que nos une,  
yo te imploro;  
no midas por igual ni des la muerte  
a todos.

Luego que hubo terminado el alhamel sus versos rompió a reír la mocita.

Y sintió aquí Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 11 REANUDO EL RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que la mocita se echó a reír, después de su enfado, y, adelantándose hacia la concurrencia, dijo así:

—Contadme vuestros cuentos aprisa, que no os queda sino una hora de vida, y, aunque fuereis de los poderosos y grandes de vuestros pueblos o de los gobernantes, no dejaré de daros vuestro merecido por ello.

Al oír tales palabras el jalifa no se pudo contener y exclamó:

—¡Guay de ti, Châfar! Hazle saber quién somos, pues si no nos matarán.

—Bien merecido lo tenemos—respondió Châfar.

Y el jalifa le dijo:

—No es éste momento para bromear. Para todo hay tiempo <sup>36</sup>.

Llegóse luego la mocita a los *zâluk* y les dijo:

—¿Por ventura sois hermanos?

Y ellos le contestaron:

—¡No, por Alá! Somos sencillamente unos pobres alfajemes <sup>37</sup> que nos ganamos la vida haciendo incisiones y poniendo ventosas a los que las necesitan.

Dijo luego la mocita a uno de ellos:

—¿Eres tuerto de nacimiento?

Y él le contestó:

—¡Por Alá que no! En verdad que me sucedió un lance prodigioso cuando perdi el ojo. Y la historia del percance es una historia que, si se escribiese con una aguja en el fondo de la pupila, daría materia de reflexión a los que reflexionan <sup>38</sup>.

Hizo entonces la mocita la misma

pregunta al *zâluk*, el segundo, y al *zâluk*, el tercero, y ambos le dijeron lo mismo que el primero. Y luego los tres añadieron:

—Cada uno de nosotros es de un país distinto y nuestra historia es singular y nuestro caso peregrino.

Volvióse a ellos la mocita y dijo:

—Cada uno de vosotros contará su cuento sin falta y dirá la razón de que viniera esta noche a nuestra casa. Después de lo cual se llevará las manos a la cabeza y se irá en busca de su sino por esos caminos.

Fue el primero en adelantarse el costalero y tomó la palabra, diciendo:

—Yo, señora mía, soy costalero; esta demandadera me cargó y me trajo hasta aquí y me sucedió con vosotras lo que me sucedió y esta es toda mi historia y nada más. ¡Y *selam*!

Díjole ella:

—¡Llévate las manos a la frente <sup>39</sup>, y vete!

Pero al oírla el costalero exclamó:

—¡Por Alá! Que no me iré hasta no oír las historias de mis compañeros.

---

variante se repite a menudo en el *Corán*, después de algún ejemplo, propuesto por Mahoma a los creyentes, en apoyo de su doctrina: «Ciertamente, en esto hay una señal para un pueblo que piensa», *Li kaumin iâkiluna* (o *iafahamuna*). La primera parte de la frase es una hipérbole de encarecimiento, que recuerda la exhortación de Salomón en sus *Maschalim* (Proverbios): «Misericordia y verdad no te desamparen; átalas a tu cuello; escribelas en la tabla de tu corazón.» (Capítulo 3, v. 3.) Finalmente, notaremos la aliteración entre *ibra* (aguja) e *ibra* (materia, tema de reflexión) que se advierte en el texto árabe.

En un sentido todavía más concreto, alude a la costumbre de las mujeres orientales de aplicarse la *alheña* con una aguja en la parte adentro del párpado pasándola por el borde mismo.

<sup>39</sup> En señal de despedida. Los orientales saludan llevándose las manos a la frente, la boca y el pecho.

<sup>36</sup> «Para todas las cosas hay sazón...» Salomón (*Kohélet-Eclesiastés*), cap. 3, v. 1.

<sup>37</sup> Del árabe *Al-jacliach*, barbero, propiamente sangrador.

<sup>38</sup> Locución de traza proverbial que con leve





## HISTORIA DEL ZALUK, EL PRIMERO

(Noches 11, 12 y 13)

*Esta historia del primer zâluk tiene dos partes: una, la referente a los amores incestuosos de los hermanos y su castigo por Alá; la segunda es la verdadera historia del zâluk y tiene por punto de partida un accidente muy parecido al que da comienzo a la Historia del mercader y el «efrit», con análoga significación fatídica y la misma moraleja de que las pequeñas causas pueden producir grandes efectos.*

*Respecto al primer punto, o sea el del incesto, haremos notar que se refleja un exceso de celo por parte del narrador, pues Mahoma, en su Corán, no se declara, ni con mucho—observa M. Pastoret—, tan severo sobre ese particular. «Lo prohíbe, es verdad; pero levemente y aun lo perdona, si a pesar del velo el creyente se casa con aquella a la que los vínculos de la sangre excluían de esa unión.»*

*En el Corán, sura IV, An-Nisá (Las mujeres), dice con efecto literalmente el Profeta: «No os será lícito casar con vuestras madres ni vuestras hijas, hermanas, tías, sobrinas, nodrizas, hermanas de leche, suegras ni con las hijas de vuestras mujeres que teniais bajo vuestra diestra a menos que hubieseis habitado con sus madres.» Pero a renglón seguido agrega: «Pero si la culpa se hubiera ya cometido, ciertamente Alá es piadoso y apiadable.»*

Adelantóse entonces el zâluk, el primero, y dijo:

—En verdad, mi señora, que la causa de mi barba rapada y mi falta de un ojo es la que te voy a contar.

Has de saber que mi padre era rey y

tenía un hermano, rey de otra ciudad.

Y dio la coincidencia de que mi madre me tuviera a mí el día mismo que nació el hijo de mi tío.

Pasaron luego años y años y días y días y nos hicimos mayorcitos y en ese

tiempo había yo ido algunas veces a ver a mi tío y pasar con él unos meses.

La última vez que le fui a ver honró-me el hijo de mi tío con el colmo de los honores y mandó sacrificar reses para agasajarme y me prodigó el vino y estuvimos sentados, bebiendo rato y rato. Hasta que él me dijo:

—¡Ye hijo de mi tío! Tengo que pedirte un favor muy grande y deseo no me desaires.

Díjale yo:

—Habla, pues, que con alma y vida te complaceré.

Hizo él entonces que me comprometiese bajo juramento de los más poderosos a complacerle y luego se levantó y se fue y estuvo un breve rato ausente, después de lo cual volvió tras él una mujer muy ataviada y perfumada y envuelta en unas ropas que valdrian una suma cuantiosa.

Encaróse conmigo y la mujer a su espalda y me dijo:

—Coge a esta mujer y adelántateme con ella hacia tal sitio—y me lo describió de forma que podía conocerlo sin duda ni titubeo.

Y dijo:

—Entra con ella en la tumba que allí verás y aguárdame allí.

No pude excusarme ni negarme a hacer lo que me dijera, pues se lo había jurado con la mano derecha.

Cogi, pues, la mujer y eché a andar con ella hasta llegar a la tumba, donde entramos ambos.

Luego de estar un rato allí sentados, presentóse el hijo de mi tío llevando una jarra con agua y un saco de aljez<sup>1</sup> y un almocafre.

Y empuñando el almocafre dirigióse a un sepulcro que había en el centro de la tumba y lo abrió y arrojó sus piedras al fondo de la fosa; púsose

luego a cavar con el almocafre en la tierra hasta descubrir una plancha de las dimensiones de una puerta pequeña y apareció bajo la plancha una sinuosa escalera.

Encaróse después con la mujer y le hizo una seña y le dijo:

—¡Libre eres de elegir ahora!

Bajó la mujer por aquella escalera y él volvióse a mí y me dijo:

—¡Oh hijo de mi tío! Completa el favor. Cuando baje yo por esa escalera, vuelve a bajar la trampa y échale tierra encima y déjalo según estaba, que ese será el favor completo, y aquí tienes en este saco el yeso y el agua en la jarra; mezcla con ella el yeso y tapia el sepulcro cerrando todas las junturas de sus piedras, hasta dejarlo como estaba, que no pueda llegar a notar nadie ni pueda decir: «Esta obra es nueva», y dizque su adobe es antiguo, pues llevo un año cabal trabajando en esto, y solo Alá lo sabe. Este es, primo mío, el favor que te pido.

Y luego me dijo:

—Quiera Alá que no te agobie la pena por estar separado de mí, oh hijo de mi tío.

Bajó luego la escalera. Y yo, cuando hubo desaparecido del todo, volví a levantar el tabique y procedí a hacer cuanto me mandara, hasta dejar el sepulcro como antes estaba.

Después de lo cual tornéme al alcazar de mi tío. Y estaba mi tío de caza y montería. Así que me acosté y dormí toda aquella noche. Y luego que amaneció la mañana recordé la noche anterior y lo que en ella ocurriera entre yo y el hijo de mi tío. Y me pesó lo que hiciera, cuando ya no servía de nada el que me pesara.

Pero, al llegar aquí, sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras desatadas.

<sup>1</sup> Yeso. Del árabe *Al-Ches*.

## Y LA NOCHE 12 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mi noticia, *ye monarca*, el afortunado, que el *zâluk* dijo así a la mocita:

—Luego de eso salí y me encaminé a las tumbas y busqué el sepulcro. Pero no acerté a encontrar el camino. Y seguí buscando hasta el filo de la noche sin hallar rastro alguno.

Regresé, pues, al alcázar y no podía comer ni beber ni dormir a causa del recuerdo de lo de mi primo y la incertidumbre en que estaba de lo que hubiera ocurrido.

Luego que amaneció la mañana, volví allá otra vez y volví a rastrear entre las tumbas, sin encontrar tampoco la que buscaba.

Continué así buscando y rebuscando por espacio de siete días, sin atinar jamás con el camino. Con lo que se agravó hasta tal punto mi dolor que a punto estuve de perder el juicio.

No encontré, pues, más solución que emprender un viaje y regresé junto a mi padre. Mas sucedió que en la hora misma de mi llegada a la ciudad de mi padre vinose a mí un gentío de la puerta de la ciudad y me ataron los brazos, lo que me maravilló de forma que mi asombro no podía ser mayor, pues era yo el hijo del sultán de la ciudad y ellos los servidores y criados de mi padre, y diéronme miedo y grande. Y para mí me dije:

«¿Qué será lo que le ha ocurrido a mi padre?»

Y fui y les pregunté a los que me habían preso la causa de aquello. Mas no me la dijeron.

Luego, pasado un rato, díjome uno de ellos, y era un servidor mío:

—Ciertamente, tu padre ha sido víctima de la perfidia del tiempo, pues le traicionaron sus tropas y lo mató su visir, y estábamos nosotros acechando tu regreso.

Cogiéronme después y me levantaron, porque me había ausentado de este mundo y desplomado al oír aquellas nuevas que oyera respecto a mi padre y su fin desastrado.

Ahora bien: luego que me llevaron a presencia del visir y besé la tierra entre sus manos—y dizque entre los dos existía enemistad antigua, siendo la causa de ella el ser yo desde niño muy aficionado al tiro de ballesta—, pues hubo de suceder un día de los días que, estando yo sentado en la azotea del alcázar, vi venir un pájaro que abatió el vuelo y fue a posarse en la azotea de casa del visir, que a la sazón estaba allí; no pude abstenerme de disparar al pájaro y hete aquí que marra la ballesta el blanco y va a darle al visir en un ojo y se lo vacía, por decreto del sino y de la suerte, contra quien nadie puede. Como dijo el poeta:

«Deja tú al sino hacer lo que a bien convenga y resignate al fallo de la suerte;  
no te alegres por nada ni entristezcas  
que nada de este mundo dura siempre.»

O como dijo el otro:

«Marchamos por la senda de antemano trazada,  
cada cual seguir debe la que le está asignada,  
y aquel que morir debe en tal o cual país.  
en él por más que hiciere, no en otro, ha de morir.»

Luego dijo el *zâluk*:

—Ahora bien: cuando le vacié el ojo al visir no pudo este protestar, porque mi padre era el rey de la ciudad.

Pero esta era la razón de la enemistad que entre él y yo existía. Al tenerme ahora en su presencia y atado, mandó cortarme el cuello.

Díjeme yo:

—¿Vas a matarme sin tener culpa?

Dijo él:

—¿Y qué mayor culpa que esta?

Y señalaba su ojo vaciado.

Díjale yo:

—Lo hice sin querer.

Replicó él:

—Pues si tú eso hiciste sin querer, yo voy a hacer esto otro queriendo.

Luego dijo:

—Traédmelo a mis manos.

Pusiéronme, pues, en sus manos y, metiendo su dedo en mi ojo izquierdo, me lo vació, y desde aquel instante quedé tuerto.

Cogióme luego y metióme en un arca y dijo a su macero:

—Coge eso y desnuda tu acero y llévate a las afueras de la ciudad y mátao y deja su cadáver para que de las fieras sea pasto.

Cargó conmigo el macero y caminó hasta salir de la ciudad, y entonces me sacó del arca y díjeme yo estaba maniatado y con grillos en los pies y fue a vendarme los ojos para matarme.

Yo me eché a llorar y recité estos versos:

Escudos son mis hermanos <sup>2</sup>,  
pensé, y lo eran, mas hostiles;  
flechas tajantes, mas todas  
a mi pecho se dirigen.  
Y dijeron: «Aquí tienes  
corazones que palpitan»,  
y no mentan, pues solo  
por mí de afecto no vibran.  
Y dijeron: «Desalados  
a tu encuentro hemos venido»,  
y no mentan; vinieron  
para mi daño y martirio.

Luego que oyó el verdugo mis versos y díjeme aquel macero habíalo sido antes de mi padre y me debía más de un favor, exclamó:

—Oh *sidi*, ¿qué he de hacer yo si soy un esclavo mandado?

Luego me dijo:

—Huye por tu vida y no vuelvas a poner los pies en estas tierras, pues te

perderías y a mi también me perderías. Como dijo el poeta:

«Por tu alma, huye con ella  
si temes la injusticia,  
y abandona la casa cuyos muros  
ya la suerte derriba.  
Que, a cambio de esta tierra que abandonas,  
otra habrás de encontrar;  
mas si pierdes tu alma, ya ninguna  
la podrá reemplazar.  
No comprendo al que vive en ruín morada  
cuando de Alá la tierra es infinita.  
Que es verdad que, si morir debemos  
en un lugar, la fuga no lo evita;  
nadie sabe el lugar donde está escrito  
que ha de morir <sup>3</sup>, ¡y sobre todo piensa  
que el león no es león hasta que alcanza,  
en libertad, la cumbre de su fuerza!»

Al oírle decir eso beséle sus manos y no daba crédito a mi salvación hasta que no eché a correr, y me dolía ya menos la pérdida de mi ojo gracias a haber salvado la vida. Y caminé hasta llegar a la almedina de mi tío y fui a verlo y le comuniqué lo que me sucediera a mi de la pérdida del ojo.

Echóse a llorar él con gran lloro:

—He aquí que viene otro pesar a acrecer mi pesar.

Pues el hijo de tu tío hace ya días que desapareció y no sé qué le habrá ocurrido y nadie me da noticias suyas.

Y lloró hasta perder el sentido.

Luego que lo recobró, dijo:

—¡Oh hijo mío! Estaba triste por el hijo de tu tío, con tristeza grande, y ahora me aumentas mi dolor con lo que os ha sucedido a ti y a tu padre; pesares sobre pesares, y gracias, hijo mío todavía, que perdiste tu ojo y no tu vida.

No pude entonces yo seguir callando lo que sabía del hijo de mi tío, que era su propio hijo, y le conté todo lo que le había sucedido.

Alegróse él con lo que le dije y mostró alborozo grande al oír nuevas de su hijo. Y me dijo:

<sup>2</sup> Se refiere a los que lo prendieron al llegar a la ciudad.

<sup>3</sup> «Y no sabe alma en qué tierra morirán»  
—*Corán*, sura XXXI—Lokmán.

- Enséñame el cementerio.

Díjeme:

- ¡Por Alá, tío mío! No conozco el lugar, pues volví a él después de aquello varias veces para buscarlo y no acerté a encontrarlo.

Partimos luego allá yo y mi tío y me puse a mirar a diestro y siniestro y reconocí el sitio, de lo que nos alegramos yo y mi tío, con gran regocijo, y penetramos ambos en la tumba y apartamos la tierra y levantamos el tabique y bajamos yo y mi tío cosa de cincuenta peldaños.

Y llegado que hubimos al final de la escalera, he aquí que se levanta una gran humareda que la vista nos ciega.

Recitó entonces mi tío esas palabras de que nunca el que las dice se tiene que abochornar: «¡No hay gloria ni poder si no Alá el grande, el lleno de majestad!»

Seguimos luego adelante y nos vinimos a encontrar en una sala, atiborrada de harina y grano y viandas y demás cosas de esa laya, y en aquella sala, en el centro, había una acitara sobre un lecho.

Miró allí mi tío y vio a su hijo y a la mujer que con él bajara a aquel sitio convertidos los dos en negro carbón y achicharrados cual si en candente hoguera los hubiesen echado.

Al ver aquello mi tío arañóse el rostro y dijo:

- ¡Para que veas, so malvado! Este es el castigo de esta vida y aún falta el de la otra, que es peor y nunca termina <sup>4</sup>.

Y dicho que hubo aquello echóse a llorar con desconsuelo.

Pero sintió aquí Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 13 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

- Ha llegado a mis oídos, oh el monarca, el afortunado, que el *zâluk* les dijo a las mocitas y los demás y al jálifa y Châfar, que escuchaban con gran atención sus palabras:

- Luego mi tío diole a su hijo un empellón y dizque el joven parecía un negro tizón.

Asombréme yo de aquello y senti pena del hijo de mi tío, que se había vuelto como carbón negro, y no pude menos de exclamar:

- ¡Por Alá, tío mío! Serene Alá tu corazón. Preocupados tengo pensamientos y espíritu con lo sucedido a tu hijo y con lo que él y esa joven se convirtieron en carbón negro. ¿Y no te das por satisfecho con lo que le ha pasado sino que todavía lo golpeas con tu zapato?

Díjeme él:

- ¡Ye el hijo de mi hermano! Has de saber que este hijo mío estuvo desde pequeño locamente enamorado de su hermana y yo se lo había vedado y en mi interior pensaba: «A la verdad, ambos son ahora unos chiquillos; espere-mos que tengan juicio.» Pero luego que se hicieron mayores, lejos de tener enmienda, ocurrió entre ellos una cosa fea.

Dijéronmelo y me resistía a creerlo, pero no obstante amonéstele con amonestación severa. Y le dije: «Guárdate de cometer esa fea acción que no cometió antes de ti ninguno ni ninguno

<sup>4</sup> Frase tomada del *Corán*, donde se repite en múltiples suras.

cometerá después de ti, pues de lo contrario quedaré yo entre los reyes cubierto de oprobio y mengua hasta la hora de mi muerte.

»Y se divulgará nuestra fama con los camelleros que van y vienen; abstente de esa acción, pues si no yo te maldeciré y te mataré.»

Luego lo aparté a él de ella y la aparté a ella de él, y ella lo amaba a él con pasión desenfadada y Schaitán se apoderó de su alma, y al ver mi hijo que la había quitado de su alcance, hizo esta obra bajo tierra escondida y trasladó aquí esas provisiones que estás viendo y aprovechaba mis descuidos cuando salía yo de cacería y se venía a este sitio.

Pero ya resplandeció a costa de ellos la justicia (¡loado y exaltado sea Alá!) y los abrasó a los dos y los convirtió en negro carbón.

Y, ciertamente, el castigo del otro mundo es todavía más perdurable y duro <sup>5</sup>.

Luego se echó a llorar y yo lloré con él. Y él me dijo:

—Tú serás mi hijo en el lugar del que he perdido.

Estúveme yo después una hora meditando sobre el mundo y sus vicisitudes, el asesinato de mi padre por el visir y su usurpación del trono y el vaciado de mi ojo y lo que ocurriera al hijo de mi tío y demás lances extraordinarios y peregrinos. Y al final me eché a llorar.

Luego subimos otra vez y volvimos a poner la plancha en su sitio y a apisonar la tierra, hasta dejarlo todo según antes estaba, sin que ningún cambio se notara. Después de lo cual regresamos a nuestra casa.

Y no llevaríamos mucho rato de estar allí sentados cuando hubimos de

oír timbales y añfiles y los bravos guerreros esgrimieron sus lanzas y llenóse el mundo de conmoción y polvo del que los cascos de los corceles levantaban. Así que se nos turbó la mente y no sabíamos lo que pasaba.

Preguntó, pues, el rey qué novedad era aquella y le dijeron:

—El visir de tu hermano le dio muerte y reunió las tropas y huestes y ahora viene con ellas a tomar la ciudad, por sorpresa, pues sus habitantes no podrán resistirles y tendrán que rendirse.

Dije entonces yo para mi alma:

«Si caigo en sus manos, no me salvo.»

Y se hacinaron sobre mí las tristezas y recordé los desastres que a mi padre y mi tío les habían sucedido y no sabía adónde encaminarme en busca de asilo, pues si los soldados me veían estaba perdido; así que no hallé otro recurso que raparme las barbas y me afeité en el acto y me disfracé lo mejor que pude y escapé más que aprisa de la ciudad y empecé a caminar.

Y enderecé mis pasos a esa ciudad de Bagdad, pensando poder llegar a ella sin contratiempo y encontrar alguien que me guiase al alcázar del emir de los creyentes Harunu-r-Raschid, el jefe del Señor de los mundos, al que quería contar mi historia y mis aventuras prodigiosas.

Llegué, pues, esta misma noche a Bagdad y, no sabiendo qué rumbo tomar, estaba indeciso, cuando hete aquí que me encuentro con este *zâluk*, que estaba allí parado y le digo:

—*Selam*. Soy algarivo.

Díjome él:

—Algarivo soy yo también.

Y estando nosotros en estas he aquí que se presenta este compañero nuestro, el tercero, y se acerca a nosotros y nos dice:

—*Selam*.

Y luego:

<sup>5</sup> Paráfrasis de la expresión coránica que se repite en el libro siempre que se habla de los castigos del infierno.

—Soy algarivo.

—Nosotros dos también lo somos—le dijimos nosotros.

Y echamos los tres a andar y se nos echaron encima las sombras y el sino nos trajo hasta este sitio. Y ya queda explicado el porqué de mi barba rapada y de mi ojo saltado.

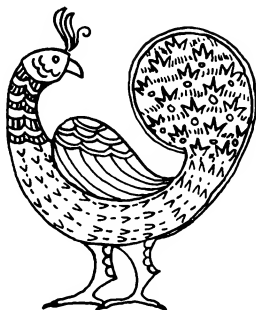
Díjole luego la mocita:

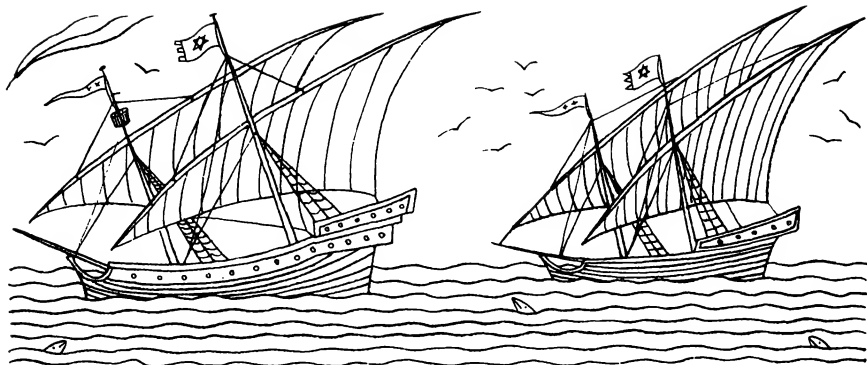
—Llévate la mano a la frente y vete. Pero él replicó, diciendo:

—No me iré sin oír las historias de los otros.

Maravilláronse de la suya todos. Y díjole el jalifa a Châfar:

—Por Alá, que no vi en mi vida nada parecido a lo que a este *zâluk* le ha sucedido.





## HISTORIA DEL ZALUK, EL SEGUNDO

(Noches 13 y 14)

*Reaparece aquí el tema de los afarit raptores de novias en la noche de sus desposorios y apunta por primera vez el de los leñadores que encuentran inesperadamente cuevas soterrañas, llenas de maravillas.*

*El narrador nos especifica la genealogía del efrít o alifrit de su historia, que se llama Chorchís (Jorge) y es hijo de Rachmús y nieto del propio Íblis o Eblis, el demonio de la teología musulmana. Cuanto a la joven raptada es una princesa, hija del rey de la India, señor de la isla del Ébano (Ebnús, Abenuz en nuestro romance), que en el texto de Mardrus se llama Aknamús y en el de Bulak Akmán. Del zâluk solo se nos dice que es hijo del rey Aimar, nombre de traza gótica.*

*El encuentro del zâluk con la princesa en la cueva en que el efrít la tiene secuestrada tiene un desenlace trágico para aquella y el joven salva su vida, pero queda convertido en mono, por arte mágica del celoso efrít.*

*Recobra luego su forma humana gracias a la intervención de otra princesa que se enamora de él y que es una maga poderosa y buena. Es de notar el corte legendario, folklórico de la lucha que la princesa sostiene con el efrít, cambiándolos alternativamente de forma, y que termina con la muerte de ambos.*

*Aparecen también por primera vez en este cuento los bandidos árabes, salteadores de caminos, feroces y sanguinarios, causa y punto de partida de tantas aventuras desastrosas en estas historias.*

*Toda la historia es una aleación de elementos realistas y fabulosos, de distintas procedencias, que vienen a converger en la corte de Harunu-Raschid en busca de un refrendo histórico.*



*Hagamos notar, de pasada, que esta es la primera vez que el jalifa es designado por su título de Emirul-Muminin (el miramamolín de nuestro romance)—jefe o príncipe de los creyentes—, su título oficial, por decirlo así, y que el primero en adoptar fue el jalifa Omar, sucesor de Abu-Bekr.*

Adelantóse el zâluk, el segundo, y besó el suelo y después dijo:

—Ye mi señora: yo no nací tuerto, sino que mi historia es singular, tal que si se escribiera con una aguja en el rabillo del ojo daría materia de pensar al que piensa.

Porque yo soy un rey hijo de rey y he leído el *Corán* según las siete tradiciones<sup>1</sup> y he leído libros, sobre sus fundamentos, de los maestros del saber, y conozco la ciencia de los astros y versos de los poetas y me he esforzado en las ciencias todas hasta sobrepasar a la gente de mi época. Pues sobresalió mi nombre en toda suerte de escrituras y se divulgó mi fama por toda tierra y país y no hubo monarca en el mundo al que no llegara noticia de mí.

Sucedió, pues, que el rey de Al-Hind oyó hablar de mi ciencia y despachó una embajada a mi padre, pidiéndole que me dejase ir a su corte, y envióle con ella regalos y presentes dignos de los reyes. Equipóme, pues, mi padre y me proveyó de seis barcos y en ellos navegamos por el mar un mes entero, hasta que al fin llegamos a tierra firme y fondeamos.

Bajamos luego las caballerías que llevábamos con nosotros y cargamos diez camellos con regalos y nos pusimos en marcha; pero habíamos andado breve trecho cuando hete aquí que se levanta una gran tolvanera y se adensa hasta el punto de cubrir la tierra toda, y así estuvimos cosa de una hora.

Luego se despejó y dejáronse ver

debajo de la nube de polvo seis jinetes de aspecto siniestro, torvo.

Nos quedamos mirándolos y luego comprendimos que eran árabes, salteadores de caminos.

Ellos, al vernos y ver que éramos pocos y que llevábamos con nosotros diez camellos, cargados de regalos para el rey de Al-Hind, viniéronse a nosotros y enarbolaron sus lanzas, amagándonos con ellas.

Dimosles a entender por señas que íbamos de embajada al rey de Al-Hind, el Grande, y que no nos hicieran daño.

A lo que contestaron ellos:

—Nosotros no somos de su tierra ni le prestamos obediencia.

Dieron muerte después a varios de nuestros criados y los demás huyeron. lo que hice también yo mismo luego que me vi malamente herido.

Desentendiéronse de nosotros los árabes para ocuparse en el botín de dinero y regalos que, con nosotros llevábamos.

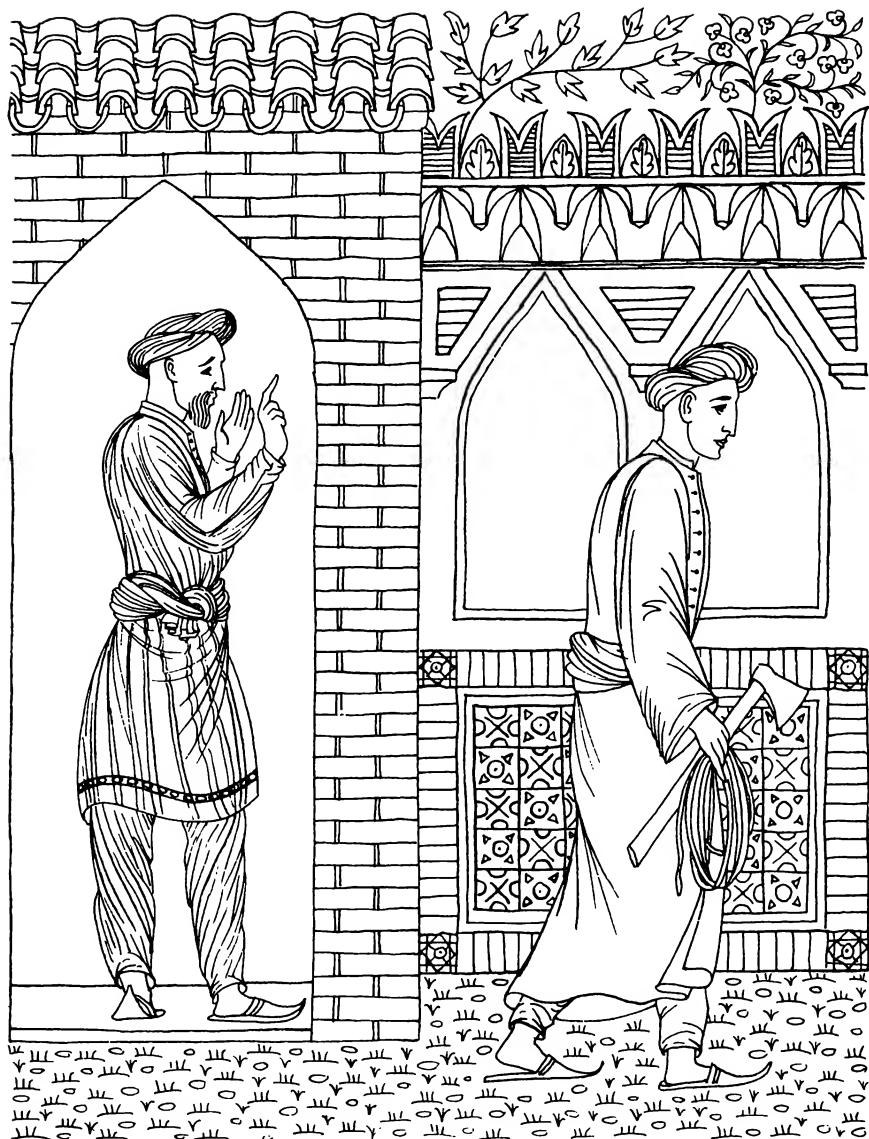
Eché, pues, a andar, sin saber adónde me encaminaría, lleno de tristeza al pensar que yo, antes tan poderoso, veíame ahora en tal baja.

Caminé, pues, hasta llegar a la cumbre de un monte y me refugié en una caverna y allí pasé la noche, hasta que apuntó el día.

Sali entonces de ella y eché a andar hasta que llegué a una ciudad populosa y bien labrada, de la que huyera el invierno con su frío, aposentándose en ella la primavera con sus rosas.

Alegre me, pues, de haber llegado allí y dizque estaba molido de tanto andar y me abrumaban la tristeza y el pesar por el cambio que en mi suerte se había operado y no sabía adónde dirigir mis pasos.

<sup>1</sup> Que son las siguientes: las de Hamzah, Ibn-Katir, Yakub, Ibn-Amir, Kisal, Asim y Hafs, maestros que enseñan la verdadera pronunciación de las voces coránicas en que un error sería un pecado.



11

12

13

Hube de reparar casualmente en un alfayate <sup>2</sup> que estaba en su tienda y le saludé con el *selam*.

Devolvíome el sastre el saludo y me deseó holgura y prosperidad; luego preguntóme la causa de mi andar errante, lejos de mi país, y entonces le conté yo cuanto me había ocurrido desde el principio hasta el fin.

Compadecióse al oírme, el alfayate, y me dijo:

—¡Ye joven imberbe! No le cuentes eso a nadie. Teme al rey de esta ciudad, que es enemigo jurado de los tuyos, y años hace que anda buscando el modo de vengarse de tu padre.

Diome luego de comer y beber y comimos y bebimos los dos como buenos amigos.

Pasamos parte de la noche conversando y, luego, indicóme un rincón de la tienda para que me echase a dormir y me proveyó de almadraque y almazala <sup>3</sup> y demás cosas que pudieran hacerme falta.

Tres días permanecí en la tienda del sastre y, pasados aquellos tres días, preguntóme él:

—¿Sabes, por ventura, algún oficio con el que puedas ganarte la vida?

Contestéle yo que era alfaquí, buscador de ciencia, y que sabía escribir y contar.

—Tu profesión—exclamó él—anda por

los suelos en este país, donde no hay nadie que sepa de libros ni de escritura, salvo el rey.

—Por Alá—dijele yo, muy triste—, no sé más que lo que acabo de decirte.

—No hay que apurarse, hijo mío—díjome él—. Coge un hacha y un cor-del y vete al campo a cortar leña y así te ganarás el pan hasta que Alá sea servido de depararte mejor suerte. Pero, sobre todo, oculta tu verdadera condición, pues de fijo te matarían si la descubrieran.

Fue luego a comprarme el hacha y la cuerda y me envió con los leñadores <sup>4</sup>, recomendándome a ellos con gran interés.

Salí, pues, al campo, púseme a hacer leña y luego me cargué mi carga a la cabeza y fui a venderla a la ciudad, donde me dieron por ella medio dinar.

Invertí parte de él en la comida y guardé lo demás, y así fui viviendo y trampeando por espacio de un año. Luego de cumplido el año, sucedió cierto día que me salí al campo, como de costumbre, a hacer leña, y, al llegar allí, encontréme con un sotillo en el que había leña a porrillo.

Entréme en él y me dirigí a un árbol y me puse a cavar a su alrededor y a echar la tierra a un lado.

Cuando he aquí que choca el hacha con un aro de metal y miro y veo que asomaba allí una plancha de madera y la levanto y queda al descubierto una escalera; bajo por ella hasta el final y me hallo ante una puerta.

La abro y me encuentro con un alcázar muy bien labrado, y en él a una mocita cual refulgente perla, que ahuyentaba del corazón todo pesar y duelo y tristeza.

Al verla, me postré en acto de ado-

<sup>2</sup> Del árabe *al-hayyat*, sastre. Notemos aquí, de pasada, el buen papel atribuido en estos cuentos a los sastres, que siempre aparecen en funciones de filantropía. Roso de Luna, en su interpretación ocultista de *Las mil y una noches*, ve por ello en estos sastres orientales, iniciados en la doctrina esotérica, maestros acogedores, cuyas trastiendas son a un tiempo refugio de fugitivos y centros de catequesis. Son—según él—conocedores de la ley secreta y hasta legisladores, citando en su apoyo la etimología sánscrita (algo discutible) de su nombre profesional. Sastre sería el que cose los artículos de la ley *Dharmashastra*. De *shastra* se habría derivado nuestro sastre pasando por el latín *sartor*.

Desde luego alfayate, *al-joyyat* en árabe, es literalmente el que cose.

<sup>3</sup> Cobertor. Del árabe *Al-Mosala*.

<sup>4</sup> Aparece aquí por primera vez el tema de los leñadores que, al ejercer su humilde oficio, descubren inesperados tesoros en notable paralelismo con los menos humildes pescadores, y que veremos repetirse en más de una historia.

ración a su Creador, por el alarde que en ella hiciera de belleza y hermosura supremas. Cual de otra semejante dijo el poeta:

«Con un airoso talle y negros rizos  
y esbelta como un sauce que se yergue  
en o alto de arenoso montecillo.»

Y también como dijo otro:

«Hay cuatro cosas que tan solo encuentro,  
para el juicio robarme, aquí reunidas:  
el fulgor de la frente, la nocturna  
sombra de los cabellos, las floridas  
rosas de las mejillas, atrayentes,  
y la esbeltez del cuerpo que cautiva.»<sup>5</sup>

Miróme ella a mí y me dijo:

—Por ventura ¿eres hombre o genio?

—Hombre—contestéle.

—¿Y quién—dijo entonces ella—te condujo a este lugar en que yo llevo ya veinticinco años sin ver en todo ese tiempo ningún mortal?

Sonaron dulces sus palabras en mis oídos y le dije:

—¡Oh mi señora! Condújome aquí Alá para que cesaran mi pena y mi pesar—y contéle acto seguido toda mi historia, desde el principio al fin.

Condolióse ella de mi desventura y lloró y me dijo:

—Voy a contarte yo también mi historia. Has de saber, pues, que soy hija de un rey de los confines de Al-Hind, señor de la isla de Abenuz<sup>6</sup>. Y fue mi padre y me casó con el hijo de mi tío, pero la noche de mi boda me raptó un *efrit* llamado Chorchis-ben-Rachmús-ben Iblis<sup>7</sup>, y volando por los aires me trajo a este sitio y convino conmigo que, cuando yo necesitara alguna cosa, lo mismo de noche que de día, tocara con mi mano esos dos renglones escri-

tos en la bóveda y bastaría que levantara solamente la mano para que en seguida lo tuviera a mi lado, y que cuando pasara conmigo cuatro días seguidos, luego estaría ausente seis días; así que podrás estarte aquí tú ahora cinco días e irte luego, antes que él viniese.

Díjeme yo:

—Con alma y vida—y se me llenó de alegría el alma.

Levantóse ella luego y, viniendo hacia mí, cogióme de la mano y me hizo pasar por una puerta abovedada y me condujo a un baño hermoso y alegre que había al fondo.

Luego que lo vi despojéme de mis ropas y despojése ella también de las suyas y pasó adentro y se sentó sobre un poyete; hizome luego sentar a su lado y me sacó vino almizclado y me lo dio a beber.

Trájome luego viandas y comimos, y en tanto charlábamos.

Después me dijo:

—Duerme y descansa, que estarás cansado.

Me quedé, pues, dormido, mi señora, y olvidéme de todas mis zozobras.

Luego que desperté, encontrémela allí, que me estaba amasando los pies<sup>8</sup>.

Atrájela a mí y, uno junto al otro, nos sentamos y de palique nos enredamos. Y ella me dijo:

—Por Alá, que tenía yo mi pecho encogido de verme bajo tierra y sola, sin tener con quien hablar, por espacio de veinticinco años. Loado sea, pues, Alá, que te me envió acá.

Y, luego de decir eso, recitó estos versos:

<sup>5</sup> Estos dos poemitas faltan en la edición de Bulak. Los trae la de Calcuta, de donde los tomaron Burton y Littmann.

<sup>6</sup> Ebanu.

<sup>7</sup> La edición de Bulak silencia el nombre del rey, que en la de Burton se llama Ifitamus. El *efrit* es en ella Chorchis-ber-Rachmus. Este epíteto significa, aproximadamente, apedreado.

<sup>8</sup> Se trata del «takbis» o masaje en las plantas de los pies propio para hacer conciliar el sueño. Es práctica corriente entre los orientales, incluso los rusos. En su *Diario de un escritor* habla Dostoyevski de una señora rusa que se hacía amasar o cosquillar los pies antes de acostarse.

—De haber sabido a tiempo tu llegada tendido habria en el suelo, como alfombras, mi propio corazón y mis mejillas y en el suelo tendierame yo toda; para que tú, al entrar, fueras pisando sobre mi cuerpo y alma que te adoran.

Al oír aquellos versos dile las gracias con fervor y mi alma quedó cautiva de su amor.

Pusimonos luego de nuevo a beber en la misma copa hasta que el día se fue. Y aquella noche dormí con ella y gocé de la felicidad más completa. Jamás pasé en mi vida noche como aquella.

Amaneció después la mañana y nos levantamos ambos del lecho, plenamente felices, poseidos de una dicha sin límites. Y entonces yo, a impulsos de la pasión, temiendo que se me acabase aquella felicidad, le dije así:

—¿Quieres que te saque de este subterráneo y te libre del *efrit*?

Echóse a reír y me dijo:

—¡Calla y date por satisfecho con lo

que tienes! Ese pobre *efrit* sólo aporta por aquí cada seis días. y todos los demás son para ti.

Pero en un arrebató de pasión exclamé:

—Yo voy a deshacerte ahora mismo esas inscripciones mágicas, a ver si viene el *efrit*, y si es así, lo mato. Que yo tengo poder de matar a los *afarit*.

Pero ella, al oír aquello, recitó estos versos:

—Oh tú que lo fatal aplazar quieres ármate, yo te ruego, de paciencia; con ella y con la astucia es como pueden curarse nuestras penas; péfido e inconstante es el destino y por ley natural es siempre fuerza que a la unión deleitosa luego siga el tormento terrible de la ausencia

Al oír yo aquellos versos descargué un violento golpe sobre la bóveda...

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

## Y LA NOCHE 14 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—He podido averiguar, *ye monarca*, el afortunado, que el *záluk* segundo dijo a la mocita:

—*Ye* mi señora; al descargar yo sobre la bóveda aquel violento golpe, la joven dijo:

—Ahora el *efrit* vendrá de fijo, según te previne. Y por Alá, que me has puesto en un trance terrible. Pero tú haz por salvarte y sube por donde mismo bajaste.

Hicelo así yo, y de puro asustado dejéme allí olvidadas mi hacha y mis sandalias; pero luego que hube subido dos escalones me acordé de ellas y me volví para mirarlas.

Cuando he aquí que la tierra se abre y sale un *efrit* de catadura siniestra y grita así:

—¿Qué veneno es ese con el cual me has hecho críspame en convulsiones?

¿Qué desastre era, pues, el que vino a amargarte?

A lo que la joven respondió, sin inmutarse:

—No me ocurrió ningún desastre, sino que sentía encogido mi pecho y quería beber algún brebaje que me lo ensanchase. Y me levanté para buscarlo y resbalé y con la bóveda tropecé.

—Mientes, so puta—gritó el *efrit*, y esparció la vista a diestro y siniestro y reparó en mis sandalias y mi hacha y la increpó diciendo:

—¿Qué objetos de uso humano son estos y quién te los trajo?

A lo que ella replicó, fingiendo asombro:

—Nunca hasta ahora los vi y es muy posible que tú los trajeras colgados de tus hombros.

—Esas palabras son patrañas—respon-

dió el *efrit*—y no he de tragármelas, ¡oh la desvergonzada!

Procedió luego a desnudarla y la tendió en cruz entre cuatro vigas y se puso a atormentarla e interrogarla una y otra vez sobre lo ocurrido, con tanta crueldad, que no tardé en oírla llorar.

Sobrecogido yo de espanto, subí aprisa la escalera y me pesó grandemente de lo que hiciera y se me vino a la memoria la imagen de la joven y su belleza y de cómo la estaba atormentando aquel maldito y cómo llevaba veinticinco años de sufrirlo y cómo ahora la estaba martirizando por mi culpa.

Y me acordé de mi padre y su reino y de cómo me veía yo ahora reducido a la condición de simple leñador y declamé estos versos:

Si el destino te toma por juguete,  
feliz serás un día,  
y otro infeliz serás y miserable,  
que esa es su condición que nadie evita.

Eché luego a andar hasta reunirme con mi amigo el alfayate, al que encontré como sobre ascuas, pues había estado esperándome todo ese tiempo, inquieto por mi tardanza.

Y me dijo al verme:

—Pasé la noche de anoche aquí, pero mi corazón estaba contigo y temía por ti, no te hubiera devorado alguna fiera o te hubiera sucedido alguna otra desgracia por el estilo. Pero, en fin, gracias a Alá que no te ha pasado nada y vuelves con integridad.

Dile yo las gracias por su interés y me entré en mi habitación y me puse a pensar en lo que me había ocurrido y a reprocharme mi imprudencia al golpear la bóveda.

Cuando he aquí que entra mi amigo el sastre y me dice:

—En la tienda está un hombre aljamiado que pregunta por ti y te trae tu alferce<sup>9</sup> y tus sandalias.

Estuvo con ellas donde los leñadores<sup>10</sup> y les dijo:

—Salí de mi casa a la hora en que los almuédanos cantaban la zalá del alba y me tropecé con estas dos cosas, que ignoro cuáles sean, por lo que os ruego me indiquéis su dueño.

Entonces los leñadores lo encaminaron a mí, y ahí lo tienes sentado en mi tienda. Sal, pues, a darle las gracias y coge tus babuchas y tu hacha.

Al oír yo sus palabras, volviéndose amarillo mi color y mis rostros cambiaron.

Y estando yo así he aquí que se abre el suelo de mi habitación y de la hendidura sale el aljamiado, que no era otro que el *efrit*, el mismo que atormentara a la joven hasta el colmo del tormento, sin poder arrancarle su secreto.

Cogió luego el hacha y las sandalias y me dijo:

—En verdad que soy Chorchis—ber—Rachmús, de la casta de Iblis, y así iré ahora a buscar al dueño de esta hacha y estas sandalias y lo encontraré sin tu ayuda.

Vino después con aquella treta a inquirir por las tiendas de los alfayates y llegó hasta mí y, sin darme ninguna tregua, me arrebató y se remontó conmigo por los aires y voló conmigo un trecho y luego aterrizó, y estaba yo que no sabía lo que me pasaba ni dónde me hallaba.

Bajó luego conmigo a la sala en donde yo había estado y allí pude ver a la muchacha desnuda, con la sangre corriéndole por los costados.

Corrió entonces el llanto por mis ojos. Y el *efrit* cogióla y le dijo:

—Aquí tienes a tu amante, so zorra.

Mírome ella y dijo:

—No lo conozco ni jamás le vi hasta ahora.

<sup>10</sup> La edición de Bulak y también la de Calcuta ponen *los alfayates*, error que subsana Burton, rectificando a Torrens.

<sup>9</sup> Hacha. Del árabe *Al-Fas*.

Díjole él:

—De modo que, a pesar del castigo, no confiesas.

Replicó ella:

—¡No le vi en mi vida y no consienta Alá que mienta!

Pero el *efrit* le dijo:

—Si no lo conoces, coge este alfanje y córtale el cuello.

Cogió ella el alfanje y se vino hacia mí y levantó el acero sobre mi cuello.

Hicele yo señas con los ojos, de los que me manaba el llanto, bañándome las mejillas, y ella me vendó los ojos y dijo con ira fingida:

—¡Tú eres quien eso hiciste!

Yo le di a entender por señas ser aquel el momento del perdón y recité estos versos.

—Diciéndote están mis ojos lo que mi lengua te calla y te muestran lo que oculto en el fondo de mi alma. Y cuando nos encontramos y se desbordan mis lágrimas, por mis ojos el amor dice elocuentes palabras.

Hagan tus ojos lo mismo, que, aunque tu lengua esté muda, de que mis ojos te entienden, puedes estar bien segura. Para que nos comprendamos nos basta con la mirada, pues si calla nuestra lengua, sin rebozo el amor habla.

Ahora bien: luego que la joven comprendió mis indirectas, tiró el alfanje, ¡ye mi señora! Pero el *efrit* lo recogió y, presentándomelo, díjome:

—Córtale tú el cuello y te devuelvo tu libertad. Y te prometo no hacerte ningún mal.

—Está bien—dije yo—; lo haré.

Y tomé la espada y di unos pasos hacia la cuitada y levanté el acero para degollarla.

Pero ella me hizo un guiño como diciendo: «¿Acaso te falté en algo, amor mío, para que me des este pago?» Y entonces yo no pude contener el llanto y tiré la espada y exclamé:

—*Ye el efrit*, el fuerte, el valeroso, el poderoso. Si fuera esta una mujer falta de juicio y religión, no hubiera tenido escrúpulos para cortarme a mí el cuello; ¿cómo voy yo a estimar lícito cortárselo a ella? Tanto más cuanto que nunca en mi vida antes de ahora la viera. Así que no haré eso que me mandas, aunque me dieras a beber la muerte en copa amarga.

Y el *efrit*, al oírme, exclamó:

—No hay duda que entre vosotros media el amor.

Y enarbolando el alfanje, lo descargó sobre la joven y le cortó una mano; asestóle luego otro mandoble y le cortó la otra mano, y, no satisfecho con eso, repitió los golpes y le cortó a la joven primero el pie derecho y después, el izquierdo. Y yo pensé morir al ver aquello.

Pero la joven, guiñándome el ojo, me hizo señas a hurtadillas del *efrit*, y quiso la desdichada que aquel la sorprendiera, con lo que su ira rayó en el frenesí.

—*¡Ye hi... de p...!* —gritó el *efrit*—. Acabas de cometer adulterio con tu ojo; así que has de morir.

Y asestándole un tajo con fuerza, le rebanó la cabeza.

Encaróse luego conmigo y tomando la palabra me dijo:

—Has de saber, *ye mortal*, que entre nosotros, los *afarit*, rige una ley que, cuando la esposa nos engaña, nos autoriza a matarla<sup>11</sup>. Y a esta joven la rapte yo la noche de su boda y tenía doce años a la sazón y no ha conocido más hombre que yo, y tenía yo la costumbre de venir a visitarla cada diez días y pasar con ella una noche sola en disfraz de aljama y luego me iba. Y al comprobar ahora que me era

<sup>11</sup> La misma ley regía entre los hebreos y árabes para los casos de adulterio comprobado. Véase la *Biblia*—Levítico XX-10-Deuteronomio XXII-22.—*Corán*, sura IV, *An-Nisá* (Las mujeres).



infiel. la matè. Pero solo me engañó con un ojo. aquel que te guiñó <sup>12</sup>. y no está probado que tú seas culpado. por lo que no te mato; pero tampoco puedo perdonarte del todo y solo te concedo la gracia de que elijas el castigo que prefieres y me lo digas.

Alegre me yo. señora mía, al oírle. hasta el límite de la alegría.

Y prometiéndomelas ya felices con el *efrit*, le dije:

—¿Qué gracia es esa que me concedes?

—Pues la de que elijas—respondiome él—la forma en que quieres que te hechice. Porque ello ha de ser sin remisión.

—Yo, a la verdad—le dije—, no sé cuál

<sup>12</sup> La tesis del adulterio por la mirada, adulterio de intención o mental, tiene en su apoyo los versículos 27-28 del capítulo 5 del Evangelio de Mateo, que a la letra dicen:

«27.—Oisteis que fue dicho: No adulterarás.

»28.—Mas yo os digo: Cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón.»

Y San Pedro, en su segunda epístola universal 2, versículo 14, habla de los que tienen «los ojos llenos de adulterio» como destinados al fuego el día del juicio.

Sobre este concepto del adulterio mental o de pura intención construyó Tolstoi el argumento de su famosa novela *La sonata a Kreutzer*, donde el protagonista dice textualmente: «La pasión sexual, sea como sea, es un mal terrible que es necesario combatir en lugar de alentarla, como hacemos nosotros. Las palabras de los Evangelios que afirman que el que mira con concupiscencia a una mujer ya comete adulterio con ella se refieren no solamente a la mujer ajena, sino sobre todo, a la mujer propia.» (Capítulo XI, versión castellana de Alvarez del Bosque.)

elegir entre todos los males. Me quedo sin ninguno.

Pero el *efrit*, más enojado que nunca. dio una patada en el suelo y exclamó:

—Te mando que elijas, decidete. ¿En qué forma prefieres que te hechice? ¿En la de burro? ¿O en la de un mulo? ¿Acaso en la de un cuervo? ¿O en la de un perro o un mico?

Yo entonces, haciéndome la ilusión de que me perdonaría del todo y abusando de su buena disposición para conmigo, le dije:

—¡Ye mi señor Chorchis, descendiente del poderoso Iblis! Si me perdonas a mí también Alá te perdonará a ti, pues tendrá en cuenta tu clemencia con un buen musulmán, que nunca te hizo mal.

De esta suerte seguí implorándole, besando humildemente la tierra entre sus manos, sin dejar de rogarle:

—No me condenes sin razón.

Pero él me dijo:

—No hables más, si no quieres morir. Inútil es que abuses de mi benevolencia, pues no tengo más remedio que hechizarte. Así que calla y no hables y acógete a la gracia que te otorgo.

Y yo entonces exclamé:

—Ye el *efrit*, en verdad que debías perdonarme igual que el Envidiado perdonó al Envidioso.

Y el *efrit*, al oírme, me dijo:

—¿Pues qué historia es esa del Envidiado y el Envidioso?

Y yo entonces empecé a hablar, diciéndole:





## HISTORIA DEL ENVIDIOSO Y EL ENVIDIADO

(Noches 14 y 15)

*Falta esta historia en la edición de Bulak y en las traducciones que la siguen, incluso en la de Mardrus. En ella aparece por primera vez el tema, luego repetido, de la envidia entre vecinos, que adquiere especial desarrollo en la Historia de Abu-Kir y Abu-Sir.*

—Cuentan, *ye* el *efrit* (pero Alá es el más sabio), que en la ciudad, la fulana, vivían dos hombres que eran vecinos, pues solo los separaba el muro medianero de sus casas.

Y el uno de ellos tenía envidia del otro y lo miraba con malos ojos y hacía por perjudicarlo todo cuanto podía.

Y dizque a lo último subió tanto su punto de envidia al vecino que apenas si probaba bocado ni del sueño gustaba el descanso.

Y era el caso que todo le salía a pedir de boca al Envidiado y cuanto más hacía el Envidioso por dañarlo, tanto más prosperaba en sus negocios y tanto más ganaba y gastaba.

Però sucedió al cabo que el Envidiado hubo de enterarse de la envidia que el vecino le tenía y de cómo por perju-

dicarlo se desvivía, y, al enterarse de ello, exclamó:

—¡Por Alá, que su tierra es ancha para sus siervos!

Y acto seguido decidió dejar aquella vecindad y emigrar a otra ciudad y así lo hizo y, al llegar a ella, compróse una parcela de tierra en la que aún subsistían los restos de una noria en ruinas.

Y el hombre fue y labró allí un *mihrab* y lo proveyó de las pocas cosas necesarias y en él se instaló y consagróse por entero a la oración y el servicio del Señor.

Y de todas partes empezaron a acudir allí faquires y santos mendigos y se esparció su fama por toda la ciudad y por toda la comarca.

Y dizque hubo de llegar a oídos de su envidioso vecino la nueva de la

buena suerte que le había correspondido y de cómo los notables de aquella ciudad hicieran sus discípulos.

Luego que eso supo fue el vecino y se trasladó allá y se presentó en la ermita del santo varón, y este lo recibió con la bienvenida y toda suerte de honras le dispensó.

Y el Envidioso le dijo:

—Tengo una cosa que comunicarte y esa es la causa de que viniera a visitarte; así que pasemos juntos a tu celda y te haré saber nuevas que te alegrarán y albricias me darás.

Luego que oyó eso el Envidiado levantóse en el acto y condujo al Envidioso a lo más íntimo del oratorio, y el Envidioso le dijo:

—Mándales a los faquires que a sus celdas se retiren, pues lo que tengo que decirte es un secreto que solo a ti te lo puedo decir.

Y el Envidiado les dijo a los faquires:

—Retiraos a vuestras celdas.

Y luego que así lo hicieron, echó el Envidiado a andar con el Envidioso y ambos recorrieron un breve trecho hasta que llegaron al pozo ruinoso.

Y no bien hubieron llegado fue el Envidioso y diole al Envidiado un empujón y lo hizo caer de cabeza en el fondo, sin que nadie lo viera; después, pensando que se habría matado en la caída, siguió su camino tan tranquilo.

Pero hete aquí que aquella noria les servía de morada a los *alifrites*, que, al ver lo ocurrido, sostuvieron al caído y, poquito a poco, con mucho cuidado, lo fueron bajando hasta dar con él en el fondo, donde en una gran piedra se sentaron.

Y uno de aquellos genios preguntó a sus compañeros:

—¿Sabéis, por casualidad, quién es este hombre?

Y los demás le respondieron:

—No; no lo sabemos.

Y el otro entonces les dijo:

—Pues habéis de saber que este nombre es el Envidiado, que, huyendo del Envidioso, vino a vivir a nuestra ciudad y aquí fundó esta santa casa y nos tiene edificados con sus letanias y sus lecturas alcoránicas.

Y el Envidioso vino hasta aquí en busca suya y urdió un ardor para engañarlo y echarlo de cabeza a este pozo en que ahora estamos nosotros.

Y dizque la fama de este santo varón llegó hasta el sultán de la ciudad y el sultán tenía pensado venir mañana a visitarlo, para hablarle de cierto asunto con su hija relacionado.

—¿Pues qué le aqueja a la hija del sultán?—preguntó uno de los *alifrites*.

—Pues que está poseída de un espíritu maligno, porque Maimún, hijo de Damdam, por ella enloqueció y en su cuerpo se aposentó; pero si este santo varón pudiese dar con el remedio, sería asaz llana la curación de la princesa.

Y al oír aquello preguntó uno de los genios:

—¿Y en qué consiste la medicina?

Y el otro contestóle:

—Habéis de saber que ese gato negro que tiene en su ermita luce, en el extremo de su cola, una pinta blanca, del tamaño de una dracma, y arrancándole siete pelitos blancos de esa mancha y quemándolos y fumigando a la princesa con el humo en el acto el *marid* se saldrá de ella para nunca volver y en todo el resto de su vida no volverá a afligirla.

Y dizque, *ye* el *efrit*, todos estos razonamientos llegaban a oídos del Envidiado, que los grababa en su memoria con todo cuidado.

Alboreó luego la aurora y después se elevó la mañana con todo su brillo y esplendor y llegaron los faquires en busca de su maestro y se lo encontraron en trance de escalar el brocal de la noria, con lo que el hombre piadoso se engrandeció a sus ojos.

Luego, sabiendo que solo el gato ne-

gro podía facilitarle el remedio para el mal de la hija del sultán, fue y le arrancó los siete pelitos de aquella pinta blanca que en la cola lucía y se los guardó.

Y no bien saliera el sol cuando hete aquí que llega el sultán, seguido de todos los emires de su reino, y pasó con ellos al interior de la ermita mandando aguardar fuera al resto de su comitiva.

Dispensólo el Envidiado cordial acogida y lo hizo sentar a su lado y le preguntó:

—¿Me das tu venia para que te diga el motivo de tu venida?

Y el rey le contestó:

—Desde luego que sí.

Y el eremita, entonces, le dijo:

—Pues has venido con el pretexto de hacerme simplemente una visita, pero en realidad lo que te trae es el deseo de consultarme acerca de tu hija.

—Así es en verdad—exclamó el sultán—. ¡Has acertado, oh el *scheij* el santo!

Y el Envidiado díjole al rey:

—Pues manda en seguida por ella y yo confío en que la habré de sanar, ¡si tal es la voluntad de Alá!

Holgóse grandemente el sultán de oír tales palabras y mandó por su hija y luego se la llevaron maniatada y de hierros cargada.

Y el Envidiado hizo que la sentaran detrás de una acitara y, sacando luego los gatunos pelos, la fumigó con ellos, y en el acto lo que tenía en su cerebro lanzó un grito y se saltó de allí y huyó.

Y la joven recobró en el mismo instante su conocimiento y se cubrió con su velo y exclamó:

—¿Qué ha pasado y quién aquí me trajo?

Y el sultán se alegró al oírla hasta el colmo de la maravilla y besó los ojos a su hija y la mano del santo varón y, volviéndose a sus grandes, preguntó:

—¿Qué decis a esto? ¿Qué pago merece quien acertó a devolverle a mi hija la razón?

Y todos a una contestaron:

—Merece que se la des por esposa.

Y el sultán aprobó su opinión y exclamó:

—¡Bien hablado!

Y en el mismo instante casó a su hija con el Envidiado, el cual vino así a ser yerno del soberano.

Y de allí a poco murió el visir del sultán y el sultán dijo:

—¿A quién habré de nombrar visir en su lugar?

—¡Pues a tu yerno, señor!—dijéronle sus cortesanos.

De suerte que el Envidiado vino a ser visir.

Y de allí a poco murió el sultán y sus grandes dijeron:

—¿A quién hemos ahora de elegir para que nos gobierne?

Y todos a una clamaron así:

—Pues al visir.

De suerte que el visir fue en el acto proclamado sultán y viose convertido en soberano reinante y en verdadero señor de los mortales.

Y sucedió luego de eso que un día entre los días montó el nuevo sultán en su caballo y, asistido de toda la pompa de su realeza, fue cabalgando entre sus emires y sus visires y todos los magnates de su reino, y hete aquí que de pronto hubo de posar su mirada en el Envidioso, que estaba parado al filo del camino. Y encarándose con uno de sus visires, le dijo:

—Cógeme a ese hombre y tráemelo acá, pero sin hacerle ningún mal.

Y el visir asió de él y se lo llevó y el rey ordenó:

—Dadle luego mil mizcales de oro<sup>1</sup> de mi tesoro y cargad para él diez camellos con mercancías propias para el comercio y enviadlo a su ciudad,

<sup>1</sup> El mizcal viene a tener el valor del dinar.

con una buena escolta que garantice su seguridad.

Después de lo cual deseóle buen viaje y lo despidió y renunció a imponerle ningún castigo por los muchos contratiempos que por él había sufrido.

Mira, pues, *ye el alifrit*, hasta dónde llegó la bondad del Envidiado para el Envidioso, que desde un principio tuviera odio y siempre tiró a hacerle daño y nunca se llegó a él mismo para perjudicarlo y lo echó de su casa y su hogar y luego anduvo jornadas al solo fin de matarlo, arrojándolo de cabeza en aquel pozo abandonado. Y no quiso cobrarse de su maltrato, sino que lo perdonó y de bondades lo colmó.

Y después, mi señora, écheme a llorar con fuerte sentimiento, que nunca lloré en mi vida llanto igual y luego de eso recité estos versos:

Perdona, Señor, mi culpa,  
que el prudente perdonar  
acostumbra.  
Y si en algo te ofendi  
sé tú bueno y no te vengues  
en mí.  
Que aquel que implora perdón  
del Altísimo, no debe  
negárselo al pecador.

Pero el *alifrit*, lejos de conmovirse, exclamó:

—Abrevia tus palabras. Y no temas que te mate ni tampoco esperes que vaya a perdonarte; pero de que te embrujo, no dudes un instante.

Y así diciendo me arrancó del suelo, que se cerró bajo mis pies, y echó a volar conmigo por el firmamento hasta que vi la tierra cual una nube blanca o una batea en medio de las aguas.

Y luego aterrizó en una montaña y, cogiendo un puñado de tierra, murmuró sobre él unas palabras mágicas y luego me echó la tierra a la cara diciendo:

—Sal de esa forma, la humana, y entra en la de un mico.

Y en aquel mismo instante quedé

convertido en un simio desrabado, hijo de cien años.

Al verme así cambiado rompí a llorar por mi alma y me resigné al agravio del sino y comprendí que el sino es con todos el mismo. Bajé luego de la cumbre de la montaña hasta su falda y empecé a caminar y estuve caminando todo un mes, sin parar.

Dirigime después a la orilla del mar, el salado, y allí me estuve una hora parado. Cuando he aquí que veo venir a lo lejos un barco que bogaba por en medio del mar, impelido por el viento de bonanza y con rumbo a la playa. Y entonces yo fui y me escondí detrás de una peña, en la marina, y aguardé a que la chusma echara el ancla y saltara a la orilla del agua. Y entonces cobré ánimos y arrojo y me fui acercando a la nave hasta subir finalmente a bordo.

Viome uno de los marineros y exclamó:

—Echad del barco a ese bicho de mal agüero.

A lo que otro dijo:

—No; mejor será que lo matem.

Y agregó un tercero:

—Sí; mátalos con este alfanje—y lo asió del pomo. Rompi yo a llorar y las lágrimas corrieron de mis ojos.

Apiadose de mí luego el arráez<sup>2</sup> y se puso a acariciarme y hablarme, entendiendo yo todo cuanto me decía, de suerte que hacia cuanto me mandaba y le servía de criado en el barco.

Tuvo la nave viento favorable por espacio de cincuenta días y luego fondeamos en la costa de una gran ciudad, en la que había muchedumbre de gentes, que solo Alá (exaltado sea) las podría contar.

No bien fondeó allí nuestro barco, cuando vinieron luego los mamelucos de la ciudad y los mercaderes a hacernos el *selam*. Y dijeron:

<sup>2</sup> Del árabe *Ar-Rais*.

—El rey nos manda que os felicitemos por vuestro feliz arribo y nos ha dado este rollo de pergamino para que cada uno de vosotros escriba en él un renglón con su letra mejor.

Entonces yo, que aún seguía con mi forma de mono, arranquéles de la mano el pergamino y hui con mi presa.

Temerosos ellos, sin duda, de que lo rompiese o lo echase al mar, empezaron a llamarme y amenazarme con grandes gritos, mas por señas diles a entender que sabía de letra y que quería escribir mi rengloncito.

Y dijo el arráez:

—Dejadlo, que si vemos que se limita a emborronarlo, se lo quitaremos para que no siga; pero si de veras sabe escribir, por Alá que lo adopto por hijo, pues jamás en mi vida vi mono más listo.

Enristré, pues, mi caña, la mojé en el tintero, impregnándola bien por ambas caras, y empecé a escribir. Y escribí estas estrofas al modo *rikâi*<sup>3</sup> con letra primorosa:

Ha tiempo ya que quedan archivados los hechos de los hombres generosos; mas los tuyos no es fácil escribirlos ni numerarlos todos.

A Alá le pido, pues, que a las criaturas huérfanas de tu amparo no las deje, ya que eres tú y nadie más el padre de todas las mercedes.

Y escribí luego con la caña *tsults*<sup>4</sup> estas otras estrofas:

No hay escritor que eluda el fatal sino que a morir nos condena a los humanos; mas si él desaparece nunca el tiempo logra borrar lo que escribió su mano. Sé cauto, pues, y escribe solamente cosas bellas que puedan alegrarte cuando el día del juicio resucites y te las muestre el ángel.

<sup>3</sup> *Rikâi* o *Rukai* es la letra árabe cursiva que se emplea en las cartas.

<sup>4</sup> El carácter de escritura *tsults* es grande y se suele emplear en rútilos e inscripciones murales y funerarias; de ese carácter es la que ostenta la lápida del sepulcro de Mahoma.

Y escribí debajo con caña *muhakkak*<sup>5</sup> los siguientes versos:

Quando mojes tu caña en el tintero, inoble y honroso, sea para tu honor!  
¡No desdore jamás su excelsa alcurnia con innoble borron!

Y escribí luego con letra *raihani*<sup>6</sup> los siguientes versos:

En tu mano una caña tienes cuyos dones a todos llegan.  
Nilo el Nilo es por tus gracias que tus cinco dedos dispensan.

Y luego en letra *najs*<sup>7</sup> escribí estos versos:

Si alguna vez el sino nos separa (¡no lo permita Alá!) a la tinta fiaremos nuestras quejas y por nosotros hablará.

Y a continuación escribí en letra *tumar*<sup>8</sup>:

A nadie el señorío permanece sumiso o fiel ni aun por su vida entera; si lo dudas, pregunta: ¿qué se hicieron los gloriosos monarcas de otras eras?  
Planta, pues, de bondad árboles recios, que, después que tú pases, aún florezcan.

Entreguéles luego aquellas hojas y ellos se las llevaron al rey, y cuando hubo considerado el monarca su contenido, asombróse como nunca se asombrara ante ningún escrito. Y dijo a sus cortesanos:

—Traedme acá al autor de estas líneas y vestidle una *alfalá* y montadlo en una mula y que venga acompañado de música hasta mi presencia y bese entre mis manos la tierra.

<sup>5</sup> Otras versiones traen *muchik*. Trátase de una letra de adorno. *Zierschrift* en Littmann, que elude las denominaciones árabes.

<sup>6</sup> Estos tres lindos poemas faltan en la edición de Bulak; tampoco Mardrus los trae en su versión. La letra *raihani*, que Richardson llama *rohani*, toma su nombre del arrayán (*reihan*) por la forma de sus rasgos, semejantes a las hojas de dicha planta.

<sup>7</sup> Letra empleada en las copias.

<sup>8</sup> Letras grandes como muestras unciales, que campean en las inscripciones del velo de la Kâba.

Sonrieron ellos al oír las palabras del rey y fruncieron el ceño, lo que provocó el enojo del monarca.

—¡Cómo!—dijo—. ¡Os doy una orden y os reis de mí!

Y ellos exclamaron:

—¡Ye soberano del siglo! No nos reímos de ti, sino de que el que ha trazado esos renglones es un mono y no un hombre, y su amo es el arráez del barco.

Maravillóse el rey al oír tales palabras y estremeciéndose de emoción y exclamó:

—Pues siendo así le compraré ese mono al arráez.

Y en el acto despachó emisarios al barco y con ellos la mula y el *aljalá*, y dijo a sus enviados:

—Habéis, sin remisión, de vestirle ese terno y montarlo en esa mula y traérmelo.

Dirigiéronse, pues, los criados al barco y me cogieron de entre las manos del arráez y me pusieron el traje de honor, que fue cosa que a todos admiró y los puso, a costa mía, de buen humor.

Lleváronme luego a presencia del rey y yo besé la tierra entre sus manos por tres veces.

Y el rey me mandó sentar y yo me hincué de rodillas ante él.

Maravilláronse todos los presentes de mi buena crianza y el que más se maravilló fue el propio monarca.

Y el rey, acto seguido, mandóles a todos que se retirasen, y se retiraron, no quedando allí más que los eunucos y los mamelucos.

Mandó luego el rey a sus criados que me pusiesen delante la mesa con los manjares, y así lo hicieron ellos, y dizque me sirvieron toda suerte de aves, de las que saltan y vuelan y caen en las redes a pares, como la chocha y la *katha*<sup>9</sup> y etcétera.

Y el rey me hizo una seña de que me sentase con él a comer.

Y luego que quitaron la mesa me lavé las manos en siete aguas y cogí el tintero y la caña y escribí estos versos, a falta de habla:

Nútrete del cordero, que su carne cura la enfermedad,  
y paladea los dulces, que con ellos se disipa el pesar.  
Por una buena mesa bien servida  
lampa mi corazón;  
cuando en ella con miel y con manteca  
una *kenafa*<sup>10</sup> encuentro, mi pasión.  
¡Oh *kenafa* exquisita, suave y leve  
como rizado pelo de mujer!  
¡Si en mi mesa faltases algún día  
yo me muriera, a fe!  
¡Y tú, dulce jarabe delicioso!  
Por más que noche y día yo te bebiera,  
no me saciará nunca, ¡y en el propio  
Paraíso, goloso, te pidiera!

Levantéme luego y sentéme a alguna distancia, para ver el efecto que le hacía al rey lo que había escrito.

Leyólo el monarca y se maravilló y dijo:

—¿Pero es posible que un mono posea tal elocuencia y tal caligrafía? Por Alá, que es cosa de maravilla.

Mandó luego el rey que nos trajeran vino de lo más exquisito y nos lo trajeron en frascos de cristal finísimo y él bebió y después la copa me pasó, y yo besé el suelo y bebí y escribí estos versos<sup>11</sup>:

Con el fuego me hirvieron para soltar mi  
[lengua  
y yo aguanté el suplicio con la mayor paciencia,  
y ahora, en pago, en palmitas, con todo honor  
[me llevan  
y gusto con delicadeza los besos de las bellas.

Y a continuación estos otros:

<sup>10</sup> Una clase de pastelillos, hechos de fideos muy finos. Burton transcribe *kunafa*.

<sup>11</sup> Estos versos y los siguientes faltan en la edición de Bulak y en la mayoría de las versiones. Trátase del *vinum coctum* de griegos y romanos.

<sup>9</sup> Ave zancuda de los desiertos.

Dijo la noche a la mañana:  
—¡Dame de beber, hermana,  
de ese vino que al sabio vuelve loco  
y en diáfano cristal, diáfano brilla,  
de suerte que son ambos tan sutiles  
que no acierto a decir—oh maravilla—  
si el fulgor que mis ojos enajena  
es del vino o del vaso que lo encierra!

Y el rey leyó los versos y, suspirando, exclamó:

—Si un hombre poseyere tal cultura  
sobrepasara de fijo a todos los de su  
tiempo y siglo.

Mandó luego el rey que le llevaran  
el tablero de ajedrez y se lo llevaron y  
entonces por señas preguntóme si sabía  
jugar al ajedrez y yo, por señas tam-  
bién, le respondí que sí.

Y me acerqué y ordené las figuras y  
jugué con el monarca dos partidas y se  
las gané. Y fue tal la sorpresa del  
monarca que se quedó sin habla.

Y yo cogí tintero y caña y escribí  
sobre el tablero los siguientes versos:

Dos ejércitos lucharon  
fieramente todo el día,  
y su saña a cada hora  
diz que de punto subía.  
Hasta que al cabo la noche  
puso fin a su porfía  
y entonces todos durmieron  
en una misma yacija.

Y el rey maravillóse hasta el colmo  
de la maravilla y díjole a su castrado:

—Hola, Mukil. Ve a los aposentos de  
tu señora Sittu-l-Hosn y dile de mi  
parte que venga para que se divierta  
con este mono maravilloso.

Fue luego allá el eunuco y tornó con  
su señora, la hija del rey. No bien me  
hubo ella visto, tapóse la cara con el  
alizar y dijo:

—¿Cómo, *ye* padre mío, pudo pare-  
certe bien el mandarme venir para que  
me viera hombre extraño?

Díjole él:

—*Ye*, hija mía, aquí no estamos más  
que estos mamelucos menores de edad  
y el eunuco que te crió y este mono y  
yo, tu padre. ¿Por qué, pues, te velas  
el rostro?

—Este mono—dijo ella—no es tal mo-  
no, sino un hombre, y es el hijo de un  
rey, y el nombre de su padre era Ai-  
mar, señor de las islas del Abenuz  
interior. Sino que está encantado. Y su  
encantador fue el *efrit* Chorchis-ben-  
Rachmus, que también dio muerte a su  
esposa, la hija del rey Aknam.

—¡Por el nombre de Alá!—exclamó  
maravillado el rey—. Si pudieras tú des-  
encantar a este joven, lo nombraría mi  
visir. ¿Pero será posible que tuvieras tú  
ese poder y lo ignorase yo? Si lo tuvie-  
res, te ruego lo desencantes, que quiero  
nombrarlo mi visir, pues es un mozo  
simpático y listo y es un dolor verlo en  
esa condición.

—Con alma y vida lo haré—contestó  
ella. Y, cogiendo un puñal, trazó con  
él un círculo...

Pero sintió en esto Schahrasad venir  
la aurora y cortó el hilo de sus pala-  
bras seductoras.

## Y LA NOCHE 15 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Tengo entendido, *ye* monarca, el  
afortunado, que el *zâluk* dijo a la mu-  
chacha:

—¡*Ye* señora mía!

Luego la hija del rey cogió un pu-  
ñal, en cuya hoja había escritos nom-  
bres hebraicos, y trazó con él un circulo-

lo en el centro de la habitación y  
escribió dentro de él palabras talismá-  
nicas y pronunció con voz fuerte frases  
que no se entendían; luego, al cabo de  
una hora, hiciéronse las tinieblas sobre  
nosotros, en torno al alcázar, que no  
pensábamos sino que el mundo se nos



caía encima, y he aquí que se presenta el *efrit*, mostrando la más espantable catadura: sus manos como ruedas de molino, sus piernas como palos de buques, sus ojos como teas, en las que prende el fuego y centellea.

Mudamos todos de color. Pero la hija del rey le increpó:

—Ni holgura ni comodidad para ti <sup>12</sup>.

Dijo el *efrit*—y tenía toda la facha de un león:

—¡Ye perdida! ¿Cómo faltas así a tu juramento? ¿No habíamos quedado en que ninguno de los dos se atravesaría en el camino del otro?

—¡Ye maldito!—replicó ella—. ¿De dónde sacaste eso del juramento?

Dijo el *efrit*:

—Toma lo que te traigo.

Transformóse luego en un león y abrió sus fauces y se lanzó, rugiendo, sobre la princesa como sobre su presa.

Mas ella dióse prisa a esquivarlo y, arrancándose un cabello de su cabellera, púsoselo en la mano y empezó a murmurar entre dientes, y aquel pelo suyo convirtióse en el acto en un alfanje buido, con el que descargó un mandoble sobre el león, partiéndolo en dos.

Pero su cabeza convirtióse en un escorpión, y ella entonces transformóse en una sierpe enorme y murmuró conjuros contra aquel felón, que había tomado la forma de un escorpión.

Entablóse entre ambos un terrible combate hasta que el escorpión fue y se transformó en un buitre, pero la sierpe al punto volvióse un águila y levantó el vuelo tras el buitre.

Pasó una hora de tiempo, y después volvióse el buitre un gato negro, y volvióse la mocita un adive y estuvieron persiguiéndose inútilmente por todo el alcázar una hora de tiempo y soste-

niendo una empeñada lucha, hasta que el gato dióse por vencido y se volvió una gran granada roja, y aquella granada fue a arrojarse en una alberca y corrió el lobo tras ella y entonces salió del agua y se remontó por los aires, y luego fue a rebotar sobre el pavimento del alcázar.

Transformóse luego el lobo en un gallo con el fin de irse comiendo aquellos granos hasta no dejar uno. Pero por obra del sino fue a caer, rodando, uno de aquellos granos, al borde de la fuente, y entonces el gallo empezó a cacarear y a agitar sus alas y a hacernos señas con sus uñas, sin que nosotros entenderíamos lo que quería decirnos.

El gallo entonces nos lanzó tan fuerte grito que pensamos se nos venía encima el alcázar, y púsose a dar vueltas de acá para allá, por todo el suelo, hasta que finalmente vio el grano que había ido a parar al borde de la fuente.

Abalanzóse a él en el acto, para tragárselo como los demás, cuando hete aquí que el grano salta y se arroja al agua.

Trocóse el gallo a punto en un pez grande y zambullóse en el agua tras el grano y permaneció invisible para nosotros una hora, hasta que de repente hubimos de oír un grito fuerte, atronador, que nos hizo dar un respingo sobrecogidos de pavor.

Después de lo cual vimos salir al *efrit* convertido en una brasa de fuego, echando por su boca llamas.

Pero la joven fuese a él y sopló fuego también en su cara, que aun a nosotros nos alcanzaron chispas de entrambos; solo que las de ella no nos hicieron el menor daño, mientras que una de las de él vino a darme en un ojo y me lo vació, y aún seguía yo en mi forma de mono.

Y al rey alcanzóle también otra de las chispas de él y le chamuscó la mitad del rostro, la inferior, con barba

<sup>12</sup> Lo contrario de la forma usual de salutación.

y sotabarba, y se le cayeron en el acto los dientes y muelas de abajo.

Otra de las chispas fue a darle al eunuco en medio del pecho y se le prendió fuego y pereció en el acto.

Temimos todos nos pasara lo mismo y perdimos la esperanza de vivir; pero, estando en estas, dejé oír de pronto una voz que decía:

—¡Alá es el más grande, Alá es el más grande! He aquí que triunfó nuestro señor y venció y frustró los intentos de los infieles a la ley de Mohammed, el soberano de las criaturas.

Y dizque quien así clamaba no era otro que la hija del rey, la cual nos puso delante al *efrit*; mirámosle nosotros y vimos que había quedado reducido a un montón de cenizas, sin que de él quedara otra reliquia.

Llegóse luego a nosotros la muchacha y dijo:

—Traedme una copa con agua.

Lleváronse la al punto y ella pronunció unas palabras que no entendimos y me espurreó con aquel agua, diciendo:

—Por la razón de la justicia y por el nombre de Alá, el supremo, vuelve a tu ser primero.

Y en el acto quedé convertido en persona, como antes, solo que con el ojo saltado.

Y ella dijo:

—¡El fuego es el fuego, padre mío!

Siguió después luchando con el fuego y he aquí que una chispa negra saltó y fue a darle en el pecho y de allí le rebotó en la cara, y, cuando le saltó a la cara, echóse a llorar y dijo:

—¡Doy fe de que no hay más *ilah* que Alá y de que Mohammed es el Enviado de Alá!

Volvimos los ojos a ella y vimos que se había convertido en un montón de pavesas al lado del otro a que quedara reducido el *efrit*.

Dolióse mucho de ella y yo habría querido estar en su lugar, para no ver aquella criatura tan hermosa, y que tal

merced me hiciera, reducida a un montón de pavesas. ¡Pero los juicios de Alá son irrevocables!

Al ver el rey a su hija hecha pavesas, mesóse los restos de sus barbas y arañóse el rostro y rasgó sus vestiduras y yo hice otro tanto y nos pusimos a llorar sobre las cenizas.

Llegaron luego los visires y los emires del reino y hallaron al sultán en aquel estado lamentable y junto a él un montón de cenizas.

Maravilláronse, pues, y llenos de zozobra, pusiéronse a dar vueltas en torno del rey por espacio de una hora.

Luego que el rey recobró el sentido, informóles de lo que sucediera a su hija con el *efrit*, con lo que se acreció su pesar y rompieron a gritar las mujeres y las esclavas y estuvieron haciendo llanto por espacio de siete jornadas. Pasadas que fueron, ordenó el rey que labrasen sobre las cenizas de su hija una cúpula grande y en ella encendieran cirios y candiles<sup>13</sup>; cuanto a las cenizas del *efrit*, mandó que las aventasen al aire e invocó sobre ellas la maldición de Alá—el más grande.

Adoleció luego el rey de una dolencia que estuvo a punto de causarle la muerte; un mes estuvo enfermo hasta que al fin recobró la salud y dejó el lecho.

Mandó luego llamarme y me dijo:

—¡Ye jovencito! Habíamos gozado de una vida dichosa, a cubierto de las vicisitudes de los tiempos, hasta que tú viniste; que, desde entonces, cayeron sobre nosotros los pesares y nos abrumaron las calamidades. Así que ojalá no te hubiéramos visto nunca la cara ni hubiéramos presenciado tu infausta llegada, por culpa de la cual nos vemos en tan triste estado. Pues primero perdí a mi hija, que valía por cien hombres, y, luego, sufrí estas quemaduras y perdí mis dientes y se me murió

<sup>13</sup> Del árabe, *Kandil*.

mi criado. sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo, pues fue todo decreto de Alá sobre nosotros y sobre ti. Y gracias a Alá que te desencantó mi hija, a costa de su propia vida. Así que, hijo mío, vete de mi país y baste ya con lo que nos ha sucedido por tu causa, y todo ello fallo del sino sobre nosotros y sobre ti. Así que déjanos ya y vete, pues, de aquí con la paz.

Fuime, pues, de allí, ye mi señora, perdida toda esperanza de salvación.

Di, sin embargo, gracias a Alá y dije: «Menos mal que perdí un ojo y no la vida.»

Y entré en el baño antes de dejar la ciudad y me afeité la barba y encaminéme hacia acá, oh mi señora, y no pasaba día que no llorase y no me pusiese a pensar en las desgracias que habían traído como consecuencia la pérdida de mi ojo, y cuantas veces recordaba lo que me había pasado, rompía a llorar y recitaba estos versos:

Cambió mi situación, pero no hay duda  
¡decreto fue de Alá!

Ten, pues, paciencia y que sepan todos  
que otro remedio no hay para tu mal.  
Nada cual la paciencia adorna al hombre  
que de Alá sin protesta acatar sabe  
los excelsos designios soberanos,  
que son de suyo siempre irrevocables.  
Solo mi amada sabe, misteriosa,  
los misterios sublimes de mi lecho,  
en el que ambos sin tasa nos decimos  
todos nuestros secretos <sup>14</sup>.

Hombre soy que si planta sus reales  
en la cumbre de un monte, se desploma;  
y si al fuego se acerca, el fuego apaga;  
y al viento corta el vuelo, cuando sopla <sup>15</sup>.

Un insensato fue, no lo dudéis,  
quien dijo que en el mundo había dulzura.  
Pues siempre, sin remedio, aquí a la miel  
se mezcla del acibar la amargura.

Adunde luego vagabundeando por esas tierras y recorriendo comarcas diversas, hasta que vine a parar en esta, a la Casa de la Paz, a Bagdad, con la intención de ver si podía llegar hasta el emir de los creyentes y contarle mis aventuras y perances.

Llegué, pues, a Bagdad esta misma noche, y, al llegar, topéme con este mi hermano, el primero, que estaba parado, indeciso y perplejo. Y le dije:

—¡*Selam aleik!* <sup>16</sup> Soy un peregrino  
—y trabé conversación con él.

Y hablando estábamos los dos cuando se presentó este otro hermano, el tercero, y se nos acercó, diciendo:

—¡*Selam alikum!* Soy un peregrino.  
A lo que nosotros respondimos, diciendo:

—Peregrinos también somos nosotros, que acabamos de llegar esta noche, la bendita, a esta ciudad.

Después de lo cual echamos los tres a andar, sin que ninguno conociera ningún pormenor de las historias de los otros dos.

Y Aquel que dispone el sino de los mortales nos encaminó a esta puerta y entramos por ella, y ya tenéis explicado el motivo de mi barba rapada y mi ojo hundido.

Y la joven, entonces, dijo:  
—En verdad que tu historia es una historia de prodigio. Llévate, pues, la mano a la cabeza y sigue tu camino.

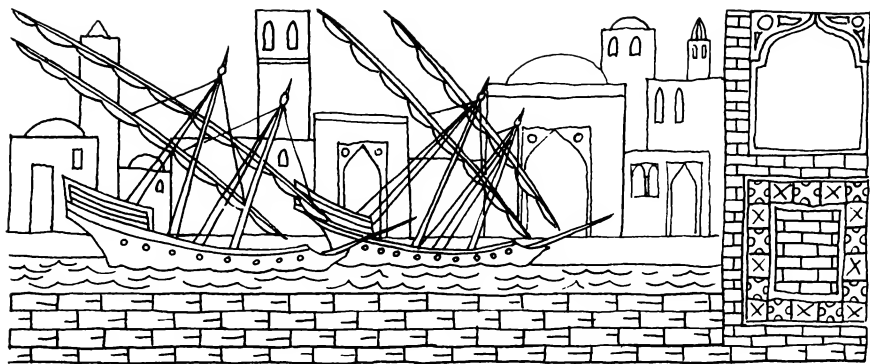
Pero él replicó, diciendo:  
—No me iré de aquí hasta no oír la historia de mi compañero.

Adelantóse entonces el *zâluk*, el tercero, y tomó la palabra, diciendo:

<sup>16</sup> La paz sobre ti.

<sup>14</sup> Estos cuatro versos—un distico en el original—son punto menos que intraducibles. El poeta juega con palabras de doble sentido, como *sr*, que significa a la vez secreto y ombligo.

<sup>15</sup> Recuérdese el dicho español, en el que hay una providencia de ese pesimismo: «Si me meto sombrerero, nacen los niños sin cabeza.»



## HISTORIA DEL ZALUK, EL TERCERO

(Noches 15 y 16)

*La historia de este tercer zâluk, llamado Achib (maravilloso), hijo del rey Jazib (fecundo, feraz), es la más rica en el fondo legendario y simbólico. Encierra, desde luego, una advertencia, una lección moral, pues Achib ha perdido su ojo no por obra del sino, como sus compañeros, sino por su propia culpa, por haber infringido un veto, como Adán en el Paraíso, y puede decir, como el salmista: Mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa.*

*Situación la más desesperada en que puede encontrarse un hombre.*

*De otra parte, debido a su carácter simbólico, juegan un papel en esta historia elementos múltiples del mundo de la fábula, como la montaña magnética que atrae los buques y los desintegra, según hoy decimos; el jinete de bronce, indicador de rutas, y el Pájaro Rojo, grifo, fénix, que luego intervienen en otras historias.*

*Intercalado en la narración, y en pugna con su finalidad de argumento a favor del libre albedrío, figura el episodio del hijo del joyero, destinado, según su horóscopo, a morir a manos del propio Achib, y al que su padre tiene recluido en una cueva soterraña, pese a lo cual no puede impedir que el decreto del sino se cumpla, precisamente el día en que expira su plazo. Así se lo acaba de manifestar el propio joven a Achib momentos antes de que este, por inadvertencia, le causara la muerte. Circunstancia que nos hace pensar en un juego de las fuerzas psíquicas, influyendo en el involuntario homicida; toda predicción implica sugestión y es muy posible que el relato de aquella profecía impresionara a Achib y le alterase por reflejo el pulso, dando lugar a que el cuchillo se le cayese de su mano entorpecida y fuese a herir al joven.*

*Notable es, finalmente, el encuentro de Achib con los diez jóvenes y el viejo en el Palacio de Azófár y todas las peripecias que de él se siguen,*

*henchidas todas ellas de sentido simbólico y arcano, de una antigüedad tan venerable que su clave se ha perdido y es inútil buscarla, aunque revolvámos, como Roso de Luna, todos los archivos de la presunta sabiduría hermética. Se trata de leyendas, solo explicables por otras leyendas. Es como un bello sueño de opio que se desvanece sin dejar otra huella que la del pesar y la nostalgia en el corazón del despierto.*

*Cuanto al jinete de bronce, relaciónase, sin duda, con la leyenda de la Atlántida y con las múltiples de ella irradiadas. Más adelante tendremos ocasión de insistir sobre el sentido esotérico del mito. Aquí bastará decir que, según tradición de origen nubio, los árabes, en edades remotas, explotaron las islas Canarias o Eternas, como ellos las llamaron (Chesiratu-l-Jalidat), y en una de ellas oyeron hablar de un jinete de bronce, apuntando con la punta de su lanza a Occidente.*

*De esa tradición hácese eco Ibnu-l-Uardi, que habla de «dos imágenes de recia piedra, cada una de cien codos de alta, y encima de cada una de ellas una figura de cobre, señalando con su mano hacia atrás, como diciendo: "Vuélvete, porque detrás de mí no hay nada"».*

*También se cuenta que el vigesimotercer monarca de la dinastía sabeica de los Tebba, Maliku-bnu-Scharhabil (o Scharabil), apodado Naschiru-n-Niam (El desparramador de las mercedes), perdió todo un ejército en su vano intento de llegar a las arenas occidentales y mandó erigir una estatua de cobre con esta inscripción, grabada en su pecho:*

*«Nada hay detrás de mí;  
nada tampoco allende;  
(Dice) el hijo Scharabil.»*

*En el fondo, como puede verse, es la misma leyenda de las columnas de Hércules, trasladada del Estrecho al cabo occidental de Africa. El consabido Non plus ultra.*

—Has de saber, ye mi señora, que mi historia no es como las historias que acabas de escuchar, pues es todavía más singular.

Y lo es en razón a que estos dos fueron juguetes del sino y la estrella, mientras que el rapado de mi barba y el vaciado de mi ojo fui yo mismo quien los provocó, desafiando al sino y llamando al pesar contra mi corazón.

Habéis de saber que yo era rey, hijo de rey; murió mi padre, el rey Jazib, y sucedile yo en el trono y empecé a

administrar justicia y a dictar mandatos y a favorecer a mis vasallos.

Fui yo siempre muy dado a los viajes por mar, que a orillas del mar se alzaba mi almedina, y era aquel un mar anchuroso, y en torno nuestro desparramábanse islas muy bien pertrechadas y apercebidas.

Diome el capricho un día de ir a solazarme en aquellas islas y aparejé diez barcos, y embarqué en uno de ellos, llevando valiosos regalos.

Veinte singladuras navegamos y una

noche de tantas empezaron a soplarnos vientos contrarios, hasta que alborcó la aurora y se aplacaron.

Aquietáronse los vientos y serenóse el mar y salió el sol y refulgió.

Posimos entonces la proa hacia una isla y fondeamos en sus aguas, saltando a tierra, donde procedimos a hacer una lumbre y aderezar nuestras viandas, que luego comimos de muy buena gana. Hicimos escala allí dos días y luego navegamos veinte singladuras sin parar, y de pronto cambiaron las aguas y el arráez extrañó aquel mar.

Dijímosle al vigia:

—Otea con atención el mar.

Subióse el vigia al palo mayor y luego hajo de él, diciéndole al arráez:

—He visto a la derecha un pez sobre el haz de las aguas y, mirando hacia el medio del mar, vi a lo lejos un bulto flotando que unas veces parecía negro y otras blanco.

Al oír el arráez las palabras del vigia, barrió con su turbante el suelo y se mesó las barbas y gritóle a la chusma:

—Anunciad a los pasajeros que somos perdidos sin remedio y que no se salvará ninguno de este riesgo.

Y se echó a llorar el arráez y nosotros lloramos también por nuestras vidas, que ya dábamos por perdidas.

Pero yo le dije:

—Ye arráez, el insigne! Dime, por tu vida, qué fue lo que vio el vigia.

—Ye *sidi*—contestóme él—, has de saber cómo perdimos la brújula, desde el día que nos soplaron esos vientos contrarios, hace de ellos once días, y ahora no tenemos viento favorable que nos lleve al puerto adonde nos dirigimos, al caer de la tarde, y dizque mañana iremos a chocar con una montaña de piedra negra que llaman piedra imán, en torno a la cual se arremolinan furiosas las olas y en ella se estrellan los barcos y saltan todos sus clavos en dirección a la montaña y allí se que-

dan pegados, porque Alá puso en la piedra imán un misterio, a saber: que todo objeto de hierro va a adherirse a ella; así que en esa montaña hay muchísimo hierro que solo Alá (exaltado sea) sabe cuánto, pues desde los tiempos antiguos vienen a estrellarse en ella muchedumbre de barcos, debido a su naturaleza; además de eso, que esa montaña está lindando con una bóveda de metal azofrado, sostenida por diez pilares, y en lo alto de la bóveda hay un hombre, caballero en un caballo de metal, y la salvación está en que el tal jinete caiga de su caballo y ruede por tierra desplomado.

Y el arráez del barco, señora, rompió a llorar con fuerte llanto.

Nosotros, por nuestra parte, dimos por segura nuestra muerte, sin remisión, y nos despedimos unos de otros, llenos de dolor.

Luego que amaneció la mañana, nos fuimos acercando más y más al monte, empujados de las rabiosas olas, y cuando ya los barcos llegaron al pie de la montaña, desencuadernáronse y saltaron todos sus clavos y todo cuanto de hierro había en ellos, volando en dirección a la piedra imán, en tanto nosotros dábamos vueltas en torno a ella, hasta el caer de la tarde, pugnando por salvarnos del desastre.

Destrozáronse, pues, los barcos y, de nosotros, unos se ahogaron y otros nos salvamos, siendo los más los primeros; y los que nos salvamos, unos a otros no nos conocíamos, porque aquel oleaje y aquellos vientos encontrados nos aturdián y turbaban el ánimo.

Cuanto a mí, ye señora, salvóme Alá (exaltado sea), pues me reservaba para lo que me tenía deparado de sufrimiento y penalidades y calamidades.

Asime, pues, a una de las tablas del barco y las olas y los vientos la impulsaron hacia la montaña, y, ya en ella, trepé por un escarpado sendero que subía hasta la cumbre en forma de

escalera, excavada en la piedra. Y allí invoqué el nombre de Alá (¡exaltado sea!).

Mas sintió en esto Schahrasad venir la mañana y cortó el flujo de sus desbordantes palabras.

## Y LA NOCHE 16 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—He podido averiguar, *ye* monarca, el afortunado, que el *zâluk* tercero dijo a la joven y a los demás compañeros que permanecían sentados mientras los esclavos seguían en pie con sus alfanges suspendidos por encima de sus cabezas:

—Luego que invoqué a Alá e imploré su protección y me encomendé a El, empecé a tantear la montaña, hasta descubrir aquellas escalerillas, y en aquel mismo momento serenó Alá los vientos y ayudóme a subir, de suerte que llegué sano y salvo hasta la cima, de lo que sentí gran alegría. No había allí más cobijo que la cúpula; así que me entré en ella y recé dos *reka* <sup>1</sup> en acción de gracias a Alá por haberme salvado de mal.

Luego me eché a dormir bajo la cúpula. Y hete aquí que oigo una voz que decía:

—¡*Ye* hijo de Jazib! Luego que despiertes de tu sueño, ponte a cavar debajo de tus pies y hallarás un arco de bronce y tres saetas de plomo en las que hay grabados unos signos talismánicos. Coge luego el arco y las flechas y dispara contra el jinete que está sobre la cúpula y, haciendo así, salvarás a la gente de este gran país. Pues herido que hayas al jinete, luego rodará al mar y rodará el arco de tu mano y lo cogerás y enterrarás nuevamente en su lugar. Y luego que esto hicieres, se ladeará el mar y se hinchará hasta igualar a la montaña y flotará sobre él un barquichuelo, en el que vendrá un

personaje distinto de aquel que heriste con tu flecha, y se dirigirá a ti; llevando en su mano los remos. Monta con él en el esquife y, por lo que más quieras, no invoques a Alá (exaltado sea). Navegarás con él durante diez días sin parar, hasta que te conduzca al mar de la paz. Luego que allí llegares, encontrarás quien te conduzca de nuevo a tus tierras, y así seguramente será si te guardas de invocar el nombre de Alá.

Despertéme luego de mi sueño y me levanté muy contento y me dirigí a la orilla del mar, según me indicara aquella voz.

Y encontré el arco y las flechas y disparé contra el jinete e hice blanco en él y cayó al agua, cayéndose también el arco de mis manos. Y yo lo cogí y lo volví a enterrar.

Encrespóse luego el mar e hinchóse hasta igualarse a la montaña en cuya cima yo estaba.

No sería pasada una hora cuando divisé un barquichuelo que venía bogando a mi encuentro.

Di gracias a Alá (exaltado sea) y, luego que el esquife estuvo cerca, pude ver que venía en él un ser de bronce, con una plancha de plomo en medio del pecho y en ella grabados talismanes y nombres mágicos <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Versículo del *Corán*, acompañado de genuflexiones.

<sup>2</sup> Este personaje de bronce guarda relación también con la leyenda talmúdica sobre los *golem* o autómatas servidores, fabricados por arte de magia, que, revistiéndose de forma científica, ha llegado hasta la novela y la película de nuestros días, como la titulada *El misterioso doctor Satán*, en que la plancha de plomo con los signos talismánicos es sustituida por la «célula de control a distancia».

Salté, pues, al barco, sin hablar palabra ni despegar mis labios.

Cargó conmigo el monstruo y navegamos al primer día y el segundo y el tercero y así hasta que diez días se cumplieron y al cabo de ellos columbré las islas de la Paz, de lo que me alegré hasta no poder más. Y de puro contento invoqué a Alá y lo menté y glorifiqué.

Pero no bien lo hube hecho, cuando me vi despedido del barquichuelo y lanzado al mar, y el barco desapareció como por ensalmo.

Paséme aquella noche nada que te nada, hasta que por fin amaneció la mañana y pude alcanzar la orilla del agua y, ya en ella, exprimí mis ropas y las puse a secar sobre la playa y pasé así aquella noche hasta que amaneció la mañana.

Entonces me vestí y me levanté y me puse a ver hacia dónde encaminaría mis pasos. Descubrí un valle y me fui a él y empecé a dar vueltas a su alrededor, hasta comprobar que aquel lugar era una sillita pequeña, ceñida por el mar.

Y me dije para mi ánimo: «¡Qué sino el mío! ¡No bien me libro de una desgracia, caigo en otra mayor!»

Ahora bien: mientras yo me hacia reflexiones sobre mi vida y me consideraba condenado a la muerte, he aquí que vislumbro a lo lejos un barco y en él gente.

Me levanto, pues, y me encaramo en un árbol y veo que el barco atraca en la orilla y de él saltan a tierra diez esclavos provistos de sendas palas.

Adelantáronse luego y se dirigieron al centro de la isla y, llegados que allí fueron, pusieron a cavar la tierra, hasta que dejaron al descubierto una plancha de madera.

Levantáronla y luego abrieron una puerta.

Tornaron después al barco y volvie-

ron trayendo pan y adargama<sup>3</sup> y manteca y miel y demás vituallas, hasta trasladar allí todo lo que venía en la barca.

Después de eso llegaron los esclavos luciendo vestiduras de las más suntuosas y en medio de ellos un *scheij*, alto, decrepito, que ya viviera larga vida, y lo postrara el tiempo y lo tornara caduco, y, lo que de él quedara, iba envuelto en un jirón de tela azul, por entre cuyos rotos silbaban los vientos del Oeste y el Este.

Como de él dijo un poeta:

«Qué mal me ha tratado el tiempo  
y qué carga tan pesada  
la que sobre mí ha arrojado.  
¡Oh tiempo, cómo me espantas!  
Antes caminar podía  
y enfermo jamás estaba,  
y ahora estoy viejo, achacoso,  
y no resisto la marcha.»

Y aquel *scheij* posaba su mano en la de un mocito que en el troquel de la belleza más perfecta parecía moldeado, pues era de tal hermosura que en proverbio ha quedado, y era comparable a un racimo de agraz, aunque realmente con nada se le podía comparar.

Como de él dijo el poeta al cantar:

«Con él a la Belleza cotejaron  
y la Belleza, abochornada,  
su cabeza bajó,  
y al decirle: —¿Qué es eso? ¿Qué te pasa?  
dijo: —Jamás salir vencida en un torneo  
yo pensara.»<sup>4</sup>

Pues era semejante a la rama verde que encanta todos los corazones con su garbo y roba las almas todas con su gracia.

No pararon de ir y venir, oh mi señora, hasta que al cabo volvieron a poner en su sitio la plancha de madera y se fueron y desaparecieron.

Bájeme yo entonces del árbol y me

<sup>3</sup> Harina de trigo. Del árabe *Ad-Darmaka*.

<sup>4</sup> En la edición de Bulak y en la versión de Mardrus faltan estos versos.



dirigi al lugar de la plancha, diciéndome para mi ánimo: «¿Qué será lo que habrá? ¡Por fuerza he de averiguarlo y ver lo que ahí se encierra!»

Dirigime allí, pues; levanté con ayuda de Alá la trampa, que era una piedra de molino, y comprobé que de ella arrancaba una escalera de caracol abovedada.

Bajé, lleno de asombro, sus peldaños de piedra, y fui a salir a un amplio salón, revestido de tapices de precio y coladuras de seda y terciopelo.

Recostado en un diván, entre velas encendidas, jarrones con flores y fuentes con frutas y dulces, estaba allí el joven de antes y con un abanico se daba aire.

Asustóse mucho al verme; pero yo, con mi voz más armoniosa, le dije:

—¡El *selam* sobre ti!

Tranquilizóse él entonces y me devolvió el saludo, diciendo:

—Sean contigo la paz, la misericordia y las bendiciones de Alá.

Díjeme yo luego:

—¡*Ye sidi!* Ahuyenta de tu corazón todo temor. Pues has de saber que, aunque me veas en este estado, soy rey, hijo de rey. Alá me guió hasta ti para sacarte de esta cueva, adonde sin duda te trajeron para que en ella murieras. Pero yo te libertaré. Y serás mi amigo, pues lo mismo fue verte que sentirme inclinado a favorecerte.

Sonrió el joven, invitóme a sentarme a su lado en el diván y me dijo:

—Has de saber, *ye sidi*, que no me trajeron a este lugar para que en él muriese, sino al contrario, para librarme de la muerte.

Es mi padre un rico joyero, famoso en todo el mundo por sus cuantiosos tesoros.

Las caravanas que recorren por su cuenta los más remotos países, para vender sus alhajas y piedras preciosas a todos los reyes y emires de la tierra, han extendido su fama por doquiera.

Pues bien: al nacer yo, siendo él ya de edad madura, pronosticáronle los astrólogos que yo estaba destinado a morir antes que él y que mi madre, por lo cual hubo de amargársele el placer que mi venida al mundo, la cual se había operado con toda felicidad al término de los nueve meses, le produjera. por voluntad de Alá, (exaltado sea).

Su dolor fue sobre todo grande cuando aquellos sabios que leyeron mi sino en las estrellas le dijeron:

—Has de saber, ilustre señor, que tu hijo ha de morir a manos de un rey, hijo de rey, llamado Jazib, a los cuarenta días justos de haber este lanzado al mar al jinete de bronce de la montaña de imán.

Afligióse mi padre hasta el límite de la aflicción y consagróse por entero a mi cuidado, educándome con el mayor desvelo, hasta que cumplí los quince años.

Supo entonces que el jinete de la montaña magnética había rodado al mar, y esa noticia le apenó y le hizo derramar tantas lágrimas que en poco tiempo perdió los colores del rostro, enflaqueció su cuerpo y toda su persona tomó la apariencia de un anciano decrepito abatido por los años y los sufrimientos.

Trájome luego a esta mansión subterránea, que había mandado labrar para sustraerme en este lugar <sup>5</sup> a las miradas de aquel rey que jurara matarme cuando cumpliera yo los quince años.

Tanto mi padre como yo estamos seguros de que el hijo de Jazib no podrá encontrarme en esta isla desconocida.

Ya sabes, pues, la causa de estar yo en este sitio tan escondido.

Díjeme yo entonces:

«¿Será posible que así se equivoquen esos sabios que leen en los astros? ¡Pues por Alá! Que este joven es la

<sup>5</sup> Caverna, antro; del árabe *Al-Gar*.

llama de mi corazón y antes que matarlo a él me mataría yo.»

Díjale, pues, luego:

—¡Ye hijo mio! Quiera Alá, el Omnipotente, que no se tronche nunca el tallo de tan galana flor. Dispuesto estoy a defenderte y a pasarme aquí mi vida entera junto a ti.

—Pasados que sean cuarenta días, pasado será también todo peligro, y mi padre vendrá por mí.

Díjale yo:

—¡Por Alá! Que he de permanecer junto a ti esos cuarenta días, y, luego que venga tu padre, le pediré que te deje venir conmigo a mi reino, donde serás mi amigo y de mi trono el heredero.

Diome entonces el muchacho las gracias con palabras llenas de afecto, de lo que inferí que era sumamente cortés y correspondía al amor que yo sentía por él.

Y empezamos a conversar cual dos buenos amigos, obsequiándonos mutuamente con las exquisitas viandas de sus provisiones, que eran tantas y tales que habrían podido sustentar, por espacio de un año, a un centenar de comensales.

Luego de haber comido pude comprobar, una vez más, hasta qué punto me habían sus encantos cautivado el corazón, pues nos acostamos en el diván, el uno junto al otro, y, así unidos, pasamos la noche en un sueño dulcísimo.

Luego que alboreó la aurora, me levanté y me lavé, después de lo cual llevéle al joven la jofaina con agua perfumada para que se lavara, y aderecé el almuerzo, y comimos mano a mano, sin dejar de charlar y reír y retozar, hasta que se hizo de noche.

Volví a poner la mesa y cenamos un cordero, relleno de almendras, pasas, nuez moscada, clavo y pimienta.

Bebimos agua fresca y dulce y, como postres, tuvimos sandía, melón,

tortas y pastelillos tan finos como cabbelleras y en cuya confección no se escatimaba la manteca, la miel, las almendras ni la canela.

Luego nos acostamos juntos como la noche antes y pude darme cuenta de cuán cumplida era la amistad que nos unía.

Fueron pasando así los días, hasta llegar al que hacía los cuarenta. Ese último día, como esperaba a su padre, quiso el joven tomar un buen baño, por lo que me puse yo a calentar agua en un caldero, de donde la trasegué después a la tina de cobre, en la que vertí un poco de agua fresca, para que así el baño resultase más grato.

Entró en el baño el joven y yo mismo lo lavé y froté y amasé y perfumé, trasladándolo luego en mis brazos al lecho, donde lo cubrí con una almohada y le arrebujé la cabeza en un trozo de seda, bordada en plata; dile luego a gustar un sorbete exquisito y retiréme de allí, dejándolo dormir.

Despertóse luego con apetito, y yo, escogiendo la sandía más hermosa, la coloqué en una bandeja y puse la bandeja sobre un tapiz; luego me subí a la cama para coger el cuchillo grande que de la pared colgaba, precisamente encima de la cabeza del mancebo.

Y hete aquí que el muchacho, por divertirse, tuvo la ocurrencia de ponerse a hacerme cosquillas en una pierna, lo que fue causa de que perdiese el equilibrio y resbalase al suelo con tan mala suerte que fui a caer precisamente encima de él y, sin querer, le clavé el cuchillo en el corazón y lo maté.

Tan certero fue el golpe que murió en el acto, y al ver yo aquello, ¡oh mi señora!, empecé a arañarme el rostro y a gritar y gemir y me rasgué las vestiduras y me arrojé, desesperado, al suelo, llorando con amargura.

Pero con todo eso no pude salvar a mi amigo, que había muerto, por disposición del sino, para que se cumpliese

sen las predicciones de los adivinos. Elevé luego las manos y los ojos al Altísimo y exclamé:

—¡Ye señor de los mundos! ¡Si he cometido un crimen, desde ahora me someto al fallo que tu justicia dicte!

Y era la verdad; que en aquel momento la muerte no me daba miedo. Pero es lo cierto, mi señora, que nunca, ni para bien ni para mal, se cumplen nuestros deseos.

Y no pudiendo ya sufrir por más tiempo la permanencia en aquel sitio y sabiendo, además, como sabía, que no tardaría en presentarse allí el joyero, subí la escalera y salí afuera y cerré la trampa, cubriéndola de tierra hasta dejarla como antes estaba.

Luego que me vi fuera, dije para mi alma:

«Estaré al acecho a ver lo que pasa. Pero me esconderé, pues si me descubren los esclavos me harán morir de pésima muerte para vengar la de su amo.»

Me encaminé, pues, a un copudo árbol que cerca de la trampa había, y allí me aposté para ver qué pasaría.

Luego que una hora transcurrió, dejóse ver la barca con el *scheij* y los esclavos. Desembarcaron todos y se dirigieron presurosos hacia el árbol y, al notar señales recientes de haber sido removida la tierra, se alarmaron y el viejo dio muestras de gran abatimiento.

Procedieron luego los esclavos a apartar la tierra, levantaron la trampa y bajaron con su amo.

Prorrumpió el viejo en gritos, llamando a su hijo, y, visto que no le respondía, buscaronle por todas partes, hasta que, al fin, lo hallaron, tendido en el lecho, con el corazón traspasado.

Sintió, al verlo, el anciano como si el suyo se le partiese y desplomóse en tierra, desmayado.

Y los esclavos se echaron a llorar y se aporrearon las caras y elevaron sus gritos maldiciendo al asesino, hasta

que al cabo tornaron a subir, llevando en hombros a su señor.

Envolvieron después el cadáver del joven en un lienzo a modo de sudario. Y estando en ello ocupados recobró el viejo el conocimiento y, al ver el cadáver de su hijo allí tendido, tornó a desplomarse y se echó polvo sobre su cabeza y se arañó el rostro y se arrancó pelos de su barba, y, al acordarse de su hijo, arreció su dolor y de nuevo se desmayó.

Vino luego un esclavo trayendo consigo un paño y sobre él colocaron al anciano y a su cabecera se sentaron.

Y, a todo esto, seguía yo encaramado en el árbol y observaba todo lo que allí pasaba, y el corazón se me puso blanco antes de que mi cabeza blanca se volviera por la crueldad de mi sino y el temor y la angustia que había padecido.

Y a impulso del sentimiento recité estos versos:

¡Oh y cuántas alegrías se desvanecen  
y huyen del corazón, si Alá lo quiere!  
¡Y también cuántas penas se disipan,  
si así lo quiere su piedad divina!  
¡Hay día que empieza mal y bien acaba!  
¡Que su inmenso poder en todo manda! <sup>6</sup>

Pero el anciano, mi señora, siguió desmayado y no recobró el sentido hasta puesto ya el sol, y entonces volvió en sí y, al fijar la vista en el cadáver de su hijo allí tendido, recordó lo que había sucedido y cómo aquello que temiera habíase cumplido, y de nuevo volvió a aporrearse el rostro y la cabeza y declamó estos versos:

—Partióseme el corazón  
al dejar a mis amigos,  
y mis ojos desde entonces  
de lágrimas son dos ríos.  
Mis esperanzas huyeron  
y yo estoy tan abatido,  
que no sé lo que hacer deba  
ni sé siquiera qué digo.

<sup>6</sup> Estos versos faltan en la edición de Bulak y en la versión de Mardrus.

Porque es cierto que ante mí,  
ya se cierran los caminos.  
Para mi mal ¿qué consuelo  
puede haber ya ni qué alivio?  
¡Mejor fuera hasta la muerte  
con ellos haber seguido!  
No es posible que Alá nunca  
nos decretara este sino.  
Alá es todo piadoso  
y a El solo amparo le pido.  
¡Oh y qué dicha tan completa  
la nuestra cuando vivíamos  
debajo del mismo techo  
antes que el fiero destino  
en nosotros se cebara  
y nos flechara sus tiros!  
¿Cómo llevar con paciencia  
tan duro golpe, oh amigos?  
A la perla de los tiempos  
la de más fulgente brillo,  
la saeta de la muerte  
lanzó a tierra entre la tribu;  
yo alcé el clamor de mi duelo  
y prorrumpí en estos gritos:  
¡Ye y cómo que me has dejado  
tan pronto, mi hijo querido!  
¿Cómo podría encontrar  
el medio más expedito  
de dejar el mundo triste  
e ir a reunirme contigo?  
Hijo que eras mi delicia  
y la luz de mis sentidos,  
aunque no sé, a la verdad,  
cómo llamarte, hijo mío.  
No quiero llamarte sol  
—que su fulgor no es continuo—  
ni luna tampoco, que  
también le pasa lo mismo.  
Nada habrá que llenar pueda  
este espantoso vacío,  
y ya de toda alegría  
para siempre me despido.  
El ojo del envidioso  
es el que a los dos ha herido.  
¡Alá quiera que recoja  
lo que sembrara el maldito! <sup>7</sup>

Luego de recitar esos versos, suspiró el anciano un solo suspiro y exhaló el alma acto seguido.

Y los esclavos alzaron sus voces y a una exclamaron:

—¡Guay de nuestro amo!

Y se echaron tierra sobre sus cabezas y arreciaron en sus gritos de duelo y en sus llantos.

Y después condujeron el cadáver de

su señor al barco, juntamente con el de su hijo, y trasladaron allí todos los enseres de la cueva, y, a seguidas, desplegó el barco sus velas y se hizo a la mar y se perdió de vista en la lejanía.

Y entonces yo me bajé del árbol y levanté la trampa de la cueva y me entré en ella y díique todo allí me hablaba del guapo mancebo que acababa de morir, y fue tal mi sentimiento que declamé estos versos:

Al ver sus huellas, los felices días  
de nuestra unión recordaré,  
y no pude los suspiros  
ni el llanto contener.

Ojalá el Omnipotente  
que alejarnos tuvo a bien,  
quiera, apiadado algún día,  
que nos volvamos a ver <sup>8</sup>.

Luego de eso, mi señora, volví a levantar la plancha de la cueva y me salí de ella y procedí a explorar la insula aquella y estuve vagando todo el día, hasta que se hizo de noche, y entonces me volví al antro y dormí.

Y así viví por espacio de un mes, hasta que, finalmente, recorriendo la parte del algarve de la isla, observé que el alfaide <sup>9</sup> bajaba de día en día y menguaba el agua, hasta que por aquel lado vino a quedar la ribera enteramente seca.

Holguéme yo de ver aquello y di por cierta mi salvación y atravesé por en medio de la poca agua que aún quedaba y me trasladé a la tierra firme, lleno de esperanza; pero encontréme allí con alfaques <sup>10</sup> de blanda arena, en la que hasta un camello habríase hundido hasta las rodillas.

Arméme, sin embargo, de valor y crucé por aquel arenal invocando el nombre de Alá, hasta que el sol se

<sup>8</sup> La edición de Bulak omite estos versos y asimismo omite buen número de pormenores. También la versión de Mardrus.

<sup>9</sup> Marea. Del árabe *Al-Faiz*.

<sup>10</sup> Voz árabe admitida en nuestro romance. Montecillos de arena. De *Al-Far*.

<sup>7</sup> Este largo romance falta en la edición de Bulak y en las más de las versiones, incluso en la de Mardrus.

puso y hete aquí que de improviso vislumbro, a lo lejos, el resplandor de un fuego.

Y de puro alegre recité estos versos:

¿Acaso quiera el sino, que es voluble,  
cambiar el rumbo de sus riendas  
y depararme algo bueno  
después de tantas tristezas? <sup>11</sup>

Y me encaminé hacia la supuesta hoguera pensando que estarían asando algún cordero en ella; pero cuál no sería mi sorpresa cuando, al acercarme más, pude comprobar que lo que tomara por hoguera no era tal, sino un alcázar de azófar que refulgía como incendiado por el sol del ocaso.

Y luego que lo observé más de cerca todavía quedéme maravillado hasta el colmo de la maravilla. Pues era un alcázar magnífico y todo él de cobre rojizo.

Sentéme yo a su puerta y admirando estaba su recia fábrica cuando, de pronto, la puerta se abre y por ella salen diez mancebos de gallarda planta y con unos rostros que eran una alabanza a su Creador, por haberlos hecho tan hermosos.

Solo que aquellos diez jóvenes eran todos ellos tuertos y todos del ojo izquierdo, y el único que allí no era tuerto era un *scheij* alto y respetable que iba con ellos y hacia el número el oncenso.

Yo, al verlos, exclamé:

«¡Por Alá! ¡Qué extraña coincidencia! ¡Diez tuertos juntos y todos del ojo izquierdo!»

En tanto estaba yo ensimismado en estas reflexiones, he aquí que se acercan los jóvenes y me dicen:

—¡*Asselam* sobre ti!

—¡Y sobre vosotros *asselam*!—respondí, devolviéndoles el saludo.

Luego referiles mi historia desde el

principio hasta el fin, lo que no creo necesario repetir ahora, oh señora.

Oído que hubieron aquellos jóvenes mi historia, maravilláronse hasta el colmo de la maravilla y me dijeron:

—¡*Ye sidi!*, entra en nuestra casa, donde serás bien recibido.

Pasé adentro con ellos y atravesamos muchos salones, con las paredes forradas de raso. Y en el centro del último, que era el más bello y espacioso, había diez magníficos lechos, formados con alfombras y almadrages y, entre ellos, uno sin almadrage, pero con una alcatifa no menos suntuosa que las otras.

Sentóse en aquel lecho el anciano y cada uno de los diez jóvenes sentóse en el suyo, y se volvieron a mí y me dijeron:

—¡*Ye sidi!* Siéntate en el testero del salón y no preguntes sobre nada de cuanto veas por más que te sorprenda.

Levantóse luego el viejo, salió y volvió varias veces, trayendo manjares y licores, de los que comimos y bebimos mano a mano como amigos.

Recogió después las sobras el anciano y sentóse de nuevo. Y los jóvenes le preguntaron:

—¿Cómo es que te sientas sin traernos lo necesario para que nuestros deberes cumplamos?

Levantóse en silencio el anciano y salió y volvió diez veces, trayendo cada una de ellas sobre su cabeza una jofaina, tapada con un trozo de raso azul <sup>12</sup>, y en la mano diez farolillos que fue colocando delante de cada jo-

<sup>11</sup> Omitido en la edición de Bulak y en la versión de Mardrus.

<sup>12</sup> El color azul—anota Burton—fue antiguamente el color de luto entre egipcios y romanos. Los persas aseguran que este color introdujelo en su país el rey Kai Kavus (600 antes de Jesucristo) cuando perdió a su hijo Siyavusch, y siguió empleándose hasta la muerte de Husein, el hijo de Ali, en que se le substituyó por el negro. Cuanto a los musulmanes, no se visten de luto (*Hidad*) por temor a imitar los usos de los idólatras.

ven, siendo yo el único exceptuado, lo que me dejó un tanto asombrado.

Ahora bien: luego que los jóvenes levantaron las cubiertas de raso pude ver que las jofainas solo contenían cenizas, carbón molido y alheña.

Y los jóvenes se espolvorearon la cabeza con la ceniza y el rostro con el carbón molido y se ungieron el ojo derecho con la alheña <sup>13</sup> y prorrumpieron en lloros y lamentos, diciendo:

—Bien merecido tenemos lo que padecemos por nuestra culpa y desobediencia.

Y así estuvieron lamentándose y re-criminándose hasta cerca del amanecer.

Laváronse luego en otras jofainas que les llevó el anciano y volvieron a quedarse como antes de aquel rito extraño.

Viendo todo aquello, estaba yo asombrado hasta el límite del asombro; más no osaba hacer pregunta alguna, recordando la advertencia que me hicieron de no preguntar sobre lo que viera.

Llegó la noche segunda y ellos hicieron lo mismo que la primera, y así, la tercera y la cuarta. Hasta que ya no me pude contener y, rompiendo el silencio, exclamé:

—¡Ye señores míos! Por favor os ruego me digáis por qué sois todos tuertos y a qué viene eso de echaros por la cabeza ceniza, carbón molido y alheña, pues, ¡por Alá, que prefiero la muerte a las cavilaciones en que todo eso sumido me tiene!

Al oír mis palabras, exclamaron ellos:

—¿No sabes que lo que pides es tu perdición?

Y yo les dije:

—Más vale la perdición que la duda.

Dijeron ellos:

—¡Ten cuidado con tu ojo izquierdo!

Pero yo les contesté:

—¿Para qué quiero mi ojo izquierdo si he de seguir con esta preocupación?

Al oír mis palabras, exclamaron ellos:

—¡Cúmplase, pues, tu sino! Te ocurrirá igual que a nosotros nos ocurrió; pero no te quejes luego a nadie, que tú solo serás el culpable. Y ten presente que, luego que pierdas tu ojo izquierdo, no podrás seguir en nuestro gremio, porque ya somos diez y no hay sitio para el oncenno.

Luego que eso hubieron dicho, trajo el anciano un cordero vivo.

Procedieron luego a degollarlo y desollarlo y, después de limpiar con mucho primor la zalea, me dijeron:

—Te meteremos dentro de esta piel, la coseremos y te dejaremos en la azotea del alcázar.

No tardará en acudir ese gran buitre llamado Roj, tan forzudo que puede levantar en vilo un elefante, y él te cogerá y se remontará contigo por los aires hasta las nubes, creyendo que eres un carnero de veras, y, para devorarte luego a su placer, aterrizará en la cumbre de altísimo monte, inaccesible a los hombres.

Luego que allí te deje, abrirás con este cuchillo, que aquí tienes, la piel del carnero, saldrás fuera y, en el acto, ese terrible Roj, que no ataca al hombre, desaparecerá de tu vista y se perderá en la lejanía <sup>14</sup>.

Tú, entonces, echarás a andar sin detenerte, hasta llegar a un alcázar diez veces más grande y suntuoso que

<sup>13</sup> Espolvorearse la cabeza de ceniza fue siempre señal de duelo entre los orientales. «Y cubrió su cabeza de ceniza...», es una frase estereotipada, para designar el dolor de quien recibe la noticia de la muerte de un ser querido.

El mismo sentido luctuoso pudiera extenderse, por afinidad, al carbón molido y la alheña.

Roso de Luna ve, sin embargo, en esos ingredientes el *ulli* sacramental de los mejicanos y de otros pueblos.

<sup>14</sup> Del mismo procedimiento se sirven, según veremos en otras historias, los buscadores de diamantes para llegar a las cumbres inaccesibles en que se encuentran.

este en que habitamos nosotros. Pues es su fábrica de madera de *jalan*<sup>15</sup>, áloe y sándalo y tiene sus muros forrados de planchas de oro, con incrustaciones de piedras preciosas, especialmente perlas y esmeraldas.

Encontrarás en él una puerta abierta que nunca se cierra; entrarás por ella y verás después lo que has de ver.

Allí fue donde nosotros nos dejamos el ojo izquierdo. Y desde entonces padecemos el castigo merecido y expiamos nuestro pecado, haciendo todas las noches, sin excepción, lo que tanto te chocó.

Ahí tienes ya en compendio nuestra historia que, escrita más al pormenor, llenaría las páginas de un gran libro cuadrado.

Y ahora ya, amigo, ¡cúmplase tu sino!

Persistí yo en mi resolución después de oírlos y entonces ellos diéronme el cuchillo, metiéronme dentro de la zalea del carnero, cosieron la abertura, lleváronme a la azotea del alcázar, dejáronme allí y se fueron.

Pasó una hora de tiempo y vino luego el terrible Roj y sentí que me cogía y remontaba el vuelo, hasta dejarme en la cumbre de la montaña, y en cuanto comprendí que así era, rajé con el cuchillo la zalea y salí de ella dando gritos para espantarlo.

Huyó al punto el terrible Roj, hendiendo el aire con pesado vuelo, y pude ver que era todo blanco, tan ancho como diez alfiles<sup>16</sup> y más largo que veinte camellos puestos en hilera.

<sup>15</sup> Los intérpretes de este paso andan discordes respecto a la identificación del árbol *jalan*. Burton opina que acaso se trate del *halech* mencionado en los antiguos catálogos de Botánica como *lignum tenax, durum, obscuri generis*. La edición de Breslau traduce: «madera de *tekk*» (árbol que se da en la India y en Africa y cuya madera es durísima). La versión de Littmann obvia la dificultad, pasándola por alto.

<sup>16</sup> Elefantes; del persa *Fil*, con el artículo árabe.

Eché luego a andar muy aprisa, pues la impaciencia me acuciaba por llegar al alcázar.

No tardé en divisarlo y, a pesar de la pintura que de él me hicieron los diez jóvenes, quedéme asombrado hasta el ápice del asombro.

Era más suntuoso de cuanto me dijearan.

La puerta principal, por la que entré, era toda de oro y a sus sendos costados veíanse otras noventa y nueve puertas de maderas preciosas, áloe y azundar<sup>17</sup> y otras más.

Las puertas de las salas eran de ébano, con incrustaciones de oro y de diamantes.

Y dizque aquellas puertas daban paso a salas y jardines sin par, donde se mostraban hacinadas las riquezas todas de la tierra y el mar.

No bien llegué a la primera de las salas, vime rodeado al punto de cuarenta mocitas de belleza tan sorprendente que se me enajenó el espíritu y mis ojos no sabían en cuál de ellas posarse con preferencia a las demás, y fui presa de tal admiración que me entraron mareos y me palpitó el corazón.

Levantáronse todas aquellas jóvenes al verme y, con voz melodiosa, me dijeron:

—Considera esta casa como tuya, ¡oh huésped nuestro! ¡Tu sitio está sobre nuestras cabezas y en las niñas de nuestros ojos!

Luego de decir esas palabras, ofreciéronme asiento en un estrado suntuoso y ellas se sentaron más abajo sobre las alcatifas, y me dijeron:

—¡Ye *sidi*, tus esclavas somos y tú eres nuestro y la corona de nuestras frentes!

Procedieron luego a servirme; trajo una de ellas agua caliente y toallas y me lavó los pies: me echó otra en las

<sup>17</sup> Sándalo.

manos agua perfumada, que fluía de un aguamanil de oro; vistióme la tercera un traje de seda, con un cinturón bordado en oro y plata, y la cuarta, en fin, brindóme una copa henchida de exquisito jarabe, con esencias de flores fragantes.

Y la una me miraba, la otra me sonreía, esta me guiñaba los ojos, aquella me recitaba versos, estotra abría los brazos, alargándolos perezosamente hacia mí, y la de más allá, erguiase cimbrando su garboso palmito sobre sus muslos.

Y la una suspiraba ¡ay!, y la otra hacía ¡huy!, y esta me decía ¡ojos míos!, y aquella ¡alma mía!, y la de más acá ¡entrañas mías!, y la de más allá ¡fuego de mi corazón!

Acercáronse luego todas y empezaron a acariciarme y me dijeron:

—¡Oh huésped nuestro: cuéntanos tu cuento, que llevamos mucho tiempo sin hombre y ahora nuestro gozo será completo!

Serenéme yo un poco y les conté parte de mi historia, hasta que empezó a oscurecer.

Encendieron ellas luego multitud de candiles, de suerte que quedó la sala iluminada como por el sol más refulgente.

Servieron después la mesa y pusieron sobre sus manteles los más exquisitos manjares y las más embriagadoras bebidas, y, en tanto comía yo, tañían las unas melodiosos instrumentos, acompañando sus armoniosos cantos, y las otras bailaban con incomparable garbo.

Luego de acabada la cena, me dijeron:

—¡Ye favorito de nuestros ojos, llegó la hora del lecho y del verdadero placer! Escoge de nosotras la que más te guste y no temas ofendernos, pues a cada una de nosotras le llegará su turno; así que elige sin escúpulo. Cuarenta hermanas somos y cada una de nos-

otras se acostará contigo en el lecho la noche que le corresponda.

Yo, la verdad, señora, no acertaba a elegir entre ellas, pues todas era igualmente bellas. Así que cerré los ojos y alargué a ciegas los brazos y cogí a una de ellas, sin saber cuál era; pero al abrir los ojos los volví a cerrar, deslumbrado por tanta belleza.

Pues era perfecta de cara y perfecta de formas y tenía unos ojos alcoholados por la mano de la Naturaleza y un pelo largo y como el azabache de negro y una boca lindísima con una leve mella entre las dos paletillas<sup>18</sup> y unas cejas arqueadas y corridas.

En una palabra: que parecía una grácil ramita de *ban* o un esbelto tallo de arrayán, hecho para seducir y cautivar la fantasía del hombre que la llegara a mirar.

Como de una a ella parecida dijo el poeta en esta rima:

«Vano fuera compararla  
con la rama del arbusto,  
pues en lo airosa le gana.  
Y vano fuera también  
comparar sus dulces labios  
con el dulzor de la miel.  
Sus ojos matan, si miran;  
matan de amor, claro está;  
que es como dar nueva vida.  
Eso a mí me ha sucedido,  
pues he vuelto a la niñez,  
que todo amante es un niño.»<sup>19</sup>

Y luego le recité los versos de aquel poeta que dijo:

«Tan solo en tu hermosura eternamente  
se placerán mis ojos;  
solo tu imágen bella tendrá asiento  
en mi pecho amoroso.  
A ti, reina y señora, irán a honrar  
mis pensamientos todos;  
en tu amor moriré, ¡gustosa muerte!,  
y cuando de la tumba Alá piadoso,  
me haga salir, de nuevo para amarte,  
resurgiré gozoso.»

<sup>18</sup> Según Burton, una ligera mella entre esos dos dientes sigue considerándose por los árabes como un encanto más en la belleza femenina.

<sup>19</sup> Estos versos faltan en la edición de Bulak y en la mayoría de las versiones, incluso en la de Mardrus.



Pasé, pues, aquella noche con ella y dizque en mi vida conociera otra tan bella. Cuarenta asaltos dile, de verdadero saiteador, y ella aguantólos y me los devolvió. Y así la noche se nos pasó.

Pero, luego que la mañana amaneció, fueron las otras muchachas y me llevaron al *hammam* y me bañaron y luego me vistieron unas ropas de las más lujosas.

Y trajeron de comer y de beber y comimos y bebimos mano a mano y no dejó de voltear la copa a la redonda hasta que oscureció.

Y entonces yo cogí a una de ellas, rica de belleza y de formas tan tiernas como dijo el poeta:

«Lucía sobre su pecho dos tesoros,  
con *abelmosco* <sup>20</sup> sellados,  
para que el torpe amante no llegara  
a herirlos con su tacto.  
Y para más defensa todavía  
de aquellos dos joyeles delicados,  
al atrevido a raya lo tenían  
las flechas de sus ojos almendrados.» <sup>21</sup>

Y pasé la noche con ella, y dizque fue la noche más deliciosa de todas las noches de mi vida entera.

Y para abreviar, mi señora, que como aquellas pasé las que siguieron, cada noche con una de las hermanas, sin que faltaran nunca los numerosos asaltos por entrambas partes con igual entusiasmo.

Duróme esta cabal aventura todo un año. Y cada mañana se me acercaba la mocita de turno para aquella noche y me llevaba al *hammam* y me lavaba todo el cuerpo, me amasaba y ungía con cuantos perfumes gratificó Alá a sus servidores.

Llegó, finalmente, el fin del año.

La mañana del último día congregáronse todas aquellas jóvenes al pie de

mi cama, sueltas sus cabelleras y llorando amargo llanto, indicio de gran pesar, y exclamaron:

—Has de saber, ¡ye luz de nuestros ojos!, que tenemos que abandonarte, como antes que a ti abandonamos a otros, pues te consta que no eres el primero y que, antes que tú, otros muchos nos montaron e hicieron con nosotras lo que tú has hecho.

Aunque, a la verdad, tú eres el jinete más diestro en corvetas y el más abundoso en medidas, tocante a lo largo y lo grueso.

Eres, sin duda, el más corrido y simpático de todos, y podemos predecir que no vamos a poder vivir sin ti.

Díjeles yo:

—¿Y por qué habéis de abandonar-me? Pues tampoco yo quiero perder la alegría de mi vida que en vosotras se cifra.

—Has de saber—contestaron ellas—que todas nosotras somos hijas del mismo padre, aunque de madre distinta, y nuestro padre es un rey.

Vivimos desde niñas en este alcázar y todos los años pone Alá en nuestro camino un caballero que nos satisface, igual que nosotras a él lo satisfacemos.

Pero todos los años también hemos de ausentarnos de aquí, por espacio de cuarenta días, para ir a ver a nuestro padre y a nuestras madres respectivas. Y hoy es el día que debemos partir.

Díjeles yo entonces:

—Pero, delicias mías, eso no importa. Me quedaré yo aquí, en este alcázar, loando a Alá hasta que os toque regresar.

Contestaron ellas:

—Está bien. Cúmplase tu voluntad. Aquí tienes todas las llaves del alcázar, con las que se abren sus puertas.

Sigue viviendo en él a tu placer, ya que eres su dueño; pero guárdate muy bien de abrir la puerta de bronce que se halla al fondo del jardín, pues si tal hicieres no volverías a vernos y te su-

<sup>20</sup> Almizcle.

<sup>21</sup> Estos poemitas faltan en la edición de Bulak y en la versión de Mardrus.

cedería un gran contratiempo. Cuida, pues, de no abrir esa puerta en nuestra ausencia <sup>22</sup>.

Luego de proferidas aquellas palabras, llegóse a mi una de ellas y se abrazó a mi cuello, y, llorando, recitó estos versos:

—¡Ojalá y de nuevo quiera  
a los dos la suerte unirnos!  
¡Y que el semblante del Tiempo  
también torne a sonreírnos!  
¡Y que mis ojos de nuevo  
engalanen tu mirada;  
que, si así fuere, este crimen  
al sino le perdonara.

Y yo le conteste con estos otros versos:

Tanta pena me causó  
alejarme de mi amada,  
que el corazón de tristeza  
hasta mis ojos en claras  
perlas y diamantes vino,  
asomando a ellos en lágrimas  
que, cual joyas, en el pecho  
de mi amada se juntaban <sup>23</sup>.

Y yo, al verlas llorar, les dije:

—Por Alá, no paséis pena; que nunca jamás abriré yo esa puerta.

Y después me despedí de ellas. Y ellas fueron y volaron.

Y yo me quedé solo en el palacio, con las llaves en mis manos.

Ahora bien: luego que la tarde llegó, fui yo y me puse a recorrer el palacio que aún no tuviera tiempo de ver del todo, ya que así mi cuerpo como mi alma estuvieron hasta entonces presos en el lecho, a él encadenado por los brazos de aquellas muchachas dotadas de tales encantos.

Y con la llave primera abrí la primera puerta. Encontréme de pronto en un gran huerto, cuajado de árboles frutales tan frondosos cual nunca los viera

iguales. Acequias <sup>24</sup> rebosantes les proporcionaban riego tan abundante que daban frutas de un tamaño y una hermosura incomparables.

Comí de ellas, especialmente plátanos y también dátiles, largos por cierto como los de un árabe de noble linaje, amén de granadas, melocotones y manzanas.

Como dijo el poeta:

«Tiene en sí la manzana dos colores:  
el arrebol que tiñe las mejillas  
de los amantes juntos, y el pajizo  
matiz con que la ausencia se los pinta.»

Reparé luego en que había allí también membrillos y aspiré su fragancia, que al almizcle y al ámbar abochornara, como dijo el poeta:

«En el membrillo se compendian,  
por su hermosura,  
todas las alegrías, puesto que es  
rey de las frutas.  
Del vino el sabor tiene y cual la algalia  
exalta grato aroma;  
es de oro su color, de luna llena  
es su redonda forma.» <sup>25</sup>

Vi allí también albaricoques, cuya hermosura encanta la vista, pues semejan plata pulida.

Y, finalmente, me salí de aquel aposento y cerré bien su puerta y la dejé como antes la viera.

Y al día, el siguiente, pasé a abrir la puerta, la segunda.

No bien la hube abierto cuando mis ojos y mi olfato quedaron cautivados del hechizo de la multitud de flores fragantes y vistosas que esmaltaban un gran jardín, regado por acequias numerosas.

Podían admirarse allí cuantas flores se crían en los vergeles de los emires de la tierra. jazmines, narcisos, rosas.

<sup>22</sup> La puerta que no debe abrirse, equivalente al fruto del árbol que no debe comerse; la puerta del Destino, en suma. La puerta prohibida figura ya en hindú, *Kathá sarit Ságará*.

<sup>23</sup> Falta en la edición de Bulak y en la versión de Mardrus.

<sup>24</sup> Del árabe *As-Sakiya*.

<sup>25</sup> Tanto estos versos como los anteriores, tomados de la edición de Calcuta, faltan en la de Bulak y en las versiones que la siguen.

violetas, jacintos, anémonas, claveles, tulipanes rampúnculos y, en fin, todas las flores del año en todas las estaciones.

Luego que hube aspirado la fragancia de todas aquellas flores cogí un jazmín y me lo introduje en la nariz, dejándolo allí dentro para seguir recreándome con su olor, y di gracias al Altísimo por todas sus bondades para con las criaturas que creó.

Procedí luego a abrir la puerta, la tercera, y luego que la abrí quedaron mis oídos encantados con la melodiosa algarabía de multitud de pájaros de todos los colores y todas las castas de la tierra.

Aleteaban en el interior de una jaula, hecha de varillas de áloe y sándalo. Y eran los bebederos de jaspe fino y eran los comederos de oro. El suelo del *alcabiaz*<sup>26</sup>, primorosamente barrido y regado. Y aquellas aves bendecían al Creador con sus cantos. Permanecí yo allí oyéndolas cantar hasta el anocheecer y luego me retiré.

Madrugué al día siguiente y abrí la puerta, la cuarta, con la llave, la cuarta. Y, oh señora, vi allí cosas que ni en sueños pudo ver jamás un mortal.

Pues en medio de un gran patio había una cúpula de rara fábrica, con escalinatas de pórfido que conducían al pie de cuarenta puertas de ébano, forradas de oro y plata.

Y las puertas estaban de par en par abiertas dejando ver salones espaciosos y cada uno de aquellos salones encerraba su particular tesoro.

Había hacinados en el primero montones enormes de perlas grandes y chicas, aunque abundaban más las primeras, que eran del tamaño de un huevo de paloma y resplandecían como la luna llena.

Y la segunda sala era superior en riqueza a la primera, pues estaba ente-

ramente atestada de diamantes, rubies rojos, rubies azules<sup>27</sup> y carbuncos.

Y en la tercera no había más que esmeraldas; y en la cuarta, lingotes de oro en bruto; y en la quinta, monedas de oro de todos los países; y en la sexta, plata virgen; y en la séptima, monedas de plata de todas las naciones de la tierra.

Los restantes salones rebosaban de cuanto pedrería hay en el seno de la tierra y el mar: topacios, turquesas, jacintos, piedras del Yemen, cornalinas de los más diversos colores, jarrones de azabache, collares, pulseras, cinturones y, en fin, toda suerte de alhajas y aderezos que se usan en las cortes de los reyes y los emires excelsos.

Al ver yo aquello, señora, alcé mis manos y mis ojos al cielo y di gracias al Altísimo por los beneficios que dispensa a sus criaturas sin tasa alguna.

Y así seguí abriendo una, dos o tres puertas cada día, hasta el cuarenta<sup>28</sup>, y de día en día era mayor mi asombro y ya no me quedaba más puerta por abrir que la puerta de bronce. Y pensaba en las cuarenta mocitas y me sentía anegado en la más cumplida aventura, pensando en ellas, en la dulzura de sus gestos, en el frescor de sus carnes, en la firmeza de sus muslos, en la estrechez de sus vulvas y la redondez y anchura de sus nalgas y en aquellos gritos que daban cuando me decían con pasión: «¡Ay, luz de mis ojos! ¡Ay, fuego de mi corazón!»

Y exclamé:

—¡Por Alá! ¡Que nuestra noche va a ser una noche blanca, bendita!

Pero a todo esto el Malo haciame pensar en la llave de la puerta de bronce y me tentaba sin cesar, y pudo al cabo más que yo la tentación y cedí

<sup>27</sup> Zafiros.

<sup>28</sup> Algunas ediciones hacen subir a cien el número de las puertas; pero como las mocitas son cuarenta, parece más lógico que fueran cuarenta.





a ella y abrí la puerta. Y no vieron nada mis ojos, pero un olor muy fuerte y desagradable hirió mi olfato y me desmayé y rodé por la parte afuera de la puerta y la puerta volvió en seguida a cerrarse.

Luego que recobré el sentido, insistí en poner por obra la resolución que el Schaitán me inspirara y torné a abrir la puerta, aguardando a la entrada a que aquel olor se amortiguara.

Luego que así fue, pasé al interior de la sala, que era muy anchurosa y amplia, con el piso sembrado de azafrán y alumbrada por velas aromáticas de ámbar gris e incienso y almenaras espléndidas de plata y oro, alimentadas por fragante aceite, que era el que, al arder, despedía aquel tufo tan fuerte.

Y entre las lámparas y los candelabros vieron mis ojos un extraño caballo negro, con un lucero blanco en la frente, y que en la diestra pata delantera y en la siniestra trasera tenía también pintas blancas en las pezuñas.

Y tenía el corcel silla de brocado y por brida una cadena de oro; el pesebre rebosaba de sésamo y cebada bien cernida, y en el abrevadero tenía agua fresca, perfumada con esencia de rosa.

Y entonces, señora, yo, que siempre tuve pasión por los buenos caballos y era el más famoso jinete de mi reino, quedéme prendado de aquel bridón magnífico y, cogiéndole por sus riendas, saquélo al jardín y monté en él de un brinco; solo que el corcel no se movió de su sitio.

Golpeé entonces en el cuello con la cadena de oro. Y de pronto, señora, he aquí que abre el caballo dos alas negras, descomunales, que yo hasta allí no las viera, lanza espantable relincho, cocea por tres veces el suelo y se remonta por los aires conmigo.

En el acto, señora, empezó todo a bailar en torno mío; pero apreté bien los muslos y me afiancé en la silla como buen jinete.

Y hete aquí que el caballo abate luego el vuelo y aterriza por cierto en la azotea del alcázar donde encontrara yo a los diez tuertos.

Y el caballo se encabritó y dio un respingo tan tremendo que me derribó.

Vinose a mí luego y, metiéndome la punta de una de sus alas en el ojo izquierdo me lo vació, sin que yo pudiera hacer nada para repelerlo. Después de lo cual remontó otra vez el vuelo y desapareció por los aires.

Yo, entonces, me tapé con la mano el ojo hueco y empecé a dar vueltas de acá para allá por la azotea y a lamentarme, a impulsos del dolor, y reprocharme. Y he aquí que, de pronto, se me aparecen los diez jóvenes y me dicen:

—¡No quisiste hacernos caso! Pues ahí tienes ahora el fruto de tu funesta tozudez. Y no podrás quedarte con nosotros, porque ya somos diez.

Pero te indicaremos, no obstante, el camino de Bagdad, donde tiene su corte el emir de los creyentes, Harunu-r-Raschid, cuya fama ha llegado hasta nuestros oídos, para que llegues a él, entre cuyas manos está ahora tu sino.

Afeitéme, pues, las barbas, vestime este traje de *záluk* para ahorrarme así más contratiempos y me puse en camino hacia Bagdad.

Caminé noche y día, sin parar hasta llegar a esta ciudad de Bagdad, mansión de paz, y en ella encontré a estos dos tuertos y los saludé diciendo: «¡Peregrino soy!»

A lo que ellos me respondieron:

—Y nosotros también.

Echamos a andar luego los tres y vinimos a dar en esta bendita casa. ¡oh mi señora! Y ahí tienes ya explicada la causa de mi ojo vaciado y mis barbas rapadas.

Dijole entonces la joven:

—¡Llévate la mano a la cabeza y vete con la paz!

Dijo él:

—¡Por Alá! Que no he de irme hasta no oír la historia de estos otros.

Volvióse entonces la joven hacia el jalifa y Châfar y Mesrur y les dijo:

—Contadnos ahora vuestra historia.

Adelantóse Châfar y contóle el cuento que ya le había referido a la portera al introducirlos.

Y luego que hubo ella oído sus palabras, dijo:

—Quedáis perdonados los unos por los otros. ¡Retiraos!

Fuéronse, pues, todos de allí, y ya en la calle, dijoles el jalifa a los *zâluk*:

—Oh compañeros, ¿adónde os dirigís?

Dijeron ellos:

—A la verdad, no sabemos adónde.

Díjoles entonces el jalifa:

—Pues veníos con nosotros y pasaréis la noche en nuestra casa.

Y ordenóle a Châfar:

—Cógelos y preséntamelos mañana, a ver lo que hacemos con ellos.

Hizo, pues, Châfar lo que el jalifa le mandara.

Este, por su parte, dirigióse a su alcázar y no pudo dormir en toda la noche de puro impresionado que estaba. Pero luego que amaneció la mañana sentóse en su trono regio y compa-

recieron ante él los emires del reino.

Y el jalifa, luego que estuvieron allí los emires del reino, encaróse con Châfar y le dijo:

—Traeme aquí a las mocitas y las dos perras y a los *zâluk*.

Retiróse Châfar y volvió luego con ellos y los puso entre las manos del jalifa.

Y entraron las mocitas, tapadas con sus velos, y Châfar dirigióse a ellas diciendo:

—Os perdonaremos en atención a las que con nosotros tuvisteis sin conocernos. Pero ahora nos daremos a conocer y habéis de saber que estáis, a la verdad, entre las manos del quinto de los Beni-Abbás, de Harunu-r-Raschid. No habléis, pues, sino verdad.

Al oír las mocitas las palabras de Châfar y el nombre del emir de los creyentes, adelantóse la mayor y dijo:

—*¡Ye emiru-l-muminin!*<sup>29</sup>, en verdad que mi historia es una historia que, si con una aguja se escribiese en el fondo de la pupila, daría materia de pensar a los que piensan.

Sintió aquí Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## PERO LA NOCHE 17 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye* el monarca, el afortunado, que la mayor de las mocitas adelantóse hasta ponerse entre las manos del emir de los creyentes y dijo:

—En verdad que mi historia es extraordinaria y os la voy a contar.

<sup>29</sup> Emir de los creyentes. El Miramamolín de nuestros romances.



## HISTORIA DE SOBEIDA

(Noches 17 y 18)

*Sobeida, o Sobaida, o Subaida—que de todos esos modos se escribe—significa caléndula, diente de león (flor). Burton interpreta esta voz arábiga con diminutivo de sbdah (manteca, crema) y piensa que alude a la suavidad de la tez.*

*Amina es Fidela y Fahima inteligente.*

*En esta historia de Sobeida reaparece el tema cainita, con el consiguiente embrujamiento punitivo de las malas hermanas. Y apunta el de las ciudades asoladas en castigo a su contumacia idolátrica, con sus habitantes convertidos en piedra, no solo de medio cuerpo para arriba, como el príncipe de las Islas Negras, sino de todo el cuerpo.*

*Trátase aquí probablemente de aquellos pueblos persas o adoradores del fuego que, huyendo de la invasión árabe, fueron a refugiarse en la India, donde siguieron prácticamente su culto a Agni, de origen brahmánico.*

*Señalaremos también el tema, frecuente en el Talmud, de la buena obra recompensada, en la intervención salvadora a favor de Sobeida de la serpiente voladora, a la que la joven salvara antes del asalto de un dragón que la perseguía.*

*La tal serpiente era, desde luego, una efit hembra, de la raza de los afarit buenos, creyentes en Alá, y su perseguidor un efit de los protervos, que trataba, por cierto, de forzar su pudor, y el tesón con que la amenazada virgen defendía su tesoro habla muy alto de la virtud de esas doncellas de casta genial.*



Has de saber, pues, que estas dos jóvenes que aquí ves son mis hermanas, aunque solo de padre.

Yo me llamo Sobeida, la que os abrió se llama Amina y la menor de todas Fahima. Cuanto a estas dos perras son también hermanas nuestras y de padre y madre, por más señas.

Y sucedió que murió nuestro padre, dejándonos quince mil dinares, y mis hermanas Amina y Fahima se fueron con su madre y yo me quedé en casa con las otras hermanas, es decir, con estas dos perras que ves aquí.

Y era yo de las tres la menor, aunque sea mayor que Amina y Fahima en saber y gobierno.

Tomaron, pues, mis dos hermanas su dote y se casaron cada cual con su marido.

Permanecimos juntas algún tiempo; luego, cada uno de los esposos de las dos decidió emprender algún comercio, y, tomando de sus consortes mil dinares cada uno, compraron mercaderías y se fueron con ellas a venderlas por esas tierras.

Lleváronse también consigo a sus esposas, de suerte que me dejaron sola.

Estuvieron ausentes cuatro años y perdieron el dinero y las dejaron a ellas abandonadas en extrañas tierras.

Vinieron luego a mí hechas unas pordioseras y yo, al verlas en aquella facha, sentí repugnancia, sin conocerlas.

Luego que se dieron a conocer les dije:

—¿Cómo es que os veis en tal estado?

Dijeron ellas:

—¡Ye hermana nuestra! Las palabras no son ahora de ningún provecho, que la caña va por donde ordena Alá<sup>1</sup>.

Yo entonces me condolí de ellas y

las mandé al *hammam* y les di luego a las dos sendas *aljalás* y les dije:

—¡Ye hermanas! Sois mayores que yo en años y considero justo que ocupéis aquí el lugar de nuestros padres. Y como Alá bendijo la parte de la herencia que a mí me tocó, y se ha acrecido notablemente, comeréis de sus frutos conmigo, viviremos una vida respetable y honrosa y nunca más nos separaremos.

Y así fue; que ellas disponían de lo mío como si fuera suyo, y así permanecimos las tres juntas por espacio de un año justo.

Hasta que un día dijeron ellas:

—Ciertamente que nos iba mejor con nuestros maridos y no podemos pasar sin ellos.

Dijes yo:

—¡Ye hermanas mías! No habéis visto, a la verdad, bien alguno en los hombres, pues a fe que los buenos son contados en estos tiempos y sobrada experiencia tenéis ya de lo que es el casamiento.

Pero ellas no hicieron caso de mis palabras y se casaron sin mi beneplácito, aunque a mi costa, que yo fui quien les regalé el equipo, y se fueron con sus maridos.

Tuvieron una temporada de bienestar; pero luego sus maridos les jugaron una trastada, les quitaron los dineros y se fueron con ellos, dejándolas abandonadas.

Acudieron ellas entonces nuevamente a mí y se me presentaron desnudas. Diéronme la mar de excusas y me dijeron:

—Aquí nos tienes; haz de nosotras lo que quieras, pues aunque seas la menor de las tres en edad, eres la mayor en saber y gobierno, y te prometemos no volver más a pensar en casorios.

Dijes yo entonces:

—Bien venidas seáis, hermanas mías, a mi casa. Disponed de ella como os

<sup>1</sup> La caña con que escriben los orientales. Suena a proverbio.

plazca. Que yo no soy más que vosotras en nada.

Y las besé y extremé con ellas las atenciones y los desvelos y así se nos pasó un año entero.

Luego se me ocurrió la idea de fletar un barco para Bazra, y fleté una galera y cargué en ella géneros y mercaderías y cuantas cosas se requieren para una travesía.

Y les dije a ellas:

—¡Oh hermanas mías! ¿Queréis quedaros vosotras dos aquí hasta que yo vuelva o preferís venirnos conmigo?

Contestaron ellas:

—Preferimos acompañarte, pues no podemos sufrir el estar separadas de ti.

Tomélas, pues, conmigo y nos hicimos a la mar, pero antes tuve buen cuidado de dividir mi dinero en dos mitades, y cogiendo una de ellas, escondí la otra, y me dije: «Puede que nos ocurra algún percance en el barco, y si salimos con vida, al volver, si es que volvemos, encontraremos aquí algo que nos pueda valer.»

Fuimos navegando varios días y luego empezó el barco a llevarnos de acá para allá y perdió el arráez el rumbo y se internó la nave en un mar distinto de aquel que nosotros queríamos y así estuvimos algún tiempo hasta que abanzó el viento y se mantuvo propicio diez días, al cabo de los cuales divisamos a lo lejos un puerto.

Y le dijimos al arráez:

—¿Qué ciudad es esa que a lo lejos se ve?

—¡Por Alá!—contestónos él—. Que no lo sé y no la vi en mi vida antes de ahora ni surqué en mi vida este mar, aunque esperó que nos salga todo con felicidad. Pues no queda otro remedio sino que fondeemos en ese puerto y bajéis a tierra vuestras mercancías, y si os salen compradores, las vendéis en seguida.

Ausentóse luego por espacio de una hora y después tornó y nos dijo:

—Venid al puerto y tendréis ocasión de admirar el poder de Alá en sus obras y de precaveros de su cólera.

Bajamos, pues, a la ciudad y la encontramos toda ella arrasada, hecha un montón de piedras negras, de lo que nos maravillamos y asombramos.

Y nos dirigimos a la alcaná<sup>2</sup> y encontramos allí las mercancías abandonadas y tirados el oro y la plata por los suelos.

Alegrámonos de ello y dijimos unos a otros:

—Sin duda que se trata de algo maravilloso.

Nos desperdigamos luego por las plazas de la ciudad y cada cual se desentendió de su compañero para coger de aquellos tesoros de piedras preciosas y ricas telas.

Pero yo dirigí mis pasos a la alcaza, que era aparente. Subí allá y entré en el regio alcázar y hallé ser todos sus zaguanes de oro y plata.

Levanté un gran tapiz y vi al rey sentado en su trono y junto a él su kahramán y sus vicarios y sus visires y sus emires y vestían todos trajes tan ricos que era como para perder el juicio.

Pero al acercarme más al rey advertí que estaba sentado en un trono incrustado de perlas y brillantes, cada uno de los cuales resplandecía como un lucero, y la vestimenta del rey estaba bordada en oro, y de pie a su alrededor teníanse cincuenta mamelucos, vestidos de seda de distinta clase y en sus manos sendos desnudos alfanjes.

Al contemplar aquello quedéme yo pasmada. Seguí luego brujuleando por allí y entré en la sala del *harén* y vi en sus paredes tapices de seda y hallé a la

<sup>2</sup> Barrio de los mercaderes. Del árabe *Al-Jannat*.

reina vestida de un traje de gala, bordado con perlas refulgentes, y en su cabeza una corona, guarnecida de variedad de diamantes, y en su cuello collares y gargantillas, y todo cuanto tenía sobre su cuerpo, así de ropas como *alhaites*<sup>3</sup>, se conservaba intacto en su ser, en tanto ella aparecía convertida en piedra negra.

Seguí andando y encontré una puerta abierta; entré por ella y encontréme con una escalera de siete peldaños; subí luego y vine a salir a una habitación enlosada de mármol y alfombrada de alcatifas de tejido de oro y en ella un lecho de mármol incrustado de perlas y brillantes.

Y en el fondo de la sala brillaba una luz que irradiaba un fulgor deslumbrante. Acerquéme a ella y comprobé que era un diamante enorme, del tamaño de un huevo de avestruz, cuyo resplandor habría bastado a iluminar todo el salón en el que, además, ardían bujías en sendos candelabros prendidas<sup>4</sup>.

Y dije yo entre mí: «Por fuerza alguien tiene que haber encendido estas bujías.»

Seguí, pues, andando y pasé a otra sala y continué buscando de una en otra cámara hasta que la noche fue llegada.

Quise entonces salir de allí, pero no atinaba con la puerta, hasta que volví al lugar donde brillaban las bujías y me senté en el lecho y me arrebujé en mis ropas y me eché a dormir, luego de recitar unas aleyas del *Corán*.

Pero no podía conciliar el sueño y, presa de insomnio, no hice más que dar vueltas a uno y otro lado, sin parar, hasta la noche mediar.

Oí entonces como si alguien estuvie-

ra recitando el *Corán* con voz bella y armoniosa.

Volvíme hacia el sitio de donde venía la voz y vi una puerta abierta; trasasela y me encontré en un oratorio, en el que había unos candiles encendidos y una almazara, y en ella, sentado, un joven de gentil presencia.

Maravilléme encontrarlo a él incólume, cuando toda la demás gente de la ciudad estaba convertida en estatuas de piedra negra.

Adelantéme, pues, y le dije mi *se- lam*, y él alzó a mí sus ojos y me saludó en forma igual.

Díjeme yo luego:

—Por esas aleyas del libro de Alá, te ruego me respondas a mis preguntas con benignidad.

Sonrió él entonces y dijo:

—Dime tú primero cómo aquí entraste y yo te contestaré luego a lo que tengas a bien preguntarme.

Conté entonces yo mi aventura, que encontré singular, y luego pasé a preguntarle cuál fuese el misterio de aquella ciudad.

—Aguarda un poco—me dijo. Y cerró el libro y lo guardó en su bolso de raso, y después me hizo sentar a su lado.

Fijé yo en él mis ojos y advertí que era semejante a la luna llena y de airosos modales y talle cimbreante y aspecto brillante y planta elegante y tersas mejillas y cara florida.

Tal, en suma, que para él parecían compuestos esos versos del poeta que dicen:

«Un astrólogo estaba observando la noche cuando vieron sus ojos a aquel esbelto joven, y dijo: —Astro radiante Sohal, el gran planeta le dio su cabellera, comparable a un cometa; ¡sus mejillas, sin duda, le deben a Mirrij la fina pincelada, el vivo carmesí! Y el rayo penetrante de sus ojos, la flecha es que lanza el Arquero de la séptuple estrella. Y al fin de completar su perfección sin par, Hotared lo hizo sabio, inmune Abu-z-Zuhá.

<sup>3</sup> Alhajes. Del árabe *Al-Jait*.

<sup>4</sup> Se trata, acaso, del famoso «carbunco» de las leyendas talmúdicas. Según Roso de Luna, de las «lámparas inextinguibles de la iniciación, únicas que subsisten en las ciudades muertas».

Y el astrólogo luego perplejo se quedó;  
mas el astro benigno mirólo y sonrió.»<sup>5</sup>

Y en verdad que Alá, el sublime,  
vistiera a aquel joven los vestidos de la  
perfección y guarneciera sus mejillas  
con la orla de la radiante atracción,  
según el poeta de él cantó:

«Por el olor que su costado exhala  
y por su talle esbelto,  
y por las flechas mágicas que arroja  
y el fulgor de sus ojos retrecheros,  
y por su blanca frente y por los rizos  
de su compacto y negro pelo,  
y sus largas abénulas<sup>6</sup> que ocultan  
la niña de sus ojos como un velo,  
y por sus cejas que temor inspiran  
cuando las frunce con adusto ceño,  
y por esas mejillas sonrosadas  
que apenas si tachona leve vello,  
y por sus labios de coral, estuche  
de dos sartas de perlas de alto precio,  
y por su cuello y su talle que se inclina  
con garbo tan espléndido,  
y por esas granadas seductoras  
en flor que ornan su pecho;  
por sus amplias caderas que fluctúan,  
ya ande, ya se esté quieto;  
por su sedoso cutis y el fragante  
airecillo que exhala con su aliento,  
y en resumen por todos los encantos  
que Alá puso en su cuerpo;  
por su mano suave y la elocuencia  
de su lengua que encanta al intelecto;  
por su noble progenie y su poder;  
en fin, por todo eso,  
juro yo que el almizcle ponderado  
de él su fragancia toma y su destello  
eclipsa al sol y el astro poderoso  
comparado con él es un desecho,  
que no vale siquiera los recortes  
que, al cortarse él las uñas, caen al suelo.»<sup>7</sup>

Miré yo, pues, a aquel joven y, al  
mirarlo, acarreéme mil desgracias para  
lo futuro y encendí en mi corazón to-  
das las llamas de este mundo.

Y le dije yo al joven:

<sup>5</sup> *Sohal* es el planeta Saturno; *Mirrij*, Marte; *Hotared*, Mercurio; *Abu-z-Zuha*, a la letra, Padre de la claridad, Lucifer. Según Littmann, se trata de la Osa Mayor, que tiene virtud de neutralizar el mal de ojo.

<sup>6</sup> Pestañas.

<sup>7</sup> Estos versos se omiten en la edición de Bulak y en las versiones que a ella se ajustan; tráelos la edición de Calcuta.

—*Ye mulai*<sup>8</sup>, dignate responder a lo que antes te pregunté.

—Audición y obediencia—contestó él.

Has de saber, pues, que esta ciudad era la corte de mi padre, el cual gobernaba toda esta gente y pueblo, y es ese rey que viste ahí fuera, convertido en estatua de piedra, y la reina que viste era mi madre, y tanto ella como mi padre eran magos y adoraban al fuego, con menoscabo del Rey, el excelso.

Y juraban por el fuego y la luz y la sombra y el calor y el firmamento rotador.

No tenía mi padre más hijo que yo, que vine a la vida cuando la suya declinaba y se extinguía.

Críome, pues, hasta que me hice mayor, y rodeóme de toda suerte de bienestar y era su intención que yo profesase también su religión.

Y había en nuestra casa una anciana, de edad avanzada, buena musulmana, que creía en Alá y su Enviado en lo profundo de su alma, aunque otra cosa aparentara ante la gente y mi padre, para no disgustarle.

Y fue a ella a quien, cuando ya me hice mayorcito, me encomendó mi padre y le dijo:

—Toma a este niño y educalo e imponlo en las cosas de nuestra ley y esmérate en su educación y atiende con todo celo su instrucción.

Tomóme, pues, la vieja y me adocrinó en la ley del Islam, instruyéndome en todo lo tocante a las purificaciones y en los preceptos referentes a las abluciones y los rezos, y me hizo aprenderme de memoria el *Corán*.

Luego que dio por terminada su labor, me dijo:

—¡Oh hijo mio! No le cuentes nada de esto a tu padre ni nada le digas, pues si lo llegara a saber te mataría.

Guardé, pues, el secreto con mi pa-

<sup>8</sup> Mi señor.

dre y así perseveré en ese mismo estado por espacio de unos cuantos años.

Y he aquí que hubo de morirse la vieja y entercóse más la gente de la ciudad en el descubrimiento de su impiedad.

Pero mientras así se conducían ellos he aquí que un día oyeron a un voceador <sup>9</sup> que voceaba con voz estentórea, semejante al tormentoso trueno, de suerte que llegaba igual a los oídos del cercano que del distante y lejano.

—¡Ye gente de esta ciudad! ¡Dejad de adorar al fuego y adorar al Rey, el poderoso, el excelso!

Sobrecogióse, al oírlo, de terror la gente de la ciudad y se reunieron junto a mi padre, el rey, y le dijeron:

—¿Qué voz es esa que oímos, que revuelve nuestras entrañas como un tó-sigo y por el poder de su clamor nos deja sordos?

Dijoles mi padre:

—No hagáis caso de ella ni temáis y no reneguéis de vuestra fe venerable.

Inclináronse sus corazones hacia las palabras de mi padre.

Y persistieron en postrarse reverentes ante sus ídolos, hasta que descendieron sobre ellos la cólera y enojo del cielo

al rayar la aurora, y quedaron convertidos en estatuas de piedra negra <sup>10</sup>, así ellos como sus bestias y ganados, y toda la gente de esta ciudad pereció, no salvándose nadie más que yo.

Y desde el día que acaeció este desastre persevero yo en este estado, entregado al ayuno y a la zalá y a la recitación del *Corán*, y es lo cierto que la soledad me agobia, pues no tengo trato con ninguna persona.

Díjeme entonces:

—¡Ye joven, el ilustre! ¿No querías, por ventura, venirme conmigo a la ciudad de Bagdad, donde podías cultivar el trato de los *ulemas* y *alfaques* y acrecentar tu saber y tu ciencia?

Yo sería tu esclava, aunque soy señora de mi pueblo y regidora de hombres y criados y siervos y dueña de un barco, cargado de mercaderías, que el Poderoso nos condujo a este puerto para que viniera a rodearse esta empresa y nos conociésemos.

Y así insistí con él hasta que, finalmente, accedió a acompañarnos.

Pero sintió en esto Schahrasad que venía la mañana y cortó el flujo de sus elocuentes palabras.

## Y LA NOCHE 18 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—He podido saber, ye el monarca, el afortunado, que la mocita no dejó de pintarle con los colores mejores al doncel el viaje a Bagdad, hasta que hubo de vencerla el sueño. Y durmió aquella noche en su compañía.

—Pero luego que amaneció la mañana—continuó diciendo Sobeida—nos le-

vantamos y nos dirigimos a las alhaceñas y cogimos de ellas lo de poco peso y mucho precio, y bajamos de la alcabala a la ciudad.

los transgresores.» Sura IX, *At-Tauba* (La contrición).

<sup>10</sup> A propósito de esto, hace notar Burton, muy oportunamente, que la idea de estos hombres convertidos en piedra pudo surgir en la imaginación de los creyentes árabes a la vista de las imponentes estatuas de basalto que se han descubierto en las ruinas de Hauran (Siria).

Por nuestra parte, añadiremos que la leyenda de los hombres petrificados, que tiene mil variantes en la demopedia universal, tiene una base

<sup>9</sup> El Profeta que, según el *Corán*, envía Dios a los idólatras para prevenirlos, antes de castigarlos, a fin de que luego no tengan disculpa.

«Y he aquí que exterminó generaciones de antes de vosotros cuando cometieron iniquidad y fueron a ellos sus profetas con pruebas y no eran para darles crédito; así retribuimos al pueblo de

Nos encaminamos luego a donde estaban los criados y el arráez del barco, que ya andaban buscándome sobresaltados. Al vernos se alegraron mucho y preguntáronme la razón de mi ausencia. Contestéles todo cuanto viera y les referí la historia del joven y la causa de que toda la gente de aquella ciudad se hubiera convertido en piedra y, en una palabra, cuanto les sucediera.

Asombráronse ellos al oírme. Pero al verme mis hermanas acompañada de aquel jovencito me envidiaron y se enojaron y empezaron a maquinan en secreto para mi daño.

Montamos luego en el barco y permanecimos allí en espera de viento propicio y, después que este se hubo levantado, levamos el ancla y nos hicimos a la mar.

Y mis dos hermanas sentábanse con nosotros y nos daban conversación. Y una de las veces me dijeron:

—*¡Ye hermana nuestra! ¿Qué piensas hacer con este guapo joven?*

—Mi intención—les dije—es casarme con él.

Volvíme a él luego y le dije:

—*Ye sidi*, quisiera ser tuya y espero que no desaires mi ruego.

—Audición y obediencia—repuso él.

Encaréme después con mis hermanas y les dije:

—Bástame a mí con este joven; podéis quedaros vosotras con todo lo demás.

Dijeron ellas:

—Está bien lo que dispongas y lo aceptamos sin replicar.

Pero en su interior ambas estaban tratando mi mal. Continuamos navegando con viento favorable y dejamos a nuestra zaga el mar del Terror, y entramos en el de la Seguridad <sup>11</sup>.

naturalísima en las formas humanas que afectan ciertos bloques de piedra; podríamos dogmatizar: «En toda piedra hay una estatua» y «toda estatua es un hombre petrificado».

<sup>11</sup> Denominaciones puramente alegóricas.

Bogamos por él aún unos días y, finalmente, dimos vista a Bazra, cuyas casas se divisaban en la lontananza.

Soprendiéonos luego la noche y no tardamos en dormirnos.

Pero luego que nos rindió el sueño, vinieron mis dos hermanas y nos cogieron a mí y a aquel joven, y cargaron con nosotros en nuestro almorrej <sup>12</sup> y nos arrojaron al mar.

No sabía él nadar y se ahogó, pues lo tenía Alá escrito en el número de sus testigos <sup>13</sup>.

Cuanto a mí me tenía puesta en el de los que se salvan y así, al caer yo en el mar, deparóme una tabla, a la que me así, y, zarandeada por las olas, fui bogando hasta parar en una isla, donde pasé el resto de la noche bastante intranquila.

Y cuando amaneció la mañana y salió el sol exprimi luego mis ropas y eché a andar, y fui andando sin parar, hasta llegar cerca de la tierra firme, donde se asentaba la ciudad.

Y hete aquí que me sale al paso una serpiente y un dragón a su zaga, que venía persiguiéndola. Y dizque a la serpiente le colgaba la lengua de puro cansada.

Diome lástima de ella y, cogiendo una piedra, lancécela a la cabeza del dragón, que en el acto murió.

Agitó entonces la serpiente sus alas y se remontó por los aires, lo que me produjo un asombro grande.

Luego, como estaba cansada, me quedé adormilada cosa de una hora y, al despertarme luego, encontréme con una esclava, joven y linda, que, sentada a mis pies, me los amasaba.

Sentéme entonces yo y sentí rubor de ella.

Y le pregunté:

—¿Quiénes eres y cuál es tu condición?

<sup>12</sup> Lecho de tapices, del árabe *Al-Mofrach*.

<sup>13</sup> Es decir, de sus mártires.

—Oh y qué pronto te olvidaste de mí y de la alhasana <sup>14</sup> que me hiciste —contestó ella—al dar muerte a mi enemigo. Pues yo soy la serpiente que libráste del dragón y pertenezco al número de los genios, lo mismo que él, y éramos enemigos y nadie sino tú a salvarme vino.

Y luego que gracias a ti me vi libre de él, remonté el vuelo por los aires y volé rumbo al barco del que te arrojaron al mar tus dos hermanas y trasladé todo cuanto en él había a tu casa y hundi el barco en las aguas. Y a tus dos hermanas las convertí en dos perras, de las perras negras, pues estoy enterada de todo lo que te hicieron esas malvadas.

Dijo luego la sierpe:

—Por el poder de lo que hay grabado en el sello de Solimán <sup>15</sup>, que, como no les pegues a cada una trescientos azotes diariamente, te encantaremos a ti en la misma forma de perra que a ellas.

Y yo le contesté:

—Audición y obediencia.

Dicho que hubo aquello la serpiente, tomóme en sus brazos y también a mis hermanas y, volando por los aires, nos transportó a las tres a Bagdad y allí nos dejó sanas y salvas en la azotea de nuestra casa.

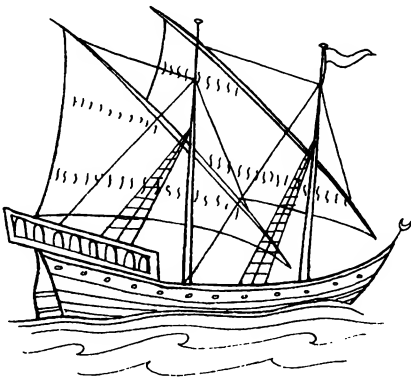
Y desde entonces no dejó un solo día de darles trescientos azotes, oh emir de los creyentes, aunque me dan lástima y luego, según viste, me pongo a besarlas.

Maravillóse el jalifa hasta el colmo de la maravilla, y luego dijo a la segunda mocita:

—Y tú dime, ¿cuál es el misterio de esos verdugones que tienes en el cuerpo?

Y ella le contestó diciendo <sup>16</sup>:

<sup>16</sup> Roso de Luna da un sentido simbólico a esta historia de Amina y la compara con la leyenda de Psiquis y Hero en *El asno de oro*, de Apuleyo. Ya dijimos que para él Amina es Anima. Tomada a la letra es, sencillamente, un ejemplo de las marrullerías de esas famosas «dueñas» orientales, enredadoras y alcahuetas, de que hablamos en nuestro estudio preliminar. El efecto de la narración estriba en ser Al-Amin, el primogénito del sultán Harunu-r-Raschid, el autor de las desdichas de la joven Amina.



<sup>14</sup> Alhasana. Obra buena.

<sup>15</sup> Se refiere al nombre supremo de Yaveh, el centésimo *Schem Hamforach*, solo conocido de unos pocos iniciados.



## HISTORIA DE AMINA

(Noches 18 y 19)

—Has de saber, oh emir de los creyentes, que al morir mi padre me legó un cuantioso caudal, del que viví algún tiempo en la abundancia y prosperidad, y luego casé con un hombre que era el más afortunado de su tiempo.

Viví con él un año entero, hasta que se murió, dejándome en herencia ochenta mil dinares. Y lo primero que hice fue comprarme con ellos diez trajes espléndidos, de mil dinares cada uno de precio, que no tenía por qué privarme de ningún capricho.

Y he aquí que estando yo, un día de entre los días, sentada en mi casa, veo entrar a una vieja <sup>1</sup> de cara tiznada y cejas peladas y ojos hundidos y dientes caídos y andar vacilante y cuello colgante y nariz goteante; como dijo el poeta:

«Una de esas viejas que a Iblis le podrían enseñar engaños y marrullerías y capaces fueran sin romper la trama de sacar mil mulos de una telaraña.

Es diestra en conjuros y en encantamientos; es una machorra que hace a pluma y pelo; con niñas, mujeres y hasta con ancianas retoza y fornicia sin pizca de lacha.»

Al entrar la vieja, hizome la zalema y yo se la devolví. Luego dijome ella:

—Has de saber que tengo conmigo una chica huérfana y esta noche es su boda y su muestra <sup>2</sup> y me dirijo a ti en demanda de que nos honres con tu presencia (¡asi Alá te lo pague y recompense!), porque la muchacha es tan apocada y modesta que no conoce a nadie en la ciudad y solo cuenta con la protección de Alá.

Dijele yo:

—Audición y obediencia.

Y añadió ella:

—Procura estar preparada, pues vendré a buscarte a la tarde para llevarte.

Después de eso, me besó las manos y se fue.

<sup>1</sup> *Achus*, en texto árabe. Burton hace notar en su *Pilgrimage* que en Egipto es considerado ese nombre como un insulto; el término cortés es *schaibah* (a la letra, canosa).

<sup>2</sup> Se refiere a la costumbre de mostrarse la novia por primera vez al novio luciendo hasta siete trajes consecutivos, en presencia de sus amigas. El nombre árabe que designa este rito es *chelá*.



Levantéme, pues, y me puse a arreglarme y a componerme. Me bañé y me perfumé; escogí luego el mejor de mis diez trajes nuevos y me lo puse, así como también mi magnífico collar de perlas, mis pulseras y mis ajorcas <sup>3</sup> y, en una palabra, todas mis joyas, y me eché por encima un gran acitar azul de seda y oro, y me ajusté el cinturón de brocado y, luego de agrandarme los ojos con unos toquécitos de alheña, me tapé la cara con el rebocillo.

Y a la hora del *ashá* <sup>4</sup>, según prometiera, se presentó la vieja y me dijo:

—¡Ea, mi señora! Ya están allí las damas de la ciudad y yo les he anunciado tu llegada y se han puesto muy contentas y te están aguardando con impaciencia.

Y yo me levanté en el acto y me dispuse a acompañarla, llevando conmigo a mis criadas.

Y salimos todas y echamos a andar hasta llegar a una calle en la que soplabla una brisa muy grata.

Y vimos allí una puerta monumental de muy recia fábrica, y, pasada la puerta, un alcázar que sobre la tierra se elevaba y de nubes se coronaba. Y en el arrocabe de la puerta se leían estos versos:

«Yo soy la mansión bendita  
en que el arrayán sonríe  
y es eterna la alegría,  
y en el centro de mi patio  
hay una fuente que lanza  
su surtidor a lo alto,  
sin que cese de brotar,  
sin que a él se mezclen las lágrimas,  
y en su labrado brocal  
siempre florece el narciso  
unido a la manzanilla  
y a la anémone y al mirto <sup>5</sup>.»

Ahora bien: al llegar nosotras a la puerta, ante la que ondeaba una corti-

na negra, llamó la vieja con los nudillos y en seguida salieron a abrirnos.

Y entramos nosotras y nos encontramos en un zaguán alfombrado de tapices y alumbrado con cirios y candiles refulgentes y todo él adornado de brillantes y piedras preciosas de las más valiosas.

Y atravesamos aquel zaguán y pasamos a una sala, como nunca vi otra igual, alfombrada de almofallas <sup>6</sup> de seda y alumbrada con candiles y cirios que esparcían un fulgor vivísimo.

Y en el testero del fondo de aquella sala había un lecho de mármol, con incrustaciones de diamantes y aljófar, y, sobre él, un mosquitero de raso.

Y he aquí que de detrás del mosquitero sale una mocita tal y tan bella que parecía una luna llena y aun más todavía.

Y dízque su frente semejava al claror del alba, cuando destella con luz azafranada. Como dijo el poeta de una parecida a ella:

«Digna eres tú de vivir  
de un monarca en el palacio  
y de compartir el lecho  
de un esposo soberano.  
En tus mejillas florece  
la rosa, de matiz raro,  
que la sangre del dragón  
dijérase ha salpicado.  
Es tu talle cimbreante,  
tu andar ondulante y lánguido,  
y tus ojos adormidos  
miran prometiendo encantos,  
y los rizos que a tu frente  
ponen coronas de ébano  
son como un jirón de noche  
en tu frente de alabastro.» <sup>7</sup>

Y aquella joven vino a mí y me dijo:

—¡Bien venida seas a esta tu casa, hermana mía! <sup>8</sup> La muy querida. La

<sup>6</sup> Alfombra. Voz árabe admitida en nuestro romance. De *almocala*.

<sup>7</sup> Omitido en la edición de Bulak.

<sup>8</sup> La versión Mardrus personaliza a la joven, llamándola Anastina.

<sup>3</sup> Del árabe *Asch-Schuraka*.

<sup>4</sup> El anochecido.

<sup>5</sup> Falta en la edición de Bulak.

muy digna. Orgullo nuestro y nuestra alegría.

Y empezó a recitar estos versos:

Si la casa supiera  
quién viene a visitarla,  
¡cómo se alegraría  
y cómo se ufanara!  
Para besar sus huellas  
de fijo se inclinara  
y en su lengua diría:  
«¡Oh, bien venida sea  
quien honrarme se digna!»

Luego se sentó y dijo:

—Oh hermana mía, has de saber que tengo yo un hermano, el cual hubo de verte a ti una vez en una fiesta y haz cuenta que es más guapo que yo, y lo mismo fue verte que prendarse de ti su corazón con pasión vehemente. Y le dio a esta vieja unos *derahim*<sup>9</sup> para que fuera a verte y te trajera acá con ese ardid a fin de que él pudiera unirse a ti. Y es su intención casarse contigo, según la ley de Alá y su Enviado, que en lo que es lícito no hay pecado.

Al oír yo sus palabras y ver que había caído en la trampa dije:

—Audición y obediencia.

Y entonces alegróse mucho la joven y batió palmas y abrióse una puerta y por ella salió un mocito de tal hermosura que parecía la luna; como dijo el poeta:

«Alá bendito sea, que puso en él esa belleza que ninguna iguala, pues reunió en él cuantas bellezas hay, sueltas acá y allá, desparramadas. La perfección en sus mejillas, tersas, escribió estas palabras:  
Juro que en este mundo no hay quien pueda en belleza luchar con esta cara.»

Lo mismo fue verlo yo que irseme hacia él el corazón. Acercóseme él luego y se sentó.

Y hete aquí que acto seguido entra el cadí acompañado de cuatro testigos.

Saludáronnos y se sentaron; luego

procedieron a redactar y firmar la partida de mi casamiento con aquel joven, y, por último, se retiraron.

Volvióse luego hacia mí el joven y me dijo:

—Bendita noche la nuestra.

Y añadió:

—Oh mi dueña y señora: tengo que ponerte una condición.

Díjeme yo:

—Oh dueño mío: ¿qué condición es esa?

Levantóse él entonces y, presentándome un ejemplar del Santo Libro, díjeme:

—Júrame que nunca has de fijarte en otro sino en mí, ni te has de inclinar ante él.

Jurésele yo así y él se puso muy contento y se abrazó a mi cuello con pasión. Y yo sentíame conmovida hasta los abanicos de mi corazón.

Sirviéronnos luego la mesa y comimos y bebimos hasta quedar ahitos.

Vino la noche luego y él me cogió y nos acostamos juntos sobre el lecho y nos dormimos abrazados el uno al otro, hasta que amaneció la mañana.

Un mes vivimos así, alegres y dichosos, hasta que, cumplido el mes, pedíle yo permiso un día para ir al zoco, a comprar unas telas.

Diómelo él de buen grado, y yo me vestí mis ropas y cogí a la vieja y me fui al zoco con ella.

Y allí hube de sentarme en la tienda de un joven mercader, que conocía a la vieja. La cual me dijo:

—Has de saber que es el menor de mis hijos; murió su padre y le dejó mucho dinero.

Y encarándose con él le dijo:

—Anda y enséñanos las mejores telas que tengas para esta señorita.

—Audición y obediencia—respondió él.

Y la vieja se puso a elogiármelo. Pero yo le dije:

<sup>9</sup> Plural fracto de *derham*, moneda árabe equivalente a la dracma.

—No tienes por qué ponderármelo tanto, que solo hemos venido a mercar las telas que necesitamos y volveremos a casa sin demorarnos.

Mostrónos el joven luego lo que buscábamos y procedimos a pagarle los *derahim* que importaba; pero él se negó a tomarlos, y dijo:

—Por hoy os he de tratar como a mis huéspedes.

Entonces yo le dije a la vieja:

—De veras que, si no toma mi dinero, le devuelvo sus telas.

Pero él insistió, diciendo:

—A fe que no he de tomaros nada, que todo eso os lo regalo a cambio de un solo beso. Y dizque es lo mejor que hay en mi tienda.

Díjome entonces la vieja:

—¡Oh hija mía! Ya oiste lo que te dijo este joven, ¿y qué de malo tendría, después de todo, que te prestases a que él te diese un solo beso y tú te llevases a casa lo que deseabas?

—Ya sabes lo que tengo jurado—contestéle yo.

—¡Bah!—dijo ella—. Deja que te dé un besito y quedarás en paz, y no te pasará nada y podrás guardarte tu dinero y volverte a casa.

Y siguió engatusándome de ese modo hasta que, al cabo, me hizo entrar la cabeza en el saco <sup>10</sup> y consenti en ello.

Cerré, pues, los ojos y me cubrí con el pico del manto para que no nos viera la gente, y él luego puso su boca en mi mejilla, por debajo del velo, y me besó con tal ahínco que me dio tan fuerte mordisco que me rasgó la carne y me hizo rodar a tierra, sin sentido.

Cogióme luego la vieja entre sus brazos y, al volver en mí, encontréme en la tienda cerrada y la vieja daba muestras de pesar y clamaba:

—Gracias a Alá, nuestro Señor, que de lo más gordo nos libró.

Luego me dijo:

—Anda y vámonos a casa. Hazte la enferma y yo te daré un ungüento, con que te cures el muerdo y no te quedará señal de ello.

Alcéme de mi sitio, al cabo de una hora, y dizque estaba muy pensativa y temerosa.

Fuimos andando hasta llegar a casa y ya allí fingíme enferma.

Pero hete aquí que entra mi marido y me dice:

—¿Qué es lo que tienes, mi señora y dueña, y qué te sucedió mientras estuviste fuera?

—No fue nada—le contesté—. Ya estoy bien.

Pero él me miró la cara y me dijo:

—¿Qué herida es esa que veo en tu carrillo, precisamente en un lugar tan lindo?

Díjole yo a mi marido:

—Fue que hoy, cuando te pedí permiso para salir y salí con la vieja a comprar unas telas, monté en un borriquillo, el cual se espantó y me tiró al suelo y allí tropecé con una astilla que se clavó en la mejilla y me causó esta herida.

—Pues mañana—dijo él—iré a ver a Cháfar, el Barmeki, y le contaré lo ocurrido, para que, en castigo, mande matar a todos los almocrebes <sup>11</sup> de la ciudad.

—¡Oh!—exclamé yo—. ¿Y serías capaz de hacer que matasen a tantos hombres por esta heridilla mía, cuando lo que me pasó fue efecto simplemente de la voluntad de Alá y obra del sino fatal?

—Pues no hay remedio, sino que así ha de ser—respondió él <sup>12</sup>.

Y, poniéndose en pie de un salto,

<sup>11</sup> Alquiladores de mulas y burros. Voz árabe romanceada. De *almoqueri*.

<sup>12</sup> Desde aquí hasta la próxima llamada falta en la edición de Bulak.

<sup>10</sup> Frase proverbial, equivalente a nuestro «Pasar por el aro».

empezó a interrogarme y apremiarme sobre lo ocurrido en forma tal que yo sentí temor y no sabía qué contestar y no hacía más que balbucear y repetir:

—Ya te he dicho que fue un mero percance lo que me ha ocurrido.

Pero al ver mis titubeos el muy ladin, luego adivinó la verdad de lo que me había sucedido y, muy airado, dijo:

—Harto claro veo que has faltado a tu juramento.

Y acto seguido lanzó un recio grito. Y al momento abrióse una puerta y salieron por ella siete esclavos negros y me sacaron con violencia del lecho y me arrojaron en mitad de la casa.

Ordenóle luego a uno de aquellos esclavos que me cogiera por los hombros y se me sentara encima de la cabeza y mandóle a un segundo que se me montara en las rodillas y me sujetase las piernas, y vino después un tercero, empujando un alfanje desnudo en su diestra.

Y le dijo:

—¡Ye Sâd! Dale con este alfanje y pártela en dos mitades, y que cada uno de estos coja un pedazo y vaya a arrojarlo a las aguas del Dichle, para que se lo coman los peces. Que este es el castigo destinado a quien traiciona el amor y el juramento.

Y recitó a continuación estos versos:

Si supiese algún día  
que tú me engañas,  
tu amor, con ser tan fuerte,  
de mi arrancara.  
«¡No seas cobardes, a mi alma  
yo le diría,  
sucumbe, por lo menos,  
con gallardía;  
que al fin, de todos modos,  
ha de morir  
quien su amor puso en pecho  
traidor y vil!

Luego díjole mi esposo al esclavo:  
—¡Dale fuerte, oh Sâd!

—¡Ye esclavo!—imploré yo—. Concédeme siquiera unos momentos para que

haga mi profesión de fe y mi testamento.

Alcé luego los ojos y vi en la situación en que me hallaba y el estado de vileza en que cayera ahora después de haberme visto tan poderosa y me puse a pensar y lloré con gran sentimiento. Y recité estos versos:

Fuego de amor prendiste en mis entrañas,  
y el sueño de mis ojos espantaste;  
en mi pecho y la niña de mis ojos  
plantaste tus reales.  
De promesas y halagos te valiste  
para lograr que el alma te rindiera,  
y hoy, que la ves de tu capricho esclava,  
insensible te muestras a mis quejas.  
De mi llanto te ríes; mas ten cuidado,  
¡oh corazón cruel!,  
que la suerte es voluble y nadie libre  
está de su poder.  
¡Oh amigos! Cuando muera, en mi sepulcro,  
os ruego que pongáis este epitafio:  
«Consumido de amor, murió el que yace  
debajo de este mármol.»  
Que acaso por allí pasará alguno  
que del amor conozca los tormentos  
y, al leer esas palabras, se apiade  
y una lágrima vierta a mi recuerdo.

Al recitar el último verso rompí a llorar y él me miró, y, al ver mis lágrimas, enfurecióse todavía más y recitó estos versos:

—A la que amaba le volví la espalda;  
pero no por desdén, ni porque hubiera  
dejado yo de amarla.  
Sino porque, traidora, el juramento  
violó que un día me hiciera  
e interpuso entre ambos un tercero.  
Yo soy de los que adoran a un Dios solo  
y estimo idolatría,  
en el amor divino y el profano,  
admitir tercerías.

Al terminar él sus versos seguía yo aún llorando y trataba de enternecerle, pensando:

«Me haré la humilde y quizá me perdone la vida, aunque se quede con todos mis bienes.»

Y, a fin de conmovérle y apiadarlo, recité estas estrofas:

Si fueras justo, de verdad, te digo matarme no ordenaras; pero si fueras justo, necesario dejarme no juzgaras. No piensas que de amor el peso enorme echaste sobre mí, frágil mujer, cuyos hombros apenas leve manto pueden, sin agobiarse, sostener. Mas no es la muerte lo que a mí me aterra, aunque tan débil sea, sino el temor de que, aun después de muerta, todavía siga ardiendo en tu amor.

Al terminar esos versos aún seguía yo llorando.

El me miró, rechazóme con brusco gesto, me colmó de injurias y recitó estos versos:

—A otro amor te rendiste y el suplicio de tu desvío me hiciste padecer; mas yo te haré gustar las mismas hieles y el tuyo pagaré con mi desdén. No pretendas que yo mejor te trate que me trataste a mí, pues que tú amaste a otro, yo por ahora he de olvidarme de ti. Y roto quedará por siempre el lazo que antaño nos unió; mas la culpa será tan solo tuya, siendo inocente yo.

Luego que hubo recitado esos versos, díjole al negro:

—¡Pártela en dos mitades! ¡Que ya no es nada mío!

Dio el negro dos pasos hacia mí y yo di por perdida toda esperanza de salvación, y encomendando mi alma a Alá, dispúseme a recibir la muerte con resignación.

Pero, en aquel momento, entró la vieja y, echándose a los pies del joven, se le besó y dijo:

—¡Ye hijo mío! Por la crianza que te di perdona a esta mocita, pues no ha cometido falta digna de tal castigo, y tú eres un chaval y temo caigan sobre tu cuello las imprecaciones que ella dirige al cielo.

Rompió a llorar después la vieja y no dejó de implorarlo hasta que él acabó por decir:

—Esta bien, la perdono. Pero he de

hacer sin remisión en ella un escarmiento que le deje señal para toda su vida y la marque con un estigma.

Acto seguido ordenóles a los esclavos que me desnudasen de mis ropas y le trajeran una vara de membrillo y con ella empezó a azotarme mi cuerpo y me flageló en la espalda y en ambos costados hasta que, de la fuerza de los golpes, eclipsóse el mundo ante mi vista y temí perder la vida.

Dioles después orden a los esclavos de que, luego que llegara la noche, cargaran conmigo y con la vieja y me llevaran a mi antigua casa, y allí me dejaran.

Hicieron ellos lo que su señor les mandara y me llevaron a mi antigua casa y allí me dejaron.

Recobré luego los sentidos y procedí a curarme los golpes y sané, pero se me quedaron las costillas señaladas.

Cuatro meses tardé en curarme, pasados los cuales torné a la casa en que me ocurriera aquel percance y la encontré derruida, y derruida hallé también la calle, del uno al otro cabo, y el solar en que se alzara antaño era un montón de escombros y basura, sin que haya podido yo saber la razón de tanta desventura.

Volvíme después al lado de esta hermana mía de padre, es decir, Fahima, y ambas fuimos a ver a nuestra hermana Sobeida y la encontramos en compañía de estas dos perras.

Saludé con la paz a mi hermana Sobeida y le conté toda mi historia, sin omitir ningún pormenor de cuanto me ocurriera.

Y al oírme, exclamó ella:

—¿Quién es aquel que está a cubierto de las asechanzas de los tiempos? Gracias a Alá, que de todo nos sacó con integridad. Vivamos desde ahora todas juntas ¡y no se vuelva a hablar entre nosotras nunca jamás de bodas!

Hicimos así y desde entonces vivimos las tres unidas en amor y compañía en la misma casa.

Fahima, la soltera, hace de demandadera y va todos los días al zoco a mercar lo que necesitamos; yo hago de clavera y me encargo de abrir la puerta a los que llaman y de recibir a nuestros huéspedes, y Sobeida, la menor, lleva el gobierno de la casa.

Y esta es, señor, toda nuestra historia, sin que falte en ella nada.

Maravillado quedó al oír el jalifa y mandó a sus cronistas que la escribieran y la guardasen con todo esmero en su alhacena...

Sorprendió en esto a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

## PERO LA NOCHE 19 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He podido averiguar, *ye* monarca, el afortunado, que el jalifa mandó escribir esa historia y guardarla en su alhacena.

Después de lo cual díjole a la mocita, la primera, o sea a Sobeida:

—¿Por ventura has vuelto a tener noticia de aquel *efrit* hembra que hechizó a tus dos hermanas?

Dijo Sobeida:

—¡Sí, *ye* emir de los creyentes! Has de saber que ella me dio un mechón de su pelo y me dijo:

—Cuando desees que ante ti me presente, quema un poco de este pelo y al punto me tendrás a tu lado, aunque estuviere tras el monte Kaf.

Dijo el jalifa:

—Déjame ver ese mechón de pelo.

Mostróselo la mocita y tomólo el jalifa y quemó unos cabellos, y no bien se hubo esparcido por allí su tufo, cuando se estremeció todo el alcázar y dejóse oír un gran estruendo y en seguida apareció el genio en forma de mujer vestida como una gran dama y, como era musulmana, dijo:

—La paz sea contigo, ¡oh jalifa de Alá!

A lo que contestó el jalifa:

—¡Sean contigo la paz y la misericordia y la bendición de Alá!

Dijo ella luego:

—Has de saber, *ye* emir de los creyentes, que esta mocita sembró en mí un favor que no podré jamás pagarle del todo, pues me salvó la vida y dio muerte a mi enemigo, que me tenía ya vencida.

Y vi luego lo que hicieron con ella sus dos hermanas y no pude menos de tomar venganza de ellas y las encanté en forma de perras, aunque mi primera intención fue matarlas, sino que temí causarle dolor a mi salvadora haciéndolo así.

Pero si ahora, oh emir de los creyentes, desees que las desencante, luego lo haré rindiéndote homenaje y también a ella, que a fe que soy creyente y debo obedecerte.

Díjole el jalifa:

—Pues anda y desencántalas. Y después pasaremos al asunto de la joven flagelada y haremos las indagaciones del caso, que, como sea verdad lo que ha contado, juro reparar su agravio.

Dijo entonces la *efrit*:

—¡*Ye* emir de los creyentes! Yo misma te diré quién le infirió ese agravio y, a más de maltratarla, la despojó de sus bienes, y sabe, desde ahora, que es el más allegado a tu persona.

Tomó luego la *efrit* una taza con agua y pronunció sobre ella unas fórmulas mágicas y espurreó con aquel

agua a las dos perras en la cara, diciendo:

—Volved a vuestra forma, la primera, la humana.

Y aquellas en el acto tornaron a ser dos mocitas guapas como sus hermanas. ¡Loado sea el Creador que las creara!

Dijo luego la *efrit*:

—¡Ye emir de los creyentes! Con toda verdad te digo que el que azotó a esa joven no es otro que tu hijo Al-Amin, que, habiendo oído ponderar su hermosura y gentileza, se enamoró locamente de ella.

Y la *efrit* contó al jalifa toda la historia de lo que ocurriera a la joven Amina.

Maravillóse al oirla el jalifa y exclamó:

—Gracias a Alá por haber querido servirse de mí para desencantar a esas dos perras.

Hizo comparecer luego el jalifa ante él a su hijo Al-Amin y le interrogó sobre la historia de la primera mocita, y él se la refirió con arreglo a la verdad, sin nada ocultar.

Mandó luego el jalifa venir al cadí y a los testigos y a los *zâluk* y a la primera mocita y a sus dos hermanas, las que habían estado hechizadas en forma de dos perras, y las casó a las tres con los tres *zâluk*, que le habían dicho ser reyes, y los nombró introduc-

tores de su corte, y devolvió la mocita azotada a su hijo Al-Amin y le dio una suma considerable y ordenó que le reedificasen su casa, dejándola todavía mejor que antes.

Luego el jalifa tomó por esposa a la demandadera y durmió aquella noche con ella.

Y a la mañana siguiente dispuso que le habilitasen habitaciones particulares para su servicio y le asignó esclavas, así como también azafatas, y le labró un alcázar <sup>13</sup>.

---

<sup>13</sup> Termina esta historia del costalero sin que nos cuenten las suyas el propio costalero y Fahima, la hermana de padre de Sobeida. A propósito de la reticencia referente a Fahima, explícala Roso de Luna por la razón de ser «demasiado maravillosa y relacionada con el secreto de la Iniciación». Ya sabemos que para él Fahima es Sophia, la Sabiduría, el Nous o Espíritu griego; Amina, Anima, la Písiqe, el Alma, y Sobeida el elemento inferior o el cuerpo, «Soma».

Más sencillo sería admitir que la joven Fahima no cuenta su historia porque no la tiene, a fuer de joven y feliz que fue hasta entonces, sin que le ocurriera nada de particular, en su retraimiento doméstico, al lado de su madre, como doña Inés en el convento, y ya se sabe que la mujer solo empieza a tener una historia cuando conoce el amor. Por eso sus otras hermanas tienen una historia que contar y ella no.

Lo mismo le ocurre al costalero, símbolo del hombre pobre y sin cuidados, que solo podría referir menudas aventuras de su vida monótona y siempre igual, como la de su compañero de gremio de Simbad, el marino, y se limitará a oír en silencio la relación de las prodigiosas aventuras de su trashumante tocayo.





## HISTORIA DE LAS TRES MANZANAS

(Noches 19 y 20)

*La historia que sigue pertenece a la literatura de la angustia y es de un patetismo insuperable. Solo Poe y Dostoyevski habrían podido competir en ternura y fuerza emotiva con el anónimo narrador de esa anécdota escalofriante, en que se patentiza lo que el duque de Rivas llamó La fuerza del Sino.*

*Es digno de notarse, como efecto literario, muy del gusto de los orientales, ese torneo de generosidad, esa porfía entre dos inculpadados, no por la absolución, sino por el castigo, que luego veremos repetirse en la Historia del alfayate y el jorobado, a la que esta sirve de introducción.*

*La manzana juega aquí su tradicional papel de manzana de la discordia, símbolo de la flecha que dispara el caprichoso sino, y da un aire de antiguo apólogo a esta anécdota situada en un ambiente histórico.*

*En la literatura narrativa árabe abundan las anécdotas de esta clase, que forman una variedad, siendo en ellas lo característico que, a la tensión patética, siga un respiro aliviador, como si quisieran darnos a entender la consabida máxima de que «Dios aprieta, pero no ahoga». El famoso escritor árabe Abu Ali Al-Kaziyu-t-Tenuji, fallecido en Bazra en el siglo IV de la hehira, recogió en su volumen titulado Al-Farchbâdish-Schiddet (traducido al persa por Husein-benu-s-Sâd al Dehistani) muchedumbre de anécdotas de esta índole, expresivas del título El gozo tras la aflicción, situadas en la época de los abbasies, y de cuyo título parafrasea el versículo coránico: «Luego Alá hizo descender sobre nosotros, después de la aflicción, la seguridad» (sura III, Familia de Imrán). De dicha compilación deben de proceder esta y las demás historias de esta índole*



*que se transcriben a continuación y cuya moraleja es la sintetizada en el clásico lema Post nubila Phebus, que, a su vez, responde a una concepción pendular sistole-diástole del ritmo—que regula el mundo fenoménico, así en la Naturaleza como en la vida psíquica, afectiva.*

*En último término, un argumento contra la inflexibilidad del Sino. ¡Alá es el piadoso, el apiadable! A ese ritmo pendular obedece, como vemos, el espíritu del Islam, que, sin cesar, oscila entre fatalidad y libertad, aunque siempre dentro de un círculo determinista que, en cierto sentido, resulta vicioso.*

Luego de todo eso díjole el jalifa una noche de las noches a Châfar:

—Querria bajar esta noche a la ciudad y enterarme de las cosas de los gobernadores y los gaulies y a todo aquel de ellos que haya dado motivo de quejas lo destituiremos.

Dijo Châfar:

—Audición y obediencia.

Bajaron, pues, a la ciudad el jalifa y Châfar y Mesrur y echaron a andar por ella y anduvieron por zocos y calles, y vieron a un *scheij*, decrepito, sobre su cabeza unas redes de pescar y un canasto y un garrote en su mano, y caminaba perezoso y lento tarareando estos versos:

—¡Ye sabio!—me dijeron—, por tu ciencia eres entre los hombres

el mismo que la luna refulgente entre las sombras de la noche.

Mas sin envanecerme, yo les dije:

—¡Por Dios, qué desatino!

Sabed que, en este mundo de ignorantes, tan solo es sabio el Sino.

Yo, con toda mi ciencia, mis infolios, mi caña y mi tintero,

el curso del Destino no podría desviar ni un momento.

El que por mí apostase, no dudéis, que perdería de fijo.

¡Nada tan lamentable cual ser pobre; ser pobre es lo peor de todo, amigos!

Al pobre, en el verano, el sol le abrasa, y en invierno, tiritita el infeliz;

si se para en un sitio, ya están luego ladrándole los chuchos y ha de huir.

De todos él se lleva los insultos;

no hay quien le trate bien;

de veras que el ser pobre es una ganga; ¡de ello puedo dar fe!

Y no sirve de nada que te quejes, porque jamás saldrás de tu pobreza; si es tu sino ser pobre, será vano que pretendas salir de tu miseria. Deja, pues, de luchar y acepta humilde tu desdichada suerte; ¡renuncia en esta vida a la alegría y tu esperanza pon solo en la muerte! <sup>1</sup>

Al oír aquellos versos tan melancólicos llegóse el jalifa al anciano y le dijo:

—¡Ye *scheij* el respetable! ¿Cuál es tu oficio?

Díjole él:

—¡Ye *sidi*, yo soy pescador y tengo familia! Y salí hoy de casa al mediodía y he estado fuera hasta esta hora, sin que Alá haya sido servido depararme cosa alguna con que mantener a mi mujer a mis hijos, por lo que me entró esta desesperación tan fuerte y llegué a desear la muerte.

Díjole el jalifa:

—¿No te placiera acaso volver con nosotros al río y detenerte a la orilla del Dichle y echar las redes al agua y todo lo que saques te lo compraría yo en cien dinares?

Alegróse al oírlo el pescador y le dijo:

—¡Sobre mi cabeza! Volveré allá con vosotros.

Y tornó allá con ellos y echó su aljerife al agua y quedóse a la espera.

<sup>1</sup> Esta queja del pescador fatalista se repetirá más adelante en labios de As-Simbád, el costalero. (*Historia de As-Simbád, el marino.*)

hasta que tiró luego de la cuerda y lo sacó afuera.

Y he aquí que venía en las redes un arca cerrada y pesada, y así lo comprobó el jalifa al tantearla.

Dióle luego al pescador los cien dinareos convenidos y aquel se fue por su camino.

Cargaron entonces con el arca Mesrur y Châfar y la llevaron en compañía del jalifa al alcázar y encendieron luces, en tanto el jalifa cuidaba del arca.

Acudieron después Mesrur y Châfar y entre los dos hicieron saltar la cerradura y encontraron dentro del arca una banasta de hojas de palmera, envuelta en un paño de lana bermeja.

Rompieron luego los bramantes y se encontraron con un trozo de tapiz; lo apartaron y debajo de él descubrieron un manto de mujer; procedieron a levantarlo y vieron que debajo de él había el cadáver de una mocita, blanca como la plata virgen y con señales de haberla asesinado y descuartizado.

Al ver aquello el jalifa corrieron sus lágrimas sobre sus mejillas y, volviéndose a Châfar, le dijo:

—¡Ye perro de visir! ¿Conque se cometen crímenes en mi tiempo y se arrojan los cadáveres de las víctimas al río, redundando todo esto en mi ludibrio? ¡Por Alá, que he de hacerle justicia a esta joven y he de matar a quien la mató!

Y dijo a Châfar:

—¡Por el derecho que me confiere mi descendencia de los jalifas de Beni-l-Abbás, que si no traes a mi presencia al asesino de esta joven, para hacer justicia en él, te mandaré crucificar a la puerta de mi alcázar a ti y a cuarenta de los hijos de tu tío!

Y el jalifa estaba poseído de gran ira.

Dijole Châfar:

—Dame un plazo de tres días.

—Concedido—respondió el jalifa.

Retiróse luego de entre sus manos Châfar y echóse a andar por la ciudad muy triste y diciendo para sus adentros:

—¿Cómo voy a arreglármelas para descubrir al asesino de esa joven y presentárselo al jalifa? Y dizque si le llevo otro que no él, pesará esa acción luego sobre mi conciencia. En resúmdas cuentas, que no sé qué hacer.

Permaneció luego sentado Châfar en su casa tres días y al cuarto mandóle llamar el jalifa, y luego que fue y le hizo la zalema entre sus manos, preguntóle el soberano:

—¿En dónde está el asesino de la joven?

—¡Ye emir de los creyentes!—contestó Châfar—. ¿Por ventura soy yo sabedor de los arcanos, para que pueda descubrir al que la mató?

Enfurecióse al oírlo el jalifa y mandó que crucificasen a Châfar a la puerta de su alcázar y ordenó que un pregonero fuese gritando por las plazas de Bagdad:

—Todo aquel que quiera recrearse viendo cómo crucifican a Châfar, el Barmeki, visir del jalifa, y a los hijos de su tío, en la puerta del alcázar, salga afuera y acuda a divertirse.

Salió, pues, la gente de todos los barrios para divertirse viendo crucificar a Châfar y a los hijos de su tío e ignoraban la causa de que el jalifa lo condenara a ese suplicio.

Mandó luego el jalifa levantar el caldso y lo levantaron y pusieron a su pie a los reos para crucificarlos.

No esperaban ya más que la venia del jalifa, y empezó entonces la gente a llorar por Châfar y sus primos. Cuando así las cosas, hete aquí que se presenta un jovencito, guapo de cara y bien vestido, y, abriéndose paso con mucha prisa por entre el gentío, va a detenerse ante el visir y le dice:

—¡A salvarte vengo de esta pena afrentosa, oh emir de los emires, amparo de los pobres, pues yo soy quien mató a la interfecta que hallasteis en el arca! Así que matadme a mí ahora y hacedle justicia en mi persona.

Pero no había acabado aún de hablar, cuando se presenta un decrepito anciano que, apartando a la gente, se adelanta presuroso hasta donde estaban Châfar y el muchacho. Y después de hacerle la zalema, dice:

—¡Ye ilustre visir! No des fe a las palabras de este jovencito, que no fue él quien mató a la muchacha, sino yo, siendo, pues, en mí en quien debéis hacer justicia.

Dijo entonces el joven:

—Este *scheij* es un anciano decrepito que está chocheando y no sabe lo que dice. Yo fui quien maté a esa mocita y yo, por tanto, quien debo pagar con mi vida.

Al ver aquello maravillóse grandemente Châfar y, cogiendo al joven y al viejo, condujolos a la presencia del jalifa. Y díjole a este:

—¡Ye emir de los creyentes! Ya pareció el asesino de la joven.

Dijo el jalifa:

—¿Y dónde está?

Respondióle Châfar:

—Es el caso que este joven dice que él es quien la mató y este anciano lo desmiente y dice que él fue quien le dio muerte.

Miró el jalifa al joven y al viejo y dijo:

—¿Cuál de vosotros la mató?

Y dijo el joven:

—Yo y nadie más que yo.

Y dijo el viejo:

—Yo y nadie más que yo.

Oído lo cual, díjole el jalifa a Châfar:

—Cógelos a los dos y hazlos crucificar.

Pero observó Châfar:

—Si el asesino fue uno solo, oh emir de los creyentes, el otro resultaría castigado injustamente.

—¡Por Aquel que levantó los cielos y los extendió como un tapiz sobre la tierra!—exclamó el joven—. Yo soy el asesino y he aquí las pruebas de lo que digo.

Y describió acto seguido todo lo que el jalifa encontrara en el arca, de suerte que aquel quedó ya convencido de ser el joven y no el viejo el asesino. Y maravillado, le dijo:

—¿Y por qué mataste a esa joven sin derecho y por qué te apresuras a declararlo, antes del tormento?

A lo que el joven contestó, diciendo:

—Has de saber, ye emir de los creyentes, que esa mocita era mi mujer, la hija de mi tío, y este anciano es su padre y tío mío.

Casé con ella siendo virgen y gratifiquéme Alá con tres hijos varones. Y ella me quería y me mimaba, sin que tuviera motivo para reprocharle nada.

Y sucedió que, a principios de este mes en que estamos, hubo ella de caer gravemente enferma y yo mandé venir a los médicos y logramos que convaleciera.

Quise entonces que pasara al *hammam*, pero ella me dijo:

—Querría una cosa antes de pasar al *hammam*.

—¿Y qué cosa es esa?

—Pues se me antoja—dijo ella—una manzana, para olerla y darle un bocado y catarla.

Salí, pues, yo de casa y me di unas vueltas por los jardines recorriéndolos uno por uno, sin encontrar manzana en ellos. Hasta que me tropecé con un hortelano ya viejo y le pregunté dónde habría manzanas.

—¡Ye hijo mío!—me dijo—. Esa es fruta que escasea y será difícil que la encuentres, porque apenas si la hay, como no sea en los jardines del emir

de los creyentes, en Bazra, y el jardine-ro las guarda para el jalifa.

Volvíme, pues, a casa muy pesaroso, por el mucho cariño que a mi mujer le tenía y sin atreverme a comparecer delante de ella con las manos vacías.

Pasé la noche inquieto, pensando en la manera de lograr una manzana, y, luego que amaneció, volví a salir de casa y anduve caminando por espacio de quince días, con sus noches, contando la ida y la vuelta, y llegué a Bazra y tuve la suerte de regresar de allí con tres manzanas que el hortelano del jalifa me vendió por tres dinares de oro.

Entré, pues, en casa y le di las tres manzanas a mi mujer, y hete aquí que esta va y las pone a un lado sin hacerles caso.

Era que durante mi ausencia habíase agravado de la fiebre y siguió empeorando, cada vez más débil, hasta que pasaron diez días, al cabo de los cuales convaleció para nuestra alegría.

Sali yo entonces de casa y me fui a mi tienda y me senté allí para atender a mis compras y ventas y, estando yo en estas, allí sentado, he aquí que, a eso de mediodía, pasa por delante de mi tienda un esclavo negro, corpulento, que llevaba en su mano una manzana e iba jugando con ella:

No pude menos de preguntarle:

—¿De dónde cogiste esa manzana? Dímelo, por Alá, para que vaya yo también por otra igual.

Echóse él a reír y dijo:

—Esta manzana me la dio mi querida cuando fui ahora a verla, después de haber estado ausente unos días; la encontré delicada y tenía allí, al lado, tres manzanas, y me dijo:

—Me las trajo el cornudo de mi marido, que fue hasta Bazra por ellas y las compró allí por tres dinares de oro.

Y entonces fui yo y cogí esta manzana.

Al oír yo las palabras del esclavo,

oh emir de los creyentes, volvióseme negro el mundo ante mis ojos y cerré la tienda y corrí a casa y de puro airado, iba como enajenado.

Y al llegar a casa comprobé que faltaba una de las manzanas.

—¿Dónde está la otra manzana?—pregunté a mi mujer.

Y mi mujer me contestó:

—No sé.

Di yo entonces crédito a las palabras del esclavo y fui y cogí un puñal y me monté en el pecho de mi esposa y la degollé con el puñal.

Y le corté la cabeza y los brazos y las piernas y lo metí todo aprisa en la banasta y cubrí esta con ese manto y lo tapé luego todo con ese trozo de tapiz y lo puse dentro del arca y cerré esta y, cargándola sobre una mula, encaminéme a la orilla del Dichle y la eché al agua, por mi propia mano.

Y ahora, por Alá sobre ti, oh emir de los creyentes, si me mandas matar en seguida, según la ley del Talió, te quedaré agradecido. Pues temo que, si no, me pidan cuentas de lo que hice el día del Juicio.

Porque has de saber que luego que hube arrojado el arca a las aguas del Dichle, sin que nadie me hubiera visto, volvíme a casa y me encontré allí a mi hijo, el mayor, que estaba llorando, y era aún ignorante de lo que acababa de hacer con su madre.

—¿Por qué lloras, hijo mío?—le dije.

Y él me dijo:

—Pues porque cogí una manzana de las que tenía ahí mi madre y me fui con ella a la calle a jugar con otros chicos, y estando jugando pasó por allí un esclavo negro, muy grande, y fue y me la quitó, diciendo:

—¿De dónde te ha venido esta manzana?

—Esta manzana—le dije yo—la trajo mi padre, que fue por ella a Bazra, para dársela a mi madre, que está algo

delicada, y le compró tres manzanas por tres dinares de oro.

Entonces él me dio un manotazo, me la quitó y se fue.

Y ahora yo tengo miedo de que mi madre me riña y me pegue, por culpa de la falta de la manzana.

Al oír yo las palabras de mi hijo comprendí que aquel esclavo era el mismo que inventara aquella patraña a

cuenta de la hija de mi tío y tuve la certeza de haberla matado sin motivo.

Maravillóse el jalifa al oír las palabras del joven y dijo:

—Por Alá, que a quien voy a matar es a ese esclavo fementido...

Pero sintió Schahrasad venir la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

## Y LA NOCHE 20 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—He llegado a saber, *ye* monarca, el afortunado, que el jalifa juró por Alá que no mandaría matar sino al esclavo, pues el joven no resultaba culpado.

Volvióse luego a Châfar y le dijo:

—Tráeme acá en seguida a ese esclavo perverso, que fue la causa de este desastre, y dizque, si no me lo traes, te mandaré matar a ti en vez de a él.

Echóse a llorar Châfar, diciendo:

—¿De dónde voy yo a sacar a ese esclavo? Tanto va el cántaro a la fuente que...<sup>2</sup> Pero, en fin, el que me salvó otra vez también esta me salvará... Por Alá, que me encerraré en mi casa y no saldré de ella en tres días. Y El, loado sea, hará conmigo lo que a bien tenga.

Encerróse, pues, Châfar en su casa, durante tres días, y, al cuarto, mandó a llamar al cadí e hizo testamento y se despidió de sus hijos y vertió llanto.

Preséntose luego el enviado del jalifa, que iba por él. Y le dijo:

—El emir de los creyentes está furioso hasta más no poder y me mandó por ti y ha jurado que no terminará el día sin que mueras tú como no le presentes al esclavo.

Al oír Châfar esas palabras rompió a llorar y lloraron también sus hijos.

Tornaron a despedirse, y luego adelantóse el visir hacia su hijita, la menor, para darle el último adiós. Y era a ella a la que más quería de todos sus hijos. Estrechóla, pues, contra su pecho y rompió a llorar por el dolor de separarse de ella y no volver más a verla.

Y he aquí que, en la manga de su corpiño, hubo de notar un bulto como un envoltorio. Y le preguntó:

—¿Qué es eso que guardas en la manga?

—Padre mio—contestóle ella—, una manzana que me trajo nuestro esclavo Rahán y que tiene escrito encima el nombre de nuestro señor el jalifa y la tengo aquí guardada hace ya cuatro días, pero para que me la diera el muy roñoso tuve que darle yo antes dos dinares de oro.

Al oírle Châfar a su hija mentar al esclavo y las manzanas, alborozóse y dijo:

—¡Ye tú que la alegría nos deparas!

Mandó luego llevasen en seguida a su presencia al esclavo, y cuando lo tuvo delante, le dijo:

—¿De dónde sacaste esta manzana?

—*Ye sidi*—contestó el esclavo—. Hará cinco días iba yo por esas calles cuando me metí por una y vi a unos chicos que estaban jugando y uno de ellos tenía en su mano esta manzana; yo se

<sup>2</sup> *Ua la kl mrrat islm-charra*. No siempre queda incólume el cántaro.

la quitó de un manotazo y él se echó a llorar y dijo:

—Esta manzana es de mi madre, que está mala y le pidió como antojo a mi padre que le llevara manzanas. Y mi padre fue hasta Bazra y le trajo de allí tres manzanas que le costaron tres dinares de oro, y yo cogí esta para jugar con ella.

Y se echó a llorar. Pero yo me quedé con la manzana y me la traje aquí. Y luego me la cogió mi señorita, la pequeña, y me dio dos dinares por ella.

Al oír Châfar aquella historia, maravillóse de que se hubiera producido aquel trágico caso y la muerte de la jovencita por culpa de su esclavo.

Y ordenó acto seguido meter a este en la cárcel y se regocijó por haberse él salvado y recitó estos versos:

Por el esclavo culpable  
no debe nadie pagar,  
porque esclavos hay de sobra  
y se pueden compensar.

Mas tu vida es solo una;  
mira que no tienes más,  
y si llegas a perderla  
por siempre perdida está.

Luego cogió Châfar al esclavo y subió con él hasta el jalifa y le contó la historia susodicha.

Y ordenó el jalifa que la escribiesen sus cronistas para que sirviera de advertencia a las gentes venideras.

Dijole luego Châfar:

—No te maravilles tanto de esa historia, ye emir de los creyentes, pues no tiene punto de comparación con la del visir Nuru-d-Din y su hermano el visir Schemsu-d-Din.

Dijo el jalifa:

—¿Cómo es posible que haya una historia más maravillosa que esta?

Dijole Châfar:

—¡Ye emir de los creyentes! No te la contaré sino a cambio de que perdones la vida a mi esclavo.

—Concedido—repuso el jalifa—. Te hago gracia de su sangre.





## HISTORIA DEL VISIR NURU-D-DIN Y DE SU HERMANO SCHEMSU-D-DIN

(Noches 20 a 25)

*Argumento de calidad poética, desarrollado en un ambiente de ensueño oriental, en que lo real y lo fantástico se confunden hasta el punto de que el espíritu no acierta a distinguirlos y los protagonistas llegan a pensar—como el Segismundo del drama calderoniano—que la vida es sueño y al revés. Un aura shakespeariana, sutil, pero enervante, como la que alienta en ese encantador Midsummer's night's dream (Sueño de una noche de verano), gravita sobre este delicioso poema en que los genios traviesos intervienen en la vida de los mortales, cambian sus estados y condiciones y deciden de sus destinos con una arbitrariedad que en el fondo no puede ser más lógica. En todo el relato predomina un tono de penumbra moral, de semiconsciencia, de cuasi alucinación. Pero frente a esos personajes, como Nuru-d-Din, Sittu-l-Hosn y Bedru-d-Din, que viven soñando, hay otros que viven despiertos y hacen de censores irónicos, aunque a veces también ellos lleguen a pensar si no estarán soñando. El contraste entre unos y otros crea situaciones de un alegre humorismo que encubre un inquietante problema filosófico, el de la realidad de nuestras sensaciones. Esta duda trágica se mantiene hasta el final, en que el sueño se resuelve en vida; pero es de suponer que, en el ánimo de los personajes afectados, perdurará ya siempre esa duda hamletiana. Todo esto dota de un rico fondo metafísico, propio de la tragedia, a este argumento, desarrollado con una jovial y desenfadada técnica de ballet ruso o vaudeville francés.*

*No puede ser más cómica esa discusión entre los dos hermanos Schemsu-d-Din y Nuru-d-Din, que sirve de punto de partida a la acción, sobre el casamiento de sus hijos, que aún están muy lejos de nacer; la imaginación oriental interviene ahí haciendo que ambos hermanos se enemisten y*

*separen, enfadados por un motivo puramente hipotético. Al final, después de muchos rodeos, todo se arregla y la moraleja del cuento es que no vale hacer cábalas con el futuro, pues todo está escrito de antemano y solo sucede lo que quiere el Sino. La tesis fatalista de los motaziles triunfando aquí sobre la de los kadries, reivindicadores del libre albedrío del hombre.*

*Para ilustrar la onomástica de los personajes principales, diremos que Schemsu-d-Din y Nuru-d-Din (nombres que pudiéramos llamar de pila, prænomena de los latinos) significan, respectivamente, Sol de la Fe y Luz de la Fe, como Bedru-d-Din, Luna llena de la Fe.*

*Achib o Aguib (pues los egipcios pronuncian como gamma el chim) equivale a Maravilloso, por alusión al modo singular como el personaje fuera concebido.*

*Sittu-l-Hosn significa Señora de la Belleza, la Fermosa Dama de los libros de caballería.*

*Roso de Luna fantasea como de costumbre con estos nombres y cambia el «Din» en Djín-jina, y hace de Agib-Bija, palabra, según él, mágica.*

*El nombre de Mizr designa indistintamente el país de los antiguos faraones y su actual capital El Cairo, o, según la transcripción exacta, Al-Kahira, La victoriosa.*

*El Cairo fue fundado hacia el siglo IV de la hehira por los jalifas fatimies, a orillas del Nilo, sobre una de las vertientes del monte Mokattan.*

Dijo Châfar:

—Has de saber, ¡ye emir de los creyentes!, que había una vez en Mizr un sultán, dotado de justicia y bondad, y tenía un visir inteligente y sabio, que poseía la ciencia de los negocios y de las letras, y era hombre ya de edad proecta y tenía dos hijos como dos lunas, y era el nombre del mayor Schemsu-d-Din y el del menor Nuru-d-Din.

Y el menor descollaba sobre el mayor en punto a belleza y hermosura, que no había en su tiempo ninguno que le aventajara tocante a lo guapo, hasta el extremo de que su nombre se extendió por todos los países y venían de sus tierras a tierras de Mizr atraídos por la fama de su perfección consumada.

Y sucedió que murió el padre; sintiólo mucho el sultán y mandó llamar a los dos huérfanos y los acercó a su persona y, después de imponerles sendos trajes de honor, les dijo:

—Vais a ocupar los dos la vacante de vuestro padre.

Alegráronse ambos y besaron la tierra entre sus manos.

Luego guardaron el luto de su padre por espacio de un mes completo, y, finalmente, pasaron ya a actuar de visires, alternando en sus funciones una semana el uno y otra el otro.

Así las cosas, sintió el sultán deseo de emprender un viaje, llevando consigo a uno de los dos hermanos.

Y sucedió que una noche de las noches, estando el sultán ya apercebido



para salir de viaje a la mañana, en ocasión de estar desempeñando el cargo de visir el mayor de los dos hermanos, mientras que estos pasaban aquella noche conversando, hubo de decir el primogénito:

—¡Ye hermano mío! Sería mi gusto que nos casásemos tú y yo la misma noche.

Díjole el segundón:

—¡Ye hermano mío! Haz según tu deseo. Que yo estoy de acuerdo en todo contigo y también en esto.

Dijo luego el mayor a su hermano:

—Verdaderamente, si tuviera decretado Alá que nos casásemos con dos jovencitas y nos acostásemos con ellas la noche misma y que ambas diesen a luz el mismo día y plugiera a Alá que la tuya pariese un varón y la mía una hembra los casaríamos luego a los dos, ya que serían entre si primos.

Y dijo Nuru-d-Din:

—¡Ye hermano mío! ¿En cuánto querías que mi hijo dotase a tu hija?

Dijo Schemsu-d-Din:

—Tu hijo habría de dotar a mi hija en tres mil dinares en oro y tres huertos y tres aldeas. Que no siendo así no habría nada de lo dicho.

Al oír Nuru-d-Din tales palabras, dijo:

—Pero ¡qué condiciones son esas que le pones a mi hijo! Olvidas que somos hermanos y actuamos de visires al mismo tiempo. Lo procedente sería que le dieses tu hija a mi hijo graciosamente sin exigirle dote. Pues debes saber que el varón llévale ventaja a la hembra y varón es mi hijo y por él se perpetuará nuestro nombre y no por tu hija, que no será por ella precisamente por quien los emires nos recuerden. Y, sin embargo, tú quieres hacer conmigo como aquel mercader que, para ahuyentar al parroquiano, pone al género un precio alto, por tenerlo reservado para algún amigo de su predilección.

Dijo entonces Schemsu-d-Din:

—A lo que veo, estás muy engreído, pues supones a tu hijo de mejor condición que mi hija y no hay duda que eres romo y falto de juicio al sacar a colación lo de nuestro mancomunado visirato, siendo así que yo sólo te admití a compartir sus funciones conmigo movido de lástima que me dabas y con la sola mira de que me secundases y fueses mi ayudante por más que tú otras cosas imaginases. Ahora bien: desde este momento desisto de la idea de ese casamiento.

Oído que hubo Nuru-d-Din las palabras de su hermano, Schemsu-d-Din, llenóse de enojo y se le nubló el mundo, pero no dijo nada y usó de disimulo.

Pasaron ambos la noche uno cerca del otro. Y luego que amaneció la mañana púsose el sultán en camino y se dirigió hacia la ribera del Nilo y luego hacia las pirámides, acompañado del visir Schemsu-d-Din.

Cuanto a su hermano Nuru-d-Din, pasó toda aquella noche presa de fuerte agitación. Y al remanecer la mañana levantóse, hizo la zalá del alba y se dirigió a su alhacena y sacó de ella una alforja <sup>1</sup> que llenó de oro y recorrió las palabras de su hermano y su menosprecio y recitó estos versos <sup>2</sup>:

—Viaja y perder no temas esas cosas que hoy únicas estimas,  
que otras encontrarás en otros sitios,  
de igual aprecio dignas.  
El placer del vivir está en viajar,  
no en la quietud inerte,  
y en todas partes a triunfar acierta  
el hombre valeroso, inteligente.  
Deja, pues, el país en que vegetas;  
busca horizontes nuevos;  
el agua se corrompe si se estanca  
y vuelve a ser, si corre, un claro espejo.  
Si de lugar la luna no cambiara,  
no llegara su brillo a todas partes;

<sup>1</sup> Del árabe *Al-Jorch*.

<sup>2</sup> La versión de Gustavo Weil suprime esta poesía.

león que a cazar no sale, no halla presa; flecha no disparada, blanco no hace. Polvo vil es el oro entre la tierra, y la rama del álce singular si en el árbol la dejas, solo es leña para quemar. Es cosa bien probada que tan solo a todo su rareza le d'precio; de lo que a mano tiene, nadie sabe reconocer el mérito <sup>3</sup>.

Luego que hubo acabado de recitar su poesía, mandó a uno de sus mozos ensillar una mula torda, rijosa, ligera y fogosa; ensillósele el mozo y dizque la silla tenía alcafares de brocado y oro, con estribos de Hindusban, y una gualdrapa de terciopelo del Izpachân.

Tal estaba la mula con aquellos arreos que parecía enteramente una recién casada, con su traje nuevo y reluciente. Mandó aún Nuru-d-Din que le echasen por encima un tapiz grande de seda, como almofrej, y otro más pequeño de raso, y luego que así lo hicieron, metió entre los dos tapices la alforja, henchida de oro y alhajas.

Luego díjoles a sus mozos y esclavos:

—Voy a solazarme un poco fuera de la ciudad, por los alrededores de Al-Keliubiyá <sup>4</sup>, y no volveré a casa hasta pasados tres días. Y que nadie me siga, que tengo oprimido el pecho y necesito soledad y retraimiento.

Dicho esto, montó rápido en su mula y cargó en ella un módico viático y salió de Mizr <sup>5</sup> metiéndose campo adentro hasta alejarse de allí.

<sup>3</sup> Nuru-d-Din razona aquí líricamente el atávico sentimiento nómada del árabe. Y al través de los siglos, la *Invitación al viaje*, de Baudelaire, expresión del nomadismo de los artistas, parece un eco de sus estrofas.

Y dijo también el poeta Hariri en una de sus *mekamats*: «No llores por el amigo—que se va ni por la casa—que dejas. Sé como el tiempo—que siempre girando marcha.—Considera el mundo entero—y la tierra, tu morada...»

<sup>4</sup> Al-Keliubiyá, lugar en las afueras de El Cairo, que, según Burton nos informa, es hoy la estación del ferrocarril de Alejandria a El Cairo.

<sup>5</sup> Mizr designa indistintamente el país de

No era aún el mediodía cuando llegó a la ciudad de Belbis <sup>6</sup> y se apeó de su mula y se sentó a descansar en el verde y dejó suelta a la bestia y comió un poco de su merienda.

Y mercó en Belbis lo que había menester y lo colgó del arzón de su montura y reanudó su marcha y, a la anochecida, encontróse en la ciudad de Saadiyah <sup>7</sup>.

Y descabalgó y dejó su mula en libertad y el se sentó a descansar y probó un bocado, que aún no se le pasara del todo el enojo con su hermano. Puso después la alforja bajo su cabeza y extendió el almofrej y echóse a dormir.

Pernoctó, pues, en aquel sitio, y, luego que remaneció de mañana, se levantó y continuó su marcha, sin saber a punto fijo adónde se encaminara, y fue cabalgando sin parar hasta llegar a la ciudad de la Santa <sup>8</sup> y de allí pasó a Haleb <sup>9</sup> y se hospedó en el *jan* y se estuvo allí tres días con objeto de descansar y husmar el aire y luego continuar <sup>10</sup>.

Echóse despues, de nuevo, a caminar sin rumbo fijo, fiado enteramente al sino, que le escribió la seguridad, hasta que un anochecido llegó a una ciudad. Y dizque ignoraba que la tal ciudad fuese Bazra <sup>11</sup>.

Fuese derecho al *jan* y sacó su alforja y extendió el tapiz de la zalá y

Egipto y la ciudad de El Cairo, desde que los turcos osmanlies conquistaron el país en el siglo X de la *hechra*.

<sup>6</sup> Belbis o Belbeis, ciudad de Egipto, al noroeste de El Cairo.

<sup>7</sup> Ciudad situada a lo largo del Gran Desierto, entre Egipto y Palestina.

<sup>8</sup> Jerusalén.

<sup>9</sup> Alepo.

<sup>10</sup> Literalmente, oler el aire. (*Schamm al-haua*.)

<sup>11</sup> Bazra, Bosra, Basora, Basrah—que de todos estos modos se transcribe—a orillas del Eufrates y el Tigris, en la Mesopotamia, a 60 millas del golfo Pérsico.

encomendó su mula al portero para que le diese un paseo y que no se enfriase, cosa que aquel hizo.

Y quiso el azar <sup>12</sup> que en aquel instante estuviese el visir de Bazra sentado en el mirador de su alcázar y hubo el visir de fijarse en la mula y en sus ricos jaeces <sup>13</sup> y pensó si no sería la mula de un visir o de un rey de los reyes. Y empezó a rabinar sobre ello y a devanarse los sesos, hasta que, al cabo, díjole a uno de sus esclavos:

—Ve y tráeme acá en seguida al portero del *jan*.

Corrió allá luego el esclavo y cogió al portero y lo llevó a presencia de su amo.

Y el portero se adelantó y besó la tierra entre las manos del visir. Y era éste hombre provector, de mucha edad y mucho respeto. Y el visir le dijo al portero:

—¿Quién es el dueño de esta mula y qué condición es la suya?

Y el portero dijo:

—¡*Ye sidi!* El amo de esta mula es un joven agraciado y gallardo, que inspira admiración y respeto por el lujo de su indumento.

Oído que hubo el visir las palabras del portero, púsose en pie y montó en su caballo y se dirigió al *jan* e hizo que le presentaran al joven sin tardar.

Al ver Nuru-d-Din al visir que lo iba a visitar, levantóse en seguida y lo fue a saludar y lo ayudó a descabalar. Apeóse el visir de su bridón y le hizo la zalema a Nuru-d-Din y este le dio la bienvenida con mucho agrado y le hizo sentar a su lado.

Luego el visir le dijo a Nuru-d-Din:

—Dime, hijo mío, de dónde llegaste y qué es lo que aquí te trae.

Y Nuru-d-Din le dijo al visir:

—*Ye mulai* <sup>14</sup>, vengo de la ciudad de

Mizr, donde mi padre fue visir, hasta que Alá (exaltada sea su gloria) lo llamó a su misericordia.

Contóle luego cuanto hasta allí le había sucedido, desde el principio hasta el fin, y al terminar, le dijo:

—Tengo formada la intención de no volver a mi tierra hasta no haber visto cuantas ciudades y países este mundo encierra.

Al oír sus palabras, el visir le dijo:

—No sigas, hijo mío, los caprichos de tu alma, pues te llevarán a la desgracia. Bárbaros son esos pueblos y temo para ti las vicisitudes de los tiempos.

Mandó luego el visir desensillar la mula y quitarle de encima los tapices sin excluir el de hacer la zalá, y se llevó consigo a Nuru-d-Din a su alcázar, donde le acomodó en lugar agradable y lo agasajó y mimó, acabando por cobrarle un gran amor. Y un día el visir le dijo a Nuru-d-Din:

—Mira, hijo mío, yo soy ya un anciano y no tengo ningún hijo varón; pero, en cambio, gratifícame Alá con una hija que en hermosura se te aproxima y que negué ya a muchos pretendientes que con ella se querían casar. Pero ahora tu amor penetró en mi corazón, ¿y qué dirías si yo te propusiera tomar a mi hija como sierva y casarte con ella? Si fueres gustoso de hacerlo así, iría yo a ver al sultán y le diría que eres mi sobrino y viniste de Mizr con el solo propósito de pedirme a mi hija en matrimonio. Y el sultán, por amor a mí, te nombrará visir en mi lugar, que yo ya soy harto viejo y necesito descansar. Y de ese modo podré recluirme en mi casa, para no salir de ella jamás.

Al oír Nuru-d-Din las palabras del visir de Bazra bajó la cabeza y dijo:

—Audición y obediencia.

Alegróse mucho entonces el visir y mandó a sus criados que les sirviesen de comer y engalanasen el salón de

<sup>12</sup> Del árabe *Azahr*.

<sup>13</sup> Voz de origen árabe. De *hiyya*, forma.

<sup>14</sup> Oh mi señor.

recepción, el grande, el reservado para los emires más encopetados. Reunió después a sus amigos e invitó a los emires del reino y a los mercaderes de Bazra, los cuales en el acto comparecieron entre sus manos, y él les dijo cómo tenía un hermano, visir en las mansiones de Mizr, al cual gratificárale Alá con dos hijos.

—Y a mí, como sabéis, diome Alá una hija. Y poco antes de morir hizo mi hermano testamento y en él dejó dispuesto que casara yo mi hija con uno de sus hijos, viniendo yo en ello muy complacido. Luego que supo mi conformidad, despachó acá a uno de sus hijos, que es este joven que aquí veis, y es ahora mi deseo que, sin perder tiempo, extendáis su partida de casamiento y se celebre la noche del desvelo con todas las debidas ceremonias, pues es más allegado a mi persona y más querido que un extraño, y después de la boda, si es su gusto quedarse aquí, vivirá con nosotros, y si prefiere volverse a su tierra, con mi hija, yo les proveeré de todo cuanto para el viaje se necesite.

Y uno de los presentes contestó por todos:

—Bien hecho estará lo que tú hicieres.

Y miraron al novio y lo encontraron muy hermoso.

Mandó luego el visir por el cadí y los testigos y extendieron la partida de casamiento y después los esclavos los sahumaron con incienso y les sirvieron refrescos almibarados y con agua de rosas los rociaron, y, finalmente, retiráronse los invitados.

Mandó luego el visir a sus criados que cogiesen a Nuru-d-Din y lo llevasen al baño.

Y le envió un traje de su guardarropa particular y toallas y paños, pebeteros y todo lo demás propio del caso.

Y luego que Nuru-d-Din salió del *hammam* y se vistió aquellas prendas, resplandeció como una luna llena. Y montó Nuru-d-Din en su mula y fue cabalgando hasta el palacio del visir.

Y ya allí apeóse de su mula y pasó a presencia del visir y le besó la mano y el visir le dio la bienvenida y le colmó de agasajos.

Pero sintió Schahrasad venir la mañana y cortó el hilo de sus desbordadas palabras.

## Y LA NOCHE 21 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—He podido saber, *ye* monarca, el afortunado, que el visir diole la bienvenida a Nuru-d-Din y lo colmó de agasajos y después le habló así:

—Mira, hijo mío; esta noche entrarás en la alcoba nupcial y mañana subirás con tu esposa al alcázar del sultán, y a Alá le pido vierta sobre ti sus bendiciones y de toda suerte de bienes te colme.

Fue, pues, Nuru-d-Din y entró en la alcoba de su esposa, la hija del visir, y esto es todo lo concerniente por ahora a la historia de Nuru-d-Din.

Cuanto a la historia de su hermano

Schemsu-d-Din, sépase que este anduvo de viaje una temporada con el sultán, tornando luego a Mizr, donde no halló a su hermano.

Preguntó, pues, por él a los criados y estos le dijeron:

—El mismo día que saliste tú de viaje con el sultán montó él en su mula, enjaezada como los días de fiesta, y dijo:

—Voy a dar un paseo por la parte de la Al-Keliubiya <sup>15</sup>, y desde el día de

<sup>15</sup> La versión de Weil puntualiza: «Hacia las Pirámides.»

su partida hasta el presente no hemos tenido noticias suyas.

Turbósele el espíritu a Schemsu-d-Din por la ausencia de su hermano y entróle una pena muy grande por verse privado de su compañía.

Subió luego al alcázar y comunicóle al sultán la nueva. Y escribió cartas y despachó emisarios a todos sus lugartenientes en todo el país; pero ya Nuru-d-Din había recorrido luengas tierras, de acá para allá, en tanto que su hermano viajaba con el sultán.

Partieron, pues, los correos con las cartas y volvieron sin noticia alguna del ausente.

Perdió Schemsu-d-Din la esperanza y dijo:

—Eso es que se enojó por mis palabras respecto al casamiento de nuestros hijos. ¡Ojalá, pues, y no hubiésemos nunca tocado esa cuestión! Aunque todo se debe a mi poco juicio y discreción.

Luego, pasado largo tiempo, pidió Schemsu-d-Din la mano de la hija de un mercader de Mizr y se casó con ella y entró a su alcoba y dio la casualidad de que la misma noche que entró Schemsu-d-Din en la alcoba de su mujer entraba también Nuru-d-Din en la de su esposa, la hija del visir de Bazra.

Lo cual sucedió por voluntad de Alá (exaltado sea) para que se cumplieran sus designios sobre sus criaturas y ocurriera lo que ambos hermanos habían concertado.

Sucedio todavía que ambas mujeres quedaron encinta al mismo tiempo y dieron a luz el mismo día; la de Schemsu-d-Din, el visir de Mizr, una niña, como no la había igual en toda aquella tierra, y la de Nuru-d-Din un niño, como no se había visto otro en un siglo.

Según dice el poeta:

«¡Qué niño tan gentil y seductor!  
Libar en su boquita prefiriera  
más que en copa de oro, el bebedor.

Quien se abisma en sus ojos y contempla  
sus rosadas mejillas y sus labios,  
sin color ni calor el vino encuentra.  
Y el que tenga la suerte de gustar  
de su saliya el exquisito aroma,  
ya otro néctar insípido hallará.»

Pusieronle, pues, al niño el nombre de Hasán Bedru-d-Din <sup>16</sup> y, a los seis días de nacido, celebraron convites y fiestas y albórbolas dignas de los hijos de los reyes de la tierra.

Luego el visir de Bazra cogió a Nuru-d-Din y subió con él al alcázar del sultán, y luego que estuvieron en su presencia, besaron la tierra entre sus manos y Nuru-d-Din, que era suelto de lengua y tenía su vena de poeta y entendía de cosas bellas, recitó estos versos:

Ahí tienes al que junta a los humanos  
de su equidad con la coyunda amable,  
y de la persuasión con el rasero  
la tierra toda allana como un valle.  
Da gracias al Creador que crearlo quiso,  
en troquel tan excelso, que sus actos  
son collares de amor que del cuello prenden  
y lo aprisionan con dicho lazo;  
y sus dedos son llaves siempre prontas  
del ingenioso a secundar el ruego,  
abriendo sin demora los arcones  
en que se guardan los tesoros regios <sup>17</sup>.

Colmólos luego a ambos de atenciones el sultán y diole gracias a Nuru-d-Din por lo que de él dijera y preguntó al visir:

—¿Quién es este joven?

Contóle entonces el visir su historia desde el principio hasta el fin, y terminó diciéndole:

—Este, ¡ye gran soberano!, es el hijo de mi hermano.

Dijole el sultán:

—¿Cómo es que tenías un sobrino y nunca te lo oí nombrar?

Contestóle el visir:

—¡Ye mi señor sultán! En verdad que

<sup>16</sup> Hasán. Bello en árabe. Nuestro Calixto.

<sup>17</sup> Tanto estos versos como los precedentes difieren según las versiones.

tenia yo un hermano en las moradas de Mizr y murió dejando dos hijos: el mayor pasó a ocupar la vacante de su padre el visir, y el otro, el pequeño, es este que ves aquí, y yo había jurado de antes no casar a mi hija sino con él y eso, en cuanto llegó, me apresuré a hacer. Joven es él y viejo, ya provecito, yo, que de día en día voy perdiendo el oído y la vista, por lo que agradecería a nuestro señor, el soldán, que lo nombrase visir en mi lugar. Pues es el hijo de mi hermano y el marido de mi hija y viene de casta de visires y posee sagacidad y tacto.

Miró el sultán a Nuru-d-Din y quedó maravillado de su belleza y buena educación y en el acto cobróle afición.

Y accedió con alegría a lo que su visir le pedía. Y lo obsequió con un traje de honor y una mula de sus propias cuadras y le señaló una muchedumbre de criados y le asignó sueldo y gajes y estipendios.

Y Nuru-d-Din, al despedirse, besóle las manos al sultán y se volvió a su casa en compañía de su suegro, y dizque iban ambos muy ufanos y contentos. Y al llegar, de puro alegres que estaban, besaron al recién nacido Bedru-d-Din y exclamaron:

—En verdad que todo esto a este niño se lo debemos.

Fue al otro día Nuru-d-Din al alcázar para empezar a ejercer sus funciones de visir. Y al llegar, besóle las manos al sultán y recitó estos versos:

Para ti se remoja todos los días  
la dicha, de manera que siempre es nueva.  
Y el que te envidia tiene que consumirse  
de tanto tragar bilis, y al fin revienta.  
¡Yo a Alá con fervor grande siempre le pido  
que tus días todos blancos por siempre sean  
y en cambio a tu envidioso sólo días negros  
tenga a bien concederle para su pena!

Oído que hubo aquellos versos invirtió el sultán a sentarse en el diván de

los visires, y Nuru-d-Din se sentó, pues, en el diván de los visires.

Procedió luego a desempeñar las funciones de su cargo; despachó los asuntos pendientes y administró justicia como si tuviera muchos años de experiencia, y tan bien lo hizo ante el sultán, que este hubo de maravillarse de su sagacidad y su modo equitativo de administrar justicia y resolver litigios.

Por lo que acrecióse aún más el aprecio que le inspiraba y le dispensó nuevas muestras de su benignidad, acabando por tratarlo en términos de gran intimidad.

Hízose con todo ello muy holgada la posición de Nuru-d-Din, hasta el punto de tener barcos propios que surcaban los mares, comerciando por su cuenta, y poderse labrar numerosas fincas, con huertos y norias<sup>18</sup>.

Y en todo este tiempo vino a cumplir su hijo Hasán Bedru-d-Din los cuatro años.

Murió luego el visir viejo, el padre de la mujer de Nuru-d-Din, y este le hizo solemnes exequias y lo fue siguiendo hasta el cementerio.

Consagróse después por entero a la educación de su hijo, y luego que este fue ya mayorcito, le buscó un alfaquí, para que le diera lecciones en su casa, y lo encargó de inculcarle su saber y perfeccionar su instrucción.

Y el alfaquí le dio lecciones y le reveló los entresijos del saber, empezando por hacerle aprender de memoria el *Corán*, en todo lo cual invirtió varios años.

Y en todo ese tiempo fue Hasán creciendo en hermosura y perfección, hasta llegar a ser, como dijo el poeta:

«Luna cumplida de cabal belleza,  
cuya mejilla arbolada, oriente  
es de que el sol cada mañana surge.

<sup>18</sup> Del arabe *Nâora*.

Reina de la hermosura, refulgente,  
de donde, y solo de ella, el Universo  
esa belleza toma que seduce.»<sup>19</sup>

Y el sabio, al ver aquello,  
quedó maravillado  
y la Luna ante el joven  
la tierra hubo besado.»<sup>21</sup>

Educóle el alfaquí en el alcázar de su padre, y desde el día que nació nunca saliera del alcázar del visir, hasta que lo cogió su padre Nuru-d-Din un día de entre los días y lo llevó consigo al alcázar del sultán y entró a ver a este en su compañía.

Miró el rey, pues, a Hasán Bedru-d-Din, el hijo del visir Nuru-d-Din, y maravillóse de su hasanía<sup>20</sup> y le cobró amor desde aquel día.

Y la gente del pueblo, cuando lo vio por primera vez cruzar las calles en compañía de su padre, quedóse atónita ante la excesiva hermosura y sentóse en el suelo a aguardar su regreso, a fin de poder saciar sus ojos en la contemplación de sus encantos y su gracia y su garbo. Pues era como en estos versos dijo un poeta:

«Una noche el astrónomo  
observaba los astros  
cuando vio aparecer  
el rostro de un muchacho.  
Y dizque sobre él Sohal  
había arrojado  
los negros caracoles  
de su pelo rizado,  
con almizcle y con ámbar  
ungidos y aromados.  
Y Mirrij sus mejillas  
habíale sonrosado,  
y sus flechas habíale  
prestado el Sagitario  
para que las lanzasen  
sus ojos como arcos.  
Y Hotared su ingenio  
le había comunicado  
y Zujá, la estrellita  
que apenas divisamos,  
de todo mal de ojo  
habíale preservado.

<sup>19</sup> Recuérdense los famosos versos de la carta de Don Juan a Doña Inés en el *Tenorio*, de Zorrilla: «¡Doña Inés del alma mía!—Luz, de donde el sol la toma...» Y antes que él, muchos siglos antes, dijo el persa Hafiz: «De sus ojos toma su luz la luna.»

<sup>20</sup> Hermosura.

Y todos, al pasar, lo colmaban de bendiciones en voz alta y a Alá le pedían que le concediese toda suerte de alegrías.

Y el soldán trató al muchacho con especial agrado y díjole a su padre: —De hoy en adelante lo has de traer, sin remisión, todos los días.

Dijo Nuru-d-Din:

—Audición y obediencia.

Tornó luego el visir con su hijo a su morada; mas no dejó de llevarlo consigo todos los días a presencia del sultán, hasta que cumplió el mocito quince años de edad.

Enfermó luego su padre y le hizo venir a su presencia y le dijo:

—¡Oh hijo mío! Escucha mi palabra. Has de saber que yo tengo un hermano que se llama Schemsu-d-Din y es tío tuyo. Y es visir de Mizr, habiéndome separado yo de él sin su consentimiento, y es mi deseo ahora que cojas tú un trozo de papel y en él escribas lo que te dictare.

Acercó, pues, el muchacho papel y procedió a escribir en él lo que le fue diciendo su padre, a saber: la relación de cuanto le había pasado desde el principio hasta el fin, sin omitir la historia de su casamiento con la hija del visir y el episodio de su llegada a Bazra y su conocimiento con su futuro suegro.

Y dictóle, asimismo, sus disposiciones testamentarias; todo ello encabezado con la invocación indispensable de: En el nombre de Alá el piadoso, el apiadable.

Díjole luego el visir a su hijo:

—Guárdate este testamento, pues en

<sup>21</sup> Falta en la edición de Bulak este poemita que es repetición de otro que se incluye en la *Historia de Sobeida*.

él te trazo tu genealogía y todo lo concerniente a nuestra familia.

Tomó, pues, Hasán Bedru-d-Din el papel y lo dobló cuidadosamente y lo envolvió en un trozo de tela encerada y se lo cosió al forro de su turbante.

Luego se echó a llorar por su padre, que iba a faltarle, siendo él aún tan pequeño e inexperto.

Tomóle luego a Nuru-d-Din un desmayo, que de la muerte era el herald; pero luego recobró el sentido y le dijo a su hijo:

—¡Oh Hasán, hijo mío! Cinco cosas aún quiero recomendarte, y es la primera que no intimes ni te familiarices con nadie, pues así te verás libre de contratiempos y desazones, que la seguridad estriba en retraerse del trato de las gentes, según dijo un poeta que ahora se me viene a las mientes:

«No hay nada en este mundo con que contar  
podamos,  
que nos vaya a valer, si lo necesitamos.  
Vive, pues, para ti y no confíes en nadie.  
Si sigues mi consejo, las gracias has de  
[darme.]»<sup>22</sup>

Y mi recomendación, la segunda, es esta, hijo mío: Que no te portes mal con nadie para que la suerte contigo se muestre afable, porque la fortuna de este mundo está un día contigo y otra con tu enemigo y todos los bienes de esta vida no son sino un préstamo que hay que devolver en su día. Como dijo un poeta en esta rima:

«No te lances de ligero  
a conseguir lo que anheles  
y a ninguno le hagas fuerza  
para lograr lo que quieres;  
usa de benevolencia  
por que contigo la empleen.»

Y mi recomendación, la tercera, es que aprendas a callar en sociedad y

que fijes la atención en tus propias faltas para no reparar en las de los demás, que ya dice el refrán: «En el silencio estriba la seguridad.» Y también han llegado a mis oídos los versos de un poeta que dijo:

«La reserva es una joya,  
seguro está aquel que calla,  
y si alguna vez le pesa,  
mil le pesa a aquel que habla  
de su palabra indiscreta.»

Y la recomendación, la cuarta, es que te abstengas del vino, porque el vino es la madre de todos los vicios y el disolvente de todo buen juicio, por lo cual insisto y te repito que no mezcles licores fuertes, pues ya dijo un poeta:

«Del vino yo me aparto y del que bebe  
y por malo lo tengo y por nefasto,  
pues al hombre olvidar le hace el camino  
que solo ha de salvarlo  
y en cambio abre la puerta a la legión  
de todos los pecados.»

Y mi recomendación, la quinta, es esta: Que guardes tus bienes y ellos a ti te guardarán. Que mires por tus caudales y ellos por ti mirarán y no derroches y malgastes tu hacienda, para que no te veas hecho un mendigo y al más vil de los estados reducido. Ahorra, pues, tus dracmas y ten por seguro que no hay mejor bálsamo para las llagas de este mundo.

Y también, sobre esto, he oído yo estos versos:

«Cuando el dinero se va,  
se van también los amigos;  
que estos tan solo pululan  
y bullen en torno al rico.  
Muchos amigos su ayuda  
para gastar me prestaron;  
pero al quedarme sin blanca  
a ayudarme se negaron.»<sup>23</sup>

Y no dejó Nuru-d-Din de hacerle recomendaciones a su hijo Hasán Be-

<sup>22</sup> Compárese con el proverbio alemán—que es todavía más severo—: «Willst du durch's Leben wandern—froh und leicht ins Ziel?—Hoffe nichts von andern—von dir selbst nicht viel.»

<sup>23</sup> Todos estos versos faltan en la edición de Bulak y en las versiones que la siguen.



dru-d-Din hasta que faltóle la voz y expiró.

Hiciéronle entonces llanto así el sultán como todos los emires, y le dieron sepultura con arreglo a su rango.

No dejaron de llorarle por espacio de dos meses, y su hijo, en todo ese tiempo, no montó a caballo ni asistió al diván ni pasó a ver al sultán, supliéndole en sus funciones uno de los chambelanes.

Hasta que el sultán se enojó y nombró visir nuevo y ordenó al nuevo visir que sellase todas las fincas y casas y propiedades de Nuru-d-Din.

Y bajó el visir, el nuevo, y tomó consigo un chambelán y ambos se dirigieron a la casa del visir Nuru-d-Din y la sellaron y cogieron a Hasán Bedru-d-Din y lo condujeron a presencia del sultán, para que este hiciese con él lo que tuviera a bien.

Pero había entre las tropas del sultán un mameluco de los mamelucos del visir Nuru-d-Din, el difunto, el cual compadeciósse del hijo de su señor y fue a ver a Hasán Bedru-d-Din y lo encontró cabizbajo y hacino por la muerte de su padre, y le contó lo que ocurría y le dijo que había ido para avisarle.

Dijole entonces Hasán Bedru-d-Din: —¿No habrá tiempo para que coja y me lleve algunas cosas que en tierras extrañas puedan valerme?

Pero el mameluco le dijo:

—Atiende solo a salvar tu alma, hijo mío, ¡y huye de esta casa ahora que es tiempo todavía!

Y el esclavo recitóle a Bedru-d-Din estos versos:

Escapa con tu vida, si la suerte  
a ello te obliga,  
y deja que tu casa al mundo cuente  
tu desdicha.  
A cambio del que dejas, si lo buscas,  
hallarás de seguro otro país,  
mientras que nuestra vida es solo una  
y con ninguna la podemos suplir.

Solo a vivir en la ruindad se aviene  
el hombre que ruin es ya de suyo,  
siendo tan ancho y grande por fortuna  
de Alá el mundo <sup>24</sup>.

Luego que oyó Hasán Bedru-d-Din las palabras del mameluco, huyó de su casa y echó a andar sin rumbo fijo por esos caminos.

Y no paró de andar hasta que Alá, el poderoso, encaminólo hacia la tumba de su padre.

Entróse, pues, en el *kabristán* <sup>25</sup> y, abriéndose paso por entre los sepulcros, llegó al cabo al de su padre y se sentó en él y dejó caer de su cabeza el pico de su larga almalafa, que era de brocado con una cenefa bordada en oro, y en la que podían leerse los versos siguientes:

«Ye tú cuya frente que refulge  
como el radiante Oriente  
habla de las estrellas y el rocío.  
Quisiera Alá, el piadoso y el clemente,  
que duren tu esplendor y poderío  
y que tu gloria nunca el tiempo amengüe.» <sup>26</sup>

Entróse pues, en el *kabristán* y, estando allí sentado, sobre el sepulcro de su padre, hete aquí que se le acerca un judío, de los de Bazra, y le dice:

—Ye *sidi*, ¿qué te pasa que tan demudado te veo siendo tan bello?

Y Hasán Bedru-d-Din le respondió, diciendo:

—Es que me dormí un momento y soñé que mi padre se me aparecía para reprocharme el que no hubiera visitado antes su sepulcro y desperté lleno de susto y me vine acá a toda prisa con el temor de que me cogiese la noche en el camino y se me hiciese más difícil la visita.

Dijole entonces el judío:

—¡Ye *sidi*! Tiempo hace ya que tenía

<sup>24</sup> Son varias las ediciones que omiten estos versos. Entre ellas la de Mardrus.

<sup>25</sup> Cementerio. Compuesto híbrido del árabe *kabr*, sepulcro, y el persa *stan*, país.

<sup>26</sup> Omitido en la mayoría de las versiones.

la intención de buscarte para hablarte de un asunto que te interesa y mira por dónde la casualidad viene en mi ayuda y me pone en tu presencia. Sabes, pues, que tu padre tenía barcos mercantes que surcaban por su cuenta los mares y ahora empiezan a regresar algunas de esas naves. Y si tú quisieras yo te las compraría, dándote mil dinares por cada una de ellas.

Y acto seguido sacó el judío un bolso repleto de oro y contó mil dinares y se los presentó a Hasán Bedru-d-Din, diciéndole así:

—Extiéndeme un recibo en este papelito y luego sállalo como es debido.

Tomó Hasán Bedru-d-Din el trozo de papel y escribió en él:

«Por la presente, el abajo firmante, Hasán Bedru-d-Din, hijo del visir Nuru-d-Din, vende al judío el Fulano, hijo de Fulano <sup>27</sup>, mercader de Bazra, el primer barco que arribe a Bazra, de los pertenecientes a su padre Nuru-d-Din (¡a quien dé Alá su paz!), en la cantidad de mil dinares, que me paga en dinero contante y sonante.»

Y el judío tomó el recibo y se lo guardó en su bolsillo y se alejó de allí.

Y Hasán entonces echóse a llorar al recordar todo el señorío y el bienestar que había perdido, y, a impulsos del sentimiento, recitó estos versos:

—Esta casa no es casa, mi señora,  
desde que la dejaste;  
los vecinos apenas me saludan;  
los amigos rehúsan el tratarme.  
Y hasta la luna misma me es contraria  
y no quiere alumbrarme.  
Desde que tú te fuiste, es este mundo  
un yermo, un erial,  
y una bruma siniestra envuelve todo  
con su velo fatal.  
Ojalá y aquel cuervo que tu marcha  
con graznido agorero anunció,  
no encuentre nunca un nido que lo acoja  
y se quede pelón.  
¡Oh y cómo la impaciencia me consume  
y en los huesos, cruel, me va dejando!

¡Oh y cuántos velos densos se interponen entre ambos!  
Pero yo, pese a todo, siempre veo tu imagen adorada,  
y sueño sin cesar en ese día en que vuelva a ser casa nuestra casa <sup>28</sup>.

Vinosele después la noche encima y tomólo el sueño y se quedó dormido allí mismo, en la tumba de su padre.

Y no dejó de dormir hasta que salió la luna, y entonces sacó la cabeza del sepulcro y se tendió boca arriba y siguió durmiendo.

Y dizque aquel *kabristán* estaba infestado de *alifrites* de ambos sexos, de los creyentes de Alá y buenos, y dio la casualidad de que en aquel momento hubo de salir a solazarse por allí una *alifrit* y reparó en el rostro de Hasán, que seguía durmiendo, y al verlo, se maravilló de su hasania y hermosura y exclamó:

—¡Loado sea Alá! Que no parece este mancebo de la tierra, sino una huri del *Alchenna* <sup>29</sup>.

Remontó después la genio el vuelo rumbo a la marina con intención de darse unas vueltas por allí como acostumbra, y acertó a toparse con un *alifrit* que por allí revoloteaba y lo saludó con el *selam*, respondiéndole él con la paz.

Y la *alifrit* le preguntó:

—¿De dónde vienes?

Y él le contestó:

—De Mizr.

Y ella le dijo:

—¿No querías venir conmigo un trecho hasta ver la belleza de un mancebo que está allí dormido en un sepulcro del cementerio?

Y el *alifrit* le contestó:

—Sí que quiero.

Y ambos volaron hasta posarse junto

<sup>28</sup> Falta en la edición de Bulak y en la mayoría de las versiones.

<sup>29</sup> El jardín; el paraíso.

<sup>27</sup> Burton especifica a Isaac, el judío.

a la tumba, y la genio le dijo a su compañero:

—Di, por tu vida, si viste nunca algo semejante a esta criatura.

Miró el *alifrit* con atención al joven durmiente y exclamó:

—Loado sea Aquel que no tiene semejante. Pero voy a contarte, hermana mía, si así lo deseas, una cosa que vi.

—Cuéntamela—dijo ella.

Y él empezó a hablar así:

—He visto algo parecido a este joven en los climas de Mizr y se trata de la hija del visir del rey de aquel país; viola el rey, se prendó de ella y pidió-sela en matrimonio a su padre, el visir Schemsu-d-Din. Y le dijo el visir:

—*Ye mulana*<sup>30</sup> el sultán! Dígnate aceptar mi excusa y ten piedad de mis lágrimas. Pues ya sabrás cómo mi hermano Nuru-d-Din se me fue de conmigo y no sé lo que de él haya sido; era mi compañero en el cargo de visir y la causa de que se alejara de mí fue que estábamos una noche sentados, deparando sobre el capítulo de los matrimonios, y él se enojó conmigo y, de

puro enojado, se fue por esas tierras y desde entonces no ha vuelto a mi lado.

Y el visir le contó al rey cuanto entre él y su hermano había pasado y al final añadió:

—Y dizque yo jurara no casar a mi hija más que con el hijo de mi hermano, desde el punto y hora que su madre la alumbró en el parto. Y hace ya de esto unos dieciocho años, pero no hace mucho que vine a saber cómo mi hermano casara con la hija del visir de Bazra y en ella hubiera un hijo, de suerte, pues, que no casara yo a mi hija con otro que el hijo de mi hermano.

Al oír el sultán las palabras de su visir púsose furioso y dijo:

—¡Por vida de mi cabeza! ¡Que no he de casarme con ella sino que se la daré por esposa a quien valga menos que yo para que le sirva de escarnio su boda!

Sintió aquí Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## PERO LA NOCHE 22 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mí noticia, *ye* el monarca, el afortunado, que el *efrit* le contó a la genio el cuento de la hija del visir y cómo el rey jurara casarla con quien fuera menos que él para humillarla.

—Tenía el rey en su alcázar un mozo de cuadra jorobado y estevado y corvado, que no vi, oh hermana mía, en toda mi vida, hombre tan feo como aquel giboso. Y cuanto a la mocita era todavía más bella que este jovencito.

—Mientes—dijole la genio—. Porque este joven es el más hermoso de todas las criaturas de su tiempo.

Contestóle el *efrit* en los mismos términos y acabó diciendo:

—Por Alá, hermana mía, que la mocita que digo es más bella.

Dijo entonces la genio:

—¿Por qué no hacemos una cosa, hermano mío? Lo cogemos en volandas y cargamos con él hasta donde está esa mocita de que hablas y así podemos ver cuál de los dos se lleva la palma.

Vino en ello el *efrit* y, cogiendo entre los dos al durmiente, volaron con él hasta llegar a la ciudad de Mizr, y allí lo dejaron encima de un estrado.

Despertóse luego el joven y se despabiló y advirtió que no estaba junto

<sup>30</sup> Oh señor nuestro.

al sepulcro de su padre, en tierra de Bazra.

Diéronse impulsos de gritar, pero el *efrit* le tapó la boca y encendió para él un cirio. Y le dijo:

—Has de saber que soy quien te traje acá, con la intención de que me secundes haciendo obra grata a Alá. Toma, pues, este cirio y vete con él hacia esa parte del baño y métete entre la gente y ve nadando con todos, hasta llegar a la cámara de la novia; ya allí te adelantaras y entras en la sala, sin temor a nadie, y entrado que hayas, te paras a la derecha del novio corcovado y cada vez que se te acerque alguna de las peinadoras o las cantoras o las aliñadoras<sup>31</sup>, te echas mano a la manga, que la encontrarás llena de oro, y le das a todo el que se acerque un buen puñado<sup>32</sup>; no temas nada y confía en Aquel que te creó; que no entran en juego aquí tu poder ni tu fuerza, sino el poder y la fuerza de Alá.

Echó Bedru-d-Din a andar y se dirigió al *hammam* y se encontró con el jorobado, jinete en su caballo; metióse Hasán Bedru-d-Din entre la gente, en aquel estado y con su hermosa planta, ceñido a la cabeza el turbante, en torno a su *tarbusch*<sup>33</sup> de color rojo y

vistiendo una sobretúnica bordada en oro.

Siguió andando con el cortejo nupcial y cada vez que se detenían las cantoras y la gente las gratificaba, metía él su mano en la manga y la encontraba repleta de oro y cogía un puñado y se lo echaba en el platillo a las cantoras y a las peinadoras, de suerte que no tardó aquel en rebosar de dinares.

Quedáronse estupefactas las cantoras y se asombraron todos los presentes de la belleza y hasanía de Hasán Bedru-d-Din y, como enajenados, siguieron hasta llegar a la cámara del visir.

Allí el ujier contuvo al gentio y le impidió pasar adentro, y entonces las cantoras y las peinadoras dijeron:

—Por Alá, que no entraremos si no entra también con nosotras este joven, pues nos ha trastornado el juicio con su belleza y no compondremos a la novia como no esté él presente a la ceremonia.

Entraron, pues, con él en la cámara de la alegría y lo hicieron sentar allí, a despecho del jorobado.

Y pusieron en doble fila las mujeres de los emires y los visires y los chambelanes, y cada esposa de un emir llevaba en su mano un cirio grande encendido y el rostro tapado con el rebecillo.

Y así desplegadas en dos hileras, unas a la derecha y otras a la izquierda, adelantáronse desde debajo del trono hasta el centro de la antesala que precedía a la cámara de donde había de salir la desposada.

Pero al ver aquellas mujeres a Hasán Bedru-d-Din y lo que había en él de hermosura y belleza—que refulgía su rostro como la luna llena—, inclináronse hacia él y dijeron las cantoras a las mujeres allí presentes:

—Sabed que ese guapo mozo da la propina en oro rojo.

<sup>31</sup> Las maquilladoras, que diríamos hoy.

<sup>32</sup> Se trata de la costumbre que tienen los orientales, que de ellos se nos pegó a nosotros, de arrojar monedas a los circunstantes en las grandes fiestas y en las ceremonias de carácter fausto como bodas, etc. Es nuestro «pelón», que el padrino lanza en los bautizos y así como entre nosotros es frecuente hacer acopio de calderilla para esas ocasiones, también los orientales reservan para esos casos una clase de moneda llamada *nisar*, palabra que en persa significa «nada». En su *Gacela*—XXII—dice el poeta Hafiz con melancolía: «¿Y qué es, Hafiz, tu vida?—Moneda de no nada—que solo echada—en la fiesta lucida—al pueblo alborozado—produce agrado.» (Versión española del marqués de Norona.)

<sup>33</sup> Gorro encarnado; fez. El vocablo persa compuesto de *tar* o *ter*—cabeza—y *pusch*—envoltura.

No dejaron, pues, de servirle y obedecerle en cuanto les decía y agolpábanse en torno a él las mujeres con sus cirios encendidos y contemplaban su hermosura y perdían el juicio.

Y todas hacían votos por hallarse entre sus brazos, aunque solo fuese un año, o un mes, o una hora, y levantaban el pico del velo que les tapaba la cara y perdían el tino y exclamaban:

—¡Dichosa la que pueda llamarse suya y tenerle encima!

Después de lo cual anatematizaban al contrahecho palafrenero y a quien mandara casarlo con aquella joven tan hermosa y, cada vez que requebraban a Hasán Bedru-d-Din, colmaban de improperios al corcovado.

Pusieron luego las cantoras a tocar sus adufes y se adelantaron las doncellas y la hija del visir iba en medio de ellas.

Compusieronla y perfumáronla y vistieronla de suerte que no parecía sino la luna llena, cuando se muestra en su noche catorcena.

Y al adelantarse luego con tales atavíos semejava una hurí del Paraíso. ¡Loado sea Aquel que la creó tan bella para que fuera gala del jardín de las hembras!

Hay que decir que la habían perfumado con ámbar, almizcle y rosa, y que sus peinados cabellos brillaban bajo la toca de seda que los cubría y sus redondos hombros transparentábanse al través de sus vestidos, que eran de un lujo regio. Pues entre otras galas llevaba puesto un manto bordado en oro rojo, con dibujos de pájaros y flores. Eso por fuera, que, por dentro, solo Alá podría saber y apreciar los tesoros de belleza que guardaba. En la garganta lucía un collar que habría costado muchos miles de dinares. Y cada una de sus joyas era de tal valor que ninguno de los mortales, ni aun los propios reyes, viéranlas nunca iguales.

Adelantáronse luego las otras mujeres, comparables a estrellas, llevando en su medio a su señora, como a la luna cuando se disipan las nubes y las sombras.

Cuanto a Hasán Bedru-d-Din el de Bazra seguía sentado en su sitio y era el blanco de todas las miradas.

Presentóse, pues, la novia y destacóse y cimbreadeó su talle, y fuese a ella el mozo de cuadra, el jorobado, con intención de besarla. Pero ella lo apartó y siguió andando hasta llegar ante Hasán Bedru-d-Din, el hijo de su tío Nur-d-Din.

Rompieron todos a reír y, al ver que Hasán Bedru-d-Din metía mano en su manga y sacaba de ella un puñado de oro y lo echaba en el platillo de las cantoras, alegráronse mucho y le dijeron:

—¡Ojalá y fuera esta tu novia!

Sonrieronse todos y el mozo de cuadra, el jorobado, era el único que ponía cara de macaco.

Y cuantas veces le encendían el cirio al jorobado otras tantas se lo apagaban las mujeres y le dirigían burlas soeces y todo el mundo se reía.

De suerte que el jorobado se quedó allí en la sombra arrumbado, ardiendo de rabia por dentro y echando maldiciones, en tanto aquel cirio encendido era la maravilla de las maravillas y deslumbraba todos los corazones.

Y la novia, levantando sus manos al cielo, imploró:

—¡Ye Alá, dame a ese joven por esposo y librame del otro!

Procedieron luego las doncellas a quitarle el velo a la novia y mostróse esta en su traje, el primero, que era de raso escarlata, y Hasán, al verla, quedó deslumbrado por tanta belleza y perdió el tino y se puso a dar vueltas de acá para allá con garboso contoneo.

Y dizque tenía para ello sobrado motivo, pues a todos los presentes les





pasaba lo mismo: que era la joven tan hermosa como dijo el poeta hablando de otra:

«Sobre arenosa montaña  
un sol radiante brillando  
es su túnica encarnada;  
a libar diome en sus labios,  
atrayentes, seductores,  
un rocío almibarado,  
y el frescor de sus mejillas  
atemperó aquel incendio  
que mi pecho consumía.» <sup>34</sup>

Quitáronle luego aquel traje y le pusieron otro azul, y volvió a presentarse como la luna llena cuando en el firmamento despejado se muestra con su negro pelo y sus mejillas de tez finísima y sus dientecitos que resplandecían en la sonrisa y sus erguidas y firmes tetitas y su cintura tan chiquita y sus caderas pomposísimas.

Y en este traje, el segundo, era propiamente cual de otra parecida dijo el poeta en conceptuosa rima:

«De azul marino vestida  
a mis ojos se mostró;  
dizque parecía un cielo  
despejado y brillante.  
Y pude ver lo que nunca  
logré hasta allí contemplar:  
una luna de verano  
en una noche invernal.» <sup>35</sup>

Cambiáronle luego aquel traje por otro y ella, velándose el rostro con sus largos cabellos, soltóse sus rizos negros, tan negros que lo eran más que la noche más negra, y con los retrecheros guños de sus ojos a todos los volvía locos.

Mostróse luego en otro traje, el tercero, y parecía con él como dijo el poeta en estos versos:

«Velóse con su pelo las mejillas  
y yo exclamé, asombrado:  
—¿Cómo la aurora velas con la noche  
y ocultas su fulgor radiante y claro?

Pero ella sonrió y así me dijo:  
—No es eso lo que hago;  
simplemente con una leve brisa  
abanico a la luna de verano.» <sup>36</sup>

Vistiéronle luego el traje de novia, el cuarto, y se mostró como un sol en su orto y dio unas cuantas vueltas por la sala, con la flexible gracia de una gacela, y traspasó todos los corazones con las flechas de sus pestañas ni más ni menos que como de otra semejante dijo el autor de estos versos:

«Dejóse ver el sol de la belleza  
y a toda otra hermosura la eclipsó,  
y con su gracia y su gentil sonrisa  
al sol del firmamento lo nubló.» <sup>37</sup>

Alardeó luego en otro traje, el quinto, y con él semejaba, en lo garbosa, a una moviediza montañuela arenosa o a una gacela del sediento desierto.

Y los rizos de su pelo resbalaban como escorpiones a lo largo de sus carrillos y su cuello se ladeaba lleno de gracia y sus caderas al andar se cimbreaban.

Como dijo el poeta, refiriéndose a ella:

«Llegó como la luna más colmada  
en noche bendecida,  
con pomposas caderas  
y cintura estrechísima.  
Sus ojos eran de esos que avasallan  
y un rubi en sus mejillas  
reflejaba su vivo centelleo  
y vivas refulgian.  
Su larga cabellera semejante  
a un enjambre de víboras—sus rizos—  
envolvían sus caderas en un velo  
del más sutil tejido.  
Y sus ojos lanzaban unas flechas  
de tal poder, que heridos  
dejaban en el tuétano a los hombres,  
felices y dolidos.  
Pero al querer ceñirle yo su talle  
ella me repelió con gesto brusco.  
¡Oh y cómo un pecho tan suave  
puede encubrir un corazón tan duro!» <sup>38</sup>

<sup>36</sup> Faltan estos versos en las más de las versiones.

<sup>37</sup> Omitidos en la edición de Bulak y en la versión de Mardrus.

<sup>38</sup> Falta en la edición de Bulak y en la versión de Mardrus.

<sup>34</sup> Omitidos en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

<sup>35</sup> Faltan estos versos en las más de las versiones.



Vistiéronle luego el traje nupcial, el sexto, que era verde por cierto, y con él la novia abochornaba a la más esbelta lanza de avellano y su rostro radiante a la más fulgente luna llena eclipsaba y con su garbo airoso a las más gráciles ramillas aventajaba.

Y la novia exaltaba las bellezas de las cuatro partes de la tierra y quebraba los corazones de los hombres, pues era tal como dijo el poeta:

«Una joven ladina y zalamera  
de cara tan radiante, que pensaras  
que el sol sus resplandores tomó de ella.  
A nuestros ojos deslumbrados se mostraba,  
vistiendo un traje verde y parecía  
con él una granada,  
que, entre sus hojas verdes, su hermosura  
oculta a las miradas.  
Y yo al verla, exclamé: —¡Qué lindo traje!  
Dime, ¿cómo se llama?  
Y ella me contestó con picardía  
y gracia soberana:  
—Pues "matacorazones" yo la llamo,  
y en verdad que los mata.»<sup>39</sup>

Dejóse ver luego en el traje, el séptimo, que era de un color entre azafrañado y acartaminado<sup>40</sup>, precisamente como dijo un poeta nombrado:

«Ufana se mostró luciendo un traje  
entre amarillo y rojo,  
que olía a ámbar y sándalo y también  
al almizcle precioso.  
Y dizque su esbeltez le aconsejaba:  
—¡Anda y luce tu garbo!  
Y sus caderas le decían: —¡No andes!  
¿No ves que nos cansamos?  
Y al suplicarle yo me concediese  
sus favores, oí que la Belleza  
—Dáselos—le decía—los merece;  
pero decíale el poder: —¡Sé honesta!»

Dio así la novia por el salón las siete vueltas de rigor, luciendo cada vez un traje diferente, y dizque cada vez parecía más guapa ella y más ricas

sus galas y cada vez se detenía un poquito con sus damas.

Y las cantoras tañían sus adufes y entonaban cantos de amor apasionados y las bailarinas, repiqueteando sus pali-llos, saltaban como pájaros y daban brincos.

Y luego que terminó la vuelta, la séptima, despidieron a los invitados, los cuales se retiraron, todos sin excepción, incluso las mujeres y los chicos, no quedando nadie en el salón sino el jorobado y Bedru-d-Din, el hijo del visir.

Y las azafatas condujeron a la novia a la alcoba para desnudarla de sus alhaites y sus galas y prepararla para cuando el esposo llegara.

Y a cada prenda que le quitaban de sobre el cuerpo decían todas a coro:  
—En el nombre de Alá.

Para librarla del mal de ojo.

Quedaron, pues, como decimos, solos en el salón el joven Hasán Bedru-d-Din y el mozo de cuadra, el cheposo, y este llegóse al joven y le dijo:

—*Ye sidi*, en verdad nos honraste esta noche con tu presencia y no sabríamos cómo pagártelo. Pero ahora ya ¿por qué no te levantas y te vas a tu casa, sin dar lugar a que te tengamos que echar?

—¡En el nombre de Alá!—exclamó Hasán Bedru-d-Din y en el acto se levantó e hizo ademán de salir.

Pero en la puerta cortóle el paso el *alifrit* y le dijo:

—Estate ahí quieto, Bedru-d-Din. Y cuando el jorobado se dirija al lugar excusado, te entrarás tú en la alcoba nupcial, y cuando la novia se adelante a tu encuentro, le dirás:

«Yo soy tu esposo y no el otro, que todo ha sido simplemente un ardid que el rey dispuso a fin de guardarte del mal de ojo y ese jorobado que viste es un mozo de cuadra de nuestros mozos de cuadra.

<sup>39</sup> Omitido en la edición de Bulak y en la versión de Mardrus.

<sup>40</sup> Se trata del *carthamus tinctorius*, cuyo zumo se emplea como tinte en Arabia y Africa.

«Después de lo cual te llegarás a ella y le quitarás el velillo de la cara y no temas ningún mal de ninguna persona mortal.»

Ahora bien: en tanto Hasán Bedru-d-Din departía así con el *efrit*, dirigióse el mozo de cuadra al retrete y se sentó allí.

Y el *efrit* metióse luego en el albañal y subió a flor de agua, en forma de un ratoncillo, y se puso a chillar:

—Chis, chis.

Y el jorobado lo interpeló diciéndole:

—¿Qué vienes a buscar aquí?

Pero entonces el ratón se transformó en gato y empezó a maullar: «¡Miau, miau!», y visto que el chepa seguía en su operación, convirtióse en perro y rompió a ladrar: «¡Guau, guau!»

Asustóse entonces el jorobado y gritó:

—¡Vete de aquí, bicho de mal agüero!

Pero entonces el perro se agrandó y se hinchó hasta convertirse en un rucho que empezó a rebuznar y a alborotar en su propia cara: «Ju..., ju..., ju...»<sup>41</sup>

Enloqueció entonces de venenosa rabia el jorobado y rompió a gritar:

—Hola, gente de la casa. Venid acá.

Pero entonces el burro se agrandó hasta tomar las proporciones de un búfalo y obstruyó todo el sitio y le habló en lenguaje del hijo de Adán y dijo:

—¡Guay de ti, el jorobeta, el más vil de los mozos de cuadra!

Encogiósele al giboso el ombligo al oír tales palabras y resbaló y rodó al suelo, con sus calzones en la mano y dando diente con diente de puro asustado.

Y le dijo el *efrit*:

—¿Qué es eso? ¿Por ventura te falta terreno? Pues si quieres verte a salvo

<sup>41</sup> En la edición de Breslau el gato hace: *nauh*.

de toda zozobra, desiste de casarte con mi novia.

Guardó el jorobado silencio y el *efrit* le instó, diciendo:

—¡Anda, habla! Que si no te daré la tierra por morada.

A lo que el jorobado repuso:

—Yo no tengo culpa en nada de todo este asunto.

—Pues por Alá te juro—dijole el *efrit*—que, como te muevas de aquí o digas una sola palabra antes de que salga el sol, te mataré sin remisión.

Y añadió:

—Te estarás aquí, sin moverte, en la postura que te pongo yo, hasta que salga el sol.

Y el búfalo cogió al mozo de cuadra con los dientes y le metió la cabeza en la taza del retrete sin dejarle fuera más que los pies, y le dijo después:

—Ten cuidado de no hacer el menor movimiento.

Y, así diciendo, el *efrit* se alejó de allí y desapareció.

Y esto es por ahora todo lo referente a esta parte de la historia.

Cuanto a Hasán Bedru-d-Din, el de Bazra, dejó este al jorobado y al *efrit* enzarzados en su reyerta y entró en la casa y pasó al interior de la alcoba nupcial y hete aquí que la novia llega, acompañada de una vieja, y la vieja se detiene en el umbral de la estancia y, dirigiéndose a Hasán, exclama:

—Ye ascuá de fuego, toma; aquí tienes a tu novia, que Alá te la otorga.

Retiróse luego la vieja y entró la desposada en la cámara, y dizque Sittu-l-Hosn<sup>42</sup> se llamaba y tenía destrozada el alma. Y en su corazón decía:

—Por Alá, que no he de ser suya, aunque me cueste la vida.

Pero al llegar al fondo de la habitación y ver allí a Hasán Bedru-d-Din, exclamó:

<sup>42</sup> Nótese otra vez la paronomasia conyugal de los nombres Sittu-l-Hosn y Hasán.

—¡Ye amor mio! Yo al verte allí sentado todo el tiempo pensaba si serías aparcerero del jorobado y condueño con él de mi cuerpo.

Al oír lo cual exclamó Hasán:

—¿Quién trajo acá a ese jorobado ni de dónde iba a ser mi aparcerero en el casamiento?

—¿Pues quién entonces—exclamó la joven—es mi verdadero esposo, tú o el cheposo?

—Ye mi señora—respondióle Hasán—. Todo eso fue una broma que urdimos para divertirnos.

Al oírle Sittu-l-Hosn tales palabras a Bedru-d-Din, sonrió primero y después rompió a reír y dijo:

—¡Ea, ya se apagó mi fuego! ¡Cógeme, amor mio, oh mi novio el pelinegro, y apriétame contra tu pecho!

Y a continuación entonó estos versos:

Pon tu pie, por Alá, sobre mi alma,  
que muchos años hace que lo ansio,  
y murmura de amor dulces historias  
en mi oído.  
Más dulces para mí son tus palabras  
que el más dulce cantar.  
Puedes estar seguro de que nunca  
mi corazón a otro amará <sup>43</sup>.

Despojóse luego Sittu-l-Hosn de sus velos y se subió sus ropas hasta el cuello de suerte que dejó ver todo lo de delante y lo de atrás también.

Y al ver Bedru-d-Din la pureza de su cuerpo, removiéronse en él los deseos.

Y se desnudó y cogió el bolso con los mil dinares de oro que le diera el judío y lo envolvió entre sus zaragüelles <sup>44</sup> y lo metió debajo del colchón.

Y se quitó el turbante y lo puso encima de una silla <sup>45</sup> y quedóse solo

con la camisa <sup>46</sup>, que era muy fina y bordada en oro.

Llegóse entonces a él Sittu-l-Hosn y tiró de él hacia ella y tiró Bedru-d-Din de ella y la atrajo hacia sí y la abrazó y le echó sus piernas en torno a sus caderas.

Y montó el cañón <sup>47</sup> y apuntó a la fortaleza y disparó y la derribó y la encontró perla sin horadar y montura sin cabalgar y le tomó su virginidad.

Y se enardeció su vigor y tornó a apuntar el cañón y más de quince veces lo disparó.

Luego que terminó, puso su mano debajo de la cadera de su amada y esta puso también la suya bajo la de él y, así abrazados, durmiéronse ambos.

Pero antes de sumirse en el sueño, recitaron estos versos:

—No temas nada y al amor te entrega;  
del envidioso no hagas ningún caso;  
del amor el envidioso nada sabe;  
sería necio escucharlo.  
Ten presente que Alá no creó nada  
tan digno de admirar como el bello  
cuadro de dos amantes que reposan,  
unidos en el lecho.  
Siempre que el mundo ve dos corazones  
en fuego de pasión fundidos, trata  
de separarlos con el frío acero  
de su envidia inhumana.  
Pero tú no hagas caso; cuando el sino  
pone a tu paso una belleza tal,  
es para que la ames y la goces  
y a su amor correspondas con lealtad <sup>48</sup>.

Y esto es por ahora todo lo referente a su historia.

Cuanto a la del *efrit* y el mozo de cuadra, díjole el *efrit* macho al *efrit* hembra:

—Levántate y entra en la alcoba y

<sup>46</sup> Del árabe *kamiza*. La versión Weil admite: «Todos los orientales se acuestan con calzoncillos.» (!!)

<sup>47</sup> *Madfā*, en árabe. Burton infiere de aquí la modernidad o modernización de esta historia. En tiempos más antiguos (véase el poeta Lebid, contemporáneo de Mahoma) *madfā*—pi. *Madfā* significaba corriente de agua.

<sup>48</sup> Falta en la edición de Bulak.

<sup>43</sup> Estos versos se omiten en la edición de Bulak y en la versión de Mardrus.

<sup>44</sup> Del árabe *carauil*.

<sup>45</sup> El turbante no debe dejarse en el suelo por respeto.



*"Vino en ello el efit, y cogiendo entre los dos al durmiente..."*

carga con el joven, que nuestra misión es volver a ponerlo en su sitio antes que la mañana nos sorprenda, y ya anda cerca.

Entró, pues, la *efrit* en la alcoba y se escurrió por debajo del lecho y cogió en vilo al joven dormido y remontó con él el vuelo, y dizque no tenía Bedru-d-Din en aquel momento más que la camisa sobre su cuerpo.

Echó a volar la *efrit* y el *efrit* iba detrás, y hubo el *efrit* de sentir deseo y la quiso forzar; pero Alá mandó a sus ángeles que le echasen fuego encima y lo achicharrasen.

Quedó a salvo la *efrit*, pero no se atrevió a seguir adelante con Bedru-d-Din y lo dejó allí, y resultó por designio de Alá ser aquel lugar la ciudad de Dimechk de Scham.

Dejó allí la *efrit* a Bedru-d-Din, al pie de una de las puertas de la ciudad, y ella siguió su vuelo, sin mirar atrás.

Luego que remaneció la mañana y abriéronse las puertas de la ciudad y empezó a salir la gente, repararon los madrugadores en aquel guapo joven, en camisa y gorro de dormir, sin ropas ni turbante, y sumido en tan profundo sueño, ya de día, y todos se dijeron:

—Mucho habrá bregado esta noche para estar tan rendido. Pero bien podía haber tenido un poco de paciencia y haberse vestido.

Seguía así la gente haciendo comentarios respecto a Bedru-d-Din, cuando hete aquí que sopla de pronto una ligera brisa mañanera y le alza al joven el pico de la camisa y deja al descubierto lo que debajo había: el vientre y el ombligo y algo más y unas piernas y unos muslos tales que cristal purísimo y manteca parecían.

Quedaron todos maravillados y en aquel mismo instante abrió sus ojos Bedru-d-Din y se encontró a la puerta de aquella ciudad rodeado de gente, de lo que se asombró muchísimo y dijo:

—¿En dónde estoy yo, buena gente, y

cuál es la causa de que os halláis reunido en torno mío y qué es lo que tenéis que ver conmigo?

A lo que ellos le contestaron, diciendo:

—Nosotros te vimos aquí cuando el muezin <sup>49</sup> lanzaba el pregón de la aurora, tendido junto a esta puerta, y no sabemos nada de tu historia, sino eso que te decimos. Pero dínos tú ahora, a tu vez: ¿dónde pasaste la noche de ayer?

A lo que contestó Hasán Bedru-d-Din:

—¡Por Alá, ye la *aljama*! <sup>50</sup> Yo anoche dormí en la ciudad de Mizr.

Al oír aquello, dijo uno:

—En verdad que es singular.

Y comentó otro:

—No hay duda; este pobre chico ha comido *althaschisch* <sup>51</sup>.

Y empezaron a batir palmas y a comentar unos con otros el caso, diciendo:

—¡Qué lástima de chico! ¡Que diga tales desatinos!

Y uno le dijo:

—Vuelve, muchacho, en tu juicio.

Pero Hasán Bedru-d-Din insistió, diciendo:

—Os repito que la noche pasada dormí en las moradas de Mizr y me casé allí.

—Puede—le dijeron—que todo eso que dices te pasara en sueños.

Quedóse Bedru-d-Din perplejo y pensó para sus adentros:

«Por Alá, que no fue sueño, sino realidad. Pero ¿qué se hizo del jorobado que estaba con nosotros y de mi bolso de oro y de mis ropas y quién me puso este gorro?»

Levantóse luego Hasán y entró en la

<sup>49</sup> Voz enteramente arábiga.

<sup>50</sup> Reunión, junta, asamblea. Del árabe *Al-chamaa*.

<sup>51</sup> Lo mismo que *banch*; narcótico a base de las hojas de la *Cannabis Sativa*. El *althexix* de nuestros moriscos.

ciudad y echó a andar por plazas y zocos, y en todas partes apiñábase la gente en su torno, para verlo, y gritaban:

—¡Un loco! ¡Un loco!

Y lo seguían y lo abucheaban.

Visto lo cual, refugióse Hasán en una confitería que halló al pasar y cuyo dueño era un antiguo bandolero que después, por obra de Alá, se arrepintió y cambió de género de vida y puso aquella confitería. Y todo el mundo en Dimechk le tenía miedo por lo pendenciero.

Al ver, pues, la gente que el joven se había refugiado en la confitería, se desbandó y huyó despavorida.

Y el confitero, al ver a Hasán Bedru-d-Din y contemplar su hermosura y su belleza, sintió al punto su corazón inflamado de amor. Y le dijo:

—¿De dónde eres, chiquillo? Cuéntame tu historia y no temas nada. Que ya eres para mí máspreciado que mi propia alma.

Contóle, pues, Hasán Bedru-d-Din al confitero cuanto le sucediera desde el principio al fin.

Y el confitero, luego que se lo hubo oído, maravillóse y dijo:

—¡Ye *sidi* Bedru-d-Din, has de saber que tu caso es singular y tu historia prodigiosa; pero guarda el secreto hasta que Alá te habilite morada y quedate, entre tanto, aquí conmigo, que yo no tengo hijos y tú lo serás mío.

—Sea como gustes, tío mío—respondió Bedru-d-Din, y se quedó allí.

Y esto es por ahora cuanto hay que decir referente a la historia de Hasán Bedru-d-Din.

Cuanto a la de Sittu-l-Hosn, la hija de su tío, luego que clareó la aurora, despertó de su sueño y no halló a Bedru-d-Din a su lado en el lecho y pensó que habría ido al lugar excusado y se sentó a esperarlo.

Estúvose así una hora de tiempo y luego vio venir a su padre, que llegaba

muy cariacontecido, por lo que el sultán hiciera con él obligándolo a casar a su hija con uno de sus criados, o sea con el mozo de cuadra, el jorobado.

E iba el visir pensando: «Mataré a mi hija como se haya dejado poseer de ese mamarracho.»

Y al llegar a la puerta de la alcoba quedóse el visir parado.

Y desde allí gritó:

—¡Ye Sittu-l-Hosn!

Y la joven le respondió:

—¡Aquí estoy, mi señor!

Y luego salió y dizque de puro alegre se cimbreaba y besó la tierra entre las manos del visir y la luz de su rostro habíase acrecido y también su belleza, después de dormir con aquel cervatillo.

Y al verla su padre tan contenta, la increpó, diciendo:

—¡Ye la desvergonzada! ¿Es posible que estés tan satisfecha de ese mozo de cuadra?

Pero al oír Sittu-l-Hosn las palabras de su padre, sonrió y exclamó:

—¡Por Alá! No mientes a ese jorobeta, ¡maldito sea su padre! Y basta ya de bromas, que por tu culpa todo el mundo se ha reído a mi costa y harto sé que no era ese mi verdadero esposo, sino uno alquilado por diez dinares y una olla de carne, y ya cobró su paga y se fue por su camino. Y yo pasé a mi alcoba y allí encontré a mi marido de verdad, el mismo que asistió a mi alarde nupcial y colmó de oro las manos de todos los presentes e hizo ricos en una noche a todos los indigentes, y yo pasé la noche en los brazos de mi esposo, que es un guapo mozo, con el pelo negro y corrido el entrecejo.

Oído que hubo su padre esas palabras, sus ojos azules, de puro enojado, volviéronse rojos y exclamó:

—¡Ye la perdida! ¿Qué palabras son esas que estás diciendo? ¿Por ventura te has vuelto loca? ¿Dónde está ese esposo que dices?

—Fue un momento al excusado—respondió ella—, pero ya volverá a mi lado. Y él es mi verdadero marido, el que cogió mi flor y por el que a la verdad pierdo yo el sentido.

Maravillóse su padre y dirigióse al retrete y allí se encontró con el mozo de cuadra, el jorobado, con la cabeza metida en la taza y los pies en alto.

Asombróse de aquello el visir y exclamó:

—Pero ¿no es este el jorobeta?

Y empezó a interrogarlo. Pero el cheposo no le contestaba, pensando que era el *efrit* el que lo interpelaba...

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras seductoras.

## PERO LA NOCHE 23 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He podido averiguar, *ye* monarca, el afortunado, que el mozo de cuadra, el jorobeta, al dirigirle la palabra el visir, no le contestó, por lo que el visir, alzando la voz, le increpó:

—Habla si no quieres que te corte la cabeza con esta espada.

Entonces ya dijo el jorobado:

—Por Alá, *ye scheij* el *efrit*; desde que me pusiste en esta postura, no he sacado de aquí la cabeza. Pero ¡por Alá sobre ti! ¡Ten de mí piedad!

Al oír las palabras del jorobado, exclamó el visir:

—¿Qué estás diciendo? Yo soy el padre de la novia y no un *efrit*.

Insistió el otro, diciendo:

—No está mi vida en tus manos ni puedes arrebatarme el alma; así que vete por tu camino antes que venga quien hizo esto conmigo. Que ya sé que me casasteis con una novia de búfalos y un *afarit*. ¡Así maldiga Alá a los que con ella me casaron y maldiga también a quien tuvo la culpa de todo este destartalo!

Dijole entonces el visir:

—No seas loco. Levántate y sal.

—¡Cómo!—respondió el jorobado—. Loco tendría que estar para salir de aquí eirme contigo sin la venia del *efrit*, el cual me dijo: «Cuando salga el sol podrás salir de ahí e irte por tu

camino.» Luego se fue y me dejó aquí boca abajo, según me ves; pero dime por favor, ¿falta mucho para que salga el sol?

Cada vez más perplejo, dijole el visir:

—¿Qué *efrit* es ese de que hablas?

Contóle entonces toda su historia el mozo de cuadra, con su ida al retrete para hacer sus necesidades antes de entrar en la alcoba nupcial y la aparición del *efrit* en forma de rata, gato, perro, pollino y búfalo, y finalmente el mal trato de que objeto le hiciera y la prohibición que le impusiera.

Y al acabar su relato prorrumpió en llanto. Acercóse luego el visir al jorobado y, tirándole de los pies, lo sacó del excusado.

Y el jorobado salió de allí increpando al visir. Y temiendo no se le apareciese nuevamente el *efrit*, echó a correr con cuanta velocidad le permitían sus piernas, dando gritos y sin atreverse a volver la cabeza. Y así llegó al alcázar y se fue a ver al sultán y le contó lo que con el *efrit* le pasara.

Cuanto al visir, el padre de la novia, entró en el cuarto de su hija, trastornado el juicio, y le dijo:

—*Ye* hija mía, explicame de una vez lo que pasó. Porque siento que pierdo la razón.

Dijole entonces ella:

—En verdad, el mozo guapo para el que me quité el velo de la cara, pasó anoche la noche conmigo y me despojó de mi virginidad y me dejó embarazada, y si no das crédito a mis palabras, aquí tienes su turbante, arrollado en la cama.

Al oír el visir las palabras de su hija, penetró en la alcoba y pudo ver el turbante de Hasán Bedru-d-Din, el hijo de su hermano.

Tomólo en seguida en su mano y besándolo, dijo:

—Este es turbante de visir, solo que de los que se estilan en Mozul.

Examinó luego la tela que envolvía el *tarbusch* y la desdobló y cogió también las ropas y encontró en ellas el bolso con los mil dinares; abriólo y halló dentro el trozo de papel con la copia del recibo extendido al judío y firmado por Hasán Bedru-d-Din, el de Mizr.

Y al leer Schemsu-d-Din aquel trozo de papel, lanzó un alarido y cayó a tierra sin sentido.

Luego que volvió en sí y se enteró más al por menor de toda la historia, maravillóse y exclamó:

—¡No hay más dios que el Dio, el Poderoso, sobre toda cosa que creó!

Luego dijo:

—Hija mía, ¿sabes, por ventura, quién es ese joven con el que dormiste anoche?

—No—contestó ella.

Y su padre le dijo:

—Pues para que lo sepas es el hijo de mi hermano, o sea tu primo, y estos mil dinares son tu azidaque <sup>52</sup>. Loado

sea, pues, Alá, que nos ha querido juntar.

De nuevo hallo sus huellas y al instante me abraza la nostalgia,  
y al recordar nuestra pérdida dicha,  
se desbordan mis lágrimas.  
Grito y pregunto sin lograr que nadie responda a mis llamadas.  
Quiera Alá apiadarse de mi pena  
y unirme a aquel por quien suspira el alma.

Leyó luego detenidamente el visir la hoja de papel escrita por su hermano Nuru-d-Din y que Hasán prendiera en su turbante y por ella vino en conocimiento del casamiento de su hermano con la hija del visir de Bazra y de cuanto le acaeciera en su vida hasta el momento de morir, con lo referente al nacimiento de su hijo Hasán Bedru-d-Din. Maravillóse el visir y de puro alegre se tambaleó y comparó lo que le sucediera a su hermano con lo que a él mismo le ocurriera, y encontró ser todo igual y vio que concordaban las fechas de sus respectivos matrimonios y de los nacimientos de sus hijos, de Bedru-d-Din, el hijo de su hermano, y de Sittu-l-Hosn, su hija.

Y cogiendo las dos hojas de papel, fue acto seguido el visir a ver al sultán y se lo contó todo desde el principio hasta el fin.

Y el rey quedó maravillado y mandó que escribiesen con la mejor de las letras aquella historia y la guardasen escrupulosamente en su alhacena. Y dijo:

—Por Alá, que hemos de hacer algo que hasta ahora nadie hizo...

Pero sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y cortó el flujo de sus fluentes palabras.

<sup>52</sup> Del árabe *Az-Zidak*, dote.



## Y LA NOCHE 24 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—He podido saber, *ye* monarca, el afortunado, que el visir Châfar continuó de este modo la historia que contaba al jalifa:

—Luego que el visir Schemsu-d-Din se hubo convencido de que su sobrino Hasán Bedru-d-Din había desaparecido, exclamó:

—Puesto que el mundo está hecho de vida y muerte, procuraré que mi sobrino Hasán Bedru-d-Din, cuando regrese a esta morada, la encuentre igual que la dejara.

Y el visir cogió tintero y caña y procedió a anotar todos los muebles que había en la casa, especificando que el armario está en tal sitio y el tapiz tal en tal otro y así todo lo demás.

Dobló después el pliego y lo selló con su sello y ordenó que lo guardasen con esmero, y cogiendo el turbante y el *tarbusch* de su sobrino, juntamente con los zaragüelles y el bolso, guardólo muy bien todo.

Cuanto a Sittu-l-Hosn, la hija del visir, cumplidos que fueron sus meses, dio a luz un hijo como una luna, que se parecía al padre en hermosura y era un dechado de belleza suma.

Cortáronle el cordón umbilical, le dieron alheña en los ojos y se lo confiaron a las nodrizas, y pusieronle por nombre el de Achib.

Fue luego cumpliendo días y meses y un año. Y cumplido que hubo dos, encomendóselo su abuelo a un alfaquí, encargándolo de su educación.

Fue Achib al colegio por espacio de cuatro años, acompañado al ir y al venir del esclavo negro Sâid <sup>53</sup>, uno de los eunucos de su padre. Y solía Achib pelearse con los chicos de la escuela, a los que dominaba, y decía:

—¿Cuál de vosotros puede igualarme a mí, hijo del visir de Mizr?

Rebeláronse, pues, los chicos y se unieron y fueron a quejarse al maestro de los malos tratos de Achib.

Y el maestro les dijo:

—Os voy a decir una cosa para que se la digáis a él cuando venga y veréis cómo deja de venir a la escuela. Cuando se presente mañana os sentáis alrededor de él y decís unos con otros: «Por Alá, que no jugará con nosotros a este juego sino aquel que nos pueda decir los nombres de su madre y de su padre, pues el que no lo haga así será señal de que es hijo de barraganía y no podrá jugar en nuestra compañía.»

Luego que amaneció la mañana al otro día, fueron llegando los chicos al colegio y Achib entre ellos... Al llegar este rodeáronle los otros y dijeron:

—Vamos a jugar a un juego en el que no tomará parte sino aquel que pueda decir los nombres de su madre y su padre.

Y convinieron todos en ello.

Dijo uno:

—Yo me llamo Machidi <sup>54</sup> y mi madre Alui <sup>55</sup> y mi padre Asu-d-Din <sup>56</sup>.

Dijo otro:

—Yo me llamo Nachib <sup>57</sup> y mi madre Yamila <sup>58</sup> y mi padre Muztafá <sup>59</sup>.

Y así un tercero y un cuarto hasta que le llegó el turno a Achib. El cual dijo:

—Yo me llamo Achib y mi madre Sittu-l-Hosn y mi padre Schemsu-d-Din, visir de Mizr.

<sup>54</sup> Glorioso.

<sup>55</sup> Excelsa.

<sup>56</sup> Poder—de la Religión.

<sup>57</sup> Príncipe.

<sup>58</sup> Hermosa.

<sup>59</sup> El elegido.

<sup>53</sup> Fortunato o Félix.

—¡Por Alá!—exclamaron los otros—. El visir no es tu padre.

E insistió Achib, diciendo:

—De veras que el visir es mi padre.

Echáronse a reír los chicos y batieron palmas y dijeron:

—Tú no sabes quién es tu padre; así que apártate, que no ha de jugar con nosotros sino aquel que sepa el nombre de su padre.

Y en seguida apartáronse los chicos de su lado y empezaron a reírse y a vejearlo, y a Achib se le encogió el pecho y ahogábase el llanto.

Y el maestro se le acercó y le dijo:

—Pero ¿de verás crees, Achib, que es tu padre el visir, cuando no es sino tu abuelo, padre de tu madre Sittu-l-Hosn? A tu padre no le conoces realmente tú, ni tampoco nosotros lo conocemos, pues el sultán casó a tu madre con el mozo de cuadra, el jorobado, y vinieron los genios y con ella durmieron, y como tu paternidad es desconocida, tiénente por hijo de barraganía. ¿No ves que el hijo del más humilde sabe quién es su padre? Pero el visir de Mizr no es tu padre, sino tu abuelo; que a tu padre ni tú ni nosotros le conocemos. Así que vuelve en tu juicio, Achib.

Al oír Achib esas palabras, alejóse de allí y corrió al lado de su madre, Sittu-l-Hosn, y se puso a quejarse con ella y a llorar con tal fuerza, que el llanto no le dejaba hablar.

Luego que oyó su madre sus palabras y su llanto, las entrañas se le desgarraron y le dijo:

—Hijo mío, ¿por que lloras? Cuéntame tu historia.

Contóle entonces lo que les oyera a los chicos y al maestro y le dijo a su madre:

—Madre mía, ¿quién es mi padre?

Y su madre le respondió a Achib:

—Hijo mío, tu padre es el visir de Mizr.

Pero él le replicó:

—No, mi padre no es ese; no me mientas. El visir es tu padre, no el mío. Así que dime de una vez mi padre quién es. Pues, por Alá, que si no me lo dices me mataré con este puñal.

Al oírle Sittu-l-Hosn mentar a su padre rompió a llorar por el recuerdo de su primo y la belleza de Hasán Bedru-d-Din el Bazraui <sup>60</sup> y lo que con él le sucediera y, en medio de su sentimiento, recitó estos versos:

La llama del amor prendió en mi pecho  
y se alejó después;  
la razón he perdido con el sueño,  
dónde hallarla no sé.  
Alejóse con él de mí la dicha;  
no hago más que llorar;  
las lágrimas que fluyen a mis ojos  
van formando un gran mar.  
Presente en mi memoria está su imagen;  
no se aparta de mí;  
¿cómo olvidarlo, pues, si ella mantiene  
vivo mi frenesí?  
Tu imagen lo primero que contemplo  
cada mañana es,  
y así será por siempre, pues no tengo  
más pensamiento que él.

Luego rompió a gritar y llorar con mucha pena y su hijo también gritó y lloró con ella.

Y estando ambos así, hete aquí que llega el visir Schemsu-d-Din y, al verlos llorando, partiósele el corazón de dolor y exclamó:

—¿Por qué os veo llorar a los dos?

Contóle entonces Sittu-l-Hosn lo que a su hijo le ocurriera con aquellos chicos de la escuela, y entonces el visir se echó también a llorar y recordó a su hermano y lo que con él le sucediera y lo que con su sobrino le ocurriera a su hija y no acertaba a explicarse la causa de su huida.

Fuese luego derecho al diván y pasó a ver al sultán y se lo contó todo llorando, y le pidió su venia para emprender un viaje largo. Y el rey se

<sup>60</sup> El de Bazra.

apiadó al verlo llorar y le dio su venia y escribió de su puño y letra sendas cartas para sus gobernadores en todos los climas de la tierra <sup>61</sup> y luego ambos se despidieron y se abrazaron.

Volvió acto seguido el visir a su casa y procedió a hacer los preparativos para la marcha e hizo acopio de las cosas que podían serle necesarias y, tomando consigo a su hija y a su nieto, emprendieron todos la marcha.

Y caminaron el primer día y el segundo y el tercero, hasta llegar a la ciudad de Dimechk <sup>62</sup>. Encontráronla poblada de árboles y regada de ríos, según el poeta dijo:

«En Dimechk pasé un día con una noche.  
¡Ciudad de maravilla! ¡No hay otra igual!  
Su creador, al hacerla, juró que nunca  
haría otra tan hermosa. ¡No tiene par!  
La noche con sus alas la cubre amable  
templando los rigores del clima ardiente,  
y del solar asedio durante el día  
la resguardan sus bosques umbreros, verdes.  
Alfojar en sus ramas es el rocío,  
cual copitos de nieve que el aire avienta,  
y hace que a tierra rueden, cubriendo el suelo  
de bellas, transparentes, líquidas perlas.  
En sus bosques Natura sus galas luce;  
el pajarillo en ellos por las mañanas  
da su lección de canto, que maravilla;  
como página en blanco espejea el agua;  
al pájaro la brisa le da su réplica  
y sin cálamó escribe su canto bello,  
y la tinta le brindan las blancas nubes,  
unas gotas la lluvia fresca vertiendo.»

Acampó allí el visir en el Meidanu-l-Jazba <sup>63</sup> y mandó armar sus aljaimas, y dijo a sus criados:

—Nos quedaremos aquí a descansar un par de días nada más.

Entraron luego los criados en la ciudad; este a comprar, el otro a vender, aquel a visitar el *hammam*, aquel otro a ver la aljama de los Beni-Umeyya <sup>64</sup>, que no tiene igual en toda la tierra.

Y entró también en la ciudad Achib con su criado <sup>65</sup>, el cual iba a su zaga y llevaba en su mano una vara de avellano, capaz de matar a un camello de un palo.

Y fueron andando señor y criado hasta que el Poderoso los encaminó a una confitería que era precisamente aquella de marras adonde antaño se refugiara el padre de Achib, Hasán Bedru-d-Din, que desde entonces viviera allí en compañía de su dueño, el cual lo adoptara por hijo ante el cadí y los testigos.

<sup>64</sup> Mezquita mayor, fundada por los Beni-Umeyya, que tuvieron su corte en Damasco. Hablando de esta aljama, dice Benjamin de Tudela: «Hay allí (en Damasco) una mezquita de los mahometanos llamada aljama de Damasco; no hay en todo el mundo construcción como esta, y dicen que fue palacio de Ben-Hadad; allí hay una muralla de cristal, construida por arte de los magos, e hicieron en ella tantas ventanas como el número de días del año, penetrando el sol por cada una de ellas, sucesivamente, todos los días, bajando por doce escalones correspondientes a las horas del día. Y en el palacio hay cámaras construidas con oro y cristal, y cuando la gente va a pasear por la muralla, se ven los unos a los otros, aun cuando exista pared entre ellos; allí hay columnas recubiertas de oro y plata y otras de mármol policromo. En medio del patio se encuentra una cabeza de gigante recubierta de oro y plata que hicieron en forma de bola, con los bordes de oro y plata; es grande como un tonel y pueden entrar a bañarse dentro de ella unas tres personas. En el interior del palacio está colgada la costilla de un gigante, cuya longitud es de nueve palmos por dos de anchura; pertenecía a Anak, rey de los antiguos gigantes, cuyo nombre era Rey Abramaz.» Versión española de González Llubera.

Dicha mezquita la mandó construir Al-Ualid I sobre las ruinas de la antigua iglesia de San Juan Bautista.

<sup>65</sup> En la versión Weil el criado de Achib se llama Chabán.

<sup>61</sup> Los siete que enumera Ptolomeo.  
<sup>62</sup> Damasco, ciudad de Siria, a unos kilómetros de Beirut, que le sirve de puerto. Figura en el *Itinerario* de Benjamin de Tudela (siglo XII), que hace de ella grandes elogios. «Es—dice el viajero judío—ciudad hermosa y grande, circundada de una muralla, tierra de huertos y jardines, en quince millas a la redonda; no existe ciudad tan fructífera como ella en todo el mundo. Descienden hasta ella desde el monte Hermón los ríos Amana y Parpar, ya que está asentada bajo el Hermón. Es centro de mercancías...»

<sup>63</sup> Campo de los guijos.

Estaba allí a la sazón Hasán Bedru-d-Din y luego que vio a Achib maravillóse de su hermosura y sintió que se le removían las entrañas y su corazón quedaba preso de sus gracias.

Estaba Hasán Bedru-d-Din confec-cionando en aquel instante un dulce de granos de granada y almendra y azúcar, y al ver a Achib y al eunuco, allí, parados, los invitó a entrar y probar su pastel, mano a mano con él.

Aceptaron ellos y pasaron y se sentaron, y Bedru-d-Din dijo encantado:

—¡Cuánto honor me hacéis! ¡Y qué suerte la mía! Comed a vuestras anchas y de provecho os sirva.

A lo que Achib le contestó:

—Ven aquí y sientate a comer con nosotros. ¡Así quiera Alá juntarnos con quien vamos buscando!

Dijole entonces Hasán Bedru-d-Din al muchacho:

—Hijo mío, ¿por ventura, en tus tier-nos años, te ves de quien amas sepa-rado?

Y Achib le dijo:

—Sí; destrozado tengo mi corazón por la ausencia del que amo, y por cierto que ese amado, del que lejos me veo, no es otro que mi padre. Y hemos salido yo y mi abuelo y mi madre a correr tierras solamente por encontrarlo.

Y al decir esto el joven rompió en copioso llanto. Y su padre lloró tam-bién de verle llorar a él. Y recordaron ambos la ausencia de los seres que amaban y lo lejos que de ellos estaban. Y hasta el propio esclavo lloró emocio-nado.

Comieron todos juntos y, luego que terminaron, Achib y el eunuco se le-vantaron y se despidieron de Hasán Bedru-d-Din y se retiraron de allí.

Sintió entonces Bedru-d-Din cual si su alma se desprendiese de su cuerpo y remontase el vuelo.

Y no tuvo paciencia para aguardar

ni el espacio de un parpadeo, sino que cerró la tienda y se fue tras ellos.

Y dizque, a todo esto, no sabía aún ni sospechaba lo más mínimo que aquel muchacho fuera su hijo.

Caminó, pues, ligero tras de ellos y logró alcanzarlos antes que llegasen a la puerta mayor.

Pero advirtió el eunuco que los iba siguiendo y se volvió y lo increpó, diciendo:

—¿Qué se te ofrece, confitero? ¿Y por qué nos vienes siguiendo?

A lo que Hasán Bedru-d-Din le con-testó:

—Es que cuando salisteis de la tienda me pareció a mí que el alma se me salía del cuerpo, y como tengo algo que hacer fuera de la ciudad, me dije: «Los acompañaré, despacharé mi dili-gencia y luego volveré.»

Dijole el eunuco a Achib:

—Mala sombra ha tenido el convite, que al final se nos ha vuelto el dulce amargo. Pues el confitero nos viene siguiendo los pasos.

Volvióse a mirar Achib y pudo com-probar que era así.

Enojóse entonces Achib y temió que el esclavo le fuese con el cuento a su abuelo y le dijese cómo habían estado en la confitería y cómo los siguiera después el confitero.

Volvióse el joven a mirar y sus ojos se encontraron con los de Hasán, el cual se quedara como cuerpo sin alma.

Y parecióle al muchacho que aque-llos ojos eran ojos de traidor y que aquel hombre podría ser hijo de forni-cación.

Acrecióse entonces su furor y cogió una piedra y se la tiró a su padre a la cabeza y fue el golpe tan recio que Bedru-d-Din rodó por tierra sin conoci-miento.

Y entonces se alejaron de allí el eunuco y Achib.

Luego que volvió en sí Bedru-d-Din

restañóse la sangre, rasgó una tira de su turbante y se vendió con ella la frente. Y se dijo a sí mismo:

«En verdad que ofendí a ese muchacho al cerrar la tienda y seguirle los pasos, dando lugar a que pensase que me animaban intenciones reprobables.»

Tornóse luego a su tienda y siguió allí vendiendo sus dulces y distrayendo su pena. Y le entraron ausencias de su madre, que quedara en Bazra, y rompió a llorar con gran sentimiento, recitando estos versos:

No le pidas al siglo que repare  
agravio que comete,  
que nunca hacer justicia fue costumbre  
de la suerte.  
Si algo nos da, muy luego nos lo quita  
diligente;  
si agua clara nos brinda, turbia al punto  
se vuelve.

Seguió luego Bedru-d-Din vendiendo sus pasteles, lo cual le ayudaba a olvidar el incidente.

Cuanto al visir Schemsu-d-Din, su tío, estuvo acampado en Dimechk tres días y luego prosiguió su viaje rumbo a Homs <sup>66</sup> y en todas partes hacia indagaciones sobre el paradero del hijo de su hermano, hasta que llegó a Mardín <sup>67</sup> y a Mozul <sup>68</sup> y a Diarbekr <sup>69</sup> y no dejó de caminar a marchas forzadas, hasta arribar finalmente a Bazra.

Entró, pues, en ella y, luego de plantar allí sus tiendas, fue a ver al sultán, el cual le dispensó afable acogida y lo

colmó de honores, agasajos y atenciones y le preguntó la causa de su venida a la ciudad.

Contóle entonces Schemsu-d-Din toda su historia, haciéndole saber cómo era hermano del visir Nuru-d-Din.

Enternecióse el sultán al oírlo y exclamó:

—Amigo mío, el visir Nuru-d-Din era mi visir y yo le tenía mucho cariño, y murió hace ya quince años, dejando un hijo que desapareció, sin que hasta ahora hayamos vuelto a saber de él, pero su madre sigue aquí y es la hija del antiguo visir.

Lúego que Schemsu-d-Din oyó las palabras del sultán de Bazra respecto a la madre del hijo de su hermano, holgóse muchísimo y dijo:

—¿Ye rey, yo la quisiera ver!

Dio su venia en el acto el sultán y Schemsu-d-Din encaminóse a su morada, a la que no tardó en llegar.

Y al llegar se detuvo en el umbral y lo besó y lanzó tristes miradas a su interior y en su derredor.

Y recordó a su hermano Nuru-d-Din y cómo muriera en extraña tierra, lejos de todos sus parientes y amigos y deudos.

Y al evocar estos recuerdos, recitó estos versos:

—Anduve entre estas paredes,  
de mi Leila bien amada,  
y en cada uno de estos muros  
mis ósculos estampaba.  
Pero, no obstante, esos muros  
no eran los de mi adorada,  
sino de una gente nueva  
que a morar vino en la casa <sup>70</sup>.

Y luego que recitó esos versos traspuso los umbrales y pasó adentro y, en el fondo de un gran patio, vio un pasillo abovedado, labrado en sienita duri-

<sup>66</sup> Ciudad de Siria, entre Alepo y Damasco (Dimechk).

<sup>67</sup> Castillo situado entre Mozul y Orfah, famoso en la Historia por haber resistido victoriosamente el asedio que le puso el conquistador tártaro Timur Lenk.

<sup>68</sup> Ciudad de la Mesopotamia, a orillas del Tigris.

<sup>69</sup> Capital de la provincia de su nombre en las cercanías del Tigris. Llámase también Diarbekir. (Benjamin de Tudela, Ibn Batutah y Abd-ul-Kerim hablan de estas ciudades en sus sendos itinerarios.)

<sup>70</sup> Tanto estos versos como los que siguen faltan en la edición de Bulak y en la versión de Mardrus, que omite muchos pormenores.

sima y de mármol policromo incrustado.

Y se metió por aquel corredor y toda la casa recorrió y, al tender la vista en derredor, vio el nombre de su hermano Nuru-d-Din en las paredes con oro grabado.

Y el visir Schemsu-d-Din besó aquellas letras y se echó a llorar y de nuevo recordó cómo se había separado de su hermano y cómo para siempre sin él se había quedado, y fue tal su sentimiento, que recitó estos versos:

—Por vosotros pregunto cada día,  
al sol cuando se muestra,  
y también a la noche tenebrosa  
cuando a nosotros llega.  
Desvelado las noches pasar dejo  
y es inmensa mi pena,  
y, sin embargo, a nadie se la digo,  
y para mí la guardo toda entera.  
Pero como la ausencia se prolongue,  
de cierto que me mata la tristeza.  
¡Oh si solo una vez tu bella imagen  
mis ojos bendijera,  
ya nada más en la vida, por Alá,  
yo ver apeteciera!  
No temas que yo nunca a ti te olvide  
y menos que amar pueda a otra belleza.

Siguió después andando hasta que llegó a los aposentos particulares de la viuda de su hermano, la madre de Hasán Bedru-d-Din, el mizriano.

Y se ha de saber cómo la cuitada, desde que su hijo hubo desaparecido, no dejara de llorar y endecharlo, lo mismo en las horas de luz que en las de sombra, y luego que los años fueron pasando y haciéndosele más y más pesados, mandó labrar la anciana un sepulcro de mármol en mitad del salón y allí se pasaba días y noches llorando, sin dormir sino a ratos.

Y al llegar el visir ante la puerta oyó rumor y se detuvo detrás de ella y pudo escuchar una voz que junto a un sepulcro declamaba los siguientes versos:

—Por Alá, dime, tumba, su belleza  
y su florido aspecto ¿habrán cambiado?  
No eres ningún jardín ni un cielo eres;

¿cómo podrias tú, pues, en tu regazo  
reunir la verde rama florecida  
y de la luna el refulgente lampo?

Pero, estando la madre de Bedru-d-Din recitando estos versos, pasó adentro el visir Schemsu-d-Din y la saludó con el *selam* y le hizo saber cómo era el hermano de su difunto esposo Nuru-d-Din y le refirió todo lo sucedido y le contó cómo su hijo Hasán Bedru-d-Din durmiera toda una noche con su propia hija en su casa y luego desapareciera, al clarear la mañana. Y para terminar, le dijo:

—Has de saber que mi hija quedó encinta de tu hijo y dio a luz un varón que traigo conmigo y que es nieto tuyo y mío.

Al oír la esposa del hermano del visir que su nieto vivía y ver delante de ella al hermano de su marido, fuese derecha a Schemsu-d-Din y postróse a sus pies y se los besó, y después de eso, recitó estos versos:

—Loado sea Alá, que un mensajero  
de faustas nuevas me envió.  
Yo, en albricias, le diera el propio pecho  
que desgarró el adiós.

Mandó luego el visir a buscar a Achib para presentárselo a su abuela, y esta, al verlo, levantóse y lo abrazó y de nuevo lloró. Mas Schemsu-d-Din le dijo:

—No es este momento de llorar, sino de que procedas a hacer tus aprestos de viaje para venirme con nosotros a las mansiones de Mizr. ¡Así quiera Alá juntarnos a todos con tu hijo y el hijo de mi hermano!

A lo que respondió ella:

—Audición y obediencia.

Y, levantándose, en el acto procedió a reunir todos sus enseres y riquezas y a hacer sus preparativos para la marcha.

Subió luego Schemsu-d-Din a ver al sultán de Bazra y se despidió de él como la cortesía manda.

Y el sultán le dio al visir regalos y presentes para el sultán de Mizr.

Acto seguido levantó el campo el visir en unión de su cuñada y su nieto y caminaron todos hasta llegar a la ciudad de Dimechk, donde hicieron alto en la plaza del Kanun y armaron allí sus tiendas y acamparon. Y díjoles el visir Schemsu-d-Din a sus gentes:

—Estaremos aquí en Dimechk una semana y compraremos regalos y presentes para al sultán de Mizr.

Y díjole Achib al eunuco:

—Ye esclavo <sup>71</sup>, tengo deseo de estirar un poco las piernas. Vámonos, pues, al Gran Bazar <sup>72</sup> a ver cómo andan allí las cosas y nos enteraremos de lo que haya sido de aquel pastelero de cuyos dulces comimos y al que yo herí de una pedrada en la cabeza, en pago de las atenciones que recibimos de él, devolviéndole mal por bien.

—Audición y obediencia—respondió el eunuco.

Salióse, pues, Achib del campamento en compañía del eunuco y la voz de la sangre encaminóle en dirección a la tienda de su padre y, entrando en la ciudad de Dimechk por Badu-l-Faradis <sup>73</sup>, no paró de andar hasta llegar a la tienda del confitero en el preciso instante en que los creyentes dirigíanse a la mezquita de los Beni-Umeyyas para hacer la zalá del *azr*.

Hallaron en su tienda al pastelero, y Achib, al verlo, lo saludó con el *selam* y le dijo:

—En verdad que en todo este tiempo no te apartaste de mi pensamiento.

No bien hubo visto al joven Hasán Bedru-d-Din, cuando fuéronsele hacia él sus entrañas y le palpitó el corazón,

y bajó la frente hasta dar en el suelo y quiso hablar y la lengua se le trabó. Levantó luego la cabeza y miró a su hijo con ojos hundidos y bajos y recitó estos versos:

—De mi amor vengarme quise;  
pero luego que lo ví,  
no pude menos de hablarle  
ni de sus ojos huir.  
Por más esfuerzos que hiciera,  
no pude ocultar mi amor;  
mil reproches pensé hacerle,  
mas al tenerle delante  
ya todo se me olvidó.

Luego díjoles a ambos:

—Alegrad mi corazón y probad de estos dulces de mi confección.

Entraron, pues, en la tienda Achib y el eunuco, y Hasán Bedru-d-Din ofrecióles una fuente de pepitas de granada en dulce, en cuya confección era maestro el confitero.

Y Achib le dijo:

—Ven acá y siéntate aquí y come con nosotros, amigo, que acaso Alá será servido de depararnos lo que tanto anhelamos.

Alegróse Hasán al oírlo y se sentó y comió con ellos. Pero en tanto comía no le quitaba ojo a Achib, porque su corazón y su vida entera de él pendían, y tanto y tanto lo miraba, que al cabo Achib exclamó enojado:

—¿No te dije ya que me cargabas con tanto mirarme a la cara? Pues parece que me pinchas con tus miradas.

Y al oír Hasán Bedru-d-Din aquellas palabras de su hijo, entróle mucho sentimiento y recitó estos versos:

—Tienes un arte especial  
de encadenar las miradas;  
un misterio oscuro y hondo,  
que en velo su faz recata.  
¡Oh tú, cuyo fulgor vence  
al resplandor de la luna  
y al de la misma mañana  
que en vano contigo lucha!  
Es un templo tu belleza  
cuyo culto no decae;

<sup>71</sup> En la edición de Calcuta el esclavo se llama Laik.

<sup>72</sup> Muy famoso por su animación en toda la Edad Media y aún hoy Burton lo considera el más populoso de Oriente después del Bhendi-Bazar, de Bombay.

<sup>73</sup> Puerta del Paraíso.

antes todos se hundirán,  
que se eclipsen tus señales.  
¿Estaré yo condenado  
a morir de ardiente sed  
a la vista de esa boca  
que es una fuente de Edén?

Siguió luego Hasán metiéndoles confites en la boca, ora a Achib, ora al castrado, y comieron todos hasta que se saciaron.

Levantáronse luego todos y el pastelero rociólos con agua las manos y después se las enjugó con una hermosa toalla de seda que en la cintura llevaba prendida. Y luego se las perfumó con agua de rosas, valiéndose de un hisopo de plata.

Y no contento todavía, fuese adentro y volvió trayendo en sus manos dos alcarrazas de sorbetes de agua de rosas almizclada y helada y ofrecióles una a cada uno de sus huéspedes, diciendo:

—Coronad vuestra fineza.

Y Achib tomó su alcarraza y bebió y después se la pasó al eunuco, que bebió también, y así siguieron hasta que al cabo sintieron repletos sus estómagos y empachados por haber comido más de lo acostumbrado. Y finalmente se retiraron y apretaron el paso hasta que al campamento llegaron y Achib pasó a saludar a su madre y a su abuela, esta lo besó y al acordarse de su hijo Bedru-d-Din, suspiró y lloró y recitó estos versos:

—Nunca pierdo la esperanza  
de volverte a ver un día,  
pero sin ti ningún encanto  
para mí tiene la vida.  
Por mi existencia he jurado  
no amar nunca sino a ti.  
Y Alá que lee en lo secreto  
sabe muy bien que es así.

Luego de decir esos versos preguntó le Sittu-l-Hosn a su hijo:

—Dime, hijo mío, ¿dónde estuviste?

Y Achib le contestó:

—En la ciudad de Dimechk.

Levantóse luego la abuela y fue allá adentro y volvió con una rebanada de pan y una fuente de pipas de granada en conserva, en cuya confección era maestra, y en la cual, por cierto, iniciara a su hijo Hasán, siendo aún pequeño.

Y le dijo al castrado:

—Ven y siéntate junto a tu amo.

Y el esclavo le dijo a Achib:

—¡Por Alá, que no tenemos apetito y no puedo aguantar ni el olor del pan!

Pero se sentó y lo mismo hizo Achib, aunque también sentía empacho de tanto como había comido y bebido.

Tomó, sin embargo, una pizca de pan y lo mojó en la jalea de pipas de granada e hizo por engullírselo; pero lo encontró poco dulce y, haciendo un mohín, exclamó:

—¡Huy, qué soso está!

Y su abuela, al oírlo, dijo:

—¿Cómo es eso, hijo mío? ¿Le pones peros a mi dulce, que yo misma he confeccionado, cuando no hay quien en esto me iguale, como no sea tu padre Hasán Bedru-d-Din, que lo aprendió de mí?

—Por Alá, señora—replicó Achib—, que esta vez este tu dulce no te salió bien. Precisamente hace un rato, en la ciudad, estuvimos en la tienda de un confitero que hace dulce de pepitas de granada, cuyo olor nada más hace que el corazón se nos dilate y aun al más desganado y ahito abrele el apetito, de suerte que el tuyo no se puede comparar con él ni poco ni mucho.

Al oír su abuela esas palabras sintió gran enojo y miró al eunuco...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus desbordadas palabras.



## Y LA NOCHE 25 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mi noticia, *ye* el monarca, el afortunado, que la abuela de Achib, al oír las palabras de su nieto, sintió un gran enojo y fijó en el eunuco sus airados ojos. Y lo increpó, diciendo:

—¿De modo que fuiste osado a entrar en esa confitería con tu amo?

Echóse a temblar el esclavo y apresuróse a negar y dijo, balbuceando:

—En la tienda no entramos, que de la puerta no pasamos.

Pero Achib lo desmintió, exclamando:

—Por Alá, que sí entramos, y por cierto que comimos allí un dulce exquisito.

Al oír aquello su abuela fuese a ver en seguida al hermano de su marido y le contó cuanto había oído, y el visir, al saber lo ocurrido, mandó comparecer ante él al eunuco y le dijo:

—¿Cómo es que te atreviste a entrar en esa confitería con mi hijo?

Llenóse el eunuco de pavor y exclamó:

—¡Pero si no hemos entrado en ella, señor!

Pero Achib lo desmintió de nuevo, diciendo:

—Sí que entramos y comimos dulce de granada y después el confitero nos obsequió con agua de nieve azucarada.

Enojóse todavía más el visir con el esclavo y siguió interrogándolo y siguió el eunuco negando, hasta que el visir acabó por decir:

—Si es verdad lo que dices, siéntate ahí y come delante de mí.

Pero el esclavo excusóse de hacerlo, diciendo:

—Es el caso, señor, que comí ayer tanto con unos compañeros, que todavía me dura el empacho.

Comprendió entonces el visir que se había atracado el eunuco en la confitería y mandó a los otros esclavos que lo tendiesen en el suelo boca abajo y, luego que así lo hicieron, ordenóles le diesen de azotes con todas sus fuerzas, lo que ellos hicieron sin excusar clemencia.

Hasta que el eunuco alzó el grito pidiendo socorro y dijo:

—En verdad, señor, que aún estoy empachado del atracón de ayer.

Mandó el visir suspender las azotainas y le dijo:

—Habla y di la verdad.

Y entonces el esclavo dijo:

—Pues sí, *ye* mi señor; has de saber que entramos en esa pastelería y el pastelero nos obsequió con dulces de granada y comimos hasta quedar ahitos. Y por Alá que en mi vida he comido otro más rico, así como tampoco nunca lo comí más detestable que este otro que tengo delante.

Enfurecióse al oírlo la madre de Hasan Bedru-d-Din y le dijo:

—Vas a ir sin remisión ahora mismo a esa pastelería y me vas a traer una fuente de ese dulce de pepitas de granada que dices y se la presentarás a tu señor para que diga cuál es el más rico y sabroso de los dos.

—Está bien—dijo el criado.

Dióle ella en el acto una fuente y medio dinar. Y fuese allá el esclavo y, entrando en la pastelería, díjole al pastelero:

—*Ye scheij* de todos los cocineros: hemos hecho una apuesta en casa de nuestro amo a que tu dulce de granada es mejor que el que allí han hecho las mujeres de la casa; así que haznos medio dinar de dulce y esmérate en su confección todo lo más que puedas,

que ya, por culpa de tu dulce, tuve que probar unas azotazos harto amargos.

Echóse a reir Hasán Bedru-d-Din y dijo:

—Por Alá, que el dulce que yo hago no lo hace nadie, como no sea mi madre, que se halla ahora en unas tierras muy lejos de aquí.

Cogió luego la fuente y la refinó todavía con almizcle y agua de rosas y se la dio al esclavo, el cual la tomó y corrió desalado al campamento y, al llegar allí, entregósele a la madre de Hasán Bedru-d-Din.

Probóla esta y reconoció al punto el estilo de sus dulces que Hasán Bedru-d-Din aprendiera de ella y, lanzando un alarido, desplomóse en tierra sin sentido.

Llenóse el visir de zozobra y mandó le espurreasen la cara con agua de rosas.

Pasada una hora, volvió ella en sí y exclamó:

—No hay duda que vive mi hijo, pues solo él pudo hacer este dulce que yo le enseñé y ese confitero no es otro que mi hijo Hasán Bedru-d-Din, sin que nadie me pueda desmentir.

Alegróse mucho el visir al oírlo y dijo:

—¿Será que, por fin, nos vamos todos a reunir? Por obra y gracia de Alá (glorificado sea), en quien únicamente mi alma espera.

Levantóse el visir luego y gritóles a sus hombres, diciendo:

—Que vayan diez de vosotros en seguida a la casa de ese pastelero y la echen abajo y lo aten a él con su turbante y acá me lo traigan sin hacerle daño.

—Está bien—respondieron ellos y marcharon a cumplir sus mandatos.

Cuanto al visir, dirigióse en el acto a la residencia del guali y se avistó con el vicario de Dimechk y le dio a leer las cartas que consigo llevaba del

sultán de Mizr, y aquel las tomó y las besó y se las puso sobre su cabeza y después exclamó:

—¿A quién demandas, oh el visir?

—Al pastelero del zoco—respondió el visir.

Luego que lo oyó el guali, dio orden a sus esbirros de que fueran por él y se lo llevaran allí.

Marcharon allá los guardias del guali, pero al llegar encontraron la tienda derruida con todo cuanto contenía, pues en tanto el visir iba a ver al gobernador hicieron sus hombres lo que les ordenara, tornándose luego al campamento en espera de su regreso.

Y Hasán Bedru-d-Din se decía para sus adentros:

«¿Qué será lo que habrán visto en mi dulce de granada para que haya caído sobre mi esta desgracia?»

Volvió finalmente el visir de con el guali, con facultades para apoderarse de su demandado y llevárselo consigo fuera de Dimechk, y al entrar en el campamento mandó que llevaran a su presencia al pastelero.

Compareció, pues, delante del visir Hasán Bedru-d-Din, maniatado con su turbante, y el visir gritóles a sus criados:

—Que venga en seguida un camellero y traedme también un arcón grande.

Hiciéronlo así los esclavos y, por orden del visir, cogieron a Hasán Bedru-d-Din y lo metieron en el arca, y la cerraron y la colocaron luego a lomos de un camello; levantaron las tiendas de campaña y toda la comitiva púsose inmediatamente en marcha.

Caminando fueron todo el día sin parar, hasta que se hizo de noche; detuviéronse entonces y, sacando algunas cosas del repuesto de víveres, procedieron a hacer colación y sacaron a Hasán Bedru-d-Din del arcón y le dieron de comer, después de lo cual tornaron a encerrarlo en él. Y así siguiere-

ron caminando hasta llegar a una nueva parada y siempre el visir mandaba sacar del arca a Hasán Bedru-d-Din y le interrogaba:

—¿Eres tú quien confeccionó aquel dulce de granada?

A lo que Hasán Bedru-d-Din respondía:

—¡Sí, *ye sidi!*

Y siempre tornaba a ordenar el visir:

—Atadlo otra vez y metedlo de nuevo en el arca.

Y así continuaron su viaje hasta llegar a Mizra, donde acamparon en la Raidaniya <sup>74</sup>.

Ordenó luego el visir que sacaran a Hasán Bedru-d-Din del arca y que le llevaran a un carpintero, y luego que allí lo tuvo le interpelló, diciendo:

—Hazme una cruz de la medida de este sujeto y ponla sobre una carreta, tirada por una yunta de búfalos.

Al oír lo cual Hasán Bedru-d-Din, exclamó así:

—¿Para qué quieres la cruz?

—Pues para crucificarte en ella y que te paseen por la ciudad con la carreta.

—Pero ¿por qué razón piensas hacer eso conmigo?—inquirió Bedru-d-Din, afligido.

Y el visir fue y le dijo:

—Pues por lo mal que confeccionaste aquel dulce de pipas de granada. ¿No te diste cuenta de que no le echaste bastante especia?

Asombróse Bedru-d-Din y se entristeció por su vida y se quedó pensativo.

Y el visir le dijo:

—¿En qué estás pensando?

A lo que el joven replicó con desparpajo:

—Pienso en cómo puede haber inteligencias tan romas cual la tuya, pues. si

así no fuera, no harías conmigo lo que haces por haberle echado al dulce poca especia.

Pero el visir le respondió:

—No tengo más remedio que hacer contigo un escarmiento.

A lo que Hasán Bedru-d-Din le replicó al visir:

—Pues lo que haces conmigo es todavía más reprehensible que lo que yo hice.

Pero el visir le dijo, sin inmutarse:

—No tengo más remedio que crucificarte.

Y díque ya estaba, a todo esto, armando la cruz el carpintero y de cuando en cuando el visir miraba de reojo a Bedru-d-Din. Fue así pasando el tiempo hasta hacerse de noche y entonces el visir mandó meter en el arca a su sobrino Bedru-d-Din y le dijo:

—Mañana te crucificaremos.

Y quedóse allí quieto a la mira, hasta cerciorarse de que Bedru-d-Din dormía.

Levantóse luego y montó en su caballo y puso delante de él el arca y entró en la ciudad y la atravesó hasta llegar a su alcázar.

Díjole entonces a su hija Sittu-l-Hosn:

—Gracias sean dadas a Alá, que te han reunido con el hijo de tu tío. Dispón la cámara tal y como estaba la noche de tu boda.

Dio Sittu-l-Hosn inmediatamente orden de que así lo hicieran a sus esclavas, y ellas se levantaron y encendieron las luces de los candelabros. Y el visir les dijo:

—Voy a refrescaros la memoria.

Y abriendo una alhacena sacó de allí un papel con el inventario de todos los muebles y objetos y la indicación precisa del sitio que cada uno ocupara la noche de marras.

Y procedió a leer muy despacio la lista, cuidando de que pusieran cada

<sup>74</sup> La edición de Bulak traduce Zabdanayah. Nosotros aceptamos la rectificación de Burton, que explica: «La Raidaniya es, o mejor dicho, era un lugar de parada (*camping grounds*) al norte de El Cairo».

cosa en el lugar que le correspondía. Y tal traza se dieron que el observador más escrupuloso habría creído encontrarse en la noche de la boda de Sittu-l-Hosn con el mozo de cuadra, el jorobado.

Colocó luego el visir por su propia mano las prendas de vestir de Hasán Bedru-d-Din en el mismo sitio en que aquel las dejara la noche de marras: el turbante en la silla, los zaragüelles en la cama, y la túnica, con el bolso de los mil dinares y el contrato del judío, sobre el diván, y volvió a coser en el forro del turbante el trozo de hule con los documentos que contenía.

Ordenó luego a Sittu-l-Hosn que se ataviase exactamente igual que la noche nupcial y se aprestase a recibir al hijo de su tío y que, cuando este entrase, le dijera:

—Por Alá, que estuviste mucho rato en el excusado. ¿Por qué no me dijiste que no te sentías bien? ¿No soy yo tu esclava?

Recomendóle finalmente, aunque no hacia falta, que se mostrase muy cariñosa con su primo y pusiese todo de su parte para hacerle pasar una noche agradable.

Mandó luego el visir que sacasen del arca a Bedru-d-Din y le quitasen los grillos de los pies y le despojasen de las ropas que llevaba encima y lo dejasen con solo la camisa, sin siquiera los zaragüelles, y así lo hicieron los criados, en tanto el joven dormía sin darse cuenta de nada de lo que le hacían.

Despertóse luego Bedru-d-Din de su sueño y encontróse en el umbral iluminado y dijo para sus adentros:

«¿Será que estoy soñando o despierto?»

Levantóse después Bedru-d-Din y anduvo un trecho hasta la segunda puerta y vino a encontrarse en la misma habitación en que se le mostró aquella vez la novia sin velos, y vio el

apuesto nupcial y el lecho y vio sus turbantes y demás prendas de vestir puestas allí.

Al ver aquello quedóse atónito y siguió andando y adelantaba un pie y retrocedía otro, y para su ánima decía:

«Pero ¿no estaba yo atado y dentro de un arca? ¿Será que estoy soñando?»

Pero avanzó un poco más, alargó el cuello y he aquí que en aquel instante levantó Sittu-l-Hosn un pico del mosquitero y exclamó:

—*Ye sidi*, ¿por qué no acabas de entrar? ¡Vaya si has tardado en volver del cuarto del desahogo!

Al oír sus palabras, echóse a reír Hasán Bedru-d-Din cual si hubiera comido *haschich* y fumado opio, y dijo:

—No hay duda que todo ha sido un sueño que he tenido.

Y entró en la alcoba, pensando en lo que le ocurriera y en lo que le deparara la suerte.

Y al ver su turbante y sus zaragüelles y el bolso con los mil dinares, exclamó:

—¡Por Alá el sapientísimo! ¡Que todo ha sido un sueño!

Y quedóse maravillado y pensativo. Y estando así, díjole Sittu-l-Hosn:

—*Selam* sobre ti! ¡Plegue a Alá colmarle de venturas! Saliste con dirección al lugar excusado para satisfacer una necesidad y ya eres tornado. Pero ¿qué es lo que ahora revuelves en tu mente?

Al oír Bedru-d-Din aquellas palabras echóse a reír y dijo:

—Tienes razón, pero al salir de aquí me tomó el sueño en el cuarto excusado y me dio por soñar que era pasteleiro en Dimechk y que llevaba allí diez años, desempeñando ese oficio, y que había venido un día a mi tienda un chico, hijo de un personaje de viso, acompañado de un eunuco negro y que me había ocurrido con ellos esto y aquello.

Y Bedru-d-Din llevóse la mano a la frente para enjugarse el sudor y, al hacerlo así, notó la señal de la piedra y exclamó:

—¡Por Alá, mi señora! Que no fue sueño sino realidad, pues el mocito que digo me dio una pedrada en la frente y me la partió y aún me queda aquí la señal, como si eso me hubiera ocurrido estando despierto.

Pero luego él mismo añadió:

—Aunque puede que tuviera este sueño cuando nos quedamos dormidos los dos, uno en brazos del otro, y que entonces fuera cuando soñé que hacía ese viaje a Dimechk, sin gorro ni turbante ni zaragüelles, y me metía confitero.

Calló luego un rato y al fin dijo:

—¡Por Alá, que juraría haber conficionado un dulce de pepitas de granada y echádole poca especia! Pero, ¡por Alá!, no hay duda que me quedé dormido en el cuarto del desahogo y entonces lo soñé todo.

Dijole Sittu-l-Hosn.

—¡Por Alá sobre ti! ¿Qué fue lo que soñaste además de eso?

Contóle entonces Bedru-d-Din todo cuanto viera en sueños y, al terminar, exclamó:

—¡Por Alá! Que, si no llego a despertarme a tiempo, estoy a estas horas crucificado en una picota.

—¿Y por qué?—preguntóle Sittu-l-Hosn.

Y Bedru-d-Din le respondió:

—Pues por haberle echado poca especia al dulce de pepitas de granada. Y fui testigo de cómo me echaban abajo la tienda y me rompían todos mis enseres, después de lo cual me metieron en un arca y mandaron venir un carpintero para que me hiciera una cruz a mi medida, pues querían crucificarme en ella. Pero, gracias a Alá, que hizo que todo eso me sucediera dormido y no despierto... Aunque, a pesar de todo,

me dio mucha pena cuando vi que me destrozaban la tienda.

No pudo ya entonces Sittu-l-Hosn contenerse y, saltando del lecho, arrojóse en brazos de Hasán Bedru-d-Din, y, estrechándolo contra su pecho, empezó a prodigarle besos apasionados.

Pero él no se movía. Y de pronto, exclamó:

—Por Alá, que esto no es un sueño. Y, sin embargo, quién sabe si estaré soñando.

Cogiolo Sittu-l-Hosn en sus brazos y lo condujo al lecho y lo acostó en él, y Hasán Bedru-d-Din, que estaba rendido, sumióse luego en un profundo sueño, en medio del cual oíasele murmurar de cuando en cuando:

—¿Es realidad o estoy soñando?

Hasta que, llegada que fue la mañana, entró en la alcoba su tío, el visir Schemsu-d-Din, y lo saludó con el *selam*.

Mirólo Hasán Bedru-d-Din a la cara y exclamó luego:

—¡Por Alá sobre ti! ¿No eres tú el que mandó que me ataran y arrasasen mi tienda, en castigo de haber conficionado un dulce de pepitas de granada con poca especia?

Dijole entonces el visir Schemsu-d-Din:

—Has de saber, hijo mío, cómo se ha puesto al fin de manifiesto la verdad y lo que estaba oculto quedó al descubierto <sup>75</sup>. Tú eres hijo de mi hermano, y si hice aquello fue hasta comprobar que eras tú quien entrara en la alcoba de mi hija la noche de marras, y no tuve la certeza de ello hasta que no vi que tú reconocías la alcoba y tu turbante y tus zaragüelles y tus dinares y

<sup>75</sup> Paráfrasis de la frase coránica «Vino la verdad y se desvaneció la falsedad, porque la falsedad es de poca duración». *Corán*, sura XVII, *Al-Asra* (El viaje nocturno). Glosa a su vez de estas palabras de Esdras (Libro I, capítulo IV, versículo 41): *Magna est veritas et praevallebit*.

los dos trozos de papel escrito el uno de tu puño y letra y el otro del puño y letra de tu padre, mi hermano. Porque yo no te había visto nunca antes de ahora y no te conocía y tenía mis dudas sobre tu persona. Cuanto a tu madre y mi cuñada, me la he traído conmigo de Bazra.

Al terminar de hablar, echóse el visir en brazos de su sobrino y rompió a llorar.

Oído que hubo Hasán Bedru-d-Din sus palabras, maravillóse hasta el colmo de la maravilla y abrazóse a su tío y lloró con él de pura alegría.

Díjole el visir luego:

—Ciertamente, oh hijo mío, la causa de todo eso que nos ha ocurrido fue cierta discusión que tuvimos tu padre, Nuru-d-Din, y yo, su hermano.

Y le contó toda la historia y le puso en autos del viaje que su padre hiciera a Bazra. Mandó después el visir en busca de Achib, y al ver Bedru-d-Din a su hijo Achib, exclamó:

—Este es el que me dio aquella pedrada de marras.

Y dijo el visir:

—Este es Achib, tu hijo.

Arrojóse Bedru-d-Din en sus brazos y recitó estos versos:

—Largo tiempo lloré por verme lejos de aquellos a quien amo,  
y lágrimas sin cuento derramaban mis irritados párpados.  
Y juré que si un día clemente Alá,  
con ellos me reunía,  
esa odiosa palabra de la ausencia jamás proferiría.  
Al fin logré mi objeto y dije: —¡Ea,  
ya se acabó el llorar!  
Mas fue tal la emoción de mi alegría  
que lágrimas me hizo derramar.

Luego que hubo acabado Hasán Bedru-d-Din de recitar su poesía, volvióse a él su madre y echóse en los brazos y recitó estos versos con mucho sentimiento:

—Juró el sino por siempre atormentarme;  
mas no pudo cumplir su juramento,  
que la dicha se puso de mi parte  
y se han trocado en gozo mis lamentos.

Contóle luego su madre a Bedru-d-Din cuanto le sucediera después de su partida y él le contó a ella todas sus aventuras y peripecias, después de lo cual dieron gracias a Alá por haberlos vuelto a juntar <sup>76</sup>.

Y dos días después de eso subió el visir Schemsu-d-Din a ver al soldán y besó la tierra entre sus manos y lo saludó con el saludo de los soberanos.

Y el soldán holgóse grandemente de ver de nuevo su cara y se le iluminó el semblante y le sentó a su vera y le rogó le contase todo cuanto en el curso de sus viajes viera y cuanto a su ir y venir le ocurriera.

Y el visir contóselo todo desde el principio al fin, y, luego de oírlo, el sultán dijo:

—¡Loado sea Alá por tu victoria y el logro de tus deseos y tu feliz regreso al lado de tus hijos y tu pueblo! Pero ahora hame entrado a mí curiosidad por conocer al hijo de tu hermano, a ese Hasán Bedru-d-Din de Bazra, así que me lo vas a traer al diván mañana.

A lo que Schemsu-d-Din le contestó:  
—Mañana, *in scha-l-Lah*, estará tu esclavo en tu presencia, señor.

Luego lo saludó y se despidió y se volvió a su casa y, al llegar, informó a su sobrino del deseo que el soldán tenía de verlo, y luego de enterado de ello le dijo Hasán:

—¡El esclavo es obediente a las órdenes de su amo!

Y, en consecuencia, al día, el siguiente, acompañó Hasán a su tío Schemsu-d-Din al diván, y luego de saludar al sultán y hacerle la zalema más cumplida y más fina, recitó estos versos:

<sup>76</sup> Desde aquí hasta la otra llamada falta en la edición de Bulak y en la versión de Mardrus.

—El más alto magnate tendría a gala  
besar la tierra entre tus manos,  
pues todo el mundo sabe que tú eres  
el más espléndido de los soberanos.  
El manantial de los honores todos,  
y el que en ti confía y espera,  
logra más de cuanto la esperanza  
misma esperar pudiera.

Sonrió el soldán al oír la lisonja y le  
hizo señas de que se sentase, y Hasán  
se sentó junto a su tío Schemsu-d-Din,  
y el rey entonces preguntóle su nombre.

Y Bedru-d-Din le dijo:

—El más humilde de tus esclavos todos  
es conocido por Hasán el Bazrui,  
y el cual no deja de rezar siempre, día  
y noche, por ti.

Sintióse halagado el soldán por  
aquellas palabras y, con intención de  
probar su cultura y buena educación,  
le preguntó:

—Dime: ¿recuerdas algunos versos en  
elogio del lunar en el carrillo?

Y Hasán respondió:

—Desde luego que sí, mi señor.

Y empezó a declamar estos versos:

—Cuando pienso en mi adorada,  
contener no puedo el llanto  
y la nostalgia de verla  
vuelve a hacerme desgraciado.  
Un lunar tiene tan lindo,  
que no temo compararlo  
con lo negro de los ojos  
o del corazón el grano <sup>77</sup>.

Maravillado quedó el soldán al oír  
esos versos y le dijo:

—¡Sigue recitando, hijo mío! Así  
quiera Alá hacer que tu padre en el  
hijo hable. Y que tus dientes nunca se  
quebranten.

Y Hasán, cediendo a su ruego, recitó  
estos otros versos:

—Con un grano de almizcle han comparado  
al lunar los poetas, y no lo encuentres raro.  
Admirate más bien del rostro bello  
que de toda la belleza es el compendio.

Estremeciéndose el rey de puro contento  
y se le erizó el vello y dijo:

—¡Sigue, hijo mío, y que Alá bendiga  
tus días!

Y Hasán, entonces, recitó estos otros  
versos:

—¡Ye tú en cuya mejilla  
un lunar hay, comparable  
a un grano de fino almizcle  
sobre un rubí destellante!  
No seas arisca y permite  
que yo a ti pueda acercarme;  
sé amable, pues de ti solo  
mi corazón gusta y paze.

Y al oírlo el soldán, exclamó:

—¡Bellamente hablaste, bello Hasán!  
Y toda excelencia superaste. Pero explícanos  
ahora cuántos sentidos tiene  
en arábigo el vocablo *jal* <sup>78</sup>.

—¡Alá prolongue el poder del soldán!  
Cincuenta y siete acepciones tiene la  
voz *jal*, aunque algunos, siguiendo la  
tradición, dicen que solo cincuenta.

—Verdad dijiste—aprobó el sultán, y  
luego añadió:

—Y di, Hasán; de describir la belleza  
¿serías tú capaz?

—Desde luego que sí—repuso Hasán—.  
La belleza se cifra en el fulgor del  
rostro, lo claro de la tez, lo bien proporcio-  
nado de la nariz, el dulce mirar  
de los ojos, el buen diseño de la boca,  
la elocuencia del habla, la airosa esbel-  
tez del talle y la perfección de todas  
las cualidades. Ahora que la corona de  
la belleza está en el pelo, como dijo  
As-Schihab, el poeta del Hichás, en un  
poema en metro *rachas* <sup>79</sup>, que suena  
así:

«Di a la tez: “¡Sé suave!”  
y “¡Sé hermosa!” a la cara.  
Y mira de una forma que nos sea  
a todos grata.

<sup>78</sup> *Jal*, entre otras cosas, significa lunar.

<sup>79</sup> Es el séptimo de los dieciséis metros  
(*Bahr*) de la prosodia árabe. Su nombre significa  
«agitado» y en un principio se le aplicó al rudo  
canto de los camelleros. Es el que más licencias  
consiente.

<sup>77</sup> Burton opina que se alude aquí a la pintita  
negra que hay en el corazón del hombre y que el  
arcángel quitó a Mahoma abriéndole el pecho.

Una fina nariz al frente va  
del alcáizim entero de las gracias  
y le siguen los ojos grandes, dulces,  
que cautivan el alma.  
Bien dijo aquel que ponderó el encanto  
de una labia galana,  
y yo apruebo en un todo  
sus frases atinadas.  
Pero no obstante en mi opinión modesta,  
de la hermosura la suprema gala  
es en el bello pelo donde estriba.  
Y si de mi discrepas, no te enojas  
y acepta mis excusas cortesanas.

Placióse mucho el soldán al oírlo y lo miró desde allí como a su amigo y le preguntó:

—¿Qué quiere decir ese refrán que dice: «Schuraih es más zorro que el zorro»?

Y Bedru-d-Din, sin vacilar, le respondió al sultán:

—Has de saber, señor, que Schuraih, el leguleyo, solía en tiempo de la plaga visitar An-Nachaf, y sucedió que siempre que estaba en oración venía un zorro y se le plantaba delante y se ponía a remedar sus ademanes distra-yéndolo así de su alibeda<sup>80</sup>. Hasta que un día ya se cansó Schuraih de aquella broma y fue y se quitó la almalafa y la puso en un palo y le estiró las mangas y colocó encima su turbante y le lió alrededor un trapo a guisa de cinturón y plantó aquel espantajo en el lugar en que solía ponerse a orar. Y llegó el zorro, según su costumbre, y Schuraih, muy despacito, se fue acercando a él por detrás y le echó la zarpa y lo cogió. Y de ahí vino el refrán «Schuraih es más zorro que el zorro».

Luego que oyó el rey la explicación de Bedru-d-Din, volvióse a su tío Schemsu-d-Din y le dijo:

—En verdad que este, el hijo de tu hermano, es de una educación consumada y no creo que en todo Mizra pueda haber otro así.

Y Hasán se levantó y besó la tierra entre las manos del sultán y luego se tornó a sentar, cual se sienta un mame-luco delante de su soberano.

Y el soldán, luego que se hubo cerciorado de su excelente educación y de su perfecta instrucción en las artes liberales y las buenas letras, holgöse de ello hasta el colmo y lo obsequió con un espléndido traje de honor y lo nombró del número de sus dignatarios para que pudiese mejorar su estado.

Y Bedru-d-Din se levantó y besó la tierra entre las manos del rey y le deseó la perennidad de su gloria y su poder y luego recabó su venia para retirarse de allí en unión de su tío Schemsu-d-Din.

Dióle el sultán su venia y ambos volviéronse a su casa, donde, al llegar, les sirvieron de comer y comieron ambos de lo que Alá les había deparado.

Y luego que acabaron de comer, dirigióse Hasán a la sala estrado de su mujer, Sittu-l-Hosn, y contóle cuanto entre él y el sultán sucediera y luego, al oírlo todo, díjole ella:

—No puede el sultán menos de nombrarte su compañero de copa y prodigarte sus larguezas y cargarte de mercedes y finezas, y así podrás, por la bendición de Alá, lanzar, como el sol, los rayos de tu perfección dondequiera que estés, así en tierra firme como en el mar.

Y le dijo Hasán:

—Tengo intención de componer una *kazida* en su honor, tal que me granjee todavía más su favor.

—Buena idea es esa—aprobó su mujer—; así que aguza tu ingenio y pesa tus palabras y de fijo que veré a mi marido encumbrado a los honores más elevados.

Y Hasán, luego de eso, encerróse en su aposento y compuso los siguientes versos sobre una base sólida asentados y llenos de íntima gracia y garbo. y

<sup>80</sup> Devoción. Del árabe *Al-Ibada*.



después los escribió con una letra del gusto más fino y delicado.

Y decían los versos así:

Es mi señor un señor  
que raya en lo más excelso  
y que de lo bueno y grande  
sólo huella los senderos,  
y contra todo enemigo,  
incluso de los más fieros,  
tiene atrancadas las puertas  
de entrada para su reino.  
Es tal que podéis llamarle,  
según os dicten sus hechos,  
león, héroe o varón santo  
y hasta serafín del cielo,  
que todo resulta justo  
si bien se atiende a sus méritos.  
El más pobre suplicante  
de los que acuden a véerlo,  
sale rico de su alcázar  
y pobres somos de verbo  
los que loarlo intentamos,  
los que alabarlo queremos.  
En la paz es semejante  
por su semblante risueño  
a la aurora azafranada  
y en la guerra su denuedo  
lo vuelve una noche aciaga  
para quien osó ofenderlo.  
Sus dones son tan copiosos  
que doblegan nuestros cuellos;  
en una palabra, es digno  
de gobernar a su pueblo,  
un pueblo de hombres jefes  
de espíritu noble y recio.  
¡Que Alá prolongue sus días,  
para nuestro bien, deseo,  
y que clemente lo libre  
de temores y de riesgos!

Luego que Hasán terminó de escribir esos versos, mandóselos, por mano de uno de sus esclavos, al soldán, el cual los leyó y de sus primores se maravilló, tanto que a todos los presentes se los leyó y todos hicieron de ellos los mayores extremos.

Y el soldán mandó después a llamar a su autor y lo hizo pasar a su estrado y le dijo:

—Desde hoy serás mi compañero de copa y tendrás un sueldo mensual de mil adarmes <sup>81</sup>, más lo que ya antes te

te asigné de emolumentos y de gajes.

Y Hasán se levantó y besó una y otra vez la tierra entre las manos del soberano e impetró de Alá para él la perduración de su poder y la largura de sus días y de su gloria <sup>82</sup>.

Y la fama de Hasán Bedru-d-Din fue cundiendo cada día más por muchedumbre de regiones y vivió en holgura y deleite perfectos, en unión de su tío y su pueblo, hasta que fue a visitarlo aquella que a ninguno perdona y de los placeres de los hombres es la destructora.

¡Gloria a Aquel que siempre vive!

Luego que el jalifa Harunu-r-Raschid hubo oído esta historia de labios de su visir Châfar, el Barmeki, mucho fue lo que se maravilló y exclamó:

—Historias son estas que debieran escribirse en letras de oro líquido.

Después de lo cual mandó poner en libertad al esclavo y a aquel joven que había dado muerte a su esposa le señaló una pensión mensual, suficiente a cubrir sus necesidades y hacerle la vida agradable. Y además dióle una concubina de entre sus propias esclavas y lo nombró su compañero de copa <sup>83</sup>.

Dijo luego Schahrasad al sultán Schahriar:

—No creas, sin embargo, que esta historia es más maravillosa que la del alfayate y el jorobado y el judío y el cristiano, que te contaré si lo deseas y me das tu venia.

—¿Y qué historia es esa?—dijo el sultán.

—Ahora la oirás—contestó Schahrasad.

<sup>82</sup> Aquí enlaza el texto de Bulak. Realmente, la historia podía darse por terminada donde él la deja.

<sup>83</sup> Como si dijéramos gentilhomme de casa y boca.

<sup>81</sup> Dracmas, forma romanceada del árabe *Ad-Dirhem*.



## HISTORIA DEL ALFAYATE Y EL JOROBADO Y EL MEDICO JUDIO Y EL MUBASCHIR Y EL CRISTIANO CORREDOR DE COMERCIO Y DE LO QUE ENTRE ELLOS HUBO PASADO

(Noches 25, 26 y 27)

*Argumento de vodevil en el que se intercalan escenas de drama serio, para que no falte la lección moral. Toda la historia, a cargo de varios narradores, respira realismo e intimidad, y sobre todo, la primera parte, el episodio entre el sastre, su mujer y el jorobado, es una página vívida de la crónica cotidiana de una ciudad de Oriente. El que los personajes principales sean un musulmán, un judío y un cristiano confiere cierta categoría trascendental a la historia, y de ahí toma pie Roso de Luna para dar de ella una interpretación teosófica, tan ingeniosa como arriesgada. Según él, esta historia «entraña todo el simbolismo de las religiones, quienes (sic), creyendo muerto por la espina del pez (o el Ictius cristiano) al giboso, jorobadito (Jiba, Ajib o Bija es la Religión, Sabiduría Primitiva al tenor de la significación que a esta última palabra asignan las enseñanzas de Oriente), se ven, gracias al «sabio silencioso», con la sorpresa de que, cual la hija de Jairo, resucitada por Jesús, «no está muerto, sino simplemente dormido». Es decir: que Bija, el jorobadito, pareció muerto: primero, a manos de gentes persas o hindúes (sashtras, que no sastres), las cuales, aterrorizadas, echaron el muerto a gentes judías; estas, a gentes cristianas, y estas, al fin, a gentes árabes, porque es achaque general de todas las religiones positivas, desde el jainismo, el hinduismo y el parsismo antiguos hasta el judaísmo, cristianismo y mahometismo posteriores, «echar el muerto» al vecino, o sea, descargar sobre él el crimen de haber muerto o «velado» y «revelado» a aquella Enseñanza Primieval teosófica, mediante recíprocas excomuniones inútiles, hasta que llega al fin un gran Maestro-Barbero o Purificador y Terapeuta mágico—el cual, extrayendo la espina atravesada desde tiempo*

*inmemorial en la garganta de Bija, le restituye su vida y esplendores primitivos. «¿Que tal interpretación resulta algo violenta?», se pregunta el maestro oculista, sintiendo que sí lo es; pero en seguida se contesta: «No lo creemos así; pero sobre ello no podemos detenernos más, dejando a la intuición oculista del lector que juzgue por sí mismo.»*

*Eso hacemos nosotros también, limitándonos a hacer notar de nuevo lo arbitrario del juego filológico a que Roso de Luna se entrega con las palabras giba, ajib y bija, entre las cuales no puede admitirse ninguna relación etimológica, aparte de que ni el jorobado del cuento se llama Ajib (que además no se escribe Ajib, sino Achib) ni la voz con que en árabe se designa ese defecto físico—ahdab—tiene, como se ve, ningún parecido fonético con la de bija sánscrita.*

*Falta, pues, la base para atribuir a esta historia una intención trascendental análoga a la del drama de Lessing Nathan el sabio, aunque la intervención de esos tres adeptos de las tres religiones principales induzca a hacerlo así.*

*Cada uno de esos personajes cuenta una historia, sin transcendencia, ni más pretensión que la de distraer al jalifa y obtener su perdón, y todas ellas son de un realismo tan marcado que excluye toda sospecha de clave.*

*El sastre se porta como tal, no como ningún sastre iniciático, y resulta un pobre hombre dominado por su traviesa mujer, confirmando la proverbial cualificación psicológica de los de su gremio, lo mismo en Bagdad que en cualquier parte.*

*Cuanto al barbero entremetido, curioso y locuaz, pese a su irónico agnomen o apodo de As-Samet, el Silencioso, es una candidez tomarlo por ningún Maestro, Purificador ni Terapeuta mágico, por el hecho de que acierte a sacarle la espina al jorobado, cosa que no se le ocurrió al médico, pues ello se debe únicamente a su propia curiosidad y empirismo, que le hizo fijarse con más atención en el presunto muerto.*

*Ese barbero y sus hermanos pertenecen al mundo de la picaresca oriental, y su aparición precisamente quita toda reciedad a la historia, aliviando el ánimo de sus personajes de las fuertes emociones por que acaban de pasar.*  
*Es el derivativo psicológico.*

*Hagamos notar, finalmente, que, según algunas versiones, la ciudad en que se desarrolla esta historia es la de Casgar o Kaschgar, en los linderos de la Gran Tartaria, ante cuyo sultán las refieren los narradores. Kaschgar figura en el itinerario de Marco Polo. La edición de Bulak la designa con la vaga expresión de «una ciudad de Az-Zin», la China.*

*No estará de más observar que Harunu-r-Raschid tenía un bufón llamado Bahlul, al que estimaba mucho por las lecciones de cordura que le daba al través de sus chistes, hasta el punto de llamarle Bahlul el Sabio. Abdul-Kerim pudo ver en Bagdad el sepulcro de este loco cuerdo, cuya biografía forma un capítulo de la Bibliothéque orientale, de D'Herbelot, y del que se habla en ulteriores historias.*

Dijo Schahrasad:

—He podido averiguar, *ye* monarca, el afortunado, que había en los tiempos antiguos y en las épocas y siglos pretéritos en una ciudad de Az-Zin un sastre, holgado de caudales, dado a la diversión y el holgorio y acostumbraba salir de paseo con su mujer en busca de distracciones raras.

Salieron, pues, un día de su casa al amanecer y no volvieron a ella hasta el anochecer, y sucedió que en el camino hubieron de toparse con un jorobado, cuya vista hacía reír al airado y quitaba las penas al atribulado.

Pusiéronse en el acto marido y mujer a divertirse de él y lo invitaron a acompañarlos a su casa para que con ellos cenara. Accedió y los acompañó.

Fue luego el alfayate al zoco, ya de

noche, y compró un pescado asado y pan y un limón y dulces y cargó con ello y tornó y puso el pescado delante del giboso y sentáronse todos a hacer colación.

Y cogió la mujer del sastre una loncha grande de pescado y una rebanada de pan y se la ofreció al jorobeta y le tapó la boca con su mano y le dijo:

—¡Por Alá! Que te lo comerás de una sentada y no te lo dejaré mascar.

Tragóse la, pues, el hombre, y tenía la loncha de pescado una raspa muy dura y se le atravesó en el gaznate, por la prisá en ingerirla, y le causó la muerte.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y cortó el flujo de sus discretas palabras.

## Y LA NOCHE 26 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mí noticia, *ye* el monarca, el afortunado, que la mujer del alfayate, al hacerle tragar tan de prisá al jorobeta aquella loncha de pescado, le ocasionó la muerte en el acto. Visto lo cual, dijo el sastre:

—¡No hay gloria ni poder sino en Alá (exaltado sea) el Grande! Estaba escrito que este pobre hombre había de morir a nuestras manos.

Pero su mujer exclamó:

—¡*Ye* y qué bobada! ¿Por ventura no oíste nunca el dicho del que dijo?

«¡*Ye* alma mía! ¿Por qué te entregas de esa manera al pesar?

¿No ves que sin un amigo al fin te vas a quedar?

¿A qué dormir sobre un fuego que nos puede achicharrar, pues late bajo el rescoldo y se puede despertar?»

Y dijo el alfayate:

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Y le dijo su esposa:

—Levántate, échate el muerto a la

espalda, envuélvelo en un paño de seda y saldré yo delante y tú detrás, a favor de la noche, y tú dirás: «Este es mi hijo y esta su madre y lo llevamos al médico para que lo sane.»

Al oír el alfayate esas palabras, levantóse y se cargó al muerto a la espalda y salieron de la casa, y la mujer iba gritando delante:

—¡*Ye* hijo mío!, ¿cómo podremos salvarte? Cogiste la viruela, no sabemos dónde, y enfermaste.

Y todo el que la oía exclamaba:

—Es un muchacho que tiene la viruela.

Y dábanse prisá a alejarse.

Fueron, pues, andando así los dos y preguntando a todo el que encontraban por un médico, hasta que les indicaron la casa de un médico judío.

Llamaron a la puerta y bajó a abrirles una esclava negra, la cual miró y se encontró con un hombre cargado con un chico y su madre, y dijo la esclava:

—¿Qué es lo que aquí os trae?

Y le contestó la mujer del sastre:

—Venimos con este muchacho para que le vea el médico. Toma, pues, estos cuatro dinares y dáselos a tu amo y dile que baje para ver a mi hijo, que ha cogido una enfermedad y adoleció.

Subió luego la esclava y la mujer del alfayate pasó al interior del zaguán y dijo a su marido:

—Deja aquí al jorobado y huyamos.

Puso el alfayate al jorobado de pie apoyado en la pared y se fueron él y su mujer.

Entre tanto la esclava entró a ver al judío y le dijo:

—Ahí abajo hay un enfermo que traen un hombre y una mujer, los cuales me han dado cuatro dinares para ti, a fin de que les digas lo que deben hacer.

Visto que hubo el judío los cuatro dinares alegróse mucho y se levantó a la carrera y bajó a oscuras la escalera. Y lo primero con que tropezaron sus pies fue con el jorobado, que era ya cadáver. Y exclamó:

—¡Ye el Poderoso y el Justiciero! ¡Por las diez palabras! ¡Y por Araón y Joschúa, el hijo de Nun! Que tropecé con este enfermo y le hice rodar al suelo y lo maté sin querer. ¿Cómo voy a sacar ahora a mi víctima de la casa sin que me puedan ver?

Cargó, sin embargo, con el muerto y subió con él a cuestras desde el zaguán a donde estaba su mujer y le participó lo ocurrido. Y su mujer le dijo:

—Aquí no es posible tenerlo. Pues si lo guardamos aquí hasta que salga el sol nos perdemos. Lo que vamos a hacer es cogerlo entre los dos y subirlo a la azotea y desde allí arrojarlo a casa de nuestro vecino el musulmán, el mubaschir<sup>1</sup> del sultán. Ya sabes que su casa está infestada de ratas, perros

y gatos que bajan por la azotea para atracarse de aceite, manteca y adargama. Así que no tardarán esos bichos en comerse al muerto y no dejarán rastro de su cuerpo.

Procedieron luego el judío y su mujer a coger entre los dos al jorobado y lo subieron a la azotea, y desde allí lo descolgaron despacito hasta que tocó en el suelo y allí lo dejaron, arrimado a la pared, después de lo cual se metieron.

A poco de eso llegó a su casa el mubaschir y entró llevando en su mano una vela encendida y encontróse allí con aquel hijo de Adán, recostado contra la pared, en un rincón, junto al fogón de la cocina. Y al verlo, exclamó el intendente del sultán:

—Por Alá, que el que robaba mi despena no era sino un ser humano, que venía y apandaba con toda la carne y la manteca, y por eso, aunque lo escondiese todo de los gatos y perros y aunque los matase a todos ellos, de nada servía, pues el ladrón bajaba por la azotea y lo cogía.

Y asiendo de una gran estaca golpeó con ella al presunto ladrón en el pecho y lo derribó en tierra y, al mirarlo mejor, vio que estaba muerto.

Pesóle entonces lo hecho y exclamó: —¡No hay gloria ni poder sino en Alá!

Y temiendo por sí, cargóse el muerto a la espalda y bajó con él de su casa, al filo ya del alba, y caminó con él sin detenerse, hasta llegar al primer zoco y allí lo arrimó contra la puerta de una tienda, al volver de la esquina, y allí lo dejó y se alejó.

No había pasado mucho rato cuando acertó a pasar por allí un cristiano, que era *semsar*<sup>2</sup> del sultán e iba en aquel momento borracho, con dirección al *hammam*.

<sup>1</sup> Intendente, mayordomo.

<sup>2</sup> Agente comercial.

Y le había dado la jumerá por decir:  
—En verdad que está próxima la venida del Mesías.

Y así caminaba, tambaleándose, hasta que llegó cerca del jorobado y, como en aquel momento le entrasen ganas de orinar, volvióse contra la pared y se encontró con que había allí uno de pie y recostado; habíanle robado el turbante al cristiano aquella noche, a primera hora, y al ver al jorobeta arrimado a la pared, imaginó ser otro ladrón de turbantes, por lo que apretó el puño y asestóle un revés en el pescuezo, con lo que aquel rodó al suelo.

Púsose entonces a gritar el cristiano llamando al guarda del zoco, y al mismo tiempo, de puro borracho que estaba, siguió pegándole al jorobado y pugnando por estrangularlo.

Acudió luego el guarda del zoco y halló al cristiano montado encima del musulmán y golpeándole. Y le dijo airado:

—Suéltalo y déjalo.

Levantóse el cristiano y el guarda llegóse al otro y lo encontró muerto. Y exclamó:

—¿Cómo un cristiano se atreve a matar a un muslim?

Procedió en el acto a prender al cristiano y lo maniató y se lo llevó a casa del guali<sup>3</sup>.

Y en el camino iba diciendo el cristiano para sus adentros:

«¡Ye Mesías, ye Virgen Santa!, ¿cómo pude matarlo y qué pronto se me murió de solo una puñada que le di? Ahora ya se me pasó la borrachera y me entró la preocupación.

Ya en casa del guali, jorobado y cristiano pasaron el resto de la noche allí. Y llegada que fue la mañana, procedió el guali a interrogar al cristiano, el cual no pudo negar los hechos, por

lo cual el guali mandó al verdugo que pregonase su sentencia a muerte y ordenó también que hiciese una horca de madera y pusiesen al reo al pie de ella.

Y vino el verdugo y echóle al cristiano una soga al cuello, y ya se disponía a atarlo a la horca cuando hete aquí que llega el mubaschir del sultán atropellando a la gente y, al ver al cristiano arrimado al pie del patíbulo, aparta la muchedumbre y le dice al verdugo:

—¡Detente! ¿Que fui yo el que mató a ese hombre!

Y el guali preguntóle:

—¿Por qué lo mataste?

A lo que respondió él:

—Has de saber que anoche, al entrar en mi casa, vi a ese hombre que había bajado por la azotea y se dedicaba a robarme la despensa y le di un garrotazo en el pecho y lo maté; luego me lo cargué a cuestras y me vine al zoco con él y lo dejé allí, arrimado a la pared en tal sitio, junto a tal esquina. Y no contento con haber dado muerte a un musulmán ahora iba a ser causa de que por mi culpa matasen a un cristiano. Así que a quien debéis poner en esa horca es a mi y a nadie más que a mí.

Al oír el guali aquellas palabras del mubaschir mandó soltar al cristiano corredor de comercio y dijo al verdugo:

—Ahorca a este otro, ya que él mismo se confiesa reo del crimen.

Quitóle, pues, el verdugo la cuerda del cuello al cristiano y se la puso al kahraman en el suyo y lo colocó arrimado al pie del patíbulo. Y ya se disponía a atarlo al palo cuando hete aquí que se presenta el judío, el médico, abriéndose, presuroso, paso por entre la gente y le grita al verdugo, diciéndole:

—¡Detente! Que quien mató a ese hombre fui yo y fue el caso que me lo trajeron a casa para que lo curase y

<sup>3</sup> El gobernador.

bajé a verlo y tropecé con él y le ocasioné la muerte sin querer. No matéis, pues, al mayordomo, sino a mí, que tengo la culpa de todo.

Ordenó entonces el guali que matasen al judío, el médico. Y cogió el verdugo la cuerda del cuello del mu-baschir y se la puso en el suyo al judío, el médico.

Cuando hete aquí que llega el alfayate, atropellando a la gente y le grita al verdugo:

—¡Detente! No le mates y márame a mí, que yo soy el autor del crimen, y el hecho fue que ayer salí yo de casa a distraerme y me cogió fuera la hora del *âschá* y hube de encontrarme con ese jorobado borracho que tenía en su mano un adufe y cantaba, acompañándose con él, muy alegre y despreocupado. Detúveme yo al oírle para solazarme y me lo llevé luego a mi casa y fui al zoco y compré un pescado grande y nos sentamos todos a comérmolos. Y cogió mi mujer un trozo de pescado y otro de pan y se los metió en la boca al jorobado y él se atragantó y murió en el acto. Cargamos luego con él, yo y mi mujer, y lo llevamos a casa del judío y salió una esclava negra a abrirnos la puerta y yo le dije: «Dile a tu amo: En la puerta están una mujer y un hombre con un enfermo, para que

lo veas y le recetes algo.» Y le di a la esclava cuatro dinares para su amo. Subió ella arriba, a la habitación de su amo, y yo arrimé al jorobado contra el arranque de la escalera y luego nos fuimos de allí, yo y mi mujer, a la carrera. Bajó a poco el judío y tropezó con él y creyó haberlo matado sin querer.

Dijole luego el sastre al judío:

—¿Es verdad lo que digo?

—Sí—respondió el judío.

Encaróse después el alfayate con el guali y le dijo así:

—Suelta al judío y márame a mí.

Pero al oír el guali sus palabras maravillóse del lance del jorobado y dijo:

—Debe escribirse en los libros.

Luego ordenóle al verdugo:

—Suelta al judío y dale muerte al sastre, ya que, por su propia confesión, está convicto.

Y el verdugo empujó al sastre hacia la horca, murmurando:

—Con tanto coger al uno y soltar al otro no vamos a matar a ninguno.

Y esto es por ahora todo lo concerniente a este asunto.

Cuanto al asunto del jorobado...

Pero sintió aquí Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras.

## Y LA NOCHE 27 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye sultán*, el afortunado, que el jorobado de mi cuento era uno de los bufones del soberano, el cual no podía pasarse ni un día sin su compañía.

Hubo de emborracharse aquella vez el jorobado y estuvo ausente de la corte toda la noche, hasta mediado el día siguiente, por lo que el sultán preguntó por él a uno de sus allegados, el cual le dijo al soberano:

—*¡Ye mulana!* Se lo llevaron al guali y estaba muerto. Y mandó el guali matar a su matador y bajó para presenciar la ejecución, cuando se presentaron allí un segundo y un tercer individuo y decían a coro los tres:

—Yo fui quien lo maté.

Y declararon ante el guali la causa de que hubieran matado al infeliz.

Al oír el sultán esas palabras, luego llamó a su chambelán y le dijo:

—Ve en seguida y dile al guali que me los mande a todos aquí.

Marchó, pues, allá, corriendo, el chambelán, y encontróse con que el verdugo iba ya a ahorcar al alfayate.

Dióle una voz el chambelán al verdugo y le dijo:

—Detente.

Y le hizo saber al guali cómo aquel asunto llegara a oídos del miramamolín, el cual le mandaba se personase luego ante él con todos los sujetos que habían intervenido en el suceso.

Cogió, pues, el guali al alfayate, al judío, al nazareno y al kahraman sin olvidar al jorobado, que llevaba a hombros, y con todos ellos compareció en presencia del soberano, y después de besar la tierra entre sus manos, contóle al sultán toda la historia que ya hemos referido y no hemos de repe-

tir. que ya dice el refrán: «A nada conduce contar tres veces una historia.»

Oyólo todo el sultán atento y maravillado y sintióse movido a hilaridad y mandó que escribiesen aquella historia en letras de oro, y encarándose con todos los presentes, les dijo:

—¿Oísteis alguna vez una historia más prodigiosa que la de mi jorobado?

Pero entonces adelantóse el corredor de comercio cristiano y le dijo:

—¡Ye rey del siglo! Si me das tu venia, yo te contaré una historia que me ocurrió a mi mismo y que es todavía más extraordinaria y maravillosa y más amena y deleitosa que la de tu jorobado.

—Está bien—exclamó el sultán—. Cuenta lo que tengas que contar.

Y el corredor de comercio cristiano tomó la palabra y dijo:







## HISTORIA DEL CORREDOR DE COMERCIO CRISTIANO

(Noches 27 y 28)

*Historia archirromántica de un amor maravilloso que vale con creces la mano que por él pierde su dueño. Es de admirar la efusión de ternura, pena y agradecimiento que en la amada se suscita al descubrir la mano mutilada de su amigo, que robó por seguir amándola; que robó por ella, aunque ella lo ignorase. Todo le parece poco para compensar al cuitado de esa mano que perdió por ella. Esclavas serán para servirle sus dos manos, novias para acariciarlo. Tanto será el dolor de la amada que no podrá vivir mucho tiempo y entonces será cuando él se sienta verdaderamente manco y desvalido... ¡Qué callado drama el de esa mujer cada vez que mire el brazo mutilado del esposo! ¡Esa mano ausente amargará todas sus dichas, se interpondrá en todas sus ilusiones, azotará su corazón como una cruel mano viva! Todas sus alegrías nacerán lisiadas...*

*Tal es el drama que se deja adivinar entre líneas y que por callado hiere más.*

*Este es el primer cuento con el tema de la mano cortada; no tardaremos en ver una variante paliada del mismo.*

—¡Ye rey del siglo! Has de saber que yo vine a este país con mercancías y el sino me hizo asentarme en él; pero mi lugar de nacimiento es Mizr, la ciudad bien guardada, y allí me crié y soy de los coptos, y, antes que yo, ya fue mi padre corredor. Y luego que llegué yo a la edad de la hombría fuese mi padre

de esta vida y yo le sucedí en su negocio.

Y estando un día sentado en mi tienda hete aquí que viene hacia mí un mancebo tan guapo como cabe serlo, vestido con lujo extraordinario y caballero en un rucio muy majo.

Y aquel joven, al verme, me saludó

y yo me puse en pie por hacerle honor. Y luego el joven sacó un pañuelo, que contenía una muestra de sésamo, y me preguntó:

—¿A cómo se paga ahora el ardel<sup>1</sup> de sésamo?

—A cien dirhemes—contestéle.

Y el joven me dijo:

—Pues coge a los cargadores y los medidores de grano y vete mañana con ellos al *jan* Al-Guali, junto a la Babu-n-Nazr<sup>2</sup>, donde me encontrarás aguardote.

Y dicho que hubo eso fuese el joven, no sin dejarme la muestra de sésamo, envuelta en el pañuelo, y yo procedí en seguida a darme unas vueltas por entre los compradores y comprobé que el ardel de sésamo se pagaba a ciento veinte dracmas.

Luego que amaneció la mañana del día siguiente, cogí cuatro medidores y me fui con ellos en busca del joven, al que encontré aguardándome. No bien me vio el joven se levantó y me llevó a su almacén y lo abrió. Y nosotros medimos todo el grano que allí había, hasta apurarlo, y resultó que ascendía a cincuenta ardeles, que importaban en total cinco mil piezas de plata. Y el joven me dijo:

—Te daré diez dracmas de adeha<sup>3</sup> por cada ardel. Cobra tú el importe y guárdame cuatro mil quinientas dracmas para mí, y luego que yo dé salida a las demas mercancías, iré a buscarte y me darás la albaquía<sup>4</sup>.

—Está bien—le contesté—. Así lo haré.

Y, después de besarle las manos, me retiré.

Y procedí a vender el sésamo y me gané aquel día mil dracmas, quinientas que me dio el vendedor y otras quinientas que me dieron de adehala los compradores, o sea el veinte por ciento, según la costumbre de los corredores coptos.

Y, después de eso, me senté en mi tienda a esperar al joven.

Tardó este en presentarse un mes, y al cabo de ese tiempo, vino a verme y me dijo:

—¿Dónde están las dracmas?

Levantéme yo y le saludé y le respondí:

—¿No querías honrarme tomando conmigo en mi casa un pisolabis?

Pero él rehusó, diciendo:

—Guarda en tu poder los dineros, que yo volveré y te los tomaré.

Despidióse luego de mí y se fue por su camino. Y yo saqué las dracmas y me senté a aguardarlo; pero el joven estuvo ausente otro mes más y, cumplido que fue este, tornó a presentarse en mi tienda y me dijo:

—¿Dónde están las dracmas?

Levantéme yo y le saludé y le pregunté:

—¿No querías honrarme comiendo conmigo un bocado en mi domicilio?

Pero él tornó a negarse y me dijo:

—Guarda las dracmas y tenlas a mano, que ya volveré y te las pediré.

Y luego se despidió de mí y se retiró. Y yo puse las dracmas allí al lado y me senté a esperarle.

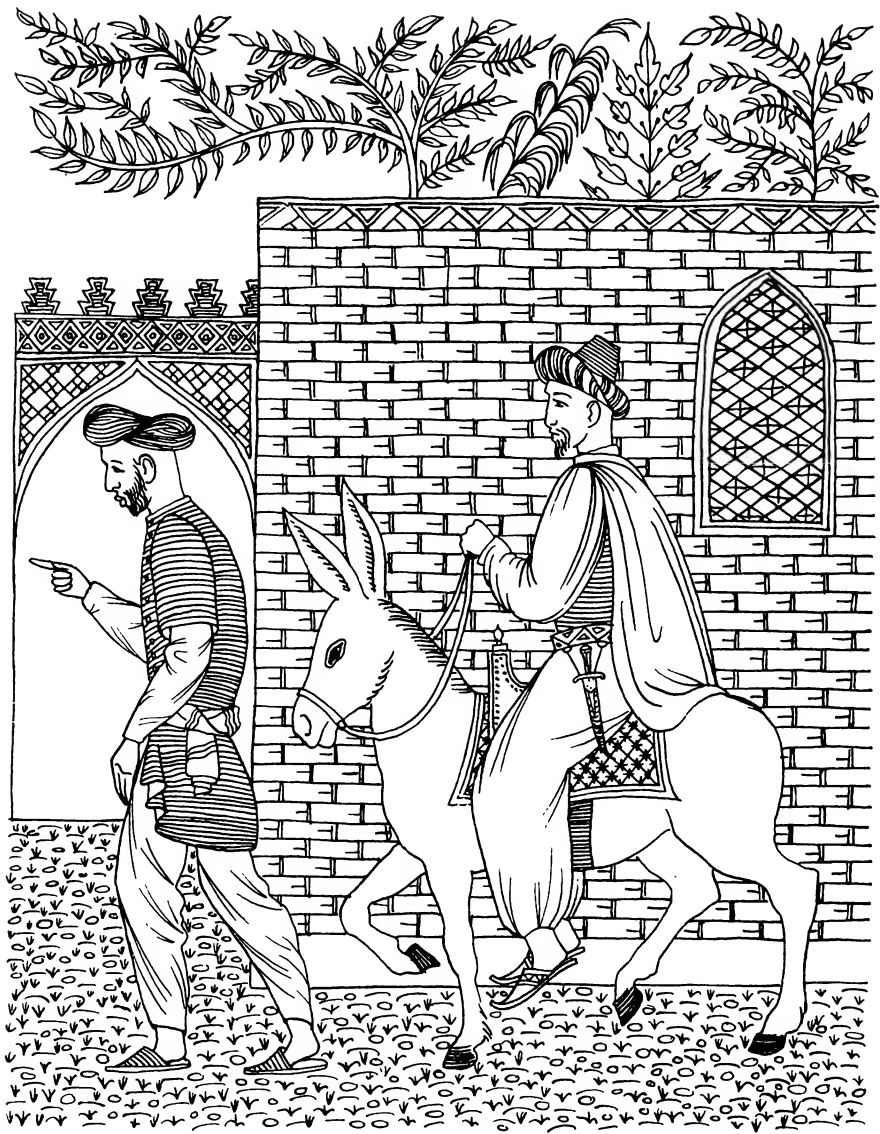
Estuvo el joven ausente otro mes cabal y yo me decía: «Verdaderamente, ese joven es la liberalidad en persona.» Pero cumplido que fue el mes presentóse de nuevo en mi tienda, lujosamente ataviado y caballero en un asno, y resplandecía como la luna llena en su noche catorcena y era su cara fresca y brillante cual si acabase de salir del

<sup>1</sup> Medida de capacidad para áridos que equivale a unos 185 litros. Su nombre árabe es *arbed*, romanceado en ardel por nuestros moriscos.

<sup>2</sup> El *jan* Al-Guali menciónalo Al-Makrisi. La Babu-n-Nazr es la Puerta de la Victoria, que conduce a Suez. Algunos traducen *Puerta de los Cristianos* (Nazarenos). Burton.

<sup>3</sup> Comisión

<sup>4</sup> El resto.





*hammam*, y relucían rosadas sus mejillas y su frente semejaba una flor vistosa y galana y en un pico del labio mostraba un lunar, que parecía enteramente una gotica de ámbar negro, como dijo el poeta en estos versos:

«Topóse con el sol la luna llena  
del alminar en lo más alto,  
y era el momento en que los dos  
de su esplendor logran el máximo.  
¡Tales los dos amantes eran!  
Tan bellos y gentiles,  
que todos, al mirarlos, admiraban  
su esplendor y su garbo juveniles.  
Y todos exclamaban: ¡Gloria a Alá,  
el Grande y Poderoso,  
que a los mortales brinda el espectáculo  
de seres tan hermosos!»

Yo, al verlo, levantéme y le besé las manos e invoqué sobre él la bendición de Alá y luego le dije:

—Oh *sidi*, ¿quieres que te entregue las dracmas?

Y él me contestó:

—No; guárdalas ahí todavía hasta que despache mis asuntos y te las pida.

Dicho lo cual me volvió la espalda y se fue.

Yo pensé que tardaría en volver; así que saqué el dinero y lo coloqué a un interés del veinte por ciento, lo que me produjo cuantiosa atijara<sup>5</sup>.

Y decía yo para mi ánima: «¡Por Alá! Que cuando vuelva insistiré para que acepte mi hospitalidad y lo trataré con toda liberalidad, ya que me estoy aprovechando de sus fondos y haciéndome rico y poderoso.»

Y pasó aquella vez un año completo, cumplido el cual tornó, y lucía un traje aún más lujoso que los anteriores.

Porfié entonces con él para que aceptase mi convite, y él me dijo:

—Sí; pero con una condición: que no se ha de gastar nada del dinero mío que tienes en tu poder.

—Convenido—dije yo. Y le hice sen-

tar en tanto proveía a preparar lo que hacía falta en punto a viandas y bebidas y demás.

Luego púselo todo entre sus manos, diciendo:

—¡En el nombre de Alá!

Sentóse él a la mesa y alargó su mano izquierda y púsose a comer conmigo. No dejó de chocarme aquel detalle y, al terminar la comida, procedió a lavarse la mano izquierda, facilitándole yo una toalla para que se secase.

Sentámonos luego y nos enredamos de conversación. Y dijele yo:

—*Ye sidi*, dignate disipar mi inquietud!; ¿por qué comiste con la mano izquierda? ¿Acaso tienes alguna traba en la derecha?

Al oír el joven mis palabras, me miró y luego recitó estos versos:

—Amigo, por favor, no me preguntes por el dolor que llevo dentro.  
Darás lugar a que de nuevo aflore lo que arrumbado tengo.  
No trates de inquirir si feliz soy.  
Lo fui, pero allá en tiempos;  
hoy ya todo cambió; quisolo el sino y fuerza es resignarse a sus decretos.

Sacó luego su mano derecha de la manga y díjeme que la tenía amputada a fuego a la altura de la muñeca.

Maravilléme yo al ver aquello, y él me dijo:

—No te asombres ni te inquietes porque haya comido contigo con la mano izquierda, que no tiene nada de raro; lo que sí lo tiene es la causa por la cual perdí la otra mano.

—¿Y qué causa fue?—pregunté yo.

Y él me contestó:

—Has de saber que soy de Bagdad y mi padre era de los magnates de allá. Al alcanzar yo la edad de los hombres, hube de oír a los viajeros navegantes y mercaderes hablar de las moradas de Mizra y se me quedó impreso en la memoria lo que oí. Murió luego mi padre y yo heredé cuantiosos caudales,

<sup>5</sup> Ganancia, negocio. Del árabe *At-Tichara*.

y con ellos compré mercancías y parti de Bagdad con intención de correr mundo y traficar. Y Alá me tenía escrito que había de irme todo bien, hasta que llegué a esta vuestra ciudad.

Y el joven se echó a llorar y recitó estos versos:

—En este mundo el ciego se ve libre  
del abismo en que se hunden los videntes  
y el ignorante, de la hostil palabra  
que al sabio da la muerte,  
y aquel que cree en Alá se ve apurado  
en escasez e inopia,  
en tanto que el infiel en la abundancia  
nada y de todo goza.

Luego que acabó de recitar su poesía, siguió diciendo:

—Llegué, pues, a la ciudad de Mizr y deposité mis mercancías en el *jan* Serur <sup>6</sup> y desaté mis fardos y hospedéme allí y le di al criado unas dracmas para que me comprase algo de comer y me eché a descansar y dormí un poco.

Levantéme después y salí a dar unas vueltas por Bain-u-kazarain <sup>7</sup> y luego tornéme al *jan* y allí pasé la noche con tranquilidad.

Luego que amaneció al otro día la mañana, me levanté, cogí algunas telas y se las cargué a unos criados y eché a andar hasta llegar a la Alcaicería de Chorchis <sup>8</sup> y allí me salieron a recibir los corredores, que ya estaban enterados de mi llegada.

Tomáronme, pues, las telas y las pregonaron, pero no ofrecieron por ellas ni siquiera su valor, por lo que el *scheij* de los subastadores me dijo:

<sup>6</sup> Posada de la Alegría.

<sup>7</sup> Entre los dos alcázares (del sultán).

<sup>8</sup> La alcaicería (*Kaisariyah*) aquí citada figura como alcaicería de Chaharkas en la versión de Burton, que anota copiando de Lane: «La alcaicería de Chaharkas radicaba en la parte este de la calle mayor de El Cairo el año 502 de la *hechra*, por un emir circasiano, llamado Fahru-d-Din Chaharkas, corrupción del persa Cheharkas: cuatro personas.»

El nombre de Chorchis o Chirchis figura en la edición Bulak y de MacNaghten.

—¡*Ye sidi!* Yo te diré una cosa que te ha de convenir y es que hagas lo que suelen hacer los mercaderes que venden sus géneros a crédito, a pagar dentro de un plazo señalado, mediante contrato y testigos cambiantes. Y vayas cobrando tu parte correspondiente todos los días lunes y jueves, y así cada dracma te rentará dos dracmas más y tú no tendrás que hacer más que divertirse a tu albedrío, viendo El Cairo y su Nilo.

Oído que hube sus palabras, le dije: —Sano consejo el tuyo.

Cogí, pues, conmigo a los subastadores y los llevé al *jan*, y ellos cogieron las telas y se fueron con ellas a la Alcaicería y allí se las vendí a crédito a los mercaderes mediante contrato ante el banquero, y me guardé el documento.

Y a partir de aquel día todos los días jueves y lunes iba a sentarme a las tiendas de los comerciantes y acudían allí el cambista y el adul y me traían los dineros que me correspondían. Y sucedió una vez que hube de entrar en el *hammam* y salí del *jan* y volví a entrar y almorcé allí, con la copa de la bebida junto a mí.

Luego me eché a dormir y después desperté y me comí un pollito y me perfumé y me encaminé a la tienda de un mercader, al que llamaban Bedrud-Din, *el Bostani* <sup>9</sup>.

Luego que él me vio, diome la bienvenida y se puso a conversar conmigo en su tienda, por espacio de una hora entera.

Y estando en estas he aquí que llega una mujer y se sienta a mi vera, que llevaba encima un velillo ondulante y despedía de todo su cuerpo un perfume embriagante.

Robáronme en el acto el sentido su belleza y su perfección. y ella luego

<sup>9</sup> Luna llena de la Fe, el jardinero.

levantó su velo y lanzóme una mirada de sus ojos negros.

Luego saludó con el *selam* a Bedru-d-Din, el cual le contestó en forma igual y se puso con ella a platicar.

Y no bien oí yo su voz, hizo presa en mi corazón el amor.

Y ella preguntó a Bedru-d-Din:

—¿Tendrías, por casualidad, una pieza de tela bordada en oro puro?

Fue Bedru-d-Din y le enseñó una pieza así. Y ella le tornó a decir:

—¿Podría yo tomarla y llevármela y luego mandarte su importe a la tienda?

A lo que el mercader le contestó:

—No me es posible, mi señora, complacerte en lo que me pides, pues el dueño de esta tela es este joven y yo estoy con él en deuda.

A lo que dijo ella:

—Guay de ti. Ya sabes que tengo por costumbre mercarte telas por valor de muchos *derahim*, dándote a ganar en ellas más de lo que deseas, y luego te envío su precio sin ningún detrimento.

—Así es, en verdad—respondió el mercader—. Pero esta vez se da el caso de que tengo yo que pagarle hoy mismo a su amo.

Cogió ella entonces la tela y se la tiró al comerciante al pecho y alzó la voz, diciendo:

—En verdad que sois todos lo mismo. una taifa<sup>10</sup> de desaprensivos, que no guardáis consideraciones a nadie, aunque os llaméis amigos.

Después de lo cual levantóse enojada y nos volvió la espalda para retirarse.

Parecióme a mí en aquel momento que mi alma se me salía de mi cuerpo para irse con ella; así que en el acto me levanté y, dirigiéndome a la joven, exclamé:

—Hazme, señora, la limosna de volverte atrás de tus graciosos pasos.

Volvióse ella a mirarme y me dijo:

—Solo por ti me vuelvo y consiento en seguir aquí.

Díjale yo entonces a Bedru-d-Din:

—¿Cuál es el precio de ese retal de tela para ti?

—Mil cien dracmas—me contestó.

—Pues yo te daré—díjale yo—cien dracmas más de ganancia en ese retal. Tráeme acá un trozo de papel y te lo escribiré y con mi firma lo refrendaré.

Cogile, pues, la tela, firmé el escrito de mi puño y letra y le dije a la hermosa, dándole la tela:

—Tómala y vete tranquila, que ya me la pagarás cuando quieras.

A ese fin, no tendrás más que venir a buscarme al zoco, cualquier día de entre los días, pues siempre estoy aquí sentado en una tienda u otra. Y si tienes a bien aceptarla como obsequio de mi parte, pues tuya es desde ahora.

A lo que contestó ella:

—Que Alá te lo premie, deparándote toda clase de bienes. Y ojalá consigas todas las riquezas que poseo y llegues a ser dueño y señor y corona de mi cabeza. ¡Quiera Alá oír mis ruegos!

Al oír aquello, díjale yo:

—Acepta, pues, esa pieza de tela. Y que no sea la única. Pero hazme la limosna de dejarme mirar, aunque sea solo un momento, ese rostro que me oculta el velo.

Levantó ella entonces el finísimo rebocillo que le cubría la parte inferior del rostro no dejando ver más que sus ojos, y vi aquel rostro de bendición y aquella sola mirada bastó y sobró para acabar de enloquecerme.

Pero ella se apresuró a bajarse el velo y, cogiendo la tela, me dijo:

—Ye mi dueño y señor, que no se prolongue mucho tu ausencia o moriré de dolor.

Dicho que hubo aquello se retiró. Y yo me quedé en la tienda, solo con el mercader, hasta la puesta del sol.

Y estaba yo enteramente enajenado.

<sup>10</sup> La misma voz árabe *Taifa*.

dominado en absoluto por la locura de aquella pasión tan súbita. Y la vehemencia de mis sentimientos era tal que no pude contenerme y, al despedirme de Bedru-d-Din, le dije:

—¿Sabes, por ventura, quién es esa mujer?

Y él me contestó:

—Cierto que lo sé. Es una joven muy rica, hija de un emir de los más ilustres, que murió dejándole muchos caudales y bienes.

Despedíme después del mercader y regresé al *jan* Serur, en donde me hospedaba. Y mis criados me sirvieron de comer, pero yo no pensaba sino en ella y no podía probar bocado.

Me acosté, pero el sueño huía de mis párpados y me pasó la noche en claro hasta que amaneció la mañana al cabo.

Levantéme entonces, púseme otro traje que el de la vispera, bebí una copa de vino, almorcé un bocadillo y me fui al zoco, a la tienda del mercader, y le hice la zalema y me senté a su vera.

Apenas lo hiciera, cuando he aquí que llega la joven de la vispera, vestida todavía con más lujo que el día anterior, y llevando con ella una esclavilla, y me dirigió el *selam* y se sentó sin posar los ojos en Bedru-d-Din, y díjome con un lenguaje elocuente, tan dulce y amable como nunca lo oyera antes:

—Envía conmigo a alguien que pueda cargar con las mil cien dracmas, importe de la tela que me fiaste.

Contestéle yo:

—¿A qué viene eso?

—Pues a que quiero pagarte el precio de la tela—dijo ella—y no perjudicarte.

Y empezó a hablar y, en el transcurso de la conversación, dile a entender por señas, y ella me entendió, que ardía en deseos de poseerla. Pero se levantó en seguida y se despidió como

asustada de lo que dijera. Y al irse llevábase consigo mi corazón, de suerte que no pude continuar en la tienda y me salí también y me puse a seguirla, y la fui siguiendo como un loco, más allá del zoco.

Y hete aquí que se me acerca una esclavilla y me dice:

—*Ye sidi*, mi señora quiere hablarte. Asombréme yo y le dije:

—Pero si aquí no me conoce nadie.

A lo que replicó la esclava:

—¿Tan pronto olvidaste a mi ama, la que estubo hoy en la tienda del mercader Fulano?

Eché a andar con ella hasta el lugar de los cambiantes. Luego que me vio, salió a mi encuentro y me dijo:

—*Ye* amor mío, te me has metido en el pensamiento y te has hecho dueño de mi corazón; desde punto y hora que te vi no he vuelto a gustar el sueño ni la comida ni la bebida.

Díjeme yo:

—Pues a mí me pasa igual y doble que eso, pero este momento me compensa de todo mi tormento.

Díjome ella:

—*Ye* amor mío, llévame a tu casa.

Y yo le contesté:

—Soy aquí forastero y no tengo más casa que el *jan*. Así que, si me hicieses la limosna de llevarme a la tuya, colmarías la merced.

Dijo ella:

—Bien; pero esta noche es la noche del viernes y no puede ser; tendrás que aguardar a mañana, después de la *zálá del jazl*. Monta entonces en tu rucio y pregunta por el Al-Habaniya y, luego que des con él, pregunta allí por la casa de Barakat <sup>11</sup>, el que fue gobernador y es conocido por el nombre de Abu Schamet. En esa casa vivo yo y

<sup>11</sup> La versión Weil transcribe Bercut, ex cuido de los emires. Y lo mismo que la versión Mardrus traduce Al-Habaniya, «calle de la Devoción». Burton deja el nombre sin traducir.



no tendrás que aguardar nada, pues yo te estaré esperando desvelada.

Alegre me yo al oírlo todavía más. Luego nos separamos y yo me fui al *jan* en que paraba y pasé allí la noche entera en claro.

Y apenas empezó a remanecer la mañana, me levanté y me puse otro traje que el de la víspera y me perfumé y sahumé y cogí cincuenta dinares, que guardé en un mandil, y me encaminé del *jan* Serur a Bab-Zahuila<sup>12</sup> y monté allí en un borriquito de alquiler, diciéndole a su dueño:

—Llévame en seguida a Al-Habaniya.

Condújome allá en un abrir y cerrar de ojos y nos detuvimos en un adarve que le dicen Darbu-l-Munkari.

Díjeme yo al burrero:

—Entra ahí y pregunta por la casa del que fue gobernador.

No tardó en volver, diciéndome:

—Apéate.

Hicelo así y le dije:

—Ve tú delante de mí hasta la casa.

Hízolo él así y, llegado que allí hubimos, díjeme:

—Mañana vendrás a buscarme aquí y me recogerás.

Díjeme el burrero:

—¡En el nombre de Alá!

Díjeme yo luego un cuarto de dinar en oro y él lo tomó y se alejó. Llamé yo entonces con los nudillos a la puerta y salieron a abrirme dos criaditas peque-

ñas, de turgentes pechos tales que dos lunas, las cuales me dijeron:

—Entra, *sidi*, que nuestra señora te está aguardando. La pasión que por ti siente el sueño le ha quitado.

Entré yo en el patio y vi al fondo un edificio magnífico con siete puertas, y en la fachada muchas ventanas, que daban a un jardín muy espacioso.

Y en aquel jardín había toda suerte de árboles frutales y de flores maravillosas; regabanlo acequias y regatos y aves parlanchinas alegrabanlo con su melodiosa algarabía.

Era la casa toda de mármol blanco, tan diáfano y pulido que reflejaba la imagen de quien se inclinara a mirarlo, y los artesonados interiores estaban chapados de oro y orlados de inscripciones almocárabes de estilos y formas diversas.

Todo el pavimento era de riquísimo mármol, con incrustaciones de mosaico. En el centro de la sala surtía una fuente, adornada de pedrería y aljófar; alcatifas de seda cubrían los suelos, suntuosos tapices colgaban de las paredes, y tocante a los muebles, ni el lenguaje ni la escritura más elocuente serían capaces de describirlos. Entré yo, pues; allí me senté...

Pero en aquel instante sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 28 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye* el monarca, el afortunado, que el joven mercader díjole al cristiano:

—Entré allí y me senté y no pasara

<sup>12</sup> La *Bab Zahuila* toma su nombre de una tribu del norte de África. Data de la misma época que la *Badu-n-Nazr* (siglo XI de nuestra era) y es todavía muy admirada. Burton.

una hora cuando la muchacha se presentó y se me acercó y díjeme llevaba sobre su frente una diadema, incrustada de aljófar<sup>13</sup> y brillantes e irradiaba toda ella una belleza deslumbrante, pues mostraba lunares pintados en su

<sup>13</sup> Del árabe *Ach-Chauhar*. Perlas menudas.

rostro y tenía alcoholados los ojos y las manos dadas de alheña. Al verme sonrió y vino a abrazarme y me estrechó contra su pecho y puso su boca en la mía y me chupó la lengua, a lo que correspondí en forma idéntica <sup>14</sup>.

Y ella exclamaba:

—¿Pero es verdad que te tengo en mi casa y te aprieto contra mi pecho o será solo un sueño?

A lo que yo le contesté:

—Tu esclavo soy.

Dijo ella entonces:

—¡Bien venido seas, amor mío! Pues desde el día que te vi no volví a gustar las dulzuras del sueño ni me supieron bien los manjares más selectos.

A lo que yo le respondí:

—Igual me pasó a mí desde el día que te vi.

Sentámonos luego y conversamos, y yo tenía la vista fija en el suelo de puro avergonzado.

No pasara una hora de tiempo cuando vinieron y nos pusieron delante una mesita servida con los platos más exquisitos: carne asada, pollitos rellenos y friturillas rebozadas con miel de abeja y toda suerte de pasteles.

Comimos ambos mano a mano hasta hartarnos, y ella me ponía el bocado en la boca, animándome a comer con dulces palabras e insinuantes miradas. Luego nos trajeron el aguamanil de cobre y me lavé las manos y me perfumé con agua de rosas y almizcle <sup>15</sup> y reanudamos el palique y ella luego entonó estos versos:

—¡Si hubiéramos sabido tu llegada, de tus pies para alfombra habríamos puesto el corazón y nuestros negros ojos, y dichoso latiera nuestro pecho al pisarlo tus pies tan primorosos!

Luego pasó a contarme sus cuitas y yo le conté las mías.

Y su amor arraigaba en mí cada vez más profundo y me hacía despreciar todas las riquezas del mundo.

Pusímonos luego a jugar y a abrazarnos y besarnos hasta que se hizo de noche. Vinieron entonces las esclavas, trayéndonos viandas y vino, y ella resplandecía con deslumbrante brillo.

Estuvimos bebiendo hasta la medianoche, y entonces nos acostamos los dos juntos y nos quedamos dormidos y estuvimos durmiendo de un tirón, hasta que la mañana amaneció. Y jamás en mi vida gozara yo noche tan divina. Luego que amaneció la mañana me levanté y le metí debajo de los tapices del lecho el mandilete con los dinares y me despedí de ella y me dispuse a retirarme.

Echóse ella a llorar y dijo:

—*Ye sidi*, ¿cuándo volveré a ver esa bella cara?

Contestéle yo:

—Volveré aquí a la hora del *aschá*.

Fuime de allí y, al salir, encontré al almocrebe que la víspera me condujera, aguardándome en la puerta.

Monté, pues, en el rucho hasta llegar al *jan* Serur, donde me apeé y di al burrero medio dinar y le dije:

—Ven a buscarme a la puesta del sol.

Y él contestó:

—Sobre mi cabeza, señor.

Entréme luego en el *jan* y almorcé y salí después para recaudar el precio de mis telas, hecho lo cual tornéme al *jan* y mandé aderezar para ella un cordero asado y cogí también dulces, y llamé al costalero y le di las señas de la casa y le aboné el importe del mandado, y yo me volví a mis quehaceres hasta la puesta del sol y estuve en ellos ocupado. Vino entonces a buscarme el burrero y monté en el rucio, como la otra vez, hasta llegar a la casa.

Y al entrar en ella advertí que lo

<sup>14</sup> Burton hace notar: «Es el "Kissing with th'inner lip" en Shakespeare. La "langue fourrée" de los franceses; el "sampa" del sánscrito; una de las múltiples variedades de besos mencionados en el *Ananga-Ranga*.»

<sup>15</sup> Del árabe *Al-mesk*.

habían limpiado todo y aljofifado el suelo y encendido los candiles y decantado el vino y servido de antemano la mesa.

Y ella, al verme, echóse en mis brazos y me acarició, diciendo:

—¡Por Alá, cuántas ganas tenía de verte ya!

Pusímonos luego a comer avellanas y nueces y a beber, y comimos y bebimos y después nos quedamos hasta la mañana dormidos.

Luego que amaneció me levanté y le puse debajo de los tapices del lecho un pañuelo con cincuenta dinares en oro que, a prevención, llevara, y me volví al *jan*, caballero en mi burro, como acostumbraba, y me eché a dormir <sup>16</sup>.

Levantéme luego y salí a comprar la cena y merqué un par de gansos en su grasa sobre sendas fuentes de arroz con pimienta y colocasias <sup>17</sup> asadas y con miel rebozadas y velas de cera y fruta y conservas y nueces y almendras y flores, y se lo mandé todo a ella.

Y luego que se hizo de noche até, como siempre, cincuenta dinares en el pico de un pañolito y, montado en mi rucio, fui cabalgando hasta llegar a la casa, donde comimos y bebimos y estuvimos acostados juntos hasta la mañana.

Y entonces le di a mi amada el pañolito con los dinares y, montado en mi burro, me volví al *jan* <sup>18</sup>.

Y así seguí haciendo un espacio de tiempo hasta que, una mañana, tras una noche deliciosa, me desperté y me encontré que estaba en la miseria más extremada sin un dinar y sin una dracma.

Y me dije para mi ánima:

<sup>16</sup> Desde aquí hasta la llamada 18 falta en Mardrus.

<sup>17</sup> *Kulkasa*. Una especie de boniato, que se come cocida como la patata.

<sup>18</sup> Falta en Mardrus.

«Todo esto, a no dudar, ha sido obra del Schaitán.»

Y, a impulsos del sentimiento, recité estos versos:

Si la fortuna al rico le volviese  
la espalda, le verías  
perder todo su brillo de repente,  
como el sol al ponerse cada día.  
De la memoria de la gente al punto  
su nombre se borraría  
y nunca nadie más, en las tertulias,  
lo mentaría.  
Vergüenza le daría presentarse  
en las calles y zocos,  
y buscaría la soledad y en ella  
lloraría hasta dejar secos sus ojos.  
¡Oh Alá! De sus amigos es inútil  
que espere nada el pobre,  
que reniegan de él sus propios deudos  
y nadie lo conoce.

Poseído de tristeza y perplejidad salí del *jan* y eché a andar sin rumbo hasta que vine a encontrarme en la plaza de Bainu-l-Kasrain, y seguí andando hasta salir a Bab-Sauila.

Encontréme allí con un tropel de gente tal que obstruía el paso de la puerta, y entre el gentío hube de ver, por decreto del sino, a un jinete muy bien vestido, y, sin yo quererlo, vine a encontrarme junto a él, porque la gente me empujaba; la mano se me escurrió en su manga, donde tropezó con un saquito; lo cogí, tiré de él y lo saqué.

Sintió el jinete aligerada de peso su manga y metió en ella su mano y la encontró sin nada. Volvióse hacia mí al punto y me descargó con su maza un golpe en la cabeza que dio conmigo en tierra.

Interpusose la gente entre nosotros y cogió al caballo de las riendas y empezó a gritar:

—¿Por qué le habrán dado a este joven ese mazazo en la cabeza?

—Este es un tunante y un ladrón.

Y a todo esto volví en mí y oí que la gente decía:

—No es posible que ese joven tan guapo haya robado.

Y empezaron a disputar entre ellos y los unos afirmaban y los otros negaban y se enredaron en dimes y diretes, hasta que al cabo me cogieron unos cuantos y trataron de librarme de las manos de mi agresor, que no deponía su furor.

Quiso, no obstante, el sino que acertara a pasar en aquel instante el guali, seguido de varios alguacilillos<sup>19</sup> y, al trasponer la puerta, encontré con aquel gentío apiñado en torno mío y del jinete, y preguntó la causa de aquel bullicio.

A lo que el montado replicó:

—¡Por Alá, ye emir! Este jovencito es un ladrón y tenía yo en mi manga un bolso azul en el que guardaba veinte dinares y en estas apreturas me los ha robado ese brigante.

Y el guali le preguntó:

—¿Había alguien contigo?

Y él respondió:

—No.

Gritó entonces el guali al *almokaddem*<sup>20</sup> diciéndole:

—¡Cógelo y cachéalo!

Cogióme, pues, el *almokaddem* y, al desnudarme, hallóme el bolso azul con los veinte dinares.

Incautóse de él el guali y lo abrió y contó las monedas, comprobando ser los veinte dinares que decía el denunciante.

Enfurecióse el guali entonces y gritóles a los de su escolta:

—Traédmelo acá sin demora.

Acercáronme a él y pusieronme entre sus manos, y él me dijo:

—Muchacho, dime la verdad. ¿Fuiste tú quien hurtó este bolso?

—Sí—contesté yo—. Yo fui quien lo tomé.

Al oírme el guali esas palabras maravillosas y llamó a los testigos y vinie-

ron estos y dieron fe de cómo yo mismo confesaba mi delito. Y todo esto sucedía en la Bab-Sauila.

Ordenó luego el guali al verdugo que me cortase la mano derecha y este, en el acto, ejecutó la sentencia<sup>21</sup>.

Compadeciéndose entonces de mí el robado y me dio la bolsa, diciendo:

—Eres un guapo chico y no está bien que hagas el picaro.

Y yo recité estos versos<sup>22</sup>:

¡Por Alá, señor, te juro,  
que no soy ningún ladrón,  
que no me sale de adentro  
ni nadie me lo enseñó!  
Fue todo obra de la suerte  
que contra mí se volvió,  
y no fui yo, sino Alá,  
quien la flecha disparó;  
que de mi frente la regia  
corona me arrebató  
y por el polvo ruin  
con desprecio la arrastró.

Toméle yo la bolsa y fuese él de allí y yo me retiré también y me envolvi el muñón de mi mano cortada en un trapo, y tornóse amarillo el color de mi rostro y cambió mi ser todo.

Eché a andar, sin darme cuenta, hacia la casa de mi amiga y, llegado que hube, entré y me tendí en silencio sobre los tapices del lecho.

Viome la joven mudado de color y me preguntó:

—¿Qué es lo que te ha pasado y por qué te veo tan cambiado?

Y yo le contesté:

—Es que me duele un poco la cabeza y no me siento bien.

Turbóse ella al oírme y, apiadada, exclamó:

<sup>21</sup> «Y al ladrón y a la ladrona, cortadles sus manos a los dos.» Sura V.—La mesa.

<sup>22</sup> Estos versos faltan en Mardrus y otras versiones. El reo se defiende parafraseando al versículo 17 de la sura VII del *Corán*, *Al-Anfal* (El botín), que dice: «No sois vosotros quienes los matasteis, sino Alá quien los mató. No fuiste tú quien lanzó la flecha, al disparar, sino Alá quien disparó...»

<sup>19</sup> Alguacil. voz árabe. De *Al-Uazi*.

<sup>20</sup> Jefe de la guardia. Literalmente, Adelantado.

—No me quemes el corazón. Incorpórate y alza la frente y cuéntame todo lo que pasó. Que ya en tu cara lo adivino yo.

—No me importunes con tus palabras—respondile.

Y ella se puso muy triste y luego rompió a llorar, diciendo:

—Cualquiera diría que ya se te acabó la ilusión; no pareces el mismo.

Rompió luego otra vez a llorar y trató de hacerme hablar, y aunque yo no le contestaba, siguió porfiándose hasta que la noche fue llegada. Ofreciome entonces de comer; pero yo no quise probar bocado, pues temia que me viese comer con la mano zurda y me importunase con nuevas preguntas. Pero ella me dijo:

—Cuéntame qué fue lo que hoy te pasó y por qué te veo tan triste y quebrado de ánimo y corazón.

—Ya te lo contaré—dijele yo—. Pero ahora déjame en paz.

No insistió ella más y me brindó de beber y me dijo:

—Anda y bebe, que así se te quitarán las penas. No tienes más remedio que tomar un sorbo y luego me lo contarás todo.

—Puesto que te empeñas—le contesté—dame tú misma de beber.

Llenóme ella la copa y la apuré, y tornó a llenarla y ofrecémela, y yo se la tomé con mi mano, la izquierda, y, al hacerlo, fluyeron de mis ojos las lágrimas y recité estos versos:

Quando dispone Alá que algún desastre  
al hombre le suceda,  
empieza por privarlo del juicio  
e indefenso lo deja.<sup>23</sup>  
Y luego que pasó lo inevitable,  
la razón le devuelve,  
para que su desgracia medir pueda  
y su pesar se aumente.

Al terminar de declamar tome la copa con mi mano izquierda y rompí a llorar.

Y ella, al verme llorar, lanzo un recio grito y exclamó:

—¿Cuál es la causa de tu llanto, que te abrasa el corazón, y por qué coges la copa con tu mano izquierda?

—Es que en la otra me ha salido un grano—le contesté.

Y ella me dijo:

—Pues sácala y te lo reventaré.

—No está aún en sazón—le dije yo—. No porfies, que no he de sacar ahora la mano, como dices.

Apuré luego la copa y ella siguió escanciándose hasta que acabé por embriagarme y me quedé dormido en el mismo sitio.

Vio ella entonces mi brazo sin mano y entróle mucha pena, cual nunca por nadie en el mundo la sintiera, y no dejó de hacer duelo por mi desgracia hasta que amaneció la mañana.

Al despertarme yo del sueño, me encontré con que me había aderezado un plato de asado y, al examinarlo más de cerca, vi que había cuatro pollos en la bandeja.

Escanciome también vino en la copa, y yo comí y bebí y luego cogí el bolso y me dispuse a salir. Dijome ella:

—¿Adónde vas?

Y yo le respondí:

—Por ahí, a distraer la pena de mi corazón.

—No te marches—rogó, siéntate aquí. Sentéme yo y ella me dijo así:

—¿Conque tu amor por mí ha llegado al extremo de que por él perdieras todo tu dinero y además tu mano, la derecha, e iba yo ahora a dejar que te marcharas? Mas yo te juro y a Alá pongo por testigo que no he de separarme ya nunca de ti y a Alá le pido accedas a mi deseo de casarme contigo.

Mandó luego a llamar al cadí y los

<sup>23</sup> Recuérdese el adagio latino: *Quos Deus vult perdere, prius dementat*.

testigos y, llegado que estos hubieron, les dijo:

—Extended la partida de mi casamiento con este joven y certificad de cómo recibí ya la dote.

Procedieron ellos luego a redactar el acta matrimonial y ella les dijo entonces:

—Dad ahora fe de cómo cuanto dinero poseo y guardo en esta arca y todos mis mamelucos y esclavas son desde hoy propiedad de este joven.

Hiciéronlo así ellos y entonces ella me llevó ante una alhacena y la abrió y me mostró un arcón, que abrió también, y exclamó:

—Mira lo que hay dentro de ese arcón.

Miré yo y vi que estaba lleno de pañuelos, de los que cada uno formaba un paquetito. Y ella me dijo:

—Ahí está todo lo que en todo este tiempo me fuiste dando. Cada vez que me regalabas un pañolito con cincuenta dinarés en oro iba yo y lo guardaba en esa arca. Entra ahora, pues, en posesión de lo que tuyo es. Reservado te lo tenía Alá y estaba escrito en el libro del Sino. Y hoy de mí se ha servido para que se cumpla lo que estaba escrito. Por culpa mía perdiste tu mano derecha y, aunque mi alma se sacrificase, todo sería poco para pagarte y siempre me quedaría corta para indemnizarte. ¡Toma posesión de tus bienes, mi amor!

Mandé yo hacer otra arca y a ella trasladé todos aquellos pañolitos de marras, después de lo cual me levanté y la abracé y bebimos ambos mano a mano.

Pero aquella noche no pudo ella dormir de lo triste que estaba por lo que a mí me pasara.

Vivimos luego de esa conformidad por espacio de un mes cabal, y hubo de quebrantarse su salud y agravarse su mal, hasta que, en menos de cin-

cuenta días, pasó a ser del número de los de la otra vida.

Cuidé yo de sus exequias y dile sepultura y le mandé leer alcoranes e hice limosnas a los pobres en su nombre, gastando mucho dinero en todo eso.

Después de eso volví a casa e hice alcámiz<sup>24</sup> de los bienes que me legara, que eran cuantiosos en fincas y tierras, y entre ellos figuraba un almacén de sésamo, del que te vendí aquella partida, y si hasta ahora no te tomé su importe fue porque me iba sosteniendo con la venta de otras cosas.

Y ahora te ruego no me contradigas en lo que te voy a decir, pues comí de tu mesa y quiero concederte el montante del sésamo que todavía me adeudas. Y ya sabes el motivo de comer yo con mi mano, la izquierda.

Díjale yo luego:

—Favor y beneficio me haces.

Y él añadió:

—No tienes más remedio que venirte conmigo a mi tierra; pienso comprar mercancías mizrianas y alejandrinas; ¿no querías ser mi socio en el negocio?

Díjale:

—Desde luego.

Y nos despedimos conviniendo en volvernos a ver a fines de mes.

Vendí luego cuanto poseía y compré mercaderías aquel mes y me puse en camino en compañía de ese joven rumbo a este país, que es el vuestro.

Y vendió el joven aquellas mercancías y compró otras en su lugar en esta vuestra patria y pasó otra vez a las moradas mizrianas.

Y quiso mi suerte que, cuando me disponía a reunirme con mi amigo, me ocurriera esta noche lo que me ha ocurrido por ser forastero en el país.

<sup>24</sup> Inventario, recuento, revista.

Y esta es, oh rey afamado, la historia que estimo más extraordinaria que la del jorobado.

Dijo entonces el rey:

—No soy de la misma opinión. Y no hay más remedio sino que os voy a mandar ahorcar a todos para que pa-

guéis el crimen cometido con mi bufón, ese pobre jorobado, al que disteis muerte sin consideración.

Pero en aquel momento sintió Schahrasad venir la mañana y cortó el flujo de sus fluyentes palabras.

## Y LA NOCHE 29 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—He podido averiguar, ye monarca, el afortunado, que, estando así las cosas, llegóse el mayordomo al rey de Az-Zin y le dijo:

—Si me das tu venia te contaré una historia que me ocurrió a mí antes de

tropezarme con ese jorobado y, si fuere más de tu gusto que esta, nos harás a todos gracia de la vida.

Dijo el rey:

—Venga tu historia.

Y empezó el mayordomo, diciendo:





## HISTORIA DEL MAYORDOMO

(Noches 29 y 30)

*Anécdota entre donosa y trágica, que viene a aliviar un tanto la emoción violenta suscitada por el cuento que antecede. Aquí no se pierde la mano, sino los pulgares de los pies; pero, de todos modos, hay que ver cómo las gastaban esas mujeres orientales, que, por otra parte, se revelaban en ocasiones tan sensibles y tiernas. La anécdota puede que encierre un aviso para los que se rendían demasiado confiadamente a los arrumacos de esas misteriosas tapadas. La dama de esta historia tenía, por lo visto, toda su sensibilidad en el olfato.*

—Has de saber que estaba yo anoche en una reunión de hombres versados en el Libro excelso, del número de los alfaquies, y luego que terminaron de leer el *Corán*, extendieron los manteles y sirvieron la mesa, y entre los manjares que nos presentaron figuraba la *sirbacha* <sup>1</sup>.

Dispusimos a saborearla todos

menos uno, que se retrajo y abstuvo.

Instámosle nosotros, pero él juró que no la cataría.

Porfiámosle con más insistencia y él, entonces, exclamó:

—No porfiéis, que harto tengo con lo que una vez me pasó por haber comido ese plato—y recitó estos versos:

¡Cuando un amigo no quiere tu trato,  
de nada sirve que pretendas  
junto a ti retenerlo con halagos!

Luego que acabamos de comer, le dijimos.

—¡Por Alá! ¿A qué se debe que no quieras probar la *sirbacha*?

A lo que él respondió:

<sup>1</sup> Plato que consiste, según Mardrus, que transcribe *rosbacha*, en arroz con ajos y que es muy sabroso si el arroz está en su punto y se tiene buena mano para echar los ajos y las especias.

Burton trae *zirbacha*, con esta nota: «Guiso de carne con vinagre, comino y otras especias fuertes.» Como se ve, no menciona los ajos ni el arroz.



—Yo no como de ella sin lavarme las manos cuarenta veces con jabón, otras cuarenta con potasa y otras cuarenta con *sud*<sup>2</sup>, o sean ciento veinte veces, en conclusión.

Mandó entonces el anfitrión a los criados que le llevaran el agua caliente y lo demás que había nombrado y él se lavó las manos, se levantó y luego se sentó y, de mala gana, alargó su mano y, como receloso, la llevó al plato y empezó a comer.

Y a todo esto parecía como disgustado y nosotros estábamos asombrados hasta el límite del asombro de ver sus gestos raros.

Temblábele la mano y, al fijarnos, vimos que le faltaba el dedo pulgar, que lo tenía amputado, de suerte que comía con solo cuatro dedos.

Dijámosle nosotros:

—¡Por Alá sobre ti! ¿Qué le pasa a tu pulgar? ¿Lo tienes así de nacimiento o es que te sucedió algún mal?

A lo que él contestó:

—¡Ye hermanos míos! Habéis de saber que mi padre era un mercader de los mercaderes principales y el más principal de la ciudad de Bagdad, en los tiempos del jalifa Harunu-r-Rachid, y tenía pasión por el vino y la música del laúd y las cantadoras y bailadoras de negros ojos.

Así que, al morir, no me dejó nada. Hícele yo las honras fúnebres y le mandé decir alcoranes y le lloré noches y días.

Abrió luego su tienda y no hallé en ella sino muy poca cosa de valor y muchas notas de deudas.

Rogué a los acreedores que tuvieran paciencia y les calmé los ánimos y salí a vender y comprar y de viernes a viernes les pagaba a los acreedores, y

así estuve haciendo una temporada, hasta que enjuagué todas las trampas y acrecí incluso mis ganancias.

Sucedió luego de eso que, estando yo sentado un día de los días en mi tienda, veo pasar una joven, cual nunca en mi vida vieran otra igual mis ojos, lujosamente vestida y cargada de joyas y montada en una mula torda.

Delante de ella iba un esclavo y detrás, otro. Paróse la mula a la puerta del zoco y entró en él la joven, seguida de uno de los eunucos.

Y al mirar las tiendas de los mercaderes no encontró ninguna más de su gusto que la mía.

Vinose, pues, por aquella parte, hasta llegar a mi tienda, y se me acercó y me saludó con el *selam*. Y dizque no oyera en mi vida voz más melodiosa que su voz ni palabras de una dulzura igual.

Descubrióse luego el rostro y yo le dirigí una mirada que había de acarrearle mil desgracias, y se quedó al punto mi corazón preso en las redes de su amor y volví a mirarle su cara una vez y otra y recité estas estrofas:

¡Di a la hermosa del velo que semeja  
un ala de paloma,  
que el tormento que sufro yo por ella  
es peor que la muerte redentora!  
Ruegale que conmigo sea clemente  
y temple su rigor,  
que yo por seguirla perdí toda  
la paz del corazón.

Al oír ella mis versos respondiome con otros, diciendo:

—Si eso servirte puede de consuelo,  
sabe que yo también el pecho en llamas  
tengo cual tú abrasado y que en el mundo  
a nadie sino a ti ama mi alma.  
Si alguna vez otra beldad mis ojos,  
que no la tuya ven,  
que el gozo de tu encuentro, para siempre,  
vedado a mi me esté.  
Escanciome el amor vino en su copa;  
ojalá que también  
a ti a beber te diera de este vino,  
y que fuera común nuestra embriaguez.

<sup>2</sup> El *sud* es la raíz aromática de una planta india del género *Alpina* y *Kaempferia*, muy usada en medicina y arte culinario. Mardrus no la menciona.

Anda y recoge mi último destello de vida, que feliz seré muriendo, si contigo muero, y en la tumba me entierran, junto a ti. Y si mi nombre invocas en mi tumba, mis huesos todos se estremecerán y, lanzando un suspiro de alegría, —Aquí estoy—te dirán. Y si me preguntares: —¿Qué deseas? Yo te responderé: —¿Qué Alá me haya en su gracia y que nunca al olvido me des!

Luego que hubo recitado su poema, dijo ella:

—Ye joven, ¿por ventura tienes en tu tienda piezas de tela buena?

Contéstele yo:

—¡Ye mi señora! Yo soy tu ruin esclavo; pero pues es todavía muy temprano, aguarda a que los mercaderes abran sus tiendas y yo te traeré cuanto apetezcas.

Luego nos enredamos de palique los dos y yo naufragaba en el mar de su amor y me perdía en el laberinto de mi pasión. Abrieron luego los mercaderes sus tiendas y yo fui y merqué para ella todo cuanto deseaba y cuyo precio subió a las cinco mil dracmas.

Diselo todo al eunuco y la joven entonces fuese seguida del castrado a donde con la mula le aguardaba el otro esclavo.

Y yo entré en mi casa totalmente borracho de amor.

Sirviéronme la comida y no pude probar bocado, que la imagen de aquel bello rostro no se me borraba de los ojos. Y cuando me acosté para dormir aquella noche, huyó el sueño de mis párpados y no quiso venir.

Pasé así una semana y, al cabo de ella, se presentaron los mercaderes reclamando la cuantía de mis compras; pero yo les hablé y logré que se ablandaran y me concedieran otro plazo de una semana. Y cumplida que fue aquella, presentóse de nuevo la joven en mi tienda, montada en su mula y precedida de un eunuco y dos esclavas.

Lo mismo fue verla yo que disiparse toda mi preocupación y olvidárase todo a impulsos del amor.

Saludóme ella con el *selam* y, con su habla seductora, me dijo:

—Aquí tienes tu dinero; trae la balanza y pésalo.

Y acto seguido me abonó, y con creces, todo lo debido.

Siguió luego conversando largamente conmigo y yo estaba a punto de morir de puro regocijo. Y finalmente me dijo:

—¿Eres, por ventura, casado?

—No—le contesté—. No conozco mujer.

Y al decirlo así me eché a llorar.

—¿Por qué lloras—me preguntó ella—, qué es lo que te sucede?

—Es—le contesté yo—que se me vino una cosa a la imaginación.

Cogi unos dinares y se los di al eunuco y le pregunté si no querría prestarse a servirme de tercero para que yo lograra mis deseos.

Echóse el eunuco a reír y me dijo:

—¡Pero si ella está más loca por ti que tú por ella! Como que para nada necesita esas telas sino que solo viene a verte por el mucho amor que te tiene. No tengas, pues, reparo y dile lo que quieres, que no te engañará en lo que dijere.

Viome ella darle aquellos dinares al eunuco, y volvió y se sentó.

Y entonces yo le dije:

—Sé generosa con tu esclavo y concédele lo que va a pedirte.

Y acto seguido confíele sin rodeos lo que tenía en el pensamiento.

Maravillóse ella y me contestó, diciendo:

—Este eunuco te traerá mi respuesta; haz tú lo que te diga al pie de la letra.

Luego se levantó y se retiró.

Levantéme yo también y fui a llevarles su dinero a los mercaderes, más sus intereses.

Y desde el momento que la vi partir

pesóme de haberla dejado marchar, sin nada de ella inquirir. Y en toda aquella noche, ¡cuán larga fue!, no pude dormir.

Pero pasados que fueron unos días, presentóse de nuevo el eunuco y yo, después de agasajarlo, le pregunté por ella, y él me dijo:

—Está enferma.

—¿Qué es lo que tiene?—exclamé yo—. Dimelo todo, por favor.

Y el eunuco me explicó.

Has de saber que a esa joven crióla la señora Sobeida, la esposa de Harunu-r-Raschid, y es una de sus esclavas predilectas; recabó de su señora que la dejara entrar y salir, y ella se lo concedió así. Y empezó a entrar y salir hasta que acabó siendo su demandadera; luego hablóle de ti a su señora y le pidió la casara contigo y aquella contestóle:

—No haré tal hasta no conocer a ese joven. Si no hiciere a tu lado mal papel te casaré con él.

De suerte que has de venir allá conmigo. ¿Qué contestas a esto que te digo?

—Está bien—respondí yo—. Iré allá contigo y me armaré de paciencia tocante a lo que me has referido.

Díjome entonces el eunuco:

—Esta tarde, luego que sea anochecido, vete a la mezquita que *sayyida*<sup>3</sup> Sobeida mandó edificar a la orilla del Dichle y haz allí la zalá y quédate luego a pernoctar.

—Con alma y vida lo haré—le contesté.

Luego, pues, que llegó la hora del *aschá*, dirigíme a la mezquita e hice allí la zalá y me quedé a pernoctar.

Amaneció al cabo la mañana y entonces vi venir por el Dichle a los dos

esclavos, en una lancha, trayendo consigo unas arcas.

Metieron las arcas en la mezquita y luego se alejaron aprisa; pero uno de ellos quedóse algo zaguero y yo pude observarlo y comprobar que era aquel mismo esclavo que me sirviera de mediano con la joven hermosa, y al cabo de una hora, villa llegar a ella misma en persona.

No bien la vi llegar, me levanté y fui a su encuentro y la abracé con pasión, y ella me besó y lloró.

Estuvimos después un rato conversando y, a lo último, cogióme ella de la mano y me hizo entrar en una de las arcas y cerró sobre mí la tapa.

Fueron luego los esclavos y cargaron las arcas en la barca y empezaron a remar, rumbo al palacio de doña Sobeida.

Y yo sentí temor y a mí mismo me dije:

«Ya verás sin duda cómo tus caprichos y locuras te llevan a la muerte, y, además de eso, ¿estás seguro, al menos, de lograr tu deseo?»

Y me eché a llorar encajonado como estaba en aquella caja y tomado de calambres que me atosigaban, y a Alá pedí que me sacase con bien de aquel arriesgado lance.

Y a todo esto iba el esquire bogando hacia palacio y no tardó en llegar ante su puerta, y allí los esclavos descargaron las arcas y, entre ellas, la en que yo estaba.

Luego, y pasando por entre una tropa de castrados y de mujeres que se recataban tras de las cortinas, entraron las arcas en el palacio hasta que llegaron al puesto del eunuco mayor, el cual, al verlas, sacudió su modorra y le dijo a la muchacha:

—¿Qué hay en esas arcas?

Y ella le contestó, rápida:

—Pues cosas para el uso particular de doña Sobeida.

<sup>3</sup> Señora, forma femenina de *Sayyid*, señor. Sobeida era la esposa y prima del jalifa Harunu-r-Raschid.

—Está bien—respondió el eunuco mayor—. Destapadlas y miradlas una por una, que me quiero cerciorar de si dijo verdad.

—¡Ah, sí!—exclamó la joven—. ¿Y por qué las quieres abrir?

Pero él le contestó:

—No hables y no seas deslenguada. Quiero y debo registrar esas arcas.

Y así diciendo púsose en pie de un salto y la primera caja que le llevaron fue aquella en que yo estaba encerrado. Y al sentir que le ponía la mano encima me entró a mí tal susto, que me meé en mis ropas y los orines salieron fuera del arca y por el suelo corrieron.

Y la joven dijo al eunuco mayor:

—Vas a ser la causa de que me maten a mí y a ti también por haber estropeado unas mercancías que diez mil dinares han costado. Pues has de saber que esta arca contiene trajes de color y cuatro frascos de agua de Zem-zén, y ahora uno de esos trajes se ha echado a perder y a los otros los habrá calado el agua y les habrá desteñido, lo que es un gran perjuicio.

Y al oír aquello el eunuco mayor exclamó:

—¡Está bien! Llévate tus cajas y mételas dentro; así Alá las maldiga.

Tornaron, pues, los esclavos a cargar con las arcas, incluyendo aquella en que yo estaba, y apretaron el paso hasta que, de pronto, hirió mis oídos la voz de un decidor, que decía:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡El jalifa! ¡El jalifa!

Y al oír yo aquellos gritos me morí en mi pelleja y dije un dicho que nunca al que lo dice deja corrido.

«No hay gloria ni poder sino en Alá, el glorioso, el lleno de majestad. Yo, y nadie más que yo, me he buscado la perdición.»

Y en aquel momento oí la voz del jalifa que le decía a mi adorada:

—¡Guay de ti! ¿Qué llevas en esas cajas?

Y ella le contestó desenfadada:

—Son trapos y perifollos para señora Sobeida.

Y el jalifa le dijo:

—Pues abre las cajas delante de mí, como te digo.

Y allí fue donde de veras creí yo morir y me dije a mí mismo:

«¡Por Alá, que este es el último de mis días en esta vida! Como salga bien de esta me caso con ella sin más; pero difícil será, porque la muerte me mira cara a cara y ya puedo dar mi cabeza por cortada.»

Y recité el testimonio diciendo:

«¡No hay más *ilah* que Alá y Mohammed es el enviado de Alá!»

Y luego de eso oí a mi novia decirle al miramamolín:

—Estas arcas, *ye emir* de los creyentes, me las encomendó a mi guarda mi señora Sobeida, la cual no quiere que nadie vea lo que contienen.

—¡No obsta!—dijo el jalifa—. No tienes más remedio que abrirlas, pues quiero cerciorarme por mis propios ojos de lo que contienen.

Y acto seguido gritóles a los capones:

—¡Traedme acá esas cajas!

Dime yo entonces por muerto (sin pizca de duda) y fue tal mi espanto que me tomó un desmayo.

Y a todo esto los castrados le fueron presentando al jalifa un arca tras otra y él las miraba y remiraba todas y no encontraba en ellas más que trajes y telas, hasta que solo le faltaba registrar el arca dentro de la que yo estaba.

Y ya los eunucos se disponían a abrirla cuando fue mi novia y se acercó corriendo al jalifa y le dijo al oído:

—No vayas a abrir esta arca sino en presencia de mi señora Sobeida, pues es un secreto suyo lo que viene en ella.

Y el jalifa, al oír esas palabras, man-

dó a los eunucos que entrasen las cajas, y así lo hicieron ellos y cargaron con todas las arcas, incluso con aquella en que yo estaba, y las entraron en el harén y allí las dejaron en medio del estrado. Y díique yo tenía seco el galillo de puro asustado.

Pero entonces mi adorada vino y me sacó del arca y me cogió de la mano y me dijo:

—No temas nada, que ningún mal te amaga; dilata tu pecho y encorazona tu corazón y siéntate aquí tranquilo hasta que venga doña Sobeida, y ten por cierto que te saldrás con tu deseo.

Y yo me senté y, pasando un rato, vi llegar diez doncellitas, hermosas como lunas y abiertas en dos filas de cinco cada una <sup>4</sup>.

Llegaron luego veinte esclavas, todas ellas de pechos turgentes y todas vírgenes intactas, y en medio de ellas *sitt* Sobeida, que apenas si podía moverse de tantas joyas como llevaba encima, del ombligo para arriba.

Postréme yo reverente y besé la tierra entre sus manos y ella me hizo señas de que me sentase a su lado.

Sentéme yo, pues, y ella procedió a interrogarme sobre mi posición y mi linaje, contestando yo a todas sus preguntas sin ambages.

Luego dio ella muestras de satisfacción y exclamó:

—Por Alá, que no salimos defraudadas en la educación que dimos a esta muchacha.

Y después encaróse conmigo y me dijo:

—Has de saber que para nosotros esta niña es como una hija y para ti será como un depósito que Alá te confía.

Besé yo otra vez la tierra entre las manos de *sitt* Sobeida y declaré ser gustoso en casarme con mi bella.

Ordenóme luego que me quedase allí con ellos veinte días, y allí me quedé todo ese tiempo, sin saber nada más de mi amada, sino que algunos criados venían mañana y tarde al objeto de servirme y alimentarme.

Transcurrido que fue el plazo, solicitó *sitt* Sobeida de su esposo, el miramamolín, permiso para casar a su esclava y aquel se lo dio, así como también diez mil dinares, a título de azidague.

Mandó luego *sayyida* Sobeida a llamar al cadí y los testigos y aquel procedió a extender la partida de matrimonio, y, para celebrarlo, trajeron dulces y viandas de lo mejor y más caro y por todos los aposentos del harén los distribuyeron.

Y por Alá que cuando nos sirvieron la mesa no me pude contener y me lancé sobre la *sirbacha* y comí de ella hasta hartarme, y después me sequé las manos, olvidándome de lavármelas, y continué sentado a la mesa, hasta que se hizo de noche y encendieron las velas y llegaron las cantoras con sus adufes y empezaron las doncellas a componer a la novia y le vistieron siete trajes diferentes y le prendieron al cuerpo alhajas de oro, paseándola así por el alcázar todo.

Luego de eso llegaron a mí y despojaron a la novia de todos sus vestidos y después se retiraron y nos dejaron, y en cuanto nos dejaron a los dos solos en el lecho de tapices, me abracé yo a mi amada, sin darme cuenta de que me olían las manos a la *sirbacha*.

Pero no bien le dio a ella en la nariz el tufillo, luego lanzó un recio grito, tan fuerte que hizo que acudiesen desaladas sus criadas, sin que acertara yo a explicarme qué era lo que pasaba.

—¿Qué te sucede, hermana nuestra? —preguntáronle las esclavas.

Y ella les contestó:

—Llevaos de aquí en seguida a este

<sup>4</sup> Todo lo comprendido entre las dos últimas llamadas falta en la versión Mardrus—*Prometeo*.

majadero que yo tenía por discreto.

Preguntéle yo al oír aquello:

—¿Y qué es lo que has descubierto en mí para llamarme majadero?

Y ella me replicó, diciendo:

—¿Por qué comiste *sirbacha*, so gazz-nápiro, y no te lavaste las manos? Por

Alá que no te he de besar por tu falta de juicio y tu mal proceder conmigo.

Sintió aquí Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## PERO LA NOCHE 30 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mi noticia, *ye* el monarca, el afortunado, que la joven dijo-le a su novio:

—No te besaré por tu falta de juicio y tu feo proceder conmigo.

Asió luego de un látigo que a su vera tenía y empezó a azotarme la espalda y el trasero, hasta que por la fuerza de los golpes perdí el conocimiento.

Dejó entonces ella de azotarme <sup>s</sup> y desapareció y no volví a verla hasta pasados diez días, al cabo de los cuales volvió a presentarse y me dijo:

—*Ye* el de la negra cara, jamás haré las paces contigo. ¿Cómo fuiste tan insensato que comiste *sirbacha* sin lavarte las manos?

Llamó luego a sus esclavas y les mandó que me atasen las manos y ella, esgrimiendo una afilada navaja barbera, me cortó los sendos pulgares de manos y pies, dejándome según por vuestros ojos podéis ver.

Perdí yo al instante el sentido y ella me aplicó a las heridas unos polvos para cortar el flujo de la sangre. Y yo a todo esto decía para mis adentros:

«No volveré a comer *sirbacha* en lo que me reste de vida, sin antes lavarme cuarenta veces las manos con jabón, otras cuarenta con potasa y otras cuarenta con *sud*.»

Y a continuación hice conmigo mis-

mo el trato de no comer *sirbacha* sin antes lavarme las manos, como digo.

Luego juréle así a ella, y a mi esposa, al oírme, se le ablandó el corazón al punto y aquella noche dormimos los dos juntos.

Seguimos así un tiempo, pasado el cual díjome ella:

—El harén del jalifa no es un lugar muy indicado, que digamos, para que en él vivamos, y ninguno, sino tú, puso nunca en él los pies, y eso tuyo fue por obra y gracia de señora Sobeida.

Entregóme luego cincuenta mil dinares, diciendo:

—Toma esos dinares y ve a comprar para nosotros una casa hermosa y holgada.

Salió yo, pues, y compré una casa hermosa y grande, y trasladé a ella todo cuanto mi mujer poseía y cuanto yo salvara de mis caudales y telas, y nos mudamos a ella.

Vivimos allí contentos y dichosos, hasta donde es posible serlo en la tierra, por espacio de un año cabal, cumplido el cual adoleció mi esposa, por decreto de Alá, y en breve murió, dejándome en soledad.

No quise yo tomar nueva esposa y opté por viajar.

Vendí todos mis bienes, cogí mi dinero y salí de Bagdad, emprendiendo el viaje que me trajo a esta ciudad.

—Y esta es, *ye* rey del siglo—terminó diciendo el *kahraman*—, la historia que

<sup>s</sup> Del árabe *As-Sot*.

nos hubo de contar el joven mercader de Bagdad. Seguimos comiendo los convidados y finalmente nos separamos, y, al salir yo, ocurrióme eso del jorobado. Y estoy seguro de que mi historia es más interesante que las otras. *Ua-s-selam* <sup>6</sup>.

Pero el rey de Az-Zin dijo:

—No es tu historia más interesante que la del jorobado. Y no hay más remedio sino que tengo que ahorcaros.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus desbordadas palabras.

## PERO LA NOCHE 31 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mí noticia, *ye* el monarca, el afortunado, que el rey de Az-Zin dijo:

—No tengo más remedio que ahorcaros.

Pero entonces se adelantó el judío y besó la tierra y dijo:

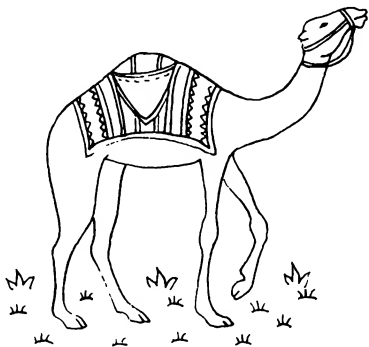
—*Ye* rey del siglo! Yo te contaré una historia más rara todavía que la del jorobado.

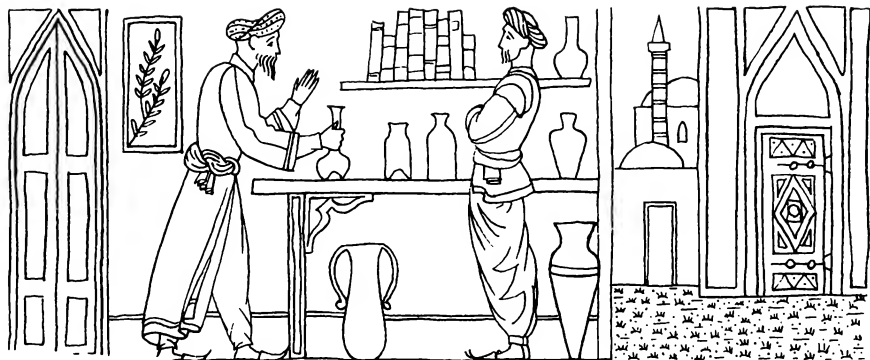
—Venga de ahí—exclamó el rey de Az-Zin.

Y el judío empezó a hablar así:

---

<sup>6</sup> Y la paz. (En paz, como se dice en romance, quizá por contagio de los moriscos.)





## HISTORIA DEL MEDICO, EL JUDIO

(Noches 31 32 y 33)

*Insistencia en el tema de la mano cortada, sin otra variante que la de ser aquí no la amada del inocente inculpadado quien se encarga de compensarlo con sus dádivas, sino el padre de aquella, hombre recto y justo, el que acude ya tarde a reparar el error judicial del que el protagonista ha sido víctima.*

*No es rara la frecuencia del tema en la literatura oriental, ya que esas manos cortadas, con razón o sin ella, debieron de abundar en esos países en que la justicia actuaba harto expedita: ¡cuántos muñones, con sus historias correspondientes, no se ocultarían bajo las flotantes mangas de los alquiceles morunos, que ya de por sí hacen parecer manco al que los viste! Por lo demás, los verdugos de Oriente cortan cabezas con la misma facilidad que manos y también las cabezas cortadas dan lugar a muchas historias.*

*La única circunstancia digna de notarse en este cuento es el detalle referente a la perversa hija del guali que, según confesión de este, se maleó en Egipto, en el trato con esas mujeres egipcias, cuya libertad es proverbial entre los árabes, y que, con esa connotación, veremos aparecer en más de una de estas historias.*

—Lo más extraordinario que en mi mocedad me ocurrió a mí fue que, habiendo ido a estudiar mi ciencia en Dimechk de Scham, luego que me impuse en ella y empecé a ejercerla, estando un día de entre los días ocupado

en mis tareas, vino a buscarme un mameluco de la casa del guali de Di mechk y, dejándolo todo en el acto, salí con él y me dirigí, en su compañía, a la casa de su amo.

Entré allí y lo primero que vi en el



fondo del zaguán fue un lecho de mármol, chapado en oro, y en él recostado un joven sin rival, tocante a belleza, entre todos los de su época.

Sentene a su cabecera e hice votos porque se recobrara de su dolencia.

Fijó en mí sus ojos el joven y le dije entonces:

—*Ye sidi*, dame acá tu mano.

Alargóme él su mano, la izquierda, y aquello me chocó y me dije para mis adentros:

«Por Alá, que es raro que este joven tan guapo y de casa tan grande sea tan poco educado. No hay duda que es raro.»

Toméle luego el pulso y le receté una pócima, a base de agua de rosas.

Seguí después visitándolo por espacio de diez días, y al día, el onceno, convalació el enfermo y pudo ya levantarse del lecho.

Aconsejéle que fuese al *hammam* y se bañase y después se acostase.

El guali de Dimechk me demostró su gratitud por haberle devuelto al joven su salud, regalándome una *aljalá* magnífica y me nombró, además, su médico de cámara y médico del hospital.

Rogóme el joven que lo acompañase al *hammam* que le habían reservado para él solo, prohibiéndoles la entrada a los demás.

Fui, pues, allá con él y los criados del joven lo ayudaron a desnudarse y, llevándose sus ropas, diéronle otras nuevas limpias. Y al ver desnudo al joven noté que era manco de la mano derecha. De lo cual maravilléme y me dio pena. Y aún me quedé más perplejo al advertir señales de golpes en todo su cuerpo.

Notó el joven mi asombro y, volviendo a mí su rostro, me dijo:

—*¡Ye médico del siglo!* No extrañes verme como me ves; te contaré la causa y oirás una historia extraordinaria. Pero habrás de aguardar a que salgamos del *hammam*.

Salimos luego del *hammam* y nos tornamos al alcázar y nos sentamos para descansar. Pero el joven me dijo:

—¿Qué te parece si nos fuéramos al piso de arriba?

Dijele yo:

—No me parece mal. Vamos allá.

Mandó él entonces a sus esclavos que nos asaran un cordero y nos lo sirvieran en la sala alta y nos trasladamos a ella.

No tardaron los esclavos en subir el cordero asado, más diversas frutas, y nos pusimos a comer, y el joven se valía siempre de su mano, la zurda.

Y yo le dije:

—Cuéntame tu cuento.

Y él me respondió diciendo:

—*¡Ye médico del siglo!* Escucha, pues, mi historia y mi sucedido. Has de saber, para empezar, que yo soy hijo de Mozul y de una de las principales familias de la ciudad.

Era mi padre el mayor de sus diez hermanos y, al morir mi abuelo, ya estaba casado, lo mismo que todos mis tios. Pero él fue el único que tuvo un hijo, pues mis tios no llegaron a tenerlos. Lo cual hizo que pusiesen en mí todo su cariño y me mimasen y se recreasen mirándome.

Fui yo creciendo entre ellos y, luego que llegué a la edad de la hembra, hube de ir un viernes por la tarde a la mezquita de Mozul, con mi padre. Hicimos la zalá del viernes y luego se dispersó la gente. Pero mi padre y mis tios siguieron allí sentados, conversando sobre las rarezas de los países y las singularidades de las ciudades, y salió a relucir la ciudad de Mizr.

Y dijo uno de mis tios:

—Dicen los viajeros que en toda la faz de la tierra no hay nada más hermoso de ver que Mizr y su Nil<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Nombre árabe del Nilo, *An-Nil*, de donde añil, que denomina el color azul intenso de sus aguas. Es voz que viene del sánscrito.

Y a mi en aquel momento me entra-  
ron vivas ansias de ver El Cairo.

Y mi padre añadió:

—Quien no ha visto El Cairo no ha visto el mundo. Pues su tierra es de oro y su Nil es un prodigio, y sus hembras son hermosas como las huries del *alchenna* y sus casas semejan palacios y el aire que allí se respira es blando y suave y con él ni el propio incienso puede compararse. Y sus aguas son dulces y finas y su barro es una delicia y una medicina, como dijo el poeta en esta rima:

«Hoy el Nilo os prodiga sus mercedes  
y sois solos a gozarlas,  
pero yo le veo correr  
cual henchido de mis lágrimas.»

¿Y cómo podría ser de otro modo, siendo Mizr como es la madre del mundo todo? Así bendiga Alá al que estos versos compuso:

«¿Y habré de abandonar estas delicias del Cairo, incomparable?

¿En dónde encontraré tierra tan grata ni tan bellos parajes?

¿Y habré de renunciar a estas mansiones donde el aire fragante

a las almas alegría y les arranca gritos de admiración irrefrenable?

Donde cada palacio es un Edén de tapices y alfombras un alarde;

donde todo la vista nos recrea y del alma disipa los pesares;

donde alternan en paz y sin reñir el pecador y el santo irreproachable,

y en vergeles se juntan los amigos de vistoso verdor y palmerales.

¡Oh pueblo este del Cairo afortunado, gente fina y amable!

Por seguro tñed que si me obliga el sino de vosotros a alejarme,

donde quiera que vaya irá conmigo vuestro recuerdo siempre acompañándome.

Y siempre que del Cairo el nombre oiga, creará aspirar su aroma mareante.»<sup>2</sup>

Y si vuestros ojos vienen su tierra y los monumentos que la realzan y la inmensa variedad de flores que la de-

coran y las islillas del Nil y las dilatadas y bellas perspectivas que allí se nos brindan y volvéis la mirada a la Alberca de Abisinia<sup>3</sup>, no podréis menos de admiraros y maravillaros, porque en ningún otro lugar de la tierra podréis gozar de semejantes panoramas, que, en verdad, los dos brazos del Nil abarcan el más exuberante cuadro de verdor y vienen a ser como lo blanco del ojo, que pone marco a su negra niña, o cual la plata afiligranada, de crisolitos rodeada.

Y divinamente inspirado estuvo el poeta que rimó estos versos sobre ese tema:

«¡Por la Alberca Abisinia! ¡Oh día radiante! Lo mismo en la alborada que al sol pleno refulege su esplendor.

El agua prisionera en sus verdes muros brilla cual una centelleante espada

ante los ojos admirados, mientras la corriente acrecida por las nubes

se desliza rizada y ondulante.

Oh qué placer verla fluir sentados en cómodos cojines bien mullidos,

en tanto que la copa va pasando, de mano en mano con el dulce vino,

que ahuyenta nuestras penas, pues panacea es el vino, ya se sabe,

contra todo pesar e hipocondría,

y no hay *esplin* que pueda resistirle...»<sup>4</sup>

¿Y qué hay tampoco que compararse pueda con el Ar-Rasad<sup>5</sup> y sus encantos que hacen decir a cuantos lo visitan: «Verdaderamente este lugar abunda en toda suerte de maravillas»?

Y si hablas de la noche del Nilo pleno, pues da el arco iris y repátelo<sup>6</sup>.

Y si contemplas Ar-Rauzah al oscu-

<sup>3</sup> *Berkatu-l-Habasch*, estanque al sur de El Cairo, que ya no existe. (Burton.)

<sup>4</sup> Estos versos faltan en la edición de Bulak, en Mardrus y en Littmann.

<sup>5</sup> Esta descripción, tomada de la edición de Breslau, se refiere, según Burton, a la isla de Rodas (*Ar-Rauzah*, El vergel).

<sup>6</sup> Hipérbolo para expresar la admiración. La *Lilatu-l-Ufa* o del Nilo pleno viene a caer entre el 6 y el 16 de agosto, en que el gobierno anuncia que el nilómetro ha subido 16 codos. Con ese motivo se celebran fiestas.

<sup>2</sup> Estos versos que, como los anteriores, no figuran en la edición de Bulak ni en la de Mardrus, están tomados de la de MacNaghten.

recer, con las frescas sombras ensanchándose y alargándose, verás cosas de milagro y te quedarás extasiado.

Y si te situas en la ribera junto a El Cairo, cuando el sol se está ocultando y la corriente se reviste de su cota de mallas por sobre sus haldas, te sentirás luego reanimado a nueva vida por sus amables brisas y sus omnisuficientes umbrías.

Luego que terminaron de hablar y hube yo oído las descripciones que de Mizr hicieran, quedóseme la imaginación toda alborotada con ellas.

Retiráronse luego, yéndose cada cual a su casa. Pasé yo aquella noche desvelado por causa de aquellas fantasías, y los días siguientes no me aprovecharon la comida ni la bebida.

Ahora bien; pasados que fueron unos cuantos días, aprestáronse mis tíos a emprender un viaje a Mizr. Y yo empecé a llorarle a mi padre, para que me dejara ir con ellos, hasta que al fin accedió a mi porfía y me preparó mercaderías y me dejó partir.

Pero mi padre les dijo a mis tíos: —No lo dejéis entrar en Mizr, sino haced que se quede en Dimechk para vender sus mercaderías allí.

Partimos luego y caminamos de una sentada hasta llegar a Haleb y allí descansamos varias jornadas. Reanudamos luego la marcha hasta llegar a Dimechk y vimos ser ciudad poblada de árboles y regada por ríos y llena de frutos y pájaros como si fuera un paraíso en el que había toda clase de cosas buenas y dones exquisitos.

Fuimos a hospedarnos en uno de sus *janes* y anduvieron por allí mis tíos vendiendo y comprando, hasta dar salida a mis mercaderías, ganando por cada dracma cinco, lo que me llenó de alegría.

Dejáronme luego mis tíos allí y se fueron a Mizr.

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## PERO LA NOCHE 32 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He podido averiguar, *ye monarca*, el afortunado, que el joven, cuando lo dejaron sus tíos y se dirigieron a Mizr, dijo:

—Los aguardaré aquí.

Y me instalé en una casa magnífica que la lengua sería incapaz de describir y que le alquilé a un joyero <sup>7</sup> por dos dinares al mes y me entregué a los deleites de la comida y la bebida, hasta que me gasté todo el dinero que tenía.

Y estando yo un día de los días sentado a la puerta de mi casa, he aquí que veo venir hacia mi una joven, vestida con un lujo como nunca lo viera igual, y la joven, lejos de mostrar corteidad, fue y traspuso el umbral y se metió dentro de la casa sin preguntar.

Inmediatamente que ella entró fui yo y me levanté y la saludé con todo agrado y me holgué mucho de que hubiera entrado.

Cerré luego la puerta detrás de nosotros y ella se quitó el manto y el velo, mostrándome una belleza prodigiosa, que hizo que en el acto se apoderase de mi corazón el amor.

Fui en seguida y traje una mesa con

<sup>7</sup> La versión Weil especifica: «Había pertenecido en otro tiempo a uno de los principales señores de la ciudad llamado Modum Abdala (*sic*) Ibrahim y era a la sazón de un rico joyero...»

los más exquisitos manjares y frutas y cuanto se requería para agasajarla, y comimos y retozamos y luego bebimos hasta achisparnos. Después de lo cual nos acostamos y pasamos una noche deliciosísima, hasta la amanecida.

Luego de eso le ofrecí diez dinares, pero ella no los quiso aceptar, jurando que no tomaría ningún dinar de mí.

Lejos de eso, me dijo:

—Te advierto que volveré por aquí dentro de tres días, y como yo misma me convido, no quiero ocasionarte perjuicio; así que voy a darte algún dinero para que prepares otro festín como el de hoy y nos regalemos.

Y me dio diez dinares en oro, que no tuve más remedio que aceptar, después de lo cual se despidió de mí y se retiró de allí.

Pasados dos o tres días volvió, según me prometiera. Procedí yo a preparar las cosas necesarias para agasajarla, y comimos y bebimos como la vez anterior y luego nos acostamos hasta que salió el sol y entonces nos despedimos, dándonos cita para dentro de otros tres días.

Cumplidos que estos fueron, volvió ella de nuevo vistiendo un traje todavía más lujoso que los de la primera y la segunda vez.

Y luego que hicimos lo que las otras veces, díjome:

—*¡Ye sidi!*, ¿de veras me encuentras bella?

—¡Por Alá que sí!—contesté yo.

Y ella me dijo:

—Si tú dieras tu venia, te traería conmigo una muchacha que es todavía más guapa y más joven que yo, para que nos divirtiéramos los tres juntos y fuera nuestro gozo mayor.

Accedí en el acto a su capricho y ella entonces diome otros diez dinares y me dijo:

—Tennos preparado otro festín, contando con la amiguita que conmigo ha de venir.

Despidióse luego de mí y se fue. Pero al día, el cuarto, preparé yo la casa como de costumbre, y hete aquí que, a poco de ponerse el sol, preséntase mi amiga acompañada de otra señorita, bien arrebujaada en su mantilla.

Pasaron adentro y se sentaron, y yo, al verla, recité estos versos:

¡Qué grato nuestro día! ¡Qué feliz nuestra  
cuando estamos a solas, lejos del maldiciente!  
Y el amor y el placer y el dulce bamboleo  
de las cabezas mandan la cordura a paseo.  
Que perder la cabeza es el mejor regalo  
que el vino hace a los fieles que cultivan su

trato.  
Cuando la luna llena de entre las nubes sale  
y cabrillea en las ramas verdosas de los árboles,  
y la rosa bermeja destella en las mejillas  
y abre el narciso amante sus tímidas pupilas.  
Cuando, en una palabra, en unión de quien amo,  
gozo dicha completa y placeres colmados<sup>8</sup>.

Alegréme yo lo indecible al verlas y las recibí con toda finura y encendí las velas y las abracé a las dos.

Procedieron ellas a quitarse sus ropas y descubrió la mocita nueva su cara y a mí me pareció ver a la luna llena en toda su plenitud esplendorosa, pues nunca en mi vida viera muchacha más hermosa.

En seguida fui y les ofrecí de comer y beber, y comimos y bebimos y yo empecé a besar a la mocita nueva y a escanciarle la copa y a libar al mismo tiempo que ella.

Resintióse de aquello en lo íntimo la mocita primera y exclamó:

—¡Por Alá, que es guapa esta chica! Pero ¿te gusta más que yo?

—¡Por Alá, que sí!—le contesté.

—Pues entonces anda y acuéstate con ella y satisface tu antojo.

A lo que dije yo:

—Sobre mi cabeza y sobre mis ojos.  
Levantóse ella luego y fue a prepararnos los tapices del lecho.

Y yo me levanté y me acosté en él

<sup>8</sup> Faltan en Mardrus.

con la mocita, la nueva, y dormimos abrazados los dos hasta que el alba alboreó.

Pero cuando amaneció, vi que chorreaba sangre de mi mano. Abrí de par en par los ojos y me encontré con que el sol iba ya alto.

Desperté a la mocita y, al tocarla, vi con asombro que su cabeza rodaba desprendida del tronco.

Pensé al punto que era la otra la autora de aquello y que lo hiciera a impulsos de los celos. Estuve recapacitando una hora; luego me levanté, quitéme las ropas y procedí a cavar un hoyo en el piso de la habitación y puse en él el cadáver de la muchacha y volví a cubrir el hoyo con la tierra y a colocar las losas de mármol, según y como antes estaban.

Luego cogí el dinero que me quedaba, fui a ver al casero y le aboné otro año de alquiler, diciéndole:

—Tengo que partir para Mizr, donde me aguardan mis tios.

Y me fui allá con presteza, echando por delante los pies antes que la cabeza.

Al llegar a Mizr encontré allí a mis tios, los cuales holgarónse mucho de verme y me preguntaron la causa de mi viaje.

—Vine—les dije—solo por el deseo de veros y por temor a gastarme en Dimechk el dinero que aún me quedaba y encontrarme luego sin nada.

Invitáronme mis tios a vivir con ellos y acepté y permanecí todo un año cabal en su compañía, sin hacer otra cosa que comer y beber y divertirme, viendo las cosas interesantes de la ciudad de Mizr y su Nil.

Pero quiso mi mala suerte que, al cabo de ese año, mis tios, que habian sacado buenas ganancias de la venta de sus mercancías, decidieran regresar a Mozul, y no queriendo yo volver allá con ellos desaparecí de la noche a la mañana y ellos, pensando que me ha-

bria tornado a Dimechk para prepararles alojamiento, se marcharon allá sin nada sospechar.

Tres años más continué yo en la ciudad de Mizr dándome buena vida, pero sin olvidarme nunca de mandarle a mi casero de Dimechk el importe del alquiler.

Hasta que, pasados los tres años, visto que ya apenas si me quedaba el dinero necesario para el viaje y además estaba ya aburrido de no hacer nada, decidí regresar a Dimechk y así lo hice, según lo pensé.

Llegado que allí hube me dirigí a mi casa, y el casero dio muestras de alegrarse mucho de volverme a ver y me entregó las llaves de la casa y me enseñó la cerradura que estaba intacta y sellada con mi sello, según yo la dejara. Y al entrar en ella me pude cerciorar de que todo seguia igual.

Lo primero que hice fue aljofifar bien el enterramiento para borrar toda huella de sangre de la mocita asesinada, y después acostéme, para descansar de las fatigas del viaje, y, al levantar la almohada, encontré debajo de ella el collar que la mocita llevaba al cuello la noche de marras; tomélo en mis manos y estuve contemplándolo una hora, meditando y llorando.

Luego estuve sin salir de casa dos días, y al tercero me levanté y me dirigí al *hammam* y me bañé y de ropa me mudé.

Quedárame a todo esto sin una dracma, y al verme en situación tan apurada, fuime un día al zoco, con el fin de buscar trabajo y ver a mis amigos, cuando el Schaitán, por decreto del sino, soplóme al oído un mal consejo y, cediendo a la tentación, cogí aquel collar de brillantes que llevaba entre mis ropas y me encaminé al zoco y se lo ofrecí a un corredor de joyas.

Tomólo este, hizome sentar a su vera y allí aguardé hasta que se fue poblando el zoco y el corredor se fue a

ofrecerlo a los pujadores con mucho secreto. Y no sabía yo que aquel era un collar de precio, que valía mil dinars lo menos.

Volvió luego el corredor y me dijo:

—Este collar no es de oro, sino de metal, de esos que hacen los francos, y no he logrado que lo pujen en más de mil dracmas.

—Tienes razón—contestéle—, este collar es falso; yo lo mandé hacer para gastarle una broma a la amiga a quien se lo regalé.

Luego murió ella y le dejó el collar a mi mujer, y ambos acordamos venderlo por lo que nos dieran.

Así que coge esas mil dracmas de su precio y vuelve acá con ellas.

Fuese, pues, el corredor con el collar; mas no sin mirarme antes con el ojo izquierdo.

Pero al llegar a este punto de su narración sintió Schahrasad venir la mañana y cortó el flujo de sus elocuentes palabras.

## Y LA NOCHE 33 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mí noticia, *ye monarca*, el afortunado, que el joven díjole al corredor.

—Ve y toma esas mil dracmas.

Y al oír aquello el corredor comprendió que la historia era falsa y se fue con el collar a ver al jefe de los corredores del zoco y le mostró la alhaja.

Tomóla aquel en su mano y marchó seguidamente en su compañía a ver al guali y le dijo:

—Robáronme este collar y hemos encontrado al ladrón, que viste como los hijos de los mercaderes y está en tal lugar.

Y en menos que se piensa vinieron los guardias y asieron de mí y me llevaron a presencia del guali.

Interrogóme este acerca del collar y yo le dije lo mismo que dijera al corredor.

Y el guali se echó a reír y exclamó:

—¡Por Alá! Que esas no son palabras de verdad.

Hizo una seña a sus guardias, los cuales, en el acto, me despojaron de mis ropas y empezaron a arrear-me latigazos en todo mi cuerpo hasta lacerarme y chorrear-me la sangre.

Entonces grité yo a impulsos del dolor:

—Sí, es verdad; yo fui el que robó el collar.

Y no bien hube proferido estas palabras, fueron y me cortaron la mano y me escaldaron el brazo en aceite hirviendo<sup>9</sup>, y yo perdí el conocimiento.

Diéronme ellos a beber una cosa que me hizo volver en mí y cogí mi mano y me dirigí a mi casa; pero el casero, al verme, me dijo estas palabras:

—Visto lo que te ha sucedido, debes dejar esta casa y buscarte por ahí otro nido, ya que estás convicto de latrocinio.

Díjole yo:

—*Ye sidi*, dame un plazo de dos o tres días para que busque adónde me mude.

Vino él en ello y se fue. Y al quedarme yo solo entróme una pena muy grande.

Tendíme en el suelo y rompí a llover, diciendo:

—¿Cómo volver ahora a Mozul ni cómo tendré valor para mirar a la cara

<sup>9</sup> Para cicatrizar la herida.

a mis tíos, cuando vean que me han cortado una mano por ladrón?

Nadie me creará si digo que soy inocente. No me queda otro recurso que ponerme en las manos de Alá, el único que de este trance me puede salvar.

Pasé en ese estado de abatimiento dos días y al tercero presentóseme allí el casero acompañado de unos esbirros y del jefe del zoco que venía a reclamarme por el robo.

Levantéme y los pregunté:

—¿Qué es esto?

Y en menos que se piensa me maniataron y me pusieron una cadena al cuello. Y me dijeron:

—Ese collar que te cogimos no era del jefe de los corredores, sino del propio guali o, mejor dicho, de una hija suya, menor, que hace tres años desapareció.

Al oír yo esas palabras echéme a temblar y dije para mis adentros:

«Ahora ya me matarán sin remisión; por Alá, es menester que le cuente al guali toda mi historia. Si quiere que me mate; si no, que me dé su perdón.»

Llevaronme a presencia del guali y me pusieron entre sus manos. Y al verme el guali, dijo en el acto:

—Este es el joven que robó el collar y fue con él al zoco a venderlo? Pues sabed que le habéis cortado la mano contra todo derecho.

Encaróse luego el guali con el jefe de los corredores y dijo:

—Este hombre es un embustero y un calumniador. Cogedlo y meterlo en la prisión.

Y después añadió:

—Vas a indemnizar en seguida a este joven por la pérdida de su mano, y si así no lo hicieres, te mandaré ahorcar y te confiscaré todos tus bienes, ¡oh corredor de maldición!

Ordenó luego a todos que se retirasen, como lo hicieron, después de quitarme a mí la argolla del cuello.

Y cuando nos quedamos solos, díjome:

—Ye hijo mío, cuéntamelo todo y dime con franqueza cómo llegó a tus manos ese collar.

Y recitó estos versos:

—Declarar la verdad es lo más conveniente para ti, aunque abrasarte en el fuego te cueste.

—¡Por Alá—exclamé yo—, que te he de decir toda la verdad, señor!

Y acto seguido le referí todo lo que me había sucedido con la mocita, la primera, y cómo esta me trajo después a la otra jovencita, la segunda, y cómo luego la degolló, por celos. En una palabra: que se lo conté todo, del principio al fin, sin nada callar ni omitir.

Y él, luego que me oyó, meneó la cabeza y chocó su mano, la diestra, con la izquierda, y, llevándose su pañuelo a la cara, lloró por espacio de un rato y después recitó estos versos:

—Los horrores del mundo muchos son  
y muchos sus pesares y quebrantos.  
Amigos que se juntan, se separan;  
los que juntos siguen, son contados <sup>10</sup>.

—Todo cuanto has dicho es verdad y antes que tú me lo contaras ya lo sabía yo. Has de saber que la mocita primera es mi hija mayor. Desde niña dio muestras de mala condición, por lo que hube de criarla con mucha sujeción.

Luego que llegó a edad de mujer, me apresuré a casarla y a ese fin la envié a Mizr, a casa de un tío suyo, para unirle en matrimonio con uno de mis sobrinos.

Hízose así con efecto; pero a poco de casada, quedóse viuda y volvió.

Durante el tiempo que estuvo en Mizr se maleó todavía más y aprendió toda suerte de liviandades de aquellas mujeres, que son unas libertinas, a las

<sup>10</sup> Faltan en Mardrus.

que no les basta con los hombres, y para saciar sus ardores se prostituyen entre sí.

Esa es la razón de que con tanta facilidad se te entregara y fuese a buscarle cuatro veces consecutivas.

Pero no bastándole eso llevó allí a su hermana, la segunda de mis hijas, a la que ya pervirtiera para que fuese como ella.

Pidióme permiso mi hija segunda para acompañar a su hermana al zoco; díselo, y ya ves lo que luego ocurrió.

Al ver volver sola a la mayor, preguntéle qué había sido de su hermana, y ella se echó a llorar y me dijo:

—Se me perdió en el zoco y la busqué en vano y no sé qué le habrá pasado.

Eso me dijo a mí; pero a su madre confesóle toda la verdad, rogándole guardar silencio y no revelase el secreto.

Y, desde entonces, no deja de llorar noche y día y de repetir:

—He de pasarme la vida llorando hasta morir.

De suerte que ya ves, hijo mío, cómo antes de que tú hablaras ya estaba yo en autos de todo. Ahora deseo que no me contradigas en lo que voy a decirte y es que quiero que te cases con mi hija, la menor de todas, que no se parece en nada a sus otras dos hermanas y, además, es mocita, y no la he de dar sin dote y he de asignaros a ambos un puesto en mi casa, donde tú vivirás cual si fueres mi hijo de verdad.

—Hágase según tu voluntad—contestéle yo—, ¡oh mi señor! Pero antes te ruego me concedas un plazo para hacerme cargo de la herencia de mi padre que, según he podido saber, acaba de fallecer.

—Está bien—dijo el guali—, pero yo mismo despacharé a Mozul un mensajero para que, en tu nombre, recoja la herencia y vuelva con ella.

Hízolo así y yo permanecí tres días a su lado, y él me gratificó con cuantiosos caudales y me casó con su hija y me instaló en su alcázar.

Tú mismo, *ye* médico, has podido ver cuán querido y honrado soy en esta casa. Ahora te ruego dispenses la descortesía de que te hice objeto durante mi dolencia al darte siempre la mano izquierda, pues no tenía otra más que ella.

Cuanto a mí—siguió diciendo el médico judío—, maravillóme mucho aquella historia y felicité al joven por haber salido tan bien librado de aquel mal paso.

Colmóme él de regalos y túvome tres días en su alcázar hospedado, al cabo de los cuales dióme permiso para dejarlo y me despidió, gratificándome con nuevos presentes y regalos.

Luego me dediqué a viajar y llegué a esta vuestra ciudad y aquí gocé de vida holgada y feliz con el ánimo despreocupado, hasta que me ocurrió ese percance con el jorobado.

Esta es mi historia, *ye* rey del siglo, el poderoso y magnífico.

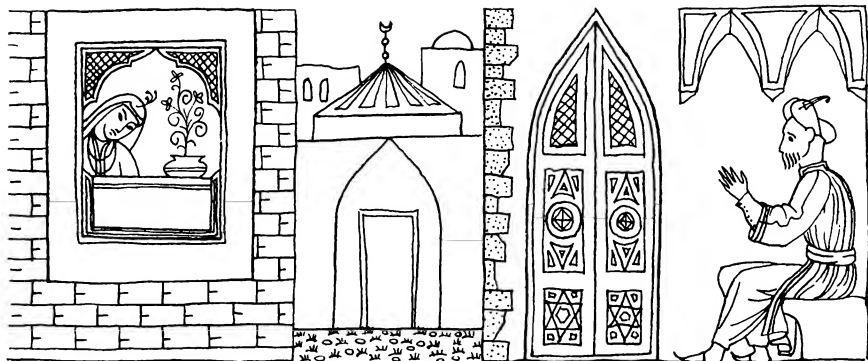
Luego que hubo oído aquella historia, movió el rey de Az-Zín la cabeza y exclamó:

—No es tu historia más extraordinaria que la del jorobado y no tengo más remedio que ahorcaros.

Y encarándose luego con el alfayate, que había tenido la culpa de todo aquel estropicio, díjole:

—*¡Ye* alfayate! Si me cuentas una historia más extraordinaria que la del jorobado, os perdonaré a todos la vida. o, de lo contrario, moriréis ahorcados.





## HISTORIA DEL ALFAJEME DE BAGDAD

(Noches 33 a 37)

*Este cuento del alfajeme, o barbero, es perfecto como sátira de ese tipo profesional que nos demuestra cuán antigua es la fama de locuaces y enredadores de los rapabarbas; el barbero As-Samet, el Silencioso, descrito con toda gracia, un poco gorda, pero popular, irresistible de un Molière, tiene ya en potencia todas las cualidades que harán famoso al Fígaro de Beaumarchais. Y entre ellas, por cierto, la simpatía. As-Samet es simpático, pese a sus molestas oficiosidades. Es listo, aunque parece torpe, y, desde luego, el más listo de sus hermanos. Su facundia es entretenida y chistosa, si no la desarrollara navaja en ristre; las pinturas que traza de sus hermanos tienen verdadera gracia y se comprende que el jalifa le perdone la vida, en gracia a su sal. Cada uno de esos hermanitos tiene su lado cómico (es decir, sus cuatro lados) y por su torpeza se ven metidos en aventuras peligrosas. Es, sobre todo, interesante la que le ocurre al segundo de los hermanos, Al-Haddar, pues nos revela intimidades insospchadas de la vida en Bagdad y de la existencia en ellas de unas chicas alegres (¡y decentes!) que parecen pupilas del Aretino. El episodio del tercer hermano Bakkab, el ciego, con el hombre tacaño, que se hace el ciego para quedarse con sus ahorros, es una página de nuestra picaresca y nos revela la existencia en Bagdad de un verdadero Patio de Monipodio o Corte de los Milagros. El quinto hermano, Al-Aschar, es un iluso con pretensiones de especulador, y la anécdota que de él nos cuenta el barbero parece un precedente literario de la fábula de la lechera. Con el sexto hermano, As-Schekalik, nos hallamos en presencia de un tipo de «guasón» oriental sumamente curioso, que, sin duda, representa a toda una partida de hombres de buen humor, de blagueurs, en la seria corte de los jalifas.*

*Cada una de las anécdotas que cuenta el barbero tiene su valor y su gracia, así como su interés documental. Esa cofradía que forman el barbero*

*y sus amigos, el basurero, el vendedor de habas, etc., etc., con sus nombres burlescos y sus aficiones históricas, recuerdan—como hace notar Roso de Luna—«las instituciones populares medievales, tales como la de Los Maestros cantores, immortalizada por Wagner», y por Shakespeare—pudo añadir— en su alegre Sueño de una noche de verano.*

Adelantóse pues, el sastre y dijo:

—Has de saber, *ye* monarca de los tiempos, que lo que me ocurrió a mí es más extraordinario que lo que les ocurriera a todos estos, porque yo, antes de tropezarme con ese jorobado, estuve ayer de mañana en un convite, donde nos reunimos varios amigos, todos ellos gente de oficio, sastres, lenceros, barberos, carpinteros y más o menos por el estilo.

Luego que salió el sol, sirvieron la mesa para que comiéramos. Y he aquí que el dueño de la casa entra a donde estábamos, trayéndonos un joven, como no lo hay igual tocante a hermoso, salvo que era cojo.

Llegóse a nosotros y nos saludó con el *selam* y nosotros nos levantamos y correspondimos al saludo y lo saludamos con la paz.

Pero al ir él a sentarse advirtió que entre nosotros había un barbero y no quiso sentarse e hizo ademán de retirarse.

Opusimosnos a ello nosotros y el dueño de la casa e insistimos con él y el anfitrión le conjuró, diciendo:

—¿Cuál es la causa de que te quieras ir?

Contestóle él:

—Por Alá, *¡ye mulai!* No te interpongas en mi camino, pues la causa de que quiera irme de aquí es ese barbero que está sentado ahí.

Al oír el anfitrión tales palabras maravillóse hasta el límite de la maravilla, y dijo:

—¿Cómo es posible que sea este joven de Bagdad y se inquiete por la presencia de un barbero?

Volvimos entonces a él nosotros y le interpelamos, diciendo:

—Cuéntanos el motivo de que te desazone la presencia de ese barbero.

Y entonces dijo el joven:

—Habéis de saber, *ye* los contertulios, los respetables, que era mi padre de los principales de Bagdad, y no lo gratificó Alá con más hijo que yo.

Luego que crecí y llegué a la edad de la hombridad, murió mi padre en la misericordia de Alá (exaltado sea) dejándome bienes y criados y esclavos y fámulos.

Empecé, pues, a vestirme de los trajes más lujosos y a regalarme con los manjares más sabrosos y habíame infundido Alá (loado y exaltado sea) aversión a las hembras.

Pero iba yo un día de los días andando por las calles de Bagdad cuando un tropel de mujeres se me atravesó en el camino. Apartéme yo y me entré por otra calle que no tenía salida y a cuyo fondo había un marmolillo.

Sentéme en él y apenas pasara un rato cuando he aquí que una ventana frontera al sitio en que yo estaba se abre y a ella se asoma el rostro de una joven que parecía enteramente la luna llena y era como en toda mi vida nunca viera otro igual. Y la joven se puso a regar una maceta que había al pie de la ventana y volvió sus ojos a derecha e izquierda hasta que por último acabó de regar y cerró la ventana y se eclipsó ante mis miradas.

Prendió al punto el fuego en mi corazón y concentróse en ella todo mi pensamiento y mi aversión a las mujeres trocóse en amor.

Seguí allí sentado en aquel mismo sitio hasta ponerse el sol, ausente de todo el mundo por la vehemencia de mi pasión.

Y he aquí que acertó a pasar por allí el cadí de la ciudad, llevando por delante un enjambre de criados y lo mismo detrás.

Apeóse luego allí y entró en la casa de aquella ventana por donde la joven se asomara. De lo que inferí ser el padre de la muchacha.

Volvíme yo luego a mi casa, muy triste y apenado. Y entré y me eché en la cama.

Y en seguida acudieron mis parientes y criados y se sentaron en torno mío y empezaron a importunarme con preguntas sobre lo que me pasaba. Pero

yo no quise decirles nada, y mi tristeza fue aumentando hasta el extremo de que acabé por caer enfermo.

Así las cosas, un día de los días vi entrar a una vieja, la cual, al verme, adivinó mi estado y se sentó a mi cabecera y me dijo:

—Ye hijo mío, dime: ¿cuál es la causa de tu mal? Cuéntame todo, ¡por Alá!

Contestéle yo...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras seductoras.

## Y LA NOCHE 34 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que luego que la vieja oyó la historia, dijo:

—Ye hijo mío; en verdad que esa es la hija del cadí de Bagdad, y por cierto que está muy guardada y el lugar en que la viste es el piso en que habita, y su padre ocupa un salón grande al pie de la ventana y ella es hija única y yo entro mucho en su casa y solo por mediación mía podrás llegar a ella. Así que animate y no pierdas la esperanza.

Al oír yo las palabras de la vieja cobré ánimos y se me corroboró el alma, de todo lo cual alegróse mucho la gente de la casa.

Y al otro día, de mañana, levantéme recobradas mis fuerzas y sin rastro de dolencia.

Vino luego la vieja, con la cara muy cambiada, y me dijo:

—Hijo mío, no me preguntes por lo que pasó cuando le dije eso a la joven, pues me dijo:

—Si no pones coto a tus palabras, vieja de mala sombra, publicaré lo que estás tramando y te darán tu pago.

Calléme, pues; mas no pases pena,

que no he de darme por vencida a las primeras de cambio y volveré allá por segunda vez.

Al oír yo tales palabras, sentí tal pesar que recaí en mi enfermedad.

Pasados luego varios días, vino otra vez la vieja y me dijo:

—Ye hijo mío; ayer torné a ver a esa joven y, al ver ella cómo iba yo de llorosa y abatida, díjome:

—Ye tía mía, ¿qué te sucede para que así se te encoja el pecho?

Al decirme ella esas palabras, echéme yo a llorar y le dije:

—Ye hija mía y señora mía; vine ayer a verte de parte de un mocito que está loco de amor por tí, tanto que se halla a dos dedos de la muerte por tu culpa y es un dolor verlo sufrir.

Y ella exclamó, al oírme:

—¿Qué mocito es ese que dices?

—Es mi hijo, el fruto de mis entrañas, el cual te vio días pasados, cuando te asomaste a la ventana a regar las macetas, y lo mismo fue ver tu cara que perder la chaveta. Yo la primera vez contéle lo que me habías dicho y, al oírme, se desplomó sobre la almoha-

da y el pobre está que yo lo doy ya por muerto, y por eso tengo encogido el pecho.

Mudáronsele a ella los colores al oírme y exclamó:

—Pero ¿todo eso es por mi culpa?

—Sí—dijele yo—, por Alá; que así es. Dime, ¿qué es lo que mandas hacer?

A lo que ella contestó:

—Ve allá y saludalo de mi parte y dile que yo siento por él doble de lo que él siente por mí. Y que el viernes que viene, antes de la zalá, vendrás aquí con él y yo diré que le abran la puerta y lo haré subir a mi cuarto y estaremos los dos juntos una hora y luego se irá antes que venga mi padre de vuelta de la zalá.

Dijele yo a la vieja:

—Diste en el clavo. ¡Qué Alá te lo pague!

Y la gratifiqué con un bolso repleto de dinares.

Luego me puse tan contento que los de la casa se alegraron mucho, dando por terminada mi enfermedad y por curado mi mal.

Aguardé, pues, al viernes, y, llegado que fue el viernes, levantéme con el propósito deliberado de afeitarme primero la cabeza y tomar un baño luego.

Mandé llamar a un barbero para que me afeitase la cabeza y le dije al criado:

—Ve al zoco y tráeme un barbero que sea callado y listo, que no me maree con su hablar desmedido.

Fuese allá el criado y volvió en compañía de este *scheij*, el cual, al entrar, me saludó con el *selam*, contestándole yo en forma igual. Y después me dijo:

—¡Ahuyente Alá tus penas y tus pesares y tus tristezas y tus males!

—Que Alá te oiga—respondí yo.

Y él añadió:

—Albricias, *sidi*, pues ya recobraste la salud. ¿Quieres que te pele o que te sangre?

Pues cuentan de Ibn-Abbás que decía: «A quien se pela en día viernes, libralo Alá de setenta enfermedades.»

Y dicen también que decía: «Quien se sangra, en día viernes, precave la pérdida de la vista y de mil achaques se libra.»

—Déjate de sandeces—dijele yo—y afeitame la cabeza en seguida, que estoy débil.

Fue él entonces y alargó su mano y sacó un paño y lo desdobló y tomó de él un astrolabio de siete caras y se dirigió al patio de la casa y alzó sus ojos a la flama del sol y se estuvo observando con mucha atención y luego volvióse a mí y me habló así:

—Has de saber que este día en que estamos es viernes y el décimo mes de *zafar*<sup>1</sup> del año setecientos setenta y tres de la *hechra* del Profeta (sean sobre él la mejor zalá y el mejor *selam*) y, según la ciencia de los cómputos, el planeta Mirrij<sup>2</sup> ha subido siete grados y seis segundos, lo cual indica con toda claridad que el afeitarse hoy la cabeza es operación fausta a no poder más.

Indica asimismo que esperas tener hoy un encuentro con cierta persona, y que ese encuentro ha de ser feliz y sin contratiempo. Y aún podría decirte más si no fueran cosas que se deben callar.

—Oh—exclamé yo—. Me angustias y me ahogas y me mareas; yo te llamé tan solo para que me afeitases la cabeza; así que anda y afeitámela ya y deja de despotricar.

—Por Alá—dijo él—, que si supieras de lo que se trata, tú mismo me pidieras que hablara y te lo explicara y yo te diría lo que debías hacer con arreglo al cómputo de los astros para que te saliera todo fausto.

<sup>1</sup> Segundo mes del calendario musulmán.  
<sup>2</sup> Marte.

Al oír yo tales palabras, exclamé:  
—Oh, no hay duda que voy a morir a  
tus manos...

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad  
venir la mañana y puso dique a sus  
desbordadas palabras.

## Y LA NOCHE 35 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que el joven de mi cuento le dijo al barbero:

—No hay duda que, con tanto cascar, me vas a matar.

A lo que el barbero respondió, diciendo:

—Yo soy, mi señor, aquel a quien la gente llama As-Samet <sup>3</sup> por mis pocas palabras, y no me parezco en nada a mis hermanos, pues el mayor de ellos se llama Al-Bakbuk <sup>4</sup>; el segundo, Al-Haddar <sup>5</sup>; el tercero, Al-Bakbak <sup>6</sup>; el cuarto, Al-Kusu-z-Azuani <sup>7</sup>; el quinto, Al-Aschar <sup>8</sup>; el sexto, Schekalik <sup>9</sup>, y el séptimo, se llama As-Samet y ese soy yo.

Al ver que el barbero aumentaba su locuacidad sentí que la bolsa de la hiel me reventaba, y llamando a mi criado, le dije:

—Dale un cuarto de dinar y haz que se vaya de aquí, por el amor de Alá, que ya no me quiero afeitar.

Pero al oír mis palabras exclamó el barbero:

—¿Pero qué dices, mi señor? Por Alá, que nada te he de tomar sin antes haberte servido y haber satisfecho tu necesidad. Que en siendo así es el dinero para mí lo de menos. Que, aunque tú ignores quién soy, yo sé muy bien quién eres tú, y a tu padre, que era un hombre de bien (Alá le tenga en

su piedad), fuile deudor de más de una atención, pues era de suyo rumboso y liberal. Y por cierto que una vez me mandó llamar, en un día bendito como este mismo, y yo vine corriendo acá y lo encontré rodeado de un corro de amigos íntimos.

Y él me dijo:

—Sángrame.

Y yo fui y tiré de astrolabio y tomé la altura del sol y comprobé no ser aquel momento propicio por estar el sol subido.

Y así se lo dije y él se inclinó ante mí saber y aguardó a mejor ocasión.

Y yo compuse estos versos en su honor:

Llamóme el parroquiano y requiríome  
a que yo la lanceta le aplicara;

pero díjele yo no ser aquella

la ocasión indicada.

Y él se rindió a mi ciencia, y yo, en cambio,  
a fin de entretenerlo,

hice ante él alarde de graciosos

y le conté mil cuentos

e hice mil payasadas

con tal garbo

que rió de lo lindo, y aplaudióme,

con elogios que a otro habrían hinchado;

pero yo, que prudente soy de mío,

respondíle: —Señor, yo nada valgo,

ni tengo ningún mérito, sino

el que, con tu benevolente agrado,

que a nadie regateas, has querido

reconocerme, lo que yo te pago

con mis gracias rendidas, que merece

de mi parte, señor, tan bello rasgo.

Y tu padre, al oír mis versos, holgóse mucho y, llamando a su criado, le ordenó:

—Dale ciento y tres dinares de oro y un traje de honor.

Y el criado obedeció e hizo lo que le mandaba su señor y yo aguardé el

<sup>3</sup> El Silencioso.

<sup>4</sup> Burbuja de agua.

<sup>5</sup> El estridente.

<sup>6</sup> Glogloteante.

<sup>7</sup> Alcuza, de Az-Zauan.

<sup>8</sup> El diezmo o, también, el de 10 codos de largo.

<sup>9</sup> El jarro rajado.

momento propicio para sangrarlo y entonces lo sangré, y él me dio las gracias y también me las dieron y me colmaron de elogios cuantos allí se hallaban.

Luego que lo hube sangrado, no pude guardar silencio y le pregunté:

—Por Alá, mi señor, ¿qué fue lo que te movió a decirle a tu criado: «Dale ciento y tres dinares»?

Y él me respondió:

—Pues de esos tres dinares, para que lo sepas, uno era por tu observación del astrolabio, otro por tu amena charla y el tercero por la sangría tan atinada, y los otros cien dinares y el vestido te los daba en recompensa por esos versos que me dedicabas.

—Oh—exclamé yo—, así Alá escatime a mi padre su piedad por haberse tratado con gente de tu calaña.

Pero el barbero echóse a reír y exclamó:

—No hay más dios que el Dio y Mohammed es el Enviado de el Dio.

¡Gloria a Aquel que todo lo cambia sin cambiar El!

Por hombre discreto te tuve hasta aquí, pero ahora veo que desbarras y hablas sin sentido. Porque Alá ha dicho en el Libro el Bendito: «El paraíso está apercibido para aquellos que sofrenan su ira y perdonan a los hombres, etcétera.»<sup>10</sup> Y yo a ti te perdono, aunque no acabo de entender el porqué de tu prisa y tu descortesía, pues has de saber que tu padre y tu abuelo no hacían nada sin antes consultarme, y con razón dice el refrán: «Loado sea el que nos amonesta.» Y también: «Quien aconseja no peca», y no olvidemos este otro que reza: «Quien no se asesora de otro más viejo, no llegará a viejo.»

¿Y quién no conoce los versos del poeta?

«Siempre que algo hayas de hacer, consulta a hombre de experiencia y déjate guiar de él.»

Y es la pura verdad que nunca podrás encontrar hombre más versado que yo en toda suerte de asuntos y aquí me tienes en pie, dispuesto a tu servicio.

Ningún rencor te tengo ¿y por qué tú has de tenérmelo? Pero aunque así sea, yo, por la memoria de tu difunto padre y las muchas atenciones que tuvo conmigo, habré de llevar con paciencia todos tus caprichos.

—Por Alá—exclamé yo—. Con esa tu lengua, más larga que la cola de un borrico, me estás mareando y me sacas de quicio, cuando lo que yo quiero es sencillamente que me afeites la cabeza y te largues luego.

Procedió él entonces a enjabonarme la mollera y me dijo:

—Harto veo que estás enfadado conmigo, pero no te lo tomaré a mal, pues hartó veo también que eres corto de entendimiento y, en una palabra, que eres un chiquillo sin discernimiento; que ayer, como quien dice, cargaba yo contigo a la espalda y a la escuela te llevaba.

—Mira, hermano—le rogué—; por Alá, despacha pronto tu cometido y vete luego por tu camino.

Y de puro amostazado me rasgué los vestidos.

Al ver aquello el alfajeme empuñó la navaja y se puso a afilarla y lo hacía con tanta calma que me ponía en trance de exhalar el alma.

Llegóse luego a mí y me afeitó parte de la cabeza, pero luego paró su mano y me dijo:

—Ye mi señor, la prisa es cosa del Schaitán y la paciencia de Alá. Y además, por lo que veo, no conoces tú mi categoría, porque has de saber que esta mi mano se pasea por las molleras de reyes y emires y visires y sabios y

<sup>10</sup> Corán, sura CXI. (La familia del Irán, aleya 128.)

alfaques en la ley versados, y de uno de mi clase dijo un poeta nombrado:

«Son los oficios todos comparables  
al hilo de un collar  
y el barbero la perla inapreciable  
que en él prendida va.  
En el saber a todos aventaja  
y es tanto su poder  
que los reyes agachan la cabeza  
bajo la mano de él.»

—Por favor—dijele yo—, no te metas en lo que no te incumbe y déjame en paz, que tengo el pecho encogido y embargado el espíritu.

A lo que él dijo:

—Nada, que por lo visto eres un aturdido.

—¡Sí, sí, sí!—le respondí.

Y él me dijo:

—Pues te aconsejo hagas por dominarte, que la prisa es obra del Schaitán y solo acarrea arrepentimiento y pesar y ya dijo (ensalzado sea): «La mejor de las obras es aquella en que preside la prudencia.»

Y yo, en verdad, algo me recelo sobre la causa de tu prisa y querría me la dijese, que a fe que malicio algo no muy honrado.

Y siguió diciendo:

—Aún faltan tres horas para la zalá, pero no quiero abrigar dudas sobre el particular, y voy a precisar con toda exactitud la hora en que estamos, que ya dice el refrán: «La opinión dudosa, suele ser dañosa», sobre todo tratándose de hombre tan superior como soy yo, cuya fama se extiende por el orbe entero, y no está bien que hable a tontas y a locas, como los más de los astrólogos.

Y así diciendo soltó la navaja y cogió el astrolabio y se salió al patio y se plantó al sol y allí se estuvo largo rato, y después volvió y, contando por los dedos, falló:

—Todavía faltan para la zalá tres horas cabales, ni menos ni más, según los

astrónomos más competentes y los más sabios autores de calendarios.

—Por Alá—exclamé yo—, no me des más matraca, que el hígado me estás destrozando con tu necia charla.

Tornó el alfajeme a enristrar la navaja y se puso a repasarla y me afeitó un par de pelillos y luego se paró y me dijo:

—A fe que tu prisa me tiene preocupado y debieras decirme qué es lo que te traes entre manos; de fijo que eso fuera lo mejor para ti, pues te repito que tu abuelo y tu padre no hacían nunca nada sin antes consultarme.

Luego que vi no haber modo de librarme de él, díjeme yo para mi ánima:

«He aquí que ya es la hora de la zalá y quiero ir allá antes de que salga la gente, pues si me retraso una hora, no sé cómo voy a poder llegar hasta mi señora.»

—Abrevia—dijele al barbero—y no hables tanto de más, que estoy convidado con unos amigos y quiero estar allá al tiempo debido.

No bien oyó el barbero lo del convite me dijo:

—Tu día es para mí un día bendito, pues precisamente ayer invité a mi casa a unos cuantos amigos y me había olvidado de llevar algo para obsequiarlos y tú en este instante vienes a recordármelo.

—No te preocupes por ello—dijele yo—, pues ya sabes que hoy estoy convidado y te cederé cuanto hay en mi casa de comer y beber si te das prisa a despacharme y me afeitas la cabeza en seguida.

—¡Que Alá te lo pague!—exclamó él—. Dime qué es lo que tienes en casa, vamos a ver.

—Tengo—dijele yo—cinco platos distintos y diez pollitos pelados y tengo también carnero asado.

—Pues tráemelos acá—dijo él—para que los pueda ver.

Di orden yo de que se lo trajesen todo, para que lo viese. Y al verlo exclamó:

—Faltan las bebidas.

—También las tengo—dijele—; no te aflijas.

—Pues manda que las traigan—dijo—para que las vea.

Di orden al criado de que las trajera y él exclamó al verlas:

—¡Oh y qué rumboso eres! Pero aún faltan los perfumes y las esencias para que la cosa esté completa.

Mandé entonces que le trajesen una cajita en la que había incienso, áloe, ámbar y almizcle, que todo junto valdría cincuenta dinares, y al verlo, dijo:

—Por Alá, que no tocaré nada de lo que hay ahí hasta que no lo vea todo por mis propios ojos.

Mandé, pues, al criado que abriese la caja, y el barbero soltó de su mano el astrolabio y se sentó en el suelo y se puso a envolver las esencias y perfumes que había dentro con tal parsimonia y calma que a mí se me volaba del cuerpo el alma.

Levantóse después el barbero y empuñó la navaja y me quitó unos cuantos pelos y luego se paró y recitó este dístico:

—A la raíz el árbol se asemeja  
y el hijo sale al padre que lo engendra.

Y luego, en prosa, dijo:

—¡Ye hijo mío, no sé si agradecer el favor que me haces a ti o a tu padre, pues este rasgo de hoy procede todo de tu bondad y generosidad y, a decir verdad, no son dignos mis convidados de manjares tan preciados, que son sencillamente Seitün <sup>11</sup>, el bañero; y Zaliyu <sup>12</sup>, el vendedor de torrados; y Aukal <sup>13</sup>, el habero; e Ikrisha <sup>14</sup>, el

verdadero; y Hamid <sup>15</sup>, el basurero. aunque cada uno de ellos tiene compuesto un baile que da gusto mirarle.

Y el bañero canta con la *dara-bukka* <sup>16</sup> un canto que encanta, y al mismo tiempo que canta, baila:

«Voy, mamita mia, a llenar la jarra...»

Y el vendedor de torrados, que es el más avispado, baila cantando:

«No te quedes corta, plañidera, endechando.»

Y hace reír a todo el mundo con tal gana que enferman de tanta carcajada.

Pero el basurero canta con tal gracia que los pájaros se paran a escucharlo y al mismo tiempo baila:

«Mi mujer todo lo charla.  
Nada en su pecho se guarda...»

Y dizque tiene preeminencia por su ingenio y picardía, y hablando de sus excelencias, suelo yo recitar esta poesía:

Bien por el basurero. Su presencia  
la vista me recrea como la rama  
verde del árbol en la primavera.  
Juntos los dos una noche, le dije:  
«¡Oh basurero mío! ¡Por ti estoy loco!»  
Y él respondió: «Se entiende:  
la basura te atrae; eres un troncho.» <sup>17</sup>

Y así por el estilo cada uno de ellos es perfecto en su género y no hay quien se resista a su gracia y su ingenio.

Y luego añadió:

—Pero una cosa es oír y otra ver. Y verdaderamente que harías bien dejándote de esos amigos y viniendo conmigo. Que aún se advierten en tu cara señales de dolencia y es posible que tengas pensado ir a reunirte con hombres en demasia habladores. de esos

<sup>11</sup> El alabado.

<sup>16</sup> Una especie de tamtam.

<sup>17</sup> Burton hace notar lo disparatado de estos versos. Los que anteceden son restos de cantos populares ya olvidados y perdidos.

<sup>11</sup> Aceituna.

<sup>12</sup> El calvo.

<sup>13</sup> El ordinario.

<sup>14</sup> La liebre.



que se meten en lo que no les va ni les viene y también podría ser que hubiese entre ellos algún camorrista traicionero que te abriese la cabeza con alevosía.

—Está bien—dijele yo—. Te prometo ir allá otro día.

Y añadí con risa fingida:

—Anda y termina de una vez conmigo, para que, con la guarda de Alá, puedas irte a reunir con tus amigos.

Pero él insistió, diciendo:

—Yo solo trato, mi señor, de presentarte a esos amigos míos, que son de los hijos de las gentes que no tienen desperdicio y entre los cuales no hallarás la menor procacidad ni exceso en

el hablar; que yo, a la verdad, desde que tuve uso de razón, huí cual de la peste de esos tios que hacen preguntas inconvenientes y solo busqué el trato de esos hombres callados que se me parecen. Y esos mis compañeros son tales que, una sola vez los hayas visto, dejarás por ellos a tus amigos más íntimos.

—Bueno—dijele yo—, Alá te alegre con su amistad. Y te prometo que ya un día me los traerás acá...

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 36 CONTINUO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mi noticia, *ye* el rey, el afortunado, que el joven de mi cuento le dijo al barbero:

—Te prometo que un día iré a verlos o vendrán aquí ellos.

Pero el barbero insistió, diciendo:

—Yo quería que fuera hoy mismo, pues se me ha puesto en la cabeza que seas uno de nuestra peña; pero, en fin, puesto que hoy, según veo, prefieres cenar aquí con tus amigos, aguarda a que yo vaya a casa y traslade a ella todas estas viandas con que te dignaste obsequiarme y se las deje allí a mis invitados, que de esa suerte comerán y beberán, sin tener que estarme esperando, y luego volveré en seguida a tu lado e iré contigo a donde te aguardan tus amigos.

Que yo y los míos no andamos con remilgos y no se han de ofender ellos si los dejas y me vuelvo y me voy contigo a donde seas servido.

Que me da el corazón que a donde quieres ir es a una cita que tienes con alguna mujer. pues, de no ser así, no

tendrias motivo para no llevarme contigo.

Aunque, bien mirado, yo sería el más llamado a acompañarte y ayudarte con mi experiencia a lograr lo que anhelas. Que a la verdad me temo vayas a verte con alguna hembra de extranjos y pierdas tu vida en esa empresa atrevida, pues dizque, en esta nuestra ciudad de Bagdad, nadie puede permitirse licencias de esa indole, especialmente en día de viernes; mucho más cuanto tenemos ahora un guali de muy mal temple y que es como cuchilla afilada e hiriente.

—*Ye* viejo malvado, perverso y calvo—grité—. Vete ya de una vez y no me hagas más padecer.

Pero él, sin inmutarse, exclamó:

—*¡Ye* el frío del ingenio! Tú me estás echando mentiras para despistarme; pero yo sé muy bien a qué atenerme sobre el particular y solo quiero ayudarte.

Callé yo entonces por temor a que la gente de mi casa o mis vecinos oyese

las cosas del maldito, y guardé silencio un largo rato, durante el cual acabó de afeitarme la cabeza. Y dizque era ya la hora de la zalá y la *jotba* vendría detrás.

Y nervioso e inquieto, le dije al barbero:

—Anda y ve a llevarles a tus amigos los manjares y yo te aguardaré aquí hasta que vuelvas y luego iremos los dos juntos a despachar mi asunto.

Y de esa suerte seguí engatusándolo para que se fuera y me dejara, pero él se olió la tostada y me dijo:

—Tú tratas de embaucarme para que me vaya y luego irte tú solo y meterte en algún lio, del que saldrás malparado y corrido. Pero por Alá te conjuro a que no te muevas de aquí hasta que yo vuelva y vaya contigo por si te amaga algún peligro.

—Está bien—respondí—. Vete ya y no me hagas esperar.

Cargó él entonces con las viandas y bebidas y demás cosas que le diera y salió de la casa y buscó unos costaleros que a la suya se las llevaran y echó a andar con ellos y, al volver de la esquina, los perdí de vista.

Levantéme yo en el acto y era el preciso instante en que anunciaban el *selam* del viernes en los alminares.

¡*B-Ismi-l-lahi-r-rahmani-r-rahimi!*!

¡La loanza a Alá, señor de los mundos, el Piadoso, el Apiadable! ¡Rey en el día del juicio!

¡A Ti, señor, te adoramos; de Ti impetramos ayuda! ¡Guiános por el camino enderezado! ¡El camino de aquellos en los cuales Tú te places! No de aquellos con los que Tú estás airado ni de los descarriados<sup>18</sup>.

Vestíme, pues, a toda prisa y salí de casa y corri hacia la calle donde vivía

la muchacha y me detuve ante la puerta de la casa, a cuya ventana la viera aquel día asomada.

Y hete aquí que, al volver la cabeza, divisó al barbero, que me había venido siguiendo, sin que yo lo advirtiera.

Hallé por fortuna abierta la puerta y me metí dentro de la casa y cerré aquella.

Pero no bien lo hube hecho, cuando el dueño de la casa, que volvía ya de la zalá, entró también en ella y penetró en la sala de la planta baja. Al ver lo cual díjeme yo para mi ánima:

«¿Por dónde habrá sabido ese Schaitán que yo iba a venir acá?»

Y sucedió en aquel momento, por designio de Alá, que no quiso cubrirme con su mano, que una de las esclavas del dueño de la casa incurriera en no sé qué falta, por lo que aquel empezó a castigarla y ella rompió a gritar y acudió a socorrerla un esclavo, que también se puso a dar gritos desaforados.

Imaginóse entonces el barbero que era a mí a quien le estaban zurrando y se puso a dar gritos y a rasgarse los vestidos y echarse puñados de tierra sobre su cabeza y a clamar auxilio, con lo que dio lugar a que se reuniese allí un gran gentío.

Y decía entre sus sollozos el indino:

—En la casa del cadí están matando a mi señor; socorro, musulmanes, por favor.

Fuese luego a mi casa, seguido de la gente, y llamé a mis criados, diciéndoles que acudieran en auxilio de su amo, y, en menos que se piensa, vinieron allí todos, gritando, precedidos del barbero, con sus vestidos desgarrados y todos a coro clamaban:

—¡Que están matando a nuestro señor! ¡Socorro, por favor!

Llegaron así hasta la casa, dentro de la cual yo estaba, y el cadí, al sentir aquel alboroto, se alarmó y abrió la puerta y miró y, al ver todo aquel gentío, alzó la voz y dijo:

<sup>18</sup> Se trata de *Al-Fátiha* (La abridora) o primera sura del *Corán*. Comienza, como todas, con la invocación: «En el nombre de Alá, el Piadoso, el Apiadable.»

—Ye pueblo, ¿qué es lo que ha sucedido?

A lo que replicó uno de mis criados:

—Pues que has matado a nuestro amo.

A lo que el cadí replicó:

—Pues ¿qué hizo vuestro señor para que lo matase yo?

Pero sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

## Y LA NOCHE 37 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que el cadí dijoles a los criados:

—¿Qué hizo vuestro señor para que lo matase yo? ¿Y por qué entre vosotros veo a ese barbero?

A lo que el alfajeme respondió:

—Tú eres quien acaba de matar a garrotazos a mi señor. Entre tú y yo no puede haber otro juez que el jalifa; así que o nos devuelves en seguida a nuestro amo, para que se haga cargo de él su gente, o me obligarás a que entre yo mismo a sacarlo; conqué tú dirás lo que prefieres.

Quedóse el cadí estupefacto ante aquellas palabras y muy corrido delante de la gente y le dijo al alfajeme:

—Si dices verdad, entra tú mismo por él y sácalo de donde esté.

Dióse prisa el barbero a entrar en la casa, y al verlo yo, que estaba al acecho tras una celosía, quise escapar y no encontré otro medio que meterme dentro de un arcón que había en la sala, y así lo hice y me escondí en el arca cerrando sobre mí la tapa, y allí me estuve quieto, conteniendo el aliento.

Entró luego el barbero muy diligente en la casa y empezó a mirar por todas partes, menos por la en que yo estaba, y giró la vista a diestro y siniestro y, no viendo más que aquel arcón, donde me había yo escondido, fue y cargó con él a cuestas y se lo echó sobre la cabeza.

Yo, al ver lo que hacía, perdí el juicio, y comprendiendo que no me soltaría, levanté la tapa del arca y salté fuera y me tiré al suelo con tan mala fortuna que me rompí una pierna.

Corrí, sin embargo, en dirección a la puerta y encontréme allí con un gentío tal, que en mi vida viera otro igual.

Apelé al recurso de echarles monedas de oro, para distraerlos con eso, y así fue, que se entretuvieron en cogerlas y yo aproveché la ocasión para escapar, y desaparecí a la carrera por las calles de Bagdad.

Pero el barbero corría tras de mí y me seguía por dondequiera que iba y no me entraba yo en un sitio que no entrara también él.

Y a todo esto no paraba de gritar:

—¡Guay de mí! Que quisieron matarme a mi señor; ¡pero gracias a Alá que vino en nuestra ayuda y lo salvó!

Volvíme yo y le dije:

—Pero ¿es que no tienes bastante con lo que por tu culpa me ha pasado y aún te empeñas en seguirme los pasos por las calles y zocos?

Y estaba en tal disposición de ánimo que invocaba a la muerte para que de él me librara, pero la muerte no venía a salvarme.

Y, ya en el colmo de la rabia, fui y me entré en una tienda que había en mitad del zoco y pedíle auxilio a su dueño, el cual me lo concedió y, asiendo de un palo, espantó de allí al barbero.

Fuese este, pues, mas no sin antes lanzar maldiciones terribles contra el mercader y contra su padre y su abuelo, sin olvidarse tampoco de mí y de mis deudos. Pero fuese al cabo y yo entonces me senté en la tienda y contéle a su dueño todo lo que me había pasado con aquel maldito barbero y le rogué me permitiera estar allí hasta curarme la pierna. Y en mi interior pensaba:

«En todo lo que me quede de vida no podré librarme de ese barbero, el cual ni de día ni de noche me dejará en paz y cuya presencia no puedo soportar.»

Mandé, pues, a llamar en aquel mismo instante a los testigos de rigor y procedí a hacer testamento a favor de mis deudos y nombré albacea <sup>19</sup> de confianza que velase por su cumplimiento, encargándole que vendiese la casa y los muebles y cuidase de chicos y grandes. Y, después de eso, emprendí un viaje a fin de librarme de aquel entremetido, yéndome a donde no corriese peligro de verle la jeta.

Y llegué a vuestra tierra y me afiqué en ella, y ya llevaba aquí algún tiempo y se me iba pasando el miedo, cuando hete aquí que vengo hoy a veros y me encuentro entre vosotros a ese antipático sujeto.

Luego que hubimos oído la historia de aquel joven, preguntámosle al barbero:

—¿Es verdad lo que ese joven acaba de contarnos de ti?

Y el alfajeme dijo:

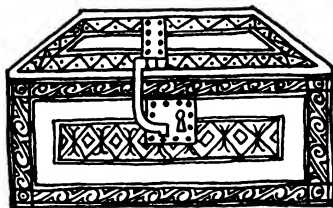
—Sí. Es verdad que hice eso que ha dicho, y lo hice a sabiendas y con toda intención, pues fue para su bien y para evitarle mal mayor.

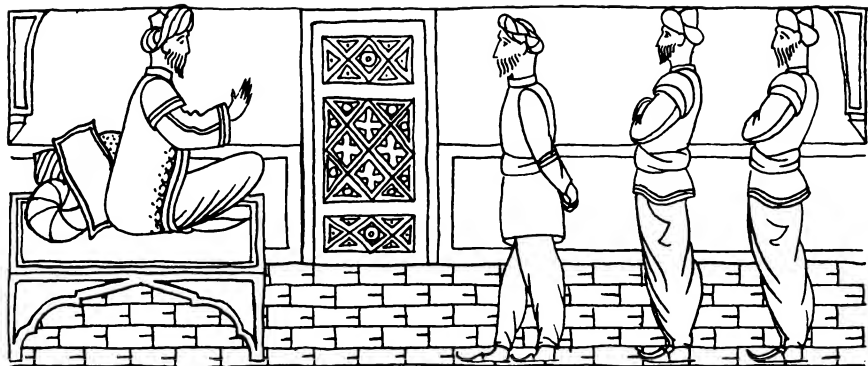
Gracias debe darle a Alá y a mí también por haber salido del lance con solo una pierna lastimada, que de otra suerte la vida habría dejado en la estacada.

Y dizque, de haber sido yo hablador, no habría podido hacerle ese favor.

Y os voy a contar un lance que cierta vez me ocurrió para que os convenzáis de que yo soy hombre callado y les llevo en eso ventaja a mis hermanos.

<sup>19</sup> Del árabe *Al-Uazi*.





## HISTORIA DEL BARBERO DE BAGDAD Y DE SUS SEIS HERMANOS

(Noches 37 y 38)

*Aparece aquí el tema, frecuente en la literatura narrativa oriental, del que hoy llamamos polizón, o sea del individuo gorrón y entremetido, que se introduce subrepticamente donde no lo llaman, del tofail, que ya queda anotado en nuestro prólogo.*

*Las anécdotas referentes al tofail siempre acaban bien, con un rasgo de humor, pues el tofail es un hombre simpático, elocuente, a veces un poeta o artista—como puede verse en la historia que más adelante nos contará el gran músico Ishak, el de Mozul—, y el móvil que le induce a meterse donde no lo llaman no es tanto la gorronería como la curiosidad.*

*En un sentido superior, el tofail es el catecúmeno espontáneo que, ansioso de ciencia o de fe, se agrega al cortejo de los maestros para oír su palabra iniciática. En el Talmud figuran varias anécdotas referentes a esta aceptación del tofail, entre ellas la del joven pobre que luego llegó a ser un sabio rabí y que se introducía por el cañón de la chimenea para escuchar las controversias de los doctores de la Ley en sus academias nocturnas.*

*Cuéntase entre los árabes una ilustre familia de ese apellido a la que pertenecía el gran filósofo español Abu Bekr o Châfar Mohammed Ibn-Tofail, autor del famoso libro El autodidacta.*

*En otra historia que vendrá después se refiere el caso de un individuo que, por un sentimiento de piedad, se incorporó a un cortejo fúnebre y se vio envuelto en un proceso por asesinato, del que escapó milagrosamente; el cadáver que iba dentro del jêretro era el de una bayadera decapitada.*

*Como se ve, no siempre el tofail es un gorrón.*

*Respecto a la presente narración, es, según Burton, absolutamente histórica por hallarse confirmada con la autoridad del cronista Ibn-Abd-Rabbuh de Córdoba (año 1328 de la hehira, 940 de nuestro cómputo), que en su libro Akd (Collar de Perlas) refiere la misma anécdota, situándola en el jálifato de Al-Mamún. En ella Ibrahim, el hijo de Al-Mahdí, cuéntale un cuento al jálifa con el fin de que perdone al tofail, como así ocurre.*

—Habéis de saber, señores míos—empezó diciendo el barbero—, que yo vivía en Bagdad, en tiempos del sultán, emir de los creyentes, Al-Muntazir-bi-l-Lah <sup>1</sup>, el cual era muy amante de los pobres y menesterosos, y gustaba de sentar en torno suyo a los sabios y los varones virtuosos.

Y sucedió que un día hubo de enojarse el jálifa con diez de sus vasallos y mandó al gualí de Bagdad que los prendiese y los pusiese entre sus manos el Día de la Fiesta <sup>2</sup>. Hubieron de cruzar los guardias el Dichle en una lancha y yo los vi pasar y me dije:

—De fijo que son una partida de amigos que se han juntado para pasar un día divertido.

Y me imaginé que iban a pasar la jornada comiendo y bebiendo en la barca y en el acto decidí incorporarme a ellos como un convidado.

Levantéme, pues, y me escurrí en el

barco, confundíendome con ellos cual si fuere uno de tantos. Fue a atracar en la otra orilla; salieron luego a su encuentro los guardias del gualí, provistos de cadenas, y se las pusieron al cuello a aquellos sujetos y otro tanto hicieron conmigo, pensando que era uno de ellos.

Todo, señores míos, por ser yo tan discreto y parco de palabra que no tuve a bien hablar ni decir nada.

Pusiéronnos, pues, a todos, sendas cadenas de hierro al cuello y nos cogieron y llevaron a presencia del jálifa Muntazir-bi-l-Lah, emir de los creyentes, el cual mandó en seguida que les cortasen los cuellos a los diez presos, y en el acto el verdugo cortóles a los diez el cuello...

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

## PERO LA NOCHE 38 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Has de saber, ye monarca, el afortunado, que el barbero dijo:

—Luego que el verdugo les hubo cortado el cuello a los diez, no quedando allí vivo más que yo, volvió la cara el jálifa y me vio, y le dijo al verdugo:

—¿En qué estás pensando? ¿Cómo es

que no cortas el cuello a los diez?

A lo que respondió el verdugo:

—Ya se los corté.

Díjole el jálifa:

—Pues yo creo que solo se lo cortaste a nueve y que este que está aquí, entre mis manos, es el que hace diez.

Replicó el verdugo:

—¡Por la gracia de Alá sobre ti y por la tuya sobre nosotros!, te digo que corté el cuello a los diez.

<sup>1</sup> El victorioso con ayuda de Alá, séptimo de los jálifas abbasies.

<sup>2</sup> La fiesta de que se trata, *Yaumu-l-Aid*, es la de la Peregrinación.

—Cuéntalos a ver—le ordenó el jalifa.

Contólos el verdugo y resultaron, con efecto, ser diez los muertos. Volvió entonces el jalifa su rostro hacia mí y dijo:

—¿Por qué te estás callado en este momento y cómo es que viniste acá con esos reos de pena capital?

Al oír yo las palabras del jalifa, díjele:

—Has de saber, *ye emir* de los creyentes, que yo soy el *scheij* As-Samet, y soy hombre muy mirado y, en cuanto a la sagacidad de mi inteligencia y mi parquedad de palabra, cosas son ambas harto acreditadas; por ser yo tan excesivamente discreto y enemigo de hablar, no dije nada cuando tus guardias nos prendieron y nos trajeron y entre tus manos nos pusieron; ni tampoco cuando tú ordenaste que les cortasen a los diez el cuello, quedando yo solo con vida entre las manos del verdugo aguardando mi turno.

Pero ahora te diré que soy barbero de oficio, ducho en afeitar cabezas y barbas, maestro en escamondar pies y piernas y en poner ventosas y sanguijuelas.

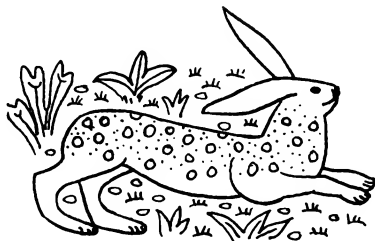
Y que soy uno de los siete hijos que

dejó mi padre y todos los cuales (loado sea Alá) vivimos.

Luego que el jalifa oyó mis palabras y quedó convencido de mi mucha discreción y mi poca locuacidad, me dijo:

—Y tus seis hermanos ¿son también, como tú, hombres discretos y amigos del silencio?

—Todo lo contrario—exclamé yo—. No se me parecen en nada, y me ofendes, oh emir de los creyentes, si con ellos me comparas, pues precisamente por su poca discreción y mucha verbosidad, todos ellos se han acarreado alguna calamidad: y el uno es cojo, el otro tuerto, este mellado, aquel ciego, esto-tro no tiene narices ni orejas, porque se las cortaron; el de más acá tiene partidos los labios por la misma razón, y el de más allá los ojos torcidos por igual motivo. No vayas a creer, oh emir de los creyentes, que digo todo esto por ser hombre parlanchin, sino porque es absolutamente preciso que te haga ver cómo soy más discreto que ellos, cada uno de los cuales tiene su historia de por qué les ocurrió su percance, y si quieres que te la cuente, te la contaré ahora mismo, oh emir de los creyentes, en cuanto me lo ordenes.





## HISTORIA DE BAKBUK, EL PRIMERO DE LOS SEIS HERMANOS DEL BARBERO DE BAGDAD

(Noches 38 y 39)

—Has de saber, pues, *ye* emir de los creyentes, que el primero de mis seis hermanos, el cojo, ejercía el oficio de alfayate en Bagdad y tenía una tienda que le había alquilado su dueño, que era un hombre muy rico y vivía en la planta baja de la casa y en el sótano había una tahona.

Y sucedió que, estando un día mi hermano, el cojo, sentado en su tienda, cosiendo, una de las veces, al levantar los ojos, hubo de ver en una ventana una mujer como la luna llena en su oriente, la cual se distraía mirando pasar la gente.

Lo mismo fue verla mi hermano que enamorarse de ella y no hizo todo aquel día más que mirarla, hasta que, a eso del atardecer, suspendió su trabajo de sastre como acostumbraba.

Luego que amaneció el día siguiente, abrió su tienda otra vez y se sentó a coser y tenía como enajenada el alma, que no hacía más que mirar a la ventana.

Y a cada puntada que daba en su

labor se pinchaba los dedos con la aguja, de puro distraído, y no sentía el dolor.

Perseveró en ese estado algún tiempo, que apenas daba una puntada ni hacia cosa que valiese una dracma.

Así las cosas, sucedió que un día presentóse en la tienda de mi hermano el casero, llevando consigo unas piezas de tela, y le dijo:

—Córtame de aquí unas camisas.

—Audición y obediencia—respondió mi hermano.

Y se puso, acto seguido, a cortar las camisas, hasta veinte, y en esa faena estuvo hasta la tarde ocupado, sin probar bocado.

Díjole luego el casero:

—¿Cuánto te debo?

Pero mi hermano no le contestó, pues en aquel momento la joven de la ventana le hizo un guiño, con los ojos, de que no le cobrase nada.

Hízolo así mi hermano, pese a estar en aquel momento apurado y muy necesitado. Y se consideró muy feliz al







trabajar para el marido por amor a la bella cara de su mujer. Porque habéis de saber que la mujer de la ventana era la esposa del dueño de la casa.

Luego que amaneció el día siguiente presentóse aquel de nuevo en la tienda, llevando otra pieza de tela bajo el brazo y le dijo a mi hermano Bakbuk:

—Me han dicho en casa que necesito hacerme también zaragüelles, para que hagan juego con las camisas nuevas. Así que aquí te traigo esta pieza de tela, para que me cortes unos. Pero te advierto que han de ser muy holgados. No escatimes, pues, la tela.

A lo que contestó mi hermano:

—Audición y obediencia.

Púsose en el acto a hacer los zaragüelles y se estuvo el pobre tres días, dale que dale a la aguja, sin tomar otro alimento que el absolutamente indispensable para no morirse, por el afán de acabar pronto su labor y porque, además, no tenía una dracma con que comprarse nada en la plaza.

Luego que, al fin, terminó sus zaragüelles, envolviolos en un paño y fue muy orondo a llevárselos él mismo al propietario.

Harto claro está, sin que sea menester recalcarlo, *ye* emir de los creyentes, que la joven de la ventana se había conchabado con su marido para burlarse los dos del tonto de mi hermano y esquilmarlo. Pues al presentarle mi hermano sus zaragüelles al casero hizo este ademán de ir a pagarle, sino que en el acto asomó por la puerta la linda cara de su mujer, la cual sonrióle y le guiño los ojos, indicándole no le cobrase nada, después de lo cual desapareció en el interior de la casa.

Negóse, pues, mi hermano Bakbuk a recibir retribución alguna por su trabajo, y el casero dejólo solo un momentico, entróse en el harén y tornó luego, acompañado de su esposa, y le dijo:

—Has de saber que, para corresponder a tus atenciones, hemos acordado

yo y mi mujer casarte con una esclava blanca que tenemos y que es muy guapa y simpática, y así, de ese modo, vendrás a ser como de la casa.

Imaginó Bakbuk ser aquella una astucia de la mujer para que él pudiese entrar libremente en la casa, y aceptó en el acto lo que le indicara el casero.

Llamó este luego a la esclava y, en un santiamén, me lo casaron con la muchacha.

Pero llegada que fue la noche, al ir mi hermano a entrar en la alcoba de la novia, dijéronle marido y mujer:

—No; esta noche dormirás abajo, en la tahona, y aguardarás a mañana, que así será mejor, y dormirás a la noche con la desposada.

Creyó mi hermano que le hablaban de buena fe y se avino a pasar aquella noche en la tahona, separado de su novia.

Pero el casero habíase puesto de acuerdo con el tahonero para que este le hiciera voltear su molino, de suerte que, a media noche, fue aquel y llegándose a mi hermano, le dijo:

—El buey está cansino y, además, hay mucho trigo que moler y sus dueños vendrán a reclamarlo al amanecer; así que voy a ponerte a ti a tirar del molino, hasta que quede molido todo el trigo.

Y, sin más miramientos, fue y lo ató por la cintura y lo unció al palo del molino y le arreó un latigazo, diciendo:

—*Ya-l-lah!*

Mugió mi hermano lo mismo que un buey, y el molinero siguió propinándole estacazos y haciéndole dar vueltas al molino y así lo tuvo toda la noche, dando vueltas y lanzando mugidos de bovino.

Luego que amaneció, presentóse allí la esclava blanca, con la cual se casara. Y al verlo en aquel estado, lo desunció y le dijo:

—El corazón se nos parte a mí y a

mi señora por lo que te ha ocurrido y tu dolor compartimos.

Tan molido de los golpes estaba mi hermano Bakkuk que le faltaron las fuerzas para responderle.

Fuese luego mi hermano a su tienda y, a poco rato, presentóse en ella el *scheij* que extendiera su partida de casamiento con la esclava y le deseó la paz.

—No la hayas tú, *ye* embustero, elevado al cubo, que solo me metiste en eso para que estuviera volteando el molino toda la noche, como un bovino.

—¿Cómo es eso?—exclamó el *scheij*.

¡Cuéntame tu cuento!

Contóselo todo mi hermano, desde el principio hasta el fin, y entonces el *scheij* dijo:

—Eso es que tu estrella no cuadra con la estrella de esa joven. Y si lo deseas yo desharé ese casamiento y te buscaré otro con mocita cuya estrella cuadre con la tuya.

A lo que respondió mi hermano:

—No te han de faltar argucias.

Pero sintió aquí Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 39 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye* monarca, el afortunado, que, luego de decirle el cojo, el hermano del barbero, al *scheij* «argucias no te han de faltar», entróse en su tienda y sentóse allí a esperar que fuese alguien a llevarle labor con la cual se pudiera apanar.

Y estando allí sentado de esa traza hete aquí que llega la mocita, la blanca, la cual se conchabara con su señora para jugarle aquella trastada.

Y la esclava le dijo a mi hermano:

—Mi ama me manda para que te salude de su parte y te diga que está loca por ti y ahora mismo acaba de subirse a la azotea, para tener el gusto de poderte ver desde el tragaluz que hay en ella.

Alzó mi hermano la frente y vio asomada al tragaluz la cara de la bella. Y en el acto olvidáronse todas sus penas pasadas para solo pensar en mirar a su adorada y hablarle por señas.

Dijole luego a mi hermano la esclava, la blanca:

—Mi señora me encargó te dijera

cómo su marido tiene pensado pasar esta noche fuera, con unos amigos. así que, luego que se haya ido, podrás tú venirte a casa y pasarte allá la noche con mi ama, gozando de las delicias de la vida hasta la amanecida.

Al oír las palabras de la esclava púsose mi hermano loco de alegría.

Y era que el casero dijérale a su mujer:

—Apenas haya entrado en la casa, le cogeré y lo llevaré ante el gualí y lo demandaré.

A lo que contestara su mujer:

—Déjamelo a mí, que yo idearé un ardid y le haré correr bochorno tal, que será la comidilla de toda la ciudad.

Pero mi hermano, que ignoraba las malicias de las hembras, no concibió la menor sospecha. Luego que oscureció, presentóse allí la esclava y le dijo:

—¡Por Alá, *ye sidi*, ven conmigo!

Y lo cogió y se lo llevó a donde su señora, y esta le dijo a mi hermano:

—Por Alá, mi señor, que tenía muchas ganas de verte a mi lado.

A lo que replicó mi hermano:

—Por Alá, deja lo primero que te dé un abrazo...

No acababa de decirlo cuando se presenta el marido y le dice:

—¡Por Alá!, mala persona, que no te soltaré sino en las manos del jefe de la ronda.

Echóse a sus pies mi hermano y le imploró; pero él, sin querer oírlo, cargó con Bakbuk y lo sacó de allí y lo condujo a presencia del guali.

Y el guali mandó le diesen doscientos azotes con el látigo y lo montasen después en un camello y lo paseasen de esta conformidad por todas las calles y plazas de Bagdad.

Hiciéronlo así y delante de mi hermano iba un pregonero, gritando:

—¡Este es el castigo que merece quien se introduce furtivamente en el harén del prójimo!

En esto hubo el camello de espantarse y mi hermano cayóse al suelo y se rompió una pierna, y desde entonces

esta cojo y renquea. Pero cojo y todo huyó mi hermano de la ciudad, sin saber adónde ir ni qué rumbo tomar.

Mas yo salí a buscarlo y lo encontré y me lo traje a casa y me encargué de procurarle bebida y comida a costa de mi bolsa, según he hecho hasta ahora.

Luego que terminó su relato el barbero, echóse a reír el jalifa y exclamó:

—¡No eres mal narrador!

A lo que yo repuse:

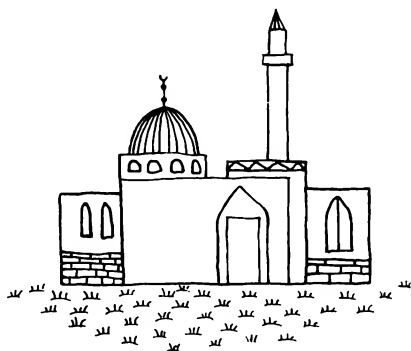
—No aceptaré tal elogio de tus labios hasta que no me des tu venia para que te cuente lo que les sucedió a mis otros hermanos.

Aunque no vayas, señor, a pensar que soy nada hablador.

Dijo el jalifa:

—Cuéntame, pues, lo que les sucedió a todos tus otros hermanos y adorna mis orejas con los zarcillos de tu elocuencia y recorre el camino del estilo sublime en el relato de esas cosas tan amenas.

A lo que contesté yo, diciendo:





## HISTORIA DE AL-HADDAR, EL HERMANO DEL BARBERO, EL SEGUNDO

(Noches 39 y 40)

—Has de saber, *ye* emir de los creyentes, que mi segundo hermano se llama Al-Haddar porque brama como un camello, siendo además mellado.

Oficio no tiene ninguno, como no fuere el de darme a mí disgustos. Y en confirmación de ello voy a contar lo que hubo de ocurrirle un día de los días, cuando iba a despachar un asunto por las calles de Bagdad, y fue que se le atravesó en su camino una vieja y le dijo:

—*Ye* hombre, detente un poco y escúchame una cosa que tengo que decirte. Y si es de tu agrado, la aceptas, y si no, no, y en paz.

Paróse entonces mi hermano y la vieja le dijo:

—Te enseñaré una casa y te encaminaré a ella, con la condición nada más de que no has de ser lenguaraz.

Contéstole mi hermano:

—Habla.

Y la vieja le dijo:

—¿Qué te parecería si te llevara a una hermosa casa, con aguas corrientes y fruta y vino, y en ella una cara bonita, que podrias contemplar, con

unas mejillas delicadas que podrías besar y un esbelto palmito que podrías estrechar y donde podrías gozar de esas delicias soberanas desde la noche a la mañana? Pues si te avienes a la condición que yo te imponga, podrás ver todas esas buenas cosas.

Al oír mi hermano las palabras de la vieja, dijo:

—*Ye* mi señora, ¿por qué me eliges a mí para eso entre todas las criaturas? ¿Qué es lo que en mí te sedujo?

Y la vieja exclamó:

—¿No te dije que no fueras parlan-chín? Calla y echa a andar detrás de mí.

Y la vieja volvióle la espalda a mi hermano, el cual echó a andar tras ella, engolosinado con lo que le dijera, y así llegaron a una casa de altos muros, y entraron en ella y subieron de la planta baja a la más alta.

Era aquel un alcázar magnífico, y al esparcir la mirada, vio en él mi hermano cuatro mocitas, como no las vieron los creyentes más bellas, y las cuatro estaban cantando con unas voces capaces de conmover a una sorda piedra.

Libó luego en su copa una de las mocitós y mi hermano le dijo:

—De salud y provecho te sirva—y se levantó para escanciarle la bebida.

Pero ella se lo impidió y le llenó la copa y se la ofreció.

Bebió mi hermano, pero la joven diole un pescozón en el cuello, y al ver mi hermano eso, se enfureció y la increpó.

Pero entonces acercóse la vieja y le hizo seña con los ojos, como diciéndole:

—No lo tomes a mal; vuelve a tu lugar.

Y volvióse a él mi hermano y se sentó, y nada más habló.

Pero tornó la joven a darle pescozones en el cogote, hasta que mi hermano no pudo más y rodó por el suelo desmayado.

Entonces las muchachas se levantaron y la vieja les mandó que le quitasen la ropa y le espurreasen la cara con agua de rosas.

Hicieronlo así ellas y la joven más guapa de todas díjole a mi hermano: —Alá te dote de poder. En mi casa entraste, y si tienes paciencia, lograrás lo que deseas.

A lo que contestó mi hermano:

—Ye señora mía, yo soy tu esclavo y me pongo en el hueco de tu mano.

Díjole ella entonces a una esclava:

—Coge a tu señor y haz con él lo que sea menester.

Cogió la esclava a mi hermano y tiró de él, sin que mi hermano supiera lo que iban a hacer.

Pero la vieja le dijo:

—Ten paciencia y lograrás lo que deseas. Ya solo una cosa falta y es que has de dejar afeitarte la barba.

Dijo entre sí mi hermano:

«Si lo consiento quedará luego ante la gente corrido y abochornado.»

Aguantóse, sin embargo, y dejó que la esclava le afeitase la barba y, luego de desbarbado, se lo presentase a la

joven que parecía ser el ama, y dizque le habían afeitado el entrecejo y los bigotes y la barba y tenía toda la cara de rojo embadurnada.

Y al verlo así la joven le hizo ascos y luego se echó a reír, hasta caer de espaldas, y dijo:

—Ye *sidi*, he aquí que te has apoderado de mi corazón con esa hermosa facha.

Conjuróle luego por su vida a que se levantase y bailase. Y se levantó mi hermano y bailó. Y no había en la casa almárfega <sup>1</sup> que ella no le tirase. Y lo mismo hacían todas las demás, las cuales empezaron a arrojarle naranjas y limones y toronjas, hasta que el cuitado acabó por desmayarse de tanto golpe y trastazo.

Y no cesaron de darle pescozones en el cerviguillo y de tirarle cosas a la cara, hasta que por fin la vieja le dijo:

—Ahora ya lograste tu deseo, y has de saber que ya se acabaron los golpes y solo falta todavía una cosa más. Y es que ellas tienen por costumbre, cuando se achispan, no entregarse a ninguno hasta que no se quitan sus almalafas <sup>2</sup> y sus zaragüelles y se despojan de cuanto encima llevan de ropa.

Y tú has de ser el único que te desnudes. Luego correrás tras de ellas y ellas correrán delante de ti, como si te huyeran, y no pararás de perseguirlas de una sala a otra, hasta que se te empine la cosa. Y entonces las podrás poseer a todas.

Después de lo cual le dijo:

—Ya puedes desnudarte de todas tus ropas.

Pero al llegar a este punto sintió Schahrasad que venía la mañana y cortó el flujo de sus desbordadas palabras.

<sup>1</sup> Almohadón, del árabe *Al-Mirfaka*, término que aún se emplea en algunas regiones de España.

<sup>2</sup> Traje talar de los orientales.

## Y LA NOCHE 40 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—He podido averiguar, *ye* monarca, el afortunado, que Haddar, el hermano del barbero, se desnudó de sus ropas y se quedó en cueros.

Y entonces díjole la joven:

—Corre detrás de mí, que yo iré corriendo delante, y si quieres conseguirme, sígueme.

Y mi hermano—dijo el barbero—estiró sus piernas y echó a correr tras ella y la muchacha empezó a entrar y salir de una a otra sala. Y dizque iba también enteramente desnuda, hasta de la camisa, dejando ver todo su cuerpo cimbreante como verde palma.

A todo esto las demás mocitas y la vieja también se desternillaban de risa al ver correr a mi hermano, con la cara pintarrajeada, sin barbas, bigotes ni cejas, en cueros y con el *sib*<sup>3</sup> enhiesto.

Pero de improvviso, en una de esas carreras, desapareció la joven en una revuelta, y creyendo mi hermano que había salido por una puerta, fue y la abrió viniendo a encontrarse inopinadamente en mitad de la calle.

Y era aquella la calle de los curtidores, que en aquel momento estaban vo-

ceando sus pieles, y al ver la gente un hombre de tal guisa, que iba enteramente desnudo, empezaron todos a gritar y a reírse y burlarse, y alguno de los curtidores le zurraba con sus pieles, hasta que, finalmente, tanto y tanto lo batanearon, que se desmayó mi hermano.

Cargaron con él entonces y lo montaron en un burro, con la cara vuelta hacia el rabo del animal, y, después de pasearlo por todos los zocos así, lleváronlo a presencia del guali.

El cual inquirió:

—¿Qué es eso?

Y ellos le dijeron:

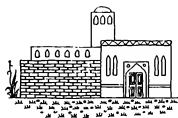
—Este sujeto nos llovió de pronto de casa del visir y venía en el estado en que lo ves aquí.

Mandó entonces el guali que le diesen cien azotes con el látigo en las plantas de los pies y además lo desterró de la ciudad.

Mas yo corrí tras él y me lo traje a casa, entrándole furtivamente en la ciudad y, desde entonces, proveo a su subsistencia y todo lo demás, que si no fuera hombre de aguante, no habría podido con carga semejante.

Cuanto a mi tercer hermano, ahora, *ye* emir de los creyentes, vas a escuchar su historia.

<sup>3</sup> Nombre del miembro viril. De él se deriva nuestro cipote.







## HISTORIA DE BAKBAK, EL HERMANO DEL BARBERO, EL TERCERO

(Noches 40 y 41)

*Esta anécdota de la picaresca oriental muestra en sus líneas generales sorprendente semejanza con la patraña docena de Timoneda, cuyo argumento le sirvió también para componer su donoso Paso de dos ciegos y un mozo, muy gracioso, para la noche de Navidad.*

*La patraña docena va encabezada con esta cuarteta: «A un ciego de un retrete—hurtaron cierto dinero—y a otro su compañero—diez ducados de bonete.»*

—El tercero de mis hermanos, el ciego, se llama Bakbak y es de oficio mendigo y uno de los principales de la cofradía de pordioseros de Bagdad.

Y sucedió una vez que el sino y la fatalidad hubieron de conducirlo a una casa grande y llamó a la puerta con la esperanza de que saliera el dueño de la casa en persona y pedirle una limosna.

—¿Quién anda en la puerta?—preguntó el dueño desde adentro.

Pero mi hermano no le contestó.

Y entonces gritó, más recio:

—¿Quién es?

No contestó mi hermano nada y a

poco sintió las pisadas del dueño de la casa, que se fue acercando hasta salir a la puerta; abrió esta y preguntó:

—¿Qué quieres?

Contestóle mi hermano:

—Alguna cosita por amor de Alá (exaltado sea).

Dijole el hombre:

—¿Por ventura eres ciego?

Contestó mi hermano:

—Sí.

Y el otro le dijo:

—Pues dame acá tu mano.

Diósela mi hermano y el hombre hizole entrar en la casa y empezó a

subir con él escaleras y más escaleras, hasta llegar a lo más alto de ella, y allí le preguntó:

—¿Qué es lo que quieres, *ye* el ciego?

—Pues alguna cosilla, por amor de Alá (exaltado sea).

A lo que dijo el otro:

—¡Alá te abra puerta!

—¿No podías haberme dicho eso—exclamó mi hermano—cuando estaba abajo?

Y el hombre le dijo:

—*Ye* el más bajo de los bajos, ¿por qué no me pediste esa cosilla por amor de Alá cuando te interpelé la vez primera al llamar a la puerta?

Contestóle mi hermano:

—Bien; pero ahora ya ¿qué vas a hacer?

—Nada tengo que darte—dijo el otro—; así que baja la escalera y vete por donde viniste, que ya conoces el camino.

Levantóse mi hermano y se dirigió hacia la escalera y no paró de bajar escalones hasta que solo mediaban ya veinte entre él y la puerta.

Pero entonces se le escurrieron los pies y fue rodando escalones y se descalabró.

Así que se sentó en el suelo a aguardar a sus hermanos.

Llegaron luego estos y le preguntaron:

—¿Qué te deparó hoy la suerte, hermano?

Contóles él entonces lo que le ocurriera y después les dijo:

—*Ye* hermanos míos, quería ir ahora a casa a coger algo de las dracmas que nos quedan y proveer con ellas a mi mantención.

Y he aquí que el dueño de la casa había ido siguiéndole los pasos, sin que él lo advirtiera.

Marcharon luego allá y, entrado que hubieron en la casa, dijo mi hermano a sus cofrades:

—Cerrad bien la puerta. Y registrad la casa no sea que se haya colado en ella algún extraño que nos viniera siguiendo los pasos.

Al oír el hombre las palabras de mi hermano, agarróse a una sogá que pendía del techo así que los otros dieron la vuelta a todo el cuarto y a nadie encontraron.

Tornáronse, pues, a donde estaba mi hermano y se sentaron a su lado. Y sacaron las dracmas que tenían consigo y las contaron, resultando ser diez mil dracmas las que habían juntado.

Pusiéronlas luego en un rincón de la sala, tomando antes cada uno de ellos más de lo que había menester para sus necesidades, y enterraron el resto en el suelo.

Fueron luego a buscar algo de comer y se sentaron a la redonda a hacer colación. Pero estando en esto oyó mi hermano un ruido extraño y gritó:

—¡A mí, compañeros! Un extraño se ha introducido en la habitación.

Y era que el hombre aquel sentárase con ellos a comer, y el ruido que mi hermano oyera era el de sus mandíbulas, al masticar aprisa.

Levantáronse los otros al punto y, asiendo de sus palos, arremetieron contra el intruso.

Pero al llegar aquí notó Schahrasad que venía la mañana y cortó el hilo de sus seductoras palabras.

## Y LA NOCHE 41 SIGUIÓ DICRIENDO:

—He podido averiguar, *ye* monarca, el afortunado, que al gritar el hermano del barbero:

—¡A mi compañeros! ¡Que aquí hay un extraño!

Asieron aquellos de sus palos y empezaron a descargar golpes sobre el intruso.

Luego que se cansaron empezaron a clamar todos:

—¡Oh musulmanes, socorro! Que ha entrado en nuestra casa un ratero a robarnos nuestro dinero.

Acudió en seguida un gran gentío. Pero el supuesto ladrón se hizo entonces el ciego y, cerrando sus ojos, se fingió uno de ellos, de suerte que nadie dudó de que lo fuera.

Y se puso a gritar, diciendo:

—¡Por Alá, *ye* musulmanes! Que soy ciego y socio de estos tres fulleros y ahora no quieren darme la parte que me corresponde en las diez mil dracmas que en común poseemos. ¡Por Alá y el sultán os juro que es así y os pido que nos llevéis a todos a presencia del guali!

Hiciéronlo así los otros y, en un periquete, encontráronse todos entre las manos del guali. El cual preguntó:

—¿Qué es ello?

A lo que contestó el falso ciego:

—Dígnate escuchar mis palabras, respetable guali. No pondrás nada en claro si no empleas el tormento, y si quieres empieza por mandar que me lo apliquen a mí.

Dijo el guali:

—Coged a este hombre y dadle de azotes hasta que confiese.

Tendiéronlo, pues, en el suelo y empezaron a azotarlo con el látigo.

Luego que empezaron a escocerle los golpes, abrió el hombre uno de sus

ojos y, como arreciasen aquellos, abrió también el otro.

Increpóle el guali, diciendo:

—¿Cómo es eso, bribón?

A lo que él replicó:

—Perdóname y te lo confesaré todo sin remisión.

Dióle, pues, el *amán*<sup>1</sup> el guali y él dijo así:

—Has de saber que nosotros somos cuatro compañeros que nos fingimos ciegos y andamos entre la gente y nos introducimos en las casas y miramos a las mujeres e ideamos tretas para corromperlas y hacernos con los dineros por medio de ellas, habiendo logrado reunir con esas artes una suma considerable, pues asciende a diez mil dracmas.

Ahora bien: sucedió que yo les dije a mis consocios: «Dadme mi parte de esos fondos, o sea, dos mil quinientas dracmas.» Y ellos, en vez de hacerlo así, se pusieron a pegarme y se quedaron con mi parte. Por lo que me pongo en las manos de Alá y en las tuyas, pues tú me inspiras más confianza para hacer las particiones que mis compañeros felones, y si quieres comprobar la veracidad de mis palabras, manda que les den más azotes de los que a mí me han dado y ya verás cómo abren los ojos y se descubre el engaño.

Mandó entonces el guali que los azotasen y el primero de la tanda fue mi hermano, al que estuvieron zumbándole la badana hasta que dio muestras de ir a echar el alma.

Dijo entonces el guali:

—Dejadlo por el momento hasta que

---

<sup>1</sup> Seguridad, inmunidad, perdón.

vuelva en sí y luego seguiréis azotán-dole.

Hiciéronlo así hasta por tres veces. Y el guali ordenó luego que pasasen a azotar a los otros, a los que propina-ron más de trescientos latigazos.

Y a todo esto el falso ciego les de-cía:

—Abrid los ojos, hermanos, que, si no, seguirán azotándoos.

Y, por último, díjole al guali:

—Manda alguien conmigo para que vaya yo y te traiga el dinero, que estos no han de abrir los ojos, por temor a ser la irrisión de la gente si descubren su dolo.

Envió luego el guali a uno de sus hombres con el falso ciego para que le llevasen el dinero, y después que lo tuvo entre sus manos, dio a aquel dos

mil quinientas dracmas, según su cuen-ta, pese a las protestas que los otros clamaban.

Después de lo cual desterró a mi hermano y a los otros tres a las afue-ras del poblado.

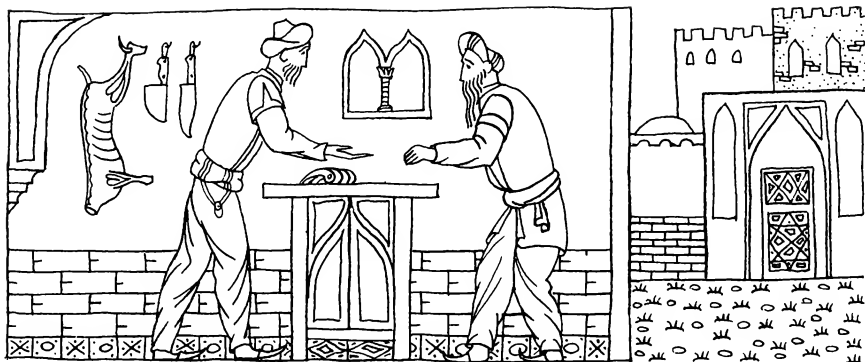
Tuve yo noticia de ello, oh emir de los creyentes, y fui allá y encontré a mi hermano y preguntéle qué era lo que le habia pasado y él me contó lo que yo acabo de contarte a ti y enton-ces yo me lo traje a casa y allí vive conmigo y come y bebe y viste de lo mío.

Dijo el jalifa:

—¡Sigue adornando nuestras orejas con las perlas de tus cuentos y rega-lándonos con los frutos de tu experien-cia!

Dije yo entonces:





## HISTORIA DE AL-KUS, EL HERMANO DEL BARBERO, EL CUARTO

(Noches 41 y 42)

—Respecto a mi cuarto hermano, *ye* emir de los creyentes, que es el tuerto, era carnicero en Bagdad y vendía carne y criaba y engordaba corderos de larga cola. Y era ducho en saber a quién debía endilgar la carne mala y a quién despachar la buena.

De suerte que, por ese procedimien-to, llegó a hacerse rico en poco tiempo.

Y estando un día de los días sentado en su tienda, presentósele un *scheij* de larga barba y le echó unas dracmas y le dijo:

—Dame su valor en carne.

Cogió mi hermano las dracmas y le dio la carne. Y se fue el *scheij*.

Quedóse luego mi hermano exami-nando la plata que el *scheij* le diera y observó que aquellas dracmas eran blancas y brillantes y las recogió y las puso aparte.

Siguió después el *scheij* acudiendo a la tienda de mi hermano por espacio de cinco meses y siguió mi hermano guardando aparte en una arqueta las dracmas que él le diera.

Hasta que un día decidió sacarlas de allí para comprar ganado; pero he aquí que, al abrir la arqueta, encontróse con que no había allí más que unos redon-deles de papel blanco que parecían mo-nedas y le daban el pego a cual-quiera.

Púsose entonces mi hermano a darse de puñadas en el rostro y a gritar. Reunióse en seguida la gente y él con-tóles a todos el chasco y todos maravi-lláronse al escucharlo.

Entróse luego mi hermano en la tien-da y, según su costumbre, procedió a sacrificar un carnero y lo colgó de un garfio que había en la tienda y cortó su carne en pedazos y la colgó en la parte de afuera.

Y a todo esto decíase para su ánimo:

«Puede que venga por aquí ese *scheij* y entonces le echaré mano.»

No había pasado una hora de eso

<sup>1</sup> A propósito de esto, anota Burton: «Trátase de uno de los trucos de la *As-Simiya* o magia blanca, para fascinar los ojos. En Europa se le llama ahora *electrobiología*.»

cuando se presentó allí el anciano con su plata. En el acto abalanzóse a él mi hermano y, agarrándolo fuerte, empezó a gritar diciendo:

—¡Ye musulmanes, venid acá y oid mi historia con este truhán!

Al oír el *scheij* sus palabras, díjole:

—Qué es lo que prefieres, ¿abochornarme tú a mí o que te abochorne yo delante de la gente?

—¿Y en qué puedes tú abochornarme?—díjole mi hermano.

A lo que replicó el viejo:

—Pues publicando delante de todos que tú vendes carne humana en forma de carne de cordero.

—Mientes—exclamó mi hermano.

—¡Quien mente eres tú!—exclamó el *scheij*—, que tienes ahí colgado de ese gancho el cadáver de una persona en vez de la carne de un cordero.

Y, dirigiéndose a los presentes dijo:

—Si queréis convencerlos de la verdad de mis palabras, entrad en la tienda y veréis cómo ese cordero colgado del garfio no es tal, sino un hijo de Adán.

Irrumpieron violentamente todos en la carnicería de mi hermano y vieron ser verdad lo que el *scheij* decía y que colgado de aquel gancho se balanceaba el cadáver de un hombre desollado y destripado y que en el apartado de las cabezas de carnero había tres cabezas humanas, limpias y cocidas, puestas a la venta cual si de carneros fueran.

Cogieron entonces fuerte a mi hermano y empezaron a gritarle, diciendo:

—¡Ye cafre <sup>2</sup>, ye bribón!—y a pegarle recio.

Y el *scheij*, por su parte, propinóle un bofetón en un ojo y se lo vació.

Cogió luego la gente a mi hermano y, en unión del supuesto cadáver, condujéronlo a presencia del jefe de la ronda. Y el *scheij* díjole a este:

—¡Ye emir respetable! Este hombre

sacrifica seres humanos y vende su carne como si fuera carne de reses. Por eso te lo traemos para que tú lo juzgues con arreglo a la ley de Alá (glorificado y exaltado sea) y según tu probada equidad.

Trató de defenderse mi hermano Al-Kus; pero el jefe de la ronda no le quiso oír y mandó, sin más, que le diesen quinientos palos y que le confiscasen todo su caudal, y, a no haber sido por el mucho dinero que poseía, le habría mandado matar.

Desterró, además, el jefe de la ronda a mi hermano Al-Kus, de suerte que este salióse de la ciudad sin saber adónde encaminar sus pasos. Y echó a andar y llegó a una ciudad grande, en la que decidió afincarse, y puso una tienda de zapatero remendón y sentóse a aguardar algún encargo con el que pudiera irse bandeando.

Y estando así sentado cierto día, ocupado en su trabajo, hubo de oír fuera relinchos de caballos y, al preguntar qué era aquello, dijéronle que era el rey que salía de cacería.

Levantóse mi hermano y asomóse a la puerta a distraerse viendo pasar la comitiva. Y pasó por delante de él el rey y se cruzaron las miradas del rey con las suyas y meneó aquel la cabeza y dijo:

—¡Ampárame, Alá, contra las desgracias de este día! <sup>3</sup>—y, tirando de las riendas de su corcel, dio media vuelta y se alejó, tornándose a su alcázar, seguido de toda su cabalgata.

Dio orden luego el rey a sus esclavos de que prendiesen a mi hermano y le diesen de palos, lo que ellos hicieron con tal furia que en poco estuvo no muriese de la tunda.

Y a todo esto no sabía mi hermano

<sup>3</sup> Caso de prevención contra los tuertos. Entre los indios es corriente el proverbio: «Pocos tuertos son honrados.»

La fórmula que el rey profiere es la usualmente empleada contra el mal de ojo.

<sup>2</sup> En el sentido primario de infiel, no creyente, de la voz árabe *Kafir*.

el motivo de aquello. Volvióse, pues, a su tienda y echóse debajo del toldo, en un estado lastimoso.

Pero luego dirigióse a un personaje de la orden del rey que se había quedado a la zaga y contóle lo que le ocurriera, y él, al oírle, echóse a reír, hasta doblarse, y le dijo:

—Oh hermano mío, ten por cierto

que el rey no puede sufrir la vista de un tuerto.

Al oír mi hermano esas palabras formó propósito de huir de aquella ciudad...

Sorprendió aquí a Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## PERO LA NOCHE 42 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He podido averiguar, *ye* monarca, el afortunado, que el tuerto, al oír las palabras de aquel cortesano, formó el propósito de huir de la ciudad, y así lo hizo luego, y se echó a caminar hasta que llegó a otra ciudad, donde no había rey.

Y se afincó en ella y residió allí largo tiempo, hasta que dio en pensar en lo que le ocurriera y salió un día a distraer sus penas.

Y hubo de oír relinchos de caballos a su espalda y se dijo para su ánima: «Ya está aquí la sentencia de Alá», y echó a correr, buscando un sitio para esconderse en él.

Mas no hallando ninguno, volvióse a mirar y reparó en una puerta entornada y, empujándola, metióse dentro y se encontró en un zaguán largo; escurrióse por él, y apenas si había dado unos pasos cuando, sin saber cómo, topó con dos hombres, que se asieron de él y exclamaron:

—Gracias a Alá que te puso en nuestras manos, ¡oh enemigo de Alá! Tres noches llevamos buscándote sin descansar ni pegar un ojo por tu culpa truhán.

Al oír aquello, dijo mi hermano:

—*Ye* mortales, temed a Alá y sabed que mi historia es singular.

—Pues ¿qué historia es la tuya?—dijeron ellos.

Y entonces mi hermano contóles to-

dos sus percances, con la golosina de que lo soltasen. Pero ellos no prestaron oídos a lo que les decía ni lo soltaron, sino que lo aporrearon y le desgarraron los vestidos, y al desgarrar los vestidos y dejar al descubierto su carne, aparecieron en sus costillas las señales de otras palizas y aquellos hombres exclamaron:

—¡Ah maldito; estas huellas de latigazos testifican de tus crímenes!

Cogieron luego a mi hermano y lo pusieron entre sus manos.

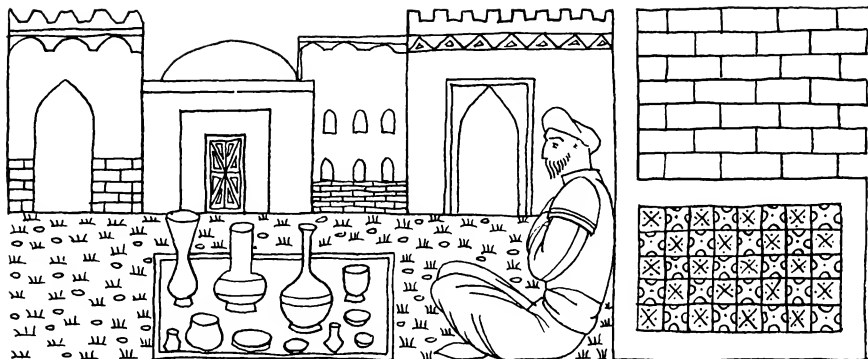
Y el gualí ordenó que le dieran cien palos y luego lo montasen a lomos de un camello, vuelto de espaldas, y lo paseasen por toda la ciudad, precedido de un pregonero, que gritaba:

—¡He aquí el castigo que se impone a quien entra en casa ajena con malas intenciones!

Tuve yo luego noticia de aquel nuevo fiasco y fui en busca de mi hermano y lo cogí y me lo traje secretamente a casa y en ella lo tengo, siendo yo quien provee a todos sus gastos.

Y esta es la historia de mi pobre hermano Al-Kus, oh emir de los creyentes. Pero la historia de mi quinto hermano, Al-Aschar, es todavía más peregrina, según podrás juzgar tú mismo, oh emir de los creyentes, si me das tu venia para que la refiera.

Diósela el jalifa y el barbero habló así:



## HISTORIA DE AL-ASCHAR, EL HERMANO DEL BARBERO, EL QUINTO

(Noches 42, 43 y 44)

*Este quinto hermano del barbero empieza, como los anteriores, dando muestras de innata estupidez; tanta como para emular a la lechera del cuento; pero luego, como verá el lector, obliga a rectificar ese concepto, acreditándose de harto listo en la venganza que toma de la mala mujer que, con ayuda de un esclavo negro, trató de asesinarle, atrayéndolo, por medio de una vieja, a su casa, convertida en una suerte de «huerto del francés». Nótese, de paso, la semejanza del argumento de esta historia con el de la novela de Rider Haggard, She, en que se inspiró Pedro Benoit para la suya La Atlántida.*

*Cuanto a la anécdota del destrozo de su cristalería es de una antigüedad venerable. Es la famosa fábula de la lechera, que es, a su vez, un eco deformado de la que ya figura en el Panchatantra con el título del Brahman y su tarro de arroz, y que inspiró a Esopo (o a la inversa, pues en eso andan encontrados los eruditos) la de su huevera; en Kalila y Dimna figura una variante con el título de El anacoreta y su jarra de aceite y leche; en Rabelais se trata de un zapatero que vierte la leche, y en la Fontaine, de la lechera ya aludida.*

*El tema, como se ve, rueda por todo el folklore universal. Y entre los latinos dio lugar al proverbio Ante victoriam carnere triumphum, que tiene sus equivalentes en todas las lenguas. Los ingleses dicen: To sell the skin before you have caught the bear (Vender la piel antes de cazar el oso). Entre nosotros suele decirse en sentido análogo: «Aún no asamos y ya pringamos.»*



—Este mi quinto hermano tiene las dos orejas cortadas y le llaman Al-Aschar.

Es sumamente pobre y pide limosna a la gente por la noche y de día se gasta lo que por la noche, mendigando, recauda.

Era nuestro padre hombre de mucha edad, muy cargado de años, y, al morir, nos dejó setecientas dracmas, o sean, cien dracmas para cada hermano. Ahora bien: este mi quinto hermano, que digo, al coger su parte de la herencia aturrullóse y no sabía qué hacer con ella.

Y estando en esa perplejidad ocurriósele comprar con aquel dinero objetos de cristal de toda clase para traficar con ellos y sacarles provecho.

Mercó, pues, con sus cien dracmas objetos de cristal y los puso en un *alcahaz*<sup>1</sup> grande y se sentó en una esquina, recostado en la pared, con sus géneros al lado, y echó a vagar el pensamiento y se dijo para sus adentros:

—He invertido un capital de cien dracmas en estos objetos y ahora los venderé en doscientas dracmas y con ellas mercaré nuevos artículos de cristal por valor de doscientas dracmas, que luego venderé en cuatrocientas dracmas, y así seguiré comprando y vendiendo hasta que me haya hecho con un buen caudal y con él compraré todas las mercancías y todos los perfumes, hasta ganar una cantidad considerable, y luego enviaré emisarios a pedir en mi nombre la mano de las hijas de los reyes y los visires y me casaré con una de ellas, por haber llegado a mi la fama de su belleza y perfección portentosa y la dotaré en mil dinares de oro; y si consiente su padre, enhorabuena, y si no consiente, pues será igual, porque la raptaré y me la llevaré a la fuerza, mal que le pese; y pondré casa por

todo lo alto y me compraré diez esclavitos menores y me compraré también trajes de los que gastan los reyes y los sultanes y mandaré hacerme una silla de montar, forrada de oro con incrustaciones de perlas, y montaré en mi caballo y me pasearé por la ciudad, con mis esclavos delante, alrededor y detrás de mí; y cuando me vea pasar el visir, se vendrá a mí con mucha reverencia y me invitará a sentarme en su sitio, y él se sentará un poco más abajo, a título de suegro mío. Y llevaré conmigo dos servidores, provistos de sendas bolsas, en cada bolsa mil dinares oro, y le daré al visir mil dinares como dote de su hija y le regalaré a él los otros mil dinares, en concepto de gratificación, y para que vea mi rumbo y lo pequeño que es a mis ojos el mundo, y si el visir me corresponde con otro regalo, se lo devolveré, por más valioso que fuere, y no le tomaré cosa alguna, para que se entere de lo grande que es mi ánimo y de cómo tira a lo más alto.

Luego le presentaré mis condiciones para los esponsales con arreglo a mi categoría y mi grandeza; y si a ellas se aviene, mandaré a buscar a la novia con la debida pompa; y dispondré mi casa con todo boato, y llegado que sea el momento de traer a la novia, me vestiré el mejor de mis trajes y me sentaré en un almadraque<sup>2</sup> de tela recamada y no volveré mis ojos ni a la derecha ni a la izquierda, para dar a entender la magnitud de mi talento y la solidez de mi mollera.

Y vendrá mi esposa, semejante a la luna llena, ataviada y engalanada, y yo no le dirigiré ni una sola mirada de admiración y respeto, hasta que todos los presentes me digan:

—*Ye sidi*, aquí tienes a tu esposa de pie, entre tus manos.

<sup>1</sup> Del árabe *Al-Kafaz*: jaula, cesta, etc.

<sup>2</sup> Cojín, almohada, colchón. Del árabe *Al-Matrah*.

Pero yo no me dignaré concederle una sola mirada y la dejaré que siga allí plantada.

Y las mujeres besarán repetidas veces la tierra delante de mi postradas.

Luego alzaré yo mi frente y la miraré una vez nada más y bajaré de nuevo

la cabeza y fijaré la vista en el suelo, y así seguiré haciendo hasta que termine de quitarle sus velos.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

## Y LA NOCHE 43 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mi noticia, *ye monarca*, el afortunado, que el hermano del barbero, el quinto, dijo:

—Ordenaré a alguno de los criados que les eche una bolsa con quinientos dinares a las peinadoras de mi mujer y, luego que ellas la cojan, les mandaré que me lleven a donde se encuentre; pero cuando mi esposa se me acerque, la dejaré que siga en pie entre mis manos, mientras que yo estaré repantigado en mi almohadón, forrado de oro, y no la miraré, para demostrarle la grandeza de mi alma y el esplendor de mi poder, y que piense, en sus adentros, que soy un sultán de rango excelso, y me diga:

—*Ye* mi señor: no desaires la copa que te brinda la mano de tu esclava, porque tu esclava soy.

No le contestaré yo nada, y ella me porfiará y me dirá:

—No tienes más remedio que beber en mi copa.

Y me la llevará a los labios y me la pondrá en la boca; pero yo alargaré la mano y le daré un papirotazo y, además, la rechazaré con el pie...

Y mi hermano alargó, efectivamente, el pie y fue a darle al cesto de la cristalería, que había puesto en un alto, y rodó el cesto a tierra y se hizo trizas todo cuanto contenía.

Mas mi hermano exclamó:

—Todo esto se debe a mi grandeza de alma, y si llevara el asunto ante el

emir de los creyentes, le mandaría dar mil azotes.

Pero luego púsose mi hermano a aporrearse la cara y rasgarse las vestiduras y a llorar y a darse de bofetadas.

Y la gente lo miraba, al pasar por allí, de camino para la zalá del viernes, y había quien a hurtadillas lo miraba y quien en él no reparaba.

Y dizque había perdido todo su capital con las ganancias, por lo que seguía allí sentado llorando, cuando he aquí que pasa una mujer, que iba también a la zalá del viernes y era de hermosura sorprendente y exhalaba de su cuerpo perfume de almizcle, e iba la mujer montada en una mula de albarda<sup>3</sup> con bordados entretejidos de oro, y precedida y seguida de un sinnúmero de eunucos.

Y al ver la cristalería rota y el estado en que mi hermano se hallaba y sus quejas y lágrimas, sintió compasión y se le enterneció el corazón y preguntó qué ocurría.

Dijéronle entonces que era que tenía una batea de objetos de cristal, con los cuales se ganaba la vida, y se le habían roto...

—Y ha caído sobre él esa desgracia que ves.

Llamó entonces ella a uno de los esclavos y le dijo:

<sup>3</sup> El mismo vocablo árabe, con el artículo. *Al-Bardá*.

—Echale lo que llevas a ese mezuquino<sup>4</sup>.

Arrojóle luego el esclavo una bolsa y mi hermano la cogió y, al abrirla, halló dentro quinientos dinares, que a punto estuvo de morirle en el acto de puro alegre que se puso.

Y prorrumpió en invocaciones a Alá, pidiéndole que colmase de bienes a su bienhechora.

Tornóse después a su casa nuevamente rico y se puso a reflexionar sobre lo que le había sucedido, cuando he aquí que llaman a la puerta y él se levanta y abre y se encuentra con una vieja, a la que nunca viera.

Y la vieja le dijo:

—Ye hijo mío, has de saber que la zalá toca ya a su fin y yo no tengo dónde hacer las abluciones, por lo que te ruego me dejes entrar en tu casa a hacerlas.

Dijole mi hermano:

—Audición y obediencia.

Entróse luego en la casa mi hermano y permitióle entrar también a la vieja, y estaba mi hermano loco de alegría por lo de los dinares.

Luego que la vieja terminó sus abluciones, tornó al sitio donde estaba sentado mi hermano e hizo dos reverencias rituales e invocó sobre él las bendiciones de Alá.

Dióle las gracias mi hermano y además dos dinares. Y al ver aquello la vieja exclamó:

—¡Loado sea Alá! ¡De veras que me asombro del amor que siento por ti! Que a juzgar por las muestras eres un *zâluk*. Pero guarda tu dinero y, si no lo has menester, devuélveselo a la que te lo dio cuando tu cristalería se te rompió.

Dijole entonces mi hermano:

—Ye madre mía, ¿cómo podría arreglármelas para llegar hasta ella?

Contestóle la vieja:

—Ye hijo mío, ella te tiene afición; pero está casada con un hombre muy rico. Coge, pues, todo lo que posees y, si te juntas con ella, no perdones nada en punto a mimos y zalamerías, para lisonjearla. Que si lo consigues serás dueño de su belleza y de su dinero, y tendrás cuanto quieras.

Cogió, pues, mi hermano todo su oro y se fue con la vieja, y estaba el hombre que no acababa de dar crédito a lo que le ocurriera.

Echó la vieja a andar, anda que te anda, y mi hermano detrás de ella, hasta que llegaron a una gran puerta.

Llamó con los nudillos la vieja y salió a abrir una esclava rumí.

Pasó adentro en seguida la vieja y dijole a mi hermano que entrase también. Hízolo así él y penetró en la casa, que era una casa grande. Y al entrar en ella lo primero que vio fue una espaciosa sala de estrado, toda cubierta de tapices y cortinones, cuyos flecos llegaban al suelo.

Sentóse allí mi hermano y puso el oro entre sus manos y su turbante en sus rodillas.

No habían pasado unos instantes cuando se presentó allí una esclava tal como nunca la vieron los veyentes y que iba vestida con un lujo sorprendente.

Levantóse mi hermano sobre sus dos pies, y ella, al verlo, riósele en su cara y dio muestras de alegrarse de verlo allí en su presencia.

Fuese luego a la puerta y la cerró, después de lo cual volvió junto a mi hermano, y asiéndolo de la mano, tiró de él y anduvieron los dos juntos, hasta llegar a un aposento solitario, en el que penetraron.

Y estaba aquel aposento cubierto de tapices con variedad de bordados.

Sentóse allí mi hermano y sentóse a su vera la joven y estuvieron ambos retozando una hora de tiempo.

Levantóse ella luego y le dijo:

<sup>4</sup> Del árabe *Meskin*, en el sentido de pobre.

—No te muevas de aquí hasta que yo vuelva.

Y se ausentó y estuvo ausente una hora.

Y estando así mi hermano, he aquí que entra de pronto en la habitación un esclavo negro, de talla gigantesca, esgrimiendo en su mano un alfanje desnudo, cuyo brillo deslumbraba los ojos.

Y cogió el negro a mi hermano y lo desnudó de sus ropas y empezó a pegarle con el alfanje de plano, asestandole golpes repetidos y numerosos, que de ochenta pasaron, hasta que se desplomó cuan largo era, en el suelo, desmayado.

Dejólo entonces el esclavo, pensando que era muerto, y gritó con un vocejón recio tal que retumbó la tierra y retemblaron las paredes:

—¿Dónde está la sal?

Acudió luego una esclava, llevando en sus manos una batea con sal blanca, y, tomando un puñado de aquella sal, frotó fuerte la esclava con ella las heridas que en la piel tenía mi hermano, hasta arrancársela, y mi hermano a todo esto no se atrevía a moverse, por temor a que comprobasen que aún vivía y lo rematasen. Fuese luego la esclava y el esclavo tornó a gritar con un vocejón como el de marras.

Y acudió la vieja y se llegó a mi hermano y tiró de él por los pies y lo arrastró hacia un sótano grande y sombrío y lo arrojó en él.

Echó a andar mi hermano en las tinieblas y se escondió en aquel antro hasta que amaneciera.

Luego que amaneció, salió la vieja en busca de otra presa; violó a mi hermano y echó a andar tras de ella, sin que lo advirtiera, y pasó de largo por delante de su casa y continuó siguiendo a la vieja hasta ver lo que hacía y no le perdía el rastro ni un momento le quitaba ojo, y la vieja cogía a los hombres uno después de otro y los acarrea hacia aquella casa, sin que mi hermano dijera nada.

Pero luego que hubo mi hermano recobrado la salud y la integridad de sus fuerzas, cogió un trozo de tela y se hizo de él una bolsa y la llenó de vidrios y se la colgó al talle y se disfrazó de aljamiado para que no lo conociera nadie y se escondió debajo de sus ropas un alfanje. Y salió en busca de la vieja, y luego que la hubo visto, díjole en aljamia:

—Ye vieja: ¿tendrías tú, por casualidad, una balanza en la que pudieran pesarse novecientos dinares?

Contestóle la vieja diciendo:

—Precisamente tengo un hijo mozo que es cambiante y tiene toda suerte de balanzas y él te los pesará. Así que ven conmigo allá.

—Ve tu delante—díjole mi hermano.

Echó a andar la vieja y mi hermano a su zaga, hasta que llegaron a la puerta de marras y llamó la vieja y salió a abrirles la esclava y se le rió a mi hermano en la cara...

Pero al llegar aquí notó Schahrasad que venía la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 44 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He llegado a saber, *ye* monarca, el afortunado, que el barbero dijo:

—Salió a abrir la esclava y se le rió a mi hermano en la cara. Y la vieja le dijo:

—Os traigo aquí un pez gordo.

Cogió luego la esclava de la mano a mi hermano y lo condujo a la misma sala donde le hizo entrar la primera vez y sentóse a su lado y allí se estuvo retozando una hora con él. Luego se levantó y dijo:

—No te muevas de aquí hasta que yo vuelva.

Y dicho esto se fue. Y no bien hubo desaparecido, apareció el esclavo, esgrimiendo el alfanje desnudo. Y le dijo a mi hermano:

—¡Levántate, so malhadado!

Levantóse mi hermano y se puso detrás del negro y alargó su mano hacia el alfanje que llevara escondido bajo la ropa y lo sacó y de un mandoble cortóle la cabeza al negro y luego lo arrastró por los pies, hasta el sótano aquel. Hecho lo cual, gritó con voz de trueno:

—¿Dónde está la sal?

Acudió al punto la joven, con la bandeja de sal, y, al ver a mi hermano con el alfanje enarbolado, echó a correr, desalada.

Pero mi hermano la siguió y le dio un tajo con el alfanje, que la dejó sin cabeza. Luego gritó:

—¿Dónde está la vieja?

Acudió esta en el acto y mi hermano le dijo:

—*Ye* vieja, ¿no me conoces?

Contestó ella:

—No, *¡ye mulay!*

Díjole mi hermano:

—Yo soy el de los dinares en cuya casa entraste para hacer tus ablucio-

nes, valiéndote luego de un ardid para traerme aquí.

—¡Alá me valga!—exclamó la vieja al oírlo.

Pero mi hermano le descargó un tajo con el alfanje que la partió en dos mitades.

Salió luego de la habitación en busca de la esclava y esta, al verlo, echóse a temblar e imploró el *aman*. Otorgóse-lo mi hermano y preguntóle:

—¿Quién te puso bajo el poder de ese negro?

Y ella le contestó, diciendo:

—Yo era esclava de un mercader y esta vieja solía ir a verme y un día de los días vino y me dijo:

—Tenemos en casa una boda como nunca se viera y quiero que no te la pierdas.

—Audición y obediencia—contestéle yo.

Y fui y me puse mi traje mejor y cogí una bolsa de cien dinares y eché a andar detrás de ella hasta que me metió en esta casa y me entró en una sala.

Y no bien había entrado, cuando se presentó ese negro y me cogió y en su poder me ha tenido desde entonces por espacio de tres años, merced a las marullerías de esa vieja hechicera.

Preguntóle entonces mi hermano:

—¿Por ventura tenía él aquí algo?

—Si—contestóle ella—; muchas cosas tenía. Y si puedes trasladarlas a tu casa, hazlo.

Fue entonces con ella mi hermano y abrió la esclava unos cofres, en los que había muchedumbre de bolsos.

Quedóse mi hermano atónito y la esclava le dijo:

—Cógelo ahora todo y vete y déjame a mí aquí. Pero busca primero quien te

pueda acarrear todas estas riquezas.

Salió, pues, mi hermano y alquiló diez costaleros. Pero al volver a la casa encontró la puerta abierta y no vio a la esclava ni halló rastro de bolsas, sino tan solo un poco de dinero y algunas piezas de tela, en lo que vio claro que la joven habíalo engañado.

Cogió, pues, el poco dinero que quedaba y abrió las alhacenas y cogió cuantas telas halló en ellas, que eso era todo cuanto habían dejado. Y pasó mi hermano tranquilo la noche aquella. Pero luego que remaneció la mañana y fue a salir, hallóse en la puerta con veinte guardias armados, y al dirigirse a ellos, lo prendieron, diciendo:

—El guali te reclama.

Cogieronlo, pues, y lo llevaron ante el guali. Y este, al ver a mi hermano, le dijo así:

—¿De dónde han venido a tu poder esas telas?

Y mi hermano exclamó:

—Concédeme el *aman* y lo sabrás.

Concedióselo el guali y mi hermano le contó todo cuanto le ocurriera con la vieja desde el principio hasta el fin, sin omitir lo de la fuga de la esclava.

Luego díjoles al guali y a los que lo prendieran:

—Tomad lo que queráis y dejadme a mí lo suficiente para que con ello pueda bandearme.

Arrambló entonces el guali con todo el dinero y todas las telas, pero por temor a que el sultán lo llegase a saber quedóse con parte y parte se la cedió a mi hermano, diciéndole:

—Vete de esta ciudad, y si no, te mandaré ahorcar.

—Audición y obediencia—dijo mi hermano.

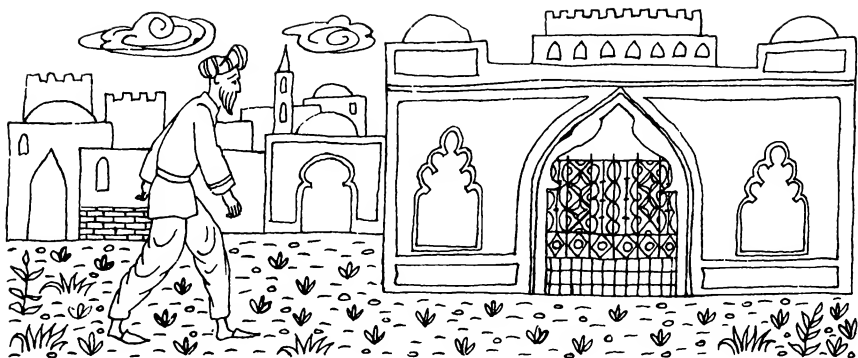
Y emigró en seguida a otras tierras.

Pero en el camino hubieron de salirle al paso unos bandidos, los cuales lo desnudaron, lo molieron a golpes y le cortaron las orejas.

Llegó luego a las mías la fama del percance y salió a buscarlo, y lo proveí de ropa y me lo traje a esta ciudad y le asigné lo necesario para su comida y bebida, como a los demás. ¡Y esta es, oh emir de los creyentes, la historia de mi quinto hermano Al-Aschar!

Cuanto a mi sexto hermano, As-Schekalik, también su historia es digna de que la escuches, *ye* emir de los creyentes, y te la voy a contar.





## HISTORIA DE AS-SCHEKALIK, EL HERMANO DEL BARBERO, EL SEXTO

(Noches 44, 45 y 46)

Mi hermano, el sexto, *ye* emir de los creyentes, que es el que tiene los labios partidos, era tan sumamente pobre que no poseía nada de los bienes pasajeros de este mundo perecedero.

Pues las cien dracmas que de nuestro padre heredara se las gastó alegremente en una noche de juerga con la peor gente del barrio izquierdo de Bagdad.

Ahora bien: andaba un día de los días buscando algo con que reanimar su decaído soplo de vida, cuando, en un camino, al pasar, hubo de ver una casa hermosa, con su zaguán.

Entróse por él y echó a andar y estuvo andando una hora, hasta que fue a salir delante de un edificio que era el compendio de un cuento, puede pensarse, en punto a magnificencia y amenidad, con un jardín en el centro, tal que no le vieron nunca los veyentes igual, enlosado de mármol el pavimento y las paredes cubiertas de tapices que daban en el suelo.

Quedóse mi hermano estupefacto sin

saber adónde encaminar sus pasos. Adelantóse, empero, hasta el fondo del edificio y pudo ver entonces allí a un ser humano, hermoso de rostro y de barbas, y aquel hombre, visto que hubo a mi hermano, levantóse y fuese a él y le ofreció la casa y le preguntó por su condición y estado.

Contóle entonces mi hermano sus apuros y el hombre, al oír sus palabras, dio muestras de un gran dolor y alargó sus manos hacia sus vestiduras y las rasgó. Y exclamó:

—¿Es posible que yo nade en delicias y tú padezcas hambre? Cosa es que no puedo sufrirlo.

Y luego de eso prometióle toda suerte de bienes y le dijo:

—No tienes más remedio que partir la sal conmigo.

A lo que contestó mi hermano:

—*Ye sidi*, no puedo aguantar más, que tengo mucha hambre y me voy a desmayar.

Dio entonces el hombre una voz, diciendo:

—¡Eh, mozos: traed en seguida el aguamanil!

Y volviéndose a mi hermano, le dijo:

—Ye, mi huésped, anda y lávate la mano.

Y seguidamente hizo ademán de lavarse la suya.

Luego gritóles a sus criados, ordenándoles que sirviesen la mesa, y ellos así lo hicieron, solo que era aquello una mesa de pega.

Púsose luego el anfitrión a hacer vi-sajes y a mover los labios, como si comiera, y le decía a mi hermano:

—Come y no andes con remilgos, que estás hambreado, y yo sé bien hasta qué extremo te aprieta la necesidad que tienes de alimento.

Púsose, pues, mi hermano a mover las quijadas y a mascar como si comiera, y el otro no hacía más que ofrecerle platos y más platos, sin que ninguno apreciase, e instábale a mi hermano para que comiese.

Luego gritóle al criado:

—¡Eh, mozo: tráeme el capón relleno de pistacho!—e insistióle a mi hermano diciéndole:

—Come, oh *sidi*, que en tu vida habrás catado cosa igual, que realmente este plato no tiene rival en punto a delicioso y exquisito.

Y alargó su mano, haciendo como que le metía a mi hermano en la boca un trozo, e insistió en ponderar sus excelencias. Mientras mi hermano seguía hambriento, con lo que se le aumentaba aún más el apetito y lampaba por un pan de centeno.

Díjole luego el anfitrión:

—¿Has probado en tu vida algo más rico que estos platos?

—Cierto que no, *sidi*—contestóle mi hermano.

—Pues come y no andes con remilgos—animóle él.

Pero mi hermano díjole:

—Estoy ahito.

Dio entonces el anfitrión una voz a

su servidumbre, ordenándoles que les sirviesen los dulces. Y los criados empezaron a mover las manos en el aire como si sirvieran los dulces en la mesa.

Díjole luego el anfitrión a mi hermano:

—Come de estos pasteles que están muy buenos y de estas nueces confitadas antes que el almíbar<sup>1</sup> se les vaya.

—A eso voy, *ye sidi*—contestó mi hermano.

Y preguntóle luego cómo era que estaban tan cargados de almizcle aquellos pasteles.

A lo que repuso el otro:

—Es la costumbre de mi casa; siempre me sirven estos pasteles muy cargados de almizcle y con medio mitscal de ámbar, que así es como a mí me agradan.

Movió mi hermano la cabeza y los labios y dejó correr la saliva por ambos lados de la boca como si se relamiese, de puro ricos que estaban aquellos pasteles.

Mandóles luego el anfitrión a sus criados que sirviesen la fruta, y aquellos movieron sus manos como si efectivamente se las sirvieran, y el anfitrión instóle de nuevo a mi hermano, diciendo:

—Come de estas nueces y de estas allozas<sup>2</sup> y de estas uvas—y siguió enumerando cosas a ese tenor y haciendo como que se las ofrecía a mi hermano, sin dejar de decirle su estribillo:

—Come y no gastes remilgos.

—*Ye sidi*—exclamó mi hermano—, te aseguro que ya estoy ahito y que ya no me quedan fuerzas para comer más.

Díjole entonces el anfitrión:

—¡Ye el mi huésped! Si quieres comer y regodearte con manjares exquisi-

<sup>1</sup> Del árabe *Al-Mibrat*.

<sup>2</sup> Del árabe *Los* o *Luz* con el artículo. *Al-mendra*.



tos ven por acá y no pases hambre cuando tengas apetito.

Pensó entonces mi hermano que aquel hombre se estaba burlando de él. Y dijo:

—Por Alá, hagamos algo en atención a lo cual se apiade de mí Alá.

Dio luego orden el anfitrión a sus criados de que sirviesen las bebidas, y aquellos movieron sus manos en el aire, haciendo como que se las servían y el anfitrión hizo cual si las paladease.

Cogió luego mi hermano una segunda copa e hizo como que la apuraba y fingió estar borracho. Y cogiendo de improviso a su huésped, alzó la mano hasta dejar al descubierto la blancura del sobaco y propinó al anfitrión puñada tan recia en el cogote que retumbó toda la sala. Segundóle después con otra y...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad venir la mañana y puso coto a sus no tasadas palabras.

## Y LA NOCHE 45 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—He llegado a saber, *ye* monarca, el afortunado, que cuando el hermano del barbero aporreó a su anfitrión de aquel modo, este exclamó:

—*¡Ye el más ruin de todos los seres!*

A lo que mi hermano replicó:

—*Ye sidi:* este esclavo tuyo, al que agasajaste y entraste en tu casa y diste de comer y escanciaste el vino, el añojo, se emborrachó y se ha portado mal contigo; pero tu posición está tan por encima de él, que no debes de tomarle a mal su imprudencia ni enojarte por su ligereza.

Al oír el anfitrión tales palabras de mi hermano, prorrumpió en estruendosa carcajada. Y luego dijo:

—Mucho tiempo llevo ya embromando a la gente y burlándome de todos los amigos de burlas e insolencias y nunca hallé de ellos quien se prestase a seguirme la broma y darme la réplica, sino a ti, por lo que te perdono de buen grado, y desde hoy serás mi comensal de veras y no te separarás nunca de mi lado.

Luego de dicho esto, mandó a sus criados que les sirvieran variedad de platos, como los antes mencionados, pero no de mentirijillas, sino de verdad.

Y comieron él y mi hermano hasta que los dos se hartaron, y así siguieron ambos por espacio de veinte años, hasta que al cabo murió aquel hombre y el sultán se incautó de sus bienes y se alzó con ellos.

Huyó entonces mi hermano de aquellas tierras siguiendo su rastro y, llegado que hubo a mitad del camino, asaltáronle los árabes y lo tomaron cautivo. Y su jefe lo martirizó y le dijo:

—Rescata tu persona con tu dinero, pues si no, te mataré.

Echóse mi hermano a llorar y a clamar:

—Por Alá, que nada poseo, *ye scheij* de los árabes, ni sé de dónde sacar el dinero. Tu esclavo soy y en tus manos estoy; haz conmigo lo que quieras.

Sacó entonces el fiero beduino de su faja el puñal, de ancha hoja, que si le daba a uno en el cuello la yugular le tajaba, y empuñólo en su diestra y se adelantó hacia mi hermano, el cuitado, y le cortó ambos labios e insistió en sus exigencias de rescate.

Pero tenía aquel beduino una mujer hermosa, la cual, cuando salía de excursión el marido, visitaba a mi hermano, pues se había de él locamente enamorado.

Desairábala mi hermano por temor de Alá (exaltado sea), pero un día de los días hubo de ceder a la tentación y fue y se puso a retozar con ella y en su cuarto se la entró.

Y acaeció que, estando en esas, se presentó de repente el marido y entró en la habitación en que ambos estaban y, al ver a mi hermano, le dijo:

—¡Guay de ti! ¡Malvado! ¿Conque querías ahora corromperme la mujer? —y, sacando el puñal, cortóle su miembro viril y luego lo montó sobre su camello y lo condujo a lo alto de un monte y lo dejó allí.

Echóse luego a vagar mi hermano sin rumbo, hasta que topáronse con él unos viajeros y lo conocieron y le dieron de comer y beber y después hicieron llegar a mis oídos la noticia de lo que le había ocurrido.

Marché yo entonces en su busca y cargué con él y entré en la ciudad y le asigné recursos suficientes para que se mantuviese.

Y ahora yo vine a tu alcázar, ye emir de los creyentes, y no quería volver a mi casa sin contártelo todo, que otra cosa fuera un engaño, y haz cuenta que detrás de mí tengo seis hermanos, a los cuales mantengo.

Luego que el jalifa hubo oído mi historia y lo que dijera de mis hermanos, echóse a reír y exclamó:

—No hay duda que eres hombre de pocas palabras y no pecas de redundante, pero vas a irte ahora mismo de esta ciudad y a plantar en otra tus reales.

Desterróme, pues, de Bagdad, y yo eché a vagar por esas tierras, recorriendo países, hasta que tuve noticia de su muerte y de haberle sucedido otro jalifa y entonces regresé a esta ciudad y comprobé que, efectivamente, había muerto y me tropecé con este joven y le hice ese gran beneficio que dije, pues, a no ser por mí, de fijo que lo matan; luego dolióme mucho todo eso

que dijo sobre mi verbosidad y palabrería y ordinarietà de condición y falta de tacto, que es todo mentira, ¡oh concurrencia distinguida!

Dijole luego el alfayate al rey de Az-Zin:

—Oído que hubimos la historia del barbero, certificamos de su redundancia y locuacidad. Y estimamos que el joven estaba con él justamente agraviado y cogimos y lo encerramos en un cuarto oscuro, lleno de ratas, y nosotros seguimos sentados, comiendo y bebiendo sin parar, hasta que llegó la hora del *azr*.

Luego nos despedimos y yo me fui a mi casa, donde hallé a mi mujer, que estaba de pésimo humor. Y mi mujer me dijo:

—Te estás todo el día por ahí corriéndola, en tanto yo me estoy aquí sentada en casita, aburrida. Pero como ahora no me saques de paseo, para que me distraiga lo que queda del día, iré al cadí y le pediré que me divorcie de ti.

Cogila, pues, y salí con ella y estuvimos paseando hasta que se hizo de noche. Tornamos luego a casa, y en el camino nos encontramos con ese jorobeta, al que le rezumaba por el cuerpo la borrachera, y se puso a recitar esta copla:

Fino es el vaso y fino  
el vino que en él bulle;  
distinguirlos no puedo,  
que los dos se confunden.  
¡Diría que es vino todo  
o que es todo cristal,  
y creo no beber nada  
y estoy borracho ya!

Invitéle yo entonces a que nos acompañase a hacer colación, y él aceptó. Salí luego a comprar un poco de pescado y comprélo y torné a casa, y nos sentamos a comer y mi mujer cogió una tajada de pescado y un cacho de pan y se los metió en la boca al jorobado y se la cerró con la mano.

Atragantóse él y se murió en el acto. Y entonces cargué con él a cuestras y se me ocurrió la treta de dejarlo en casa de este médico y a este médico se le ocurrió la de arrojarlo en casa del mayordomo y el mayordomo concibió la de atravesárselo en su camino al corredor, y esta es la historia de lo que anoche me ocurrió.

—¿Y no es, *ye* mi señor, más extraordinaria que la del jorobado?

Oído que hubo el rey de Az-Zin aquella historia, mandó a algunos de sus chambelanes que fueran con el sastre y le llevaran al barbero.

Fueron luego aquellos y lo sacaron de su encierro y lo condujeron a presencia del soberano, poniéndolo entre sus manos.

Y el rey, luego que lo vio, quedósele mirando y comprobó ser un *scheij* de edad ya avanzada, que pasaba de los sesenta, negro de rostro, blanco de barba y cejas, con la boca desportillada y una nariz muy larga y muy arrogante facha.

Y soltó el rey la carcajada al verlo y exclamó:

—*Ye* Samet, quiero que me cuentes alguna de tus historietas.

A lo que contestó el barbero:

—*Ye* rey de los tiempos, ¿quién es este cristiano y este patriarca judío y este musulmán y este jorobado muerto entre vosotros y por qué se ha reunido aquí todo este corro?

Díjole el rey de Az-Zin:

—¿A qué vienen esas preguntas?

—Vienen—contestó el barbero—al cuento de que sepas lo poco hablador

que soy y lo poco que me preocupa de lo que me incumbe y que es una calumnia todo eso que dicen de mi excesiva facundia.

Dijo entonces el rey:

—¡Vaya! Contadle al barbero el lance de ese jorobado y lo que ayer le sucedió a la hora de anochecido.

Contáronle, pues, lo que contara el cristiano y lo que refiriera el judío y lo que narrara el mayordomo y lo que expusiera el alfayate, es decir, que le contaron todas aquellas historias de cabo a rabo.

Oído que las hubo, meneó su cabeza el barbero y dijo:

—¡Por Alá que se trata de un caso raro! Dejadme ver a ese jorobado.

Lleváronle junto al muerto y él se sentó a su lado y le tomó la cabeza y se la puso sobre su pecho y le examinó bien la cara, y luego prorrumpió en una carcajada ruidosa, tan fuerte, que de la fuerza de la risa se cayó de espaldas.

Y, finalmente, dijo:

—Toda muerte tiene su causa de las causas y la muerte de este jorobado es la maravilla de las maravillas y merece que se la escriba en los libros para que sirva de materia de reflexión a quienes la leyeren.

Maravillóse el rey de Az-Zin al oír sus palabras y dijo:

—*Ye* Samet, explícanos por qué dices eso...

Pero sintió aquí Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

## Y LA NOCHE 46 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mi noticia, *ye* el monarca, el afortunado, que el rey de Az-Zin le dijo al barbero:

—*Ye* Samet, explícanos por qué dices eso.

A lo que contestó el barbero:

—Pues porque, *ye* rey, tan cierto como que eres un monarca espléndido, que este jorobado no está muerto.

Y acto seguido sacó el barbero de su faja un bote de ungüento y frotó con el ungüento el cogote del jorobado y lo embadurnó bien hasta chorrearle espalda abajo.

Sacó luego unas pinzas largas de hierro y se las introdujo en el gazonate y con ellas le extrajo la raja de pescado juntamente con su raspa, de suerte que todos pudieron verla y examinarla.

Levantóse luego el jorobado y tuvo firme sobre sus pies y soltó un estornudo y volvió en sí del todo y restregóse la cara con sus manos y dijo:

—No hay más Dios que el Dio y Mohammed es, con toda verdad, el profeta de Alá.

Maravilláronse todos los presentes al ver aquello y el rey de Az-Zin rompió a reír con tal gana y brio que perdió el sentido y a todos los demás sucedióles lo mismo.

Mandó después el rey de Az-Zin que pusiesen aquella historia por escrito y así lo hicieron sus cronistas y luego la colocaron en la alhacena del soberano.

Puso este acto seguido en libertad al cristiano y al judío y al alfayate y al mayordomo y a todos los gratificó con sendos trajes de honor.

Y nombró al sastre su sastre de cámara y le asignó emolumentos y le reconcilió con el jorobado y gratificó a este con un traje lujosísimo y le asignó sueldo crecido, y le nombró, además, su comensal, y gratificó también al alfajeme y le regaló un traje suntuoso y espléndido y le asignó estipendios y le nombró, además, barbero del reino y su comensal.

Y vivieron todos de allí en adelante vida regalada, de continua delicia y no interrumpida dicha, hasta que fue por ellos la rematadora de los goces y dispersadora de reuniones.

Pero no es esta historia, sin embargo, más singular que la historia de aquel visir en la que se mienta a Anisul-Gulais.

—¿Y cuál es esa historia de los dos visires en la que se mienta a Anisul-Gulais?—preguntó el rey.





## HISTORIA DE LOS DOS VISIRES, EN QUE SE MIENTA A ANISU-L-GULAI

(Noches 46 a 52)

*Un argumento político—la rivalidad entre dos visires—complicado con otro erótico—los amores del joven Alí Nuru-d-Din con la bella Anisu-l-Gulais—forman la doble trama de este cuento, sembrado de aventuras y peripecias azarosas, en medio de las cuales se intercala como una isla plácida en un mar agitado de afectos esa anacreóntica jocunda del jardín del jalifa, en que el vino y la canción y la risa fluyen a raudales. El doble conflicto de la narración se resuelve felizmente por la intervención del jalifa Harunu-r-Raschid, que una vez más se acredita de buen soberano y hombre comprensivo, restableciendo la justicia y consagrando los fueros del amor con suprema autoridad de emir de los creyentes.*

*Sobre toda la narración difunde su encanto sereno y tierno la hermosa Anisu-l-Gulais, cuyo nombre simbólico compendia la fama de sus atractivos, pues viene a significar Alma de las reuniones o, como el doctor Mardrus interpreta afrancesadamente en su versión, Dulce amiga.*

*Notemos, finalmente, en el episodio del jardín del jalifa el sentido simbólico de la generosa condición atribuida siempre a los jardineros en estas historias, como a personajes representativos de la vida sencilla y natural en contraste con la corrupción cortesana; el scheij Ibrahim es un hombre bueno y apacible, hospitalario, y responde perfectamente al carácter tradicional de la égloga y el idilio; pese a la orden del jalifa, ábreles su jardín a los amantes fugitivos y la escena en que estos lo embriagan respira una gracia ingenua encantadora. Por su parte, el jalifa responde también a su fama de hombre de buen genio y buen humor, amigo de las aventuras y las*

*bromas. Todo este paso sabe ya a Rousseau, el apologista de la vida según la Naturaleza.*

*Respecto a la onomástica de los personajes, diremos que el nombre del rey suena a la letra Mohammed, hijo de Soleimán, el adornado, y los visires, respectivamente, El ayudador (siervo de), El Malo y El Excelente, hijo de Jakán, cognomen de origen persa que llevan muchos personajes en la historia de ese país. Trediakovski lo hace esclavo y le atribuye el significado de «el de los muchos caballos».*

*La versión Weil da esta narración con el título Historia de Nuru-d-Din y la hermosa persa, y hace al rey pariente y tributario de Harunu-r-Raschid. Con él coincide Burton.*

Dijo Schahrasad:

—He llegado a saber, *ye* monarca, el afortunado, que había una vez en Bazra un rey de los reyes que amaba a los pobres y a los *zâluk* y era benigno con sus vasallos y prodigaba sus riquezas entre los creyentes en Mohammed, y llamábanle a este rey Mohammed-ben-Soleimán As-Siniyu. Y tenía dos visires, al uno de los cuales le decían Al-Moin As-Saiyu, y al otro le nombraban Al-Fazlu-ben-Jakán.

Y era Al-Fazlu-ben-Jakán el más generoso de la gente de su tiempo, de hermosa presencia, que hacía que todos los corazones se uniesen en su amor, y sucedía que la gente, como amaba a Al-Fazlu-ben-Jakán tanto como aborrecía a Al-Moin As-Saiyu, y ello por decreto del Poderoso, que es el que dispone cuanto acaece entre los hombres, estando un día el rey Mohammed-ben-Soleimán As-Siniyu sentado en su trono regio y en torno a él los magnates del gobierno, llamó a su visir Al-Fazlu-ben-Jakán y le dijo:

—Quisiera una esclava blanca, como no la hubiera más hermosa en su época, que fuese de belleza cabal y descolllase en punto a la armonía de carácter y fuese loada por sus cualidades.

Dijeron los próceres del gobierno:

—Una esclava así no se encuentra por menos de diez mil dinares.

Llamó entonces el rey a su jasandar y le dijo:

—Toma diez mil dinares y llévalos a casa de Al-Fazlu-ben-Jakán.

Hízole una reverencia el jasandar y marchó a poner por obra lo que el rey le acababa de ordenar.

Y a partir de aquel día iba diariamente el visir al zoco y recordaba a los marchantes el encargo del rey, recomendándoles que no vendiesen ninguna esclava de precio superior a mil dinares sin antes enseñársela y consultarle.

No vendían, pues, los marchantes ninguna esclava sin antes enseñársela al visir. Transcurrió algún tiempo así, sin que el visir encontrara esclava que del todo le agradara.

Y sucedió que un día de los días fue uno de los marchantes a casa de Al-Fazlu-ben-Jakán, y lo encontró montado ya para dirigirse al alcázar del rey, y asiendo de las riendas de su cabalgadura, recitó el marchante estos versos:

—*¡Ye* aquel a quien debemos que del rey el alma mortecina reviviera!

*¡Ye* tú el visir que la victoria tienes, cual la más fiel amiga y compañera!

*¡Revive* en ti con esplendor doblado la liberalidad que se extinguió, y todas las criaturas te consagran su gratitud y amor!

Luego dijo:

—*Ye sidi*, ya tenemos esa esclava que el excelso, el generoso, ambicionaba. Díjole el visir:

—Pues tráemela sin tardanza.

Ausentóse una hora el marchante y tornó luego llevando consigo a la esclava, y era esta de grácil palmito y de habla más suave que el céfiro sutil cuando alienta entre las flores del jardín. Como dijo de ella uno que la describió en estos versos:

«Es su carne pura seda,  
música su palabra,  
sus ojos dos maravillas,  
que Alá de un golpe creara,  
para que su fuego al hombre  
más que el vino trastornara;  
su amor a mí, por las noches,  
me despierta con su llama  
y no descanso de día,  
esperando su llegada.  
Son sus cabellos oscuros  
la noche negra, cerrada;  
pero irradia tanta luz  
de su frente pura y blanca  
que si de noche la miro,  
pienso que ya vino el alba.»

Luego que el visir la hubo visto, maravillóse hasta el colmo y quedó

muy complacido y, volviéndose al marchante, le dijo:

—¿Cuál es su precio?

Y el marchante respondióle, diciendo:

—Su precio en el mercado es de diez mil dinares; pero su dueño jura que esa cantidad no basta a cubrir los gastos de los pollos que ya se tiene comidos, ni el vino que ya se había bebido, ni los trajes de honor que a sus maestros le ha regalado, pues dizque le hizo aprender caligrafía y sintaxis y etimología y los comentarios del *Corán* excelso y los fundamentos de la ley y la fe y los *hadices*<sup>1</sup> y las reglas de la Medicina y el calendario y el arte de tañer los instrumentos musicales.

—Está bien—dijo el visir—. Tráeme a su dueño.

Llevóselo luego el corredor y era, por cierto, un persiano, que ya viviera tanto que la piel se le había descarnado.

Pero sintió aquí Schahrasad venir la mañana y cortó el flujo de sus fluyentes palabras.

## Y LA NOCHE 47 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que el dueño de la esclava era un persiano, tan decrepito como dijo el poeta en estos versos:

«¡Oh y cómo el tiempo maltratóme!  
¡No hay poder ni vigor que no consuma!  
Yo fui antaño un joven vigoroso  
y hoy, en cambio, ya soy una ruina.»

Y el visir le preguntó al anciano:  
—¿Eres gustoso en venderle al sultán esta esclava en diez mil dinares?

Y replicó el persiano:

—¡Por Alá, que no haría más que cumplir con mi deber, dándosela a nuestro monarca por nada!

Pero el visir mandó que le trajeran los dineros y se los pesaran, y el aljamizado los tomó y luego dijo:

—Con la venia del visir, querría decir algo.

—Habla sin reparo—respondióle el visir. Y el viejo, entonces, habló así:

—Soy de opinión que no le presentes hoy al sultán esa esclava, pues está recién llegada y se resiente del cambio de aires y también de las molestias del viaje. Por lo que convendría que la tuvieses descansando en tu casa unos días.

<sup>1</sup> Dichos del profeta—*ahadits*—. Voz árabe romanceada así por los moriscos.

Consideró el visir sus palabras y las halló atinadas y se llevó a su palacio la esclava y la aposentó en una sala reservada y allí le hacía llevar cada día comida y bebida y todo lo demás que podía necesitar.

Y estuvo la esclava algún tiempo gozando de esa vida regalada. Pero sucedió que tenía el visir Al-Fazlu-ben-Jakán un hijo tal que semejava una luna llena en su orto, con una cara de blancura de luna y las mejillas rosadas y en una de ellas un lunar que parecía una gotica de ámbar, a la que se mezclara un toquecito verde, como dijo el poeta:

«Son sus mejillas más dulces  
que el dátíl en racimo.  
Lástima que el corazón  
no sea de tierno lo mismo.»

Ignoraba el muchacho el destino de aquella esclava, a la que su padre le dijera:

—Has de saber, hija mía, que yo no te he comprado para mi recreo, sino para el del rey Mohammed-ben-Soleimán-As-Siniyu, y que yo tengo un hijo que lo mismo es ver una mocita que tratar de conseguirla. Por lo que te recomiendo que de él te guardes y evites mostrarle tu rostro o dejarle oír tu voz.

A lo que la muchacha contestó:

—Tus palabras son una orden para mí.

Dejóla luego el visir y retiróse. Pero sucedió, por obra del sino, que la joven hubo de ir, un día de los días, al *hammam* que había en la casa, custodiada por algunas esclavas, y púsose su traje lujoso, con lo que se realzó su belleza, y entró a ver a la esposa del visir y le besó la mano y aquella le dijo al verla:

—Hola, Anisu-l-Gulais. ¿Qué tal encuestras el baño de esta casa?

A lo que Anisu-l-Gulais le contestó:

—No echo en él de menos sino tu presencia, *ye* mi señora.

Dijo entonces la dueña de la casa a sus esclavas:

—Pues levantémonos y vayamos al *hammam*.

Obedecieron aquellas en el acto la orden de su señora y dirigiéronse allá, llevando en medio de ellas a su ama.

Y pusieron de guardia a la puerta del camarote donde estaba Anisu-l-Gulais dos esclavillas pequeñas, recomendándoles:

—No permitáis a nadie la entrada en el camarote.

A lo que ellas contestaron:

—Oímos y obedecemos.

Pero estando Anisu-l-Gulais encerrada en su compartimiento, he aquí que llega el hijo del visir, que se llamaba Nuru-d-Din, y entró en el *hammam*, preguntando por su madre y sus famulas.

—Están bañándose—dijéronle las dos esclavas.

Acertó Anisu-l-Gulais a oír las palabras de Nuru-d-Din, el hijo del visir, desde dentro de su compartimiento reservado, y se dijo en su ánimo:

«Quisiera ver cómo es ese joven, del cual dice su padre que no ve en la calle una muchacha que no trate de conquistarla. Por Alá, que siento grandes deseos de ver su cara.»

Empinóse luego sobre sus pies y se acercó a la puerta de su cámara y miró por la celosía y vio a Nuru-d-Din.

Y vio un jovencito tal que la luna en su pleno y aquella sola mirada estaba destinada a acarrearle mil desgracias. Hubo también el joven de volverse hacia ella y le dirigió una mirada que también había de acarrearle mil calamidades, pues desde aquel momento vinieron a caer los dos en las redes del deseo supremo.

Llegóse luego el muchacho a donde estaban las dos esclavas de guardia y les dio un grito tan recio que ambas huyeron de allí asustadas y se queda-



ron mirando desde lejos a ver lo que hacía.

Y lo que hizo el joven fue dirigirse a la puerta del aposento y abrirla y penetrar dentro.

Luego díjole a Anisu-l-Gulais:

—¿Eres tú esa esclava que compró mi padre?

—Sí—respondióle Anisu-l-Gulais.

Luego que vieron las dos esclavas que su señorito había entrado en el reservado de Anisu-l-Gulais prorrumpieron en gritos.

Pero ya el joven había satisfecho su antojo y salía huyendo, en busca de salvación, asustado ante las consecuencias de su osada acción.

Al oír la dueña de la casa los gritos de las dos esclavillas salió corriendo del *hammam*, chorreando sudor e inquieto:

—¿Cuál es la causa de ese griterío en la casa?

Pero al acercarse a los dos esclavillas que pusiera de guardia a la puerta del camarote de Anisu-l-Gulais, díjoles:

—¡Guay de vosotras! ¿Qué es lo que ha pasado?

A lo que ellas contestaron:

—¡Ye señora nuestra! Es que el señorito Ali Nuru-d-Din vino y se puso a pegarnos, por lo que echamos a correr, y él entonces fue y se metió en el camarote de Anisu-l-Gulais y la cogió en sus brazos.

Fuese entonces la dueña de la casa derecha a Anisu-l-Gulais y le dijo:

—¿Qué fue lo que pasó?

Y Anisu-l-Gulais contestóle:

—¡Ye mi señora! Estaba yo aquí bañándome cuando vino un mocito muy guapo y entró y me preguntó:

—¿Eres tú la esclava que me compró mi padre?

Yo le contesté que sí, y por Alá, señora mía, que creí de buena fe lo que él decía.

Luego vino hacia mí y me abrazó. Y esto es todo lo que pasó.

—A fe—exclamó la dueña de la casa—que no te habrá dejado como estabas.

Luego se echó a llorar y se dio de puñadas en la cara.

Y las esclavas estaban aterradas, muertas de miedo por Ali Nuru-d-Din, pensando que su padre, el visir, iba a matarlo.

Y hete aquí que, estando ellas en tal estado, llega el visir y pregunta:

—¿Qué pasó?

A lo que contestó su esposa:

—Júrame oír lo que te voy a decir.

—Lo juro—dijo el visir.

Contóle ella entonces lo que hiciera su hijo, y oído que lo hubo el visir, apenóse mucho y rasgó sus vestiduras y se aporreó el rostro y se mesó las barbas.

—No te mates el alma—díjole su mujer—que yo te daré de mi bolsillo los diez mil dinares que te costó.

Pero el visir levantó su frente y le dijo:

—¡Guay de ti! Yo no necesito el dinero que me costó, sino que temo por mi vida y mi hacienda.

Díjole la mujer:

—¿Y por qué eso, ye *sidi*?

Y contestó el visir:

—¿Por ventura no sabes que tenemos detrás de nosotros a ese enemigo al que llaman Al-Moîn-As-Sauyu y que, cuando se entere, le irá con el cuento al sultán y me malsinará?

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad que venía ya la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

## Y LA NOCHE 48 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—He podido averiguar, *ye* monarca, el afortunado, que el visir díjole a su mujer:

—¿Por ventura no sabes que tenemos a nuestras espaldas un enemigo que se llama Al-Moín-As-Saiyu y que, cuando se entere de este asunto, le irá en seguida con el cuento al sultán? Y le dirá:

—Ese visir tuyo que dice quererte tanto te tomó diez mil dinares y compró con ellos una esclava, como nadie la viera igual de guapa y, habiéndole gustado a su hijo, díjole a este:

—Cógela, que más digno eres tú de ella que el sultán.

Y el mozo la cogió, le arrebató su doncelléz y ahora la tiene en su casa.

Y esto es por ahora cuanto hay que decir tocante al asunto del visir.

Cuanto al asunto de Ali Nuru-d-Din, asustóse este de las consecuencias que podría tener lo que hiciera y pasó todo aquel día en los jardines y no volvió sino de madrugada junto a su madre, en cuyas habitaciones durmió aquella noche.

Levantóse luego al ser de día y se fue sin que lo viera nadie, y así continuó por espacio de un mes, sin verle en todo ese tiempo la cara a su padre.

Pero su madre díjole al visir:

—*Ye sidi*, ¿por ventura quieres quedarte sin esclava y sin hijo? Porque si siguen así las cosas, puedes darlo por perdido.

A lo que replicó el visir:

—¿Y qué voy a hacer?

Díjole ella:

—Estate en vela y esta noche, cuando él venga, lo coges y haces las paces con él y le entregas la esclava, porque ella lo quiere a él y él la quiere a ella, y yo te daré lo que te costó y le compras otra a tu señor.

Estúvose, pues, en vela aquella noche el visir, toda la noche entera, y cuando su hijo llegó, asió de él y trató de estrangularlo.

—¿Qué vas a hacer?—exclamó su esposa.

—Matarlo—respondió el visir.

Pero el hijo le apostrofó, diciendo:

—¿En qué te ofendí, padre mío?

Y los ojos se le arrasaron en lágrimas.

Soltó entonces el visir a su hijo y apiadóse de él, y el muchacho tomóle la mano y se la besó.

Y dijo el visir:

—Si supiera, hijo mío, que no ibas a proceder mal con Anisu-l-Gulais, te la daría.

—¿Y cómo iba a proceder mal con ella?—exclamó el hijo.

A lo que le contestó su padre:

—Te recomiendo que no te cases con ella ni la maltrates ni la vendas.

—Yo te juro—respondió Ali Nuru-d-Din—que no me casaré con ella ni la maltrataré ni la venderé.

Y acto seguido se lo juró. Entró luego el joven a la esclava y estuvo viviendo con ella por espacio de un año, sin que el rey, por obra de Alá (exaltado sea), se acordase para nada de aquella historia de la esclava.

Pero Al-Moín-As-Saiyu hubo de enterarse de todo, aunque no se atrevió a hablar de ello al rey, en atención al gran predicamento que con él gozaba su colega el visir.

Pero cumplido que fue el año, hubo el visir Al-Fazlu-ben-Jakán de ir un día al *hammam* y, al salir de él, sudando, cogió aire y tuvo que guardar cama. Prolongóse luego el mal y apodórose de él la debilidad y el enfermo mandó venir a su hijo Ali Nuru-d-Din, y cuando lo tuvo delante, díjole así:

—*Ye* hijo mío, en verdad que los bienes mundanos están de antemano repartidos y señalado término de la vida y todo mortal ha de beber a su hora el cáliz del destino.

Y recitó estos versos:

—¡Mi muerte moriré, pues solo es grande  
Aquel que nunca muere!  
Y yo, como mortal, sujeto estoy  
a la ley de la muerte.  
No hay monarca en el mundo que no muera  
y su reino conserve para siempre.  
Porque el reino en verdad tan solo a Aquel  
que es eterno de suyo, pertenece.

Y añadió luego:

—Solo te recomiendo, hijo mío, como mi última voluntad, que temas a Alá y tengas siempre puesta la mirada en las postrimerías.

Mandó luego venir dos testigos e hizo testamento ante ellos. Y, finalmente, lanzó un hondo suspiro y pasó a ser inscrito en el número de los bienaventurados del Paraíso.

Llenóse después la casa de gritos plañideros y llegó la triste nueva a oídos del sultán y supo la gente de la almedina que el visir Al-Fazlu-ben-Jakán era muerto en la misericordia de Alá.

Y lloráronle los chicos de las escuelas y todo el mundo en general.

Procedió luego su hijo Alí Nuru-d-Din a hacerle las exequias, a las que asistieron los emires y los visires y los magnates del reino y la gente de la ciudad, deseosa de ver al mocito, y entre los que iban detrás del féretro figuraba el visir Al-Moín-As-Saiyu.

Y al sacar al muerto de la casa, uno de entre la muchedumbre que formaba el duelo, rompió a recitar estos versos:

—Y al quinto día dejé por siempre a todos y ellos llevaron mi cadáver yerto,  
me quitaron los trajes que solía  
llevar sobre mi cuerpo,  
y en su lugar pusieron unas ropas  
que nunca me había puesto.

Después a hombros me cogieron cuatro  
y al oratorio me llevaron luego  
a rezar por mi alma, esas aleyas  
que se recitan sin doblar el cuello;  
por mi alma rezaron mis amigos  
y los que se asociaron a mi duelo,  
y después me llevaron a una casa  
que una bóveda cubre como techo  
y en la que he de aguardar, para salir,  
el final de los tiempos.

Y luego que le echaron la tierra encima y todos se retiraron del cementerio, volvióse Nuru-d-Din a su casa y empezó a lamentarse con sollozos y lágrimas, y recitó estos versos:

La tarde del quinto día  
todos de mí se alejaron  
y yo los despedí a ellos  
y allí solo me dejaron.  
Y también se fue tras ellos  
mi espíritu. Desolado  
gritéle: «¡Ven! ¡No te vayas!»  
Pero no logré apiadarlo.  
Y mi espíritu gritóme:  
«¿Cómo volver a tu lado  
si ya no vives ni alientas,  
ni eres más, *ye* desdichado,  
que un montón de yertos huesos,  
con polvo y tierra mezclados?»  
Y entonces quise llorar  
y mis ojos me fallaron,  
lo mismo que mis oídos,  
ya para siempre cerrados.

Permaneció luego Alí Nuru-d-Din entregado a llorar a su padre largo tiempo. Y estando un día de los días sentado en las habitaciones paternas, he aquí que llaman a la puerta.

Levántase a abrirla el joven y se encuentra con un hombre de los amigos de su padre, de los que a su mesa solían sentarse.

Y, besándole la mano, díjole el hombre a Alí Nuru-d-Din:

—*Ye sidi*, quien deja un hijo como tú para que le suceda, puede decirse que no muere, sino que siguió el mismo camino que hemos de seguir todos. Así que, *ye* mi señor, levanta el ánimo y depón tu dolor.

Levantóse luego Alí Nuru-d-Din y trasladóse al estrado y mandó llevar allí todo lo necesario y reunió a todos

sus amigos y cogió su esclava y convocó a diez de los hijos de los mercaderes y comió y bebió con ellos en sesiones sucesivas y los agasajó a todos y los obsequió.

Después compareció ante él su apoderado, y le dijo:

—*Ye sidi*, Ali Nuru-d-Din: ¿no has oído hablar de aquel que gastaba y no hacía cuentas, por lo que vino a verse en la miseria?

Pero qué razón tuvo aquel que comupo estos versos:

«Yo guardo mis caudales y los cuido,  
solo los gasto en acrecer mi ciencia,  
porque, de entre las cosas de este mundo,  
solo el saber perdura y persevera.  
Tan necio no he de ser que dilapide  
con enemigos mi preciada hacienda  
y por hacer felices a los otros  
llegue un momento en que infeliz yo sea.  
Con toda precaución mis dracmas guardo  
contra toda acechancia y trama artera,  
y prefiero me tilden de roñoso  
a caer en la trampa traicionera  
del que un dracma nos pide, prometiendo  
darnos cinco después en recompensa  
y luego, si nos ve, vuelve la espalda  
y da al olvido su falaz promesa.  
No quiero verme en situación precaria,  
hecho un perro al que todos de sí ahuyentan;  
que el hombre sin dinero es como un chucho  
al que todos lo tratan a punteras,  
aunque adornado esté de cualidades  
que brillen como el sol y resplandezcan.»

Después de lo cual añadió:

—*Ye sidi*, el gasto inmoderado y el rumbo demasiado consumen los caudales más saneados.

Oído que hubo Nuru-d-Din las palabras de su administrador, miróle a la cara y le dijo:

—No haré caso de todo eso que has dicho. Porque cuánto mejor no habló aquel otro poeta que dijo:

«Si no gasto y derrocho mis caudales  
con mano liberal,  
¿de qué habrán de servirme y en qué forma  
mi lustre acrecerán?  
Mostradme si podéis algún avaro,  
cuyo nombre se cite con honor,  
mientras que del rumbo todo el mundo  
se acuerda con respeto y con amor.»

Después de lo cual dijo:

—Has de saber, ye el administrador, que es mi voluntad que, cuando tengas lo suficiente para la mañana, no te preocupes por la tarde.

Fuese, pues el administrador a sus cosas y siguió Nuru-d-Din dando rienda suelta a su innata prodigalidad y a todo aquel de sus convidados que le decía: «Qué bonito es esto», le decía él: «¡Pues para ti! Te lo regalo.» Y estando un día sentado en su cámara oyó la voz de su esclava que recitaba estos versos:

—Vive feliz, alegre y descuidado.  
No temas más que al sino;  
del porvenir no te preocupes nunca,  
que ya vendrá él solito.  
Deja pasar tus noches en el grato  
atardimiento que nos da el olvido,  
que el pesar acechando está el momento  
en que se nos despejan los sentidos.

Luego que calló la voz de la cantora sintió Nuru-d-Din llamar a la puerta y se levantó a abrir, sin notar que uno de los contentulios iba detrás de él.

Abrió, pues, el joven y se encontró con su administrador.

—¿Qué pasa?—preguntóle Nuru-d-Din.

—Pasa—contestóle aquel—que no queda ya en mi poder cosa que valga una dracma ni menos de una dracma, y aquí tienes los cuadernos de gastos con la nota de todo lo que has gastado y estos otros con el inventario de tus bienes.

Al oír el joven las palabras de su administrador quedóse cabizbajo y exclamó:

—¡No hay gloria ni poder sino en Alá!

Pero el amigo que le había seguido a hurtadillas escurrióse fuera del cuarto para inquirir más pormenores de labios del administrador, hecho lo cual volvió con el cuento a sus amigos, y les dijo:

—Mirad lo que hacéis, pues Ali Nu-

ru-d-Din se ha quedado sin un maravedí.

Tornó luego al estrado Ali Nuru-d-Din, llevando en su rostro indicios manifiestos de pesar. Y uno de sus convidados púsose en pie y se encaró con él y le dijo:

—*Ye sidi*, ruegote me des tu venia para retirarme.

Dióselo el joven y en seguida levantóse otro y le dijo:

—*Ye* mi señor Nuru-d-Din, tengo que visitar hoy a un hermano mío, que celebra la circuncisión de su hijo; así que, con tu venia, me retiro.

De esta suerte fueron luego todos los demás, uno detrás de otro, alegando algún pretexto para retirarse, hasta que se marcharon todos, dejando allí a Nuru-d-Din solo. Llamó entonces el joven a su esclava y le dijo:

—Oh Anisu-l-Gulais, ¿no sabes lo que me ocurre?

Y contóle a seguidas lo que le dijera su administrador. Y ella le contestó:

—*Ye sidi!* Muchas noches llevo desvelada por la idea de prevenirte de ello, pues te oí recitar estos versos:

¡Si la suerte se muestra generosa  
un día contigo,  
correspóndela tú en la misma forma  
y sé rumboso, amigo!  
Que cuando favorable es la fortuna  
por pródigo que fueres,  
nunca verás el fondo de tu bolsa,  
ni menguarán tus bienes,  
y en cambio si de darte sus favores  
se cansa y te abandona,  
vacía verás tu bolsa.

Al oírte yo recitar esos versos me callaba y no te decía palabra.

—¡Oh Anisu-l-Gulais!—exclamó el joven—. Bien sabes que yo no gastaba mi dinero sino con mis amigos y pensaba que ellos no me abandonarían sin hacer un gesto.

A lo que Anisu-l-Gulais le dijo:

—Por Alá, que no han de serte de ningún provecho.

Pero Nuru-d-Din exclamó:

—Voy ahora mismo a buscarlos y llamaré a sus puertas y puede que alguno de ellos me dé alguna cantidad con la que pueda dedicarme al comercio, y dejaré la diversión y la juerga y me pondré a trabajar.

Levantóse acto seguido Ali Nuru-d-Din y salió y anduvo dando vueltas por las calles hasta que llegó a aquella en que vivían sus diez amigos, que eran diez y vivían todos ellos en la misma calle.

Llegóse Nuru-d-Din a la primera puerta y llamó y salió a abrirle una esclava y le preguntó:

—¿Quién eres?

Contestóle él:

—Dile a tu señor que Ali Nuru-d-Din está a su puerta y que su esclavo besa sus dos manos y confía en su munificencia.

Entró la esclava y transmitió a su señor el recado y su señor le gritó diciendo:

—Vuelve y dile que no está en casa.

Volvió, pues, la esclava a Ali Nuru-d-Din y le dijo:

—*Ye sidi*, mi señor no está en casa.

Retiróse de allí el joven y dijo para sus adentros:

«Este es un hijo de puta y se me ha negado, pero ya habrá otros que me den su mano.»

Y se detuvo ante la segunda puerta y dijo allí lo mismo que dijera en la anterior.

Y también aquel se le negó.

Fue luego llamando sucesivamente a todas las puertas y no sacó nada de ninguna de ellas.

Regresó, pues, junto a Anisu-l-Gulais y le contó lo que le había ocurrido con sus diez amigos.

Oído lo cual, díjole Anisu-l-Gulais:

—¿Por qué no te avienes a llevarme al zoco y venderme?

Y las lágrimas le corrían por sus mejillas en tanto lo decía. Luego la joven recitó estos versos:

—Antes de separarnos te suplico que una larga mirada me concedas, a modo de viático que endulce la sed y el hambre de la horrible ausencia. Y al pobre corazón que desfallece, ánimo infunda y fuerzas. Que si en la mirada tu amor leo y la lealtad de tu pasión sincera, ya nada en este mundo me preocupa y podré resistir todas las pruebas.

Marchó luego con ella Nuru-d-Din al zoco y entregósele al jefe de los marchantes y le dijo:

—Dime a qué precio la vas a pregonar.

—*Ye sidi*—contestóle el otro—. ¿No es esta aquella misma que tu padre me compró en diez mil dinares?

—La misma es—dijole Nuru-d-Din.

Fuese luego el marchante en busca de los mercaderes y se encontró con que aún no se habían reunido todos y procedió a juntarlos y se llenó el zoco de toda suerte de esclavas, así turcas como rumies y circasianas y etiópicas y georgianas.

Visto que hubo el jefe de los marchantes aquel gentío del zoco, irguióse y vocó:

—*Ye* mercaderes, *ye* ricos hacendados, no todo lo redondo es una nuez, ni todo lo entrelargo un plátano, ni todo lo colorado carne, ni todo lo rojo vino, ni todo lo rubio un dátil. ¡Oh mercaderes! Aquí tenéis a esta perla incomparable, para pagar la cual no tenéis suficientes caudales. Abrid, pues, la puerta de la puja y a ver quién sobresale.

Dijo entonces uno de ellos:

—Cuatro mil quinientos dinares.

Estando en estas, presentóse el visir Al-Moín-As-Sauiyu, en el zoco y vio a Alí Nuru-d-Din allí parado y se dijo para su ánima:

«¿Qué hará aquí parado en el zoco cuando no tiene con qué comprar una esclava?»

Miró luego y oyó al voceador de la subasta que andaba pregonando por el

zoco, con los mercaderes en su torno.

Y pensó el visir Al-Moín:

«Seguramente se quedó sin blanca y ha venido al zoco a vender su esclava. ¡Si así fuere, oh Señor, qué frescura para mi corazón!»

Llamó luego al voceador, el cual acercóse a él y besó la tierra entre sus manos, y le dijo:

—Quisiera comprar para mí esa esclava que estás pregonando.

No pudo el voceador negarse y le llevó la esclava y púsola entre sus manos.

Y al verla de cerca el visir y poder apreciar bien sus encantos, desde el esbelto talle hasta el habla elegante, quedóse maravillado y dijo:

—Doy por ella cuatro mil dinares y quinientos de comisión para ti.

Llegóse luego el voceador a Alí Nuru-d-Din y le dijo:

—Creo que el visir ha conocido que la esclava es tuya. Ahora bien: si te paga en el acto su precio, podrás considerarlo como merced de Alá, pues yo estoy al tanto de su iniquidad y sé de antemano que te escribiría una esquela para alguno de sus apoderados y luego le mandará por debajo de cuerda un aviso, diciéndole: «No le des nada», y cuantas veces vayas a reclamarle el dinero, te dirá: «Ven mañana», y así irán dándote largas y engañándote día tras día y, cuando se cansen ya de tus reclamaciones, te dirán:

—Danos acá el pagaré.

Y tú se lo entregarás y ellos cogerán el papelito y lo romperán y te quedarás sin cobrar.

Oído que hubo Nuru-d-Din las palabras del voceador, quedósele mirando y le preguntó:

—¿Qué hacemos entonces?

A lo que el otro contestó:

—Voy a darte un consejo que, si lo sigues, redundará en tu provecho.

Te vendrás ahora conmigo y yo me plantaré en medio del zoco y tú coge-

rás a la esclava de la mano y le darás una puñada en el pecho y le dirás:

—¡Guay de ti! He aquí que levanto el juramento que hice cuando te cogí y te traje al zoco, jurando que había de venderte en él sin remisión y hacer que te pregonase el subastador.

Ardid es este que más de una vez dio resultado, y si lo empleas pensará la gente que solo trajiste a la esclava al zoco por cumplir tu juramento y se retirarán todos.\*

—Creo que diste en el blanco—contestó Ali Nuru-d-Din.

Apartóse luego de él el voceador y fuese al medio del zoco y cogió de la mano a la esclava y le hizo una señal al visir Al-Moîn, diciéndole:

—¡*Ye mulai!* ¡Aquí tienes a su dueño!

Acercóse entonces Ali Nuru-d-Din y desprendió a la esclava de manos del marchante y le dio una puñada en el pecho diciendo.

—¡Guay de ti! Te traje al zoco únicamente por cumplir el juramento que hice; así que ahora anda a casa y no vuelvas a engañarme, que no necesito tu precio ni estoy en el caso de venderte, pues si vendiere los muebles de la casa y demás cosas a ese tenor no llegarían a cubrir tu valor.

Al oír aquello el visir Al-Moîn quedóse mirando a Ali Nuru-d-Din y le dijo:

—¡Guay de ti! Por ventura ¿te queda algo que vender ni comprar?

Después de lo cual quiso el visir Al-Moîn atropellar al joven; pero los mercaderes del zoco volvieron sus miradas hacia el joven, porque lo querían todos.

Y Ali Nuru-d-Din les dijo:

—En vuestras manos me pongo. Y ya sabéis su proceder bochornoso.

—¡Por Alá!—exclamó el visir—, que a no ser por vosotros, lo matara.

Cambiaron ellos guiños entre sí y dijeron:

—Ninguno de nosotros se interpondrá entre vosotros dos.

Adelantóse luego Ali Nuru-d-Din hacia el visir Al-Moîn-As-Sauiyu, y el joven, que era bravo, lo derribó de su montura y lo arrojó al suelo, yendo a caer el visir en medio de un lodazal de hacer adobes<sup>2</sup> que había allí, y Nuru-d-Din arremetió contra él a puñadas, en pleno rostro, rompiéndole algunos dientes, de suerte que la sangre tiñóle las barbas; al verse el visir en tal estado cogió una cuerda y se la puso al cuello y se la ató a las manos por detrás y, de esa guisa, encaminóse al alcázar del sultán y se detuvo ante la puerta y empezó a gritar:

—¡Ye rey de los tiempos, mira la afrenta que me han hecho!

Afrentaron en seguida y lo llevaron a presencia del sultán y este lo miró y al ver que era su visir, Al-Moîn-As-Sauiyu, exclamó:

—¿Quién te puso en tal estado?

Y el visir echóse a llorar, lanzó un hondo suspiro y después, con doloroso acento, recitó estos versos:

—De agravios me llenó el tiempo,  
viviendo tú, mi señor,  
y me comieron los perros,  
siendo tú un bravo león.  
Y ahora ya me estoy muriendo,  
junto a ti que fama gozas  
de ser manantial copioso  
y lluvia de vena pródiga.

Luego dijo:

—*Ye sidi*, ¿es posible que a los que te amamos y servimos nos ocurran estos estropicios?

—¿Quién hizo eso contigo?—exclamó el sultán.

Y el visir contestóle:

—Has de saber que hoy fui yo al zoco de las esclavas con la mira de mercar una que entendiese de cocina y vi allí una joven cual nunca la viera en toda mi vida y me dijo el subastador que era propiedad de Ali Nuru-d-Din.

Y nuestro señor el sultán había dado

<sup>2</sup> Del árabe *Ad-Dob*.

en tiempos, a su padre, diez mil dinares para que le comprara una esclava guapa y compró aquella esclava, sino que luego le gustó a su hijo y se la dio; luego de muerto su padre, dióse aquel a caminar por la senda del derroche hasta que vendió todo cuanto poseía en fincas, huertas y cosas de valor, y, al verse ya sin blanca, cogió a la esclava y la llevó al zoco para venderla, y se la entregó al subastador y este se puso a vocearla; acudieron en tropel los mercaderes y pujaron, hasta subir su precio a cuatro mil dinares, sin pasar adelante. Entonces yo dije: «Compraré esta esclava para nuestro señor el sultán, abonaré ese precio y suya será.»

Díjale, pues, al joven:

—Hijo mío, aquí tienes su precio: cuatro mil dinares.

Pero al oír él mis palabras me miró y exclamó:

—*Ye scheij* de mala sombra, antes se la vendería a un judío o a un cristiano que no a ti.

—Es—le dije—que yo no la compro para mí, sino para nuestro señor el sultán, al que todo se lo debemos después de Alá.

Pero al oír el joven mis palabras enfurecióse y me cogió y me derribó de mi caballo, sin hacer cuenta de que soy un anciano, y empezó a pegarme y no dejó de golpearme hasta ponerme en el estado en que me ves. Y todo eso solamente por haber querido yo comprar aquella esclava para tu grandeza.

Postróse luego el visir en tierra y se puso a llorar y a temblar.

Y el sultán, al verlo en aquel estado y escuchar sus palabras, levantóse, trasudando ira por sus ojos, y encaróse con los emires del reino que presentes se hallaban y díjque había allí cuarenta armados de espada, y les dijo:

—Id ahora mismo a la casa de Ben-Jakán y derribadla y arrasadla y traedme acá a su dueño y a la esclava,

maniatados y a rastras, y ponerlos a ambos en mis manos.

—Audición y obediencia—dijeron ellos.

Y pusiéronse en movimiento en el acto y se dirigieron a la casa de Alí Nuru-d-Din para ejecutar su mandato.

Pero había entre los palaciegos del sultán un dignatario, al que le decían Ilmu-d-Din Sanchar<sup>3</sup> y había sido antes uno de los mamelucos del visir Al-Fazlu-ben-Jakán, el padre de Alí Nuru-d-Din, y al oír las órdenes del sultán y ver la trama urdida por su enemigo contra la vida del hijo de su antiguo señor, no pudo sufrirlo, y montando al punto en su bridón, fuese derecho a casa de Alí Nuru-d-Din y, llegado que hubo allí, llamó a la puerta y el propio hijo del visir salió a abrir.

Luego que el joven lo vio, lo conoció y lo saludó con el *selam*. Pero el otro le dijo:

—*Ye sidi*, no es este momento para zalemas, y mejor será que escuches lo que dijo el poeta:

«Por tu vida, huye ligero  
del peligro que te amaga;  
deja al punto una mansión  
que ruina ya amenaza.  
Trata de salvar tu vida,  
aunque lo demás se hunda;  
que casas de sobra hay,  
pero vida solo una.»

—¡Oh Ilmu-d-Din!—exclamó el joven—, ¿qué sucede?

—Escapa en seguida—díjole Ilmu-d-Din—con la esclava, que Al-Mofn-As-Saiyu os ha preparado a los dos una trampa y, como caigáis en sus manos, de fijo que os mata. Y díjque el sultán ha enviado contra vosotros cuarenta hombres armados de alfanje y mi opinión es que debéis huir antes de que la desgracia os alcance.

<sup>3</sup> Conocimiento de la Fe (Lane); Burton interpreta Alamu-d-Din, Bandera de la Fe.



Tendió Sanchar luego su mano a Ali Nuru-d-Din y le entregó su bolso con unos dinares.

Contólos aquel y comprobó que ascendían a cuarenta. Y Sanchar le dijo:

—*Ye sidi*, toma esto y si más tuviere igual te lo diera, y basta, que no es este momento de gastar palabras.

Pasó luego adentro Nuru-d-Din a comunicarle la noticia a Anisu-l-Gulais, la cual perdió el sentido al oírlo.

Diéronse luego prisa ambos a huir y salieron a las afueras de la ciudad y

Alá cubriólos con un largo velo y así caminaron hasta la marina, donde encontraron una galera pronta a zarpar para un largo viaje, a bordo de la cual se hallaba su arráez.

—¿Adónde va el barco, *ye arráez*? —preguntó Nuru-d-Din.

Y el arráez contestóle:

—A Daru-s-Selán <sup>4</sup>.

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## PERO LA NOCHE 49 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mí noticia, *ye monarca*, el afortunado, que al decirle el arráez a Ali Nuru-d-Din: «A Daru-s-Selán», echóse aquel al agua y lo mismo hizo Anisu-l-Gulais y nadaron hasta alcanzar el barco.

Desplegó luego este sus velas y se dio a la mar con ellos, a favor de propicio viento, cual si fuera un pájaro que remonta el vuelo.

Como dijo muy bien uno de ellos:

—Repara en ese velero  
y en él su vista recrea;  
mira qué ligero corre;  
parece un ave que vuela  
con sus alas desplegadas  
y al mar los cielos acerca.

Y esto es todo lo concerniente por ahora a Ali Nuru-d-Din y su esclava Anisu-l-Gulais.

Cuanto a los cuarenta armados de alfanje que contra ellos enviara el sultán he aquí lo que hay que contar:

Llegaron a casa de Ali y rompieron las puertas y penetraron dentro y recorrieron uno por uno todos los aposentos, sin hallar rastro de los fugitivos.

Demolieron, pues, la casa y tornáronse al alcázar del sultán, haciéndole

saber a este lo ocurrido. Y el sultán les dijo:

—Buscadles por todas partes donde puedan estar. Y esto es por ahora todo lo referente a su historia.

Pero volviendo al asunto de Ali Nuru-d-Din y su esclava, se ha de decir que ambos llegaron a Bagdad con toda felicidad.

Y el arráez les dijo:

—Esta es Bagdad, ciudad segura, de la que huyó el invierno con sus fríos, cediendo el campo a la primavera con sus rosas; florecieron los árboles y empezaron a fluir los manantiales.

Bajó luego a tierra Nuru-d-Din con su esclava, dándole antes al arráez cinco dinares.

Anduvieron ambos algún rato y el Poderoso encaminóles a la parte de los jardines, yendo a parar a un sitio que encontraron barrido y enlosado, donde había unas columnillas entrelargas y unos pilones llenos de agua y, sobre ellos, unas tuberías que corrían a lo largo de la calle <sup>5</sup>. Y a su entrada vieron la puerta de un jardín; solo que

<sup>4</sup> Casa de la Paz. Sobrenombre de Bagdad.

<sup>5</sup> Se trata de las cañerías que surtian de agua a Bagdad, obra del jalifa Harunu-r-Raschid.

estaba cerrada. Y Ali Nuru-d-Din dijo-le a su esclava:

—De veras que es lindo este lugar.

Y la esclava repuso:

—Oh *sidi*, sentémonos un rato en esos poyos a descansar.

Sentáronse, pues, los dos sobre aquellos marmolillos y se lavaron sus caras y sus manos y se recrearon al oír de la brisa, hasta el punto de quedarse dormidos.

Pero velaba sobre ellos Aquel que nunca duerme y siempre está despierto.

Llamábase aquel jardín el Jardín de los Placeres y había en él un alcázar al que le decían el Alcázar de la Alegría y uno y otro jardín pertenecíanle al jalifa Harunu-r-Raschid.

Y solía el jalifa, cuando se le encogía el pecho, retirarse a aquel jardín y entrarse en aquel alcázar e instalarse allí, y tenía aquel alcázar ochenta celosías y ochenta candiles colgados de sus techos y una lámpara grande toda de oro en medio de ellos.

Cuando entraba en él el jalifa mandaba a las esclavas abrir las cancelas, y a Ishak, su contentillo, y a las esclavas ordenaba que cantasen para ensancharle el pecho y el pesar ahuyentarle.

Estaba encargado de la guarda del jardín un anciano provecto, al que le llamaban el *scheij* Ibrahim.

Y sucedió que un día salió el *scheij* Ibrahim a desempeñar sus funciones y hubo de encontrarse allí con unos individuos que se estaban divirtiendo con mujeres y gente sospechosa, y enojóse mucho, aunque usó de disimulo.

Pero cuando, pasados unos días, vino por allí el jalifa, contóselo todo. Y el jalifa le dijo:

—De hoy más te faculto para hacer lo que quieras con los nuevos intrusos.

Así, pues, cuando aquel día salió el *scheij* Ibrahim a sus ocupaciones y halló en el jardín a los dos jóvenes dormidos, cobijados bajo un mismo manto, dijo:

—¿Por ventura no saben que el jalifa me dio su permiso para que a todo el que encontrara en el jardín lo matase? Me limitaré, sin embargo, a darles a estos dos una paliza leve, a fin de que ninguno vuelva a arrimarse a esta puerta.

Cortó luego una rama verde de un árbol y fuese hacia la parejita y levantó su brazo hasta dejar ver lo blanco del sobaco, y se dispuso a descargar el golpe. Pero luego se quedó pensativo y, para sus adentros, se dijo:

«Ye Ibrahim, ¿cómo vas a apalearlos, cuando no sabes nada de su condición ni estado y, al parecer, son forasteros o hijos de los caminos, a los cuales el Todopoderoso trajo a este sitio? Descubriré primero sus rostros y los miraré.»

Levantó, pues, el manto y exclamó: —Oh y qué bellos son los dos. No estaría bien que los golpease.

Volvió a taparles las caras y se inclinó sobre los pies de Ali Nuru-d-Din y se los acarició y sobó.

Pero en esto abrió el joven los ojos y, al encontrarse con aquel anciano respetable, avergonzóse y encogió los pies y se incorporó hasta quedar sentado, y cogiéndole al viejo la mano fue y se la besó.

Preguntóle entonces el *scheij*:

—Ye hijo, ¿de dónde sois venidos?

Y Nuru-d-Din le contestó:

—Forasteros somos—y las lágrimas asomaron a sus ojos.

Y el viejo le dijo:

—Has de saber, ye hijo mío, que el Profeta (¡sean con él la oración y la paz!) nos recomendó honrar al peregrino.

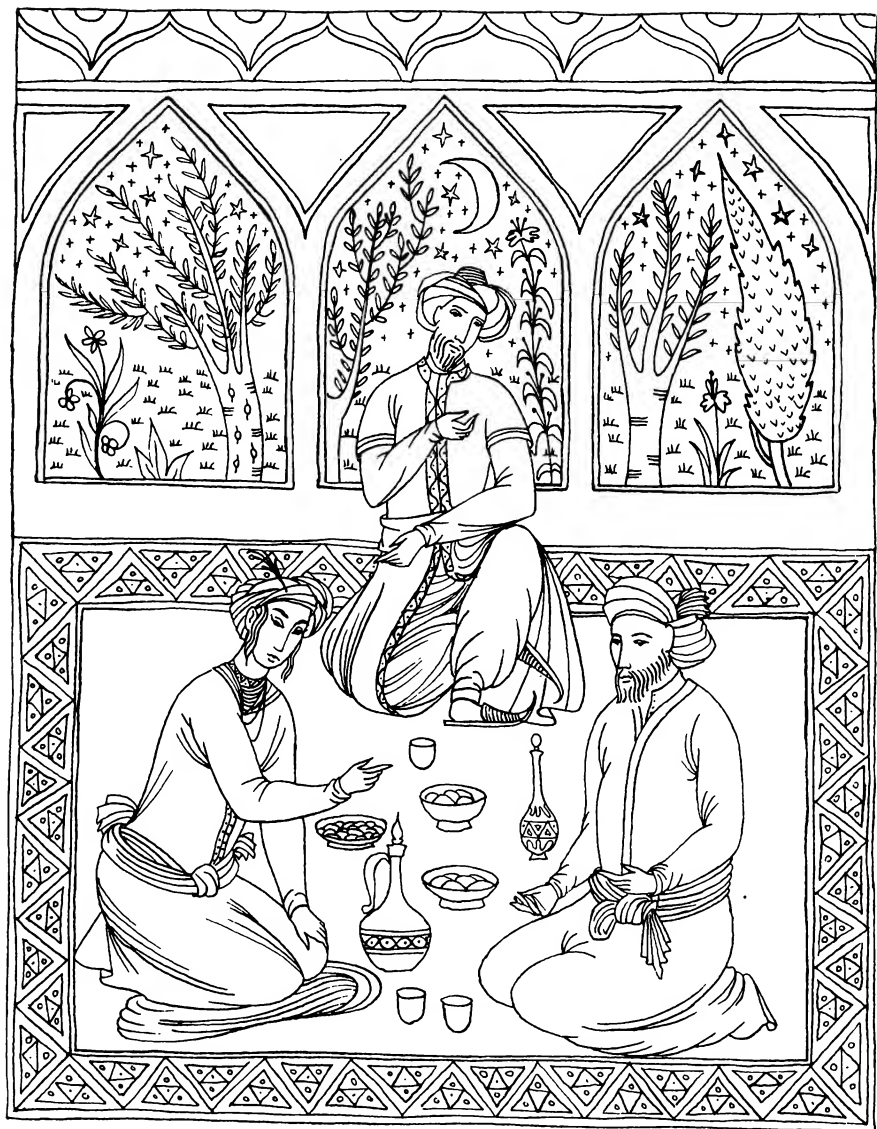
Y añadió:

—Ye hijo mío, ¿no querrias levantarte y pasar al jardín y en él solazarte para que el pecho se te dilatase?

Preguntóle Nuru-d-Din:

—Ye padre mío, ¿cuyo es este jardín?

Y el *scheij* le contestó:





—Este jardín es patrimonio mío.

Y era la intención del *scheij* Ibrahim, al decirle eso, animarlos a entrar en el jardín.

Oído que hubo Nuru-d-Din las palabras del viejo, dióle las gracias, y acto seguido levantáronse él y su esclava y siguieron al *scheij* Ibrahim, que marchaba delante, y entraron en el jardín.

Y he aquí que era un jardín inmenso, un ejido en el que había parrales, con racimos de uvas de color diverso; los rojos como rubies y como de ébano los negros.

Internáronse bajo uno de aquellos emparados y vieron que tenían racimos dobles y racimos sencillos y que

los pájaros revoloteaban gorjeando por entre las ramas y los ruiseñores entonaban sus melodiosos cantos y las tórtolas llenaban con sus arrullos aquel paraje y los mirlos silbaban como seres humanos y los riachuelos murmuraban y los pajarillos piaban y la brisa suspiraba y la temperatura y el aire en su armonía concordaban.

Introdujolos luego el *scheij* Ibrahim en la vivienda que estaba cerrada y ellos se quedaron atónitos ante tanta magnificencia y tanta suntuosidad rara como en ella había...

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad que venía la mañana y cortó el hilo de sus elocuentes palabras.

## Y LA NOCHE 50 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—He llegado a saber, *ye* monarca, el afortunado, que el *scheij* Ibrahim penetró en la quinta llevando consigo a Nuru-d-Din y su esclava y ambos se sentaron al pie de una de las cancelas, y Ali Nuru-d-Din quedóse pensando en los duros trances que le deparara la suerte, y exclamó:

—¡En verdad que este lugar me recuerda el pasado y apaga las ascuas de mi pesar!

Llévóles luego el *scheij* Ibrahim viandas y comieron de ellas y luego se lavaron las manos, y, finalmente, encaróse Nuru-d-Din con el *scheij* Ibrahim y le dijo:

—*Ye* respetable *scheij* Ibrahim: ¿por ventura no tienes nada que darnos de beber? Porque la gente suele beber después de comer.

Trájoles en seguida el *scheij* Ibrahim un refresco azucarado.

Pero Ali Nuru-d-Din le dijo:

—No es esta la bebida que yo quería.

—¿Quieres, entonces, vino?—preguntó el *scheij* Ibrahim, sorprendido.

—Sí—replicó el joven.

—¡Alá me guarde!—exclamó el anciano—. Trece años hace que no lo cato, pues el *nabi* (la oración y la paz sobre él y su familia) maldijo a quien lo bebe y a quien lo vendimia.

A lo que replicó Nuru-d-Din:

—Oyeme dos palabras.

—Di lo que quieras—accedió el anciano.

Y Nuru-d-Din le dijo:

—No siendo tú quien lo vendimies, ni quien lo bebas, ni quien lo acarrees, es evidente que la maldición no te comprende.

—Es cierto—asintió el viejo.

Y el joven añadió:

—Toma, pues, estos dos dinares y estas dos dracmas y monta en ese rucio y ponte al acecho y al primer costalero que veas le dices:

—Toma para ti estas dos dracmas y este par de dinares para que me compres vino y lo cargas en ese borrico.

Y así, no vendimiando ni bebiendo ni cargando el vino, quedarás enteramente a salvo de la maldición del Enviado.

Echóse a reír el anciano al oír sus palabras y exclamó:

—Por Alá, que nunca vi mozo más avispado que tú ni oír palabras más sabrosas que las de tus labios.

Díjole Nuru-d-Din:

—Nosotros miramos por ti y tú no tienes que hacer otra cosa sino decir que sí.

Tráenos, pues, todo aquello que necesitamos.

Y replicó el anciano:

—Ye hijo mío, a tu disposición pongo la despensa de la quinta, que está provista de todo para el jalifa; entra en ella y toma cuanto quieras, que en ella hay más de lo que desear puedas.

Entró, pues, Alí Nuru-d-Din en la despensa y vio en ella muchedumbre de vasijas de oro y plata y cristal con incrustaciones de varia pedrería y sacó de ellas lo que quiso y lo trasegó en fuentes y botellas.

Después de lo cual díjole al viejo:

—Por mi vida te ruego vengas con nosotros.

Accedió el *scheij* Ibrahim a ser de la partida, y Nuru-d-Din llenó hasta los bordes la copa y, mirando al viejo, le dijo:

—¡Bebe para que sepas lo rico que sabe!

—¡Dios me guarde!—exclamó el anciano—. Trece años ha que el vino no cato.

No insistió más Nuru-d-Din y apuró y se tiró al suelo e hizo como que se había emborrachado.

Miró luego Anisu-l-Gulais al *scheij* y le dijo:

—Ye *scheij* Ibrahim, mira a este mozo y lo que hace conmigo.

—Pues ¿qué es lo que hace?—inquirió el anciano—, oh mi señora.

A lo que replicó la joven, quejosa:

—Siempre hace lo mismo que ahora. Se pone a beber conmigo mano a mano una hora y luego se echa a dormir y me deja a mí sola sin nadie que me escancie la copa. Y si bebo, ¿quién alterna conmigo?, y si canto, ¿quién me escucha?

Díjole el *scheij* Ibrahim y dízque flaqueaba su continencia y se inclinaba hacia la joven su alma a impulsos de aquellas palabras:

—Razón tienes de sobra; no está bien que el comensal se comporte de esa forma.

Llenó luego la esclava una copa y, mirando al *scheij* Ibrahim, díjole así:

—Por mi vida te ruego que la aceptes y bebas sin desairarme. Tómala y alegrar mi alma.

Alargó el *scheij* su mano y tomó la copa y apuróla.

Escancióle luego Anisu-l-Gulais la segunda copa y se la ofreció en su mano, diciéndole:

—Ye *sidi*, para ti la llené.

A lo que contestó el *scheij* Ibrahim:

—Por Alá, que no puedo con ella, que ya tengo bastante con la otra que me bebí.

Pero la joven porfióle, diciéndole, zalamera:

—¡No tienes más remedio que beber-tela!

Visto lo cual tomóle el anciano la copa y se la echó al colete. Brindóle luego la joven una tercera copa y el viejo la tomó y se disponía a bebérsela cuando he aquí que se incorporó Nuru-d-Din...

Pero al llegar a este punto sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 51 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He podido averiguar, *ye* monarca, el afortunado, que Ali Nuru-d-Din se incorporó y le dijo al anciano:

—*Ye scheij Ibrahim*, ¿qué vas a hacer? ¿No te invité hace un momento y tú rehusaste, diciendo que llevabas trece años de no probar el vino?

—¡Oh!—exclamó el *scheij Ibrahim* y a la verdad sentía rubor—. No fue mía la culpa, sino de ella, que me porfió.

Echóse a reír el joven al oírlo. Y siguieron ya los tres sentados y bebiendo mano a mano. Luego dijo la esclava:

—*Ye scheij Ibrahim*, ¿me das tu permiso para que me levante y encienda un farol de esos que ahí en fila veo?

—Bien—respondió el anciano—; levántate y enciende uno de esos faroles, pero solo uno.

Púsose luego en pie la muchacha y empezó por encender el primer candil de la serie, pero después fue encendiendo los demás hasta los ochenta. Luego que lo hizo volvió a sentarse en su sitio.

Pero entonces Nuru-d-Din díjole al anciano:

—¡*Ye scheij Ibrahim*! Y a mí ¿qué suerte me deparas? ¿No me permitirás que encienda yo también algún candil de esos?

—Bien—replicó el viejo—, ve y enciende uno solo y no pases de ahí.

Fue, pues, Nuru-d-Din y encendió el primer candil de la serie; pero luego siguió con los demás, hasta encender los ochenta.

Parecióle luego al *scheij Ibrahim* que el salón le daba vueltas y era que empezaba a perder la cabeza.

Y exclamó:

—¡Oh qué sofoco!—y se levantó y

abrió todas las cancelas y después volvió a sentarse en su sitio, y siguieron los tres bebiendo y recitando versos y alegrando la velada con todo ello.

Y sucedió que Alá el oidor, el sabio, el que a toda cosa puso razón de ser, había decretado que el jalifa estuviera sentado aquella noche tras una de sus celosías que daban al Dichle, bajo el resplandor de la luna.

Y hubo de mirar hacia aquella parte y vio el fulgor de los candiles y faroles riellando en las aguas del río, y quedó sorprendido. Miró luego al alcázar que había en el centro de aquellos jardines y lo vio resplandeciente por la luz de los candiles. Y exclamó, dirigiéndose a sus familiares:

—Que venga en seguida Châfar, el Barmeki.

Apenas lo dijera cuando ya comparecía Châfar entre sus manos.

—*Ye* perro de visir—increpóle el jalifa—. ¿Dices servirme con lealtad y no me dices lo que pasa en la ciudad de Bagdad?

Y replicó Châfar:

—¿A qué viene eso, mi señor?

Y el emir de los creyentes contestó:

—Si no fuera tomada del enemigo la ciudad de Bagdad no refulgiera el Alcázar de la Alegría con el fulgor de esos candiles y faroles ni estarían abiertas esas celosías. Guay de ti; ¿quién puede tener poder para osar tanto, no habiendo yo dejado de ser jalifa soberano?

—¡Oh!—exclamó Châfar y dizque todos los miembros de su cuerpo le temblaban—. ¿Quién te dijo a ti que los candiles y faroles del Alcázar de la Alegría estaban encendidos y abiertas sus celosías?

—Ven acá y mira—replicó el jalifa.

Fue allá Châfar y miró hacia la parte del jardín y comprobó que el alcázar irradiaba tal claridad que parecía estar ardiendo, pues con su fulgor eclipsaba el de la luna en los cielos.

Trató Châfar de disculpar al *scheij* Ibrahim, el jardinero, al que solía dar permiso para ello. Y dijo:

—*Ye emir de los creyentes!* Has de saber que la semana pasada dijome el *scheij* Ibrahim:

—*Ye sidi Châfar*, desearía proporcionarles alegría a mis hijos en tu vida y la del emir de los creyentes.

—¿Adónde vas a parar con esos rodeos?—pregunté yo, y él me contestó:

—Pues a que te agradecería recabases la venia del jalifa para que celebrase en el alcázar la circuncisión de mis hijos.

—Haz como gustes para dar esa alegría a tus hijos, que yo, si Alá quiere, veré al jalifa y se lo diré.

—¡Por Alá y por mis abuelos!—exclamó el jalifa—, que siendo así he de pasar allí lo que queda de noche; que es ese varón justo, al que le devuelven el saludo los sabios, y que socorre a los pobres y a los menesterosos acoge, y me figuro que todos ellos estarán con él esta noche, por lo que he de ir allá sin remisión, que acaso alguno de ellos invoque sobre nosotros las bendiciones de Alá, lo que siempre granjea felicidad en este mundo y en el otro, y a él, por su parte, no dejará de serle provechosa mi presencia en ese acto, aparte de lo que de ello se holgarán él y los demás.

Dijole Châfar:

—*Ye emir de los creyentes*, el grueso de la noche pasó ya y la fiesta estará tocando a su final.

—No tengo más remedio—exclamó el jalifa—que ir allá.

Encaminóse, pues, allá el jalifa y, al acercarse, vio que estaba abierto el jardín, cosa que le chocó, y dijo:

—¡Mira el *scheij* Ibrahim! ¿Cómo es que tiene abierta la puerta a esta hora, contra su costumbre?

Entraron luego ambos y atravesaron el jardín hasta su cabo y se detuvieron al pie del alcázar. Y dijo el jalifa:

—*Ye Châfar*, quiero atisbar sin ser notado, antes de subir allá, para ver qué ancianos respetables han acudido a la fiesta y cómo andan de regalos y obsequios, aunque seguro que en este momento deben de estar por entero consagrados a las ceremonias de rúbrica y extáticos en oración, ya que no oímos voz alguna ni vemos que den señal de vida.

Reparó entonces el jalifa en un copudo nogal y exclamó:

—*Ye Châfar*, voy a encaramarme a ese árbol para otear.

Y acto seguido empezó el jalifa a trepar de rama en rama hasta que llegó a aquella que daba frente a la celosía y se sentó a horcadas encima y oteó la celosía del alcázar y vio una joven y un joven, ambos de tal hermosura como el sol y la luna (¡loor a Aquel que los creó!).

Y vio también al *scheij* Ibrahim, sentado y con una copa en su diestra, y a la sazón estaba diciendo el *scheij*:

—*Ye princesa de las bellas*, la bebida sin el canto no tiene encanto <sup>6</sup>. ¿Por ventura no oiste aquellos versos del poeta, que dicen:

«Haz que circule la copa  
entre grandes y pequeños  
y tómalas de la mano  
de quien semeja un lucero.  
Mas no bebas sin que el canto  
le ponga acompañamiento,  
pues verás a tus amigos  
suspirar de aburrimiento.»

Visto que hubo el jalifa al *scheij* Ibrahim de aquella guisa, enojóse tanto

<sup>6</sup> Frase de aire proverbial: *Al-malaju-ch-chrb bla trb gair flaj!* Compárese el proverbio alemán: *Wein, Weib und Gesang*. (Vino, mujer y canción.)



que la cólera le salía por los ojos y, bajando del árbol, dijo:

—*Ye* Châfar, nunca vi tales ceremonias de hombres beatos como las que esta noche he presenciado. Súbete a ese árbol para que veas y no te pierdas de ver las bendiciones de los justos.

Al oír Châfar las palabras del jalifa llenóse de maravilla y subióse a la quima del nogal y miró desde allí y vio a Alí Nuru-d-Din y al *scheij* Ibrahim y a la esclava, y tenía el *scheij* Ibrahim en su mano la copa, como para llevársela a la boca.

Al ver Châfar semejante espectáculo temió por su vida, y, bajando del árbol, postróse entre las manos del jalifa. Y el jalifa le dijo:

—Demos gracias a Alá por habernos permitido presenciar las ceremonias de la purificación y habernos apartado de la senda de la perdición.

A lo que Châfar, de puro abochornado, no supo contestar.

Mirólo luego el jalifa y le dijo:

—¿Quién te parece que habrá traído a esos jóvenes a este lugar y los habrá introducido en mi alcázar particular? Aunque, a decir verdad, jamás vieron mis ojos nada comparable a esos dos jóvenes en punto a belleza y perfección, pues son tales que colman toda mi ambición.

Y Châfar, tratando de buscarle la gracia al jalifa, respondió:

—Razón tienes, *ye* emir de los creyentes.

Y el jalifa añadió:

—Mira, Châfar, subámonos de nuevo a esa rama que da frente al mirador, para recrearnos en su contemplación.

Encaramáronse, pues, ambos al árbol y se pusieron a mirar a los dos enamorados.

Y el *scheij* Ibrahim estaba diciendo en aquel momento:

—*Ye* mi señora, dejé la seriedad para beber la droga; pero no me divierto si no vibra la tiorba.

A lo que la esclava repuso, diciendo: —¿Cómo voy a complacerte si no tengo instrumento?

Pero el *scheij* Ibrahim levantóse en seguida y se ausentó de allí. Y el jalifa murmuró quedo:

—¿Qué irá a hacer ese viejo?

Pero el *scheij* Ibrahim no tardó en volver, llevando en su mano un laúd, que el jalifa conoció ser de su músico favorito, Ishaku-l-Mozuli.

Y dijo el jalifa:

—Por Alá, que como cante esa joven y lo haga mal, los mando a todos crucificar. Pero si canta y lo hace bien, los perdonaré a ellos y a ti, Châfar, será a quien mande crucificar.

—*Ye* Alá—exclamó Châfar—, haz que cante mal.

—¿Por qué—saltó el jalifa—dices eso, Châfar?

Y el visir contestó:

—Pues porque así nos crucificarás a todos a la par y en la cruz haremos amistad.

Echóse a reír el jalifa ante aquella salida.

Y en aquel mismo instante asió la esclava del laúd y procedió a templar sus cuerdas y a rasguear en un estilo capaz de fundir el hierro y luego entonó estos versos:

—Vino la ausencia a romper  
nuestra unión inquebrantable;  
pero no pudo entibiar  
nuestro amor, que siempre arde.  
Quisieron los enemigos  
cortar ese amor tan grande;  
pero se opuso a ello el sino  
y frustró su plan cobarde.  
No tememos que la muerte  
la vida nos arrebaté,  
que amándonos moriremos,  
si al fin matarnos lográis.

—¡Oh—exclamó el jalifa—, por Alá que en mi vida oí voz tan dulce como esta, Châfar!

Y añadió:

—No tienes más remedio que idear alguna astucia para que nos enteremos

de la verdad de todo este asunto, sin que ellos se percaten y nos hurten el bulto.

Bajaron luego del árbol el jalifa y Châfar y se dirigieron a la orilla del Dichle e iban ambos dándole vueltas en la cabeza al mismo tema cuando hubieron de toparse con un pescador que estaba pescando al pie de las celosías del alcázar y echaba su red al agua en busca de medios para su subsistencia.

Y antes de eso, en una ocasión dijérame el jalifa el *scheij* Ibrahim:

—¿Qué voces son esas que oigo al pie de las celosías del alcázar?

Y el *scheij* Ibrahim le contestara:

—Son los pescadores que vienen a pescar a estas aguas.

Oído lo cual, ordenó el jalifa:

—¡Baja ahora mismo y échalos de ahí!

Hiciéramos en seguida el anciano, prohibiéndoles, en lo sucesivo, pescar en aquel lugar, y sucedió que aquella noche fue allí un pescador, llamado Kerim<sup>7</sup>, y al ver que estaba abierta la puerta del jardín se dijo:

«Han tenido un momento de descuido; lo aprovecharé y echaré la red al agua, y acaso salga colmada.»

Cogió, pues, sus redes y las echó al agua, y se puso a tararear estos versos en tanto aguardaba:

—¡Ye el que sin temer tormenta  
el mar sin cesar cabalga!  
Del corcel la rienda afloja,  
que así no se logra nada  
y corriendo desalado  
la fortuna no se alcanza.  
¿No ves cómo el pescador  
y el mar de los astros penden  
y que estos fijos están  
en la bóveda celeste?  
Sus redes al agua echa  
el pescador y se aguarda,  
y los peces a ella acuden,  
sin que él tenga que hacer nada.  
Pescar, ayer de este alcázar  
nos prohibió severo el amo,

y se quedó tan tranquilo  
en su poder confiado.  
Pero no tuvo presente  
que, por más señor que sea,  
hay en su reino una esclava  
que en él manda y señorea.  
Loado nuestro Señor,  
que es quien niega y quien otorga,  
y dispone que uno pesque  
y otro el pescado se coma<sup>8</sup>.

Luego que hubo terminado su romance, llegóse a él sin ruido el jalifa solo y, parándose junto a él, díjole así:

—¡Ye Kerim!

Volvióse el pescador al oírlo y, al encontrarse con el jalifa, tembláronle todos sus miembros y exclamó:

—¡Ye emir de los creyentes! No hago esto por burlarme de lo mandado, sino porque la pobreza y la mucha familia pesan sobre mí y me impulsan a hacerlo así.

—Echa la red—díjole el jalifa—y que se te dé bien.

Alegróse lo indecible el pescador y echó las redes al agua y quedóse esperando hasta que aquellas llegaron al fondo y se asentaron.

Tiró luego de ellas y las sacó henchidas de variedad de peces en tal cantidad que no se podían contar.

Holgóse de ello el jalifa y exclamó:

—Ye Kerim, quítate la ropa.

Hízolo así Kerim, y el jalifa le dijo entonces:

—Toma esta ropa mía y pónsete.

Vistióse él, en cambio, la chupa<sup>9</sup> y

<sup>8</sup> Queja contra el sino, que veremos repetirse más adelante en labios de As-Simbad, el costaleiro. La alusión de la esclava que en su propio palacio señorea a su señor está justificada por el carácter mujeriego del soberano, Harún, que era también poeta—por lo menos tenía sus ribetes de tal—, declaróse en unos versos dominado no por una, sino por tres favoritas: —«Tres gentiles aurigas se han apoderado de mis riendas. —Y puesto en mi corazón las tres detentan. Un pueblo entero me obedece a mí. —¿Por qué yo entonces obedezco a ellas? —Es que el poder del soberano amor—al del cetno y corona es superior.» Los versos puestos en boca del pescador faltan en Burton.

<sup>9</sup> Del árabe *Chubba*.

<sup>7</sup> Generoso. Se sobreentiende (Siervo del).

el turbante del pescador y se echó un velo sobre la cara. Después de lo cual díjole al pescador:

—Puedes irte a tus cosas.

Y el pescador besóle los pies al jalifa y le dio las gracias, entonando esta copla:

—Por más rico que fuera  
yo no podría  
pagarte cual mereces  
por tu hidalguía.  
Y aunque un siglo viviera  
dándote gracias  
corto me quedaría,  
nunca acabara.  
Y así ya en el sepulcro,  
mis pobres huesos  
seguirán ponderando  
tu rumbo excelso.

Luego que hubo acabado el pescador de cantar su letrilla notó el jalifa que una legión de piojos le cosquilleaban en la piel y se puso a coscarse y a cogérselos con la mano derecha y con la izquierda, de sobre su cuello, y a tirarlos al aire y exclamó:

—*Ye* pescador, ¿cómo es que hay tantos piojos en esta chupa?

A lo que el pescador le contestó:  
—*Ye sidi*, no hagas caso. Ahora te molestan, porque acabas de ponerte la prenda, pero cuando la lleves puesta una semana, ya no los sentirás ni de ellos te acordarás.

Echóse a reír el jalifa y exclamó:

—Guay de ti, pescador, ¿cómo me sienta esta chupa?

Y el pescador le respondió:

—Querría decirte algo, pero me da reparo.

—Dilo—animólo el jalifa.

—Pues se me figura—replicó Kerim—, *ye* emir de los creyentes, que quieres aprender a pescar para tener un oficio y ejercerlo y sacarle provecho, y en verdad, señor, que ya con esa chupa tienes por lo menos facha de pescador.

Soltó el jalifa la carcajada y el pescador retiróse y se volvió a su casa.

Cogió luego el jalifa la banasta con el pescado y le echó por encima un

poco de verde y tornó a donde Châfar quedara y se le presentó de aquella facha.

Creyó Châfar que era Kerim, el pescador, y temió por él y exclamó:

—*Ye* Kerim, ¿qué vienes a buscar aquí? Anda y vete y salva tu vida, que anda ahora por aquí el jalifa.

Rompió el jalifa en una carcajada, al oír tales palabras, y rió con tal fuerza que se dobló de espaldas.

Y Châfar exclamó:

—¿Serás tú, por ventura, nuestro señor, el emir de los creyentes?

—El mismo soy—respondió el jalifa— como tú eres Châfar, mi visir, y ahora voy a ir allá arriba, mientras tú te quedas aquí; que si tú no me has conocido, ¿cómo va a conocerme el *scheij* Ibrahim, que, además, está borracho? Así que aguarda en este sitio hasta que yo sea tornado.

Dirigióse luego el jalifa a la puerta del alcázar y llamó. Salió a abrirla el *scheij* Ibrahim y preguntó:

—¿Quién está en la puerta?

Y el jalifa le respondió:

—*Scheij* Ibrahim, soy yo.

—¿Y quién eres tú?—tornó el *scheij* a inquirir.

Y el jalifa le respondió:

—Soy yo, Kerim, el pescador. Que, al saber que tenías convidados, te traje un poco de pescado.

Abrió luego el *scheij* Ibrahim la puerta y pasó adentro el jalifa disfrazado de pescador y saludó a todos sin distinción.

Y el *scheij* Ibrahim exclamó:

—¡Bien venido sea el ladrón, el ratero y el tahir! Enséñanos esos peces que dices traerme.

Mostróle el jalifa los peces y, al mirarlos, pudieron ver que estaban vivos y coleando.

Y exclamó el joven al verlos:

—¡Qué peces tan bonitos! Por Alá, *sidi*, que querría verlos fritos.

—Tienes razón—asintió el *scheij*

Ibrahim y, encarándose con el jalifa, díjole:

—Fritos ya debías habérmelos traído, ye pescador. Llévatelos y frielos y luego nos los traes.

—¡Sobre mi cabeza!—exclamó el jalifa—. Me los llevaré y los freiré y luego con ellos volveré.

—Date prisa a hacerlo—díjole el viejo.

Fuese de allí el jalifa y echó a correr hasta llegar al sitio donde Châfar le aguardaba y le dijo:

—Ye Châfar, quieren los peces fritos.

—Pues dâmelos—contestó Châfar—y yo te los asaré.

—Por las tumbas de mis padres y de mis abuelos—exclamó el jalifa—, que he de freirlos yo mismo.

Dirigióse luego el jalifa hacia el chozo que había en el jardín y buscó en él, hasta dar con todos los enseres que necesitaba para freir el pescado, incluso la sal y el tomillo y demás condimentos del caso.

Encendió luego el fogón, puso a la lumbre la sartén y puso a freir el pescado con un poco de sal y, después de darle dos vueltas, lo sacó, lo envolvió en una hoja de plátano y cogió del jardín un limón y subió con él a donde estaban los otros y se lo presentó.

Pusiéronse en seguida los jóvenes y el *scheij* Ibrahim a comer. Y luego que hubieron terminado, se lavaron las manos. Y exclamó Nuru-d-Din:

—Por Alá, ye pescador, que nos has hecho esta noche un gran favor.

Metió luego la mano en su manga y sacó tres dinares y se los dio.

Tomólos el jalifa, los besó y se los guardó en la manga. Pero con todo esto no iba buscando el jalifa otra cosa que oír cantar a la esclava.

Así que le dijo a Nuru-d-Din:

—Rumboso en verdad fuiste conmigo; pero yo quería de tu gran generosidad hicieses que esta esclava nos cantase algo, para que yo pudiese oírla.

Dijo entonces Nuru-d-Din:

—Ye Anisu-l-Gulais.

—¿Qué quieres?—preguntó ella.

—Por mi vida, cántanos algo en atención a este pescador, que quiere oír tu voz.

Y Anisu-l-Gulais, al escuchar las palabras de su señor, cogió el laúd y, después de templarlo, guiñó los ojos y entonó este canto:

—Al pulsar yo las cuerdas  
de mi guitarra,  
canto para el que llevo  
preso en el alma.  
Me oye el pobre y no puede  
manifestarse,  
y así calla el cautivo  
y el libre aplaude.

Pasó luego a tocar y cantar por varios estilos, hasta hacerles perder a todos el juicio.

Y Alí Nuru-d-Din exclamó:

—Ye pescador, dime: ¿te gusta esta esclava y su modo de cantar?

—Por Alá que sí—contestó el jalifa.

—Pues te la regalo—exclamó Nuru-d-Din—; tuya es ya y no temas que me vuelva atrás.

Y, poniéndose en pie, cogió un látigo y se lo tiró al jalifa, que seguía disfrazado de pescador, y ordenóle que se fuese con la esclava.

—Ye *sidi*—exclamó aquella—, ¿vas a dejarme ir, sin despedirte? Si irremisiblemente tengo que dejarte, aguarda, siquiera, a que te dé la despedida.

Y entonó esta letrilla:

—Aunque de ti me aleje,  
no pases duelo,  
que en el fondo del pecho  
siempre te llevo.  
¡Y espero que algún día  
nos junte Alá!  
Que Alá, a quien le place  
su gracia da.

Luego que terminó su canto, dióle Nuru-d-Din la réplica con esta otra copleta:

—Me dio la despedida  
cuando se fue,  
y entre lágrimas dijo:  
—¡Eres cruel!  
—No me hables de ese modo  
—le dije yo—  
que el cruel es el sino  
que lo ordenó.

Luego que el jalifa hubo oído esos versos, hizosele duro separar a ambos amantes, y, encarándose con el joven, le dijo:

—*Ye* mi señor, ruégote por Alá me cuentes toda tu historia, para que yo pueda entender bien el sentido de esos versos que uno y otro habéis dicho. ¿Qué fue lo que os pasó? ¿Raptaste, acaso, a esa mocita o me la quieres ceder por estar entrapado y no poderla tener? Cuéntamelo todo y no tengas reparo, que puedo ser tu padre, muchacho.

A lo que Nuru-d-Din le contestó:  
—*Ye* el pescador! Nuestra historia es prodigiosa, y si se escribiera con un punzón en el rabillo del ojo daría a los que reflexionan materia de reflexión.

Y el jalifa exclamó:

—Según eso, ¿no quieres tu cuento contarme ni de tu caso enterarme? Piensa, sin embargo, que pudiera aliviarte el contarle y que la ayuda de Alá está siempre a la mano.

Y Nuru-d-Din entonces le dijo:

—Está bien, oh, el pescador. ¿Cómo quieres, pues, que te cuente nuestra historia, en prosa o en verso?

Y el falso pescador le contestó:

—La prosa es palabra escueta, y el verso, un sartal de perlas <sup>10</sup>.

Y Nuru-d-Din bajó la cabeza y recitó estos versos:

El sueño, amigo mío,  
de mis ojos huyo,  
y en país extranjero  
aumenta mi dolor.

Un padre tuve antaño  
como no lo hay mejor  
y hoy soy un pobre huérano  
falto de protección.  
Y son tantos los males  
que el sino me envió,  
que el hígado deshecho  
tengo y el corazón.  
Una mocita hermosa  
como nunca se vio,  
esbelta y cimbreante  
cual junco de verdor,  
para esposa, mi padre  
prudente, me eligió,  
y dizque yo la amaba  
con tan viva pasión,  
que me fue más querida  
que el corcel volador,  
y por ella mis bienes  
derroché sin dolor,  
y tuve que venderla  
luego al mejor postor.  
Y fue este un libertino,  
un viejo sin pudor,  
que en el pecho incubaba  
la lujuria feroz.  
Y reprimir no pude  
yo entonces mi furor,  
y contra el viejo infame  
descargué mi vigor,  
y con mis fuertes puños,  
y santa indignación,  
dile tales envites  
que por tierra rodó.  
Fuime luego a mi casa;  
pero el sultán mandó  
que fueran a prenderme,  
con la sana intención  
de matarme, cediendo  
a una injusta presión,  
y gracias a que un noble  
amigo me avisó,  
huir pude de mi tierra  
y buscar salvación,  
por lejanos países,  
con la ayuda de Dios.  
Y en unión de mi amiga  
de la sombra a favor,  
escaparnos logramos  
del inminente horror.  
Y a Bagdad nos vinimos,  
que es de la Paz mansión,  
y ahora yo te regalo  
mi amada, oh pescador.  
Es mi único tesoro,  
otro no me quedó;  
haz cuenta que te entrego  
mi propio corazón.

Luego que eso oyó el jalifa, díjole al joven:

—*Ye sidi* Nuru-d-Din, explícame me-

<sup>10</sup> Mardrus interpreta: «La prosa es un bordado de sederías, etc.»

jor en prosa llana lo que te pasa.

Refirióle luego Nuru-d-Din toda su historia desde el principio hasta el fin.

—¿Y adónde piensas dirigirte ahora?—preguntóle luego el jalifa.

—Pues por esos mundos de Alá—replicó el joven.

Y el jalifa le dijo:

—Yo te escribiré una hoja de papel

para el sultán Mohammed-ben-Soleimán As-Siniyu, que cuando la lea no te hará nada malo, sino todo lo contrario.

Pero en aquel momento sintió Schahrasad que venía la mañana y cortó el hilo de sus elocuentes palabras.

## Y LA NOCHE 52 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—He podido averiguar, ye monarca, el afortunado, que al decirle el jalifa a Alí Nuru-d-Din:

—Yo te escribiré una hoja de papel para el sultán Mohammed-ben-Soleimán As-Siniyu, que cuando la lea no te hará daño alguno.

Exclamó Alí Nuru-d-Din:

—Pero ¿es que hay en el mundo un pescador que se cartee con los sultanes? Jamás se oyó cosa semejante.

—Tienes razón—asintió el jalifa—. Y, sin embargo, yo te explicaré el porqué. Has de saber que él y yo fuimos de chicos juntos a la escuela, y estudiamos con el mismo alfaquí, y nuestro conocimiento arranca de ahí. Favorecióle a él luego la suerte y llegó a ser sultán y a mi me hizo pescador Alá; pero jamás acudí a él en un apuro que no me sacase de él, y si acudiera a él cada día con mil necesidades, todas me las solucionaría.

Luego que oyó Nuru-d-Din sus palabras, le dijo:

—Pues entonces, escíbeme esa hojita y ya veremos.

Cogió, pues, el jalifa tintero y caña y después del «En el nombre de Alá», escribió:

«Y ahora. Esta carta la escribe Harun-r-Raschid ben Al-Mahdí a su señoría Mohammed-ben-Soleimán As-Si-

niyu, el agraciado por mi gracia, el por mi nombrado mi vicario en uno de mis dominios.

»Hágote, pues, saber que el dador de la presente es Nuru-d-Din-ben-Jakán, el visir, al que, no bien se te presente, le cederás el mando que en adelante ejercerá en lugar tuyo, pues he venido en nombrarle para el mismo cargo que te nombré a ti antaño.

»No dejes de cumplir lo que te ordeno. ¡Y la paz!»

Entrególe luego el jalifa la carta a Alí Nuru-d-Din y el joven la besó y entre los dobleces de su turbante se la guardó.

Y en aquel mismo instante púsose en camino y caminó hasta llegar al alcázar del sultán, donde lanzó un recio grito.

Oyólo aquel y mandó que fueran por él y lo cogieran y se lo llevaran a su presencia.

Luego que así fue, besó Nuru-d-Din la tierra entre sus manos y, después, sacó la carta y se la dio.

Y el sultán no bien hubo visto el encabezamiento de puño y letra del emir de los creyentes, púsose en pie y besó la misiva tres veces y dijo:

—¡Audición y obediencia a Alá y al emir de los creyentes! Traed acá en seguida cuatro cadies y los emires, que

voy en el acto a resignar el mando.

Estaba presente a la sazón el visir Al-Móin As-Saiyu y el sultán diole a leer la carta del emir de los creyentes y, luego de leerla, fue el visir y la rasgó y se la metió en la boca y después la escupió y lejos la lanzó.

—Guay de ti, ¿qué te movió a hacer eso?

Y el visir exclamó:

—Este no estuvo en su vida con el jalifa ni con su visir, sino que es un diablo enredador, que, habiéndose hecho por casualidad de algún escrito del jalifa, contrahizo su letra y puso en el papel lo que se le antojó. Pues, a la verdad, ¿por qué razón había de destituirte el jalifa de tu cargo de sultán?

Oído que hubo el sultán las palabras de su visir, y calado en su intención, gritó, diciendo:

—Que vengan en seguida dos esclavos.

Acudieron estos al punto y tendieron en el suelo a Ali Nuru-d-Din y procedieron a darle de palos, hasta que el joven quedó desmayado.

Mandó luego el sultán que le pusieran grillos en los pies y gritó:

—Que venga el carcelero.

Compareció este luego y besó la tierra entre sus manos. Y dizque este carcelero se llamaba Kutait<sup>11</sup>.

Dijole el sultán:

—Ye Kutait, quiero que cojas a este y lo arrojes a una de las mazmorras<sup>12</sup> que tienes en la cárcel y lo atormentes noche y día.

—Audición y obediencia—dijo el carcelero.

Cogió luego a Nuru-d-Din y lo metió en la cárcel y lo encerró en ella. Mandó luego barrer una tarima de fábrica que había detrás de la puerta y la cubrió con un tapiz de los de rezo e

hizo que Nuru-d-Din se sentase en ella y le soltó los grilletas y lo trató con mucha bondad y delicadeza.

Y el sultán enviaba todos los días un emisario a la cárcel, ordenándole que diese tormento a Nuru-d-Din, y él hacía como que lo azotaba, pero lo que hacía era mimarlo, y así siguió la cosa hasta que cuarenta días fueron pasados.

Pero al que hacía cuarenta y uno llegaron a la corte regalos del jalifa; maravillóse de ello el sultán y consultó sobre el caso a sus visires, diciéndoles:

—Puede que estos regalos vengan destinados al nuevo sultán.

A lo que el visir Al-Móin-As-Saiyu arguyó así:

—Seguramente lo mató el otro antes de presentarse aquí.

—Por Alá que tienes razón—exclamó el sultán—y haces bien en recordármelo. Ve por él y córtale el cuello.

—Oigo y obedezco—respondió el visir.

Y dirigióse a la cárcel al punto, seguido de diez mamelucos.

Y Kutait, el carcelero, les preguntó: ¿Qué buscáis aquí, ye mi señor el visir?

Y el visir le contestó:

—Sácame luego acá ese pájaro de cadalso.

Y el carcelero le dijo:

—El cuitado está muy decaído por los muchos palos que ha recibido.

Pasó luego a la mazmorra y encontró a Nuru-d-Din recitando estos versos:

—Oh, ¿quién me podrá valer y sacarme de este aprieto?

¿Cuando tengo el corazón desgarrado y todo el cuerpo!

¿En enemigos sañudos

mis amigos cambió el tiempo!

¿Oh pueblo! ¿Será posible que no tengáis de mi duelo?

¿Y ninguno de vosotros a mis quejas haga eco?

Y no es que a la muerte yo le tenga pizca de miedo, que hace ya mucho que vivo como si ya fuera muerto.

<sup>11</sup> Gatito.

<sup>12</sup> *Mazmorra*, de donde se deriva el vocablo hispánico.

Ye mi señor Muztáfá <sup>13</sup>  
con todo fervor te ruego  
que en mi favor intercedas  
con peticiones y ruegos  
cerca de Alá y de El recabas  
de mis torturas el término.

Luego que Nuru-d-Din hubo acabado de recitar esos versos, procedió Kutait a desnudarlo de sus ropas limpias y ponerle otras harapientas y sucias y, de esa guisa, llevólo ante el visir.

Miró Nuru-d-Din al visir y luego comprendió que era su enemigo quien hacia por conseguir su muerte, y echóse a llorar y exclamó:

—¿Tan seguro te crees, pues, contra el mundo? ¿No oíste nunca el dicho del poeta que dijo:

«Jusrav y Kaisar antaño  
acumularon tesoros.  
Pero ¿en dónde están ahora  
ellos y todo su oro?»

Y luego, en prosa llana, siguió diciendo:

—*Ye el visir!* No olvides que Alá (exaltado sea y glorificado) es poderoso a hacer lo que es de su agrado.

Pero el visir le replicó:

—¿Piensas que con eso vas a meterme miedo? Pues sabe que hoy mismo he de cortarte el cuello, pese a las narices del pueblo de Bazra, del que no se me da nada. Así que déjate de historias, que no me he de rendir a tus consejos, sino a lo que el poeta dijo en estos versos:

«Deja correr los días a tu capricho  
y tú disponte a someterte al sino.»

Y también otro nombrado poeta dijo:

«No hay quien tal gusto sienta  
como el que ve  
pasar a su enemigo  
muerto ante él.»

Mandó luego el visir a sus servidores que montasen a Nuru-d-Din sobre una

mula en pelo y los esclavos dijéronle al joven, pues dizque no querían bien al visir:

—Aguarda que lo apedreemos y a pedradas lo matemos, aunque nos cueste la vida el hacerlo.

Pero Nuru-d-Din los disuadió, diciendo:

—No hagáis tal; ¿no habéis oído el dicho del poeta que dijo:

«Oponerse al sino es vano;  
lo que él decreta, ha de ser;  
si está escrito que hoy yo muera,  
evitarlo no podré.  
Pero si me quedan días  
que vivir, nada podrán  
los más feroces leones  
si me quieren devorar.»

Procedieron luego a vocear los pregoneros que iban delante de Nuru-d-Din:

—¡Esta es la pena que merece quien de astucias se vale para engañar a los sultanes!

Y así fueron dándole la vuelta a todo Bazra, hasta que llegaron al pie de las ventanas del palacio, y allí pusieron a Nuru-d-Din sobre el cuero de la sangre <sup>14</sup> y el verdugo, con su espada, llegóse al reo y le habló diciendo:

—*Ye mi señor*, yo no soy más que un esclavo mandado. Si algo necesitas, dímelo y te complaceré luego, que solo te queda de vida lo que el sultán tarde en asomarse a la celosía.

Miró entonces Nuru-d-Din a diestro y siniestro y por delante y por detrás de él, y empezó a recitar estos versos:

—Ante mi tengo la espada  
y el que la esgrime también,  
y el tapiz fatal que espera  
que mi sangre caiga en él.  
Y desesperado grito:  
—¡Oh qué pena! ¡Qué desastre!  
¿No hay amigo que me valga  
en este terrible trance?

<sup>14</sup> El cuero de la sangre (*Nata-d-Dam*)—explica Burton—es un trozo de cuero bien curtido, con unos aros en su periferia, por los cuales pasa una correa que lo convierte en una bolsa. Está destinado a recoger la sangre del reo.

<sup>13</sup> El elegido. Mohammed.



¡Pero nadie me responde,  
que en todo ese gran gentío  
no tengo, para mí mal,  
ni siquiera un solo amigo!  
¡Ah, cumpliéronse mis días!  
Mi vida toca a su fin,  
y no hay quien de Alá la gracia  
busque, salvándome a mí.  
No hay quien de mí se apiade;  
nada puedo ya esperar  
y nada espero tampoco,  
pues que voy a morir ya.

Y encarándose con el verdugo, añadió:

Pero si aún queda en tu alma  
una pizca de piedad,  
pues mi vida ya se acaba  
y no hay nada que esperar,  
solo una cosa te pido,  
que creo no negarás,  
y es un sorbo de agua fresca,  
un sorbito nada más  
que algo endulce mi agonía  
y en pago de eso podrás  
quedarte con mis vestidos,  
que te lego en propiedad,  
ya que yo no he de volver  
a necesitarlos más.

Echóse a llorar la gente al oírlo y el verdugo cogió un vaso con agua y se lo ofreció.

Pero el visir Al-Moîn se interpuso entre ambos y, dándole un manotazo a la copa, la rompió. Y lanzó un grito de:

—¡A mí el verdugo!—ordenándole luego que le cortase al joven el cuello.

Vendóle aquel los ojos a Nuru-d-Din. Pero la gente entonces empezó a clamar contra el visir y se produjo un gran griterío y se enzarzaron unos y otros en dimes y diretes y, estando en esto, he aquí que se levanta una tolvanera imponente, un torbellino de polvo que lo llenaba todo.

Y al ver aquello el sultán, que estaba sentado en su alcázar, exclamó:

—Mirad a ver qué es lo que pasa.

Pero quien levantaba aquel polverío era el visir Châfar y los que con él venían, siendo la causa de su llegada que el jalifa olvidárase completamente durante treinta días de la historia de Alí Nuru-d-Din, sin que hubiera nadie

que se la recordase, hasta que una noche de las noches acertó a acercarse a la habitación reservada a Anisul-Gulais y la oyó llorar, en tanto entonaba este cantar:

—Estés cerca o estés lejos  
siempre me acuerdo de ti;  
no dejan nunca mis labios  
tu nombre de repetir.

Y al terminar de cantar, tornó la joven a llorar más recio todavía.

Empujó el jalifa entonces la puerta de la cámara y entró en ella y vio a Anisul-Gulais que estaba llorando y ella, al ver al jalifa, echóse a sus pies y se los besó por tres veces, después de lo cual entonó este cantar:

Ye tú, que traes tu origen  
de raíz noble,  
fruto de árbol frondoso  
que cubre al hombre;  
recuerda la promesa  
que hiciste un día,  
que empañarás tu fama  
si se te olvida.

Al oír aquello el jalifa preguntóle a la joven:

—¿Quién eres tú?

—Yo soy la esclava que Alí Nuru-d-Din-ben-Jakán te regaló y quería me cumplieses la promesa que me hiciste en enviarme a él con todo honor, que ya llevo aquí treinta días de no probar alimento ni gustar el sueño.

Oído que hubo aquello, mandó el jalifa a llamar a Châfar, el Barmeki, y le dijo:

—Hace ya treinta días que no tengo la menor noticia de Alí Nuru-d-Din y me temo que el sultán Mohammed-ben-Soleimán As-Siniyu lo haya matado, y por vida de mi cabeza y por las tumbas de mis padres y de mis abuelos, que, como le haya pasado a ese joven algo malo, he de aniquilar a quien tuviere la culpa, aunque fuere el más poderoso de mi reino. Así que quiero, primo mío, que ahora mismo te pongas en camino y vayas a Bazra y

me traigas noticias del sultán Moham-med-ben-Soleimán y de Ali Nuru-d-Din.

Inclinóse Châfar ante el jalifa, retiróse y emprendió sin demora el viaje, no parando de caminar a marchas forzadas hasta que llegó a Bazra.

Encontróse Châfar al llegar con todo aquel barullo, alboroto y gentío, y preguntó:

—¿Por qué hay tanto pueblo reunido?

Explicáronle entonces el caso de Ali Nuru-d-Din-ben-Jakán, y el visir, al oírlo, dióse prisa a subir al alcázar del sultán, y, después de saludarlo con la paz, le hizo saber el objeto de su viaje y le dijo que, como le hubiera ocurrido algo malo a Ali Nuru-d-Din, jurara el jalifa dar muerte al autor de la fechoría.

Después de lo cual mandó Châfar prender al sultán y al visir Al-Móin As-Sauyu y a Ali Nuru-d-Din dio orden de ponerlo inmediatamente en libertad, y luego que así fue, hizo sentar al joven en el trono del sultán Moham-med-ben-Soleimán, en su lugar.

Quedóse luego Châfar en Bazra tres días, como huésped del nuevo sultán, y a la mañana del día, el cuarto, díjole Châfar al depuesto sultán:

—Prepárate para viajar, pues luego que recemos la zalá de la mañana nos pondremos en camino, con rumbo a Bagdad.

A lo que repuso aquel:

—Oír es obedecer.

Rezaron luego la zalá matinal y acto seguido montaron todos en sus caballerías y no pararon de cabalgar hasta que llegaron a Bagdad, la Mansión de la Paz.

Pasaron luego todos a presencia del jalifa y Châfar refirióle, desde el principio al fin, toda la aventura de Ali Nuru-d-Din.

Oído que la hubo el jalifa, llegóse a Ali Nuru-d-Din y le dijo:

—Toma este alfanje y córtale la cabeza a tu enemigo.

Tomó Ali Nuru-d-Din el alfanje y fuese a donde estaba el visir Al-Móin, y este, mirándolo a la cara, le dijo:

—Yo obré según los impulsos de mi naturaleza; obra tú ahora según los de la tuya.

Al oír aquello, fue Nuru-d-Din y tiró el alfanje y, mirando al jalifa, exclamó:

—¡No me tientes!

Y declamó estos versos:

Trató de seducirlo; mas en vano,  
que el hombre noble no es como el villano.

A lo que el jalifa le dijo:

—Déjalo tú.

Y llamando a Mesrur, le dijo:

—¡Ye Mesrur, anda tú y córtale el cuello a este bribón!

Y Mesrur fue en seguida y se lo cortó.

Dijo después el jalifa a Ali Nuru-d-Din-ben-Jakán:

—Pídeme algo.

Y el joven contestóle:

—*Ye sidi*, yo no necesito para nada ser sultán de Bazra; yo lo que quiero es estar siempre viendo la cara de tu grandeza.

Y el jalifa, al oírlo, dijo:

—Concedido.

Mandó luego el jalifa venir a la esclava y, luego que esta compareció entre sus manos, colmólos de agasajos a ella y su señor y les asignó como morada uno de sus alcázares de Bagdad y les señaló rentas a ambos y a Ali Nuru-d-Din nombrólo su comensal, no dejando aquel de estar en su compañía hasta que llegó la hora de su muerte.

—Pero, a pesar de todo—dijo Schahrasad al sultán—, no es esta historia más singular que la del mercader Ayub y sus hijos.

—¿Y qué historia es esa tan singular?—exclamó el sultán.



## HISTORIA DEL MERCADER AYUB Y DE SU HIJO GANIM Y DE SU HIJA FITNA

(Noches 52, 53 y 54)

*Otra historia de amor, felizmente resuelta, como la precedente, por el magnánimo jalifa Harunu-r-Raschid y en que se intercalan dos anécdotas de la picaresca de los eunucos, de un crudo realismo que contrasta con la delicada idealidad de otros pasos de la narración. La segunda, la contada por el eunuco Kafur, tiene un sabor indudable a cuento popular, a proverbio, y seguramente se habrá repetido miles de veces en los zocos y en los cafés de Oriente.*

*El argumento personal de Kutu-l-Kulub (Pábulo de los corazones), la esclava del jalifa Harunu-r-Raschid, víctima de los celos de la sultana Sobeida, es un caso representativo de esa vida de los harenes, llena de enredos, que amargaban y distraían al mismo tiempo la existencia de esos soberanos polígamos, y cuya crónica nutrió de tantas anécdotas la celosa y dominante mujer y prima del jalifa Harún.*

*Roso de Luna da una interpretación ocultista de esta historia, tomando como punto de partida al joven Gánim ben Ayub.*

*«Este héroe—dice—, émulo de todos los candidatos a la iniciación, descubre, “sepultada y bajo velos” por la malicia de una rival, a “Tormento” o “Fuerzacorazones”, es decir, a la Isis de su propia Alma, avasallada, muerta, sepultada en y por Sobeida, nuestro cuerpo; Gánim consigue resucitarla, desencantarla o tornarla a la vida, al igual que los demás héroes, sus congéneres Perseo, Orfeo, etc., que tal es la labor de los verdaderos “esclavos del amor celeste y trascendente” simbolizados en él.»*

*Esta interpretación esotérica realza el valor de esta historia, que ya, en su forma exotérica, aparece llena de encanto. El tema de la resurrección*

*espiritual de Kutu-l-Kulub resulta sugerido por el hecho de ser un cementerio donde Gánim encuentra a la joven esclava que por su amor renace a nueva y verdadera vida. También Gánim encuentra allí su primer amor en Kutu-l-Kulub y se siente vivir por primera vez. El cementerio, la tumba, tórnase así, como en los antiguos poemas helénicos, en escenario de los triunfos del Amor y la vida.*

*Weil y Burton sitúan en Damasco el punto de partida de esta historia.*

—Ha llegado a mí noticia, ye el monarca, el afortunado, que hubo en antiguos tiempos y en siglos y edades pretéritos un mercader de los mercaderes, que tenía caudales y tenía un hijo como la luna en la noche de su plenitud, tan bello y seductor que la gente dio en llamarle Gánim ben Ayub, Mutim-ul-Maslub <sup>1</sup>.

Y tenía aquel una hermana a la que

llamaban Fitna <sup>2</sup> por lo excesivamente hermosa y guapa que era la muchacha.

Y sucedió que hubo de pasar a mejor vida el padre de ambos, dejándoles muy bien abastados...

Sorprendió aquí a Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## PERO LA NOCHE 53 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He llegado a saber, ye monarca, el afortunado, que aquel mercader lególe a sus hijos hacienda cuantiosa y, entre otras cosas, cien cargas de brocados y telas preciosas y ampollas de almizcle.

Y tenían escrito encima aquellos bultos: «Con destino a Bagdad.» Que tenía intención el mercader de emprender un viaje a dicha ciudad.

Al cumplirsele, pues, su plazo al mercader y llevárselo Alá, cogió su hijo aquellos bultos y se encaminó con ellos a Bagdad. Y era esto en tiempos de Harunu-r-Raschid.

Despidióse después el joven de su madre y de sus deudos y su tierra, antes de ponerse en camino, y encomendóse a Alá (exaltado sea).

Y Alá escribióle en su libro felicidad hasta que llegara a Bagdad. E hizo sus jornadas en compañía de una caravana de mercaderes.

Luego que llegó a Bagdad alquiló

allí una casa hermosa y la alfombró con alcatifas y estrellas y la colgó de tapices, y depositó en ella aquellos bultos e instaló allí sus mulas y sus camellos, y después ya sentóse a descansar.

Acudieron luego a saludarle los mercaderes de Bagdad y los notables de la ciudad.

Y después cogió el joven un paquete de diez piezas de telas ricas, que llevaban escrito encima sus respectivos precios, y marchó con ellas al zoco, a venderlo.

Salieron los mercaderes a recibirle y lo saludaron con el *selam* y lo agasajaron y le dieron la bienvenida y lo entraron en la tienda de su *scheij*.

Y vendió el joven sus telas, ganando dos dinares por cada dinar. De lo que alegróse Gánim ben Ayub, dando gracias a Alá.

<sup>2</sup> Seducción y también discordia por las rivalidades que la belleza suscita. Nuestros moriscos romancearon el vocablo en Alfetena.

<sup>1</sup> Esclavo del que roba los corazones.

Siguió, pues, vendiendo poco a poco, sus piezas y retales, y así transcurrieron doce meses cabales.

Pero a principios del segundo año, al dirigirse al zoco, encontró el joven la puerta cerrada, y habiendo preguntado el motivo, le dijeron:

—Es que ha muerto uno de los mercaderes y todos los demás han ido a acompañar sus parihuelas <sup>3</sup>. ¿No quieres tú también ganarte un jornal <sup>4</sup> yendo con ellos hasta el *kabristán*?

—Cierto que sí—exclamó el joven.

Preguntó después dónde era el sepelio; dijéronse, hizo sus abluciones y se dirigió allá con los demás mercaderes, hasta llegar al lugar de los rezos, donde rezaron todos por el muerto.

Colocáronse luego todos los mercaderes a la cabecera de las parihuelas y así fueron hasta el cementerio. Y Gánim fue siguiéndolos hasta que llegaron al campo santo, fuera del poblado.

Anduvieron después por entre las tumbas hasta llegar a la destinada para el difunto, junto a la cual hallaron reunida a toda su familia, la cual había armado allí una tienda de campaña y puesto cirios y candiles para alumbrarla.

Dieron luego sepultura al cadáver y sentáronse los lectores a leer el *Corán* hasta que oscureció.

Sirviéronles luego la colación y los dulces y comieron hasta hartarse y después se lavaron sus manos y tornaron a sentarse.

Pero, a todo esto, tenía Gánim embargada la mente por la idea de sus mercancías y temía por ellas; así que se levantó y dejó a la concurrencia, pidiéndoles antes permiso para ello, con el pretexto de que tenía que hacer una diligencia.

Retiróse, pues, de allí y fue siguiendo las huellas del camino hasta que llegó a la puerta de la ciudad, y era mediada la noche ya, por lo que encontró la puerta cerrada, y no vio por allí a nadie levantado ni descansando, ni oyó voz alguna, sino ladridos de perros y aullidos de chacales.

Y dijo Gánim:

—¡No hay gloria y poder sino en Alá! Temi por mi hacienda y por ella me vine, y ahora me encuentro con la puerta cerrada y temo por mi alma.

Volvióse, pues, al *kabristán* y buscó con la mirada un sitio donde dormir hasta que amaneciese. Y reparó en una tumba, cercada de cuatro muros, sobre los que descollaba una palmera y cuya puerta, que daba paso a un zaguán, estaba abierta.

Entróse en ella el joven y se dispuso a dormir, pero no quiso el sueño acudir a sus párpados y, en cambio, el miedo y el susto hicieron presa en su ánimo, por verse entre sepulcros. Así que se levantó y se puso en pie y abrió la puerta de la tumba y miró y divisó una luz que brillaba a lo lejos, por la parte de la puerta de la ciudad.

Quedóse contemplando aquella luz y vio tres esclavos, dos de ellos cargados con un arca, y el tercero con un hacha en una mano y en la otra un farolillo para alumbrar el camino.

Luego que estuvieron más cerca, dijo uno de los dos esclavos que iban cargados con el arca:

—¡Guay de ti, ye Zauab! <sup>5</sup>

Y exclamó el otro:

—Ye Kafur <sup>6</sup>. ¿Qué te pasa?

—Que estuvimos aquí a la hora del *aschá* y nos dejamos abierta la puerta—respondió Kafur.

—Si—asintió Zauab—. Dices verdad.

—Y ahora ya ves cómo está cerrada—dijo Kafur.

<sup>3</sup> Las parihuelas en que los musulmanes llevan sus muertos.

<sup>4</sup> La recompensa que Alá concede por toda buena acción. *Achr*.

<sup>5</sup> Certero.

<sup>6</sup> Alcanfor.

Y dijo el tercero, el que llevaba en sus sendas manos el hacha y el farol y cuyo nombre era Bujait:

—¡Qué poco juicio tenéis! ¿No sabéis que los dueños de estas tierras salieron de Bagdad y se entretuvieron en este lugar y se les hizo de noche y se entraron aquí y cerraron la puerta por temor a que los negros como nosotros los cogieran y se los comieran?

—Tienes razón—contestaron los otros—. Pero no te des por ello de más listo que nosotros.

—¡Vaya!—exclamó Kafur—. No creéis en mis palabras hasta que no entremos en la tumba y hallemos en ella a alguno, que me figuro que, si hay alguien dentro, en cuanto vea la luz echará a correr perdiendo el resuello.

Al oír Gánim las palabras de los esclavos, dijo para sus adentros:

«¡Oh y qué esclavos tan ladinos! ¡Maldiga Alá a los negros cuando son tan perversos y astutos como estos!»

Y acto seguido, exclamó:

—¡No hay gloria ni poder sino en Alá, el Excelso, el Grande, y solo El de este laberinto podrá sacarme!

Luego, los dos esclavos cargados con el arca dijeron al otro que llevaba el farol y el hacha:

—¡Súbete al muro y ábrenos la puerta, Bujait! Que nosotros estamos cansados de cargar con el arca sobre nuestros hombros. Que, si nos abres la puerta, te daremos para ti uno de los

que hallemos dentro y te lo asaremos, muy bien asado, sin perder gota de la grasa que suelte.

Dijo Bujait:

—Yo me temo que estén ahí dentro de la tumba esos bandidos que matan a la gente y la despojan, porque cuando llega la noche suelen guarecerse en estos parajes, para repartirse la presa que hacen.

A lo que replicaron los otros dos, los que iban cargados con el arcón:

—¡Oh y qué poco listo! ¿Te figuras que podrían entrar aquí los bandidos?

Cargaron luego con el arca, saltaron el muro y abrieron la puerta, en tanto, el tercero, el que se llamaba Bujait <sup>7</sup> se estaba de pie, con el farol y un cesto, en el que había algunos objetos.

Sentáronse luego los tres y cerraron la puerta. Y dijo uno de ellos:

—Ye hermanos, rendidos estamos de tanto ir y venir cargados y abrir y cerrar la puerta; así es que nos estaremos aquí sentaditos tres horas descansando y después nos levantaremos y despacharemos nuestro encargo. Pero antes cada uno de nosotros habrá de exponer la causa de su estar capado y todo lo que le ocurriera desde el principio hasta el fin, antes que la noche se vaya y venga la mañana.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 54 SIGUIÓ DICIENDO EN ESTA FORMA:

—He podido averiguar, ye monarca, el afortunado, que los tres esclavos, al decir uno de ellos que cada uno había de contar todo cuanto le hubiera ocurrido, tomó la palabra el primero, que era el del farolito, y dijo:

—Voy a contaros mi historia. Prestad oídos.

A lo que los otros le contestaron, diciendo:

—Habla. Que ya te oímos.

Y él entonces les dijo:

<sup>7</sup> Diminutivo del vocablo persa *Bajt*, suerte. Mardrus transcribe *Bajita*.



## HISTORIA DEL NEGRO ZAUAB, EL EUNUCO, EL PRIMERO

(Noche 54)

—Habéis de saber, hermanos míos, que siendo yo pequeño, de unos cinco años, cogíome un negrero de mi país y me vendió a un guardia de palacio. El cual tenía una hija de tres años y con ella me crié yo. Y se reían mucho conmigo y yo jugaba con la niña y bailaba y cantaba para distraerla, hasta que cumplí los doce años. Tenía ella entonces diez y no se oponían a que anduviésemos juntos ni veían en ello mal alguno.

Hasta que un día de los días entré yo a verla y la encontré sola, y acababa de salir del baño que había en la casa y estaba toda perfumada y dada de esencias y su rostro semejaba la luna en su noche catorcena.

Púsose a retozar conmigo y yo a retozar con ella y a mí se me encendió la sangre y la apreté contra mi pecho.

Y ella echóme al cuello sus brazos entrelazados y empezó a darme topaditas con sus turgentes tetillas. Y en menos que se piensa se me empinó el cipote y rasgó sus ropas y penetró en

su raja y le arrebató su doncellez, que estaba intacta.

Luego que me di cuenta de ello, huí de allí y de con mis amos y me alejé ligero.

Cuanto a ella, entró su madre a verla y, al encontrarla en aquel estado, perdió la noción del mundo. Pero luego usó de disimulo, ocultóle lo ocurrido a su marido, calló su boca y aguardó a que dos meses fueran cumplidos.

En el entretanto, anduvieron llamándome y buscándome hasta que dieron conmigo en el sitio donde me escondiera, y me sacaron de allí sin decirle nada de lo ocurrido al padre de la chica, porque era mucho lo que todos me querían.

Luego fue su madre y la casó con un chico barbero, que era el barbero de su padre, y la dotó de lo suyo y le costeó el equipo de novia. Y a todo esto su padre seguía sin saber nada del percance. Y dizque estaban ya preparando el equipo nupcial.

Pero después me cogieron despreve-

nido y me sujetaron y me castraron <sup>1</sup>. Y al entregarle la novia a su esposo nombráronme su rodrigón, para que fuera delante de ella cuando saliese de sus habitaciones, lo mismo si iba al *hammam* a bañarse que a ver a sus padres.

Echaron tierra sobre el lance de marrras, y la noche de la boda mataron un palomo sobre la camisa de la novia.

Permanecí yo a su lado largo tiempo y contemplando su hermosura y perfec-

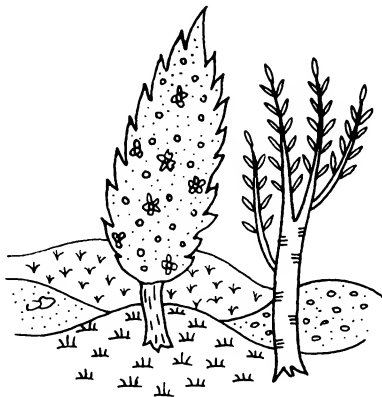
ción no podía menos de besarla y abrazarla <sup>2</sup>.

Y así vivimos hasta que murió ella y murió su marido y murieron sus padres.

Cargué yo entonces con los dineros y me vine a este lugar y aquí trabé amistad con vosotros. Y esta es la historia de por qué me cortaron mi *ijlil* <sup>3</sup>, ¡y la paz!

<sup>2</sup> Burton añade: «Y copular con ella», de donde infiere que Zauab pertenecía a la clase de eunucos llamados «espadones».

<sup>3</sup> La verga. Esta declaración explícita de Zauab contradice la suposición de Burton que, consecuentemente, interpreta *ijlil-cullions*.







## HISTORIA DEL NEGRO KAFUR, EL EUNUCO, EL SEGUNDO

(Noches 54 y 55)

—Habéis de saber, hermanos míos, que era yo un chico de ocho años y ya les echaba cada año a los negreros una mentira de las gordas, hasta que al fin me descubrieron.

Tomóme aversión mi amo y me puso en manos del subastador para que me pregonase, diciendo:

—¿Quién quiere comprar a este esclavo con su defecto?

Preguntáronle algunos:

—¿Y qué defecto es ese?

Y él les contestó:

—Pues que todos los años ha de echar una mentira nada más.

Llegóse entonces al marchante un mercader y preguntóle:

—¿Cuánto piden por este esclavo con su falta?

Y aquel le respondió:

—Doscientas dracmas.

—Pues yo las doy—exclamó el mercader—y además veinte para ti, de comisión.

Púsole luego el subastador al habla con el negrero, abonóle a este el mer-

cader los dineros y el marchante me llevó a su domicilio y cobró el corretaje prometido.

Vistióme el mercader su librea y permanecí en su casa el resto de aquel año, hasta que vino el año nuevo sin ningún tropiezo.

Fue aquel un año bendito, en que las cosechas se dieron muy bien, y los mercaderes organizaron jiras de recreo y meriendas, que cada día costaba por turno uno de ellos, hasta que le llegó la vez a mi amo, el cual dioles una alifara<sup>1</sup> en un jardín, sito en las afueras de la ciudad. Y me dijo mi amo:

—Esclavo, monta en la mula y ve a casa y dile a tu ama que te dé tales y cuales cosas y me las traes volando.

Acaté su orden y fui en seguida. Pero cuando ya estaba cerca fui y me puse a gritar alto y a llorar lagrimones tamaños.

<sup>1</sup> Comida. Es voz arábiga romanceada que aún se sigue empleando en Aragón. De *Al-Hi-fara*.

Acudió la gente del barrio, grandes y chicos, y llegaron mis gritos a oídos de la mujer de mi amo y de sus hijas, las cuales abrieron la puerta y me preguntaron qué era lo que me ocurría.

A lo que les dije yo:

—Pues que mi amo estaba sentado, en compañía de sus amigos, al pie de un muro ruinoso, y este se derrumbó y les cayó encima y los aplastó. Yo, al ver aquello, monté en esta mula y vine aquí, desalado, para participároslo.

Al oír mis palabras, los hijos y la mujer de mi amo empezaron luego a gritar y rasgar sus vestidos y aporrearse las caras.

No tardaron en acudir los vecinos, y mi ama se puso a revolver las cosas de la casa, y a destrozarlo todo, y después ella y sus hijas lanzáronse a la calle con las caras descubiertas y el pelo suelto y con ellas los hijos.

Y me dijeron:

—Echa delante de nosotros, Kafur, y muéstranos el sitio en que quedó muerto tu amo, al pie de ese muro, para que lo saquemos de entre los escom-

bros y lo pongamos en el féretro, para llevarlo a casa y hacerle honroso duelo.

Eché, pues, yo a andar delante de todos gritando:

—¡Ye pobre amo mio!—y ellas seguían detrás con las caras descubiertas y las cabezas destocadas, plañiendo:

—¡Oh y qué desdicha y qué desastre el nuestro!

Y no hubo hombre ni mujer, chico ni chica, ni viejo ni vieja, que no se sumase a nosotros y no se aporrease el rostro y no prorrumbiese en llanto ruidoso.

De esta guisa fui recorriendo toda la ciudad, y la gente me preguntaba qué ocurría y yo se lo contaba y, al oírme, todos exclamaban:

—¡No hay poder sino en Alá, el Excelso, el Grande! ¡Vamos luego a circelo al guali!

Y fueron al guali y se lo contaron.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la mañana y cortó el hilo de sus elocuentes palabras.

## Y LA NOCHE 55 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, ye monarca, el afortunado, que el eunuco siguió diciendo:

—Cuando llegó la gente ante el guali y le contó lo ocurrido, montó el guali en su mula y, seguido de operarios con herramientas y cestos, se puso en marcha a mi zaga, llevando tras de sí toda la gente apenada.

Y yo iba delante de todos, lloriqueando y gritando y echándome tierra en la cabeza, dándome de puñadas en el rostro.

Pero cuando llegamos donde estaban los mercaderes y me vio mi amo sobre-

cogióse y se puso amarillo. Y exclamó:

—¿Qué te pasa, Kafur, qué ocurre, qué sucede?

A lo que yo le contesté:

—Pues que cuando me mandaste a casa para que trajera aquellas cosas que habías menester, al entrar allí me encontré con que la pared de la sala se había derrumbado, arrastrando consigo toda la habitación y cogido debajo a mi ama y sus hijos, que no quedaron ninguno de ellos vivo.

—Pero ¿no pudo salvarse ninguno? —preguntóme mi amo.

—Ninguno—respondí—y la primera

que murió fue mi señora, la mayor.

—Y la pequeña—exclamó él—, ¿no se salvó?

—No—le contesté yo.

—Y la mula en que yo montaba—inquirió mi amo—, ¿no se salvó tampoco?

—No, mi amo—contestéle—. Porque la pared de la sala y de la cuadra se desplomaron sobre todos los que había en la casa, incluso sobre las bestias y los gansos y las gallinas, quedando todos ellos convertidos en papilla, sepultados bajo los escombros, sin que se salvara ni uno solo.

—¿Ni tampoco tu señorito el mayor?—me preguntó.

—Tampoco—contestéle—. Ya te digo que no se ha salvado nadie de los que había en la casa y esta no es ya casa ni hogar, no quedando de ella rastro, y cuanto al ganado y a los gansos y las gallinas, se los han comido ya los perros y los gatos.

Al oír mi amo esas palabras mías volvióse la luz tiniebla para sus ojos y no fue ya dueño de su juicio, ni podía tenerse en pie, y entró una parálisis y se le tronchó la espalda, y luego púsose a rasgar sus vestidos y a mesarse las barbas y a aporrearse el rostro, y quitóse de la cabeza el turbante y lo tiró al suelo. Y no paró de darse de puñadas en el rostro hasta que le empezó a sangrar y estaba que parecía un borracho, a la verdad.

A todo esto salieron sus amigos del jardín y vieron aquella gran polvareda y oyeron aquel griterío que ensordecía los oídos. Y volviendo los ojos hacia allí vieron al gualí y su guardia y al gentío que los seguía y a la familia del mercader que clamaba y plañía y lloraba con dolor y pesadumbre cada vez mayor.

Los primeros que vio mi amo fueron a su mujer y a sus hijos. Y al verlos, alegróse el semblante y rompió a reír. Y les dijo:

—¿Qué hacéis y qué os ha sucedido?

Al verle ellos exclamaron:

—¡Gracias sean dadas a Alá, pues te hallamos con felicidad!

Y acto seguido echáronse en sus brazos y pegáronse a él sus hijos, gritando:

—¡Gracias a Alá, padre nuestro, que te hallamos sin detrimento!

Y su mujer clamaba:

—¡Gracias a Alá, que nos deja ver tu cara sin que hayas sufrido ningún mal!

Y la pobre mujer no salía de sus asombros y se le iba el juicio y gritaba:

—¿Cómo fue que te salvaste y se salvaron tus amigos?

Y mi amo a su vez le preguntaba:

—Y a vosotros, ¿qué os pasó en la casa?

—Nada—contestaron ellos—. Nos fue muy bien y no nos pasó nada ni a la casa tampoco le ocurrió nada malo. Sino que tu esclavo Kafur se nos presentó allí con la cabeza destocada y se puso a rasgar sus vestidos y a gritar:

«¡Guay de mi pobre amo! ¡Guay de mi pobre amo!» ¿Pues qué ocurre, Kafur?—le preguntamos. Y él nos dijo:

—Pues que estaba sentado mi señor al pie de un muro, en el jardín, haciendo una necesidad, cuando aquel se desplomó y lo cogió debajo, dejándolo muerto en el acto.

Dijoles entonces mi señor:

—Por Alá, que ahora vino acá gritando:

«¡Guay de mi pobre ama! ¡Guay de mi pobre ama! ¡Y guay de los hijos de mi ama!» Y me dijo: «¡Mi señora y sus hijos murieron todos!»

Miró luego hacia donde yo estaba y me vio, que se me había caído el turbante de la cabeza y gritaba y lloraba bacio, y me echaba tierra en la cara, y alzó su voz y me llamó.

Fui luego allá y me dijo:

—Guay de ti, esclavo de mala sombra, hijo de puta, maldito de las gentes, ¿qué desastre fue ese que viniste a

anunciarme? A ti es, por Alá, a quien vamos a arrancarte la piel de la carne y los huesos para hacer un escarmiento.

—¡Oh!—exclamé yo—, no puedes hacerme nada, puesto que me compraste a sabiendas de mi defecto y los testigos certificarán de que así fue y de que, al comprarme, estabas enterado de que yo era un embustero, que todos los años echaba una mentira gorda y esta no es más que la mitad de una mentira.

Al oír mis palabras los presentes hiciéronse lenguas de aquella mentira y se maravillaron hasta no poder más de mi inventiva.

Y me maldijeron y me dieron de mojicones; mas yo me eché a reír, diciendo:

—¿Cómo va a matarme mi amo si me compró sabiendo mi defecto?

Fuese luego mi amo a su casa y, al llegar, encontróla hecha una ruina. Y había sido yo quien más parte pusiera en ello, destrozando cosas que valdrian una buena suma de dinero.

Y su mujer le dijo:

—Este Kafur rompió la cristalería y la porcelana.

Con lo que se acreció su ira y exclamó:

—Por Alá, que no vi en mi vida hijo de puta como este esclavo. Y decía que solo había echado media mentira. Pues si llega a echarla completa destruye una ciudad y hasta un par de ellas.

Fuese luego, de puro furioso, en busca del gualí, y este mandó que me azotaran, y así lo hicieron con tal brio, que acabó mi alma por ausentarse de este mundo y perdí el sentido.

Y estando yo así, sin sentido, fueron por un barbero y este me castró y me cauterizó la herida. Y al volver en mí encontréme capón. Y mi amo me dijo:

—Así como tú me achicharraste el corazón, hiriéndome en lo más sensible para mí, así yo también te achicharro tu corazón, hiriéndote en lo más sensible para ti.

Cogióme luego y me vendió a un precio muy alto, en atención a ser ya un castrado, y no paré de sembrar la discordia en la casa de mi nuevo amo y fui pasando de un emir a otro emir y de uno a otro señor en sucesivas ventas y compras, hasta que vine a entrar en el alcázar del miramamolín y se fue quebrantando mi espíritu y fueron mis fuerzas flaqueando desde que me caparon.

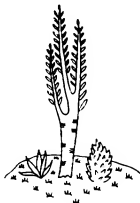
Luego que oyeron sus palabras los otros dos esclavos rompieron a reír, en son de burla, y exclamaron:

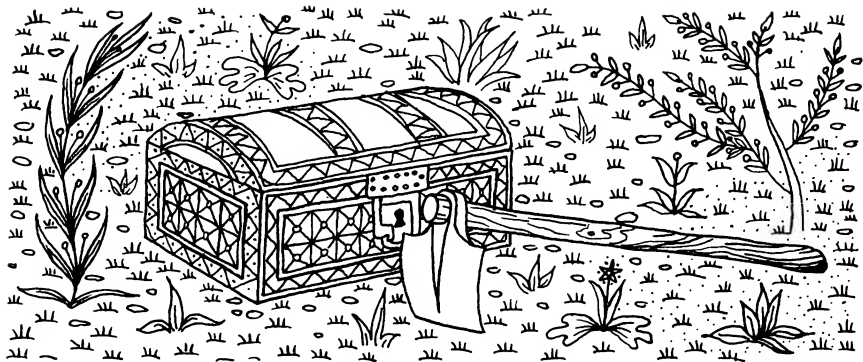
—No hay duda que eres una caca, hijo de ídem, y un embustero de marca.

Después dijéronle al esclavo, el tercero:

—Cuéntanos tú ahora tu historia.

Y él les dijo:





## HISTORIA DEL SUDANES BUJAIT, EL ESCLAVO, EL TERCERO

(Noches 55 a 60)

—Habéis de saber, *ye* hijos de mi tío, que mi historia es una historia larga, no siendo este el momento oportuno para referirla, porque la mañana, *ye* hijos de mi tío, se nos echa encima.

Y si nos sorprende la mañana con este arca a cuestras seremos la irrisión de la gente y nos costará, además, la vida. Por lo que será mejor que abramos la puerta y nos entremos y guarezcamos en nuestro cobijo. Y luego os contaré el cuento de mi castramiento.

Trepó luego el muro, descolgóse por él y abrió la puerta, pasando adentro los tres eunucos, los cuales encendieron luz y cavaron una fosa a la medida del arca entre cuatro sepulcros, y era Kafur el que cavaba y Zauab el que acarreaba la tierra en una espuerta, hasta que hicieron una fosa en la que cabría medio cuerpo de una persona.

Pusieron luego la caja dentro del hoyo y le echaron encima tierra y se salieron de la tumba y cerraron la puerta, desapareciendo de la vista de Gánim ben Ayub.

Luego que el lugar quedó desierto y tuvo Gánim ben Ayub la certeza de

estar solo, entróle curiosidad por saber lo que contendría aquel arca. Y dijo para su ánima:

«He de saber qué tiene dentro.»

Dominó, sin embargo, su impaciencia hasta que la aurora clareó y refulgió su luz y resplandeció.

Bajóse entonces de la palmera y se puso a escarbar la tierra con sus manos, hasta dejar al descubierto el arca, la cual sacó luego afuera. Cogió después una piedra, y con ella rompió la cerradura y levantó la envoltura y miró.

Y vio una joven dormida, narcotizada con *banch*, y cuyo pecho subía y bajaba al respirar, y era la joven hermosa y agraciada y lucía aderezos y alhajas de oro y collares de brillantes y piedras preciosas de un valor tal que no podrían adquirirse ni al precio del reino de un sultán, que no había dinero con qué pagar aquello.

Al mirarla Gánim ben Ayub advirtió luego que sus ojos parpadeaban, y, cerciorado que se hubo bien de que así era, procedió a tratar de reanimarla y la sacó del arca y le dio papirotacitos

en el cogote, y luego que le entró el aire por sus fosas nasales y penetró en su garganta, estornudó la joven y después carraspeó y tosió y despidió de su cuerpo una bola de *banch* que, si tan solo la olierá un elefante, se estaría durmiendo una noche entera.

Abrió luego la joven los ojos y giró la vista en torno y exclamó con la más dulce voz:

—¡Guay de ti, oh viento! ¿Es que no hay en ti nada para apaciguar al sediento ni para gratificar a quien no lo está? ¡Ah! ¿Y dónde se halla Zaharu-l-Bostani?

Pero como no le contestara nadie, volvióse y clamó:

—¡Hola, Zabihah! Y Scheyeratuddurr y Nuru-l-Hoda y Nechmatuz-Sebah y Schahuah y Nuzhan y Halva y Zarifah, ¿en dónde estáis? ¡Hablad!

Pero como nadie respondiera a su voz, giró la vista en torno suyo y exclamó:

—¡Guay de mí! ¿Quién en este sepulcro me sepultó? Oh Tú, que conoces los pensamientos que el hombre guarda en su pecho y das tu compasión el día del Juicio, dime, por favor: ¿quién me trajo aquí de entre mis paramentos y los velos que celan los aposentos del harén y entre cuatro tumbas me dejó después?

Contestóle Gánim:

—*Ye* mi señora, tres esclavos capones

vinieron aquí cargados con este arca.

Y acto seguido contóselo todo y cómo a él se le hiciera allí de noche y se quedara, para luego ser causa de salvarla; que a no haber sido por ello, de fijo muriera asfixiada.

Preguntóle luego por su historia y su caso.

Y ella le dijo:

—*Ye* gentil mancebo, gracias sean dadas a Alá por haber hecho que diera con un joven como tú. Pero ahora levántate y vuelve a meterme en el arca y salte al camino y luego que encuentres un alquilador de camellos o mulas, alquilale una bestia para que cargue el arca en ella.

Hízolo así Gánim y alquiló dos hombres y una mula y tornó con ellos a la sepultura y cargó a lomos de la bestia el arca, luego de haber introducido en ella nuevamente a la joven muchacha.

Y prendió el amor a la joven en su corazón y marchó con ella, e iba muy contento por tratarse de una esclava que valía diez mil dinares y llevaba encima, además, unos aderezos y unos mantos que equivalían a un dineral.

Y le parecía mentira que iba a llegar a su casa, en donde, lo primero que hizo luego, fue abrir el arca...

Pero, al llegar a este punto, sintió Schahrasad venir la mañana y cortó el flujo de sus fluyentes palabras.

## Y LA NOCHE 56 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye* monarca, el afortunado, que Gánim ben Ayub llegó a su casa con el arca y la abrió y sacó de ella a la esclava.

<sup>1</sup> Nombres de esclavas que, respectivamente, significan *Flor del jardín*, *Aurora*, *Arbol de las perlas*, *Luz de la dirección*, *Estrella de la mañana*, *Desideria*, *Leticia*, *Dulce* y *Linda*.

Y esparció ella la vista y vio ser aquella una buena casa, alfombrada con tapices raros de colores alegres y abigarrados. Y vio allí telas ricas y fardos, amén de otras cosas más, de todo lo cual infirió ser aquel un mercader de los grandes, dueño de copioso caudal.

Quitóse luego el rebocillo de sobre su cara y mirólo a él, y vio que era un joven salado. Y lo mismo fue verlo que enamorarse de él. Y le dijo:

—Anda y trae algo para que tomes un bocado.

—¡Sobre mi cabeza y sobre mis ojos!—respondió Gánim ben Ayub en el acto.

Y fuese al zoco y compró un corde-ro asado y un frasco de dulce, y mercó también frutas frescas y secas y cirios de olor y cargó también con vinos variados y con todo cuanto requería el caso, tocante a perfumes y esencias. Después de lo cual tornóse a su casa y entró en ella con su carga.

Al verle llegar la esclava, echóse a reír y lo besó y se abrazó a él y lo colmó de caricias, con lo que se encandeció todavía más el amor que sentía por ella el joven y cobró más poder sobre su corazón.

Comieron y bebieron luego mano a mano los dos hasta que llegó la noche y siguieron retozando hasta rondarles la mañana, que entonces los venció a ambos el sueño y se quedaron dormidos, cada cual en su sitio.

Remaneció luego la mañana y Gánim se levantó el primero y fuese al zoco y compró lo que había menester en punto a verduras y carne y vino y demás cosas por el estilo.

Tornó con todo ello a su casa y sentáronse los dos a comer. Y comieron mano a mano hasta que se hartaron. Hicieron luego acto de presencia las bebidas y bebieron y se pusieron a retozar el uno con el otro. Y dijole Gánim ben Ayub a la joven:

—Ye mi señora, hazme la merced de permitirme que te dé un beso en la boca, a ver si con él se atempera un poco este fuego que me devora.

A lo que ella contestóle:

—Ten un poco de paciencia, Gánim, hasta que yo me ponga un poco alegre y trastornada con el vino y entonces te

daré gusto en lo que me pides, pues no me enteraré de que me besas y no sentiré vergüenza.

Levantóse luego y quitóse parte de la ropa y quedóse con la camisa, corta, de las de Kufa, con lo que enardecióse aún más el deseo de Gánim, el cual exclamó:

—Ye mi señora, ¿no me concederás lo que te pedí ahora?

Y estaba el joven ardiendo en deseos.

Y recitó estos versos:

Enfermo yo de amor pedile un beso  
a la que en tal estado me había puesto  
y ella me dijo:—No, no te lo doy.

—¿Cómo que no?—insistió—¡Si tuyo soy!

—Aguarda a que esté alegre—dijo ella—.

Nada en amor se logra con la fuerza.

Ten paciencia y sonríe; pero yo, airado,  
la rechacé con gesto destemplado.

Y ella me dijo entonces:—No te enfades,  
acuéstate a dormir, que Alá es grande  
y hará que en sueños logres tus afanes.

Acrecióse luego su deseo y corriósele el incendio a sus tuétanos y trató de besarla; pero ella lo rechazó, diciendo:

—¿Qué es eso? ¡No me cogerás!

Y así siguieron porfiando y bebiendo, y Gánim ben Ayub naufragaba en el piélago de la pasión y ella extremaba su desvío y su esquivéz, hasta que llegó la noche con sus sombras y tendió sobre ambos el velo del sueño.

Levantóse luego Gánim y encendió un candil y velas y volvióse a su sitio y, cogiéndole los pies a la joven, se los besó los dos, pareciéndole como si fuesen manteca fresca, y se restregó la cara contra ellos. Y exclamó:

—Ye mi señora, ten piedad de mí, que soy esclavo de tu amor y, aunque me mataron tus ojos, tengo incólume para servirte el corazón.

—¿Qué quieres, pues?—inquirió ella.

—Dormir contigo quiero—respondióle Gánim—y que pasemos la noche juntos.

A lo que ella repuso:

—Quiero antes contarte toda mi historia, para que conozcas mi sino y mi

misterio se te haga patente y mi pureza se te manifieste.

—Está bien—asintió el joven.

Fue ella entonces y se rasgó el velo de la camisa y alargó su mano hacia el cintillo de sus pantalones y dijo:

—*Ye mi señor, lee lo que dice en este pico.*

Cogió el joven el pico del cintillo en su mano y lo examinó, hallando en él bordadas en oro estas palabras:

*Yo para ti y tú para mí, ye hijo de mi tío el profeta*<sup>2</sup>.

Al leer aquello, soltó Gánim el cintillo y exclamó:

—¡Cuéntame tu secreto!

—Así haré—dijo ella.

Y añadió:

—Has de saber que yo estaba destinada al emir de los creyentes y mi nombre es Kutu-l-Kulub<sup>3</sup>. Y el emir de los creyentes me hizo educar en su alcázar y, luego que fui mayorcita, hubo de reparar en mis cualidades y en lo que Alá puso en mí de belleza y garbo, y prendóse de mí con pasión grande.

Y me cogió y me instaló en aposen-

<sup>2</sup> Las concubinas de los jefes solían llevar en el cintillo de sus zaragüelles versos bordados, alusivos al dueño de los encantos que celaban. En la compilación de anécdotas titulada *Tekmilé* o *Summa* encuéntrase varias muestras de este género de composiciones naturalmente breves en el original, que, por lo general, no pasan de un distico, según pide su calidad de motes o divisas, cual las que también solían bordarse en los pañuelos. Citaremos solamente dos interesantes: la una, por su ingenuidad ofensiva; la otra, por su descocado cinismo. Dice la primera:

«Candado de seda soy—sobre redondas caderas—tan solamente me abro—para el placer y la fiesta.»

Y dice la segunda:

«Detente y escucha:—Así—manda el destino severo.—Quien abrirme quiera a mí—su bolsa abrirá primero.»

El lema de esta favorita de Harunu-r-Raschid es una copia literal del versículo 16, capítulo 2, de *El Cantar de los Cantares*, en que la esposa dice: «Mi amado es para mí y yo para mi amado.» (*Ani li dodi ve dodi li.*)

<sup>3</sup> Pábulo de los corazones.

tos reservados y me asignó diez esclavas para que me sirvieran y me regaló estas joyas que me viste puestas.

Después de eso, un día de los días salió el jalifa de viaje para visitar no sé qué país. Y durante su ausencia púsose la señora Sobeida<sup>4</sup> al habla con una de las esclavas de mi servidumbre y le dijo:

—Cuando esta noche se duerma tu señora, ponle en la nariz esta bola de *banch*, o, si lo prefieres, échasela en la bebida, y yo te daré dinero bastante para hacerte rica.

—Con amor y vida—respondió la esclava.

Tomó luego de manos de doña Sobeida el *banch* la mar de contenta por el endisque del dinero que le prometiera y por haber sido antes esclava de ella.

Fue, pues, y me hizo ingerir el *banch* y, no bien llegó a mi estómago, desploméme yo en tierra, y se me juntaron los pies y la cabeza y me vi ya en el otro mundo y me di por muerta.

Luego que vio cumplida su treta, cogióme la esclava y me metió en el arca y mandó venir a los esclavos negros y los gratificó a ellos y a los porteros y me envió con los esclavos al cementerio esa noche que estabas tú

<sup>4</sup> *Sitt* Sobeida (o Sobaida) bentu-l-Kāsem era prima y esposa del jalifa Harunu-r-Raschid y, como él, de sangre real, pues era nieta del jalifa Al-Manzur. Sus biógrafos la describen como mujer sumamente celosa, no solo en el terreno amoroso, sino en el capítulo de sus prerrogativas de princesa. Por lo demás, de un carácter bondadoso, liberal y munifica, como el propio Harún, a ella se deben numerosas obras de utilidad pública que aún subsisten, entre otras la muralla y los pozos que mandó abrir en el desierto que se extiende de Bagdad a Meca, para orientar a los peregrinos y proporcionarles el agua necesaria.

Abdu-l-Kerim, autor del *Viaje de la India o Meca* (siglo XVIII), pudo ver aún la referida muralla y los pozos de Sobeida. La bella favorita de esta historia, Kutu-l-Kulub, parece haber inspirado a *sitt* Sobeida celos especiales, pues más adelante verá el lector repetirse, con variantes, la misma anécdota.



allí subido a una palmera, e hicieron conmigo lo que viste y de lo que me salvé gracias a ti, que me trajiste a este lugar y me colmaste de bondades superiores a todo cuanto pudiera ponderar.

Esta es, pues, toda mi historia, y no sé qué habrá sido del jalifa durante mi ausencia. De suerte que ya estás enterado y te ruego no divulgues el secreto que te he confiado.

Luego que Gánim ben Ayub hubo oído las palabras de Kutu-l-Kulub y supo que esta era propiedad del emir de los creyentes, reprimió sus ardores por respeto al jalifa, y fue a sentarse solo en las inmediaciones de aquel lugar y se puso a dirigirse a sí mismo reproches y a meditar sobre su caso y estaba lleno de inquietud por aquel amor a la jovencita, para el cual no veía salida.

Tanto que se echó a llorar, por la fuerza de su deseo y su pasión, y empezó a lamentarse de los tiempos y la hostilidad que le mostraban.

Pero loor a Aquel que infunde el amor en los corazones nobles y les da fuerzas para soportar sus rigores.

Y el joven, animado de esos sentimientos, recitó estos versos:

—Que el amor atormenta  
los corazones  
y la razón ofusca,  
no hay quien lo ignore.  
Y, sin embargo,  
qué dulce que nos sabe  
su trago amargo.

Llegóse en eso a él Kutu-l-Kulub y lo estrechó en sus brazos y lo besó; pero el joven apartóla de sí por temor al jalifa.

Pusiéronse luego a conversar durante una hora sobre los rigores del sino y ambos ahogábanse en el mar de su amor recíproco, hasta que la aurora despuntó y salió el sol.

Levantóse luego Gánim y vistióse

sus ropas y fuese al zoco, según su costumbre, y mercó allí cuanto necesitaba; después de lo cual tornóse a la casa y halló en ella a Kutu-l-Kulub hecha un mar de lágrimas.

Pero al verlo, la joven dejó de llorar y, sonriendo, dijo:

—Me llenaste de susto el corazón, amor mío, y por Alá que esta hora que estuviste ausente, un año se me hizo. Que no me puedo avenir a estar separada de ti y he aquí que ya te he revelado el estado de mi alma, a impulsos de la pasión que por ti siento. Ven, pues, acá; olvídate de lo pasado y hazme tuya al momento.

—Alá me guarde—exclamó Gánim—. No haré eso. Porque ¿cómo iría a sentarse el perro en el lugar del león? Crimen sería en mí aproximarme a lo que es de mi señor.

Apartóse, pues, de ella y fue a sentarse un poco más lejos; pero con su desvío acrecióse el amor que le tenía la joven. La cual fue a sentarse a su lado y le escanció vino y se puso a retozar con él, hasta que se achisparon los dos.

Y, con el fin de abochornarlo, entonó ella este canto:

¿Hasta cuándo, ye amor, vas a mostrarme  
ese desvío, que nunca merecí?  
¿Hasta cuándo mis besos y caricias  
apartarás de ti?  
Bien está un poco de desdén que presta  
nuevo acicate y fuerza a la pasión;  
que tras gacela que huye, con más bríos  
se lanza el cazador.  
Mas si el desvío se extrema, riesgo corre  
el pecho del amante de saltar,  
que tormento tan grande no hay quien pueda  
al cabo soportar.

Al oír aquellos versos, echóse Gánim a llorar y ella lloró también, de verlo llorar a él.

Y en esta forma siguieron viviendo juntos por espacio de tres meses, y siempre que ella se le acercaba apartábalas él diciendo:

—Lo que es propiedad del señor está vedado al esclavo.

Y cuando a ella se le hacía larga la espera junto a Gánim ben Ayub, el conquistador de corazones, y la pena y el dolor le apretaban, estos versos recitaba:

—Ye joven de belleza seductora  
que inflamas en amor los corazones,  
y de todos los párpados el sueño  
ahuyentas, si miraron tus facciones.  
¿Por qué conmigo tan esquivo eres?  
Siendo tú cazador de las gacelas,  
¿por qué esta no persigues que tan solo  
caer entre tus brazos siempre anhela?  
Enigma es para mí, que yo también  
conquistó corazones con mi gracia,  
haciendo, con hechizo y con salero,  
que en mí también se fijen las miradas  
y que todos ponderen mi hermosura,  
siendo tú quien en ella no repara.  
Aunque haces bien en ello; de otra suerte  
loco te volvería la que es loca,  
y ya toda tu vida te pasarás  
lampando por un beso de mi boca.

Y así estuvieron un espacio de tiempo, y el temor apartaba a Gánim ben Ayub de la muchacha.

Y he aquí lo concerniente por ahora al asunto de Gánim ben Ayub Al-Mutim-ul-Maslub.

Cuanto a lo referente al asunto de Sobeida, esta, en ausencia del jalifa, hizo lo que hizo con Kutu-l-Kulub; pero después entróle zozobra, pensando, para su ánima:

«¿Qué voy a decirle al jalifa cuando regrese y pregunte por ella? ¿Qué respuesta habré de darle?»

Llamó, pues, a una vieja que tenía con ella y le reveló su secreto, diciéndole:

—¿Qué debo hacer habiéndome propasado a eso con Kutu-l-Kulub?

Díjole la vieja, luego que estuvo enterada de todo:

—Cuando sepas que está próximo a llegar el jalifa, mandarás a llamar a un carpintero y le encargas que te haga una imagen de bulto, figurando una persona muerta. y haces que le caven

una fosa y enciendes blandones y candiles a su alrededor y das orden a toda la gente del alcázar que vista de luto. Y mandarás a todas tus esclavas y esclavos que, luego que sepan que el jalifa tornó de su viaje, se pongan a hacer duelo en los umbrales, y que cuando aquel entre y pregunte qué pasa le digan que Kutu-l-Kulub murió y que Alá te aumente la recompensa por ella y por el llanto que le ha hecho nuestra ama, la cual diole sepultura en su alcázar.

Al oír doña Sobeida las palabras de la vieja, hallólas atinadas y le gratificó con un lujoso traje y le ordenó que pusiese por obra lo que propusiera, regalándole, además, una fuerte suma de dinero en prueba de agradecimiento.

Procedió, pues, la vieja sin pérdida de tiempo a poner en ejecución su plan y mandóle al carpintero que le hiciera una imagen de bulto, según ya dijimos, y, luego que hecha estuvo, fuese con ella a su señora Sobeida y la envolvió en un sudario y encendió en torno suyo blandones y candiles y extendió tapices todo alrededor y se vistió de negro y mandó a las esclavas que también se vistieran de luto e hizo correr por el alcázar la voz de que Kutu-l-Kulub dejara este mundo.

Pasado algún tiempo, regresó el jalifa de su viaje y subió a su alcázar, y dizque no llevaba en su pensamiento sino a Kutu-l-Kulub.

Reparó al punto en que pajes y criados vestían de luto, lo mismo que todas las esclavas sin excepción, y diole un vuelco el corazón <sup>5</sup>.

Al entrar luego en el alcázar vio también a doña Sobeida vestida de negro y preguntóle la razón de ello, y doña Sobeida contestóle diciendo que Kutu-l-Kulub había muerto. Y, al oír la noticia, desplomóse desmayado el jalifa.

<sup>5</sup> El higado.

Luego que volvió en sí preguntó por su sepulcro, y señora Sobeida le dijo: —Has de saber, oh emir de los creyentes, que yo por lo mucho que la he sentido la mandé enterrar en mi propio alcázar y así se hizo.

Pasó acto seguido el jalifa sin mudarse siquiera de ropa al alcázar de doña Sobeida para ver a Kutu-l-Kulub y hallóse con los tapices extendidos y encendidos los candiles. Y al ver aquello diole las gracias a su esposa por lo que había hecho.

Retiróse luego de allí perplejo dudando entre dar crédito o no a lo que le dijeran.

Hasta que la sospecha prevaleció en su ánimo y entonces mandó que removiesen la tierra de la tumba y exhumasen el cadáver de la difunta. Y luego que así lo hicieron y el jalifa se dispuso a levantar el sudario para ver a la muerta, entróle a la vieja temor de Alá (exaltado sea), y exclamó:

—¡Déjala como está!

Sentose luego el jalifa junto al sepulcro y allí permaneció un mes cabal.

Pero al llegar a este punto sintió Schahrasad venir la mañana y cortó el flujo de sus fluyentes palabras.

## Y LA NOCHE 57 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—He podido averiguar, *ye* monarca, el afortunado, que el jalifa no dejó de visitar la tumba de Kutu-l-Kulub diariamente por espacio de un mes entero.

Y sucedió una vez que el jalifa, luego de despachar con sus emires y sus visires y de tornarse estos a sus casas, pasó al harén y se echó a dormir cosa de una hora.

Sentóse junto a él una esclava a su cabecera y otra se sentó a sus pies y, luego que hubo el jalifa echado un sueño, despertóse y abrió los ojos y oyó a la esclava que estaba sentada a su cabecera decirle a la que estaba sentada a sus pies <sup>6</sup>:

—¡Guay de ti, Jisirán!

—¿Y por qué, Kazib?—exclamó la otra.

—Pues—replicóle Kazib—porque nuestro señor no sabe nada de lo ocurrido y, con haber velado el sepulcro, no ha llegado a averiguar que lo que en él

hay no es sino un muñeco de palo, obra de un carpintero.

—Pues ¿qué fue, entonces, de Kutu-l-Kulub?—exclamó Jisirán.

Y la otra contestóle:

—Has de saber que señora Sobeida le administró por mano de una esclava una dosis de *banch* y la «embanchó». Y luego que el *banch* hizo su efecto, mandó que la metieran en un arca y llamó a Zauab y a Kafur y les ordenó que echasen el arca en una fosa.

Dijo entonces Jisirán:

—¡Guay de ti, *ye* Kazib! ¿De veras que doña Kutu-l-Kulub no murió?

—No—exclamó Kazib—. Según tengo entendido, la salvó de la muerte un joven, y le he oído decir a señora Sobeida que Kutu-l-Kulub está ahora en casa de un joven mercader llamado Gánim ben Ayub.

Siguieron luego comentando el lance las dos esclavas y el jalifa oía todas sus palabras.

Y luego que terminaron de hablar las esclavas y quedó enterado el jalifa de cómo aquel sepulcro éralo de menti-

<sup>6</sup> Por el mismo medio—según recordará el lector—se enteró el príncipe de la ciudad de Azófar de la infidelidad de su esposa. *Historia del hijo del rey y la algola* (Noche 7).

rijillas y que Kutu-l-Kulub estaba en casa de Gánim ben Ayub, donde llevaba ya cuatro meses, entróle un gran furor y se levantó y convocó a todos los emires de su reino.

Compareció luego el visir Châfar, el Barmeki, y besó la tierra entre sus manos. Y el jalifa le dijo, enfurecido:

—Coge, ye Châfar, unos hombres y pregunta dónde vive Gánim ben Ayub y entra en la casa y tráeme a mi esclava Kutu-l-Kulub y a ese sujeto, al que he de castigar sin remedio.

—Oír es obedecer—contestó Châfar.

Fuese luego Châfar con su escolta y acompañado del guali en busca de la casa de Gánim ben Ayub y no pararon de andar hasta que a ella llegaron.

Y saliera poco antes Gánim ben Ayub a mercar vituallas y volvía con una olla con carne para comérsela con Kutu-l-Kulub. Y en eso estaban cuando aquella hubo de mirar por la mirilla y vio que los esbirros rondaban la casa, dando vueltas en torno, como las da lo negro del ojo.

Comprendió en el acto la joven que su aventura llegara a oídos de su señor el jalifa y dióse por perdida y amarió su color y su hermosura se nubló.

Miró luego a Gánim y le dijo:

—¡Sálvate, amor mío!

Y él le contestó:

—Ye amor mío, luz de mis ojos, ¿cómo voy a escapar si tienen cercada la casa del todo?

—No temas—dijo ella.

Sacó luego sus ropas y vistióle un traje raído y cogió el puchero en que trajera la carne y se lo puso en la cabeza y metió en él un cacho de pan y manteca, y le dijo:

—Sal con este disfraz y no te conocerán.

Luego que oyó Gánim las palabras de Kutu-l-Kulub y lo que le aconsejara, cargó con el puchero y salió, y cubrióle con su velo el Velador y lo

libró de la añagaza y el peligro, en gracia a su buena intención.

Luego que llegó el visir Châfar a las inmediaciones de la casa, apeóse de su alazán y entró en ella y vio a Kutu-l-Kulub, la cual se había acicalado y adornado y puesto en un arca colmada todo su oro y sus alhajas y brillantes y joyas de poco peso y de mucho valor.

Y al entrar el visir, levantóse y dijo-le así:

—Ye *sidi*, corre la caña, según Alá manda.

Pero al ver aquello Châfar le dijo:

—Ye mi señora, yo no tengo orden sino de prender a Gánim ben Ayub.

—Has de saber—dijole ella—que Gánim ben Ayub reunió unas mercancías y partió para Dimechk, siendo eso todo lo que puedo decirte de él. Y ahora te ruego que me guardes este arca y mandes que carguen con ella y la lleven a tu casa.

Hízose luego cargo Châfar del arca y mandó que cargasen con ella, y en unión de Kutu-l-Kulub y su gente volvióse al alcázar del jalifa, donde fue la joven muy agasajada y mimada.

Pero antes de irse saquearon la casa de Gánim ben Ayub.

Luego que llegaron al alcázar contó-le Châfar al jalifa todo lo que a Kutu-l-Kulub le ocurriera y aquel mandó encerrar a la joven en un cuarto oscuro, encargando a una vieja de proveer a sus necesidades, todo ello porque pensaba que Gánim ben Ayub la desflorara.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a ambos jóvenes y su historia.

Respecto a Gánim ben Ayub Al-Mutim-ul-Maslub, luego que perdió su bien, quedóse turbado y se echó a llorar y poco faltó para que le reventara el corazón.

Luego echó a andar y andando estuvo sin parar hasta el cabo del día y empezaron a apretarle el hambre y la fatiga.

Llegó, pues, a una ciudad y entróse en la mezquita y se sentó en una esterilla y se recostó contra la pared. Y dizque estaba medio muerto de hambre y de fatiga, por lo que no se movió de allí, hasta que amaneció la mañana del siguiente día.

Y le daba palpitaciones el corazón, de hambre, y le andaban por la piel los piojos debido a su sudor<sup>7</sup> y exhalaba hedor de su cuerpo y habíase puesto, en fin, que parecía otro.

Acudió luego la gente de aquella ciudad a rezar la mañana y lo encontró tirado en el suelo, extenuado de inanición, aunque mostrando aún indicios de su pasado esplendor.

Acercáronse a él y lo encontraron arrecido y famélico y le vistieron un traje viejo, que tenía deterioradas las mangas. Después de lo cual fuéronse todos a sus quehaceres y sus menesteres.

De este modo transcurrió un mes y Gánim seguía allí y cada vez agravábase más su debilidad y su postración, y los de la ciudad iban y se agachaban para mirarlo y comentaban entre sí su lance.

Hasta que convinieron en trasladarlo al maristán de Bagdad.

Y estando así las cosas he aquí que se presentan en la mezquita dos mujeres de las que van pidiendo y se le acercan al joven y este, al verlas, les da el pan que tenía a su cabecera, y ambas mendigas durmieron allí aquella noche, sin que él las conociera.

Al segundo día de aquello reunióse en la mezquita la gente de la ciudad con un camello y dijéronle al dueño:

—Monta encima de la bestia a este enfermo y, cuando llegues a Bagdad, lo dejas a la puerta del hospital, que puede que se cure y te pague tu caridad.

—Oír es obedecer—respondió el camellero.

Procedieron luego a sacar a Gánim ben Ayub de la mezquita y, envuelto en la misma esterilla donde solía dormir, lo montaron encima del camello y se lo llevaron de allí.

Y acudieron a verle, confundidas con el gentío, su madre y su hermana, sin que lo conocieran en el primer momento; pero luego que lo hubieron mirado y examinado bien, dijeron:

—En verdad que se parece a Gánim ben Ayub y hemos de comprobar si es él o no en realidad.

Luego que Gánim, sin saber cómo, viose montado en el camello, rompió a llorar y a gemir, y la gente de la ciudad miraba a su madre y su hermana, que lloraban también por el enfermo, aunque sin conocerle.

Pusiéronse luego en marcha las dos mujeres a la zaga del joven y caminaron hasta llegar a Bagdad, donde el camellero dejó su carga a la puerta del hospital y se retiró con la bestia sin cuidarse de más.

Permaneció allí Gánim tendido hasta la mañana, y cuando empezó a pasar gente por el camino, todos se llegaban a ver al joven, que se había quedado tan delgado como un palillo, y no cesaban de acudir curiosos, hasta que llegó el *scheij* del zoco y los espantó de allí y se dijo para su ánima:

«Ganaré el Paraíso con este enfermo, porque si lo meten ahí dentro, en un día me lo matan sin remedio.»<sup>8</sup>

Ordenó, pues, a sus mozos que cargaran con él y se lo llevaron a su casa, donde le habilitó un lecho con tapices nuevos y le puso una almohada nueva. Y llamando a su esposa, le dijo:

—¡Cúidalo y asístelo!

A lo que ella respondiera:

<sup>8</sup> Nótese el concepto peyorativo de los hospitales, predominante también entre las gentes de nuestro sur y reflejado ampliamente en nuestra literatura, sobre todo en la picaresca.

<sup>7</sup> El vulgo oriental cree que los piojos nacen del sudor.

—Sobre mi cabeza.

Remangóse luego la mujer y puso a calentar agua, y le lavó las manos y los pies y todo el cuerpo al enfermo.

Y esto es por ahora lo referente al asunto de Gánim ben Ayub.

Cuanto a lo de Kutu-l-Kulub, cuando se enfureció contra ella el jalifa...

Pero sintió en esto Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 58 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He llegado a saber, *ye* monarca, el afortunado, que cuando el jalifa se enfureció contra Kutu-l-Kulub y mandó encerrarla en un cuarto oscuro, túvola allí recluida ochenta días.

Y sucedió que un día de los días acertó el jalifa a pasar por aquel sitio y oyó a Kutu-l-Kulub recitar unos versos. Y al terminar la joven, exclamó:

—¡*Ye* amor mío, *ye* Gánim! ¡Qué alma tan buena y tan pura la tuya! ¡Que hiciste bien a quien te hizo mal y honraste a quien a ti no te honró y echaste un velo sobre su harén, mientras que él a ti y a todos los tuyos mandó prender! No hay duda que tú y el emir de los creyentes habréis de comparecer ante un juez justo y se te hará justicia el día en que el cadí será Alá y los testigos los ángeles que certificarán.

Al oír el jalifa sus palabras comprendió sus quejas y reconoció haberla tratado con injusticia y dureza.

Entróse luego en su palacio y despa-chó cerca de ella a su eunuco, para que la llevase a su presencia.

Hízolo así aquel y, luego que Kutu-l-Kulub compareció entre sus manos, llorosa y triste, díjole el soberano:

—Veo que te consideras agraviada por mí y que reclamas de mí satisfacción, pretendiendo que yo me porté mal con quien contigo bien se portó. Dime, pues: ¿quién es ese que respetó mi honra, sin que yo respetase la suya, y corrió un velo sobre mi harén, en tanto yo el suyo saqué?

—Gánim ben Ayub—respondió ella—. Puesto que no osó tocarme y te lo juro por tu magnanimidad, ¡oh emir de los creyentes! ¡Oh vicario de Alá!

—¡No hay gloria ni poder sino en Alá!—exclamó el jalifa—. Pideme lo que quieras, oh Kutu-l-Kulub, que pronto estoy a hacer lo que dijeras.

—¡Te pido a mi amado Gánim ben Ayub!—contestó ella.

Al oír el jalifa sus palabras, dijo: —Lo traeré acá, si Alá quiere, y lo colmaré de honores y mercedes.

—¡Oh emir de los creyentes!—exclamó la joven—. Si lo traes acá, dámelo en propiedad.

—Si logro traerlo—respondió el jalifa—desde luego te lo cedo, a título de don liberal perdurable e irrevocable.

—¡Oh emir de los creyentes!—exclamó la joven—. Dame tu venia para que vaya yo misma a buscarlo, que acaso Alá tenga a bien reunirme con él.

—Haz como gustes—respondió el jalifa.

Salió, pues, Kutu-l-Kulub del alcázar, llevando en su poder mil dinares, y fuese al zoco de los joyeros y orfebres y mandó a buscar al perito y, luego que se presentó este, entrególe los mil dinares y le dijo:

—Toma, para que hagas limosnas entre los peregrinos.

Franqueóse con ella el perito, que no era otro que el *schейj* del zoco, y le dijo:

—¿Por qué no vienes a mi casa y ves a un joven peregrino que en ella tengo

recogido y que es la mar de simpático y lindo?

Y se refería a Gánim ben Ayub Al-Mutim-ul-Maslub.

Al oír las palabras del viejo, dióle un vuelco al corazón a Kutu-l-Kulub y las entrañas se le fueron tras él, y exclamó:

—Búscame alguno que me lleve a tu casa.

Encargó el *scheij* de acompañarla a un chico y este la condujo a la casa donde estaba el joven algarivo.

Dióle ella las gracias y entró en la casa y saludó con el *selam* a la esposa del *scheij*. Y esta se levantó y besó la tierra entre sus manos, porque la conocía de antaño.

—¿Dónde está el enfermo que tenéis recogido?—preguntóle Kutu-l-Kulub.

—Aquí está, mi señora—replicó la mujer—. Y sin duda que debe ser de noble condición, pues aún muestra indicios de antiguo esplendor.

Acercóse Kutu-l-Kulub al lecho en que reposaba y quedóse contemplándolo y presumió ser Gánim ben Ayub, aunque estaba muy cambiado y se había quedado en los huesos, de suerte que parecía un palillo de dientes, por lo que la joven no acababa de convenirse.

Sintió de todos modos piedad por aquel joven y rompió a llorar y exclamó con acentos de pesar:

—¡Oh pobre del peregrino, aunque haya sido emir de su país!

Dióle de beber y las medicinas y luego sentóse a su cabecera y allí se estuvo llorando una hora con mucha congoja.

Volvióse después a su alcázar y empezó a recorrer todos los zocos, haciendo pesquisas para averiguar el paradero de Gánim.

En tanto el *scheij* del zoco trabó conocimiento con la madre y la hermana de Gánim ben Ayub y fue con ambas a Kutu-l-Kulub.

Y Kutu-l-Kulub, al verlas, que eran guapas las dos, echóse a llorar y exclamó:

—Por Alá, que ambas parecen de noble cuna y las dos muestran indicios de haber gozado de buena fortuna.

Y el *scheij* le dijo:

—Yo, mi señora, gusto de socorrer a los pobres y menesterosos por el aquel de la recompensa en la otra vida, y estas dos han sido blanco de muchas injusticias, pues les robaron sus bienes y les demolieron sus fincas.

Después de lo cual dijo la madre de Gánim ben Ayub:

—Pídale a Alá nos reúna con quien queremos o sea con mi hijo Gánim ben Ayub.

Oído que hubo Kutu-l-Kulub esas palabras comprendió ser aquella mujer la madre de su amado y la otra su hermana Fitna. Y rompió a llorar con tal vehemencia y dolor, que se desmayó. Pero luego que volvió en sí llegóse a las dos mujeres y les dijo:

—No paséis pena, porque este día es el primero de vuestra dicha y el postero de vuestra desdicha. No os apuréis, pues...

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la mañana y cortó el hilo de sus desbordadas palabras.

## Y LA NOCHE 59 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mi noticia, *ye monarca*, el afortunado, que Kutu-l-Kulub dijo a las dos mujeres: «No paséis pena...»

Luego mandó al *scheij* que se las llevara a su casa y dijese a su mujer que las hiciese pasar el *hammam*, aseo-se y les vistiese buenos trajes.

Y la mujer del *scheij* las condujo al *hammam* y les quitó los harapos que llevaban y les puso otras ropas, con lo que se hicieron patentes y resaltaron los indicios de su bienestar pasado.

Luego estuvo la mujer del *scheij* departiendo con ellas una hora larga y las dos mujeres hubieron de preguntarle por el enfermo que tenían recogido en su casa.

—Sigue lo mismo—contestó la esposa del *scheij*.

Y añadió luego:

—Venid allá conmigo y lo veremos.

Llegáronse, pues, la esposa del *scheij* y la madre y la hermana de Gánim al lecho en que este reposaba y se sentaron a su cabecera y empezaron a hablar entre ellas.

Y al oír Gánim ben Ayub que mentaban a Kutu-l-Kulub, con haberse quedado tan flaco y consumido, recobró de golpe su alma y levantó su cabeza de sobre la almohada y exclamó:

—*¡Ye Kutu-l-Kulub!*

Miróle esta entonces y lo reconoció sin sombra ya de duda y gritó:

—*¡Sí; yo soy, amor mío!*

—Acércate a mí—imploró él.

—¿Eres tú acaso Gánim ben Ayub Al-Mutim-ul-Maslub?—inquirió Kutu-l-Kulub.

—Sí, yo soy—respondió Gánim ben Ayub.

Y ella, al oír esas palabras, rodó al suelo desmayada.

Pero lo mismo les pasó a la madre y a la hermana de Gánim, que también gritaron y se desmayaron, de la mucha alegría que les entró, al oírlos a ambos.

Volviéron luego en sí todas y Kutu-l-Kulub díjole al joven:

—Gracias sean dadas a Alá, que fue servido de reunirnos a todos.

Después de lo cual llegóse a él y contó todo lo que le sucediera con el jalifa. Y al terminar, le dijo:

—Has de saber cómo el jalifa te me regaló.

Alegróse hasta más no poder el joven al oírlo. Y Kutu-l-Kulub exclamó:

—*¡No os mováis de aquí hasta que yo vuelva!*

Y acto seguido se retiró y se dirigió a su alcázar y mandó cargar el arca que cogiera de casa de Gánim y sacó de ella los dinares y se los dio al *scheij* del zoco, diciéndole:

—Toma estos dinares y cómprales a cada uno de ellos un traje completo del mejor paño y veinte pañuelos y demás cosas por el estilo que estimes preciso.

Hizo luego que pasaran todos al *hammam* y se mudasen de ropa y, dejándolos en casa del *scheij*, fuese ella a ver al jalifa y besó la tierra entre sus manos y le contó todo el cuento, o sea, cómo apareciera su señor Gánim ben Ayub Al-Mutim-ul-Maslub también su madre y su hermana.

Y el jalifa, luego que hubo oído las palabras de Kutu-l-Kulub, díjole a su eunuco.

—A mí con Gánim.

Fue luego en su busca Châfar; pero Kutu-l-Kulub se le adelantó y anuncióle a Gánim que: «El jalifa manda a buscarte, para que compares entre sus manos; así que procura ser suelto de lengua y de dicción amena.»

Y le vistió un traje magnífico y le



dio dineros en abundancia y le dijo:

—Tira el oro a manos llenas cuando pases por entre los servidores del jalifa.

Estando en estas, hete aquí que se presenta Châfar, que iba caballero en su mula. Y Gânim levantóse y besó la tierra entre sus manos, deseándole larga vida.

Cogiolo luego Châfar y marcharon los dos hasta llegar a presencia del emir de los creyentes. Y entonces pasó revista Gânim con la mirada a los visires y a los emires y a los chambelanes y a los vicarios y a los próceres del reino y a los magnates de poder y fuero, y era Gânim suelto de lengua, entero y templado, elegante de estilo y noble de ánimo.

Así que inclinó su cabeza hasta tocar el suelo, miró al jalifa y recitó estos versos:

—*Selam*, monarca grande y poderoso,  
que las mercedes tiene por escolta,  
que beneficios por doquiera esparce,  
de cuya mano brota lluvia pródiga  
y junto al cual hallaron su refugio  
las cualidades que al mortal dan honra

y enaltecen su nombre y por desgracia tan raras son en esta aciaga hora.

A su sombra tan solo se cobijan,  
solo en su corte viven sin zozobra;  
su poder las ampara y las defiende,  
que todos ante él su frente postran.  
Los más grandes monarcas solo aspiran  
a gozar del reflejo de su gloria,  
y sentarse en su corte refulgente,  
y de su esplendidez que no se agota  
banarse en el raudal beneficioso  
y en eso su ambición se cifra toda.  
Plegue a Alá que a los yermos más remotos  
lleguen raudas tus tropas victoriosas  
y en el mismo planeta saturniano  
plantes tu tienda, excelsa, majestuosa,  
y las estrellas formen en tu séquito  
y solícitas giren en tu órbita.  
Y que desde esa altura Tú gobiernes  
el mundo que por justo a ti te adora  
y abarque de la tierra los confines  
tu cetro justiciero y sea dichosa.

Luego que hubo terminado su poesía, quedóse el jalifa gratamente impresionado de su elegante estilo y maravillado de su elocuencia y suavidad de dicción y delicadeza.

Pero al llegar a este punto sintió Schahrasad venir la mañana y cortó el flujo de sus fluyentes palabras.

## Y LA NOCHE 60 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye* el monarca, el afortunado, que el jalifa quedó maravillado de su elocuencia y arte poética y suavidad de dicción y dijole a Gânim ben Ayub:

—Acércate a mí.

Acercóse aquel y el jalifa le dijo así:

—Cuéntame tu historia e infórmame de todo con verdad, sin nada ocultar ni desfigurar.

Sentóse, pues, el joven, y refirióle al jalifa toda su historia desde el principio al fin.

Y habiendo comprobado el jalifa su inocencia, obsequióle con un traje de gala y lo aproximó a su persona.

Mandó luego que le habilitaran en su alcázar habitaciones particulares y le asignó rentas y estipendios considerables.

Y Gânim hizo que su madre y su hermana se instalaran junto a él en el alcázar.

Supo luego el jalifa que su hermana Fitna era un portento<sup>9</sup> de hermosura y se la pidió en matrimonio a Gânim, el cual se apresuró a decir:

—Tu esclava es ella y yo tu esclavo y tus deseos acatamos.

<sup>9</sup> Juego de palabras con el nombre de la muchacha. Literalmente: «que Fitna» era una «fitna de hermosura».

Agradecióselo el jalifa y dióle cien mil dinares, y fueron allá luego el cadí y los testigos y redactaron la partida de matrimonio.

Casáronse el jalifa y Ganim ben Ayub la misma noche y a la mañana siguiente mandó el jalifa que escribiesen la historia de todo cuanto le ocurriera a Gánim desde el principio hasta el fin y la guardasen en sus archi-

vos con todos los demás pergaminos.

Pero no es esta historia, sin embargo, más peregrina que la de Omaru-n-Nómán y su hijo Scharkán y su hijo Zu-l-Mekán, pues lo que les sucedió a los tres pertenece de lleno al número de las cosas raras y extraordinarias.

—¿Y qué historia es esa?—exclamó el rey.





## HISTORIA DEL REY OMARU-N-NOMAN Y DE SUS HIJOS SCHARKAN Y ZU-L-MEKAN

(Noches 60 a 102)

*Este cuento, el más largo de los que componen el libro, es un verdadero poema épico, tanto por el asunto como por la elevación del estilo, que en ocasiones se eleva al estro lírico. Las incidencias domésticas del rey Omaru-n-Nôman mézclanse, como en el ciclo griego de Agamenón, con los acaecimientos públicos, y adquieren categoría histórica. Todo el relato es un eco de las luchas entre musulmanes y cristianos, en los siglos medios, y arroja mucha luz sobre las relaciones entre ambos bandos, no siempre en guerra franca, pero siempre en sorda pugna de insidias y ardidés. La fantasía oriental muéstrase aquí en toda libertad, confundiendo la historia con la fábula e ideando toda suerte de lances maravillosos para sorprender al lector y moverle a toda clase de afectos, terribles, tiernos y patéticos. Gran variedad de caracteres, buenos y malos, todos trazados y sostenidos, con un fondo de verdad psicológica, exagerado por la megalomanía creadora del narrador o por la rivalidad apasionada de raza y religión. El rapsoda—pues indudablemente se trata de un argumento básico, tratado por diferentes autores—condensa todos los rasgos desfavorables del enemigo cristiano en la figura de la vieja Zatu-d-Dauahi, prototipo de todas esas viejas marrulleras y ladinas, que en otros cuentos aparecen en más reducida escala, como personajes de la picaresca oriental, atribuyéndole toda clase de vicios, afectos y fealdades, morales y físicas, para que resulte una caricatura grotesca, incapaz de grandeza trágica. El rapsoda personifica en esa vieja astuta y trapacera toda la perfidia rumí y la hace perecer en la picota, cubierta de ludibrio, para que sirva de motivo de escarnio y edificación en los buenos creyentes en Alá, el verdadero y único.*

*Esta historia, cuya redacción se sitúa entre los siglos X y XVI, está llena de reminiscencias de las Cruzadas y de toda la literatura mítica de la*

antigüedad griega y judaica; en ella aparecen las famosas amazonas del mito griego de Jasón y Pentesilea, personificados respectivamente en el príncipe Scharkán y la princesa Abrisa; el robo del vellocino de oro, reproducido en el del tesoro de Iskander, el bicornes (Alejandro Magno), que realizan los piratas del rey Hardob, y el rapto de Helena, la esposa de Menelao, origen de la cruenta guerra de Troya, cantada por Homero, simbolizado en el de la princesa Zafiya, hija del rey Afridón, por los guerreros del rey Hardob; cosas ambas que dan motivo para una larga lucha y relacionan esta historia, de un lado, con la venerable Iliada y de otro con la célebre novela folletinesca, de la época de la decadencia helénica, titulada Historia de Teágenes y Cariclea, que nuestro Cervantes imitó en sus Trabajos de Persiles y Segismunda.

Toda la historia, en que se entrecruzan varios argumentos, que dan lugar a inacabables peripecias, está llena de simbolismo, que se manifiesta hasta en la onomástica de los personajes, y así Scharkán puede interpretarse como un compuesto de Scharr (malo) y kan (fue), el que fue malo y dejó de serlo (en atención a su arrepentimiento final); los nombres de sus hermanos Zu-l-Mekán y Noshetu-s-Semán significan, respectivamente, Luz del lugar y Alegría del tiempo, y los de Kuziya-fe-kan y Kan-ma-Kan, Fuerza del sino y Fue lo que fue.

En cuanto al fondo de la historia, simboliza, sin duda, la misma pugna inmemorial entre los pueblos de Europa y Asia por la hegemonía espiritual y política, que forma el argumento de la Iliada, que aquí, como es natural, no se decide como en la Iliada a favor de los primeros, sino de los segundos.

El poema épico termina verdaderamente con la victoria final de los sarracenos sobre los bizantinos y luego deriva hacia la novela de caballería, con matiz de picaresca, cuando el príncipe Kan-ma-Kan se echa al campo, como Don Quijote; pero no solo como este en busca de aventuras y de gloria, sino también y principalmente de botín, para hacerse digno de la mano de su prima. Esta parte de la historia representa una diversión del estro trágico al tragicómico, de Tasso a Ariosto y de Amadís a Don Quijote.

Ni Galland ni Weil incluyeron en sus versiones esta principalísima historia, que estuvo inédita hasta la edición de Burton (Lane sólo recogió las historias de Asis y Asisa y Seifu-l-Muluk), quizá por su excesiva longitud o la crudeza de algunos pasos, compensada, es cierto, por otros de tono moral, ascético. Todo el relato es interesantísimo, pues en él pueden contemplarse todas las modalidades y resortes de la literatura arábiga, así como también todas las ideas que por aquel tiempo de su redacción (alrededor del siglo X) predominaban entre los árabes sobre pueblos, razas y religiones. El duelo secular entre Occidente y Oriente se personaliza, por decirlo así, entre el visir Dandán (cuyo nombre derivado probablemente de la raíz dndn—hablar entre dientes, bisbisear—alude ya a su discreción y buen juicio, así como su papel de sugeridor) que representa la sabiduría, la prudencia y rectitud orientales frente a la astucia y osadía y deslealtad de la vieja Zatu-d-Dauahi.

*El visir Dandán es el sabio Néstor de esta Iliada moruna, el consejero leal y experto; el buen visir, en suma, según el modelo trazado por el autor anónimo del libro persa Andarzi-Juzrav Kavalán (Advertencias de Jusrav. hijo de Kobad) y del que, entre otras historias, veremos reproducciones entre las que descuella el visir Schemmás, de la historia del rey Chiliad.*

*Tocante a la onomástica de los personajes, no estará de más decir que el nombre del rey de Rum, Afridón (Afridonios en la versión de Mardrus), parece el mismo nombre persa Afridón o Feridón, que es el de un rey iranio de los tiempos heroicos de la Persia que, según los cronistas, señoreaba un imperio que abarcaba toda la tierra conocida, incluso en el norte de Africa, hasta Marruecos, y también el país de Ar-Rum, y cuya aventurera vida, en la que hay guerras con los turanios y también luchas intestinas con sus propios hijos, narra el gran Firdusi en su epopeya del Schah-Námeh. Es muy posible que el rapsoda árabe haya tomado rasgos de ese Afridón o Afridún persa para aplicárselos al rey Omaru-n-Nômán operando una de esas sincrasis tan frecuentes en estas historias.*

*En su interesante libro Leyendas moriscas, de D. F. Guillén y Robles—sacadas de manuscritos aljamiados, existentes en las Bibliotecas Nacional, Real y de Gayangos—, se incluye una titulada Batalla del valle de Yermuk que guarda no poca analogía con la presente historia, en cuanto a la parte marcial del argumento. La batalla de Yermuk duró cerca de cinco meses—anota el señor Guillén y Robles—, pues empezó en abril del 634, siendo jalifa Abu-Bekr, el suegro de Mahoma, y terminó en agosto del mismo año, con la victoria de los sarracenos, siendo ya jalifa Omar. Llámasele así por haberse reñido en las cercanías de Bazra, donde las fuentes de la sierra del Hermón bajan torrencialmente a la llanura de Recápolis, a orillas del río Yermuk (Hieromax).*

*Acaudillaba a los cristianos el emperador bizantino Heraclio y a los mahometanos Jalid-ben-Ualid, uno de los compañeros del profeta. La lucha fue empeñadísima y abundó en toda suerte de incidencias, alternativas, ardidés y defecciones, hasta que al fin la victoria se decidió, como queda dicho, por los sarracenos. En ella hizo prodigios de valor Ali-ben-Abu-Taleb, el yerno de Mahoma, protagonista de tantas caballerescas leyendas. «La llamada batalla de Yermuk—dice Guillén y Robles—es uno de los trances de guerra más famosos de los tiempos medios, por sus pormenores y por la trascendencia de sus resultados, pues aquella victoria fue considerada por los musulmanes como el aplastamiento definitivo de los seguidores de la Cruz.» «Y dixo (sic) Ali-ben-Abu-Taleb:—Sabed que ya esta batalla, que ya la nombró Alá al Profeta, aquella que sería nombrada por siempre ya más (sic) y disipadora de los servidores de la Cruz.»*

*Posible es—nos atrevemos a insinuar nosotros—que la citada leyenda morisca y otras del mismo ciclo, correspondientes a los primeros tiempos heroicos del Islam y la presente historia miliunanochesca, deriven de la misma fuente y que muchos de los elementos literarios de ese ciclo épico hayan pasado también amalgamados, con los otros ya aludidos, a formar*

*este largo epos de fondo tan rico como heterogéneo que debió de irse elaborando a través de los siglos, hasta alcanzar la decadencia de la epopeya y su derivación hacia la parodia y la novela de pícaros.*

*Mencionemos, finalmente, el libro de Asselan Riche Scharkán, conte arabe. París, 1829.*

*La versión Mardrus transcribe Omar Al-Nemán, el nombre de este rey, y radica su corte, no en Dimechk (Damasco), sino en Bagdad, empezando su historia con este proemio: «He llegado a saber, joh rey el afortunado!, que hubo en la ciudad de Bagdad, después de reinar muchos califas y antes de que reinaran otros muchos, un rey que se llamaba Omar Al-Nemán...»*

*Afridón es en dicha versión Afridonios, y Hardob, Hardobios. El nombre de Nômán, como derivado de la raíz nâm (gracia, riqueza, etc.), encierra connotaciones faustas. Hubo varios reyes de Hira que se llamaron Nômán. Aquí hace de cognomen, pues el nombre de pila o praenomen es Omar.*

*Finalmente, el jalifa Abdu-l-Melek-ben-Meruán, de la dinastía de los umeya u omeya, reinó en Damasco en el primer siglo de la hehra y conquistó el Hichás, el Yemen y el Egipto.*

Dijo Schahrasad:

—He podido saber, ye monarca, el afortunado, que había en la ciudad de Dimechk, antes del reinado de Abdu-l-Melek-ben-Meruán, un rey al que le llamaban Omaru-n-Nômán y era de los valientes y esforzados y venciera a los reyes de Jusraves y a los césares, no habiendo quien con él pudiese <sup>1</sup> ni en el consejo lo venciese, y cuando se enojaba, despedía un chorro de fuego de su garganta, de suerte que llegó a dominar todos los países y a administrar justicia en todas las naciones y regiones de la tierra y en todas las islas del mar y en todas las comarcas regadas por rios caudalosos como el Seijón y el Cheijón y el Nil y el Frat <sup>2</sup>.

Y enviaba embajadores suyos a to-

das sus provincias para que le llevaran de las mismas informes fidedignos y aquellos volvian y lo enteraban de cómo la gente toda acataba sus fallos y todos los guerreros se inclinaban ante él con respeto; que él los unía a todos con sus beneficios y sus mercedes y entre ellos difundia los rayos de luz de la justicia y de la gracia, pues era de condición magnánima.

De suerte que de todas las partes le enviaban presentes y afluían a él tributos de todos los lugares de la tierra cuan ancha y larga es esta.

Y tuvo este rey un hijo, al que puso por nombre Scharkán, el cual resultó ser una plaga de las plagas de los tiempos y vencía a los bravos y exterminaba a los osados, por todo lo cual amábalo su padre con gran amor que no podía ser mayor y su heredero, en el trono lo nombro.

Luego que hubo llegado (Scharkán) a la edad de la hombría y cumplido los veinte años, prestáronle todos obediencia por lo que tenía de intrépido y de bravo.

<sup>1</sup> Literalmente: quien lo asase al fuego.

<sup>2</sup> El Seijón y el Cheijón son, respectivamente, el Oxus y el Jaxartes de los geógrafos griegos, y el país comprendido entre ellos es la antigua Transoxiana, que los orientales llaman también Ma-uara-n-Nehar (lo que está allende el rio) *Abdu-l-Kerim*. Viaje a Meca. El Nil y el Frat son, respectivamente, el Nilo y el Eufrates.

Y tenía su padre Omaru-n-Nôman cuatro mujeres, según el Libro y la Sunna <sup>3</sup>, pero en ninguna de ellas hubo más hijo que Scharkán y todas ellas, quitando a la madre de aquel, eran estériles, no habiéndole agraciado ninguna de ellas con ningún hijo, ni varón ni hembra.

Y tenía también el rey Omaru-n-Nôman, además de esas cuatro esposas, concubinas en número igual al de los días del año copto, y en sus serrillos había mujeres de todas las razas y a cada una de ellas mandábale el rey labrar vivienda aparte, estando todas ellas dentro de su alcázar. Porque mandara edificar doce alcázares, según el número de los meses del año, y dentro de cada uno hiciera labrar treinta pabellones, de suerte que eran estos en total trescientos sesenta. Y las preferidas barraganas vivían en esos pabellones y a cada una de ellas le tenía

destinada una noche para pasarla en su compañía, no visitando a ninguna sino cumplido un año entero después de la última visita.

De esta conformidad vivió por espacio de tiempo y sucedió, por obra del Poderoso que todo lo dispone, que una esclava de las esclavas de An-Nôman vino a quedar encinta y se hizo pública su preñez y llegó a noticias del rey, el cual se alegró sobremanera y dijo:

—¡Puede que mi prole y descendencia sea toda ella de varones!

Tomó, pues, nota de la fecha de su preñez y la fue a ver y la colmó de agasajos y regalos.

Súpolo Scharkán y lo sintió y lo llevó a mal.

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## PERO LA NOCHE 61 SIGUIO DICIENDO EN ESTA FORMA:

—He podido averiguar, ye monarca, el afortunado, que Scharkán, al saber que una esclava de su padre quedara encinta, experimentó gran contrariedad, aunque se lo calló. Y esto es por ahora todo lo referente a su persona.

Cuanto a la esclava, era esta rumí y era la mejor y la más guapa de todas las esclavas del rey y la más linda de cara y más guardadora de su honra.

Y era, además, muy despierta de inteligencia y de muy cumplida hermosura. Y la noche que le tocaba al rey estar con ella, lo atendía solícita y le decía:

—Ye gran monarca, al Dios del cielo le pido que te dé en mí un hijo varón.

<sup>3</sup> El *Corán* y la Tradición o ley oral. La *Sunna* o *Sona* (el morisco converso Juan Andrés de Játiva escribe *Zuna*), de *sunna*—camino, ley—, es respecto al *Corán* lo que el *Talmud* respecto a la *Biblia* y consta de seis libros.

que se críe para tu gozo y descuelle por su urbanidad y templanza entre todos.

De lo cual recibía el rey gran alegría y se encantaba de oírle decir tales palabras.

Siguieron así las cosas hasta que se cumplieron sus meses.

Sentóse ella entonces en el sillón del parto <sup>4</sup>, y como era buena devota pú-

<sup>4</sup> No se trata de ninguna metáfora, sino del sillón especial en que era costumbre en otros tiempos sentar a las parturientas para facilitarles el alumbramiento. La costumbre rigió por lo menos hasta el siglo XVIII, pues en 1766 publicó el abate Dinouart su *Embriología sagrada*, traducción y compendio de la obra así titulada escrita en latín por el canónigo italiano Cangiamila. En la versión española de la obra de Dinouart, hecha por el doctor Castellet, puede verse el modelo de uno de esos sillones obstétricos, llamado en el libro *silla agujereada de Heister*.

sose a rezar e invocó a Alá para que le concediera un hijo bueno y le allanara el alumbramiento.

Escuchó Alá sus ruegos. Y había encargado el rey a su eunuco de cámara que le comunicase en seguida si el recién nacido era varón o hembra, y otro tanto había hecho su hijo Scharkán, designando también un esclavo, para que le llevase la nueva.

Ahora bien: luego que dio a luz Zafiya<sup>5</sup>, examinaron las comadronas al recién nacido, encontrando ser hembra, con una cara más refulgente que la propia luna llena.

Participáronse luego así a los circunstantes y el emisario del rey fue a comunicárselo a este, haciendo otro tanto el enviado de Scharkán, el cual alegróse mucho al saber la novedad.

Luego que se hubo retirado el eunuco, exclamó Zafiya, dirigiéndose a las comadronas:

—Aguardad un poco, que siento como si en mis entrañas se moviese algo más.

Lanzó luego un quejido y le repitieron los dolores del parto y Alá se lo facilitó y dio a luz por segunda vez.

Reconocieron luego las comadronas al recién nacido y comprobaron ser un niño con una cara como la luna llena, una frente de blancura deslumbradora y unas mejillas encarnadas como rosas.

Alegráronse con ello la madre y los esclavos y sirvientas y todos los presentes.

Y echó Zafiya un pelón de monedas de oro puro y hubo pelón también en el alcázar, ambos con mucho rumbo.

Y Zafiya salió del sobreparto en tanto todos en palacio lanzaban los *leilies*<sup>6</sup> propios del caso.

Y se enteraron de lo ocurrido las demás esclavas del rey Omaru-n-Nómán y se llenaron de envidia a la favorcada.

Y llegó la noticia a oídos del rey y este se alegró mucho y se regocijó.

Y en el acto se levantó y fue a ver a Zafiya y la besó en la frente y miró al recién nacido y se bajó y lo besó.

Y empezaron las esclavas a batir los panderos y a tocar los demás musicales instrumentos.

Mandó luego el rey que pusieran al niño el nombre de Zu-l-Mekán<sup>7</sup> y a su hermanita el de Noshetu-s-Semán<sup>8</sup> y todos acataron su orden con el «Oigo y obedezco», según corresponde.

Asignéles también el rey a ambos hermanos servidores, nodrizas, criadas y ayas, y destinóles habitaciones separadas.

Supieron luego los vecinos de Dimchik cómo Alá gratificara a su rey con dos hijos y engalanaron la ciudad y se entregaron a demostraciones de júbilo y regocijo.

Y subieron a visitar al rey los emires y los visires y los grandes del reino y lo felicitaron por el nacimiento de sus hijos Zu-l-Mekán y Noshetu-s-Semán, y el rey les dio las gracias y les obsequió con sendas *jalás* y extremó con ellos sus agasajos y atenciones, gratificando a todos sus vasallos, así de la clase alta como de la baja.

Ignoraba Scharkán a todo esto que a su padre, el rey Omaru-n-Nómán, diérale Alá un hijo varón, estando en la creencia de que la esclava solo alumbrara a Noshetu-s-Semán, pues le tuvieron oculta la noticia de lo demás.

Mas sucedió que un día entre los días comparecieron ante el rey sus chambelanes y besaron la tierra entre sus manos y le dijeron:

—Has de saber, *ye* rey el respetable, cómo son llegados embajadores del rey

<sup>5</sup> Clara, pura. Acaso arabización de Sophia.

<sup>6</sup> Es el *tahil* del árabe clásico y *zagrutah* del vulgar, una serie de alaridos entrecortados con que los moros expresan su alegría y también su reto al enemigo en el combate. En el *Quijote* se encuentra la forma romanceada *leilies* y por eso la empleamos nosotros.

<sup>7</sup> Luz del lugar.

<sup>8</sup> Alegría del tiempo.







de Ar-Rum, señor de Kostantiniya la Grande <sup>9</sup>, y desean pasar a verte y besar la tierra entre tus manos, y si nos lo permites, los introducimos y, si no, no.

Mandóles el rey los hicieran pasar y, luego que entraron, hizoles una reverencia y adelantóse hacia ellos y preguntóles lo que allí los llevaba y el motivo de su embajada.

—Has de saber—dijeron ellos—que el que nos envía a ti, el rey Afridón, señor de las tierras jónicas y de los ejércitos cristianos, el que se sienta en el trono de Kostantiniya, te participa hallarse hoy en guerra con un poderoso enemigo, el señor de Kaisariya <sup>10</sup>, y la causa es que cierto rey de los árabes, en una de sus conquistas, encontró un tesoro que data de tiempos remotos, de la época de Iskander, el bicorne <sup>11</sup>, y sacó de él caudales cuantiosos, que no pueden contarse ni calcularse, figurando, entre las cosas que allí halló, tres piedras preciosas redondas, del tamaño de un huevo de avestruz, y las tres adornadas con aljófar de lo más

caro y puro, y cada una de ellas ostenta grabada con caña jónica una inscripción que es cosa de misterio y poseen las tres muchas y provechosas propiedades y virtudes. Siendo una de ellas la de que, si se le cuelga al cuello de cualquier persona una de esas piedras, no es de temer le ocurra mal alguno en tanto la lleve puesta ni será tomada de irritación ni fiebre en tanto la tuviere.

Ahora bien: al ponerle la mano encima a ese tesoro y dar con él y enterarse de lo que contenía, envióle el monarca árabe al rey Afridón una embajada con regalos y presentes, en dinero y joyas, y, entre estas últimas, figuraban esas tres piedras preciosas, y fletó dos barcos, el uno de ellos para transportar los dineros y el otro para que en él fuesen los hombres encargados de guardarlos de quien pudiese atravesarseles en el mar, durante la travesía, y asaltarles con fines de piratería.

No bien estuvieron equipados los dos barcos, hiciéronse a la mar y bogaron hasta llegar cerca de nuestra costa; pero allí salieronles al paso unos salteadores de caminos de aquel país, entre los que iban soldados del señor de Kaisariya, y se apoderaron de cuanto había en ambos barcos, así dineros como joyas, incluyendo las tres piedras preciosas, y dieron muerte a todos los guardianes.

Llegó la noticia de ello a nuestro rey, y este envió en seguida contra ellos un ejército, que fue derrotado, visto lo cual mandó luego otro más poderoso que el primero, y que también quedó maltrecho.

Enojóse grandemente nuestro monarca entonces y juró que había de salir a campaña él mismo en persona al frente de todo su ejército y no volvería de allí sin haber arrasado por completo toda la Kaisariya y asolado toda su tierra y todo el país que se halla bajo su dependencia.

<sup>9</sup> Constantinopla. La antigua Bizancio.

<sup>10</sup> Hay dos Cesáreas: una en Palestina y otra en Capadocia; ambas formaron parte del imperio romanobizantino.

<sup>11</sup> Alejandro Magno; llamado así por los orientales por haber dominado el Oriente y el Occidente.

El cuerno es signo de poder en la simbólica semítica. También a Moisés se le describe bicorne en la *Biblia*.

Por lo demás, el dios Pan es bicorne en la mitología helénica, lo que indica que se trata de un símbolo común a todos los pueblos de la antigüedad.

De Iskander Zu-l-Karnain (Alejandro el bicorne) se habla en el *Corán*, designándolo con ese nombre, que también le asigna el *Talmud*, de donde proceden todas las noticias que sobre el hijo de Filipo da en su Libro el Profeta.

Contra esta etimología debemos hacer notar la opinión del viajero español D. Domingo Badía y Leblich (Alí Bey el Abbasi), que en su libro *Viajes por Africa y Asia* sostiene que del epíteto Zu-l-Karnain no debe deducirse *el de los dos cuernos*, sino *el de los dos siglos*, fundándose en la doble significación del vocablo *karn* según la vocal que se le asigne.

Y lo que ahora desearía del dotado de poder y sultania, del rey Omaru-n-Nómán, es que nos ayudase con sus tropas, hasta conseguir la victoria. Y nuestro rey te envía por nuestro conducto algunos presentes y espera de tu benevolencia te dignes aceptarlos y

a su demanda accedas. Después de eso besaron los embajadores la tierra entre las manos del rey Omaru-n-Nómán...

Pero al llegar a este punto sintió Schahrasad venir la mañana y cortó el hilo de sus elocuentes palabras.

## Y LA NOCHE 62 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mi noticia, *ye monarca*, el afortunado, que los embajadores del rey de Kostantiniya besaron la tierra entre las manos del rey Omaru-n-Nómán, luego que le hubieron explicado el objeto de su viaje y transmitido su mensaje.

Ofreciéronle después los regalos, que consistían en cincuenta esclavas de los distintos países de Ar-Rum, y cincuenta mamelucos que vestían caftanes recamados y ceñían cinturones de oro y plata, y cada mameluco lucía en las orejas aretes de oro, con incrustaciones de perlas, que valían mil pesos de oro y plata y lo mismo las esclavas, siendo sus trajes de ricas telas, que valían, a no dudar, un dineral.

Al verlos el rey acogiólos de buen grado y se holgó mucho de ellos y mandó que colmasen de agasajos y de honores a los embajadores.

Y se reunió con sus visires en el acto para deliberar con ellos sobre lo que procediera hacer en aquel caso. Levantóse entonces uno de los visires, que era hombre de mucha edad, al que llamaban Dandán<sup>12</sup>, y después de besar la tierra entre las manos del rey Omaru-n-Nómán, dijo el visir Dandán:

—Oh monarca egregio: no harás nada mejor, en el presente caso, que aperebir un ejército bien armado y nombrar

caudillo a tu hijo Scharkán, en cuyas manos nos pondremos todos como sus servidores y esclavos.

Al oír el rey esas palabras de su visir Dandán hallólas muy de su gusto y acertadas, y le regaló un traje de gala, y luego dijo:

—Hombres como tú son los indicados para asesorar a los reyes y conviene que seas tú quien se ponga al frente de esas tropas, bajo el mando supremo de mi hijo Scharkán.

Mandó luego el rey que le llevaran a su presencia a su hijo Scharkán, y comparecido que este hubo, contóle toda la historia y le informó de cuanto los embajadores le dijeron y de lo que su visir Dandán propusiera, y le encargó de aperebir los pertrechos de guerra y hacer los preparativos necesarios para salir en seguida a campaña, recomendándole, asimismo, que no se apartase de lo que el visir Dandán le aconsejara.

Acató Scharkán las palabras del rey, su padre, y, acto seguido, se levantó y procedió a escoger de entre sus huestes mil jinetes.

Entró luego en su alcázar y tomó de allí una suma de dinero considerable y les dijo a sus soldados:

—Os doy tres días de plazo.

Besaron ellos la tierra entre sus manos y sometieron a su mandato. Después de lo cual se retiraron y procedieron a hacer acopio de pertrechos bélicos.

<sup>12</sup> Vocablo persa que significa Diente. Como el griego Odus-odontis y el sánscrito Dat-Dantas, del que se derivan ambos.

cos y disponer las cosas pertinentes al caso.

Pasó luego también Scharkán a su armería y tomó de ella lo que había menester en punto a material de guerra.

Pasó luego a sus caballerizas y eligió los mejores bridones y las acémilas necesarias.

Cumplióronse entre tanto los tres días y salieron ya los guerreros a las afueras de la ciudad y fue allá también el rey Omaru-n-Nôman, para despedirse de su hijo Scharkán, el cual besó la tierra entre sus manos y le regaló siete arcas, llenas de oro y plata.

Llegóse luego a su visir Dandán y le recomendó las huestes de su hijo Scharkán, y el visir besó la tierra entre sus manos y le contestó con el «oír es obedecer» de rigor.

Acercóse luego el rey a su hijo Scharkán y le recomendó recabase para todos los asuntos el consejo de su visir Dandán.

Prometióselo así aquel y el rey, sin más, volvióse a la ciudad.

Mandó entonces Scharkán a todos los jefes del ejército que pasaran revista a sus soldados, los cuales ascendían a mil hombres de a caballo, sin contar los que les seguían.

Pusieronse luego todos en marcha y redoblaron los atabales<sup>13</sup> y vibraron los clarines y ondearon al aire las banderas, flameando por sobre sus cabezas.

Y no pararon de marchar, precedidos de los embajadores que les indicaban el camino, por espacio de veinte días, hasta que el veintiuno llegaron a un valle espacioso, muy arbolado y frondoso. Era de noche cuando a él arribaron, y Scharkán dio orden a sus tropas de hacer alto y acampar allí durante tres días descansando.

Detuviéronse, pues, en aquel valle y

armaron sus tiendas de campaña, repartiéndose el ejército a derecha e izquierda, situándose en el centro el visir Dandán, en compañía de los embajadores de Afridón, el señor de Kostanti-niya.

Cuanto al rey Scharkán, estúvose quieto hasta que acamparon todos y se distribuyeron a ambos lados del valle, después de lo cual alojó las riendas de su corcel y procedió a explorar el valle, apostando en él centinelas y prove-yendo personalmente a todo, según la recomendación de su padre, pues estaban a la entrada del país de Ar-Rum y en tierra enemiga.

Marchó, pues, él solo, después de ordenarles a sus mamelucos y hombres de su intimidad que acampasen junto al visir Dandán. Y siguió adelante a lomos de su bridón, explorando los costados del valle hasta que pasó un cuarto de la noche, momento en el cual tomóle el cansancio y vencióle el sueño.

De suerte que no pudo apearse del caballo, aunque tenía por costumbre dormir sobre sus lomos recostado.

Luego que el sueño dominole, siguió galopando el bridón, llevándole a cuestras, y así continuó hasta que la noche medio. Despertose entonces Scharkán y hallóse entre la arboleda y en aquel momento despuntaba la luna llena.

Y al fulgor de la luna, encontróse en la linde de un prado, que no parecía sino uno de los prados del Paraíso, y percibieron sus oídos los ecos de palabras melodiosas y voces altas y risas, tales como para cautivar la mente de cualquier mortal.

Y oyó una voz de mujer que hablaba en lengua árabiga y que decía:

—¡Por el Mesías verdadero, que eso no está bien, y a la primera que hable palabra, en tierra la postraré y con su estola la ataré!

Dirigióse luego Scharkán hacia aquella parte donde sonaba la voz.

<sup>13</sup> Del árabe *At-Tabal*. Tambor.

hasta llegar muy cerca, y al tender la mirada, vio un río que fluía caudaloso y unos pájaros que revoloteaban traviosos y unas gacelas que se ofrecían de blanco al cazador y unos onagros que se apacentaban sin temor, y aquellos pájaros, en su lenguaje de trinos y gorjeos, se expresaban a medida del deseo.

Abundaba, además, aquel paraje en variedad de plantas, de suerte que podía aplicársele la pintura que hizo el poeta en estos versos:

«Sin más gala que sus flores  
la tierra refulge hermosa,  
y los ríos que la riegan  
de más belleza la dotan.  
Testimonio así nos da  
del poder de su Creador,  
de Alá a quien todo se debe,  
fuente de todo esplendor.»

Miró Scharkán hacia aquella parte y vio un cercado y en él un castillo que se elevaba en el aire y relucía al claror de la luna y en su centro un riachuelo que corría hacia aquel arriate y en este una mocita rodeada de diez esclavas, que por su hermosura semejabán otras tantas lunas, y ostentaban en sus cuerpos variedad de alhajas y velos tales que cautivaban los ojos, y todas ellas, además, con apariencia virginal.

Como en estos versos dijo de ellas el poeta:

«Refulge la pradera con el brillo  
de las lindas y alegres muchachitas,  
que en ella se divierten y retozan.  
Virgenes son de esbeltas cinturitas,  
palmeras que en el aire se cimbrean,  
con un andar gentil que nos encanta.  
Y al modo que los pámpanos las vides,  
dejan colgar sus cabelleras largas.  
En tanto que disparan con sus ojos  
flechas de irresistible puntería,  
que en el alma hacen blanco y la malhieren  
y en ella para siempre se nos hincan.»

Miró luego Scharkán hacia la joven que estaba en el centro del corro y le pareció la luna en su pleno, con unas cejas corridas y una frente deslumbrada

y unas pestañas largas y rizos en las sienas, acaracolados; todo ello de una perfección incomparable, como dijo el poeta hablando de otra semejante:

«Sus ojos son dos luceros,  
su talle una lanza india,  
sus mejillas a las rosas  
con sus colores eclipsan.  
Y sus negros bucles son  
sobre su frente tan clara,  
una noche que se duerme  
en brazos de la mañana.»

Oyó Scharkán que aquella joven les decía a sus doncellas:

—Vamos; disponeos a luchar conmigo hasta que os postre en tierra, antes que se oculte la luna y la alborada venga.

Adelantáronse ellas y se pusieron a forcejear con su señora, hasta que esta las fue venciendo una tras otra, sin el menor esfuerzo, atándolas después con sus respectivas estolas.

Y no paró la joven de derribar en tierra a esta y a aquella hasta vencerlas a todas.

Llegóse luego a ella una esclava anciana, con ademán airado, e increpóla diciendo:

—¡Ah desvergonzada! ¿Cómo te envanece de vencer a estas muchachas cuando yo, que soy una vieja, las vencí cuarenta veces? Vamos a ver ahora si tienes bríos bastantes para vencerme a mí. ¡Fanfarrona!

A lo que contestó la otra:

—¡Ye mi señora Zatu-d-Dauahi<sup>14</sup>, por el Mesías, el verdadero, que hemos de ver si de veras me vences o si se trata de una broma!

—De veras te he de vencer—respondió la vieja.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y cortó el hilo de sus elocuentes palabras.

<sup>14</sup> Zatu-d-Dauahi, la de las calamidades, o sea, la calamitosa para sus enemigos. Se trata de un epíteto honroso.

## PERO LA NOCHE 63 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—He llegado a saber, ye monarca, el afortunado, que al oír la joven aquellas palabras de la vieja le dijo:

—¡Pues ven acá a derribarme si para ello tienes bríos!

Enfurecióse la vieja al oírlo y los pelos de su vientre se encresparon como los de un puerco espín. Y exclamó:

—Por la ley del Mesías, que hemos de luchar en cueros, ¡iso perdida!

Y acto seguido procedió la vieja a soltar los lazos de sus vestiduras y metió su mano por debajo y se las quitó, quedando desnuda, con solo un mandilete de seda atado por detrás de la cintura, de suerte que parecía una *efrit* de traza siniestra o una serpiente con pintas blancas y negras.

Y encarándose con la mocita, le dijo:

—Haz tú ahora lo mismo.

Y en seguida fue la joven y cogió un paño yemeni y se lo ató dos veces y se quitó los pantalones, dejando ver dos muslos como el mármol, sobre los que resplandecía un montecillo de cristal diáfano, rociado de leche, encantador, y un vientrecillo que de sus surcos despedía olor a almizcle y parecía salpicado de pétalos de anémona, y un pecho sobre el que se erguían dos tetillas turgentes como dos granadas de bermejos pezones coronadas.

Agachóse luego sobre ella la vieja y, cogiéndose las dos por los brazos, empezaron a luchar con mucho garbo.

Scharkán, por su parte, alzó los ojos al cielo e imploró a Alá para que concediera a la joven la victoria sobre la vieja.

Escurrióse aquella por debajo del cuerpo de la vieja y cogióla con su mano izquierda por la entrepierna y

con la derecha por el cuello y la levantó en vilo sin gran esfuerzo.

Retorcióse la vieja y trató de zafarse, pero vino a dar de espaldas en el suelo, con las piernas en alto, dejando ver a la luz de la luna los pelos de su cuerpo. Soltó luego dos pedos, uno de los cuales levantó una nube de polvo en la tierra y el otro una columna de humo que subió hasta el cielo.

Al ver lo cual dijose Scharkán para sí:

«En verdad no mintió quien Zatud-Dauahi te llamó.»

Acercóse luego Scharkán al lugar del combate para no perder detalle.

Adelantóse la muchacha y lanzóle a la vieja un manto de seda y ella volvió a vestirse sus ropas y se disculpó, diciendo:

—Ye señora mía, la calamitosa, renuncio a vencerte, en gracia a lo que te ha sucedido y, sin embargo, te escurríste de mis manos. Pero loado sea Alá que saliste bien parada del paso.

No le contestó nada la vieja, sino que se levantó y se fue de allí abochornada y corrida, no parando de andar hasta que se perdió de vista.

Seguían a todo esto las demás esclavas atadas con sus ceñidores y postradas en tierra, siendo la joven la única que permanecía enhiesta, y dijose para sus adentros Scharkán:

«Quien no se arriesga, no pasa la mar.»<sup>15</sup>

Montó luego en su corcel y diole una puñada en el pecho, saliendo aquel disparado como flecha despedida del arco, y enarboló su tizona desnuda y lanzó su grito de guerra:

<sup>15</sup> Literalmente: No hay ganancia sin su porqué. *Lkl risk sbb.*

—¡Alá es grande!

Al verlo la muchacha echó a correr hacia la orilla del río, que tenía seis brazas de ancho, y, de un salto, se plantó al otro lado y desde allí gritóle a Scharkán con voz recia:

—¿Quién eres tú, compañero, que te atreves a penetrar en nuestra intimidad, enristrando tu tizona cual si fueres a luchar con una tropa enemiga?

¿De dónde vienes y adónde vas? Responde con la verdad, que con ella quedarás en buen lugar y no con la mentira, que es indicio de villanía.

Sin duda esta noche te extraviaste en tu camino y llegaste casualmente a este lugar, de donde salir con bien es la mayor de las mercedes que puedes esperar. Pues dízque estás en campo abierto y bastaría que diéramos nosotros un solo grito para que en seguida acudieran cuatro mil caballeros en nuestro auxilio,

Así que dime qué es lo que necesitas, y si solo quieres que te indiquemos el camino, con mucho gusto lo haremos.

Y Scharkán le respondió, diciendo:

—Yo soy un peregrino de los musulmanes que sali de caza esta noche en busca de botín y ninguno mejor podría haberme mostrado la fulgente luna que el de estas diez mocitas de tal hermosura, por lo que, sin más, arramblaré con ellas y me volveré a mis tiendas.

Pero la joven le replicó altanera:

—En eso del botín que dices me parece que te equivocas, pues estas mocitas no serán tuyas nunca. ¿No te dije antes que el mentir es señal de cobardes?

Y Scharkán le contestó:

—El hombre prudente es aquel que escarmienta en cabeza ajena.

Y la joven, a su vez, replicóle:

—Por el Mesías, el verdadero, que si no temiera echar sobre mi alma la responsabilidad de tu muerte, diera un grito ahora mismo y en seguida vieras llenarse este campo de corceles monta-

dos por poderosos jinetes, y haz cuenta que, si no lo hago, es tan solo por piedad que de ti, pobre extranjero, me da.

De suerte, pues, que si buscas botín, apéate luego de tu corcel y júrame, por tu fe, que vendrás a mi sin armas en las manos y que ambos lucharemos en este campo; y si tú me vencieres, me cogerás y me auparás a la grupa de tu caballo y yo y mis compañeras seremos tu presa; y si, por el contrario, yo te postrare a ti en tierra, tú serás mi prisionero y harás cuanto yo quiera.

Júramelo así, que el corazón me da que eres traicionero, y ya dice el proverbio: «Donde la perfidia es innata, la verdad es flaca.»

Pero si me juras lo que te digo volveré y me acercaré a ti y ambos lucharemos hasta el fin.

Y Scharkán, que estaba lampando por cogerla entre sus brazos y se decía para su ánimo: «Por lo visto no sabe que soy un bravo entre los bravos», contestó a su reto, diciendo:

—Dictame el juramento que quieres que te haga, el que tú pienses que más compromete y ata, y no me llegaré a ti hasta que estés apercebida y me digas: «Ven ya y empecemos a luchar.» Y si tú me derribases en tierra, harto dinero tengo para rescatarme, y si yo te venciere, tú serás mi presa y a fe que me daré por satisfecho con ella.

—Está bien; aceptado—contestó la muchacha.

Y Scharkán, al oírla, maravillóse y dijo:

—Por la verdad del Enviado, que yo también acepto de buen grado.

Y dijo la joven todavía:

—Júrame por Aquel que infundióles almas a los cuerpos y estableció leyes que rigen el Universo que no usarás en el combate de más armas que los puños, pues de lo contrario morirás sin la égida del Islam.

A lo que replicó Scharkán:



—¡Por Alá! Que ningún cadí, aunque fuere el cadí de los cadíes y me hiciere jurar, no me impusiera un juramento de tal gravedad.

Pero, sin embargo, prestóle Scharkán a la joven el juramento que le exigía y juró por cuanto ella le indicó, y después ató su rocín a un árbol y se ahogó en el mar de los pensamientos, y para sí mismo se dijo:

«¡Loado sea Alá, que de agua sucia te formó!»<sup>16</sup>

Apretóse luego el cinto y aprestóse al combate y, dirigiéndose a la mocita, le dijo:

—Cruza el río y ven acá.

Pero ella le contestó:

—No me toca a mí cruzar el río para llegar a ti; tú eres quien cruzarlo debes.

—Es que yo no puedo—dijole Scharkán.

Y ella le respondió:

—Está bien, chiquillo; iré allá yo.

Y, arremangándose las sayas y dando saltos, trasladóse al otro lado, y Scharkán fuese a ella y le hizo una reverencia y batió palmas en su honor.

Y dizque estaba atónito ante su belleza y gracia, pues veía en ella una forma que la mano del Poder había coloreado con los tonos de la rosa y criado por la mano de la Liberalidad y oreado con los céfiros bonancibles y cuyo nacimiento había presidido un astro propicio.

Y la mocita llamó a Scharkán y le dijo:

—Ven acá a luchar, antes que la aurora empiece a clarear.

Y así diciendo remangóse la manga del antebrazo que leche fresca semejava y con su blancura iluminó toda la campa, y Scharkán, al verlo, quedó asombrado y perplejo.

Adelantóse luego hacia la joven y

batió palmas en señal de reto y ella hizo otro tanto y después ambos se agarraron y cruzaron brazos y manos.

Y Scharkán dirigió las suyas al grácil talle de su enemiga y las yemas de sus dedos hundiéronse allí entre los suaves surcos de su carne y Scharkán empezó a temblar lo mismo que la caña persiana cuando la zarandea viento de borrasca.

Pero ella lo asíó con fuerza y lo levantó en vilo y luego lo arrojó contra el suelo y se montó encima del pecho con sus nalgas y sus posaderas, semejantes a montecillos de arena, porque el alma de Scharkán todo dominio sobre sus sentidos perdiera.

Y luego lo interpeló, diciendo:

—¡Ye el musulmán! El matar a los cristianos es lícito para vuestro pueblo; ¿qué tendrías que decir si yo ahora te mato a ti?

Y Scharkán le respondió:

—Ye mi señora, eso que dices de matarme no es lícito en modo alguno, pues nuestro profeta Mohammed (¡sobre él la oración y la paz!) prohíbe matar a las mujeres y los niños y también a los ancianos y los monjes.

—Pues bien—dijo la joven—, puesto que así fuere revelado a vuestro profeta, no debemos ser menos nosotros los nazarenos, y así álzate luego, que te perdono la vida, que nunca la generosidad queda para el generoso perdida.

Levantóse la muchacha de sobre el pecho del vencido y Scharkán se irguió y se sacudió el polvo de su frente y su rostro y sus ropas. Y llegóse a él su vencedora y le dijo:

—No te avergüences; pero en verdad que tiene gracia eso de que quien entró en tierras de Ar-Rum en busca de botín y para ayudar a reyes contra reyes no haya tenido fuerzas bastantes para defenderse de una enemiga formada de la curvada costilla.

—No fue por falta de bríos—contestóle Scharkán—, sino por tu belleza el

<sup>16</sup> Corán, sura XXII, *Al-Hach* (Del alhage), aleya 5.

quedar yo vencido; concédeme, pues, otro combate y te lo estimaré.

Pero la joven echóse a reír y exclamó:

—De buen grado accedo a tu petición; pero esas mocitas llevan largo rato atadas y tendrán sus brazos y sus costados lastimados y debo proceder a soltarlas antes de empeñarme en la nueva lucha, que será larga.

Y la joven fuese a donde estaban sus doncellas y las desató y luego les dijo en lengua griega:

—Id y acogeros a lugar seguro en tanto yo le bajo a este musulmán los humos.

Retiráronse luego ellas, y dizque Scharkán las seguía con la vista y que ellas, para ver a los dos, se volvían.

Llegáronse después el uno al otro ambos contendientes y Scharkán apon-tó su pecho contra el de la muchacha; pero luego que sintió su contacto delicioso faltáronle las fuerzas y ella, que lo notó, de ello se aprovechó y, cogiéndolo fuerte entre sus manos, alzólo en vilo y lo lanzó contra el suelo, igual que hiciera la vez primera.

Cayó Scharkán de espaldas y ella le dijo:

—Levanta, que por segunda vez te perdono la vida. Y si la vez primera hicélo en atención a haber prohibido tu profeta matar a las mujeres, esta vez, la segunda, lo hago haciendo cuenta de tu flaqueza y tu mocedad y tu extrañamiento de tu tierra. Pero, eso sí, te ruego que si en la hueste musulímica que Omaru-n-Nômán ha enviado en socorro del rey de Kostantiniya hubiere alguno más fuerte que tú me lo mandes luego y le des nuevas mías, porque en la lucha hay arides y trucos y fintas y son lícitos los pisotones y los mordiscos y también las zancadillas y los tripiés.

Y Scharkán, que estaba muy irritado contra ella, le respondió:

—Por Alá, mi señora, que aunque yo

hubiese sido el propio maestro As-Saf-di o Mohammed Kemal o Ibnu-s-Saadi <sup>17</sup> no me habría valido de esos ardides y artimañas que dices, pues por Alá que no me venciste por la fuerza de tu brazo, sino por la suavidad de tus partes traseras, que nosotros, los nacidos en las tierras de entre Dos Ríos <sup>18</sup>, nos volvemos locos por un trasero bien formado, hasta el punto que por él de todo nos olvidamos. Pero ahora si eres servida, mi señora, lucharemos por tercera vez, que ya tengo despejados mis sentidos, y dizque no puedes negarme lo que te pido, pues a mi favor hablan las leyes del juego que dicen: «El mejor de todos es el tercero.»

Oído que eso oyó, la joven exclamó:

—Pero ¿no estás satisfecho de derrotas, so vencido? Pero está bien, accedo; ahora que haz cuenta que este tercer combate será decisivo.

Adelantóse luego la joven y lo desafió, y Scharkán hizo igual y se aprestó a la lucha con toda seriedad y procedió con mucha cautela en los cuerpo a cuerpo, evitando los enervantes contactos, de suerte que la joven pudo apreciar unas fuerzas que antes no percibiera y dijo:

—*¡Ye moslem!* Ahora es cuando estás en tu centro.

—Sí—respondió él—. Ya sabes que este es nuestro último combate y que, después de él, cada uno de nosotros se irá por su camino.

Echóse a reír entonces la joven y también rióse Scharkán; pero ella luego cogióle fuerte por un muslo, aprovechándose de un descuido, y lo levantó en vilo rápida y le hizo saludar el suelo, tumbándolo de espaldas.

Echóse luego a reír y dijo:

—Pero ¿eres, acaso, un comedor de grano? ¿O como el gorro del beduino,

<sup>17</sup> Famosos maestros de esgrima.

<sup>18</sup> Mesopotamia.

que se cae al menor golpecillo, o como el Padre de los vientos, que al menor soplo de aire se tambalea?

Pero largo de aquí, pobrete.

Y añadió:

—Vete con tu morisma y envíanos otro que tenga más rejo que tú y sea mejor justador, y pregona por entre las filas de los árabes y los *achemies* y los turcos y los *deilamies* que todo aquel que se sienta para ello con bríos venga aquí a probarlos conmigo.

Y, después que eso dijo, dio la joven un salto y se pasó al otro lado y desde allí, con mucho donaire y risa, le dijo a Scharkán:

—Mucho siento, señor, separarme de ti; pero al hacerlo, te aconsejo que vayas a reunirme con tus compañeros antes que alborée, pues si no te expones a que los caballeros patricios te vean y se echen sobre ti y en las moharras<sup>19</sup> de sus lanzas claven tu cabeza. Y entonces tú, que no tienes agallas para defenderte de mujeres, ¿cómo podrás valerte en lucha con hombres fuertes?<sup>20</sup>

Turbóse Scharkán en su interior al oír aquello y díjole a la muchacha, que ya le volviera la espalda:

—*Ye* mi señora, ¿te vas y dejas aquí a este tu esclavo, extranjero, pobre y con el corazón traspasado?

Volvióse ella a mirarlo y echóse a reír. Y luego díjole así:

—Habla y di lo que desees. Que yo responderé a tu invocación lo que proceda.

Contestóle Scharkán, diciendo:

—¿Cómo, después de pisar tu tierra y aspirar la dulzura de tu aura, me he de ir ahora sin gustar el sabor de tus manjares, siendo, como soy, además, uno de tus esclavos más leales?

Díjole ella:

—Solo el avaro niega un favor. ¡En el nombre de Alá, sobre mi cabeza y sobre mis ojos! Monta en tu bridón y sigue la orilla de este río a mi paso, que desde este punto y hora eres huésped mío.

Alborozóse Scharkán grandemente al oírlo y fuese a donde estaba su corcel y montó en él y empezó a cabalgar al paso de ella, y ella al paso de él, hasta que llegaron a un puente hecho de tablas de álamo blanco y que por medio de garruchas y cadenas subía y bajaba.

Y he aquí que topóse allí con las esclavas que tomaran parte en el torneo y que estaban en pie, aguardándola.

Y al verlas la joven, dirigióse allá y le dijo a una de ellas en lengua rumi:

—Ve y cógele las bridas de su corcel. Y condúcelo hasta el pabellón.

Siguió adelante Scharkán, precedido de la joven, hasta que pasó el puente y tan maravillado estaba de cuanto veía, que hubo de exclamar para sí:

«Ojalá y estuviese aquí conmigo el visir Dandán y con sus propios ojos viera a esas esclavas bellas.»

Volvióse luego hacia su guía, y le dijo:

—Oh portento de hermosura, he aquí que bajo tu voluntad y albedrío estoy. Pero dime: ¿no querías venirte conmigo a tierras del Islam y recrearte los ojos contemplando a esos fieros leones y saber quién soy yo?

Pero al escuchar sus palabras enojóse ella y exclamó:

—Por el Mesías verdadero, que no tengo nada de lerda, y, sin embargo, ahora es cuando me doy cuenta de la perversidad que en tu corazón se alberga. Porque ¿cómo te atreves a hablarme palabras que suenan a seducción ni cómo habría yo de caer en la trampa, sabiendo que, si llegara a verme en los dominios del rey Omaru-n-Nômán, no habría quien de él me librase, pues no

<sup>19</sup> Moharra—punta de lanza—. Del árabe *Moharba*.

<sup>20</sup> Todo este largo episodio falta en la edición de Bulak y también en la de Mardrus.

tiene en sus alcázares ninguna que se me parezca ni nunca la tendría, aunque fuere dueño y señor de Bagdad y el Jorasán y se mandase labrar doce alcázares y en cada uno de ellos pusiera trescientas sesenta concubinas, tantas como los días del año, siendo los dichos alcázares tantos como sus meses, y hallase yo allí todo lo que aquí dejara? Pues sé que vuestra ley os permite tener cuantas mujeres deseéis, que escrito está en vuestros libros: «Y lo que vuestra diestra poseyere.»<sup>21</sup>

¿Cómo, pues, te atreves a hablarme esas palabras? Porque eso que dijiste de que allí podría recrearme con los bravos musulmes, por el verdadero Mesías que hablaste palabra de mentira, pues yo vi a vuestras tropas cuando llegaron a nuestra tierra y país hace dos días y pude comprobar que no es la vuestra educación de monarcas, ya que vi que erais una horda de taifas.

Y cuanto a eso que dijiste de «podrás saber quién soy», pues yo no te presto ahora este servicio pensando en tu gloria, sino en la mía, y hombres como tú no deben decir tales palabras a mujeres como yo, aunque fuere el propio Scharkán, el hijo de Omarun-Nómán.

—Pero dime—exclamó él—: ¿conoces tú a Scharkán?

Y ella le contestó:

—¡Sí! Y sé, además, que ha venido con diez mil caballeros a invadir nues-

tro país, mandado por su padre en ayuda del rey de Kostantiniya.

Oído lo cual, díjole Scharkán:

—Por Aquel en quien creéis los de tu ley, te conjuro a que me digas la razón de que antes me hablaras así, para que yo pueda la verdad de la mentira discernir y saber a quién se le debe la culpa atribuir.

Y ella le contestó diciendo:

—Pues por la virtud de tu fe te digo que si no fuere porque temo que mi fama se divulgue por esas tierras y se descubra que soy una de las hijas de Ar-Rum, luego saliera yo sola y sin armas contra esos diez mil caballeros y matara a su caudillo, el visir Dandán, y venciera a su campeón Scharkán.

Y dizque no tendría que avergonzarme, porque he leído libros y estudiado las reglas de urbanidad en la lengua de los árabes.

Pero no es menester que yo me alabe, que tú mismo has podido sentir cuánta es mi fuerza y mi destreza en la pelea y enterarte a tu costa de que aventajo en todo eso a las demás criaturas de mi sexo.

Ahora bien: si el propio Scharkán en persona hubiera estado aquí esta noche mucho me holgara yo de que este puente pasara; que no deseo más sino que el Mesías me lo ponga en mis manos en este mismo monasterio para luchar con él a guisa de hombre y derribarlo de su montura y tomarlo prisionero y cargarlo de hierros.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la mañana y cortó el flujo de sus fluyentes palabras.

<sup>21</sup> Se refiere a las esclavas. *Corán*, sura IV, *An-Nisá* (Las mujeres). La joven defiende aquí la causa de la monogamia contra la poligamia islámica. Toda religión es en último término una Erótica.

## Y LA NOCHE 64 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que luego que la joven hubo proferido esas palabras y Scharkán las hubo oído, llenóse este al punto de la ira, enojo y celos, propios de un bravo guerrero, y a punto estuvo de declarar quién era y emplear la violencia. Sino que se contuvo en atención a su extremada hermosura y consumada perfección y se contentó con entonar con sorna la siguiente copla:

A la bella, aunque peque,  
se la perdona;  
que por cada pecado,  
mil gracias dona.

Siguió luego adelante la joven, llevando a Scharkán a su zaga, y este reparó en su espalda y en sus amplias posaderas que, al andar, fluctuaban y una con otra daban, igual que las olas del proceloso mar, y sin poderse contener, recitó los siguientes versos:

Su rostro cura la herida  
que inflige su corazón;  
a la luna la comparo  
en su momento mejor:  
la noche en que manifiesta  
plenamente su fulgor.  
Al propio *alifrit* de Belkis <sup>22</sup>  
en lucha lo vencería,  
que con solo una mirada,  
ha vencido el alma mía.

No pararon a todo esto de caminar hasta que llegaron ante una gran puerta de diáfano mármol toda ella.

Abrió la puerta la muchacha y pasó, seguida de Scharkán, a un zaguán muy hondo, donde salieron a recibirla las esclavas, con antorchas aromáticas y tocadas de albanegas <sup>23</sup> de seda, con incrustaciones de oro y perlas.

Iban las esclavas delante de la joven y Scharkán a su zaga, hasta que llegaron a la sala estrado, que tenía todo alrededor lujosos almohadones, unos enfrente de otros, y las paredes colgadas de tapices magníficos, blasonados de coronas de oro, y el piso alicatado de variedad de mármoles, de color negro y blanco.

Vio también allí Scharkán, en el testero del fondo, un regio trono, tapizado de seda. Y la joven le dijo:

—¡Anda, *mulay*, y sube a ese trono!

Hízolo así Scharkán y sentóse en el trono y la muchacha fuese y se eclipsó a sus ojos.

Preguntóles Scharkán a las doncellas la razón de su ausencia y ellas le dijeron:

—Es que se ha retirado a su dormitorio, pero nosotras quedamos aquí para servirte en todo.

Trajéronle luego los manjares más exquisitos y de ellos comió Scharkán hasta no querer más.

Lleváronle después al aguamanil, que era de oro, y el joven se lavó sus manos.

Pero a todo esto tenía embargada su mente por el pensamiento de sus huestes y hallábase perplejo sobre lo que hacer debiera y pesaroso de lo que hiciera, hasta que llegó la alborada y dejóse ver la mañana.

Y él continuaba pesaroso de lo que hiciera y se abismaba en pensamientos. Hasta que, por último, recitó estos versos:

—No me faltan arrestos y no obstante ando remiso y flojo en el obrar;  
la culpa es del amor, que si no amara,  
volvería a ser quien fui, sin vacilar.  
Del amor en el raro laberinto  
se extravió mi pobre corazón;  
como Alá no me salve, no hay remedio;  
para siempre mi gloria se perdió.

<sup>22</sup> La reina de Saba.

<sup>23</sup> Cofia o reddecilla para recoger el pelo. Voz árabe que emplea Góngora en sus *Letrillas*—tocas y albanegas—. De *Al-Banika*.

Luego que hubo terminado su poesía, vio venir hacia él un gran bulto y, mirando mejor, vio que eran más de veinte esclavas, como otras tantas lunas, las cuales rodeaban a su señora, que, en medio de ellas, semejava la luna llena entre sus luceros, y todas vestían túnicas recamadas dignas de reinas y ceñidas al talle por cinturones incrustados de varia pedrería que les comprimían los vientres y hacían resaltar las caderas, de suerte que parecían alcores de abalorio bajo palios de plata y con unas tetas turgentes como granadas.

Al ver a aquellas jóvenes Scharkán faltó muy poco para que, de puro alegría, echara a volar.

Y, olvidándose de su ejército y de su visir, mirólas más atentamente a la cabeza y vio que sobre ella llevaban sendas redecillas de perlas, entretejidas con variedad de aljófar.

Y las muchachas remangábanse a derecha e izquierda las colas de sus túnicas y andaban con un balanceo de maravilla.

Saltó Scharkán de sobre sus pies, sobrecogido de temor a vista de tanta belleza, y no pudo reprimir un grito de asombro y sorpresa.

Y se olvidó de sus tropas y del visir Dandán, y dizque aquellas mocitas lo rodeaban por la derecha y por la izquierda, en tanto su señora se adelantaba hacia él con paso airoso, lleno de decoro.

Y Scharkán se puso en pie de un salto y exclamó con voz recia:

—Cuidado, cuidado con tanta belleza.

Y después entonó estos versos:

—De posaderas amplias y pesadas,  
de pecho delicado y grácil talle  
—junco de mimbre tan flexible y leve—  
que hace su andar airoso y fluctuante,  
ansias de amor esconde en lo profundo;  
pero al verla mis ansias delirantes  
ocultar yo no puedo. ¿Quién podría  
a vista de esas gracias incitantes?

Llegóse a él la joven y miróle atentamente largo rato, sin apartar de él los ojos, hasta que se cercioró bien y conoció quién era. Y, acercándose más a él, exclamó:

—¡Salíó el sol en este lugar con tu presencia, ye Scharkán! ¿Cómo pasaste la noche, ye guerrero bravo, luego que nos fuimos y te dejamos?

Y después añadió:

—La mentira en los reyes es mengua y tacha, mucho más tratándose de grandes monarcas. Scharkán, hijo de Omaru-n-Nómán, eres tú; así que no disfraces tu persona ni encubras tus intenciones ni me ocultes tu propósito, y no me digas, después de esto, sino verdad, que la mentira trae como herencia el enojo y la enemistad. No te hagas blanco de las saetas del sino y opta más bien por la salud y el beneficio. Luego que oyó Scharkán tales palabras comprendió ser ya imposible el disimulo y decidió revelar la verdad y le dijo:

—Sí; Scharkán, hijo de Omaru-n-Nómán, soy en verdad. El sino me hizo juguete suyo y me condujo a este lugar.

A lo que ella contestó:

—Seren a tu alma y confía en mí, pues eres mi huésped y hemos partido el pan y la sal y la plática y la fianza, de suerte que estás bajo mi fe y mi salvaguardia. Así que está tranquilo, pues por el Mesías verdadero, que si la gente de estas tierras pretendiese hacerte alguna trastada, antes que a ti se llegasen tendría yo que exhalar el alma. Aparte que, si quisiera yo matarte, podría hacerlo ahora mismo sin que nadie lo evitase.

Sentóse después a una mesa, servida con variedad de viandas, y de todas ellas comió la muchacha.

Y comió también Scharkán con la joven, que se holgaba mucho de ello, y luego que comieron ambos hasta hartarse y se lavaron sus manos, levantóse

la muchacha y dióle orden a una esclava de traer esencias de olor y las copas para beber, que eran de oro y plata y cristal, y bebidas de todas clases y todas de lo más exquisito que puede darse.

Trárole luego la esclava cuanto la ordenara y entonces ella llenóse la copa la primera y bebióla antes que Scharkán, según hiciera antes con las viandas para inspirarle confianza.

Escanció después una segunda copa

y se la ofreció al joven, que, tomándola de su mano, apuróla.

Y ella exclamó:

—¡Ye musulmán, mira qué vida esta tan gustosa y amable!

Siguió Scharkán bebiendo mano a mano con la joven hasta que perdió el tino por efecto del vino.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad que venia la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 65 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mi noticia, ye monarca, el afortunado, que la joven no dejó de beber y servirle de beber a Scharkán, hasta que este perdió el tino por efecto de la doble embriaguez del vino y del amor.

Luego, díjole la muchacha a una de sus esclavas.

—¡Ve ye Marchana<sup>24</sup>, y tráeme algún instrumento de música!

—Oír es obedecer—respondió Marchana.

Retiróse en seguida y, en un abrir y cerrar de ojos, estuvo de vuelta, llevando un laúd de Dimechk y un arpa persiana y una cítara tártara y una vihuela mizriana.

Tomó la joven el laúd y lo templó y ajustó sus cuerdas y, con voz lastimera, entonó la siguiente letra:

—Perdónete Alá la sangre  
que tus ojos han vertido  
disparando esas miradas  
que son venablos buidos.  
¡Y perdona tú a la amada  
que en un amante confía  
que nunca piedad de nadie  
ha sentido en esta vida!  
Pero tenla de quien solo  
por mirarte pierde el sueño  
y cuya alma solo a ti  
reconoce por su dueño.

A muerte estoy sentenciada,  
mi vida en tus manos pende;  
pero mi gozo es tan grande  
que no sentiré la muerte.

Luego que hubo terminado de cantar, exclamó la joven:

—Di, musulmán: ¿entendiste lo que te dije?

—No—respondióle él—, que solo estuve atento en contemplar la belleza de tus manos.

Echóse ella a reír y le dijo:

—Pues si te canto en algarabía, ¿qué harás?

—Perder del todo el juicio—contestó Scharkán.

Cogió ella el instrumento y empezó a pulsarlo en otro estilo y entonó esta canción:

—¡El manjar de la ausencia  
qué amargo sabe!  
Pasar ese bocado,  
no hay quien lo aguante.  
A tres cosas les temo  
yo más que a todo:  
a la ausencia, el desvío  
y el fuerte estorbo.  
Amor, para vencerme,  
se hizo de almibar;  
pero el desdén ahora  
lo volvió acibar.

Luego que acabó su tonada, miró la joven a Scharkán y advirtió que había

<sup>24</sup> Coral, nombre que también figura en nuestro calendario.

perdido por completo el conocimiento, y así era en verdad; que en tal estado permaneció una hora, como enajenado.

Luego que volvió en sí, acordóse de aquellas coplas y la instó para que volviese a cantar, y así estuvieron, holgándose y solazándose, hasta que el día se fue con los soplos vitales y extendió la noche sus alas letales.

Levantóse luego la joven y retiróse a su dormitorio. Y como preguntase por ella Scharkán, le dijeron:

—Se fue a acostar.

A lo que él añadió:

—¡Con la guarda y protección de Alá!

Luego que amaneció, entró a verlo una esclava y le dijo:

—Nuestra señora te invita a que vayas a verla.

Levantóse Scharkán y marchó allá a la zaga de la esclava.

No bien lo hubo visto su señora, saltó del asiento y fuese hacia él y, cogiéndolo de la mano, lo hizo sentar a su lado y le preguntó qué tal noche había pasado.

Enredáronse los dos de palique y ella le dijo:

—¿Sabes, por ventura, alguna poesía que hable de los amantes y los que nos reducen a amorosa servidumbre?

—Sí—respondió Scharkán—, alguna sé en verdad.

—Pues házmela oír—dijole ella.

Y Scharkán recitó este poema:

Jamás, jamás, revelaré de Isa <sup>25</sup>  
el misterioso encanto,  
pues de guardar silencio inquebrantable  
hice con ella pacto.  
¡Os diré solamente que su hechizo  
es tan grande y tan raro,  
que si lo conocieran los ascetas,  
de rostro triste y pálido,  
que por miedo al infierno se maceran  
y la vida se pasan ayunando,  
dejándose de rezos y de ayunos,  
a ella sola adoraran prosternados!

Luego que escuchó la joven esos versos, exclamó:

—En verdad que Al-Kutayyir <sup>26</sup> era un dechado en lo del madrigal dulce y casto, y sobresalió, sobre todo, al pintar los encantos de Isa en estos versos alusivos:

«De cierto que si Isa compitiera  
con el sol en fulgor, lo vencería,  
y unánimes los jueces del certamen  
la palma le darían.

Tal Isa es, amigos, que la adoro  
y en vano tratan de apartarme de ella  
otras cuyas mejillas solamente  
de servirle de alfombras dignas fueran.»

Luego añadió:

—Dicen que Isa no tenía rival en punto a hermosura. Pero dime, *ye* hijo del rey, ¿no sabrías algo de los poemas de Chamil? <sup>27</sup> Haznos la merced de recitárnoslos, si fuere así.

—Sí que sé—respondió Scharkán.

Y, sin hacérselo repetir, recitó estos versos de Chamil:

«La muerte darme deseas,  
a eso tiran tus desdenes,  
y, sin embargo, entre todas  
a ti mi amor te prefiere.»

Oído que hubo ella estos versos, exclamó:

—¡Qué bien recitaste, *ye* hijo del rey! Pero dime: ¿qué sería lo que Botsaina con Chamil se proponía cuando este compuso esa poesía?

co. Isa significa también Secta. Y consta, además, que los árabes de la época preislámica adoraban un ídolo femenino en forma de palmera. Véase Schultens en sus notas al *Diván*, de Hamasa.

<sup>26</sup> Kutayyir-ibn-Abli-Chumah fue un famoso poeta y *rauí* (recitador de historias) mencionado por Ibn Jalikan. Vivió en Medina y murió en el 105 de la *hechra*. Fue el Petrarca de su Isa, a la que magnificó con sus cantos. Su mención aquí resulta un anacronismo evidente, ya que este *epos* se sitúa en los años 65-86 de la *hechra*, siendo jalifa Abdu-l-Mélek-ben-Meruán.

<sup>27</sup> Poeta árabe tan célebre por sus versos como por su inquebrantable y platónico amor a Botsaina. Es el Dante del desierto.

<sup>25</sup> Poder. El poema, bajo su apariencia de madrigal, puede que encierre un sentido esotérico.



—Pues lo mismo que tú, *ye* mi señora, te propones conmigo—contestóle Scharkán.

Echóse ella a reír al oírle a Scharkán hablar así.

Y continuaron bebiendo hasta que se fue el día y vino la noche con su negra túnica.

Fuese entonces la joven a su alcoba y se acostó. Y Scharkán también durmióse en su lecho hasta que la mañana amaneció.

No bien se despertó llegaron a él las esclavas con adufes y tiorbas, según su costumbre, y besaron la tierra entre sus manos y le dijeron:

—Haz el favor de levantarte, que nuestra señora te llama y desea que a verla vayas.

Levantóse pues Scharkán y fue allá, en medio de las esclavas, que sus panderos repicaban.

Y fueron pasando de uno a otro salón y luego cruzaron un zaguán, todavía más holgado, y en cuyas paredes campeaban figuras de pájaros y otros animales de tal perfección que eludía toda comparación.

Y Scharkán quedóse maravillado de tanto arte y artificio y no pudo menos de recitar estos versos:

—Frutos cogió de su collar hermoso  
y de su pecho perlas que allí guarda;  
sus cejas de agua pura son el cáliz  
de purísima plata;  
de rosas y rubíes se constelan  
sus radiantes mejillas, y sus ojos  
violeta llevan púrpura, debido  
al pincel que los tiñe de antimonio.

Luego que la joven vio a Scharkán, levantóse y, tomándole de la mano, le hizo sentar a su lado y le dijo:

—*Ye* hijo del rey Omaru-n-Nômán, ¿sabes, por ventura, jugar al ajedrez?<sup>28</sup>

—Sí—respondióle Scharkán—. Pero no seas como dijo el poeta:

«Cuando ebrio estaba de un sorbo  
de su saliva aromada,  
me propuso que con ella  
al ajedrez yo jugara.  
¡El ajedrez del amor!  
¡Juego del blanco y el negro  
de sus ojos que fascinan  
y roban el pensamiento!  
Un buen jugador yo soy  
y sé cómo hay que mover;  
pero, no obstante, con ella  
ni una partida gané;  
que, en mirándome sus ojos,  
de toda ciencia me olvidó;  
mi atención la absorben toda  
esos ojos asesinos.»

Trajeron luego el ajedrez y se pusieron ambos a jugar. Pero ocurríale a Scharkán que, cada vez que iba a mover una pieza, la miraba a ella y se aturdió, y, en vez de un alfil, ponía un caballo, y, en vez de un caballo, un alfil. Y ella se reía y decía:

—Si es eso lo que sabes del juego puedes decir que no sabes nada.

A lo que él le contestaba:

—Esta es la primera partida; no te hagas ilusiones.

Ganóle ella y él volvió a ordenar sus piezas y a jugar, ganándole ella por segunda y por tercera y por cuarta y quinta vez, y volviéndose a él, le dijo:

—Siempre sales en todo vencido.

—*Ye* mi señora—respondió él atento—. Contigo gano perdiendo<sup>29</sup>.

Mandó ella después que sirvieran viandas y comieron ambos y luego se lavaron las manos. Y ordenó entonces ella que sirvieran las bebidas, y, finalmente, cogió el arpa y se puso a pulsarla, que era muy diestra en ello.

Y entonó estos versos:

—Loca y voluble es la suerte  
que nos quita lo que da,  
y es inútil que tratemos  
sus caprichos de esquivar.  
Bebe, pues, sin preocuparte,  
goza del grato momento;  
en mi belleza recreate  
y a tu alma no des tormento.

<sup>28</sup> Del árabe *As-ch-Schitrench*, deformación del nombre original sánscrito.

<sup>29</sup> La misma situación se repetirá luego en la *Historia de Mesrur v Sinu-l-Mauzif*.

Siguieron así los dos, hasta que se hizo de noche. Y era aquel el quinto día desde que Scharkán era huésped de la joven.

Llegada que fue la noche, retiróse ella a su dormitorio y Scharkán al suyo y se acostó y durmió hasta que la mañana tornó.

Acudieron de nuevo las esclavas y condujéronlo, como de costumbre, a la presencia de su ama. La cual, al verlo, levantóse y, tomándolo de la mano, lo hizo sentar a su lado y preguntóle cómo pasara la noche, a lo que él correspondió muy fino, pidiendo a Alá le concediese el paraíso.

Cogió luego el laúd ella y entonó esta letra:

—¡No me dejes, amor mío,  
que la ausencia es muy amarga,  
fíjate si no lo sabes  
—yo si lo sé, por desgracia—  
en el sol cuando se eclipsa  
qué cara pone tan pálida!

Pero en tanto ellos estaban de esa guisa dejóse oír un gran estrépito y, al volver Scharkán a aquella parte la vista, vio unos hombres adultos y unos jóvenes que, abiertos en doble fila y acaudillados por un patricio, esgrimían en sus manos sendos aceros desnudos, refulgentes y buidos.

Y aquellos hombres decían en su lengua rumí:

—¡Caíste en nuestras manos, Scharkán! ¡Y no podrás escapar!

Al oír Scharkán tales palabras, dijo-se para su ánima:

«Acaso fue esta guapa joven la que me armó esta añagaza y me entretuvo aquí hasta que vinieran sus hombres, o sea, los patricios, con los cuales trató de meterme miedo al principio. Aunque en el fondo fui yo quien pequé contra mí mismo y me arrojé a mi perdición.»

Volvióse hacia la joven, para recriminarla, y vio que el rostro se le de-

mudara y del color del azafrán<sup>30</sup> se le tornara. Levantóse luego aquella, pisando firme, y exclamó:

—¿Qué es lo que aquí buscáis?

Contestóle el patricio que acaudillaba a aquellos hombres.

—*Ye magnánima reina, ye perla sin igual, ¿por ventura no sabes quién tienes a tu lado? Pues haz la cuenta que es un asolador de naciones y un caudillo barragán; en una palabra: este es Scharkán, el hijo del rey Omarun-Nômán. El forzador de fortalezas, el expugnador de los lugares inexpugnables.*

Al oír tales palabras la joven, miró a la cara del patricio y preguntóle:

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre—respondió él—es Masura, hijo de tu esclavo Masura, hijo de Kacherda, y soy un patricio de los patricios.

—¿Y cómo—dijole ella—has entrado hasta mí sin mi permiso?

—*Ye señora nuestra—contestó él—. Pues porque al llegar a la puerta no me detuvo nadie, ni guarda ni portero, sino que todos ellos se pusieron en pie y se unieron a nosotros, según su costumbre, al vernos, al revés de lo que suelen hacer con los demás, que los tienen allí de plantón esperando hasta que reciben orden de dejarlos pasar. Mas no es éste momento de extenderse en palabras, pues el rey nos aguarda con este príncipe, con este escorpión de las musulmicas huestes, para darle muerte y hacer que sus hombres se vuelvan por donde vinieron, sin haber de luchar con ellos.*

Oído que hubo la joven semejantes palabras, dijole al patricio:

—Ese lenguaje es inconveniente y, además, eso que dices es falso; que si Zatu-d-Dauihi te lo contó, ten por cierto que te engañó, y yo te digo que este que aquí ves no es Scharkán ni lo

<sup>30</sup> Del árabe *Sáfrán*, con el artículo.

tengo cautivo, sino que es un caminante que llegó aquí y nos pidió la adiafa<sup>31</sup> y nosotras se la concedimos.

Aunque te digo más, y es que si se probare ser realmente Scharkán, y se confirmase, sin dejar lugar a dudas, que es Scharkán en persona, tampoco diría bien de nuestra gentileza que os dejáramos apoderaros de él, ya que entró aquí bajo nuestra salvaguardia y nuestra fe; así que no me hagáis agravio con mi huésped.

A lo que el patricio Masura-ben-Masura contestó, diciendo:

—¡Ye Abrisa! Yo no puedo tornar junto al rey sin haber dado cumplimiento a su orden.

—No será así—exclamó ella—, que eso fuera doblez. Que él es un hombre solo y vosotros sois cien; por lo que, si queréis luchar con él, habéis de hacerlo uno después del otro; que así, además, podrá ver el soberano cuál de vosotros es el más bravo.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la mañana y cortó el flujo de sus fluyentes palabras.

## Y LA NOCHE 66 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—He podido averiguar, ye monarca, el afortunado, que cuando la reina Abrisa dijo aquello al patricio, exclamó este:

—Por el Mesías verdadero, que dices bien y he de ser yo el primero en medir mis bríos con él.

Destacóse acto seguido Scharkán y, al verlo el patricio, fuese a él y acometióle; pero Scharkán hizole frente de un modo que parecía un león furioso y le hundió en su cuerpo su pica, sacándola luego enredada en sus tripas.

Al ver Abrisa el gran poder de Scharkán comprendió luego no haberle vencido ella por la fuerza, sino por su gracia y belleza y, adelantándose hacia los patricios, les dijo:

—¡Vindica ahora la sangre de vuestro capitán!

Destacóse al punto el hermano del muerto, que era hombre barragán y tozudo, y acometió a Scharkán con su espada, sin tocarle, y aquel replicóle con otra estocada que le vació el vientre, sacando sus redaños en el acero enredados.

Lanzó entonces Abrisa un grito, diciendo:

—¡Ye siervos del Mesías verdadero, vindicad la sangre de vuestros compañeros!

Salió en seguida otro y luego otro y otro más, y Scharkán jugaba con ellos con su espada hasta dar muerte al que hacía el cincuenta de aquellos patricios. Y la joven Abrisa los miraba.

Hasta que puso Alá pavor en los corazones de los que quedaban y, no atreviéndose a luchar con él uno a uno, acometiéronle todos en manada. Pero él cerró contra todos con un corazón más fuerte que una peña, y los molió hasta reducirlos a polvo y les arrancó las mentes y las almas.

Entonces gritó la joven dirigiéndose a sus esclavas:

—¿Queda alguno todavía en la casa?

Y ellas respondieron:

—No quedan ya más que los porteros.

Fuese la reina entonces a él y lo abrazó y subió Scharkán con ella al alcázar, terminado ya el combate, que solo quedaban unos cuantos escondidos por los rincones, sin osar mostrarse.

<sup>31</sup> Hospitalidad.

Separóse luego la reina de Scharkán y tornó al poco rato, vistiendo una coraza de fina malla y esgrimiendo en su mano un afilado acero indio. Y dijo:

—¡Por el Mesías verdadero! ¡Que no seré avara de mi alma con mi huésped ni me separaré de su lado! Que no quiero que por esta causa caiga baldón sobre el país de Ar-Rum.

Miró luego hacia los patricios y vio que Scharkán había muerto a ochenta de ellos en la lucha y puesto a veinte en fuga.

Y, al ver lo que hiciera con sus genes, le dijo:

—Hombres como tú honran la caballería. ¡Que Alá te dé su gracia, Scharkán!

Procedió luego él a limpiar su tizona de la sangre de los vencidos. Y en tanto limpiaba su acero, recitó estos versos:

—¡Cuántas veces en la lucha  
los escudos traspasé  
y a las fieras como pasto  
al enemigo arrojé!  
Y si es que dudas, acaso,  
ser verdad lo que te digo,  
pregunta a los que nos vieron  
y ellos te serán testigos.  
Y te dirán como yo  
a sus más fieros leones  
a los barrancos de arena  
los lancé con mis mandobles.

Y ella se le acercó sonriendo y le besó la mano y se quitó la armadura que llevaba puesta, y él le dijo:

—Ye mi señora, ¿por qué te vestiste esa coraza y desenvainaste tu espada?

Y ella le contestó:

—Pues por defenderte de esos villanos.

Mandó luego la joven comparecer a los porteros y les dijo:

—¿Cómo fue que dejasteis pasar a esos cortezanos del rey sin mi permiso?

A lo que ellos respondieron, diciendo:

—Ye nuestra ilustre reina. Es la cos-

tumbre que dejemos pasar, sin antes pedir tu venia, a los enviados del monarca, sobre todo tratándose de patricios que tienen libre entrada.

—Me parece—replicó ella—que no buscáis sino mi afrenta y la muerte de mi huésped.

Y mandó a Scharkán que, en el acto, les cortara a todos el cuello, diciéndoles a sus demás servidores que todavía merecían más.

Encaróse luego con Scharkán y le dijo:

—Ahora saldrá a luz lo que estaba en la sombra. Porque voy a contarte mi historia. Has de saber, pues, que yo soy hija del rey de Rum, Hardob, y mi nombre es Abrisa, y esa vieja que me oíste llamar Zatu-d-Dauahi es mi abuela, madre de mi padre, y ella fue la que a este informo de tu llegada, que anda siempre buscando el modo de perderme, haciendo correr la voz de que profeso en secreto la ley musulímica; así que, ahora que diste muerte a esos patricios de mi padre, no veo otra salida sino que nos vayamos de aquí los dos y no volvamos, mientras no desaparezca esa maldita vieja.

Al oír Scharkán tales palabras estuvo en poco que se le volara el juicio de puro alborozado y contento y se le dilató el pecho y, alzando el grito, exclamó:

—¡Por Alá, que no habrá de tocarte ninguno en tanto mi alma permanezca en tu cuerpo! Pero dime, Abrisa: ¿tendrás tú valor para separarte de tu padre y tu familia?

—Sí—respondió ella—. Y entonces Scharkán se lo hizo jurar y tomóle su palabra de que así sería. Después de lo cual díjole Abrisa:

—Ahora ya quitóseme un peso de mi corazón. Pero aún tengo que imponerte otra condición.

—¿Qué condición es esa?—preguntó Scharkán.

Y ella le contestó:

—Pues la de que has de volverte con tus tropas a tus tierras.

—Ye mi señora—respondió él—. Es lo cierto que mi padre Omaru-n-Nômán enviome aquí para que le hiciese a tu padre la guerra, a causa de esos caudales que le cogiera y de esas tres piedras preciosas colosales y dotadas de maravillosas virtudes.

—Serena tu alma y confía en mí—dijole ella—. Que yo te lo contaré todo y te explicaré la causa de nuestra enemistad con el rey de Kostantiniya, que no se debe sino a lo siguiente:

Has de saber que nosotros celebramos todos los años una fiesta que llaman la fiesta del monasterio y a la cual asisten los monarcas de todas estas tierras y las hijas de los grandes magnates, permaneciendo allí siete días, y yo también soy de la partida.

Ahora bien: al sobrevenir esa enemistad entre nosotros prohibiome a mi mi padre que asistiese a la fiesta, y me abstuve de hacerlo siete años consecutivos.

Pero hubo de suceder, un año de los años, que acudieron aquí, como de costumbre, todas las hijas de los grandes de estas comarcas y regiones con ocasión de esta fiesta, y entre ellas venía la hija del rey de Kostantiniya a la que llamaban Zafiya. Permanecieron, pues, todos aquí seis días y al séptimo empezaron a retirarse para regresar a sus reinos. Pero entonces Zafiya dijo: —No volveré a Kostantiniya sino por mar.

Oído lo cual fletaron un barco, en el que ella y su séquito montaron.

Desplegó la nave sus velas y se hizo a la mar; pero a poco levantóse un viento contrario y desvió de su ruta al barco. Y sucedió por obra del sino y la fatalidad que hubieron de tropezarse con un bajel de cristianos, que procedían de la isla del Alcanfor y a bordo del cual venían muchos francos, bien pertrechados de armas, que llevaban

mucho tiempo de andar bogando por esas aguas. Y al divisar el velamen del barco en que iban Zafiya y las demás muchachas, pusieron luego proa hacia él y, en cosa de un momento, diéronle alcance y echáronle el arpón y lo apresaron; hecho lo cual, desplegaron sus velas y enderezaron el rumbo hacia su isla con la presa cogida. Pero a poco rato tornóseles el viento contrario y los empujó contra unas rocas de nuestra costa, donde llegaron con las velas y jarcias rotas. Salimos allá nosotros y vimos en ellos una presa legítima y los cogimos y los matamos, incautándonos de todas las riquezas y cosas de valor que a bordo encontramos. Cogimosles, además, cuarenta jóvenes que llevaban cautivas, entre ellas a Zafiya, la hija del rey. Cogimoslas a todas y se las presentamos a mi padre, pero sin saber a todo esto que se hallase entre ellas la hija del rey Afridón de Kostantiniya.

Eligió de entre ellas mi padre diez jóvenes, de cuyo número fue la hija del rey, y repartió las demás entre sus servidores.

Apartó luego cinco de aquellas diez, incluyendo a la hija del rey, y se las envió a tu padre, Omaru-n-Nômán, en unión de varios fardos de ricas telas de lana y de seda rumí. Aceptó tu padre con agrado el presente y escogió para sí de entre las cinco esclavas a Zafiya, la hija del rey de Kostantiniya.

Así las cosas, a primeros de este año envióle su padre al mío una carta que a la letra decía:

«Luego que recibas estas líneas me enviarás a mi hija, la que tienes en tu poder, y como des largas al asunto o te rebeldes contra esta orden mía, me tomaré satisfacción yo mismo de la fea acción que cometiste y de vuestro mal proceder conmigo.»

Luego que mi padre recibió la misiva y la leyó y entendió lo que en ella le decían, entróle gran pesar y dolióse mucho de no haber sabido que entre

aquellas esclavas iba la hija del rey Afridón y devuéltoela en seguida a su padre, adelantándose a su reclamación.

Quedóse, pues, muy perplejo e indeciso sobre lo que debiera hacer, pues al cabo de tanto tiempo no parecía procedente escribirle al rey Omaru-n-Nômán con la embajada de que le devolviese la esclava, mucho más habida cuenta de que, en todo ese intervalo, habíale Alá favorecido en ella con una hija, a la que pusieron de nombre Noshe-tu-s-Semán. Al comprobar aquello nos encontramos en un callejón sin salida, no viendo mi padre otra solución que contestarle al rey Afridón disculpándose con él y jurándole, por lo más santo, que no sabía, al hacer lo que hizo, que entre aquellas mocitas que iban a bordo del bajel fuese su hija. Explicábase luego cómo le enviara la muchacha al rey Omaru-n-Nômán y cómo este tuviera en ella una hija.

Ahora bien: al llegar la respuesta de mi padre a manos del rey Afridón de Kostantiniya, púsose este de un humor que se sentaba y volvía a levantarse y gruñía y echaba espumarajos por la boca, y decía:

—¿Cómo es posible que una hija mía haya caído prisionera y se vea reducida a la condición de una esclava y se la vayan pasando de mano en mano los reyes y sean osados a folgar con ella, sin mediar la fe del matrimonio?

Luego exclamó:

—Por el Mesías, que he de hacer algo sonado y que dé que hablar a los venideros.

Y no paró desde entonces hasta que ideó un ardid y planeó una anagaza de las gordas, y fue que envió una embajada a tu padre, Omaru-n-Nômán, y le puso al corriente de lo que oíste, haciendo que él te enviase contra nosotros al frente de esas tropas con que viniste y te atrajo aquí para, por ese medio, apoderarse de ti y de tu ejército.

Cuanto a lo de esas tres piedras preciosas de que le hablaba a tu padre en su carta es pura ficción, aunque es cierto que Zafiya las llevaba consigo y que se las cogió mi padre cuando se la presentaron con las demás esclavas. Pero luego me las regaló a mí y ahora las tengo yo en mi poder guardadas.

Así que vuélvete a donde tus tropas y tórnate con ellas a tu país, antes que os internéis más por las tierras de francos y rumies, que, si os metéis más adentro, os cortarán la retirada y os harán prisioneros.

Quedóse Scharkán, al oír esas palabras, ensimismado y pensativo. Besó luego la mano de la reina Abris y le dijo:

—¡Gracias a Alá que me hizo la merced de conocerte y se sirvió de ti para salvarme a mí y a mis huestes! Pero con todo lléname de pesadumbre el haber de dejarte, que no sé lo que después será de ti.

Pero ella insistió, diciéndole:

—Vuélvete con tus tropas y toca retirada.

Y como el joven hiciera ya ademán de irse, añadió:

—No olvides el pacto que hay entre los dos.

Vino ella luego para despedirse de él y abrazarlo y aplacarle el fuego del deseo, y, echándole sus brazos al cuello, lloró con llanto excesivo y recitó estos versos:

—Al despedirme de ella, con mi diestra me enjugaba las lágrimas,  
y en tanto con la izquierda, firmemente,  
a ella me abrazaba.  
Y ella me dijo:—No te da vergüenza?  
Y yo le respondí:—No, vida mía,  
que para dos amantes que se quieren,  
es la separación la gran desdicha.

Separáronse al cabo y Scharkán salió del monasterio y le trajeron su bridón y montó en él, dirigiéndose hacia el puente derecho.

Luego que a él llegó, lo pasó y se

metió por entre la arboleda. Pero al salir después a aquella pradera, topóse con tres jinetes, y juzgando prudente velar por su alma, desnudó la tizona y se puso en guardia.

Pero cuando estuvieron ya más cerca y pudieron verse mejor él a ellos y ellos a él, conociéronse mutuamente, resultando ser uno de los tres jinetes el visir Dandán y los otros dos emires.

No bien estos lo conocieron, apeáronse de sus cabalgaduras y llegáronse a saludarlo con la paz. Y el visir Dandán le preguntó la causa de haber estado ausente todo aquel tiempo, y Scharkán le contó todo cuanto le sucediera con la reina Abrisa, desde el principio hasta el fin.

Por todo lo cual, dióle el visir gracias a Alá (exaltado sea).

Díjoles luego Scharkán:

—Habéis de retiraros conmigo de estas tierras.

Holgáronse ellos mucho al oírlo y siguieron cabalgando y espoleando a sus bridones, hasta que llegaron a la entrada del valle de marras.

En todo aquel intervalo habían ido los embajadores a visitarse con su rey, al que informaron de la llegada de Scharkán. Y aprestó aquel un ejército para que lo atacase de improviso y lo hiciese prisionero, juntamente con todos los demás guerreros.

Y esto es por ahora todo lo referente al asunto de los embajadores y su rey.

Cuanto a Scharkán, marchó este luego con todas sus huestes y estuvo cabalgando sin parar, por espacio de veinticinco jornadas, hasta llegar a los confines de su patria.

Luego que allí se vieron, consideráronse todos en seguridad y acamparon a fin de descansar.

Acudieron muy luego allá toda la gente de aquellas tierras llevándoles virtuales para ellos y piensos para las bestias. Y Scharkán quedóse en la retaguardia con cien jinetes y nombró al

visir Dandán emir de las tropas que con él estaban.

Adelantóse, pues, el visir con sus huestes y caminó una jornada, y a su zaga fue Scharkán con las suyas, cubriendo dos parasangas, hasta llegar a una angostura entre dos montes, donde se encontraron con una polvareda y un barullo que les impidieron a sus caballos avanzar, hasta que se disipó la nube de polvo y quedó al descubierto lo que ella encubría, y que no era otra cosa sino un tropel de caballeros, de fieros y adustos leones, forrados de hierro, embutidos en recias corazas, los cuales, al acercarse más a Scharkán y su ejército, levantaron una gran grita, diciendo:

—¡Por Yohanán y Maryem, que ya llegó lo que esperábamos! Que os hemos ido siguiendo a marchas forzadas, día y noche, hasta cogerlos, por fin, la delantera en este paso de la montaña.

Al oír Scharkán esas palabras, echáronle fuego los ojos y se le tiñeron las mejillas de rojo e increpólos diciendo:

—Ye perros cristianos, ¿cómo os atrevéis con nosotros e invadís nuestras tierras e irrumpís en nuestro país? Y no contentos con eso todavía tenéis la insolencia de hablarnos así. ¿Pensáis, por ventura, que podréis escapar de nuestras manos y volver a vuestras tierras en salvo?

Luego gritóles a sus cien caballeros:

—¡Sus! y a esos perros, no tengáis miedo, que somos tantos como ellos.

Y desenvainando su tizona, arremetió el primero, secundándole sus cien caballeros.

Resistieron la acometida los francos con pechos más recios que las piedras y no dieron paz a la mano, en punto a pelear, combatir y cruzar las espadas, hasta que fuese el día y vino la noche con sus sombras, que entonces ya se separaron.

Reunió Scharkán sus huestes y comprobó no haber entre ellos ningún heri-

do grave, sino cuatro no más que lo eran leves. Y les dijo:

—Toda mi vida anduve braceando en el mar proceloso y agitado de la guerra, hundido hasta el cuello en sus olas, luchando con los hombres. Pero por Alá, que no me eché nunca a la cara gente tan dura para los golpes y los encuentros como estos bravos de hoy.

A lo que le dijeron los otros:

—Has de saber, *ye* rey el glorioso, que con ellos va un caballero franco que es quien los acaudilla, y es hombre intrépido y hábil esgrimidor, pero a ninguno de los nuestros que cae en sus manos le da muerte, sino que se hace el distraído y lo deja escapar. Y por Alá que si él quisiera a todos juntos nos matara.

Turbóse Scharkán al oír aquello y exclamó:

—¡Por Alá, que mañana hemos de luchar con ellos, repartidos en dos bandos de cien caballeros e impetremos la victoria de Alá, el señor de los cielos!

Después de convenir en eso, pasaron allí la noche. Pero luego que amaneció la mañana y refulgió su luz y salió el sol por encima de los montes y los llanos y saludó a Mohammed, gala de la belleza, montó Scharkán en su corcel y, seguido de sus cien jinetes, fuese en derechura al palenque, encontrando allí a los francos, apercebidos para el combate. Y díjoles Scharkán a los suyos:

—Formado y apercebido está ya el enemigo; haced igual vosotros y acometedlo con brio.

Gritó entonces un heraldo de los francos y dijo:

—No hemos de luchar este día tranquilo, sino en esta forma: que ha de salir a la liza uno de los vuestros a pelear en singular combate con otro de nuestros caballeros.

Quedó así convenido, y en el acto

destacóse uno de los jinetes de Scharkán y se plantó en medio de entrambos bandos y dijo:

—¿Quién va a pelear conmigo?

No había acabado de hablar cuando salió al punto de entre las filas de los francos un caballero, totalmente embutido en su armadura y dejando ver los alamares de oro de su ropilla, jinete en un bridón color ceniza. Y no tenía aquel franco ni un pelo en sus mejillas.

Avanzó con su corcel hasta colocarse en medio del palenque y ambos contendientes empezaron a acometerse con la lanza y la espada; mas no había transcurrido una hora cuando ya el franco traspasaba con su pica al contrario, derribándole de su caballo, y, tomándolo prisionero, se lo llevó de allí de oprobio cubierto.

Holgóse mucho de ello la gente franca, y como el vencedor se dispusiera a volver al palenque, se lo impidieron, haciendo que saliese otro en su lugar, para habérselas con el nuevo campeón de los musulmes, que era, por cierto, hermano del vencido.

Salieron, pues, ambos luchadores al centro de la liza y acometiéronse mutuamente y estuvieron peleando una hora larga, hasta que el franco apartóse de su enemigo como que huía y volvió luego a la carga, y, cogiéndolo de improviso, lo desconcertó y lo alcanzó con la punta de la pica y dio con él en tierra y, a fuer de vencido, tomólo cautivo.

Y así siguieron saliendo a la liza francos y musulmanes, quedando siempre estos últimos vencidos y prisioneros, hasta que se fue el día y vino la noche con su negro velo. Y fueron en total veinte los musulmes cautivos.

Visto que hubo aquello, estimó Scharkán la cosa grave y, reuniendo a sus compañeros, les dijo:

—¿Qué es lo que nos pasa? Pero mañana saldré yo en persona al palenque y desafiare al propio caudillo de



los francos y le haré que desista de combatirnos, y si a ello se niega seguiremos adelante con la guerra; pero si se aviene a lo otro, pues haremos la paz.

De acuerdo sobre esto pasaron la noche. Y luego que amaneció la mañana y refulgió su lumbre y se extendió por el mundo, montaron a caballo ambas huestes y se dispusieron en orden de combate y salió Scharkán al medio del almidán.

Vio entonces Scharkán que más de la mitad de los francos apeábase de sus cabalgaduras y avanzaba hacia la liza, precediendo a un caballero que, al reparar en él Scharkán, conoció ser su general, y vestía el tal caballero montura de raso azul celeste, bajo la cual resplandecía su rostro como la luna llena en su orto, y coselete de fina malla; esgrimía en su diestra un acero indiano y montaba un negro potro con unos lunares en la testuz que semejaban adarnes de oro. Y, cosa peregrina, no tenía aquel franco pelo de barba en sus mejillas.

Acució el franco a su corcel hasta llevarlo al medio del palenque y, encarándose con los musulimes, gritóles en lengua árabe fluyente:

—Ye Scharkán, oh hijo de Omaru-n-Nômán, el domeñador de fortalezas y países, el amante de la guerra y la lucha, sal a pelear con quien te reta al palenque, pues que, siendo tú el caudillo de tu pueblo y yo del mio, aquel que de nosotros al otro venciera tendrá luego bajo su obediencia al contrario y toda su gente.

No acabara el franco de proferir tales palabras, cuando ya Scharkán salía al palenque con el corazón rebosando ira, y, espoleando a su corcel, fuese hacia el adversario, el cual revolióse contra él en el acto y ambos empezaron a luchar cual dos bravos leones, chocando uno con otro sus corceles por la violencia del encuentro, y empe-

zaron a asestarse lanzazos con tal furia que semejaban dos montañas que una con otra chocasen o dos mares que mutuamente se azotasen con sus olas alborotadas, y bregando sin cesar y luchando estuvieron desde los primeros albores del día hasta que se fue este y vino la noche con sus sombras a sucederle.

Separáronse entonces ambos contendientes y fueron a reunirse cada cual con su hueste.

Dejó pasar Scharkán aquella noche y, venida que fue la mañana, dirigióse de nuevo al palenque, donde ya su contrario le aguardaba; fuele, pues, al encuentro y embistió contra él y ambos enzarzáronse nuevamente en la lucha, haciendo los dos alarde de bravura.

Dilatóse el palenque y alargaban todos sus cuellos para seguir las alternativas del combate y de los mandobles y tajos y lanzazos, hasta que se fue el día y vino la noche con su negro manto.

Separáronse entonces ambos contendientes y tornóse cada cual a su campamento a comentar con sus amigos las incidencias del combate. Y el franco díjoles a los suyos:

—Mañana será la prueba decisiva.

Durmieron aquella noche todos hasta la amanecida. Y entonces volvieron a montar ambos adversarios en sus sendos bridones y tornaron a acometerse como leones, no parando de embestirse mutuamente hasta mediado el día con igual bazarria. Apeló entonces el franco a un ardid y, espoleando a su corcel, tiróle luego de las riendas y lo paró en seco, rodando él a tierra como derribado por efecto de un resbalón del caballo.

Fuese luego a él Scharkán y se dispuso a rematarlo con su acero, temiendo que se prolongase la lucha.

Pero el franco dióle un grito, diciendo:

—No es ése caballeroso proceder cuando el vencido es mujer.

Al oír Scharkán tales palabras en boca del vencido alzó hacia él la vista y quedósele mirando largo rato, hasta que conoció ser la reina Abrisa, aquella con la cual le sucediera la aventura que queda referida <sup>32</sup>. Y no bien la hubo conocido, cuando tiró Scharkán lejos su acero y besó la tierra entre sus manos y exclamó:

—¿Qué fue lo que te indujo a hacer esto?

Y ella le respondió:

—Quería ponerte a prueba en el palenque y ver hasta dónde llegaba tu valor.

Sonrióse Scharkán al oírla y exclamó:

—Gracias sean dadas a Alá por habernos salvado y reunido a los dos, ¡ye reina de los siglos!

Luego de eso díoles la reina Abrisa orden a sus esclavas de que se dispusiesen a partir, poniendo primero en

libertad a los veinte cautivos que le hicieran al enemigo. Hiciéronlo así aquellas y después besaron la tierra entre las manos de su reina.

Y Scharkán díjoles a las muchachas:

—Soldados como vosotros son lo que han de menester los reyes tener de reserva, para cuando el caso aprieta.

Después de lo cual hízoles seña a sus compañeros de que las saludaran con el *selam*. Y apeándose todos ellos de sus monturas fueron a besar la tierra entre las manos de la reina Abrisa.

Montaron luego otra vez en sus bridades los cien jinetes de Scharkán y cabalgaron noche y día seis jornadas, hasta que llegaron a sus moradas. Y entonces ordenóles Scharkán a la reina Abrisa y a sus esclavas que se despojaban de las vestiduras francas que puestas llevaban.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 67 SIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, ye monarca, el afortunado, que Scharkán ordenóles a la reina Abrisa y a sus esclavas se quitasen las vestiduras francas que puestas llevaban y se vistieran las propias de las hijas de Rum.

Hiciéronlo así ellas y el joven expidió luego correo a Bagdad para que le anunciaran a su padre Omaru-n-Nómán su llegada y que la hija del rey de Ar-Rum, Abrisa, iba con él, a fin de que el monarca enviase por delante para recibirlos un cortejo lucido. Des-

pues de lo cual acamparon ellos en el lugar donde habían llegado y allí pernoctaron. Luego que amaneció la mañana, montaron Scharkán y la reina Abrisa y los que los acompañaban en sus sendas cabalgaduras y se adelantaron hacia almedina. Y he aquí que ya salía a recibirlos el visir Dandán con mil jinetes, por orden del rey Omaru-n-Nómán, de acuerdo con lo que le indicara su hijo Scharkán.

Luego que el visir y su comitiva estuvieron más cerca de los que llegaban, apeáronse de sus caballos y fueron a besar la tierra entre sus manos, después de lo cual montaron de nuevo y, todos juntos, cabalgaron al par, hasta dar vista a la ciudad.

<sup>32</sup> Este paso de la historia recuerda otros análogos de los libros de caballería y los poemas épicos y señaladamente el episodio de la lucha entre Clorinda y Tancredo en la *Jerusalén liberada*, del Tasso.

Subieron después al alcázar y pasó Scharkán a ver a su padre, el cual levantóse de su trono y lo abrazó y pidióle nuevas de todo lo ocurrido, refiriéndole entonces aquel todo cuanto le dijera la reina Abrisa, o sea, que «el rey de Kostantiniya quería armarnos una celada, por lo de Zafiya, su hija, pues el rey de Rum habíale puesto en autos de toda aquella historia y de cómo te la regalara a ti, sin saber que era hija suya cuando te la regaló, que, de haberlo sabido, se la habría en seguida restituido».

Al oír el rey Omaru-n-Nôman aquellas palabras de su hijo Scharkán ardió en deseos de ver a Abrisa y recabó de su hijo se la mostrase.

Prometiéndolo así su hijo y fue en el acto a buscar a Abrisa y le dijo:

—El rey te quiere ver.

Contéstole ella:

—Oír es obedecer.

Y entonces Scharkán cogióla del brazo y llevóla a presencia de su padre. Besó luego Abrisa la tierra entre sus manos y lo saludó en términos de suma elegancia. Asombróse de su elocuencia el monarca y diole las gracias por cuanto hiciera en favor de su hijo. Incluyóla luego en el número de sus allegados y le destinó un alcázar para ella y sus criadas y le asignó las rentas para su sostenimiento necesarias. Después de lo cual pasó a preguntarle por aquellas tres piedras preciosas de que ya antes hicimos mención. A lo que la joven le contestó:

—Esas tres piedras preciosas en mi poder las tengo yo, ¡ye rey de los tiempos!

Y levantándose acto seguido, fue a sus aposentos y, abriendo un cofrecillo, sacó de él tres piedras y volvió y se las entregó al rey, retirándose luego, y al irse llevóse consigo el corazón del monarca, el cual mandó en el acto venir a su hijo Scharkán y le dio una de las tres piedras, y como aquel le

preguntase por las otras dos, díjole:

—Ye hijo mío, una de ellas se la pienso dar a tu hermano Zu-l-Mekán y la otra a tu hermana Noshetu-s-Semán.

Al enterarse entonces Scharkán de que tenía un hermano llamado Zu-l-Mekán, pues hasta allí solo supiera que tenía aquella hermana, llamada Noshetu-s-Semán, volvióse a su padre, el rey, y le dijo:

—Ye padre mío, pero ¿es que tienes otro hijo varón?

—Sí—contestóle su padre—. Y por cierto que ya seis años cumplió.

Contóle después cómo él y su hermana Noshetu-s-Semán eran hijos de una misma madre.

Escocióle mucho aquello a Scharkán, pero disimuló y díjole a su padre:

—Pues sea con todos la bendición de Alá.

Fuese luego a sus aposentos y soltó allí la piedra y se sacudió sus vestiduras. Salióse después de allí y echó a andar sin saber adónde ir ni qué hacer, de puro enojado.

Y no paró de andar hasta que llegó al alcázar de la reina Abrisa.

Esta, al verlo llegar, púsose en pie y le expresó su agradecimiento por cuanto hiciera por ella e invocó sobre él y sobre su padre las bendiciones de Alá y, sentándose luego, hizole sentar a su lado y, pasado un rato, como viese en su rostro indicios de enfado, preguntóle qué le había pasado.

Contóle él entonces cómo su padre Omaru-n-Nôman tuviera dos hijos en Zafiya, un varón y una hembra, y que el primero se llamaba Zu-l-Mekán y la segunda Noshetu-s-Semán, y que ahora le pensaba regalar a cada uno de ellos una de las tres piedras preciosas «lo mismo que a mí, por lo que yo tiré la mía y me vine hacia aquí. Y dizque hasta este momento no sabía yo nada de tal cosa; así que estoy que la rabia me ahoga.

»Ya sabes, pues, el motivo de mi mal

humor, que yo a ti nada te oculto, y hasta te diré que temo que mi padre quiera contigo casarse, que de que así lo desea pude advertir en él vivas señales. Ruégote, pues, me digas con franqueza qué es lo que sobre esto piensas».

—Has saber, ye Scharkán—contestóle ella—, que tu padre no tiene fuero sobre mí y no puede tomarme por esposa sin mi consentimiento, y que si pretendiera hacerme fuerza para ello, me matara yo misma antes de complacerlo. Cuanto a las tres piedras preciosas no se me da nada que se las regale a sus hijos, aunque pienso que no lo hará, sino que las guardará en sus alhacenas en unión de sus demás tesoros y riquezas. Deseo, sin embargo, por tu bien, que me cedas a mí la que tu padre te dio a ti.

—Oír es obedecer—respondió Scharkán. Y ella añadió:

—No temas.

Y ambos siguieron platicando aún por espacio de una hora, y en el curso de la conversación, díjole ella:

—Temo que mi padre se entere de que estoy con vosotros y venga a buscarte y se ponga de acuerdo con el rey Afridón sobre lo de Zafiya y vengán acá los dos con sus tropas a combatirnos y se arme un gran estropicio.

Al oír Scharkán esas palabras, exclamó:

—Ye señora mía, si eres gustosa de estar con nosotros, no te inquietes por ellos; que, puesto que reunieran en contra nuestra todo cuanto hay en la tierra y el mar, los venceríamos, a no dudar.

—Esperemos—dijo ella—que todo salga a medida de nuestro deseo.

Y esto es por ahora todo lo referente al asunto de Scharkán.

Cuanto a su padre Omaru-n-Nômán, luego que su hijo Scharkán se hubo retirado de su presencia, fuese a ver a su esclava Zafiya llevando consigo las dos piedras preciosas que ya dijimos.

Ella, al verlo, levantóse y estuvo en pie hasta que él la mandó sentar; luego presentóle a sus hijos Zu-l-Mekán y Noshetu-s-Semán y, al verlos el rey, colgóles al cuello a cada uno una de las piedras, y ellos le besaron la mano y se volvieron a su madre, la cual rebosaba de gozo e invocó para el rey la vida eterna que Alá promete a los creyentes. Y entonces le dijo el rey:

—¡Ye Zafiya! ¡Conque ahora me entero que eres hija del rey Afridón de Kostantiniya! ¡Cómo no me lo dijiste antes para que te hubiera rendido más honores y realzado tu posición en la corte?

—¡Y qué más puedo apetecer que lo que ya tengo, ye rey magnánimo!—exclamó ella—. ¿Qué posición más elevada que la que aquí ocupo? ¡Cuando estoy abrumada de distinciones y honores y Alá me ha gratificado con dos hijos tuyos, un varón y una hembra!

Placiéronle al rey Omaru-n-Nômán las palabras de Zafiya y deleitóse con la dulzura de su dicción y la perspicacia de su inteligencia y la galanura de su educación.

Y retiróse de allí dando orden de que les habilitasen a ella y a sus hijos un alcázar maravilloso cual nunca se hubiera visto.

Cuanto a la reina Abrisa, estaba el rey Omaru-n-Nômán más enamorado de ella cada día, sin pensar en otra cosa noche y día que en la pasión que le consumía; por las noches iba a verla y a departir con ella y trataba de encandilarla con sus palabras. Pero la reina no correspondía a sus requerimientos y mimos, limitándose a decirle:

—Ye rey del siglo, no estoy yo ahora de humor para pensar en hombres.

Pero según iba viendo el rey su desvío, acrecentábase en la misma proporción su deseo y subían de punto su pasión y su anhelo. Hasta que, aburrido al fin, el rey Omaru-n-Nômán lla-

mó a su visir Dandán y le descubrió lo que en su pecho había de amor a Abrisa, la hija del rey Hardob, haciéndole saber, al mismo tiempo, cómo aquella no acababa de sujetarse a su obediencia y, viendo que se moría de amor por ella, no accedía a concederle la menor muestra de benevolencia.

Y su visir Dandán, después de oírlo, le dijo:

—Luego que llegue la noche, toma contigo una dosis de *banch* de un *mitskal* y vete a verla y ponte a beber con ella un poco de vino, y cuando ya vayáis a dar por terminada la sesión, le ofreces tú la última copa y echas en ella la dosis de *banch* y se la haces tragar. Que no podrá llegar a su alcorba sin que antes la venza el sueño producido por el narcótico, y tú podrás lograr tu gusto. Ya sabes, pues, *ye* rey, mi parecer en este asunto.

—Ésta bien tu consejo y lo seguiré —respondió el rey.

Fuese luego a sus alhacenas y sacó de allí una dosis de *banch* bastante fuerte, que con solo olerla un elefante permaneciera aletargado años y años. Metiósela en la manga y aguardó a que parte de la noche fuera pasada, y entonces entró en las habitaciones de la reina Abrisa en su alcázar. Luego que le vio aquella, levantóse y estúvose en pie hasta que él la mandó sentar y se sentó también a su lado, y se puso a platicar con ella el muy ladino, sacando la conversación del vino. Trajo ella inmediatamente una mesita y ordenó las copas y encendió las velas y mandó que les llevaran fruta fresca y pasa y cuanto a ese tenor pudiera hacerles falta. Pusieronse, pues, a beber los dos mano a mano y él le escanciaba a ella la copa y ella la bebía, hasta que acabó por subírsele el vino a la cabeza a la reina Abrisa. Luego que de ello se cercioró el rey, sacó la dosis de *banch* y se la puso entre los dedos y se escanció una copa de vino y la apuró,

y luego escanció una segunda y dejó caer en ella la dosis de *banch*, sin que la reina Abrisa lo pudiese notar. Y le dijo el rey a su amiga:

—¡Anda y bebe esta copita!

Tomó la reina la copa y la bebió. Y no habría pasado una hora cuando el narcótico mezclado con el vino hiciera presa en ella, enajenándole el sentido.

Inclinóse a mirarla el rey y comprobó que cayera de espaldas y que los zaragüelles se le escurrieran hasta los pies y el aire le levantara el pico de la camisa.

Y al verla de tal guisa no fue el rey poderoso a contenerse y, bajándose sus zaragüelles, echóse sobre ella, que en aquel mismo instante dejó de ser doncella.

Dejóla luego el rey, y yendo hacia una de sus esclavas, a la que llamaban Marchana, le dijo:

—Énta a ver a tu ama.

Pasó allá dentro la esclava y encontróse a su señora tendida boca arriba y con la sangre corriéndole por las piernas abajo.

Visto lo cual cogió la esclava un paño y con él restañóle la sangre a su señora y le limpió la *honra*.

Luego que amaneció la mañana, fue la misma esclava Marchana y le lavó a su señora la cara, las manos y los pies con agua de rosas. Y entonces estornudó la reina Abrisa y vomitó el *banch* que le subió del estómago como una bola, y después se limpió la boca y las manos. Y le dijo a Marchana:

—Expícame qué es lo que me ha pasado.

Contóle entonces la esclava cómo la encontrara tumbada de espaldas y con la sangre corriéndole por las piernas abajo. Comprendió entonces la reina que el rey Omaru-n-Nómán había abusado de ella valiéndose de añagaza, de lo que sintió tal pesadumbre que se le eclipsó el alma. Y dijo a sus doncellas:

—No dejéis entrar aquí a nadie y

decidle a todo mundo «que ella está indispueta», hasta ver qué es lo que Alá es servido de hacer conmigo.

No tardó en llegar a oídos del rey Omaru-n-Nômán la nueva de hallarse enferma la reina Abrisa, y en seguida envíe sorbetes y dulces y electuarios, amén de otros regalos.

Transcurrió luego un mes y la reina seguía en sus habitaciones reclusa. Fuese enfriando en este tiempo el fuego amoroso del rey y entibiándose su pasión por ella y se soltó el nudo del lazo que antes lo tuviera atado.

Luego que fueron corriendo los meses y se hizo patente su preñez y se le abultó el vientre, achicósele a la reina Abrisa el mundo y le dijo a su esclava Marchana:

—Has de saber que no fue nadie quien me hizo agravio, sino yo misma la que pequé, al abandonar a mi padre y a mi madre y mi reino. Así que ahora aborrezco la vida y es doble mi dolor y no me queda ya ni un adarme de valor ni de fuerzas, que antes, cuando montaba en mi corcel, podía dominarlo a mi arbitrio y ahora no podría ni poner el pie en el estribo.

Y eso no es todo, porque cuando dé a luz aquí me moriré de vergüenza delante de esas esclavas y de toda la gente del alcázar, pues todos vendrán a saber cómo el rey Omaru-n-Nômán me arrebató la doncellez de una manera estúpida, y cuando vuelva con mi padre, ¿con qué cara me presento ante él? Oh y qué razón tuvo el poeta que dijo:

«¡No hay patria ni familia para aquel  
que se halla en la desgracia!  
¡No hallará quien le brinde hogar ni techo  
ni una copa de agua!»

A lo que dijo Marchana:

—Manda lo que se te ofrezca, mi señora, que aquí me tienes pronta a obedecerte.

—Lo que yo quiero ahora—respondió

la reina—es salir de aquí e irme a donde nadie sepa de mí, excepto tú, y luego ir a reunirme con mi padre y mi madre, que es la pura verdad que cuando la carne hiede, solo le queda su gente<sup>33</sup>. Luego Alá hará conmigo lo que sea servido.

—Muy bien está eso que hacer pien-sas, ¡ye reina magnánima!—respondió la esclava.

Procedió luego la reina a hacer sus preparativos de viaje, guardando el mayor secreto, y aguardó unos días, hasta que el rey salió de caza con la ballesta y las redes y su hijo Scharkán se trasladó a las fronteras del reino con intención de estarse allí una temporada.

Fue entonces la reina Abrisa y le dijo a su esclava Marchana:

—Quisiera ponerme en camino esta misma noche. Pero ¿cómo voy a valerme si no tengo fuerzas? Y, sin embargo, ándame ya cerca el momento del parto y, si me detengo aquí cinco o cuatro días más, daré a luz aquí mismo y no podré tornarme a mis tierras con los míos. Diríase que en mi frente estaba así escrito y que en secreto me lo tenía preparado el sino.

Quedóse pensativa la reina por espacio de una hora y luego le dijo a su esclava Marchana:

—Anda y busca por ahí un hombre que nos acompañe y nos sirva durante el viaje, que ahora a mí los bríos me faltan para vestirme mis armas.

—Ye, señora mía—respondióle Marchana—. A ninguno conozco que sirva para el caso sino a un esclavo negro, al cual le llaman Al-Gazbán<sup>34</sup> y es uno de los esclavos del rey Omaru-n-Nômán, hombre valiente y fiel, al cual confió el rey la guarda de la puerta de nuestro alcázar, encargándole

<sup>33</sup> Redolet proverbium.

<sup>34</sup> El colérico, en árabe. Catapulta, en persa. La versión de la Editorial Prometeo pone *El Moroso*.

de servirnos en todo y que está muy agradecido a nuestras atenciones y beneficios. Iré, pues, a verle y le pondré en autos de todo esto y le prometeré algún dinero y le diré: «Si te place quedarte a nuestra vera, te casaremos con quien quieras.» Por cierto que en una ocasión me dijo que fuera antaño salteador de caminos; de forma que, si se aviene a secundar nuestros planes, lograremos, sin duda, nuestro designio y llegaremos sin contratiempo a nuestras tierras sin correr peligro.

—Pues bien—contestó la reina—. Tráemelo acá, para que yo lo vea.

Fue allá Marchana en el acto y le dijo al esclavo:

—¡Ye Gazbán, de apuros te sacaré! Alá si vienes en hacer lo que mi señora te diga!

Y cogiéndolo de la mano, llevólo a presencia de la reina Abrisa. Besó el esclavo la tierra entre sus manos, y ella, al verlo, sintió un horror instintivo, pero dominóse y para sí se dijo:

«No hay quien pueda con el sino.»

Y empezó a hablarle, aunque tenía que hacer fuerza para vencer su repugnancia. Y le dijo:

—¿Por ventura querrás ayudarnos a conjurar las añagazas del sino y serás hombre capaz de guardar un secreto, si te lo confío?

Luego que el esclavo miró a la reina y la vio tan hermosa, quedósele el corazón de sus encantos cautivo y en aquel mismo instante enamoróse de ella. Y dijo:

—Ye mi señora; si algo te dignas mandarme, no me apartaré un punto de lo que me ordenares.

Entonces la reina contestóle:

—Lo que de ti quiero es que en este mismo instante nos cojas a mí y a esta esclava y ensilles dos bestias de carga y para nosotras dos caballos de las cuabras del rey y pongas encima de cada uno una bolsa de dinero y algunas provisiones para el trayecto.

Holgóse grandemente Gazbán al oír esas palabras, y exclamó:

—Ye mi señora, a las dos os serviré con mis ojos y os acompañaré y os enjaezaré los caballos y proveeré a todo.

Retiróse luego de allí muy contento y diciéndose para sus adentros:

«Conseguiré de las dos lo que quiero y, si no me obedecen, las mataré y arramblaré con el dinero.»

Que tales eran sus designios secretos.

Fuese, pues, y tornó a poco rato, llevando consigo las dos bestias de carga y tres caballos, en uno de los cuales iba él montado.

Ofrecióle otro a la reina y esta montó en él, aunque ya le aquejaban los dolores del parto con tal fuerza que apenas si ya de sí era dueña, y montó también Marchana en el suyo, poniéndose todos en camino acto seguido.

Fueron caminando sin parar día y noche hasta que llegaron a las montañas, no faltándoles ya para llegar a sus tierras más que una sola jornada.

Pero en aquel lugar apretáronle a la reina los dolores del alumbramiento y le dijo al negro:

—¡Ye Al-Gazbán! Bájame de mi montura, que me aprietan los dolores del parto y no puedo aguantar.

Y, dirigiéndose a Marchana, indicóle:

—Apéate tú también y siéntate a mis pies y partéame.

Apeóse luego Marchana de su cabalgadura y apeóse también Al-Gazbán de la suya, y cogió de las riendas a los caballos y ayudó a bajar del suyo a la reina Abrisa, la cual estaba como ausente de este mundo por la fuerza de sus dolores que sentía.

Y luego que Al-Gazbán la vio ya en tierra, trastornóle el Schaitán el juicio e hizo que se le enderezase el espadón. Y yéndose hacia la reina, díjole el esclavo negro sin el menor pudor:

—*¡Ye señora mía, ten piedad de mí y accede a ser mía!*

Pero al oír la reina esas palabras, volvióse hacia el esclavo y le dijo:

—*¡Estaría gracioso que, habiendo desairado yo a reyes poderosos, fuera a*

conceder ahora mis favores a un esclavo negro!

Pero al llegar a este punto sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 68 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He podido averiguar, *ye monarca*, el afortunado, que la reina Abrisá dijo-le al esclavo:

—*¡Estaría gracioso que, habiendo desairado yo a monarcas del tiempo, hubiera quedado para dar gusto a un esclavo negro!*

Luego se echó a llorar y, acometida de vehemente enfado, dijo-le al esclavo:

—*¡Guay de ti! ¿Qué lenguaje es ese que te permites usar conmigo? No vuelvas a hablar más de eso en mi presencia. Y haz cuenta que jamás consentiría en nada de lo que pretendes, ni aunque me dices a beber la copa de la muerte. ¡Pero aguarda a que salga yo de este trance y recobre mis bríos! ¡Que luego que así fuere, podrás hacer conmigo lo que quieras, si es que puedes! Y te advierto que, si no dejas ahora de proferir esas torpezas, me daré yo misma la muerte y así pondré fin de una vez a todos mis males y descansaré.*

Después de lo cual la reina Abrisá recitó esta poesía:

—*¡Déjame en paz, Gazbán! Que harto ya tengo con lo que el sino quiso atormentarme. ¡Mi señor afrontóme y, poseído de un diabólico fuego, con cobarde treta robóme mi preciada honra, sin que hubiera pecado de mi parte, que de otra suerte nunca habría logrado saciar en mí sus lúbricos afanes! Renuncia, pues, a tu designio torpe, pues si insistes en él sin reportarte, aún tengo bríos para gritar, de suerte que acudan en el acto a auxiliarme los hombres de mi raza, por muy lejos que de este sitio puedan encontrarse.*

No te hagas ilusiones; que tu intento no has de lograr, por mucho que te afanes. Que si hasta aquí velar por mi honra supe y resistir halagos de los grandes y poderosos de la tierra ¿cómo podría un esclavo ahora dominarme?

Al oír Gazbán aquellos versos se enfureció en extremo y se le inyectaron los ojos en sangre y se le demudó el semblante y se le puso del color del polvo<sup>35</sup> y lanzó resoplidos humeantes por sus narices y se le dilató la jeta, con lo que resultaba todavía más siniestra.

Y luego recitó estos versos:

—*¡Ye Abrisá, por favor, no me desaires, no dejes que este fuego me consuma! ¿No ves que tengo el corazón partido y me quedo en los huesos por tu culpa? No puedo resistir, ¡que me trastornas y al verte siento amagos de locura! Ea, basta ya; que he de lograr mis ansias, aunque en tu auxilio acudan tropas bastantes a cubrir la tierra pertrechadas de fuertes armaduras.*

Al oír la reina Abrisá esas palabras echóse a llorar amargamente y exclamó:

—*¡Guay de ti, Gazbán! ¿Por ventura tienes poder para hablarme de ese modo? Ye hijo de puta, ye insolente, ¿es que imaginas que todo el mundo es como tú eres?*

Al oír aquel esclavo de mal agüero semejantes palabras, llenóse de furor y, enarbolando su alfanje, descargólo sobre la reina, dejándola muerta.

<sup>35</sup> La piel del negro toma ese color por efecto de una emoción violenta. (Burton.)



Y esto es por ahora todo lo referente al asunto de Al-Gazbán.

Cuanto a la reina Abrisa quedó tendida en tierra y era un niño el que a luz diera. Cogiolo Marchana y se lo puso a la madre en su regazo y el niño luego asió sus pechos y dizque la madre se estaba muriendo. Y Marchana, al verlo, empezó a gritar rēcio y a rasgarse sus vestiduras, clamando <sup>36</sup>:

—¡Oh dolor! ¿Y cómo pudo matar a mi señora un vil esclavo, siendo ella de ánimo tan esforzado?

Pero estando así Marchana llorando he aquí que de pronto levantóse una gran polvareda, tan enorme que cubría de un velo el horizonte, y luego que se hubo disipado, dejóse ver debajo de ella un ejército numeroso, y aquel ejército era el del rey de Ar-Rum, el padre de la reina Abrisa.

Y la causa de su llegada fue que al oír el rey de Ar-Rum que a su hija la llevaran a Bagdad en unión de sus esclavas, y que se hallaban en poder del rey Omaru-n-Nômán, salió luego con su gente a batir los caminos a fin de inquirir noticias de los viandantes sobre si la habían visto, por casualidad, en el alcázar del rey de Bagdad. Así que sus soldados preguntaron a todo caminante que hallaban al paso de dónde venía y si sabía algo de la hija del rey Ar-Rum. Y, de esta suerte, llegaron no muy lejos del lugar en que se encontraban su hija Abrisa, su esclava y el esclavo Gazbán.

Al divisar este a las tropas del rey, que se dirigían a ellos para interrogarlos, sintió miedo por haber matado a su hija y huyó de allí. Llegaron después al lugar los rumies y, al ver el rey Hardob a su hija tendida en tierra y a su esclava llorándole encima, saltó de

su corcel aprisa y rodó por tierra perdido el sentido.

Visto que hubo Marchana a su señor, luego lo conoció y arreció en sus lloros y quejas y sollozos. Luego que el rey volvió en sí de su desmayo, preguntóle a la esclava qué era lo que había pasado y ella se lo contó todo, diciéndole para terminar:

—El matador de tu hija es un esclavo negro de los esclavos del rey Omaru-n-Nômán.

Y contó también lo que el rey Omaru-n-Nômán hiciera con su hija, la reina Abrisa.

Al oír el rey Hardob tales palabras volvióse negro el mundo ante sus ojos y prorrumpió en clamores de llanto. Luego mandó que habilitasen una litera a lomos de un camello y en ella puso el cadáver de su hija y dio orden a todos de emprender la marcha rumbo a Kaisariya, y, llegado que allí hubieron, la entraron en el alcázar regio.

Pasó luego el rey Hardob a ver a su madre, Zatu-d-Dauahi, y le dijo:

—¡Mira lo que han hecho los musulmes con mi hija! El rey Omaru-n-Nômán arrebatóle su doncellez por sorpresa y luego un esclavo negro de sus esclavos dióle muerte violenta. Por el Mesías, que he de vengarme sin remisión del asesinato de mi hija y he de limpiar esa mancha que ha caído sobre mi honor. Y de lo contrario, me mataré por mi propia mano.

Dicho lo cual tornó a llorar con gran pesar.

Dijole entonces su madre, Zatu-d-Dauahi:

—No te apures tocante a vindicar la muerte de tu hija, que yo me encargo de matar al rey Omaru-n-Nômán y a todos sus hijos, y haré con él cosa contra la que nada podrán todos sus hombres por barraganes que fueren y astutos, y dará que hablar a todos los parlantes de todas las tierras del mundo. Que ya dicen los árabes que para

<sup>36</sup> Patética situación muy del gusto árabe. En el *Poema de Dalhamah* el niño Gundubah hace lo mismo con su madre moribunda. Y el rey exclama: «Si fuera culpable, no podría darle leche a su hijo después de muerta.»

tomar venganza son poco plazo cuarenta años. Haz, pues, venir acá a algunas de nuestras esclavas y las aleccionaremos; que, valiéndonos de ellas, haremos de nuestro enemigo lo que deseamos; que es hombre que se vuelve loco por las muchachas y tiene trescientas sesenta y seis en su alcázar, más cien que añadió ahora de las doncellas de tu hija, la llorada. Elige, pues, cien esclavas de las mejores, de las que estaban al servicio de tu pobre hija, y luego que las alecciones del modo que yo te diré, cargaré yo con ellas y me pondré en camino y no pararé de caminar hasta llegar a Bagdad.

Luego que el rey Hardob oyó las palabras de su madre, holgóse grandemente y le besó la frente.

Y en el acto destacó batidores y espías por todos los confines del país para que le llevaran varones sabios de entre la grey muslim.

Besaron aquellos la tierra entre sus manos y se desparraron por el país, hasta sus confines, no tardando en volver con sabios y doctos musulmanes, según deseaba el rey.

Y el rey, luego que los tuvo entre sus manos, dispensóles grandes honras y les regaló sendos trajes de gala y les asignó rentas y emolumentos y les prometió cuantiosas sumas de dinero si hacían lo que él les mandara. Finalmente, presentóles a las esclavas.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la mañana y cortó el flujo de sus fluyentes palabras.

## Y LA NOCHE 69 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que luego que el rey Hardob tuvo entre sus manos a los sabios y doctos musulmanes, colmólos de honras y atenciones, y después presentóles a las esclavas y les encargó que las instruyesen a fondo en el saber y la cortesía islámicas, acatando ellos sus órdenes.

Y esto es todo lo referente por ahora al asunto del rey Hardob.

Cuanto al asunto del rey Omarun-Nômán, luego que este regresó de su cacería y subió a su alcázar, fue a buscar a la reina Abrisa y no la encontró ni tampoco halló a nadie que de ella le diera razón. Contrarióle mucho aquello y dijo:

—¿Cómo es posible que haya salido del alcázar esa esclava y nadie tenga noticia de ella? Si siguieran así las cosas en mi reino, se habrían acabado la seguridad y el buen gobierno. En lo

sucesivo, siempre que yo salga de caza, enviaré a uno de los porteros a que se encargue de guardarla.

Y acrecióse su pesar y encogiósele el pecho y perdió la alegría a causa de verse separado de la reina Abrisa.

Llegó en esto su hijo Scharkán de vuelta de su expedición. Contóselo todo su padre y refirióle cómo la reina Abrisa se fugara, aprovechando la ocasión de estar él de caza, de lo que se afligió mucho Scharkán y sintió gran pesar.

Empezó desde aquel día el rey a visitar diariamente a sus hijos y los colmaba de finezas y mimos. Hizo venir a la corte sabios y doctos maestros para que los instruyesen en el saber y les asignó sus correspondientes emolumentos.

Vio aquello Scharkán y concibió gran enojo al par que envidia de sus hermanos, hasta el punto de asomar a

su rostro indicios de ello y ponerse enfermo. De suerte que, un día de los días, hubo de decirle su padre:

—¿Qué te pasa, hijo mío, que cada día te veo con dolor, más falto de fuerzas y más amarillo de color?

A lo que Scharkán le respondió:

—*Ye* padre mío, ¿cómo podría ser de otro modo si cuando veo que te apegas tanto a mis hermanos y tanto los mimas éntame una envidia que temo acabe por trastornarme y termine matándolos a ellos y dando lugar a que tú me mates a mí luego? Y como me reprimo para no hacerlo he ahí por qué mi cuerpo se quebranta y me amarillea la cara. Así que quería, por tu propio bien, me asignases un castillo en la frontera para encerrarme en él y allí pasar el resto de mi vida entera. Que ya dice el maestro de los refranes: «¡Preferible es para mí estar lejos de mi amada! ¡Que no viendo el ojo, el corazón pena no pasa!»<sup>37</sup>

Bajó después la frente al suelo y quedó pensativo.

Al oír el rey las palabras de su hijo comprendió la causa de su cambio de aspecto y exclamó conmovido:

—*Ye* hijo mío, de buen grado vengo en concederte lo que desees. No hay en todo mi reino castillo más grande que el de Dimechk; desde este mismo instante tú serás su alcaide.

Mandó comparecer acto seguido a los adules y ordenóles redactaran la albalá<sup>38</sup> nombrando a su hijo gobernador de Dimechk. Extendieron aquellos los documentos y el joven procedió a hacer los aprestos para su viaje y tomó consigo a su visir Dandán, delegando en él para todos los negocios del gobierno y todo lo concerniente a la política de su feudo.

Y esto es cuanto por ahora hay que

contar respecto al asunto de Scharkán.

Tocante a su padre Omaru-n-Nómán, luego que su hijo Scharkán hubo partido de allí, fueron a verle los sabios musulimes y le dijeron:

—*Ye mulana*<sup>39</sup>, tus hijos están impuestos ya en la ciencia y cortesía del Islam.

Holgóse mucho de ello el rey y colmó a todos de mercedes al ver que su hijo Zu-l-Mekán estaba ya hecho un guapo mozo y montaba a caballo, con todo y no pasar de los catorce años. Y amábanlo por igual las mujeres y los hombres que no podía ser más.

Así las cosas, hubo de pasar por Bagdad el *majmil*<sup>40</sup> del Irak con los peregrinos que iban a visitar el sepulcro del *nabi*<sup>41</sup> Mohammed (¡sobre él la oración y la paz!).

Y al ver Zu-l-Mekán el cortejo del *majmil*, sintió grandes deseos de hacer el *alhage*<sup>42</sup> y fuese a ver a su padre y le dijo:

—*Ye* padre mío, vengo a ti para que me des tu venia a fin de que me incorpore a los peregrinos.

Pero su padre se la negó, diciendo:

—Aguarda, hijo mío, hasta el año que viene, que entonces iré yo en peregrinación y te llevaré conmigo.

Al ver Zu-l-Mekán que su padre daba largas a la cosa, fue a ver a su hermana Noshetu-s-Semán, a la que halló rezando la zalá. Dejola el joven terminar su rezo y después le habló:

—Estoy que me mata el deseo de ir en peregrinación a la casa de Alá, la *jerifa*<sup>43</sup> y a la tumba del *nabi* (¡sobre él la oración y la paz!). Y le pedí licencia para ello a nuestro padre y me la negó. Así que tengo intención de

<sup>39</sup> Señor nuestro.

<sup>40</sup> El caballete sobre el cual conducen todos los años los nuevos tapices de seda para el templo de Caba.

<sup>41</sup> El profeta.

<sup>42</sup> La peregrinación a la Meca.

<sup>43</sup> Noble.

<sup>37</sup> Compárese con el refrán hispánico: «Ojo que no ve, corazón que no siente.»

<sup>38</sup> Cartas credenciales. Del árabe *Al-Bará*.

coger algún dinero y marcharme en secreto, y sin decirle nada a nuestro padre, con los romeros.

—Por Alá—exclamó su hermana Noshetu-s-Semán—, te ruego que me lleses contigo y no me prives de visitar la tumba del Profeta de Alá (sobre él la oración y la paz!).

—Pues bien—contestó el joven—. Luego que se haga de noche, salte de aquí y ve a buscarme, sin decirle palabra a nadie.

Mediada, pues, que fue la noche, levantóse Noshetu-s-Semán, cogió algún dinero, vistióse ropas de hombre y dizque tenía la misma edad que su hermano, y se dirigió a la puerta del palacio.

Encontró allí a Zu-l-Mekán, que la estaba aguardando con los camellos preparados. Hizole montar en uno de ellos su hermano, montó él en otro y ambos emprendieron la marcha y se mezclaron con los demás peregrinos del Irak, hasta colocarse en su misma mitad.

Siguieron luego su camino adelante y escribióles Alá en su libro la seguridad hasta que entraron en Meca, la insigne, e hicieron alto en el monte Arafat y cumplieron con todos los actos piadosos que incumben al *hach*.

Dirigiéronse después a la tumba del *nabi* (sobre él la oración y la paz) y la visitaron y, finalmente, dispusieron a regresar a su tierra con los demás peregrinos.

Y Zu-l-Mekán díjole a su hermana, Noshetu-s-Semán:

—Quisiera visitar antes la Casa <sup>44</sup> la

Santa y al amigo de Alá, Ibrahim (sobre él la oración y la paz).

—Y yo también—respondió ella.

De suerte que, puestos ya de acuerdo, emprendieron el viaje a Jerusalén a lomos de camellos.

Pero sucedió que aquella noche fue tomada Noshetu-s-Semán de fiebre fría y adoleció; sanó luego y adoleció su hermano, cuidándole y asistiéndole ella sin descanso. Siguiéron, no obstante, caminando hasta llegar a la Casa la Santa; agravóse allí el joven y su hermana le asistió y corrió con todos los gastos hasta que se le acabó el dinero a la muchacha y empobrecióse, hasta el punto de no tener ni un dinar ni una dracma.

Mandó entonces la joven al mozo del *jan* al zoco con unas prendas suyas de vestir para que las vendiera, y con el importe de aquello siguió proveyendo, por algún tiempo, al cuidado del enfermo.

Vendió luego otras cosas, y así fue vendiendo poco a poco todo el ajuar que tenía hasta no quedarle ya más que los guñapos que llevaba encima. Echóse a llorar entonces la joven y exclamó:

—Alá es quien todo lo dispone; así lo anterior como lo posterior.

Díjole luego su hermano:

—Ya empiezo a sentirme bien, hermana, y se me antoja un poco de carne asada.

—Por Alá, hermano mío—contestóle ella—, que no tengo cara de pedir limosna; pero mañana entraré en casa de algún hombre rico y le ofreceré mis servicios y así ganaré algo con que podamos ir tirando.

ambos tienen el mismo nombre de Al-Haram. (*Viajes de Ali Bey el Abbasi.*)

Los sepulcros de Abraham (Ibrahim) y su familia están en un templo que antiguamente fue iglesia griega, al sur de Jerusalén, en la aldea de Al-Jalil, que podrá contar unas cuatrocientas familias árabes, y a la que los cristianos llaman Hebrón. (*Ibidem.*)

<sup>44</sup> Beitu-l-Mokades o Al-Haram, la Casa Santa principal de Jerusalén es la reunión de muchos edificios fabricados en diferentes épocas del islamismo... No es precisamente una mezquita, sino un grupo de mezquitas. Su nombre árabe, Al-Haram, significa un templo, un lugar consagrado por la presencia de la divinidad y prohibido a los profanos e infieles.

La religión musulmana no reconoce más que dos templos, el de la Meca y el de Jerusalén;

Quedóse luego pensativa una hora y después dijo:

—No me resuelvo a apartarme de ti, dejándote en ese estado, y, sin embargo, no tengo más remedio que salir a buscarme la vida, mal que me pese y me aflija.

Respondióle su hermano:

—Al buen tiempo sigue el malo. ¡No hay gloria ni poder sino en Alá, el excelso, el grande, el soberano!

Luego rompió a llorar y estúvose una hora llorando.

Levantóse después Noshetu-s-Semán, cubrióse la cabeza con un trozo de paño burdo de la ropa de los camellos que su dueño dejara allí olvidado y besóle en la frente a su hermano y lo arropó bien, y luego separóse de él llorando y echó a andar sin saber adónde dirigir sus pasos.

Esperando su regreso quedó su hermano y llegó la hora del *aschá* y ella no había vuelto, y amaneció la mañana y él seguía esperándola y ella no venía, y de este modo transcurrieron dos días. Hasta que ya el joven se inquietó y se le encogió el corazón, y al mismo tiempo apretábase el hambre cada vez mayor.

Salió, pues, de su aposento y gritóle al mozo del *jan*, diciéndole:

—Quiero que cargues conmigo y me lleves al zoco.

Cargó con él el mozo y lo llevó al zoco y allí lo dejó en el suelo.

Acudió al punto a rodearle la gente jerusalemita y todos lloraban de verlo en aquel estado y él les hacía señas dando a entender que le llevasen algo de comer. Visto lo cual, fueron unos mercaderes del zoco y recaudaron unas dracmas y le compraron algunas viandas y se las ofrecieron.

Cogiéronlo luego en brazos y lo trasladaron a una tienda y lo tendieron sobre un trozo de estera y le pusieron un jarro de agua a la cabecera.

Luego que llegó la noche, retiráronse

todos muy preocupados con él. Y mediada que fue aquella, acordóse el joven de su hermana y con ello y habérsele agravado la fiebre, que no tenía ganas de comer ni beber, perdió la noción del mundo y se sumió en un sopor profundo.

Luego que amaneció de nuevo, fue la gente del zoco y recaudó entre los mercaderes treinta dracmas y buscáronle un camello, y le dijeron al camellero:

—Carga con este y llévalo a Dimchek y déjalo allí en el *maristán* <sup>45</sup>, que acaso allí se pueda curar.

—Sobre mi cabeza—respondió el camellero. Pero se dijo para sus adentros: «¿Cómo voy a marchar con este enfermo si está a punto de expirar?»

Salió, pues, con él de la ciudad y, llegado a cierto lugar, emboscóse en él y allí aguardó a que empezase a anochecer. Y mediada que la noche fue, arrojó a Zu-l-Mekán sobre un montón de leña destinada a calentar el *hammam* y, luego que eso hizo, se fue por su camino.

Amaneció luego la mañana y llegó el encargado de calentar el baño a desempeñar su quehacer y se encontró con Zu-l-Mekán tendido allí sobre la leña, cara al cielo. Y díjose el hombre para sus adentros:

«¿Por qué habrán echado aquí a este muerto? ¿No han encontrado otro sitio mejor?»

Empujólo con el pie para apartarlo de allí, y al ver que se movía, exclamó asombrado:

—Será un comedor de *althaschische* que a dormir se tumbó donde le cogió.

Mirólo luego a la cara y advirtió que no tenía señal de pelo en sus mejillas y que era guapo y bello, y se compadeció de él y conoció ser un enfermo y además un peregrino. Y exclamó:

<sup>45</sup> Hospital.

—¡No hay poder ni fuerza sino en Alá! Pequé contra este joven y el *nabi* (sobre él la oración y la paz) nos recomienda que honremos al forastero, mucho más si está enfermo.

Cargó, pues, con él y lo condujo a su casa y, dejándolo allí encomendado a su mujer, encaminóse al zoco y compró agua de rosas, y tornándose luego con ello a su domicilio espurreóle al joven la cara con el agua de rosas y diole a beber jarabe, y sacando una camisa limpia, se la vistió.

Respiró entonces Zu-l-Mekán la brisa de la salud y volvió el bienestar y se incorporó sobre la almohada. Visto lo cual, alborozóse mucho el del *hammam* y exclamó:

—¡Loado sea Alá por la curación de este joven! ¡Ye Alá! Por tu misterio impenetrable, te pido que pongas en mi mano su salvación.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 70 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He llegado a saber, ye monarca, el afortunado, que el mozo del *hammam* estuvo asistiendo tres días a Zu-l-Mekán y le daba a beber vino y agua alternativamente y le rociaba el rostro con agua de rosas y lo cuidaba y lo animaba, hasta que tornó por fin la salud a su cuerpo y el color a su rostro y acabó el joven por abrir los ojos.

Sucedió luego que el *aluikad*<sup>46</sup> del *hammam* entró a ver al enfermo y se lo encontró sentado y con indicios de buena salud en el rostro, de lo que se alegró mucho, igual que su mujer. Y dijo a Zu-l-Mekán:

—Hijo mío, ¿no se te apetece entrar conmigo en el *hammam*?

—Sí—respondió el joven.

Oído lo cual, fuese el mozo del *hammam* al zoco y volvió de allí con un almocrebe y ayudó al joven a montar en un rucio y le fue sosteniendo hasta que llegaron al *hammam*. Condújolo adentro, dejolo allí sentado y tornó al zoco y le compró lo necesario para el aseo, a saber: hojas de loto y flores de

altrámuz. Y volvió con todo ello y díjole al joven:

—Ye mi señor, en el nombre de Alá voy a lavarte el cuerpo.

Y acto seguido púsose a frotarle los dos pies y luego todo el cuerpo con aquel estropajo.

Y hete aquí que en aquel preciso momento presentóse el amasador del *hammam*, que iba enviado por el dueño, y encontró al fogonero entregado a aquella ocupación de frotarle los pies a Zu-l-Mekán, y, llegándose a él, exclamó así:

—Eso que estás haciendo me corresponde a mí.

—Por Alá—respondió el fogonero—, bastantes favores te debemos para no hacerte este tan pequeño.

Luego procedió aquel a afeitarse la cabeza a Zu-l-Mekán y después, entre él y el fogonero, acabaron de lavar al forastero.

Después de lo cual tornóse el fogonero con Zu-l-Mekán a su domicilio y le vistió una túnica alta, que tomó de su ropero, y le ciñó a la frente un airoso turbante y un cinturón al talle, y la mujer del fogonero mató dos gallinas y las aderezó.

<sup>46</sup> Fogonero. La versión de Mardrus interpreta *El encargado*.



2

3



Y luego que Zu-l-Mekán se sentó en el estrado fuese a él el fogonero y le roció con agua de rosas y le dio a beber un jarabe de flores de sauce.

Púsole después delante un velador y le sirvió de aquellas gallinas y él mismo le brindaba el bocado y le servía el caldo, hasta que Zu-l-Mekán se hartó y se lavó las dos manos y dio gracias a Alá por su curación. Después de lo cual díjole al fogonero:

—Tú eres aquel con el que Alá quiso favorecerme y en cuyas manos puso mi salvación.

A lo que contestó el fogonero:

—Déjate de eso y cuéntame más bien la causa por que llegaste a esta ciudad y dime de dónde eres. ¡Que hartó veo en tu rostro indicios de noble progenie!

—Dime tú primero—contestóle el joven—cómo diste conmigo y luego yo te contaré mi cuento.

—Pues bien—dijo el fogonero—: yo te encontré tirado en la basura y la anafaya <sup>47</sup> en el momento de rayar el alba, al dirigirme a mis ocupaciones, sin que pueda decirte quién allí te arrojara. Yo te cogí y te traje a mi casa y esta es toda la historia.

—¡Loado sea—exclamó Zu-l-Mekán—Aquel que avivó <sup>48</sup> los huesos de los que yacen en la fosa! De veras te digo que no sembraste en mala tierra y que ya recogerás en su día tu cosecha.

Preguntóle luego Zu-l-Mekán al fogonero:

—Y dime ahora, ¿en qué país me encuentro?

—En la Ciudad la Santa—respondióle el fogonero.

Recordó entonces Zu-l-Mekán su expatriación y su separación de su hermana y rompió a llorar tan lleno de pesar que le descubrió su secreto al del *hammam* y le refirió toda su historia, recitando estos versos al terminar:

—Me arrojaron al foso como muerto y muerto era en verdad  
que ya sonara para mí la hora  
del Juicio final.

Abismo es el amor, hondo, insondable  
y en él sumida está  
mi alma, desde que os fuisteis de mi lado,  
y no os pueden mis ojos contemplar.  
Tened piedad de mí y tornad presto,  
no me hagáis esperar;  
miradme una vez solo y de los muertos  
podré resucitar.

No tardéis en venir, que mi paciencia  
ya no resiste más:  
mi corazón me dice: —¡Nunca tuve  
costumbre de esperar!

Luego tornó a llorar. Y le dijo el fogonero del *hammam*:

—No llores más y da gracias a Alá por tu salvación y seguridad.

—¿Qué distancia hay de aquí a Dimechk?—preguntó Zu-l-Mekán.

—Seis días—respondió el fogonero.

Y Zu-l-Mekán le dijo:

—¿No podrías tú enviarme allá?

—*Ye sidi*—contestóle el otro—. ¿Cómo voy a dejar que te pongas en camino tú solo, tan joven como eres? Pero si decididamente quieres ir allá, te acompañaré yo, y si mi mujer fuere gustosa en venir también con nosotros, pues nos vamos todos juntos a Dimechk y allí me afincaré.

—Iré con vosotros—respondió su mujer.

—¡Gracias sean dadas a Alá—exclamó el fogonero—por nuestra buena concordia en todas las cosas!

Procedió luego el hombre a vender todos sus enseres y los de su esposa y alquiló unos rucios en los que montaron los tres y emprendieron el viaje, no parando de caminar por espacio de seis jornadas, hasta que, finalmente, llegaron a la ciudad de Dimechk, y entrando en ella, acamparon allí a eso del oscurecer.

Fue luego el del *hammam* al zoco a comprar algo de comer y beber, según solía, y así permanecieron allí durante cinco días.

Al cabo de ellos adoleció la mujer

<sup>47</sup> Despojos, desperdicios.

<sup>48</sup> Vivifica, palabra empleada por los moriscos españoles.

del fogonero y, tras unos días de enfermedad, fue a acogerse a la misericordia de Alá (¡exaltado sea!).

Afligióse mucho Zu-l-Mekán, pues habíale cobrado ley a aquella mujer que con tanto amor le sirviera, y también su viudo la sintió de veras. Y viéndole Zu-l-Mekán tan apesadumbreado, díjole para animarlo:

—Modérate un poco, que por esa puerta hemos de pasar todos.

—Alá te lo pague, hijo mío—exclamó el fogonero—; verdaderamente ya Alá nos dará su compensación y pondrá término a nuestro pesar. Y dime ahora, hijo mío: ¿no querías que diéramos los dos unas vueltas por Dimechk para distraernos y solazar nuestro espíritu?

—Tu parecer es el mío—respondióle Zu-l-Mekán—; vamos allá.

Puso el fogonero su mano en la del joven y ambos echaron a andar hasta que llegaron al pie de las caballerizas del guali de Dimechk, y vieron allí varios camellos cargados con arcas y tapices y telas recamadas y otras cosas más y lujosamente enjaezados.

Preguntáronle a un esclavo que por allí andaba cuyo era todo aquello y el esclavo les dijo:

—Estos son los regalos que el emir de Dimechk envía al rey Omaru-n-Nômán como tributo de la región de Scham.

Al oír Zu-l-Mekán las palabras del esclavo, arrasándosele los ojos en llanto, exclamó:

—Si el dolor de la ausencia nos tortura y el amor nos consume en la distancia, ¿qué hemos de hacer si no hay quien el mensaje lleve de nuestra pena a la lejana?  
La paciencia es el único recurso y en nuestro pecho la paciencia falta; ¿cómo olvidar podré la amada ausente si presente la llevo yo en mi alma?  
Eclipsóse a mi vista su belleza; mas refulgiendo sigue no empañada dentro del corazón donde por siempre ha puesto su morada.  
Quiera Alá otra vez a ambos unirnos y entonces de palabra yo le diré cuánto la quise siempre a pesar de esta ausencia prolongada.

Al terminar su poesía echóse el joven a llorar. Y el fogonero le dijo:

—Ye hijo mío, no acabo de creer que estés curado. Serena, pues, tu alma y no llores. Que temo vayas a recaer en tu achaque<sup>49</sup> pasado.

Y siguió animándolo y consolándolo. Pero Zu-l-Mekán siguió suspirando y lamentándose de estar lejos de su tierra y separado de su hermana. Y, a impulsos del sentimiento, recitó estos versos:

—¡Prepara tu viático, viajero, que el viaje has de emprender de la otra vida; mira que ya la muerte está llegando, no pierdas más el tiempo en fruslerías! Engaño es la dicha que da el mundo, falsedad y miseria; necio serás si en él tu anhelo cifras, que es vanidad tan solo lo que encierra. Caminante es el hombre que en la tarde hace que su camello se arroddile y descansa unas horas, para luego volver a caminar cuando el sol brille.

Acabado que hubo Zu-l-Mekán de recitar aquellos versos, rompió nuevamente a llorar y a dolerse de estar lejos de su tierra. Y también el fogonero lloró con él el dolor de haber perdido a su esposa, aunque se sobrepuso a su propio pesar y trató de consolar y animar al joven.

Y así pasaron ambos la noche hasta que amaneció la mañana. Luego que salió el sol y se difundió su claridad, díjole el fogonero a Zu-l-Mekán:

—Mucho te acuerdas, por lo visto, de tu tierra.

—Sí—respondióle el joven—. Tanto que no me avengo a quedarme aquí y pienso despedirme de ti y unirme a esos viajeros e ir tras ellos poco a poco hasta llegar a mi país.

—En ese caso yo voy contigo—dijole el fogonero—. Que no podría estar separado de ti, y ya que pude hacerte un bien, quisiera coronarlo, sirviéndote hasta el fin.

<sup>49</sup> Del árabe *Ach-Schak*.

—Que Alá te dé tu alijara <sup>50</sup>—contes-  
tò el joven.

Cuanto al asunto de su hermana Noshetu-s-Semán, al separarse esta de su hermano Zu-l-Mekán salió del *jan* en que ambos se hospedaban, en la ciudad santa, arrebujada en aquellos harapos que dijimos, con intención de prestar algún servicio a alguien y arbitrar así el medio de comprarle a su hermano la carne asada que se le antojara, y lo primero que hizo fue pedirle humildemente a Alá (exaltado sea) que los sacase a ambos de aquella miseria. Y recitó estos versos:

—Perdida estoy en tinieblas  
y el fuego de amor me abrasa,  
y este deseo del dolor  
que hay en mi cuerpo me agrava.  
El pesar la noche entera  
me tiene a mi desvelada  
y por dentro me requema  
de mi honda pasión la llama.  
Procuró callar mi pena  
y me descubren mis lágrimas,  
y me censura el amigo  
y de consolarme trata,  
sin reparar en que sufro  
lo que no expresan palabras.  
Por mi amor juro que nunca  
habrá consuelo en mi alma,  
porque nunca olvidaré  
al causante de mis ansias.  
Ye noche, que ves mi insomnio  
como tus otras hermanas,  
ve a decirle al que yo amo  
esta cosa que me pasa,  
cómo es verdad que su amor  
de mi desvelo es la causa.

Luego Noshetu-s-Semán, la hermana de Zu-l-Mekán, púsose a dar vueltas a diestro y siniestro, y así anduvo hasta que hubo de toparse con un *scheij* viajero, de los beduinos, al que acompañaban cuatro árabes.

Volvióse el *scheij* a mirar a Noshetu-s-Semán y, al contemplar su hermosura y verla cómo iba arrebujada en aquellos burdos harapos, quedóse maravillado de su belleza y dijo para sus adentros:

«Guapa moza es esta y, sin embargo, muestra mala facha; pero sea de esta ciudad o peregrina no hay más remedio sino que he de hacerla mía.»

Fuese, pues, en su seguimiento pasito a pasito hasta que le cogió la delantera y le salió al encuentro en un lugar angosto y la llamó para interrogarla, como lo hizo, diciéndole:

—Dime, hijita, ¿eres, por ventura, horra <sup>51</sup> o esclava?

Al oír esas palabras miróle la joven a la cara y contestó diciendo:

—Ye tio, yo soy forastera y tengo un hermano enfermo.

—¿Querías—díjole el *scheij*—venir conmigo hasta mi casa?

—Iré contigo a tu casa—replicó ella—, pero con una condición: que estaré allí todo el día, pero a la noche me volveré al lado de mi hermano. Si aceptas esta condición, te seguiré, pues soy algariva y vine acá con mi hermano de las tierras del Jichás y temo que mi hermano no encuentre quien me pueda reemplazar.

Al oír el beduino esas palabras, dijo-se para sus adentros:

«¡Por Alá, que hallé lo que buscaba!»

Luego echó a andar con ella, dándole conversación por el camino hasta que salieron de la ciudad santa y reunióse el *scheij* con sus compañeros, que ya montaran en sus camellos. Montó también el beduino en el suyo y púsose a la grupa a la muchacha. Y así cabalgaron hasta que se hizo noche cerrada. Comprendió entonces Noshetu-s-Semán que las palabras del beduino fueran un ardid y que aquel le había disfrazado sus verdaderas intenciones para lograr su fin. Rompió, pues, a llorar y a dar gritos, a lo largo del camino, y entonces el *scheij* y sus

<sup>50</sup> Pago. Del árabe *Al-Ichara*.

<sup>51</sup> Libre. Palabra que pasó al romance sin apenas modificar su forma árabe; solo el cambio de *j* en *h*.

compañeros dirigiéronse hacia la montaña, para evitar que alguien los viese y les quitase a la muchacha.

Luego que empezó a rayar el alba, apeáronse de sus cabalgaduras y el beduino, llegándose a Noshetu-s-Semán, le dijo:

—*Ye* habitante de las ciudades, ¿a qué viene ese llanto? Por Alá, que si no dejas de lloriquear te golpearé hasta que revientes.

Al oír Noshetu-s-Semán tales palabras sintió aversión a la vida y pidió a Alá la muerte. Y volviéndose al *scheij* le dijo:

—*Ye scheij* malvado, *ye* cabeza blanca del infierno, ¿cómo pude fiarme de ti cuando lo que hacías era embaucarme y darme el pego?

—*Ye* habitante de las ciudades, ¿cómo tienes lengua para replicarme?—exclamó el *scheij*, airado.

Y esgrimiendo en su mano un látigo fuese a ella y la amagó diciendo:

—¡Como no te calles, te mato!

Calló la joven por espacio de una hora. Pero luego tornó a acordarse de su hermano y de lo enfermo que lo había dejado y volvió a llorar en secreto un llanto amargo.

Y el segundo día de la jornada volvióse al beduino y le dijo:

—¿Cómo te valiste de esa treta hasta traermelo contigo a estas montañas solitarias? ¿Qué es lo que piensas hacer conmigo?

Al oír el beduino esas palabras endurecióse el corazón y exclamó:

—*Ye* ciudadana <sup>52</sup>, ¿cómo tienes lengua para hablarme a mí tales palabras?

Y esgrimiendo el látigo, fustigóla con él las espaldas hasta que la joven se desmayó por la fuerza del dolor.

Luego que volvió en sí arrastróse

hasta él y le besó los pies, con lo que el beduino se dio por satisfecho y dejó de azotarla. Pero se puso a insultarla, diciendo:

—¡Por vida de mi bonete, ciudadana, que, como te vuelva a oír llorar, te corto la lengua y te la meto en tu raja! <sup>53</sup>

Calló Noshetu-s-Semán y no rechistó. Que estaba dolida de los azotes, y se sentó en el suelo y se cogió las rodillas con las manos y se tapó la cara con el acitar y quedóse ensimismada, pensando en su situación y la de su hermano y en su actual abatimiento, después de haberse visto tan encumbrada, y en su hermano enfermo y solo y en que ambos estaban lejos de su patria, de suerte que le corrían por las mejillas las lágrimas y, no pudiendo más, recitó estos versos:

—Costumbre es de la suerte  
voluble y loca,  
no estarse quieta nunca;  
¡yo lo veo ahora!  
Lo que nos da, nos quita;  
todo es prestado;  
cada cosa en el mundo  
tiene su plazo.  
¡Ye triste vida nuestra  
tan insegura,  
en la que dando tumbos  
va la ventura!  
Breves son en el mundo  
poder y gloria,  
y siempre tras el triunfo  
va la derrota.  
Al amor sigue siempre  
la indiferencia  
y a la unión deleitosa  
la amarga ausencia.  
Bien puedo yo decirlo,  
que peregrina,

<sup>52</sup> Traducción literal del vocablo árabe *mu-daniya*.

<sup>53</sup> Sobre los árabes (beduinos) dice Mahoma en el *Corán*: «Los árabes son los más fuertes en la incredulidad y la impiedad.» Sura IX, *At-Tauba* (La contrición), versículo 98. Comentando este versículo, añade el exegeta Al-Bedauí: «A causa de su vida salvaje, porque no frecuentan ningún pueblo sabio y carecen de medios para instruirse.» (*Viaje de la India a Meca* por Abdu-l-Kerim.)

recorro ahora las tierras,  
como mendiga.  
Caminante ligero  
que acaso vas  
adonde yo he dejado  
mi antiguo hogar,  
a mis amigos diles  
que su recuerdo  
de mi alma no se aparta  
jamás, ni en sueños,  
y que constantemente  
pensando en ellos  
sin cesar mis mejillas  
de llanto riego.

Al oír el beduino aquellos versos  
inclinóse hacia ella y se enterneció y

sintió piedad y le enjugó sus lágrimas  
y le dio una galleta de cebada. Y cuan-  
do fue llegada la noche y a Noshetu-  
s-Semán apretóle el hambre, comió  
unos bocados de aquel mendrugo la  
muchacha.

Luego, mediada la noche ya, mandó  
el beduino a su gente que tornase a  
cabalgar...

Pero al llegar a este punto sintió  
Schahrasad venir la mañana y cortó el  
hilo de sus elocuentes palabras.

## Y LA NOCHE 71 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mi noticia, *ye monarca*,  
el afortunado, que el beduino diole  
a Noshetu-s-Semán un mendrugo de  
pan de cebada y le prometió venderla  
a otro hombre, a lo que ella dijo:

—Está bien lo que hagas.

Después, mediada ya la noche, man-  
dó el beduino a su gente que reanuda-  
ran la marcha. Cargaron, pues, sus ca-  
mellos y montaron en ellos y el bedui-  
no montó en el suyo, llevando a la  
grupa a Noshetu-s-Semán.

Y se pusieron en marcha y no para-  
ron de caminar durante tres jornadas,  
hasta que llegaron por fin a la ciudad  
de Dimechk y fueron a hospedarse al  
*jan* del sultán, contiguo a la Puerta del  
Rey.

Y Noshetu-s-Semán había perdido  
los colores a causa de la pena y el  
cansancio del viaje, por lo que entróle  
gran pesar y se echó a llorar. Y el  
beduino entonces acercóse a ella y le  
dijo:

—¡*Ye* ciudadana! ¡Por vida de mi  
bonete! ¡Si no dejas de llorar te vende-  
ré a un judío!

Cogiola luego de la mano y la es-  
condió en un lugar, y él se fue al zoco,  
en busca de los mercaderes de esclava-

vas, y se puso a conversar con ellos,  
diciéndoles:

—Tengo una muchacha que traje aquí  
conmigo; a su hermano, que está enfer-  
mo, envíelo con mi familia a la Ciudad  
la Santa, para que lo asistiesen. Pero a  
ella quiero venderla.

Al oír aquellas palabras, díjole uno  
de los mercaderes:

—*Ye scheij* de los árabes, yo iré con-  
tigo a verla y te la compraré, ya que  
tanto la ponderas y ensalzas su discre-  
ción y buena educación, a más de su  
hermosura y perfección, y te daré por  
ella su importe, siempre que aceptes  
mis condiciones.

—Si quieres—contestó el beduino—pue-  
des venir a verla al *jan* del sultán y  
allí me dirás tus condiciones, que segu-  
ro que si se la llevas al rey Scharkán,  
hijo del rey Omaru-n-Nôman, señor de  
Bagdad y Jorasán, con lo dado que es  
este a las mozas, te pagará su precio y  
más.

—Sí—asintió el mercader—. Yo haré  
que el sultán le escriba unas letras a su  
padre, Omaru-n-Nôman, recomendán-  
dome a él, y, si se queda con la esclava,  
te pasará su precio sin falta.

—Convenidos—respondió el beduino.

Marcharon ambos acto seguido hasta que llegaron al lugar en donde el beduino escondiera a Noshetu-s-Semán. Detúvose el beduino a la puerta del aposento y la llamó:

—¡Ye Nachiya!<sup>54</sup>—que tal era el nombre que le había puesto.

Al oír su voz la joven rompió a llorar y no le respondió.

Visto aquello, volvióse el beduino al mercader y le dijo:

—Está ahí echada. Entra y mírala y animala, según ya te previne.

—Está bien—repuso el mercader—. Y si es tal y como tú me la has pintado, un prodigio de hermosura que además habla el arábigo, se la llevaré al sultán y me dará por ella cuanto le pida.

Pasó, pues, adentro el mercader y saludó a la joven, diciéndole:

—Sea contigo la paz. ¿Cómo estás hija mía?

Volvióse ella al mercader y le dijo:

—Según estaba escrito en el Libro<sup>55</sup>.

Reparó luego con más intención en el hombre y vio que tenía buena facha y que era guapo de cara. Y, para sus adentros, se dijo:

«Seguro que ha venido para comprarme. Y ojalá me compre, pues si sigo con el otro acabará matándome a palos, mientras que este, por lo menos, es guapo de cara y me inspira más confianza que ese beduino tiránico. Probablemente habrá venido para oírme hablar, así que le contestaré con las mejores palabras»—y tenía Noshetu-s-Semán fijos los ojos en el suelo.

Pero luego alzólos hasta el hombre y en el tono más amable respondióle:

—Sean también sobre ti la paz y la misericordia de Alá y su bendición, ¡ye sidi!, según dijo el *nabi* (¡sobre él la oración y la paz!)<sup>56</sup>. Cuanto a la pre-

gunta que me haces de cómo me encuentro, si quieres saberlo te diré que mi situación es como para que no se la desees sino a tus enemigos.

Quedóse luego callada. Pero el mercader holgóse mucho de haberla oído y, volviéndose al beduino, le dijo:

—¿Cuánto pides por ella? Que en verdad es perfecta.

Pero el beduino enojóse al oír tales palabras y exclamó:

—Con esos piropos me echas a perder a la muchacha. ¿Cómo te atreves a decir que es perfecta cuando es de lo más bajo y vil que existe? ¡Ya no la vendo, ea!

Al oírle hablar así comprendió luego el mercader que el beduino era hombre de pocas luces y le dijo:

—Serena tu alma y refresca tus ojos, que yo te la compro, aunque tenga esa maca que dices.

—¿Cuánto me das por ella?—preguntó el beduino.

—Oh *scheij* de los árabes—respondió el mercader—. Te pondré en la mano cien dinares contantes y sonantes, más las arras y los derechos que corresponden al sultán por fuero.

Al oírle el beduino montó en cólera y alzó el grito, diciendo:

—¡Vaya un mercader! ¡Vete de aquí ahora mismo! ¡Pues no me ofrece cien dinares por una arripieza que va vestida de burdo paño de camellero! ¡No pienses que te la voy a vender; ya no la vendo; me la llevaré a casa y la pondré a pastorear los camellos y a moler el grano!

Volvióse luego a la joven y le dijo:

—¡Ya no te vendo, hedionda que eres! ¡Por Alá, que no te vendo ya! Y encarándose con el mercader le dijo:

—Yo pensaba que serías entendido. Pero por vida de mi bonete que si no te vas de aquí ahora mismo te haré oír algo que no te suene bien en los oídos.

<sup>54</sup> Salvadora.

<sup>55</sup> Del Destino.

<sup>56</sup> «Cuando os saludaren con saludo, saludad vosotros con un saludo mejor.» *Corán*, sura IV, aleva 88.

—*Ye scheij* de los árabes—replicó el mercader—, cálmate y dime: ¿no tienes aquí sus vestidos?

—¿Para qué necesita vestidos esta vil esclava?—respondió el beduino—. ¡Ya tiene de sobra con esos harapos de tela burda en que se arrebujá!

Pero el mercader le dijo:

—Con tu permiso voy a descubrirle

el rostro y a examinarla como es costumbre hacer con las esclavas.

Acercóse a ella el mercader y ruborizóse al contemplar su belleza y la perfección de toda ella.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 72 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He podido saber, *ye monarca*, el afortunado, que el mercader acercóse a Noshetu-s-Semán y ruborizóse al verla tan hermosa y se sentó a su lado y le dijo:

—*Ye mi señora*, ¿cuál es tu gracia?

A lo que contestó ella:

—¿Quieres saber mi nombre nuevo o el antiguo?

—Pero—exclamó el mercader—¿por ventura tienes dos nombres, uno nuevo y otro antiguo?

—Sí—respondió ella—. Mi nombre, el antiguo, es Noshetu-s-Semán, y mi nombre, el nuevo, Gazetu-s-Semán<sup>57</sup>.

Al oír el mercader esas palabras arrasáronsele los ojos en lágrimas y exclamó:

—¿Es verdad que tienes un hermano enfermo?

—Sí, por Alá, *ye sidi*—contestó ella—, aunque nos tiene separados el sino e ignoro lo que de él haya sido.

Y a continuación contóle toda su historia, incluso lo que le ocurriera con el beduino y lo referente a sus padres y a su origen real. Y en tanto se lo refería, corrianle las lágrimas por sus mejillas.

Hasta que no pudo reprimir su vehemencia y recitó este poema:

—Dondequiera que estés, amado mío, y por más luengas tierras que camines siempre en mi corazón quieto te tengo y en él como en un trono tú resides. Doquiera que tus pasos te conduzcan, pídele a Alá que te acompañe siempre, y de toda añagaza te defienda y de todos los cambios de la suerte. Mis ojos que a ti verte solo ansian no quieren ya ver nada en este mundo; no hacen sino llorar continuamente hasta que agoten su raudal profundo. ¡Oh si al menos supiera dónde moras, para unirme contigo como antaño! ¡Feliz yo fuera entonces y bebiera del agua de la vida a tu costado y rosas mis mejillas florecieran! Busco olvido en el sueño, y es inútil que de la pena las candentes ascuas se interponen al punto entre mis sienes y la tela sutil de la almohada. ¡Oh qué tormento el de la ausencia amargo! El suplicio mayor a él prefiriera. Que teniéndote al lado todo es leve, y teniéndote lejos, todo pesa.

Luego que el mercader hubo oído aquellos versos, rompió a llorar y alargó la mano para enjugarle a ella sus lágrimas, que le corrían por las mejillas, desbordadas.

Pero ella se cubrió con el velo la cara y exclamó:

—¡Librete Alá de hacerlo, *sidi*!

Y le impidió que le levantara el rebecillo. Entonces el beduino fuese a ella, esgrimiendo unas riendas de camello, y empezó a golpearla tan violentamente que la muchacha cayó de bruces en el suelo y se hirió con un guijo

<sup>57</sup> Desdicha del tiempo.

y empezó a sangrarle la cara. Y dio un gran grito y se desmayó.

Siguió llorando, desmayada, y el mercader lloraba con ella y en su interior pensaba:

«He de comprar, sin remisión, esta esclava, aunque pague por ella su peso en oro; no tengo más remedio que sacarla de esta vileza en que se halla.»

Y empezó a recriminar al beduino en tanto ella seguía desmayada.

Luego que volvió en sí Noshetu-s-Semán restañóse el llanto y la sangre de su rostro, vendóse la frente, alzó al cielo los ojos y, en tono lastimero, imploró a su amo, recitando estos versos:

—¡Compadécete de mí,  
que ahora me encuentro tan bajo  
y antes tan alto me vi!  
Mis penas llora conmigo,  
y no dudes que es verdad  
todo cuanto yo te digo.

Luego que terminó su recitado, volvióse al mercader y, en voz queda, le dijo:

—Por Alá, no me dejes en poder de este tirano que no conoce a Alá (sea exaltado), pues antes de pasar con él esta noche me dará la muerte por mi propia mano. ¡Así que sálvame de él y así te salve a ti Alá de todo temor en esta vida y en la otra!

Entonces el mercader llegóse al beduino y le dijo:

—¡*Ye scheij* de los árabes! ¡Te compro la muchacha por lo que quieras!

—¿Cuánto—inquirió el beduino—das por ella?

—Mil dinares.

—Tuya es por ese precio—respondió el beduino—, que con ese dinero compraré sal, que necesito.

Y esto es por ahora todo lo referente al asunto del beduino.

Cuanto al mercader y Noshetu-s-Semán, luego que aquel se hizo cargo de la muchacha, echóle encima alguna

ropa y fuese con ella a su casa, donde la vistió un traje de los más lucidos.

Cogióla luego de la mano y la condujo al zoco y compróle una joyas y las guardó en un bolso de raso y se las entregó, diciéndole:

—Todo esto lo merqué para ti. Y solo te pido que, cuando vaya contigo a Dimechk para presentarte al sultán, le digas el precio a que te he comprado, aunque poco fue con lo que tú vales comparado, y si él se queda contigo, le cuentas cómo te he tratado y le pidas para mí una carta oficial de recomendación para el señor de Bagdad, el rey Omaru-n-Nómán, a fin de presentarme ante su grandeza con ella.

Al oír Noshetu-s-Semán esas palabras rompió a llorar y a suspirar. Y el mercader le dijo:

—¡*Ye* señora mía, veo que cada vez que te miento a Bagdad, lloran luego tus ojos! ¿Acaso tienes allí alguien que te sea querido? Si así fuere, dimelo, ya sea un mercader o de otra profesión o estado, que yo conozco allí a todos los mercaderes y, en general, a todo el mundo. Y si quieres enviarle una carta, yo la haré llegar a sus manos.

—¡Por Alá!—contestó ella—. Que no conozco allí a ningún comerciante ni no comerciante, que a quien conozco es al rey Omaru-n-Nómán, señor de Bagdad.

Holgóse mucho de oírla el mercader y se dijo para sus adentros:

«Por Alá, que ya logré mis deseos.»

Luego dijo en voz alta:

—¿Por ventura, señora, le fuiste ya ofrecida antes de ahora?

—No—respondió ella—, sino que me crié con una hija suya y gozo valimiento cerca de su persona y me tiene en gran estima. Así que, si alguna cosa deseas del rey Omaru-n-Nómán, dame acá tinta y papel y te escribiré una carta, y cuando entres en la ciudad de Bagdad, se la entregas en propia mano al rey y le dices:



—A tu sierva Noshetu-s-Semán zarrandéonla los caprichos del sino días y noches hasta el punto de haber pasado como esclava de una en otra mano y ahora te saluda con la paz.

Y si te pregunta por mí, se lo cuentas todo y le dices que estoy en poder de su vicario en Dimechik.

Al oírla el mercader quedóse maravillado de su discreción y acrecióse aún más el amor que por ella sentía. Y exclamó:

—Para mí que los hombres jugaron con tu buen juicio y te vendieron por dinero. ¿Por ventura sabes de coro el *Corán*?

—Sí—respondió ella—. Y conozco, además, las máximas de la sabiduría y entiendo de Medicina y estoy impuesta asimismo en los comentarios a Hipócrat de Chalenus<sup>58</sup>, el médico. Y he leído, asimismo, el *Tazkirah* y comentado el *Burhan*<sup>59</sup> y estudiado los *Simples* de Ibn Baitar<sup>60</sup> y algo sé también del *Canon* de Meca, de Ibn-Siná<sup>61</sup>.

Y sé descifrar enigmas y resolver dudas y discurrir sobre Geometría y no soy lega en anatomía.

Y he leído los libros de la escuela de As-Schafiyyu<sup>62</sup> y las tradiciones del Profeta y la Sintaxis, y soy capaz de discutir con los ulemas y de disertar sobre cualquier materia.

Y estoy, además de eso, impuesta en retórica y aritmética y en el arte de hacer talismanes y almanaques, y he

calado a fondo en las ciencias espirituales<sup>63</sup>, y conozco las épocas en que han de cumplirse los deberes religiosos y, en una palabra, no hay rama de las ciencias que me sea extraña.

Y dízque de cuanto aprendí no se me ha olvidado nada.

Al oír el mercader tales palabras, exclamó:

—¡Bravo! ¡Bravo, muchacha! ¡Feliz aquel que te tenga en su alcázar!

Llévole en seguida tintero, papel y caña de metal y besó la tierra entre sus manos. Y Noshetu-s-Semán dispuso el papel y, enristrando la caña, escribió en él estos versos:

«¡Huye el sueño de mis ojos  
y el porqué no sé decir!  
¡Será que de ti aprendieron  
el arte de no dormir!  
¡Tu recuerdo aviva el fuego  
que las entrañas me abrasa,  
y, ¡ay de mí!, todo es recuerdo  
para el corazón que ama!  
¿Cómo olvidar lo pasado  
si en él tan dichosa fui?  
¡Y de toda esa ventura  
ya nada queda de mí!  
El aire que el rostro oreo  
te sirve de mensajero,  
pues me hace pensar que antes  
ha acariciado tu cuello.  
Dúelese el enamorado  
y la gente lo critica;  
mas yo, que sé lo que es eso,  
le muestro mi simpatía.  
¿Cómo no habrá de quejarse  
quien tiene ausente su amor,  
si ese es tormento tan grande  
que una roca hendiera en dos?»

Luego que Noshetu-s-Semán hubo acabado de escribir esos versos, añadió a renglón seguido estas otras palabras:

«¡De parte de aquella sobre la que señoreó la inquietud y el desvelo domina hasta el punto de que para sus tinieblas no hay luz ni para su noche día!»

<sup>63</sup> Por las ciencias espirituales entiéndase la *Kabbalah* (o *Kábala*) de los hebreos adaptada a la fe islámica.

<sup>58</sup> Hipócrates y Galeno, respectivamente.

<sup>59</sup> El *Tazkirah* es un libro de tradiciones, y el *Burhan*, un tratado teológico.

<sup>60</sup> Ibn Bitar. Médico famoso autor de la *Gran colección de medicamentos simples* que aún hoy día goza de autoridad.

<sup>61</sup> El célebre médico, filósofo y matemático árabe, nacido en Schirás (Persia), en 980, y fallecido en Hamaden en 1036. Conocido en Occidente como Avicena. Entre sus numerosas obras dejó un *Canon* o *Preceptiva médica*.

<sup>62</sup> As-Schafiyyu (Mohammed-ibn-Idris) fue el fundador de la escuela de Teología que lleva su nombre. Murió en Egipto en 204 de la *hechra* y está enterrado cerca de El Cairo.

Afluyeron luego a sus ojos las lágrimas y escribió aún estos versos en la carta:

«¡La medula de mis huesos  
ha consumido el amor,  
y entre mis ojos y el sueño  
un divorcio pronunció.  
Tan flaco y fino mi cuerpo  
se quedó de padecer,  
que el día que nos hallemos  
no me vas a conocer,  
y como yo no te hable,  
no me vas siquiera a ver!»

Y, finalmente, escribió al pie de la carta estas palabras:

«Esta carta viene de aquella que dice tener su corazón lacerado por la melancolía y estar desvelada noche y día, y que en la tiniebla de su noche ningún destello brilla y que para sus ojos son iguales la noche y el día.

»Y se acuesta en el tapiz de la separación y tiene sus ojos alheñados con la alheña del insomnio, y aguarda ansiosa a que salgan los astros y en su penumbra la mirada aguja, y es la verdad que pena y abandono han dado cuenta de su fuerza, y dizque sería cosa de nunca acabar, si todas sus desdichas quisiera enumerar.

»Pues no tiene más consuelo que su llanto y recita estos versos:

«Ninguna tórtola arrulla,  
de rama en rama saltando,

que no me traspase el alma  
con su quejumbroso canto.  
Y oír no puedo a un amante  
que por su amada suspira,  
sin que al punto en mí de nuevo  
todas mis penas revivan.  
¡Guay de mí! Que mi verdugo  
de mí no tiene piedad.  
¡Ay amor! ¡Qué cruel eres!  
¡Cómo tiras a matar!»

Nubláronse luego los ojos con las lágrimas y escribió estos otros versos:

«Tanto sufrí yo el día de la partida  
que el sueño y la alegría también partieron.  
Y estoy tan desmedrado y consumido,  
que solo por el habla hombre parezco.»

Tornó luego a llorar y escribió al pie de la hoja:

«De parte de aquella que se encuentra lejos de su familia y de su patria, de la triste de corazón y espíritu, de Noshetu-s-Semán.»

Plegó luego la carta y dióselo al mercader. Tomóla este y la besó, y después enteróse de su contenido. Y henchido de alegría, exclamó:

—¡Loado sea Alá, que te crió!

Pero al llegar a este punto sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras seductoras.

## Y LA NOCHE 73 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mí noticia, *ye monarca*, el afortunado, que Noshetu-s-Semán escribió la carta y se la dio al mercader, el cual tomóla y la leyó y de su contenido enteróse y exclamó después:

—¡Loado sea Alá, que te crió!

Y todo aquel día la colmó de agasajos y honras y atenciones. Luego, llegada que fue la noche, marchó al zoco y volvió cargado de viandas para que cenara. Pero antes condújola al *ham-*

*mam* y le trajo una amasadora y le dijo:

—Luego que termines de lavarle la cabeza, le vestirás sus ropas y me avisarás.

—Oír es obedecer—respondió la mujer.

Luego llevó allí viandas y frutas y demás y lo puso todo sobre un poyete del *hammam*.

Terminado que hubo la amasadora

de lavarle la cabeza a Noshetu-s-Semán vistióle sus ropas y, al salir aquella del baño y sentarse en el poyo, encontró la mesa servida y en compañía de la amasadora comió de las viandas y la fruta hasta no querer más, dejándole las sobras al guarda del *hammam*.

Mandóle luego el mercader que se pusiese sus mejores galas y marchó con ella, precediéndola. Y al verle la gente, quedábanse todos atónitos ante su hermosura y decían:

—¡Bendito sea Alá, que es el mejor de los creadores! ¡Feliz aquel que pueda llamarse dueño de tal criatura!

Fueron caminando así, el mercader delante y ella detrás, hasta que llegaron a presencia del rey Scharkán. Y el mercader, luego que ante él se vio, besó la tierra entre sus manos y exclamó:

—Ye monarca venturoso, tráigote aquí un regalo de raras cualidades, y que en todo el mundo no tiene igual hoy día, pues únense en él belleza y bondad.

—Quiero verlo con mis propios ojos —exclamó el rey.

Holgóse de oírlo el mercader y llevóle el acto seguido a Noshetu-s-Semán, y se la puso delante.

Y al verla Scharkán encendiósele la sangre, que era muy pequeña todavía Noshetu-s-Semán cuando se separaron, sin que tampoco entonces hubiera llegado a verla, no sabiendo más sino que tenía una hermana llamada Noshetu-s-Semán y un hermano llamado Zu-l-Mekán, y eso pasado algún tiempo de haber ambos nacido, por todo lo cual se enojó grandemente el joven, celoso de su derecho al trono, según ya antes dijimos.

Al presentársela ahora el mercader, le dijo:

—Ye rey de los tiempos, con ser esta joven, como es, guapa y gentil, que no tiene igual en esta época, posee, ade-

más, todas las ciencias divinas y humanas, sin omitir la política y la matemática.

—Toma el precio en que la compraste—exclamó el rey—. Y déjala aquí y vete por tu camino.

—Oír es obedecer—respondió el mercader—. Pero escribeme antes una *albalá* eximiéndome de pagar en lo sucesivo diezmos ni alcabalas en el ejercicio de mi *atijara*.

—Está bien—dijo el rey—. Así lo haré. Llamó luego el rey a su *jasandar* y le dijo:

—Dale a este mercader trescientos mil dinares y otros veinte mil dinares aparte.

Hizo luego Scharkán que le llevaran allí cuatro cadíes y les dijo:

—Dad fe de que manumito a esta mi esclava y quiero casarme con ella.

Extendieron en seguida los cadíes el acta de manumisión y la de matrimonio a continuación.

Luego el rey Scharkán arrojó un abundante pelón de monedas de oro por sobre las cabezas de los circunstantes y mandó extenderle al mercader aquel privilegio que le pidiera, eximiéndole en lo sucesivo de diezmos y gabelas y ordenando a todos sus gualies no le pusiesen impedimento alguno en el ejercicio de su profesión. Y, finalmente, mandó le diesen un traje de gala de alto valor. Y el sultán mandó irse a todos los que allí estaban, menos al mercader y a los cadíes, y, dirigiéndose a los últimos, les dijo:

—Quiero que oigáis cómo se expresa esta esclava, a ver si demuestra esa instrucción y esa educación que este mercader dice poseer.

Y aquellos respondieron:

—Está bien.

Mandó luego el rey correr una acitara entre él y sus acompañantes y la esclava y sus criadas.

Y dizque todas las mujeres que con ella estaban tras del velo besáronla ma-

nos y pies al saber que el rey la había tomado por esposa, y empezaron a dar vueltas a su alrededor y a servirla y a aligerarla de sus ropas y a contemplar su belleza y hermosura maravillosas.

Y supieron las mujeres de los emires y los visires que el rey tomara por esposa una esclava, que no tenía rival en punto a guapa, culta, bien educada, pues poseía todas las ciencias y habían pesado por ella trescientos mil dinares de su precio y veinte mil más de alboroque<sup>64</sup> y que el rey mandara llamar a los cuatro cadíes para que la examinaran y vieran cómo a sus preguntas contestaba.

Y pidieron permiso a sus maridos y se trasladaron al alcázar donde estaba Noshetu-s-Semán. Encontráronse al entrar con que la servidumbre la estaba festejando; pero ella, al verlas llegar, levantóse y fue a su encuentro con todas sus criadas a la zaga y las besó, deseóles la bienvenida y les sonrió con tal gracia que les cautivó las almas y las hizo sentar en su estrado cual si fuesen sus iguales, a su lado.

Maravilláronse, pues, todas, así de su belleza como de su discreción, y unas y otras decían:

—Esta no es una esclava, sino una reina hija de rey.

Y ponderaban su valer y decían:

—¡Ye señora nuestra, viniste a iluminar nuestro país y a ennoblecer nuestro reino! Y este reino es tu reino, y este alcázar tu alcázar, y todas nosotras tus esclavas. ¡Por Alá, que no nos niegues tu favor ni el placer de contemplar tu esplendor!

Por todo lo cual dábales ella las gracias con mucho donaire y amabilidad.

Estaba a todo esto corrida la acitara entre Noshetu-s-Semán y sus acompañantes y el rey Scharkán, los cuatro cadíes y el mercader.

Pero luego llamóla el rey Scharkán, diciendo:

—¡Ye tú, la esclava poderosa de tu tiempo! Este mercader te ha descrito como dotada de saber y cultura y pretende que posees todas las ciencias, la Gramática entre ellas. Haznos, pues, oír un sucinto resumen de cada una de esas materias.

Oído que hubo las palabras del rey, dijo Noshetu-s-Semán:

—¡Oír es obedecer, ye monarca illustre! La primera puerta<sup>65</sup> es la ciencia de la política del Estado y de lo que conviene al despacho de los asuntos legales y las cualidades que han de poseer los gobernantes.

Y has de saber, ye el rey, el poderoso, que de la bondad de condición del sultán depende la de su tiempo, pues ya dijo el Enviado de Alá (¡sean sobre él la oración y la paz!):

Que si el sultán es justo, lo serán también sus ministros, y si se malea, se malearán también los emires y los ulemas<sup>66</sup>. Y también dijo un sabio que hay tres clases de reyes: el que guarda la ley, el que vela por el honor y el que se precipita en el abismo de las pasiones.

Cuanto al rey que guarda la ley, obliga a sus vasallos a observarla también y viene él obligado a observarla mejor que ellos, ya que es él quien da la pauta para su cumplimiento e impone a sus súbditos el acatamiento a sus mandatos, de acuerdo con los preceptos legales, aunque alguna vez se abandone no obstante a su capricho, en nombre de la sumisión a los poderes constituidos. Cuanto al rey que vela por el honor, atiende al mismo tiempo a las cosas divinas y las profanas y obliga a sus vasallos a la observancia de la ley religiosa y la práctica del valor y concilia la caña y la espada,

<sup>65</sup> Capitulo.

<sup>66</sup> *Cujus regio, ejus religio*—decían los romanos.

<sup>64</sup> Propina. Del árabe *Al-Baraka*.

que, a quien se desvía de lo que traza la caña, luego tuércese el pie y hay que corregir con el acero su torcedura, y así, ese rey que digo distribuye la equidad entre todas las criaturas.

Cuanto al rey que se abandona a las pasiones, no hay para él religión ni más ley que la que le dicten sus caprichos y no teme al freno de su Señor, al que debe su reino; de suerte que su Estado corre a su perdición y sus errores danle como paradero final la mansión de los horrores <sup>67</sup>.

Y dijeron los sabios: «El rey impone obligación a muchos y él es solo uno, por lo que es preciso que conozca las diferencias de condición de sus vasallos para que las aproveche en sazón oportuna y las concilie a todas y las junte, mediante su equidad, y anegue a sus subditos en el piélago de su bondad.»

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

## PERO LA NOCHE 74 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He podido saber, *ye* monarca, el afortunado, que Noshetu-s-Semán siguió diciéndole al emir Scharkán:

—Has de saber que Ardeschir, el nombrado *Chamr schedid* o. Brasa ardiente, el tercero de los reyes persianos <sup>68</sup>, conquistó el mundo entero y lo dividió en cuatro cuarteles y se mandó hacer cuatro anillos de sello, uno para cada una de las regiones de su imperio.

Y el sello, el primero, era el del mar y las reglas de lo prohibido y en él había escrito: Alternativas.

Y el sello, el segundo, era el sello del tributo y el almojarifazgo y en él había escrito: Guardar.

Y el sello, el tercero, era el del negociado de los Abastos y en él se leía: Abundancia.

Y el sello, el cuarto, era el de los vejados y en él se leía: Justicia.

Y dizque estos usos y reglas perduraron en Persia hasta la revelación del Islam.

Y también Jusrav escribióle a su hijo, que estaba al frente de sus tropas, diciendo:

«No abras mucho la mano con tus soldados, pues se harán ricos y no necesitarán de ti y dejarán tu servicio. Pero no se la cierras tampoco con exceso, pues murmurarán de ti y estarán descontentos.

»Hazles dádivas guardando el justo medio y gratificalos sin tacañería y sé liberal en la abundancia y no extremes con ellos la mezquindad en los malos tiempos.»

Y cuentan también que un árabe del desierto fue una vez a ver al jalifa Al-Manzur y le dijo:

—Ten a tu perro con hambre y te seguirá a todas partes.

Y al oír el jalifa esas palabras enfurecióse con el árabe; pero Abu-l-Abbas, el de Tus, le dijo:

—Temo que si otro que tú le echase un mendrugo luego con él se iría y a ti te dejaría.

Con lo que Al-Manzur se aquietó y

<sup>67</sup> El infierno.

<sup>68</sup> Tres reyes de este nombre—Artaxerxes (*harina* y *miel*—según unos—y *león potente*—según otros—en lengua pehlevi)—registra la historia de Persia. Aquí se trata de Ardeschir Babegán o Papekán, así llamado por su casamiento con la hija de Babak o Papak, el pastor, fundador de la dinastía de los Sasanies en 202 de nuestra era. (Véase D'Herbelot y el *Dabistán*.)

comprendió que aquel árabe no había tenido intención de agraviarlo, y mandó que le dieran un regalo.

Y has de saber, *ye el rey*, que Abdu-l-Málik-ben-Meruán escribióle a su hermano Abdu-l-Asis cuando lo mandó a Mizr: «Hazte caso de tus secretarios y tus chambelanes, pues tus secretarios te pondrán al corriente de los asuntos usuales y tus chambelanes de las cosas a la etiqueta concernientes y tu liberalidad hará que tus soldados te conozcan y aprecien.»

Y de Omaru-ben-l-Jattab <sup>69</sup> cuentan que, al tomar un criado, le imponía estas cuatro condiciones: Primera, que no había de montar en las acémilas; segunda, que no había de vestir trajes lujosos; tercera, que no se alimentase del despojo, y cuarta, que no abreviase el rezo y lo rezase entero.

Y dicen los sabios que no hay riqueza que más aproveche que la inteligencia y que ninguna inteligencia es comparable al sentido común y a la prudencia y que no hay prudencia que con la piedad se pueda equiparar y que no hay medio mejor de acercarse a Alá que la buena conducta que a la moral se ajusta, y que no hay medida como la buena crianza ni comercio más ventajoso que el de las buenas obras, ni lucro semejante al logro de la divina gracia, ni mejor templanza que la de mantenerse siempre dentro de los lindes de la ley, ni ciencia como la de la meditación, ni culto como la obediencia a los mandamientos de Alá, ni fe como la modestia, ni cálculo que valga como la humildad, ni honor que al conocimiento se pueda comparar.

Vela, pues, por tu cabeza y lo que en ella se encierra y por tu vientre y lo que en él se contiene, y piensa en la muerte y la ruina antes de que lleguen.

Y dijo también Ali <sup>70</sup> (Alá le tenga

en su gracia): «Temed la maldad de las hembras y estad contra ellas en guardia y no toméis su consejo en ningún asunto ni seáis mezquinos en el dar, para que no se vean inducidas a la perfidia y la iniquidad.»

Y asimismo dijo:

«Quien de la senda recta se aparta, luego pierde la pauta.»

Y dijo Omar (Alá le tenga en su gracia):

«Tres clases hay de mujeres: la mujer creyente, timorata, que hace girar la suerte en torno a su marido y no a este en torno a la suerte, y la que ama a sus hijos por encima de todo, y, finalmente, aquella a la que creó Alá para que de yugo hiciese sobre el cuello de todo el que quisiere.

»Pero hay, asimismo, tres clases de hombres: el hombre discreto que sigue su parecer, y otro, todavía más discreto, y es el que cuando se le tuere un negocio, cuyas consecuencias ignoraba, rectifica a tiempo y vuelve de su acuerdo, y finalmente, el atolondrado, que no conoce el camino recto ni la equidad, con ser ésta cosa que ni las esclavas deben ignorar.»

Y a propósito de esto, acuñaron los sabios ese refrán que dice: «Hasta los salteadores de caminos que viven de hacer desafuero a los demás guardan

<sup>70</sup> Primo y yerno del Profeta, casado con su hija Fátima.

Autorizados con el nombre de Ali, corren entre los musulmanes muchedumbre de dichos más o menos auténticos, con la que se han formado varios volúmenes en árabe, persa y turco. El traductor español de la *Tabla de Cebes*, señor Lozano y Casela, en nota a la misma, da noticia de una *Centuria de máximas y apotegmas* de Ali, una colección de versos «que se conserva en la Biblioteca del rey de Francia» y un grueso volumen de sentencias «que se encuentra en la biblioteca de la Universidad de Oxford», muchas de las cuales ha traducido en inglés Mr. Ockley y púestolas a continuación de su *Historia de los sarracenos*. (Paráfrasis árabe de la *Tabla de Cebes*, traducida en castellano e ilustrada con notas por don Pablo Lozano y Casela, oficial primero de la Biblioteca Real, etc. Madrid, 1793.)

<sup>69</sup> Segundo de los jalifas musulmanes, sucesor de Abu-Bekr.

entre sí los principios de la justicia. pues si así no lo hiciesen y no se repartiesen el botín equitativamente. muy luego soltariase el hilo que unidos los tiene.»

Y, en términos generales, puede también decirse que el principal atributo de los caracteres nobles es la generosidad.

Y con cuánta razón dijo el poeta:

«Por su largueza y su rumbo  
a los suyos señorea;  
si quieres ser como él,  
pues imita su largueza.»

Y dijo otro también:

«La dulzura respeto siempre impone  
y en la justicia el justo halla su gloria;  
quien al elogio aspire, si es rumboso  
ya de noble tendrá la ejecutoria.»

Siguió luego Noshetu-s-Semán hablando sobre la política de los reyes. hasta que todos cuantos la oían hubieron de exclamar:

—No vimos nunca a nadie que sobre este capítulo disertase como esta esclava. Pero dejemos oír ahora algo sobre otra materia.

Oyó Noshetu-s-Semán lo que decían y, entendiéndolo, dijo:

—Cuanto a la puerta de la buena educación, puerta es esa muy ancha, puesto que viene a ser el compendio de la perfección.

Y cuentan que una vez fue a ver al jalifa Moauiya <sup>71</sup> uno de sus compañeros y sacó a relucir al pueblo del Irak y su agudo ingenio y hubo de oír Maisun, madre de Yesid, las palabras

del visitante, y luego que este se retiró, encaróse con el jalifa y le dijo:

—Ye emir de los creyentes, mucho me gustaría que mandases venir aquí a alguno del Irak para que yo lo pudiese oír hablar.

Y dio la casualidad que aquel día fueron con intención de ver al jalifa los Beni-Temim, acompañados de Al-Ahnaf-ben-Kais, el Estevado. Pasó, pues, el interlocutor del jalifa a pedirle a este su venia para dejarlos entrar y le dijo:

—¡Ye emir de los creyentes! Gente del Irak quiere pasar y hablarte. ¡Te ruego los escuches!

A lo que el jalifa dijo:

—Hazlos pasar.

Entraron, pues, los Beni-Temim y con ellos Ben-Kais, el Estevado. Y Moauiya corrió la cortina para que Maisun pudiera oír sin ser vista. Y le dijo a Al-Ahnaf:

—Acércate, ye Abu-Bahr <sup>72</sup>, para que oiga tus palabras.

Y añadió:

—Ye Abu-Bahr, ¿qué consejo me tienes que dar?

Y Abu-Bahr respondió así:

—¡Ye emir de los creyentes! Que te partas en dos el pelo y te cortes los bigotes y te cortes las uñas y te depiles los sobacos y te afeites el empuje y te escamondes las encias con el monda-dientes, pues en ello se encierran setenta y dos virtudes, y hacer los viernes ablución general, para purificarte de lo que los demás días de la semana hubieres hecho.

Pero al llegar a este punto sintió Schahrasad venir la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

<sup>71</sup> Primer jalifa umeya; reino del año 40 al 60 de la *hechra* (660-680 de nuestro cómputo). El nombre de Beni-Umeyya significa, a la letra, *Los hijos de la madrecita* (*Umm*, madre). Moauiya estaba casado con una beduina llamada Maisum. Reinó del 41 al 61 de la *hechra*.

<sup>72</sup> Abu-Bahr, *Padre del Mar*, apodo o kunia de Al-Ahnaf-ben-Kais, *scheij* de la tribu de Beni-Temim.

## Y LA NOCHE 75 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—He podido saber, *ye* monarca, el afortunado, que Noshetu-s-Semán dijo que Ben-Kais, el Estevado, dijole a Moaiuya, respondiendo a sus preguntas, que en el escamondarse las encias se encerraban setenta y dos virtudes y que todos los viernes habia de hacer ablución. A lo que le dijo Moaiuya:

—Y a ti mismo ¿qué consejo te das?

Y replicó Ben-Kais:

—Pues el de poner un pie en el suelo y después el otro y moverlos con mucho tiento y mirar por ellos con mis ojos.

—¿Y cómo haces—preguntóle el jalifa—cuando vas a ver a los emires de una tribu?

—Pues entro con la cabeza baja en señal de modestia y saludo con el *selam* y no me meto en lo que no me incumbe y soy parco en el hablar.

—¿Y cómo te conduces cuando visitas a tus iguales?—preguntó el jalifa.

—Los escucho cuando hablan y no los contradigo cuando desbarran.

—¿Y cuando entras a ver a tus jeques?—inquirió el jalifa.

—Les saludo sin hacer morisquetas y aguardo a que me contesten, y si se me acercan, me acerco, y si se me alejan, me alejo.

—¿Y cuando pasas a ver a tu mujer?—preguntóle el jalifa.

Y Al-Ahnaf contestóle:

—¡Dispénsame de responder a eso, *ye* vicario de Alá!

Pero Moaiuya insistió y le dijo:

—No tienes más remedio que decirme lo.

Y entonces Al-Ahnaf le dijo:

—Pues entro con mucha cortesía y la trato con amabilidad y soy largo en el

dar, pues sabido es que la mujer fue creada de una costilla curvada<sup>73</sup>.

—¿Y qué haces—preguntóle el jalifa—cuando tienes intención de estar con ella?

Y Al-Ahnaf le contestó:

—Pues hago que se me perfume y luego me pongo a besuquearla hasta que le entran ganas, y luego que ocurre lo que tú sabes, voy y la tumbo de espaldas.

Y al penetrar el semen en su seno, digo: «*Ye* Alá, bendícelo y haz que no salga de él un esperpento, sino un ser formado del modo más perfecto.» Después de lo cual la dejo y me levanto y hago la ablución y, lo primero de todo, me echo agua en las manos y después por todo el cuerpo y alabo a Alá por el gusto que me acaba de dar.

—¡Has contestado bien a mis preguntas!—exclamó el jalifa—. Dime ahora qué deseas.

—Deseo—dijo el Estevado—temas a Alá en la gobernación de tus vasallos y les administres justicia con equidad.

Levantóse luego y se fue. Y Maisun, la mujer de Moaiuya, exclamó:

—Si no hubiese en todo el Irak más hombre que este, con él habría suficiente.

—Este es el compendio de toda la cultura.

Y has de saber, *ye* monarca ilustre, que fue Mokáib almojarife del jalifa Omaru-ben-Jattab (Alá le tenga en su gracia). Y sucedió una vez que Mokáib

<sup>73</sup> La paternidad de esta expresión para designar a la mujer se le atribuye a Abraham, que, irritado por el mal genio de su esposa, Sara, habia dicho: «La mujer ha sido creada dura y curvada como una costilla.» A lo que modernamente añaden: «Y quien pretende enderezarla, la quiebra.» (Burton.)



vio a un hijo de Omar y le dio una dracma del erario público.

—Luego que le di la dracma—contaba el propio Mokâib—me separé de él, y estaba yo luego sentado en mi casa cuando llega un mensajero de Omar; levantéme y fuime con él al alcázar a ver al jalifa. Tenia este una dracma en la mano y, al verme, exclamó:

—Guárdete Alá, Mokâib, que tengo que hacerte una amonestación.

—¿Qué es ello?, ¡ye emir de los creyentes!—preguntéle yo.

—Pues que con esta dracma te has acreditado de enemigo de los musulmanes y el día del Juicio te lo reclamará el pueblo de Mohammed (¡sean sobre él la oración y la paz!).

Y el mismo Omar escribió una vez a Abu-Musa-l-Aschari <sup>74</sup> la siguiente carta:

«Luego que los tributos lleguen a tus manos, dale al pueblo lo que es suyo y devuélveme a mí el resto.»

Y así hizo Abu-Musa.

Pero cuando Otsmán sucedió a Omar en el jalfato escribióle a Abu-Musa otra carta por el estilo, y aquel hizo también lo que le mandaba y le llevó los tributos y Siyad lo acompañaba.

Y al poner Siyad <sup>75</sup> los tributos delante de Otsmán, llegó el hijo del jalifa y cogió un dirhem.

Y Siyad, al verlo, echóse a llorar. Y le preguntó Otsmán:

—¿Por qué lloras, Siyad?

Y Siyad le contestó:

—Has de saber que yo una vez le traje a Omaru-ben-l-Jattab poco más o menos la misma suma de dinero y su hijo fue y cogió un dirhem y Omar en seguida mandó que se lo quitaran de las manos.

Y ahora también tu hijo ha cogido un dirhem del tributo y no he visto que nadie lo haya reprendido ni se lo haya quitado.

Y Otsmán, al oír aquello, lo interpelló diciendo:

—Pero ¿dónde, Siyad, viste un hombre que se asemejase a Omar?

Y cuando también Seid-ben-Aslam, como habiéndoselo oído a su padre, que este decía <sup>76</sup>:

—Salí cierta noche en compañía de Omar y acertamos a pasar no lejos de una fogata encendida.

<sup>76</sup> La anécdota que sigue, de un realismo impresionante, concuerda con lo que los historiadores nos cuentan respecto al estado casi endémico de miseria, en que vivieron los árabes antes y después de Mahoma, hasta que imperialmente se extendieron por el mundo. Fueron los pueblos vencidos los que sirvieron la mesa a esos nómadas guerreros, habitantes de un país en su mayor parte desértico, sin más vegetación abundante que la de la palmera. Aquellos altivos señores del desierto, siempre en lucha unos con otros, lo estaban también con el hambre. Vivían como leones, con los cuales gustaban de compararse, y a sus días de ocasional hartazgo sucedían otros de absoluta inopia, sin que hiciesen nunca las tres comidas de que habla el proverbio chino. Abu-Horeira, uno de los compañeros del Profeta, ha dejado la tradición siguiente: «El *nabi* se fue de este mundo sin haberse hartado una sola vez de pan de cebada, y con frecuencia toda su familia pasaba uno o dos meses sin que en ninguna de las casas donde tenía su residencia se hubiese encendido fuego para cocer alimentos. La comida de Mahoma se reducía a dátiles y agua, y más de una vez vi al Profeta tan apretado por el hambre, que se veía obligado a comprimirse el estómago con una piedra, sujetándosela con la faja.» (Gustavo Lebon, *La civilización de los árabes*.)

Por su parte, dos emisarios que Omar envió al rey de Persia dijéronle a este, contestando a sus preguntas sobre la obra del Profeta: «Cuando Mahoma vino al mundo éramos tan pobres que había entre nosotros quienes, para aplacar el hambre, tenían que comer insectos y serpientes, y otros llegaban al extremo de matar a sus hijas, para suprimir bocas inútiles. Sumidos en las tinieblas de la superstición y de la idolatría, sin leyes ni freno, no pensábamos más que en saquearnos mutuamente y destruirnos...»

Tal era el estado social de los árabes cuando el Profeta empezó su obra de unificación racial y religiosa, base del futuro esplendor de los árabes.

<sup>74</sup> Abu-Musa-l-Aschari fue guali de Bazra bajo los cuatro primeros jalfas. (D'Herbelot.)  
<sup>75</sup> Siyadu-bnu-Abi-Sofyan, hermanastro del jalfá Moauiya, fue guali de Bazra, Kufa y el Hichás.

Y dijo Omar:

—Imagino que esos han encendido ese fuego para calentarse, porque tendrán frío. ¡Vamos allá a verlo!

Fuimos allá y nos encontramos con una mujer que estaba encendiendo la lumbre debajo de un puchero y tenía a su lado dos chiquillos que armaban bullicio.

—¡La paz sea con vosotros!—saludó Omar—. ¡Ye dueños de la luz!—que repugnóle decir: ¡Ye dueños del fuego! <sup>77</sup>—. ¿Qué tal os va?

A lo que la vieja le contestó:

—El frío de la noche nos apretó.

—¿Y por qué alborotan tanto esos chicos?—inquirió el jalifa.

—Es que tienen hambre—dijo la vieja.

—¿Y qué es lo que hay en esa olla?—tornó a preguntar el jalifa.

—Pues un poco de agua, para hacerlos callar—contestó la vieja—. Pero ya Alá le pedirá cuenta a Omaru-n-ben-l-Jattab, el día del Juicio.

—¿Y qué sabe Omaru-ben-l-Jattab de lo que os pasa?—exclamó el jalifa.

Y la vieja le respondió:

—¿Cómo va a gobernar los asuntos del pueblo si descuida enterarse de lo que pasa?

Pero al llegar a este punto sintió Schahrasad venir la mañana y cortó el hilo de sus elocuentes palabras.

## Y LA NOCHE 76 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mí noticia, ye monarca, el afortunado, que Aslam decía:

—Acercóse Omar y me dijo:

—¡Vámonos de aquí!

Fuimos, pues, de allí y anduvimos hasta llegar a la despensa del alcázar y Omar tomó de allí un saco de harina y una onza de manteca, y me dijo:

—Cárgame todo esto encima.

—Deja que me lo cargue yo en vez tuya, ¡ye emir de los creyentes!—le dije.

Y el jalifa me respondió:

—¿Por ventura podrás tú cargar con mis pecados y culpas y suplirme el día del Juicio?

Echéle, pues, el saco a la espalda y fuimos caminando hasta llegar a la lumbre de marras, junto a la cual depositó el jalifa su carga. Tomó luego un puñado de harina y díjole a la vieja:

—Déjame hacer y no te entremetas.

Y se puso él mismo a soplar el fuego de debajo del puchero.

Tenía el jalifa una barba muy larga y yo veía salirle el humo por entre los rizos de su barba.

Cogió luego una pella de manteca, echóla en la olla y dijo:

—Dales de comer, que yo se lo enfriaré.

Y comieron los chicos hasta que se hartaron y la vieja guardó las sobras que dejaron. Y el jalifa, volviéndose a mí, dijo:

—Yo veía que lloraban de hambre y no quise separarme de ellos sin que me alumbrara la luz de ese fuego <sup>78</sup>.

Cuentan que en una ocasión pasó Omar junto a un esclavo pastor y le quiso comprar una oveja, pero el pastor le dijo:

—¡No puedo vendértela, porque no es mía!

—Dijiste bien—respondió el jalifa.

Compró luego al esclavo y lo manumitió. Y dijo:

<sup>78</sup> Esta piadosa anécdota figura también en el *Sabador de las gentes*, del *scheij* Abdu-r-Rahman Al-Atlidi.

<sup>77</sup> Por evitar la alusión al infierno.

—¡Ye Alá, igual que me concediste la redención menor, concédeme también la mayor!

Cuentan también que Omaru-ben-l-Jattab solía servirles la leche a sus criados y partía con ellos la leche agria y vestía de paño burdo como ellos y daba a cada cual lo que le correspondía en derecho y era largo en el dar.

Cuéntase que una vez dio a un sujeto cuatro mil dracmas y luego le dio otras mil. Y los que lo presenciaron le dijeron:

—En verdad que has sido tan generoso con ese hombre como lo habrías sido con tu hijo.

A lo que contestó con donaire:

—Es que por un día he querido ser su padre.<sup>79</sup>

Refiere, asimismo, Al-Hasán que era Omar muy rico y fue un día a verle Hafza<sup>80</sup> y le dijo:

—¡Ye emir de los creyentes, acredita tu generosidad con los parientes!

Y Omar le respondió:

—Ye Hafza, es verdad que Alá nos recomienda que seamos generosos con nuestros familiares, pero a costa de nuestro dinero y no del de los musulmanes. ¡Así que, Hafza, no enojos a tu padre por contentar a tu tribu!

Y Hafza, al oírlo, retiróse sin recogerse la alforza del vestido.

Y decía el hijo de Omar:

—Pedile humildemente a Alá, durante

muchos años, que me dejase ver a mi padre, hasta que por fin me lo mostró un día, en actitud de limpiarse el sudor de la frente.

—¿Cómo estás, padre mio?—preguntéle. Y él me contestó:

—Si no fuera por la misericordia de Alá, perdidose habría tu padre.

Después de todo eso, siguió diciendo Noshetu-s-Semán:

—Has de saber, ye el rey, el venturoso, que la segunda parte del capítulo segundo es el capítulo de la cultura y las excelencias y lo que en él se recuerda de los seguidores de Alá y los varones rectos.

Y dijo Al-Hasanu-l-Bazri<sup>81</sup>:

—Ningún alma de los hijos de Adán sale de este mundo sin lamentar tres cosas: el no haber tenido tiempo de disfrutar de todo lo que allegó; ni de allegar lo que deseaba; ni de haberse apercebido el viático para el viaje que le aguardaba.

Y de Sofyan<sup>82</sup> cuentan que solía decir:

—¿Puede un hombre ser piadoso y rico al mismo tiempo?

Y él mismo se contestaba diciendo:

—Sí; siempre que lleve con paciencia los agravios y sea agradecido a los favores recibidos.

Y refieren que, estando ya en trance de muerte inminente Abdu-l-Lahben Scheddad, mandó llamar a su hijo Mohammed y le habló en estos términos:

—Ye hijo mio, ya veo que el llamador de la muerte me llama. Y te recomiendo que temas a tu Señor en secreto y en público y des gracias a Alá por los beneficios que te ha hecho y des crédito al refrán que dice: «La gratitud anima a acrecentar las mercedes.» Y que la piedad es el mejor viático que a la cita podemos llevar.

<sup>79</sup> Así en la edición de Bulak. Burton, en vez de la respuesta transcrita, pone en boca de Omar estas palabras, simplemente pragmáticas: «Es que el padre de este hombre resistió firme en la batalla de Ohod.» (Que se riñó en Medinah en 625 de nuestra era.)

La frase pierde así todo su valor y por ello preferimos la versión de Bulak.

<sup>80</sup> Una de las primeras mujeres del Profeta, al que sobrevivió.

Pasa por ser autora de la primera recopilación de los versículos del *Corán*, hasta allí desperdigados. Era hija de Omar y de ella pretendían traer su origen los Hafsies que reinaron en Túnez, hasta la invasión de los turcos.

<sup>81</sup> Famoso teólogo de los siglos VII y VIII.

<sup>82</sup> Teólogo célebre del siglo VIII.

Como dijo el poeta:

«No es la riqueza en verdad  
la que nos da la ventura,  
sino la firme piedad  
que atesora un alma pura.  
No hay viático mejor  
para el viaje decisivo;  
lo demás lo da el Señor,  
ella es lo definitivo.»

Dijo luego Noshetu-s-Semán:

—Oiga ahora el rey algo de la parte segunda del capítulo primero.

—¿Y qué es ello?

—Cuentan—dijo Noshetu-s-Semán—que al recibir Omar-ibn-Abdu-l-Asis<sup>83</sup> la investidura de jalifa, fue a la gente de su cámara y les recogió todo el dinero que tenían en sus manos y lo puso en la sala del público erario. Visto lo cual asustáronse los Beni-Umeyya y fuéronle con el cuento a su tía Meruán, la cual envió un recado a Omar, diciéndole:

—Tengo que verte sin remedio.

Y una noche fue a verlo. Apeòse de su mula a la puerta y pasó a la sala de las audiencias.

Y el jalifa le dijo:

—Ye tia, habla tú primero porque alguna necesidad te trae; dime, ¿qué es ello?

—Ye emir de los creyentes—contestó ella—. Tú eres quien debe hablar el primero y tratar de descubrir con tu mirada lo que a la comprensión se recata.

Contestóle a eso Omar-ibn-Abdu-l-Asis:

—Alá (exaltado sea) envió a Mohammed (sean sobre él la oración y la paz) como prenda de piedad para los mundos y salud para las generaciones venideras. Y dotóle de todas las virtudes que atesoraba y...

Pero al llegar a este punto sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el flujo de sus palabras cautivadoras.

## Y LA NOCHE 77 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mi noticia, ye monarca, el afortunado, que Noshetu-s-Semán prosiguió su relato diciendo:

—Dijo el jalifa Omar-ibn-Abdu-l-Asis:

—Alá (exaltado sea) envió a Mohammed (sobre él la oración y la paz) en prenda de piedad para los mundos y de salud para las generaciones venideras y dotóle de todas las virtudes que atesoraba y luego llevóselo consigo, dejando a las criaturas un río en que abrevasen los sedientos.

Después de él, su sucesor Abu-Bekr, el jalifa<sup>84</sup>, dijo:

—Dejaré al río que siga su curso.

Y obró según los dictados de Alá.

Vino Omar, después de Abu-Bekr, y procedió con rectitud y justicia y se esforzó por la fe en forma que no ha superado ninguno después.

Vino luego Otsmán y entonces el río engendró otro río.

Asumió después el califato Moauia y de él emanaron Yesid y Beni Meruán y Abdu-l-Mélek y Al-Ualid y Soleimán, hasta que pasó a mí el poder. Y yo quiero que ese río siga su curso y no se llegue a perder.

—Quería oír tus palabras—replicó su

<sup>83</sup> Octavo jalifa umeya; 99-101 (717-719).

<sup>84</sup> Primer jalifa, sucesor inmediato del Profeta, su yerno. Abu-Bekr es lo que los latinos llamaban agnomen y los árabes Alkunia (alcurnia), un mote, y significa a la letra *El padre de la Virgen* (Aischa); antes de abrazar el islamismo, Abu-Bekr se llamaba Abdu-l-Kāba (El servidor del templo).

tía—y ahora, después de oírte, huelgan ya las mías.

Y tornándose a los Beni-Umeyya, les dijo:

—Tocad las consecuencias de vuestro entronque con Omaru-ben-l-Jattab.

Y cuentan también que, hallándose el jalifa Omar en la agonía, reunió en torno a su lecho a sus hijos, y Máslamah-ben-Abdu-l-Málik <sup>85</sup> le dijo:

—¿Ye emir de los creyentes! ¿Cómo puedes dejar a tus hijos en la miseria siendo tú su protector? Nadie, en tanto vivas, podría impedirte darles del erario público lo que necesitasen, y mejor fuera eso que no que le dejes el mérito de la buena obra al que te suceda.

Y Omar le lanzó una mirada de asombro y de ira y le dijo:

—Ye Máslamah, todos los días de mi vida los libré de ese pecado y, ahora que voy a morir, ¿quieres que los haga desgraciados?

Nada tienen mis hijos más que los demás hombres: o serán obedientes a la voluntad de Alá, y Alá los prosperará, o serán rebeldes, y no voy yo a secundarlos en su rebeldía.

Y has de saber, Máslamah, que estaba yo presente, lo mismo que tú, cuando enterraron a uno de los hijos de Meruán y me quedé dormido junto a él y en mi sueño lo vi condenado a uno de los castigos de Alá (cuyos son el reino y la gloria), y me entró tal espanto que en el acto hice juramento de, si alguna vez subía al poder, no hacer ninguna de las cosas que el difunto había hecho.

¡Y en todo el curso de mi vida heme esforzado por cumplir ese juramento y espero morir en la gracia de Alá, nuestro señor!

Y contaba también el propio Máslamah:

—Falleció un sujeto y yo asistí a su entierro. Y luego que la ceremonia ter-

minó, quedéme dormido y vi al muerto como un durmiente ve un sueño, paseando por un jardín florido, regado de arroyuelos, y vestido de blanco. Y el difunto llegóse a mí y me dijo:

—¡Mira, Máslamah! Por esto es por lo que los que mandan debieran mandar.

Y dijo también un sujeto fidedigno:

—Estaba yo encargado del ordeño del ganado del jalifa Omar-ibn-Abdu-l-Asis y pasé un día por las majadas y vi rondando por allí uno o dos adives <sup>86</sup>. Y pensé al pronto que eran mastines, pues hasta entonces nunca viera yo un adive. Y pregunté:

—¿Qué hacen aquí esos perros?

—No son perros, sino adives—contestóme el pastor.

—¿Cómo entonces—exclamé yo—, siendo adives, no le hacen daño al ganado?

Y el pastor contestóme diciendo:

—Cuando la cabeza anda bien, anda bien todo el cuerpo.

Y predicó una vez Omar-ibn-Abdu-l-Asis en un almimbar <sup>87</sup> de adobe. Y alabó a Alá y dióle gracias. Luego habló tres palabras y dijo:

—Ye las gentes, sed justos en secreto para que lo seáis en público con vuestros hermanos y no os apeguéis a las cosas del mundo demasiado. Sabed que, de Adán acá, no hay hombre que no haya de pasar por el trance de la muerte. Murió Abdu-l-Málik y murió su antecesor y morirán Omar y el que venga detrás.

Dijole Máslamah:

—Ye emir de los creyentes, si te pudiéramos poner ahí una barandilla, te apoyarías en ella un poco y estarías más cómodo.

Pero Omar contestó:

—Temo que me pesase como un pecado sobre el cuello el día del Juicio.

<sup>85</sup> Hijo de Abdu-l-Málik, sucesor de Omar.

<sup>86</sup> Chacales.  
<sup>87</sup> Púlpito.

Después de lo cual lanzó un hondo estertor y cayó sin sentido.

Y Fátima exclamó:

—*¡Ye Maryem, ye gentes, ye Muzahim*<sup>88</sup>, ver a este hombre!

Luego fue y le roció la cara con agua y se echó a llorar muy apenada.

Volvió el jalifa luego en sí y la vio llorando y le preguntó:

—¿Por qué lloras, Fátima?

—*Ye emir de los creyentes*—respondió ella—. Porque al verte caer en nuestras manos pensé que caías entre las manos de Alá (exaltado y glorificado sea) en la hora de tu muerte y dejabas el mundo y nos abandonabas, y por eso lloraba.

—*Ye Fátima*—contestóle al jalifa—. He aquí que ya llegó esa hora que decías.

Probó a levantarse y se desplomó; apresuróse a recogerlo Fátima y exclamó:

—*Ye emir de los creyentes, mi padre y mi madre eres tú en verdad y no acierto a hablar.*

Dijole luego Noshetu-s-Semán a su hermano Scharkán y a los cuatro cadíes:

—Con esto se remata la segunda parte del primer capítulo.

Pero al llegar a este punto sintió Schahrasad venir la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

## Y LA NOCHE 78 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—He podido saber, *ye monarca*, el afortunado, que Noshetu-s-Semán dijoles a su hermano Scharkán y a los cuatro cadíes—y dizque a todo esto seguía sin conocer a su hermano:

—Con esto se remata la segunda parte del primer capítulo.

Y escribióle en cierta ocasión el jalifa Omar-ibn-Abdu-l-Asis a la gente de Al-Mauasim, diciéndoles:

«Y después. Pongo a Alá por testigo en el mes sagrado y en el país el santo y en el día del *alhage* mayor que he de reparar el agravio que se os hizo y he de combatir a vuestros enemigos, y que daré a ese fin las oportunas órdenes, procediendo así lo mismo en este que en cuantos casos semejantes llegaren a mi conocimiento, pues quiero cortar de raíz toda injusticia, que, de cuantas se cometieren en mis dominios, he de ser yo el responsable el día del Juicio.

»Y así, desde ahora mismo, os relevo de toda obediencia a cualquiera de mis funcionarios que se aparte de lo justo y

no se atenga a los preceptos del Libro y de la Tradición, hasta tanto que no volviere al buen camino y reparare su error.»

Cuantan también que el jalifa Omar-ibn-Abdu-l-Asis (téngale Alá en su gracia) dijo en una ocasión:

—No quiero que me sea tarda en venir la muerte, pues a su final es cuando el creyente recibe el galardón.

Cuenta también persona fidedigna:

—Entré una vez a visitar a Omar-ibn-Abdu-l-Asis, el jalifa, y lo hallé que tenía en su mano veinte dracmas. Y mandó que las reintegrasen en el erario público.

—*Ye emir de los creyentes*—dijele yo—. Con eso empobreces a tus hijos y los dejas sin nada. ¿Por qué no se las das a ellos o a algún miembro pobre de tu casta?

—Acércate acá—díjome él.

Acerqueme al jalifa y este díjome: —Esa frase tuya de «estás empobreciendo a tus hijos, déjaselo a ellos o a algún miembro pobre de tu familia», carece de fundamento sólido, pues Alá

<sup>88</sup> Nombres de esclavos.

me suplirá con mis hijos y los miembros pobres de mi familia, que para eso es su curador, y una de dos: o han de ser hombres temerosos de Alá y en ese caso Alá les abrirá puertas, o han de ser rebeldes a Alá y entonces no voy yo a prestarles para su rebeldía fuerzas.

Mandó luego a llamar a sus hijos y se los pusieron entre sus manos, y eran doce varones. Al verlos el jalifa, arrástronse los ojos en lágrimas y dijoles:

—Dos caminos se os ofrecen: o que os enriquezcáis vosotros y vuestro padre vaya derecho al fuego o que seáis pobres y vuestro padre tenga como morada el paraíso. Y sabed que vuestro padre prefiere ir a morar en el paraíso que no que vosotros seáis ricos; así que idos en paz, que yo seré vuestro velador cerca de Alá <sup>89</sup>.

Refiere también Jálid-ben-Zafuán <sup>90</sup> lo siguiente:

—Fui una vez acompañado de Yusuf-ben-Omar <sup>91</sup> a ver a Hisham-ben-Abdu-l-Mélek <sup>92</sup>. Había salido este de excursión con sus familiares y servidores. Y al llegar a cierto sitio echó pie a tierra y armaron para él una tienda. Luego que se reunieron en torno a él sus allegados, destaqueme yo y dirigí hacia él mis miradas. Encontráronse con las suyas y entonces le dije:

—Alá te colme de cumplidas mercedes, *ye* emir de los creyentes, y te dé acierto en el desempeño de tu misión y haga que ninguna nube empañe tu felicidad. ¡*Ye* emir de los creyentes! Has de saber que para ti tengo una advertencia más elocuente que las historias de los reyes que te precedieron.

<sup>89</sup> La anterior anécdota falta en Mardrus.

<sup>90</sup> *Scheij* de los Beni-Temim.

<sup>91</sup> Apodado «Ats-Tsakafi», guali del Yaman y el Irak.

<sup>92</sup> Décimo jalifa de la dinastía Umeya, que sucedió a su hermano Yesid II en 105 de la *hechra* y reinó hasta 125. (742-43 de nuestro cómputo.)

Arrellanóse él en su asiento y recostóse y dijo:

—¡Venga esa advertencia, Ibn-Zafuán!

—*¡Ye* emir de los creyentes!—dijele—. Erase un rey de los reyes que en tiempos anteriores a tu tiempo vino también a estas tierras y hubo de decirles a sus allegados:

—¿Por ventura visteis alguna vez a alguien que ocupara posición cual la mía ni hiciera dádivas como las que yo hago?

Hallábase allí presente un hombre que había hecho la peregrinación y era de esos que velan por lo justo y caminan por la senda recta. Y exclamó:

—*¡Ye* monarca ilustre! Grave pregunta haces. ¿Por ventura me darás tu venia para contestarte?

—Desde luego que sí—dijo el rey.

Y el hombre declaró:

—La posición que ocupas es cosa efímera, en mi opinión.

—¿Cómo es eso?—exclamó el rey.

—Pues porque veo—respondió el otro—que no te complaces con lo poco, sino que anhelas lo mucho y estás en rehenes de tus antojos.

—¿Dónde está, pues, lo que debe huírse y lo que debe buscarse?—inquirió el rey.

—Pues en que te asientes en tu reino y obres rindiendo acatamiento a Alá (exaltado sea) o te vistas de harapos y adores a tu señor hasta que se te cumpla el plazo. Y ahora me iré, pero con el alba volveré.

Luego que el alba vino—contaba Jálid-ben-Zafuán—volvió el hombre y encontróse con que el rey se había quitado la corona y vestido hábito de peregrino por efecto de su amonestación y aviso.

Rompió a llorar al oír aquello Hisham-ben-Abdu-l-Mélek con tal vehemencia que se mojó las barbas y mandó levantar el campo y volverse todos a su alcázar.

Llegáronse entonces sus familiares y servidores a Jálid-ben-Zafuán y le increparon, diciendo:

—¿Cómo osaste conducirte así con el jalifa y aguarle la fiesta y amargarle la vida? <sup>93</sup>

Díjole luego Noshetu-s-Semán a Scharkán:

—¡Oh cuántas enseñanzas se encierran en este capítulo! ¡En verdad que no podría exponerlas todas en una sola sesión!

Pero al llegar a este punto sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 79 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He podido averiguar, *ye* monarca, el afortunado, que Noshetu-s-Semán díjole a Scharkán:

—¡Oh cuántas advertencias en este capítulo! Incapaz me siento de exponértelas todas en una sesión sola; será mejor dejarlas para tratarlas a lo largo de los días, *ye* monarca del siglo.

Y exclamaron los cadíes:

—*Ye* rey el ilustre, en verdad que esta esclava es un prodigio del siglo y una perla del tiempo y la época, y nunca vimos ni oímos nada que se le pareciese en los siglos de los siglos.

Después de lo cual invocaron sobre el rey las bendiciones de Alá y se retiraron.

Volvióse luego Scharkán a sus servidores y les dijo:

—Encargaos de disponer las cosas de la boda y preparad viandas de toda clase, procurando que nada falte.

Acataron aquellos sus órdenes y prepararon toda suerte de manjares.

Y el rey ordenóles a las mujeres de los emires y los visires y los magnates del reino que no se fueran de allí, hasta no presenciar la ceremonia de su casamiento.

Luego que comenzó a oscurecer sirvieron los criados la mesa, provista de cuanto puede despertar el apetito y de-

leitar los ojos, y comieron hasta hartarse todos.

Y el rey Scharkán pasó al baño y luego sentóse en la alcoba nupcial, donde le mostraron a la novia, a la que sus mujeres aligeraron de sus ropas y le hicieron las recomendaciones que es costumbre hacerles a las novias la noche de bodas.

Y entró Scharkán a ella y le tomó la cara y quedó la joven preñada de él aquella misma noche, según luego se lo hizo saber. Holgóse de ello grandemente Scharkán y mandóles a sus ministros que anotasen la fecha del embarazo en sus libros.

Luego que amaneció, sentóse el rey en su trono y subieron a cumplimentarle los magnates del gobierno y compareció también su secretario particular, al que ordenó el rey escribiese una carta a su padre, Omaru-n-Nômán, participándole cómo comprara una esclava, dotada de saber y educación refinada, que en todas las ramas de la ciencia profundizaba y que había decidido enviarla a Bagdad para que la vieran su hermano Zu-l-Mekán y su hermana Noshetu-s-Semán, y que él la había manumitido y tomado por esposa, mediante acta matrimonial en toda regla, y entrado a ella, estando ya la joven encinta de él.

Selló luego el rey la carta con su sello y enviósela a su padre por un correo. El cual estuvo ausente un mes

<sup>93</sup> Todas estas anécdotas apologéticas de jalfas Beni-Umeyya hacen pensar que esta historia se escribió alrededor del siglo VIII en que, con Meruán, se extingue aquella.



entero y luego tornó con la respuesta y se la entregó al rey.

Tomó este la carta y la leyó. Y después del *b-ismi-l-lah!*, decía la misiva:

«De parte del atribulado, el perplejo. el que echa de menos a sus hijos y su hogar, el rey Omaru-n-Nôman, para su hijo Scharkán.

»Has de saber cómo, después que te fuiste de mi lado, encogióseme el espacio de suerte que no podía aguantarlo y no podía callar mi secreto. Y la razón de ello era que, habiendo salido un día con la ballesta y la red de cacería, pidióme licencia mi hijo Zu-l-Mekán para partir al Jichás. Y temiendo yo por él las vicisitudes de los tiempos neguéle mi venia para aquel viaje hasta el año siguiente o el otro. Fuime luego a mi montería y estuve ausente un mes. Y a mi regreso encontréme con que tu hermano y tu hermana, tomando algo de dinero, habíanse incorporado secretamente a los romeros.

»Luego que eso supe achicóseme el horizonte y decidí aguardar la vuelta de los peregrinos, por si con ellos tornaban mis dos hijos.

»Volvieron los romeros y preguntéles por tus hermanos, pero no supieron darme razón de ellos. Visto lo cual, vestíme por los dos ropas de luto y se me alteró la bilis y perdí el sueño y me anegué en llanto de mis ojos. Y recité estos versos:

«La imagen de los dos sigue presente  
siempre en mi corazón,  
y esperando su vuelta es como logro  
dominar mi dolor.  
Si así no fuera, ya habría muerto  
de desesperación,  
y si con ellos no soñara.  
no podría dormir yo.»

Escribía luego otras cosas más y terminaba con «la paz sobre ti y los que te acompañan». Y luego añadía esta posdata:

«Ruégote no descuides el darme noticias, que eso para nosotros es una ignominia.»

Luego que Scharkán hubo leído aquella carta dolióse del dolor de su padre y alegróse de la desaparición de sus hermanos. y tomando la misiva en su mano, fuese con ella a ver a Noshetu-s-Semán, su esposa, sin saber que esta era su hermana ni aquella tampoco que él era su hermano.

Mandaba Scharkán noche y día a inquirir noticias de su estado hasta que se cumplieron sus meses, y Noshetu-s-Semán sentóse en el sillón del parto y, allanándole Alá el trance, dio a luz una niña.

Mandó luego a llamar a su esposo Scharkán y, al verlo, le dijo:

—Aquí tienes a tu hija; le pondremos el nombre que tú digas.

Suele ser costumbre general ponerle nombre al recién nacido al séptimo día de su natalicio.

Inclinóse Scharkán sobre su hijita y la besó, reparando entonces en que llevaba al cuello colgada una de las tres piedras preciosas que trajera la reina Abrisa de sus tierras de Ar-Rum.

Y al ver aquella gema pendiente del cuello de su hija eclipsóse su mente y llenóse de turbación y quedóse con los ojos fijos en la piedra, hasta que, sin ningún género de duda, la reconoció. Miró entonces a Noshetu-s-Semán y le dijo:

—¿De dónde vino a tus manos esta piedra, preciosa esclava?

Al oír Noshetu-s-Semán aquellas palabras de su esposo, díjole:

—¿No te avergüenzas de llamarme esclava, siendo, como soy, una reina. hija del rey? ¡Acábense, pues, los tapujos y resplandezca la verdad y sea patente a todos que yo soy Noshetu-s-Semán, la hija del rey Omaru-n-Nôman!

Oído que hubo aquello estremeciése todo Scharkán y bajó la vista al suelo

y amarilleóle la color del rostro y bajó la cabeza y comprendió que Noshetu-s-Semán era su hermana de padre y se le nubló el mundo y para sus adentros se dijo:

«¿Cómo pude casarme con mi hermana? Pero ahora la daré en matrimonio a uno de mis chambelanes y, cuando se divulgue el secreto, alegraré que yo la repudié antes de entrar a ella y con mi alhachib <sup>94</sup> mayor la casé.»

Alzó luego su frente y suspiró, exclamando:

—¡Ye Noshetu-s-Semán, eres mi hermana!

Miróle ella atentamente, examinólo y conoció luego ser aquel su hermano, y, al reconocerlo, enajenósele el juicio y rompió a llorar y a aporrearse el rostro y a clamar:

—¡Oh y en qué pecado tan gordo hemos incurrido! ¿Qué haremos ahora y qué voy a decirles a mi padre y a mi madre cuando me pregunten: «¿De quién has tenido esa niña?»

Dijole Scharkán:

—Yo opino que lo que procede es casarte con mi mayordomo mayor y que tú cries a esa hija mía en su casa, para que no sepa nadie que somos hermanos.

Siguió luego prodigándole consuelos y la besó en la frente y ella le preguntó:

—¿Y qué nombre le pondremos a la niña?

—Ponle el de Kuziya-fe-kan <sup>95</sup>—respondióle Scharkán.

Hízose así. Y luego Scharkán casó a Noshetu-s-Semán con su primer chambelán y tanto a la madre como a la hija trasladólas a casa de aquel, donde la niña se crió en poder de las esclavas, las cuales la mimaban y, con toda suerte de golosinas y cosméticos, la regalaban.

Y esto es todo lo referente por ahora a esta parte de la historia.

Cuanto a Zu-l-Mekán seguía este en compañía del fogonero de Dimechk. Y sucedió un día que el rey Omaru-n-Nômán expidiérale un correo portador de una carta a su hijo Scharkán; tomóla este y la leyó, y la misiva, después del *b-ismi-l-lah!*, decía así:

«Sabrás, ye rey poderoso, cómo yo estoy apesado de gran pesadumbre por verme separado de mis hijos y que no duermo ni pego un ojo por las noches.

«Envíote ahora esta carta, rogándote que, no bien llegue a tus manos, luego me mandes los tributos y con ellos me envíes a esa esclava que compraste y tomaste por esposa, porque quiero verla y oír sus palabras y ver cuál se comporta.

»Pues sabrás cómo llegó acá una anciana de las tierras de Rum, de las virtuosas, trayendo con ellas cinco esclavas de pechos turgentes y todas doncellas e impuestas a fondo en lo concerniente a ciencia, urbanidad y saber en todas sus ramas, es decir, en cuanto conviene que conozca la criatura de buena casta.

»Impotente es la lengua para describir las excelencias de la referida anciana y de las jóvenes que con ella vienen; que una y otras han profundizado en todas las ramas del saber, la urbanidad y la cultura; de suerte que, quien las ve, luego las ama. Y quiero que se queden aquí en mi alcázar y bajo el poder de mi mano, que no habrá rey alguno que pueda ufanarse de poseerlas semejantes.

»Preguntéle a la anciana qué precio tenían y ella me contestó diciendo: “No las venderé, sino por la cuantía de las rentas de Dimechk” aunque yo, por Alá, encuentro las rentas de Dimechk poco para lo que ellas valen, que una de ellas sola vale más que esa suma.

»Esa es la razón de que te reclame

<sup>94</sup> Lo mismo que chambelán.

<sup>95</sup> El sino lo dispuso y fue.

las rentas, pues luego que las reciba podré traérmelas a mi alcázar, donde quedarán bajo mi poder y mi guarda. Date, pues, prisa en enviarme las rentas, para que la vieja pueda tornarse a su país, y envíame también a la esclava para que yo con las otras pueda compararla.»

va para que yo con las otras pueda compararla.»

Pero al llegar a este punto sintió Schahrasad venir la mañana y cortó el curso de sus elocuentes palabras.

## Y LA NOCHE 80 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mi noticia, *ye monarca*, el afortunado, que el rey Omaru-n-Nômán decía en su carta a su hijo Scharkán:

«Mándame a esa tu esclava para que la compare con las otras en presencia de los ulemas y, si las vence en el torneo, te la devolveré luego sin tardar juntamente con las rentas de Bagdad.»

Luego que eso leyó fuese Scharkán a ver a su mayordomo y le dijo:

—Dame acá esa esclava con la cual te casé.

Luego que allí la tuvo, mostróle la carta de su padre y le dijo:

—*Ye hermana mia*, ¿qué te parece que debo contestarle?

—Mi parecer es el tuyo—exclamó ella.

Pero después—que se consumía de nostalgia por su familia y su tierra—añadió:

—Envíame allá en compañía de mi marido, el mayordomo, para que así pueda yo contarle a mi padre mi historia e informarle de lo que ocurrió con el beduino que me vendió al mercader y le entere de cómo el mercader me vendió a ti y cómo tú me casaste con el chambelán, luego de emanciparme.

—Así se hará—dijo Scharkán.

Cogió luego a su hija Kuziya, que estaba en poder de sus nodrizas y ayas, y procedió a allegar las rentas y hacer los preparativos necesarios para el viaje a Bagdad de su hermana Noshetu-s-Semán.

Escribió luego una carta para su pa-

dre y entregósele al mayordomo y se despidió de Noshetu-s-Semán. Antes de eso tomárale a Noshetu-s-Semán la piedra preciosa que le colgó al cuello a su hija, pendiente de una cadenilla de oro puro.

Púsose en camino el chambelán aquella misma noche. Y sucedió que aquella misma noche hubieron de salir Zu-l-Mekán y el fogonero a estirar las piernas y vieron pasar una recua de camellos y dromedarios y mulos y antorchas y farolillos.

Preguntó Zu-l-Mekán por aquellos camellos y su dueño y le dijeron era la expedición de las rentas de Dimechk, que iban destinadas al rey Omaru-n-Nômán, señor de la ciudad de Bagdad.

—¿Y quién es el arráez de esa caravana?—inquirió el joven.

—Pues el mayordomo mayor del rey Scharkán, el que se casó con una esclava tan instruida y sabida—respondiéronle.

Echóse el joven a llorar y se acordó de su padre y su madre y de su hermana y de su tierra y exclamó:

—No me estaré aquí ni un momento más, sino que me uniré a esa cáfila<sup>96</sup> y caminaré poco a poco hasta llegar a mi patria.

Y volviéndose al fogonero, le dijo:

<sup>96</sup> Caravana. Empleamos deliberadamente el vocablo árabe, que también tiene carta de naturaleza en nuestro idioma.

—¿Ye hermano mio, ya verás lo que hago contigo cuando esté ya en mi tierra y con mi gente!

Pero el fogonero, al oírlo, le dijo:

—No me avendré a dejarte partir solo y sin recursos desde la Ciudad la Santa a Dimechk, pues no estaria tranquilo sobre tu seguridad cuando te encaminases a Bagdad. Así que te acompañaré y de ti cuidaré.

—De buen grado vengo en ello—respondióle Zu-l-Mekán al fogonero.

Y el fogonero procedió luego a hacer los aprestos para la marcha y alquiló un borrico y lo cargó con unos sacos, en los que puso provisiones para el viaje, y, después de eso, aguardó a que pasase por allí la caravana, para a ella incorporarse.

Y no tardó en llegar el chambelán del emir Scharkán, caballero en un dromedario, y de su gente de a pie rodeado.

Y Zu-l-Mekán montó en el asno y le dijo al fogonero:

—Monta aquí conmigo.

Pero el fogonero se excusó diciendo:

—No haré tal, que soy tu criado y nada más.

—No hay más remedio sino que has de montar—insistió Zu-l-Mekán.

Y entonces el fogonero le dijo:

—Está bien: montaré cuando me canse de andar.

Fueron, pues, caminando a la zaga de la caravana, hasta que salió el sol y la tierra alumbió.

Y luego que apretó el calor, mandó el mayordomo hacer alto. Apeáronse de sus cabalgaduras y sentáronse a descansar, y los criados abrevaron a las bestias, que estaban sedientas.

Ordenó luego el mayordomo reanudar la marcha y cabalaron cinco jornadas, al cabo de las cuales llegaron a Medina Hamat, donde hicieron alto; allí, por espacio de tres días, permanecieron acampados, pasados los cuales reanudaron la marcha y no pararon de

caminar hasta que llegaron a otra ciudad, y también en ella acamparon y se detuvieron tres días y luego reanudaron la marcha hasta llegar a Diarbekir. Oreáronles allí los aires de Bagdad y Zu-l-Mekán acordóse de su hermana y su padre y su tierra y de cómo iba a presentarse ahora ante su padre sin su hermana y rompió a llorar y a suspirar y a lamentarse. Y, a impulsos del sentimiento, recitó estos versos:

—El pesar de tu ausencia me consume,  
me canso de esperar  
noticias que no llegan y que aguardo  
con trémula ansiedad.  
Ye qué breves fueron esos días  
de nuestra amable unión;  
¿por qué igualmente breves no son estos  
de la separación?  
Tened piedad de mí, que me consumo  
en plena juventud,  
¡y de vuestras miradas por más tiempo  
no me neguéis la luz!  
Mas no tratéis de consolar mi pena  
con vana exhortación;  
tan solo en vuestros brazos consolarse  
podrá mi corazón.

—Deja de llorar y suspirar—dijole el fogonero—, que estamos a dos pasos de la tienda del mayordomo.

—¡Por Alá!—exclamó Zu-l-Mekán—.  
Que no puedo.

Tornó luego su rostro en dirección a Bagdad y en aquel momento refulgía la luna y Noshetu-s-Semán no podía conciliar el sueño aquella noche, pues la tenía desvelada y llorosa el recuerdo de su hermano Zu-l-Mekán. Y en tanto lloraba así la joven, sintió que su hermano lloraba también y le oyó recitar estos versos:

—Brilló el sable yemeni  
y en dos me partió la vida,  
separándome de aquella  
que era mi mitad querida  
y la que ofrecía a mis labios  
cáliz colmado de dicha.  
Ahora de nuevo a mis ojos  
su relámpago rebrilla;  
¿volverán también de nuevo  
aquellos felices días?  
No critiquéis a mi alma  
el que a su pesar se rinda;

que al quitarme ese tesoro,  
sumióme Alá en la desdicha.  
¡Desde entonces el dolor  
la juventud me marchita  
y muerto me encontrará  
si tarda en venir mi amiga!  
Sin ella me falta todo,  
ella es mi sola alegría;  
su amor me hizo rico y hoy  
es mi alma una mendiga,  
desde que unos hombre viles  
labraron nuestra desdicha.

Luego que terminó de recitar estos versos, lanzó el joven un grito y cayó al suelo sin sentido.

Y esto es por ahora todo lo referente a Zu-l-Mekán.

Cuanto a Noshetu-s-Semán, hallábase esta desvelada aquella noche porque en aquel paraje se acordaba de su hermano. Y al oír aquella voz se le revolvió la cabeza y tosió y llamó a su esclavo.

—¿Qué mandas?—preguntóle aquel.

—Ve y tráeme a ese que ha recitado ese poema—contestóle ella.

—No lo he oído ni lo conozco—respondió el eunuco—. Y, además, todo el mundo está durmiendo ahora con sueño profundo.

—Pues ve—contestó la joven—y tráeme al que veas despierto, que ese será el que declamó los versos.

Fue luego allá el esclavo, miró bien por todos lados y solo halló despierto al fogonero, que Zu-l-Mekán seguía desmayado. Y al ver el fogonero al eunuco parado junto a él sobrecogióse de susto.

—¿Eres tú, por ventura—preguntóle el eunuco—, quien recitó esos versos que oyó nuestra ama?

Pensó el fogonero que a la señora habíale enojado, y asustado exclamó:

—¡Por Alá, que no fui yo!

—¿Pues entonces quién fue?—insistió el esclavo—. Dimelo, que sin duda lo sabes, ya que estabas desvelado.

Temió el fogonero por Zu-l-Mekán y díjole al eunuco:

—En verdad que no sé nada de ese asunto.

—¡Por Alá que mientes!—arguyóle el esclavo—. Tú eres el único que estás aquí sentado; así que tienes que conocerlo.

—Lo que te digo es verdad—respondió el fogonero—. El que entonó esa letrilla fue uno que iba de paso, y por cierto que me despabiló y me quitó el sueño. ¡Alá se lo pague!

—Bueno—respondió el esclavo—. Pues si vuelves a oírlo por segunda vez, cógelo y llévanoslo allá.

Rompió a llorar Zu-l-Mekán al oír tales palabras y exclamó:

—¿Quién me prohíbe a mí cantar? Yo cantaré, pase lo que pase, que ya estoy cerca de mi tierra y no se me da nada de nadie.

A lo que el fogonero díjole:

—Tú lo que estás buscando es tu perdición.

—No tengo más remedio que cantar—respondió el joven con decisión.

—Pues siendo así—declaró el fogonero—tendremos que separarnos aquí, y eso que había formado propósito de no dejarte hasta tanto que no hubieras entrado en tu ciudad y reunidote con tus padres. Año y medio has vivido conmigo y en todo ese tiempo no te di que sentir; ¿por qué ahora te empeñas tú en cantar esas letrillas estando, como estamos, molidos del cansancio de la jornada y la vigilia y habiéndose echado todo el mundo a dormir y descansar, que están todos rendidos y necesitados del sueño?

—No desistiré, pese a todo, de mi empeño—respondió Zu-l-Mekán.

Y, penetrado de dolor, hizo patente su secreto y entonó este cantar:

—¡Detente ante la puerta de la casa  
y en mi nombre saludala, viajero!  
Puede que te conteste a tu saludo  
e ilumine sus sombras un lucero  
y que el amor su soledad convierta  
en un jardín, florido y placentero.

Dile entonces: ¡Ye huerto de delicias,  
con qué nostalgia siempre te recuerdo!  
Con gran pesar me separé de ti,  
y si no fuere porque verte espero,  
¡ye dichoso jardín del Paraíso,  
ha mucho tiempo ya que habría muerto!

Y después de un instante de silencio,  
declamó estos otros versos:

—Juntos los dos vivíamos tan felices,  
los días a nuestro antojo se plegaban  
y era un lugar de dichas y placeres  
nuestra casa.  
Mas ¿quién podrá rehacérsela de nuevo  
derribada que fue por la desgracia?  
¿Quién la Luz del Lugar podrá reunir  
con Delicia del Tiempo, su adorada?

Luego que terminó su recitado, lanzó  
Zu-l-Mekán tres gritos y rodó por tie-  
rra desmayado. Y el fogonero acorrióle  
solicito y lo tapó.

## Y LA NOCHE 81 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He llegado a saber, ye el rey, el  
afortunado, que Noshetu-s-Semán envió  
al eunuco en busca del cantor y le  
ordenó:

—Si lo encuentras, tráemelo acá sin  
dilación, sea como fuere.

Marchó, pues, allá el eunuco y se  
puso a mirar por entre los grupos y a  
dar vueltas solícito, comprobando estar  
todos dormidos. No encontrando a na-  
die despierto, volvióse hacia el fogone-  
ro y vio que estaba incorporado y des-  
tocado, por lo que llegóse a él y le  
cogió de los pulsos gritando:

—¡Tú eres el que cantaba!

Sobrecogióse el fogonero de temor  
por su vida y dijo:

—¡No era yo, por Alá, ye preboste  
del pueblo, que no era yo! Es la pura  
verdad.

Pero el eunuco díjole:

—No te soltaré hasta que no me di-

No bien hubo oído Noshetu-s-Semán  
aquellos versos, luego prorrumpió en  
llanto y gritóle al eunuco:

—¡Guay de ti! Que el mismo que  
cantó la vez primera ha vuelto a can-  
tar la segunda y lo he oído muy cerca  
de aquí. Por Alá, que si no me lo traes  
en seguida, llamo a mi esposo y él te  
mandará azotar y te echará. Toma es-  
tos mil dinares y dáselos a ese hombre  
y tráemelo y, si se niega, le das esta  
bolsa con otros mil dinares, y si, a  
pesar de eso, se negare, no lo molestes;  
entérate de su estado y profesión, así  
como de qué país sea, y vuelve acá en  
seguida, sin entretener te.

Pero al llegar a este punto sin-  
tió Schahrasad venir la aurora y cor-  
tó el hilo de sus palabras encanta-  
doras.

gas quién fue el que recitó esos versos,  
pues no puedo tornarme a mi ama  
sin él.

Al oír aquellas palabras del eunuco  
temió el fogonero por Zu-l-Mekán y,  
prorrumpiendo en copioso llanto, di-  
jole:

—Por Alá, que no fui yo. Yo también  
oí al que cantaba y era un caminante  
que iba de paso. No te hagas, pues,  
culpable de ese desafuero conmigo, que  
soy peregrino y vengo de la ciudad  
santa.

—Levántate—dijo el eunuco—y ven  
conmigo a ver a nuestra señora y se lo  
cuentas todo a ella tú mismo, porque  
yo no veo por aquí a nadie despierto  
más que a ti.

Díjole entonces el fogonero:

—¿No viniste y me viste en el sitio  
en que estoy sentado y descubriste mi  
paradero? ¿Qué más quieres? Ya sabes

que nadie puede aquí moverse de su sitio, sin que lo vean los arrogados<sup>97</sup> y lo apresen. Vete, pues, tranquilo que como alguno vuelva a cantar, ya lejos, ya cerca de aquí, yo te lo diré sin falta y solo podrás saberlo por mí.

Quedóse pensativo el eunuco un momento y luego lo soltó y fuese a dar por allí unas vueltas indeciso, pues no se atrevía a presentarse ante su ama de vacío. Apostóse luego en un lugar cercano al sitio en que estaba el fogonero y quedóse allí de muestra, al acecho.

Cuanto al fogonero levantóse y, llegando a Zu-l-Mekán, lo despabiló y le dijo:

—Incorpórate y escucha lo que te digo.

Y le contó lo del eunuco. Pero Zu-l-Mekán le contestó sin pizca de susto:

—Déjame en paz, que ya a mí no se me da nada de nadie aquí, que estoy ya cerca de mi país.

—Pero ¿no sabes—dijole el fogonero—que la mujer del mayordomo quiere amonestarte por haberla desvelado? Que está débil y cansada del camino. Ya varias veces envió en tu busca a su esclavo.

Pero Zu-l-Mekán no hizo caso alguno de las palabras del fogonero, sino que por tercera vez alzó la voz y declaró estos versos:

—No hago caso de aquellos  
que me critican;  
sus palabras el sueño  
nunca me quitan.  
Mi pesar es tan solo  
quien me desvela,  
y la flor de mis años  
marchita y seca.  
Está que se derrite  
dicen y digo:  
Es verdad, de nostalgia  
yo me derriro.  
Primero por mi patria;  
por mi amor, luego;  
¿qué tiene eso de extraño  
críticos necios?  
Hablad cuanto queráis,  
no me preocupo;  
que si de amor me muero  
me muero a gusto.

Oyólo el esclavo, que estaba allí cerca apostado. Y no bien hubo acabado su canción, llegóse a él y se le plantó delante. Huyó de allí rápidamente el fogonero y quedóse un trecho más allá, a la mira de lo que pudiera pasar.

Cuanto al eunuco, llegóse a Zu-l-Mekán y lo saludó diciendo:

—¡El *selam* sobre ti, mi señor!

Y el joven le respondió:

—¡Y sobre ti la paz y la misericordia de Alá y su bendición!

Y el eunuco le dijo después:

—*Ye*, mi señor...

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

## Y LA NOCHE 82 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mi noticia, *ye* monarca, el afortunado, que el castrado le dijo a Zu-l-Mekán:

—*Ye* mi señor, esta es la vez, la tercera, que vengo a ti, porque mi ama me manda que a su lado te lleve.

Y Zu-l-Mekán, al oír aquello, exclamó:

—¿Y quién es esa bruja para que yo

la vaya a ver? ¡Así Alá la maldiga a ella y a su marido!

Y Zu-l-Mekán siguió injuriando al castrado, que no despegaba sus labios, por haberle encarecido mucho su ama que no le hiciera ningún daño ni se lo llevase a la fuerza, sino por su propia voluntad, y que, si se negaba a acompañarlo, le diese los dinares y lo dejase en paz.

Así que el eunuco hablóle a Zu-

<sup>97</sup> Centinelas.

l-Mekán con todo respeto y le dijo:

—Mira, mi señor: toma esta bolsa y ven conmigo. No temas, hijo mío, que te hagamos nada malo ni te infiramos ningún agravio. Que nuestro único deseo es que endereces tus graciosos pasos, en mi seguimiento, a la tienda de mi señora y hables unas palabras con ella, y después te volverás a tu sitio con toda alafia <sup>98</sup>. Y dizque tendrás regalos y albricias como los mensajeros de faustas noticias.

Luego que eso oyó Zu-l-Mekán se levantó y echó a andar tras el eunuco por entre los grupos de durmientes, pisando sobre ellos.

Y en tanto el fogonero íbalos siguiendo desde lejos, sin quitarle ojo a Zu-l-Mekán, y diciéndose para sus adentros:

—¡Ye y qué dolor de muchacho! ¡Pensar que mañana de fijo lo ahorcarán!

Y así fue el fogonero siguiéndolos, hasta que llegó a su sitio en la caravana, sin que nadie hubiera reparado en él.

Y allí se paró y murmuró:

—¡Muy ruin será si declara que fui yo quien le mandó cantar!

Y esto es por ahora todo lo referente al fogonero de la historia.

Cuanto a Zu-l-Mekán siguió adelante con el castrado, hasta llegar al lugar en que se encontraba Noshetu-s-Semán, y el eunuco entonces pasó a ver a la joven y le dijo:

—Ye mi señora, aquí te traigo al que buscabas, y es un joven guapo de cara y que en toda su persona muestra indicios de noble cuna y de buena crianza.

Luego que eso oyó Noshetu-s-Semán, diole un vuelco el corazón y dirigiéndose al eunuco le dijo:

—Dile que recite unos versos para

que yo pueda oírlo de cerca y preguntarle luego por su nombre, su estado y su tierra.

Volvióse luego el eunuco junto a Zu-l-Mekán y le dijo:

—Recita algún verso que sepas, para que te oiga mi señora, que está aquí cerca y desea escucharte, y luego preguntarte por tu nombre y tu estado y tu tierra.

A lo que Zu-l-Mekán le contestó diciéndole:

—Está muy bien y de muy buen grado lo haré. Y pues deseas saberlo, te diré que mi nombre se borró, mi estampa se marchitó y mi cuerpo se quebrantó; que mi historia podría escribirse en el rabillo del ojo y que me encuentro en la misma situación que el borracho que abusó del vino y perdió el tino y se le enajenó la mente y se embarulló su pleito y naufragó en el mar de los pensamientos.

Fuele luego el eunuco con el cuento a su señora y al oír Noshetu-s-Semán tales palabras echóse a llorar y arreció en sus lágrimas y sus suspiros, hasta que, finalmente, llamó al esclavo y le dijo:

—Pregúntale si por ventura sufre por estar separado de algún ser querido, como su padre o su madre.

Hízolo así el esclavo según Noshetu-s-Semán le ordenara, y Zu-l-Mekán le dijo:

—Sí; separado estoy de todos los míos, y la que más siento es mi hermana, pues entre ella y yo interpusose el sino.

Al oír Noshetu-s-Semán esas palabras, exclamó apiadada:

—¡Ojalá y quiera Alá reunirlo con quienes ama!

Pero al llegar a este punto sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

<sup>98</sup> Seguridad.



## Y LA NOCHE 83 PROSIGUIO RELATANDO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mí noticia, *ye monarca*, el afortunado, que al oír Noshetu-s-Semán las palabras de Zu-l-Mekán, exclamó apiadada:

—¡Ojalá y Alá quiera reunirle pronto con quienes ama!

Después de lo cual díjole al esclavo:

—Ruégale que nos deje oír algún poema alusivo al dolor de la ausencia.

Díjosele el eunuco según se lo ordenara su señora, y el joven, luego de lanzar varios suspiros, recitó estas estrofas:

—No hay nada como la ausencia  
y la duda que atosiga,  
cuando de aquellos que amamos  
carecemos de noticias,  
y no sabemos si viven  
o si se extinguió su vida.  
¡Oh quién pudiera sacarme  
de esta duda que aniquila!  
¡Y el juicio se me trastorna  
y de sosiego me priva!

Y a continuación recitó también estos otros versos:

A aquellos días felices de nuestra íntima unión  
siguieron los amargos de la separación;  
arrepintiéndose el mundo de darnos su dulzura  
y el sino, antes risueño, nos puso cara dura.  
Nuestras risas de antaño trocáronse en suspiros;  
los pájaros cantores volviéronse vampiros;  
el bello paraíso fragante y refulgente  
trocóse en un infierno tenebroso, imponente,  
donde el *sukûm* <sup>99</sup> sus frondas extiende repulsi-

[vas

y los demonios ríen con risas convulsivas  
y en vez del agua fresca de los pozos eternos  
nos escancian la pus que manan los avernos.

Arrebatóle luego todavía más su emoción y recitó estos otros versos:

—Alá solemnemente le prometo  
que si a mi patria torno yo algún día  
y a Noshetu-s-Semán mi dulce hermana  
en ella encuentro viva todavía,  
en plácida quietud habré los años  
de pasar, que aún se engargen a mi vida,  
entre doncellas de flexible talle  
y de mirada dulce y adormida,  
de gruesos labios rojos, en los cuales  
los míos sorberán una saliva  
más dulce que la miel, del río que cruza  
el ameno vergel, junto a la orilla.

Luego que el joven terminó de recitar esas poesías, alzó Noshetu-s-Semán el pico del tapiz que cubría su litera y lo miró atenta.

Y no bien hubo posado sus ojos en la cara del joven cuando luego lo conoció, sin la más leve sombra de duda, y lanzó un grito diciendo:

—¡*Ye hermano mío, ye Zu-l-Mekán!*

Alzó aquel la vista hacia ella y conocióla también al punto y gritó:

—¡*Ye hermana mía, ye Noshetu-s-Semán!*

Arrojóse luego en sus brazos y ella en los de él y ambos tiernamente se abrazaron con tal vehemencia que se desmayaron.

Al ver lo cual el esclavo maravillóse grandemente, cubriólos con un paño y aguardó a que volvieran en sí de su desmayo. Y luego que así fue, alegróse Noshetu-s-Semán hasta el límite de la alegría, lo mismo que su hermano, quedando ambos exentos de todo pesar y quebranto. Y Noshetu-s-Semán, enajenada de contento, recitó estos versos:

—Eterna juró el sino  
sería mi pena;  
faltó a su juramento;  
ya estoy contenta.  
Mi amor está conmigo;  
nada más quiero,  
¡y del sino perjuro  
ya reír puedo!

<sup>99</sup> Arbol del infierno coránico, cuyo tronco y cuyas ramas fórmanlos cabezas de demonios.

Al oír Zu-l-Mekán aquello abrazóse a su hermana y estrechóla fuerte contra su pecho y, de puro alegre, se le saltaron las lágrimas y recitó estos versos:

—Cuando lejos estaba  
de los que amo,  
el pan que yo comía  
mojaba en llanto.  
Y ahora que ya de nuevo  
los encontré,  
de puro alegre, lloro  
ahora también.  
Ojos míos, ¿qué os sucede?  
¿Tan hechos ya  
estáis a llorar siempre  
que de ahora más  
ya de pena o de gozo  
vais a llorar? <sup>100</sup>

Permaneció Zu-l-Mekán sentado a la puerta de la litera de su hermana por espacio de una hora. Hasta que Noshetu-s-Semán le dijo:

—Levántate y entra en la litera y cuéntame lo que te pasó y yo te contaré lo que a mí me ocurrió.

—Habla tú primero—dijole su hermano.

Refirióle ella entonces todo cuanto le ocurriera desde que se fue de su lado, dejándolo en el *jan*, y le dijo al terminar:

—Cuéntame tú ahora lo que a ti te ocurrió, desde el momento de nuestra separación.

Contóle, pues, el joven todo cuanto le sucediera desde el principio hasta el fin y cómo Alá lo favoreciera enviándole al fogonero y cómo este lo acompañara en su viaje, gastando con él su dinero y sirviéndole noche y día con todo celo.

Elogió Noshetu-s-Semán por todo eso al fogonero y después dijole Zu-l-Mekán:

—Ye hermana mía, este fogonero ha hecho por mí lo que no habría hecho

ninguno de mis amigos y lo que no haría un padre por su hijo, pues llegó al extremo de pasar él hambre por quitármela a mí y caminar a pie para que yo fuera montado, de suerte que tenía mi vida en sus manos.

Oído lo cual dijole su hermana a Zu-l-Mekán:

—No lo perderá, que si Alá fuere servido, lo hemos de recompensar, en la medida de nuestro poder, cuanto por ti hizo.

Y acto seguido llamó Noshetu-s-Semán al eunuco, que acudió al punto y le besó la mano a Zu-l-Mekán, y le dijo Noshetu-s-Semán:

—Toma esto en albricias por las buenas nuevas que nos has traído, ¡ye el del rostro de buen agüero! Tu mano fue la que me reunió con mi hermano; así que toma esta bolsa y guárdatela con todo cuanto encierra, que todo es tuyo desde ahora. Pero ve luego a buscar a mi esposo, el chambelán, y dile que venga acá.

Hízolo así el castrado y el chambelán fue a ver a su esposa y, al hallarla en compañía de Zu-l-Mekán, preguntó quién era aquel joven. Y su mujer contóle todo cuanto a ambos les había ocurrido desde el principio al fin, y al terminar su relación, añadió:

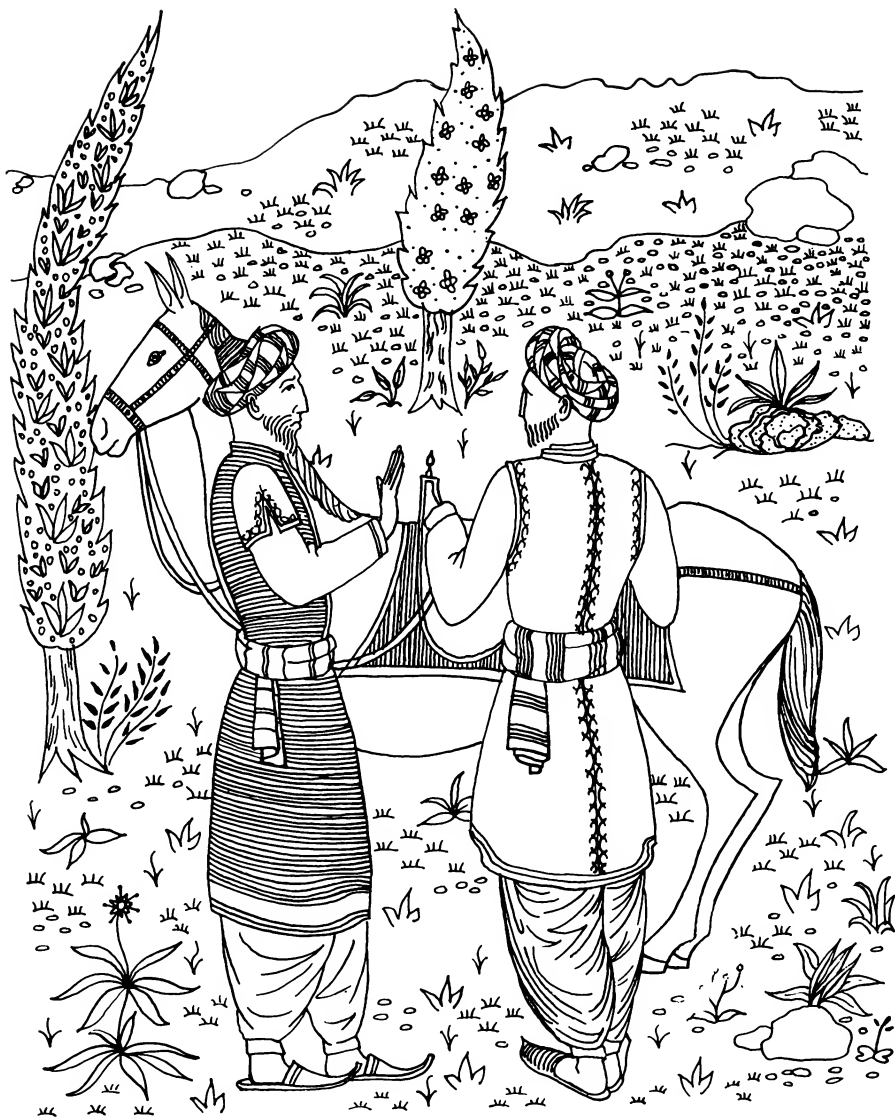
—Has de saber, chambelán, que la esposa con quien te casaste no es ninguna esclava, como pensaste, sino que, lejos de eso, es la hija del rey Omaru-n-Nómán, llamada Noshetu-s-Semán, y este que aquí ves es mi hermano Zu-l-Mekán.

Luego que el chambelán hubo oído aquella historia conoció ser verdad y tuvo certeza de ser el yerno del rey Omaru-n-Nómán y para sí mismo se dijo:

«Nada; que está escrito que he de ser virrey de alguna provincia del reino de mi suegro.»

Llegóse luego a Zu-l-Mekán y lo felicitó por su seguridad y por verse de

<sup>100</sup> Estos dos poemas son, como el lector advertirá, variantes de otros que ya figuran en cuentos anteriores.





nuevo reunido con su hermana y mandó a sus criados que un alfaneque particular le habilitaran y le enjaezaran uno de sus mejores caballos para que montara.

Y Noshetu-s-Semán dijo después:

—Estamos ya cerca de nuestra tierra, y yo quisiera quedarme a solas con mi hermano, para holgarnos ambos de nuestra compañía y hartarnos de mirarnos antes que lleguemos a Bagdad, que mucho fue el tiempo que estuvimos sin vernos.

—Sea como tú quieras—respondió el chambelán. Y acto seguido se retiró y luego les mandó velas de cera y varias clases de manjares exquisitos, juntamente con un traje de lo más valioso para Zu-l-Mekán.

Después de lo cual tornó a la litera y le contó a Noshetu-s-Semán lo que hiciera y Noshetu-s-Semán le dijo:

—Dile al eunuco que me traiga acá a ese fogonero y le habilite un alazán para que monte en él y le sirva la mesa bien abastecida mañana y tarde y le diga que no se separe nunca de nuestro lado.

Hízolo así el mayordomo y el esclavo, luego de escuchar sus órdenes, respondió:

—Oír es obedecer.

Y llevando consigo a sus mozos marchó en busca del fogonero, al que encontró al extremo de la caravana en el preciso instante en que ensillaba su mula para darse a la fuga.

Y dizque lloraba el pobre de temor por su vida y de pena, por haber tenido que separarse de Zu-l-Mekán, y decía lleno de congoja:

«Bien que se lo advertí yo y no quiso hacerme caso. ¿Qué va a ser de él ahora?»

Pero no había acabado de proferir estas palabras cuando se encontró de manos a boca con el esclavo, cuyos seides lo rodeaban, cogiéndole las vueltas para que no escapara. No bien viose con el esclavo delante y los otros en torno suyo, mudó el color de su cara y llenóse de susto...

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la mañana y cortó el flujo de sus elocuentes palabras.

## Y LA NOCHE 84 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—He llegado a saber, *ye monarca*, el afortunado, que estaba el fogonero ensillando su mula, con intención de darse a la fuga, y decía entre sí, salteado de congoja:

«Bien le advertí yo y no quiso hacerme caso. ¿Qué va a ser de él ahora?»

Pero no acabara de proferir esas palabras cuando se encontró con el esclavo delante y sus seides en derredor, y temblándole todo el cuerpo y poseído de pavor, alzó la voz y exclamó:

—¡Hay que ver! Con tantos favores

como le he hecho que no podría pagarme nunca. ¡Y va a denunciarme y me complica en su culpa!

Pues pensó que había sido el joven quien llamara al esclavo y sus seides. Pero el esclavo, alzando todavía más la voz, le gritó:

—¿Quién era el que declamaba aquellos versos, so embustero? ¿Cómo tuviste el descaro de decirme: «No he sido yo ni sé quién haya sido», siendo así que era tu amigo?... Pero ahora ya no me apartaré de tu lado de aquí a

Bagdad y correrás la misma suerte que tu compañero, sin que tus mentiras de nada te sirvan.

Al oír el fogonero esas palabras, díjose para sus adentros:

«He venido a caer en aquello que tanto temía y recitó estos versos:

—Ha sucedido aquello  
que yo temía;  
¡en Alá solamente  
mi alma confía!

Gritóles luego el eunuco a sus seides, diciéndoles:

—Bajadlo en seguida.

Hiciéronlo así aquellos y le presentaron un caballo alazán y lo montaron en él y lo incorporaron de nuevo a la caravana, marchando ellos en torno suyo. Y les dijo el eunuco:

—Como le falte siquiera un pelo, pagará por él uno de vosotros. Así que honradlo y no le hagáis el menor desacato.

Pero al ver el fogonero a aquellos esbirros en torno suyo desesperó de su vida y le dijo al eunuco:

—*Ye scheij*, que te conste que yo no tengo hermanos ni parientes de ninguna clase, y que ese mocito no me toca nada ni yo a él, sino que yo era fogonero de un *hammam* y una mañana me lo encontré enfermo tirado en la basura...

Y el fogonero rompió a llorar, haciéndose en su interior miles de conjeturas.

Iba a todo esto el esclavo junto a él, sin descubrirle nada de su secreto. Y así fueron cabalgando hasta aproximarse a Bagdad, de donde ya solo los separaban tres jornadas nada más. Y cada vez que la caravana hacía alto, servíanle al fogonero de comer y él y el castrado comían en el mismo plato.

Mandó luego el eunuco a sus mozos que le trajeran un frasco de sorbete azucarado y, después de beber él, se lo pasó al fogonero, que bebió también;

pero sin dejar de llorar, inquieto por su vida y triste, además, por verse separado de Zu-l-Mekán y por cuanto en su extrañamiento habíale pasado.

Y el chambelán cabalgaba junto a la puerta de la litera de su esposa, para servirle en cuanto dispusiera, y le echaba un vistazo al fogonero de paso.

Mientras, Noshetu-s-Semán platicaba con su hermano. Y al llegar a aquel lugar que solo distaba tres jornadas de Bagdad, acamparon al oscurecer, y allí se detuvieron hasta que la mañana amaneció de nuevo, y entonces se despertaron y se levantaron y ya se disponían a cargar las bestias y reanudar la marcha, cuando allá, en lontananza, dejóse ver una gran polvareda que cubría todo el horizonte, y convertía la mañana en negrísima noche.

Y al ver aquello el chambelán gritóles a sus gentes:

—Aguardad y no carguéis...

Y en unión de sus mamelucos corrió en dirección a la nube de polvo.

Luego que estuvieron cerca descubrieron debajo de ella todo un ejército numeroso como las olas de un mar encrespado, con estandartes y banderas y atabales y caballeros y caballos.

Asombróse al ver aquello en grado sumo el mayordomo, y al verlo a él los otros, destacóse luego una partida de quinientos jinetes y dirigieron a su encuentro y lo rodearon y los apresaron a él y a los otros, cargando cada cinco jinetes con un mameluco de los del mayordomo. El cual interpelólos, diciendo:

—¿Qué sucede y qué tropas son estas que se propasan a hacer con nosotros tanta violencia?

A lo que ellos respondieron, preguntando a su vez:

—¿Quién eres tú y de dónde vienes y adónde te diriges?

—Yo—contestóles él—soy el chambelán del emir de Dimechk, el rey Scharkán, hijo del rey Omaru-n-Nómán.

Al oír ellos sus palabras veláronse los rostros con sus mantos y rompieron a llorar, diciendo:

—El rey Omaru-n-Nômán murió, y murió envenenado. Ven, pues, acá y no temas a reunirse con su gran visir, el visir Dandán.

Al oír tales palabras echóse a llorar el mayordomo con gran dolor, y exclamó:

—Viaje perdido es el que hicimos.

Y arreció en su llanto, acompañándole en él todas sus gentes. Confundiéronse luego con las tropas y el chambelán recabó audiencia del visir Dandán, que este le concedió en el acto, mandando que armasen allí las tiendas de campaña, y él sentóse en medio de la suya en un lecho, invitando también al chambelán a tomar asiento.

Luego que aquel así lo hizo pidióle el visir Dandán informes de su persona y él le dijo que era el chambelán del emir de Dimechk y portador de los regalos y tributos que el emir enviaba a su padre, el difunto monarca.

Al oír aquello el visir Dandán rompió a llorar por la memoria del rey Omaru-n-Nômán. Luego dijole al chambelán:

—El rey Omaru-n-Nômán murió envenenado y a su muerte dividiéronse los pareceres de sus vasallos sobre quién habían de elegir para sucederle, hasta el punto de combatirse entre sí

con las armas, no llegando las cosas a mayores gracias a haber mediado los magnates y los nobles y los cuatro cadies, logrando que todos, unánimemente, pusiesen el pleito en manos de los cuatro cadies, comprometiéndose a acatar lo que ellos tuviesen a bien acordar.

Y lo que acordaron fue que me pusiese yo en camino y viniera a avistarme con el hijo del difunto rey, con el rey Scharkán, y me lo llevase a Bagdad y lo sentase en el trono de su padre. Aunque es cierto que entre ellos los había partidarios del hijo, el segundo, que decían llamarse Zu-l-Mekán y tener una hermana llamada Noshetus-Semán y haber marchado ambos juntos a tierras del Jichás, y que de eso eran ya pasados cinco años, sin que nadie hubiera vuelto a saber de ninguno de ambos.

Al oír aquello el chambelán convencióse de ser cierta la aventura que a su esposa le ocurriera.

Y al par que dolíase grandemente de la muerte del rey holgábase mucho también de lo demás y sobre todo del encuentro con Zu-l-Mekán, que iba a suceder ahora en el trono a su padre, Omaru-n-Nômán.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la mañana y cortó el hilo de sus elocuentes palabras.

## Y LA NOCHE 85 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mí noticia, *ye* el sultán, el bienhadado, que, al oír de labios del visir Dandán aquellas nuevas referentes al rey Omaru-n-Nômán, suspiró el mayordomo y exclamó:

—En verdad que vuestro relato es de lo más peregrino; pero has de saber que, al hacer que os encontraseis con-

migo ahora, os ahorró Alá ulteriores molestias, pues la cosa va a salir ya a medida de lo que deseas.

Holgóse mucho el visir Dandán al oír estas palabras. Y exclamó:

—*Ye* chambelán el ilustre, cuéntame luego la historia de los dos hermanos y todo cuanto les sucediera, así como la

causa de que se extrañasen de sus tierras.

Contóle entonces el chambelán el cuento de Noshetu-s-Semán, participándole cómo llegara a ser su esposa. Después de lo cual contóle también desde el principio hasta el fin todo lo referente a Zu-l-Mekán.

Luego que el chambelán hubo terminado su relato, mandó el visir Dandán a llamar a los *umara* y a los visires y grandes del reino y los puso al corriente de todo el suceso.

Reunieronse aquellos acto seguido en consejo y dieron licencia al resto de las tropas para que montasen en sus cabalgaduras y poco a poco se retirasen, en tanto ellos terminaban sus deliberaciones y les iban a los alcances. Terminado el consejo, montaron, efectivamente, *umaras* y magnates en sus corceles y fueron a los alcances del grueso de las tropas. Y el mayordomo llegóse al visir Dandán y le dijo así:

—Soy de opinión que debo destacarme y adelantarme a vosotros para habilitarle al sultán un lugar digno de él e informarle de vuestra llegada y de que lo habéis preferido a su hermano Scharkán, eligiéndole para vuestro sultán.

—Está bien—dijole el visir—. Hazlo, pues, así.

Levantóse luego el mayordomo y lo mismo hizo el visir Dandán, en honor suyo, y le ofreció presentes, conjurándole a que los aceptara, y otro tanto hicieron los *umaras* y los grandes y magnates del reino, todos los cuales le ofrecieron presentes e invocaron sobre él las bendiciones de Alá, diciéndole:

—Suponemos no dejarás de hablarle al sultán Zu-l-Mekán en favor nuestro, para que nos mantenga en nuestros puestos.

Vino en ello de buen grado el chambelán. Luego ordenó a sus criados que montasen y el visir Dandán a los suyos que levantasen las tiendas de cam-

paña y las armasen en las afueras de la ciudad, a una jornada de distancia.

Acataron aquellos sus órdenes. Y el chambelán montó en su caballo sumamente contento y diciéndose para su ánimo:

«Oh y qué viaje tan bendito.»

Y dizque su esposa y Zu-l-Mekán habíanse ante sus ojos engrandecido.

Apretó luego la marcha hasta llegar a una jornada de distancia de la ciudad y mandó hacer allí alto para descansar y prepararle sitio en que asentarse al sultán Zu-l-Mekán, hijo del rey Omaru-n-Nômán.

Acamparon él y sus gentes a alguna distancia de los demás y mandó a sus mamelucos fuesen a solicitar de su señora Noshetu-s-Semán la venia para pasar a su presencia.

Dióselo ella luego y el mayordomo pasó allá y comunicóle, en presencia de su hermano Zu-l-Mekán, la muerte de su padre y la elección que del último hicieran los magnates para que sobre ellos reinase cual sucesor de su padre Omaru-n-Nômán, y terminó felicitando a ambos hermanos por su encumbramiento.

Rompieron aquellos a llorar por la pérdida de su padre y preguntáronle al mayordomo en qué circunstancias ocurriera el óbito.

—El visir Dandán—contestó el chambelán—es quien está enterado de todo y mañana vendrá acá con todo su ejército. No queda más que hacer en este asunto, *ye* rey, el insigne, sino que te allanes en un todo a lo que ellos acuerden, pues te han elegido sultán, y si no aceptares, elegirán a otro en lugar tuyo y entonces no estaría segura tu vida, pues o te mataría aquel o saldría a relucir un tercero en discordia y se alzaría con el reino, privándoos a los dos del cetro.

Oído que hubo aquello Zu-l-Mekán bajó la cabeza y permaneció en esa actitud una hora de tiempo. Luego dijo:



—Acepto esa fórmula, puesto que no hay otra.

Que había comprobado el joven que el consejo del chambelán era el más acertado de todos.

Y después exclamó:

—Ye tío mío, ¿qué voy a hacer con mi hermano Scharkan?

—Hijo mío—díjole el chambelán—, tu hermano será sultán de Dimechk y tú sultán de Bagdad. Apriétate, pues, bien la faja y esfuérzate en tu demanda.

Y Zu-l-Mekán aceptó aquel consejo que el chambelán le dio.

Presentóle luego el chambelán a Zu-l-Mekán las mudas de ropa que el visir Dandán trajera consigo del regio guardarropa y le entregó la daga es-triada. Después de lo cual retiróse de allí y fue a darles órdenes a sus cria-

dos de que buscasen un altozano y plantasen en él una tienda de campaña espaciosa y holgada para el sultán, en que este pudiera sentarse para recibir a los emires, cuando estos fuesen a rendirle su homenaje.

Mandó después a los cocineros que aderezasen manjares exquisitos y a los azacanes <sup>101</sup> que hiciesen acopio de agua en sus zaques.

Transcurrió después una hora y, al cabo, una nube de polvo nubló el horizonte y luego disipóse, dejando ver debajo de ella un ejército numeroso como las olas del mar embravecido y proceloso...

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 86 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He llegado a saber, ye el monarca, el afortunado, que al ordenarles el chambelán a sus criados que armasen una tienda de campaña lo bastante holgada para que en ella pudiesen unirse los notables en torno a su rey, procedieron aquellos a levantar la *schahmi-yannah* <sup>102</sup> para los reyes reservada.

Fue acto seguido el chambelán y mandó extender tapices y luego ordenó que se presentasen allí todas sus huestes. Acudieron estas y comieron todos y bebieron y el rey Zu-l-Mekán díjole al visir Dandán:

—Mándales a las tropas que acampen aquí diez días en tanto platicamos los dos aparte y tú me expones la causa del asesinato de mi padre.

Hízolo así el visir y dio licencia a sus soldados para que se desparrama-

sen por allí, previniendo a los gentiles-hombres del rey se abstuvieran de acercarse a su real persona hasta cumplido el término de tres días.

Hicieron todos humilde reverencia e impetraron de Alá concediese la perennidad del poder a su sultán Zu-l-Mekán.

Pasó luego el visir Dandán a entrevistarse a solas con el rey y le comunicó lo que había. Aguardó Zu-l-Mekán a que fuera de noche y entonces pasó a ver a su hermana Noshetu-s-Semán y le dijo:

—Todavía ignoro la causa de la muerte de nuestro padre. Pero ya voy a conocerla y tú también la conocerás, ye hermana mía, Noshetu-s-Semán.

Mandó luego que corriesen un velo delante de su hermana y que llevasen a su presencia al visir Dandán.

Compareció este en seguida entre sus manos y, al verlo, le dijo Zu-l-Mekán:

<sup>101</sup> Aguadores. Del árabe *As-saká*.

<sup>102</sup> Voz india, que significa una gran tienda de campaña.

—Quiero que me cuentes con todos sus pormenores la muerte de mi padre el rey Omaru-n-Nômán.

—Has de saber, *ye* el monarca, el ilustre—dijo el visir Dandán—, que al volver de su cacería con la ballesta y la red y no encontraros preguntó el rey Omaru-n-Nômán por vosotros dos y entonces le dijeron que os habíais ido con los romeros, de lo que sintió gran pesar y enojo y se le encogió el pecho.

Medio año transcurrió luego sin que el rey dejase de preguntar por vosotros a todos los que iban y venían, sin que nadie le supiese dar razón de vuestro paradero.

Ahora bien: estando nosotros un día de los días, entre sus manos, cumplido ya un año entero de vuestra desaparición, he aquí que llega una anciana con traza de buena devota, en unión de cinco mocitas, de turgentes pechos y vírgenes todas sin detrimento.

Solicitó aquella vieja audiencia del rey y, luego que se la concedió el soberano, pasó a verlo y besó la tierra entre sus manos.

Estaba yo, por cierto, sentado al lado del monarca y este, al entrar la vieja, hizola acercarse más a su persona, por haber advertido en ella indicios de austeridad y de vida devota.

Acercóse, pues, la anciana y le dijo al monarca:

—Has de saber, *ye* rey glorioso, cómo tengo conmigo cinco esclavas cual nunca las poseyó ningún monarca, pues son discretas y hermosas, de belleza cumplida y leen el *Corán* y las tradiciones, y conocen las ciencias y las historias de los pueblos antiguos, y están aquí entre tus manos, puestas en pie para servirte, *ye* rey del siglo. Y diz que en la prueba se acredita la persona de noble o ruin.

Miró entonces tu padre (téngalo Alá en su gracia) a las muchachas y holgóse de verlas y les dijo:

—Déjeme oír cada una de vosotras

algo de lo que sepa referente a las noticias de los antiguos pueblos y de las gentes de pasados tiempos.

Adelantóse luego hacia el rey una de las mocitas y, después de besar la tierra entre sus manos, dijo:

—Has de saber, *ye* el monarca, el glorioso, que el hombre bien criado evita las impertinencias y se adorna de excelencias y cumple los divinos preceptos y huye del pecado mortal y en guardar esa línea de conducta pone todo el empeño de quien sabe que, si de ella se aparta, va derecho a su ruina; que es cierto, sin ningún género de duda, que la base de la buena crianza consiste en la virtud.

Y has de saber también, que la causa principal y la razón de la existencia del hombre no son otras que la de que se afane puesta la mira en la vida perdurable, para lograr la cual el mejor medio es servir a Alá.

Por lo que debes tratar a tus vasallos con bondad y no apartarte de esa norma; que, cuanto más poderoso el hombre, tanto más necesitado está de prudencia y previsión, y los que más han menester de ambas cosas son los monarcas, pues los particulares se arrojan a los asuntos sin curar de su desenlace, lo que no está bien que haga un rey.

Sé, pues, pródigo de tu vida y tus bienes en la senda de Alá y no olvides que, si un enemigo disputa contigo, puedes tú disputar con él y refutar con pruebas sus dichos; cosa que no puedes hacer con tu amigo, pues no hay quien pueda juzgar entre él y tú, como no fueren la rectitud y el obrar bien.

Elige, por consiguiente, tú mismo a tu amigo, después de haberlo probado lo suficiente. Y si fuere de la hermandad de lo futuro, búscalo que sea celoso en la observancia de los ritos exteriores de la Ley sagrada y versado en su sentido arcano, hasta donde llegar le sea dado, y si es de la hermandad

del mundo, eligelo que sea horro de condición y sincero y no loco ni perverso, pues tal es el alocado, que hasta sus propios parientes le huyen y un mentiroso no puede ser amigo sincero. Que la voz *Ziddik* deriva de *Zidk*<sup>103</sup>, que surge del fondo del corazón, y ¿cómo podría ser así cuando la falsedad se manifiesta en la lengua?

Y has de saber, asimismo, que la observancia de la Ley aprovecha a quien la practica. Ama, pues, a tu hermano, si es de esa condición, y no lo echés de tu lado, aunque vieres en él algo que no fuere de tu agrado, porque un amigo no es como una mujer, de la que te puedes divorciar y volverte a casar, sino que su corazón es como el cristal que, en llegando a quebrarse, no hay quien lo pueda soldar.

Y bendiga Alá a aquel que dijo:

«Al corazón que te ama  
cuida con mimo,  
haz que nada le roce  
ni lo más nimio.  
Que si a perder llegares  
su amor leal,  
no lo podrás ya nunca  
recuperar.  
Que son los corazones  
igual que el vidrio,  
que, si se parte, queda  
siempre partido.»

Dijo para terminar la mocita, señalándonos con la mirada:

—Dicen los sabios que el mejor de los amigos es el más severo en la amonestación y la mejor de las causas es la de consecuencias mejores y el mejor elogio es el que corre los labios del prójimo.

Y dicen también: —No conviene al creyente andar remiso en dar gracias a Alá, máxime en lo atañadero a los bienes de la salud y el juicio.

Como también dicen que: —Quien a si mismo tienese en mucho, tiénelo en poco la fama, y que: —Quien se aflige

demasiado por los contratiempos pequeños, afligelo Alá con los grandes, y que: —Aquel que rinde acatamiento a las pasiones pierde la noción de lo justo, y: —Quien hace caso de los maldicientes, al amigo pierde. Y asimismo dicen: —Haz por justificar la buena idea que de ti tengan.

El que se mete en pleitos, comete desafuero.

Quien el temor no cultiva, de la espada no se libra<sup>104</sup>.

Voy a recordarte ahora, *ye* el rey, algo de la ciencia de los jueces. Has de saber, pues, que:

De nada sirve el fallo justo como no se confirme...

Conviene al juez que mida a todos por el mismo rasero, de suerte que el fuerte no se sienta tentado al desafuero ni el débil de la justicia desespere.

Y que exija pruebas al demandante y juramento al que negare.

Y la buena avenencia es lícita entre los musulmanes, excepto aquella que lo vedado aprueba y lo permitido veda.

Aquello que hoy te hace dudar, ya tu juicio te lo aclarará, y por la senda que conduce a lo recto te encarrilará.

Es lo recto un frondoso árbol, y tornar a él, preferible a perseverar en lo vano.

Profundiza en las máximas y pon de acuerdo con ellas tus sentencias; zanja los litigios con discreción y fija la mirada en lo justo y encomienda a Alá (glorificado y exaltado sea) tus asuntos.

Exige pruebas al demandante y, si las presentare, concédele su derecho, y si no, pide al demandado juramento, ¡que tal es el juicio de Alá!

Acepta el testimonio y ten presente que Alá (¡exaltado sea!) manda a los jueces que juzguen según lo aparente, que el juzgar de lo arcano es privilegio a él reservado.

<sup>104</sup> Aliteración deliberada, *Mn Im yajza l-jif Im yamm as-sif*.

<sup>103</sup> Amigo—*Zidk*—, verdad.

Viene el juez obligado a no apelar al dolor ni al hambre<sup>105</sup> y a proceder en sus sentencias puesta la mira en Alá (exaltado sea), que quien obra con pureza de intención y allana los litigios entre él y su alma alláname Alá también los conflictos entre él y los demás.

Y dijo As-Sohriyu:

—Tres cosas denigran a un cadí: honrar al vil, estimar al adulator y temer su destitución.

Destituyó una vez Omar-ibn-Abdu-l-Asis a un cadí y este le dijo:

—¿Por qué me destituyes?

—Pues porque he sabido—contestóle aquel—que tus hechos no están a la altura de tus dichos.

Cuentan, asimismo, que Al-Iskander dijole a su cadí:

—Al encumbrarte a esta posición te confío mi alma, mi honor y mi grandeza; procede, pues, según lo que pide tan alta prenda.

Y dijole también a su cocinero:

—Señor eres de mi cuerpo; pon, pues, en tu oficio tu alma.

Y a su amanuense le dijo:

—Dueño eres de mi intelecto; cuida, pues, de no dejarme mal en lo que escribas en mi nombre.

Retrocedió luego la primera esclava y avanzó la segunda y besó la tierra entre las manos del monarca, tu padre, siete veces seguidas. Después de lo cual, dijo:

—Dijole Lokmán<sup>106</sup> a su hijo:

—Tres hay que se conocen en tres situaciones: al magnánimo, en el momento de la ira; al valiente, en la guerra, y al amigo, cuando lo necesitas.

Y dicen que el inicuo se siente pesado, aunque lo alaben las gentes, y

tranquilo el agraviado, aunque aquellas lo desapruében.

Y dijo<sup>107</sup> (exaltado sea): «No penséis que los que se alegran con lo que hicieron y gustan de que los alaben por lo que no hicieron han de librarse del castigo, que reservado les está un tormento dolorosísimo.»<sup>108</sup>

Y dijo el Profeta (sobre él la oración y la paz):

—Se han de juzgar las acciones por las intenciones y a cada cual según su designio particular.

Y dijo también:

—Una parte hay del cuerpo que, estando ella sana, también lo demás está sano, y en ella adoleciendo, adolece también el resto.

Y dizque se refería al corazón, al decir eso.

Y has de saber, ye ilustre monarca, que lo más maravilloso que en los hombres hay es su corazón, pues es el que lleva las riendas de sus actos; y, si lo acomete la ambición, mátalos el sobresalto; y, si lo acomete la tristeza, mátalos el pesar; y si se deja llevar de la ira, apriétale luego el reproche; y si se complace en la benevolencia, pónese a recaudo de la cólera; y si tómale el temor, luego tómale también la pena; y si le sobreviene algún contratiempo, dóblase de inquietud; y si logra allegar riquezas, suele por ellas olvidarse de su señor; y si cae en la miseria, embárgale por completo la preocupación; y si le hace esforzarse el temor, luego le hace asentarse la debilidad; de modo y manera que no hay estado alguno en que halle la paz nunca, sino cuando pone el pensamiento en Alá y su ocupación en aquello que le proporciona sus medios de vida y con su enemigo lo reconcilia.

<sup>105</sup> Como medios de arrancar confesiones al procesado.

<sup>106</sup> El Esopo de los orientales, que se hizo célebre por su sabiduría y mereció el honor de que Mahoma lo mencionase en su *Corán* y bautizase una sura—la XXXIV—con su nombre.

<sup>107</sup> Se sobreentiende Alá, cuyo nombre se calla por respeto.

<sup>108</sup> *Corán*, sura II, *Al-Bakra* (La vaca), aleja 185.

Preguntáronle una vez a un sabio cuál era el hombre de peor condición y contestó que: aquel en quien los deseos vencen a la cordura y pone su ambición en lo alto y ensancha su saber y achica su excusa.

Y qué bien dijo Kais <sup>109</sup> en estos versos:

«No me preocupa para nada el mundo,  
riqueza y posición son empréstitadas  
y en el fondo del pecho solamente  
el tesoro reside de las almas.»

Dijo la esclava luego:

—Cuanto a las noticias de los ascetas, dijo Hischam-ben-Bischr:

—Pregúntele una vez a Omar-ben-Obaíd cuál fuese el hombre verdaderamente piadoso, y él me contestó:

—Ya lo declaro el Enviado de Alá (sobre él la oración y la paz) cuando dijo: «El varón piadoso es aquel que no se olvida del sepulcro y la desgracia y prefiere lo perdurable a lo perecedero y no lleva la cuenta de sus días, contando ya entre los muertos.»

Y dicen también que Abu-Zarr solía decir <sup>110</sup>:

—Más querida me es la pobreza que la riqueza y la enfermedad que la salud completa.

Y uno de los oyentes exclamó:

—¡Alá tenga en su misericordia a Abu-Zarr!

Pero yo, por mi parte, digo:

Quien pone su confianza en la bondad de la elección de Alá, el omnipotente, estará satisfecho con la suerte que Alá para él haya elegido. Y dijo uno de los compañeros del profeta:

—Estaba una vez orando Ibn-Abi-Aufa <sup>111</sup>. Y luego que terminó, recitó el «¡Ye tú el arrebujado!», hasta que llegó a aquello de «Cuando soplen en la trompeta», y rodó por tierra muerto <sup>112</sup>.

Y cuentan también que Tsabit-l-Banani lloraba tanto, que llegó a enneguercer y le llevaron un curandero para que lo curase y el curandero le dijo:

—Si me obedeces a lo que te mande, recobrarás la vista.

—¿Y qué es ello?—preguntóle Tsabit. Y el hombre le dijo:

—Pues que has de dejar de llorar.

Y Tsabit exclamó:

—¿Y para qué quiero mis ojos si no puedo llorar?

Y díjole uno a Mohammed-ben-Abdu-l-lah:

—Hazme alguna recomendación...

Pero al llegar a este punto sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el flujo de sus fluyentes palabras.

<sup>109</sup> Hay dos poetas de ese nombre: Imru-l-Kais-ben-Hochr, anterior a Mahoma y autor de una de las siete *moal-lakats* que, según sus biógrafos, residió una temporada en Constantinopla (Kostantiniya), y Kais-ibnu-l-Mullaauh, que vivió en el primer siglo de la *hechra* y se hizo famoso entre sus contemporáneos como el *loco de amor por Leila*, a la que cantaba en todos sus poemas. Es lo más probable que se trate aquí del primero. Burton da estos versos como anónimos.

<sup>110</sup> Uno de los *Azhab* o compañeros de Mohammed.

<sup>111</sup> Famoso tradicionista de Kufah—siglo VII.

<sup>112</sup> Se trata de la sura LXXXIII del *Corán*, *Al-Musemmel* (El encapotado), que, según algunos, fue la primera que el ángel Gabriel le reveló al Profeta. El toque de trompeta a que se alude es el que ha de llamar a los muertos al Juicio final.

## Y LA NOCHE 87 SIGUIÓ DICHIENDO LA MUCHACHA:

—He llegado a averiguar, *ye monarca*, el afortunado, que el visir Dandán díjole a Zu-l-Mekán:

—Dijo la esclava, la segunda, a tu padre, el rey Omaru-n-Nômán:

—Díjole uno a Mohammed-ben-Abdu-l-lah:

—Hazme alguna recomendación.

Y Mohammed le dijo:

—Te recomiendo que seas para el mundo un rey desdenoso y para la otra vida un esclavo codicioso.

—¿Y cómo lograr eso?—preguntóle el hombre.

Y Mohammed le dijo:

—El asceta en el mundo posee este mundo y el otro.

Y dijo Sâid-ben-Chubair <sup>113</sup>:

—Encontré una vez a Fezala-ben-Obaid y le dije:

—Hazme alguna recomendación.

Y él me contestó:

—Te recomiendo que guardes bien en la memoria estas dos cosas: no asociarle nada a Alá y no hacer daño a ninguna de las criaturas de Alá <sup>114</sup>.

Y a continuación recitó estos versos:

—¡Conducete, *ye amigo*,  
como te plazca!

Alá es generoso,  
no temas nada.

Dos cosas hay tan solo  
que evitar debes:

la idolatría y al prójimo  
dañar, aleve.

Y qué bien dijo el poeta que dijo:

«Si para la otra vida no apereces provisiones que duren tras la muerte, habrás de arrepentirte del descuido, luego que ya tu falta obviar no puedes.»

Adelantóse la tercera esclava luego que retrocedió la segunda, y dijo:

—La puerta del ascetismo es, en verdad, muy ancha; pero mencionaré algo de lo que viene a mi memoria de los varones justos de tiempos pasados. Y dijo uno de los sabidores:

—Sé que he de morir y ese pensamiento no me deja punto de reposo; pero sé también que la muerte gira entre el hombre y sus acciones, y espero doblar el número de mis buenas acciones y reducir el de las malas y salvarme así de las llamas.

Y luego que acabó de hablar, estremeciése todo y echóse a llorar.

—¿A qué viene ese llanto?—le preguntaron. Y él contestó:

—Es que estoy metido en una grave empresa: la de ponerme en manos de Alá (exaltado sea) para obrar según nos ordena.

Cuentan, asimismo, de Alí-binul-Hosein Sinu-l-Abidina <sup>115</sup> que se echaba a temblar cuando se disponía a rezar. Y habiéndosele preguntado la razón de aquello contestó diciendo:

—¿Por ventura sabéis con quién hablo y a quién le rezo?

Refieren también que había al lado de Safianu-Ts-Tsuriyu <sup>116</sup> un hombre débil y enclenque. Llegado el mes de Ramadán salió a hacer la zalá con

cometido corrupción en la tierra es como si hubiere matado a todas las gentes juntas.»

<sup>115</sup> Alí, gala de los siervos (de Alá), hijo de Hosein, nieto de Alí, el jalifa.

<sup>116</sup> Famoso tradicionista del siglo VIII.

<sup>113</sup> Famoso tradicionista de Kufah—siglo I.  
<sup>114</sup> La idolatría y el homicidio son los dos pecados más graves que puede cometer el hombre. Pero el primero es más grave aún que el segundo. «La idolatría es peor que el homicidio; es el mayor de los crímenes.» *Corán*, sura II, *Al-Bakra* (La vaca), versículo 4.

Sin embargo, con un sentido humanísimo y un criterio absoluto, kantiano, dice el Profeta en la sura V, *Al-Maída* (La mesa), versículo 36: «Quien mata a otro sin motivo o sin que haya

todos los demás y balbuceaba y se quedaba rezagado. Y dijo Safián:

—El día de la Resurrección será objeto de preferente atención.

Y dijo también Safián:

—Si el alma morase en el corazón del hombre como es debido, volaría llena de gozo y ansias al Paraíso y huiría con mucho susto y duelo del infierno.

Cuéntase también de Safianu-Ts-Tsuriyu que, en cierta ocasión, dijo:

—El solo hecho de mirar a la cara a una persona injusta <sup>117</sup> entraña culpa.

Retrocedió luego la esclava, la tercera, y adelantóse la cuarta y dijo:

—Hablaré yo también exponiendo algo de las historias de los varones santos.

Cuentan, pues, que Bischru-l-Hafiyu <sup>118</sup> decía:

—Oíle a Jálid <sup>119</sup> decir:

—Guardaos de los misterios de la idolatría.

—¿Cuáles son esos misterios?—preguntéle. Y él me dijo:

—Pues el prolongar en la oración las reverencias y genuflexiones para dar que hablar a los demás.

Y dijo uno de los sabidores:

—Las buenas acciones son causa de que se perdonen las malas <sup>120</sup>.

Dijo otro de los sabidores:

—Recabé de Mischru-l-Hafiyu me explicase los arcanos de las verdades, y él me dijo:

—Esas cosas no conviene revelárselas a todos. Pues apenas si de cien hay cinco que sean como un *dirhem* de buena ley.

Dijo Ibrahim-ben-Adham <sup>121</sup>:

—Aprecié sus palabras y las aprobé. Y estando un día haciendo la zafá, vi a Bischr que estaba rezando también y me coloqué detrás de él y permaneci inclinado hasta que el muecín llamó. Y he aquí que un hombre mal vestido levantóse y clamó:

—Ye pueblo, guardaos de la verdad que perjudica, pues no hay ningún mal en la mentira que beneficia, y en la necesidad no cabe elegir y callad cuando no podáis elogiar. Que hasta en presencia de lo bueno cuadra bien el silencio.

Y cuenta Ibrahim:

—Vi una vez que a Bischr se le cayó una monedilla pequeña y yo fuime a él y le di un *dirhem*. Y él me dijo:

—No lo tomaré.

—¿Por qué?—preguntéle—. Es de buena ley.

—No es eso—contestóme—. Sino que no voy a cambiar los bienes de este mundo percederos por los del cielo.

Cuéntase también que una hermana de Bischru-l-Hafiyu fue a ver a Ah-med-ben-Hanbal...

Pero al llegar a este punto sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

<sup>117</sup> La versión de Prometeo traduce *fea*. El texto árabe *Zalim*.

<sup>118</sup> Bischr, *El descalzo*. Famoso asceta de los siglos VIII y IX de nuestra era.

<sup>119</sup> Jálid-ben-Ualid. Santo y guerrero del Islam.

<sup>120</sup> Frase de aire proverbial: *fil-l-hssnat lkfr as-siat*.

<sup>121</sup> Ibrahim-ben-Adham. Asceta musulmán del siglo VIII de nuestra era. Mencionalo Ibn-Jalikán en su *Diccionario biográfico*, del que hay, entre otras, una traducción al inglés del barón MacGuckin de Slane. (1842-45.)

## Y LA NOCHE 88 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mí noticia, *ye monarca*, el afortunado, que el visir Dandán dijole a Zu-l-Mekán:

—Dijole la esclava a tu padre que una hermana de Bischru-l-Hafiyu fue a ver un día a Ahmed-ben-Hanbal <sup>122</sup> y le dijo:

—*Ye Imamu-d-Din* <sup>123</sup>, yo suelo hilar por la noche y atender a las cosas de la casa por el día, y hartas veces pasan por junto a nosotras los hacheros del gobierno de Bagdad y nosotras en la azotea aprovechamos su resplandor para seguir hilando; ¿por ventura nos será eso lícito o vedado?

—¿Quién eres tú?—preguntóle Ahmed-ben-Hanbal.

—Soy—respondió ella—la hermana de Bischru-l-Hafiyu.

—*Ye gente de Bischr*—exclamó Ahmed—. Ya querría yo para mí ese temor de Alá que en vuestros corazones anida.

Dijo también uno de los sabidores:

—Cuando quiere Alá dispensarle algún bien al creyente, luego ábrele puerta para que así sea.

Y Malik-Ibn-Dinar <sup>124</sup> cuando pasaba por el zoco y veía algo que se le apeteciese, solía exclamar:

—*Ye alma mía*, ten paciencia, que no he de darte gusto en lo que desees.

Y solía decir también Ibn-Dinar (tén-galo en su gracia Alá):

—La salvación del alma está en con-

trariarla y su perdición en contentarla <sup>125</sup>.

Decía Man zur-ben-Omar <sup>126</sup>

—Hice una vez la peregrinación y me dirigí a Meca por el camino de Kufa; hacia una noche tenebrosa y de pronto hube de oír una voz que clamaba, gritando en el corazón de la noche: «*Ye Alá mio*: Por tu poder y tu gloria, que no trato de rebelarme ni infringir tus preceptos, pues no te desconozco, y, sin embargo, pequé contra ti en otro tiempo, por lo que te pido me perdones mis excesos, pues pequé por ignorancia y no por desafecto.»

Y al terminar la voz de proferir esas palabras, recitó estos versículos del Libro:

—*Ye los que creen*, guardad vuestras almas y las de vuestros deudos de ese fuego, cuyo pábulo son las criaturas y las piedras <sup>127</sup>.

Y acto seguido sentí caer al suelo una cosa que no sabía qué fuese. Seguí adelante y, al otro día, vimos pasar unas parihuelas, detrás de las cuales iba una anciana, a la que ya abandonaran sus fuerzas. Preguntéle por el muerto y me dijo:

—Este entierro es el de un hombre que ayer pasó por junto a nosotros, en ocasión de estar mi hijo rezando la zalá; recitó unas aleyas del Libro de Alá (exaltado sea) y, al oírlas el hombre, se le derramó la bilis por el cuerpo y cayó muerto.

Retrocedió luego la esclava, la cuarta, y adelantóse la quinta y dijo:

<sup>122</sup> Ahmed-ben-Hanbal. Famoso teólogo árabe, fundador de la escuela que lleva su nombre y es una de las cuatro ortodoxas dentro del Islam. Hanbal sostenía la naturaleza increada del *Corán*, por lo que el califa Motazim-bi-l-Lah, que era de opinión contraria, mandó azotar una vez por hereje. (158-233 de la *hechra*.)

<sup>123</sup> Doctor de la Ley.

<sup>124</sup> Malik-Ibn-Dinar. Tradicionista del Jorásan. Siglo VII de la *hechra*.

<sup>125</sup> La versión de Prometeo traduce: «El único medio de salvar el alma es obedecerla.» *Slametu-n-nefsi fi mpalfitha*.

<sup>126</sup> Erudito árabe de Bazra. Siglo II de la *hechra*.

<sup>127</sup> *Corán*, sura LXVI, *At-Teh-rim* (El veto), aleya 6.



—Yo también voy a exponer algo de lo que guardo en la memoria referente a los santos varones de otros tiempos.

Solía decir Maslama-ben-Dinar:

—Por la pureza de intención perdónanse las culpas veniales y las mortales, y cuando el creyente se esfuerza por apartarse del pecado, obtiene el triunfo deseado.

Y decía también:

—¡Todo bien que no nos acerca a Alá es un mal! La poquedad de este mundo nos hace olvidar la grandeza del otro, pero la grandeza de este te hace olvidar la poquedad de aquel <sup>128</sup>.

Preguntáronle una vez a Abu-Hazim <sup>129</sup>:

—¿Cuál es el más discreto de los hombres?

Y él respondió, sin vacilar:

—El que consume su vida en la obediencia a Alá.

—¿Y cuál es el más necio?—tornaron a preguntarle.

Y él contestó:

—El que su otra vida vende por esta, que no es la suya propiamente.

Cuentan también de Musa <sup>130</sup> (sobre él la paz) que cuando fue a sacar agua del pozo de Madyán, exclamó:

—Señor, pobre soy para corresponder a las mercedes que sobre mí hiciste descender.

Rogóle Musa, como se ve, a su Señor y no a los hombres. Llegaron luego al pozo aquellas dos jóvenes y él les llenó las cántaras, anteponiéndolas a los pastores. Y ellas, al volver a su casa, contáronse a su padre, Schôaib. Y este les dijo:

—Puede que ese joven esté hambrien

to—y le ordenó a una de ellas—: Ve por él y lo invitaremos a comer.

Tornó ella allá y, tapándose el rostro, le dijo:

—Mi padre te invita a que vayas para pagarte tu paga por habernos llenado los cántaros.

Repugnó aquello a Musa y negóse a seguirla. Y era mujer culona y el viento le azotaba las ropas y le descubría a Musa sus posaderas, y Musa bajaba los ojos hasta que acabó por decirle:

—Ponte detrás de mí.

Y detrás de él fue caminando la moza, hasta que llegaron a presencia de Schôaib, que ya tenía la cena apercebida.

Entró Musa en casa de Schôaib (sea sobre ambos la paz), donde ya estaba servida la cena. Y Schôaib le dijo:

—Ye Musa, quiero darte tu jornal por el agua que nos sacaste.

A lo que Musa contestóle:

—Yo soy de la gente de la Casa <sup>131</sup> y no vendo los actos de la otra vida por cuanto oro o plata haya en la tierra.

—Ye muchacho—dijole Schôaib—, pese a ello, eres mi huésped, y honrar al huésped y ofrecerle manjares es mi costumbre como fue la de mis padres.

Sentóse, pues, Musa y comió, y luego Schôaib contratóle por ocho años o por diez, asignándole como retribución el que lo casaría con una de sus dos hijas, aceptando a título de dote su labor. Según dice el Profeta (exaltado sea) en su historia:

—Te casaré con una de mis dos hijas, a condición de que me sirvas por espacio de ocho años, y si quieres que sean diez, allá tú, que yo no te forzaré <sup>132</sup>.

Dijo un hombre a uno de sus

<sup>128</sup> Suprimido en la versión Mardrus-Prometeo.

<sup>129</sup> Famoso tradicionista de Al-Medinah. Siglo I de la *hechra*.

<sup>130</sup> Musa—el profeta Moisés—. Todo este paso es un eco libre de la paráfrasis libre del libro del Exodo en la *Biblia*. Del *Corán*, suras VII y IX. Schôaib es el Jethro de la *Biblia*.

<sup>131</sup> El templo.

<sup>132</sup> Burton hace notar que en este paso de la sura XXVIII del *Corán*, *Al-Kazaz* (La historia), transfiere Mahoma a Schôaib y Moisés el contrato entre Labán y Jacob. (*Génesis*, capítulo 29, versículos 15-39.)

amigos <sup>133</sup>, al que hacía mucho tiempo que no viera:

—Parece que huyes de mi encuentro, pues hace mucho que no te veo.

—Es—le dijo el otro—que ando ahora mucho con Ibn-Schiag; ¿lo conoces tú por casualidad?

—Sí, como que somos vecinos desde hace treinta años; sino que con él no me hablo.

A lo que el amigo díjole:

—Olvidas a Alá y por eso olvidas a tu vecino, que, si a Alá amaras, también a tu vecino amaras. ¿Ignoras, por ventura, que el vecino tiene el mismo fuero que el consanguíneo?

Cuenta Huzaifah:

—Entramos en Meca con Ibrahim-ben-Adham y también hiciera la peregrinación aquel año Schakik-l-Baljiyu <sup>134</sup> y nos reunimos para dar las vueltas al templo. E Ibrahim le dijo:

—¡Ye Schakik! ¿Cómo os va en vuestra tierra?

A lo que Schakik contestóle:

—Pues verás: cuando tenemos comemos y cuando hambre pasamos, nos aguantamos.

—Eso mismo hacen los perros de Balj—observó Ibrahim—; pero nosotros, cuando comemos, invocamos a Alá, y cuando hambre pasamos, las gracias le damos.

Y al oír aquello sentóse Schakik a los pies de Ibrahim y le dijo:

—¡De hoy más, tú mi maestro serás!

Y contaba también Mohammed-ben-Imrán:

—Preguntó una vez un hombre a Hatim, el sordo <sup>135</sup>:

—¿Qué es lo que a ti te hace confiar en Alá?

Y Hatim contestóle:

—Dos cosas: la primera, que sé que ningún otro que yo se ha de comer mi

pan de cada día, y la segunda, que sé que no fui creado sin conocimiento de Alá y ante El me siento avergonzado.

Retiróse luego la joven, la quinta, y la vieja se adelantó y, delante de tu padre, besó siete veces el suelo y después le dijo:

—Ya oíste, ye rey del siglo, lo que esas mocitas han dicho sobre el tema de la piedad; pues bien: yo voy a seguir ahora su ejemplo, exponiendo lo que a mis oídos ha llegado de los hombres famosos del pasado.

Y cuentan que el imán As-Schafiyyu partía la noche en tres porciones: la primera, para el estudio; la segunda, para el sueño, y la tercera, para el rezo. Y el imán Abu-Hanifah <sup>136</sup> solía pasarse rezando la mitad de la noche. Y sucedió que un día pasaron por allí dos hombres y uno de ellos le dijo al compañero:

—Mira ese santo varón, que se pasa la noche entera en oración.

Y Abu-Hanifah, al oírlo, dijo:

—Quedéme abochornado ante Alá al ver que me elogiaban sin razón y de allí en adelante ya decidí dedicar toda la noche a rezar.

Y dijo uno de los sabios:

«Aquel que busca perlas,  
tendrá que sumergirse,  
y que velar de noche  
quien a la gloria aspire.»

Y decía As-Schafiyyu (téngale en su gracia Alá):

—Diez años hace que no como pan de cebada hasta hartarme porque la hartura encallece el corazón, embota el cerebro, provoca el sueño y hace que el cuerpo flojee para levantarse al rezo.

Y cuentan de Abdu-l-Lah-ben-Mohammed-As-Sakra que contaba:

—Platicábamos una vez yo y Omar y este me dijo:

<sup>133</sup> La versión Prometeo especifica Ibn Bitar.

<sup>134</sup> Famoso tradicionista musulmán, natural de Balj, en Persia.

<sup>135</sup> Teólogo de Balj, siglo VII, *hechra*.

<sup>136</sup> Fundador de la escuela teológica que lleva su nombre.

—Jamás vi hombre alguno tan timorato y elocuente como Mohammed-ben-Idris-As-Schafiyyu.

Y sucedió una vez que salí yo en compañía de Al-Harits-ben-Labib-As-Saffar, que era discípulo de Al-Mosani<sup>137</sup> y tenía una voz muy hermosa y se puso a leer las palabras del Todopoderoso, que dicen: «Aquel día no hablarán ni se les consentirá que se disculpen.»<sup>138</sup> Y al oír aquello demudósele el semblante a As-Schafiyyu y se le erizó el vello y tomóle una convulsión y rodó por el suelo.

Y luego que en sí volvió, exclamó:

—¡En Alá me refugio contra la suerte de los embusteros y el sino de los tibios! Ye Alá, ante quien los propios corazones de los sabios se humillan; ye Alá, concédeme por tu piedad el perdón de mis culpas, cúbreme con el velo de tu protección y por tu gran magnanimidad excusa mi cortedad.

Y, después de decir eso, levantóse y se fue.

Y contaba también un narrador fidedigno<sup>139</sup>:

—Al llegar yo a Bagdad estaba allí As-Schafiyyu. Y hube yo de pararme a la orilla del río para hacer mis abluciones antes de la zalá y pasó junto a mí un hombre y me dijo:

—Ye joven, haz bien tus abluciones y Alá te hará bien a ti en este mundo y en el otro.

Volví la cara hacia el hombre y vi que iba seguido de una gran caterva; dime prisa a hacer mis abluciones y me lancé tras de sus huellas. Viome él y, volviéndose a mí, me dijo:

—¿Necesitas, por ventura, algo de mí?

—Sí—le dije—. Querría que me enseñases algo de lo que a ti te enseñó Alá (exaltado sea y glorificado).

—Está bien—respondió—. Pues ten presente que quien de veras pone su fe en Alá y observa fielmente su ley sálvese de la perdición, y a quien se mortifica en este mundo, alégranse los ojos en el otro. Y no te digo más.

—Sigue, por favor—roguéle yo.

Y él me dijo:

—Sé sobrio para este mundo y glotón para el otro y obra con rectitud en todos tus asuntos, que así te salvarás con los que se salvan.

Dicho esto, retiróse. Y habiendo yo preguntado entonces quién fuese, me dijeron:

—El imán As-Schafiyyu (téngale en su gracia Alá, ¡exaltado sea!).

Y solía decir el imán As-Schafiyyu:

—Quiero que la gente se aproveche de este mi saber, sin que ello redunde en mi gloria.

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

## PERO LA NOCHE 89 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, ye monarca, el afortunado, que el visir Dandán siguió diciendo:

—Luego la vieja le dijo a tu padre Omaru-n-Nôman:

—Solía decir el imán As-Schafiyyu:

—Quiero que la gente se aproveche de este mi saber, sin que ello redunde en mi gloria.

Y decía también:

—No puedo ver a nadie sin luego

<sup>137</sup> Teólogo egipcio del siglo VII, *hechra*.

<sup>138</sup> *Corán*, sura LXXVII, *Al-Mursolat* (Los enviados), aleyas 35-36.

<sup>139</sup> Ibn-Fuad, según Mardrus.

desear que Alá lo encamine por la senda de la rectitud y le ilumine sobre sus manifestaciones y nunca mire a nadie, sino con la intención de hacer resaltar lo justo, dándosele igual que Alá se valga de mí o de otro alguno, a ese fin.

Decía asimismo (¡Alá le tenga en su gracia!):

—Si la gente regatea el aplauso a tu doctrina, recuerda a quién deseas agradar y qué galardón te prometes y qué consecuencia temes.

Dijéronle una vez a Abu-Hanifah que «el emir de los creyentes Abu-Châfaru-l-Manzur te ha nombrado cadí, asignándote diez mil *derahim* de sueldo».

No le plació aquello a Abu-Hanifah.

Y llegado el día en que habían de llevarle el dinero hizo Abu-Hanifah la zafá de la mañana, y luego se arrebujó en sus vestiduras y no habló palabra.

Vino luego el enviado del emir de los creyentes con el dinero. Pero al acercarse a él y hablarle, Abu-Hanifah permaneció callado sin contestarle.

Díjole entonces el emisario del jalifa:

—Este dinero es tuyo, Abu-Hanifah, y te pertenece sin disputa.

A lo que Abu-Hanifah contestóle:

—Sí que lo es; pero yo repugno, hermano, el que pueda entrar en mi corazón el amor a los tiranos.

Y el otro entonces le replicó:

—Puedes tratar con ellos y, sin embargo, no contaminar tu corazón.

Pero Abu-Hanifah contestóle con sorna:

—¿Cómo podría atravesar el mar sin mojarme las ropas?

Y de los dichos de As-Schafiyyu (tén-gale en su gracia Alá, exaltado sea) son estos versos:

«Si hacerme caso quieres,  
alma mía,  
riquezas no ambiciones  
por tu vida.

De este efímero mundo los placeres  
deja y no te confíes,  
que a muchos les perdió su confianza  
y su fin fue terrible.»

Y de los dichos de Safianu-Ts-Tsuriyu, las recomendaciones que le hizo Benu-l-Hosein As-Salamiyyu, diciéndole:

—Sigue la senda recta y guárdate de la mentira y la perfidia y el propio parecer y el aplauso, porque la acción pura, acepta a los ojos de Alá, ha de estar exenta de esas cualidades; no tomes por modelo sino a quien observa su ley, ni elijas para familiares tuyos sino a quien te inculque el desprecio de este mundo y ten siempre en la memoria la idea de la muerte y ruega a Alá constantemente el perdón de tus culpas y pídele te salve en lo que te reste de vida; amonesta a todo creyente, cuando requiera tu opinión sobre materia de fe, guardándote muy mucho de menospreciarle, pues quien a un creyente menosprecia menosprecia a Alá y a su Profeta. Guárdate, asimismo, de controversias y litigios y deja a un lado aquello sobre lo cual dudas por aquello otro que no te ofrece duda alguna. Que así serás salvo.

Procede con benevolencia y abstente de la deslealtad, que así serás el amigo de Alá; obra bien en tu interior y Alá hará bueno tu exterior.

Acepta las excusas de quien contigo se disculpe y no seas rencoroso con ninguno de los creyentes y llégate a quien te volvió la espalda y perdona a quien te agravió, que, si obras de esa manera, serás el compañero de los profetas.

Pon tus cosas en manos de Alá, así en secreto como en público, y teme a Alá con el temor de quien sabe que ha de morir y resucitar y comparecer el día del Juicio entre las manos de Alá.

Ten presente que tu paradero final ha de ser una de las moradas: ¡o el Paraíso excelso o el candente fuego!

Y después de decir eso, retiróse la anciana y fue a sentarse junto a las muchachas.

Y tu padre (téngale Alá en su gracia) reconoció ser aquellas mujeres las más cumplidas y perfectas de su época, y al ver la hermosura y el saber de aquellas jóvenes, tuvo con todas ellas la mar de finezas.

Y también a la anciana la colmó de honras y agasajos y a ella y a sus mocitas dioles por alojamiento el palacio en que antaño se aposentara la princesa Abrisa, hija del rey de Arrum, y mandó llevar allí todo el lujo y las comodidades que pudieran apetecer.

Y las mocitas permanecieron con él diez días, lo mismo que la vieja, y siempre que el monarca visitaba a la anciana hallábala embebecida en oración y pudo comprobar que se pasaba la noche en vela y que ayunaba a diario, por lo que se le aficionó mucho, y un día me llegó a decir:

—Mira, visir: no hay duda que esa anciana es de las verdaderas beatas y a mí me infunde espanto en el corazón.

Ahora bien: el día, el oncenno, fue el rey a visitar a la vieja con el fin de pagarle el precio de las doncellas; pero la vieja no quiso tomarle el dinero y se lo rehusó, diciendo:

—¡Ye rey del tiempo! Has de saber que estas muchachas no tienen precio y yo no quiero por ellas ni oro ni plata ni cosa que lo valga, ya fuere mucho o poco lo que me ofrecieres.

Luego que eso oyó tu padre maravillóse grandemente y le preguntó a la vieja:

—Pues ¿qué es lo que quieres por ellas, mi señora?

Y ella le contestó:

—No te las venderé sino a condición

de que ayunes y pases las noches en vela un mes entero, por amor a Alá, que todo lo puede, y si así hicieres, tuyas serán las muchachas y podrás disponer de ellas según te plazca.

Y tu padre, al oír tales palabras, sintió que a sus ojos se agrandaba y me hizo un guiño y me dijo al oído:

—Aprovechónos Alá con esta santa mujer.

Convino luego con ella en que ayunaría un mes entero, cumpliendo la condición que le había impuesto.

—Y yo—díjole ella—te ayudaré en eso, rogándole por ti a Alá. Pero manda que me traigan ahora una alcuza<sup>140</sup> con agua.

Lleváronse la alcuza al punto y ella la cogió y pronunció unas palabras y una hora estuvo rezongando salmodias que no entendíamos ni comprendíamos de ellas jota.

Envolvió luego la alcuza en un trozo de tela y la selló y se la entregó a tu padre, diciéndole:

—Luego que diez días sean cumplidos, la noche del undécimo, abrirás esta alcuza y te tomarás su contenido, que él ahuyentará de tu corazón la afición a este mundo y te infundirá el amor a lo justo.

Tomó, pues, tu padre la alcuza y fue a colocarla en una alforja del alcázar, donde la dejó, guardándose él la llave del aposento en su manga. Y al amanecer de aquel día inició tu padre el ayuno y la vieja se fue por su camino igual que había venido.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad que venía la mañana y cortó el flujo de sus fluentes palabras.

<sup>140</sup> Del árabe *Al-Kus*.

## Y LA NOCHE 90 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mí noticia, *ye monarca*, el afortunado, que el visir Dandán dijole a Zu-l-Mekán: —

—Al amanecer de aquel día inició tu padre el ayuno y la vieja se fue por su camino igual que vino.

Siguió luego el rey ayunando hasta cumplirse los diez días y el undécimo abrió la alcuza y se bebió su contenido, que encontró de su gusto y para su estómago muy confortativo.

El duodécimo día presentóse de nuevo la vieja llevando una fruta confitada en una hoja verde que no se parecía a ninguna hoja de árbol conocido.

Pasó a presencia del rey y lo saludó con el *selam*. Y el rey, al verla, se levantó y le dijo:

—¡Bien venida sea la santa dueña!

Dijole ella:

—*Ye soberano el ilustre*, los seres invisibles te saludan <sup>141</sup>, pues les hablé de ti y están muy contentos contigo y por mi conducto te envían este dulce, que es de los dulces del Paraíso. Así que te lo vas a comer a eso del oscurecer.

Holgóse de ello grandemente tu padre y exclamó:

—Gracias a Alá por haberme hecho grato a los ojos de los seres arcanos.

Dióle luego gracias a la vieja y besóle ambas manos y la colmó de agasajos y lo mismo que con la anciana hizo con las esclavas.

Transcurrieron luego de eso veinte

días y tu padre seguía ayunando, hasta que los veinte días ya cumplidos presentósele la vieja y le dijo:

—*Ye monarca el ilustre*, has de saber cómo puse a los seres invisibles en autos del afecto que entre nosotros existe y les participé cómo dejara yo esas esclavas en tu poder, holgándose ellos mucho de que quedasen en manos de un rey como tú, pues ellos, al verlas, siempre invocaron sobre ellas todas las bendiciones de Alá con plegarias que son siempre escuchadas.

Quisiera, pues, ahora llevárselas a los seres invisibles para que las viesen.

—¿Cuándo ha de ser eso?—preguntóle el rey.

Y ella respondió:

—La noche la veintisiete. Luego volveré a traértelas, al terminar el mes, y para entonces habrás tú terminado tu ayuno y se habrán purificado ellas y serán tuyas y quedarán por siempre ya bajo tu potestad.

—¿Y las conoceré, *ye dueña la santa*?—inquirió el rey.

—Si—respondió la vieja—, después de eso. Pero es indispensable que envíes también con ellas a quien sea tu favorita en el alcázar para que se haga amiga de los seres invisibles y estos la bendigan.

—Tengo—dijole el rey—una esclava rumi, llamada Zafiya, la cual me gratificó con dos hijos, una hembra y un varón, que hace ya por cierto dos años desaparecieron. Tómala, pues, y llévatela con las otras jóvenes, a fin de que los seres invisibles la comprendan en sus bendiciones y consigan de Alá que le restituya esos dos hijos que te digo.

Dijo el rey Omaru-n-Nómán:

—Podría suceder que los seres invisibles le pidieran a Alá le restituyese sus

<sup>141</sup> *Richalu-l-Gaibi* (Hombres del misterio) —en persa Mardani-Gaib—. En su *Kanun-i-Islam* describe Herklot a estas entidades extrañas como «una clase de gente montada en nubes» que son invisibles y se mueven en una órbita circular alrededor del mundo. Burton las equipara con los *lokapalas* indos. Se trata, en suma, de un injerto exótico en el fondo de las creencias populares del Islam.

dos hijos a Zafiya y los reintegrarse a nuestra familia.

—Dices bien—asintió la vieja. Que eso era lo que buscaba ella.

Luego dio remate tu padre a su ayuno y la vieja le dijo:

—Hijo mío, yo voy ahora a avistarme con los seres invisibles. Dame, pues, a Zafiya para que la conozcan y la bendigan.

Compareció aquella luego y la vieja la saludó con el *selam* y la puso con las demás.

Entró después la vieja en su cuarto y tornó a salir con una copa sellada que entregó al sultán, diciéndole:

—Luego que se cumplan treinta días, entra en el *hammam* y, después que de él salieres, reclúyete en una de las cámaras desocupadas que hay en tu alcázar y bébete esta copa y échate a dormir y lograrás lo que ansías a no dudar. ¡Y ahora sea contigo la paz!

Alegróse mucho el rey de oírla y le dio las gracias y le besó la mano.

—Queda con Alá—dijole ella al soberano.

—¿Cuándo volveré a verte, *ye* santa dueña?—inquirió el rey—. Porque en verdad no me avengo a tu ausencia.

Invocó la vieja sobre él las bendiciones divinas y retiróse en compañía de las esclavas y la reina Zafiya.

Permaneció el rey después de eso treinta días quieto, y luego, expirado el mes, levantóse y pasó al *hammam*, y, luego que de él salió, recluyóse en una sala desierta, dando orden de no dejar entrar allí a nadie, y cerró tras de sí la puerta.

Bebióse luego el contenido de la copa, y echóse a dormir en tanto nosotros quedamos aguardando su vuelta, hasta que finó el día y vino la noche y el rey no volvía.

Y nosotros pensamos:

—Será que está cansado del baño y la vigilia y tantos días de ayuno y por

eso duerme un sueño tan largo y profundo.

Pero como llegase el día, el segundo, y tampoco saliese de su cámara el rey, fuimos allá y, parándonos ante la puerta, rompimos a gritar recio, pensando que con eso se despertaría y preguntaría qué era lo que ocurría.

Pero no fue así, y, ya en vista de eso, derribamos la puerta y penetramos en la cámara y nos lo encontramos que tenía las carnes desgarradas y los huesos rotos y renegridos.

Pesónos mucho a todos verlo en tal estado y cogimos la copa y hallamos en su tapa una hojilla de papel, en la que había escritas estas palabras:

«A quien mal procede, llorar no se debe. Este es el pago que merece quien arma insidias a las hijas de los reyes y las pervierte. Y sepan cuantos esta cedula leyeran que Scharkán, cuando fue a nuestra tierra, sedujo a nuestra reina Abrisa, y no contento con eso, la raptó y se la llevó. Luego, el rey Omaru-n-Nômán la envió fuera en compañía de un esclavo negro, que la asesinó, y nosotros la encontramos muerta en el desierto, abandonada a las fieras.

»Acción fue esa indigna de un monarca y quien tal hizo la pagó como era debido. Y no acuséis a nadie de su muerte, que quien lo mató no fue otra que esa vieja bruja que llaman Zatud-Dauahi. Y yo, además, cogí a la esposa del rey, Zafiya, y se la restituí a su padre Afridón, el rey de Kostanti-niya. Y dizque no hay más remedio sino que hemos de haceros la guerra y quitaros vuestra tierra y mataros hasta el último hombre que apague el fuego con su aliento, salvo aquellos que la Cruz adoran.»

Luego que ese papel leímos, caímos en la cuenta de que la vieja nos había engañado y hecho caer en la trampa, y rompimos a gritar y nos aporreamos las caras y lloramos, cuando ya el llanto no servía de nada.

Dividiéronse luego las tropas sobre a quien habían de elegir sultán que los mandase, y hubo quienes se pronunciaron por ti y quienes optaban por tu hermano. Y en esta disputa fuéosenos un mes, al cabo del cual unos marcharon en busca de tu hermano Scharkán y nosotros nos vinimos acá. Y lo demás, lo sabes va.

Terminado que hubo el visir Dandán su relato, lloró Zu-l-Mekán y lloró también su hermana, y el propio mayordomo no pudo tampoco menos de llorar. Y después díjole el mayordomo a Zu-l-Mekán:

—¡Ye rey, el glorioso! Haz cuenta que el llanto de nada te servirá. Lo que debes hacer es encorazaron tu corazón y fortalecer tu vigor y consolidar tu reino. ¡Que los padres en los hijos siguen viviendo!

Dejó luego de llorar Zu-l-Mekán y mandó levantar un trono fuera del alcázar y que desfilasen por delante de él las tropas, teniendo él a su lado al mayordomo y a su espalda a sus hombres de armas y delante al visir Dandán y en torno suyo a todos los *umara* y magnates del reino, cada cual en el lugar que le correspondía, por su cargo y su jerarquía. Díjole luego el rey Zu-l-Mekán al visir Dandán:

—Dame cuenta de los tesoros de mi padre.

—Oír es obedecer—respondióle el visir. Y acto seguido informóle de todo lo referente al erario regio y los tesoros que en él se encerraban, así como de las piedras preciosas que en él había y se lo mostró todo.

Cogió entonces el rey de aquel dinero y gratificó con él a las tropas y obsequió al visir Dandán con un traje muy lujoso, y le dijo:

—¡Ocuparás tu puesto como hasta aquí conmigo!

Besó el visir Dandán la tierra entre sus manos e impetró de Alá la vida eterna para su soberano.

Obsequió también Zu-l-Mekán con sendos trajes de honor a los emires, y díjole al chambelán:

—Muéstrame lo que en tu poder tienes de las rentas de Dimechk.

Hízolo así aquel y mostróle los diversos cofres repletos de monedas y joyas y piedras preciosas, y el rey tomólo todo y repartiólo entre sus tropas a manos llenas, hasta dar fin de todas aquellas riquezas.

Pero al llegar a este punto sintió Schahrasad venir la mañana y cortó el flujo de sus desbordadas palabras.

## Y LA NOCHE 91 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—He podido averiguar, ye monarca, el afortunado, que Zu-l-Mekán mandóle al chambelán le mostrase lo que tenía en su poder de las rentas de Dimechk, y aquel puso ante sus ojos cofres repletos de monedas y joyas y piedras preciosas, que el rey tomó, repartiéndolo todo entre sus tropas, hasta no quedar nada de aquellos tesoros.

Besaron luego la tierra entre sus ma-

nos los emires y se retiraron finalmente a sus alfaneges.

A la siguiente mañana ordenóles el rey ponerse en marcha y así lo hicieron, cabalgando tres jornadas seguidas, y al cuarto día dieron vista a Bagdad.

Entraron luego en la ciudad y la hallaron toda engalanada para festejar su llegada.

Subió acto seguido Zu-l-Mekán al



alcázar de su padre y se sentó en su trono, teniendo en torno suyo al visir Dandán y a los emires del ejército y al mayordomo de Dimechk.

Y el rey Zu-l-Mekán mandó a su secretario particular escribiese una carta a su hermano Scharkán contándole desde el principio hasta el fin todo cuanto ocurriera, y terminaba la misiva con esta coletilla:

«No bien llegue a tus manos esta carta, dispón tus cosas y preséntate aquí con tus huestes, para salir luego a combatir a los infieles y tomar de ellos venganza y limpiar nuestro honor de esa mancha.»

Plegó luego la carta y la selló. Y díjole al visir Dandán:

—No ha de ser otro, sino tú mismo, quien lleve esta misiva y te recomiendo que le hables a mi hermano en términos afectuosos y le digas de mi parte:

«Si quieres el reino de nuestro padre, tuyo será, contentándose tu hermano con ser jalifa en Dimechk. Elige, pues, según te plazca y tengas a bien.»

Retiróse, pues, de allí el visir Dandán y procedió a hacer sus aprestos de viaje. Y el rey siguió dando órdenes y mandó que al fogonero le asignasen un aposento suntuoso y se lo alfombrasen con tapices de lo mejor y más costoso. Pero este del fogonero es un largo cuento.

Sucedio luego que hubo de salir un día Zu-l-Mekán a cazar con red y ballesta, y, al regresar después a Bagdad, salióle al encuentro uno de los emires y le ofreció unos cuantos corceles corredores y varias esclavas, de una belleza superior a cuanto pudiera expresar lengua humana.

Gustóle al rey una de aquellas esclavas y apartóla para él y aquella misma noche entró a ella y dejóla preñada.

Tornó a Bagdad pasado algún tiempo el visir Dandán de su viaje a Dimechk, anunciándole que su hermano Scharkán venia de camino con sus

tropas, forzando el andar. Y le dijo: —Deberías salir a recibirlo.

A lo que respondió Zu-l-Mekán: —Apruebo tu dicho.

Llegó a la mañana siguiente Scharkán a Bagdad y dizque entre sus huestes semejava un león fiero, un bravo caballero. Y luego que la polvareda que los jinetes levantaban se hubo disipado, adelantáronse Zu-l-Mekán y los suyos para saludarlo. Y Zu-l-Mekán, al ver a su hermano, hizo ademán de apearse de su bridón, para saludarlo, a lo que aquel se opuso, conjurándole a que no lo hiciera, y se apeó él y marchó a su encuentro a pie.

Luego que Zu-l-Mekán lo tuvo cerca, echóse en sus brazos y Scharkán estrechóle contra su pecho y ambos prrumpieron en vehemente llanto, tratando de prestarse mutuamente consuelo.

Montaron luego los dos y, llevando a su zaga a las tropas, dirigiéronse a Bagdad, donde acamparon aquellas, en tanto Zu-l-Mekán y su hermano Scharkán subian al alcázar regio, donde aquella noche durmieron.

Luego que amaneció, ordenó Zu-l-Mekán que formasen las huestes de uno y otro bando y que pregonasen el *alchihad* <sup>142</sup>, lo que se hizo por espacio de un mes, acudiendo el pueblo en continuo tropel.

Dijole luego Scharkán a su hermano: —Cuéntame todo lo que te haya pasado.

Contóselo todo Zu-l-Mekán desde el principio hasta el fin, sin omitir el episodio del fogonero y los favores que le había hecho.

Y Scharkán, después de oírle, le dijo:

—¿Y se los has pagado como se merecen?

—No, hermano mio; todavía no he

<sup>142</sup> La guerra a los infieles, obligatoria para todos los musulmanes que no estén enfermos o impedidos.

acabado de pagárselos—respondió Zu-l-Mekán—. Pero si Alá (exaltado sea) quiere, se los recompensaré cumplidamente cuando de la campaña regrese.

Supo luego Scharkán que su hermana Noshetu-s-Semán no le engañara en nada de lo que le contara. Callóse él por su parte lo ocurrido entre ambos y envióle un *selam* por mano de su esposo, el chambelán.

Por el mismo conducto devolvióselo ella e invocó sobre él las bendiciones de Alá, pidiéndole al mismo tiempo noticias de su hija Kuziya-fe-Kan. Contestóle él participándole que aquella se encontraba en perfecto estado de bienestar, sumamente sana y fuerte, por lo que Noshetu-s-Semán dio gracias a Alá (exaltado sea).

Fue después Scharkán a ver a su hermano, para deliberar con él sobre la inminente algara <sup>143</sup>, y Zu-l-Mekán le dijo:

—Ye hermano mío, luego que tengamos acabalado el ejército y vengan los árabes de todos los sitios, te encargarás de allegar los víveres y provisiones que estimes precisos.

Pasó luego Zu-l-Mekán a ver a su esposa, con la que llevaba ya viviendo cinco meses, teniendo ella bajo sus órdenes hombres de pluma y de cuentas, así como muchedumbre de esclavas, que para todo asignárale el rey las rentas necesarias.

Púsose el ejército en movimiento al tercer mes de haberse presentado las tropas de Scham y los árabes y, en fin, las fuerzas de todas partes. Y el general de las tropas de Deilam tenía por nombre Rustem y el de los turcos se llamaba Bahram.

Caminaron las tropas hasta llegar a tierras de Rum. Huyeron muy luego, a su aproximación, la gente de los pueblos y los *zâluk*, yendo a refugiarse en Kostantiniya. Y al tener noticias de

ello el rey Afridón, levantóse y fue a avistarse con Zatu-d-Dauahi, que había sido ella la que ideara aquella treta de marras y la que fue a Bagdad para dar muerte alevosa al rey Omaru-n-Nômán y tornarse luego a su tierra, llevándose consigo a las esclavas y a la reina Zafiya entre ellas.

Ahora bien: luego que se salvó, la fue a ver su hijo Hardób, el rey de Ar-Rum, y la vieja le dijo:

—Refresca tus ojos, hijo mío, pues tomé venganza de tu hija Abrisa y maté al rey Omaru-n-Nômán y además traigo conmigo a Zafiya. Vayamos ahora a ver al rey de Kostantiniya, que imagino no tardarán las huestes agarnas en venir a hacernos la guerra.

—Deja hasta que los tengamos cerca de nuestro país—contestó el rey—, que en el entretanto tendré tiempo para tomar mis medidas y prepararme a la embestida.

Reunió luego el rey todos sus hombres y proveyó a su equipo y armamento, de suerte que cuando recibió la noticia de que el enemigo se acercaba, ya lo tenía todo dispuesto para hacerle frente. Y reuniendo sus tropas, dirigióse a Kostantiniya, con su madre Zatu-d-Dauahi en la vanguardia como capitana. Luego que el rey supremo, Afridón, tuvo noticia de la aproximación del rey de Rum, Hardób, salióle al encuentro, y, al avistarse ambos, preguntóle qué pasara y cuál era el motivo de su llegada.

Informóle Hardób de lo que hiciera su madre Zatu-d-Dauahi, valiéndose de la astucia para dar muerte al rey Omaru-n-Nômán, rey de los musulmes, y robarle a la reina Zafiya, poniendo también en su conocimiento que los mahometanos habían reunido sus tropas para atacarlos.

Pero al llegar a este punto sintió Schahrasad venir la mañana y cortó el flujo de sus fluyentes palabras.

<sup>143</sup> Incursión guerrera. Del árabe *Al-Gara*.

## Y LA NOCHE 92 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mí noticia, ye monarca, el afortunado, que Afridón dijole al rey de Rum que los musulimes habían reunido sus huestes contra ellos y que «conviene que nosotros reunamos las nuestras bajo una sola mano y juntos todos salgamos a rechazarlos».

Holgóse mucho el rey Afridón al saber la noticia del rapto de su hija y la muerte del rey Omaru-n-Nômán y despachó emisarios a todas las comarcas de su reino, pidiendo tropas y anunciando la muerte del rey de los sarracenos.

Acudieron luego a ponerse bajo sus banderas todos los guerreros cristianos y la tierra resultaba chica para albergarlos. Y el rey supremo Afridón mandó que se dirigieran a Kostantiniya, como lo hicieron, incorporándose a sus huestes los guerreros. Y dizque los había de ellos francos y germanos y ragusanos y jadrano y venecianos y genoveses y todas las huestes de los rostros azofrados <sup>144</sup>.

Marcharon así todos juntos diez jornadas hasta que llegaron a un ancho valle y acamparon allí, y caía aquel

<sup>144</sup> Enumeración interesante por los datos étnicos que contiene. Los germanos son designados en el texto árabe *nimsa*—los mudos—, del esclavo *nemica*, que se aplica a todos los pueblos que no hablan idiomas de ese grupo.

Los *ragusanos* son los *dubara*, voz derivada del nombre eslavo de Ragusa, *Dobravenedik*—o Buena Venecia—(D'Herbelot).

Los *jadrano* son en el texto árabe los *chaur-nah*, o naturales de Jadera, Jadra o Zadra, de donde el moderno Zara. (En la toponimia hispánica tenemos Jadra, Jodra y Adra, nombres todos que significan *verde* en arábigo.) Burton hace notar que esa principal ciudad ligur dio un gran contingente de guerreros a las Cruzadas.

Los rostros azofrados o amarillos, *Benu-l-Azfar* en árabe, denominación que abarca a todos los occidentales, responde al sánscrito *Svetadvipa*—País del hombre blanco.

valle amplio cerca del mar el salado. Tres días permanecieron allí acampados y al cuarto dispusieron a reanudar la marcha, cuando tuvieron noticia de la llegada de las huestes del Islam integradas por la flor de los buenos creyentes (sean sobre ellos la oración y la paz más excelente).

Permanecieron en el dicho valle otros tres días y al cuarto vieron levantarse una nube de polvo, tan compacta que el horizonte nublaba.

Y no habría pasado una hora del día cuando disipóse aquella nube y se desvaneció en el aire, y voló, borrada su sombra por los astros de las blancas tizonas, quedando al descubierto las banderas islamíes y los estandartes de los musulimes.

Adelantáronse luego los jinetes, que vestían armaduras de hierro, con las cuales semejaban lunas que surcasen la noche oscura.

Y los soldados nazarenos rompieron a gritar, invocando a Isa y Maryem y a la cruz aborrecida, cargando luego sobre el visir Dandán y los que con él estaban de las tropas de Scham, todo aquello por orden de la vieja Zatud-Dauahi, porque el rey, antes de salir a campaña, llamóla y le dijo:

—¿Qué vamos a hacer ahora? Tú, que eres la causante de todo este estropecio, debes decirlo.

A lo que ella contestóle:

—Sabe, ya gran rey y sumo sacerdote, que yo te indicaré un ardid que ni el propio Iblis lo podría concebir, aunque contase con la ayuda de toda su banda ajesusada <sup>145</sup>.

Y es que vas a enviar cincuenta mil de tus infantes con orden de que se

<sup>145</sup> Jesús y Maria.

embarquen y hagan a la mar y naveguen hasta llegar al pie del Monte del Humo y acampen allí y se estén sin moverse hasta que veamos nosotros flamear las banderas del Islam. Y entonces mandarás a tus tropas marineras que ataquen a los musulimes por mar, en tanto nosotros los acometemos por tierra. Y ya verás cómo ni uno de ellos logra escapar.

Aprobó el rey Afridón el consejo de la vieja, y exclamó:

—Está bien; tu opinión es la mía, ¡ye señora de las viejas ladinas y amparo del Pontifice en la lucha taliónica!

De suerte, pues, que cuando las huestes islámicas cargaron sobre ellos en el susodicho valle, luego empezaron a llamear el fuego en las tiendas de campaña y a traspasar los cuerpos las espadas.

Avanzaron después las tropas de Bagdad y Jorasán, compuestas de veinte mil jinetes, al frente de los cuales iba el propio Zu-l-Mekán. Pero al divisarlos aquellos infieles que había destacados en el mar, subieron hacia ellos y por el agua les fueron siguiendo la huella sin dejarla.

Advirtió Zu-l-Mekán la estratagema y gritóles a los suyos:

—¡Arremetted contra esos infieles, ye huestes del *nabi*, el elegido! ¡Y combatid a la gente la descreída y la enemiga en el acatamiento al Piadoso y Apiable!

Luego que se entremezclaron unos con otros los musulimes fortalecieron sus corazones y rompieron en gritos de: «¡Ciertamente, Alá nos prometió su ayuda a nosotros y prometióles a los infieles el abandono!»

Acometieron luego al enemigo con los alfanjes y las picas y abrió Schar-kán brecha en sus filas y se metió por ella y entabló una lucha tal que encañecieron los cabellos de los mozos, no parando de revolverse acá y allá por entre los infieles, descargando tajos a

diestro y siniestro, con su buido alfanje y gritando: «¡Alá es el más grande!», hasta que acorraló al enemigo hacia la orilla del mar y les molió los cuerpos sin piedad, en tanto triunfaba la Fe del Islam; luchaban los guerreros cual si estuviesen ebrios, y no de vino, y quedaron muertos en aquel combate cuarenta y cinco mil de los nazarenos y tres mil quinientos de los musulmanes.

No durmió aquel león de la Fe la noche aquella ni durmió tampoco su hermano Zu-l-Mekán, sino que ambos la pasaron animando a sus tropas y felicitándolas por la victoria y la salvación y la recompensa en el día de la Resurrección.

Y esto es lo referente a los musulimes. Cuanto al rey Afridón, señor de Kostantiniya, y a Hardob, el rey de Ar-Rum, y su madre, Zatu-d-Dauahi, convocaron a los capitanes de sus ejércitos y les dijeron:

—De cierto que habríamos logrado nuestro empeño y sanado nuestro higo a no haber sido por ese que, con ser nosotros tantos, logró acorralarnos.

A lo que Zatu-d-Dauahi respondió diciendo:

—Nada adelantaréis como no os alleguéis más al Mesías y perseveréis con más fervor todavía en la Fe, la verdadera; que por el Mesías, a no dudar, quien toda su fuerza presta a la morisma, es ese demonio del rey Scharkán.

—Pues yo—dijo entonces el rey Afridón—estoy decidido a presentarles mañana batalla y destacaré contra ellos al famoso caballero Luka-ben-Schamlut<sup>146</sup>, pues si este entabla singular combate con el rey Scharkán le dará muerte y no solo a él, sino a sus más bravos guerreros, hasta no dejar uno de ellos, y esta noche yo proveeré a

<sup>146</sup> Camlutos, según la versión Mardrus. Nombre burlesco, que podría traducirse Lucas, el hijo del camello (Chamelon o Chamelot). Abdul-Kerim habla de los Schamelu, una tribu de nómadas persas.

vuestra santificación con el incienso.

Al oír las palabras del soberano, besaron todos la tierra entre sus manos.

Cuanto al gran incienso no era este otra cosa que el excremento del gran patriarca, el falso y renegado, y ellos lo aspiraban y los familiares de los reyes se lo untaban como alheña en los párpados y con él curaban a los enfermos y espiritados <sup>147</sup>.

Y los patriarcas solían mezclarlo con su propia caca, pues la del gran patriarca no bastaba.

Luego que amaneció la mañana y despuntó su lumbre y refulgió, requirieron los jinetes sus lanzas...

Sintió aquí Schahrasad venir la mañana y atajó el flujo de sus desbordadas palabras.

## Y LA NOCHE 93 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que luego que amaneció la mañana, tornó el rey Afridón junto a sus familiares de la casta patricia y los magnates del reino y obsequiólos con *aljalás* y les hizo en los rostros la señal de la cruz y los ungió con el ya mencionado incienso, o sea, con el excremento del gran patriarca y renegado mayor de la casta renegada.

Incensado que los hubo, mandó a llamar a Luka-ben-Schamlut, al cual nombraban por apodo *Espada del Mesías*, y era aquel maldito Luka en la tierra de Rum el más grande de todos, no habiendo quien lo aventajara en lo de lanzar la azagaya <sup>148</sup> y esgrimir la tizona y enarbolar la lanza y conducir la lucha con arte y destreza consumada.

Era, por lo demás, de fea catadura; su cara semejaba la de un asno, y su

facha, la de un mico, y era su aspecto el de una serpiente venenosa y su aproximación más dura de sufrir que la separación del amigo; tenía de la noche la sombra y de la cloaca el hedor y del arco la talla y del infiel la ponzoña. Y en la cara llevaba la señal de los infieles marcada.

Adelantóse, como íbamos diciendo, Luka hacia el rey Afridón y besóle ampos pies y después quedóse entre sus manos. Y el rey Afridón le dijo:

—Quiero que desafíes a singular combate a Scharkan, el rey de Dimechk, el hijo del rey Omaru-n-Nômán, a quien debemos todos estos males y pesadumbre graves.

—Oír es obedecer—respondió Luka.

Hízole luego el rey en la cara la señal de la cruz y animólo diciendo tener ya cerca la victoria y ser el triunfo cierto.

Retiróse después Luka de la presencia del rey y montó el maldito en su bridón pardo, vestido de brocado rojo y cubierto con un yelmo de oro incrustado de pedrería y esgrimiendo un arrejaque <sup>149</sup>, que parecía el propio Iblis, el maldito, el día del Juicio.

<sup>147</sup> Interpretación típicamente volteriana de un rito exótico. Se trata probablemente de la extremaunción. Burton opina que la idea de esta *Caca sagrada* procede de la India, donde, según Mandeville, el *archiprotopapaton* llevaba al rey estiércol y orines de vaca, con los que el monarca se untaba las cejas, el pecho, etc. «Costumbre—observa Burton—que, aunque parezca mentir, aún siguen practicando los *parsis*, una de las razas asiáticas más progresivas e inteligentes.»

<sup>148</sup> Jabalina. Del árabe *As-Sicaya*.

<sup>149</sup> Arrejaque: Tridente. Del árabe *Ar-Rechaka*.

Marchaban él y los infieles que lo seguían cual si marchasen hacia el fuego, y entre ellos iba un heraldo que gritaba en arábigo:

—Ye pueblo de Mohammed (sobre él la oración y la paz), que ninguno de vosotros salga a plaza, sino ese de vuestros caballeros a quien llaman el *León del Islam*, ese tal Scharkán, señor de Dimechk de Scham.

No bien acabara de proferir estas palabras, cuando levantóse un gran clamor en todo el campo y removieronse ambos bandos y se estremecieron, y eran tantos los cuerpos que allí se agitaban que en el día del Juicio hacían pensar a quien los miraba.

Temblaron entonces los cobardes y todos los cuellos se alargaron y hete aquí que vieron adelantarse con aire gallardo y fiero a su rey Scharkán, hijo del rey Omaru-n-Nómán.

Porque se ha de saber que, cuando su hermano Zu-l-Mekán vio salir a la almidana a aquel maldito, volvióse a Scharkán y le dijo:

—Ese viene por ti de fijo.

Y Scharkán respondió:

—No podría sentirme más feliz si fuere así.

Y luego que el heraldo hubo lanzado el reto referido, conocieron ambos hermanos ser aquel maldito Luka el campeón del país de Ar-Rum que había jurado limpiar la tierra de mahometanos.

Y era el tal Luka uno de los más redomados villanos, una plaga que los corazones asolaba y los deilamies y los turcos y los curdos teníanle mucho miedo, por su destreza y denuedo.

Pero Scharkán no bien oyó aquel reto salió a la palestra, semejante a un bravo león hambriento, montado en su corcel, raudo como una gacela, y dirigióse a Luka, enristrando su lanza, comparable a una víbora. Y luego que llegó a donde el otro estaba, se detuvo y recitó estos versos:

—Tengo un caballo ligero,  
que las distancias devora,  
cuando le suelto las riendas  
y por los campos galopa.  
Y que, dócil a mi mano,  
en la liza se comporta  
de modo que esquivo el golpe  
y a su dueño no derroca.  
Y tengo una lanza recia  
tan certera y poderosa,  
que diría que la muerte  
en su moharra se aloja.  
Y tengo, en fin, una espada  
de la India preciada obra  
que ciega con sus destellos  
inquietos como las olas.

Luego que entendió Luka el sentido de aquellos versos, aunque no comprendiera del todo la letra, llevóse su mano al rostro, en gracia al signo de la cruz en él impreso y luego se la besó, después de lo cual lanzó al aire su azagaya con una de sus manos, de suerte que se ocultó a la vista de los espectadores y tornó a pararla con la otra mano, como lo hacen los prestidigitadores.

Disparóla después contra Scharkán y salió despedida de su mano cual si fuere un tizón voraz.

Estremecióse la gente y temieron todos por Scharkán; pero este, luego que la tuvo a su alcance, cogióla en el aire, cosa que llenó a todos de asombro, y, apretándola con la misma mano con que la recibiera del cristiano tan fuerte que a punto estuvo de quebrarse, volteóla con tal brío que voló por los aires, ocultándose a la vista de los espectadores, y después volvió a apararla con la otra mano, en un abrir y cerrar de párpados, y con voz que le salía de los entresijos de su corazón, gritó:

—¡Por Aquel que creó los siete cielos, que hemos de hacer un sonado escarmiento en este maldito!

Disparó luego su azagaya hacia Luka y este quiso hacer lo mismo que hiciera antes Scharkán, y alargó su mano para cogerla al vuelo; pero

Scharkán arremetióle con una segunda azagaya y le acertó con ella, hiriéndole en el rostro, en la mitad del signo de la cruz que en él llevaba impreso. Y Alá cargó con su alma, arrojándola al fuego y a la pésima morada <sup>150</sup>.

Al ver los infieles que Luka-ben-Schamlut cayera muerto, empezaron a aporrearse los rostros y a lanzar lamentos y gemidos y fueron a refugiarse junto a los patricios. Y dijeron estos:

—Reúnanse los cruzados y hagan penitencia los monjes santos.

Concentráronse los guerreros y aprestaron sus armas y corrieron al combate y la lucha de nuevo; tornaron, pues, a enfrentarse los ejércitos y cayeron los pechos bajo los cascos de los corceles y chocaron entre sí lanzas y espadas, y cansáronse los brazos y las muñecas y parecía cual si a los caballos los hubiese creado Alá sin patas, y el pregonero de la guerra no paraba de gritar hasta que se agotaron las fuerzas y se fue el día y vino la noche con su tiniebla.

Separáronse entonces los ejércitos y estaban todos aquellos guerreros bravos como borrachos de tanto dar estocadas y lanzazos y la tierra aparecía cubierta de muertos y heridos graves, sin que se acertase a distinguir al herido del muerto.

Reunióse luego Scharkán con su hermano Zu-l-Mekán y el chambelán y el visir Dandán. Y díjole Scharkán a su hermano Zu-l-Mekán y al mayordomo y al visir Dandán:

—En verdad que Alá nos dio la victoria, haciendo perecer a esos cafres. ¡Demos gracias a Alá, señor de los mundos!

Díjole Zu-l-Mekán a su hermano:

—No dejaré nunca de dar gracias a Alá por haber decretado entre árabes e infieles esta guerra, en la que tú has hecho cosas que darán que hablar a las

gentes venideras siglos y siglos, como lo que hiciste con ese Luka maldito, falseador del Evangelio, aparando en el aire la azagaya que te arrojó y alcançando luego a ese enemigo de Alá entre las criaturas, hazaña esa de que se hablará hasta el fin de los tiempos y edades futuras.

Dijo luego Scharkán:

—¡Ah del chambelán el grande, y el caudillo, el principal!

—A tus órdenes—contestó aquel sin tardar.

Y le dijo Scharkán:

—Coge al visir Dandán y veinte mil jinetes y marcha con ellos a la ribera del mar.

—Oír es obedecer—respondióle el chambelán.

Y en aquel mismo instante concertáronse todos sobre lo que habían de hacer.

Hicieron luego los aprestos necesarios y el chambelán, con el visir Dandán y sus veinte mil jinetes, aprestóse a la marcha, según el rey Scharkán le ordenara.

Luego que amaneció la mañana, montaron todos, desenvainados los aceros y colgadas del hombro las lanzas y armados de todas armas, y desparáronse por montes y llanadas.

Rompieron luego a gritar los sacerdotes nazarenos y descubriéronse las cabezas e izaron las cruces en los mástiles de sus naves y procedieron a bloquear con ellas toda la ribera.

Y bajaron los jinetes a tierra poseídos de rabia y furor y saña colérica. Acometiéronse mutuamente ambos bandos; centellearon las chispas de las lanzas al golpear las armaduras y giró la piedra de molino de la muerte sobre infantes y caballeros y volaron por los aires las cabezas separadas de los cuerpos y callaron las lenguas y nubláronse los ojos y volcáronse las vejigas de la bilis y obraron las espadas y volaron por el aire los sesos y partiéronse

<sup>150</sup> Corán, sura XIV. Ibrahim, aleya 34.

las muñecas y anegáronse los caballos en la sangre, y los guerreros del Islam se cogían de las barbas y gritaban: «La oración y la paz sobre nuestro señor Mohammed, la mejor de las criaturas, y loanza sobre el Compasivo, por los beneficios que nos hizo.»

Y gritaban los infieles: «Loor a la Cruz y a la estola y al excremento sagrado y a los curas y a los frailes y al metropolitano.»

Retrocedieron Zu-l-Mekán y su hermano Scharkán y retrocedió también el ejército, aparentando huir del enemigo, y este precipitose sobre ellos para acelerar su fuga, apercibido a estoquearlos y alancearlos. Pero entonces las huestes del Islam pusieron a recitar las primeras aleyas de la Vaca <sup>151</sup> en tanto los cadáveres rodaban bajo los pies de los caballos en revuelto montón hacinados <sup>152</sup>.

Y en las filas de los rumies un voceador gritaba:

—Ye siervos del Mesías, que profesáis la verdadera fe y adoráis al Galileo: patente tenéis ante los ojos la divina gracia, pues ya las huestes del Islam levantan el vuelo para la fuga y se desbandan. No les volváis, pues, las

espaldas, sino dadles fuerte en las cervices con vuestras espadas y no retrocedáis, y confiad en el Mesías, en Isabén-Maryem, que habló en la cuna, sabéis bien <sup>153</sup>.

Creyóse Afridón, rey de Kostantiniya, que las tropas nazarenas eran victoriosas y no sabía que aquel repliegue de la tropa muslim era solo un ardid; así que despachóle un correo al rey de Ar-Rum anunciándole el triunfo, con encargo de decirle:

«Todo se lo debemos al gran patriarca, que ungió con su incienso barbas y bigotes a los siervos de la cruz, así presentes como ausentes. Y juro por el misterio de la Virgen María y por el agua del bautismo que no he de dejar sobre la tierra ni uno solo de esos infieles enemigos y no me apartaré jamás de este designio.»

Fue, pues, allá el emisario con esa embajada. Y los cafres empezaron a gritarse unos a otros:

—¡Vengamos, hermanos, la muerte de Luka-ben-Schamlut!

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 94 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mí noticia, ye monarca, el afortunado, que los infieles rompieron a gritarse unos a otros:

—¡Vengamos la muerte de Luka!

Y el rey de Rum, por su parte, decía:

—¡Vengad a mi hija Abrisa!

También el rey Zu-l-Mekán alzó la voz, diciendo:

—Ye siervos del Señor y Juez, golpead recio a la gente tirana e infiel.

Cuanto a Scharkán, arremetió, seguido de los suyos, contra los infieles, y les cortó el camino de la retirada y revolvióse acá y allá por entre sus filas, haciendo estragos sin que ningun-

<sup>151</sup> La sura *Al-Bakra* (La vaca) es la segunda del *Corán*.

<sup>152</sup> Hacinar.—Amontonar. Del árabe *Hasan*.

<sup>153</sup> Esa tradición es, sin embargo, de origen islámico, pues se basa en la sura XIX del *Corán*—*Maryem* (María)—donde se le hace hablar a Jesús en la cuna, diciendo: «Yo soy ciertamente el siervo de Dios (el cual) me dio el Libro y me hizo profeta...»



no pudiera irle a la mano. Y he aquí que un gallardo caballero abrió plaza por entre las huestes infieles y, reparando mandobles y lanzazos a diestro y siniestro, llenó la tierra de cabezas truncadas y desmochados cuerpos, de suerte que los cafres se llenaron de pavor y ladeaban sus cuellos, hurtándose a los envites de su alfanje y su lanza, hasta que acabaron por huir a la desbandada.

Y dizque aquel caballero iba armado de dos espadas, su tizona y su mirada, y, también de dos lanzas, de caña de bambú la una, y la otra, su erguida y enhiesta figura, y dejaba ondear sus cabellos a estilo de los bravos guerreros, como dijo el poeta en estos versos:

«No alabes el pelo largo  
como ondear no lo veas,  
en dos rizos repartido  
el día de la pelea,  
sobre el cuello de algún joven  
que la lanza esgrimir sepa  
y a más de un bravo jinete  
haga rodar por la arena.»

O como dijo también otro:

«Vile querer la espada  
y le dije: —¿Para qué?  
Si con ese tu mirar  
matas a aquel que te ve.  
Y él me respondió, diciendo:  
—¡Mis miradas lanzo a aquel  
a quien amo y mi tizona  
para el enemigo es!<sup>154</sup>

Al verlo Scharkán llegóse a él y exclamó:

—Ampárete el *Corán* y las *ayats*<sup>155</sup> del Piadoso; ¿quién eres? ¡Ye el caballero, el ilustre entre los caballeros! He aquí que con tus actos has complacido al Señor y Juez, que no hace acepción de personas al poner en fuga a la gente de la impiedad y la mala obra.

Y el caballero, a su vez, gritóle diciéndole:

—¡Tú eres aquel que ayer hiciste conmigo alianza, pero cuán pronto te olvidaste de tus palabras!

Quitóse luego el velo que le tapaba el rostro y dejó al descubierto su oculta belleza. Y resultó ser el propio Zu-l-Mekán.

Holgóse Scharkán grandemente de ello, pues temiera por él en aquel revoltijo de brazos y en aquella confusión de guerreros. Y le dijo:

—¡En verdad que tú, ye rey, pusiste en peligro tu vida! Pega ahora bien tu corcel al mío, que temo por ti a causa de los enemigos, y mi consejo es que de aquí no te muevas y asaetees al infiel con tus flechas certeras.

Pero Zu-l-Mekán le contestó:

—Quiero igualarte en la pelea y no escatimar mi vida entre tus manos en la refriega.

Embistió luego la hueste islámica contra la infiel y la cercó por todos lados y cargó sobre ella con verdadero brio, quebrando las púas y la resistencia de los descreídos.

Lanzó un suspiro el rey Afridón al ver cómo les iba a los rumíes en aquella execrable empresa, que volvían las espaldas y en la fuga salvarse buscaban y en dirección de sus barcos marchaban.

Pero los musulimes salían a su encuentro en la orilla del mar, llevando a su cabeza al visir Dandán, que descargaba como una tempestad y esgrimía la lanza y la espada sin parar, y otro tanto hacía el emir Bahram, señor de las mansiones de Scham, que llevaba con él veinte mil leones de fiera sin igual y con ellos cubría a las tropas del Islam, envolviéndolas por delante y por detrás.

Desvióse parte de los musulimes para atacar a los infieles, que se habían acogido a sus naves, y estos, al verse en peligro, arrojáronse al mar, matan-

<sup>154</sup> Este episodio falta en la edición de Bulak y en Mardrus.

<sup>155</sup> Versículos coránicos. *Ayat* significa también fortaleza. De ahí deriva el vocablo *aleyas*.

do de ellos los creyentes un número considerable, que pasaba de cien mil marranos, sin que de aquellos guerreros se salvase ninguno, ni chico ni grande.

Tomáronles, además, los musulimes sus naves con cuanto había de riquezas y caudales y cargamento en aquellos veinte barcos, de suerte que recogieron los creyentes en aquella ocasión más pingüe botín que recogiera nadie en los tiempos pasados.

Y no oyó oído nada comparable con aquella guerra y combate, y entre el botín que recogieron los musulimes figuraban cincuenta mil caballos, amén de unos tesoros y riquezas que no podría abarcarlos la mente ni contarlos la cuenta.

Alegráronse los musulimes con alegría como no podría haberla mayor con aquella victoria y botín que Alá plugo darles. Y esto es por ahora todo lo referente a esta parte de la historia.

Cuanto a los fugitivos, replegarónse estos hacia Kostantiniya y salió a recibirlos el rey Afridón, a la orilla del mar, informándolos de lo sucedido. Redoblaron entonces sus llores y elevaron sus gemidos el tono, que trocados eran el bien en mal y el gozo en tristeza y pesar.

Informaron también los fugitivos al rey Afridón de cómo Luka-ben-Scham-lut fuera víctima de las vicisitudes del destino y blanco de la certera saeta del sino. Llególe entonces al rey Afridón el día del Juicio final y conoció que sus zozobras no habían de parar y asentóse entre ellos la flaqueza y ausentóse la entereza e hicieron llanto las plañideras y elevarónse el suspiro y el llanto por doquiera.

Y luego que el rey Hardob reunióse con el rey Afridón, contóle al pormenor la verdad de lo ocurrido y cómo aquella huida de los musulimes solo había sido mero ardid y estratagema, y le dijo:

—No esperes ver más guerreros de

los tuyos que los que ya vinieron.

Luego que eso oyó el rey Afridón rodó por tierra, presa de un desmayo, con la nariz bajo los pies, y luego que en sí volvió, exclamó:

—No hay duda que el Mesías estaba airado con nosotros y por eso dioles la victoria a los moros.

Llegóse luego al rey muy mohíno el archipatriarca, y el rey le dijo:

—Ye padre mío, aniquilado fue nuestro ejército y el Mesías nos ha castigado.

Y el archipatriarca le dijo:

—No pases pena, señor; que uno de vosotros sin duda pecó contra el Mesías y todos habéis pagado por él. Pero ahora rezaremos en las iglesias y pediremos al Mesías que ahuyente de aquí a la morisma.

Llegóse luego al rey Afridón la vieja Zatu-d-Dauhi y le dijo:

—Los musulimes, señor, son muchos y no podemos vencerlos sino usando de astucia, y así voy a hacer yo, pues pienso dirigirme a esa tropa de Al-Islam y hacer por ganarme la buena voluntad de sus capitanes y matar a su campeón lo mismo que maté a su padre, y como lo consiga, ninguno de esos infieles tornará vivo a su tierra de morería, pues todo su poder reside en él. Pero para ello he menester de algunos de esos cristianos que habitan en el país de Scham y que todos los meses y años salen a vender sus mercancías, porque ellos me ayudarán a poner por obra mi plan.

—Haz lo que mejor te plazca—respondióle el rey a la vieja.

Y esta mandó luego a buscar cien hombres, nacidos en Nachram de Scham, y el rey les preguntó:

—¿No habéis oído lo que a los cristianos nos ha pasado con los mahometanos?

—Sí—respondieron ellos.

Y luego el rey añadió:

—Pues bien: sabed que esa mujer ha

consagrado su vida al Mesías y ahora tiene pensado dirigirse con vosotros disfrazados de almohades y mahometanos a la hueste musulmana para llevar a cabo una estratagema que nos será de mucho provecho y echará lejos de nuestras tierras a las musulmanas banderas. Decidme, pues, si estáis dispuestos a dar vuestras vidas por el Mesías, que yo os prometo dar un quintal de oro al que escape con vida de vosotros, y el que caiga, tendrá por recompensa la gloria para su alma.

—Ye rey—exclamaron todos a una—. Nuestras vidas daremos por el Mesías y por él nos sacrificaremos.

Fue luego la vieja marfuz<sup>156</sup> y ladina y tomó unas raíces aromáticas que ella conocía y las echó en agua y las puso a cocer al fuego hasta obtener un extracto de esencia negra.

Aguardó luego a que aquella cocción se enfriara y entonces mojó en ella un largo pañuelo y con él frotóse la cara luego y púsose, además, encima de sus ropas un caftán largo, con bordes recamados, y tomó en su mano un rosario, y de esa guisa fuese a ver al rey Afridón, el cual no la conoció hasta que ella se le descubrió. Y entonces todos los presentes deshiciéronse a porfía en gracias y ponderaciones de su picardía, y su hijo holgóse mucho y dijo:

—¡Ojalá y el Mesías no te falte jamás!

Tomó luego la vieja consigo a los cristianos siriacos susodichos y echó a andar con rumbo al ejército de Bagdad.

Y dizque era aquella maldita vieja una bruja de las brujas, doctora consumada en toda suerte de engaños y magias y cuca y ladina y disoluta y libertina; de aliento pestilente y ojos ribeteados y pitañosos y carrillos amarillos y rostro cetrino y pelo canoso y tez marchita y además cargada de hom-

bro y con la moca siempre colgando de sus narices.

Y dizque había estudiado las escrituras del Islam y hecho la peregrinación a Meca, todo ello con la sola finalidad de imponerse en los ritos del Islam y en las aleyas del sublime *Corán*, y también profesara durante dos años el judaísmo en la santa ciudad de Jerusalén, con el fin de graduarse en todos los secretos de la magia de los hombres y los satanases.

De suerte, pues, que era una plaga de las plagas y una peste de las pestes, de toda fe carente y en ninguna religión creyente.

Y la principal razón de haberse asentado a vivir junto a su hijo Har-dob, el rey de Ar-Rum, no era otra que la atracción que por las jóvenes y lindas esclavas de su corte sentía, pues era profesa en artes de machorrería y no podía prescindir de eso, que, en cuanto le faltaba, como loca se ponía, y cuando alguna muchacha le gustaba, ya estaba enseñándola a restregar pipa con pipa y le untaba la raja de azafrán<sup>157</sup>, hasta que la joven se desmayaba de pura voluptuosidad.

Y a la que se le rendía, con miles favores le correspondía; pero si se le resistía, ideaba miles formas de tramar su ruina. Y con esas mañas lograba atraer a su secta machorril a Marchana y a Raihana y a Atracha, que eran esclavas de la reina Abrisa; pero todos sus manejos habíanse estrellado contra la repugnancia que inspiraba a la princesa, la cual no se avenía a yacer con ella, por el mal olor que sus sobacos

<sup>157</sup> El azafrán pasa en Oriente por un poderoso afrodisíaco. De aquí la piadosa recomendación: «Huid de los dos *rojos* (la carne y el vino) para los hombres, y del oro y azafrán, para las mujeres.»

Y de Mahoma cuentan que decía: «Los perfumes para los hombres deben tener olor y no color, y para las mujeres, color y no olor.» (*Misehkatu-l-Masábib*, citado por Burton.)

<sup>156</sup> *Marfuz*. Falso, taimado.

exhalaban y el hedor de sus pedos reprimidos, más penetrante que el de un cadáver corrompido, y porque además tenía la piel más basta que fibra de palma desecada, aunque recompensaba a quien la complacía con perlas y otras dádivas sin tacañería. Pero la reina Abrisa de ese mal se libró, siguiendo los consejos del sabio doctor. Y Alá dé su galardón al que estos versos rimó:

«Ye tú, que a todo te avienes  
por el amor al dinero,  
haz cuenta que todo es poco  
para comprar el incienso  
capaz de engañar la peste  
que se exhala de sus pedos.»

Pero volviendo a la historia de las picardías y artimañas de la vieja, diremos que, luego de lo que referido ya queda, cogió aquella a los principales de los patricios con sus huestes y dirigió sus pasos al campamento de los musulmes.

Y en tanto el rey Hardob fue a avistarse con el rey Afridón y le dijo:

—Ye rey, para nada hemos menester del archipatriarca ni de sus oraciones, pues nos basta y sobra con mi madre, que de fijo ha de idear algún ardid contra los enemigos, que ya vienen sobre nosotros con todo su poder y por todas partes nos quieren envolver.

Luego que el rey Afridón oyó tales palabras, llenóse de pavor y, sin pérdida de tiempo, escribióles sendas cartas a todos los jefes de los países nazarenos, diciendo:

«No estaría bien que ningún creyente en el Mesías ni ningún cruzado volviese la espalda ante los mahometanos, sobre todo los encargados de las plazas fuertes, sino que han de venir luego a mí todos ellos, infantes y montados, incluso las mujeres y los niños, que todos aquí son necesarios, porque ya la morisma nuestra tierra está hollando.

¡Daos prisa! Daos prisa, si no queréis ver ante vosotros lo que tanto teméis.»

Y esto es por ahora todo lo concerniente a esta parte de la historia.

Ahora bien: la referida vieja Zatud-Dauahi salió fuera de su país con sus amigos y vistiólos con disfraz de mercaderes musulmanes y tomó consigo cien mulos, cargados con fardos de telas de Antioquía, entre las que había brocados ricos con bordados regios, amén de otras cosas de precio, y recabó del rey Afridón una carta certificando ser aquellos unos mercaderes de tierras de Scham, «que están de paso por nuestras moradas, por lo que nadie ha de ponerles trabas en el ejercicio de su profesión ni exigirles diezmos ni demás gabelas, hasta que lleguen a su país y al lugar de su residencia, pues los mercaderes dan vida a las naciones y no son gente de guerra ni de destrucción».

Luego de eso la maldita Zatud-Dauahi dijoles a los que iban con ella:

—Voy a idear un ardid para exterminar a toda la grey muslim.

—Ye reina ilustre—contestaron ellos—. Mándanos lo que quieras, que bajo tu obediencia nos ponemos. ¡Plegue al Mesías llevar a buen fin tus empresas!

Vistióse después la vieja ropas de lana blanca vistosa y se frotó la frente hasta marcarse en ella un lunar y se la ungió con un unto de su invención que le comunicaba un brillo singular. Era la maldita flaca de cuerpo y sabía poner ojos de beata; mandó que le pusiesen grilletos en los tobillos y de esta guisa dirigióse al campamento de los musulmes, y al acercarse, quitóse los grilletos, pero conservó sus huellas impresas en la carne <sup>158</sup>.

Ungióse, además, con sangre de los

<sup>158</sup> La vieja trata de hacerse pasar por un asceta persa.

cofrades y ordenó a sus secuaces la azotasen sin compasión y luego la metiesen dentro de un arcón.

—¿Cómo exclamaron ellos—vamos a azotarte a ti, siendo tú nuestra señora Zatu-d-Dauahi?

Y ella les contestó:

—No hay tacha ni reproche para quien logra lo que se propone ni sacrificio que duela si el triunfo nos granjea.

Así, pues, me pondréis en el arca y luego cogeréis una cantidad de dinero y la cargaréis sobre las bestias, y de este modo pasaréis por entre las filas de las huestes adversas. Y nada temáis, que si algún muslim se os atraviesa, le entregáis los mulos con su carga de dinero y os dirigís a su rey Zu-l-Mekán y recabáis su amparo y le decís:

—Venimos de tierras de infieles y estos no nos quitaron nada, sino que, por el contrario, nos dieron un salvoconducto ordenando que nadie nos estorbase ni nos hiciese fuerza. ¿Cómo, pues, vosotros ahora nos arrebatáis nuestros caudales, teniendo, como tenemos, esta carta del rey de Rum, en la que manda que nadie se interponga en nuestro camino ni nos agravie?

El os preguntará luego:

—¿Cuánto ganasteis en las tierras de Rum con vuestro comercio?

Y vosotros le contestaréis diciendo:

—Ganamos un varón santo, un asceta que estaba en una ajaquefa<sup>159</sup> soterránea, en la que llevaba ya viviendo cerca de quince años e impetraba socorro sin que ninguno lo acorriese, pues los

infieles lo atormentaban noche y día con la mayor sevicia. No sabíamos nosotros nada de eso, que permanecimos algún tiempo en Kostantiniya, donde vendimos nuestras mercancías y compramos otras, aprestándonos luego para el regreso a nuestras tierras, y la víspera de nuestra partida la pasamos platicando sobre cosas atinentes a nuestro viaje inminente.

Pero luego que amaneció advertimos una imagen diseñada en el muro de nuestra casa, y al acercarnos a ella, estábamos examinándola con gran atención cuando la tal imagen se animó y rompió a hablar y exclamó:

—Ye musulmanes, ¿no habrá por ventura entre vosotros quien quiera servir al señor de los mundos?

—¿De qué se trata?—preguntamos al punto.

Y la figura respondió:

—Habéis de saber que Alá me dotó de palabras ante vosotros, para que vuestra fe se corroborase y vuestra creencia se consolidase y salieseis luego de estas tierras de infieles y os dirigieseis al campamento de los muslimes, donde se encuentra ahora la Espada del Misericordioso y el héroe de los siglos, el rey Scharkán, que está llamado a conquistar Kostantiniya y a exterminar a los que siguen la falsa secta del Mesías.

Luego que la vieja se puso de acuerdo con sus secuaces sobre estas palabras atribuidas a la figura...

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

<sup>159</sup> Cueva sótano. Del árabe *Al-Kahf*.

## Y LA NOCHE 95 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mí noticia, *ye monarca*, el afortunado, que la vieja, después de ponerse de acuerdo con sus secuaces sobre las palabras de la figura, les dijo:

—Cuando el rey Scharkán os haya escuchado eso, le diréis:

—Luego que oímos aquellas palabras, tuvimos la revelación de aquel siervo de Alá, de los rectos y puros, y nos pusimos en camino y estuvimos caminando tres días hasta que divisamos aquel monasterio y nos dirigimos allá y allí permanecemos un día entre los infieles vendiendo y comprando, según la costumbre de los mercaderes.

Pero luego que se fue el día y vino la noche con su manto de sombra, nos encaminamos a aquel alminar en que estaba la cueva donde padecía cautiverio el asceta. Y ya a alguna distancia oímos una voz que recitaba versículos del *Corán* y luego declamó estos versos:

—Descorazonado tengo  
el corazón, por pesares  
tán crueles, que la muerte  
querría venga a salvarme.  
El tormento de la ausencia  
ya se me hace insoportable  
y si no ha de acabar pronto,  
prefiero mi vida acabe.  
¡Oh quién fuera ese relámpago  
que de negra nube sale  
e ilumina de repente  
los muy amados semblantes!  
Yo hasta allí llegar no puedo,  
que la guerra con sus males  
todo arrecife <sup>160</sup> me cierra  
y es inútil que me afane.  
Así, pues, yo te conjuro  
a ti, relámpago errante,  
que a los amigos lejanos  
los saludes de mi parte  
y les digas cómo estoy  
en esta tierra de cafres.

Seguió diciéndoles todavía la vieja:  
—Luego que lleguéis conmigo al campamento de los musulmes, y estemos allí, ya os haré saber un ardid seguro para perderlos y matarlos hasta no quedar uno.

Después de eso procedieron los nazarenos a ponerle grillos en las manos a la vieja y meterla en el arca, azotándola previamente con golpes dolorosos, pues considerábanse obligados a obedecer sus mandatos imperiosos.

Y finalmente encamináronse con ella al campamento de los musulmes, según ya dijimos.

Y esto es, por ahora, todo lo referente al asunto de la maldita Zatud-Dauahi y sus secuaces.

Cuanto a los guerreros del Islam, luego que Alá concedióles la victoria sobre sus enemigos, felicitó el visir Dandán a Scharkán y su hermano y les dijo:

—*Ye* reyes ilustres, en verdad que Alá otorgónos la victoria por cuanto salvamos nuestras vidas y pusimos en fuga al enemigo. Ahora soy de parecer que debemos seguir tras de él y hostigarle y combatirlo, que puede que Alá sea servido de que nos salgamos con la nuestra y le demos alcance; de suerte que, si os place, embarcaos en esas naves y haceos a la mar, en tanto nosotros marchamos por tierra y aguantamos la pelea, la lucha y la refriega.

Insistió luego el visir Dandán animándolos al torneo, y terminó recitando estos versos:

—Es mi madre la guerra,  
y la lanza, mi hermana;  
no tengo otra familia  
que sea más amada.

<sup>160</sup> Camino real. Del árabe *Ar-Rezif*.

Luchar y luchar siempre  
es mi mayor delicia,  
sin que nunca en mis labios  
se borre la sonrisa <sup>161</sup>.

Luego que el visir Dandán terminó de recitar esos versos, exclamó:

—¡Loado sea Aquel que con la victoria nos galardonó y con botín de plata y oro nos enriqueció!

Dio luego Zu-l-Mekán orden al ejército de ponerse en marcha y así lo hicieron las tropas en seguida, poniendo rumbo hacia Kostantiniya.

Atravesaron muchos eriales, sin ver gota de agua por espacio de seis jornadas, hasta que, finalmente, llegaron a una pradera, que parecía el propio Paraiso, hermosada por muchedumbre de árboles, cuyas ramas se columpiaban al aire, como ebrias del vino del rocío, juntándose a veces al soplo de la brisa.

Confundidos quedaban la mente y los ojos ante tanta hermosura, como dijo el poeta:

«¡Contempla este jardín! ¡La primavera  
extendió sobre él su verde manto!  
En su centro las aguas de un estanque  
columpianse con garbo.  
Pero este es solo lo que el ojo advierte,  
que, si la mente en su belleza posas,  
un himno a su Creador verás escrito  
en cada hoja.»

O como dijo también otro poeta:

«Este arroyo es semejante  
a una rosada mejilla  
que sombra del tamarisco  
la dorada pelusilla.  
Los árboles del jardín  
forman corro a la redonda  
y las flores de sus ramas  
los ciñen de una corona.»

Visto que hubo Zu-l-Mekán aquel prado, donde los árboles se cimbreaban y las flores se columpiaban y las avechillas trinaban, gritó a su hermano Scharkán, diciendo:

—Ye hermano mio, en todo Dimechk no hay un lugar igual. Hagamos alto aquí tres días para que descansemos y las huestes del Islam se solacen y cobren fuerzas para el encuentro con los infieles contumaces.

Acamparon, pues, allí y descansando estaban, cuando llegó a sus oídos un rumor de voces lejanas. Preguntó Zu-l-Mekán qué fuese aquello y dijéronle que era una caravana de mercaderes de tierras de Scham que se detuviera en aquel paraje para descansar y que acaso los soldados les hubiesen quitado alguna cosa de sus mercaderías, pues más de una vez así solía sucederles, cuando volvían con géneros, de tierras infieles.

No tardaron, efectivamente, en llegar allí los mercaderes, dando voces y demandando auxilio del rey. Y Zu-l-Mekán, al oír aquello, mandó que se los presentasen en el acto, compareciendo seguidamente los mercaderes entre sus manos. Y después de besar ante él la tierra, exclamaron:

—Ye monarca insigne, por tierras de infieles pasamos y nada nos quitaron. ¿Cómo es posible que ahora, al llegar a tus tierras, nos roben los caudales nuestros propios hermanos, los musulmanes?

Nosotros, al ver vuestras tropas, nos adelantamos a saludarlas y, en pago de eso, vuestros soldados nos han despojado de cuanto llevábamos. Así que lo ponemos en tu conocimiento y ante ti reclamamos.

Mostráronle luego a Zu-l-Mekán el salvoconducto expedido por el rey de Kostantiniya. Tomólo Scharkán y lo leyó y después dijoles a los mercaderes:

—Vamos en seguida a restituiros lo

<sup>161</sup> Recuérdese aquello de «Mis arreos son las armas—mi descanso el pelear...» de nuestro Romancero, que, como es notorio, representa una floración hispánica de esta poesía caballeresca de los árabes. (Véase *Schack* traducido por don Juan Valera.)

que os hurtaron. Aunque no debíais haber cargado mercancías en el país de los cristianos.

—Ye señor nuestro—replicaron ellos—, Alá fue quien a sus tierras nos encaminó, para que nos alzásemos allí con una presa cual no la logró hasta ahora ninguna expedición guerrera ni tampoco la vuestra.

—¿Pues qué botín es ese que lograis?—preguntó Scharkán.

—No te lo podemos revelar—contestaron los otros—sino a solas, pues de tanta gravedad es el asunto que si se divulgase entre la gente y llegase a

saberlo alguno nos costaría la vida a nosotros y también a cuantos musulmanes aportasen de hoy más por las tierras de Rum.

Llevaron luego allí la caja en que iba metida aquella maldita Zatu-d-Dauahi y Zu-l-Mekán y su hermano apartáronse con ellos a solas y ellos les contaron entonces el cuento del asceta con tales extremos de llanto que hicieron llorar también a los dos hermanos.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y cortó el flujo de sus desbordadas palabras.

## Y LA NOCHE 96 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mí noticia, ye monarca, el afortunado, que los nazarenos, disfrazados de mercaderes, cuando Zu-l-Mekán y su hermano retiráronse a solas con ellos, contáronles a los dos el cuento del asceta, llorando hasta hacerlos llorar también a ellos, y les repitieron cuanto les enseñara aquella bruja de Zatu-d-Dauahi, la malvada.

Enterneciósese el corazón a Scharkán y llenósese de compasión por el asceta, y tanto él como Zu-l-Mekán prorrumpieron en copioso llanto de piedad. Abrieron después el arca e inclinándose sobre el presunto asceta besáronle manos y pies, y lanzaron vehementes sollozos sobre él. Hízoles entonces la vieja señas de que suspendiesen sus lágrimas y prestasen oído a sus palabras.

Dieron ellos, pues, tregua a su llanto, en acatamiento a su mandato, y ella entonces les habló en estos términos:

—Habéis de saber que yo acepto de buen grado lo que hizo conmigo mi señor, pues sé que la tribulación en que Alá fue servido de ponerme era una prueba, y quien no sale airoso de la tribulación y la prueba no halla

acceso al Paraíso de las delicias supremas. Y si rogaba a Alá que me tornase de nuevo a mi tierra, no era por huir de la aflicción en que me hallaba, sino con el anhelo de morir bajo los cascos de los corceles de los soldados del Islam que hacen la guerra santa y que, luego de sucumbir en el campo de batalla, renacen a nueva vida en el paraíso de las delicias.—Y la vieja ladina recitó estos versos:

—Encendido el fuego está  
de la guerra asoladora;  
pero tú, Musa, no temas,  
desecha toda zozobra.  
Tu báculo lanza luego  
y verás cómo devora  
de los mágicos egipcios  
las serpientes ilusorias,  
que, ante la clara verdad,  
todo fantasma se borra.  
Y a la sura que la guerra  
recita con voz medrosa,  
tu acero responda con  
las aleyas poderosas.

Luego que acabó de recitar esos versos, dejó correr la vieja el llanto de sus ojos, y su frente, merced al unto de marras, despedía un fulgor poderoso.

Fuese a ella Scharkán y besóle am-



bas manos y ofreciéndole viandas. Pero ella las rehusó, exclamando:

—Quince años hace que no pruebo bocado en la mañana. ¿Cómo voy a quebrantar ahora mi ayuno? Aguardaré a que el sol se ponga y entonces será otra cosa.

Luego que oscureció, fuéronle Scharkán y su hermano a la vieja con viandas y le dijeron:

—¡Anda y haz colación, ye santo varón!

—No es ésta hora de comer—respondió ella—, sino de adorar al Rey y Juez.

Y acto seguido púsose en actitud de orar y así permaneció toda la noche, fingiendo estar abismada en sus rezos.

Otro tanto hizo durante tres días consecutivos, guardando el ayuno sin hacer un movimiento sino para corresponder a los saludos.

Al ver aquello Zu-l-Mekán, llenóse su corazón de respeto a aquel santo varón y díjole a su hermano Scharkán:

—Manda que levanten una tienda de campaña con pieles para este siervo de Alá y que se la alfombrén con tapices y asigne criados que lo sirvan y cuiden.

Luego, por fin, al cuarto día, pidió de comer la maldita; presentáronle variedad de manjares de cuanto puede despertar el apetito y recrear la vista <sup>162</sup>. Pero ella dióle a todo de lado contentándose con un cacho de pan y unos granos de sal.

Tornó luego a su ayuno, y llegada que fue la noche, levantóse para hacer la zalá. Y Scharkán le dijo a su hermano Zu-l-Mekán:

—En verdad que este asceta extrema su ascetismo, y si no fuera porque es-

toy empeñado en esta campaña me consagraría a servir a Alá sirviéndolo a él. Pero voy a entrar en su tienda y a platicar con él una hora siquiera.

—Y yo también—dijo Zu-l-Mekán.

Fueron, pues, allá los dos y le dijeron:

—Quisiéramos oír de tus labios la causa de tu cautiverio y que nos echases tu bendición esta noche, que en más la tenemos que el trono de Kostantiniya.

Al oír estas palabras, exclamó la maldita:

—¡Por Alá, que si no fuerais emires de los musulmanes jamás os contara nada de todo eso, que no quiero confiarle mis quejas sino a Alá! Pero os referiré, sin embargo, la historia de mi cautividad.

Sabed, pues, que me encontraba yo en la ciudad santa y en compañía de algunos varones piadosos e ilustres, a los cuales sometíame en todo, que Alá me dotara de humildad y espíritu inclinado al ascetismo y al menosprecio de sí mismo.

Mas sucedió que una noche ocurrióseme dirigirme a la orilla del mar y echar a andar sobre las aguas. Hicelo yo así, y entonces, sin yo darme cuenta, infiltróse en mi alma el sentimiento de la propia complacencia y la jactancia.

Y en mis adentros díjeme: «¿Quién como yo es poderoso al andar sobre el agua?»

Desde aquel punto y hora, endurecióseme el corazón y afligióme Alá con el ansia de correr tierras, de suerte que no paré hasta hallarme en las de Rum. Anduve rodando por aquellas regiones un año cabal, sin dejar nunca de adorar a Alá en todos los lugares por donde acertaba a pasar.

Llegué en el curso de mis correrías a aquel lugar que sabéis y escalé un monte, en cuya altura había un monas-

<sup>162</sup> Frase de tono proverbial. En el *Corán* se lee: «Darán vuelta entre ellos (los bienaventurados) con fuentes de oro y copas, y en ellas cuanto apetece el alma y deleita los ojos.» Sura XLIII, *As-Suhruf* (Los dorados).

terio regido por un monje al que llamaban Matruhna <sup>163</sup>.

Luego que aquel monje me vio salió a recibirme y besóme manos y pies y luego díjome:

—Yo te vi desde que llegaste a tierras de Rum y estaba suspirando por visitar las del Islam.

Hízome pasar adentro y me metió en una celda oscura y, luego que allí me tuvo, fue y cerró la puerta y se alejó, dejándome allí encerrado. Cuarenta días permanecí en aquel encierro, sin comer ni beber, que tenía el monje intención de matarme de inanición.

Mas ocurrió que un día hubo de ir a visitar el monasterio un patricio al que llamaban Dekyanus <sup>164</sup>, con un séquito de diez fámulos y una hija suya a la que llamaban Temátsil y que en hermosura no tenía semejanza <sup>165</sup>.

Informó luego a Dekyanus el fraile Matruhna de mi caso y aquel entró en el sótano con sus criados, diciendo:

—Sacadlo, que no va a quedar de su carne ni una piltrafa con que los buitres se regalen.

Halláronme a mí recitando el *Corán* y loando con toda humildad a Alá (¡exaltado y glorificado sea por siempre jamás!).

Al verme en aquella actitud, dijo Matruhna:

—Este es un mágico de los mágicos.

Luego que esas palabras oyeron, levantáronse todos y viniéronse a mí, con Dekyanus al frente, y pusieronse a zurrarme sin la menor piedad, con tal furia y saña que a punto estuve de exhalar el alma. Y para mis adentros me dije: «Este es el castigo que merece quien se engríe y saca motivo de vanagloria de aquellas gracias que Alá con-

cedióle y que no emanan de su propio poder. Porque he aquí que tú, alma mía, te dejaste poseer de la presunción y la soberbia, y ¿no sabías, por ventura, que la soberbia provoca la cólera del Señor y encallece el corazón del hombre y da con este de cabeza en el fuego devorador?»

Después de apalearme a su sabor cargáronme de grillos y me volvieron a mi encierro; había allí, debajo del pavimento, un sótano y en él me arrojaron. Y cada tres días me echaban un puñado de cebada y un sorbo de agua, y cada mes o cada dos meses iba el patricio por allí a visitar el monasterio en unión de su hija Temátsil. La cual se iba haciendo ya mayorcita, pues tenía nueve años la primera vez que yo la vi y duró quince mi cautiverio, de suerte que llegó ella a cumplir los veinticuatro y yo seguía encerrado. Y no había en nuestras tierras ni tampoco en tierras de Rum mocita más guapa que ella, tanto que su padre temía no quisiese el rey tomarla por esposa, pues había consagrado su alma al Mesías, por lo que acompañaba a su padre en sus excursiones disfrazada de hombre, y, con ser de sin igual belleza, no adivinaba quien la veía que fuere una mocita.

Había su padre hacinado sus caudales en aquel monasterio, porque así hacía quienquiera que poseía tesoros de raro valer; que tuve ocasión de ver allí toda suerte de oro y plata y piedras preciosas y toda clase de alhaites <sup>166</sup> y aderezos en tal profusión que no podría contar su número sino Alá.

Esas riquezas debéis quitárselas ahora a esos cafres e invertirlas en provecho de los musulmanes.

Dijo entonces Zu-l-Mekán:

—Mi intención es tomar conmigo cien jinetes y muchedumbre de acemi-

<sup>163</sup> Burton escribe Matruhina y deriva el nombre de un lugar cercano a Menfis.

<sup>164</sup> ¿Deciano?

<sup>165</sup> El narrador hace aquí un juego de palabras. *Tmátsil* *lelsa* *lha mtsil*—semblanza que no tenía semejanza.

<sup>166</sup> Joyas, alhajas. Forma romanceada del árabe *Al-Jait*.

las y dirigirme a esa montaña y arramblar con los tesoros que en ese monasterio se guardan.

Y en aquel mismo instante mandó llamar al mayordomo mayor, el cual compareció acto seguido entre sus manos. Comparecieron asimismo los adelantados y los turcos y los negros. Y Zu-l-Mekán les habló diciendo:

—Mañana, al ser de día, marcharéis sobre Kostantiniya, y tú, *ye* mayordomo mayor, harás mis veces en el mando y gobierno, y tú, Rustem, harás las de mi hermano como caudillo de los ejércitos. Y no diréis a nadie que yo estoy al habla con vosotros, que, pasados que sean tres días, iré a buscaros a Kostantiniya.

Procedió luego Zu-l-Mekán a elegir los cien caballeros y las acémilas para cargar el botín en ellas.

Luego que amaneció la mañana, hizo el mayordomo correr entre las huestes la orden de ponerse en marcha, y así lo hicieron, creyendo que Scharkán y Zu-l-Mekán y el visir Dandán iban con ellos, pues ignoraban que los tres salieron ya primero con dirección al monasterio.

Y los dos reyes y el visir permanecieron en su puesto hasta que expiró el día, y de allí no se movieron.

Ahora bien: los infieles que habían venido con Zatu-d-Dauahi marcharon en secreto, después de hablar con su señora y besarle las manos y los pies y obtener su venia para retirarse.

Y la maldita vieja no solo les dio su licencia, sino que además les reveló lo que contra los musulmes revolvía en su imaginación.

No bien la noche extendió sobre el campo sus sombras fue Zatu-d-Dauahi a donde estaban Zu-l-Mekán y sus compañeros y les habló diciendo:

—Venid conmigo y vayamos a la montaña, llevando con nosotros unos pocos hombres de armas.

Obedecieron ellos y dejaron cinco de

sus jinetes al pie de la montaña y los demás echaron por delante de Zatu-d-Dauahi, la cual, de puro contenta, cobrara nuevas fuerzas, lo que hizo exclamar a Zu-l-Mekán:

—¡Gloria a Aquel que sostiene a este santo varón, con el cual nunca vimos otro que se le pudiera comparar!

Ahora bien: se ha de saber que la bruja maldita habíale escrito al rey de Kostantiniya una carta, que le envió sobre las alas de un pájaro <sup>167</sup> poniéndole al tanto de cuanto había pasado. Y al terminar, le decía:

«Quiero que luego me mandes diez mil caballeros, de los más bravos de los griegos, y que se aposten en emboscada todos a lo largo al pie de la montaña, procurando no ser vistos de la morisca banda, y, cuando lleguen a la ermita, se estén allí al acecho hasta que llegue yo con el rey moro y su hermano en unión del visir Dandán y un centenar de jinetes, a lo sumo, que no serán más.

»Y tengo resuelto, pues no hay más remedio, matar al monje Matrujna, pues de otra suerte no se lograría mi ardid, que de salirnos bien no quedará con vida ningún condenado muslim.»

Y el rey Afridón, luego que llegó a sus manos la carta, hizo lo que la vieja le mandaba.

Y esto es por ahora todo lo referente a su historia.

Cuanto a la del rey Zu-l-Mekán y su hermano Scharkán y el visir Dandán y sus huestes, luego que arribaron al monasterio en él penetraron. Salió a ver qué buscaban allí el monje Matrujna y el asceta les dijo:

—Matad a ese maldito.

Descargaron, pues, sobre él sus aceiros y de un tajo fuerte le dieron a beber el cáliz de la muerte.

Pasó después con ellos la maldita al

<sup>167</sup> Las palomas mensajeras, muy utilizadas en aquellos tiempos.

lugar de los exvotos y sacaron de allí riquezas y tesoros en mayor número de lo que ella dijera. Reuniéronlo todo y lo metieron en los cofres que a prevención llevaran y cargáronlo a lomos de las bestias de carga.

Cuanto a Temátsil no se hallaba allí en aquel instante, ni tampoco su padre, que ambos huyeran temerosos de los musulmanes.

Detúvose, pues, Zu-l-Mekán allí todo el día esperándola, y lo mismo hizo el otro y el otro, hasta cumplirse los tres. Y entonces Scharkán le dijo a su hermano Zu-l-Mekán:

—¡Por Alá, que tengo embargado el corazón pensando en las huestes del Islam, pues no sé qué habrá sido de ellas!

A lo que su hermano le dijo:

—Ciertamente que ya hemos cogido todas estas considerables riquezas y no creo que ni Temátsil ni nadie aporte ya por aquí, después de haberle ocurrido lo que le ha ocurrido al ejército de Ar-Rum. Procede, pues, que nos demos por satisfechos con lo que Alá fue servido de depararnos y sigamos adelante, que quizá quiera Alá darnos su ayuda para la conquista de Kostantiniya.

Bajaron, pues, luego del monte y no osó Zatu-d-Dauahi oponerse a ello, temerosa de que se maliciasen su juego. Caminaron, por consiguiente, hasta llegar a la entrada del alfoz, y dizque, con arreglo a las instrucciones de Zatu-d-Dauahi, había apostada una tropa de diez mil jinetes en el paso de la cañada. Los cuales, al ver a los musulmes, salieron y los cercaron por todas partes y diéronse prisa a enarbolar sus lanzas y desenvainar sus fulgentes espadas. Y rompieron a clamar los infieles palabras de su infidelidad y a lanzar las saetas de su maldad.

Volvieron Zu-l-Mekán y su hermano Scharkán y el visir Dandán los ojos hacia aquella tropa y comprobaron ser numerosa y exclamaron:

—¿Quién avisó a ese ejército de nuestro paso por aquí?

Y Scharkán díjole a su hermano:

—¡Ye hermano mío, no es este momento de hablar sino de pegar con la espada y disparar la saeta! Así, pues, apretaos los cinturones y corroboraos los corazones. Que este alfoz viene a ser como un adarve con dos puertas, y por vida del Señor de árabes y no árabes que, si no fuere por lo angosto de este lugar, ya habría dado cuenta de ellos, aunque fuesen mil o más.

—Si hubiéramos sabido esto—dijo Zu-l-Mekán—habríamos traído con nosotros cinco mil caballeros.

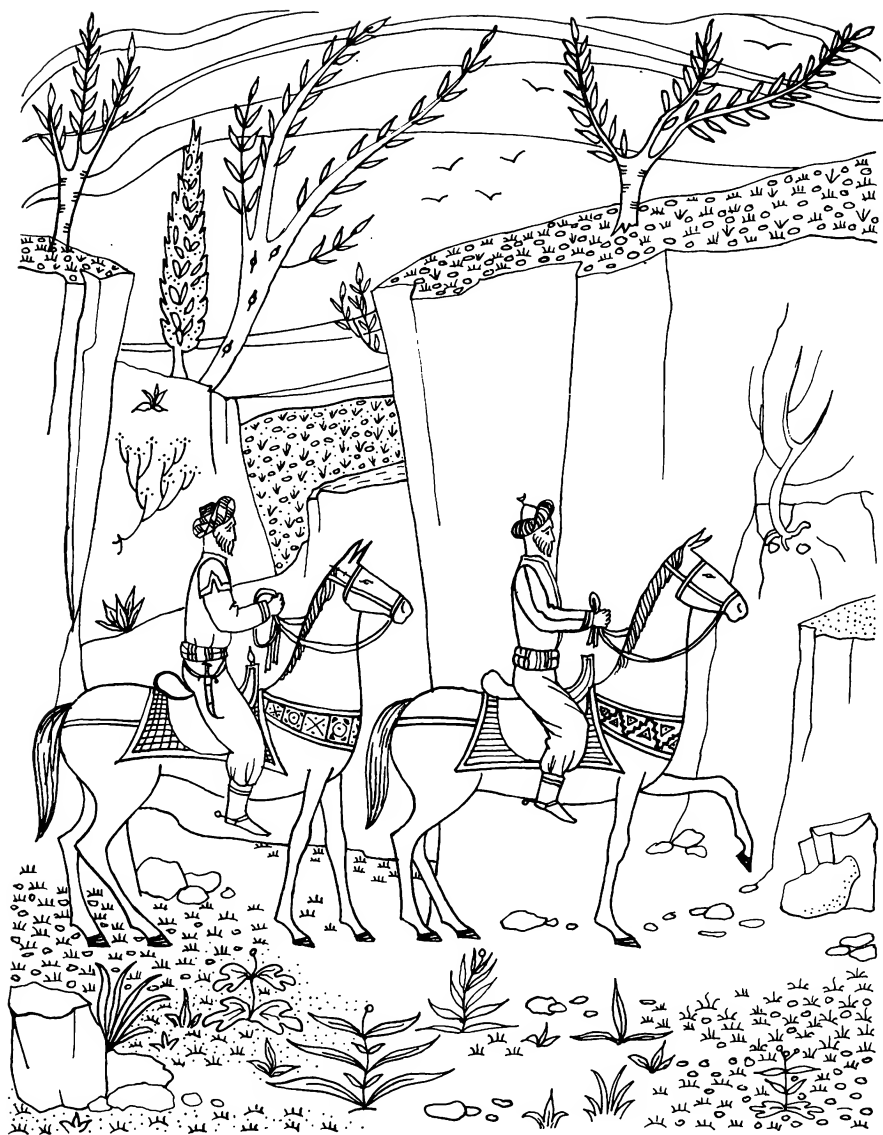
Pero el visir Dandán observó:

—Aunque hubiéramos traído con nosotros diez mil jinetes, de nada nos habrían servido en la angostura de este paraje; ¡pero confiemos, sin embargo, en la ayuda de Alá! Que yo conozco bien esta cañada y su estrechez y sé que tiene muchos pasos, que más de una campaña hice en ella con el rey Omaru-n-Nômán cuando pusimos sitio a Kostantiniya y acampamos aquí, bebiendo de estas aguas, que son más frías que la nieve misma. Démonos, pues, prisa a salir de este alfoz, antes que engrose aún más el ejército de los infieles y nos coja la delantera en la cima del monte y desde allí nos apedree sin que podamos valernos.

Apresuráronse, pues, a salir de aquel sitio, pero el falso asceta violos y les dijo:

—¿A qué vienen esos miedos? ¿No vendisteis de antemano vuestras almas a Alá? (exaltado sea) ¿Y no he estado yo enterrado en vida quince años en esa ajaquefa sin que de mis labios saliera una palabra de protesta por lo que Alá conmigo hiciera? ¡Ea, combatid, pues, en el camino de Alá! ¡Que quien de vosotros cayere tendrá el Paraíso por morada y a la excelsitud volará su alma!

Al oír las palabras del fingido asceta



38

39

40

41

depusieron toda inquietud y mantuvieron firmes, hasta aguantar la embestida de los infieles, que por doquiera los acometieron, de suerte que sobre sus cuellos cerníanse las espadas y entre ellos a la redonda el cáliz de la muerte volteaba.

Todo lo restante de aquel día lucharon los musulimes hasta que llegó la noche y entonces refugiáronse en un algar, para resguardarse de las inclemencias del clima y de las piedras que los enemigos les lanzaban desde arriba.

Cuarenta y cinco murieron de los musulmanes en aquel combate.

Luego que se concentraron procedieron a buscar al falso asceta, no encontrando rastro alguno de él, de lo que se dolieron sobre manera, diciendo:

—Probablemente habrá dado testimonio de su fe.

Y Scharkán dijo:

—Yo le vi animar a los jinetes con sus gestos de eremita e impetrar para ellos con sus aleyas la ayuda divina.

Pero en tanto estaban en estas pláticas he aquí que la maldita Zatud-Dauahi avanzaba llevando en su mano la cabeza del patricio mayor, caudillo de los veinte mil jinetes, que era un matón contumaz y un Schaitán pertinaz, al cual dio muerte uno de los turcos de un flechazo. Dándose prisa

Alá a arrojar al fuego el alma del malvado.

Luego que vieron los infieles lo que un musulmán solo hiciera con su caudillo, lanzáronse todos sobre él y entre todos lo mataron sin que se pudiese valer. ¡Dándose Alá prisa a llevar su alma al Paraíso de los elegidos!

Cortóle la maldita la cabeza al patricio y cogiéndola y echóse la entre las manos a Scharkán, su hermano Zu-l-Mekán y el visir Dandán.

Púsose en pie Scharkán al ver a la vieja y exclamó:

—¡Gracias a Alá que te veo, *ye* esforzado siervo de Alá, *ye* asceta el venerable!

A lo que ella respondió:

—*Ye* hijo mío, el martirio busqué hoy y a las filas de los infieles me lancé, sino que ellos respetaron mi vida. Pero cuando os desbandasteis entróme tal fervor, que me fui derecho al patricio mayor, al general de los infieles, que mandaba mil jinetes, y de un mandoble solo cercenóle la cabeza del tronco, sin que ninguno de los suyos se me pudiera acercar. Y aquí os traigo ahora su cabeza.

Pero al llegar a este punto sintió Schahrasad venir la mañana y cortó el flujo de sus fluyentes palabras.

## Y LA NOCHE 97 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mí noticia, *ye* el monarca, el afortunado, que Zatud-Dauahi dijo:

—¡Aquí os traigo su cabeza para que se fortalezcan vuestras almas en el *chihad* y os hagáis gratos con vuestras espadas al señor de los que siguen la ley, la santa!

Es mi anhelo que perseveréis en el

esfuerzo y os estéis aquí sin moveros, en tanto yo voy en busca de vuestras tropas, aunque estén a las puertas de Kostantiniya, y os traigo de ellas diez mil jinetes para que deis cuenta de estos infieles.

—Dices bien, *ye* venerable asceta—exclamó Scharkán—, que yo doy fe de ello y, si pudieras ponerte en marcha a

prima noche, sería mejor para nosotros y nos colmarías tus favores.

—Ahora mismo—contestó la vieja—me pondré en camino, y si quisieres tú venir conmigo, muy bien puedes hacerlo, pero procurando que nadie llegue a saberlo, y si también tu hermano fuere gustoso de acompañarnos, nos lo llevaremos con nosotros; pero a él solo y a nadie más, pues la sombra del amigo solo a dos presta cobijo.

—Cuanto a mí—exclamó Scharkán—, no abandonaré a mis compañeros; pero si mi hermano es gustoso de acompañarte no hay inconveniente en que lo haga y salga de esta angostura, pues es el baluarte de los musulmes y la Espada del Señor de los mundos. Y si quiere, puede llevarse con él al visir Dandán o a quien prefiera y enviarnos luego acá diez mil esforzados jinetes que den cuenta de estos marfuzos infieles.

Quedaron de acuerdo sobre este punto, retirándose luego la vieja. Scharkán entonces habló con su hermano y le dijo:

—Si no hubiera sido por este venerable asceta no habría perecido ese insolente patricio; que efecto fue de sus méritos y gracias a él hase quebrado esa espina de los infieles con la muerte de ese patricio, pues era hombre arrogante y pertinaz y Schaitán contumaz.

Pero mientras ambos hermanos platicaban así en honor del asceta hete aquí que la maldita de Zatu-d-Dauahi llegóse a ellos y prometiéndoles la victoria sobre los infieles; diéronle ellos las gracias, sin recelar lo más mínimo ser todo aquello puro ardid y aña-gaza.

Dijo luego la maldita:

—¿En dónde está el rey de los siglos Zu-l-Mekán?

—Aquí me tienes—respondió el joven.

Y ella le dijo entonces:

—Coge a tu visir y marchad los dos a mi zaga hasta que lleguemos a Kostantiniya.

Y dizque Zatu-d-Dauahi había puesto a los infieles al tanto de su engaño, con lo que aquellos se holgaron muy mucho, exclamando:

—Solo con la muerte de su rey tendrán fin nuestros peligros, y así nos desquitaremos de la muerte de nuestro patricio, que no había entre nosotros quien le aventajara en experiencia.

Y dijéronle a la fatídica vieja Zatu-d-Dauahi:

—Cuando nos traigas al rey de los musulmes, se lo entregaremos al rey Afridón.

Púsose luego en camino la vieja Zatu-d-Dauahi en compañía de Zu-l-Mekán y el visir Dandán, yendo ella delante y los otros detrás. Y de cuando en cuando volvíase la vieja a mirarlos y les decía:

—Caminad con la bendición de Alá.

A lo que ellos le contestaban en forma igual.

Y revoloteaban sobre ambos las flechas del sino y la fatalidad.

Fue la vieja caminando delante de ellos hasta que se metió en el centro de las huestes de Rum y cruzó por entre sus filas, hasta llegar a la angostura referida, y las tropas de Rum veíanlos pasar y no les ponían obstáculos ni los agredían, porque la taimada así se lo mandara.

Y Zu-l-Mekán y Dandán, el visir, al ver que los infieles los dejaban pasar sin hostilizarlos se maravillaban. Y el visir Dandán exclamó:

—Por Alá, que esto es debido a los méritos de ese asceta sin par; no hay duda que es de los más favorecidos por la gracia de Alá.

Y dijo Zu-l-Mekán:

—¡Por Alá, que esos infieles deben estar ciegos cuando no nos ven, viéndolos nosotros a ellos!

Y en tanto ambos estaban así ponderando los méritos del asceta de Alá y sus poderosas obras y su piedad, hete aquí que salen los infieles de su escondi-



dite y cargan sobre ellos por todas partes a un tiempo y los rodean y los toman prisioneros, diciendo:

—¿No hay ningún otro con vosotros para que también lo tomemos preso?

A lo que el visir Dandán les replicó:

—¿No veis a este otro que está aquí delante de nosotros?

Y respondieron los infieles:

—¡Por la verdad del Mesías y los Monjes y el Primado y el Metropolitano, que a nadie vemos aquí sino a vosotros dos!

Y Zu-l-Mekán, al oír aquello, exclamó:

—¡Por Alá, que este es un castigo que el Omnipotente nos quiso mandar!

Pusieron luego los infieles grillos en los pies y arrocavas de vista que los guardasen durante la noche, hasta que fuera de día. Y Zatu-d-Dauahi, entre tanto, se largaba de allí y desaparecía.

Y ellos se lamentaban y, para consolarse, decían:

—¡Después de todo, peor que nosotros lo pasa quien a los varones santos desacata!

Y esto es por ahora, todo lo referente a sus personas.

Cuanto a Scharkán, mientras la vieja y sus acompañantes marchaban así, pasó Scharkán aquella noche en su guarida, y luego que amaneció la mañana levantóse y rezó la zalá matutina. Alzaronse luego él y sus guerreros y apercibieronse a la lucha con los infieles. Fortalecieron Scharkán los corazones y les prometió toda suerte de bienes, después de lo cual marcharon al encuentro de sus enemigos.

Luego que estos los vieron venir, de lejos les gritaron diciendo:

—Ye musulmes, sabed que hemos cogido prisioneros a vuestro sultán y a su visir Dandán, el que os arreglaba los asuntos, y que si no desistís de combatirnos os mataremos a todos, desde el primero al último.

Al oír Scharkán tales palabras y

comprobar ser cierto lo del cautiverio de su hermano y el visir Dandán, aflijóse sobre manera y rompió a llorar y se le quebrantaron los ánimos y, dándose ya por perdido, para sus adentros se dijo:

«¿Cómo será que han caído prisioneros? ¿Por ventura incurrirían en algún desacato a los fueros de aquel asceta y se opondrían a su designio negándole su obediencia?»

Lanzáronse luego, no obstante, los musulmes a la lucha con los infieles e hicieron en ellos gran mortandad, resaltando aquel día la bravura de los unos sobre la cobardía de los otros, y tizonas y lanzas tiñéronse de rojo y los infieles acudían de todas partes, como enjambres de moscas al olor del jarabe.

Lucharon Scharkán y los suyos la lucha de quienes no temen la muerte ni conocen distancias en punto a buscar la ocasión, hasta el extremo de que el valle trocóse en río de sangre y la tierra cubrióse de cadáveres.

Luego que llegó la noche separáronse ambos bandos contendientes, retirándose cada cual a sus posiciones correspondientes. Acogiéronse los musulmes a su algar y comprobaron no quedar sino unos pocos de ellos ni contar con más amparo que el de Alá y sus aceiros.

Que cayeron aquel día en el campo de batalla treinta y cinco caballeros musulmes, de los próceres y emires, y fueron mil los infieles que al filo de sus espadas sucumbieron, así de infantes como de caballeros.

Luego que vio aquello Scharkán, el espacio se le hizo chico y dijo a sus amigos:

—¿Qué procede hacer?

Y sus amigos le contestaron:

—No podemos hacer más que acatar la voluntad de Alá <sup>168</sup>.

<sup>168</sup> «Y no queráis sino lo que Alá quiera.» *Corán*, sura LXXXVI, *Al-Insán* (El hombre), versículo 30.

Venido que fue el día, el segundo, díjole Scharkán al resto de sus tropas:

—Si salís al combate, no va a quedar ninguno de vosotros, que solo nos queda ya muy poco de agua y víveres, y yo soy de opinión, como la más acertada, que desnudéis los aceros y os apostéis a la entrada de esta cañada y la defendáis de los que pretendan pasarla, que acaso ese asceta haya logrado unirse al ejército de los musulmes y venga acá, trayéndonos diez mil jinetes, que nos ayuden a batir a los infieles. Puede que se abran paso hasta aquí, sin que el enemigo los viere.

—Certo es tu parecer—respondieron sus amigos—. Y no hay duda cuanto a su solidez.

Apostáronse, pues, los musulmes a la boca de aquel angosto paso, a uno y otro lado, y daban muerte a todo el que intentaba entrar en él de los infieles, y estuvieron aguantando sus arremetidas hasta que el día se fue y vino la noche con su sombra tupida. Y al llegar aquella noche no le quedaban al rey Scharkán más que veinticinco hombres.

Pero los infieles empezaron a murmurar entre sí:

—¿Cuándo se acabará esta lucha? Que estamos ya cansados de matar mahometanos.

Y algunos dijeron:

—Vayamos y acabemos de una vez con ellos, que ya quedaron reducidos a unos veinticinco. Y si no podemos pasarlos al filo de nuestras espadas encendamos en torno suyo una hoguera, de suerte que tengan que salir de su cueva y rendírseos, constituyéndose en nuestros prisioneros, y si a ello se niegan, pues los dejamos allí que sirvan de pasto a las llamas y de escarmiento a los que tienen ojos y saben ver, que no comprendió el Mesías a sus padres en su misericordia ni el paradero de los cristianos ha de ser el mismo del infiel mahometano.

Procedieron acto seguido a plantar una pila de leña a la entrada de aquella cueva y prendiéronle fuego, de suerte que Scharkán y los suyos se dieron por perdidos y no tuvieron más remedio que salir, cayendo en manos de sus enemigos.

Y estando en este trance he aquí que el patricio que acaudillaba ahora a los cristianos reunió consejo para deliberar si procedía matarlos. Y hubo quien dijo:

—Eso es de la exclusiva incumbencia del rey Afridón, el cual sanará así su bilis; pero nosotros debemos retenerlos en nuestro poder como prisioneros y ponernos mañana mismo en camino para Kostantiniya y entregárselos al monarca para que haga con ellos lo que le plazca.

—Eso es lo más acertado—aprobaron todos.

Y acto seguido procedieron a matarlos y les pusieron guardias de vista para vigilarlos.

Pero luego que las tinieblas por allí se extendieron y todo el campo en derredor cubrieron, entregáronse los cristianos al holgorio y la alifara y requirieron las copas y bebieron vino sin tasa, de suerte que acabaron por caer todos de espaldas.

Estaban a todo esto Scharkán y Zu-l-Mekán encadenados, así como todos los que los acompañaban de aquellos guerreros bravos. Y miró Scharkán a su hermano Zu-l-Mekán y le dijo:

—Ye hermano mío, ¿cómo podríamos salvarnos?

—Por Alá—díjole Zu-l-Mekán—, que no atino con ello. Estamos aquí como aves en el alcahaz.

Enfurecióse Scharkán y, de puro furioso, hinchósele el cuerpo de tal forma que saltaron, rotas, sus cadenas.

Luego que se vio libre de sus cadenas abalanzóse al arráez de los centinelas y arrebatóle las llaves de los grilletes, que guardaba en su manga, y

liberó a su hermano y al visir Dandán y a todos los demás.

Libres ya todos de sus grilletes y a salvo de los infieles, volviósse Scharkán a los suyos y les dijo:

—No hayáis temor, que Alá nos cubrirá con su manto. Voy a exponeros mi plan, a ver si os parece acertado.

—¿Y cuál es tu plan?—inquirieron los demás.

—Quiero—dijo Scharkán—que os subáis a lo alto del monte y gritéis desde allí todos a una: «¡Alá es el más grande, Alá es el más grande! ¡Ya está aquí el ejército del Islam!» Y nosotros entonces gritaremos también a una: «¡Alá es el más grande!» Luego que eso oigan ellos se desbandarán y no hallarán medio de salir del aprieto, que están todos ebrios y se figurarán que las huestes islámicas los tienen cercados por todas partes, y por efecto de la

embriaguez y el sueño se acometerán unos a otros con sus propias espadas y nosotros los acuchillaremos con sus propios aceros y no cesarán estos de voltear hasta que la mañana empiece a alumbrar.

Aprobaron todos su dictamen y treparon a la cima del monte y pusieron-se a clamar desde allí:

—¡Alá es el más grande!—Y unieron-se a ellos, para engrandecer a Alá, el monte y los árboles y las peñas, penetrados de temor a Alá (¡exaltado sea!).

Al oír los infieles aquellos clamores de loanza al Señor luego prorumpieron también ellos en gritos de alarma y temor...

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 98 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He llegado a saber, ye monarca, el afortunado, que los infieles empezaron a gritar, llamándose unos a otros y se vistieron sus armas, clamando despavoridos:

—¡Por el Mesías, que tenemos encima al enemigo!

Y acometiéndose mutuamente hicieron entre sus propias huestes tal matanza que el número de muertos solo Alá lo pudiera contar.

Venida que fue luego la mañana, procedieron a buscar a sus prisioneros y no encontraron de ellos el menor indicio. Y entonces su caudillo dijo:

—No hay duda que quienes todo esto armaron fueron los prisioneros que aquí guardábamos. Corred, pues, tras ellos y no paréis hasta encontrarlos. Y

en cogiéndolos, les daréis a beber la copa de la muerte, y así quedaréis horrorados de todo temor y zozobra que os inquiete.

Montaron, pues, en sus bridones y salieron en persecución de los fugitivos, y en un abrir y cerrar de ojos les alcanzaron y los cercaron.

Al ver aquello Zu-l-Mekán, acrecentó su temor y díjole a su hermano:

—He aquí que vino ya lo que yo me temía, no quedándonos ya otro recurso que extremar el denuedo y morir como buenos.

Pero Scharkán impúsoles silencio. Bajó Zu-l-Mekán luego de la cumbre del monte y él y sus guerreros rompieron en clamor de «¡Alá es el más grande!», animándose mutuamente al es-

fuerzo y a vender caras sus vidas en acto de obediencia al señor de los que le sirven.

Pero estando así las cosas he aquí que se dejan oír unas voces muy altas que loaban y engrandecían a Alá, e invocaban la oración sobre el Profeta, el Amonestador, el Albriciador, el nuncio de malas nuevas <sup>169</sup>.

Volvieron sus rostros los musulmes hacia el lugar de donde venían aquellas voces y divisaron tropas islámicas y huestes de almohades que hacia ellos avanzaban.

Corrieron a unirse unos con otros los musulmes y pasaron toda aquella noche muy contentos y felices.

Luego que amaneció la mañana y despuntó su luz y se hizo patente, vieron a Bahram, el caudillo de los deilamies, y a Rustem, el general de los turcos, que llegarán llevando consigo veinte mil caballeros, todos semejantes a leones fieros.

Visto que hubieron los recién venidos a Zu-l-Mekán, apeáronse de sus caballos y le hicieron la zalema y besaron la tierra entre sus manos. Y Zu-l-Mekán les dijo:

—Alegraos del triunfo de los creyentes y el exterminio de los infieles.

Felicitáronse luego unos a otros por su salvación y la magnitud del galardón que les aguardaba el día de la Resurrección.

Ha de saberse que la causa de su llegada a aquel paraje fue que el emir Bahram y el emir Rustem y el chambelán, cuando partieron con las huestes musulmicas, con las banderas ondeando sobre sus cabezas, marcharon hasta llegar a Kostantiniya, y al dar vista a la ciudad, advirtieron que los infieles habíanse subido a las murallas y héchose fuertes en las alcazabas y las alcoleas y demás lugares inexpugnables tan pronto como se dieron cuenta de que el

ejército del Islam se aproximaba a su ciudad. Que fue porque sintieron el retintín de las armas y miraron y vieron que eran las huestes musulmanas y sintieron también el piafar de los cascos de sus corceles bajo la nube de polvo que levantaban. Y desde lo alto de sus atalayas vieron que los musulmes avanzaban.

Y dizque eran como enjambres de saltamontes o como nubes de lluvia que cubren los horizontes. Como asimismo oyeron los clamores de los creyentes recitando aleyas del *Corán* glorioso y entonando loores en honor del Misericordioso.

Y los nazarenos a las murallas se subieron y en ellas se hicieron fuertes, que ya de antemano la vieja Zatud-Dauahi les avisara de cómo los musulmanes sobre Kostantiniya marchaban, de suerte que tenían su defensa preparada.

Siguieron avanzando a todo esto las huestes islámicas, comparables a un encrespado mar, por la muchedumbre de infantes y jinetes y mujeres y niños que llevaban consigo.

Y el general de los turcos dijole al de los deilamies:

—Ye emir, en verdad que el enemigo es tan numeroso que nos vamos a ver en un aprieto. Mira a esos baluartes y a esa muchedumbre de gente que suena como un mar bramante de alborotadas olas chapoteantes.

Y de fijo esos cristianos sabrán, por sus espías, que estamos sin sultán que nos dirija, lo que será causa de que nos resistan con más terquedad, de suerte que es de temer lo pasemos mal, máxime por teniendo a nuestro lado al rey Zu-l-Mekán y su hermano Schar-kán ni tampoco al insigne visir Dan-dán.

Y dizque como llegue a saberlo el enemigo, se envalentonará y saldrá a atacarnos y hasta el último de nosotros aniquilará. Por lo que soy de parecer

<sup>169</sup> Para los infieles.



-¡Daos prisa, daos prisa, guerreros del Islam!"

que tomes contigo veinte mil jinetes de los aliados y los turcos y te vuelvas a la ermita de Matrujna, por si nuestros hermanos te necesitan y para consultarlos sobre lo que ocurre y luego te vuelvas acá en seguida.

Aprobó el general de los deilamies el consejo y lo siguió y con veinte mil jinetes a la ermita se dirigió.

Tal fue la causa de que allí llegasen en aquel momento los musulimes guerre-ros.

Cuanto a la vieja Zatu-d-Dauahi, luego que hubo hecho caer en aquella celada de marras al sultán Zu-l-Mekán y a Scharkan, su hermano, y a Dandán, su visir, entregándolos a merced de los infieles, fue la indina y cogió su corcel y montó en él, diciéndoles a aquellos:

—Voy a marchar al encuentro de las huestes musulmicas y ya idearé alguna treta para su perdición, pues están sobre Kostantiniya. Yo les anunciaré cómo sus compañeros de acá sucumbieron todos, y luego que me oyeren, su unión se desunirá y su nudo se soltará y su bando se desbandará.

Después de lo cual me avistaré yo con el rey Afridón, rey de Kostantiniya, y con mi hijo, el rey Hardob, rey de Rum, y les comunicaré lo ocurrido.

Saldrán luego ambos con sus sendos ejércitos a dar la batalla a los musulimes y los exterminarán a todos ellos, sin dejar uno solo para recuerdo.

Partió luego rauda la vieja sobre aquel su corcel, que cortaba la tierra, y toda la noche cabalgó hasta que al cabo amaneció.

Y luego que amaneció y la luz se difundió, columbró la vieja las huestes de Bahram y Rustem, por lo que, internándose en una algaba <sup>170</sup>, dejó allí escondido su corcel.

Salió ella luego afuera y quedóse un

rato pensativa y para sus adentros decía:

«¡Puede que estas tropas vengan huyendo de Kostantiniya!»

Pero al mirarlos más de cerca y reparar en sus banderas comprobó que venían en orden perfecto y no tenían traza de venir huyendo, ni con temor alguno por su rey y sus compañeros.

Comprobado que eso hubo, corrió luego hacia ellos con vuelo tal que parecía un Schaitán contumaz. Y acercándoseles, dijo:

—¡Daos prisa, daos prisa, guerreros del Islam, a luchar con esa partida de Satanás!

No bien la vieron Bahram y Rustem a tierra echaron pie y besaron la tierra entre las manos de la infiel. Y le dijeron:

—Ye siervo de Alá, ¿qué es lo que dejas atrás?

—No me preguntéis—respondió ella—que todo son desastres y fieros males, pues nuestros amigos, luego que se apoderaron de los caudales que Matrujna guardaba en el monasterio de esos frailes, disponíanse a marchar sobre Kostantiniya cuando un ejército de infieles, numerosos y aguerridos, se les echó encima y los más de ellos cayeron exánimes, sin que se salvaran más que veinte infantes.

—Ye asceta venerable—dijole Bahram—, ¿cuándo de su lado te separaste?

—Esta noche pasada—dijole la taimada.

—¡Loado sea Alá!—exclamó Bahram—, que te allanó la distancia, viniendo, como vienes, pisando con tu planta, y te dio alas que a las de las aves aventajan y son más veloces que la propia mirada.

Y Bahram montó acto seguido en su caballo, azorado y confuso por aquellas noticias de engaño, y exclamaba, apenado:

—¡No hay gloria ni poder sino en Alá, el excelso, el grande! Perdidos son

<sup>170</sup> Espesura, monte bajo. Vocablo árabe que perdura en la toponimia hispánica.

nuestros afanes, se han encogido nuestros pechos y nuestro sultán y los suyos cayeron prisioneros.

Después unos a otros empezaron a animarse diciendo:

—Venid con nosotros a Kostantiniya, que allí dejamos a nuestros amigos, y con ellos están nuestros corazones dolidos.

Marcharon allá a prisa y del Clemente y Sabio pusieron en las manos.

Y Zu-l-Mekán exhortó a los musulmes a mantenerse enteros y no abatirse, recitando estos versos que aquí se transcriben:

Loor y gracias a ti, Señor, sean dadas, que siempre mis plegarias escuchaste, y nunca en los momentos de peligro tu ayuda me negaste.

Cual solitario peregrino, vime perdido, abandonado en tierra extraña; mas Tú venías conmigo y tu presencia formaba en torno mío una caravana. Tú, Señor, la victoria me otorgaste, me concediste el cetro y la riqueza, la espada de los bravos me ceñiste, con tu palio cubriste mi flaqueza y en el mar de tus gracias me anegaste.

Para que me orientase en mi camino y brújula me fuese fiel, segura, un visir a mi lado me pusiste, cuyo consejo es prenda de fortuna.

Merced a ti, Señor, a estas regiones de Rum llegamos con segura planta; aquí nos aguardaba el enemigo de abrupto monte oculto en las gargantas.

Fingi retroceder, a la huida pronto, y él ya me daba, iluso, por vencido; pero volviendo luego de repente, sobre él cargué con indomable brio, semejante al león que se agazapa para atacar con doble poderío. Postrados los dejé sobre la tierra, lo mismo que hombres ebrios, trastornados y borrachos estaban, que la copa de la muerte hasta el fondo habían libado. Nuestros a ser pasaron sus esquifes y el dominio del mar y de la tierra, y todos los tesoros que hacinaran fueron de nuestra espada la cosecha. Tú, Señor, a este fin nos deparaste la ayuda de ese asceta prodigioso, cuya virtud ningún mortal ignora, pues cual la luz del sol esplendoroso por doquiera se extiende y el desierto igual que la ciudad llenan de gozo. El ayudónos a lanzar al fuego del infierno a la turba maldecida de los infieles, que en su eterna llama se abrasarán, en pago a su falsía; en tanto nuestros mártires benditos, al despertar del sueño de la muerte, las promesas de Alá verán cumplidas, y huéspedes serán del Paraíso y habitarán en su morada excelsa por siempre ya felices y tranquilos viendo correr bajo sus pies las aguas de frescos arroyuelos cantarinos.

Luego que hubo terminado Zu-l-Mekán de recitar estos versos felicitó a su hermano Scharkán con la paz y diole gracias por sus hazañas. Después de lo cual pusieron todos en marcha.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

## PERO LA NOCHE 99 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mi noticia, ye monarca, el afortunado, que Scharkán felicitó a su hermano Zu-l-Mekán con la paz y le dio gracias por sus hazañas. Después de lo cual pusieron todos en marcha para unirse con sus tropas.

Y esto es todo lo referente a esta parte de la historia.

Cuanto a la vieja Zatu-d-Dauhi, al

encontrarse con las huestes de Bahram y Rustem, y hablar con estos, tornóse luego a la algaba y, tomando su corcel, fuese a donde estaba el mayordomo mayor, el cual, al verla, levantóse y, haciéndole una reverencia, exclamó: —¡Bien venido sea el siervo de Alá, el asceta sin par!

Preguntóle luego qué noticias traía y

ella le comunicó sus mentiras alarmantes y sus infundios descorazonantes, diciéndole:

—Temo por el emir Rustem y el emir Bahram, pues me topé con ambos y sus huestes en el camino y los envié al rey; tenían consigo veinte mil jinetes, pero son en mucho mayor número los infieles. Ruégote, pues, envíes sin dilación allá parte de tus tropas, a fin de que al punto se les unan y eviten que todos sucumban.

Y la vieja terminó diciendo:

—¡Daos prisa, daos prisa!

Al oír el mayordomo y los demás musulimes aquellas palabras, aflojaronse las fajas y prorumpieron en llanto. Y Zatu-d-Dauahi les dijo:

—Impetrad la ayuda de Alá y llevad con paciencia esta calamidad, como hicieron vuestros padres, de la ley de Mohammed; que el Paraíso con sus alcázares es el galardón prometido a los mártires y achaque es el morir de todos los mortales, siendo más honroso caer en el *alchihad* con la palma del mártir.

Al oír el mayordomo las palabras de la maldita Zatu-d-Dauahi, mandó llamar al hermano del emir Bahram. Era este un caballero al que llamaban Tarkasch <sup>171</sup> y tenía bajo su mando diez mil jinetes barraganes y fuertes. Dióle orden el mayordomo de emprender en seguida la marcha con los suyos, y así lo hizo aquel, cabalgando sin cesar toda aquella noche hasta llegar a las inmediaciones del campamento de los musulimes.

Luego que amaneció la mañana, divisó Scharkán una gran nube de polvo y, temiendo por los musulmanes, dijo:

—He ahí que se acerca un ejército; si fuere de los nuestros, el socorro de Alá sería manifiesto; pero si es un ejército infiel, nada podremos hacer contra él.

Fuese luego a avistarse con su hermano Zu-l-Mekán y le dijo:

—No pases temor alguno, que yo rescataré tu vida con la mía y contra todo mal te seré garantía. ¡Y si estas fuesen huestes del Islam, sería esa la merced más colmada de Alá!

Pero si fueren nuestros enemigos, no nos quedará más recurso que combatirlos. Y por si es así voy ahora mismo a ver a ese siervo de Alá, a ese asceta, varón de santidad, para que a Alá le pida me conceda la merced de caer como mártir de nuestra santa fe.

Ahora bien: así las cosas, he aquí que se acercan las tropas y pueden verse mejor sus banderas y leerse las divisas que en ellas traen impresas y que dicen en grandes letras: *La ilah il-la-l-Lah* <sup>172</sup>.

Adelantóse, pues, Scharkán y preguntó a su capitán:

—Las cosas de los musulimes ¿cómo van?

Y contestóle aquel:

—A pedir de boca, hermano mío; pero temimos por vosotros y por eso vinimos forzando la marcha.

Desmontó luego el caudillo de aquel ejército y besó la tierra entre las manos de Scharkán y luego le preguntó:

—¿Ye mi señor, ¿cómo se encuentran el sultán y el visir Dandán y Rustem y mi hermano Bahram? ¿Están todos ellos en seguridad?

A lo que respondió Scharkán:

—Bien están (loado sea Alá, el Todopoderoso); pero dime: ¿quién te dio noticia de nosotros?

Y Tarkasch le contestó:

—Pues ese santo varón, el cual nos hizo saber cómo se había encontrado con mi hermano Bahram y con Rustem y te los había enviado acá, y nos aseguró también que los infieles os habían sobrepasado en número y os habían

<sup>171</sup> Ligero, raudó, en persa.

<sup>172</sup> *La ilah il-la-l-Lah*. No hay más Dios que Alá.



apretado; pero ahora, por lo que veo, no era ese el caso, sino todo lo contrario, y compruebo con gozo que sois los victoriosos.

Y le preguntaron los otros:

—¿Y cómo hizo ese santo asceta para llegar hasta vosotros?

Y Tarkasch replicó:

—Vino a nosotros a pie y dizque en un día y una noche anduvo una distancia que un buen jinete bien fajado habría tardado en recorrer diez jornadas.

Al oír lo cual exclamó Scharkán:

—¡No hay duda que ese asceta es un santo de Alá! Y ahora ¿dónde estará?

Y los otros añadieron:

—Con nuestras tropas lo dejamos, con el pueblo de la Fe, guiándolo a la pelea con los rebeldes y los infieles.

Holgóse grandemente Scharkán al oír aquello y dio gracias a Alá por su propia salvación y la del santo varón, y encomendó los muertos a su misericordia, diciendo:

—Estaba escrito en el Libro.

Pusiéronse luego todos en movimiento rumbo a Kostantiniya, a marchas forzadas, y, en tanto cabalgaban, he aquí que ven de pronto que una gran nube de polvo se levanta, tal que los dos horizontes por completo tapaba y la lumbre del día en tinieblas trocaba.

Viola Scharkán y dijo:

—Temo que sean los infieles que hayan desbaratado el ejército de los creyentes, pues a fe que esta nube cubre los horizontes y llena con su polvo las regiones.

Siguió avanzando hacia ellos aquella columna de tinieblas, más negra que negra humareda, y que imponía más pavor que el espanto del día de la Resurrección, y jinetes e infantes corrían allá a mirar y a inquirir la causa de tal calamidad.

Y al acercarse, vieron que a su frente venía el asceta y todos a porfía acudieron a besarle sus manos. Y el asceta clamó, diciendo:

—Ye el pueblo del mejor de los hombres, alminar que refulge en la ciega oscuridad<sup>173</sup>, sabed que los infieles, valiéndose de añagazas, a los musulimes hicieron caer en una celada. Coged, pues, en seguida las huestes almohades y corred a salvar a los fieles creyentes de las manos de los que no creen. Que sobre ellos cargaron cuando desprevenidos estaban en sus tiendas de campaña y un escarmiento hicieron en ellos inaudito y ahora allí se están seguros y tranquilos.

Luego que esas palabras oyó Schar-kán, de la fuerza de la emoción echósele a volar el corazón y le entraron algafacanes<sup>174</sup> y perplejo y confuso de su corcel se apeó.

Y fue a besarle al asceta las manos y los pies y lo mismo hicieron su hermano Zu-l-Mekán y los demás guerreros del Islam, así los infantes como los caballeros.

Solo el visir Dandán se abstuvo y no se apeó de su bridón, sino que, lleno de recelo exclamó:

—Por Alá, que de este asceta no me fio, que hallo en él sospechosos indicios de ser un pérfido ladino. No hagáis caso, pues, de él y reunid a vuestros amigos, que para mí que ese asceta es un réprobo indigno, de los que de la puerta de su misericordia el Señor de los mundos tiene proscritos. Y venid conmigo, que yo os guiaré; que de cuando hacía algaras con el rey Omaru-n-Nômán conozco yo muy bien este lugar.

Pero al oírlo Scharkán díjole al visir Dandán:

—Depón esas sospechas censurables que carecen de todo fundamento razonable. ¿Por ventura no viste a ese siervo de Alá cómo velaba en el combate por los guerreros del Islam y cómo espadas y flechas enemigas se desvia-

<sup>173</sup> Mahoma el Profeta.

<sup>174</sup> Palpitaciones. Del árabe *Al-Jafakan*.

ban sin su cuerpo tocar? No lo critiqués, pues; que el morderle a otro por detrás es cosa censurable y la carne del hombre piadoso es un tósigo <sup>175</sup>.

Mandó luego Scharkán que le llevara una mula de Nubia, para que en ella cabalgara el asceta, y se la ofreció a este diciendo:

—¡Monta en esta mula, hombre piadoso, devoto y virtuoso!

Pero la vieja ladina negóse a montar en la mula y se hizo la humilde y la beata para mejor lograr sus fines.

Y dizque los otros no sabían que aquel santo varón era de aquellos que un poeta pintó en estos versos:

«Cuando se ve en un aprieto  
reza y ayuna sin tasa;  
pero en saliendo del paso,  
rezo y ayuno se acaban.»

Andaba a todo esto el asceta por entre jinetes e infantes, dando vueltas cual zorro ladino que acecha el momento de lanzarse al ataque, y a grandes voces recitaba el *Corán* y la ayuda invocaba del Señor de la piedad.

Fueron todos marchando hasta dar vista al lugar en que se hallaban las huestes musulmicas, a las que hallaron en franca derrota, pues dizque el mayordomo ya pensara en la huida y la espada hacía estragos tratando por igual al bravo y al cobarde en la lucha mortal.

Y la causa de aquel desastre de los musulmes fue que la maldita Zatu-d-Dauahi, la enemiga de la Fe, luego que vio cómo Bahram y Rustem, con sus tropas, se encaminaban al encuentro de Scharkán y Zu-l-Mekán, su hermano, corrió ligera al campamento de los musulmanes y sacó de él, según ya dijimos, al emir Tarkasch, siendo su intención, al hacer eso, la de dividir a las huestes islámicas, a fin de quebrantarlas.

Separóse luego de ellos y marchó a Kostantiniya y llegó a ella y, esforzando cuanto pudo la voz, arengó a los patricios de esta guisa desde fuera:

—Echadme luego una cuerda para que ate a ella una carta que haréis llegar a las manos de vuestro rey Afridón, para que la lean este y mi hijo el rey de Rum, y se enteren los dos de cómo van sus asuntos y de lo que deben hacer y de lo que se deben abstener.

Echáronle luego los otros la cuerda y la vieja ató a ella la carta y su texto decía:

«De parte de la máxima calamidad y de la plaga principal, Zatu-d-Dauahi, para el rey Afridón.

»Y después. Sabe cómo ideé en favor nuestro un ardid magistral para acabar de una vez con las huestes del Islam y lo logré, de suerte que ya podéis respirar libremente. Pues a todas sus tropas cogí prisioneras y a su sultán también y a su visir Dandán prendí en mis redes arteras.

»Después de lo cual fuime a ver a los otros y les puse al corriente del desastre ominoso, con lo que ellos perdieron los bríos y se quebró la punta de su dardo buido. Y a las tropas que tienen sitiada a Kostantiniya les he hecho saber que los suyos envían diez mil hombres mandados por el emir Tarkasch; y es mi deseo ahora que salgáis luego contra ellos con todo vuestro poder, antes de que expire el día; y en sus tiendas de campaña los acometáis de improviso y no dejéis de ellos ni uno solo vivo, que en verdad el Mesías con su mirada os cobija y os da su favor la Virgen María; y espero que el Mesías me tendrá en cuenta lo que estoy haciendo y en su día me otorgará la recompensa merecida.»

Luego que la carta llegó a manos del rey Afridón y este la leyó, grandemente de sus nuevas se holgó y mandó llamar al rey de Rum, hijo de Zatu-

<sup>175</sup> Para los impíos.

d-Dauahi, y le leyó la carta que mandaba su madre y él también se alegró y en el acto exclamó:

—¡Mira adónde llega de mi madre la astucia! ¡En verdad que la espada ella no necesita y ella sola se basta para armar estropicios que dejan en pañales al del día del Juicio!

A lo que el rey Afridón, asintiendo, exclamó:

—¡Que jamás el Mesías nos prive de la ayuda de tu madre ladina y nunca se le agote la fuente de sus marrullerías!

Ordenó acto seguido el rey Afridón lanzar un pregón mandando a sus patricios se aprestasen a salir fuera de la ciudad; divulgóse la nueva por Kostantiniya con gran celeridad y al punto concentráronse la hueste patricial y fuerzas aliadas de la cristiandad, y salieron de sus vainas los agudos aceros y de las bocas frases de blasfemia y reniego y de herejía contra el Señor de sus siervos.

Al ver aquellos el mayordomo dijo:

—No hay duda que las tropas de Ar-Rum vienen contra nosotros, sabedoras de hallarse ausente nuestro sultán, pues el grueso de nuestras huestes marchó a unirse con el rey Zu-l-Mekán.

Turbósele el juicio al mayordomo y arengó a sus tropas en el siguiente tono:

—Ye guerreros musulmes, de la Fe verdadera, bravos paladines, sabed que si volvéis la espalda, pereceréis al filo de la espada, y si tenéis aguante, alcanzaréis el triunfo en el combate. Tened presente que solo una hora tiene que resistir el valiente, pues cuando parece que todo se le cierra, luego Alá se apresura a abrirle alguna puerta. ¡Bendigaos, pues, Alá y se digne miraros con ojos de piedad!

Alzaron luego sus voces los musulmes, engrandeciendo a Alá, y también los almohades en el mismo sentido

rompieron a gritar, y el alfarje <sup>176</sup> de la guerra empezó a voltear y la lanza y la espada procedieron a obrar; llenáronse de sangre los vados y llanuras, y elevaron sus preces los frailes y los curas, ciñéronse la estola y la cruz levantaron, en tanto los musulmes ensalzaban a Alá y en voz alta recitaban aleyas de su *Corán*.

Y los guerreros del Piadoso combatieron con las huestes del Schaitán y volaron las cabezas de los cuerpos de los hombres, en tanto los ángeles buenos cubrían con sus alas al pueblo del profeta, el electo, y no paró la espada de voltear y matar, hasta que el día se ensombreció y vino la noche y se corrobó.

Ahora bien: habían logrado los infieles resistir a los creyentes y diéronse por seguros y salvos de las penas que los estaban aguardando, y cantaban ya victoria de antemano y muy contentos la noche pasaron, hasta que alboreó la aurora y venció con su brillo a las últimas sombras.

Montaron luego en sus bridones el chambelán y sus hombres, confiando en que Alá el triunfo les querría dar, y confundióse hueste con hueste y púsose en pie la batalla y ocupó su lugar.

Y volaron las cabezas de sobre los cuellos y mantúvose firme el bravo y volvió el cobarde el rabo y huyó, y el juez de la liza juzgó y falló y los paladines rodaron muertos de sus sillas y cubrieron los cadáveres el llano y el prado.

Y empezaron los musulmes a flojear y perder terreno, y se apoderaron los griegos de algunas de sus tiendas, y dizque ya estaban los mahometanos a punto de emprender la huida y dejar el campo cuando he aquí que ven venir a Scharkán con el resto de las tropas del Islam y los estandartes desplegados de los creyentes en la Unidad.

<sup>176</sup> Piedra de molino. Del árabe *Al-Hachra*.

Y Scharkán y sus hombres, luego que llegaron, arremetieron contra los infieles, y luchaban a porfía Scharkán y Zu-l-Mekán y el visir Dandán y los emires Bahram y Rustem con su hermano Tarkasch.

Luego que vio aquello el enemigo perdió la cabeza y se le voló el juicio y las nubes de polvo se extendieron por el campo todo, y Scharkán se llegó al chambelán y lo elogió por su entereza y el chambelán diole gracias a él por haberlos acorrido con tanta presteza. Y al ver los infieles ondear las banderas de la hueste creyente y ver en ellas estampadas de la fe del Islam salvadoras palabras, muy luego prorrumpieron en gritos de pavor, azorados y llenos de grave confusión.

Entonces los patricios invocaron a su vez la ayuda de Yohanán <sup>177</sup> y de Maryem, y a la cruz aborrecida imploraron también, y las armas dejaban de sus manos caer.

Adelantáronse entonces el rey Afridón y el rey de Rum, el uno por la derecha y el otro por la izquierda, y aprestaron sus acefas <sup>178</sup> al combate, aunque andaban remisas y de ánimo cobarde.

Había, empero, en sus filas un bravo caballero al que llamaban Laguya <sup>179</sup>, famoso por sus hechos.

Los musulmes también sus huestes dispusieron y Scharkán a su hermano hablóle en estos términos:

—Ye monarca del siglo, no hay duda que esos quieren retornos a singular combate, y a fe que bien quisiera yo medir con ellos mis fuerzas personales. Pero estimo mejor destacarme de nuestras filas con aquellos guerreros que tengan bien fajados de entereza los cuerpos, que es cosa ya sabida que

el buen orden en todo es media vida.

Contestó Zu-l-Mekán a su hermano Scharkán:

—¿Qué es lo que opinas, pues, tú que siempres sustentas sólido parecer?

—Opino—respondióle Scharkán a Zu-l-Mekán—que lo que aquí procede es que yo, destacándome del grueso de las tropas, vaya a atacar el centro de la cristiana horda y que el visir Dandán se sitúe a mi izquierda y tú, hermano mío, lo hagas a mi diestra, en tanto que el emir Bahram acomete por el flanco derecho y el emir Rustem por el izquierdo. Pero tú, ¿ye monarca del siglo!, cuida de no salirte de debajo de las banderas y estandartes, porque, después de Alá, tú eres nuestro firme pilar y nosotros debemos velar constantemente por tu seguridad y, de todo peligro que pueda amagarte, tu vida con las nuestras rescatar.

Por las cuales palabras diole gracias Zu-l-Mekán.

Amaneció luego la mañana y salieron de sus vainas las espadas; pero estando así las cosas, hete aquí que de las filas rumies se destaca un caballero y se adelanta, y al acercarse más a la morisca hueste pudieron ver los creyentes que venía caballero en pacífica mula de lenta andadura, y que, como su amo, rehuía el choque de las espadas y las armas. Y lucía la mula jaeces de blanca seda, cubiertos por una almozala de cachemira, y sobre sus lomos llevaba un *scheij* de edad avanzada y de respetable traza, y que vestía un sayal de lana blanca. Y aquel *scheij* espoleaba y hostigaba a su cabalgadura, hasta que llegó cerca de las filas de la morisca y allí se detuvo y lanzó el siguiente pregón:

—Vengo a vosotros todos como embajador y, a fuer de tal, recabo inmunidad. Que el enviado no tiene más misión que transmitir el mensaje que otro le encargó. Dejadme, pues, hablar y mi arenga escuchad.

<sup>177</sup> Juan el Bautista.

<sup>178</sup> Filas de guerreros. Del árabe *Az-Zafa*.

<sup>179</sup> Nombre de traza griega, deformado, que podría interpretarse *lascivo* o *leporino*.

A lo que contestóle Scharkán:

—De buen grado, *ye* heraldo, te concedo el *amán*. Habla, pues, sin temor, que ni cintarazo de espada ni envite de lanza cortarán tu voz.

Luego que esas palabras oyó el *scheij*, de su mula se apeó y se quitó la cruz que al cuello llevaba y la puso en el suelo delante de Scharkán y se postro ante él con mucha humildad. Y los musulmanes le dijeron:

—¿Qué nuevas nos traes?

Y él entonces dijo:

—Yo soy enviado del rey Afridón, pues le aconsejé evitase la destrucción de todos estos hombres y templos del Piadoso y el Solo, y él estimó justo

cortar la efusión de tanta sangre y reducirla al encuentro en singular combate de dos caballeros, uno por cada parte, cuyas armas decidan la suerte de esta lucha en fallo inapelable.

Hácete saber, asimismo, por mi conducto al rey Afridón, que él está dispuesto a dar su vida por la de su ejército y desea saber si el rey de los musulmes está dispuesto a hacer otro tanto, pues «si él me mata—dice—, perderá todo el brio el bando cristiano, y lo mismo le sucederá al de los mahometanos, si yo a él le mato».

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y cortó el flujo de sus palabras.

## PERO LA NOCHE 100 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—He llegado a saber, *ye* monarca, el afortunado, que el rey Afridón mandóles a decir a los musulmes:

—Si vuestro rey me mata, perderán todo brio las huestes cristianas.

Al oír Scharkán las palabras del heraldo, le dijo:

—Desde luego, *ye* monje, acepto lo que has dicho. Mañana por la mañana, se celebrará el desafío; que ahora, de caminar, estamos ya rendidos y, después del descanso, tendremos nuevos bríos y, en igualdad de condiciones, no podrá alegar nada quien resulte vencido.

Tornóse el heraldo muy contento a sus filas y comunicó el resultado de su embajada a su rey Afridón y al rey de Rum.

Holgóse grandemente el rey Afridón al escuchar sus nuevas y de su corazón ahuyentó toda inquietud y pena. Y pensó para sí:

«Ya la victoria es nuestra. Que sin duda es Scharkán de todos el más diestro en voltear la lanza y esgrimir el

acero, y si logro matarlo, se quebrarán sus bríos y se quebrantará todo su poderío.»

Todo aquello habíaselo comunicado al rey Afridón la vieja Zatu-d-Dauahi en carta que le escribiera diciéndole:

«Es Scharkán, sin duda de ningún género, el más caballero de los bravos y el más bravo de los caballeros.»

Pusiera en guardia a Afridón la vieja respecto a Scharkán, pero aquel no curaba gran cosa de su rival, que era también el rey experto caballero en miles de combates probara sus arrestos y lanzaba la piedra y el venablo cierto y sabía manejar la maza de hierro sin que le arredrasen los peligros más serios.

Pasaron los cristianos la noche en gran holgorio y fiesta y bebieron sin tasa el vino que enajena. Pero luego que llegó la mañana montaron en sus bridones los jinetes y embrazaron la lanza y salió a relucir la blancura de las espadas.

Y hete aquí que un caballero se ade-

lanta al palenque, cabalgando un corcel fogoso de los adiestrados para la guerra y hecho a aguantar arremetidas fieras, teniéndose firme sobre sus patas recias.

Vestía el tal caballero una férrea armadura que los más fuertes golpes resistía, sin que en ella dejasen mella ni abolladura; un espejito al pecho llevaba guarnecido de aljófar reluciente y en su mano esgrimía aguda cimitarra y era su lanza de madera de *jalan*ch, enorme y encorvada, obra de un arte raro, por francos fabricada y que un quintal pesaba.

Descubrió su rostro después el caballero y clamó en estos términos:

—Quien me conoce sabe de sobra quién soy, y el que no lo supiere, podrá enterarse hoy. Soy el rey Afridón, sobre el que Zatu-d-Dauhai vierte sus bendiciones, que son cual talismanes.

No bien acabara de proferir esas palabras, cuando al punto Scharkán de sus huestes se aparta y sale a la palestra y a su rival se lanza.

Acométense ambos con gran furia y coraje, que dos montañas semejan, que una con otra chocan, o dos mares que airados con sus olas se azotan. Acércanse, se alejan, se apegan y separan en lances alternados, y en tanto van y vienen no dan paz a la mano, esgrimiendo la espada, la lanza volteando.

Y sus sendos ejércitos siguen emocionados los lances de la lucha y unos gritan: «¡Scharkán es quien se lleva la palma del combate!» Y otros: «¡Es Afridón quien vence en el certamen!»

Sigue la lucha fiera de los dos caballeros, en dimes y diretes se enredan los guerreros, un nubarrón de polvo se levanta del suelo, vuelve la espalda el día, el sol a su ocaso finalmente se inclina y a su rival, Scharkán, el rey Afridón grita:

—Por el Mesías que adoro y su Ley verdadera que eres un caballero valiente y esforzado, pero también astuto,

aleve y solapado, pues aprecio en ti cosas que elogio no merecen y combates de forma que reprocharse puede, y a veces tu conducta de un esclavo parece.

Un caballo te traen de refresco tus gentes, para que, con ventaja, sostengas el palenque.

Mas yo, por el Mesías, cansado y harto estoy de tanto manejar espada y lanza hoy, y, no obstante, si quieres, para que veas quién soy, te propongo seguir esta noche la lucha, hasta que al fin al golpe de mi espada sucumbas.

Mas no has de cambiar nada, ni caballo ni cota; de otra suerte sería tu ventaja notoria.

Luego que estas palabras escuchara Scharkán, y con nombre de esclavo se sintiera llamar, acrecióse su furia y a sus gentes mandó se llevasen al punto aquel nuevo bridón y, sin cambiar de cota, la lucha prosiguió.

Afridón con fiera su lanza volteó y contra su adversario cual flecha la lanzó; Scharkán, con ligereza el disparo esquivó y al arzón de su montura la cabeza inclinó; mas la lanza en el pecho a Scharkán le fue a dar, que lo tenía abultado; no lo pudo ocultar.

Lanzó Scharkán un grito, uno solo lanzó, y al punto de sus ojos el mundo se eclipsó.

Luego que Zu-l-Mekán vio a su hermano Scharkán que sobre su corcel tendíase derribado, de suerte que muy poco faltó para que a tierra rodase el malhadado, a sus hombres mandó que a recogerlo fuesen y aquellos lo sacaron al punto del palenque.

Arremetieron luego con furia los infieles, aguantaron el choque las musulmicas huestes, mezcláronse ambos bandos confundiendo sus filas, trabajaron de firme las armas yemenies y Dandán el visir, arriesgando su vida, el primero de todos se adelantó a la liza.

Y el rey Zu-l-Mekán, al ver que el maldito Afridón derribara a su herma-

no con su lanza, pensó que aquel era muerto y ordenó a sus hombres fuesen a rescatar su cadáver, como lo hicieron, siendo el visir Dandán quien iba a la cabeza de todos, siguiéndole de cerca el emir de los turcos Bahram y Rustem, el emir de los *dailam* <sup>180</sup>.

Encontraron a Scharkán colgado del arzón de su caballo y, sosteniéndolo con cuidado para que no rodase por tierra, cargaron con él y se lo llevaron a Zu-l-Mekán, su hermano.

Tornáronse luego ellos al combate y menudearon y arreciaron los golpes y las flechas nublaban el aire y los guerreros lanzábanse apodos insultantes, hasta que lo más de la noche fue pasado y ambos bandos se sintieron cansados y gritaron llamando a retirada y fuese cada cual a sus tiendas de campaña.

Y acudieron en tropel los infieles junto a su rey Afridón y besaron la tierra entre sus manos, y los curas y los frailes lo felicitaron por haber derrotado a Scharkán, su contrario.

Marchó luego el rey Afridón a Kostantiniya y sentóse en el trono de su reino y el rey de Rum fue a verlo y le dijo:

—¡He aquí que el Mesías fortaleció tu brazo y vertió sobre ti las bendiciones que la santa madre Zatu-d-Dauahi de él había impetrado! Pues has de saber que los musulmes, muerto Scharkán, ya se fueron a pique; ¡volvieron sus huestes las espaldas y huyeron a la desbandada!

Y esto es, por ahora, todo lo referente al asunto de los infieles.

Cuanto a los musulmanes, al volver a su alfanque el rey Zu-l-Mekán, lo primero que hizo fue ir a ver a su hermano Scharkán y lo halló en el

peor de los estados y el más grave de los casos apurados.

Llamó luego a su visir Dandán y al emir Rustem y al emir Bahram para aconsejarse de ellos y todos opinaron que debía avisarse a los médicos.

Comparecieron estos y exclamaron: —¡No quiera la suerte de un hombre así privarnos!

Todo el resto de la noche lo estuvieron velando y al clarear la mañana vieron llegar al asceta llorando. Y el asceta fingido le palpó la herida con su mano y recitó aleyas del *Corán*, a modo de talismán.

Y el falso asceta lo estuvo velando hasta que empezó a alborear, y entonces Scharkán abrió los ojos y movió la lengua y habló.

Y Zu-l-Mekán, al ver aquello, mucho fue lo que se alegró y exclamó:

—¡En verdad que obró su efecto la bendición de ese siervo de Alá!

Y Scharkán exclamó, a su vez:

—Loado sea Alá por haberme querido salvar. Pues ya desde este momento me siento bien de nuevo.

Y dizque ese maldito no jugó conmigo limpio, y si no me aparto más vivo que el relámpago, de fijo que con su lanza el pecho me traspasa.

Demos, pues, gracias a Alá por haberme querido librar. Pero y nuestros musulmes, ¿cómo están?

—Llorando por ti—respondió Zu-l-Mekán.

—Pues ya no hay por qué—dijo Scharkán—, porque ya estoy bien. Pero y el santo varón, ¿qué fue de él?

Y el fingido asceta le dijo:

—Aquí me tienes a tu cabecera.

Y Scharkán volvióse a él y le besó la mano, y él le dijo:

—Ten paciencia, hijo mío; que Alá da el premio según el esfuerzo.

Y Scharkán imploró:

—Reza por mí.

Y él rezó.

Luego que la mañana del todo ama-

<sup>180</sup> Naturales de la provincia persa de Dailam; a la letra, significa muy moreno, cetrino. Bahram y Rustem o Mustam son nombres persas equivalentes a Marte y Hércules.

neció y su luz por la tierra entera se extendió, corrieron los musulimes al campo de batalla y también los infieles requirieron sus armas.

Y Zu-l-Mekán convino con el rey Afridón en luchar ambos solos y en ello persistió, por más que disuadirlo su visir pretendió, contando con la ayuda de Bahram y Rustem, que de Dandán hallaban certero el parecer.

Mas Zu-l-Mekán les dijo:

—¡Por la Mansión sagrada y la fuente Zemzem<sup>181</sup>, la de las dulces aguas, que he de ser yo quien muerte le dé a ese vil canalla!

Y yéndose al palenque el bravo Zu-l-Mekán con la espada y la lanza empezara a jugar con tal garbo que a todos causara maravilla, a la grey nazarena igual que a la morisca.

Volvióse a la derecha y mató dos patricios; tornó luego a la izquierda y a otros dos rodar hizo. Luego se fue a los medios y desde allí gritó:

—¿Adónde está ese rey que llaman Afridón? Que salga, que yo quiero que pruebe de mi mano el sabor del castigo que impongo a los villanos.

Y juró que no se iría de allí hasta no hacerle morder el polvo vil, y gritó fuerte y recio, para que todos lo oyesen:

—Ayer, ye rey, luchaste con mi hermano; hoy lucharás conmigo, y ten por cierto que no me infundes miedo.

Pero al oír el rey Hardob aquellos retos, dijo al rey Afridón:

—No salgas tú, ye rey, a pelear con él, que ayer te tocó a ti la vez; pero hoy me toca a mí y soy yo quien debe salir.

Y Zu-l-Mekán, en tanto, volvíase de

un lado para el otro, esgrimiendo en su mano la tajante tizona, jinete en un alazán de estampa prodigiosa, sobre el cual semejava al propio Antara<sup>182</sup>, según nos lo pinta la fábula, pues era su corcel negro con pintas blancas, como aquel que el poeta describió con estas palabras:

«Sus cascos a porfía la distancia devoran  
como si del destino el mensaje portara;  
negras son sus pupilas como la noche negra  
cuando sobre los mundos sus tinieblas dilata;  
su relincho es un trueno que asorda a quien lo  
oye  
y de pavor le llena y sobrecoge el alma;  
si el viento osa con él competir, él lo vence,  
que a las alas del viento sus alas aventaja,  
y es tal en la carrera que al relámpago mismo  
deja atrás, cuando agita su crin desmele-  
nada.»<sup>183</sup>

Arremetió luego cada uno de los dos a su contrario, procurando guardarse de sus golpes y poniendo de manifiesto cuanto de bravura albergaba en su pecho y retirándose y volviendo a la carga una y otra vez, de suerte que los pechos se encogían y el aguante de los fuertes decrecía.

Lanzó de pronto un grito Zu-l-Mekán y, yéndose derecho hacia el rey, asestóle un mandoble tan recio y tan certero que de un tajo partióle la cabeza y sacóle el alma del cuerpo.

Al ver aquello los infieles todos a una contra él arremetieron y él los aguardó, firme en su puesto, y entablóse la lucha con la espada y la lanza con tal furia y coraje que no tardó la tierra en verse surcada por arroyos de sangre.

Prorrumpieron los musulimes en clamores, engrandeciendo a Alá y loando a su Enviado, y Alá fue servido de

<sup>181</sup> Fuente o pozo de Zemzem muy estimado por su agua, y que surgió por efecto de un milagro, para que Agar pudiera dar de beber a su hijo Ismail-Abdu-l-Kerim. *Viaje a Meca*. La Mansión sagrada o Beitu-l-Haram es el templo de la Kába. El nombre de Zemzem es onomatopéyico del murmurar del agua.

<sup>182</sup> Poeta y guerrero árabe, del siglo VI, cuya vida, romaneada en miles de leyendas, presenta raras analogías con la de nuestro Cid Campeador.

<sup>183</sup> Burton, en su versión, aplica la descripción que antecede al rey Hardob; nosotros seguimos el texto de Bulak, por parecernos más lógico.



otorgarles su amparo y deparó el triunfo a los creyentes y el bochorno de la derrota a los infieles.

Prosternáronse entonces los musulmes y adoraron al Generoso, al Sublime, y le dieron gracias, reverentes y humildes. Pasó luego Zu-l-Mekán a visitar a su hermano Scharkán y este le dio su parabién y le dijo:

—Sin duda que todo esto es debido a

las bendiciones de ese asceta cumplido que de Alá impetró el triunfo con sus rezos, que nunca fueron desoídos. Pues todo el día de hoy ahí le vi, en oración, rogando a Alá nos diera del triunfo el galardón.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

## PERO LA NOCHE 101 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—He logrado saber, ye monarca, el afortunado, que, al entrar Zu-l-Mekán en la tienda de su hermano Scharkán, encontrólo sentado, teniendo al asceta a su lado. Holgóse mucho Scharkán de verlo y levantóse para salir al encuentro y felicitólo diciendo:

—Sin duda que todo ha sido obra de las oraciones de este asceta piadoso que estuvo todo el tiempo rogando por nosotros; otra cosa no hizo en todo el día de hoy que impetrar a Alá el triunfo de las huestes musulmicas, sin entibiar un punto el fervor de sus súplicas.

De suerte que al oír luego, desde aquí, vuestros gritos de «Alá es el más grande», comprendí que Alá el triunfo había dado a los alarbes y recobré las fuerzas en aquel mismo instante. Pero cuéntame ahora, hermano mío, todo lo que te haya sucedido.

Contóle Zu-l-mekán al pormenor todos los incidentes de su lucha con el maldito infiel y cómo lo matara y a la maldición de Alá lo enviara. Por todo lo cual rendía loor al Altísimo y sus gracias le daba por favor tan magnífico.

Al oír Zatu-d-Dauahi bajo su disfraz de asceta aquellas nuevas de la muerte de su hijo Hardob <sup>184</sup>, cambió su ros-

tro de color tornándose livido, y para sus adentros se dijo:

«Por el Mesías, que de nada valdrá ya mi vida si no hago que su corazón sangre por su hermano Scharkán como el mío sangra ahora por mi hijo, que era el pilar de la fe nazarena y del culto de la cruz verdadera.»

Mas todo eso guardóselo en su pecho la vieja.

Continuaron a la cabecera de Scharkán el visir Dandán y el rey Zu-l-Mekán y el mayordomo, poniéndole bizmas y emplastos y dándole las medicinas del caso, hasta que aquel convaleció, holgándose entonces todos de ello y comunicando la noticia al ejército, que también dio muestras de extremo contento.

Y decían todos con gran regocijo:

—Mañana montará en su caballo y vendrá con nosotros a rematar el exterminio.

Luego Scharkán les dijo:

—Mucho luchasteis hoy; debéis estar rendidos. Recogeos, pues, en vuestras tiendas y dormios y no paséis la noche en vela.

Acataron todos su intimación y cada cual a su sitio se tornó, no quedando junto a Scharkán sino algunos criados y la vieja Zatu-d-Dauahi, o sea, el falso ermitaño, con la cual el monarca estuvo un rato platicando, hasta que al fin lo rindió el sueño y se quedó lo

<sup>184</sup> En la edición de Bulak Afridón, por error manifiesto. En la referida edición es también Afridón quien pelea con Zu-l-Mekán.

mismo que si estuviera muerto. Y otro tanto ocurrioles a quienes lo velaban, con la sola excepción de la vieja taimada.

Y esto es por ahora todo lo concerniente al asunto de Scharkán y sus sirvientes.

Cuanto al asunto de la vieja Zatud-Dauahi, luego que todos se durmieron, no quedando nadie sino ella despierta, miró a Scharkán y hallólo sumido en el sueño. Púsose entonces en pie que parecía una loba rampante a una sierpe reptante, y sacóse de entre sus ropas un puñal envenenado con un tósigo tal que, aplicado a una piedra, muy luego la fundiera.

Desenvainó después la daga y fuese despacito a la cabecera del lecho de Scharkán y asestóle con él un golpe en el cuello y se lo cercenó, quedando la cabeza separada del cuerpo.

Fue luego a donde estaban los dormidos criados e hizo con todos ellos lo mismo que hiciera con su amo y, porque no despertaran de su sueño, sepárole también la cabeza del cuerpo.

Salió después de eso de la tienda la vieja y fue a la de Zu-l-Mekán, dispuesta a hacer lo mismo con el joven sultán; pero desistió al ver que sus guardas velaban y a otra parte sus pasos encaminó taimada.

Sigilosa asomóse a la tienda de Dandán, pero el visir estaba leyendo el *Corán*; reparó en ella al punto el visir y le dijo:

—¡Bien venido a mi tienda sea el asceta, de virtudes prodigio!

Temblóle a la vieja el corazón al oír tales palabras y, a modo de disculpa, balbució azorada:

—Precisamente vine a tu tienda a deshora, porque una voz misteriosa, de un amigo de Alá, que no sé quién será, me hirió en mis oídos. Y buscándola voy, pero ya me retiro, que no eres tú el que busco, aunque de Alá amigo.

Fuese de allí la vieja; pero el visir

Dandán, siguiendo sus pisadas, caminó detrás de ella. Notólo la maldita, temió ser descubierta y díjose a su ánima:

«De cierto soy perdida si no ideo alguna treta.»

Y volviéndose atrás dijo al visir Dandán:

—Siguiendo voy el rastro de ese amigo de Alá, al que yo no conozco y no sé quién será; luego que lo averigüe y lo llegue a encontrar, le pediré permiso para que a su presencia también pueda pasar. Luego que lo encontrare, te lo vendré a avisar; pero antes no me atrevo a llevarte hasta él, pues si me ve contigo, inopinadamente, de fijo que hasta él llegar no me consiente.

Al oír tales palabras de la vieja el visir de seguirla desiste y la deja tranquila y a su tienda se vuelve a acostarse y dormir.

Pero el sueño no quiere sus párpados cerrar y su ánimo no logra la paz conciliar. Por lo que, levantándose del lecho, sale afuera y se dice:

«Iré a ver a Scharkán y, con él conversando hasta clarear la aurora, leve el tiempo se hará.»

Dirigese allá luego y en la tienda penetra, y ve a Scharkán tendido en un charco de sangre que brota de su cuerpo, cual de un grifo, a raudales. Tintos en sangre están también sus servidores y Dandán lanza un grito tan penetrante y recio, que a todos los que duermen los saca de su sueño.

Acuden luego todos de Scharkán a la tienda, y al ver correr la sangre, todos a llorar se echan y de ayes y sollozos el espacio se puebla.

Despiértase con ello el noble Zu-l-Mekán, la causa del revuelo inquires sin tardar y al decirle:

—Tu hermano Scharkán, con todos sus criados, muerto en su tienda está —levántase en seguida, ligero vuela allá y encuéntrase al visir, que de gritar no deja, y al cuerpo de su hermano que yace sin cabeza.

Eclipsase a sus ojos el mundo. Lloro todo el ejército a una, con redoblado duelo, y en torno van y vienen del sultán desvanecido, hasta que al fin recobra Zu-l-Mekán el sentido.

Fija entonces los ojos en su exánime hermano y de nuevo se los nubla el más acerbo llanto y llora y lloran con él Dandán, su fiel visir, y Bahram y Rustem, amén del mayordomo, que hace planto también.

Pregunta luego el rey:

—¿No sabéis, por ventura, quién fue ese desalmado, que semejante crimen cometió con mi hermano? Y decid: ¿qué sucede que no veo por aquí a ese asceta ejemplar que mira con desprecio todo lo terrenal?

Pero al oír esas palabras, gritó el visir Dandán:

—¡Sí, sí! Pues ¿quién nos ha traído todas estas desdichas que colman nuestro mal sino ese falso asceta que lo es de Satán? Por Alá, que, desde el principio hasta el fin, desconfió de él mi corazón, pues sabido es que, quien siempre tiene en la boca cosas de la religión, es un hipócrita y un traidor.

Y acto seguido contóle el visir Dandán a Zu-l-Mekán la historia de la noche pasada y cómo quiso seguir al falso asceta y cómo este se lo prohibiera, y al oír aquello, rompió nuevamente a llorar todo el pueblo y llenóse el aire de gritos de duelo y de alabanzas a Alá, que siempre cerca está y siempre oye y atiende a quien lo implora, y de El impetraron que al falso asceta que negaba el testimonio de su existencia caer en sus manos hiciera.

Después de lo cual amortajaron a Scharkán y lo enterraron en el monte ya dicho e hicieron por él un planto de sus muchas virtudes digno.

Miraron luego por los resquicios de la puerta de la ciudad; pero esta no se abrió ni señal alguna dejóse ver sobre las murallas de ser humano, de lo que con gran maravilla se maravillaron.

Y el rey Zu-l-Mekán exclamó:

—¡Por Alá, que no he de volverme atrás, aunque tenga que estarme aquí años y años, hasta vengar la sangre de mi hermano Scharkán y asolar Kostantiniya y matar al rey de los nazarenos, aunque también a mí me cueste la vida y haya de dejar este mundo triste!

Mandó luego Zu-l-Mekán que le llevarán los tesoros hallados en el monasterio del monje Matrujna y revistó sus tropas y repartió aquellas riquezas entre sus soldados, sin que alguno quedara que su parte no recibiera, de lo que hay que decir cuánto se alegraron.

Reunió acto seguido trescientos jinetes de cada sección, y les dijo:

—Mandad provisiones a vuestras familias, pues tengo decidido de no moverme de aquí, por más años que pasen, hasta no haber vengado la sangre de mi hermano Scharkán, aunque en ello la vida haya de dejar.

Y sus guerreros, luego que esas palabras oyeron y sus regalos recibieron, exclamaron:

—Oír es obedecer.

Llamó luego Zu-l-Mekán a los correos y les dio cartas y les encargó de entregarlas, juntamente con los regalos, a las familias de sus soldados y de participarles cómo todos estaban sanos y salvos y satisfechos y ufanos y de decirles por su mandado:

—Estamos acampados ante Kostantiniya, o tomamos la ciudad o aquí morimos, y aunque hubiéramos de pasaros aquí meses y años, no nos moveremos hasta no lograr nuestro empeño.

Ordenó luego el rey Zu-l-Mekán a su visir Dandán que le escribiese a su hermana Noshetu-s-Semán, y le dijo:

—Ponla al tanto de todo lo ocurrido y de la situación en que ahora nos encontramos y encarécete que cuide de mi hijo, pues al salir yo a campaña oí decir que mi mujer estaba embarazada y a la hora de ahora ya es de suponer que haya dado a luz, y si, como creo

haber oído, el recién nacido es un niño, daos prisa a comunicármelo, para mi alegría.

Díoles luego Zu-l-Mekán algún dinero a los correos y ellos se lo guardaron y en seguida partieron, y el pueblo todo agolpóse en tropel para despedirlos y confiarles sus regalos y sus men-sajes.

Luego que los correos se retiraron, volvióse Zu-l-Mekán a mirar al visir Dandán y le mandó que con sus tropas se adelantase hasta las murallas de la ciudad.

Y avanzaron las tropas y no encontraron a nadie sobre los baluartes, de lo que volvieron a maravillarse.

Pero Zu-l-Mekán, por su parte, fue presa de gran perplejidad, pues sentía mucho la falta de su hermano Scharkán y aún le escocía la traición del falso santo varón.

Y tres días pasaron sin que vieran a ningún enemigo ni señal de ellos ni vestigio.

Y esto es por ahora todo lo referente a su historia.

Cuanto a los rumíes y el motivo de negarse a pelear aquellos tres días es el que ahora vamos a explicar.

Habéis de saber, pues, que luego que Zatu-d-Dauahi hubo dado a muerte a Scharkán, apresuróse a ponerse en camino y fue caminando sin parar hasta que llegó ante las murallas de Kostantiniya y en su lengua rumí gritóles a los arrogados, diciéndoles que le echasen una cuerda.

Y los centinelas le preguntaron:

—¿Quién eres?

Y ella les contestó:

—¡Yo soy Zatu-d-Dauahi!

Conociéronle ellos luego y le echaron una cuerda y ella se ató al cuerpo la cuerda y los guardas tiraron de ella y la subieron.

Y luego que Zatu-d-Dauahi viose dentro de la ciudad, corrió desalada en busca del rey Afridón y le dijo:

—¿Qué es lo que a los musulmes he oído decir? ¿Es verdad que mi hijo, el rey Hardob, es muerto o no?

Y el rey Afridón le contestó:

—Muerto es.

Y al punto la vieja rompió a llorar y endearchar y tanto fue lo que lloró que también el rey Afridón y todos los allí presentes la acompañaron en su llanto.

Contóle luego la vieja ladina al rey Afridón cómo diera muerte a Scharkán y a treinta de sus servidores, de lo que holgóse mucho el rey y por ello le expresó su agradecimiento, y, después de besarle las manos, la exhortó a la resignación por la pérdida de su hijo y de consolarla trató.

Y la vieja le dijo:

—¡Por la verdad del Mesías, que no estaré contenta hasta no matar a ese perro de los morunos perros en venganza de la sangre de mi hijo, que era un rey de los reyes del siglo! Y no hay más remedio sino que he de discurrir algún ardid e idear alguna artimaña para matar al sultán Zu-l-Mekán y a su visir Dandán y a su mayordomo y a Rustem y Bahram y a diez mil caballeros del ejército del Islam, pues no quiero que nadie piense que la cabeza de mi hijo está bien pagada con la de Scharkán, que eso, ¡jamás!

Dijole luego la vieja al rey Afridón:

—Has de saber, ye rey del siglo, que tengo resuelto hacerle planto a mi hijo y cortar mi cinturón y romper las cruces.

A lo que el rey Afridón respondió así:

—Has lo que te plazca, que no he de contradecirte en nada. Y si prolongares tu duelo por varios días, nada importaría, porque, aunque quisieran los musulmanes tenernos sitiados años y años, nada conseguirían ni otra cosa saldrían ganando que fatigas y quebrantos.

Y la vieja ladina, luego que hubo consumado la calamidad que dicha

queda y las ignominias que había concebido, requirió tintero y papel y escribió lo siguiente en él:

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

## Y LA NOCHE 102 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que la maldita vieja, después de consumir aquel desastre que referido queda y aquella infamia que recae sobre su propia alma, cogió tintero y papel y caña y escribió de su puño y letra esta carta:

«De parte de Schauahi, Zatud-Dauahi a todos los musulmanes que se hallan en estos parajes.

»Sabed cómo yo entré en vuestro país y con mi perfidia a vuestra nobleza correspondí y a vuestro rey anterior Omaru-n-Nôman en su propio alcázar muerte di.

»También en la angostura del alfoz a muchos de los vuestros maté yo y finalmente coroné mi obra de engaños y perfidias y traiciones matando a vuestro rey Scharkán y a todos sus servidores y de haberme ayudado la fortuna y apoyándome el Schaitán habría dado muerte también a Zu-l-Mekán, vuestro sultán, y a su visir Dandán y a todos los emires del Islam. Pues yo soy la misma que a vosotros llegó con disfraz de asceta y sobre vosotros hacinó desdicha tras desdicha y engaño tras engaño. Por todo lo cual, si queréis gozar de alafia, levantad luego el campo y volved atrás y a vuestras tierras regresad; pero si es vuestra perdición lo que buscáis, seguid ahí sitiándonos como hasta aquí, pues aunque ahí os estéis años y años no lograréis lo que anheláis ni daréis remate a vuestros planes.

»¡Y después de esto, la paz!»

Luego de escribir ese escrito, pasóse

la vieja marfuza y rahez <sup>185</sup> tres días haciendo duelo por su hijo el rey Har-dob, y al día, el cuarto, llamó a un caballero y le mandó que cogiese la misiva y la prendiese en una flecha y la disparase al campo enemigo.

Y después de dar la orden referida, entróse de nuevo en la iglesia y siguió llorando y endechando por la muerte de su hijo y a su sucesor en el trono le dijo:

—No tendré consuelo a mi dolor hasta que no haya dado muerte a Zu-l-Mekán y a todos los nobles del Islam.

Y esto es por ahora todo lo referente a su historia.

Cuanto a los musulmanes, tres días los pasaron presa de zozobra, y desánimo, pero al día, el cuarto, sus miradas se alzaron a las albacaras <sup>186</sup>. Y en ellas a un patricio vieron que en su mano tenía una flecha de caña que a su extremo llevaba una misiva atada <sup>187</sup>.

Aguardaron los alarbes a que el patricio la caña lanzase y, luego que así fue, la recogieron y Zu-l-Mekán mandó a su visir Dandán que el papel a ella atado leyera sin tardar.

Hízolo así el visir y, no bien lo leyó y lo que decía a comprender llegó y su sentido percibió, anegaron sus ojos lágrimas de dolor y en gritos indignados

<sup>185</sup> Ruin. Del árabe *Rajis*.

<sup>186</sup> Murallas y torreones.

<sup>187</sup> Se trata de la carta cuyo texto se transcribe en líneas anteriores.

prorrumpió y, ante aquella perfidia, llenóse de furor. Y exclamó:

—Por Alá, que ya mi corazón de esa maldita vieja recelaba traición.

Y dijo Zu-l-Mekán, sin dejar de llorar:

—Esa vieja insolente, valiéndose de astucias, nos engañó dos veces. Mas juro por Alá no moverme de este sitio hasta llenar su vagina de plomo derretido y encerrarla después en una prisión tal, que esté en ella cual ave metida en el alcahaz. Y al fin, para que a todos de ludibrio les sirva, la mandaré colgar de los cabellos en la puerta de Kostantiniya.

Zu-l-Mekán, luego de eso, se acordó de su hermano y tornó a derramar un llanto amargo.

Pero el visir Dandán le dijo:

—No te aflijas, rey, y tus ojos refresca, que no murió tu hermano sino porque ya se cumpliera su plazo. Y en llorar ahora ningún provecho hay, que con razón ya dijo el poeta en estos versos admirables:

«Lo que no ha de ser, por mucho  
que te esfuerces, no será,  
y lo que ha de ser, en vano  
no sea pretenderás.  
Todo está predestinado,  
todo su momento tiene  
y los sabios lo conocen,  
aunque lo ignore la gente.»

Suspende, pues, tus lloros y fortifica tu corazón y apréstate a requerir las armas con valor.

Contestó Zu-l-Mekán a su visir Dandán:

—Mi corazón está sangrando por las muertes de mi padre y mi hermano y porque de nuestras tierras estamos alejados y me inquieta la suerte de mis vasallos.

Mas en tanto que así los dos platican he aquí que un correo llega aprisa de Bagdad y con él un emir de los emires de Scham.

Y el mensaje que el correo traía comunicaba la noticia de que la esposa del rey Zu-l-Mekán dio a luz un hijo varón con toda felicidad, y su hermana Noshetu-s-Semán púsole el nombre de Kan-ma-kan<sup>188</sup> «y un porvenir brillante a este niño le aguarda, según los raros signos que en él ya se destacan.

»Por orden de su tía, Noshetu-s-Semán, los ulemas subieron al *minbar*<sup>189</sup> e impetraron para vosotros las bendiciones de Alá.

»Por aquí todos gozamos de salud y bonanza y este año tuvimos lluvias en abundancia.

»Tu amigo el fogonero del *hammam* está bien, no carece de nada y tiene a su servicio criados que hacen cuanto les manda, aunque aún sigue ignorando tu historia detallada.

»¡Y no cansando más, te deseamos la paz!»

Al leer aquel mensaje, exclamó Zu-l-Mekán:

—¡Mis hombros cobran fuerzas al saber que Alá me ha concedido un hijo llamado Kan-ma-kan! Quiero, desde ahora, desechar mi tristeza y mandarle decir responso a mi hermano y hacer en su nombre actos que a Alá sean gratos.

A lo que el visir dijo:

—Está muy bien, hijo mío.

Mandó después el rey levantar unas tiendas de campaña junto al sepulcro de su hermano y así al punto lo hicieron sus criados; luego reunieron en ellas a aquellos de entre los soldados que en leer el *Corán* estaban enseñados, y toda aquella noche en vela la pasaron y en tanto unos leían en el Libro el sagrado los otros, en silencio, los oían, meditando. Y Zu-l-Mekán, a impulsos del sentimiento, recitó estos versos:

<sup>188</sup> Literalmente: *Fue lo que fue.*  
<sup>189</sup> Púlpito.

—Lo llevaban en su caja  
y todos iban llorando  
detrás, con dolor profundo  
hasta que al cabo llegaron  
a la tumba que el Destino  
hogar le había asignado.  
¡Guay de mí! ¡Que nunca antes  
hube ni una vez pensado  
que al contento de mis ojos  
pudiere verle llevado  
a sepulcro en ese féretro  
que cargaban entre cuatro!  
¡Ye no! ¡Que bajo la tierra  
no te pongan, mientras tanto  
que los astros este mundo  
alumbren con fulgor claro!  
Pero ¿qué digo? ¿Es quizá  
del sepulcro eterno el antro  
y no es cierta la promesa  
que Alá, por su santo Enviado,  
a los creyentes nos hizo  
de un día resucitarnos?

Luego que Zu-l-Mekán hubo acabado de recitar estos versos, rompió a llorar de nuevo y lloraron con él todas sus tropas. Y después acercóse a la tumba de su hermano y echóse sobre ella, poseído de dolor violento, y el visir Dandán declamó entonces estos versos:

—Al dejar esta vida, ten presente  
que a gozar de la eterna te encaminas;  
de este mundo saliste con reproche,  
y te aguarda otro mundo de delicias.  
¡Así esperamos tus amigos fieles!  
De los que fuiste amparo en la desdicha  
¡y adarga tutelar en los combates!  
¡Y que tus beneficios nunca olvidan!  
¡Ye vanidad y engaño de este mundo!  
No merece en verdad ninguna estima.  
Al creyente servirle debe solo  
para ganar en él la eterna vida.  
¡Quiera a ti concedértela el Señor  
en su gloria bendita!  
Y reunirnos contigo no tardando  
a tus amigos fieles que suspiran  
por dejar este mundo desolado  
en que tú ya no brillas,  
tú, que eras ese sol esplendoroso  
que ya nuestras tinieblas no ilumina.

Luego que el visir Dandán hubo acabado de recitar estos versos rompió a llorar con mucho sentimiento y las lágrimas manaban de sus ojos como perlas.

Adelantóse después uno que en vida

de Scharkán había sido su asiduo comensal y rompió a llorar hasta que las lágrimas le corrían como ríos por sus mejillas y se puso a enumerar las nobles cualidades del difunto y terminó recitando los siguientes versos:

—¿Adónde huyó la bondad  
desde que es polvo tu mano?  
Desde que tú nos dejaste,  
yo vida misera arrastro.  
Dime tú, ye el camellero  
(Alá prolongue tus años)  
¿no ves cómo mis mejillas  
se engalanan con mi llanto?  
Que de hoy más serán las lágrimas  
mi único adorno preciado.  
¡Que alegrará al enemigo  
y al amigo dará espanto!  
¡Ye la imagen seductora  
de tiempos felices, faustos!  
¡Tan radiante que mis ojos  
mirarla no eran osados!  
¡Que si alguna vez la olvido  
y contemplo otros encantos,  
el insomnio me consuma  
y todo se me haga amargo!

Luego el rey Zu-l-Mekán y su visir Dandán reunieronse en su tienda para deliberar acerca de la guerra y juntos estuvieron varios días con sus noches, conversando acerca de ese tema.

Pero, a pesar de todo, no podía Zu-l-Mekán desechar su pena y su pesar. Por lo que al cabo, díjole a su visir Dandán:

—Placiérame escuchar alguna historia que hablara de las gentes o refiera vicisitudes de los reyes; alguna historia de los tiempos pasados que hiciese referencia a los enamorados o a otro tema que resultase grato.

—Cosa fácil es esa—contestóle el visir—, que en tiempos de tu insigne padre Omaru-n-Nómán, que ahora estará gozando de la gracia de Alá, siempre anduve ocupado en historias y versos, de los que el rey difunto hacía gran aprecio. De suerte que, si quieres, te contaré esta noche una historia que llaman de Asis y Asisa, a ver si así quizá tu pecho, ahora encogido, consigues dilatar.

Luego que el rey oyó tales palabras, llenósele el corazón de impaciencia por ver cumplida la promesa y estuvo inquieto todo el día aguardando la noche, mirando si venía, con el ansia de oír la historia prometida.

Luego que la noche fue venida, mandó encender las velas y los candiles y poner en la mesa viandas y bebidas, y además frascos con perfumes y esencias exquisitos.

Mandó luego a llamar a su visir Dandán, el cual se presentó en seguida con Rustem y Bahram y Tarkasch y el mayordomo principal.

Luego que entre sus manos comparecieron todos, volvióse Zu-l-Mekan a mirar al visir Dandán y le dijo:

—Sabrás, visir ilustre, cómo ya vino la noche y tendió sobre nosotros sus velos tupidos, que hasta el suelo llegan con sus flecos prolijos. Cuéntanos, pues, ahora la historia prometida, por escuchar la cual se me ha hecho largo el día.

—Muy bien—dijo el visir—. Lo haré con alma y vida.

Y acto seguido tomó el visir Dandán la palabra y dio principio a su historia en los siguientes términos:







## HISTORIA DEL PRINCIPE TACHU-L-MULUK Y LA PRINCESA DUNYA

(Noches 102 a 104)

*Historia de corte caballeresco que tiene el interés de mostrarnos un caso de inhibición erótica curado por procedimiento psicoanalítico que, en la época de que se trata, representa una anticipación. El argumento se desarrolla en un escenario geográfico, entre fantástico y real. La ciudad de Ispahán o Isfahan radica efectivamente en el Irak persa; Benjamín de Tudela la menciona en su Itinerario, diciendo: «Es una gran ciudad capital del reino, de doce millas de extensión.» Ibn-Batutah (siglo XIII) dice de ella: «Es una ciudad de las más grandes y hermosas; pero su parte más principal hállase ahora en ruinas a causa de las discordias que existen entre sunnies y schiies. Se encuentra allí fruta en gran abundancia y entre otras unos albaricoques que no tienen rival en la tierra y que llaman Kámaru-d-Din (Luna de la Fe), peras, uvas y sandías, igualmente exquisitas.» También Marco Polo la menciona en sus Viajes.*

*Cuanto a Medinetu-l-Jazra o Ciudad la Verde (de etimología idéntica a la de nuestras Adra y Jodra en Andalucía) y la Tierra Blanca, Arzu-l-Baida —una de tantas Albaidas como se registran en nuestra toponimia—, parecen pertenecer al mapa de la fantasía. El viajero Kerim menciona, sin embargo, una ciudad de la Transoxiana, no del Iraku-l-Achemi, llamada Kech o Char Sbez, «ciudad verde o fresca» (sic).*

—Has de saber, ye rey tan glorioso como afortunado, que en los tiempos pretéritos y en los siglos pasados había una ciudad más allá de los montes de Ispahán, a la que llamaban Medinetu-l-

Jazra y en ella reinaba un rey nombrado Soleimán, y estaba dotado de generosidad y bondad y equidad y clemencia y excelencia y fortaleza, e iban a él cabalgantes de todas las regiones y ha-

biase divulgado su nombre por todos los países y todas las naciones.

Y ocupó el trono de su reino extensión dilatada de tiempo, gozando de poder y seguro y contento, salvo que no tenía hijos ni concubinas.

Pero tenía un visir que le andaba muy cerca en punto a sus cualidades de generosidad y munificencia.

Y sucedió que, un día de los días, mandó llamar el rey a su visir y, besado que este hubo la tierra entre sus manos, díjole el soberano:

—Ye el visir, has de saber que mi pecho se encoge, se apura mi paciencia y se acaba mi resistencia, al ver que no tengo mujer ni hijo, que tal cosa no es propia de reyes que mandan sobre grandes y chicos, pues estos se alegran al pensar que dejan tras de sí hijos que doblen su número y acrezcan su guarismo.

Y he aquí que el *nabi* (¡sean sobre él la oración y la paz!) dijo:

—¡Casaos y engendrad, que con vosotros me glorificaré el día del Juicio final!

Dime, pues, ye visir: ¿qué opinas sobre esto?

Y el visir respondióle:

—Alá seguramente proveerá a tu necesidad y colmará tus ansias con liberalidad.

—¿Cómo?—preguntó el rey.

Y díjole el visir:

—Has de saber, ye monarca ilustre, que ha llegado a mis oídos que el rey Sahar schah <sup>1</sup>, el señor de la Tierra la Blanca, tiene una hija que es un portento de hermosura, tanto que cuanto se diga sería insuficiente para hacer su pintura; que no tiene igual en estos tiempos, pues a más de su mucha belleza es de una gran armonía y proporción en todo su cuerpo y tiene unos

ojos negrisimos y un pelo larguísimo y un tallo de palmera y unas amplias caderas y seduce al andar de frente, y alma y vida te roba si la espalda te vuelve.

Como de ella dijo el poeta:

«Una joven airoso de fino tallo  
que a los montes de arena deja corridos,  
y que al sol y a la luna los oscurece  
con el fulgor radiante de su prestigio.  
Dijeras que el almibar de su boquita  
mezclado está por cierto con dulce vino,  
y que son perlas finas de lo más caro  
en coralino estuche sus dienteceillos.  
Y es su cuerpo garboso de huri divina  
que todos los encantos muestra reunidos,  
y que el alma seduce de quien la mira,  
aunque también lo deje muy mal herido,  
pues son sus ojos crueles y traicioneros,  
y matan a quien miran como asesinos,  
y van dejando siempre, por donde pasan,  
de víctimas sembrado todo el camino.  
¡Solo que dan la muerte con tal dulzura,  
que morir yo quisiera fuera mi sino,  
llagado de las flechas con que traspasan  
los corazones esos ojos tan lindos!»

Luego que a su descripción puso fin díjole al rey el visir:

—Mi opinión, ye monarca glorioso, es que debes enviar a su padre un legado, que sea hombre inteligente y en negocios versado, experto y a afrontar las vicisitudes de los tiempos acostumbrado, y capaz, en una palabra, de agradar al rey y hacer que este su hija te ceda de buen grado.

Pues has de hacer cuenta que ella no tiene igual ni en las tierras remotas ni en su proximidad, y puesto que sea tuya gozarás de su belleza incomparable y te granjearás la gracia del Señor, el más grande.

Que ya dijo el *nabi* (¡sean sobre él la oración y la paz!): «No hay votos de castidad en el Islam.»

Sintió el rey, al oír eso, un júbilo perfecto, dilatósele el pecho y huyeron de su alma la tristeza y el abatimiento.

Y dirigiéndose al visir, díjole así:

—Has de saber, ye visir el eminente, que para esa embajada eres tú el más

<sup>1</sup> Sahar significa lo mismo que *candidus* en latín, brillante de blancura, como el fuego, y es un epíteto alegórico.

competente, por tu mucho ingenio y tus grandes conocimientos. Así que vete luego a tu casa, arregla tus asuntos y prepárate a partir mañana mismo, para que en mi nombre pidas a su padre por esposa a esa joven, que ya no se aparta de mi pensamiento y que es la única que puede aquietar mis anhelos.

—Oír es obedecer—el visir respondió. Y acto seguido dirigióse a su casa y procedió a elegir regalos y presentes, de esos que son los solo dignos de los reyes: piedras preciosas de raro valor y alhajas de exquisito esplendor. Cargólo todo luego en mulas y camellos y aprestóse a partir, llevando en su cortejo cien esclavos y cien esclavas y sobre su cabeza banderas desplegadas y enseñas que ondeaban.

Encargóle el rey no tardara en volver más de unos cuantos días, y él quedóse entre tanto cual sobre ascuas encendidas, con la mente embargada de amor por la mocita, pensando, sin cesar, en ella, noche y día.

Días y noches, en tanto, caminara el visir, a través de campos y desiertos, hasta que solo una jornada le separaba ya de la ciudad ansiada.

Acampó allí el visir a orilla de un caudaloso río y, llamando a uno de sus familiares, ordenóle fuese con toda diligencia a ver al rey Sahar schah y le anunciase su llegada a aquel lugar.

—Oír es obedecer—respondió el familiar. Y acto seguido marchó aprisa en dirección a la ciudad.

Pero aún no llegara, cuando ya la noticia se divulgara, pues el rey Sahar schah, hallábase casualmente a la sazón en una de sus quintas de recreo, sentado frente por frente a la puerta de la ciudad, de suerte que vio al emisario entrar por ella, conociendo al punto ser un extranjero venido de luengas tierras.

Dio orden en seguida de que lo condujesen a su presencia y, luego que el enviado estuvo entre sus manos, hizole

saber al monarca cómo el más grande de los reyes, Soleimán schah, señor de Medinetu-l-Jazra y de los montes de Ispahán, había tenido a bien despatcharle una embajada.

Holgóse mucho de oír aquello el rey Sahar schah y dióle la bienvenida al emisario, llevóselo a palacio y preguntóle:

—¿Dónde dejaste al visir?

—En el río fulano lo dejé—respondióle aquel—. Pero mañana vendrá a verte, ye el rey el ilustre. ¡Así quiera Alá seguir colmándote de mercedes y en su gracia tener a tu padre, el difunto rey!

Mandó el monarca luego a uno de sus visires reuniese a sus familiares de más categoría y a su mayordomo mayor y a sus vicarios y magnates del reino y fuese con ellos a recibir con todos los honores al embajador del rey Soleimán schah, por respeto a este monarca, cuya fama también llegara a aquellas lejanas tierras.

Y esto es, por ahora, todo lo referente al asunto del rey Sahar schah.

Cuanto al visir, pasó este en aquel lugar hasta mediar la noche; luego púsose en camino, en dirección a la ciudad. Y apenas hubo amanecido la mañana y despuntado la lumbre del sol sobre montes y collados, hete aquí que les salen al paso el visir del rey Sahar schah y su mayordomo y los emires de su reino y los familiares de su trono, e incorporándose a su comitiva, lo van acompañando trecho de una parasanga<sup>2</sup>, que era lo que de la ciudad distaban.

Dio ya el visir por logrado el objeto de su embajada y saludó con el *selam* a los que salieran a su encuentro y todos siguieron caminando hasta llegar a la puerta del alcázar, donde tuvieron que atravesar siete patios hasta salir, finalmente, a un lugar donde no era

<sup>2</sup> Parasanga o farasanga; medida itineraria de los antiguos persas, equivalente a 2.500 metros.

permitido entrar a nadie montado, pues ya estaba próximo el regio estrado.

Apeóse, pues, allí el visir y dirigióse a pie a un estrado en alto, en cuyo fondo había un lecho de mármol, incrustado de aljófar y de pedrería, sostenido por cuatro pilares que eran otros colmillos de elefante.

Había sobre aquel lecho un asiento forrado de raso verde, recamado de oro bermejo y cubierto por un palio de

aljófar y pedrería. Y el rey Sahar schah estaba sentado en aquel trono y los magnates del rey permanecían en torno suyo de pie, atentos a servirle.

Llegóse a besar la tierra entre sus manos el visir, y en el momento corroboróse su espíritu y soltóse su lengua...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y cortó el flujo de sus fluientes palabras.

## Y LA NOCHE 103 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—He logrado saber, *ye* monarca, el afortunado, que cuando el visir del rey Soleimán schah fue introducido en presencia del rey Sahar schah, corroboróse su espíritu y soltóse su lengua y desplegó su oratoria de los visires y saludó al rey en el lenguaje de la elocuencia y recitó este poema:

—De gracias vino adornado,  
gracias vierte por doquiera  
y los ojos nos cautiva  
con gratísima violencia.  
Al que me critica, digo:  
—No me censure tu lengua  
por el amor que le tengo,  
y a su influjo me encadena.  
Mí corazón me traiciona;  
se va con él y me deja,  
y de mis ojos el sueño,  
por irse con él, se vuela;  
pero a los dos los disculpo,  
y aun su abandono me alegra,  
pues también junto a él estar  
siempre, es lo que yo quisiera.  
Nada halaga mis oídos  
ni tanto mi alma recrea  
como oír que a Sahar schah  
a porfía se pondera.  
Que es un monarca tan grande,  
de tanta piedad y ciencia,  
que con solo una mirada  
todo lo anima y fomenta,  
y hace que las oraciones  
que los creyentes elevan  
al Señor del Universo,  
logren su blanco, certeras.  
En fin, es tal que si alguno  
sus mandatos infringiera,  
un gran pecado, sin duda,  
contra la Fe cometiera.

Luego que el visir terminó de recitar sus versos, mandóle el rey Sahar schah que se acercase más y lo honró con las honras más grandes que se pudieran pensar.

Y lo sentó a su lado y en su cara le sonrió y con una afable respuesta lo favoreció.

Y así estuvieron hasta que llegó la hora de hacer colación y los criados llevaron las mesas de los manjares al salón y todos comieron mano a mano hasta que se hartaron.

Después de lo cual lleváronse de allí las mesas y se retiraron todos los comensales, no quedando en la sala sino los palaciegos principales.

Y entonces el visir levantóse de su asiento y cumplimentó de nuevo al monarca y besó la tierra entre sus manos y después hablóle en estos términos al soberano:

—*¡Ye* rey poderoso y temido señor!  
Has de saber que vine a ti de luengas tierras, traído por un asunto que de tu mano pende, y en el que se cifran venturas y bienes, y es que vengo a pedirte en matrimonio a tu hija, la noble y la nombrada, para el rey Soleimán schah, monarca dotado de equidad e integridad, sinceridad y generosidad, señor de la Tierra Verde y de las montañas de Ispahán, el cual te envía

conmigo presentes valiosos y regalos suntuosos, que te demostrarán cuán ardiente es su deseo de ser tu yerno. Y ahora solo falta saber si tú, *ye* señor, sientes por él la misma inclinación.

Luego que eso dijo, tornó a callar el visir y silencio guardó y la respuesta del monarca aguardó.

Oído que hubo el rey Sahar schah las palabras del visir, al punto levantóse de su trono e hizo un saludo muy respetuoso, cosa que asombró a todos y los dejó atónitos, al ver la muestra de consideración que daba el rey al embajador.

Extremó luego el monarca sus halagos y atenciones con el visir, y, sin tomar asiento, dijo así:

—*Ye* el visir, el engrandecido, *ye* señor el ennoblecido, escucha lo que al rey Soleimán schah le digo:

En el número de sus esclavos me cuento y me honro con su trato y respiro su aliento, ¡y una esclava es mi hija de sus muchas esclavas y se la cedo muy honrado, pues será mi tesoro y mi báculo!

Acto seguido mandó el rey Sahar schah llamar a los cadies y a los testigos y estos testificaron cómo el rey Soleimán schah confiriera poderes a su visir para concretar su matrimonio con la hija del rey Sahar schah.

Ordenó luego el rey extender la partida de casamiento, dando muestras de extremado contento. Hicieronlo así los cadies e invocaron sobre los cónyuges toda suerte de bienes y gracias y mercedes.

Luego procedió el rey a preparar el equipo de su hija y a agasajar al visir y organizó un gran festín, al que invitó a grandes y chicos de su país, y en estos regocijos pasaron dos meses, durante los cuales procuró el rey que en ellos no faltase nada de cuanto puede alegrar los ojos y el alma.

Luego que tocaron a su fin todos los preparativos necesarios para el viaje de

la novia, mandó el rey que levantasen alfaneques en las afueras de la ciudad y que metiesen en arcas los ricos trajes del equipo nupcial y que se dispusiesen a marchar las esclavas nazarenas y las criadas turquesas y las amigas de la desposada, llevando riquezas de calidad rara y tesoros de mérito exquisito y pedrería de precio subido. Habilitaron después, destinada a la novia, una litera que era de oro rojo, incrustado de brillantes y aljófar, y otras para sus servidoras, dedicando diez mulas para transportarlas a todas.

Y eran las tales literas como camarines y sus ocupantes semejaban huries, de las hermosas y gentiles, que habitasen en alcázares fabricados por los genios sutiles.

Cargaron después en las acémilas los tesoros y las haciendas, repartidos entre mulas y camellos, y púsose en marcha el cortejo, al que el rey Sahar schah fue acompañando, hasta tres parasangas, fuera de la ciudad, y allí se despidió de su hija y el visir y todos los demás, regresando a su alcázar henchido de alegría y de felicidad.

El visir, por su parte, siguió caminando adelante, llevando consigo a la hija del rey, y atravesó poblados y yermos desolados, forzando día y noche la marcha, hasta llegar a un sitio de donde ya solo lo separaba de su país trecho de tres jornadas.

Despachó desde allí el visir un correo que anunciase al rey la llegada de su esposa, y el emisario caminó aprisa hasta llegar a presencia del monarca, el cual se alegró mucho al saber la noticia y gratificó al mensajero con un traje de gala, como albricias.

Mandó luego el monarca a sus tropas que saliesen formadas con todo lucimiento y pompa fuera de la ciudad a recibir a su esposa, y así lo hicieron todos, ansiosos de recrear con su vista los ojos.

Y los atabales redoblaban y las lan-

zas volteaban y los anafiles trompeteaban y la brisa apacible soplabla y las banderas flameaban y los corceles galopaban, hasta que el cortejo llegó a las puertas del alcázar.

Adelantáronse entonces los esclavos con las literas hacia la puerta secreta y resplandeció aquel lugar con la hermosura de la desposada y se ornó con el decoro de sus galas.

Llegada que fue la noche abrieron los eunucos las puertas y formaron guardia ante ellas.

Y la novia se adelantó, rodeada de sus esclavas, entre las cuales semejaba a la luna entre sus estrellas o a una gema de valor incomparable prendida en un sartal de perlas.

Pasó luego la novia a su camarín reservado y en él halló dispuesto un lecho de mármol, con incrustaciones de pedrería y aljófar, que era un contento mirarlo.

Sentóse en él la novia y el rey pasó a verla y Alá hizo que en su corazón prendiese el amor a ella, de suerte que, sin tardar, aquella noche misma, despojóla de su virginidad, quedando él, a su vez, despojado de toda inquietud y pesar.

Cerca de un mes entero permaneció a su lado, pero la primer noche ya encinta la había dejado.

Luego, cumplido el mes, tornó el monarca a su quehacer, y sentóse en el trono de su reino a administrar justicia entre sus vasallos y siervos.

La reina, entre tanto, llegaba al término de su embarazo. Y la postrera noche del mes noveno sintió la reina los dolores primeros y en el sillón del parto se sentó y Alá el trance le allanó, y dio a luz un hijo varón, sobre el cual resplandecían los signos de la felicidad, sin tilde ni borrón.

Luego que supo el rey la fausta nueva, alegróse muchísimo y dióle al mensajero una propina espléndida y lleno de alborozo corrió a ver al infante y lo

besó entre los ojos y maravillóse de verlo tan hermoso, que por él parecía haber dicho el poeta:

«De un león, al nacer, le otorgó Alá los bríos para escalar la cumbre enhiesta y cual a un astro egregio, refulgente, el dominio le dio de las estrellas. Al verlo, rendiránse ante él las lanzas, se abollarán las armaduras férreas, y azorados huirán los enemigos cual manadas de tímidas gacelas. No podrá retenerlo en su regazo, muelle y suave, la nodriza tierna; que del corcel los lomos vigorosos él más gratos y cómodos encuentra; ni tendrán que luchar para que el gusto a los pechos nutricios él les pierda, porque más que la leche hallará dulce la sangre roja en borbotones densa del enemigo que venció en la lucha, rendido ante el poder de su fiera.»

Hiciéronse luego cargo del niño las nodrizas y cortaron el cordón de su ombligo y untaron sus ojos con colirio.

Pusieronle después por nombre Tachu-l-Muluk Jarán <sup>3</sup>, y se amamantó a los pechos de la ternura y se crió en la cámara de la ventura, y no dejaron de correr los días y los años se sucedían, hasta que cumplieron siete de su vida.

Mandó venir entonces el rey Soleimán schah a los ulemas y los sabios y les ordenó que enseñaran a su hijo todo lo que fuera necesario: escritura, moral y urbanidad.

Encargáronse del niño los maestros, y varios años emplearon en instruirlo y educarlo, hasta imponerlo en todo lo necesario, y luego que ya supo todo cuanto el rey quería que supiese, se lo devolvieron a este, el cual entonces se lo encomendó, para que completara su educación, a un famoso profesor que le estuvo enseñando equitación, hasta que cumplió los catorce años. Y era tal el mocito que, cuando salía de su alcázar para algún menester, todo el que lo veía se prendaba de él. Y le componían versos y dejábanse arrastrar a pensa-

<sup>3</sup> Corona de los reyes.

mientos torpes los virtuosos, por lo que en él había de gentil y de hermoso. Como dijo el poeta:

«Despide de su cuerpo tal fragancia  
esa rama nutrida de los céfiros,  
que me pongo borracho al aspirarla.  
Y no borracho cual quien bebe vino,  
pues mi embriaguez procede de sus labios  
que manan un dulcísimo rocío.  
Es su belleza tal que en ella encuentro  
un resumen de todos los encantos  
y a su imperio rendido me someto.  
Jamás, jamás en tanto no se rompa  
de mi vida el sartal, podrá extinguirse  
este amor que me une a su persona.  
En tanto viva yo, viviré amándole,  
y al morir, ha de ser mi último grito  
un himno a su belleza incomparable.»

Luego que cumplió los dieciocho de su edad apuntóle un tenue vello en sus mejillas frescas y sonrosadas, adornadas con sendos lunares, al ámbar gris comparables, y por él volvíanse locos cuantos lo miraban y se abrasaban en el fuego del deseo. Como dijo el poeta en estos versos:

—Lo temen cuantos lo ven,  
porque su gracia cautiva  
y en sus mejillas morenas  
el oscuro color brilla  
de la bandera abbasi<sup>4</sup>.  
De la belleza es jaifa.

Y como también dijo otro poeta:

«Jamás vieron mis ojos  
cosa más linda  
que ese lunar oscuro  
de su mejilla.  
Su mejilla rosada,  
que tal contraste  
forma con sus ojazos  
negros y grandes.»

O como dijo este otro poeta sobre el mismo tema:

«Maravilla me causa ese lunar  
que su clara mejilla entenebrece  
y que, con ser infiel, el fuego elude  
y a mí en cambio el sentido me encandece.  
Obra de magia es el condenado,  
que mágicos efectos ocasiona,  
y que con ser tan fresco y tan lozano,  
a quien lo ve, lo abrasa y lo devora.»

O como dijo todavía otro poeta:

«Cuando a la gente escucho que discute  
sobre la Fuente de Juvencia y dónde  
puedan brotar sus milagrosas aguas,  
para mí me sonrio, cual quien conoce  
su manadero y sabe que radica  
en una dulce boca, la del joven  
bello y gallardo que rival no tiene,  
porque toda belleza en él se esconde.»

Ahora bien: luego que se hubo des-  
arrollado aquella su hermosura y llegó  
Tachu-l-Muluk a la edad de la hom-  
bría, acrecióse su belleza más todavía  
y le granjeó muchos compañeros y  
amigos, pues todo el que se le acercaba  
hacia votos porque sucediera a su pa-  
dre en el trono y se hacía la ilusión de  
ser junto a él su visir o, por lo menos,  
emir.

Aficionóse entonces a cazar con red  
y con ballesta, y se apasionó tanto por  
ese deporte que no pensaba en otra  
cosa y no lo dejaba ni una hora.

Aunque su padre Soleimán schah  
prohibiérale la caza, temiendo por él, a  
causa de los peligros del campo y de  
las fieras bravas. Pero el joven de tales  
cosas no curaba.

Sucedió, pues, un día que el príncipe  
Tachu-l-Muluk les dijo a sus criados:  
—Allegad provisiones para diez días.

Acataron aquellos su orden y la  
cumplieron. Y el príncipe a cazar salió  
con su cortejo, llevando a prevención  
el arco y el halcón.

Y salieron todos con él y se echaron  
al campo y anduvieron por él rastrean-  
do por espacio de cuatro días hasta  
que llegaron a la linde de una tierra  
verdecida, en la que vieron rebaños  
que pacían y árboles con frutos que  
madurecían y fuentes que abundosas  
surgían.

Y dijo Tachu-l-Muluk a sus servido-  
res:

—Tended aquí las redes, a todo lo  
largo, y cercad este campo, y luego  
nos reuniremos todos en su cabo, en el  
sitio fulano.

<sup>4</sup> Alusión al color negro del pendón de los  
abbasies.

Acataron y cumplieron su orden los criados y desplegaron las redes en todo su largo y rodearon con ellas el espacio marcado e hicieron gran botín de toda suerte de piezas, de caza mayor y menor, sin excluir a las gacelas, que en la red todas quedaron presas.

Y la que por astucia lograba evadirse luego era perseguida de los canes, las onzas y los gavilanes. Después de lo cual los arqueros las remataban con sus disparos certeros, de suerte que muy pocas escaparon consiguiéron.

Acampó luego de eso Tachu-l-Muluk a la orilla del agua y mandó que le llevasen las piezas cobradas y procedió a su recuento y su reparto y separó la flor para su padre Soleimán schah y los magnates del reino, mandando se lo llevasen sin tardar.

Pasó la noche el principe en aquel lugar y, al amanecer la mañana, vio venir hacia allí una gran caravana, en la que figuraban esclavos y criados en proporción no escasa. Y la caravana referida fue a acampar a la orilla del agua sobre la tierra verdecida.

Y al ver aquello Tachu-l-Muluk dijo-le a uno de sus servidores:

—Ve a enterarte de qué gente es esa y preguntales por qué han hecho alto en estas tierras.

Fue allá el esclavo y dijo a los viajeros:

—Decidme quiénes sois sin andar con ambages y rodeos.

Y los otros contestaron diciendo:

—Somos mercaderes y nos hemos detenido aquí para descansar, porque aún nos encontramos bastante lejos de nuestra ciudad, y si hemos elegido este sitio para acampar, es porque confiamos en el rey Soleimán schah y en su hijo Tachu-l-Muluk Jarán y nos consta que en su país todo el mundo goza de seguridad y está a salvo de todo desmán. Y por cierto que con nosotros traemos telas ricas de gran valor que precisamente escogimos pensando en el príncipe, su hijo.

Tornó el mensajero a donde estaba el príncipe y le informó de la verdad del caso y le repitió las palabras de los mercaderes en un fiel relato.

Oído lo cual exclamó el príncipe:

—Puesto que traen cosas que solo trajeron por mí, hasta que las vea no he de entrar en la ciudad ni he de moverme de aquí.

Y acto seguido montó en su corcel y se dirigió hacia la caravana y, al acercarse a ella, vio un joven de gallarda presencia y elegante vestimenta, de expresión simpática, con una frente que cegaba de blanca y un rostro que la luna llena semejava, salvo que aquel mancebo tenía sus facciones cambiadas y la palidez se extendía por su cara, lo cual era debido a estar separado de su amada.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y a sus descomedidas palabras puso tasa.

## Y LA NOCHE 104 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mí noticia, *ye monarca*, el afortunado, que Tachu-l-Muluk dirigióse hacia la caravana y vio allí un joven de presencia gallarda y elegante indumentaria y facciones agraciadas, salvo que tenía su belleza alterada y la palidez se extendía por su

cara. Lo cual era debido a estar separado de su amada, por lo que redoblaba sus sollozos y corrían ardientes lágrimas de sus ojos. Hasta que llegó un momento en que no pudo contenerse y acto seguido recitó estos versos:



—Prolóngase la ausencia malhadada y con ella mi pena se acrecienta, de mis ojos el llanto noche y día de fluir a raudales nunca cesa. Cuando nos despedimos, en sus manos dejé mi corazón y no me pesa, pero ahora ya sin corazón estoy y mi vida a la muerte se asemeja. Ye amigo, de mi lado no te apartes, hasta que encuentre finalmente a aquella que, con una palabra de sus labios, curar al punto puede mi tristeza.

Luego de recitar estos versos rompió a llorar el joven con tal dolor que se desmayó.

Y el príncipe Tachu-l-Muluk grandemente se maravilló.

Volvió luego en sí el joven y quedóse un momento como alelado, con los ojos en blanco, y luego declamó estos versos:

—Guárdate de sus ojos hechiceros, que a todos cuantos miran los embrujan. Esos ojazos negros, soñadores, más penetrantes que tizona aguda; seducir no te dejes por su labia que en mortal fiebre abrasa a quien la escucha; desconfía de niña delicada, tan tierna que no aguanta la tortura del roce de la seda con el cuerpo, pero que es con el hombre fiera y dura.

Lanzó luego aquel joven un hondo suspiro y de nuevo perdió el sentido.

Quedóse Tachu-l-Muluk perplejo ante aquel caso tan raro y llegóse al desmayado, pero este abrió luego los ojos y al ver allí, junto a él, al hijo del rey, levantóse de un salto y besó la tierra entre sus manos.

Y Tachu-l-Muluk le preguntó:

—¿Por qué no viniste a mostrarnos tus mercancías?

A lo que contestó el joven:

—Mis mercancías, ye señor, de tu grandeza no son dignas.

Y el hijo del rey le replicó:

—No tienes más remedio que enseñarme lo que contigo traigas e informarme de qué es lo que te pasa, puesto que te veo con los ojos llorosos y el corazón pesaroso. Habla, pues, y si

sufriste agravio, yo te desagraviaré, y si alguna demanda tienes, yo te la fallaré. Que desde punto y hora que te vi sangra mi corazón por ti.

Mandó luego Tachu-l-Muluk que le pusieran allí su trono, que era de marfil y ébano, entretejidos con oro y seda, y sus servidores hicieronlo así en seguida, extendiendo a sus pies un tapiz también de seda fina.

Sentóse Tachu-l-Muluk en su trono y mandó al joven tomara asiento en el tapiz. Y luego le habló así:

—Muéstrame ahora tus mercancías.

A lo que el joven dijo:

—Ye señor, te ruego que no insistas, que no son mis mercancías de tu grandeza dignas.

Pero Tachu-l-Muluk insistió diciendo:

—No tienes más remedio que hacerlo.

Y en el acto mandó a uno de sus criados fuese por las mercancías y se las llevase y, a pesar del joven, se las enseñase.

Pero el joven, al verlas, echóse a llorar y a sollozar y prorrumpió en lamentos y, finalmente, recitó estos versos:

—¿Ye quién podría a tus ojos seductores vencer en lo gracioso del mirar, ni a tu talle flexible en lo garboso y esbelto aventajar?

¿Qué vino ni qué miel de tu boquita con la dulce embriaguez rivalizar?

¿Y al airoso ondular de tus caderas qué cosa se podría comparar?

Ye amada, cuando tu imagen sola a verme viene y una sombra es no más, yo me siento feliz como el que teme y al fin logra el *amán*.

Procedió luego el joven a desatar sus fardos y se los fue enseñando al príncipe, paquete por paquete y pieza por pieza, y sacó de uno de ellos un traje de raso con recamos de oro, que valdría mil dinares.

Pero al desdoblar el vestido cayó de él un trozo de tela. que el joven se dio

prisa a recoger del suelo, poniéndoselo debajo de su asiento.

—¿Qué es ese trozo de tela?—preguntó el príncipe.

—Ye mi señor—respondió el joven—, no es cosa que a ti te importe.

—Pues aunque así sea—dijo Tachu-l-Muluk—enseñámela que quiero verla.

—Ye mi señor—replicó el joven—. Precisamente por eso no quería yo enseñarte mis géneros, que no me avengo a la idea de que tú puedas verla.

—Pues sin remisión tengo que verla—respondió el príncipe. É insistió y porfió y se enfureció, y el joven sacó la prenda de debajo de sus piernas.

Y entonces el joven rompió a llorar y suspirar y arreció en sus quejidos y sollozos, y, finalmente, recitó estos versos:

—No lo censure, que solo  
su duelo y pesar aumentas.  
Harto ya lo reprendí  
y no conseguí su enmienda.  
Alá guárdeme a mi luna  
que sobre el valle se eleva  
saliendo de entre las nubes  
de sus vestiduras sueltas.  
¡A mi pesar la dejé  
la mañana de la ausencia,  
y cómo el llanto corría  
por mi cara y la de ella!  
¡Ye nunca lo hubiera hecho!  
Desde entonces mi alma pena;  
ningún lecho encuentro blando;  
hasta mi el sueño no llega,  
y también ella las noches  
seguro que pasa en vela.  
¡Y qué cruel con los dos  
ha sido la suerte adversa,

al separarnos, poniendo  
fin a nuestra dicha inmensa!  
¡Y qué amargo es este cáliz  
que a apurar ahora nos fuerza!

Luego que el joven hubo acabado de recitar estos versos, díjole el príncipe:

—Tu modo de conducirte es harto raro y has de explicarme por qué lloras a vista de ese trapo.

Y el joven contestóle:

—Ye mi señor, extraño es mi caso y mi historia extraordinaria en lo referente a este trozo de tela, y a aquella de quien vino a mis manos y la otra que en él bordó estas figuras y emblemas.

Y acto seguido desdobló el joven el trozo de tela y Tachu-l-Muluk pudo ver que había en él la figura de una gacela, bordada en seda y oro, y, enfrente a ella, otra gacela, recamada en plata, con un collar de oro rojo y en él incrustados tres cuernecillos de crisólito.

Y al ver la belleza de aquellas figuras no pudo menos de exclamar Tachu-l-Muluk.

—¡Loado sea Alá, que enseñó al hombre lo que no sabía!

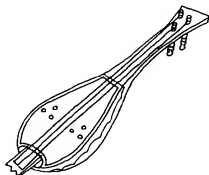
Y su corazón ardió en deseos de escuchar la historia de aquel joven y le dijo:

—Cuéntame la historia de aquella que bordó estas dos gacelas.

Y el joven respondióle:

—¡Está bien, señor!

Y, acto seguido, dio principio a su narración en estos términos:





## HISTORIA DE ASIS Y ASISA

(Noches 104 a 120)

*Este cuento, que se ha reproducido ininidad de veces por separado, es una verdadera joya de la literatura universal, escrito con un sentimiento de pasión resignada que solo el Oriente puede dar. La figura de Asisa no tiene igual en las literaturas europeas, sino acaso en la Natascha de Humillados y ofendidos, de Dostoyevski, que acaso se inspirase en ella. Ambas mujeres, la árabe y la rusa, son tan parecidas que se dirían hermanas, y desde luego lo son en la gran familia de las almas que aman de verdad, con toda el alma y hasta el sacrificio. Este breve cuento es el más próximo a nuestra sensibilidad moderna y es uno de esos que, leídos en la adolescencia, nos hacen llorar y amar a la heroína con una nostalgia de hallarla en el mundo. Asisa, la siempre amante, la generosa hasta el fin, representa el ideal erótico de los pueblos de Oriente, sobre los cuales pasa el soplo búdico de los desiertos asiáticos.*

*Asisa irradia tal hechizo por su bondad resignada que llega a conmover el corazón de su rival, la seductora Dalila, que le ha robado a Asis y la ha matado sin saberlo. Luego que Dalila se entera de todo, y descubre el carácter voluntarioso, pueril, de Asis, erígese en vengadora de Asisa e impone a aquel un castigo simbólico de la muerte viril, la castración. Es tal el desprecio que ese afeminado, ese niño que nunca será hombre (como el príncipe de Dostoyevski), inspira a Dalila—ese arquetipo de la hembra—que no piensa siquiera en matarlo, sino en privarlo de una virilidad física que no sabe mantener con sus actos. Con eso le dice que es una hembrezuela, que no merece pasar por hombre. ¡Terrible castigo, más que la muerte misma! Asis, reducido a la condición del eunuco, «con el vientre liso como una mujer», vagará en adelante por el mundo, llorando a la pobre Asisa, y sin poder aspirar a ningún otro amor que le compense del*

*perdido, y la princesa Dunya, ese dechado de la belleza femenil, no podrá ser suya cuando se le aparezca en el jardín del rey, como la luna plena de sus inútiles deseos.*

—Has de saber, ye mi señor, que mi padre era un mercader de los grandes y Alá no lo gratificó con más hijo que yo.

Pero tenía yo una prima, que se había criado conmigo en casa de mi padre, por haberse muerto su madre, y has de saber que antes de morir aquella concertara con mi padre mi boda con su hija, cuando fuese mocita.

Ahora bien: luego que yo alcancé la edad de hombre y ella la de mujer, seguimos viviendo juntos, sin que ella se cubriese delante de mí el rostro ni yo de ella me recatase tampoco.

Pero cierto día púsose mi padre a platicar con mi madre y oí que le decía:

—Este año tengo pensado casar a Asis con Asisa.

Y se puso de acuerdo sobre eso con mi madre. Después de lo cual procedió a hacer los preparativos para la comida de bodas y todo lo demás.

Y se ha de decir que, a todo esto, yo y la hija de mi tío dormíamos en el mismo tapiz, sin que ninguno de los dos tuviera alguna malicia, aunque ella era más lista que yo y más avispada y despejada.

Pero cuando ya mi padre proveyera a todo lo requerido para la alegría de la fiesta, no faltando más que extender la partida de casamiento y entrar yo en la cámara del ayuntamiento, ocurriósele a mi padre la idea de que la partida no se extendiera hasta después de la zalá del viernes de la semana aquella.

Fue, pues, a anunciárselo así a sus amigos los mercaderes y a los no mercaderes y fue mi madre a avisar a sus amigas, las mujeres, y a convidar a sus parientes.

Llegado que fue el viernes procedieron a limpiar la sala preparada para la recepción y aljofifaron sus suelos y extendieron tapices sobre ellos y colgaron de los muros ricos paños en oro y seda recamados, después de lo cual pusieron en la sala todo lo necesario para la fiesta que se iba a celebrar. Y quedara la gente en venir a nuestra casa después de la zalá del viernes.

Fue, pues, mi padre y se puso a confeccionar los dulces y a disponer las bebidas, y ya solo faltaba extender la partida. Pero entonces mi madre me mandó ir al *hammam* y me envió allí detrás de mí un terno nuevo, de lo más lujoso y bien hecho.

Luego que salí del *hammam* púseme aquel traje sin igual; estaba perfumado y, al vestírmelo, exhalóse de él un aroma exquisito, que iba dejando a mi paso un reguero gratisimo.

Pensé lo primero dirigirme a la aljama; pero me acordé luego de que olvidara invitar a un amigo y fui en su busca para que estuviese presente en el acto de la escritura, y para mi decía:

«Despacharé este asunto en seguida, antes que la hora de la zalá sea venida.»

Entréme por una calle que no conocía y por la cual no pasara en mi vida, y estaba sudando del baño todavía y del traje nuevo que se me pegaba al cuerpo, de suerte que exhalaba tufaradas de fragancia.

Decidí sentarme en un poyo que había al final de la calle para descansar un poco y extendí sobre él un pañuelo bordado que conmigo llevaba. Apretéme luego el calor y empecé a sudar por la frente y me corría el sudor por toda la cara, sin que pudiera limpiármelo con el pañuelo, por haberlo em-

pleado en cubrir el asiento. Opté, pues, por valerme del pico de mi traje para limpiarme la frente y así iba a hacerlo cuando he aquí que de repente veo caerme encima de lo alto un pañuelo blanco<sup>1</sup> y dizque era el pañuelo más sutil y más leve que el propio céfiro.

Tomélo yo en mi mano y alcé los

ojos a lo alto para ver quién me lo habría echado, y mis ojos se encontraron con los de la autora de esta gacela que muestra este bordado.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

## PERO LA NOCHE 105 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que el joven díjole a Tachu-l-Muluk:

—Alcé a lo alto la cabeza para ver de dónde aquel pañuelo cayera y mis ojos se encontraron con los de la autora de esta gacela, que en este bordado se presenta.

Y he aquí que me fisgaba por entre la celosía de una ventana de bronce, dejando ver una cara como no la vieron ojos humanos más hermosa y de cuya perfección está vedado a mi lengua hacer la descripción.

Pero al ver que yo la miraba, la hermosa púsose la mano en la boca y después sacó el dedo corazón y lo unió con el índice y llevóse al pecho los dos y entre sus tetas se los colocó. Después de lo cual retiró su cabeza de la ventana, cerró esta y metióse en lo interior de la casa.

Miré segunda vez a la ventana y la encontré cerrada y estuve allí aguardando hasta ponerse el sol, sin que en todo ese tiempo viera asomar a nadie ni oyera algún rumor.

Cuando ya desesperé de volverla a ver otra vez, levantéme del asiento y cogí el pañuelo y desdoblélo entre mis

dedos. Y al desdoblarlo volóse de él una hojita de papel, que exhaló al desdoblarla un finísimo olor, y en la que, al mirarla más atento, hallé escritos estos versos:

«A mi amante le escribo  
quejas y cuitas,  
y él dice que no entiende  
bien la misiva.  
—¿Por qué haces esa letra  
tan menudica  
y esos trazos que apenas  
marca la tinta? <sup>2</sup>  
Y yo le digo: —¿Cómo  
quieres que escriba,  
la que de tanto amarte  
ya está en la espina?

Luego de leer estos versos posé la vista en los picos del pañuelo y vi escrito en uno de ellos estos otros versos:

«Es un joven mi amado  
cuyas mejillas  
muestran de fruta verde  
la pelusilla.  
¡A la luna su cara  
le causa envidia,  
y ante él la flor temprana,  
se ruboriza!»

Miré al otro extremo y hallé en él bordado estos versos:

«Con ámbar sobre perlas  
en sus mejillas,  
la juventud escribe  
su gentil rúbrica.

<sup>1</sup> *Mandil* en el texto árabe. Según Burton «estos pañuelos suelen ser oblongos, con los lados cortos trabajados en oro y sedas de colores y a veces en cenefas, en tanto los otros dos lados son sencillos».

<sup>2</sup> Se refiere al carácter de la letra llamada *raihani* (de *raihan*, arrayán), que, como ya en otra ocasión dijimos, es de una gran delicadeza y levedad.

Más que el vino, sus ojos,  
cuando me miran,  
el alma se embriagan  
y me cautivan.»

Su sonrisa encantadora  
es tan solo una añagaza,  
y la dicha que promete  
luego en tortura se cambia.

Al ver aquellos versos bordados en el pañuelo prendió en mi corazón el amoroso fuego y me abismé en un mar de ansias y pensamientos.

No llegué a mi casa, sino cuando ya parte de la noche había pasado, y encontré allí a mi prima, sentada y llorando.

No bien me vio enjugóse sus lágrimas y vino hacia mí y me ayudó a cambiar de ropa y me preguntó la causa de mi ausencia y me contó cómo todos los invitados, emires, notables, mercaderes, etc., habíanse reunido en nuestra casa, y cómo comparecieran también el cadí y los testigos y entre todos consumieran los manjares apercebidos, después de lo cual siguieron allí aguardando mi regreso, para extender la partida de casamiento.

—Y luego que perdieron la esperanza de que vinieras, se separaron y se fueron cada cual por su lado. Tu padre se enfureció muchísimo con todo eso y juró que no autorizaría hasta el año que viene nuestro casamiento, pues había gastado en los preparativos de la fiesta mucho dinero.

Después de lo cual preguntóme:

—¿Qué fue lo que te pasó hoy?

—Esto y aquello—respondí yo.

Y le conté lo del pañuelo y se lo referí todo sin mentir, desde el principio hasta el fin.

Cogió ella entonces la hojita de papel y el pañuelo y leyó los versos y por sus mejillas sus lágrimas corrieron. Y acto seguido recitó estos versos:

—Dile que miente a quien dijo  
que amor al principio es dulce;  
dile que es todo amargura  
que todo dulce excluye.  
Dile que es un maleante  
que pasa falsa moneda,  
y que falsos son sus goces,  
y solo de ley sus penas.

Díjome luego:

—¿Y qué te dijo ella o qué te dio a entender?

—No me dijo nada—contestéle yo—, sino que únicamente se llevó sus dedos a su boca y luego juntó el índice con el cordial y se los puso en el pecho, señalando al suelo.

Después de lo cual metióse dentro de la casa y cerró la ventana y no volví más a verla; pero mi corazón se fue con ella y me estuve allí sentado hasta que el sol se puso, aguardando por si segunda vez se asomaba, pero no volvió a aparecer en la ventana, hasta que yo, perdida la esperanza, me levanté por fin y tornéme a casa.

Ahora querría de ti, prima mía, que me ayudases a descifrar ese enigma.

Levantó ella la cabeza y me respondió:

—Ye hijo de mi tío, si mis ojos me pidieras, los ojos me arrancara y te los diera; no tengo más remedio que ayudarte en tu apuro y ayudarla a ella en el suyo, que a la verdad tan loca por ti está ella como tú por ella lo estás.

—¿Cuál es, pues—pregunté yo—, de esas señas la interpretación?

—Al ponerse sobre su boca los dos dedos—dijo mi prima—quiso darte a entender que tú eres para ella lo que el alma para el cuerpo y que de ti recibe el aliento y que ansia tenerte a su lado, sino que se resigna porque el sino le es contrario.

Al echarle el pañuelo quiso significar el saludo que es costumbre entre amantes cambiar; la hojita de papel declara que su alma está prendida de la tuya y, al ponerse los dedos entre sus dos pechos, te dio a entender que «dentro de dos días, ven por aquí, para que hagas cesar el dolor que por ti atormenta mi corazón».

Estúveme, pues, dos días enteros en casa, sin salir ni entrar para nada y sin probar bocado y ni beber gota de agua, con la cabeza reclinada en el regazo de mi prima, la cual por consolarme, se desvivía y para animarme me decía:

—Ten valor, no desmayes, no te abandones a los pesares.

Luego que pasaron dos días, salí de mi casa y me dirigí a la calle de marras y me senté en aquel marmolillo y allí estuve una hora aguardando intranquilo.

Cuando he aquí que al cabo se abre la ventana y yo levanto hacia allí la mirada y al ver en ella a la muchacha, se desvanecen mis sentidos y se eclipsa mi alma.

Vuelvo después en mí, me aprieto la faja y cobro valor para tornar a mirarla, y de nuevo torna a eclipsárseme el alma.

Luego que recobro el sentido por segunda vez, poso en ella los ojos y veo que tiene en su mano un espejo y un pañuelo rojo.

Al verme ella levantó el brazo hasta el codo y abrió sus cinco dedos y con ellos se golpeó el pecho.

Luego levantó sus dos manos y sacó fuera de la ventana el espejo y el pañuelo encarnado y se metió dentro con ellos y tornó a asomarse de nuevo y por tres veces extendió y recogió el pañuelo; después lo retorció y en el puño de la mano se lo guardó y la cabeza movió. Después de lo cual retiróse de la ventana y desapareció en lo interior de la sala. Y yo me quedé en mi sitio, maravillado y confundido, sin poder atinar con el sentido de aquellos signos <sup>3</sup>.

<sup>3</sup> Sobre el lenguaje mimico, muy extendido lo mismo en Asia que en Africa, pueden consultarse *El secretario turco*, de Vigneau (Paris, 1688); los *Cuentos del Scheij Al-Mohdi*, de Marcel (Paris, 1833), y el estudio de Hammer Purgstall en *Minas orientales* (Viena, 1809).

Yo seguí sentado hasta la hora del *aschá* y luego tornéme a casa; iba ya la noche mediada y mi prima estaba sentada, con una mano en la mejilla, por la que el llanto corría. Y al verme, recitó estos versos, traspasada de sentimiento:

—Lloro sin cesar y nunca para mi ya habrá consuelo, pues no halla correspondencia el amor que por él siento. Hace más daño el desvío que el más afilado acero, y más que palabras duras hiere a veces el silencio. Pero también esas otras que quieren prestar consuelo nos hacen llorar más fuerte y acrecientan nuestro duelo, cuando aquel que nos las dice también está padeciendo, y por culpa de otro amor su frescura va perdiendo. Qué dolor amar a quien por otro amor pierde el sueño, y mientras por él morimos él por otra está muriendo. El mismo dolor nos mata y, sin embargo, es diverso, y nos une y nos desune en un extraño misterio. Gozo de verlo y, no obstante, quisiera que hubiese un velo que su hermosura ocultase a mis ojos o que, al menos, me hiciese encontrar su rostro menos brillante y espléndido. Pero ¡qué hacer si lo miro y siempre lo encuentro bello! Mintió quien puso a José como dechado supremo de belleza masculina, ¡pues cuántos Josés no encuentro compendiados en el rostro de mi amado plácenro! ¡Y eso que el amor, igual que a mí, lo está consumiendo! Pero aun así, corazones hace a miles prisioneros. ¡Cómo podré soportar de este amor el grave peso, cuando soy débil mujer y de tan pocos alientos que ya sostener apenas, aunque me esfuerce, no puedo sobre mis frágiles hombros este manto tan ligero!

Al oírla recitar esos versos acrecióse mi pena y agravóse mi tristeza, y fui a

sentarme en un rincón del cuarto y allí me quedé sentado.

Llegóse ella a mí y me incorporó y me desnudó de mis ropas y me enjugó las lágrimas de mi rostro con su mano. Luego preguntóme qué era lo que me había pasado y yo se lo conté todo desde el principio al cabo.

Ella entonces me dijo:

—¡Hijo de mi tío! Al alzar el brazo y abrir los cinco dedos de su mano quiso darte a entender que «dentro de cinco días me volverás a ver».

Cuanto a lo de sacar la cabeza por la ventana y mover el espejo y bajar y subir y retroceder el pañuelo, quiere decir: «Ve a la tienda del tintorero y guarda allí a mi mensajero.»

Lo mismo fue oír yo aquello que abrasármeme el corazón en fuego y sentirme enfermo y también por culpa mía perdió sus fuerzas mi prima. A pesar de lo cual púsose a contarme historias de enamorados y amantes con la intención de consolarme, y todas las noches así hacía, hasta que yo me dormía, y siempre que los ojos abría la encontraba a mi lado sentada y desvelada y llorando por culpa mía, anegadas en lágrimas sus mejillas. Hasta que al fin pasaron aquellos cinco días; levantóse luego la hija de mi tío y puso a calentar agua y me lavó mis ropas y me vistió y me dijo:

—Anda y ve con ella. Y quiera Alá colmar tu anhelo y hacer que logres tu deseo y el amor no te dé más tormento.

Eché yo a andar y no paré de caminar hasta llegar al fondo de la calle, y ocurría esto en sábado, de suerte que encontré el taller del tintorero cerrado<sup>4</sup>. Sentéme, pues, a la puerta y allí estuve hasta que el almuédano cantó la

hora del *âzr*, y luego palideció el sol y el almuédano cantó la hora del *magrib* y llegó la noche y yo seguía allí sin descubrir indicio de mi amada ni oír rumor alguno ni ver persona humana.

Temí entonces por mí, que estaba allí sentado y solo, y me levanté y eché a andar con dirección a casa, y llegué y entré en el cuarto, dando tumbos lo mismo que si estuviera borracho.

Estaba mi prima Asisa sola vuelta de cara a la pared y tenía la una mano apoyada en un mueble y la otra mano puesta sobre su pecho. Y al verme, lanzó un hondo suspiro y recitó estos versos en tono dolorido:

—Mientras por él me consumo,  
él se consume por otra,  
y a la que junto a él palpita  
olvida por una sombra.  
Insensible a mis caricias  
en mis brazos se amodorra,  
cuando a mí el amor me tiene  
desvelada a todas horas.

Al terminar sus versos volvióse hacia mí y, al verme, rompió en llanto. Echéme a llorar yo también y ella se enjugó sus lágrimas y me enjugó también las mías con el dorso de su mano. Sonrió luego y me dijo:

—Hijo de mi tío, felicidades por la dicha que Alá te deparó. Pero dime: ¿por qué no te quedaste toda la noche con tu amada y no obtuviste de ella todo lo que deseabas?

Al oír sus palabras dile yo una patada en el pecho y cayó derribada al suelo, a la entrada del aposento. Había allí un palo y se le clavó en la frente y le abrió en ella una brecha por la que empezó a manar la sangre con fuerza.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la mañana y cortó el flujo de sus desbordadas palabras.

<sup>4</sup> Lo cual quiere decir que el tintorero era judío.



## Y LA NOCHE 106 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mi noticia, *ye monarca*, el afortunado, que el joven de mi historia dijole a Tachu-l-Muluk:

—Al darle yo aquella patada a la hija de mi tío cayó esta derribada al suelo y se clavó en la frente un palo, haciéndose una herida por la que empezó a manar la sangre. Pero callóse ella y no profirió ni una palabra siquiera.

Luego se levantó, rasgóse una tira de tela y con ella se restañó la sangre y se vendó la herida. Y limpió también la sangre que había salpicado la esterilla.

Después vino hacia mí sonriendo y me dijo en un tono lisonjero:

—Por Alá, hijo de mi tío, que no dije aquello con intención de burlarme de ti, ni tampoco de ella. Es la verdad que me dolía un poco la cabeza y estaba algo trastornada; pero ahora con la sangre que he echado ya el dolor se me ha aliviado. Cuéntame, pues, lo que hoy te haya pasado.

Contéselo yo todo y pasé el resto de la noche pidiéndole a Alá que amaneciese pronto. Luego que amaneció la mañana y se extendió su lumbre y refulgió levantéme y salí de la casa y eché a andar a toda prisa en dirección a la calle de mi adorada y allí me senté en el poyo de marras. Y hete aquí que de pronto ábrese la ventana y por ella asoma la joven su cara y prorrumpe en una risa clara.

Metióse luego adentro y a poco tornó a salir, trayendo en su mano un espejo y un bolso y una maceta con flores y un candil. Y lo primero que hizo fue meter en el bolso el espejo y atarlo todo y arrojarlo al suelo del aposento. Soltóse luego el pelo, echándoselo a la cara como un velo y puso el candil encima de la maceta y lo

tuvo allí cosa de un parpadeo. Después de lo cual recogiólo todo y se fue, cerrando tras de sí la ventana. Y a mí el corazón me palpitaba ante aquellas señas arcanas y aquellas ceremonias extrañas. Y dizque a todo esto no profiriera ella una palabra.

Acrecióse, pues, mi pasión y enardecieronse mis deseos y mi ardor. Y volvíme de allí por donde viniera, llorando lágrimas por mis ojos y con el corazón henchido de pena.

Al entrar en mi casa vi a la hija de mi tío, que estaba sentada de cara a la pared y era fácil de ver que tenía el corazón destrozado de lo mucho que llorara. Y aún seguía llorando. Y entre sollozos y gemidos recitaba estos versos doloridos:

—¡Que la seguridad contigo vaya  
dondequiera que fueres!  
¡Ye peregrino que en mi pecho moras  
y en él resides siempre!  
¡Y en dondequiera que atardecas tengas  
a Alá por tu vecino,  
y que El te guarde y te defienda y libre  
de todos los peligros!  
¡Desde que te alejaste, ya mis ojos  
que nada quieren ver,  
solo para llorar abren sus párpados,  
ciegos quisieran ser!  
¡A Alá le pido con fervor profundo  
que doquiera vayas,  
para saciar tu sed encuentres siempre  
un agua fresca y clara,  
aunque yo por bebida solo tenga  
mis lágrimas saladas!  
¡Que, quitando tu ausencia, todo dulce  
resulta para mí,  
tan dulce como el sueño en que imagino  
que duermo junto a ti!

Luego volvióse a mirarme y me miró por entre sus lágrimas y se las enjugó y vino a mí, sin poder hablar por la fuerza de su amor. Y guardó silencio un ratito y luego me dijo:

—¿Qué lograste esta vez de ella, hijo de mi tío?

Contéle yo todo lo que me había ocurrido y mi prima me dijo:

—Ten paciencia, hijo de mi tío, que el momento se acerca de que logres lo que tanto deseas. Eso de coger el espejo y meterlo en la bolsa quiere decir:

«Aguarda a que el sol se ponga.»

Al soltar sus cabellos y cubrirse la cara con ellos te está diciendo:

«Cuando la noche llegue y con su manto de sombras la luz del día vele, tú hacia acá te vienes.»

Con la maceta de verde te da a entender:

«Luego que llegares, éntrate en el jardín que hay a la espalda de esta calle.»

Y, finalmente, con el candil te indica claramente:

«Al entrar en el jardín, vete al lugar donde veas brillar un candil y siéntate y espera allí, que estoy que me muero por ti.»

Al oír esas palabras de la hija de mi tío me entró tal emoción que no pude reprimir un grito. Y exclamé:

—¡Ye y cuánto me prometes! De fijo que iré allá y nada se me logrará; nada de cuanto dices es verdad.

Pero la hija de mi tío echóse a reír y me dijo:

—Ten paciencia hasta que se vaya el día y venga la noche con su túnica sombría, ¡que entonces lograrás tu deseo y tendrán fin tus tormentos! Y ten por seguro que estas palabras mías son verdad, sin necesidad de juramento.

Después de lo cual recitó estos versos:

Los fatídicos signos del zodiaco  
siempre girando están,  
y no hay nada que estable permanezca;  
todo es breve y fugaz.  
Alternan el pesar y la alegría  
y suele suceder  
que el dolor más acerbo sea tan solo  
precursor del placer.

Llegóse luego a mí y trató de consolarme con palabras amables. Y no se atrevió a llevarme algo de comer por temor a que me encolerizase, y con la esperanza de hacérseme agradable, limitóse a desnudarme. Después de eso, me dijo:

—Hijo de mi tío, ven y siéntate aquí conmigo, que voy a decirte algo que te sirva de distracción y alivio, hasta que el día se vaya y la noche venga y tú corras al lugar en donde tu amada te espera.

Pero yo no me volví a mirarla siquiera, que ardía en impaciencia porque la noche viniera y en mi interior decía:

—¡Ye Señor, haz que la noche venga en seguida!

Y luego que finalmente fue la noche venida echóse a llorar mi prima, con gran dolor y pena, y me dio un grano de almizcle puro y me dijo:

—Hijo de mi tío, ponte este grano en la boca y, luego que te hayas reunido con la que adoras y ella te haya otorgado lo que tanto ambicionas, recítale estos versos, que guardarás bien en tu memoria:

¡Ye tú, que el poder conoces  
del amor, di, por Alá!  
¿Qué hará el corazón amante  
que sufre en la soledad?

Luego me besó y me hizo jurar que no le recitaría esos versos a mi adorada, sino en el momento de dejarla.

A lo que yo le contesté:

—Oír es obedecer.

A la hora del *aschá* salime de casa y eché a andar y no paré de caminar hasta que me encontré en el jardín; hallé abierta su puerta y me colé dentro y vi brillar una luz allá lejos. Dirigime hacia ella y, luego que estuve cerca, encontréme con una gran sala, recubierta por una bóveda de marfil y ébano, y de cuyo centro colgaba un candil. Tenía la sala las paredes deco-

radas con tapices de seda, con incrustaciones de oro y plata; y debajo del candelero ardía un gran cirio puesto en su candelero; y en medio del suelo de la sala había una fontana con variedad de figuras talladas; y al lado de aquella fontana veíase una mesa aderezada, cubierta por un mantel de seda, y a su lado una jarra de vino colmada con una copa de cristal finísimo, incrustado de oro, y todo alrededor gran cantidad de fuentes de china y plata, grandes y tapadas.

Destapé yo una y hallé en ella toda suerte de frutas, como higos, granadas,

uvas, naranjas, toronjas, etc., y entre ellas diversidad de olorosas flores como rosas y jazmines, y mirtos y narcisos, y, en una palabra, toda suerte de flores bienolientes. Placióme, pues, grandemente aquel lugar y llenóseme el alma de bienestar, huyendo de mi corazón todo pesar. Y dizque en toda la casa no hallara criatura de las que creó Alá (exaltado sea su nombre sin cesar).

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## PERO LA NOCHE 107 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He llegado a saber, *ye monarca*, el afortunado, que el joven de mis historias dijole a Tachu-l-Muluk:

—Y en toda la casa no encontrara ni esclavo ni esclava ni nadie que el caso me explicara. Sentéme, pues, en aquella sala a esperar a mi amada y allí me estuve esperando, hasta que la primera hora de la noche fue pasada y luego la segunda y después la tercera, sin que ella por ninguna parte apareciera.

Apretóme luego el hambre y me acerqué a la mesa y destapé una de las fuentes de china que había en ella, encontrándome con cuatro pollos asados y sazonados con especias, y a su alrededor cuatro tazones que contenían el uno jalea, el otro granos de granada, el tercero *baklaua*<sup>5</sup> y el cuarto *kotayef*<sup>6</sup>, y el contenido de los cuatro era entre dulce y agrio.

Comí, pues, de los *kotayef* y probé también un bocado de carne y luego la

emprendí con la *baklaua* y comí de ella sin tasa.

Arremetí después con la jalea y engullí uno o dos o tres o cuatro buenos trozos de ella, y luego pasé a entendermelas con los pollos y no lo hice mal del todo, tanto que se me llenó el estómago y se me aflojaron los miembros y me entró sueño; de suerte que después de lavarme las manos, recliné la cabeza en un cojín y echéme a dormir, sin poder dar razón de lo que fue de mí.

Despertéme al cabo y me encontré con que me habían puesto encima un puñado de sal y unos carbones; levantéme en seguida y sacudí mis ropas y giré la mirada a diestro y siniestro, sin hallar a nadie en todo el aposento. Y advertí entonces que había estado durmiendo sobre el mármol del suelo, sin más tapiz ni lecho. De lo que me entraron tal rubor y tal pena que las lágrimas me corrian por las mejillas y tenía el alma toda dolorida.

Finalmente, me salí de la casa y tornéme a la mía, y al llegar allí encontréme a mi prima, que estaba apo-

<sup>5</sup> Especie de hojaldre, relleno de alfónsigos y almendras.

<sup>6</sup> Dulces de forma redonda, que admiten variedad de rellenos.

reándose el pecho, al par que por sus ojos vertía un llanto que parecía una nube preñada de lluvia que se vuelca sobre los campos, y entre sus lamentos recitaba estos versos:

—La brisa de primavera  
exhala su grato aliento;  
los corazones que aman  
palpitan ya de deseo.  
Las juveniles parejas  
se estremecen, y en el pecho  
del novio la novia sueña  
ver colmados sus anhelos.  
A mi tan solo esa dicha  
me ha negado el sino adverso;  
nunca podré del que amo  
gustar el abrazo tierno.  
Ye la vida para mi  
es un horrible desierto.  
¡Si él fuera como yo soy,  
si se fundiera en mi fuego!  
Pero ¿a qué soñar si sé  
que es eso tan solo un sueño?

Luego que me vio, levantóse aprisa y se enjugó las lágrimas y vino hacia mi y me dijo, extremando la dulzura de sus palabras:

—Ye hijo de mi tío, cuéntame lo que te haya pasado.

Contéseto yo todo, y ella sonrió, con forzada sonrisa, y exclamó:

—En verdad que tengo el corazón lleno de dolor; ¡pero que no viva quien el tuyo quiera llenarte de pena! ¡Esa mujer se ha hecho dueña de ti, y por Alá, ye hijo de mi tío, que temo por tu vida a causa de ella! Y para que lo sepas, hijo de mi tío, he aquí la explicación de eso de la sal, y es que tú te sumiste en el sueño y viniste a ser como un manjar insípido que no sabe a nada, y por eso es preciso echarte sal, para que cobres sabor y te hagas grato al alma. Porque pretendes estar enamorado y el sueño al que ama le está vedado. De donde se infiere que tu supuesto amor es falso. Pero también es falso el amor que ella dice tenerte, pues al verte dormido no te despertó, y si su amor fuera verdad, te habría despertado a no dudar.

Cuanto a los carbones, su interpretación no es sino esta: «¡Que Alá ennegrezca tu cara<sup>7</sup>, ya que el amor que dices tenerme es pura farsa! Un parvulillo eres, sin pizca de formalidad, que en comer, beber y dormir cifra todo su ideal.»

Ahí tienes ya explicado el sentido de sus señales y ¡ojalá y Alá (exaltado sea) quiera de sus asechanzas salvarte!

Al oír aquellas palabras de mi prima, dime una puñada en el pecho y exclamé:

—Por Alá, que es verdad todo eso, pues yo me rendí al sueño y un enamorado se mantiene despierto. ¡Pequé contra mi alma y no pude hacer cosa peor contra mí que atracarme de comer y luego echarme a dormir! Pero ahora ya ¿qué va a ser de mí?

Y rompí a llorar con más fuerza que antes y le dije a la hija de mi tío:

—Dime qué puedo hacer y compadécete de mí, ¡para que Alá se compadezca de ti! Ten en cuenta que, si no salgo con bien de esto, de fijo que me muero.

—Sobre mi cabeza y mis ojos—respondióme mi prima—. Varias veces te dije, ye hijo de mi tío, que, si yo hubiera entrado y salido, en poco tiempo os habría a los dos unido y cubierto a ambos con el pico de mi manto. Pero yo no hago esto sino por tenerte contento, y si Alá es servido, pondré todo mi empeño en reuniros.

Pero oye mi palabra, ye hijo de mi tío, y haz lo que te digo. Vuelve de nuevo allá, a ese mismo lugar, y entra-te por allí y cuando hubieras cruzado el jardín y llegado a la sala, encontrarás esta preparada de igual modo que la vez primera y la mesa servida con manjares y bebidas y las velas encendidas y todo lo demás exactamente igual.

<sup>7</sup> Alusión a las aleyas coránicas en que se anuncia a los creyentes que el día del Juicio los malos se presentarán a él con las caras ennegrecidas.

Pero tú lo mirarás todo sin emoción y resistirás la tentación.

Encominéme, pues, allá y atravesé el jardín y llegué hasta la sala, y lo hallé todo según la primera vez estaba. Olisqueé las viandas, y tras ellas se me fue el alma; me dominé una y otra vez, hasta que al cabo no me pude ya contener y acerquéme a la mesa y destapé una de las fuentes aquellas y me encontré con un muslo de pollo y en torno a él cuatro tacitas, cada una de ellas con alguna compota exquisita.

No pude resistir la tentación y piqué en todas ellas a mi satisfacción y bebí también de aquel vino que me agradó, y repetí de todo una y otra vez hasta que me harté y la andorga me llené.

Después de lo cual empezaron a cerrarse los ojos y, cogiendo un almohadón, me lo puse debajo de la cabeza y me dije: «No haré más que recostarme en él, sin que el sueño me llegué a vencer.»

Pero a pesar de todo, muy luego se me cerraron los ojos y me quedé dormido como un tronco y dormí de un tirón y no me desperté hasta que salió el sol.

Y al despertarme y abrir los ojos me encontré con que me habían puesto sobre el vientre una taba, una pelota, un hueso de dátil verde y unos granos de algarroba.

Y dízque no había cosa alguna en aquel sitio, ningún mueble ni vestigio, que no parecía sino que nunca hubiera habido allí nada de cuanto viera la noche pasada.

Levantéme, pues, y sacudíme de encima aquellas cosas estrafalarias y me fui de allí, loco de rabia.

Y al entrar en mi casa halléme a mi prima sollozando y estos versos declamaba:

—El cuerpo consumido espiritado  
y lleno de amargura el corazón,  
y corriendo el llanto por el rostro,  
he ahí mi situación.

¡Cada vez el amor está más lejos  
de mi alma, que muere de pasión;  
pero tengo paciencia! Ya su fruto  
dará la bella flor.  
¡Por tu culpa me abraso en este fuego,  
ye primo mío! ¡El dolor  
no me deja un momento y ya los ojos  
el llanto me los llena de escozor!

Y yo, al oír aquello, me enojé todavía más e increpé con dureza a la hija de mi tío y la sacudí con violencia, y ella se echó a llorar; pero luego se enjugó sus lágrimas y vino a mí y me besó y contra su pecho me apretó, en tanto yo me apartaba de ella y a mi mismo me recriminaba.

Y ella me dijo:

—¡Cuéntame, primo mío! Según veo, también esta noche te quedaste dormido.

—Sí—díjele yo—, y al despertarme, me encontré con que me habían puesto sobre el vientre una taba, una pelota, un hueso de dátil verde y unos granos de algarroba. Explicame el sentido de estos signos y dime qué es lo que debo hacer y ¡ayúdame a salir de este paso con bien!

—¡Sobre mi cabeza y sobre mis ojos!—respondió ella—. Sabe, pues, que la taba y la pelota que esa mujer puso sobre tu vientre quieren decir que tú estás presente, pero tu corazón está ausente, y que los enamorados no se portan así, por lo que en su número no te debes incluir.

Cuanto al hueso de dátil, quiere darte a entender que, si realmente estuvieras enamorado, tendrías el corazón de pasión destrozado y no te rendirías al sueño con ese desenfado<sup>8</sup>. Pues las delicias del amor son ascuas para el corazón, lo mismo que para el hígado los dátiles son.

<sup>8</sup> El hueso de dátil, según Lane, que se apoya en la autoridad de Al-Kazuini, significa también separación, ausencia.

Con los granos de algarroba quiere significar que los amantes tienen el corazón cautivo y te dice que te armes de paciencia como Ayub, el paciente y sumiso <sup>9</sup>.

Luego que hube escuchado esa interpretación, encendióseme el hígado en llamas de pasión y aumentóse la tristeza de mi corazón. Y, dando un gran grito, exclamé:

—¡Por mi mala suerte decretó Alá que me durmiese!

Luego dije a mi prima:

—¡Ye hija de mi tío, te conjuro, por mi vida, a que algún ardid me digas para unirme con aquella por la que mi alma suspira!

Echóse ella a llorar y dijo así:

—Ye hijo de mi tío, ye Asis, tengo mi corazón lleno de ideas, que a salir de mis labios se niegan. Pero ve esta noche a ese mismo lugar y, cuando estés allí, procura tu sueño dominar. ¡Que ciertamente entonces tu deseo lograrás; este es mi consejo y sobre ti la paz!

—Si Alá quiere—le dije—, no me dor-

miré y, según tú me has dicho, así haré.

Levantóse luego la hija de mi tío y me trajo de comer y me dijo:

—Come ahora cuanto se te apetezca, para que luego ya apetito no tengas.

Comí, pues, hasta saciarme y, luego que se hizo la noche, la hija de mi tío levantóse y me trajo un lujoso vestido y me lo puso y luego me hizo jurarle que cuando estuviese en presencia de mi amada no olvidaría recitarle aquellos versos que la otra vez me encargara. Y por última vez me recomendó con gran empeño no me dejara vencer el sueño.

Separéme después de la hija de mi tío y encaminéme al lugar consabido y atravesé el jardín y penetré en la sala y me senté allí, y para no dormirme, me metía los dedos en los ojos y movía la cabeza a este lado y al otro.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 108 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, ye el rey, el afortunado, que el joven de mi historia dijole a Tachu-l-Muluk:

—Entréme en la sala y me senté allí, con la mira puesta en el jardín, y, para no dormirme, me metía los dedos en los ojos y movía la cabeza a este lado y al otro.

Estúveme así hasta que la noche avanzó y ya empezó a fastidiarme la vigilia y dábame en la nariz el tufillo

de la comida, con lo que mi apetito se enardecía.

Hasta que al fin no pude resistir y a la mesa me dirigí y destapé la fuente y en todas las viandas piqué discretamente; luego acerquéme a la jarra del vino y dije:

—¡Me serviré una copa sólo!

Y así lo hice. Luego me eché otra copa y después otra y otra, hasta que fueron diez y ya el juicio me hicieron perder, derribándome en el suelo, donde quedé tendido como un muerto.

Allí seguí hasta que clareó el día y al despertarme vi que me encontraba fuera del jardín y tenía sobre el vientre

<sup>9</sup> Ayub es el Hiob o Job de la *Biblia*. Los granos de algarroba que se conservan mucho tiempo sin menoscabo son emblema de la constancia.

un cuchillo de carnicero que lanzaba destellos y una dracma de hierro.

Llenóseme entonces de pavor el alma y, cogiendo ambas cosas, me volví a mi casa.

Y al entrar en ella solté de la mano el cuchillo de carnicero y la dracma de hierro y me desmayé y caí al suelo.

Luego que en mí volví contéle a mi prima todo lo ocurrido, diciendo:

—¡No hay duda! Nunca lograré mi deseo.

Pero al ver mi prima mi llanto y mi pasión, acrecióse su zozobra por mí y exclamó:

—¡En verdad que no te puedo ayudar! Porque ya te advertí que no te durmieras, y tú no hiciste caso de mi advertencia y mis palabras no te sirvieron de nada.

Y yo le dije a mi prima:

—¡Por Alá, te ruego que me expliques lo que quieren decir este cuchillo de carnicero y esta dracma de hierro!

Y entonces la hija de mi tío me dijo:

—Esa dracma de hierro significa el ojo derecho de la que te lo ha puesto<sup>10</sup>, la cual jura por él y te dice:

«Por el Señor de los mundos y por mi ojo derecho, te juro que si por aquí vuelves y como las otras veces te duermes, con este puñal te daré muerte.»

Llena de temor estoy por ti, ye hijo de mi tío, a causa de la perfidia de esa mujer, y mi corazón palpita de inquietud cruel y no puedo decir hasta dónde llega mi padecer.

Pero si estás seguro de que si vuelves allá no te dormirás, ve sin temor, que colmados verás los anhelos de tu pasión. Mas si no tienes seguridad de que no has de dormirte, preferible será que no vuelvas allá, pues si te duermes

como las otras veces seguro que te matará.

—¿Y cómo he de hacer—exclamé yo—para salir con bien? Dimelo por Alá, ye hija de mi tío, y ayúdame en este trance de peligro.

—Sobre mi cabeza y sobre mis ojos —respondió ella—. Y si escuchas mis palabras atento y sigues fielmente mi consejo, de cierto lograrás tu deseo.

—Escuchar tus palabras te juro—dije yo—y seguir tu consejo.

—Está bien—dijo ella—, pues llegado que sea el momento de irte yo te diré lo que tienes que hacer.

Apretóme luego fuerte contra su pecho y me acostó en la cama y se puso a amasarme los pies, hasta que me entró sueño y me dormí, y entonces cogió un abanico y se sentó a mi cabecera, con el abanico en la mano, y a todo esto lloraba tanto que sus lágrimas las ropas le mojaban.

Pero después, al ver que yo me había despertado, secóse su llanto y fue allá adentro y me trajo de comer y me lo puso delante.

Rehusélo yo y ella me dijo:

—¿No juraste hacer cuanto yo te mandase? Pues come ahora, que yo te lo mando, y no faltes a lo jurado.

Y ella misma, por su propia mano, me fue metiendo la comida en la boca y yo no hacía sino tragar, hasta que ya no pude más. Luego me dio a beber un refresco de azufafas y, finalmente, me lavó las manos y me las enjugó y luego me roció las ropas con agua de rosas.

Yo estaba sentado junto a ella y me sentía el alma ligera. Pero tan pronto como oscureció levantóse la hija de mi tío y me puso un lujoso vestido y me dijo:

—Ye hijo de mi tío, mantente en vela la noche entera y no te duermas, pues ella no irá a reunirse contigo sino cuando ya venga el día de camino. Y si Alá es servido, esta noche te

<sup>10</sup> La dracma sería redonda. Burton hace notar que el hierro—y en general los metales—son un amuleto contra los malos espíritus entre los árabes, aunque entre los antiguos egipcios era todo lo contrario. En Andalucía subsiste la supersticiosa fe en la virtud talismánica de los metales.

reunirás con ella; pero te ruego no olvides cumplir entonces el encargo que te hice.

Luego se echó a llorar y a mí se me afligió el corazón a vista de su llanto, y le dije:

—¿Qué encargo, ye hija de mi tío, es ese que dices?

—Cuando llegue el momento—dijo ella—de despedirte de tu amada, y de ella vayas a separarte, no olvides recitarle aquellos versos que ya sabes.

Despedíme luego de ella y salí de la casa, muy contento, y me dirigí hacia el jardín y llegué hasta la sala y, como iba repleto, me senté y aguardé hasta más de media noche despierto.

Pero después el resto de la noche se me hizo tan pesado como si fuere un año. Permanecí, sin embargo, despabilado hasta que tres cuartos de la noche fueron pasados y empezaron a cantar los gallos.

Empezó entonces también a apretarme el hambre y me acerqué a la mesa y comí de todo hasta hartarme. Sentí luego pesada la cabeza y me entraron ganas de dormir, cuando de pronto oigo pasos lejanos en el jardín. Me levanté, me limpié las manos y la boca y acabé de sacudir de mí la modorra.

No era pasado un momento cuando la vi entrar a ella, seguida de diez doncellas, entre las cuales refulgia como la luna entre las estrellas. Y vestía un traje de raso verde con recamos de oro bermejo, y era, en suma, tal como dijo el poeta en estos versos:

«Vino hacia su adorado envuelta solamente en un velo sutil, de color amaranto, tan diáfano y ligero que al ondular no vela ni uno solo siquiera de sus muchos encantos. Del cinturón traía ya aflojados los nudos y el pelo por sus hombros ondeaba destrenzado, y al verla tan hermosa le pregunté: —¿Quién eres?

Y ella me contestó con gentil desenfado:

—Yo soy la que al que ama, sobre la brasa viva, mantiene hasta que alcanza el logro deseado. —¿Ye qué dura eres!—exclamé yo quejoso.

Y ella dijo: —¡Tus quejas excusa, que es en vano pretender ablandar a la roca y el bronce y de esa condición es mi pecho, ye hermano! Pero yo, seducido por su encanto indecible, exclamé: —¡Calla, hermosa, y no te jactes [tanto, que si roca es tu pecho, Alá es poderoso a arrancar de la Peña un raudal fresco y claro!]

Al verme la joven echóse a reír y dijo:

—¿Cómo es que estás despierto y que no te venció el sueño? Ahora que veo que fuiste capaz de pasarte toda la noche en vela reconozco que estás enamorado de veras, que uno de los indicios del enamoramiento es perder el sueño y hallar placer en el sufrimiento.

Volvióse luego a sus doncellas y les hizo con los ojos una seña y ellas se retiraron, mientras su ama venía hacia mí y me estrechaba contra su pecho con ardoroso frenesí y me daba unos besos locos que yo correspondía con otros igualmente fogosos.

Y yo ceñile el talle con mi mano y la estreché y juntos los dos sobre el lecho rodamos.

Soltóse ella luego el lazo de sus pantalones que hasta sus corvas resbalaron y allí fue el abrazarnos y darnos cachetitos y loquear y hablar bajito y mordisquearnos y entrecruzar las piernas y dar vueltas en torno a la Casa Sagrada y sus esquinas <sup>11</sup> hasta que, de puro placer, se le relajaron a ella todas las coyunturas y cayó desmayada.

Y entonces yo penetré en el santuario y fue aquella noche gozo del corazón y colirio en los ojos del contemplador. Como dijo el cantor:

«De cuantas noches en el tiempo ha habido yo exaltaré como la más gloriosa aquella en que mi mano ni un momento tuvo ociosa la copa.

<sup>11</sup> Alusión irreverente a las siete vueltas rituales que dan los peregrinos en torno al templo de la Kaba.



¡Noche divina, mágica, en que el sueño se mantuvo alejado de mis ojos, y en cambio de mi amada, inaccesible, tuve tan cerca el cuerpo prodigioso!»

Luego que vino la mañana, me dispuse a separarme de mi amada. Pero ella me cogió de un brazo y me dijo:

—No te vayas ahora, que tengo antes que decirte una cosa.

Pero al llegar a este punto sintió Schahrasad venir la mañana y puso díque a sus desbordadas palabras.

## Y LA NOCHE 109 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que el joven de mi historia dijole a Tachu-l-Muluk:

—Mi amada me cogió de un brazo y me dijo:

—No te vayas tan pronto de mi lado, que tengo que decirte una cosa y hacerme un encargo.

Quedéme, pues, allí un momento y ella desdobló un lienzo y sacó de él este pañuelo en el que hay dos gacelas bordadas y me dijo:

—Esta es labor de mi hermana.

—¿Cómo se llama tu hermana?—preguntéle.

—Se llama Nuru-l-Hodá <sup>12</sup>—me contestó—. Guarda, pues, este pañuelo con el mayor esmero.

Tomé yo, pues, el pañuelo. Después de eso ya nos despedimos y yo me fui por mi camino y caminé hasta entrar en mi casa, donde hallé a la hija de mi tío, que estaba levantada. Al verme, vino toda llorosa a mi encuentro y me besó en el pecho. Y me dijo:

—¿Hiciste aquello que te había pedido? ¿Recitaste ante tu amada, al despedirte, los versos que te dije?

—Se me olvidó—le contesté yo—. Y la culpa fue de estas gacelas que distrajeron mi mente al verlas.

Y así diciendo púsele delante el pañuelo.

Al verlo ella dio muestras de gran desasosiego, iba y venía y estarse quieta no podía. Hasta que al fin, vertiendo un mar de llanto por sus ojos, recitó estos versos dolorosos:

¡Ye tú que a separarte te dispones!  
¡Ten paciencia y aguanta!  
¡Y que no te detengan los abrazos!  
Que el sino es el que manda.  
El sino que de suyo es traicionero  
y tiene decretado  
¡que la separación término ponga  
a toda unión de dos enamorados!

Luego que hubo recitado esos versos me dijo:

—¡Ye hijo de mi tío, regálame este pañuelo!

Regáléselo yo en el acto y ella lo cogió y lo desdobló y lo que había bordado en él contempló.

Pasaron luego las horas y, llegada que fue la de mi partida, díjome mi prima:

—¡Ye hijo de mi tío, vete y que la paz vaya contigo! Pero al despedirte de tu amada no dejes de recitarle esos versos que te dije y que la vez anterior olvidaste.

—Vuelve a recitármelos—le dije.

Repitiómelos ella y luego me enca-miné a la puerta.

Sali de la casa y fui caminando hasta llegar al jardín de marras, lo atravesé y entré en la sala. y allí encontré a

<sup>12</sup> Luz de la dirección.

mi amada, que esperándome estaba. No bien ella me vió se levantó y vino y me besó y junto a ella me sentó. Después de lo cual comimos y bebimos y a nuestros deseos dimos satisfacción como la vez anterior. Y luego que amaneció la mañana y la hora de la separación fue llegada, recítele estos versos:

¡Ye vosotros que amáis, decidme,  
por Alá!,  
¿qué debe hacer aquella que de amor  
consumiéndose está?

Al oír ella esos versos arrasáronsele en llanto los ojos y recitó estos otros:

—Debe callar su amor  
y guardar su secreto  
y al fallo del destino  
someterse en silencio.

Retuve yo esos versos en mi memoria y holguéme de haber cumplido, según ella quería, el encargo de mi prima.

Torné luego a casa y hallé en ella a mi prima acostada y a mi madre a la cabecera de su lecho sentada, llorando por el estado en que la hija de mi tío se encontraba. Y al entrar yo, dirigióme mi madre estas palabras:

—¡Vaya modo de portarse en un primo! ¡Deja abandonada a la hija de su tío y, al entrar, ni siquiera pregunta cómo está!

Pero mi prima, al verme, levantó su cabeza e, incorporándose en el lecho, me dijo:

—Ye Asis, dime: ¿le recitaste los versos que te dije?

—Sí—le contesté—. Ella, al oírme, echóse a llorar y luego me recitó otros versos, que yo hice por retener en la memoria como los primeros.

—Repítemelos—díjome ella.

Hicelo yo así y ella, al escucharlos, redobló su llanto. Y recitó estos versos:

—Gran cosa y soberana es la paciencia,  
pero aquel que de amores se consume  
¿qué hará si no la encuentra?

Luego me dijo la hija de mi tío:

—Cuando de ella vayas a despedirte, recítale estos versos que acabas de oírme.

—Oír es obedecer—le contesté.

Luego salí de casa y me dirigí, cual de costumbre, al jardín de mi amada y hubo entre nosotros lo que no podría describir la lengua más inspirada. Y llegada que fue la hora de separarnos le recité los versos que mi prima me había encargado. Oyóme ella hasta el fin y sus ojos se anegaron en llanto y, a impulsos del sentimiento, recitó estos versos:

—Si al cuidado le falta la paciencia  
y guardar su secreto ya no puede,  
no le queda sin duda otro recurso  
que la muerte.

Hice por retener en la memoria aquellos versos y encaminéme a casa y, al llegar a ella, encontré a mi prima tendida en el suelo, desvanecida, y a su lado a mi madre, sentada, la asistía. Ella, al sentir mi voz, abrió los ojos y me dijo:

—Ye Asis, dime: ¿le recitaste los versos que te dije?

—Sí—le contesté yo—. Y ella estos otros me recitó.

Al escucharlos mi prima, tornó a caer desvanecida y, luego que recobró el conocimiento, recitó estos versos:

—Oigo y obedezco y me dispongo  
a morir, pues no queda otro recurso,  
y a aquella que se opuso a mis amores,  
le mando mi salud.

Luego que llegó la noche, salí y, como de costumbre, me dirigí al jardín y encontré a mi adorada aguardándome allí. Y nos sentamos juntos y comimos y bebimos e hicimos cuanto quisimos hasta que el sueño vino a rendir-

nos y el resto de la noche la pasamos dormidos.

Luego que llegó la mañana y me dispuse a volver a mi casa, recítele a mi amada los versos que la hija de mi tío me encargara. Y aquella, al oírlo, lanzó un fuerte grito y exclamó:

—¡Por Alá, que muerta es la que estos versos rimó!

Luego se echó a llorar y me dijo: —Por Alá, dime: ¿qué es tuyo la que esos versos compuso?

—Es la hija de mi tío—le contesté.

—Mientes—repuso ella—; si la hija de tu tío fuere, le tendrías tú el mismo cariño que ella te tiene, y, sin embargo, eres tú quien le das la muerte; ¡détela a ti Alá como tú a ella se la das! Si yo hubiera sabido que tenías esa hija de tu tío, que te acercaras a mí nunca habría consentido.

—Pues ella fue—le dije—la que me explicó el sentido de tus señales y la que me instruyó sobre el modo cómo debía portarme y a fe que, a no ser por ella,

jamás lograra encontrarme a tu vera. —¿Estaba, pues, ella enterada de todo lo que había entre nosotros?—dijo.

—Sí—le contesté.

—¡Entonces—dijo ella—que Alá tu juventud en flor destruya, como tú consumiste la suya!

Luego exclamó:

—Vete en seguida a ver qué ha sido de tu prima.

Fuime de allí con la mente atormen-tada y no paré de andar, hasta llegar a la calle donde estaba nuestra casa. Oí desde lejos gritos y llores; pregunté y me dijeron:

—Es por Asisa, que la encontraron muerta detrás de la puerta.

Entré en la casa y, al verme mi madre, me increpó diciendo:

—Sobre tu cuello caiga este desastre; ¡que Alá nunca te limpie de su sangre!

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 110 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mi noticia, *ye monarca*, el afortunado, que el joven de mi historia dijole a Tachu-l-Muluk:

—Entré en casa y, al verme, me increpó mi madre, diciendo:

—¡Que la sangre de la hija de tu tío caiga sobre tu cuello! ¡Que eso merece primo tan perverso!

Vino mi padre luego y entre todos la amortajamos y anunciamos su entierro y la enterramos, y sobre su tumba mandamos rezar aleyas del *Corán* y por espacio de tres días le estuvimos haciendo compañía.

Tornamos luego a casa y yo seguí llorándola con llanto amargo. Y mi madre llegóse a mí y me dijo:

—¡*Ye* hijo mío! ¡Saber quería qué pudiste hacer para que el corazón se le partiera! Pues hartas veces le pregunté la causa de su pena y ella, la pobre, nunca me lo quiso decir ni me dio pie siquiera para que adivinarlo pudiera. Así que, por Alá sobre ti, dime, hijo mío, qué hiciste para ponerla en trance de morir.

Y yo le contesté a mi madre:

—Yo nada hice. ¿Qué iba a hacer?

Pero mi madre, al oírme, exclamó:

—Así vengue Alá en ti su muerte. En verdad que ella no me dijo nada y guardó hasta el fin el secreto de la pasión que sentía por ti y que fue la que la mató.

Pero en sus últimos momentos estaba yo a la cabecera de su lecho y ella abrió los ojos y me dijo:

—¡Ye mujer de mi tío! ¡Que Alá absuelva de mi sangre a tu hijo y no lo castigue por lo que ha hecho conmigo! ¡Y que ahora me saque a mí de este mundo percedero y me lleve a la mansión del otro mundo, que es eterno!

Al oír lo cual exclamé yo:

—¡Que Alá, hija mía, te guarde y guarde también tu juventud!

Y torné a porfiarle para que me dijese la causa de su dolencia; pero no me dio ninguna respuesta, sino que sonrió y dijo:

—¡Ye mujer de mi tío! Dile a tu hijo que, cuando vaya a donde va todos los días, recite estas palabras al despedirse:

La lealtad es bella y la perfidia fea.

¡Que así me lo dicta el cariño que siempre le tuve y hace que, después de velar en vida por él, también muerta lo quiera proteger!

Diome luego una cosa para ti y me hizo jurar que no te la daría hasta que no te viera lamentar su suerte y llorar su muerte.

Conmigo tengo eso que te digo; pero no te lo entregaré hasta que no te vea llorar por ella y deplorar su pérdida.

—Enseñámelo en seguida—clamé yo.

Pero mi madre se negó.

Y luego yo volví de nuevo a pensar en los placeres y di al olvido la muerte de mi prima, porque tenía trastornada la mente, y en mi interior decía:

—¡Quién pudiera pasarse al lado de mi amada las noches y los días!

Así que un día ya no pude más y aguardé con impaciencia a que oscureciera.

Y no bien llegó la noche me encaminé al jardín y encontré a mi amada en la sala, que de tanto aguardarme esta-

ba como sobre ascuas<sup>13</sup>. Apenas entrar me vio luego se vino a mí y al cuello se me echó y por la hija de mi tío me preguntó. Contéle yo cómo era muerta y cómo la enterráramos y respondos y preces decir la mandáramos y de su tumba durante cuatro días no nos apartáramos, que ya hacía cinco que muriera la hija de mi tío.

Luego que ella me oyó lanzó un recio grito, y, rompiendo en llanto, me dijo:

—¿No te dije yo que tú la habías matado? Ye de haber sabido yo que mediaba esa hija de tu tío, antes de su muerte la habría recompensado debidamente por el gran favor que me hizo al facilitar mi unión contigo, que, a no haber sido por ella, nunca habrías llegado hasta mí; pero ahora yo temo por ti, no sea que te ocurra algún lance triste en castigo del mal que a ella le hiciste.

—Ye—exclamé yo—, antes de morirse ella me perdonó.

Y le conté todo lo que mi madre me había dicho, y ella exclamó al oírlo:

—Por Alá sobre ti, cuando veas a tu madre dile que te enseñe eso que le dio a guardar su prima.

—Mi madre—añadí yo—me dijo también:

—La hija de tu tío, antes de morir, me hizo esta recomendación:

—Cuando tu hijo se dirija al lugar donde tiene por costumbre ir, dile que al despedirse diga estas dos palabras:

La lealtad es bella y la perfidia fea.

Al oír la joven esas palabras, exclamó:

—¡Tenga piedad de ella Alá, pues te puso a salvo de mi mala voluntad, que en mi interior te pensaba dañar y aho-

<sup>13</sup> Traducción literaria del texto—*yalsat ala mkali-n-nari*.

ra ya no haré nada en tu contra y podrás vivir sin zozobra!

Maravíllame yo al oírlo y le dije:

—Pues ¿qué era lo que pensabas hacer en mi perjuicio cuando el amor nos tiene unidos?

A lo que ella me dijo:

—Tú me quieres sin duda con pasión, porque eres un inocente sin pizca de malicia y no sabes nada de nuestras picardías y nuestras añagazas, y en vida de tu prima podías estar tranquilo, pues ella te salvaba de todo peligro y a ella le debes estar todavía vivo.

Ahora te recomiendo que no hables ni te fies de ninguna de nosotras, ni chica ni grande. Porque eres de pocos alcances y no sabes las artimañas de las hembras, ni sus perfidias y traiciones, y ya se murió aquella que te explicaba sus intenciones. Y yo me temo que tengas algún contratiempo y no halles quien te salve del aprieto, pues la hija de tu tío ya ha muerto.

¡Qué dolor que la hija de tu tío ya murió! ¡Cuánto habría dado por conocerla antes que muerta fuera! ¡Pues le habría recompensado como es debido los favores que de ella tenía recibidos! ¡Tenga de ella Alá piedad! ¡Pues su secreto supo guardar y lo que por dentro sentía callar! Y dizque, a no ser por ella, nunca habrías traspuesto mi puerta, y ahora voy a pedirte un favor que te suplico me concedas.

—Dime—contesté yo—qué es lo que deseas.

—Que a su tumba me lleves—dijo ella—, pues quiero visitar el sepulcro que guarda sus restos y escribir sobre él unos versos.

—Mañana mismo—díjele—*jin schallah!*<sup>14</sup> verás cumplida tu voluntad.

Dormimos juntos aquella noche y ella, a cada hora, me decía:

—¡Ojalá y a tiempo me hubieras hablado de tu prima!

Yo, por mi parte, preguntéle:

—¿Cuál es el sentido de esas dos palabras «La lealtad es bella y la perfidia fea»?

Pero ella no quiso contestarme. Luego que amaneció la mañana, se levantó, cogió un bolso en el que había unos dinares y me dijo:

—Levántate y ven conmigo para que me enseñes su sepulcro, que deseo visitarlo y escribir en él unos versos y levantar sobre él una bóveda y mandarle decir responsos y alcoranes e invertir estos dinares en limosnas por su alma.

—Oír es obedecer—le contesté. Y eché a andar delante de ella y ella venía por mi zaga y por todo el camino fue repartiendo limosnas hasta agotar los dinares que contenía la bolsa.

Y cada vez que daba una limosna decía:

—Por el alma de Asisa, que se guardó para sí sus penas y hasta beber la copa de la muerte y nunca descubrió el secreto de su amor.

Luego que dimos vista al sepulcro de mi prima abalanzóse a él y el llanto de sus ojos empezó a correr. Luego sacó un buril de acero del mejor y un macito que era un primor y con el buril procedió a trazar en la piedra de la cabecera de la tumba con caracteres grandes y bellos los siguientes versos:

«Pasé junto a un sepulcro abandonado,  
en medio de un jardín;  
siete anémonas rojas salpicaban  
su losa de carmin.

—¡Quién reposa debajo de esta tumba?  
—conmovido exclamé.

—¡Baja la voz—me contestó la tierra—  
que un muerto de amor es!

—Que Alá te guarde y apaciente—dije—  
¡Ye mi muerto de amor!

¡Y te dé por morada el Paraíso  
y el lugar más excelso por mansión!  
¡Ye los pobres amantes, cuyos huesos  
recubre el polvo vil,  
y confundidos yacen con la turba  
anónima y ruin!

<sup>14</sup> ¡Si Alá quiere!—de donde se deriva nuestra exclamación romanceada *Ojalá*.

¡En un vergel de flores tu sepulcro  
yo te convertiré,  
y con profuso llanto de mis ojos  
a regarlo vendré!»

Y lloró un llanto copioso. Y después se levantó y me levanté yo también y echamos a andar y nos dirigimos al jardín. Y al llegar me dijo ella:

—¡Por Alá te pido que no te separes nunca de mí!

—Oír es obedecer—le respondí.

Continué luego viéndome con ella con frecuencia, y cada vez que iba a verla me mimaba y agasajaba y siempre, al despedirnos, me rogaba que le repitiese aquellas palabras que Asisa le dijera a mi madre, antes de morir. Y yo lo hacía así.

Y de este modo seguimos por espacio de un año comiendo y bebiendo y dejando correr el tiempo y luciendo trajes espléndidos, hasta el punto de que yo me puse gordo y lustroso y se me quitaron penas y tristezas y me olvidé por completo de mi prima Asisa y de cuanto a ella se refería.

Y el día de Año Nuevo me encaminé al *hammam* y me bañé y me asecé y me puse un traje magnífico, y al salir del *hammam* me bebí una copita de vino y me ungué con variedad de esencias de un olor exquisito, y tenía mi corazón enteramente ajeno a las añagazas del siglo y a los reverses del sino.

Luego que la hora del *aschá* fue venida, sintió mi alma la nostalgia de mi amada, y dizque estaba borracho y no sabía adónde dirigía mis pasos.

Encaminéme allá, sin embargo, dando tumbos, y me metí por una calle, que llamaban calle del Pito <sup>15</sup> y eché a andar por ella tan tranquilo. Y he aquí que, yendo caminando por aquella calle, se me acercó una vieja que también iba por ella y en la una mano llevaba un cirio encendido y en la otra enrollado un escrito.

Sintió aquí Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## PERO LA NOCHE 111 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He podido averiguar, *ye* monarca, el afortunado, que el joven que se llamaba Asis dijole a Tachu-l-Muluk:

—Al entrar por aquella calle, que llamaban calle del Pito, tropecéme con una vieja que en la mano llevaba un cirio encendido y en la otra enrollado un escrito.

Acerquéme yo a ella y advertí que lloraba y, al mismo tiempo, entre sollozos recitaba estos versos:

—¡Que Alá con largueza premie  
a quien tu arribo me anuncie!  
¡Y ponga fin a mis ansias

y mis pesares alivie!  
Yo en recompensa le diera  
puesto que ello le placiese,  
este corazón que pena  
desde que dejó de verte.

Luego que estuvo cerca de mí me dijo:

—¿Sabes leer, hijo mío?

—¡Sí—le contesté—, *ye* mi tía, la vieja!

Dijome entonces ella:

—¡Pues toma este escrito y léemelo!

Y me dio el escrito y yo se lo cogí y lo abrí y su contenido leí. Y era carta

<sup>15</sup> En Burton, calle del Síndico-An-Nakib.

de un ausente que mandaba un saludo a sus amigos y parientes.

No bien oyó mi lectura, alegróse la vieja y se puso muy contenta y me dijo:

—¡Que Alá te dé tanta gloria como tú me has dado a mí con esas palabras que a mi pesar han puesto fin!

Tomó luego la carta de mis manos y echó a andar dos pasos.

Apretóme a mí entonces la gana de orinar y me aparté a un sitio para hacer mi necesidad y me agaché y oriné y luego me sequé con un guijo y volví a bajarme las ropas y me dispuse a seguir mi camino <sup>16</sup>.

Pero la vieja fue y se me acercó y me besó las manos y me dijo con grandes arrumacos:

—¡Ye mi señor! ¡Que Alá (exaltado sea) tu mocedad florezca y no saque a la luz lo que encendido llevas! ¿No querías hacerme el favor de venir conmigo unos pasos hasta esa puerta para que también ellos se enteren de lo que dice esta carta que acabas de leerme? Pues de otro modo no querrán creerme; ven, pues, conmigo unos pasitos y detrás de la puerta les leerás el escrito.

—Está bien—dijele yo a la vieja—. Pero dime: ¿cúya es la carta esa?

Y la vieja me contestó, diciendo:

—Esta carta es de un hijo mío que lleva ya diez años lejos de nosotros. Allí se marchó con su surtido de mercaderías a traficar con ellas por lejanas tierras y estuvo tanto tiempo sin dar acuerdo de su persona que nosotras llegamos a darlo por muerto.

Pero ahora, cuando menos lo esperaríamos, recibimos esta carta, y dizque su hermana se pasaba las noches y los días llorando por no saber de él, y al

decirle yo ahora: «No pases pena, que está vivo y sano», no ha querido creerme y se figura que la engaño. Y me ha dicho:

—No tienes más remedio que ir a buscar a alguien que entienda de letra y traérmelo a casa para que la carta me lea y yo quede convencida y mi corazón libre de angustia.

Y ya sabes, hijo mío, que todos los que aman siempre se ponen en lo peor, cuando se trata del objeto de su amor; así que te ruego que seas bueno y vengas conmigo y le leas la carta a la muchacha, del lado acá de la cortina, que ella saldrá al zaguán a oírla, y ambas te quedaremos agradecidas.

Y en verdad, que ya dijo el Enviado de Alá (sobre él la oración y la paz): «Quien libra al apurado de uno de los apuros de este congojoso mundo, Alá lo sacará a él de setenta y dos apuros, el día de la Resurrección.» Y pues yo recurro a ti en mi necesidad, acórreme y no me dejes mal.

—Oír es obedecer—le contesté—. Echa a andar delante de mí y yo te seguiré.

Echó, pues, a andar delante de mí y yo la seguí un breve trecho, hasta que llegó a la puerta de una casa grande, hermosa, y la dicha puerta estaba chapada de cobre.

Quedéme yo en pie tras de la puerta y la vieja empezó a gritar en lengua persa y, en menos que se cuenta, llegó corriendo una mocita que daba unos saltitos garbosos y vivos.

Traía remangadas las sayas hasta las rodillas y yo pude verle un par de pantorrillas que dejaban turulato al que las miraba y el pensamiento y la vista embrollaban, y dizque aquella señorita era según la pintara el poeta en esta rima:

—¡Ye tú que nos enseñas  
las pantorrillas!  
¡No nos des más dentera  
con lo de arriba!

<sup>16</sup> «Los musulmanes no orinan de pie, por temor a mancharse las ropas, que entonces serían impuras... Al terminar suelen secarse la "os penis" con piedrecillas o tierra.» (Burton.)

¡Anda y brinda a tu amante  
la copa rica  
y déjale que guste  
de su ambrosia!» <sup>17</sup>

Y eran aquellas piernas como dos pilares de alabastro, con unos muslos de oro, de piedras preciosas incrustados.

Y la mocita habíase remangado el pico de su falda y metidoselo bajo el brazo y también habíase recogido sus mangas hasta el codo, de suerte que yo alcanzaba a ver sus muñecas blanquísimas, adornadas con sendas pulseras, con colgantes de perlas grandes, y en torno a su cuello lucía un collar de rica pedrería.

Y en sus orejas llevaba zarcillos de perlas y se tocaba la cabeza con una albanega de brocado, nuevecita y flamante y recamada con joyas valiosas.

Y por andar, sin duda, trajinando en la casa, habíase remetido también la camisa en la cintura.

No hay que decir que al verla yo así, de trapillo, ante su hermosura quedé confundido, pues era, a la verdad, como un sol refulgente y sin par.

Y aquella joven encaróse con la vieja y, con la voz más dulce que en mi vida oyera, le dijo:

—¿Es este, madre mía, el joven que viene a leernos la misiva?

—Así es, en efecto—respondió la vieja. Tendíome luego su mano con la carta y entre ella y la puerta no habría sino medio palmo de distancia.

Alargué yo también la mía para tomar la misiva y metí la cabeza y los hombros por la puerta, para acercarme más a ella. Y no sabría decir cómo, pero el caso fue que la vieja dióme una topada con la espalda, mientras yo tenía cogida con mi mano la puerta. Y en un abrir y cerrar de ojos encontréme en el patio de la casa, pasado el

zaguán, y la vieja, veloz como el relámpago deslumbrador, dióse prisa a cerrar.

Al verme la muchacha ya dentro de la casa vino a mí y me estrechó contra su pecho con frenesí y me tiró al suelo y se me montó en el pecho y se puso a hacerme cosquillas en el vientre, de suerte que poco faltó para que yo el sentido perdiese.

Y, después de eso, me cogió de la mano y tiró de mí, que no estaba en disposición de resistir, y me fue llevando a lo largo de siete zaguanes, en tanto la vieja iba delante de nosotros con un cirio encendido, y así llegamos a una gran sala, con cuatro estrados y tan grande y amplia que en ella pudiera un jinete jugar al mazo y a la pelota <sup>18</sup> sin inconveniente.

Soltóme allí la muchacha y me dijo:

—¡Abre bien tus ojos, chiquillo!

Abrí yo los ojos, aún turbios y nublados, por los muchos apretujones que me había dado, y vi que todo aquel salón era de finos mármoles y alabastros y sus muebles todos de seda y brocado, incluso los almohadones y las colchonetas de los estrados.

Y había también allí dos bancos de azófar y un lecho de oro rojo con incrustaciones de aljófar y piedras preciosas, dignos solamente de un rey cual tú lo eres.

Y a lo largo del salón había unos cuartitos más reducidos, y todo aquel lugar respiraba riqueza y suntuosidad.

Y la mocita luego me preguntó:

—Dime, Asis: ¿cuál de estas dos cosas es mejor para ti? ¿Morir o vivir?

—Vivir—le dije yo.

—Pues si para ti la vida es preferible a la muerte, cástate conmigo y no lo pienses.

—Ye—le contesté—¿qué más querría

<sup>17</sup> Ya podrá figurarse el lector de que copa se trata. También los latinos empleaban en el mismo sentido la palabra *Vas*.

<sup>18</sup> Es decir, al polo, deporte que, como es sabido, practicaban los persas desde tiempos antiguos, según puede verse en los ejemplares ilustrados del *Schah-Námeh*, de Firdusi.



yo, sino casarme con una como tú?

—Si te casas conmigo—dijo—salvarás tu vida y te librarás de la hija de Dalila, la ladina.

—¿Qué Dalila es esa, la ladina?—pregunté yo. Y ella, riendo, me contestó:

—¿Cómo es que no la conoces y llevas ya un año y cuatro meses de verla diariamente? Así Alá (exaltado sea) quiera darle la muerte, que en todo el mundo no se hallaría mujer que la aventaje en marrullería. ¡A cuántos no mató antes que tú la conocieras y a cuántos no perdió la muy trapacera! ¡En verdad que no sé cómo a ti no te mató ya ni te armó una trampa fatal, llevando, como llevas, todo ese tiempo con ella!

Díjale yo:

—Ye mi dueña, ¿cómo es que la conoces a ella?

—Yo la conozco—contestó la joven—de oídas, como por la fama se saben las desdichas. Y quiero que me cuentes todo lo que entre vosotros haya pasado para inferir de ello la causa de que te haya respetado.

Contéle yo todo cuanto pasara entre nosotros y lo que le ocurriera a la hija de mi tío, Asisa, y ella compadeciéndose de mi prima y vertió lágrimas por sus ojos y chocó una con otra sus manos al oír que este mundo había ya abandonado. Y exclamó:

—¡Perdió su juventud en la senda de Alá! ¡Bendígala el Señor por su bondad! Por Alá, ye Asis, que a ella debes haber salvado tu vida de las garras de Dalila, la ladina, que, a no haber sido por ella, seguro que la muerte te diera. Temblando estoy yo ahora por ti a causa de su perfidia y su maldad; pero me atraganto y no puedo hablar.

—Por Alá—exclamé yo—. Todo eso que dices es verdad.

Movió la cabeza y dijo:

—No se encuentra hoy otra Asisa.

—Y al morir—seguí yo diciendo—me recomendó que dijera a la otra estas

dos palabras, nada más: «La lealtad es bella y la perfidia fea.»

Al oírme ella esas palabras exclamó:

—Por Alá, que a esas dos palabras debes tu salvación y por ellas no te mató. Ve ahí cómo la hija de tu tío te salvó en vida y aún después de muerta te sirve de égida.

Por Alá, que día tras día lampaba yo por verte y no sabía qué hacerme, hasta hoy que se me ocurrió ese ardid y te traje aquí, porque eres un simple que no sabes nada de las astucias de las hembras y de las fatales picardías de las viejas.

—Así es la verdad—asentí yo.

Y ella añadió:

—¡Pues refresca ahora tus ojos y alegra tu alma! Porque la difunta halló gracia en Alá y el vivo no sufrirá mal.

Eres un guapo mozo y yo te deseo, pero con sujeción a los preceptos de Alá y de su Enviado (sobre él la oración y la paz).

Todo cuanto necesites de hoy en adelante corre de mi cuenta y lo tendrás en seguida que me lo pidas, así de dinero como de ropas y demás cosas, y a cambio de ello, no tendrás que hacer nada nunca en la vida, que, gracias a Alá, siempre hay en mi casa pan caliente y agua en jarra. Lo único que de ti recabo es que hagas conmigo lo que con la gallina hace el gallo.

—¿Y qué es—le pregunté—lo que el gallo hace con la gallina?

Echóse ella a reír y batió palmas y tanto rió que se tumbó de espaldas. Incorporóse luego y me dijo, sonriendo:

—Pero ¿de veras no sabes, Asis, lo que hace el gallo con la gallina? Ye luz de mis ojos, ¿no lo adivinas?

—Por Alá, que no—contesté yo.

—Pues lo que hace el gallo—explicóme ella—es comer y beber y folgar.

Quedéme yo desconcertado al oír tales palabras y para cerciorarme mejor le pregunté:

—¿De veras que es eso todo lo que el gallo tiene que hacer?

—Eso y nada más—dijome ella—. Y todo lo que yo te exijo es que te fajes bien los lomos y esfuerces tu voluntad y comas hasta cebar.

Batió después palmas y gritó, diciendo:

—Madre, haz pasar a los que contigo están.

Salió la vieja y volvió luego acompañada del cadí y los cuatro testigos. Y traía un velo de seda y encendió cuatro cirios. Y los testigos me saluda-

ron y se sentaron; en tanto mi novia se cubría con el velo y ordenaba a uno de ellos que extendiera la partida de casamiento.

Hiciéronlo así luego y redactaron el documento, certificando por sus almas haber ella recibido el dote por lo adelantado y lo atrasado, quedando en deuda conmigo por valor de diez mil dracmas...

Sintió aquí Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 112 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que el joven de mi historia dijo a Tachu-l-Muluk:

—Dio luego la joven su paga a los testigos y estos se fueron por donde habían venido.

Levantóse ella luego y se quitó sus ropas y se quedó con solo una camisa de fina seda, prendida con un broche de oro, y después se quitó también los pantalones y me cogió la mano y se la llevó a su lado, diciendo:

—No hay pecado en esto, ya que estamos casados.

Tendióse luego en el lecho boca arriba y tiró de mí y me apretó contra su pecho, lanzando un suspiro, y me zarrando para hacerme entrar en calor.

Subióse luego la camisilla hasta los pechos, y al verla yo en esa postura, no pude contenerme ya y me eché encima de ella y le chupé los labios y ella empezó a chillar bajito y a hacer remilgos y pucheros y luego me dijo:

—¡Anda, sí, rico mío; házmelo y echa el resto!

Y yo entonces me acordé de estos versos:

—Al levantar la camisa  
que ocultaba su tesoro,  
encontré tan cerrado  
como mi mente y mi bolso.  
Y al intentar penetrarlo,  
lanzé ella un suspiro hondo.  
—¿Por qué suspiras—le dije—,  
sientes dolor y no gozo?  
Y ella me dijo con gracia:  
—Si no es por eso, ¡so bobo!  
¡Es porque se me hace tarde  
el que me lo metas todo!

Y ella me siguió diciendo:

—¡Anda, rico mío, y remata la obra, pues soy tuya desde ahora! ¡En tus manos está mi vida! ¡Anda, pues, y dámelo todo, de una vez, para que yo pueda cogerlo en mi mano y en mis entrañas adentrarlo!

Y de esta suerte no dejó de azuzarme con suspiros y quejidos y chillidos, entre beso y beso y mordisco, hasta que al cabo, en medio de nuestros murmullos placenteros, alcanzamos el deleite supremo y el anhelado término.

Después de lo cual nos quedamos dormidos hasta la mañana, y entonces yo me levanté y me dispuse a retirarme; pero ella se levantó y soltó la carcajada y me dijo con gracia:

—Pero, chiquillo, ¿adónde vas? ¿Crees que es preciso que salgas a la calle para ir al *hammam*? ¿Acaso te imaginas que soy yo como la hija de Dalila? Pues echa luego de tu mente tal idea, porque tú eres mi marido y yo tu mujer como manda la ley.

Y si estás chispo, vuelve en tu juicio y entérate bien de que esta casa en que estás solo se abre al año una vez.

Y para convencerte no tienes más que ir al zaguán y verás cómo está cerrada la puerta grande y atrancada.

Fui yo allá y comprobé que efectivamente la puerta grande de la casa estaba cerrada y atrancada.

Y al volver adentro, me dijo mi esposa:

—Mira, Asis. Aquí, en esta casa, tenemos harina y cereales, fruta y granadas y azúcar y carne, de cordero y de ave, y provisiones suficientes para un año entero mantenerse; así que nuestra puerta solo se abre cada doce meses y hasta que ese tiempo se cumpla no verás la calle.

Al oír yo aquello exclamé:

—No hay gloria ni poder sino en Alá.

Y ella añadió:

—¡Pero no te apures, hombre! Que no te ha de pasar nada malo, puesto que sabes hacer el oficio del gallo.

Dijo y se echó a reír y yo me reí también. Y asentí a todo lo que me dijo después.

Quedéme, por consiguiente, a su lado, haciendo el oficio del gallo, es decir, comiendo y bebiendo y folgando, hasta que de esa guisa fue pasado un año, o sea doce meses exactos. Y al cumplirse el año quedé encinta de mi y Alá me gratificó con un hijo varón. Y a fines de aquel año sentí que abrían la puerta y entraban unos hombres con tortas y harina y azúcar. Quise yo salir; pero ella me detuvo, diciendo:

—¡Aguarda a la hora del *aschá* y entonces como entraste saldrás!

Aguardé, pues, a la hora del *aschá* y entonces me dispuse a salir, y díque el miedo se había apoderado de mí. Y ella me dijo:

—Por Alá, que no te dejaré partir como antes no me jures que estarás de vuelta esta misma noche, antes de que cierren la puerta.

Vine yo en hacerlo así y ella me hizo jurar por lo más grande y santo, por la Espada y el Libro y el Repudio<sup>19</sup>, que estaría allí de vuelta antes que cerrasen la puerta.

Despedíme, pues, de ella y eché a andar y me dirigí al jardín y hallé abierta su puerta, como de costumbre. Chocóme aquello y en mis adentros me dije:

«Un año entero estuve de este lugar ausente y ahora llego a él de repente y hallo su puerta abierta como siempre. ¿Seguirá también la joven en el mismo estado que antaño? ¡Tengo que entrar sin remisión y ver cómo anda esto antes de volver a mi puesto!»

Entréme en el jardín y dirigíme a la sala y allí encontré a la hija de Dalila, la ladina, sentada, con su cabeza apoyada en la rodilla y una de sus manos en la mejilla. Y era mudado el color de su rostro y también era cambiada la expresión de sus ojos. Y no bien me vio, exclamó:

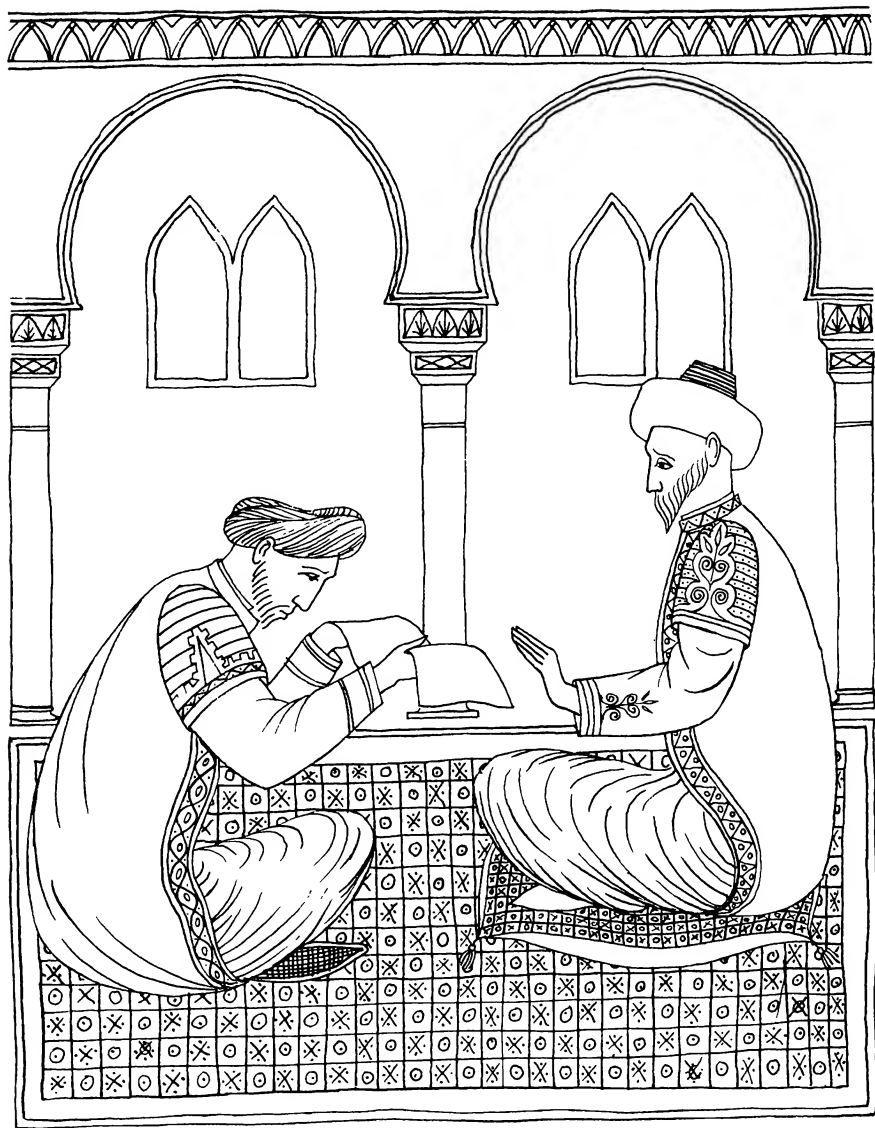
—¡Gracias a Alá que por fin te veo llegar!

Y, de puro alegre, echóse en mis brazos. Yo sentí sonrojo y aparté mi rostro. Pero luego me acerqué a ella y la besé y le dije:

—¿Cómo sabías que yo a esta hora vendría?

—No lo sabía—respondió ella—. Por Alá, que un año llevo de no gustar el sueño, que pasaba las noches en vela,

<sup>19</sup> La espada flamígera de Salomón, el *Corán* y el tercer divorcio después del cual el marido no puede volver a unirse con su esposa, sino luego que esta ha contraído nuevo matrimonio (*Corán*, sura II.—*Al-Bakra* (La vaca)).





aguardando tu vuelta, desde que te fuiste aquel día con el terno nuevo que yo te di y me prometiste volver junto a mi.

Yo quedé esperándote y pasó la primera noche y no viniste, y la segunda y la tercera y tampoco volviste y yo seguí esperándote, que así suele hacer la enamorada fiel; ahora quiero que la causa me cuentes de que un año entero estuvieras ausente.

Contéselo yo todo y ella, al oír que me había casado, palideció y aún se puso más amarilla al decirle yo:

—Vine esta noche a verte, pero antes de que amanezca tengo que irme.

Y exclamó al oírme:

—¿Esas tenemos? ¿De modo que esa mujer no está contenta con haberte engatusado para que te casaras con ella y tenerte en su casa encerrado todo un año, sino que además te ha hecho jurar por el Repudio que has de volver con ella esta misma noche antes de que amanezca y no te consiente que te entretengas con tu madre o conmigo y pases una noche entera con una de nosotras lejos de ella?

¿Qué va a ser, pues, de esta que todo un año tuviste abandonada y eso que la conocías antes de conocerla a ella?

Pero Alá tenga piedad de tu prima Asisa, que padeció lo que ninguna nunca padeciera y te aguantó lo que ninguna te hubiera aguantado y murió de tus malos tratos y, para colmo, fue también la que te libró de mi enojo.

Pero yo, la muy tonta, me pensaba que me querías y por eso te dejé seguir tu camino, que de no ser así no te hubiera dejado ir de rositas, cuando en

mi mano estaba el meterte en un calabozo e incluso quitarte la vida.

Echóse luego a llorar con amargo llanto y subió de punto su furor y se le erizó el vello y se le estremeció todo el cuerpo y me miró con unos ojos que metían miedo.

Llenéme yo de terror al verla así y me temblaron las piernas y todo mi cuerpo, pues dizque parecía talmente una *gula*, una vampira, y yo me sentía como un guisante sobre el fuego.

Y ella dijo luego:

—Tú ya te acabaste para mí, puesto que estás casado y tienes un hijo; así que para nada te necesito, porque yo solo quiero trato con solteros y no con casados, que para mí son excusados.

Tú me vendiste por esa mujerzuela; mas por Alá que de esa ramera en ti me he de vengar y te he de dejar que no has de servir ni para ella ni para mí.

Luego dio una voz y acudieron al punto diez esclavas y, en menos que se cuenta, dieron conmigo en tierra. Al verme ella caído entre sus manos, levantóse ligera y empuñó un cuchillo en su diestra. Y exclamó:

—¡Voy a matarte como a un cabrón y es poco todavía para lo que mereces por lo que hiciste conmigo y con tu prima!

Yo, al verme entre las manos de aquellas esclavas, postrado en tierra, de suerte que mi cara daba en ella y ver a mi señora empuñando el cuchillo, consideréme perdido...

Sintió aquí Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

## PERO LA NOCHE 113 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mí noticia, *ye monarca*, el afortunado, que el visir Dandán dijole a Zu-l-Mekán:

—El joven de mi historia dijole a Tachu-l-Muluk:

—Al verme en tal estado, imploré de la joven clemencia; pero ella no hizo sino mostrarse más severa y ordenó a sus esclavas que me atasen y así lo hicieron ellas.

Ordenólas luego la joven a sus esclavas:

—¡Montaos encima de él!

Luego que así lo hicieron, mandóles que me atasen los pies con una cuerda, lo que en seguida hicieron ellas.

Luego levantóse la joven de encima de mí y puso una sartén de cobre sobre el fuego y vertió en ella aceite y sebo. Y yo estaba ausente de este mundo, en tanto la joven hacia aquello.

Vinose luego a mí y me alzó las ropas y me ató los compañeros con una cuerda y entregó sus sendos cabos a dos de las esclavas aquellas. Y les dijo:

—Tirad de la cuerda con toda vuestra fuerza.

Tiraron ellas y yo sentí un dolor tan profundo que me creí transportado a otro mundo. Levantó después de eso la joven su mano y, con una navaja barbera, me cortó de un tajo la verga, dejándome al igual de las hembras. Luego me aplicó el cauterio al sitio de la herida y me vertió unos polvos encima. Fue mi dolor tan grande que acabé por desmayarme. Al volver en mí luego ya se me había cortado la sangre, y ella me dio a beber una copa de vino, después de lo cual me dijo:

—Ya puedes irte al lado de esa con quien estás casado, que yo con esta

noche tengo ya sobrado. ¡Así Alá tenga piedad de la hija de tu tío, Asisa, a la que debes el salir de aquí con vida! ¡Que a no haber sido porque me recitaste aquellas dos palabras de fijo que sin reparo alguno te matara!

Ahora ya puedes irte con quien te plazca, que yo en ti solo una cosa estimaba y es esa que te acabo de cortar, así que en adelante no te necesitaré para nada ya. ¡Lárgate, pues, de aquí y rápate la cabeza y llora la muerte de tu prima Asisa, la que de veras te quería!

Diome luego con el pie y yo me levanté y sentía tal debilidad que no podía andar. Fui caminando, no obstante, pasito a pasito hasta llegar a la puerta de mi domicilio. Encontréla abierta y me eché en el zaguán, y estaba tan rendido, que no sabía lo que pasaba en torno mio.

Salió luego mi esposa y, cogiéndome en brazos, me llevó a la sala y me reconoció con interés y vio que había quedado igual que una mujer. Dejóme dormir y en un sueño profundo me sumí. Y al despertarme de él encontréme tirado junto a la puerta del jardín.

Y entróme mucha pena y me levanté y, pasito a pasito, me dirigí a mi domicilio. Y al llegar sentí a mi madre llorar y entre sollozos clamar:

—*Ye* hijo mio: ¿te volveré a ver algún día? ¿Quién pudiera saber por qué tierras caminas?

Lleguéme yo a ella y me eché en sus brazos. Y mi madre me miró y, al verme, comprendió que estaba adolecido, pues tenía el rostro denegrido.

Acordéme yo luego de mi prima y de lo buena que siempre había sido conmigo y, harto tarde ya, comprendí

cuánto me había querido, y me eché a llorar por ella y también mi madre lloraba conmigo.

Y mi madre me dijo:

—Has de saber cómo murió tu padre, ¡hijo mío!

Y al oír yo aquello redobló mi rabia contra el sino y rompí a gritar hasta perder el sentido.

Luego que volví en mí tendí la vista al lugar en que mi prima Asisa se solía sentar y de nuevo me eché a llorar, hasta que de tanto llorar me volví a desmayar.

Y no dejé de gritar y sollozar hasta la noche mediada, y mi madre se me acercó y me dijo:

—Diez días hace que murió tu padre.

Y yo contesté:

—Nunca lloraré por nadie más que por mi prima Asisa, y en verdad que tengo bien merecido lo que me ha ocurrido, por no haber hecho caso de la que me quería tanto.

—¿Pues qué te ha ocurrido, hijo mío?—preguntóme mi madre.

Contéselo yo todo y ella, luego de oírlo, lloró también conmigo, y pasado un rato, se levantó y fue adentro y volvió con algo de comer y me lo ofreció.

Y yo comí un bocado y bebí un trago y torné a referirle de nuevo todas mis aventuras y a contarle todas mis desventuras. Y ella, luego de oírme, exclamó:

—¡Gracias a Alá que de ahí no pasó y no te mató!

Luego se puso a cuidarme y curarme hasta que al fin convalecí y recobré del todo mi salud. Entonces díjome mi madre:

—Voy a mostrarte ahora, hijo mío, lo que me confió la hija de tu tío, pues en verdad es tuyo y ella me hizo jurar que no te lo daría hasta que no te viera que te acordabas de ella y que doliás de que fuera muerta y rompías todo lazo con las demás hembras, me-

nos con ella, y a mí ahora me parece que tal es ya tu suerte.

Luego se levantó y abrió una arquetá y sacó de ella este trozo de tela en que hay bordadas estas gacelas y que yo al principio le regalara a ella; cogí yo el pañuelo y, al desdoblarlo, hallé en él bordados los siguientes versos:

«La venda del amor sobre mis ojos

pusiste y me cegaste,  
y en tanto que el sueño tú gozabas,  
mi vela era constante.

Y ante mi vista y en mis propios brazos  
con otras tú soñabas,  
y al ver que el corazón se me fundía,  
de mí no te apiadabas.

Yo no obstante guardaba mi secreto  
y callé mi pesar;

¿a qué exponerme a la censura necia  
de quien no sabe amar?

A vosotros, ye amantes, mis hermanos,  
os pido que, al morir,

pongáis sobre mi tumba este epitafio:  
"Una muerta de amor reposa aquí."

Al leer yo aquellos versos prorrumpí en un llanto acerbo y me aporreé el rostro; mas no era aquello todo, pues dentro del pañuelo había una hojita de papel y, al desdoblarla, pude ver que era una carta. La cual tenía escritas estas palabras:

—«Sabe, ye hijo de mi tío, que de toda responsabilidad por mi muerte te eximo y a Alá le pido te una con aquella que amas, aunque te recomiendo que si algo malo te pasa con la hija de Dalila, la ladina, no vuelvas más a verla, ni a ella ni a ninguna otra hembra, y lleva con resignación lo que te suceda. Y sabe que si no fuera porque cada cual tiene su plazo sellado ya habrías sucumbido en los tiempos pasados, y gracias doy a Alá porque señaló mi día último antes que el tuyo. ¡Y para todos vosotros mi saludo!

»Y guarda con cuidado ese pañuelo que tiene bordadas unas gacelas y tenlo en mucha estima, que él era quien me acompañaba cuando tú de mí te



ausentabas. Y te conjuro a que, si puedes, te alejes de la que bordó esas gacelas y la rechaces si se te acerca y no te cases con ella y no te arrimes tampoco a ninguna hembra. Has de saber que la que bordó esas gacelas acostumbra bordar otro pañuelo igual todos los años y lo envía a los países lejanos para que su fama se extienda, pues no hay quien con ella pueda competir en esa labor en toda la tierra.

«Cuanto a tu amada Dalila, la ladina, cuando llegó a sus manos este trozo de tela, que tiene bordadas esas gacelas, fue y se puso a enseñárselo a todo el mundo, diciendo: "Yo soy hermana de la que hace esta labor", al decir lo cual miente, sin pizca de rubor.

«Y si yo te hago esta recomendación es porque sé que el mundo, después de mi muerte, se te achicará y querrás peregrinar por esas tierras y otras, hablar de la que bordó estas gacelas y te entrarán deseos de conocerla.

«Y has de saber que la que estas figuras bordó es la hija del rey de las Islas del Alcanfor.»

Luego que el escrito lei y su sentido comprendí, echéme de nuevo a llorar, y también mi madre lloraba de verme llorar a mí y yo no apartaba del pañuelito mis miradas y llorando seguí hasta que se hizo noche cerrada.

Pasé un año entero en ese estado, hasta que luego llegó a mis oídos que los mercaderes, con quienes en esta cáfila he venido, se disponían a partir de nuestra ciudad con sus mercancías, y mi madre me aconsejó que me uniese a ellos y viajase y traficase pues quizá así la pena se me entibiase. Y me dijo mi madre:

—Ánimate, hijo mío, y ahuyenta de ti ese pesar y viaja por ahí un año, o dos o tres, hasta que regrese la caravana, que puede que con ello se te dilate el pecho y se te encorazone el corazón.

Y así siguió mi madre alentándome

con palabras semejantes, hasta que acabó por persuadirme y merqué mercaderías y me incorporé a los mercados que partían.

Pero en todo el tiempo que viajando llevo no se han secado mis lágrimas, ¡je monarca, nunca!, y siempre que hace alto en algún sitio la caravana luego me apresuro a desdoblar este pañuelo y me recreo contemplando estas gacelas y recordando a mi prima Asisa y lloro por ella, como has visto, porque ella me amaba con el mayor de los amores y murió víctima de mi desamor.

Nada le hice sino mal y ella, en cambio, no me hizo a mí más que bien. Y ahora, cuando estos mercaderes vuelvan de su viaje, volveré yo con ellos y entonces se habrá cumplido un año, y, sin embargo, mi dolor es hoy más grande que antaño y mi pena y mi aflicción hanse agravado después de mi visita a las Islas del Alcanfor y al Castillo de Cristal.

Y has de saber que las tales son en número de siete y las gobierna un sultán, llamado Schahramán, el cual tiene una hija nombrada Dunya, y hanme informado de ser ella la que bordó estas gacelas, y al saberlo yo senti redoblar mis ansias de conocerla y me abrasé en un fuego de penas y me ahogué en el mar de las tristes ideas, y me eché a llorar por mi desdicha de haber venido a encontrarme igual que una mujer, sin lo que tienen todos los hombres, y no haber remedio para mi defecto.

Por lo que desde el día que dejé las Islas del Alcanfor tengo los ojos llorosos y el corazón pesado y así llevo ya largo tiempo y no sé si me será dado o no volver a mi tierra natal y morir al lado de mi madre, pues estoy, a la verdad, empachado de lo mucho que comí de este mundo amargo.

Y el joven mercader tornó a llorar y a mirar las gacelas, en tanto las lágrima-

mas le corrian a raudales por sus mejillas y estos versos repetia:

—Tratan de consolarme y me aseguran que el dolor no es eterno, y que un día, cuando menos lo espere, cesará mi tormento.

—Será verdad lo que decís—respondo—y que al fin gozaré de la alegría.

Pero decidme: ¿me podéis fiar que mi vida se alargue hasta ese día?

¡Y esta es, ye rey, toda mi historia, sin falta ni sobra!

Y también recitaba estos otros versos:

—Desde que Alá nos separó he vertido tantas lágrimas, que di cuenta de las mías y ahora las pido prestadas.

Y me dicen: —¡Ten paciencia!

—Como quien no dice nada.

¡Paciencia! ¿Cómo tenerla?

¡Si es ella la que me falta!

Luego que hubo escuchado Tachul-Muluk la historia de aquel joven, maravillóse en grado sumo y prendió en su corazón un incendio al oír hablar de la belleza de la princesa Dunya, que tal era su nombre...

Sintió aquí Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

## PERO LA NOCHE 114 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He logrado saber, ye monarca, el afortunado, que el visir Dandán dijole a Zu-l-Mekán:

—Luego Tachul-Muluk dijole al joven:

—En verdad que lo que a ti te ha ocurrido es algo que a ningún otro le ha sucedido y que todo ha sido obra de tu sino. Pero una cosa te quisiera pedir.

—¿Qué es ello?—exclamó Asis.

—Pues que me describas—respondió el príncipe—cómo viste a la joven que bordó esas gacelas cuando estuviste en sus tierras.

—Para llegar a ella—respondió el joven—me valí de una treta y fue que, al entrar con la caravana en su ciudad, me fui a dar un paseo por los jardines, que abundan en árboles frondosos y gentiles. Está encomendada su guarda a un *scheij* de edad avanzada.

—Ye *scheij*—dije yo—, ¿estos jardines cómo son?

—De la hija del rey—me respondió el

anciano—, de señora Dunya, al pie de cuyo alcázar nos encontramos. Cuando ella siente antojo de pasear por los jardines ábrese la puerta del adarve y por ella la princesa sale a recrearse y aspirar el aroma de las flores que abren.

—Sentémonos a descansar un rato —dijele al anciano.

Accedió él y nos sentamos. Y hete aquí que, estando ambos sentados, ábrese de pronto la puerta de la muralla y el viejo me dice:

—Escóndete sin tardanza.

Escondíme yo al punto en el preciso instante en que doña Dunya salía por la puerta del adarve y, al verla, pensé que era la luna que bajara a la tierra y quedéme estupefacto ante su belleza y poseído de la misma ansia que el sediento a la vista del agua.

Pasada una hora, volvió a cerrarse la puerta y desapareció por ella la princesa.

Salíme yo luego de allí y me dirigí a

mi aposento, y estaba poseído del convencimiento de que nunca podría llegar hasta la princesa ni gozar de su belleza, sobre todo careciendo, como carecía, de virilidad. De suerte que en mis adentros me decía:

—Ella es hija de un rey y yo un simple mercader; ¿cómo su amor podría pretender?

Pero luego que mis compañeros de caravana terminaron sus preparativos para reanudar la marcha, nos pusimos todos en camino con dirección a esta ciudad. Y al llegar a este lugar nos encontramos contigo. Y esta es la historia de todo lo que me ocurrió, sin que haya que añadir más. ¡Y *selam!*

Luego que oyó Tachu-l-Muluk las palabras del joven, encendiéndose su pecho en amor a madama Dunya y montó en su corcel y, llevando a Asis con él, dirigióse a la ciudad de su padre y le destinó en ella una casa solo para él y se la proveyó de cuanto hubiera menester.

Dejólo luego allí y se dirigió a su alcázar y de sus ojos fluían las lágrimas, que le corrían por las mejillas, porque la audición despierta el deseo de la vista y la unión.

En tal estado permaneció Tachu-l-Muluk hasta que entró su padre a verlo y lo encontró mudado de color y conoció que el joven estaba preocupado y apenado y le dijo:

—Ye hijo mío, cuéntame cuál es tu estado y qué es lo que te ha sucedido para que tu color haya cambiado.

Contóle luego el joven todo lo referente a la historia de la princesa Dunya, desde el principio hasta el fin, y cómo de ella se enamorara, de oídas solamente, sin haber posado nunca en ella su mirada.

Oído que lo hubo su padre, díjole:

—Ye hijo mío, el padre de esa joven es un rey y sus tierras caen muy lejos de las nuestras. Olvidate de ella y entra en el alcázar de tu madre, la reina.

A lo que Tachu-l-Muluk contestó: —Ye padre mío, a ninguna otra quiero sino a ella y ella es la que bordó esas gacelas que me cautivaron al verlas y si no la logro poseer me iré a un desierto y me mataré.

Díjole entonces su padre:

—Ye hijo mío, concédeme una tregua hasta que envíe a su padre un emisario que, en mi nombre, pida para ti su mano. Y así logres tus afanes, como yo logré los míos con tu madre, que si ese rey no accediera a mi demanda, todo su reino encima le volcara y enviaría contra él un ejército tal que todavía estaría aquí su retaguardia cuando ya estuviera allí su vanguardia.

Mandó luego el rey a llamar al joven Asis y le dijo:

—¿Conoces tú, hijo mío, el camino que lleva a esa ciudad?

Y Asis le contestó:

—Cierto que sí, mi señor.

Y el rey añadió:

—Pues siendo así es mi deseo que te pongas luego en camino para ese país en compañía de mi visir.

Y acto seguido hizo comparecer el rey a su visir y le dijo:

—Idea algún expediente para que el asunto de mi hijo se arregle y ponte luego en camino rumbo a esas Islas del Alcanfor y pídele a su rey la mano de su hija para mi hijo Tachu-l-Muluk.

Y el visir respondió:

—¡Oigo y obedezco, señor!

Volvióse luego Tachu-l-Muluk a sus aposentos y su amor y sus ansias iban en aumento y el plazo señalado se le hacia eterno, y luego que en torno suyo se ennegreció la noche, rompió a llorar y suspirar y a lamentarse y dolerse y, a impulsos del sentimiento, declamaba estos versos:

—Cae la noche y mis lágrimas no dejan de correr y anegarme las mejillas, en tanto que mi pecho, por contraste, me abrasan llamas vivas.  
Pregúntale a la noche, si lo dudas,

veras cual lo que te digo te confirma  
y te dice que velo todo el tiempo  
que los astros los mundos iluminan  
y que por mis mejillas rueda el llanto  
igual que la cellisca,  
y te dirá también cómo en mi pena  
no hay nadie que me asista,  
¡y que la soledad únicamente  
me hace compañía!

Y después de recitar esos versos desmayóse el príncipe y no volvió en sí hasta que amaneció, y a esa hora llegóse a él uno de los eunucos de su padre y le hizo saber cómo su padre, el rey, quería hablarle.

Fue, pues, allá el príncipe en unión del castrado, y su padre, al ver que su palidez había aumentado, exhortólo a la paciencia y prometiéndole no dar paz a la mano hasta verlo con su amada casado.

Procedieron luego Asis y el visir a hacer los preparativos para la marcha y el rey dioles presentes para que al otro rey se los ofreciesen. Después de lo cual Asis y el visir se pusieron en camino y caminaron noche y día con gran tesón, hasta llegar a las fronteras de las Islas del Alcanfor.

Acamparon entonces a la orilla de un río y el visir despachó al rey un mensajero para que le anunciase su llegada. No era mediado el día que partiera el emisario cuando vieron llegar allí al chambelán del rey y a sus emires, que habían acudido a recibirles.

Adelantáronse ellos y reuniéronse todos y juntos marcharon a presencia del monarca, al que entregaron los presentes que para él traían, permaneciendo luego en su corte cuatro días.

Llegado que fue el quinto, fue el visir a ver al rey y besó la tierra entre sus manos y contóle su cuento y comunicóle el motivo de haber ido a su reino.

Pareció el rey perplejo sobre lo que hubiera de responder al mensajero, porque su hija no era partidaria del

casamiento, y así el monarca permaneció una hora con la cabeza baja.

Alzóla al fin y ordenóle a uno de sus servidores:

—Ve y dile a tu señora Dunya lo que acabas de oír y el motivo por el cual hizo su viaje este visir.

Fue allá el criado y tardó una hora en volver. Y luego que volvió dijole al rey:

—Ye rey de los tiempos, has de saber que, al entrar en la cámara de mi señora Dunya y comunicarle lo que aquí había oído, púsose tan furiosa que cogió un látigo y, si no huyo con presteza, de fiyo me parte con él la cabeza. Y has de saber también que me dijo:

—Como mi padre me obligue a casarme contra mi voluntad, mataré al novio con quien me quieren casar.

Oído que hubo aquello dijoles el rey al visir y a Asis:

—Transmitid mis saludos a vuestro sultán y decidle lo que acabáis de escuchar y que mi hija no se quiere casar.

Y el visir y su séquito tornaron de su embajada sin éxito y caminaron sin parar hasta que se vieron de nuevo en su ciudad. Anunciaron luego al rey el resultado de su viaje y, luego que supo el príncipe que fuera infructuoso, dijole a su padre:

—¡Ye padre mío! Yo no puedo avenirme a renunciar a ella; así que marcharé allá y me ingeniaré para ver el modo de verla y lo he de intentar, aunque en la demanda perezca.

A lo que su padre le dijo:

—Y ¿cómo te vas a presentar allí, ye hijo mío?

—¡Me presentaré—respondió aquel—disfrazado de mercader!

—Si ha de ser así sin remisión—dijole el rey—ve allá, hijo mío; ¡pero lleva contigo al visir y a Asis!

Sacó luego el príncipe unas prendas de su alhacena y se disfrazó de merca-

der con ellas y otro tanto hicieron sus acompañantes. Tomó, además, el príncipe de su tesoro cien mil dinares.

Llegada que fue la noche, trasladáronse Tachu-l-Muluk y Asis a la residencia del visir y en ella pernoctaron. Y Tachu-l-Muluk pasó la noche con el corazón enajenado, que no quiso probar bocado ni dormir un sueño largo, y cayeron sobre él en tropel los pensamientos y se anegaba en un mar de reflexiones, y, de puro enamorado, dejaba correr de sus ojos el llanto. Y, finalmente, recitó estos versos:

—¿Volveremos a unirnos nuevamente después de larga ausencia?  
Mientras tanto te cuento mis pesares  
que de mi amor son prueba.  
Tu recuerdo se aviva en mi memoria  
cuando la noche avanza,  
y al despuntar la aurora, ya mis ojos  
que el sueño no ha cerrado, abiertos halla.

Luego que acabó de recitar esos versos rompió a llorar con desconsuelo y lloró también con él el joven Asis, el cual se acordaba de la hija de su tío, no cesando los dos de llorar hasta que amaneció la mañana y se difundió su claridad.

Levantóse entonces Tachu-l-Muluk y pasó a ver a su madre, llevando ya puesto su traje de caminante.

Preguntóle ella por su estado y él le comunicó toda la verdad de su caso.

Diole entonces su madre cincuenta mil dinares y se despidió de él deseándole la paz y su unión con la mujer que amaba su corazón.

Pasó luego el príncipe a ver a su padre y a pedirle su venia para su viaje.

Diósele aquel, más cincuenta mil dinares, y mandó que armasen para él una tienda grande, y allí pasaron dos días, al cabo de los cuales emprendieron ya la marcha los caminantes.

Y Tachu-l-Muluk placiase en la compañía de Asis y le decía:

—Ye hermano mio, juntos hemos de estar toda la vida.

Y Asis le respondía:

—Eso mismo anhelo yo; jamás de ti me separaré y bajo tus pies moriré, aunque es la verdad, hermano, que por mi madre estoy desazonado.

Y el príncipe lo consolaba, diciendo:

—No pases pena, hermano Asis, que, luego que logremos nuestro deseo, ya todo para nosotros será bueno.

Y a todo esto el visir no dejaba de exhortar a Tachu-l-Muluk a la paciencia y el joven Asis lo entretenía todas las noches recitándole versos y contándole historias y cuentos <sup>20</sup>.

Y de esta suerte fueron caminando días y noches por espacio de dos meses cabales, hasta que a Tachu-l-Muluk empezó a hacérsele pesado el viaje y el fuego de la pasión avivósele en su corazón y estos versos declamó:

—¡Largo es el camino y larga es mi pena;  
del amor las llamas mi pecho calcinan;  
me consume el tedio y mi pobre alma  
el amor tan solo sostiene y anima!  
Por Aquel que al hombre sacó de la nada  
te juro, ye amada, criatura querida,  
que sobre mi pecho gravita una enorme  
montaña de anhelos, nostalgias y cuitas.  
¡Señora del mundo! <sup>21</sup> De cierto te digo  
que Amor me consume, me quita la vida  
y apenas me deja un leve respiro  
que exhala mi pecho, con harta fatiga.  
Tu amor solamente préstame a mi fuerzas;  
pero ya presiento que estas se terminan  
y temo que al cabo mis cansados miembros  
hasta ti no puedan llegar, ¡vida mía!

Luego que Tachu-l-Muluk acabó de recitar estos versos echóse a llorar y también lloró Asis de ver llorar a su amigo, con el corazón dolorido, y el visir sintió piedad de sus lágrimas y, volviéndose al príncipe, le dijo:

—¡Ye mi señor, serena tu alma y guarda tus ojos limpios de lágrimas!

<sup>20</sup> Ya dice el *Hitopadesa*: *Kavyaschastra vinodana kalas gachhati*.

<sup>21</sup> No se olvide que *Dunya* significa mundo.

Que en verdad, solo bien nos ha de pasar.

A lo que replicó Tachu-l-Muluk:

—¡Ye el visir! Harto estoy ya en verdad de tanto caminar. Dime: ¿estamos todavía muy lejos de la ciudad?

Pero Asis se apresuró a decir:

—¡No, mi señor; ya nos queda poco para llegar allí!

Y todos, de nuevo caminando, siguieron por valles y llanos y vegas y bosques y pedregales, hasta que, una noche, estando Tachu-l-Muluk durmiendo, vio en su sueño a su amada que estaba a su lado y lo abrazaba y contra su pecho lo apretaba, y el príncipe despertó temblando y tiritando de fiebre de pasión y estos versos improvisó:

—Amigo, por mis mejillas  
corre el llanto sin cesar,  
y el corazón me devoran  
la nostalgia y el pesar.  
Lloro cual llora la madre  
que perdió su hijo querido,  
y a la tórtola viuda  
con mis quejumbres imito.  
Solo mi fuego atempera  
el aire de tu país,  
cuando la tierra reseca  
viene a abanicar, gentil.  
¡Ye mi amada, yo te envío  
un *selam*, con esta brisa,  
impregnada de perfumes  
y de arrullos y de músicas!

Luego que el príncipe hubo terminado de declamar aquellos versos llegóse a él el visir y le dijo:

—¡Alégrate, príncipe mío, que esta es buena señal; serena tu alma y refresca tus ojos, que sin duda ninguna tu deseo has de lograr!

Y también Asis llegóse a él y lo exhortó a la paciencia y se desvivió por distraerlo, charlando con él y contándole cuentos.

Y apretaron el paso y fueron día y noche caminando, por espacio de otros dos meses, hasta que, al cabo de ese tiempo, una mañana vislumbraron, al

salir el sol, un bulto blanco en lontananza y Tachu-l-Muluk díjole a Asis:

—¿Qué cosa blanca es esa que allá vemos?

Y Asis le contestó, diciendo:

—Ese, mi señor, es el Castillo de Cristal y esa es la tan anhelada ciudad.

Alegróse mucho el príncipe al oírlo y siguieron caminando hasta que llegaron cerca de la ciudad y, al aproximarse a ella, el gozo de Tachu-l-Muluk rayó en el colmo y los pesares huyeron como por ensalmo de su pecho.

Entraron luego en la ciudad, disfrazados de mercaderes, y el hijo del rey tenía toda la traza de ser un comerciante de importancia, y se encaminaron a un gran *jan*, conocido por el *jan* de los mercaderes.

Y Tachu-l-Muluk díjole a Asis:

—¿Es este el *jan* de los mercaderes?

Y Asis le respondió:

—El mismo, señor; aquí fue donde me alojé yo.

Descabalgaron, pues, y, haciéndoles arrodillarse a sus camellos, los aliviaron de su carga y fueron a depositar sus géneros en los almacenes.

Estuvieron luego descansando cuatro días y el visir fue de opinión que alquilaran una casa grande para en ella asentarse.

Aprobaron todos su parecer y buscaron y encontraron una casa espaciosa, muy adecuada para dar fiestas en ella, y allá se trasladaron y el visir y Asis deliberaron sobre el medio de distraer al príncipe, que seguía presa de gran indecisión, sin saber lo que debiera hacer.

Y al visir se le ocurrió que lo mejor era que se estableciese como mercader en el zoco de los cambiantes y las telas de lujo, y volviéndose al príncipe y al joven Asis, les dijo:

—Tened por seguro que, si seguimos como hasta aquí, nada sacaremos en limpio; pero (loado sea Alá) se me ha

ocurrido una idea que nos ha de beneficiar.

A lo que Tachu-l-Muluk y Asis le respondieron:

—¡Haz según te plazca que, a la verdad, la bendición se cierne sobre las barbas canas! Especialmente sobre las de aquellos que, como tú, son expertos y duchos en conducir los asuntos. ¡Dinos, pues, lo que se te ha ocurrido hacer!

Y el visir les dijo:

—Pues he pensado que debemos alquilar para ti una tienda en el zoco de las telas y que en ella te sientes a vender y comprar. Y como todo el mundo, así grandes como chicos, han menester de telas de seda y de otra clase, acudirán a tu tienda y tus cosas prosperarán, tanto más cuanto que tu buena planta te abonará.

Y nombrarás a Asis tu dependiente, para que te alcance y te dé las telas que los parroquianos quieran ver.

Luego que Tachu-l-Muluk oyó esas palabras, exclamó:

—Certo es tu consejo y de buen grado lo apruebo.

Y acto seguido púsose el príncipe un traje de mercader rico y, seguido de sus criados, encaminóse al zoco y dióle a uno de sus servidores mil dinares para que la tienda le abastase.

Y fueron andando hasta que llegaron al zoco de las telas. Y al ver los mercaderes a Tachu-l-Muluk y contemplar su hermosura y juventud, perdían el juicio y decían:

—¿Pero es que Rezuán abrió las puertas de los jardines del Alchenna y por ellas se escapó este joven de tan extraordinaria belleza?

—¡Sin duda que este mancebo es un ángel del cielo!

El príncipe y sus acompañantes, al entrar en el zoco, preguntaron por la tienda del *scheij* y, luego que se la indicaron, a ella se dirigieron sus pasos.

Al verlos el *scheij* llegar, tanto él como los demás mercaderes, que con él estaban, se levantaron y los saludaron con grandes extremos, sobre todo al visir, porque vieron que era hombre respetable y provecto.

Y algunos de los mercaderes, al ver al visir acompañado del príncipe y de Asis, decían:

—¡Sin duda ese anciano es el padre de estos dos muchachos!

Luego el visir preguntó:

—¿Cuál de vosotros es el *scheij* del zoco?

—Este es—le dijeron. Y miró el visir y vio que era un hombre de edad avanzada y de respetable traza, al que esclavos y mozos rodeaban.

Y el *scheij* del zoco les dio la bienvenida como a amigos y los colmó de atenciones y agasajos y les hizo sentar a su lado. Y luego les dijo:

—¿Necesitáis algo, por ventura, en que yo tenga la dicha de servirlos?

—Desearíamos—le dijo el visir—que nos buscases una tienda en el mejor sitio del zoco, para que en ella pueda establecerse mi hijo y traficar y solazarse luego por la ciudad, observando el carácter de su gente e imponerse en todo lo referente al vender y comprar y al dar y el tomar.

—Nada más sencillo—respondió el *scheij* al oírlo.

Miró luego a los dos jóvenes y quedó muy complacido de su aspecto, y al punto concibió un gran amor a ellos.

Y era el *scheij* del zoco apasionado por los jóvenes de bellos ojos y predominaba en él el amor a los chavales sobre el amor a las muchachas y se inclinaba hacia la fruta verde más que a la sazónada.

Por lo que para sus adentros decía:

«¡Loado sea Alá, que a estos dos mozos crió y de agua vil los formó!»

Púsose luego a atenderlos y servirlos, cual si fuere un esclavo entre sus manos.

Y marchó en seguida y les buscó una tienda en el centro mismo del zoco, que no había otra más grande ni más placentera en todo aquel contorno. Y era, además, espaciosa, y tenía anaqueles de marfil y ébano que la hacían muy vistosa.

Entregó luego sus llaves al visir, que conservaba su disfraz mercaderil. Y le dijo:

—¡Tómalas y quiera Alá que esa casa

sea un lugar bendito para ti y para tus hijos!

Luego que tuvo el visir en su poder las llaves de la tienda, dirigióse a ella y los criados trasladaron allá todas sus mercancías y todo cuanto consigo tenían en punto a paños y telas ricas.

Pero al llegar a este punto sorprendió a Schahrasad la mañana y puso coto a sus descomedidas palabras.

## Y LA NOCHE 115 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que el visir ordenó a sus criados que trasladasen a la tienda todas sus mercancías, que representaban un tesoro por lo mucho que valían.

Transportaron aquellos a la tienda todas las mercancías y allí pernoctaron ya aquella noche misma.

Luego que amaneció la mañana, cogió el visir a los dos jóvenes y pasó con ellos al *hammam*, y, al entrar en el *hammam*, se asearon y se hermosearon, sobre lo hermoso que ya de por sí eran, de suerte que podía aplicárseles aquellos versos del poeta:

«Se estremece mi alma de deleite  
cuando tu mano rozo;  
tu mano que del agua la pureza  
tiene y del sol el brillo esplendoroso.  
¡No descansó el Creador, cuando te hizo,  
hasta que logró unir  
al fulgente alcanfor con el almizcle  
de perfume sutil!»

Al salir del *hammam* los dos jóvenes encontráronse a la puerta al *scheij* del zoco que, al saber que estaban en el *hammam*, se había sentado allí a esperar su salida, y al verlos, fuese a ellos y los saludó con muchos extremos, que un par de gacelas parecían los dos mancebos. Y el anciano, posando en

ellos largamente sus ojos, recitó estos versos:

—No figura la constancia  
de sus prendas en la lista;  
mas yo no me desaliento,  
que eso nada significa.  
Todo lo vivo se mueve  
y hasta los astros del cielo  
que nos parecen tan fijos  
sin cesar se están moviendo.

Y también estos otros:

—Dos chicos encantadores  
hollando la tierra vi.  
¡Ye si mis ojos pisasen  
qué deleite para mí!

Al oír los dos jóvenes aquellos versos conjuráronle al viejo para que entrase otra vez al *hammam* con ellos.

Quedárase el visir allí dentro, y al penetrar en el *hammam* el *scheij* con los dos muchachos, sintiólo entrar el visir y salió y lo invitó a pasar a su celda, con muchas instancias y zalemas.

Pero el *scheij* no quiso aceptar y, cogiendo con una mano a Tachu-l-Muluk y con la otra a Asis, entróse con ellos en otro aposento. Desnudóse aquel viejo perverso y desnudáronse también ambos mancebos y juró Tachu-l-Muluk que nadie sino él le daría las vaporizaciones y juró Asis que na-



die sino él le echaría el agua con la jarra de cobre. A lo que el visir respondió:

—¡Ambos, *ye scheij*, son tus hijos!

Y el *scheij* exclamó al oírlo:

—¡La bendición y la dicha vinieron con vosotros el día que llegasteis a este país venturoso!

Luego recitó estos versos:

—Vino y nuestras montañas  
reverdecieron;  
mirólas y de flores  
se recubrieron.  
Y la tierra con todos  
sus habitantes  
grito:—¡Sé bien venido,  
huésped amable!

Diéronle los jóvenes gracias por aquellos piropos y siguió Tachu-l-Muluk dándole las vaporizaciones y Asis vertiéndole el agua de la jarra de cobre, y pensaba el viejo que estaba en el paraíso, y cuando ambos mocitos terminaron su servicio, invocó sobre los dos las bendiciones del Creador.

Sentóse después junto al visir, con la intención aparente de conversar con él; mas no quitaba ojo a Tachu-l-Muluk y a Asis.

Luego los criados llevaronles toallas para que se secasen y ellos se secaron y después se vistieron y, finalmente, del *hammam* salieron.

Llegóse entonces el visir al *scheij* del zoco y le dijo:

—¡En verdad que el *hammam* es el paraíso de este mundo!

Y el *scheij* le respondió:

—Concedaos Alá a ti y a tus dos hijos toda felicidad y el verdadero paraíso y del mal de ojo te los quiera guardar. Pero decidme: ¿no recordáis algo de lo que los poetas han dicho en elogio del *hammam*?

Y Tachu-l-Muluk, en el acto, respondió:

—Sí, y voy a recitarte unos versitos a eso alusivos:

La vida en el *hammam* tan solo es vida; breves en él las horas se nos hacen; encontramos en él el paraíso y el infierno reunidos por contraste, y es chocante una cosa: que allí el cielo nos disgusta y desplace, en tanto que al entrar en el infierno, sentimos un deleite incomparable<sup>22</sup>.

Luego que Tachu-l-Muluk recitó aquellos versos, dijo Asis:

—También yo recuerdo unos versos en elogio del baño.

Y exclamó el *scheij*:

—Pues anda y recitanoslos.

Y Asis, al momento, lo complació diciendo:

—Es el baño un jardín donde las flores de un duro suelo de granito brotan, y cuando más prosperan y se lucen, es cuando el fuego las calienta y dora. Pues el infierno allí no es tal infierno, sino un cielo divino y una gloria en los que resplandecen maravillas como soles y lunas prodigiosas.

Mucho gustáronle al *scheij* aquellos versos y mucho maravillóse de ellos y saboreó a modo su gracia y su elocuencia y luego dijoles a los jóvenes:

—Por Alá, que sois tan bellos como discretos. Pero ahora prestad ambos oído a estos versitos:

—¡Ye gozo de infierno y gloria  
que cuerpo y alma nos deleita!  
¡Ye mansión de los placeres,  
que con su vista me alegra!  
Sobre todo cuando veo  
el fuego encendido en ella.  
¡Ye lugar de bendición,  
para quien en ella entra!  
¡Casa alegre, aunque las lágrimas  
siempre en sus fuentes se viertan!

Guiñó luego el *scheij* sus ojos y los paseó por los jardines de la hermosura de ambos jóvenes, y después recitó estos otros versos:

<sup>22</sup> Se refiere a los baños calientes y fríos.





—Infierno y paraíso  
en un mismo lugar  
juntos he visto,  
y a sus sendos porteros  
saludé fino.

Encantados quedaron ambos jóvenes al oír aquellos versos. Y luego el *scheij* los invitó a acompañarlo a su casa; pero ellos se excusaron y se volvieron a su domicilio, a descansar del gran calor del baño.

Y comieron y bebieron y pasaron aquella noche con gran placer y contento, hasta que clareó la aurora y se levantaron de su sueño y rezaron la zalá matinal y bebieron la bebida de la mañana <sup>23</sup>.

Aguardaron luego a que saliese el sol y empezasen a abrirse las tiendas de los mercaderes y entonces salieron los tres y se dirigieron al zoco y abrieron su tienda y encontraron que sus criados habíanla arreglado con mucho primor y la habían alfombrado con tapices de seda y levantado en ella dos almadrakes, cada uno de los cuales valía cien dinares, y echado sobre cada uno de ellos un tapiz regio, de cuero, con cenefa de oro de mucho precio.

Sentóse Tachu-l-Muluk en uno de los dos estrados y Asis sentóse en el otro y el visir en el centro de la tienda, y los criados permanecían en pie, atentos a la menor seña.

Cundiera ya su fama entre la gente, así que afluyó a su tienda un tropel de clientes, los cuales les compraron telas y ricos paños.

Y el nombre de Tachu-l-Muluk corrió por la ciudad, juntamente con la fama de su belleza y gentileza. Tres días estuvieron allí y todos los días agolpábase la gente en la tienda.

Y el visir recomendó a Tachu-l-Muluk que guardase el secreto de su asunto y, dejándolo encomendado a Asis,

fuese a su alojamiento, a fin de pensar algo que pudiese redundar en su provecho.

Pusiéronse a platicar Tachu-l-Muluk y Asis y el príncipe hubo de decir: —¡Puede que venga alguien de la casa de *sitt Dunya*!

Y no tenía Tachu-l-Muluk otro pensamiento que ese ni de día ni de noche y había perdido el sueño por haber hecho presa en él el deseo, y se puso flaco y enfermo, y no quería probar bebida ni alimento, a pesar de lo cual no perdía su belleza y semejava la luna llena.

Ahora bien: hallándose Tachu-l-Muluk en ese estado, encontrábase un día en su tienda sentado cuando hete aquí que de pronto se le acerca una vieja, la cual adelantóse hacia él, llevando a su zaga dos esclavas, y siguió avanzando hasta entrar en la tienda. Y al contemplar su esbeltez y la armonía de sus formas y la belleza y hermosura de toda su persona quedóse maravillada de tantas perfecciones, hasta el punto de mojar sus pantalones. Y exclamó:

—¡Loado sea Aquel que de agua vil te creó e hizo de ti un motivo de tentación! ¡Loado sea Aquel que a la tierra te trajo para que fueses de los mundos ornato!

Y continuó mirándolo de hito en hito hasta que, finalmente, dijo:

—¡No es este un ser humano, sino un ángel soberano! <sup>24</sup>

Llegóse luego a él y le hizo la zalema, que el joven contestó con gran fineza.

Y levantóse y fuese a ella y sonrióle en su rostro con complacencia; todo esto lo hizo así, atendiendo a una seña de Asis.

Hízola sentar luego a su lado y se

<sup>23</sup> Se refiere a lo que los andaluces llaman *tomar la mañana*, la copita de vino o licor.

<sup>24</sup> La vieja repite las mismas palabras que, según el *Corán*, profririeron las amigas de Suleika, la mujer de Putifar, la vez primera que vieron al casto José. (Sura XII, *Yússuf*.)

puso a darle aire con el abanico, hasta que la vieja descansó y dijo:

—*Ye* hijo mio, que reúnes todas las perfecciones y todas las seducciones; dime: ¿eres, por ventura, de estas mansiones?

A lo que Tachu-l-Muluk respondióle con suelta dicción y salada expresión:

—Por Alá, *ye* mi señora, que nunca hasta ahora pisara estas tierras y esta es la primera vez que vengo a ellas, y lo hice solamente con intención de distraerme.

—Pues que seas bien venido—contestóle la vieja—y que te dé el Dador toda ventura en nuestras tierras. Pero dime: ¿qué trajiste contigo en punto a paños y tejidos? Enséñame algo de lo más escogido.

—Encontrarás aquí—respondió Tachu-l-Muluk—todo cuanto desees y todo de tal clase como digno de reyes y de hijas de reyes. Dime, pues, qué es lo que quieres y por encargo de quién vienes, para que yo te enseñe lo que a quien a ti te envía resulte conveniente.

Y el príncipe tiraba con esas palabras a sondear el ánimo de la anciana.

—Quiero—dijo la vieja—ver unas telas que sean dignas de mi señora Dunya, la hija del rey Schahramán.

Al oír Tachu-l-Muluk el nombre de su adorada alegróse con alegría extremada y, volviéndose a Asis, le dijo:

—Tráeme luego acá lo que haya en la tienda.

Hízolo Asis en seguida y llevóle un

fardo y desatólo entre sus manos. Y Tachu-l-Muluk dijo a la vieja:

—Escoge de aquí lo que te apetezca y lo que convenga a tu dueña, que estas cosas que te enseñó tan solo yo las tengo.

Eligió, pues, la vieja géneros por valor de mil dinares, y luego cargó con todo y se despidió y se retiró. Y dizque iba maravillada de la esbeltez del joven y de su buena planta y de su belleza y su gracia.

No paró de andar la vieja hasta que llegó a donde estaba la princesa, a la que dijo:

—Aquí te traigo, *ye* mi señora, unas telas preciosas.

—Enséñamelas que yo las vea—dijole la princesa.

—Míralas, mi señora—le contestó la vieja. Y le mostró las telas.

Y *sitt* Dunya, al verlas, exclamó: —*Ye* abuela, jamás en la vida vi en nuestra ciudad telas como estas, tan ricas y tan bellas.

—Pues el que las vendió—dijo la vieja—es todavía más bello que ellas. Que al verlo pensárase que Rezuán dejó abiertas por un descuido las puertas del paraíso y por ellas se escapó ese ángel de forma humana y bajó a la tierra.

Echóse a reír, al oírla, *sitt* Dunya.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus elocuentes palabras.

## PERO LA NOCHE 116 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—He podido averiguar, *ye* monarca, el afortunado, que *sitt* Dunya echóse a reír luego que oyó las palabras de la vieja y exclamó:

—Que Alá te escarmiente, vieja de

mal agüero, que con ser ya otoñal<sup>25</sup> no acabas de tener seso.

<sup>25</sup> Traducción literal de la expresión arábiga *Innk jrf*. El verbo *jrf* significa estar en el otoño.

Después de lo cual la princesa le ordenó:

—Trae acá esas telas, que quiero verlas mejor.

Mostróselas de nuevo la vieja y ella por segunda vez las examinó y parecióle muy superiores en valor a su precio, y tornó a maravillarse de su belleza, que jamás en su vida viera tales como aquellas.

Y la vieja le dijo:

—Pues si a su dueño vieras, mi señora, tendrías que confesar que no hay otro más hermoso en toda la haz de la tierra.

Díjole entonces su señora a la vieja:

—¿Por qué no inquiriste si se le ofrecía algo en que pudiéramos servirle?

Movió la vieja la cabeza y dijo:

—Ye mi señora, guárdete Alá; ¿hay alguien, por ventura, que no tenga alguna necesidad?

Díjole entonces doña Dunya:

—Pues ve allá en seguida y deséale la paz y dile: «Ennobleciste nuestra ciudad con tu venida; di si algo necesitas y te lo procuraremos con alma y vida.»

Corrió la vieja en el acto a la tienda de Tachu-l-Muluk y este, al verla, sintió que el corazón se le volaba de la alegría que experimentaba.

Levantóse al punto para recibirla y cogiéndola de la mano y se sentó a su lado.

Y la vieja, luego que se sentó y descansó, díjole lo que su ama le encargó que le dijera.

El joven, al oírla, llenóse de alegría y el pecho se le dilató y se le ensanchó. Y para sus adentros se dijo:

«He aquí que ya logré mi designio.»

Después, en alta voz, dijo a la vieja:

—¿Podrías tú llevar una carta mía a tu dueña? ¿Y traerme a mí luego su respuesta?

—Oír es obedecer—le respondió la vieja.

Al oírla el príncipe hablar así, díjole a su amigo Asis:

—Tráeme luego tintero y papel y una caña de metal.

Y llevado que Asis le hubo todo eso, púsose el príncipe a escribir estos versos:

«Te escribo, mi adorada, esta misiva,  
y lleno estos renglones  
con lo que el propio corazón que sufre  
me dicta, sin buscar las expresiones..  
Lo primero que pongo es este fuego  
que el corazón me abrasa,  
y lo segundo esta pasión inmensa  
que me destruye el alma.  
Lo tercero, que al par que mi paciencia,  
mi vida se me va;  
lo cuarto, que, aunque todo se derrumbe,  
mi amor perdurará.  
Lo quinto, ¿cuándo te verán mis ojos,  
ye mi amada? Y lo sexto,  
¿cuál será al fin el día tan anhelado  
de nuestro encuentro?»

Y, finalmente, a guisa de rúbrica, escribió estas palabras:

«Esta carta es del cautivo en cautiverio, preso en poder de la ansiosa expectación, para la que no hay liberación, sino en el trato y la unión después de la ausencia y separación.

»Pues por estar lejos de sus amigos, mil penas y tormentos ha padecido.»

Y al acabar de escribir esas palabras brotaron de sus ojos lágrimas y garra-pateó estos versos:

«En tanto que te escribo, amada mía,  
mis lágrimas salpican el papel,  
pues de mis ojos fluyen sin descanso  
en compacto tropel.  
Pero, a pesar de todo, la esperanza  
no pierdo de que un día  
Alá se compadezca de nosotros  
y nuestra pena se convierta en dicha.»

Dobló luego Tachu-l-Muluk la carta y la selló con su sello y se la dio a la vieja, diciéndole:

—¡Hazla llegar a manos de doña Dunya!

Tomóla la vieja y respondió:

—Oír es obedecer, ¡ye mi señor!

Díole después el joven mil dinares, diciendo:

—¡Acepta de mí este obsequio!

Tomó la vieja el dinero y se marchó invocando las bendiciones de Alá sobre el que se lo había dado. Y no paró de andar hasta que llegó a presencia de Dunya, su señora, la que exclamó al verla:

—Ye abuela, ¿qué necesidad pidió que se le satisficiera?

—Ye mi señora—respondióle la vieja—. Diome una carta, que no sé lo que dirá en ella.

Entrególe acto seguido la misiva y la princesa la tomó y la leyó y su sentido comprendió, y, finalmente, exclamó:

—¿De dónde ese mercader se propasa a escribirme a mí una carta así?

Y luego la princesa se aporreó el rostro y exclamó llena de enojo:

—¡Si no fuere por el temor de Alá, de fijo que a la puerta de su tienda lo mandara crucificar!

—Pues ¿qué dice en esa carta—preguntó la vieja taimada—para que de ese modo se alborote tu alma? ¿Acaso en ella quéjase de algún agravio o te reclama el precio de los paños?

—¡Guay de ti!—respondió la princesa—. Que nada de eso dice en ella; que de lo que habla la carta es de amor y pasión y todo eso es obra tuya, porque, si no, ¿de dónde se atrevería ese Schaitán a usar conmigo ese lenguaje procaz?

—Ye mi señora—respondió la vieja—. Tú moras en tu alcázar excelso hasta el que nadie logra acceso, ni siquiera los pájaros del cielo, y estás a salvo de toda censura y los ladridos de los canes tu reposo no turban. ¿Por qué has de ponerte así conmigo, porque esta carta te haya traído ignorando su contenido? Yo creo más bien, señora mía, que lo que debes hacer es contestarla en seguida.

Al oírla, exclamó la princesa:

—Trae acá tintero y papel y caña de metal.

Y, luego que la vieja le llevó todo eso, púsose a escribir estos versos:

«¡Ye tú, que dices de amor  
estar enfermo y muriente,  
desvelado y afligido  
y conturbada la mente!  
¿Es que pretendes acaso  
tú llegar hasta la luna,  
cuando no hay mortal alguno  
que lograra esa ventura?  
Ten cuidado, te lo advierto,  
de tu pretensión desiste;  
que si no peligro corres  
de tener un final triste.  
Modera tus arrogancias  
y pon tu mira más abajo,  
que si a las andadas vuelves,  
quedarás escarmentado.  
Pues por Aquel que a los hombres  
de vil materia formó  
y en cambio de fuego puro  
hizo a la luna y al sol,  
¡juro que si perseveras  
en tu insolencia procaz,  
para que sirvas de ejemplo  
yo te haré crucificar!»

Dobló luego la carta la princesa y se la dio a la vieja, diciéndole:

—Toma y dásela y dile: «Abstente en adelante de usar ese lenguaje.»

—Oigo y obedezco—respondió la vieja. Y tomó la carta y se fue de allí, muy contenta.

Y luego que amaneció la mañana encaminóse a la tienda de Tachu-l-Muluk, al que encontró esperando su llegada.

Al verla el joven entrar sintió tal alegría que en poco estuvo que, de puro alegre, no se echara a volar <sup>26</sup>.

Al acercársele la vieja, se levantó en seguida y la hizo sentar a su vera, y ella sacóse del seno la carta de la princesa y se la dio, diciéndole:

—Toma y léela.

Y después añadió:

—Has de saber que mi señora Dunya,

<sup>26</sup> Hipérbole análoga se encuentra entre los indios, según puede verse en el *Kathá Sārit Sāgara*. Estar a punto de salirse del pellejo. Recuérdese el dicho hispánico: No caber en su pellejo (de puro alegre).

al leer tu carta, se puso muy enojada, sino que yo, con mis dichos, la logré apaciguar y contentar, hasta que, al fin, acabó por echarse a reír y se apiadó de ti y consintió en contestar a tu carta.

Diole Tachu-l-Muluk por ello las gracias y mandó a Asis que le diera mil dinares. Leyó luego la carta y entendió su sentido y rompió en un llanto amarguísimo. Y a la vieja se le ablandó el corazón y le dijo al joven con mucha emoción:

—Por tu vida y tu juventud, que he de arriesgar mi alma por ti y he de hacer porque logres tu deseo y he de juntarte con la que embarga tu pensamiento.

Y Tachu-l-Muluk tomó una hoja de papel y escribió en ella los siguientes versos:

«Asustarme pretendes con la muerte siendo la muerte para mí un descanso, y me amenazas con matarme. ¿Olvidas que solamente Alá puede matarnos? ¿Y que aquel que de amores se consume morir prefiere que vivir penando? Más vale, ye mi señora, te apiades de mi amor y tu amor me des en pago, y no temas reproches, que al que ama no hay alma noble que ose censurarlo.»

Lanzó luego el joven un profundo suspiro tal que hizo llorar a la vieja, la cual tomó la carta de sus manos y lo animó y le dijo:

—Sana tu alma y refresca tus ojos, que sin remisión he de hacer que logres tu antojo.

Pero al llegar a este punto vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

## Y LA NOCHE 117 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mi noticia, ye monarca, el afortunado, que la vieja luego se levantó y se fue dejando al joven sobre ascuas y marchó en busca de su ama.

Hallóla cambiada de color de puro enojada aún por la carta de Tachu-l-Muluk. Y la princesa, al verla, le dijo a la vieja:

—¡Ve a su tienda y dile que mandaré cortarle el cuello como vuelva a escribirme!

Y la vieja le dijo:

—¿Por qué no se lo dices tú misma por escrito? Yo le llevaré tu carta y sin duda eso le meterá más miedo.

Cogió entonces la princesa una hoja de papel y escribió en ella estos versos:

«¡Ye tú, que neciamente te confías  
sin temer las sorpresas del destino!  
¿Cómo pretendes alcanzar osado  
lo que nadie hasta ahora ha conseguido?

¿Tan engañado estás que crees posible llegar hasta la luna esplendorosa, sin poseer para ello ningún título que alegar pueda tu arrogancia loca? ¿No piensas que te expones, ye insolente, a un escarmiento horrible, memorable? ¡Por tu bien te aconsejo que desistas de tu intento nefando y execrable! Pues si así no lo hicieres de mi ira sufrirás en tu cuerpo los rigores y el día conocerás en que de espanto lanzan las calaveras estridores!»

Dobló luego la esquela y se la entregó a la vieja. Tomóla esta y corrió a llevársela a Tachu-l-Muluk a su tienda.

Al ver el joven a la vieja, levantóse con presteza y le dijo:

—¡No me prive nunca Alá de la bendición de verte llegar!

A lo que contestó la vieja:

—Aquí tienes la respuesta a tu carta.

Tomó el joven la esquela y la leyó, y después rompió a llorar con gran



dolor. Y en medio de sus lágrimas, exclamó:

—¡Querría que ahora mismo me quitaran la vida, pues preferible es la muerte a esta cruel agonía!

Tomó luego el joven caña, papel y tintero y trazó los siguientes versos:

«Ye destino cruel, no me atormentes,  
no quieras separarme de mi amada;  
¿no ves que en el amor estoy hundido  
y en él ha naufragado ya mi alma?  
¿Crees que puedo vivir ya lejos de ella?  
Si me quitas mi amor, ya no soy nada,  
y renunciar a él, para mí es tanto  
como a la vida renunciar, preciada.»

Dobló Tachu-l-Muluk luego la carta y se la dio a la vieja, diciéndole:

—En balde <sup>27</sup> te molesté.

Mandó luego a Asis que le entregara mil dinares y le dijo a la vieja:

—¡Ye mi madre, esta carta ha de decidir o nuestra cabal unión o nuestra completa separación!

Y la vieja le dijo:

—¡Ye hijo mío, por Alá que solo te deseo bien y felicidad!

Consoló su corazón y despidióse de él y se fue y no paró de andar hasta llegar a presencia de su señora Dunya, y dizque llevaba la misiva entre el pelo escondida. Y sentado que se hubo junto a ella, meneó la cabeza y dijo:

—Te agradecería me espulgases el pelo, que hace tiempo que en el *hammam* no entro.

Remangóse *sitt* Dunya los brazos hasta el codo y soltóle el pelo a la vieja y púsose a espulgarlo, con mucho cuidado; pero entonces escurriósele de allí la carta y la princesa la vio y exclamó:

—¿Qué papel es este?

Y la vieja le dijo:

—Será que estuve sentada en la tienda de un mercader y allí se me prendió en el pelo ese papel; posible es que el mercader apuntara alguna cuenta en él.

Pero la princesa fue y desdobló el papel y lo leyó y de su contenido se enteró y luego exclamó:

—¡Esta es una de tus muchas marrullerías y si no tuviera en cuenta que tú me criaste, seguro que pagarás cara tu osadía!

En verdad que me ha venido a ver Alá con este mercader, que no me deja en paz. Pero todo lo que con él me pasa es debido a tus artes y malas trazas.

Ni siquiera sé de qué país es venido; lo que desde luego te digo es que ningún otro se habría propasado conmigo a hacerme tal ofensa; que temo se corra por esas tierras la fama y redunde en mi afrenta, mucho más tratándose de quien no es de mi sangre ni de mis iguales.

Pero la vieja replicóle a la princesa:

—No pases temor por eso, señora: que no habrá quien se atreva a hablar de tal cosa, por miedo a enojarte y enojar a tu padre; así que no hay mal alguno en que a su carta contestes como se merece.

Y la princesa dijo:

—¡En verdad te repito, mi aya, que ese mercader es de la piel del propio Satán! ¿Cómo, si no, se atreve a emplear conmigo tal lenguaje y no temer la ira de mi padre? De veras que no sé qué hacer con él, pues no sería justo mandarlo matar; sin embargo, si lo dejo con vida, subirá de punto su osadía.

Pero la vieja le dijo a la princesa:

—Ea, anda y escríbele una carta, y puede que le entre miedo y no insista en sus deseos.

Y la princesa halló bueno el consejo de la vieja y pidió papel y tintero y caña y escribió los siguientes versos:

<sup>27</sup> En balde—locución derivada del árabe, de la raíz *blad*—, de donde se deriva también el adjetivo *baladí*, cosa sin importancia.

«Tu locura te induce a desvarios,  
y no sé qué hacer ya para evitarlo.  
Eres terco y tenaz en demasia,  
y de mis advertencias no haces caso.  
Pero debes temer que mi paciencia  
toque a su fin, ¡ye joven temerario!  
Y te prevengo que el silencio sólo  
podrá salvarte de algún lance aciago,  
pues si persistes en tu empeño loco  
de enviarme caritas y recados,  
ya puedes despedirte de la vida;  
tu cuerpo de los buitres será pasto.  
No tendrás sepultura que te acoja,  
ni tampoco por ti nadie hará planto,  
y todos, al saber tu muerte vil,  
de hombros se encogerán, desprecupados.»

Dobló luego la princesa la carta y se la dio a la vieja, la cual la tomó y fuese a la tienda de Tachu-l-Muluk y al joven se la entregó.

Y Tachu-l-Muluk, luego que la leyó, conoció que la princesa tenía duro el corazón y que jamás lograría con ella lo que ansiaba. Y el príncipe dolióse con su visir de lo que le pasaba y recabó su consejo y el visir le dijo:

—¡Nada conseguirás como no le escribas invocando la retribución del cielo sobre ella!

Y el príncipe exclamó:

—Ye hermano mío Asis, escribe tú cual si por ti hablase mi lengua y echa el resto de tu elocuencia.

Y Asis tomó papel y escribió estos versos en él:

«Señor, por los cinco *schij* <sup>28</sup>,  
te ruego que a la que amo  
le hagas sufrir el tormento  
que por ella estoy pasando.

<sup>28</sup> Difícil resulta identificar a estos cinco *schij*; Burton se declara incapaz de ello, con honrada franqueza.

Harto sabes cuál en llamas  
de fuego de amor me abraso  
y cómo impasible ella  
no se duele de mi daño.  
¿Cuánto tiempo he de aguantar  
este suplicio inhumano?  
¿Hasta cuándo ha de ser ella  
insensible a mi quebranto?  
Ye Señor, dame tu ayuda,  
y concédeme tu amparo  
que solo tú puedes darme  
la dicha que voy buscando.  
Olvidarla bien quisiera;  
Señor, mas ¿cómo lograrlo  
cuando el amor me da fuerzas  
para sufrir sus agravios?  
Ye tú que tan cruel te portas  
conmigo, ten, pues, cuidado,  
que nadie seguro está  
de los caprichos del Hado.  
Hoy eres feliz, mas dime  
¿estás tú segura, acaso,  
de no encontrarte algún día  
en mi mismo desamparo?»

Plegó luego Asis la misiva y dióselo al príncipe, el cual la leyó y de su gusto la encontró <sup>29</sup>.

Y se la entregó a la vieja, que se apresuró a llevársela a su señora.

Y luego que la princesa Dunya hubo leído la carta y enterándose de su contenido, enfurecióse con gran furor y dijo:

—¡Todo cuanto me pasa viene de la cabeza de esta vieja desastrada!

Y acto seguido llamó a sus esclavas y eunucos y ordenóles...

Pero vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

<sup>29</sup> Todo este episodio falta en la edición de Bulak.

## Y LA NOCHE 118 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye sultán*, el afortunado, que la princesa Dunya, luego de leer la carta, enfurecióse mucho y llamó a sus esclavas y eunucos y ordenóles:

—¡Coged a esta vieja taimada y aporreadla con vuestras sandalias!

Hiciéronlo así ellos y propinaron a la vieja una paliza que la hizo caer desvanecida.

Mandóles luego su señora que cargasen con ella y la arrojasen fuera de la puerta. Cogieronla, pues, boca abajo y fuera de la puerta la arrojaron.

Luego que pudo la vieja levantarse, levántose y, unas veces andando y otras descansando, llegóse como pudo hasta su casa y allí estuvo en espera de la mañana.

Luego que amaneció, se levantó y se encaminó a la tienda de Tachu-l-Muluk y contóle al joven su aventura y todo lo que le había pasado con su señora Dunya.

Y Tachu-l-Muluk le dijo:

—Explícame la razón de por qué tu señora tiene a los hombres aversión.

—Débese—respondióle la vieja—a que una vez tuvo un sueño referente a eso y que le hizo mucho efecto.

—Y ¿qué sueño fue ese?—inquirió Tachu-l-Muluk.

—Pues verás—dijo la vieja—. Sucedió que estaba una noche durmiendo y vio en su sueño a un cazador de pájaros que estaba tendiendo sus redes en la tierra y esparcía en torno suyo granos de trigo en ella. Después de hacer eso el cazador sentóse en el suelo, cerca de sus redes, y quedóse al acecho. Y no pasara por allí ninguna avecilla que en esas redes no quedase prendida.

Vio la princesa en su sueño dos pi-

chones, uno macho y otro hembra, y estando la pareja mirando las redes, enredósele en ellas al macho una patita y empezó a piar, publicando su cuita. Pero las aves todas espantadas huyeron y ninguna acudió a tratar de liberar al prisionero. Mas su hembra no se apartó de su vera y empezó a piar y revolotear inquieta. Luego llegóse a la red y, aprovechando un descuido del pajarero, púsose a picotear al claro de la malla por donde al macho se le escurriera la pata, y tanto trabajó, que al fin con su pico lo rasgó y la patita presa del macho liberó. Levantaron ambos en seguida el vuelo y por los aires se perdieron.

Fue el pajarero entonces y remendó la red y tendióla en el suelo y él se sentó lejos. Y no pasó una hora cuando volvieron aquellas aves de marras y entonces fue la palomita quien se enredó en la red una de sus patitas. Huyeron espantados todos los pájaros y entre ellos el macho que ella antes había salvado y que alzó el vuelo, sin que se le volviera a ver el pelo. Y el cazador cogió a la palomita y le retorció el cuello sin andarse con chiquitas.

Despertóse en aquel momento mi ama toda asustada de lo que soñara y exclamó:

—Todos los machos son como ese de mi sueño y no tienen nada de bueno. Así que los hombres a las mujeres no les proporcionan sino desplaceres.

Luego que la vieja terminó su relato, díjole Tachu-l-Muluk:

—*Ye madre mía*, quiero verla y contemplarla, aunque solo pose en ella una sola mirada y aunque con la muerte tenga que pagarla. ¡Idea, pues, alguna treta para que yo la vea!

A lo que dijo la vieja:

—Has de saber, *ye* hijo mío, que al pie de su alcázar tiene ella un jardín destinado a su recreo y solaz y todos los meses baja ella una vez y por una puerta secreta se introduce en él y allí se está diez días seguidos, esparciendo su espíritu. Pues bien: cuando a ella se le antoje bajar al jardín y solazarse allí, yo te vendré a avisar y te indicaré el medio de que con ella te puedas encontrar; pero has de andar con mucho ojo, sin separarte del jardín, para que logres tu fin, pues es posible que ella, al verte tan guapo y tan gentil, se le quede prendado su corazón de ti, y ya sabrás que el amor es la causa principal de la aproximación.

—Oír es obedecer—respondió el joven.

Levantóse después y salió de la tienda en compañía de Asis y la vieja, y los tres fueron andando hasta llegar a su domicilio particular, que era la vez primera que lo visitaba la vieja. Y Tachu-l-Muluk díjole a Asis:

—*Ye* hermano mío, no necesito ya para nada la tienda, que ya me dio el fruto que esperaba de ella; así que te la regalo con todo cuanto encierra, ya que te expatriaste en mi compañía y por mí dejaste tu tierra querida.

Aceptó Asis el obsequio y luego los dos se enredaron de conversación. Y Tachu-l-Muluk pidió a su amigo le contara los lances peregrinos que en su vida le habían sucedido, y aquel se los contó sin ninguna omisión. Luego marcharon ambos en busca del visir y le pusieron al tanto de lo que Tachu-l-Muluk tenía proyectado.

—¿Y qué pensáis hacer?—dijo el visir.

Y Tachu-l-Muluk le contestó así:

—Venid con nosotros también al jardín.

Vistiéronse luego los tres sus mejores galas y salieron de la casa, llevando tres mamelucos a su zaga, y se encaminaron al jardín, pudiendo ver entonces que era un jardín grande, muy

poblado de árboles y muy regado de manantiales, y vieron que el jardinero estaba sentado a la puerta, tomando el fresco.

Y el visir llegóse al jardinero y le dijo:

—Dime: este jardín ¿eres tú su dueño o solo el jardinero?

—Este jardín no es mío—contestó el viejo—, sino de la hija del rey, la princesa Dunya.

—¡Quiero hacerte un favor—díjole el visir—como para que nunca te olvides de mí!

—Pues ¿qué favor es ese—preguntó el viejo—que quieres hacerme?

—Toma estos trescientos dinares—le dijo el visir.

No bien oyó el jardinero mentar el dinero, exclamó:

—Haré cuanto deseas, *¡ye* mi señor!

Y el jardinero se guardó los dinares. Pero el visir le dijo:

—¡Si Alá es servido, aún te haré mayor beneficio!

Y después de eso tornáronse todos a su casa, satisfechos, y allí pasaron la noche, entregados al sueño.

Luego que amaneció la mañana, buscó el visir un blanqueador y un pintor y un albañil y les proveyó de todas las herramientas de sus sendos oficios y fuese con ellos al jardín susodicho y les mandó blanquear y pintar aquel alcázar, adornando sus muros con variedad de dibujos. Mandó luego traer oro y lapislázuli y le ordenó al pintor:

—Píntame en este testero de la pared un cazador de pájaros, tendiendo su red, y un palomo macho con una patita enredada en ella y en torno suyo una hembra que con su pico trata de liberar al cautivo.

Hízolo así y, luego que hubo terminado su trabajo, díjole el visir:

—Ahora, en este otro testero, vas a pintarme la misma escena que en el primero, con la diferencia que ha de

ser hembra la que aparezca prisionera y al cazador lo pintarás en ademán de degollarla con su puñal. Y a su lado has de poner a un ave grande de rapina que coge al palomo macho entre sus garras y lo aniquila.

Hizolo así el pintor, y luego que todo quedó preparado a su satisfacción, el visir y sus amigos abandonaron el jardín y se dirigieron a su sitio y se sentaron a platicar <sup>30</sup>.

Y Tachu-l-Muluk dijole a Asis:

—Mira, Asis, hermano mío; recítame unos versos a ver si así se me ensancha el pecho y se me alivia la preocupación y se me entibia este fuego que me abrasa el corazón.

Y Asis, con dulce entonación, estos versos recitó:

—Todo cuanto la gente dice que sufre el buen enamorado yo lo padezco; lloro tanto, que un jarro llenar podría que apagase las ansias del más sediento. Y quien ver por sus propios ojos desee lo que con sus vasallos hace el amor, contemple esta ruina que hoy es mi cuerpo, y de fijo que siente pena y horror.

Y los ojos de Asis manaron copioso llanto, y luego el joven declamó estos otros versos:

—Que no diga que sabe lo que es vivir quien no ame a una mocita bella y gentil con ojos de gacela, cuello de cisne y que sartas de perlas muestre al reir. Si el amor es misterio, según afirman, solo amando se puede su clave hallar, y yo al Señor le pido que en esa ciencia doctorarme consiga, de tanto amar.

Cambió luego de tono Asis y recitó estos otros versos:

<sup>30</sup> El visir procede aquí como un verdadero psicoanalista en el tratamiento de la neurosis que la princesa padece por efecto de aquel sueño simbólico y que le hace odiar a los hombres. No debe asombrarnos, pues la interpretación onírica y la curación por el espíritu formaban parte del saber antiguo y Freud no ha sido sino un excavador de tesoros.

—Para males de amor—dice Ibn-Siná—no hay mejor lenitivo que la canción, y el sorbo de buen vino que nos alegra y en las venas difunde grato calor. Pero yo de su fallo discrepar oso; Amor que así se cura, no es tal amor, que el Amor verdadero mortal es siempre y para quien lo sufre, no hay guarnición.

Placiéronle mucho a Tachu-l-Muluk aquellos versos de Asis y maravillóse de la elocuencia del joven y de su excelente modo de recitar, y no pudo menos de exclamar:

—En verdad que algo mi pena logras-te aliviar.

Y dijo el visir:

—Verdaderamente, a los antiguos sucediéronles lances que asombran a los que hoy oímos.

Y el príncipe le dijo al visir:

—Si algo sabes por ese estilo, cuéntanoslo luego y recrea nuestros oídos.

Y entonces el visir entonó estos versos, con primoroso acento:

—Pensaba yo que tu amor podría comprar con oro y gran chasco me llevé; que tu amor es un tesoro que solo pagarse puede con amor, y sería un loco quien fuere de otra opinión. Por eso, elegiste a otro que en mi error no había incurrido, y ahora yo me encuentro solo, abochornado y corrido, ante el rival venturoso, y bajo el ala la frente lleno de rubor escondo y de mi amor en el nido, quietecito y silencioso, sin atreverme a salir me estoy, y así es como gozo <sup>31</sup>.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a la vieja, estúvose esta metidita en su casa hasta que la princesa Dunya volvió a sentir antojo de bajar al jardín y distraerse, y era costumbre en ella no bajar al jardín sino en com-

<sup>31</sup> Falta en la edición de Bulak.

pañia de la vieja. Mandó, pues, a buscarla y dióle su perdón y trató de buscarle la gracia, diciéndole con muy buena cara:

—Deseo bajar al jardín para recrearme con sus árboles y sus frutos y dilatar mi pecho aspirando el perfume de sus flores sin cuento.

—Oír es obedecer—respondió la vieja—. Pero con todo os ruego, *ye* mi señora, me dejéis ir antes a mi casa, para ponerme mis ropas de gala y presentarme ante ti como el decoro manda.

—Ve allá, pues—contestó la princesa—, pero no tardes mucho en volver.

Fuese, pues, de allí la vieja y corrió en busca de Tachu-l-Muluk y le dijo:

—Prepárate en seguida y ponte tu mejor traje y vete al jardín y saluda, ante todo, al jardinero. Luego habrás de ocultarte entre el follaje.

—Oír es obedecer—respondió el joven. Y ambos quedaron conformes.

Marchóse la vieja junto a su señora y el visir y Asis procedieron a vestir a Tachu-l-Muluk, y le pusieron un terno más lujoso que los del guardarropa regio, que valdría cinco mil dinares lo menos, y se lo ciñeron al cuerpo con una faja de hilo de oro, con incrustaciones de aljófar y pedrería, y el joven, vestido así, dirigióse al jardín y, al verlo el jardinero, que estaba sentado a la puerta, levantóse a toda prisa y le hizo una profunda zalema y le abrió en seguida la puerta. Y le dijo:

—Entra y recreáte en el jardín—. Y no sabía el hombre que la princesa también aquel día bajara allí.

Ahora bien: no llevaba Tachu-l-Muluk aguardando una hora cuando oyó cierto murmullo y a poco vio llegar un tropel de esclavas y eunucos que salían por la puerta secreta.

Al ver aquello el jardinero dióse prisa a advertir a Tachu-l-Muluk de la llegada de la princesa, diciendo:

—*Ye mulai*, ¿qué vamos a hacer aho-

ra? ¡Pues ahí viene la princesa Dunya, mi señora!

—No pases pena—respondióle el joven—, que voy a esconderme por ahí, en algún sitio del jardín.

Recomendóle el jardinero que buscara un buen escondite y luego lo dejó y se alejó.

Al entrar en el jardín la hija del rey, con sus esclavas y la vieja, díjose esta para sus adentros:

«Como no se quiten de en medio los eunucos, no podré lograr lo que busco.»

Fue, pues, y le dijo a la princesa:

—*Ye* mi señora, estos eunucos no nos hacen ahora la menor falta y tu pecho no se dilatará en tanto no se vayan. ¡Mándales, pues, que se retiren ya y nos dejen en paz!

—Tienes razón—asintió doña Dunya. Y dio a los eunucos orden de retirarse. Y ella continuó su paseo, acertando a pasar cerca del sitio donde Tachu-l-Muluk estaba escondido.

De suerte que pudo verla el joven y contemplar su belleza y su hermosura consumada, sin que ella se diese cuenta de nada. Y cada vez que el joven la miraba luego se desmayaba ante lo que veía de su belleza extraordinaria.

A todo esto la vieja le iba dando conversación a la princesa, hasta que la condujo a aquel pabellón en que el visir mandara pintar aquel dibujo alusivo que dijimos.

Entró en él la princesa y recreóse mirando la pintura y reparó en las avecillas y en el cazador y la palomica. Y exclamó:

—¡Loado sea Alá, que este es el cuadro que contemplé soñando!

Y siguió mirando y remirando las figuras de los pájaros y el pajarero y la red, y su admiración era mayor cada vez. Hasta que acabó por decir:

—*Ye Dada* <sup>32</sup>, hasta aquí critiqué a

<sup>32</sup> Nodrica.

los hombres y les tuve aversión; pero mira a esos pájaros y a ese cazador, cómo sacrificó a la hembra y dejó escapar al macho y cómo este quiso salvar a su pareja, sino que le salió al paso esa ave de presa y lo acometió y con sus garras aceradas lo destrozó.

Dejóla la vieja en su ignorancia y la fue entreteniendo con el palique, hasta que llegaron cerca del sitio que Tachu-l-Muluk buscara su escondite, y la vieja le hizo señas de que saliese de allí y se pusiese al pie de la celosía del alcázar del jardín.

Y ocurrió que *sitt* Dunya hubo de volver la cabeza y vio al joven y pudo contemplar su belleza y su aire esbelto y lo bien proporcionado de todos sus miembros. Y le dijo a la vieja:

—*Ye Dada*, ese mocito es salado <sup>33</sup> de veras!

—Tienes razón, *ye* mi señora—respondió la vieja.

Hízole luego la vieja a Tachu-l-Muluk una seña para que se retirase y se fuese a su casa. Y dizque estaba el joven ardiendo en el fuego del deseo y la pasión y el amor.

Retiróse, sin embargo, de allí, despidiéndose del jardinero y regresó a su alojamiento. Encontróse en él al visir y a Asis y contóles cómo la vieja le había hecho señas de que se fuera. Y ambos lo consolaron, diciéndole:

—Cuando la vieja te lo indicó sin duda lo hizo con su cuenta y razón.

Y esto es, por ahora, todo lo referente al asunto de Tachu-l-Muluk y sus amigos el visir y Asis.

Cuanto a la hija del rey, *sayyada* Dunya <sup>34</sup>, prendieron en su corazón las llamas del deseo, la pasión y el amor, y le dijo a la vieja:

—Solo de ti puedo esperar el unirme con el joven ese de singular belleza.

A lo que repuso la vieja:

—¡En Alá me refugio contra Schaitán el apedreado! ¿No eras tú la que a los hombres aborrecías? ¿Cómo es que ahora, de pronto, te entró ese amor por ese joven? ¡Aunque, a decir verdad, por Alá que solo él sería digno de tu beldad!

—*Ye Dada*—dijole *sitt* Dunya—. Ayúdame a unirme con él y prometo darte mil dinares de oro y un traje de gala que valga otro tanto si me allanas la empresa, y te advierto que, si no lo logras, puedes darme por muerta.

Tornóse luego *sitt* Dunya a su alcázar y la vieja dejóla allí y fuese a ver a Tachu-l-Muluk.

Púsose este de pie al verla y acogióla con todos los honores, agasajos y distinciones, haciéndola sentar a su lado.

—Nuestro ardid ya está logrado—le dijo la vieja y le refirió todo lo que con su señora le sucediera.

—¿Cuándo será la entrevista?—preguntóle Tachu-l-Muluk.

—Mañana—contestóle la vieja. Dióle entonces el joven mil dinares y ella tomólos y se fue muy contenta.

Y no paró de andar hasta hallarse en presencia de Dunya, la princesa. Y esta le dijo, al verla:

—*Ye Dada*, ¿no me traes ninguna noticia de mi amado?

—Sí, señora mía—contestó la vieja—. Conozco su residencia y mañana mismo lo traeré a tu presencia.

Alegróse muchísimo *sitt* Dunya al oírla y le dio mil dinares y un traje que otro tanto valía, y la vieja cogiólo todo y, dándole las gracias, se retiró y se fue a su casa. Y allí pasó la noche hasta la mañana.

Luego que amaneció, se levantó y fue en busca de Tachu-l-Muluk y le vistió un traje de mujer y le dijo:

—Vente detrás de mí y cimbréate al andar y no eches el paso largo ni de lo que te digan hagas caso.

<sup>33</sup> Traducción literal del vocablo árabe *mlj*.  
<sup>34</sup> Señora-femenino de *síd* o *sayyid* en árabe literal.

Echó luego a andar la vieja y el príncipe detrás de ella, disfrazado de mujer, y en el camino lo iba la vieja aleccionando y animando, y quitándole el miedo, y así fueron andando, hasta llegar a la puerta del palacio.

Pasó adentro la vieja y el príncipe tras ella y atravesaron puertas y zaguanes, hasta siete, y al acercarse a la puerta, la séptima, díjole al príncipe la vieja:

—Encorazona tu corazón y cuando yo te diga: «¡Pasa, niña!», no te cortes ni vaciles, sino, lejos de eso, da una carrerilla y métete dentro. Y ya en el zaguán mira a la derecha y a la izquierda y verás un salón con puertas, y contarás cinco de ellas y entrarás por la sexta, que detrás encontrarás lo que tanto anhelas.

—Y tú ¿adónde te irás?—preguntóle Tachu-l-Muluk.

Y la vieja le respondió:

—Pues a donde tengo que ir, a menos

que el eunuco mayor me pare y se ponga a hablarme.

Siguieron, pues, andando, la vieja delante y el príncipe detrás, hasta que llegaron a la puerta donde el eunuco mayor estaba de centinela y, al ver a la vieja seguida de aquella al parecer esclava, la interpeló, diciendo:

—Eh, ¿qué esclava es esa que te acompaña?

Y la vieja le dijo:

—Es una esclava joven que, según le han dicho a nuestra señora la princesa Dunya, es maestra en toda clase de labores y nuestra señora ha entrado en ganas de mercarla.

Pero el castrado le contestó:

—Yo no entiendo de esclavas ni de nada; lo único que sé es que no la dejaré pasar sin antes cachearla, que esa es la orden que me tienen dada.

Pero vio Schahrasad venir la mañana y puso dique a sus palabras.

## Y LA NOCHE 119 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—He llegado a saber, *ye monarca*, el afortunado, que la vieja le dijo al portero, dando muestras de enojo:

—Yo te tenía por listo y fino, pero si no es así ya te daré yo listeza y finura y haré saber a la princesa, mi señora, que te opusiste a que entrara la esclava que esperaba.

Después de lo cual empujó a Tachu-l-Muluk hacia el interior del alcázar y le dijo con toda calma:

—¡Pasa adentro, esclava!

Y pasó la supuesta esclava y pasó también la anciana, según su señora le ordenara, y callóse el portero y no replicó palabra.

Cruzó después Tachu-l-Muluk cinco puertas y, al llegar a la sexta, encontró en el umbral a *sitt Dunya*, que ya lo esperaba, y la princesa, no bien lo vio,

luego lo conoció y estrechólo contra su pecho y contra el suyo la estrechó el mancebo. Acudió luego la vieja y halló un pretexto para alejar de allí a las esclavas de la princesa. Y esta le dijo:

—Haz tú de portera.

Quedáronse, pues, solos *sitt Dunya* y Tachu-l-Muluk y no cesaron de besarse y abrazarse y cruzar pierna con pierna, hasta la madrugada, y luego que amaneció la mañana, cerró la vieja la puerta de aquella sala y pasó a otra cámara y allí se sentó como de costumbre, y acudieron a ella las esclavas y ella fue atendiendo sus demandas, en tanto con todas conversaba. Después de lo cual les dijo:

—Dejadme ahora, que quiero expansionarme a solas.

Fuéronse, pues, las esclavas y ella



tornó a donde los tórtolos estaban, llevándoles algunas viandas, y ellos comieron y volvieron a sus escarceos, sin cuidarse de nada, hasta que otra vez se hizo de madrugada. Y de nuevo la vieja les cerró la puerta cual la vez primera, y así siguieron por espacio de un mes entero.

Y esto es por ahora todo lo referente a la historia de Tachu-l-Muluk y la princesa Dunya, su señora.

Cuanto al visir y a Asis, visto que Tachu-l-Muluk había ido al alcázar de la hija del rey y tardaba tanto en volver, luego infirieron que era inútil esperarle más tiempo, pues sin duda era muerto.

Y Asis díjole al visir:

—Ye padre mío, ¿qué haremos?

—Ye hijo mío—respondióle el visir—.

Asunto delicado es este y si no vuelvo al lado de su padre y le pongo en autos de lo que sucede, tendrá razón para censurarme y reprenderme.

Procedieron, pues, ambos a hacer los preparativos para su viaje y emprendieron luego el regreso a la Tierra Verde, donde Soleimán schah tenía su trono, y fueron atravesando vados noche y día hasta que al fin llegaron a la corte del rey y el visir pasó a verlo y le informó de todo lo concerniente a su hijo y de cómo desde que aquel entrara en el alcázar de la princesa Dunya no volvían a tener de él noticia alguna.

Al oír el rey aquello parecióle que era llegado el día del Juicio Final y llenóse de arrepentimiento y pesar y mandó que en todo su reino pregonasen el *chihad*.

Concentraronse luego sus tropas en las afueras de la ciudad y plantaron allí sus tiendas y el rey sentóse en la suya, bajo palio, para revisar los ejércitos que acudían de todas partes de su reino, que todos sus vasallos lo amaban por la equidad con que los gobernaba y la muchedumbre de beneficios que les prodigaba. Hasta que, reunidas

todas sus huestes en tal número que cubrían el horizonte, marcharon en busca de Tachu-l-Muluk, el hijo del monarca, cuya suerte les inquietaba.

Y esto es por ahora todo lo referente a esta parte de la historia.

Cuanto a Tachu-l-Muluk y *sitt* Dunya, ambos vivieron juntos, del modo indicado, por espacio de un año, y su amor iba en aumento de día en día, sin que en Tachu-l-Muluk se entibiasen lo más mínimo el deseo, el amor y la pasión. Hasta que un día sintió impulsos de revelarle su secreto y contárselo todo. Y la princesa le dijo:

—¿Qué más deseas, luz de mis ojos y fruto de mis entrañas? Si algo más anhelas que besos y abrazos y entrecruzar de piernas, haz lo que a bien tengas.

Quedaron ambos aquella noche de acuerdo sobre ese punto, y sucedió, por obra del sino, que el sueño venciólos a ambos aquella noche más que las otras noches, hasta el extremo de que salió el sol y aún continuaban durmiendo.

Y era aquella la hora en que el rey Schahramán solía sentarse en el trono de su reino, teniendo en torno suyo a los magnates de su gobierno.

Y sucedió que aquella mañana presentóse ante él un orfebre llevando en su mano una arqueta grande y se la mostró al rey y sacó de ella un estuche primoroso que valdría cien mil dinares, por lo que encerraba de pedrería, jacin-tos y esmeraldas, tales como no las posee ningún monarca.

Luego que el rey vio aquel tesoro maravillóse de su belleza y, volviéndose al eunuco mayor, aquel a quien le ocurrió lo que le ocurrió con la vieja, díjole:

—¡Ye Kafur, toma este estuche y llévaselo a *sitt* Dunya!

Tomó el eunuco el estuche y corrió con él hasta llegar a la puerta de la cámara de la hija del rey, encontrándo-

se con que estaba cerrada y la vieja dormía ante su umbral atravesada. Y el eunuco exclamó:

—¿Cómo es que a esta hora aún no se despertó?

Al oír las voces del eunuco despertóse de su sueño la vieja y temió por ella y le dijo al eunuco, dominando su susto:

—¡Aguarda un instante, que en seguida abro! Que voy por las llaves.

Y alejóse de allí, huyendo del eunuco.

Y esto es por ahora todo lo referente a su asunto.

Cuanto al eunuco, comprendió que aquella era una treta y, sin más ni más, abrió de un empellón la puerta y penetró en la sala y encontró a su señora a Tachu-l-Muluk abrazada, y ni uno ni otro se despertaron a su llegada.

Al ver el eunuco aquéllo quedóse perplejo y pensó en tornarse al lado de su dueño; pero en aquel instante hubo *sitt* Dunya de despertarse y, al ver al eunuco, quedóse azorada y cambió el color de su cara y díjole al esclavo:

—¡Ye Kafur, cúbrenos con un velo; así Alá sobre ti también quiera correrlo!

Pero el eunuco contestó:

—¡Yo no puedo, ye mi señora, ocultarle al rey ninguna cosa!

Y el eunuco se fue de su presencia, cerrando tras de sí la puerta al salir, y volvió junto al rey y este le preguntó:

—¿Diste el estuche a tu señora Dunya?

—Aquí tienes el estuche—contestó el esclavo—. Y no puedo ocultarte una cosa, y es que he visto con tu hija a un joven hermoso que dormía con ella en su mismo lecho y abrazado a su pecho.

Mandó el rey en el acto que les llevaran a ambos. Y luego que los tuvo entre sus manos, les dijo:

—¿Qué modo de conducirse es ese?

—y su furor no tenía límites. Tanto que empuñó una espada con intención de descargarla sobre Tachu-l-Muluk. Pero a *sitt* Dunya derriñósele el corazón de piedad por su amado y gritóle a su padre irritado:

—¡Mátame a mí primero!

Espantóla de allí el rey a gritos y mandó que la llevasen a su cámara.

Luego volvióse hacia Tachu-l-Muluk y le dijo:

—¡Guay de ti! ¿Quién eres tú? ¿Y quién es tu padre? ¿Cómo osaste inferirle a mi hija tal ultraje?

A lo que Tachu-l-Muluk le contestó:

—Has de saber que yo soy el hijo del rey Soleimán schah y mi padre, cuando menos lo aguardes, vendrá sobre ti con sus caballeros y sus infantes.

Al oír el rey Schahramán tales palabras decidió aplazar la muerte del joven y lo puso en prisiones, hasta ver si eran ciertas sus afirmaciones.

Mas su visir le dijo:

—¡Ye monarca del siglo! En mi opinión debías dar muerte en seguida a ese gusano que tuvo la osadía de propasarse con la hija del soberano.

Convencido el rey, ordenó a su sa-  
yón:

—Córtale el cuello sin más dilación.

Enarboló el verdugo su alfanje y, sujetándolo bien por la empuñadura, levantó su mano para descargar su alfanje sobre el cuello del condenado, cuando he aquí que de pronto dejóse oír un gran estruendo en la ciudad y los mercaderes cerraron sus tiendas y la gente empezó a dar carreras y el rey le dijo a su alfanjero:

—¡Aguarda un momento!

Envío luego un emisario para que se informase de lo que estuviera pasando. Y el mensajero fue en el acto a desempeñar su cometido y volvió a poco junto al rey y le dijo:

—He visto un ejército comparable al mar embravecido, cuando las olas unas a otras se azotan, y su caballería viene

trotando haciendo retemblar la tierra a su paso; pero sus intenciones a adivinar no alcanzo.

Quedóse el rey estupefacto y temió por su reino, no fuese a escapársele de entre sus manos. Y preguntó a sus allegados:

—¿Qué monarca será ese al que esas tropas obedecen?

Pero en aquel mismo instante llegó el embajador de Soleimán schah en compañía del visir y de Asis. Y el visir le dijo al rey Schahramán:

—Mi señor es un monarca dotado de equidad y de lealtad, bajo cuya salvaguardia marchan sin temor las caravanas. El sultán Soleimán schah, señor de la Tierra Verde y de las Dos Columnas y los Montes de Ispahán, hombre que ama la justicia y la equidad y odia el perjuicio y la deslealtad, y te manda a decir que tienes en tu poder a su hijo, que es la vida de su corazón y el fruto de sus entrañas, y que si lo encuentra incólume, merecerás gratitud y alabanza, y como no lo halle en tu ciudad o algo malo le llegara a pasar, con la destrucción y el aniquilamiento lo habrás de pagar, pues convertirá tu país en un desierto, en el que cuervos y búhos vendrán a graznar. Lo que yo te prevengo, deseándote la paz.

Luego que el rey hubo oído aquellas palabras, revolviéronse las entrañas y temió por su reino y mandó a llamar en seguida a todos los emires de su gobierno y a sus visires y chambelanes y edecanes y, luego que los tuvo delante, les dijo:

—¡Id y buscadme a ese joven!

Y dizque estaba ya bajo la mano del verdugo y su rostro mudara de color por la fuerza del susto.

Fueron, pues, en busca del muchacho los emisarios y encontraron al hijo de su rey tendido sobre el tapiz de las ejecuciones y conociéronle en seguida y se abalanzaron todos a él con afectuosas demostraciones.

Quitáronle luego sus cadenas y le besaron las manos y los pies. Abrió Tachu-l-Muluk sus ojos al fin y conoció al visir y a su amigo Asis. Y fue tal la alegría que sintió que de nuevo se desmayó. Volvió después en sí y contóles al visir y a Asis cuanto le sucediera hasta allí. Y dijéronle a su vez el visir y Asis:

—Nosotros, entre tanto, fuimos a ver a tu padre y le dijimos cómo habías entrado en el serrallo <sup>35</sup> de la hija del rey y no habías vuelto a salir de él, por lo que el asunto nos traía a mal traer.

Y tu padre, no bien escuchó nuestro relato, mandó reunir todos sus hombres de a pie y de a caballo. Y todos nos encaminamos a este país, donde nuestra llegada ha sido venturosa y feliz.

A lo que Tachu-l-Muluk les contestó, diciendo:

—¡Así quiera Alá dispensarnos sus mercedes por toda una eternidad, lo mismo al principio que al final!

Cuanto al rey Schahramán pasó en seguida a ver a su hija, *sitt* Dunya, y encontróla llorando por Tachu-l-Muluk, y había cogido la joven una espada y puéstola en el suelo con la punta hacia arriba y apoyada en el sitio de su corazón, entre sus pechos. Y doblada sobre el acero se lamentaba, diciendo:

—¡Me he de matar sin remedio, pues muerto mi amado vivir ya no quiero!

Al entrar su padre en su aposento y verla en tal estado de abatimiento dióle un grito diciendo:

—¡Ye hija del rey, no hagas tal, y de tu padre y tus vasallos ten piedad!

Llegóse luego a ella y le dijo:

—¿Quieres tú, por ventura, que a tu padre le ocurra algo malo por tu culpa?

Y acto seguido contóle todo el cuento y cómo su amado era hijo del rey

<sup>35</sup> Del árabe, *serayet*.

Soleimán schah y este lo quería con ella casar.

—De suerte—le dijo—que solo de ti depende el que en seguida se celebre la boda y se extienda la partida.

Al oír *sitt* Dunya esas palabras, sonrió y dijo:

—¿No te había ya dicho yo que era hijo de un sultán? ¡Pues ahora voy a decirle que te crucifique sobre un tronco de árbol que no valga dos ochavos!

—Por Alá—exclamó el rey—. Ten de tu padre piedad.

Y la princesa le dijo:

—¡Ve y tráemelo ahora mismo!

—Con alma y vida—contestóle su padre. Y fuese de allí a toda prisa en busca de Tachu-l-Muluk y repitióle las palabras de su hija. Levantóse el joven al punto y fueron allá los dos juntos.

No bien hubo visto al joven la princesa abrazóse a su cuello, sin tener en cuenta que su padre la estaba viendo. Y estrechándose contra su pecho, dijo:

—¿Es que te da miedo de mí?

Encaróse luego con su padre y le habló así:

—¿Por ventura hay alguno que pueda compararse con este joven guapo, que por añadidura es hijo de un rey, hijo de soberano?

Retiróse luego el rey Schahramán y se fue cerrando tras de sí la puerta, dejando solos a ambos tórtolos. Y marchó a ver al visir del padre de Tachu-l-Muluk y al embajador que aquel le enviara y les encargó hiciesen saber al sultán Soleimán schah que su hijo estaba bien y gozaba de toda seguridad.

Mandó después el rey Schahramán que facilitasen víveres y forraje a las tropas del sultán Soleimán schah. Luego que así lo hicieron, ordenó el sultán Schahramán que aprontasen cien corceles y cien esclavas y cien esclavos y cien esclavas blancas para mandárselo todo a su consuegro como presente y obsequio.

Marcharon después él y los magna-

tes de su gobierno y sus familiares y deudos y salieron a las afueras de la ciudad, y luego que el sultán Soleimán schah fue de ello avisado, púsose también en camino, para acudir a recibirlo, y había andado poco trecho cuando se encontró con su visir y Asis, los cuales le pusieron al corriente de todo, de lo que el sultán se alegró grandemente. Y exclamó:

—¡Loado sea Alá, que a mi hijo me devuelve libre de todo mal!

Luego el rey Soleimán schah estrechó entre sus brazos al rey Schahramán y a su lado, en su trono, hizolo sentar, y ambos se pusieron a platicar.

Sirvieronles luego de comer y comieron hasta más no querer. Ofrecieronles dulces también. Y estando así vieron llegar a Tachu-l-Muluk, muy engalanado y acicalado.

No bien su padre lo vio, de su trono se levantó y fue a su encuentro y lo besó, y también se levantaron todos cuantos presentes se hallaron. Y el rey cogió a su hijo y lo sentó a su lado, y una hora estuvieron conversando. Y dijo el rey Soleimán schah a su amigo el rey Schahramán:

—Quiero que extiendan en seguida la partida de casamiento de mi hijo con tu hija.

—Oír es obedecer—contestó el rey Schahramán. E inmediatamente mandó por el cadí y los testigos, y vinieron estos y extendieron la partida de casamiento. Hubo con este motivo un gran regocijo entre las tropas, y el rey Schahramán procedió a ordenar los preparativos para la boda.

Y Tachu-l-Muluk le dijo a su padre:

—Este joven Asis es digno de recompensa y honores, pues me prestó grandes favores y se fatigó y caminó conmigo y me allanó el logro de mis designios y me estuvo aguardando con toda paciencia hasta que alcancé el éxito de mi empresa y peregrinó con nosotros dos años, en que estu-  
vo de

su tierras extrañado. Así que ahora nosotros debemos facilitarle los medios para que se dedique al comercio y pueda volver a su tierra, que cae por aquí cerca.

—Sea como tú quieras—le contestó su padre.

Procedieron, pues, a comprarle cien fardos de telas de las más caras y Tachu-l-Muluk se las entregó a Asis y se despidió de él y lo dejó partir.

Regresó Asis a su ciudad y, al llegar a su casa, encontré con que su madre mandara levantarle en el patio un sepulcro y junto a él estaba en aquel momento, llorando y gimiendo con el pelo suelto. Y en medio de sus vehementes lágrimas, recitaba estos versos:

—Cuanto el Sino enviarme quiera,  
fuerte soy para aguantar,  
¡pero esta ausencia tan dura  
no la puedo soportar!  
¿Quién tan cruel alejamiento  
de sufrir fuera capaz?  
¿Y qué corazón tendría  
fuerzas para así estar  
y sufrir tanto tormento  
sin llegar a reventar?

Cortáronle los sollozos el aliento y después recitó estos otros versos:

—En vano es que al sepulcro yo interpele  
en que mi amor reposa;  
jamás a sus preguntas mi alma triste  
hallar respuesta logra.  
¿Cómo he de responder—mi amado dice—  
si el polvo me hizo suyo;  
devoro mi hermosura de otro tiempo  
y a polvo me redujo?  
Olvidarme de todos ahora quiero  
y que me olviden todos,  
y cubrir con el velo de la tumba  
mi repulsivo rostro.

Acabara apenas de recitar sus versos

cuando entro en la casa Asis, y su madre, al verlo, levantóse y corrió a su encuentro y lo abrazó con vivo enterrecimiento y le preguntó la razón de haber estado ausente tanto tiempo, y el joven le contó todo cuanto le ocurriera, sin nada omitir, desde el principio hasta el fin. Y díjole también cómo Tachu-l-Muluk le diera caudales y cien fardos de ricas telas y paños, de todo lo cual recibió su madre alborozo y júbilo grandes.

Permaneció Asis al lado de su madre pensando en lo que sucediera con Dalila, la ladina, la que lo había castrado.

Y esto es por ahora todo lo referente a su caso.

Cuanto a Tachu-l-Muluk, entró a la cámara de su novia *sitt* Dunya, su mujer, y puso fin a su doncellez.

Luego el rey Schahramán procedió a dirigir los preparativos del viaje de su hija y su yerno y su consuegro. Y les proveyó de provisiones y regalos y presentes preciados. Después de lo cual emprendieron aquellos la marcha y el rey Schahramán los fue acompañando trecho de tres jornadas, para que su despedida fuese más larga. Pero al llegar allí rogó el rey Soleimán schah que se volviese atrás, y así lo hizo el rey Schahramán.

Siguieron adelante Tachu-l-Muluk y su esposa y su padre y caminaron noche y día sin parar hasta que llegaron a las fronteras de su país, desde donde creían ya vislumbrar su ciudad.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

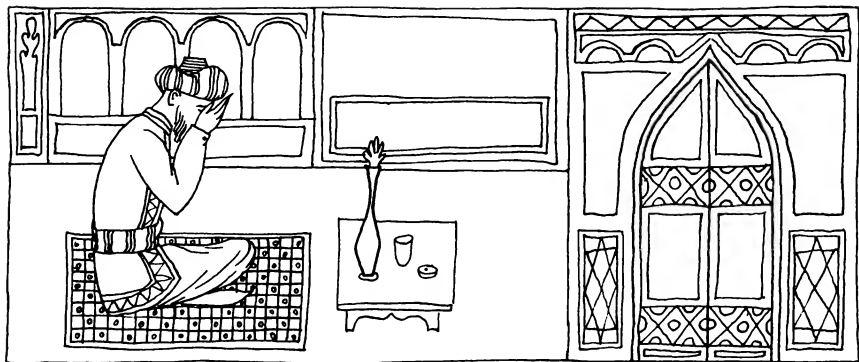
## PERO LA NOCHE 120 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—He podido averiguar, ye monarca, el afortunado, que el rey Soleimán schah llegó finalmente a su ciudad y se sentó en el trono de su reino teniendo a su lado a su hijo Tachu-l-Muluk. Y dio y regaló y soltó de la cárcel a todos los presos. Y celebró por segunda vez la boda de su hijo con fiestas en las que tomaron parte cantores y juglares y que duraron dos meses caba-

les. Y apiñáronse las doncellas en torno a doña Dunya, la princesa, y no se hartaban de mirarla y de admirar su esplendor y su belleza.

Pasó después Tachu-l-Muluk a la cámara de su esposa, luego de haber tenido con sus padres una entrevista afectuosa. Y así continuaron todos gozando de la delicia del vivir y de ventura sin fin...





## PROSIGUE LA HISTORIA DEL REY OMARU-N-NOMAN Y DE SUS HIJOS

*(Noches 120 a 126)*

Luego de escuchada aquella historia díjole Zu-l-Mekán a su visir Dandán:

—Hombres como tú son en verdad los que conviene a los reyes tener por comensales, pues con sus pláticas le allanan el camino de su enseñanza.

Y a todo esto no se ha de olvidar que tenían puesto sitio a Kostantiniya y llevaban ya allí cuatro años, sin haber hecho rendirse a los sitiados. Y díjole Zu-l-Mekán a su visir Dandán:

—He aquí que llevamos ya cuatro años asediando sin fruto esta ciudad, lo que es causa de que se agrave nuestra inquietud y pesar, pues vinimos aquí para vengar la alevosa muerte de mi padre, el rey Nômán, y, en vez de hacerlo, nos mataron a mi hermano Scharkán, con lo que ya tenemos no una, sino dos insolencias que aguantar y dos desgracias que llorar. Todo lo cual débese, sin duda, a esa vieja llamada Zatu-d-Dauahi, pues ella fue la que mató al sultán en su propio reino

y se apoderó de su esposa Zafiya, y, no contenta con eso, nos armó una celada, que le costó a mi hermano la vida, de todo lo cual tengo yo jurado de tomar venganza por lo más sagrado. ¿Qué decis a esto vosotros, mis soldados? Entended bien el sentido de mi arenga y dadme la oportuna respuesta.

Bajaron los capitanes sus cabezas y en el visir Dandán delegaron la resolución de la empresa. Y el visir Dandán fue a ver a Zu-l-Mekán y le dijo:

—Has de saber, *ye* rey del siglo, que nuestra estada aquí no reporta ningún beneficio, por lo que soy de parecer que debemos volvernos ahora a nuestro país, que, mientras aquí estemos, estaremos expuestos a las asechanzas del tiempo. Que ya después volveremos y a los adoradores de los ídolos asolaremos.

—Está bien—contestó el rey—, pues a la verdad, están nuestras gentes ansiosas ya por ver de nuevo a sus familiares, y yo también lo estoy por ver a mi

hijo Kan-ma-kan, cuyo recuerdo no puedo de mi mente apartar.

Emprendieron, pues, la retirada y forzaron la marcha noche y día hasta por fin llegar a la ciudad de Bagdad.

Alegróse la gente de verlos tornar y huyeron de sus espíritus la inquietud y pesar. Y los emires todos marcháronse a sus casas y el rey subió a su alcázar y pasó a ver a su hijo Kan-ma-kan, que ya tenía siete años de edad y ya sabía montar.

Luego que descansó el rey Zu-l-Mekán de las molestias del viaje, pasó al *hammam*, en compañía de su hijo Kan-ma-kan. Salió luego de allí y sentóse en el trono de su reino, teniendo al visir Dandán entre sus manos, y subieron a cumplimentarle los emires de su consejo, todos a servirle dispuestos.

Ordenó luego el rey Zu-l-Mekán que llevaran a su presencia a su amigo el fogonero, que tanto bien le hizo cuando por tierra extraña andaba peregrino.

Compareció el hombre entre sus manos y, al verlo Zu-l-Mekán allí de pie, se levantó y lo hizo sentar junto a él. Había el rey puesto en autos al visir de los favores que debía al fogonero, así que tanto aquel como los emires todos mirábanle con los mejores ojos.

Había, por cierto, el fogonero púetose gordo y lustroso, con la buena comida y la vida birlonga, de forma que tenía un cogote tan ancho y tan grande como el de un elefante y una tripa inmensa cual la de una ballena y se le había embotado el sentido, por no salir nunca del mismo sitio. Así que, al ver al monarca, no lo conoció por su cara.

Llegóse a él el rey y lo saludó con gran efusión y le dió su más afectuosa felicitación, y en tono de amable convención le dijo así:

—¿Tan pronto, amigo, te olvidaste de mí?

Mirólo entonces atentamente el fogonero

y se cercioró de que era el rey Zu-l-Mekán el que le hablaba, y exclamó con desconfianza:

—¿Quién te hizo sultán, amiguito?

Echóse a reír Zu-l-Mekán al oírlo. Pero el visir Dandán llegóse a él y le habló y toda la historia le refirió. Y le dijo:

—Hasta aquí fue tu hermano y tu amigo; pero de hoy más es el rey de la tierra y seguramente que te ha de conceder grandes mercedes. Así que yo te aconsejo que cuando te diga: «Pídememe alguna cosa», le pidas algo de mucha monta.

—Temo—dijole el fogonero—que si le pido algo principal no me lo pueda otorgar.

Enojóse al oír aquello Zu-l-Mekán y le dijo:

—Pídememe lo que quieras, por grande que sea.

Y el fogonero dijo:

—Te pido que me extiendas un diploma nombrándome *scheij* de todos los fogoneros de la ciudad la santa, de la que soy natural, ¡por la gracia de Alá!

Echóse el sultán a reír y otro tanto hicieron cuantos estaban allí. Y le dijo el sultán:

—Pídememe otra cosa más.

Y dijo el fogonero:

—Ya te dije que temo pedirte alguna cosa que no esté en tu poder y no me puedas conceder.

Guiñóle el ojo el visir Dandán dos y tres veces y el fogonero dijo al rey:

—Te pido que me nombres *scheij* de los barrenderos de la ciudad la santa o de la de Dimechk.

Y al oírlo los circunstantes rieron con tal gana que se tumbaron de espaldas.

Dióle el visir un golpecito para llamarle la atención y el fogonero exclamó:

—¿Por qué me pegas, soso? ¿No fuiste tú el que me dijiste que le pidiera algo gordo?



Y luego añadió:

—Dejadme volver a mi tierra.

Comprendió el sultán que bromeaba y aguantó un rato sus palabras. Hasta que, finalmente, se llegó a él y le dijo:

—Ye hermano mío, pídemle algo grande que de mi poder sea digno.

Y entonces el fogonero le dijo:

—Nómbreme sultán de Dimechk en la vacante de tu hermano.

—Está bien—dijo el rey. Y acto seguido mandó extender el decreto nombrando sultán de Dimechk al fogonero. Y díjole al visir Dandán:

—Solo tú y no otro alguno lo acompañará. Y cuando te plazca regresar, traerás contigo a la hija de mi hermano, Kuziya-fe-kan <sup>1</sup>.

—Oír es obedecer—respondióle el visir.

Cogió después al fogonero y bajó del alcázar con él y procedió a hacer los preparativos para el viaje que iban a emprender.

Y el sultán Zu-l-Mekán mandó que llevaran para el fogonero un trono nuevo y le vistieran un traje sultanesco. Y dijo a los emires de su reino:

—¡Que todo aquel que a mí me ame le haga al nuevo sultán algún obsequio grande!

Puso después Zu-l-Mekán por nombre al fogonero el de sultán Sablakán <sup>2</sup> y por mote el de Al-Muchahid <sup>3</sup>. Un mes invirtieron en los preparativos del viaje y, luego que todo estuvo dispuesto, subió al alcázar el sultán Sablakán, acompañado del visir Dandán, y pasó a ver al rey Zu-l-Mekán para despedirse de él antes de marchar.

Y el rey Zu-l-Mekán abrazó al sultán Sablakán y le recomendó que gobernara con equidad a sus vasallos y que se apercibiese para el *chihad* de

allí a dos años. Después de lo cual despidiéronse ambos.

Y el rey Al-Muchahid, llamado Sablakán, reunióse con sus emires y sus mamelucos, que eran en número de cinco mil, y abrió la marcha, llevando su cortejo a la zaga.

Y detrás de él cabalgaban el primer chambelán y el emir de Deilam, Bahram; y el emir de los turcos, Rustem; y el emir de los árabes, Tarkasch. Todos los cuales fueron acompañándole trecho de tres jornadas y después se despidieron del nuevo sultán, volviendo grupas hacia Bagdad. Los demás continuaron el viaje con su rey hasta llegar a Dimechk.

Llevaran ya allí las alas de las aves la noticia de todas esas novedades, o sea, de cómo el sultán Zu-l-Mekán nombrara sultán de Dimechk al llamado Sablakán, de mote Al-Muchahid, asignándole por visir al visir Dandán. De suerte que, al saber allí que ya el nuevo sultán venía de camino, engalanaron la ciudad y salieron a recibirle todos sus vecinos.

Y llegó el sultán Sablakán y subió a su castillo y se sentó en el trono de su dominio. Y el visir Dandán permaneció de pie para servirlo y le indicó las residencias de sus emires, dignatarios y funcionarios. Todos los cuales fueron presentándose ante él para cumplimentarlo y besarle las manos e invocar sobre el nuevo sultán todas las bendiciones de Alá.

Y el sultán Sablakán las acogió con muestras de distinción y a todos les dio y les obsequió. Luego mandó abrir las arcas del erario y repartió sus caudales entre todos sus militares, así chicos como grandes. Y juzgó con equidad y luego se apresuró a apercibirlo todo para el viaje de la hija del sultán Scharkán, *sitt* Kuziya-fe-kan, a Bagdad.

Y esto es por ahora todo lo referente al sultán Sablakán.

<sup>1</sup> Literalmente: Fue decretado (por el sino) y fue.

<sup>2</sup> El ex basurero. Nombre compuesto de *Sabl*, basurero, y *Kan*, fue.

<sup>3</sup> El que hace la guerra santa.

Cuanto al visir Dandán no demoró este el ponerse en camino hacia Bagdad con la princesa Kuziya-fe-kan, como así lo hizo, llegando a Rahbah<sup>4</sup> al cabo de un mes de viaje. Reanudaron luego la marcha y cabalgaron sin parar hasta Bagdad. Y el visir despachó un correo anunciando su llegada al rey Zu-l-Mekán, el cual en seguida salió a recibirlos a las afueras de la ciudad.

Al ver llegar al rey, quiso apearse de su caballo el visir Dandán; pero Zu-l-Mekán hizole señas al visir de que no hiciera tal, de suerte que aquel siguió montado hasta hallarse a su lado.

Preguntóle entonces el rey nuevas de Al-Muchahid; dióselas el visir y participóle que consigo traía a Kuziya-fe-kan, la hija del sultán Scharkán. Holgóse de ello mucho Zu-l-Mekán y le dijo al visir:

—No hay en quien pueda confiarse como en ti. Descansa ahora tres días de las fatigas del viaje y luego sube a visitarme.

—Con alma y vida—respondió el visir. Y se retiró a su aposento.

Zu-l-Mekán, por su parte, subió a su alcázar y pasó a ver a la hija de su hermano Scharkán, la princesa *sitt* Kuziya-fe-kan. La cual era una niña de ocho años, y al verla el rey púsose muy alborozado por ella al par que muy triste por el recuerdo de su hermano. Y regaló a la nena joyas y alhajas y galas costosas y mandó que la pusieran con su primo hermano Kan-ma-kan en un mismo cuarto.

Y dizque era la muchacha la más bella de todas las de su época y al mismo tiempo la más avispada, pues estaba muy bien educada y tenía discreción y cultura y sabía conducirse según pedía la coyuntura.

Kan-ma-kan, por su parte, era un chico de sentimientos nobles, pero arrebatado, que no se paraba a pensar en las consecuencias de sus actos.

Fueron creciendo juntos ambos, hasta cumplir los doce años, y solía Kuziya-fe-kan montar a caballo y correr así en unión del hijo de su tío por los campos, y aprendieron los dos a esgrimir la espada y la lanza, hasta que cumplieron los dos los veinte años.

Apercibióse por entonces el rey a hacer la guerra santa y remató sus aprestos en punto a gente y armas. Y mandó llamar al visir Dandán y le dijo:

—Has de saber que tengo entre manos una cosa y quiero saber si cuento contigo. Te ruego me respondas sin remilgo.

Y el visir contestóle y le dijo:

—¡Dime de qué se trata, ye monarca del siglo!

—Quiero—repuso el rey—abdicar en mi hijo y alegrarme con él en vida y combatir delante de él hasta que la muerte me rinda. Dime de esto qué opinas.

Besó el visir la tierra entre las manos del rey Zu-l-Mekán y luego dijo:

—Ye rey el afortunado, el de parecer atinado. Todo lo que piensas es acertado, sino que esto de ahora no es por el momento oportuno y ello por dos razones: la primera, porque tu hijo Kan-ma-kan es todavía de corta edad, y la segunda, que no posee la experiencia de aquel que ha visto gobernar a su padre, pues ha vivido poco para poder copiarte. Y esto es todo cuanto tengo que contestarte.

A lo que respondió el monarca:

—Has de saber, ye visir illustre, que tenemos pensado ponerle al chambelán mayor a su lado y ese es hombre experto y avisado y, además de eso, es mi cuñado y a mis ojos ocupa el puesto de mi hermano.

—Haz según tu deseo—dijo el visir

<sup>4</sup> Ciudad situada a orillas del Eufrates, en el camino de Bagdad. Figura en el *Itinerario*, de Benjamín de Tudela.

Dandán—. Que nosotros haremos que se cumpla tu voluntad.

Mandó luego el rey que llevaran a su presencia al chambelán, el cual compareció, así como comparecieron también ante el monarca todos los próceres y familiares de su real cámara. Y el rey, dirigiéndose al chambelán mayor, le dijo:

—Ye chambelán el jerifo, has de saber que he decidido casar a mi hijo Kan-ma-kan con la hija de su tío, Kuziya-fe-kan, y en fe de que así es recabo el testimonio de todos vosotros.

Mandó después trasladar a la cámara de su hijo Kan-ma-kan una suma de dinero tan considerable que la lengua no podría describir su cuantía.

Luego pasó a ver a su hermana Noshetu-s-Semán y le participó su decisión de casar a ambos primos, sintiendo aquella un gran gozo al oírlo. Y Noshetu-s-Semán exclamó:

—Yo como a hijos los miro a los dos. ¡Así quiera Alá prolongarte la vida para ellos toda una eternidad!

—Yo, hermana mía—respondió Zu-l-Mekán—, no siento ya por la vida ningún afán y tengo resuelto abdicar a favor de mi hijo Kan-ma-kan, mas te recomiendo que mires por él y por su madre también.

Continuó después de eso recomendando al chambelán y a Noshetu-s-Semán, su propia esposa, noches y días, que ya presentía el cáliz del tránsito y la necesidad del descanso.

De suerte que empezó ya el chambelán a gobernar a los vasallos y a juzgar y mandar y permitir y prohibir, pasándose de este modo un año entero, pues Zu-l-Mekán estaba enfermo y la enfermedad absorbía todo su pensamiento. Cumpliéronse luego hasta cuatro años y el chambelán seguía gobernando en lugar del sultán, muy a gusto, por cierto, de las gentes del reino, las cuales, sin excepción, invocaban sobre él de Alá la bendición.

Y esto es por ahora todo lo referente al asunto del rey Zu-l-Mekán y su gran chambelán.

Cuanto a Kan-ma-kan, no había para él otra ocupación que montar a caballo y manejar la lanza y disparar el venablo, y lo mismo se puede afirmar de la hija de su tío, Kuziya-fe-kan. Que ambos salían juntos al despuntar el día y hasta anochecido no volvían, yéndose entonces cada uno con su madre respectiva.

Y sucedió que una tarde encontró el joven a su madre sentada a la cabecera de su padre, llorando y cuidándolo, y él toda la noche permaneció a su lado.

Pero luego que amaneció la mañana marchóse, como de costumbre, con la hija de su tío, a ejercitar sus bríos, en tanto a Zu-l-Mekán le apretaban los dolores y le hacían llorar. Y en medio de su desasosiego recitó Zu-l-Mekán estos versos:

—Amustióse mi fuerza, mi tiempo ya pasó.  
Y ahora me veo sumido en honda postración.  
Hubo un tiempo en que a todos aventajé en  
[pujanza;  
ahora no tengo bríos para empuñar la lanza.  
De mis débiles manos escurriose el poder,  
y soy un blanco fácil al ajeno desdén.  
En vida todavía dejé ya de reinar,  
y en mi trono mi hijo se sienta en mi lugar.  
Y es él quien con la espada o la lanza buida  
podrá del enemigo contener la embestida.  
Pues su padre, antes fuerte y victorioso, ahora  
es un triste y vencido que se consume y llora.

Luego que hubo acabado de recitar estos versos reclinó Zu-l-Mekán su cabeza en la almohada y se quedó dormido. Y en sueños oyó una voz que decía: «¡Alégrate, rey, pues tu hijo reinará en las tierras y todos los creyentes le prestarán obediencia!»

Despertó Zu-l-Mekán de su sueño animado y contento. Y pasados que fueron unos días, tocóle con su mano la muerte, lo que para la gente de Bagdad fue una gran calamidad. Lloraron al difunto sus vasallos todos, así los humildes como los poderosos.

Pasó luego el tiempo sobre él y fue como si nunca hubiera sido, y cambiaron las cosas para Kan-ma-kan y lo destituyó la gente de Bagdad y a él y a su familia confinólos en un castillo, en los arrabales de la ciudad, viniendo a verse todos ellos en la mayor ruindad.

Y al encontrarse en tal estado dijo la madre de Kan-ma-kan:

—No tengo otro recurso que buscar amparo en el gran chambelán.

Y dejando su residencia fue a ver al gran chambelán, que ahora gobernaba como sultán. Hallólo al llegar sentado sobre su tapiz y pasó adentro, a donde estaba Noshetu-s-Semán, su esposa, y habló así:

—En verdad que el que muere no deja amigos. Quiera Alá preservaros de las vicisitudes de los tiempos y hacer que sigáis gobernando con equidad y acierto sin hacer distinción entre grandes y pequeños. Por tus oídos oíste y con tus ojos viste el estado en que antes nos halláramos de poder y grandeza y señorío y riqueza y de vida regalona y gustosa, mientras que ahora cambió para nosotros la suerte y se nos volvió enemiga e inclemente, y llevo a ti en demanda de ayuda, desprovista de toda fortuna, yo que antes era quien a todos se la daba, según me petaba. Pero ya es sabido que, muerto el hombre, quedan expuestas sus viudas y sus hijas al desprecio y la ignominia.

Y, a impulso del sentimiento, declamó estos versos:

—La muerte obra prodigios lamentables,  
que el ánimo suspenden del que piensa;  
ejemplo de ello soy, pues ya mi vida  
llena está de dolores y miserias,

desde que aquel me falta, que mi escudo  
era sobre la tierra,  
son mis días como etapas de un viaje  
por áridas, inhóspitas estepas;  
para calmar la sed que la devora  
mi alma en mis propias lágrimas abreva;  
no tengo otro viático que el duelo  
por los nobles amigos que perdiera,  
ni ostento más anillos en mis dedos  
que los que puso en ellos suerte adversa.

Luego que Noshetu-s-Semán oyó aquellas palabras, acordóse de su hermano Zu-l-Mekán y su sobrino Kan-ma-kan, e hizo que se le acercara la madre del joven y le dijo:

—Rica me veo yo ahora mientras tú te ves pobre; pero a ti te debemos todo el bien que tenemos, lo mismo que a tu esposo; así, pues, nuestra casa es tu casa y tuyo es cuanto se guarda en nuestras arcas.

Regalóle después un traje magnífico y le destinó en su propio alcázar un aposento contiguo a su cámara y asentaronse allí ella y su hijo Kan-ma-kan, gozando de una vida de plena felicidad. Pues a más de lo dicho asignóles también esclavos de ambos sexos para su servicio.

Pasando luego algún tiempo contóle Noshetu-s-Semán a su esposo, el gran chambelán, todo lo que le sucediera a la viuda de su hermano Zu-l-Mekán. Y al gran chambelán se le arrasaron los ojos en llanto y exclamó en el acto:

—Si quieres ver lo que hará el mundo cuando tú mueras, mira lo que hace cuando otro muere; así que no seas parca de mercedes.

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

## Y LA NOCHE 121 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He llegado a saber, *ye* monarca el afortunado, que eso fue de momento todo lo concerniente al asunto de Nos-hetu-s-Semán y su marido el chambe-lán.

Cuanto al de Kan-ma-kan y su prima Kuziya-fe-kan fueron creciendo los dos en compañía hasta que llegaron a ser como dos ramas frutecidas o como dos lunas florecidas, pues se hallaban ya en los quince años de sus vidas.

Y era Kuziya-fe-kan la más hermosa de las jóvenes que en su tiempo se velaban el rostro bello y tenía un talle de palmera y unas amplias caderas y una saliva tan dulce y embriagadora, como el agua que de la fuente Selse-bil<sup>5</sup> brota, destilaban sus labios rojos más que el vino sabroso. Y era tal, en fin, como, pintando su belleza, dijo en estos versos un poeta:

«Perlas de uva desgranar  
sus labios rojos;  
su saliva embriaga  
igual que el mosto.  
¡Bendito Alá,  
que obra de tal belleza  
quiso crear!»

Porque plúgole a Alá reunir en ella todos los encantos, pues su talle a la rama más airosa del árbol le hacía sonrojarse y las rosas dábanse por vencidas y pedían el *amán* a sus mejillas y su saliva competía con el vino en punto de alegrar el alma y recrear la vista. Como dijo el poeta:

«Era su belleza tal  
que reunía todas las gracias;  
sus párpados, alcoholados,  
lanzaban unas miradas  
que en el pecho del amante  
clavábanse como espadas,

que en su mano poderosa  
el propio Alí maneja,  
el emir de los creyentes  
del Profeta honor y gala.»

Cuanto a Kan-ma-kan era también único en belleza y un portento de gentileza, sin que hubiese tampoco quien le aventajase en punto de valentía, de suerte que inspiraba a todos simpatía, y cuando el bozo empezó a sombrear su labio, compitieron los poetas en celebrarlo.

Como dijo uno de ellos en estos versos:

«Préndense en sus mejillas los corazones  
de aquellos que contemplan su cara hermosa,  
pues con sutiles tonos de carmín vivo  
se las pinta su sangre joven, fogosa.  
¡Ye la sutil pelusa que sombreá  
su mejilla rosada, esplendorosa!  
¡Ye el mirar de sus ojos, que traspasan  
los corazones y las almas roban!»

Y sucedió que, con ocasión de una fiesta, fue Kuziya-fe-kan a visitar a uno de sus familiares del gobierno y sus esclavas la rodeaban y la hermosura la acompañaba y las rosas de sus mejillas a las naturales daban envidia y la sonrisa de su boca hacía sonreír a las flores de la manzanilla.

Y fue Kan-ma-kan y empezó a dar vueltas en torno a ella y a lanzarle miradas flecheras, que semejava la joven una luna llena; así que se le inflamó a Kan-ma-kan el corazón y la lengua se le soltó y estos versos recitó:

—¿Cuándo la unión sanará  
este pecho dolorido,  
que ya no puede esperar?  
¿Cuándo al fin me sonreirán  
los labios de la entrevista,  
que ahora cerrados están?  
¿Y cuál será la bendita  
noche que al fin con mi amada  
cambie besos y sonrisas?

<sup>5</sup> Fuente del Paraíso mahometano.

Al oír Kuziya-fe-kan aquellos versos de Kan-ma-kan mostróle una expresión de censura y reproche, y le dijo al joven:

—¿Cómo te atreves a mentarme en tus versos para abochornarme ante el pueblo? Por Alá, que si insistes en ello me quejaré al gran chambelán, sultán del Jorasán y de Bagdad, y lo pasarás mal.

Enojóse entonces Kan-ma-kan y volvió despedido a Bagdad.

Tornóse después Kuziya-fe-kan a su alcázar y quejóse a su madre del proceder del hijo de su tío, y su madre le dijo:

—Ye hija mía, es posible que no te quiera con mala intención, y ten presente también que es un huérfano, aparte que no dijo nada que redunde en tu detrimento. Anda, pues, con cuidado y no le vayas a nadie con el cuento, pues pudiera ocurrir que llegara a oídos del sultán y este, enojado, lo mandara matar o lo privase de su virilidad, dejándolo sin posteridad, con lo que su recuerdo se extinguiría como el ayer que no deja rastro o como el muerto que queda olvidado.

Divulgóse, a pesar de todo, por Bagdad el amor que Kan-ma-kan sentía por su prima Kuziya-fe-kan, y hablaban de ello las mujeres, sin recatar sus pareceres. Y en tanto a Kan-ma-kan el pecho se le encogía y la paciencia se le consumía y no hacía más que pensar en su prima. Y no sabía qué hacer y ni podía renunciar a su amor ni tampoco desfogar las angustias de su corazón por temor a provocar el enojo y la ira de su prima, y se contentaba con improvisar poesías, por el estilo de la que transcribimos:

—Temo provocar su enojo;  
por eso sello mis labios,  
aunque el amor cada día  
más y más me hace su esclavo.  
Pero tendremos paciencia  
y sufriremos callando,

como el enfermo que aguanta  
cuando le están aplicando  
el cauterio saludable,  
con los dientes apretados.

Luego que el gran chambelán vino a ser sultán, nombraronle el rey Salsán y sentóse en el trono y gobernó el pueblo con toda equidad.

Y estando un día dando audiencia al pueblo en su diván, llegaron a sus oídos los versos de Kan-ma-kan.

Y en el acto pesóle de su conducta pasada y fue a ver a su mujer, Noshetu-s-Semán, y le dijo:

—En verdad, que eso de unir la alfalfa con el fuego entraña el mayor de los riesgos <sup>6</sup>, y no se deben consentir confianzas entre hombre y mujer en tanto los ojos miren y los párpados guiñen.

Ahora bien: el hijo de tu hermano, Kan-ma-kan, ha llegado ya a la edad de la hombredad y debemos prohibirle la entrada a los aposentos donde tintinean los tobillos <sup>7</sup>, no estando bien tampoco que tu hija ande con hombres, pues sus semejantes deben en los harenas estarse.

Y Neshetu-s-Semán replicóle a su esposo:

—Dices bien, ¡sabio rey!

Y después de eso fue el siguiente día Kan-ma-kan, según su costumbre, a saludar a su tía con el *selam*, y su tía le contestó con otro igual. Y después le dijo:

—Tengo, hijo mío, una palabra que decirte, aunque a la verdad a salir de los labios se me resiste. Pero, a pesar de todo, no tengo más remedio que decírtela, por más que me contraría.

Y Kan-ma-kan le preguntó:

—¿Qué palabra es esa, tía mía?

Y Noshetu-s-Semán le contestó diciéndole:

<sup>6</sup> A propósito de esta frase proverbial recuerda Burton muy oportunamente el refrán español: El hombre es fuego y la mujer estopa (aunque calla lo que sigue), y viene el diablo y sopla.

<sup>7</sup> Se refiere a las ajorcas con que las moras adornan sus tobillos.

—Sabrás cómo el rey se ha llegado a enterar del amor que le tienes a Kuziya-fe-kan y ha mandado que, de aquí en adelante, se cubra ella en tu presencia el semblante. Y cuando tengas algo que decirle se lo digas desde la puerta, sin verle la cara a ella.

Al oír el joven las palabras de su tía alejóse de allí sin decir esta boca es mía. Y fue a comunicarle a su madre lo que ocurría. Y su madre le dijo:

—De todo eso tiene la culpa tu mucho hablar, pues ya sabías que el cuento de tu amor a tu prima se había de divulgar y correr por todo el lugar, y estando comiendo su pan ¿te habías de fijar todavía en la hija del sultán?

A lo que contestó Kan-ma-kan:

—Yo me quiero casar con ella, porque es la hija de mi tío y de ella yo soy el más digno.

Mas su madre le dijo:

—Cállate, no sea que la cosa llegue a oídos del rey Salsán y ello sea causa de que te anegues en un mar de pesar. Ten en cuenta que esta noche ellos nos mandarán la cena, y si estuviéramos en otra tierra que esta ya nos habríamos muerto de necesidad o nos habríamos visto obligados a mendigar.

Al oír Kan-ma-kan las palabras de su madre agravóse su sentimiento y recitó estos versos:

—Me río de las censuras del que ignora los crueles tormentos de la ausencia; yo los conozco bien y así es inútil que amonestarme quiera.  
Vano será que trate de infundirme con discretas razones la paciencia, pues por Alá que ya la perdí toda y en mi alma ni un adarme de ella queda.  
Sin cuidado las críticas me tienen, y del censor injusto la sentencia, pues sé que no cometo algún delito amando con pasión noble y sincera.  
Los culpables son ellos que a mi amada acercarme me vedan, pues Alá sabe bien mis intenciones, y que mi alma es inocente y recta.  
Y también sabe Alá que cuando un día descansen ya mis restos en la huesa,

si oigo mentar su nombre, he de animarme y latirá mi corazón con fuerza, y les diré a las auras y a las aves, que sobre los sepulcros pian y vuelan:  
—Id, por favor, a casa de mi amada y decidle que quien murió por ella aún amándola sigue en el sepulcro con la misma pasión e igual pureza.

Luego que acabó de recitar estos versos, dijo Kan-ma-kan a su madre:

—No hay modo de que yo siga aquí con esta gente; así que dejaré este alcázar y me iré a vivir a los arrabales de la ciudad, a la manera de los *záluk*.

Y acto seguido retiróse y lo hizo según lo dijo.

Pero su madre iba todos los días al alcázar del rey Salsán y allí le daban el pan de cada día para ella y su hijo. Y un día quedóse Kuziya-fe-kan a solas con la madre de Kan-ma-kan y le dijo:

—¿Ye mujer de mi tío! ¿Cómo está tu hijo?

A lo que contestó su tía:

—Está lloroso el ojo y triste el corazón. No puede ocultar su pasión y solo piensa en lograr tu amor.

Y le recitó los versos que en honor suyo había Kan-ma-kan compuesto.

Y Kuziya-fe-kan, al oírlos, echóse a llorar y exclamó:

—Por Alá, que no le traté con ese desvío por enojo que le tuviera, sino por temor a que los enemigos algún daño le hicieran. Y si no se hubiera ido de la lengua y no hubiere perdido la prudencia, no le habría mi padre retirado su favor ni tratado con ese rigor. Pero, después de todo, da lo mismo, que muchas vueltas da este mundo y en todos los trances la paciencia es lo que más vale, y muy bien pudiera suceder que el mismo que decretó nuestra desunión decreto luego nuestra unión. Y te digo mi verdad: que siento por él doble pasión de la que él dice sentir por mí y que mi lengua no puede mis ansias describir.







Y acto seguido declamó la joven estos versitos:

—¡Ye primo mio! Mis pesares  
son tan grandes cual los tuyos;  
solo que yo me los callo  
y me aguanto y disimulo;  
haz tú lo mismo y espera,  
y no fies de ninguno.

Luego que la madre de Kan-ma-kan húbole oído esas palabras a Kuziyafe-kan, dióle las gracias y la bendijo, y después despidióse de ella y fuele a su hijo con el cuento de lo que le había dicho, y con ello a Kan-ma-kan aviváronsele los anhelos y cobró bríos y animaron un tanto las tempestades de su ánimo.

Y en un arrebató de pasión exclamó:  
—¡A nadie sino a ella quiero en el mundo yo!

Y a continuación los siguientes versos improvisó:

—Un secreto divulgué  
que publicar no debía.  
Pero hartó lo estoy pagando.  
¡No lo haré más en mi vida!

Fueron así pasando las noches y los días y Kan-ma-kan en un lecho de ascuas se revolvía, hasta que vinieron a cumplirse los diecisiete años de su vida. Y acabálose del todo la perfección de su belleza peregrina y su inteligencia se hizo clarísima.

Y una noche de entre las noches desvelóse el joven y en su interior pensó:

«¿Qué tengo yo para que mi cuerpo se me derrita y no llegue a lograr lo que mi pecho ansía? ¿Adolezco, quizá, de algún defecto, salvo el no tener posición ni dinero? Pero por Alá que esto se ha de acabar y me iré de esta tierra y me echaré a vagar por esos campos y no volveré jamás a ella, puesto que no tengo aquí a nadie que me quiera, y seré un vagabundo hasta que me muera y descanse de tanta miseria o logre al cabo lo que mi alma anhela.»

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 122 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, ye monarca, el afortunado, que Kan-ma-kan se dijo a sí mismo:

«No tengo más remedio que dejar esta tierra y no volver a ella hasta que logre lo que mi alma desea.»

Y para más afirmarse en este pensamiento recitó los siguientes versos:

—No me censures, si al pesar me entrego;  
que el sentir la criatura no es bajeza;  
son mis entrañas al igual de un libro  
del que fueren las lágrimas las letras.  
Una huri que a la tierra descendió  
esa es mi prima, la de gracia excelsa;  
quien se deja prender en sus miradas  
ya puede despedirse de su fuerza.

Por eso yo me lanzo a los caminos  
y vagar quiero por la holgada tierra  
y luchar con los héroes de mi talla,  
que amor es más terrible que la guerra.  
No tornaré a su lado hasta que logre  
dar remate cumplido a mis empresas,  
enriquecerme de botín y entonces,  
solo entonces, seré digno de ella.

Luego de recitar estos versos salióse Kan-ma-kan furtivamente del alcázar, descalzo, vistiendo una saya de mangas cortas y tocado con un gorro de *záluk* que tenía ya siete años de uso, y un mendrugo de tres días, la mar de duro.

Ecurrióse al amparo de las sombras

y llegó hasta la puerta de Bagdad que llaman Al-Arich y se detuvo allí, y cuando, a la mañana, abrieron las puertas de la ciudad, fue el primero en salir.

Caminó luego cruzando vados y campos desiertos durante todo el día sin tomar aliento.

Luego que la noche fue venida, buscó su madre y, al no encontrarlo, achicósele el mundo, con todo y ser tan amplio, sin que valiera nada a consolarla. Esperó la cuitada a su hijo el primer día y el segundo y el tercero, hasta que los diez días se cumplieron sin que tuviera noticias del hijo, por lo que se le encogió el pecho y rompió a llorar y clamar, diciendo:

—¡Ye hijo mío de mi alma, tú te has ido y el pesar es venido! ¡Dejaste tu patria, hijo mío, y no sé adónde dirigir mis gritos! ¡Ni en qué parte de la tierra habrás puesto tu nido!

Arreció luego en sus lamentos y recitó estos versos

—Tu ausencia es una flecha que en mi pecho llevo siempre clavada,  
y en él se me va hundiendo hasta que acabe  
con las últimas fuerzas de mi alma.  
De noche oigo a la tórtola que gime  
por estar de su amigo separada;  
pero al ver que un collar luce vistoso,  
me sonrío de su pena ponderada,  
y le increpo diciendo: —Si estuvieras  
tan triste como yo, tan desolada,  
no lucirías, amiga, ese collar  
que llevas enlazado a tu garganta.  
Yo, desde que se fue mi bien amado,  
vivo de la tristeza acompañada,  
y más fiel que mi amigo, la tristeza  
de mi nunca se aparta.

Luego negóse a probar bocado y beber un sorbo de nada y redobló su llanto y su gemir sin recatarse de la gente, hasta el punto de que su pena se hizo célebre entre propios y extraños y todos decían en Bagdad:

—¿Dónde tienes los ojos, ye Zu-l-Mekán, que no ves lo que pasa con Kan-ma-kan, que se extrañó de su ciudad y

se fue por esas tierras a peregrinar? ¡Y su padre fue un rey que hartaba a los hambrientos y gobernaba con equidad y bondad!

Llegó, finalmente, a oídos del rey Salsán la noticia del caso de Kan-ma-kan, que sus emires y magnates le fueron a comunicar. Diciéndole:

—El hijo de nuestro rey y de la estirpe del rey Omaru-n-Nómán se ha expatriado de nuestra ciudad.

Al oír el rey Salsán tales palabras concibió gran enojo y pesar y recordó los muchos beneficios que debía al padre de Kan-ma-kan, el rey Zu-l-Mekán, y que este, al morir, se lo había encomendado a su lealtad. Afligióse, pues, mucho con lo de Kan-ma-kan, y se dijo:

«¡No hay más remedio que mandarlo buscar por todos los países donde se pueda hallar!»

Acto seguido, despachó en su busca al emir Tarkasch con cien caballeros, y el emir estuvo ausente diez días, después de los cuales volvió junto al rey y le habló de esta guisa:

—No he podido lograr noticias de él ni descubrir el menor rastro de su paso.

Dolióse mucho de ello el rey Salsán. Cuanto a su madre, entróle un gran desasosiego, que no podía estarse quieta en sitio alguno ni llevar con paciencia su infortunio. Y de este modo transcurrieron diez días, desde que Kan-ma-kan emprendió la partida.

Y esto es por ahora todo lo referente a esta parte de la historia.

Cuanto a Kan-ma-kan, al salir este de Bagdad iba indeciso sobre el rumbo que debiera tomar, sin saber hacia dónde se había de encaminar <sup>8</sup>.

<sup>8</sup> A partir de aquí toma la narración una traza innegable de novela caballeresca, al estilo de esas que Cervantes se propuso satirizar en su *Quijote*.

Kan-ma-kan se echa al campo en busca de aventuras, como un caballero andante, y, para

Anduvo luego por los campos tres días, sin ver en todo ese tiempo hombre alguno, ni peatón ni jinete, con lo que perdió el sueño y se le acrecieron la tristeza y el desaliento, y dio en acordarse de su gente y de su tierra. Y sustentábase de las plantas del campo y bebía del agua de sus manantiales, y, a la hora del calor, sesteaba a la sombra de sus árboles.

Dejó luego aquel camino y echó por otro distinto y anduvo tres jornadas y, al cuarto día, llegó a una región, muy dilatada y de plantas muy poblada, que las ánforas de las nubes abundantes abrevaban y en la que la paloma y la tórtola dejaban oír sus endechas acordadas y las colinas verdeaban y las tierras de labor fructificaban.

Y Kan-ma-kan, a vista de aquellos campos, acordóse de su país paterno y recitó estos versos:

—Partí de allí, con la intención resuelta de volver algún día.  
Y he de volver; mas ¿cuándo? Eso lo ignoro.  
Y es esa mi desdicha.

---

que no le falte nada, en su primer encuentro con un rival, el beduino Zebah, lo vence y le perdona la vida, a cambio de que le sirva de escudero. Zebah es la parodia de Kan-ma-kan, un caballero andante de pega, que, a las primeras de cambio, se rinde y acepta de buen grado el papel de escudero, que es el que le cuadra.

Zebah tiene un parecido chocante con Sancho Panza, o, más bien, este, que es posterior, lo tiene con él, e introduce el elemento cómico en esta novela de caballería; es el pícaro metido a caballero andante y, como Panza con Don Quijote, actúa a veces de conciencia frente a su alocado señor. Estas y otras circunstancias nos plantean una vez más el problema de los orígenes arábigos del *Quijote*, que no en balde su autor puso bajo la advocación del más o menos apócrifo *Zide Hamete Benengeli*: «Los árabes —dice Lebón— han sido los verdaderos creadores de los libros de caballería.» Y Burton, en sus notas a su versión de esta parte de la historia, dice textualmente: «¿La habría leído Cervantes? Muy bien pudo habérsela oído recitar en Argel a los narradores de cuentos. Kan-ma-kan es el caballero árabe por antonomasia, noble y valiente como Don Quijote; Zebah (Sbbah) es el gracioso (grazioso), un Sancho Panza beduino.»

Que antes he de vencer al sino adverso que allí me perseguía.

Luego que hubo recitado esos versos comió un poco de aquellas plantas silvestres, hizo sus abluciones y rezó sus oraciones y después se sentó a descansar, permaneciendo todo el día en aquel lugar. Y al llegar la noche se acostó y se durmió hasta la madrugada. A esa hora se despertó y oyó una voz humana que estos versos declamaba:

—No es vida sino aquella en que contemplas los deslumbrantes ojos de tu amada y su bello semblante. Preferible es la muerte a la ausencia despiadada. ¡Ye los días felices en que juntos bebimos de la copa perfumada del vino y de los besos, sobre todo cuando ya todo el aire era fragancias, cuando la primavera florecida del invernal rigor nos compensaba! Ye tú que de esa copa incomparable libaste y la belleza de esa cara pudiste contemplar; ya es imposible que agua alguna te sepa dulce y grata ni tierra alguna te parezca bella, aunque fuere un tapiz de flores raras.

Luego que oyó Kan-ma-kan aquellos versos, declamados por el dueño de aquella voz, que por dos veces los repitió, y aunque no lo había visto comprendió que era un amante como él, que se hallaba separado de aquella a la que quería bien. Y dijose en su ánimo:

«En verdad que desearía juntarme con ese para lamentarme con él y juntar con el suyo mi duelo y tenerlo por compañero en mi destierro.»

Y se escombró y alzó la voz e interpeló al clamante, diciendo:

—¡Ye tú que caminas en la noche sombría, llégate a mi y cuéntame tu cuento! Que acaso me encuentres capaz de aliviar tus sufrimientos.

Y el dueño de la voz, luego que esas palabras oyó, exclamó:

—Ye tú que respondes a mi queja y quieres que mi historia te cuente, dime

primero: ¿Quién eres tú entre los caballeros? ¿Eres persona humana o genio? Date prisa a responder, antes que tu muerte se acerque; que llevo ya veinte días caminando por este desierto sin haber visto a nadie ni oído otra voz que tu voz.

Luego que eso oyó Kan-ma-kan dijo-se para sí mismo:

«El lance de ese es igual al mío, porque también yo llevo vagando veinte días por estos páramos sin haber visto un ser humano ni oído otra voz que la suya.»

Y añadió:

«No le he de contestar hasta que salga el sol.»

Guardó, pues, silencio Kan-ma-kan y la voz lo volvió a interpelar, diciendo:

—*Ye* tú que llamaste: si eres de los genios, sigue en paz tu camino, y, si hombre eres, estate quieto hasta que venga el día y huya la noche sombría.

Quedóse el clamante donde estaba y Kan-ma-kan hizo lo mismo y ambos se pusieron a recitar versos y a verter lágrimas a raudales, y así se estuvieron hasta que empezó a clarear el claror del día y a retirarse la noche sombría.

Miró entonces Kan-ma-kan al otro y comprobó ser un beduino de los árabes, un jovencito en la flor de su edad, que vestía ropas raídas y pendiente de sus hombros llevaba un tahalí y en él una espada herrumbrosa. Y advirtió, además, en su rostro todos los indicios de las ansias amorosas.

Fuese luego Kan-ma-kan hacia él y se le acercó y lo saludó y el beduino a su saludo correspondió y larga vida le deseó; pero mirólo, sin embargo, con algo de desdén. al reparar en sus tiernos años y la pobreza de su estado.

Y le dijo:

—*Ye* joven, ¿de qué tribu eres y con quiénes de los árabes estás emparentado y a qué se debe que fueras cami-

nando en medio de la noche, al modo que los caballeros hacer suelen? Pues en las tinieblas me dijiste palabras que solo los bravos caballeros y los guerreros como leones profieren, y ahora en mis manos está tu vida pendiente. Solo que me das lástima, por lo mozo que eres, y así te perdono la vida y te tomaré a mi servicio, para que vengas conmigo y me hagas compañía y seas mi escudero en mis correrías.

Luego que Kan-ma-kan oyó al beduino esas palabras tan inconvenientes, después de haberle oído expresarse en verso con tanta discreción e ingenio, sintió que le mostraba desprecio y quería gallear a su costa, y en términos serenos y bien elegidos, contestóle, diciendo:

—*Ye scheij* de los alarbes, dejá ahora a un lado mis pocos años y dime la causa de que en medio de la noche vagaras por estos desiertos declamando versos. Y puesto que pretendes que yo entre a tu servicio, dime quién eres y qué es lo que a hablar de esa forma te mueve.

Y el otro, entonces, contestóle:

—Sabe, pues, *ye* mocito, que yo soy Zebah, hijo de Rammah-ben-Humman<sup>9</sup>. Y es mi gente de los árabes de As-Scham y tengo una prima llamada Nechmah<sup>10</sup> que a todo el que la mira lo encalabrina.

Y al morir mi padre criéme yo en casa de su hermano, el padre de Nechmah, pero en cuanto me hice mayorcito y mi prima se hizo mujer nos separaron a los dos, al ver que yo era un pobre y no tenía en mi bolso un cobre.

Luego de eso, los jeques de los árabes y los de las tribus bajáronle los humos a mi tío y este se ablandó y consintió en que me casara con su hija; pero con una condición. a saber:

<sup>9</sup> Mañana, hijo del Lancero, hijo del Héroe.

<sup>10</sup> Lucero, Stella o Estrella de nuestro calendario.

que había de llevarle como dote cincuenta cabezas de caballo y cincuenta dromedarios, de esos que son capaces de estarse andando diez jornadas sin descansar, y cincuenta camellos cargados de trigo y otros tantos cargados de cebada, más diez esclavos negros y otras tantas esclavas.

De suerte que echó sobre mí un peso que no podía soportar, porque exigía más de lo que prescribe la ley matrimonial.

Por lo que me eché al campo y pasé de Scham al Irak y veinte días, según te dije, llevaba ya sin ver a nadie, hasta que di contigo. Y tenía la intención de ir a Bagdad y enterarme de los mercaderes ricos que se dispongan a partir de allí en caravanas, para asaltarlas.

Y les saldré al camino y mataré a los de su escolta y arramblaré con los camellos y su cargamento.

Y ahora que ya te dije quién soy, dime tú a tu vez quién eres, para que yo lo pueda saber.

—Tu caso es pintiparado al mío, solo que quizá el mío sea peor todavía, porque mi prima es la hija de un rey y su gente no se daría por satisfecha con esa dote que a ti te exigen, sino que querría mucho más.

No bien Zebah hubo oído esas palabras de Kan-ma-kan soltó la carcajada y exclamó:

—¡Sin duda que estás loco o es tan grande tu pasión que te nubla la razón! ¿Cómo es posible que tu prima sea nada menos que la hija de un rey? ¡Porque tú, en verdad, no muestras ningún indicio de ser de sangre real, sino que tienes toda la facha de ser un pobre de solemnidad!

A lo que contestó Kan-ma-kan:

—¡*Ye scheij* de los árabes! No te asombre mi caso, pues lo que pasó pasó, y aquí, donde me ves, yo soy Kan-ma-kan, hijo del rey Zu-l-Mekán, hijo del rey Omaru-n-Nomán, señor de

Bagdad y del Jorasán, sino que la suerte se me mostró tirana, pues se murió mi padre y el rey Salsán ocupó el trono en su lugar. Por lo que yo, en secreto, me salí de Bagdad sin que nadie se llegara a enterar, y veinte días llevaba sin ver a nadie hasta que te encontré, de suerte, pues, que ya sabes mi historia y, como ves, es igual a tu historia, así como también mi necesidad es igual a tu necesidad.

Luego que Zebah oyó aquello, exclamó:

—¡*Ye* y qué gusto el mío! ¡Ya logré lo que tanto anhelé! Porque hoy el sino no me deparó más presa que tú, y puesto que eres de sangre de reyes y vienes aquí disfrazado con esa facha de *dervisch*, sin duda que tu pueblo te estará buscando por ahí, y a quien te tenga en su poder le darán por tu rescate una suma considerable. Así que déjame ver tu espalda, chiquillo, y echa a andar por delante.

Pero Kan-ma-kan le contestó:

—¡*Ye* hermano de los árabes! No procedas así, que mi pueblo no dará por mí plata ni oro y ni siquiera una dracma solo, y soy un pobrecito que no tiene nada, ni poco ni mucho; así que renuncia a ese sueño y admíteme como tu compañero. Y correremos juntos las tierras del Irak y todos los países del mundo y puede que así logremos juntar la dote que nos piden para que con nuestras sendas primas nos casemos y con ellas nos casaremos y de sus besos y de sus abrazos gozaremos.

Subió de punto el enojo de Zebah al oír tales palabras y exclamó:

—¡Guay de ti! ¿Cómo eres osado a hablarme a mí de ese modo tú, el más vil de los perros? Anda y déjame ver tu espalda y yo te haré entrar en razón con mi espada.

Pero Kan-ma-kan, sin inmutarse lo más mínimo, sonrióse y le dijo:

—¿Por qué he de volverte yo la es-

palda? ¿Es que no hay justicia en tu alma? ¿No temes incurrir en la censura de los árabes al tomar prisionero a un hombre de mi alcurnia, con escarnio y vilipendio, sin haber antes probado mi temple en el combate, para saber si soy valiente o cobarde?

Pero Zebah echóse a reír y contéstole:

—Por Alá, que es maravilla...

Pero vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 123 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He podido averiguar, *ye* el sultán, el afortunado, que Zebah, el beduino, echóse a reír y contestóle a Kan-ma-kan:

—Por Alá, que es maravilla el que tengas la edad de los chavales y hables, no obstante, cual los hombres cabales, pues eso que dijiste solo está bien en labios de los bravos, curtidos y barraganes.

A lo que Kan-ma-kan le contestó:

—Lo equitativo, si es que pretendes hacerme tu cautivo, es que arrojes tus armas y te aligeres de tu ropa y luche-mos ambos a brazo partido, y aquel que logre derribar al otro quedará por su dueño y señor y podrá disponer de él como de su servidor.

Echóse a reír el otro y exclamó:

—No creo que ese flujo de palabras dure más de lo que te tardes en verme la cara.

Arrojó luego el beduino sus armas, remangóse los picos de sus vestiduras y fuese hacia Kan-ma-kan y embistióle con furia; mas el joven resistió el envite sin alterarse, como aguanta la romana el peso de los dinares, y sus pies se afirmaban en la tierra cual dos bien cimentados alminares o dos montañas sólidas, inquebrantables.

De suerte que pronto comprendió el beduino la cortedad de sus fuerzas y pesóle de haber desafiado a su adversario. Y para sus adentros, pensó:

«Mejor será que con mis armas trate de matarlo.»

Pero Kan-ma-kan asió con fuerza de él y lo apretujó y lo zamarreó con tal violencia que sus tripas se le revolvieron y le crujieron los huesos. Entonces gritó el beduino:

—¡Detén tu mano, mocito!

Pero Kan-ma-kan de sus palabras no hizo caso, sino que, cogiéndolo en vilo, alzólo de la tierra, cargó con él y se dirigió al río.

Y Zebah, entonces, clamó y gritó:

—¿Qué vas a hacer conmigo? ¡No me arrojes al río! ¡Suéltame por la vida de la hija de tu tío, la bella que entre todas las bellas ejerce señoría!

Al oír aquello Kan-ma-kan luego dejó en tierra al beduino; pero al verse este libre cogió su adarga y su espada y se apartó un trecho, con intención de arremeter contra su adversario de nuevo.

Adivinó Kan-ma-kan sus intenciones y gritóle:

—No creas que ignoro lo que guardas en tu corazón y que no penetro tu intención, al coger tu adarga y tu espada, y sé que a combatirte te preparas, visto que no es tu puño lo bastante fuerte para vencer en lucha franca. Y si dispusieras de un caballo caracolante me buscarías las vueltas con tu acero tajante. Mas yo estoy pronto a acceder a lo que prefieras, hasta que en

tu pecho no quede rastro de recelo; así que dame acá tu adarga y acométeme con tu espada y lucharemos los dos hasta que me mate tú a mí o a ti te mate yo.

Lanzó su escudo el beduino y desenvainó su acero buido y arremetió con furia a su enemigo.

Embrazó Kan-ma-kan en su diestra la adarga y se cubrió con ella, parando los golpes que el otro le asestaba. Y Zebah, a cada tajo que le lanzaba, profería estas palabras:

—¡Ahí te va ese golpe magistral; a ver si lo puedes parar!

Pero Kan-ma-kan paraba todos sus golpes, sin poder atacarle a su vez, pues no tenía espada con qué responder. Y así siguió Zebah asestándole golpes sin cesar, hasta que la mano se le llegó a cansar.

Comprendió luego Kan-ma-kan que sus brios le empezaban a flaquear y su decisión y flojez y fuese a él sin vacilar y lo cogió, lo derribó y, con las mismas bridas de su espada, manos y pies le ató y tendido junto al río lo dejó.

Entonces Zebah clamó, diciendo:

—¿Qué vas a hacer conmigo, ye caballero del siglo, ye héroe, en el palenque invicto?

—¿No te dije—contestó Kan-ma-kan—que iba a enviarte con los tuyos, arrojándote al río, para que en adelante no se acuerden de ti los vivos y tengas que renunciar a casarte con la hija de tu tío?

Al oír aquello Zebah alborotósele el alma y se echó a llorar y empezó a llamar, diciendo:

—¡No hagas eso conmigo, caballero del siglo! ¡Perdóname la vida y tómame a tu servicio!

Y vertiendo por sus ojos lágrimas sin cuento, recitó estos versos:

—Salí cual peregrino de mi patria  
y caminé errabundo largo tiempo;

¿tendrá dispuesto el sino que yo muera  
antes de que se acabe mi destino?  
¿Moriré en tierra extraña, sin que nadie  
de los míos se entere de mi muerte,  
y sin que pueda despedirme al menos  
de la que amo con pasión de fiebre?

Apiadóse de él entonces Kan-ma-kan y diole libertad, después de tomarle juramento de que en lo sucesivo había de acompañarle en sus andanzas y prestar obediencia a cuanto él le mandara.

Quiso Zebah besarle las manos a Kan-ma-kan, pero el joven no lo quiso aceptar. Luego fue el beduino en busca de su alforja, la abrió y sacó de ella tres panes de cebada y los puso en el suelo, delante de Kan-ma-kan. Y sentóse a su lado, en la orilla del río, y ambos, mano a mano, comieron como amigos.

Después de lo cual hicieron sus abluciones y rezaron sus oraciones y se pusieron a platicar sobre las vicisitudes del siglo, que ambos experimentaron en ellos mismos. Y Kan-ma-kan díjole al beduino:

—¿Hacia dónde dirigías tu camino?

—A Bagdad, que es tu patria—contestóle Zebah—. Y allí me pienso estar hasta que Alá me depare recursos para poder ofrecerle a la hija de mi tío la dote que le he prometido.

—Sigue, pues, libremente tu camino—díjole Kan-ma-kan.

Despidiéronse luego uno del otro y Zebah tomó el camino de Bagdad, en tanto se quedaba allí Kan-ma-kan. El cual se decía para sus adentros:

«¿A qué emprender el regreso a mi tierra, con la misma pobreza con que de ella saliera? Por Alá, que no volveré allá defraudado en mis ilusiones y que antes he de procurarme distracciones.»

Llegóse luego a la orilla del río e hizo sus abluciones y rezó sus oraciones, e hizo sus genuflexiones con la frente postrada en el polvo y clamó



con mucho fervor a su Señor, diciendo: —¡Ye Alá, que haces bajar la lluvia del cielo y a los gusanos de la tierra das alimento, yo te pido que tengas de mi compasión!

Levantóse después de terminar su plegaria y se sentó en el suelo y parecía tener cerrados todos los senderos. Cuando he aquí que en tanto esparcía el joven su mirada a diestro y siniestro, vio venir hacia él un caballero el cual parecía a punto de exhalar el alma, pues mostraba una herida muy profunda y ancha.

—¿Quién te hizo eso?—preguntóle Kan-ma-kan.

—Digote con toda verdad—repondió el caballero—que mi nombre es Gasak y que fui toda mi vida loco por los caballos, que día y noche les seguía el rastro y hacía profesión de robarlos, y de esa procedencia es este alazán en que voy montado.

Has de saber cómo llegó a mis oídos la fama de este alazán, que estaba en las tierras de Ar-Rum y era propiedad del rey Afridón, que le había puesto el nombre de Al-Kanún<sup>11</sup> y el apodo de *Al-Machnún*<sup>12</sup>. Y por mor de esta maravilla emprendí la vuelta de Kostanti-niya y, ya allí, me dediqué a ver el

modo de hacerme con él. Y estando yo acechándolo cierto día he aquí que veo salir del palacio una vieja, que goza de gran predicamento en aquellas tierras y tiene fama de ser sumamente fullera, y cuyo nombre es Schauahi, Zatu-d-Dauahi por más señas.

Iba la vieja montada en este alazán y la iban dando escolta nada menos que diez esclavos, todos al servicio de este corcel preciado, y se dirigía la vieja a Bagdad con intención de pasar a presencia del sultán Salsán, para recabar de él la avenencia y la paz.

Fuile yo, pues, siguiendo la pista por mor del alazán y caminando detrás de ella, sin parar, y sin poderme al caballo acercar, porque los diez esclavos no le quitaban ojo al animal.

Hasta que al fin llegamos a Bagdad y yo me temí que se entrasen en la ciudad. Pero en tanto yo resolvía en mi mente el mejor modo de consumir el robo, he aquí que súbitamente se levanta una nube de polvo que cubría el horizonte todo, y al disiparse luego aquel polvo, dejáronse ver cincuenta jinetes, de los que se juntan en bandas para asaltar a los mercaderes, siendo Kahradasch<sup>13</sup> el nombre de su capitán. Y dizque, con ser un ladrón, es en la guerra más fiero que un león, que deja a los bravos como tapices usados.

Pero al llegar a este punto vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

---

<sup>11</sup> El canon, la regla. Burton transcribe Al-Katul.

<sup>12</sup> El loco. Todo este relato encarece la pasión proverbial de los árabes por los caballos. El corcel fogoso y rápido es inapreciable para el árabe guerrero por temperamento y tradición, pues a su rapidez ha de fiar su salvación en trances apurados. Sobre este tema puede verse el interesante y bello libro del general francés Dumas *Le cheval arabe*.

---

<sup>13</sup> Kahradasch. Furioso, del árabe *kh*r (furia) con el sufijo persa *dasch*, que indica posesión.

## Y LA NOCHE 124 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye sultán* el afortunado, que el caballero herido díjole a Kan-ma-kan:

—Fuese Kahradasch a la vieja y los que iban con ella y arremetió contra todos y empezó a descargar mandobles a diestro y siniestro que, en cosa de una hora, hizo a la vieja y a los diez esclavos sus prisioneros.

Al verse la vieja en su poder, echóse a llorar y a suspirar y le dijo:

—¿Por qué haces esto con una vieja y unos pobres siervos?

Y trató de enternecerlo con su zalamería, diciéndole que cuantos caballos quisiese le daría.

Dejóse convencer el bandido y fue con ella y sus esclavos y sus amigos y yo los fui siguiendo sin ser visto hasta que llegamos por fin a este país, sin que yo hubiera podido lograr mi fin. Hasta que al cabo se me presentó una ocasión propicia de llegar hasta el deseado corcel y lo robé y monté en él y, esgrimiendo mi fusta, de allí al galope me alejé.

Pero no tardaron en advertir el robo y en seguida salieron tras de mí todos y me alcanzaron y me rodearon por todos lados y empezaron a dispararme flechas y venablos.

Manteníame yo firme en los estribos y el alazán me defendía, braceando y caracoleando con mucha gallardía, hasta que por fin logró sacarme de allí, como el astro de la mañana y la flecha disparada.

Pero, no obstante, en lo más duro de la refriega lograron malherirme, abriéndome una brecha, y después de eso, pasé tres días, además, sin probar bocado, con lo que mis fuerzas se me quebrantaron y no tuve quien me soco-

rriera, hasta ahora que te encontré a ti y te apiadaste de mí.

Y advierto que vas desnudo y el rostro macilento, siendo así que muéstrame en tu persona indicios de ser bien nacido y haberte criado con regalo y mimo. Quisiera saber, pues, cuál es tu nombre, amigo.

—A mí me llaman—contestó el joven— Kan-ma-kan, hijo del rey Zu-l-Mekán, hijo del rey Omaru-n-Nomán. Murióse me mi padre, siendo yo pequeño, y me crié como huérfano, y me dejó mi padre encomendado a un hombre malvado, el cual se erigió en soberano de humildes y potentados.

Contóle después toda su historia desde el principio al fin sin detalle omitir. Y luego que el otro lo hubo oído, díjole enternecido:

—Sin duda que eres hombre de mucha cuenta y de gran nobleza y que te está reservado un gran porvenir y has de ser el más cumplido caballero de estos tiempos. Pero ahora prueba a ver si puedes auparme a lomos del caballo y montar tú también a su grupa y llevarme a mi tierra, haciéndote así acreedor a la gloria del mundo y a la recompensa eterna el día que suene la trompeta.

—Si pudiera cargarte sobre mis hombros—contestó Kan-ma-kan—auestas yo mismo te llevara sin que del corcel hubieras menester, y si en mi mano estuviera mi vida, te daría a ti la mitad, que vengo de gente dada a hacer favores al necesitado y a amparar al desamparado y a hacer el bien por amor a Alá (su nombre sea exaltado), el cual abre setenta puertas al que en aprieto se encuentra.

Insistió luego el joven en su preten-

sión de cargar a cuestras con el herido y montarlo sobre su alazán, pero aquel le dijo:

—¡Aguarda un poco!

Y guiñando sus ojos, abrió sus manos y dijo:

—¡Doy fe de que no hay más Ilah que Alá y de que nuestro señor Mohammed es el Enviado de Alá! ¡Sean sobre él la oración y la paz!

Y se dispuso a morir y recitó estos versos:

—A los creyentes hice agravios,  
recorri tierras extrañas  
y pasé mi vida entera  
siempre de juerga y jarana.  
Con este alazán espléndido  
hacerme rico esperaba,  
y ahora el destino da al traste  
con mis ilusiones, vanas  
y a un pobre huérfano el fruto  
de mis rapiñas depara.

Luego que hubo acabado de recitar estos versos, guiñó sus ojos y abrió su boca y lanzó un suspiro profundo y eclipsóse para él el mundo.

Procedió luego Kan-ma-kan a cavar una fosa en la tierra y le dio sepultura en ella. Limpió después la cara al alazán y se la besó, y llenóse de alegría al ver que era efectivamente un corcel sin igual, como nadie tenía otro, ni el propio rey Salsán.

Llegáronle luego, por mano de los mercaderes, nuevas de todo lo que en su ausencia ocurría entre el rey Salsán y el visir Dandán y de cómo este último negárale su obediencia al sultán y se alejara de su corte, llevándose consigo la mitad del ejército, habiendo jurado todos no reconocer como sultán más que al príncipe Kan-ma-kan.

Luego que por mano de los mercaderes supo estas noticias Kan-ma-kan, dióse prisa a emprender la vuelta a Bagdad, montado en aquel alazán.

En tanto el sultán Salsán luchaba con aquellas dificultades y tenía el ánimo perplejo, llególe la nueva de que

Kan-ma-kan se aproximaba a su ciudad, y, al saberlo, las tropas salieron a recibirlo, y con ellas salieron también todos los vecinos. Y lo alcanzaron antes de llegar a la ciudad y se le unieron y lo fueron precediendo hasta que llegaron al alcázar regio.

Luego los servidores fueron a llevarle a la madre de Kan-ma-kan la nueva de haber llegado su hijo a Bagdad y ella al punto corrió a verlo y lo abrazó y entre sus ojos lo besó. Y Kan-ma-kan le dijo:

—¡Déjame que vaya a ver al sultán Salsán, que me anegó en un piélago de deferencia y de bondad!

Vieron luego los próceres del reino el alazán y de su estampa se maravillaron, así como también de la de su dueño, el señor de los caballeros. Y fueron al rey Salsán y le dijeron:

—¡Ye monarca ilustre, en verdad que nunca vimos un corcel tan magnífico ni un caballero tan cumplido!

Salió luego el sultán Salsán y saludó con la paz a Kan-ma-kan, y este, por su parte, se adelantó y le besó las manos y los pies y le ofreció, a título de regalo, su caballo. Aceptólo el sultán y le dijo:

—¡Bien venido sea mi hijo Kan-ma-kan! ¡Por Alá, que con tu ausencia se me había achicado la tierra y ahora doy gracias a Alá por haberte restituido a nosotros sin sufrir ningún mal!

Reparó después el sultán Salsán en aquel alazán, llamado Al-Kanún, y conoció ser el mismo que él viera años atrás, cuando guerreaban con las huestes de la cruz, en tiempo del rey Zül-Mekán, cuando murió su hermano Scharkán. Y dijole a Kan-ma-kan:

—Si tu padre hubiera podido hacerse con este corcel yo le habría dado mil caballos por él; pero ahora vuelve a los suyos el poder y yo te regalo a ti este bridón, que nadie más digno de montarlo que tú, ¡que de todos los caballeros eres la luz!

Mandó luego el rey Salsán que le llevasen un terno de honor a Kan-ma-kan y muchedumbre de caballos y asignóle en su alcázar un gran pabellón y lo colmó de atenciones y de honores y le dio haciendas y caudales, todo ello con la mira de ganarse sus simpatías, que andaba temeroso el rey Salsán por las consecuencias que pudiera tener para él la disidencia del visir Dandán.

Alegróse grandemente de todo ello Kan-ma-kan y huyeron de él el menosprecio y la ruindad. Y fue a ver a su madre y le dijo:

—*Ye madre mía, ¿qué ha sido de la hija de mi tío?*

Y su madre le dijo:

—*¡Por Alá, hijo mío, hartó tenía yo en qué pensar durante tu ausencia para preocuparme de ella!*

—*Ye madre mía—exclamó el joven—, ve ahora, por favor, a buscarla, que acaso se digne otorgarme su mirada.*

Y su madre le dijo:

—*Hijo mío, las vanas ilusiones doblegan de los hombres los cuellos. ¡Deja, pues, esa locura, que podría acarrearle*

desventuras! Si quieres iré a buscarla, pero de eso no le diré nada.

Al oír Kan-ma-kan a su madre, comunicó lo que Gasak le dijera respecto a las intenciones de la vieja Zattu-d-Dauahi de infestar aquellas tierras y llegar hasta Bagdad. Y le dijo al final:

—*¡Esa vieja es la que mató a mi tío y a mi abuelo y yo tengo el deber de borrar ese ultraje y vengar esa sangre!*

Separóse luego Kan-ma-kan de su madre y fue a verse con una vieja desvergonzada, ladina y solapada, a la que Sádana<sup>14</sup> llamaban, y se quejó con ella de su situación y de la pasión que sentía por Kuziya-fe-kan, y rogóle que fuera a ver a la joven y la indujera a aceptar sus amores.

Hízolo así la vieja y tornó con la nueva de que Kuziya-fe-kan le enviaba por su conducto un saludo y le anunciaba que iría a verlo, luego que fuera la noche mediada.

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la mañana y puso dique a sus desbordantes palabras.

## Y LA NOCHE 125 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—*Ha llegado a mis oídos, ye monarca, el afortunado, que la vieja dijole a Kan-ma-kan:*

—*Ella de fijo vendrá a verte, luego que la noche se medie.*

Alegróse mucho Kan-ma-kan con la promesa de la hija de su tío, Kuziya-fe-kan. La cual, efectivamente, al mediar la noche fue a verlo, arrebujaada en un velo de seda negro, y entró en su aposento y lo despertó de su sueño. Y le apostrofó, diciendo:

—*¿Cómo pretendes tenerme ese amor y cuando a verte vengo, en medio de la noche, te encuentro durmiendo?*

Entonces Kan-ma-kan se despertó y exclamó:

—*Por Alá, ye reina de mi corazón; si me dormí fue precisamente por la fuerza misma de mi amor, pues impaciente por verte en la realidad me dormí para contigo soñar y tu visita anticipar.*

Hízole ella, no obstante, amables reproches con palabras de afecto, y luego recitó estos versos:

—*Si tu amor fuera cual dices,  
no te entregaras al sueño,  
que los ojos del amante  
permanecen siempre abiertos.*

<sup>14</sup> La servicial.

Avergonzóse al oírla Kan-ma-kan y abrazóse a ella y ambos se pusieron a ponderar a porfía los dolores de la separación y los extremos de su amor y su pasión, y así estuvieron hasta que la aurora despuntó y se extendieron sobre la tierra los primeros fulgores del sol. Prorrumpió entonces Kan-ma-kan en un llanto copioso y lanzó suspiros y sollozos y, en medio de ellos, recitó estos versos:

—Vino a verme la que amo  
tras larga separación,  
y era su frente una sarta  
de perlas por su blancor.  
Al punto la cogí en brazos  
y la besé con locura,  
y pasé la noche entera  
mi cara junto a la suya.  
Hasta que de la mañana  
la claridad vislumbramos  
y cual un desnudo alfanje  
nos sobrecogió el espanto.

Luego que terminó de recitar su poesía Kan-ma-kan despidióse de él la hija de su tío, Kuziya-fe-kan, y tornóse a su aposento particular.

Pero hubo de sorprender su secreto una de sus esclavas y fuele con el cuento al rey Salsán. Y este, en el acto, corrió a la cámara de Kuziya-fe-kan y desenvainó furioso su espada con intención de cercenarle de un tajo el cuello a la muchacha.

Pero la madre de aquella, Noshetus-Semán, salióle al paso al sultán y le dijo:

—Por Alá, no le hagas mal, porque si mal le hicieres, al punto se divulgará la noticia entre la gente y serás la irrisión de todos los reyes de este tiempo; eso sin contar con que Kan-ma-kan es un joven valeroso y recto, que no hace nada que redunde en su descrédito. Así que no te precipites y anda con tiento.

Y esto es por ahora todo lo referente al asunto del rey Salsán.

Cuanto a Kan-ma-kan dirigióse este a las habitaciones de su madre, al se-

gundo día de aquello, y le habló en estos términos:

—Ye madre mía, tengo intención de lanzarme a realizar algaras y a asaltar caravanas y robar caballos y ganado y esclavos y traficar con ellos hasta reunir grandes caudales y salir de mi inopia y estrechez actuales, que, luego que así sea, podré pedir la mano de Kuziya-fe-kan a su tío, el rey Salsán.

A lo que su madre le dijo:

—Los bienes de la gente, hijo mío, no son tan fáciles de coger como un caballo huido, pues las espadas y las lanzas los defienden y los hombres arman trampas a los leones y cazan a las panteras y a las demás fieras.

Pero Kan-ma-kan le contestó:

—¡Solo dando cima a mi designio lograré que se cumpla mi sino!

Despachó luego Kan-ma-kan a la vieja en busca de Kuziya-fe-kan, con encargo de notificar cómo tenía hecho propósito de irse a correr tierras, hasta que consiguiera reunir para ella una dote digna de sus condiciones. Y antes de dejarla marchar, dijo a la vieja:

—No tienes más remedio que traerme su respuesta.

—Oír es obedecer—respondió la vieja.

Corrió acto seguido a ver a la muchacha y volvió luego y le dijo a Kan-ma-kan:

—Mediada que sea la noche, te vendrá ella a visitar.

Quedóse el joven al acecho y aquella vez, de puro desazonado, no se rindió al sueño. Y sin que se diera cuenta encontróse con que entraba ella y le decía con ternura:

—¡Ye si mi alma pudiese servir de rescate a la tuya!

Revelóle él lo que pensaba hacer y Kuziya-fe-kan, al oírlo, echóse a llorar. Y para consolarla, dijo Kan-ma-kan:

—¡No llores así, ye hija de mi tío; que yo le pediré al mismo que ahora nos separa que vuelva a reunirnos en amor y compañía!

Dispusose luego Kan-ma-kan a emprender su viaje y fue a ver a su madre y se despidió de ella.

Y bajó del alcázar y se ciñó su espada y su turbante y montó en su corcel Al-Kanún y, caballero en él, atravesó las plazas de la ciudad, semejante a una luna que irradia claridad, hasta que llegó a las puertas de Bagdad, donde se encontró con su amigo Zebah-ben-Rammah.

No bien aquel lo vio llegósele al arzón y lo saludó y larga vida lo deseó.

Correspondióle al saludo Kan-ma-kan y preguntóle luego Zebah:

—¿Cómo vino a ser tuyo este alazán? ¿Y cómo te hiciste de ese dinero en tanto que yo ahora solo poseo mi acero?

A lo que Kan-ma-kan le contestó: —El cazador en su caza llega hasta donde alcanza<sup>15</sup> y a mí, a poco de irte tú, me favoreció la fortuna con esta ventura. Pero si ahora quieres unirme conmigo y buscar la suerte en mi compañía, por los caminos, no tienes más que decirlo.

—¡Por el Señor de la Kâba—respondió Zebah sin tardanza—, que mientras viva yo, tú serás mi señor!

Y acto seguido púsose a correr delante del corcel, llevando su espada pendiente de su cuello y su alforja de sus hombros colgada.

Y, de esta guisa, caminaron los dos juntos por espacio de cuatro días, comiendo de las gacelas que cazaban y bebiendo del agua de las fuentes que encontraban.

Y al quinto día llegaron a las inmediaciones de una sierra elevada, a cuyo pie se extendía una vega amplia, en la que pacían camellos, caballos y vacas en tan gran número que cubrían alcores y llanadas y sus crías pequeñuelas retozaban en torno a las majadas.

Al ver aquello Kan-ma-kan púsose muy contento y se le ensanchó el pecho y empezó a apoderarse de dromedarios y camellos.

Y le dijo a Zebah, su escudero:

—Carguemos con este botín, abandonado de su dueño, y si quieren disputárnoslo mataremos a diestro y siniestro al cercano y al lejano, hasta que quede por nuestro.

Pero Zebah lo contuvo, diciendo:

—En verdad, mi señor, los dueños de todo este ganado son muchos, y entre ellos hay bravos caballeros y aguerridos infantes, y si en esa aventura nos metemos gran peligro correremos y ninguno de los dos bien parados saldremos, sino que sucumbiremos y para siempre de nuestras sendas primas nos despediremos.

Echóse a reír Kan-ma-kan al oír tales razonamientos y comprendió ser un cobarde su escudero. Así que le volvió la espalda y fuese derecho a su presa, armando grita y declamando estas rimas:

Los hijos de Nômán son unos bravos,  
cuyo valor de nadie es ignorado;  
en el deporte de cortar cabezas  
de enemigos no tienen quien los venza.  
Cuando pelean se clavan en su sitio  
y no se arredran nunca ante el peligro.  
Nunca en sus tiendas la pobreza asoma  
su antipático rostro, que desdora;  
¡así son hijos de valientes, de Nômán  
los hijos que a su alcurnia gloria dan!

Cargó luego como camello embravecido con todo aquel ganado y echó por delante de él vacas y caballos. Acudieron en su persecución los esclavos con sus espadas pesadas y sus lanzas largas, y al frente de todos iba un caballero turquesco, que era bravo y cortado en la guerra y ducho en esgrimir la morena lanza y la blanca espada. Y el tal caballero arremetió contra Kan-ma-kan, diciendo:

—¡Guay de ti! Si supieras quién es el dueño de toda esta hacienda semejante desmán no cometieras. Has de saber,

<sup>15</sup> Frase de acento proverbial.

pues, que todo este ganado pertenece a la comunidad de caballeros cristianos y circasianos, los cuales, sin excepción, son todos bravos guerreros, de los de ceño fiero. Y son en número de ciento, habiéndole negado a todo sultán acatamiento y dizque no hace mucho les robaron un alazán y han jurado no moverse de aquí hasta no reintegrarlo en su propiedad.

Luego que oyó esas palabras Kan-ma-kan alzó la voz, diciendo:

—Este corcel que yo monto es el que andáis buscando y, si lo queréis recuperar, habréis conmigo de luchar. Así que disponeos a combatir conmigo, ya todos juntos, ya uno a uno, según estiméis más oportuno.

Dióle un grito luego en las orejas a su corcel Al-Kanún y este salió disparado contra ellos, lo mismo que un *gul*. Y Kan-ma-kan arremetió contra su adversario de costado y lo alancó y le echó fuera las tripas, de suerte que allí se le acabó la vida.

Revolvióse luego Kan-ma-kan contra un segundo adversario y contra un tercero y un cuarto, dejándolos a todos de vida privados.

Sobrecogieronse de temor los esclavos y Kan-ma-kan gritóles:

—Ye hijos de puta, echad por delante de vosotros todo el dinero y todos esos caballos, si no queréis que con mi lanza os saque las entrañas.

Oído lo cual diéronle los esclavos todo el dinero que llevaban y todo el ganado y emprendieron la fuga azorados.

Llegóse luego Zebah, que había estado todo el tiempo apartado, a Kan-ma-kan, y lo felicitó, y ambos se alborozaron mucho por la victoria que acababan de lograr.

Pero, estando en estas, he aquí que de pronto se levanta una gran polvareda y se extiende hasta cubrir la tierra entera, y al disiparse luego, dejó ver bajo de ella una tropa compuesta de

cien caballeros, todos semejantes a leones ceñudos y fieros.

Luego que aquello vio Zebah huyó a las alturas y dejó la llanura y se mantuvo aparte, diciendo:

—Yo no soy caballero sino para cañas y torneos.

Los cien jinetes, entre tanto, avanzaron hacia Kan-ma-kan y lo rodearon y envolvieron por los cuatro costados. Y uno de los caballeros adelantóse hasta él y le interpeló diciendo:

—¿Adónde vas con ese dinero?

A lo que Kan-ma-kan le contestó:

—Nada te importa a ti saberlo. Y haz cuenta que hablas con un león terrible, con un barragán irresistible, que donde pone su espada mata.

Al oír el caballero sus palabras examinólo atento y vio que parecía, efectivamente, un león embravecido, salvo que su rostro semejaba una luna en su plenilunio.

Y quedóse maravillado de la perfección de sus encantos, pues la hermosura de su rostro le recordaba la de Fatin<sup>16</sup>, su adorada, la cual pertenecía al número de las mujeres más bellas de cara y Alá habíala dotado de tales atractivos que la lengua sería impotente para describirlos, de suerte que encendía en fuegos de pasión el corazón de todo el que la miraba, y era, además, tan brava que aun los caballeros más esforzados le temían a su látigo y los valientes de aquellas tierras temblaban delante de ella. Y dizque la hermosa jurara no casarse sino con aquel que en singular combate la derrotase. Por cierto que Kahradasch, el valiente, figuraba en el número de sus pretendientes.

Y al saber Kahradasch que la joven dijera a su padre:

—No me casaré sino con aquel que en singular combate me logre vencer —se arrojó y no quiso luchar con ella

<sup>16</sup> Encantadora.

por temor al bochorno si no lograba vencerla. Pero uno de sus allegados le dijo:

—Tú eres hombre gallardo y guapo; si luchas con ella y te puede, no te inquietes, que, al ver tu hermosura y tu apostura, luego quedará fascinada y no parará hasta buscarte la gracia, que las hembras desean a los hombres; así que no te arredres ni te apoques.

Pero Kahradasch no se dejó persuadir de tales razones y se abstuvo de luchar con aquella seductora de los corazones.

Hasta que se encontró con Kan-ma-kan y pensó entonces que este era su propia amada Fatin, de caballero disfrazada, que se había enamorado de él al oír la fama de su hermosura y su bravura. Así que llegándose a Kan-ma-kan le dijo:

—¡Guay de ti! ¡Ye Fatin! Aquí me tienes, que he venido para ver si es verdad lo que de tu bravura he oído contar.

Al oír esas palabras Kan-ma-kan encendióse en un fuego de indignación voraz y exclamó:

—¡Guay de ti, ye perro de aljamía! ¡Deja a Fatin en paz y no andes con trapacerías y echa mano a la lanza y la espada y ten por cierto que muy pronto te haré morder el polvo!

Y acto seguido empezó a revolverse a diestro y siniestro y a provocar y desafiar a su rival.

Mirólo Kahradasch con atención y conoció ser Kan-ma-kan un caballero de valor y un guerrero de corazón, y aún se le hizo más patente el error de su opinión primera al reparar en el bozo que sombreaba su mejilla y que hacía pensar en un arrayán que hubiera florecido junto a un rosal de tonos encendidos. Y a los suyos les dijo:

—¿No hay ninguno entre vosotros que acepte su desafío?

Salíó entonces al palenque un caballero, montando un bridón negro con

pintas blancas y lucero en su frente, que parecía un *dirhem* tal que arrebató el sentido y la mirada, según dijo el poeta que lo cantara:

«Un corcel era de aquellos  
que alegres van al combate  
y cuya fama de bravo  
ha llegado a todas partes.  
Luce en la frente un lucero,  
como un beso que la aurora  
en ella hubiese estampado  
con pasión arrolladora.»

Arremetió contra Kan-ma-kan aquel caballero y empezaron los dos a buscarse las vueltas en una lucha empeñada y a lanzarse estocadas que dejaban suspenso el ánimo y nublaban la mirada, hasta que Kan-ma-kan le tiró un derrote tan recio y tan certero que le partió el turbante y el yelmo, de suerte que vaciló y cayó del caballo con la pesadez de un buey desplomado.

Embistió luego contra Kan-ma-kan un segundo caballero y luego un tercero y cuarto y un quinto, haciendo él con ellos lo que hiciera con el primero. Visto lo cual, arremetieron contra él a una los demás, de suerte que Kan-ma-kan se vio apurado; sólo que en seguida, con su espada y su lanza, logró dominarlos y tenerlos a raya.

Temió entonces Kahradasch por su alma y conoció que aquel joven tenía una firmeza endiablada y que no había caballero alguno que lo igualara. Y yéndose a él, le dijo:

—Renuncio a cobrarme con tu sangre y te perdono la de mis compañeros; toma, pues, lo que quieras del ganado y date prisa a despejar el campo, pues te advierto que tu terquedad me subleva y, si eres prudente, debes preferir la vida a la muerte.

Pero Kan-ma-kan le replicó, diciéndole:

—Generoso eres en verdad y demuestras ser de noble casta. Pero déjate de palabras y mira por tu vida y lárgate



luego sin pensarlo más, pues, de lo contrario, lo pasarás mal.

Subió entonces de punto la rabia de Kahradasch y ella le movió a buscar su perdición, pues encarándose con su adversario, le gritó:

—¡Si supieses quién soy yo no habrías proferido esas palabras! Y para que lo sepas, te diré que soy el león arrollador, conocido por Kahradasch, aquel que saquea y despoja a los monarcas más grandes y asalta en los caminos a los viandantes y arrebata a los mercaderes sus caudales.

A lo que replicó Kan-ma-kan:

—¡Por Alá, que no me infundes pavor, despreciable ladrón! Porque has de saber que ese alazán estaba destinado para mi tío el rey Salsán y se lo llevaba una noble anciana, por diez esclavos escoltada, cuanto tú la asaltaste y el corcel le robaste. Y dize que esa dama tiene conmigo una doble deuda de sangre, pues fue la autora de la muerte de mi abuelo, el rey Omaru-n-Nômán y de mi tío, el rey Scharkán.

—¡Guay de ti—exclamó Kahradasch—, bastardo miserable! ¿Cómo puedes saber quién es tu padre?

—Mi padre—respondió Kan-ma-kan—es Zu-l-Mekán, hijo del rey Omaru-n-Nômán, y yo soy Kan-ma-kan.

Y al oír aquello dijo Kahradasch:

—Está bien; no se puede negar que eres un dechado de perfección y un compendio de todas las virtudes del buen caballero. Ningún agravio tenemos de tu padre; así que vete en paz y no me enrabies.

Pero Kan-ma-kan le contestó:

—¡No me iré de aquí hasta no haberme vencido a ti!

Y acto seguido embistieronse el uno al otro y sus sendos corceles enarcaban las orejas y movían las colas, nerviosos, y largo rato estuvieron acometiéndose furiosos y armando tal estruendo que a ambos parecían que se les desplomaba el cielo.

Acometiéronse luego como dos arietes y cambiaron lanzazos fuertes y Kahradasch tiróle su pica a Kan-ma-kan, sino que este la logró esquivar. Y retrocediendo primero, adelantóse luego y de un lanzazo traspasóle el pecho con tal fuerza, que el pico de la lanza le salió por la espalda. Luego cargó Kan-ma-kan con todas las bestias y el ganado y gritóles a los esclavos:

—¡Echad hacia aquí todo el rebaño!

Bajó entonces Zebah de las alturas y llegóse a Kan-ma-kan y le dijo:

—¡Triunfaste, ye caballero del siglo! Pero has de saber que yo todo este tiempo no estuve ocioso, pues le pedía al Señor que salieras victorioso y el Señor me escuchó y mi ruego atendió.

Fue luego Zebah y cortóle la cabeza a Kahradasch. Y Kan-ma-kan echóse a reír y le dijo:

—¡Guay de ti, ye Zebah! ¡Yo me pensaba que tú eras un caballero de guerra y de armas tomar, pero ahora veo que no había tal!

Desentendióse de la burla Zebah y le dijo:

—No te olvides de este tu criado al hacer la cuenta del botín logrado, que quizá así consiga casarme con Nechmah, mi prima.

—No tengas cuidado—dijo Kahradasch—, que tendrás tu parte en el botín; pero vigila bien ese ganado y no pierdas de vista a esos esclavos.

Luego de eso Kan-ma-kan encaminóse hacia el poblado y noche y día anduvo caminando, hasta que al final llegó a las inmediaciones de Bagdad.

Tuvieron luego noticia todos de su venida y del ganado y los caudales que consigo traía, sin contar la cabeza de Kahradasch, que, prendida en la punta de su lanza, llevaba Zebah <sup>17</sup>.

<sup>17</sup> Todo este paso recuerda involuntariamente ciertos episodios del *Quijote*, en que la prudencia de Sancho Panza hace contraste con la bravura del dementado hidalgo. Panza, como Zebah, limitase a rezar por su amo, mientras este afronta los riesgos.

Reconocieron luego los mercaderes la cabeza de Kahradasch y se holgaron mucho de su muerte y exclamaron muy alegres:

—¡Loado sea Alá, que libró a sus criaturas de esa calamidad! ¡Que era un saltador de caminos que a nadie dejaba en paz!

Maravilláronse todos de que fuera muerto e invocaron la bendición de Alá sobre su matador.

Corrió luego todo Bagdad a ver a Kan-ma-kan y le informaron de cuanto en su ausencia ocurriera en la ciudad.

Era general el respeto que inspiraba Kan-ma-kan y no había caballero, por bravo que fuera, que no le tuviera miedo. Y Kan-ma-kan, con todo su botín, se dirigió a su alcázar y en la puerta del mismo colgó la lanza en cuya punta venía la cabeza de Kahradasch enganchada.

Y repartió entre la gente camellos y caballos, con lo que se granjeó su amor, no habiendo quien no inclinase hacia él su corazón.

Ordenó Kan-ma-kan que guardaran todo aquel botín en lugares amplios, propios a ese fin, y pasó a ver a su madre y la puso al corriente de todas las cosas que le habían ocurrido en su viaje.

Llegó también a oídos del rey Salsán la noticia de la llegada de Kan-ma-kan y suspendió su audiencia y quedóse a solas con sus íntimos y les dijo:

—Sabad que he decidido revelaros mi secreto y desdoblaros el capullo de mi pensamiento.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

## Y LA NOCHE 126 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, ye sultán, el afortunado, que el rey Salsán les dijo a sus íntimos:

—¡Así, pues, os digo que Kan-ma-kan va a ser la causa de que nos echen de estas tierras, pues ha matado a Kahradasch y, además de eso, cuenta con la obediencia de las cabilas de curdos y turcos, de suerte que de fijo podemos ya darnos por perdidos!

Al oír sus familiares esas palabras de sus labios en esta forma le contestaron:

—Ye monarca glorioso, no se turbe por eso tu reposo; que contigo Kan-ma-kan no se puede comparar y si no fuera hechura tuya, ninguno de nosotros se le habría acercado nunca. Ten por cierto que todos estamos en tus manos y prontos a hacer lo que gustes mandarnos. Y si quieres que lo matemos, lo matamos, y si quieres que lo echemos de aquí, lo echamos.

Al oír el rey esas palabras, dijo:

—Lo más indicado es suprimirlo. Pero antes es preciso que prestéis juramento de que así habréis de hacerlo.

Juraron, pues, todos matar a Kan-ma-kan y a ello comprometieron con toda solemnidad, por lo que fueron muy agasajados por el rey Salsán.

Pero luego que llegó allí el visir Dandán flaqueó el rey Salsán en su energía para realizar su designio y aún flaqueó más cuando, al entrar en sus habitaciones, se encontró con que lo habían abandonado sus capitanes y que los soldados se negaban a montar en sus caballos e iniciar el ataque hasta ver qué pasaba, pues el visir Dandán contaba con la mayoría de las fuerzas armadas.

Así las cosas llegó a oídos de Kuzi-ya-fe-kan lo que ocurría, por lo que la joven se puso muy afligida y mandó a llamar a la vieja que solía llevarle

mensajes del hijo de su tío, y, luego que la tuvo en su presencia, le dijo:

—Ve a buscarlo ahora mismo y ponle al corriente de lo que sucede.

Corrió la vieja en busca de Kan-ma-kan y lo saludó con el *selam*, de lo que el joven se alegró hasta no poder más.

Luego comunicóle la vieja sus inquietantes nuevas y, después de escucharla, díjole Kan-ma-kan:

—Llévale mi saludo a la hija de mi tío y dile que la tierra es de Alá (el fuerte y glorioso), el cual se la da en herencia a quien le parece de entre sus sirvientes. Que con mucha razón dijo el que dijo:

«En verdad que de Alá es solamente el soberano imperio,  
y que el único es que da a los hombres honor o vilipendio.  
Así tiene que ser, pues si en sus hechos ajena voluntad interviniera,  
ya el Señor de los mundos y criaturas absoluto no fuera.»

Tornóse, pues, la vieja junto a Kuzi-ya-fe-kan y le transmitió las palabras de Kan-ma-kan y le hizo saber cómo este seguía viviendo en la ciudad.

Púsose luego el rey Salsán al acecho a ver si Kan-ma-kan salía de la ciudad para mandar tras él quien le siguiese y le diese la muerte.

Y sucedió que Kan-ma-kan salió fuera de la ciudad, a cazar con la red y la ballesta, y en su montería acompañóle Zebah, su escudero, que ni de día ni de noche se apartaba de su cuerpo. Y cazó Kan-ma-kan diez gacelas, y de ellas había una con los ojos como teñidos de alheña, los cuales volvía a derecha e izquierda, y el joven le dio suelta.

Y díjole Zebah:

—¿Por qué a esa gacela le has dado libertad?

Echóse a reír Kan-ma-kan y a las demás también las puso en libertad. Y díjole a Zebah:

—¿Por ventura es una hazaña cazar gacelas que tienen crías pequeñas? Por eso solté a la primera y en honor suyo a sus compañeras.

—Pues entonces—replicóle Zebah—déjame a mí también en libertad para que pueda ir a reunirme con mi gente que me espera.

Echóse a reír Kan-ma-kan y dióle con el cuento de su lanza a su escudero en el sitio del corazón, derribándolo en tierra, donde empezó a arrastrarse como una culebra.

Pero estando en estas he aquí que se levanta una gran polvareda y se deja oír galopar de corceles y, al disiparse aquella nube densa, aparece una tropa de jinetes intrépidos que avanzaba ligera.

Y era la causa de ello que al rey Salsán avisárale su consejo que el joven Kan-ma-kan era salido de la ciudad a cazar. No bien aquel lo supo envió tras él, sin tardar, al emir de los deilamies, que llamaban Chamiyu, y con él veinte caballeros, proveyéndolos de abundantes dineros y dándoles orden de matar a Kan-ma-kan sin ninguna piedad.

De suerte, pues, que, en cuanto se acercaron a él, embistiéronle todos a la vez.

Aguantó Kan-ma-kan el envite y corrió luego contra todos, no dejando con vida a uno solo.

Llegó luego al lugar de la lucha el rey Salsán y halló muertos a todos sus guerreros, por lo que alejóse de allí más que de prisa y tornó a la ciudad, en donde sus adictos le renovaron las protestas de su fidelidad.

También el joven Kan-ma-kan y su escudero, el beduino Zebah, alejaronse de aquel lugar y empezaron a caminar. Y yendo de camino vieron a un joven de gallarda planta que estaba parado a la puerta de su casa. Saludólo Kan-ma-kan y el mancebo le respondió con el *selam*.

Entróse luego el joven en su casa y volvió a salir de ella, llevando dos fuentes: la una con leche y la otra con puches adobados con manteca, y puso ambas fuentes delante de Kan-ma-kan y le dijo con mucha urbanidad:

—Hónranos comiendo de nuestro yantar.

Pero Kan-ma-kan no quiso aceptar. Y entonces díjole el joven:

—¿Qué es lo que te pasa que no quieres comer el manjar de mi casa?

—Es que tengo hecho voto de ayunar—contestóle Kan-ma-kan.

—¿Y por qué hiciste ese voto?—preguntóle el mozo.

—Has de saber—respondió Kan-ma-kan—que el rey Salsán nos usurpó el trono con astucia y dolo y yo hice voto de no probar bocado hasta no curar mi hígado de mi pasión de ánimo.

—Pues si así es—le contestó el muchacho—alégrate, sin rebozo, que ya Alá ha cumplido tu voto, y el rey Salsán está cautivo y, según pienso, ha de morir muy presto.

—¿En qué lugar lo tienen preso?—preguntó Kan-ma-kan.

—En esa elevada torre—contestóle el joven.

Miró hacia allá Kan-ma-kan y vio una torre elevada, en la que entraba y salía la gente, y todos daban de puñadas al cautivo, el cual tragaba a sorbos el cáliz del Sino.

Encaminóse también a la torre Kan-ma-kan para ver más de cerca lo que pasaba allá, y luego que lo hubo visto, tornóse a su sitio y se sentó a comer y comió a su satisfacción, y lo que quedó lo guardó en su zurrón.

Tornó luego a sentarse, y sentado siguió hasta que la noche se entenebreció y el joven, su huésped, se durmió. Entonces dirigióse Kan-ma-kan a la torre en que tenían preso a Salsán y en torno a la cual habían puesto unos perros que guardasen su acceso.

Al aproximarse Kan-ma-kan luego un perro de aquellos abalanzóse a él; pero el joven, entonces, echóle un trozo de carne sobrante de su colación, que había guardado en su zurrón, y siguió echándoles piltrafas de carne a los canes, hasta que pudo llegar a la torre y entrar en ella y pasar sin dificultad hasta donde se hallaba el rey Salsán. Y cuando estuvo en su presencia, púsole su mano sobre la cabeza.

—¿Quién eres?—exclamó el cautivo, prorrumpiendo en un alto grito.

—Yo soy Kan-ma-kan—respondió el joven—, aquel cuya muerte pretendías lograr. Pero Alá hizo que sobre ti recayera el mal que me tenías apercibido. ¿Por ventura no tenías bastante con haberme arrebatado el trono de mis padres sino que además conspirabas para matarme?

Al oír aquello Salsán prorrumpió en vanos juramentos de no ser aquello verdad, afirmando que nunca lo quisiera matar. Pero Kan-ma-kan se lo perdonó y le dijo:

—¡Levántate y ven conmigo!

—No puedo dar un paso—respondióle el cautivo—, que se me han acabado del todo los bríos.

—Si así es—díjole Kan-ma-kan—buscaré dos caballos, uno para mí y otro para ti, y los dos montados, cruzaremos los campos.

Hizo Kan-ma-kan, acto seguido, según había dicho, y salieron de allí montados él y su cautivo. Y Zebah, el beduino, les dijo:

—Yo me adelantaré para anunciar a la gente lo que acaba de suceder.

Adelantóse, con efecto, Zebah y púsose a anunciarles a gritos la novedad a todo el que se cruzaba con él, fuere hombre o mujer. Y al cundir por entre el vulgo la noticia, empezó a salir gente a su encuentro, tañendo pitos y panderos.

Salió también Kuziya-fe-kan a recibir a Kan-ma-kan y parecía una luna

llena cuando con sus fulgores disipa los nocturnos terrores. Fuese hacia ella Kan-ma-kan y uniéronse alma con alma y cara con cara.

Y todo el mundo en aquel tiempo no tenía otro tema de conversar que las hazañas de Kan-ma-kan. Porque los caballeros lo proclamaban a coro el más valiente de su tiempo y decían:

—No está bien que otro que Kan-ma-kan sea nuestro sultán y el trono de su abuelo debe volver a él, con pleno derecho.

Cuanto a Salsán, pasó a ver a Noshetu-s-Semán, y esta le dijo a su marido:

—No oigo a la gente hablar de otra cosa sino de Kan-ma-kan, al que no se cansan de ponderar, haciendo de él una pintura para la que resulta impotente la lengua de las criaturas.

A lo que su marido le dijo:

—No responde lo oído a lo visto. Yo he tenido ocasión de verlo y no he hallado en él ninguno de esos méritos ni perfecciones, sino que, cuando por alguien le da al vulgo, no cansa de colgarle atributos. Ahora a Alá plugo infundirle al pueblo amor a Kan-ma-kan hasta que se le rindieron los corazones de todos los vecinos de Bagdad. Y por si eso fuera poco el visir Dandán, el astuto y pérfido, ha reunido una tropa, compuesta de guerreros de todas las regiones y pueblos, los cuales consienten en sujetarse al mando de un humilde huérfano, de todo poder desamparado.

—¿Y qué piensas hacer?—dijole Noshetu-s-Semán.

Y respondió Salsán:

—Pues ver la forma de deshacerme de él.

—La traición—contestóle Noshetu-s-Semán—es cosa que siempre se debe evitar, hasta con los extraños, ¡cuánto más con los allegados! A mí me parece lo más acertado que cases a Kan-ma-kan con nuestra hija, Kuziya-fe-kan, y

seguir el consejo que nos dictan estos viejos versos:

«No desprecies a nadie por creerlo indigno de entroncar con tu linaje; ni lo desacredites con tu lengua, que eso impropio resulta de alma grande. Muchas veces sucede que la novia al novio lo aventaja en cualidades; pero luego, la suerte caprichosa, hace que sea él quien le aventaje.»

Al oír Salsán aquello llenóse de furor y alejóse de allí, diciendo:

—¡Si no supiera que bromeas, con mi alfanje te cortara el cuello y te dejara sin aliento!

—No te sulfures de ese modo—replicóle Noshetu-s-Semán—, que te lo dije en broma y no de verdad.

Después de lo cual fuese hacia él y le besó la cabeza y las manos y le dijo:

—Ya veremos lo más acertado; entre los dos pensaremos algún ardid para matarlo.

Al oír Salsán esas palabras en labios de Noshetu-s-Semán alborozóse mucho y le dijo:

—¿Cómo podremos lograr nuestro gusto?

Y su mujer le respondió:

—Pues valiéndonos de una esclava nuestra, que se llama Bakún<sup>18</sup>, y que en punto de picardías es una doctora que domina la ciencia toda.

Era la tal esclava una de las viejas más repelentes que imaginarse pueden y en cuya religión la bondad era objeto de prohibición.

Y había criado a Kan-ma-kan y Kuziya-fe-kan, sin que aquel le tuviera nunca buen querer, aunque, por amor a su prima, solía dormir a sus pies.

Al oír el rey Salsán de labios de su mujer, Noshetu-s-Semán, esas palabras, dijo:

—No hay duda que lo más acertado es eso que has dicho.

<sup>18</sup> ¿Llorona?

Hizo comparecer en su presencia a la esclava acto seguido y le contó todo lo sucedido y le ordenó que tramase algún plan para matar a Kan-ma-kan, prometiéndole que, si lo conseguía, nada en adelante le faltaría.

—Haré lo que me mandas—le contestó la esclava—; pero es preciso que me des un puñal impregnado de un zumo mortal, para que pueda traerte la nueva de su muerte sin tardar.

—Dióle en seguida Salsán un puñal envenenado; tomólo la vieja y fuese de allí pensando en el modo mejor de desempeñar su encargo.

Y fuese en busca de Kan-ma-kan, el cual estaba sentado, aguardando la visita que le prometiera hacerle su prima.

Y, llegándose a él Bakún, le dijo:

—Llegado es el tiempo de la unión y pasado el de la separación.

Al oír Kan-ma-kan esas palabras, preguntóle:

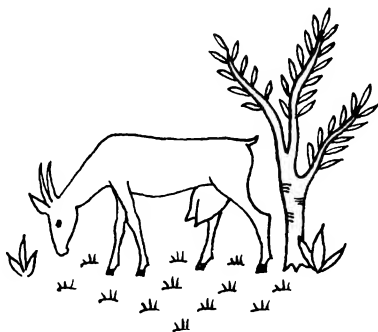
—¿Cómo está mi prima Kuziya-fc-kan?

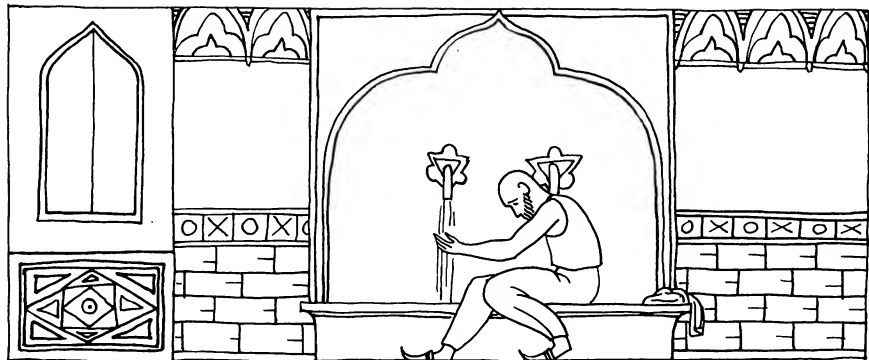
—La hija de tu tío—le contestó la vieja—solo en tu amor piensa.

Al oírla Kan-ma-kan se levantó y le regaló un traje lujoso, prometiéndole ser con ella aún más rumboso. Y la vieja le dijo con tono meloso:

—Has de saber que esta noche me quedaré yo aquí a dormir junto a ti y te contaré todo lo que he oído decir por ahí.

Y se sentó a su lado, teniendo el puñal oculto entre sus trapos. Y se puso a darle conversación, y de este modo empezó:





## HISTORIA DEL OPIOFAGO

(Noches 126, 127 y 128)

—A la verdad, te digo que lo más bravo de todo cuanto ha llegado a mis oídos es el cuento de un hombre que se parecía por las mujeres bellas y en eso malgastó toda su hacienda, hasta quedarse en la miseria, sin tener cosa alguna a la que poder llamar suya.

Y estando de esta guisa, yendo de camino un día, hubo de clavársele en el dedo del pie una astilla de suerte que le empezó a salir sangre por la herida. Y el hombre se restañó la san-

gre y se vendó el dedo, y se levantó como pudo del suelo y, arrastrándose y quejándose, llegó hasta el *hammam* y entróse en él y se quitó las ropas, para lavarse y asearse.

Sentóse, pues, al filo del pilón y se puso a echarse agua sobre la frente, hasta que el brazo se le cansó...

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 127 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mi noticia, *ye monarca*, el afortunado, que el hombre de mi cuento fuese luego a la fuente del agua fría y no encontró allí a nadie que pudiera hacerle compañía.

Por lo que sacó de entre sus ropas un trozo de *althaschische* y se lo tragó y se le subió muy luego a la cabeza y lo mareó, y el hombre rodó sobre el mármol del baño, quedándose allí alestargado.

Fingióle entonces el *althaschische* que

estaba rodeado de un tropel de criados y que a su lado había en pie dos esclavos: el uno, con la jarra del agua en su mano, y el otro, con los utensilios del baño.

Al ver el hombre aquello, dijo para sus adentros:

«¡Estos sin duda son ilusión mía o fantasmas de los que el *althaschische* nos depara!»

Alargó el hombre su pie y se imaginó que el amasador le decía:

«Acechando, *ye* señor, estaba tu llegada, que hoy, según tu costumbre, la vez te tocaba.»

Echóse a reír y dijo para sí:

«¡Sea lo que Alá quiera, *althaschische!*»

Sentóse luego y quedó en silencio. Y el amasador llegóse a él y tomólo de la mano y ciñóle al talle una faja de seda negra, y echó a andar, con él, seguido de los dos esclavos, cargados con las jarras y los utensilios del baño, y de andar no pararon hasta que lo entraron en un compartimiento solitario, todo perfumado y atestado de frutas de olores gratos.

Tomó luego el amasador una sandía, la partió y se la ofreció, y le hizo sentar en un trono de ébano, y procedió, secundado por los esclavos, a enjabonarlo y lavarlo y frotarlo. Y le dijeron:

—*¡Ye* señor nuestro! ¡El amo nunca es molesto!

Echóse a reír el hombre y no dijo nada, hasta que salió de allí y llegó a la antesala, donde encontró preparado un gran lecho de tal magnificencia como solo lo tienen los reyes de la tierra.

Cogiéronle en sus brazos los esclavos y lo sentaron en el estrado y se pusieron a hacerle cosquillas hasta que al cabo consiguieron que lo rindiera el sueño.

Y en su sueño vio nuestro hombre una hermosa joven sentada a su lado y la besó y la cogió y se la puso entre sus muslos y se ayuntó con ella como los machos se ayuntan con las hembras; cogióse luego con la mano su cipote y lo estiró hasta dar en el suelo, y se lo apretujó debajo de su cuerpo... Y estando en esto, he aquí que oye una voz que dice:

—*¡Anda* y levántate, so puerco, que es ya mediodía y aún estás durmiendo!

Abrió nuestro hombre los ojos y miró al que lo despertaba y exclamó:

—¡Estaba esperando a terminar mi operación!

Pero la gente que allí se había reunido increpóle, diciendo:

—¿No te da vergüenza, comedor de *althaschische*, de estar ahí durmiendo, todo en cueros y el cipote enhiesto?

Y empezaron a darle cogotazos, hasta que el pescuezo se le puso encarnado. A todo esto el pobre hombre no probaba bocado, que aquellos manjares de su sueño fueran ilusión y engaño, por lo que se caía de desmayo.

Luego que hubo oído Kan-ma-kan el cuento de la esclava echóse a reír de muy buena gana, tanto que se cayó de espaldas. Y dijo a la esclava:

—*Ye* Bakún, en verdad que es esa una historia singular, tal que en toda mi vida la escuchara igual. Pero dime: ¿no tendrías alguna otra que contarme de estilo semejante?

—Cierto que sí—respondió ella.

Y contóle a Kan-ma-kan otra historia parecida y luego otra y así lo estuvo entreteniéndolo con historias y cuentos, raros y jocosos, hasta que al cabo, vencido del sueño, cerró el príncipe sus ojos.

Entonces la vieja, que estaba sentada todo ese tiempo a su cabecera, dijo para sus adentros:

«Pasada es ya la medianoche. Esta es la ocasión y debo aprovecharla para el logro de mi intención.»

Y, levantándose, sacó el puñal y lo desenvainó y se acercó al durmiente, decidida a darle la muerte.

Pero en aquel mismo instante sucedió que penetró en el cuarto la madre del muchacho y, asombrada de verlo dormido, despertó a su hijo.

Abrió los ojos Kan-ma-kan y encontróse con su madre sentada a su cabecera, maravillándose de verla. Y el joven no sabía que con su llegada había salvado la vida. Y aquella fue debida a que Kuziya-fe-kan tuvo noticia del ardid que contra su vida tramaran



y comunicóselo a su madre, diciéndole estas palabras:

—¡Ye mujer de mi tío, ve a salvar a tu hijo antes que esa vieja zorra de Bakún te lo mate!

Y contóle acto seguido, desde el principio al fin, todo lo que contra la vida de su hijo habían urdido. Salió, pues, corriendo de allí la madre del muchacho como enajenada, y llegó a su cuarto en el instante crítico en que Bakún se disponía a consumir su homicidio.

Y al verla ante sí el joven, le dijo:

—Ye madre mía, llegas en buen momento, que estaba gozando de un profundo sueño y Bakún velaba a la cabecera de mi lecho.

Volvióse a Bakún luego y le dijo:

—Por mi vida sobre ti, ¿por ventura sabrás alguna historia más por el estilo de esas que me acabas de contar?

A lo que la vieja contestóle:

—¿Cómo podré contarte ya ninguna que aventaje a las que te conté antes, que eran de las más donosas y singulares? Dejémoslo para otra ocasión y entonces satisfaré tu petición.

Dicho lo cual se levantó y se retiró, y dizque no se explicaba cómo el joven se salvara de su añagaza. Aunque se recelaba que la madre del muchacho debía de estar enterada de lo que se tramaba.

Luego su madre díjole a Kan-ma-kan:

—¡Ye hijo mío, noche bendita es esta en que Alá quiso salvarte de las asechanzas de esa vieja maldita y falsa!

—¿Cómo es eso?—exclamó Kan-ma-kan. Y entonces su madre contóselo todo de un cabo al otro.

Después que oyó a su madre, exclamó Kan-ma-kan:

—¡Ye madre mía, no hay quién al vivo dé muerte y, si lo mata, no muere! <sup>1</sup> ¡Pero, no obstante, lo más

prudente que podemos hacer es huir del lado de estos enemigos declarados y que luego haga Alá con nosotros lo que fuere su voluntad!

Luego que amaneció la mañana salió Kan-ma-kan fuera de la ciudad y juntóse con su visir Dandán. Y pasaron luego ciertas cosas entre el rey Salsán y Noshetu-s-Semán y esta salióse también fuera de la ciudad y se reunió con Kan-ma-kan y su visir Dandán.

Fueron allá a juntarse con ellos todos los emires del reino, que de antes ya les eran afectos, y procedieron a celebrar consejo, conviniendo todos por unanimidad en que lo que debían hacer era invadir las tierras del rey de Ar-Rum y tomar venganza de los agravios recibidos del rey Afridón. Hicieronlo así; pero a vueltas de muchas aventuras que les ocurrieron y que serían largas de contar, vinieron a caer prisioneros del rey Rumesán <sup>2</sup>, que era el monarca de los griegos.

Ahora bien: luego que amaneció la mañana mandó el rey Rumesán llevar a su presencia al príncipe Kan-ma-kan y al visir Dandán y a todos los demás. Y luego que los tuvo entre sus manos hizolos sentar a su lado y ordenó que dispusiesen allí mesas para agasajarlos. Hicieronlo así los esclavos y comieron todos y bebieron y se refocilaron, después de lo cual hablóles así el rey Rumesán:

—Habéis de saber cómo tuve yo en sueños una visión y se la expuse a los frailes para que me la interpretasen y ellos me dijeron:

—Solo el visir Dandán te la podrá explicar.

—Está bien, ye monarca del siglo—respondió el visir Dandán—; cuéntame tu visión y veré si puedo declarártela yo.

—Fue el caso, ye visir ilustre—respon-

<sup>1</sup> Palabras de sentido místico. Se refieren a la verdadera vida, la del alma, que es inmortal.

<sup>2</sup> Nombre que podría traducirse «Gala de los rumies».

dió el rey Rumesán—, que soñé que me encontraba en lo hondo de un hoyo parecido a un pozo negro, lleno de enemigos que querían darme tormento. Y al tratar de huir de allí, resbalé y en el pozo de nuevo volví a caer. Y hete aquí que de pronto tiendo la vista y reparo en un cinturón de oro y alargo la mano para cogerlo y lo cojo y, al levantarlo del suelo, advierto que no son uno sino dos los cinturones y me ajusto los dos a los riñones. Y sucedió entonces que los dos cinturones se fundieron y vinieron a ser uno solo sobre mi cuerpo <sup>3</sup>. ¡Y este fue, ilustre visir, mi sueño y lo que vi en su más profundo recogimiento!

Oído que lo hubo todo, dijo el visir Dandán al rey Rumesán:

—Has de saber, *ye* nuestro señor el sultán, que tu visión indica que tienes un hermano y un hijo de tu hermano o alguno, en suma, que es de tu linaje y de tu sangre y de tu carne al que no conoces y ese es el que ha de heredarte.

Al oír el rey Rumesán esas palabras del visir Dandán, miró a Kan-ma-kan y a Noshetu-s-Semán y a Kuziya-fekan y al visir Dandán y a todos los demás prisioneros y dijo para sus adentros:

«Si a todos estos les corto los cuellos desmayarán los corazones de todos sus guerreros al ver que sus capitanes son muertos y podré yo tornarme a mi tierra sin detenerme más y evitar así que me arrebaten el reino y me usurpen el cetro.»

Y corroborado en esta decisión, mandó a llamar al verdugo y le ordenó cortarse el cuello a Kan-ma-kan, sin dilación.

Pero al oír la nodriza del rey Rumesán tales palabras, llegóse a él y le dijo en lengua franca:

—¿Como te parece bien matar al hijo de tu hermano y tu hermana y a la hija de tu hermana?

Enfurecióse mucho el rey al oír las palabras de su nodriza y le dijo:

—*¡Ye maldita!* ¿No sabes que a mi madre la mataron y que mi padre murió envenenado y que tú me diste una joya de mucho valor y me dijiste: «Esta joya era de tu difunto padre»? ¿Acaso, al decirme eso, me engañaste?

—Todo cuanto te dije es cierto—respondió la vieja—. Pero, sin embargo, mi condición y la tuya son singulares y tu caso y el mío no son nada vulgares.

Pues por lo que a mí toca, mi nombre es Marchana y el de tu madre Abrisa, y en cuanto a tu padre no era otro que el rey Omaru-n-Nômán, señor que fue de Bagdad y Jorasán, sin que sobre ello quepa ningún género de recelo ni duda, ni se trate tampoco de simples conjeturas.

Porque has de saber que el rey Omaru-n-Nômán, envió a su hijo Scharkán a hacer una algará en compañía del visir Dandán, el mismo que aquí presente está, y fue de ellos lo que fue. Y adelantóse tu padre Scharkán a sus tropas y vino a encontrarse solo y lejos de sus guerreros y hubo de toparse con la reina Abrisa, tu madre, en ocasión que estábamos nosotras solas, entregadas a juegos de fuerza, para ver quién era en ellos más diestra, y estando nosotras en eso se presentó de improviso tu padre y desafió a la que después fue tu madre, y lucharon los dos y ella le venció por su destreza y su vigor.

Después de eso tuvíale hospedado en su alcázar por espacio de cinco días, que ambos pasaron en el colmo de la alegría, hasta que llegó la noticia a oídos del padre de la princesa Abrisa, por conducto de esa vieja maldita, llamada Schauahi y por apodo Zatud-Dauahi. Púsose tu madre en manos de tu padre Scharkán y este cargó con ella y se encaminó a Bagdad, e íbamos

<sup>3</sup> Ejemplo de sueño profético, al modo de los de José en la *Biblia*.

con la princesa yo y Raihana y veinte esclavas más, a todas las cuales nos puso en salvo tu padre Scharkán.

Pero luego que llegamos a Bagdad y entramos en el alcázar de tu abuelo, el rey Omaru-n-Nômán, y este vio la belleza de tu madre Abrisa, al punto prendió en su corazón la llama de una pasión vivísima, y entrando una noche de improviso en su cámara, a solas con ella, la hizo fuerza y aquella noche misma quedó encinta de ti tu madre Abrisa.

Tenia aquella en su poder tres joyas de mucho valer y se las dio a tu padre, Omaru-n-Nômán, el cual a su vez le regaló una de ellas a su hija Noshetu-s-Semán y otra a su hermano Zull-Mekán y la tercera a su otro hermano, el rey Scharkán. Diole este la suya a la reina Abrisa y ella la guardó con celo exquisito para dártela a ti, cuando fueres nacido.

Y al sentirse ya próxima a dar a luz quiso tu madre ir a reunirse con sus familiares y me reveló su secreto; mandó luego venir a un esclavo negro, al que llamaban Al-Gazbán, y también le descubrió el secreto y le rogó que viniese con nosotras y nos fuese acompañando en el viaje por si nos ocurría algún percance.

Hízolo así el esclavo y púsose con nosotras en camino, con dirección a la ciudad, y a todo esto sentía ya tu madre los amagos del alumbramiento. Luego que llegamos a los linderos de nuestro país, a un lugar solitario, allí fue tomada tu madre de los primeros dolores del parto.

Acercóse a ella el esclavo para auxiliarla; pero al ver su hermosura perdió la calma y quiso abusar de ella y forzarla.

Lanzó tu madre un grito grande, sobrecogida de terror, al mirarle. Y en los espasmos de su espanto te dio a luz en medio de su congoja y sobresalto.

Y en aquel preciso instante vimos

levantarse en el campo, por la parte de nuestra ciudad, una nube de polvo que se extendió y corrió hasta cubrirlo todo. Empavorecióse entonces el esclavo, temiendo por su vida, y descargó un tajo, con su espada, sobre la reina Abrisa con tal poder y fuerza que allí la dejó muerta. Hecho lo cual montó en su caballo y desapareció sin dejar rastro.

Luego que se hubo ido el esclavo disipóse aquella polvareda y dejóse ver debajo de ella tu abuelo el rey Hardob, el rey de Ar-Rum.

Vio el rey muerta allí a tu madre, tendida en tierra, exánime, y llenóse de gran pesar y dolor, y, llegándose a mí, me preguntó la causa de aquel horror y la razón de que la reina hubiera dejado la casa paterna.

Contéselo yo todo, desde el principio hasta el fin, y esta es la causa del feudo que existe entre el pueblo del país de los griegos y el pueblo de la ciudad de Bagdad.

Recogimos luego el cadáver de tu pobre madre y le dimos sepultura, y yo te cogí a ti y de criarte me encargué y te crié y del cuello te colgué la joya que pendiente del suyo llevar solía la reina Abrisa.

Pero luego que creciste y te desarrollaste y la edad de la hombría alcanzaste, no te quise yo revelar el secreto por temor a que entre vosotros se armase guerra por vengar la sangre de tu pobre madre.

Aparte que también tu abuelo recomendárame el sigilo y yo no quería desobedecer la orden del padre de tu madre, Hardob, rey de los griegos.

Y ahí tienes ya explicado el motivo de mi silencio y el porqué no te revelé a su tiempo que eras hijo del rey Omaru-n-Nômán, y al subir tú luego al trono sólo te descubrí parte del secreto, pero no todo.

Pero ahora, *ye* monarca del siglo, ya te lo he dicho todo, sin nada callar y

nada de cuanto sabia te he ocultado. Así que ya estás enterado y puedes hacer lo que creas más acertado.

Luego que los cautivos oyeron de labios de Marchana aquellas reveladoras palabras mucho se conmovieron y se alborozaron y Noshetu-s-Semán alzó el grito, clamando:

—Este es el rey Rumesán, mi hermano por parte de mi padre Omaru-n-Nómán, y su madre fue Abrisa, que del rey Hardob era la hija. Y yo conozco muy bien a esta esclava Marchana, sin que a su identidad me haga dudar nada.

Al oír el rey Rumesán tales palabras sintióse impresionado y quedóse perplejo y confuso ante la novedad del caso.

Y le indicó a Noshetu-s-Semán que se le acercara más y, al tenerla entre sus manos, la voz de la sangre habló en él con poder soberano, y el rey Rumesán hizo que le contase toda su historia Noshetu-s-Semán.

Escucharon todos su relato, y el visir Dandán y los demás cautivos certificaron ser verdad lo que Noshetu-s-Semán había dicho. Y entonces ya no tuvo duda alguna el rey Rumesán sobre que era de las gentes del Irak y que su padre fuera el rey Omaru-n-Nô nán.

Y en el acto mandó que le quitasen los hierros a su hermana, y Noshetu-s-Semán fuese luego a él y le besó las manos, en tanto por sus mejillas corría el llanto.

Echóse el rey también a llorar de verla a ella llorar y prendió en su alma el amor fraternal y su corazón palpito de afecto por el hijo de su hermano, el sultán Kan-ma-kan.

Y el rey Rumesán se levantó y le quitó al verdugo de sus manos la espada, con lo que los cautivos tuvieron la certeza de estar seguros, y les mandó a estos que se le acercarán y les cortó sus ataduras con la espada y le dijo a su nodriza Marchana:

—Explicales las cosas como me las has explicado a mí.

Y Marchana le dijo así:

—Has de saber, *ye* rey del siglo, cómo este *scheij* que aquí ves es el visir Dandán y el más fidedigno de los testigos de mi historia, pues de todo está enterado a fondo.

Volvióse luego a los cautivos y repitióles la historia íntegra, en presencia de los reyes de los griegos y los reyes de los francos, y la reina Noshetu-s-Semán y el visir Dandán y todos los demás cautivos confirmaron sus palabras y dichos.

Pero luego Marchana miró a Kan-ma-kan y reparó en que este llevaba pendiente del cuello la tercera gema, hermana de las dos que solía llevar la reina Abrisa, y, al reconocerla, lanzó un grito tal que todo el palacio se estremeció y retumbó con el eco. Y encarándose con el rey Rumesán, le dijo:

—Mira de saber, hijo mío, cómo la verdad de cuanto dije ha resplandecido, pues esa gema que cuelga del cuello de este cautivo es idéntica a la que por encargo de tu madre te colgué yo a ti del cuello el día de tu nacimiento, y es tan idéntica como que es su compañera. Y este prisionero que aquí está es el hijo de tu tío, el rey Kan-ma-kan.

Volvióse luego la esclava Marchana a Kan-ma-kan y le dijo:

—Déjame ver, *ye* rey del siglo, la gema que llevas colgada de tu cuello.

Quitóse la Kan-ma-kan y se la mostró a la esclava; tomóla esta y quedóse contemplándola.

Después de lo cual preguntóle a Noshetu-s-Semán qué se había hecho de la otra gema, la tercera; diósele aquella, y cuando la esclava tuvo en su mano las dos gemas dióselas al rey Rumesán, en confirmación de haber ella dicho la verdad y de ser Kan-ma-kan primo del rey Rumesán.

Alborozóse de ello grandemente el

rey Rumesán y fue a abrazar a su primo y al visir Dandán, y todos los presentes, al verlo, alzaron sus voces, en jubiloso clamoreo.

Llegaron los ecos de la alegría de los rumies a las tropas del Irak y de Scham. Y montaron en sus bridones y montó también en el suyo el sultán Sablakán y para sus adentros se dijo:

«Veamos cuál es la causa de esos alegres gritos que suenan en las filas de los francos y los rumies.»

Cuanto a los guerreros del Irak apercebieronse a la lucha y, requiriendo las armas, salieron con sus espadas y sus lanzas al medio de la plaza.

Pero el rey Rumesán, al verlos, preguntó la causa de todo aquel revuelo; dijéronse ellos, y entonces el rey Rumesán encargó a Kuziya-fe-kan, la hija de su tía Noshetu-s-Semán, fuese a ver a los guerreros del Irak y de Scham y les anunciara que ya habían concertado la paz y que el rey Rumesán resultaba ser primo del rey Kan-ma-kan.

Fue allá en seguida Kuziya-fe-kan, de cuya alma huyera ya el pesar, y llegó a presencia del rey Sablakán y lo saludó con el *selam* y le comunicó haber concertado ambos bandos la paz y haberse descubierto que el rey Rumesán era primo suyo y del rey Kan-ma-kan.

Estaba el rey Sablakán, cuando entró a verlo la princesa Kuziya-fe-kan, llorando, lleno de pena y de temor, entre sus emires, capitanes y edecanes. Pero al oír las nuevas que la princesa le llevaba dispóse su pesar, ocupando la alegría su lugar.

Montó acto seguido en su corcel el rey Sablakán y, seguido de todos sus emires, capitanes y edecanes, y llevando a la cabeza a la princesa Kuziya-fe-kan, marchó a ver al rey Rumesán,

y al llegar lo encontraron que estaba sentado, teniendo a su lado a su primo el rey Kan-ma-kan, deliberando con él y con el visir Dandán sobre lo que habían de hacer con el rey Sablakán, siendo los tres de parecer que debían conservarlo en su puesto de sultán de Dimechk.

Comunicáronse así al rey Sablakán, ordenándole que se volviese allá, llevando consigo sus tropas. Hizolo él así, hasta llegar a cierto lugar, donde se despidieron de él, con grandes demostraciones de afecto, tornándose a su campamento.

Luego que allí se vieron mandaron pregonar por todo el ejército la orden de ponerse en marcha con rumbo al Irak, y así lo hicieron en el acto, no parando de caminar noche y día hasta llegar a su tierra nativa.

Al tener noticia de su llegada el mayordomo mayor Salsán, salió luego a su encuentro y fue a besarle las manos al rey Rumesán, el cual lo acogió con amor y le regaló un traje de honor.

Sentóse luego el rey Rumesán, haciendo sentar a su lado al rey Kan-ma-kan, y este dijo a su primo:

—Ye primo mío, en verdad que de este reino solo tú eres digno.

Pero su primo contestóle acto seguido:

—Libreme Alá de quererte a ti reemplazar.

Terció entonces el visir Dandán y les aconsejó que ambos compartiesen el reino con iguales fueros y gobernasen por turno, un día uno, y otro, otro. En lo que ambos convinieron gustosos.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la mañana y puso dique a sus desbordantes palabras.

## Y LA NOCHE 128 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mi noticia, *ye monarca*, el afortunado, que ambos reyes convinieron en gobernar por turno su reino, un día el uno, y otro, el otro. Lo que a ambos sirvió de motivo para gran alborozo, y un espacio de tiempo estuvieron así alternando en sus funciones, sin que entre ellos surgiera ningún desacuerdo, muy alegres y satisfechos con aquella paz que disfrutaba el reino.

Cuando he aquí que un día, que que estaban holgándose de su buena armonía, divisaron de pronto una espesa nube de polvo que se elevó y extendió hasta cubrirlo todo.

Hirió luego sus oídos una voz que clamaba en demanda de auxilio. Volviéronse a ver y comprobaron que era un mercader, el cual gritaba, diciendo:

—*Ye* reyes de los tiempos, ¿cómo será posible que en las tierras de los infieles no sufriera quebranto y en cambio me viera despojado en las vuestras, con ser ellas la mansión de la equidad y la seguridad?

Fuese en el acto hacia él el rey Rumesán y preguntóle cuál fuese la causa de su lamentar.

—Yo soy—respondió el hombre—un mercader de los mercaderes y salí de mi tierra y anduve largo tiempo rodando por países extraños, que en ellos se me fueron veinte años.

Llevaba yo conmigo un escrito que el honrado rey Scharkán a mi favor había expedido, cuando gobernaba en Dimechk, en recompensa de haberle yo regalado cierta esclava una vez, y ese escrito suyo me servía en todas partes de salvoconducto.

Pero al acercarme a esta ciudad, trayendo conmigo cien fardos de mercancías del Hind, de alto valor y precio, en los linderos de esta ciudad de Bag-

dad, corte de vuestra grandeza y sede de vuestra equidad y seguridad, he aquí que salió a acometernos tropel confuso de árabes y curdos y de gente de todas las partes del mundo.

Y matáronme mis hombres y despojáronme de mis mercancías y de todo el dinero que poseía. Y esta es, en términos sucintos, la historia de lo que me ha ocurrido.

Y dicho aquello el mercader se echó a llorar en las manos del rey Rumesán y exclamó:

—¡No hay gloria ni poder sino en Alá!—sin cesar en sus demostraciones de pesar.

Apiadose de él el rey Rumesán y se le ablandó el corazón y otro tanto ocurriole a su primo el rey Kan-makan, y ambos juraron salir a vindicar el agravio hecho al mercader y así lo hicieron luego, llevando cada uno consigo cien caballeros de los suyos, jinetes escogidos, cada uno de los cuales valía por otros mil, y que todos eran a cual más valiente y aguerrido.

Marcharon todos, pues, al lugar de la fechoría, llevando a su cabeza al mercader, el cual hacía de guía. Caminaron sin parar todo aquel día y toda aquella noche hasta que, a eso del alba, llegaron a la linde de un valle regado por arroyuelos y manantiales y poblado de árboles.

Penetraron en el valle y se encontraron con que los bandidos habíanse allí separado, después de repartirse el botín conquistado, no quedando ya sino algunos rezagados.

Cargaron sobre ellos los jinetes, envolviéndolos por todos lados, y el rey Rumesán y su primo, el rey Kan-makan, dábanles gritos para animarlos.

No tardaron nuestros caballeros en

tomar a los bandidos prisioneros y empezaron por cachearlos, quitándoles todo el dinero que al mercader le habían robado. Después de lo cual los cargaron de cadenas y los condujeron a Bagdad.

Ya allí, sentáronse el rey Rumesán y su primo, el rey Kan-ma-kan, en un mismo trono, en el que ambos tenían acomodo.

Llevaron a los presos a presencia de ambos y los pusieron entre sus manos. Y ambos les preguntaron por sus circunstancias personales y quiénes fueran sus capitanes.

—Son tres solamente—respondieron los presos—. Y ellos fueron los que nos reclutaron y nos reunieron, con proceder nosotros de los países más diversos.

A lo que los dos reyes dijeron:

—Pues decidnos quiénes de entre vosotros son ellos.

Hiciéronlo así los presos en el acto y ambos monarcas dieron orden de encarcelar a los tres cabecillas, poniendo en libertad al resto de la partida, después de quitarles lo que habían robado y restituirselo al mercader despojado, comprobando este que faltaba en lo hallado la cuarta parte de su dinero y de sus fardos, de lo que ambos reyes prometieronle indemnizarlo.

Mostró luego el mercader a ambos monarcas dos diplomas que consigo llevaba: uno de ellos de puño y letra del difunto rey Scharkán y escrito el otro por mano de Noshetu-s-Semán.

Porque aquel mercader resultó ser el mismo que antaño librara a Noshetu-s-Semán de las manos de aquel beduino de marras, comprándosela como esclava, según en el oportuno lugar se relata, y que luego, a su vez, se la vendió a su hermano Scharkán, cuando aún conservaba su virginidad, siendo causa de que entre ambos ocurriera lo que referido queda.

Mandó entonces a buscarlo Noshe-

tu-s-Semán y el mercader compareció entre sus manos, y ella le deseó la paz y le hizo saber cómo era hija del rey Omaru-n-Nômán y hermana del rey Rumesán y tía del rey Kan-ma-kan.

Sintió de ello el mercader gran alegría y la felicitó por haber salido con bien de tantas alternativas y haberse reunido al fin tras tantos peligros con su hermano y su sobrino. Y luego de besarle las manos y darle gracias por sus beneficios, el mercader le dijo:

—Por Alá, que contigo el bien que se hace no es perdido.

Y, después de eso, tornóse ya Noshetu-s-Semán a su aposento particular. Cuanto al mercader permaneció aún en la corte tres días más, pasados los cuales despidióse de todos para reanudar su viaje, dirigiéndose, cual era su plan, a las tierras de Scham.

Mandaron luego ambos monarcas llevar a su presencia a los tres cabecillas de aquellos bandidos que infestaban los caminos y los interrogaron acerca de su estado.

Adelantóse uno de ellos y dijo:

—Sabed cómo yo soy beduino y tenía por ocupación la de salir a los caminos y robar chiquillos y doncellas, para vendérselas a los mercaderes que en eso trafican.

Luego que lo oyeron, le dijeron:

—Cuéntanos lo más singular que te haya ocurrido en tu vida de ladrón de chicas y chicos.

A lo que contestó el bandido:

—Habéis de saber, *ye* reyes de los tiempos, que lo más raro que a mí me ocurrió en mi comercio fue que, haré unos veintidós años, robé yo a una muchacha de la Ciudad Santa.

Y era la tal mocita guapa y linda. Vila yo salir del *jan* y me fui tras ella y no tardé en darle caza, valiéndome de una treta. Luego montéla en un camello y arreeé con ella, siendo mi intención llevármela a mis tierras y tenerla en mi casa como esclava para

que apacentase mis camellos y mis vacas.

Echóse a llorar la joven luego que descubrió mi engaño y lloraba tan fuerte y tanto, que yo acabé por perder la paciencia y, esgrimiendo mi fusta, fuime a ella y la azoté con gran violencia.

Seguimos luego camino adelante, con dirección a Dimechk, y hubimos de toparnos con un mercader, el cual, no bien la vio, quedóse estupefacto ante su hermosura y perdió todo juicio y cordura.

Quisomela comprar y tanto pujó su precio que acabó por convencerme y se la vendí en cien mil *dirhemes*.

Luego que se la hube vendido, advertí en ella indicios de gran discreción y supe que el mercader que me la compró vistióla con todo lujo y se la presentó al rey que en Dimechk gobernaba, el cual se la compró, dándole por ella el doble del precio en que yo se la vendiera.

Y esto es, ye reyes de los tiempos, lo más raro que a mi me ocurriera en mi vida de bandolero, y por Alá que lo que por ella dio el rey de Dimechk era

poco comparado con su verdadero valor.

Maravilláronse ambos reyes al oír esta historia y a Noshetu-s-Semán iluminósele el rostro, antes ensombrecido, y alzó la voz y a su hermano Rumesán le dijo:

—Ese beduino es el mismo que a mí me robó cuando estaba en la Ciudad Santa; no hay duda alguna que es el mismo y que los ojos no me engañan.

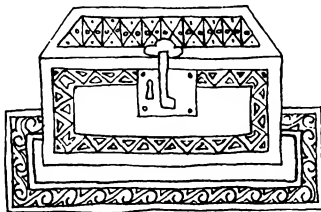
Y acto seguido contóles a todos lo que le había ocurrido con el beduino, sin omitir los malos tratos y los golpes y el hambre y las afrentas y el menosprecio de que la hiciera objeto. Y acabó diciendo:

—Tengo derecho a matarlo por mi propia mano.

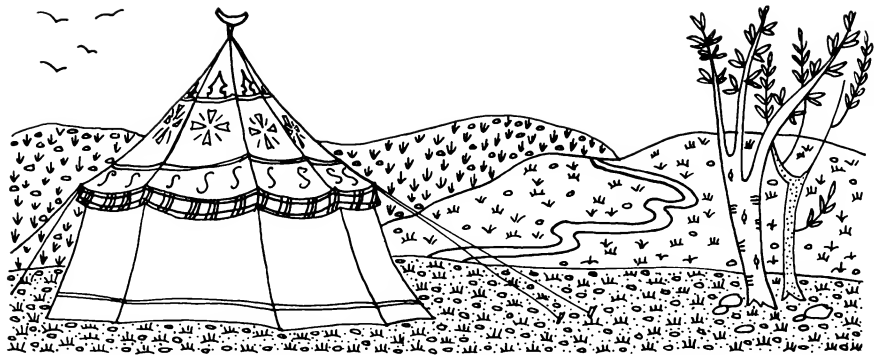
Y empuñó la espada y alzóla sobre la cabeza del beduino para cercenársela. Pero aquel, entonces, gritó:

—Ye reyes de los tiempos, no consintáis que me mate hasta que no os cuente algunos lances peregrinos que en mi vida me han ocurrido.

Y obtenida la venia de ambos monarcas, empezó el beduino a referir aquellos lances peregrinos. Y dijo:







## HISTORIA DE HEMMAD, EL BEDUINO

(Noches 128 a 130)

—Habéis de saber, *ye* monarcas de los tiempos, que una vez, hace años, sin saber por qué, me pasé toda la noche en claro; tan pronto como alboré el día salté de mi yacija y me ceñí la espada y monté en mi caballo armado con mi lanza. Y me salí por los campos, con la idea de cazar valiéndome de las redes y el arco.

Sucedió que en mi camino tropecéme con unos viandantes, los cuales preguntaronme qué rumbo llevaba; díjeselo yo y ellos me dijeron:

—Está bien; nosotros te acompañaremos.

Seguimos adelante todos juntos y, en tanto caminábamos en grupo, he aquí que, de repente, déjase ver a lo lejos un avestruz de tentador aspecto.

Marchamos en seguida tras él, y el avestruz echó a correr agitando sus alas; seguimosle nosotros y fuimos persiguiéndole sin parar hasta hora de mediodía, sin poderlo alcanzar.

Vinimos a encontrarnos en un campo desierto, donde no había rastro alguno de planta ni de agua, y dizque el

calor nos apretaba y la sed nos acucia y nuestros caballos no podían ya moverse, de modo que nos encontráramos al filo de la muerte.

Estando en este apuro divisamos a lo lejos una vasta pradera en la que triscaban unas gacelas y en medio de la cual había plantada una tienda de campaña y a su lado un caballo atado, junto al cual refulgia una lanza beduina y enhiesta, hincada en la tierra.

Al ver aquello desde lejos cobraron esperanza nuestras almas, ya desesperadas, y dirigimos las testuces de nuestros corceles hacia aquel alfaneque en dirección de aquella pradera amena y a sus fuentes.

Detuvimos junto a una de ellas nuestras cabalgaduras y bebimos de su agua y abrevamos también a nuestras bestias en su linfa fresca.

Entróme luego curiosidad y acerquéme a la puerta del alfaneque, y en su interior vi a un joven que aún no tenía pelo de barba en su mejilla y semejava la luna llena cuando en todo su esplendor brilla.

Y a su derecha había una esclava de talle cimbreante y semejaba una rama de *ban* mecida por el aire.

Lo mismo fue verla que prendérsele el corazón de su belleza, y fui y entré en la tienda y saludé al joven que había en ella y que me devolvió el saludo con mucha fineza. Después de lo cual le dije:

—*Ye* hermano de los árabes, dime luego quién eres y qué es tuyo esa esclava que a tu derecha tienes.

Bajó el joven, al oírme, la cabeza y así se estuvo una hora entera. Levantó al cabo la frente y me habló de esta suerte:

—Dime tú primero quién eres y qué corcel es ese que contigo tienes.

—Yo soy—le contesté—Hemmad-benu-l-Fesari, el bravo caballero que cuenta entre los árabes por quinientos guerreros. Y has de saber que yo y estos mis compañeros habíamos salido a cazar cuando el calor y la sed nos empezaron a acuciar y yo acá me acerqué por ver si habría en tu *aljaima* agua que beber.

Luego que oyó el joven mis palabras, volvióse a la moza guapa y le dijo:

—Tráele a este hombre agua y lo que de comer halles.

Salí luego la esclava y volvió a poco, trayendo en su diestra un vaso de plata, colmado de agua helada, y en la siniestra una fuente con dátiles y leche y carne de animales monteses.

No pude yo al pronto tomar de manos de la esclava ni manjares ni agua, de puro prendado que de ella estaba, hasta que se me ocurrieron estos versos, surgidos por su belleza, y los recité con voz trémula:

En su frente el negro pelo  
semeja un cuervo posado  
sobre nevada colina,  
y en su rostro claro y bello  
el sol a la luna ha dado,  
loco de amor, una cita.

Luego comí y bebí y, finalmente, dije al joven:

—*Ye* prez de los árabes, ten por cierto que ya te dije toda la verdad sobre mi persona; dime tú la tuya ahora, que hacerlo así te toca.

A lo que el joven contestó, diciendo: —¡Esta muchacha que aquí ves es mi hermana!

—Pues siendo así—repuse yo—, me la has de dar por esposa, y te advierto que, si a ello no accedes por las buenas, te mataré a ti y me la llevaré a ella a la fuerza.

Bajó el joven su frente a tierra y permaneció así una hora entera.

Alzó después su frente y, fijando en mí sus ojos, me habló de este modo.

—No puede negarse que hablaste verdad en lo que dijiste, pues eres un caballero famoso y un guerrero valeroso, un león de los desiertos que a todos impone miedo; pero si me acometes y me matas y te llevas por la fuerza a mi hermana, echarás un borrrón sobre tu fama, y si es cierto, como aseguras, que tú y los tuyos sois caballeros intrépidos que ante la guerra no se arredran, aguardad un poco tan solo a que yo me vista mis arreos de pelea y me ciña la espada y me cuelgue del hombro la lanza y monte en mi rocín, y marchemos todos al palenque a reñir; y si yo os vencié, a todos os daré muerte, sin dejar a uno solo; y si por el contrario sois vosotros los vencedores y me mataís, podréis llevaros a mi hermana como premio de la batalla.

Al oírle yo esas palabras, dijele:

—Sin duda que eso que dices es lo justo y yo lo acepto sin discutirlo.

Vistiéronse luego sus armas mis compañeros y montaron en sus corceles y tornaron en busca del muchacho, al que encontraron ya también armado y en su bridón montado. Fuese entonces a él su hermana y se abrazó a su cuello, mojando su velo con sus lágrimas y, sobrecogida de susto, prorrumpió:

pió en ayes y en lamentos profundos, y entre esas muestras de dolor y de miedo, recitó estos versos...

Vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 129 CONTINUO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mi noticia, *ye sultán*, el afortunado, que la hermana de mi adversario echóse a llorar y recitó estos versos:

—A Alá gimiendo y llorando  
invoco en esta hora amarga  
y al Señor del Trono pido  
ponga pavor en las almas  
de los que a mi hermano quieren  
matar sin razón ni causa.  
A mi hermano, el caballero  
famoso por sus hazañas,  
en Oriente y Occidente  
y en cuanto la tierra abarca.  
Y llevarme a mí con ellos,  
cautiva a tierras extrañas,  
sin pudor atropellando  
la ley divina y la humana.  
¡Ye mi hermano, no consientas  
tal desafuero; tu espada  
esgrime con noble brio,  
sálvate y salva a tu hermana,  
a esta hermana que contigo  
se crió en la misma casa!  
No dejes que estos malvados,  
me traten como a una esclava  
y por la fuerza me lleven  
consigo a una tierra bárbara,  
donde no podré vivir,  
faltándome tu compañía.  
Pues en viéndome sin ti,  
sin tu amor y salvaguardia,  
antes que vivir muriendo  
la vida yo me quitara  
y me acogiera a la tumba,  
bajo la tierra apilada.

Luego que su hermano oyó esos versos rompió a llorar y, volviendo hacia ella la testuz de su corcel, recitó estos otros, a su vez:

—No temas, hermana mía;  
estate quieta y contempla,  
y verás cuáles prodigios  
obran mis armas certeras.

Al primero que se acerque  
conmigo a medir las fuerzas  
haciendo gala de ser  
un león que nada arredra,  
será el primero en probar  
con nefasta preeminencia  
de la muerte el vino rojo,  
y en escupir la tierra  
sus entrañas, traspasadas  
por mi lanza justiciera.  
¡No temas, hermana mía,  
que yo flojee en tu defensa;  
que eres tú lo más querido  
por quien yo luchar pudiera!  
Pero aunque buitres y águilas  
en mi carne hicieran presa,  
luchara por defenderte  
mientras yo vida tuviera.  
Abre, pues, tus ojos, mira  
y ningún detalle pierdas  
de esta lucha sin igual,  
que a las gentes venideras  
habrá de llenar de asombro  
cantada por los poetas.

Luego que terminó de recitar sus versos, exclamó:

—Ye hermana mía, escucha lo que voy a decirte y haz lo que voy a pedirte.

—Oír es obedecer—respondió ella.

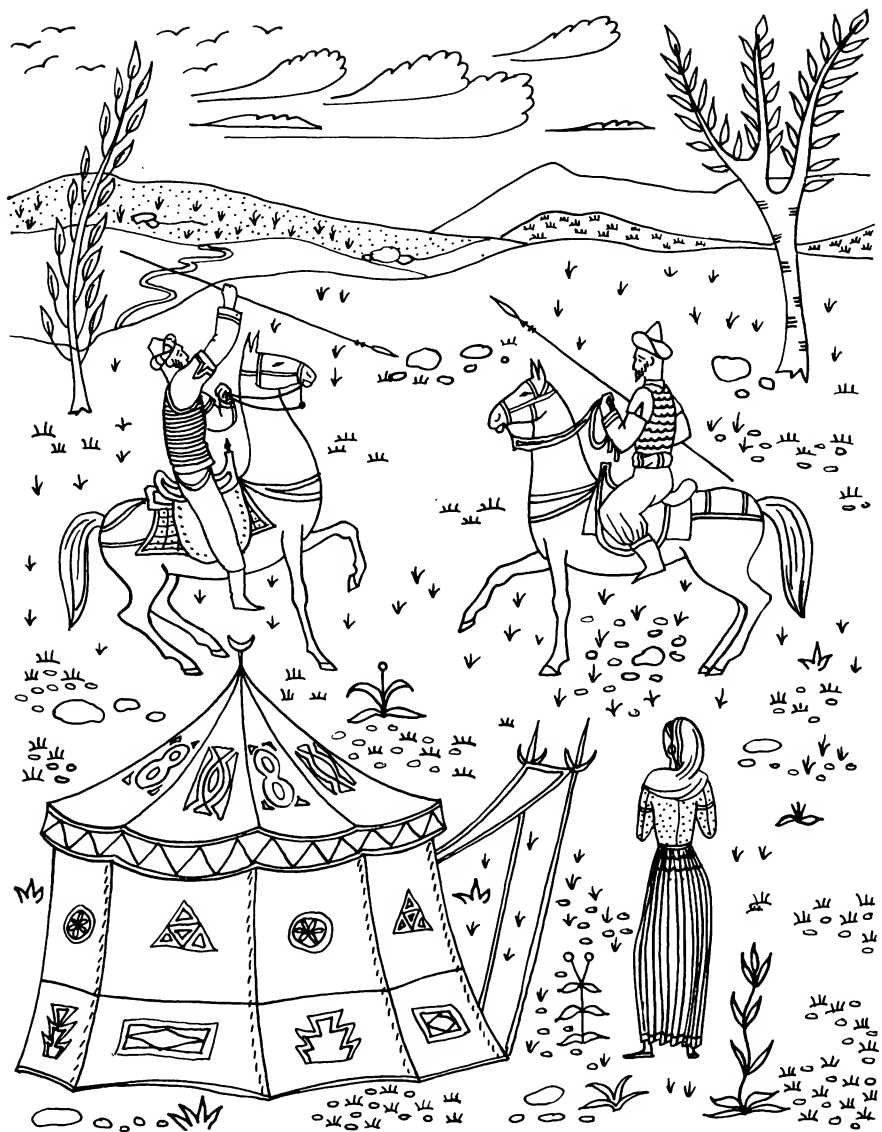
Y el joven dijo:

—Si sucumbo en la liza, no consientas que ninguno te ponga la mano encima.

Y al oír aquello su hermana se aporreado la cara y dijo:

—Librenos Alá de que yo te vea vencido y postrado en tierra y trate alguno de hacerme fuerza.

Besóla luego el joven entre sus ojos y despidióse de ella, y encarándose decidido con nosotros, nos espetó esta arenga:





—¡Hola, caballeros! ¿Por ventura estáis cansados y queréis ser nuestros huéspedes o estáis ansiosos ya por empezar el juego del dar y el parar? Si lo primero, podéis gozar del rito de la hospitalidad y hacer colación con nosotros y hasta echar un sueñecito hasta que la luna resplandezca en el cielo, y entonces uno a uno lucharemos como caballeros en campo abierto.

Adelantósele luego un bravo caballero, dispuesto a esgrimir su acero. Y el joven le dijo, al verlo:

—Dime luego tu nombre y el de tu padre, pues tengo jurado no pelear con aquel cuyo nombre y alcurnia coinciden con los míos. Y si en ti se diera ese caso, te entregaría mi hermana sin que cruzásemos las armas.

A lo que el caballero retador respondió:

—Yo me llamo Belal <sup>1</sup>.

Pero el joven, con fiero gesto, lanzóle al rostro estos versos:

—Mientes, que Belal no eres;  
puro engaño es eso y farsa;  
pero escucha ahora mi nombre  
y la consecuencia saca.  
Yo me llamo el que derriba  
a los bravos con su lanza  
y cuya tizona fulge  
como la luna de clara.  
Así que disponte ahora  
a resistir de mi lanza  
el envite arrollador  
que partirá una montaña.

Acometiéronse acto seguido el uno al otro y el joven metióle por el pecho a su contrario con fuerza la lanza, que le salió por la espalda.

Adelantóse luego otro enemigo, y el joven le dijo:

—Ye perro cobarde, astuto  
por la traza como un zorro;  
el hombre que es un león  
no usa la astucia y el dolo.

Y arremetiendo el joven contra su adversario no tardó en derribarlo y dar con él en tierra, donde quedó ahogado en un charco de sangre negra.

Después de lo cual gritó el muchacho:

—¿No hay otro que quiera salir al campo?

Destacóse otro caballero en el acto e increpó al joven. diciendo:

—Aquí me tienes dispuesto  
a luchar hasta vencerte;  
el corazón me echa fuego,  
y ardo en deseos de muerte.  
¡A mis nobles compañeros  
mataste, pero ahora teme!  
¡Que te ha llegado tu hora  
y he de ser yo quien los vengue!

Al oír el joven esos versos contestóle con otros. diciendo:

—Mientes, que tienes la lengua  
como Schaitán, engañosa,  
y solo fraudes y embustes  
escupes por esa boca.  
A unirte a tus compañeros  
postrados en la derrota,  
ahora mismo vas a irte  
sin que haya quien te socorra,  
y por siempre dejarás  
de lanzar bravatas locas.

Y arremetiendo contra él hundióle el joven en el pecho su lanza, cuya punta salió por la espalda. Después de lo cual alzó la voz y dijo:

—¿Hay algún otro que quiera luchar conmigo?

Salió a la palestra el cuarto de los enemigos y el joven preguntóle su nombre.

—Yo me llamo Helal <sup>2</sup>—respondió el bandolero.

Y acto seguido recitó estos versos:

—Haces mal pretendiendo  
surar mi hondura,  
que en el mar vas a hundirte  
de mi bravura.

<sup>1</sup> Belal significa, entre otras cosas, beneficio. De ahí la irónica réplica del joven.

<sup>2</sup> Luna nueva y también lanza picuda en sus dos extremos.

Tal gracia tengo,  
que, sin que te des cuenta,  
te dejo tieso.

Acometiéronse luego el uno al otro y cruzaron sus lanzas, y la del joven atravesóle a su contrario el pecho, saliéndole por la espalda. Y lo mismo hizo luego con otros que a la liza salieron.

Al ver yo cómo todos mis amigos eran caídos, díjeme para mis adentros:

«Si salgo a luchar con él me vencerá también, y si me doy a la fuga, será la irrisión de todos los árabes y nunca podré rehabilitarme.»

Pero no me dio el joven tiempo para continuar mis razonamientos, pues en seguida me acometió con su lanza y me asestó un derrote que me derribó del arzón, de suerte que rodé por el suelo sin conocimiento, en tanto él, alzando sobre mi cabeza su acero, se disponía a cortarme el cuello.

Yo, al ver aquello, agarréme a la orla de su túnica y él entonces me levantó en vilo, teniéndome en su mano cual pájaro cautivo. Entregóme luego a su hermana y esta me cogió por la abertura de mi coraza y tiró de mí como quien lleva un perro cogido de la carlanca. Después desarmó a su hermano y le dijo:

—¡Alá blanquee tu mejilla y te dé larga vida!

Y el joven contestó a esas palabras con esta respuesta rimada:

—Dijo mi hermana después  
que vio en la lucha mi frente  
brillar lo mismo que el astro  
que en el cielo resplandece:  
—¡Por Alá que tu bravura  
sobre todas se encarece,  
pues venciste a los leones  
de los yermos imponentes!  
Dijo ella así, y yo le dije:  
—¡Bendita tu boca, hermana!  
Que verdad por ella dices.  
¡Que mi nombre en el futuro  
que se olvide no es posible!  
Y volviéndome a Hemmad  
benu-l-Fesari, exclamé:  
—De que yo soy un león  
te has podido convencer.

Pues por poco si la muerte,  
a mi voluntad querer,  
como vibora fatal  
muerde en tu pecho esta vez.

Al oír yo sus palabras llenéme de inquietud y recapacité sobre mi situación y no le hallé solución y desmayó toda mi resolución. Y díjeme que había perdido la propia estimación.

Miré luego a la hermana de mi vencedor y, al ver su hermosura, me dije a mí mismo:

«Esa es la que tiene la culpa de todo este estropicio.»

Y quedé maravillado de su belleza hasta el extremo de que las lágrimas corrieron de mis ojos y recité estos versos:

—Cesa, amigo, en tus reproches,  
que en verdad no los merezco;  
la culpa de aquella es  
que me absorbe el pensamiento.  
Pues entre los dos su hermano  
fieramente se ha interpuesto  
y es un muchacho valiente  
que a cualquiera mete miedo.

La joven, en tanto, ofrecía de comer a su hermano; invitóme él a compartir sus manjares, y en vista de ello, cobré nuevos ánimos y dime ya por salvado.

Luego que comimos trájole su hermana la copa del vino y él me la ofreció y bebimos, hasta que a él se le alborotó el juicio y se le puso el rostro encendido. Y volviéndose a mí, me dijo:

—¡Guay de ti, Hemmad! Dime, ¿sabes quién soy yo o no?

—Por tu vida—respondile—, de todo soy pobre menos de ignorancia.

Y él entonces me dijo:

—Pues has de saber que yo soy Abid-ben-Temim-bnu-Tsâlabá y que Alá te conceda tu libertad y te conduzca a una boda feliz y te ahorre toda perplejidad.

Vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

## PERO LA NOCHE 130 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye* monarca, el afortunado, que el beduino Hemmad dijo:

—Luego Abid-ben-Temim-bnu-Tsâlabâ dijo:

—¡Que Alá te guarde y tus días alargue!

Y acompañando el brindis ofreciome la copa una, dos, tres y hasta cuatro veces, haciéndole yo honor siempre, y me juró y perjuró ser para mí como un hermano, a lo que yo correspondí con mil quinientos juramentos de que no me consideraba digno de ser su hermano, pero sí su criado.

Mandóle luego a su hermana que le llevara diez trajes de seda y me hizo quitarme el mío y ponerme uno de aquellos sobre mi cuerpo; ordenóle después que le llevara una camella, de las mejores que tuviera, y ella volvió trayéndome una cargada de regalos y vituallas y de cosas preciadas, después de lo cual tornóle a mandar que me trajese su alazán, el de color leonado.

Regalóme el joven todo aquello y, por espacio de tres días, me hizo ser su huésped y compartí con él comida y bebida. Al cabo de los cuales me despedí al fin de él; pero lo que me regaló aún lo conservo en mi poder.

Y al cuarto día, al despedirnos, me dijo:

—*Ye* hermano mío Hemmad; quisiera dormir un poco y descansar, y te ruego que veles mi sueño, y si vieres alguna tropa montada, no te inquietes, que son los de Tsâlabâ, que en son de guerra vienen.

Echóse luego a dormir, teniendo bajo su cabeza su espada a guisa de almohada, y se quedó dormido. Mas, no bien lo vi yo en el sueño sumido

cuando Iblis me sopló al oído, induciéndome a que lo matara, y levantándome de un salto fui y le quité la espada, que le servía de almohada, sin que él lo sintiera, y de un tajo certero le corté la cabeza.

Advirtiolo su hermana, que en un pico del alfaneque estaba, y vino corriendo y se arrojó en los brazos del muerto y se rasgó las vestiduras, recitando estos versos:

—¡No hay quien resista al sino poderoso!

¡Y sucumbe el mortal, si le es adverso!

¡Postrado en tierra, exánime, *ye* hermano, siempre tan victorioso, ahora te veo!

Te llegó la hora mala, la siniestra,

y de tu espada se quebró el acero.

¡Y no tuvo piedad de tu hermosura

ni de tu juventud el sino fiero!

Tendido en tierra yaces y aún tu rostro pálido brilla como los luceros.

¡*Ye* dolor! ¡*Ye* pesar! Contigo muere

la raza toda de los caballeros.

No habrá ya quien cabalgue un potro indómito

ni parirán las madres un guerrero

que eclipsar tu recuerdo nunca pueda.

Este Hemmad te trajo mal agüero;

Hemmad, falso y traidor, pérfido ingrato,

que así pagó tu noble acogimiento.

Mas no cantes victoria, hombre nefasto,

que del Schaitân seguiste los consejos;

que nunca da el Schaitân lo que promete,

y solo busca el modo de perdernos.

Luego que hubo recitado esos versos, volvióse a mí y me dijo:

—¿Por qué mataste a mi hermano?  
¡*Ye* el maldito!

Luego cogió la espada que a su lado tenía y puso su pomo contra el suelo y su punta contra su pecho y se dobló sobre ella, hasta que le salió por la espalda y cayó en tierra ya muerta.

Sentí yo entonces compasión de la cuitada y me pesó el hecho, cuando ya la contrición de nada aprovechaba.

Y luego me levanté y corrí aprisa a



mi tienda y cogí cuanto en ella había de mucho valor y poco peso, y seguí mi camino con todo ello.

Pero con la prisa que llevaba me olvidé de mis compañeros muertos y tampoco me acordé de dar sepultura a joven y a su hermana.

Y esta es una aventura todavía más extraordinaria que aquella que conté primero de la joven que rapté en la Ciudad Santa.

Al oír Noshetu-s-Semán aquellas palabras del beduino hizose en tinieblas la luz en sus ojos, y desenvainando su espada, descargóla sobre Hemmad con tal poder y acierto, que de un solo tajo le cercenó el cuello.

Visto lo cual, preguntáronle los presentes:

—¿Por qué te diste tanta prisa a darle muerte?

A lo que contestó:

—¡Loado sea Alá que prolongó mis días lo bastante para que por mi propia mano pudiera tomar venganza de ese malvado!

Después de eso ordenó a los esclavos que lo cogieran por los pies y se lo llevaran de allí y se lo arrojasen a los perros, para que les sirviese de festín <sup>3</sup>.

Empujaron luego hacia adelante a los otros dos bandidos que con el anterior hacían de cabecillas de aquellos forajidos.

Era el uno de ellos un esclavo negro. Y le dijeron:

—¿Cómo te llamas? ¡Y cuidado si nos engañas!

—Yo me llamo Al-Gazbán—respondió el esclavo.

Y acto seguido refirió cuanto le ocurriera con Abrisá, la reina, la hija de

Hardob, el rey de Ar-rum, y cómo la mató y luego a la fuga se dio.

No acabara de hablar cuando alzó su cimitarra el rey Rumesán y, cortándole el cuello, no le dejó terminar. Y exclamó luego el rey Rumesán:

—¡Loado sea Alá que me alargó la vida lo bastante para que con mi propia mano pudiera vengar a mi madre!

Y contó a los presentes cómo su aya Marchana habíale puesto al corriente de la afrenta que hiciera a su madre un esclavo llamado Al-Gazbán, que era aquel mismo que acababa de castigar.

Empujaron luego hacia adelante al tercero y le dijeron:

—Cuéntanos tu vida. ¡Y cuidado con decir mentiras!

Refirió entonces el bandido todo cuanto le ocurriera con el sultán Zul-Mekán y cómo lo cargara en su mula cobrando por ello su correspondiente estipendio para que lo llevara al país de Scham desde la Ciudad Santa y cómo, en vez de eso, sin reparar en que estaba enfermo, lo arrojó en el estercolero del *hammam* y se largó de allí con los dineros.

No bien hubo acabado de referir su historia cuando el sultán Kan-ma-kan enarboló su cimitarra y le asestó un golpe tan certero que le separó la cabeza del cuerpo. Después de lo cual exclamó el sultán Kan-ma-kan:

—¡Loado sea Alá que alargó mis días lo bastante para que pudiera dar a este infame su merecido por lo que hizo con mi padre!

—Ahora ya—dijéronse uno a otro los dos reyes—no nos queda más que hacer justicia en la vieja Schauahi, apodada Zatu-d-Dauahi, que ha sido la causa de todos estos desastres y todas estas calamidades, por lo que no hemos de parar hasta tomar venganza de ella y quitar de sobre nosotros esa afrenta.

Y asintiendo a ello dijole el rey Rumesán al sultán Kan-ma-kan:

<sup>3</sup> La versión Mardrus-Prometeo da un desenlace feliz a esta historia del beduino Hemmad. Este es perdonado en gracia a su cultura literaria y su arte de recitador.

Hay que hacer cuenta que la referida versión silencia el asesinato alevoso, mencionado en la nuestra, de aquel joven hospitalario.

—Es absolutamente necesario que comparezca entre nuestras manos.

Y en aquel mismo instante escribió el rey Rumesán un mensaje y se lo envió a su abuela la vieja Schauahi, por mal nombre Zatu-d-Dauahi, participándole la nueva de haber vencido al rey de Dimechk y Mozul y el Irak y desbaratado a todo el ejército musulmán y hecho prisioneros a todos sus reyezuelos.

«Y ahora deseo que con toda urgencia vengas acá, trayendo contigo a la reina Zafiya, hija del rey Afridón, y a los que tú quieras de los caudillos de los nazarenos, aunque te prevengo que han de venir sin armas, ya que estas tierras están tranquilas y apaciguadas.»

Luego que la carta llegó a manos de la vieja y esta la leyó y reconoció ser aquella la letra del rey Rumesán, sin que hubiera razón para dudar, holgóse grandemente de tan faustas noticias y se dispuso a emprender el viaje en compañía de la reina Zafiya, la madre de Noshetu-s-Semán, y no pararon de caminar hasta que llegaron a dar vista a la ciudad de Bagdad. Destacóse entonces un correo y anuncióles a los reyes la llegada del cortejo.

Dijo entonces el rey Rumesán:

—Es lo más indicado que nos vistamos todos a estilo de los francos y salgamos a recibir a la vieja con todos los honores, para que no recele nada y no nos haga blanco de sus asechanzas.

—Oír es obedecer—dijeron al rey.

Y acto seguido vistieronse a usanza de los francos. Y lo hicieron con tal propiedad que hubo de exclamar, al verlos, Kuziya-fe-kan:

—Por el Señor del Templo, que si no os conociera os tomara por francos de veras.

Púsose luego el rey Rumesán al frente de la comitiva y, llevando un séquito de mil caballeros, salieron a recibir a la vieja con todo respeto. Y no bien

la divisaron a lo lejos, apeóse de su bridón el rey Rumesán y fue a saludarla con el *selam*.

Conociólo la vieja luego que lo vio y de su montura también se apeó y se abrazó a su cuello y él también la estrechó entre sus brazos con tal fuerza que poco faltó para que las costillas le partiera.

—¿Qué haces, muchacho?—exclamó la vieja.

Pero no había acabado de proferir esas palabras cuando acercáronse allí Kan-ma-kan y el visir Dandán y sus jinetes arremetieron contra los esclavos y esclavas que a la vieja acompañaban y a todos ellos los hicieron prisioneros, emprendiendo sin tardar la vuelta a Bagdad.

Mandóles luego el rey Rumesán que engalanaran la ciudad y así lo hicieron ellos, y durante tres días ostentó la ciudad sus festivos arreos.

Cumplidos los tres días sacaron a plaza a la vieja Schauahi, apodada Zatu-d-Dauahi, tocada de un gorro colorado, cubierto de excrementos de asno, y delante de ella iba un pregonero gritando:

—Este es el castigo que reciben quienes a los reyes y a los hijos de los reyes arman asechanzas alevés.

Y, para final, la crucificaron en una de las puertas de Bagdad.

Visto lo cual por sus secuaces acabaron por rendirse y entregarse. Luego Kan-ma-kan y su primo Rumesán y Noshetu-s-Semán y el visir Dandán maravilláronse de estas aventuras tan extraordinarias y ordenaron a los escribas que las anotasen en los libros para que llegase a conocimiento de los venideros siglos.

Después de todo esto vivieron todos una vida feliz y deleitosa en amor y compañía gustosa, hasta que se presentó la que pone fin a los goces y dispersa las reuniones.

Y esto es todo cuanto a nosotros ha

llegado de los lances extraordinarios por que atravesaron el rey Kan-ma-kan y Noshetu-s-Semán y Kuziya-fe-kan.

Dijole luego el rey Schahriar a Schahrasad:

—¡Mucho me holgara de que me contases algún cuento referente a los pájaros!

Y al oír el deseo del monarca dijole a Schahrasad su hermana:

—Hasta esta noche no vi yo al sultan con el corazón ligero, y el placer que ahora muestra me hace esperar que tu aventura con él ha de tener un afortunado final.

Tomóle luego al rey el cansancio y se quedó dormido.

Visto lo cual por Schahrasad cortó el hilo de sus encantadoras palabras.





## HISTORIA DEL PAVO REAL Y LA OCA

(Noches 131 y 132)

*Excursión a la Historia Natural, que viene muy oportunamente a serenar el ánimo de los oyentes de Schahrasad, conmovido por los violentos efectos que suscita el anterior relato. Del altisonante poema épico caballeresco, fruto salpimentado de una civilización avanzada, pasamos a la fábula ingenua y gustosamente tosca, con grosor de buen pan de pueblo; la fábula, que aconseja e instruye a los hombres hablándoles como a niños, y que, con sus figuras de animales, nos pone en contacto inmediato con la Naturaleza y los elementos primarios de la vida. Pero también la fábula, voz del pueblo, que canta las verdades en los alcázares de los reyes y hace penetrar en ellos el buen sentido, bastardeado por los convenios cortesanos. En la figura del león, rey de los animales, personifica Schahrasad la maldad inconsciente, que resulta rebasada por la maldad consciente del hijo de Adán, el hombre, cuando no la frena el temor de Alá, y se da tal traza que el rey Schahriar, el asesino de mujeres, sienta un movimiento de contrición ante aquellos retratos simbólicos de su propia persona, y exclame: «En verdad, que me has edificado y siento ahora pesar de haber dado muerte a tantas mujeres.» Con lo que la fábula logra su más alta moral, el rey Schahriar va ya camino de su curación y Schahrasad puede hacerse la fundada ilusión de ser indultada de la muerte que pende sobre su cabeza.*

*Resta añadir que las fábulas aquí transcritas proceden, probablemente, del famoso cuento enigmático Libro de Kalila y Dimna, traducido al árabe por Abdu-l-Lah Ibnu-l-Mojaffa, reinando el jilifa abbasi Al-Manzur (754-775), o de los Avadaras, ese copioso centón de fábulas y apólogos, en que figuran como actores muchos de los animales aquí citados.*

Burton considera esta recopilación de fábulas como una de las partes más antiguas del libro.

*Hagamos notar, por último, que no todas las ediciones árabes ni las versiones de Las mil y una noches traen los mismos apólogos, lo que indica una elección arbitraria de los rapsodas.*

*Nosotros, en estas como en las demás historias del libro, hemos completado, unas con otras, esas selecciones parciales.*

## PERO LA NOCHE 131 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—He llegado a saber, ye monarca, el afortunado, que en los siglos pasados y en los tiempos lejanos hubo un pavo real que fue a plantar su nido, en compañía de su hembra, a la orilla del mar.

Y era aquel un lugar en el que abundaban los leones y demás animales feroces, aunque también había en él abundancia de plantas y de corrientes aguas.

Eligieron el pavo real y su consorte para plantar su nido uno de aquellos árboles umbríos, y en él se cobijaban por las noches para estar a salvo de los animales feroces, y madrugaban luego en la mañana para buscar por allí su pitanza.

De esta guisa vivieron ambos algún tiempo, hasta que, al cabo, acrecióse su miedo y pensaron en buscar otro sitio, exento de aquellos peligros.

Y estando a la busca de nuevo domicilio hubieron de descubrir una isla muy poblada de árboles y muy bien regada de arroyo y manantiales; asentáronse luego en ella y allí plantaron sus reales y comían de sus frutos y bebían de sus aguas abundantes.

Llevaban algún tiempo de hacer esa vida cuando cierto día vieron una oca que, batiendo sus alas, con muestras de gran zozobra, fue a refugiarse en el árbol donde los dos consortes estaban posados.

Diéronle ellos asilo y el pavo no dudó de que a aquella oca debía de

haberle ocurrido alguna aventura maravillosa.

Preguntóle, pues, por su situación y por la causa de su temor. Y entonces la oca hablóle a este tenor:

—Has de saber, ye pavo real de todo mi respeto, que yo he pasado toda mi vida en esta isla y vivía muy tranquila y sin ver nada que repugnase mi vista, hasta que recientemente, una noche de entre las noches, al quedarme dormida, soñé que veía a un hijo de Adán y que ambos nos poníamos a conversar. Y oí una voz que decía:

—Ye respetable oca, ten cuidado con ese hijo de Adán y de lo que diga no te dejes engañar, que es ladino y trapacero, y falso y traicionero, y tal que pueden aplicársele estos célebres versos:

«Es un zorro taimado,  
con mucha labia;  
de sus tretas y ardidés,  
tú ponte en guardia.  
Miel destila su boca  
cuando te habla,  
pero el veneno envuelto  
va en sus palabras.»

Y has de saber que el hijo de Adán anda siempre armando insidias a los animales y saca del mar a los peces con redes y dispara a los pájaros balas de barro y hace caer a los elefantes en trampas y emboscadas, y es tal el hijo de Adán, que nadie está a salvo de su maldad: ni ave, ni fiera, ni animal alguno de la casta que sea. Así que ya

enterada estás de quién es el hijo de Adán.

Despertéme de mi sueño, toda empavorecida y asustada, y aún ahora tengo encogido el pecho de puro miedo, temiendo que el hijo de Adán no quiera armarme alguna añagaza e idear alguna treta para darme caza, y desde entonces ando floja de fuerzas y con la mente revuelta. Y cuando el hambre o la sed me aprietan y salgo por ahí para satisfacerlas, voy con el espíritu cohibido y el corazón oprimido.

Hace poco llegué a esa montaña y a la entrada de una cueva encontré un leoncillo de color cobrizo, el cual, al verme, se puso muy alegre y se asombró de mi color y de mi andar garboso y me dijo:

—¡Acércate más, para verte mejor! Acerqueme yo y el leoncillo me preguntó:

—¿Cómo te llamas y cuál es tu casta?

—¡Mi nombre es Oca—le contesté yo—, y mi casta, la de las aves, señor! Y a mi vez pregunté al leoncillo:

—¿Por qué no sales nunca de tu cobijo?

—Pues porque mi padre, el león—respondióme el cachorro—, tiene ya muchos años y está achacoso y me ha puesto en guardia contra el hijo de Adán. Y anoche justamente tuve un sueño en el que se me apareció su figura y me hizo tal impresión que aún me dura.

Y a continuación contóme el cachorro algo parecido a lo que yo os he contado a vosotros.

Luego de escuchar sus palabras, díjele yo:

—Ye mi señor, yo precisamente venía tu amparo a buscar, para que matases al hijo de Adán.

Y lo azucé para que lo matase, y tanto insistí con él que acabó por dejar su cubil y echar a andar delante de mí.

Iba yo a su zaga y él se azotaba los

lomos con la cola, en tanto caminaba. Hasta que, él delante y yo detrás, llegamos al filo del camino y allí vimos una gran polvareda y, al disiparse esta, descubrimos debajo de ella a un burro en pelo que unas veces rebuznaba y echaba a correr y otras se paraba y se ponía a pacer.

Al verlo el leoncillo diole un grito y fuese a él y, con mucha modestia, le dijo:

—Ye discreto animal, dime: ¿cómo te llamas y cuál es tu casta y cuál es la causa de que vinieras a este lugar?

—Ye hijo del sultán—respondió el rucio—, yo pertenezco a la casta asnal y he venido a este sitio huyendo del hijo de Adán.

—Pero ¿cómo?—exclamó el cachorro—, ¿es que tú también temes que el hijo de Adán te dé muerte?

—No, ye hijo del sultán—respondió el borrico—. No temo que me mate, sino que valiéndose de alguna marrullería venga y se me monte encima, porque tiene una cosa que llaman albarda y que a los míos les pone en la espalda, y otra cosa que llaman cincha y que se aprieta en torno a la tripa, y otra cosa que llaman bocado y que nos meten en la boca, y otra cosa que llaman espuela y con la que nos pincha y hostiga y hace fuerza para que corramos más de lo que quisiéramos.

Al oír yo, ye mis señores pavos, las palabras del asno, se me puso carne de gallina, de miedo de lo que decía, y le dije al leoncillo, toda estremecida:

—Ye *sidi*: a la verdad, las palabras del asno han aumentado el temor que al hijo de Adán ya le tenía yo.

—¿Y adónde ibas tú?—preguntó el leoncillo al borrico.

Y este le dijo:

—Esta mañana, al salir el sol, vi desde lejos al hijo de Adán y en seguida eché a correr y me vine huyendo hasta acá.

Estando así el pollino platicando con

el leoncillo y a punto ya de despedirse de nosotros y seguir su camino, he aquí que vimos levantarse una nube de polvo, y lo mismo fue verla el rucho que soltar un rebuzno y un pedo rotundo.

Disipóse a poco la nube de polvo y dejóse ver debajo de ella un caballo negro con unas pintas blancas como luceros. Era un corcel de traza gallarda, de recios cascos, con lunares blancos. Venía a nosotros corriendo y no paró de correr hasta que llegó junto al cachorro de león. El cual, al verlo, hizole grandes demostraciones de aprecio y le dijo:

—*Ye arrogante animal, dime: ¿cómo te llamas y cuál es tu casta y cuál el motivo de que vengas galopando por estos anchos y largos campos?*

A lo que respondió el interpelado:

—*Ye señor de los animales, yo soy un caballo de la casta caballar y la causa de mi llegada a este lugar es que vengo huyendo del hijo de Adán.*

—*No digas eso—exclamó el leoncillo—, que redunda en tu desprestigio. Que siendo, como eres, grande y barragán, ¿cómo puedes temerle al hijo de Adán?*

Eso sin contar con la velocidad que despliegas al andar. ¡Más pequeño que tú soy yo y no le tengo miedo, pues seguro estoy de vencerlo, si por casualidad me lo encuentro, y comérmelo entero!

Y a fe que he de quitarle el temor que le acongoja a esta pobre oca y he de acompañarla a su casa y asentarla allí libre de zozobra. Aunque, a decir verdad, tú, con esas palabras, me has hecho flaquear en mi intención y me has puesto a punto de volverme atrás.

Echóse a reír el caballo al oír al leoncillo y dijo:

—*¡Ja ja! ¡Ye hijo del sultán! No te dejes engañar por mi corpulencia y buena planta, que eso con el hijo de Adán no sirve de nada. Pues, valiéndome*

*de su astucia extremada, sabe él hacer una cosa que llaman trabas y que consiste en unas cuerdas con las cuales me ata las cuatro patas y me impide la marcha; y me sujeta por la cabeza a un alto poste obligándome así a estar de pie y parado como crucificado, sin siquiera poder tenderme y dormir; y cuando se le antoja montarme, me pone a ambos lados del vientre una cosa de hierro que llaman estribo y sobre el espinazo otra cosa que llaman la silla y que con unas correas me sujeta a la barriga y me pone en la boca otra cosa de hierro que llaman bocado y que lleva prendidas unas correas que llaman riendas y cuando quiere montar encima de mí, en la silla, coge luego en su mano las riendas y me lleva por donde quiere tirando de ellas en tanto con los estribos me pincha en la carne hasta hacerme sangre.*

¡Así que, *ye* hijo del sultán, no me preguntes por lo que me hace padecer el hijo de Adán! Pues para terminar: cuando ya me hago viejo y se me dobla el espinazo y no puedo ya correr según él quiere, va y me vende a un molinero para que me ponga a tirar del palo del molino y allí tengo que estar dando vueltas noche y día hasta que, con los años, pierdo las últimas energías, y entonces el molinero me vende al carnicero, el cual me sacrifica y luego me desuellan y me arrancan la cola y me venden al cedacero, y, por último, me sacan el sebo.

Al oír tales palabras el cachorro de león acrecióse su furor y preguntó al caballo:

—*¿Cuándo te escapaste del hijo de Adán?*

—*Este mediodía—respondió el caballo—lo dejé plantado, pero él viene siguiéndome el rastro.*

Estando así los dos platicando, he aquí que una nube de polvo se levanta de pronto y, al disiparse, deja ver un

camello furioso. El cual adelantóse hasta ponerse entre las manos del león y le saludó con la paz, correspondiéndole el cachorro con un saludo igual.

Y le dijo el leoncillo:

—¿Cuál es el motivo de que hayas venido a este sitio?

—Vengo huyendo—replicó el camello del hijo de Adán.

—¿Cómo es eso?—exclamó el leoncillo—. ¿Con lo grande que eres de cuerpo y lo largo y lo ancho el hijo de Adán te inspira ese espanto? ¡Si con solo que le lances una coz puede darse por muerto sin remisión!

—Ye hijo del sultán—respondió el camello—. Has de saber que el hijo de Adán tiene tal poder que solo la muerte lo puede vencer. Porque me prende en las aletas nasales una hebra de crin a la que llaman el anillo de la nariz y me encaja en la cabeza un cabestro, y me entrega a su hijo el más pequeño y este me maneja a su antojo, pues tirando él del aro que dije yo, con toda mi corpulencia, no tengo más remedio que seguirle; echan luego sobre mí las cargas más pesadas y hacen, encaramados en mi espinazo, los viajes más largos, y me emplean en las labores más arduas, lo mismo de noche que de día, hasta que se agotan mis energías.

Y cuando montan sobre mí y tengo la desgracia de resbalar y partirme una pata, lejos de conservarme en su poder mi dueño va y me vende en seguida al carnicero, el cual luego me sacrifica y me arranca la piel para vendérsela a los que adoban los cueros, y mi carne se la vende a los cocineros. ¡Así que, ye hijo del sultán, no preguntes si hay alguien más temible que el hijo de Adán!

Después de oírlo, preguntóle el leoncillo:

—Dime: ¿a qué hora fue cuando te escapaste de él?

—Pues al ponerse el sol—respondió el camello—, y me figuro que me habrá

buscado y, al no encontrarme, me vendrá siguiendo los pasos. Así que, ye hijo del sultán, con tu venia me marcho para ver de ocultarme por esos campos.

—¿Quédate con nosotros un poco más—dijole el leoncillo—para que puedas ver cómo, si viene acá, lo destrozo y me lo como! ¡Y me engullo su carne y me sorbo el tuétano de sus huesos y su sangre me bebo!

Pero el camello le contestó, diciendo:

—¡Ye hijo de rey! Temo por ti en verdad, porque el hijo de Adán es un criminal!

Y recitó estos versos:

—Si en tu casa al tirano  
lo ves entrar,  
otra cosa no pienses  
sino escapar.

Pero estando así el camello platicando con el leoncillo, he aquí que de pronto se levanta una gran nube de polvo y, al disiparse luego, deja ver un anciano de aspecto simpático, el cual llevaba al hombro un cesto con las herramientas de carpintero y a la cabeza ocho tablas grandes de madera.

Andaba el anciano con vacilante paso, y así llegóse hasta donde estábamos, y al ver al leoncillo dio un resbalón de puro pavor y el cachorro siguió avanzando hasta plantársele al lado.

Pero al tenerlo tan cerca el anciano, echóse a reír y, con lengua elocuente, dijo así:

—¡Ye ilustre monarca, rey de los animales, cuya fama registran los anales, que Alá te dé buenas tardes y bendiga todas tus empresas y te aumente el poder y la fuerza! A pedirte vengo amparo contra un agravio de que fui objeto y un daño que me hicieron.

Al escuchar sus lamentaciones el leoncillo le dijo:

—Cuenta, desde luego, con mi protección y ayuda contra todo peligro que



te ocurra; ¡pero antes dime quién eres y qué es lo que te sucede!

—Yo, ye señor de los animales—respondió el viejo—, soy carpintero de profesión y el hijo de Adán es aquel contra el cual recabo tu protección.

Al oír estas palabras el cachorro trocose en tinieblas la luz de su rostro y díjole al carpintero:

—Tienes, según veo, el paso corto y no puedo caminar contigo, pues soy muy fogoso, pero no puedo menos de acorrerte en tu peligro, porque soy generoso; mas quisiera saber primero adónde ibas, que, a juzgar por tu modo de andar, muy lejos no sería.

—Voy—respondió el carpintero—en busca del visir de tu padre, el leopardo, pues al saber él que el hijo de Adán hollaba estas tierras temió por su vida y me envió recado con una de estas fieras de que le fabricara una casa de madera para vivir en ella. Luego que me llevaron el recado del leopardo, cogí yo estas tablas y me vine a buscarlo.

No bien hubo oído el león las palabras del carpintero, llenóse de envidia del leopardo y exclamó en el acto:

—Con esas tablas me has de hacer a mí una casa antes que al leopardo.

—*Ye sidi*—respondió el anciano—. ¡*Ye* rey de los animales! No puedo hacerte a ti nada hasta no haberle hecho al leopardo lo que me encarga.

—¡Por Alá—replicó el león—, que no he de dejarte marchar como antes no me hagas una casa con esas tablas!

Y dicho eso el leoncillo embistióle al carpintero y se puso a jugar con él y de un manotazo le derribó al suelo el cesto que llevaba al hombro, causándole al viejo tal espanto que rodó por tierra desmayado. Echóse a reír el león y exclamó:

—¡Guay de ti, carpintero! ¡Qué poca fuerza tienes y qué poco rejoy! ¡Así se explica que al hijo de Adán le tengas tanto miedo!

Al rodar por tierra el anciano llenóse en su interior de rabia contra el león, pero disimuló porque le causaba pavor. E, incorporándose luego, se echó a reír en la cara del leoncillo y le dijo:

—Está bien; te haré la casa. No te enfades conmigo por esa bobada.

Y el carpintero cogió sus tablas y las juntó y las claveteó hasta formar una casa según el patrón de lo que conviene para guarida de un león y díjole al cachorro, luego de terminada su labor:

—Métete dentro de la casa por la ventana, que voy a techarla.

Holgóse de ello el cachorro e hizo lo que le indicara el carpintero; solo que encontró un poco estrecho el hueco. Pero el viejo le dijo:

—Métete dentro sin remilgo y arrodíllate bien sobre tus manos y tus pies.

Hízolo así el león y metióse en aquella jaula, dejando el rabo sólo fuera de la trampa. Y al ver que se quedaba fuera la cola, hizo ademán de salir; pero el carpintero lo retuvo, diciéndole así:

—¡No salgas ahora, que quiero ver si también te cabe ahí dentro la cola!

Aguantóse el león y el carpintero le cogió la cola y se la retorció y la metió dentro de aquel arcón y dióse prisa a techar la jaula, claveteándola hasta dejarla remachada.

—*Ye* carpintero—rugió el león desde dentro—, me has hecho una casa muy chica, en la que no hay para mí cabida. Déjame salir de ella, que me ahogo en esta estrechez.

—¡*Ye* perro de campo!—exclamó el carpintero—. ¡Has venido a caer en la trampa en que yo temía caer y ahora nada te podrá valer, pues fue decreto del sino, contra el cual no sirven prudencia ni tino!

Al oír el león esas palabras comprendió que se las había con el hijo de

Adán, contra el cual ya le pusiera en guardia primero su padre, el sultán, con sus advertencias, despierto, y luego aquella voz que oyera en su sueño. Y comprobé yo también que lo era sin género de duda alguna y me entró un

miedo muy grande de su poder y astucia...

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

## PERO LA NOCHE 132 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—He podido saber, *ye* monarca, el afortunado, que al escuchar la pava real las palabras de la oca, maravillóse mucho y le dijo:

—*Ye* hermana mía, aquí puedes desecharte tu temor, pues estamos en una isla de las islas del mar, adonde el hijo de Adán no puede llegar. Así que escoge aquí el sitio en que quieras morar hasta que de ti y de nosotros disponga Alá, según fuere su voluntad.

Pero la oca insistió, diciendo:

—Temo que me ocurra durante la noche algún percance y no pueda salvarme.

Pero la pava porfió con ella para que se quedase a hacerle compañía, hasta que al cabo logró persuadirla y la oca se rindió a sus ruegos, diciendo:

—Ya sabes, hermana, qué floja soy de mío; pero, en verdad, que no me quedara aquí si no te hubiera conocido.

Y la pava le dijo:

—No pases temor, hermana; ¡que lo que llevamos escrito en nuestra mollera <sup>1</sup> ha de cumplirse sin remedio y que contra el Día de la Perdición no hay salvación!

Pero alma alguna no se va de este mundo sin haberse cumplido el plazo a su existencia previamente marcado.

Pero estando así las dos platicando

he aquí que se levanta de pronto una nube de polvo, y no bien la oca la vio, lanzó un graznido y echó a correr y dijo:

—Nunca está de más la prudencia, aunque contra el sino nada tenga fuerza.

Disipóse luego la polvareda y dejóse ver debajo de ella una gacela. Tranquilizáronse la oca y la pava real al verla. Y la oca le dijo a su amiga:

—Nos hemos asustado por una gacela, hermana mía.

No acabara de hablar la oca cuando llegóse la gacela al lugar en que ambas estaban y guarecióse bajo la enramada. Y al ver a la oca y la pava, las saludó a ambas y les dijo:

—Hoy por primera vez abordé a esta isla y jamás vi otra tan amena y apropiada para fijar en ella la residencia.

Luego invocó sobre las dos las bendiciones de Alá por su amabilidad y hospitalidad.

Visto que hubieron la oca y la pava el afecto que la gacela les mostraba acercáronse a ella, muy gustosas de tenerla por compañera, y se disputaron el atenderla, alternando en ofrecerle cobijo y sentarla a su mesa, cual si fuese una de ellas.

Y así vivieron tranquilas, comiendo y bebiendo como buenas amigas, hasta que hubo de pasar por allí un barco, que iba por el mar navegando y que, al llegar a aquella playa, fondeó no lejos de donde ellas estaban.

<sup>1</sup> Creencia popular entre los árabes que el hombre lleva su sino escrito en su cráneo y que las suturas del mismo son sus trazos.

Saltaron sus ocupantes a tierra y se desparramaron por la isla. Y hubieron de ver a la oca y a la pava y a la gacela, que estaban las tres juntas, y se dirigieron a ellas.

Lo mismo fue verlos que echar a correr la gacela por la tierra y elevarse por el aire la pava, dejando a la oca, abandonada y por el miedo paralizada. Y los marineros la acosaron, hasta que la cazaron. Y la oca entonces dijo:

—¡No hay quien se libre de su sino, por más que trate de rehuirlo!

Al ver la pava lo que a la oca le pasara resolvió abandonar aquella isla, que no se sentía ya en ella tranquila. Y lamentándose, decía:

—A no ser por ese barco jamás me habría separado de esa oca, que era la más fiel de las amigas.

Fuese luego a buscar a la gacela y, después de saludarla, preguntóle aquella qué había sido de su compañera. Y le dijo la pava a la gacela:

—¡El enemigo cargó con ella y a mí ya este sitio me revienta!

Y ambas lloraron muy afligidas por la suerte de su común amiga.

Y la pava decía:

—¡Cuando ya nos separamos  
mi corazón partió en dos!  
¡Así quiera Alá partirle  
a él también el corazón!

Y, asimismo, recitaba estos otros versos:

Quando volvamos a unirnos,  
le he de contar lo primero  
todo el dolor que en su ausencia  
estoy ahora padeciendo.

Desistió luego la pava de abandonar la isla, por no dejar sola a la gacela, y por algún tiempo vivieron allí tranquilas, comiendo y bebiendo, aunque no dejaban de acordarse de la oca y lamentar su suerte desastrosa.

Cierto día dijole a la gacela la pava:

—Ye hermana mía, he podido averiguar que esa gente del barco que se llevó a nuestra amiga le ha dado muerte inicua. Así que ten mucho cuidado y está siempre en guardia, si te quieres salvar de los ardides y las asechanzas del hijo de Adán.

Y has de saber, además, que si a la oca cogieron fue porque se olvidaba de alabar a Alá como el Profeta manda.

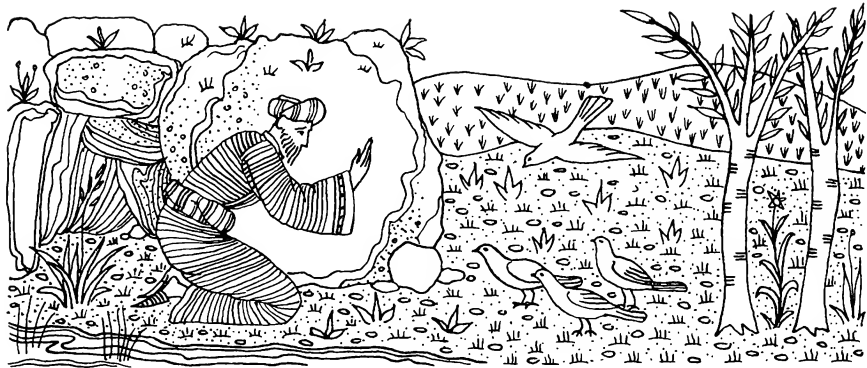
Y la gacela exclamó al oír las palabras de la pava:

—¡Que Alá mejore tu planta!

Y desde aquel momento púsose a rezar los loores de Alá sin dejarlo un instante de ensalzar. Y cuentan que en sus jaculatorias decía:

—Loado sea el soberano y juez, en quien reside todo el poder.





## HISTORIAS DE ERMITAÑOS

(Noches 132 y 133)

*Episodio edificante que recuerda las vidas de los Padres del yermo y que probablemente es obra de la propaganda ascética en el seno del Islam. Esta corriente ascética, contraria al espíritu islámico y taxativamente condenada por Mahoma en sus hadits, venía, según unos, de la India budista; según otros, representaba un espontáneo renacimiento del espíritu iranio, y según otros—entre ellos Asín Palacios, que defiende su causa—, era «un simple caso de imitación, que tiene mucho de consciente, del monacato cristiano oriental». Los adeptos a esa secta de ascetas místicos se llamaban sufíes, por el burdo sayal de lana—suf—que vestían (o según otros, por corrupción del griego—sofos, sabio). Véase, para más detalles, a Goldziher—Asketismus und Sufismus—en sus Vorlesungen ueber den Islam (Conferencias sobre el Islam). Heidelberg, 1910. La iglesia oficial, representada por los jalifas, miraba con suspicacia a esos ascetas, cuya conducta parecía una censura ostensible de los lujos cortesanos y no estaba por ella exenta de intención política; su influjo sobre la plebe fanática constituía un peligro, su actuación resultaba subversiva, revolucionaria, y más de uno de esos santos varones pagó con la vida la audacia de sus predicaciones. Como siempre ocurre, había en su presunta santidad mucho de ficción y arribismo; eran Rasputines en germen, su sayal de lana era muchas veces tabardo de pícaros y, por eso, sufíes, dervishes y demás casta de frailes mendicantes del Islam eran mirados unas veces con veneración y otras con menosprecio y burla, y el falso asceta, glotón y mujeriego, ha producido en la literatura oriental un copioso repertorio de picantes y donosas anécdotas.*

*Cuanto al eremita, propiamente dicho, el que se retiraba a las soledades para alabar a Alá lejos del mundo y acabar allí sus días, existía ya en la India brahmánica, en que era frecuente el caso, sobre todo al llegar a edad*

*avanzada, de que los hombres piadosos se retirasen a la selva para prepararse a bien morir. Sobre esta cuasi costumbre nos ilustran al vivo las obras dramáticas de Kalidasa.*

*Por lo demás, todas estas fábulas edificantes proceden probablemente de los Avadara, esa compilación de apólogos, impregnados de espíritu búdico.*

Tuvo noticia luego de que en uno de aquellos cerros moraba un siervo de Alá y que una pareja de palomos le hacia compañía y el santo compartía

con ellos amigablemente su comida.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó su relato.

## Y LA NOCHE 133 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He podido saber, *ye* monarca, el afortunado, que aquel siervo de Alá partía su alimento en dos mitades iguales y la una se la reservaba para sí y la otra se la daba a los dos pichones, haciendo votos, además, por su fecundidad; de suerte que en poco tiempo hubieron de tener considerable prole, viviendo en la abundancia y la seguridad más completas lo mismo ellos que su descendencia.

Y siempre iban a reunirse en aquella montaña en que el ermitaño moraba y eso era debido a que los palomos son también muy piadosos y dicen que están siempre repitiendo «Loado sea Alá, Loado sea Alá» y también «Loado sea el Creador de todas las criaturas, el Distribuidor del pan de cada día, el que los cielos labró y las tierras extendió»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Sobre las supersticiosas creencias del vulgo musulmán respecto a los palomos hace notar Burton en su *Peregrinación (Pilgrimage)* que son comunes a todos los pueblos y opina que los árabes pueden haberlas recibido de los indios, pues existe la tradición de que el dios hindú de la Destrucción y la Reproducción, la tercera persona de su trimurti, Siva y su Esposa (la energía activa) residieron antaño en Meca, donde tuvieron culto bajo los nombres de Kapoteschvara (dios palomo) y Kapoteschi (diosa paloma).

Hasta que al cabo pasó a mejor vida aquel siervo de Alá y entonces desbandóse la palomeril sociedad, desparrándose por pueblos y ciudades y montañas y valles.

Y cuentan también que por aquellas sierras había un pastor, hombre de fe y morigerado y discreto, el cual poseía ganado en abundancia y se mantenía vendiendo su leche y su lana.

Era aquel monte en que el pastor moraba muy poblado de árboles y jarales<sup>2</sup>, aunque también abundaban en él los leones y las fieras salvajes, solo que estas no tenían poder sobre el pastor ni sobre el ganado puesto bajo su protección.

Pero ocurrió una vez que quiso Alá poner a prueba a su servidor y cerciorarse de la verdad de su obediencia y su paciencia. Y envióle un ángel del cielo en forma de mujer hermosa, la cual fue a buscarlo en su majada, haciéndole una visita inesperada.

Al ver el pastor a aquella mujer tan bella sentada a su vera, erizósele el

<sup>2</sup> De jara—que, según Pedro de Alcalá, es el vocablo árabe *schara*, con aspiración de la inicial.

vello de todo su cuerpo y la increpó, diciendo:

—Ye mujer, ¿qué te impulsó a venir a buscarme no necesítandote yo ni existiendo entre nosotros relaciones de ninguna clase?

Y la mujer respondióle:

—¿Ye hombre! ¿No ves mi hermosura y gentileza y el buen olor que mi cuerpo despidе? ¿Y no sabes también que todo varón de hembra ha menester? ¿Quién, pues, podría impedir que te holgases conmigo, siendo así que yo soy gustosa en llegarme a ti y estarme contigo, haciéndote compañía? Porque yo soy quien aquí he venido de mi propio motivo, por gusto que tengo en estar a tu lado, y no hay por aquí nadie de quien puedas tener reparo, y yo no quiero más sino estarme aquí siempre contigo en esta montaña y ser tu compañera y tu amiga sincera.

Yo misma a ti me ofrezco, porque veo que necesitas del trato de hembra, y luego que tuvieras conmigo comercio carnal y me conocieras, todo achaque morboso se te quitará y de cabal salud gozarás y te pesará el tiempo pasado en que desdenaste compañía de mujer y llorarás por ese tiempo que ya no ha de volver.

Piensa bien el consejo que te doy, que a fe que es bueno, y síguelo y acércate a mí luego.

Pero el pastor le replicó, diciendo:

—¡Vete de aquí luego, hembra engañosa y pérfida! No he de acercarme a ti ni he de mirarte tan siquiera.

Que para nada necesito de tu compañía ni deseo tener contigo trato alguno, porque todo aquel que la vida futura ambiciona renuncia a toda relación contigo, que seduces al género humano, en los tiempos presentes como en los pasados.

¡Alá, el Excelso, mira por sus siervos y guay de aquel que sufre la maldición de la compañía de la mujer!

Eso de que hablas es cosa que abo-

rezco y de todo lo que muestras me abstengo, porque sé que eres puro engaño y perfidia, y que no es posible tener contigo amistad ni alianza, porque de toda honradez y nobleza estás falta; así que hazme el favor de dejarme en paz, hembra de tentación, que de muchos santos fuiste perdición.

Y el pastor, quitándose una de sus raidas prendas, su pellico de pelo de cabra, echóse la encima a la bella, para teparle la cara y no verla y concentrar toda su atención en meditar sobre la grandeza de su Creador.

Visto que hubo el ángel la sinceridad de su devoción, no lo hostigó más y remontó el vuelo nuevamente a los cielos.

Y había cerca de la majada del pastor un arrahal<sup>3</sup> en el que vivía un varón de los justos y santos, el cual ignoraba que en su vecindad morase aquel otro de no menos piedad.

Pero cierta noche tuvo aquel hombre un sueño en el que le pareció oír una voz que le decía:

—¡Cerca de ti, en tal y tal lugar, habita un varón justo; ve allí en seguida y sujétate a su obediencia y haz lo que él te diga sin resistencia!

Luego que amaneció la mañana, dirigióse allí nuestro santo varón, y habiéndole apretado en el camino el calor guarecióse en un soto umbroso, por el que corría un arroyuelo rumoroso.

Sentóse el hombre a su orilla, con intención de descansar, y, a poco de estar allí sentado, vio llegar muchedumbre de fieras y de pájaros que iban a abreviar en aquellas aguas y que, al verlo a él, retrocedieron azorados y se alejaron.

Ante aquel espectáculo, dijo el santo varón:

«Mi descanso en este sitio redunda en daño de esos pobres bichos.»

<sup>3</sup> Caserio. Del vocablo árabe *Rahl*, con el artículo.

Y acto seguido levantóse de allí y se recriminó a sí mismo, diciéndose en tono contrito:

«Por descansar yo en este sitio he perjudicado a esos animalitos y por esta acción habré de sonrojarme ante el Señor, el día de la Resurrección, cuando tome venganza en los animales con cuernos de los que no los tienen.»

Y ante esa idea, arrasáronse los ojos en llanto de fuego y recitó estos versos:

—Por Alá, si supieran las criaturas por qué fueron creadas, de seguro que al olvido y al sueño no se dieran, igual que lo hacen, por gozar del mundo. Pensarán en la muerte, su fin cierto, y en la resurrección de los sepulcros y en el día del Juicio pavoroso que pone espanto al alma de los justos. Mas el hombre prefiere no acordarse de sus postrimerias, busca gusto y pasa el tiempo igual que los durmientes de la leyenda de sentir profundo <sup>4</sup>

Al terminar sus versos rompió en llanto de nuevo, por haberse sentado a la sombra de aquel árbol y orilla del arroyuelo, impidiendo que en él abrevasen las fieras y los pájaros sedientos.

Y levantándose de aquel sitio, siguió

<sup>4</sup> *Azhahn-l-Kahf* (los de la cueva), los siete durmientes, de que habla el *Corán*, en la sura XVIII titulada *Al-Kahf* (La ajaquefa).

su camino hasta el monte, donde moraba aquel otro santo hombre.

Luego que allá llegó y en su presencia se encontró saludólo con el *selam*, al que el pastor correspondió, como era de esperar; luego se abrazó a él y rompió otra vez a llorar.

Y el pastor preguntóle:

—¿Cómo es que has venido hasta este lugar, donde ningún ser humano entra jamás?

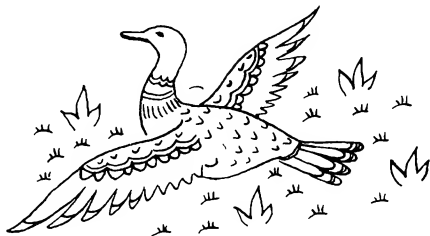
—Has de saber—respondió el visitante—que ha poco tuve un sueño en el que me indicaron este sitio y me ordenaron que viniera a verte y te saludara con el *selam*, y en obediencia a ese mandato vine a buscarte en este lugar tan apartado.

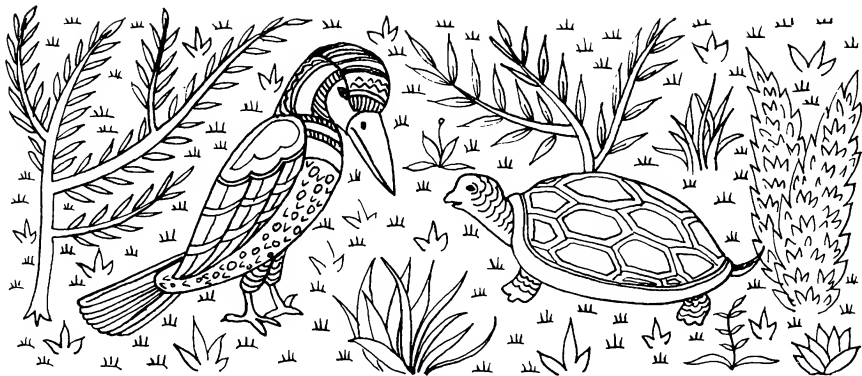
Al oírlo el pastor, luego lo besó y se holgó de su compañía y los dos juntos consagráronse desde aquel día a adorar a Alá en aquella cueva de la montaña, hasta que merecieron que la verdad infalible se les revelara. Y esta es toda la historia de esas dos santas personas.

Oído que hubo el rey Schahriar el relato de Schahrasad, le dijo:

—En verdad que me has edificado y siento ahora pesar de haber dado la muerte a tantas mujeres. Pero dime, te ruego: ¿acaso no sabes alguna historia que se refiera a las aves?

—Cierto que sí la sé—respondió Schahrasad—. Y te la contaré, si te dignas escuchar:





## HISTORIA DEL MARTIN-PESCADOR Y LA TORTUGA

(Noche 133)

—Has de saber, *ye* monarca glorioso, que cuentan que una vez había un pájaro que remontó el vuelo y fue a posarlo en una roca, aislada en medio de corrientes de agua.

Y estando el pájaro posado en la peña, he aquí que el agua arrojó a ella el cadáver de un hombre, que se había ahogado, y lo dejó allí tirado.

Acercóse a mirarlo bien aquel pájaro acuático y, al observarlo, descubrió que tenía señales de haber sido muerto a estocadas y lanzazos. Y para sus adentros, pensó el pájaro:

«De fijo sería un hombre malo y se unirían contra él los demás hasta darle muerte y así librarse de esa peste.»

Siguió de este modo razonando el pájaro acuático, cada vez más maravillado, hasta que vio llegar una banda de águilas y buitres, los cuales se arrojaron sobre aquel cadáver, rodeándolo por todas partes.

Y al ver aquello el pájaro acuático,

llenóse de miedo y díjose para sus adentros:

«No debo seguir aquí ni un momento.»

Levantó, pues, el vuelo y procedió a buscar algún sitio en que poner su nido para no ver aquel cadáver y cómo lo devoraban las aves rapaces.

Voló el pájaro acuático y no paró de volar hasta que encontró un río, en cuyo centro se alzaba un árbol, y se posó en él muy pesaroso y afligido por hallarse lejos de su campo nativo y en sus adentros se dijo:

«No cesan de perseguirme los pesares, pues cuando vi aquel despojo humano respiré y me alegré, pensando que Alá me lo enviaba para mi sustento; pero mi gozo se trocó en seguida en dolor y mi fiesta se me agrió al ver que esas aves rapaces que son como leones voraces se me adelantaban y la presa me arrebataban. De suerte, pues, que ¿cómo podría yo esperar verme a



salvo en este mundo ni hacerme ilusiones de vivir a gusto?

»Con razón dice el refrán que “Este mundo es la casa de los que no tienen casa”.

»El hombre de pocos alcances tómale cariño, y en él se confía con sus caudales y sus hijos y su gente y su familia, y sigue a él apegado cada vez más y camina por la tierra con paso arrogante hasta que llega el momento de que, debajo de esa misma tierra, lo tiendan y el más querido y allegado de sus deudos cubra de polvo sus restos.

»Pero nada hay mejor para el mozo que llevar con paciencia sus adversidades y miserias; mi tierra natal déjeme yo y ahora, al verme lejos de mis hermanos y mis amigos, es grande mi dolor.»

Estando abstraído en estos pensamientos el pájaro de agua, he aquí que una tortuga macho se adelanta hacia él arrastrándose y se le acerca y lo saluda, y luego le pregunta:

—¿E mi señor, ¿cuál es la razón de que hayas dejado tu sitio acostumbrado?

—Pues—contestó el interpelado—porque los enemigos fueron a plantarse allí y del enemigo, todo el que no sea un necio, debe huir. Como dijo el poeta:

«¿Cuando el tirano su planta  
en alguna tierra pone,  
si eres prudente, a la fuga  
en seguida te dispone!»<sup>1</sup>

A lo cual contestóle la tortuga:

—Siendo el caso según lo describes, y el lance según dices, desde ahora decido ponerme en tus manos y no separarme de tu lado hasta resolverte tu necesidad y servirte con toda lealtad. Que ya dice el refrán: «Que no hay

mayor dolor que verse peregrino en tierra extraña y apartado de su gente y su casta.»

Y dice también: «Que unidos los buenos no les alcanzan pesares ni duelos, y que lo que acredita al hombre de cuerdo es buscar compañía en su destierro y sobrellevar con paciencia sus desdichas y penas.»

Así que espero que darás a Alá gracias por mi compañía y que hallarás en mí un amigo y un servidor solícito.

Oído que hubo aquello el martin-pescador, díjole al tortugo:

—Harta razón tienes en eso que has dicho; pues, por mi vida, que mucho es el dolor que me cuesta la separación, al alejarme de mi tierra y de mis hermanos y amigos; que en la separación se encierra una advertencia para los pasibles de ser advertidos y un tema de reflexión para los reflexivos.

Y si el joven generoso no encuentra un compañero que consuele su duelo, todo bien se apartará de él y todo pesar a su lado para siempre se asentará, y dízque nada hay tan deleitable para el hombre discreto como solazarse en todo trance con sus hermanos y familiares y en paciencia y conformidad ser constante, que ambas cualidades son sumamente laudables y ambas nos sostienen en medio de las mayores vicisitudes y calamidades y nos tienen a salvo de penas y pesares, sea lo que fuere lo que nos acaeciére.

Y el tortugo díjole entonces al martin-pescador:

—Desecha tu dolor, pues si no dará cuenta de tu vida y destruirá tu energía.

Y ambos siguieron departiendo de esa guisa y el martin-pescador le dijo al tortugo:

—Nunca dejaré de temer los reveses de los tiempos y las vicisitudes de los acontecimientos.

Al oír el tortugo aquellas palabras, acercóse al pájaro de agua y lo besó

<sup>1</sup> Simple variante de otros versos que van en anteriores páginas.

entre sus ojos y le dijo, con tono afectuoso:

—¡Bendita sea en ti siempre la casta de los pájaros y en tus sabios consejos halle amparo! ¿Por qué habrías de tener tú el ánimo apocado?

Y a este tenor siguió la tortuga macho tranquilizando al pájaro de agua y haciendo por levantarle el ánimo, hasta que lo convenció y, alzando aquel el vuelo, tornó al lugar donde dejara aquella carroña humana.

Pero al llegar al sitio no vio a las aves rapaces ni tampoco más rastro del cadáver que un huesarraco descarnado.

Levantó nuevamente el vuelo y fue a buscar a la tortuga macho para contarle su aventura y ponerle al tanto de cómo el enemigo ya levantara el campo.

—En vista de lo cual—le dijo—he decidido tornarme nuevamente a mis lares, que el inteligente no se aviene a estar lejos de su gente.

Agitó en seguida sus alas y la tortuga macho no quiso separarse del pájaro de agua y marchó en su compañía hasta el lugar donde no hallaron nada de lo que temían. Y al pájaro de agua se le refrescaron los ojos de contento que estaba.

Y el martín-pescador estos versos recitó:

—Nos vemos apurados  
en tantas veces,

que salvación alguna  
no vislumbramos;  
mas de pronto, por obra  
de Alá clemente,  
a cubierto de todo  
nos encontramos.

Pero estando el pájaro de agua tan alegre y tranquilo y satisfecho y engreído, he aquí que el destino envió contra él un jerifalte que se caía de hambre y que, al verlo, lanzóse sobre él y destrozólo con sus garras, en un santiamén. Para que se vea cómo de nada sirve la prudencia contra el sino, cuando el plazo de la criatura es cumplido.

Aunque desde luego que si el jerifalte lo mató fue porque el pájaro de agua se olvidó aquel día de rezar el rosario en loor de Alá.

Y dízque acostumbraba rezarlo siempre, diciendo así:

—¡Loado sea nuestro Señor en todo cuanto dispone y decreta, y loado sea lo mismo cuando nos da la riqueza que cuando nos sume en la miseria!

—Y esta es toda la historia del pájaro de agua—dijo Schahrasad.

Y exclamó el sultán:

—Ye Schahrasad, en verdad que con tu relato me has amonestado y edificado y dado materia para reflexionar.

¿No tendrías, por ventura, otra historia que contarme, referente a los animales?





## HISTORIA DEL ZORRO, EL LOBO Y EL HIJO DE ADAN

(Noches 133 y 134)

*Esta fábula del lobo y el zorro parece pertenecer a ese vasto anecdótico folklórico común a todos los países que en Occidente culmina en el famoso Roman du renard del siglo XIII, al que Goethe, en el XVIII, dio forma definitiva en su Reineke Fuchs.*

*Debemos hacer notar que en esta fábula no se trata propiamente del lobo —lupus o likos— de nuestros campos, sino de una variedad suya oriental, del «zib» o chacal, cuyo nombre en romance suena adiva. El escritor árabe Al-Makkari dice textualmente: «Hay en España una especie de fiera, llamada (lob o lub en la transcripción), que es un poco mayor que el «zib». Pero esa distinción, referente al tamaño de uno y otro, no arguye contra la identidad de caracteres del lobo y el «zib», que responde al tipo de animal insidioso, traicionero y violento representado en Isegrim. En lo cobarde y solapado tiene el lobo algo de zorro (de ahí que se confunda al adiva con este último); pero le falta la astucia, la inteligencia de ese Maquiavelo zoológico. Reineke engaña siempre a Isegrim. Es esa cualidad la que principalmente caracteriza al zorro y por eso los autores de esos países en cuya fauna no figura ese animal lo sustituyen con otros de condición análoga. Así, en la fábula sánscrita, el sustituto del zorro es el chacal —scchrigala—, según puede verse en el Hitopadesa. En cambio—y no deja de ser curioso—los escritores árabes confunden, como hemos visto, al lobo con ese mismo chacal—Az-Zib—, llegando a emplear en ocasiones una misma palabra (Tsâlab) para designarlos a los dos. Débese esa confusión a la semejanza de caracteres de lobo y zorro y a su afinidad zoológica (género Canis) y no es primitiva de los orientales, pues ya se acusa en la semántica*

*de los idiomas del grupo indogermánico o ario. En latín tenemos lupus y vulpes (nuestra vulpeja); pero en griego likos y alopex. formas en las que puede advertirse a primera vista un juego fonético de las mismas radicales, que aún aparece más claro en los idiomas de la rama germánica. La raíz Wolf-lobo—viene a ser la misma que Fox o Fuchs—zorro—, ya que los etimólogos la derivan de vulpes, que en latín designa al zorro.*

*Es, pues, sumamente sutil la línea divisoria entre uno y otro animal, siendo no los caracteres somáticos, sino los psicológicos, los que sirven para distinguirlos. Sobre todo, el zorro y el chacal viene a ser una misma persona en las lenguas orientales. Salvo en persa, donde el zorro—Rubah—no se confunde nunca con el chacal—Schagal.*

*Cuando los árabes indican sin género de duda al zorro es cuando le aplican su epíteto de Padre del fuertecillo o castillete—Abu-Hozein—aludiendo a sus bien defendidas madrigueras, designadas también así por los escritores occidentales. En el poema germánico—Reineke Fuchs—el avieso personaje habita en el castillo de Malaparte y es, por tanto, el señor del castillo. El perro—ese noble y fiel animal—es el nexo común entre ambas especies y así lo comprueban los cruces por lo menos entre perro y lobo y las semejanzas físicas entre ciertas variedades caninas y el zorro. El perro tiene de todo—bravura y astucia—y en ocasiones se conduce como esos sus congéneres.*

—Has de saber, ye rey—empezó Schahrasad—, que un zorro y un lobo riñeron una vez y el lobo venció al zorro. Siguieron enemistados luego largo tiempo, hasta que por fin el zorro invitó cierto día a su enemigo a hacer las paces y vivir como amigos. Pero el lobo no quiso prestarle oídos y, lejos de eso, le contestó con ira y menosprecio:

—Tus palabras no guardan relación con tus hechos.

Y así diciéndole diole tal guantada al zorro que este se desmayó y rodó por el polvo.

Luego que el zorro volvió en sí, riósele en las barbas al lobo y diole sus excusas con mucha finura. Y recitó estos versos:

Si en algo te molesté  
y contra ti yo pequé,  
perdóname, pues sería  
sin querer.  
Y no me guardes rencor,  
que, aunque en tu mal redundara,  
yo lo hice por tu amor.

Visto lo cual, depuso el lobo su enojo y le dijo al zorro:

—Si no quieres oír cosas desagradables pon freno a tu lengua y no te propases <sup>1</sup>.

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

<sup>1</sup> Repetición casi literal de la pitagórica exhortación al silencio en la historia de *El alhamel y las mocitas*.

## Y LA NOCHE 134 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que el lobo le dijo al zorro:

—Si no quieres oír cosas desagradables, refrena tu lengua y no te propases.

—Oír es obedecer—respondió el zorro—. No te diré más cosa que te pueda resultar enojosa. Que con razón dijo el sabio: «¡No abras la boca si no te interogan ni te metas en lo que no te importa! ¡Ni des consejos a los malos, pues el mal te darán por pago!»

Al oír el lobo las palabras del zorro sonrióle meloso, aunque en su interior se decía:

«No tengo más remedio que matar a este zorro.»

El zorro, por su parte, aguantaba la impertinencia del lobo y, para sus adentros, pensaba:

«La insolencia y el dolo conducen a la ruina y ponen en un brete a quien los practica. Y dice el refrán: “Quien se enorgullece, se pierde; y el ignorante se arrepiente y se salva el que teme, y la equidad es el lunar de las almas elevadas y la cortesía y urbanidad es el mejor lucro que se puede lograr.” Tengamos, pues, paciencia, y ya habrá ocasión de bajarle los humos a este bravucón.»

Dijo luego el zorro al lobo:

—¡Libre el Señor a su siervo de incurrir en pecado y faltar a lo mandado!

Y dijo el lobo al zorro:

—Al implorar perdón, subsanaste tu error. ¡Ten, pues, cuidado con mi fuerza y adórame con reverencia! Que ya sabes cómo las gasto con mis enemigos y cómo los venzo y los castigo.

Postróse el zorro ante el lobo y le dijo:

—¡Que Alá prolongue tu vida y te dé siempre la victoria sobre tus enemigos!

No dejó el zorro desde entonces de guardarse del lobo, al que tenía un miedo espantoso.

Y sucedió que cierto día fue el zorro y se entró por unos viñedos y vio que en la tapia había un boquete abierto. Y desconfió de aquel resquicio y para sus adentros se dijo:

«Sin duda que alguna razón habrá para que haya aquí esa hendidura. Que con razón dice el refrán: “Quien ve un trapo tirado en el suelo y no da un rodeo y se agacha a cogerlo, es un imprudente, abocado a su ruina inminente.”

»Y es cosa sabida que algunos labradores suelen hacer un simulacro de zorro y ponerlo en sus viñas para que cuando venga el zorro de veras, engañado por aquella apariencia, se confíe y no tema y se acerque al zorro de mentirijillas y caiga en la trampa que le estaba apercibida.

»A fe que esa hendidura en el muro me huele a mí a insidia y me da mala espina, y por algo dicen que la cautela en las cosas es la mitad de la victoria; así que no me ha de cegar la gula hasta el punto de caer en la trampa, metiéndome por esa fisura.»

Acercóse luego con mucho tiento el zorro a aquella grieta y la examinó de cerca y vio que era un gran hoyo, que el dueño de la viña cavara, para pescar en él a los animales rapaces que la viña le devastaban, y advirtió que aquella zanja estaba tapada por una cobertera muy delgada.

Retrocedió acto seguido el zorro y exclamó, jubiloso:

—¡Gracias a Alá que hizo que no

cayese yo en esa trampa, en la que aún puede suceder que mi enemigo caiga! El lobo—digo—que me tiene amargada la vida, y que así me lo quitaré de encima y podré vivir en adelante confiado y tranquilo y atracarme de uvas yo solito.

Y recitó los siguientes versos:

—Quiera el cielo que yo vea  
en esa zanja caído  
al lobo que siempre fue  
mi más cruel enemigo  
y con sus malas pasadas  
tanta quina tragar me hizo.  
Así podré en adelante  
vivir dichoso y tranquilo  
y de uva atracarme, a modo,  
sin correr ningún peligro.

Meneó luego el zorro su cabeza y prorrumpió en una risa recia. Y fuese de allí ligero en busca del lobo; no tardó en encontrarlo y le dijo el muy falso:

—Has de saber que Alá te ha allanado las cosas, facilitándote la entrada en la viña, y yo te felicito por esa dicha, por esa puerta que Alá quiso abrirte y por la que podrás entrar sin molestia a atracarte de cuantas uvas quieras.

A lo que el lobo contestóle al zorro:

—¿Dónde están las pruebas de eso que me cuentas?

—Pues escucha—le dijo el zorro—. ¡Has de saber que fui hoy a la viña y me encontré con la noticia de haber muerto su dueño y entréme en el huerto y vi la fruta madura colgando de las ramas, sin que nadie la tocara!

Oído que hubo el lobo las palabras del zorro, luego las creyó y la gula se le encandiló. Y echó a correr sin parar hasta que llegó al lugar donde estaba la zanja y, cegado por la gula, se dispuso a saltarla.

En tanto el zorro se estaba quieto como un muerto y en su interior recitaba estos versos:

«En las sombras de la noche  
corre a buscar a su amor,  
y no sabe que en sus brazos  
le aguarda la perdición.»

Luego que el lobo llegó al filo del hoyo, díjole el zorro:

—¡Anda y métete en la viña y aprovéchate de esa ventaja que te brinda la zanja y confía en que Alá se encargará de lo demás!

Dispúsose luego el lobo a entrar en la viña, sin más recelo ni malicia; pero al pisar la cobertera de la fosa que, como ya se dijo, era muy delgada, al llegar a su medio, se escurrió y cayó en la trampa.

Al verlo el zorro prorrumpió en grandes demostraciones de alborozo, festejando el verse libre en adelante de todo temor y zozobra inquietante.

Y de puro contento, improvisó estos versos:

—De cara se me ha vuelto la Fortuna,  
todo cuanto le pido me concede,  
y lo que ver no quiero de mí aleja.  
De forma que perdón ahora merece  
por el rigor con que tratóme antaño.  
Pues si injusta, en verdad, fue muchas veces,  
blanqueando semblantes que eran negros,  
ahora de su injusticia se arrepiente  
castigando a ese lobo rapaz, fiero,  
digno de los tormentos más crueles.  
Hundido está en el foso y no habrá nadie  
que lo pueda salvar; cayó por siempre  
y de ahora en adelante no habrá viña  
que yo sin compañeros no saquee.

Y asomándose al filo de la fosa vio allá, en el fondo, al lobo, que lloraba a lágrima viva, contrito y pesaroso. Echóse a llorar también el zorro, y el lobo, alzando su cabeza, lo miró y le dijo:

—¡Ye Abu-l-Hozein! <sup>2</sup> ¿Lloras por mí?

Pero el zorro le contestó:

—¡No en verdad; te lo juro por Aquel que en el hoyo te hizo caer!

<sup>2</sup> Padre del fortín; sobrenombre del zorro, que alude a lo bien defendido de sus madrigueras.

Lloro, al contrario, porque no cayeras antes en él, pues de haberte ocurrido ese percance antes de yo conocerte, habríamos ahorrado muchos disgustos y pesares. ¡Pero, en fin, ya se cumplió tu plazo y recibiste el pago!

Y luego el lobo le dijo al zorro:

—Ye mal amigo, que al rencor en tu pecho das abrigo; corre siquiera y ve a anunciarle a mi madre lo que me ha sucedido, que puede que ella se dé maña a sacarme de esta trampa.

Y el zorro le contestó al lobo:

—Quien en esa trampa te precipitó fue tu falta de moderación; pero ahora que ya estás ahí dentro no habrá para ti salvamento. ¿No sabes, por ventura, ye lobo ignorante, que dice el refrán «que, quien en las consecuencias no repara, de remordimientos no se salva»?

Contestóle al zorro el lobo:

—¡Ye padre de la fortaleza! Muestra ahora el amor que decías tenerme y no me guardes rencor si alguna vez pude ofenderte y no abusos del trance en que me encuentro, que quien puede hacer daño a otro y de ello se abstiene puede esperar que Alá lo recompense.

Como dijo el poeta:

«Siembra el bien siempre, aunque sea  
en el peor de los terrenos,  
porque es semilla que agarra  
y siempre da frutos buenos,  
y aunque debajo de tierra  
permanezca mucho tiempo,  
nadie su cosecha coge  
sino el sembrador benéfico.»

A lo que replicóle el zorro, diciendo:

—¡Ye la más bestia de las bestias rapaces y la más estúpida de las fieras voraces! ¿Tan pronto te olvidaste de tu altanería y tu arrogancia y del menosprecio con que a todos tratabas y del escarnio que hacías de los deberes del compañerismo y de la ninguna cuenta que hiciste de la admonición del poeta que dice:

«Al prójimo no agravies ni hagas fuerza,  
fiado en tu poder incontestable;  
que el agraviado es natural que busque  
el modo de vengarse.  
En tanto que te duermes confiado  
y los ojos tú cierras,  
muy abiertos los suyos, permanece  
el agraviado en vela.  
E invoca sobre ti de Alá el castigo,  
con fervor incesante,  
y dizque Alá tampoco duerme nunca  
y no cierra sus ojos ni un instante.»

Al oír aquello el lobo, gritó desde su foso:

—¡Ye padre de la fortaleza, no me castigues por culpas pretéritas, que al de noble condición sientale bien el perdón, y el que un bien hace a otro deparase el mejor tesoro! Que con razón dijo el poeta:

«Prodiga el bien cuanto puedas,  
no abuses de tu poder;  
¡ningún poder es eterno,  
tan solo el de Alá lo es!»

Y así siguió el lobo rebajándose ante el zorro y diciéndole:

—Anda y piensa algún modo de sacarme de aquí, que sin duda alguno se te ha de ocurrir.

Pero el zorro, al oírlo, le dijo:

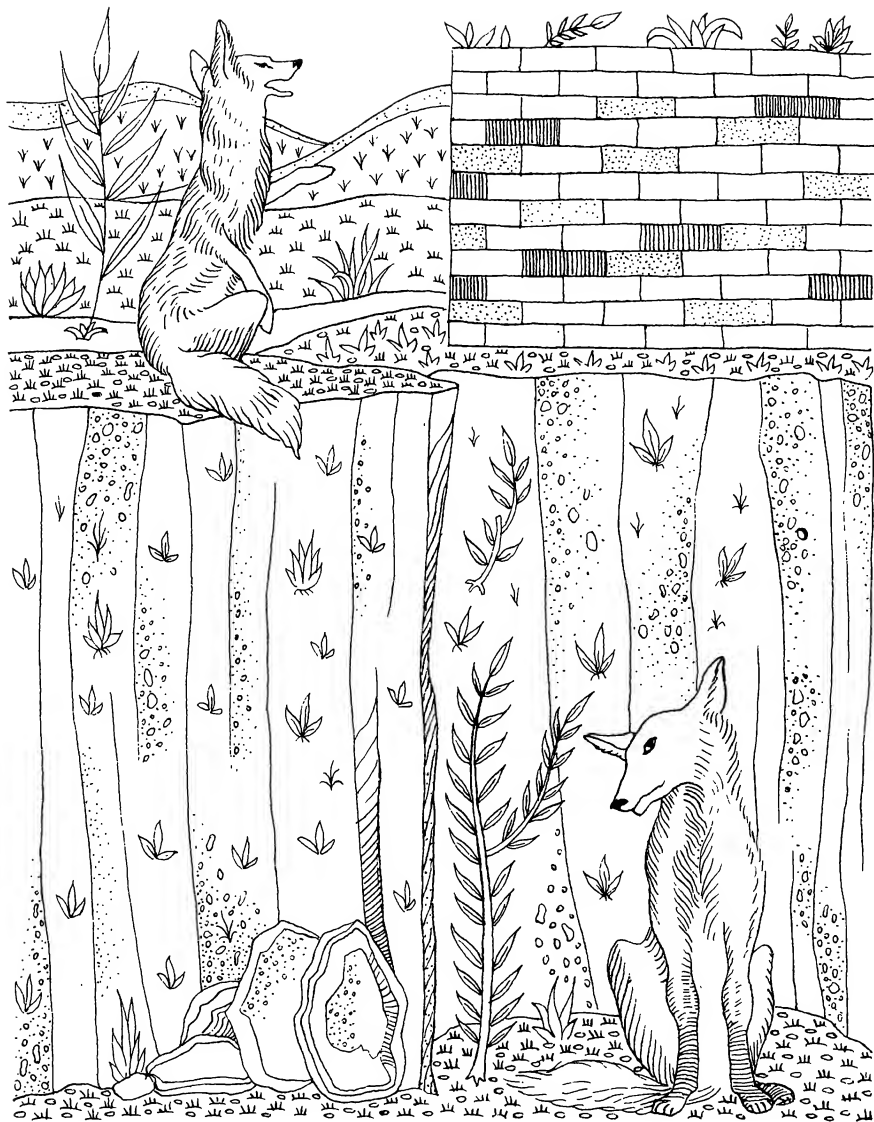
—¡Ye lobo, timador trapacero y falaz y torpe además! No esperes salvación, porque lo que te pasa no es más que el cumplimiento de la pena del talión y el pago a que por tus malas acciones te hiciste acreedor.

Como dijo el poeta con mucha razón:

«¡No me vengas con lamentos  
que caso no te he de hacer!  
¡Tu sembraste mal y ahora  
mal tienes que recoger!»

Pero el lobo no se dio por vencido y le dijo al zorro:

—¡Ye el más noble de los animales rapaces! ¡No paso a creer que con tu buen corazón no hayas de tenerme compasión!







Y rompió a llorar y a dolerse de su situación y, en tanto las lágrimas le corrían por la cara, estos versos recitaba:

*¡Ye tú, cuyas bondades no se pueden contar  
y cuyo ingenio no es posible ponderar!  
Nunca ocurrióme a mí ningún mal,  
mientras tu mano me quiso ayudar.*

Pero el zorro contestóle a eso, diciendo:

*—¡Ye el simple y el bobo! ¿Cómo es que ahora sales humillándote y abajándote, cuando antes eras el colmo de la insolencia y el orgullo y la tiranía y nadie sufrirte podía? Porque, para que lo sepas, yo solo por miedo te hacia compañía y te adulaba, sabiendo muy bien que de ti no podía esperar nada. ¡Pero ahora eres tú el que a mí se rebaja!*

Y el zorro luego recitó estos versos:

*¡Ye tú que haces ahora  
protestas de inocencia,  
porque te ves cogido  
en la red, sin defensa!  
Anda y bebe la copa  
que el sino te presenta,  
y traga su amargura,  
sin proferir más quejas,  
y con los de tu casta  
para siempre revienta.*

Al oír lo cual díjole el lobo al zorro:

*—¡Ye tú, el compasivo! No me hables con la lengua de los enemigos ni con sus ojos me mires. Guarda más bien el pacto de compañerismo que hiciste conmigo, en tanto que aún es tiempo de poner al mal remedio. Levántate presto y busca por ahí una cuerda y átate al cuerpo un cabo de ella y échame el otro a mí para que yo me coja a él y de este mi aprieto pueda salir y*

*haz cuenta que todo cuanto mi mano posee será para ti.*

Pero el zorro le dijo al lobo:

*—No gastes más elocuencia en salvas, pues vano será todo cuanto por convencerme hagas; ten, desde ahora, por cierto que no te he de sacar de este tu aprieto, ni he de hacer nada en tu obsequio; piensa más bien en las insidias y trampas que me armaste cuando podías y prepararte a sufrir la suerte que te aguarda, y es la de morir a pedradas. Porque hartó debes saber que tu alma está ya a punto de dejar este mundo y remontar el vuelo hacia un mal paradero.*

Y el lobo, sin embargo, lo imploró diciendo:

*—¡Ye Abu-l-Hozein! Date prisa a hacer las paces conmigo y en tu rencor no persistas; ya sabes que, quien un alma salva, es como si de nuevo la creara y a todo el género humano salvara.*

No incurras en sevicia, que el sabio repugna, y sevicia manifiesta sería el que me dejases ahora en esta fosa, sufriendo las agonías de la muerte y aguardando de un momento al otro mi perdición, siendo así que en tu mano está el librarme de esta angustia mortal.

Así que pon de tu parte cuanto puedas y echa el resto y apura tu bondad y sácame de aquí cedo.

Pero el zorro replicóle al lobo:

*—¡Ye el vil y bárbaro y gilí! En lo bien hablado y lo mal intencionado con el halcón y la perdiz te comparo.*

Y el lobo le preguntó al zorro:

*—¿Pues qué fue lo que pasó entre el halcón y la perdiz?*

Y el zorro le dijo así:



## HISTORIA DEL HALCON Y LA PERDIZ

(Noches 134 y 135)

—Hube de meterme una vez en una viña con el fin de atracarme de uvas, y, estando entregado a esa ocupación, vi venir por los aires a un halcón, que abatía su vuelo sobre una chocha perdiz. Pero cuando la tenía cogida logró la perdiz escapar de sus garras y fue a esconderse entre unas matas. Siguióla allí el halcón y de este modo le gritó:

—*¡Ye la ignorante! No te escondas. Has de saber, ye chocha, que yo te vi merodear por los campos hambrienta y me dio lástima de ti y vine a traerte grano, y si te cogí, fue para dártelo. Tú, en pago de ello, echaste a correr, sin duda por respeto, que tal quiero creer. Pero ahora sal afuera y ven acá, que aquí tengo el grano y te lo quiero dar, para que te lo comas en paz y con toda felicidad.*

Luego que oyó la perdiz aquellas palabras del halcón se las creyó y de su escondite salió. Y no bien la tuvo el halcón al alcance de sus garras la apresó y se la llevó.

Y la perdiz le dijo:

—*¿Era esto lo que me decías y lo que*

*me prometiste? ¿Era ese el grano que me iba a comer tranquila? Mentiste como un bellaco, pero ¡ojalá que mi carne se te vuelva veneno dentro de tu cuerpo!*

El halcón, sin hacer caso de las palabras de la perdiz, la devoró en el acto hasta no dejar de ella más que las plumas, que por el aire revolaron.

Y después de contarle ese cuento al lobo, añadió el zorro:

—Ten presente, señor lobo, que quien para su hermano abre una zanja, cae en ella sin tardanza. Y tú fuiste el primero en idear contra mí marrullerías y enredos.

Díjole el lobo al zorro:

—Déjate ahora de sermones y refranes y no me recuerdes lo que de malo hiciera antaño, que bastante castigo tengo con lo que estoy pasando en este foso que el enemigo me había preparado; pórtate tú siquiera como amigo y discurre un ardid para que pueda yo con bien salir de aquí y no me guardes rencor por lo que ya pasó. Que el lazo más fuerte es el que une a los amigos

y se afianza cuando el uno salva al otro de una desgracia, y ya dice el refrán que el amigo de buen corazón vale más que el hermano de mala condición, y haz cuenta que si me sacas de este apuro te recompensaré con beneficios sin número. Y te enseñaré medios que ignoras de entrar por viñas y sembrados sin el menor reparo, y podrás cosechar la fruta de los árboles y regalarte con ella el alma y alegrarte la vista mirándola.

Echóse a reír el zorro y díjole al lobo:

—¿Ye y qué razón tuvieron los sabios al decir lo que dijeron refiriéndose a los muchos necios que como tú siempre existieron!

—¿Y qué dijeron los sabios, hermano zorro?—preguntó el lobo.

—Pues dijeron los sabios—contestóle el zorro—que quien de suyo tiene un temperamento bestial anda muy lejos de la sabiduría y muy cerca, en cambio, de la ignorancia y la necedad. Porque, ¡oh torpe que te las das de listo!, eso que dices de que el amigo bueno olvida sus resentimientos, en tratándose de salvar a su amigo de algún contratiempo, es en verdad muy cierto; pero al sacar a colación ese refrán pones de manifiesto una vez más tu ignorancia y falta de discernimiento, porque ¿cómo habría yo de fiar en tus palabras, cuando conozco tu falsía y tu afición al fraude y la añagaza? ¿Ni de dónde sacas tampoco que yo sea tu amigo, cuando eres mi enemigo? De veras te digo que esas palabras insinceras me hacen más daño que una afilada flecha.

Y en cuanto a eso que dices de que si te saco de ahí me darás de lo tuyo riquezas suficientes a ponerme para siempre a salvo de apuros, y que me enseñarás ardidés y trucos para saquear las viñas que quiera y apalear los frutales que se me apetezcan, te contestaré de la manera más sencilla

diciendo que ¿cómo siendo tan listo no ideas algún medio para salir tú del atolladero?

Pero ni tú puedes hacer nada en tu remedio ni yo he de seguir tu consejo.

¡Si algún ardid conoces empléalo en tu propio bien y sálvate de la muerte que te amaga y que hará que sirvas de escarmiento para los de tu laya! ¡Que ojalá no te quiera salvar Alá!

Pero tú, a la verdad, te pareces a aquel hombre que, estando enfermo, fue a ver a otro que adolecía de lo mismo que él y le dijo:

—¿Quieres que yo te sane de tu mal?

Y el otro le contestó diciendo:

—¿Por qué no te sanas tú primero?

Y le volvió la espalda y lo dejó. Pues lo mismo que ese tal eres tú de ignorante y necio; así es que sigue ahí en donde estás y aguanta con buen ánimo lo que te va a pasar.

Luego que el lobo oyóle estas palabras al zorro comprendió que nada podía esperar de él, y echóse a llorar diciendo:

—En verdad que la culpa de lo que me pasa es toda de mi arrogancia; pero si Alá fuera servido de sacarme con bien de este peligro, juro que no he de abusar de mi fuerza con los que adolecen de flaqueza y que he de vestirme de estameña<sup>1</sup> y retraerme a una montaña, para en ella meditar a solas sobre la grandeza de Alá y las consecuencias que acarrea la maldad, y que dejaré en paz a todas las alimañas y daré de comer a los combatientes de la guerra santa y a los mendicantes que no tienen nada.

Y el lobo, al decir eso, rompió a llorar de nuevo; tanto, que al fin enterrecióse el zorro de oírle expresarse con tanta humildad y dar tales muestras de contrición y de pesar por su antigua soberbia y maldad. Y lleno de compasión, acercóse al filo del hoyo y sen-

<sup>1</sup> Al modo de los ascetas sufíes.

tándose allí, hacia afuera, dejó caer dentro su jopo, para que a él se agarrase el lobo.

Tendió luego este sus patas delanteras y cogióse a la cola del zorro con tal fuerza, que dio también con aquel en el fondo de la fosa. Y fue el lobo entonces y le dijo al zorro:

—¡Ye y qué poco compasivo eres! ¡Decías ser mi amigo y te dejas caer encima de mi y ruedas al fondo conmigo! Sin tener en cuenta que con ello aceleras tu mal. Que ya dijeron los sabios: «Si alguno de vosotros acusare a su hermano de mamarle a una perra, también él mamará de ella.»

Y con cuánta razón dijo el poeta:

«Cuando la suerte se ensaña  
cruel contigo y tu camello  
hace que ante otros se agache,  
dile al que se alegre de ello:  
—¡Ten cuidado! ¡Que quién sabe  
si tu mal no anda muy lejos!»

Y ya sabes que la muerte en compañía es una delicia <sup>2</sup>. Así es que voy a darme prisa a matarte a ti antes que puedas tú verme matar a mí.

Al oír al lobo, pensó el zorro:

«En verdad que he venido a caer en las garras de este animal cruel y me hallo en un trance en que la astucia y maña se han menester, que ya dice el refrán que el día de gala pónese la mujer sus alhajas; también viene aquí al caso aquello de: «Para el día de mi desgracia os guardo, ¡oh lágrimas!» Y con cuánta razón dijo el poeta:

«Vive siempre alerta, como  
el león, pronto al asalto;  
no te duermas en las pajas  
que el mundo es traidor y falso.  
Usa la astucia cual eje  
del molino de la vida,  
hasta que muelas el grano  
a tu placer y medida.

Y coge a tiempo la fruta,  
pues si no lo haces así,  
te nutrirás de ilusiones  
cual fumador de *alhaschisch*.»

Díjole luego el zorro al lobo:

—No peques de ligero para darme la muerte, que luego te pesará. ¡Ye animal poderoso, dotado de fuerza y vigor prodigiosos! Y en cambio, si aplazas tu propósito y pones atención en lo que te voy a contar, comprenderás mi intención y sacarás utilidad, mientras que mi muerte ninguna te reportará, pues moriremos juntos en este lugar.

Díjole el lobo al zorro:

—¡Ye falso y mentiroso! ¿Acaso te prometes que saldremos bien parados, si antes de matarte te concedo un plazo? Pero está bien, accedo; explícame tu intención y te escucharé con atención.

—Has de saber—díjole el zorro al lobo—que oí esos votos que hiciste y las frases de contrición que por tus culpas pasadas proferiste, así como tus promesas formales de hacer el bien de aquí en adelante y no inferir ningún daño a tus amigos ni tampoco siquiera a tus enemigos. Y al escuchar todos esos votos y promesas que hiciste a Alá si era servido de salvarte del presente mal, me apiadé yo de ti y te arrojé al hoyo mi jopo para que, asiéndote de él, salieses de aquí; mas pronto pude ver que seguías siendo tan rudo y feroz como a lo primero y no aspirabas a salvar tu alma con la moderación y la templanza, pues empezaste por darme un tirón del rabo, cuando a él te agarraste, que a fe que fue tal que el alma pensé exhalar, y ahora nos vemos los dos en el mismo trance de perdición.

Si nos queremos salvar, será menester que perseveres en tus buenos propósitos y reiteres tus promesas y votos, que yo por mi parte prometo ser en todo tu compañero y entregarme contigo a una vida de penitencia y abstinencia.

<sup>2</sup> Paráfrasis del proverbio persa *Margiamboh chaschmi-darad*. La muerte entre muchos es mejor que una fiesta.

Mas para que de aquí salgamos es preciso que en lo que yo te diga me hagas caso.

—¿Y qué es ello?—dijo el lobo al zorro.

—Pues escúchame bien—le dijo el zorro—. Te has de poner en pie y yo me montaré sobre tu cabeza y me empinaré hasta llegar al borde de la zanja y, en llegando allí, luego saltaré fuera y en seguida vendré por ti, trayendo conmigo algún objeto al cual puedas asirte sin ningún riesgo y salir con bien de este aprieto.

—De tus palabras no me fio—replicó el lobo—y de tus promesas desconfío, que ya dijeron los sabios: «Quien en su enemigo pone su confianza pruebas da de ignorancia.» Y también dijeron aquello de «Quien en el pérfido fia, del engaño no se libra»; y «Quien con la experiencia se hace experto, quédase a salvo de arrepentimiento»; y «Quien no hace distinción entre una y otra situación y a todas les aplica el mismo patrón, incurre en notorio error»; y «Al de poca fortuna todo se le vuelven desventuras»<sup>3</sup>.

Y con mucha razón dijo el poeta:

«Piensa mal y verás siempre  
que todo te sale bien;  
la malicia del ingenio  
la flor más preciada es;  
lo que en el mundo más vale  
es, a mi sano entender,  
procurarse buena fama  
y luego mal proceder.»

Y con no menos razón dijo otro también:

«Piensa que todos son malos  
y del mal te librarás,  
que quien vive siempre alerta  
en pocas trampas caerá;  
así, pues, al enemigo  
buena cara le pondrás,  
mientras tanto en tu interior  
su ruina tramará.»

Y dijo también otro rimador, con no menos razón:

«El más confiado siempre  
es el que peor escapa;  
no seas, pues, bobo, y nunca  
muchas ilusiones te hagas,  
y que muy desprevenido  
jamás te halle la desgracia.»

Pero el zorro replicó al lobo:

—No es digno de loor pensar mal en toda ocasión, mientras que el pensar bien es uno de los lunares que realzan la perfección<sup>4</sup> y trae por consecuencia el librarse de la perdición. Y a ti, ye señor lobo, te conviene pensar en tu salvación, que más vale que nos salvemos ambos que no que los dos sucumbamos.

Da, pues, de lado a esos pensamientos malos, porque si das fe a mis palabras y me ayudas a salir de aquí, dos cosas podrán ocurrir: o que vuelva trayendo algún objeto a que te puedas asir y salir a salvo de aquí o que yo te haga traición y falte a lo prometido; pero eso es imposible que yo lo hiciera, pues me expondría a verme en el mismo trance en que tú ahora te encuentras en castigo de tu doblez y malquerencia y yo soy de aquellos que escarmentan en cabeza ajena, que ya dijeron los sabios: «La lealtad es bella, y la perfidia, fea.»

Conviene, pues, que de mí te fies, que no ignoro, a fe mía, cuán voluble es la fortuna y cómo cambian los días. Así que no demores en poner por obra mi astucia, que en verdad el trance presente es tal como para no perder el tiempo en hablar.

—Poco fio en ti—replicó el lobo al zorro—, que ha tiempo te conozco y sé lo que guardas en tu fondo. No me la das con eso de que al ver mi contrición te sentiste movido a desear mi

<sup>3</sup> Compárese con el refrán español: «Al perro flaco todo se le vuelven pulgas.»

<sup>4</sup> Lunar, en el buen sentido, en el de *grain de beauté*, que dicen los franceses.

salvación; solo que es lo que yo me digo: o procede de buena fe, y en ese caso todo va bien y me librará de perecer, o procede con deslealtad, y entonces ya de castigarlo se encargará Alá. Yo nada pierdo con probar, y así, pues, acepto tu plan; pero ten presente que, si me traicionas, llevarás el castigo en tu propia persona.

Acto seguido el lobo se puso en pie y alzó en vilo al zorro y se lo montó sobre los hombros, hasta que estuvo al filo del hoyo; luego que así fue, saltó el zorro afuera, arrojándose con tal vehemencia que cayó desmayado en la tierra.

—¡Ye amigo mío!—gritó el lobo desde el fondo del hoyo—. Date prisa a venir a salvarme y no te entretengas en ninguna parte.

Pero el zorro, al oír sus palabras, soltó la carcajada y dijo:

—¡Ye el iluso! ¿Qué te habías creído? Todo eso que te dije fue por reirme y divertirme contigo; que al oír eso de tu contrición y arrepentimiento, la risa me retozaba por dentro, pues cuando te eché yo mi jopo para que te agarraras de él y salieras del hoyo me diste tal tirón, que fui a hacerte compañía en esa fosa de perdición; que esa y no otra cosa era tu intención. De suerte que solo a Alá he debido luego mi salvación. ¿Cómo, pues, ahora eres tan

corto de luces para creerte que yo estoy dispuesto a favorecerte con las frases duras que he oído de tus labios y sería capaz de prestarte mi ayuda, cuando dice el refrán que «La muerte del malo sirve a los demás de descanso»?

Y has de saber cómo soñé ayer que te habías casado y yo estaba en tu boda bailando y luego que me desperté fui a consultar a un intérprete de los sueños y le conté el mío y él me dijo: «En verdad que te amaga un peligro inminente de muerte, pero escaparás de él por suerte.»

Y ahora comprendo que lo de haber caído yo en tus garras y haberme podido escapar luego es el cumplimiento de lo que me anunciaba mi sueño.

De sobra sabes, so pillo, que de siempre fui tu enemigo, y siendo así, ¿cómo pudiste hacerte la vana ilusión de que hubiese yo de procurar tu salvación?

Así que te lo repito una vez más: no esperes que intente salvarte ni me tome la menor molestia por ayudarte.

Luego que el lobo hubo oído tales palabras del zorro mordióse las uñas de puro rabioso...

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

## Y LA NOCHE 135 SIGUIÓ DICRIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mi noticia, ye monarca, el afortunado, que al oír el lobo las palabras del zorro, mordióse las uñas de puro pesaroso. Pero, no obstante, moderó su lenguaje y, sin dejar traslucir su enojo, dijo al zorro con acento meloso:

—No hay duda que vosotros, los zorros, sois de todos los seres los de más dulce hablar y los más donosos en

punto a bromear, solo que no todos los momentos se prestan igualmente a agudezas y facecias.

—Las bromas—replicó el zorro—tienen un límite que no traspasa el ingenioso. No vayas, so ignorante, a hacerte la ilusión de que voy a ponerme otra vez en tus garras, luego que de ellas me libró Alá por favor especial.

—¡Ye —exclamó el lobo—, lo digno de

tu nobleza es que hagas por salvarme en atención a la hermandad y buena amistad que siempre nos unieron, sin contar con que yo te prometo que, si de aquí me sacas, te daré cuanto quieras, sin negarte nada.

Pero el zorro replicóle al lobo:

—Los sabios aconsejan: «No te amistes con el ignorante y malo, que te afeará y no te hermostrará.» Y aconsejan también: «No te juntes con el falso, que si en ti viere algo bueno, se lo callará, y si ve algo malo, lo publicará.»

Y dijeron también los sabios: «Todo tiene remedio menos la muerte, y todo mal admite cura, si no afecta a la medula.» Y también: «Contra todo hay defensa, menos contra lo que el sino decreta.»

Y en cuanto a eso que dices de que en pago de mi ayuda me darás todo lo que quiera, cosa es que me recuerda el lance de aquella serpiente que se le escapó al encantador y hubo de toparse con un hombre que, al verla azorada, le preguntó:

—Dime, serpiente, ¿qué es lo que tienes?

Y ella le contestó:

—Pues que ando huida de un encantador que me quiere coger, y si tú quisieras ampararme y esconderme, yo te recompensara con esplendidez y haría por ti cuanto pudiere causarte placer.

Y el hombre, encandilado con la golosina de la recompensa, cogió a la serpiente y se la guardó en el bolso que del pecho llevaba pendiente.

Y pasó por allí el encantador y no vio a la serpiente y siguió su camino sin volverse.

Y entonces el hombre díjole a la serpiente:

—Ya no tienes nada que temer. Dame, pues, luego la recompensa, que bien me la ganó.

Pero la serpiente entonces díjole al hombre:

—Está bien. Dime en qué miembro o parte de tu cuerpo quieres que te muerda, que esa es mi recompensa.

Y así diciendo la serpiente, dióle al hombre un mordisco y el hombre murió acto seguido.

Pues con esa serpiente del cuento te comparo yo a ti, ¡so ruin! Por ventura ¿no oíste nunca esos versos del poeta que dicen:

«No fies de aquel que enojaste,  
ni esperes que su encono se le pase;  
suave al tacto es la víbora y, no obstante,  
el más letal veneno en ella late.»

Pero el lobo, al oír esos versos, increpó al zorro diciendo:

—¡Ye el de dulce labia y cara guapa! Harto sabes cómo yo las gasto y el miedo que todos me tienen y cómo asalto los cercados y arranco las cepas de cuajo. Haz, pues, tú ahora lo que te mando y conducete conmigo como con el señor el criado.

—¡Ye el necio e ignorante!—replicó el zorro al lobo—. ¡Oh el que siempre tiene la cabeza llena de futesas! ¡En verdad que me asombra tu estulticia y la terquedad con que a tus sandeces te aferras pretendiendo que yo te sirva y te rinda obediencia hasta el punto de ser esclavo tuyo! ¡Pero aguarda un poco y ya verás lo que tardó en hacer que te partan de un peñazo esa cabezota que tienes y esos colmillos alevés!

Y acto seguido encaramóse el zorro a una altura que por allí había cerca del viñado y empezó a dar unos chillidos tremendos, llamando a los labradores, hasta que estos, desalados, acudieron y se le acercaron.

Aguardó el zorro a que estuvieran cerca de él y del hoyo, donde estaba metido el lobo. Y después emprendió veloz carrera y se alejó de allí como una flecha.



Llegóse la gente de la viña a la zanja y miraron al fondo y vieron allí agazapado al lobo. Y no bien lo vieron luego empezaron a tirarle piedras gordas y pesadas y se proveyeron de garrotes y estacas y de afiladas lanzas y con todas esas armas acometieron al prisionero y le aporrearon y pincharon hasta que lo dejaron muerto. Después de lo cual se fueron.

Tornó entonces el zorro al filo del hoyo y miró al fondo y pudo comprobar que era muerto el lobo. Meneó entonces su cabeza de puro alegre y contento y recitó estos versos:

Su última hora le llegó a la fiera;  
ya a nadie más infundirá terror;

se acabaron su fuerza y poderío,  
su criminal carrera terminó.

¡Ye Abú Sirhân<sup>5</sup> mi muerte meditate  
más de una vez sañudo y alevoso,  
ahora ya no te temo, que vencido  
eres tan solo un misero despojo!  
¡Y yaces en el fondo de esa fosa,  
adonde nadie bajará a sacarte,  
y el viento de la muerte tu carroña  
zarandeará con despiadado embate!

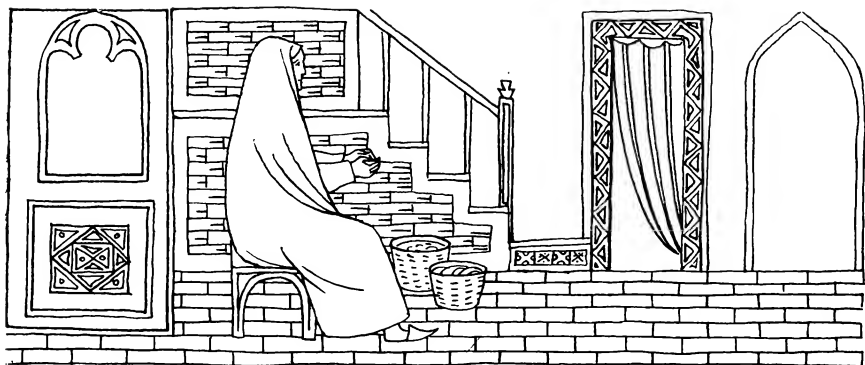
Y después de recitar esa poesía, metióse el zorro, él solo, por la viña sin temor a ningún contratiempo ni desdicha.

Y esto es todo lo referente al cuento del zorro y el lobo.

---

<sup>5</sup> Padre de la marcha. Sobrenombre que los árabes dan al lobo y también al león por su agilidad y ligereza.





## HISTORIA DEL RATON Y LA COMADREJA

(Noche 135)

—Cuentan que había una vez un ratón y una comadreja que habían hecho en la misma casa su madriguera. Y era el dueño de la casa un hombre pobre y tenía un amigo que cayó enfermo y fue a verle el médico y mandó que tomara a pasto sésamo mondado.

Dióle el enfermo a su amigo, el hombre pobre que digo, cierta cantidad de sésamo para que se lo llevara a su casa y se lo mondara. Y el hombre pobre se lo dio a su mujer para que lo mondase y lo arreglase. Y la mujer cogió el sésamo y se puso a mondarlo, según su marido le había mandado.

Ahora bien: luego que la comadreja vio el sésamo, fuese a él en seguida y empezó a acarrearlo a su guarida, un día y otro día, hasta que al cabo se llevó allí casi todo el sésamo.

Fue luego la mujer a buscarlo y notó al punto que había mermado, lo que le causó el natural desagrado, y se sentó por allí cerca y se puso a espiar con el fin de descubrir al ladrón desconocido y cogerlo en el garlito.

Así las cosas, acudió como de cos-

tumbre la comadreja para proseguir su faena y vio a la mujer sentada allí cerca. Sospechó al punto la comadreja que estaba allí apostada acechándola a ella y para sus adentros se dijo: «No hay duda que lo que estoy haciendo tiene su escarmiento, que esa mujer está al acecho y quien en las consecuencias no repara tiene la fortuna de espaldas.

»No tengo más remedio que hacer algo bueno en apariencia para encubrir con ello lo que de malo he hecho.»

Fue, pues, la comadreja y empezó a acarrear allí de nuevo poco a poco parte del sésamo que antes se llevara, restituyendo lo que hurtara. Y la mujer, al verla hacer aquello, pensó para sus adentros: «No debe de ser esta la ladrona, ya que, en vez de llevarse, lo que hace es traer. Con lo que, lejos de hacernos perjuicio, nos dispensa beneficio y así no hay que pensar mal de ella, sino estar a la mira hasta averiguar quién es el ratero que hace el sésamo mermar.»

Entendió luego la comadreja lo que

pensaba la mujer, y fue a buscar al ratón y en estos términos le habló:

—¡Ye hermano mío querido, sabido es que no obra bien aquel que no mira por su vecino y no le profesa el afecto debido!

—Bien dices, hermana—contestóle el ratón—, y por lo que a mí toca, siempre me porté contigo como buen vecino. Pero dime, te ruego: ¿por qué vienes ahora con esos razonamientos?

—Has de saber—dijole la comadreja—que el dueño de esta casa ha traído a ella una gran cantidad de sésamo, del cual han comido él y su familia a dos carrillos, hasta sentir empacho y dejarlo, de suerte que ahora todo el que quiera puede meter mano en lo que queda. Y antes que otro se lo lleve vengo a decírtelo para que te aproveches, que nadie más digno que tú de gozar de esa suerte.

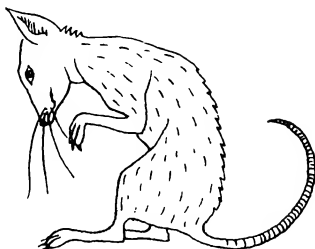
Maravillóse el ratón al oír a la comadreja y, muy alborozado, corrió en

seguida a picar en el sésamo. Y sin andarse con reparos púsose a comer de él, con intención de darse un hartazgo.

Violo la mujer en aquella operación y la sangre le hirvió y, arremetiéndolo contra él con una estaca, lo aporreó con tal denuedo que lo dejó allí muerto. Por donde puede verse cómo la gula y el olvido de las consecuencias que nuestros actos pueden acarrearlos fueron las causas que al ratón condujeron a su perdición.

—¡Ye Schahrasad!—exclamó el rey—. De veras que esa historia del ratón y la comadreja es salada y tiene su moraleja. Pero dime: ¿no sabes por ventura alguna otra que encarezca las excelencias de la rectitud y cómo esta nos asiste cuando los contratiempos nos aprietan y nos salva de la ruina funesta?

—Cierto que sí sé historias de esas—contestó Schahrasad—, y ahora mismo, si quieres, te voy una a contar.





## HISTORIA DEL CUERVO Y EL GATO DE ALGALIA

(Noche 135)

—Has de saber, *ye* monarca, el afortunado, que, según cuentan, había una vez un cuervo que hiciera amistad con un gato al nizclero. Y estando un día los dos sentados, a la sombra de un árbol, vieron venir hacia ellos un leopardo, y el cuervo, al verlo, levantó al punto el vuelo y fue a posarse en su quima, a salvo de todo riesgo. Quedóse el gato perplejo y, desde abajo, le gritó al cuervo:

—*¡Ye* amigo mío!, ¿no se te ocurre nada para que yo me salve de esta fiera que me amenaza?

—Cierto—respondió el cuervo—que los amigos deben prestarse mutuamente ayuda en caso de peligro y no hacerse los desentendidos. Que ya dijo el poeta y dizque en eso anduvo muy acertado:

«Amigo de verdad es quien te ayuda  
cuando apurado estás,  
y por salvar tu vida no repara  
la suya en arriesgar,  
y cuando de él la suerte te separa  
te va luego a buscar.»

Andaba no lejos de aquel árbol un pastor con unos perros retozando a su lado. Y fue el cuervo y bajó de la copa del árbol hasta rozar el suelo con sus alas y se puso a graznar y hacer alharacas. Luego se acercó más a los perros y empezó a darle a uno de ellos aletazos en la misma cara y a hostigarlo y perseguirlo, cuando trataba de rehuirlo.

Hasta que hubo el pastor de alzar la cabeza y vio con extrañeza a aquel pajarraco volando al ras de la tierra. Y dizque el cuervo solo levantaba el vuelo en la medida que era menester para que no le alcanzasen los perros, a los que provocaba con sus escarceos, remontándose un poco cada vez, cuando ya parecía que, por fin, lo iban a coger.

De esta suerte fue llevando el cuervo a los perros hasta cerca del árbol donde el leopardo se había parado.

Y no bien hubieron visto al leopardo los mastines luego se fueron hacia él, y

el leopardo, que ya se regodeaba pensando en el festín que se iba a dar con el gato, juzgó lo más prudente alejarse de allí, como lo hizo ligero, para no ser él mismo pasto de los perros.

De suerte, pues, que el gato almiz-

clero vino a salvarse por la astucia de su amigo el cuervo, lo que yo, ¡ye monarca ilustre!, te cuento, para que veas cómo una amistad sincera es salvaguardia contra las amenazas más serias.





## HISTORIA DEL ZORRO Y EL CUERVO

(Noche 135)

—Cuentan también que había una vez un zorro que tenía su guarida en un monte y pasaba tanta hambre el pobre que, siempre que su mujer un hijo le paría, luego se lo comía.

Tenía también su nido por aquella serranía un cuervo, y el zorro un día dijose para sus adentros: «Me gustaría amistar con ese cuervo y tener en él un compañero que en esta soledad me distrajera y me ayudase a buscar la pitanza, pues llegan sus fuerzas adonde las mías no alcanzan.»

Fue, pues, el zorro y se aproximó al cuervo a una distancia desde la cual podía escuchar sus palabras, y, después de saludarle muy fino, le dijo:

—¡Ye mi vecino! Entre dos musulmanes debe reinar en toda su pureza el fuero de la vecindad y del Islam. Has de saber cómo somos vecinos y debemos ser buenos amigos.

Pero ¿por qué te callas? ¿No me contestas nada?

—Has de saber—respondió al fin el

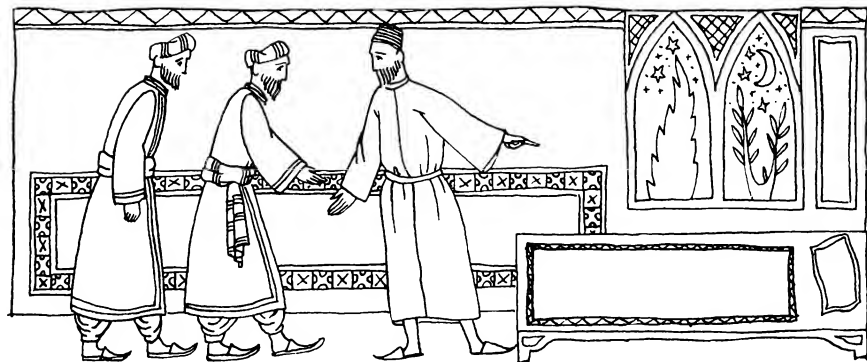
cuervo—que la mejor palabra es la más sincera y a veces dice tu lengua lo que en tu corazón no celas, por lo que me temo que la amistad que me brindas sea tan solo de boquilla; que tú eres comedor y yo comestible, de donde resulta que no puede haber entre nosotros amistad alguna y que es imposible que el afecto nos una.

A lo cual el zorro respondióle al cuervo:

—Quien entiende de amigos sabe bien elegirlos y más de una vez a mi me reportaron beneficios los míos.

Ahora de veras te digo que deseo que seas mi compañero y te he elegido para tener trato contigo, y te advierto que sé muchas historias que confirman las excelencias de una amistad leal, y si quieres que te cuente alguna, pues te la contaré y verás.

—Está bien—respondió el cuervo—, te doy mi venia para que me la cuentes; habla, pues, ya, que así podré ver si es verdad eso que dices de la amistad.



## HISTORIA DE LA PULGA Y EL RATON

(Noches 135 y 136)

—Has de saber, amigo mío—empezó el zorro—, que érase una vez una pulga y un ratoncillo, cuya historia viene a probar que lo que te dije es verdad.

—No andes con más rodeos y venga ya tu cuento.

—Pues verás—dijo el zorro—: Cuentan que el tal ratoncillo anidaba en la casa de un mercader muy rico. Cuanto a la pulga anidaba por las noches en la cama de aquel hombre, cuyas carnes encontraba apetitosas, y en ellas picaba la golosa, y cuando tenía sed, bebía de su sangre a todo placer.

Mas sucedió que el mercader se escocía de las picadas de la pulga y el dolor que sentía lo despabilaba y de su sueño le sacaba. Cierta noche el mercader se despertó y se incorporó en la cama y llamó a sus criados, que al punto acudieron desalados, a ver qué le pasaba. Y remangándose los brazos pusieron a buscar a la pulga por todos lados.

Luego que sintió aquella que la andaban buscando, al punto levantó el campo y se fue a buscar el agujero

donde anidaba el ratoncillo y colóse dentro sin remilgos. Y al verla, el ratoncillo le dijo:

—¿Cómo es que te metes aquí de rondón, cuando no eres de mi condición y eres de otra casta que yo y no puedes estar segura de encontrar buena recepción?

A lo que la pulga contestó:

—Vengo a refugiarme en tu casa, huyendo de la muerte que me amenaza, en demanda de asilo y a ampararme contigo. No creas que vengo con mala intención ni temas que vaya a causarte ninguna extorsión ni a ponerte en el trance de mudarte a otra parte. Que lejos de eso, amigo mío, dispuesta estoy a recompensarte con creces el beneficio, y si me acoges bien, verás cómo los hechos confirman la verdad de mis palabras y me dejan en buen lugar.

Al oír el ratoncillo las palabras de la pulga...

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras seductoras.

## Y LA NOCHE 136 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Si la cosa es tal como me dices puedes estarte aquí y tenerte por segura, sin temor a desazón alguna. Que aquí solo hallarás cosas que te puedan alegrar y manjares que te satisfarán, de suerte que podrás vivir exenta de inquietud y pesar. Y esto es lo mejor que pudieras desear. Y te advierto que una vez le oí a un predicador estos versos:

«La sobriedad practico y la modestia;  
un mendrugo de pan y un sorbo de agua,  
con un grano de sal por condimento,  
mi apetito a saciar con creces bastan,  
y una ropa raída que mis carnes  
me cubra, es para mi sobrada gala.  
Con lo que Alá se digna depararme,  
por contento me doy, sin que mi alma  
reclame nada más, y así tranquila  
y exenta de inquietud, mi vida pasa.»

Al oír las palabras del ratón, díjole: —Ye hermano mío, por enterada me doy de tu amonestación y a tu obediencia me someto con toda sumisión y sin reservas ni segunda intención formo el propósito de perseverar toda mi vida en tan laudable disposición.

A lo que dijo el ratón:

—La pureza de intención es suficiente prenda de fiel amor.

Después de lo cual sellaron el ratón y la pulga su pacto de sincera amistad y recíproca ayuda.

Quedóse, pues, la pulga a vivir con el ratón y pasaba el día en su compañía, y por las noches iba a merodear a la cama del mercader, pero teniendo siempre buen cuidado de que la aurora no la llegase a sorprender.

Y sucedió una vez que el mercader llegó a su casa anochecido, llevando muchos dinares consigo, y se puso a vaciar su bolso para contar su contenido.

Luego que oyó el ratón el ruido del dinero, sacó la cabeza de su agujero y se estuvo con ojos muy abiertos, hasta que el mercader, cogiendo nuevamente la bolsa, metiéndola debajo de la almohada de su lecho y se acostó, no tardando en quedarse dormido como un leño.

Fue entonces el ratón y le dijo a la pulga:

—¿Has visto qué suerte tan grande nos pone Alá delante? ¿No se te ocurre alguna idea ingeniosa para apoderarnos de esa bolsa?

—Sí—dijo la pulga—. ¡Por ti me daré traza de echarlo de la casa!

Y acto seguido saltó la pulga al lecho del mercader y le empezó a picar, de suerte que el hombre se despertó y se puso a buscar a la pulga y no la halló por parte alguna. Visto lo cual volvióse del otro lado y se dispuso a reanudar su sueño con la esperanza de dormirse luego.

Pero entonces la pulga le tornó a picar con más saña y más fuerza que la vez primera. Tanto que el mercader acabó por desvelarse del todo y, saltando de la cama, fue a sentarse en un poyo que había a la puerta de su casa. Quedóse allí dormido y no se despertó hasta que vino la mañana.

En todo ese tiempo lo tuvo de sobra el ratón para acarrear los dinares a su rincón, hasta que ni uno solo en la bolsa quedó. De suerte que, cuando amaneció la mañana, encontróse el mercader sin nada, llena de un nar de confusiones el alma.

Dijo después el zorro al cuervo:

—Ten presente, ¡ye cuervo sagaz, prudente y perspicaz!, que todo esto que te digo va encaminado al solo fin



de que también tú puedas recoger la recompensa de tu bondad para conmigo, igual que aquel ratoncillo cosechó la recompensa por el favor que a la pulga le hizo, porque ya ves cómo la pulga con creces se lo pagó y se lo requetepagó.

A lo que el cuervo le contestó:

—Dueño es el bienhechor de hacer el bien o no, y no venimos obligados a acoger con agrado a aquel que busca con nosotros un trato en que la piel y la vida arriesgamos.

Pues si yo te hago un favor a ti, que eres mi natural enemigo, a nadie podré culpar luego de mi perdición sino a mí mismo. Porque tú, zorro, eres un costal de picardías y marrullerías. Y no es de discretos fiar en juramentos de aquellos que se distinguen por su astucia y su malicia, aparte de que ¿quién podría fiar en la buena fe de aquel que ninguna profesa?

¡No hace mucho, por cierto, que llegó a mí la nueva de la traición de que hiciste objeto a uno de tus compañeros y amigos, que era un lobo, y de cómo, con arrumacos, lo llevaste a una viña y lo hiciste caer en un foso, y eso que era, sin duda, de tu misma casta y ralea!

Y si eso hiciste con quien era de tu misma sangre y con quien, además, te unía estrecha amistad, ¿cómo podría yo fiar en tu fe y qué no serías capaz de hacer conmigo, cuyo eres natural enemigo?

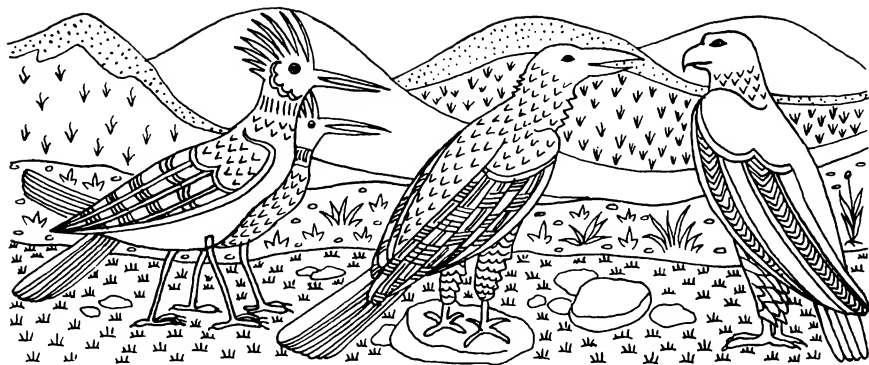
En fin, que este lance entre nosotros me recuerda el que ocurrió una vez entre un azor y unos pájaros que de él se fiaron.

—¿Y qué fue lo que pasó entre el azor y los pájaros?—preguntó el zorro al cuervo.

Y el cuervo le dijo:

—Escucha que vas a saberlo.





## HISTORIA DEL AZOR Y LOS PAJAROS

(Noche 137)

—Cuentan que érase una vez un azor muy bravo y muy fiero...

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y cortó el flujo de sus palabras.

### PERO LA NOCHE 137 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—He podido saber, *ye* monarca, el afortunado, que el cuervo dijo al zorro:

—Cuentan que érase una vez un azor, muy bravo y muy experto, que ya no era ningún mozo por cierto, y hacia estragos entre los animales del campo y entre los pájaros del aire, de suerte que no había quien de sus garras se librara.

Corrían muchas historias sobre su inhumanidad y ferocidad, y todas las aves le tenían miedo cerval. Pero cuando se fue cargando de años y sus bríos se le quebrantaron y el hambre le empezó a apretar, por haberse vuelto ya torpe para cazar, se le ocurrió la idea de irse a la zaga de las otras aves, para comer de lo que ellas dejasen, es

decir, que en vez de la violencia, decidió valerse de la astucia para procurarse la mantención.

Pues a ti, *ye* zorro, se te puede aplicar el cuento, ya que faltó ahora de fuerzas, apelas a la maña para buscarte la pitanza. Y por eso recabas mi amistad, pensando que yo te puedo ayudar. Mas te advierto que te llevas chasco si piensas que yo soy de los que ponen su mano en la tuya, que Alá, por fortuna, infundiome bastante brio en mis alas y harta prudencia en mi alma y en mis ojos vista sobrada. Y ten presente que quien mide sus fuerzas con otro más fuerte sale siempre perdiendo y más de una vez halla la muerte.

Y esto es todo lo que en respuesta a tus palabras tenía que decirte, y ahora vete ya y ¡que te acompañe la paz!

Luego que desesperó ya el zorro de lograr la amistad del cuervo, púsose muy triste y pesaroso y dio en suspirar y llorar y rechinar los dientes, de modo que se le rompieron todos. Y al oír sus suspiros y lamentos y verle tan triste y afligido preguntóle el cuervo:

—¡*Ye* apreciable zorro! ¿Qué te mandó de malo la suerte para que te rompieras los dientes? <sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> *Ma nabk jitta Kraatnabk*. Juego de palabras, basado en la doble significación de *nab*, vicisitud y diente.

—¡*Ye*—exclamó el zorro—los dientes se me han partido de la rabia de ver que me ganas a listo!

Y dicho aquello volvió el jopo el zorro y metióse en su hoyo juzgando lo más discreto dejar en paz a aquel cuervo.

Y esto es, ¡*ye* rey!, todo lo referente a la historia del zorro y del cuervo.

—¡*Ye* y qué amenas y en verdad son tus historias, Schahrasad!—exclamó el rey Schahriar—. ¿No podrías contarme alguna más que no les fuere a la zaga en amenidad?

—Claro que sí—respondió Schahrasad. Y acto seguido tomó la palabra y dijo:





## HISTORIA DEL LADRON Y SU MONO

(Noche 137)

—Erase una vez un hombre, el cual tenía un mono. Y era tal hombre ladrón de profesión, que no entraba en un zoco de la ciudad sin salir de allí cargado de copioso botín.

Y sucedió una vez que otro individuo cogió un traje viejo y se fue al zoco para venderlo y se puso a vocear, diciendo si no había alguien que se lo quisiera comprar. Pero no le salía ningún parroquiano, que todos huían al ver que aquel traje estaba demasiado usado.

Andaba por allí a aquella sazón el sujeto ladrón que tenía un mono, y reparó en el que quería vender el traje y que, habiendo guardado este en un canasto, sentábase con objeto de descansar un rato. Y fue el ladrón y soltó al mono, el cual se puso a retozar y hacer monadas delante del otro, hasta absorberle toda su atención, lo que aprovechó el ladrón para birlarle el cesto en que guardaba el traje y alejarse de allí sin que el dueño lo llegase a notar.

Siguióle luego el mono y el ladrón

con su presa dirigióse a un lugar desierto y ya allí procedió a destapar el cesto, encontrándose con aquel traje viejo.

Fue entonces el ladrón y buscó otro cesto y se dirigió a otro zoco y empezó a pregonar si no había quien quisiera comprarle aquel cesto con lo que tenía dentro, pero a condición que no habían de destaparlo sino después de haberlo comprado.

Dábalo a un precio tan bajo que era cosa de pasmo. Y pasó un hombre y se detuvo a mirar y maravillóse de aquel cesto tan bajo y comprólo aceptando la condición de no destaparlo.

Luego cargó con él y fuese a su casa y se lo entregó a su mujer. Y esta, al ver el cestillo, preguntó a su marido: —¿Qué es esto que aquí traes?

Y él le contestó:

—Pues un objeto de mucho valor, que compré muy por debajo de su precio y que pienso revender, sacando mucho provecho.

—¡Ye el muy pazguato!—exclamó la mujer—. Cuando te lo han dado tan

barato es señal de que es robado. ¿Y no sabes, acaso, que incurre en delito el que compra algo de origen ilícito y que quien tal hace se expone a que le pase lo que al alhaquín<sup>1</sup> del cuento?

—¿Y qué es lo que le pasó al tejedor del cuento?—preguntó el marido.

Y la mujer le dijo:

—Pues cuentan que había un tejedor en un pueblo y, por más que se ingeniaba, pasaba grandes apuros para procurarse la papa. Vivía no lejos de su casa un hombre riquísimo, el cual una vez organizó una alifara y convidó a todos los del lugar a que se fuesen a refocilar.

Acudió con los demás el alhaquín y no tardó en advertir que a los que iban bien vestidos les servían los manjares más exquisitos y el anfitrión los colmaba de halagos por verlos tan atildados.

Y el tejedor, que no era lerdo, se dijo para sus adentros: «Si dejase mi oficio y me buscase otro más productivo, ganaría más dinero y podría ir mejor vestido y mejoraría de posición y la gente me tendría más consideración.»

Fijóse luego en uno de los juglares que asistían a la fiesta y viole subirse a

un poste muy alto y tirarse desde allí al suelo, sin hacerse daño, y levantarse al punto con mucho garbo. Y el alhaquín se dijo: «Lo mismo que ese hace podría hacer yo, que no me gana a listo.»

Y en el acto, subióse a aquel poste y se arrojó al suelo, como el otro había hecho. Solo que al llegar a tierra, rompióse la cabeza y se quedó allí muerto.

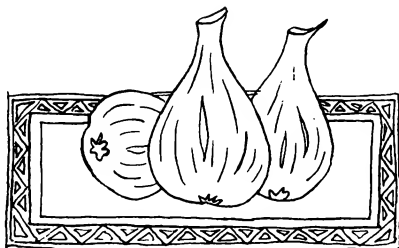
Lo cual, marido mío, te lo cuento para que no incurras en el mismo yerro y no te metas en lo que no es de tu incumbencia.

A lo que el marido le dio por respuesta:

—No siempre al sabio le salva su ciencia ni tampoco al ignorante su ignorancia le pesa. Más de una vez se dio el caso de que un domador de serpientes muy enterado de su oficio y muy conocedor de esos ofidios vino a morir a manos de una sierpe que le mordió, mientras que otro, menos ducho y menos hecho a tratar con esos bichos, los manejaba a su antojo sin que le hicieran perjuicio.

Y nuestro hombre, sin hacer caso de su mujer, persistió en comprar objetos robados a menos de su precio, para lucrarse con un buen provecho, hasta que al cabo le descubrieron sus tretas y acabó de mala manera.

<sup>1</sup> Tejedor. Voz romanceada del árabe *Al-haik*.





## HISTORIA DEL GORRIÓN Y EL REY DE LAS AVES <sup>1</sup>

(Noche 137)

—Erase que se era un gorrión que todos los días iba a visitar al rey de los reyes de las aves y se estaba holgándose en su compañía, hasta el punto de ser el primero que entraba y el último que salía.

Y sucedió una vez que una junta de aves reunióse en lo alto de un monte elevado. Y unas a otras se dijeron, conversando:

—Hase acrecido nuestro número y con ello también se han acrecido nuestras discrepancias, lo que no es ninguna ventaja.

Al oír aquello el gorrión aconsejó a sus compañeros que eligiesen por su rey al pavo real, que era precisamente aquel rey que dijimos que diariamente visitaba.

Aceptaron las aves su consejo y fueron en busca del pavo real y le rogaron que las quisiese gobernar.

Accedió el pavo a ello y se encargó del reino, y empezó tratando a todos sus vasallos con gran moderación, y una de sus primeras medidas de gobierno fue nombrar al gorrión su secretario y su visir en una pieza, de suerte que unas veces atendía a la cancillería y otras a los despachos de los asuntos del día.

Y sucedió cierta vez que el gorrión se ausentó y estuvo un día entero sin que nadie le viera el pelo. Y la noche de aquel día desvelóse el pavo real y no podía el sueño conciliar.

Estando así el monarca, he aquí que se presenta el gorrión y, al verlo llegar, preguntale el pavo real:

—¿Por qué estuviste ausente tanto tiempo, siendo, como eres, el más allegado a mi persona de cuantos mi séquito forman?

—Vi una cosa—respondió el gorrión—

<sup>1</sup> El vocablo árabe *azfur*, idéntico al hebreo que aparece en los salmos de David, significa, en general, todo pájaro pequeño y también el gorrión. Los de mayor tamaño se designan *tsifor*. «El tsifor que anda sobre el tejado» (*Je tsifor boded at gog*), dice David en el salmo CIL.

que me pareció sospechosa y que me infundió temor.

—¿Y qué cosa fue esa que viste?—inquirió el pavo real.

—Pues verás—respondió el gorrión—. Vi un hombre que llevaba consigo una red y la tendió delante de mi nido y la sujetó al suelo con unos palitos y echó dentro de ella unos granos de trigo y después de eso fue y se sentó un poco más lejos.

Sentéme yo también y me puse a mirar en qué paraba aquello, picado de la curiosidad. Y estando así veo venir por los aires una pareja de grullas, a las que el sino conducía allí, sin duda, pues fueron a posarse en medio de la red, donde quedaron presas, como es de suponer.

Rompieron entonces a graznar y a alborotar; pero el cazador, levantándose, fue y las cogió, de suerte que no hubo para ellas salvación.

Yo, de ver aquello, me puse malo y esa ha sido la causa de mi retraso, ¡ye rey del siglo!, y te aseguro que con esa red tan cerca de mi nido no me considero allí tranquilo y la prudencia me aconseja mudarme a otro sitio.

—No hagas tal—dijo al gorrión el pavo real—, pues de nada te servirá, que no hay prudencia que valga contra lo que el sino manda.

Pasó luego algún tiempo y, estando

un día acechando el gorrión, hubo de ver otros dos gorriones que estaban riñendo sobre la tierra y dijose con pena: «¿Cómo es posible que, siendo yo el visir de los pájaros, se atrevan estos a pelearse y a armar camorra a dos pasos de mi persona? Por Alá, que he de poner entre ellos paz.»

Y el gorrión fuese a los que reñían, con la intención de restablecer entre ellos la buena armonía. Pero estando en esto tiró el cazador de la red y los cogió en ella a los tres. Hizo por zafarse el gorrión, pero el cazador le echó la zarpa y se lo dio a su compañero diciendo:

—Cuida que no se escape, que está cebón y en mi vida vi ninguno mejor.

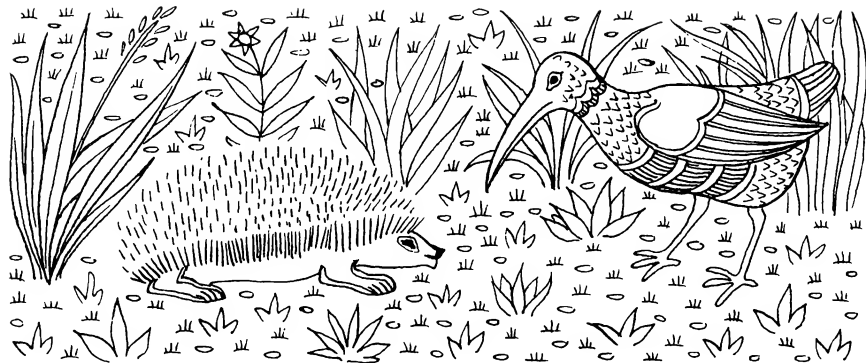
El gorrión, al verse preso, dijose para sus adentros: «¡Al fin vine a caer en lo que tanto temía! ¡Cuánta razón tenía el pavo real al decirme que contra el sino no se puede luchar y que ni el más precavido se puede de él librar!»

—¡Ye Schahrasad!—exclamó el rey Schahriar—. Cuéntame alguna otra historia por el estilo de la que me acabas de contar.

—Con gusto lo haré—respondió Schahrasad—si se digna escucharme nuestro señor el sultán.

Y acto seguido tomó Schahrasad la palabra y dijo:





## HISTORIA DEL ERIZO Y EL PAJARO-PICO <sup>1</sup>

(Noche 137)

—Cuentan que una vez hubo un erizo de plantar sus reales al pie de una palmera en la que anidaban un pájaro-pico y su mujer, los cuales gozaban allí de vida tranquila y llena de placer.

Y fue el erizo y se dijo: «Esa collera de pájaros-pico comen de los dátiles de la palmera y así se sustentan, mientras que yo no tengo ningún medio de llegar a ellos. Pero por fuerza la necesidad algún expediente me ha de inspirar.»

Y así diciendo fue el erizo y cavó un hoyo al pie de la palmera y se asentó en él, en compañía de su mujer. Y labró también un oratorio junto al hoyo y se retrajo a él y empezó a hacer alarde de devoción y edificación y mundana renunciación.

Violo luego el pájaro-pico rezando y prosternándose en acto de adoración y se enterneció a vista de tanta devoción y fuese al erizo y le preguntó:

—¿Cuántos años llevas ya aquí haciendo esa vida?

Y el erizo le respondió:

—Treinta años llevo sirviendo así al Señor.

Y el pájaro-pico le dijo:

—¿Y de qué te alimentas?

Y el erizo le contestó:

—Pues de lo que cae de la palmera.

—¿Y de qué te vistes?—preguntó el pájaro-pico.

Y el erizo le dijo:

—Pues de ajros y espinos. Y su asperidad me sirve de cilicio.

—¿Y por qué—insistió el pájaro-pico—elegiste este sitio antes que otro alguno, para establecer en él tu domicilio?

Y el erizo le dijo:

—Pues porque desde aquí puedo guiar al que se desvía del camino recto y enseñar al ignorante y lerdo.

—¡Ye!—exclamó al oírlo el pájaro-pico—. Yo, en verdad, habíame imaginado otra cosa; pero ahora siento ansias de seguir tu norma.

<sup>1</sup> Falta en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.



Pero el erizo le dijo:

—No encuentro del todo atinada tu resolución, pues temo que tus actos no estuviesen de acuerdo con tus dichos y fueres como aquel labrador que, en el tiempo de la sementera, no se cuidó de sembrar, diciendo: «Podría suceder que la cosecha luego no respondiese a mis deseos y la simiente que sembrara se me fuera en salvas.»

Pero luego que llegó el tiempo de la azeifa <sup>2</sup>, al ver a los demás recoger sus almiares, pesóle de su mal acuerdo y fue tal su rabia que se murió de puro sentimiento.

Luego que el pájaro-pico oyó esas palabras, preguntóle al erizo:

—¿Y qué tendría yo, entonces, que hacer para cortar los lazos del mundo y de todo desligarme y al servicio exclusivo del Señor consagrarme?

Y el erizo, en respuesta, le dijo:

—Pues prepárate para la otra vida y contentarte con una pizca de comida.

A lo que dijo el pájaro-pico:

—¿Qué puedo hacer yo, que soy un simple pajarillo y no puedo ir más allá de esta palmera, que me brinda el pan de cada día? Y puesto que pudiera no sé tampoco de ningún otro sitio en que me estableciera.

Pero el erizo le dijo:

—Puedes muy bien hacer una cosa y es: zamarrear con ayuda de tu mujer esa palmera y hacer que caigan de ella los dátiles necesarios para el consumo del año y luego plantar vuestro nido al pie del tronco del árbol para poder dejaros guiar por el camino recto y acarrear a vuestro nido nuevo todos los dátiles caídos y almacenarlos para no pasar hambre cuando falten y luego que hayáis consumido todas vuestras provisiones y no os queden más, consagraros al ayuno total.

Y el pájaro-pico, al oír aquello, le dijo al erizo:

—Gracias, amigo, y que Alá te dé su galardón crecido por el bien que me has hecho, recordándome el mundo venidero y encaminándome por el camino recto.

Y acto seguido pusieron el pájaro pico y su hembra a zamarrear la datilera hasta dejarle las ramas enteramente peladas, y el erizo se frotaba las manos de gusto y se daba prisa a recoger los frutos caídos y trasladarlos a su domicilio, para irselos comiendo cuando fuera preciso. Y en su interior pensaba el erizo: «Cuando el pájaro-pico y su hembra tengan hambre, me pedirán a mí de comer y yo la abstinencia les recomendaré y ellos no recelarán de mi mala fe, y luego que yo me haya comido todos los dátiles, me los comeré a ellos también y después en su nido me instalaré y de los dátiles que caigan del árbol me sustentaré.»

Ahora bien: luego que el pájaro-pico y su hembra bajaron de la quima de la palmera y vieron cómo el erizo habíase llevado todos los dátiles a su domicilio, fueron y le dijeron:

—¡Ye erizo! ¡Ye el buen amonestador y buen consejero! ¿Cómo es que no vemos ni rastro de dátil por aquí? ¿De qué vamos ahora a vivir?

Y el erizo les dijo:

—Yo no os puedo decir nada; quizá el viento los dátiles se llevara. Pero la salvación está en impetrar el sustento del Sustentador, ¡que aquel que las comisuras de los labios despega, jamás a la boca su sustento niega!

Y así por este estilo siguió el erizo sermoneando a los pájaros-pico y engatusándolos con frases de fingida piedad, hasta que, al cabo de todo, se confiaron y, sin el menor recelo, en su madriguera entraron.

Y el erizo en seguida fuese a la puerta de un brinco, rechinando los dientes, y entonces el pájaro-pico, al ver ya su perfidia manifiesta, le dijo al erizo:

<sup>2</sup> De la siega.

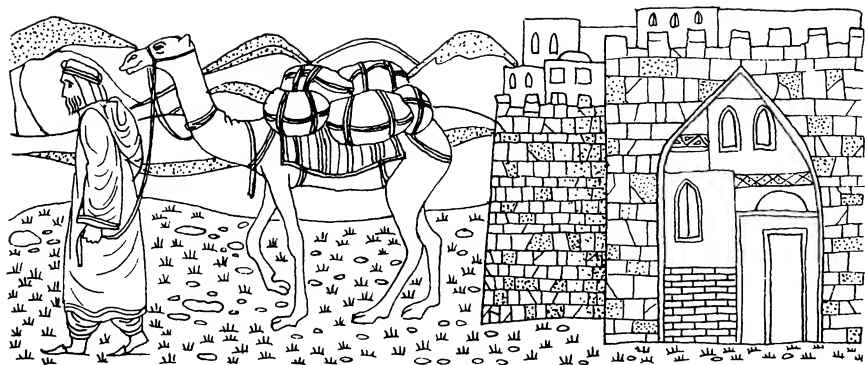
—¿Qué tiene que ver esta noche con la de ayer? Pero ¿no sabes que hay un defensor para los desvalidos?

Guárdate, pues, de usar añagazas contra los débiles, pues te podría suce-

der lo que a los dos picaros ocurrioles con el mercader.

—¿Y qué les ocurrió a los dos picaros con el mercader?—preguntó el erizo. Y el pájaro-pico le dijo:





## HISTORIA DEL MERCADER Y LOS DOS PICAROS

(Noches 137 y 138)

—Cuentan los que cuentan que en una ciudad nombrada Sindhah había una vez un mercader muy rico, el cual cargó sus camellos de mercaderías y partió con ellos a la ciudad, la fulana, donde venderlos pensaba. Y he aquí que dos pícaros le fueron siguiendo y ambos bribones habían metido en unos fardos todas las cosas que hasta allí habían robado, y fingiéndose mercaderes, se incorporaron a la caravana del mercader y con él siguieron el camino.

Y luego que hicieron alto en la primera parada, pusieron de acuerdo para robarle al mercader rico todo cuanto llevaba consigo; pero en su in-

terior cada uno de los dos pensaba engañar a su compañero, diciendo: «En logrando mi empeño, será para mí todo y no tendré que darle parte al otro.»

Y después de su traición discurrida, fue el uno de ellos y sacó comida y echó veneno en ella y se la ofreció a su compinche, el cual, a su vez, hizo lo mismo y ambos comieron y, por efecto del fuerte tósigo, reventaron inmediatamente.

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 138 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mí noticia, *ye rey*, el afortunado, que el mercader rico, al que pensaban robar, hubo de echarlos de menos y los mandó buscar y los buscaron y muertos los encontraron,

por donde el mercader vino a saber que aquellos fingidos compañeros no eran sino dos bandidos que habían tratado de despojarlo y su mala intención había redundado en su propio daño.

Y el mercader fue y cogió lo que los dos picaros llevaban y se lo apropió.

Luego que Schahrasad hubo terminado su cuento, le dijo el sultán:

—¡*Ye* Schahrasad! En verdad que,

con lo que me has contado, me has traído a la memoria lo que tenía descuidado.

Sigue, pues, edificándome con esos ejemplos tan atinados.





## HISTORIA DE ALI-BEN-BEKKAR Y SCHEMSU-N-NEHAR

(Noches 138 a 147)

*Volvamos al mundo de la realidad y al drama entre los hombres con esta historia archirromántica de los amantes desgraciados que mueren de amor y que, separados en vida por la adversidad del Sino, solo aspiran a la equivocada dicha de unirse en la tumba. Son dos precursores venerables de los amantes de Teruel, y en ellos se condensa la suprema aspiración, expresada en esta frase popular hispánica: «Que nos entierren juntos.» Hemos vivido ocho siglos con los árabes.*

*Este cuento, en el que una serie de fatalidades se complican como deliberadamente para frustrar la unión de ambos amantes en la tierra, pertenece a la literatura de angustia y misterios que siglos después alcanzará tanta boga en Occidente (Poe, Villiers de L'Isle Adam, etc.), y también a esa literatura de la ternura patética, en la que nadie ha superado en Occidente a Dostoyevski.*

*Por el triunfo absoluto del Sino en esta historia es un argumento a favor de los motáziles y no podría incluírsela bajo el epígrafe de «el gozo tras la aflicción» del optimista At-Tenuji. Notemos, finalmente, que ese joven Ali-ben-Bekkar, que vive y muere de amor, alma inocente, pura y hasta pueril, de la casta de los Alioschas dostoyevskianos, es una semblanza anticipada del Anisu-l-Uchud, que veremos aparecer más adelante en otra historia, de final más feliz.*

*Como siempre, discrepan las versiones en más de un pormenor. Payne, por ejemplo, transcribe Abulhuh (padre de la belleza) en vez de Abu-l-Hasán*

(padre del bello), y Burton hace notar, con razón, que *Abu-l-Husn* no es nombre musulmíco. Bekkar aparece transcrito en algunas ediciones—entre ellas las de Burton—Bakkar. La edición de Breslau titula este cuento Historia de Abu'l Hasán el Attar (perfumista) y Ali ibn Bakkar y de lo que les sucedió con la muchacha (*chariya*) Schams al-Nahar.

—He podido saber, *ye* monarca, el afortunado, que en tiempos antiguos, siendo jalifa Harunu-r-Raschid, había un mercader que tenía un hijo, llamado Abu-l-Hasán-ben-Táhir, y era el tal mercader muy rico de caudales y muy guapo y bien plantado, por lo que a todo el mundo le era simpático y tenía entrada libre en el alcázar jalifiano, sin necesidad de ser anunciado, que todos los esclavos y esclavas del jalifa estaban por él chillados.

Y el propio jalifa lo amaba hasta el extremo de sentarle a su mesa y hacerle decir versos y contar historias peregrinas y cosas notables de otros tiempos. Además de estas ocupaciones cortesanas, el mercader vendía y compraba en el zoco, donde tenía su alcañá, y allí se sentaba, teniendo a un lado un muchacho, que era uno de los hijos de los reyes persianos, y Ali-ben-Bekkar era nombrado.

Y era el tal joven guapo y bien formado, de una perfección a la que no se le podía poner reparo, con unas mejillas como las rosas y unas cejas corridas que resultaban seductoras, y una labia tan dulce que cautivaba en aquella su boca, de la que la sonrisa nunca se borraba. Que era el muchacho dado de suyo a la expansión y a la alegría y la diversión.

Y sucedió cierto día que estaban los dos sentados en la tienda, uno al lado del otro, conversando y riendo, cuando se acercaron a ellos diez esclavas que otras tantas lunas semejaban, que eran todas a cual más bella y bien formada y proporcionada. Y en medio de las diez esclavas venía una joven montada en una mula, con la silla incrustada de

oro y estribos del mismo metal, y cubriase la joven el rostro con un almaizal<sup>1</sup> y sujetábase el talle, garboso, con una faja de aljaz<sup>2</sup> bordada de oro. Según dijo el poeta, refiriéndose a ella:

«Es su carne pura seda,  
pura música su voz  
y sus ojos arrebatan,  
a quien la ve, el corazón.  
Dijo Alá: "¡Sean!" y fueron.  
Y son de tal condición,  
que emborrachan, como el vino,  
con su fuego de pasión.  
Desde que la vi, las noches  
en claro me paso yo,  
y así será hasta que logre  
que corresponda a mi amor.»

Luego que llegó la joven a la alcañá de Abu-l-Hasán apeóse de su cabalgadura y pasó adentro y tomó asiento, después de cambiar los saludos de rigor con su dueño. Y lo mismo fue verla Ali-ben-Bekkar que perder la chaveta, hasta el punto de querer irse de la tienda. Pero impidióselo ella, diciéndole:

—Siéntate en tu sitio y no te muevas. No está bien que te vayas por causa de nuestra presencia.

—Por Alá, mi señora—respondió Ali-ben-Bekkar—, que, si me quise ir, era huyendo de lo que vi.

Como dijo el poeta:

«Ella es un sol que refulge  
en lo más alto del cielo;  
loco tú, si tú quisieras  
remontar hasta ella el vuelo  
o pretender que bajase  
ella hasta el humilde suelo.

<sup>1</sup> Toca de gasa. Del árabe *Al-Mizar*.

<sup>2</sup> Seda.

Así que no te ilusiones,  
ni fomentes tus anhelos,  
y pídele a la paciencia  
para tu mal el remedio.»

Sonrió la joven al oírle y, dirigiéndose a Abu-l-Hasán, le dijo:

—¿Cómo se llama ese chico y de dónde es venido?

—Ese joven—respondió Abu-l-Hasán—es extranjero, se llama Ali-ben-Bekkar y descende de los reyes del Achm, y dice el refrán que al algarivo se le debe honrar.

Y la joven, después de oírlo, le dijo:

—Cuando mi esclava se presente en tu tienda, ven a verme con ella, y que él también venga.

Y lo agasajaremos en nuestra casa, para que no pueda decir que la gente de Bagdad ignora la adiafa, que la tacañería es el vicio más feo que al hombre se le puede reprochar.

Ya has oído, pues, lo que de ti deseo, y si no me obedeces me enojaré contigo y no aportaré más por tu tienda ni te saludaré cuando te vea.

Y Abu-l-Hasán respondióle a la bella:

—Sobre mi cabeza y sobre mis ojos. ¡Guárdeme Alá de incurrir en tu enojo!

Y entonces ella se levantó y su camino siguió.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a Ali-ben-Bekkar, quedó este tan trastornado que no sabía lo que se decía. Y estando de esta guisa, al cabo de una hora, presentóse en la tienda la esclava y, sin más ni más, díjole a Abu-l-Hasán:

—Dice mi señora que vayas allá y a tu compañero no olvides llevar.

Levantóse en el acto Abu-l-Hasán y marchó allá, llevando consigo a Ali-ben-Bekkar.

Tomaron el camino del alcázar de Harunu-r-Raschid y, luego que llegaron, los introdujo allí la esclava y los hizo pasar a una habitación reservada,

donde les dijo que se sentasen y descansasen.

Había allí unas mesas servidas y ellos se sentaron y comieron y después se lavaron las manos. Brindóles luego la esclava de beber y bebieron y, finalmente, les ordenó que se levantasen y la siguiesen.

Hiciéronlo así ellos y la esclava los introdujo en otra cámara reservada, cuyo techo sostenían cuatro columnas y cuyo pavimento cubrían tapices de los más bellos, estando toda ella tan engalanada que parecía una mansión de hadas.

Y ambos amigos se quedaron estupefactos ante tanta riqueza y tanto adorno raro.

Y en tanto recreaban sus ojos en la contemplación de aquellos tesoros, he aquí que entran en la sala de pronto diez esclavas, semejantes a otras tantas lunas por su maravillosa hermosura, contoneándose y cimbreadose en la ufanía de su belleza, y eran tales que deslumbraban la vista y el espíritu confundían, y las dichas muchachas se repartieron en dos filas, como si fueren las ojinegras novias de los bienaventurados en la gloria.

Y pasado que fue un rato, entraron en la sala otras diez muchachas, llevando en sus manos laúdes y otros instrumentos musicales, y después de saludar a los dos huéspedes, tomaron asiento y empezaron a templar sus instrumentos.

Y luego se levantaron y, puestas en pie, tocaron y cantaron y versos recitaron, y dizque, en verdad, cada una de ellas era una tentación para los siervos de Alá.

Y en tanto que ambos amigos contemplaban a las lindas muchachas, he aquí que entraron en la sala otras diez mocitas de pechos levantados y todas de la misma edad, de ojos negros y rosadas mejillas y corrido entrecejo y lánguido mirar, que eran una fascina-

ción verdadera para todo fiel creyente y, para todo el que las miraba, un deleite, y vestían trajes de colorines, de distintas clases, realzados con unos alhaites que el ánimo dejaban atónito.

Apostáronse aquellas señoritas a ambas albardas <sup>3</sup> de la puerta de la sala y, a poco de eso, entraron otras diez mocitas todavía más lindas, vestidas y compuestas con tal lujo que ante ellas el ingenio quedarase mudo. Y también ellas colocáronse junto a la puerta.

Y a continuación entraron todavía en el salón otras veinte señoritas, llevando en medio de ellas a una joven de belleza sin par y cuyo nombre era Schemsu-n-Nehar <sup>4</sup>. Y era de tal hermosura que parecía la conjunción del sol y la luna, en medio de los astros del cielo; llevaba recogidos en trenzas sus cabellos y un traje azul celeste le cubría el cuerpo y se lo ceñía al talle con un cinturón de seda recamado de oro, cerrado por un broche también de oro, con incrustaciones de aljófar, de un arte primoroso.

Adelantóse la joven y, cimbreado el talle, fue a sentarse en un lecho que había allí, en el centro. Y lo mismo fue verla Ali-ben-Bekkar que ponerse a declarar estos versos:

—Ella es la causa de este  
mal que me mata,  
pues su pasión en fiebre  
mi sangre inflama.  
Cuando la miro, siento  
fundirse el alma  
y hasta los propios huesos  
ya se me ablandan.

Luego de recitar esos versos díjole Ali-ben-Bekkar a su amigo Abu-l-Hasán:

—Habríasme hecho un bien advirtiéndome lo que me esperaba aquí antes de venir, pues así, al menos, habría podido hacerme a esa idea y fortalecer mi alma para lo que le aguardaba.

Y dicho aquello rompió el joven a llorar y suspirar.

A lo que le contestó Abu-l-Hasán:

—Mira, hermano mío; ya sabes que yo siempre busco tu bien, y si no te previne, fue por temor a que el anuncio de lo que aquí te esperaba te hiciese tanta impresión que te impidiese venir y pusiese una barrera entre los dos. Pero alegra tu alma y refresca los ojos. Porque ella te tiene afición y no dejará de corresponderte a tu amor.

Y Ali preguntóle a Abu-l-Hasán:

—Dime, por favor: ¿cuál es el nombre de esa beldad?

—Se llama Schemsu-n-Nehar—respondió Abu-l-Hasán—y es una de las favoritas de Harunu-r-Raschid, el emir de los creyentes, pues este alcázar en que estamos es la residencia del jalicato.

Estaba a todo esto Schemsu-n-Nehar sentada en su trono, absorta en la contemplación de los encantos de Ali-ben-Bekkar, y lo miraba con la misma fijeza con que él la miraba a ella, que a ambos el amor les inflamara con el mismo fuego el corazón.

Mandó luego Schemsu-n-Nehar a sus esclavas que se sentasen cada una en su respectivo lugar y así lo hicieron, repartiéndose por la sala frente a la ventana. Después de lo cual les ordenó cantar, y una de ellas tomó el laúd y, acompañándose con él, entonó esta canción:

—¡Ye rey de la belleza! No me olvides,  
y que vea yo llegar tu mensajero,  
nuncio de nueva, placentera cita,  
y de esta soledad termine el tedio.  
Ten compasión de mí, que me consumo  
en tu ausencia y me enervo;  
ven a coger las rosas de mi cara,  
antes que pierdan sus colores bellos.  
¡Hoy te puedo ofrecer cuantas tú quieras;  
ven y pide, mi dueño!  
Pero no te demores, que la pena  
mi rostro va a dejar árido y yermo.  
Ven a darme la vida, tú que eres  
la vida para mí, si no me muero;  
mas no dejes se extinga de tu amada  
esta vida que es tuya al mismo tiempo.

<sup>3</sup> Lados.

<sup>4</sup> Sol del Día.



Estremeci6se de alborozo Ali-ben-Bekkar al oír a la cantora y exclam6:  
—¡Ye por favor, sigue cantando a ese tenor!

La joven, entonces, torn6 a pulsar las cuerdas del laúd y enton6 esta otra canción:

—Mis ojos ignoraban  
lo que era el llanto;  
mas tu ausencia, tan larga,  
se lo ha enseñado.  
Y tan bien lo aprendieron,  
que ya otra cosa  
no hacen más que estar siempre  
llora que llora.

Al oír Schemsu-n-Nehar aquella copla lanzó un suspiro y aplaudi6 a la cantora. Luego orden6le a otra que cantara a su vez, y la esclava, pulsando el laúd, rompi6 a cantar con mucho sentimiento los siguientes versos:

—Como un vergel bien regado  
en su juventud florida;  
cual hierba primaverál,  
el vello de su mejilla.  
Los misterios del amor  
en su cara se descifran,  
y la belleza encantada  
en ella estamp6 su firma.

Luego que la cantora termin6 su canción, díjole Sche nsu-n-Nehar a otra de aquellas jóvenes:

—Haznos oír tú también algo de tu estilo.

Y la citarrera rasgue6 su laúd y lo ajust6 a su festivo compás y enton6 esta letrilla:

—Sus miradas, no su vino,  
fueron las que me embriagaron,  
y sus garbosos andares  
son los que me desvelaron.  
Sus miradas el tesoro  
de mi paciencia apuraron,  
y sus picaros hechizos  
el juicio me robaron.

Luego que Schemsu-n-Nehar hubo oído aquellos versos lanzó un hondo suspiro y pag6se mucho de su sentido. Mand6le luego cantar a otra cantora. y

la muchacha su laúd templ6 y esta letra enton6:

—Es un rostro que al sol envidia causa;  
fuente de juventud que borbotea;  
de su pelo ondulado en cada rizo  
un misterio de amor hondo se encierra,  
y la Belleza dice: «¡Nunca supe  
hasta d6nde el poder llega de Alá,  
antes de contemplar tal maravilla  
que en esta tierra no tiene su igual!»

Luego que la cantora acab6 de cantar, dijo Ben-Bekkar a la que más cerca de él tenia:

—Cántanos tú también algo, señorita.  
Y la joven templ6 su laúd y enton6 esta canción:

—¡Harto breve es el tiempo  
para remilgos  
y decirle que espere  
a nuestro amigo!  
Puesto que ahora el momento  
nos es propicio,  
¡a gozar!, que no siempre  
será lo mismo.

Luego que call6 la cantora suspir6 Ali-ben-Bekkar y lágrimas copiosas de sus ojos empezaron a manar. Y al verlo Schemsu-n-Nehar llorar y suspirar, inflam6se en su amor todavía más y acreciéronse en su pecho el deseo y la ansiedad.

Levant6se luego del lecho y se dirigió a la puerta del aposento, y Ali-ben-Bekkar la fue siguiendo y, atravesándose en su camino, la cogió entre sus brazos y la estrech6 en ellos, y ella correspondió a sus abrazos y sus besos con tal ardor y tal vehemencia que ambos rodaron desmayados por tierra.

Acudieron en seguida las esclavas y los levantaron a ambos y los llevaron al fondo de la sala y les rociaron los ojos con agua de rosas perfumadas.

Luego que recobraron el sentido, advirtieron que Abu-l-Hasán se había ido, aunque no era así, sino que lo que había hecho era ocultarse a un lado del lecho. Y la muchacha dijo:

—¿Dónde está Abu-l-Hasán?

Salió luego este de su escondite y se le mostró y ella, al verlo, lo saludó, diciendo:

—A Alá pido sea servido de concederme la merced de poderte recompensar la que tú me has hecho ya, amigo de todo mi aprecio.

Llegóse después a Ali-ben-Bekkar y le dijo:

—Ese amor tan grande que tú sientes por mí no es mayor que el que yo siento por ti. Y no tenemos más recurso que llevar con paciencia nuestro infortunio.

—Por Alá, mi señora—exclamó Ali-ben-Bekkar—, ¿no habrá medio alguno de que nos unamos y así se entibie un tanto este fuego que me abrasa el pecho? ¿Es que este tormento que sufro por tu amor solo habrá de cesar cuando mi pobre corazón deje de palpitar?

Y al decir estas palabras corrieron por sus mejillas las lágrimas cual lluvia desatada.

Al verlo Schemsu-n-Nehar llorar así lloró ella también de verlo sufrir.

Y dijo Abu-l-Hasán:

—Por Alá, que este trance me llena de asombro y de perplejidad; que es cosa rara, en verdad, el veros llorar ahora que estáis juntos, porque ¿qué dejáis para cuando no os veáis?

Y añadió a continuación:

—No es este, por cierto, el momento indicado para la tristeza y el llanto, sino para el alborozo y el gozo.

Hizo entonces señas Schemsu-n-Nehar a una de las esclavas, y esta salió y tornó luego acompañada de otras, que venían cargadas con una mesa servida con vajilla de plata y en la que había manjares diversos en gran abundancia.

Pusieron las esclavas la mesa delante de su ama, y esta empezó a comer de aquellos manjares, ofreciéndole bocadi-

tos a Ali-ben-Bekkar, de suerte que ambos comieron hasta no querer más. Y las esclavas la mesa levantaron y les trajeron aguamaniles para que se lavasen las manos.

Y luego las doncellas cogieron incensarios, con toda suerte de inciensos, y madera de álce y ámbar gris y otros perfumes revueltos y también pulverizadores con agua de rosas y a ambos amantes los sahumaron y los rociaron.

Y acto seguido las esclavas pusieronles delante unas copas de oro cincelado, con sorbetes de toda clase, y además les sirvieron toda suerte de fruta fresca y pasa, propia a recrear la vista y despertar la gana.

Y ofreciéronles, asimismo, sendas copas de jacinto, colmadas de un vino rancio exquisito. Y Schemsu-n-Nehar eligió diez esclavas para que permaneciesen en torno a ella, atentas a su menor seña, y otras diez cantoras, para que distrajesen a su señora, y despidió a las demás, diciéndoles que se podían retirar.

Ordenó después a las cantoras que templasen sus laúdes y, luego que así lo hicieron, mandó a una de ellas que iniciase la fiesta. Y ella lo hizo así, entonando esta letra:

—Feliz la que reír puede  
de su amado entre los brazos;  
yo en su presencia padezco  
de la ausencia los quebrantos.  
Nos vemos el uno al otro,  
mas no podemos juntarnos;  
las lágrimas solamente  
son de nuestro amor los lazos.

Luego que la cantora terminó su canción tomó Schemsu-n-Nehar la copa y bebió, y después la volvió a llenar y se la ofreció a Ali-ben-Bekkar.

Pero al llegar a este punto vio Schahrasad venir la mañana y cortó el flujo de sus desbordadas palabras.

## Y LA NOCHE 139 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—He podido averiguar, *ye* monarca, el afortunado, que Schemsu-n-Nehar tornó a llenar la copa y se la ofreció a Ali-ben-Bekkar.

Después de lo cual ordenóle a otra de las esclavas que entonase su copla, y así lo hizo aquella en la siguiente forma:

—Con la copa del vino  
yo mis ojos comparo,  
pues lo mismo que ella  
se desbordan de llanto.  
Y en verdad que no sé  
si es vino lo que bebo  
o el propio llanto es.

Luego que hubo terminado de cantar, apuró su copa Ali-ben-Bekkar y se la devolvió a Schemsu-n-Nehar, y esta tornó a llenarla y se la ofreció a Abul-Hasán, que la tomó y de un sorbo la apuró. Luego cogió la joven el laud y dijo:

—Que nadie sino yo cante coplas sobre este tema de la copa.

Y después de templar las cuerdas del instrumento entonó estos versos:

—Anida en sus mejillas  
del llanto el cuervo,  
y el pecho le consume  
de amor el fuego.  
Y son sus compañeras  
lágrimas fieles,  
que nunca la abandonan,  
pues llora siempre,  
que, aunque a su amado vea,  
perderlo teme.

Y a continuación entonó esta canción:

—Mi vida por ti diera,  
¡lindo copero!  
Que de arriba hasta abajo  
¡todo eres bello!  
En tus manos radiante  
refulge el sol<sup>5</sup>.

<sup>5</sup> La copa en que el vino destella.

y tu cara la dulce  
luna doró;  
lo mismo que la copa  
son tus miradas,  
y con la misma fuerza,  
¡jay!, nos embriagan.  
Una deidad parece  
tú, que a su antojo  
al uno da la vida,  
la muerte al otro.  
Al formar la Belleza,  
tú de modelo  
de fijo le serviste  
a Alá, el excelso;  
de tu aliento la brisa  
tomó, sin duda,  
esa leve fragancia,  
tan grata y pura;  
yo por seguro tengo  
no eres de carne,  
sino de noble fuego  
como los ángeles<sup>6</sup>.

Luego que Ali-ben-Bekkar y Abul-Hasán y todos los demás hubieron oído ese cantar estuvieron a punto de desmayarse de gusto y se pusieron a rezoar y reír, y en ello estaban cuando llegó de pronto una esclava, toda azorada, y, temblando de susto y llegandose a Schemsu-n-Nehar, le dijo:

—¡Ye mi señora! El emir de los creyentes se dirige hacia aquí y ya está en la misma puerta y viene acompañado de Mesrur y de Afif y Marchán<sup>7</sup> y de otros más que no sé cómo se llamarán.

Al oír aquello todos estuvieron a punto de morirse de susto. Pero Schemsu-n-Nehar se echó a reír y exclamó:

—No hayáis temor.

Y encarándose con la esclava le dijo:

<sup>6</sup> Sabido es que, según el *Corán*, Alá creó a los ángeles del fuego.

<sup>7</sup> Afif, el Casto. Marchán, masculino de Marchana, Coral.

—Sal y entreténlos hasta que me dé tiempo de escapar y que no me puedan hallar.

Mandó después cerrar la puerta de la cámara y correr las acitaras y, dejando a los demás allí, salió ella por otra puerta al jardín y se sentó en su lecho y le mandó a una de sus esclavas que se pusiese a sobarle los pies y a las demás que se retirasen a sus respectivos lugares y, finalmente, ordenóle a otra esclava que dejara la puerta del jardín entornada, para que así el jalifa tuviera fácil la entrada.

No tardó en presentarse Mesrur, acompañado de veinte esclavos, todos con sus alfanjes enarbolados. Saludaron a Schemsu-n-Nehar con el *selam* y la joven les dijo con toda serenidad:

—¿Qué os trae por aquí?

A lo que ellos contestaron:

—El emir de los creyentes te envía un saludo con nosotros y te manda a decir que tenía intenciones de hacerte una visita, pero que se lo ha impedido el haberse armado en sus habitaciones zambra y holgorio muy lucidos, por lo que te ruega te dignes ir tú allá para que pongas el sello a la fiesta con tu presencia; contéstanos, pues, si vienes tú allá o prefieres, a pesar de todo, que él sea quien acá venga.

Al oír esas palabras, levantóse Schemsu-n-Nehar y besó la tierra y después dijo:

—Oír es obedecer. Decidle al emir de los creyentes que lo aguardo aquí.

Mandó luego llamar a las tesoreras y a todas sus doncellas y les comunicó que iba a cumplimentar la orden del jalifa y despachó por delante a los eunucos, diciéndoles:

—Id y anunciadle al emir de los creyentes que quedo aguardando su visita, pero le ruego que tarde un momentito, a fin de que yo tenga tiempo para poner unos tapices y arreglar un poco este sitio.

Fueron a decirselo así los eunucos al

jalifa, marchando a toda prisa, y, entre tanto, Schemsu-n-Nehar pasó a la otra sala, donde quedara Ali-ben-Bekkar, y lo estrechó contra su pecho y se despidió de él con grandes extremos. Rompió a llorar Ali-ben-Bekkar y exclamó:

—¿Ye mi señora, esta despedida va a costarme la vida! ¡A Alá le pido me dé fuerzas para sobrellevar el dolor de la ausencia y todos los tormentos que por tu amor estoy sufriendo!

Pero Schemsu-n-Nehar le contestó diciendo:

—Aquí la única que puede darse por perdida soy yo. Porque tú ahora te vas y te encaminarás al bazar y allí encontrarás amigos que, con su charla, el ánimo te distraigan y tu alma será salva y tu pasión quedará arcana, mientras que yo me quedo aquí con mi pena y mi inquietud sin tener quien me consuele, y eso sin contar con que al jalifa le hice de un engaño víctima y corro el consiguiente peligro de muerte, aunque sin eso ya me la darán mi pesar por verme separada de ti y no saber cuándo nuevamente nos podremos reunir. ¿Y con qué lengua voy a cantar y con qué corazón me voy a presentar ante el miramamolin y con qué donaire le adobaré la copa mientras bebe y con qué ojos he de mirar un sitio del que tú estás ausente? ¿Y con qué gusto podré beber un vino que tú no bebes conmigo?

Pero Abu-l-Hasán le dijo así:

—No te apures, señora, y ten paciencia y haz por distraer esta noche al emir de los creyentes y ningún desvío le muestres y haz cuanto puedas por entretenerle.

Pero estando en estas he aquí una esclava que llega diciendo:

—Ya están ahí los servidores del emir de los creyentes.

Púsose en pie Schemsu-n-Nehar y le dijo a la esclava:

—Coge a Abu-l-Hasán y a su amigo y llévalos a ese mirador alto que da al

jardin y déjalos allí para que no los vean y puedan marcharse luego que anochezca. Que entonces tú ya idearás algo para que, a favor de las sombras, puedan salir bien parados.

Cogió la esclava a ambos amigos y los condujo al mirador referido y, metiéndolos dentro, cerró la puerta y se fue a sus tareas.

Miraron ambos amigos al jardin y pudieron ver llegar al jalifa, el cual iba precedido de unos cien esclavos, todos el alfanje en su mano, y en torno a ellos veinte esclavas de tal hermosura que parecían otras tantas lunas, vestidas con un lujo que no cabía más y luciendo en sus frentes sendas diademas incrustadas de rubies y de perlas y llevando en su mano cada una una antorcha encendida, y entre ellas marchaba el jalifa, rodeado por todas partes de aquellas jóvenes lindas, y precedido de Afif y Mesrur y Nazil<sup>8</sup> y de una tropa de criados, entre los cuales avanzaba con vacilante paso<sup>9</sup>.

Levantáronse Schemsu-n-Nehar y sus esclavas y sus eunucos y cuadráronse delante del jalifa y fulgieron las antorchas y vibraron las chirimías hasta que el emir dio orden a los de su séquito de que se retirasen y guardasen las entradas del jardin, para que nadie les molestase.

Sentóse luego Schemsu-n-Nehar en un lecho, al lado del jalifa, y ambos se enredaron en plática entretenida. Y Abu-l-Hasán y Ali-ben-Bekkar desde su mirador veían y oían todo cuanto hacían y decían, sin que el jalifa, desde donde estaba, gozase de la misma ventaja.

Púsose luego el sultán a retozar con Schemsu-n-Nehar y mandó abrir la sala contigua y descorder las cortinas y encender las luces en tal profusión que,

con ser de noche, todo resplandecía cual en pleno día.

Trasladaron luego los eunucos a la sala las copas y ánforas para la bebida, así como también los instrumentos de música.

Y dijo Abu-l-Hasán:

—En verdad que nunca vi cosas tan magníficas, de tal belleza y tal valor, ni llegó a mí la fama de que las hubiera, que son raras joyas incrustadas con variedad de piedras preciosas. Y es de tal naturaleza todo cuanto veo que me parece que es que lo sueño.

Cuanto a Ali-ben-Bekkar, desde punto y hora que lo dejó Schemsu-n-Nehar, tumbárase en el suelo sin sentido por las angustias del amor y el deseo, y luego que en sí volvió, fijó la mirada en todas aquellas maravillas que igual no tenían, y, dirigiéndose a Abu-l-Hasán, su amigo, le dijo:

—Mira, hermano mio: temo no sea que el jalifa nos vea o le vayan con el soplo de nuestra presencia y te advierto que es por ti por quien más temo.

Pues, por lo que a mí se refiere, harto me tengo sabido que sin remedio alguno soy perdido, y lo que me aflige y me mata no es sino el amor y la nostalgia y el mucho deseo y el verme separado de mi adorada, después de haberla tenido entre mis brazos. Aunque a Alá me encomiendo, para que nos saque con bien de este grande aprieto.

Siguieron Abu-l-Hasán y Ali-ben-Bekkar atisbando desde su mirador todo cuanto pasara en la habitación y vieron cómo el jalifa llamaba a una esclava y le ordenaba:

—Háznos oír lo que sabes en punto a recrear los oídos con sonos agradables.

Y la joven, en seguida, templó su instrumento y cantó estos versos:

—Con nostalgia profunda, la beduina,  
lejos de su amor, gime como una tórtola,  
y con mirada ansiosa las caravanas  
mira, por si le traen a quien adora.

<sup>8</sup> Nazil. Bajado (del cielo).

<sup>9</sup> El jalifa, según nos lo describen sus biografías, era hombre gordo y, además, habría bebido.

No mires, beduina, que será en vano;  
ese hermoso jinete que te enamora,  
después de cautivarte sigue ligero  
sin pensar que te deja triste y llorosa.

Al oír Schemsu-n-Nehar aquellos versos rodó desmayada de su asiento, perdido del todo el conocimiento. Acudieron al punto las esclavas y la levantaron del suelo. Y al ver aquello Ali-ben-Bekkar, desde su mirador, impresionóse tanto que se desmayó.

Emocionóse Abu-l-Hasán y exclamó:

—En verdad que el sino nuestro amor en dos partes iguales dividió.

Pero estando conversando así los dos amigos presentóse la esclava que a aquel mirador los había conducido y les dijo:

—¡Ye Abu-l-Hasán!, levántate y sal de aquí con tu amigo; venid los dos conmigo, que tengo el pecho de temor encogido, no sea que se descubra este lio y a ambos os cueste la vida. Así que daos prisa y salid de ahí en seguida.

A lo que Abu-l-Hasán le contestó:

—¿Cómo vamos a salir de aquí cuando este muchacho, como ves, no se puede tener en pie?

Fue entonces la esclava y, con agua de rosas, le roció al joven la cara. Acabó Ali-ben-Bekkar de recobrar los sentidos y entre Abu-l-Hasán y la esclava lo cogieron en vilo y lo sacaron

del mirador y anduvieron un trecho por el jardín; luego abrió la esclava un postigo de hierro que había allí y los hizo a ambos salir.

Dio luego una palmada y acudió al punto una barca, que un hombre impulsaba. Ayudó la esclava a ambos amigos a saltar a la barca y le dijo al hombre que la gobernaba:

—Llévalos y déjalos en la otra orilla.

Luego que ambos pasaron a la barca, díjole al hombre la esclava:

—¡Date prisa y despacha!

Montaron, pues, en la barca ambos amigos y el barquero empezó a remar y se adentró por el río, dejando el jardín atrás. Y Ali-ben-Bekkar volvióse a mirar el palacio del jalifa y el mirador y el pabellón y de ellos se despidió con estos versos:

—Al despedirme le alargué *esta* mano,  
en tanto que *esta* otra me llevaba  
al corazón en llamas abrasado.  
¡Ye quiera Alá contigo reunirme  
y no sea nuestro último viático.  
para el largo camino, este adiós triste!

Montó también luego en la barca la esclava y el barquero se puso a remar con bríos para ir de prisa, según le había dicho.

Pero al llegar a este punto sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 140 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mi noticia, *ye* monarca, el afortunado, que el barquero comenzó a remar de prisa hasta que la barca se alejó de la orilla y fue a ganar la opuesta, donde los dos amigos saltaron a tierra y se despidieron de la esclava, que volvió atrás en la barca.

Aunque al despedirles les dijo:

—De buena gana os acompañara más, pero no puedo seguir adelante y en este sitio os tengo que dejar.

Quedóse, pues, en tierra Abu-l-Hasán en compañía de Ali-ben-Bekkar, el cual se hallaba en tal estado que no podía andar y no quería moverse de aquel lugar.

—*¡Ye amigo mío!*—le dijo Abu-l-Hasán—. En este sitio no estamos seguros y corremos riesgo de perder la vida, pues está infestado de bandidos y de asesinos.

Probó, pues, Ali-ben-Bekkar a caminar y anduvo un breve trecho, con gran dificultad, que no podía, en verdad, pero dio la casualidad de que Abu-l-Hasán tenía en aquella orilla del río un amigo de toda su confianza y se dirigió a su casa y llamó a su puerta, quedando a la espera.

Salíó a abrirle el amigo y, al verlos a los dos, les dio la bienvenida y los hizo pasar adentro y les hizo sentar y se puso a conversar con ellos y les preguntó adónde iban a aquella hora tardía.

—No hemos tenido más remedio que salir a esta hora—respondió Abu-l-Hasán—, pues nos obligó a ello el saber que cierto sujeto, al que yo prestara dinero, se dispone a salir de viaje, sin antes devolverme el préstamo.

Así que decidí ir a verlo esta misma noche, y aquí mi amigo Ali-ben-Bekkar se prestó a acompañarme y salimos los dos a buscarlo con la esperanza de encontrarlo y recobrar el dinero prestado; pero por más que hicimos no lo vimos por ningún lado y hubimos de tornarnos con las manos vacías y la ilusión perdida.

Luego, ya de noche, se nos hizo penoso el regreso, y no vimos por aquí más casas que la tuya, por lo que decidimos venir a pedirte amparo, recordando tus hábitos hospitalarios.

Acogiólos a ambos el hombre con liberalidad y extremó con ellos su cortesía y generosidad.

Pasaron ellos allí el resto de la noche, y luego que amaneció la mañana, se despidieron del huésped y echaron a andar y no pararon de caminar hasta llegar a la ciudad.

Ya allí, dirigióse a su casa Abu-l-Hasán, y entró en ella, en unión de

su amigo Ali-ben-Bekkar, y ambos se echaron un rato con intención de descansar.

Levantáronse luego y Abu-l-Hasán ordenó a sus criados que alfombrasen el cuarto con tapices lujosos y caros. Y Abu-l-Hasán pensaba para sus adentros: «No tengo más remedio que atender bien a ese pobre muchacho y hacer por consolarle de su pesar, ya que sé mejor que nadie dónde radica el mal.»

Pidió Abu-l-Hasán agua para Ali-ben-Bekkar y, luego que se la llevaron, Ali-ben-Bekkar se levantó del lecho y ambos hicieron sus abluciones y rezaron sus oraciones, que el día y la noche pasados no habían rezado, y después se sentaron y a conversar empezaron.

Y Abu-l-Hasán, al ver más animado a su amigo, le dijo:

—Mira, mi señor: sería lo más conveniente, en tu caso, que te quedases aquí esta noche conmigo, para que así tu pecho se te dilatase y las ansias de amor que te atormentan se dispasen y con nosotros te solazases, que acaso así ese fuego de tu amor se templase.

A lo que Ali-ben-Bekkar le contestó:

—Haz, hermano mío, lo que te parezca mejor. Aunque difícil será que de la desgracia que sobre mi ha caído me puedas librar.

Oído que hubo aquello Abu-l-Hasán, luego se levantó y ordenóles a sus criados que fuesen a buscar a unos cuantos amigos suyos, de los más íntimos, y los trajesen a la casa, y en el entre tanto que llegaban, despachó otros esclavos en busca de cantadores y tocadores, y mandó preparar para ellos comida y bebida y demás cosas necesarias para pasar divertidos el resto del día, hasta el anochecido.

Y llegada que la noche fue, encendieron candelas y empezaron a circular las copas y a alegrarse las almas, y una de las cantoras tomó el laúd y entonó esta copla:

—De unos ojos hirióme  
la aguda flecha,  
y desde entonces tengo  
yo el alma enferma.  
Yo no pensaba  
que amor matar pudiera  
con la mirada.

Al oír Ali-ben-Bekkar aquellos versos rodó desmayado al suelo y desmayado estuvo todo el resto del tiempo hasta que el alba empezó a alborear, de suerte que temió por su vida Abu-l-Hasán.

Luego que clareó ya el día recobróse Ali-ben-Bekkar de su desmayo y expresó su deseo de retirarse a su domicilio, a lo que no se opuso Abu-l-Hasán, por juzgarlo lo más indicado. Mandó, pues, a uno de sus criados que le aprontase una mula y en ella lo montaron y Abu-l-Hasán hasta su casa lo fue acompañando.

Luego que el joven se vio en ella seguro dio Abu-l-Hasán gracias a Alá por haberlos sacado con bien de aquel apuro y se puso a consolar a su amigo, el cual no era dueño de su alma, por la pasión que se la embargaba. Después de lo cual despidióse de él Abu-l-Hasán.

Y Ali-ben-Bekkar le dijo:

—No dejes de tenerme al corriente de cuanto suceda, hermano mío.

A lo que Abu-l-Hasán le respondió:

—Oír es obedecer.

Después de lo cual retiróse de allí Abu-l-Hasán y se dirigió a su tienda y abrió su puerta y entró en ella y se sentó a esperar si alguien acertaba a llegar con algún recado de Schemsu-n-Nehtar.

Pero en todo aquel día no apareció por allí nadie y, luego que anocheció, cerró Abu-l-Hasán su tienda y a su casa se retiró y en ella la noche pasó. Pero luego que al día, el siguiente, remaneció la mañana, encaminóse Abu-l-Hasán al domicilio de su amigo Ali-ben-Bekkar y, al entrar, hallólo

tendido en su lecho, rodeado de sus amigos y asistido por médicos y doctores que le tomaban el pulso y le recetaban remedios.

Luego que Ali-ben-Bekkar vio entrar a su amigo Abu-l-Hasán sonrió y aquel lo saludó con el *selam* y le preguntó cómo se encontraba y se sentó al filo de su cama y allí se estuvo, hasta que los demás se retiraron, y entonces le dijo a su amigo:

—¿Cómo se ha armado todo este revuelo?

Y Ali-ben-Bekkar contestóle a su amigo diciendo:

—Corrióse por la ciudad el rumor de que yo estaba enfermo y mis amigos lo supieron, y como yo no tenía fuerzas para levantarme e ir a verlos y desmentir la fama de mi dolencia, seguí tendido en la cama y ellos vinieron a visitarme y llenaron la casa.

Pero dime, amigo mío: ¿no viste a aquella esclava ni supiste de ella nada?

Y Abu-l-Hasán le contestó de esta manera:

—No, hermano mío; ni he vuelto a verla ni a saber nada de ella, desde que nos separamos a la orilla del río.

Y luego añadió:

—Por Alá, hermano mío, no des un escándalo y pon fin a tus llantos.

Pero Ali-ben-Bekkar le dijo:

—¿Cómo podría hacerlo, si contenerme no puedo?

Y después de lanzar un suspiro, recitó estos versos:

—Su mano de mujer tiene tal fuerza,  
que la mía, varonil, atrás se queda,  
y resistir no puede la presión  
de su fina muñeca.

Y, sin embargo, es débil esa linda  
mano para esgrimir con energía  
la tajante tizona en la palestra;  
mas no lo necesita.

Tómame el pulso el médico. Le digo:

«¡Suéltame, ignorante,  
que no es la mano la que tengo enferma,  
sino mi corazón que en llamas arde!»  
Soñé con ella y le rogué soñando:

«¡Apiádate de mí, que sed padezco!»



Y ella entonces de mi piedad sintió  
y templar quiso de mi sed el fuego.  
Y de sus ojos de narciso el líquido  
hizo correr de aljofaradas lágrimas  
y la rosa exprimió de sus mejillas  
y una poción brindóme perfumada.

Luego que Ali-ben-Bekkar hubo acabado de recitar esos versos, díjole a su amigo Abu-l-Hasán:

—Mira, amigo mío: presa soy de tal tribulación, que conmigo ha de acabar, y gracias le doy por ello a Alá, pues solo la muerte me puede de mis penas librar.

A lo que replicó Abu-l-Hasán:

—Ten paciencia, amigo mío, ¡que acaso Alá te venga a salvar!

Despidióse luego Abu-l-Hasán de su amigo Ali-ben-Bekkar y fuese a su tienda y la abrió y se sentó en ella.

Y no llevaba mucho rato sentado cuando hete aquí que ve venir a la esclava de marras, la cual llegóse a él y lo saludó con el *selam*.

Devolvióle el saludo Abu-l-Hasán y le dijo:

—¡Holgura y comodidad! ¿Cómo si- gue Schemsu-n-Nehar?

—Ya te diré—contestó la esclava—cómo está Schemsu-n-Nehar. Pero antes dime tú cómo está Ali-ben-Bekkar.

Contóle Abu-l-Hasán al por menor todo lo que le ocurriera a su amigo, y la esclava, al oírlo, dio muestras de dolor, de asombro y de compasión y luego exclamó:

—Pues a mi señora le ha pasado algo todavía más extraordinario. Has de saber que, luego que os dejé, tornéme allá y el corazón llevaba lleno de inquietud por vosotros, pues no pasaba a creer que pudieseis salir con bien de aquel trance tan peligroso.

Y al llegar al alcázar encontréme allí a mi señora, tendida en el suelo, en mitad de la sala, privada de conocimiento y habla, que no respondía a ninguna palabra.

Así permaneció la pobre hasta me-

diada la noche y a esa hora abrió los ojos y se recobró de su desmayo, y el jalifa, entonces, le preguntó maravillado:

—¿Qué fue lo que te dio, Schemsu-n-Nehar? ¿Y qué lo que esta noche tanto te pudo impresionar?

Al oír Schemsu-n-Nehar las palabras del jalifa, besóle a este los pies y díjole:

—Ye emir de los creyentes!, así Alá tomó mi vida en alfada <sup>10</sup> de la de su jalifa. Lo que me pasó fue que, de pronto, se me encendió la sangre en un fuego muy grande y caí desmayada, sin saber lo que me pasaba.

—¿Qué fue lo que comiste durante el día?—preguntóle el jalifa.

Y ella le contestó:

—Pues, a decir verdad, me atraqué de una cosa que nunca probara hasta ahora.

Recobró luego Schemsu-n-Nehar las fuerzas y pidió de beber y bebió, y después rogó al emir de los creyentes que reanudase su fiesta, interrumpida por el incidente.

Volvió el jalifa a sentarse y torno a reanudarse la zambra como antes.

Así estaba la cosa cuando yo llegué, y ella en seguida me preguntó si habíais salido con bien y yo se lo referí todo, sin omitir detalle, y le dije también las palabras que a Ali-ben-Bekkar le oyera en la barca.

Oyóme Schemsu-n-Nehar sin decir nada y el emir de los creyentes mandó a una de las cantoras que echase una copla, y aquella, obedeciendo, entonó los siguientes versos:

—Desde que a ti no te veo,  
la vida no me sonríe;  
los ojos para llorar  
tan solamente me sirven.  
Y solo un consuelo tengo  
en medio de mi dolor:  
pensar que lloras por mí,  
como por ti lloro yo.

<sup>10</sup> Rescate, redención. Del árabe *Al-Fedá*.

Al oír Schemsu-n-Nehar recitar aquella copla con tanta delicadeza tornóse a desmayar...

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

## Y LA NOCHE 141 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que la esclava le dijo a Abu-l-Hasán:

—Al oír mi señora la copla de la cantora, volvió a desmayarse; cogila yo una mano y le espurreé el rostro con agua de rosas y ella entonces recobró el sentido y yo le murmuré al oído:

—No atormentes tu alma, mi señora, ni comprometas tu vida y la de aquel que adoras. ¡Tener paciencia es lo que importa!

—¿Qué me importa la vida—exclamó ella—si el tormento que sufro es más terrible que la muerte misma? ¡Antes querría morir, que de ese modo dejara de sufrir!

Pero en tanto las dos cambiábamos esas palabras, rompió a cantar otra cantora, entonando la siguiente copla:

Paciencia me aconsejan,  
¿cómo tenerla?  
¡Cuando de aquel que amo  
dura la ausencia!  
Solo a su lado  
con paciencia aguantara  
todo lo malo.

Al terminar su copla la cantora tornó a desmayarse mi señora. Y el jalifa, al ver aquello, mandó en el acto suspender la zambra y que se fueran de allí las esclavas.

Quedóse él al lado de la enferma y todo el resto de la noche no se apartó de junto a ella, y luego que amaneció la mañana, mandó a llamar a los médicos de cámara y les ordenó que se encargasen de asistirle y curarla.

Estúveme yo con ella hasta que dio pruebas de estar mejorada, y me llamó a su lado y me mandó que viniese a veros y me informase de cómo se hallaba Ali-ben-Bekkar y luego se lo fue a comunicar.

Luego que Abu-l-Hasán hubo escuchado las palabras de la esclava, maravillóse y exclamó:

—Por Alá, que ya te dije cómo está mi amigo; así que no te detengas y vuelve a tu señora y salúdala de mi parte y dile que tenga paciencia, y dile: «Guarda tu secreto», y dile también que yo estoy al tanto de lo que le pasa, que es harto grave, y estoy dispuesto a ayudarles.

Diole la esclava las gracias en nombre de su señora y tornóse al palacio sin demora.

Y esto es, por ahora, todo lo referente al asunto de Schemsu-n-Nehar.

Cuanto a Abu-l-Hasán permaneció este en su tienda hasta el cabo del día, y, a esa hora, cerró su puerta y fuese a visitar a su amigo Ali-ben-Bekkar.

Llamó a la puerta con los nudillos y salió a abrirle uno de los criados de su amigo y le hizo pasar adentro en seguida, y el joven, al verlo, sonrió y dio muestras de alegría. Y exclamó:

—¡Ye Abu-l-Hasán, todo el día estuve triste por tu ausencia, que ya mi alma está a la tuya tan unida que no podré pasar sin ti el resto de mi vida!

—No hables así—dijole Abu-l-Hasán—. Ya sabes que si yo pudiera mi alma ofreciera a Alá para salvar la tuya, y has de saber cómo esta tarde estuvo en mi alcaná la esclava de Schemsu-

n-Nehar y me dijo que si su ama no venía era porque la presencia del jalifa se lo impedía; pero que su señora compartía tus sentimientos y lloraba tu ausencia no menos que tú la de ella.

Y acto seguido contóle Abu-l-Hasán a su amigo Ali-ben-Bekkar todo lo que la esclava le contara, sin omitir detalle de importancia.

Al oírlo el joven, rompió a llorar y abrió la catarata de sus lágrimas y, en medio de sus lamentos, declamó estos versos:

—Tu imagen en mis ojos  
llevo grabada;  
mi corazón amante  
es tu morada.  
Y siendo así,  
dime: ¿cómo es posible  
que huyas de mí?

Y después de esos recitó estos otros versos:

—De su mirada con el filo agudo  
hendióme el almófar<sup>11</sup> y lo partió,  
y con la lanza de su talle esbelto,  
mi adarga traspasó;  
a la brillante aurora cuando rompe  
de la noche el capuz aterrador,  
semeja con su rostro, al que ambarino  
lunar presta esplendor.  
Cuando tiembla, asustada, sus mejillas  
corales vivos son  
que en mar de azúcar cande sumergidos  
suavizan su color.  
Y si entonces su mano temblorosa  
sujeta el prendedor,  
de su pechourgente que se enarca,  
contempla el ojo lo que nunca vio.  
Un ambarino libro en que sus dedos  
cual punzones de brillo cegador,  
cinco líneas escriben, que así dicen  
con aire retador:  
«¡Ye guerrero de espada relumbrante!,  
¡guay de ti, si provocas su furor  
el rayo de sus ojos te fulmina,  
derribado caerás sin remisión!  
¡Guay de ti, que la lanza esgrimir sabes  
con aire fanfarrón!  
¡Como ella quiera, cual humilde esclavo,  
doblarás la cerviz ante su amor!»

Luego que acabó el joven de recitar su poesía, lanzó un grito muy recio y cayó sin conocimiento.

Alarmóse Abu-l-Hasán pensando que el alma de Ali-ben-Bekkar abandonara su cuerpo, pues permaneció toda la noche sin conocimiento hasta que apuntó el día, que entonces recobró el sentido y abrió los ojos y se puso a conversar con su amigo.

Estúvose Abu-l-Hasán al lado de Ali-ben-Bekkar hasta que ya fue bien entrado el día y entonces lo dejó y tornóse a su tienda y abrió la puerta y se sentó en ella.

No tardó en llegar la esclava y se quedó a su lado plantada y sin decirle nada. Pero al mirarla Abu-l-Hasán saludóle con el *selam*, devolviéndole el saludo Abu-l-Hasán. Y, finalmente, díjole:

—Mi señora os envía un saludo por mi conducto, a ti y a tu amigo, y para este último traigo una carta que ella le ha escrito, diciéndole cómo su dolor no es menor al suyo, y al entregarme la misiva, para que yo la hiciese llegar a sus manos, me dijo: «No olvides que tiene respuesta y que no has de volver sin ella.»

Inclinóse Abu-l-Hasán diciendo:

—Oigo y obedezco.

Cerró luego su tienda y en compañía de la esclava se dirigió a casa de Ali-ben-Bekkar y hasta que a ella llegaron no pararon de andar. Quedóse la esclava en el umbral y pasó adentro Abu-l-Hasán.

Y al ver Ali-ben-Bekkar a su amigo alegróse muchísimo y Abu-l-Hasán le dijo:

—¡Ye amigo mío! La causa de mi visita es que estubo en mi tienda la recadera de fulana<sup>12</sup>, que vino hasta ti conmigo y se ha quedado en la puerta

<sup>11</sup> Yelmo. Forma romanceada del árabe *Al-Migfar*.

<sup>12</sup> Sic. Fulano y su femenino fulana son voces árabes que perduran en nuestro idioma.





y pide permiso para pasar a tu presencia.

—¡Hazla en seguida entrar!—exclamó Ali-ben-Bekkar.

Dióle a entender Abu-l-Hasán por señas que se trataba de la esclava de Schemsu-n-Nehar y Ali-ben-Bekkar entendiéndolo sin más. Y al ver entrar a la esclava, llenóse de emoción y de gozo y le preguntó afanoso:

—¿Cómo está tu señora? ¿Concediéndole Alá salud y bienestar?

—Así es, a la verdad—contestó la esclava, y sacó la carta y se la dio a Ali-ben-Bekkar.

Tomóla él y la besó y la leyó y se la dio a leer a Abu-l-Hasán, y estaba la carta en verso y he aquí su texto:

«Mi mensajera te dirá mi estado  
y su palabra suplirá la vista,  
pues por ella sabrás cómo padezco  
y que de tanto amar, pierdo la vida.  
Me falta la paciencia y me sublevo;  
mas el sino no hay nadie que resista,  
y aunque este amor me mate, lo cultivo,  
pues también a la par me da la vida;  
que es mi placer estar continuamente  
evocando la imagen bendecida  
de ese tu talle esbelto de palmera,  
frescura de los ojos y alegría  
del alma, que se place contemplando  
de tu cuerpo la gracia y la armonía.»

Y después: «Sin dedos te escribo y sin lengua te hablo, para resumir mi caso, y te digo que de mis ojos no se aparta el insomnio ni de mi corazón los pensamientos dolorosos, y estoy cual si nunca hubiera sabido qué es salud y siempre hubiera vivido con la tristeza y la inquietud, y nunca hubiese morado en grata mansión, y hecha yo estuviera de pena y zozobra y pasión. La enfermedad me asalta sin cesar y mis ansias redoblan al par, y mi deseo ya siempre en aumento, y en mi corazón siempre la nostalgia vive de asiento, y a Alá le ruego que nuestra unión acelere y de mi alma la turbación aleje. Y mucho te estimara me honrases

con algunas palabras tuyas para que sirvieran de alivio a mi corazón en medio de tanta amargura. Y te ruego, además, que tengas paciencia hasta que Alá a nuestros males término les marque. ¡Y que su paz sea contigo!»

Luego que Ali-ben-Bekkar hubo leído la carta de su adorada Schemsu-n-Nehar, dijo con flojo acento y desmayada voz:

—¿Con qué mano voy a escribir ni con qué lengua a lamentarme y quejarme? ¡En verdad que ella añade dolencia a mi dolencia y muerte a mi muerte!

Pero a pesar de todo se sentó y tintero y papel tomó y, enristrando la caña, pergeñó esta carta:

«¡En el nombre de Alá, el piadoso, el apiadable!

»Llegó a mis manos tu misiva, dueña mía, y de alivio sirviéndome a un corazón atormentado por las ansias y nostalgias del amor y sanó un pecho llagado por la gangrena del decaimiento y la dolencia, pues en verdad que viene a ser la viva estampa de aquel que así pintó el poeta:

“Tiene el pecho encogido,  
de noche vela,  
de día va dormido,  
no tiene fuerzas;  
la paciencia le falta,  
flaca es su mente  
y en el corazón lleva  
germen de muerte.”

»Y sabe cómo el quejarse no apaga el fuego del desastre, pues estas quejas van a quien padece del mismo mal y de la ausencia se consume en el pesar; el único consuelo es mentar la palabra que dice unión y felicidad. Y qué bien dijo el poeta que dijo:

“Si en el amor no hubiera  
riñas y paces,  
y la buena armonía  
siempre reinase,

¿qué fuera de las cartas  
y los mensajes,  
en que tanta dulzura  
pone el amante?"<sup>13</sup>

Y contaba Abu-l-Hasán:

—Luego de terminar la carta diómela a mi para que la leyerá y yo la lei y sus palabras me hirieron el alma y su sentido turbóme el juicio.

Devolvíle la carta y él se la entregó a la esclava y dijo:

—Saluda de mí parte a tu señora. Dile que esté segura de mi amor y mi pasión, que ya son una misma cosa con mi carne y mis huesos, y dile que de todas veras he menester de una mu-

jer que me saque del mar de la desolación y me salve de este conflicto torturador, porque la suerte con sus rigores me aprieta y no hay quien ayudarme pueda.

Y rompió a llorar y de verlo a él lloró la muchacha también. Tomó luego la carta y se despidió con el *selam* y se retiró en compañía de Abu-l-Hasán. Ya fuera de la casa, despidióse también el mercader de la esclava y regresó a su tienda.

Aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

## PERO LA NOCHE 142 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He podido saber, *ye* monarca, el afortunado, que Abu-l-Hasán se despidió de la esclava y regresó a su tienda y se sentó en ella. Y sintió el mercader su corazón encogido y su pecho oprimido y quedóse perplejo y todo el resto de aquel día y también aquella noche estuvo pensando en lo mismo.

Luego que amaneció la mañana del siguiente día levantóse Abu-l-Hasán y fue a ver a su amigo Ali-ben-Bekkar y se sentó a su lado y se estuvo callado hasta que se fueron todos y los dejaron solos.

Preguntóle entonces Abu-l-Hasán a Ali-ben-Bekkar cómo se encontraba y aquel prorrumpió en lamentaciones acerca de su pasión y su inquietud y agitación.

Y recitó estos versos del poeta:

«Siempre los hombres han sufrido;  
mi dolor no es nada nuevo;  
mas ninguno padeció  
lo que yo estoy padeciendo.»

Y estos otros versos del poeta:

«Por tu amor tengo pasado  
más que Machnún por su Leila<sup>14</sup>,  
y en igual grado que él,  
he perdido la cabeza;  
solo que a mí no me da  
por combatir con las fieras;  
que mi locura es tranquila,  
y en mí tan solo se ceba.»

—En mi vida vi ni oí nada que se pareciera a ese estado en que el amor te tiene postrado, con esa zozobra y ese decaimiento, siendo así que eres correspondido. ¿Qué sería, pues, si hubieses dado con una hembra falsa y traicionera, que con su perfidia te des cubriera?

Atendía Ali-ben-Bekkar a mis palabras—contaba Abu-l-Hasán—y me dio por ellas las gracias.

Y tenía yo un amigo que estaba enterado de nuestro caso y sabía que ambos estábamos compenetrados, sien-

<sup>13</sup> En la edición de Bulak y en la edición de MacNaghten atribúyese a Schemsu-n-Nehar la mayor parte de la misiva de Ali-ben-Bekkar.

<sup>14</sup> Alusión a los famosos y desdichados amores de Kais, apodado Machnún (el loco), y Leila, que inspiraron al persa Nizami su célebre poema.

do el único que de ello estaba informado.

Vino a verme el tal amigo un día y me preguntó por Ali-ben-Bekkar, que cómo seguía, y, al poco rato de eso, me preguntó también por aquella esclava que nos servía de medianera. Y yo le dije:

—Pues esa esclava es la que le trae las cartas de su amada y las relaciones entre ambos han llegado ya a un extremo de pasión tal que no cabe más. Pero yo por mi parte revuelvo en mi imaginación un proyecto que te quiero exponer para que tú me des tu parecer.

—¿Qué es ello?—preguntó le su compañero.

—Has de saber—respondió Abu-l-Hasán—que yo soy de natural rumboso y gusto de prodigar mis favores entre las mujeres y los hombres y así me ha ocurrido en el caso presente; pero ahora temo que se descubra el enredo y ello sea causa de mi perdición y de que me confisquen mi hacienda y mi familia se vea en la miseria, y Alá me ha inspirado la idea de que reúna todos mis caudales y levante el campo de aquí y me vaya a la ciudad de Bazra y me establezca allí y esté a la mira hasta ver cómo este asunto de Ali-ben-Bekkar termina, haciendo por pasar inadvertido y que nadie se fije en mí, pues el amor se ha apoderado por completo de esos dos jóvenes y se entienden como te dije y se mandan caritas, haciendo de tercera esa esclava, y aunque esta, a la verdad, sea muy reservada, y al parecer no haya que temer de ella nada, yo, sin embargo, no las tengo todas conmigo y temo no la tiene un día el enemigo y descubra el secreto de los dos amantes a algún amigo suyo y se divulgue por toda la ciudad el asunto y ello sea causa de mi perdición y mi ruina, sin que ante la gente pueda alegar disculpa.

Oyó a Abu-l-Hasán su amigo y luego le dijo:

—Acabas de revelarme un caso peligroso, del que todo hombre cuerdo sentiría miedo. ¡Quiera librarte Alá de eso que temes y alejar el mal que sobre ti se cierne y cuyas consecuencias estremecen! Cuanto a mi opinión, es que eso que has pensado es lo más acertado.

Obtenida la aprobación de su amigo, tornóse Abu-l-Hasán a su domicilio y procedió a hacer los preparativos para la marcha a la ciudad de Bazra. No pasaran tres días cuando tenía tomadas Abu-l-Hasán todas las medidas y sin dilación emprendió la partida. Tal prisa se dio en ello que cuando a los tres días fue aquel su amigo a verlo ya no le encontró en casa y preguntó a un vecino y este le dijo que Abu-l-Hasán era partido con dirección a Bazra, con la intención de ver si les cobraba a aquellos mercaderes algunas cuentas atrasadas, después de lo cual pensaba regresar.

Quedóse perplejo el amigo y no sabía adónde encaminar sus pasos, y en su interior se decía contristado: «¡Oh qué pesar verme separado de Abu-l-Hasán!»

Discurrió luego un plan para acercarse a Ali-ben-Bekkar y se dirigió a su casa y pidió permiso para entrar. Y le dijo a uno de los criados de Ali-ben-Bekkar:

—Anúnciame a tu amo y dile que deseo pasar a saludarlo.

Entró adentro el criado y lo anunció a su amo. Luego tornó y le dijo que podía pasar y entró el amigo de Abu-l-Hasán y encontró a Ali-ben-Bekkar tendido en su lecho, con la cabeza recostada sobre la almohada; saludólo con el *selam* y el joven correspondió al saludo también con la paz y brindándole holgura y comodidad. Después de lo cual díjole el amigo de Abu-l-Hasán:

—Yo, mi señor, tenía amistad con Abu-l-Hasán y también relaciones de



negocios, de suerte que ni una hora nos separábamos el uno del otro; pero hará unos tres días tuve que ausentarme de aquí para arreglar unos asuntos y al regresar después ya no lo encontré y fui a su tienda y hallé cerrada su puerta.

Pregunté por él a sus vecinos y ellos me dijeron que Abu-l-Hasán era partido con dirección a Bazra, y sabiendo yo que tú eres su mejor amigo, he venido a verte para suplicarte, por Alá, que me digas cuanto sepas sobre Abu-l-Hasán.

Al oír tales palabras Ali-ben-Bekkar mudó al punto de color y dio muestras de gran turbación. Y después exclamó:

—Hasta hoy no tuve la menor noticia de su partida, y si es verdad lo que me dices de que se ha ido a Bazra, no tendrá ya límites mi desesperanza.

Y a impulsos del sentimiento recitó estos versos:

—Cuando amigos tenía  
lloraba por mi amor;  
ahora que ellos se han ido,  
es doble mi dolor.

Bajó luego Ali la cabeza y fijó la vista en la tierra y se puso a reflexionar, y al cabo de una hora levantó la cabeza y, dirigiéndose a uno de sus criados, le habló de esta manera:

—Anda y ve a casa de Abu-l-Hasán y pregunta por él, si está aquí o se ha marchado, y en este último caso, pregunta que adónde ha dirigido sus pasos.

Fue luego allá el criado y una hora estuvieronle esperando, hasta que volvió al fin a presencia de su amo y le dijo:

—Pregunté por Abu-l-Hasán a uno de sus servidores y me dijo que había salido de viaje con dirección a Bazra; pero en la puerta de su casa hallé a una esclava allí parada y ella, al verme, me conoció, aunque yo a ella no la conocí al verla, y me preguntó:

—¿Eres, por casualidad, uno de los criados de Ali-ben-Bekkar?

—Sí—le contesté yo. Y ella entonces me participó:

—Pues yo tengo para él una carta que le envía una persona que le es más querida que ninguna otra.

Y se vino hasta aquí conmigo y se quedó en la puerta de espera.

—Hazla en seguida pasar—ordenó al criado Ali-ben-Bekkar.

Hízolo así el criado y, al entrar la esclava, pudo verla el visitante que con él estaba y la encontró simpática.

Adelantóse luego la esclava hacia Ali-ben-Bekkar y le deseó la paz...

Y a cada momento se interrumpía para jurar y perjurar que a nadie habiale dicho palabra de aquello. Después de eso púsose a hablarle en secreto.

Y, finalmente, invocó sobre él la bendición de Alá y se retiró.

Luego que se hubo alejado la esclava, díjole a Ali-ben-Bekkar el amigo de Abu-l-Hasán, que por cierto era un joyero de la ciudad:

—Sin duda que te llaman de casa del jalifa o que tienes algún asunto con quienes la habitan.

—¿Quién te lo ha dicho?—exclamó Ali-ben-Bekkar.

—Nadie me lo dijo—respondió el amigo de Abu-l-Hasán—, sino que conozco a esa esclava y sé que es la esclava de Schemsu-n-Nehar, pues no hace mucho estuvo en mi tienda con una esquelita en la que aquella me decía que quería un collar de perlas, y yo, al saberlo, le mandé con ella uno de mucho precio.

Al oír Ali-ben-Bekkar las palabras del mercader sintió tal e noción, que en el acto se desmayó. Recobró luego el sentido y dijo:

—¿Ye amigo mio: por Alá te pido me digas de dónde te viene ese conocimiento!

—Déjate de preguntas—respondió el

joyero—, que no esta bien insistir en ello.

Pero Ali-ben-Bekkar le respondió:

—Por Alá, que no te dejaré marchar hasta que no me digas toda la verdad.

—Te lo contaré—dijo al cabo el joyero—si ne das palabra de que has de tener también tú confianza conmigo y me has de contar a tu vez la verdadera causa de tu enfermedad.

Como Abu-l-Hasán todo se lo habia dicho, contólo acto seguido, y Ali-ben-Bekkar, luego de oirlo, contóle a su vez toda su historia y al terminar le dijo:

—Por Alá, hermano mio, nadie sino tú conoces mi secreto, pues temo que si alguien más lo sabe deje de serlo.

—Pues yo—repuso el joyero—solo vine a verte movido de lo mucho que te quiero y de la inquietud que por ti siento y la compasión que me inspira el estado de tu corazón, atormentado por los dolores de la separación. Y en verdad que quisiera ser de hoy más tu amigo y llenar el vacío que Abu-l-Hasán te ha dejado, en tanto no regreses a tu lado.

Sintióse Ali-ben-Bekkar consolado y los ojos se le refrescaron y dio las gracias al joyero y, finalmente, recitó estos versos:

—Que con su ausencia sufro,  
lo ve cualquiera,  
y no podría negarlo,  
mas que quisiera.  
¿Cómo podría?  
¡Cuando me corre el llanto  
por las mejillas!

Permaneció luego Ali-ben-Bekkar callado una hora de tiempo, y después díjole al joyero:

—¿Sabes, acaso, el mensaje que la esclava me trajo?

—¡Por Alá, que no lo sé, mi señor!—respondióle su interlocutor.

Y Ali-ben-Bekkar le respondió:

—Pues pretende que fui yo quien a Abu-l-Hasán le aconsejó que se marchara a Bazra y que apelé a esa treta para cortar toda la comunicación y correspondencia.

Juréle yo que no habia tal; pero ella no me quiso creer y tornóse a su señora, sin dejarse convencer. Y todo eso yo sé bien por qué es, y no es otro el motivo sino que esa esclava está enamorada de mi amigo.

—Tienes razón—respondióle el joven joyero—, que yo conozco a fondo a esa esclava y sé cómo las gasta; pero no pases pena, que por Alá he de ayudarte, cuanto pueda, a que logres tu voluntad.

—¿Cómo te las vas a arreglar—inquirió Ali-ben-Bekkar—cuando esa esclava es tan huraña como los animales que se crían en las soledades?

—Pues a pesar de todo—respondió el joyero—no hay más remedio, sino que he de poner cuanto esté de mi parte para ayudarte.

Después de lo cual despidióse el joven joyero de Ali-ben-Bekkar y este le dijo:

—¡No te olvides de mí, hermano mio!

Y se le quedó mirando con los ojos anegados en llanto.

Prometióselo así el joyero y la paz le deseo y, finalmente, se retiró.

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

## Y LA NOCHE 143 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He podido averiguar, *ye* monarca, el afortunado, que el joyero se despidió de Ali-ben-Bekkar y se retiró, sin saber a punto fijo qué haría para ayudar a su amigo, y andando iba pensativo cuando hubo de reparar en una hojita de papel que había tirada en el suelo y se bajó a cogerla y leyó su encabezamiento y luego leyó también su contenido entero. Y he aquí lo que decía su texto:

«Del más indigno de los amantes al más digno de que se le ame.

»De tu parte llegóme un mensajero con esperanzas de una pronta unión; pero, no sé por qué, pena y no gozo su mensaje me dio; no tengo a la verdad base ninguna para pensar así; pero mi corazón, desconfiado, solo males presente para mí.»

Y después:

«Has de saber, *¡ye* mi señor!, que, por más que hago, no atino con la causa de tu silencio y de que no me escribas ya ninguna carta, y si fuera debido a que ya el amor huyó de tu pecho, sabe que yo en el mío lo guardo y conservo. Y que soy tuya hasta al fin de los tiempos.

»Porque soy para ti como aquella de que dijo el poeta:

»Trátame como quieras, que es lo mismo: si eres soberbio, yo me humillaré; si me maltratas, no me oírás quejarme; si me desprecias, te suplicaré; oído te prestaré cuando me hables, y si nada me dices, callaré; haré en seguida cuanto tú me ordenes; todo, menos dejarte o que me dejes, todo lo aguantaré.»

Apenas el joyero hubo leído la carta cuando vio venir por allí a la esclava,

que miraba a diestro y siniestro, muy azorada. Reparó luego la esclava en que el joyero tenía en su mano la carta y llegándose a él, le dijo:

—*Ye* mi señor, has de saber que esa hojita de papel es de mi pertenencia, que se me cayó sin que me diese cuenta.

Diole el joyero la callada por respuesta y siguió camino adelante y la esclava fuese tras él, a la zaga, hasta que el mercader llegó a su casa. Entróse en ella y la esclava colóse también detrás de él. Y le dijo:

—*¡Ye sidi*, dame acá esa carta, que, como te digo, se me cayó en el camino!

Volvióse entonces a ella el joyero y le dijo:

—*¡Ye* mocita de bien! No temas ni pases pena, pero cuéntamelo todo con toda franqueza, que de mí no saldrá, y júrame que de los secretos de tu ama nada me ocultarás.

Luego que oyó la esclava esas palabras, dijo:

—*¡Ye sidi*, ya sé que secreto que tú guardes no sale a plaza y cosa en que tú medies no se propala! Sabe, pues, cómo mi corazón desde el primer momento hacia ti se inclinó; voy a contarte todo el caso, pero a condición de que tú, luego, me has de devolver ese pliego.

Y acto seguido se lo contó todo, diciendo al terminar:

—*¡A* Alá pongo por testigo de que todo esto es verdad!

—Así es, no insistas más—respondió el joyero—, que yo estoy enterado a fondo de este caso.

Y acto seguido contóle el joyero a su vez todo lo referente al estado de

ánimo de Ali-ben-Bekkar, desde el principio hasta el fin, sin nada omitir ni callar.

Holgóse grandemente la esclava al oír esas palabras, y ella y el joyero convinieron en que ella cogería la carta e iría a llevársela al joven a quien estaba destinada.

Tomóla, pues, la esclava y, despidiéndose del amigo de Abu-l-Hasán, fuese a llevarle la carta a Ali-ben-Bekkar. Encontró a este lleno de impaciencia y le dio la misiva y el joven la leyó y escribió en seguida la contestación y se la entregó. Tomóla ella y tornóse a donde el joyero, que ambos habían convenido aquello, y el mercader cogió la carta y rompió su sello y leyó estos versos que encabezaban su texto:

«Si el que hasta aquí nos sirvió  
de mensajero leal,  
nuestra confianza perdió,  
será preciso buscar  
otro más merecedor  
de nuestra fe y más veraz.»

Y después:

«Has de saber cómo no olvidé mis promesas y no falté un momento a ellas, ni rompi ningún pacto, ni corté ningún amoroso lazo. Y que el pesar no se aparta un momento de mi lado desde que tú me has dejado.

»Y nada sé de lo que me dices ni nada quiero sino lo que tú quieres. Y por aquel que sabe los secretos de las cosas ocultas que nadie descubre, te juro que nada ansio en el mundo sino unirme contigo, que eres mi único amor, y que hago cuanto puedo por disimular mi pasión, aunque me esté muriendo de dolor.

»Y esto es todo cuanto decirte puedo y nada más hay que añadir a ello sino: *Selam.*»

Luego que el joyero leyó la carta derramó copiosas lágrimas. Y le dijo la esclava:

—No te muevas de este lugar hasta que yo vuelva. Porque él tiene sus sospechas a mi cuenta y motivos no le faltan para tenerlas; pero ahora yo he de echar el resto y poner todo empeño hasta lograr que de nuevo se vean él y mi señora Schemsu-n-Nehar, a la que deje postrada en el lecho y aguardando impaciente mi regreso.

Fuese luego de allí la esclava y el joyero pasó aquella noche con la mente turbada.

Pero luego que amaneció la mañana se levantó y rezó la zalá matinal y luego se sentó a esperar la vuelta de la esclava de Schemsu-n-Nehar.

No tardó en verla llegar y dizque venia muy contenta al parecer, y el joyero, al verla, le preguntó:

—¿Y qué tal, cómo sigue tu señora Schemsu-n-Nehar?

Y ella le contestó diciendo:

—Luego que le di la carta de Ali-ben-Bekkar y la leyó y de su contenido se enteró dio muestras de confusión y de temor. Pero yo le dije: «No te apures pensando que la ausencia de Abu-l-Hasán con esas relaciones vaya a acabar, pues ya encontró otro que ocupase su puesto y es hombre todavía mejor que él y más seguro tocante a eso de guardar un secreto.»

Contéle luego lo que entre tú y Abu-l-Hasán había pasado y cómo él y Ali-ben-Bekkar te dieron parte en su secreto y cómo a mí se me perdió aquella misiva y tú te la encontraste y me la entregaste, y dijele también cómo entre nosotros dos arreglaremos las cosas a satisfacción.

Y el joyero maravillóse hasta el colmo de la maravilla cuando para terminar le dijo la mocita:

—Y ahora mi señora está pendiente de lo que tú digas, para cerciorarse oyéndolo de tus propios labios de la verdad de cuanto le he contado. Así que disponte luego a venir conmigo a palacio.

Oído que hubo el joyero las palabras de la muchacha, luego comprendió que de un trance grave se trataba y que un serio peligro entrañaba, y que era cosa, en suma, no para emprenderla de ligero, sino para pensarla antes con detenimiento, y le dijo a la esclava:

—Mira, hermanita: yo soy hombre del montón y no, como Abu-l-Hasán, hombre de condición, porque él era de clase encopetada y gozaba de muy buena fama; solía visitar el palacio del jalifa, porque este lo necesitaba y lo llamaba para que le mostrase sus alhajas. Mientras que yo, siempre que el jalifa se ha dignado dirigirme la palabra, heme azorado y no he parado de temblar todo el rato.

De suerte, pues, que si tu señora desea verse conmigo, ha de ser en otro sitio que no sea el alcázar del emir de los creyentes, sino lo más lejos de él que posible fuera, pues mi sano juicio no me aconseja acceder a lo que me acabas de proponer.

Negóse, pues, en redondo el joyero a seguir a la esclava; pero ella no se dió por vencida, sino que insistió con él, asegurándole que ningún riesgo corría, y le dijo:

—¡Ten valor y no temas!

Y tanto y tanto con él porfió que al fin le convenció y el joyero accedió a seguirla al alcázar del jalifa y así lo hizo, pero en el camino le flaqueaban las piernas y las manos le temblaban y a cada paso exclamaba:

—¡No; no está bien eso que por ti voy a hacer! ¡Cosa es que Alá veda y fuerzas no tengo para hacerla!

Hasta que al cabo le dijo la esclava:

—Está bien, hombre; ya veo que es superior a tus fuerzas lo que pretendo. ¡Encorazona tu corazón! Y si no tienes valor para ir tú al alcázar del niramamolín no pases pena, que no he de insistir; quédate aquí en tu tienda y yo haré que mi señora venga a ella y así no tendrás nada que temer. Quédate,

pues, aquí y no te muevas, hasta que yo vuelva con ella.

Dejólo, pues, la esclava y corrió ligera al alcázar y estuvo ausente una hora de tiempo, al cabo de la cual volvió junto al joyero y le dijo:

—Cuida de que no haya ahora aquí nadie más que tú, ni esclavo ni esclava.

Y el mercader le dijo:

—Solo tengo conmigo una negra, ya vieja, que es la que me cuida y la casa me arregla.

—Está bien—aprobó la muchacha. Y acto seguido se levantó y cerró todas las puertas de la casa, hasta quedar el joyero y ella incomunicados con la esclava negra, mandándole, además, a su criado que se saliese fuera.

Salió luego también la propia esclava y tornó a poco con otra joven que le iba a la zaga y que al entrar en casa del joyero la llenó toda de olor bueno.

Al verla el joyero luego levantóse y ofrecióle un almohadón para que se sentase, y la joven se sentó y él también a su lado se acomodó. Estúvose la joven una hora sin hablar palabra, que venía cansada; pero luego que se hubo sosegado díjole a la esclava:

—¿Es este el hombre de quien me hablaste?

—Sí, mi señora—respondió la otra.

Volvióse entonces la dama al joyero y le dijo:

—¿Cómo estás?

—Bien—respondió el joyero. E invocó sobre ella las bendiciones del cielo.

Luego hablóle ella así:

—Tenía mucho interés en venir a verte, aunque con ello comprometiera nuestro secreto.

Preguntóle después por su familia y su gente, y él la informó de todas sus cosas minuciosamente. Y le dijo:

—Tengo, además de esta, otra casa reservada para reunirme allí con mis amigos y cofrades, y en ella no hay

más personas que esa vieja negra que ya dije a tu servidora.

Interrogóla ella luego sobre el modo como se había enterado de aquella historia y él se lo explicó en forma satisfactoria.

Y se lo contó todo, desde el principio hasta el fin, sin ningún detalle omitir.

Luego de oírlo lanzó ella un suspiro por la ausencia de Abu-l-Hasán, y exclamó:

—¡Ye Fulano! Has de saber que las almas de las criaturas están apegadas a los deseos y la gente apiñada a la gente, de suerte que no se puede llevar a cabo nada con la boca cerrada, que no hay jardín que florezca si no lo riegas con agua ni se logra reposo sin pasar tramojos...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

## Y LA NOCHE 144 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que Schemsu-n-Nehar dijole al joyero:

—No se logra el reposo sino después del tramojo ni se consigue el triunfo sin esfuerzo y arrojo. Por lo que voy a exponerte todo nuestro caso y a poner en tus manos nada menos que nuestro sino, que por ello verás cuánto te estimo.

Y no te digo más, porque no lo necesita tu generosidad. Pero ya sabes cómo esta esclava guarda siempre mis secretos y hace lo que yo le ordeno, y cómo por ello ocupa a mi lado un alto puesto y la he elegido entre todas para confiarle todos mis encargos principales. Así que a nadie has de mirar con tan buenos ojos como a ella y le has de comunicar sin el menor recelo todo cuanto suceda, y no tengas pizca de temor, que ella te ha de librar de todo peligro y no habrá para ti puerta cerrada que ella no te abra.

Ella se encargará de traerte mis cartas para Ali-ben-Bekkar y tú a él se las darás.

Levantóse luego Schemsu-n-Nehar, que de puro inquieta no podía parar, y echó a andar, y el joyero fue detrás de ella, siguiéndola hasta que llegaron a la puerta. Fuese la joven por ella y el

joyero quedóse en la casa y se sentó y se puso a pensar en la hermosura de la dama y en las palabras que dijera y que le habían trastornado la cabeza, por la gracia y buena educación que revelaban, y así permaneció una hora, meditando sobre sus encantos, hasta que al fin se le serenó el ánimo y pidió de comer y comió apenas lo indispensable para no morir de hambre.

Cambió luego de ropa y salió a la calle, con rumbo a la casa de Ali-ben-Bekkar; uniósese en la puerta su criado y marchó detrás de su amo, hasta que llegaron los dos a casa del joven, al que encontraron tendido en su lecho, pensativo.

No bien vio el joven a su amigo, luego le dijo:

—Mucho, en verdad, duró tu ausencia, y entre tanto llovieron sobre mi alma penas y más penas.

Mandó luego retirarse a su criado, ordenándole que cerrara bien las puertas, y después dijo a su amigo con vehemencia:

—Por Alá, que no cerré un ojo desde que tú te fuiste, pues la esclava de marras vino a verme ayer y me trajo una carta sellada, de parte de su ama, Schemsu-n-Nehar.

Y a renglón seguido contóle Ali-ben-

Bekkar a su amigo todo cuanto con la esclava le habia sucedido. Y al terminar le dijo:

—En verdad que estoy lleno de perplejidad y a punto de perder la paciencia; pues, por si era poco, me falta aquí Abu-l-Hasán, que conocia a la esclava y me ayudaba.

Al oír el joyero esas palabras echóse a reír. Y Ali-ben-Bekkar le dijo así:

—¿Cómo tienes valor de tomar a broma mis palabras cuando te he contado todo lo que me pasa y te he dicho todas las peripecias con que me aflige el sino?

Y después de decir eso rompió a llorar y recitó estos versos:

—Al verme llorar se rie.  
Si lo que paso pasara,  
de cierto que no riera,  
sino que, cual yo, llorara.  
¡Qué verdad es que al que sufre  
solo comprenderlo puede  
aquel que del mismo mal  
aquejada su alma tiene!  
Por eso suspiro y lloro  
por el amigo sincero  
que en lo más íntimo habita  
de mi condolido pecho.  
¡El sabia comprenderme  
y sus consuelos prestarme,  
y ahora que no está a mi lado,  
no encuentro quien lo reemplace!

Al oír el joyero tales palabras luego entendió su sentido y se echó a llorar, compadecido del llanto de Ali-ben-Bekkar, y acto seguido refirióle cuanto le sucediera con la esclava desde que salió la última vez de su casa. Y al oír su relato Ali-ben-Bekkar rompió nuevamente a llorar. Y le dijo:

—¡Hermano mío, sea como fuere, yo estoy perdido! Y ¡ojalá que mi plazo esté cercano! Solo recabo de tu bondad un favor, y es que no me abandones en mi dolor y seas mi ayudador y alentador en todos mis asuntos hasta que se cumpla la voluntad de Alá. Y está seguro de que no te he de contradecir en punto alguno.

—Ese fuego que abrasa tus entrañas

solo se apagará cuando te unas a aquella que amas; pero ha de ser en otro lugar menos comprometido que este, a saber: en una casa que yo tengo, al lado de aquella en que estuvo a verme la esclava en compañía de su ama y que esta encontró indicada. Allí será donde os podréis ver y contaros vuestras cuitas y desahogaros a placer.

—Haz lo que te parezca—respondió Ali-ben-Bekkar—y dispón aquello que creas de más acuerdo. Pero no seas remiso para hacerlo, pues ya ves que la pena me está consumiendo.

Luego—refería el joyero—quedéme a su lado toda la noche velándolo, hasta que amaneció la mañana. Y entonces, luego de rezar la zalá matinal, me despedí de él y me volví a mi casa, y apenas hacia un momento que llegara y me sentara cuando se presentó la esclava y me saludó con el *selam*, correspondiéndole yo con otro saludo igual. Referile luego lo que habia convenido con Ali-ben-Bekkar. Y ella, después de oírlo, me dijo:

—Has de saber cómo el jalifa se fue y nos dejó solas; de suerte que allí estaremos mejor y tendremos más seguridad que en ningún otro lugar.

—Tienes razón—dijele yo—. Pero, no obstante, opto por esa mi casa que te digo, pues la estimo más segura y más oportuna.

—Sea lo que tú quieras—respondióme la esclava—. Así que voy ahora mismo a anunciárselo a mi ama y le transmitiré tus palabras.

Fue luego allá la esclava y se lo contó todo a su señora y tornó a mi casa al cabo de una hora. Y al verme me dijo:

—Haremos lo que dijiste; así que arregla la casa y estate aguardando nuestra llegada.

Y después sacó del pecho una bolsa con dinares y me transmitió este mensaje:

—Mi señora te envía un saludo con-

migo y te dice: «Toma esto y con ello provee a lo que el caso requiere.»

Negúeme yo en absoluto a tomar el bolso y ella entonces se lo volvió a guardar y tornó a su señora y le dijo:

—No quiere tomar ningún dinero, así es que aquí está el bolso de nuevo.

—Bueno—dijo Schemsu-n-Nehar.

Ahora bien: cuanto a mí, luego que la esclava se fue (continuaba el joyero) me levanté y me trasladé a la otra casa y llevé allí cuanto podía hacer falta en punto de vajilla y muebles y tapices de gran valía, y no olvidé tampoco llevar jarrones de china y copas de cristal y de oro y plata.

Y dispuse, asimismo, manjares y bebidas; todo de la clase más escogida.

Llegó luego allí la muchacha y vio el nodo como yo lo dispusiera todo y no tuvo nada que censurar, sino mucho que elogiar.

Y luego me mandó que fuera en busca de Ali-ben-Bekkar.

Pero yo le dije:

—A él solo tú lo debes traer.

Corrió, pues, allá la joven y a poco volvió con Ali-ben-Bekkar, el cual venía muy compuesto y ataviado, aunque yo lo encontré muy desfigurado, como que se habían eclipsado sus encantos.

Salíle yo al encuentro y lo saludé y le hice sentar en un diván adecuado a su rango y le puse delante ramos de olorosas flores en jarrones de china y de cristal de colores.

Y después dispuse sobre una mesita variedad de apetitosos manjares, propios a dilatar el pecho de quien los mirase, y me senté a su lado y empecé a hablarle con objeto de animarlo y distraerlo, en tanto la esclava iba en busca de su ama.

Y la muchacha estuvo ausente hasta después de la zalá del poniente, terminada la cual tornó trayendo consigo a su señora Schemsu-n-Nehar, acompañada de dos de sus esclavas nada más.

Y al ver ella a Ali-ben-Bekkar y ver

este a Schemsu-n-Nehar rodaron los dos desmayados al suelo, y allí estuvieron sin conocimiento una hora de tiempo.

Luego que el sentido recobraron, se besaron y después se sentaron y se pusieron a platicar con palabras dulces y tiernas y me dieron las gracias por lo que en obsequio de ambos dispusiera. Preguntéles yo si se les apetecía algo de comer y ellos me dijeron que sí; mandé luego que les sirvieran manjares y ellos comieron hasta hartarse.

Laváronse las manos al terminar y yo entonces los pasé a otra habitación y les ofrecí de beber, y ellos bebieron bien, hasta marearse y bambolearse.

Y Schemsu-n-Nehar me dijo:

—*¡Ye sidi*, completa el favor que nos haces y tráenos un laúd o algún otro instrumento musical, para que nuestra dicha sea cabal!

—Con amor y vida—le respondí yo. Y fui en seguida y le traje un laúd. Tomóle en sus manos Schemsu-n-Nehar y lo empezó a templar. Y después rompió a cantar unas tonadas que nos enajenaban el alma con sus variaciones y sus mudanzas y sus alusiones delicadas. Hasta tal punto que poco nos faltaba a todos para perder el juicio de puro gozo y asombro al escuchar su canto maravilloso.

Y después—siguió diciendo el joyero—, cuando ya nos hubimos asentado y luego que la copa hubo pasado de mano en mano, pulsó el laúd la cantadora y entonó esta copla:

—Testigos son mis ojeras  
del desvelo de mi amor  
y mi flojedad demuestra  
lo que mi cuerpo sufrió;  
el llanto que yo derramo  
—que este amor es mi dolor—  
me socarra las mejillas,  
pero no apaga mi ardor;  
¡cuándo querrá Alá, clemente,  
sea un hecho nuestra unión!

Y a continuación de estos entonó estos otros versos:



Llegó por fin mi amado;  
 ya aquí lo tengo,  
 y realidad al cabo  
 se hizo mi sueño.  
*¡Ye!* Bendita la noche  
 que me lo trajo,  
 y ojalá no se eclipsen  
 nunca sus astros.  
*¡Ye* noche afortunada!  
 Su mano diestra  
 me abraza y yo le abrazo  
 con la siniestra.  
*¡Y* de sus labios libo,  
 de su saliva,  
 el vino que embriaga  
 y la miel rica!  
 Y chupo con tal ansia,  
 con tanta fuerza,  
 que sorbo juntamente  
 miel y colmena.

Después de eso el joyero dejólos a ambos solos y se fue a su casa y en ella durmió hasta la mañana. Y luego que esta amaneció rezó la zala y tomó el café y se sentó con la idea de irlos a ver.

Y estando pensando en ello presentóse un vecino, todo asustado, y le dijo:

—¡Hermano mio, el pésame te doy por lo que en tu otra casa esta noche ha ocurrido!

—Pues ¿qué ha ocurrido?—preguntéle yo al vecino.

Y este me lo contó todo acto seguido y me dijo:

—Pues que entraron allí unos ladrones esta noche y arramblaron con todas las cosas que tú trasladaras allí ayer y mataron a tus huéspedes, que ni uno salió con bien.

Quedéme yo perplejo sobre lo que

debería hacer, y, para mis adentros, pensé: «Por los objetos robados no me debo apurar, aunque algunos de ellos no fueran de mi propiedad, sino de unos amigos que me los quisieron prestar, pues ellos saben de sobra que ninguna culpa me alcanza en el asalto y despojo de mi casa. Lo que si debo temer, en cambio, es que se divulgue la aventura de Ali-ben-Bekkar con esa pupila del jalifa, que entonces si que puedo dar mi alma por perdida.»

Volvióse luego el joyero a su vecino y le dijo:

—Amigo y vecino mio y mi asesor que siempre has sido: ¿qué me aconsejas que haga ante esto que me pasa?

Y el vecino le dijo:

—Lo que yo te aconsejo es que te estés aquí quieto, pues esos ladrones que asaltaron tu casa anoche mataron a varias personas de la corte del jalifa y también a algunos guardias de la ronda nocturna y los agentes del gobierno andan detrás de ellos, buscándolos por todos los caminos con la esperanza de echarles la zarpa, y puede que así sea, de suerte que salgas tú bien librado y recobres lo tuyo, sin necesidad de que hagas esfuerzo alguno.

Al oír el joyero las palabras de su vecino tornóse a su domicilio.

Al llegar a este punto de su relato vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

## PERO LA NOCHE 145 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Me consta, *ye* monarca, el afortunado, que, al oír las palabras de su vecino, tornóse el joyero a su domicilio y para sus adentros se dijo: «¡Ya tengo encima lo que Abu-l-Hasán temía! Y

he caído en la trampa, huyendo de la cual se fue a Bazra.»

A todo esto el robo de su otra casa sabíase ya en toda la ciudad y acudían a darle el pésame de todas partes.

Contrito y pesaroso de lo hecho estaba el joyero cuando se le acercó uno de sus criados al sitio donde estaba sentado y le dijo:

—Ahí, en la puerta, hay un individuo que pregunta por ti y que para mí es un desconocido.

Salió a verlo el joyero y lo saludó con el *selam*, contestándole el otro en forma igual, y a todo esto el joyero no sabía quién fuese aquel sujeto. El cual le dijo:

—Tengo que decirte una cosa.

Hízolo el joyero pasar adentro y le preguntó:

—¿Qué es ello?

—Tienes que venir conmigo a tu otro domicilio—respondióle el individuo.

—Por ventura ¿conoces tú esa mi otra casa?—preguntó el joyero.

—Yo—dijole el hombre—estoy enterado de todas tus cosas y tengo también para ti algo con lo que Alá será servido de hacer que se alegre tu corazón entristecido.

Al oír aquellas palabras díjeme yo para mi ánima: «Iré con él sin chistar a donde me quiera llevar.»

Echamos, pues, a andar y no paramos de caminar hasta que llegamos a mi otra casa, y el hombre, al verla, me dijo:

—Mira, no tiene puerta ni portero; en ella no podemos estar; vámonos, pues, a otro sitio que ofrezca más seguridad.

Seguimos, pues, caminando, él delante y yo detrás, hasta que se nos hizo de noche, y, a todo esto, yo lo seguía, callado, con mucho brio. Y se puso a correr y yo corri también detrás de él, hasta que llegamos a la orilla del río. Allí vino a recibirnos una barca y sus remeros nos cogieron y nos condujeron a la otra banda y el hombre saltó a tierra y yo también le seguí, como hasta entonces hiciera.

Cogiome luego de la mano y me hizo entrar en un antro, donde jamás había yo estado, ni sabía a qué parte

de aquel campo caía. Detúvose el hombre ante una puerta y la abrió y pasó adentro y tiró de mí, que iba en su seguimiento. Luego que ambos hubimos entrado, cerró el hombre la puerta con un alamud<sup>15</sup> de hierro. Atravesó luego el zaguán y fuimos a salir a un lugar en donde había diez hombres que parecían uno solo, pues eran hermanos todos.

Saludólos mi guía con el *selam* y ellos le respondieron deseándole también la paz. Mandáronme luego sentar y me senté, que por cierto estaba hartito cansado de todo lo que había andado.

Llegáronse luego a mí aquellos sujetos y me rociaron el rostro con agua de rosas y me escanciaron de beber y me trajeron de comer. Y yo comí de todo, pues ne hice esta reflexión: «Si estos manjares fueran nocivos no los comerían ellos conmigo.»

Después que nos hubimos lavado las manos nos retiramos a nuestros lugares respectivos y ellos me preguntaron:

—¿Nos conoces acaso?

—No—les contesté yo—. De cierto no os conozco, como no conozco tampoco al individuo que me trajo a vosotros.

Y ellos me dijeron:

—Cuéntanos tu historia con toda verdad y no mientas ni nos engañes.

—Mi caso—respondíles—es un caso singular y mi historia es de maravillar; pero decid: y vosotros ¿sabéis algo de mí?

—Nosotros—dijeron ellos—somos los que te robamos anoche tus objetos y raptamos a tu amigo y a aquella joven que cantaba.

—¡Ye!—exclamé yo al oírlos—. ¡Cúbraos Alá con un velo tupido! Pero decidme: ¿dónde está mi amigo? ¿Dónde se halla la joven que cantaba?

Señalaron entonces con la mano a un lugar cercano y me dijeron:

<sup>15</sup> Cerrojo o barra de atrancar puertas. Del árabe *Al-Amud*.

—Ahí están, hermano, y de ninguno de nosotros han sufrido el menor daño. y desde que los cogimos y aquí los trajimos, no los hemos molestado lo más mínimo ni les hemos preguntado siquiera por su estado, aunque en ambos advertimos indicios de buena crianza y posición holgada, que es la razón, por cierto, de que no los hayamos muerto. Dinos, pues, tú ahora quiénes sean, con toda verdad y franqueza, y no temas por tu vida ni tampoco por la de ellos, si eres veraz en tu cuento.

Al oír yo esas palabras—contaba el joyero—estuve a punto de morirme de miedo y sobresalto y empecé mi relato diciendo:

—De sobra sé que si el valor se perdiera en este mundo solo entre vosotros se le podría hallar, y si tuviera yo un secreto que temiera divulgar, solo en vuestros pechos lo quisiera guardar.

Dijeles otras lisonjas más a este tenor y, comprendiendo al cabo que lo que más me convenia era ser franco, fui y se lo conté todo de cabo a rabo.

Luego que ellos me oyeron todo mi relato, exclamaron:

—Pero entonces ¿es verdad que ese joven es Ali-ben-Bekkar y que esa señora es Schemsu-n-Nehar?

—Así es, a no dudar—les respondí.

Dieron ellos entonces muestras de contrariedad y fueron allá adentro, donde estaban los dos, y les dieron sus excusas y les presentaron sus disculpas. Y encarándose luego conmigo me dijeron:

—De lo que anoche te robamos parte ya nos la hemos gastado, pero aquí tienes lo que ha quedado.

Y me devolvieron las más de mis cosas y me prometieron volverlas a poner otra vez en su lugar y a restituirme lo antes posible lo demás.

Serenóseme un tanto el corazón con aquello y los hombres se distribuyeron en dos filas y nos pusieron a todos en

medio y salimos todos juntos de la casa y echamos a andar, sin saber adónde nos llevaban.

Lleguéme yo a Ali-ben-Bekkar y Schemsu-n-Nehar, que estaban medio muertos de miedo, y les saludé y les pregunté:

—¿Qué fue de las tres esclavas que con nosotros estaban?

Y ellos me respondieron:

—No sabemos nada.

Seguimos luego caminando, hasta que llegamos a orilla del río, donde estaba atracada la barca, que era la misma que la vispera habíame pasado, y todos en ella montamos.

Y el barquero nos pasó al otro lado; pero apenas había nos saltado a tierra y sentádonos en ella para descansar un rato, cuando hete aquí que una tropa de hombres montados se echa sobre nosotros como un bando de águilas y nos rodea por todos lados, y no bien los vieron los bandidos, cuando al punto como buitres levantaron el vuelo y corrieron a la barca y en ella montaron y el barquero empezó a remar con mucho brio, hasta que se perdieron de vista en el río.

Y entonces el jeque de aquellos montados se encaró con nosotros y nos dijo:

—¿Quiénes sois y de dónde venís? ¿Y en qué barrio de la ciudad vivís?

Quedámonos nosotros perplejos sin saber qué decir; pero yo (contaba el joyero) les contesté diciendo:

—Esos hombres que estaban con nosotros eran unos malhechores y no los conocemos. Cuanto a nosotros somos cantadores y ellos nos habían cogido con intención de llevarnos a su guarida para que les cantásemos, sino que, apurando el ingenio y haciéndonos los remolones, fuimos eludiendo el complacerles. Y luego, al presentaros aquí vosotros, huyeron como habéis visto, y esto es cuanto puedo deciros.

Pero el jeque de los montados miró

a Ali-ben-Bekkar y a Schemsu-n-Nehar y me dijo:

—En eso que has dicho no hay ni una sola palabra de verdad, y si no, explicanos con toda claridad quiénes sois y de dónde venís y en qué barrio de la ciudad vivís.

Quedéme yo cortado, sin saber qué decir, pero Schemsu-n-Nehar llegóse al capitán de los montados y hablóle al oído con mucho sigilo.

Y en el acto el jeque apeóse de su caballo y, aupando a Schemsu-n-Nehar a su grupa, cogió las riendas y empezó a arrear a la bestia.

Y dos de sus hombres hicieron otro tanto con Ali-ben-Bekkar y conmigo.

Y el capitán de aquella tropa fue cabalgando con nosotros y sus hombres hasta que llegamos al lugar, el fulano de la orilla del río, y ya allí canturreó unas palabras en lengua bárbara y en seguida acudieron unos hombres con dos botes.

Y el capitán nos embarcó en uno de ellos, en el que también montó él mientras sus seides lo hacían en el otro bote; empezaron a remar hasta que nos trasladaron a la orilla opuesta y allí, al pie del alcázar del jalifa, hicieron desembarcar a Schemsu-n-Nehar.

Y dízque en todo el trayecto padeciéramos las agonías del mucho miedo.

Siguieron luego bogando con nos-

otros hasta que llegamos a un sitio desde el cual podíamos dirigirnos a nuestros domicilios.

Allí nos hicieron saltar a tierra y desembarcamos y luego echamos a andar escoltados por varios de aquellos montados, hasta que a la casa de Ali-ben-Bekkar llegamos. Y entonces ellos se despidieron de nosotros y se fueron.

Nosotros, por nuestra parte, nos metimos en casa y estábamos que no podíamos movernos y no acertábamos a distinguir la mañana de la tarde, y así estuvimos, en esa zozobra, hasta que, al cabo, despuntó la aurora.

Pero al llegar la tarde de aquel día rodó desmayado por tierra Ali-ben-Bekkar. Y las mujeres y los hombres de la casa vinieronle a llorar, en tanto seguía él postrado sin conocimiento y sin hacer el menor movimiento.

Y algunos de sus deudos se me acercaron y me dijeron:

—Cuéntanos qué es lo que le ha ocurrido a nuestro hijo y dínos cuál es la razón de que se halle en tal estado de postración.

Y yo les dije:

—¡Ye pueblo! Escuchad mis palabras...

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 146 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, ye el rey, el afortunado, que el joyero dijo:

—No me forceís a hablar. Aguardad a que él recobre el sentido y todo os lo dirá él mismo.

Insisti luego con ellos para apaciguarlos y metiles miedo con el escándalo.

Y estando en esto he aquí que, de pronto, empieza Ali-ben-Bekkar a removerse en su lecho, con lo que sus familiares se pusieron muy contentos y todos de allí se salieron; iba a hacer lo mismo yo, pero su familia me lo impidió rogándome con encarecimiento no me separase del lecho del enfermo. Ro-

ciáronle luego a este la cara con agua de rosas y él acabó de recobrase de su desmayo y aspiró el aire con pecho dilatado.

Preguntáronle entonces sus deudos qué era lo que le había pasado y él se lo contó todo con tal precipitación que, de puro ligera, se le trababa la lengua. Luego indicóles a los suyos por señas me dejaran retirarme a mi casa y así lo hicieron ellos, y me pude marchar sin ningún impedimento, aunque estaba tan flojo y caído que dos hombres vinieron sosteniéndome todo el camino.

Luego que entré en mi casa y mi gente me vio en aquel estado de posturación rompieron todos a llorar y a aporrearse las caras y a hacer otros extremos de dolor y duelo, pero yo por señas les impuse silencio y ellos al punto enmudecieron.

Luego aquellos dos hombres que me habían traído se fueron por su camino y yo me eché en la cama y en ella me pasé el resto de la noche, durmiendo de un tirón hasta el mediodía del siguiente día, y al abrir entonces los ojos vi a todos los míos congregados en mi derredor y, al ver que ya estaba despierto, me dijeron:

—Por Alá, cuéntanos qué desgracia cayó sobre ti y qué fue lo que el sino te hizo sufrir.

Pero yo les rogué:

—Traedme lo primero algo de beber.

Y me trajeron de beber y bebí hasta más no querer y luego exclamé:

—Lo que pasó, pasado es.

Fuéronse luego ellos y yo me disculpé con mis amigos y les pregunté si algo de lo que me habían robado de la otra casa me lo habían ya restituido. Y ellos me contestaron:

—Sí; algo de ello te lo han devuelto, y por cierto que nos lo hemos encontrado en su sitio, sin saber quién lo haya allí puesto.

Sentí yo algún respiro al oírlo y, por

espacio de dos días, no me movi de mi sitio, pues no tenía fuerzas para levantarme y dejar el lecho; hasta que, al cabo, recobré ánimos y me levanté y me dirigí al *hammam*, pues sentíame muy cansado y además tenía el espíritu conturbado por causa de Ali-ben-Bekkar y Schemsu-n-Nehar, de los que en todo ese tiempo nada había sabido y no podía aportar por casa de mi amigo, por temor al peligro, ni tampoco tenía sosiego para estar en mi domicilio.

Y ante Alá arrepentíme de lo que había hecho y le pedía que me sacase con bien de aquel aprieto.

Y estando así diome el capricho de ir al lugar, el fulano, con objeto de ver gente y distraerme y me encaminé al zoco de los vestidos y me entretuve hablando con un amigo. Y hete que, al levantarme para retirarme, me fijó en una mujer que estaba allí plantada delante de mí, y al mirarla mejor, luego caigo en la cuenta de que era la joven esclava de Schemsu-n-Nehar.

Y al verla, el mundo volvióseme negro para mis ojos y eché a correr, huyendo de aquella mujer.

Pero ella siguióme los pasos y subía de punto mi espanto, y cada vez que la miraba y la veía detrás de mí entrábanme unos temblores por todo el cuerpo como no podría citar.

Y a todo esto la mocita me gritaba:

—Párate, hombre, y no corras, que tengo que decirte una cosa.

Pero yo, sin hacer caso de sus voces, continué huyendo a todo correr, hasta que vi una aljama y en ella me entré.

Pero también allí me siguió la mocita y entró tras de mí en la mezquita.

Recé yo dos oraciones e hice dos genuflexiones, y después, suspirando, me volví a la joven y le pregunté:

—¿Qué era eso que me querías decir?

Y la joven, a su vez, preguntóme a mí cómo las había pasado desde la noche que nos separamos, y yo le con-

té lo que a mi y a Ali-ben-Bekkar nos había ocurrido y le supliqué me dijera a su vez qué había sido de su señora Schemsu-n-Nehar.

Y la joven me dijo:

—Pues sabrás cómo cuando anoche vi que esos hombres asaltaban tu casa, violentando la puerta, fui yo y me escondí, asustada, temiendo no fuesen de la guardia jalifiana y nos cogieran a mí y a mi ama y en el acto nos mataran a ambas.

De suerte, pues, que yo y las dos otras criadas saltamos por las azoteas y así nos escapamos, tirándonos de cabeza desde un sitio bastante alto, y nos refugiamos en una casa donde se prestaron a ocultarnos hasta que llegó el momento oportuno de volver a palacio. Y así lo hicimos sin decir palabra sobre la aventura pasada, pero estábamos como quien se revuelca sobre ascuas hasta que se hizo al fin de noche cerrada y fui yo y salí a otear la ribera y vi adelantarse por el río una barca en la que venían, a más del barquero, un hombre y una mujer tendida entre ellos.

Remó con bríos el barquero hasta alcanzar la orilla, y allí se detuvo ante la puerta del alcázar. Y al saltar a tierra la mujer fijéme bien en ella y pude comprobar que no era otra que Schemsu-n-Nehar. Corrí, pues, a su encuentro, y de puro alegre que me puse al verla con vida, cuando yo la daba por perdida, quedéme tan pasmada que apenas si podía articular palabra.

Luego que ella me reconoció, ordenóme que le diera mil dinares al barquero que la trajera.

Hicelo yo así, y luego, ayudada de las dos criadas, cargamos con ella y la acostamos en su lecho, donde pasó la noche presa del mayor desasosiego.

Luego que amaneció la mañana prohibes yo a las esclavas y los eunucos que penetrasen en su cámara ni se acercasen a ella para nada.

Así pasó el primer día y el segundo por fin volvió del todo en sí, aunque seguía tan demudada que parecía una resucitada. Rociéle yo con agua de rosas y la mudé de ropa, y tanto insistí y porfié con ella, animándola, que acabó por acceder a tomar de mis manos un sorbo de vino y un bocado, aunque a lo primero a todo le hacia ascos.

Luego que volvió a respirar el aire y fue recobrando la salud, le dije:

—¡Ye mi señora, ten piedad de ti misma, que harto tienes con lo que has pasado, que a punto estuviste de no poder contarlo!

—Por Alá—exclamó ella—, que más me habría valido morir que no sufrir lo que sufrí. Y por cierto que por muerta me di cuando aquellos hombres nos cogieron y nos sacaron de casa del joyero. Solo que me dijeron:

—¿Quién eres y qué profesión tienes?  
—Yo—les dije—soy esclava, de las que cantan.

Y ellos se lo creyeron y no objetaron nada.

Encaráronse entonces los bandidos con Ali-ben-Bekkar y le dijeron:

—Dinos quién eres, que, a juzgar por tu facha, no eres de clase baja.

—Pues sí que lo soy—respondió él—por mi desgracia.

Cogiéronnos luego los bandidos y nos llevaron con ellos a su guarida, sin que nos resistiéramos a seguirlos de puro despavoridos, y luego que en su guarida nos metieron, miráronme con mucha atención y, al ver mis vestidos y mis collares y aderezos, luego sospecharon y me dijeron:

—En verdad que estos collares y estas joyas no son propios de una cantadora. Así que sé franca con nosotros y dinoslo todo.

Pero yo guardé silencio y pensé para mis adentros: «No hay duda que me matarán, para quedarse con mis joyas y mis ropas.»

Y no abrí la boca.

Luego encaráronse aquellos bandidos con Ali-ben-Bekkar y le dijeron:

—Y tú ¿quién eres y de dónde vienes? Que, según parece, no eres un cualquiera.

Pero Ali-ben-Bekkar no les contestó tampoco, y tanto él como yo persistimos en nuestro silencio y no hacíamos más que llorar, hasta que quiso Alá ablandarles los corazones a aquellos malhechores y de nosotros se compadecieron y nos dijeron:

—¿Quién es el dueño de la casa en que estabais?

—Fulano, el joyero—les contestamos.

Y uno de ellos dijo:

—Lo conozco mucho y he estado en su otra casa, que le sirve de morada, y a fe que ahora mismo os voy a llevar a su domicilio.

Convinieron luego en ponerme a mí en un sitio y a Ali-ben-Bekkar en otro y nos dijeron:

—Estad tranquilos y no divulgéis lo ocurrido, que con nosotros no corréis ya ningún peligro.

Y fue por él en el acto y lo trajo y lo interrogaron y el joyero les puso al corriente de nuestro caso. Después de lo cual fue uno de los ladrones y buscó una barca y en ella nos echaron y nos condujeron al otro lado, donde nos dejaron en mitad del campo y ellos se largaron.

Vinieron a poco a donde estábamos unos hombres montados de la guardia nocturna que anda por los des poblados y nos interrogaron sobre quiénes fuéramos.

Lleguéme yo entonces al capitán de la guardia y le dije al oído: «Yo soy Schemsu-n-Nehar, la favorita del jalifa, y había salido, un poco chispa, del alcázar del jalifa, para ver a una amiga que es mujer de un visir, cuando nos asaltaron unos ladrones y me cogieron y me trajeron a la fuerza a este sitio donde me veis en unión de estos dos cuitados, que también habían apre-

sado. Y al veros luego venir a vosotros se dieron a la fuga y huyeron.

»Esta es la verdad y ten presente que estoy en condiciones de pagarte el favor que te dignes hacerme.»

Al oírme el capitán de los montados luego me conocí y se apeó de su caballo y en él me acomodó y lo mismo también hicieron dos de sus hombres con Ali-ben-Bekkar y con el joyero, su amigo y compañero.

—Y ahora estoy sobre ascuas por ellos, sobre todo por el joyero; así que te ruego lo vayas a buscar y en mi nombre lo saludes con el *selam*.

—Luego de oírlo todo—siguió diciéndolo la esclava—, no pude por menos de regañarle a mi ama por lo que había hecho y la amonesté para que anduviese en lo sucesivo con más tino y mirase por su vida, que estaba en peligro.

Pero ella se puso furiosa y empezó a darme gritos, y entonces yo salí corriendo y vine a buscarte, pero no te encontré, por lo cual me aposté junto a tu puerta para verte llegar y saludarte de parte de mi ama y preguntarte por Ali-ben-Bekkar y cómo se encuentra, que tú lo sabrás.

Tengo también encargo de mi ama de rogarte que aceptes algo de dinero a fin de que puedas reponer las cosas que los ladrones te robaron y no sufras en tus intereses menoscabo.

Dijo el joyero:

—Oír es obedecer.

Luego seguimos andando juntos hasta cerca de mi casa, y ella me dijo:

—Aguarda aquí hasta que yo vuelva...

Y la esclava desapareció y a poco volvió con el dinero y se lo dio al joyero diciendo:

—¿Ye mi señor!, ¿podríamos reunirnos en algún sitio contigo?

—Díjeme yo—contaba el joyero:

—Mira, yo me voy ahora a mi casa y examinaré allí la situación y meditaré sobre los medios de que puedas llegar

hasta mi amigo, lo que en este momento no es nada sencillo.

Y la esclava me dijo:

—Bueno, pero no dejes de avisarme el lugar donde podemos reunirnos.

—Desde luego—respondió yo—, no habrá ninguno mejor que esa mi casa, la de marras; iré allí luego y arreglaré las puertas y lo dispondré todo bien para que allí nos podamos ver.

Luego de oírme se despidió de mí la esclava y se tornó al alcázar y yo cargué con el dinero y me fui a mi casa y ya allí lo conté y pude comprobar que ascendía a cinco mil dinares. Di parte de ello a mis familiares e indemniqué a algunos de los que me habían prestado cosas de las que los ladrones robaron.

Fui luego a la casa asaltada en compañía de uno de mis criados y mandé a llamar a los carpinteros y a los albañiles<sup>16</sup>, los cuales vinieron y se pusieron a trabajar en ella para repararla hasta dejarla igual que antes estaba. Puse en ella también de centinela a mi esclava la negra y acabé por dar al olvido lo que me había ocurrido.

Encaminéme luego a casa de Ali-ben-Bekkar, y al llegar a ella salieron a mi encuentro sus criados y uno de ellos me dijo:

—*Ye sidi!*, te anduvimos buscando noche y día por encargo de nuestro amo, el cual prometió darle la libertad a aquel de nosotros que te lograra encontrar; así que te estuvimos buscando por todas partes con afán y preguntamos por ti a todo el mundo sin que nadie pudiera indicarnos rastro alguno. Ahora parece que nuestro amo va recorriendo la salud, aunque aún tiene alternativas de perder el sentido y recuperar el juicio. Y, cuando vuelve en sí de su desmayo, luego se acuerda de ti y exclama: «No hay más remedio sino que me lo tenéis que traer, aunque solo

sea un momento, ¡para que me dedique siquiera una mirada y luego se vaya!»

Seguí con el criado hasta llegar junto a su amo y lo hallé en tal estado de abatimiento que no podía echar la palabra del cuerpo.

Yo me acerqué a él y me senté a su cabecera y él abrió los ojos y al verme tan cerca echóse a llorar y me dijo:

—¡Sé bien venido, hermano mío!

Inclinéme yo sobre él y lo incorporé y contra mi pecho lo estreché, y él entonces me dijo:

—De veras te digo que desde que caí en la cama hasta ahora no me había movido. Pero, en fin, loado sea Alá que te ha traído aquí.

Hice yo entonces por consolarlo y animarlo hasta que conseguí que se levantase del lecho y se pusiese en pie y diese unos cuantos pasos por la habitación, y después lo vestí y le di a beber una pizca de vino, y él a todo se avino.

Luego que ya lo vi más entonado, le conté todo lo que con la joven esclava me había pasado (luego de cerciorarme de que no nos escuchaba nadie) y, finalmente, le dije:

—Levanta tu corazón y cobra valor, que harto sé lo que estás padeciendo.

Sonrióse él y yo añadí:

—De veras te digo que nada ha de ocurrirte, sino aquello que ha de alegrarte y sanarte.

Pidió él luego de comer y se lo llevaron y después hizoles seña a sus criados de que se retirasen y se retiraron. Y, encarándose conmigo, me dijo:

—¿Viste, hermano, lo que me acaeció?

Y se excusó conmigo y me preguntó cómo lo había pasado yo. Díjeselo todo desde el principio al fin y él se maravilló y, llamando a sus criados, les dijo:

—Traedme luego acá esto y aquello.

Trajéronle ellos tapices de los finos y colgaduras, amén de vajilla de oro y

<sup>16</sup> Del árabe *Al-benai*.



plata, más de lo que yo perdiera, y me dio todo aquello por vía de compensación, y luego que el día, el siguiente, empezó a amarillear, díjome Ali-ben-Bekkar:

—Has de saber, hermano, que todas las cosas tienen su fin y el fin del amor no es otro que la muerte o el logro del deseo. Y yo estoy más cerca de la muerte que de lo otro, y ojalá y muerto me hubiera antes de que aquello me ocurriera, pues a no ser por la gracia de Alá nos habrían descubierto y expuesto al vilipendio. Y ahora no sé cómo habré de salir del aprieto, que, de no temerle a Alá como le temo, ya con la muerte habría puesto término a mis sufrimientos. Porque has de saber, hermano mío, que estoy como pajarero en alcahaz y que mi vida por perdida puedo dar, a causa de las desdichas que se me han venido encima; pero todo tiene su término marcado y su plazo señalado.

Y acto seguido rompió en sollozos y suspiros y recitó estos versos:

—¡Cuántas lágrimas derrama  
el amante desdichado!  
La paciencia de su pecho  
las penas le han ahuyentado.  
Mas de su amor el secreto  
no ha salido de sus labios.

Luego que acabó de recitar estos versos díjole el joyero:

—Mira, señor: ahora, con tu venia, querría yo volverme a mi casa.

Y Ali-ben-Bekkar le respondió:

—Está bien, hermano, ve allá; pero no tardes en volver trayéndome nuevas, pues ya ves el estado en que mi alma se encuentra.

Despídeme, pues, de él—seguía con-

tando el joyero—y me volví a mi casa y, apenas entrara en ella y me sentara, cuando hete aquí a la esclava que llega llorando con tal desconsuelo que le temblaba todo el cuerpo. Y al verla yo así, le pregunté:

—¿Qué pasa?

Y ella me contestó:

—Pues que lo que temíamos se cumplió ya, mi señor; porque ayer, cuando te dejé para volverme a palacio junto a mi señora, halléla hecha una furia con una de las dos mocitas que la otra noche nos acompañaban, y era tal su enojo que mandó que la azotaran.

Y la chica, al oírlo, se asustó y echó a correr y se escapó; pero al salir de la casa uno de los porteros y guarda de la puerta la vio y asió de ella con intención de entregársela a su ama.

Y entonces ella se dio traza de engatusarlo con su labia y le contó todo lo que pasaba y nuestra aventura de noches pasadas, y el centinela la dejó en libertad y les fue con el cuento a los demás, de suerte que el secreto se divulgó y llegó a los propios oídos del jalifa, el cual ha mandado trasladar a nuestra señora Schemsu-n-Nehar con todas sus cosas al alcázar jalifiano, y le ha puesto, además, diez eunucos para que la vigilen, sin perderla de vista, de suerte que hasta ahora no he podido llegar hasta su persona ni sé cómo he de hacer para sacarla a ella del apuro y salvarme yo también, aunque desde luego que puede estar segura de mi silencio y de que no tendrá más fiel guardadora que yo de su secreto.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

## PERO LA NOCHE 147 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que la esclava le dijo al joyero, luego que le contó todo el suceso:

—*¡Ye mi señor!* Te ruego que vayas sin pérdida de tiempo a ver a Ali-ben-Bekkar y se lo cuentes todo para que esté en guardia, pues si se descubre toda la trama no sé qué vamos a hacer para salvar nuestras almas.

Luego que se retiró la esclava, salíme yo a su zaga y me dirigí a casa de Ali-ben-Bekkar, sin entretenerme en nada.

Encontré a mi amigo que estaba hablando solo consigo mismo sobre la unión con su amada, haciéndose la ilusión de que ya entre sus brazos la estrechaba.

Al verme a mí entrar tornó luego en sí de su ensoñación y me dijo, con muestras de asombro:

—¿Cómo es que vuelves tan pronto?

—Déjate de bobadas—dijele yo—y de ilusiones vanas que te tienen embargada el alma, que acaban de comunicarme una cosa que entraña un peligro mortal para tu persona, sin contar con tu ruina económica.

Al oír tales palabras cambió luego de actitud y se le contrajo el semblante y me preguntó anhelante:

—Pues ¿qué pasa? ¡Dímelo todo, hermano mío!

Contéselo yo todo, sin omitir detalle, y él exclamó luego de escucharme:

—¿Qué podemos hacer? ¿Y cuál es, oh hermano mío, tu parecer?

—A mi juicio—contestóle el joyero—, lo mejor que hacer puedes es coger todos tus efectos, si te da tiempo, y tomar contigo aquellos de tus servidores que te sean más adictos, y mar-

charte de aquí a cualquier otro sitio. Y debes hacerlo a toda prisa, antes que expire el día.

—Oír es obedecer—respondió él.

Luego se levantó, dando grandes muestras de turbación, y se puso a dar vueltas por la casa y unas veces se caía y otras se levantaba. Tomó luego todo lo que consigo pudiera llevar y se despidió de los suyos, dándoles sus últimas instrucciones.

Y luego cargó sus bagajes en tres camellos y él montó en su mula y lo mismo que él hice yo también.

Salimos los dos furtivamente de la ciudad y echamos a andar y no paramos de caminar en todo el resto de aquel día y la noche siguiente. Y al otro día, al caer la tarde, descargamos nuestros bagajes y atamos nuestros camellos a unos árboles y nos echamos a dormir enteramente descuidados, que para pensar en nada estábamos harto cansados.

Sumidos estábamos en profundo sueño cuando unos ladrones nos acometieron y nos despojaron de todos nuestros efectos y mataron a nuestros criados, aunque a nosotros no nos hicieron daño.

Luego de eso se alejaron dejándonos en el más triste estado, pues de todo cuanto teníamos nos habían despojado. Seguimos ya caminando el resto de la noche y, al amanecer la mañana, llegamos a una ciudad y entramos en ella y nos encaminamos a la mezquita y junto a su puerta nos sentamos, y dízque íbamos en cueros, que hasta las ropas nos habían quitado.

Allí estuvimos todo aquel día, y, al llegar la noche, nos echamos a dormir, sin haber en absoluto comido ni bebi-

do. Luego que amaneció la mañana rezamos la zalá matinal y nos tornamos a sentar.

Y he aquí que llegó un hombre y nos saludó con el *selam* y luego rezó sus oraciones e hizo un par de genuflexiones y después volvióse a nosotros y nos interpeló de este modo:

—¿Ye compañeros!, ¿sois, por ventura, forasteros?

—Sí—le respondimos—. Y por cierto que unos bandideros nos despojaron en el camino y nos dejaron en cueros y al fin pudimos llegar a esta ciudad, en la que no conocemos a nadie que en su casa nos pueda hospedar.

Al oír el hombre aquello preguntó-nos luego:

—¿No querriais, amigos, venir a mi casa conmigo?

—Levántate en seguida—dijole a Ali-ben-Bekkar—y vayamos con él, que así nos libraremos de un doble peligro: primero, de que alguien, al entrar en la mezquita, pueda reconocernos y descubrir nuestro secreto y nos ocurra lo que tanto tememos, y segundo, que somos aquí forasteros y no tenemos dónde guarecernos.

—Haz lo que te parezca—contestó Ali-ben-Bekkar.

Dionos después el hombre parte de sus ropas para que cubriéramos nuestras desnudeces y nos llevó a su casa, colmándonos de palabras corteses. Llamó luego a la puerta y salió a abrir un eunuco pequeño y el dueño penetró en la casa y nosotros también entramos detrás de él.

Mandó luego el hombre que le llevaran un cesto en el que había varios trajes y turbantes, y nos dio sendas túnicas, y nos las pusimos, y sendos turbantes con los que la frente nos ceñimos. Tomamos luego asiento y una esclava vino y nos sirvió la mesa y nos invitó a comer de los manjares que había en ella.

Comimos nosotros apenas un bocado

y, cuando terminamos, levantó la esclava la mesa y se retiró.

Permanecimos en la casa hasta que se hizo noche cerrada. Y Ali-ben-Bekkar fue entonces y me dijo:

—Has de saber, hermano mío, que yo sin remisión estoy perdido y quiero antes hacer testamento contigo y te encargo que, tan pronto como me veas cadáver, vayas a ver a mi madre y le anuncies mi muerte, para que venga mi madre y me haga los funerales y lave mi cuerpo. Y le rogarás que no se aflija demasiado ni me haga excesivo planto.

Y, luego de proferir estas palabras, cayó Ali-ben-Bekkar desmayado. Recobró después el sentido y oyó cantar a una esclava allá dentro y se puso con avidez a escucharla, y unas veces se ensimismaba y otras reía y otras, finalmente, lloraba con mucho dolor y mucha aflicción. Y entre otras entonó la cantora esta copla:

—Tras la unión vino la ausencia  
y duermo sola en mi lecho;  
¿cuándo volveré a abrazarlo,  
de otro modo que en el sueño?

Al oír Ali-ben-Bekkar aquellos versos que cantaba la esclava lanzó un hondo suspiro y rodó sin sentido. Fuimos a socorrerlo y ya su alma se había separado de su cuerpo.

Y al verlo ya muerto—contaba el joyero—encomendéle al dueño de la casa y le dije:

—Has de saber que, sin pérdida de tiempo, debo partir a Bagdad para anunciarle a su madre la muerte de Ali-ben-Bekkar para que venga a hacerse cargo del cadáver y lo lleve a Bagdad y allí le hagan los funerales; así que encárgate tú de lavarlo y velarlo.

Marché, pues, acto seguido a Bagdad y fuime derecho a mi casa y me mudé

de ropa y, después de eso, me encaminé a casa de Ali-ben-Bekkar, y no bien sus criados me vieron llegar, vinieron a preguntarme por él; roguéles yo a mi vez que me anunciaran a su madre y le pidieran permiso para entrar a verla, de mi parte.

Tornaron ellos luego diciéndome que podía yo pasar, y yo pasé a presencia de la madre de Ali-ben-Bekkar, y le dije:

—Cuando Alá dispone una cosa no hay forma de poderlo evitar, ni hay nadie que muera sino con permiso de Alá, luego que se cumplió el plazo que en el Libro tiene asignado.

Al oírme la madre de mi amigo lanzó un hondo suspiro, pues luego comprendió que era muerto su hijo.

Rompió entonces en copioso llanto y me dijo:

—Luego ¿es verdad que mi hijo murió?

No pude yo contestarle al pronto, porque el llanto no me dejaba hablar, y, al verme a mi llorar, echóse a llorar también ella con un sentimiento tan grande que rodó por tierra sin conocimiento.

Luego que volvió en sí de nuevo, me preguntó:

—Dime, ¿y qué fue lo que le pasó?

—Que Alá—exclamé yo—te dé por su pérdida la compensación.

Y acto seguido le conté todo lo que nos había ocurrido, desde el principio al fin, sin nada omitir. Y ella entonces me preguntó:

—Dime, ¿por Alá!, ¿no te expresó su última voluntad?

—Sí—le contesté.

Y acto seguido le comuniqué lo que me encargara su hijo y le dije:

—Date prisa a partir en seguida, al lugar el fulano, para que recojas el cuerpo de tu hijo y te encargues de hacerle los funerales.

Al oír mis palabras cayó desmayada, y recobrado que hubo luego el

conocimiento, dispusose a cumplir la última voluntad del muerto <sup>17</sup>.

Despedíme yo de ella y me torné a mi domicilio, y en todo el camino no se me apartaba del pensamiento la imagen de aquel mozo tan guapo, maravillado en la flor de los años.

Y en tanto iba así ensoñando, he aquí que una mano de mujer me coge la mano... y, al volverme a mirarla, luego reconozco que es la propia esclava de Schemsu-n-Nehar, y entonces los dos rompemos a llorar, y así fuimos llorando sin dejar de andar, hasta que llegamos a mi casa y entonces yo le dije a la esclava:

—¿No sabes lo que ha sido de Ali-ben-Bekkar?

—¡Lo ignoro, por Alá!—contestó ella.

Oído lo cual se lo conté yo todo, sin nada callar. Y a mi vez, preguntéle:

—¿Y cómo está tu señora Schemsu-n-Nehar?

Y ella me contestó:

—Sabrás que el emir de los creyentes, de tanto como la amaba, negóse a escuchar a sus malsinadores y le dijo: «Mira, Schemsu-n-Nehar; mucho es lo que te amo y por eso voy a poner las narices de tus enemigos bajo el alfarje del molino.»

Y mandó habilitarle unos aposentos dorados y que le hicieran un lecho forrado de oro y un camarín primoroso y desde aquel día no se separa de ella ni un momento.

Y sucedió un día de los días que, estando sentado, según su costumbre, el jalifa, bebiendo en su copa, llegaron todas sus concubinas y él las hizo sentar en sus lugares respectivos y a Schemsu-n-Nehar la quiso tener a su lado consigo.

Y dízque a mi señora le faltaba la paciencia y se le agravaba la dolencia.

<sup>17</sup> Siempre la pobre madre sufrida y abnegada, recogiendo al hijo maltrecho o muerto, para curarlo con su amor o lavar su cadáver con su llanto.

Y fue el jalifa y ordenó a una esclava de las esclavas que cantara, y ella tomó el laúd y lo templó y después entonó esta canción:

Curioso, del amor el pregonero,  
me preguntó si amaba:  
«Escrita en mis mejillas—respondíle—  
hallarás la respuesta por mis lágrimas.  
Si en verdad son intérpretes veraces  
de lo que siente el alma,  
ellas publicarán lo que yo oculto  
y esa pena que guardo tan callada.  
Ellas dirán a todos que me muero  
sin remisión, por verme separada  
de aquel cuya imagen llevo impresa  
en las propias entrañas.  
Y ojalá que de veras yo muriese  
y una vez descansara,  
pues si a él no he de verlo ¿qué me importa  
vivir ni ser ya nada?»

Al oír Schemsu-n-Nehar. los versos de la esclava no pudo estarse quieta sentada y rodó por tierra desmayada.

Arrojó entonces el jalifa su copa y tiró hacia sí de Schemsu-n-Nehar, al-

borotáronse las esclavas y prodújose una confusión general.

Procedió luego el emir de los creyentes a reconocerla y comprobó que estaba muerta. Sintió el jalifa hondo pesar y mandó romper todas las copas y todos los instrumentos de música y quedóse el resto de la noche a velar a Schemsu-n-Nehar. Luego que se hizo de día mandóla amortajar y, finalmente, enterrar.

Y a todo esto el jalifa no interrogó a nadie ni hizo nada por inquirir la causa de aquella desgracia.

Dijole luego la esclava al joyero:

—Por Alá, te pido que me digas el momento en que saquen el féretro de Ali-ben-Bekkar, pues tengo deseo de asistir a su entierro.

Y le dijo el joyero:

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso tasa a sus no tasadas palabras.

## PERO LA NOCHE 148 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Y he podido averiguar que el joyero dijo:

—Pierde cuidado. Ya sabes que a mí me encuentras en todas partes. Pero a ti ¿dónde podré encontrarte y cómo podré llegar hasta ti, si quiero haberte?

Y la joven le contestó diciendo:

—El día mismo que murió Schemsu-n-Nehar el miramolin nos dio a todas sus servidoras la alhorria <sup>18</sup> y a mí igual que a las demás. Y ahora soy de las que viven junto a la tumba, en el sitio fulano, donde me puedes hallar.

<sup>18</sup> La libertad. Esta emancipación de las esclavas de la difunta viene a ser una suerte de sufragio por su alma.

Levantéme yo entonces y marché en unión de la esclava a hacerle una piadosa visita a Schemsu-n-Nehar en su tumba y después me volví y me puse a aguardar el paso del entierro de Ali-ben-Bekkar, hasta que al cabo lo vi llegar. Habíase incorporado al cortejo Bagdad entera; unime yo a ellos y, al pasar por el sitio de las mujeres, vi entre ellas a la esclava, que era de todas la que más muestras de dolor daba.

No vi nunca en Bagdad entierro más imponente y lucido que el entierro de Ali-ben-Bekkar, pues íbamos entre grandes apreturas, hasta llegar a la sepultura. Allí dejé a mi amigo; pero

desde entonces no he dejado de visitar con frecuencia su tumba, así como tampoco la de Schemsu-n-Nehar, la infortunada amada de Ali-ben-Bekkar.

—Y aquí se termina la historia de

esos dos amantes—dijo Schahrasad—; téngalos en su gracia Alá; mas no creáis, ¡ye el sultán!, que, con serlo tanto, sea más singular que la del rey Schahramán...





## HISTORIA DEL REY KAMARU-S-SEMAN Y DEL REY SCHAHRAMAN

(Noches 148 a 176)

*Cuento que recuerda el del visir Schemsu-d-Din y Nuru-d-Din, su hermano, con análoga intervención de los genios, actuando de casamenteros para unir a dos amantes predestinados. Abundan en él las peripecias de toda índole, encaminadas a separar a Kamaru-s-Semán de su esposa Budur, para que la anagnórisis se produzca luego en forma sorprendente y desarrollada en un episodio picante que recuerda la traviesa pluma de Boccaccio en su Decamerón. El cambio aparente de sexo es un recurso novelesco que utilizan por igual la literatura caballeresca y la galante y que estuvo muy en boga en todo tiempo. Recuérdense no más las mujeres andariegas y vestidas de hombre que pasan por las páginas de nuestros clásicos. Pero en los tiempos modernos, tenemos a la famosa Mademoiselle de Maupin.*

*La historia de Kamaru-s-Semán y su amada Budur se desarrolla felizmente, pero luego tiene un epílogo amargo, con los amores casi incestuosos que sus dos mujeres (la princesa Budur y la también princesa Hayatu-n-Nufús) conciben por sus respectivos hijastros, Al-Amchid y Al-Asad, y Kamaru-s-Semán, engañado por ellas, manda dar muerte a sus hijos, sintiendo luego tal pesar y contrición, al descubrir su inocencia, que recuerda el dolor de David por su hijo Absalón. Afortunadamente, ambos hermanos viven y, después de muchos azares y peripecias, vuelven a reunirse con su padre; pero este ya no vuelve a reunirse nunca con la reina Budur, su en otro tiempo amadísima esposa. Su único consuelo en su vejez son sus hijos, esos dos hermanos, modelo de fraternidad perfecta, que compensan, con creces, la maldad de esos Caines que aparecen reiteradamente en otros cuentos.*

*Cuanto a la onomástica de los personajes, diremos que Kamaru-s-Semán significa, en árabe, Luna del Tiempo, y Schahramán (o Schahrimán), en persa, semejante a una ciudad (epíteto de grandeza), análogo al sánscrito badaravistirna (grande como una montaña). Budur es el plural de Bedr: luna llena. Roso de Luna, con arreglo a su etimología ocultista, interpreta el primero de esos nombres: Kamar Al-Shamán, el antiguo sha nano o primitivo caballero andante; Budur es para él Badura o Matura y anota: «Hay varias ciudades mágicas de este nombre.» Finalmente, el rey Schahramán lo es de unas islas que se llaman de Jaledán o Jalidán (¿Eternas?), lo que hace pensar en las Canarias. Sin embargo, el texto las sitúa en los linderos de Persia. Roso de Luna relaciona esta historia con las leyendas de Flores y Blanca flor y con el mito de Psiquis en El asno de oro, de Apuleyo. Burton la supone derivada de la misma fuente que los libros de caballería Pedro de Provenza y Cleomades (o Clamades) y Claramunda. El anhelo de un rey por tener un hijo que le suceda en el trono es un tópico frecuente en la literatura sánscrita. Muchas historias del Ramayana empiezan por ahí, como esta.*

—Ha llegado a mi noticia, *ye* monarca, el afortunado, que, en los tiempos pasados, érase un rey llamado Schahramán, señor de numerosas tropas y de muchedumbre de eunucos y esclavos, consagrados al servicio de su persona y que reinaba sobre unas islas llamadas las Islas de Jalidán, en la frontera del país de los persas. Pero habían aumentado sus años, y sus fuerzas, en cambio, habían menguado, sin que Alá fuera servido de gratificarlo con un hijo. Y eso que tenía cuatro esposas, hijas de reyes, y muchas barraganas, con las que cada noche, por turno, se acostaba. Por lo que el monarca se hallaba siempre triste y pensativo, y tanto era su pesar, que el sueño había perdido.

Y cierto día quejóse de ello a su visir y le dijo:

—No tengo ningún hijo que en mi trono se siente después de mi muerte.

Y su visir le dijo:

—Puede que Alá tenga a bien proveer a tu deseo; confía en él, *¡ye* rey de los tiempos! Haz tus abluciones y reza dos oraciones y júntate con tu consorte, que acaso al fin lo que tanto ambicionas logres.

Hízolo así el rey y durmió con su esposa de tanda y esta quedó encinta, en aquella hora misma. Y luego que sus meses cumplió, dio a luz un hijo varón, que semejaba enteramente a la luna, cuando viaja por la esfera nocturna, por lo que el rey le puso el nombre de Kamaru-s-Semán y se alegró hasta no poder más.

Siete días seguidos estuvo engalanada la ciudad y hubo redoble de atabales sin cesar.

Vinieron luego las nodrizas y las niñeras y las ayas y crióse el niño entre mimos y halagos hasta que fue de edad de quince años. Y se hizo un jovencito de belleza consumada y perfecta, de talle esbelto y bien proporcionado en todos sus miembros.

Y el rey Schahramán teniale mucho cariño a su hijo el príncipe Kamaru-s-Semán y tanto lo quería que no se avenía a estar separado de él ni de noche ni de día.

Y sucedió una vez que el rey Schahramán quejóse con uno de sus visires del demasiado amor que le tenía a su hijo y le dijo:

—*¡Ye* mi visir! Temo en verdad que mi hijo Kamaru-s-Semán no sepa hacer



frente a las vicisitudes de la suerte y quisiera dejarlo casado antes de mi muerte.

—*¡Ye monarca glorioso!*—respondióle el visir—. En verdad que el de casado es un honrado estado y no veo inconveniente en que cases a tu hijo antes de tu muerte.

Después de oír las palabras de su visir, dijo el rey Schahramán:

—Traedme acá a mi hijo Kamaru-s-Semán.

Compareció este luego y bajó la cabeza al suelo, en señal de respeto.

Y su padre le dijo:

—*¡Ye Kamaru-s-Semán!* Has de saber que he resuelto casarte y alegrarme contigo antes de que Alá quiera llevarme consigo.

A lo que contestóle su hijo:

—Has de saber, *¡ye padre mío!*, que a mi el matrimonio no me ofrece ningún atractivo. Pues sobre sus engaños y perfidias muchos libros he leído y muchos dichos he oído. Como el poeta dijo:

«Si deseáis saber cómo las hembras son,  
preguntádmelo a mí, que en ello soy doctor.  
Y yo os digo que, en cuanto al hombre le  
el pelo y en su bolso se acaban las monedas,  
huyen de él las mujeres cual de la peste negra.»

Y dijo también otro poeta:

«Déjate de mujeres y conságrate a Alá;  
el mozo que a las hembras sin freno se abandona,  
preparase una vida llena de malestar.  
Que son tales las hembras que al más pintado  
por más listo que sea, pues ellas lo son más.»

Y luego, en prosa llana, dijo le al joven a su padre:

—Desde ahora te digo, padre mío, que jamás consentiré en casarme y a ello nunca me avendré, aunque la copa de la muerte me dieran a beber.

Al oír el rey Schahramán aquellas palabras de su hijo Kamaru-s-Semán sintió gran pesar y quedó muy dolido

de la desobediencia de su hijo y la luz de su rostro trocóse en tinieblas, por la fuerza de su pesar, y se dolió en su alma de la poca obediencia y cariño que su hijo le demostraba. Callóse, sin embargo, el rey su enojo por espacio de un año cabal, hasta que Kamaru-s-Semán acabó de hacerse un mozo guapo y de labia atrayente, por el que perdía el juicio la gente y reñían entre sí sus pretendientes y morían de sus desdenes, pues era de tal hermosura que ante su cara se sonrojaba la luna en su pleno y tenía un talle tan esbelto y airoso y garboso al andar que semejaba una rama de bambú y de *ban*, y sus mejillas habrían podido suplir a la flor del jacinto y realzaban su belleza unos lunares que recordaban los versos del poeta:

«Era de tal perfección  
y tan completa hermosura,  
que encerraba los encantos  
de todas las criaturas.  
En su cara la belleza  
había escrito: "Juro que  
en todo el mundo no hay nadie  
que sea hermoso, sino él."»

Luego que se cumplió otro año, mandó el rey Schahramán que le llevaran a su presencia a su hijo Kamaru-s-Semán y, cuando lo tuvo delante, le dijo:

—Quiero, hijo mío, casarte antes de mi muerte y sentarte en mi trono para que en vez mía gobiernes.

Al oír Kamaru-s-Semán tales palabras de labios de su padre Schahramán bajó la cabeza y una hora permaneció con la vista fija en la tierra, hasta que, al cabo, levantóla y hablóle a su padre de esta manera.

—*¡Ye padre mío,* no haré tal cosa en toda mi vida, aunque haya de apurar el cáliz de la fatalidad! De cierto sé que Alá me manda obedeceros a fuer de mi padre que sois y que vengo obligado a ello; mas por Alá os ruego que no me habléis de matrimonio ni penséis que haya yo de casarme en la

vida, que he leído en los libros de los antiguos y en las historias y en las crónicas cuántas desgracias amenazan a los que se casan y cuántas desazones les amargan las almas por culpa de la inquieta condición de las hembras y su tendencia al engaño y la insidia, que es infinita, así como el número de las calamidades con que afligen a los hombres que no las evitan. Y con cuánta razón, hablando de ellas, dijo el poeta:

«Son, en verdad, las mujeres  
aun las que decoro afectan,  
como esa infecta carroña  
con que las águilas juegan.  
Pasan la noche contigo,  
sin reservas se te entregan,  
y a la mañana siguiente  
igual hacen con cualquiera.  
Son lo mismo que posadas,  
en que una noche te albergas,  
y a la mañana te vas,  
dejando el puesto a quien venga.»

Y también dijo otro poeta sobre el mismo tema:

«Quien en las redes de las hembras,  
coger se deja, ¡ya está listo!  
¡Nunca en su vida logrará  
verse ya libre de su hechizo!  
Pues contra ellas no hay refugio,  
ni fortaleza ni castillo,  
que con su astucia y sus traiciones,  
minan la fuerza y poderío.  
Y sin más armas que sus dedos,  
de roja alheña teñidos,  
y sus párpados pintados,  
y sus miradas y mimos,  
beber hacen de la suerte  
el más amargo bebedizo.»

Al oír el rey Schahramán tales palabras de labios de su hijo Kamaru-s-Semán, y entender el sentido de aquellos versos que dijo, desistió de porfiarle y, tanto como le quería, no quiso contestarle.

Redobló, sin embargo, con su hijo los halagos y mimos y dio en el acto por terminada la sesión y disolvió la reunión. Después de lo cual quedóse a solas con su visir el rey Schahramán y le dijo:

—Dime qué es lo que debo hacer en el asunto de mi hijo Kamaru-s-Semán, ya que a ti te confié el primero mi deseo de ver casado a mi hijo, antes de morir, y tu consejo te pedi, y tú me aconsejaste que se lo dijera y ya has visto cómo él a casarse se niega. Aconsejame ahora, pues, qué te parece lo más acertado que yo pueda hacer.

—¡Ye monarca glorioso!—respondióle el visir—. Lo que yo creo ahora deber aconsejarte es que aguardes a que pase otro año, en todo el cual no has de insistir sobre el tema matrimonial, y cuando ese año sea cumplido y pienses hablarle otra vez de casorio a tu hijo, no lo hagas a solas con él, sino en presencia de toda tu corte regia, delante de toda la asamblea de emires y visires y no en secreto, como hasta aquí hiciste.

Al oír a su visir el rey Schahramán alegróse hasta no poder más y aprobó plenamente su parecer como el más acertado que pudiera haber, y gratificó a su asesor con un traje de honor de mucho valor y resolvió aguardar otro año más para hablarle de matrimonio a su hijo Kamaru-s-Semán, el cual, en ese tiempo, de día en día, fue ganando en hermosura y gentileza y gallardía, hasta que llegó a los veinte años de su vida; quiso Alá vestirle el manto de la perfección y coronarlo con la diadema de la absoluta belleza; despuntaba el carmin de sus mejillas y su talle gentil a sus pesadas caderas daba que sentir y sus encantos eclipsaban a los de todas las criaturas. Y sus ojos eran unos hechiceros que dejaban chiquitos a Harut y Marut; y el juego de sus miradas retrecheras era más fatal que el propio Tagut <sup>1</sup>; y la blancura de su

<sup>1</sup> Harut y Marut son dos ángeles caídos que se mencionan en el *Corán*, sura II, *Al-Bakra* (La vaca), y que pasan por haber enseñado a los hombres la magia; Tagut, nombre que a la letra significa Error, era un ídolo, también mencionado en la sura susodicha.

frente semejaba una luna refulgente y la negrura de su pelo rizado era una noche tenebrosa, imponente. Como dijo el poeta refiriéndose a su belleza:

«Juro por su blanca frente,  
contraste del negro pelo,  
y sus ojos seductores  
que a todos quitan el sueño,  
y por las rosas tempranas  
de sus mejillas y el vello  
tenue que empaña su brillo,  
y los corales bermejos  
de sus labios que sonrien  
y exhalan fragante aliento,  
más grato y más mareante  
que el olor del mosto nuevo,  
y el fluctuar de sus caderas  
con un ritmo de velero  
y la fragancia que exhala  
de todo su cuerpo bello,  
juro, repito, por todo  
eso que vengo diciendo,

que es el prodigio mayor  
de todo nuestro universo  
y que de él toman su olor  
el almizcle y el incienso  
y que esa luna redonda  
que admiramos en el cielo  
y a nuestros ojos deslumbra,  
con su fulgor tan espléndido,  
es tan solo el desperdicio  
que él va dejando en el suelo,  
cuando se corta las uñas  
de sus refulgentes dedos.»

Aguardó el rey Schahraman a que pasase un año más antes de hablarle otra vez de matrimonio a su hijo Kamaru-s-Semán; hasta que se cumplió el año y llegó el día señalado...

Vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## PERO LA NOCHE 149 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que el rey Schahramán convocó a sus emires y a sus visires y chambelanes y magnates y generales y demás personajes de poder y prestigio, y luego que ya todos estuvieron reunidos, mandó el rey Schahramán que trajeran a su presencia a su hijo el príncipe Kamaru-s-Semán.

Presentóse este ante el soberano y besó por tres veces la tierra entre sus manos, después de lo cual quedóse plantado, con los brazos a la espalda cruzados. Y su padre fijó en él los ojos y le habló de este modo:

—No te he hecho venir esta vez y comparecer ante esta asamblea en la que están presentes todos mis visires y mis emires y todos los próceres de mi gobierno y de los capitanes de mis ejércitos, sino para hablarte de una cosa en que espero me complacerás, y es que quiero verte casado, antes que se cumpla mi plazo.

Así habló el rey Schahramán. Y así contestóle su hijo Kamaru-s-Semán:

—Ya te he dicho, padre mío, que estoy decidido a no casarme jamás, aunque el cáliz de la muerte hubiera de apurar. Y he de decirte con franqueza que eres hombre de muchos años y de juicio escaso, pues ya antes de ahora me pediste dos veces que accediese a tomar esposa y ambas te respondí lo mismo que hoy te acabo de decir. ¡Así que, por lo visto, chocheas y no vales ni para gobernar una piara de ovejas!

Y luego que eso dijo quitóse las manos de la espalda y se remangó los brazos hasta el codo de puro furioso, y aún le espetó a su padre otros despropósitos. Abochornóse el rey Schahramán y sintió gran vergüenza al oírse decir aquello en presencia de toda la asamblea de sus visires y sus emires, sus chambelanes y sus generales. Revistióse el rey de la regia energía y lanzóle a su hijo un grito tal como si





con la voz lo quisiera aniquilar y luego ordenó a sus mamelucos que prendiesen al punto a su hijo y lo maniatasen, lo que ellos hicieron, mostrándoselo de esa guisa a su padre.

Tenia el joven la cabeza baja de susto y de vergüenza y el sudor le corría por frente y mejillas, y por si poco fuera, todavía afrentóle aún más su padre cruzándole el rostro con una bofetada, acompañada de estas palabras:

—¡Guay de ti, *ye* mi hijo, hijo bastardo y mal educado! ¿Cómo tienes la insolencia de contestarme así, delante de esta asamblea, en presencia de mis chambelanes y mis generales? ¡En verdad que careces de la educación más elemental! ¿Por ventura no comprendes que, si lo que acabas de hacer lo hubiera hecho uno de mis vasallos, no habría salido tan bien librado?

Ordenó luego el rey a sus mamelucos que le quitasen sus cadenas y lo encerrasen en una de las torres de los castillos que guarnecian las fronteras.

Procedieron luego los criados a barrer y fregar los suelos de la prisión y pusieron en ella un lecho para Kamaru-s-Semán y lo cubrieron con tapices y colocaron a su cabecera una almohada y un mosquitero grande y encendieron candelas, porque en aquel lugar, aun en pleno día, reinaba la más completa oscuridad.

Y esto es, por ahora, lo referente al asunto de Kamaru-s-Semán.

Cuanto a su padre, Schahramán, siguió este sentado en el trono de su reino todo el resto de aquel día, hasta el momento en que el sol se ponía. Quedóse luego a solas con su visir y hablóle así:

—Has de saber, *¡ye* visir estimado!, que tú has sido la causa de lo que entre yo y mi hijo ha pasado, al aconsejarme lo que me aconsejaste. Dime ahora, pues, qué es lo que opinas que debo hacer.

A lo que el visir respondióle:

—*¡Ye* monarca el glorioso! Ten a tu hijo en la cárcel quince días y, luego que cumplidos sean, vuelve a llamarlo a tu presencia e intímale de nuevo al casamiento, que de fijo esta vez te habrá de obedecer.

Aceptó el rey Schahramán el consejo de su visir y aquella noche se echó a dormir.

Pero tenía el rey embargado su corazón por el disgusto de su hijo, que le tenía mucho cariño, pues era su único hijo.

Y era costumbre del rey Schahramán la de no poderse dormir como no tuviese su brazo debajo del cuello de su hijo Kamaru-s-Semán y, no siendo así, no se podía dormir.

De suerte que aquella noche la pasó el rey Schahramán inquieto y desvelado y revolviéndose en su lecho de uno a otro lado, cual si sobre ascuas estuviese acostado. Y toda aquella noche la pasó de ese modo, sumido en cavilaciones y sin pegar un ojo.

Duermen a pierna suelta los malhechores  
y yo me paso en claro toda la noche;  
me revuelvo en el lecho, suspiro y clamo:  
¿Cuándo querrá la aurora venir al cabo?

Y esto es, por ahora, todo lo referente al asunto del rey Schahramán.

Cuanto a su hijo Kamaru-s-Semán, luego que la noche fue llegada, extendió su servidor el mosquitero y encendió las bujías y las puso en sendos candeleros, y luego brindó al joven algo de comer y de beber.

Pero Kamaru-s-Semán sentía gran pesar y se reprochaba a sí mismo el haberse conducido con su padre de aquel modo tan indigno, faltando al fuero paternal, y también le pesaba de haber proferido aquellas palabras lesivas para la regia prerrogativa. Y era tan vivo su arrepentimiento, que acabó recitando estos versos entre dientes que decía: ¡Mal haya el casamiento y todas

las mujeres casaderas y casadas, que todas son unas taimadas!

—De su lengua el tripiezo  
al hombre mata,  
no el que dan los pies torpes  
cuando resbalan.  
Puede de este curarse,  
pero del otro  
no hay quien salvarlo pueda;  
le lleva al hoyo.

Luego que acabó de comer expresó Kamaru-s-Semán su deseo de lavarse las manos y se las lavó en el aguamanil que le trajo el esclavo; después hizo sus abluciones y rezó sus oraciones del ocaso... y sentóse en su lecho y se puso a leer el *Corán* y leyó la sura de *La vaca* y la de *Familia del Imrán* y las tituladas *Yasim* y *El piadoso* y rezó un Bendito y recitó dos: *En Alá me refugio* <sup>2</sup> y selló su invocación y a Alá se encomendó y se echó a dormir y se durmió en su lecho de almadraques de raso, lo mismo por el revés que por el derecho, y de plumas de avestruz rellenos.

Y, antes de acostarse, se desnudó, quedándose con solo la camisa de hilo sobre su cuerpo y en la cabeza un gorro azul claro, de los que tejen los meruanos <sup>3</sup>.

Y aquella noche Kamaru-s-Semán parecía la luna en su noche decimocuarta. cuando refulge más redonda y más clara.

Cubrióse luego el joven con una sábana de seda y se durmió, teniendo el mosquitero extendido hasta sus pies y la luz encendida a su cabecera.

Y durmió de un tirón hasta el segundo tercio de la noche, y no podía

<sup>2</sup> Las azoras mencionadas son, respectivamente, las II, III, XXXVI y LV del *Corán*. El Bendito se refiere a la aleya I, azora LXVII, *El reino*, que empieza así: «Bendito Aquel que en su mano (tiene) el reino y El sobre toda cosa es poderoso.» Las azoras CXII y CXIV empiezan con la misma frase: «Yo me refugio en el Señor...», etc.

<sup>3</sup> Naturales de Merv, en el Jorasán.

imaginarse en modo alguno lo que respecto a su persona se fraguaba en la sombra y lo que los sabedores del misterio tenían para él dispuesto.

Habéis de saber que aquella celda y aquella torre eran antiquísimas y habían estado deshabitadas muchísimos años. Y había en aquella torre un pozo en el que cuidaba un genio de la casta de Iblis el maldito y de su linaje precito, y aquella genio se llamaba Maimuna y era hija del rey Demaryat <sup>4</sup>, uno de los más famosos reyes que gobiernan esa raza de seres.

Ahora bien: a eso de las tres de la madrugada, en tanto Kamaru-s-Semán dormía a pierna suelta, sin maliciarse nada, hubo la genio de salir de su pozo, con intención de remontar el vuelo y entregarse a sus escarceos, y al llegar al nivel del brocal del pozo, notó la genio que había luz encendida en la torre, contra la costumbre de las otras noches, y eso que llevaba muchísimos años de habitar allí, sin que nunca aquello le llegara a ocurrir. Por lo que asombróse grandemente y se dijo para sus adentros: «¡En verdad que me choca esto!»

Acercóse más a aquella luz y advirtió que venía de la celda que servía de prisión a Kamuru-s-Semán y, acercándose más, vio al esclavo que dormía delante de la puerta, donde lo habían puesto de centinela.

Pasó adentro la genio y vio aquel lecho en medio de la celda y en él una forma humana, dormida, al parecer, con velas encendidas a su cabecera y un mosquitero extendido a sus pies.

Maravillóse de todo aquello la genio Maimuna y se fue poco a poco acercando al lecho y al llegar junto a él se detuvo y quedóse parada, dejando caer a tierra sus alas.

Levantó luego la sábana que al dur-

<sup>4</sup> Weil transcribe Damriat. La grafía Demaryat permite una aproximación al nombre griego Demarato.

miente le ocultara la cara y, al contemplarla, quedóse estupefacta ante tanta belleza y se estuvo admirándole una hora entera. Y estimó que el fulgor de aquel rostro era superior al del mismo sol, y admiró aquel contraste que formaban lo blanco de las pupilas de aquellos ojos con lo negro de sus niñas y lo sonrosado de sus mejillas, y admiró también el primoroso arco de aquellas cejas corridas y aspiró halagada la fragancia de almizcle que aquellos labios exhalaban. Como dijo el poeta en ocasión análoga:

«Le di un beso y la negrura  
de sus ojos se acreció,  
en tanto que enrojecía  
de su mejilla el blancor.  
Si los censores te dicen  
que hay quien le iguala en belleza,  
diles tú, corazón mío,  
que mienten y no los creas.»

Al contemplar la genio Maimuna la belleza de Kamaru-s-Semán bendijo luego a Alá, diciendo: «¡Loado sea Alá que lo creó y que de todos los creadores es el mejor!»

Pues se ha de saber que aquel genio femenino era del número de los genios creyentes, no del de los infieles.

Una hora de tiempo se estuvo contemplando la genio Maimuna el bello rostro de Kamaru-s-Semán y loó a Alá y lo proclamó el mejor de los creadores, pues había creado a tan hermoso joven.

Y Maimuna se dijo para sus adentros: «Por Alá, que no he de hacerle el menor daño ni he de consentir que nadie se lo haga. ¡No; que de todo mal lo he de librar, pues esa linda cara solo es digna de que las gentes la contemplen y alaben por ella a Alá!»

»Pero ¿cómo su familia tiene valor para dejar aquí en tan solitario lugar a este guapo joven, expuesto a que venga algún *marid* perverso y lo mate en medio de su sueño?»

Y así diciendo inclinóse Maimuna sobre el joven y lo besó entre sus ojos

y tornó luego a echar la sábana sobre su cara, tapándosela con ella, y desplegó sus alas y remontó el vuelo, elevándose por las regiones del cielo, y rodeó la torre y siguió elevándose por los aires arriba hasta llegar a los confines del primer cielo que llaman el terreno<sup>5</sup>.

Llegó entonces a sus oídos un rumor de alas voladoras y, al aproximarse al lugar donde aquellas sonaban, miró y vio que el que aquel fragor armaba era un genio al que Dahnasch<sup>6</sup> llamaban.

Voló hacia él Maimuna con vehemente aletazo y Dahnasch, al sentirla, volvióse hacia ella y conoció, al verla, que era el genio femenino Maimuna, hija del rey de los genios, y se llenó de miedo y le temblaron todos sus miembros y la conjuró diciendo:

—Por el nombre supremo y por el signo talismánico, que en el sello de Soleimán hay grabado, ruégote tengas de mí piedad y no me hagas ningún mal.

Al oír Maimuna las palabras de Dahnasch sintió lástima de él y le dijo:

—Me conjuras con un conjuro tan poderoso que no puedo menos de rendirme a tu ruego; mas no he soltarte si antes no me dices de dónde venías cuando me encontraste.

—¡Ye mi señora!—respondió Dahnasch—. Has de saber que, cuando te encontré, venía de lo último del país de Az-Zin y de lo más adentro de las islas, y te puedo decir que he visto allí tal maravilla que si encuentras mis palabras...

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

<sup>5</sup> Todo lo que ahora sigue es, como advertirá el lector, una variante de la disputa de los dos genios que actúan de casamenteros en la historia de Schemsu-d-Din y Nuru-d-Din.

<sup>6</sup> Dahnasch podría traducirse craso, grasiiento, si se le deriva de la raíz árabe *dhn*, grasa.



## Y LA NOCHE 150 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye* nonar-ca, el afortunado, que el genio le dijo a la genio:

—Si encuentras mis palabras veridicas, me has de dejar seguir en libertad mi camino y me has de escribir ahora mismo unas letras que digan: «Por la presente te declaro horro y emancipado», de suerte que no se me atraviese en mi camino, ni trate de hacerme daño, ningún genio alado ni de los que andan por arriba ni de los que andan por abajo ni de los que moran en el fondo del mar y todos ellos me hayan de respetar.

—Como tus palabras no resulten verdad—le respondió Maimuna—te juro que con mi propia mano te he de arrancar las plumas y te he de sacar a tiras la piel y los huesos te he de romper.

A lo que respondió Dahnasch-ben-Schemhuresch, el raudo volador:

—¡*Ye* mi señora! Desde ahora me avengo a esa condición. Si mis palabras resultan inciertas, ¡podrás hacer conmigo lo que quieras!

Y el *alifrit* dio principio a su cuento diciendo:

—Había yo salido esta noche de las Islas Interiores, en los países de Az-Zin en que reina Gallur<sup>7</sup>, señor de las islas y mares y de los Siete Alcázares, cuando tuve ocasión de ver a la hija de ese rey que es tal que no creó el Creador otra igual y no sé yo cómo me he de arreglar para describirla, que mi lengua se declara desde luego impotente, para hacerte de ella una pintura conveniente. Aunque probaré,

sin embargo, a darte una idea, solo aproximada, de sus encantos.

Has de saber, pues, que tiene el pelo negro como las noches que un amante pasa solo en su lecho, lejos de su amada, y su cara blanca y refulgente como el día en que con ella torna de nuevo a verse, como dijo el poeta:

«Soltó una noche los rizos  
de su negra cabellera,  
y en vez de una, hubo dos noches  
no se sabe cuál más negra;  
luego a la luna elevó  
su cara pálida y bella  
y dos lunas alumbraron  
con sus fulgores la tierra.»

Y tiene una nariz afilada como la hoja de una brillante espada y unas mejillas rubicundas como el vino de púrpura y una boca cuyos labios son corales y rubies engarzados y cuya saliva es más sabrosa que la miel y apaga con su frescura el fuego de la quemadura y cuya lengua se mueve a impulsos de la inteligencia y siempre dice la palabra discreta, y, para terminar, te diré que sus pechos turgentes y erguidos son una tentación para el mas acostumbrado a dominar sus sentidos, y dos antebrazos, suaves y torneados, como de ellos dijo Al-Ualahán, el poeta nombrado<sup>8</sup>.

«Unas muñecas tiene, que si no fuera porque los brazaletes las aprisionan, luego en lluvia de plata se derritieran.»

Pues tiene unas tetitas como de marfil en las que el sol y la luna parecen

<sup>8</sup> Ualahán significa a la letra el, Distruido (por la fuerza de su amor). Burton opina que se trata del apodo de un poeta musulmán, presuntamente español.

<sup>7</sup> El celoso, el que celebra a Alá, nombre, como se ve, nada propio de un monarca chino.

haberse dado cita, y un vientre liso como el canuto de un papiro egipcio, con un talle tan sutil y leve como los sueños, sobre unas caderas semejantes a alfaques<sup>9</sup>, que la obligan a sentarse cuando se levanta y la oprimen cuando está echada. Como dijo un poeta refiriéndose a ella:

«Tienes un trasero que a ambos,  
a ella y a mí, da tormento;  
a mí me hace detenerme  
cada vez que lo contemplo,  
y a ella a sentarse la obliga  
cuando inicia un movimiento.»

Y sostienen ese trasero unas nalgas como columnas y de todo el cuerpo soportan el peso dos piecitos tan divinos y tan chiquititos que es maravilla pensar cómo, siendo tan pequeños, pueden tal mole sustentar.

Cuanto a lo demás que hay detrás de eso renuncio a describirtelo, pues no llega a tanto el ingenio y es necesario verlo para formarse idea de ello, sin que baste ningún rodeo.

Es el padre de esa joven un rey bravo y barragán, que jamás se apea de su corcel y recorre a lomos de él lo más intrincado de regiones y campos, sin temor alguno a la muerte ni a los campeones más fuertes, pues es el amparo de los agraviados y el azote de los tiranos y acaudilla ejércitos numerosos bien adiestrados, y reina en las islas y en los mares y en los Siete Alcázares.

Quiere mucho ese monarca a su hija, de la que acabo de hablarte, y, en prueba de ser así, puedo citarte el hecho de que, por ella, exprimí las arcas de todos los reyes y con sus caudales mandó labrar para su hija los Siete Alcázares y los amuebló con profusión de tapices, de gran diversidad y riqueza, y ánforas de plata y de cuanto pudiera apetecer para su regalo un mo-

narca, y le mandó a su hija que en cada uno de esos alcázares morase un año y así entre los siete fuera turnando, trasladándose de uno a otro, luego de cumplido ese plazo.

LLámase Budur<sup>10</sup> la princesa, hija del rey Gayur, y luego que se divulgó por el mundo la fama de su belleza y se corrió la voz por países y tierras, empezaron todos los monarcas a enviarle a su padre embajadas, pidiendo su mano; solo que hasta ahora ella a todos se la ha negado.

Y a su padre le ha dicho con lengua je claro:

—¡Ye padre mío, no tengo la menor intención de casarme y no me casaré en la vida, porque siendo yo señora y reina que sobre las gentes impera no voy a querer un marido que sobre mí mande a su albedrío!

—Está bien—respondióle su padre—. Si realmente estás decidida a no casarte en tu vida, yo nada en contra he de decir, pero abstente en adelante de entrar y salir.

Acto seguido, fue su padre y la internó en su cámara y le hizo ponerse el velo sobre su cara y encomendó su guardia a diez azafatas ancianas y le prohibió que se trasladase a los Siete Alcázares y pudo verse harto claro que el rey con su hija habíase enojado.

Mandó luego el monarca escribirles a todos los reyes sendas cartas haciéndoles saber cómo su hija perdiera el juicio por obra de los genios, que se habían adueñado de su espíritu.

Lo cual no es cierto, pues está en todo su juicio y se cubre la cara con el velo.

Y yo, reina mía—continuó el *efrit*, dirigiéndose a su amiga—, voy a verla todas las noches y me extasio contemplando su hermosura y la beso entre sus ojos con mucha ternura, en tanto ella duerme sin inquietud alguna, y

<sup>9</sup> Montecillos de arena que se forman en el desierto.

<sup>10</sup> Plural de *Bedr*, luna llena.

tanto la amo, que no le hago el menor daño ni sobre ella cabalga <sup>11</sup>, pues su belleza es tal que infunde respeto y miedo, y el que una vez la mira siente que la ama más que a su propia vida.

Y yo te conjuro, ¡ye mi señora!, a que vengas a verla en mi compañía y admires su belleza y su gentileza y su esbeltez y lo bien proporcionada que toda ella es. Y después que la hayas visto podrás, si lo merezco, imponerme el castigo por haberte engañado y declararme cautivo. Que yo todo lo dejo a tu albedrío.

Luego de hablar así, bajó el *efrit* Dahnasch la cabeza e inclinó sus alas a tierra. Y la *efrit* Maimuna echóse a reír y le escupió en la cara y le dijo así:

—Esa tu famosa princesa no es otra cosa que un chorro de orines. Porque ¿qué dirías si vieras a mi amado? ¡Oh necio y mentecato! Por Alá, que en todo cuanto hablas no haces sino desvariar, ¡ye maldito!, y lanzar desatinos. Pues yo esta noche he visto a un joven que, si a verlo llegaras, te daría un patatús y se te haría la boca agua <sup>12</sup>.

—Pues ¿qué joven es ese que dices? —preguntóle Dahnasch a la *efrit*.

Y esta le dijo así:

—Has de saber, ¡ye Dahnasch!, que a ese joven sin par le ha ocurrido lo mismo que a tu novia, esa de que hablas ahora, o sea que su padre le intimó varias veces la orden de casarse y él siempre persistió en negarse. Y en castigo de eso su padre, enfurecido, lo mandó encerrar en una torre, donde está cautivo. Yo, esta noche, al salir de mi escondrijo y remontar el vuelo, tuve ocasión de verlo—dijole la *efrit* Maimuna al *efrit* Dahnasch.

—Muéstrame a ese joven, ¡ye mi señora!, para que pueda yo apreciar si es mas hermoso o no que la mujer que

adoro, la princesa Budur, hija del rey Gayur. Que desde luego dudo haya quien la gane a hermosa en todo el mundo.

—¡Mientes, ye el maldito!—respondióle Maimuna—, que es mi adorado quien no tiene igual en estos tiempos, en todo el universo, en punto a bello.

Certísima estoy de que, en estos tiempos, no hay quien aventaje a mi amado en hermosura en todo el universo. ¿Tan loco estás que te atreves a afirmar que tu novia a mi novio puede en hermosura aventajar?

—Por Alá, ¡mi señora!—exclamó Dahnasch—. Ven conmigo a ver a mi amada y luego volveremos y me enseñarás a tu adorado tormento.

—Tienes razón—asintió Maimuna—. Hemos de hacer eso sin remisión. Pero tú, ¡ye el maldito!, eres un Schaitán falaz y precito y así no he de ir ni de volver contigo, sino con una condición: que si vamos y hacemos la comparación y resulta tu novia, esa que tanto amas, superior a ese joven que amo yo, te daré yo una prenda y tú me la darás a mí, si es a la inversa.

—¡Ye mi señora!—respondió Dahnasch—. Acepto la condición sin vacilar y vengo en lo que propones sin dudar. Así que disponte en seguida a venir conmigo a las Islas.

A lo que la *efrit* le respondió en seguida:

—El lugar donde se halla mi amado nos coge más cerca de aquel en que tu novia se encuentra, pues lo tenemos aquí mismo debajo de nosotros; así que descendiendo primero tú conmigo y verás a mi amigo, después de lo cual yo te acompañaré a las Islas donde se halla tu amiga.

—Oír es obedecer. Vamos, pues, allá—accedió Dahnasch.

Descendió, pues, en unión de Maimuna, y esta y Dahnasch coláronse de rondón en la torre y la *efrit* llevó a su compañero al lado del lecho donde

<sup>11</sup> Alusión a los incubos.

<sup>12</sup> Traducción casi literal del árabe *salt ri-yalk*: correría tu saliva.

descansaba Kamaru-s-Semán y, alargando su mano, levantó el embozo que tapaba su rostro. Y el rostro del joven resplandeció entonces y refulgió como un naciente sol y todo lo iluminó.

Contemplólo Maimuna con embeleso y luego volvióse hacia su compañero y le dijo:

—¡Míralo, maldito, y no seas loco rematado, que yo soy hembra y por él he perdido la chaveta!

Volvióse Dahnasch a contemplar a Kamaru-s-Semán y estuvo mirándolo una hora, sin llegarse a cansar. Alzó luego su frente y le dijo a Maimuna:

—¡Por Alá, mi señora, que tenías razón en tus lisonjas! Pero hay que hacer cuenta también de otra cosa, y es que existe diferencia entre los varones y las hembras. Por Alá, que este tu amado es el que de todas las criaturas más se asemeja a mi adorada en punto a hermosura y perfección y belleza consumada y que el uno y la otra son tal para cual y se diría que entre ambos toda la belleza del mundo se halla repartida.

Luego que oyó Maimuna aquellas palabras de Dahnasch, la luz de su rostro en tinieblas se le trocó y con sus alas al imprudente la cara le azotó con fuerza tal que poco faltó para el alma exhalar.

Y, al mismo tiempo, lo increpó diciendo:

—Por el fulgor de su rostro y la majestad de su persona te conjuro, ¡ye el maldito!, a que vayas por tu novia ahora mismo y cargues con ella y aquí te la traigas en cumplimiento de tu palabra.

Remontó al punto su vuelo Dahnasch y Maimuna fue tras él para mayor seguridad.

Estuvieron ausentes una hora de tiempo, hasta que al fin volvieron, cargados con la joven Budur, que solo traía sobre su cuerpo la camisa de hilo de Venecia finísima y transparente, con

bordados de oro de lo más sorprendente. Y en los sendos picos de las mangas mostraban recamados estos versos:

«Tres cosas hay que le impiden venir a vernos a ella, pues teme que la delaten a los espías que acechan: el resplandor de sus ojos, de su voz el tintineo y el aroma que se exhala de todo su lindo cuerpo. Con la manga de su traje puede velar ese fuego de sus ojos, y su voz recatar en el silencio; mas, ¿cómo disimular ese perfume indiscreto que de su cuerpo se exhala y trasmina desde lejos?»

Abatieron luego el vuelo con la joven y se introdujeron en la torre y dejaron a la raptaada junto al lecho en que Kamaru-s-Semán reposaba.

Luego el *efrit* y la *efrit* destaparon las caras de ambos jóvenes y púdose comprobar que ambos tenían entre sí un parecido extraordinario cual si fueren hermanos mellizos, y eran de tal belleza y seducción que para los hombres virtuosos representaban una tentación. Como hablando de ellos dijo el poeta Al-Mubin en estos versos:

«¡Ye corazón, no te entregues a una hermosa nada más que te haga, con sus desdenes, andar inquieto y temblar! Amalas por turno a todas, y no temas al fiasco, que si la una te rechaza muchas te abrirán los brazos.»

Quedáronse Dahnasch y Maimuna embelesados contemplando a aquellos dos jóvenes que parecían hermanos. Hasta que, al fin, dijo el primero:

—Mi novia, sin duda, le gana en hermosura.

—Quita de ahí—respondióle Maimuna—, que es mi novio el más bello, sin lugar a duda. ¡Guay de ti, Dahnasch! ¿Por ventura estás tan ciego que no

ves su belleza y perfección y gentileza y armónica proporción? Oye, pues, con atención lo que voy a decirte sobre ese joven, objeto de mi amor, y si de veras tuvieres razón y estuvieres convencido de serle tu novia superior, di de ella lo que de él voy a decir ahora yo.

Y la *efrit* Maimuna besó una y otra vez al joven sin turbar su sueño, y, después, recitó estos versos:

—Sus ojos, que son de llamas,  
a quien miran lo desvelan;  
a mí me han quitado el sueño  
y he perdido toda fuerza.  
Su amor es harto pesado  
para mí que, débil hembra,  
apenas sostener puedo  
esta túnica ligera.  
Si no supiese que el tuyo,  
cual mi corazón, se apena  
y tu cuerpo como el mío,  
adelgazándose, mengua,  
no podría soportar  
esta mi pasión inmensa.  
¡Ye rey de toda hermosura,  
emir de la gentileza!  
¿Cómo hay quien, después de verte,  
no se rinda a tu belleza?  
Miente quien dice y sostiene  
que José, el de la leyenda,  
fue el más bello de los hombres  
que han existido en la tierra.  
Porque, en ti, ¡ye amado mío!,  
¿cuántos Josés no se encierran?  
Los genios todos me temen  
y al verme, azorados tiemblan,  
y el corazón se me encoge  
a mí, en cambio, en tu presencia.  
¡Tienes la frente tan blanca!  
¡Tan negra la cabellera!  
¡Y esos tus ojos de hurí!  
¡Y tu talle de palmera!

Al oír Dahnasch aquellos versos de Maimuna en loor de su amado, gozó lo indecible y se maravilló hasta lo imposible...

—En verdad que son encantadores esos versos que en elogio de tu amado has recitado, aunque no hay que olvidar que él te tiene el espíritu embargado. Pero ahora yo, a mi vez, pondré a prueba mi ingenio para recitar otros versos que respondan a mi pensamiento.

Fue luego Dahnasch y se acercó a su amada y la besó entre sus ojos y, posando alternativamente la mirada en ella y en Maimuna, declamó estos versos, con todo y carecer del don poético:

A la orilla del río me crucé yo con ella  
y suspenso quedéme y como muerto al verla.  
Que no hay ningún acero tan tajante y buido  
cual la flecha que al paso lanzan sus ojos lindos.  
Ni lanza más potente en mellar las adargas  
que esa ronrisa suya que las almas ablanda.  
Desde aquel día que el sino en mi senda la puso,  
por todos los caminos la persigo y la busco.  
Y ella, la muy esquiva, de mis ansias se ríe  
y, para contentarme, zalamera, me dice:  
«No tienes que buscarme; moro en tu corazón.  
Allí siempre me encuentras, sin tener decepción.»  
Pero yo le respondo: «¡Como dices será;  
pero mi corazón ya conmigo no está!»

Y después todavía recitó esta otra poesía:

Porque la amo, me critican;  
son injustos, porque ignoran  
de amor la fuerza infinita!  
Pero ten piedad de mí,  
tú que, con tu alejamiento,  
¡puedes hacerme morir!  
En verdad que lloro tanto  
y tan seguido, que estoy  
de lágrimas chorreando.  
Tanto te quiero, alma mía,  
que sin ti vivir no puedo,  
que eres quien me da la vida.  
Y así no puedo buscar  
en ninguna otra consuelo  
a mi horrible soledad.

Luego, que Dahnasch acabó de recitar sus poemas, dijo a Maimuna sin reservas:

—Has hablado muy bien; pero después de todo seguimos sin saber de cierto cuál de estos dos jóvenes es el más bello.

—La más bella es mi amada—exclamó Dahnasch.

—¡Mientes, maldito!—respondióle Maimuna—, que mi novio es el más bello, sin lugar a duda.

Y así siguieron disputando los dos y enredáronse en palabras, hasta que, al fin, Maimuna perdió la calma y se abalanzó a Dahnasch con intención de

sentarle la mano; pero entonces el genio, acobardado, puso semblante humilde y temperó su lenguaje, aunque en el fondo se mantuvo firme, y le dijo a Maimuna:

—No te escueza tanto la verdad y reconoce que tanto tus palabras como las mías son ociosas y vanas, ya que el amor a ambos la mente nos empaña. Lo que debemos hacer en nuestro caso es buscar un tercero que decida el pleito entre nosotros con imparcialidad, aviniéndonos, de antemano, a lo que quiera fallar.

—No tengo nada que objetar—respondióle Maimuna.

Y dando acto seguido una patadita en el suelo hizo salir de él a un *efrit* tuerto y sarnoso, con los ojos atravesados a lo largo del rostro y siete cuernos en la frente y cuatro rabos peludos que le llegaban hasta el suelo, y unas manazas disformes con unas garras como las de los leones, y unos pies como patas de elefante, con unas pezuñas borricales.

Luego que aquel *efrit* salió de la tierra y vio a Maimuna, hizole una reverencia profunda, y se cruzó de brazos diciendo:

—¡Ye señora mía, ye mi princesa! ¿Qué es lo que de mi deseas?

—Mira, Kaschkasch<sup>13</sup>—respondióle Maimuna—, te he llamado para que hagas de árbitro entre yo y este maldito de Dahnasch en cierta discusión que te voy a explicar.

Y acto seguido expúsole Maimuna a Kaschkasch toda la historia, desde el principio hasta el fin, sin ningún pormenor omitir.

Fijó el *efrit* su mirada sucesivamente en las caras de los dos jóvenes, que seguían durmiendo el uno junto al otro y mutuamente abrazados, y tan iguales en punto de belleza y perfección, que era difícil la elección.

Quedóse el precito Kaschkasch atónito y embelesado ante tanta belleza y tales encantos. Hasta que, al fin, volviéndose hacia Maimuna y Dahnasch y recitó estos versos:

—Ve a ver a la que adoras; no hagas caso de quienes la critican, que siempre hay envidiosos que su gusto en oponerse a los amores cifran. Y es lo cierto que nunca Alá piadoso nada más grato que mirar creo que una gentil pareja a la que une un recíproco amor, y que, en silencio, en éxtasis y arrobo, uno a otro se dicen su pasión. Y, sin embargo, siempre que un sincero y mutuo amor los corazones junta, hay gente que se place en separarlos y, por romper sus lazos terca pugna, sin pensar que es inútil cuanto hagan y que pierden el tiempo en su tarea como aquel que machaca en hierro frío, solo que no se enmiendan. Pero tú no hagas caso de esa gente, y si un corazón hallas que te ame de veras y sea tuyo, no lo esquives, sino tómallo y el alma entera dale. ¡Ye tú, vano censor de enamorados, renuncia a tus manejos, cierra el pico! ¿No ves que no hay quien cure a quien amor perder le hizo el juicio?

Tornó luego aquel genio a mirar a Maimuna y Dahnasch y les dijo:

—Por Alá, que de los dos no es posible decir cuál sea más bello, que son entre sí tan semejantes como nunca lo fueran dos mortales, en cuanto a hermosura y perfección y gracia y distinción, sin que haya entre ellos otra diferencia que la de ser el uno macho y la otra hembra, por lo cual se me ocurre a mí otra idea y es que los despertemos a los dos, primero al uno y luego al otro, y aquel que dé muestras de enamorarse de su pareja, será el que quede por debajo en cuanto a belleza.

—Aceptado—respondió Maimuna en el acto—. Tu parecer lo estimo acertado.

—Yo también lo apruebo sin vacilar—declaró Dahnasch.

Y en el acto transformóse Dahnasch en pulga y fue a picarle a Kamaru-

<sup>13</sup> Nombre alusivo a la sarna. Tiñoso.

s-Semán en el cuello, en un delicioso lugar.

Extendió el joven su mano al sitio de la picadura, que le había escocido su piel delicada, y, al moverse, advirtió que a su lado había alguien acostado, cuyo aliento en fragancia vencia al del almizcle y cuyo cuerpo, en suavidad, a la misma manteca dejaba muy atrás. De lo que grandemente maravillóse el joven Kamaru-s-Semán.

Incorporóse en seguida en el lecho y contempló a aquel ser que a su lado estaba durmiendo y comprobó que era una joven hermosa como perla valiosa o cual torre eminente, señora, con unos pechos turgentes y unas mejillas de rosa, como dijo el poeta queriendo dar idea de su belleza:

«Loco me vuelven a mí  
en el mundo cuatro cosas,  
cuando reunidas las hallo  
en una misma persona:  
Una frente blanca como  
la resplandeciente aurora;  
unas trenzas semejantes  
a la noche tenebrosa;  
unas mejillas que sean  
cual mezcla de leche y rosa,  
y unos labios de los que  
la ronrisa se desborda.»

Y como dijo también otro poeta:

«Es una luna su cara,  
rama de *ban*<sup>14</sup> su cintura;  
ámbar exhala el aliento  
de su boca fresca y pura.  
En lo traviesa y graciosa  
la comparo a la gacela,  
pues, cuando parece huir,  
torna de pronto y se acerca.»

Luego que vio Kamaru-s-Semán a doña Budur, la hija del rey Gayur, y se percató de su hermosura y perfección, maravillado se quedó.

Estaba la princesa dormida y tenía sobre su cuerpo tan solo la camisa de tela finísima, sin zaragüelles, y sujeta por un broche de oro, con incrustacio-

nes de aljófar valioso. Prendían sus orejas sendos zarcillos que refulgían como constelaciones y adornábale la garganta un collar de gran precio, como ningún monarca pudiera poseerlo. Y Kamaru-s-Semán quedóse estupefacto al ver todo aquello.

Luego, ante aquella visión, removióse en su interior el calor natural y Alá infundióle el anhelo de la copulación, y Kamaru-s-Semán pensó: «Todo cuanto quiere Alá luego es un hecho sin tardar y aquello que El no quiere, nunca se llega a realizar.»

Después de ese razonamiento imprimió Kamaru-s-Semán un doble beso en las manos de la princesa Budur, hija del rey Gayur, y entreabrió el escote de su camisa y quedó al descubierto la suma belleza de su cuerpo, y pudo el joven admirar sus turgentes pechos, con lo que se acrecieron su amor y su deseo. Por lo que trató de despertarla de su sueño; mas no lo consiguió, porque Dahnasch hizo que la joven se amodorrara más.

Insistió el joven, sin embargo, de tratar de despabilarla y la movió y la sacudió, diciéndole con dulce voz:

—¡Ye amada mía, despierta, abre los ojos y mira a quien te ruega! ¡Despabilate ya, que tienes a tu lado a Kamaru-s-Semán!

Pero la joven no se despertó y ni siquiera su cabeza movió. Per nació una hora Kamaru-s-Semán pensativo a su lado meditando sobre aquel lance extraño; hasta que, finalmente, se hizo la reflexión siguiente: «Si no me engaña el corazón, esta es la joven con la que quería mi padre casarme y con la que por tres veces seguidas me negué a casarme, pero si quiere Alá, tan pronto como amanezca y la aurora ilumine la tierra, iré a ver a mi padre y le diré que con ella me case.»

<sup>14</sup> Arbol que crece, sobre todo, en la Arabia Feliz y que es el mirabolano de los autores griegos y el *glans urguentaria* de los latinos. También se le llama benjui, hobus, maringú, etc.

Sorprendió a Schahrasad la mañana y puso fin a sus desbordadas palabras.

## Y LA NOCHE 151 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—He llegado a saber, ye monarca, el afortunado, que Kamaru-s-Semán se dijo para su ánima: «En cuanto amanezca la mañana, si quiere Alá, iré a ver a mi padre y le diré que con ella me case. Y no daré lugar a que medie el día sin que la haya hecho mía y entre en posesión de toda su hermosura y perfección.»

Y dicho que hubo eso inclinóse el joven sobre la durmiente para darle otro beso.

Y en aquel instante Maimuna, la genio, se estremeció y se sonrojó, en tanto Dahnasch sentía tal alborozo que agitaba las alas de puro gozo.

Fue luego Kamaru-s-Semán a besar en la boca a su adorada; pero sintió rubor de Alá y se tapó la cara con la sábana y dijose para su ánima: «Me contendré y tendré paciencia, no sea que mi padre, cuando se enojó conmigo y me encerró en esta cárcel, trajera luego aquí a esta novia para mí y la mandara acostarse a mi lado y hacerse la dormida, previniéndola no se despertase, cuando yo la llamase, para ponerme a prueba y después preguntarle: «¿Qué fue lo que te hizo Kamaru-s-Semán?» Así que me abstendré de tocarla, en absoluto, de ahora en adelante, para que no le vaya con el cuento a mi padre y ni siquiera me volveré a mirarla; lo único que haré será cogerle algo que me sirva a mi de prenda y de recuerdo, hasta tanto que ambos nos pongamos de acuerdo.»

Y Kamaru-s-Semán cogió la mano de la joven y le quitó suavemente el anillo que llevaba en su dedo meñique. El cual valía, por cierto, muchísimo dinero, pues era su regatón todo de pedrería y en su cenefa llevaba grabados los siguientes versos:

No pienses que me olvido ni un instante de nuestra fe jurada,  
que por más que tu ausencia se prolongue vivo con la esperanza  
de volver a besar un día tu frente y tu boca rosada.  
Por Alá, yo te juro que en la vida de ti ne apartaré,  
y pase lo que pase, aunque me olvides, tuya siempre seré.

Sacóle Kamaru-s-Semán con mucha suavidad el anillo de su dedo meñique a la reina Budur, la hija del rey Gayur, y se lo ajustó al suyo, después de lo cual volvióse de espaldas y se echó a dormir con toda cachaza.

Y al ver eso Maimuna púsose muy hueca y, volviéndose a Dahnasch y Kaschkasch, les dijo:

—¿Habéis visto cómo mi querido Kamaru-s-Semán se ha conducido con esa señorita como un dechado de castidad? Verdaderamente que con ello ha puesto remate y corona a todos sus demás méritos, pues testigos sois de cómo la miró y en su hermosura y gracia reparó y, sin embargo, no la abrazó y ni siquiera la besó ni menos a tocarla se propasó, sino que le volvió la espalda y se durmió.

Y Dahnasch y Kaschkasch dijéronle a Maimuna:

—Tienes razón al ponderar la delicadeza de ese rasgo de Kamaru-s-Semán.

Luego Maimuna transformóse a su vez en una pulga y metiósele por el pico de la camisa a Budur, la adorada del *efrit* Dahnasch, y subiósele por las pantorrillas y de allí saltó a sus nalgas y empezó luego a ondularle por debajo del ombligo y acabó por darle un picotazo tan doloroso que la joven al punto abrió los ojos y se incorporó en el lecho y giró la vista en torno.

Y al ver a un joven durmiendo a su



lado sumido en profundo sueño, con unas mejillas semejantes a flores de anémona y unos ojos capaces de dar envidia a las huríes bellas con su fulgor y una boca comparable con el sello de Salomón, de la que manaba una saliva sabrosa al paladar y saludable como la triaca que salva del veneno letal. Y unos labios rojos como el coral y unas mejillas semejantes a la flor de la anémona por lo bermejas. Según hablando de él dijo un poeta:

«De Seineb y Nauar me han apartado  
unas mejillas de color de rosa,  
que el arrayán oscuro ha sombreado.

Por un corzo gentil, que manto viste,  
he dejado a las bellas que sus pulsos  
de brazaletes y pulseras ciñen.

No hay dicha igual a la que él me brinda  
cuando solos los dos nos entregamos,  
sin trabas, del amor a las delicias.

¡Ye tú que me censuras mi desvío  
por Hind y por Seineb! ¡Repara un poco  
y entenderás que justo es el motivo!

Mi cervatillo nunca me da celos  
ni es, cual ellas, ansioso y exigente  
ni me inferna la vida su mal genio.»

Inflamóse en el acto Budur en el  
fuego de amor y concibió por el joven  
violenta pasión.

Pero al llegar aquí vio Schahrasad  
venir la aurora y cortó el hilo de sus  
palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 152 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye* monarca, el afortunado, que la princesa Budur, al ver a Kamaru-s-Semán dormido a su lado, para sus adentros se dijo: «¡Ye y qué vergüenza! He aquí un joven extraño, al que no vi en mi vida, y no me explico cómo podemos los dos encontrarnos en la misma cama acostados.»

Fijó en él sus ojos y admiró su hermosura y su perfección absoluta y no pudo menos de exclamar:

—Por Alá, que no se puede negar que es de tal hermosura cual si fuese una luna; hasta el extremo de que mi corazón está para saltárseme del amor que ya por él siento y la pasión que me inspiran su belleza y su perfección. Por Alá, que si este joven hubiera sido aquel con el cual mi padre me quería casar, lejos de desairarlo habríaálo aceptado por esposo en el acto.

Siguió Budur contemplando a Kamaru-s-Semán y lo sacudió con su mano para despertarlo; pero entonces Mai-

muna corrió sobre él el velo del sueño y con sus alas le abanicó la frente para todavía adornecerlo, de suerte que Kamaru-s-Semán no se llegó a despertar.

Insistió Budur en sacudirlo con su mano y dijo: «¡Ye dueño mío: háblame, amado mío, dime algo, novio mío, contesta a mis palabras y dime cómo te llamas que me has puesto toda trastornada!»

Pero Kamaru-s-Semán seguía sumido en un profundo sueño y no profería ni una sola palabra, por lo que la princesa Budur lanzó un hondo suspiro y dijo desolada: «¿Qué es lo que te pasa, amado mío? ¿Estás enamorado de ti mismo?»

Tornó a sacudirlo y le besó la mano y vio en ella su anillo, en el dedo meñique, y lanzó otro suspiro y, finalmente, dijo: «Por Alá, que te amo y tú me amas; ¿cómo puedes volverme la espalda? Siendo así que te introdujiste en mi alcoba, mientras yo dormía, sin que yo pueda decir qué hiciste conmi-

go mientras en el sueño tenía mi espiritu sumido. Aunque no seré yo quien ahora te quite del dedo mi anillo.»

Levantóle luego Budur a Kamaru-s-Semán la manga de su camison y por su abertura miró y estampó un beso en su cuello y buscó luego algo que poder quitarle y como prenda guardarse. Pero no encontró nada adecuado a su intención, aunque pudo advertir que el joven no tenía puesto calzón. Adentró Budur su mano por debajo del camison y palpóle los muslos y resbaló su mano por aquella piel delicada y fue a dar en su miembro, y al sentir el contacto, inflamósele el corazón y diéronle un vuelco las entrañas, porque el deseo en la mujer es más poderoso que en el hombre, y así Budur no pudo contenerse, aunque el rubor arreboló sus mejillas y su frente.

Apartó luego de allí su mano y, advirtiéndole entonces que el joven en la suya llevaba un anillo, quitóselo y se lo puso ella en lugar del suyo. Después de lo cual besólo en la frente y en el cuello, y, en fin, que no hubo lugar de su cuerpo en que no estampara ella un beso, y a continuación fue y lo cogió y lo estrechó contra su pecho y se abrazó a él y puso una de sus manos debajo de su cuello y la otra debajo de su sobaco y de esa guisa quedóse, finalmente, a su lado dormida <sup>15</sup>.

Cuanto a Maimuna, alegróse muchísimo al ver aquello y le dijo a Dahnasch:

—¿No viste, maldito, lo que hizo tu adorada con mi amado y cómo trató de sonsacarlo y cómo él, en cambio, de ella no hizo caso? No hay, pues, duda alguna de que mi novio es más

hermoso y que he ganado la apuesta; pero te perdono, para que veas.

Y procedió en el acto a extenderle la escritura de su alhorria; luego volvióse a Kaschkasch y le ordenó:

—Ve con él y cargad con su amada entre los dos y restituídla al mismo sitio en que estaba cuando la trajimos, que ya la noche va pasada y yo ya logré mi designio.

Llegáronse, pues, Dahnasch y Kaschkasch a la princesa Budur y cogieronla por debajo y cargaron con ella y volaron hasta llegar a su palacio, donde la dejaron en el mismo lecho en que reposaba cuando la raptaron.

En tanto Maimuna quedóse a solas contemplando a Kamaru-s-Semán, que seguía durmiendo, y así permaneció embelesada hasta faltar ya poco para que despuntase el alba, que al sentirlo la genio, batió alas y remontó el vuelo.

Al clarear la aurora despertóse Kamaru-s-Semán de su sueño y esparció la mirada a diestro y siniestro, y, no encontrando a la joven Budur a su lado, dijose, asombrado: «De fijo que todo esto es obra de mi padre que lo dispuso para engatusarme e inducirme a casarme. Después de meterme en la cama a esa joven para encandilarme, ahora se la lleva para más engolosinarme y hacer que yo mismo le pida que con ella me case.»

Dio luego un grito, llamando al eunuco que dormía junto a la puerta, y le dijo:

—¡Guay de ti, maldito! ¡Levántate!

Levantóse el eunuco, todavía mal despierto, y llevóle a su amo la jofaina y el jarro.

Pasó después Kamaru-s-Semán al excusado e hizo sus necesidades y luego salió y procedió a hacer sus abluciones rituales y sus rezos matinales, después de lo cual sentóse a alabar a Alá.

Posó luego la mirada en el criado y vio que estaba allí a su lado, en pie, y

<sup>15</sup> Todo este paso recuerda el del *Fausto* goethiano, en que Mefistófeles muestra al rejuvenecido doctor la imagen de Helena de Troya, encendiéndole en él una pasión inextinguible por aquel arquetipo de la humana belleza. La versión de Mardrus afirma que «pasó entre ellos lo que pasó», con lo que destruye el encanto poético del episodio.

pronto a cumplimentar sus mandatos. Y le dijo:

—¡Guay de ti, oh Zauab! ¿Quién entró en este cuarto y me quitó esa joven que estaba a mi lado?

Dio un respingo el eunuco y contestó, azorado:

—Por Alá, ¡ye mi señor!, que no vi aquí joven alguna.

Enfurecióse Kamaru-s-Semán al oír sus palabras y exclamó con voz airada:

—Por lo visto, so maldito, te enseñaron a mentir a tu amo. Ven acá, que te voy a escarmentar.

Acercóse el eunuco a Kamaru-s-Semán y este lo asió del cuello y dio con él en el suelo con tal fuerza que se le escapó un pedo.

Después Kamaru-s-Semán atólo a la garrucha del pozo y le soltó la sogá hasta que llegó al agua y siguió así hasta que el criado se zambulló en ella y empezó a patalear y pedir piedad. Era, por cierto, entonces invierno y hacía bastante frío, de suerte que el eunuco lanzaba grandes gritos al verse allí sumergido. Y Kamaru-s-Semán le decía, al oírlo gritar:

—Por Alá, que de ese pozo no te he de sacar hasta que me digas, con toda verdad, qué joven era esa y qué ha sido de ella y quién me la quitó, aprovechando la ocasión de estar dormido yo.

Y el eunuco Zauab le dijo al príncipe Kamaru-s-Semán:

—Sácame, ¡ye señor!, de este pozo y te diré la verdad de todo.

Tiró entonces Kamaru-s-Semán del mozo y lo sacó del pozo, y dizque estaba el eunuco medio muerto del remojón y el susto y temblábale el cuerpo lo mismo que la rama sacudida de fuerte viento y castañeteaban los dientes unos con otros y chorreaba agua por todos sus poros. Y al verse el cuitado de nuevo sobre la tierra, imploró a su amo diciendo:

—¡Ye mi señor! Déjame que salga un momento y me quite la ropa y la exprima y retuerza y la ponga a secar al sol y entre tanto vaya por otra. Que en haciéndolo así, luego a toda prisa tornaré a ti y te contaré todo lo referente a esa señorita y todo cuanto deseas saber acerca de ella; en una palabra: su historia completa.

—¡Ye esclavo de mala sombra!—exclamó Kamaru-s-Semán—. Si no te hubieras visto al filo de la muerte, no te avinieras nunca a decir la verdad, pero está bien; ve a despachar tu asunto y vuelve aquí a contarme la historia de esa joven, sin echarme mentiras.

Fuese de allí corriendo el esclavo poseído de tal temor que apenas daba crédito a su salvación, y no paró de correr hasta llegar a presencia del rey Schahramán, el padre del príncipe Kamaru-s-Semán. Estaba el monarca a la sazón repartiendo con su visir, precisamente sobre el asunto de su hijo, y el eunuco, al llegar, oyó que el rey decía con tono de pesar:

—En toda esta noche no pude conciliar el sueño, de puro embargado que tenía el pensamiento por la preocupación de mi hijo preso.

Llegó en esto el eunuco y le dijo al monarca, luego de hacerle un saludo profundo:

—¡Ye nuestro señor, el sultán! Has de saber que tu hijo está poseído de los genios y aquí puedes ver lo que conmigo ha hecho. Y además me ha dicho: «Esta noche una joven durmió aquí conmigo y luego, al despertar, me encontré con el sitio vacío; así que has de decirme lo que ha sucedido.» Y yo, a la verdad, no sé una palabra de esa historia tan rara.

Al oír el rey Schahramán aquellas palabras referentes a su hijo Kamaru-s-Semán lanzó un grito recio y se enojó muchísimo contra su visir, que era la causa de todo aquel desastre, y lo increpó así:

—Ve ahora mismo y tráeme noticias de mi hijo Kamaru-s-Semán.

Salió el visir en el acto, y estaba tan asustado que se le enredaban los pies en los picos de su almalafa <sup>16</sup>.

Dirigieronse visir y criado a la torre, donde estaba cautivo el joven, y el sol, a todo esto, ya resplandecía en el horizonte.

Al entrar en la celda el visir encontró a Kamaru-s-Semán sentado en su lecho y leyendo el *Corán*. Saludólo el visir con el *selam* y sentóse a su lado y le dijo:

—¡Ye mi señor! Este esclavo de mal agüero vino a traernos una nueva que nos ha llenado de admiración y sobresalto. Y el rey, al oírla, se ha puesto muy enfadado.

—¡Ye visir respetable!—contestóle Kamaru-s-Semán—. ¿Qué fue lo que os dijo ese esclavo de mi para que mi padre se haya puesto así?

—Pues nos dijo nada menos—explicóle el visir—sino que tú habías perdido el juicio y le habías dicho: «Esta noche durmió aquí una joven conmigo.» ¿Es verdad que se lo dijiste y que el esclavo no ha mentado?

Enfurecióse el joven al oír al visir y le dijo:

—No hay duda que vosotros aleccionasteis al esclavo para que hiciera lo que hizo.

Soprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

## PERO LA NOCHE 153 CONTINUO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, ye el monarca, el afortunado, que el príncipe Kamaru-s-Semán le dijo al visir del rey Schahramán:

—Ahora veo claro que fuisteis vosotros los que aleccionasteis al esclavo para que no me explicase ese caso tan raro de la joven que esta noche durmiera a mi lado. Pero tú, ¡ye visir respetable!, que tienes más seso que ese eunuco miserable, dime ahora mismo qué fue de esa guapa joven que durmió conmigo esta noche, pues, a no dudar, fuisteis vosotros quienes me la enviasteis y ordenasteis que se durmiera en mis brazos y yo dormí en los suyos toda la noche hasta que amaneció la mañana y, al despertar entonces, me encontré con que aquí ya no estaba. Así es que has de decirme, con toda

verdad, dónde se encuentra ahora esa beldad.

A lo que el visir respondió así:

—¡Ye mi señor Kamaru-s-Semán, sírvate de muralla el nombre de Alá! Ten por cierto que nosotros no te enviamos la noche pasada a ninguna criatura humana y que dormiste tú solo en tu cama, con la puerta de tu cuarto cerrada y el esclavo acostado detrás de ella, para guardarla, de suerte, pues, que no pudo llegar hasta ti ninguna joven ni persona alguna. Vuelve, pues, en tu juicio, mi señor, y no ocupes tu espíritu en esos desatinos.

Pero Kamaru-s-Semán, cuyo enojo aumentara al oírlo, le dijo:

—Has de saber, visir, que esa joven es mi novia.

Maravillóse el visir al escuchar las palabras de Kamaru-s-Semán y le interpeló, diciendo:

—¿Por ventura viste a esa señorita

<sup>16</sup> Voz árabe romanceada que designa el traje talar de los orientales.

que dices con tus propios ojos la noche pasada, y estando despierto, o solo la viste en sueños?

—*¡Ye scheij* desaborido!—exclamó Kamaru-s-Semán—. ¿Acaso imaginas que la vi con los oídos? Pues la vi con mis ojos y estando despierto y, por más señas, la palpé con mi mano y media noche permaneci junto a ella desvelado, recreándome con su belleza y hermosura y garbo, sino que vosotros le habiais recomendado que no me hablase y se fingió dormida, y entonces yo me acosté a su lado y me dormí y estuve durmiendo hasta la mañana y, al abrir luego los ojos, ya desapareciera la muchacha.

—*¡Ye* mi señor Kamaru-s-Semán!—dijole el visir—, bien pudiera ser que hubieses visto todo eso en sueños y que solo se trate de sombras y espectros y delirios, engendrados de haber ingerido variedad de manjares, si es que no son sugestiones de los protervos Satanases.

—*¡Ye scheij* de mal agüero, *ye* pestilente viejo!—dijole Kamaru-s-Semán al visir—. ¿Cómo te atreves a burlarte de mí y a decirme que quizá todo eso fueran delirios y sueños, cuando el propio esclavo acaba de confesarme lo de la muchacha, diciendo: «En seguida vuelvo y te contaré toda la historia de ese suceso»?

Fuese luego Kamaru-s-Semán al visir y lo asió de las barbas, que por cierto tenía bastante largas, se las enroscó a su mano y tiró de ellas con fuerza, hasta dar con el visir en tierra, y, no contento con eso, empezó a darle punteras con los pies y cogotazos con el puño cerrado con tal violencia que poco faltó para que sucumbiera allí mismo.

Pero estando en este aprieto, dijose el visir para sus adentros: «Si el esclavo se salvó de las manos de este chico insensato echando una mentira, mejor todavía podré salvarme yo, echándole otra de mi invención.»

Y acto seguido el visir volvióse a Kamaru-s-Semán y le dijo:

—*¡Ye* mi señor! No te enojos conmigo ni me guardes rencor, pues tu padre me encargó que te ocultase todo lo referente a esa muchacha y así yo no tengo la culpa de nada. Molido estoy ahora de tanto golpe y apenas si me puedo valer, que anciano soy y no tengo fuerzas para soportar paliza tan recia. Así que déjame que respire un poco y te lo contaré todo.

—Está bien—respondió Kamaru-s-Semán—. Explicame pues, *¡ye* el visir!, quién fue el que me trajo aquí a esa joven y la hizo dormir a mi lado y dónde se halla a la sazón, pues has de saber que solo a ella quiero y que solo para su amor hay sitio en mi corazón. Levántate en seguida y ve a ver a mi padre y dile que apresure mi casamiento y vuelve aquí al momento.

Mentira parecióle al visir que se hubiese librado de las manos de Kamaru-s-Semán y dióse prisa en salir de la torre y echó a correr y fue corriendo, sin parar, hasta que llegó a presencia del rey Schahramán.

Y al verlo llegar el rey Schahramán, le preguntó:

—*¡Ye* el visir, el respetable!, ¿qué te ha pasado que te veo llegar en tal estado y quién fue el malvado que te puso tan asustado?

—*¡Ye* mi señor!—respondióle el visir—. Te traigo una nueva que debes oír.

—Pues ¿qué nueva es esa?—preguntóle el monarca.

—Has de saber—respondióle el visir—que tu hijo Kamaru-s-Semán ha perdido por completo el juicio y está loco de atar.

Al oír tales palabras el rey Schahramán trocóse en tinieblas la luz de su rostro y exclamó tembloroso:

—*¡Ye* visir respetable!, dime qué clase de locura es la que a mi hijo le ha privado de cordura.

—Oír es obedecer—respondió el visir.

Y acto seguido contóle al rey Schahramán cómo encontrara a su hijo el príncipe Kamaru-s-Semán.

Y después de oír al visir el rey Schahramán díjole así:

—Has de saber, ¡ye visir!, que a cambio de esa noticia que me traes de la locura de mi hijo te doy esta otra y te digo que desde este momento mi gracia te retiro y cortarte el cuello decido, ¡ye visir de la mala pata!, ¡ye el emir de baja laya!, ya que tú tienes la culpa de la locura de mi hijo y todos estos conflictos por los perniciosos consejos que me diste desde un principio y yo, imprudente, seguí hasta lo último.

Luego el rey Schahramán se alzó de su trono y, cogiendo consigo al visir, se encaminó a la torre donde su hijo Kamaru-s-Semán se hallaba cautivo. Al verlos a ambos llegar púsose en pie Kamaru-s-Semán y bajóse a toda prisa de su estrado en que hasta entonces estuviera sentado, y besó a su padre ambas manos. Después de lo cual apartóse a un lado y bajó la cabeza y se cruzó de brazos, y así se estuvo largo rato.

Alzó luego los ojos a su padre y fluyeron de ellos lágrimas a raudales, que por sus mejillas se corrieron y, en medio de su llanto, declamó estos versos:

Si contra ti pequé un día,  
ahora estoy arrepentido;  
concédeme tu perdón  
y verás que no reincido.

Luego que eso oyó fue el rey Schahramán y abrazó a su hijo Kamaru-s-Semán y le besó entre los ojos y lo sentó a su lado en lo alto del estrado. Volvióse luego al visir con mirar airado, y le dijo:

—¡Ye perro de visir! ¿Cómo osaste venirme con el cuento de que mi hijo Kamaru-s-Semán estaba así y asá, poniendo mi corazón en un hilo con las cosas que me dijiste de mi hijo?

Encaróse luego el rey Schahramán con su hijo Kamaru-s-Semán y le dijo:

—¿Qué día es hoy, hijo mío?

—Sábado, padre, y mañana domingo—contestóle su hijo—, y al otro lunes, y al otro martes, y al otro miércoles, y al otro jueves, y al otro viernes <sup>17</sup>.

—Pues bien—dijo el rey Schahramán—, ¡ye hijo mío Kamaru-s-Semán, loado sea Alá por haberte conservado en tu juicio cabal!

Pero ahora dime todavía: ¿en qué mes estamos?

Y el joven le contestó en seguida:

—En el de *Zu-l-Kada*, señor. Y después de él vendrá el de *Zu-l-hichá* y a este seguirá el de *Moharrán*, y a este el de *Zafar* y a este los de *Rebia el primero* y *Rebia el segundo* y luego vendrán los dos *Chumada* y *Recheb* y *Schabán* y *Ramadán* y *Schawal* <sup>18</sup>.

Holgóse el rey lo indecible al oír a su hijo y escupióle en la cara a su visir y lo increpó, diciendo:

—¿No decías tú que mi hijo había perdido el juicio? ¡Ye el muy perverso! ¿Cómo pudiste decir eso cuando aquí, loado sea Alá, no hay más loco que tú, que lo estás de atar?

Quisóse explicar el visir y movió los labios, pero luego creyó más prudente callar, hasta ver en qué paraba todo aquel enredo, que no se podía explicar.

Y el rey Schahramán volvióse a su hijo y le preguntó:

—¿Qué palabras fueron esas que le dijiste al esclavo y al visir al decirles: «Esta noche la he pasado con una linda joven dormida a mi lado»? ¿Qué joven era esa de que les hablaste a ambos?

Echóse a reír el príncipe Kamaru-

<sup>17</sup> Creemos oportuno advertir que los musulmanes designan por orden numérico al modo de los portugueses y otros pueblos los días de la semana, menos el viernes, *chuma* o día de aljama, y el sábado, *sabí*, reposo.

<sup>18</sup> La misma prueba que emplean con sus clientes los modernos psiquiatras.

s-Semán al oír las palabras de su padre, el rey Schahramán, y le dijo:

—Has de saber, padre mío, que no tengo fuerzas bastantes para seguir la broma, por lo que te ruego no insistas en el tema y dejes la cosa quieta, que ya está bueno lo bueno y ha adelgazado mi cintura por lo que conmigo habéis hecho. Date por enterado, ¡ye padre mío!, que desde ahora estoy dispuesto a casarme sin más condición sino que ha de ser con esa jovencita que esta noche pasada ha dormido a mi lado, pues me consta fuiste tú quien aquí la trajo y, por tanto, la causa de que me haya enamorado.

—Por el nombre de Alá—exclamó al oír aquello el rey Schahramán—. ¿Es que de esa locura no te vas a curar? Pero ¿qué joven era esa que pretendes haberte enviado yo esta noche, para que durmiera a tu lado y que luego mandé que te quitaran al amanecer? Por Alá te juro, hijo mío, que no sé una palabra de todo ese lío. Recapacita y verás que acaso se trate de puro delirio de la fantasía o de algún ensueño engendrado de la mucha comida. Sin duda te acostaste esta noche con la mente embargada por la idea del matrimonio y preocupado con ese tema del casorio. ¡Mal haya el matrimonio y mal haya la hora en que se inventó y el que para ti me lo aconsejó! Que no hay duda de que eso es lo que te trae a ti a mal traer, y así viste en tu sueño a esa joven hermosa y creíste abrazarla y que ella te abrazaba y todo con tal apariencia de verdad que pensaste no ser sueño, sino realidad. Pero ten por cierto que todo fue sueño y desvario.

—Padre mío—exclamó Kamaru-s-Semán, dirigiéndose a su padre, el rey Schahramán—, depón ese lenguaje y júrame por Alá el creador, el sapiente, que abate a los bravos y aniquila a los tiranos, que no tienes ninguna noticia de esa joven hermosa ni del lugar en donde mora.

—Por la progenie de Musa y de Ibrahim—exclamó el rey Schahramán—te juro, hijo mío, Kamaru-s-Semán, que no sé una palabra de todo ese enredo, y que soy de opinión que todo fue un sueño.

—Yo te expondré, ¡ye padre mío!—respondió el hijo—, un ejemplo para que veas que no fue un sueño. He aquí el ejemplo que te quiero poner. ¿Sucedió alguna vez que alguien soñara que estaba empeñado en reñida batalla y luego, al despertar, se encontrase con que empuñaba en su mano un alfanje, todavía chorreando sangre?

—Por Alá, que no, hijo mío—respondió su padre—. A nadie le ocurrió nunca nada semejante.

—¿Sí? Pues escucha ahora—respondió Kamaru-s-Semán—lo que voy a contarte. Has de saber, ¡ye padre!, que yo soñé esta noche pasada que a eso de medianoche me despertaba y veía a mi lado una joven acostada. Y era su cuerpo tan parecido al mío que cualquiera nos habría confundido. Ceñíale yo con mi brazo y le saqué un anillo que tenía en un dedo de una mano y me lo puse en el mío y luego quitóme por lo visto ella mi anillo y se lo puso en el lugar del que le había cogido. Dime ahora, pues, padre mío, cómo puede haber sido una ilusión lo sucedido, siendo realidad lo del anillo. Cierto que, a no ser por esto, yo también creyera se trataba de solo un sueño; pero aquí está el anillo con su sello, que viene a probar la realidad del hecho.

Y Kamaru-s-Semán quitóse el anillo del dedo y se lo mostró a su padre, el rey Schahramán, el cual lo tomó y examinólo con toda atención. Y volviéndose luego hacia su hijo, le dijo:

—Este anillo, en verdad, es un dato importante y un indicio considerable, y lo que esta noche pasada te ha ocurrido con esa muchacha representa un caso delicado, pues no sé quién pudo

introducirla en tu cuarto, como no haya sido ese visir condenado. Ruégote, pues, hijo mío, por Alá, que tengas un poco de paciencia, que Alá acaso sea servido de aliviarte tus penas y darte, en vez de ellas, una alegría que no te esperas. Como con razón dijo el poeta:

«No te apures, que acaso la Fortuna,  
que hasta aquí te fue adversa,  
en cambiar de actitud para contigo  
y compensarte piensa.

Que es voluble de suyo y caprichosa,  
y puede que aún se vuelvan  
las tornas, y al que hoy  
goza de verte caído, caído veas.»

Y, por lo pronto, celebro haber comprobado que no estás loco, como me habían dicho, sino que tu lance es sumamente raro y tan embrollado que solo Alá podrá aclararlo.

Y Kamaru-s-Semán contestóle a su padre, el rey Schahramán:

—Por Alá, te pido, padre mío, que me busques a esa joven y me la traigas en seguida, ¡pues si no de fijo que pierdo la vida!

Y Kamaru-s-Semán entregóse a demostraciones de amor y, volviéndose a su padre, recitó esta canción:

—Si a la promesa faltas  
de visitarme,  
en sueños ven a verme,  
que eso es más fácil...

Yo en el sueño te veo  
y soy dichoso,  
aunque haya quien me pueda  
tomar por loco.

Luego de recitar estos versos volvióse Kamaru-s-Semán a su padre, el rey Schahramán, y en actitud humilde y abatida y entre lágrimas encandecidas, declamó esta otra poesía:

—Amigo, ten cuidado con sus ojos  
y su mirada evita,  
pues son dos hechiceros que embrujado  
dejan a aquel que miran.

Cuida también que, con su dulce labia,  
no logre engatusarte,  
pues de sus frescos labios sale un fuego  
de vino mareante.

Es tan frágil y suave en apariencia,  
que si una rosa roza su mejilla  
al punto llora, y, sin embargo, ella  
con sus ojos flecheros te aniquila.

Pero es tan deliciosa, amigo mío,  
tan pura y tan fragante,  
que es su aliento quien presta los aromas,  
en primavera, al aire.

Luego que hubo recitado esa poesía díjole Kamaru-s-Semán al rey Schahramán:

—Por Alá, padre mío, que no puedo sufrir el estar separado de ella ni una hora siquiera.

Al oír lo cual batió palmas el rey y exclamó:

—No hay gloria ni poder sino en Alá, el grande, el lleno de majestad. ¡No vale aguzar el ingenio en casos como estos!

Cogió luego el rey de la mano a su hijo Kamaru-s-Semán y lo condujo a su palacio y allí el joven tendióse en el lecho del abatimiento y su padre a su cabecera tomó asiento, y allí se estuvo llorando y haciendo planto por su desdicha, sin apartarse de su lado ni de noche ni de día.

Hasta que al cabo llegóse a él su visir y hablóle así:

—¡Ye monarca del siglo! ¿Hasta cuándo vas a estar ausente de tus tropas por atención a tu hijo? Mucho me temo que vaya a romperse el sartal de tu reino, por estar tanto tiempo apartado de tus ministros y consejeros.

Sabido es que el prudente, cuando de algún mal físico adolece, luego busca la medicina que procede. Por lo cual soy de opinión que debes sacar de aquí sin dilación a tu hijo y trasladarlo a ese alcázar particular que se alza a la orilla del mar y tú consagrarte con más asiduidad a los asuntos del diván y destinar dos días a la semana, el



lunes y el jueves, a recibir a los emires y a los visires y a los chambelanes y a los magnates y a los notables y a los grandes y a los jefes militares y a los particulares, para escuchar lo que tengan que comunicarte. Y proveer a sus necesidades y fallar sus pleitos y reconciliar sus enemistades, de suerte que Alá te mire con benignidad. Porque no vayas, señor, a pensar que estás salvo de las asechanzas del sino y de las mudanzas del siglo, que vienen cuando menos se espera, al modo del viajero que de noche llega.

Y por ello el hombre cuerdo debe estar siempre prevenido y alerta, cual con mucha razón dijo el poeta:

«Te adormeces y dejas  
pasar los días,  
y no temes del sino  
malas partidas.  
Pero haces mal,  
porque, tarde o temprano,  
te las hará.»

Luego que el rey oyó las palabras de su visir encontró muy acertado lo que le acababa de decir y estimó su amonestación encaminada a evitar su perdición. Y, temiendo llegar a soltarse el nudo de su reino, dispuso en el acto que, sin más dilación, trasladasen a su hijo de su cuarto de enfermo a un pabellón del alcázar que a la orilla del mar se alzaba y todas sus perspectivas abarcaba y al que por un paso de ocho codos de ancho se llegaba. Habilitaron en seguida los criados el alcázar para instalar en él debidamente al príncipe

y cubrieron sus suelos con valiosos tapices y vistieron sus muros con sedas recamadas y colgaron de ellos acitarasuntuosas que llegaban al suelo y lucían incrustaciones de perlas y otras piedras.

Instalóse en el alcázar Kamaru-s-Semán, y era tal la vehemencia de su amoroso pesar que no lograba el sueño conciliar, pues tenía la mente embargada por la imagen de su adorada y era tal su dolor que se le tornó amarilla la color y el cuerpo se le enflaqueció.

Y el rey Schahramán no se apartaba un punto de la cabecera de su hijo Kamaru-s-Semán y compartía enteramente su pesar. No obstante lo cual, todos los lunes y todos los jueves daba su venia para que pasasen a verle todos los que quisieran de sus emires y sus visires y sus chambelanes y representantes y sus nagnates y sus jefes militares y sus vasallos particulares.

Y esto es, por ahora, todo lo referente al príncipe Kamaru-s-Semán, hijo del rey Schahramán.

Cuanto a la princesa Budur, la hija del rey Gayur, señor de las Islas y de los Siete Alcázares, luego que los genios a su palacio la restituyeron y la adormecieron, quedóse sumida en profundo sueño y las tres horas que de noche quedaban las pasó durmiendo. Pero luego que amaneció, la princesa se despertó...

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

## PERO LA NOCHE 154 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que, al despertarse la princesa Budur de su sueño, sentóse en su lecho y esparció la vista a diestro y siniestro y no halló a aquel mancebo

que se quedara dormido junto a su pecho. Diole, al advertirlo, su corazón un respingo y se le nubló el juicio y lanzó un recio grito con el que despertó a todas sus criadas y ayas y dueñas

y azafatas, las cuales al punto corrieron a ver qué era lo que le pasaba a su ama.

Y la más anciana se le acercó y le dijo, asustada:

—¿Ye mi señora! ¿Qué es lo que te pasaba?

—¡Guay de ti—dijole *sitt* Budur—, vieja de mal agüero! ¿Dónde está mi novio, ese joven salado que dormía a mi lado, con aquella cara que parecía la mañana y aquellos ojos negros y aquel entrecejo.

Y la vieja, asustada y abochornada, exclamó:

—¿Qué estás diciendo, mi señora? Serena tu ánimo, que ningún joven durmió contigo esta noche ni nadie entró en tu cuarto, que nosotras sepamos. Por Alá, te suplico, mi señora, no lles demasiao lejos esta broma desaforada, que a todas podría costarnos la vida, pues supón que llegase a oídos de tu padre y, en ese caso, ¿quién podría librarnos de sus manos?

Pero la princesa insistió en su tema y le dijo a la vieja:

—Te repito que esta noche durmió conmigo un joven tan guapo, por cierto, como los más guapos de los hombres.

Y al oír aquello exclamó la dueña:

—El cielo te conserve la razón, ¡mi princesa! Te juro de nuevo que ningún joven durmió contigo esta noche.

Miróse entonces *sitt* Budur su mano y vio en su dedo el anillo de Kamaru-s-Semán, en vez del que ella solía llevar. Y, encarándose con la azafata, le lanzó al rostro estas palabras:

—¡Guay de ti, so falsa, so maldita y traidora! ¿Y cómo te atreves a mentirle a tu ama?

—Por Alá—exclamó la vieja—, que no te he mentido en absoluto en lo que te he dicho.

Pero entonces fue tal la indignación de la princesa que requirió una espada que a su lado tenía y asestóle con ella

tal tajo a la vieja, que la dejó en el acto muerta<sup>19</sup>.

Empezaron a gritar, asustados, sus eunucos y sus esclavas y toda la servidumbre del serrallo, y corrieron en busca del rey Gayur para comunicarle el estado en que se hallaba su hija, la princesa Budur.

Fue entonces el rey Gayur al aposento de su hija Budur y le dijo:

—¿Ye hija mía! ¿Qué es lo que te ha sucedido?

—¿Ye padre mío!—dijole ella—. ¿Qué me va a pasar? Se trata de ese joven que esta noche durmió aquí conmigo y, al despertarme esta mañana, había desaparecido.

Y así diciendo, perdió de nuevo la princesa el tino y se puso a esparcir la vista a derecha e izquierda y se rasgó las ropas, de arriba abajo, hasta la orla.

Al ver su padre aquello mandó a los eunucos y a las esclavas que asiesen de ella y la tuviesen sujeta; hiciéronlo así ellos y luego mandó el rey Gayur que le pusiesen a su hija Budur sendos grilletes en los pies, esposas en las manos y al cuello una pesada cadena de hierro y de esa forma la atasen a la reja de su aposento. Hiciéronlo ellos y el rey la dejó y se retiró.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a la princesa Budur, la hija del rey Gayur.

Cuanto al rey Gayur, al ver lo que le había ocurrido a su hija Budur, encogiósele el mundo en torno suyo, que amaba a su hija en grado sumo y le afligia mucho aquel asunto.

Mandó luego a llamar a los astrólogos y los sabios y los hombres de cálamo, y cuando los tuvo allí reunidos, les dijo:

—A aquel de vosotros que acierte a

<sup>19</sup> En la edición de Bulak y en la de Breslau la princesa se limita a pegarle a la vieja, pero no la mata.

curar a mi hija de su mal le casare con ella y le daré, además, la mitad de mi reino; pero al que falle en su empeño mandaré que le corten el cuello. Y hare que cuelguen su cabeza en la puerta de mi alcázar, donde todos la vean.

Acataron ellos la orden del rey, y este empezó a cortar cabezas de frustrados en la empresa, hasta que ascendió su número a cuarenta.

Mandó luego el rey que siguieran buscándole más sabios, y sus esbirros continuaron llevándoselos; mas ninguno lograba curar a la princesa, la cual cada vez estaba más triste y más pálida. Y cuando su amor y su pasión y su aflicción se agravaban, dejaba correr sus lágrimas y declamaba versos, al tenor de estos:

«El amor que por ti siento  
me apremia cual acreedor,  
y ni de noche me deja  
que repose a mi sabor.

Quiero dormir y en mi pecho  
arde un fuego tan voraz,  
que con el del propio infierno  
se pudiera comparar.

Y las lágrimas ardientes  
que el amor me hace verter,  
en vez de apagar la llama  
acrecientan su poder.»

Y también recitaba la princesa estos versos de otro poeta:

«*Selam*, ¡amigos míos! A todos siempre  
mi pensamiento con amor se inclina;  
*Selam* os digo, pero no en señal  
de amarga despedida,

sino como saludo de quien quiere  
daros la bienvenida,  
pues se hace la ilusión de que de nuevo  
os tiene ante su vista.»<sup>20</sup>

Luego que terminaba de recitar esos versos la princesa Budur rompía a llo-

rar con tal vehemencia que los ojos se le hacían agua y las mejillas se le amustiaban.

En este estado siguió la princesa por espacio de tres años consecutivos, sin que a su dolor hallara alivio.

Mas tenía la princesa un hermano de leche, al cual llamaban Mirsauán<sup>21</sup>, que a la sazón viajaba por remotas tierras y había estado todo ese tiempo ausente de ella, y dizque amaba a su hermana con amor tal, que iba más allá de los límites del amor fraternal.

Al regresar Mirsauán de su viaje fue a ver a su madre y le preguntó por su hermana, la princesa Budur. Y su madre le contestó:

—Hijo mío, tu hermana Budur ha perdido el juicio y lleva ya así tres años seguidos. Y su padre le ha puesto una argolla de hierro al cuello y ninguno de los muchos sabios y médicos que la han visto ha tenido acierto.

Al oír aquello Mirsauán, exclamó:

—Debo ir a ver a mi hermana sin dilación. Pues quién sabe si podré descubrir la causa de su enfermedad y lograr curarla de su mal.

—Tienes razón—le dijo su madre—, debes ir a verla sin remisión. Pero aguarda, no obstante, hasta mañana, a ver si en ese tiempo se me ocurre una idea acertada.

Trasladóse luego su madre al alcázar de *sitt* Budur y habló con el eunuco que guardaba la puerta del aposento de la princesa y le hizo un regalo y le dijo:

—Tengo yo una hija que se ha criado con la princesa Budur y que es casada, y al saber el estado en que la princesa se halla tiene su corazón que no descansa, de puro inquieta y apesadumbrada. Por lo que agradecería de tu

<sup>20</sup> Estos versos faltan en la edición de Bulak y en la versión de Mardrus.

<sup>21</sup> O Mirsaván, pronunciado al modo persa. Persa es el vocablo *Mirsa*—príncipe—reforzado con la misma idea de jefe, implícita en el sufijo *van* o *ban*. Burton transcribe *Marsaván* y lo interpreta: Guarda de la marca (margrave).

bondad que la dejaras pasar para que, aunque solo fuere un momento, pudiera estar con la princesa, volviéndose luego por donde viniera, sin que nadie lo supiera.

—Eso que deseas—respondió el eunuco—es cosa hacendera. Pero ha de ser de noche, luego que el sultán se haya retirado del lado de su hija, después de la visita que le hace cada día. Entonces, si quieres, luego que salga el sultán, podrá tu hija entrar.

Besóle la vieja al eunuco la mano y se volvió a su casa y allí aguardó a que la noche siguiente llegara. Y llegada que fue la hora del oscurecer, fue y cogió a su hijo y le vistió ropas de mujer y, tomándolo de la mano, lo introdujo en el palacio y fue andando sin parar hasta llegar junto al eunuco, en el momento en que el sultán se acababa de retirar.

El eunuco, al verla, púsose en pie y le dijo:

—Entra a prisa y no prolongues mucho la visita.

Entró la vieja con su hijo y encontraron a *sitt* Budur en el estado que ya hemos dicho. Y Mirsauán sacó de su bolso unos libros que llevaba y se puso a recitar palabras talismánicas. Mirólo *sitt* Budur a la luz de la bujía y le reconoció en seguida, pues antes de eso ya se había quitado el joven su disfraz

femenil, y la princesa exclamó, conmovida:

—¡Ye hermano mio!, largo tiempo estuviste viajando sin que supiéramos nada de tu estado.

—Así es, hermana mía—respondió Mirsauán—. Pero ahora de nuevo me traje aquí Alá con bien y felicidad. Aunque otra vez tendré que partir, pues vine solamente atraído por las nuevas que de ti había oído, a fin de aclarar qué es lo que te ha ocurrido.

—¡Ye hermano mio!—respondió la joven—. ¿Crees tú también, por ventura, que estoy tomada de locura?

Y fijó en él la vista y recitó esta poesía:

—¡Me dicen que estoy loca,  
porque amo a un hombre!  
Pues felices los locos,  
digo yo entonces.  
Traedme a mi amado;  
veréis de mi locura  
¡qué pronto sano!

Infirió de ahí Mirsauán que *sitt* Budur estaba enamorada y le dijo:

—Cuéntame tu historia, hermana, sin omitir detalle de lo que te pasara, que acaso quiera Alá ponerme en camino de poderte sanar.

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

## Y LA NOCHE 155 CONTINUO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, ye monarca, el afortunado, que la princesa Budur le dijo a su hermano Mirsauán:

—Oye mi historia, hermano mio, que es breve y compendiosa, pues se reduce a esto, a saber: que una noche, cuando ya esta se hallaba en su tercio, hube de despertar de mi sueño y me senté en

mi lecho, y vi a mi lado un joven, más hermoso que todos, de tal perfección que la lengua sería impotente para hacer su descripción, pues por lo airoso parecía una rama de *ban*; al verlo yo, pensé que era mi padre quien, con toda intención, introdujéalo en mi habitación para poner a prueba mi inclina-

ción. Ya sabrás que muchas veces antes me quiso casar y yo me negué a ello y les di calabazas a todos los reyes e hijos de reyes que me pretendieron. Por lo cual me contuve y me abstuve hasta de tocarlo, por temor a que, si lo hacía y él me sentía, le fuese luego a mi padre con el cuento.

Volvíme a dormir luego y, al despertarme a la mañana, noté que tenía en mi dedo el anillo del joven referido en lugar del mío, que siempre llevaba, y esta es, hermano mío, toda mi historia y esto es todo lo que me ha sucedido.

Pero es el caso que, desde el punto y hora que a ese joven vi, quedó mi corazón presa de sus encantos, y es tal la fuerza de mi amor y mi pasión, que hace ya tiempo que no sé a qué sabe el sueño y no hago más que llorar y recitar endechas, de dolor transida, igual de noche que de día.

Y la princesa, en medio de su llanto, recitó estos versos:

—Todo cuanto la vida hace agradable de junto a mí el amor hame espantado, pues mi alegría se fue con ese lindo cervatillo adorado.

Y por él me atormentan tales celos, que vivir no me dejan;

celosa estoy de todo cuanto goza de su amable presencia.

Porque sé que sus ojos son flecheros que donde alumbran, hieren,

y sus encantos tales son que nadie resistir a ellos puede.

Mi dolor esconder procuro en vano, que el llanto me traiciona;

a su lado, pareceme que estoy lejos de su persona,

y lejos de él, mis pensamientos fieles en torno suyo rondan <sup>22</sup>.

Luego *sitt* Budur dijole a Mirsauán:

—Ruégote, hermano mío, veas qué puedes hacer para sacarme de este afán.

Bajó Mirsauán la cabeza y permaneció, la vista fija en tierra, una hora

entera. Y no hacía mas que pensar y cavilar, sin saber qué podría hacer.

Hasta que al fin alzó la frente y le dijo a su hermana de leche:

—Por cierto doy, hermana mía, eso que me has contado, aunque tu lance con ese joven es algo que la mente fatiga al pensarlo; pero descuida, que yo he de recorrer todo el mundo para encontrarlo. Solo te ruego que no estes inquieta y tengas paciencia.

Despidióse luego Mirsauán de *sitt* Budur, volvió a ponerse sus ropas de mujer y se retiró final niente, encareciéndole una vez más a su hermana de leche que no desmayase y recitó estos versos:

—Aunque tan distante estés de los ojos del romero, siempre tu imagen amada la llevo en el pensamiento.

Mi corazón al latir, dijérase que te llama, y mi pensamiento vuela hacia ti con raudas alas.

¡Tú eres la luz de mis ojos!  
¡Alá quiera no me faltes!  
Para mí sería igual  
¡que si ciego me quedase! <sup>23</sup>

Volvióse luego Mirsauán a casa de su madre y pasó la noche en ella. Y luego que la mañana amaneció procedió a hacer los preparativos para su marcha y se despidió de su madre y salió de la casa.

Y empezó a caminar y no paró de caminar de una a otra ciudad y de una en otra isla por espacio de todo un mes, hasta llegar, por fin, a una ciudad que llaman Tirab <sup>24</sup>. Y al llegar, púsose Mirsauán a husmear nuevas de la gente, por si acaso podían darle alguna que pudiera contribuir a devolverle la salud a su hermana *sitt* Budur.

<sup>23</sup> Estos versos faltan en la edición de Bulak y en la versión de Mardrus.

<sup>24</sup> Discrepan las versiones respecto al nombre de la ciudad. La edición de Breslau y la de Galland transcriben *Torf*; Lane, *El-Tarf*; Burton, *Tayrab*.

<sup>22</sup> Estos versos faltan en la edición de Bulak y en la versión de Mardrus.

Y dizque, por doquiera que pasaba, oía decir a todo el mundo que la princesa Budur, la hija del rey Gayur, perdiera el juicio en absoluto. Llegó, pues, Mirsauán a Tirab y, siguiendo su costumbre, empezó a inquirir e indagar y oyó decir que Kamaru-s-Semán, el hijo del rey Schahramán, cayera enfermo y perdiera la razón por causa de los genes.

Al oír aquello Mirsauán procedió luego a interrogar a la gente de aquella ciudad sobre el país en que vivía Kamaru-s-Semán y tenía su corte el rey Schahramán. «En las islas Jalidán—le dijeron—reina el rey Schahramán y de aquí a allá hay de camino un mes entero por el mar y seis si por tierra prefieres marchar.»

Montó, pues, Mirsauán en un barco para ir a las islas Jalidán; estaba aquel muy bien aparejado para la travesía y navegó todo un mes, con viento favorable, y al fin dieron vista al puerto y tan cerca estaban ya de él, que no tenían más que saltar a la playa y en ella echar el ancla.

Pero cuando se disponían a hacerlo así levantóse de pronto un viento contrario y proceloso que zarandeó la nave y rompió sus mástiles y acabó por hacerla zozobrar con todos sus pasajeros y tripulantes, y la fuerza del oleaje empujó a Mirsauán hasta la playa y allí lo dejó, precisamente al pie del alcázar donde Kamaru-s-Semán se hallaba. Y quiso el sino que en aquella sazón estuviesen allí reunidos los visires y los emires en función de servir al rey Schahramán, el cual estaba sentado en su trono, teniendo a su lado a su hijo, con la cabeza reclinada en su hombro, y los esclavos pululaban en torno, que llevaba ya dos días el príncipe Kamaru-s-Semán de no probar bocado ni beber un sorbo de agua ni proferir palabra. Y como un huso de flaco se quedara.

Estaba el gran visir en pie a su lado,

cerca del mirador que daba al mar, y, al levantar la vista una vez, vio a Mirsauán, que luchaba con las olas y estaba a punto de naufragar. Enternecióse al visir el corazón y acercóse al sultán y alargó su cara en su dirección y le dijo:

—Ye mi señor! Pídotte permiso para bajar al patio del alcázar y abrir sus puertas, a fin de salvar a un pobre náufrago que está a punto de ahogarse en el mar y hacer que su alma pase, de la angustia y temor, al gozo de la liberación, que quién sabe si Alá, en pago de esa buena acción, sacará también a tu hijo de su afflictiva situación.

Pero el sultán le respondió:

—De todo lo que a mi hijo le pasa eres tú la causa y si ahora nos traes acá a ese extranjero se enterará de todos nuestros secretos y luego, al irse, los divulgará por todos los países. Pero desde ahora te lo prevengo: que, si así fuere, os mandaría a los dos cortar el cuello y a ti primero, ya que tienes la culpa de todos nuestros tormentos. Pero, en fin, no me opongo; haz lo que quieres y salva a ese mozo.

Bajó luego a prisa el visir y abrió la poterna del alcázar que daba al mar y anduvo veinte pasos por la playa, hasta llegar a la orilla del agua, y allí vio a Mirsauán que bregaba con el oleaje y estaba ya tan rendido que iba camino de ahogarse.

Alargó el visir su mano y asió de él por los cabellos y tiró de él con fuerza hasta sacarlo a tierra.

Y estaba el joven sin conocimiento, con el vientre lleno de agua y los ojos casi fuera de sus cuencas. Aguardó el visir a que volviera en sí, y luego le quitó sus ropas y le vistió otras, y, en vez de su turbante, púsole otro de uno de sus edecanes.

Y el visir, luego que hizo con Mirsauán lo que hizo, fue y le dijo:

—Ya que yo he sido la causa de tu salvación, no lo seas tú de mi perdi-

ción, que también sería la tuya sin remisión.

—¿Y cómo es eso?—inquirió el joven.

Y el visir contestóle:

—Pues porque ahora subiras conmigo a donde están los emires y los visires, todos los cuales permanecen callados y no despegan sus labios, en atención a Kamaru-s-Seman, el hijo del rey Schahraman.

Al oírle Mirsauán al visir mentar el nombre de Kamaru-s-Semán entendió luego a quién se refería, pues había oído contar su historia, que en labios del pueblo corría. Y preguntó al visir:

—¿Quién es ese Kamaru-s-Semán que acabas de nombrar?

—El hijo del sultán Schahramán—respondióle el visir—, el cual está enfermo, postrado en el lecho y presa de gran desasosiego, que no se puede estar quieto <sup>25</sup>, y los días y las noches pasa despierto, de suerte que poco le falta para que la vida huya de su flácido cuerpo y pase a contarse en el número de los muertos.

De día se abrasa en interna llama y de noche no logra apagarla; de suerte que ya todos hemos perdido la esperanza de que salga de esto con vida y barruntamos su inminente agonía.

¡Guay de ti, pues, si posas demasiada la vista en su rostro o pones los ojos en otro sitio que el trecho preciso que pisen tus pies, pues si así no lo hicieras desde ahora puedes darte por perdido y a mí también me perderás contigo!

—Por Alá—exclamó Mirsauán—, dime qué es lo que a ese joven le sucede y cuál es la causa de que se halle al filo de la muerte.

—Has de saber—le dijo el visir—que todo ello se debe a que, hace ya tres años, quiso su padre casarlo y él se negó a ello, y después, pasado el tiempo, amaneció un día con el cuento de que la noche antes había visto durmiendo en su lecho a una joven que era un portento de belleza y perfección, que ofuscaba la mente, siendo la lengua impotente para hacer su descripción.

Y quiso persuadirnos de que le había quitado a la joven de su dedo el anillo, trocándolo por el que él llevaba en el suyo, cosa que nos dejó a todos confusos, pues no teníamos la menor noticia del asunto.

Ven, pues, ahora arriba, conmigo, hijo mío, y mira con discreción al príncipe y luego vete por tu camino. Pues sabe que el sultán está de muy mal talante por lo que le pasa a su hijo Kamaru-s-Semán.

«Por Alá—dijose para sus adentros Mirsauán—, que ese es el joven que yo vine a buscar.»

Subió luego al alcázar, siguiendo al visir, y caminaron ambos hasta que al fin llegaron a donde estaba Kamaru-s-Semán. Sentóse el visir a los pies del enfermo y Mirsauán adelantóse hasta llegar ante Kamaru-s-Semán y se quedó allí parado y fijó en él sus ojos asombrados.

Sintióse morir en su pellejo el visir y le hizo señas con los ojos al joven para que no se detuviese allí mas y se fuese por su camino sin tardar. No hizo caso de sus guiños Mirsauán y siguió contemplando a Kamaru-s-Seman, hasta que al fin quedó convencido de que era el mismo que su hermana había dicho.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y puso coto a sus no tasadas palabras.

<sup>25</sup> Es el estado de excitación pasional que los poetas hindúes designan con el vocablo sintético de *Kamopahatachittanga* y los árabes con el de *kuzubut*, registrado en nuestros diccionarios.

## Y LA NOCHE 156 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Puedo afirmar, ye monarca, el afortunado, que Mirsauán, luego que hubo reconocido a Kamaru-s-Semán, exclamó:

—Loado sea Alá que supo crear dos criaturas tan iguales como este joven y mi hermana Budur, con los mismos colores en sus sendas mejillas y en sus sendos cuerpos la misma armonía.

Al oír Kamaru-s-Semán las palabras de Mirsauán luego abrió los ojos y aguzó el oído. Y Mirsauán, al advertirlo, y ver que estaba pendiente de sus labios, recitó estos versos improvisados:

—Cantaré para ver si así consigo revivir el recuerdo de la hermosa que el juicio me tiene trastornado y por la que mi alma no reposa. Una flecha lanzóme, una de tantas como suelen lanzar sus ojos bellos, y desde entonces para mí la vida se cifra enteramente en su recuerdo. Los amigos me dicen: «No te aflijas, ahuyenta tu tristeza, bebe y canta...» Cantaré, si queréis, pero tan solo ¡para gozar martirizando el alma! Tanto la quiero, que celoso estoy de la tela que cine y aprisiona su cuerpo bello, y a la copa envidio que su mano gentil lleva a la boca, levantando con gracia de su velo, cual si fuera a besar, la fina orla. A punto de morir que estoy, ya veis; mas no fue acero alguno el que me hirió, sino tan solo de sus ojos negros la flecha que, al mirarla, me lanzó. Cuando la vi, noté tenía su mano roja como caoba, y pregunté: «¿Qué es eso que te pasa y por qué roja tu mano tienes?» «Es—me dijo—que al verte aquí, dormido, sangre lloré y, al enjugar mi llanto, no tenía pañuelo y con el dorso me enjugué de la mano.» Tanto me conmovió su gesto tierno, que yo también lloré; criticarme por ello no debéis, ni pensar que llorando no hice bien, que al verla yo llorar ¿qué hacer podía sino llorar también?

Todo se lo merece su persona, que no tiene su igual en todo el mundo, ni entre los infieles ni entre los que profesan el Islam. Es tan cabal que en ella unidas veo de Lokmán<sup>26</sup> el saber, de Yusuf<sup>27</sup> la belleza prodigiosa y la total pureza de Maryem<sup>28</sup>. Yo, en cambio, solo tengo la tristeza de Yakub, el anciano patriarca, unida de Yunús<sup>29</sup> al sino adverso y del paciente Ayub a la desgracia. Y, además, me comparo por mi suerte a nuestro padre Adán, ¡cuando, expulsado por el ángel, tuvo que el Empíreo dejar!

Luego que terminó Mirsauán de recitar estos versos sintió Kamaru-s-Semán que descendía sobre su alma una gran frescura y una gran paz, e hízole señas con la mano a su padre, Schahramán, como diciéndole: «Deja a este joven que se siente a mi lado.»

Y al ver aquella indicación de su hijo sintió el sultán profundo regocijo y se reconcilió en su interior con aquel advenedizo, al que poco antes jurara que había de cortarle la cabeza si se extralimitaba.

Levantóse, pues, el sultán e hizo sentar a Mirsauán al lado de su hijo Kamaru-s-Semán y luego preguntóle con afabilidad:

—¿De qué país eres?, ¡ye mi huésped!

—Soy—contestó Mirsauán—del país en que gobierna el rey Gayur, señor de las Islas y los Mares y de los Siete Alcázares.

Y exclamó el rey Schahramán:

—Puede que traigas en la mano la

<sup>26</sup> Lokman el sabio, que ha quedado como símbolo del saber entre los árabes y que el propio Mahoma cita en su *Corán*.

<sup>27</sup> José el patriarca.

<sup>28</sup> La Virgen María.

<sup>29</sup> Jonás el profeta.



alegría para mi hijo Kamaru-s-Semán.

Llegóse luego Mirsauán a Kamaru-s-Semán y le dijo al oído:

—Alegra tu corazón y eleva tu alma y refresca tus ojos, que yo vine aquí por ella y no me preguntes lo que por ti experimenta, porque tú callas y sufres y ella manifiesta lo que hay en su interior y todos piensan que perdió la razón y en verdad, si así fuera, no tendría nada de particular, que una cadena de hierro lleva sujeta al cuello. Pero ahora, si Alá es servido, puede que la salvación de ambos esté en mi mano.

Al oír Kamaru-s-Semán esas palabras de Mirsauán su alma en su cuerpo volvió a entrar y recobró sus fuerzas e hizo seña a su padre de que lo ayudara a incorporarse, y aquel, de puro contento que se puso, a punto de volar estuvo y dióse prisa a hacer lo que su hijo le pedía. Agitó luego su pañuelo y en seguida se retiraron los emires y los visires y Kamaru-s-Semán se levantó del lecho y, apoyado en dos esclavos, anduvo unos pasos. Y el rey Schahramán ordenó a sus criados que perfumasen el alcazar con azafrán y que engalanasen la ciudad. y luego le dijo a Mirsauán:

—Por Alá, hijo mío, que tu llegada aquí fue un suceso bendito.

Dispensóle luego los más grandes honores y mandó que le sirviesen manjares exquisitos y comió de ellos Mirsauán y comió con él Kamaru-s-Semán.

Y el sultán Schahramán pasó aquella noche en compañía de los dos jóvenes, de puro contento que estaba al ver que su hijo Kamaru-s-Semán curara de su mal. Y Mirsauán le dijo al príncipe Kamaru-s-Semán:

—Has de saber que yo conozco a aquella joven que viste a tu lado durmiendo aquella noche y sé su nombre, que es Budur y es la hija del rey Gayur.

Y acto seguido contóle a su amigo todo lo que a ella le había pasado, sin nada omitir, desde el principio hasta el fin. Y le hizo saber todo el amor que ella sentía por él y que:

—Lo mismo que a ti te ha ocurrido con tu padre le ha sucedido a ella con el suyo y no debes dudar de que su corazón es tuyo; de suerte, pues, que debes corroborar tu alma y recobrar tus bríos y no seguir tan triste y abatido. Porque ten la certeza de que yo te he de reunir con ella y he de hacer con los dos lo que dijo el poeta:

«Por mucho que a su amor se oponga el sino,  
yo los he de juntar, aunque él no quiera,  
y he de ser para ellos la clavija  
central de las tijeras.»<sup>30</sup>

Y así, con palabras por el estilo, siguió Mirsauán consolando y animando a Kamaru-s-Semán, y tanto hizo y porfió con él, que, al cabo, logró que accediera el hijo del rey a comer y beber y ahuyentara la causa de su languidez.

Y ambos siguieron conversando y bebiendo mano a mano y Mirsauán le recitó poemas varios hasta que al fin Kamaru-s-Semán mostró deseos de pasar al *hammam*.

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

<sup>30</sup> En la edición de Bulak y Mardrus faltan estos lindos versos.

## Y LA NOCHE 157 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mi noticia, *ye monarca*, el afortunado, que el rey Schahramán repartió trajes de honor entre sus ministros y servidores y mandó dar limosnas abundantes a los pobres y soltar a los presos que había en las cárceles de su reino.

Díjole luego Mirsauán al príncipe Kamaru-s-Semán:

—Has de saber que si yo vine aquí fue por ese asunto de *sitt* Budur y por ese motivo mi viaje emprendí, por ver de sacarla de ese estado infeliz. Ahora nos falta todavía idear un ardid para marchar a su país.

Creo que tu padre no se habrá de oponer a que salgas de montería por los campos de estas cercanías; tú se lo pedirás y, luego que su venia te dé, cojes una alforja y la llenas de oro y montas en tu corcel brioso, y yo montaré en otro, y luego, los dos juntos, nos marchamos a nuestro asunto.

Dile, pues, a tu padre: «Padre mío, yo desearía salir de cacería y correr por los campos y respirar el aire libre; sólo una noche pasaré fuera y luego, al día siguiente, me tendrás aquí, y que tu corazón no se inquiete por mí.»

Alegróse mucho Kamaru-s-Semán al oír las palabras de Mirsauán y enderezó su espalda y pasó en el acto a ver a su padre, el rey Schahramán, y le pidió la venia para salir de caza, diciéndole las mismas palabras que Mirsauán le dictara.

Dióle permiso su padre para que saliera a cazar y le dijo:

—¡Bendita sea la hora en que la salud recobrabste! Puedes marchar, pero ten presente que solo una noche habrás de estar ausente y que has de estar aquí a la mañana siguiente. Pues de

sobra sabes que para mí la vida nada vale sin ti y que apenas acabo de creer que estás ya curado de lo que tuviste<sup>31</sup>, porque eres para mí como aquel del que dijo el poeta:

«Aunque en mi poder tuviera  
el tapiz de Salomón  
y de Jusrav la corona,  
desgraciado fuera yo,  
pues esas mágicas prendas  
para mi menos valor  
tendrían que simple alita  
de mosquito zumbador,  
como en tus ojos mis ojos  
no fijara a mi sabor.»<sup>32</sup>

Proveyó luego el rey a todo lo necesario para la montería y mandó que enjaezasen<sup>33</sup> seis caballos para ambos y les facilitasen el dinero preciso a costa del público erario y camellos para portear el agua y el dinero y las vituallas, y, por su parte, Kamaru-s-Semán prohibió a sus servidores que lo acompañasen y se despidió de su padre, y su padre lo estrechó contra su pecho con mucho cariño y, una vez más, le dijo:

—Por Alá, te ruego, hijo mío, que solo una noche estés lejos de mí, y que, al clarear la aurora, estés ya aquí, pues ten por cierto que esta noche ha de serme desleal el sueño, que estoy tal y como dijo el poeta:

«En estando tú presente,  
me siento como en la gloria,  
mientras que en tu ausencia sufro  
del infierno las congojas;

<sup>31</sup> Burton hace notar este eufemismo, encaminado a no mentar la dolencia, por el supersticioso temor de una recaída.

<sup>32</sup> Estos versos faltan en la edición de Bulak y en Mardrus.

<sup>33</sup> Del árabe *haya*.

de tu alma quisiera ser  
rescate mi alma, y cargar  
con la culpa, suponiendo  
que fuera pecado amar,  
que, en ese caso, mi crimen  
¿se podría perdonar?  
Pero ¿cómo importa el infierno  
y el fuego devorador  
para quien arde en las llamas  
de un amor como mi amor?»<sup>34</sup>

A lo que Kamaru-s-Semán le contestó:

—No pases pena, padre mio, que, *inscha-l-lah*, antes que la mañana amanezca estaré aquí de vuelta.

Despidióse luego de su padre Kamaru-s-Semán y él y Mirsauán montaron en sendos caballos y emprendieron la marcha, llevando consigo acémilas y camellos, cargados con los odres del agua y las vituallas, y cabalgaron hasta salir al campo.

Y luego que salieron al campo continuaron cabalgando todo el día aquel, hasta el oscurecer. Después hicieron alto y comieron y bebieron y dieron a sus bestias el pienso y por espacio de una hora descansaron ellos.

Reanudaron luego la marcha y caminaron tres jornadas y a la cuarta dieron vista a un espacioso campo, en el que había una algaba. Acamparon allí y cogió Mirsauán un caballo y un camello y los sacrificó a ambos, y cortó su carne en pedazos y con sus huesos hizo otro tanto; quitóle luego a Kamaru-s-Semán la camisa y su manto y los rasgó en cachos y los mojó en la sangre del caballo y el camello y tomó la fusta de Kamaru-s-Semán y la destrozó y la mojó también en la sangre de los animales sacrificados y lo arrojó todo en mitad del camino y, después que eso hizo, sentóse a comer y beber mano a mano con su amigo.

Reanudaron la marcha luego y Kamaru-s-Semán preguntóle a Mirsauán

por qué había hecho aquello. A lo que contestóle Mirsauán:

—Has de saber que tu padre, el rey Schahramán, cuando vea que llega la segunda noche y no has vuelto a su corte, montará en su bridón y saldrá a buscarnos por estos campos, hasta que llegue a este sitio en que hemos estado, y al ver tus ropas y efectos destrozados y de sangre manchados, pensará que en el camino te asaltaron unos bandidos o te comieron animales bravios y te dará por muerto y renunciará a toda esperanza de verte de nuevo y se tornará a su ciudad, lleno de profundo pesar. Y nosotros, gracias a esta treta, podremos salirnos con la nuestra.

—Apruebo tu plan—dijole entonces Kamaru-s-Semán—, aunque lo encuentro singular.

Siguieron luego cabalgando días y noches sin parar y dizque en todo el camino no hacía Kamaru-s-Semán otra cosa que quejarse y lamentarse de su soledad y llorar, y así hasta que ya se acercaban al término de su jornada, que entonces se le alegró ya el alma y recitó estos versos:

—¿Podrás burlarte de tu fiel amigo  
que solo en ti de noche y día piensa,  
y después de tus pruebas de cariño  
mostrarle indiferencia?

Bien estaría hacerlo, si yo en algo  
hubiérate ofendido;  
pero no siendo así no fuera justo  
sufrir ese castigo.

Y aunque en algo te hubiese yo faltado,  
ya lo pagué con creces con la ausencia;  
prodigio fue del sino tu abandono,  
mas la suerte en prodigios es maestra<sup>35</sup>.

Luego que Kamaru-s-Semán hubo recitado estos versos, dijole su amigo Mirsauán:

—Mira. ¡Ahí tienes ya las Islas del rey Gayur!

Y Kamaru-s-Semán sintió tal alegría que no se podría ponderar y dióle gracias a su amigo por todo lo que él

<sup>34</sup> Faltan estos versos en la edición de Bulak y en las más de las versiones.

<sup>35</sup> Faltan estos versos en la edición de Bulak y en las más de las versiones.

había hecho y lo besó entre ojo y ojo y lo estrechó contra su pecho.

Y Kamaru-s-Semán y su amigo Mirsauán llegaron a la ciudad y fueron a hospedarse al *jan* y allí se estuvieron tres días seguidos, descansando de sus fatigas.

Pasaron después de eso al *hammam* y Kamaru-s-Semán vistióse ropas de mercader y Mirsauán le procuró una tabla geométrica y un astrolabio de plata sobredorada, amén de todos los demás instrumentos de que se sirven los adivinos y los astrólogos. Después de lo cual le dijo:

—Coge todo esto, mi señor, y ponte de plantón al pie del alcázar del sultán y lanza este pregón: «Aquí está el matemático, memorialista y astrólogo; todo en una pieza, para quien quiera servirse de su ciencia.» No bien te oiga el sultán mandará que te vayan a buscar y saldrán sus criados y te entrarán en su palacio y te llevarán a presencia de su hija, tu adorada, para ver si puedes curarla. Pero tú, antes de pasar a los aposentos de la princesa, le hablarás a su padre y le dirás: «Concéde-me tres días de plazo para curar a tu hija, y si logro curarla me la darás por esposa, y si fallo en mi empeño, me podrás matar como a los que me precedieron.»

Y el rey de fijo vendrá en ello, y entonces tú pasarás a ver a la princesa, y, luego que estés en su presencia, a solas, te darás a conocer a ella, y, luego que te vea, cobrará ella fuerzas y la razón recobrará y en una sola noche se curará. Y tú le darás de comer y beber y su padre, al verlo, se pondrá loco de contento y te casará con ella y partirá contigo su reino, que esa es la condición que se había impuesto, y la paz será contigo, Kamaru-s-Semán.

Luego que el príncipe oyó aquellas palabras de su amigo, exclamó:

—¡Quiera Alá no privarme nunca de tus beneficios!

Y salió del *jan* llevando consigo los instrumentos de astrólogo que antes dijimos, y anduvo hasta llegar frente al alcázar del rey Gayur, padre de la princesa Budur. Y allí se plantó y lanzó este pregón:

—¡Aquí está el matemático, memorialista y astrólogo, todo en una pieza, para quien quiera servirse de su ciencia! Yo escribo toda clase de escritos y hago toda suerte de cálculos y averiguo lo arcano y manejo la caña de los sabios. ¿No hay nadie que necesite los auxilios de mis ciencias y conocimientos varios?

Luego que los vecinos de la ciudad oyeron el pregón de Kamaru-s-Semán, como llevaban mucho tiempo de no ver por allí ningún matemático ni astrólogo, acudieron y formaron corro y se quedaron embobados mirando al forastero, maravillados de su hermosura y la elegancia de su juvenil apostura. Y le dijeron:

—¡Alá te guarde, señor nuestro! ¿No vendrás a hacer gala de todos esos talentos con la idea de lograr la mano de la princesa Budur, la hija del rey Gayur? Por si así fuere, ándate con cuidado y mira esas cabezas colgadas de esa puerta y a tiempo escarmienta, pues fueron las de otros tantos pretendientes a los que, por su fiasco, mandó el sultán darles muerte, y a los que la ambición condujo en derechura a su perdición.

Pero Kamaru-s-Semán no prestó oídos a aquellas palabras y, alzando más su voz, repitió su pregón:

—¡Aquí está el matemático, el astrólogo, el sabio a la disposición de quien quiera llamarlo!

Y atraída por su pregón, apiñóse la gente a su alrededor.

Pero al llegar a este punto de su narración sorprendió a Schahrasad la mañana e impuso comedimiento a sus descomedidas palabras.

## Y LA NOCHE 158 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mí noticia, *ye monarca*, el afortunado, que la gente se apiñaba en torno a Kamaru-s-Semán, pero no hacían caso de sus pregones y le decían:

—¡Bah!, tú eres muy joven y, por lo que vemos, de los más locos y necios. Ten piedad de ti mismo, de tu juventud y pocos años y de tu hermosura y gallarda apostura.

Pero Kamaru-s-Semán no prestó a aquellas palabras ninguna atención y repitió con más bríos su pregón:

—¡Aquí está el matemático y astrólogo! ¿No hay nadie que quiera poner a prueba su ciencia?

Y hete aquí que, en tanto la gente hacía por persuadir a Kamaru-s-Semán que se fuera de allí, hubo de oír el rey Gayur, padre de la princesa Budur, el pregón del astrólogo al par que el griterío de la gente en su torno. Y en el acto el sultán le dijo a su visir:

—Baja en un vuelo y tráeme a ese astrólogo callejero.

Bajó en seguida el visir y, asiendo de Kamaru-s-Semán, sacólo de entre la gente y llevólo a presencia del sultán.

Luego que ante él se vio, besó Kamaru-s-Semán la tierra entre sus manos y recitó estos versos:

—¡La gloria toda veo  
en ti reunida!  
La suerte en ser tu esclava  
cifra su dicha,  
porque compendio  
eres tú de largueza,  
gracia e ingenio<sup>36</sup>.

Luego que hubo el rey escuchado esos versos, hizole al joven seña de que

se acercase a su trono y lo sentó a su lado y le dijo:

—Por Alá, te ruego, hijo mío, que si no eres de veras astrólogo, no arriesgues tu vida, aceptando la condición que a todos les impongo, pues jurado tengo, como ya sabrás, que a quienquiera pretenda curar a mi hija y no lo consiga, le he de cortar la cabeza sin que nadie lo pueda salvar, y, solo al que logre sanarla, con ella lo habré de casar. Pero yo te aconsejo que no arriesgues en vano tu juventud y tu hermosura y tu buena planta y gallarda apostura, pues por Alá te juro que, si no logras curar a mi hija, por mucho que lo sienta, mandaré, no obstante, cortar tu cabeza.

Oyólo atento Kamaru-s-Semán y replicó al rey sin vacilar:

—Tu condición acepto, ¡glorioso sultán!

Oído que hubo aquello, mandó el rey venir a los cadies para que diesen fe de lo convenido y entregó al joven a sus servidores y les dio esta orden:

—Conducid a este joven a las habitaciones de *sitt* Budur.

Tomólo de su mano el eunuco y hasta el umbral de la cámara de la princesa lo condujo. Cogióle la delantera Kamaru-s-Semán y el eunuco le dijo, como compadecido:

—No te des tanta prisa, joven aturrido, a correr al encuentro de tu nefasto sino. Por Alá, que nunca vi ningún adivino, salvo tú, correr, con esa impaciencia y valor al lugar de su perdición. De fijo que ignoras el desastre que te ronda.

Kamaru-s-Semán no hizo caso al eunuco y el rostro le volvió y estos versos recitó:

<sup>36</sup> Omitido en la edición de Bulak y en las más de las versiones.





—Con todo y ser tan sabio, yo me vuelvo un necio de remate ante tu hechizo, y tanto me aturullo que no sé siquiera lo que digo.  
Si digo sol no acierto, pues tú nunca de mis ojos te apartas ni declinas, mientras el sol es fuerza que se ponga y oculte cada día.  
Son tales tu belleza y perfección, que los más elocuentes balbucean y no logran hacer su descripción <sup>37</sup>.

Y el eunuco hizo pararse a Kamaru-s-Semán ante la acitara que la puerta cubría. Y el joven le dijo:

—¿Qué prefieres mejor, que cure desde aquí mismo a tu señora o que esa cortina trasponga? Pues has de saber que yo, para curarla, no la necesito ver.

Admiróse el eunuco de oírlo, y le dijo:

—Si la curases desde aquí, tu mérito sería mayor, de fijo.

Sentóse, pues, Kamaru-s-Semán ante la cortina y sacó sus medicinas y enristró su cálamó y en una hoja de papel escribió estos garabatos: «Estas letras son de uno a quien la pasión consume y las ansias destruyen y la desdicha mata; de uno que de la vida desespera y solo la muerte anhela, cuyo corazón, henchido de pena, no hay nadie que aliviar pueda, y las noches se las pasa en vela y los días en el fuego se quema y tan flaco está que el cuerpo se le ve apenas y por parte alguna vislumbra al que de salvarlo capaz sea.»

Y a continuación escribió esta poesía:

«Escribo y mi corazón  
está afanoso por verte  
y de mis ojos el llanto  
corre como de dos fuentes.

De tanto como he sufrido,  
en los huesos me he quedado,  
hasta el punto de que el traje  
me viene ya muy holgado.

Mi amor a ti es tan inmenso  
que viene a ser un abismo  
en el que yo, poco a poco,  
me hundo y hundo, sin sentirlo.

Y como tú no me saques  
de él, con tu mano bendita,  
de fijo que en él perezcó  
y pierdo el alma y la vida.» <sup>38</sup>

Y al pie de la poesía puso esta coleccionilla: «La salud del corazón llagado es la unión con el amado, y el médico mejor para el que ama es el que en su mismo fuego se abrasa; que del que no siente no puede esperarse nada, y el mejor de los amantes es el que cumple su palabra.»

Y en el sobrecito puso Kamaru-s-Semán: «Del enajenado, del trastornado, del que perdió el juicio de puro enamorado, del que tiene su corazón preso en las redes de la pasión, de Kamaru-s-Semán, hijo del rey Schahramán.

»Para la perla de los tiempos, gala de las beldades de su sexo, *sitt* Budur, hija del rey Gayur.

»Y no olvides que soy aquel que de noche vela y de día tiene el alma en pena, pues el fuego que me abrasa el corazón no hay nada que lo pueda apagar ni tampoco hay nada que la llama de mi pasión pueda celar.»

Y no satisfecho todavía escribió al margen de la carta esta poesía:

—«*Selam* a aquella que Alá  
colmó de galas y encantos,  
de parte de aquel que a gala  
¡tiene ser tu fiel esclavo!»

Y también esta otra:

«Dígnate dejarme oír  
una palabra siquiera,  
que el corazón me serene  
y alivie un poco mi pena.  
Es tanto lo que te amo,  
que tu ausencia me atormenta  
a tal punto, que ya tengo  
apurada la paciencia.  
Todo, todo lo soporto,  
el desprecio, la miseria;

<sup>37</sup> Ni la edición de Bulak ni la versión Mardrus traen estos versos.

<sup>38</sup> La versión Mardrus suprime estos versos.



solo me mata el no verte  
y contemplar tu belleza.  
Quiera Alá que ahora lo logre  
ya que estoy tan cerca de ella,  
que en el polvo de su umbral  
hundo la frente, en espera  
de que responder se digne  
a mis ansias y al fin vea  
a mi Budur, a esa luna  
que a mí más que el sol me alegra.»

Selló luego con su sello la misiva y escribió en ella, por vía de encabezamiento, las siguientes rimas:

«Pregúntale a mi carta y te dirá  
cuánto era mi dolor al escribirla  
y cómo de mis ojos corrió el llanto,  
salpicando la tinta.  
Y, agotadas mis lágrimas, mi sangre  
vino a sustituirlas.»

Y todavía, no satisfecho, escribió en los márgenes de la misiva los siguientes versos:

## Y LA NOCHE 159 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que Kamaru-s-Semán, después de meter en la carta el sello que le quitara a *sitt* Budur la noche de marras, entregósele al eunuco, el cual, sin demora, pasó adentro para dársela a su señora.

Tomóla aquella de mano del eunuco y la abrió luego, quedando sorprendida al ver que su anillo venía dentro. Leyó *sitt* Budur el escrito y no bien lo hubo leído y calado su sentido y entendido que su amado estaba al otro lado de la cortina, luego se le voló el juicio y se le hinchó el pecho de puro regocijo y se levantó y estos versos declamó:

—Mucho tiempo, muchísimo en verdad me hizo sufrir la ausencia,  
y cual candente lluvia, de mis ojos corría el llanto sin tregua.  
Y un juramento hice: «Si algún día quería el sino juntarnos,  
jamás, jamás consentiría de nuevo en que nos separáramos.»

«Que Alá sus tesoros vuelque  
de dicha y de bendición  
sobre aquella que es la dueña  
de todo mi corazón.»

Y, al final, añadió otros versos:

«Ahí te devuelvo tu anillo,  
que te quité aquella noche;  
devuélveme tú a mí el mío  
y excusa todo reproche.»<sup>39</sup>

Y Kamaru-s-Semán metió en el pliego de la carta el anillo que le quitara a la joven la noche de marras.

Después de lo cual entrególe la esquila al eunuco...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y puso freno a sus no sofrenadas palabras.

Ni siquiera a mi lengua permitiera pronunciar ese nombre tan odiado. Así que ahora, al ver que se han cumplido mis ansias más ardientes, otra vez de mis párpados el llanto volvió a fluir, pero de puro alegre. Tan hechos a llorar están los pobres que ya por todo lloran, y lo mismo lo bueno que lo malo acogen de esa forma<sup>40</sup>.

Afianzó luego sus pies contra la pared y tiró con todas sus fuerzas de la cadena de hierro que llevaba al cuello y tanto hizo, que acabó la cadena por saltar y hacerse añicos.

Luego que *sitt* Budur se vio ya en libertad, salió de detrás de la acitara y se abalanzó a Kamaru-s-Semán y lo estrechó en sus brazos y lo besó en sus labios, dándole el pico como hacen los

<sup>39</sup> La versión Mardrus suprime todos estos versos.

<sup>40</sup> Estos versos no figuran en la edición de Bulak ni en la versión Mardrus.

pichones enamorados, dando de ese modo a su pasión plena satisfacción y desahogo. Y, arrebatada de pasión, decía:

—¡Ye mi señor! ¿Estoy despierta o dormida? Loado sea Alá, que nos unió después de la desunión.

Al ver el eunuco aquel espectáculo echó a correr desalado y no paró de andar hasta llegar a donde el rey Gayur estaba, y, luego de besar la tierra entre sus manos, hablóle de este modo el esclavo:

—¡Ye *mulai*! Has de saber cómo ese astrólogo es el más sabio de todos, pues ha curado a tu hija del mal que la afligia y eso sin moverse de detrás de la cortina ni poner el pie en sus habitaciones íntimas.

El rey, al oírlo, le dijo:

—Pero ¿de veras es cierto eso que has dicho?

Y el esclavo, a su vez, le contestó:

—Si lo dudas, señor, no tienes más que ir allá y verás cómo tu hija, la princesa, ha roto sus cadenas de hierro y se ha abalanzado al astrólogo y se ha puesto a abrazarlo y besarlo a modo.

Levantóse en el acto el rey Gayur y fue a ver a su hija Budur. Al verla ella, al punto se veló la cabeza y recitó este poema:

—Al *sauak* tengo aversión,  
pues cuando digo tu nombre  
pienso que faltó a tu amor.

A mí me gusta el *arak*,  
porque al nombrarlo parece  
que tú una cita me das <sup>41</sup>.

Alegróse su padre lo indecible al verla ya curada y poco le faltó para verla y la besó entre sus ojos, que era mucho el cariño que el rey Gayur le

tenía a su hija Budur. Volvióse luego el sultán a Kamaru-s-Semán y le preguntó:

—¿Quién eres y de dónde vienes?

Dijoselo todo Kamaru-s-Semán y le explicó cómo era hijo del rey Schahraman, y le refirió toda su historia, desde el principio hasta el final, y le enteró de su episodio con su hija *sitt* Budur y de cómo él trocara los sendos anillos.

Maravillóse el sultán de cuanto le contara Kamaru-s-Semán y exclamó:

—Vuestra historia es, en verdad, peregrina y merece que se escriba para que sea leída por las generaciones sucesivas.

Mandó luego el rey que comparecieran en el acto los cadíes y los testigos y extendieran la partida de matrimonio de los novios, dando orden también de que engalanasen la ciudad por espacio de siete días, en señal de fiesta y alegría.

Sirvieron luego la mesa los esclavos y llevaron manjares exquisitos y raros; engalanaron la ciudad, según el rey había mandado, y formaron las tropas y acudieron todos, llevando regalos. Y no paraban de repicar los tambores ni de albriciar los albriciadores.

Pasó luego Kamaru-s-Semán a la alcoba de su esposa, doña Budur. Y las doncellas quitaronle el alizar a la princesa y se la mostraron a su novio en todo el esplendor de su belleza, y dizque eran ambos el vivo retrato el uno del otro, por lo que se asemejaban en lo lucidos y hermosos.

Y Kamaru-s-Semán acostóse aquella noche con su esposa y tomó de ella lo que quiso y ella también tomó lo que quiso de él y colmó sus deseos y gozó de sus encantos en todo su sabor, y después, abrazados, se quedaron dormidos los dos.

Y al siguiente día mandó el rey preparar una gran alifara a todos sus vasallos, así de las islas como de los campos, y les ofreció almadraques para

<sup>41</sup> Juego de palabras. *Sauak* significa palillo de dientes de raíz de nogal y, a la vez: Otro que tú. *Arak* es el nombre de un árbol, pero también puede significar: Te veré. La versión Mardrus suprime estos versos.

que se sentasen y, por espacio de un mes, estuvieron en su corte, holgándose.

Pasado ese tiempo acordóse Kamaru-s-Semán de su padre y tuvo un sueño en que se le apareció el rey Schahramán y le dijo:

—¡Ye hijo mio! ¿Cómo puedes hacer eso conmigo?

Y recitóle en sus sueños los siguientes versos:

—Eclipsóse la luna ante mis ojos,  
desde que me dejó,  
y vivo en sombras, sin saber si vivo,  
desde que se ausentó.

Y para no morir del todo, digo:  
«Paciencia, ¡corazón!,  
puede que vuelva pronto y brille el cielo  
con un nuevo esplendor.»<sup>42</sup>

Luego que Kamaru-s-Semán vio en sueños a su padre, el rey Schahramán, y escuchó sus reproches, llenóse de dolor y pesar. Lo que a su esposa no se lo pudo ocultar...

Y le contó el sueño que había tenido y ella se condeolío mucho al oírlo.

Pasaron luego ambos a presencia del rey Gayur y se lo comunicaron y recabaron su venia para emprender un viaje a aquellas tierras. Dióselo el sultán, mas solo a Kamaru-s-Semán; pero la princesa Budur dijo a su padre, el rey Gayur:

—Padre mio, dame a mí también tu permiso, pues no podría estar separada de mi marido.

—Parte, pues, con él—dijo a su padre—; pero no has de tardar más de un año en volver.

Quedaron de acuerdo los tres en que cada año visitaría la reina a su padre una vez. Y, en señal de gracias, besó *sitt* Budur a su padre con amor y también su esposo le besó.

Procedió luego el sultán a dirigir los preparativos para el viaje y todo lo que a ese fin pudiera necesitarse y aprontó

caballos y acémilas y mandó habilitarle a su hija una litera espléndida.

Y llegado que fue el día de la partida, despidióse el rey Gayur de Kamaru-s-Semán y de su hija Budur y regaló al primero un traje de gala, con adornos de aljófar y oro, y le entregó una cuantiosa suma para que proveyera a sus necesidades durante el viaje, y le recomendó mucho a su hija, para que por ella con todo amor velase.

Fue el rey acompañando a los viajeros un largo trecho hasta el extremo de las islas, y allí tornó a despedirse de Kamaru-s-Semán, dando muestras de vivo pesar.

Llegóse luego a la litera en que iba su hija Budur y la abrazó y la besó con gran amor y lloró, recitando estos versos:

—¡Ye tú que de mí te alejas!  
No te des prisa a partir  
y déjame que te abrace  
y me despida de tí.  
¡Que la suerte es traicionera  
y entre los amantes alza  
una muralla la ausencia!<sup>43</sup>

Y volvió de nuevo al lado de su yerno y tornó a despedirse de él con abrazos y besos.

Después de lo cual indicóle que podían marchar y él, seguido de sus tropas, regresó a su ciudad.

Pusieronse en camino Kamaru-s-Semán y su esposa Budur y todo su séquito y caminaron el primer día y el segundo y el tercero y el cuarto y los demás hasta cumplirse un mes cabal.

Acamparon luego en un campo holgado y llano muy abundante en pastos y armaron en él sus alfanques y comieron y bebieron hasta no querer más, y después se tendieron para reposar.

Y entró Kamaru-s-Semán en la litera de su esposa y la halló dormida, sin más que la camisa, que era de una

<sup>42</sup> La versión Mardrus suprime estos versos.

<sup>43</sup> La versión Mardrus suprime estos versos.

seda tan fina que dejaba ver todo lo que cubría, y en su cabeza una cofia de seda, bordada en oro y pedrería. Y he aquí que la brisa hubo de levantarle la camisa y esta se le subió hasta los pechos, dejando su ombligo al descubierto. Y quedaron de manifiesto un vientre más blanco que la propia nieve con unos hoyuelos, llenos de gracia, cada uno de los cuales habría podido contener nueve onzas de nuez moscada.

Al contemplar tales encantos Kamaru-s-Semán acrecióse la pasión que su esposa le inspiraba y recitó estos versos:

—Si estándome ya abrasando  
en las llamas del infierno  
me preguntaran: «¿Qué quieres  
mejor, el verlos a ellos  
o que un trago de agua fría  
a beber ahora te demos?»  
Yo sin vacilar diría:  
«¡Ye amigos, prefiero verlos.»<sup>44</sup>

Llevó luego su mano a la lazada que

sujetaba sus bragas y que solía soltar siempre que se le antojaba.

Y, al hacerlo así, advirtió que había prendida en el cordón una piedra de cornalina, más roja que púrpura encendida, y que llevaba grabado su nombre, más unos caracteres en una letra que él no entendía.<sup>45</sup>

Maravillóse de ello Kamaru-s-Semán y dijo para sus adentros: «En verdad que, si estos signos no encerrasen gran misterio, no se hubiese prendido mi esposa amada esa piedra en el cintillo de sus bragas ni la llevaría tan pegada al sitio más principal de su cuerpo y el más delicado, como para no separarse nunca de este dije preciado. Ahora bien: ¿qué será ello y cuál será su empleo?»

Tomó el dije Kamaru-s-Semán en su mano y se salió a plena luz para mejor contemplarlo.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus elocuentes palabras.

## Y LA NOCHE 160 CONTINUO DICIENDO LA MUCHACHA:

—He podido saber, *ye sultán*, el afortunado, que Kamaru-s-Semán salióse afuera para mejor contemplar el dije de su esposa Budur y fue el caso que, estando examinándolo, vino hasta él un pájaro volando y le quitó el dije de la mano y remontó con él el vuelo y luego fue a posarse en la tierra, algo más lejos.

Temió Kamaru-s-Semán perder la joya y corrió tras el pájaro con la esperanza de apresarle; pero el pájaro, al verlo, tornó a levantar el vuelo; fue tras él Kamaru-s-Semán persiguiéndolo

y el pájaro lo fue llevando, de valle en valle y de monte en monte, hasta que llegó la noche y cubrió la sombra todos aquellos alrededores.

Subióse entonces el pájaro a un árbol muy alto, para dormir, según acostumbra los pájaros, y Kamaru-s-Semán dejóse caer al pie del árbol, y estaba hambriento y fatigado de haber corrido tanto, hasta el punto de que las fuerzas se le agotaron y creyó que su última hora era llegada. Pensó en vol-

<sup>44</sup> En vez de estos versos, la versión Mardrus trae otros enteramente distintos.

<sup>45</sup> La versión Weil explica: «Era, con efecto, un ensalmo que la reina de la China le había regalado a la princesa, su hija, para hacerla feliz—según decía—mientras la llevase consigo.»

ver atrás, pero no conocía aquel sitio ni recordaba por dónde había venido, y además las sombras nocturnas envolvíanlo todo en su negrura.

Al verse en tal apuro, dijo en voz alta Kamaru-s-Semán: «No hay fuerza ni poder sino en Alá.»

Y tendiose a dormir al pie de aquel árbol, en cuya quima posárase el pájaro.

Durmió el joven de un tirón hasta que amaneció, y entonces se despertó y advirtió que el pájaro se había también despertado y andaba por allí revoloteando.

Echó a correr tras él Kamaru-s-Semán, y el pájaro aflojó el vuelo y lo acomodó a su paso, de suerte que Kamaru-s-Semán no pudo menos de sonreírse y exclamó: «Por Alá, qué cosa tan rara. ¡Ayer este pájaro volaba delante de mí con toda la rapidez de que era capaz y hoy, en cambio, visto que me he despertado rendido y no puedo correr mucho, afloja el vuelo y lo ajusta a mi paso. ¡Por Alá, que es esta cosa singular! Ahora que yo no tengo más remedio que seguir a este pájaro a donde quiera llevarme, así a la muerte como a la vida, y he de ir a donde él vaya, aunque desde luego que su nido lo tendrá en alguna ciudad habitada.»

Y Kamaru-s-Semán continuó siguiendo al pájaro, el cual cada noche se posaba a dormir en la quima de un árbol.

Y de ese modo se le pasaron días y días, y dizque comía de los frutos de la tierra y del agua de sus manantiales bebía.

Hasta que, al cabo de ese tiempo, dio vista a una ciudad habitada, y entonces el pájaro dio unas voladas y, en cosa de un parpadeo, entróse en la ciudad y desapareció.

Y dizque aquella ciudad estaba situada a la orilla del mar.

Maravillóse de aquello Kamaru-s-Semán y dijo:

«¡Loado sea Alá, que me trajo en salvo hasta esta ciudad!»

Sentóse luego a la orilla del agua y se lavó las manos, los pies y la cara y se quedó descansando por espacio de una hora, pensando y recapacitando en su triste estado de algarivo famélico y cansado. Y recitó estos versos:

—¡Cumpliósese lo que temía,  
trocóse en vela el dormir  
y al sino inclemente ruego  
que tenga piedad de mí!

Si el sultán de los amores  
fuera justo, a la verdad,  
con tal rigor no tratara  
a este vasallo leal.

¡Ye tú, mi dueña y señora,  
ten piedad de mi dolor,  
pues todo lo que padezco,  
lo padezco por tu amor!

De aquellos que te critican  
por amarme, no hagas caso;  
ni los escuches, que lanzan  
un aliento emponzoñado.

Si te dicen que al amarme  
muestras de locura das,  
contéstales: «Seré loca,  
pero lo quiero y no hay más.

»Por él os desprecio a todos;  
es más, ni siquiera os veo;  
que cuando el sol resplandece,  
eclipsanse los luceros.»<sup>46</sup>

Luego que Kamaru-s-Semán hubo acabado de recitar sus versos y se sintió más descansado, dirigióse a la puerta de la almedina.

Y entró y echó a andar por ella, sin saber adónde iba, y de ese modo la recorrió toda entera. De suerte que había entrado por la puerta de tierra y fue a salir por la que daba al mar, y no paró de andar hasta llegar a los jardines de la ciudad, que tenían muchos árboles y rebosaban frondosidad.

Detúvose a la puerta de uno de ellos y salió al punto el jardinero, el cual le dio la bienvenida y le dijo:

—Loado sea Alá que te trajo acá, a salvo de la gente de esta ciudad. ¡Pasa

<sup>46</sup> La versión Mardrus omite estos versos.

adentro en seguida, antes que alguno de ellos te eche la vista encima!

Hízolo así en el acto Kamaru-s-Semán, el cual estaba turbado con lo que había oído, y, volviéndose al jardinero, le dijo:

—Pues ¿qué pasa con la gente de esta ciudad? ¡Cuéntamelo todo, por Alá!

—Has de saber—le dijo el jardinero—cómo los vecinos de esta ciudad son magos todos ellos, que no creen en Alá, y a dicha debes tener el que no te hayan hecho mal <sup>47</sup>.

«Invasores son de esta tierra, que vinieron a ella de las tierras negras del algarbe; por el mar llegaron de repente y desembarcaron y, a todos los musulmanes que aquí vivían, los mataron.

»Y son de tal jaez que adoran ídolos muy raros y hablan un lenguaje oscuro y bárbaro y comen cosas podridas y pestilentes, cual queso corrompido y carne ya pasada, y nunca se lavan, porque, al nacer, unos hombres muy feos y vestidos de negro les riegan con agua la mollera, haciendo al mismo tiempo unos visajes y gestos sumamente raros, con lo cual los dispensan ya de toda otra clase de ablución, y en toda su vida se vuelven a mojar.

»Por lo que, al venir aquí, luego demolieron todos los baños y piscinas y en su lugar alzaron tiendas, servidas por ramera, en las que expenden, a guisa de bebida, un líquido amarillento y espumoso, que, por las señas, para mí tengo que deben ser orines fermentados o quizá algo todavía más asqueroso e indigno de ser catado <sup>48</sup>.

»Y cuanto a sus mujeres, hijo mío, son una verdadera plaga, pues encima de que no se lavan, lo mismo que los hombres, se enjalbegan la cara con cal apagada y cascarrones de huevos molidos y además no gastan tampoco zara-

güelles que por abajo les resguarden del polvo del camino; así que despiden un tufllo que no le deja a uno acercarse a ellas, y todo el fuego del infierno sería poco para limpiar a esas hembras.

»Tal es, hijo mío, la gente entre la cual acabo una existencia que del desastre me costó gran trabajo salvar. Porque aquí donde me ves soy el único musulmán que quedó con vida en esta ciudad. ¡Pero demos gracias a Alá, que nos hizo nacer con una fe tan pura como el cielo de donde la hizo bajar!

»Ahora, a mi vez, te ruego, por Alá, me digas cómo hasta aquí llegaste y cuál es el motivo de tu venida.»

Contóselo todo Kamaru-s-Semán y el jardinero, al oírlo, maravillóse grandemente, encontrando su relato peregrino. Y luego le dijo:

—Has de saber, hijo mío, que las ciudades del Islam caen muy lejos de este lugar. Y entre nosotros y ellas median cuatro meses de travesía por mar y doce justos de camino por tierra. Y solo una vez al año zarpa de aquí un barco con mercancías para la ciudad más cercana de las musulmanas y se interna en los mares de las Islas del Ebano y de allí se alarga hasta las islas Jaldán, que son del dominio del rey Schahramán.

Quedóse luego pensativo Kamaru-s-Semán por espacio de una hora y vino a parar en la conclusión que para él era lo mejor quedarse en el jardín con el jardinero, ayudándolo en sus faenas hasta que Alá proveyera.

Y acto seguido le dijo al jardinero: —¿No podría yo quedarme aquí para ayudarte en las labores del jardín?

—Desde luego que sí—contestó el jardinero <sup>49</sup>.

<sup>47</sup> Todo lo comprendido entre las comillas falta en la edición de Bulak y en la versión de Burton.

<sup>48</sup> Alusión a la cerveza.

<sup>49</sup> Nótese una vez más la condición generosa y hospitalaria de estos jardineros de *Las mil y una noches*, que parecen representar la tradición de la vida georgica, sencilla y natural, rousoniana—podríamos decir—, frente al mundo corrompido y artificial de los palacios.

Y ya ambos de acuerdo sobre ello enseñóle el jardinero a Kamaru-s-Semán a sacar agua de la noria y guadañar la hierba viciosa. Y le dio una hoz y le vistió una marlota de tela azul, que le llegaba a las rodillas, y le indicó lo que hacer debía.

Púsose Kamaru-s-Semán de aquella guisa a regar los árboles y, en tanto los regaba, fluían copiosas sus lágrimas y miles de versos recitaba, consagrados todos ellos a evocar a Budur, su esposa amada, y de ese número son los que van a continuación:

—Me hiciste una promesa y no la cumples; de lo que me dijeras, te desdices, y mientras yo las noches paso en vela, tú las pasas durmiendo muy felices. Y dízque entre el que vela y el que duerme media un abismo que a ambos los divide. Juramos nuestro amor tener secreto, pero tú el juramento no has guardado; a los calumniadores diste oído, que nuestro puro amor envenenaron!

Y esto es, por ahora, todo lo concerniente a Kamaru-s-Semán.

Cuanto a su esposa, *sitt* Budur, la hija del rey Gayur, luego que se despertó de su sueño buscó a su marido Kamaru-s-Semán y no lo pudo hallar.

Reparó luego en que tenía los zargüelles desabrochados y trató de abrochárselos, pero entonces notó que faltaba el dije con el prendedor. Y para sus adentros pensó: «¡Por Alá, qué cosa tan singular! ¿Dónde está mi marido? Cualquiera diría que me quitó el dije y se fue, ignorando el misterio que se encierra en él. ¿Adónde se habrá ido?

Sin duda, algo extraordinario habrá sido el motivo, que, de no ser así, no sería capaz de haberse alejado una hora de mí. ¡Maldiga Alá el dije condenado y la hora en que vino a mis manos!»

Quedóse un rato la joven pensando, y luego dijo: «Si salgo y les anuncio a los criados la ausencia de mi esposo puede que caigan en la tentación de abusar de mí; es menester, pues, valer-se de un ardid.»

Acto seguido vistióse la princesa las ropas de su marido y se ciñó a la frente su turbante y prendió un alizar ondulante. Salió luego de su litera y gritó a los soldados con voz recia, llamándolos.

Acudieron aquellos al momento y le llevaron su caballo; montó ella en él y mandó que apretasen las cinchas a las bestias de carga y se dispusieran todos a reanudar la marcha.

Hiciéronlo así luego y cabalgaron noches y días sin descanso hasta que llegaron a una almedina situada a las orillas del mar salado. Dio orden entonces la joven a los servidores de que hicieran alto y armasen los alfaneques, para tomarse un descanso.

Preguntó luego qué ciudad era aquella y le dijeron que era la ciudad de Abenuz y su rey el rey Armenús, el cual tenía una hija, que se llamaba Hayatu-n-Nufús<sup>50</sup>.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y puso freno a sus desbordantes palabras.

## Y LA NOCHE 161 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye* monarca, el afortunado, que *sitt* Budur, luego que acampó en las afueras de la ciudad de Abenuz, con objeto de descansar de las fatigas del viaje, envió el rey

Armenús uno de sus esclavos para que se informara de quién fuese aquel rey

<sup>50</sup> Vida de las almas. Burton transcribe: «Armanus» el nombre del rey, y Mardrus «Armanos».

que en las afueras de su almedina había acampado.

Llegó el emisario al campamento y, contestando a sus preguntas, le dijeron que su señor era un hijo de rey y se había detenido en aquel lugar por haberse extraviado y que su intención era marchar a las islas de Jalidán, en que reinaba su padre, el rey Schahraman.

Tornó el enviado junto al rey Armenús y le transmitió los datos que le dieran los criados de *sitt* Budur.

No bien oyó el rey Armenús las palabras de su emisario, fue allá, en persona, acompañado de todos sus visires y dignatarios, a saludar al recién llegado.

Luego que se encontraron frente a frente el rey Armenús y la princesa Budur, apeáronse de sus sendas cabalgaduras y mutuamente se saludaron con mucha finura.

Tomó luego el rey Armenús de la mano a la princesa Budur y la entró en su ciudad y la subió a su alcázar y mandó tender en el suelo blandos almohadones y servir las mesas con toda clase de manjares y licores, y dio también orden de instalar a la princesa Budur en el alcázar de la adiafa, destinado a los huéspedes de su corte.

Pasó la princesa al alhama <sup>51</sup> aquel día y salió de él que su cara resplandecía cual si fuera de luna en toda su plenitud cumplida. De suerte que perdían por ella los sabios la serenidad y todo el mundo, al verla, quedábase prendado de su beldad.

Llegóse a ella el rey Armenús y dizque vestía la princesa Budur un traje de seda, con bordados de oro, todo sembrado de fina pedrería. Y el rey Armenús dijole a la princesa Budur:

—Has de saber, hijo mío, que yo ya voy siendo un anciano decrepito y Ala no quiso gratificarme en mi vida con

mas descendencia que una hija que se te parece en la belleza y buena planta, cual si fuese tu hermana. Yo ya, de día en día, me voy sintiendo menos capaz para gobernar mi reino; ¿no querrias tu, hijo mío, quedarte en mi tierra y en ella afincarte y con mi hija casarte? Haz cuenta de que, si así fuere, yo te daría mi reino y te cedería mi cetro.

Bajó *sitt* Budur la cabeza al oír aquello, y, de puro abochornada, el sudor de su frente aljofaraba. Y para sus adentros pensaba: «¿No sería, después de todo, lo más acertado acceder a lo que desea y estarme aquí hasta que Alá decida nuestro caso?»

Alzó luego la frente la princesa Budur y le dijo al rey Armenús:

—Oír tus palabras es obedecerlas, ¡ye el monarca!

Holgóse grandemente de oírla el sultán soberano y mandó pregonar en el acto en todas las Islas del Ebanó que hiciesen regocijos públicos en ellas y se engalanasen las ciudades lo mejor que pudieran.

Reunió el rey luego a todos sus chambelanes y lugartenientes y emires y visires y ulemas y cadies, y, en presencia de ellos, abdicó el reino... a favor de *sitt* Budur, y le vistió las regias vestiduras y se la presentó como su nuevo rey a todos sus visires y sus emires, sin que dudara ninguno de ellos de que era un mancebo, aunque de verlo tan bello y tan adornado de perfecciones no hubo ninguno que no se orinase en sus calzones.

Luego que *sitt* Budur tomó posesión del trono del rey Armenús y recibió el acatamiento de los cortesanos y sus votos de que fuese muy feliz en su reinado, procedió el rey Armenús a hacer los preparativos para la boda de su hija Hayatu-n-Nufús. Y dizque *sitt* Budur y *sitt* Hayatu-n-Nufús eran tan parecidas que semejaban dos lunas en su pleno o dos soles, en conjunción, lo que a todos llenaba de admiración.

<sup>51</sup> Baño. Nombre árabe romanceado que abunda en nuestra toponimia, a veces repetido en castellano, como en los Baños de Alhama.



Condujéronlos a ambos a su alcoba y encendieron las luces y les prepararon el lecho y luego los dejaron solos y corrieron un velo y se fueron todos cerrando las puertas tras de sí para que nadie pudiera penetrar allí.

Luego que la princesa Budur quedóse a solas con la princesa Hayatu-n-Nufús, hubo de acordarse de su querido Kamaru-s-Semán y entróle gran pesar. Y echóse a llorar por su ausencia y extrañamiento y recitó estos versos:

—Sin alma quedó mi cuerpo  
cuando os fuisteis de mi lado  
y desde entonces el sueño  
nunca descende a mis párpados.  
Pero en cambio de continuo  
habita en ellos el llanto,  
y a raudales mana y corre  
por mis carrillos escualidos,  
y me los escalda y quema  
con un fuego que es un cáustico  
y la tierra calcinara  
con su surco de contado.  
Así vivo, si es vivir  
este miserable estado  
desde que sola me encuentro,  
lejos de mi bien amado,  
y sólo el consuelo tengo,  
en mi triste desamparo,  
de pensar que plegue a Alá,  
que nos separó, juntarnos <sup>52</sup>.

Sentóse luego *sitt* Budur al lado de Hayatu-n-Nufús y ambas se besaron en sus bocas y después hicieron sus abluciones y se pusieron a rezar sus oraciones y estuvieron rezando con fervor hasta que Hayatu-n-Nufús se durmió. Echóse entonces en el lecho *sitt* Budur, al lado de Hayatu-n-Nufús, vuelta a ella de espaldas, y así permaneció hasta la mañana.

Luego que fue de día entraron en la alcoba nupcial el rey Armenús y su esposa a ver a los novios y les preguntaron cómo habían la noche pasado, y ellos se lo dijeron, sin andar con engaños.

Y esto es, por ahora, todo lo concerniente al asunto de Hayatu-n-Nufús y su padre, el rey Armenús.

Cuanto a *sitt* Budur, salió esta a la mañana de su alcoba y fue a sentarse en el trono del reino y subieron a cumplimentarla los emires y los visires y los jefes militares y los ministros y consejeros, todos los cuales la felicitaron por su encumbramiento y besaron la tierra entre sus manos y pidieron a Alá que su reinado durase una eternidad. Y a todo esto ninguno de ellos abrigaba la menor sospecha de que no fuera varón, sino hembra.

Sentada en su trono, la reina Budur dio órdenes y dictó prohibiciones y zanjó pleitos y disensiones y mandó poner en libertad a los que estaban en prisiones y perdonó las contribuciones. Todo el día permaneció en su trono la reina Budur, dictando órdenes, hasta que fue llegada la noche. Y entonces se levantó *sitt* Budur y pasó a ver a su esposa Hayatu-n-Nufús. Y en su cámara la encontró sentada. Sentóse junto a ella y dióle en la espalda una palmadita tierna y le habló con mimo y afecto, y después la besó entre los ojos y recitó estos versos:

—Las lágrimas que fluyen de mis ojos  
publican mi secreto  
y también lo publica la creciente  
delgadez de mi cuerpo.  
No sirve, pues, de nada que yo calle  
el amor que te tengo,  
puesto que mi ser todo, a toda hora  
lo está a gritos diciendo.  
¿Quién ignorar podrá que, desde el día  
que te fuiste, ¡ye viajero!,  
no vivo ni descanso y de mis ojos  
hase alejado el sueño?  
Y eso que en realidad es ilusoria  
tu ausencia, pues te tengo  
metido en mis entrañas y conmigo  
dondequiera te llevo.  
Murmuran de mi amor los que te odian,  
mas yo me río de ellos,  
que, aunque tanto tu amor me haga sufrir,  
yo soy feliz sufriendo.  
Poco me importa a mí que me critiquen,  
pues yo solo en ti pienso,  
y verme junto a Kamaru-s-Semán  
es todo cuanto anhelo.

<sup>52</sup> Suprimido en la edición de Bulak y en la mayoría de las versiones.

Luego que hubo terminado de recitar estos versos levantóse *sitt* Budur e hizo sus abluciones y rezó sus oraciones y no paró de rezar hasta que el sueño venció a Hayatu-n-Nufús y esta se durmió. Entonces la reina Budur acostóse a su lado y así permaneció hasta que amaneció.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a *sitt* Budur.

Cuanto al rey Armenús, luego que amaneció la mañana, entró a ver a su hija y le preguntó cómo estaba, y ella le contó todo lo que le pasara, y, al terminar, le dijo:

—No he visto, padre mío, joven tan juicioso y tan vergonzoso como mi es-

poso, salvo que llora y suspira más de lo que yo desearía.

—Ten paciencia, hija mía—contestóle su padre—; aguarda a ver qué hace esta noche, que es la tercera desde que os casasteis, y si no hace lo que debe hacer y no te arrebató tu doncellez, celebraremos consejo sobre él y lo depondremos del trono y el cetro y lo desterraremos del reino.

Quedó de acuerdo el rey Armenús sobre este punto con su hija Hayatu-n-Nufús y ambos convinieron en guardar el secreto...

Pero al llegar aquí vio Schahrasad amanecer y corto el hilo de su relato.

## Y LA NOCHE 162 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Puedo asegurar, *ye* monarca, el afortunado, que, llegada que fue aquella noche, levantóse *sitt* Budur de su trono y pasó al alcázar y penetró en su cámara. Y halló la habitación iluminada y a Hayatu-n-Nufús sentada, y acordóse entonces de su esposo y del tiempo que hacía que no le veía y empezó a suspirar y en tono plañidero recitó estos versos:

—El es el sol que ilumina  
las tinieblas de mi alma;  
sin él no puedo vivir  
y eso que su amor me mata.

No hay médico que nos cure  
la herida de una mirada;  
para el veneno de amor  
no se ha encontrado triaca.

Al que por amor padece,  
aunque suene a cosa rara,  
tiene que curarlo otro  
que sufra más cruda llaga.

Por eso a mi sólo él puede  
salvarme de mi desgracia,  
y, no hay que extrañar si sueño  
día y noche en su llegada <sup>53</sup>.

Luego que hubo recitado estos versos hizo intención *sitt* Budur de consagrarse a sus rezos; pero Hayatu-n-Nufús asíóla del pico de sus ropas y le dijo:

—*Ye* mi señor! ¿No te da rubor de mi padre y de todas las mercedes de que te colmó hasta el presente? ¿No sientes sonrojo de tenerme tanto tiempo en este abandono?

Al oír *sitt* Budur tales palabras de *sitt* Hayatu-n-Nufús fue a sentarse a su lado y le dijo:

—*Ye* mi amada! ¿A qué vienen esas palabras?

—Digote—exclamó Hayatu-n-Nufús—que en mi vida vi joven más presumido que tú. ¿Por ventura estás enamorado de tu propia guapura? No creas, sin embargo, que te digo estas cosas para encandilarte y hacer que te fijas en mí, sino porque temo por tu suerte y me da lástima de ti, pues mi padre, el rey Armenús, ha jurado que, como esta noche no hagas lo que debes hacer y no me despojes de mi doncellez, te

<sup>53</sup> Las versiones de Galland y Weil suprimen estos versos.

depondra del trono y te extrañara de sus tierras y aún puede que vaya más lejos si la ira le aprieta y mande que te corten la cabeza. Por lo cual, mi señor, te tengo piedad y te prevengo por si lo puedes evitar; ahora, pues, tú decidirás.

Al oír esas palabras *sitt* Budur bajó la cabeza y quedóse un rato pensativa y perpleja. Y al cabo le dijo a Hayatu-n-Nufús:

—¡Ye amada mía!, has de saber que si no te toqué hasta ahora y me abstuve de ti no fue por desdén, sino por lo que ahora te voy a decir.

Y acto seguido *sitt* Budur contóle a Hayatu-n-Nufús toda su historia, desde el principio hasta el fin. Y al terminar le dijo así:

—Pidote, por Alá, que no digas a nadie nada de esto y guardes mi secreto en tu pecho, hasta que sea servido Alá de reunirme con mi amado Kamaru-s-Semán. Que, después de eso, Alá proveerá.

Luego que Hayatu-n-Nufús hubo oído la historia de *sitt* Budur maravillóse lo indecible y se llenó su corazón de piedad e hizo votos porque Alá la reuniese de nuevo con su amado Kamaru-s-Semán y, finalmente, le dijo:

—Hermana mía, no temas de mí nada, que guardaré el secreto y ten paciencia hasta que Alá escuche nuestros ruegos:

Y, después de decir esto Hayatu-n-Nufús, recitó estos versos:

—Para guardar secretos  
tengo yo un sitio,  
cuya llave perdióse  
y está prohibido.  
No hay cuidado  
aquel que su secreto  
me ha confiado.

Luego que hubo recitado esos versos, díjole Hayatu-n-Nufús a *sitt* Budur:

—Hermana mía, los nobles pechos

son tumbas para los secretos y no he de traicionar el tuyo, que yo de noble me precio.

Pusiéronse luego a retozar y se abrazaron y así se durmieron, y no despertaron hasta que ya el almuédano <sup>54</sup> iba a lanzar su canto.

Levantóse entonces Hayatu-n-Nufús y cogió una gallina y la sacrificó y su sangre se salpicó y luego se quitó sus zaragüelles y dio un fuerte grito, llamando a su gente.

Acudieron al punto sus esclavas y abrieron la puerta de la cámara, para que entrase su madre, la cual le preguntó por su estado y le prodigó sus cuidados y hasta el atardecido se estuvo a su lado.

Cuanto a la reina Budur, luego que amaneció se levantó y pasó al alhama e hizo sus abluciones y rezó sus oraciones. Después de lo cual dirigióse a su diván y sentóse en su trono real y administró justicia a sus vasallos con toda equidad.

Luego que el rey Armenús oyó aquel revuelo que se había armado preguntó por la causa de aquel alboroto y le dijeron que era debido a que por fin Hayatu-n-Nufús, su hija, fuera desflorada por su marido.

Y el rey se alegró y el pecho se le dilató y mandó preparar un festín en celebración del fausto suceso y todos estuvieron entregados a la alegría y al holgorio un espacio de tiempo.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a *sitt* Budur y la reina Hayatu-n-Nufús.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

<sup>54</sup> Del árabe *Muezin*.

## Y LA NOCHE 163 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mí noticia, *ye* monarca, el afortunado, que el rey Schahramán, después que su hijo Kamaru-s-Semán hubo salido a cazar, con la red y la ballesta, acompañado, según dijimos, de su amigo Mirsauán, aguardó su regreso con paciencia hasta que se fue el día y vino la nocturna tiniebla. Y venida que fue la noche sin que su hijo viniera, quedóse perplejo el rey Schahramán y toda aquella noche se la pasó en vela, pues la inquietud no le dejaba conciliar el sueño, que era mucho el cariño que a su hijo tenía, así que permaneció con los ojos abiertos hasta que clareó el día.

Y al ver entonces que su hijo no volvía presintió lo de su partida y entróle tal pena y tal congoja, que se echó a llorar hasta mojar con su llanto sus ropas. Y a impulsos del sentimiento recitó estos versos:

—A los amantes siempre censuré  
por locos e imprudentes, y ahora yo  
igual que ellos me veo, y apuro el cáliz  
amargo y dulce a un tiempo del amor.  
Mis críticas Amor ha castigado  
y a la censura ha expuesto a su censor <sup>55</sup>.

Enjugóse luego el rey sus lágrimas y mandó a sus tropas que se aprestasen para salir a campaña y estar largo tiempo lejos de la patria. Montaron luego en sus corceles todos sus jinetes y salió al frente de ellos el sultán, con el corazón lleno de pena y de pesar, por la suerte que hubiera podido correr su hijo Kamaru-s-Semán.

Repartieronse sus huestes a diestro y siniestro y por delante y por detrás en

siete bandos, los cuales recorrieron en todas direcciones el campo. Y les dijo el monarca:

—Exploradlo bien todo y reuníos mañana.

Repartieronse, pues, de ese modo ejército y milicias, y estuvieron batien-do los campos por todo el resto del día, hasta que la noche fue venida. Y luego que esta vino, siguieron explorando los caminos toda aquella noche y hasta mediado el siguiente día, hasta que al fin llegaron a un lugar en el que cuatro caminos confluían, donde se detuvieron sin saber cuál de ellos tomarían. Y estando en esa perplejidad vieron caídas en el suelo unas ropas desgarradas y unos cachos de carne y unos cuajarones de sangre.

Y al ver aquello el rey Schahramán lanzó un recio grito que le salía de las entrañas, clamando: «¡Guay de mi hijo!», y se aporreó el rostro y se mesó las barbas y se desgarró las vestiduras y entregóse a extremos indecibles de llanto y duelo, dando por seguro que su hijo era muerto. Y sus tropas, al verlo llorar, lloraban también, y los guerreros se echaron polvo sobre sus cabezas y la noche les sorprendió en medio de su dolor, que era tal que el alma parecía ir a exhalar. Y el rey, abrasado en fuego el corazón y entre candentes suspiros, recitó estos versos:

—¡No censuréis a aquel que se lamenta  
y llora por exceso de dolor!  
Que es una luna llena de hermosura  
que de todas eclipsa el resplandor,  
la que a dejarlo sin *selam* decirle,  
en duelo lo sumió,  
y lo dejó sin vida, con un hondo  
vacío en el corazón <sup>56</sup>.

<sup>55</sup> Suprimido en la edición de Bulak.

<sup>56</sup> Suprimido en la edición de Bulak.

Y después el rey Schahramán tornóse con sus tropas a su ciudad, plenamente convencido de que a su hijo lo habían devorado las fieras o asesinado los bandidos.

Hizo, pues, pregonar por todas las Islas Jalidán que todo el mundo vistiérase de luto en señal de duelo general por la muerte de su hijo, el príncipe Kamaru-s-Semán. Mandó también le labrasen una casa, a la que puso el nombre de Casa de las Penas, y allí se pasaba todo el tiempo llorando a su hijo y recitando versos elegíacos, como estos:

—Mi día de bendición es aquel día  
en que tu presencia amable gozo,  
y mi día de dolor es cuando dejan  
de mirarte mis ojos.  
Quiera el cielo que pronto mis días sean  
¡sin excepción benditos todos!

Y también declamaba el rey estos otros versos:

    Mi alma diera yo con gusto  
por aquel que me dejó,  
y en amargura, al partir,  
anegóme el corazón.  
¡Ojalá y que la alegría  
cumpla pronto su viudez  
para casarme con ella,  
puesto que la repudié  
por tres veces, y es preciso  
atemperarse a la ley!<sup>57</sup>

Siguió luego el rey Schahramán administrando justicia a sus vasallos.

Toda la semana se la pasaba en la Casa de las Penas llorando a su hijo y haciéndole endecha.

Y esto es, por ahora, lo referente al rey Schahramán.

Cuanto a la reina Budur, la hija del rey Gayur, luego que fue elevada al trono del país de Abenuz, como suce-

sora del rey Armenús, todo el mundo allí la señalaba con el dedo y a su paso decían: «Ahí va el yerno del rey Armenús.»

Y la reina Budur dormía todas las noches con *sitt* Hayatu-n-Nufús y se lamentaba del desvío de su marido, Kamaru-s-Semán, y le describía a su amiga las perfecciones y encantos del ausente y siempre, al terminar, exclamaba:

—Así quisiera Alá mostrarme en mis sueños a Kamaru-s-Semán.

Y, a veces, también declamaba estos versos:

—Desde que te fuiste  
tanto he llorado  
que, mis lágrimas propias  
se han acabado,  
y las que vierto  
ahora ya son prestadas,  
que pagar debo.

Y esto es, por ahora, todo lo concerniente a la reina Budur, la hija del rey Gayur.

Cuanto a Kamaru-s-Semán seguía con el jardinero y ya llevaba con él largo espacio de tiempo y se pasaba llorando y gimiendo las noches y los días y recitaba versos, evocando los tiempos pretéritos de dicha y alegría.

Consolábalo el jardinero lo mejor que podía y lo animaba diciéndole:

—No te aflijas tanto que, a fines de año, zarpará un barco para el país de los musulmes y en él podrás irte.

Pero Kamaru-s-Semán persistió en aquel estado hasta que un día vio un gran gentío que se había congregado y se maravilló de aquel espectáculo. Y el jardinero entró a verle y le dijo:

—Deja hoy el trabajo, hijo mío, y no riegues las plantas, que este día lo es de fiesta para esta gente y lo dedican a visitarse mutuamente. Descansa, pues, el día de hoy y dedícalo a esparcir tu ánimo, mientras yo voy a explorar la marina, por si ha llegado el barco que esperamos y no puede tardar y en el

<sup>57</sup> Suprimido en la edición de Bulak. La ley coránica prohíbe al marido volver a tomar a la mujer que repudió por tres veces, a menos que esta case antes con otro.

que a tierras de creyentes podrás regresar.

Fuese después el jardinero y dejó solo a Kamaru-s-Semán y este entregóse por completo a su pesar y se echó a llorar, y tanto lloró que al cabo se desmayó.

Luego que tornó en sí se levantó y se puso a pasear por el jardín, pensando y cavilando en lo que con él hiciera el sino y lo que ya duraba su ausencia de los suyos, y tan ensimismado iba pensando en sus asuntos que tropezó y cayó, dándose con la frente contra un árbol, de modo que le brotó la sangre y le empezó a correr por el rostro, mezclada con las lágrimas de sus ojos.

Restañóse la sangre Kamaru-s-Semán y enjugóse las lágrimas y se vendó la frente con una tira de hilo que se arrancó de los vestidos. Y siguió paseando por aquellos jardines con el espíritu turbado y el ánimo apesadumbrado.

Y he aquí que de pronto hubo de alzar los ojos y reparó en un árbol, en cuya copa había dos pájaros posados, los cuales estaban riñendo muy acalorados, hasta que el uno de ellos montóse sobre el otro y le dió un picotazo tan fuerte en el cuello que se le separó del resto del cuerpo. Después de lo cual remontó el vuelo el vencedor, llevándose en el pico la cabeza del vencido.

Rodó a tierra el cuerpo del pájaro muerto y fue a caer precisamente a los pies de Kamaru-s-Semán, y en aquel mismo instante precipitáronse sobre él dos pájaros grandes, el uno de los cuales posóse sobre su garganta mocha, en tanto el otro lo hacía sobre su cola, cubriendo ambos con sus alas al muerto y vertiendo lágrimas de sentimiento.

Y al verlos llorar lloró también Kamaru-s-Semán, pues al ver a aquellos dos pájaros llorando la muerte de su compañero lloró él también, pues se acordó de su mujer.

Vio luego Kamaru-s-Semán cómo aquellos dos pájaros cavaban un hoyo en la tierra y en él enterraban a la avecilla muerta. Después de lo cual remontaron el vuelo y estuvieron ausentes cosa de una hora, pasada la cual volvieron, trayendo consigo al pájaro asesino al que llevaron junto a la tumba de su pobre amigo y allí empezaron a maltratarlo, hasta que lo mataron, y le abrieron el buche a picotazos y se lo vaciaron, dejando correr su sangre abundantemente sobre el sepulcro del asesinado.

Destrozáronle luego la carne y el pellejo y le sacaron lo que tenía en las entrañas y lo lanzaron a los cuatro vientos; todo lo cual veíalo maravillado Kamaru-s-Semán.

Entróle luego al joven curiosidad y acercóse al lugar en que los dos pájaros dieran muerte a su contrario, y, ya a cierta distancia, vio una cosa que brillaba. Acercóse más y pudo comprobar que eran los redaños del ave; cogiólos y los desdobló y halló en su interior la joya famosa que fuera la causa de haberse separado de su esposa.

Al ver aquello Kamaru-s-Semán y reconocerlo, de puro alborozo rodó por tierra desmayado. Y luego que se recobró de su desmayo exclamó henchido de alegría el ánimo:

—¡Loado sea Alá! Buen augurio es este y anuncio de que pronto me he de reunir con la que adoro.

Y miró con más atención el dije y se lo pasó por los ojos y se lo ató luego a la muñeca, holgándose por anticipado de la alegría que se prometía, y siguió anduleando por allí en espera de que el jardinero volviera; pero al ver que la noche se le venía encima y el jardinero no volvía, tendióse en el suelo, en su lugar de costumbre, y no tardó en quedarse dormido.

Y durmió de un tirón hasta que la aurora clareó.

Entonces el joven se levantó y puso a trabajar en su labor y se ciñó al talle una cuerda de fibra y empuñó la segur y empezó a podar los árboles hasta que llegó a un algarrobo que estaba podrido y con el hacha procedió a partirlo. Pero al primer hachazo notó un sonido extraño y se puso a

cavar y remover la tierra en torno a su tronco, y he aquí que de pronto descubrió una puerta como de cueva y tiró arriba de ella...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

## Y LA NOCHE 164 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que, al levantar aquella trampa, encontró Kamaru-s-Semán una escalera y, bajando por ella, fue a encontrarse en la sala, de fábrica antigua, que podría datar de los remotos tiempos de Tsamud y Aad <sup>58</sup>.

Era muy espaciosa aquella cueva y estaba toda de oro rojo repleta. Y Kamaru-s-Semán se dijo para sus adentros: «He aquí que, por fin, se acabaron las penas y la alegría empieza.»

Subió luego el joven al haz del jardín y volvió a poner la puerta igual que antes estaba y reanudó su tarea de regar las plantas. Y así continuó hasta que oscureció.

Vino entonces el jardinero y, llegándose a él, le dijo:

—Alégrate, hijo mío, pues pronto vas a regresar a tu tierra, que ya los mercaderes se aprestan al viaje y de aquí a tres días zarpará el barco, rumbo a una ciudad de las ciudades del Islam. Y desde allí, caminando por tierra, podrás llegar, tras seis meses de marcha, a las Islas Jalidán, que son del dominio del rey Schahramán.

Luego que eso oyó Kamaru-s-Semán mucho fue lo que se alegró y estos versos declamó:

—No te separes de aquel  
que de ti no se separa;  
no le hagas sufrir cual sufres  
tú, debido a la nostalgia.

Deja que sean ingratos  
y falten a su palabra  
los otros; pero tú no,  
no incurras en esa falta <sup>59</sup>.

Llegó luego Kamaru-s-Semán al anciano jardinero y le besó la mano y le dijo:

—Padre mío, así como tú me has dado esa albricia yo voy a darte otra, que te llenará de alegría.

Y acto seguido le contó lo de la cueva, mostrando el jardinero alegrarse sobre manera; luego este le dijo:

—Hijo mío, yo llevo ya ochenta años en este jardín y nunca di con esa cueva, mientras que tú, que aún no hace un año que vives conmigo, hallaste ese tesoro, sin que nadie te lo indicara, por ti solo; tuyo, pues, ha de ser desde ahora, y con él podrás poner fin a tus cuitas y allanar tu vuelta al lado de tu familia y lograr tu unión con aquella que ama tu corazón.

A lo que Kamaru-s-Semán respondió:

—No hay más remedio sino que hemos de repartirnos el tesoro los dos.

Y, cogiendo de la mano al jardinero, llevólo consigo al fondo de la cueva y

<sup>58</sup> Reyes idólatras, de los tiempos patriarcales, cuyos sendos imperios destruyó Alá en castigo de sus iniquidades. De ellos se habla en el *Corán*.

<sup>59</sup> Suprimido en la edición de Bulak.

le mostró aquel oro de que estaba llena y que se hallaba distribuido en veinte arquetas. Tomó él diez de ellas y diole las otras diez al jardinero. El cual le dijo a Kamaru-s-Semán:

—Oye, hijo mío: no dejes de tomar y llevar contigo una partida de aceitunas azafiriyas<sup>60</sup> de las que produce este jardín y que no se dan en ningún otro país, por lo que los mercaderes las importan de aquí, ganándose en ello su buen tanto por ciento. Llévate, pues, contigo unos cuantos pellejos y pon en el fondo el oro y por encima lo otro. Todo lo cual, bien tapado, lo cargarás luego en el barco.

Siguió el joven el consejo del jardinero y llenó cincuenta zaques de aquellas aceitunas azafiriyas y, luego de poner el oro en el fondo, lo tapó bien todo. Metió dentro también de uno de los pellejos el dije de su esposa Budur y, luego de terminada aquella operación, enredáronse ambos de conversación. Y Kamaru-s-Semán no cabía en sí de gozo al pensar que pronto iba a unirse con los suyos y, sobre todo, con su esposa, en la que pensaba a todas horas.

<sup>60</sup> Dejamos sin traducir deliberadamente el epíteto *azafiriya*, que tiene varias significaciones, entre ellas la de camello de dos gibas: protuberancia frontal y príncipe, que parecen aludir al grosor y excelencia de tales aceitunas (como si dijéramos *gordales*). También por la connotación de pájaros que comporta la raíz *azfur* podría indicar el epíteto que eran muy gustadas de los pájaros. La versión Mardrus-Prometeo traduce simplemente de «primera calidad». Más adelante, cuando se las presentan a la reina Budur, las llaman «aceitunas de pájaro».

La versión Weil no especifica la clase de aceituna de que se trata, obviando así la dificultad. Burton pone a este paso una nota explicativa que concuerda con la nuestra en lo esencial: «Se llaman así esas aceitunas—dice—por ser muy gustadas de los gorriones, que son muy golosos del oleaginoso fruto maduro. En el romance de Antas se mencionan unos camellos *azafiri*, así llamados porque caminan tan raudos que parecen volar.»

Lo que, después de tantas explicaciones, queda sin explicar, es la calidad específica, la variedad de aceitunas de que concretamente se trate.

Y en su interior decía: «Luego que llegue a las islas del Abenuz, me encaminaré desde allí al reino de mi padre y averiguaré qué haya sido de mi amada Budur, y me informaré de si es tornada con su padre Gayur o con el mío y de si acaso le ocurrió algún contratiempo en el camino.»

Y acto seguido recitó el joven estos versitos:

El fuego de mi amor en mi pecho encendieron  
y después me dejaron y se marcharon lejos;  
lejos caen esas tierras, donde su campamento  
ahora se alza y yo nunca jamás habré de verlo.

Y dizque mi paciencia, cuando se fueron ellos,  
consigo se llevaron, sin dejarme repuesto;  
igual que se llevaron el tesoro del sueño,  
y desde entonces sólo me acompaña el desvelo.

Y para llorar sólo aún los ojos conservo,  
que a ellos ignoro cuándo me será dado verlos.  
Pero yo, pese a todo, conservo su recuerdo  
y, evocando su imagen, mis nostalgias con-  
[suelo<sup>61</sup>.

Y después de eso Kamaru-s-Semán, para entretener el tedio de la espera, contóle al jardinero la historia de aquellos pájaros de marras y las extrañas cosas que hacer les viera, de todo lo cual maravillóse el viejo sobre manera.

Quedáronse luego dormidos los dos amigos hasta el amanecer, y, al despertarse entonces, el viejo sintióse enfermo y así siguió por espacio de dos días más hasta que al tercero se agravó en tales términos que perdió la esperanza de sanar y se dispuso a morir con espíritu de conformidad.

Afligióse con ello grandemente Kamaru-s-Semán y, en tanto velaba a la cabecera del enfermo, he aquí que se presenta el arráz del barco y sus marineros preguntando por el jardinero. Informóles Kamaru-s-Semán de cómo estaba enfermo y entonces ellos dijeron:

—¿Y dónde está el joven que quería

<sup>61</sup> Faltan en la edición de Bulak y en la mayoría de las versiones.



embarcarse con nosotros y hacer la travesía hasta las islas del Abenuz?

—Ese joven—contestóles Kamaru-s-Semán—es este esclavo que entre vuestras manos está.

Mandóles luego que trasladasen al barco las corambres. Hiciéronlo así ellos y dijeron:

—Date prisa a venir, que ahora nos es propicio el viento.

—Oír es obedecer—respondióles Kamaru-s-Semán.

Trasladó acto seguido al barco todo su bagaje y tornó luego al lado del jardinero con intención de despedirse del buen viejo; pero al llegar advirtió que estaba ya dando las boqueadas y

se sentó a su cabecera y lo acompañó hasta que murió. Después de lo cual le cerró los ojos y le besó y lo amortajó y, finalmente, lo enterró.

Volvióse luego Kamaru-s-Semán al barco; pero al llegar al puerto vio que ya tenía las velas desplegadas y pudo presenciar cómo a poco zarpaba, sin aguardar su llegada <sup>62</sup>.

Tornóse, pues, al jardín Kamaru-s-Semán poseído de tal congoja y de tal pena, que se echaba tierra en la cabeza...

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 165 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que Kamaru-s-Semán tornóse al jardín, muy acongojado y apesadado al ver que el barco se había hecho a la mar sin aguardarlo.

Alquilóle luego el jardín a su dueño y tomó un hombre que le ayudase a regar las plantas y cuidarlas.

Luego dirigióse a donde estaba aquella trampa de marras y la levantó y bajó hasta la cámara soterrada y recogió todo el oro que allí aún quedaba y lo guardó en cincuenta pellejos y lo recubrió con aceitunas como la vez pasada, y luego preguntó cuándo llegaría otra vez el barco y le dijeron que de allí a un año.

Y esto es, por ahora, todo lo referente al asunto de Kamaru-s-Semán, hijo del rey Schahramán.

Cuanto al barco que se hizo a la mar, sin hacer caso de Kamaru-s-Semán, soplóle viento favorable y llegó hasta las islas del Abenuz, donde fondó sin contratiempo.

Y sucedió, por decreto del sino, que

en aquel instante estaba la reina Budur sentada junto a su celosía y vio arribar al barco y atracar en la orilla. Dióle a la reina un vuelco el corazón y montó en su corcel y, en compañía de sus emires y sus chambelanes, encaminóse al puerto, donde ya habían empezado a trasladar a los almacenes el cargamento.

Mandó la reina comparecer en su presencia al arráez y le preguntó qué traía a bordo aquella vez.

—Traigo, *¡ye rey glorioso!*—dijole aquel—, ricas telas a bordo y toda suerte de tejidos valiosos y colirios para los ojos y ungüentos y pomadas maravillosas y vestidos suntuosos y perfumes y esencias que marean los sentidos y varitas de olor de cinamomo que, al quemarse, exhalan un aroma delicioso, y traigo también dátiles de Al-Hind y aceitunas azafriyas exquisitas de las

<sup>62</sup> Situación patética, muchas veces reproducida luego en la literatura y la pintura románticas.

que no se dan en otras tierras como ellas.

Antojáronsele a la reina Budur las aceitunas y preguntóle al arráez del barco:

—¿Como cuántas aceitunas traerás en tu nave, *ye* arráez respetable?

—Traigo—respondió aquel—cincuenta zaques, llenos hasta los topes, que son propiedad de un pasajero que se retrasó y no pudo embarcar, y dizque lo siento, pues es hombre pobre que necesita el dinero.

—¿A cuánto asciende su valor?—preguntóle la reina.

Y el arráez le contestó:

—A mil dirhemes, mi señor.

—Pues yo—dijo la reina—me quedo con ellas desde ahora y, en vez de mil dirhemes, te pagaré mil dinares.

Y acto seguido ordenó la reina Budur que trasladasen a su alcázar las corambres. Y luego que la noche fue llegada mandó que una le llevaran, y procedió a destaparla. Estaba ella sola en la cámara sin más compañía que la de Hayatu-n-Nufús y tenía en su mano una bandeja y echó en ella un puñado de aceitunas de la corambre aquella y hete aquí que, revuelto con las aceitunas, cayó un poco de oro rojo. Y al verlo Hayatu-n-Nufús, exclamó con asombro:

—¡Pero si es oro! Este es, en verdad, un caso prodigioso.

Volcaron entonces toda la corambre y comprobaron que era oro casi todo lo que contenía. Y lo mismo ocurrió con las demás corambres, que estaban de oro atiborradas, hasta el punto de que las aceitunas que contenían todas no habrían bastado a llenar una sola.

Procedieron luego a expurgar el oro y a rebuscar en él y hallaron aquel dije que perdiera la princesa Budur; tomólo esta en sus manos y lo examinó con atención y se cercioró de que era el mismo, cuya falta notara, y que llevaba prendido en sus bragas.

Luego que se convenció de que así era, de puro alegre dio un grito la reina y rodó desmayada por tierra.

Recobrólo luego y se dijo para sus adentros: «Este dije fue la causa de que mi esposo de mí se separara, pero ahora vuelve a mis manos cual feliz presagio.»

Y acto seguido comunicóle a Hayatu-n-Nufús sus impresiones, diciéndole cómo el hallazgo de la joya era augurio de que pronto se vería al lado de su esposo.

Amaneció luego la mañana y la reina Budur fue a sentarse en su trono y mandó traer a su presencia al arráez, el cual compareció en el acto y besó la tierra entre sus manos. Y la reina le preguntó:

—¿Dónde dejaste al dueño de estas aceitunas?

—¡*Ye* rey del siglo!—contestó el arráez—. Lo dejamos en la tierra de los magos, donde había de hortelano.

—Pues has de saber—dijole la reina—que el dueño de esas aceitunas es un tramposo sin pizca de lacha que me debe una cuenta y no me la paga. De suerte, pues, que si no me lo traéis acá, por Alá, que a todos os mandaré matar y todas vuestras mercaderías os haré confiscar.

Luego que supieron esto los mercaderes fueron a ver al arráez y le rogaron que se hiciese a la mar con el barco y fuese por aquel individuo, comprometiéndose a abonarle los gastos.

Y le imploraron:

—No quieras arruinarnos.

Tornóse, pues, al barco el arráez y mandó desplegar las velas y se hizo nuevamente a la mar y Alá en su libro escribióle felicidad. Hasta que llegó de noche a aquella isla de los Magos al jardín de Kamaru-s-Semán y llamó a la puerta, que al punto por aquel le fue abierta.

Y dizque a Kamaru-s-Semán la no-

che hiciérasele larga y estaba en aquel momento sentado pensando en su amada y lamentando lo que le había pasado y estos versos declamaba:

—¡Esta noche los luceros  
no se quieren retirar;  
es una noche de esas  
que parecen no acabar!

En lo larga me parece  
Día del Juicio final <sup>63</sup>  
y al que aguarda la mañana  
hácelo desesperar <sup>64</sup>.

Luego que los marineros vieron a Kamaru-s-Semán lo cogieron en vilo y cargaron con él entre todos y se lo llevaron al barco, y en cuanto estuvieron a bordo desplegó aquel las velas y, sin tardar, se hizo en el acto a la mar. Navegaron después noches y días y Kamaru-s-Semán, que no se explicaba por qué hacían eso con él, preguntó al arráez y este se limitó a responder:

—Por lo visto has ofendido al señor de la isla del Abenuz, el yerno del rey Armenús, y le has birlado no sé qué dineros, ¡so villano!

A lo que Kamaru-s-Semán replicóle diciendo:

—¡Por Alá! ¿Cómo puede ser eso, si yo no puse nunca los pies en esa isla ni sé siquiera dónde radica?

Pero los marineros siguieron bogando hasta que a la isla del Abenuz abordaron, y, luego que allí se vieron, cargaron con Kamaru-s-Semán y lo condujeron a presencia de la reina Budur. Y esta, tan pronto como lo vio, lo reconoció, y dijo:

—¡Llevadlo al *hammam* ahora mismo!

Obsequió después a los marineros y

regaló al arráez una aljalá que valdría por lo menos diez mil dinares de precio.

Pasó luego a avistarse con Hayatun-Nufús y le contó toda la novedad, diciéndole al terminar:

—Guárdame el secreto de todo, hasta que logre mi propósito. Que a fe que he de hacer algo digno de que se escriba en las historias y lo lean las generaciones que nos sucedan.

Al mandar la reina Budur que llevaran al *hammam* a Kamaru-s-Semán hicieronlo así sus esclavos y, luego que lo hubieron bañado, le vistieron vestiduras reales, de suerte que, al salir del *hammam*, parecía Kamaru-s-Semán una rama de *ban* o un astro refulgente que con su esplendor al sol y a la luna causaba rubor, pues, después de tanto padecer, había vuelto ya a su antiguo ser.

Condujeron los esclavos a Kamaru-s-Semán al alcazar y lo llevaron a presencia del supuesto monarca.

Luego que *sitt* Budur tuvo delante a su esposo querido aguardó todavía un ratito hasta lograr por completo su designio. Y empezó por asignarle esclavos y eunucos para su servicio y camellos y mulas y le regaló una buena suma de caudales y lo fue subiendo de dignidad en dignidad hasta que, por fin, lo nombró su *jasandar* y le entregó todo el dinero que se guardaba en la tesorería real.

Con todo ello la reina Budur fue acercando cada vez más a su persona a su amado Kamaru-s-Semán, y los emires del reino aplaudían su encumbramiento, porque todos cobraronle afecto; mas como la reina Budur siguiera elevándolo, díjole un día el propio agraciado:

—En verdad que tantos honores son injustificados y vienen a ser algo extraordinario, pues me has confiado cargos y puestos que solo son dignos de ocupar los muy viejos, siendo así que

<sup>63</sup> Según los teólogos musulmanes, el Día del Juicio ha de tener una duración de muchos años; según unos de cuarenta, según otros de setenta y hay algunos que le asignan nada menos que cincuenta mil.

<sup>64</sup> Falta en la edición de Bulak y en la versión Mardrus, que narra con hartas variantes todo el episodio.



"Mandó la reina comparecer en su presencia al arrâez y le preguntó qué traía a bordo aquella vez"

yo todavía soy un joven, en edad florida.

A lo cual respondió la reina:

—Todos esos honores están ampliamente justificados, pues has de saber que yo te amo por tu mucha belleza y tu hermosura sin tacha, que hacen que a todos les des ciento y raya. Y si yo lograra de ti lo que anhelo, aún mucho más te agasajara y obsequiara y de regalos te colmara, y, a pesar de tus pocos años, te haría mi visir, de igual modo que ellos me hicieron sultán a mí, pese a mi mocedad, lo cual, después de todo, no puede chocar, pues ya dijo el poeta, téngalo en su gracia Alá:

«Se diría vivimos  
en los tiempos de Lot,  
cuando por los chavales  
se morían de amor.»

Al oír esas palabras Kamaru-s-Semán se ruborizó y se le arrebolaron las mejillas y se puso por dentro como un tizón y exclamó:

—No me hacen a mí falta esos honores que van engarzados en deshonores, que antes quiero miseria con honra que riqueza con deshonra.

—Pues yo—respondió la reina Budur—no hago caso de la ajena opinión y no desisto por ella de mi intención. Que ya dijo el poeta con harta razón:

«Lo requerí de amores  
y me dijo que no.  
—Pues ¿cómo nos pondrían  
las gentes a los dos?  
Ensenéle un dinar  
y cambió de opinión.  
No hay quien al sino pueda  
hacer oposición.»

Al oír tales palabras Kamaru-s-Semán y entender el sentido que encerraban púsose como la grana, y díjole a la reina Budur:

—¡Ye monarca del tiempo! No tengo, en verdad, costumbre de hacer eso ni de echar sobre mis hombros carga que

sostener no puedo, que soy todavía muy joven para aguantar ese peso.

Sonrió la reina Budur al oír tales palabras y le dijo con mucha cachaza:

—En verdad, que lo que dices me deja pasmado. Porque siendo tan joven cual dices ser, ¿cómo aciertas a distinguir entre lo que está mal y lo que está bien y cómo temes al pecado y la infamia, si no llegaste aún a tener experiencia de la vida y no pudiste incurrir en la falta más mínima, de suerte que para hacer distinciones te falta la medida?

En verdad que la penitencia y la enmienda solo vienen después de pecar, y tú, que no has pecado, no sabes qué es eso de que yo te hablo. De suerte, en conclusión, que yo soy quien tiene más experiencia de los dos y quien mejor puede guardarse de caer en el error. Esta es la verdad y todo lo demás es gana de disputar.

En verdad que padeces un empacho de castidad y que debías bajar la cabeza ante una invitación a gozar y dejarte de remilgos y escrúpulos necios conmigo, que más que tú temo yo caer en el pecado y ser del número de los descarriados. Y ya dijo el poeta, y estuvo muy inspirado:

«Descomunal es mi chuzo;  
pero el niño, al verlo, dijo:  
—¡Anda e hincamelo fuerte,  
con un ímpetu leonino!  
—Es pecado—yo le dije.  
Echóse a reír el niño,  
y entonces me replicó:  
—Eso no reza conmigo.  
Y entonces yo obedecí,  
a fuer de cortés y fino.» <sup>65</sup>

Al oír esas palabras Kamaru-s-Semán la luz de su rostro trocóse oscuridad. Y dijo así:

—¡Ye el rey, el insigne! ¿No tienes de sobra a tu alrededor mujeres y doncellas jóvenes y bellas que no tienen

<sup>65</sup> Suprimido en la edición de Bulak.

igual en esta época? Pues ¿por qué, siendo así, te has de fijar en mí? Déjate, pues, de esa locura y elige de entre ellas la que más te agrade y no vuelvas de tal cosa a hablarme.

—Tienes razón en lo que dices—respondió la reina—. Pero es el caso que ninguna de ellas me podrá curar de esta pasión que tú me has inspirado y que todo mi ser me ha trastornado y contra la cual nada valen consejos ni advertencias saludables. Deja, pues, la discusión a un lado y escucha estos versos de un poeta nombrado:

«¿Por ventura no has visto  
cómo en el zoco,  
unos buscan los higos,  
las moras otros?» <sup>66</sup>

Y escucha también este otro poema sobre el mismo tema:

«¡Ye perla de hermosura,  
mi religión  
se cifra en adorarle  
como a mi Dios!

Por ti desdén a todas  
las hembras, tanto  
que de místico fama  
me voy ganando.»

Y escucha aún las sentencias de este otro poeta:

«De mi pasión por Zeineb <sup>67</sup> la altanera  
Nuuar <sup>68</sup> vino a curarme con las rosas  
que en sus mejillas sobre el mirto oscuro  
brillan, de leve bozo ruborosas.  
Una gacela es cual nunca viera,  
timida, pero amante y ardorosa,  
que mi vida con su gracia alegra  
y hace breves las horas.

<sup>66</sup> Juego de palabras. Higo, *Tin*, simboliza, entre los árabes, como entre los romanos, el sexo femenino. Las moras, el ano. Recordemos los célebres versos de Marcial: *Dicemus ficus quas simus in arbore nasci: Dicemus ficos. Caeciliane, tuos.*

<sup>67</sup> Nombre de mujer que los autores antiguos equiparan al de Zenobia.

<sup>68</sup> Planta de olor. Flor blanca. Nombre de mujer. Aquí se aplica a varón.

En hora buena ya pueden dejarme Zeineb y Hind y la comparsa toda, que a mí me basta ya con mi gacela y no quiero más hembras vanidosas. Ofrecíame una vulva apetitosa; mas yo le dije: —Gracias, no la uso. —¡Ah sí!—respondió ella—en nuestros tiempos eso resulta antiguo. Y volviéndose de espaldas y un trasero me presentó, que parecía un abismo, y entonces yo le dije: —Gracias, rica, pero temo perderme en el camino.»

Pero aún debes escuchar estos otros versos que vienen a cuento:

«Para implorar mercedes  
los brazos alzan  
los hombres y las hembras  
sus pies levantan.  
Puede que ellas  
por lo humildes consigan  
lo que desean.»

Y dijo también otro poeta:

«Búscate un mocito imberbe  
y ríete del censor  
que te aconseja que pongas  
en una chica tu amor.  
Y dile que hay diferencia,  
entre aquella cuyos pies  
besamos y el joven lindo,  
que por su belleza es  
digno de que al caminar,  
se los bese el polvo a él.»

Y dijo otro poeta a su vez:

«El joven de veinte años  
es digno de un soberano.»

Y dijo también otro poeta:

«El penis, liso y redondo,  
para el ano creado fue;  
no para lo otro; entonces,  
como hacha habría de ser.»

Y dijo también otro:

«Contigo yo me quedo,  
que ni menstruas ni pones huevos.  
Si con hembra me ayuntara,  
para nuestros crios la tierra  
pequeña nos resultara.»

Y dijo otro, asimismo:

«La mujer del muy cornudo  
a su marido le dijo:  
—No te quejes, pues no sabes  
tratarme como es debido.

Un miembro tienes tan fofo  
que parece ser de cera;  
cuanto más sobo le doy,  
tanto más lacio se queda.»

Luego que Kamaru-s-Semán escuchó esas poesías y se persuadió serle imposible negarse a lo que el rey quería, exclamó:

—¡Ye monarca del siglo! Si no hay más remedio que resignarse a ello, ruégote, por lo menos, que solo una vez hagas eso conmigo, que por una vez sola no es fácil que un buen natural se corrompa; pero me has de jurar que luego ya nunca me lo volverás a pedir, ¡y puede que Alá me lo perdone siendo así!

—Está bien—respondióle la reina—. Te juro que solo una vez lo hemos de hacer, que yo también espero que Alá nos lo perdone y en cuenta no nos lo tome, que Alá es piadoso y se compadece de los pecados más gordos, y así yo confío en que Alá en su clemencia nos comprenderá y las culpas más graves nos perdonará y nos guiará hacia la luz del buen camino, sacándonos de las tinieblas de los laberintos. Y con cuánta razón habló el que dijo:

«¡Nos achaca la gente  
lo que no hacemos!  
E incurre en un pecado  
muy grave y feo.  
Pues por su bien hagamos  
lo que ellos piensan,  
y a Alá de sus calumnias  
no han de dar cuenta.»

Luego de recitar esos versitos dióle la reina a Kamaru-s-Semán su palabra formal y le juró, además, solemnemente, que no habían de hacer eso que ella quería sino una vez tan solamente.

Acercóse, pues, a la reina Kamaru-s-Semán y dízque sentía en aquel instante mucha vergüenza y sus ojos le lloraban de azorado que estaba, en tanto se bajaba las bragas.

Sonrióse al verlo así la reina y lo

cogió y se lo llevó al lecho con ella y le dijo con ternura:

—No temas que mañana me desdiga de mi promesa.

Púsose luego a besarle y abrazarlo y cruzó las piernas con las de su amado, y le dijo:

—Mete tu mano por entre mis muslos a ver si se anima y despierta este niño y se levanta a rezar después de haber estado tanto tiempo postrado.

Echóse a llorar Kamaru-s-Semán y dijo:

—Conste que todo esto lo hago a pesar mío.

—Por Alá—exclamó la reina—, que has de hacer lo que yo te digo, y ya verás cómo redunda en tu beneficio.

Alargó, pues, Kamaru-s-Semán su mano temblando y con el corazón suspirando y advirtió que aquellos muslos eran más suaves que la manteca y más dulces al tacto que la seda. Complacióse y recreóse, tocándolos y hurgando en ellos por todos lados, hasta llegar a una cúpula llena de bendiciones y estremecida de emociones. Y al sentir aquello, díjose Kamaru-s-Semán, para sus adentros: «Puede que este rey sea hermafrodita y no sea, en conclusión, ni hembra ni varón.»

Y en voz alta exclamó:

—¡Ye monarca, el glorioso! En verdad que no te encuentro el instrumento que los hombres tenemos. Así que no me explico cómo pudiste sentir este capricho.

Rióse a carcajadas la reina Budur al oírlo, con tal gana, que cayó de espaldas. Y después exclamó:

—¡Ye amor mío y qué pronto olvidaste aquellas noches que juntos pasamos y que yo no he olvidado!

Comprendió entonces Kamaru-s-Semán que el supuesto monarca no era otra que su esposa amada, la princesa Budur, la hija del rey Gayur, el señor de las islas y los mares y de los Siete Alcázares.

Estrechóla en el acto contra su corazón y ella correspondióle con el mismo fervor y ambos se abrazaron y besaron con igual pasión. Después de lo cual acostáronse en el lecho nupcial y recitaron estos versos de un poeta sin par:

«Al lecho lo llevó de los enlaces  
y, con halago y mimo,  
ablandó de su pecho la dureza,  
hasta que, al fin, rindiósele el esquivo,  
y depuso el temor que le inspiraban  
los detractores rígidos.  
Huyó entonces mi pena y alzó el vuelo  
cual raudó pajarillo,  
y puse mis mejillas en el suelo  
para que las hollase su pie lindo,  
y a mis ojos que el llanto enrojeciera  
sirvióles de colirio.  
El collar de la unión a mi garganta  
prendí con fuerte ahínco,  
quitándome aquel otro de la ausencia  
que lo había oprimido.  
Y gocé la dulzura del abrazo,  
¡oh placer exquisito!,  
después de las torturas de la ausencia  
y del largo desvío.  
Al revés que otras noches en su rostro  
la aurora vi bailar, ¡amigos míos!,  
y por esos versículos fulgentes  
de su rostro magnífico,  
juro no olvidar nunca la dilecta  
aura del buen amor, santo, divino.»<sup>69</sup>

Luego la reina Budur puso a Kamaru-s-Semán al tanto de todo cuanto le había ocurrido desde el principio hasta el fin, sin nada omitir, y lo mismo hizo con ella Kamaru-s-Semán refiriéndole todas sus aventuras y desventuras, desde que el hado los separara a ambos.

Después de lo cual dijo a su esposa Kamaru-s-Semán en tono de reproche:

—¿Por qué te dio el antojo de hacer conmigo lo que hiciste esta noche?

Y ella le contestó:

—No te enfades, hombre, que todo ello fue pura chanza, para que luego fuésem mayores nuestra alegría y nuestra expansión alborozada.

Luego que amaneció al cabo la ma-

ñana y se extendió su luz, mandó la reina Budur que llamasen al rey Armenús, padre de la reina Hayatu-n-Nufús, y, cuando lo tuvo en su presencia, refirióle todas las novedades que les ocurrieran y le presentó a Kamaru-s-Semán como a su esposo y le explicó la razón por qué en todo ese tiempo habían estado separados el uno del otro.

Luego que oyó el rey Armenús, señor de las islas del Abenuz, las palabras de la reina Budur, la hija del rey Gayur, asombróse hasta el límite del asombro y mandó que escribiesen aquella historia en sus crónicas, con letras de oro.

Encaróse luego con Kamaru-s-Semán y le dijo:

—¿Ye hijo del rey Schahramán! ¿No querías por ventura ser mi yerno y casarte con mi hija Hayatu-n-Nufús?

—Antes—respondió el joven—tengo que consultarlo con mi esposa Budur, que para mí, en verdad, es ella antes que todo lo demás.

Consultólo, pues, con ella Kamaru-s-Semán y la reina Budur le dijo:

—Me parece muy bien esa idea y te doy desde luego mi venia para que te cases con ella, pues la princesa Hayatu-n-Nufús me hizo a mí un favor que merece eterna gratitud. Que a ella le debemos nuestra seguridad y gozando estamos de su hospitalidad y tanto ella como su padre nos han dispensado beneficios de los que no se pueden olvidar. Por lo que, si con ella te casas, seré para esa joven lo mismo que una esclava.

Visto que hubo Kamaru-s-Semán que la reina Budur consentía en su matrimonio con Hayatu-n-Nufús y no tenía celos de ella, quedó de acuerdo con su esposa en que se casaría también con la otra.

Al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

<sup>69</sup> Las versiones Galland y Weil suprimen todo el episodio que antecede.



## PERO LA NOCHE 166 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He podido saber, *ye* monarca, el afortunado, que Kamaru-s-Semán quedó de acuerdo con su esposa Budur en que había de casarse con Hayatu-n-Nufús. Y aquel comunicó al rey Armenús lo que había decidido la reina Budur y cómo había dicho que sería una esclava para su amiga amada.

Holgóse el rey Armenús grandemente al oír esas palabras de Kamaru-s-Semán. Y acto seguido fue a sentarse en el trono de su reino e hizo comparecer ante él a todos sus emires y sus visires y sus chambelanes y sus ministros y sus edecanes y les contó toda la historia de la reina Budur y Kamaru-s-Semán, desde el principio al fin, sin detalle omitir, y al terminar su relación les anunció cómo había decidido casar a su hija con Kamaru-s-Semán y nombrar a este sultán en su lugar, ya que la reina Budur no estaba en condiciones de gobernar.

Oyeron todos con atención al rey y luego dijeron:

—Siendo así que Kamaru-s-Semán es el marido de la reina Budur, que hasta aquí nos gobernó como sultán, creyendo nosotros que era el yerno del rey, no vemos inconveniente en que nos gobierne, y desde luego lo acatamos como a nuestro señor y le prometemos obediencia y sumisión.

Holgóse grandemente el rey Armenús de oír tales palabras, y acto seguido mandó por los cadíes y los testigos y sus ministros y mandó extender la partida de casamiento de su hija Hayatu-n-Nufús con Kamaru-s-Semán, hijo del rey Schahramán.

Luego que Kamaru-s-Semán se vio investido del poder de sultán condonó

las contribuciones y soltó a los que estaban en prisiones y dictó disposiciones que le valieron afecto y bendiciones, y de allí en adelante vivió con sus dos mujeres, en medio de goces y placeres, repartiendo sus noches entrambas, equitativamente, que una noche dormía con la reina Budur y otra con la reina Hayatu-n-Nufús.

Vivió así un espacio de tiempo muy feliz y contento, que su corazón de todo pesar se hallaba exento, y era tanta su felicidad que llegó a olvidarse de su padre, el rey Schahramán, y del cetro de sultán que de él podía heredar.

Gratificóle luego Alá en sus sendas esposas con dos hijos varones que eran como dos soles, y el mayor de ellos tuviéralo con la reina Budur y le puso por nombre Al-Amchid, y al pequeño, habido con la reina Hayatu-n-Nufús, púsole por nombre Al-Asad, y era, por cierto, el menor todavía más hermoso que el mayor <sup>70</sup>.

Criáronse juntos los dos hermanos, con gran mimo y regalo, y su padre les dio una instrucción esmeradísima, pues aprendieron todo lo que aprender podían: cultura literaria y ciencia política y todo lo que debe saber un caballero completo. De suerte que la belleza del espíritu respondía en ellos a la belleza y absoluta perfección del cuerpo, que eran, por cierto, tales que a mujeres y hombres seducían por igual con sus encantos, y así llegaron a la edad de

<sup>70</sup> En la versión Mardrus-Prometeo termina aquí la presente historia. Al-Amchid y Al-Asad significan, respectivamente, el gloriosísimo y el dichosísimo. En nuestro santoral tenemos Felicesimo.

diecisiete años, profesándose el uno al otro tal cariño que comían y bebían siempre juntos, sin separarse ni una hora de las horas ni un instante de los instantes <sup>71</sup>.

Pero he aquí que, por decreto del sino inevitable y la suerte inapelable, en el corazón de la reina Hayatu-n-Nufús hubo de prender el amor al príncipe Al-Amchid, el hijo de la reina Budur, y que esta, a su vez, hubo de enamorarse locamente del príncipe Al-Asad, hijo de Hayatu-n-Nufús, para explicar lo cual se ha de tener presente que cada una de las dos mujeres solía jugar con el hijo de la otra y besarlo y estrecharlo fuertemente contra su regazo, sin que ninguna de ellas pensase mal de su compañera, pues interpretaban tales extremos como cosa natural y propia del cariño que todas las madres sienten por los niños.

Sucedió, pues, que las dos mujeres concibieron amor por sus sendos hijastros, los abrazaban y los instaban para que se estuviesen con ellas y, cuando se iban y duraba su ausencia, negábanse a comer y beber y hasta el sueño llegaban a perder.

Así las cosas, cierto día salió el rey de cacería y ordenó a sus dos hijos que se sentasen en el trono del Juicio y lo ocuparan alternativamente un día el uno y otro día el otro, según la costumbre, por turno riguroso.

Sentóse, pues, el primer día Al-Amchid, el mayor, el hijo de la reina Budur, y mandó y prohibió y nombró y destituyó y concedió y negó.

Y estando desempeñando sus funciones recibió una esquila de la reina Hayatu-n-Nufús, la madre de su hermanastro Al-Asad, en la que aquella le prodigaba requiebros y zalamerías y, al final, le decía que estaba locamente

enamorada de él y lo quería hasta más no poder. Y decía al pie de la letra la misiva:

«De la por la pasión trastornada y la triste y angustiada, que por ti se consume en amorosas ansias.

»Si hubiera de contarte hasta dónde llegan mis sufrimientos y lo mucho que por ti padezco, y el fuego en que mi corazón se abrasa y lo que lloro y el desvelo que de noche tiene abiertos mis ojos y lo encogido que tengo mi pecho y mi continuo desasosiego y mi dolor sin consuelo, de fijo que no habría papel bastante para contener todo eso ni habría nadie que pudiera hacer su recuento, pues cielo y tierra se me han vuelto pequeños y no tengo más esperanza que la que de ti pueda esperar, que a dos dedos estoy de la muerte y abocada a los horrores de aniquilamiento y a dejar este mundo, que ya siento que se cumple mi término.

»Y el mucho dolor que me atormenta me ha inspirado estos versos:

“Si hubiera de decirte, hijo menor,  
cuánto te quiero,  
y lo mucho que sufro  
por ti y padezco,  
de cierto no encontrara  
papel bastante  
ni tinta en todo el mundo,  
con ser tan grande.”»

Había envuelto su cartita la reina Hayatu-n-Nufús en un trozo de rica seda y lo había perfumado con almizcle y ámbar y había metido dentro un mechón de su pelo, que era cosa tal que no tenía precio. Después de lo cual entrególe la reina su misiva a un eunuco y le mandó llevarla al rey Al-Amchid y dársela de su parte, sin que se enterara nadie.

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras seductoras.

<sup>71</sup> El afecto entrañable de ambos hermanos recuerda el que Rama y Lakshmana se profesan en el *Ramayana*.

## Y LA NOCHE 167 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He llegado a saber, *ye* monarca, el afortunado, que la reina Hayatu-n-Nufús entrególe aquella carta al eunuco y le mandó se la llevara al rey Al-Amchid, y así lo hizo el eunuco, sin saber lo que se ocultaba en el fondo del asunto, que el sabedor de los misterios <sup>72</sup> es el que dispone, según le place, las cosas de este mundo.

Al llegar el eunuco a presencia del soberano besó la tierra entre sus manos y entrególe el paquetito con la carta. Tomólo el monarca y lo abrió y vio entonces la hoja de papel doblada y la desdobló y la leyó. Y no bien entendió el sentido de sus palabras luego comprendió que la mujer de su padre era una pérfida que engañaba al rey Kamaru-s-Semán e indignóse grandemente ante tal deslealtad y censuró en su interior a las mujeres por sus procedimientos y exclamó:

—¡Maldiga Alá a las hembras traicioneras, menguadas de razón y faltas de religión!

Desenvainó después su acero y le dijo al eunuco en tono fiero:

—¡Guay de ti, esclavo perverso! ¿Cómo te atreves a encargarte de traer y llevar cartas de amor, con detrimento de la honra de tu señor? ¡Por Alá, que lo has de pasar mal, *ye* negro de color, feo de rostro y bestial de condición!

Y acto seguido enarboló el alfanje y de un tajo certero cercenó al esclavo el cuello. Luego cogió el paquete con la carta y se lo guardó en la manga. Y pasó al cuarto de su madre Budur y la puso al corriente de todo el incidente. Después de lo cual, lleno de enojo,

retiróse de allí y echó a andar sin saber adónde ir.

Luego que llegó a noticia de Hayatu-n-Nufús, la esposa de su padre, Kamaru-s-Semán, lo que hiciera el rey Al-Amchid con su esclavo, lo maldijo; pero disimuló y decidió valerse de la astucia para salirse con la suya.

Pasó el rey Al-Amchid aquella noche desvelado e inquieto, dándole vueltas a sus pensamientos, y no quiso probar bebida ni alimento y en toda la noche no gustó del sueño.

Luego que amaneció la mañana salió de su cámara el rey Al-Asad y fue a sentarse en el trono de su padre, para administrar justicia a sus vasallos.

Cuanto a su madre, la reina Hayatu-n-Nufús, despertóse aquella mañana enferma de puro airada por lo que el rey Al-Amchid hiciera con el esclavo que su carta le llevara.

Administró justicia aquel día Al-Asad y nombró y destituyó y negó y concedió y gratificó y en su sala de audiencia permaneció hasta que oscureció.

Cuanto a la reina Budur, madre del rey Al-Amchid, mandó llamar a una vieja de las viejas ladinas y le reveló lo que en su corazón tenía y cogió una hoja de papel para escribir una cartita al rey Al-Asad, hijo de su esposo Kamaru-s-Semán, y expresarle las cuitas de su amor y de su pasión. Y con estas palabras la encabezó:

«De aquella que se muere de amor y de pasión para el más bello de los seres, el dotado de una hermosura sorprendente, el que rehuye a quien le persigue, el asceta que se desentiende de quien ante él se humilla y trata de

<sup>72</sup> *Il-lamu-l-guyubi*. Alá. Dios.

seducirle, para el rey Al-Asad, soberano de la belleza suprema y de la perfección sin tilde ni mengua, el del rostro como una luna llena y la frente resplandeciente, que irradiaba un fulgor que deslumbra y ciega.»

Y después de este encabezamiento, escribió la reina los siguientes versos:

«El cielo ha decretado que sea tuya,  
¡ve luna esplendorosa cual ninguna!  
Compendio de elocuencia y de hermosura,  
¡luz la más clara que la tierra alumbra!  
¡Mucho es lo que padezco por tu culpa!  
Pero sufrir por ti no es desventura,  
que hasta morir por ti fuera ventura.  
¡Lo más grave y fatal sería, sin duda,  
prolongar sin tu amor la vida dura!»

Y también estos otros versos:

«Oye mis cuitas, amado,  
y ten piedad de este fuego  
que me consume y abrasa  
y me mata sin remedio.  
¡Hasta cuándo de juguete  
he de servirle al deseo,  
que me agita y zarandea  
lo mismo que un mar revuelto?  
Por mi pasión me critican,  
mas yo ocultarla no puedo,  
que si mis labios la callan,  
mi llanto es un pregonero.  
Cuántas veces he querido  
vencer este amor acervo  
y, creyéndome curada,  
torné a adolecer de nuevo.  
A dos dedos de la muerte  
estoy, ya fuerzas no tengo,  
solo tú curarme puedes,  
que solo tú eres mi médico.  
Cúrame, pues, cual procede,  
no seas esquivo y soberbio,  
y ten cuidado, no sea  
que, si desoyes mi ruego,  
en castigo tú algún día  
padezcas lo que padezco.»

Luego de escrita la carta perfumóla la reina Budur con abelmosco de suma fragancia y metió dentro un mechón de su pelo y lo envolvió todo en un trozo de seda iraquesa, con incrustaciones de perlas. Luego se la entregó a la vieja y le mandó se la llevara al rey Al-Asad, el hijo de su esposo. Y la vieja corrió en el acto a cumplir el encargo.

Estaba solo el rey Al-Asad cuando la vieja entró en su cámara y le entregó la carta con todo lo que dentro llevaba, y se quedó en pie aguardando a ver lo que el rey le mandaba.

Leyó la carta el rey Al-Asad y se enteró de su contenido y luego se guardó el paquetito en la manga de su vestido. Y concibió un gran furor y un gran enojo, como no pudiera sentirlos más grandes, y maldijo a las hembras traidoras y falaces. Desenvainó después su alfanje y, de un tajo certero, cercenó a la vieja el cuello.

Fuese luego a ver a su madre, Hayatun-Nufús, a la que encontró postrada en el lecho, en un estado de gran decaimiento, a consecuencia de lo que con el rey Al-Amchid le ocurriera. Y el rey Al-Asad la maldijo y la golpeó y después se marchó. Y fue a reunirse con su hermano Al-Amchid y le contó lo que acababa de ocurrirle con su madre Budur, sin ocultarle que había matado a la vieja que su carta de amor osó llevarle.

Pasaron la noche juntos los dos hermanos conversando y renegando de las hembras traicioneras, y así se estuvieron entretenidos en esas pláticas, hasta que al cabo ananeció la mañana. Y cuando amaneció la mañana regresó el rey Kamaru-s-Semán de la caza y, despidiendo a su servidumbre, subióse a su alcázar.

Retiráronse los emires y el rey entró en el palacio, y encontró a sus dos esposas enfermas, guardando cama en sus respectivas cámaras. Y dizque las dos habían tramado contra sus hijos un ardid y se habían puesto de acuerdo para perderlos, pues temían que su asunto fuese descubierto y les hiciesen sufrir un escarmiento.

Y al verlas en aquel estado de decaimiento preguntóles el rey Kamaru-s-Semán cuál era su mal. Levantáronse ellas y besaron sus dos manos y en respuesta a su pregunta exclamaron:

—Has de saber, ¡ye monarca glorioso!, cómo tus dos hijos que, por obra de munificencia, se criaron juntos con todo regalo, ahora, en pago de eso, han tratado de traicionarte con tus dos esposas echando sobre tu honor una mancha afrentosa.

Al oír el rey Kamaru-s-Semán tales palabras de labios de sus dos esposas la luz de sus ojos trocóse en sombra y acometióle una ira espantosa. Hasta el punto de que se le trastornó el juicio y, encarándose con sus mujeres, les dijo:

—Explicadme al por menor lo sucedido.

Y la reina Budur le dijo:

—Has de saber, ¡ye monarca del siglo!, que tu hijo Al-Asad, el hijo de Hayatu-n-Nufús, hace ya tiempo que me viene persiguiendo y me envía mensajes y cartitas y por todos los medios trata de inducirme al adulterio, sin que por más que yo haga logre apartarlo de su pasión nefanda.

Y esta vez que saliste de caza irrumpió en mi cámara y dizque venía borracho y esgrimia la espada en su mano. Amenazóme y yo temí que me matara en el acto, igual que a mi eunuco había matado, si me negaba a su pretensión, por lo que hube de entregarme a él, pese a todo el horror que embargaba mi corazón.

De suerte, pues, ¡ye rey!, que, si no me haces justicia y castigas debidamente la afrenta de que he sido víctima, yo misma por mi mano me daré la muerte, que después de sufrir tal insulto no quiero ya seguir viviendo en este mundo.

Así habló la reina Budur y en idénticos términos expresóse Hayatu-n-Nufús.

Sorprendió en este punto de su narración a Schahrasad la mañana y suspendió el hilo de sus encantadoras palabras.

## PERO LA NOCHE 168 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, ye monarca, el afortunado, que la reina Hayatu-n-Nufús dijole a su esposo Kamaru-s-Semán lo mismo que antes le dijera su esposa Budur. Y terminó afirmando:

—Lo mismo que a tu esposa Budur me ha ocurrido a mí con tu hijo Al-Amchid.

Y acto seguido prorrumpió en lágrimas y gemidos y, finalmente, dijo:

—Si no me haces justicia del agravio sufrido se lo contaré todo a mi padre y haré que castigue a ese miserable.

Y ambas mujeres echáronse a llorar con llanto fuerte y extremaron sus demostraciones de pesar, delante de su común esposo, el rey Kamaru-s-Semán. El cual, al ver aquello, quedóse con-

vencido de que lo que decían era cierto.

Y concibió tal furor que no pudiera haberlo mayor.

Fuese de allí en el acto, poseído de tal ira y tan trastornado el juicio, que tenía pensamientos de matar en seguida a sus dos hijos.

Pero hubo de cruzarse en su camino con su suegro, el rey Armenús, que iba precisamente a saludarlo, por haber sabido que estaba en palacio de vuelta de su cacería. Y al ver el rey Armenús a su yerno, con la espada desnuda en su mano y advertir que la sangre de la nariz le goteaba de puro furioso que estaba, preguntóle cuál fuese la causa.

Contóle entonces Kamaru-s-Semán a

su suegro todo lo que le pasara con sus hijos y, al terminar, le dijo:

—A buscarlos voy ahora para matarlos a los dos de la muerte peor y hacer en ellos un escarmiento que sirva a todos de ejemplo.

Oyólo el rey Armenús y se llenó también de enojo y le dijo:

—Me parece muy bien lo que piensas hacer; pero con todo, hijo mío, estimo oportuno recordarte lo que dicen los sabios que forjan los refranes, y es que, «quien las consecuencias no mira, a la fortuna no tiene por amiga»<sup>73</sup>.

Haz cuenta también que ambos muchachos son hijos tuyos, en todo caso, y no estaría bien les dieras la muerte por tu propia mano y pasases tú también ese mal trago y luego te arrepintieses, cuando ya lo hecho remedio no tuviere.

Estimo, pues, mejor, que mandes a tus esclavos que se los lleven a los dos al campo y allí les den muerte sin que tú estés presente, que ya dice el refrán: «Ojos que no ven, corazón que no siente.»

Al oír Kamaru-s-Semán las palabras de su suegro, el rey Armenús, estimólas acertadas y envainó de nuevo la espada y fue a sentarse en su trono real e hizo venir a su *jasandar*, el cual era un anciano de edad avanzada, muy ducho y experto en todos los asuntos y en todas las vicisitudes de las cosas de este mundo. Y el rey Kamaru-s-Semán díjole a su *jasandar*<sup>74</sup>:

—Ve ahora mismo y coge a mis dos hijos, Al-Amchid y Al-Asad, y átalos bien de pies y manos y mételos luego en sendas arcas y cárgalas a lomos de

mulas y monta tú también en tu cabalgadura y vete con ellos a un lugar solitario, en medio de los campos, y llena para mí sendos frascos con la sangre de ambos y vuelve luego sin retraso.

—Oír es obedecer—respondió el *jasandar* a las palabras del rey Kamaru-s-Semán.

Corrió en el acto el *jasandar* a buscar a los dos hermanos, Al-Amchid y Al-Asad, y en el camino cruzóse con ellos, que iban a saludar a su padre y se habían puesto sus más ricos trajes. Y, poniéndoles la mano encima, les dijo:

—Sabad, ¡ye amigos míos!, que yo soy un esclavo mandado y que el rey, vuestro padre, me ha dado una orden que se refiere a ambos. ¿Estáis por ventura, hijos míos, dispuestos a acatar el mandato paterno?

—Sí—dijeron ambos hermanos.

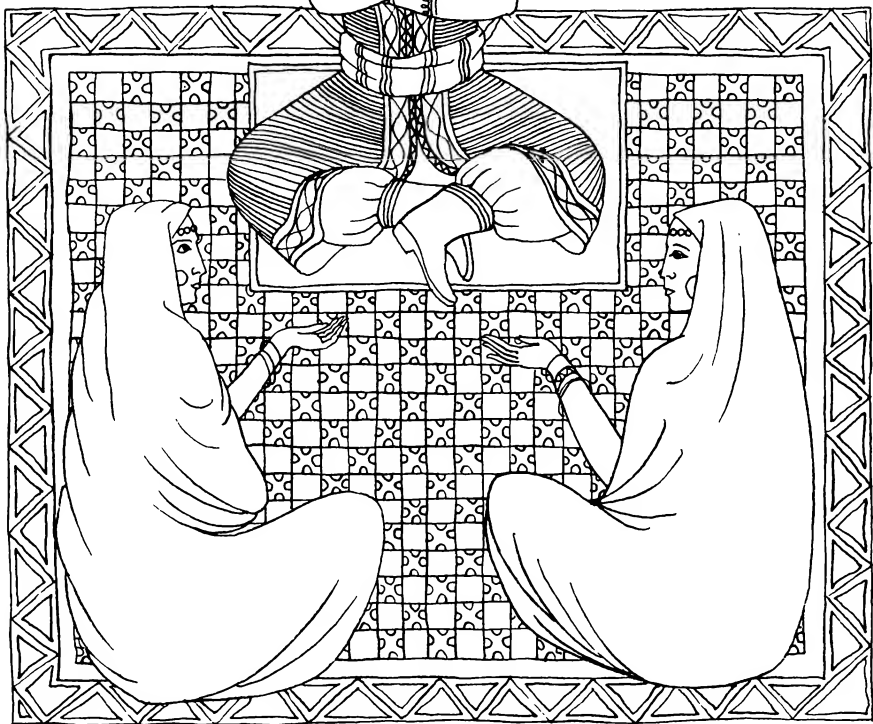
Oído que hubo aquello el *jasandar* adelantóse unos pasos y maniató a los dos hermanos y metió a cada uno de ellos en un arca y cargó las dos arcas a lomos de una mula y él montó en su caballo y salióse con su bagaje fuera de la ciudad y no paró de cabalgar hasta que se le echó encima la hora del mediodía.

Entonces se apeó de su montura en un paraje solitario y salvaje y descargó las dos arcas y las dejó en el suelo y luego las abrió y sacó de ellas a los dos hermanos, que venían dentro, el príncipe Al-Amchid y su hermano Al-Asad, a los que su padre le mandara dar muerte, y al verlos el anciano *scheij* tan jóvenes y guapos, no pudo menos de conmovirse y derramar llanto. Y, desenvainando la espada, les dijo a ambos:

—¡Ye mis señores!, en verdad que me duele haber de haceros mal; pero, sin embargo, no lo puedo evitar, que yo, en este caso, obro por ajeno encargo, que soy simplemente un esclavo man-

<sup>73</sup> En el *Ramayana* dice el rey Dasarata a su esposa Kausalva: «A quien en los principios de las cosas no considera su gravedad o levedad, tiénenlo los sabios por un niño.»

<sup>74</sup> En la versión Weil este personaje se llama Jiondar. Este episodio y el que sigue después (la falsa noticia de la muerte de ambos hermanos) son un eco de la historia de José el Patriarca, sura *Yúsuf* (*Corán*).







dado. Y habéis de saber que vuestro padre, Kamaru-s-Semán, me ordenó traerlos acá y cortaros el cuello a ambos en esta soledad.

—*Ye el emir ilustre!*—exclamaron los dos hermanos—. Haz sin vacilar con nosotros lo que te mandó hacer el rey Kamaru-s-Semán, que nosotros acatamos lo que dispone Alá el grande y el potente, y a sus decretos nos rendimos sin protestar. Y desde ahora te declaramos totalmente inocente de nuestra muerte.

Dicho lo cual, ambos hermanos se abrazaron e invocaron el uno sobre el otro las bendiciones de Alá, el misericordioso. Y se echaron a llorar con tal pena que mayor no podía haberla. Y de verlos así llorar lloró también el *jasandar*.

Y uno de ellos díjole al otro:

—Sin duda que todo esto que nos pasa es obra de nuestras madres, las falsas, y es la mía la que a ti te mata y la tuya, a su vez, la que mi perdición causa. Mas no hay fuerza ni poder sino en Alá y a Alá pertenezco y a él volvemos<sup>75</sup>.

Abrazó luego Al-Asad a su hermano y redobló su llanto y, suspirando de sentimiento, recitó estos versos:

*¡Ye tú, Señor, que al desvalido amparas  
y en tus brazos levantas al caído!  
Apídate de mí, oye mi ruego  
y abre tu puerta al triste, peregrino,  
pues si tú me la cierras, ya ninguna  
tengo a la que llamar con mis nudillos.  
¡Ye tú, a quien basta una palabra sola  
decir: sea, y al punto es tu designio;  
sálvanos a nosotros, que no hay nada  
que pueda resistir a tu albedrío!*

Al oír Al-Amchid las palabras de su hermano Al-Asad, luego prorrumpió en llanto, y, estrechándolo contra su pecho, declamó estos versos:

*¡Ye tú, que tantas veces me salvaste  
y sin tasa me diste tus mercedes!*

Ayúdame esta vez en este aprieto,  
lo mismo que otras veces,  
pues ni una sola resbalé en mi vida  
que Tú a sostenerme no vinieses.

Después de lo cual díjole Al-Amchid al *jasandar*:

—Pidote por Alá, el solo, el victorioso, el rey de los velos, el sabedor de los misterios, que me mates a mí primero que a mi hermano, pues el fuego de mi corazón está ya mortecino y no debes dejar que recobre su brío.

Pero su hermano Al-Asad echóse a llorar al oír aquello y exclamó:

—No lo mates antes que a mí; máta-me a mí primero.

Y entonces su hermano Al-Amchid alzó la voz y dijo así:

—Lo mejor, hermano mío, es que nos abracemos y abrazados esperemos a que el alfanje cercene nuestros cuellos, y de esta suerte ambos moriremos al mismo tiempo.

Abrazáronse, pues, los dos hermanos, juntando sus caras, una contra otra, y luego el *jasandar* los ató fuerte con una recia sogá y dizque, en tanto hacía aquello, no paraba de llorar el viejo.

Desenvainó luego su alfanje y exclamó:

—¡Por Alá, mis señores, que me duele grandemente el haber de daros muerte! Os ruego me digáis si queréis de mí algo en que os pueda servir, que os serviré, o si tenéis algún encargo que hacerme, que con toda lealtad cumpliré vuestra última voluntad, o, en fin, si tenéis algún mensaje que confiarme, que yo lo haré llegar a quien me digáis.

—Necesitar—exclamó Al-Amchid—nada necesitamos ya; pero si te ruego que me pongas a mi hermano Al-Asad debajo de mí y a mi encima de él, para que, al descargar tu acero, me hieras a mí primero. Luego que a ambos nos hayas dado muerte y vuelvas al lado del rey y este te pregunte:

<sup>75</sup> Frase que se repite mucho en el *Corán*.

«¿Qué fue lo último que a ambos les oíste antes de morir?» Tú le dirás así: «Tus dos hijos te envían por mi mano su saludo y te dicen que:—Tú, a la verdad, ignoras todavía si somos inocentes o culpables y diste orden de matarnos sin antes proceder a comprobarlo y ambos hemos muerto sin que llegaras a esclarecerlo.» Luego recitarás estos versos:

«Las hembras son hechura del diablo  
que para nuestro daño las creó;  
yo en Alá busco amparo contra ellas  
como contra Schaitán, el tentador.

»Ellas son la raíz de los desastres  
que afligen, desde tiempo inmemorial,  
a nuestra raza humana, en todo el mundo,  
y de todo pecado y todo mal.»

Luego que acabó de recitar esos versos dijo también Al-Amchid:

—¡Solo te pido que le recites estos versos a mi padre!...

Pero al llegar a este punto de su narración vio Schahrasad venir la mañana y puso coto a sus elocuentes palabras.

## Y LA NOCHE 169 SIGUIÓ DICRIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que el príncipe Al-Amchid dijole al *jasandar*:

—No te pido más sino que le recites esos versos a mi padre, el rey Kamaru-s-Semán, y que aguardes todavía un momento a que le recite a mi hermano estos otros versos.

Y el príncipe rompió a llorar y, en medio de su llanto, empezó a declarar:

—Vamos a hacer un viaje  
que todos tienen que hacer;  
lo mismo grandes que chicos,  
igual antes que después.

Al oír el *jasandar* aquellas palabras de Al-Amchid echóse a llorar con tal pesar que las lágrimas le mojaron la barba.

Cuanto al príncipe Al-Asad también los ojos se le cuajaron de lágrimas y a su vez recitó estos versos:

—Cuando el sino se cumple, siempre espanto  
y nos arranca llanto de los ojos y el alma.  
Pero el sino, sin tregua, sus desafueros trama.  
No somos los primeros que caen bajo su saña.

Pues antes que nosotros la misma suerte aciaga al hijo de Subair segó en edad lozana, y en vez de Amru cayó Jarichah so la espada <sup>76</sup>.

Y a continuación, en tanto las lágrimas le corrían por las mejillas, recitó Al-Asad estos otros versos:

En verdad que las noches y los días  
siempre por su falsía se han distinguido:  
recuerdan el miraje del desierto,  
sus dientes que despiden fiero brillo;  
sus ojos alcoholados, la negrura  
más tétrica y siniestra ha ensombrecido.  
Si pequé contra el mundo que aborrezco,  
solo fue combatiendo al enemigo.

Arreciaron luego sus sollozos y recitó estos otros versos:

<sup>76</sup> Ahdu-l-Lah-ben-Subair era sobrino de Aischa y, habiéndose rebelado contra el jefe Yesid, fue muerto por el famoso Al-Hachach. Jarichah era jefe de la Policía de Fostat, o Cairo el viejo, y lo mataron por haberlo tomado por Amru. El episodio se relaciona con el periodo de las luchas religiosas en los primeros tiempos del Islam. Según Burton, estos versos proceden en parte de una elegía compuesta por Ibn-Abdunul-Andalusi, en el siglo XII, con ocasión de la caída de una de las dinastías musulmanas de España.

¡Ye tú, que por un mundo te lamentas  
indigno de tus lloros, ten presente  
que el mundo es, en verdad, solo una red  
de perdición, que a todos nos envuelve;  
una casa de males, donde es raro  
que la risa resuene,  
sin que vaya seguida muy de cerca  
por el llanto más fuerte;  
sin cuento son sus riesgos, sus azares;  
al cabo todo en humo se convierte.  
Cuántos se engrien con su pompa y fausto  
y todo freno pierden,  
y de pronto se ven de oprobio llenos  
¡y copa mortal beben!  
Pues los tiros del sino, pronto o tarde,  
contra el hombre se vuelven,  
y no hay nadie que pueda estar seguro  
de no ser un juguete de la suerte.  
Deja, pues, este mundo de mentira,  
que para nuestro mal nos entretiene  
con vanos espejismos; sus cadenas  
de anhelos y deseos rompe prudente,  
y mira por tu alma, y tu ambición  
pon en cosas más altas y perennes <sup>77</sup>.

Luego que Al-Asad hubo recitado esos versos estrechó a su hermano Al-Amchid contra su pecho tan fuerte que ambos parecían formar un solo cuerpo.

Y el *jasandar* enarboló su alfanje y se dispuso a descargarlo sobre ambos hermanos. Cuando he aquí que, de pronto, se espanta su caballo y echa a correr por aquellos campos, y era un corcel que valdría mil dinares y llevaba encima jaeces que representaban un capital, por lo que su dueño lo tenía en gran aprecio. Y al verlo correr y alejarse de allí sintió tal emoción que de sus manos el acero soltó y echó también a correr detrás de él... con sus hígados inflamados, y no paró de correr, para atraparlo, hasta que el bruto se metió por una algaba y tras él metióse también su amo por aquella espesura y aquellas jaras.

Y luego que el caballo llegó al corazón de aquella algaba dio en la tierra una patada y levantó una nube de polvo que cubrió el horizonte todo y se

puso a piafar y relinchar y bracear.

Y moraba en aquella algaba un león grande de aspecto espantable y de fiereza indomable; sus ojos despedían centellas y tenía una cara hosca y hurraña, que ponía pavor en quien lo miraba.

Volvió los ojos el *jasandar* hacia donde estaba el león y vio que se dirigía hacia él y se dió por perdido, pues no veía por allí ningún lugar en donde se pudiera refugiar y, además, se había dejado su alfanje atrás.

Y al verse en aquel trance exclamó el *jasandar*:

—No hay fuerza ni poder sino en Alá. ¡El excelso y el grande! Sin duda que la culpa de que me vea en este aprieto la tienen esos dos hermanos Al-Amchid y Al-Asad, que desde un principio este asunto presentó un mal cariz y ahora amenaza con tener mal fin.

A todo esto ambos hermanos, Al-Amchid y Al-Asad, continuaban en el mismo lugar donde los dejara el *jasandar*, aguantando el calor, que apretaba cada vez más, hasta que a ambos les entró mucha sed, una sed tan grande que sus lenguas colgaban fuera de sus bocas y clamaban pidiendo un sorbo de agua, sin que nadie los escuchara. Y decían los dos a una voz:

—Más valiera que nos hubiera matado de una vez y así habríamos acabado ya de padecer.

Pero cualquiera sabe adónde habría ido a parar ese caballo, llevándose tras de sí a su amo, el cual nos dejó aquí abandonados, expuestos al sol y atados de pies y manos.

Mejor habría sido para nosotros que nos hubiera matado sin más requilorios que no tenernos aquí tanto tiempo, padeciendo este tormento.

—Ten paciencia, ¡ye hermano!—dijole Al-Asad—, que puede que Alá (su nombre sea exaltado), nos tenga algo bueno reservado. Que esa fuga del caballo es obra, sin duda, de Alá, que de nosotros

<sup>77</sup> Todos estos versos faltan en la edición de Bulak.

se ha apiadado, y esta sed que nos atormenta es lo malo.

Y el joven sacudió el cuerpo y se retorció con tal fuerza que hizo saltar sus ataduras y quedó libre de ellas, y, luego que así se vio dueño de sus movimientos, desató a su hermano primero y después cogió el alfanje del *jasandar* y dijo a su hermano:

—Por Alá no te muevas de este sitio hasta que yo vuelva, que voy a ver qué es lo que sucede y por qué el *jasandar* no parece.

Pero su hermano quisolo acompañar y ambos procedieron a rastrear la pista del *jasandar*, hasta que llegaron a la algaba y se detuvieron a su entrada, y el uno al otro se dijeron:

—No es posible que el alazán y el *jasandar* hayan salido de este jaral.

Díjole luego Al-Asad a su hermano:

—Quédate aquí y yo me internaré en la algaba y veré qué es lo que pasa.

—No consentiré—contestóle Al-Amchid—que te metas tú solo en ese lugar peligroso; será mejor que vayamos los dos.

Internáronse, pues, en la algaba ambos hermanos y vieron al león, que ya acometiera al *jasandar* y lo postrara en tierra y lo tenía debajo de su cuerpo como si fuera un pajarillo, que lanzaba píos, implorando a Alá y elevando sus ojos a la altura, en demanda de ayuda.

No bien lo vio Al-Amchid en aquella apretura enarboló el alfanje y se fue hacia el león y con el acero lo hirió entre los ojos y lo mató, de suerte que la fiera rodó muerta por tierra.

Levantóse el *jasandar* lleno de asombro y giró la vista en torno y vio a Al-Amchid y a Al-Asad, los hijos de su señor, Kamaru-s-Semán, allí en pie ante él. Echóse a sus plantas el anciano y les dijo a los dos hermanos:

—¡Por Alá, mis señores!, que no he de corresponder a vuestra buena acción matándoos a los dos, sino que, lejos de ello, mi vida estoy dispuesto a dar en alfada de la vuestra, sin vacilar.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

## PERO LA NOCHE 170 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mí noticia, *ye* rey, el afortunado, que el *jasandar* les dijo a Al-Amchid y a Al-Asad:

—Mi alma dará sin pena porque sirva de rescate a la vuestra.

Luego abrazó tiernamente a los dos y les preguntó la razón de que hubieran roto sus ligaduras y aparecido en aquella espesura. Y ellos le explicaron cómo, a impulsos de la sed, hicieron un esfuerzo y rompieron las cuerdas que agarrotaban sus cuerpos, y luego, buscándolo a él, guiados por sus huellas, llegaron a la algaba aquella.

Luego que el *jasandar* hubo oído su relato, dioles gracias a los dos herma-

nos y, en unión de ellos, salió fuera de aquella espesura, y al llegar ya a campo raso, djéronle al *jasandar* los dos hermanos:

—¡*Ye* el emir!, haz con nosotros lo que nuestro padre te mandó.

Pero el anciano exclamó:

—Alá me guarde de acercarme a vosotros para haceros mal. Pero habéis de saber que es mi intención que os quitéis vuestras ropas y os pongáis las mías y yo cogeré la sangre de ese león y llenaré de ella dos frascos, según vuestro padre me ordenó, y me iré a ver al sultán y le diré: «Ya los maté a los dos, según mi señor me mandó.»

Cuanto a vosotros os iréis por esas tierras de Alá, que el mundo es ancho, en verdad. Y sabed, mis señores, que el separarme de vosotros se me hace algo penoso.

Rompieron luego a llorar el *jasandar* y los dos hermanos y el viejo despojólos de sus ropas y les vistió las propias. Después de lo cual se despidió de ellos y regresó a la ciudad. Y no paró de andar hasta llegar a la presencia del sultán, y besó la tierra entre sus manos, y, al mirarlo el monarca, advirtió que traía la cara demudada, que aún le duraba la impresión de lo que le ocurría con el león.

Pensó el monarca que aquello era debido a que venía de dar muerte a sus dos hijos y se alegró en su interior y le dijo:

—¿Cumpliste tu cometido?

—Sí, *mulana*—respondió el anciano. Y acto seguido mostró al soberano los dos cestillos en que metiera las ropas de ambos hermanos y los dos pomos, llenos hasta arriba de la sangre leonina.

Y el sultán preguntóle al *jasandar*:

—¿Qué hicieron ellos y qué encargo te dieron?

—Ambos—dijo el anciano—se mostraron muy pacientes y resignados con lo que les fuera deparado y exclamaron: «Nuestro padre no tiene culpa en lo que hace; lo saludarás de nuestra parte y le dirás: “Tú, ¡ye padre!, eres inocente de nuestra muerte y de nuestra sangre.” Y además te pedimos le recites estos versitos:

“Las hembras son hechuras del diablo,  
que para nuestro daño las creó;  
yo en Alá busco amparo contra ellas,  
como contra Schaitán el Tentador.

Ellas son la raíz de los desastres  
que afligen, desde tiempo inmemorial,  
a nuestra raza humana, en todo el mundo,  
y de todo pecado y todo mal.”»<sup>78</sup>

Al oír el sultán esas palabras de labios de su *jasandar* bajó la cabeza y comprendió que con aquellos versos dábanle a entender sus hijos que les había mandado dar muerte injustamente, y se quedó pensando en las marrullerías de las mujeres y en las calamidades que por su culpa nos vienen y abrió los dos cestillos y se puso a remover las ropas de sus hijos, y en tanto, derramaba un llanto amarguísimo.

Y al registrar las ropas de su hijo Al-Asad encontró en una de sus mangas una carta escrita con la letra de su esposa, la reina Budur, y, juntamente con eso, un mechón de su pelo.

Abrió el rey la carta y la leyó y su sentido comprendió. Y acabó de convencerse plenamente de que su hijo Al-Asad era inocente.

Registró luego el rey las ropas de su hijo Al-Amchid y halló en una manga una carta escrita de puño y letra de su esposa Hayatu-n-Nufús, y a la cual iba unido un rizo de su pelo.

Abrió el rey la carta y la leyó y comprendió que también a su hijo Al-Amchid le había mandado matar sin razón.

Y el monarca juntó sus dos manos y exclamó:

—No hay poder ni fuerza sino en Alá. ¡He aquí que sin razón a mis dos hijos mandé matar!

Púsose luego a darse puñadas en el rostro y a lamentarse a gritos, diciendo:

—¡Ye hijos míos! ¡Ye hijos míos!—sin conseguir más con ello que aumentar su duelo.

Luego mandó labrar un panteón para los dos y le puso el nombre de Casa de las Penas y en cada uno de los dos sepulcros mandó escribir el nombre del difunto. Y se arrojaba sobre la tumba de Al-Amchid y lloraba y gemía y endechaba y recitaba estos versos:

<sup>78</sup> Suprimido en la versión Weil.

—¡Ye luna que te eclipsaste!  
 Por ti lloran los luceros,  
 que en tinieblas se ha quedado,  
 sin ti, todo el firmamento.  
 ¡Ye rama verde y gentil!,  
 que tan pronto te quebraste;  
 mis ojos lloran por ti  
 ahora lágrimas de sangre,  
 al pensar que fui yo mismo  
 quien mandó que te cortasen.  
 Aunque fue solo la culpa  
 de mis celos amorosos,  
 pues no quise que gozasen  
 de tu belleza los otros.

Luego arrojóse sobre el sepulcro de Al-Asad y rompió en llanto y suspiros y gemidos, y recitó estos versos:

—No fue mi culpa, fue el sino,  
 quien de tu muerte dispuso,  
 y ahora el pesar me consume,  
 todo lo veo de luto,  
 y eso que el mucho llorar  
 blancos los ojos me puso <sup>79</sup>.  
 La vida con odio miro,  
 y no tengo otra esperanza  
 que ir a reunirme contigo,  
 allí donde todo acaba.

Y cuando hubo él acabado de recitar esos versos aislóse de todos sus amigos y deudos y se recluyó en la que él

llamaba Casa de las Penas y cortó toda comunicación con el mundo de fuera <sup>80</sup>.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a los dos hermanos, Al-Amchid y Al-Asad, caminaron ambos por los campos y no pararon de andar hasta que llegaron a una montaña de cuarzo negro que, al parecer, no tenía término.

Dividiase en dos el camino al pie de aquella montaña, y uno de ellos subía muy pino hasta lo alto y la atravesaba; siguiéronlo ellos y estuvieron andando por espacio de cinco días, sin lograr verle el fin ni saber adónde los conduciría, hasta que al cabo los rindió el cansancio, que no estaban hechos a caminar tanto ni por yebalas <sup>81</sup> ni por tierra llana, y desesperando, finalmente, de poder seguir adelante, volviéronse atrás y decidieron seguir el otro camino, que ya queda dicho.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y puso freno a sus no sofrenadas palabras.

## Y LA NOCHE 171 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, ye monarca, el afortunado, que Al-Amchid y Al-Asad, los dos hijos del rey Ka naru-s-Semán, luego que dejaron el camino que subía monte arriba y tomaron el otro que bordeaba la orilla, estuvieron andando todo aquel día, hasta que, al fin, la noche fue venida.

Sintióse entonces Al-Asad rendido de tanto andar y le dijo a su hermano:

—Hermano mio, yo no puedo ya an-

dar más, que estoy rendido de tanto caminar.

Y su hermano Al-Amchid le dijo a su vez:

—¡Ye hermano mio!, no te des por vencido, que acaso algún bien de parte de Alá nos venga de camino.

<sup>79</sup> Alusión a la sura XII, versículo 84, del *Corán*, donde se dice que, de tanto llorar por su hijo José, se le volvieron a Jacob los ojos blancos.

<sup>80</sup> En el *Libro de Kalila y Dimna* léese de un rey de la India que, habiendo oído cierto razonamiento desagradable, «hubo gran pesar e levantóse e fuése para la casa que tenía apartada para sus tristezas e para pensar en los acaescimientos del mundo y a la que llamaban Casa de las Penas». Capítulo XI del *Rey Cederano y de su alguacil Belet y de su mujer Helbed*.

<sup>81</sup> Regiones montañosas.

Siguieron ambos caminando cosa de una hora y Al-Asad iba ya tan cansado que más no podía estarlo. Y le dijo a su hermano:

—Hermano mío, yo estoy tan cansado que no puedo ya dar un paso.

Y dicho que hubo aquello echóse en el suelo y empezó a llorar. Cargóse a cuestas su hermano y siguió caminando, y una hora andaba y otra descansaba, hasta que al fin alboreó el alba.

Entonces, aliviado ya de su fatiga Al-Asad, echó pie a tierra y tornó a caminar al lado de su hermano y ambos treparon monte arriba, hasta llegar a su cima, donde encontraron una fuente de la que manaba agua corriente y junto a ella había un granado y un *mihrab*<sup>82</sup> y ambos hermanos sintieron tal asombro que no daban crédito a sus ojos y se sentaron cabe aquella fuente y de su agua bebieron y del fruto del granado comieron y después en la tierra se tendieron y allí durmieron hasta que salió el sol; y entonces se levantaron y en la fuente se lavaron y se bañaron y comieron del fruto del granado; y luego volvieron a tenderse y dormidos se quedaron y durmiendo estuvieron hasta la hora de la zalá del mediodía.

Y entonces se levantaron con intención de reanudar su marcha; pero Al-Asad no podía caminar, porque tenía los pies hinchados; así que decidieron seguir allí y así lo hicieron y tres días permanecieron en aquel lugar hasta que ya Al-Asad pudo de nuevo caminar.

Siguieron caminando los dos por lo alto del monte durante varios días, hasta que les hubo de apretar la sed, y cuando ya no podían más, divisaron a lo lejos una ciudad. Cobraron nuevos ánimos y enderezaron a ella sus pasos y luego que se acercaron más dieron

gracias a Alá. Y le dijo Al-Amchid a Al-Asad:

—Hermano mío, siéntate aquí y aguarda a que yo vaya a ver qué tal es esa ciudad y qué gente la habita y todo lo demás.

—Por Alá—exclamó Al-Asad—, que he de ser yo quien vaya allá y no tú, hermano mío, pues si hay algún peligro quiero correrlo yo y dar mi vida por la tuya, si es preciso.

Y Al-Amchid le dijo:

—Está bien; ve tú allá y yo te aguardaré, pero no me hagas esperar.

Bajó, pues, del monte Al-Asad en dirección a la ciudad, y su hermano quedó solo, esperándolo.

Despidióse de él su hermano Al-Asad y, tomando consigo unos dinares, echó a andar y no paró de andar hasta llegar al pie del monte y luego anduvo más, hasta entrar en fin en la ciudad, por cuyas calles empezó a vagar.

Y en el curso de sus andanzas topóse con un hombre, que era un anciano cargado de años y con una barba tan larga que hasta el pecho le llegaba y en dos ramales se bifurcaba. Andaba el anciano apoyándose en un báculo, y vestía un traje suntuoso y se tocaba la cabeza con un gran turbante rojo.

Al verlo Al-Asad maravillóse de su lujosa traza y de toda su facha, y se adelantó hacia él y lo saludó con el *selam* y le preguntó:

—¿Por dónde se va al zoco, ye mi señor?

Al oír el *scheij* esas palabras sonrióse y le respondió:

—¡Ye, hijo mío, hartó se ve que eres algo vivo!

A lo que respondióle Al-Asad:

—Así es en verdad, ye mi señor; algo vivo soy, tío mío.

Y el anciano exclamó:

—Según eso dejaste tu tierra por venir a la nuestra. Pero dime, buen mozo: ¿para qué quieres saber dónde está el zoco?

<sup>82</sup> Oratorio. Probablemente moraría allí algún asceta.

—¡Ye tío mio!—respondió Al-Asad—, has de saber que yo tengo un hermano, al que dejé en el monte aguardando, y venimos caminando desde nuestro país lejano, y ya llevábamos tres meses de marcha, cuando columbramos esta ciudad y yo me vine acá, con el fin de comprar algunas viandas y volverme con ellas a donde mi hermano me espera y comer un poco para reponer nuestras fuerzas.

—Hijo mio, alégrate el alma—dijole el anciano—, que no puede ser más oportuna tu llegada, pues has de saber que yo celebro hoy en mi casa una boda y tengo invitados a muchos amigos y conocidos y para obsequiarlos he hecho acopio de todo cuanto puede despertar el apetito y halagar el paladar más exquisito. De suerte, pues, que si eres gustoso en venir a mi casa conmigo, yo te daré cuanto se te antoje, sin que por ello precio alguno te cobre, y de pasada te informaré sobre cuanto de esta ciudad deseas saber. Y loado sea Alá que te puso en mi camino y no en el de ningún otro vecino.

A lo que Al-Asad le contestó:

—Acepto agradecido tu invitación.

Cogió luego el anciano al joven de la mano y enderezó con él sus pasos hacia una calleja estrecha y, en tanto caminaba, sonreíasele en la cara y decía:

—¡Loado sea, hijo mío, Aquel que te salvó de las manos de estos vecinos!

No paró el anciano de andar, llevándolo consigo a Al-Asad hasta que entró en una casa muy espaciosa y amplia y en la que había una sala, donde estaban sentados cuarenta ancianos, muy cargados de años, formando corro en torno a un brasero encendido, y los cuarenta ancianos lo festejaban y lo reverenciaban.

Erizósele el vello a Al-Asad al ver aquello, aunque no comprendía el sentido de esos extraños ritos. Y el anciano les dijo a sus amigos:

—¡Ye ancianos del fuego, qué día este tan bendito!

Luego dio un grito, diciendo:

—Hola, Gazbán; ven acá.

Acudió en seguida un esclavo negro de cara atravesada y de nariz chata y cabeza colgante y aspecto siniestro y repugnante. Hizole el anciano una seña al esclavo y este se echó sobre Al-Asad y lo maniató sin más. Después de lo cual dijo el anciano al esclavo:

—Cógelo y llévatelo a la sala subterránea y déjalo allí y dile a la esclava fulana que le aplique el tormento y día y noche lo tenga sufriendo, sin más alimento que un mendrugo de pan, hasta que llegue el momento de emprender el viaje al Mar azul y a la Montaña del Fuego, donde lo sacrificaremos.

Asió el esclavo, pues, a Al-Asad y bajó con él a la sala soterraña y se lo entregó a la esclava, la cual, en el acto, procedió a atormentarlo, y diole el primer día tan solo un pan y otro la noche primera por todo alimento y una alcuza de agua salobre por toda bebida, y dos veces al día, por la mañana y por la tarde, entraba allí la esclava a llevarle su ración cotidiana y luego se iba y lo dejaba solo en la sala.

Demás de esto, todos los días lo tundía a palos, golpeándolo con tal saña que el joven se desmayaba y al volver en sí lloraba recordando su dicha pasada y el poder y el señorío real de que antaño gozara.

Y rompió a llorar y a suspirar y, en medio de su duelo, recitó estos versos:

—Detente en los umbrales de la casa,  
pregunta por nosotros,  
y te dirán que en ella no vivimos,  
como en aquellos tiempos tan dichosos.  
A los que antaño cobijó su techo,  
lanzó el sino envidioso  
a vagar cada cual por su camino,  
en amargo destierro, doloroso.  
De mi vida pasada la alegría,  
en llanto se trocó, largo y copioso;



el bienestar volviere sufrimiento,  
 cambiaron las facciones de mi rostro.  
 ¡Ye, cuándo querrá Alá compadecido  
 reunir de nuevo a todos,  
 y poner fin de nuestro largo exilio  
 al tormento horroroso!

Luego que acabó Al-Asad de recitar estos versos alargó su mano y dio con el pan y la alcuza de agua salobre, y comió un cacho de pan y bebió un sorbo de agua y toda aquella noche la pasó en vela, hasta que amaneció la mañana, porque los enjambres de chinches y los piojos que allí había dormir no lo dejaban.

Luego que amaneció la mañana, bajó al sótano la esclava y le quitó sus ropas, que en sangre estaban bañadas, y tan pegadas a su cuerpo que, al tirar de ellas, le arrancaba túrdigas de pellejo, y dizque el cuitado se encontraba de hierros cargado y lejos de todos sus amigos y deudos queridos.

Y Al-Asad se acordó de su hermano y de su antiguo poderío y mando...

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

## PERO LA NOCHE 172 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, ye el sultán, el bienhadado, que Al-Asad se acordó de su hermano y del poder de que gozara antaño.

Y rompió en llantos y suspiros y gemidos y en medio de sus lamentos recitó estos versos:

—Olvida el mundo y deja  
 que siga su camino;  
 cuando menos lo pienses,  
 quizá sonría el sino;  
 que de suyo es voluble,  
 cambiando siempre está,  
 y estira lo encogido  
 y al revés, mas sin plan.  
 El mundo se gobierna  
 por divino poder;  
 ¡Dios todo lo dispone;  
 dirígete a El!

Y luego recitó también estos otros versos:

—Con paciencia, ¡ye Alá!, yo me someto  
 y acato tus designios,  
 y sin chistar aguantaré el tormento,  
 aunque me quemén vivo.  
 Pero no obstante, pues piadoso eres,  
 librame, te suplico,  
 de estos malvados que sin causa alguna  
 me llevan al suplicio.  
 Solo en ti mi esperanza, Alá, yo pongo,  
 ya que eres el señor de los destinos.

Luego que acabó Al-Asad de recitar esos versos bajó al sótano la esclava y se puso a fustigarlo con tal fuerza que el joven volvió a desmayarse.

Y al recobrar luego el sentido encontróse bañado en sangre, que de los costados le manaba, y lejos de aquellos que amaba.

Y rompió a llorar de nuevo y acordóse con dolor de su hermano y recordó los esplendores de su antiguo estado.

Y tornó a llorar y lamentarse y dolerse de su suerte, y vertía ríos de lágrimas, en tanto estos versos recitaba:

—¡Ye destino cruel, dame una tregua;  
 deja de atormentarme,  
 que, ya con lo que llevo yo sufrido,  
 podías contentarte!  
 Tanto sufrí que aquel que más me odiara  
 lo juzgaría bastante  
 para curar su bilis corrompida  
 y refrescar su sangre.  
 Sufro destierro, cárcel, malos tratos,  
 sin que me acorra nadie;  
 que todo el que se acerca a mí tan solo  
 lo hace para hostigarme.  
 Lo mismo que las nubes vierten agua,  
 mis ojos incansables  
 llanto derraman sin que apagar logren  
 el fuego que en mí arde.

Y en soledad terrible me consumo,  
rumiando mis pesares,  
¡y esperando un día y otro que alguien venga  
y de esta tumba tétrica me saque!

Y esto es todo por ahora lo referente  
al asunto de Al-Asad.

Cuanto a su hermano Al-Amchid  
permaneció este esperando a su herma-  
no hasta que el día fue mediado y, al  
ver que su hermano no parecía por  
allí, entróle gran inquietud y zozobra y  
empezó a derramar lágrimas copiosas.

Y empezó a gritar:

—¡Guay de mi hermano! ¡Guay de  
mi amigo! Ea, ya sucedió lo que yo  
temía.

Y en tanto las lágrimas corríanle por  
sus mejillas, bajó Al-Amchid del monte  
y, con rápido andar, encaminóse a la  
ciudad.

Llegado que hubo a ella metióse por  
sus calles y empezó a vagar de este al  
otro lado, tratando de inquirir noticias  
de su hermano. Y en el curso de sus  
andanzas encontróse con un musulmán  
que era alfayate y estaba sentado en su  
tienda; sentóse a su lado el joven y lo  
saludó con el *selam* y le contó toda su  
historia, sin nada ocultar. Y luego de  
oírlo el sastre, le dijo:

—Como tu hermano haya caído en  
manos de algunos de estos magos, difi-  
cil será que vuelvas a hallarlo. ¡Ojalá  
y el Piadoso se digne evitarlo!

Y después añadió:

—¡Ye hermano mio!, ¿no querrias,  
por ventura, venir a mi casa conmigo?

—Cierto que sí—respondió Al-A-  
chid.

Holgóse mucho de oírlo el alfayate y  
lo llevó consigo a su casa, donde lo  
tuvo varios días como huésped y trató  
de consolarlo e infundirle ánimos y  
paciencia y le enseñó su oficio, hasta  
que se hizo en él un maestro cumplido.

Y ocurrió cierto día que Al-Amchid  
salió y se dirigió a la orilla del mar y  
se lavó sus ropas y luego fue al *ham-  
mam* y se bañó y se vistió de limpio y

luego salió y fue a pasear por la ciu-  
dad.

Y en el curso de su paseo acertó a  
encontrarse con una mujer bella y gar-  
bosa, de esbelto talle y armoniosas for-  
mas, tan cumplida y cabal, que no  
podía haber en el mundo otra igual <sup>83</sup>.

Y la mujer, al verlo, dejó caer de su  
rostro el velo y le hizo al joven un  
guiño por debajo de su entrecejo y lo  
enredó en la malla de sus miradas, de  
suerte que Al-Amchid sintió que juga-  
ba con él la mano del amor, y, hacién-  
dole una seña a la desconocida, recitó,  
emocionado, esta poesía:

—Es un rosal florido su mejilla;  
mas defendido está  
por unos ojos que certeros lanza  
una flecha mortal.  
Un pico de su velo alzó tan solo  
y ya perdí la paz;  
que en mi vida portento semejante  
logré yo contemplar.  
Para volverme loco bastaría  
con solo ese lunar,  
que luce en su mejilla como un astro  
refulgente y fatal.

Al oír la desconocida aquellos versos  
de Al-Amchid lanzó un suspiro y, mi-  
rando al joven con coquetería, recitó  
esta poesía:

—¡Ye joven bello y airoso,  
con la noche en los cabellos  
y la mañana en los ojos!  
Ye joven que un dios semejas,  
en idólatra conviertes  
a todo el que te contempla.  
No es raro que en mis entrañas  
arda el fuego, que a los dioses  
reverencial es la llama.  
Tu esclava soy; si te place,  
véndeme, mas yo te ruego  
que no me vendas de balde.

Luego que oyó Al-Amchid las pala-  
bras de la desconocida, le dijo:

<sup>83</sup> Se trata de la clásica *tapada* que aquí  
resulta la no menos clásica buscona. Este paso  
es muy interesante como pintura de costumbres,  
de malas costumbres.

—¿Quieres venir conmigo o prefieres, por el contrario, que sea yo quien vaya contigo?

Bajó ella la cabeza avergonzada al oírlo y murmuró aquellas palabras del sagrado libro:

—«Los hombres están por encima de

las mujeres, en razón a que Alá aventajó <sup>84</sup> a unos sobre otros.»

Entendió luego el joven la indirecta...

Sorprendió aquí a Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

## PERO LA NOCHE 173 SIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Me consta, *ye* monarca, el afortunado, que Al-Amchid entendió la indirecta de la mujer y comprendió que ella prefería seguirlo a su casa.

Echó, pues, a andar delante, sin saber adónde encaminarse, pues le daba vergüenza presentarse con ella en casa del alfayate.

Y empezó a caminar sin rumbo fijo, por la ciudad, llevando a la mujer detrás, y fue de calle en calle y de lugar en lugar, hasta que al cabo vino a hallarse en su final, sin haber conseguido ninguna utilidad. Detúvose entonces el joven y se puso a otear y exclamó:

—No hay fuerza ni poder sino en Alá.

Volvió luego los ojos y vio al fondo de una calle una puerta muy grande, con dos marmolillos delante; estaba la puerta cerrada y Al-Amchid sentóse en uno de aquellos poyos y la mujer se sentó en el otro. Y la mujer le preguntó:

—¿Qué es lo que aguardas, mi señor?

Bajó el joven la cabeza y posó la vista en la tierra. Luego tornó a alzarla y le dijo a la muchacha:

—Aguardo a mi esclavo, que es el que tiene la llave de la casa, y le di orden de que fuera a buscarme de comer y beber y me lo trajera acá, en tanto yo salía del *hammam*.

Aguardó, pues, la mujer otro rato y díjole al cabo:

—¡*Ye* mi señor! Tu esclavo no llega y se hace tarde y estamos aguardándolo en mitad de la calle.

Y así diciendo la joven se levantó y cogió una piedra y se acercó a la puerta.

Y Al-Amchid le dijo:

—No te alborotes, ten paciencia; a ver si el esclavo llega.

Pero ella no le hizo caso, sino que con la piedra le dio un golpe al alamud de madera que defendía la puerta y la hizo saltar en dos, de suerte que la puerta se abrió.

Y Al-Amchid exclamó:

—¿Qué locura fue esa que te dio?

Pero la joven se encogió de hombros y le dijo:

—¿Qué andar con melindres, mi señor? ¿No es esta tu casa y tu morada? ¿Por qué estás ahí quieto y no pasas?

—Es—respondióle Al-Amchid—que no había por qué romper el alamud.

Pero la muchacha, sin prestarle oídos, entróse en la casa y, visto que Al-Amchid no la imitaba, volvióse a mirarlo y con zalamería le dijo:

—¡Anda y entra conmigo, luz de mis ojos, corazoncito mío!

A lo que Al-Amchid contestó:

—Oigo y obedezco. Pero es el caso —añadió—que mi criado se tarda y no

<sup>84</sup> Corán, sura IV *An-Nisa* (Las mujeres), aleva 38.

sé si habrá hecho o no lo que le encar-  
gué.

Pero así diciendo pasó Al-Amchid adentro, temiendo por si había gente en la casa, y vino a encontrarse en un salón hermoso y grande, con cámaras a un lado y a otro y altos almadrages, forrados de seda y de brocado, y en el centro de aquel salón había una fuente con su surtidor, de traza muy bella, y a su lado se veía una bandeja con cosas de comer, cubierta por un mantel de cuero y unos platos con fruta y flores de olor, y dizque aquellos platos estaban de pedrería incrustados.

Y había también a su lado copas y vasos y un candelero con una sola vela. Y todo aquel lugar alfombrado de ricas *alcatifas*<sup>85</sup> y en él se veían mesas y sillas y en cada una de las sillas había tendido un traje completo con un bolso lleno de plata y oro.

Y en una palabra: que en cada pormenor se advertía la riqueza que el dueño de la casa poseía.

Luego que Al-Amchid vio aquello quedóse perplejo y para sus adentros se dijo: «¡Soy hombre perdido! ¡En verdad de Alá somos y a El hemos de volver!»

Pero la muchacha, luego que vio el interior de la casa, púsose muy contenta y, volviéndose a Al-Amchid, le dijo:

—¡Por Alá, mi señor, que tu criado cumplió a satisfacción tu encargo! Porque ya ves cómo barrió el salón y los manjares aderezó y la fruta escogió, y, a la verdad, que llegamos en buena sazón.

Pero Al-Amchid no le contestó, que estaba inquieto y temeroso por la gente que pudiera haber en la casa, y la muchacha, al verlo tan mohino, le dijo:

—Pero, corazoncito mío, ¿qué es lo que tienes? ¿Por qué no te pones alegre?

Y después lanzó un suspiro y llegóse

a él y le dio un beso tan fuerte que sonó como el crujido de una nuez, y exclamó:

—¡Vaya, señor, no te apures! Si es que tenías aquí una cita con otra, no pases pena; que yo el talle me ceñiré y a los dos os serviré.

Echóse a reír Al-Amchid, al oírla, con una risa sarcástica, y luego se sentó, diciéndose para sus adentros: «Como acierte a venir el dueño, me voy a ver negro.»

Pero la mocita fue y se sentó a su lado y se puso a loquear y reír, en tanto Al-Amchid seguía taciturno y preocupado y en su interior pensaba: «Seguramente de un momento a otro vendrá el dueño de la casa. ¿Y qué voy a decirle? De fijo que me mata y perderé la vida por una bobada.»

Levantóse luego la muchacha y se arremangó los brazos y tomó un plato con manjares y se lo llevó a Al-Amchid y se lo puso delante y ella empezó a comer, diciéndole a él:

—¡Anda, amor mío, come tú también!

Y el joven se acercó y comió; pero dizque le costaba trabajo pasar el bocado, pues seguía sobresaltado y no hacía más que mirar a la puerta, en tanto que la muchacha comía con todo desparpajo, hasta que ya no quiso más y se levantó y fue por los postres y se atracó de fruta, de la fresca y de la seca.

Después de lo cual fue por el servicio del vino y llenó de este una copa y se la ofreció a Al-Amchid, el cual la tomó de su mano y diciéndose para su ánimo: «¡Ye y como venga el dueño de la casa y nos vea!»

Y no hacía el cuitado más que mirar a la puerta.

Y hete aquí que, estando así, se presenta de improviso el dueño de la casa, que era un esclavo blanco y uno de los principales personajes de aquella ciudad, como que era el caballero ma-

<sup>85</sup> Alfombra. Del árabe *Al-Katifa*.

yor del sultán. Y tenía aquella casa reservada para su solaz y recreo y para dilatar su pecho y expansionarse sin testigos, a solas con sus íntimos amigos.

Y tenía aquel día citado allí a un mocito a quien amaba y para observar lo que había preparado aquella alifara.

Y el nombre de aquel esclavo era Bahadur<sup>86</sup> y era hombre de mano abierta, generoso y rumboso, que prodigaba las azadacas<sup>87</sup> y los favores entre los necesitados y los pobres.

Y Bahadur, el dueño de aquella casa, dirigióse a aquella sala en que los jóvenes estaban y halló abierta la puerta y se entró por ella, pasito, pasito, y metió la cabeza y alargó la nariz y vio a Al-Amchid y a su amiga, que a la sazón comían de la fruta y del vino bebían.

Tenía en aquel preciso instante Al-Amchid la copa en la mano y la vista fija en la puerta del cuarto. Y al encontrarse sus miradas con las del dueño de la casa cambió su cara de color y por todo el cuerpo le corrió un temblor.

Al ver lo Bahadur y notar que se había demudado y turbado, hizole una seña llevándose a su boca sus dedos, como indicándole que guardara silencio, y saliese a su encuentro.

Dejó Al-Amchid la copa y dispúsose a obedecerlo. Y la joven le preguntó al ver aquello:

—¿Adónde vas, mi dueño?

Movió él la cabeza y le hizo una seña a la muchacha, dándole a entender que iba a hacer aguas.

Desde que a Bahadur viera parado en la puerta comprendió en seguida que era el dueño de la finca, así que

se dirigió a él aprisa y besó la tierra entre sus manos y luego le dijo, todo aterrado:

—¡Ye mi señor, no me castigues sin antes oírme!

Y acto seguido le contó cuanto le había ocurrido, desde el principio hasta el fin, sin nada omitir.

Luego que Bahadur oyó la relación del joven y supo cómo era hijo de rey, tuvo piedad y compasión de él y le dijo:

—¡Oye bien mis palabras, hijo mío, y haz lo que te digo, que si lo haces así, nada tendrás que temer de mí! Pero si no lo hicieres, ten por seguro que te daré la muerte.

—Mándame lo que quieras—contestóle el joven—, que en todo te obedeceré y en tu nobleza fiaré.

—Vuélvete a la sala—ordenóle Bahadur—y siéntate en el mismo sitio en que sentado estabas y no temas nada; yo entraré luego tras de ti, y cuando me veas entrar, te vienes hacia mí y me insultas y pegas y me increpas, diciendo: «¿Cómo es que vienes tan tarde?» Yo te daré mis excusas, pero tú no querrás escucharme y seguirás pegándome más recio que antes, y si te diese lástima de mí y no pegases recio, como me llamo Bahadur que daré orden de matarte. Y ya que estás enterado, vuélvete a entrar en el cuarto y siéntate en él descuidado.

Besóle el joven a Bahadur la mano y penetró en la sala y dizque llevaba la cara colorada.

Y lo primero que hizo al entrar fue decirle a la muchacha:

—¡Ye señora mía, esta es una noche bendita!

—Celebro mucho que así sea—respondió ella.

Y Al-Amchid le explicó:

—Has de saber, ye mi señora, que llegué a temerme que mi esclavo Bahadur me hubiese hurtado unos alhaites de perlas, cada uno de los cuales repre-

<sup>86</sup> Nombre persa, que a la letra significa bravo. La edición de Bulak, que omite la mayoría de los pormenores del episodio, escribe Behader, lo que, según Burton, representa una grafía desfigurada por los turcos.

<sup>87</sup> Limosnas. Voz árabe romanceada.

senta un valor de diez mil dinares; estaba preocupado y por eso salí de aquí y me fui a buscarlos y he tenido la suerte de hallarlos en el mismo sitio en que los había dejado. Lo que no me explico ahora es por qué mi esclavo Bahadur tarda tanto y a fe que, cuando vuelva, he de castigarlo.

Tranquilizóse la muchacha con aquellas palabras, y ambos se pusieron a retozar y beber mano a mano y expansionar el ánimo y así estuvieron de holgorio y diversión hasta cerca de la puesta del sol.

Entró entonces en la sala Bahadur y dizque había cambiado de traje y ceñiéndose una faja al talle y calzado sus pies con sendos *sarnubos*<sup>88</sup> a la manera de los mamelucos. Y al entrar en la sala saludó a todos y luego se cruzó de brazos y quedóse allí parado y en silencio sin levantar la vista del suelo, como aquel que sabe que ha cometido un yerro.

Mirólo Al-Amchid con ojos airados y lo increpó diciendo:

—¿Cuál es la causa de que vengas tan tarde? ¡Ye mameluco de nefasto augurio!

—¡Ye mi señor!—respondióle Bahadur—. Haz cuenta que estuve lavándome el traje y además no sabía que madrugaras tanto, pues la cita que tenías no era para durante el día, sino para cuando la noche ya fuera venida.

—¡Mientes!—gritóle el joven con gran brusquedad—, esclavo de mal agüero. ¡Y por Alá que te he de castigar!

Y Al-Amchid levantóse en el acto y derribó en tierra al esclavo y enristró un palo y empezó a pegarle, pero flojo, que no sentía contra él enojo.

Saltó la joven de su asiento al ver aquello y le quitó a Al-Amchid el palo de la mano y empezó a arrearle fuerte a Bahadur, hasta que aquel no pudo más y rompió a llorar y lanzó gritos,

implorando piedad con voz entrecortada, pues los dientes le castañeteaban.

Acudió Al-Amchid en su ayuda y le dijo a la joven:

—¡No le des tan fuerte al pobre!

Pero aquella repuso:

—Déjame que le pegue con ganas y así desahogue mi rabia.

Pero Al-Amchid quitóle el palo de las manos y la apartó, alejándola del esclavo.

Levantóse entonces Bahadur y se entregó el llanto que le corría por las mejillas y permaneció una hora en pie en actitud solícita. Procedió luego a aljofifar<sup>89</sup> la sala y encendió los candiles para alumbrarla, y, cada vez que entraba o salía, la muchacha le pegaba y lo maldecía, por lo que Al-Amchid se enfurecía y le decía:

—Por Alá, deja a mi mameluco en paz, que ya está arrepentido y no lo volverá a hacer más.

Estuvieron ambos jóvenes comiendo y bebiendo hasta medianoche, y a esta hora el supuesto esclavo se sintió cansado y se tendió en medio del cuarto y se quedó dormido y empezó a resollar y roncar con mucho ruido<sup>90</sup>.

Y la joven, que ya estaba borracha, dijo a su amigo:

—Coge ese alfanje que está ahí colgado y córtale la cabeza a ese esclavo, y ten cuidado, que si no lo haces así, te la cortaré yo a ti.

—Pero ¿por qué—exclamó Al-Amchid—te ha entrado ese capricho de que yo mate a mi esclavo Bahadur?

—Pues porque—contestóle ella—si no lo haces así, no tendré la fiesta completa. Y ya lo sabes: que lo haré yo si tú no lo haces.

—Por Alá—exclamó Al-Amchid—, te

<sup>89</sup> Del árabe *chaffeta*, que cita Pedro de Alcalá en su glosario.

<sup>90</sup> Es de notar este rasgo masoquista de Bahadur, que gusta de ser apaleado, y después de la paliza, pasada la crisis, se duerme como un bendito.

<sup>88</sup> Especie de calzado basto.

imploro, no llesves a cabo tu propósito.

Pero la joven no hizo caso de tales palabras, sino que repuso:

—¡No tengo más remedio que matar a ese mameluco!

Y acto seguido se levantó de su sitio y descolgó el alfanje y lo desenvainó y se dispuso a matar a Bahadur.

Al ver aquello, díjose Al-Amchid para sus adentros: «Ese hombre es un hombre bueno que nos ha tratado con mucha generosidad y deferencia, hasta el punto de hacerse pasar por mi mameluco; ¿cómo es posible que yo le dé ahora un pago tan horrible? ¡Por Alá que así no será!»

Y encarándose con la muchacha le dijo:

—Puesto que ha de morir sin remisión, más derecho que tú tengo a matarlo yo.

Y quitándole de la mano el acero enristrólo en la suya y lo descargó sobre la joven y le cortó el cuello, separándole la cabeza del cuerpo. Y al saltar la cabeza, rodó y fue a darle al dormido Bahadur, y este se despertó y se incorporó y de par en par los ojos abrió. Y vio a Al-Amchid que aún empuñaba en su mano el alfanje, cuya hoja aparecía manchada de sangre.

Posó luego la vista en la muchacha y vio que estaba muerta, tendida en tierra. Preguntó entonces a Al-Amchid qué había sucedido y el joven se lo contó todo y le dijo:

—Se había empeñado la infame en que yo había de matarte y esta es la pena que merecía la culpable.

Levantóse luego Bahadur y besóle la cabeza a Al-Amchid y le dijo:

—Que Alá te perdone. Ya no queda más sino sacar de aquí el cadáver y así lo haremos en seguida antes que la mañana sea venida.

Acto seguido, apretóse Bahadur la faja y levantó el cadáver de la muchacha y lo envolvió en unos trapos e hizo con todo un fardo y se lo cargó a

cuestas y le dijo a Al-Amchid en tanto se dirigía a la puerta:

—Tú eres aquí forastero y nadie te conoce; puedes seguir aquí sin miedo y aguardar mi regreso hasta la salida del sol, y ten por cierto que, si vuelvo, te he de prodigar mi favor y he de hacer cuanto esté en mi mano por averiguar el paradero de tu hermano.

Pero si el sol saliere y yo no volviera, ten por seguro que se cumplió mi suerte. Y no te digo más, sino *selam*.

Y desde ahora te nombro mi heredero y te lego esta casa, con todo cuanto hay en ella, así de dinero como de ricas telas.

Luego de proferir esas palabras, cargó Bahadur con su fardo y salió de la casa y atravesó los zocos con su carga y se encaminó a la orilla del mar salado, con la intención de arrojarla de allí.

Pero al llegar cerca de la marina vio venir al gualí de la almedina en unión de los dos regidores y no pudo rehuir su encuentro; conociéronle luego y se asombraron de verlo y lo pararon y abrieron el fardo y descubrieron el cadáver de la joven que iba dentro y entonces lo detuvieron y lo prendieron y lo tuvieron el resto de la noche cargado de grilletes de hierro.

Y luego que amaneció la mañana lleváronlo, en compañía de su fardo, ante el sultán e informaron a este de todo lo ocurrido, y el sultán montó en cólera al oírlo y, encarándose con el cuitado, le dijo:

—¡Guay de ti! ¿Conque tienes costumbre de matar a la gente y echar luego al mar los cadáveres de tus víctimas, quedándote con todo lo que poseían? Pues bien, confiesa: ¿Cuántas muertes hiciste antes de esta?

Bajó Bahadur la cabeza...

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

## PERO LA NOCHE 174 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que Bahadur bajó la cabeza ante los reproches del sultán y que este, alzando el grito, le tornó a increpar y le dijo:

—¡Guay de ti! Dime: ¿quién mató a esta joven?

—*¡Ye mi señor*—contestó Bahadur—, yo fui quien la mató! ¡Pero solo en Alá, el Excelso, el Grande, residen el poder y la fuerza!

Irritóse el sultán al oír aquello y mandó que lo ahorcasen sin más dilación.

Y esto es por ahora todo lo referente al asunto de Bahadur, el mameluco.

Cuanto a Al-Amchid luego que amaneció y salió el sol y no vio volver a Bahadur, dijose con la mente perpleja: «¡Solo en Alá residen el poder y la fuerza! ¿Qué le habrá sucedido a mi amigo?»

Y hete aquí que, en tanto revolvía en su mente tales pensamientos, oyó que por la calle gritaba el pregonero:

—¡Alegraos, buena gente; que hoy a mediodía ahorcan a Bahadur!

Al oír Al-Amchid tal pregón rompió a llorar y exclamó:

—¡De Alá somos y a El volveremos! Por salvarme a mi va él a morir, siendo yo quien maté a la muchacha. Mas por Alá que eso no será.

Y acto seguido se levantó y salió de la casa, dejándola cerrada, y cruzó la ciudad hasta llegar a donde Bahadur estaba, y, plantándose delante del gualli, hablóle así:

—*¡Ye mi señor*, no mates a Bahadur, que es inocente de esa muerte, que fui yo quien a la muchacha maté!

Luego que tal oyó el gualli cogió a Bahadur y a Al-Amchid y marchó con

los dos a presencia del sultán, su señor, al cual comunicó lo que el joven dijera en su espontánea declaración.

Volvió el sultán sus ojos hacia el joven y le dijo:

—¿Eres tú, en verdad, el asesino?

—Sí—respondió Al-Amchid.

—Cuéntame, pues—le dijo el sultán—, por qué la mataste y dime la verdad.

—*¡Ye ilustre monarca!*—respondióle el joven—. Lo que a mí me ha ocurrido es un caso peregrino y un lance inaudito, que, si se escribiera con una aguja en el rabillo del ojo, daría materia de meditación para los que son capaces de reflexión.

Y Al-Amchid luego contóle al monarca todo cuanto les ocurriera a él y a su hermano, desde el principio hasta el fin, sin nada omitir.

Maravillóse el rey grandemente al oírlo y dijo:

—Ya veo, mocito, que no hay en ti delito... Pero ahora me vas a decir: ¿No querías ser mi visir?

—Tus palabras son órdenes para mí—respondió el joven.

Luego obsequió el rey a él y a Bahadur con sendos trajes de honor, de subido valor. Y le asignó a su nuevo visir una casa a la altura de su importancia y criados que le sirvieran como el caso mandaba y lo colmó de honores y de distinciones, hasta quedar colmadas todas sus ambiciones<sup>91</sup>.

Y ordenóle el sultán a Al-Amchid que hiciese las indagaciones pertinentes para ver de descubrir el paradero de su hermano Al-Asad.

Y Al-Amchid sentóse en su sitial de visir y gobernó el país y administró

<sup>91</sup> El gozo tras la aflicción.



justicia y nombró y destituyó y tomó y dio.

Y envió un pregonero que vocease por toda la ciudad inquiriendo de los vecinos noticias de su hermano Al-Asad, y por espacio de muchos días seguidos lanzó el pregonero su pregón en las calles principales y en los zocos, sin que nadie se acercara al visir con nuevas de su hermano ni indicación alguna que sirviera de pista para hallarlo.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a esta parte de la historia.

Cuanto a Al-Asad no dejaron los magos de torturarlo noche y día y tarde y mañana, por espacio de todo un año, hasta que se aproximaba ya la fiesta de los magos, y entonces Bahram aprestóse a emprender su viaje y fletó a ese fin un barco y metió a Al-Asad en un arca y la cerró y la hizo trasladar a bordo de la nao.

Y dio la casualidad de que en el momento de embarcarse el mago estaba Al-Amchid en la playa y se distraía mirando el agua, y al ver a aquellos hombres trasladar al barco aquella carga, sintió un raro sobresalto y mandóles a sus pajes que le llevaran su caballo.

Y montó en él y, seguido de su escolta, fuese hacia el barco y ordenó a sus hombres que lo registrasen con todo cuidado, sin dejar un rincón por escudriñar. Hiciéronlo así ellos; pero no encontraron ningún rastro de lo que buscaban, por lo que se tornaron a su señor y así se lo manifestaron.

Y Al-Amchid volvió a montar en su caballo y de allí se alejó. Y dizque seguía con la mente turbada y al entrar a su palacio y retirarse a su cuarto, fijó la vista en la pared y vio escritos allí los siguientes versos:

Si de mi vista, amigo, te borrase  
siempre en mi corazón presente estás,  
y en tanto que tú duermes muy tranquilo,  
yo velo sin cesar.

Hízose luego el buque de los magos a la mar y no paró de navegar noches y días con toda felicidad, hasta que, cerca ya de la Montaña de Fuego, empezó a soplar un viento de tempestad y se alborotó el mar y las olas zarandearon el barco con tal furia que lo desviaron de su ruta.

Al ver lo cual dijole el arráez a Bahram:

—*Ye sidi*, has de saber que nos hemos desviado de nuestro derrotero y no tenemos más remedio que acogernos a ese puerto y ponernos al abrigo de los elementos, dejando a Alá el cuidado de proveer a lo demás.

—Está bien—respondió Bahram—; puedes disponer lo que creas procede hacer.

Dijole luego el arráez:

—Cuando la reina nos envíe un emisario a informarse de nuestro estado, ¿qué le contestamos?

—Si así fuere—respondióle Bahram—cogeremos a este musulmán que traigo a bordo conmigo y le vestiremos de mameluco y lo llevaremos con nosotros en el grupo, y, cuando la reina lo vea, pensará que es un esclavo y yo le diré que soy un negrero y que me dedico a ese comercio.

—Muy bien pensado—aprobó el arráez—. Eso es lo mejor que podemos hacer.

Abordaron luego la marina y arriaron las velas y fondearon en el puerto, y no bien lo habían hecho, cuando se presentó allí la reina Marchana, seguida de su guardia, y se detuvo en la playa y gritó llamando al arráez.

Acudió en seguida aquel y besó la tierra entre las manos de la reina y esta le preguntó:

—¿Qué es lo que traes a bordo de tu nave y qué gentes forman el pasaje?

—*Ye reina* de los tiempos!—respondió el arráez—. Traigo conmigo a bordo a un mercader que trafica en esclavos y tiene un mameluco para vender.

—Pues que venga aquí ahora mismo sin falta—ordenó la reina Marchana.

Compareció acto seguido ante la reina el mago Bahram, llevando consigo a Al-Asad, que, disfrazado de mameluco, marchaba detrás.

Luego que llegó a la reina besó Bahram la tierra entre sus manos y aquella preguntóle:

—¿Cuáles son tu condición y estado?

—Yo—respondió Bahram—soy un modesto mercader y nada más.

Fijó luego la reina sus ojos en Al-Asad y preguntóle:

—¿Cuál es tu nombre?

Rompió a llorar el joven y le dijo:

—Mi nombre es Al-Asad.

Sintió la reina entonces que su corazón se enternecía a vista de aquel joven y le preguntó:

—¿Sabes de letra?

—Sí, mi señora—respondióle Al-Asad.

Al oír la reina su respuesta dióle tintero, caña y papel y le dijo:

—Escribe algo para que lo podamos ver.

Tomó el joven los arreos de escribir y con pulso ligero escribió los siguientes versos:

«Cuando en su contra se unen los poderes,  
¿qué puede el pobre esclavo?

Es como aquel que lanzan a la mar  
después de maniatarlo.»

Sintió piedad de él la reina, al escucharlo, y le dijo a Bahram:

—Véndeme este esclavo.

—¡Perdona, ye mi señora!—respondióle Bahram—; mas no puedo vendértelo, que ya vendi todos sus compañeros y solo este me queda y no quiero venderlo.

Pero la reina Marchana respondióle enojada:

—Mio ha de ser el esclavo y si no me lo vendes, cual te digo, tendrás que regalármelo.

—Ni te lo vendo ni te lo regalo—replicóle el mago.

Enfurecióse la reina al oír tal respuesta y cogió a Al-Asad y se lo llevó a su castillo con ella, y mandóle decir a Bahram: «Como no te hagas esta misma noche a la mar, te confiscaré tus mercancías y tu barco te haré trizas.»

Y esto es, por ahora, todo lo referente a esta historia.

Cuanto a la reina Marchana apoderóse esta de Al-Asad y se lo llevó consigo a su castillo y abrió el mirador que daba al mar y mandó a sus esclavas que les llevasen viandas, lo que al punto hicieron y de las que ambos comieron. Y después de comer, mandó la reina a sus esclavas que les llevaran de beber...

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

## Y LA NOCHE 175 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, ye monarca, el afortunado, que la reina Marchana mandó a sus esclavas, después de comer, que les llevasen de beber. Y bebieron ella y Al-Asad y decretó Alá que en el corazón de la reina prendiese el amor a su joven esclavo,

de suerte que empezó a agasajarlo y le escanciaba la copa y se la daba a beber en su mano, una y otra vez, hasta que empezó a achisparse Al-Asad y se levantó, pidiéndole a la reina permiso para ir a hacer una necesidad.

Bajó, pues, de la sala del mirador y, al llegar abajo, vio abierta una puerta y se entró por ella y fue andando sin parar hasta salir a un gran jardín, en el que había toda suerte de árboles frutecidos y florecidos. Y el joven se acomodó al pie de uno de ellos e hizo allí su necesidad, después de lo cual se levantó y se acercó a una fuente que había en el jardín y se tendió allí boca arriba, con las vestiduras desceñidas, y al oír de la brisa quedóse dormido, y durmiendo seguía cuando la noche fue venida.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a Bahram, luego que llegó la noche gritóle a los marineros que llevaban a sus órdenes:

—Desplegad las velas y reanudad la marcha.

—Oír es obedecer—respondió el arráez—. Pero aguarda un poco, sin embargo, a que llenemos nuestros odres y volvamos.

Despachó luego algunos de sus hombres cargados con los odres y aquellos procedieron a explorar los alrededores del castillo y, no hallando por allí fuente alguna, saltaron la tapia del jardín y, siguiendo las huellas de las pisadas, llegaron cerca de aquella fontana, junto a la cual se echara a dormir Al-Asad.

Luego que allí llegaron, encontráronse al joven tumbado boca arriba y lo reconocieron en seguida, de lo que sintieron gran alegría, y, después de llenar sus odres del agua de la fuente, cargaron con el joven y volvieron a saltar la tapia del jardín. Diéronse prisa a regresar al barco, donde entregaron a Al-Asad a Bahram, el mago, diciéndole:

—Alégrate, Bahram, de lo que la suerte te quiso deparar.

Gratificóles el mago con trajes de gala y les mandó que desplegasen las velas sin más tardanza.

Hiciéronlo al punto los marineros y

el barco empezó a navegar con rumbo a la Montaña del Fuego y toda la noche siguieron bogando, hasta que fue ya día claro.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a la reina Marchana, luego que Al-Asad se fue de su lado, estuvo una hora aguardándolo, y, al ver que no volvía, levantóse y se puso a buscarlo, sin lograr encontrarlo.

Visto lo cual mandó la reina a sus esclavas que encendieran candelas y lo buscasen bien con ellas. Luego bajó al jardín ella en persona y, al hallar abierta la puerta, infirió que el joven entrara por ella; penetró también en el jardín la reina y halló, junto a la fuente ya dicha, las sandalias de Al-Asad, allí abandonadas; animóse con ello y procedió a buscarlo por todo el jardín, sin dejar de mirar ningún rincón, y así pasó la noche hasta que amaneció.

Preguntó luego qué fuera del barco y le dijeron que aquella noche, a eso de las tres, había zarpado. De donde infirió luego que los del barco se habían llevado a bordo a su esclavo, de lo que sintió gran dolor y fue mucho lo que se enfureció.

Y en el acto mandó que fletasen diez barcos grandes y para la guerra los pertrechasen, y luego que así lo hicieron, montó la reina en uno de ellos, con parte de sus tropas, repartiendo el resto de sus soldados en los demás barcos. Los cuales, bien abastecidos y pertrechados, desplegaron sus velas y se lanzaron a la mar, con toda velocidad.

Y la reina les dijo entonces a sus capitanes:

—Os advierto que, si no lográis darle alcance, os mataré a todos, sin que ninguno se salve.

Entróles gran pavor a los marineros, al oír aquello, y empezaron a remar con todo celo y todo aquel día y toda la noche estuvieron bogando y lo mis-

mo el día siguiente y el otro hasta el cuarto.

Y, finalmente, al que hacía cuatro dieron vista al barco en que iba Bahram, el mago. Bogaron entonces con más bríos y, antes que el día finase, ya tenían cercado al barco de Bahram por todas partes.

Estaba Bahram en aquel preciso instante apaleando a Al-Asad para desahogar su rabia por el lance de marras, y el joven gritaba en demanda de auxilio. Y estando Bahram atormentando al joven, hubo de alzar la vista y advirtió que los barcos de la reina Marchana tenían cercado el suyo y en torno a él se revolvían, igual que el blanco de los ojos gira en torno de la niña.

Barruntó el mago que estaba perdido sin remedio e increpó a su víctima diciéndole:

—¡Guay de ti, Al-Asad, que todo esto por tu culpa pasa!

Y asiendo del joven, entregósele a la chusma, dándoles orden formal de que lo arrojasen al mar.

Cogiéronlo, pues, por brazos y pies los marineros y arrojáronlo al mar, según les ordenara Bahram.

Pero Alá (loado y glorificado sea su nombre), que tenía dispuesto salvar al joven y prorrogar su plazo, hizo que aquel sobrenadase sobre las olas y se quedase flotando, y empezó a nadar con manos y pies y, asistido de Alá, que quería su bien, logró alejarse presto del barco del mago y arribar a la playa, sano y salvo, sin ningún menoscabo, de tal suerte que él mismo se maravillaba y no acababa de creer que fuese cierto su salvamento.

Luego que Al-Asad viose a salvo en la playa, quitóse sus ropas y las exprimió y las tendió a secar en el suelo, quedándose en tanto él en cueros. Y al verse en tal estado echóse a llorar de pena por tanta adversidad como le había hostigado. Y en medio de su duelo recitó estos versos:

Me persigue la suerte hasta tal punto,  
que la paciencia pierdo  
y se sueltan los lazos que tenían  
bien ceñido mi cuerpo.

Mas en medio de tanta desventura  
yo me encomiendo a Aquel  
que reina sobre todos y el supremo  
amparo de lo triste siempre fue <sup>92</sup>.

Luego que acabó de recitar sus versos recogió sus ropas y se las vistió y echó a andar por la marina, sin saber adónde iría ni dónde se guarecería.

Y comió de la hierba de la tierra y de la fruta de los árboles y bebió del agua de los manantiales y caminó noche y día, sin tregua ni reposo, hasta que llegó a un lugar desde donde se columbraba a lo lejos una ciudad. Holgóse mucho de ello Al-Asad y, apretando el paso, dirigióse allá. Y dizque, al llegar, era ya la hora del *masá* <sup>93</sup>, por lo que encontró cerrada la puerta, y al ver aquello optó el joven por encaminarse hacia el lado del *kabristán*. Hizolo así luego y, al entrar en él, halló una tumba que no tenía puerta, por lo que se metió en ella, y, arrebujándose en sus ropas, echóse a dormir y se quedó dormido allí.

Cuanto a Bahram, el mago, luego que la reina Marchana le dio alcance con sus barcos, valiéndose de su marullería y de su hechicería, logró escapar y arribar con su buque a la costa, no lejos del puerto, y fue sorteando la orilla, muy contento y ufano por haber salvado la vida.

Luego que dio vista a las tumbas dejó el barco y saltó a tierra, por obra y gracia del sino, que todo lo gobierna, y se metió por entre los sepulcros hasta llegar a aquel en donde Al-Asad se guareciera y que no tenía puerta.

Maravillóse el mago de ello y se dijo para sus adentros: «Vamos a ver qué hay en su interior.»

<sup>92</sup> Suprimido en la versión Weil.

<sup>93</sup> La tarde.

Metió dentro la cabeza y miró y vio allí a Al-Asad, el fugitivo, que yacía dormido, con la cabeza arrebujada entre los pliegues de su vestido. Mirólo bien a la cara el mago y en seguida lo reconoció y, sacudiéndolo, le dijo:

—Pero ¿cómo es eso, todavía estás vivo?

Luego lo cogió y cargó con él y se lo llevó consigo, a su domicilio. Y dizque tenía allí una cueva bajo tierra destinada a servir de cámara de suplicio para los musulmanes, y en ella puso a Al-Asad, con grillos en los pies, para que no se escapase. Después de lo cual cerró la puerta de la cueva y entregó las llaves a una hija que tenía y que se llamaba Bostán<sup>94</sup>.

Bajó luego la tal Bostán al sótano para atormentar al cautivo y encontróse con que era un joven agraciado y lindo, muy dulce de mirar, con las cejas en arco y unos ojos que parecían alcoholados. Y *sitt* Bostán preguntóle a Al-Asad:

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Al-Asad—respondió él.

—¡Pues felices sean tus días!<sup>95</sup>—respondió la mocita—. No temas de mí nada malo, que hartó sé que padeces agravio.

Y después de eso continuó hablándole con mucho afecto y, finalmente, quitó de los pies los grilletas.

Preguntóle luego cosas relativas a la fe del Islam y el joven explicóle que la ley musulmana era la verdadera y la firme y que nuestro señor Mohammed era el fautor de prodigios admirables y de torres inexpugnables<sup>96</sup> y de esplen-

dor deleitable, en tanto que el Fuego no hacía a los suyos daño ni provecho, y la instruyó en los fundamentos del islámico credo.

Oyólo ella con fervor y el celo de la fe penetró en su corazón, junto con el amor a Al-Asad, por obra y gracia de Alá.

Y *sitt* Bostán recitó los dos testimonios de fe del Islam y perteneció desde entonces a la grey de la felicidad.

Salióse luego la joven de la cueva y quedóse de centinela a la puerta, y estando así, he aquí que oyó gritar en la calle al pregonero de la ciudad este pregón que, como es natural, la conmovió:

«Aquel quienquiera que fuese que en su poder tuviere a un guapo mozo, de estas y estas señas, y lo declarase, recibirá como recompensa todo el dinero que pida, y aquel que en su poder lo tenga y no lo diga, se le colgará de la puerta de la ciudad y se le confiscarán todos sus bienes, además.»

Había puesto Al-Asad en autos de cuanto le ocurriera a Bostán; así que la joven, al oír al pregonero, comprendió que el mozo que buscaban era su prisionero. Bajó, pues, desalada a la cueva e informó de todo a su amado y le abrió la puerta y le empujó hacia afuera.

Corrió luego Al-Asad llevando a su zaga a Bostán a casa del visir del sultán de aquella ciudad, y no bien lo hubo visto, exclamó:

—Por Alá, que este visir no es otro que mi hermano Al-Amchid.

Y acto seguido abrazóse a su hermano, el cual lo conoció también y abrazólo a su vez.

Rodeáronlos luego los esclavos y tanto Al-Asad como Al-Amchid se desmayaron y por espacio de una hora permanecieron desmayados.

Luego que al fin volvieron en sí cogió Al-Amchid a su hermano y subió con él al alcázar y se lo presentó al

<sup>94</sup> Jardín, como si dijéramos Carmen. En la versión de Galland Bostán tiene una hermana llamada Kavama.

<sup>95</sup> Ya sabemos que Al-Asad significa el muy feliz.

<sup>96</sup> Se refiere a los versículos del *Corán*. El vocablo arábigo *-aleya-* que los designa tiene ese doble sentido.

sultán y le contó toda su historia. Oyolo con atención el soberano y, al terminar aquel su relato, mandó que fuesen a prender a Bahram, el mago.

Pero al llegar a este punto de su narración sorprendió a Schahrasad la mañana y atajó el curso de sus cautivadoras palabras.

## Y LA NOCHE 176 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mí noticia, *ye* monarca, el afortunado, que el sultán mandó-le a Al-Amchid que saqueasen la casa de Bahram, el mago, y aquel envió allá un piquete de guardias que en el acto cumplieron lo ordenado.

Mandó luego el sultán que llevasen a su presencia a Bahram y dio orden al verdugo de cortarle la cabeza al brujo.

Pero aquel, al oírlo, le dijo:

—*¡Ye* el sultán glorioso! ¿De veras tienes intención de darme la muerte?

—Sí—respondió el rey.

—Pues siendo así, *¡ye* monarca del tiempo!—exclamó el mago—, concédeme de tregua un momento.

Y el brujo bajó la cabeza y pareció meditar y luego la volvió a levantar y recitó el testimonio de fe del Islam y se declaró musulmán entre las manos del sultán.

Holgáronse mucho todos de su conversión y el sultán lo perdonó. Contáronle luego ambos hermanos todo lo que les había pasado y Bahram les dijo:

—*¡Ye* mis señores!, disponed el viaje y permitid que yo os acompañe.

Alegráronse mucho de su ofrecimiento ambos hermanos, así como de su conversión al credo islámico, y tal fue su alegría que acabaron llorando.

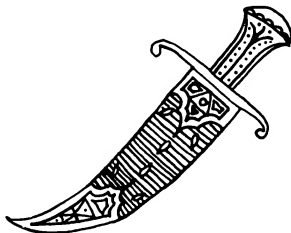
Y Bahram les dijo entonces al verlos llorar:

—No lloréis, mis señores, que no es para ello el caso, puesto que estáis ya unidos igual que en otro tiempo Nâm y Nima lo estuvieron.

—¿Y qué Nâm y Nima fueron esos?—preguntaron todos a un tiempo.

Y Bahram les dijo:

—Al punto vais a oírlo.





## HISTORIA DE NAM Y NIMA

(Noches 176 a 184)

*Otra romántica historia de amor, relacionada con la vida de los harenes jafifanos. Su fuerza patética estriba en la separación de dos amantes que luego vuelven a unirse, arrojando un peligro mortal. La anécdota se sitúa en los tiempos del jalifa Abdu-l-Mélek-ben-Meruán, quinto de los Umeya de Oriente, que sucedió a su padre Meruán el año 65 de la hecra (684-685 de nuestro cómputo) y reinó hasta el año 86 (705). Al-Hachach era su lugarteniente en Kufa, la famosa metrópoli del Irak, tan llena de recuerdos de Ali-ben-Abu-Táleb, el yerno de Mahoma, que murió allí asesinado por Ibn-Molcham (Alá maldiga al protervo). En ella se inventó la escritura árabe llamada cúfica, de carácter decorativo y monumental. Al-Hachach era hombre violento y decidido y el jalifa Abdu-l-Mélek-ben-Meruán había lo nombrado gobernador del Irak para que metiese en cintura a sus discolos habitantes. Su proceder en esta historia demuestra que no era hombre de muchos escrúpulos. Al-Hachach no debía de ser simpático a sus contemporáneos y ya veremos más adelante la burla y la humillación de que le hizo objeto la bella Al-Hind, con el risueño beneplácito del jalifa.*

*Hagamos notar, finalmente, la paronomasia conyugal entre Nâm y Nîma, voces ambas que encierran la misma idea de felicidad y brotan de la misma raíz. La versión Mardrus-Prometeo interpreta algo libremente Feliz Bello y Feliz Bella. Rebiyu, el nombre del mercader, padre de Nîma, significa primavera.*

*El argumento de la historia recuerda, en líneas generales, el episodio de David con la mujer de Urias.*

*La versión Weil suprime esta historia y va derecha al desenlace de la principal.*

—Dijo luego Bahram:

—Cuentan (pero Alá es el que sabe más) que había antaño, en la ciudad de Al-Kufa, un hombre de clase principal, al que llamaban Rebiyu-ben-Hatem; poseía riquezas considerables y Alá le había gratificado con un hijo varón, al que puso por nombre su padre Nima (que quiere decir ventura y también hermosa).

Y sucedió que, estando el hombre un día sentado en el zoco de los negreros, vio venir hacia él una esclava, la cual llevaba de la mano a una chica de poca edad y de una belleza singular.

Al verla Rebiyu hizole una seña al tratante y le dijo:

—¿Cuánto pides por esa esclava y la niña que le acompaña?

—¿Ye mi señor!—respondió el mercader—. En cincuenta dinares las puedes haber.

—Extiende ahora mismo—dijole Rebiyu—la escritura de venta y aquí está el dinero para que se lo des a su dueño.

Y acto seguido entrególe Rebiyu al corredor la cantidad que le había pedido, dándole, además, su correspondiente comisión, después de lo cual cogió a la esclava y a su hija y se marchó.

Al llegar a su casa vio la hija de su tío a la esclava y, encarándose con Rebiyu, le dijo estas palabras:

—¿Ye hijo de mi tío! ¿Qué esclava es esa que has traído?

—Es una esclava que compré en el zoco—respondióle su esposo.

—¿Cómo te llamas?—preguntó entonces la hija de su tío a la esclava.

—¿Ye mi señora!—respondióle la esclava—. Mi nombre es Teufik<sup>1</sup>, para servirte desde ahora.

—Y tu niña ¿cómo se llama?—tornó a preguntar el ama.

—Mí hija—respondió la esclava—se llama Sad.

—Pues que seáis dichosas las dos y

también el que os compró—dijo la dueña de la casa y, volviéndose a su marido, le dijo:

—Hijo de mi tío, ¿qué nombre te parece que le pongamos?

—Lo dejo a tu albedrío—respondió Rebiyu.

—Pues siendo así—exclamó la mujer—llamaremos a la niña Nâm.

—No hay inconveniente—aprobó su esposo—. Ese será su nombre entre nosotros.

Críose, pues, la pequeña Nâm en compañía de Nima, el hijo de Rebiyu, y juntos dormían en la misma cuna, como hermanos, hasta que cumplieron los diez años. Y eran los dos a cual más guapos y el chiquillo la llamaba a la niña *hermana mía* y ella a su vez le llamaba al niño *hermano mío*.

Pero al oírlo una vez llamarla así dijole Rebiyu a su hijo:

—¿Ye hijo mío! Esa Nâm no es tu hermana, sino tu esclava.

Y Nima le dijo a su padre Rebiyu:

—Siendo así, padre mío, que no es mi hermana, me casaré con ella, si no te desagrada.

Y acto seguido fuese a ver a la madre de la pequeña y le anunció su intención de casarse con ella.

—¿Ye hijo mío!—le dijo Teufik—. Tu esclava es; haz, pues, con ella según tu parecer.

Durmió, pues Nima, hijo de Rebiyu, con su esclava Nâm y cobróla gran amor y pasaron nueve años sin que se entibiara el cariño entre los dos, y dizque en todo Kufa no había moza más guapa que Nâm ni más graciosa ni gentil.

Luego que fue creciendo aprendió a leer el *Corán* y se hizo tan sabia que entre todas las demás jóvenes descolaba.

Pero al llegar aquí Schahrasad sintió venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

<sup>1</sup> Mercedes.



## Y LA NOCHE 177 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que la joven Nâm sobresalía entre todas las chicas de su edad.

Y estando un día de los días sentada en su casa con su esposo Nima, bebiendo con él mano a mano, tomó de pronto el laúd y, después de templarlo, entonó esta canción:

—Estando junto a mi dueño,  
¿qué más puedo desear?  
El me defiende y su espada  
ahuyenta la adversidad.

En teniéndolo a mi lado  
no ambiciono nada más,  
pues su amor es máspreciado  
que una corona real.

—¡Que Alá te bendiga!—exclamó el muchacho, luego que su copla hubo escuchado—. Pero cántame algo más.

Y Nâm entonó esta otra canción:

Por Aquel que sostiene mis riñones  
juro que a Amor me entrego sin reservas,  
y mal hayan los rígidos censores  
que por ello con críticas me vejan.  
Yo, por cierto, me río de censuras,  
y antes quiero morir que no ser tuya.

Y Nima, al oírla, exclamó:

—¡*Ye* y cómo contigo el cielo me favoreció!

Siguieron viviendo los dos en la más dichosa unión y gustosa conformidad, hasta que un día Al-Hachach, el lugar-teniente del jalifa, hubo de fijarse en Nâm y se dijo en su ánima: «No tengo más remedio que idear algún ardid para apoderarme de esa muchacha y enviársela al emir de los creyentes, Abdu-l-Mélek-ben-Meruán, pues de fijo que no tiene en su harén quien la

pueda igualar ni en punto a belleza ni tocante a cantar.»

Mandó luego a llamar a una vieja azafata y le dijo:

—Vete a casa de Rebiyu y ponte al habla con Nâm, la esclava, y date traza de traérmela acá, que en toda la tierra no hay ninguna que la pueda igualar.

Acató la vieja la orden de su señor y apercibióse a cumplirla del modo mejor. Y luego que la mañana amaneció vistióse unas ropas de burda lana y se lió al cuello un rosario tamaño, con miles de cuentas..., dándole muchas vueltas, y tomó en una mano un báculo y en la otra un búcaro yemeni y, disfrazada así, salió del alcázar, rezongando y salmodiando: «Loado sea Alá... No hay más *Ilah* que Alá... Alá es el más grande... No hay fuerza ni poder sino en Alá.»

Y así iba mascullando alabanzas a Alá mientras su corazón rebosaba perfidia y maldad, hasta que a la hora de la zalá de mediodía llegó a la casa de Nima.

Llamó la vieja a la puerta y salió a abrirla el portero, diciendo:

—¿Qué se te ofrece?

A lo que respondió la vieja:

—Yo soy una pobre sierva de Alá. Hame cogido aquí la zalá de mediodía y la quería rezar en este bendito lugar.

—¡*Ye* anciana!—respondió el portero—. Esta es la casa de Nima-ben-Rebiyu y no ninguna aljama ni ninguna mezquita.

—Ya lo sé—respondió la vieja ladina—que no es ninguna aljama ni mezquita, sino la casa de Nima-ben-Rebiyu. Pero

has de saber que yo soy azafata del alcázar del emir de los creyentes y voy por el mundo practicando la devoción y la peregrinación.

—Pese a todo ello—replicóle el portero—no te puedo dejar pasar.

Replicóle ella a su vez y ambos se enredaron en dimes y diretes, hasta que la vieja se agarró al portero con fuerza y le increpó diciendo:

—Pero ¿es que vas a impedirle entrar en casa de Nima-ben-Rebiyu a una persona de mi calidad, que tiene entrada franca en casa de los emires y los visires y los magnates?

Salió en esto Nima y oyó las palabras de la vieja y echóse a reír y la invitó a pasar dentro, en su seguimiento. Hizolo así la vieja y a su zaga llegó a la sala en que Nâm se encontraba.

Saludó la vieja a la muchacha con la zalema más rendida y, al verla tan hermosa, quedóse sorprendida y exclamó con hipocresía:

—¡Alá me valga! ¡Y qué iguales os hizo a ti y a tu señor en punto a belleza y perfección!

Fuese luego la vieja hacia el *mihrab* y se puso luego a rezar y a hacer sus devociones y genuflexiones y a recitar sus oraciones, hasta que se fue el día y vino la noche sombría.

Dijole entonces Nâm a la vieja:

—Madre mía, da a tus rodillas una tregua y descansa una hora siquiera.

—¡Ye mi señora!—respondió la hipócrita—. Quien pretenda ganar la gloria eterna tendrá que pasar trabajos en la tierra, y quien eso no hiciere, no podrá

luego aspirar a ser contado entre los justos y bienaventurados.

Pasó la vieja en la casa aquella noche, entregada a sus devociones y leyendo el *Corán*, hasta que empezó la mañana a clarear. Y luego que amaneció del todo pasó a ver a ambos jóvenes y les dio los buenos días, y se despidió de ellos con mucha zalamería.

Y Nâm le dijo, enternecida:

—¿Adónde vas ahora, madre mía? Precisamente mi señor acaba de mandarme que habilitase una habitación particular para que en ella pudieras entregarte a la oración con toda libertad.

—¡Alá alargue vuestra vida y os colme de felicidad!—respondió la vieja.

Pero insistió en irse y así lo hizo sin tardar y corrió ligera a ver a Al-Hachach. Y este, al verla, preguntó a la vieja:

—¿Qué es lo que hiciste de lo que te mandé?

—Vi—respondió la anciana—a una esclava como no parieron las madres otra semejante en los tiempos actuales.

—Pues si me la traes—respondióle Al-Hachach—con toda largueza te lo he de pagar.

—Dame de plazo un mes—dijo la vieja—y te la traeré.

—Concedido—dijole Al-Hachach.

Después de quedar en eso convenidos, tornó la vieja a casa de Nima y su esclava...

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

## PERO LA NOCHE 178 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que la vieja dio en frecuentar la casa de Nima y Nâm y que los dos jóvenes rivalizaban en agasajarla, hasta el punto de que la anciana pasaba allí las noches hasta la mañana y todos los de la casa la trataban con gran deferencia y extremaban con ella su reverencia.

Y así las cosas, sucedió cierto día que la vieja urdió un ardid y le dijo a Nâm:

—Ayer, señora mía, pasamos rezando todo el día. Pero ahora debes levantarte y venirme conmigo a dar por ahí una vuelta, aprovechando el tiempo, antes que tu señor esté de regreso.

Díjole después de oírla Nâm a los guardias del harén:

—Por Alá, dejadme salir un rato a espaciar el ánimo por ahí y honrar a Alá en los lugares sagrados, en compañía de esta virtuosa anciana, y no temáis nada, que antes que regrese el señor ya estaremos aquí las dos.

—Pero, ¡*ye hija mía!*—le dijo su madre—, ten cuidado, no sea que tu señor llegue a enterarse.

—Por Alá—exclamó la vieja—, nada temas; ni siquiera la dejaré que se siente en la tierra, sino que ha de tenerse en pie y andar, de suerte que no hemos de tardar.

Salieron, pues, las dos y la vieja ladina, valiéndose de sus marrullerías, cogióla y la llevó al alcázar de su señor y la hizo pasar a una habitación y mandóle recado a Al-Hachach de que ya tenía en su mano lo que tanto había ansiado.

Fue luego allá Al-Hachach y vio a Nâm y comprobó ser verdad que su belleza no tenía rival. Por su parte, la

muchacha, al verlo a él, bajóse el velillo, pero después que ya la había visto.

Fue luego Al-Hachach y, sin separarse de su lado, mandó a llamar a su chambelán y le dio orden de montar a caballo y tomar consigo cincuenta jinetes que le dieran escolta y, llevando por delante a la esclava a lomos de un noble corcel, marchase con ella a Dimechk y, llegado que allí hubiera, se la entregase al emir de los creyentes.

Y Al-Hachach escribió una carta al jalifa Abdu-l-Mélek-ben-Meruán y se la dio a su chambelán, diciéndole:

—Toma esta carta y dásela al jalifa y vuelve acá con la respuesta, sin hacerte esperar.

Tomó el chambelán a la esclava y la acomodó a lomos de una yegua mansa y marchó con ella hacia Dimechk y, llegado que hubo a la ciudad, dirigióse al alcázar de Ben-Meruán y solicitó permiso para entrar.

Concediósele el emir de los creyentes y el chambelán pasó adentro y le comunicó a Ben-Meruán todo lo concerniente al asunto de la esclava, a la que había dejado en una habitación reservada.

Pasó Abdu-l-Mélek a su harén y se avistó con su mujer y le dijo:

—Has de saber cómo Al-Hachach compró para mí una esclava de las hijas de los reyes de Al-Kufa y dio por ella diez mil dinares y ahora me la manda, en unión de esta carta.

Después que oyó sus palabras, le dijo su esposa al emir:

—¡Sirvase Alá volcar sus bendiciones sobre ti!

Pasó luego la hermana del jalifa a ver a la esclava y, al verla, exclamó maravillada:

—Por Alá, que no perdería quien a tu casa te llevase, aunque le hubieses costado cien mil dinares.

—*¡Ye tú, la de cara simpática!*—dijo-le Nâm—. A lo que creo, estoy en un alcázar regio. ¿Me podrías decir si efectivamente es así y qué ciudad es esta a la que me han traído por sorpresa?

—Esta ciudad—respondió la otra—es la ciudad de Dimechk y este el alcázar de mi hermano el emir de los creyentes, Abdu-l-Mélek-ben-Meruán. Ya está satisfecha tu curiosidad. Pero—añadió asombrada—¿cómo es que tú no sabías nada?

—*¡Ye mi señora!*—respondió Nâm—. Por Alá, que lo ignoraba cuando me trajeron acá.

—Pero—objetó la hermana del emir—el que te vendió y tu precio cobró, ¿no te dijo que quien te había comprado era el jalifa, mi hermano?

Al oír Nâm tales palabras no pudo contener las lágrimas y rompió a llorar y dijo para sí: «Me han hecho víctima de un ardid.» Y luego pensó: «Si digo ahora la verdad, nadie me creerá; me callaré, pues, y me aguantaré, que acaso Alá me tenga reservada una alegría, después del pesar.»

Bajó luego Nâm su cabeza, llena de vergüenza, pues dizque del viaje y la calina tenía enrojecidas las mejillas.

Dejóla por aquel día la hermana del jalifa y fue a verla al otro día, llevándole ricas telas y alhaites de menuda pedrería y la vistió y acicaló con mucho primor.

Pasó luego a verla el propio jalifa y se sentó a su lado y su hermana le dijo:

—Fíjate en esa esclava y admira qué belleza tan perfecta puso Alá en ella.

Y el jalifa, dirigiéndose a Nâm, la dijo así:

—¡Bájate el acitar de la cara, que quiero contemplártela!

Hízolo así Nâm y no habíase quita-

do aún del todo el velillo cuando ya el jalifa había visto más que sobrado para sentir su corazón abrasado en el fuego del amor.

Y el jalifa luego le dijo a su hermana:

—No dormiré con ella sino de aquí a tres días, luego que os hayáis hecho las dos amigas.

Dichas estas palabras, retiróse el jalifa de la cámara.

Y esto es, por ahora, todo lo concerniente a la historia de la esclava.

Cuanto a su señor Nima fue este a su casa y se sentó en su lecho y gritó:

—*¡Ye Nâm!*

Nadie le contestó y él entonces se levantó y de nuevo la llamó, pero nadie tampoco le contestó ni acudió al oír su voz.

Pues todas las esclavas que había en la casa ocultáranse por allí, asustadas.

Salió entonces Nima de la habitación y fue a ver a la madre de la muchacha, la cual estaba sentada, pensativa, con la palma de la mano apoyada en la mejilla.

Y Nima le dijo:

—*¡Ye madre mía!, ¿adónde está Nâm?*

Y su madre respondió:

—*¡Ye hijo mío!, no temas; está con quien es todavía más digna que yo de que se le confíe su guarda, es decir, con esa santa anciana. Pues has de saber que salió con ella a socorrer a los pobres y estará de vuelta antes de la noche.*

Al oír aquello exclamó el joven:

—*¡Solo en Alá residen el poder y la fuerza! ¡El es el sabio y el grande por excelencia!*

Y así diciendo salió de la sala perplejo y con la mente toda enajenada. Y se fue derecho a ver al capitán de la guardia y le dijo:

—¿Ideaste, por ventura, contra mí alguna trama y te apoderaste de mi esclava? Pues te prevengo que, si así

fuere, iré a Dimechk a quejarme inmediatamente ante el emir de los creyentes.

—Pero ¿quién te quitó tu esclava?—preguntóle entonces el capitán de la guardia.

Nima respondióle:

—Me la quitó una vieja de estas y estas señas.

—Llévame a donde esté ella y yo haré que te devuelva tu esclava—dijole el capitán de la guardia.

—¿Y quién puede saber dónde está la vieja?—exclamó Nima.

—¡Solo Alá—respondió el capitán—conoce los arcanos! ¡Loado sea su nombre y exaltado!

Dijo así el capitán, aunque sabía muy bien que todo aquello era obra de Al-Hachach.

Respondióle Nima:

—Yo acudo a ti en mi necesidad, y si tú no me atiendes, apelaré a Al-Hachach.

—Haz como te plazca—respondióle el capitán de la guardia.

Dirigióse Nima al alcázar de Al-Hachach y, al llegar a la puerta de la cámara en que aquel se encontraba, habló con su chambelán y este pasó

adentro a anunciarle su visita a Al-Hachach.

—Dejalo pasar—le dijo Al-Hachach.

Pasó, pues, Nima y besó la tierra entre las manos del vicario del jalifa, y aquel le dijo en seguida:

—¿Qué te trae por aquí?

—Vengo—respondió Nima—para hablarte de un asunto.

Y en dos palabras se lo expuso.

—Que venga el capitán de la guardia—ordenó Al-Hachach.

Compareció el capitán y su señor le dijo:

—Vas a buscarme ahora mismo a la esclava de Nima-ben-Rebiyu.

Y el capitán le contestó:

—¿Ye mi señor! Tan solo Alá (su nombre sea exaltado) conoce los arcanos.

—No tienes más remedio—respondióle Al-Hachach—que montar en tu caballo y echarte por esos campos a buscar a la esclava, por sendas y caminos, y por lugares escondidos.

Pero al llegar a este punto de su narración vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 179 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye* el rey, el afortunado, que Al-Hachach le dijo al capitán de la guardia:

—Monta ahora mismo en tu caballo y sal por esos caminos a buscar a la esclava, y haz todo lo posible por encontrarla.

Volvióse luego a Nima y le dijo:

—Si no pareciere tu esclava te daré diez de las de mi propia casa y otras diez de las del capitán de la guardia.

Marchó el capitán a cumplir su co-

metido y también Nima se despidió de Al-Hachach y tornó a su casa, desesperando de poder soportar su desgracia, presa de gran pesar. Y al verlo tan abatido, llegóse a él su padre y le dijo:

—Hijo mio, has de saber que fue Al-Hachach quien tramó un ardid para robarte la esclava y te la robó; mas no pierdas tú la esperanza, que de un momento a otro puede Alá trocar en alegría tu pesar.

Pero Nima, lejos de consolarse con

aquellas palabras, sintió su pena doblada y era tal el estado en que se hallaba que no sabía lo que se decía ni a quien le hablaba conocía.

Cayó el joven enfermo y estuvo tres meses entre la vida y la muerte, y sufrió tal cambio que su padre desesperó de salvarlo y llamó a los médicos, y estos, al verlo, dijeron:

—No hay para él más medicina que devolverle a su esclava perdida.

Y estando un día de los días el padre de Nima sentado a la cabecera de su lecho oyó hablar de un médico persa<sup>2</sup> que traía alborotada a la gente con su ciencia, pues no solo conocía a fondo la medicina, sino también la astrología y la geomancia y demás artes mágicas.

Mandólo, pues, llamar Ar-Rebiyu para que viera a su hijo y, luego que el doctor aljamiado hubo comparecido, recibiólo Ar-Rebiyu con grandes honores y toda suerte de atenciones, y le dijo:

—Mira a ver qué es lo que tiene mi hijo.

—Dame tu mano—dijole el médico al enfermo.

Dióselo aquel y el doctor tomóle el pulso y lo miró a la cara y luego soltó una carcajada. Y, volviéndose a su padre, le dijo:

—Lo que tiene tu hijo enfermo, ye mi señor, es el corazón.

—Tienes razón—contestó el padre—. Pero miralo bien y dame más detalles.

—Lo que tiene tu hijo, en realidad—dijo el médico persa—, es que está locamente enamorado de una esclava y esta esclava se halla ahora en Dimechk o en Bazra y lo único que a tu hijo puede sanar es el reunirse con ella y nada más.

—Pues siendo así—exclamó su padre—

si logras reunirlo con ella te recompensaré en forma tal que podrás vivir toda tu vida en la abundancia y la comodidad.

—Este asunto—replicó el médico—no puede ser más sencillo y hacedero.

Volvióse luego a Nima y le dijo:

—¡No te inquietes, muchacho! ¡Alegra tu alma y refresca tus ojos y no te preocupes por nada!

Luego el doctor le dijo a Ar-Rebiyu:

—Manda sacar cuatro mil dinares de tu caudal.

Hízolo así Ar-Rebiyu al punto y cuando en su mano los tuvo se los dio al doctor persiano, el cual le dijo:

—Voy a hacer que tu hijo se venga conmigo a Dimechk.

Despidióse, pues, Nima de su padre y de su madre y partió con el médico en dirección a Haleb. No hallaron allí ningún indicio de la esclava y, en vista de ello, prosiguieron su marcha, hasta llegar a Dimechk, donde se detuvieron y tres días permanecieron.

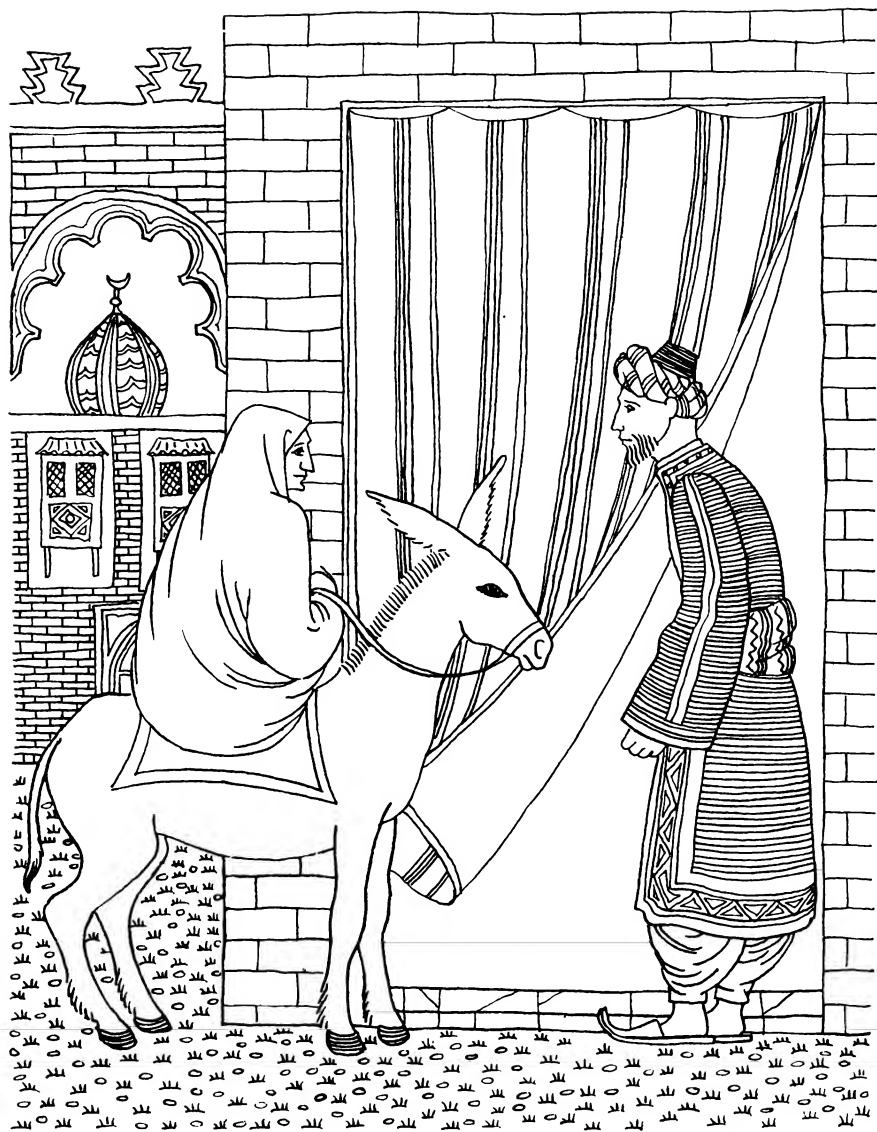
Alquiló luego el doctor una tienda y llenó sus anaqueles con porcelanas raras y los forró de oro y los cubrió con ricas telas y puso en ellos gran número de frascos que contenían toda suerte de ungüentos y elixires y colocó delante una hilera de copas y vasos de cristal preciado. Y, para terminar, puso allí también su astrolabio y se vistió a estilo de doctores y adivinos. Y le dijo a Nima:

—Ye Nima, de ahora en adelante eres mi hijo y me llamarás padre mío y yo te llamaré hijo mío.

—Oír es obedecer—respondió el joven—. Así haré.

Acudió luego allí todo Dimechk para ver y admirar la belleza de Nima y la elegancia de la tienda y las raras cosas que allí había. No tardó en divulgarse por toda la ciudad la fama del doctor persiano y empezaron a llevarle enfermos de toda clase y él los reconocía y les administraba la correspon-

<sup>2</sup> Siempre el prestigio del médico exótico y nómada, con sus ribetes de mago, cuya fama ejerce ya un poder de sugestión en los enfermos, favorable a la curación.



1  
1  
1  
1

2

1  
1  
1  
1



diente medicina. Y le llevaban los orines de los pacientes y él los probaba y luego decía: «El enfermo cuyos son estos orines padece de tal y tal dolencia.» Y el paciente decía: «Verdad es, por Alá, que ese y no otro es mi mal.»

Y estando un día el persa sentado en su tienda he aquí que llega una vieja montada en un burro, en una silla de brocado de aljófar recamado, y se para a la puerta de la tienda y le dice al médico persa:

—¿Eres tú, en verdad, ese sabio persiano que viene del Irak?

—Así es, a la verdad—respondió él.

—Pues has de saber—le dijo la vieja—que yo tengo una hija enferma.

Y le entregó una botella con orines de ella<sup>3</sup>.

Luego que vio el médico lo que había en la botella dijole a la vieja:

—Dime el nombre de tu hija, para que pueda consultar su estrella y averiguar la hora propicia para que tome la medicina.

—¿Ye hermano persa!—contestó la vieja—. Nâm es el nombre de la enferma.

Al oír el persiano el nombre de Nâm se puso a hacer cálculos y a escribir en su mano y luego le dijo a la vieja:

—Ye mi señora, no puedo recetarte la medicina hasta no saber de qué tierra es tu hija, pues hay que hacer cuenta de la diferencia de climas. Así que me has de decir de dónde es y dónde se crió y cuántos años cumplió.

—Cuanto a su edad—respondió la vieja—tiene ahora catorce años no más y

se crió en la ciudad de Kufa, en tierras del Irak.

—¿Y cuánto tiempo lleva en esta ciudad?—preguntóle el doctor a la vieja.

Y le respondió aquella:

—Lleva en esta ciudad unos meses no más.

Luego que oyó Nima lo que decía la vieja y oyó el nombre de su hija, la enferma, conmoviósele de alegría el alma entera.

En tanto el persa le decía a la vieja:

—Le has de dar a tu hija esta y esta medicina.

—Dámelas luego—respondió la vieja—¡y que Alá te bendiga!

Y así diciendo la vieja dejó diez dinares sobre la mesa.

Volvióse entonces el persa a Nima y le mandó que le preparase la medicina que había de llevarse para su hija. Reparó entonces la vieja en Nima y exclamó:

—¡Válgame Alá, hijo mío, y qué parecido que eres a mi hija, que cualquiera que os viera por hermanos os tomaría!

Y encarándose con el sabio persiano, le dijo:

—Hermano persa, dime: este mocito ¿es tu esclavo o tu hijo?

—Mi hijo es, en verdad, para lo que gustes mandar—respondióle el persa a la vieja.

A todo esto puso Nima en una cajita el medicamento y, tomando una hoja de papel, escribió en ella estos versos:

«Hasta que yo a Nâm no vea,  
nunca podré ser dichoso,  
y correrán noche y día  
las lágrimas de mis ojos.  
Tratando de consolarme,  
me dicen: "Olvidala,  
que no es única; en el mundo  
mil cual ella encontrarás."  
Mas yo respondo: "Mentira,  
tan solo existe una Nâm  
¡y hasta que logre encontrarla,  
para mí, dicha no habrá!"»

Metió luego Nima con disimulo

<sup>3</sup> El examen de la orina, como medio de diagnóstico, era práctica corriente en la antigüedad, aunque careciendo entonces aquellos médicos de elementos de análisis químico; se trataba de algo parecido al arte de adivinar por la arena o los posos del café, inspeccionando los meros accidentes de olor, color y sabor (ya hemos visto que el doctor de esta historia cataba los orines del enfermo), podría inferirse, tratándose de una mujer, si esta era virgen o no. De todas suertes, la uroscopia de entonces no pasaba de ser una especie de horóscopo.

aquella esquila en la cajita de la medicina y selló aquella y la envolvió en un trozo de papel y en letra cúfica escribió en él: «De parte de Nima-ben-Rebiyu-l-Kufiyu.» Y después, finalmente, entregó a la vieja el paquete. Tomó la vieja y, despidiéndose de los dos, se retiró, dirigiéndose aprisa al alcázar del jalifa.

Luego que llego, paso a ver a la muchacha y le entregó la cajita y le dijo:

—¡Ye mi señora, has de saber cómo llegó poco ha a nuestra ciudad un doctor persa cual no se vio otro igual tocante a dominar la ciencia de curar. Y has de saber también cómo yo lo fui a ver y le llevé un poco de tu orina, y no bien la vio él me preguntó tu nombre y eso le bastó para en seguida adivinar tu enfermedad y la medicina que debías tomar. Y acto seguido, le

mandó a su hijo que te la preparase y aquí, en esta cajita, viene la medicina.

—Dámela en seguida—dijo la joven—¡y que Alá te bendiga!

Tomó Nâm la medicina de mano de la vieja y se la bebió y luego se echó a reír. Y al verla la vieja reír, exclamó así:

—¡En verdad que este día es un día bendito de Alá!

—Ye azafata mía—dijo Nâm—, tráeme de comer y beber, que este elixir mirífico me ha abierto el apetito.

Holgóse la vieja de oírlo y mandó a las esclavas que sirviesen la mesa en seguida a su señora con toda suerte de viandas sabrosas...

Pero al llegar a este punto de su narración vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 180 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Puedo asegurar, ye el sultán, el bienhadado, que la vieja azafata dijoles a las esclavas:

—Servidle de comer a vuestra ama.

Hiciéronlo así ellas y Nâm sentóse a la mesa y empezó a comer de las viandas aquellas.

Y dio la casualidad de que en aquel momento entró en la estancia Abdu-l-Mélek-ben-Meruán y vio la mesa servida y a Nâm que de los manjares comía, y, ante aquel espectáculo, le entró gran alegría. Y el emir de los creyentes le dijo a la vieja:

—Coge mil dinares y llévaselos al doctor que ha obrado su curación.

Tomó en el acto los mil dinares la vieja y corrió a llevárselos al médico persa, que estaba en su tienda. y, al

dárselos, le reveló cómo la enferma era una esclava del jalifa y le entregó una esquila que Nâm escribiera.

Tomóla el doctor y se la dio a Nima, el cual, al ver la letra, conoció ser de su amada, y fue tal su emoción que se desmayó.

Luego que recobró el conocimiento abrió la esquila y encontró lo siguiente escrito en ella: «De parte de la esclava raptada, de la que fue engañada y tiene su mente enajenada, por estar separada de aquel a quien con todo su corazón ama.» Y después: «Has de saber cómo recibió tu carta y se le dilató el pecho y se le alegró el corazón y vino a hallarse en ese estado de ánimo que el poeta describió en estos versos nombrados:

»Llegó a mis manos la esquila,  
y el perfume que exhalaba  
me bastó para saber  
la mano que la enviaba.  
De igual modo que Yakub,  
el anciano patriarca,  
por el tacto conoció  
de Yúsuf la ropa amada.»»

Luego que leyó Nima aquellos versos llenáronsele los ojos de lágrimas y la vieja le preguntó, asombrada:

—¿Qué es, hijo mío, lo que te hace llorar de ese modo? ¡Así quiera Alá preservarte tus ojos!

—¿Cómo no ha de llorar este hijo mío—díjole el persa a la vieja—si esa esclava es su esclava y él es su señor, Nima-ben-Rebiyu-l-Kufiyu? Y la salud de esa muchacha, para que sea completa, ha menester de que ambos se vean, que es mal de amores, para que lo sepas, lo que tiene esa joven. Quédate, pues, ye mi señora, con esos mil dinares, que ya te daré yo mucho más y miranos con ojos de piedad, que no conocemos a nadie más indicado que tú para sacarnos de esta dificultad.

Díjole luego la vieja a Nima:

—¿De modo que eres tú el señor de esa esclava?

—Sí—respondióle el joven.

—Verdad dices—exclamó la vieja—, que ni un momento deja de mentarte ella.

Contóle después Nima a la vieja todo lo que entre él y la esclava ocurría, desde el principio hasta el fin, sin nada callar ni omitir.

Y al terminar él su narración la vieja exclamó:

—Ye mocito, ten por cierto que solo gracias a mí con tu Nâm te podrás unir.

Despidióse acto seguido la vieja de los dos y dirigióse al alcázar y fue a ver a la muchacha y le dijo:

—Has de saber que tu señor, de tanto como te quiere, está que se muere y desea a toda costa verte. ¿Que dices tú a eso, muchacha?

—Pues que yo estoy lo mismo—respondió la esclava—. Que se me va la vida lejos de él y, si no lo veo, me moriré.

Oído que hubo esas palabras cogió la vieja una cesta y puso en ella aderezos y adornos y un traje completo de mujer y, cargando con todo, se fue derecha a la tienda del astrólogo. Y, llamando a Nima, le dijo con misterio:

—Llévame a un sitio donde podamos hablar, sin que nadie nos venga a estorbar.

Condújola Nima a la trastienda y allí la vieja se lo contó todo y procedió a adornarlo y a pintarle el rostro y las manos y a prenderle dijes en el pelo y le vistió las ropas de mujer que a prevención llevara para él y lo arregló y lo aliñó con tal primor y tino que parecía una huri del Paraíso.

Y al verlo la vieja así transformado exclamó henchida de entusiasmo:

—¡Bendito sea Alá, que como creador no tiene rival! Por Alá, que ahora parecés mucho más guapo que esa esclava que te roba el alma.

Y añadió después:

—Echa a andar, adelantando primero el pie izquierdo y luego el derecho y procura contonearte y marcar, al andar, el trasero.

Echó a andar Nima delante de ella tratando de hacer lo que le dijera y, al ver la vieja lo bien que imitaba el andar de las hembras, díjole satisfecha:

—Está bien, hijo mío. Aguárdame aquí hasta mañana a la noche, que a esa hora vendré yo por ti, si Alá quiere, y te llevaré al alcázar y te haré ver a la que amas.

Ahora bien: cuando allá lleguemos y te vean el portero y los demás criados no pierdas los ánimos y baja la cabeza al suelo y pasa por delante de ellos en silencio, que yo hablaré por ti y no te preocupes, que a lo demás ya proveerá Alá.

Luego que llegó la noche siguiente.

presentóse la vieja en la tienda, según lo acordado, y asió del joven y subió con él al palacio. Iba ella delante y él detrás, siguiendo sus pasos, y al verlos el portero, detuvo a la vieja y le preguntó:

—¿Qué esclava es esa que te siguió?

Pero al llegar a este punto de su narración vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 181 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Puedo asegurar, *ye* monarca, el afortunado, que el portero del palacio retuvo a la vieja azafata y le dijo:

—¿Quién es esa muchacha?

Y la vieja le dijo:

—Es una esclava que acaba de comprar nuestra ama.

A lo que repuso el eunuco:

—Ya sabes de sobra que aquí nadie entra sin previo permiso de nuestro señor, así que vuélvete con ella otra vez, que yo no la dejaré entrar como no me lo mande el sultán.

—*Ye* portero mayor—exclamo la vieja—, ¿acaso has perdido la cabeza? ¿No sabes que Nâm, la esclava del jalifa, a la que nuestro señor quiere con pasión, estaba enferma y ahora ya se puso buena y el emir de los creyentes, para celebrarlo, quiso comprar esta esclava de precio? ¿Cómo, pues, te atreves a impedirnos la entrada a mí y a la esclava?

Y volviéndose luego a Nima, díjole la vieja ladina:

—Pasa adentro, hija mía, y no le cuentes a nuestra señora que este portero te puso impedimento.

Bajó Nima la cabeza y pasó dentro y echó a andar, con intención de dirigirse a la izquierda, pero se aturrulló y lo hizo hacia la derecha. Y al entrar lo primero que vio fue una habitación alfombrada con tapices bordados y de cuyos muros colgaban reposteros de seda, recamados de oro, y al fondo de

la sala había un estrado recubierto de tapices bordados.

Sentóse Nima en el estrado y dizque ignoraba lo que el sino le tenía escrito. Y estando allí sentado el joven, reflexionando, hete aquí que entra en el cuarto la hermana del emir de los creyentes, en compañía de una esclava. Y, al ver a Nima allí sentado, tomólo por alguna de sus criadas y, dirigiéndose a él, le dijo asombrada:

—¿Cómo es que estás aquí, muchacha? ¿Y cuál es de ello la causa?

A lo que Nima no contestó palabra.

Visto lo cual interpelóla así la hermana de Ben-Meruán:

—Si eres una de las esclavas de mi hermano y se enojó contigo tu amo dímelo sin temor e intercederé por ti con tu señor.

Pero Nima persistió en su silencio. Y entonces la princesa, enojada, lo increpó diciendo:

—¿Quién eres tú, esclava, y quién te introduce en esta mi sala?

—*Ye* reina del siglo, yo me llamo Nima-ben-Rebiyu-l-Kufiyu—respondió Nima—, y has de saber que estuve en peligro de perecer, de puro enamorado de la esclava Nâm, que vino aquí traída con engaños por obra de Al-Hachach, el lugarteniente de nuestro señor, el emir de los creyentes.

Al oír aquello la princesa, díjole:

—Nada temas.

Y, volviéndose a su esclava, gritóle:

—Ve en seguida a buscar a Nâm y tráetela.

A todo esto había ido la vieja a ver a Nâm a la cual preguntó:

—¿Vino aquí tu señor?

—Por Alá, que no—contestóle Nâm.

—Según eso—dijo la azafata—, hay que pensar que se equivocó al entrar y se metió en otro sitio que no el convenido.

—¡Ye!—exclamó Nâm al oír a la vieja—. ¡Solo en Alá residen el poder y la fuerza! Ya podemos decir que nos llegó la hora y se cumplió el sino que teníamos escrito.

Quedáronse ambas mujeres pensativas y así estaban cuando vieron llegar a la esclava de la hermana del jalifa, la cual saludó a Nâm y luego le habló así:

—Mi señora te ruega que vayas a verla.

—Oír es obedecer—respondióle Nâm.

—Puede que el jalifa—le dijo la vieja azafata—esté ahora en las habitaciones de su hermana y haya descubierto toda la trama.

Corrió Nâm aprisa a ver a la hermana del jalifa y esta, no bien la vio, salió a su encuentro y le dijo:

—Ahí dentro sentado está tu señor, que, sin duda por equivocación, se metió en mi habitación. Mas no tengáis miedo ninguno de los dos, que, si quiere Alá, no os pasará mal.

Serenóse Nâm al oír tales palabras y, ya más tranquila, pasó a ver a Nima, el cual, al verla, levantóse para recibirla.

Y fuese a ella y la abrazó contra su pecho, correspondiéndole Nâm con el mismo embeleso. Después de lo cual rodaron ambos al suelo, perdido el conocimiento.

Luego que volvieron en sí díjole a Nima la hermana del jalifa:

—¿De veras quieres tanto a tu esclava, ye Nima?

A lo que Nima respondió:

—Tanto la amo, mi señora, que por ella me arrojé a este paso, en el que me juego la vida.

Volvióse luego a Nâm la hermana del jalifa y la interpeló diciendo:

—Y tú, Nâm, ¿amas también a tu señor así?

—Ye mi señora—respondió Nâm—: tanto lo quiero, que el fuego de su amor me derrite el cuerpo y llena todo mi pensamiento.

—Pues amándoos tanto los dos—dijo la hermana del jalifa—no habrá nada que os pueda separar. Refrescad vuestros ojos y no temáis ningún mal.

Alegráronse al oírla ambos amantes y Nâm pidió un laúd y, después de templar sus cuerdas, entonó esta letra:

—Separarnos lograron  
por malas mañas;  
mas lograr no pudieron  
que te olvidara.  
Locura fuera,  
pensar que yo te olvide,  
mientras viviera.

Cedió luego Nâm el laúd a Nima y le dijo:

—Cántanos tú también alguna copla, ¡mi señor!

Y Nima tomó el laúd y lo templó y luego entonó esta canción:

La luna fuera cual tú  
si menguantes no tuviera,  
y el sol se te asemejara  
si ocasos no padeciera.  
Ye y qué raro es el amor  
y cuántos asombros guarda;  
penas tremendas, congojas  
con gozo y placer mezcladas.  
Y es cosa de maravilla,  
el que, cuando voy a verte,  
tan corto encuentre el camino,  
y siendo lo mismo siempre,  
qué interminable después,  
a la vuelta, me parece.

Siguieron así cantando coplas y bebiendo en la misma copa ambos amantes, llenos sus corazones de placer y alegría y gozo y alborozo inexpressa-

bles, cuando hete aquí que, de repente, entra en la sala el emir de los creyentes.

Al verlo llegar todos se levantaron y fueron a besar la tierra entre sus manos. Y el jalifa reparó en que Nâm tenía el laúd a su lado y exclamó alborozado:

—¡Loado sea Alá, Nâm, que apartó de ti todo mal y de tu alma lo hizo huir!

Reparó también el jalifa en Nima y, volviéndose a su hermana, le dijo:

—Hermana mía, ¿quién es esa joven que junto a Nâm veo sentada?

—¡Ye emir de los creyentes!—respondió su hermana—, es la esclava favorita de Nâm, la cual no come ni bebe como ella no esté presente.

Y recitó estos versos del poeta:

«Son de encantos contrapuestos  
y la fuerza del contraste  
hace parezcan más bellos.»

—Por Alá, el más grande—exclamó el jalifa—, que esa esclava es tan salada como su ama y he de mandar mañana que le habiliten una cámara contigua a la de su señora y que se la decoren con tapices y telas ricas y todo cuanto se precise, de suerte que no tenga nada que envidiar a la de Nâm, en cuanto a lujo y aún la supere en ese punto.

Pidió luego el jalifa a su hermana que le sirviera algo de comer y así lo hizo ella y comió el emir y bebió y llenó su copa...

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 182 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que el jalifa llenó su copa y le rogó a Nâm que le cantara alguna copla; bebió aquella dos copas y después templó el instrumento y entonó estos versos:

—Cuando mi amigo abusa  
de la bebida  
yo me impongo y evito  
que siga y siga.  
Y aunque es mi dueño,  
hace lo que le digo,  
dócil y bueno.

Placiéronle mucho al miramamolín aquellos versos y llenó otra copa y se la ofreció a Nâm y le pidió que volviera a cantar. Y la joven bebió y las cuerdas templó y después entonó esta canción:

—¡Ye el más noble de los hombres,  
que en el mundo igual no tienes!  
¡Grande en poder y en espíritu,  
soberano omnipotente!

Que con mano liberal  
les prodigas tus mercedes  
a los reyes de la tierra  
y en sus tronos los mantienes,  
sin vejarlos ni oprimirlos,  
por lo que todos te quieren.  
¡Que Alá vele sobre ti  
y tus victorias aumente  
y humille a tus enemigos  
—si enemigos tener puedes—  
y haga que siempre benigna  
la Fortuna se te muestre! <sup>4</sup>

Al oír el jalifa aquellos versos exclamó:

—¡Ye Nâm y qué elocuente es tu lengua y cómo dominas el arte poético!

Luego continuaron bebiendo y cantando, muy alegres y regocijados, hasta la medianoche y, entonces, la hermana del jalifa díjole así a este:

—¡Ye emir de los creyentes! Te ruego

<sup>4</sup> Faltan estos versos en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

que me escuches lo que voy a decirte. Has de saber que lei en cierto libro una vez una historia que es digna de retenerse en la memoria.

—Pues ¿qué historia es esa, hermana mía?—preguntó el jalifa.

—Has de saber, *ye emir* de los creyentes—contestóle su hermana—, que había en tiempos, en la ciudad de Al-Kufa, un joven que se llamaba Nima-ben-Rebiyu, el cual tenía una esclava a la que amaba con locura y que le amaba a él con la misma ternura.

Habíanse criado los dos juntos y dormido en el mismo lecho y, al hacerse mayorcitos, prendió mutuo amor en sus pechos, y he aquí que después volviéronse contraria la suerte y les persiguió el sino inclemente y los envidiosos tramaron contra ellos ardides a separarlos tendentes.

Hasta que al fin consiguieron raptar a la esclava de casa de su dueño y se la vendieron a no sé qué sultán en diez mil dinares, aunque valia mucho más. Y dizque la esclava, pese a estar de él separada, seguía amando a su señor con la misma pasión con que él a ella la amaba.

Y has de saber, *ye emir* de los creyentes, que Nima, el de mi historia, no vaciló en dejar familia y patria, según dicen las crónicas, y en arriesgar su vida y perder categoría hasta lograr reunirse de nuevo con su esclava querida, la cual, *ye poderoso emir*, se llamaba Nâm.

Ahora bien: apenas se habían reunido y cambiado las naturales muestras de regocijo y de cariño, cuando he aquí que se presenta aquel rey que digo que comprara a la esclava a aquellos bandidos que la robaran y, sin pararse a pensar ni mandarlos juzgar, luego ordenó su muerte con menoscabo de la justicia que a mí me parece evidente. ¿Qué dices tú a esto, *ye emir* de los creyentes?

—Sin duda, hermana mía—exclamó el

jalifa—, que esa que me cuentas es una historia peregrina y que a ese rey de tu cuento faltóle moderación y de su poder abusó, pues debió tener en cuenta, primero, que aquellos jóvenes se amaban, y segundo, que estaban en su casa y el fuero de la hospitalidad los amparaba, y, finalmente, que es función del que gobierna administrar justicia entre las gentes y proceder con equidad, y este es deber elemental que aún le obliga más, tratándose de cosas que afectan directamente a su persona.

De todo lo cual se puede fallar que ese rey no procedió con arreglo a lo que pide la real condición.

Dijole entonces al jalifa su hermana: —¡Por el rey de los cielos y la tierra, te ruego, hermano mío, que le mandes a Nâm cantar y pongas atención a lo que cante!

Y el jalifa le dijo a Nâm:

—Anda, Nâm, y hazme el favor de cantar.

Y Nâm, luego de templar el laúd y ajustarlo a un aire agradable, entonó los siguientes versos:

Ensañóse con nosotros la Fortuna  
que sus dones reparte a su capricho,  
y nos hizo gustar el trago amargo  
de la separación y el cruel martirio  
de la ausencia, con nada comparable,  
y desde entonces para siempre ha huido  
el sueño de mis ojos, que derraman  
sin descanso de lágrimas un río,  
un torrente más bien, que mis mejillas  
escalda con su fuego, y los suspiros  
el pecho me desgarran, noche y día,  
que vencer mi dolor nunca consigo,  
porque nunca olvidar podré al que amo  
ni descansar hasta que esté conmigo <sup>5</sup>.

Quedó muy complacido el jalifa al oír aquella letrilla y su hermana le dijo:

—¡Ye hermano mío! Todo aquel que dicta una sentencia viene obligado a

<sup>5</sup> Suprimidos en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

someterse a ella y a ajustar sus actos a sus palabras; así que aplicate el cuento y muéstrate de acuerdo con lo que acabas de decir y haz cuenta de que fallaste contra ti.

Y la hermana del jalifa volviósese a Nâm y Nima y les dijo:

—¡Levántate, Nima, y tú también, Nâm!

Y en el acto Nâm y Nima se levantaron y, entonces, su hermana le dijo al jalifa:

—¡Ye príncipe de los verdaderos creyentes! Esta que aquí ves ante ti es Nâm, la raptada, la robada por Al-Hachach-ben-Yusufa-ts-Tsakeri, que te la envió con una carta, en la que te engañaba, diciéndote que la había comprado en diez mil dinares de oro, cosa que es falsa.

Y este otro que ves a su lado es su señor, Nima, hijo de Ar-Rebiyu, y yo te suplico, por el honor de tus piosos abuelos y por Hamzah y Ukail y Abbás<sup>6</sup>, que a los dos les perdones y hagas caso omiso de aquello en que te hubieren ofendido y los unas de nuevo y así te hagas acreedor a un rico galardón en el otro mundo por tu buena acción, pues ambos están bajo tu mano y en verdad han comido de tu plato y de tu copa han bebido, y yo hago de intercesora de ambos y la gracia de su sangre te demando.

Al oír lo cual dijo el jalifa a su hermana:

—Bien dijiste, hermana mía. Y pues dicté sentencia en este pleito no me he de desdejar de ella ni la he de revocar.

Y, encarándose con Nâm, díjole el jalifa:

—Dime, Nâm: ¿es este tu señor en verdad?

—Sí, emir de los creyentes—respondió Nâm.

Y el jalifa entonces dijo:

—Pues bien: no hayáis temor, que en este mismo instante os uno a los dos.

Y encarándose con Nima, le preguntó el jalifa:

—¿Quién te dijo que ella estaba aquí y te indicó la forma de llegar hasta ella?

Y Nima contestó:

—¡Ye emir de los creyentes! Escucha mi cuento y presta oídos a mi historia, pues por la memoria sagrada de tus piosos abuelos que no he de ocultarte nada.

Y acto seguido contóle al jalifa todo cuanto le había sucedido.

Maravillóse grandemente el jalifa al oírlo y exclamó:

—¡Que me traigan en el acto a ese sabio persiano!

Trajéronselo al punto y el doctor, reverente, besó la tierra entre las manos del emir de los creyentes, y este le regaló un traje de honor y mandó que le asignaran un sueldo crecido y dijo:

—Quien tal ciencia posee merece que yo le recompense y en el número de mis comensales lo cuente.

Colmó también el jalifa a Nima de mercedes y a la vieja que en todo este asunto actuara de medianera.

Permanecieron después Nâm y Nima en la corte del jalifa siete días, muy contentos y alegres, gozando de regalada vida. Hasta que al fin Nima pidióle su venia al jalifa para tornarse con su esclava a su patria, donde sus padres le aguardaban.

Dioles el jalifa su venia y ellos se tornaron a su tierra, donde vivieron tranquilos y dichosos, en amor y compañía, hasta que se les presentó aquella que pone fin a las fiestas y las tertulias dispersa<sup>7</sup>.

Luego que Al-Amchid y Al-Asad hubieron escuchado el relato de Bah-

<sup>6</sup> Hamzah y Abbás eran tios de Mahoma; Ukail resulta difícil de identificar. Burton supone se trata de Akil, un hijo de Alf, el cuarto jalifa.

<sup>7</sup> Todo lo que sigue hasta la otra historia falta en la versión Mardrus-Prometeo.



ram maravilláronse hasta no poder más. Y ambos a una dijeron:

—¡Realmente es extraordinario ese cuento!

Al llegar a este punto de su narración vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

## PERO LA NOCHE 183 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He podido saber, *ye* monarca, el afortunado, que Al-Amchid y Al-Asad, luego que escucharon el relato de Bahram, el mago que se había convertido al Islam, maravilláronse hasta no poder más y ambos, a una, exclamaron:

—Realmente se trata de un cuento singular.

Pasaron allí todos la noche, y luego que amaneció la mañana, levantáronse ambos hermanos y fueron a solicitar audiencia del soberano; concediósele este en el acto y pasaron a saludarlo. Y el sultán los agasajó mucho a los dos y los sentó a su lado y se enredó con ellos de conversación.

Y estando así he aquí que la gente de la ciudad empieza a gritar y a demandar auxilio y el chambelán del monarca entra en la sala y le anuncia con voz alterada:

—¡*Ye* monarca del siglo, has de saber que un rey de los reyes irrumpió en la ciudad con sus huestes y dizque estas hacen alarde de sus armas y no sabemos a qué obedece su llegada!

Comunicóles acto seguido el monarca a su visir Al-Amchid y a su hermano lo que el chambelán le había participado. Y Al-Amchid, su visir, le dijo:

—No pases cuidados, mi señor, que yo saldré y descubriré su intención.

Salíó, pues, Al-Amchid a los arrabales de la ciudad y se encontró allí con el rey extranjero y su ejército, que era numeroso y denso, sin contar los mamelucos que figuraban en su séquito.

Luego que los centinelas lo vieron

conocieron ser un enviado del rey de la ciudad y lo cogieron y lo condujeron a presencia de su sultán.

Luego que llegó Al-Amchid a presencia del rey extranjero besó la tierra entre sus manos con todo respeto y, al alzar la vista, observó que el rey tenía a su lado una mujer, con el rostro tapado. Y la mujer, mirando a Al-Amchid, dijole así:

—Has de saber que a mi no me trae a esta ciudad otra intención que la de buscar a un mameluco que se me perdió. Y si está con vosotros y me lo entregáis no os haré ningún daño; pero si os negáis a dármele, a una guerra terrible podéis prepararos.

—¿Cuáles son las señas de ese mameluco? ¡*Ye* reina ilustre! ¿Y cómo se llama?—respondió Al-Amchid.

—El nombre de ese esclavo—respondió la reina sin tardar—no es otro que Al-Asad y yo me llamo la reina Marchana, para lo que gustes mandar, y ese esclavo imberbe que digo vino a mi ciudad en compañía de un mago llamado Bahram.

Al oír estas palabras Al-Amchid luego comprendió que se trataba de su hermano y le dijo a la reina:

—¡*Ye* soberana de los tiempos, loado sea Alá que da la alegría y ahuyenta el pesar, pues ese mameluco que dices es mi hermano Al-Asad!

Y acto seguido contóle a la reina Marchana todo cuanto a ambos les sucediera en su peregrinar por tierras extrañas y le declaró la causa por que

ambos dejaron el país del Abenuz, donde su abuelo reinaba.

Maravillóse lo indecible la reina al oírle, y tan grande como su asombro fue su gozo al saber que el joven Al-Asad estaba allí y, en testimonio de que era así, regaló un traje de honor al visir Al-Amchid.

Tornó este luego al lado del monarca y le comunicó lo que le ocurriera con la reina Marchana; holgóse de ello el rey sobre manera y fue en el acto a verla, llevando consigo a Al-Amchid y a Al-Asad, que también quiso ir.

Luego que llegaron a presencia de la reina los hizo esta sentarse a su lado y todos se entretuvieron conversando.

Y estando de esta guisa platicando he aquí que de pronto se levanta densa nube de polvo que nubla el horizonte, y pasada una hora, se disipa y deja ver una tropa nutrida, tan numerosa como las olas del mar cuando se alborota con la tempestad.

Y aquellos guerreros rodearon toda la ciudad y a ella se ciñeron como el anillo al dedo.

Y al ver aquello, dijeron Al-Amchid y Al-Asad:

—¡A Alá pertenecemos y a Alá volveremos! ¿Qué ejército será este tan numeroso y fuerte? Sin duda que no traen buenas intenciones.

Salió luego Al-Amchid fuera de la ciudad y apercibió a las huestes de la reina Marchana, para ir al encuentro del ejército que se aproximaba. Pero al llegar allá encontróse Al-Amchid con la sorpresa de que aquel ejército era el de su abuelo Gayur, padre de la reina Budur, señor de las islas y los mares y de los Siete Alcázares.

Al enterarse de ello Al-Amchid bajó la vista al suelo y permaneció un rato pensativo, hasta que al cabo quedó persuadido de ser su propio abuelo el caudillo que capitaneaba aquel ejército.

Alzó entonces la frente y miró al soberano y besó la tierra entre sus

manos y le hizo saber cómo él era hijo de su hija Budur, y al oírlo el rey Gayur al punto arrojóse en sus brazos y abuelo y nieto rompieron en llanto. Y exclamó el rey Gayur:

—¡Loado sea Alá, ye el hijo de mi hija, por la alegría que al tenerte en mis brazos siento!

Dijole luego Al-Amchid:

—Tu hija, la reina Budur, se encuentra muy bien, ye rey Gayur, y lo mismo mi padre, Kamaru-s-Semán, y ambos residen en una ciudad a la que llaman la isla del Abenuz.

Contóle después Al-Amchid a su abuelo cómo su padre enojárase con él y su hermano Al-Asad y ordenó a su *jasandar* que los matara a los dos, sino que el *jasandar* tuvo de ellos piedad y los dejó en medio del campo y nada más.

Después que oyó aquello le dijo su abuelo:

—Pues ahora iré yo a la isla del Abenuz y os llevaré conmigo a los dos y os reconciliaré con vuestro padre y le obligaré a hacer con vosotros las paces.

Besó Al-Amchid la tierra entre las manos de su abuelo y este, en señal de afecto, obsequiólo con un traje de honor de subido valor.

Tornó luego Al-Amchid junto a su señor y le participó todo lo ocurrido con el rey Gayur, el padre de la reina Budur, de lo que el sultán maravillóse hasta no poder más.

Acto seguido ordenó el sultán mandarle al rey Gayur, a título de hospitalidad, caballos y ganado y pienso y todo lo demás que pudiera necesitar, y otro tanto mandó hacer en obsequio a la reina Marchana, a la que dieron parte de todo lo que pasara. Y dijo al oírlo la reina Marchana:

—Yo también iré con vosotros a la isla del Abenuz, llevando conmigo mi ejército, y haré cuanto esté de mi parte para reconciliaros con vuestro padre.

Pero estando en estos razonamientos y estas pláticas he aquí que de pronto se levanta densa nube de polvo que vela el horizonte y ennegrece el día y bajo de la cual suena gran gritería y relinchar de corceles fogosos y relucen destellos de desnudas espadas y de agudas lanzas.

Avanzó aquella tropa hacia la ciudad y, al llegar a sus inmediaciones, batieron tambores. Y al ver el rey llegar aquel ejército, luego exclamó muy satisfecho:

—¡En verdad que este día es día de bendición!, pues si quiere Alá, lo mismo que con los otros, también con estos guerreros haremos la paz.

Y acto seguido gritó a su visir:

—Sal en seguida, Al-Amchid, en compañía de tu hermano Al-Asad, y ve al encuentro de ese nuevo ejército, que en verdad es tan numeroso y potente como nunca vi otro igual.

Marcharon allá en el acto Al-Amchid y Al-Asad, su hermano, y después el rey, por precaución, mandó cerrar las puertas de la ciudad, por si las cosas salían mal.

Fueron los dos hermanos a ver qué ejército era aquel y se encontraron con la sorpresa de que aquel ejército era el de las islas del Abenuz y su general no era otro que su propio padre, Kamaru-s-Semán. Y al ver a su padre ambos hermanos besaron la tierra entre sus manos y derramaron copioso llanto.

Por su parte, Kamaru-s-Semán, luego que vio a sus hijos y los reconoció, arrojóse en sus brazos y vertió también copioso llanto al pensar que al fin, tras tanto dolor, tocaba a su término la separación. Y una hora de tiempo los tuvo apretados contra su pecho, y les dio sus excusas por lo que hiciera con ellos, y se dolió de su yerro. Dijéronle luego sus hijos a Kamaru-s-Semán cómo era llegado también allí su suegro, el rey Gayur, padre de la reina Budur, y Kamaru-s-Semán montó en el

acto en su caballo y fue a saludarlo y, al verlo, besó la tierra entre sus manos y todos tornaron a derramar copioso llanto. Y el rey Gayur estaba hondamente maravillado.

Pero estando así platicando sobre los sucesos pasados he aquí que de pronto se levanta densa nube de polvo que cubre todos aquellos contornos y trepida la tierra bajo el galopar de los corceles briosos y redoblan los atabales con el estruendo del huracán impetuoso, y a poco déjanse ver huestes de guerreros numerosos, todos ellos vestidos de negro, y en su centro un anciano, ya harto provecho, con una barba que le llega hasta el pecho y que, cual sus soldados, viste también de negro.

Y al ver el rey de la ciudad aquella tropa tan nutrida y bien apercibida, exclamó:

—¿Qué ejército es ese tan numeroso como las olas del mar borrasco y que con el polvo que levanta cubre cuanto a la vista alcanza?

Pero los otros reyes le dijeron:

—¡Ye rey del siglo!, no tengas ningún miedo, que aquí estamos nosotros para luchar contra esos guerreros y sin duda los venceremos.

Y estando así he aquí que ven adelantarse en dirección a la ciudad un emisario del general que mandaba aquella tropa; salieron a su encuentro y lo condujeron a presencia del rey de la ciudad y de Kamaru-s-Semán y el rey Gayur y la reina Marchana, al lugar donde todos estaban.

Y habéis de saber que el general de aquellas huestes era un rey del Achm y hacia muchos años que estaba buscando a un hijo suyo que había desaparecido de su lado, sin que, por más que hizo, consiguiera encontrarlo. Hasta que llegaron, por fin, a esta ciudad, y, según su costumbre, envió un emisario a su sultán con el recado de darle en su nombre el siguiente recado:

«Si tenéis en vuestro poder a mi hijo

y me lo entregáis, nada temáis; mas si así no lo hicierais, sabed que me consideraré en guerra con vosotros y asolaré este reino con mis bravos guerreros.»

Escuchó al mensajero Kamaru-s-Semán y le dijo luego:

—No tengo la menor noticia de nada de eso. Pero decidme, sin embargo, ¿cómo se llama el padre del muchacho?

—Se llama—respondió el emisario—el rey Schahramán, señor de las islas Jalidán.

Al oír Kamaru-s-Semán aquellas palabras lanzó un recio grito y rodó a tierra sin sentido y una hora estuvo desvanecido.

Recobró luego el conocimiento y rompió a llorar con gran sentimiento. Y volviéndose a Al-Asad y a Al-Amchid y a sus familiares les dijo:

—Venid, hijos míos, con el embajador y conmigo a saludar a su señor, que es vuestro abuelo, o sea mi padre, el rey Schahramán, y para que vea cómo vive su hijo Kamaru-s-Semán, que el viejo está afligido, pues me da por perdido, y de luto por mi va de negro vestido.

Fueron luego todos allá y Kamaru-s-Semán abrazó a su padre, que también lo abrazó, y ambos cayeron desmayados, por efecto de la emoción.

Recobraron después el sentido los dos y el rey Schahramán contóle cuanto le ocurriera a su hijo Kamaru-s-Semán. Después de lo cual pasaron a saludar los demás reyes al rey Schahramán.

Casó luego la reina Marchana con el príncipe Al-Asad y, en unión de su esposo, regresó a su ciudad, no sin que antes los demás reyes la comprometieran a sostener con ellos asidua correspondencia.

Casó también Al-Amchid con su amada Bostán, la hija del mago converso Bahram. Y después de eso volvieron todos a la isla del Abenuz y en ella permanecieron por espacio de un mes entero, pasado el cual tornóse el rey Gayur a su país con su hija Budur...

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

## Y LA NOCHE 184 PROSIGUIO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que el rey Gayur partió con su hija, la reina Budur, y Al-Amchid, su nieto, y todo su séquito en dirección a su país y abdicó el trono a favor de Al-Amchid, y también Kamaru-s-Semán cedió el cetro a su hijo Al-Asad con el consentimiento de su abuelo, el rey Armenús, y en unión de su padre, el rey Schahramán, dirigióse a las islas Jalidán. Y al llegar engalanaron sus vasallos la ciudad y todo un mes estuvieron repicando los tambores en señal de la alegría que

todos sentían. Y siguió Kamaru-s-Semán reinando en lugar de su padre, hasta que la destructora de los deleites vino a visitarle. Pero Alá es más sabio.

Luego que hubo oído el final de aquella historia, dijole el rey a la narradora:

—*¡Ye Schahrasad*, esa historia es peregrina y singular!

—Pues a pesar de ello—respondió Schahrasad—, la historia de Alá-d-Din Abu-Schamat es todavía más singular.

—Pues ¿qué historia es esa?—preguntó el sultán.



## HISTORIA DE ALA-D-DIN ABU-SCHAMAT

(Noches 184 a 201)

*Historia de amor con aventuras y viajes, al estilo romántico, y en la que se intercalan páginas de la picaresca oriental y aparece ese curioso tipo de jefe de Policía, Ahmedu-d-Danaf (el enclenque o tábido), que más adelante desarrollará toda su corpulenta figura de polizonte maleante en pugna con la astuta Dalila, otro gran figurón de la picaresca islámica.*

*Digno de notarse, como indicio revelador de las costumbres, el asedio amoroso de que Mahmudu-l-Beljiyu hace objeto al joven Alá-d-Din, poniendo a este en el trance de defender su virtud espada en mano. Por lo demás tales costumbres eran comunes a todos los pueblos de la antigüedad, y ¿solo de la antigüedad? Conteste por nosotros el famoso proceso contra Oscar Wilde, en la Inglaterra victoriana, y obras como el Corydon, del francés Gide, esa justificación biológica de la homosexualidad.*

*Para ilustrar la onomástica diremos que Schemsu-d-Din significa Sol de la Fe, y Alá-d-Din, excelsitud de la idem.*

*El epíteto de Padre de los Lunares representa un alto encomio por el aprecio en que los orientales tenían, y siguen teniendo, a ese atributo integrante de su ideal de la belleza. Las mujeres persas se los pintaban ya en aquellos tiempos, anticipándose a las elegantes francesas del siglo XVIII, que, como es sabido, los llamaban mouches (moscas). La versión Mardrus-Prometeo titula esta narración, afrancesadamente, Historia de grano de belleza (Grain de beauté).*

*Realza el interés de esta historia la intervención en ella del emir de los creyentes, el siempre insomne y curioso de novedades Harunu-r-Raschid,*

*disfrazado esta vez de dervisch o fraile mendicante, y, como siempre, acompañado de sus inseparables Châfar el visir y Mesrur el verdugo que, como las Euménides, lleva ese nombre de alegre, tan contrario a su misión. El jalifa, amigo del canto, es guiado por este al lugar donde ha de realizar una buena obra, que compensa con creces la mentira de sus palabras y que conmueve por la delicadeza con que la lleva a cabo. Psicología compleja la de ese monarca oriental impulsivo y neurótico como un león aquejado de intermitente calentura. El representa—enorme y delicado—esa Edad Media del Islam que es la, única en su dormida eternidad.*

*Al cortejo se une esta vez ese Quevedo persa, el poeta Abu-Nuás, que, por desgracia, no llega a abrir su boca, llena de versos y agudezas.*

—Ha llegado a mis oídos, ye el rey, el afortunado—empezó Schahrasad—, que allá en tiempos pasados y en remotos años había un mercader mizriano que se llamaba Schemsu-d-Din y era de los mejores del gremio y su palabra la más digna de crédito.

Poseía el tal mercader gran número de esclavos y eunucos y criados y mamelucos y caudales en gran cantidad. Y tenía tanto prestigio que lo habían nombrado *scheij* de los mercaderes de Mizir.

Estaba casado Schemsu-d-Din con una esposa a la que amaba y que le amaba, salvo que en los cuarenta años que llevaban casados no habían logrado tener ni una hija ni un hijo, de lo que el hombre se encontraba muy dolido.

Y sucedió que un día de los días, estando sentado en su alcañá, vio Schemsu-d-Din cómo todos los demás mercaderes tenían un hijo o dos, si no tenían más, los cuales, muertos sus padres, seguían ocupando su lugar en sus tiendas y haciendo lo mismo que sus padres hicieran.

Era viernes aquel día y Schemsu-d-Din pasó al alhama y se acicaló según correspondía a tal día y fue luego a la barbería y miróse, al llegar, en el espejo del alfajeme y vio en él su cara y exclamó con unción:

—¡Atestiguo que no hay más *ilah* que

Alá y que Mohammed es el Enviado de Alá!

Miróse luego las barbas y advirtió que lo blanco de las canas le tapaba lo negro del demás pelo, y recordó que la canicie es anuncio que advierte de que ya nos ronda la muerte.

En tanto pensaba eso el mercader, también por su parte se acicalaba su mujer, con la idea de que, a su vuelta, la encontrara compuesta.

Tornó a casa Schemsu-d-Din y su mujer lo salió a recibir y le dijo:

—¡Buenas tardes, amigo!

—¡Bah!—respondió él—. No veo por aquí nada de bueno.

Mandó entonces su mujer a la esclava que sirviese la mesa e instó a su esposo a que comiera, diciéndole con mucho amor:

—Buen provecho te haga, mi señor.

Pero su esposo respondió con mal humor:

—No tengo ganas de comer, ni quiero la mesa ver.

Y apartó el plato y se volvió a otro lado.

Dijo entonces su mujer:

—¿Por qué estás tan desganado?  
¿Cuál es la causa de tu enfado?

Y Schemsu-d-Din, sin poderse contener, le dijo a su mujer:

—La causa de mi enfado eres tú, ya que lo quieres saber...

Y ella le preguntó:

—¿Por que?

—Pues porque hoy—le dijo él—, al abrir yo mi tienda, pude ver cómo los demás mercaderes tienen uno o dos o más hijos, los cuales, después de ellos, ocuparán su sitio y seguirán haciendo lo mismo que sus padres hicieron. Y me dije para mis adentros: «El que fue parroquiano de sus padres, lo será también de ellos.»

Mientras que yo ningún hijo tengo. Y la noche de nuestra boda, al entrar en la alcoba y acercarme a ti, me hiciste jurar que no tomaría jamás otra mujer que fuese tu rival, ni me holgaría con ninguna esclava ni abisinia ni rumí ni de ninguna otra clase, cosa que hasta el presente cumplí.

Nunca pasé la noche fuera de mi casa ni dormí en otra cama, de suerte, pues, que está probado que eres tú mujer infecunda y que sembrar en ti es lo mismo que sembrar en una piedra dura.

—¡Oh!—exclamó su esposa—. Sea sobre mí el nombre de Alá. La culpa de lo que te pasa no debes echármela, que no es mía, sino tuya, pues todo se debe a que no espesa ya tu semen.

—¿Y qué tiene eso que ver?—replicó él.

—Pues mucho—dijo su mujer—. Porque es cosa sabida que hombre cuyo semen no espesa no puede empreñar a las mujeres ni esperar tener de ellas hijos que le hereden.

—¿Y no habrá un remedio para arreglar eso?—inquirió el mercader—. Dímelo, si lo sabes, que daría cualquier cosa por poderlo poseer.

—Ve a ver a los drogueros y ellos quizá te lo puedan proporcionar.

Dijole así su esposa al mercader, y este pasó la noche pensando en lo que había de hacer.

Luego que amaneció la mañana pasó al mercader de haber ofendido a su mujer y esta también sintió pesar de haberlo ofendido a él.

Marchó el mercader al zoco y topóse con un droguero y fuese a él en seguida y le saludó diciendo:

—¡Sea contigo la paz!

Y el otro contestóle también con el *selam*.

Luego preguntóle el mercader al droguero:

—¿No tendrías tú esa droga que posee la virtud de espesar el semen y devolverle el vigor de la juventud?

—Sí que la tenía—respondió el perfumista—, pero se me acabó. Pregunta a mi vecino, que acaso él pueda servírtela.

Hízolo así el mercader y preguntó al vecino, pero también con resultado negativo. Y siguió preguntando de tienda en tienda, hasta que le dio al zoco la vuelta, y todos, al oír la pregunta del síndico, se reían en sus barbas, pensando que no estaba en su juicio.

Visto lo cual el cuitado tornóse a su tienda y se sentó apesadumbrado.

Pero había en aquel zoco un individuo que era el *scheij* de los corredores de comercio, y era hombre aficionado al *alhaschische*, que sabía preparar el opio y el cáñamo verde y demás drogas estupefacientes.

Llamábase el tal Mohammed Semsem<sup>1</sup> y era pobre de condición y tenía por costumbre ir al zoco todas las mañanas y saludar a los mercaderes, por si algo de él necesitaban.

Presentóse, pues, aquella mañana Mohammed Semsem, siguiendo su costumbre, en la tienda de nuestro mercader, y lo saludó con el *selam* y al verlo tan cariacontecido, le dijo:

—¿E mi señor, ¿qué te sucede para que estés tan mohino?

Refirióle entonces Schemsu-d-Din lo ocurrido entre él y su mujer, y le dijo también:

—Llevo cuarenta años casado con ella y en todo ese tiempo no se ha

<sup>1</sup> Sésamo.

quedado ni una vez encinta ni me ha dado un hijo ni una hija. Y me ha dicho que de eso tengo yo la culpa, pues ya mi semen no espesa ni calienta. Por lo que ando buscando alguna medicina que restituya a mi semen su potencia perdida, sin que hasta ahora haya logrado hallar ninguna.

—*Ye mi señor—dijole Mohammed Semsem—. Esa droga que buscas la tengo yo. Ahora bien: ¿qué darías si yo pudiera restituirte la potencia perdida y hacer que tu mujer quedase de ti encinta despues de cuarenta años de no darte ni hijo ni hija?*

—*Si tal hicieses—respondió el mercader—te daría todo cuanto me pidieses. Bien, pues dame un dinar—dijole el amigo.*

—*Ahí tienes dos—respondióle el síndico.*

Tomólos el otro y se los guardó, y luego exclamó:

—*Dame ahora, mi señor, esa fuente de china.*

Dióselo Schemsu-d-Din y el otro la cogió y se despidió y se dirigió en busca de un vendedor de *alhaschiche* y le compró dos onzas de cáñamo rumi, otras dos de copaiba de China y cariofilina y clavo y jengibre y pimienta blanca y tomillo de la montaña y lo echó todo en aceite de olor y lo mezcló bien y lo batió y tomó tres hojas de azafrán del Líbano, macho, y una copita de coriandro y lo echó también en la fuente y vertió en ella un poco de miel de abeja<sup>2</sup> y, después de bien batida la mezcla, corrió a llevársela al mercader a su tienda y se la dio, diciéndole:

—*Aquí tienes el remedio con el cual podrás recobrar la virilidad; pero lo habrás de tomar cuando vayas a coha-*

bitar, después de haber comido carne de carnero y pichones caseros, todo ello sazonado con especias y condimentos y rociado con vinos buenos.

Tomó el mercader la fuente de manos del viejo y mandóselo a casa a su mujer, con este recado: «Tenme preparada una comida fuerte y guarda a buen recaudo el tónico del semen, y no toques nada hasta que yo vaya.»

Hizo su mujer según le mandara y cuando el mercader tornó a la noche a su casa halló la cena preparada y cenó a satisfacción y, luego de cenar, pidióle a su esposa la fuente con la droga. Dióselo ella y él se la tomó y luego se acostó con su mujer y resultó que ella quedó embarazada aquella vez.

Pasaron luego un mes y dos y tres sin que ella tuviera su regla, viniendo así a comprobar que la noche de marras quedara preñada.

Cumplióse luego el término de su embarazo y avicinóse la hora del parto y vino la comadrona a asistir a la mujer, invocando a Mohammed y a Alí, hasta que dio a luz, por fin, un hijo varón, y la comadrona lo envolvió en los pañales y después se lo dio a su madre.

Dióle aquella el pecho y el niño mamó hasta que se hartó y se durmió. Después de lo cual permaneció allí la comadrona tres días más, hasta que se convenció de que el niño no necesitaba ya de sus cuidados, y entonces se fue, después de terminadas las fiestas del caso, en que se reparten dulces y confites entre las amigas y vecinas de la parturienta, que van a felicitarla por su buena estrella.

Al séptimo día del parto echaron sal por el suelo del cuarto<sup>3</sup>, y entró el mercader a ver a su mujer y, después de saludarla y felicitarla, preguntóle:

—*¿Dónde está esa prenda de Alá?*

Mostróle su mujer al niño, que era

<sup>2</sup> Todos estos afrodisíacos y otros más figuran en el recetario contra la impotencia del *Kama-sutra*, del indio Vatsyayana, ese monumental *Ars amandi* que se supone compuesto uno o dos siglos antes de nuestra era.

<sup>3</sup> Para conjurar el mal de ojo.



un prodigio de hermosura y perfección, una obra maravillosa del Creador. Siete días no más tenía y todo el que lo veía pensaba que ya el año tenía.

Mirólo el mercader a la cara y vio una luna creciente y dizque tenía el niño en las mejillas sendos lunares, que realzaban aún más sus encantos singulares.

—¿Qué nombre le piensas poner? —preguntó el mercader a su mujer.

—Si hubiera sido una niña—respondió la madre—, le habría puesto nombre yo; pero, puesto que es niño, a ti te corresponde ese honor.

Se ha de tener en cuenta que la gente de aquellos tiempos fiaban a la suerte el poner nombre a sus hijos, y mientras estaban deliberando sobre cómo habían de llamar al niño, he aquí que oyeron a uno en la calle saludar a un amigo, diciendo: «Hola, mi señor Alá-d-Din.

Y en el acto el mercader le dijo a su mujer:

—Ya esta. Pondremos al niño el nombre de Ala-d-Din Abu-Schamat <sup>4</sup>.

Confióles luego el crio a las nodrizas y ayas y por dos años estuvo mamando la leche de sus pechos, hasta que se hizo ya mayor y empezó a andar y no tuvo de ellas necesidad.

Luego que cumplió los siete años decidió su padre guardarlo en un lugar soterrado para del ojo <sup>5</sup> preservarlo. Y le puso un alfaquí para que lo instruyese y aquel le enseñó a leer y escribir y después lo inició en el *Corán* y en la ciencia general, hasta que se hizo un maestro que lecciones podía dar.

Así las cosas, sucedió un día de los días que el esclavo que lo servía, al salir de la cueva, olvidóse de cerrar la puerta, y Alá-d-Din salió por ella y subió a ver a su madre y entró en su habitación, en el preciso instante en que le estaban visitando unas amigas, de las más principales familias.

Estaban aquellas conversando con la madre del chico cuando presentóse este allí de improviso y dizque parecía un esclavo blanco borracho o un ángel del Paraíso, por lo bello y florido. Y al verlo las mujeres echáronse aprisa sobre el rostro sus velos e increparon a la madre diciendo:

—Por Alá, *ye* Fulana; ¿cómo consentes que entre aquí ese mameluco extranjero, estando nosotras sin el velo? ¿No sabes que el pudor es cosa que nos manda nuestra religión?

—¡*Ye*—exclamó la madre—, este es mi hijo, el fruto de mis entrañas y el heredero del síndico Schemsu-d-Din, y no un mameluco ni persona extraña! El niño de la niñera y el collar y la miga y la corteza. Invocad sobre él a Alá y decid *Bi-smi-l-lah* <sup>6</sup>.

—¿Cómo tu hijo?—dijeron las amigas—. ¡No teníamos de ello la menor noticia!

—Es que su padre—contestó la mujer—por temor al ojo lo tenía encerrado en un sótano...

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

<sup>6</sup> Las expresiones que anteceden aluden (Burton) a la buena crianza del chico. *Bismi-l-lah*, en el de Alá, frase con que comienzan todas las oraciones coránicas.

<sup>4</sup> Padre de los lunares.

<sup>5</sup> Contra el mal de ojo.

## Y LA NOCHE 185 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que la madre de Alá-d-Din dijoles a sus amigas, que estaban allí de visita:

—Es que su padre, por temor al ojo, lo tenía encerrado en un sótano. Sin duda el esclavo, al salir, dejó abierta la trampa y por ella el chico se escurrió hasta aquí; que nuestra intención era tenerlo allí confinado, hasta que fuera un hombre barbado.

Felicitaron las amigas a la madre por aquel hijo ignorado, y luego el muchacho alejóse de allí y bajó al patio y pasó al estrado y sentóse en él y se quedó reflexionando.

Mas no llevaba mucho rato sentado cuando llegaron los esclavos de su padre, los cuales llevaban de las riendas a la mula que a aquel le servía de cabalgadura.

—¿Qué mula es esa y dónde estaba? —preguntó Alá-d-Din a los que la llevaban.

—Es la mula de tu padre—contestaron aquellos—. En ella monta siempre para ir al zoco y ahora venimos de dejarlo allí nosotros.

—¿Y qué hace en el zoco mi padre? —preguntó Alá-d-Din a los esclavos.

Y ellos le contestaron:

—Tu padre es el síndico de los comerciantes en tierras de Mizr y es además sultán de los hijos del Garb.

Luego que Alá-d-Din oyó aquello corrió a ver a su madre y la interpeló diciendo:

—*Ye madre mía*: dime, si lo sabes, ¿cuál es la profesión de mi padre?

—*Ye hijo mío*—contestóle su madre—. Tu padre es un mercader, el síndico de los mercaderes de las tierras de Mizr y sultán de los hijos del Garb, y sus vasallos no acuden a él para asuntos

de comprar y vender sino cuando se trata de negocios que importan, por lo menos, mil dinares, que para cosas de menos cuantía no se atraven a molestarle.

—*Ye madre mía*—exclamó Alá-d-Din—. ¡Loado sea Alá que me hizo hijo del sultán de los hijos del Garb y síndico de los mercaderes de Mizr! Pero dime, madre mía: ¿por qué causa me tuvieron encerrado en esa sala sote-rraña sin ver la luz del cielo, lo mismo que un preso?

—Hijo mío—repuso su madre—, si allí te tuvimos fue tan solo por miedo a que te hicieran mal de ojo. Que eso del mal de ojo es cosa cierta y muchos por ello se cuentan entre los muertos.

—*Ye madre mía*—exclamó Alá-d-Din—; ¿adónde huir del sino, si contra él no valen precaución ni aviso? No hay, en verdad, forma de escapar de lo que está escrito, y al que a mi abuelo guadaño, no dejará a mi padre en barbecho, y el que hoy vive, mañana está muerto. Y si mi padre llegara a faltar y yo saliese de mi sótano y me presentase a la gente diciendo: «Yo soy Alá-d-Din, hijo del mercader Schemsu-d-Din» no habría nadie que a mis palabras diera crédito y todos saldrían diciendo: «Jamás en nuestra vida tuvimos noticia de que Schemsu-d-Din tuviera hijo ni hija.» Y se echaría encima el fisco y se alzaría con toda nuestra hacienda. Y tenga Alá en su gloria al poeta que estos versos compusiera:

«Acabóse el hombre  
voló el dinero,  
y ahora su viuda  
está por los suelos.» <sup>7</sup>

<sup>7</sup> La edición Bulak trae estos versos que faltan en Burton y en Mardrus.

Así que, madre mía, háblale a mi padre para que desde mañana mismo me lleve al zoco consigo y me ponga una tienda, para que yo me siente en ella con mis mercaderías y me instruya en la ciencia del vender y comprar y dar y tomar.

—Hijo mío—respondióle su madre—, no tengas cuidado, que, en cuanto venga tu padre, le expondré tu deseo, que hallo muy laudable.

Al llegar después a su casa el mercader encontró a su hijo Alá-d-Din Abu-Schamat, o el de los lunares, sentado al lado de su madre y, al verlo allí, exclamó su padre:

—¿Por qué del sótano lo sacaste?

—Ye hijo de mi tío—respondióle su esposa—; no lo saqué yo del sótano, sino que se salió él, porque el esclavo dejó abierta, por descuido, la puerta. Y hete aquí que estando yo con mis amigas que habían venido de visita fue y se presentó de manera imprevista.

Y a continuación la mujer contóle al marido lo que le dijera su hijo. Y el mercader, al oírlo, volvióse al muchacho y le dijo:

—Mañana mismo, si Alá quiere, hijo mío, vendrás al zoco conmigo. Pero has de tener en cuenta que para sentarse en el zoco y regentar una tienda se ha menester cultura y cortesía y saber conducirse, según lo que cada caso exige.

Durmió, pues, Alá-d-Din aquella noche muy contento por lo que su padre le dijera, y aquel, luego que amaneció la mañana y se extendió su claridad, hizo pasar a su hijo al *hammam* y, luego que se bañó, le vistió un traje suntuoso que valía un dineral, y Alá-d-Din, después de desayunar y refrescar, montó en su mula y cabalga detrás de su padre, con dirección al zoco de los comerciantes.

No bien vieron los del zoco a su *scheij* llegar seguido de aquel mocito, cuya cara semejava a la luna llena en

su noche catorcena, dijéronse unos a otros tomados de asombro:

—¡Vaya, vaya con nuestro síndico! Lo teníamos por un bendito y ahora se descuelga con ese mocito. Lo teníamos en buena opinión y ahora resulta que es como el puerro: blanco por fuera, verde por dentro <sup>8</sup>.

Y dijo Mohammed Semsem, el droguero, del que más arriba hicimos mérito, a los mercaderes:

—¡No podemos tolerar, amigos míos, que siga siendo nuestro síndico!

Ahora bien: era costumbre que cuando el síndico iba por la mañana al zoco, desde su casa, y se sentaba en su tienda, fueran allá todos a recitar con él la primera azora del *Corán* y desearle un buen día, después de lo cual retirábanse a sus tiendas respectivas.

Pero aquella mañana, al sentarse Schemsu-d-Din en su tienda, no fueron a visitarle, según la costumbre, los demás comerciantes.

Visto lo cual llamó Schemsu-d-Din al *nakib* <sup>9</sup> y le dijo:

—¿Por qué no vienen hoy a saludarme, según es costumbre, los del zoco?

Y el *nakib*, que no era otro que Semsem, el del opio, le contestó:

—A punto fijo no sé la razón, mi señor. Mas puedo asegurarte que han decidido no venir a saludarte y recitar la primera azora del *Corán*. Y demás de eso, han decidido poner otro síndico en tu lugar.

—¿Y por qué—insistió Schemsu-d-Din—han tomado ese acuerdo contra mí?

Y, evitando contestarle directamente, le preguntó el *nakib*:

—¿Qué jovencito es ese que se sienta a tu lado? Nosotros te teníamos por un respetable anciano y por eso te habíamos elegido para nuestro síndico. Pero

<sup>8</sup> La versión Mardrus, sin duda por errata, transcribe como *el perro*. En Boccaccio se encuentra la expresión *capo bianco, codaverde*.

<sup>9</sup> Título honorífico, lo mismo que *schij*.

ahora está claro que nos habíamos equivocado y que, a pesar de tu honrada apariencia, te gustan los chavales como a cualquiera. Aunque, a decir verdad, yo he salido en tu defensa y he vuelto por tu inocencia.

—¡Calla!—gritó el síndico—. ¡Así Alá te confunda! ¡Este joven es mi hijo!

—¿Cómo va a ser tu hijo—replicó Semsem—si jamás supimos que tuvieras ningún hijo?

—Has de saber, *ye el nakib*—respondió Schemsu-d-Din—, que cuando aquella vez de marras, hace ya catorce años, me trajiste aquel afrodisíaco, y yo me lo tomé y dormí con mi mujer, la empuñé y hube en ella este hijo al que después, por temor al mal de ojo, encerré en casa en un sótano, debajo de tierra, y era mi intención que de allí no saliera hasta que las barbas le llegasen al pecho y se las pudiera atusar con los dedos. Solo que su madre se opuso a mis planes y tanto insistió y tanto porfió conmigo que al fin consiguió que lo trajese al zoco y le pusiese una tienda y se la surtiese de telas y le enseñase el arte de vender y comprar y de tomar y dar.

Luego que el *nakib* oyó esas palabras de labios de Schemsu-d-Din corrió a transmitírselas a los mercaderes del zoco y entonces fueron allá todos, en su compañía, y saludaron al síndico, según la costumbre, y recitaron la azora alcoránica y le felicitaron por su paternidad, diciéndole las palabras de ritual:

—¡Quiera Alá prosperar y tener en su gracia al tronco y a la rama! Y hacer que esta florezca y fructifique en abundancia. Pero perdona te recordemos que hasta los más pobres de nuestro gremio, cuando les nace una hija o hijo, lo celebran con la correspondiente alifara, a la que invitan a sus amigos y conocidos. Y tú, a la verdad, te has olvidado de este requisito.

—Tenéis razón—convino Schemsu-d-Din—, pero ese olvido se puede subsanar. Y desde ahora quedáis invitados a la alifara que pienso dar en mi *ruzafa*<sup>10</sup>.

Pero al llegar a este punto de su narración sorprendió a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus elocuentes palabras.

## Y LA NOCHE 186 CONTINUO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mi noticia, *ye monarca*, el afortunado, que el síndico Schemsu-d-Din invitó a los mercaderes a un festín y les dijo:

—El lugar de reunión será mi jardín.

Luego que amaneció otra vez la mañana mandó Schemsu-d-Din tapices a la sala y el alquival<sup>11</sup> del jardín y ordenó que los adornasen con todo primor y llevasen allí vituallas en profusión, corderos cebones y demás manjares propios de tales ocasiones.

Mandó preparar el síndico dos mesas, la una en la sala y la otra en el

alquival del jardín. Y se ciñeron sus fajas Schemsu-d-Din y su hijo Alá-d-Din. Y el primero le dijo a su hijo:

—Mira, hijo mío, cuando entre un invitado que ya tenga el pelo blanco, saldré a recibirlo yo y lo introduciré en el alquival y lo haré sentar en el puesto de honor. Y cuando sea un joven imberbe el que se presente saldrás tú a recibirlo y lo harás pasar a la sala

<sup>10</sup> Jardín en las afueras de la ciudad.

<sup>11</sup> Pabellón, tienda de campaña. Forma romanceada del árabe *Al-Hibá*.

y lo harás sentar sobre la almohada.

—*¡Ye padre mio!*—exclamó Alá-d-Din—. ¿Por qué mandaste preparar dos mesas distintas, una para los hombres ya hechos y otra para los todavía mancebos?

—*Ye hijo mio*—respondió el mercader—, has de saber que los jóvenes sin pelo de barba se avergüenzan de comer delante de los hombres que ya peinan canas.

Aprobó Alá-d-Din el parecer de su padre Schemsu-d-Din. De suerte, pues, que, cuando empezaron a llegar sus invitados, era el síndico quien salía a recibir a sus amigos y los hacía sentar en el alquival, en tanto su hijo Alá-d-Din hacía lo mismo con los muchachos de su edad y en la sala los hacía sentar.

Sirvieron luego los esclavos a los dos bandos manjares y bebidas y todos comieron y bebieron, según el apetito que tenían.

Después los ancianos pusieron a evocar recuerdos edificantes y sacaron a colación tradiciones venerables y hadices del Profeta incomparable.

Y había entre ellos un mercader, llamado Mahmudu-l-Beljiyu<sup>12</sup>, el cual era musulmán por fuera y adorador del fuego por dentro y practicaba la corrupción y profesaba a los muchachos un nefando amor.

Y hubo el tal Al-Beljiyu de fijar en Alá-d-Din una mirada de esas que mil desastres acarrearán. Hízole el Schaitán reparar en la belleza del muchacho y en aquellos lunares que agraciaban su cara y al punto la pasión apoderóse de su corazón.

Era aquel mercader que se llamaba Mahmudu-l-Beljiyu cliente de Schemsu-d-Din, al cual le compraba telas y

otros artículos. Y, atraído por la belleza de Alá-d-Din, escurrióse hacia el grupo moceril y, aprovechando la ocasión de que el hijo del síndico había ido a hacer una necesidad, díjoles a los otros chicos:

—Si lográis inclinar el ánimo de nuestro amigo Alá-d-Din para que consienta en salir de viaje conmigo os daré a cada uno un rico traje, que valdrá un buen golpe de dinares.

Después de lo cual tornóse Mahmud al lugar donde estaban los hombres de alguna edad.

Y estando los otros chicos sentados he aquí que vuelve Alá-d-Din, y ellos, al verlo, salieron a su encuentro y lo hicieron sentarse en su medio, en el sitio de honor. Y uno de los chicos tomó luego la palabra y le dijo a un amigo:

—*¡Ye mi señor Hasán!* ¿No me querrias decir de dónde sacas todo ese dinero que gastas?

A lo que respondió su amigo Hasán:

—Has de saber que, en cuanto tuve edad y alcancé la pubertad, le dije a mi padre: «*¡Ye padre mio!*, yo quisiera ser mercader y traficar y ganar.» Y mi padre me dijo: «*Ye hijo mio*, está muy bien; toma esta cantidad y asóciate con un mercader y viaja con él y así llegarás a aprender la ciencia del comprar y el vender.»

Siguieron luego los demás muchachos diciendo a sus amigos cosas por el estilo, hasta que le llegó la vez de hablar a Alá-d-Din, el hijo del síndico Schemsu-d-Din.

—¿Qué dices tú, amigo Alá-d-Din?

—le preguntaron. Y él respondió así:

—Yo, amigos míos, me he criado en un sótano debajo de tierra y no salí de allí sino el viernes pasado y hasta ahora no hice más que ir con mi padre al zoco por la mañana y volverme con él por la tarde a casa.

Y uno de los chicos exclamó al oírlo:

<sup>12</sup> Natural de Belj o Balj, región del Turquestán afgano, entre Kabul y el Oxo, la antigua Bactriana. La versión Mardrus-Prometeo lo llama, no sabemos por qué, Mahmud el Bilateral. ¿Querrá decir bisexual?

—Este, por lo visto, es como el pez: fuera del agua, su vida se acaba <sup>13</sup>.

Acto seguido dijéronle los demás chicos:

—*Ye Alá-d-Din*, ten presente que lo que da fama a los hijos de los mercaderes es correr tierras y mares, mercando y traficando para ganar caudales.

Sintió gran disgusto Alá-d-Din al oír tales palabras y se retiró de la reunión, derramando lágrimas.

Violó llorar su madre y preguntóle:

—*Ye* hijo mío, ¿qué te pasa y por qué viertes esas lágrimas?

—*Ye* madre mía—respondió el muchacho—, has de saber que esos chicos me han abochornado y me han dicho: «Lo que da fama a los hijos de los mercaderes es correr tierras y mares, mercando y traficando para ganar caudales, adarmes o dineros.»

—*Ye* hijo mío—preguntóle su madre—. ¿Es que tú querías salir de viaje?

—Claro que sí, madre—respondió Alá-d-Din.

—Pues siendo así, hijo mío, no pases pena, que tu padre tiene dinero de sobra para costearse ese viaje, y si él dártelo no quisiera, yo de mi bolsillo te lo pusiera.

—El mejor favor, madre mía—exclamó el joven—, es el que se hace en seguida <sup>14</sup>; así que, si me piensas ayudar, no me hagas esperar.

Fue, pues, su madre y en el acto llamó a los esclavos y los envió al almacén donde se guardaban las telas preciadadas y ellos así lo hicieron y sacaron de allí géneros suficientes para cargar diez camellos fuertes.

Y esto es, por ahora, lo referente a su historia.

Cuanto a Schemsu-d-Din, el padre de Alá-d-Din, hubo de buscar a su hijo en el jardín y, no hallándolo allí, preguntó por él a los demás y estos le

dijeron que le habían visto marchar, montado en su mula, con dirección a la ciudad.

Montó en seguida en su mula Schemsu-d-Din y salió a la zaga de su hijo Alá-d-Din; pero al llegar a su casa se encontró con que a la puerta estaban las diez bestias cargadas. Preguntó cuáles fueren, y su mujer entonces contóle cuanto le pasara al joven con los hijos de los mercaderes.

Luego que el síndico oyó aquello le dijo a su hijo:

—*¡Ye* hijo mío, mal haya quien deja su patria! Ya dijo el Profeta Mohammed (sean con él la oración y la paz): «¡Feliz aquel que el pan de cada día se come en su tierra!»

Y también en el mismo sentido dijeron los antiguos: «Déjate de viajes, aunque sean solo de una legua.»

Después de lo cual, visto que callaba Alá-d-Din, preguntóle su padre Schemsu-d-Din:

—Dime, hijo mío: ¿estás, por ventura, firmemente decidido a viajar, sin que haya forma de que te vuelvas atrás?

—Así es—padre mío—respondió su hijo—. No tengo más remedio que irme a Bagdad a traficar con esas mercancías, y, si no me dejas, me vestiré harapos de *dervisch* y me iré a correr mundo y no volveré por aquí.

—Está bien—contestóle su padre Schemsu-d-Din—; puesto que es así, toma estos cuarenta fardos de géneros y esos diez que tu madre te da y vete a viajar por esos mundos de Alá y que El te conduzca con felicidad. Pero te advierto, hijo mío, que temo por ti a causa de una algaba que hay en el camino que vas a seguir y cuyo nombre es la algaba del León y un valle que llaman el Valle de los Perros, porque allí se pierden las vidas sin remedio.

—¿Y cuál, padre mío—preguntóle el muchacho—, es la causa de que la algaba del León te inspire ese temor?

<sup>13</sup> Proverbial.

<sup>14</sup> Dicho proverbial.

—Has de saber—respondióle su padre—que anda y merodea por ese lugar un terrible bandido, al que llaman Achlán.

—¡Bah!—exclamó Alá-d-Din—. No te preocupes, padre mío, por mí. Alá es quien da a los mortales los bienes materiales, y si tiene dispuesto dispensármelos, no habrá nadie que pueda quitármelos.

Dirigiéronse luego padre e hijo al zoco del ganado y, al llegar allí, hete que un camellero se apea de su mula y se acerca al síndico y le dice:

—¡Ye mi señor; por Alá que tiempo hace ya que no me empleas en tu servicio!

A lo que contestóle el síndico:

—Cada sazón tiene su suerte y sus hombres. Y Alá tenga en su gracia al poeta que dijo:

«Iba el viejo renqueando  
por los mundanos caminos  
y tan encorvado iba  
por los años enemigos,  
que en las rodillas le daban  
sus barbas. Y conmovido  
le dije yo: “¿Adónde vas  
oh *scheij*, tan agachadito?”  
Y él me dijo: “Voy buscando  
mi juventud, hijo mío;  
mi juventud que en el suelo  
hace tiempo se ha caído.”»<sup>15</sup>

Luego que Schemsu-d-Din hubo recitado esos versos, dijo:

—¡Oh *scheij* de la caravana! No soy yo quien va a viajar, sino mi hijo.

A lo que el camellero le dijo:

—Que Alá te lo guarde, señor.

Hizo después el síndico un trato entre Alá-d-Din y el *scheij* de la caravana y encomendóle su hijo al hombre, encareciéndole que de allí en adelante lo considerase como su padre, y le dio cien dinares, diciendo:

—Toma estas cien monedas de oro para tu gente.

Compróle luego Schemsu-d-Din a su hijo Alá-d-Din sesenta mulas de buena casta y una almenava<sup>16</sup> y un tapiz de sepulcro para la tumba de Sidi-Abdul-Kader-al-Guilani<sup>17</sup> y le dijo:

—Mira, hijo mío: en tanto dure tu ausencia, este será tu padre y le obedecerás en cuanto te mande.

Después de lo cual volvióse Schemsu-d-Din a su casa con sus mulas y sus criados y aquella noche rezó un manojillo de azoras alcoránicas y celebró una fiesta en honor del *scheij* Abdul-Kader-al-Guilani.

Y luego que amaneció diole a su hijo diez mil dinares y le dijo:

—Mira, hijo mío: cuando llegues a Bagdad, si hallas fácil salida a tus géneros, podrás vivir de ellos; pero si no, gasta de este dinero.

Procedieron luego a cargar las bestias y padre e hijo se despidieron y pusieron en camino los viajeros y se empezaron a alejar de la ciudad.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y cortó el flujo de sus fluyentes palabras.

<sup>16</sup> Farolillo.

<sup>17</sup> Famoso santón, del siglo XII, natural de Guilán, entre el Caspio y el mar Negro, cuya tumba en Bagdad es muy visitada. Fue el fundador de la orden de los Kadries. Burton (*Pilgrimage*).

<sup>15</sup> Falta en la edición de Bulak y en la versión Mardrus-Prometeo.

## Y LA NOCHE 187 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye* el sultán, el afortunado, que Alá-d-Din y el camellero mandaron a los esclavos que cargasen a lomo de las bestias sus fardos y después despidióse el joven de su padre, el síndico, con grandes demostraciones de cariño.

Acto seguido salió de la ciudad la caravana y emprendió sin más dilación su marcha.

Se ha de tener ahora en cuenta que Mahmud-l-Beljiyu, aquel mercader ya referido, tenía cuatro casas, una en Mizr, otra en Scham, otra en Haleb y otra en Bagdad.

Cuanto a nuestros viajeros siguieron caminando por campos y desiertos, sin parar, hasta que llegaron a los linderos de Scham y cerca de Dimechk, la capital.

Luego que lo supo Mahmud despa-  
chó allá un esclavo suyo, el cual halló a Alá-d-Din sentado en su alfaneque, leyendo el *Corán*, con gran recogimiento.

Y al verlo el esclavo, adelantóse y besó la tierra entre sus manos y, devolviéndole el saludo, preguntóle Alá-d-Din:

—¿En qué te puedo servir?

—*Ye sidi*—respondió el esclavo—, ven-  
go a saludarte de parte de mi amo y a rogarte que quieras honrar su casa con tu presencia!

—¿Qué aconseja mi padre Kemalud-Din?—preguntóle al *almokaddem* Alá-d-Din.

—Excúsate de ir allá—dijole aquel—y reanudemos la marcha, sin entretenernos.

Hicieronlo así y prosiguieron su camino hasta que llegaron a Haleb, donde fue a visitar a Alá-d-Din otro emisario de Mahmud-l-Beljiyu, para ha-

cerle la misma invitación que el anterior.

Consultó Alá-d-Din con Kemalud-Din y este le disuadió de aceptar la invitación y siguieron camino adelante, sin parar hasta que llegaron a solo una jornada de distancia de Bagdad.

Al saberlo Mahmud preparó un festín y mandó requerir a Alá-d-Din para que fuera allí.

Alá-d-Din consultó el caso con Kemalud-Din y este le dijo que no debía ir.

Pero Alá-d-Din, le dijo a su amigo Kemalud-Din:

—Esta vez, Kemalud-Din, no tengo más remedio que ir.

Acostóse luego y se durmió, poniendo su espada debajo de la almohada.

Levantóse después y se vistió, ciñéndose la espada, bajo sus ropas, disimulada. Y dirigióse a casa de Mahmud-l-Beljiyu y entró en ella y se anunció, saliendo Mahmud en el acto a recibir y saludar al muchacho.

Mandó luego Mahmud a los esclavos que les sirviesen un festín opíparo y comieron y bebieron ambos y después se lavaron las manos.

Inclinóse luego Mahmud hacia Alá-d-Din y pretendió besarle en la mejilla, pero el joven interpuso su mano y en ella se perdió el beso frustrado.

—¿Qué pretendes hacer?—exclamó el joven con enfado.

Y Mahmud contestóle con el mayor descaro:

—Pues gozar ahora mismo de tus encantos y comentar contigo estos versos del poeta que dijo:

«Ven conmigo, por favor,  
a comer de lo que quieras  
y beber lo que te plazca  
y hacer lo que te apetezca.



Que a todo yo me avendré,  
sin hacer ninguna mueca,  
y encima te daré un bolso  
de plata de ley auténtica.»<sup>18</sup>

Y se dispuso, en verdad, a hacerlo así. Pero entonces Alá-d-Din desenvainó su espada y le dijo con voz airada:

—¿Cómo no tienes respeto a tus canas? ¿Ni temor a Alá, el poderoso, el glorioso? ¿No oíste los versos del poeta famoso:

«Anciano, cuidado ten  
de no mancillar tus canas,  
que lo blanco es delicado  
y cualquier cosa lo mancha.»

Luego de recitar esos versos díjole Alá-d-Din, en prosa llana, al viejo:

—Esta atijara es un tesoro que Alá diome a guardar y no la puedo vender ni trocar. Pero si venderla pudiera, a ti no te la diera, aunque tú me pagaras con oro y perlas y otro plata solo me diera. ¡Queda, pues, con Alá y no esperes verme de nuevo jamás!

Luego de este incidente tornóse Alá-d-Din a su alfanegue y, al ver allí a Kemal-d-Din, le dijo:

—Ese sujeto es, en verdad, un hombre malo. Y no quiero tener con él ningún trato ni seguir con él viajando.

Y Kemal-d-Din le reprochó, diciéndole:

—¿Por qué fuiste a verlo? ¿No te dije, hijo mío, que no hicieras eso? Pero, no obstante, ahora ya no podemos dejarle, pues se enojaría y nos armaría insidias; lo mejor será, pues, que formemos una sola caravana y caminemos en su compañía.

<sup>18</sup> Faltan estos versos en la edición de Bulak. La versión española de Mardrus trae, en lugar de ellos, estos otros en prosa:

«¡Oh mis estremecimientos, cuando las miradas de sus ojos me sacuden el alma! ¡Oh delicias del primer deseo que hincha sus compañeros infantiles! ¡Mira, oh ojos míos! ¡Toma lo que puedas tomar, levanta lo que puedas levantar; coge un puñado o dos o tres y hazlo entrar un palmo o más! Pero sin que te haga daño. ¡Hay que obrar con prudencia!»

Pero Alá-d-Din insistió, diciendo:

—Jamás consentiré en ello; no quiero tenerle en mi viaje por compañero.

Y acto seguido cargó el joven sus bestias y él y sus servidores siguieron adelante y fueron caminando hasta llegar a un valle, en el que decidieron hacer alto. Pero Kemal-d-Din, el *almokaddem*, opúsose a ello diciendo:

—No nos detengamos aquí; lo que debemos hacer es apretar el paso a ver si llegamos a Bagdad antes de que cierren las puertas, lo que hacen al ponerse el sol, y no las vuelven a abrir hasta que el astro no torna a salir, por miedo a que los infieles se apoderen de la ciudad y cojan los libros de la fe y los echen al Dichle.

Escuchó Alá-d-Din las palabras de Kemal-d-Din y luego le dijo:

—¡Ye padre mío, yo no viajo con el fin de instruirme, sino de recrearme y divertirme, viendo gentes y exóticos países!

—Haz lo que quieras, hijo mío—respondióle el *almokaddem*—. Yo ya te he advertido y te he indicado dónde está el peligro.

Mandó, pues, Alá-d-Din a sus criados que se descargasen a las bestias de sus fardos y armaran los alfaneques, lo que ellos hicieron prestamente, y acamparon todos en aquella almidana, hasta que la noche fue mediada.

Y Alá-d-Din tomó un bocado y luego que los esclavos se hubieron acostado, salióse de la tienda y adentróse un poco por el valle y fue a sentarse al pie de un árbol a la luz de la luna.

Y se le vinieron a la mente sus infantiles lecturas e, inspirado por aquel paraje tan bello, improvisó estos versos:

¡Ye reina del Irak! ¡Bagdad hermosa!  
¡Ciudad de los jálifas y poetas!  
¡Maravilla del siglo! ¡Cuántas noches  
soné con tu belleza!»<sup>19</sup>

<sup>19</sup> La versión Burton omite estos versos.

Pero estando así he aquí que vio Alá-d-Din brillar algo a lo lejos y no pudo seguir recitando sus versos.

Y le preguntó al camellero:

—*¡Ye mokaddem!* ¿Qué será eso que brilla a lo lejos?

Miró hacia allá Kemalu-d-Din aguzando la vista y pudo comprobar que aquello que brillaba no era otra cosa que picas y lanzas, y armaduras y espadas, de las que los beduinos gastan. No tardaron en comprender que los que se adelantaban eran árabes mandados por su capitán, llamado Scheju-l-arb-Achlán-abu-Nab.

Luego que estuvieron más cerca los bandoleros, y vieron lo que había allí de ricos géneros, unos a otros se dijeron:

—¡Buena presa esta noche tenemos!

Al oírlos el *almokaddem* decir eso fuele luego hacia ellos decidido a repelelos; pero Abu-Nab al verlo se adelantó y con su lanza le atravesó el pecho con tal fuerza y saña, que la punta le salió por la espalda.

Los demás bandidos lanzáronse al

punto sobre los viajeros con tal brío que dieron cuenta de todos ellos, no quedando vivo allí más que el propio Alá-d-Din.

Después de consumada su hazaña tornaron los bandidos a cargar las bestias y se fueron con ellas.

Al verse solo Alá-d-Din dijose para sus adentros: «Por si me veo en un trance análogo me quitaré este traje que podría despertar la codicia de otros bandidos árabes.»

Y así diciendo despojóse de sus vestiduras y arrojólas sobre el cadáver de su mula. Y solo se quedó con la ropa interior.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto al Scheju-l-Arb-l-Achlán <sup>20</sup>, díjoles a los suyos:

—*¡Ye árabes*, en verdad que esta caravana viene de Mizr o de Bagdad!

Pero al llegar a este punto de su narración vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 188 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Puedo asegurar, *ye monarca*, el afortunado, que, al decirles Al-Achlán a su gente: «Esta caravana en verdad venía de Mizr o de Bagdad», contestáronle aquellos:

—*¡Ye capitán!* Venía de Mizr e iba a Bagdad.

—Pues volver otra vez al lugar—ordenóles Al-Achlán—y rematad a los heridos sin piedad, que, a lo que pienso, el *scheij* de la caravana no es muerto.

Tornaron, pues, allá los bandoleros y procedieron a rematar a los heridos con sus lanzas y espadas, hasta que llegaron a donde Alá-d-Din se encon-

traba. Y dizque el joven hiciérase el muerto, tendiéndose entre ellos en el suelo.

Pero los bandidos le dijeron:

—Tú te haces el muerto de mentirijillas, pero nosotros vamos a hacer que lo seas de veras también.

Y enarbolando el beduino su acero, dispúsose a atravesarle a Alá-d-Din el pecho. Pero al verse en tal aprieto exclamó el joven con fervor:

—*¡Ye mi señor Abdu-l-Keder!* ¡*Ye* santo Guilani, sálvame de este trance!

<sup>20</sup> *Scheju-Arb*. Jeque de los árabes.

Y hete aquí que Alá-d-Din vio una mano que desviaba la lanza de su pecho y hacia que fuera a hincarse en el de Kemalu-d-Din, el camellero, que ya estaba muerto.

Huyeron luego de allí los beduinos, y cuando vio Alá-d-Din revolotear a los pajarillos y comprobó que se habían ido los bandidos, se levantó y echó a correr con intención de alejarse de allí; pero hete aquí que a Abu-Nab, el beduino, se le ocurrió mirar atrás y volviéndose a sus hombres les dijo:

—¡Ah de los árabes, me parece que veo un bulto moverse a lo lejos!

Retrocedió, pues, uno de los bandidos a explorar el terreno y vio correr a Alá-d-Din y le interpeló diciendo:

—No corras, que no te salvarás, que nosotros te vamos detrás.

Y espoleando a su cabalgadura lanzóse en su persecución y en alcanzarle no tardó.

Pero Alá-d-Din reparó en un aljibe que allí a su lado había y fue y se metió en él, y extendiendo el cuerpo a todo lo largo, hizose el dormido y murmuró entre sus labios: «¡Ye protector clemente, cúbreme con el velo de tu protección y no consientas que se consume mi perdición!»

Llegóse a todo esto el beduino a la cisterna y, empinándose en sus estribos, alargó la mano para apresar al muchacho, pero Alá-d-Din exclamó:

—¡Ye mi señora Nafisah! <sup>21</sup> Esta es la ocasión de que me muestres tu favor.

Y he aquí que en aquel mismo instante un escorpión picóle en la palma de la mano al bandido, el cual lanzó un grito, clamando:

—¡Auxilio, compañeros, que un escorpión me ha picado!—y se descolgó de su caballo.

Acudieron luego sus compañeros y lo auparon a la silla de nuevo y le preguntaron:

—¿Qué fue ello, capitán?

Y el capitán les contestó:

—Fue un escorpión que en la mano su pico me clavó.

Y sin insistir más huyeron los bandidos de allí, dejando con vida a Alá-d-Din.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia <sup>22</sup>.

Cuanto a Mahmudu-l-Beljiyu ordenó este cargar las acémilas y reanudar la marcha y fue caminando su caravana hasta llegar a una algaba, llamada la algaba del León, y al llegar allí, encontróse muertos a todos los servidores de Alá-d-Din y a este dormido en medio del suelo, todo desnudo, sin más indumento que la camisa sobre el cuerpo.

Despertó Mahmud al joven y le preguntó:

—¿Quién te acometió y en este estado te dejó?

—Los árabes—respondióle el joven.

—Menos mal, hijo mío—díjole el mercader—, que bestias y caudales sirvieron de rescate, y puedes hallar consuelo recordando estos versos:

Son los hombres tan locos  
que se lamentan  
cuando salvan la vida  
de sus haciendas.  
Mas la fortuna  
se corta y crece luego  
como las uñas.

Pero ven acá, hijo mío, no temas nada; monta en esta mula y sigue adelante con nuestra caravana.

Hízolo así Alá-d-Din y la caravana reanudó la marcha a Bagdad, adonde no tardaron en llegar.

Llevóse Mahmudu-l-Beljiyu a Alá-d-Din a su domicilio, y lo mismo fue

<sup>21</sup> Bisnieta del imán Hasán, que entre los musulmanes de El Cairo goza fama de milagrosa.

<sup>22</sup> La versión Mardrus omite todo este episodio.

llegar que dar orden de que lo condujesen al *hammam*. Luego le dijo Mahmud al muchacho:

—No te apures por lo que te ha pasado, que, gracias a esos bienes que perdiste, te has salvado. Y si en lo que yo te diga me haces caso, te daré el doble de lo que te quitaron.

Llevóle acto seguido a un salón, cuyas paredes estaban forradas de oro, y mandó a sus criados que sirviesen la mesa con toda suerte de exquisitos manjares y de bebidas agradables, y comieron y bebieron hasta saciarse. Después de lo cual inclinóse Mahmud hacia Alá-d-Din con intención de besarle en su mejilla; solo que el muchacho paró el beso en la palma de su mano. Y volviéndose a Mahmud le dijo:

—¿Pero todavía, *ye* Mahmud, persistes en tu error? ¿No te dije ya otra vez que si vendiese esta mercadería a otro por plata a ti por oro no te la vendería?

—¡Bah!—exclamó Mahmud al oírle—. Ten en cuenta que todo lo que antes te di, incluso ese traje, iba encaminado a ese fin: estoy loco de amor por ti. Y qué razón tuvo el poeta al decir:

«Declara el sabio Bilal,  
fundándose en otros sabios,  
que el mal de amor no se cura  
con solo besos y abrazos,  
que solo el placer completo  
es el que puede sanarlo.»

—Siendo así—exclamó Alá-d-Din—, quédate con tu traje y todo lo demás y ábreme la puerta, que me quiero marchar.

Mandó Mahmud que le abriesen la puerta y Alá-d-Din salió de estampía por ella, y echó a correr sin rumbo por las calles, llevando tras de sí un tropel de ladrones canes. Cuando, por suerte para él, encontró una mezquita abierta y fue y se refugió en ella y se acurrucó en la puerta.

Y estando así vio brillar unas luces y no tardó en comprobar que era el reflejo de dos farolillos que sendos esclavos llevaban en sus manos y que aquellos precedían a dos mercaderes, uno de los cuales era un anciano, de rostro simpático, y el otro un muchacho.

Y oyóle Alá-d-Din al último decirle al anciano:

—¡Por Alá te lo pido, tío mío, devuélveme a la hija de mi tío!

—¿No te he dicho ya miles de veces —repuso el anciano— que no puede ser lo que pretendes? ¿Por qué te divorciaste de ella, joven de poca cabeza?

Volvióse luego el anciano a la derecha y vio a aquel otro joven que parecía una luna en su catorcena noche, y le dijo:

—¡La paz sea contigo!

Contestó Alá-d-Din al saludo y el anciano le dijo:

—¿Quién eres, hijo mío?

—Yo—contestó el joven—soy Alá-d-Din, hijo de Schemsu-d-Din, *scheij* de los mercaderes de Mizr, y vine aquí con cincuenta fardos de mercancías que me dio mi padre para que con ellas viajase y traficase...

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 189 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mi noticia, *ye monarca*, el afortunado, que Alá-d-Din dijole al anciano:

—Proveyóme mi padre de cincuenta fardos de mercancías y me dio diez mil dinares, para hacer frente a mis necesidades, y yo emprendí el viaje y caminé sin interrupción, hasta llegar a la alga-ba del León, donde unos árabes me asaltaron y me despojaron, así del dinero como de los fardos. Yo salí con vida de sus manos y me entré en esta ciudad, sin saber adónde mis pasos enderezar, hasta que vi este lugar y en él, por lo pronto, me senté a descansar.

Oyóle el anciano y luego le dijo:

—¿Qué dirías, hijo mío, si yo te diera de buenas a primeras mil dinares y un traje, además, de un valor igual?

—¿Y a santo de qué—exclamó Alá-d-din—me habías de dar todo eso, *¡ye mi tío!*, sin que yo te haya hecho el menor servicio?

—Hijo mío—le dijo el anciano—, este muchacho que conmigo viene es el hijo de mi hermano, que más hijo no tiene, y yo, por mi parte, tengo una hija única también y, de acuerdo con mi hermano, casamos a los dos muchachos, pero es el caso que él la ama a ella y ella no le puede ver, por lo que el hijo de mi hermano decidió repudiarla, según la fórmula, consagrada, de: «Por tres veces quedas repudiada.» No bien lo hizo así el muchacho, cuando ella diose prisa a irse de su lado; pero luego él se arrepintió de haber tomado esa determinación y ahora porfía conmigo con loco tesón para que anule el divorcio y vuelva a unirles en matrimonio.

Ahora bien: ya sabrás que, según

nuestra ley <sup>23</sup>, para eso es necesario que antes la divorciada haya tenido otro marido, y por esa razón hemos decidido, de común acuerdo, casar a mi hija con un extranjero, al solo objeto de cubrir las formas y sin que ello redunde en su deshonra. Y pues hemos tenido la suerte de dar contigo, que eres peregrino, extenderemos sin tardar la partida de casamiento y tú, *¡ye joven!*, serás el esposo de mi hija por solo una noche, y luego que amanezca la mañana, procederás a repudiarla. Esto es, mi señor Alá-d-Din, todo lo que queremos de ti.

Luego que oyó al viejo dijose Alá-d-Din para sus adentros:

«Pasar la noche bajo techado y con una novia al lado es preferible a pasarla al raso. Eso sin contar con los dinares que ha prometido darme.»

Dio, pues, su conformidad a las palabras del *scheij* sin discutir y marchó con tío y sobrino en busca del cadí.

No bien hubo visto el cadí a Alá-d-Din luego quedó prendado de la her-

<sup>23</sup> Sura II, *Al-Bakra* (La vaca), versículo 230. «Pero si (el marido) la repudiare (por tercera vez) no le será lícita, luego de eso, hasta que no hubiese casado con otro marido, y si este la repudiare, no habrá pecado en ninguno de los dos si vuelven el uno con el otro, si ambos piensan que guardan los términos de Alá.» Para cumplir formalmente ese requisito apelan los musulmanes a ese expediente que el viejo propone aquí a Alá-d-Din, a saber: que actúe de marido «de mentirijillas»; de «desligador», según la versión Mardrus; lo que en el fondo no se ajusta a la ley, pues según los doctores es preciso que se consuma el acto. Por lo demás, no cuentan con la huéspeda, o sea que, como aquí ocurre, los nuevos esposos se gusten y el marido de mentirijillas desbanque al de verdad y surjan situaciones de vodevil u opereta parecidas a la que forma el argumento de *El conde de Luxemburgo*.

mosura del muchacho, y, dirigiéndose al anciano, le dijo:

—¿En qué puedo servirlos?

—Deseamos—le dijo el anciano—que cases con mi hija a este muchacho y tomes nota de que en diez mil dinares la dota, bien entendido que, si mañana no se divorcia de la desposada, será en deberme esa cantidad y, si lo hace, se la deberé yo y le tendré que dar un traje por valor de mil dinares.

Extendió en seguida el cadí la partida de matrimonio, haciendo constar en acta aquella cláusula.

Cogió luego el anciano a Alá-d-Din y, en unión del sobrino, llevólo a su casa, donde su hija aguardaba. Ya allí, detuvo en la puerta a Alá-d-Din y él pasó adentro a hablar con su hija, para prevenirla.

—Aquí tienes tu escritura de dote. Has de saber que te he casado con un chico muy salado, que se llama Alá-d-Din, el de los lunares, y que de fijo ha de gustarte.

Entrególe luego el viejo a su hija el acta de casamiento y pasó a sus aposentos y, cuanto al hijo de su hermano, fue a buscar a una vieja que había en su casa y fuera nodriza de Sobeida, la hija de su tío, y con mucho encarecimiento le dijo:

—¡Ye madre mia! Si Sobeida, la hija de mi tío, llega a ver a ese joven que le hemos traído, como es un chico guapo no querrá ya hacerme a mi caso. Ruégote, pues, que ideas algún ardid para que la muchacha no llegue a verse con Alá-d-Din.

—Por vida de tu mocedad—respondióle la vieja—que he de hacer de forma que no pueda acercarse a su persona, pues no los dejaré solos ni una hora.

Y acto seguido fue la vieja a buscar a Alá-d-Din y le habló así:

—En el nombre de Alá (exaltado sea), voy a darte un consejo y a hacerte una advertencia, que si los sigues no tendrás que arrepentirte. Y es que, cuando

te quedes esta noche solo con tu esposa, no te acerques a ella ni menos la toques y la dejes que duerma sola.

—¿Y por qué, mi señora—exclamó Alá-d-Din—, habré de conducirme así?

—Hijo mío—respondióle la vieja—, ¿no sabes que esa joven tiene el cuerpo corroído por la lepra? Por eso te lo advierto, pues si a ella te acercares tu juventud florida pudiera malograrse.

—Gracias por la advertencia—respondió el joven—. Después de todo no siento por ella el menor antojo.

Corrió luego la vieja a ver a Sobeida y le dijo lo mismo de Alá-d-Din que a este de ella le dijera.

—Gracias por la advertencia—respondióle Sobeida—. Ese joven no me inspira la menor simpatía; lo dejaré dormir solo y, cuando amanezca, se marchará a donde mejor le parezca.

Llamó luego Sobeida a una de sus esclavas y le dijo:

—Sirvele la cena en su cuarto a mi marido.

Hizolo así la esclava y sirvió de cenar a Alá-d-Din, el cual comió y bebió hasta no querer más. Después de lo cual sentóse y se puso a leer la azora *Ya sin* <sup>24</sup> del *Corán*, en voz alta y sonora, y dizque tenía el joven Alá-d-Din una voz tan dulce y bien timbrada, que era un gusto escucharla.

No pudo menos la muchacha de recrearse oyendo a Alá-d-Din y su voz parecióle la del salmista David. Y en su interior no pudo menos de decir: «¡Maldiga Alá a esa vieja que dice que ese joven padece de lepra!, pues quien padece de ese mal no puede tener una voz tan angelical. Sin duda que esa vieja es una embustera.» <sup>25</sup>

Y la joven requirió un laúd de fábrica indiana y templó sus cuerdas y

<sup>24</sup> Se trata de la sura XXXVI, que lleva por título esas letras enigmáticas y es considerada por los musulmanes como el corazón del *Corán*.

<sup>25</sup> La lepra engruesa la voz del enfermo y delata su estado. Burton.

después, con una voz tan dulce que por oírla hubiéranse parado en su vuelo los pájaros del cielo, entonó esta letra:

—Por un corzo de ojos negros,  
que con su garboso andar  
a las algaidas<sup>26</sup> de arena  
de envidia puede matar,  
estoy loca de remate,  
y, para colmo de mal,  
el no me hace el menor caso  
y se va con mi rival.  
Pero ¿qué vamos a hacerle?  
Esa es la gracia de Alá,  
que se la da a quien El quiere.  
Y te tienes que aguantar.

Luego que Alá-d-Din hubo oído aquella dulce voz recitar esos versos suspendió la lectura de su *Corán* y rompió también a cantar y diole a la muchacha la réplica, entonando esta letra:

—Mi *selam* a esa gacela  
vaya, que su cuerpo oculta  
bajo sus ropas galanas,  
y a la que, por mi ventura,  
las rosas de sus mejillas  
la descubren y denuncian.

Levantóse entonces la muchacha y redobló su inclinación a Alá-d-Din y no se pudo reprimir y levantó el velo que entre los dos se interponía y se dejó ver del joven, que, al contemplar su belleza, entonó esta otra letra:

—Cuando sale es una luna  
refulgente que nos ciega;  
si se inclina, un arenoso  
montecillo nos recuerda;  
cuando respira es un ámbar;  
su mirar es de gacela;  
se diría que está escrito  
que me persiga la pena.

Adelantóse luego la joven, cimbreando sus caderas y haciendo resaltar unas formas obra de Aquel cuyas mercedes son ignotas, y dizque cada uno de sus encantos era tal que robaba una mirada que mil suspiros había luego de

costar, y al sentir Alá-d-Din penetrar en su corazón las dos flechas de sus ojos, entonó esta canción:

—Miró a la luna y recordóme  
aquellas noches de placer  
que ambos gozamos otro tiempo  
y que olvidar nunca podré.  
Los dos mirábamos la luna;  
pero en verdad que yo tan solo  
veía los ojos de mi amada  
y ella veía solo mis ojos.

Acercóse todavía más la muchacha, de suerte que solo dos pasos los separaban y Alá-d-Din entonó esta otra canción:

—Destrenzó aquella noche sus tres trenzas  
y el sentido perdí,  
pues en vez de una noche fueron cuatro  
las que de pronto vi.  
Y alzó sus ojos a la luna y doble  
resplandeció ante mí<sup>27</sup>.

Acercóse luego la joven todavía más a Alá-d-Din y este entonces le dijo:  
—Vete de aquí; no me toques, que me vas a pegar tu mal.

Pero al oír tales palabras fue la joven y, por toda respuesta, se subió las mangas de su traje y dejó ver sus muñecas, de una blancura indecible, solo comparable a la de la plata virgen, y que, partidas en dos mitades, semejaban por sus venas y tendones, que con toda claridad resaltaban<sup>28</sup>. Y Alá-d-Din, al ver aquello, no se pudo contener y corrió a ella, a impulsos del deseo. Pero entonces fue la joven la que lo espantó, diciéndole a su vez:  
—¡Quita de ahí! No me toques, so leproso, que me vas a pegar tu enfermedad.

Y Alá-d-Din, al oír sus palabras, exclamó:

<sup>27</sup> Estos versos faltan en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

<sup>28</sup> Burton hace notar que la lepra (*Chuzam* en árabe) suele manifestarse en las muñecas antes que en ninguna otra parte del cuerpo, hinchándolas y deformándolas. Lo cual explica el gesto de la muchacha.

<sup>26</sup> Montecillos. Del árabe *Al-Gaida*.

—¿Qué dices, muchacha? ¿Quién te fue con el cuento de mi lepra?

—Me lo dijo esa vieja—respondió Sobeida.

—¡Cómo!—exclamó Alá-d-Din—. Si a mí me dijo lo mismo de ti.

Y, remangándose en el acto la ropa le mostró a la joven unos brazos de tal blancura como la plata pura.

Abrazólo entonces Sobeida y lo estrechó contra su pecho y otro tanto hizo el joven con ella.

Y ella se tendió boca arriba y se quitó la camisa y en el acto empinósele a Alá-d-Din aquello que su padre le dejara en herencia, y el joven le dijo al revoltoso: «Anda, *scheij* Zakarilla<sup>29</sup>, el peludo, el nervudo», y cogiendo a la muchacha con ambas manos por las caderas, metió la caña de azúcar en la cueva y empujó con fuerza hasta que llegó al postigo del empeine y pasó luego por la puerta de las Victorias y entró en el zoco del lunes y después en los del martes y el miércoles y el jueves y, hallando el tapiz a la medida del suelo, encajó la caja en su tapa hasta con su fondo dar y en él parar.

Luego que amaneció la mañana dijo le Alá-d-Din a la desposada:

—En verdad que la alegría del cuervo

es harto fugaz, pues coge la presa y echa a volar.

—¿Qué quieres decir con esas palabras?—preguntóle la joven, asombrada.

Y Alá-d-Din contestóle:

—¿Ye mi señora, has de saber que tengo que dejarte en esta misma hora!

—¿Y por qué ha de ser así?—preguntóle Sobeida a Alá-d-Din.

—Pues porque has de saber, ¡ye mi tesoro!—respondió Alá-d-Din—, que tu padre me hizo firmar que te dotaba en diez mil dinares, y si hoy mismo no se los hago efectivos, me citará ante el cadí y este mandará meterme en la cárcel, pues no tengo nada con qué pagarle.

—¿Ye mi señor!—respondió Sobeida—. No pases pena, que la cosa fácilmente se arregla. Toma estos cien dinares que de momento es todo lo que puedo darte, pues por el mucho cariño que le tiene mi padre al hijo de mi tío trasladó a casa de este todo el dinero que yo aquí guardaba, y hasta mis joyas y alhajas. Toma, pues, esos dinares y cuando venga a requerirte mi padre...

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

## PERO LA NOCHE 190 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—He podido saber, ye monarca, el afortunado, que la joven Sobeida le dijo a Alá-d-Din:

—Cuando venga a requerirte mi padre y te lleve ante el cadí para divorciarte, tú le dirás, sin inmutarte: «¿Qué ley es esa que manda casarse por la noche y divorciarse a la mañana?»

Luego te llegarás al cadí y le besarás la mano y le pondrás en ella un regalo. Después harás lo mismo con cada uno de los testigos y, al besarles la mano, les dejarás en ella diez dinares a cada uno, con disimulo.

Estando los dos de esa guisa platicando he aquí que llama a la puerta el alguacil, que venía de parte del cadí.

Salíó a abrirle Alá-d-Din y, ante el requerimiento del alguacil, le dijo:

<sup>29</sup> Zakar denota en arábigo el signo de la virilidad.



—¿Qué ley es esa que manda que uno se case por la noche y a la mañana se divorcie?

Y así diciendo púsole Alá-d-Din cinco dinares en la mano al alguacil.

—No hay ninguna ley—respondió aquel—que auto.ice tal cosa, y si el Derecho ignoras, yo me encargaré de defenderte ante el juez.

Fueron, pues, los dos ante el cadí, donde ya estaban aguardando el tío y el sobrino. Los cuales interpellaron a Alá-d-Din diciendo:

—¿Por qué te resistes a divorciarte de tu mujer y no cumples el contrato que firmamos ayer?

Pero Alá-d-Din, sin contestar, llegóse al cadí y le besó la mano y le puso en ella cincuenta dinares, con mucho recato, y luego le interpelló diciendo:

—¿Ye mi señor! ¿Hay alguna ley que me obligue a casarme por la noche y divorciarme a la mañana, contra mi voluntad?

—No—respondió el cadí sin dejarlo acabar—. No hay entre los creyentes ley alguna que en apoyo de eso se pueda invocar.

—Está bien—dijo el padre de la desposada—; si no quieres divorciarte, dame esos diez mil dinares que asignaste a la muchacha de azidake.

—Cierto que sí—respondió Alá-d-Din—yo te los daré; pero me has de conceder tres días de plazo para que pueda buscarlos.

—Nada de tres días—exclamó el cadí—. Yo te concedo diez, y no hay más que hablar.

Convinieron todos en eso quedando de acuerdo en que, pasados que fueren los diez días, habría Alá-d-Din de pagar los diez mil dinares o de divorciarse sin más ambages.

Retiróse Alá-d-Din del juzgado y fuese de allí al mercado y compró carne y arroz y manteca refinada y demás cosas de comer que estimó necesarias y cargó con todo ello y se volvió a su

casa y contóle a su esposa todo cuanto pasara, y su esposa, después de oírlo, le dijo:

—De la noche a la mañana pueden ocurrir muchas cosas inesperadas. Y Alá bendiga al que dijo:

«No te apures si la suerte enemiga se te muestra, y nunca ante la desgracia pierdas la santa paciencia; que del Tiempo está la noche embarazada, y no hay quien pueda decir de ese parto lo que hubiere de nacer.»<sup>30</sup>

Levantóse luego Sobeida y procedió a hacer la comida, y después puso en la mesa al atabaque y ambos comieron y bebieron y se holgaron y se refocilaron. Y Alá-d-Din pidióle a Sobeida que le cantara algo y ella tomó el laúd y lo templó y pulsó sus cuerdas de un modo que a una piedra habrían hecho bailar de gozo y ellas mismas extasiadas clamaban: «Ólé, querida», y jalearla parecían.

Pero hete aquí que estando así Alá-d-Din y Sobeida, solazándose y recreándose y divirtiéndose y expansiándose, sienten que un llamador llama a la puerta con los nudillos, y Sobeida, dirigiéndose a su esposo, le dijo:

—Ve tú a ver quién es el que llama.

Hízolo así Alá-d-Din y fue a abrir la puerta y se encontró con cuatro *dervishes*, parados delante de ella.

—¿Qué queréis?—preguntóles Alá-d-Din, y ellos le contestaron:

—Nosotros, señor, somos cuatro *dervishes* peregrinos, que vamos corriendo los caminos y nos sustentamos de solo oír cantar y recitar versos y cuentos, y si hemos llamado a tu puerta es porque queríamos descansar en tu casa esta noche hasta la mañana. Que luego nos iríamos por donde vinimos y

<sup>30</sup> Suprimido en la edición de Bulak y en la versión de Mardrus.

seguiríamos nuestro camino, pidiéndole a Alá te recompense por tu hospitalidad.

—Está bien—dijoles Alá-d-Din—, pero aguardad un poco, que voy a consultarlo, pues no soy solo.

Subió luego allá donde estaba Sobeida y se lo consultó, y ella, al oírlo, exclamó:

—Abreles la puerta y hazlos pasar y sentar y ofréceles todo cuanto pide la hospitalidad.

Hízolo así Alá-d-Din y dejó pasar adentro a los *dervishes* y los mandó sentar y les ofreció de comer; pero ellos le rehusaron, diciendo:

—Mira, ¡señor nuestro!: nosotros solo nos alimentamos del nombre de Alá, repetido por nuestros corazones, y de la música que oímos y de las canciones. Y bendito sea de Alá aquel que dijo:

«Yo solo me alimento  
del placer de charlar,  
que, comiendo, solo  
goza el animal.»

Luego que pasaron adentro, preguntaron los *dervishes* al joven:

—Esa muchacha que cantaba ¿es una esclava negra o blanca?

—La que cantaba—respondió Alá-d-Din—no es ninguna esclava, sino mi esposa bien amada.

Y acto seguido contóles toda su historia a los recién venidos y, al terminar, les dijo:

—Habéis de saber que mi suegro me hizo dotarla en diez mil dinares, que no tengo, y para buscarlos me han concedido diez días de plazo.

—No te apures, mi señor—exclamó uno de los *dervishes*—; desecha toda preocupación y abandónate por entero a la distracción. Pues has de saber que yo soy el *scheij* de nuestro convento y tengo bajo mi mano a cuarenta *dervishes*, los cuales me obedecen sin re-

chistar, y entre todos me reunirán esos diez mil dinares que necesitas para hacer la dote efectiva. Pero ahora dile a tu esposa que nos cante algo para recrearnos y sustentar los ánimos; que el oír una canción, bien entonada, es como la comida para el alma o la medicina para el enfermo o el aire fresco para quien atraviesa un desierto.

Ahora bien: se ha de advertir que aquellos cuatro *dervishes* no eran otros que el jalifa Harunu-r-Raschid y su visir Chafaru-l-Barmeki y Abu-Nuasul-Hasán-ben-Hani, el poeta<sup>31</sup>, y Mesrur, el ejecutor de la justicia, que en todas sus correrías acompañaba al jalifa.

Y la causa de que hubieran pasado por allí no fue otra sino la de que el jalifa aquella noche sentía oprimido el pecho y le dijo a su visir:

—Me gustaria esta noche salir a pasear por las calles de la ciudad, que tengo encogido el pecho, a la verdad.

Vistiéronse, pues, el jalifa y sus compañeros de *dervishes* y bajaron a la ciudad y, al pasar por aquella calle, oyeron vibrar un laúd y a una joven cantar y sintieron curiosidad por ver de cerca, y en persona, a la cantora.

Ya dentro, pasaron allí la noche muy complacidos y contentos, oyendo cantar y recitar versos y conversando amablemente con Alá-d-Din.

Luego que amaneció la mañana se despidieron y el jalifa, al irse, metió debajo de su almohadón cien dinares.

Luego que se hubieron ido fue la joven Sobeida a sacudir el almohadón y vio los cien dinares y los cogió y se los dio a su marido y le dijo:

—Toma estos cien dinares que me he encontrado debajo del cojín, que seguramente los *dervishes* los pusieron allí

<sup>31</sup> Famoso poeta, natural, según unos, de Bazra y, según otros, de Ahuaza (Persia). Nació el año 145 de la *hechra* y murió en Bagdad en 195 de la misma era, asesinado en un festín por un sujeto al que había satirizado.

antes de irse, sin que nosotros lo notáramos, distraídos como estábamos.

Tomólos Alá-d-Din y fuese en seguida al zoco y compró allí carne y arroz y manteca y todo lo demás que necesi-

taba y se volvió con ello a su casa.

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

## Y LA NOCHE 191 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mí noticia, *ye monarca*, el afortunado, que Alá-d-Din tornó a su casa y encendió las bujías, luego que fue de noche, y le dijo a su esposa Sobeida, en tanto conversaba con ella.

—Verás, *jye Sobeida!*, cómo esta noche no vienen los cuatro *dervishes* con los diez mil dinares que habían prometido proporcionarme. Después de todo, no es extraño: esos *dervishes* son pobres y no están en situación de hacer tales favores.

Pero no acababa el joven de hablar cuando he aquí que llaman a la puerta y, al salir a abrir Alá-d-Din, encuéntrase con los *dervishes*.

Hízolos pasar Alá-d-Din al interior de la casa y sin andarse con ambages preguntóles:

—¿Me traéis los diez mil dinares?

—No hemos podido arbitrarlos—respondieron ellos—; pero no tengas cuidado, que mañana mismo, si Alá es servido, procederemos a realizar una especie de alquimia, que nos pondrá en posesión de la cantidad que necesitas. Pero ahora, por favor, dile a tu esposa que nos cante alguna cosa que nos vivifique nuestros corazones, pues somos, como ya dijimos, apasionados por las canciones.

Tomó, pues, Sobeida el laúd y entonó una letra capaz de hacer saltar a las piedras.

Pasaron los *dervishes* allí la noche, oyendo a la cantora, con sus almas llenas de íntima alegría y delectación tranquila.

De esta suerte siguieron los *dervishes* visitando la casa nueve noches seguidas y cada mañana, al despedirse, dejaba el jalifa bajo su almohadón cien dinares, que llevaba para ese objeto a prevención.

Y al llegar la noche décima no se presentaron los *dervishes* en casa de Sobeida. Y fue la causa de ello que el jalifa mandó a llamar a uno de los mercaderes más ricos de Bagdad y le dijo:

—Traeme acá en seguida cincuenta fardos de telas valiosas y de preciados tejidos que harás venir de Mizr. Cada uno de esos fardos que te digo ha de valer mil dinares y, encima de cada uno de ellos, escribirás su precio. Y me has de traer, además, en unión de esas telas y tejidos, un esclavo abisinio.

No tardó en llevar al jalifa el mercader cuanto le había dicho, y el jalifa entrególe al esclavo abisinio dos jarras y dos fuentes de oro macizo y los cincuenta fardos, amén de otros regalos. Y escribió una carta a Alá-d-Din como si fuera de su padre Schemsudd-Din y dióselo también al esclavo con instrucciones propias del caso.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a esta historia.

Cuanto al primo de la joven Sobeida, fue a ver al padre de aquella y le dijo:

—Ven en seguida conmigo a ver a Alá-d-Din, para que se divorcie de la hija de mi tío.

Levantóse el anciano y fueron los

dos a buscar a Alá-d-Din, para obligarle a divorciarse de Sobeida, ya que no había cumplido lo que prometiera.

Pero al llegar a la casa de Alá-d-Din hallaron a la puerta una recua de cincuenta mulas, cargadas con sendos fardos de telas y paños, y, al cargo de ellas, un esclavo abisinio, montado en su cabalgadura.

—¿De quién son estos fardos?—preguntaron tío y sobrino al esclavo.

—De mi señor Alá-d-Din, el de los lunares—respondió el abisinio—. Habéis de saber que su padre, Schemsu-d-Din, lo mandó a Bagdad con un surtido de géneros ricos y en el camino lo asaltaron unos bandidos, los cuales lo despojaron de todos sus géneros y todo su dinero. Súpolo su padre y luego me envió a él con otros fardos en lugar de los que los árabes le habían quitado, cargados a lomos de cincuenta mulas, y cuyo valor no baja de los cincuenta mil dinares, amén de un cestillo, cuyo contenido vale un dineral, y dos jarras y dos fuentes de oro y una piel de cebellina, que vale un tesoro.

—Ese Alá-d-Din que buscas—le dijo el anciano—es mi yerno; sígueme, pues, y yo te conduciré hasta él.

Estaba Alá-d-Din, a todo esto, sentado allá dentro, transido de hondo sentimiento. Cuando, de pronto, oyó llamar a la puerta y, sobresaltado, le dijo a Sobeida:

—Por Alá, esposa mía, que ese será sin duda un enviado de tu padre, que viene de parte del cadí o quién sabe si del guali.

—Ve a abrir, Alá-d-Din—le dijo su esposa—, y así saldremos de esta duda angustiosa.

Bajó, pues, a abrir Alá-d-Din y se encontró con el padre de Sobeida y con aquel esclavo abisinio, negro de rostro, pero de aspecto afectuoso, montado en una mula de vistosa montura.

Al ver el esclavo a Alá-d-Din apeóse al punto de su cabalgadura y besó la

tierra entre sus manos, haciéndole una reverencia profunda.

—¿Qué deseas de mí?—preguntóle Alá-d-Din.

Y el esclavo abisinio respondió así:

—Yo soy el esclavo de mi señor Alá-d-Din, el de los lunares, hijo de Schemsu-d-Din, el síndico de los mercaderes de Mizr, y vengo a él enviado por tu padre, según acreditan estas credenciales.

Y el esclavo entregó a Alá-d-Din una carta que el joven abrió y leyó y que decía lo que va a continuación:

«Y después: el saludo y el parabién y la enhorabuena de Schemsu-d-Din para su hijo, Alá-d-Din, el de los lunares.

»Has de saber, hijo mío, cómo llegó a mis oídos la noticia de que aquellos beduinos te acometieron en el camino y dieron muerte a tus criados y de todos tus bienes te despojaron. Por lo que ahí te envió esos cincuenta fardos, en sustitución de los que has perdido, consistentes en tejidos egipcios, amén de esas dos jarras y dos fuentes de oro y esa piel de cebellina, que vale un tesoro.

»No te apures, pues, ni lamentos lo que te robaron, que tus bienes la vida te salvaron.

»Ha llegado también a mis oídos, hijo mío, el rumor de que te casaron para que actuaras de desligador con la señorita Sobeida, la cantora, y te exigieron la dotases en cincuenta mil dinares. Y, sabedor de ello, ahí te envío esa suma juntamente con las telas y los demás presentes, por conducto de tu esclavo Selim. Y sin más, se despidió de ti tu padre, *Schemsu-d-Din*.»

Luego que Alá-d-Din hubo leído la carta de su padre, Schemsu-d-Din, procedió a hacerse cargo de los cincuenta fardos. Y volviéndose a su suegro...

Pero vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.





## Y LA NOCHE 192 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mi noticia, *ye monarca*, el afortunado, que Alá-d-Din se volvió a su suegro y le dijo:

—*¡Ye suegro mio!*, toma estos cincuenta mil dinares, en concepto de dote de tu hija Sobeida, y toma también esos fardos de telas y comercia con ellos, y véndelos lo mejor que puedas, y toda la ganancia te la podrás guardar, que yo me reservo sólo el capital.

—*¡Por Alá—exclamó el anciano—*, que nada de eso he de tomar! Cuanto a la dote de Sobeida, es asunto que debes ventilar con ella.

Pero entonces el sobrino díjole a su tío:

—*¡Ye tío mio!* Haz que Alá-d-Din cumpla lo prometido y repudie a mi esposa, según lo convenido.

—*¡Ye!—exclamó el anciano—*. Eso ya no puede ser, puesto que tiene de sobra para pagar la dote de su mujer.

Fuese de allí el sobrino cariacontecido, en vista de lo ocurrido, y se metió en su casa, enfermo y despechado y abatido. Y fue tal su dolor que a poco murió. Porque aquello había sido un golpe mortal para su corazón.

Cuanto a Alá-d-Din, luego de hacerse cargo de sus géneros, se fue al zoco a marcar lo que necesitaba de comer y beber, sin olvidar la manteca, y se tornó después a su casa, y aquella noche se entregaron al holgorio y la fiesta, y Alá-d-Din le dijo a su esposa Sobeida:

—Ya ves qué bien han vuelto con los dinares prometidos esos *dervishes* trapaceros, que se olvidan de sus juramentos.

A lo que Sobeida, muy cuerdamente, contestóle:

—*¡Ye esposo mio!*; si tú, con ser hijo del síndico de los mercaderes de Mizra, te viste tan apurado y sin blanca, ¿qué no les pasará a pobres *dervishes*, que por sus mismos estatutos no tienen nada suyo?

—Bien está—respondió Alá-d-Din—. ¡Por Alá, que ya no nos hacen maldita falta! Pero eso sí, cuando vuelvan, no he de abrirles la puerta.

—¿Cómo dices eso—replicó Sobeida—cuando todo el bien que ahora tenemos a ellos se lo debemos, pues cada noche que aquí pasaron la buena sombra nos trajeron, y, además, al irse, nos dejaron cien dinares debajo del tapiz en que estuvieron sentados? Así que, esposo mio, no tendrás más remedio que abrirles la puerta, si vuelven a llamar a ella.

Ahora bien: luego que se fue el día con su luz y vino la noche con su capuz, encendieron nuestros amantes esposos cirios olorosos y Alá-d-Din le dijo a Sobeida:

—Anda, esposa mía, y canta una coplica.

Hízolo así ella y, apenas empezara a cantar, cuando he aquí que oyen llamar a la puerta.

—Suspendió su canto Sobeida y le dijo a su esposo:

—Anda y ve a ver quién llama a la puerta.

Fue Alá-d-Din a abrir la puerta y se encontró con los *dervishes* parados en ella. Y al verlos les dijo:

—Bien venidos sean los embusteros. Seguidme y pasad adentro.

Siguiéronle ellos y él les llevó a la sala y les hizo sentar y mandó a sus esclavos les sirvieran la mesa con platos delicados y licores preciados. Y los

*dervisches* comieron y bebieron, y se refocilaron y se deleitaron, escuchando cantar a Sobeida, que lo hacía como una maestra.

Hasta que, por fin, dijéronle a Alá-d-Din:

—¡Ye señor nuestro, por Alá que estábamos preocupados por ti!: ¿en qué paró el pleito que tenías con tu suegro?

—Alá—replicó Alá-d-Din—nos compenso con usura de todo lo que perdiéramos en aquella desgraciada aventura.

—¡Loado sea Alá!—exclamaron ellos—, que estábamos harto desvelados e inquietos por ti. Y que si no hicimos nada en tu ayuda fue nuestra pobreza la que tuvo la culpa.

—¡Bah!, no os preocupéis—exclamó Alá-d-Din—, que ya mi Señor se apiadó de mí y a mis pesares puso fin. Pues para que lo sepáis, mi padre se acordó de mí y me mandó cincuenta mil dinares y cincuenta fardos de telas, cada uno de los cuales representa un valor de mil dinares y me mandó, además, una mula de montar, un traje lujoso y un esclavo abisinio y dos fuentes y dos jarras de oro. Y, por si fuera poco, hice también las paces con mi suegro y ahora mi esposa lo es de veras y con todas las de la ley, pues pagué el *azidaque* que me pedía su padre, así que ¡loado sea Alá por tantas mercedes como me quiso dispensar!

Levantóse luego el jalifa y salió de la habitación con el pretexto de ir a hacer una necesidad, y entonces Châfar, inclinándose hacia Alá-d-Din, le dijo, al oído:

—Sé, joven, un poco más comedido, pues estás, para que te enteres, en presencia del emir de los creyentes.

—¡Bah!—replicó Alá-d-Din—. ¿Yo en qué me excedí? Y, además, ¿quién es de vosotros el emir?

—Ese que te habló—respondióle Châfar—y que ahora ha salido a hacer una necesidad. Ese es el emir de los creyen-

tes, el jalifa Harunu-r-Raschid; y yo soy su visir, Chafaru-l-Barmeki; y este es Mesrur, su guardia de *corps*; y este otro Abu-Nuasul-Hasân-ben-Hani. Recapacita ahora, Alá-d-Din, y dime: ¿Cuántas jornadas de camino hay entre Bagdad y Mizr?

—Cuarenta y cinco—respondió Alá-d-Din.

—Pues bien—prosiguió el visir—: A ti te asaltaron esos beduinos hará solamente diez días; ¿cómo en tan poco tiempo pudo llegar a oídos de tu padre la noticia y expedirte aquel esos fardos que recibiste y recorrer la caravana en solo diez días una distancia que equivale a cuarenta y cinco jornadas?

—Eso es verdad—dijo Alá-d-Din—; pero entonces, señor, ¿me quieres decir de dónde me vino todo esto a mí?

—¿De dónde te iba a venir?—respondióle Châfar, el visir—. Pues del emir de los creyentes, de nuestro señor Harunu-r-Raschid. El cual, desde el primer momento, sintió por ti gran afecto.

Y estando en esto he aquí que el jalifa se presenta de nuevo y Alá-d-Din, al verlo, se levantó en el acto y fue a besar la tierra entre sus manos y dirigió esta salutación al soberano:

—Guárdete Alá, ¡ye emir de los creyentes, y haga eterno tu reinado y no prive a las criaturas de tu amparo y la largueza de tu mano!

—¡Ye Alá-d-Din—dijole el emir—, ruegale a tu esposa que nos cante alguna canción alegre y festiva de esas que levantan el ánimo y el alma reposan, en celebración de habérsese arreglado tus cosas!

Tomó Sobeida en seguida el laúd y lo pulsó y cantó haciendo tan raros primores y rasgueos en sus cuerdas que habría hecho bailar a una piedra.

Pasaron así la noche todos felices y gozosos, hasta que amaneció la mañana, y entonces se despidieron sus huéspedes de Alá-d-Din y, en el momento de retirarse, dijole a aquel el emir:



—Mañana, sin falta, te presentarás en el diván.

—Oír es obedecer, ¡ye emir de los creyentes!—respondió Alá-d-Din—. No faltaré, si Alá quiere.

Cogió, pues, al día siguiente Alá-d-Din diez bateas y puso valiosos regalos en ellas y dirigióse al diván, según le ordenara el sultán.

Estaba sentado en su trono el emir cuando en la puerta del diván presentóse Alá-d-Din, el cual se detuvo en el umbral y recitó estos versos, con entonado acento:

—Quiera Alá que por siempre la ventura  
tu compañera sea,  
y que a mí, al verlo, el alma se me alegre  
y el envidioso muera.  
Y quiera Alá que blancos sean tus días,  
como la nieve blancos,  
y en cambio negros sean como la noche  
los días de tus contrarios.

—Bien venido seas, Alá-d-Din—exclamó el emir.

—¡Ye emir de los creyentes!—dijo Alá-d-Din—. El *nabi*, el Enviado de Alá (sean con él la oración y la paz), aceptaba de buen grado, según cuentan, los regalos, y yo traigo aquí estas diez bateas, llenas para ti de preseas.

Aceptó el jalifa los regalos de Alá-d-Din y, en señal de su aprecio, le regaló un traje de honor y le nombró además síndico de los mercaderes de Bagdad y le asignó asiento en su diván.

Y estando Alá-d-Din allí sentado hete que llega su suegro, y al ver a Alá-d-Din sentado en su puesto y luciendo un traje de honor, dirigióse al jalifa y le dijo:

—¡Ye rey del siglo! ¿Quién es ese que está ahí sentado en mi sitio y que luce un traje de honor?

Y el jalifa le contestó:

—Es Alá-d-Din, el de los lunares, al

que acabo de nombrar síndico de los mercaderes de Bagdad, que los cargos no se dan a perpetuidad, y yo he tenido a bien nombrarlo a él en tu lugar.

Y el mercader le respondió:

—Y muy bien que hiciste, por cierto, porque ese es de los nuestros. ¡Alá eligió al mejor de entre nosotros para curador de nuestros negocios! ¡Ye y cuántos que eran chicos luego fueron grandes!

Escribióle después el jalifa a Alá-d-Din un *firmán*<sup>32</sup> de investidura y se lo entregó al guali, el cual a su vez se lo dio al pregonero y el pregonero hizo la proclamación en el diván, diciendo:

—De hoy más no habrá otro *scheij* de los mercaderes de Bagdad que Alá-d-Din Abu-Schamat y todos habrán de escuchar su palabra y obedecerlo en todo con el debido respeto, pues es merecedor de pleitesía y honra y alta jerarquía.

Y luego que terminó el diván, bajó el guali con el pregonero, acompañando a Alá-d-Din. Y el pregonero iba gritando por calles y zocos:

—¡De hoy más será el síndico de los mercaderes de Bagdad el señor Alá-d-Din, el de los lunares, hijo de Schemsu-d-Din, el de Mizr!

Al día siguiente, luego que amaneció, fue Alá-d-Din al zoco en compañía de su esclavo y abrió su tienda y dejó al esclavo para que comprara y vendiera, y después montó en su mula y se dirigió aprisa a desempeñar sus funciones en el diván del jalifa.

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

<sup>32</sup> Voz persa: decreto, orden. De la raíz: *Farmá*.

## Y LA NOCHE 193 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que Alá-d-Din montó en su caballería y se dirigió al diván del jalifa, y así lo hizo después todos los demás días.

Y sucedió que estando un día, según su costumbre, sentado en su despacho, fue un sujeto y se le acercó al jalifa, diciendo:

—¡Conserve Alá la vida del emir de los creyentes y aumente sus días! Has de saber, *¡ye señor!*, que fulano, tu compañero de copa, murió en la misericordia de Alá. ¡Sea su nombre exaltado!

Al oír aquello el jalifa preguntó:

—¿Dónde está Alá-d-Din, el de los lunares?

Compareció este en el acto y besó la tierra entre sus manos. Y el jalifa mandó que le regalaran un traje de honor y lo nombró su compañero de copa en sustitución del finado y le asignó de sueldo mil dinares mensuales.

Luego de eso, estando Alá-d-Din, un día de entre los días, sentado en su estrado, según costumbre que tenía, he aquí que de pronto se presenta en el diván uno de los emires del jalifa, ceñida la espada, embrazada la adarga, y dirigiéndose al jalifa, exclama:

—*¡Ye emir de los creyentes, alargue Alá tus días!* ¡Has de saber que el arráez de los sesenta se fue a gozar de la misericordia de Alá!

Y el jalifa, en el acto, nombró a Alá-d-Din arráez de los sesenta, en la vacante del difunto. Y dizque no dejara este ni hijo ni mujer, por lo que Alá-d-Din personóse en su casa y proveyó a su entierro y se hizo cargo de todos sus bienes, en nombre del emir de los creyentes.

Agitó luego el jalifa su pañuelo y

levantó el diván y Alá-d-Din retiróse de allí escoltado por Ahmedu-d-Dánaf, el capitán de la derecha, y Hasán Schumán, el capitán de la izquierda, los cuales cabalgaban a sus sendos lados, llevándolo a él en medio, y seguidos cada uno por un piquete de cuarenta hombres.

Y Alá-d-Din encaróse con Hasán Schumán y le dijo:

—Háblale por mí al capitán Ahmedu-d-Dánaf y dile que querría me adoptase por hijo ante Alá.

Hízolo así Hasán Schumán y Ahmedu-d-Dánaf accedió a los deseos de Alá-d-Din, diciendo:

—Yo y mis cuarenta hombres iremos delante de ti todos los días por las mañanas, cuando al diván vayas.

Y, después de esto, siguió Alá-d-Din sirviendo al jalifa por espacio de muchos días; hasta que un día, al salir del diván, despidió a Ahmedu-d-Dánaf y sus hombres y se dirigió a su casa y se sentó en ella, en compañía de su esposa Sobeida.

Y Sobeida encendió las velas y salióse del cuarto a hacer una diligencia.

Y sucedió que de pronto hubo de oír Alá-d-Din allá dentro un gran alarido, y se levantó y fue allá corriendo a ver qué había ocurrido y se encontró con que era su mujer la que diera aquel grito.

Estaba Sobeida caída en el suelo cuan larga era y Alá-d-Din palpó el pecho y comprobó que había muerto.

Vivía su suegro en la casa frontera y así oyó también el grito que su hija diera, y en el acto corrió allá y, al ver a su yerno, preguntóle inquieto:

—¿Qué ha pasado aquí, mi señor Alá-d-Din?

Y Alá-d-Din, contestándole, dijo:

—¡Alá alargue tu vida, padre mío! Has de saber que Sobeida, tu hija, acaba de fallecer. Y debo recordarte que el mayor honor que al muerto puede tributarse es darle sepultura y hacerle los funerales.

Luego, pues, que amaneció la mañana, echaron tierra sobre el cadáver de Sobeida.

Y en aquel triste trance Alá-d-Din consolaba a su suegro y este consolaba a su yerno.

Y esto es todo lo referente a la historia de Sobeida, la cantora.

Cuanto a Alá-d-Din, vistióse las vestiduras del pesar y dejó de asistir al diván, que tenía los ojos llorosos y el corazón congojoso.

Advirtió luego el jalifa la ausencia de Alá-d-Din y preguntóle a Châfar, su visir:

—¡Ye mi visir! ¿Cuál es la causa de que Alá-d-Din no venga al diván, como hasta aquí?

—¡Ye emir de los creyentes!—contéstole el visir—. Alá-d-Din tiene el corazón lleno de pena por la muerte de su esposa Sobeida y en unión de su suegro guarda luto por ella.

—¡Ye mi visir!—exclamó el jalifa—. Debemos ir allá a darle nuestro pésame.

—Oír es obedecer—respondióle el visir.

Y, acto seguido, el jalifa y su visir, seguidos de algunos esclavos, montaron en sendas mulas y fueron a casa de Alá-d-Din a darle el pésame por la desgracia que le acababa de ocurrir.

Estaba sentado Alá-d-Din en su cuarto cuando vio llegar al jalifa y su visir con toda su comitiva.

Levantóse aprisa el joven y fue a besar la tierra entre las manos del soberano y este le dijo con mucho agrado:

—¡Plegue a Alá compensarte con un bien de este mal!

A lo que Alá-d-Din respondió:

—¡Alá prolongue la vida de nuestro señor jalifa!

Dijole luego el jalifa a Alá-d-Din:

—¿Por qué dejaste de ir al diván, como hasta aquí?

—¡Ye emir de los creyentes—respondió el joven—, porque me tiene embargado la pena por la muerte de mi esposa Sobeida!

—Ahuyenta de tu pecho el pesar—dijole el jalifa—, pues tu esposa Sobeida murió en la misericordia de Alá (sea su nombre exaltado), y a nada conduce ya tanto llorar.

—¡Ye emir de los creyentes—exclamó Alá-d-Din—, en tanto aliente yo no me dejaré este dolor! ¡Sólo descansaré cuando muera y me entierren con ella!

—Alá—dijo el jalifa—nos da siempre una compensación por aquello que nos quitó. Contra la muerte nada valen astucia ni dinero, que harto bien lo dijo el poeta en estos versos:

«Todo hijo de mujer, tarde o temprano,  
ha de morir, pues es mortal;  
su vida tiene un plazo y es seguro  
que un día se ha de acabar  
y que el féretro giboso<sup>33</sup>  
su cuerpo extenderá.  
Hombres locos y frívolos, decidme:  
¿Cómo os podeis al gozo abandonar  
sabiendo que la tierra las mejillas  
un día os cubrirá?»

Luego de consolarlo con este y otros razonamientos análogos recomendóle el jalifa a Alá-d-Din que no dejase de ir por el diván y, finalmente, se despidió de él y se tornó a su alcázar con su visir Châfar.

Luego que amaneció la mañana del día el siguiente levantóse Alá-d-Din y fue a ver al emir de los creyentes y besó la tierra entre las manos del soberano.

Hizo el jalifa ademán de levantarse de su trono para recibirlo y le dio la

<sup>33</sup> Alusión a la combadura del féretro. La frase está tomada del poema de Burdah: *El manto de la Kâba*.

bienvenida en términos de mucho cariño y luego lo cogió de la mano y lo condujo al interior de su palacio y le dijo:

—¡Esta noche serás mi huésped, Alá-d-Din!

Introdújole luego en su serrallo y llamó a una esclava, que Kútu-l-Kulub se llamaba, y le dijo estas palabras:

—Aquí el señor Alá-d-Din tenía una

esposa llamada Sobeida, que le ahuyentaba dolores y penas, y plugo a Alá privarle de ella. Así que yo deseo que, para consolarle de su dolor, nos cantes alguna canción, con tu habitual primor.

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la mañana y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 194 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He podido saber, *ye mōnarca*, el afortunado, que el jalifa le dijo a su esclava Kútu-l-Kulub:

—Es mi deseo que nos cantes, acompañándote con el laúd, algo nuevo y singular, que a mi amigo Alá-d-Din lo pueda distraer de su pesar.

Tomó Kútu-l-Kulub el laúd y lo templó y luego entonó una canción sobre un aire nuevo, cautivador. Y el jalifa le dijo a Alá-d-Din:

—¿Qué dices, amigo Alá-d-Din, del modo como canta esta esclava?

—¡Ye mi señor!—exclamó Alá-d-Din—. Mi esposa Sobeida tenía mucha mejor voz que ella y se daba tal traza para tocar el laúd que habría hecho saltar a una piedra, aunque no he de negar que también esta esclava es una cantora consumada.

—¿Te gusta, Alá-d-Din?—preguntóle el jalifa, al oírlo hablar así.

—Desde luego que sí—respondió Alá-d-Din.

—Pues por vida de mi cabeza y por los sepulcros de mis abuelos—exclamó el jalifa—que es tuya desde este momento y te la regalo no solo a ella, sino también a sus doncellas.

Pensó Alá-d-Din, al oír aquello, que se trataba de una broma del jalifa,

pero al otro día por la mañana fue el jalifa a ver a Kútu-l-Kulub y le dijo:

—Has de saber que te he regalado a Alá-d-Din.

Y la joven se alegró al oírlo, pues dizque lo había visto y tomádole cariño.

Y el jalifa trasladóse al diván y llamó a unos alhameles y les dijo:

—Cargad en seguida con el ajuar de Kútu-l-Kulub y llevadlo a casa del señor Alá-d-Din. Y llevadlas allá también a ella y a sus doncellas.

Hiciéronlo así los cargadores y llevaron a casa del joven a las mujeres, con todos sus muebles y enseres.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a Kútu-l-Kulub, luego que se vio en casa de Alá-d-Din con todas sus doncellas, que eran cuarenta, y sus esclavos castrados, que eran varios, dijo a dos de estos:

—Sentaos al pie de la puerta, uno a la derecha y el otro a la izquierda, y cuando venga Alá-d-Din le besaréis las manos y le diréis así: «Nuestra señora Kútu-l-Kulub te está aguardando en sus habitaciones, en compañía de sus doncellas, pues el jalifa te hizo donación de todas ellas.»

—Oír es obedecer—respondieron los dos eunucos, haciendo un saludo profundo.

Luego que llegó Alá-d-Din levantáronse los castrados y fueron a besarle las manos y le explicaron:

—Nosotros somos servidores del *jalifa* y esclavos de *sitt Kútu-l-Kulub*, la cual por nuestra boca te saluda y hace saber cómo el *jalifa* te la regaló a ella y a todas sus doncellas y ahora en tu casa tus órdenes aguarda.

—Pues devolvedle de mi parte el saludo—dijole Alá-d-Din a los eunucos—; pero decidle, además, que, en tanto yo viva, no le pondré la mano encima, pues no está bien para el esclavo lo que fue propiedad de su amo. Pero le rogaréis también que os diga cuánto solía gastar cada día en el palacio del *jalifa*.

Fueron los esclavos a cumplir el encargo y su ama les dijo:

—Decidle a Alá-d-Din, nuestro señor, que el *jalifa* nos tenía asignados para nuestros gastos cien dinares al día.

Luego que le llevaron la respuesta dijose el joven para sus adentros: «En verdad, que no tenía yo ninguna necesidad de que el *jalifa* me hiciera ese regalo, que va a costarme cien dinares diarios; pero ya que así lo quiso no hay más remedio que pechar con el sacrificio.»

Resignóse, pues, Alá-d-Din y cargó con la obligación de los cien dinares diarios y por espacio de algún tiempo sufragó aquel gasto.

Mas sucedió que un día de entre los días faltó Alá-d-Din al *diván* y el *jalifa* le dijo a su visir *Châfar*:

—Yo le regalé *Kútu-l-Kulub* a Alá-d-Din con la sola intención de que lo consolara en su dolor por la herida de su esposa y le aliviara su pesar; pero ¿por qué ahora no viene al *diván*?

A lo que contestóle su visir *Châfar*:

—¡Ye emir de los creyentes!: ya sabes

el refrán «quien halla su amor, se olvida de la amistad».

—Puede que no sea así—dijo el *jalifa*—y que le ocurra algo a Alá-d-Din; en todo caso, debemos ir a visitarlo.

Se ha de decir ahora, pues ya llegó el momento, que unos días antes de eso habíase franqueado Alá-d-Din con el visir, diciéndole:

—Hube de quejarme con el *jalifa* de mi pena por la muerte de mi esposa Sobeida y él me regaló a *Kútu-l-Kulub*, y no me acierto a explicar por qué el *jalifa* se muestra conmigo tan liberal.

Y al oírlo, respondióle *Châfar*:

—Todo eso se debe al amor que el *jalifa* te tiene. Pero dime, Alá-d-Din, la verdad: ¿dormiste ya con *Kútu-l-Kulub*?

—Por Alá que no, mi señor—respondióle Alá-d-Din al visir—; que no se ha hecho para el esclavo lo del amo. Hasta este momento no la he tocado ni sé cómo sea de larga ni de ancha, así que, si quieres, puedes llevártela.

Fueron luego el *jalifa* y su visir disfrazados a ver a Alá-d-Din; pero este los conoció en seguida y se levantó y besó la tierra entre las manos del *jalifa*. Y el *jalifa* le miró y notó en su rostro las huellas del dolor. Y le dijo:

—¿A qué se debe, Alá-d-Din, esa tristeza que en ti se advierte? Dime: ¿no dormiste todavía con *Kútu-l-Kulub*?

Y Alá-d-Din le contestó:

—¡Por Alá que no, mi señor! Lo que conviene al amo no conviene al criado. Así que todavía no la he tocado y no sé cómo es de larga ni de ancha y te agradecería que me libraras de esa carga.

A lo que replicó el *jalifa*:

—Está bien; pero antes quiero ver a *Kútu-l-Kulub* y hablar con ella del asunto.

Y Alá-d-Din se inclinó, diciendo:

—¡Ye emir de los creyentes! Oigo y obedezco.

Y el jalifa paso adentró a ver a la joven, según su deseo, en sus habitaciones reservadas, y, al verlo entrar la muchacha, se levantó y fue a besar la uerra entre las manos del soberano, el cual le preguntó así:

—¿Durmió ya contigo Alá-d-Din?—

—No, ¡ye emir de los creyentes!—contestó la muchacha—. Y eso que le mandé recado para que viniera a mi cuartito; solo que él no hizo caso.

Oído lo cual mandó el jalifa que reintegrasen a la joven a su serrallo. Y, volviéndose a Alá-d-Din, le dijo:

—¡Por Alá, que no dejes de asistir al diván!

Tornóse luego el jalifa a su casa y Alá-d-Din durmió en la suya, hasta que vino la mañana.

Luego que amaneció montó en su mula y se dirigió al diván y se sentó en el lugar destinado al arráez de los sesenta.

Y el jalifa mandó a su *jasandar* que diese diez mil dinares a su visir Châfar.

Luego que eso hizo el *jasandar*, díjole el jalifa a su visir Châfar:

—Vas a ir con ese dinero al zoco de las esclavas y comprarás para Alá-d-Din una que esa suma valga.

Y dio la casualidad que aquel día el guali de Bagdad, que era el emir Jálid <sup>34</sup>, hubo de ir también al zoco de las esclavas para mercarle una a su hijo, habido en su esposa Jatún, y que era un joven de aspecto repulsivo y grotesco, al que llamaban por ello Habazlán <sup>35</sup>, el feo, y que carecía de

toda instrucción, aun de los rudimentos, y no sabía siquiera montar, y eso que su padre era un bravo jinete, capaz de lanzarse al Mar de la Tenebrosidad.

Y dispuso Alá en su poder que aquel mismo día que fueron al zoco Châfar, el visir, y el joven Alá-d-Din, acudiera también allí Jálid, el guali, acompañado de su hijo Habazlán, con toda su fealdad.

Y estando unos y otros pasando revista a las esclavas repararon en una muy guapa y bien plantada, de formas esbeltas y bien proporcionadas, que el marchante llevaba de la mano para mostrársela a sus parroquianos. Y al pasar junto al visir, dijo este al marchante:

—Doy por esa esclava mil dinares contantes y sonantes.

Pero al pasar la esclava por delante del guali y verla su hijo Habazlán, díjole al marchante:

—¿Cuánto dan hasta ahora por esa esclava encantadora?

—Mil dinares—respondió el marchante.

—Pues yo doy mil uno—respondió Habazlán.

Pero Alá-d-Din pujó en seguida y dijo al marchante:

—Te doy por la esclava dos mil dinares.

Siguieron los dos rivales pujando el precio de la esclava y por cada dinar que aumentaba Habazlán, pujaba Alá-d-Din otros mil.

Hasta que, al cabo, enfurecióse el hijo del guali e interpeló al marchante diciéndo:

—¿Quién es ese que tanto puja sobre el precio?

—Es—respondió el marchante—el visir Châfar que la quiere comprar para Alá-d-Din el de los lunares.

Siguió la puja adelante, hasta que Alá-d-Din llegó a los diez mil dinares, y, entonces, el dueño de la esclava se dio por satisfecho y se la entregó a

<sup>34</sup> Jálid (eterno). Se sobreentiende (siervo del). Se trata de un personaje histórico.

<sup>35</sup> Habazlán podría traducirse amor o simiente de la injusticia (duplicando el ba-Habb). Burton lee *Habzalam* y da la misma interpretación del nombre, insinuando que quizá se trate de una deformación intencionada de *Absalón* (Padre de la paz).

La edición de Bulak trae *Habazlam* y lo mismo Lane y Payne; Mardrus omite el nombre árabe y llama al hijo del guali *Gordo*, *Hinchado*.

Alá-d-Din, que en el acto hizo efectivo el precio.

Tomó, pues, Alá-d-Din a la esclava y le dijo:

—Libre eres desde ahora, pues por amor a Alá te declaro horra.

Hizo extender luego el acta de manumisión y fuese con la esclava a su casa.

Al ver el hijo del guali al marchante sin la esclava preguntóle:

—¿Y la muchacha?

—La compró *sidi* Alá-d-Din—respondióle el marchante—, pagando por ella diez mil dinares. Y después la manumitió y mandó extender el acta de su emancipación.

Enfurecióse el hijo del guali todavía más y entróle tal pesar que volvió enfermo a su casa, que hasta tal punto se había enamorado de la muchacha. Tendióse el joven en su lecho y negóse a probar bocado, de puro contrariado, y su madre lo veía tan decaído que tenía el espíritu de luto vestido.

Y su madre, al verlo tan condolido, le preguntó:

—¿Qué te pasa, hijo mío? ¿Por qué estás tan afligido?

Y él le respondió diciendo:

—Cómprame Yasmin <sup>36</sup>, madre mía.

Y su madre le dijo en seguida:

—No te apures, hijo, que en cuanto pase el vendedor de flores por la calle te compraré un canasto entero de jazmines.

Pero su hijo le dijo:

—No es ningún jazmin de olor lo que quiero, sino una joven esclava que Yasmin se llama y que mi padre no quiso comprarme.

Y oído que eso hubo su madre fuese a ver a su marido y le dijo:

—¿Por qué no quisiste mercarle esa esclava a tu hijo?

Y su marido le respondió:

—No está bien para el criado lo que

cuadra a su amo y yo no puedo rebelarme contra su decisión, pues has de saber que el que compró la esclava es nada menos que Alá-d-Din, el capitán de los sesenta.

Y sucedió que el hijo del guali se agravó en su dolencia y perdió el apetito y el sueño, y su madre se ciñó a la cabeza las cintas del duelo.

Y estando un día la buena mujer sentada en su cuarto, llorando por su hijo, con gran aflicción, llegóse a ella una vieja, a la que en Bagdad conocían todos por Ummu-Hmedi-l-Kumakim, o sea la madre de Ahmed, el de los piojos <sup>37</sup>, que era un ladrón famoso capaz de taladrar el muro más recio y de escalar la tapia más alta y de robarle a uno la niña <sup>38</sup> del ojo en un segundo.

Y la vieja Ummu-Hmedi dijole a Jatún, la mujer del guali:

—¿Qué le pasa a tu hijo Habazlán? Te ruego que me lo digas, por Alá.

Contóselo Jatún todo a la vieja y, después de oírla, exclamó aquella:

—¿Qué me dices, mi señora? Pero no te apures de ese modo, que yo sé quien puede salvar a tu hijo de ese trance peligroso.

—Pues ¿qué es, mujer, lo que piensas hacer?—preguntóle Jatún.

—Has de saber—dijole la vieja madre de Ahmed, el piojoso—que yo tengo un hijo llamado Ahmed, el piojoso, que es ladrón de profesión, el cual actualmente se halla preso en la cárcel, cargado de hierros, y en sus cadenas le han puesto este cartel: «Así habrá de estar hasta que se lo lleve Alá.»

Pues bien: ahora tú, mi señora Jatún, te vas a vestir tus mejores ropas y te vas a comprar lo mejor que sepas y cuando tu marido venga, saldrás a recibirlo con muchos arrumacos y zale-

<sup>37</sup> O el de los vasos, que ambas connotaciones tiene la raíz árabe *kmkm*. Lo último sería una alusión a su alcoholismo.

<sup>38</sup> En persa, *señora*.

<sup>36</sup> *Yasmin* significa jazmín.

mas y harás que él se encandile y alborote y te pida aquello que a las mujeres suelen pedir los hombres; tú, entonces, se lo niegas y le dices que no accederás a su deseo hasta que no te jure por el triple divorcio complacerte en un antojo que tienes.

Luego que por el triple divorcio te lo haya jurado, tú te mostrarás sumisa y cariñosa y le dirás:

—Has de saber, esposo mío, que ha estado a verme la madre de Ahmed, el ladrón, al que tienes cargado de grille-

tes, en la prisión, y se echó a mis pies, la pobre, y me rogó intercediese contigo en favor de su hijo y me suplicó te pidiese fueses a hablar por él al jalifa y recabases su perdón, asegurándole de su contrición.

Luego que Jatún oyó a la vieja, parecióle excelente su plan y cuando vio a su marido entrar...

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

## Y LA NOCHE 195 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que, cuando el guali llegó a su casa, tratólo su mujer según la vieja la aleccionara, hasta que consiguió que él le jurara por el triple divorcio complacerla en su antojo. Y entonces ella accedió a sus deseos y le fue con el otro cuento.

Oyóla su marido y le prometió interceder con el jalifa por Ahmed, el bandido. Y, al otro día, luego que amaneció, el guali se levantó, hizo sus abluciones, rezó sus oraciones y marchó a la prisión, y, entrando en la mazmorra donde Ahmed estaba, cargado de cadenas, le habló de esta manera:

—Hola, *¡ye Ahmed Kumakim!* Hola, so bandido. ¿Estás arrepentido de los crímenes que aquí te han conducido?

—Cierto que sí—respondióle Ahmed—. Contigo estoy ante Alá y convertido y con el corazón y la boca digo: *¡Ye mi señor, concédeme tu perdón!*

Sacólo entonces el guali de la cárcel y llevólo consigo al diván, cargado de cadenas según estaba, y se lo mostró al jalifa, que, al verlo, dijo:

—¡Hola, Kumakim! ¿Todavía estás vivo?

Y Kumakim respondióle al jalifa:

—Los desgraciados tenemos larga vida.

Miró el jalifa al guali y le interpeló diciendo:

—¿Y por qué ahora me lo traes aquí, de esa forma?

Y el guali le respondió:

—*¡Ye emir de los creyentes!* Este tu-nante tiene una madre anciana, de todo el mundo desamparada, y la pobre vieja vino a este tu esclavo con el ruego de que intercediese contigo por su hijo, porque ya está arrepentido de sus fechorias, para que le quitases sus cadenas y lo repusieses en su cargo de capitán de la Guardia, que era antaño.

Pues se ha de saber que Ahmedu-l-Kumakim había sido, antes de eso, capitán de la Guardia del jalifa, sino que cometió un desfallo y lo destituyeron y lo encarcelaron.

Luego que el jalifa hubo oído las palabras del guali encaróse con el bandido y le dijo:

—Ahmed, ¿es verdad que estás arrepentido de las fechorias que has cometido?

—Sí que lo estoy, *¡ye emir de los*



creyentes!—exclamó Ahmed, con rostro compungido.

Mandó luego el jalifa venir al herre-ro y le ordenó que quitase al bandido los hierros y después lo nombró capitán de la Guardia y lo exhortó a portarse bien y no volver a las andadas.

Besó Ahmed, el piojoso, las manos del jalifa y vistióse acto seguido su uniforme de capitán de la Guardia, y el pregonero hizo saber a toda Bagdad su nombramiento.

Y llevaba algún tiempo ya Ahmed, el piojoso, de ejercer sus funciones, cuando un día fue su madre a ver a la esposa del guali y esta le dijo:

—¡Loado sea Alá que se sirvió salvar y encumbrar a tu hijo y encaminarlo por sendas de dicha y de paz! Pero ¿por qué ahora no le dices que idee algo para hacer que la esclava Yasmin pase a poder de mi hijo Habazlán, que por ella se muere de pesar?

—Yo se lo diré—respondióle la madre del bandido—y trataré de interesar a mi hijo.

Fue luego la madre de Ahmed a ver a su hijo y lo encontró borracho perdido.

—¡Ye hijo mío!—dijole su madre—. Has de saber que quien te sacó de la cárcel no fue otra que la mujer del guali, la cual desea ahora que ideas algún ardid para dar muerte a Alá-d-Din y quitarle a su esclava Yasmin y dársela a su hijo Habazlán, que está loco por ella y no la puede olvidar.

—No tengas cuidado—respondióle su hijo—, que esta misma noche será Habazlán servido.

Era aquella noche la primera del nuevo mes y tenía por costumbre el jalifa pasar aquella noche con su esposa Sobeida y manumitir a alguna esclava o esclavo, en atención a ella. Y solía también el jalifa despojarse de sus vestiduras reales y dejarlas juntamente con su rosario y su alfanje y su sello real encima de su trono, en el

salón de las audiencias, antes de pasar a ver a Sobeida.

Tenía también el jalifa una almenara de oro macizo, con tres piedras preciosas, prendidas en áurea cadenilla, y dizque el jalifa tenía a aquella lámpara en grandísima estima <sup>39</sup>.

Encargó, pues, el jalifa a sus criados que cuidasen de los objetos mencionados y pasó al aposento reservado, donde *sitt* Sobeida lo estaba aguardando.

Por su parte Ahmed, el piojoso, esperó a que la noche mediase y Sohail <sup>40</sup> brillase y se hubiesen dormido todas las crituras y caído sobre ellas el velo del sueño, que nubla su entendimiento.

Fue entonces Ahmed, el bandido, y desenvainó su espada y se dirigió a la sala del trono y plantó en el muro una escala por fuera y por ella trepó hasta subir a la azotea y, ya allí, levantó la plancha que cubría la sala y se dejó caer dentro de ella.

Y estaban todos los esclavos del jalifa dormidos y Ahmed los sahumó de *alhaschische* para más seguridad y luego se escurrió por entre ellos y fue a coger las vestiduras reales y el rosario y el alfanje y el sello del jalifa, amén de la lámpara con las piedras preciosas, que ya queda descrita.

Saliose luego de allí con todo aquello y se encaminó a casa de Alá-d-Din.

<sup>39</sup> Según Roso de Luna, todos estos objetos poseían virtudes mágicas.

«Pues era, nada menos, que el sello de Salomón o Solimán (el Hombre solar); la espada flamígera o alfanje encantado, contra el que no hay resistencia posible en cosa alguna; la consabida lámpara maravillosa—luz de la intuición o lámpara mental de la verdadera e iniciática (*sic*)—, y, en fin, el rosario, un rosario mágico, joya no tan importante, sin duda, como instrumento de oración o *puja* cuanto como aparato básico e insustituible para poseer la gran ciencia del contar, ciencia con la que se descubren hasta los secretos de los cielos.»

Toda esta información procede, naturalmente, de su fuente ocultista, no de ningún otro texto de esta historia.

<sup>40</sup> La estrella Sirio.

Y estaba Alá-d-Din aquella noche entregado a la alegría con su esclava Yasmin, con la cual durmiera, dejándola embarazada aquella noche, la primera.

Introdujose Ahmed, el piojoso, furtivamente en casa de Alá-d-Din y, penetrando en la sala del estrado, levantó una de las losas de mármol del pavimento y cavó un hoyo y metió dentro algunas de las cosas que acababa de hurtar, reservándose otras como de su propiedad; después de lo cual tornó a colocar la losa en su sitio y lo dejó todo como estaba al principio.

Saliose de allí luego y fuese a su casa e iba pensando para su ánima: «Ahora voy a coger una *jumera* y pondré ante mí la almenara y su luz me alumbrará. Mientras llenaré la copa y beberé hasta no dejar gota.»

Luego que amaneció la mañana tornó el jalifa a la sala del trono y halló a los criados dormidos bajo los efectos del opio y los despertó y buscó sus vestiduras y no las encontró, así como tampoco su rosario de ámbar y turquesas, ni su sello, ni su alfanje, ni nada, en fin, de lo que dejara allí.

Enojóse grandemente el jalifa y vistióse las ropas de la ira que eran de color rojo, y pasó al diván y sentóse en su trono <sup>41</sup>.

Llegó al poco rato su visir Châfar y besó la tierra entre sus manos y lo saludó diciendo, reverente:

—¡Libre Alá de todo mal al emir de los creyentes!

—¡Ye mi visir—exclamó el jalifa—, el mal ya lo tenemos encima!

—Pues ¿qué sucede, señor?—preguntóle el visir con emoción.

Contósele todo el jalifa al visir, y, estando en ello, he aquí que se presentaba el guali, llevando a su zaga a Ah-

med, el bandido, que acudiera a tenerle el estribo.

No bien el jalifa, que estaba transido de ira, vio entrar al guali, luego le preguntó con retintín:

—¡Ye emir Jálid!, dime: ¿qué tal van las cosas en Bagdad?

—Todo marcha bien—respondió el guali—y no hay ninguna novedad.

—Mientes—increpóle el jalifa, sin dejarlo acabar.

—¡Ye emir de los creyentes!—exclamó el guali—. ¿Por qué me hablas así?

Refirióle entonces el jalifa la historia del robo y después le dijo:

—¡Me lo has de traer todo en seguida, pues de lo contrario peligra tu vida!

—¡Ye emir de los creyentes!—exclamó el guali—. El gusano de vinagre, del mismo vinagre sale <sup>42</sup>; el que robó esas cosas debe de ser ladrón de casa, ya que ningún extraño tiene acceso a esta sala.

—Sea como fuere—respondió el emir de los creyentes—, si no me traes al punto los objetos robados, ¡por Alá que te mato!

—Antes de matarme a mí, ¡ye mi señor!—dijo el guali—, mata a Ahmed, el piojoso, pues, a decir verdad, no hay en Bagdad ladrón más audaz y más ducho en toda suerte de picardias que este que nombraste jefe de Policía.

Oído que hubo aquello Ahmedul-Kumakim echóse a los pies del jalifa y le rogó con voz compungida:

—Ampárame, ¡ye señor!, y yo te juro que he de descubrir al ladrón y no pararé hasta que dé con él. Solo te pido que me facilites dos hombres de parte del cadí y otros dos de la del guali, que seguramente quien cometió ese robo es sujeto que no te teme ni teme tampoco al guali, ni a nadie, en fin.

—¡Por vida de mi cabeza—exclamó el

<sup>41</sup> Lo de las ropas de la ira no es ninguna metáfora. Los monarcas orientales solían vestirse de rojo cuando iban a ordenar algún suplicio.

<sup>42</sup> Proverbial.

jalifa—que he de matar sin compasión a todo aquel que en este robo haya tenido participación! Y así ha de ser de fijo, aunque se trate de mi propio hijo.

Tomó luego Ahmedu-l-Kumakim los guardias que estimó necesarios y se proveyó de una orden del jalifa autori-

zándole a entrar en todas las casas de Bagdad y realizar en ellas los registros a que hubiera lugar.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

## PERO LA NOCHE 196 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que Ahmedu-l-Kumakim proveyóse de todo lo que estimó necesario, y, entre otras cosas, de un *firmán* del jalifa, que le autorizaba a entrar en todas las casas de Bagdad y registrarlas.

Procedió luego el bandido a su tarea, llevando en su mano una maza, la cual constaba de tres partes: una de cobre, otra de hierro y otra de acero, y registró primero el serrallo del jalifa y luego el de su visir Châfar, sin encontrar nada.

Procedió luego a registrar las habitaciones del chambelán y de los lugartenientes hasta que, por fin, llególe el turno a la de Alá-d-Din.

Luego que oyó este aquel revuelo delante de su puerta dejó a su esposa Yasmin y bajó a abrir, encontrándose con el guali:

—¿Qué sucede?

Púsole aquel en autos de lo sucedido y Alá-d-Din luego de oírlo, le dijo:

—Pues pasad adentro y registrad todos mis aposentos.

—¡Por Alá, mi señor, que nos debes perdonar!—dijole el guali—. Se trata de un simple requisito, pues tú eres de los buenos y no caben contra ti recelos.

—No andes con ambages, *¡ye emir!*—respondió Alá-d-Din—, y registra ni casa con todo interés, sin dejar un rincón por ver.

Pasaron, pues, adentro el guali y los

cadies y los testigos y Ahmed, el bandido, ahora en jefe de Policía convertido.

Y Ahmedu-l-Kumakim dirigióse con insolencia a la sala de marras y plantóse delante de la losa de mármol bajo la cual enterrara lo robado, y golpeó en ella con su maza con tal violencia que la partió y pudieron ver todos debajo de ella brillar algo que refulgía como oro.

—En el nombre de Alá—exclamó luego Ahmed—. Bendijo Alá nuestra visita, pues en lugar de lo que buscábamos, nos ha deparado un tesoro ignorado. Voy a mirar más despacio y os invito a todos a que examinéis conmigo lo hallado.

Inclináronse a mirar el cadí y el guali y los testigos y pudieron comprobar que eran aquellos los objetos perdidos, y en el acto redactaron un escrito haciendo constar cómo habían encontrado en casa de Alá-d-Din, debajo de una losa, todas aquellas joyas.

Sellaron luego el documento con sus sellos y procedieron a prender a Alá-d-Din y le quitaron el turbante de su cabeza y se incautaron de toda su hacienda, y Ahmed, el bandido, incautóse también de la esclava Yasmin, la cual estaba encinta de Alá-d-Din, y se la entregó a su madre para que, a su vez, se la diera al hijo del guali.

Cogió su madre a Yasmin y se la llevó a Jatún, la mujer del guali. Y lo

mismo fue verla Habazlán que convaler en el acto de su enfermedad y levantarse de su lecho y ponerse muy alegre y contento.

Trató en el acto el hijo del guali de acercarse a Yasmin; pero esta sacó un puñal de su seno y lo tuvo a raya, diciendo:

—Apártate de mí y no me toques, pues de lo contrario te mataré y yo me daré la muerte después.

—¡Ye insolente!—increpóla Jatún—. No te rebeldes y deja que mi hijo haga contigo lo que quiere.

Pero Yasmin apostrofóla así:

—¡Ye perra! Dime: ¿hay, por ventura, alguna ley que autorice a la mujer a tener dos maridos a la vez? ¿Ni cómo puede el perro aspirar a sentarse en el lugar del león?

Al oír aquello Habazlán agravóse su pasión todavía más y recayó en su pasada enfermedad y negóse a tomar alimento y otra vez postróse en el lecho.

Y su madre increpó a Yasmin, diciendo:

—¡Ye la muy p...! ¿Cómo te atreves a hacer sufrir a mi hijo de ese modo? ¡Pero por Alá, que te he de castigar! En cuanto a Alá-d-Din, no pases pena, que muy pronto le van a ahorcar.

—Pues si es así, yo me moriré por su amor—respondió Yasmin.

Al ver lo cual la madre de Habazlán quitóle a Yasmin todas sus joyas y sus ropas de seda y la vistió otras de burda tela y encima le echó una túnica de cerdas y de esa forma la mandó a la cocina, con las esclavas de condición infima.

Y le dijo:

—El premio de tu constancia será encender la lumbre y mondar las cebollas y poner al fuego las ollas.

A lo que Yasmin le contestó:

—Antes prefiero hacer los más viles y duros servicios que aguantar la presencia de tu hijo.

Y sucedió que Alá inclinó a su favor los corazones de las criadas de la casa, las cuales se encargaron de hacer por ella las serviles faenas.

Y esto es, por ahora, cuanto hay que decir respecto de la esclava Yasmin.

Cuanto a Alá-d-Din, el de los lunares, sus aprehensores lleváronlo, juntamente con los objetos hallados en su casa, a presencia del sultán, que estaba a la sazón sentado en su trono real.

—¿Dónde hallasteis estas cosas?—preguntóle el jalifa al guali. Y respondió el guali:

—¡Ye emir de los creyentes!, en casa de Alá-d-Din.

Reprimió el jalifa su ira y examinó las joyas halladas, advirtiéndole la falta de la lámpara. Y, dirigiéndose a Alá-d-Din, le preguntó:

—¡Ye Alá-d-Din!, declara: ¿qué hiciste de la lámpara?

—¡Ye emir de los creyentes!—respondió Alá-d-Din—. ¡Por Alá te juro que no he tenido arte ni parte en todo esto, ni nada sé de esa lámpara!

—¡Ye ingrato y traidor que eres!—exclamó el jalifa—. ¿Es este el pago que me das por haberte acercado a mi persona y colmádote de mercedes y honras?

Y el emir de los creyentes ordenó, acto seguido, que colgasen en la horca a su antiguo favorito.

Asió luego de Alá-d-Din el jefe de la Policía y bajó con él a la ciudad, llevando por delante al pregonero, el cual iba gritando en tono recio:

«Esta es la recompensa que está reservada a aquellos que traicionan al emir de la fe, ¡la verdadera! ¡Y comparada con la de la otra vida, es pequeña!» Y el pueblo se apiñaba en el lugar donde las horcas se alzaban.

Y esto es, por ahora, todo cuanto respecto a Alá-d-Din hay que decir.

Cuanto a Ahmedu-d-Dánaf, el padrino de Alá-d-Din, se hallaba en su jardín, entregado a holgorio y diversión,

cuando hete aquí que se presenta allí un aguador, de los que daban de beber a los emires del diván, cuando tenían sed. Y el aguador llegó a Ahmed y besó la tierra entre sus manos y le dijo:

—¡Hola, Ahmed! ¿Cómo te estás aquí sentado, a tus anchas, sintiendo correr a tus pies el agua, y de lo que ocurre no sabes nada?

—Pues ¿qué pasa?—preguntó Ahmedu-d-Dánaf.

Y el aguador le contestó:

—Pues que en este momento llevan a la horca a tu ahijado Alá-d-Din.

—¿Y qué vamos a hacerle, Hasán Schumán?

—¿Qué te parece a ti?—preguntó Ahmed.

Y Hasán le contestó diciendo:

—De fijo que Alá-d-Din es inocente del delito y que todo esto es obra de un enemigo.

—Seguro que sí—contestó Ahmed—. Pero dime: ¿qué te parece que debemos hacer?

—Déjame a mí—contestó Hasán—, que si Alá quiere, lo he de salvar.

Y en el acto retiróse de allí Hasán Schumán y fuese derecho a la cárcel y le dijo al carcelero:

—Dame uno de los presos que de muerte sea reo.

Y el carcelero diole uno de los presos que era el más parecido de los hombres a Alá-d-Din, y él lo condujo al lugar del suplicio entre Ahmedu-d-Dánaf y Aliyu-s-Sebiku-l-Mizriyu <sup>43</sup>.

Y estaba ya Alá-d-Din al pie de la horca, esperando su fin; pero Ahmedu-d-Dánaf se adelantó y púsolo el pie encima al verdugo y este le dijo:

—Déjame sitio para cumplir mi deber.

Pero Ahmedu-d-Dánaf le contestó:

—Toma, so maldito, a este hombre y cuélgalo a él en lugar de Alá-d-Din, el cual es inocente y lo queremos rescatar lo mismo que Ibrahim rescató, con el cordero, a su hijo Ismail!

Cogió, pues, el verdugo a aquel hombre y lo ahorcó en lugar de Alá-d-Din. Y Ahmed y Ali asieron a Alá-d-Din y cargaron con él y se lo llevaron a los cuarteles de Ahmed, y ya allí volvióse Alá-d-Din a su padrino y le dijo:

—¡Ye mi señor y jefe! ¡Alá te lo pague con el mejor de los bienes!

Y Ahmedu-d-Dánaf le dijo a Alá-d-Din:

—Bueno, pero dime la verdad: ¿qué es lo que has hecho?

Vio Schahrasad venir la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

## Y LA NOCHE 197 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—He podido saber, ye monarca, el afortunado, que Ahmedu-d-Dánaf dijo-le a su ahijado:

—¿Qué es, en verdad, Alá-d-Din, lo que hiciste? ¡Alá bendiga a aquel que dijo: «No traiciones a tu huésped, aunque traidor fueres!» Y el jalifa te había encumbrado y de honras te había colmado; ¿cómo, pues, fuiste capaz de portarte tú así con él y robarle esas cosas de tanto valor?

—¡Por el nombre supremo—exclamó Alá-d-Din—, te juro que no hice nada malo ni tuve parte en ese robo ni sé nada de él tampoco!

—Indudablemente—reflexionó Ahmed—, esa fechoría debe de ser obra de algún enemigo manifiesto de tu persona, y el que una cosa hace, es justo

<sup>43</sup> Ali, *El Azogue*, el egipcio. Personaje de la picaresca mizriana, que figura también en otros cuentos posteriores.

que lo pague. Mas sea como fuere, te debo advertir, ¡ye Alá-d-Din!, que para ti no habrá ya desde ahora seguridad en Bagdad, que con los reyes no cabe estar en pugna, y el que les haga frente las ha de pasar duras.

—Tienes razón—asintió Alá-d-Din—; debo marcharme cuanto antes de aquí.

—Está bien—contestó Ahmed—; yo te haré llegar a Iskandriya, que es ciudad bendita y tiene verdes los umbrales y en ella la vida es tranquila y amable.

—Oír es obedecer—respondió Alá-d-Din.

Díjole luego Ahmed a Hasán Schumán:

—Ye Hasán, si el jalifa te pregunta por mí, le dirás: «Se fue a dar unas vueltas por el país.»

Salieron luego de Bagdad Alá-d-Din y Ahmed y empezaron a caminar y no pararon de andar hasta que llegaron a los viñedos y las huertas que rodeaban la ciudad. Y al llegar allí topáronse con dos judíos que eran agentes del emir de los creyentes e iban al paso, en sendas mulas montados.

Y Ahmed mandó parar a los dos judíos y les dijo:

—¡A ver! Pagadme el peaje.

—¿Cómo?—exclamaron ellos—. ¿Por qué nos lo reclamas y con qué derecho?

—Pues porque yo—respondióles Ahmed—cobro peaje por estos parajes.

Inclináronse los dos judíos ante ese argumento y procedieron a abonarle cada uno cien dinares.

Después de lo cual dioles muerte Ahmed a los dos y de sus mulas se apoderó montando él en una de ellas y cediendo a Alá-d-Din su compañera.

Cabalaron luego ambos amigos hacia la ciudad de Ayas<sup>44</sup> y, llegado que hubieron a la ciudad, hospedáronse en el *jan*.

Pasaron la noche allí y, luego que amaneció la mañana, vendió Alá-d-Din su mula y le encomendó al portero la de su compañero y él bajó al puerto, donde se le unió Ahmed y ambos montaron en un barco que los llevo a Iskandriya, ciudad la bendita. Luego que el barco atracó en el puerto saltaron a tierra Alá-d-Din y Ahmed y echaron a andar por la ciudad uno y otro hasta que llegaron al zoco. Y dio la casualidad que en aquel momento estaba un marchante subastando una tienda en la que había géneros tasados en novecientos cincuenta dinares.

—Van por ellos mil—exclamó Alá-d-Din.

Aceptó la oferta el vendedor y entregó a Alá-d-Din las llaves de la tienda y diole posesión de ella.

Tomó Alá-d-Din las llaves y procedió a abrir la tienda y revistó los géneros que había en ella y se encontró con que la tienda estaba muy bien puesta, adornada con tapices y muy bien surtida de velas y mástiles y sogas y arcones, llenos de conchas marinas y pájaros raros disecados y otras curiosidades por el estilo, pues el antiguo dueño de la tienda era un chamarilero que negociaba en todo aquello.

Sentóse Alá-d-Din en la tienda y su amigo Ahmed le dijo:

—Mira, hijo mío, tanto la tienda como los géneros que hay en ella son de tu propiedad; así que puedes empezar a traficar y a vender y comprar, sin preocuparte de más, que Alá (su nombre sea exaltado), bendice al mercader honrado.

Hízolo así Alá-d-Din y Ahmed permaneció tres días en su compañía. Pasados los cuales despidióse de él y volvióse a la ciudad de Ayas y recogió la mula que dejara en el *jan* y, caballero en ella, dirigióse a Bagdad, donde se reunió con Hasán Schumán y demás individuos de su tropa, y preguntó a Hasán:

<sup>44</sup> El Issus de Cilicia de los romanos, hoy un pequeño puerto en el golfo de Skanderum.

—¿Ye amigo mío! Di: ¿preguntó el jalifa, durante mi ausencia, por mí?  
—No—respondió Hasán—, y por eso no te debes preocupar.

Reanudó, pues, Ahmed su servicio cerca del jalifa y procuró allegar noticias. Y vio que el jalifa, volviéndose a su visir Châfar, un día de los días, hubo de decirle con melancolía:

—¿Viste, ¿ye el visir!, lo que hizo conmigo ese Alá-d-Din?

—Cierto que sí—respondióle el visir—, pero ya lo castigaste mandándolo ahorcar, y, al condenarlo a esa pena, no hiciste nada de más.

—¿Ye mi visir!—dijo el jalifa—. Quisiera bajar a verlo, colgado de la horca, y recrearme en su carroña.

Bajaron luego del alcázar el jalifa y su visir y se dirigieron al lugar donde ejecutaran al supuesto Alá-d-Din y donde aún estaba su cadáver, bamboleándose en el aire.

Alzó la vista el jalifa y se quedó maravillado al ver que no era Alá-d-Din el ahorcado. Y el jalifa exclamó, volviéndose al visir:

—¿Ye Châfar!, este no es Alá-d-Din.

—¿Cómo conociste—dijo el visir—que este cadáver no es el de Alá-d-Din?

—Pues lo he conocido—explicóle el jalifa—en que nuestro Alá-d-Din es bajo de cuerpo y este otro es largo.

Y el visir le dijo:

—Ten en cuenta que el ahorcado siempre da un estirón.

Pero el jalifa insistió:

—No; Alá-d-Din era blanco de cara y este es negro.

—¿Y no sabes—objetóle Châfar—que los muertos siempre se ponen negros?

Mandó entonces el jalifa que descolgasen al ahorcado y, al bajarlo del palo, advirtieron los sayones que llevaba escritos en los talones los nombres de los dos *schij* Abu-Bekr y Omar, y, al verlo el jalifa, exclamó:

—Mira, visir: Alá-d-Din es sunni y

este era un hereje, un *rafizi* de la secta de los *scheiis* <sup>45</sup>.

Y Châfar entonces dijo:

—Gloria a Alá, que conoce los arcanos, mientras que nosotros no podemos decir si este hombre era o no era Alá-d-Din.

Mandó luego el jalifa que enterrasen aquel cadáver y lo enterraron, y ya todos dieron a Alá-d-Din al olvido, como si nunca hubiera existido.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto al asunto de Habazlán, el feo, el hijo del guali de Bagdad, fueron hasta tal punto agravándose su pasión de ánimo y su melancolía y su pesar, que al cabo murió y lo tuvieron que enterrar.

Cuanto a Yasmin, la esclava, esposa de Alá-d-Din, cumplido que fue el término de su preñez, dio a luz un hijo varón, que parecía una luna llena, por su mucha belleza.

—¿Qué nombre le vas a poner?—preguntáronle las otras esclavas.

Y ella les contestó así:

—Si viviera su padre, Alá-d-Din, él sería llamado a ponerle nombre, pero puesto que no es así, a mí me toca hacerlo y de hoy más pienso llamarlo Azlán <sup>46</sup>.

Amamantó luego Yasmin al niño por espacio de dos años consecutivos, pasados los cuales lo destetó y empezó el chico a andar y a corretear.

Y sucedió un día de los días que estando Yasmin ocupada en las faenas de la cocina púsose el niño a andulear

<sup>45</sup> Los *schies*, como es sabido, eran unos cismáticos persas que no reconocían a los tres primeros jalifas. Los sunnies son los ortodoxos. A los *schies* llamábanlos también rafizies, *rechazadores*, porque refiriéndose a los tres primeros jalifas Abu-Bekr, Omar y Otsmán decían: *Inna rafizna-hum*. En verdad los rechazamos.

<sup>46</sup> El bien arraigado. Burton opina que se trata de una deformación del vocablo turco *Ars-lán*, león.

por la casa y vió una escalera y se subió por ella y fue a salir al cuarto donde estaba el guali.

Cogió aquel al niño y lo tomó consigo y alabó a nuestro Señor por haberlo creado tan hermoso y bien plantado. Y, reparando bien en su rostro, advirtió el guali que se parecía de un modo extraordinario a su padre, Alá-d-Din.

A todo esto andaba Yasmin buscando a su hijo por la casa y, no hallándolo por ninguna parte, subió a la sala y se lo encontró allí, sentado en las rodillas de Jálid, el guali, el cual jugaba con el niño como pudiera haberlo hecho con un hijo. Quedóse estupefacta, parada en la puerta, y el niño la vio y en seguida corrió a ella; pero el emir lo retuvo en sus brazos y, dirigiéndose a la madre, gritó con voz afable:

—¡Entra, Yasmin!

Y luego que Yasmin entró preguntó-le el emir:

—¿Cuyo es este niño, Yasmin?

—Este es mi hijo, ¡ye señor!, el fruto de mis entrañas que Alá me dio.

—¿Y quién es su padre, ye Yasmin?

—Su padre—respondió la joven—es Alá-d-Din, Alá-d-Din, el de los lunares; pero ahora ya eres tú su padre.

—Ese Alá-d-Din—exclamó el emir—resultó un malhechor.

—¡Oh—exclamó Yasmin—, no digas tal, que eso no puede ser verdad!

—Bien—respondió el emir—, cuando este niño crezca y se haga mayorcito y te pregunte: «¿Quién es mi padre?», tú le dirás: «Tu padre es el emir Jálid, el guali de Bagdad.»

—Oír es obedecer—exclamó Yasmin.

Y el emir Jálid circuncidó al pequeño y se encargó de su educación y le asignó un alfaquí para que le enseñase a leer y escribir y el niño lo aprendió todo sin dificultad, mostrando despejo natural. Y a todo esto el pequeño Azlán llamaba al emir papá.

Dispuso luego el emir un picadero

para enseñarle equitación al pequeño e imponerle además en las artes bélicas y enseñarle la esgrima de la espada y la lanza, hasta hacer de él, como lo hizo, un caballero cumplido.

Catorce años tenía el niño y ya había llegado al grado del emirato. Y sucedió un día de los días que hubo de encontrarse Azlán con Ahmedu-l-Kumakim y los dos se hicieron amigos y se pusieron a beber vino. Y Ahmedu-l-Kumakim, el bandido, sacó la lámpara con las perlas, que se reservara para sí, de los demás objetos robados al jalifa, y la puso delante de él, para ver bien llenar el vaso, y tanto bebió que se puso borracho.

—¡Ye almokaddem—dijole Azlán—, dame esa almenara en señal de tu aprecio!

—Perdona, amigo mío, pero no puedo.

Y Azlán, al oír la negativa, le preguntó a Ahmed Kumakim:

—¿Por qué no puedes darme esa lámpara?

Y Ahmed, el ladrón, le contestó:

—Pues porque por esa lámpara pierden los cuerpos las almas.

—¿A qué alma te refieres? ¡Ye Ahmed!—exclamó el joven—. Explicáte más claro, para que te pueda entender.

Y Ahmed, el ladrón, que estaba borracho, contóle toda la historia al muchacho, desde el principio al fin, sin detalle omitir, y le contó también la pasión de Habazlán y la injusticia de que por el hijo del guali hicieron objeto a Alá-d-Din.

Al oír aquella historia dijose Azlán para sí: «Puede que esa esclava de que habla sea mi madre Yasmin y mi verdadero padre sea Alá-d-Din.»

De suerte que Azlán separóse de Ahmed, el ladrón, con el alma llena de dolor.

Y echó a andar y en el camino se cruzó con Ahmedu-d-Dánaf, que, al verlo, exclamó:



—¡Bendito sea Alá, al que nadie se puede comparar!

—¿Por qué dices eso?—preguntóle Hásán Schumán.

Y Ahmed Kumakin le contestó a su amigo:

—Pues porque ese chico de Azlán se parece, hasta más no poder, a Alá-d-Din Abu-Schamat.

Y, llamando a Azlán, preguntóle Ahmed:

—Dime, chiquillo, ¿cómo se llama tu madre?

Y Azlán le contestó:

—Se llama Yasmin, señor.

Y Ahmedu-d-Dánaf le dijo:

—Pues alégrate, chiquillo, y refresca tus ojos; tu padre no es otro que Alá-d-Din, el de los lunares. Y, si lo dudas, ve a ver a tu madre y se lo preguntas.

—Oír es obedecer—contestóle Azlán.

Y se despidió de Ahmed y fue corriendo a ver a su madre y le preguntó, de sopetón, quién era su padre.

Y su madre le dijo:

—Tu padre, hijo mío, es el emir Jálid, ya lo sabes.

Pero el chico le contestó:

—No hay tal, madre mía; mi padre

no es otro que Alá-d-Din el de los lunares.

Echóse a llorar su madre al oír mentar el nombre de Alá-d-Din, y preguntó a su hijo:

—¿Quién te dijo eso, hijo mío?

Y Azlán le respondió:

—Me lo dijo Ahmedu-d-Dánaf, el capitán de la guardia.

Entonces Yasmin contóle a su hijo toda la historia de lo sucedido y, al terminar, le dijo:

—Ahora ya, hijo mío, resplandeció la verdad y se disipó la falsedad <sup>47</sup>. Sí, tienes razón; tu padre verdadero es Alá-d-Din, sino que el guali se hizo cargo de ti y te crió y educó cual si fueses su hijo.

Pero ahora ya, cuando te encuentres con Ahmedu-d-Dánaf, el arráez de la guardia, le dirás: «Te pido por Alá vengues la muerte de mi padre Alá-d-Din, el de los lunares, dándosela al culpable.»

Luego que oyó a su madre despidióse Azlán de ella y marchó...

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

## Y LA NOCHE 198 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He llegado a saber, *ye* monarca, el afortunado, que Azlán se despidió de su madre y se fue derecho a buscar a Ahmedu-d-Dánaf, el arráez de la guardia, al que encontró en su casa. Y al verlo entrar Ahmed, le preguntó:

—¿Qué te trae por aquí, Azlán?

—He tenido ocasión—díjole el muchacho—de saber y comprobar que mi padre verdadero no es el guali de Bagdad, sino Alá-d-Din, el de los lunares, y vengo a rogarte que te encargues de

tomar venganza de su sangre en la persona del culpable.

—¿Y quién fue el asesino de tu padre?—preguntóle Ahmedu-d-Dánaf.

Y Azlán le contestó:

—Pues Ahmedu-l-Kumakim, el ladrón.

—¿Sí?—exclamó Ahmed—. ¿Y quién fue quien te lo reveló?

<sup>47</sup> Transcripción literal de la aleya 83, sura XVII del *Corán*, *Al-Asra* (El viaje nocturno).

—Nadie—respondió Azlán—, sino que yo mismo he podido ver con mis ojos cómo tiene en su poder aquella almenara con las perlas que el jalifa tenía en tanta estima y que él le robó, juntamente con las demás cosas desaparecidas.

Y has de saber que le rogué que me diese la lámpara y él no quiso dármela y me dijo: «Por esta lámpara pierden los cuerpos las almas.»

Y acto seguido me contó cómo fue él quien todo lo robó y lo puso debajo de una losa de mármol de las habitaciones particulares de mi padre.

Dijole Ahmedu-d-Dánaf entonces al joven.

—Cuando veas que el emir Jálid se viste los arreos de pelear le dirás: «Padre mío, yo también quiero ir a la lucha contigo.» El te llevará y luego que tú, en la liza, por tu bravura te hayas distinguido y el jalifa haya sido de tu valor testigo, sin duda te dirá: «Pídemelo que quieras, Azlán.»

Y tú responderás: «Sólo te pido me des tu permiso para tomar venganza del asesino de mi padre.»

«¿Cómo es eso?—exclamará el jalifa, asombrado—. ¡Si tu padre no ha muerto! ¡Y es el emir Jálid, mi guali!»

Pero tú, entonces, le dirás: «Mi padre, ¡ye emir de los creyentes!, no es Jálid el guali, sino Alá-d-Din, el de los lunares, que el emir Jálid no es sino mi padre adoptivo, aunque me ha criado cual si fuera su hijo.»

Y acto seguido le contarás todo lo ocurrido entre tú y Ahmed, el bandido, y al terminar le dirás: «¡Ye emir de los creyentes!, manda que lo busquen y lo cacheen y ya verás cómo yo le saco la lámpara de la manga.»

—Oír es obedecer—exclamó Azlán, luego de oír a Ahmed.

Tornóse luego el joven a su casa y encontró al guali que se disponía a subir al diván, armado de todas armas. Y el joven, al verlo así, le dijo al guali:

—Por Alá, te pido me des tu venia para armarme como tú y que me lleves contigo a la pelea.

Dióle su venia el guali y Azlán se armó para la lucha y marchó con el emir al diván.

Salió luego el jalifa a campaña con todo su ejército y, luego que llegaron a campo abierto, hicieron alto y plantaron allí los alfaneques y se desplegaron en dos bandos los soldados y se inició el torneo y empezó el bataneo de las pelotas con los mazones, haciendo los jugadores alarde del vigor y puntería de su brazo.

Y sucedió en el curso del torneo que uno de los jugadores, que era un espía pagado para que matase al jalifa, lanzó la pelota de tal guisa que iba derecha a darle a aquel en pleno rostro, y así habría sido, a no dudar, de no haberse interpuesto Azlán, el cual la desvió con su mazo, dándole con tal fuerza que perdió el equilibrio y rodó por tierra.

Al ver aquello el jalifa, exclamó:

—¡Bendígate Alá, ye Azlán!

Apeáronse luego todos de sus cabañerías y se sentaron en sendas sillas, y el jalifa dio orden de que llevaran a su presencia al jugador que le lanzara la pelota con criminal intención. Y, cuando lo tuvo entre sus manos, preguntóle el soberano:

—Dime: ¿Quién te sobornó para que cometieras esa acción? Habla con franqueza y dime si eres amigo o enemigo.

—¡Enemigo!—respondió el interpelado—. Y tenía intención de matarte si el golpe no hubiera fallado.

—¿Y cuál es—preguntóle el jalifa—la causa de esa inquina? ¿Eres, acaso, musulm?

—No—contestó el otro—; yo soy de los *rafizin*.

Oído que hubo aquello, mandó luego el jalifa que lo cortaran el cuello.

Y, encarándose con Azlán, dijole el jalifa:

—Pideme lo que quieras, Azlán, que no te lo habré de negar.

—Concédeme, ¡ye emir de los creyentes!—exclamó Azlán—, venganza de la muerte de mi padre.

—¡Cómo!—dijo el jalifa—. ¿No está vivo tu padre? ¿No eres hijo del emir Jálid, mi guali?

—No—respondió el joven—; yo soy hijo de Alá-d-Din, hijo de Schemsu-d-Din.

—Entonces—dijo el jalifa—eres hijo de un traidor.

Pero Azlán respondió:

—¡Ye el emir de los creyentes! No es ladrón nunca el de leal condición. Y no fue mi padre el que te engañó.

—Robóme mis ropas y además otras cosas—dijo el jalifa.

—¡Ye el emir de los creyentes!—exclamó Azlán—. Cuando echaste de menos esas cosas y luego parecieron, ¿te entregaron, con los demás objetos, la lámpara que dejaste con ellos?

—¡No, por Alá!—respondió el jalifa.

—Pues yo pude verla—dijo Azlán—en poder de Ahmed Kumakim, y por cierto que se la pedi y no me la quiso dar. Y me dijo ciertamente: «Por culpa de esta lámpara pierden los cuerpos sus almas.»

Y Azlán contole a renglón seguido al jalifa todo el cuento de la dolencia de Habazlán, el tío, el hijo del emir Jálid, debido a la pasión que le inspirara Yasmin, y de como le quitaron los hierros a Kumakim y lo sacaron de la cárcel y cómo luego le robara al jalifa la almenara juntamente con las demás cosas que tanto estimaba. Y al terminar Azlán su relato le dijo al jalifa:

—¡Ye emir de los creyentes! venga tu ahora la muerte de mi padre, castigando al culpable.

Luego que eso oyo el jalifa, exclamó:

—¡A ver! ¡Que prendan en seguida a Ahmed Kumakim y me lo traigan aquí!

Hiciéronlo así sus servidores y luego preguntó el jalifa a los que le rodeaban.

—¿Dónde está el capitán Ahmedu-d-Danaf?

Acudió este en el acto y beso la tierra entre las manos del jalifa y este le ordeno que cachease al ladrón, y Ahmedu-d-Danaf metiole luego la mano en el pecho y sacó fuera la lámpara que allí escondida llevaba. Y el emir encarándose con el ladrón, gritole con voz imponente:

—¡Loado sea Alá! Dime, ¿so canalla! ¿De dónde tienes esta lámpara?

—¡Ye el emir de los creyentes!—respondió el ladrón—. Esta lámpara es mía, que la compré yo.

—¿A quién se la compraste?—exclamó el jalifa—. ¿Y quién pudo venderte lámpara semejante? ¡A ver! Pegadle fuerte hasta que confiese.

Diéronle una paliza y el ladrón acabó confesando ser el autor del robo de la lámpara y de las demás cosas hurtadas.

—¡Ye granuja!—increpóle el jalifa—. ¿Por qué hiciste eso, dando lugar a que por tu culpa fuese condenado injustamente Alá-d-Din, que era inocente y leal y bueno y digno de mi confianza y aprecio?

Declaró luego Ahmed Kumakim todo el enredo y el jalifa ordenó que a el y al guali los metiesen presos.

—¡Ye Azlán!—exclamó el guali—. En tu poder estoy, intercede por mí.

Hízolo así Azlán y el jalifa preguntó:

—¿Qué hizo Alá de la madre de Azlán?

—En mi casa está—respondió el guali.

—Pues bien—dijo el jalifa—, yo te ordeno que le mandes a tu esposa que le vista a la madre de Azlán sus propias ropas y le engalane con sus joyas y se la devuelva a su señor, y asimismo te ordeno que levantes los sellos de la casa de Alá-d-Din y restituyas a su

hijo todos sus bienes que pasaron al fisco.

—Oír es obedecer—respondió el guali.

Y el jalifa, volviéndose a Azlán, le dijo:

—Pídeme lo que quieras, Azlán, que no te lo he de negar.

—Sólo te pido—dijo el joven—que me des tu permiso para ir a unirme con mi padre.

Rompió a llorar el jalifa al oírlo y dijo:

—*¡Ye dolor! A tu padre, ¡ye Azlán!, lo mandé ahorcar yo y murió. Pero ¡por vida de mis antepasados, que si alguien pudiera decirme que no fue así y que aún vive le daría sin vacilar todo lo que pluguiera pedirme!*

Adelantóse entonces Ahmedu-d-Dánaf y besó la tierra entre las manos del soberano y le dijo:

—*¡Ye emir de los creyentes! Déjame hablar y concédeme, desde luego, el amán.*

—Concedido—respondió el jalifa—. Anda y habla aprisa.

—*¡Ye emir de los creyentes!—exclamó Ahmedu-d-Dánaf—. Puedo anunciarte que Alá-d-Din, el de los lunares, el padre de Azlán, el leal y el honrado, es aún entre los vivientes contado.*

—*¿Qué es lo que dices?—exclamó el jalifa—. ¿Es eso posible?*

—Por vida de tu cabeza—respondió el capitán—, que lo que te digo es la pura verdad y que yo, en lugar suyo, a otro mandé ahorcar. Y a él me lo llevé a Iskandriya y le puse allí una tienda para que en ella se asentase y traficara en objetos de lance.

—Pues si es cierto que vive Alá-d-Din—dijo el jalifa—, te mando que en seguida me lo traigas aquí.

Pero al llegar a este punto de su narración sorprendió a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

## Y LA NOCHE 199 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye* el monarca, el afortunado, que el jalifa le dijo a Ahmedu-d-Dánaf, el arráez de la guardia:

—Has de traerme aquí a Alá-d-Din en seguida, si es verdad que vive aún.

—Oír es obedecer—respondió Ahmed.

Ordenó luego el jalifa que le diesen a Ahmed diez mil dinares y en seguida púsose aquel en camino, hasta llegar a Iskandriya.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a esta historia.

Cuanto a Alá-d-Din, el de los lunares, se ha de saber que vendió todo cuanto tenía en su tienda, quedándose con solo un cofre, y, al abrirlo el joven, salió de él tal cantidad de piedras

preciosas como para llenar su mano, engarzadas en una cadenilla de oro, y dizque dichas piedras estaban talladas con nombres y figuras talismánicas que rastros de hormigas semejabán. Frotólas Alá-d-Din unas contra otras, pero no se presentó allí ningún servidor. Y entonces pensó: «Puede que sean perlas auténticas.»

Y fue y las colgó en la tienda. Y acertó a pasar por allí un cónsul extranjero y levantó la vista y se fijó en las piedras que estaban colgadas en la tienda, y pasó adentro y se sentó y le preguntó a Alá-d-Din:

—*¡Ye sidi! ¿Por ventura están a la venta esas gemas?*

—Todo lo que hay en mi tienda

—contestóle Alá-d-Din—está a la venta.

—Siendo así—díjole el extranjero—, ¿me venderías esas piedras en ochenta mil dinares?

—¡Por Alá, que no!—exclamó Alá-d-Din—. Si las quieres, me has de dar por ellas cien mil.

—No llevo encima esa cantidad—dijo le el extranjero—, que ya sabes que Iskandriya está plagada de ladrones y rateros; pero si quieres puedes venir conmigo a mi barco y allí te haré efectivo el pago. Y te daré, además, un fardo de lana de Angora y otro de raso y otro de terciopelo y otro más de brocado.

Entrególe Alá-d-Din al extranjero las gemas y después cerró la tienda y dejóle las llaves al vecino, y le dijo:

—Tenme estas llaves en tanto yo voy con este cónsul al barco y vuelvo con el dinero cobrado. Y si, mientras estoy ausente, viniera por aquí Ahmedud-Dánaf, el que me instaló en esta tienda, le das las llaves y le dices dónde puede encontrarme.

Marchó luego Alá-d-Din con el cónsul al barco y, al llegar al barco, ofrecióle aquel una silla y lo hizo sentarse en ella, y le dijo:

—Aquí tienes el valor de las piedras.

Y le entregó el dinero, y luego preguntóle:

—¿No querías, mi señor, tomar un bocado y echar un trago?

—Si tuvieras un poco de agua fresca te lo agradecería—le dijo Alá-d-Din.

Y entonces el cónsul brindóle un sorbete, en el cual previamente echara una dosis de opio tan fuerte que, no bien lo hubo ingerido, Alá-d-Din perdió el conocimiento y rodó por el suelo.

Procedieron luego los del barco a desplegar las velas y levar el ancla, y el buque, impelido por viento favorable, empezó a bogar hasta salir a alta mar.

Mandó entonces el capitán que des-

pertaran a Alá-d-Din de su letargo y así lo hicieron, dándole a oler la teriaca del veneno, hasta que al fin abrió el joven los ojos y exclamó:

—¿Dónde estoy?

—Estás en mi poder—le dijo el capitán—, preso te tengo y no puedes escapar. Y ten presente que si nombras a Alá, aún correrás peor suerte.

—Y tú ¿quién eres?—le preguntó Alá-d-Din.

—Yo soy el arráez de este barco—respondióle el otro—, y mi intención es llevarte a donde está la amada de mi corazón.

En tanto ambos dialogaban y cambiaban esas palabras, he aquí que se deja ver un barco, en el que iban cuarenta mercaderes islámicos.

No bien los hubo visto el capitán dio orden a sus marineros de enderezar la proa hacia allá y combatir con el ariete al buque de los mercaderes. Hicieronlo así aquellos y no tardaron en tomar el barco al abordaje, saltando a bordo y apoderándose de todo.

Después de lo cual pusieron rumbo al puerto de Chenau<sup>48</sup> y fondearon allí. Saltó luego a tierra el capitán que llevaba a Alá-d-Din y se encaminó a la puerta de un palacio y llamó; salió a abrirle una joven, con la cara tapada, y preguntóle:

—¿Traes contigo las piedras y al dueño de ellas?

—Sí—respondió el capitán.

—Pues dame acá las piedras—respondió ella.

Dióselas él luego y se dirigió al alminar y disparó el cañón, haciendo salvas en señal de haber llegado al puerto con felicidad.

Súpolo por ese medio el rey de la fe y en seguida salió a recibir al capitán y le preguntó con mucha afabilidad:

—¿Qué tal se te dio el viaje, capitán?

<sup>48</sup> Génova.

—Muy bien—respondió aquel—, pues hemos apresado un barco en el que venían cuarenta mercaderes islámicos.

—Pues sácalos a tierra en seguida—ordenóle el rey—cargados de hierros como prisioneros.

Hízolo así el capitán y Alá-d-Din iba entre ellos.

Montaron en sus sendos caballos el rey y el capitán y, llevando por delante a los cautivos, dirigieron al alcázar y se constituyeron en sesión, en la sala del diván. Y los prisioneros, uno por uno, fueron desfilando ante el rey y el capitán.

—¿De dónde eres, *ye muslim*?—preguntóle el rey al primero.

—De Iskandriya—respondió el prisionero.

—¡Hola, verdugo—ordenó el rey—; córtale en seguida el cuello!

Hízolo así aquel, y luego, por orden del rey, dio también muerte al segundo y al tercero, hasta acabar con todos los cuarenta mercaderes que iban en el barco que habían capturado. De suerte que solo quedaba ya con vida allí Alá-d-Din.

—Y tú—preguntóle el rey a Alá-d-Din—, ¿cuál es tu país?

—Iskandriya—respondióle Alá-d-Din.

—¡A ver, el verdugo—exclamó el rey—; córtale el cuello al prisionero!

Levantó el verdugo su alfanje y ya iba a cumplir la orden del monarca cuando en aquel momento se presentó una vieja, de respetable aspecto, la cual fue a besar las manos del soberano, pero este se levantó de su asiento y salió a su encuentro, acogiendo con demostraciones de aprecio. Y la anciana le dijo al monarca:

—¿No te dije, mi señor, que cuando viniera el capitán con los cautivos te acordaras de reservarme dos para el servicio de la iglesia, que está desatendido?

—¡Ye madre mía!—exclamó el rey—. Ojalá y hubieras venido antes; ya solo

queda este cautivo, pero llévatelo contigo.

Volvióse la vieja a Alá-d-Din y preguntóle:

—¿Qué es lo que prefieres, servir en la iglesia o que te mate el rey?

—Servir en la iglesia—respondió Alá-d-Din.

Y entonces la vieja lo cogió y salió con él del palacio y se lo llevó a la iglesia, y, ya allí, preguntóle Alá-d-Din a la vieja:

—¿Y qué es lo que tengo que hacer?

Y la vieja le dijo:

—Mira, hijo mío: te levantarás con el alba y cogerás cinco mulas y te irás al bosque con ellas y te pondrás a partir leña y a hacerla astillas y luego se las darás al cocinero.

Y después levantarás las alfombras y barrerás y aljofifarás el suelo y pondrás las alfombras de nuevo, según antes andaban, y tomarás dos almudes y medio de trigo y lo cribarás y lo molerás y harás con él panes para nuestro convento y cogerás también un almud de lentejas y las espurgarás y las mondarás y las guisarás.

Después de lo cual irás con unos toneles por agua y llenarás las cuatro fuentes y luego tomarás trescientas setenta escudillas de palo y pondrás los panes en ellas y quitarás del fuego las lentejas e irás a servirles sus platos respectivos a los monjes y patricios de nuestro convento.

Pero Alá-d-Din, luego que oyó toda esa relación, díjole a la vieja:

—Mira, cógeme y llévame de nuevo al rey, que la muerte prefiero a haber de hacer todo eso.

Pero la vieja le habló diciendo:

—Si hicieres bien tu oficio y cumplieres a satisfacción tu cometido, salvarás tu cabeza; de lo contrario, diré al rey que te la corte de un tajo.

Resignóse Alá-d-Din a su suerte con el alma llena de dolor y de pena y pasó a desempeñar sus faenas en la

iglesia <sup>49</sup>. Había en aquel convento diez monjes paralíticos y ciegos, y díjole uno de ellos a Ala-d-Din:

—¡Dame el bacin!

Y orinó y defecó en él. Y luego le dijo:

—Anda y vacía la caca.

Hízolo así Alá-d-Din y el monje exclamó:

—¡Bendígate el Mesías, ye servidor de la clerecía!

Pero en esto llegó la vieja e increpó a Alá-d-Din, diciendo:

—No haces nada; tienes la iglesia abandonada.

—¡Oh!—exclamó Alá-d-Din—; ¿cuántas manos voy a tener para a todo atender?

—¡Ye loco que eres!—díjole la vieja—. Yo no te traje aquí sino para servir.

Y añadió luego:

—Toma esta vara de cobre que remata en una cruz y salte a la plaza y, cuando veas venir hacia ti al gualí del país, le dices así: «Yo te intimo que vengas a servir a la iglesia, en nombre del Mesías.» Y ya verás cómo te obedecerá. Entonces tú le pones a la tarea de coger el trigo y cribarlo y molerlo en el molino y luego amasar la harina y amasar los panes y a todo aquel que se resista a obedecerte le darás con esta maza y no temas nada.

—Oír es obedecer—respondió él.

Acto seguido fue a la plaza e hizo lo que la vieja le ordenara. Y no dejó de burlarse así de los chicos y los

grandes, por espacio de diecisiete años.

Y sucedió una vez que, estando sentado el joven en la iglesia, se presentó la vieja y le dijo:

—¡Anda y salte fuera del convento!

—¿Por qué—exclamó Alá-d-Din—me echas del templo?

—Has de saber—explicóle la vieja—que Hosn Maryem <sup>50</sup>, la hija del rey Yohanán <sup>51</sup>, soberano de esta ciudad, tiene intención de visitar la iglesia y no está bien que te encuentre aquí al llegar a ella.

Acató Alá-d-Din las palabras de la vieja y se levantó e hizo como que se salía fuera, pero en sus adentros penso de otra manera. Y se dijo: «Tendría curiosidad por ver si la hija del rey es como nuestras mujeres o todavía más bella; así que me esconderé aquí para verla.»

Fue, pues, y se escondió en una habitación que tenía una ventana, desde donde podía tender la mirada y que era de la iglesia aledaña.

Y estando el joven físgando la iglesia ne aquí que la hija del rey se presenta. y Alá-d-Din poso en ella una mirada que había de acarrearle miles de desgracias.

Pues hallóla el joven semejante a la luna cuando asoma por debajo de una nube oscura. E iba acompañada la princesa de una criada...

Al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

<sup>49</sup> Ese mismo empleo daban luego los turcos a los cautivos cristianos, según puede verse en el *Viaje a Turquía*, de Villalón.

<sup>50</sup> Belleza de Maria.

<sup>51</sup> Juan, Johannes.

## PERO LA NOCHE 200 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que Alá-d-Din miró a la hija del rey, la cual iba acompañada de una criada joven, a la que en aquel momento iba diciendo:

—Detente un poco, Sobeida, no vayas tan ligera.

Reparó entonces Alá-d-Din en la esclava y comprobó que aquella Sobeida no era otra que su esposa Sobeida la tañedora, a la que años atrás diera por muerta. Y en aquel momento decíale a Sobeida la princesa:

—Anda y cántame algo acompañándote con el laúd.

Pero Sobeida le contestó:

—No te cantaré ni tocaré nada mientras no me cumplas tu palabra.

—¿Qué palabra es esa?—inquirió la princesa—. No recuerdo haberte hecho ninguna promesa.

—Me prometiste—dijole Sobeida—que habías de reunirme con mi esposo, Alá-d-Din, el de los lunares, el leal y constante.

—Anda, Sobeida—exclamó la princesa—, serena tu alma y refresca tus ojos y entona una canción, que no tardarás en unirte con tu esposo, Alá-d-Din, y yo te prometo que ha de ser así.

—Pero dime, si lo sabes—exclamó Sobeida—, ¿dónde se halla ahora mi esposo Alá-d-Din?

—Tu esposo Alá-d-Din—respondió la princesa—está aquí, muy cerca de nosotras y oye nuestras palabras. Y si tú cantas alguna letrilla no perderá una sílaba.

Pulsó entonces Sobeida su laúd y entonó una canción tal que a la piedra inerte la habría hecho bailar.

Al oír aquellos acentos Alá-d-Din no pudo contenerse y salió de su escondite

y fuese hacia ambas jóvenes, y, cogiendo en sus brazos a su esposa Sobeida, estrechóla contra su corazón con toda su fuerza. Conocióla ella luego y lo abrazó también, colgándose de su cuello. Y fue tal la emoción de ambos amantes que perdieron el sentido y rodaron por tierra desvanecidos.

Llegóse a ellos la princesa Hosn Maryem y les espurreó los rostros con agua de rosas y los despertó y dijo:

—¡Por fin Alá se dignó reuniros!

—¡Gracias a Alá!—exclamó Alá-d-Din—. Y gracias también, *¡ye mi señora!*, a ti.

Volvióse luego Alá-d-Din a su esposa Sobeida y le dijo:

—Pero, esposa mía, ¿no te moriste y no te enterramos? ¿Cómo, pues, resucitaste y viniste a estos parajes?

—¡Ye mi señor!—respondió ella—. Yo no me había muerto, sino que fue un genio el que me raptó y me trajo hasta aquí volando, y la que vosotros enterrasteis no era yo, sino otro genio, que tomó mi forma y suplantó mi persona y se fingió muerto y luego que, como a tal lo dejasteis en la fosa, levantó la losa y se vino acá, al servicio de su señora Hosn Maryem, la hija del rey.

Yo, al dejarme en tierra aquel genio que me raptó, abrí los ojos y me vi al lado de Hosn Maryem, que es esta misma que aquí ves, y le pregunté:

—¿Por qué me han traído a este lugar?

Y ella me respondió:

—Mira, Sobeida: te hice traer aquí porque tengo intención de casarme con tu esposo Alá-d-Din, el de los lunares. ¿Por ventura tendrías inconveniente en tenerme por compañera y en que sus noches fueran para las dos, por turno



equitativo, una para ti y otra para mí?

—Oír es obedecer—le respondió—. Pero decidme, mi señora, ¿dónde está mi esposo ahora?

—Sobre su frente tiene escrito—dijo ella—lo que Alá ha dispuesto sobre su sino. Y cuando haya de cumplirse lo que sobre su frente lleva escrito Alá-d-Din no tendrá más remedio que venir aquí; pero entre tanto habremos de consolarnos con la música y el canto, esperando que Alá sea servido de unirnos con nuestro marido.

Y así hemos vivido las dos juntas hasta ahora que Alá ha querido reunirnos a todos y dejarnos ver tu rostro.

Volvióse luego Hosn Maryem a Alá-d-Din y le dijo:

—¿Eres gustoso en que yo sea tu esposa y tú seas mi esposo?

—¡Ye señora mía!—dijo Alá-d-Din—. Tú eres cristiana y yo muslim. ¿Cómo, siendo así, nos podríamos casar?

Pero Hosn Maryem le respondió:

—No hay tal, querido Alá-d-Din; yo no soy cristiana, sino musulmana. Dieciocho años tengo y siempre adoré al Dios verdadero; en cuerpo y alma perteneczo al Islam y no tengo otra fe que la del *nabi* (sean con él la oración y la paz).

Dijole luego Alá-d-Din a la princesa:

—Yo, mi señora, querria volverme a mi tierra.

Pero ella le dijo:

—Has de saber cómo veo escrito en tu frente cosas que tienes que llevar a cabo antes de recobrar tu albedrío y ser de nuevo dueño de ti mismo, y, por lo pronto, dame albricias, Alá-d-Din, pues te puedo decir que eres ya padre de un hijo varón que se llama Azlán y está en la flor de su mocedad y se sienta al lado del jalifa, en tu lugar.

Por donde puedes ver cómo apareció la verdad y se desvaneció la falsedad, y has de saber también cómo Alá se dignó levantar el velo del misterio y descubrir a aquel que robó la lámpara

y las demás cosas del miramamolín y que no fue otro que el archiladrón de Ahmed Kumarkim, el traidor que ahora lo está purgando en la mazmorra, cargado de grilletes y esposas.

Y has de saber también que fui yo, y nadie más que yo, quien te envió esas joyas y las puso en el bolso en que las encontraste, y yo también quien despachó allá al capitán que aquí te trajo y que está, por cierto, de mí locamente enamorado y anda bailándome el agua con el aquel de hacerme suya; solo que yo le voy dando largas y no estoy dispuesta a darle gusto ni dejar que haga conmigo el suyo y, para engatusarlo, le dije: «No lograrás tu deseo hasta que no me traigas esas piedras y su dueño.»

Y le di cien bolsos y lo envié allá, disfrazado de mercader, siendo así que es un guerrero y un capitán, por cierto, y luego que dieron muerte a esos cuarenta cautivos y ya iban a emprenderla contigo, mandé allá a esta vieja para que te salvase y te trajera a la iglesia.

Luego que eso oyó Alá-d-Din diole gracias a Hosn Maryem y le dijo:

—¡Alá te pague con creces todo el bien que me hiciste!

Renovó luego Hosn Maryem su testimonio de fe entre las manos de Alá-d-Din, y, cuando este ya no tuvo duda alguna de su sinceridad, le dijo así:

—Dime ahora, mi señora, las virtudes de esas gemas y de dónde proceden ellas<sup>52</sup>.

—Has de saber—respondió Hosn Maryem—que esas piedras proceden de un tesoro y poseen cinco virtudes de un poder maravilloso.

Debo revelarte que mi abuela, la madre de mi padre, era hechicera y sabía descifrar las inscripciones mágicas y descubrir las riquezas soterradas y de esa manera logró dar con estas piedras.

<sup>52</sup> Todo este largo paso falta en la edición de Bulak.

Luego que yo me hice mayor y cumpli los catorce años, lei el Inchil y demás libros sagrados y vi el nombre de Mohammed, el profeta (sean con él la oración y la paz), escrito en los cuatro libros de la Toráh<sup>53</sup> y el Inchil<sup>54</sup> y los Salmos y el *Corán*, y, desde luego, creí en él y abracé su fe, y me convencí de que no había otro dios verdadero más que el Dios del Islam, o sea, el grande, el omnipotente Alá, y que solo la religión islámica era a mis ojos grata.

Ahora bien: mi abuela paterna, al llegar su hora postrera, me regaló esas piedras y me instruyó en sus cinco virtudes mágicas para que pudiera yo beneficiarlas.

Pero antes de morir mi abuela fue mi padre y le dijo:

—Remueve la arena y mira a ver lo que el sino me reserva.

Hízolo así ella y consultó la arena y luego le dijo a su hijo:

—Dice el horóscopo que has de morir a manos de un cautivo que aquí vendrá un día procedente de Iskandriya.

Llenóse por ello mi padre de temor y comunicó al capitán de la flota su aprehensión. Y le ordenó que acometiese a todo barco musulmán que viera en el mar y a todo el que encontrase ser de Iskandriya le diese en el acto muerte o se lo trajese.

Acató su mandato el capitán y desde entonces ha matado más musulmanes que pelos tiene en su cabeza.

Murió luego mi abuela y yo investigué la arena y me dije para mi ánima: «Quizá ella te diga quién ha de ser tu esposo un día.»

Consulté, pues, el horóscopo y este me dijo que había de ser mi esposo un joven llamado Alá-d-Din, el de los lunares, lo que a mí me produjo asombro grande.

Pasaron luego los años y yo seguí aguardando hasta que, por fin, ¡ye mi esposo amado!, llegaste tú aquí.

Casóse luego con ella Alá-d-Din y repartió sus noches entre la princesa y Sobeida. Hasta que un día de los días dijo Alá-d-Din a su esposa Hosn Maryem:

—Tengo vivas ansias de volver a mi país.

—Si es así—respondió ella—, te ruego, esposo querido, que me lleves contigo.

Tomólo ella luego y lo escondió en su aposento del monasterio y fue a ver a su padre, y este le dijo:

—¡Ye hija mía!, yo quería hoy solazarme contigo; siéntate aquí y bebe un poco conmigo.

Accedió Hosn Maryem a la invitación de su padre, el rey, y se sentó, y el rey mandó les sirviesen la mesa con el vino y ella se puso a escanciarle la copa y llevársela a la boca, y así le estuvo dando de beber hasta que el rey se mareó y se le distrajo la atención.

Entonces Hosn Maryem echóle en la copa una dosis de *banch* y el rey la bebió y, al punto, rodó por tierra perdida la conciencia.

Fue luego la joven a buscar a Alá-d-Din y lo sacó de su escondrijo y le dijo:

—Tu enemigo está ya postrado y vencido, tendido boca arriba en su cuarto, de suerte que no hay cuidado, pues yo le hice beber hasta embriagarse, y luego, por si era poco, le eché una dosis de *banch* en la copa, y tardará mucho en dar acuerdo de su persona.

Pasó allá Alá-d-Din y vio al rey tendido boca arriba, aletargado por efecto del opio que le diera su hija, y se echó sobre él y lo ató de pies y manos...

Al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y puso tasa a sus notadas palabras.

<sup>53</sup> La ley mosaica.

<sup>54</sup> El Evangelio.

## Y LA NOCHE 201 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que Alá-d-Din, luego que tuvo al rey así, indefenso, le dio el contraveneno, de suerte que volvió en sí.

Abrió el rey los ojos y vio a Alá-d-Din y su hija cabalgando sobre su pecho y dirigiéndose a Hosn Maryem, díjole con mucho sentimiento:

—*¡Ye hija mía; ¿cómo eres capaz de propasarte a hacer esto con tu padre?*

—Si eres mi padre—respondió Maryem—hazte musulmán y abraza mi fe. Si así lo hicieres, nada habrás de temer; pero si te negares, morirás, sin que nadie te pueda salvar.

Exhortólo también Alá-d-Din a hacerse muslim, pero el rey se negó y perseveró en su error.

Visto lo cual desenvainó Alá-d-Din un puñal y se lo clavó en la garganta, abriéndolo en canal. Luego escribió en una hoja de papel el relato de lo ocurrido y se la guardó en la manga de su vestido.

Cogió después todas las cosas que allí había, fáciles de llevar, de mucho valor y poco peso, y se dirigió al templo en unión de su esposa la princesa y esta sacó las piedras y puso su mano sobre aquella que mostraba un lecho grabado en su faceta exterior e hizo una invocación, y en el acto se le apareció un lecho igual al grabado en el talismán.

Montaron en él los tres, Alá-d-Din, Hosn Maryem y Sobeida, y la princesa procedió a pronunciar estas palabras mágicas: «En nombre de lo que hay escrito en estas piedras, de sus rasgos y figuras talismánicas, yo te ordeno, *¡ye lecho!*, que te eleves con nosotros por los aires y nos conduzcas a donde yo te mande.»

Remontó el lecho acto seguido el vuelo y fue volando sin parar, hasta llegar a un valle pelado, donde no había un árbol.

Levantó entonces Hosn Maryem las otras cuatro caras de la piedra hacia el cielo y besó la otra, donde estaba grabada la imagen del lecho, y este en seguida aterrizó con sus pasajeros.

Besó luego la princesa la cara de la piedra en que había estampada la imagen de un alfaneque e hizo una invocación, diciendo:

—Que una tienda de campaña se alce en seguida en esta almidana.

Vieron en el acto surgir de la tierra la tienda y sentáronse en ella.

No había en todo aquel campo ni plantas ni fuentes; pero la princesa levantó las cuatro facetas de la piedra hacia el cielo e hizo una invocación, diciendo:

—En el nombre de Alá, yo mando que en seguida broten aquí árboles y a su lado surja un riachuelo que riegue este suelo.

Y en el acto brotaron los árboles y empezó a fluir un arroyo de agua rumorosa, que corría formando ondas rizadas y trenzadas.

Procedieron los tres viajeros a hacer sus abluciones en el arroyuelo y luego recitaron sus oraciones y bebieron después hasta calmar su sed.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a la historia de los tres.

A todo esto el hijo del rey, el hermano de Hosn Maryem, entró a ver a su padre y hallólo cadáver y vio a su lado aquella hoja de papel que Alá-d-Din escribiera y procedió a leerla y se enteró de lo escrito en ella.

Púsose luego a buscar a su hermana por todo el monasterio, y no la encon-

tró; visto lo cual corrió a la iglesia e interrogó a la vieja, y esta le dijo:

—Desde ayer que no veo a tu hermana y no sé en absoluto dónde para.

Oído que hubo aquello procedió el príncipe a convocar a sus guerreros y les puso al corriente de lo que ocurría y les mandó aprestasen la caballería.

Montaron ellos en sus caballos y emprendieron la marcha, apretando el paso hasta que llegaron a poca distancia del lugar donde los tres viajeros hicieron alto.

Volvió atrás los ojos Hosn Maryem y vio la nube de polvo que cubría el horizonte y, luego que esta se hubo disipado, vio salir de debajo de ella a su hermano y a los jinetes que traía bajo su mando. Y estos gritaron:

—¿Adónde vais? ¿No sabéis que os seguimos los pasos?

Volvióse la princesa a Alá-d-Din y preguntóle:

—¿Qué tal temple tienes para la guerra y el combate?

—Pues el mismo que el palo en la mezcra—respondióle Alá-d-Din a la princesa—, pues no sé jota de guerra ni de estrategia, ni de esgrima de espada ni de lanza.

Sacó, al oírle la princesa, su piedra mágica y frotó con su mano la faceta en que había grabada la figura de un caballo y, en el acto, surgieron de la tierra caballo y caballero, y este, en seguida, lanzóse contra la hueste enemiga y empezó a descargar mandobles a diestro y siniestro, hasta que los desbarató y los ahuyentó.

Luego que se vieron libres de sus perseguidores preguntóle la princesa a Alá-d-Din:

—¿Quieres que pongamos rumbo a Mizr o a Iskandriya?

—Hacia Iskandriya—respondióle Alá-d-Din.

Montaron, pues, en el lecho y este remontó en el acto el vuelo y arribaron

al puerto de Iskandriya, en menos de un parpadeo.

Luego que allí se vieron, llevo Alá-d-Din a sus mujeres a una cueva, donde se escondieron, en tanto él iba a Iskandriya y les compraba ropas con que se vistieran.

Después las condujo a su tienda y les sirvió la mesa. Y, estando en esas, he aquí que el *almokaddem* Ahmed, que venía de Bagdad, se les presenta.

No bien se vieron Alá-d-Din y Ahmed luego se abrazaron con mucho cariño y el *almokaddem* informó a su amigo de todo lo en Bagdad ocurrido y de cómo el jalifa, pesaroso de su error, lo andaba buscando para darle una reparación.

—Yo pienso ir primero—le dijo Alá-d-Din—a tierras de Mizr para ver a mi padre y saludarle y también a mi madre y demás familiares.

Aprobó Ahmed su intención, y acto seguido montaron todos en el lecho mágico y en un abrir y cerrar de ojos se encontraron trasladados al país de Mizr, el bienhadado.

Aterrizaron allí en el Adarve el amarillo<sup>55</sup>, que en aquel barrio tenía el padre de Alá-d-Din su domicilio. Adelantóse Alá-d-Din a llamar a la puerta de la casa paterna y su madre salió a abrir y desde adentro preguntó:

—¿Quién llama a nuestra puerta después que se fueron de nuestro lado los que amábamos?

—¡Ye madre, ábreme—exclamó Alá-d-Din—, que es tu hijo Alá-d-Din quien está aquí!

Abrió luego la vieja y acudieron todos a ver al joven y lo besaron y abrazaron y lo introdujeron en el patio.

Entró Alá-d-Din en compañía de sus dos esposas y de su amigo Ahmed, el *almokaddem*, y todos, por espacio de tres días, estuvieron entregados al des-

<sup>55</sup> Darbu-l-Azfar, en la antigua Chemaliyah o parte norte de El Cairo.





canso y la alegría. Después de lo cual cogió Alá-d-Din a sus padres y sus mujeres y emprendió la vuelta a Bagdad.

Luego que llegaron fue Ahmedu-d-Dánaf a anunciarle al jalifa que Alá-d-Din estaba allí y, acto seguido, le contó todo cuanto al joven le sucediera durante su ausencia.

Mandó luego el jalifa llevaran a su presencia a Ahmed Kumakim, el ladrón, y, cuando lo tuvo entre sus manos, díjole a Alá-d-Din el soberano:

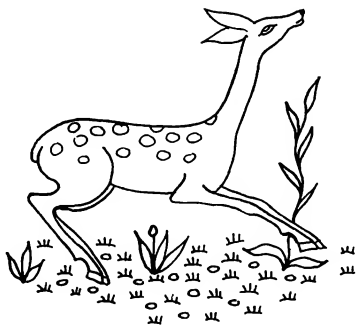
—¡Ye Alá-d-Din, a ti te toca tomarte la justicia por tu mano!

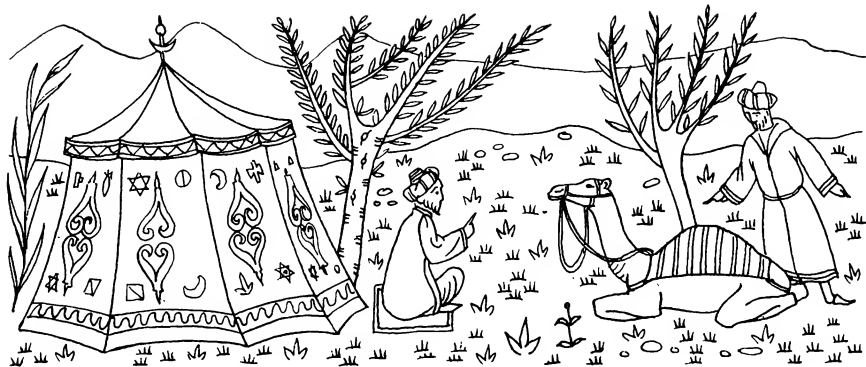
Oído que hubo aquello sacó Alá-d-Din su espada y rebanóle al bandido el cuello.

Prodigó luego el jalifa a Alá-d-Din toda suerte de agasajos y atenciones, y mandó comparecer a los cadies y los testigos para que formalizasen el matrimonio de Alá-d-Din con Hosn Maryem, la hija del rey. Hecho lo cual pasó Alá-d-Din con su esposa a la alcoba nupcial y, al poseerla, hallóla intacta como perla no perforada.

Nombró después el jalifa a Azlán arráez de los sesenta y regaló a todos sendos trajes de honor de subido valor.

Y vivieron luego todos en la corte del jalifa, gozando de la más deleitosa vida y de la felicidad más cumplida, hasta que al fin hizo su aparición aquella que pone término a los goces y dispersa las reuniones.





## VARIAS HISTORIAS REFERENTES A PERSONAS GENEROSAS

### HISTORIA DE HATEMU-Z-ZAYIU, EL HOSPITALARIO

(Noches 201 y 202)

*Exhortación a la generosidad y la grandeza de alma, encaminada a ablandar el corazón de ese rey Schahriar, de cuyo antojo pende siempre la vida de la bella y amena narradora.*

*Hátemu-z-Zayiu (el cuervo de Zayy) fue un scheij de la noble tribu beduina de Zayy que emigró del Yamah y fue a asentarse en el Nechd; murió unos años antes del nacimiento de Mahoma, y, aunque no alcanzó el Islam, los musulmanes dan por seguro que será admitido en el paraíso. Hátemu se hizo famoso entre los árabes por su generosidad sin límites. Fue enterrado.*

—Muchas, en verdad, son las historias que podrían contarse en el capítulo de la generosidad.

Del número de ellas es la que se cuenta de Hátemu-z-Zayiu, el cual, según dicen, cuando murió lo enterraron en lo alto de un monte y labraron allí en la piedra dos depósitos de agua y las imágenes de dos mujeres con el pelo suelto, también de piedra.

Había al pie de aquel monte un río y cuando bajaba la gente de la cumbre

oían gritos en la noche, desde el oscurecer hasta la mañana, y luego que esta amanecía, miraban y a nadie veían, sino a aquellas imágenes de piedra femeninas.

Y sucedió una vez que acertó a pasar por allí Zu-l-Kerâ, rey de Himyar y pasó la noche en aquel lugar...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y puso coto a sus elocuentes palabras.



## Y LA NOCHE 202 SIGUIÓ CONTANDO LA MUCHACHA:

—Puedo asegurar, *ye* monarca, el afortunado, que Zu-l-Kerâ <sup>1</sup>, el rey de Himyar, quedóse a pasar la noche al pie de aquel monte y, al acercarse allí, oyó los gritos que ya dijimos. Y exclamó el rey de Himyar:

—¿Qué alaridos son esos que suenan en la cima del monte?

—Ese es el sepulcro de Hâtemu-z-Zayiu—le contestaron—. Y hay en él dos aljibes de piedra y las imágenes, también de piedra, de dos mujeres con el pelo suelto, y, todas las noches, los viajeros que por aquí pasan oyen esos lamentos.

<sup>1</sup> Zu-l-Kerâ (el señor de la pezuña) no está identificado con exactitud. En el *Kamûs* figuran dos reyes de ese nombre. Lane opina que se trata de Abu-l-Jaibari.

Estas anécdotas pertenecen al género de las que los retóricos orientales llaman *ruyat*, vocablo que viene de la raíz *raua*, dar de beber, y también recitar versos ajenos. Este último sentido, metafórico o traslaticio, derivase fácilmente del primero. El narrador de *ruyat* da de beber agua cultural, tomándola del pozo de la tradición. Generalmente, la *ruya* se autoriza con múltiples referencias de autores, cuyos nombres, en sucesivos engranajes, forman la *cadena aurea*, que sirve para extraer agua de ese pozo profundo. Los griegos emplearon también ese simil. Las *ruyat* pueden ser de diverso carácter: histórico, místico o puramente literario. Había entre los árabes—y sigue habiendo, pues todo en Oriente es tiempo estancado, eternidad—literatos especializados en la narración oral del *ruyat* que recorrian las cortes de los reyes y las casas de los poderosos ofreciendo, al modo de los rapsodas griegos y los juglares medievales, el solaz de sus anécdotas, pagadas siempre con esplendor oriental. Muchos de los cuentos de este centón miliunano-chesco puestos en boca de literatos conocidos son, en el fondo, verdaderas *ruyat*, transmitidas por tradición oral, antes de adquirir ese estado verdaderamente literario que confiere la letra escrita.

La edición Mardrus-Prometeo, a partir de aquí, sigue un orden totalmente distinto. La primera historia que en ella viene, después de la de Alâ-d-Din, el de los lunares, es la titulada *Historia de Tauaddud, la esclava*. Estas anécdotas las pasa por alto. La versión Weil las omite.

Al oír aquello exclamó Zu-l-Kerâ, rey de Himyar:

—¡Ye Hâtemu-z-Zayiu! ¡ye Hâtemu! ten presente que esta noche somos tus huéspedes y estamos hambrientos.

Vencióle luego el sueño y, al despertarse después, aún le duraba el susto y dijo:

—¡Ye árabes!, id y ved qué le pasa a mi camella.

Pero cuando fueron a donde aquella estaba la encontraron muy mal herida y la remataron y se repartieron su carne y se la comieron.

Preguntaron luego la razón de aquellos y Zu-l-Kerâ dijo:

—Me dormí y vi en mi sueño a Hâtemu-z-Zayiu, el cual se vino a mí, enarbolando su espada, y me dijo: «Víniste a mi morada y no tenemos nada que ofrecerte como adiafa.» Y fue y malherió con su espada a mi camella, de suerte que, aunque no hubiera acabado de rematarla, habría sido igual, pues habría muerto.

Luego que amaneció la mañana montó Zu-l-Kerâ en otra camella, de uno de sus compañeros, el cual montó también a su grupa en ella. Y, cuando ya iba mediado el día, vieron venir a ellos un jinete caballero en una camella, el cual traía otra de las riendas.

—¿Quién eres?—preguntáronle.

Y él les dijo:

—Yo soy Adi-ben-Hâtemu-z-Zayiu <sup>2</sup>.

Y a su vez preguntó:

—¿Dónde está Zu-l-Kerâ, el emir de Himyar?

—Este es—le contestaron.

Y él, encarándose con Zu-l-Kerâ, le dijo:

<sup>2</sup> Adi, hijo de Hâtemu. Fue de los primeros en abrazar el Islam y uno de los compañeros del profeta.

—Toma esta camella en compensación de la tuya, que mi padre mandó sacrificar para ti.

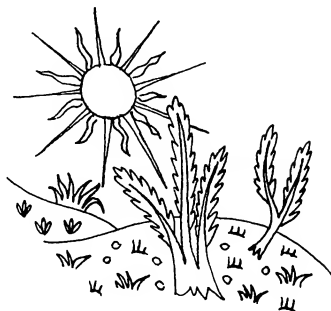
—Pero—inquirió el emir—¿cómo pudiste enterarte de lo ocurrido?

—Estaba durmiendo esta noche—respondió Adi—cuando se me apareció mi padre en el sueño y me dijo: «Mira, Adi, hijo mio: Zu-l-Kerâ, el rey de Himyar, llegó a mis dominios y me pidió hospitalidad, y yo sacrificé su

propia camella para agasajarlo. Así que llévale tú ahora otra camella para que monte en ella, que yo no tengo nada con qué suplir la falta.»

Tomo, pues, Zu-l-Kerâ la camella y se maravilló de la generosidad de Hâtemu, lo mismo en vida que en muerte.

(Y del número de las historias de hombres generosos es también la siguiente.)





## HISTORIA DE MAN-BEN-SAIDA Y LAS TRES ZAGALAS

(Noche 202)

*Mân-ben-Sâida fue general de las huestes islámicas bajo el jelifato del último umeya, Meruanu-l-Himar (el asno), que fue asesinado en 132 de la hechra. Mân continuó sirviendo bajo los abbasies y fue uno de los validos de Al-Manzur. Mân-ben-Sâida, como Hátem el de Zayiu, Kan-ibn-Mamah y el rey Málik de Al-Ŷamán (apellidado Haschiru-n-Nyam, sembrador de mercedes), es la personificación de la esplendidez oriental y son innumerables las anécdotas y los panegíricos rimados que en torno a él se agrupan.*

*Burton hace notar, como ejemplo de matización retórica, que la primera joven designa el oro con la voz árabe Tibr, oro tal y como se da en la mina; la segunda emplea el vocablo aschad, oro en general, y la tercera, el de ibris, oro virgen, obrigison de los griegos.*

*Estos árabes, que unas veces buscan deliberadamente la repetición de la misma palabra, la evitan otras con no menos cuidado.*

—Cuentan de Mân-ben-Sâida que un día de los días, yendo de caza, hubo de sentir sed y ninguno de sus servidores pudo ofrecerle agua.

Cuando, estando así, vio venir hacia él tres mocitas, portadoras de sendas jarras colmadas.

Pidióles él de beber y una de ellas se apresuró a complacerlo.

Volvióse luego Mân a sus servidores y pidióles algo con qué recompensar la

atención de aquella joven. No tenían dinero alguno en su poder los criados y Mân entonces fue y les dio a las jóvenes diez flechas de las que llevaba en su aljaba y cuyos mangos eran de oro.

Visto lo cual, una de ellas díjoles a sus compañeras:

—No hay quien sea tan rumboso como Mân-ben-Sâida.

Y acto seguido las tres muchachas

empezaron a recitar poesías en su elogio.

Y dijo la primera:

—A sus saetas pone  
mango de oro  
y al herir al contrario  
le da un tesoro.  
Para que pueda  
curarse o, si se muere,  
mortaja tenga.

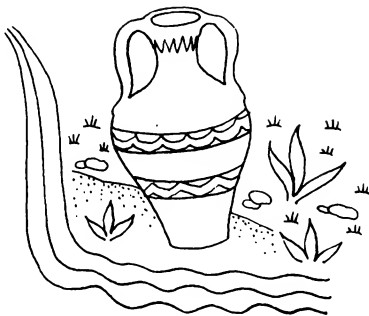
Y dijo la segunda:

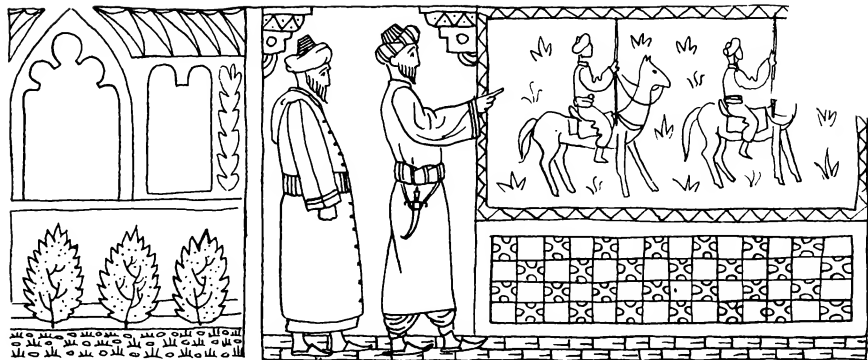
—Son sus manos tan rumbosas,  
que por igual benefician  
al amigo y al contrario,

puesto que a sus flechas mismas  
les pone mango de oro,  
y de este modo armoniza  
el odio con el amor,  
y sabe dorar la herida.

Y dijo la tercera:

—A sus flechas les pone  
mango de oro,  
porque pueda el herido  
curarse solo,  
y, si se muere,  
al sepulcro mortaja  
de precio lleve.





## HISTORIA REFERENTE A ALGUNAS CIUDADES DEL AL-ANDALUS, QUE CONQUISTO TARIK-BEN-SIYAD

(Noches 202 y 203)

*Digresión histórica que no guarda relación con la que sigue ni con lo que antecede. Al-Uali-ben-Abdu-l-Mélek sucedió a su padre en el jefato el año 86 de la hehira (705 de nuestro cómputo).*

—Ha llegado a mis oídos, *ye sultán*, el aventurado, que había un país al que llamaban Lebta <sup>1</sup> y pertenecía al reino de los francos y había en él un alcázar, el cual estaba siempre cerrado. Y siempre que moría un rey y nombraban otro rey de los rumies para sucederle poniale el nuevo monarca otra cerradura más al alcázar. De suerte que llegó a tener la puerta del alcázar veinticuatro cerraduras, correspondientes a otros tantos monarcas.

Vino después a ocupar el trono un rey <sup>2</sup> que no era de sangre real y tuvo el capricho de abrir el referido alcázar para ver qué era lo que en él se encerraba. Trataron de disuadirle los grandes del reino con sus amonestaciones y consejos, pero el rey no hizo caso y les dijo:

—He de abrir sin remisión ese alcázar ahora mismo.

Ofrecieronle entonces sus magnates todo cuanto poseían en cuanto a caudales y joyas y tesoros, pero no lograron disuadir al rey de su propósito.

Al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y puso coto a sus elocuentes palabras.

<sup>1</sup> ¿Septa? (Ceuta). La exactitud no es la cualidad característica de los historiadores árabes, que siempre parecen narradores de cuentos, que a su vez llaman historia (*Hekayat*) a sus relatos. Washington Irving—institua Burton—debía de conocer esta historia.

En la edición de Breslau intercálase así el cuento titulado *El durmiente despierto*, que en la mayoría de las ediciones no viene sino mucho después.

<sup>2</sup> El rey don Rodrigo, que era hijo de Teodofredo, duque de Córdoba, y destronó, por la fuerza de las armas, al rey godo Witiza.

## Y LA NOCHE 203 CONTINUO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que los emires del reino pusieron a disposición del rey todos sus caudales y tesoros para disuadirle de su propósito, pero no lo lograron.

Mandó luego el monarca violentar las cerraduras hasta que la puerta se abrió y en el alcázar penetró. Y vio, en uno de sus muros, pintadas muchas figuras de alarbes, caballeros en corceles y camellos, tocadas sus cabezas con turbantes de pliegues flotantes y ceñida al costado la espada y en sus manos largas lanzas.

Y encontró también allí el rey un libro y lo tomó y leyó lo que en él había escrito y que decía lo que aquí transcribimos: «Cuando abran esta puerta, un pueblo de raza árabe conquistará estas tierras. Y tendrán esos guerreros la facha de los que hay pintados en el muro. ¡Ojo, pues, con abrir esta puerta!»

Radicaba la ciudad referida en la región de Al-Andalus y la conquistó aquel mismo año Tárík-ben-Siyad, durante el jilifato de Al-Ualid-ben-Abdu-l-Mélek, de la dinastía de los Beni-Umeyya.

Y mató a aquel rey de la peor de las muertes y saqueó sus tierras e hizo prisioneros a cuantas mozas y mozos había en ellas y les confiscó sus bienes.

Grandes tesoros halló en ese país, no bajando de ciento setenta el número de coronas que encontró allí, todas ellas con incrustaciones de perlas y rubies. Y halló, asimismo, un libro, en el que había escrito el modo de practicar el arte de la orfebrería y de tallar el rubi

y demás piedras preciosas, y también un tratado sobre los venenos y contra-venenos, amén de un mapa descriptivo de tierras y mares, con indicación de países y ciudades.

Halló también Tárík una bandera con incrustaciones de rubies de una riqueza tal, que no podría tener igual.

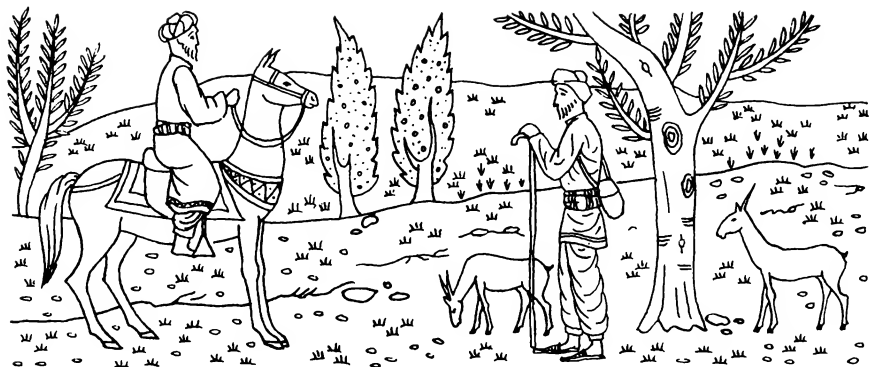
Y halló también un gran salón en el que habrían podido alancear caballos, todo él lleno de polvos herméticos, de los cuales una dracma era poderosa a transmutar mil dracmas de plata en puro oro, así como también encontró allí un espejo maravilloso, grande y redondo, formado de una aleación de metales y que en su tiempo fuera fabricado para Soleimán, hijo de Daud (¡sobre ambos la paz!), y el que se miraba en ese espejo podía ver en él la imagen de los siete climas del Universo, y halló, finalmente, en el dicho alcázar, una algofra repleta de jacintos bahramanies <sup>3</sup> de un valor tal que no se le podría ponderar.

Y Tárík envió todos esos tesoros al jilifa Al-Ualid-ben-Abdu-l-Mélek.

Y esparciéronse los alarbes por todo aquel reino, que es de los más grandes <sup>4</sup>.

<sup>3</sup> Burton hace notar que en el libro *Achaibul-Hind* (Maravillas de la India) los brahmanes se nombran Abrahamah y que esta voz encierra aquí una alusión a la conquista de Somanat, de la India, por Mahmud el Gasnevi.

<sup>4</sup> La anécdota transcrita es la misma que, con leves variantes, recogió el famoso historiador árabe del siglo XVII Ahmedu-l-Makkari, de Tremecén (África), en su compilación publicada en Leyden (1855-61) con el título de *Analectes sur l'histoire et la littérature des arabes d'Espagne par Al-Makkari, publiées par M. M. R. Dozy, G. Dugat, L. Krehl et W. Wright*.



## HISTORIA DE HISCHAM-BEN-ABDU-L-MELEK Y DE LO QUE LE OCURRIO CON UN ZAGAL ARABE

(Noche 203)

*Anécdota que demuestra el aprecio que los jalifas, sin distinción de dinastías, hicieron siempre del ingenio. Un chiste oportuno, unos versos bien rimados, podían salvar una vida. Casos como el que aquí se cuenta abundan a millares en el anecdotario oriental. Hischan-ben-Abdu-l-Mélek-ben-Meruán pertenecía a la dinastía de los Umeya.*

*Por cierto que en su Ilmu-l-Adab (Retórica y poética) trae el padre Scheijo una anécdota, muy parecida a esta, en la que el protagonista no es un pastor sino un scheij árabe, Nazr-ben-Meniu, el cual rebelárase contra el jalifa Al-Mamún, el hijo de Harunu-r-Raschid. Envio contra él tropas el jalifa y aquellas derrotaron a Nazr y lo condujeron cautivo a presencia de Al-Mamún. Iba este ya a dar orden de que lo decapitaran cuando Nazr-ben-Meniu exclamó:*

*—¡Ye emir de los creyentes! Permíteme que te recite un matsal (fábula) que se me ha venido ahora a la imaginación.*

*—Habla—contestóle el jalifa.*

*Y Nazr-ben-Meniu recitó esa misma fábula del nebli y el gorrión, logrando que el jalifa le hiciera gracia de la vida.*

*Recordemos que la voz hebreoarábiga azfur, que traducimos gorrión, significa solo pájaro pequeño o avecilla, a diferencia de tir, que designa a las aves de mayor volumen.*

*Desde otro punto de vista, esta anécdota es una muestra del espíritu de salvaje independencia de los beduinos frente a los jalisas, representantes de los poderes constituidos. El pastor se abroqueló aquí en versículos del Corán, hablándole al vicario de Alá en el lenguaje de la ortodoxia, que para él debía ser irrefragable. Pero, como siempre ocurre en esta pugna entre lo religioso y lo civil, el jalisá se siente más soberano que pontífice, y el pastor tiene que recurrir a una eutrapelia para salvar su vida.*

—Cuentan también que Hischam-ben-Abdu-l-Mélek-ben-Meruán hubo, un día de los días, de salir de cacería y se topó con una gacela, y echóla encima la jauría y empezó a perseguirla.

Y, en tanto iba persiguiendo a la gacela, vio por aquellos campos a un zagal árabe que apacentaba su ganado.

—¡Ye muchacho!—dijole Hischam—. Tú eres quien puede darle alcance a la gacela; anda y corre tras ella.

Levantó el pastor su cabeza y le dijo:

—¡Ye ignorante que no sabes distinguir a las personas según valen! Me hablaste con imperio y menosprecio y tus palabras son las de un villano y tus acciones las de un asno.

—¡Guay de ti!—exclamó Hischam—. ¿No sabes, por ventura, con quién hablas?

—Lo que sé—respondió el pastor—es tu poquísima educación, ya que te pones a hablarme sin antes saludarme.

—¡Guay de ti!—exclamó el jalisá—. Yo soy Hischam-ben-Abdu-l-Mélek.

—Pues que Alá—replicó el pastor—no te conceda sus mercedes. Que eres tan largo de lengua para la ofensa como corto de manos para el agasajo.

No había acabado el árabe de profesar tales palabras cuando se vio rodeado por todos lados de la guardia del jalisá, al que todos saludaban, diciendo reverentes:

—El *selam* sobre ti, ¡ye emir de los creyentes!

—Dejaos de cumplidos—dijo el jalisá—y prended a ese mocito.

Prendieronlo en el acto e Hischam se tornó a su palacio y se sentó en su trono y ordenó:

—¡Traedme aquí a ese rabadán!

Llevaronle luego el beduino y, al ver este aquella muchedumbre de chambelanes y visires y ministros, no se inmutó lo más mínimo ni preguntó quiénes fuesen, sino que hincó su barba en su pecho y fue andando con mucho tiento, fija la vista en el suelo para ver bien dónde posaba el pie, hasta que llegó al lugar donde estaba Hischam y se quedó plantado ante él, cabizbajo y sin saludarlo.

—¡Ye perro de los árabes!—dijole uno de aquellos magnates—. ¿Por qué no saludas con gesto reverente a nuestro señor, el emir de los creyentes?

Volvióse el beduino airado contra el ministro y le dijo:

—¡Ye albarda de rucio! No lo saludo porque vengo cansado del camino y de subir las escaleras y, además, por vergüenza.

Acrecióse el furor de Hischam al oír al rabadán y exclamó:

—¡Ye mocito, ten por cierto que este día es aquel en que se cumple el término de tu vida y se acaban tus esperanzas y tu sino queda decidido!

—¡Por Alá!—exclamó el beduino—, que si cada cual tiene su sino de antemano escrito y ha de cumplirse en el momento preciso, sin que nadie lo pueda retrasar ni adelantar, no me pueden importar tus palabras ni poco ni mucho; ¡ve Hischam!

—¡Ye el más nefasto de los árabes!—dijole un chambelán—, ¿por ventura



está bien que uno de tu condición le hable al emir de los creyentes con ese lenguaje inconveniente?

—¡Oh—exclamó el beduino—, no digas desatinos! Pronto te vendiste, pero eternos serán tus reproches y lamentaciones. ¿Por ventura ignoras lo que dijo Alá (exaltado sea su nombre bendito) respecto a ese día en que cada alma se acusará a sí misma?

Llegó a su colmo la ira de Hisham al oír al pastor hablar, y exclamó:

—¡Hola, verdugo! Córtale en seguida la cabeza a este mocito, que es harto hablador y no hace caso de la reprensión.

Cogiolo el verdugo y lo tendió sobre la esterilla del suplicio y desenvainó el alfanje y dijo:

—¡Ye emir de los creyentes! Tu humilde esclavo es este y al filo del sepulcro lo tienes. ¿De veras mandas que le corte el cuello, quedando yo inocente de lo hecho?

—Sí—respondió el emir.

Detúvose todavía el sayón y, por segunda vez, interpeló al jalifa y este le contestó lo mismo que la vez anterior.

Tornó a interpelarlo por tercera vez y entonces comprendió el beduino que, si el jalifa le daba su permiso, lo mataría sin remisión y se acabaría su indecisión.

Y el pastor se echó a reír de suerte que dejó ver su muela del juicio, lo cual acabó de sacar al jalifa de quicio.

—¡Ye mocito!—exclamó Hisham—. Empiezo a creer o que eres idiota de nacimiento o que perdiste por completo el entendimiento. De otro modo no comprendo que tomes a befa una cosa tan seria.

—¡Ye emir de los creyentes!—exclamó

el beduino—. Lo mismo se me da que adelantes o retrases mi muerte. Pero escucha, no obstante, estos versos que ahora se me vienen a la mente. Y no olvides que, si me matas, no sacarás de ello ninguna ventaja.

—Vengan esos versos—dijole Hisham—. Pero te recomiendo brevedad.

Obtenida la venia del emir, el beduino dijo así:

—Cuentan de un nebli que un día encontré a un pajarillo, y, abusando de su fuerza, al punto lo hizo cautivo. Pero en tanto que volaba con su presa hacia su nido, aleteando entre sus garras, dijole así el gorrión:

—¡Ye rey del aire!, perdona, pero en verdad no me explico que te tomes el trabajo de cazar a quien no es digno de tal honor, y, además es tan desmedrado y chico, que se te quedará en nada, en cuanto le hiques el pico. Sonrióse el jerifalte halagado y conmovido, y al gorrión dejóle ir libre, contento y tranquilo.

Sonrió también el jalifa al oír aquella fabulilla y exclamó:

—Por vida de mi parentesco con el Enviado de Alá (sobre él la oración y la paz), que si desde un principio hubieras hablado así y me hubieras pedido todo lo de este mundo, menos el jalfato, yo te lo habría dado.

Y encarándose con uno de sus servidores ordenóle:

—Anda y llénale su boca de perlas y brillantes y no te quedes corto en agasajarlo.

Colmó, pues, el esclavo al beduino de regalos y el beduino los tomó y luego se fue por su camino.



## HISTORIA DE ISHAKU-L-MAUZILI Y DEL CASAMIENTO DE AL-MAMUN CON JADISCHA-BENTU-L-HASAN-BEN-SAHL

(Noches 203 y 204)

*Ishaku-l-Mauzili era un músico y cantor famoso, natural de Mauzul o Mozul, ciudad de la Mesopotamia, donde se elaboraban las famosas muselinas. Sus canciones eran populares en todo el Imperio de los jefes abbasies y estos tenían en alto aprecio su arte y su persona y gustaban de tenerlo a su lado para que amenizase sus veladas o sus ratos de soberano esplín. Como se ve por la presente historia, era familiar del jefe Al-Mamún, séptimo jefe abbasí, hermano y sucesor de Al-Amin y, como este, hijo de Harunu-r-Raschid.*

*Acerca de Ishaku-l-Mauzili corren muchas anécdotas en la literatura árabe y de ellas recoge algunas la famosa recopilación titulada El gozo tras la aflicción, del árabe Kaziyu-t-Tenuji, muerto en Bazra el año 334 de la hechra y traducida al persa por Husein-ben-as-Sad Dehistani, en el siglo VIII.*

*Hasán-ben-Sahl, el padre de Jadischa, era visir del jefe Al-Mamún y había sucedido en el cargo a su hermano Al-Fazl. Pero atendido el recato en que los musulmanes guardaban a las mujeres, no es raro que el jefe ignorase que tuviera aquella hija. Es muy posible, pues, que la anécdota tenga realidad histórica.*

*En esta anécdota aparece ya el famoso músico mostrando en su carácter rasgos de tofail o entremetido, de polizón, que luego se confirma en otra siguiente, con matices de parásito; ambas pueden servir de ilustración a la que sobre ese complejo tipo del tofail decimos en el prólogo.*

—Cuentan que Ishaku-l-Mauzili contaba:

—Salia yo una noche de junto a Al-Mamún y me dirigía a mi domicilio cuando me apretó la gana de orinar y me entré por una calleja y me puse a hacer mi necesidad, en medio del arroyo, temiendo que si me arribaba a la pared me pudiesen tirar algo desde arriba, en castigo a mi osadía.

Y, en tanto orinaba, reparé que de la pared de una casa colgaba una cosa que no distinguía bien: acerquéme más, a impulsos de la curiosidad, y pude comprobar que se trataba de una gran canasta, con cuatro asas <sup>1</sup>, forrada de tela bordada.

«Seguramente—pensé para mí—, algún misterio se encierra aquí.» Quedéme pensando en ello y, de pronto, la papalina que tenía me sugirió el capricho de meterme dentro. Hicelo así en el acto y me metí en la canasta y me acurruqué en el fondo y me acomodé bien, pese a la estrechez.

Pero, apenas lo hiciera, sentí que de arriba tiraban de la cuerda y cargaban con la canasta y conmigo, pensando, sin duda, que era yo el sujeto que estaban aguardando, para subirlo al piso alto.

Llegamos la canasta y yo al extremo del muro y cuatro esclavitas salieron a recibirme y me dijeron:

—Anda, sal, que ya llegaste con toda felicidad.

Salté yo fuera y una de las esclavas tomó delantera y, con una vela en la mano, me fue precediendo, hasta llevarme a un cuarto, alhajado con riqueza tan exquisita que no lo viera igual sino en el alcázar del jalifa.

Tomé yo asiento, y no pasara mucho rato cuando descorrióse una albenda <sup>2</sup> del muro y aparecieron unas criaditas,

<sup>1</sup> *Sambil* o *simbil* en árabe, cesto fabricado con hojas de palmera y, por lo general, de solo dos asas.

<sup>2</sup> Cortina, colgadura. Del persa *Al-Bend*.

que traían en sus manos velas encendidas y pebeteros que exhalaban fragancia a cinamomo, y entre ellas venía una joven que semejava la luna en medio de su corte de luceros. Y aquella joven me dijo:

—¡Seas bien venido, huésped mío!

Sentóse después a mi lado y preguntóme por mi estado.

Contéle yo cómo estuviera aquel día en casa de un amigo y luego, al salir, me desorientara y me apretara la gana de orinar, de suerte que me entré por aquella calle para satisfacer mi necesidad, y cómo luego reparé en aquel canasto que colgaba del muro, y, como estaba algo chispo, me dio el capricho de meterme dentro y así lo hice, sintiendo luego que tiraban de él hasta lo alto de aquella pared.

—Y ahora, mi señora, conoces ya toda la historia.

—No temas nada—dijo ella—, que, lejos de tener que lamentarlo, espero habrás de dar gracias a Alá por haberte esta aventura deparado.

Y acto seguido me preguntó:

—¿Cuál es tu profesión?

—Mercader del zoco de Bagdad—respondí yo.

—¿No sabrás, quizá—preguntóme ella—, versos de poetas?

—Sí; algo sé de eso—respondíle yo—, aunque no gran cosa, mi señora.

—Pues a ver si recuerdas algo—instóme ella—y entre los dos podemos recitar poemas.

—El recién llegado—dije yo—siempre está algo cortado, pero empieza tú y me darás ánimos.

—Tienes razón—asintió ella.

Y acto seguido púsose a recitar versos elegantísimos de poetas antiguos y modernos, formando el florilegio más selecto. Ojala yo embobado y no sabía qué admirar más, si su belleza corporal o su hermosura espiritual. Luego que acabó, con mucho donaire me preguntó:

—¿Y qué? ¿Se te pasaron ya el susto y la confusión?

—¡Por Alá que sí!—respondí yo.

—Pues siendo así—exclamó ella—, recítame ahora algún poema de los que sepas.

Procedí a complacerla y recitéle algunos poemas de antiguos rimadores de los selectos y mejores.

—¡Vaya!—exclamó ella con donosura—, no pensaba yo que entre los mercaderes del zoco pudiera haberlos de tanta cultura.

Luego la joven mandó a sus esclavas que sirviesen la mesa, y así lo hicieron ellas, poniéndome delante toda suerte de frutas exquisitas y selectos manjares, con una profusión y una delicadeza que solo en los palacios de los reyes se encuentran.

Mandó luego que nos sirvieran de beber y yo bebí una copa y luego otra, que ella me escanciò, diciendo:

—Ha llegado el momento de las evocaciones, de los versos y de los cuentos.

Pusímonos, pues, a recordar versos, y cuando yo callaba empezaba ella, y, así entretenidos, dejamos pasar lo más de la noche, en tanto los pebeteros llenaban el aire de fragancia y yo no sabía ya dónde estaba y me acordaba de Al-Mamún y decía: «Si llegara a ver el jalifa a esta muchacha, seguro que por ella perdía la paz de su alma.»

Y de pronto ella me dijo:

—Eres el más simpático de cuantos hombres he visto y de todos ellos el más cumplido, pues posees educación y urbanidad, y, en fin, eres tal que solo una cosa te falta para ser cabal.

—¿Cuál es ella?—preguntéle.

—Pues serías completo—dijo ella—, si supieras cantar, acompañándote con el laúd.

—¡Oh!—exclamé yo—, en otro tiempo sí sabía, solo que luego, al ver que no llegaba a dominar ese arte, lo abandoné; pero siempre en mi corazón guar-

dele amor, y si tú lo deseas, probare esta noche suerte, a ver si acierto a complacerte y hacer que sea completo nuestro deleite.

—Mandaré traer un laúd—dijo ella—, ya que no lo traes tú.

—Haz como gustes, mi señora—respondí—, que a lo que dispongas no habrá qué decir.

Mandó a sus esclavas traer el instrumento y lo templó y pulsó y, acompañándose con él, entonó una canción que nunca oyera yo. Y luego me preguntó:

—¿Sabes cuyas son la música y la letra de esta canción?

—En verdad, no lo sé—le contesté.

—Pues la letra—dijo ella—es de Fulán y la música de Ishak.

—Pues mi vida diera—exclamé yo—por salvar la de un artista de tal categoría.

—¡Bravo!—dijo ella—. Como que Ishak es único y sin par.

—Pues ¡loado sea Alá!—encarecí yo—, que dio a ese hombre lo que a ningún otro concedió.

Seguimos así gratamente entretenidos hasta que, al cabo, dejáronse ver los primeros clarores del alba, y en aquel momento entró en el aposento una vieja que parecía ser la antigua nodriza del ama de casa y, dirigiéndose a ella, le dijo:

—¡Llego ya la hora, mi señora!

—Bien—respondió la joven, levantándose—. Pero corre un acitar sobre lo que has visto, que hospitalidad implica seguridad.

A lo que la vieja contestóle:

—Mi vida diera por la vuestra. No es menester me hagáis esa advertencia.

Despedime después de la muchacha y salí de la casa y me dirigí a mi domicilio. Y ya allí hice la oración de la mañana y luego me acosté y me dormí.

Vino luego a llamarme un emisario de Al-Mamún y fui a ver al jalifa y me pasé a su lado todo el día. Pero llega-

da que fue la hora del oscurecer hube de acordarme de mi aventura del día antes, que era tal como para llenar de impaciencia al ignorante.

Sali, pues, del alcázar y me dirigí a la calle de marras y vi el sambil colgando como la vispera, y me metí en él y me acurruqué y no tardé en sentir que tiraban hacia arriba de él y de mí, hasta que, al fin, encontréme en el mismo lugar y ante la misma jovencita de la vispera.

—¡Vaya!—exclamó ella al verme—. ¡Ya veo que vuelves!

—¿Cómo no había de volver?—exclamé.

Pusimonos luego a platicar y a recordar versos y a contar cuentos, como la noche anterior, mano a mano los dos hasta que clareó.

Despedíme entonces de la joven y me fui a casa y recé la oración de la mañana y luego me tendí y me dormí.

Vino después el emisario del jalifa por mí y marché con él allí, y estuve al lado del jalifa todo aquel día.

Y, luego que oscureció, díjome el emir de los creyentes:

—Te ruego aguardes aquí hasta que yo vuelva, que tengo que hacer una diligencia; pero te conjuro a que no te muevas de aquí hasta que no me veas venir.

Retiróse el jalifa y yo quedé aguardándolo; pero, al quedarme solo, hube de acordarme de la aventura en que estaba metido y no pude resistir la tentación, hasta el punto de olvidarme del respeto debido a la orden del jalifa; de suerte que me levanté y me fui y dirigíme a toda prisa al lugar consabido, donde hallé, como siempre, el sambil suspendido y me metí dentro y no tardé en subir por los aires, hasta encontrarme en el referido aposento.

Vino la joven a mi encuentro y me dijo:

—¿Eres tú, en verdad, nuestro amigo?

—¡Por Alá que sí!—le respondí.

—Esta bien—díjome ella—. Pero ¿te has creído que esta es tu casa y que vas a plantar aquí tu morada?

—Tienes razón—respondí yo—. Ya gocé tres noches de tu adiafa y es cosa que basta; si vuelvo a poner aquí los pies será un abuso y podrás darme la muerte, sin que yo me queje.

Después nos pusimos a platicar y recitar versos como las noches anteriores, hasta que apuntaron los primeros albores.

Dime entonces cuenta de mi desobediencia a la orden del jalifa y, comprendiendo que este no admitiría ninguna disculpa, como no le contara toda mi aventura, díjele a la muchacha, a impulsos de inspiración súbita:

—He tenido ocasión de ver que eres del número de los aficionados al canto, y has de saber que yo tengo un hijo de mi tío, aún más guapo que yo de cara y más esbelto de cuerpo y más ilustrado y entendido en materia de canto que cuantas criaturas creó Alá, pues nadie como él domina las canciones de Ishak.

—¿Sabe también recitar versos?—preguntó ella.

—Desde luego—respondí—, pero a tu decisión lo dejo.

—Si ese hijo de tu tío es según me lo pintas—dijo la joven—, no tengo inconveniente en que me lo presentes.

Acto seguido nos despedimos y yo me dirigí a mi domicilio; pero apenas llegara cuando hicieron irrupción en él los emisarios del jalifa, los cuales me cogieron y cargaron conmigo, sin andar con cumplidos, y me llevaron al alcázar de su amo.

Estaba el jalifa sentado en su trono y mostraba en su rostro indicios de su enojo. Y, al verme, interpeleme de este modo:

—¡Ye Ishak! ¿Cómo te atreviste a desobedecerme?

—¡Por Alá!—exclamé yo—, que no hay tal cosa. ¡Ye emir de los creyentes!

—Pues expón tus excusas—díjome el jalifa—, pero habla sin decir mentira.

—Así lo haré, ¡ye emir de los creyentes!—respondí—, pero ha de ser a solas, sin que esté delante tercera persona.

Hízoles el jalifa una seña a los que se hallaban presentes y estos se retiraron, dejándome a solas con el emir de los creyentes.

Contéle entonces al jalifa la historia y, al terminar, le dije:

—Has de saber que le he prometido a esa joven llevarle allá conmigo.

—Muy bien pensado—aprobó el soberano.

Salimos en seguida del alcázar y nos dirigimos a la calle de marras y vimos allí dos canastos, en vez de uno, y en ellos nos metimos, después de lo cual tiraron de los sambiles hacia arriba y nos subieron hasta la sala consabida.

Adelantóse a recibirnos la jovencita y nos saludó a los dos, muy fina. Y dizque Al-Mamún, no bien hubo visto a la muchacha, luego se quedó embozado contemplándola, atónito ante tanta hermosura y tanto garbo y tanta donosura.

Púsose ella en seguida a contar cuentos y recitar versos y mandó traer de beber y bebimos, y dizque estaba ella sentada enfrente de Al-Mamún y daba muestras de estar muy complacida y contenta y lo mismo le pasaba a Al-Mamún, que también delataba en su rostro su íntimo gozo.

Tomó luego la joven el laúd y lo

pulsó y rasgueó, y entonó esta letra:

—De noche vino mi amante  
a verme y le dije yo:  
—¿Cómo vienes a estas horas?  
¿No tienes ningún temor  
a que los guardias te vean?  
Y él con gracia contestó:  
—¿Cómo voy a tener miedo,  
si me lo quita el amor?<sup>3</sup>

Y la joven, luego que terminó su canción, fue y me preguntó:

—Y este tu primo ¿es también mercader?

Y señalaba a Al-Mamún con un guiño.

—Sí—le contesté.

Y ella exclamó:

—En verdad que os parecéis hasta no poder más.

—Así es—exclamé yo—, según has dicho.

Luego que Al-Mamún hubo bebido tres copas se animó y alegró y, dirigiéndose a mí, gritó:

—¡Ye Ishak!

—¿Qué mandas?, ¡ye emir de los creyentes!—contestéle.

—Anda y cántanos algo—díjome el jalifa.

Al descubrir la joven que aquel era el emir de los creyentes salióse de la sala y fuese a otro lugar de la casa...

Pero al llegar a este punto de su narración sorprendió a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

## Y LA NOCHE 204 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—He podido saber, ye monarca, el afortunado, que la joven del cuento se fue a otro aposento. Luego que Ishak hubo acabado de cantar, díjole el jalifa:

—Ve y entérate de quién es el dueño de esta casa.

Salí acto seguido y encontré una vieja, la cual nos dio la respuesta:

—El dueño de esta casa—dijo la vieja—es Hasán-ben-Sahl.

<sup>3</sup> Omitido en la edición de Bulak.

—Pues que venga en seguida—ordenó el jalifa.

Fuese la vieja y, tras una hora de ausencia, volvió en compañía de Hasán-ben-Sahl.

Y el jalifa, volviéndose a Hasán, le dijo:

—Tú tienes una hija, ¿verdad?

—Sí—respondió Hasán.

—Y, dime, ¿es casada?

—¡No, por Alá!—respondió Hasán.

—Pues siendo así—dijo el jalifa—, yo te la pido para mí.

—Tu esclava es—contestó Hasán—y en tus manos su suerte está.

—Me caso con ella—exclamó el jalifa—y la doto con tres mil dinares, que te mandaré a la mañana de este mismo día. Y en cuanto el dinero recibas, me mandas a tu hija.

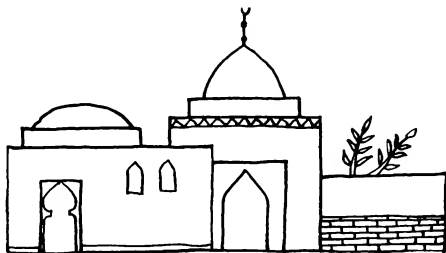
—Oír es obedecer—respondió Hasán.

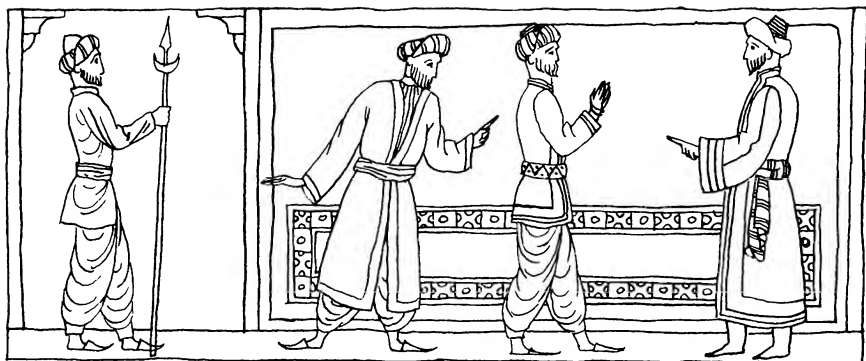
Después de eso nos despedimos y nos fuimos. Y el jalifa me dijo:

—¡Por Alá!, ¡ye Ishak!, que no vi en mi vida joven más bien educada que Jadischa ni que pueda siquiera compararse con ella en punto de discreción y buen juicio y hablar elegante y florido. Pero, ¡por Alá!, no le cuentes a nadie esta historia, Ishak.

Prometiselos yo así y guardéle el secreto a Al-Mamún en tanto que vivió.

Y puedo decir que nunca gocé en mi vida de tales placeres como aquellos cuatro días en que acompañara a Al-Mamún a ver de noche a Jadischa, así como tampoco vi nunca, entre los hombres, uno que se pareciese a Al-Mamún, ni, entre las mujeres, una que a Jadischa se pareciese; no; ni ninguna que con ella se pudiese equiparar, ni de cerca ni de lejos, logré nunca hallar. ¡Pero el más sabio es Alá!





## HISTORIA DEL TRIPICALLERO EN EL HAREN DE UN SEÑOR

(Noche 204)

*Historia donosa y picante, sin otro propósito que el de mover a risa a los oyentes, a costa de la ingenuidad de un pobre de condición y de espíritu que una vez, por casualidad, probó placeres reservados a los señores de la tierra y nunca olvidará, para su tormento, el sabor de esa miel exquisita.*

—Cuentan que una vez llegó la época del alhage y la gente iba dando en torno al templo las vueltas de rigor, cuando, de entre las apreturas, surgió un hombre que, en tanto tocaba los velos de la Kâba, clamaba:

—*¡Ye Alá!*: yo te pido, con todo fervor, que lo indispongas con su mujer y a ella con él!

Oyéronlo varios de los peregrinos y lo cogieron y, luego de hartarlo de palos, lo llevaron a presencia del emir Al-Hachach y se lo presentaron, diciendo:

—Hemos cogido a este hombre que estaba en el noble lugar y vociferaba así y asá.

Luego que oyó aquello el emir Al-Hachach, lo mandó ahorcar.

Pero el inculpado le dijo:

—*¡Ye emir!*, por el Profeta te ruego que accedas a oír mi historia completa y, después de ello, podrás hacer conmigo lo que quieras.

—Habla ya—dijole Al-Hachach.

—Has de saber, *¡ye emir!*—empezó el hombre a decir—, que yo tengo por oficio el de desollar a las reses sacrificadas y cargo con la sangre y las entrañas para arrojarlas al estercolero.

Y sucedió que un día de los días iba yo montado en mi borriquillo, cargado, cuando me topé con un gran gentío que iba huyendo, y uno fue y me dijo:

—Métete por esa calle, si no quieres que te maten.

—Pero ¿por qué vais huyendo de ese modo?—pregunté yo.



Y uno me dio esta explicación:

—Es que va a pasar por aquí el haren de un notable y los eunucos apartan del camino a palos a los viandantes, sin reparar en condición ni clase.

Apartéme yo, pues, de allí con mi rucio y quedéme parado, aguardando que pasase el nublado.

Y pude ver a los eunucos armados de palos, que conducían unas treinta mujeres, entre las cuales iba una que parecía una rama de *ban*, de una belleza singular y de una esbeltez y garbo sin par y los eunucos todos parecían estar a su servicio nada más. Y, al pasar por delante de la puerta de la calleja donde estaba yo, detúvose ella y volvió la vista a derecha e izquierda y luego llamó al eunuco encargado de su guarda y le dijo al oído en secreto unas palabras.

Y he aquí que el eunuco se viene hacia mí y me coge, sin más ceremonias. Echó a correr, huyendo, la gente toda, y otro eunuco se incautó de mi burro y se lo llevó, mientras el primero me ataba a mí con una cuerda y, tirando de mí, me obligaba a que le siguiera.

No sabía yo en absoluto a qué se debía aquel abuso y para mis adentros me dije: «Me darán tormento de seguro en esa casa, hasta que exhale el alma, y nadie llegará a enterarse de la hazaña.»

Luego que llegamos a la casa me hicieron pasar al *hammam*, que era bastante regular, y, mientras estaba en el *hammam*, presentáronse allí tres mocitas y se sentaron a mi alrededor y me dijeron:

—¡Quitate tus andrajos!

Despojéme yo de mis ropas y entonces una de ellas púsose a sobarme los pies y otra a lavarme la cabeza y a amasarme una tercera.

Luego que terminaron de asearme fueron a una canasta y sacaron de ella unas ropas nuevas. Y una me dijo:

—Vístete este traje.

—¡Por Alá!—exclamé yo—, que no se cómo se hace.

Vistiéronme, pues, entre todas, en tanto se reían y me gastaban bromas.

Vinieron luego con un frasquito lleno de agua de rosas y me espurrearon todo el cuerpo y luego me llevaron a una habitación, donde encontré a aquella joven, que parecía su ama, sentada en un lecho de bambú, cuyas patas eran de marfil, y, en torno a ella, como en torno a su ama, bullía muchedumbre de esclavas.

Luego que la joven me vio, levantóse del lecho y vino a mi encuentro y me saludó y me mandó sentar a su lado; hicelo así y entonces ella ordenó a sus criadas me sirviesen la mesa.

Obedecieron luego las esclavas y me sirvieron la mesa con manjares de todas clases, y su señora me invitó a comer de todo, cosa que yo hice, sirviéndome a modo.

Luego que acabé de comer mandó la joven a una de sus esclavas que nos trajeran las cosas de beber, y así lo hicieron ellas, trayéndonos de las bebidas más diversas. Perfumaron luego la sala con toda suerte de esencias gratas y levantóse una de las esclavas, que parecía una luna, y nos escanció el vino en tanto otras pulsaban los laúdes y las guitarras. Hasta que acabamos por embriagarnos, lo mismo yo que aquella jovencita, y dizque todo aquello parecíame a mí un puro sueño.

Luego la muchacha hizoles señas a unas esclavas de que con tapices nos hicieran la cama, en el lugar que ella les indicara.

Fueron las criadas a cumplir el mandato y ella cogióme a mí de la mano y me condujo al lugar indicado.

Acostámonos sobre los tapices y no tardamos en dormirnos, y así pasamos la noche hasta que apuntaron los primeros albores.

Y cada vez que yo la estrechaba a

ella contra mi pecho notaba que exhalaba su cuerpo bocanadas de aromas, a almizcle y demás esencias olorosas. De suerte que yo pensaba que estaba soñando o que me hallaba ya en el paraíso entre los bienaventurados.

Luego que amaneció, fue la joven y me preguntó dónde vivía yo; díjele que en tal sitio, y entonces me despidió y, al despedirme, me entregó un pañuelo bordado en oro y plata y con los picos atados, que parecía tener dentro algo, y, al dármele, me dijo:

—Entra en el *hammam* con este pañuelo.

Yo, al oírla, me puse muy contento y me dije para mis adentros: «Si fueran cinco fluses lo que hay en el pañuelo, ya tendría hoy para el almuerzo.»

Despedime, pues, de la jovencita y sali de la casa cual si saliera del propio paraíso y me dirigí a mi domicilio. Y, al abrir el pañuelo, encontré dentro cincuenta miscales de oro, los cuales enterré en el suelo, para que no me robaran tal tesoro. Seguí luego visitando diariamente a la joven y todos los días iba a verla a la hora del *azr* y me estaba con ella hasta que el día empezaba a clarear. Y así por espacio de ocho días; hasta que el que hacía nueve, estando los dos juntos como de costumbre, entró corriendo una esclava hasta donde yo estaba y me dijo toda asustada:

—Levántate y escóndete en este sótano.

Hicelo yo así en el acto y pude comprobar que el tal escondrijo lindaba con el camino. Púseme a atisbar por un ventanillo y vi a un joven que parecía la luna, cuando en el cielo asoma perfecta y redonda, y que iba a la cabeza de una tropa de mamelucos y de gente armada que le obedecía a una mirada.

Adelantóse el joven con su séquito hacia la puerta de la casa y echó pie a tierra y entró en la sala. Y, al ver a la

joven sentada en el lecho, besó entre sus manos el suelo; guardó ella silencio y él siguió haciéndole zalemas y halagos hasta que, al fin, ella pareció ablandarse y puso buena cara al muchacho.

Durmió este con la joven aquella noche... y, luego que amaneció la mañana, despidióse de su amada y volvió a montar en su cabalgadura y se fue con sus esclavos y hombres armados.

Vino entonces la joven al lugar en donde yo estaba y me dijo:

—¿Viste lo que pasó?

—Cierto que sí—respondí yo.

—Ese joven que viste—dijo ella—es mi esposo, y vas a oír ahora lo que ocurrió entre nosotros.

Has de saber que, estando una vez los dos sentados en nuestro jardín dentro de la casa, fue él y se levantó de junto a mí y se ausentó y pasó una hora larga y él no apareció.

Canséme yo de aguardar y hube de pensar:

«Puede que esté en el lugar excusado.»

Y fui allá, mas no lo hallé en ese lugar. Visto lo cual entré en la cocina y le pregunté por él a una esclava que allí había. Y la esclava llevóme a donde él estaba, folgando con otra de las cocineras de la casa.

Y yo, al ver aquello, juré, por lo más sagrado, que había de cobrarme la afrenta, fornicando con un hombre que perteneciese a la escoria y la hez de la tierra.

Y el día que te cogieron mis eunucos hacia ya cuatro que iba yo dando vueltas por toda la región buscando un sujeto de infima condición; pero no hallé ninguno que fuera más bajo y vil que tú, por lo que mandé a mis esclavos que te echasen mano.

Y luego, por disposición de Alá, ocurrió entre nosotros lo que no hay que recordar. Pero ahora ya cumplí mi juramento y no hay que seguir adelan-

te con la broma, que ya está bien para escarmiento. Al oírla yo decir tales palabras y comprender que mi felicidad era acabada, sentí tanta pena que se me saltaron las lágrimas, sin que yo pudiera sofocarlas.

Y recité estos versos del poeta:

«Déjame que te bese la mano izquierda diez veces, que es más noble que la derecha, pues con ella te acabas de limpiar, al hacer la ablución, la entrepierna.»<sup>1</sup>

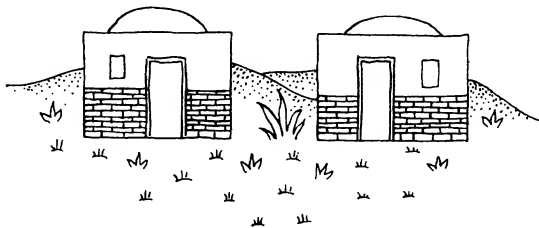
<sup>1</sup> Ponderación erótica, a propósito de la cual anota Burton: «En Oriente he oído a una madre decirle a su chico: “¡Me comería tu caca!” Entre nuestro pueblo abundan también los requiebros escatológicos. Por lo demás, los rusos dicen: “¡Los pies te lavaría y el agua me bebería!”»

Pero ella mandó en el acto a sus esclavas que me sacasen de la casa, dándome antes cuatrocientos miscales de oro, para que me consolara.

Tomélos yo y de ellos me servi para venir aquí a pedirle a Alá (glorificado sea su nombre) que el marido de aquella joven vuelva a folgar con la esclava de la cocina, como la vez referida, para que de ese modo pueda yo quizá volver a gozar de mi dicha perdida.

Luego que oyó el emir la historia de aquel infeliz lo puso en libertad y dijo a los presentes:

—Por Alá, que si pecó tiene disculpa y merece perdón.





## HISTORIA DE HARUNU-R-RASCHID CON MOHAMMED-BEN-ALI, EL JOYERO

(Noches 204 a 208)

*Historia en que aparece una vez más el callejero jalifa Harunu-r-Raschid, en compañía de sus inseparables Châfar y Mesrur, disfrazados, como él, de mercaderes, y le vemos actuar de juez, o, mejor dicho, de amigable componedor, en un caso que afecta a su visir, con la misma equidad y energía que en aquel otro de Amina (Historia del alhamel y las mocitas), que le afectaba a él mismo. La anécdota, como todas las que se refieren a esas nocturnas correrías del insomne monarca, reúne al mismo tiempo el encanto de las pinturas costumbristas y el valor de una lección moral.*

*Es de notar la ecuanimidad con que el monarca, otras veces tan impulsivo, asiste aquí a la simulación del falso jalifa que lo remeda y suplanta tan a la perfección, y aun se presta a seguir la broma, haciendo de simple comparsa; es que la curiosidad puede más que todo en el ánimo de ese sultán novelero y le inhibe para toda reacción, gracias a lo cual puede enterarse de la historia del extraño joven y reconciliarlo con su severa amada, cuyo desvío lo lanzara a sus osadas aventuras.*

*En algunas ediciones lleva esta historia el título de Historia del falso jalifa. Burton la rotula: The Tale of the Mock Capiph.*

—Cuentan del jalifa Harunu-r-Raschid que tenía tal insomnio una noche de las noches que no lograba dormir. Visto lo cual, mandó llamar a su visir. Chafaru-l-Barmeki, y le dijo así:

—Siento esta noche encogido mi pecho y querría salir a dar unas vueltas por las plazas de Bagdad y ver cómo se conducen los creyentes. Y a este efecto, pienso que nos disfracemos los

dos de mercaderes, de suerte que nadie pueda conocernos ni sospechar nuestro ser verdadero.

—Oír es obedecer—respondió el visir.

Y en aquel mismo instante, procedieron ambos a despojarse de sus ropas lujosas y a vestirse otras modestas, propias de mercaderes de poca monta.

Salieron luego del alcázar los tres—el jalifa, el visir y Mesrur, el fiel escudero, siempre el alfanje ceñido a su cuerpo—y empezaron a vagar por toda la ciudad, de lugar en lugar, hasta que

vinieron a encontrarse a orillas del Dichle, y allí vieron a un viejo, sentado en una barca, y llegó a él y lo saludaron y le dijeron:

—*¡Ye el scheij respetable!* Nosotros quisiéramos de tu bondad que nos acogieses en esta barca y nos dices unas vueltas por el río, en pago de lo cual ahí va por adelantado este dinar.

Pero al llegar a este punto de su narración vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 205 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He podido saber, *ye* monarca, el afortunado, que los tres le dijeron al viejo:

—*¡Ye el scheij respetable!* Nosotros queríamos que nos llevases en tu barca a dar unas vueltas por el río, en pago de lo cual toma por adelantado este dinar.

—*¡Oh!*—exclamó el anciano—. ¿Cómo atreverse a dar unas vueltas por el río cuando todas las noches el jalifa Harun-r-Raschid baja a pasearse por el Dichle en su barca, a bordo de la cual va un pregonero que no para de gritar: «*¡Ye las gentes: sabed todos, así grandes como pequeños, particulares y hombres públicos, mancebos y adultos, que a todo aquel que ose navegar por el río esta noche se le cortará el cuello o se le colgará del mástil de su barco, sin que nadie pueda salvarlo!*» ¿Cómo queréis, pues—terminó el viejo—, que os lleve en mi barca, cuando esta es la hora en que la del jalifa acostumbra surcar las ondas?

Al oír aquello dijeron el jalifa y el visir al viejo:

—Toma estos dos dinares, *¡ye* el

*scheij* respetable!, y métete con nosotros en esta bovedilla, hasta que veamos pasar la barca del jalifa.

—Venga el dinero—exclamó el viejo—y que sea lo que Alá quiera.

Y el viejo hizo lo que le mandaron y estuvieron un rato al acecho aguardando, hasta que, por fin, vieron venir corriente abajo un barco, iluminado con velas y teas.

—*¡No os dije—exclamó el viejo—que todas las noches, sin falta, el barco del jalifa hendía estas aguas?*

Y a continuación el viejo exclamó:

—*¡Ye Tú, que eres el Cubridor, no dejes que nos descubran y echa sobre nosotros el velo más largo y denso!*

Luego condujo a sus clientes a la bovedilla y les tapó con una negra cortina y así bogó la barca por el río, sin ser notada.

Al ver aquello el jalifa díjole a Châfar:

—*¡Ye Châfar!*

—*¿Qué se te ofrece, ye emir de los creyentes?*—respondióle el visir.

—Que digo que puede que se trate de uno de mis hijos, ya de Al-Mamún ya

de Al-Amin, que tenga ese capricho.

Aguzó el jalifa la vista para ver quien fuese aquel mozo que en la barca iba, sentado en un trono, y pudo comprobar que era un joven de belleza sin par y de una armonia de miembros singulares. Y, volviéndose al visir, le dijo así:

—¡Ye mi visir!

—Habla, que te escucho—respondió Châfar.

—¡Por Alá!—murmuró el jalifa—, que ese joven que va ahí sentado en su trono representa con toda propiedad el papel de emir de los creyentes, sin que nada le falte de lo pertinente, y ese sujeto que lleva a su lado podría pasar muy bien por otro Châfar, así como a ese esclavo que se tiene en pie, algo apartado, podría tomársele por el propio Mesrur, de suerte que, al mirarlos, yo pierdo el juicio y no sé qué pensar de este caso tan inaudito.

—¡Por Alá!, que a mi me pasa igual—dijo Châfar.

Volvióse luego el jalifa hacia el viejo y le dijo:

—¿De modo que todas las noches, sin falta, sale el jalifa a pasear por el rio en su barca?

—Así es, ¡ye mi señor!—respondió el viejo—, y ya lleva haciéndolo así un año entero.

—¡Ye el *scheij* respetable!—dijole el jalifa—, querriamos de tu bondad que nos esperases la noche que viene en este mismo lugar, y, en pago a ella, te daríamos cinco dinares en oro, que somos forasteros y deseamos distraernos. Y ahora déjanos en la orilla de nuevo.

Hízolo así el barquero y el jalifa, Châfar y Mesrur despidiéronse del viejo y regresaron al alcázar sin pérdida de tiempo.

Y llegados allí procedieron a quitarse sus ropas de mercader y a vestirse las propias y cada cual se sentó en su lugar, y entraron luego los emires y los visires y los chambelanes y los nota-

bles y quedo formado ya el collar del divan.

Luego que termino el divan, dijo el jalifa Harunu-r-Raschid a Châfar, su visir:

—Vamos a divertirnos un poco con ese jalifa, el segundo, que anoche descubrimos.

Salieron, pues, del alcázar por una puerta secreta y se dirigieron a la orilla del rio, con los ánimos muy predispuestos para el regocijo.

Luego que llegaron a la orilla del Dichle hallaron allí ya al *scheij* dueño de la barca sentado aguardándolos, y, en seguida, saltaron al barco, y no tuvieron que esperar mucho, pues a poco vieron venir, rio abajo, el barco del jalifa, el segundo.

Venia el barco hacia ellos y así volvieron hacia él su mirada y pudieron comprobar que a bordo llevaba docientos mamelucos, sin contar el principal, y oyeron al pregonero lanzar el pregon de la noche anterior. Y dijo el jalifa a Châfar:

—¡Ye mi visir!, cosa es esta tan desusada que, si me la contaran, no la creyera. Pero, pues la veo con mis propios ojos, no puedo negarla.

Y, volviéndose el jalifa al dueño de la barca, le dijo:

—Toma, ye el *scheij* respetable, estos diez dinares y boga hacia ese barco, sin ningún cuidado, que como ellos traen luz y nosotros no, podremos contemplarlos a nuestro sabor, sin que ellos se percaten de nuestra indiscreción.

Tomo el viejo los diez dinares y bogo en dirección al barco, amparado en la sombra, sin que los otros pudieran notarlo, y lo fue siguiendo, a lo largo del rio, hasta que llegaron a la parte de la orilla, poblada de jardines y huertas floridas.

Luego que allí llegaron fondeo, en una pequeña ensenada, el barco del falso jalifa, y habia allí dos criados

aguardando con una mula, ensillada y lujosamente enjaezada. Y el falso jalifa salto a tierra y montó en la bestia y se adelanto, seguido de sus convidados, al fulgor de las teas, que permitian ver con toda claridad la escena.

Pero entonces también los otros los vieron a ellos y extrañaron ver allí a tres sujetos, vestidos a usanza de los mercaderes y por su aspecto forasteros, y miráronse unos a otros asombrados e hicieron una seña a los criados, los cuales fueron hacia ellos y los llevaron a presencia de su amo. Y el falso jalifa, luego que los tuvo entre sus manos, les dijo:

—¿Como es que os encontráis a esta hora en este sitio?

—*¡Ye mulana!*—respondieron ellos—. Nosotros somos mercaderes algarivos, que llegamos a Bagdad hoy y salimos esta noche a pasear y nos tropezamos con vosotros y vuestros criados nos cogieron y a tu presencia nos trajeron. Y esto, es, señor, todo nuestro cuento.

—No temáis nada—dijoles el jalifa, el segundo—pues sois forasteros, que si fuerais de Bagdad ¡por Ala que os mandaba cortar el cuello!

Volvióse luego a su visir y dijole: —Encárgate de estos mercaderes y atiéndelos como es debido, pues por esta noche son nuestros huéspedes.

—Oír es obedecer—respondió su visir. Y tomando consigo a los supuestos mercaderes los condujo a un alcázar grande y elevado, de recios muros y de interior lujoso, digno de albergar a un sultan poderoso.

Y eran sus puertas de madera de *tekka* de Al-Hind, con incrustaciones de oro centelleante, y por ellas se pasaba a un patio verdaderamente regio y en cuyo centro habia una fuente de surtidor, circuida de un alto estrado, provisto de almohadones y tapices y de largos divanes y albandas colgantes, y era todo, en suma, de tal esplendor,

que la mente confundía y la lengua trababa a quien lo veía.

Y en el dintel de la puerta estos versos se leían:

«¡Un palacio que contiene  
bendiciones y alabanzas!  
Al día eclipsa y lo nubla  
con su belleza sin tasa.

»En el que hay miles prodigios  
y portentos que nos pasman,  
tales que en su descripción  
la más hábil pluma falla.»

Entraron allí el jalifa, el segundo, y su séquito y el jalifa, y tomaron asiento, y el jalifa se sentó en su trono regio, que era todo de oro con incrustaciones de piedras preciosas, y tenía sobre el asiento un tapiz de seda amarilla, muy preciada y rica.

Sentose en el el falso jalifa y, a su lado, en pie, quedose su guardia personal pronta a obedecerle a la menor señal.

Mando luego el falso jalifa que sirviesen la mesa, y los criados tendieron los manteles y pusieron en ellos manjares y bebidas excelentes. Comieron a satisfacción y luego se lavaron las manos y los esclavos llevaron los arrees de beber y pusieron en fila ánforas y copas. Y empezó a voltear el vaso hasta que llegó la vez al verdadero jalifa, el cual se excuso y no quiso probar la bebida <sup>1</sup>.

Y el jalifa, el segundo, volvióse a Châfar y le dijo:

—¿Qué le pasa a tu amigo que no bebe vino?

Y Châfar le dijo:

—Sí; hace mucho tiempo que se abstiene de eso.

Pero el falso jalifa entonces dijo:

—Además de este tengo yo otros vi-

<sup>1</sup> Recuérdese que también se excusa de beber el jalifa en casa de Sobeida (*Historia del alhamel y las mocitas*).

nos que podrían gustarte, amigo. Tengo, por ejemplo, uno de manzana que a mí me encanta. ¡A ver!, que lo traigan.

Trajéronselo en el acto los criados y él llenó una copa y se lo ofreció al jalifa, diciéndole:

—Siempre que te toque la vez beberás de este licor, que te hará mucho bien.

Continuaron así de holgorio y expansión, bebiendo por turno, hasta que el vino se les subió a la cabeza y les nubló la inteligencia.

Pero al llegar a este punto de su narración vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 206 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que el jalifa, el segundo, y sus convidados siguieron bebiendo por turno, hasta que, al cabo, subiéndose el vino a la cabeza y les nubló la inteligencia.

Dijole entonces Harunu-r-Raschid a Châfar, su visir:

—Por Alá, *¡ye Châfar!*, que no tenemos nosotros en palacio vajilla semejante a la de este muchacho. Y es este un misterio que me tiene asombrado.

Pero mientras que ellos conversaban así, por lo bajo, volvióse a ellos el joven y, al ver que cuchicheaban, les dijo molesto:

—No está bien eso de andar con secretos.

A lo que Châfar respondió:

—No se trata de ningún secreto, sino que aquí mi compañero me estaba diciendo: «Yo he dado la vuelta al mundo, casi por entero, y nunca vi nada comparable a esto ni pasé en parte alguna noche más divertida, salvo que, como dicen en Bagdad, libación sin audición producir suele cargazón.»<sup>2</sup>

Y al oír aquello el falso jalifa con una varita que en la mano tenía dio en

un parche sonoro y, al momento, abrióse una puerta y por ella entró un eunuco, cargado con un sillón de marfil, forrado de oro como rojo la llama. Y detrás del eunuco venía una jovencita de una belleza portentosa, comparable al sol cuando fulge en un cielo claro y despejado, trayendo un laúd en su mano, obra de artistas indostánicos.

Cogió la joven el laúd y se lo aplicó al pecho y se inclinó sobre él en la actitud de una madre que se inclina sobre su pequeño, y luego de pulsarlo y rasguearlo por veinticuatro estilos, con tal primor y sentimiento que hacía perder el sentido, tornó al primer registro y, con mucho sentimiento, entonó estos versos:

—No necesito hablarte para decirte que por tu amor, chiquillo, me estoy muriendo; que harto claro mis ojos, llenos de lágrimas, y el fuego de mi pecho lo están diciendo. Antes de a ti quererte yo no sabía qué cosa el amor fuera; pero, ahora, el sino, a costa de pesares y de dolores, doctora me hizo en este arte exquisito.

Luego que el jalifa, el falso, oyó esos versos, dio un gran grito y rasgóse de arriba abajo sus vestidos y en el acto corrieron sobre él un velo y le trajeron sus servidores otros todavía más lujos-

<sup>2</sup> Frase de sabor proverbial, *Asch-Schrab blismâa mmmma aurts az Zaaa*.



sos y el joven se los puso y, serenándose, dio orden de proseguir la fiesta y el regocijo, como si nada hubiera sucedido. Y, luego que le llegó el turno de apurar la copa, dio otro golpe con su varita y en el acto abriose otra puerta y salió un esclavo por ella, cargado con un sillón de oro, y detrás de él venia una muchacha todavía mas guapa que la primera, con ser esta tan bella. Y la joven, la segunda, sentose en el sillón y, pulsando el laúd de un modo que habria hecho reventar el corazón de los envidiosos, entonó esta canción:

—No puedo tener paciencia,  
pues el fuego del amor  
me consume el alma entera.  
sin que el llanto de mis ojos  
apagar su llama pueda.  
Mi vida era una delicia  
cuando lo tuve a mi vera;  
¿cómo me podré alegrar,  
si me falta su presencia?

Luego que termino la cantora, lanzo el joven un gran grito y rasgó sus vestiduras de arriba abajo y en el acto corrieron sus esclavos sobre él la cortina y le trajeron otro traje y se lo pusieron aprisa. Y el joven se sereno y volvió a su sitio y siguió circulando el vino.

Y, cuando le llego otra vez al joven su turno de beber, dio otro golpecito con su varita y abriose en el acto otra puerta y salió un esclavo por ella, cargado con un sillón, y llevando tras él a una muchacha todavía más bella que las que le precedieran. Dejó el esclavo el sillón en el suelo y la muchacha tomó en el asiento y cogió el laúd y lo templo y, luego de eso, entono estos versos:

—¡Cuándo cesará el desvío  
que me tiene acongojada  
y volverán las ternezas  
que la vida me encantaban!

Era tanta nuestra dicha  
que irritó a los envidiosos,  
y estos juraron robarnos  
nuestro preciado tesoro.  
Con sus chismes y sus cuentos  
indisponernos lograron;  
mas no pienses que por ello  
nunca de amarte he dejado.  
¡Dejémonos de rencillas,  
torna otra vez junto a mí!  
Porque digan lo que digan,  
¡yo tan solo te amo a ti!

Al oír aquellos versos el falso jalifa lanzo un gran grito y rasgó sus vestidos y rodó por el suelo sin sentido. Trataron sus esclavos de cubrirlo con la cortina, según su costumbre; pero no corrió bien el cordón y el jalifa, el verdadero, tuvo ocasión de ver sobre el cuerpo del muchacho indicios evidentes de latigazos. Asombróse de ver aquello Harunu-r-Raschid y le dijo a su visir:

—Oye, Châfar, sin duda que este joven es un chico salado, sino que es, además, un ladrón depravado.

Volvióse de pronto el joven y vio al jalifa y a su visir cuchicheando y les dijo contrariado:

—¿Qué es eso, muchachos? No es señal de buena crianza el hablar bajo.

—No se trata de nada malo, señor —contestole Châfar—, sino que mi compañero, que es, como sabéis, un mercader y ha recorrido casi todos los países y tierras y ha tratado monarcas y personajes de cuenta, me estaba diciendo que en parte alguna vio gastar tanto dinero como el que nuestro señor, el jalifa, ha gastado esta noche en un momento.

—¡Bah!—respondió el jalifa, el falso—. Todo el dinero que aquí se ha gastado es mío y mías son también las telas de mis vestidos. Y el que yo rompa estos redunda en beneficio de mis servidores, pues a ellos se los regalo luego y dizque tengo asignados quinientos dinares para cada traje.

—¡Ye *mulana!*—exclamo Châfar—. En verdad que esos gajes no son de despreciar.

Y a continuacion el visir Châfar recito estos versos:

—En la palma de tu mano  
ha puesto el rumbo su trono,  
y a las criaturas prodiga  
ampliamente sus tesoros.  
Si las puertas de la dádiva  
se cerrasen algún día,  
no importara, que tu mano  
será llave para abrirlas.

Luego que hubo oído el joven los versos del visir Châfar mando que en el acto le diesen mil dinares y, además, un traje.

Tornó luego a circular entre ellos la copa y a obrar su efecto el vino. Y el jalifa, por lo bajo, le dijo a Châfar:

—Pregúntale la causa de esas señales de azotes que viera en su cuerpo, a ver que explicacion nos da de ese misterio.

Y Châfar le dijo al jalifa:

—No te precipites, señor, que la paciencia es la mejor consejera<sup>3</sup>.

Pero el jalifa le replicó:

—¡Por vida de mi cabeza y por la tumba venerada de Al-Abbas que se lo has de preguntar y, como no lo hagas, te corto la respiración, Châfar!

Reparo entonces el joven en sus cu-chicheos y, encarandose con el visir, le dijo:

—¿Qué te decía tu compañero? Pues he notado que te hablaba en secreto. Y lo quiero saber, y también me has de explicar, mas al pormenor, cual es vuestra verdadera condicion.

—¡Ye señor!—contestóle el visir—, nada malo me decía mi amigo de ti.

—¡Por Ala!—exclamo el joven—, que me habeis de explicar quiénes sois en verdad, sin nada omitir ni callar.

—¡Ye señor!—respondió el visir—, ya que insistis, os dire que mi amigo creyó notar antes en tus costados señales de indicios de palos. Y, como es natural, tal descubrimiento le ha tenido que

chocar. Y por eso me decía: «¿Como es posible que nadie haya osado azotar al jalifa?»

Al oír aquello el joven sonrió y dijo:

—Habeis de saber que mi caso es extraño y mi lance raro, tal que, si se escribiera con una aguja en el rabillo del ojo, daría materia de reflexión a los que practican la meditacion.

Después de lo cual lanzo hondos suspiros y lamentos y recitó estos versos:

—Es mi caso tan raro y peregrino,  
que en ese punto a todos ha vencido,  
siendo el amor el que la pauta traza  
de todos mis desastres y desgracias.  
Si de oírlo tenéis curiosidad,  
escuchadme en silencio, sin chistar,  
y poned atención en mis palabras  
verídicas y llenas de enseñanzas.  
Sabed cómo de amor soy mal herido  
de una que a los luceros quita el brillo.  
De una cuyas miradas son tajantes  
como espadas agudas, deslumbrantes,  
y cuyas negras cejas son el arco  
con que flechas dispara a su contrario.  
Mas me da el corazón que entre vosotros  
está el jalifa que acatamos todos,  
y está también Châfar, su buen visir,  
y Mesrur, que con ellos nunca deja de ir.  
Y si hubiera acertado y así fuera,  
ya el término yo viera de mis penas  
y, en vez de la tristeza que me mata,  
se alojara en mi pecho la esperanza.

Al oír los tres aquellas palabras apresuróse Châfar a desmentirlas, jurándole al muchacho que no eran lo que creía.

Pero el joven se echó a reír en las barbas del visir y le dijo:

—Habeis de saber, señores míos, que yo no soy en modo alguno el emir de los creyentes y que, si me valgo de ese nombre, es para sacarles cuanto me place a los vecinos de Bagdad, siendo mi nombre verdadero el de Mohammed Ali-ben-Ali, el joyero.

Y habeis de saber, además, que era mi padre hombre de viso y de caudales y al morir me dejó un gran capital en oro y plata y perlas y corales y rubies y esmeraldas y brillantes.

Y sucedió, un día de los días, que

<sup>3</sup> Como siempre, el visir controla los nervios de su impulsivo señor.

estando yo sentado en mi tienda, teniendo a mi alrededor mis criados y mis allegados, vi venir hacia nosotros una señorita montada en una mula, a la que seguían tres esclavas como tres lunas.

Luego que se acercó a mi tienda, apeóse de la mula y pasó adentro y tomó asiento y me dijo:

—¿Eres tú Mohammed, el joyero?

—Sí—le contesté—, Mohammed soy, mi señora, y tu esclavo y tu criado desde ahora.

—Y siendo así—agrego ella—, ¿tendrías algún collar de perlas que me pudiera convenir?

—¿Ye mi señora!—exclamé yo—. Todo cuanto haya en mi tienda te lo enseñaré y lo pondré en tus manos y, si te agrada algo, seré feliz ofreciéndotelo como tributo de esclavo, y si nada fuere de tu agrado, me considerare desdichado.

Tenia yo en mi tienda cien collares de perlas y se los mostré todos, y ella, después de examinarlos, declaró no ser ninguno de su agrado. Y dijo:

—Quiero algo mejor de lo que me has enseñado.

—¿Ye mi señora!—exclamé yo—. Tengo aquí también un collar de oro puro con perlas de tal suntuosidad, que ni grandes ni chicos poseen otro igual.

—Pues enséñamelo en seguida—dijo la jovencita.

Mostréselo yo luego y, no bien hubo visto la alhaja, exclamo entusiasmada:

—Esto es lo que yo quería y lo que estuve deseando toda mi vida.

Y luego pregunto:

—¿Cuanto vale este collar?

—A mi padre le costó—dije yo—cien mil dinares.

—Y tú—dijo ella—querras ganarte en él cincuenta mil, ¿no es eso?

—¿Ye mi señora!—exclamé yo, galante—. Este collar, lo mismo que su dueño, son tuyos desde ahora y no vayas a creer que es pura lisonja.

—No—respondió ella—, no tienes mas remedio que cobrar tu ganancia, que entre mercaderes es esa la usanza.

Luego de decir eso se levanto y monto en su mula aprisa y, antes de marcharse, me dijo:

—¿Ye mi señor, por Alá! Haz el favor de venir conmigo para que cobres el precio del collar, pues hoy ya con nosotras has hecho tu agosto.

Levantéme en seguida y, cerrando la tienda, me fui tras de ella y caminé a su zaga, hasta que llegamos a su casa. La cual era una casa grande y con indicios patentes de bienestar y prosperidad, pues tenía las puertas forradas de oro y plata y lapislázuli y en su dintel, grabados con esmero, campeaban estos versos:

«¿Ye casa, quiera el cielo no traspase  
tus umbrales la pena;

ni la suerte jamás a quien la habita,  
contraria se le vuelva!

Y que tu techo, en cambio, brinde a todos  
amplia hospitalidad  
y sean tantos tus huéspedes que chica  
llegues a resultar.»

Apeóse la joven de su cabalgadura y se entro en la casa, mandandome que me sentara en el poyo de la puerta, hasta que ella volviera con el importe de la alhaja. Hicelo yo así y llevaba aguardando una hora cuando se presentó allí una esclava y me dijo:

—Pasa al zaguán, mi señor, que no esta bien que estés ahí sentado en la puerta tanto tiempo aguardando.

Levantéme, pues, y pasé al atrio y me senté allí en un banco.

Y sentado allí estaba cuando salió otra esclava y me dijo:

—¿Ye mi señor!, nuestra ama te dice por mi boca: «Entra y sientate en el diván hasta que te lleve el importe del collar.»

Pasé, pues, al estrado y me sente junto a la puerta y esparcí la vista en torno mio. Y vi allí un gran sillón de

oro, cubierto por un tapiz de seda, y en tanto yo lo estaba contemplando, he aquí que se levanta el tapiz y debajo de él déjase ver aquella joven que estuvo en mi tienda a comprarme el collar de perlas. Y dizque se había quitado el velillo y mostraba una cara de tal hermosura que parecía una luna y en su cuello lucía la valiosa gargantilla.

Al verla yo así perdí al punto el juicio y quedé estupefacto ante tales encantos, tan perfectos y consumados. Y ella, al verme a mí, levantóse del sitio y acercóseme y me dijo así:

—¡Ye luz de mis ojos! ¿Es que por ser tan hermoso te has de mostrar desdénoso?

—¡Ye señora mía!—exclamé yo—. Aquí solo tú eres la hermosa y ese es tan solo uno de los méritos que te adornan.

—¡Ye mi joyerito!—exclamó ella—. Has de saber que hace tiempo que por ti bebo los vientos y, al verte ahora en mi casa, no doy a mis ojos crédito.

Inclinóse luego hacia mí y yo le di un beso y ella me lo devolvió con igual fuego y la estreché contra mi pecho y ella contra el suyo me apretó, con el mismo ardor y la misma pasión...

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

## Y LA NOCHE 207 REANUDO SU RELATO DE ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que el joyero siguió contando:

—Luego la joven se inclinó hacia mí y yo le di un beso y ella me lo devolvió con el mismo fuego y me estreché contra su pecho. Y por el estado en que me veía comprendí que yo estaba anhelando su posesión. Y me dijo:

—Oye, joyerito: ¿es que tienes intención de abusar de mí? Pues desde ahora te digo que se te quite de la cabeza, pues con la vida lo pagarías si tal hicieras, que aquí, donde me ves, soy soltera y entera, y además no una cualquiera. Porque dime: ¿no sabes quién soy yo?

—¡Por Alá que no lo sé!—le contesté.

—Pues para que lo sepas—dijome ella—, yo soy *sitt Dunya*, hija de Yahya-ben-Jálid el Barmeki y hermana de Châfar, el visir del jalifa Ar-Raschid.

Al oír yo aquello, me aparté de su lado y le dije:

—¡Ye mi señora! No incurrí en pecado al estrecharte en mis brazos, ya que fuiste tú la que, al traerme a tu casa, me hiciste caer en la tentación de desear tu posesión.

—¡No hayas temor, mi señor!—respondió ella—. Y no pases pena, que has de lograr sin remisión lo que deseas; solo que ha de ser en forma legal, la única que place a Alá.

Y acto seguido mandó llamar al cadí y los testigos y, luego que llegaron, les dijo:

—Mohammed Ali-ben-Ali, el joyero, aquí presente, solicitó mi mano y me dio como dote este collar, y yo he consentido en ser su esposa, plenamente gustosa; así que podéis casarnos sin demora.

Procedieron ellos en seguida a extender la partida de boda y yo pasé con ella a la alcoba.

Organizóse luego la obligada alborola y trajeron los arreos de beber y

circuló la copa por riguroso turno, sin que se produjera ningún barullo.

Y luego que el vino se nos hubo subido un poco a la cabeza, ordenóle mi esposa a una esclava cantora que entonase, acompañándose con el laúd, alguna copla. Y la muchacha, sin hacerse rogar, templó el laúd y procedió a cantar:

—Dejose ver de mí y a un tiempo mismo una gacela vi y un ramo verde y una gran luna esplendorosa y llena, y poseído de pasión ardiente ¡pobre de mí—exclamé—que ardo en un fuego que el corazón me abrasa cruelmente! ¡Ye maravilla que a entender no acierto! Creó Alá la beldad para que fuese prenda de paz entre los hombres fieros, y fue un nuevo motivo solamente de discordias y guerras y combates. Me hago el desentendido, cuerdamente, si delante de mí mientan su nombre, y me estoy deritiendo interiormente. Es comparable su belleza a una torre elevada, inaccesible y fuerte, de la que insignias cuelgan adornadas, con el aljófar del albor fulgente; por esa torre, cual del libro sacro los versículos santos, imponente, juro yo que jamás después de ella, en la herejía caeré de los infieles.

Siguieron luego cantando por turno una y otra esclava, hasta que le llego la vez a la que hacia diez.

Y entonces fue mi esposa, doña Dunya, y tomó el laúd y lo pulso y, sobre un aire placentero, entonó estos versos:

—¡Por tus euritmicas formas, te juro que tu ausencia vivir no me deja, y te ruego que tengas piedad de mis cuitas y conmigo vuelvas! ¡Ye la más plena de todas las lunas! Ten compasión de esta esclava que pena, y en coplas declara su intensa pasión y tus hechizos ensalza y pondera, y de tus mejillas las rosas prefiere a las flores todas de la primavera <sup>4</sup>.

Luego que ella acabó de entonar su canción, fui yo también y cogí el laúd de sus manos, y a vueltas de un prelu-

dio, no del todo malo, cante la siguiente letra:

—¡Loado Alá, que te hizo un compendio de hermosura y en ti reunió los encantos de las más bellas criaturas! De las flechas de tus ojos no hay quien el poder resista, que los heridos por ellas el serlo tienen a dicha. Dos rivales, agua y fuego, tus mejillas desposaron, y el infierno con la gloria, intimamente mezclados, tortura y placer a un tiempo, hacen sentir a tu esclavo <sup>5</sup>.

Mostró ella gran alegría al oír mi letrilla y despidió luego a todas sus doncellas y nos trasladamos a un aposento de los mejores, en el que había, esperándonos, un lecho formado con tapices de todos los colores, y ella procedió a desnudarse de todas sus ropas y nos quedamos los dos solos en la soledad de los esposos. Y la encontré perla sin perforar y camella sin cabalgar. Así que me holgué con ella y pase en su compañía la noche más dichosa de toda mi vida.

Y holguéme con ella y repetí estos versos:

—¡Detente, noche! No huyas <sup>6</sup>, que la aurora no hace falta, pues me basta el resplandor de la cara de mi amada. Mi brazo ciñe su cuello con presión tan ajustada como en aro que le ponen a la paloma anillada, y la palma de mi mano su linda boquita tapa y la preserva del frío cual si fuere una bufanda. ¡Ojalá y siempre Alá quiera que gocemos dicha tanta, que a todas las de este mundo las eclipsa y sobrepasa! <sup>7</sup>

<sup>5</sup> Idém. Tomado de la edición de Breslau.

<sup>6</sup> «¡Detente, momento! ¡Eres tan bello!», clama Fausto en el poema goethiano.

<sup>7</sup> Omitido en la edición de Bulak.

<sup>4</sup> Suprimido en la edición de Bulak.

Estúveme luego con ella un mes entero y di al olvido mi tienda y mi casa y mis deudos, hasta que, un día de los días, fue ella y me dijo:

—Mira, luz de mis ojos, mi señor Mohammed, tengo pensado ir al *hammam*, así que estate aquí sentado y no te muevas hasta que yo vuelva.

Y yo le contesté:

—Oír es obedecer.

Y ella me lo hizo jurar y después cogió a sus criadas y se fue al *hammam*.

¡Y por Alá, hermanos míos! No habría llegado seguramente a la esquina de la calle cuando se abrió la puerta de la sala y vi entrar por ella a una vieja de edad avanzada. Y la vieja me dijo:

—¡Ye mi señor Mohammed!, la señora Sobeida te ruega que vayas a verla, pues ha oído ponderar mucho tu cultura y tu hermosura y gracia y el arte que te das para cantar.

—¡Por Alá!—le respondí—. Que no me moveré de aquí hasta que no vuelva *sitt* Dunya, mi esposa.

—¡Ye mi señor!—exclamó la vieja—. No des lugar a que se enoje contigo la señora Sobeida y se declare tu enemiga eterna. Así que ven allá un momento y luego te vuelves acá, que es cosa de un vuelo.

Levantéme yo de mi asiento y seguí a la vieja, la cual me iba precediendo, hasta que llegamos a presencia de doña Sobeida. Y al verme ella me dijo:

—¡Ye luz de mis ojos! ¿Es verdad lo que dicen que estás enamorado de *sitt* Dunya?

—Yo soy tu esclavo y tu criado—respondíle.

—¡Oh—exclamó ella—, no mienten, en verdad, los que ponderan tu belleza y urbanidad! Pues, lejos de eso, se quedan cortos en sus elogios. Pero cántame algo, para que pueda apreciar tu voz y tu estilo y vea si tampoco en esto me han mentido.

Y a continuación me ofreció el laúd; tomélo yo y lo templé un momento y luego entoné estos versos:

—El corazón del que ama  
es esclavo del amado  
y en sus cadenas se place  
y no siente ser esclavo.  
Todo le place al que ama,  
 viniendo de su adorado,  
lo mismo ternura y mimo  
que desdenes y regaños.  
Pues todo lo que hace él  
le resulta de su agrado.

Luego que me hubo oído doña Sobeida exclamó satisfecha:

—¡Que Alá te guarde en salud y cuerpo y colme tu alma de contento! Ahora ya puedes retirarte y volver a tu casa, sin dar lugar a que *sitt* Dunya vaya allá y no te encuentre y se enoje contigo, por no haberla obedecido.

Besé yo entonces la tierra entre sus manos y me sali de la sala, precedido de la vieja criada, la cual fue delante de mí, hasta que llegué a la puerta por donde sali.

Fuime derecho al estrado y me encontré con que ya mi mujer tornara del *hammam* y tendiérase en el lecho a reposar. Sentéme yo a sus pies y se los cosquilleé. Abrió ella los ojos y me vio entretenido en sobarle los pies y, dándome una patada, me tiró fuera del lecho, haciéndome rodar por el suelo, al par que me decía en tono severo:

—¡Ah el perjuró!, ¡que faltaste a tu juramento! Me habías prometido aguardarme, sin moverte de tu sitio, y faltaste a lo prometido y te fuiste a ver a doña Sobeida. ¡Por Alá, que si no fuera por el escándalo, mandaba echar su casa abajo y la enterraba en ella!

Después de lo cual dirigióse a un esclavo y le dijo:

—¡Ye Zauab, córtale el cuello a este pérfido embustero, que ya para nada lo quiero!

Vinose hacia mí el esclavo y, arrancándose una tira del pico de su túnica,

vendóme con ella los ojos y, enarbolando su alfanje, dispúsose a decapitarme.

Pero en aquel momento vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

## Y LA NOCHE 208 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—He llegado a saber, *ye* monarca, el afortunado, que Mohammed, el joyero, siguió diciendo:

—Vínose a mí el esclavo y, arrancándose una tira de tela del pico de su túnica, me vendó con ella los ojos y luego enarboló su alfanje y se dispuso a decapitarme.

Pero las esclavas se levantaron y la apostrofaron, diciendo:

—*¡Ye* señora nuestra! No es este el primero que pecó en el mundo ni cometió tampoco tan grave pecado que merezca ser decapitado.

—*¡Por Alá*—exclamó ella—, que, por lo menos, lo he de marcar con mi señal, para que le quede recuerdo!

Y les ordenó a sus esclavos que me azotasen sin piedad. Hiciéronlo así ellos y me fustigaron en las costillas, y estas cicatrices que visteis son las señales de la flagelación<sup>8</sup>.

Luego de eso—siguió el joven diciendo—fue mi mujer y mandó a sus castrados que me echasen de allí, y ellos me cogieron y me sacaron de la casa y me llevaron a cierta distancia de ella, y allí me dejaron tirado como un tronco de leña.

Levantéme yo, pasado un rato, y, poco a poco, como pude, me arrastré hasta mi casa y llamé a un cirujano y le mandé que me reconociera mis heridas, y el cirujano me las bismó y me las curó.

<sup>8</sup> La edición de Bulak da otra versión del episodio; según ella, el esclavo del alfanje descargó este sobre Mohammed con intención de cortarle el cuello, sino que el arma se desvió y fue a darle en el costado.

No bien hube convalidado de mi mal trasladéme al *hammam* y luego volví a sentarme en mi tienda y me puse de nuevo al aquel de comprar y vender. Y con lo que en mi comercio gané me merqué cuatrocientos esclavos de los blancos tales que ningún rey de la tierra podría envanecerse de tener otros semejantes y destiné doscientos de ellos para que me acompañasen a todas partes. Encargué luego que me hicieran ese barco que visteis y me gasté en ello cinco mil dinares en oro y me disfracé de jalifa y a cada uno de mis criados le asigné un cargo por el estilo de los palaciegos del soberano y les vestí el traje correspondiente a su cargo.

Y, además, mandé a un pregonero pregonar este bando:

«A quienquiera que fuere osado a salir de noche a divertirse en aguas del Dichle le mandaré cortar la cabeza, sin remisión ni indulgencia.»

Y de esta guisa pasé un año entero, y en todo ese tiempo no he tenido la menor noticia de mi esposa ni he acertado a tropezarme con ella ni hallado el menor rastro de su existencia.

Y luego de decir eso echóse a llorar el joven con mucho sentimiento y declaró estos versos:

—*¡Por Alá*, que mientras viva,  
yo nunca la olvidaré!  
*¡Ni* me acercaré a ninguna,  
ni a ninguna mimaré!  
*¡Loado* sea Alá el Poderoso!  
Explicarme yo no sé  
cómo es que tanto la quiero  
*¡si* es para mí tan cruel!

<sup>9</sup> Omitido en la edición de Bulak.

Luego que Harunu-r-Raschid hubo escuchado las palabras del muchacho y venido en conocimiento de su amor y su pasión, exclamó:

—¡Loado sea Alá, que a toda cosa asignó su causa y su razón!

Pidieron luego al joven su venia para retirarse, y él se la concedió, y todos los tres se despidieron de él y se dirigieron al alcázar del jalifa, el cual iba pensando en hacer justicia en aquel caso y corresponder con creces a lo mucho que el joven los había agasajado.

Luego que estuvieron en palacio y constituyeron el diván, dijo el jalifa a Châfar:

—¡Ye mi visir, tráeme en seguida a ese joven aquí!

—Oír es obedecer—respondió Châfar. Y marchó en el acto a casa del joven y, después de saludarlo, dijo así:

—Sígueme en nombre del emir de los creyentes, Harunu-r-Raschid.

Marchó el joven con él al alcázar y luego que estuvo en presencia del soberano, besó la tierra entre sus manos e impetró para él, de Alá, la duración de su poder y el triunfo y el logro de todos sus deseos y la perduración de lo fausto y la cesación de lo adverso, sirviéndose para ello de su lenguaje más selecto.

—Sea la paz sobre ti—exclamó el joven—, ¡ye emir de los creyentes!, columna firme que la Fe sostiene.

Y después de eso recitó estos versos:

—Quiera Alá que tu puerta siempre sea cual la santa Kaba frecuentada de un sinfín de devotos peregrinos y que en el mundo todo sea nombrada, y digan todos: «Aquí está Ibrahím y esta es y no otra su morada.»

Sonrióse el jalifa al oír tales palabras y devolvió al joven el *selam* y mirólo con ojos de benignidad. Y lo mando acercarse y lo hizo a su lado

sentarse. Y después, finalmente, dijo al joven el emir de los creyentes:

—¡Ye Mohammed, quiero que me cuentes lo que te pasó esta noche pasada, pues es cosa de las más raras y extraordinarias!

—¡Ye emir de los creyentes!—exclamó el joven—, dame de antemano tu *amán* y cúbreme con el manto de tu alafia a fin de que se disipe mi temor y se tranquilice mi corazón.

Dijo el jalifa al muchacho:

—No tengas ningún temor y ahuyenta toda pena de tu corazón.

Contóle entonces el joven todo cuanto le pasara desde el principio hasta el fin, sin ocultarle nada.

Vino entonces el jalifa en conocimiento de que el joven estaba verdaderamente enamorado y del objeto de sus ansias se hallaba separado. Y le dijo:

—¿Quieres de veras que a tu adorada te devuelva?

—¡Oh!—exclamó el joven—. Ese sería el favor más grande que de tu bondad pudiera yo esperar.

Y después de eso recitó estos versos:

—No son dedos sus dedos,  
que son las llaves  
que de todos los bienes  
las arcas abren.  
Y sus acciones  
son collares que adornan  
los corazones <sup>10</sup>.

Volvióse luego el jalifa a su visir y le habló así:

—¡Ye Châfar, tráeme aquí en seguida a tu hermana *sitt* Dunya, la hija del visir Yahya-ben-Jálid!

—Oír es obedecer—respondió el visir. Y acto seguido fue en busca de su hermana y se la trajo al monarca.

—¿Conoces—preguntóle el jalifa—a este hombre?

—¡Ye emir de los creyentes!—respondió ella—. ¡Vaya una ocurrencia! ¿De

<sup>10</sup> La versión de Burton omite estos versos.



dónde puede conocer a un hombre una mujer decente?

Sonrióse el jalifa y le dijo:

—¡*Ye Dunya*, no te hagas de nuevas! Este es tu amante esposo Mohammed-ben-Ali, el joyero, y estamos enterados de todo el caso y conocemos toda la historia, desde el principio al fin, por dentro y por fuera, sin que ignoremos nada de ella. Que no hay cosa que no se descubra, por más que la encubran <sup>11</sup>.

—¡*Ye emir de los creyentes!*—exclamó *sitt Dunya*—, cosa es esa que en el

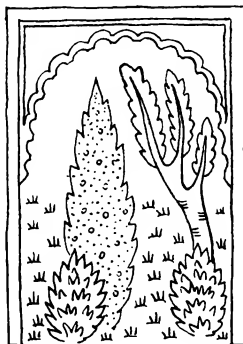
Libro está escrita. Y yo pido a Ala perdón por lo sucedido y espero que tú también, en tu bondad, te dignarás darme tu absolución incondicional.

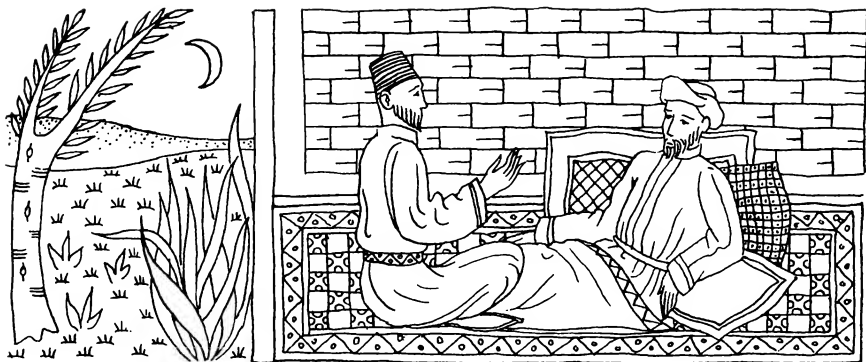
Echóse a reir el jalifa Harunu-r-Raschid y mandó comparecer al cadí y los testigos y les hizo refrendar el matrimonio de *sitt Dunya* con Mohammed-ben-Ali, el joyero de nuestra historia.

Y vivieron luego ambos esposos contentos y dichosos y rabiaron los envidiosos. Y el jalifa nombró al joyero su comensal y su compañero.

Y todo fue placer y alegría para ellos hasta que, al fin, se presentó la que pone fin a los goces y dispersa las reuniones.

<sup>11</sup> *U-al-Amr la yifi u lu kan mstura*. Sentencia coránica.





## HISTORIA DE HARUNU-R-RASCHID Y ALI. EL PERSA, O CUENTO DEL PERSA Y EL CURDO

(Noches 208 y 209)

*Anécdota del género que los árabes llaman nadira (curiosidad, rareza) y que hace las delicias de los oyentes de los rapsodas en los zocos; pudiera titularse: Puja de mentiras o cuentos de los despropósitos, y en ella un persa y un curdo compiten en viveza de ingenio y fantasía. El resorte cómico estriba en la reducción al absurdo.*

*La nadira, historia en escorzo, puede, como nuestra anécdota, revestir todos los matices: ser cómica (chascarrillo), sentenciosa y grave o simplemente curiosa. Forma en la serie de esos relatos extraordinarios de que tanto gustan los árabes y en general todos los pueblos. En la literatura occidental tenemos compilaciones famosas de anécdotas como la Poikili Historia, de Eliano Prenestino, y los nueve libros de Hechos y dichos memorables (Factorum dictorumque memorabilium), de Valerio Máximo, maestros en este género de composición fragmentaria; en la literatura oriental abundan las obras de esta clase; baste citar, como cuentas de un rosario innumerables, la Selección de narraciones (Mujtar min nuadiri-l-Ajbar), de Schemsu-d-Din Abu-Abdu-l-Lah Mohammed-ibn-Ahmedi-l-Mujri, que vivía en Anbar a fines del siglo XIII; el Libro de anécdotas y curiosidades y maravillas y facacias y rarezas y exquisiteces (Kitab Hekayat ua guráib ua acháib ua letáif ua nuádir ua nefáis), de Schihabu-d-Din Ahmedu-l-Kalyubi, que nació en Kalyub, cerca de El Cairo, y murió en 1659.*

*La presente facacia—así podemos llamarla—tiene una traza folklórica y pertenece al número de los cuentos de despropósitos que abundan en todas*

*las literaturas populares. Recordemos en la nuestra al famoso Cuento del peral (todo lleno de manzanas). Burton califica de rabelesiana la gracia gorda de este chascarrillo. Lane, sin embargo, no lo incluye en su versión.*

—Cuentan que el jalifa Harunu-r-Raschid hubo de desvelarse una noche de las noches y mandó llamar a su visir Châfar. Y, luego que este hubo besado la tierra entre sus manos, díjole el soberano:

—*¡Ye Châfar!* Estoy esta noche desvelado y siento encogido mi pecho, por lo que deseo me indiques algo que me alegre el ánimo y me dilate el corazón y me libre de esta opresión.

—*¡Ye emir de los creyentes!*—respondióle Châfar—, has de saber que tengo yo un amigo que se llama Ali, el persiano, y que sabe muchas historias y

cuentos curiosos y amenos y de esos que alegran el alma y ahuyentan del corazón toda aflicción.

—Pues tráemelo en seguida—respondióle al visir.

Y acto seguido, fue a buscar a su amigo Ali, el persiano, y lo llevó a presencia del soberano, diciéndole:

—El jalifa te necesita.

—Oír es obedecer—respondióle su amigo.

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 209 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que Ali, el persiano, díjole a Châfar:

—Oír es obedecer.

Y en el acto dirigióse en su compañía al alcázar del jalifa. Luego de besar la tierra entre sus manos, pidióle el persa permiso para sentarse al soberano y se sentó a su lado.

—*¡Ye Ali!*—díjole el jalifa—; ya sabrás que esta noche tengo el pecho encogido y hanme dicho que tú guardas en tu memoria muchos cuentos e historias, por lo que desearía me contases alguno capaz de ahuyentar de mi ánimo el pesar y, al mismo tiempo, de pulir mi pensamiento.

—*¡Ye emir de los creyentes!*—preguntóle Ali al jalifa—, ¿quieres que te cuente algo que yo con mis propios ojos haya visto? ¿O prefieres que te cuente algo que solo haya oído?

—Si tuviste ocasión de ver algo tú mismo—díjole el jalifa—, prefiero que me lo cuentes a que me relates lo que oíste simplemente.

—Oír es obedecer—respondió Ali.

Y acto seguido empezó a hablar así:

—Has de saber, *¡ye emir de los creyentes!*, que yo anduve viajando muchos años, fuera de mi ciudad natal, que es esta de Bagdad, y llevaba conmigo un criado, cargado con un bolso muy majo.

Entramos una vez en una ciudad, y en tanto yo me dedicaba a vender y comprar, he aquí que se presenta un hombre, curdo de raza, violento y agresivo, y echándose sobre mí, me arrebató el bolso que he dicho, gritando:

—Este bolso es mío y todo lo que dentro de él va es de mi propiedad.

—*¡Ye musulmanes!*—exclamé yo—, ve-

nid en mi socorro y libradme de este hombre, injusto y mentiroso.

Al oírnos a los dos gritaron todos los presentes:

—Id ante el cadí y exponedle el caso, y ateneos a su fallo.

Marchamos, pues, ante el cadí y lo interpelamos diciendo:

—Somos dos litigantes que acudimos a ti para que decidas nuestro pleito y de antemano acatamos tu fallo.

—¿Cuál de vosotros es el demandante?—preguntó el cadí.

Adelantóse el curdo al oírlo y dijo:

—Conceda Alá su favor a nuestro señor, el cadí. Este bolso es mío con todo cuanto contiene y has de saber que lo perdí hace tiempo y ahora lo encuentro en poder de este sujeto.

—¿Cuánto tiempo hace que se te perdió?—inquirió el cadí.

—Pues de ayer a hoy—respondió el curdo—. Por cierto que esta noche fue cuando lo eché de menos y no he podido conciliar el sueño.

—Dime—indicóle el cadí—qué es lo que tiene dentro, si lo sabes.

—En este mi bolso—respondió el curdo—guardaba yo dos punzones de oro y alheña para los ojos y un pañuelo de mano, más dos copas de oro y dos candeleros. Y, además de lo dicho, dos alfaneques y dos bandejas y dos cucharas y una almáfega y dos jarras y un altabaque de azófar y dos fuentes y una olla y dos copas y una escala de mano y un almavar y una gata y dos perros y un tenedor de palo y dos sacos y dos vacas y dos ovejas y una saya y dos pellicos de piel y dos carneros y dos alquivales grandes y un camello y dos camellas y una leona y dos leones y una osa y dos chacales y un almadraque y dos sofás y una algofra y dos salones y un porche y dos alcobas y una cocina con dos puertas y una partida de curdos que darán fe de cómo este bolso es mío y muy mío y solamente mío.

Luego de oírlo el cadí, volvióse a mi y me preguntó:

—¿Qué dices tú de esa alegación?

Adelantéme yo, ¡ye emir de los creyentes!, muy turbado por lo que el curdo había declarado, y dije así:

—Prolongue Alá el poder de nuestro señor, el cadí. En este mi bolso no guardo más que una casita ruinosa y otra que no tiene puerta y una perrera para los perros y una escuela de párvulos y unos chicos jugando a los dados y unas tiendas de campaña y las ciudades de Bazra y Bagdad y el palacio de Scheddad-ben-Ad y una fragua y unas redes de pescar y una caterva de mozos y mozas y mil alcahuetes además.

Al oír el curdo aquello luego rompió a llorar y suspirar y exclamó:

—Ye nuestro señor, el cadí: este bolso mío es conocido y todo lo que en él hay consta por escrito. Y es la verdad que guardo en él castillos y albacoras y grullas y leones y hombres que juegan al ajedrez, y hay también en él rocas y yeguas y potros y dos alazanes y dos largas lanzas, y además siete liebres y muchos patricios y frailes y un cadí con sus testigos, los cuales certifican ser mío ese bolso con todo lo que he dicho.

Volvióse luego el cadí a mi y me dijo:

—¿Qué dices tú a eso, Ali?

Entróme a mi mucha rabia al oír aquellos desatinos y me adelanté hacia el cadí y le dije:

—Acreciente Alá el poder de nuestro señor, el cadí. Yo guardo en este mi bolso una armadura de guerra y tizonas y toda una armería y además mil corderillos que balan y mil perros que ladran y además jardines y vides y flores y frutos de muy buen olor, higos y manzanas y además muchas figuras y estatuas y pinturas y además jarras y vasos y novias y cantoras y recitadoras y además países dilatados y cofrades





peregrinando y amigos la mañana celebrando, y con ellos espadas y lanzas y arcos y flechas certeras, y también amigos y amantes y presos que expian las consecuencias de sus fechorias y hombres de alhorria que se juntan para saborear la bebida y además atadores y plantas bien regadas y atabales y cinco abisinias y tres doncellas indias y cuatro señoritas de Al-Medinah y una banda de chicos rumies y ochenta señoras curdas y setenta damas gregorianas y el Dichle y el Frat y una red de cazar pájaros y un lote de cuarzo y acero de Irem, la de las columnas, y un millar de bribones y de alcahuetes y almidanas y cuadras y mezquitas y alhamas y un albañil y un carpintero de lo basto y un tablón y un clavo y un esclavo negro tocando la dulzaina y un capitán y un jefe de caravana y pueblos y almedinas y cien mil dinares y las ciudades de Al-Kufah y de Anbar y veinte cofres de telas y veinte almacenes de viveres y Gasa y Askalón y todo el trecho que va desde Damyat a Al-Asuán y el palacio de Jusrav Anuschirvân y el reino de Solimán, y desde Uadi-Nômán a la tierra del Jorasán y Balj e Izpahán y de la India al Sudán. Y también contiene ese bolso (así Alá prolongue la vida de nuestro señor el cadí) ropas y trajes y un millar de afiladas navajas de afeitar para afeitarle las barbas al cadí, si no teme mi enojo y le adjudica a mi contrario el bolso.

Luego que oyó el cadí toda esta retahila de despropósitos, se le ofusco el juicio y dijo:

—Por lo que veo sois los dos unos pájaros de mal agüero o unos herejes dignos del infierno, que tomáis a broma los jueces y la justicia y no teméis la ignominia, pues jamás describieron los que describen, ni oyeron los que oyen, cosas más peregrinas que las que acabáis de describir los dos y no pienso que haya en el mundo quien emplee un lenguaje tan estrafalario como el que vosotros habéis empleado.

¡Por Alá, que desde las tierras de Az-Zin hasta Umm Gailán y desde Al-Fars hasta el Sudán y desde Uadi-Nômán hasta el Jorasán, no oyó nadie jamás nada parecido a todo eso que vosotros habéis dicho. ¿Queréis decirme, amiguitos, si este bolso es un mar sin fondo o el Día de la Resurrección en que nos hemos de reunir todos?

Mandó luego el cadí abrir el bolso y entonces pudo verse que solo contenía un cacho de pan y un limón y unas aceitunas.

Y entonces yo, para final, arrojéle el bolso al curdo, dándoselo por suyo, y él lo cogió y se retiró.

Luego que el jalifa hubo escuchado el cuento de Ali, el persiano, de la gracia que le hizo se echó a reír con tantas ganas que se cayó de espaldas. Y mandó que le dieran una buena recompensa por haberlo entretenido de forma tan amena.





## HISTORIA DE HARUNU-R-RASCHID CON CHAFAR Y LA ESCLAVA Y EL IMAN ABU-YUSUF

(Noche 209)

*Para comprender bien esta historia, en que se plantea un caso de Derecho islámico, hay que repasar la sura II del Corán, Al-Bakra (La vaca), la IV An Nisá (Las mujeres) y la LXV At-Tilak (El divorcio), que contienen todas las disposiciones referentes al matrimonio entre los musulmanes.*

*La cuestión que Harunu-r-Raschid somete al juicio del imán Yakúb Abu-Yúsuf es ardua, como él mismo y su visir Châfar reconocen; pero la ciencia y el ingenio del famoso alfaquí son capaces de cortar cualquier nudo gordiano. Por cierto, que Abu-Yúsuf es un personaje histórico, cuya biografía es un ejemplo de esfuerzo inteligente, coronado por el éxito. Abu-Yúsuf es el tipo del estudiante pobre que, a fuerza de trabajo y aplicación, consigue descollar y elevarse a los más altos puestos. Cuentan de él que, siendo estudiante, su maestro—tan pobre como él—le decia para estimularlo:*

*—Trabaja, hijo mío, que, con el talento que tienes, llegarás a ser célebre, tendrás honores y riquezas y podrás comer baluza (un plato exquisito de la cocina árabe). Y Yúsuf llegó a ser famoso y a gozar del favor de Harunu-r-Raschid, y, en una recepción que este dio en honor de sus familiares, sirviéronle, entre otros, un manjar tan sabroso, que le hizo chuparse los dedos (lo cual no es metáfora hiperbólica, sino realidad entre los árabes, que comen con ellos). Preguntó a sus compañeros de mesa qué plato era aquel y le dijeron que baluza. Y Abu-Yúsuf, hombre sencillo, recordó, sonriendo, la profecía de su maestro y se la refirió a los comensales.*



*En la versión Mardrus-Prometeo figura esta anécdota en la sección titulada Los tragaluces del saber (?) con el epígrafe La crema de aceite de alfónsigos y la dificultad jurídica resuelta.*

*En la obra persa Nigaristân (La Pinacoteca), de carácter casi histórico, se incluye esta anécdota.*

—Cuentan que una noche estaba Châfar el Barmeki hablando con Harunu-r-Raschid mano a mano y de pronto hubo de decirle el soberano:

—¡Ye Châfar!, tengo entendido que has comprado a la esclava Fulana, por la cual hace tiempo que bebía yo los vientos, pues es muy guapa y hermosa y del pensamiento no se me borra: ruégote, pues, que, si es verdad que la compraste, me la vendas a mí por lo que vale.

—No pienso vendértela—respondió el visir.

—Pues tráela siquiera que la vea—dijole el jalifa.

—Tampoco eso lo conseguirás—respondió Châfar.

—¡Oh!—exclamó enojado el jalifa—. Por el triple divorcio de mi Sobeida, juro que me has de vender a esa esclava, si no prefieres regalármela.

—Pues por el mismo triple divorcio con mi esposa te digo—respondió Châfar—que no te he de vender ni regalar esa esclava.

Comprendieron los dos que se habían metido en un negocio arduo y que, tanto el uno como el otro, apelarian a la astucia para lograr su propósito.

Y Harunu-r-Raschid se dijo para sí: «En verdad que este asunto solo Abu-Yúsuf me lo puede arreglar.»

Mandó, pues, a buscarlo en el acto y dizque ya la mitad de la noche había pasado. Así que, al sentir llamar el hombre a su puerta, a aquella hora, se echó a temblar y pensó: «De algo grave, sin duda, se trata, cuando me llaman a hora tan excusada.»

Montó en su mula en el acto y se fue, diciéndole antes a su criado:

—Toma contigo el saco con el pienso de la mula, que quizá no haya consumido toda su ración.

—Oír es obedecer—contestóle el criado y procedió a hacer lo que le ordenara su amo.

Luego que pasó Abu-Yúsuf a presencia de Harunu-r-Raschid, levantose este para recibirle y lo sentó a su lado en el mismo lecho y dizque con ninguno hacia el jalifa eso. Y después le dijo:

—Te hemos mandado a buscar a esta hora tan desusada, porque se trata de una cosa de suma importancia, o sea, de esto y esto, y no sabemos cómo hacer para lograr nuestro empeño.

—¡Ye emir de los creyentes!—exclamó Abu-Yúsuf—, el asunto de que me hablas no puede ser más sencillo.

Y dirigiéndose a Châfar, le dijo:

—¡Ye, Châfar, véndele al emir de los creyentes la mitad de la esclava y de esta suerte ambos cumpliréis lo que habeis jurado!

Holgóse el jalifa de oír tal proposición y tampoco Châfar tuvo nada que objetar. Ordenó, pues, en el acto Harunu-r-Raschid que les llevaran a la esclava, que era en verdad muy grande la pasión que le inspiraba.

Y no bien la tuvo en su presencia le dijo al cadí:

—Quiero acostarme con ella ahora mismo, pues no tengo paciencia para aguardar a que se cumpla el plazo de su alhorria. Dime, Yúsuf: ¿cómo se podría esto arreglar?

—¡Ye emir de los creyentes!—dijole Abu-Yúsuf—. Haz que traigan uno de

tus esclavos que no haya cumplido el plazo de su manumisión.

Trajéronle luego el esclavo y Abu-Yúsuf díjole al jalifa:

—Dame tu venia para que lo case con ella. Los casaré y luego los divorciaré, antes que el esclavo haya tenido con ella contacto. Y así podrás tu acostarte con ella en seguida, sin tener que aguardar el plazo legal.

Holgóse todavía más que a lo primero el jalifa y dio su venia para lo que el cadí le proponía. Y le dijo al cadí:

—Procede a casarlo con mi venia.

Y Abu-Yúsuf procedió en el acto a casar a la joven con el esclavo. Diole este un beso a la novia y en seguida le dijo el cadí:

—Ahora la repudiarás y, en pago de ello, cien dinares se te entregarán.

Pero el esclavo respondió:

—No la repudiaré, por mucho dinero que me den.

Pujo el cadí la oferta más y más y el esclavo se mantuvo firme en rehusar, hasta que llegaron a ofrecerle mil dinares, si consentía en divorciarse.

Pero entonces dijo el esclavo:

—¿Por ventura el divorcio está en mi mano o en la del emir de los creyentes?

Y Abu-Yúsuf contestóle:

—De ti depende únicamente.

—Pues entonces—respondió el esclavo—por Alá que no me he de divorciar.

Enojóse grandemente al oírlo el emir de los creyentes y, volviéndose al cadí, le dijo:

—¿Cómo arreglar esto, Abu-Yúsuf?

¿No se te ocurre ningún expediente?

—¿Ye emir de los creyentes!—exclamó Abu-Yúsuf—, no te impacientes, que el

caso es muy sencillo de resolver. Regálale ese esclavo a la muchacha.

—Suyo es desde ahora—respondió el jalifa—. Yo se lo cedo como a su señora.

—¿Aceptas?—preguntó Abu-Yúsuf a la muchacha.

—Si—respondió aquella, sin tardanza.

—Pues yo, a fuer de cadí que soy—dijo Abu-Yúsuf—, fallo que debéis separaros, ya que, habiendo venido él a ser tu esclavo, queda el matrimonio anulado.

Levantóse el jalifa al oír esas palabras y exclamó:

—Hombres como tú son los que meecen desempeñar el cargo de jueces.

Y acto seguido ordenó que le trajesen una buena cantidad de oro, que llenaba sus dos manos con colmo. Y le preguntó:

—¿Tienes, por ventura, dónde guardar esa suma?

Acordóse entonces Abu-Yúsuf del saco de pienso de su mula y mandó que se lo trajesen y, en presencia del jalifa, lo llenó de oro hasta arriba. Después de lo cual despidióse del jalifa y regresó a su domicilio. Y luego que amaneció la mañana y salió de su casa, les dijo a sus amigos:

—No hay camino más llano para dominar los asuntos religiosos y profanos que el saber. Pues toda esa cantidad de dinero no la diera por resolver un par de cuestiones o tres.

Fijaos pues, bien, ¡ye los letrados!, en el sentido de esta anécdota, en que no se sabe qué admirar más: si la astucia del visir para con Harunu-r-Raschid o la discreción del jalifa o la ciencia del cadí, que resulta mayor todavía.



## HISTORIA DE JALID-BEN-ABDU-L-LAH-L-KASRI CON EL JOVEN LADRON

(Noches 209, 210 y 211)

*Una muestra de esa que hemos llamado literatura de la angustia; también en ella hay una mano en peligro y solo un milagro puede salvar al culpado inocente. Un milagro de amor para el que por amor calla. El milagro se produce y la angustia se cambia en general respiro. La nota, típicamente romántica, del acusado que calla por no descubrir el secreto de amor—por no comprometer a su dama—es muy frecuente en la literatura de tipo caballeresco y en la romántica, que es, en cierto modo, su derivación tardía. Añade patetismo a la anécdota la aparición de la muchacha que, saltando por todo, confiesa la verdad y sacrifica su honor por salvar la mano de su amante. Su rasgo, como es natural, conmueve al gualí, y los nobles enamorados salen de allí casados como Alá manda, y además ricos, como para poderse acariciar a cuatro manos, sin preocupaciones, toda su vida.*

*La anécdota pertenece, por su argumento, al grupo de las intercaladas en la historia de El alfayate, el jorobado, el mayordomo, etc., y como ellas podría incluirse bajo el epígrafe genérico de El gozo tras el dolor (Al-Far-chubadi-sch-Schiddet).*

*Añadiremos aún que Jálid-ben-Abdu-l-Lah-l-Kasri (Al-Kuschairi, en la edición de MacNaghten) era gualí de los dos Irakes (Bazra y Kufa) bajo el jálifato de Al-Hischam, el décimo de los umeayas (siglo I de la hechra).*

—Cuentan de Jálid-ben-Abdu-l-Lah-l-Kasri que era este emir de Bazra y en cierta ocasión compareció ante él un grupo de gente que llevaba detenido a un joven de gran hermosura y no menor cultura, de gallarda apostura y agraciada figura, que además exhalaba de su persona un grato aroma y mostraba en su rostro una expresión singular de calma y serenidad.

Presentáronsele a Jálid y este preguntóles qué era lo que había hecho aquel joven.

—Este mocito—le dijeron—es un audaz ladrón, que ayer asaltó nuestro domicilio y nos despojó.

Miró Jálid al mozo y quedóse maravillado al verlo tan hermoso y agraciado. Y en el acto ordenó a sus aprehensores:

—Apartaos y dejad libre el paso.

Luego indicó al joven que se le acercara y le preguntó qué era lo que le pasara.

—Esa gente—declaró el joven—dice la verdad y el caso es tal como ellos han dicho, sin que yo pueda desmentirlos.

Permaneció Jálid callado una hora, pensando y cavilando. Luego hizo que se le acercara todavía más el muchacho y le dijo:

—Tu confesión les da a los testigos la razón y, sin embargo, yo no paso a creer que seas un ladrón y sospechoso, que en el fondo de esa historia se esconde alguna otra cosa. Así que te ruego me lo cuentes todo en secreto.

—¡Ye el emir!—dijo el joven—. No tengo que declarar más que lo que declaré ya ni tengo otra historia que contar, sino la de que asalté en realidad la casa de mis demandantes y arramblé con todo lo que hallé por delante, hasta que ellos me cogieron y, asiendo de mí, me trajeron aquí.

Oído que hubo aquello, dio orden Jálid de que lo metieran preso y le pusieran hierros.

Y, al verse el joven en ese estado,

empezó a suspirar y llorar y recitó estos versos:

—Con cortarme la mano,  
¡ye Jálid!, me amenazas  
si la verdad no cuento  
de esta historia nefasta.  
Pues córtamela—digo—  
por callar, que si hablara  
y su amor revelase,  
fuera mayor mi falta  
y más justo sería  
entonces el cortármela.  
Que el perder esa mano  
de ladrona culpada,  
es para mí más leve,  
mucho menos me espanta,  
que el hecho de portarme  
mal con la que me ama  
y exponerla al ludibrio  
y a la pública infamia.

Oyeron estos versos los carceleros y fuéronle a Jálid con el cuento. Y Jálid, luego que se hizo de noche, mandó que llevaran a su presencia al joven. Luego que compareció ante Jálid el presunto ladrón enredóse con él en conversación y pudo comprobar que era un chico despejado, culto y bien educado y con grandes conocimientos literarios.

Dio orden de que le sirviesen de comer y comió el muchacho, y, por espacio de una hora, estuvieron ambos conversando. Y en el curso de su palique díjole Jálid al buen mozo:

—Sé muy bien que hay otra historia en el fondo de la del robo. Así que, luego que amanezca la mañana y la gente y el cadí se presenten y yo te interroge sobre el latrocinio, tú lo negarás y declararás algo que te exima de la pena de la amputación de la mano. Pues ya dijo el profeta (sean con él la oración y la paz): «No juzguéis por indicios nada más.»

Luego de eso mandó el emir que volviesen a la cárcel al preso...

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

## PERO LA NOCHE 210 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que Jálid, después de conversar con el joven, dio la orden de que lo restituyesen a la cárcel. Transcurrió luego la noche y, venida que fue la mañana, acudió la gente en tropel, sin que en toda Bazra hubiese hombre o mujer que no corriese al lugar del suplicio, para presenciar el castigo del bandido.

Montó Jálid en su mula y, seguido de los notables de la ciudad y de la gente vulgar, marchó también allá e hizo compadecer a los cadies y también al procesado, que se presentó cargado de cadenas y con la cara roja de vergüenza, de suerte que no hubo entre todos los presentes quien no llorase por él y lo compadeciese.

—Estos comandantes—dijole el cadí—pretenden que entraste en su domicilio violentamente y les robaste todos sus bienes. Declara si es verdad o si robaste sin premeditación ni intención.

—Robé deliberadamente—respondió el joven—, con plena conciencia de lo que hacia y sabiendo a lo que me exponía.

—¿No sería—insinuó el cadí—que tus comandantes te habrían perjudicado en algo y te tomaste la justicia por tu mano?

—Nada de eso—respondió el muchacho—, que todo lo que les robé era de su propiedad absoluta y yo no tenía sobre ello el menor derecho.

Fue tanta la cólera de Jálid al oír aquello que se levantó de su asiento y se fue hacia el reo y, con su propia mano, le descargó en la cara un latigazo. Y al mismo tiempo recitó estos versos:

—Se empeña el hombre imprudente  
en que se cumpla su sino,  
y así, cuando Alá lo aflige,  
le da aquello que ha querido.

Luego de eso, mandó Jálid venir al carnicero para que le cortara la mano al preso. Y vino el carnicero y sacó su cuchilla y el joven alargó su mano para que se la cercenara de un tajo. Y ya iba a hacerlo cuando de pronto se armó un gran revuelo y de entre el gentío destacó una muchacha, la cual gritó con voz esforzada:

—¡Guárdete Alá, *ye el emir respetable!* Pero no te apresures a cortarle la mano a ese joven hasta que leas este escrito.

Y así diciendo entregó a Jálid una carta; abrióla aquel y la leyó, y halló escrito en ella el siguiente poema:

«Ese joven, *¡ye Jálid!*, es tan solo  
un amante leal, cumplido,  
al que el arco de unos ojos  
lanzara un dardo buido,  
que se le clavó en el pecho,  
dejándolo mal herido.  
Yo fui quien así flechólo,  
pero recibí el castigo,  
pues también a mí sus ojos  
el corazón me han herido.  
No hagas caso, pues, *¡ye Jálid!*,  
de nada de lo que ha dicho,  
que todo se lo ha inventado  
con el fin noble y legítimo  
de guardar nuestro secreto  
y no dañar mi prestigio.  
Es ladrón de corazones  
y no ladrón de caminos;  
dale, pues, tu absolución,  
*¡ye Jálid,* te lo suplico!»

Luego que hubo leído Jálid aquella carta, apartóse de la gente y mandó a la muchacha que se acercase y procedió a interrogarla, pidiéndole detalles.

Contóle la joven toda la historia de aquel mocito, que estaba locamente enamorado de ella, lo mismo que ella de él, y, en su afán de verse a solas, habían convenido en que el joven acudiría a su casa de noche y tiraría una

china a la puerta de la casa, para avisarla a ella de su llegada.

Hizolo así el muchacho; pero quiso su mal sino que su padre y sus hermanos oyeran el ruido de la piedra y se levantarán y lo sorprendieran cuando ya había entrado en la casa.

Al verse el joven descubierto, empezó a arramblar con todas las cosas de valor que había en la habitación, para hacerles creer que era un ladrón y no infundirles sospechas de su amor. Y tan bien los engañó que en seguida asieron de él y empezaron a gritar que era un ladrón y que procedía ponerlo en manos del gobernador para que le impusiera el castigo que merecía su delito.

—Trajéronlo, pues, a tu presencia y confesó su latrocinio y persistió en ello para no descubrir nuestro secreto.

Luego que oyó a la joven, exclamó Jálid:

—En verdad que demuestra tener fuerza de voluntad para llevar a buen término su empeño. Mandó luego Jálid llamar al muchacho y lo besó entre sus

ojos y mandó después llamar también al padre de la mocita y le dijo:

—*¡Ye scheij* el respetable! Te participo que estábamos decididos a mandar cortar la mano a este muchacho, pero he aquí que Alá (loado sea su nombre) se ha servido de tal castigo librarlo. Y yo, por mi parte, he mandado gratificarle con mil dirhemes para que su mano salva los emplee en tu honor y el de tu hija, en compensación de la afrenta sufrida, y doy también a tu hija diez mil dirhemes, en recompensa por haberme informado a tiempo de toda la verdad del suceso. Y ahora, finalmente, a ti te ruego me autorices para casar a tu hija con este joven, ya que los dos se aman.

—*¡Ye emir* el respetable!—exclamó el *scheij*—. De todo corazón te doy mi venia para lo que desees.

Dio luego Jálid a Alá fervorosas gracias y pronunció una hermosa plática...

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

## Y LA NOCHE 211 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye* el rey, el afortunado, que Jálid dio a Alá fervorosas gracias y pronunció una galana plática y, volviéndose al joven, le dijo:

—Por esposa te doy desde ahora a esta joven Fulana, aquí presente, que por esposo te acepta muy de su grado y libremente, con el consentimiento de su padre, el cual la dota en diez mil dirhemes.

—De tu mano—respondió el muchacho—la tomo por esposa y como a tal la considero desde ahora.

Mandó luego Jálid que cargaran con la dote y la llevasen a casa del joven, metida en cofres.

Dispersóse luego la gente y todos iban muy contentos y satisfechos. Y en verdad que no se ha visto día más singular, que empezó con llanto y duelo y terminó con alegría y contento.



## HISTORIA DE ABU-MOHAMMED-L-KASLAN Y AR-RASCHID

(Noches 211 a 218)

*Historia encaminada a demostrar el poder incontrastable del sino. Todo lo que pasa estaba de antemano escrito. «Si está escrito que me mates—parece decirle Schahrasad a su regio oyente—, me matarás; pero si no, me salvaré de tus manos, pese a todo tu soberano poder.» Y todo hace pensar que no está escrito y que el sino protege a Schahrasad.*

*Todo pende del sino o, en otros términos, de la gracia de Alá, que «es poderoso sobre toda cosa y concede sus favores a aquel que quiere de entre sus siervos», y así el indolente Al-Kaslán, el gandul incorregible, el hombre inútil, incapaz de mover una mano para espantar una mosca, ese precursor oriental del ruso Oblomov, de Goncharov (los rusos son también orientales), llega a verse rico y poderoso, sin haber puesto nada de su parte; es el prototipo del musulmán perfecto, que pone toda su confianza en Alá y todo lo espera de la gracia; el contemplativo, que no tiene fe alguna en la acción y aguarda que la fortuna, si quiere, se le entre por las puertas, y se le entra, efectivamente, sin que se haya molestado en llamarla. Representa así la filosofía quietista, de origen búdico, frente a Simbad, el marino, exponente de la filosofía del esfuerzo, de raíz claramente helénica. La historia de este holgazán, enriquecido por obra de la gracia, tiene un sabor de ejemplo y de parábola evangélica. Kaslán confía en Aquel que alimenta a los pájaros y viste a los lirios de un ropaje más espléndido que la túnica de Salomón. Pero la historia de Al-Kaslán tiene dos caras: una, quietista, y otra, dinámica y energética. Llega un momento en que el sino cambia de parecer y envía al indolente, ya rico, a ese genio en figura de mono travieso y corretón que, al escapársele, saca a Al-Kaslán de su casa y es*

*causa de que aquel despliegue un dinamismo insospechado y se meta en unas aventuras y unos trabajos de caballero andante que le valdrán riquezas fabulosas, gloria, poder salomónico sobre los genios y el amor de una mujer sin tacha, con lo que la moraleja de la historia queda sin decidir.*

*En la versión Mardrus-Prometeo lleva este cuento el título parafraseado de Historia del joven holgazán, y en ella el epíteto de Al-Kaslán aparece interpretado Huesos blandos, con evidente impropiedad, pues significa a la letra el nalgudo o fondón—designación alegórica del perezoso—, según puede verse en la docta disertación que sobre ese vocablo trae el sabio orientalista Schultens, en su traducción comentada a los Proverbios, de Salomón.*

—Cuentan de Harunu-r-Raschid que estaba cierto día sentado en su trono de jalifa cuando entró hasta él un esclavo, del número de los castrados, llevando una corona de oro, incrustada de perlas y de toda clase de piedras preciosas, de una riqueza tal que no habria dinero para poderla comprar.

Y el muchacho, luego de besar la tierra entre las manos del jalifa, le dijo:

—*¡Ye emir de los creyentes! La señora Sobeida besa entre tus manos la tierra y te manda a decir «que ya sabes cómo ella mandó hacer esta corona y que necesitaba una perla gorda para ponérsela de remate y rebuscó en su joyel y no encontró una perla así en él que respondiera a lo que ha menester».*

Oído que hubo aquello dijoles el jalifa a sus chambelanes y sus visires y sus emires:

—Buscadme por ahí una perla grande, según la desea mi señora Sobeida.

Procedieron aquellos al punto a buscar la perla, pero por más que la buscaron en ninguna parte la hallaron.

Hiciéronle saber al jalifa el fiasco y a este se le encogió el pecho y les increpó, diciendo:

—¿Cómo es posible que sea yo todo un jalifa y rey de los reyes de la tierra y no pueda hacerme de una perla? ¡Guay de vosotros! Andad y preguntad

a los mercaderes, por si alguno de ellos la tiene.

Fueron, pues, sus visires a interrogar a los mercaderes y estos les dijeron:

—Esa perla gorda que vuestro señor el jalifa ambiciona solo podrá hallarse en poder de un mercader de Bazra, que se llama Abu-Mohammed-l-Kaslán, y es inútil buscarla en Bagdad.

Fuéronle luego sus visires al jalifa con aquella noticia y aquel mandóle a Châfar, su gran visir, le escribiese una carta al emir Mohammedu-s-Sobeidi, guali de Bazra, ordenándole le enviase inmediatamente a Abu-Mohammed, *El Fondón*, convenientemente equipado, y entrególe la misiva a Mesrur, el cual la tomó, y fue luego a llevársela a Mohammedu-s-Sobeidi, el guali de Bazra.

Y el guali recibió a Mesrur con todos los honores y lo colmó de atenciones y luego que aquel le leyó la orden del jalifa, exclamó el guali:

—Oír es obedecer.

Y en el acto asignóle a Mesrur un piquete de hombres armados para que lo acompañasen a casa de Mohammed-l-Kaslán, adonde se encaminaron sin tardar.

Y llegaron a la casa y llamaron a la puerta, y salió a abrirles un criado, que les preguntó qué era lo que deseaban.



—Dile a tu señor—respondióle Mesrur—: El emir de los creyentes te manda vayas a verlo inmediatamente.

Pasó adentro el esclavo y transmitió a su señor el recado. Y Al-Kaslán salió en seguida y, al encontrarse con Mesrur, el macero del jalifa, y aquellos armados que lo acompañaban, besó la tierra y dijo:

—Oigo y obedezco la orden del miramamolín; pero antes te ruego quieras honrar mi casa pasando adentro.

—Bueno—respondió Mesrur—, pero solo ha de ser un momento, pues el emir de los creyentes nos aguarda impaciente.

Y Mohammed-I-Kaslán le dijo:

—Aguarda solo un instante a que arregle mis asuntos, antes de emprender el viaje.

Entraron, pues, Mesrur y sus hombres con él en la casa y atravesaron un zaguán cubierto de tapices de brocado azul, con incrustaciones de oro rojo, y Abu-Mohammed mandó a uno de sus esclavos que condujese a Mesrur al baño. Y dizque era aquel un alhama particular dentro de la casa, y sus paredes, lo mismo que el piso, eran de mármoles preciosos y raros, con incrustaciones de oro y plata, y el agua estaba con agua de rosas mezclada.

Sirviéronle los criados a Mesrur y sus hombres con un servicio perfecto, y, al salir del *hammam*, vistiéronles sendos trajes de honor, de tela de brocado, con hilillo de oro, de un trabajo primoroso.

Y Mesrur y sus hombres pasaron luego a ver a Mohammed-I-Kaslán y lo hallaron sentado en su algofra del piso alto, y por encima de su cabeza colgaban tapices de almocaza <sup>1</sup> de brocado de oro, con incrustaciones de aljófar y pedrería, y los almadragues del estrado estaban en oro rojo recamados.

Y el dueño de la casa estaba allí tranquilamente sentado en un sitio que lucía incrustaciones de valiosa pedrería, y al ver a Mesrur levantóse de su asiento y le salió al encuentro y le dio la bienvenida y lo sentó a su vera en el estrado.

Mandó luego a sus criados que les sirviesen la mesa, y Mesrur, al verla, exclamo:

—¡Por Alá, que nunca vi servicio de mesa como este ni en el alcázar del propio emir de los creyentes!

Pues dizque la vajilla era toda de china sobredorada y los manjares de los más exquisitos que pudieran de-searse.

Y comieron y bebieron y se refocilaron y holgaron hasta que el día fue finado.

—Y entonces—contaba Mesrur—dionos el anfitrión a cada uno de nosotros cinco mil dinares y a la mañana siguiente nos obsequió a todos con sendos trajes de honor, verdes, con bordados en oro, y nos hizo objeto de toda suerte de finezas y atenciones.

Y Mesrur le dijo:

—No podemos detenernos aquí más tiempo, para no caer en el enojo del emir de los creyentes.

A lo que *El Fondón* le respondió: —No te apures, señor, y estate aquí hasta mañana, para que podamos equiparnos de un modo conveniente, y entonces partiremos sin más tardanza.

Quedáronse, pues, allí Mesrur y sus hombres hasta el día el siguiente, y, luego que amaneció la mañana, ensillaron los criados de Al-Kaslán una mula para su amo y dizque tanto la montura como los estribos eran de oro con incrustaciones de aljófar y rica pedrería, al ver lo cual Mesrur se maravilló y para sus adentros pensó:

«En cuanto vea el jalifa tal boato preguntará a su dueño de dónde le ha venido todo esto.»

Despidiéronse luego de Mohammed-

<sup>1</sup> Forma romanceada del árabe *Al-Mokaz*, que designa esa clase de tela.

du-s-Sobeidi, el guali, y salieron de Bazra y fueron cabalgando sin parar hasta que llegaron a Bagdad.

Pasaron en seguida a presencia del jalifa y este invitó a Mohammed, *El Fondón*, a que se sentase, y Mohammed se sentó y, expresándose en frases pulidas, le dijo al jalifa:

—*¡Ye emir de los creyentes! He traído conmigo algunos presentes en señal de acatamiento reverente. ¿Me das tu venia para que te los muestre?*

—No hay mal en ello <sup>2</sup>—respondióle el emir de los creyentes.

Y entonces Abu-Mohammed mandó que le llevasen un arca y, luego que la tuvo delante, la abrió y sacó de ella un sinnúmero de raras alhajas, entre otras un manzano con el tronco de oro y las hojas de amaranto, y los frutos de rubíes color de sangre de pichón, y topacios gualdos y brillantes de brillo diáfano.

Y aún no saliera de su asombro el jalifa cuando el mercader mandó que le llevasen otra arca y la abrió y sacó de ella un alfaneque con los paños bordados, rematados en perlas y rubíes y esmeraldas y topacios, amén de otras gemas, los postes de madera olorosa de procedencia indiana y las caídas de sus paños guarnecidas de esmeraldas blancas <sup>3</sup>. Y Abu-Mohammed-I-Kaslán, dirigiéndose al jalifa, le dijo estas palabras:

—*¡Ye emir de los creyentes! No va-*

yas a pensar que yo te traje estos presentes movido de temor ni de ambición, sino únicamente porque recapacité que yo soy un hombre de clase modesta y solo al emir de los creyentes convienen joyas como estas. Pero, además, si me otorgas tu venia, te podré recrear mostrándote algo de lo que en mi poder está realizar.

—Haz como quieras—respondió el jalifa—. Yo quedo desde ahora a la expectativa.

Fue luego Abu-Mohammed y movió sus labios y le hizo una seña a las vigas de la techumbre del alcázar y aquella al punto se inclinó hacia él, y a otra seña que le hizo volvióse a su sitio.

Quedóse el jalifa asombrado ante aquel espectáculo y su admiración no pudo ser mayor, de suerte que exclamó:

—*¿De dónde te vienen todos estos poderes, siendo así que no pasas de ser Abu-Mohammed, el mercader, y tu padre, según me han dicho, era un simple barbero del hammam, y, al morir, no te dejó ningún capital?*

—*¡Ye emir de los creyentes!—dijole Al-Kaslán—, dignate escuchar mi historia, que es bien singular...*

Pero al llegar a este paso de su narración vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 212 CONTINUO DICIENDO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que Abu-Mohammed-Al-Kaslán le dijo al jalifa:

<sup>2</sup> Frase estereotipada: *La bas bi-zlika*.

<sup>3</sup> *Sic*. El doctor Steingass supone un error del copista, que puso *abyaz*, blanco, en vez de *hazar*, verde.

—*¡Ye emir de los creyentes! Escucha mi historia, que es muy singular, y mi caso, que no tiene nada de vulgar. Y si se escribiera con una aguja en el rabillo del ojo daría materia de pensar a los que son capaces de reflexionar.*

—*¡Ye Abu-Mohammed!—dijole*

Ar-Raschid—. Cuéntame tu cuento y di lo que tengas que decir.

Oído lo cual, dijo Al-Kaslán:

—Has de saber, ¡ye emir de los creyentes! (así Alá tu gloria y tu poder haga durar), que los viejos saben que yo me llamo Abu-Mohammed-l-Kaslán y que mi padre, al morir, no me dejó ningún capital, pues no era, según tú acabas de recordar, más que un simple alfajeme del *hammad*.

Ahora bien: era yo de chico, a la verdad, el niño más gandul que en toda la tierra se pudiera encontrar, y para que te puedas formar una idea de hasta dónde llegaba mi pereza, te diré que cuando, en los días de mucho calor, estaba yo durmiendo y me daba el sol, no tenía ánimos para levantarme y mudar de sitio y buscar la sombra para resguardarme.

De esta conformidad alcancé los quince años de mi edad, murió luego mi padre en la misericordia de Alá (glorificado sea su nombre) y no me dejó nada el pobre. Encargóse de mí mi madre, que se ganaba la vida sirviendo de criada, y ella me daba de comer y de beber, en tanto yo me pasaba los días tumbado a la bartola y llevaba una vida birlonga.

Mas sucedió cierto día que mi madre vino a buscarme, llevando en la mano cinco dirhemes de plata, y me dijo:

—¡Ye hijo mío!, hanme dicho que el *scheij* Abu-l-Mozáfer <sup>4</sup> tiene intención de emprender un viaje al país de Az-Zin.

Y hay que advertir que aquel *scheij* era un hombre muy caritativo con los pobres y, en toda la acepción de la palabra, un buen hombre.

—¡Ye hijo mío!—siguió diciendo mi madre—. Toma estos cinco dirhemes y ven conmigo a verle y pídele que con este dinero te merque algo de lo que en el país de Az-Zin encuentre, que acaso

Alá (glorificado sea por siempre) se sirva depararte una buena ganancia, por obra y gracia de su bondad.

Estaba yo, como siempre, tumbado y, por pura pereza, me negué a levantarme y a ir allá con mi madre.

Y mi madre se enfadó tanto que juro por Alá que en lo sucesivo no me daría más de comer ni beber ni cuidaría de mí, dejando que me muriera de hambre y de sed. Al oír yo su juramento, ¡ye emir de los creyentes!, tuve por seguro que me había de morir de inanición, pues harto me constaba mi haragana condición. Exclamé contrito:

—Ayúdame a incorporarme.

Ella me ayudó, y yo me eché a llorar y, llorando, le dije:

—Dame los borceguies.

Trájomelos ella y yo le supliqué:

—Anda y méteme en ellos los pies.

Hízolo así ella y me calzó. Después de lo cual tornéle a suplicar:

—Sosténme, madre mía, para que pueda andar.

Sostúvome ella y eché a andar y no paré de andar, enredándome en los picos de la ropa los pies, hasta que llegamos a la orilla del mar.

Hallamos allí al *scheij* Abu-l-Mozáfer y lo saludamos con la paz, y luego yo le dije:

—¡Ye tío mío! ¿Eres tú Abu-l-Mozáfer?

—Cierto que sí—respondió el *scheij*.

—Pues toma estos cinco dirhemes—dijele yo—y cómprame con ellos algo en el país de Az-Zin, a ver si, con el favor de Alá, me pueden alguna ganancia reportar.

Volvióse Abu-l-Mozáfer a sus compañeros y les preguntó:

—¿Conocéis, acaso, a este muchacho?

—Sí—respondieron aquellos—. Este es Abu-Mohammed-l-Kaslán, aunque, a la verdad, no le vimos nunca fuera de su casa hasta ahora, pues no sale nunca de su concha.

<sup>4</sup> Padre del victorioso.

—¡Ye hijo mio!—me dijo el *scheij*—, dame esos dirhemes y que Alá los bendiga y te los multiplique con ganancia crecida.

Tomo, pues, los cinco dirhemes y exclamó:

—En el nombre de Alá (exaltado sean su poder y su majestad).

Torneme acto seguido con mi madre a nuestro domicilio. Y el *scheij* Abu-l-Mozáfer emprendió su viaje, en unión de otros mercaderes, y navegó su nave hasta que llegó, al fin, al susodicho país de Az-Zin. Ya allí, procedió el *scheij* a vender y comprar, hasta que, despachados sus asuntos, se dispuso a regresar.

Hicieron todos a la mar y navegaron tres singladuras, cumplidas las cuales dijoles el *scheij* a los que iban con él en la nave:

—Hay que volver atrás.

—¿Por qué?—le preguntaron.

Y el *scheij* les respondió:

—Pues porque se me olvidó cumplir el encargo que Abu-Mohammed-l-Kaslán me dio. Así que no hay más remedio que tornar al puerto para que yo le merque a ese muchacho algo con lo cual pueda lucrarse y medrar.

—Por Alá, te rogamos—dijéronle los demás mercaderes—que no nos hagas volver atrás, que ya llevamos mucho trecho andado, y el desandararlo ahora supondría no pocas molestias y daños.

—Pues no hay más remedio que hacerlo así—insistió el *scheij*.

Y los otros mercaderes, a su vez, le dijeron:

—Nosotros te daremos doble de la ganancia que pudieran reportarle esas cinco dracmas, pero no nos obligues a desandar estas tres jornadas.

Accedió el *scheij* a sus ruegos y ellos le entregaron una fuerte suma de dinero.

Y zanjado así el pleito siguieron navegando hasta que llegaron a una isla, al parecer muy poblada, y fondearon

en su rada y los mercaderes saltaron a tierra con el fin de comprar mercaderías diversas: metales y perlas y otras cosas, a más de estas.

Y Abu-l-Mozáfer hubo de reparar en un hombre que estaba allí sentado, rodeado de muchos monos, entre los cuales había uno todo pelado. Y era el caso que, en cuanto se distraía su amo, ya estaban los otros monos metiéndose sin compasión con el mono pelón, al que pegaban y achuchaban, sin lograr achicarlo; pues tampoco él se estaba quieto, sino que se defendía con mucho denuedo. Con lo que sus enemigos enfurecíanse aún más contra él y tornaban a acometerlo y zumbarle con más brio que antes.

Sintió el *scheij* Abu-l-Mozáfer compasión del mono pelón y, encarándose con su dueño, le preguntó:

—¿Me vendes ese mono?

Y el dueño le respondió:

—¿Cuánto me das por él?

—Mira—dijole Abu-l-Mozáfer—, tengo en rehén cinco dracmas de un huérfano; ¿me darías el mono por ese dinero?

—Trato hecho—respondióle el dueño—. Venga el dinero y que Alá te bendiga.

Y tomando el dinero de manos del *scheij* dióle a su vez el mono, del cual se hizo cargo un servidor del anciano y lo ató a un palo del barco.

Levaron luego anclas y reanudaron la marcha y fueron navegando sin parar hasta que llegaron a otra isla, donde fondearon.

Y luego los buzos que exploran los bancos de perlas se sumergieron en el mar para ir las a buscar.

Vio el mono lo que hacían y luego se soltó de sus ataduras y, a imitación de los buzos, se sumergió en lo profundo.

Al ver aquello Abu-l-Mozáfer exclamó:

—¡Solo en Alá residen el poder y la fuerza! He aquí que se nos escapó ese

mono que habíamos comprado para aquel muchacho. Perdido es nuestro trabajo.

Desesperaban todos de que volviera el mono; pero he aquí que llegó el momento de que los buzos subieran a la superficie y entre ellos vieron subir también al mono, el cual traía en su mano unas cuantas perlas rarísimas y se apresuró a echárselas en la mano al *scheij*, que, como es natural, quedóse estupefacto.

Y exclamó:

—Sin duda que este mono encierra algo de misterioso.

Levaron luego anclas y se hicieron de nuevo a la mar y bogaron por ella hasta llegar a una isla que llaman isla Senuch<sup>5</sup>, la cual está habitada por negros que se alimentan de carne humana.

No bien los negros los vieron luego se adelantaron hacia ellos en lanchas y los acometieron y los despojaron de cuanto llevaban en el barco y, además,

los ataron y se los llevaron a presencia de su soberano.

Mandó aquel que en seguida sacrificaran a parte de los mercaderes y los sacrificaron y se los comieron, y a los demás los metieron en la cárcel, donde estaban poseídos de inquietud y aflicción grandes.

Pero luego que se hizo de noche fue el mono y levantóse y se acercó al *scheij* Abu-l-Mozáfer y le desató sus ligaduras, y al ver aquello los demás mercaderes exclamaron a una:

—¡Ye Abu-l-Mozáfer, quién sabe si Alá querrá servirse de ti para que nos salves!

—Habéis de saber—díjoles el *scheij*—que quien me ha salvado a mí, por disposición de Alá (exaltado sea), ha sido este mono, aunque extraño os parezca...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y cortó el hilo de sus elocuentes palabras.

## Y LA NOCHE 213 CONTINUO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Tengo entendido que Abu-l-Mozáfer dijo a sus compañeros:

—Quien a mí me salvó, por disposición de Alá, fue este mono y nadie más. Y así quiero recompensarle con mil dinares.

—Y nosotros también—dijeron los demás mercaderes—le daremos cada uno la misma cantidad si nos logra salvar.

Fuese entonces el mono hacia ellos y procedió a desatarlos, uno después de otro, hasta que los dejó libres de sus cadenas a todos.

Luego que se vieron libres los mercaderes corrieron a su barco y saltaron

a bordo y, desplegando las velas sin tardar, diéronse a la mar.

Díjoles entonces Abu-l-Mozáfer:

—¡Ye comerciantes!, cumplid la promesa que hicisteis al mono.

—Oír es obedecer—replicaron todos.

Y en el acto cada uno de ellos entregó al mono los mil dinares prometidos, de suerte que, en un abrir y cerrar de ojos, vióse rico el mono.

Continuaron luego los mercaderes su travesía sin ningún contratiempo, hasta que al fin llegaron a la ciudad de Bazra y fondearon en el puerto.

Luego que saltó a tierra, preguntó Abu-l-Mozáfer:

—¿Dónde está Mohammed-l-Kaslán?

—Aquí estoy—respondí yo, que había

<sup>5</sup> Isla de los negros o de los etíopes, Zanzíbar, la Zingis o Zingisa de Ptolomeo.

acudido al puerto al llegar la embarcación.

Al verme el mercader, exclamó:

—¡Bien haya aquel que con sus dirhemes fue la causa de mi salvación y la de estos mercaderes, por disposición de Alá! (sea exaltado su nombre por siempre jamás).

Y después me dijo:

—Toma este mono que merqué para ti y llévate a tu casa y aguardame allí, que luego iré a verte, después que despache los asuntos más urgentes.

Fuime yo a mi casa con el mono y me senté, y, sentado estaba, cuando se presentaron allí unos esclavos de Abu-l-Mozáfer y me dijeron:

—¿Eres tú, por ventura, Mohammed-l-Kaslán?

—Yo soy, a la verdad—les contesté.

Llegó entonces el propio mercader, que venía tras de ellos, y yo, al verlo entrar, me levanté y le besé las manos. Y él me dijo:

—¡Vente en seguida a mi casa!

—Oír es obedecer—le respondí y hasta su casa le seguí.

Luego que entramos en la casa dio orden Abu-l-Mozáfer a sus esclavos de que le llevasen el dinero en el acto. Hiciéronlo así ellos y el *scheij*, encarándose conmigo, me dijo:

—Ye hijo mío, aquí tienes la ganancia con que Alá se sirvió favorecerte, a cuenta de tus cinco dirhemes.

Mandó luego a sus esclavos que guardasen el dinero en varias arcas y se las cargaron sobre sus cabezas y me dio las llaves de ellas, diciéndome:

—Marcha delante de esos esclavos y vete a tu casa, con la paz, que tuyo es todo ese caudal.

Fuime, pues, a mi domicilio y mi madre, al ver aquel dinero, alegróse muchísimo y me dijo:

—Ye hijo mío. ¡Alá te ha enriquecido con todo ese capital! Sacude ahora tu pereza y vete al zoco y dedícate a vender y comprar.

Di yo de lado a mi pereza y me fui al zoco y abrí allí una tienda y me senté allí, teniendo al mono junto a mí.

Y cuando yo comía, comía él conmigo, y, cuando bebía, bebía él también; pero todos los días, cuando amanecía, iba y desaparecía y no volvía a versele hasta mediodía, y siempre que tornaba de sus ausencias traía consigo mil dinares y me los dejaba allí, a mi lado, y se sentaba a mi vera.

Y así siguió haciendo por espacio de mucho tiempo, hasta que, por ese medio, llegué a reunir caudales sin cuento. Y sucedió un día de los días que, estando yo sentado en mi tienda, con el mono a mi vera, empezó este a mirar a derecha e izquierda, cosa que me chocó y me hizo pensar: «¿Qué buscará?»

Y en aquel momento dotó Alá al mono de palabra y empezó a gritar diciendo:

—¡Mohammed!

Al escuchar mi nombre me entró un susto muy grande. Pero el mono me dijo:

—No tengas miedo, Mohammed, que voy a contarte quién soy. Has de saber que yo soy un genio y he venido a ayudarte y a sacarte de la miseria en que te había puesto tu pereza, y a fe que lo he hecho, pues hoy posees tanto caudal que ni siquiera lo puedes contar. Pero ahora tengo que pedirte un favor que ha de redundar en bien de los dos.

—¿Qué es lo que deseas?—preguntéle yo.

—Pues lo que yo quiero—dijo el genio—es que te cases con una jovencita que por su hermosura parece una luna.

—¿Y cómo va a ser eso?—preguntéle yo.

Y el genio me contestó:

—Mañana te pondrás tu mejor traje y montarás en tu mula, de silla dorada, y te encaminarás al zoco de los forrajeros y preguntarás por la tienda del

*scherif* <sup>6</sup>, y, luego que lo sepas, te dirigirás a ella y hablarás con el *scherif* y le dirás: «Vengo a pedirte la mano de tu hija, por la que siento una pasión vivísima.»

Puede que él te diga: «Tú no tienes dinero bastante para casarte con mi hija ni tampoco prestigio ni alcurnia.»

Si así te dijere, tú, sin inmutarte, le darás mil dinares. Y si él te dice: «Dame más», tú se lo darás e irás aumentando la oferta, hasta contentarlo.

—Oír es obedecer—le contesté—. Mañana mismo, si Alá quiere, haré lo que pretendes.

Y con efecto—dijo Mohammed-l-Kaslán—, al otro día por la mañana me vestí mi traje de gala y monté en mi mula de silla dorada y me dirigí al zoco de los forrajeros y pregunté por la tienda del *scherif*, y, luego que me la indicaron, encaminéme allí y hallé en ella el *scherif*, que estaba sentado.

Al verlo, me apeé luego de mi mula y lo saludé y me senté junto a él.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

## Y LA NOCHE 214 SIGUIO CONTANDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que Abu-Mohammed-l-Kaslán dijo:

—Apeéme de mi mula y fui a saludarlo y me senté a su lado.

Y hay que hacer constar que llevaba yo conmigo diez criados, entre mamelucos y esclavos.

Al verme el *scherif* me habló así:

—¿Se te ofrece, por ventura, alguna cosa en que yo te pueda servir?

—Sí—le respondí.

—¿Y qué es ello?—preguntóme el *scherif*.

—Lo que aquí me trae—le respondí—no es otra cosa sino que vengo a pedirte a tu hija por esposa.

—¡Pero si no tienes dinero, ni alcurnia, ni familia!—exclamó él, con desdén.

Pero yo le respondí echándole un bolso con mil dinares en oro rojo:

—Esta es mi alcurnia y mi familia. Y ya sabrás que el Profeta de Alá

(sobre él la oración y la paz) dijo: «La mejor ejecutoria de nobleza es la riqueza.» Y qué bien dijo el poeta:

«Amigos, en este mundo  
aquel que varea plata,  
¡qué pico de oro que tiene!  
¡Y qué sentencias derrama!  
Acuden todos a oírlo  
y su parecer acatan,  
y se hacen lenguas de él  
¡y de su lengua tan sabia!  
¡Pero quitadle el dinero  
y veréis en lo que para!  
Que el rico, aunque se equivoque,  
no hay quien su yerro rebata.  
Y todos dicen: “¡Qué acierto  
resplandece en tus palabras!”  
Mientras que el pobre, aunque diga  
la verdad, suena a patraña  
en sus labios, y son todos  
a llevarle la contraria.  
Pues sabido es que doquiera  
Fortuna al hombre engalana  
de prestigio y hermosura,  
y da lengua al que su gala  
en ser elocuente cifra,  
y para cubrir hazañas  
da valor al que de bravo  
aspira a lograr la fama.»

Luego que oyó el *scherif* tales palabras bajó su cabeza y guardó silencio

<sup>6</sup> Noble. Título honorífico que ostentan los descendientes de Mahoma.

una hora entera. Después alzó la frente de nuevo y me dijo:

—Si tanto empeño tienes en casarte con mi hija, has de darme otros tres mil dinares encima.

—Oír es obdecer—le contesté. Y en el acto despaché a casa a varios de mis criados por el dinero y, luego que volvieron y el *schérif* vio el dinero, levantóse de su asiento y ordenó a sus criados que cerrasen la tienda y él pasó a invitar en su casa a los amigos del zoco y, en presencia de ellos, hizo extender la partida de casamiento y me la entregó, diciendo:

—Dentro de diez días te entregaré a mi hija.

Tornéme yo a casa la mar de contento y, quedándome a solas con el mono, procedí a contárselo todo. Y el mono, después de oírlo, me dijo:

—Lo has hecho todo como era debido.

Luego que estuvo próximo a expirar el plazo que fijaba el *schérif*, díjome el mono así:

—Tengo que pedirte un favor, *¡ye* mi señor!, y haz cuenta que si me complaces en lo que te diga, haré yo en tu obsequio cuanto tú me pidas.

—Dime: ¿de qué se trata?—exclamé yo.

Y el mono continuó:

—Has de saber que en casa del padre de tu mujer, en la sala por donde has de pasar para llegar a la alcoba, hay una alacena con un candado de metal

y la llave está colgada del aro. Cogéras tú la llave y abrirás la alacena y hallarás en ella un cofre de hierro, en cuyos picos verás cuatro figuras talismánicas, y en medio de ellas una fuente llena de oro, con colmo. Y a su lado verás once serpientes y en el centro de la fuente un gallo, todo blanco, allí atado. Y a un lado del cofre verás un puñal.

Cogerás tú el puñal y matarás al gallo y arrancarás los talismanes y volcarás el arca.

Y luego que hayas hecho todo eso pasarás a ver a la desposada y yacerás con ella y le arrebatarás la flor de su virginidad.

Esto es, mi señor, todo lo que te pido por favor.

—Oír es obedecer—respondí yo.

Marchéme luego a casa del *schérif* y atravesé la sala indicada y vi la alacena, cuya descripción el mono me hiciera. Y luego que me dejaron solo con la novia maravilléme y me holgué mucho de poderla llamar mi esposa.

Luego que se hizo medianoche y mi esposa se quedó dormida, levantéme del lecho y me dirigí a la sala referida y cogí las llaves y abrí la alacena con ellas y tomé el puñal y maté al gallo, según el mono me había indicado, y arranqué los talismanes...

Pero al llegar a este paso de su relato vio Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 215 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mí noticia, *ye* monarca, el afortunado, que Abu-Mohammed-l-Kaslán dijo:

—Luego que maté al gallo y arranqué los talismanes y volqué el arca, desper-

tóse la desposada y abrió los ojos y miró hacia la alacena y la vio abierta y vio también muerto al gallo y exclamó:

—¡En verdad, no hay gloria ni poder



sino en Alá!, el excelso y el grande! He aquí que al cabo soy presa del Malo.

No bien profiriera esas palabras cuando el precito irrumpió en la casa y se llevó, raptada, a la novia.

Armóse, por efecto de ello, el consiguiente revuelo y el *scherif* entró en la habitación y, aporreándose el rostro y encarándose conmigo, exclamó:

—¡Ye Mohammed! ¿Este es el pago que nos das por haberte acogido con tanta bondad? He aquí que yo habia hecho esos talismanes para defender a mi hija de los asedios del maldito, que llevaba rondándola seis años seguidos, sin lograr raptarla, porque yo, con esos ensalmos, tenialo a raya. Y ahora, por tu culpa, ha podido robármela. Vete, pues, ahora mismo de mi casa y no vuelvas a ponerte al alcance de mi mirada.

Fuime, pues, yo corriendo a mi casa, y busqué al mono por todos los rincones y no pude hallarlo por ninguna parte. Entróme entonces pesadumbre grande y rasgué mis ropas y me abofeteé el rostro y se me hizo chica la tierra, y me salí de casa desalado y empecé a vagar por esos campos.

Y no paré de andar hasta que oscureció y no sabía dónde recogerme a descansar y seguía vagando con el espíritu preocupado, cuando he aquí que, al pasar por cierto lugar, hube de ver dos serpientes, una de color oscuro y la otra blanca, las cuales estaban en lucha enzarzadas.

Al ver yo aquello cogí una piedra del suelo y maté con ella a la serpiente parda, que pretendia matar a la blanca. Y esta en el acto desapareció, pero a poco volvió, trayendo consigo otras diez serpientes de su mismo color, y las once se pusieron a partir en trocitos a la otra serpiente, la muerta, hasta no dejar de ella más que la cabeza.

Después de lo cual marcháronse todas por donde vinieron y yo me tendí

a dormir en la tierra, que no podía ya más con mi alma, de cansado que estaba. Y me tendí en la tierra para reposar. Y he aquí que, estando acostado, con el espíritu preocupado, oí una voz que hendía los aires, sin que por allí se viera a nadie, y, en tono recio, recitaba estos versos:

—¡Deja, mortal, que el Poderoso rija tus pasos por el mundo!  
No atormentes tu alma inútilmente con cavilar absurdo.  
Que en menos de un abrir y cerrar de ojos, si así lo quiere Alá,  
todo cambia y se muda y en contento se trueca tu pesar.

Al oír yo aquellos versos, ¡ye emir de los creyentes!, senti gran impresión y me sumí en pensamientos graves y serios, que más no podían serlo. Y, estando así, he aquí que, a espaldas mías, sonó otra voz que, en tono recio, profecía estos versos:

¡Alégrese tu alma, buen creyente,  
que lees,  
pues en el Libro santo nos ofrece la salvación Alá!  
Y no temas del malo la asechanza  
y sabe que el Schaitán  
no puede nada contra aquel que tiene por escudo una fe firme y leal.

Al oír yo aquellos versos interpele al que los profecía diciendo:

—Por la fe que profesas, te ruego me digas quién eres.

Mostróse luego a mi vista el recitador en forma de hombre, y me dijo:

—No temas nada de mí, que la fama de tu bondad llegó hasta nosotros, que somos genios, a decir verdad, pero de los que creen en Alá.

Así que, si tienes alguna necesidad, dímelas para que te las podamos solucionar.

—¡Ye!—exclamé yo—. Un favor y grande tengo que demandarte.

Al oírme el genio, preguntóme:

—¿Eres tú, por casualidad, Mohammed-I-Kaslán?

—El mismo soy—respondí yo sin vacilar.

—Pues bien—me dijo el genio—: has de saber, ¡ye Mohammed!, que yo soy hermano de la serpiente la blanca que estaba luchando con la parda y a la que tú libraste del peligro, matando a su enemigo.

Y has de saber que nosotros somos cuatro hermanos, hijos de un mismo padre y una misma madre, y los cuatro estamos muy agradecidos al servicio que nos has prestado.

Y has de saber también que, aquel que, en forma de mono, te jugó esa mala partida, pertenece al número de los genios rebeldes y precitos, y, si no hubiera apelado a ese ardid, jamás ha-

bría podido nada contra ti ni logrado raptar a tu esposa, a la cual hacía mucho tiempo que codiciaba, sin poder lograr su deseo, pues esos talismanes lo tenían a raya y, de haberse aquellos mantenido intactos, nunca su mala intención con la muchacha habría consumado.

Más no temas tú ahora, que nosotros te llevaremos a donde está tu esposa y daremos muerte a ese maldito, y así, el bien que nos hiciste, no será perdido.

Y acto seguido lanzó un gran grito...

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 216 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, ye monarca, el afortunado, que el *efrit* díjole a Mohammed-I-Kaslán:

—Ciertamente, el favor que nos hiciste no lo perderás.

Luego lanzó un grito recio, imponen-te, y al punto una legión de genios acudió a su llamada, diligente. Preguntóles él por el mono y uno de ellos le dijo:

—Yo sé su paradero. Y está en la ciudad de Azófar, en la que nunca sale el sol.

Luego que oyó aquello, volvióse el genio a Mohammed y le dijo:

—¡Ye Mohammed!, toma uno de mis siervos, el cual te llevará a cuestras sobre sus espaldas y te indicará el modo como podrás acercarte a tu adorada.

Pero te he de advertir que ese siervo mío es un precito; así que, mientras vayas montado en él, no se te vaya a ocurrir proferir el nombre de Alá, pues entonces se espantará y te despedirá y

te despeñarás en tierra y te estrellarás.

—Oír es obedecer—le contesté.

Y acto seguido escogí uno de sus esclavos y este se agachó y me invitó:

—Móntate encima de mí.

Hicelo yo así y luego echó a volar conmigo por los aires el *efrit*, hasta que el mundo se ocultó a mi vista y vi las estrellas como altas montañas y oí las alabanzas de los ángeles en el cielo.

Y a todo esto iba aquel réprobo hablandome y animándome y distrayéndome sin cesar, para que no me acordase del nombre de Alá.

Cuando de pronto se nos aparece un raro personaje, vestido de verde, con largas melenas, rostro resplandeciente y en su mano una varita que lanzaba chispas <sup>7</sup>.

Adelantóse hacia mí aquel personaje refulgente y me dijo:

—¡Ye Abu-Mohammed! Di conmigo:

<sup>7</sup> Se trata, sin duda, de Elías, Al-Jizr, el Profeta verde, cuya aparición siempre es fausta.

«No hay más *ilah* que Alá y Mohammed es el Enviado de Alá». Dilo así en seguida, pues de lo contrario te daré con esta varita.

Iba yo muy afligido de no poder pronunciar el nombre de Alá; así que ante aquella intimación exclamé sin vacilar:

—No hay más *ilah* que Alá y Mohammed es el Enviado de Alá.

Luego que me oyó él pególe al ré-probo con aquella varita de fuego y en el acto derriñóse el precito y en un puñado de pavesas quedó convertido.

Rodé yo entonces de sobre su espalda y fui resbalando por los aires abajo hasta caer en medio de un mar encrespado, azotado por el oleaje alborotado. Y había en aquella mar un barco, a borde del cual había cinco marineros, y, al verme estos, luego me cogieron y me metieron en el barco y empezaron a bogar y no pararon de navegar hasta que llegaron conmigo a su puerto y ciudad.

Lleváronme después a presencia de su rey y me dejaron entre sus manos. Besé yo la tierra ante el soberano y este mandó que me diesen un traje de honor. Dio la casualidad que aquel rey entendía el arábigo y en esa lengua me habló, diciendo:

—Desde este momento serás uno de mis familiares.

Preguntéle yo entonces el nombre de aquella ciudad y él me contestó:

—Se llama Hanad y el país en que estás es la tierra de Az-Zin.

Y el sultán encargó a su visir que me enseñase la ciudad, la cual en un principio estaba poblada de infieles, hasta que Alá, el omnipotente, los convirtió a todos ellos en piedras inertes.

Y yo me asenté en ella y allí seguí por espacio de un mes, muy entretenido con los encantos de aquel lugar, donde había tal cantidad de árboles frutales como nunca los viera semejantes.

Y sucedió luego de eso que, un día de los días, fui a sentarme a la orilla de un río, y, estando allí sentado, como digo, se me apareció de pronto un caballero, montado en su bridón, y, dirigiéndose a mí, exclamó:

—¿Eres tú, por casualidad, Abu-Mohammed-l-Kaslán?

—Sí—le contesté yo.

—Pues no pases temor—díjome él—, que estamos enterados del favor que te debemos y la ingratitud no se alberga en nuestros pechos.

—¿Quién eres tú?—le pregunté.

A lo que contestóme él:

—Yo soy un hermano de la serpiente la blanca, que tú salvaste de la serpiente la parda, y celebro poderte anunciar que estás ya cerca del lugar donde está la muchacha, a cuyo lado ansias llegar.

Luego de decir eso quitóse sus ropas el genio y me las puso a mí, diciéndo:

—Nada temas, pues has de saber que aquel genio que se derriñó bajo de ti era uno de nuestros siervos.

Luego aquel caballero hizome montar a la grupa de su corcel y echó a galopar por aquellos campos, hasta llegar a un sitio, en el que me dijo:

—Apéate ahora y echa a andar por entre esas dos montañas hasta que des vista a la ciudad de Azófár.

Allí te detendrás y no entrarás en la ciudad hasta que no me veas regresar. Que entonces te diré lo que debes hacer.

—Oír es obedecer—le contesté. Y, acto seguido, me apeé del corcel y eché a andar hasta llegar a un sitio desde el cual se veía la ciudad. Acerquéme a sus murallas y me puse a rondarlas, buscándoles las puertas, pero no logré hallarlas.

Y así estaba cuando se me presentó de nuevo el hermano de la serpiente, la blanca. Y, acercándose a mí, dióme una espada talismánica que me hacía invisible y me ponía a cubierto de toda

agresión y asechanza. Después de lo cual despidióse de mí y desapareció.

Y no habían transcurrido unos minutos...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y soltó el nudo de sus bien trabadas y encantadoras palabras.

## Y LA NOCHE 217 SIGUIO CONTANDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado hasta mí la fama, ye monarca, el afortunado, de que Abu-Mohammed-I-Kaslán contaba:

—No habían pasado unos minutos desde que desapareciera el caballero cuando hirió mis oídos un griterio muy recio y vi venir hacia mí un tropel de sujetos que tenían los ojos en mitad del pecho. Y al verme, preguntáronme:

—¿Quién eres tú y cuál el motivo que te trae a este sitio?

Contéles yo lo sucedido y uno de ellos me dijo:

—Cierto que esa joven que buscas trájola el maldito a esta ciudad, mas no sabemos qué habrá hecho con ella ni dónde ahora se pueda encontrar. Pero no temas nada, que somos hermanos de la serpiente, la blanca.

Luego me dijo así:

—Vete a aquella fuente y mira a ver el agua de dónde le viene y luego que veas por dónde entra en ella, métete por allí y, siguiendo el curso de su raudal, llegarás a la ciudad.

Hice lo que me indicaba y me metí por donde entraba el agua, yendo a dar en una fuente soterraña. Remontéme luego con el agua y vine a encontrarme dentro de la ciudad, y vi a mi esposa sentada en un lecho de oro, cubierto con un acitar recamado, y en torno al lecho se extendía un jardín, en el que había profusión de gallardos árboles, todos ellos de oro, y cuyos frutos eran rubíes y crisólitos y perlas y corales.

Luego que mi esposa me vio me

conoció y me saludó con el *selam*. Y me preguntó:

—¿Ye mi señor! ¿Quién te hizo llegar a este lugar?

Contéselo yo y ella entonces me dijo:

—Has de saber, dueño mío, que aquel maldito, movido del mucho amor que me tenía, llegó al extremo de revelarme aquello que puede dañarle y aquello también que puede beneficiarle, y me hizo saber que en esta ciudad hay dos talismanes, con los cuales, si él quiere, puede matar a todos sus naturales, y el que los posea tendrá a su servicio a todos los *alifrites*, que acudirán diligentes a obedecerle, siempre que los llame.

Y me reveló el precito que esos talismanes están grabados en unos pilares.

—¿Y cuáles son esos pilares?—preguntéle yo.

—En tal y tal sitio los podrás hallar—contestóme mi esposa, y me indicó el lugar.

—¿Y en qué consisten esos talismanes?—torné a preguntarle.

—Tienen—me dijo ella—forma de alicbanes<sup>8</sup> y llevan escritos unos signos que yo no descifro.

Luego que tú logres hacerte con ellos los coges en tus manos y echas un poco de almizcle en una brasa de fuego; se levantará en seguida, como es natural, una columna de humo y, envueltos en ella, los *afarit* saldrán y se pondrán a tu disposición y todas tus

<sup>8</sup> Águilas.

órdenes obedecerán, sin que ninguno haga excepción, que todos ellos te prestarán obediencia y harán, sin rechistar, cuanto les quieras mandar.

Anda, pues, y ve a hacer lo que te digo y que Ala (exaltado sea) bendiga tu empresa.

—Oír es obedecer—le contesté.

Y me levanté y me dirigí al lugar en donde estaban las columnas e hice cuanto mi esposa me indicara y eché el almizcle sobre las brasas.

Presentáronse en el acto los genios y yo les hablé diciendo:

—Id ahora mismo y cargad de hierros a ese maldito que raptó a mi esposa de mi domicilio.

—Oír es obedecer—dijeron ellos. Y acto seguido fueron en busca del precito y lo cargaron de hierros y luego volvieron y me dijeron:

—Ya hemos hecho lo que nos mandaste. Dinos ahora qué debemos hacer.

Yo los despedí y ellos, entonces, desaparecieron. Fuime yo en seguida a ver a mi esposa y le conté todo cuanto pasara y le dije:

—¿Ye esposa mía! Dime, a la verdad, ¿no querrias venirte conmigo a nuestra ciudad?

—Claro que sí—respondió ella, sin vacilar.

Toméla yo conmigo y ambos nos metimos por aquel conducto del agua, por donde yo entrara, y fuimos a salir al campo y nos encontramos con aquellos sujetos extraños que aquel camino habíame indicado.

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 218 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Tengo entendido, ye monarca, el afortunado, que Abu-Mohammed prosiguió así su relato:

—Vinimos a encontrarnos con aquellos sujetos extraños que aquel camino me habían indicado, y, al verlos, me dirigí a ellos y les dije:

—Hacednos la merced de decirnos qué caminos debemos seguir para volver a nuestro país.

Hiciéronlo ellos de buen grado y nos vinieron acompañando hasta la orilla del mar y allí en un barco nos hicieron montar.

Y aquel barco, favorecido por un viento propicio, llevónos sin tardanza, por sobre las olas, al puerto de Bazra.

Dirigimonos yo y mi esposa a casa de mi suegro y alegráronse mucho, este

y todos sus demás parientes y allegados, al vernos volver sanos y salvos.

Eché yo un poco de almizcle en unas brasas y al punto los genios acudieron de los cuatro costados y besaron la tierra entre mis manos y me preguntaron:

—¿En qué podemos servir a nuestro amo?

Mandéles yo que trajesen todo el dinero que hubiese en la ciudad de Azófar, así como también todo el oro y la plata y todas las piedras preciosas que en ella se guardaban. Y todo me lo acarrearán a mi casa de Bazra.

Obedecieron mis órdenes y, luego que tuve en mi poder todos esos tesoros, les mandé me trajesen al mono.

Hiciéronlo así en el acto y compare-

cio el mono entre mis manos, con aspecto humilde y manso. Y yo, al verlo, le increpe, diciendo:

—Dime, so maldito, ¿por qué te portaste tan mal conmigo?

Y, a continuación, ordené a los otros genios que lo metiesen en una olla de cobre y la sellasen con plomo, y allí, dentro de ella, finó el mono.

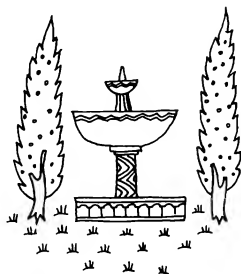
Cuanto a nosotros, mi mujer y yo, vivimos desde entonces felices y alegres, sin que venga a turbarnos la menor desazón.

Y ahora, ¡ye emir de los creyentes!, poseo cosas preciosas en tal cantidad

que no se pueden contar ni calcular, y, si tu suspirases por riquezas o por alguna otra cosa, no tendrías más que decírmelo y yo en seguida les mandaría a los genios que te colmasen tus deseos. Y así al punto lo harían ellos. Pero todo eso procede de la bondad de Alá, el que todo lo puede.

Maravillóse el jalifa al oír aquella historia y mando darle a Abu-Mohammed-I-Kaslán regalos de valor jalifiano a cambio de los que él le había ofrecido y le otorgó, además, otras recompensas dignas de su grandeza.

Y cuentan los que cuentan que:





## HISTORIA DE ALI SCHAR CON SUMURRUD, LA ESCLAVA

(Noches 218 a 229)

*Historia de amor salteada de peripecias que preparan la sorprendente anagnórisis final. Para mayor efecto, el rapsoda hace que Ali Schar encuentre a su amada Sumurrud convertida en rey de un país exótico y ese aparente cambio de sexo dificulta su identificación y da lugar a una picante escena que recuerda, casi sin variantes, aquella otra en que la princesa Budur, también encumbrada en un trono regio, se da a conocer a su asombrado esposo Kamaru-s-Semán. En su primera parte es esta historia el precedente de la del joven Ali-Nuru-d-Din y Maryem, la cinturonería.*

*Para la comprensión de la onomástica: Schar o Schur en árabe significa miel selecta y también hermosura. En persa: león. Lane transcribe: Sher. Machd significa Gloria. Sumurrud es Esmeralda (Smaragda), nombre que también figura en nuestro calendario.*

—Había en los tiempos antiguos y en los pasados siglos, en el país de Jorasán, un mercader llamado Machd, el cual poseía riquezas cuantiosas y gran número de esclavos y mamelucos y siervos y criados. Salvo que pasaba ya de los setenta y Ala no había querido gratificarle con un hijo.

Pero sucedió luego que Ala oyó sus ruegos y lo hizo padre de un pequeño, al que prodigó caricias mil y le puso por nombre Ali.

Luego que el niño se desarrolló, vino a ser semejante a una luna en la noche, en que refulge plena su hermosura.

Y al llegar a la edad de la hombría, y revestirse de todos los atributos de la perfección, vino su padre a adolecer de una enfermedad, de la que murió.

Y antes de morir el mercader llamó a su hijo y le dijo:

—Mira, hijo mío: siento que ya se acerca la hora de cumplirse mi sino y, antes de dejarte para siempre, quisiera

hacerle algunas recomendaciones para que las cumplieres fielmente.

—Habla, padre mío—respondióle su hijo.

Y el moribundo le dijo:

—Te recomiendo, ante todo, que no te trates con nadie y evites todo aquello que pueda acarrear sinsabores y duelos y te guardes del hombre malo, pues pasa con él lo que con el herrero, que, si no te quema su fuego, su humo te quita el resuello. Que con razón escribo el poeta estos versos:

«No esperes nada de nadie  
que, en cambiando la fortuna,  
no hay amigo que te escuche  
ni menos te preste ayuda.  
Vive solo y no confíes  
en nadie, sino en ti mismo;  
por tu bien te lo aconsejo;  
más decirte no es preciso.»

Y dijo también otro poeta:

«Una plaga secreta  
los hombres son;  
no les entregues nunca  
tu corazón.  
Pues si te fijas,  
verás que todos ellos  
maldad respiran.»

Y dijo un tercero:

«El hablar con los hombres no redundan en  
[provecho,  
como no sea tan solo para matar el tiempo;  
no intimes con ninguno, como no fuere  
con el fin de ilustrarte, si saber tiene.»

Y dijo un cuarto:

«De la amistad se guardan  
los hombres cautos;  
es un dulce que deja  
regusto amargo.  
Pues no hay amigo  
que al fin no te traicione  
como enemigo.»<sup>1</sup>

A lo que dijo Ali:

—Te oigo, padre mío, y te obedeceré.  
Pero dime: ¿que más debo hacer?

Y su padre le dijo:

—Acuérdete siempre de Alá para que El también se acuerde de ti. Y mira por tus caudales y no los derroches en balde. Pues vendrías a ser el último de los mortales. Ten presente que al hombre se le estima por lo que posee. Que ya dijo el poeta y con mucha razón:

«Cuando el dinero se acaba  
también se acaba el amigo,  
mientras que cuando lo tienes  
todos te buscan solicitos.  
Cuántos enemigos tuve  
que mis amigos se hicieron  
al verme rico, y en cambio,  
tan frágiles como el viento,  
¡cuántos amigos antiguos  
enemigos se volvieron  
cuando caí en la pobreza  
y me quedé sin dinero!»<sup>2</sup>

Hizo una pausa el enfermo y después siguió diciendo:

—Ye hijo mío, aconsejate de quien tenga más años que tú y no obres nunca de ligero y ten piedad de tus inferiores, para que de ti la tengan tus superiores, y no infieras a nadie agravio, que así Alá te hará triunfar de los que te tratasen de agraviar, que ¡cuánta razón tuvo el poeta que estos versos rimo!:

«Con la ajena contrasta tu opinión,  
que más que un ojo solo, ven los dos.  
Basta con un espejo para verse la cara;  
mas hacen falta dos, para verse la espalda.»

Y también habló con mucho tino el que estos versos dijo:

«No obres nunca de ligero;  
del prójimo ten piedad;  
piensa que nadie hay tan alto,  
que no tenga encima a Alá.  
Y quien al prójimo agravia  
otro a él lo agraviará.»

Y dijo también otro poeta:

<sup>1</sup> Repárese en el pesimismo de estos versos, que tienen múltiples repercusiones en nuestro *cante jondo*. La edición de Bulak los suprime.

<sup>2</sup> Otra variante árabe de la lamentación horaciana: *Donec eris felix*, etc. La edición de Bulak suprime estos versos.



«A nadie tiranices,  
cuando lo puedas;  
ten presente que el mundo  
da muchas vueltas.  
Y vela el agraviado  
mientras tú duermes,  
y a Alá pide el castigo  
si tú le ofendes.»<sup>3</sup>

Y guárdate también, hijo mío, de beber vino, que él es la causa de todos los vicios y de su amigo hace ludibrio. Y con razon otro poeta dijo:

«Por Alá, que en tanto aliente,  
el vino no he de probar;  
que el licor, de la persona,  
luego rompe la unidad.  
El vino es muy traicionero,  
muy engañoso y falaz,  
y a mi me gusta la gente  
que siempre dice verdad.»

He aquí, hijo mío—agrego el moribundo—, lo que quería recomendarte y te ruego que entre tus ojos lo grabes. Ahora, hijo mío, ¡qué Alá quiera hacer mis veces contigo!

Desmayose el enfermo, luego de decir aquello, y permaneció callado una hora de tiempo.

Recobro luego el conocimiento y se encomendo a Alá y dio su testimonio y expiró en la misericordia de nuestro Señor.

Echóse su hijo a gemir y llorar y luego procedió a hacer los preparativos para el sepelio. Y acudieron a acompañar las parihuelas del muerto así los grandes de la ciudad como los pequeños, y los recitadores iban recitando el *Corán* en torno a su féretro.

Luego lo enterraron y grabaron sobre su sepulcro los siguientes versos:

«De tierra fuiste creado,  
hoy retornas a la tierra;  
entre el hoy y el ayer  
¡qué tiempo tan corto media!»

Luego Ali Schar lloro a su padre

con dolor grande y le guardó luto, según la costumbre de las personas notables, y vivió triste por aquella pérdida irreparable hasta que, pasado algún tiempo, se le murió también su madre, a la que hizo igualmente solemnes funerales.

Luego de todo esto sentóse en su tienda a vender y comprar, sin hacer amistad íntima con ninguna de las criaturas de Alá, según su padre le recomendara al morir, y un año entero vivió así.

Mas, al cabo del año, llegaron hasta él con astucia las hembras impuras y se adueñaron de su corazón, de suerte que lo condujeron a la corrupción. Y Ali Schar se desvió del buen camino y bebió en las copas el vino y se prendió de los rostros bonitos.

Y se dijo para sí el joven Ali:

«Mi padre allegó para mí toda esta hacienda; pero si no la gasto, ¿qué voy a hacer con ella?»

»Pero por Alá que he de seguir el consejo del poeta que compuso estos versos:

«Si juntando caudales  
pasas la vida  
y por ello de todo  
placer te olvidas,  
cuando seas viejo  
¿de qué habrá de servirte  
tanto dinero?»<sup>4</sup>

Y siguió Ali Schar despallando el dinero de su padre, de noche y de día, hasta que al cabo quedóse sin un maravedí y se empobreció y empeoró su condición y se le agrió el humor y vendió su tienda y todas las demás fincas de su pertenencia.

Vendió luego también las ropas que cubrían su cuerpo, quedándose tan solo con un terno. Y cuando se le pasó la borrachera y recobró la inteligencia, comprendió claramente cuánta había sido su imprudencia.

<sup>3</sup> Suprimido en la edición de Bulak.

<sup>4</sup> Suprimido en la edición de Bulak.

Ahora bien: cierto día llegó la hora de mediodía y Ali Schar no se desayunara todavía. Y pensó el joven en su alma sencilla: «Iré a ver a aquellos con los cuales me gasté el dinero y acaso me dé hoy de comer alguno de ellos.»

Fue, pues, a visitarlos a todos, uno después de otro, y todos ellos, cuando llamaba a su puerta y salían a abrirle

y lo veían, se le negaban y le volvían la espalda. Hasta que, al fin, le apretó al pobre Ali el hambre y se dirigió al zoco de los traficantes.

Pero al llegar a este punto de su narración vio Schahrasad la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

## Y LA NOCHE 219 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mi noticia, *ye monarca*, el afortunado, que Ali Schar, al sentir que le apretaba el hambre, dirigióse al zoco de los comerciantes y vio al llegar, congregada allí, una multitud que daba muestras de viva inquietud.

Y Ali Schar se dijo: «Veamos qué busca aquí todo este gentío. ¡Por Alá que de aquí no me iré hasta enterarme bien!»

Adelantóse luego y vio a una esclava de cinco pies de alta, esbelta y bien formada y de rosadas mejillas y turgentes tetitas, que en su decoro y belleza sobrepujaba a todas las de su época, como dijo el poeta tratando de describirla:

«Al vaciarla en el molde procuraron que ni corta ni larga resultase, sino de talla media, armoniosa, para que así a todos agradase.

Y al verla tan hermosa la Hermosura misma se enamoró de sus encantos, que en ellos el pudor y la modestia unen al retrechero desparpajo.

Una luna es su cara, una gentil rama que se cimbreaba es su cintura y un aroma de almizcle que marea despierta su figura.

No tiene semejante en todo el mundo, y dirías que la hicieron con el agua tomada de una perla y que en su cuerpo se reflejan mil lunas argentadas.»

Tenía aquella esclava por nombre el de Sumurrud y al verla Ali Schar lue-

go quedó prendado de su hermosura sin par y dijo: «Por Alá, que no me iré de aquí hasta saber qué es lo que piden por esta esclava y quién se decide a comprarla.»

Quedóse Ali parado entre los mercaderes y estos pensaron que era que quería comprar la esclava, que aún no se habían enterado de su desgracia. Y sabían, en cambio, el gran caudal que de su padre heredara.

Plantóse el subastador junto a la muchacha y gritó:

—*¡Ye mercaderes, ye poseedores de bienes! ¿Quién se decide a abrir la puerta de la puja de esta esclava, reina de las lunas, perla de singular hermosura, Sumurrud, en suma?*

—Doy por ella quinientos dinares—dijo uno de los presentes.

—Diez más doy yo—otro exclamó.

Y entonces, un *scheij*, llamado Raschid-d-Din<sup>5</sup>, de ojos zarcos y aspecto antipático, pujó diciendo:

—Cien más doy yo.

—Van diez más—apresuróse otro a gritar.

—Mil dinares más doy yo—gritó el *scheij*, con mal humor.

Cerraron sus bocas todos los mercaderes y el subastador fue a consultar

<sup>5</sup> El bien encaminado en la Fe.

con el dueño de la muchacha y volvió a poco, diciendo estas palabras:

—Yo soy un mandado y no puedo vender esta esclava sino a quien ella misma elija por decisión espontánea.

Llegóse luego el subastador a la joven y le dijo:

—*¡Ye señora de las lunas!*, ese comerciante quiere comprarte

Miró ella al *scheij* y vio que era tan poco simpático como ya queda mencionado. Y díjole al subastador:

—Jamás consentiré en tener por dueño a semejante viejo de blancas barbas, que ya no vale para nada... Qué razón tuvo el poeta que compuso estos versos:

«Pedile un beso un día,  
y ella al mirar  
mi pelo blanco, al punto  
echóse atrás.  
Y dijo: —¿Cómo quieres  
que, estando viva,  
de esa mortaja blanca  
yo me revista?»

Al oír el subastador tales palabras díjole a la esclava:

—¡Por Alá, que razón no te falta! ¡Y en diez mil dinares estás tasada!

Y acto seguido fue a decirle a su dueño cómo la muchacha no quería pasar a ser propiedad de aquel viejo.

—Pues pregúntale—dijo el dueño—a cuál otro de esos mercaderes consentiría en venderse.

Adelantóse luego otro de los presentes y dijo:

—Yo doy por ella la misma cantidad de diez mil dinares que antes ofreció ese *scheij* que ella rechazó.

Fue el subastador a consultar a la muchacha y esta miró al postor y, al ver que era tuerto, exclamó:

—No lo quiero <sup>6</sup>. ¿Cómo voy a querer yo a un tuerto?

<sup>6</sup> Todo este paso, así como las consecuencias que de él se derivan por efecto del *desaire* que la esclava hace al rencoroso Raschid, recuerdan el cuento que va delante, en la página 1183, *Alá-d-Din Abu-Schamat (el de los lunares)*.

Y haciendo visajes de asombro, recitó estos versos:

—¡Lo miré y vaya una facha!  
Un cogote como adrede  
hecho para darle en él  
pescozones y cachetes...  
Unas barbas que se arrastran  
por el suelo, en el palenque  
donde pulgas y piojos  
por el galardón contienden...  
Unas cejas que sirvieran  
para ceñirle a las sienes  
las vueltas de su turbante;  
¿cómo, pues, así se atreve  
a aspirar a mi belleza  
y con derecho se cree?  
¿Será porque mal se tiñe  
sus barbas y así pretende  
su respetable blancura  
encubrir con mano alevé?  
Mas ¿no ve que de ese modo  
son dos barbas las que tiene,  
una negra cuando llega  
y una blanca cuando vuelve?  
Y que a Kara Chus <sup>7</sup> semeja,  
que planta su tenderete  
en la plaza,  
y con sus sombras chinescas  
a los chicos entretiene <sup>8</sup>.

Y como dijo también otro poeta do-noso:

«Viole al viejo su mujer  
teñirse el pelo y le dijo:  
—¿Por qué haces eso, mi amor?  
Y respondióle el marido:  
—Por parecerte mejor.  
Pero ella se echó a reír  
y con chungá, dijo: —Vaya,  
pues entonces ¿por que, di,  
no teñir también tu cara?»

Luego que eso oyó el subastador, díjole:

—En verdad que tienes razón.

Preguntóle el pujador entonces al marchante qué era lo que la joven dijera y, al decirsele aquel, comprendió también que tenía razón y de la puja se retiró.

Pero en seguida presentóse otro pujador y le dijo al subastador:

<sup>7</sup> Kara Chus Ojinegro (traducción del nombre turco) es el tío de la linterna mágica.  
<sup>8</sup> Suprimido en la edición de Bulak.

—Pregúntale si quiere ser mía por el mismo precio que los otros ofrecieron.

Y se ha de saber que aquel hombre era tuerto. Y la joven, al notarlo, exclamó:

—¡Pero si no tiene más que un ojo! Y es de esos de los cuales dijo el poeta en estos versos:

«No te cases, mi vida,  
con ningún tuerto,  
que son todos muy falsos  
y traicioneros.  
Si así no fuera,  
a fe que sus dos ojos  
sanos tuviera.»<sup>9</sup>

Señalóle luego el subastador a otro mercader y le preguntó:

—¿Te parecería bien que te vendiese a ese?

Mirólo la joven y reparó en que era bajito y con unas barbas que le llegaban al ombligo y exclamó:

—Pero si es de esos refiriéndose a los cuales compuso el poeta estos versos:

«Tengo un amigo que tiene unas barbas  
que a los pies se le enredan cuando anda.  
Son semejantes a noche de invierno,  
¡fria, tenebrosa y horrible de larga!»<sup>10</sup>

Luego que eso oyó el subastador díjole a la muchacha:

—Está visto que ninguno de los que te indico te agrada. Mira, pues, tú misma a los que aún quedan y dime si entre ellos ves a alguno que sea de tu gusto.

Miró entonces la muchacha en torno suyo y fue examinando a los mercaderes uno por uno, hasta que, al fin, posó la mirada en Ali...

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso coto a sus elocuentes palabras.

## Y LA NOCHE 220 SIGUIO NARRANDO LA MUCHACHA:

—Tengo entendido, *ye* monarca, el afortunado, que al posar la muchacha en Ali Schar su mirada, sentó los cimientos para mil desgracias. Y, dirigiéndose al subastador, exclamó:

—No me venderé sino a mi señor, el dueño de ese rostro encantador y ese garboso cuerpo, que recuerda aquellas palabras de cierto escritor:

«Se desviven a porfía por hacer que muestres tu rostro bello y luego censuran al que en sus encantos queda preso.

»Pero si quieren de verdad que mi virtud conserve, deben empezar por ta-

parte la cara, que ella tiene la culpa de que ande yo desatentada, pues su mejilla es un plantel de rosas y es una fuente Selsebil la saliva de su boca que al débil entona, y es en suma tal que sus encantos desconciertan a los poetas y a los poetas.»

Como dijo aquel:

«Es vino su saliva,  
su aliento almizcle,  
es alcanfor su frente,  
puro y sin tildes.  
Al verlo Rezuán teme  
que las huries,  
por él pierdan el seso,  
se desprestigien.

<sup>9</sup> Suprimido en la edición de Bulak. Se supone que Alá castigó al tuerto por donde más pecado había. De ahí arranca quizá la prevención contra los tuertos, común a todos los orientales. Hay un refrán sánscrito que dice: *Kvachit kana bhaveta sadhus*. Alguna vez es honrado un tuerto.

<sup>10</sup> Suprimido en la edición de Bulak. Los árabes dicen: Bajo y gordo, remolón y perezoso. Y también, largo y delgado, de enjundia escaso. Recuérdense los proverbios ibéricos, *Hombre chiquitín, embustero y bailarín*, y *Largo, largo, maldito lo que valgo*.

Hace con su arrogancia  
que lo critiquen;  
pero ¿no es arrogante  
la luna? Dime.»

Y como dijo otro poeta refiriéndose a cierto joven que, como este, tenía el pelo rizado a caracoles y las mejillas semejantes a rosas y lanzaba unas miradas matadoras:

«Diome mi gamo una cita,  
y yo me encalabríné;  
¡son sus ojos tan gachones!  
¡Mas cualquiera se fia de él!»

Y como dijo también otro poeta:

«¿Cómo puedes quererlo si ya tiene  
letras negras escritas en su rostro  
y la barba le apunta en sus carrillos?  
Pero yo les respondo: —No hagais caso,  
que mienten esas letras. Yo os digo,  
y doy fe que en su cuerpo se compendian  
del paraíso de Alá los mil encantos.»<sup>11</sup>

Al oír el subastador de labios de la joven aquellos versos en loor de Alí Schar maravillóse de su elocuencia singular y de su cultura sin par. Pero su dueño le dijo:

—No te maravilles de ese su esplendor, que al propio sol de la siesta llena de rubor, ni del repuesto de versos selectos que en su memoria guarda, pues demás de eso sabe recitar el glorioso *Corán*, según los siete modos en que se puede leer, y también conoce los hadices venerables, según su transmisión auténtica, y es versada en los siete caracteres de letra y es tal, en conclusión, que a los más instruidos deja corridos. Y por si fuera poco valen sus manos más que la plata y el oro, porque sabe hacer unos tapices de seda que se los pagan a razón de cincuenta dinares en oro la pieza, y en hacer uno tarda ocho días solamente.

Al oír lo cual no pudo menos el subastador de exclamar:

—Dichoso aquel que la tenga en su

casa y la mire como la mejor de sus tesoros.

Y el amo de la esclava le dijo al subastador.

—Véndela a quien ella quiera.

Llegóse entonces el subastador a Alí Schar y, luego de besarle las manos, le dijo:

—¡Ye mi señor!, compra esta esclava, ya que te eligió.

Y acto seguido hízole la enumeración de todos sus méritos y todos sus conocimientos. Después de lo cual, dijo el subastador a Alí Schar:

—Feliz serás si te decides a comprarla, pues en verdad que te llevarás quien no será tacaña en dar.

Bajó Alí Schar su cabeza, y una hora permaneció en silencio, riéndose de sí mismo y pensando para sus adentros: «No me he desayunado hoy todavía y quieren que compre esta esclavita. Pero, a pesar de todo, me da vergüenza confesar ante estos mercaderes mi indigencia.»

En tanto así pensaba, miróle de reojo la esclava y le dijo al subastador:

—Cógeme de la mano y llévame a su lado, para que pueda contemplarme despacio y entre en deseos de comprarme, pues desde ahora te juro que, no siendo a él, no me he de vender a ninguno.

Tomóla de la mano el subastador y llevóla cerca de Alí Schar y se detuvo allí y le preguntó a Alí:

—¿Qué dices, mi señor, a mi proposición?

Guardó silencio el joven y nada contestó.

Pero entonces la esclava se le acercó y en estos términos le interpelló:

—¡Ye mi señor y dueño de mi corazón! ¿Por qué no te decides a comprarme? Comprame, que no te ha de pesar, pues te he de traer la buena sombra. Ofrece por mí lo que tengas a bien, y, sin regatear, pasará a ser de tu propiedad.

<sup>11</sup> Suprimido en la edición de Bulak.

Alzó la frente, al oírla, Alí, y dijo así:

—¿Es que a la fuerza voy a comprar-te? Yo te encuentro cara en mil dinares.

—Pues da por mí novecientos.

—No—respondió Alí.

—Pues da ochocientos—dijo ella.

—Tampoco doy eso—respondió Alí Schar.

Y así continuaron regateando, hasta que por fin la joven dijo a Alí:

—Cien dinares ¿no darías por mí?

—Ni cien dinares llevo encima—respondióle Alí.

Echóse a reír la muchacha y le dijo:

—Pero ¿es que no valgo yo ni cien dinares?

—Es que no los tengo—respondióle Alí—; no tengo eso ni nada, que estoy en absoluto sin roja, ni blanca, sin dirhem ni dinar; así que búscate otro que te pueda comprar.

Al cerciorarse de que Alí Schar no tenía en absoluto nada, díjole la muchacha:

—Cógeme de la mano y empújame un poco hacia un lado, como si quisieras mirarme más despacio.

Hízolo así Alí Schar y la joven sacó

de la manga un bolso dentro del cual había mil dinares y le dijo:

—Toma de ahí novecientos dinares para pagar mi precio y guárdate los otros cien, que a ambos nos vendrán bien.

Hízolo así el joven y compró a Summurd en novecientos dinares, que pagó del dinero del bolso, después de lo cual cogió a la muchacha y se la llevó consigo a su casa.

Y al entrar en ella se encontró Summurd en una habitación desmantelada, donde no había lecho, ni vajilla, ni nada.

Y diole al joven mil dinares y le dijo con cara afable:

—Ve ahora mismo al zoco y, por trescientos dinares, compra para nosotros un lecho y para la casa los enseres que hacen falta.

Hízolo así Alí y, luego que volvió a la casa, díjole la muchacha:

—Ahora ve al zoco y, con estos tres dinares, merca de comer y beber, para poner la mesa.

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

## Y LA NOCHE 221 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Tengo entendido, *ye* monarca, el afortunado, que la esclava díjole a Alí:

—Ve al zoco y con estos tres dinares tráete de comer y beber para nosotros.

Hízolo así Alí y, al volver a casa, le dijo la esclava:

—Ve ahora y compra una pieza de tela para hacer cortinas de ella y tisú de oro amarillo y blanco y un trozo de tela de siete colores y tráelo todo volando.

Hízolo así Alí y, luego que tornó a

casa, púsose la muchacha a arreglar la habitación y encendió las luces y se sentó a la mesa con su amo a comer y beber de lo que este había comprado.

Después de lo cual fuéronse a acostar y a folgar y, luego que a su gusto se refocilaron, quedáronse dormidos, abrazados, y así pasaron el resto de la noche, tras de las cortinas, hasta que despuntó de nuevo el día. Y dizque en el corazón de cada uno de ellos puso su morada el amor a su compañero.

Y durmieron luego el resto de la noche abrazados, detras de la cortina, como dijo el poeta en ocasión parecida:

«Abraza estrechamente a la que adoras  
y de los envidiosos no hagas caso,  
que es sabido que siempre su despecho  
en calumnias desfogan los malvados.  
En sueños yo la vi, que reposaba  
en mi lecho, a mi lado,  
y la más dulce miel, la más fragante,  
destilaban sus labios.  
Si; es cierto lo que digo y aunque rabie  
el envidioso, que desea mi daño,  
¡he de lograr que realidad se vuelva  
mi sueño delicioso, bienhadado!  
Nada más bello hay en este mundo  
que dos enamorados,  
que abrazados reposan en un lecho  
muy juntos los dos y con los brazos  
ciñéndose los cuellos tiernamente,  
en tanto que se miran extasiados.  
En vano los chismosos los critican;  
en vano tratan de romper sus lazos;  
golpean en hierro frío; nada consiguen;  
no hay quien pueda en el mundo separarlos.  
¡Ye tú, que el Amor censuras por voluble!  
Dime si, por acaso,  
¿puedes curar un corazón enfermo  
o un cerebro que está ya gangrenado?  
Pero si tienes algún día la dicha  
de hallar un corazón leal, honrado,  
echa a rodar a todos los amores  
y quedate con ese, sin reparo.»<sup>12</sup>

Estuviéronse, pues, así abrazados hasta que amaneció la mañana, y entonces Sumurrud se levantó y cogió un trozo de tela y la bordó en seda de varios colores con figuras de muchos animalitos, que no quedó por bordar allí ninguno de cuantos hay en el mundo. Y dizque ocho días tardó en dar remate a su labor.

Luego que la acabó, la retocó y la alifaro, se la entregó a su señor y le dijo:

—Ve al zoco con esta tela y ofrécela a los mercaderes, pidiéndoles cincuenta dinares por ella.

Pero ten cuidado, no vayas a venderla a ningún transeúnte que vaya de

paso, pues rompería contigo en el acto; véndesela a algún mercader, como te he mandado. Que enemigos tenemos que no dejarán de hacer por perdersos.

—Oír es obedecer—respondió Ali.

Y tomando la labor se dirigió al zoco y se la vendió a un mercader, según Sumurrud le mandara hacer.

Compró luego Ali por encargo de Sumurrud más seda y más tela y lo que necesitaban para poner la mesa y se lo llevó y le dio la vuelta del dinero que cobrara por el trabajo hecho.

Y a partir de entonces cada ocho días entregaba a Ali su esclava un tapiz bordado en oro y seda de colores, para que lo vendiese en cincuenta dinares, con lo que tenían para sustentarse, y un año entero de este modo se mantuvieron.

Y al cabo del año sucedió un día que, como de costumbre, dirigióse Ali al zoco con su tapiz y se lo dio al subastador para que lo subastase, cuando en el camino hubo este de tropezarse con un nazareno, el cual le ofreció sesenta dinares por aquella labor. Negóse el subastador a vendersele y el cristiano pujó el precio y fue subiendo y subiendo hasta ofrecer cien dinares, más diez de comisión para el marchante.

Fuele este con la nueva a Ali Schar y trató de sonsacarle para que en aquel precio le vendiera el tapiz al nazareno.

Y le dijo:

—¡Ye mi señor! No temas nada de este cristiano, que en modo alguno pretende tu daño.

Y también los mercaderes porfiaron con Ali para que accediese.

Acabó, pues, Ali por venderle el tapiz al nazareno, y eso que tenía el corazón transido de miedo.

Cobró luego Ali Schar el precio y se tornó a su casa; pero en el camino advirtió que el cristiano le iba siguiendo los pasos. Y volviendo Ali Schar el rostro le dijo con enojo:

<sup>12</sup> Suprimido en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

—¿Por qué, ¡ye cristiano!, me vienes siguiendo los pasos?

—*Ye sidi*—respondióle el nazareno—. Es que al cabo de esta calle tengo que hacer una diligencia, que ojalá no tengas tú nunca que hacerla.

Pero al llegar Ali Schar a su domicilio volvióse otra vez hacia el nazareno y le dijo:

—¡*Ye* maldito! ¿Me quieres decir por

qué me sigues y por qué vienes detrás de mí mientras camino?

—¡*Ye* mi señor!—respondióle el cristiano—. Hazme el favor de darme un buche de agua, que me muero de sed, y Alá te lo pague como El sabe hacer.

Sorprendió en este punto de su narración a Schahrasad la mañana y atacó el flujo de sus elocuentes palabras.

## PERO LA NOCHE 222 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado hasta mí la fama, *ye* monarca, el afortunado, de que Ali Schar se dijo para sus adentros: «Este hombre es un infiel que paga su alfar<sup>13</sup>da y está muy apurado a causa de la sed. ¡Por Alá, que lo he de socorrer!»

Y Ali Schar entró en su casa y cogió una jarra con agua; pero su mujer lo vio y, yéndose a él, lo interpeló:

—¡*Ye habibi!*<sup>14</sup>, ¿vendiste el tapiz?

Y Ali Schar contestóle:

—Sí.

—¿A los mercaderes—inquirió Sumurud—o a algún particular que por allí pasó? En verdad que mi corazón tiene el presentimiento de la separación.

—No te preocupes, mujer—contestóle Ali Schar—, que no se lo vendí a ningún particular, sino a los comerciantes, como tú me mandaste.

—Dime la verdad—exclamó la joven—, no me ocultes nada. Y dime: ¿adónde vas con esa jarra?

—Es que—respondióle Ali Schar—el subastador tiene sed y voy a darle de beber.

Al oír aquello Sumurud exclamó:

—No hay gloria ni poder sino en Alá, el excelso y sublime, con el que ningún otro se puede comparar.

Y después recitó estos versos:

—*Ye* tú que al borde caminas  
ya de la separación,  
ten cuidado, que de suyo  
es el sino engañador.  
Y no olvides que la ausencia  
es el final del amor.

Salió Ali Schar con la jarra y vio que el cristiano habíase metido ya en el zaguán de la casa. Y, enojado, le increpó diciendo:

—¿Cómo te atreviste, *ye* perro, a pasar sin mi permiso adentro?

—*Ye sidi*—contestóle el cristiano—, ¿qué más da estar en la puerta que en el zaguán? No te pongas así, que no me voy a quedar aquí. Y tú eres rumboso y generoso y no está bien te enojos de ese modo.

Tomó luego el cristiano la jarra y bebió un sorbo de agua y luego se la devolvió a Ali Schar.

Quedóse Ali Schar esperando un momento a ver si el otro se iba; pero el cristiano no se movía. Visto lo cual, díjole Ali Schar:

—¿Cómo es que no te vas ya?

—*Ye*, mi señor—respondióle el cristiano—. No seas como esos que te hacen un favor y luego te lo echan en cara, como dijo el poeta:

<sup>13</sup> Impuesto de extranjería.

<sup>14</sup> Amor mío.





(

,

^

^

«Se acabaron esos hombres generosos  
que con pródiga mano te acorrian;  
hoy solo encuentras quien un simple trago  
de agua te da y luego te acrimina.»

Ya sacié mi sed; pero ahora te agradecería me dices de comer, de lo que en casa tengas, aunque sea un cacho de pan duro y una cebolleta.

—Vete sin más ambages—contestóle Alí Schar—, que no tengo en casa nada que darte.

—No te preocupes por eso, mi señor—dijole el cristiano—; si no tienes nada en casa que ofrecerme toma estos cien dinares y ve al zoco y tráeme aunque solo sea un pan, para que con él y la sal sellemos nuestra amistad.

«Este cristiano está chiflado—pensó Alí Schar para sus adentros—. Tomaré los cien dinares que me ofrece y le traeré del zoco algo que solo valga dos dirhemes y me reiré de su sandez.»

Y así pensando rióse para sus adentros el incauto.

—¡Ye mi señor!—insistió el cristiano—. Yo solo quiero algo que me sacie el hambre, aunque sean pan y cebolla, que el mejor de los manjares es el que te quita el hambre<sup>15</sup>.

—Aguarda aquí un momento—dijole Alí Schar al nazareno—a que cierre el cuarto y vaya al zoco y te traiga algo.

—Oír es obedecer—respondió el cristiano.

Fue luego Alí Schar y cerró el cuarto y se guardó la llave y se dirigió al

zoco y mercó allí un poco de queso y miel blanca y plátanos y un panecillo y se volvió con todo ello a su domicilio.

Que con harta razón dijo el poeta:

«Aunque sea con un hueso  
se sacia el hambre;  
¿cómo entonces yo paso  
penalidades?  
Solo es justa la muerte  
que, por igual,  
al faquir y al jalifa  
va a visitar.»<sup>16</sup>

Y al verlo el cristiano así cargado, dijo:

—¡Ye mi señor!, esto es demasiado. Con ello habría de sobra para hartar a diez personas cuanto más a una sola. ¿No querías tú conmigo compartir la comida?

—No—respondió Alí Schar—; come tú solo, que yo ya he comido y no tengo apetito.

—Ye *mulai*—dijole el cristiano—. Recuerda que dicen los sabios: «Quien con su huésped no comparte la comida, hijo es de barragania.»<sup>17</sup>

Al oír Alí Schar tales palabras luego se sentó y púsose a comer con su huésped, aunque solo por complacerle. Y el cristiano levantó su mano...

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 223 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Tengo entendido, ye monarca, el afortunado, que el cristiano levantó su mano y cogió un plátano y lo peló y lo partió en dos mitades y puso en una de ellas una dosis de *banch* mezclada

con opio, tan fuerte que con solo un adarme bastara para dormir a un elefante.

<sup>15</sup> Frase proverbial, *Jiru-s-sad ma dfaa-l-chua*.

<sup>16</sup> *Pallida mors aequo pulsat pede. Pauperum tabernas regumque turres.*

<sup>17</sup> Frase de sabor proverbial, *mn Im yakl maa zeifh fhu uld sna*.

Mojó luego el cristiano en la miel aquel medio plátano y se lo ofreció a Ali, diciéndole así:

—Ye mi señor; ruégote, por tu fe, no me desaires este obsequio que te quiero hacer.

Sintió vergüenza Ali Schar y aceptó el medio plátano y se lo comió, para no desairar al cristiano.

Pero no bien lo hubo ingerido cuando se le corrió el narcótico por todo el cuerpo de la cabeza a los pies, y se quedó Ali Schar sumido en letargo total.

Luego que aquello vio el cristiano levantóse de puntillas como lobo rampante o emisario del sino inapelable y se llegó a Ali Schar y le quitó las llaves de su casa y fue corriendo a buscar a su hermano y lo informó del caso.

Y el motivo de aquello fue que el hermano del cristiano era aquel *scheij* decrepito que ya se dijo en su lugar que había querido comprar a Sumurud en mil dinares y que la joven rechazó con desdén, recitando además unos versos en que se burlaba de él.

Y era el tal vejete cristiano por dentro y musulmán por fuera y se llamaba Raschidu-d-Din, según ya dicho queda.

Al verse el *scheij* desdenado fue a quejarse a su hermano, el cristiano, y este urdió aquel ardid para quitarle la esclava a Ali. Y el nazareno, que se llamaba Barsum, dijole al viejo:

—No te apures, hermano mío, que yo me las arreglaré para quitarle la esclava a Ali Schar, y la tendrás sin que te cueste una dracma ni un dinar.

Que era el tal Barsum un brujo consumado y un taimado y un traidor y un falso, que siempre andaba buscando el modo de hacerle al prójimo daño.

Fue Barsum, como decimos, y quitóle a Ali Schar, que estaba dormido, las llaves de su cuarto y fue en busca de su hermano a informarle del caso.

Monto aquel luego en su mula y,

seguido de su hermano y unos criados y provisto de un bolso con mil dinares, por si se tropezaba con el gualti poder sobornarlo, dirigióse a casa de Ali Schar y abrió la puerta de par en par.

Irumpieron luego sus criados en la casa y se apoderaron de la muchacha, amenazándola con matarla si profería la menor palabra. Después de lo cual fueronse de allí sin llevarse nada. Y a Ali Schar lo dejaron tendido en el portal.

Cerraron luego la puerta y se marcharon, dejando las llaves a un lado. Y el cristiano llevó a Sumurud a su palacio y la puso con las demás esclavas y barraganas. Y le dijo:

—Ye la desvergonzada; ahora veras lo que hago contigo y cómo te doy tu merecido. Por vida del Mesias y de la Virgen Maria, que si no me obedeces y a nuestra religión no te conviertes, te he de dar tormento hasta que revientes.

Pero Sumurud, muy entera, le contestó de esta manera:

—Aunque me hagas pedazos, no conseguirás que yo reniegue de la fe del Islam. Y puede que Alá me tenga deparada una alegría cercana, que Alá hacer puede todo cuanto quiere. Y los sabios dijeron en los antiguos tiempos: «Más vale que padezca el cuerpo que no el alma en el infierno.»<sup>18</sup>

Al oír aquello el cristiano, alzó luego el grito, llamando a sus esclavas y castrados y les dijo:

—Tendedla en el suelo y azotadla sin duelo.

Hicieronlo así ellos y empezaron a azotarla con saña y pedía socorro la cuitada y nadie venia a auxiliarla. Y alzó la voz invocando a Mohammed nuestro Señor (sean con El la oración y la paz), hasta que le faltó el aliento y de quejarse dejó y se desmayó.

Luego que el viejo se dio por satisfecho, mandóles a sus esclavos:

<sup>18</sup> Redolet proverbium.

—Cogedla por los pies y echadla a la cocina y no la deis nada de comer.

Y después de dormir aquella noche muy tranquilo, luego que amaneció la mañana del día, el siguiente, y el maldito viejo se despertó, ordenó a sus esclavos que le llevasen de nuevo a Sumurrud y en su presencia la azotasen. lo que aquellos hicieron como la otra vez, y luego ordenóles que la cogiesen y a la cocina la volviesen.

Y Sumurrud, después que el escoror de los golpes se le hubo enfriado, exclamó:

—No hay más Dios que el Dio y Mohammed es el Enviado de El Dio. ¡Alá es quien me basta y me guarda!

Y Sumurrud imploró el auxilio de nuestro Señor Mohammed (¡sean con El la oración y la paz!).

Y por ahora no procede hablar de ella mas.

Cuanto al pobre Ali Schar siguio sumido en su letargo hasta que al día, el segundo, despejósele al cabo el cerebro y se disiparon los efectos del opio, de suerte que el joven abrió sus ojos y dio un grito, llamando a Sumurrud, y, como es de pensar, nadie le contestó:

Levantose entonces el joven y penetró en la casa y la halló desierta y comprendió al punto lo que habia pasado y que todo aquello era obra del cristiano.

Rompio luego a llorar y gemir y suspirar y, en medio de su pesar intenso, recitó estos versos:

—De aquella que tanto amaba  
el sino me ha separado  
y las penas han venido  
a sentarse a mi lado.  
Dolor rebosa mi pecho,  
tengo el ánimo turbado.  
¿Qué hacer, si al lanzar la flecha,  
salta y se nos rompe el arco?  
Cuando el sino nos persigue,  
no hay manera de evitarlo;  
prevenido estaba yo  
contra sus dolos y engaños,  
abiertos tenía los ojos;

pero todo ha sido en vano,  
que el sino, para perdersnos,  
siempre empieza por cegarnos <sup>19</sup>.

Y rompió a llorar y gimotear y suspirar y en medio de su llanto recito estos versos:

—De honor la arena se cubre  
en que ella imprime su rastro,  
cuando el desierto atraviesa  
buscando a su bien amado.  
Y cuánto no es su dolor,  
al encontrar desolado,  
el lugar en que tenían  
sus dulces citas antaño.  
A los montes interroga  
y ellos, cerrándole el paso,  
le contestan: —No te afanes,  
¡que no vuelve lo pasado!  
¡Con aquel que tanto amas  
unirte te está vedado!  
¡Fue vuestro amor solamente  
como el brillar de un relámpago! <sup>20</sup>

Y Ali arrepintióse de lo hecho cuando ya de nada valia el arrepentimiento. Y el joven lloraba y los vestidos se rasgaba, y a lo último cogió dos piedras del suelo y se aporreó con ellas el pecho y corria por la ciudad, clamando sin cesar:

—¡Ye Sumurrud! ¡Ye Sumurrud!  
¿Dónde estás?

Y los chicos lo seguían y lo abucheaban, gritando:

—¡Al loco, al loco! ¡Ahi va!

Pero los que le conocían lloraban al verlo y decían:

—¡Pero si es Fulano! ¿Qué será lo que le ha pasado?

Y así siguió el pobre todo el día, hasta que oscureció, y, luego que así fue, metióse Ali Schar por una calleja trasconejada y echóse allí a dormir, hasta que amaneció la mañana. Y entonces volvió a las andadas.

Pero entonces sucedió que lo vio una esclava, que era ya vieja y de las buenas, y al verlo en tal estado llegóse a él y le dijo:

<sup>19</sup> Suprimido en la versión Mardrus.

<sup>20</sup> Suprimido en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

—Hijo mío, ¿qué te ha pasado para que perdieras el juicio?

Y al oír aquello recitó Ali Schar estos versos:

—Loco llama la gente  
a aquel que ama;  
yo me encojo de hombros  
si me lo llaman.  
Después de todo,  
los que mejor vivimos  
somos los locos.  
Loco dicen que estoy,  
pues no lo niego;  
que el amor me ha quitado  
cordura y seso.  
¡Pero traedme  
a aquella que yo adoro,  
y ya veréis!

Comprendió la vieja al oír aquellos versos que Ali Schar no estaba loco, sino enamorado, y exclamó:

—No hay gloria ni poder sino en Alá, el excelso y el grande. Dime, hijo mío, ¿no quieres contarme lo que te ha sucedido? Quién sabe si Alá querrá servirse de mí para poner fin a tu sufrir.

Contóle luego Ali Schar a la vieja cuanto con Barsum, el cristiano, le sucediera, y le informó de ser aquél hermano del viejo malsin llamado Raschidu-d-Din.

Y la vieja, luego de oírle, exclamó:

—Ahora me explico tu desesperación.

Y la vieja se echó a llorar con grandes extremos y recitó estos versos:

Padecen tanto en el mundo  
los pobres enamorados,  
que al morir se van al cielo,  
con los bienaventurados.

Pues por muchos que hayan sido  
en la vida sus pecados,  
ya por el hecho de amar,  
quedaron purificados <sup>21</sup>

Luego que la vieja terminó de recitar sus versos, díjole a Ali Schar:

—¡Ye hijo mío!, levántate en seguida y vete a comprar un cestillo, como los que gastan los quincalleros, y mete en él unos collares y pulseras y sortijas y demás baratijas de las que gustan a las hembras y yo me pondré el canastillo en la cabeza, como acostumbran las demandaderas, e iré de casa en casa buscando de esa guisa a tu adorada, hasta que atine con aquella en que esté ella, que sin duda querrá Alá que la llegue a encontrar.

Alegróse mucho Ali Schar al oír a la vieja y le besó las manos y corrió desalado a buscar lo que le indicara y lo llevó sin tardanza.

Y en el acto la vieja se levantó y se puso un traje viejo y se echó a la cabeza un historiado velo y tomó en su mano un báculo y se cargó el cestillo a la cabeza y se fue por la ciudad a dar vueltas, de casa en casa, sin parar de este al otro lugar.

Hasta que al fin fue Alá servido de encaminarla al alcázar del maldito Raschidu-d-Din, el cristiano, ante cuya puerta se detuvo la vieja. Y al oír que allá dentro sonaban suspiros y lamentos, fue la vieja y llamó a la puerta.

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 224 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Tengo entendido, ye monarca, el afortunado, que la vieja, al sentir que allá dentro sonaban gemidos y lamentos, llamó luego a la puerta. Salió a abrirle una esclava y la vieja le dijo:

—Aquí traigo estas cosas para venderlas. ¿No os convendría alguna de ellas?

<sup>21</sup> Suprimido en la versión Mardrus.

—Cierto que sí—respondió la esclava. Y la hizo entrar y la invitó a sentarse y todas las esclavas vinieron a rodearla. Y todas ellas, sin excepción, eligieron algo de su agrado y mostraron intención de comprarlo.

Y la vieja, por su parte, trataba con mucha zalamería a las esclavas y las rebajaba de buen grado el precio de sus baratijas, con lo que aquellas quedaban muy complacidas.

Pudo de esta suerte la vieja introducirse en lo interior de la casa y curiosarla y en una de las salas encontró a Sumurrud tendida en el suelo y la reconoció, y, al verla en tal estado, se echó a llorar y les dijo a los eunucos de guardarla encargados:

—Decídmelo, por favor, hijos míos: ¿qué hizo esta muchacha para merecer tal castigo?

Contáronle entonces los esclavos todo cuanto pasara y al final se excusaron con estas palabras:

—Nosotros, en verdad, no tenemos culpa de nada, que fue nuestro señor quien mandó atormentarla. Luego se fue de viaje sin llegar a perdonarla.

—Hijos míos—dijo entonces la vieja—, un favor tengo que pedirlos y es que le quiteis a la pobre sus cadenas, hasta tanto que vuestro señor no esté de vuelta. Que en cuanto sepáis que es inminente su regreso, podréis volver a cargarla de hierro. De suerte, pues, que nada os pasara y en cambio os hareis mercedores de la recompensa de Ala.

—Oír es obedecer—dijeron los castrados y procedieron a deshacer los lazos.

Y la vieja exclamó:

—¡Ojalá y antes de entrar aquí se me hubieran partido las piernas y no hubiera podido venir!

Acercose luego a Sumurrud y le dijo:

—¡Ye hija mía!, serena tu ánimo, que Ala va a sacarte de este estado.

Y acto seguido pusole al tanto de como fuera alla, de acuerdo con su

señor Ali Schar, para poderla salvar y le prometió que a la noche siguiente volvería y, acercando más la boca al oído de la muchacha, le dijo estas palabras:

—Mañana a la noche vendrá tu señor y se apostará al pie de la casa y lanzará un silbido para anunciarte que es venido; tú le contestarás con otro y te asomará a la ventana y le echarás una cuerda, para que él la sostenga, y tú te descolgarás por ella, y cuando llegues abajo con felicidad, te cogerá en sus brazos, y no hay más que hablar.

Dióle las gracias Sumurrud a la vieja, la cual después se despidió de ella y corrió en busca de Ali Schar y le contó toda su aventura y luego le dijo por añadidura:

—Mañana a la noche te dirigirás a la calle la fulana, donde tiene su casa el maldito, la cual conocerás por estos y estos indicios.

Luego que des con ella te apostarás al pie del muro y lanzarás un silbido agudo; Sumurrud te contestará con otro al punto y luego por la ventana se descolgara, asida a una escala; luego que ponga el pie en tierra, la coges en tus brazos y cargas con ella y ambos os vais a donde querais.

Dióle Ali Schar gracias a la vieja por sus buenos oficios y, derramando copioso llanto, recito estos versos:

—Del maldiciente a mí ya no me importan los dimes y directes venenosos;  
al llanto ya me hice y el reguero  
que deja en mis mejillas, tan copioso,  
una leyenda traza, que publica  
cuánto fue mi dolor y cuán penoso.  
¡Ye tú, que de estas cuitas nada sabes!  
¡No me importunes más con tus preguntas!  
¡Contentate tan solo con saber  
que sufro por la más bella criatura!  
De dulces labios y caderas suaves,  
que el corazón llenóme de amargura.  
de acibar entre mieles salteada,  
deleite al mismo tiempo que tortura.  
Desde que tú te fuiste de mi lado  
no descansa mi alma.

y el sueño, que mi amigo antaño era,  
 ¡ahora de mí se aparta!  
 Pero, a pesar de todo, la ilusión  
 jamás me desampara,  
 y hasta morir te seguiré esperando  
 con la misma constancia <sup>22</sup>.

Luego que el joven hubo declamado  
 esos versos, suspiró y tornó a llorar y  
 recitó estos otros:

—Alá inspiró al mensajero  
 que de ti nuevas me trajo.  
 Un tesoro yo por ellas,  
 de tenerlo, le habría dado.  
 Pero yo tan solo tengo  
 un pobre traje gastado,  
 mi corazón por la ausencia  
 cruelmente desgarrado.  
 ¡Tómalo, pues, y perdona  
 lo modesto del regalo! <sup>23</sup>

Luego que recitó estos versos quedó-  
 se Ali Schar aguardando a que llegara  
 el momento indicado, y cuando este

hubo sonado, se levantó y salió de su  
 casa y se encaminó al lugar que la  
 vieja le dijera, y al llegar allí reconoció  
 ser aquella la casa del cristiano y se  
 sentó a esperar en un banco.

Pero sucedió, por obra del sino, que  
 a Ali Schar rindióle el cansancio y se  
 quedó dormido en el banco (¡gloria a  
 Alá que no duerme jamás!), porque  
 llevaba en verdad mucho tiempo sin  
 gustar el sueño, debido a la vehemen-  
 cia de su pasión y la zozobra de su  
 corazón.

De suerte que se durmió y de sueño  
 se emborrachó.

Y estando así dormido Ali Schar...

Pero al llegar a este punto de su  
 narración sorprendió a Schahrasad la  
 mañana y puso freno a sus no frenadas  
 palabras.

## Y LA NOCHE 225 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mí noticia, *ye monarca*,  
 el afortunado, que en tanto Ali  
 Schar estaba dormido, he aquí que un  
 ladrón que aquella noche merodeaba  
 por la ciudad con intención de robar,  
 conducido por la mano del sino, vino a  
 parar delante del palacio de aquel cris-  
 tiano y se puso a rondarlo, buscando  
 la manera de asaltarlo.

Y en el curso de sus pesquisas llegó  
 hasta el banco en que Ali Schar dor-  
 mia y le quitó el turbante y se lo  
 encasquetó...

Asomóse en aquel preciso instante  
 Sumrurd a la ventana y al ver desde  
 allí a aquel hombre parado en la som-  
 bra, pensó sin dudar que aquel indivi-  
 duo era su señor Ali Schar.

Chistóle, pues, según lo convenido, y  
 el ladrón contestóle con otro silbido.

Descolgóse luego la muchacha por  
 la cuerda que le servía de escala, lle-  
 vando consigo no poco oro y plata.

Al verla bajar el bandido, pensó  
 para sí: «He aquí un lance raro, que  
 sin duda obedece a algo extraordina-  
 rio.» Y acto seguido cargó con la bolsa  
 que Sumrurd llevaba y cargó también  
 a costas con la muchacha y huyó de  
 allí con la velocidad del raptor corcel  
*Al-Borak* <sup>24</sup>.

<sup>22</sup> Suprimido en la edición de Bulak y en la  
 versión de Mardrus.

<sup>23</sup> Suprimido en la edición de Bulak y en la  
 versión de Mardrus.

<sup>24</sup> Caballo fabuloso, el Pegaso de la mitolo-  
 gía mística del Islam y en el que, conducido por  
 el arcángel Gabriel, subió Mahoma hasta el sép-  
 timo cielo en menos tiempo del que tarda en  
 llenarse un jarro de agua. Sura XVII, *Al-Asra*  
 (El viaje nocturno). El corcel *Al-Borak*, según las  
 leyendas aljamiadas, transcritas por Guillén y  
 Robles, «no se parecía a ninguna otra cabalgadura  
 de la tierra; su tupete (*sic*) era de oro y su  
 cuello de plata blanca, y sus pies, los delanteros,



Y en tanto se alejaban de allí dijole Sumurrud a su supuesto Ali:

—Dijome la vieja que estabas débil a causa de mi ausencia; pero, a lo que veo, tienes más fuerza que un camello.

No contestó nada a eso el bandolero, y entonces ella le pasó la mano por la cara y notó que tenía una barba áspera que arañaba, pues parecía el estropajo de fibras de palma que usan en los baños.

Entróle entonces miedo y preguntóle al bandolero:

—¿Quién eres tú?

Y el ladrón le contestó:

—Yo soy Chauán<sup>25</sup>, el curdo, el bandido, uno de la partida de Ahmedu-d-Dánaf, que la formamos cuarenta tios<sup>26</sup>. Y todos esta noche mearemos nuestra pringue en tu seno y hasta que el día sea venido nos holgaremos contigo.

Al oír aquello Sumurrud rompió a llorar con gran desconsuelo y se aporreó el rostro con furor violento.

Pero después se serenó y se puso en las manos de nuestro Señor. Y exclamó:

—¡No hay más Dioses que el Dio! Hemos salido de un aprieto para caer en otro mayor.

Y se ha de saber que la causa de que el tal Chauán hubiese venido a encontrarse en aquel sitio fue que aquella noche hubo de decirle a Ahmedu-d-Dánaf:

—Yo he estado en esta ciudad antes de ahora y conozco una cueva donde pueden guarecerse cuarenta personas,

---

de *zubarchedas* (esmeraldas), y los traseros, de *alibán* (águilas); redonda la pata, de largas orejas, y su cola como cola de buey». Y estaba dotado además de habla, como las personas. Según otra tradición, *Al-Borak* tenía la cara de hombre y era mayor que un asno y menor que un mulo.

<sup>25</sup> Joven, bravo en persa, el *Juvenis* de los latinos, ambos derivados del sánscrito *Yauvana*.

<sup>26</sup> Ya asoman aquí los cuarenta bandidos de la *Historia de Ali Babá*.

asi que voy a adelantarme y me llegaré allá y encargaré a mi madre que la cueva nos prepare. Y yo me echaré a dar unas vueltas por la ciudad, a ver si hay algo que pueda *apandar*.

A lo cual respondióle Ahmedu-d-Dánaf:

—Haz lo que te parezca, Chauán.

Adelantóse, pues, el curdo a sus compañeros y se dirigió a la cueva y dejó a su madre en ella, y al salir de la cueva encontróse a un militar durmiendo, que tenía a su lado un caballo atado.

Dio Chauán muerte al soldado y se apoderó de su caballo y de sus armas y vestido, y lo escondió todo en la cueva con mucho sigilo. Después de lo cual entróse en la ciudad y anduvo por ella vagando, hasta encontrarse ante el alcázar de aquel cristiano, donde hizo la fechoria que ya hemos mencionado.

No paró Chauán de correr con su doble carga hasta que llegó a la cueva y le entregó a su madre la muchacha. Y le dijo:

—Guárdala bien hasta que vuelva, que será poco antes de que amanezca.

Después de lo cual dio media vuelta y se marchó a sus faenas.

Y Sumurrud dijose para sí: «No tengo más remedio que idear algún medio de salvarme y escapar de aquí antes que vengan los cuarenta bandidos y abusen de mí. Pues si no lo evito me van a dejar igual que un barco que hace aguas y se hunde en el mar.»

Encaróse luego con la madre de Chauán, el curdo, que era una vieja, y le dijo:

—¿Ye mi tía, ¿No te gustaria salir un rato fuera de esta cueva para que yo te pudiera espulgar al sol<sup>27</sup>, que aquí no penetra?

—¡Por Alá que sí, hija mía!—suspiró la vieja—, que estoy ya harta de esta vida y ni siquiera puedo ir al *ham-*

<sup>27</sup> El narrador olvida que es de noche.

*mam*, porque esos indinos me llevan y me traen sin cesar, de aca para alla, como a un zarandillo.

Accedio, pues, de buen grado la vieja a la indicacion de la muchacha y esta se puso a espulgarla y a cascarle la liendres con tanto mimo y zalameria que acabó la vieja por quedarse dormida.

Luego que Sumurrud la vio amodorrada se levanto y se puso el uniforme del militar que matara Chauan y se ciño su espada a la cintura y se lio su turbante a la cabeza, de suerte que parecia hombre y no mujer, y luego montose en su corcel, sin olvidarse de coger su carga de oro, rescatandola del expolio. Despues de lo cual encomendose a Alá diciendo:

—*Ye señor del velo, cubreme con el manto de Mohammed (sean con el la oracion y la paz), y que El me guarde.*

Y luego penso:

«Si me dirijo a la ciudad no dejara de verme alguno de los del *chund*<sup>28</sup>, y si así es, no puedo esperar ningún bien.»

Orilló, pues, la ciudad y enderezo sus pasos hacia los campos solitarios, y estuvo caminando por ellos, con su caballo y con su saco, comiendo hierba igual que su bestia y bebiendo en los arroyos, donde abrevaba ella.

Hasta que pasaron diez dias, y al dia, el oncenso, se vino a encontrar en las cercanias de una ciudad. Y dizque ya el invierno huyera de alli con sus frios aguaceros y cediera el puesto a la primavera, con sus rosas y azahares y sus diversas flores, que a la sazón brillaban en todo su esplendor. Y sus

arroyuelos corrian muy contentos y los pajarillos iban y venian entonando sus trinos y gorjeos.

Y Sumurrud acercose a la ciudad y ya se disponia a entrar en ella, pero se detuvo al ver congregados delante de sus puertas a todo el ejército, en compañía de los emires y de los notables, todo lo cual hubo de chocarle. Y Sumurrud se dijo al ver aquello: «Sin duda, todo esto tiene su misterio.»

Y se acercó más a la puerta de la ciudad. Y he aqui que, al verla llegar, todos aquellos dignatarios se apearon de sus caballos y besaron la tierra entre sus manos y exclamaron:

—¡Guárdete Alá, ye nuestro amo el sultán! ¡Perla de unión entre el dia presente y el tiempo perenne!

—¿Qué pasa en la ciudad?—inquirió Sumurrud.

—Has de saber—contestó el chambelán—que te concedió sus dones Aquel que no es parco en su favores y te erigio en sultán de esta ciudad y señor sobre los cuellos de cuantos habitan en su feudo. Pues has de saber también que siempre que a estas gentes se les muere su rey, sin dejar sucesión de hijo varón, sálense todos fuera de la ciudad y aguardan alli tres dias, y, cumplido ese plazo, eligen por sultán al primero que asoma por ese camino por donde tú has venido. ¡Loado sea, pues, Alá, que nos deparó en ti a uno de los hijos de los turcos, por El bien favorecido, que, aunque hubieras valido menos, también te habríamos elegido!

Pero era Sumurrud lista y bien aconsejada en todo cuanto hacia, y, volviéndose a aquellos hombres, les dijo:

—No vayáis a pensar que yo soy un cualquiera de la plebe turquesa. ¡Nada de eso! Que yo soy un hijo de los grandes de alli, sino que reñi con mi padre y de mi tierra me salí. No tenéis más que mirar esos sacos que cuelgan de mi montura y que están llenos de oro, y dizque los traje conmigo para ir

<sup>28</sup> «Llamábase *chund*—dice Emilio Lafuente y Alcántara en nota a su versión española del *Ajbar Machmúa*—cierto número de soldados pertenecientes a una tribu o varias, pero generalmente de la misma estirpe, que ocupaban un distrito y tenían obligación de acudir a la guerra cuando se les llamaba. Eran una especie de colonias militares.»

dando limosnas a cuantos pobres y necesitados me topase en el camino.

Y al oír aquello prorrumpieron todos en bendiciones a Sumurrud y se alegraron hasta el colmo de la alegría y ella también alegróse con ellos y se dijo

para sus adentros: «¡Vaya! Puesto que la cosa salió así...»

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

## Y LA NOCHE 226 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que Sumurrud se dijo para su ánimo: «Puesto que la cosa salió así, ¿quién sabe si Alá tendrá la intención de unirme en este sitio con mi señor? Que Alá el omnipotente puede hacer todo cuanto quiere.»

Y seguida de todo aquel cortejo dirigióse a la ciudad, y, al llegar al palacio, descabalgó y todos también descabalaron y besaron la tierra entre sus manos y la aposentaron en su palacio. Y los emires y los chambelanes levantáronla en vilo por debajo de los sobacos y la sentaron en su trono y ante ella se postraron todos.

Luego que Sumurrud sentóse en el trono mandó que abriesen el real tesoro y lo repartieran entre todos, ganándose así, desde aquel momento, el general afecto.

Y así continuó luego Sumurrud haciendo su papel de sultán de aquellas gentes y mandando y vedando, y todos la querían y la respetaban, debido a su templanza y liberalidad, pues las deudas condonaba y a los presos soltaba y los entuertos reparaba.

Pero siempre que Sumurrud se acordaba de su señor Alí Schar, se echaba a llorar y le pedía a Alá que los uniese a ambos y pusiese término a sus quebrantos.

Y estando una noche pensando en su señor y en los días tan dichosos que en otros tiempos gozaran los dos, no pudo

contener sus lágrimas y, con gran sentimiento, recitó estos versos:

—Siempre que el pasado evoco,  
sin poderlo remediar,  
vierten lágrimas mis ojos.  
Y lloro con tal pesar,  
que de verme llorar, todos  
luego se echan a llorar.  
Y es que el dolor de la ausencia  
es tan vivo, que el que ama  
no puede tener paciencia.

Luego que acabó de recitar esos versos enjugó el llanto y pasó al harén del palacio y asignó alquives separados a las esclavas y las barraganas, y les señaló también sendos emolumentos y estipendios. Con todo lo cual daba a entender Sumurrud que tenía intención de vivir aparte y a obras de piedad consagrarse.

Y con efecto, dióse al ayuno y al rezo con tales extremos que los emires estaban maravillados y decían:

—*¡Ye* y qué santo varón es nuestro señor!

Y no sufría tampoco Sumurrud que la sirviese ningún esclavo del sexo masculino, sino dos castrados pajecillos.

Y de este modo rigió Sumurrud aquel reino por espacio de un año entero y dizque en todo ese tiempo no tuvo la menor noticia de su señor Alí Schar ni acertó a descubrir el menor indicio de dónde pudiera estar.

Llenóse por ello Sumurrud de inquietud.

tud y en una ocasión hubo de ser tan viva su aprensión, que mando llamar a los emires y los visires y les ordenó que a su presencia le llevasen a los alarifes y los albañiles, y luego que estos comparecieron, mandóles que le hiciesen al pie de su alcázar una gran almidana, de una parasanga de larga por otra parasanga de ancha.

Hicieron ellos lo que el rey les mandara y con gran diligencia y a medida de su deseo trazaron la almidana.

Luego que la obra quedo terminada, fue Sumurrud allá y mando levantar una gran cúpula y dispuso en su interior sendos sitios para los emires y los chambelanes y mandó servir un festín opiparo en el que no faltasen los manjares más exquisitos.

Quedó complacida en el acto; sirvieron las mesas los criados y Sumurrud invitó a comer a todos sus dignatarios, los cuales comieron y se refocilaron.

Luego dijoles Sumurrud a los emires y a los visires:

—Es mi voluntad que todos los meses, cuando apunte la luna nueva, se repita este festín y mandéis pregonar por la ciudad que nadie abra su tienda, sino que todos dejen su trabajo y vengán aquí a comer a la mesa del rey, advirtiéndole que, a aquel que no lo haga, lo mandaré ahorcar a la puerta de su misma casa.

Luego que despuntó la luna nueva púsose por obra la voluntad regia y quedó establecida esta costumbre para las lunas sucesivas, y ya hacia un año que se cumplía.

Y al llegar la primera luna del segundo año recorrió cual de costumbre la ciudad el pregonero, anunciando al pueblo:

—Sabed todos, sin excepción, que, a quien hoy abriere su tienda, se le ahorcará a la puerta de ella, ya que estáis obligados a venir a sentaros a la mesa del rey y comer del festín con que tiene a bien obsequiaros.

Luego de lanzado el pregón y servido el festín, acudieron todos en tropel a tomar asiento en la mesa del rey. Y se sentaron y comieron, y Sumurrud, desde su trono, no les quitaba ojo, de suerte que cada cual pensaba que era a él solo a quien el rey miraba.

Y los emires y los chambelanes exhortaron a los comensales con estas palabras:

—Comed hasta hartaros, sin avergonzaros, que eso es lo que quiere nuestro buen soberano.

De suerte que los comensales comían hasta hartarse y luego se iban pidiendo a Alá toda clase de bienes para su sultán y que se dignase su vida alargar. Y de estas bendiciones acompañada tornábase Sumurrud a su alcázar, muy ufana y satisfecha de haber instituido la costumbre aquella. Y para sus adentros se decía: «Puede que por esto sea servido Alá de hacer que yo sepa algo de Ali Schar.»

Vino luego la luna nueva del mes, el segundo, y volvió a repetirse la fiesta, según la costumbre y la regla.

Y bajó Sumurrud de su alcázar y se sentó en su trono y ordenó a todos que tomasen asiento en torno a la mesa y que comieran y bebieran.

Y sucedió que, estando la joven presidiendo el festín, hubo de advertir, al esparcir la vista, que entre los comensales se hallaba Barsum, el cristiano aquel que a Ali Schar le comprara el tapiz bordado por su mano. Y para sí se dijo: «Este es el comienzo de mi alegría y del logro de mi deseo.»

Cuanto a Barsum, llegóse a la mesa y se sentó en ella, y habiendo reparado en una fuente de arroz con leche, espolvoreado de azúcar, se le despertó la gula y alargó la mano para alcanzar el plato, que caía algo lejos, y, para lograrlo, tuvo que molestar a más de un compañero.

Y su vecino de mesa le increpó, diciendo:

—¿Por qué no comes de lo que tienes delante? ¿No te da vergüenza alargar así la mano para alcanzar lo distante?

A lo que Barsum le replicó:

—Sólo de este plato quiero comer yo.

—Pues bien—respondióle el vecino—, come de él hasta atracarte y quiera Alá que te siente mal.

Y dijo otro de los comensales, que era por cierto un comedor de *althaschische*:

—Déjalo comer, que yo también picaré.

Pero el primero que había hablado lo amonestó diciendo:

—¡Ye el más desdichado de los opió-fagos! Ten cuidado, que no es ese manjar apropiado para ti, sino que esta destinado a los emires de palacio. Déjalo, pues, para ellos y no te busques ningún contratiempo.

Pero Barsum no hizo caso de la advertencia y tomó un puñado de arroz y se lo llevó a la boca, y ya iba a repetir cuando hete aquí que la reina, que lo estaba observando, llamó a uno de sus milicianos y le ordenó:

—Traedme luego acá a ese individuo que está allí sentado y tiene delante un plato de arroz confitado.

Fueron allá en seguida cuatro milicianos y tiraron sin consideración alguna de Barsum y lo llevaron a presencia de Sumurrud.

Dejaron de comer todos los comensales y unos a otros se decían:

—¡Por Alá, que hizo mal en no engullir el bocado! <sup>29</sup>

Y otros añadían:

—Esperad hasta ver qué es lo que hacen con él.

Cuanto a Sumurrud, luego que lo tuvo entre sus manos, díjole a Barsum:

—¡Guay de ti, el ojizarco! ¿Cuál es tu nombre?

Y el maldito, que ostentaba un tur-

bante blanco <sup>30</sup>, díole al rey un nombre cambiado y le dijo:

—¡Ye el rey!, mi nombre es Ali y mi oficio el de alhaquin y vine a esta ciudad con objeto de traficar.

Y Sumurrud dijo a sus servidores:

—Traedme luego acá un puñado de arena y una caña de cobre.

Llevaronle al punto lo que había pedido y Sumurrud tomó la arena y la caña y extendió la primera y con la caña trazó en ella una figura como de mono <sup>31</sup>. Después de lo cual levantó la cabeza Sumurrud y le dijo a Barsum:

—¡Ye perro y cómo te atreves a mentir a los reyes! ¿No es cierto que eres nazareno y te llamas Barsum y viniste a esta ciudad con otra intención que la de traficar? Confiesa la verdad, que, si así no lo haces, te juro, por Alá, que el cuello te mandaré cortar.

Quedóse estupefacto el cristiano y balbuceó azorado, en tanto los emires y todos los presentes murmuraban maravillados:

—Este rey posee la ciencia de adivinar por medio de la arena. ¡Loado sea Aquel que le concedió ese poder!

Gritóle luego Sumurrud a Barsum:

—Confiesa la verdad, que si no, te mando matar.

—¡Ye rey de los siglos!—exclamo el cristiano—. No hay duda que sabes leer en la arena lo arcano. Pues es la verdad que yo soy cristiano.

Admiráronse todos los emires y todos los presentes y unos a otros se decían:

—No hay duda que este rey nuestro es un adivino sin par, como en todo el mundo no lo habría igual.

Mandó luego Sumurrud que desollasen vivo al cristiano y rellenasen de paja su pelleja y la colgasen en la puerta de la ciudad y cavasen en el

<sup>29</sup> Pues entonces habría venido a ser huésped de la reina y disfrutado del fuero de la hospitalidad.

<sup>30</sup> Distintivo de los musulmanes.

<sup>31</sup> Sumurrud practica aquí lo que se llama geomancia.

arrabal un hoyo y quemasen la carne y los huesos del reo y echasen en la fosa las tripas y demás despojos.

—Oír es obedecer—respondieron los servidores del rey.

Y acto seguido quedo ejecutado lo que Summurrud les habia ordenado.

Y al ver el pueblo el fin que aquel réprobo habia tenido todos exclamaron complacidos:

—Ha llevado el pago que tenia merecido.

Y el opiófago exclamó:

—¡Loado sea Alá, que me salvo del palo haciendo que me abstuviera de comer de ese plato!

Y en lo sucesivo cogiéronle asco a aquel plato y rehuían sentarse en el lugar del cristiano.

Llegó luego el tercer mes y volvieron a servir las mesas del festin y la reina sentóse en su trono a la cabecera, con sus guárdias a su alrededor, todos llenos de respeto y temor.

Y acudió la gente de la ciudad, y según la costumbre, empezaron todos a dar vueltas en torno a la mesa y todos miraban a la fuente de arroz en dulce y uno le dijo a su amigo:

—Oye, Hach Jálid.

—¿Qué quieres, Hach Jálid?—respondió el interpelado.

—Te recomiendo—dijole el primero—que tengas cuidado y no pruebes de ese plato, pues si lo hicieras amanecerás colgado.

Después de lo cual ambos se sentaron. Y estando ambos comiendo y la reina sentada en su trono presidiendo, he aquí que Summurrud hubo de reparar en un sujeto que entraba por la puerta de la ciudad, y, fijándose bien en él, conoció que era Chauán.

Chauán, el curdo, el bandido de marrras, aquel que diera muerte al miliciano, robándole luego su caballo.

Y la causa de que Chauán se encontrase allí entre los comensales del festin fue que el bandolero dejó sola a su

madre y se fue con sus compañeros y les dijo:

—Esta noche pasada hice una buena presa, pues cogí un saco grande lleno de monedas de oro y una mocita que vale mucho más que todo el oro del saco, y todo en la cueva con mi madre lo he dejado.

Holgáronse mucho todos al oírlo y corrieron a la cueva acto seguido y dizque ya era anochecido.

Tomóles Chauán el curdo la delanteira y penetró el primero en la cueva, con intención de mostrarles el botín que les dijera.

Pero al entrar encontróse con que el lugar estaba vacío: preguntóle a su madre qué habia sucedido y aquella se lo refirió todo, según queda dicho.

Mordióse el bandido las manos al oírlo y exclamó contrito:

—¡Por vida de esa tunanta! Mas yo la buscaré y no he de parar hasta encontrarla. ¡Y la encontraré, aunque se esconda en una cáscara de nuez!

Salió luego en su busca y empezó a andar y no paró de caminar hasta que llegó a aquella ciudad y entró en ella y procedió a preguntar por la fugitiva a las mujeres que estaban asomadas a sus celosias.

Y por ellas supo que el sultán de aquella ciudad daba todos los meses un festin al pueblo, y el bandido, al saberlo, se dirigió allá a paso ligero; pero como llegaba retrasado, no encontró ningún sitio desocupado, sino aquel en que, precisamente, estaba la fuente de arroz, de que hablamos anteriormente.

Sentóse allí el ladrón y alargó su mano hacia la fuente de arroz. Pero uno de los comensales le advirtió:

—Si comes de ese plato, amanecerás mañana ahorcado.

—¡Déjame en paz y no me quieras asustar!—exclamó el bandido y tendió la mano hacia el plato y se lo puso delante sin mostrar empacho.

Estaba a su lado el comedor de *al-haschische* y, al ver aquello, luego huyó de allí y en un momento se le despejó la cabeza y fue a sentarse al otro pico de la mesa. Y dijo prudente:

—No quiero nada con esa fuente.

Pero Chauán, el curdo, alargó la

mano y hundióla en la fuente de arroz con leche, cual si fuese la garra de un cuervo, y luego la sacó que parecía la pezuña de un camello...

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

## Y LA NOCHE 227 CONTINUO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Tengo entendido, *ye* monarca, el afortunado, que Chauán, el curdo, con su mano que parecía la pezuña de un camello sacó de la fuente un bocado y empezó a darle vueltas en su mano, hasta que tomó la forma de una naranja gorda. Metióse la luego aprisa en la boca y en aquel momento pareció sonar un trueno y el fondo de la fuente quedó al descubierto.

Y dijo uno que estaba al lado de Chauán, el curdo:

—¡Loado sea Alá que no me hizo manjar en tus manos, pues hiciste saltar la fuente al primer bocado!

Y añadió el comedor de *alhaschische*:

—Dejadlo que coma el cuitado, que yo ya lo veo en forma de ahorcado.

Pero Chauán tornó a alargar su mano y cogió un segundo bocado y se puso a darle vueltas como con el primero hiciera. Y en aquel momento fue Sumurrud y ordenó a unos del *chund*:

—Traedme en seguida a ese individuo y no le dejéis comer ese bocado que tiene en su mano.

Fueron en seguida a cumplir la orden los milicianos y cogieron a Chauán, y tirando de él con fuerza, llevaronlo delante de la reina. La cual lo interrogó diciendo:

—¿Cuál es tu nombre y cuál tu pro-

fesión y cuál la intención que te trajo acá?

—¡*Ye* mi señor!—respondió Chauán—. Mi nombre es Otsmán y soy de oficio jardinero y la causa de mi venida aquí es que ando buscando una cosa que perdí.

—Que me traigan en seguida—ordenó la reina—un poco de arena y una caña de cobre.

Lleváronselo al punto y entonces Sumurrud esparció la arena y con la caña trazó unos garabatos en ella.

Quedóse luego contemplándolos una hora y, finalmente, alzó la frente y, encarándose con el bandido, dijo:

—¡Guay de ti, perverso! ¿Cómo te atreves a mentir a los reyes? Esta arena me revela que tu nombre verdadero es Chauán, el curdo, y tu oficio el de bandido que despoja a la gente de sus bienes sin motivo y mata a los seres que Alá prohibió les diéramos muerte, sin razón suficiente.

Luego que Chauán, el curdo, oyó tales palabras, perdió el color de su cara y empezó a dar diente con diente, y pensando que si decía la verdad se podría salvar, dijo:

—Acertaste, *¡ye* el rey!, en lo que has dicho, y es lo cierto que he sido un bandido. Pero de hoy más estoy arrepentido y si me perdonas mi antigua

maldad, ¡volvere de nuevo a la senda de Alá!

Pero Sumurrud le contestó diciendo:

—No puedo tolerar que haya tal plaza entre la grey musulmana.

Y, llamando a uno de sus guardias, ordenóles que hicieran con aquel bandido igual que con el cristiano habían hecho. Cosa que en seguida hicieron aquellos.

Y el comedor de *althaschische* volvióle la espalda al plato de arroz y exclamó:

—¡Por Alá, que no lo quiero ni mirar!

Retiráronse luego los comensales y Sumurrud entróse en su palacio y despidió a sus edecanes.

Pasó luego el tiempo y vino el mes, el cuarto, y, según la costumbre, sirvieron las mesas y acudió la gente a sentarse en ellas, y ocupó la reina su cabecera y giró su vista en torno de los comensales, los cuales esperaban, para empezar a comer, que ella comenzara la primera.

Advirtió la reina, en tanto inspeccionaba la mesa, que el lugar de la fuente de marras estaba vacío, siendo así que para cuatro personas había allí sitio.

Maravillóse aquello y de pronto se le ocurrió mirar a otro lado y vio un hombre que entraba por la puerta de la ciudad y venía corriendo, muy ligero, a tomar en el festín asiento.

No encontró lugar desocupado, por llegar retrasado, sino aquel de la fuente consabida y en él se sentó sin más dilación.

Mirólo la reina con más atención y pudo convencerse de que el recién llegado no era otro que el maldito cristiano llamado Raschidu-d-Din, al cual una rara circunstancia había llevado allí, pues al volver de su viaje y enterarse por su servidumbre de que Sumurrud había volado, mandó en su busca a Barsum, su hermano, y al ver que el tiempo pasaba y aquel no tornaba, de-

cidió salir él en persona a buscar a su hermano y a la esclava.

Y plugo al Poderoso encaminarle a aquella ciudad donde Sumurrud reinaba y entró en ella al despuntar el primer día del nuevo mes, cuando se estaba celebrando la fiesta consabida.

Y al cruzar por las calles y plazas de la ciudad encontrálas desiertas y vio cerradas todas las tiendas y a las mujeres asomadas a sus rejas.

Preguntóles, asombrado, la causa de aquel caso raro y ellas lo informaron de cómo el sultán solía obsequiar al pueblo el primer día de cada mes con un festín espléndido, al que todos venían obligados a asistir, sin que nadie pudiera excusarse y quedarse en su casa o su tienda, en vez de ir allá a sentarse a su mesa.

Indicáronle también las mujeres dónde se celebraba la alifara y él encaminóse a la almidana y se encontró ya con toda la mesa ocupada, sin que hubiera otro sitio vacío, salvo aquel de la fuente que ya dijimos.

Sentóse, pues, Raschidu-d-Din en él y alargó su mano a la fuente para comer, pero en aquel instante dijoles la reina a sus edecanes:

—Id y traedme acá a ese individuo que está sentado junto a la fuente que ya sabéis.

Fueron allá en el acto los milicianos y asieron de Raschidu-d-Din y lo llevaron a presencia de la reina. La cual lo interpeló diciendo:

—¿Cuál es tu nombre y cuál tu profesión y por qué motivo viniste a nuestra ciudad?

—¡Ye monarca del siglo!—respondió el maldito—. Yo me llamo Rustem y no tengo oficio ninguno, pues soy un pobre *dervisch* que pordioseaba para vivir.

—Venga en seguida la arena—ordenó la reina.

Lleváronse la luego, juntamente con la caña de cobre, y Sumurrud esparció la arena y trazo unos garabatos en ella



y luego quedóse una hora estudiándolos, hasta que, al fin, levantó su cabeza y, mirando a Raschidu-d-Din, díjole con voz severa:

—¡Ye perro! ¿Cómo te atreves a mentir a los reyes? Tu nombre verdadero es el de Raschidu-d-Din, el cristiano, y tu profesión consiste en tramar ardides para robarles sus esclavas a los musulmes; que eres por fuera mahometano y por dentro cristiano. Así que habla y confiesa la verdad, pues si no lo hicieres el cuello te mandaré cortar.

Empezó el maldito a rezongar y acabó declarando la verdad.

—¡Soberano del tiempo!—dijo Raschidu-d-Din—. Adivinaste la verdad y no te la puedo negar.

Mandó entonces la reina que le diesen mil palos en cada uno de sus pies y otros mil en lo demás del cuerpo y después lo desollasen vivo y rellenaran de paja su pelleja, igual que con los otros habían hecho.

Quedó cumplida en el acto la orden de la reina y Sumurrud dio luego la señal a los comensales para que empezasen a comer, sin más ambages.

Y comieron todos a satisfacción y luego se levantaron y a sus respectivas casas se encaminaron.

Y la reina Sumurrud subióse a su

alcázar, y luego que allí se vio, exclamó:

—¡Loado sea Alá, que me permitió tomar venganza de los que habían hecho mal!

Y ensalzó al Señor de los cielos y la tierra y declamó estos versos:

—Unos tiranos eran que a las gentes oprimían sin piedad;  
mas ya finó su imperio, y se diría  
que no existió jamás.

Pecaron, y el castigo les impuso  
que merecían Alá;  
si hubieran sido justos, aún durara  
su reino, a no dudar.

Mas como inicuos fueron, no hubo nadie  
de salvarlos capaz.

No imite, pues, su ejemplo el poderoso,  
¡si incurrir no desea en pena igual!<sup>32</sup>

Pero luego acordóse Sumurrud de su señor Alí Schar y rompió a llorar, aunque al punto se dominó y pensó: «Puede que Alá, que fue servido de poner en mis manos a mis enemigos, quiera también favorecerme ahora con el pronto regreso del que mi alma adora.»

Y acto seguido imploró Sumurrud el perdón del Altísimo...

Pero vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

## Y LA NOCHE 228 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye* el rey, el aventurado, que la reina imploró el perdón de Alá y pensó: «Puede que plegue a Alá volverme a reunir con mi amado Alí Schar y sin mucho tardar, pues Alá es poderoso a hacer lo que quiere y es con sus siervos clemente.»

Tornó luego Sumurrud a pedirle perdón a Alá y declarar que, resignada, se sometía a su divina voluntad, convenci-

da de que todo principio tiene fin, y recitó estos versos de un poeta, que dicen así:

«Toma las cosas con calma  
y la esperanza no pierdas,  
que todo en manos de Alá  
por el sino se gobierna.

<sup>32</sup> Suprimido en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

Y no ha de pasarte nada,  
que a ti pasarte no deba.  
Y lo que haya de pasarte  
¡fuerza será que suceda!»

Y dijo también otro poeta:

«Deja rodar tus días sin preocuparte  
nunca del porvenir,  
que aquello que ahora juzgas imposible  
puedes en un momento conseguir.»

Y dijo también un tercer poeta:

«Si la suerte te combate,  
ten paciencia,  
que no hay en este mundo  
cosa eterna;  
raudas pasan las noches,  
muy ligeras,  
y grávidas del Tiempo, dan a luz  
horas blancas y negras,  
y así en cualquier instante cambia todo  
y la suerte se trueca.»

Y dijo un cuarto poeta:

«Sé paciente; no hay nada  
que valga tanto;  
no te apures por mucho  
que sea tu daño;  
de nada sirve  
querer borrar aquello  
que el sino escribe.» <sup>33</sup>

Siguió luego Sumurrud otro mes administrando justicia al pueblo y mandando y prohibiendo de día y llorando de noche con gran pesar por verse separada de su señor Ali Schar.

Y el día, el primero del mes, el quinto, mandó que preparasen el festín en la plaza, como de costumbre, y se sentó a la cabecera de las mesas y sentáronse también sus vasallos y esperaron a que el monarca les diera la señal de empezar.

Y todos, como siempre, evitaban sentarse en el sitio de la fuente.

Tomó asiento la reina, como de costumbre, en la cabecera de la mesa, frente a la puerta del local, para ver desde allí quién entraba por la ciudad.

Y en tanto que miraba hacia allá

deciase en sus adentros Sumurrud, en secreto: «¡Ye Tú que devolviste Yusuf a Yakub y libráste de sus plagas a Ayub, devuélveme a mí también a Ali Schar, mi señor y mi amado al par!»

Y no terminara Sumurrud su invocación cuando hete aquí que ve entrar por la puerta del local a un joven cuyo talle se cimbreaba al andar, como una rama de *ban*, y que, a pesar de su delgadez y su palidez, era el más hermoso de cuantos jóvenes pudieran ver.

Palpito, al verlo, el corazón de Sumurrud y fijáronse sus miradas en él y no tardó en cerciorarse de que aquel joven que acababa de entrar era su señor Ali Schar.

En poco estuvo que Sumurrud no lanzase un grito de alegría; pero se dominó por temor a dar un espectáculo delante de la gente, aunque por dentro sus entrañas se le removieron y su corazón le palpitaba fuerte.

Y la causa de que Ali Schar acudiera al festín no fue otra sino la de que, luego que se quedó dormido en aquel banco que dijimos y se descolgó Sumurrud de la ventana y Chauán, el bandido, la cogió en sus garras, despertose el muchacho y encontróse destocado, de lo cual infirió que, durante su sueño, llegara algún brigante y le robara el turbante.

Y al darse cuenta de ello profirió aquella frase de que nunca el que la dice tiene que abochornarse, a saber: «De Alá soy y a Alá hemos de volver.»

Fue luego en busca de aquella vieja que le indicara el paradero de Sumurrud, su esclava, y llamó a la puerta de su casa.

Salió a abrirle la vieja y Ali Schar, al verla, echóse a llorar entre sus manos con tal dolor que se desmayó.

Luego que en sí volvió contóle el joven a la vieja cuanto le ocurriera. Y nuevamente se echó a llorar y la vieja también lloró de verlo llorar a él.

<sup>33</sup> Estos cuatro poemas se omiten en la edición de Bulak y en la versión Mardrus.

Y Ali Schar, con hondo sentimiento, recito estos versos:

—¡Qué tormento es la ausencia  
para el que ama!  
Y qué dicha tan grande  
ver a la amada.  
¡Ye quiera Alá  
unirme con la mía,  
sin más tardar!

Enterneci6se al oírlo la vieja y le dijo:

—No te apures, hijo mío; estate aquí quieto y no te muevas en tanto yo voy por ahí a inquirir noticias y vuelvo aprisa.

—Oír es obedecer—respondió él.

Fuese, pues, la vieja y empezó a callejear por la ciudad, y al cabo de una hora regresó y le dijo a Ali Schar:

—Mucho me temo, Ali, que el pesar te consuma, pues, según parece, nunca podrás volver a ver a tu amada, como no sea en el puente de Az-Zirat <sup>34</sup>. Porque la gente de la casa del cristiano encontro, al levantarse por la mañana, la ventana que da al jardín arrancada de sus goznes y notó la ausencia de Sumurrud, así como la falta de un par de sacos repletos de dinares del amo. Y al llegar yo a la casa vi cómo el capitán de la guardia estaba allí parado a la puerta con muchos de sus hombres, y no hay poder ni gloria sino en Alá, ¡el grande, el lleno de majestad!

Luego que esas palabras oyó Ali Schar, la luz del día volviósele noche sombría y desesperó de su vida y dio por seguro que se moría, y rompió a llorar con tal emoción que se desmayó.

Luego que volvió en sí acometieronle de nuevo la pena y el dolor y acabó por adolecer gravemente, tanto que tuvo que estarse en casa, sin salir, un año entero, y en todo ese tiempo no

paró la buena vieja de llevarle médicos y más médicos para que lo vieran y ellos lo atiborraron de tisanas y potingues y caldos hasta que a los diez meses, por fin, convalació y a él la vida volvió. Y entonces Ali Schar recordó todo cuanto le habia pasado y recitó estos versos:

—El pesar de la ausencia me tortura;  
las lágrimas me corren a raudales;  
a visitarme el sueño se me niega;  
infinitas las noches se me hacen.  
¡Ye Señor, si mi muerte no deseas,  
date prisa a ampararme! <sup>35</sup>

Hasta que pasó otro año cabal y entonces la vieja le dijo a Ali Schar:

—Mira, hijo mío, con esos lloros y esos suspiros y esos versos no vas a conseguir nada de provecho; más vale que te levantes y te ciñas los riñones de resolución y vayas a buscar a tu amada por esas tierras de Alá, que acaso llegues a encontrar su paradero o al menos descubras un rastro para ello.

Y no cesó la buena vieja de animar y alentar a Ali Schar hasta que al cabo el joven cobró valor y se levantó y, conducido por ella, al baño pasó. Dióle luego la vieja de beber un vino fuerte y le sirvió de comer carnes blancas y a ese régimen de dieta tuvo lo sometido un mes entero, hasta que el mozo recobró sus fuerzas, y entonces, ya, púsose Ali Schar en camino y no paró de andar hasta llegar a la ciudad en donde Sumurrud reinaba y se dirigió al lugar del festín y allí se sentó y alargó su mano al plato de arroz.

Apiadáronse de él sus vecinos de mesa y le dijeron:

—No comas, ¡ye joven!, de esa fuente de arroz con leche, pues todo el que come de ella se acarrea una desgracia cierta.

—Dejadme comer en paz—les contesto el joven—y haced luego conmigo lo que

<sup>34</sup> El puente que en la escatología musulmana separa el paraíso del infierno.

<sup>35</sup> Suprimido en la edición de Bulak.

queráis, que acaso así lograré descansar de esta vida desdichada con que el sino me maltrata.

Púsose el joven a comer y probó el primer bocado, y ya iba Sumurrud a ordenar que se lo trajeran entre sus manos, cuando reflexionó que el joven tendría hambre y decidió no molestarle. Y para sus adentros se dijo: «Lo mejor será dejarlo que coma, hasta que sacie su apetito.»

Siguió, pues, comiendo Ali Schar y todos lo miraban con asombro y piedad, temiendo para él un trágico final.

Pero luego que Ali Schar hubo comido hasta saciar del todo su apetito, fue Sumurrud y díjoles a unos de sus eunucos:

—Id por ese joven que se comió la

fuerza de arroz con leche y traédmelo acá; pero le habréis de hablar con suavidad, diciéndole solamente: «Orden del rey.»

—Oír es obedecer—respondieron los eunucos y fueron a cumplir su orden al punto. Y llegándose a Ali Schar le dijeron con mucha afabilidad:

—¡Ye señor nuestro!, ten la bondad de venir con nosotros, que el rey te quiere hablar.

—Oír es obedecer—respondió Ali Schar.

Y en el acto se levantó y la orden del rey acató.

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 229 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Tengo entendido, ye el monarca, el afortunado, que Ali Schar exclamó:

—Oír es obedecer.

Y marchó allá en el acto, siguiendo a los esclavos.

Luego que llegó a presencia del monarca saludó Ali Schar con el *selam* y besó la tierra entre las manos del soberano.

Devolvióle Sumurrud el saludo y acogiéndole con muestras de aprecio, preguntándole luego con mucho respeto:

—Dime, ¡ye joven! ¿Cuál es tu nombre y cuál tu profesión y por qué razón viniste a nuestra corte?

—¡Ye rey de los tiempos!—respondió él—. Mi nombre es Ali Schar y yo soy hijo de mercaderes, nacido en el Jorasán, y la causa de que aquí haya venido es que ando buscando por el mundo a una esclava que perdí y que es más preciosa para mí que mis oídos y mis

ojos y que mi vida misma y por la que no descanso, desde que se fue de mi lado. Y esta es, ¡ye rey!, toda mi historia.

Y luego de decir eso rompió el joven a llorar con tal vehemencia que se desmayó. Y Sumurrud mandó espurrearlo con agua de rosas hasta que en sí volvió. Y luego gritó:

—La arena y la caña en seguida.

Llevaronle luego ambas cosas y ella cogió la caña y trazó con ella unos signos en la arena y quedóse luego contemplándolos una hora entera. Al cabo de la cual alzó su cabeza y, dirigiéndose a Ali Schar, exclamó:

—Dijiste la verdad. Y puedo anunciar que no tardará Alá en reunirse con esa esclava buscando a la cual viniste a nuestra ciudad. Así que desecha tu pesar.

Mandóle luego al chambelán que lle-

vase al joven al *hammam* y luego le vistiese ropas lujosas de reyes.

—Oír es obedecer—respondió el chambelan y corrió a cumplir la orden del sultán, llevando por delante a Ali Schar.

—¡Qué cosa tan rara!—exclamaron algunos de los comensales—. Con qué benevolencia ha tratado el monarca a ese joven de cara agraciada.

Y no faltó quien dijera:

—Ya os dije yo que no le haría nada malo, que no en balde es un chico guapo.

Y a ese tenor cada uno de los presentes hizo su observación.

Terminó luego el festín y todos se retiraron de allí, yéndose cada cual por su lado, después de despedirse del soberano.

Cuanto a Sumurrud, no daba crédito a que hubiese de llegar la noche, de puro impaciente que estaba por verse, al fin, a solas con el que amaba.

Y luego que la noche fue llegada, pasó a su cámara y fingió que el sueño la postraba.

Y era la costumbre observada que nadie se quedara a dormir con ella en su cámara, sino los castrados que estaban a su servicio inmediato.

Luego que permaneció unos instantes en su alcoba mandó que le llevasen a su amado Ali Schar y ella sentóse en su lecho y las bujías refulgían sobre su cabeza y sus pies, en sus candeleros de oro, iluminándolo todo.

Al correrse la voz entre la gente de que el monarca había mandado que le llevasen al muchacho cada cual hizo su comentario y dijo su dicho. Y uno observó:

—¡Ya veréis como el monarca lo nombra caudillo!

Cuanto a Ali Schar, luego que se vio en presencia del monarca, besó la tierra entre sus manos e invocó sobre él la bendición de Alá para que prolongase su reinado.

Al verlo Sumurrud dijo para sí: «Voy a divertirme a su costa una hora y no le daré a conocer, desde luego, la identidad de mi persona.»

Y encarándose con Ali Schar dijo:

—¡Ye mocito! Dime: ¿estuviste en el *hammam*?

—Sí, mi señor—respondió Ali Schar.

—Bien—dijo ella—, pues ahora come de este pollito y bebe de este vino.

—Oír es obedecer—respondió él e hizo con prontitud lo que le mandara Sumurrud.

Y esta le dijo luego que hubo terminado de comer y beber:

—Ven y siéntate aquí, a mi lado, en este lecho, y ráscale los pies.

Hízolo así Ali Schar y púsose a sobarle a la reina los pies y las piernas. Y pudo comprobar que tenía la piel más fina que la seda.

—Sigue así, Ali Schar—exclamó complacida—, pero sube tu mano un poco más arriba.

—¡Ye mi señor!—respondió Ali Schar—, subiré hasta la rodilla, pero nada más.

—¿Cómo es eso?—exclamó Sumurrud—. ¿Te niegas a obedecerme? Pues ten cuidado, no sea que esta noche salgas malparado. Pero en cambio, si haces lo que te digo, serás mi querido y te haré emir y verteré todas mis gracias sobre ti.

—¡Ye monarca del siglo!—exclamó Ali Schar—. ¿Qué es lo que deseas que yo te haga? Dimelo con claridad.

—Suéltate los zaragüelles—dijo ella—y ponte boca abajo.

—Jamás en la vida—exclamó Ali Schar—haré yo cosa tal.

Y se puso a llorar y sollozar.

Pero Sumurrud insistió y le dijo:

—Suéltate los zaragüelles y haz lo que te digo si no quieres que, en castigo a tu desobediencia, te mande cortar la cabeza.

Obedeció entonces el joven y se bajó los calzones y se agachó y Sumurrud

en seguida fue y se le monto encima.

Permaneció en esa actitud Sumurrud por espacio de una hora, montada encima de su dueño y señor, y luego descabalgó y sobre el suelo se echó. Y Ali Schar exclamó:

—¡Loado sea Alá, que no se le empinó su virilidad!

—Has de saber—dijole Sumurrud—que mi miembro tiene por costumbre no empinarse sino cuando lo frotan con la mano. Así que ven luego acá y empiézame a sobar para que se me pueda empinar. Y te prevengo que, si así no lo hicieres, te mandaré cortar el cuello por desobediente.

Y así diciendo tendiose boca arriba en el suelo y le cogió a Ali Schar la mano y se la llevó a su entrepierna, pudiendo notar el joven que era más fina que la propia seda y blanca y redondita y abultada y caliente como la cámara de vapor de un *hammam* o el corazón de un enamorado, abrasado de pasión. Y se dijo: «¡Miren qué prodigio! Este rey tiene un c...»

Encandilóse el joven en seguida y empinósele el miembro con tal ardor que llegó al límite de la erección.

Y al ver aquello Sumurrud rompió a reír y le dijo con mucha gracia:

—¿Ye mi señor! ¿Conque así te pones y no sabes todavía quién yo soy?

—Pues ¿quién eres tú, ye monarca del tiempo?—inquirió Ali Schar.

Y Sumurrud le contestó sin tardar:

—¿Quién voy a ser y cómo no me has conocido tú? Yo, ¡ye mi señor!, soy tu esclava Sumurrud.

Luego que aquello oyó Ali Schar, empezó a besarla y abrazarla y lanzose sobre ella cual el león sobre la oveja y se cercioró de que efectivamente era Sumurrud, su esclava, aquella cuya belleza no tenía par en la tierra <sup>36</sup>.

<sup>36</sup> El lector habra advertido la semejanza de este paso con aquel otro en que la princesa Budur se da a conocer a su esposo, Kamaru-s-Semán.

Y metió su acero en su vaina y no paró de trajinar y hacer el alhamel ante su puerta y el predicador en su *minbar* y el santón en su mihrab, en tanto ella, por su parte, se inclinaba y postraba y se erguía y se bajaba, acompañando con exclamaciones de: «Loado sea Alá, gloria al Creador», sus apasionados meneos y su alternado coger y soltar el miembro <sup>37</sup> y entre ambos armaban tal ruido que lo hubieron de sentir los dos castrados pajecillos y corrieron allá despacito y fisgaron por la *acitara* y vieron a su rey tendido boca arriba con Ali Schar montado encima, pegándole y sacudiéndole, en tanto el monarca jadeaba y a sus asaltos respondía.

Y dijeron entre sí los pajecillos:

«En verdad que no son esos meneos propios de varón y hemos de creer que este nuestro rey es una mujer.» <sup>38</sup>

Solo que se callaron su descubrimiento y a nadie se lo dijeron.

Y luego que la mañana amaneció convocó Sumurrud a todo su ejército y a los emires y visires de su reino y, no bien los tuvo delante, les dijo sin mas ambages:

—He decidido emprender un viaje a tierras de este joven, lo que os prevengo para que me nombréis un virrey que os gobierne en mi nombre en tanto yo torno de nuevo a mi trono.

Respondiéronle ellos con el oído y obedezco, y Sumurrud puso manos a la obra de preparar todo lo necesario para su viaje, así de vituallas como de dineros y de regalos y mulas y camellos.

<sup>37</sup> Todo este picante paso omítese en la edición de Bulak.

<sup>38</sup> Con los músculos de la vagina. Las abisnias—anota Burton—son famosas por esa habilidad, muy estimada de los voluptuosos egipcios. Se les da el nombre de Kabazah o sujetadoras. Son las *casse-noisettes* de los autores galantes de la Francia del siglo XVIII. En el *Aranga-Ranga* sánscrito se menciona esta particularidad.

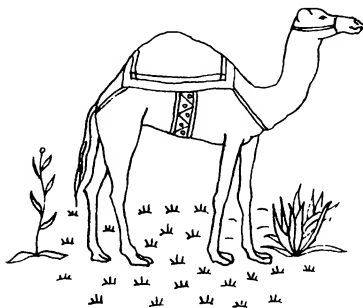
Despues de lo cual púsose ya en camino con su amado Ali Schar. y no pararon los dos de caminar hasta que llegaron a su pais natal.

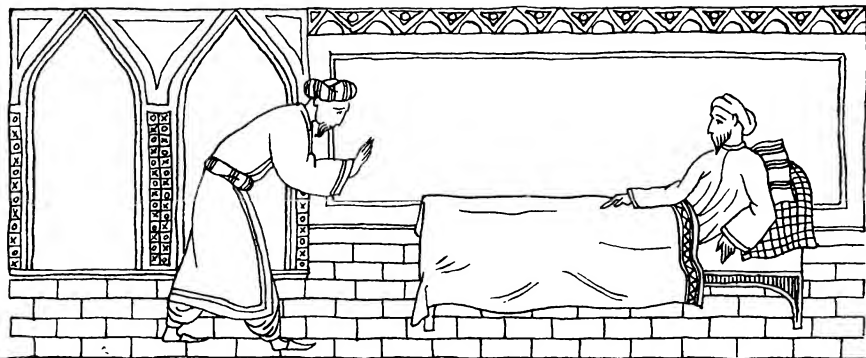
Y Ali Schar dirigióse a su casa y empezó a repartir limosnas y dádivas.

Tuvo luego un hijo en Sumurrud. su

esclava. y ambos vivieron gozando de la dicha más colmada, hasta que vino a visitarles aquella que pone fin a los goces y dispersa las reuniones.

¡Loor a Aquel que perdura sin interrupción y demos a Alá gracias en toda ocasión!





## HISTORIA DE BUDUR, LA HIJA DEL JOYERO, Y CHABIR-BEN-AMIRU-SCH-SCHIBANIYU

(Noches 229 a 234)

*Historia de amor, llena de gracia y delicadeza, en que el desdén se paga con el desdén y, cuando todo parece perdido sin remedio y creemos que los enojados amantes no han de reconciliarse nunca, la pasión represada surge de nuevo, inesperadamente, venciendo recelos y desvíos, con la fuerza arrolladora de un primer amor. Bella estampa esa de la joven Budur mandándoles a sus esclavas que la apedreen con naranjas y estremeciéndose en gentiles escorzos y lanzando gritos de golondrina y frescas risas de juventud en la barca, que fluctúa como un columpio. Se comprende que el joven Chabir, pese a su altivez (enunciada en el nombre, que significa esa cualidad), olvide sus enojos y se rinda ante tanta gracia y tan bella locura. Y dizque el gesto de la muchacha tiene algo de un acto de contrición, ya que la causa del enfado del amante fue que la sorprendió un día en el momento en que la estaba besando una de sus esclavas... y concibió celos de ella...*

*Al hacerse apedrear con naranjas, Budur parece imponerse un castigo y, al mismo tiempo, brindar a Chabir la antiimagen capaz de borrar la primera... Pero no ahondemos en el análisis, para no quitarle al episodio el encanto que de por sí tiene, como capricho de mujer joven e inocentemente alocada...*

*El narrador de la anécdota, Alí-ben-Manzur, de Dimechk, Al-Jaliyu, El Perdido, no es identificado, lo que no autoriza, sin embargo, a suponerle imaginario.*

*Finalmente, esta historia figura en el libro Il-lamu-n-Nas (El sabedor de las gentes), del scheij Abdu-r-Rahman, conocido por Diyabu-l-Atlidi, siglo IV de la hehbra.*



—Cuentan que el emir de los creyentes, Harunu-r-Raschid, estaba una noche muy desvelado y el sueño no acudía a su llamada, por lo que no hacía más que volverse en su lecho de este al otro lado.

Hasta que al fin se cansó de dar vueltas en balde y mandó venir a Mesrur, el del alfanje, y luego que lo tuvo delante le dijo:

—¡Ye Mesrur! Anda y busca por ahí alguien que me pueda distraer y hacerme menos penoso este insomnio.

—¡Ye mi señor!—contestóle Mesrur—. ¿Por qué no bajas a dar unas vueltas por el jardín del alcázar y te recreas contemplando las flores que lo esmaltan y la hermosura de los luceros que adornan el cielo y la luna que entre ellos descuella como soberana y se mira en el agua?

Pero el monarca le dijo:

—Mira, Mesrur: nada de eso de lo que me estás diciendo me atrae en estos momentos.

—¡Ye mi señor!—dijo Mesrur—. En tu palacio tienes trescientas concubinas, que vive cada una en su aposento particular. Mándales, pues, que se retiren todas a sus habitaciones y ve tú luego a fisgar en ellas, hasta darles la vuelta

completa, y así te distraerás observándolas, sin que ellas lo sepan.

Pero el jalifa le dijo:

—Mira, Mesrur, este palacio es mi palacio y esas mujeres son mías, así que ya me empacha su vista.

—Pues entonces, señor—dijole Mesrur al jalifa—, convoca a los alfaquies de la Ley y la religión y a los sabios del saber y a los poetas y ordénales que delante de ti sostengan controversias y te reciten versos y te canten canciones y te cuenten historias y anécdotas.

Pero el jalifa le dijo:

—Nada de eso, Mesrur, me brinda ahora ningún atractivo.

Y Mesrur insistió todavía y le dijo al jalifa:

—¡Ye emir de los creyentes! Manda venir a chicos guapos y donosos y a compañeros de copa y diviértete oyendo sus ocurrencias ingeniosas.

Pero el jalifa, displicente, dijo:

—Nada de eso, Mesrur, me atrae ahora lo más mínimo.

—Pues entonces, señor—exclamó Mesrur—, córtame a mí el cuello, a ver si así se te quita el tedio y el desasosiego.

Y vio Schahrasad venir la aurora y corto el hilo de sus palabras.

## PERO LA NOCHE 230 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, ye monarca, el afortunado, que Mesrur le dijo al jalifa:

—Pues entonces, señor, córtame a mí el cuello a ver si así se te quita el insomnio y concilias el sueño.

Echóse a reír Harunu-r-Raschid y le dijo:

—¡Ye Mesrur! Ve a ver quién hay en la puerta de los que se sientan a mi mesa.

Salió Mesrur a ver y volvió en seguida y le dijo al jalifa:

—Está en la puerta Ali-ben-Manzur-l-Jaliyu, el de Dimechk.

—Pues a mí en seguida con él—ordenó el jalifa.

Fue por él Mesrur y lo trajo en seguida. Y al entrar Ali saludó al jalifa así:

—¡Ye emir de los creyentes, la paz sea sobre ti!

Devolvióle el jalifa el saludo y luego le dijo:

—¡Ye Ibn-Manzur!, cuéntame una de las muchas historias que sabes tú.

—¡Ye emir de los creyentes!—preguntóle Ali—, ¿quieres que te cuente algo que haya visto por mis propios ojos o algo que les haya oído contar a otros?

—Si viste con tus propios ojos—dijole el jalifa—alguna cosa peregrina, cuéntanosla luego, que no es lo mismo aquello que hemos visto que lo que hemos oído <sup>1</sup>.

—¡Ye emir de los creyentes!—dijo Ibn-Manzur—, abre bien para mí tus oídos y tu corazón.

—¡Ye Ibn-Manzur!—respondióle Harún—. He aquí que te oigo con mis oídos y con mis ojos te miro y a tus palabras está mi corazón prendido.

—Pues bien—empezó Ibn-Manzur—, has de saber, ¡ye emir de los creyentes!, que yo, todos los años, soy huésped de Mohammed-ben-Soleimanul-Haschimi, sultán de Bazra, y voy a pasar con él una temporada.

Y sucedió una vez que, al ir a verlo, me lo encontré ya montado en su caballo, pues se disponía a salir de cacería.

Saludéle con la paz y él me devolvió el *selam* y me dijo:

—¡Ye Ibn-Manzur!, monta en un potro y vente a cazar con nosotros.

—¡Ye mi señor!—respondí yo—, no tengo brios para montar.

Entonces el sultán mandóme alojar en su palacio, en el lugar destinado a los huéspedes, y me recomendó a sus delegados y lugartenientes para que me tratasen debidamente.

Ahora bien: luego que me quedé solo en mi habitación hubo de ocurrírseme esta reflexión:

—¡Por Alá!, que es cosa rara que

llevando tanto tiempo de venir de Bagdad a Bazra no conozca de esta ciudad sino el trecho que va del palacio al jardín y del jardín al palacio. ¿Y cuándo se me va a presentar mejor ocasión que esta para ver la ciudad y solazarme recorriéndola en ameno vagar? ¡Vaya! Ahora mismo me levanto y me voy a la calle, yo solo, a divertirme un poco.

Comí aprisa, con efecto, y en seguida me vestí un traje lujoso y me eché a callejear por la ciudad, la cual, como tú sabes, ¡ye emir de los creyentes!, cuenta setenta calles, cada una de las cuales tiene setenta parasangas de larga.

Echéme a vagar por las calles de Bazra, como iba diciendo, dejándome llevar de mis pies, hasta que al cabo apretéme la sed.

Y he aquí que en tanto iba yo andando, hubo de llamarme la atención una puerta grande con dos alhelgas <sup>2</sup> de cobre amarillo y un gran tapiz rojo bordado, sobre ella tendido, y a sus dos lados sendos marmolillos y encima de ella un *arije* <sup>3</sup> del que colgaban los racimos.

Detúveme a recrearme en la contemplación de aquel cuadro, y en aquel momento llegó a mis oídos el eco de una voz dolorida que entonaba estos versos:

—Adolecí mi cuerpo desde el día  
en que se fue mi gacela,  
y desde entonces me arrastro  
en una triste indolencia.  
¡Ye brisa, hasta donde esté,  
lleva a mi amado mis quejas,  
a ver si con mis suspiros  
logro al fin que se enterezca  
y termine este tormento  
en que me sume su ausencia.

Al oír aquel canto díjeme para mis adentros: «Si la dueña de esa voz fuera

<sup>1</sup> Recuérdese la sentencia horaciana: *Segnius irritant animos demissa per aures quam qui sunt oculis subjecta fidelibus*.

<sup>2</sup> Aro.

<sup>3</sup> Emparrado.

también hermosa uniría entonces la belleza a la elocuencia y sería completa.»

Acerqueme luego a la puerta y levante despacito el tapiz que la cubría y he aquí que veo una mocita, blanca de rostro y de tal belleza que parecía una luna en su noche catorcena, con unas cejas corridas y parejas y unos párpados como la seda y unos pechos turqueses como dos granadas y unos labios rojos como dos anémonas, y una boca como el sello de Solimán, de una gracia sin par, y unos dientecillos en hilera tales como para hacerle perder la razón al prosista y al rimador. Como dijo el poeta:

«¿Quién esas lindas perlas en ti puso  
¡ve aljofarada boca de mi amigo!  
que eres más blanca que la manzanilla  
y más roja que el vino?  
¿Quién hizo que la gloria de la aurora  
fulgiese en tu sonrisa,  
y con ese candado de rubies  
selló tus labios cual con roja firma?  
Quien te mira a la luz de la alborada  
de gozo y bendición pierde el sentido.  
¿Qué será lo que sienta aquel que logre  
un beso de tus labios encendidos?»

Y como dijo otro poeta:

«¡Ye del amigo aljofarada boca!,  
de este pobre, por fin, ten compasión,  
y no abuses de aquel que sólo tiene  
la dicha de tu amor.»

En una palabra: que abarcaba aquella joven todas las variedades de cuantos encantos seducen a hombres y mujeres y no podía, quien la miraba, dar-

se por satisfecho con contemplarla, pues era como de ella dijo el poeta:

«Cuando viene nos mata, y si se aleja,  
las miradas nostálgicas la siguen.  
¡Es un sol, una luna esplendorosa!  
¡Su vista el paraíso nos revela  
y la luna fulgente se levanta  
sobre su nuca bella!»

Estaba yo mirándola embebecido, por entre los pliegues del tapiz, cuando dirigió la joven la mirada hacia donde yo estaba y reparó en mí. Y pude oír que le decía a una de sus criadas:

—Ve a ver quién es ese que se ha parado a la puerta de la casa.

Vino la criada hacia mí y me interpeló:

—¡Ye el *scheij* el respetable! ¿No te da vergüenza ponerte aquí a curiosear, desde la puerta, cuando ya tienes blanca la cabeza?

—¡Ye mi señora!—contesté yo—. Eso de la cabeza blanca ya lo sé; pero, por lo demás, no creo que en lo que hago haya nada que censurar.

—¿Qué cosa más censurable—replicó ella—que eso de pararse a mirar lo que pasa en ajeno lugar y atisbar un harén con el que nada tienes que ver?

—¡Ye mi señora!—respondí yo—. Tienes razón en lo que dices. Pero también yo tengo disculpa en lo que hice.

—¿Y cuál es tu disculpa?—inquirió ella.

Y yo le contesté:

—Pues la de que soy algarivo en estas tierras. Y me moría de sed cuando me detuve en esta puerta.

—Se acepta tu disculpa—dijo ella.

Pero aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y puso coto a sus descomedidas palabras.

<sup>4</sup> Eufemismo púdico; ya se entiende que habla de la amiga.

## Y LA NOCHE 231 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que la joven le dijo a Ibn-Manzur:

—Se acepta tu excusa.

Y volviéndose a otra esclava le dijo la dueña de la casa:

—*Ye Lutf*<sup>5</sup>, dale de beber al peregrino en la jarra de oro.

Vino luego a mí la esclava trayendo la jarra de oro rojo, incrustada de aljófar y piedras preciosas, y llena de agua aromada de almizcle y cubierta de un pañito de verde seda.

Bebí yo, despacio, con toda intención y mirando a hurtadillas a la joven, hasta que al cabo comprendí que era ya demasiado y devolví la jarra a la esclava y me levanté con intención de despedirme, después de darle las gracias.

—Sigue tu camino, *ye scheij*—me dijo la joven—, y que Alá te acompañe.

—*Ye* mi señora—dijele yo—, perdona, pero me trae muy preocupado una cosa.

—¿Cuál es ella?—preguntóme la joven.

—Pues las vicisitudes de los tiempos—dije yo—y las vueltas de los acontecimientos.

—Tienes razón—respondió ella—, que el tiempo, en su rodar, nos trae muchas sorpresas. Pero ¿qué es lo que ahora viste de extraordinario para que se te ocurriera pensarlo?

—Pienso—respondíle en el dueño de esta casa, que toda su vida fue mi amigo.

—¿Sí?—exclamó ella—. ¿Y cómo se llamaba?

—Mohammed-ben-Ali, el joyero—le

respondí—. Hombre de muchos caudales y bienes considerables. ¿No me podrías decir si dejó hijos al morir?

—Sí—respondió ella—, dejó una hija, llamada Budur, la cual heredó toda su hacienda.

—Y esa tal Budur—exclamé—serás tú, ¿verdad?

—Yo misma soy—asintió ella. Y se echó a reír. Y después dijo, volviéndose a mí—: *Ye scheij*, en verdad que ya se prolongó demasiado nuestra conversación y debes irte a tu ocupación.

—Así debe ser—le respondí—, y, sin embargo, veo demudados tus encantos, hija mía, y quisiera saber cuál es la causa de tu quebranto, que acaso plegue a Alá proporcionarte por mi mano tu felicidad.

—*Ye scheij*—exclamó ella—, si fueres de aquellos que saben guardar los secretos, el mío te revelara. Pero antes dime quién eres para que sepa si eres digno de mi confianza. Que con razón dijo el poeta:

«Solo un secreto guardan los discretos  
y uno de ellos soy yo, que tengo un cuarto  
para guardar secretos, cuya llave  
ha tiempo se perdió y está cerrado.»

—*Ye* mi señora—contestéle yo—. Si deseas saber quién soy, te diré que me llamo Ali-ben-Manzuru-l-Jaliyu, el de Dimechk, y que soy uno de los comensales y familiares del emir de los creyentes, Harunu-r-Raschid. Creo que esto será suficiente.

Luego que oyó mi nombre la joven levantóse de su asiento y me saludó con mucho respeto y me dijo:

—Sé bien venido a esta casa, Ibn-Manzur, y toma asiento, que voy a revelarte mi secreto. Y sabe, lo primero

<sup>5</sup> Como si dijéramos *Gracia*.

de todo, que estoy enamorada de un ausente.

—Ye mi señora—exclamé yo—, hermosa eres y todo aquel que no fuera un necio tendría que quererte. Dime, por favor, ¿quién es el dueño de tu corazón?

—Chabir-ben-Amiru-sch-Schibaniyu, emir de los Benu-Schaibán<sup>6</sup>—respondióme la joven. Y me dio las señas de un chico guapo, como no había otro en toda Bazra que le igualara.

—¿Y os habéis visto o escrito?—pregunté. Y ella me contestó:

—Sí; pero su amor era amor de boquilla, no de corazón, pues resultó un falso y a sus juramentos faltó.

—Ye mi señora—exclamé yo—, ¿y cuál fue el motivo de vuestra separación?

—Pues escucha y verás—respondió la muchacha, y a continuación añadió:

—Has de saber que estaba yo un día sentada, teniendo a mi lado esta esclava, que los cabellos me peinaba, cuando luego que terminó su operación, al recogerme las trenzas, reparó en mi belleza y, prendada de ella, le dio el capricho de besarme en un carrillo.

Dio la casualidad de que en aquel momento entrara Chabir en el aposento y fue testigo de cómo la esclava me daba aquel beso, y en el acto, sin decir palabra, fue y me volvió la espalda y se alejó loco de rabia y despecho, jurando no verme más, y recitó estos versos:

—Si en nuestro amor, a otro parte le das,  
y haces lo que no puedo  
yo perdonar,  
ahí te quedas, chiquilla,  
libre te dejo,  
que a mi nadie me engaña;  
no soy tan lerdo.

Y desde entonces, hasta la hora presente, no he vuelto a tener noticias de

<sup>6</sup> Noble tribu beduina a la que pertenecía el famoso Mân-ben-Sâida, tan a menudo mencionado como prototipo de liberalidad.

él ni me ha escrito ni a mis cartas ha respondido.

—¿Y qué piensas tú hacer ahora, ye mi señora?—pregunté yo. Y ella me contestó:

—Pues enviarle por tu mano una misiva y si logras traerme su contestación, prometo darte en recompensa quinientos dinares, y, si no es así, te daré cien dinares por la molestia de tu ir y venir.

—Pues ya puedes pensar—le dije—lo que vas a escribirle.

—Oír es obedecer—contestó ella. Y, llamando a una de sus esclavas, le ordenó:

—Tráeme luego papel y tintero. Llévole la esclava ambas cosas y ella cogió la caña, la mojó en el tinte-ro y escribió en el papel estos versos:

«Ye amado, ¿por qué te alejas  
y me muestras tal desdén  
y me pones esa cara  
que no es la cara de ayer?  
¿Es que los murmuradores  
te pudieron convencer  
y ante tus ojos lograron  
llegara a desmerecer?  
Por Alá, no les des crédito,  
que ya los conoces bien,  
y sabes que solo obran  
a impulsos del malquerer.  
Si en lo que dicen hubiera  
algo de verdad, a fe  
que yo misma lo dijera,  
para que hicieras de juez.  
Ya sabes que todo puede  
interpretarse al revés,  
y que siendo una tan solo  
de Alá la infalible ley,  
la interpretan variamente  
el creyente y el infiel.  
Así que no hagas tu caso  
de quien me quiere perder  
en tu opinión, que en el día  
en que todo se ha de ver,  
manifiesto y evidente,  
su castigo han de tener.»

Luego que terminó su carta procedió a sellarla y me la entregó. Toméla yo y, acto seguido, me dirigí al domicilio de Chabir-ben-Amiru-sch-Schibaniyu. Dijéronme allí que el joven saliera de

casa y me senté a aguardar hasta que regresara.

No tardó en volver y, ¡ye emir de los creyentes!, al verlo yo venir montado en su caballo quedéme maravillado de verlo tan guapo.

Apeóse él de su caballo y se volvió y me vio allí sentado, en la puerta de su casa, aguardando.

Y al punto vino a mi y me saludó y me abrazó y, al abrazarlo yo, me pareció que entre mis brazos abarcaba el mundo entero y todo cuanto encierra el Universo.

Hízome luego pasar adentro y me hizo sentar sobre su lecho y mandó que nos sirvieran la mesa y los criados trajeron una mesa de madera de Jallanch del Jorasán con las patas de oro, surtida de toda suerte de manjares sabrosos.

Sentéme a la mesa y, al acercarme a ella y mirarla con más detenimiento, pude ver que tenía grabados en su tapa los siguientes versos:

«Fija la mente en aquellos  
que pollos antaño fueron  
y hazles el debido duelo,

¡porque ya se los comieron!  
¡Y también a las perdices  
dedicales un recuerdo!  
¡Ye qué sabrosas estaban  
asadas a fuego lento!  
¡A la chocha, con dolor,  
lloren sus hijas, las pobres!  
¡Qué rica estaba su madre!  
¡Honor hizole a su nombre!  
¡Pues y los peces! ¡Qué peces!  
De abigarrados colores,  
¡nuestra vista recreaban  
como anticipo del gusto  
que al paladar luego daban!  
Y no digamos nada del cordero picado,  
frito con mucho aceite, exquisito bocado  
como el mismo cielo, por nosotros bajado.  
¡Pero no he de pasar en silencio tampoco  
aquel pan excelente, por manos amasado  
blancas como la nieve y en el que todavía  
reflejos perduraban de las pulseras ricas  
que adornaban los brazos de las panaderitas!  
¡Jamás, en tanto viva, podréme yo olvidar  
de ese cuadro galano, pintado en un mantel  
que, con arte bordado, un cuadro era también!  
¡Pero fuera pesares;  
no te apures amigo!  
Que de nuevo a llenarse  
vuelve el plato vacío!»<sup>7</sup>

Vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 232 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Tengo entendido, ye el rey, el afortunado, que Ibn-Manzur dijole al jallifa:

—Luego que nos sentamos a la mesa, díjome Chabir-ben-Amiru-Sch-Schibaniyu:

—Alarga tu mano a los manjares y alegría mi alma comiendo de nuestras viandas.

Pero yo le dije:

—Por Alá, que no he de probar ni un solo bocado de tu mesa como antes no accedas a una petición para mí de mucha cuenta.

—¿Cuál es ella?—inquirió Chabir.

Saqué yo entonces la carta de *sitt* Budur y se la di. Leyóla él y, luego de enterarse de su contenido, la estrujó entre sus dedos y la arrojó al suelo, diciendo:

—¡Ye Ibn-Manzur! Voy a decirte lo que te dijo ella, aunque no estuve presente a la entrevista vuestra.

—¿Y qué es, amigo mio—exclamé yo—, lo que me dijo?

—¡Vamos a ver!—respondió él—. ¿A

<sup>7</sup> Suprimido en la edición de Bulak.

que te dijo la firmante de esta carta que, si le llevabas la contestación, te daría quinientos dinares y que si no se la llevabas te daría solo cien por la molestia de tu embajada?

—Así es, efectivamente—contestéle.

—Pues bien—dijome él—, siéntate aquí conmigo hoy y come y bebe y diviértete y goza sin pensar en nada, que yo te daré esos quinientos dinares, aunque no contestaré la carta.

Quedéme yo con él aquel día y comí y bebí y me divertí. Y estando conversando los dos, le hube de decir:

—¿Ye mi señor! ¿Cómo es que en tu casa la música falta?

—¡Oh!—respondió él—, tiempo hace ya que aquí bebemos sin oír canciones ni música de instrumentos.

Y luego interpeleó a una de sus esclavas, diciendo:

—¿Ye Schachretu-d-Durr! \*

—Aquí estoy, mi señor—respondióle la esclava, desde su tribuna reservada.

Y dizque en su mano tenía un laúd de labor indiana, metido en un bolso de seda preciada.

Vino luego la esclava y se sentó y púsose el laúd en su regazo y empezó a pulsarlo, por veintiún estilos distintos, hasta volver luego al estilo del primero.

Y después entonó estos versos:

—No es doctor en amor quien no ha probado su almíbar y su acíbar juntamente e ignora qué bien sabe la dulzura cuando detrás de un sorbo amargo viene. De igual modo que aquel que no ha marchado por sendas pedregosas e inclementes, de un suelo liso y llano, como es justo, apreciar las ventajas, nunca puede.

Luego que la cantora hubo terminado su canción, lanzó su señor un gran grito y se desmayó.

—¡Qué Alá te dé lo que mereces, ye *scheij!*—exclamó la esclava—, que hacía mucho tiempo que aquí no se cantaba

por evitar a nuestro señor esta emoción. Vete ahora a ese alquival y échate allí a dormir.

Fuime yo en el acto al pabellón y me dormí y estuve durmiendo de un tirón hasta que amaneció.

Y, al abrir yo los ojos, me encontré con un criado de mi anfitrión, el cual venía a buscarme, trayéndome un bolso con quinientos dinares. Y el esclavo me dijo:

—Aquí tienes lo que te prometió nuestro señor; pero no has de volver al lado de esa joven que acá te envié, sino que harás como si nada supieses de lo sucedido ni nos hubieras visto.

—Oír es obedecer—le contesté.

Luego me dije para mis adentros: «La pobre muchacha me está esperando desde ayer; no tengo más remedio que irla a ver y ponerla al tanto de cuanto ha pasado.»

Fuime, pues, a verla, y, al presentarme ante ella, la encontré de pie, presa de impaciencia. Y en cuanto me vio exclamó:

—¿Ye Ibn-Manzur, no tuviste éxito en tu embajada!

—¿Cómo lo sabes?—dijele yo—. Si aún no hablé palabra.

—¿Ye Ibn-Manzur!—exclamó ella—. Sin necesidad de eso ya lo sabía.

Y me contó todo cuanto ocurriera en nuestra entrevista.

—¡Oh!—exclamé yo asombrado—. ¿Por ventura estuviste a nuestro lado?

—No, Ibn-Manzur—respondió Budur—, pero ¿no conoces esos versos que dicen con mucho acierto:

«Mi amor es un ciego  
de conveniencia,  
que no ve sino aquello  
que le interesa.  
Para esas cosas  
ojos tiene de lince,  
que nada ignoran?»

Y no obstante, ¿ye Ibn-Manzur!, ten presente que no pasan el día y la noche sobre cosa alguna sin introducir en

\* Arbol de las perlas.

ella algún cambio y dejar en ella su rastro.

Y luego alzó sus ojos al cielo y exclamó:

—*¡Ye mi Dio y mi Señor: haz que Chabir sienta por mí la misma pasión que yo por él y que de mi corazón pase al suyo mi amor!*

Diome luego cien dinares, en recompensa de mi molestia. Tomélos y yo me fui de allí y me encaminé al alcázar del sultán de Bazra.

Acababa el sultán de regresar de la caza; diome mi soldada y, despidiéndome de él, tornéme a Bagdad sin tardanza.

Transcurrió luego un año y, siguiendo mi costumbre, torné a Bazra a ver al sultán, el que, como siempre, me tuvo unos días de huésped y, al final, gratificóme con mi pensión anual.

Disponíame yo a regresar a Bagdad cuando hube de acordarme de aquella joven Budur y me dije para mis adentros: «¡Por Alá, que he de ir a verla y enterarme de cómo van sus relaciones con Chabir-ben-Amir!»

Dirigime en el acto a su casa y al llegar vi a su puerta muchedumbre de criados que barrian y aljofifaban y al punto me dije para mi alma: «Seguramente, a la pobre muchacha ahogóla la pena y acabó por matarla. Y ahora algún emir de los emires se muda a su casa.»

Retiréme de allí y fuime a ver a Chabir-ben-Amir, y, al llegar a su casa, advertí que habían derribado sus poyos y que no andaba por allí ninguno de sus criados, como los otros años. Y pensé: «¿Será que se ha muerto también?»

Y me quedé parado ante su puerta en tanto corrian las lágrimas de mis ojos y, por vía de responso, recitaba estos versos:

*¡Ye señor generoso, que al marcharte  
mi corazón llevabas a tu zaga,  
y que al volver, con pródiga largueza,  
mis males remediabas!*

Parado ante tu puerta, ahora derramo,  
cual plañidera, mis ardientes lágrimas.  
De tu mansión pregunto a las ruinas,  
que de verme llorar, llanto derraman:  
¿Dónde está aquel que, liberal y grande,  
a nadie sus mercedes rehusaba?  
Y ellas, llorando, me responden: —¡Vete!,  
sigue por tu camino, que el que amabas,  
ya no está aquí; bajo la tierra duerme  
y su mano jamás podrás besarla.  
Solo queda el recuerdo de su nombre  
estampado en las almas  
de aquellos que gozaron de su trato  
encantador y de su bolsa amplia.  
¡Quiera Alá que su nombre no se olvide  
ni se extinga su fama!

En tanto yo endechaba así al finado dueño de la casa, he aquí, ¡ye emir de los creyentes!, que veo salir de ella a un esclavo negro, el cual, dirigiéndose a mí, me interpela diciendo:

—*¡Ye scheij* de los diablos, así tus hijos se queden huérfanos! ¿Qué haces ahí parado y endechando?

—Hago planto—le contesté—por el dueño de esta casa, que era mi amigo.

—¿Cómo se llamaba?—preguntó el negro.

—Chabir-ben-Amir—le respondí.

—Pues siendo así—exclamó el negro—excúsate de llorarlo, porque, gracias a Alá, nada malo le ha pasado y ahí dentro está vivo y sano y sin que en sus bienes haya padecido el menor quebranto, salvo que sigue, como siempre, muy apesadumbrado por el amor que le tiene a cierta joven, llamada Budur, y que lo trae a mal traer, por más que disimula, por no dar su brazo a torcer, y se mantiene en medio de su pena más duro que una piedra.

—Pues haz el favor de anunciarle que he venido a visitarle—díjele al esclavo.

Y él me contestó:

—*¡Ye mi señor!* ¿Quieres entrar a ver a quién entiende o a quién no comprende?

—Sea como fuere—contestéle yo—, quiero pasar a ver a tu señor.

Fue allá adentro a anunciarme el esclavo y volvió diciéndome que me esperaba su amo.



Pasé, pues, a verlo y me lo encontré que parecía, en verdad, una piedra, que ni siente ni padece, de suerte que no se inmutó al verme ni entendió mis palabras ni contestó a lo que le hablaba. Y uno de sus familiares me dijo:

—¡Ye mi señor, si recuerdas algún verso, recítaselo, por favor, pero habrás de alzar la voz para forzarle a la atención!

Hice yo memoria luego y recité estos versos:

—¿A Budur has olvidado  
o la quieres todavía?  
¿Pasas en blanco las noches  
o se acabó tu vigilia?  
Sea como fuere te digo  
que, si todavía la amas,  
eres loco de remate  
si no corres a buscarla.

Luego que el joven escuchó esos versos abrió los ojos y, al verme, me conoció y exclamó:

—¡Ye Ibn-Manzur! Mira qué flaco me he quedado. En veras las burlas se trocaron<sup>9</sup>.

—¡Ye mi señor!—dijele yo—. ¿Puedo servirte en algo?

—Sí—me respondió—. Quiero escribirle a ella una carta y que tú te encargues de llevársela, advirtiéndote que, si logras traerme la contestación, te daré mil dinares y, en caso contrario, te daré cien por la molestia de tu viaje.

—Haz lo que tengas a bien, ¡ye mi señor!—repliqué yo.

Pero al llegar aquí sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

## Y LA NOCHE 233 CONTINUO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, ye monarca, el afortunado, que Ibn-Manzur siguió diciéndole al emir de los creyentes:

—Haz según te plazca, mi señor—le dije yo.

Acto seguido pidió él que le llevaran recado de escribir y, luego que se lo llevaron, cogió la caña y trazó en el papel estas rimadas palabras:

«¡Por Alá, Budur, te pido  
que dejes de atormentarme  
y te des por satisfecha,  
porque, si así no lo hicieres,  
loco de amor por tu culpa,  
de fijo habré de volverme!  
Por tu amor estoy enfermo  
y he caído en la humildad,  
yo que antes fui tan soberbio.  
Del amor siempre hice burla  
pensando que era una cosa  
sin importancia ninguna.  
Pero luego que en el mar  
del amor fui marinero,

cambié el modo de pensar.  
Ahora conozco el poder  
del amor y cuánto hace  
a los hombres padecer.  
¡Ye Budur, yo te lo pido:  
mátame, si así lo quieres,  
mas pon fin a este suplicio!»

Procedió luego a sellar la carta y me la dio. Toméla yo y me dirigí sin dilación a casa de Budur, y, luego que llegué, ante la puerta me paré y, poco a poco, levanté el tapiz y me quedé quieto allí y miré adentro y vi diez jovencitas, de altos pechos virginales, a otras tantas lunas comparables, y entre ellas resplandecía Budur como la luna llena entre las estrellas y como el sol, cuando brilla en un cielo limpio de nubes y de nieblas. Y dizque en su

<sup>9</sup> Recuérdese el proverbio: «No hay burlas con el amor»: *On ne badinne pas avec l'amour.*

cara no se advertía la menor huella de tristeza.

Y estando yo así mirando y admirando, hete aquí que la joven reparó en mí y me vio parado ante la puerta y exclamó con tono de sorpresa:

—Bien venido, Ibn-Manzur; pasa adentro y dispón de esta casa cual si fueras su dueño.

Entré yo, pues, y la saludé y le entregué la carta de Chabir. Leyóla ella y, luego que se hubo enterado de su contenido, soltó la carcajada y me dijo:

—¡Ye Ibn-Manzur! No mintió el poeta cuando rimó estos versos:

«Hasta que vea llegar  
alguna cartita tuya,  
mi dolor no cesará.»

—¡Ye Ibn-Manzur! Voy a escribir ahora mismo la contestación para que te dé aquellos mil dinares que te prometió.

—Alá te lo pague—dijo yo.

Mandó luego la joven a una de sus criadas que le llevase papel, tintero y caña, y escribió estas palabras:

«Con toda fidelidad  
cumpli yo mi juramento,  
en tanto que tu faltabas  
al tuyo, ¡so traicionero!  
Desleal eres, sin duda;  
así te hicieron los cielos;  
en la masa de la sangre  
llevas perjurio y reniego.  
Yo siempre te quise a ti,  
y eran tales mis extremos,  
que por tu nombre juraba  
y mis ojos eran ciegos,  
que con los tuyos veían  
y en ellos veían su cielo;  
hasta que al fin descubrí  
tu perfidia y se me abrieron  
los ojos y vi a las claras  
todo el mal que me habías hecho  
y oí con mis propios oídos,  
y no por ajeno cuento,  
las cosas tan denigrantes  
que de mí andabas diciendo.  
¿Y quieres que yo mi honra  
ahora eche por los suelos  
para levantar la tuya?»

¡Quita de ahí! Ni por pienso.  
Harto me sacrifique.  
¡Basta ya de sufrimiento!  
Ahora llegóme la mía  
y de ella me aprovecho.  
Anda y púdrete tú solo,  
que contigo nada quiero,  
y por siempre he de tener  
limpios ya de ti mis dedos.»<sup>10</sup>

Luego que lei yo el escrito dijele, conmovido:

—Por Alá, mi señora, ten presente que solo el canto de esa carta media entre él y la muerte.

Y rompí la carta y le dije a la joven:

—Escríbele otra distinta.

—Oigo y obedezco—respondió ella y escribió los siguientes versos:

«¡Consolada al fin estoy  
y duermo sin una lágrima!  
Y de todos esos chismes  
que a mis oídos llegaron,  
no me acuerdo lo más mínimo  
ni me desvelan ni nada.  
Mintió aquel que dijo que  
la ausencia era más amarga  
que la bilis, pues a mí  
me es más que el almibar grata.  
Lo que yo no quiero es verlo,  
ni que de él nuevas me traigan,  
ni que su nombre me mienten,  
que entonces vuelvo la espalda  
y dirijo a otro lugar  
mi indiferente mirada.  
Ya esos tiempos se acabaron;  
ya es esa historia pasada.  
Si antaño en ellas lo tuve,  
ya lo eché de mis entrañas.»<sup>11</sup>

Lei yo la nueva carta y le dije a la muchacha:

—¡Por Alá, mi señora, que, como él llegue a leer esos versos, luego el alma se le volará del cuerpo!

Y ella entonces me dijo:

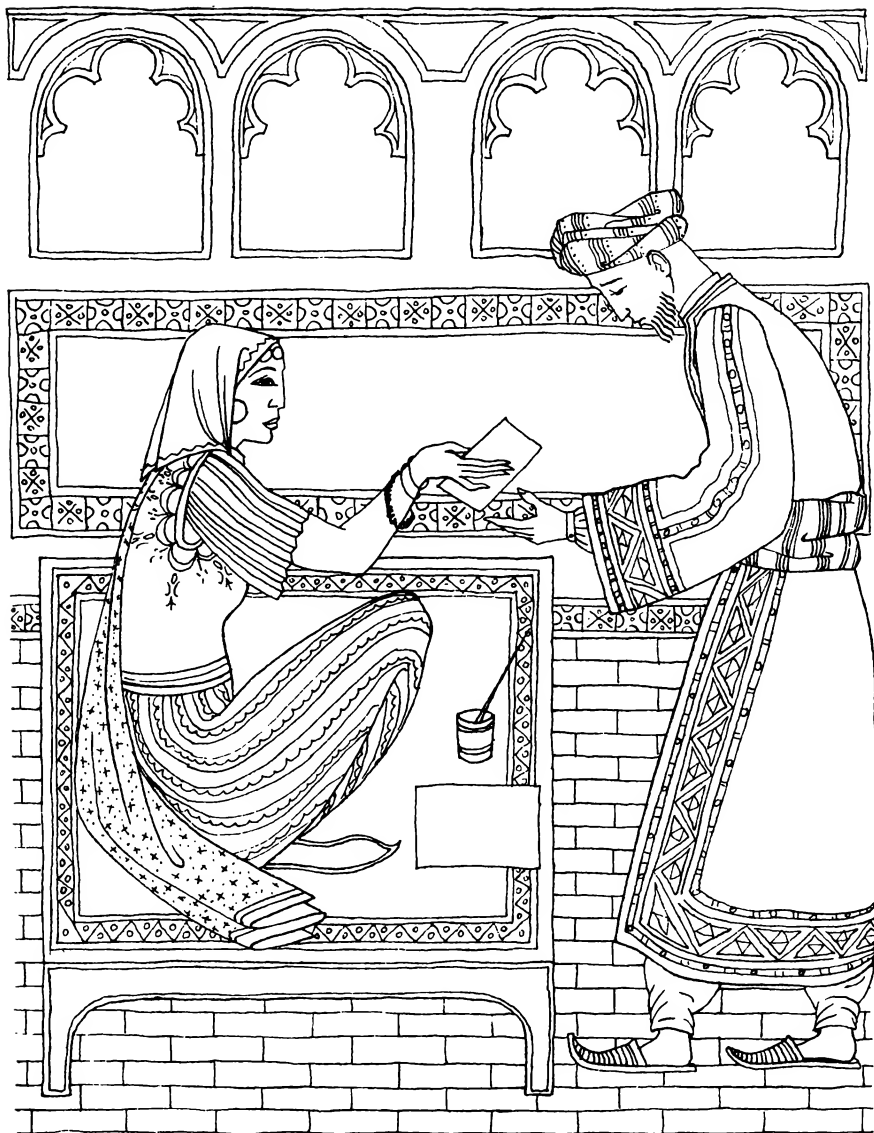
—Pero, Ibn-Manzur: ¿de veras me tiene ahora tanto amor que es de temer que eso le suceda?

—Eso y mucho más—le respondí yo—, y haz cuenta que propia de almas jarifas<sup>12</sup> es la clemencia.

<sup>10</sup> Suprimido en la edición de Bulak.

<sup>11</sup> Suprimido en la edición de Bulak.

<sup>12</sup> Nobles. Del árabe *sarif*.





Luego que hubo oído la joven mis palabras arrasáronse los ojos en lágrimas y tomó de nuevo papel, tintero y caña y escribió una carta que, ¡ye emir de los creyentes!, no habría nadie, dicho sea con todos los respetos, en tu cancellería que fuera capaz de escribir otra igual.

Y en dicha carta incluía los siguientes versos:

«Las malas lenguas la culpa  
de nuestros pesares tienen;  
¿por qué en no verlo te emperras,  
por qué así no lo comprendes?

Yo solo puedo decirte  
que te amo como siempre;  
que conmigo por las noches  
en mi lecho creo tenerte,  
y si no te digo más  
y te parezco incoherente,  
no me censures, que el vino  
de tu amor ebria me tiene.»

Luego que acabó de escribir la carta...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus elocuentes palabras.

## Y LA NOCHE 234 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, ye el sultán, el bienhadado, que, luego que Budur terminó su carta, procedió a sellarla y la entregó a Ibn-Manzur para que al joven se la llevara.

—Entregóme la carta—siguió diciendo Ibn-Manzur—, y yo le dije, al tomarla: —¡Ye mi señora, esta misiva curará al enfermo y calmará al violento!

Y acto seguido me dispuse a llevar la carta a su destino. Pero apenas volvíera la espalda cuando ella me dio un grito y me dijo:

—Oye, Ibn-Manzur: no dejes de decirle: «Esta noche, sin falta, la tendrás a ella en tu casa.»

Alegre me yo mucho de oír aquello y corrí con la carta a buscar a Chabirben-Amiru. Y al entrar pude ver que tenía fijos los ojos en la puerta, esperando mi llegada con la respuesta.

Tomó, pues, en sus manos la carta y la abrió y la leyó y, luego que de su contenido se enteró, lanzó un recio grito y cayó desvanecido.

Luego que volvió en sí, exclamó:

—¡Ye Ibn-Manzur!; dime: ¿escribió ella esta carta de su puño y letra y tocó con sus dedos el papel?

—Claro que sí—le contesté—. ¿Por ventura las cartas se escriben con los pies?

Y, ¡ye emir de los creyentes!, no acabara yo de proferir esas palabras cuando he aquí que se dejó oír el retintín de las ajorcas de Budur en el zaguán de la casa y a poco entraba ella en la sala.

No bien la hubo visto Chabir cuando se levantó al punto del lecho, como si nunca hubiera estado enfermo, y se abrazó a ella como se abraza el *alif* con el *lam*<sup>13</sup> y cesó como por ensalmo el mal que hasta allí lo había atormentado. Tornó luego a sentarse Chabir, y yo, al ver que Budur seguía en pie, le pregunté:

—¿Por qué, mi señora, no tomas asiento?

—¡Ye Ibn-Manzur—respondió Budur—, no me sentaré sino con una condición que hemos de convenir los dos!

—¿Qué condición es esa?—preguntéle con extrañeza.

—Los amantes no revelan sus secre-

<sup>13</sup> He aquí la representación gráfica de ese enlace de ambas letras.

tos a nadie—respondió la joven. Y, acercando la boca al oído de Chabir, díjole unas palabras que nadie pudo oír.

—Oír es obedecer—exclamó Chabir.

Y levantóse en el acto y fue a decirle en voz baja algo a un criado, el cual se fue allá adentro y pasó una hora sin que volviéramos a verlo.

Tornó el esclavo al cabo de ese tiempo, trayendo consigo al cadí y los testigos. Y Chabir, cogiendo una bolsa en la que había cien mil dinares, díjole al cadí:

—¿Ye juez respetable!, cásame con esta joven, y aquí está su *azidaque*.

Y el cadí le preguntó a Budur:

—¿Eres gustosa en tomar a este hombre por esposo, con la dote que hay en este bolso?

—Sí—respondió Budur.

Acto seguido el cadí declarólos marido y mujer. Después de lo cual abrió Budur el bolso y metió en él su mano y la sacó llena de oro, que repartió entre el cadí y los testigos, y le devolvió el resto a su marido.

Retiráronse luego el cadí y los testigos y nos quedamos los tres solos, muy satisfechos y gozosos. Y yo les felicité a los dos por haber salido con bien de todo y haber consumado su unión.

Y me estuve con ellos hasta que lo más de la noche fue pasado, y entonces me dije para mis adentros: «Se quieren y han estado mucho tiempo sin verse, así que dejarlos solos es lo que procede; me levantaré, pues, y me iré a dormir a otro sitio y los dejaré solos al uno con el otro.»

Y me levanté y me dispuse a retirarme; pero él me cogió por el pico de la almalafa y me dijo:

—¿Adónde vas?

—Pues a cualquier parte—le contesté.

Y él me dijo:

—No; eso no está bien. Siéntate aquí con nosotros, que cuando nos estorbes

ya te lo diremos y te despediremos.

Quedéme, pues, con ellos hasta que la aurora empezó a despuntar y entonces fue ella y me dijo:

—Mira, Ibn-Manzur, vete a la sala, la fulana, que te la hemos preparado con toda intención para ti, y en ella podrás dormir.

Y yo me levanté y me dirigí allá y me acosté y estuve durmiendo hasta el amanecer, y a esa hora vino un pajecillo con el aguamanil e hice las abluciones y recé las oraciones.

Y luego me senté. Y a poco llegaron del baño Chabir y su esposa y vi que ambos se torcian sus rizos.

Y les di a ambos los buenos días, y a Chabir, en particular, le dije:

—Ea, ya lo que empezó con dificultades terminó con gozos cordiales.

—Dices bien—repuso él—. Tienes razón. Y tú eres digno de todo honor.

Y, llamando a su *jasandar*, le ordenó:

—Tráeme acá, en seguida, tres mil dinares.

Fuese el *jasandar* y volvió a poco trayendo un bolso con los tres mil dinares. Tomólo Chabir y me lo dio, diciendo:

—Haznos el favor de aceptar esto.

—No lo aceptaré—contestéle yo—hasta que no me cuentes cómo fue que, después de tan largo enfado y la aversión que le mostrabas, la pasión que ella tenía se te pasó a tu corazón.

—Oír es obedecer—respondió él. Y a continuación añadió:

—Has de saber que entre nosotros hay una fiesta que llaman fiesta de Año Nuevo, durante la cual sale todo el mundo de su casa y montan en barcas y en ellas se pasean por el mar y se solazan y recrean.

Salí yo también el día de la fiesta, en compañía de mis amigos, para distraerme con el general regocijo, cuando hube de ver un grupo formado por diez doncellas, que semejabán otras tantas

lunas magníficas, y en medio de ellas iba mi señora Budur, llevando en su mano un laúd.

Y mi señora Budur púsose a templar el laúd y a pulsarlo por once estilos volviendo después a su primer motivo. Y, con mucho sentimiento, entonó estos versos:

—Nieve pura es el fuego  
si lo comparas  
con la llama que llevo  
ya en mis entrañas.  
Y, sin embargo,  
tengo el corazón duro  
para el que amo.  
Que no me agrada, niño,  
quien en sus venas,  
en vez de sangre, agua  
tan solo lleva.

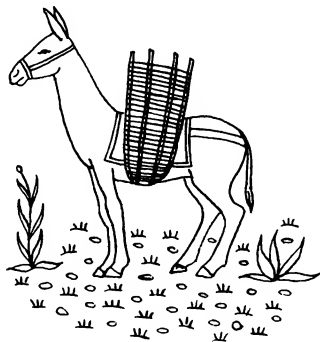
—¡Oh!—exclamé yo al oírla—, repite esa canción, te lo pido por favor.

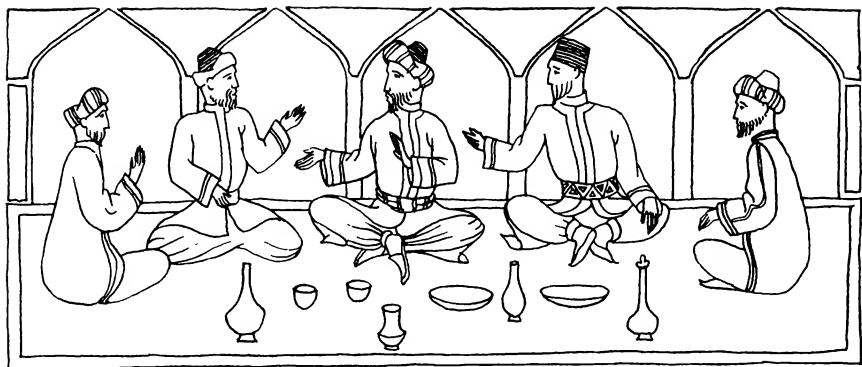
Pero ella se negó...

Luego mandó a sus criadas que la apedreasen y ellas empezaron a tirarle naranjas, hasta que llegamos a temer que la barca en que iba zozobraría. Pero yo quedé tan conmovido ante su gracia que esta fue la razón de que volviera a amarla.

Torné yo a felicitarles a ambos por haberse reconciliado y, tomando la bolsa, me despedí de ellos con el *selam* y me torné a Bagdad.

Luego que oyó esa historia, dilatósele el pecho al jalifa y se le disipó en seguida del pensamiento lo que le tenía desvelado e inquieto.





## HISTORIA DE LAS JOVENES DE DIFERENTE COLOR Y DE LO QUE ENTRE ELLAS HABLARON

(Noches 234 a 238)

*Este paso es una muestra de lo que los retóricos árabes llaman munazira. Notemos que el título de la historia no responde exactamente a su argumento; las muchachas de que se trata no solo difieren en el color, sino en otros detalles, como el volumen. Mejor sería traducir de distintas clases o tipos, con arreglo a la segunda acepción del vocablo arábigo laun, que significa a un mismo tiempo color (Farbe) y forma, aspecto exterior (Gestalt, auseres Wesen, Gattung), en el diccionario de Wahrmund.*

—Cuentan que el emir de los creyentes, Al-Mamun, estaba, un día de los días, sentado en su palacio, teniendo en torno suyo a todos sus visires y todos sus emires, así como también a sus poetas de cámara y sus comensales.

Y era del número de los últimos un individuo al que llamaban Mohammedu-l-Bazri. Y el jalifa, volviéndose a él, le dijo:

—¡Ye Mohammed!, quisiera de ti que me contases ahora mismo alguna historia que nunca hubiera oído.

—¡Ye emir de los creyentes!—respon-

dió Mohammed—. ¿Quieres que te cuente algo que haya oído o algo que haya visto?

—¡Ye Mohammed!—replicó el jalifa—, cuéntame lo más raro que sepas de ambas clases.

—Pues bien—empezó Mohammed—. Has de saber, ¡ye emir de los creyentes!, que en los antiguos tiempos había un hombre, natural de Yemen, que era de los que viven en abundancia de bienes.

Y sucedió una vez que emprendió un viaje del Yemen a Bagdad, y, luego que pasó algún tiempo en nuestra ciu-



dad, hallóla tan de su agrado que decidió afincarse en ella y se trajo hasta aquí a toda su familia y hacienda.

Tenia el tal individuo seis esclavas, todas ellas semejantes a lunas brillantes.

Y era blanca la primera, y la segunda, morena; la tercera, gorda, y la cuarta flaca; amarilla, la quinta, y la sexta, negra.

Y eran todas ellas, cada cual a su modo, guapas de rostro y de cuerpo bien formadas, y todas también muy educadas, pues sabían expresarse con elegancia y tocar con mucho arte y mucha gracia.

Y sucedió un día de los días que su señor llamó a las muchachas y mandó a sus esclavos que le sirviesen la mesa con manjares y bebidas, y comieron ellas y bebieron con él mano a mano, y se animaron y se alegraron. Y luego su señor tomó la copa y la llenó, y con ella en la mano dijole a la mocita, la rubia:

—Hola, cara de luna nueva, haznos oír alguna de tus canciones bellas.

Y la joven cogió el laúd y lo templó y rasgueó sus cuerdas con tan dulces primores, que toda la casa de gusto estremeciéndose. Y luego la joven alzó la voz y entonó esta canción:

—De un amigo la imagen  
grabada llevo  
en la niña del ojo,  
¡cuánto lo quiero!  
En las propias entrañas  
su nombre guardo  
y que decir no tengo  
¡cuánto le amo!  
Siempre que hablar de él oigo,  
soy toda oídos,  
y ojos soy toda, cuando  
su cara miro.  
Y me dice la gente:  
—Ten más sentido  
y al amor no te entregues,  
dalo al olvido.  
Mas yo respondo: —Mira  
¡qué cosas dicen!  
¡Como si el olvidar  
fuera posible!

Holgóse mucho su señor con aquella canción y apuró su copa y luego dioles también de beber a sus muchachas y, encarándose después con la morena, le dijo:

—¡Hola, ojos de brasa! ¡Alegría del alma! Haznos oír tú ahora esa tu voz encantadora, que a todo el que la oye lo trastorna.

Y la joven, acto seguido, cogió el laúd y lo templó y lo rasgueó con arte tal que la casa se puso a bailar. Y luego de eso entonó este cantar:

—Por vida de esa tu cara,  
tan bella que me fascina,  
juro que a nadie en el mundo  
sino a ti mi amor se inclina.  
¡Ye luna llena, tú vences  
a los más fulgidos astros;  
lo mejor de nuestra tierra  
milita bajo tu mando!  
¡Así Alá quiera, benigno,  
no apartarse de tu lado!

Placióle mucho a su señor aquella tonada y apuró su copa y dioles de beber a las muchachas, y, tomando luego otra copa en su mano, hizole señas a la gorda de que cogiese la guitarra y cantara.

Y la mocita hizolo así, según le mandaba, y entonó esta otra tonada:

—Siempre que tú me quieras  
como yo a ti,  
ya no me importa lo que  
puedan decir.  
Solo tu amor me inquieta,  
que lo demás  
me tiene sin cuidado,  
y es la verdad.  
Con solo ver tu cara  
ya soy feliz.  
Pues ella me da vida,  
¿qué más pedir?

Volvió a alegrarse el amo de aquellas lindas esclavas y apuró su copa y dioles de beber a las muchachas.

Y encarándose con la delgada, le dijo:

—¡Ye hurí del paraíso!, alimenta

nuestros oídos con dulces canciones y sonidos.

Y la joven tomó el laúd y, a vueltas de armoniosos rasgueos, entonó estos versos:

—Me vuelves siempre la espalda,  
y siempre tras ti voy yo,  
eres cruel, me desdenas,  
no merezco tu rigor.  
Pero ten cuidado, que hay  
un juez en cosas de amor,  
y ese juez, de tus agravios,  
me dará compensación.

Placióle mucho a su señor aquella letra y apuró la copa y dioles de beber a las jóvenes, y, encarándose luego con la mocita, la amarilla, le dijo:

—Mira, sol del día; haznos oír tú también alguna linda canción que nos alegre el corazón.

Y la joven cogió el laúd y, tras un preludio del más bello estilo, entonó estos versos:

—A mis halagos con desdén injusto  
corresponde mi amada,  
y me mira con ojos que son como  
dos agudas espadas  
que el corazón me hieren y en lo hondo  
del alma se me clavan.  
Sin duda que debiera yo olvidarme,  
lo cuerdo eso sería;  
mas no puedo, que en ella solamente  
se cifra ya mi vida,  
y aunque sufra y padezca por su culpa,  
¡soy feliz todavía!

Holgóse mucho su señor de oír esa canción y su copa apuró y de beber a las jovencitas les dio.

Y luego, encarándose con la esclava, la negra, exclamó:

—¡Ye niña de mis ojos!, haznos ver una muestra de tu saber, aunque no sean más que dos palabras.

Y en el acto la negra tomó la guitarra y la rasgó por varios estilos, y después volvió al primero y entonó estos versos:

Dejad correr con libertad el llanto,  
¡ye pobres ojos míos!

A ver si así se templó algo este fuego  
y cesa mi martirio  
que el corazón me tiene consumido.  
¡Ye tiempos tan felices, en que ambos  
pasábamos las horas,  
en amoroso éxtasis, absortos  
apurando la copa  
y entonando canciones que eran himnos  
a nuestra pasión honda!  
Astros de bendición sobre nosotros  
entonces se elevaban  
y en su fausto fulgor nos envolvían  
nuestras dichosas almas.  
Ahora, en cambio, sepáranos la ausencia...  
en acibar trocése la dulzura...  
¡Ye qué efímero es todo en este mundo!  
¡El bien qué poco dura!  
Dos rosas le florecen las mejillas.  
¡Oh si siquiera una  
a mí, coger Alá me concediera!  
¿Por qué conmigo, amado, te enojaste?  
¿En qué culpa incurri?  
¡Si solo me faltó besar tus pies  
y postrarme ante ti!  
Y adorarte rendida y lo habría hecho,  
si no fuera pecado,  
a criatura mortal rendir honores,  
solo a Alá reservados<sup>1</sup>.

Levantáronse después las seis mocitas y besaron la tierra entre las manos de su amo y le dijeron:

—¡Haznos justicia, señor!

Y su dueño contempló su hermosura y su gracia y el contraste de sus colores y loó a Alá, el que todo lo puede, y crea tan gran variedad de seres.

Después de lo cual, dijoles a las esclavas:

—No hay ninguna de vosotras que no lea el *Corán* y no sepa cantar y esté enterada de los anales y las crónicas y de las historias de los pueblos antiguos y que en todo ello no posea dominio.

Pues bien: yo querría ahora que cada una de vosotras señalase por turno con el dedo a su compañera que es el reverso de ella, es decir, la blanca a la negra; la gorda a la flaca, y la rubia a la morena, y que cada cual se alabase a sí misma y vejase a su antagonista.

Bien entendido: que tales panegíricos

<sup>1</sup> Todo este paso, con los versos correspondientes, falta en la edición de Bulak.

y tales vejámenes se han de hacer citando en su apoyo pasos del noble *Corán* y de las historias y poemas a fin de que yo pueda apreciar hasta dónde llega vuestra cultura y qué grado de elocuencia posee cada una.

—Oír es obedecer—respondieron todos.

Sorprendió a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

## PERO LA NOCHE 235 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Tengo entendido, *ye* monarca, el afortunado, que las esclavas del *yemeni* le dijeron a su dueño:

—Oír es obedecer.

Y acto seguido levantóse la primera de ellas, o sea la blanca, y, señalando a la negra, increpóla de esta manera:

—Quita de ahí, la negra. ¿No sabes que dicen que lo blanco dijo un día: «Yo soy la luz fulgente y el sol cuando asoma por el Oriente y mi color es aparente y brillante mi frente.»? ¿Y que en elogio de mi belleza dijo el poeta:

«Blanca, y de tersas mejillas,  
relucientes y pulidas,  
como la perla no hendida.  
Su talle es la letra *alif*,  
un *mim* su boca al reír  
y un *nun* su ceja sutil.  
Saetas son sus miradas,  
que su entrecejo dispara  
y mortal herida causan.  
Su talle es un ciprés,  
su cara una rosa es  
y huele toda ella bien.  
Y si gala del jardín  
es la flor, *ye* amada, en ti,  
yo encuentro jardines mil.»?

Ahora bien: mi color es como el de la aurora y el de la rosa y el lucero que gira en el cielo.

Y dijo Alá (glorificado sea), en su Libro el sublime, hablando con Musa, su *nabi* (¡sea con él la paz!):

Mete tu mano en tu manga y la sacarás blanca, sin que te pase nada <sup>2</sup>.

Y dijo Alá (glorificado sea):

Aquellos cuyos rostros blanqueen, gozarán de la misericordia de Alá y en ella eternamente permanecerán.

Con lo que probado queda que mi color es una señal excelsa, y mi belleza, la suprema, y mi hermosura, la perfección suma.

Y las vestiduras de mi mismo color resultan placenteras y bellas y los corazones se inclinan a lo que mi color ostenta.

Aparte de que en la blancura son muchas las excelencias que se encierran, pues blanca es la nieve que del cielo descende y es cosa confirmada por la tradición que es el blanco el más bello color.

Y los creyentes muéstranse ufanos de lucir turbantes blancos.

Harto prolija fuera si quisiera enumerar todo lo que en loor de lo blanco se ha dicho en todas las épocas; pero más vale lo poco que basta que no lo mucho que a bastar no alcanza.

Así que pasaré ahora a vejar tu color, *ye* negra, color de tinta y de carbonilla, que tienes una cara que un cuervo parece, cuando sobre los amantes que se despiden se cierne.

Y en verdad que no cabe nada más verdadero y excelente que lo que un poeta dijo elogiando lo blanco y criticando lo negro en estos versos:

«Repara en que las perlas son de blanco color y se pagan muy caras y es barato el carbón. Y que en el Paraíso solo entran caras blancas, y el infierno las negras tendrán por su morada.»

<sup>2</sup> *Corán*, sura VII, *Al-Araf* (La pared mediana), aleya 105.

Y verdaderamente cuentan ciertas historias, que en la autoridad de piadosos varones se apoyan, que estando Noh (Alá lo tenga en su misericordia) durmiendo, con sus hijos Ham y Schem a su cabecera, hubo de levantarse el aire y le alzó las ropas y dejó ver su desnudez, y Ham miró y se echó a reír y no lo tapó, pero Schem fue y lo cubrió. Y al despertarse Noh luego, y enterarse de lo que sus hijos hicieran, bendijo a Schem y maldijo a Ham. Y a Schem se le blanqueó el rostro y fue padre de los profetas y de los jalifas y reyes ortodoxos, en tanto que Ham se volvió negro y huyó a tierras de Abisinia y de él descienden los negros de hoy. Y sabido es la poca inteligencia que tienen los negros, de donde viene el refrán que dice: «¿Dónde encontrar un negro que tenga entendimiento?»

Luego que la esclava terminó, díjole su señor:

—Siéntate, que con lo dicho ya hay bastante.

Hízole luego seña a la negra de que se levantara y hablase. Y la negra señaló con su dedo a la blanca y habló de esta manera:

—Por ventura ¿no sabes que en el *Corán*, el santo Libro que desde el cielo envió Alá a su *nabí* (sea sobre él la paz), está escrito: «Por la noche cuando se cubre y el día cuando reluce?»<sup>3</sup>

Pues di: si la noche no fuera más ilustre que el día, ¿cómo iba el Profeta a jurar por ella, dándole sobre el día la precedencia? Cosa es esta que todo el que tenga ojos puede verla.

Pero dime: ¿ignoras también tú que lo negro es gala de juventud y que luego se presentan las canas, las delicias de la vida se marchan y la hora de la muerte hacia nosotros avanza?

Y si lo negro no fuera lo más brillante que hay en la tierra, ¿cómo lo habría puesto Alá en los entresijos del corazón y en el centro de la pupila, órgano de la visión?

Por eso dijo el poeta con mucha razón:

«Me gusta lo negro,  
que es juventud;  
mientras lo blanco huele  
al ataúd.  
Cuando me veo  
el pelo blanco, digo:  
—Ya está aquí el fèretro.»

Y dijo también otro poeta:

«Donde está lo moreno,  
que se quite lo blanco,  
que blanco el color es  
de los sudarios.»

Y dijo un tercero:

«Morena es la mocita  
que quiero yo;  
que las blancas, de lepra,  
dan aprensión.»

Y dijo un cuarto poeta:

«Blancas son por sus obras  
las morenitas,  
como los ojos negros  
los que más brillan.  
Su color comparado  
tengo a la noche  
sin luna, que a los novios  
benigna acoge.»<sup>4</sup>

Porque es la noche la hora preferida de los enamorados para sus citas, con lo que creo que habrá suficiente para convencerle.

Y a la verdad, dime: ¿qué velo mejor podría ocultar a los amantes que el de las sombras nocturnales y resguardarlos de las miradas indiscretas y de los murmuradores y censores? Con razón, pues, gustan de la noche los que se aman y la temen tanto a la blancura del alba. Para que se vea cómo lo negro tiene de su parte el privilegio.

<sup>3</sup> Así empieza la sura XCII, *Al-Leil* (La noche).

<sup>4</sup> Suprimido en la edición de Bulak.

Y si no, escucha al poeta en estos versos:

«A verla fui y el negro de la noche,  
de celestina me sirvió;  
mas vino luego el blanco de la aurora  
y mi placer cortó.»<sup>5</sup>

Y aún hubo otro que dijo:

«Cuántas noches al lado de mi amada  
no pasé bajo el velo de sus rizos,  
y cuántas, al ver luego aproximarse  
de la mañana el indiscreto brillo,  
furioso no exclamé: "Castigue Alá  
de los que al sol adoran, la impiedad."»

Y dijo otro poeta, insistiendo sobre el mismo tema:

«De noche vino a verme, recatada en su velo,  
y yo tendí mi rostro como alfombra en el suelo  
y porque no nos vieran, me cubrí con mi manto;  
pero salió la luna e iluminó los cielos,  
brillando cual las uñas de unos dedos pintados<sup>6</sup>  
y dejó ver entonces los encantos secretos.  
No os diré nada más, que basta con lo dicho.  
Ya vosotros podéis imaginar el resto.  
Solo os diré que siempre, de noche a vuestra  
citéis por vuestro bien, que eso es lo más dis-  
[amada  
creto;  
que el Sol es un chismoso, tiene la lengua larga.  
en tanto que la luna es púdica y callada.»

Y dijo también otro poeta sobre el mismo tema:

«No me gustan las rubias regordetas,  
que en seguida se cansan y jadean,  
sino una morenita esbelta, grácil,  
que me acompaña sin sentir pereza.  
Yo quiero para mí una yegua parda,  
que venza en la carrera,  
y que sobre elefantes montén otros;  
verán qué diferencia.»

Y dijo todavía un sexto poeta:

«Vino en la noche, en la sombra,  
a visitarme mi amado,

y abrazados tiernamente  
toda la noche pasamos,  
hasta que llegó la aurora  
a desatar nuestro abrazo.  
¡Oh y qué pronto viene el día  
y qué ligero es su paso!  
¡Señor, haz que se retrase  
y no venga a separarnos  
el día, ni a sorprendernos  
hasta que no lo queramos!»

Pero si fuera yo a enumerar todas las excelencias de lo negro sería el cuento de nunca acabar, por lo que haré aquí punto final. Que más vale lo poco que basta que lo mucho que no sacia.

Y en cuanto a ti, *ye la blanca*, he de decirte que tu color es el color de la lepra y que tus abrazos sofocan y que, según nos cuentan, hay en *Chehennam* un lugar helado para tormento de los condenados<sup>7</sup>.

Y dizque también que en el número de las cosas negras figura la tinta con que la palabra de Alá es escrita, y que si no fuere por el ámbar gris y el almizcle, que son negros los dos, perfumes no habría que ofrecer a los reyes.

¡Cuántas excelencias pueden predicarse de las cosas negras! ¡Y con cuánta razón no dijo el poeta!:

«Siempre el almizcle negro  
se paga caro,  
mientras el blanco *aljez*<sup>8</sup>  
no es estimado,  
y te dan cuanto quieras  
por un ochavo.  
Un punto blanco el ojo  
más lindo afea,  
y hace que sus miradas  
no tengan fuerza.  
Mientras los negros  
unos dardos disparan  
que son certeros.»<sup>9</sup>

Luego que la esclava terminó, dijo le su señor:

<sup>5</sup> Metonimia corriente entre los poetas persas. El etiope de la noche, o sea, la noche misma por oposición al *rumi rus*, el griego del día, o sea, el día mismo, blanco como un griego.

<sup>6</sup> El *unguinum fulgor* de los poetas latinos, que también celebraron la brillante blancura de las uñas bien cuidadas.

<sup>7</sup> Los musulmanes, además del infierno del fuego (*Chehennam*), tienen el infierno del hielo (*zamharir* o *Al-Barahut*), que es el nombre de un pozo en Hadramaut.

<sup>8</sup> Yeso.

<sup>9</sup> Suprimidos todos estos versos en la edición de Bulak.

—Siéntate ya, que con lo que dijiste es suficiente y no se necesita más.

Hizo luego una seña a la gorda y esta se levantó...

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus bien trabadas y encantadoras palabras.

## Y LA NOCHE 236 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que el dueño de las esclavas hizole seña a la gorda de que se levantara y aquella hizo lo que él mandaba y señaló con el dedo a la delgada.

Luego se arremangó las sayas y dejó ver sus piernas y sus brazos, y después puso de manifiesto el vientrecillo, mostrando su tersura y el anillo redondo de su ombligo.

Quedóse luego con la fina y corta camisilla, bajo la que todo el cuerpo se traslucía, y, finalmente, exclamó con mucho fervor:

—¡Loado sea Alá, que me creó y mi forma aventajó y me engordó y me favoreció, haciéndome semejante a las ramas de los árboles, y acreció mi belleza y le dio peso y consistencia!

Loado sea, sí, Alá, que me concedió esta preeminencia y me asignó excelencia al escribir en su Libro excelso estas palabras lisonjeras:

«Y vino con un carnero gordo.»<sup>10</sup>

Loor a Alá que me hizo como un huerto en el que alternan cohombros y granadas sin cuento.

No hay más que ver que la gente ciudadana busca los pájaros gordos y no los flacos para sus convites y en

sus festines sirven la carne en trozos gordos y desdeñan los ruines.

—¡Oh y cuántas excelencias no posee la gordura! Y con qué razón dijo el poeta:

«Dile ya adiós a tu amiga,  
que se va la caravana  
—así grita el camellero,  
al viajero que se tarda—.  
Pero ¿cómo ha de poder  
dejar aquel a su amada,  
la del cuerpo amplio, opulento,  
que camina por la casa,  
llenándola del encanto  
de su belleza colmada,  
que, a pesar de su gordura,  
no se rinde ni se cansa?»

No vi tampoco nunca que nadie se llegase a la carnicería que no pidiese carne pingüe y gordita.

Y dicen los sabios que el placer de la vida en tres cosas se cifra: en comer carne, montar sobre carne y hacer entrar la carne en la carne<sup>11</sup>.

Pero tú, *ye la delgada*, tienes unas piernecillas como las de los gorriones o las astillas de las hornillas y no hay en ti nada que alegre la vista, como dijo el poeta que compuso esta rima:

«¡En Alá me refugio contra aquel que me hizo casar con esta tia, tan flaca y tan rasposa como un cabo de sogá, toda llena de pinchos, que en mi carne se clavan y dormir no me dejan, y las noches convierten para mí en un suplicio!»

Dijole entonces su amo:

<sup>10</sup> *Corán*, sura LI, *Az-Zaritat* (Los dispersantes), aleya 26. Se trata del cordero que Ibrahim ofreció como yantar a los ángeles que habían ido a visitarle en Manré.

<sup>11</sup> Suena a proverbio, aludiendo a esa excelencia.

—Déjalo ya y siéntate, que con lo dicho hay bastante, sin que sea necesario que más te alargues.

Sentóse luego la mocita, la gorda, y su señor hizole seña a la delgada para que se levantara, y ella se levantó y dizque parecía una algarda de arena o una rama de *ban* o una caña de bambú o una varita de arrayán y empezó a hablar diciendo:

—¡Loado sea Alá que me creó y me hermoseó y puso en mí cuanto el deseo soñó!

Y me hizo semejante a la rama del árbol, que se columpia airosa y seduce los corazones con su encanto.

Y si de mi asiento me levanto, hágo-lo ligera, y si me siento, con garbo caer me deajo.

Y soy, por mi gracia, para bromas y juegos pintiparada y más que la misma alegría tengo alegre mi alma.

Y jamás oí a ninguno que, describiendo a su amada, la comparase por lo ingente con un elefante ni con un monte abrupto y grande, sino al contrario, siempre oí decir al enamorado: «Mi novia tiene un talle de avispa y es esbelta y fina.»

Y tan leve es de alma como de cuerpo.

Y ya se dijo: «La levedad del espíritu en la expansión alivia al alma de su tensión.»<sup>12</sup>

A mí una pizca de alimento me basta y un sorbo de agua la sed me calma.

Mis juegos livianos y mis bromas no causan empacho. Que soy más ligera que un gorrioncillo y más vivaracha que un estornino. Y mi presencia alegre al asceta y al estudioso recrea. Yo soy salada al andar y seduzco con mi sonrisa al que me mira, pues semejo una rama de *ban* o una caña de bambú o también una varita de arrayán.

De suerte, pues, que no hay quien me iguale en belleza, como dijo el poeta:

«Con una rama airosa  
yo te comparo,  
y sueño con ser dueño  
de tus encantos.  
Tras de ti loco,  
voy temiendo que mires  
siquiera a otro.»

Conmigo sueñan los enamorados y yo con mi presencia disipo los enfados, pues si mi amigo tira de mí, yo luego también tiro de él, y si a él me atrae, dejóme coger sin agobiarle.

Mientras que tú, *ye* la gorda, necesitas, para alimentarte, el pienso de un elefante, sin que ni lo mucho ni lo poco lleguen a hacerte, y cuando tu amigo quiere folgar contigo, no encuentra el goce apetecido, pues tu vientre abultado es para la cópula un obstáculo, y al querer penetrar en tu vulva, de tus muslos se lo impide la gro-sura.

—¿Qué gracia puede haber en tu crasie ni qué en tu molicie?

Desengaña te amiga, que la abundancia de carnes solo está bien para el matadero, sin que merezca elogio por otro concepto.

Si alguno te gasta una broma, en seguida te enojas, y te amustias si contigo retoza:

Cuando pretendes coquetear, luego te pones a rebuznar; si andas un poco nada más, en seguida estás con la lengua fuera, como un can, y, si te sientas a la mesa, nunca acabas de tragar.

Eres, además, más pesada que una montaña y más fea que una epidemia. No hay en ti movición ni bendición. Ni tienes otra ocupación ni persigues otro fin que el de comer y dormir.

Y cuando meas, todo lo anegas, y cuando haces caca, pareces un odre hinchado que se raja o un elefante que se desplomara.

Si vas al retrete, necesitas que al-

<sup>12</sup> Suena a proverbio *Jalifetu-r-ruj and el mzaj tibetu-n-ns mn al-ir-tiah*.

guien te limpie la raja y te seque los pelos, que eres el colmo de la indolencia y el desaseo.

Y en conclusión, que no tienes nada digno de loor. Y como dijo el poeta, en su alusión:

«Es pesada como un odre,  
lleno de orines, hinchado;  
una montaña semeja  
su tremendo tafanario.»

Luego que acabó de hablar la esclava, díjole su señor:

—Ya te puedes sentar, que con lo que dijiste no es menester más.

Hízole luego seña a la de color amarillo de que se levantara y ella se levantó y, lo primero que hizo, fue alabar a Alá y darle gracias por haberla creado tan aventajada.

Señaló luego a la morena con su dedo y empezó diciendo:

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

## PERO LA NOCHE 237 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Tengo entendido, *ye* monarca, el afortunado, que la esclava, la rubia, señaló a la morena con su dedo y empezó diciendo:

—A mí me mienta con elogio el *Corán* y el Clemente ensalza mi color sobre el de toda la demás gente, al decir en su Libro el patente, «el color amarillo es el más excelente y recrea la mirada de los veyentes»<sup>13</sup>.

De suerte, pues, que mi color es signo de preeminencia y mi hermosura la más cumplida y perfecta, pues el color de mi cara es el mismo del dinar y de los astros y las lunas y de las manzanas, sin duda ninguna.

Por mi forma me parezco a la sal y por mi color al azafrán, de suerte que mi forma es singular y mi color cosa de maravilla.

Soy tersa de cuerpo y cara de precioso, y en mí se reúnen todos los atributos de lo perfecto.

Estimado es mi color en la Naturaleza, ya que es el del oro puro, que a todos embelesa. Y refiriéndose a una de mi color dijo el poeta:

«Amarilla es como el sol  
y como el oro fulgente;  
mas ¿qué digo? Su fulgor  
al del sol y el oro excede.  
Y también al de la luna,  
lo eclipsa y lo empalidece.»

Pero prepárate, *ye* la morena, que ahora voy contigo y no me morderé la lengua.

Y diré lo primero que tienes el mismo color de los búfalos y que, al verte, no hay quien no tiemble.

Tu color en las cosas creadas es desagradable, y si en un manjar se advierte, luego por empozoñado lo tienen, porque tu color es el color de la moscarda estercorácea, y es señal, hasta en los perros, de fealdad, y a todos produce disgusto, por ser el color de los lutos.

Jamás en la vida oí yo hablar de ningún oro negro ni de perlas negras o negras gemas.

Y cuando vas al excusado, cambias de color, y cuando de él sales, fealdad a la fealdad añades.

Eres, además, de un color inclasificable: ni negra del todo, como para poderte distinguir; ni del todo blanca, como para poderte describir; y ninguna

<sup>13</sup> *Corán*, sura II, *Al-Bakra* (La vaca), aleja 64.



buena calidad hay en ti, como dijo el poeta hablando de una morena:

«Tiene el color del polvo  
que los correos levantan,  
y también el del fango  
en la tierra encharcada.  
Yo mirarla no puedo,  
sin verlo todo oscuro,  
y hasta mis pensamientos  
toman un tono turbio.»<sup>14</sup>

Luego que eso hubo dicho la mocita, la rubia, díjole su señor:

—Ya está bien; siéntate, que no hay nada que añadir a lo que acabas de decir.

Hízole luego una seña a la morena y esta se levantó en seguida. Y dízque era guapa y hermosa y esbelta y garbosa. Y tenía un cuerpo terso y negros como el carbón los cabellos, y rosadas las mejillas, y como de alheña las pupilas, y la cara ovalada y graciosa, y la lengua expedita, y el habla salerosa, y la popa voluminosa.

Y dijo la morena, al empezar:

—Loado sea Alá, que me creó ni gorda ni flaca, ni blanca como el miedito, ni amarilla como la bilis, ni negra como el polvo de la tierra. Sino que me dotó de un color grato para aquel que sabe distinguir, como son los poetas, los cuales celebran a las morenas en todas las lenguas y ponen su color encima de todos los demás, sin que con ninguno se pueda comparar. Pues el color moreno posee propiedades incomparables. Como dijo el poeta, y Alá se lo pague:

«Tienen las morenitas  
tales encantos  
que dejan a las rubias  
muy por debajo.  
No hay quien las gane,  
en punto a picardía,  
salero y ángel.»

Y dijo otro poeta:

«A mí que me den morenas,  
de talle esbelto y airoso.

como lanza samhari<sup>15</sup>,  
y de retreheros ojos,  
con su poquito de vello  
en sus carrillos sedosos.»

Y dijo también otro:

«Las mocitas morenas  
son, sobre todas,  
las que a mí me enloquecen  
y me enamoran.  
Mas altas que la luna  
las pongo yo;  
que bien se lo merecen,  
y no es favor.  
Su mirar me embriaga,  
y algo daría,  
por ser de sus carrillos  
la pelusilla.»

Y dijo también otro poeta sobre el mismo tema:

«¿Cómo no estar yo loco  
por esa niña  
morena, de sedañas  
finas mejillas,  
que de bambú la airosa  
caña semeja,  
y con su encanto a todas  
atrás las deja?  
Pues tiene unos lunares  
en su carita  
que a cualquiera el juicio  
luego le quitan,  
porque son cual menudas  
finas hormigas,  
de un nenúfar trepando  
por las hojillas.»

Soy, además, bien hecha y bien formada y mi talle sobre sólida base descansada, y no hay quien mi color no adore, desde el rico hasta el pobre.

Y soy salada y alegre y vivaracha y de cutis suave y cara de precio, al pujarme; y además soy la perfección misma en punto a buena crianza y educación y elegante dicción; y es agradable mi planta, y mi lengua, por lo ingeniosa, encanta. Y soy también alegre y dada a la broma, sin pecar nunca de patosa.

Mientras que tú, ye la rubia, eres

<sup>15</sup> Lanzas largas y finas, así llamadas del nombre de su inventor o del lugar en que las hacen, que en esto discrepan las opiniones.

<sup>14</sup> Suprimido en la edición de Bulak.

comparable a las malvas que crecen alrededor de la Babu-l-Luk <sup>16</sup>, de color paliducho con pintas amarillas y hechas de sulfuro.

—¡Ye tizne de sartén! ¡Ye cara de mochuelo a la luz! Y fruto del árbol Sukkum <sup>17</sup> que mandas en seguida a la fosa a los que de ti se enamoran.

Cosa buena en ti no se encuentra, como ya dijo el poeta:

«El amarillo es siempre indicio  
de pena o enfermedad;  
el pecho a mi se me encoge,

si lo veo para mi mal.  
Peor castigo no encontrarán  
para mi alma contumaz,  
que hacerme besar un rostro  
que a mi jaqueca me da,  
y hace que, al verlo, mis dientes  
se pongan a rechinar.»

—Basta ya—díjole su señor—. Puedes sentarte, que con lo que dijiste ya hay bastante.

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

## Y LA NOCHE 238 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Tengo entendido, ye monarca, el afortunado, que, luego que acabó la esclava de recitar su loanza, díjole su señor:

—Puedes sentarte, que con lo dicho ya hay bastante.

Después de lo cual puso entre ellas paz y les regaló sendos trajes de honor con cinturones de piedras preciosas, así terrestres como marinas, todas ellas a cual más bella y rica.

Y puedo asegurarte, ¡ye emir de los creyentes!, que nunca jamás, en ningún tiempo ni lugar, tuve ocasión de ver muchachas más hermosas y encantadoras que aquellas de mi historia.

Luego que el jalifa Al-Mamún hubo oído aquella historia a Mohammed, el de Bazra, mostróle su complacencia y le dijo estas palabras:

—Por ventura, ¡ye Mohammed!, ¿sabes el paradero de esas seis esclavas y su dueño y podrías hacer que me las

vendiese, pagándoselo bien, desde luego?

—¡Ye emir de los creyentes!—respondió Mohammed—, tengo entendido que el amo de esas esclavas está loco por ellas y a ningún precio querría venderlas.

—Bien—le dijo el jalifa—. Ve y ofrécele a ese sujeto diez mil dinares por cada esclava. Carga, pues, con todo ese dinero y ve en seguida a verlo.

Tomó Mohammed el dinero y dirigióse en busca del dueño de las seis esclavas y le hizo saber cómo el jalifa deseaba comprárselas.

Y el hombre, al oírlo, no tuvo más remedio que avenirse al deseo del jalifa y enviarle las seis esclavas.

Luego que estuvieron las jóvenes en el alcázar del jalifa, mandó este prepararles una sala para que se sentaran y él se sentó con ellas y ordenó que les sirviesen la mesa.

Y quedó el jalifa maravillado de la belleza de las muchachas y de su cultura, que corría pareja con su hermosura, y de la diferencia de sus colores y de la gracia de sus decires.

<sup>16</sup> Puerta de Al-Luk, en El Cairo viejo.

<sup>17</sup> Árbol del infierno coránico, cuyos frutos son cabezas de demonios.

Y recreóse el jalifa con las seis jóvenes un espacio de tiempo. Hasta que luego no pudo aguantar ya más su señor el primero la separación y envióle al jalifa una carta en la que le expresaba el dolor que la ausencia de las jóvenes le causaba y de cuyo texto son los siguientes versos:

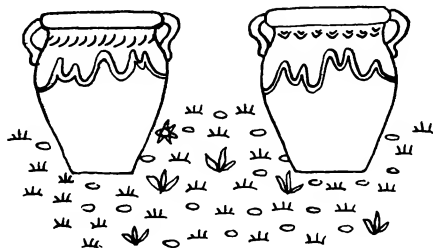
«Seis esclavas hermosas me quitaron,  
y dizque era mi vida;  
mis ojos, mis oídos, todo en suma,  
mi pan y mi bebida.  
Desde que ellas me faltan, ya no vivo,  
el sueño me abandona,  
el solo que pudiera consolarme,  
pues que el recuerdo borra.  
En medio de mi llanto, envidia siento  
de aquel que no nació;

no quisiera contarme entre los seres  
que viven en un mundo de dolor.»

Luego que el jalifa hubo leído esta carta vistió trajes de todo lujo a las esclavas y dioles sesenta mil dinares y se las envió a su señor, para poner fin a sus pesares.

Y alegróse aquel al verlas, con alegría más grande que la que los sesenta mil dinares que le llevaban pudieran proporcionarle.

Y de allí en adelante vivió con ellas en dicha constante, sin ningún sinsabor, hasta que al fin se presentó la que pone fin a los goces y dispersa las reuniones.





## HISTORIA DE UARDAN, EL CARNICERO

(Noches 238 y 239)

*Esta historia es uno de tantos ecos como aquí se recogen de esas antiquísimas leyendas referentes a amores bestiales de las mujeres—ya con osos, ya con micos—, que tienen su precedente ilustre en el famoso mito helénico de Pasifae y el toro. El narrador sitúa su anécdota en Mizr (Egipto), cuyas mujeres, desde los tiempos de Suleika, la de Putifar, y su aventura frustrada con el casto José, tienen entre los orientales fama de lascivas y han dado lugar a una copiosa literatura epigramática. Todavía en nuestros tiempos el poeta turco Fazil Bey (1170-1225 de la hechra), autor del libro titulado El poema de las mujeres, en el que pasa revista a todo el mundo femenino de Oriente, actuando de jurado unipersonal, dedica a las egipcias unos versos crudos y quemantes que pueden recordarse volviendo a la página 303 de este volumen.*

—Cuentan que, allá en los tiempos de Hákim-b-Imri-l-Lah <sup>1</sup>, había en Mizr un hombre llamado Uardán y era carnicero y se dedicaba a la venta de carne de cordero.

Y había una mujer que todos los días iba a verle, llevando un dinar, cuyo peso se aproximaba al de dos dinares y medio, de los dinares egipcios, y le decía siempre lo mismo:

—Dame cordero.

Tomaba el dinar el carnicero y le daba cordero. Y después se lo entregaba la mujer a un alhamel que la acompañaba con un cesto y se encargaba de llevarlo hasta su casa.

Y así hasta el otro día, en que de nuevo, a la hora de salir el sol, se presentaba en la carnicería. De suerte que el carnicero se ganaba con ella un dinar diario, corrido de peso.

Llevaban así ya bastante tiempo cuando un día hubo Uardán de pensa

<sup>1</sup> Juzgador por mandato de Alá. Jafía abbasi de Egipto, siglo XIII de nuestra era.

en aquello y se dijo para sus adentros: «Es chocante que esta mujer me compre todos los días un dinar de carne y ni una sola vez me diga que le ponga por valor de un adarme.»

Luego de eso preguntóle Uardán al alhamel y este le dijo:

—La mujer todos los días me manda que le lleve a su casa el carnero que te compra a ti y luego seguimos mercando cosas de comer, frutas y demás por valor de otro dinar, y después va a la tienda de un cristiano y le compra dos frascos de vino, pagándole con otro dinar, y entonces, por fin, cargo ya con todo ello y se lo llevo hasta los jardines del visir. Allí me venda ella los ojos, para que no pueda ver adónde me lleva. Y me dice:

—Quédate aquí.

Y va por otra canasta y vuelca en ella la mía y me la devuelve vacía. Después de lo cual me coge de la mano y me vuelve a llevar al mismo sitio donde me vendara los ojos, y me quita la venda y me da diez dirhemes en pago de mi molestia.

Al oír aquello exclamó el carnicero:

—¡Que Alá te proteja!

Y se encogió de hombros. Pero continuó más preocupado que antes con lo raro del lance, hasta el punto de que no se le podía quitar del pensamiento, y empezó a tener por las noches insomnios tremendos. Y contaba Uardán el carnicero:

—Aquella mañana vino la mujer, como siempre, a mi tienda y me dio el dinar consabido y cogió el cordero y se lo dio al alhamel y ambos se fueron.

Entonces yo dejé la tienda al cuidado de mi criado y me lancé en seguimiento de la mujer, procurando recatarme de suerte que no me pudiera ver..., y no paré de seguirla hasta que, al fin, transpuso los linderos de Mizr y llegó a los jardines del visir.

Escondíme yo y pude ver cómo le vendaba los ojos al alhamel, y después

la fui siguiendo de acá para allá hasta llegar al monte, a un sitio en el que había una piedra disforme <sup>2</sup>.

Quedéme allí yo aguardando hasta que la vi volver con una cesta en la que volcó todo lo que había en la otra y luego despidió al alhamel y se retiró y desapareció.

Dejé yo pasar una hora y luego me dirigí al sitio de la piedra y removí esta y descubrí debajo de ella una plancha metálica que estaba levantada y una escalera que se hundía en la tierra.

Empecé a bajar poquito a poco por aquella escalera y fui a salir a un largo zaguán, muy holgado y con mucha claridad.

Seguí andando por él hasta llegar a una puerta que estaba cerrada; dile yo la vuelta y descubrí una ventana, desde la cual podía verse el interior de una sala.

Y al mirar yo por la ventana vi a la mujer de marras que cogía al cordero y le quitaba la flor y la echaba en un puchero, dándole lo demás a un oso enorme y corpulento, que se lo engullía todo en un momento, en tanto ella cocinaba el resto.

Luego que la mujer hubo guisado el cordero, comió de él a su placer. Puso después en la mesa la fruta fresca y la seca y el vino, y se echó de él en una copa y bebió ella y le dio de beber al oso en una escudilla de oro.

Tanto bebió la mujer que al cabo se achispó, y entonces se desnudó y se tumbó, y el oso se le montó encima y ella le dio lo mejor que a los hijos de Adán se les pueda dar, y ambos estuvieron folgando, hasta que al fin se cansaron. Y el oso entonces se sentó y descansó un poco y después volvió a la carga, y así una y otra vez, hasta el número de diez.

<sup>2</sup> Se trata del terreno rocoso y sin cultivar que se extiende al sur de El Cáiro, como el Chebelu-Ahmar (Monte rojo), Burton.

Luego oso y mujer rodaron por el suelo desmayados y allí, sin movimiento, se quedaron postrados.

Al ver aquello díjeme para mis adentros: «Este es el momento y la ocasión hay que cogerla por los cabellos.»

Y sacando un puñal que conmigo llevaba y que los huesos mejor que la carne cortaba me acerqué a ellos, que, como dije, habían quedado sin movimiento y bañados en sudor a consecuencia del esfuerzo, y le puse al oso el puñal en el cuello y se lo hundi en él, hasta que separé la cabeza del cuerpo. Lanzó el oso un gemido tremendo, que sonó como un trueno. Despertose entonces la mujer y, al ver al oso sin cabeza, alzó los ojos hacia mi y exclamó:

—¿Así correspondeste, Uardán a mis favores?

Y yo le respondí:

—¡Ye enemiga de tu propia alma! ¿Tanta hambre hay de hombres para que así te entregues a esas abominaciones?

No me contestó ella nada, sino que se agachó sobre el oso y se lo quedó mirando con mucha atención, y al ver que tenía separada la cabeza del cuerpo, exclamó:

—Dime, Uardán: ¿qué prefieres, escuchar lo que voy a decir por tu bien...?

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 239 CONTINUO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Tengo entendido, ye monarca, el afortunado, que la mujer exclamó:

—Di, Uardán: ¿qué prefieres, escuchar lo que para tu bien voy a decirte y gracias a lo cual podrás salvar tu vida y enriquecerte para siempre, o desoír mis palabras y correr derecho a tu muerte?

—Prefiero oírte—respondió yo—; dime, pues, lo que tengas que decirme.

—Pues siendo así—dijo la mujer—, mántame a mí como mataste al oso y coge cuanto quieras de estos tesoros y vete luego tranquilo y sin temor por tu camino.

«Está bien—pensé yo—, la mataré y que la maldición de Alá caiga sobre ella y sobre él.»

Y acto seguido la cogí por los pelos y, hundiéndole el puñal en el pecho, la dejé sin vida y la despaché a la maldición de Alá y de los ángeles y de todos los mortales.

Miré luego en torno mío por la sala y descubrí gran copia de oro virgen, purísimo, y de perlas y diamantes, en tal cantidad que ni los reyes mismos tantas podrían juntar.

Cogí yo la canasta del alhamel y la llené con colmo de todos aquellos tesoros. Tapéla después con mis propias ropas y me la eché auestas y salí de allí y fui andando, sin parar, hasta llegar a la puerta de la ciudad.

Y hete aquí que allí me hube de topar con diez individuos de la escolta de Hákim-b-Imri-l-Lah, que venia precediendo al rey, el cual venia detrás.

Y Al-Hákim, al verme, me dijo:

—¡Hola, Uardán!

—¿Qué manda el sultán?—le respondí.

—¿Es cierto—me preguntó él—que mataste al oso y a la mujer?

—Cierto que sí—le respondí.

—Pues bien—me dijo el monarca—, quitate de la cabeza la cesta y nada

temas, que para ti será todo ese dinero que ahí llevas, sin que nadie disputáرتelo pueda.

Puse yo la cesta entre sus manos y él la destapó y miró su interior. Y luego exclamó:

—Cuéntame la historia de los dos, aunque de todo estoy enterado, pues estuve presente y fui testigo del caso.

Contéselo yo todo, según había pasado y, luego de oírme, dijo el sobrano:

—Es verdad; sucedió todo según acabas de contar.

Y luego añadió:

—Ven con nosotros, Uardán, y vamos allá.

Fuimos todos juntos al lugar del tesoro y encontramos cerrada la trampa metálica. Y Al-Hákim me dijo:

—Levántala, Uardán, que esta trampa del tesoro solo tú la puedes levantar y tu nombre está grabado en la plancha de metal.

Probé yo a levantarla; pero fue inútil mi fatiga, por lo que no pude menos de exclamar:

—Por Alá, que no la puedo levantar.

—No te desanimes—díjome el sultán—;

invoca la bendición de Alá y lo podrás lograr.

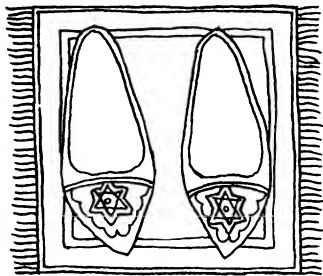
Hicelo yo así y, pronunciando el nombre de Alá (sea por siempre exaltado), alargué hacia la plancha mi mano y levanté la plancha sin esfuerzo alguno, cual si fuera la cosa más liviana del mundo.

—Baja ahora por la escalera—díjome Al-Hákim—y sácalo todo afuera. Que nadie más que uno de tu nombre y hechura y naturaleza bajó nunca a esa cueva desde que fue hecha y a ti te estaba reservado lo de matar al oso y a la vieja. Todo lo cual sabíalo yo por los libros y estaba esperando que se cumpliera.

Hicelo yo así y volví arriba, llevando conmigo todo el resto del tesoro que quedara en el fondo.

Mandó luego el sultán que trajesen las acémilas y que cargasen todo aquello en las bestias y a mí me dio todo lo que guardaba en la cesta.

Cargueme yo la canasta y fuime aprisa a mi casa. Y luego abrí una tienda, en el zoco, que todavía existe y al que la gente, en general, llama el zoco de Uardán.





## HISTORIA EN LA QUE SE TRATA DE LA INCONTINENCIA EN LA MUJER Y EL MODO DE CURARLA

(Noches 239 y 240)

*Muy lógicamente sigue a la anécdota anterior, que hace resaltar la desmedida incontinencia femenil, esta otra en que se expone una etiología y terapia, abreviadas, de esa pasión del alma, considerada como enfermedad física. La forma en que la vieja curandera trata a la joven, enamorada del mono, hace pensar que aquella tenía noción, bastante avanzada para su época, de la existencia de los vermes vaginales, causantes, por irritación, de ese prurito insaciable, determinante a su vez de este caso de ninfomanía. El interés estriba precisamente en ver reducido a términos puramente fisiológicos lo que para el vulgo supersticioso de aquel tiempo representaba un caso de monstruosidad moral o de posesión demoníaca.*

—Cuentan también que había un sultán que tenía una hija, la cual estaba locamente enamorada de un esclavo negro, hasta el punto de haberle entregado las primicias de su doncellez y estar siempre lampando por folgar con él.

No podía pasarse la princesa una hora separada de su esclavo negro y cierto día contóle sus cuitas a una de sus azafatas, la cual, después de oírla, le dijo que no se apurara, que no había

quien a los monos aventajara en punto a rijosos.

Ocurrió a poco que, al pie de la ventana del alcázar, hubo de detenerse un juglar callejero con un mono, grande y vigoroso.

Descubrióse la princesa el rostro, miró al mono y le guiñó el ojo.

Encandilóse el simio en seguida y rompió sus cadenas y ligaduras y subió hasta donde estaba la princesa, la cual lo escondió en una cámara secre-



ta, y allí, noche y día, con él se solazaba y ambos comían y bebían y folgaban.

Hasta que hubo de enterarse el sultán y, loco de furor, decidió matarlos a los dos.

Buscó aquella el modo de salvarse y meditó en ello largamente y, por fin, adoptó la resolución siguiente:

Y fue que se disfrazó de mameluco y montó en un caballo y cargó una mula de oro y metales preciosos y telas ricas, de lo mejor y más costoso, y, tomando consigo a su mono, echóse a caminar y no paró de andar hasta llegar al país de Mizr.

Alojóse allí en un lugar del desierto, y todos los días salía a comprarle la carne a un chico carnicero, pero nunca salía sino después del mediodía, y dizque se había puesto muy cambiada y descolorida. Y sucedió que el carnicero hubo de decirse un día: «Este mameluco, a no dudar, debe tener una historia singular.»

Y cuando, al día siguiente, según la costumbre, fue el falso mameluco a mercar la carne, echó a andar tras de él y lo fue siguiendo, recatándose para que no pudiera verlo.

—Fui siguiéndolo yo con disimulo —contaba el alguazar<sup>1</sup>—, de lugar en lugar, hasta que al fin llegó a su domicilio, entre las peñas, como queda dicho, y allí se metió y desapareció en su interior.

Busqué yo un sitio desde donde poder atisbar y lo vi que se ponía a encender la candela y a asar la carne, comiendo luego de ella a su satisfacción y dándole el resto al mico, que comió también hasta quedar ahito.

Quitóse después el joven sus vestidos y se puso otros femeninos, lujosísimos, y entonces fue—contaba el carnicero—cuando me enteré de que no era hombre, sino mujer.

Sacó después vino y bebió y le dio de beber al simio, el cual, a continuación, se sentó encima de ella y por diez veces la cabalgó, hasta que, extenuada, se desvaneció.

Cubrióla entonces el mono con una túnica de seda y fuese al sitio que, para dormir, asignárale ella.

Escurrimme yo entonces dentro de la cueva, pero sintió el mono mi presencia y vino a mi furioso, con la intención de matarme, solo que yo saqué mi puñal y le di un tajo tal que le vacié las tripas, antes que me pudiera atacar.

Despertóse al ruido de la refriega la joven, toda asustada y sobresaltada, y, al ver al mono allí muerto, lanzó un grito tremendo y tan recio, que faltó poco para que en él exhalase su postrer aliento; pero rodó por tierra sin conocimiento.

Luego que recobró al cabo el sentido, me increpó diciendo:

—¿Qué fue lo que te indujo a hacer esto? ¡Por Alá, te lo pido; haz conmigo lo mismo que hiciste con el simio!

Pero yo, lejos de eso, hice todo lo posible por tranquilizarla y le aseguré que yo podía hacerle lo mismo que el mono, en punto a mostrarme rijoso, y tanto le dije y tanto hice que al fin se serenó y se dispó su temor. Y en el acto nos acostamos y cohabitamos los dos.

Y a partir de aquel día vivimos vida de casados. Pero era el caso que yo no podía dar a su lujuria abasto, por lo que fui a quejarme de mi estado con una vieja, a la que de todo puse en autos.

Oyóme con atención la vieja y reflexionó una hora entera y después me dijo:

—Vas a traerme, hijo mío, una olla llena de vinagre virgen y otra en la que echarás una onza de hierba parietaria, llamada vulneraria.

Llévele yo ambas ollas y ella las vertió en un puchero y puso este al

<sup>1</sup> Carnicero.

fuego y allí lo tuvo un buen rato co-  
ciendo.

Luego me mandó que folgara con la  
muchacha y así lo hice yo, hasta que  
ella se desmayó.

Luego que así fue, cogióla la vieja y  
se la echó a cuestras y le puso sus  
vergüenzas sobre la boca del puchero,  
de modo que el humo del hervor pene-  
tró en su interior y de la vulva algo se  
desprendió.

Miré yo con mucha atención y pude  
ver que eran dos lombrices, una negra  
y la otra amarilla, que eran cosa de  
maravilla.

Y la vieja me dijo:

—La primera, o sea la negra, engen-  
dróse de su ayuntamiento con el esclavo  
negro, y la segunda, o sea la amari-  
lla, es fruto de sus cópulas con el  
mono.

Luego que la joven volvió en sí de  
nuevo siguió viviendo conmigo algún  
tiempo, y nunca más volvió a solicitar-  
me para que la cabalgase, que Alá ya  
la librara de su enfermedad.

Lo que, como es natural, me hubo  
de maravillar...

Pero al llegar aquí vio Schahrasad  
venir la aurora y cortó el hilo de sus  
palabras cautivadoras.

## Y LA NOCHE 240 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

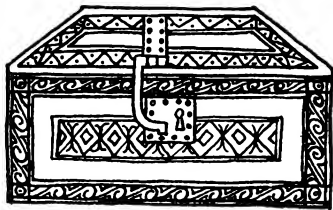
—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*,  
el afortunado, que el joven de mi  
historia dijo:

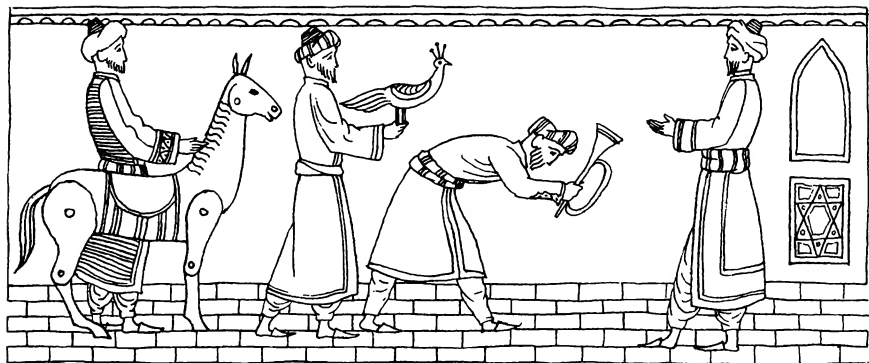
—Sirvióse Alá librarla de su mal, lo  
cual me hubo de maravillar.

Contéle a ella lo sucedido y vivimos

juntos algún tiempo, felices y conten-  
tos, en el estado más agradable.

Y así en verdad vivieron, sin el me-  
nor pesar, hasta que se presentó ante  
ellos la que pone término a los goces y  
dispersa las reuniones.





## HISTORIA DE LOS SABIOS QUE INVENTARON UN PAVO REAL, UNA TROMPETA Y UN CABALLO

(Noches 240 a 249)

*Cuento oriundo, indudablemente, de la Persia, el país de los grandes inventores y maestros de la mecánica, y también de los magos y hechiceros. Obra de magia es el caballo volador, que debe incluirse en el número de los primeros tanteos para llegar al moderno avión. Inmemorial es en el hombre el ansia del vuelo, y ya la consagran el mito griego de Pegaso, el caballo alado, y las figuras aviónicas de los ángeles. El desastrado fin del inventor del caballo alado parece encaminado a demostrar que, con arreglo a la enseñanza esotérica, no debe usarse el poder mágico sino para fines altruistas y generosos.*

*La edición de Bulak transcribe de un modo incompleto esta historia, que la de Breslau da íntegra.*

*En la versión de Burton titúlase este cuento El caballo de ébano. Finalmente, Sabur, el nombre del rey—el Sapor de los romanos—es un compuesto de las dos voces persas schah, soberano, y pur, hijo. El hijo del rey.*

—Cuentan también que, en los antiguos tiempos, había un rey grande y poderoso de los reyes de Al-Fars, llamado Sabur, que a todos superaba en el número de sus tesoros y también en ingenio y saber y entendimiento.

Tenia un hijo varón, que también, por su hermosura, era una luna. Y era generoso y de mano abierta y munifi-

co, y a los que le pedían, les daba, y a los que a él recurrían, no desairaba, y a los de corazón quebrantado confortaba y concedía asilo a los que en su nombre se amparaban. Y era, además, amante del pobre y hospitalario para el peregrino y hacia justicia, en el oprimido, al oprimido.

Y tenía este rey tres hijas semejantes

a lunas llenas refulgentes o a floridos vergeles.

Y tenía por costumbre, todos los años, celebrar dos fiestas en el mes el duodécimo, a saber: la del *Nau Ruz*, o Año Nuevo, y la del *Mihrgan*, o del Equinoccio otoñal. Y en tales ocasiones solía abrirles a todos las puertas de su palacio y repartir regalos a cuantos iban a felicitarlo, llevándole también presentes, en toda suerte de cosas raras y valiosas consistentes.

Y sucedió una vez que, estando con ese motivo el rey Sabur sentado en su trono real, comparecieron en su presencia tres sabios: uno de ellos, indiano; otro, rumi, y el tercero, persiano; llevando consigo, el primero, un pavo real de oro; el segundo, una trompeta de cobre, y el tercero, un caballo de marfil y ébano.

Luego que el rey los vio, les preguntó:

—¿Qué cosas son esas y qué utilidad reporta el tenerlas?

Y el del pavo real le contestó al monarca:

—La utilidad de este pavo real consiste en que, a cada hora que pasa, del día o de la noche, agita sus alas y lanza un gañido.

Y el de la trompeta dijo:

—Poniendo esta trompeta encima de la puerta de una ciudad hace de guardián, pues si algún enemigo se introduce en ella al punto suena la trompeta, de suerte que en seguida acude la gente y lo detiene.

Y dijo el del caballo al rey:

—¿Ye mi señor! La utilidad de este corcel consiste en que, montado en él, puede trasladarse el hombre a donde tenga a bien, remontándose por los aires, y hacer en una sola jornada un viaje para el cual, en otro caso, se necesitaría un año.

Maravillóse el rey Sabur al oír tales palabras y llenóse de asombro al ver cómo aquel día se le presentaban tres

prodigios, uno después de otro, y, volviéndose al sabio, le dijo:

—¡Por Alá Omnipotente y nuestro señor el Beneficente, que creó a todos los seres y de comida y bebida los provee, que como sea verdad eso que dices y de ciertas tus palabras en la prueba se acrediten, te he de dar todo cuanto desees y he de colmar tus anhelos con creces!

Entretuvo luego el rey Sabur a los tres sabios por espacio de tres días en su palacio para que pudieran hacer la prueba de sus inventos y los tres hicieron sus experiencias ante el rey a satisfacción del monarca, pues la trompeta trompetó y el pavo real gañó y el sabio persiano, montado en su caballo, remontóse con él por los aires y luego aterrizó sin haber sufrido el menor contratiempo ni menoscabo.

Y luego que eso hubo visto el rey Sabur quedó maravillado y perplejo y poco le faltó para ponerse a saltar de júbilo y, encarándose con los tres sabios, les dijo:

—Ahora que ya estoy convencido de la verdad de vuestros dichos, tócame a mí cumpliros también lo prometido. Decidme, pues, lo que queréis y os lo daré.

Y los sabios, que ya tenían noticia de las hijas del rey, dijéronle al soberano:

—Si nuestro señor está satisfecho de nosotros y acepta nuestro regalo y quiere recompensarnos con lo que elijamos, desde ahora le pedimos que nos dé a cada uno de nosotros una de sus hijas en matrimonio.

—Está bien—respondió el rey—; desde luego os digo que si a lo que me pedís y ahora mismo seréis complacidos.

Y en el acto el soberano mandó por el cadí para que procediese a casar a cada uno de los tres sabios con una de sus tres hijas.

Y sucedió que las tres princesas estaban presentes detrás de las cortinas y

todo lo oían y lo veían, y, al oír la menor las palabras de su padre, examinó con atención a su futuro esposo y comprobó que era ya un anciano, como de más de cien años, con todo el pelo escarchado y la cabeza colgando y las cejas comidas y las orejas hendidas y los bigotes y las barbas teñidos y los ojos ribeteados y hundidos y las narices amoratadas como la berenjena y los carrillos chupados y consumidos y la cara toda cual un zapato remendado, con los dientes desvencijados y los labios colgantes como de camello, fofos y sueltos; en una palabra: que era el tal sabio un horror de feo, un monstruo y el más repelente de todos los hombres de su tiempo y el más espantable de todos ellos, y faltábanle muchos de sus dientes y sus colmillos le salían como las trompas de los genios que asustan a las gallinas.

En tanto que la joven princesa era la más linda y airosa de las de su época y más elegante que la gacela y más leve que la brisa y más clara y fulgente que la luna llena, y, al andar, abochornaba a la verde rama y al cervatillo envidia daba, y era más bella y atrayente que sus dos hermanas.

Así que la princesita, al ver la facha de su pretendiente, retiróse a su cámara y echóse polvo sobre su cabeza y se aporreó el rostro y rompió a llorar y suspirar y sollozar.

Y su hermano, el príncipe Kamaru-l-Akmar<sup>1</sup>, que de un viaje acababa de regresar, al oír a la princesita gemir y llorar—y dizque era de sus tres hermanas la que quería más—, pasó a verla y le preguntó:

—¿Cuál es, hermana mía, la causa de tu dolor? ¿Qué fue lo que te sucedió? Cuéntamelo todo y no me ocultes nada; háblame con toda confianza.

Y la princesa aporreóse el pecho y le dijo a su hermano:

—¡Ye hermanito mío, el muy querido, no tengo nada que ocultar! Si el palacio se derrumba sobre nuestro padre, a mí no me cogerá, y si él se lanza a cometer una locura, yo me iré de con él, aunque nada para el viaje me dé, ya que Alá me querrá proveer.

Pero al oír aquellas incoherencias díjole su hermano a la princesa:

—Explicame mejor lo que quieres decir y por qué tienes encogido el pecho y el humor acedo.

Y la princesa le respondió, diciendo:

—¡Ye hermanito mío, el más querido! Has de saber cómo nuestro padre me ha prometido en matrimonio a un mago perverso, que como presente le trajo un caballo de madera negro, que con sus artes de nigromántico logró dotar de un poder mágico. Y yo, hermanito, no lo quiero ver y, por su culpa, querría no haber venido al mundo, para que no llegara para mí este día.

Trató su hermano de consolarla y darle ánimos y luego pasó a ver a su padre y le dijo:

—¿Qué brujo es ese al cual has dado en matrimonio a mi hermana la menor y qué regalo es ese que te trajo para que por él matases a mi hermana de dolor? ¡Pues por Alá que eso está mal!

Hallábase delante el sabio persaño, y al oír tales palabras, sintióse vejado y enloqueció de furia; pero el rey se encargó de contestarle a su hijo y le dijo:

—Mira, hijo mío: luego que ese caballo hayas visto te quedarás atónito y confundido y lleno de asombro, como me ha pasado a mí mismo.

Mandó luego el soberano a sus criados que le llevasen allí el caballo mágico y así lo hicieron en el acto, y no bien lo vio el príncipe Kamaru-l-Akmar, quedó de él prendado.

Y, a fuer de caballero que era consumado, luego montó en el corcel y lo aguijó en los ijares con las espuelas de

<sup>1</sup> Luna de las lunas.

oro, pero el corcel no se movió y el rey le dijo al sabio:

—Anda y enséñale cómo se gobierna ese caballo, para que te ayude a lograr tu deseo de ser mi yerno.

Ahora bien: estaba el persiano, según queda dicho, enojado con el príncipe por las palabras que le había oído, contrarias a su casamiento con su

hermana; así que le enseñó la clavija de subida, que estaba en el costado derecho del caballo y le dijo:

—Dale la vuelta.

Y sin añadir más, se retiró y lo dejó.

Vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## PERO LA NOCHE 241 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Tengo entendido, *ye* monarca, el afortunado, que el sabio mostró al príncipe el resorte mediante el cual el caballo se podía elevar y le dijo:

—Aprieta este tornillo.

Hízolo así el joven y en el acto se estremeció el caballo y remontóse con él por los aires, como si fuera un pájaro, hasta los confines del cielo, y de volar no paró hasta que de vista se perdió.

Sintió el rey entonces gran aflicción y confusión y, perplejo sobre el caso, díjole al sabio persiano:

—Oye, sabio; haz luego de forma que mi hijo descienda.

Pero el sabio le contestó:

—Nada puedo hacer yo, *¡ye* mi señor! Nunca, pues, volverás a ver a tu hijo hasta el día de la Resurrección, pues, movido de su ignorancia y soberbia, no quiso preguntarme por la clavija del descenso y a mí se me olvidó ponerle al tanto de ello.

Luego que el rey oyó las palabras del mago mandó que le dieran de palos y lo echasen en una mazmorra, y él se quitó de su cabeza la corona y se aporreó la cara y se mesó las barbas.

Mandó luego también el monarca que cerrasen las puertas de sus palacios y se recluyó en ellos y dióse por

entero al llanto y al duelo, y lo mismo que él hicieron su esposa y sus hijas y todo su pueblo; de suerte que toda su alegría tornóse pena y su goce cambiábase en planto y tristeza.

Y esto es, por ahora, todo lo concerniente a su persona.

Cuanto al príncipe Kamaru-l-Akmar, siguió remontándose jinete en su caballo, hasta llegar cerca del sol, y entonces ya dióse por perdido y vio las estrellas y quedóse confundido y pesóle de haber montado en aquel caballo y se dijo: «Sin duda que este fue un ardid del mago para deshacerse de mí y librarse de estorbos en su pretensión de casarse con mi hermana, la menor. ¡Pero no hay gloria ni poder sino en Alá! Y por ventura el que le puso a este caballo el resorte para subir ¿no le pondría también el resorte para bajar?»

Púsose luego a examinar bien todos los miembros del corcel y advirtió que tenía una como cresta de gallo en su hombro el derecho y otra igual en el izquierdo. Y exclamó el joven: «No descubro en él más que estos dos resortes.»

Pulsó luego el resorte del lado derecho y el caballo siguió con nuevos bríos, remontándose por los aires, con dirección al cielo.

Pulso luego el joven el izquierdo y entonces el caballo aflojó su vuelo y poco a poco empezó a descender, despacio, hacia el suelo.

Y siguió el caballo bajando y bajando todo aquel día, pues habíase alejado mucho de la tierra en su subida.

Y en tanto el caballo descendía entreteníase el príncipe observando vistas perspectivas de ciudades y países diversos sobre los que pasaba y que no conocía ni viera en su vida.

Y entre otras hubo de contemplar, desde su altura, el príncipe, una ciudad labrada con la más agradable fábrica, sita en el centro de unos campos verdes y risueños, ricos en árboles y fuentes, donde había gacelas que apacentaban plácidamente, y al ver aquello el príncipe se puso muy contento y dijo: «De veras que querría saber el nombre de esa ciudad y del país en que está.»

Y empezó a rodearla y examinarla con toda atención por la derecha y por la izquierda, hasta que el día comenzó a declinar y el sol a su ocaso se acercó, y entonces el príncipe pensó:

«Verdaderamente que ningún sitio mejor para pasar la noche en él que esta ciudad; así que voy a aterrizar en ella y allí pernoctaré y, luego que amanezca la mañana, me volveré a mi reino con mi gente y mi casta y les contaré a mis padres y a mis hermanas lo que me sucedió y les comunicaré lo que mis ojos tuvieron ocasión de ver.»

Y el príncipe Kamaru-l-Akmar puso-se a buscar un sitio en el que pudiera aterrizar con seguridad y sin que nadie lo viera, cuando hete aquí que hubo de reparar en un palacio, sito en el corazón de aquella ciudad y que se alzaba hasta los confines del aire, cercado de una gran muralla, con almenas y troneras, guardada por cuarenta esclavos, de los esclavos negros, armados de todas armas y embutidos en sus corazas. Y el príncipe se dijo: «¡Ese es un buen sitio!» Y apretó el resorte para bajar y

bajó el corcel como si fuera un pájaro pesado y fue a aterrizar, suavemente, en la azotea del palacio.

Apeóse allí el príncipe de su cabalgadura y alabó a Alá (exaltado sea su nombre), y se puso a dar vueltas en torno al corcel, diciendo: «En verdad que quien te hizo es un sabio cumplido, y, como quiera Alá prolongarme mis días y reintegrarme sano y salvo a mi país y reunirme con mi padre, no he de ser tacaño en recompensarle y de toda suerte de mercedes habré de colmarle.»

Sentóse luego en la azotea de aquel alcázar y comprobó que todos sus habitantes dormían a pierna suelta. Apretáronle luego el hambre y la sed, pues se ha de saber que, desde que se separó de los suyos, alimento no probara ni bebiera sorbo de agua. Y estando de esta suerte pensó el hijo del rey: «En un palacio como este tiene que haber por fuerza una buena despensa.»

Y dejando allí el corcel se puso a mirar por todas partes a ver si encontraba algo de comer. Y en el curso de sus pesquisas halló una escalera y descendió por ella hasta la planta baja del alcázar, viniendo a encontrarse en un espacio grande, todo enlosado de mármol, ante lo cual quedó maravillado, no causándole menor asombro el no hallar en todo aquel palacio alma viva ni criatura sensitiva.

Quedóse el joven allí plantado y empezó a mirar a todos lados, sin saber adónde dirigir sus pasos. Hasta que al fin se dijo para su ánimo: «Lo mejor que hacer puedo es volver al lugar en que dejé al corcel y echarme allí a dormir junto a él.

»Y luego que amanezca la mañana monto en él otra vez y me vuelvo a mi patria...»

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 242 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado hasta mí la fama, *ye* monarca, el afortunado, de que el hijo del rey se dijo para su ánimo: «Lo mejor que puedo hacer es tornar al lugar en que dejé al corcel y echarme allí a dormir junto a él y, luego que amanezca la mañana, monto en él otra vez y me vuelvo a mi patria.»

Pero he aquí que, en tanto hablaba el joven consigo mismo así, hubo de percibir el reflejo de una luz que brillaba frente por frente al sitio en que él estaba.

Fuese el príncipe en dirección a aquella luz y pudo comprobar que procedía de una bujía, colocada a la puerta del harén del palacio, a la cabecera de un eunuco dormido, el cual parecía uno de los *afarit* de Solimán o genio de los genios, más largo que ancho y más ancho que un banco. Y estaba el castrado tendido ante la puerta atravesado y el pomo de su espada brillaba a la luz de la llama y tenía a su cabecera una bolsa de cuero, colgada de una columna de granito. Y al ver aquello el príncipe asustóse y dijo: «¡En Alá me refugio contra los precitos! ¡*Ye* mi Señor, el único y solo! ¡Hazme la merced de que, así como hasta aquí me trajiste con toda ventura, pueda salir con bien igualmente de esta aventura!»

Y así diciendo, alargó su mano a la bolsa de cuero y la cogió y la retiró de allí y la abrió y encontró en ella cosas de comer, de lo mejor. Y comió el príncipe hasta que se sació y se refrescó y bebió agua y después de eso volvió a poner la bolsa en su puesto y con mucha suavidad y tiento sacó al eunuco la espada de su vaina y la esgrimió en su mano, sin que nada sintiera el dormido castrado ni sospe-

chara en su sueño por dónde el sino le era llegado.

Internóse luego el príncipe en el palacio y fue andando hasta llegar ante otra puerta, por una acitara cubierta, y el príncipe levantó la acitara y pasó adentro, y ya allí vio un lecho del más blanco marfil, incrustado de aljófar y jacintos y otras piedras preciosas, y en torno a aquel lecho había cuatro esclavas jóvenes durmiendo en el suelo. Y el príncipe acercóse a aquel lecho para ver qué había en él y se encontró con una jovencita durmiendo, sin más velo ni camisa que sus propios cabellos y que parecía una luna llena cuando sobre el horizonte del Oriente se eleva, con una frente cándida, resplandeciente, y partido el pelo por una raya refulgente y con unas mejillas semejantes a anémonas de color de sangre y, en ellas dibujados, unos encantadores lunares.

En una palabra: que era la joven aquella según dijo el poeta:

«A verme vino en tenebrosa noche  
y parecía una luna,  
aunque no encuentro nada comparable  
a su egregia hermosura.  
Y al verla tan gentil y esplendorosa,  
exclamé: —¡Loor a Alá,  
que de un poco de barro tal portento  
supo, sabio, formar!  
¡Librarla quiera Alá del mal de ojo!  
Y recité el conjuro:  
"Contra las asechanzas de los malos  
en Alá me refugio."»<sup>2</sup>

Maravillado quedó el príncipe al contemplar tanta belleza y tanta gracia

<sup>2</sup> Sura CXIII *Al-Falak* (La alborada), *aleyá* 1, *Corán*. La versión Burton suprime estos versos.



y simpatía en una sola persona reunidas.

Y acercóse más al lecho, temblando con todos sus nervios, y, estremecido de deseo, no se pudo reprimir y estampó un beso en la mejilla, la derecha, de la bella dormida, la cual se despertó en el acto y abrió los ojos y, al ver allí al príncipe, en pie a la cabecera de su lecho, se incorporó y le preguntó:

—¿Quién eres y de dónde vienes?

A lo que le contestó el príncipe:

—Yo soy tu esclavo y tu enamorado.

—¿Y quién fue el que aquí te trajo?

—preguntó la princesa.

Y el príncipe respondió:

—Mi Señor y el sino trajéronme a este sitio.

Al oír lo cual díjole Schemsun-Nehar (que tal era el nombre de la princesa):

—¿Eres tú, por casualidad, el que ayer pidió a mi padre mi mano y él te la negó, y luego me dijo que así lo había hecho porque eras muy feo? Pues en verdad que mi padre mintió con toda la boca, pues ahora veo que no eres sino hermoso y apuesto.

Ahora bien: habéis de saber que el hijo del rey de Al-Hind habíale pedido la mano de la princesa Schemsun-Nehar a su padre y este se la había negado por ser el príncipe indiano efectivamente feo y desgalchado, y ahora la princesa habíase creído que el príncipe de Al-Hind era aquel joven desconocido.

Y no bien hubo visto aquel compendio de hermosura y de gracia, luego el amor prendió como un incendio en su corazón, y en seguida enredóse con él en conversación.

Pero estando así los dos hete aquí que de pronto se despiertan las doncellas de la princesa y, al ver a aquel joven desconocido en compañía de su señora, preguntáronle a esta:

—¿Ye señora nuestra! ¿Quién es ese que está contigo?

Y la princesa les dijo:

—No os lo puedo decir. Solo sé que, al despertarme, lo hallé junto a mi cama; puede que sea aquel joven que a mi padre mi mano le pidió y mi padre se la negó.

Y sus doncellas dijéronle a la princesa:

—¿Ye señora nuestra, por Alá, el Padre de todas las criaturas, que no es este aquel príncipe que tu mano pidió, porque ese es un monstruo de fealdad y este es guapo hasta no poder más! El otro, princesa nuestra, ni siquiera sería digno de ser tu criado. No hay duda, pues, que te has equivocado.

Y las doncellas de la princesa se salieron de la habitación y fueron a buscar al eunuco guardián, al que hallaron dormido y lo despertaron y el eunuco dio un salto, alarmado.

Y ellas le dijeron:

—¿Así guardas el harén, que te echas a dormir y dejas que hombres entren en él?

Luego que eso oyó el esclavo, el negro, requirió en seguida su espada, pero no la encontró. Y se puso a temblar de azoramiento y de temor. Corrió luego desalado a la alcoba de la princesa y, al ver al desconocido charlando con ella, le dijo:

—Ye *sidi*, ¿me quieres decir si eres hombre o *efrit*?

—¡Guay de ti!—replicó el príncipe—, ¡ye el más desaborido de todos los esclavos! ¿Cómo te atreves a confundir a los hijos de los reyes, que se sientan en tronos, con los satanases infieles que habitan en el orco?

Y dizque el príncipe estaba furioso como un león rugiente.

Y esgrimiendo su acero, le dijo al esclavo:

—Yo soy el yerno del rey y este me dió a su hija por esposa y me mandó que viniese a buscarla a su alcoba.

—¿Ye mi señor!—exclamó entonces el eunuco, lleno de temor—. Si, como di-

ces, eres un ser humano, nadie más digno que tú de poseer su mano.

Fuese luego el eunuco a buscar al rey y no bien llegó a su aposento se puso a dar gritos y rasgóse los vestidos y se cubrió la cabeza con polvo de la tierra.

Al ver aquello el monarca preguntó al eunuco:

—¿Qué pasa? ¿A qué viene ese alboroto y esos gritos que han hecho que mis entrañas me den un respingo? Cuéntame, sin tardar, qué haya podido pasar.

—¡Ye rey de los tiempos!—exclamó el eunuco—¡Ve a salvar a tu hija, pues la ha acometido un genio en forma de ser humano, que pretende, además, ser de sangre real!

Al oír el rey tales palabras se enfureció contra el esclavo y le increpó en tono destemplado:

—¿Cómo pudiste incurrir en tal descuido que diste lugar a que ese genio del diablo se metiese en su cuarto?

Y en el acto el rey dirigióse al alcázar de su hija y en el camino encontróse con sus criadas y les dijo:

—¿Qué es lo que a mi hija le ha ocurrido?

—¡Ye rey del siglo!—le respondieron las esclavas—. Nos quedamos dormidas junto al lecho de tu hija y, al despertar luego, vimos sentado a su cabecera un desconocido, tan hermoso, que semeja-

ba una luna en su pleno o algo todavía más bello y en su mano empuñaba una espada desenvainada.

Preguntámosle nosotras qué era lo que allí buscaba y él nos dijo que era tu yerno y que tú lo habías casado con tu hija, sin nosotras saberlo. Y nosotras nos quedamos atónitas y sin saber si era un ser humano o un genio, aunque si podemos asegurarte que es un joven fino y bien educado, incapaz de hacer nada malo.

Al oír el monarca aquellas palabras de las esclavas templóse luego su ira, y levantando poco a poco la cortina, miró y vio al príncipe sentado al lado de su hija, conversando.

Y pudo comprobar que era de una belleza sin igual y que su rostro semejaba una luna fulgente y clara.

Pero no pudo el rey, sin embargo, deponer del todo su enojo contra su hija, y, espada en mano, levantó la acitara y penetró en el cuarto y se lanzó sobre los dos amantes cual si fuera un vestiglo espantable.

Pero el joven, al verlo, preguntóle a la princesa con todo sosiego:

—¿Es este tu padre y mi suegro?

—Sí, esposo mío—respondió la princesa...

Pero en aquel instante sorprendió a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

## Y LA NOCHE 243 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que el príncipe de mi historia, al ver entrar al rey espada en mano en el cuarto, con la misma furia que si fuese una algola, preguntó a la princesa con mucha flemma:

—¿Es este tu padre, por ventura?

—Sí—respondió ella—, sin duda.

Levantóse entonces el joven y empuñó su espada y lanzó un grito de reto, que dejó estupefacto al viejo, el cual, no obstante, pensó en acometerlo con su alfanje. Solo que comprendió en seguida que el joven era más fuerte que él y le ganaría la partida.

De suerte, pues, que el rey envainó

su tizona y se quedó plantado en medio del cuarto, y el joven entonces se dirigió a él y el sultán le puso buena cara y le dijo estas palabras:

—Di, mocito, ¿eres un ser humano o un genio precito?

—Si no fuera—respondióle el príncipe—por el respeto que te tengo y también a tu hija, ahora mismo con mi espada te dejaba sin vida. ¿Cómo es posible que me tomes por un demonio, cuando soy de los hijos de los reyes que se sientan en tronos y que, si quisiera quitarte tu reino, vendría sobre ti como un terremoto y te despojaría de todo?

—Si eres hijo de reyes, según pretendes—exclamó el monarca—, ¿cómo osas introducirte sin mi permiso en este alcázar y atentar contra mi honra y abusar de mi hija, diciendo que eres su marido y que te la di por esposa yo mismo? ¿No sabes que si yo doy un grito y llamo a mis esclavos y criados y les ordeno que te maten, te matan en el acto? Y, si no, di: ¿quién podría salvarte de mis manos?

—Dices bien—respondióle el príncipe—y es verdad cuanto dices; pero, no obstante, ¡ye monarca del siglo!, si llamas a tus criados y a tus esclavos y a tus armados y me matasen, como dices, en el acto te cubrirías de oprobio e ignominia y todo el mundo quedaría en la duda sobre la rectitud de tu conducta; así que, en mi opinión, será mejor que hagas lo que te voy a decir yo.

—Habla—contestóle el monarca.

—Lo que quería decirte—respondióle el príncipe—es que escojas una de estas dos cosas: o luchar conmigo mano a mano en palenque cerrado, y el que de los dos mate a su contrario se alzará con el reino, o que me dejes esta noche tranquilo y, luego que amanezca la mañana, echas contra mí a tus esclavos y tus criados y tus soldados. ¿Cuántos son ellos, dime, poco más o menos?

—Cuarenta mil jinetes—dijo el rey—, sin contar mis esclavos y los esclavos de mis esclavos, que suman otros tantos.

—Pues tan pronto como salga el sol—dijo el príncipe—los echarás contra mí y les dirás así:

—Ese que veis ahí me ha pedido la mano de mi hija, con la condición que ha de luchar con todos vosotros y os ha de vencer, pues dice que es hombre capaz de dar cima a la empresa, sin que vosotros podáis inferirle la menor ofensa.

Luego me dejarás a mí luchar con ellos y, si me matan, no llegará a saberse nada de lo ocurrido y quedará tu honra a salvo, y si yo los mato a ellos y los venzo, ¿quién con más títulos que yo, entonces, para aspirar al honor de ser tu yerno y tenerte por suegro?

Luego que el rey oyó tales palabras diole su aprobación. Y, llamando al eunuco, le ordenó fuese en aquel mismo instante a buscar a su visir y le dijese que convocase a todos sus caballeros para la mañana siguiente y les previniera que estuviesen armados y montados en sus corceles.

Y esto es, por ahora, todo lo pertinente a su historia.

Cuanto al monarca, siguió conversando luego largo rato aún con el muchacho, que le resultaba sumamente simpático y lo tenía encantado con su finura y su cultura y su buen juicio y ponderado sentido.

Y luego que clareó la aurora trasladó el rey a su palacio y ordenóles a sus hombres que montasen en sus bridades y enjaezasen uno de los mejores corceles de sus reales cuadras y al príncipe se lo llevaran.

Pero el joven le dijo al monarca:

—No montaré, ¡ye rey!, hasta que no vea tus tropas y las reviste.

—Sea como quieras—replicó el rey.

Y ambos se dirigieron al lugar de la

parada, donde ya estaban las tropas alineadas y el joven las revistó y en su gran número reparó. Y el rey les arengó a sus guerreros, diciendo:

—¡Hola, mis hombres; sabed cómo ha venido a mí un jovencito con la pretensión de casarse con mi hija, y es la verdad que nunca vi otro que por ningún concepto le pudiera igualar, ni fuera tan digno como él de ser mi yerno! Pues sobre todo es tan valiente y tan buen caballero, según parece, que dice que es capaz de luchar con todos vosotros y vencerlos, aunque fuerais cien mil, que para él seriais pocos.

Así, pues, cuando él os embista, recibidlo con las puntas de vuestras lanzas y de vuestras espadas porque en verdad que se ha empeñado en una empresa ardua.

Díjole luego el rey al príncipe:

—Ea, hijo mío; anda y disponte a luchar.

Pero a eso replicóle Kamaru-l-Ak-mar:

—Mira, señor; tú no juegas limpio conmigo, pues pretendes que luche con ellos a pie, mientras ellos lo hacen montados en sus caballos.

—Ya te dije—contestóle el rey—que montarás tú también y no me quisiste atender; pero elige, sin embargo, el que más te guste de mis caballos.

Pero el joven le dijo:

—No montaré en ningún corcel sino en el mío, aquel, caballero en el cual vine a este sitio.

—¿Y dónde está ese caballo que di-

ces?—preguntóle el rey al príncipe. —En la azotea del alcázar—respondióle el joven.

—¡Oh!—exclamó el rey al oírlo—. Qué desatino. Ahí se ve cómo estás bajo los efectos del delirio. ¿Cómo puede ser que en una azotea haya ningún corcel? Pero ahora mismo vamos a comprobar si mientes o dices verdad.

Y, volviéndose a uno de sus familiares, ordenóle el sultán:

—Ve en seguida a mi alcázar y tráeme lo que en la azotea haya.

A todo esto estaban todos los presentes maravillados de lo que al joven le oyeran decir y comentaban entre sí:

—Jamás en la vida vimos cosa parecida.

Subió a la azotea el enviado del monarca y vio allí el caballo, que le pareció de inmejorable estampa, y, llegando a él, lo examinó más de cerca pudiendo comprobar que no era un caballo como los demás, pues estaba hecho de marfil y ébano.

Subiera también con el emisario a la azotea otro de los familiares del sultán, y entre los dos reconocieron al caballo y se echaron a reír, exclamando:

—¿Conque este era el caballo que decía ese muchacho? ¡No hay duda que está chalado! Pero, en fin, vamos a ver qué es lo que ese joven se propone hacer...

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus fluyentes palabras.

## PERO LA NOCHE 244 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye* monarca, el afortunado, que los familiares del sultán, luego que vieron el caballo, se echaron a reír y exclamaron:

—¡Y este era el caballo que decía ese muchacho! No hay duda que está chi-

flado. Pero, en fin, vamos a ver qué es lo que se propone hacer.

Y levantando en vilo al caballo cargaron con él y lo llevaron a presencia del rey.

Acudieron luego todos a mirar al

caballo, curiosos, formando en torno suyo un apretado corro, y todos se maravillaban de su bella estampa y de la riqueza de su silla y sus riendas. Y también el sultán mostraba su asombro ante aquella obra singular.

Y el sultán le dijo al príncipe:

—Dime, mocito, ¿es este tu corcel?

—Cierto que sí, ¡ye rey!—respondió él—. Este es mi caballo y ya tendrás ocasión de verle hacer cosas que te dejarán estupefacto.

—Cógelo—dijo el rey—y móntate en él.

—No haré tal—respondió el joven—, sino después que se hayan retirado todos tus soldados.

Mandó el rey a sus hombres de armas que se apartaran a la distancia de un tiro de ballesta. Y luego que así lo hicieron, díjole el joven al monarca:

—Voy a montar ahora en mi caballo y a cerrar contra tus armados. Mándales, pues, que se dividan en dos bandos, uno a la derecha y otro a la izquierda, y que hagan acopio de entereza.

—Haz lo que quieras—respondióle el rey—y no andes con remilgos, que ellos no los han de usar contigo.

Fuese luego el príncipe hacia su corcel y montó en él, y luego que se hubo afianzado bien en la silla, tocó el resorte de la subida, y dizque todos tenían puestos los ojos en lo que hacía.

Encabritóse el caballo y empezó a dar unos saltos muy raros y a llenarse la tripa de aire, después de lo cual, remontó el vuelo y se elevó hasta la raya del cielo.

Al ver aquello el rey gritóles a sus guerreros:

—¡Guay de vosotros, cogedlo en seguida antes que se escape y no volvamos a verlo más en la vida!

Mas su visir y sus magnates dijeron al sultán:

—Por ventura ¿hay alguien que sea capaz de coger al vuelo a las aves? Sin duda que este joven es un hechicero muy grande. ¡Da gracias a Alá que se dignó librarte de sus malas artes! Déjalo ir, que eso es lo mejor que te pudo ocurrir.

Tornó, pues, el rey a su alcázar y, luego que llegó, pasó a ver a su hija y le refirió lo que había sucedido y ella mostró gran pesar por verse separada del joven que amaba.

Y tanto fue su dolor que gravemente adoleció y hubo de guardar cama de mala que estaba.

Y díjose para su alma: «No probaré bocado de nada ni beberé sorbo de agua en tanto Alá no oiga mis ruegos y nos una de nuevo.»

Sintió el rey gran pesar de todo aquello y se puso triste del corazón y trató de consolar a su hija; pero cuanto más hacía por distraerla tanto más apenada mostrábase ella.

Y su padre la besaba entre los ojos y contra su pecho la estrechaba y le decía:

—¡Mira, hija mía: después de todo debes darle gracias a Alá, que te libró de ese hechicero, de ese ladrón de honras, que solo vino aquí con la intención de abusar de ti!

Pero sintió Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 245 PROSIGUIÓ SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Tengo entendido, *ye* monarca, el afortunado, que el rey se puso triste del corazón y trató de consolar a su hija, pero cuanto más hacia por distraerla tanto más apenada mostrábase ella.

Y esto es, por ahora, todo lo pertinente a esta parte de la historia.

Cuanto al príncipe, luego que se hubo remontado por los aires recapacitó y se acordó de la hermosura de la princesa y sintió gran nostalgia de ella.

Preguntárale previamente el joven a los familiares del sultán el nombre de aquella ciudad y también los del rey y su hija. Y ellos le dijeron que aquella ciudad era la de Zanán.

Redobló el joven la velocidad de su corcel y llegó, sin mucho tardar, a la ciudad de su padre y se puso a rondarla por los aires.

Dirigióse después al alcázar y aterrizó en la azotea, y, dejando su corcel en ella, descendió a la planta baja del palacio y, al ver sus umbrales encenizados, pensó que alguno de sus deudos era muerto. Y al entrar en las habitaciones de su padre encontró a este y a su madre y sus hermanas enlutadas y tristes las caras.

Y el rey, al verlo entrar, sintió tal emoción que lanzó un recio grito y se desmayó.

Recobró luego el sentido el monarca y se levantó y corrió hacia su hijo y lo abrazó y contra su pecho lo estrechó, y hasta el colmo de la alegría se alegró.

Y su madre y sus hermanas, luego que oyeron aquel alboroto, acudieron desaladas, y, al ver al joven, lloraron y se abrazaron a él y lo besaron, y tam-

bién hasta el extremo de la alegría se alegraron.

Y le preguntaron qué había sido de él en todo aquel tiempo y él se lo contó todo, desde el principio al fin, y, luego que terminó su relación, su padre exclamó:

—¡Demos gracias a Alá que de todo contratiempo te quiso salvar, *ye* fresca de mis ojos y de mi corazón cogollo!

Mandó luego el rey celebrar grandes fiestas y, al enterarse sus vasallos de la buena nueva, pusieron a repicar timbales y atabales y se quitaron las vestiduras del luto y se pusieron las del gozo y engalanaron calles y zocos y se disputaron el honor de ser los primeros en felicitar a su rey por el feliz regreso de su primogénito.

Y el rey promulgó amnistía general y mandó abrir las cárceles y soltar a los presos y darle un festín al pueblo, con derroche de manjares y bebidas de lo más bueno, y duró la alifara siete días con sus noches y todo el mundo participó de la alegría, y fueron generales la animación y el regocijo grandes.

Y el rey montó en su corcel y montó el príncipe también y ambos dieron la vuelta a la ciudad, para que todos sus vasallos los pudieran ver.

Y, después de eso, preguntóle el príncipe a su padre:

—¿Qué fue del inventor del caballo volador?

Y el rey exclamó:

—¡Maldigalo Alá y también la hora en que lo vi! Que él tuvo la culpa de nuestra separación, y por eso, desde entonces, lo tengo en prisión.

Rogóle el príncipe a su padre que lo pusiese en libertad, ya que era un sabio a no dudar.

Y el rey accedió a la petición de su hijo y mandó ponerlo en libertad y le regaló una aljalá y lo colmó, además, de mercedes y beneficios, salvo que no accedió, como él quería, a casarlo con una de sus hijas.

Enojóse por ello el sabio y le pesó de haber hecho aquel trabajo y de haberle enseñado al príncipe los secretos de su caballo.

Díjole luego el rey a su hijo:

—Si siguieras mi parecer no te acercarías más a ese corcel y no volverías a montar en él, pues no conoces a fondo sus secretos y puede que estés engañado a ese respecto.

Contóle luego el príncipe a su padre lo que le ocurriera con aquella princesa de la ciudad de Zanã, así como también lo que le sucediera con su padre, el sultán.

Y, después de oírlo su padre, el rey, le dijo:

—Si el padre de esa joven te hubiera querido matar, lo habría hecho sin más; cuando no lo hizo, señal es de que no te quería mal. Aunque, al fin y al cabo, era que tu hora aún no había sonado.

Luego que terminaron las albórbolas, volvióse el pueblo a sus casas y el rey y su hijo tornáronse a su alcázar y se sentaron y comieron y bebieron y se refocilaron y se solazaron.

Y es de saber cómo tenía el rey una esclavita que en tocar el laúd era maestra, y fue la muchacha y cogió el instrumento y empezó a rasguearlo y

luego entonó letras de amor y ausencia y, entre otras, cantó esta:

—No pienses que la ausencia  
causa es de olvido;  
cada vez te recuerdo  
con más cariño.  
Mientras viva, alma mía,  
yo te querré,  
y cuando resucite,  
te buscaré <sup>3</sup>.

Hirvióle la sangre al joven al oír ese cantar, por la fuerza de la pasión que sentía por la hija del rey de Zanã, hasta el punto de que no pudo ya más y fue en busca de su corcel y montó en él y apretó el resorte de la elevación y remontóse por los aires y empezó a volar cada vez más alto y ligero, hasta llegar a la raya del cielo.

Y luego que amaneció la mañana echólo de menos el sultán su padre y subió a buscarlo a lo más alto del palacio, con el corazón muy apesadado. Y al alzar los ojos al cielo pudo ver a su hijo que iba volando por los aires y se entristeció por su separación y se reprochó con grandes extremos de contrición no haber cogido a tiempo aquel caballo y haberlo escondido, para que no supiera más de él su hijo.

Y tornó el rey a caer en sus lloros y sollozos...

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y cortó el flujo de sus fluyentes palabras.

---

<sup>3</sup> Suprimido en la edición de Bulak.

## Y LA NOCHE 246 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que el rey volvió a sus lloros y sollozos.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto al príncipe no paró este de volar por los aires hasta aterrizar en la ciudad de Zanâ, en la azotea del alcázar del sultán.

Apeóse allí de su montura y fue recatándose hasta llegar a las habitaciones de la princesa; pero no la halló allí a ella ni a ninguna de sus doncellas, como tampoco al eunuco de marrras, el encargado de su guarda.

Causóle aquello al joven gran pesar y se puso a buscar a la princesa por todo el palacio, hasta que, al fin, logró encontrarla en otro aposento que aquel en que por primera vez se conocieron. Y estaba la princesa postrada en el lecho y todas sus doncellas y azafatas rodeábanla poseídas de gran sentimiento.

Entró el joven en la cámara y saludó a las criadas. Pero luego que la princesa oyó su voz levantóse del lecho y fue hacia él y se le colgó de su cuello y lo estrechó contra su pecho y se puso a darle entre sus ojos muchos besos.

Y el príncipe hizo con ella lo mismo y luego le dijo:

—*¡Ye mi dueña y señora! ¿Cómo me mostrasteis tal desvío hasta ahora?*

—*Tú fuiste quien me lo mostró a mí*—respondió la princesa—. Por tu culpa estuve enferma, y si dura un poco más tu ausencia, seguro que me hallas muerta.

—*¡Ye mi dueña y señora!—díjole el príncipe a su amada—. ¿Te parece bien el modo como tu padre me trató? ¡Por*

Alá, te juro que, al no quererte yo tanto, *ye tentación y seducción de los dos mundos, de fijo lo matara e hiciera en él un escarmiento; pero como te quiero tanto a ti, también a él, por ser tu padre, lo tengo que querer! Pero en fin, amor mío, no hablemos más de lo pasado y ten en cuenta que vengo hambriento y sediento y cansado.*

Y al oír aquello la princesa mandó a las doncellas que luego les sirviesen de comer y beber y ambos se sentaron y comieron y bebieron mano a mano y después se estuvieron conversando, hasta que ya se hizo claro y entonces se levantaron y se despidieron y se separaron, antes que se despertara el castrado.

Y Schemsu-n-Nehar preguntóle a Kamaru-l-Akmar:

—Y dime ahora, amor mío: ¿adónde piensas dirigir el rumbo?

Y el joven le dijo:

—A casa de mi padre; pero te doy mi palabra de venir a verte una vez por semana.

Pero Schemsu-n-Nehar, al oírlo, echóse a llorar y le dijo:

—*¡Por Alá te lo pido! ¡Llévame contigo a donde vayas y no me hagas probar más el amargo sabor del acíbar de la separación!*

—*¿Quieres de veras venirme conmigo?—preguntóle el príncipe.*

Y la joven le dijo:

—*¡De veras que sí quiero, amor mío!*

Al oír el joven tales palabras llenóse de gozo el alma y tomó de la mano a la princesa y le hizo jurar por Alá que había dicho aquello con toda verdad. Y luego la princesa fue allá dentro y se vistió sus mejores galas y







se adornó con sus más valiosas alhajas sin que sus doncellas lo notaran.

Montó el príncipe acto seguido en su caballo y aupó a la princesa hasta acomodarla en su grupa y luego se la ató al cuerpo con fuerte ligadura, por temor a que sufriera algún percance, y, finalmente, elevóse con ella por los aires y empezó a volar y no paró de volar hasta llegar a su ciudad natal, sintiendo al verla de lejos un vivo contento. Y sintió también el joven el deseo natural de enseñarle a su amada toda su ciudad y el reino de su padre y hacerle ver cómo este era mucho más grande que el de su propio padre. Aterrizó, pues, en uno de los jardines donde solía solazarse el sultán y pasó al alquival, adonde aquel solía retirarse, y dejó su corcel a la puerta, diciéndole a la princesa:

—Ten mucho cuidado con él y no te muevas de aquí hasta que yo mande por ti. Que yo en tanto voy a ver a mi padre con objeto de hablarle para que mande prepararte un pabellón aparte, y luego volveré y todo el reino te enseñaré.

Holgóse mucho la princesa de oírlo y le dijo:

—Haz lo que tú quieras, amor mío.

Y comprendió que no debía entrar en la almedina sino con el decoro y la decencia que convenia a una persona de su categoría.

Cuanto al príncipe, dejó a su amada y encaminóse a ver a su padre y este, al verlo, llenóse de alborozo y contento y se levantó en seguida a darle la bienvenida.

Y su hijo, el príncipe, le dijo:

—¡Ye padre mío! Has de saber cómo traigo conmigo a esa princesa de que te hablé y la he dejado a la puerta de la ciudad, en uno de los jardines donde tú te sueles recrear, y he venido a avisarte para que salgas a recibirla con la pompa debida y le muestres tu reino

y tus ejércitos y todos los emires que forman tu séquito.

—Con alma y vida lo haré—contestóle su padre, el rey.

E inmediatamente mandó a los vecinos de la ciudad que la engalanasen del modo más vistoso que pudieran hallar y sacó el príncipe de su alcázar las joyas y los alhaites y cuantas precesas se suelen guardar en los tesoros de los reyes, y preparó para la princesa un alfaneque con tapices riquísimos, recamados en verde, rojo y amarillo, y otras cosas valiosas por ese estilo. Y puso en él, para que la sirvieran, esclavas indianas y abisinias y griegas.

Luego dirigióse a los jardines y entró en el alquival, a cuya puerta la dejara, y la buscó por todas partes, sin lograr encontrarla, así como tampoco al caballo, cuya guarda le confiara.

Afligióse mucho con aquello el joven y se aporreó el rostro y rasgó sus vestidos y empezó a dar vueltas por el jardín, con el ánimo sobrecogido. Y se dijo a sí mismo: «¿Cómo es posible que haya atinado con el secreto del caballo cuando yo no se lo había enseñado?»

«¿No será que el sabio persiano, el inventor del corcel, la sorprendió y la cogió y consigo se la llevó, en venganza de lo que mi padre hizo con él?»

Buscó luego el príncipe a los guardas de los jardines y les preguntó si habían visto a alguien andar por allí, diciéndoles así:

—¿No visteis a nadie entrar en el jardín?

—No—respondieron ellos—; a nadie vimos por aquí. Es decir, solo vimos a ese sabio persiano, el cual vino con objeto de coger plantas medicinales, y quitando a él, no vimos a nadie.

Al oír el príncipe aquello dejó ya de dudar y gritóse por dentro: «¡Ese maldito sabio es quien se llevó a mi amada, a la grupa de su caballo!»

Y se ha de saber que, por obra del sino, luego que el príncipe dejó a su amada en el jardín, para ir a hablar con su padre, según ya dijimos, entró allí el sabio persiano con objeto de coger plantas medicinales y hubo de percibir los aromas a almizcle y otras esencias que impregnaban el aire y que emanaban del cuerpo de la princesa, que con ellas se ungiera.

Fuele el sabio siguiéndole el rastro a aquel buen olor hasta llegar al alquival donde la princesa aguardaba y vio allí a su caballo, obra de sus manos, a la puerta parado.

Y al ver su caballo, llenóse de alegría el sabio persiano y fuese hacia él y lo examinó bien, fijándose en todas las partes de su cuerpo y pudo comprobar que todo estaba en regla, sin que se le hubiera descompuesto ninguna pieza.

Fue a montar en él en seguida; pero luego ya el pie en el estribo, se detuvo y se dijo: «Antes he de mirar si el príncipe trajo algo consigo, además del caballo, y lo dejó por aquí para después venir a tomarlo.»

Entró, pues, el sabio persiano en el alquival y encontró a la princesa sentada a la puerta, y era tal su belleza que semejaba al sol refulgente, cuando brilla en el cielo transparente.

Y al verlo la princesa le interpeló: —¿Quién eres tú que hasta aquí llegas?

—Yo, señora mía—respondióle el sabio—, soy un enviado del príncipe, tu esposo, el cual me ordenó que te saca-

se de aquí y te condujese a otro jardín, que está más cerca de la ciudad. Porque mi señora, la reina, no puede andar tanto y tiene tales deseos de verte que se le hace el tiempo largo para conocerle.

—Y el príncipe, ¿dónde está?—preguntóle Schemsu-n-Nehar.

—Con su padre se quedó en la ciudad y ambos vendrán luego con todo el boato que es natural.

—Pero dime—insistió la princesa—, ¿no encontró otro más guapo que tú para enviarme el recado?

Soltó una gran carcajada el sabio y le dijo:

—Verdaderamente que entre todos sus mamelucos no hay ninguno que me gane a feo; pero no hagas caso, señora, de lo desdichado de mi cara y no te dejes engañar por mi facha. Que, en el fondo, valgo más que muchos otros. Y haz cuenta que si el príncipe, mi señor, me escogió para su embajador, fue precisamente porque es tanto lo que te quiere que de todos tiene celos y no se fía de nadie, sino de mí, que soy tan feo; que a no ser así, de sobra cuenta con mamelucos y pajes y eunucos a cuales más guapos y bien plantados, que habría podido enviar con su recado.

Luego que eso oyó la princesa diose por convencida y se levantó, dispuesta a seguirle...

Pero vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 247 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye* monarca el afortunado, que la princesa dio crédito a las palabras del sabio persiano y se levantó y le dio la mano, y después le dijo:

—Dime, padre mío: ¿qué cabalgadura trajiste para llevarme contigo?

Y el sabio le respondió, diciendo:

—Pues el mismo caballo en que yo he venido. Que es tal que a ambos nos podrá llevar.

—Es el caso—objetó la princesa—que yo sola no puedo montar en el caballo.

Sonrió el sabio al oírla y en su interior se dijo: «Ya es mía.»

Luego, en voz alta, exclamó:

—No te preocupes, mi señora, que yo te ayudaré a montar, y nada te pasará.

Montó luego el sabio en su caballo y luego ayudó a la princesa a auparse a su grupa y se la ató a la cintura, apretando bien la ligadura. Y ella lo dejó hacer sin oposición, por no conocer su intención.

Tocó luego el sabio persiano el resorte para elevarse y el caballo llenóse la tripa de aire y empezó a moverse y a remontarse. Y no paró de subir y subir, llevando a ambos encima, hasta que perdieron estos la ciudad de vista:

Dijole entonces la princesa al sabio:

—¿Qué se hizo de eso que me dijiste de que venías de parte del príncipe?

Y respondióle el sabio:

—¡Mal haya el tal príncipe, que es un perverso y un ingrato!

—¡Guay de ti!—exclamó la princesa—. ¿Cómo osaste desobedecer a tu señor en aquello que te mandó?

—Ese no es mi señor—explicó el sabio—. ¿Por ventura no sabes quién soy yo?

—No sé de ti—contestó la princesa—sino lo que tú mismo me acabas de decir.

—Todo eso que te dije—declaró el sabio—era solo un ardid que tramé para perderos al príncipe y a ti.

Pues has de saber que toda mi vida se me fue en desvelos por crear este caballo, sobre el cual vamos, y que es obra de mi ingenio y mis manos, y que el príncipe me lo tenía usurpado; pero ahora ya vuelvo a ser dueño de él y de ti, ¡*ye* princesa!, también.

Ahora le toca a él pasar por los mismos tormentos que yo pasé, pero ya nunca más me lo arrebatará.

Serena, pues, tu alma y refresca tus ojos y ten la seguridad de que, mejor que con él, conmigo lo pasarás.

Al oír la cuitada las palabras del sabio dióse en el rostro de puñadas y se lamentó, diciendo con acento de vivo dolor:

—¡Guay de mí, que nunca más podré ver a mi amado, ni a mis padres idolatrados!

Y la princesa rompió a llorar con mucha fuerza.

Y dízque a todo esto seguía el caballo remontándose por los aires, hasta que llegaron al país de Ar-Rum y allí decidió el sabio aterrizar en un verde campo, muy arbolado y por muchos arroyos regado.

Y caía aquel campo cerca de una ciudad en la que reinaba un gran monarca. Y sucedió que aquel día precisamente saliera a cazar el rey de dicha ciudad y, al cruzar aquel campo, hubo de ver al sabio persiano allí plantado junto a su caballo, teniendo a la princesa a su lado.

Y antes que el sabio pudiera pensar-lo lanzáronse sobre él los criados del rey y los cogieron a él y a la princesa y al corcel y los llevaron a presencia de su rey.

Y luego que vio el monarca su fea catadura y contempló de la princesa la hermosura, díjole a esta con dulzura: —*¡Ye mi señora! ¿Qué clase de parentesco te une con este viejo?*

Adelantóse a responder el sabio y le dijo al soberano:

—*¡Ye señor!, esta joven que aquí ves es mi mujer.*

Pero la princesa, al oírlo, se apresuró a desmentirlo y, dirigiéndose al rey, le dijo:

—*¡Por Alá te juro, ye el soberano, que no conozco a este hombre ni soy su mujer, sino que, contra mi voluntad, valiéndose de astucias, me consiguió raptar!*

Luego que aquello oyó el monarca mandó que al sabio le diesen de palos. Y, tanto le tundieron, que poco faltó para que quedase muerto.

Ordenó luego el rey que cargaran con el infame y lo llevaran a la ciudad y lo metieran en la cárcel.

Cogió después el rey a la princesa y el caballo y volvióse a su palacio.

Y esto es, por ahora, lo referente a la princesa y al sabio.

Cuanto al príncipe, vistióse este sus ropas de viaje, y tomando consigo una suma de dinero con que subvenir a sus necesidades, emprendió la marcha y empezó a caminar, con el alma conturbada, de país en país y de ciudad en ciudad, sin saber dónde hallar huellas de su adorada ni dónde la podría encontrar.

Y por dondequiera que iba preguntaba a todo el mundo por su amada y su caballo, sin que nadie pudiera darle razón de entrambos.

Encaminóse luego a la ciudad de su suegro e inquirió allí también noticias

de su paradero, sin que tampoco allí nadie se lo pudiera decir.

Hasta que, finalmente, enderezó sus pasos a tierras de Ar-Rum y allí prosiguió sus pesquisas, preguntando a todo el mundo por su amiga.

Y sucedió que fue a hospedarse en un *jan* de los *janes* de la ciudad y vio allí a un grupo de mercaderes que estaban sentados, platicando. Sentóse el joven a poca distancia y oyó a uno de ellos decir estas palabras:

—*Amigos míos, he visto una cosa que es un prodigio.*

—*Pues ¿qué es ello?*—preguntaron sus compañeros.

—*Habéis de saber—contestó él—que estuve hace poco en cierta ciudad de estas y estas señas—y mentó el nombre de la ciudad en que se hallaba la princesa—, y allí oí a la gente comentar un caso no frecuente, pues contaban cómo el rey saliera cierto día de caza, acompañado de un gran cortejo de familiares y emires de su gobierno y, al salir al campo raso, llegaron a un verde prado y allí encontraron a un hombre parado, teniendo junto a él una joven y un caballo de marfil y ébano.*

Y dizque el tal hombre tenía una facha repelente y un aspecto nada atrayente y que en cambio la joven respiraba en todo su ser belleza y perfección y decoro y era muy bien formada y admirablemente proporcionada.

Cuanto al caballo de ébano era un prodigio tan sorprendente como nunca lo vieran los veyentes, de una hermosura sin par y una hechura sin igual.

—*¿Y qué hizo el rey con ellos?*—inquirieron sus compañeros.

—*El rey—siguió diciendo el mercader—cogió al hombre aquel y le preguntó por la muchacha y él le respondió diciendo que era su mujer, la hija de su tío, pero aquella lo desmintió en el acto, afirmando ante el rey que no los unía ningún lazo.*

Entonces mandó el rey que le diesen al hombre una tanda de palos y luego lo metiesen en la cárcel, cosa que en seguida hicieron sus familiares. Cuanto al caballo de ébano, no sé qué haya sido de él.

Oído que hubo el príncipe aquellas palabras del mercader, aproximóse más a él y buscó el hacerse su amigo, y, tal arte se dio, que no tardó aquel en decirle el nombre de aquella ciudad y el de su sultán.

Luego que el príncipe hubo oído el nombre de la ciudad y el de su sultán, pasó aquella noche muy contento, horror de todo pesar.

No bien amaneció la mañana, púsose el príncipe en camino y se dirigió a la ciudad, a la que no tardó en llegar. Pero luego que se hubo acercado a la puerta de la ciudad asieron de él sus guardianes y lo llevaron a la cárcel.

Pero al ver los carceleros su belleza y distinción no tuvieron corazón para meterlo con los demás presos, sino que se lo llevaron con ellos y en lugar aparte lo pusieron.

Y cuando les llevaron la comida partiéronla con el cautivo, el cual comió hasta quedar ahito. Después de lo cual pusieronse a platicar.

Y una de las veces hubieron de preguntarle al príncipe los carceleros:

—¿De qué tierra eres tú?

Y él les respondió:

—Yo soy del Fars, de la tierra donde los descendientes de Jusrav reinan.

Echáronse a reír los carceleros al oírlo y uno de ellos le dijo:

—Mira, hijo de Jusrav, mucho he corrido y muchas cosas raras he oído y he visto; pero jamás me eché a la cara embusteros tan grandes como los persianos, ni de aspecto más feo y antipático. Ahí dentro hay uno que dice ser persa y que lanza trolas tremendas.

—Pues ¿qué es lo que ese tal dice? —inquirió el príncipe.

—Pretende nada menos—replicó el carcelero—ser un sabio. Por cierto que el rey se lo encontró cuando iba de cacería y estaba en mitad de un campo, con una joven y un caballo. Y era la joven de una belleza y una gentileza y un decoro y una gracia extraordinarios, y era el caballo de ébano negro, tan gallardo y hermoso, que nunca como él viéramos otro.

Ahora la muchacha está con el rey, el cual ha concebido por ella una pasión desahorada, a pesar de que la joven está a todas luces trastornada.

Cuanto al hombre, lo tenemos ahí, en la prisión, y no bien llega la noche empieza a llorar y gemir y a lamentarse de su suerte que no nos deja dormir.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus elocuentes palabras.

## Y LA NOCHE 248 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Tengo entendido, ye monarca, el afortunado, que cuando el príncipe hubo oído aquello que dijera el carcelero sobre el sabio persiano, que tenían allí preso, y sobre sus llores y gemidos, luego pensó que estaba en camino de lograr lo que tanto había perseguido.

Llegó después la noche y los carceleros metieron en la prisión al príncipe y cerraron la puerta y se fueron a dormir a pierna suelta.

No tardó el príncipe en oír al sabio llorar y gemir y lamentarse en lenguaje persiano, clamando:

—¡Guay de mí y cómo pequé contra

mi mismo y contra el príncipe y su esposa y en todo eso qué mal hice! Aspiré a poseer lo que no era digno de tener ni era adecuado a mi condición. Y todo aquel que aspira a poseer lo que no es digno de tener ni es propio de su condición se ve en el trance en que hoy me veo yo.

Luego que oyó el príncipe las palabras del sabio, díjole también en lenguaje persiano:

—¿A qué tantos lloros y tantos gemidos? ¿Acaso te ha ocurrido algo que antes a otros no les haya ocurrido?

Al oír el sabio las palabras del príncipe luego trabó conversación con él y le confió sus cuitas y pesares y se dolió con él de sus desastres.

Luego que amaneció la mañana vinieron los carceleros y cogieron al príncipe y lo llevaron a presencia del soberano, diciéndole a este cómo fuera llegado ayer a la ciudad, a una hora en que ya no se podía en ella entrar.

Preguntóle el rey al joven:

—¿De dónde eres tú y cuál es tu nombre y cuál tu profesión? Y dime, qué es lo que te trajo a esta ciudad.

—*¡Ye monarca del tiempo!*—contestóle el príncipe—. Mi nombre en persa es Harchet <sup>4</sup> y soy persiano. Y cuanto a mi profesión, pertenezco a la grey de los doctos y soy versado en ciencias, sobre todo en la Medicina, pues curo a los enfermos del cuerpo y también a los de la mente, o sea, a los dementes.

Holgóse mucho el rey al oírle tales palabras y exclamó sin tardanza:

—*¡Ye sabio profundo, médico excelente!*—llegas en momento propicio, en el que necesitamos de tus servicios.

Expúsole luego el caso de la muchacha y le dijo:

—Si logras curarla de su demencia, te daré todo cuanto pidas y yo tenga.

—*¡Alá conceda su poder al soberano!*—dijo el príncipe—. Cuéntame todo lo que respecto a su locura hayas observado. Y dime, también, desde cuándo está ella así y cómo vinieron a tus manos ella y el sabio y el caballo.

Contósele el rey todo, desde el principio al fin, y el joven, luego de oírlo, dijo así:

—*¡Alá conceda su poder al soberano!* Pero es preciso que vea yo a la enferma para poder apreciar mejor su dolencia. Y espero que Alá será servido de curarla por mi mano y por medio del caballo.

Condújolo el rey a presencia de la princesa, la cual estaba siempre postrada en el suelo y se revolcaba, aunque no estaba loca ni mucho menos, sino que lo fingía para que ninguno se le acercara.

No bien hubo visto el príncipe a su amada llegóse a ella y le dijo estas palabras:

—*¡No tengas temor, portento de los mundos! Que ningún mal te amaga.*

Y luego siguió hablándola con mucha dulzura y esforzándose en dársele a conocer, sin que ninguno de los presentes lo llegara a entender.

Conociólo ella luego y lanzó un grito recio y rodó desmayada por el suelo, de puro gozo que le retozaba por el cuerpo.

Pensó el rey que aquello era efecto del temor que le inspiraba y se retiró. Pero el príncipe llegóse a la postrada y le puso la boca junto al oído y, en voz baja, le dijo:

—*¡Ye maravilla del siglo! ¡Ten paciencia y aguanta y no pongas en peligro nuestras almas! Nuestra situación es muy comprometida y hemos de emplear mucho tacto para librarnos de ese sultán tiránico.*

Y lo primero que he de hacer será ir

<sup>4</sup> Perplejidad, apuro. Alusión al que en el joven se halla. Es, desde luego, un nombre ficticio. Burton opina que es un compuesto de *Her*, todo, y *chah*, lugar, como si dijéramos: el que es de todas partes, o sea, de ninguna.



a verlo y decirle que, con efecto, estás poseída de un genio y esa es la causa de que loca te hayas vuelto; pero que yo me comprometo a echarte los demonios del cuerpo, siempre que él consienta en quitarte tus cadenas.

Así que cuando el sultán pase a verte, háblale tú con mucha templanza y comedimiento, para que piense que ya empiezas a recobrar la razón perdida y consienta en hacer lo que pidas.

—Oír es obedecer—respondió la princesa.

Dejóla luego el príncipe y pasó a hablar con el sultán y le dijo:

—¡Ye monarca, el afortunado! Tengo la satisfacción de anunciarte que ya estoy enterado de su enfermedad y sé la medicina que la puede curar. Y no dudes que la curaré, para tu felicidad.

Ve allá tú ahora y háblale con dulzura y afabilidad y prométele alguna cosa que le pueda agradar, pues de ahora en adelante conseguirás de ella todo cuanto desees.

Fue acto seguido el rey a ver a la princesa, y esta, no bien lo vio llegar, se levantó y besó la tierra entre sus manos y luego mostróse muy complaciente con el soberano, el cual se puso muy ufano.

Y poco le faltó para volar de puro alegre y les mandó a las doncellas que asistían a la enferma y a los eunucos que la cogiesen y la condujesen al alhama y la vistiesen y la compusiesen con sus mejores galas.

Y las doncellas y los eunucos pasaron a ver a la princesa y la saludaron con sus zalemas y ella les contestó a todos con las palabras más afables y en el tono más discreto que pudiera desearse, y entonces sus azafatas la vistieron como a una sultana y colgaronle al cuello un collar de gran precio y la condujeron al *hammam* y la lavaron y la ungieron.

Y salió Schemsu-n-Nehar del *ham-*

*mam* que parecía una luna llena y, luego que se halló en presencia del soberano, lo saludó con el *selam* y besó la tierra entre sus manos.

Y el sultán se alegró hasta no poder más y, volviéndose a mirar al príncipe, Kamaru-l-Akmar, le dijo:

—¡Ye el sabio y filósofo sin par, todo esto solo a ti te lo debemos! ¡Alá nos aumente el beneficio de tu saludable aliento!

A lo que el príncipe respondióle, diciendo:

—Ahora, señor, para que sea completa su curación y no haya más motivo de aprensión, saldrás tú, acompañado de todos tus familiares y tus *áskaris*, y te dirigirás al lugar donde por primera vez hallaste a esa mujer y llevarás contigo al caballo de ébano que ella tenía a su lado, que allí la libraré del malo y reduciré a este a la impotencia de modo tal que nunca en adelante la vuelva a molestar.

—Con alma y vida haré lo que me indicas—respondió el monarca. Y acto seguido mandó llevar el caballo de ébano a aquel campo de marras, donde por primera vez hallara a la muchacha, en unión del sabio persiano, su inventor.

Y el rey se dirigió allá seguido de su tropa, sin que nadie pudiese adivinar qué era lo que iba a pasar.

Luego que llegaron al lugar mandó el príncipe, que se fingía médico, que pusieran a la muchacha y al caballo a alguna distancia del sultán y sus *áskaris*, a la distancia de lo que alcanza la mirada. Y luego díjole Kamaru-l-Akmar al monarca:

—Con tu venia, mi señor. Voy a soltar los vapores y a recitar los exorcismos para sacarle del cuerpo al maligno y aprisionarlo en forma tal que nunca más la vuelva a aquejar.

Después de lo cual montaré en el caballo de ébano y auparé a mi grupa

a la princesa y en seguida verás cómo el corcel se empieza a mover y echa a andar hacia donde tú estás...

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordadas palabras.

## PERO LA NOCHE 249 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Tengo entendido, *ye* monarca, el afortunado, que luego que el príncipe le dijo al rey de Ar-Rum aquellas palabras de que el caballo iría hacia él, añadió:

—Y entonces ya no habrá más que hacer y ella quedará rendida a tu placer.

Holgóse el rey grandemente al oírlo. Y el príncipe, acto seguido, montó en el caballo y se puso a la grupa a la princesa, en tanto el rey y todos los presentes estaban de sus gestos pendientes.

Atóse con fuerza el príncipe al cuerpo a la princesa y apretó el resorte de la subida y en el acto empezó a remontarse el caballo, con los dos, por los aires, hasta que los perdieron de vista todos los circunstantes.

Medio día permaneció allí el rey aguardando su vuelta, hasta que al fin perdió toda la esperanza y se arrepintió de haber puesto en él su confianza.

Y entonces el sultán volvióse con sus tropas a la ciudad y mandó por el persiano que tenía encarcelado y, luego que se lo llevaron, lo increpó, diciendo:

—¿*Ye* el rahez y el villano! ¿Por qué no me dijiste desde el principio la virtud que poseía ese caballo? Por tu culpa ahora ese tunante ha arramblado con él y se lo ha llevado juntamente con esa esclava, cuyos aderezos me habían costado un dínar y a la que nunca más volveré a ver.

Contóle entonces el persa toda la historia del caballo de ébano, desde el principio al fin, y fue tal, al oírlo, la

rabia del rey, que a poco si se muere.

Encerróse luego en su palacio y se entregó al duelo y al llanto hasta que sus visires pasaron a verlo y lo consolaron, diciendo:

—Ese que ha raptado a la muchacha es un hechicero; da gracias a Alá que de sus ensalmos te quiso librar, que, de otra suerte, lo pasaras mal.

Y así, a este tenor, siguieron hablándole al rey hasta que se consoló.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto al hijo del rey, este, con la princesa, dirigióse, a lomos del corcel, muy alegre y contento, a la ciudad de su padre, adonde llegó en poco tiempo, aterrizando en la azotea de su palacio.

Dejó allí a la princesa a buen recaudo y fue a ver a sus padres, y después de saludarles, les hizo saber cómo había llevado a su amada con él. Y sus padres, al saberlo, se pusieron muy contentos.

Y el príncipe, ya en su ciudad natal, mandó preparar un gran festín para obsequiar a todos sus vecinos en general.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a su padre, mandó que hicieran pedazos el caballo de ébano y que destruyesen sus resortes, y en el acto cumplieron sus órdenes.

Escribió luego el príncipe una carta al padre de su amada haciéndole saber cómo casara con ella y la tenía con él rodeada de tales honores que nada más pudiera apetecer.

Mandóle la misiva por conducto de un legado, el cual le llevaba también valiosos regalos.

Y al llegar el emisario del príncipe a la corte de su suegro—que era la ciudad de Zanâ, en el Yamán—, entrególe su carta al rey, el cual, luego que la leyó, dio grandes muestras de satisfacción y aceptó complacido los regalos y dispensó grandes honores al enviado.

Mandó después aprontar también preciados obsequios para su yerno, y en tan buenas relaciones siguieron los dos, hasta que el padre del príncipe

murió. Y su hijo ocupó el trono como su sucesor.

Y el príncipe se sentó en el trono de su padre y gobernó a sus vasallos con toda equidad, conciliándose la estimación general.

Y así vivieron todos en amor y compañía hasta que al fin se presentó la que pone término a los goces y dispersa las reuniones.

¡Llor a Aquel que vive con toda verdad y que a salvo de la muerte está!  
¡A Aquel que tiene en su mano el reino y el reinado!





## HISTORIA DE ANISU-L-UCHUD

(Noches 249 a 258)

*Otra historia romántica, en que el amor triunfa de todos los obstáculos que se le oponen y que son otras pruebas en que debe acreditar su valor para hacerse merecedor del premio. No hay dicha sin esfuerzo—parece ser la moraleja de esta historia—, en contradicción, por cierto, con la que se desprende de la del indolente Al-Kaslán. Tales contradicciones no deben extrañarnos, pues responden a la pugna teológica en el seno del Islam, entre motaziles o kadries, partidarios del libre albedrío, y ortodoxos, paladines de la Predestinación absoluta. Véase, sobre este punto, a Goldziher, El Islam antes y ahora, y a Asín Palacios, Abenmasarra y su escuela.*

*Anisu-l-Uchud puede traducirse Alma-del-mundo, y ya en ese nombre se simboliza la gracia irresistible que caracteriza al protagonista del cuento y hace que cautive los corazones de todos los seres y los propios leones se humanicen y se le rindan. Anisu-l-Uchud, Alma-del-mundo, posee ese don de simpatía natural de que los romanos honraron en Tito (Delicia del género humano) y que los biógrafos de Mahoma atribuyeron al Profeta. Es el hombre con el alma de niño, tierna e inocente, alma de nardo—que dijo el poeta—que solo vive de leche de amor, así como Uardu-fil-Akmán (Rosa-en-capullo) es la mujer de corazón virginal, la flor que solo conoce una primavera, el alma que se agota en una sola pasión. Ambos personajes son pasibles de significación simbólica y el momento en que se encuentran y mutuamente se cautivan parece un golpe de la gracia, la anagnórisis de las almas gemelas o la unión de las dos mitades del andrógino de Platón.*

*Todo el relato, y especialmente su final rimado, tiene un aire notable de auto sacramental.*

—Y cuentan también que, en tiempos preteritos y en remotas edades, había un rey poderoso y grande y glorioso y descollante.

Y tenía el tal rey un visir llamado Ibrahim y este visir tenía una hija que era una joven de singular hermosura, un dechado de perfecciones y a todas las mocitas de su tiempo sobrepasaba en punto a belleza y gracia. Y estaba, además, dotada de agudo ingenio y era una señorita muy bien educada. Y era tal como dijo el poeta al trazar su semblanza:

«Brilla igual que la luna en el límpido cielo  
vestida de sus trenzas, negras como la tinta;  
cuando se mueve, eclipsa a la rama del árbol  
que airosa se columpia, al soplo de la brisa.  
Y de sus labios nunca se borra la sonrisa.  
¡Ye tú, la que entre todas las bellas resplandeces,  
ya de amarillo o rojo te nos muestres vestida!  
¡No abusos del poder que te dan tus encantos  
y el amor reverente que tus gracias me inspiran!  
¡Pues en tus manos soy igual que el pajarillo  
en las manos de un niño que cruel lo marti-  
[riza!]'»<sup>1</sup>

Y aventajaba aquella joven a todas las de su tiempo en punto a hermosura y también en lo de ser discreta y juiciosa y bien educada y refinada, salvo que era excesivamente dada al holgorio y al vino y los rostros bonitos y a los versos lindos y a los cuentos peregrinos, que inclinan al amor los sentidos.

Y se llamaba la princesa Al-Uardu-fi-l-Akmán<sup>2</sup>, que este nombre le habían puesto en razón a su belleza y su gracia perfectas.

Y gustaba el rey de asistir a sus alifaras atraído por el encanto de su cultura refinada, y tenía también por costumbre reunir todos los años a los emires de su reino, para jugar con ellos a la pelota, en el estadio habilitado al efecto.

Y llegado que era el día señalado

para el espectáculo, sentábase la princesa tras su celosía, para distraerse contemplándolo.

Y sucedió que, estando una vez la princesa presenciando la fiesta, hubo de fijarse en un joven que figuraba entre los *áskarís* y que era de tal belleza como jamás ninguno viera, pues tenía una cara resplandeciente y una boca sonriente, siendo, además, ancho de hombros y de miembros fuertes.

Mirólo la joven y tornó a mirarlo, sin saciarse nunca de admirarlo, hasta que, al fin, inclinóse hacia su azafata y le murmuró estas palabras:

—¿No podrías decirme cómo se llama ese joven tan guapo que está allí entre los soldados?

—¡Ye hija mía!—respondióle la vieja—, todos ellos son guapos. Como no digas más no podré encontrarlo.

—Aguarda un poco—dijole la joven—, que ahora vas a saber quién es.

Y cogiendo una manzana fue y se la tiró al joven<sup>3</sup>, y alzó este la cabeza y vio a la hija del visir que, al través de las rejas de su celosía, semejaba una luna en medio de los cielos, y lo mismo fue mirarla que quedársele el alma prendada y la mente embargada. Y, sin poder reprimir sus sentimientos, recitó estos versos:

—Una flecha me arrojaron  
y en el corazón me hirió;  
no sé si fueron tus ojos  
o fue un arquero traidor.  
Lo cierto es que desde entonces  
no vive mi corazón.

Luego que terminó el juego de pelota dijo la hija del visir a su azafata:

—Dime, si lo sabes, el nombre de ese joven que te indiqué antes.

—¡Ye mi señora!—respondió la vieja—, el nombre de ese joven que dices tú es Anisu-l-Uchud.

<sup>3</sup> Como Galatea en el episodio de Polifemo.  
—Malo me Galatea petit... Pero Uardu-fi-l-Akmán no huye a esconderse.

<sup>1</sup> Tomado de la edición de Breslau.

<sup>2</sup> Rosa-en-capullo.

Movió la cabeza la muchacha y se recostó en su estrado y rompió a suspirar con gran sentimiento y, finalmente, recitó estos versos:

—¡Oh y qué acierto tuvieron al ponerte ese nombre que llevas tan simbólico, pues, igual que la luna, eres el alma de todo el Universo prodigioso! No hay entre las criaturas quien te iguale; sultán de la belleza, reinas solo, y de tu incontrastable señorío certifican los rasgos de tu rostro. Un *nun* escriben tus curvadas cejas; un *zad* tus bellos entornados ojos, y tu garboso talle es una rama de árbol gentil, florido y fructuoso. El señor, al crearte, te hizo rey de todas las criaturas, rey despótico, que, en la mano la fusta, a los mortales has de domar como se doma un potro.

Luego que hubo acabado de recitar estos versos escribiólos la joven en una hoja de papel y luego envolvió esta en un trozo de seda, recamada de oro, y la escondió bajo la almohada del lecho en que se recostaba.

Pero hubo entre sus doncellas y azafatas una que la vio esconder la carta y estuvo espiándola hasta que se durmió, y entonces, con mucho tiento, fue y se la robó de debajo de la almohada y la leyó y así pudo enterarse de que la hija del visir estaba enamorada de Anisu-l-Uchud, después de lo cual en el mismo sitio la volvió a dejar.

Luego que Uardu-fi-l-Akmán se despertó de su sueño, díjole aquella esclava que sorprendiera su secreto:

—¡Ye mi señora! Tengo que hacerte una advertencia y es la de que te prevengas contra las penas, pues has de

saber que el amor es fuerte y que su poder derrite el hierro y a los sanos pone enfermos.

—¡Oh!—exclamó la joven, al oír la advertencia—. ¿Y cuál es la medicina que cura esa dolencia?

—No hay otra que la unión de los que se aman—respondióle su aya.

—¿Y qué medio hay para llegar a ello?—inquirió la joven.

—Primero, las cartitas—díjole la vieja—. Luego, las palabras tiernas y las miraditas retrecheras... Y si tú, mi señora, te encontrases en un apuro de esa clase, podrías contar conmigo en absoluto, pues sé muy bien guardar un secreto y llevar una carta a su destino y hacer todo cuanto fuese preciso.

Luego que Uardu-fi-l-Akmán hubo escuchado esas palabras, perdió al punto el juicio, de puro alegre que se puso, aunque se contuvo y no dijo nada hasta ver aquello en qué paraba.

—¡Ye mi señora!—díjole la esclava—. Has de saber cómo en sueños vi un hombre, el cual se acercó a mí y me dijo así: «Tu señora y Anisu-l-Uchud están enamorados el uno del otro, sin que puedan comunicarse sus penas por falta de una medianera. ¿Por qué tú no te encargas de ponerlos en comunicación y hacer entre ellos de estafeta de amor?»

Luego que la muchacha hubo escuchado la relación del sueño de la esclava...

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras cautivadoras.

## Y LA NOCHE 250 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye* monarca, el afortunado, que Uardu-fi-l-Ak-mán, luego que hubo escuchado el relato del sueño que le hizo la esclava, preguntóle a esta:

—¿Serías tú capaz de guardar un secreto?

—¡Cómo no—exclamó aquella—, siendo como soy de la más noble casta!

Sacó entonces la hija del visir aquella esquela, con los versos que escribiera, y le dijo a la vieja:

—Toma esta carta y ve a llevársela a Anisu-l-Uchud.

Tomó la vieja el escrito y en seguida fue a llevárselo a su destinatario. Y besó ante Anisu-l-Uchud la tierra y le hizo mil zalemas.

Tomó la carta el joven y, después de leerla y enterarse de su contenido, escribió en su reverso los siguientes versos:

«De amor por vuestra culpa estoy llagado  
y callo por guardar nuestro secreto,  
y si mis ojos sangran, disimulo  
y digo que hace tiempo están enfermos,  
a fin de que no logre el envidioso  
adivinar el fondo de mi pecho.  
No supe yo, hasta aquí, qué fuese amor,  
mas de pronto en sus redes vine preso,  
y ahora conozco a fondo sus torturas  
y en todos sus misterios soy maestro.  
No hay para mal de amor más medicina  
que verse los amantes, y por eso,  
*¡ye* mi señora y dueña, yo te pido  
que una cita le des a este tu siervo!»

Dobló luego el joven la carta y la besó y se la dio a la esclava, diciéndole:

—Llévasela a tu señora y calma su zozobra.

—Oír es obedecer—respondió ella. Y tomó la carta y se la llevó a su dueña.

Luego que la hija del visir vio la carta, la cogió y la besó y se la puso sobre su cabeza y luego la abrió y la leyó y de su contenido se enteró y después escribió al pie de su texto los siguientes versos:

«*¡Ye* tú que por mi belleza  
estas padeciendo así;  
ten paciencia, que es posible  
que logres tu objeto, al fin!  
Cuando estar segura pueda  
de que es sincero tu amor,  
y que sufres por mí, igual  
que por ti padezco yo;  
aunque estoy muy bien guardada,  
según tú debes saber,  
no habrá nada que se oponga  
a que nos podamos ver.  
De mi amor dudar no debes,  
pues es tal que cuando el sol  
se apaga en el horizonte  
se enciende en mi corazón.»

Luego que acabó la joven de escribir estos versos, dobló la carta y se la dio a la esclava, la cual la tomó y corrió a llevarla. Pero al separarse de la hija del visir topóse la vieja con un portero, el cual la interpeló diciendo:

—¿Adónde vas?

—Voy al *hammam*—le respondió ella. Pero al ver al portero se azoró tanto que dio un respingo y dejó caer la carta sin advertirlo.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a la carta, hubo de verla uno de los eunucos tirada en el suelo y la cogió y se la guardó.

Y estaba el visir sentado en su lecho cuando se le presentó el eunuco refiriendo, llevando en su mano el papelito, y le dijo:

—*¡Ye mulai!*, me encontré esta hoja

de papel tirada en el suelo y la cogí y vengo a traértela por si te puede servir.

Tomó el visir la carta de manos del esclavo, desdoblóla y vio que traía escritos los versos que ya dijimos.

Leyó el visir los versos y comprendió su sentido y, examinando bien la letra, comprobó ser aquella la letra de su hija.

Pasó en seguida a ver a su esposa y le mostró la carta, y dizque el visir lloraba con tal abundancia que se le mojaron las barbas.

Dijole su esposa al visir:

—*¡Ye mulai!*, el llorar no sirve de nada en la calamidad. Antes bien, pienso yo sería más acertado que buscases algún medio de dejar tu honor a salvo y evitar a tu hija el escándalo.

Con estos y otros razonamientos trató su mujer de consolarlo, consiguiendo que el visir se calmase algún tanto, hasta que por fin dijo:

—Yo temo por mi hija a causa de ese amor. ¿No sabes que el sultán quiere mucho a Anisu-l-Uchud y que este es uno de sus favoritos? Por eso me temo que se opongá a esos amorios. Dime, pues, mujer: ¿cuál es, sobre esto, tu parecer?

—Aguarda a que rece la zalá del *istijar* <sup>4</sup>.

Y recitó a continuación dos aleyas de la *suná* del *istijar*. Y luego que terminó, le dijo a su esposa:

—En medio del mar de Kenús <sup>5</sup> yéruese una montaña llamada la montaña Tsekli <sup>6</sup>, que ya te diré más adelante por qué se llama así, y es tan abrupta esa montaña, que solo a costa de grandes fatigas se logra alcanzarla.

Pues bien: soy de opinión que allí debes llevar a nuestra hija e instalarla.

Aprobó el visir el consejo de su esposa y mandó labrar en la montaña referida un alcázar para su hija, en un lugar inaccesible, y allí la dejó, proveyéndola de viveres para todo un año y asignándole para su servicio esclavas y castrados.

Convocó el visir a este efecto a los carpinteros y los albañiles y los alarifes, y estos labraron para la joven un alcázar muy elevado, tal que nunca los veyentes vieron otro igual.

Mandó aprestar luego viveres y bes-tias y entró una noche a ver a su hija, y, cogiéndola por sorpresa, le intimó que lo siguiera.

Dióle a ella en seguida el corazón que se trataba de la separación y, al salir fuera y ver aquellos preparativos de marcha, prorrumpió en copiosas lágrimas y escribió en la puerta de la casa unas letras para hacerle saber a Anisu-l-Uchud lo que ocurriera y expresar-le cuán vivo era su dolor, que a toda paciencia y todo aguante era superior y solo en el llanto hallaba consolación.

Y he aquí los versos que en la puerta de la casa escribió:

«¡Por Alá te ruego, casa!,  
que si por aquí a mi amigo  
ves rondar, que lo saludes  
de mi parte y con dolido  
acento le comuniques  
cómo, contra mi albedrio,  
en las alas de la noche  
lejos me llevan, a un sitio,  
que ignoro, sin hacer caso  
de mis lloros y suspiros,  
que son tales que los pájaros  
del jardín lanzan gemidos,

<sup>4</sup> Oración en que se impetran las bendiciones de Alá.

<sup>5</sup> De los Tesoros.

<sup>6</sup> Montaña de las madres privadas de sus hijos. Sobre estos lugares, que sería inútil querer localizar en el mapa, creemos interesante, sin embargo, anotar que, según Lane, el mar de los Tesoros o Bahru-Kenús no es otro que el alto

Nilo, cuyos habitantes entre Assuan (Siena) y Uadi-s-Subúa (Vado de los Leones) forman la tribu de Kunús. Filé es aún hoy conocida por la Isla de Anisu-l-Uchud, y Burckhardt, en sus *Viajes por Nubia*, menciona la leyenda local de un poderoso rey, llamado Al-Uchud, al que se le atribuye la edificación de los templos de Osiris.



y endechan por mi dolor  
con sus lastimeros trinos.  
Y dicen: "¡Pobres amantes!  
¡Qué cruel con ellos el sino!  
¡De la ausencia el trago amargo  
les dio a beber el destino!  
¡Quiera Alá darles paciencia,  
pues no queda otro camino!"  
¡Paciencia!; no hay otro medio  
de endulzar nuestro martirio.  
Mas ¿cómo tener paciencia,  
no teniéndote conmigo?»

Luego que acabó de escribir estos versos montó en la mula que le tenían preparada y, en compañía de sus conductores, emprendió la marcha. Fueron atravesando campos y eriales y llanuras y arrezafes, hasta que al fin llegaron al mar de Kenüs y en su ribera plantaron las tiendas. Luego armaron para la joven una gran barca y la trasladaron a ella, juntamente con sus eunucos y doncellas, al otro lado, a la montaña, y después se volvieron y deshicieron la barca y tornaron a su casa, llorando por lo que pasara.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a Anisu-l-Uchud, despertóse luego de su sueño y rezó la zalá matinal. Y después montó en su mula y se dirigió a desempeñar sus funciones cerca del sultán.

Y, al encaminarse allá, hubo de pasar por delante de la casa de su adorada, según hacía todas las mañanas, por si veía a alguno de los servidores del visir, y posó su mirada en la puerta y vio los versos que, según dijimos, dejara la joven escritos en ella.

No bien reparó el joven en los versos, luego perdió el tino y sintió que le abrasaba un fuego el corazón y se tornó, en el acto, a su mansión.

Y era tal su desazón que en ningún sitio podía parar ni hallaba lenitivo alguno a su pesar; solo que hacía por disimular.

Y luego que la noche fue llegada, disfrazóse el joven de faquir con unas

ropas harapientas y echóse a vagar, a favor de las nocturnas tinieblas, sin tener rumbo fijo ni saber adónde dirigir sus pasos, y toda aquella noche y el día, el siguiente, estuvo caminando, hasta que la flama del sol se hizo excesiva y las montañas de fuego parecían y la sed al joven consumía.

Y entonces vio Anisu-l-Uchud un árbol a cuyo pie corría un hilo de agua y el joven fuese allá y se sentó a la sombra del árbol y se agachó a beber y bebió del agua del arroyuelo; pero notó que esta en su boca no tenía sabor. Y era verdad que el joven perdiera sus colores y el rostro se le pusiera amarillo y que, de tanto andar, tenía hinchados los pies y doloridos.

De suerte que se puso a llorar y vertió copiosas lágrimas y, a impulsos del sentimiento, recitó estos versos:

—Borracho el amante esta  
del amor que lo domina,  
y solo goza rumiando  
su pena y melancolía.  
Para todo lo demás  
está su alma mortecina;  
nada le atrae; apetito  
no siente por la comida.  
¿Cómo pudiera gustar  
ya de nada en esta vida,  
quien vaga errabundo y solo,  
lejos de cuanto él ansia?  
En llorar y más llorar,  
todo su placer se cifra  
y las lágrimas le corren  
en raudal por las mejillas.  
¡Oh!, decidme, por piedad,  
¿volveré a verlos un día?  
¿O alguien de ellos me traerá  
alguna grata noticia? <sup>7</sup>

Y era tanto lo que el joven lloraba que la tierra mojaba.

Levantóse luego y se fue de allí, siguiendo adelante en su merodeo, y atravesó campos y yermos y fragosidades, y, al llegar a cierto paraje, salióle al encuentro un fiero león, de crespas

<sup>7</sup> La edición de Bulak suprime estos versos y todo este paso.

melena, y que parecía tener una cúpula por cabeza, con una bocaza que parecía una puerta y unos comillos tan grandes como los de un elefante.

El joven, al verlo, dióse ya por muerto y se volvió del lado de la Alkibla <sup>8</sup> y se prosternó y recitó el testimonio de la fe y se dispuso a morir como creyente fiel.

Leyera el joven antaño en los libros que el león es sensible al halago y a la adulación y depone su arrogancia ante quien lo trata sin jactancia <sup>9</sup>. Y así empezó a hablarle, diciendo:

—*¡Ye señor de la selva, ye rey de los espacios, ye león bravo! ¡Ye monarca de los animales montaraces! Yo no soy más que un pobre amante que sufre los tormentos de la separación, y, desde que se ausentó de mí mi amada, ando que no sé lo que me pasa, errabundo y descarriado. ¡Oye, pues, benigno mis palabras y ten piedad de mi pasión y mi dolor!*

Luego que las palabras del joven

oyó el león, detúvose y se sentó en el suelo, con la cola enroscada a su cuerpo, y alzó su cabeza hacia Anisul-Uchud y se puso a amagarle por bromas, con sus garras y su cola.

Y al ver el joven aquello maravillóse y recitó estos versos:

—*¡Ye león de los desiertos!, ¿por ventura vas a matarme antes que encontrado haya a mi amada? Piensa que no soy ninguna presa pingüe, que estoy flaco ¡de tanto amar sin esperanza, amigo! ¡Ye padre del valor, ye león bravo, no quieras darle gusto a mi enemigo, haciendo que a reunirme yo no llegue con aquella que busco entre peligros!*

Luego que el joven acabó de recitar sus versos levantóse el león y fuese hacia él...

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y puso coto a sus descomedidas palabras.

## PERO LA NOCHE 251 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que luego que acabó el joven de recitar sus versos, levantóse el león y se le acercó con los ojos arrasados en llanto, y empezó a lamerle con su lengua las manos y luego echó a andar delante de él, dándole a entender, por señas, que lo siguiera.

Siguióle el joven, y el león delante y él detrás, fueron caminando una hora de tiempo hasta llegar a lo alto de una

montaña, que volvieron a bajar por la contrapuesta falda.

Y, al descender por la ladera, advirtió Anisul-Uchud huellas de pisadas, y, fijándose bien, pudo comprobar que aquellas huellas marcaban el rastro de Uardu-fi-l-Akmán y los esclavos, que por allí habían pasado. Y el joven se dispuso a seguir aquel rastro.

Observólo el león, y luego comprendió que aquellas eran las huellas de su amada, que con tanto afán buscaba, y dejándolo seguir su camino, fuese él por el suyo, en busca de su sino.

Cuanto a Anisul-Uchud, siguió caminando adelante y fue caminando sin parar, noches y días, pisando siempre sobre las huellas consabidas, hasta lle-

<sup>8</sup> Punto del horizonte, o lugar de la mezquita, hacia donde los musulmanes dirigen la vista cuando rezan.

<sup>9</sup> En otros libros, como siempre ocurre, se lee todo lo contrario. Y los árabes han inventado toda una letanía de insultos para espantar a los leones.

gar por fin a orillas de la mar salobre, donde ya se interrumpía el reguero de aquellas pisadas que le sirvieran de guía.

De donde infirió el joven que los raptos de su amada habían montado allí en alguna barca y entrándose en la mar, por lo que perdió toda esperanza de poderla encontrar.

Y rompió a llorar de nuevo y recitó estos versos:

—Perdí ya la ilusión y la paciencia;  
¿cómo encontrar de nuevo a los que busco,  
si en el marino abismo se han hundido?  
Esperar sería propio de un iluso.  
¿Cómo tener paciencia, si el dolor  
me abrasa las entrañas  
y el insomnio tenaz me veda el sueño,  
el único refugio de mi alma?  
Desde que me dejaron, ya no existe  
descanso para mí, lloro sin tregua  
y formo con mis lágrimas un río,  
que al Saihún y al Chaihún chicos los deja,  
y aun al propio diluvio lo avergüenza.  
Jamás se ven mis párpados enjutos;  
nunca tampoco me los cierra el sueño.  
Y ante el tropel hostil de mis nostalgias  
huye de la paciencia el triste ejército.  
Por su amor, yo la vida en riesgo pongo,  
y ese es el mas liviano de mis males;  
¡perdone Alá a quien la suerte quiso  
que viera sus encantos sin iguales!  
De sus radiantes ojos las saetas  
el corazón me hirieron, y su talle  
airoso y leve y grácil, cual las ramas  
del columpiante sauce,  
robáronme el sentido y de mí hicieron  
su esclavo sin rescate.  
Desde entonces la pena me acompaña,  
y tal es mi inquietud y mi delirio,  
que cualquiera diría que mal de ojo  
me hicieron esos ojos tan divinos<sup>10</sup>.

Luego que el joven acabó de recitar estos versos tornó a llorar con tal vehemencia que se desmayó y rodó por tierra y una hora de tiempo estuvo como muerto, y al volver luego en sí, giró la vista a diestro y siniestro y no vio alma viva por aquellos desiertos.

Y Anisu-l-Uchud sobrecogióse y se atemorizó por las fieras que por allí haber pudiera y trepó a lo alto de

abrupta montaña desde la que todo el horizonte abarcaba.

Y estando allí Anisu-l-Uchud hubo de oír una voz humana que procedía de una de las cuevas que por allí abundaban. Fuese allá el joven en seguida y comprobó ser aquella la voz de un siervo de Alá, que, abandonando el mundo, retrajérase a aquel lugar, para consagrarse por completo a la piedad.

Dio el joven tres golpes seguidos en la puerta de la ajaquefa sin obtener contestación del anacoreta ni lograr que este saliese fuera.

Visto lo cual, rompió Anisu-l-Uchud a sollozar con mucho sentimiento y declamó estos versos:

—¿Cómo es posible que pueda  
dominar yo mi aflicción  
y mi pena y mi pesar  
y amarga tribulación,  
si los dolores me han puesto  
todo cano el corazón  
lo mismo que la cabeza  
aun de mi edad en la flor?  
Y no encuentro quién me acorra  
en mi tremendo dolor.  
¡Ningún amigo que quiera  
mitigarlo con su amor!  
¡No me porté yo así antaño  
con quien mi ayuda invocó,  
con los que sufrían lo mismo  
de que ahora me quejo yo!  
Con los que el cáliz bebían  
que apurando ahora yo estoy.  
¡Ye tú que oyes mis lamentos,  
acógeme en tu mansión;  
deja que repose un poco,  
que si logro mi intención,  
y encuentro a aquella que busco,  
con tanto afán y tesón,  
daré por bien empleado  
mi sufrimiento anterior!

Luego que terminó el joven de recitar su poesía, abrióse la puerta de la ajaquefa y dejóse oír una voz que decía:

—¡Adelante!

Penetró el joven en la cueva y saludó al siervo de Alá con el *selam*. Y aquel se lo devolvió y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

<sup>10</sup> Suprimido en la edición de Bulak.

—Anisu-l-Uchud—respondióle el joven.

—¿Y cuál fue la causa que te trajo aquí?—tornó el anacoreta a inquirir.

Contóle entonces Anisu-l-Uchud toda su historia, desde el principio al fin, y, al oírla el siervo de Alá, echóse a llorar y le dijo:

—¡Ye Anisu-l-Uchud! Veinte años ha ya que moro en este lugar y en todo ese tiempo no vi ser humano ni oí voz alguna de creyente o cristiano, hasta ayer que percibí rumor de llanto y miré hacia donde sonaba y vi mucha gente que plantara los alfaneges a la orilla del mar y luego acercaron a ella una barca en la que montaron varios de ellos, haciéndose a la mar luego.

Tornaron después a la marina algunos con la barca y la hicieron trizas contra los peñascos y después se fueron por donde habían llegado.

Y pienso ahora yo que los que montaron en la barca y no volvieron son aquellos que tú buscas con tantos esfuerzos.

Pero ¡ye Anisu-l-Uchud!, aunque tu dolor extremado sea justificado, no ol-

vides nunca que siempre el amor es causa de dolor y de aflicción.

Y a seguida recitó estos versos el eremita:

—¡Pobre Anisu-l-Uchud, amigo mío! Sabe que tu dolor me ha conmovido, y el mal que te consume, en otro tiempo, también a mí su víctima me hizo. Sé lo que es el amor, desde mi infancia, desde que estaba aún en la lactancia, y todos sus suplicios he sufrido. Famoso por mi amor soy entre todos y mi nombre y mi historia son notorios y de escarmiento a los incautos sirvo. Que la pasión redujo mi firmeza y quebró mi vigor y mi entereza, y hoy no soy más que sombra de mí mismo. De una mujer tan solo las miradas, agudas, penetrantes como espadas, dieron en tierra con mi antiguo bro. Fatal es el amor, cosa es sabida; contra él, la defensa está en la huida; óyeme bien, ye joven, lo que digo.

Luego de recitar el anacoreta aquellos versos fuese hacia Anisu-l-Uchud y lo abrazó y lo estrechó contra su corazón...

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 252 CONTINUO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, ye monarca, el afortunado, que luego que el anacoreta hubo acabado de recitar su poesía, fuese a Anisu-l-Uchud y lo abrazó, y ambos lloraron juntos hasta calar la montaña con el torrente de sus lágrimas.

Dijole después el ermitaño a Anisu-l-Uchud:

—Esta noche, al hacer la zalá, pediré a Alá se digne valerte en tu necesidad.

Y esto es, por ahora, todo lo referente a su historia.

Cuanto a Uardu-fi-l-Akmán, luego que la llevaron a la montaña y la internaron en el alcázar y vio el edificio y su disposición, rompió a llorar y exclamó:

—¡Por Alá, que eres un bello lugar, mas te falta, en verdad, la presencia de mi amado, Anisu-l-Uchud, sin el que yo lo encuentro todo desolado!

Reparó luego la joven en que había por aquellos alrededores muchedumbre de avejillas y dio orden a sus criados que tendiesen las redes y viesan de

atrapar algunas; hiciéronlo así ellos con buena fortuna, y la muchacha, a todo pajarillo que cogía, lo metía en una jaula dentro del alcázar.

Sentóse después junto a su celosía y se puso a recordar todo cuanto le había sucedido, y con ello se agravaron su pasión y su pesar y su inquietud por Anisu-l-Uchud.

Y, rompiendo a llorar, recitó estos versos:

—¿A quién le iré con las cuitas  
de mi desgraciado amor?  
¿A quién contaré las penas  
que matan mi corazón,  
desde que estoy separada  
de quien para mí era el sol?  
No cierra el sueño mis ojos,  
eternas mis noches son;  
que una llama inextinguible  
en mi pecho arde feroz.  
Trato de ocultar, no obstante,  
lo que pasa en mi interior,  
que estoy de espías rodeada  
y me callo mi dolor;  
cada mañana yo aguardo  
su llegada, y mi ilusión  
se desvanece en seguida  
y, al reconocer mi error,  
de nuevo torno a llorar,  
con incontenible ardor.  
¿Cómo ha de poder mi amigo  
llegar hasta donde estoy,  
a esta Peña Inaccesible  
do mi padre me ocultó?  
Mil saludos desde aquí,  
lentos de amante fervor,  
le envío cuando el sol despunta  
y otros mil, cuando el fulgor  
del astro declina y muere,  
y pienso morirme yo.  
Enferma estoy de nostalgias,  
para mí no hay curación;  
¿cómo sanar, si quien puede  
curarme sin dilación,  
está lejos y no acude  
a mi lastimera voz?

Luego, según se adensaban en derredor suyo las nocturnas tinieblas, espesáronse también sus penas y se le vino a la mente el recuerdo de los pasados tiempos, y la joven recitó estos versos:

—Reina la sombra; mi pena  
se hace cada vez mayor,  
y la nostalgia me asalta,  
agravando mi dolor.

Los pesares de la ausencia  
morán en mi corazón,  
y no hay modo de ahuyentarlos,  
que más fuertes son que yo.  
Mi alma atormenta la angustia;  
la nostalgia y la pasión  
en mi pecho han encendido  
un fuego devorador.  
Mi llanto corre sin tregua,  
mi paciencia se agotó  
y perdí toda esperanza  
y motivo de ilusión.  
Nunca, nunca para mí  
puede haber ya salvación,  
que lo que yo sufro el Sino  
en mi libro lo escribió.  
¡Por Alá lo juro! Nunca,  
por más que diga el censor,  
que mis acciones critica  
sin pizca de compasión,  
olvidaré a los que amo,  
nunca les haré traición.  
¡Ye noche, que eres testigo  
de mi insomnio, por favor  
en mi nombre a mis amigos  
saluda y díles que estoy,  
como has visto tú, sin sueño,  
mas llena de desazón  
y llorando siempre, a causa  
de nuestra separación! <sup>11</sup>

Y esto es, por ahora, lo referente a su historia.

Cuanto a Anisu-l-Uchud, díjole a este el ermitaño:

—Baja al valle y tráeme unas cuantas fibras de palmera.

Hízolo así el joven y llevóle las fibras al anacoreta, y este las tomó y las retorció e hizo con ellas una banasta como las que suelen hacerse con la paja, y luego le dirigió a Anisu-l-Uchud estas palabras:

—Hay en el valle una planta cuyas ramas se enroscan en torno a su tronco; ve allá y llena de ellas la banasta y átalas bien todo y haz una almacha y métete en ella y lánzate al mar y déjate conducir hasta que llegues a su mitad, que puede que por ese medio logres ver realizado tu deseo.

—Oír es obedecer—contestóle el mancebo.

<sup>11</sup> Suprimido en la edición de Bulak.

Y acto seguido fuese Anisu-l-Uchud al valle e hizo según el religioso le mandara, y se echó al mar en la balsa y empezó a bogar hasta llegar a su mitad e, impelido de viento propicio, metióse mar adentro, hasta que lo perdió de vista el ermitaño, que desde la orilla seguía sus movimientos.

Siguió luego bogando Anisu-l-Uchud a favor del viento hasta que, por obra y gracia del que todo lo puede, abordó al pie del monte Tsekli, aunque invirtió en ello tres jornadas de tiempo.

Saltó luego Anisu-l-Uchud a la ribera como un polluelo desvalido, transido de hambre y sed, y, al tender la vista, se encontró con que por allí corrían arroyuelos cantarines y en las ramas de los árboles lanzaban los pájaros sus melodiosos trinos y los árboles ostentaban variedad de frutos, sueltos o unidos en racimos.

Comió Anisu-l-Uchud de aquella fruta de los árboles y bebió del agua de los manantiales, y después echó a andar, ya más animado y repuesto de sus males. Y divisó a lo lejos una casa blanca, que luego, mirada de más cerca, resultó ser un alcázar, muy elevado y bien defendido por sus cuatro costados.

Dirigióse el joven hacia él hasta llegar a su puerta, que encontró cerrada, por lo cual sentóse allí a aguardar y

tres días permaneció de muestra, hasta que, al fin, se abrió la puerta.

Salió por ella uno de los castrados, de guardar a la hija del visir encargados, y al ver allí a Anisu-l-Uchud sentado lo interpeló, diciendo:

—¿De dónde viniste hasta aquí y quién te ayudó a venir?

A lo que Anisu-l-Uchud respondióle así:

—Yo vengo de Izpahán. Y has de saber que iba navegando por el mar, en unión de otros mercaderes, cuando el barco en que íbamos hubo de naufragar y a mí las olas me arrojaron a este lugar.

Echóse el eunuco entonces a llorar y lo abrazó diciendo:

—¡Déte vida Alá, cara de amigo! Has de saber que yo soy también de Izpahán y allí me criaba con una hija de mi tío, a la que amaba desde chico, cuando asaltó nuestra ciudad una hueste de enemigos, más poderosa que la nuestra, y vine a caer cautivo. Y los vencedores me llevaron consigo y, como yo era pequeño, me retorcieron los testículos y como eunuco me vendieron.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus elocuentes palabras.

## PERO LA NOCHE 253 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que aquel eunuco que saliera del alcázar contóle a Anisu-l-Uchud toda la historia de sus peripecias y le dijo:

—Aquella gente que me llevó consigo me cortó el miembro y luego me vendió como castrado en el zoco de los esclavos.

Luego el eunuco hizo pasar a Anisu-l-Uchud al interior del alcázar, y el joven, al entrar, vio lo primero una alberca muy grande, rodeada de frondosos árboles, en cuyas ramas los pajarillos gorjeaban alabando a Alá, su creador, con mucho fervor.

Acercóse Anisu-l-Uchud a una de aquellas aves y comprobó ser una tór

tola, y, al verlo a él, la avecilla esforzó su voz y exclamó:

—¡Ye mi señor!

Desmayóse Anisu-l-Uchud al oír al pajarillo, y luego que volvió en sí, rompió en hondos suspiros y, con gran sentimiento, declamó estos versos:

—¡Ye tórtola! ¿Por ventura  
sufres lo mismo que yo  
y con tu arrullo le pides  
piedad a nuestro Señor?  
¿O es que transida tú misma  
de piedad al verme a mí  
como a hermano me saludas  
que comparte tu sufrir?

Luego que recitó Anisu-l-Uchud estos versos lloró con tal vehemencia que rodó desmayado por tierra.

Luego que volvió en sí de su desmayo siguió avanzando hasta llegar a una segunda jaula, donde había cautivo otro pajarillo, que resultó ser una paloma. Y al ver la paloma a Anisu-l-Uchud empezó a arrullar y exclamó:

—¡Ye mi Señor eterno, recibe mi agradecimiento!

Renovósele entonces su dolor al joven y, a impulsos del sentimiento, recitó estos versos:

—¡Gracias, Señor!, la paloma  
dijo en su lengua de ave;  
ojalá decir lo mismo  
pueda yo, tras mis pesares.  
¡Plegue a Alá, con la que amo  
unirme al fin de mi viaje  
y librarme de mis penas  
y a ti de tu triste cárcel!

Luego que acabó de recitar esos versos dirigióse Anisu-l-Uchud a una tercera jaula y vio que dentro de ella revoloteaba un ruiseñor.

Alborotóse el pajarillo al ver al joven y este, al oírlo, recitó estos versos:

—Me gusta del ruiseñor  
el canto, pues se asemeja  
al de un amante que, amando,  
se espírita y se desmedra.

A mí mismo me parece  
que mil noches pasé en vela,  
llorando con amargura  
el dolor de larga ausencia.  
Si el sino fuera más justo  
con la que amo me reuniera  
y de un golpe se acabaran  
entonces todas mis penas.  
Mas no es así y el pesar  
me está dejando sin fuerzas;  
si las ropas me quitara  
y mi cuerpo ver pudieras,  
mirárame en los huesos,  
de tanto llorar tu ausencia.

Luego que Anisu-l-Uchud hubo recitado ese poema dirigióse a una cuarta jaula y vio dentro de ella a otro ruiseñor, el cual, al verlo, empezó a cantar con mucho sentimiento. Y entonces Anisu-l-Uchud declamó estos versos:

—Canta el fulful en la noche  
cual amante desvelado;  
también desde que estoy solo,  
las noches paso yo en claro.  
Y alivio mi pena oyendo  
sus gorjeos delicados.  
¿Cuándo será Alá servido  
de unirme con la que amo!  
Hasta entonces no podré  
dormir sueño regalado.  
Me censuran porque nada  
por olvidarla a ella hago;  
¿qué saben ellos de amor,  
los pobres, si nunca amaron?  
El ruiseñor sí que sabe  
y me aprueba con su canto.

Luego que hubo recitado Anisu-l-Uchud estos versos siguió andando despacito y se acercó a otra jaula, que era la más hermosa que hasta allí viera. Y dentro de ella había una paloma torcaz, de las que son famosas entre las demás por la fuerza pasional de su modo de arrullar, y tenía la paloma al cuello una gargantilla de aljófar, de labor primorosa.

Reparó en ella Anisu-l-Uchud con atención y vio cómo se debatía en vano por forzar los hierros de la jaula y evadirse de ella, y en el acto rompió el joven en llanto y, a impulsos del sentimiento, improvisó estos versos:

—¡Ye paloma torcaz,  
ye mi hermana en amor,  
recibe mi saludo,  
ungido de fervor!  
También yo, como tú,  
me muero de pasión  
por una gacelita,  
cuyos ojuelos son  
más tajantes que agudo  
venablo volador.  
Por ella, en vivo fuego  
arde mi corazón,  
y mi cuerpo quedóse  
tan flaco, que da horror.  
Pues no pruebo bocado,  
que me falta el humor,  
y no cierra mis ojos  
el sueño encantador.  
¡Que para mí la vida  
ya no tiene valor,  
pues perdí todo anhelo,  
toda fe e ilusión!

Luego que Anisu-l-Uchud acabó de declamar esos versos, rompió la paloma en arrullos y trinos hasta que, al cabo, empezó a hablar en el lenguaje de los humanos.

Y como réplica a los versos del joven recitó estos versos:

—¡Ye enamorado mancebo,  
con tus versos me recuerdas  
aquellos tiempos dichosos  
de mi mocedad ya muerta!

Cuando un novio yo tenía,  
un dechado de belleza,  
y un cantor con el que nadie  
a competir se atreviera.  
Siempre que yo oía su voz,  
tan dulce, y tan suave y tierna,  
el corazón me saltaba  
y se me iba tras de ella.  
Pero un cazador artero  
en sus redes traicioneras  
logró un día aprisionarlo  
y lo apartó de mi vera,  
y dizque, preso en las redes,  
aún me gritaba él con fuerza:  
«¡No te apures, vida mía,  
que pronto estaré de vuelta!»  
¡Ay, desde entonces cuán larga  
ha sido por él mi espera!  
Hasta que ya me cansé  
y perdí toda paciencia.  
¡Así Alá mate al traidor  
culpable de tanta pena  
como el pecho me desgarró  
desde aquella hora funesta!  
Y vele sobre nosotros  
y a reunirnos luego vuelva.  
¡Y haga que yo de esta jaula  
libre algún día me vea  
y pueda volar en busca  
de aquel que me ama y me aprecia,  
de aquel que siempre recuerdo  
y mi alma de amar no deja!<sup>12</sup>

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras fascinadoras.

## Y LA NOCHE 254 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Tengo entendido, ye monarca, el afortunado, que luego que Anisu-l-Uchud hubo oído aquellos versos encarróse con su amigo y paisano, el de Izpahán, y le dijo:

—¿Qué alcázar es este y quién lo mandó edificar?

—El visir del rey fulano—le respondió el interpelado—, para una hija suya, con objeto de encerrarla en él y ponerla a cubierto de las vicisitudes de los tiempos y los reveses del sino adverso.

Al oírlo Anisu-l-Uchud dijose para sus adentros: «¡Ya di con lo que buscabas! Pero ¡hay que ver lo que tardé!»

Y esto es, por ahora, todo lo pertinente a su historia.

Cuanto a Uardu-fi-l-Akmán, habíase esta negado en absoluto a comer y beber, y pasaba las noches en claro y los días de este al otro lado, presa de pasión e inquietud creciente, y daba

<sup>12</sup> Suprimido en la edición de Bulak.



vueltaa en torno a su prisión, sin hallar resquicio para la evasión.

Por lo que las lágrimas afluían a sus ojos y a su garganta los sollozos, y en su desaliento declamaba estos versos:

—Por apartarme de mi dueño amado  
y hacer que lo olvidara,  
en esta cárcel dura me pusieron  
sobre la alta montaña.  
Pero solo lograron que aumentase  
mi pasión con la ausencia,  
y desde que a mi amado yo no veo,  
su imagen vive en mí con mayor fuerza.  
¿Cómo podría olvidarlo, si es mi vida?  
Muerto me hubiera ya, si no esperara  
que un día habré de verlo nuevamente,  
cuando el sino deponga al fin su saña.

Luego de recitar estos versos subióse la joven a la azotea del alcázar y

cogió una tira de tela de Bâlbek<sup>13</sup> y se la enroscó al cuerpo y se descolgó por ella hasta llegar al suelo.

Y dizque habíase puesto el traje más lujoso y echádose al cuello una gargantilla de aljófar valioso.

Y de esa guisa lanzóse la joven por aquellos campos y eriales, hasta que llegó a la orilla del mar, y, ya allí, púsose a otear.

Y vio un pescador que por allí andaba pescando, en su barca, la cual, del viento impelida, fue a dar en aquella isla.

Sintió aquí Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## PERO LA NOCHE 255 REANUDO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mis oídos, *ye monarca*, el afortunado, que luego el pescador miró y vio a Uardu-fi-l-Akmán, y al verla en la ribera allí plantada viró en redondo con su barca y trató de alejarse de la playa.

Pero la joven le gritó y le hizo señas de que no huyera y, finalmente, recitó este poema:

—¡Ye pescador, no te vayas!  
No temas, que soy mujer  
y no soy ningún fantasma.  
Detente y haz el favor  
de atender a mi llamada.  
Dime si has visto a mi amado,  
el de la cara salada,  
que con su fulgor eclipsa  
al sol y la luna clara.  
Dime si es vivo o es muerto;  
háblame con lengua franca,  
aunque si murió, ya sé  
que habré de exhalar el alma,  
derretido el corazón  
o partidas las entrañas.

Luego que el pescador hubo oído esos versos echóse a llorar y prorrumpió en sollozos y lamentos, pues vino-sele a la mente lo que a él mismo le ocurriera en los tiempos de su mocedad, cuando el amor señoreaba en su corazón y le consumía el fuego de la pasión y le atarazaban angustias y nostalgias. Y el pescador, a su vez, recitó estos versos en contestación a los que despertaran sus sentimientos:

—¿Qué argumento sería más poderoso para invocar ayuda que ese trance en que el amor inexorable pone al verdadero amante?  
Joven fui yo y sé de esos dolores, que amor también a mí me atormentó y ahuyentó de mis párpados el sueño y un incendio prendió en mi corazón. Y hasta en venta por él puse mi alma y aprendí a distinguir harto temprano la moneda de ley de la que es falsa.

<sup>13</sup> En Egipto, Ciudad de Dios en copto.

Por lograr sus favores, no hubo riesgo al que no me arrojara sin reparo, jugándome la vida, que esa es ley que Amor impone siempre a sus esclavos <sup>14</sup>.

Luego que el pescador hubo recitado estos versos atracó en la orilla con su barca y dijo así a la muchacha:

—Monta en mi barca y dime adónde quieres que te lleve, que serás servida sin falta.

Saltó a la barca Uardu-fi-l-Akmán y

el pescador empezó a bogar y se internó en el mar con tal diligencia que no tardaron en perder de vista la tierra.

Siguió navegando el barco tres singladuras y no paró de navegar hasta llegar a una ciudad que se alzaba a la orilla del mar.

Sorprendió aquí a Schahrasad la mañana y atajó el flujo de sus fluientes palabras.

## PERO LA NOCHE 256 SIGUIÓ DICIENDO LA MUCHACHA:

—He podido saber, *ye* monarca, el afortunado, que el pescador y Uardu-fi-l-Akmán llegaron en su barca a una ciudad que se alzaba a la orilla del mar y el pescador se dispuso a atracar allí sin más.

Reinaba en aquella ciudad un poderoso monarca, al que llamaban Dirbás <sup>15</sup>, y en aquel preciso momento estaban el rey y su hijo sentados en el mirador de su palacio, mirando.

Y hubieron de girar la vista del lado del mar y vieron arribar aquella barca y pudieron comprobar que venía en ella una joven hermosa, que parecía una luna esplendorosa, la cual llevaba en sus orejas zarcillos de rubíes de gran precio y una gargantilla de rico aljófar en su cuello.

De lo que infirió el rey que aquella muchacha pertenecía al número de las hijas de los monarcas.

Bajó, pues, aprisa de su alcázar y atravesó la puerta de la bóveda y salió a la orilla del mar en el momento en que el pescador se disponía a atracar.

Estaba la muchacha dormida y el pescador ocupado en sujetar a la orilla el barco.

Acercóse allí el rey y despertó de su sueño a la joven, la cual abrió los ojos y rompió a llorar.

—¿Quién eres tú—preguntóle el sultán a la muchacha—, cuya eres la hija y cuál fue la causa de vuestra venida?

—*Ye* señor!—respondió Uardu-fi-l-Akmán—. Yo soy hija del visir Ibrahim, ministro del rey Schámij <sup>16</sup>, y la causa de mi venida a este lugar es algo raro y singular.

Y acto seguido contóle la joven al rey cuanto le había sucedido, sin nada omitir, desde el principio al fin.

Y luego que hubo terminado su relación, lanzó un recio sollozo y recitó estos versos:

—Hinchados de llorar los ojos tengo,  
las lágrimas anegan mis mejillas;  
que el dolor por la ausencia de mi amado  
no me deja vivir noche ni día.  
Hermoso es y gallardo el que yo quiero;  
refulgente es su rostro, tal que envidia  
a todos da, y entre árabes y turcos,  
ninguno hay que el parangón resista.  
El propio sol se eclipsa en su presencia  
y él y la luna, sin chistar, inclinan  
su brillo y resplandor cuando él se alza  
y mirarlos se digna.  
Tiene unos ojos tales que parecen  
alcoholados de suyo, y cuando miran,  
unas flechas te lanzan, tan certeras,

<sup>14</sup> Suprimido en la edición de Bulak.

<sup>15</sup> León.

<sup>16</sup> Eminente.

que en el pecho te abren una herida.  
 ¡Ye tú que mis palabras ahora escuchas!  
 ¡Ten piedad de quien sufre tal desdicha  
 por culpa del amor inevitable  
 que juega, como quiere, con sus víctimas!  
 Amor fue quien me trajo a esta ribera,  
 sin desearlo yo, que ya mi vida  
 en verdad mía no es y ya no tengo  
 voluntad ni albedrío y estoy perdida.  
 ¡Acógeme, tú, pues, a fuer de hidalgo  
 con cordial bienvenida,  
 y deja que un momento yo descanse  
 debajo de tu égida!<sup>17</sup>

Y luego que hubo acabado de recitar esos versos tornó Uardu-fi-l-Akmán a contarle otra vez al rey su triste historia y vertió lágrimas copiosas y después recitó estos otros versos:

—Vivimos los dos unidos,  
 hasta que de Amor gustamos  
 todos los dulces prodigios.  
 Pero la suerte cruel  
 luego vino a separarnos;  
 ¡cómo no he de llorar, pues?  
 Lágrimas de sangre lloro,  
 que si solo agua llorase,  
 eso sería bien poco.  
 En mis mejillas, antaño,  
 rosa y lirio florecían;  
 ahora son de un oro pálido.  
 Se borraron mis colores,  
 cual de mi alma se borraron  
 del amor los tiernos goces.<sup>18</sup>

Luego que hubo el rey escuchado esos versos comprendió que aquella joven tenía el alma salteada de angustias y amorosas nostalgias y se apiadó de ella y le dijo:

—No te apures, muchacha, que al fin llegaste al término de tus ansias. Pues no hay más remedio sino que he de hacer cuanto pueda para que logres lo que deseas.

Y el monarca luego improvisó estos versos:

—¡Ye joven de noble casta!  
 Nada receles ni temas,  
 que solo alegrías te aguardan  
 y dichas en nuestra tierra.

Hoy mismo habré de reunir  
 incalculables riquezas  
 y a Schámij las enviaré  
 con escolta principesca.  
 Almizcle del más preciado,  
 tapices de traza egregia,  
 plata virgen y oro puro  
 figurarán en la ofrenda.  
 Y en bien escrita misiva,  
 y con palabras selectas,  
 le rogaré que de hoy más  
 por su pariente me tenga,  
 y a Anisu-l-Uchud me envíe  
 con la mayor diligencia,  
 a fin de que tengan fin  
 tus pesares, ¡joven bella!  
 Que también yo he amado  
 y sé del amor la fuerza  
 y comprendo a los que beben  
 de ese vino, que marea.

Luego que acabó de recitar estos versos marchó el sultán en busca de sus generales y llamó a su visir y mandó que empaquetasen una suma de dinero considerable tal que no podía contarse, y le ordenó a su visir que fuese a llevársela al rey Schámij y, de su parte, le dijese: «No tienes más remedio que enviarme acá un sujeto al que llaman Anisu-l-Uchud y que reside en tu corte y, también, el rey tiene intenciones de emparentar contigo, casando a su hija con ese oficial tuyo, y es, pues, necesario que lo envíes allá para que la boda se celebre en la corte del padre de la novia.»

—Oír es obedecer—respondióle el visir al rey. E inmediatamente púsose en camino con los regios presentes y una carta de su rey, y se dirigió a la corte del rey Schámij, el sultán eminente.

Luego que llegó allá, saludó al rey con el *selam* de parte del sultán Dirbás y le entregó la carta de este y los presentes.

Luego que el rey Schámij hubo leído la misiva regia y visto el nombre de Anisu-l-Uchud estampado en ella, rompió a llorar con gran vehemencia. Y, volviéndose al visir, le dijo:

—¿Quién sabe dónde Anisu-l-Uchud podrá encontrarse? Tiempo hace ya

<sup>17</sup> y <sup>18</sup> Suprimido en la edición de Bulak.

que se marchó de aquí, sin que nada de él hayamos vuelto a oír. Tráemelo tú, ¡ye visir!, y prometo darte el doble del valor de estos regalos que me traes.

Y acto seguido rompió a llorar y sollozar y dolerse de su suerte, hasta que, a impulsos del sentimiento, improvisó estos versos:

—Devolvedme a mi amigo,  
que es lo que quiero;  
que sin él la riqueza,  
yo la desprecio.  
¿Qué valen los diamantes  
y todo el oro,  
al lado de esa luna  
de mi tesoro?  
En belleza no había  
quien lo igualara;  
a airoso, la gacela  
no le ganaba.  
Del *ban* con la varita,  
leve y airoso,  
la gente al compararlo,  
se queda corta.  
Porque además  
tenía inteligencia,  
¡lo principal!  
¡No extrañes, pues, lo llore  
con tal dolor!  
¿Qué he de hacer, si a mi lado  
siempre vivió?  
De niño lo criara  
y ahora mocito

se me va de mi lado.  
¿No he de sentirlo?

Encaróse luego con el visir que le trajera la carta y los regalos y le dijo:

—Tórnate a tu señor y dile que Anisu-l-Uchud me dejó hace ya años, sin que en todo ese tiempo haya vuelto a saber de él ni a tener noticias de su paradero.

A lo que el visir le respondió:

—¡*Ye mulai!*, mi señor me dijo:

«Tráeme acá a ese joven, y si no me lo traes, te dejaré cesante.» ¿Cómo pues, volver allá sin él?

Encaróse luego el rey Schámij con su visir Ibrahim y le habló así:

—Ve con él y apronta una escolta de hombres armados y lanzaos por todas partes a buscarlo.

Reunió, pues, el visir Ibrahim una tropa de hombres armados, elegidos entre los de su escolta, y, juntamente con el visir del rey Dirbás, procedió a indagar por todas partes el paradero de Anisu-l-Uchud.

Pero al llegar aquí vio Schahrasad venir la aurora y cortó el hilo de sus palabras encantadoras.

## Y LA NOCHE 257 CONTINUO SU RELATO EN ESTA FORMA:

—Ha llegado a mí noticia, *ye monarca*, el afortunado, que Ibrahim, el visir del rey Schámij, tomó consigo unos cuantos hombres armados de los de su escolta y, en unión del visir del sultán Dirbás, echóse a buscar a Anisu-l-Uchud por todas partes donde se le pudiera encontrar.

Y siempre que pasaban junto a un alarbe u hombre de otra raza preguntá-

banle por Anisu-l-Uchud, sin obtener nunca la respuesta que desearan.

Corrieron de esta suerte ciudades y alquerías<sup>19</sup>, poblados y desiertos, y así, sin parar, hasta que llegaron a orillas del mar.

Embarcáronse allí y fueron bogando

<sup>19</sup> Vocablo de origen árabe.

hasta que, por fin, alcanzaron la isla del monte Tsekli.

Díjole entonces el visir del rey Dirbás al visir del rey Schámij:

—¿Por qué le pusieron a este nonte ese nombre?

Y el visir Ibrahim le dijo así:

—Pues porque en tiempos antiguos vino a morar ahí una *alifrit*, de los *alifrites* de Az-Zin, y aquella *alifrit* sentía afición a los hombres y de uno de ellos se enamoró y él también de ella se prendó; y temerosa luego de que le arrebataran a su amante, buscó un lugar abrupto donde refugiarse y con él ocultarse; y encontró este monte, nunca hollado de genio ni mortal, que nunca ninguno de ellos abrióse camino hasta ese lugar; y allí llevó ella a su amante y lo dejó escondido, de forma que nadie pudiera descubrirlo.

Y ella iba a ver a su gente y luego volvía a ver a su amigo en secreto, y así estuvo haciendo durante largo tiempo.

Hasta que tuvieron muchos hijos en su inaccesible retiro.

Y los mercaderes que en sus barcas pasaban, costeando la yebala, oían los llantos de los niños como si fuesen de una madre privada de sus hijos, y entre sí decían: «Debe de ser esa que llora alguna pobre madre a la que le robaron sus infantes.»

Y de ahí que llamasen a la montaña Montaña de las madres de los hijos privadas.

Maravillóse el visir del rey Dirbás al oír esas palabras. Y él y el visir Ibrahim desembarcaron y dirigieron al alcázar sus pasos.

Llegaron luego los dos visires al pie del alcázar y llamaron a la puerta y salió a abrirles el castrado, que al punto reconoció a su señor y le besó la mano.

Entraron luego en el alcázar los dos

visires y vieron allí a un hombre extraño, y aquel hombre era, precisamente, el que venían buscando.

—¿Quién es este hombre?—preguntóle el visir Ibrahim al eunuco. Y este contestóle:

—Es un pobre mercader que, en el curso de una travesía, perdió todas sus mercancías y, a consecuencia de ello, se ha quedado como lelo.

Pasó de largo el visir y penetró en el interior del alcázar y no halló allí el menor rastro de su hija, por lo que preguntó a sus doncellas, las cuales le dijeron:

—No sabemos qué haya sido de ella; poco tiempo estuvo aquí, pues se aburría y emprendió la huida.

Entristeciése mucho el visir al oír tales palabras y vertió copiosas lágrimas y, a impulsos del sentimiento, recitó estos versos:

—¡Ye casa, que en otro tiempo  
los pájaros con sus trinos  
y gorjeos alegraban!  
¡Qué triste te encuentro ahora,  
qué callada!  
¿Adónde levantó el vuelo  
aquella que era mi vida  
y mi alma?  
¡En otro tiempo fulgían  
tus umbrales y estaban  
tus puertas bien defendidas  
y guardadas!  
¡Ahora ya de par en par  
se me muestran, cual si nada  
de precio hubiese tras ellas  
en sus salas!  
¡Y es cierto que nada hay,  
pues se fue su dueña amada  
y todo quedó desierto!  
¡Ye desgracia! <sup>20</sup>

Procedió el visir a buscar a su hija por todo el alcázar, registrando todos los rincones, desde el primero al último, sin lograr encontrar el menor rastro ni indicio, hasta que, desalentado, dijo:

—¡No hay modo de luchar contra el

<sup>20</sup> Suprimido en la edición de Bulak.

sino ni de huir de aquello que Alá tiene de antemano dispuesto!

Subió después a la azotea y halló allí atado el lienzo que a Uardu-fi-l-Akmán le sirviera para descolgarse y uno de cuyos picos llegaba al piso, y comprendió que la muchacha se había valido de él como de escala y luego desapareciera lo mismo que un fantasma.

Volvióse luego a mirar y vio allí dos pájaros: un cuervo y un búho, e interpretó su presencia como un mal augurio.

Y, llorando a raudales, recitó estos versos:

—Llegué a la puerta de la casa  
de mi amigo,  
que de mi largo viaje  
era el término prescrito,  
y solo un cuervo encontré  
con un mochuelo fatidico.  
Y escuchar me pareció  
allá adentro, en lo recóndito,  
una voz que me decía,  
cual si fuera la del sino:  
«¡Anda y gusta el amargor  
del crimen que has cometido,  
separando a dos amantes  
que de piedad eran dignos!»<sup>21</sup>

Bajó luego el visir de la azotea del castillo, sin dejar de llorar, y mandó a sus castrados que saliesen y registrasen todo el monte, en busca de su ama, y así lo hicieron ellos, sin lograr encontrarla.

Y esto es, por ahora, lo referente a esta historia.

Cuanto a la de Anisu-l-Uchud, luego que este se persuadió de haber huido de allí Uardu-fi-l-Akmán, lanzó un recio grito y rodó por tierra sin sentido.

Y en este estado permaneció tanto rato que pensaron los demás que había tomado un éxtasis místico y se había abismado en la contemplación de la grandeza imponente del rey, el juzgador.

Y en tanto desesperaban del estado de Anisu-l-Uchud y el visir Ibrahim andaba preocupado con la desaparición de su hija, el visir del rey Dirbás creyó prudente regresar junto a su sultán.

Y así se lo dijo al visir Ibrahim, añadiendo:

—¡Quisiera llevarme conmigo a ese desdichado, que acaso, en atención a sus méritos, quiera Alá bendecir a mi amo!

—Haz lo que quieras—respondió su colega.

Y acto seguido despidiéronse los dos visires, yéndose cada cual por su camino.

Y el visir del rey Dirbás llevóse consigo a Anisu-l-Uchud, según había dicho.

Pero al llegar aquí sorprendió a Schahrasad la mañana y puso dique a sus desbordantes palabras.

<sup>21</sup> Suprimido en la edición de Bulak.

## PERO LA NOCHE 258 SIGUIO DICIENDO LA MUCHACHA:

—Tengo entendido, *ye* monarca, el afortunado, que el visir del rey Dirbás llevóse consigo a Anisu-l-Uchud, que aún seguía transpuesto y continuó por espacio de tres días sin conocimiento.

Hasta que al cabo volvió en sí el joven y exclamó:

—¿Dónde estoy?

Y los que le rodeaban le contestaron:

—Estás en compañía del visir del rey Dirbás.

Y acto seguido fuéronle al visir con la nueva de haber el joven vuelto en sí y el visir envióle en seguida agua de rosa y sorbetes azucarados, y los esclavos diéronlo a beber a Anisu-l-Uchud, el cual bebió y muy pronto se entonó.

Siguieron luego caminando hasta que llegaron a las inmediaciones de la corte del rey Dirbás, y, noticioso este del arribo de su visir, escribióle una carta en la que decía: «Excusa presentarte ante mí como no vengas acompañado de Anisu-l-Uchud.»

Dolióse mucho el visir al leer la carta del rey, pues no sabía que con él estuviese Uardu-fi-l-Akmán, ni por qué lo habían enviado a él en busca de Anisu-l-Uchud, ni tampoco la razón que su señor tuviera para desear aquella boda e interesarse tanto por ella; así como también, por su parte, ignoraba Anisu-l-Uchud adónde lo llevaban y que el visir hubiera ido a buscarlo a donde estaba; así como tampoco sospechaba el visir que aquel pobre faquir, que con él conducía, fuese Anisu-l-Uchud, cuya presencia el rey requería.

Pero luego que el visir vio que volvía en sí, díjole así:

—Has de saber que mi rey me mandó con el fin de que desempeñase cierta

comisión, y no he tenido éxito en mi gestión. Y estoy seguro de que en cuanto sepa que estoy ya cerca de su ciudad, me enviará luego un correo con una cartita en la que me dirá: «Si no saliste airoso en tu empresa, te puedes volver atrás.»

Luego que el joven le oyó, le preguntó:

—¿Y qué cometido era ese de que el rey te encargó?

Contóle entonces el visir toda la historia de lo sucedido y Anisu-l-Uchud le dijo:

—No temas nada, mi señor. Ve conmigo a ver al rey y yo saldré fiador ante él de que a Anisu-l-Uchud no lo tardará en ver.

Holgóse grandemente el visir al oír aquello y preguntó al joven, no pasando aún a creerlo:

—¿Es verdad lo que dices?

—Cierto que sí—respondióle Anisu-l-Uchud al visir.

Montó luego el visir en su caballo y, llevando consigo a Anisu-l-Uchud, dirigióse al alcázar del soberano. Luego que este lo vio, le preguntó:

—¿Y Anisu-l-Uchud?

—¡*Ye* monarca del siglo!—díjole Anisu-l-Uchud—. Yo te puedo decir el sitio donde a Anisu-l-Uchud puedes encontrar.

Acercósele el rey y le preguntó:

—¿Y qué lugar es ese donde está?

—Muy cerca cae de aquí—respondióle Anisu-l-Uchud—; pero únicamente a solas te lo puedo decir.

Mandó el rey que se retirasen todos los presentes y él pasó con Anisu-l-Uchud a otra habitación y contóle al joven toda la historia, desde el principio al fin, sin detalle omitir.

Luego que lo oyó díjole Anisu-l-Uchud:

—¡Ye mi señor! Tráeme acá un traje de lo más suntuoso y me lo pondré y a Anisu-l-Uchud te traeré, sin que tengas que tildarme de moroso.

Hizo el rey que le llevasen un traje como el que pedía, y Anisu-l-Uchud se lo vistió y luego dijo al rey:

—Aquí tienes a Anisu-l-Uchud, ¡ye rey glorioso!, ¡delicia del mundo!, y que reventen los envidiosos.

Después de lo cual irguió su cuerpo y recitó estos versos:

—Yo soy un ser de historia peregrina;  
tan rara cual mi historia es mi desdicha,  
pues a aquella que amaba me robaron  
y vivo sin saber qué cosa es vida.  
En los huesos mi cuerpo se ha quedado.  
Perdió el color mi rostro y no hay quien pueda  
en mi forma actual reconocermé,  
que me ha desfigurado tanta pena.  
Solo me alienta la esperanza loca  
de encontrar a mi amada alguna vez  
y de que el libro de la ausencia triste  
vuelva a cerrarse al fin para mi bien,  
y, tras estos dolores y pesares,  
vuelva a gozar la dicha de tener  
a mi amada a mi lado y nuevamente  
las horas vea correr,  
libando un vino grato, placentero,  
que el temor no me amargue con su hiel.

Luego que acabó de recitar su poema, díjole el rey:

—¡Por Alá, que sois dos amantes de verdad! Y dos luceros del cielo de la belleza, sin par. ¡Y cierto también que vuestra historia es peregrina y vuestro caso singular!

Contóle el rey a continuación la historia de Uardu-fi-l-Akmán, desde el principio hasta el final.

—¡Ye monarca de la época!—exclamó el joven—. ¿Dónde está ella?

—Aquí mismo está—díjole el rey—y en seguida te la voy a presentar.

Y acto seguido mandó el sultán Dirbás que vinieran el cadí y los testigos, y les ordenó extender el acta de la

boda y dispensó al novio toda suerte de honores y alórbolas.

Expidió luego el rey un correo al sultán Schámij participándole todo lo sucedido.

Alegróse al saberlo aquel hasta el extremo del regocijo y envióle al rey Dirbás una misiva en la que le decía: «Puesto que se celebraron en tu alcázar los desposorios de esos enamorados, procede ahora que vengan a mi, que también yo quiero tu júbilo compartir.»

Y el rey Schámij organizó una expedición de hombres, camellos y caballos, para que fueran a recoger a los recién casados.

Luego que el rey Dirbás recibió la carta de Schámij, el sultán mandóle a los novios con dinero copioso y una fuerte escolta para defenderlos de algún posible contratiempo.

Marchó la caravana en dirección a la corte del rey Schámij, a la que llegaron sin sufrir ningún daño.

Y el día de su llegada fue allí fiesta sonada, como nunca hubo otra más señalada. Y el rey Schámij mandó reunir todos los músicos de su banda y organizar un gran festín, en que no faltó nada, y por espacio de siete días todo fue holgorio y alegría.

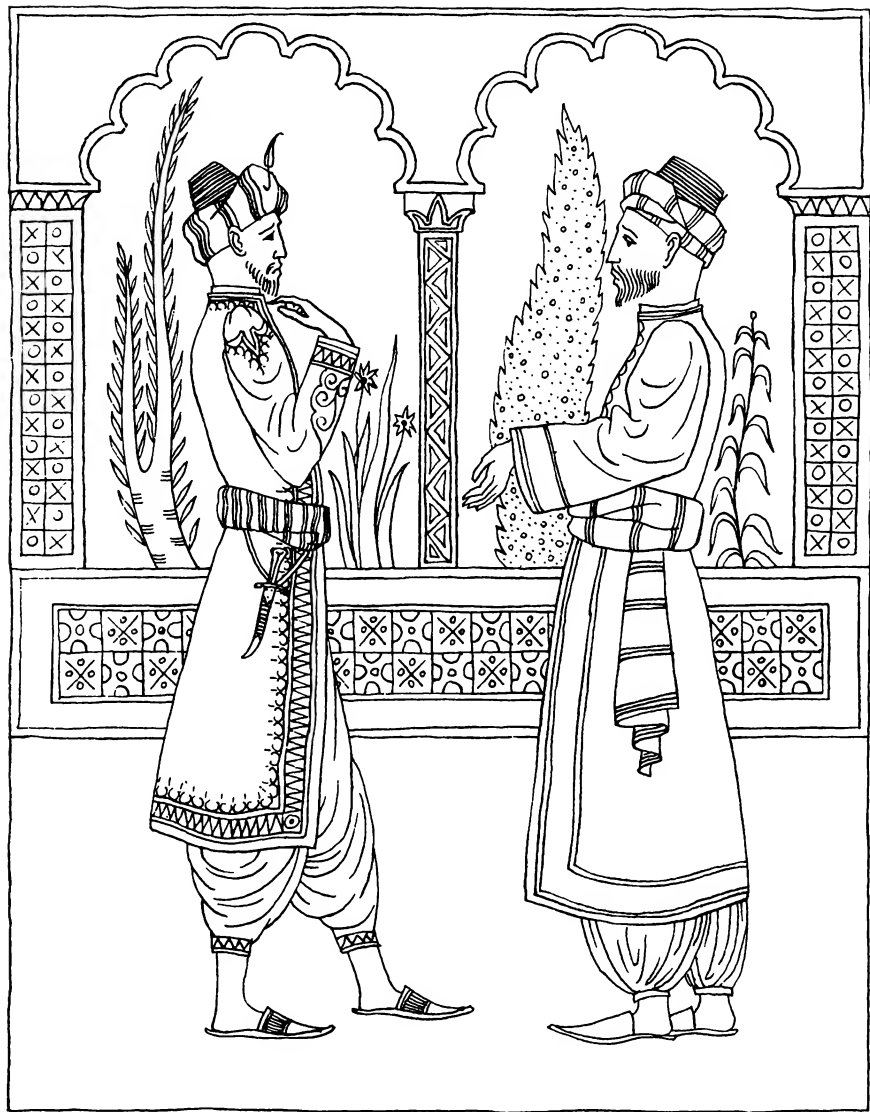
Y todos los días regalaba el rey Schámij trajes de gala a todos sus ministros y familiares y les hacía objeto de honras y mercedes grandes.

Después de todo lo cual pasó Anisu-l-Uchud a la alcoba de Uardu-fi-l-Akmán, y ambos jóvenes se abrazaron, hasta que se desmayaron. Lo cual se debió a la alegría y placer que les causaba su unión.

Y Anisu-l-Uchud, luego que ambos de su desmayo se repusieron, improvisó estos versos:

—Qué noche tan deliciosa,  
esta en que, al fin, ya termina  
la tortura de la ausencia  
que el pecho nos consumía.







Ahora ya, junto a mi amada,  
 todo pesar se me olvida;  
 lo triste queda borrado,  
 solo luce la alegría.  
*¡Ye bendito sea el Clemente*  
 que, con bondad infinita,  
 accediendo a nuestros ruegos,  
 puso fin a nuestras cuitas!

Luego que hubo el joven recitado estos versos tornó a abrazarse a su amada y ambos siguieron así, prodigándose mutuas caricias, sin que nadie viniera a estorbar su grata soledad.

De igual forma transcurrieron los días que siguieron, y ambos amantes se entretenían conversando y bebiendo y contándose historias y cuentos y recitándose versos, hasta que se abismaban en el piélago de la pasión y el deseo.

Siete días pasaron así, sin saber distinguir la noche del día, de puro embebecidos que estaban en sus exquisitos deleites y de puro contentos, satisfechos y alegres.

Y aquel séptimo día fue un día único y sin segundo. Pues mandó Uardu-fi-l-Akmán que le llevaran los instrumentos musicales, y, acompañándose con su laúd, entonó esta canción:

—Pese a los envidiosos  
 enredadores,  
 lo que tanto anhelábamos  
 ya consumóse.  
 Y unidos ahora estamos  
 ya para siempre,  
 que separarnos solo  
 podrá la muerte.

Con plumas de aves raras  
 muelles, vistosas,  
 el lecho está forrado  
 de nuestra alcoba.  
 —*¡Ye* qué bien y qué gusto!  
*¡Y* es un placer,  
 en unión del amado,  
 tenderse en él!

Es tal nuestro deleite,  
 nuestra alegría,  
 que iguales nos parecen  
 noches y días.  
 Y no acertamos  
 a distinguir lo próximo  
 de lo lejano.

Siete noches se fueron,  
 esta es la séptima,  
 y sin sentir se fueron  
 sin darnos cuenta.  
 Felicitadnos  
 y orad para que siempre  
 dure este estado.

Luego que Uardu-fi-l-Akmán acabó de entonar su cantar, dióle Anisu-l-Uchud más de cien besos y, después, improvisó estos versos:

—Detrás de la tristeza,  
 lo alegre vino;  
 lo pasado debemos  
 dar al olvido.  
 El licor del afecto  
 dame a beber,  
 hasta que, sin sentido,  
 quede mi ser.  
 Y cantemos canciones  
 vivas, alegres,  
 sin inquietud gozando  
 de nuestra suerte.  
 Es mi dicha tan grande  
 que me enajena  
 y hasta del día en que estamos  
 pierdo la cuenta.  
*¡Qué más me da!*  
*¡Si* nuestro amor en todos  
 perdura igual!

Luego de entonar estas canciones, levantáronse los dos y salieron fuera y colmaron a todos de agasajos y atenciones y trajes de honor, de subido valor.

Después de lo cual mandó Uardu-fi-l-Akmán que le preparasen el *hammam*, y dirigiéndose a Anisu-l-Uchud le dijo:

—*¡Ye* frescura de mis ojos, tengo ahora el antojo de verte en el *hammam* y de que nos quedemos allí los dos solos!

Y no hay que decir que Anisu-l-Uchud accedió de muy buen grado al deseo de su amada, y Uardu-fi-l-Akmán ordenó luego que perfumaran el *hammam* con toda suerte de madeiras de olor y esencias y que encendieran las velas de cera.

Y después que así lo hicieron, en el colmo de su alegría improvisó la joven la siguiente rima:

—Anda y ven al *hammam*, amado mío,  
que mi amor conquistaste en otro tiempo  
(pues siempre hemos de hablar de lo pasado)  
y hoy eres para mí cuanto deseo,  
sin que para otra cosa quede espacio.  
Anda y ven al *hammam*, luz de mis ojos,  
y por la puerta del ardiente infierno  
entra en el paraíso, perfumado  
con ámbar gris y almizcle, juntamente  
con el áloe y el sándalo,  
que vaporosas y fragantes nubes  
elevan al espacio.  
Allí los dos al par nos gozaremos  
en nuestro amor sin par.  
Y al envidioso lo perdonaremos,  
¡por el amor de Alá!

Y yo gritaré recio, porque todos  
bien me puedan oír:  
«¡Ye amado mío, que Alá sus bendiciones  
derrame sobre ti!»

Y ambos se levantaron y pasaron al baño y allí se gozaron. Y luego salieron y se tornaron a su palacio.

Y, a partir de aquel día, vivieron ambos una vida de continua delicia, hasta que vino a visitarles aquella que pone término a los goces y dispersa las reuniones de los hombres.

¡Loor a Aquel que no cambia, ni cesa y en cuyas manos están todas las cosas de la tierra!

FIN DEL TOMO I DE  
«LAS MIL Y UNA NOCHES»

# INDICE



# INDICE

DEDICATORIA .....	Pág.	9	El <i>epos</i> .....	87
ESTUDIO LITERARIO-CRITICO DE			La <i>mekama</i> .....	91
<i>LAS MIL Y UNA NOCHES</i> .....	11		Teatro-Oratoria .....	92
Presentación de la obra .....	13		La poesía .....	95
Orígenes probables del libro .....	14		La pornografía de <i>Las mil y una no-</i>	99
El origen remoto de <i>Las mil y una</i>			<i>ches</i> .....	
<i>noches</i> .....	16		Lo cómico y lo patético en <i>Las mil y</i>	
<i>Les mille et une nuits</i> de Galland ..	18		<i>una noches</i> , gracia, sal gorda y	104
La hipótesis indianista .....	21		guasa .....	
La tesis persa .....	23		Realidad y fantasía en <i>Las mil y una</i>	108
La tesis árabe .....	24		<i>noches</i> .....	
La tesis persa con rúbrica judía .....	26		La paradoja de <i>Las mil y una noches</i>	115
Otras opiniones: Weil-Burton-Mardrus	28		La moral de <i>Las mil y una noches</i>	121
Autor o autores .....	31		El tiempo en <i>Las mil y una noches</i>	124
De Galland a Mardrus .....	39		Lo popular y lo erudito en <i>Las mil y</i>	
La interpretación esotérica de <i>Las mil</i>			<i>una noches</i> .....	127
y <i>una noches</i> .....	48		Absorciones orientales en <i>Las mil y</i>	
<i>Las mil y una noches</i> árabes .....	57		<i>una noches</i> y sus tangencias en las	
El ciclo de Harunu-r-Raschid .....	62		literaturas orientales .....	131
<i>Las mil y una noches</i> , epopeya nacio-			Juicio contradictorio de <i>Las mil y una</i>	
nal de los árabes .....	65		<i>noches</i> .....	135
Proceso de arabización de <i>Las mil y</i>			El perenne interés de <i>Las mil y una</i>	
<i>una noches</i> .....	69		<i>noches</i> .....	137
Lengua y estilo de <i>Las mil y una</i>			Valores literarios de <i>Las mil y una</i>	
<i>noches</i> .....	75		<i>noches</i> .....	140
Unidad y variedad en <i>Las mil y una</i>			Los dos hermanos Schahriar y Schah-	
<i>noches</i> .....	79		semán .....	141
El cuento de hadas .....	81		Schahrasad y su hermana .....	143
La <i>munazira</i> .....	83		Dunyasad, la hermana menor .....	146
El cuento de angustia .....	84			
La picaresca .....	85		PERSONAJES DEL «EPOS».	
			Unos Rougon-Macquart orientales .....	147

## LA SERIE DE LAS DALILAS.

Dalila Zatu-d-Dauahi .....	150
Dalila, la ladina, madre de Seineb, la trapisondista .....	151
Dalila, la del cuento de Asis .....	154
La princesa Dunya .....	156

## LAS ANTIDALILAS.

La princesa Abris .....	158
Noshetu-s-Semán .....	160
Amina, la estigmatizada .....	162
La de las tres manzanas .....	163
Schemsu-n-Nehar, la muerta de amor .....	164
Asisa, la prima de Asis .....	165
Otras imágenes patéticas del amor ...	168
El simbolismo de la historia de Uardu-fi-l-Akmán y Anisu-l-Uchud .....	171
El enigma de la <i>tapada</i> y su inseparable la <i>dueña</i> .....	173
La <i>tapada</i> .....	174
Las buenas amigas, confidentes y madrinas .....	177
Las heteras.—Tauaddud .....	179
Las meretrices.—La hija del <i>scheij</i> Tahir-benu-l-Alá .....	182
Una lección de buen amor .....	183
Una apología de la virginidad .....	186

## DEL AMOR AL ODIÓ.

El tema cainita en <i>Las mil y una noches</i> .....	187
Los buenos y los malos amigos .....	191
Abu-Zir, el barbero, y Abu-Kir, el tintorero .....	193
El príncipe Seifu-l-Muluk y su visir Sâid .....	195

## LA FAMILIA AL TRAVES DE «LAS MIL Y UNA NOCHES».

Las madrazas .....	196
Los niños .....	200
El nomadismo atávico.—Simbad el marino .....	204

## LOS MISTICOS DE LA AMBICION.

Iffán.—El <i>mogrebi</i> .....	210
El <i>mogrebi</i> Abdu-z-Zamad .....	212
Hásid Kerimu-d-Din, el sabio por ciencia infusa .....	215
Abu-Mohammedu-l-Kaslán, el perezoso enriquecido .....	217
Alá-d-Din, el de la lámpara maravillosa .....	218
Alí Babá, el leñador .....	221
Mâruf, el pícaro a la fuerza .....	222
Un Buda islámico.—El hijo de Harunu-r-Raschid .....	224
El mundo real en <i>Las mil y una noches</i> .....	226
Los mercaderes de <i>Las mil y una noches</i> .....	226
Los alfayates o sastres .....	230
Los alfajemes o barberos .....	233
Los jardineros .....	237
Los joyeros .....	243
Los pescadores .....	245
Los cazadores .....	250
Los pastores .....	252
Los sufíes.—El <i>dervisch</i> .....	255
Los mercaderes de esclavas y los proxenetas .....	259
Los médicos .....	262
La bohemia literaria y artística.—El poeta Abu-Nuás .....	266
Los bufones profesionales .....	270
Los defectuosos físicos y mentales .....	273
Los eunucos .....	277
Los locos .....	281
Los opiómanos .....	281
El <i>tofail</i> .....	284
El <i>mugaffal</i> , el <i>tammâ</i> , el <i>jarifo</i> .....	285
Los <i>schuij</i> , jeques o jeiques .....	286
Los representantes del Poder .....	287

## LAS RAZAS EN «LAS MIL Y UNA NOCHES».

El negro .....	290
El beduino .....	291
El persa .....	293



El judío .....	297
El cristiano .....	299
Los mogrebies .....	300
Los egipcios voluptuosos .....	302
Geografía real de <i>Las mil y una noches</i> .....	306
La Historia en las historias de <i>Las mil y una noches</i> .....	314
En el mundo del Mito .....	316
Los <i>afarit</i> o genios .....	317
La paradoja de los <i>genios</i> .....	322
Psicología de los <i>afarit</i> .....	325
Las algolas o vampiras .....	331
Régimen social de los <i>genios</i> .....	333
Los hombres monos .....	334
El Ave Roj .....	336
El pájaro As-Simurg .....	339
Los peces de colores .....	339
Otras entidades míticas de <i>Las mil y una noches</i> .....	340
La Gran Tortuga .....	343
Soleimán e Iskander mitificados .....	344
El ángel Mâruf .....	348
El piojo gigantesco de la princesa Dalal .....	348
El Sino .....	349
Geografía mítica de <i>Las mil y una noches</i> .....	351
El Paraíso terrenal en <i>Las mil y una noches</i> .....	353
Los jardines de Irem-ben-Aad .....	354
Las Islas Negras, la ciudad de Oro y la ciudad de Azófar .....	356
Las siete islas de Al-Uaku-I-Uak .....	359
El lago de Karûn .....	360
La montaña magnética .....	361
El río soterráneo .....	362
El río Sabatión y la Ciudad de los judíos .....	363
La fuente de Sohrâ .....	364
El mar de Sabarchada o de Esmeralda .....	365
Las traducciones españolas de <i>Las mil y una noches</i> .....	365
Advertencia sobre la transcripción de los nombres árabes .....	374

LAS MIL Y UNA NOCHES

PROEMIO .....	379
Historia del rey Schahriar y su hermano Schahsemân .....	381
Historia del burro y el toro con el labrador .....	387
Historia del mercader y el <i>efrit</i> . ( <i>Noches 1 y 2.</i> ) .....	393
Historia del pescador y el <i>efrit</i> . ( <i>Noche 3.</i> ) .....	403
Historia del rey Yunân y el médico Ruyân. ( <i>Noche 4.</i> ) .....	408
Historia del rey Sindabad y el halcón. ( <i>Noche 5.</i> ) .....	413
Historia del marido y el papagayo. ( <i>Noche 5.</i> ) .....	416
Historia del hijo del rey y la algola. ( <i>Noches 5, 6, 7, 8 y 9.</i> ) .....	418
Historia del alhamel y las mocitas. ( <i>Noches, 9, 10 y 11.</i> ) .....	439
Historia del <i>zâluk</i> , el primero. ( <i>Noches 11, 12 y 13.</i> ) .....	454
Historia del <i>zâluk</i> , el segundo. ( <i>Noches 13 y 14.</i> ) .....	461
Historia del envidioso y el envidiado. ( <i>Noches 14 y 15.</i> ) .....	471
Historia del <i>zâluk</i> , el tercero. ( <i>Noches 15 y 16.</i> ) .....	481
Historia de Sobeida. ( <i>Noches 17 y 18.</i> ) .....	501
Historia de Amina. ( <i>Noches 18 y 19.</i> ) .....	509
Historia de las tres manzanas. ( <i>Noches 19 y 20.</i> ) .....	517
Historia del visir Nuru-d-Din y de su hermano Schemsu-d-Din. ( <i>Noches 20 a 25.</i> ) .....	525
Historia del alfayate y el jorobado y el médico judío y el Mubaschir y el cristiano corredor de comercio y de lo que entre ellos hubo pasado. ( <i>Noches 25, 26 y 27.</i> ) .....	566
Historia del corredor de comercio cristiano. ( <i>Noches 27 y 28.</i> ) .....	573
Historia del mayordomo. ( <i>Noches 29 y 30.</i> ) .....	588

Historia del médico, el judío. ( <i>Noches 31, 32 y 33.</i> ) .....	596	Historia del opiófago. ( <i>Noches 126, 127 y 128.</i> ) .....	954
Historia del alfajeme de Bagdad. ( <i>Noches 33 a 37.</i> ) .....	605	Historia de Hemmad, el beduino. ( <i>Noches 128 a 130.</i> ) .....	963
Historia del barbero de Bagdad y de sus seis hermanos. ( <i>Noches 37 y 38.</i> ) .....	617	Historia del pavo real y la oca. ( <i>Noches 131 y 132.</i> ) .....	975
Historia de Bakbuk, el primero de los seis hermanos del barbero de Bagdad. ( <i>Noches 38 y 39.</i> ) .....	620	Historias de ermitaños. ( <i>Noches 132 y 133.</i> ) .....	983
Historia de Al-Haddar, el hermano del barbero, el segundo. ( <i>Noches 39 y 40.</i> ) .....	626	Historia del martin-pescador y la tortuga. ( <i>Noche 133.</i> ) .....	987
Historia de Bakbak, el hermano del barbero, el tercero. ( <i>Noches 40 y 41.</i> ) .....	629	Historia del zorro, el lobo y el hijo de Adán. ( <i>Noches 133 y 134.</i> ) .....	990
Historia de Al-Kus, el hermano del barbero, el cuarto. ( <i>Noches 41 y 42.</i> ) .....	633	Historia del halcón y la perdiz. ( <i>Noches 134 y 135.</i> ) .....	998
Historia de Al-Aschar, el hermano del barbero, el quinto. ( <i>Noches 42, 43 y 44.</i> ) .....	636	Historia del ratón y la comadreja. ( <i>Noche 135.</i> ) .....	1005
Historia de As-Schekalik, el hermano del barbero, el sexto. ( <i>Noches 44, 45 y 46.</i> ) .....	643	Historia del cuervo y el gato de Algalia. ( <i>Noche 135.</i> ) .....	1007
Historia de los dos visires en que se mienta a Anisu-l-Gulais. ( <i>Noches 46 a 52.</i> ) .....	649	Historia del zorro y el cuervo. ( <i>Noche 135.</i> ) .....	1009
Historia del mercader Ayub y de su hijo Gánim y de su hija Fitna. ( <i>Noches 52, 53 y 54.</i> ) .....	679	Historia de la pulga y el ratón. ( <i>Noches 135 y 136.</i> ) .....	1010
Historia del negro Zauab, el eunuco, el primero. ( <i>Noche 54.</i> ) .....	683	Historia del azor y los pájaros. ( <i>Noche 137.</i> ) .....	1013
Historia del negro Kafur, el eunuco, el segundo. ( <i>Noches 54 y 55.</i> ) .....	685	Historia del ladrón y su mono. ( <i>Noche 137.</i> ) .....	1015
Historia del sudanés Bujait, el esclavo, el tercero. ( <i>Noches 55 a 60.</i> ) .....	689	Historia del gorrión y el rey de las aves. ( <i>Noche 137.</i> ) .....	1017
Historia del rey Omaru-n-Nômân y de sus hijos Scharkân y Zu-l-Mekân. ( <i>Noches 60 a 102.</i> ) .....	703	Historia del erizo y el pájaro-pico. ( <i>Noche 137.</i> ) .....	1019
Historia del príncipe Tachu-l-Muluk y la princesa Dunya. ( <i>Noches 102 a 104.</i> ) .....	852	Historia del mercader y los dos picares. ( <i>Noches 137 y 138.</i> ) .....	1022
Historia de Asis y Asisa. ( <i>Noches 104 a 120.</i> ) .....	862	Historia de Ali-ben-Bekkar y Schemsu-n-Nehar. ( <i>Noches 138 a 147.</i> ) ..	1024
Prosigue la historia del rey Omaru-n-Nômân y de sus hijos. ( <i>Noches 120 a 126.</i> ) .....	922	Historia del rey Kamaru-s-Semân y del rey Schahramân. ( <i>Noches 148 a 176.</i> ) .....	1066
		Historia de Nâm y Nima. ( <i>Noches 176 a 184.</i> ) .....	1161
		Historia de Alâ-d-Din Abu-Schamat. ( <i>Noches 184 a 201.</i> ) .....	1183
		VARIAS HISTORIAS REFERENTES A PERSONAS GENEROSAS.	
		Historia de Hâtemu-z-Zayiu, el hospitalario. ( <i>Noches 201 y 202.</i> ) .....	1242

Historia de Mân-ben-Sâida y las tres zagalas. ( <i>Noche 202.</i> ) .....	1245	Historia de Jâlid-ben-Abdu l Lah-l-Kasri con el joven ladrón. ( <i>Noches 209, 210 y 211.</i> ) .....	1285
Historia referente a algunas ciudades del Al-Andalus, que conquistó Târik-ben-Siyad. ( <i>Noches 202 y 203.</i> ) ....	1247	Historia de Abu-Mohammed-l-Kaslân y Ar-Raschid. ( <i>Noches 211 a 218.</i> ) .....	1289
Historia de Hisham-ben-Abdu-l-Mélek y de lo que le ocurrió con un zagal árabe. ( <i>Noche 203.</i> ) .....	1249	Historia de Ali Schar con Sumurrud, la esclava. ( <i>Noches 218 a 229.</i> ) ...	1305
Historia de Ishaku-l-Mauzili y del casamiento de Al-Mamûn con Jadischa-bentu-l-Hasân-ben-Sahl. ( <i>Noches 203 y 204.</i> ) .....	1252	Historia de Budur, la hija del joyero, y Chabir-ben-Amiru-sch-Schibaniyu. ( <i>Noches 229 a 234.</i> ) .....	1338
Historia del tripicallero en el harén de un señor. ( <i>Noche 204.</i> ) .....	1258	Historia de las jóvenes de diferente color y de lo que entre ellas hablaban. ( <i>Noches 234 a 238.</i> ) .....	1354
Historia de Harunu-r-Raschid con Mohammed-ben-Ali, el joyero. ( <i>Noches 204 a 208.</i> ) .....	1262	Historia de Uardân, el carnicero. ( <i>Noches 238 y 239.</i> ) .....	1366
Historia de Harunu-r-Raschid y Ali, el persa, o cuento del persa y el curdo. ( <i>Noches 208 y 209.</i> ) .....	1276	Historia en la que se trata de la incontinenencia en la mujer y el modo de curarla. ( <i>Noches 239 y 240.</i> ) .....	1370
Historia de Harunu-r-Raschid con Châfar y la esclava y el imân Abu-Yûsuf. ( <i>Noche 209.</i> ) .....	1282	Historia de los sabios que inventaran un pavo real, una trompeta y un caballo. ( <i>Noches 240 a 249.</i> ) .....	1373
		Historia de Anisu-l-Uchud. ( <i>Noches 249 a 258.</i> ) .....	1398

1. 11  
2. 11  
3. 11  
4. 11  
5. 11  
6. 11  
7. 11  
8. 11  
9. 11  
10. 11  
11. 11  
12. 11  
13. 11  
14. 11  
15. 11  
16. 11  
17. 11  
18. 11  
19. 11  
20. 11  
21. 11  
22. 11  
23. 11  
24. 11  
25. 11  
26. 11  
27. 11  
28. 11  
29. 11  
30. 11  
31. 11  
32. 11  
33. 11  
34. 11  
35. 11  
36. 11  
37. 11  
38. 11  
39. 11  
40. 11  
41. 11  
42. 11  
43. 11  
44. 11  
45. 11  
46. 11  
47. 11  
48. 11  
49. 11  
50. 11  
51. 11  
52. 11  
53. 11  
54. 11  
55. 11  
56. 11  
57. 11  
58. 11  
59. 11  
60. 11  
61. 11  
62. 11  
63. 11  
64. 11  
65. 11  
66. 11  
67. 11  
68. 11  
69. 11  
70. 11  
71. 11  
72. 11  
73. 11  
74. 11  
75. 11  
76. 11  
77. 11  
78. 11  
79. 11  
80. 11  
81. 11  
82. 11  
83. 11  
84. 11  
85. 11  
86. 11  
87. 11  
88. 11  
89. 11  
90. 11  
91. 11  
92. 11  
93. 11  
94. 11  
95. 11  
96. 11  
97. 11  
98. 11  
99. 11  
100. 11

1. 11  
2. 11  
3. 11  
4. 11  
5. 11  
6. 11  
7. 11  
8. 11  
9. 11  
10. 11  
11. 11  
12. 11  
13. 11  
14. 11  
15. 11  
16. 11  
17. 11  
18. 11  
19. 11  
20. 11  
21. 11  
22. 11  
23. 11  
24. 11  
25. 11  
26. 11  
27. 11  
28. 11  
29. 11  
30. 11  
31. 11  
32. 11  
33. 11  
34. 11  
35. 11  
36. 11  
37. 11  
38. 11  
39. 11  
40. 11  
41. 11  
42. 11  
43. 11  
44. 11  
45. 11  
46. 11  
47. 11  
48. 11  
49. 11  
50. 11  
51. 11  
52. 11  
53. 11  
54. 11  
55. 11  
56. 11  
57. 11  
58. 11  
59. 11  
60. 11  
61. 11  
62. 11  
63. 11  
64. 11  
65. 11  
66. 11  
67. 11  
68. 11  
69. 11  
70. 11  
71. 11  
72. 11  
73. 11  
74. 11  
75. 11  
76. 11  
77. 11  
78. 11  
79. 11  
80. 11  
81. 11  
82. 11  
83. 11  
84. 11  
85. 11  
86. 11  
87. 11  
88. 11  
89. 11  
90. 11  
91. 11  
92. 11  
93. 11  
94. 11  
95. 11  
96. 11  
97. 11  
98. 11  
99. 11  
100. 11



